

Maqueta RAG  
*La presente obra se publicó originalmente en francés  
por la Librairie Hachette, de Paris,  
con el título de*

*HISTOIRE DES RELATIONS INTERNATIONALES*

*Edición original en español,  
publicada por Aguilar, S. A. de Ediciones.  
Juan Bravo, 38. Madrid-1969.*

2.ª edición, 1990  
© Hachette, 1955  
© Para la presente edición  
AKAL editor, 1982  
Ediciones Akal, S. A.  
Los Berrocales del Jarama  
Apartado 400 - Torrejón de Ardoz  
Madrid - España  
Tels. 656 56 11 - 656 49 11  
Fax: 656 49 95  
ISBN: 84-7600-597-0  
Depósito legal: M. 27.490-1990  
Impreso en Anzos, S. A.  
Fuenlabrada (Madrid)

663

PIERRE RENOUVIN

HISTORIA  
DE LAS RELACIONES  
INTERNACIONALES

SIGLOS XIX Y XX

TRADUCCION:

JUSTO FERNÁNDEZ BUJÁN, ISABEL GIL DE RAMALES,  
MANUEL SUÁREZ, FÉLIX CABALLERO, ROBREDO



HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

DIRIGIDA POR

*PIERRE RENOUVIN*

Profesor de la Sorbona  
Miembro del Instituto

TOMO I

LA EDAD MEDIA

POR FRANÇOIS L. GANSHOF

LOS TIEMPOS MODERNOS

POR GASTON ZELLER

LA REVOLUCION FRANCESA Y EL IMPERIO  
NAPOLEONICO

POR ANDRÉ FUGIER

TOMO II

EL SIGLO XIX

I. DE 1815 A 1871: LA EUROPA DE LAS NACIONALIDADES  
Y EL DESPERTAR DE NUEVOS MUNDOS

II. DE 1871 A 1914: EL APOGEO DE EUROPA

POR PIERRE RENOUVIN

LAS CRISIS DEL SIGLO XX

I. DE 1914 A 1929

II. DE 1929 A 1945

POR PIERRE RENOUVIN

SIGLO XIX

I

DE 1815 A 1871

LA EUROPA DE LAS NACIONALIDADES  
Y EL DESPERTAR DE NUEVOS MUNDOS

TRADUCCION DE

JUSTO FERNANDEZ BUJAN



## INTRODUCCION

En 1815, fecha en que se produce el hundimiento de la dominación napoleónica (1), el papel de Europa en la vida del mundo quedó disminuido. América estaba a punto de escapársele, pues las colonias españolas y portuguesas se habían internado en la senda que los Estados Unidos habían confirmado con el éxito alcanzado en 1781; ni África ni Asia, con la sola excepción de la India, ofrecían aún compensación alguna a la expansión europea. En este continente, trastornado por veinte años de guerra, de transformaciones en la vida económica y profunda turbación de los espíritus, el poderío ruso se hizo preponderante, desde que Francia, vencida, quedó reducida a la impotencia. El Imperio austríaco recobró ciertamente, después de las fuertes sacudidas sufridas, una influencia predominante en la península italiana, ejerciendo, además, un papel dirigente en los asuntos alemanes a pesar de los progresos de las ambiciones prusianas; pero se hallaba fatigado en exceso para tender sus miras hacia nuevos horizontes, por lo que, en consecuencia, se limitó a desear el mantenimiento del estatuto territorial establecido por el Congreso de Viena. La decadencia de España fue acentuándose; y el Imperio otomano, después de la revuelta serbia, vio cómo crecían las amenazas en sus territorios balcánicos. Siguió subsistiendo el fraccionamiento político en los estados alemanes e italianos, aunque en forma muy diferente a la anterior al 1789. Con todos estos rasgos, la situación parecía ofrecer favorables oportunidades para la expansión rusa. Gran Bretaña, que había compartido con el Imperio de los zares los grandes beneficios de la victoria de los aliados, pero que recibió su recompensa fuera de Europa, se inquietaba ante aquella perspectiva de hegemonía continental más que por un posible desquite francés. Para ella, Rusia era el "principal enemigo".

No obstante, en los siguientes decenios, las grandes modificaciones en las relaciones internacionales tuvieron un sentido muy distinto. Rusia no intentaba aprovecharse de la superioridad que le concedía su potencial demográfico. Durante treinta y cinco años Francia se mostró "prudente"; y cuando, al fin, quiso volver a desempeñar un papel importante, no logró más que favorecer el éxito de las nuevas fuerzas, que transformaron—por la consecución de la unidad alemana y de la unidad italiana—todo el mapa del centro del Continente. En 1871 dichas fuerzas nuevas habían conseguido el triunfo. Aun conservando intacta su potencia, gracias a la seguridad que le concedía su

(1) Véanse las conclusiones de "La Revolución francesa y el Imperio napoleónico", sección de esta *Historia de las relaciones internacionales*.

preponderancia naval, Gran Bretaña no soñaba ya con desempeñar el papel de árbitro en los conflictos continentales, porque no contaba con medios militares adecuados para ello. Dejó, pues, que se estableciera, en beneficio del Imperio alemán, esa hegemonía continental que en 1815 había temido que se produjera en favor de Rusia. Pero tales cambios, por importantes que fueran para el porvenir de Europa y el del mundo, no podían borrar las nuevas características de las relaciones entre los continentes; el desarrollo de los Estados Unidos, que extendieron sus dominios hasta el Océano Pacífico, y mostraban su voluntad de mantenerse distanciados de Europa, adquiriendo realmente, después de la crisis de Secesión, rasgos de gran potencia; la independencia de América latina, que, después de haberse sacudido la dominación de los estados ibéricos, quedaba, sin embargo, ligada económica e intelectualmente a la Europa occidental; la "apertura" de China, Japón e Indochina a la influencia económico-política de Europa y Estados Unidos; el reparto de los archipiélagos del Pacífico; los contactos establecidos entre los europeos y África.

Indicar el alcance de estos cambios y señalar sus causas, es la finalidad que debe proponerse una historia de las relaciones internacionales, pues su estudio es inseparable del de las fuerzas profundas, materiales o intelectuales, que contribuyen a determinar la política exterior de los estados. Por ello nos ha parecido indispensable trazar, en cada una de las partes de esta sección, un esquema de tales fuerzas, refiriendo brevemente los caracteres de la vida económica o de los movimientos del pensamiento y tratando de mostrar la influencia de estos factores en las relaciones políticas entre los estados. Pero, en este campo, los trabajos básicos resultan insuficientes. Las cuestiones económicas han sido estudiadas, sobre todo, desde el punto de vista de la política económica de los estados; en la mayoría de los casos queda por hacer el estudio de las corrientes comerciales. Las investigaciones referentes a la estructura social son todavía poco numerosas, o demasiado sumarias para que sea factible deducir de ellas interpretaciones que puedan aclarar ciertos aspectos de las relaciones internacionales. Los movimientos intelectuales han sido objeto de trabajos interesantes y sugestivos; pero, con frecuencia, su estudio se centra en los contactos personales entre aquellos individuos que, en los diversos países, dominaron la vida literaria o artística u orientaron los grandes movimientos ideológicos; las influencias recíprocas de esos movimientos apenas han sido esbozadas. Una tentativa de interpretación ha de adaptarse a tal estado de las investigaciones históricas, ya que, ciertamente, el autor no puede aportar, salvo en algunas cuestiones, el resultado de sus investigaciones personales, debiendo limitarse a deducir de los resultados ya admitidos las explicaciones generales o bien a presentar alguna sugerencia crítica.

A los riesgos que siempre entraña un ensayo de síntesis—simpli-

ficaciones arbitrarias, resúmenes impugnables, selecciones discutibles—, vienen a añadirse aquí las lagunas de información. Pero hacer constar estas insuficiencias es quizá orientar nuevas investigaciones; el papel de una síntesis, siempre incompleta y provisional, es abrirles el camino.

## BIBLIOGRAFIA GENERAL

- Historias generales de Europa.**—A. STERN: *Geschichte Europas von 1815 bis 1870*, Stuttgart, 1894-1915, 10 vols. CH. SEIGNOBOS: *Histoire politique de l'Europe contemporaine*, Paris, 1924.—G. WEILL: *L'éveil des Nationalités et le Mouvement libéral, 1815-1848* ("Peuples et Civilisations", t. XV), Paris, 1930.—CH. POUTHAS: *Démocraties et Capitalisme, 1848-1860* ("Peuples et Civilisations", t. XVI), Paris, 1941.—H. HAUSER, J. MAURAIN, P. BENAERTS, F. L'HUILLIER: *Du Libéralisme à l'Impérialisme, 1860-1878* ("Peuples et Civilisations", t. XVII), Paris, 2.ª ed., 1952.
- Historias generales de las relaciones internacionales.**—EMILE BOURGEOIS: *Manuel Historique de Politique étrangère*, Paris, 1892-1931, 4 vols., t. II, 1789-1830; t. III, 1830-1878; t. IV, 1878-1919.—J. DROZ: *Histoire diplomatique de 1648 à 1919*, Paris, 1952.—R. B. MOWAT: *History of European Diplomacy*, Londres, 1928-1933, 3 vols.—CH. PETRIE: *Diplomatic History, 1713-1933*, Londres, 1948.—V. POTEMKINE: *Histoire de la Diplomatie*, Paris, 1946, 3 vols. (por diversos autores).—CH. DUPUIS: *Le principe d'équilibre et le Concert européen de la Paix de Westphalie à l'Acte d'Algésiras*, Paris, 1909.—F. VON VIETSCHE: *Das Europäische Gleichgewicht*, Leipzig, 1942; del mismo, *Die Tradition der grossen Mächte*, Stuttgart, 1950.
- Historias dedicadas a una índole de cuestiones.**—ED. DRIAULT: *La Question d'Orient*, Paris, 1921.—J. ANCEL: *Manuel Historique de la Question d'Orient*, Paris, 1923.—P. HENRY: *Le problème des Nationalités*, Paris, 1937.—G. WEILL: *L'Europe du XIX<sup>e</sup> siècle et l'idée de Nationalité*, Paris, 1938.—C. HAYES: *The Historical Evolution of Modern Nationalism*, Nueva York, 1944.—H. KOHN: *The Idea of Nationalism*, Nueva York, 1945.—H. CHADWICK: *The Nationalities of Europe and the growth of national ideologies*, Cambridge, 1945.—E. LEMBERG: *Geschichte des Nationalismus in Europa*, Stuttgart, 1950.—P. SILVA: *Il Mediterraneo dall'Unità di Roma all'Unità d'Italia*, Milán, 2.ª ed., 1933.—P. RENOUVIN: *La Question d'Extrême Orient, 1840-1940*, Paris, 3.ª ed., 1953.—A. GODECHOT: *Histoire de l'Atlantique*, Paris, 1947.
- Historia de las relaciones económicas.**—A. SARTORIUS VON WALTERSHAUSEN: *Die Entstehung der Weltwirtschaft*, Jena, 1931.—A. BIRNIE: *An Economic History of Europe, 1760-1922*, Londres, 1930; trad. francesa: *Histoire économique de l'Europe*, Paris, 1932.—H. HENTON: *Histoire économique de l'Europe*, t. II, Paris, trad. francesa, 1950.—D. CLIVE: *A History of Commerce*, Nueva York, 1932.—A. SEGRE: *Storia del Commercio*, Turin, 1922, 2 vols.—J. LACOUR-GAYET: *Histoire du Commerce*, Paris, 1951-1952, tomos IV y V (por diversos autores).—J. KUSKE: *Die Bedeutung Europas für die Entwicklung der Weltwirtschaft*, Colonia, 1924.—A. REIN: *Die europäische Ausbreitung auf d. Erde*, Potsdam, 1931.—D. A. TYLER: *Steam conquers the Atlantic*, Nueva York, 1939.
- Historia de los movimientos intelectuales.**—TH. ZIEGLER: *Die geistigen und sozialen Strömungen des XIXten Jahrhunderts*, Berlin, 1910.
- Historias generales de la política exterior de un estado.**—ESTADOS UNIDOS.—S. F. BEMIS: *A Diplomatic History of the U. S.*, Nueva York, 2.ª ed., 1942.—TH. BAILEY: *A Diplomatic History of the American People*, Nueva York, 2.ª ed., 1944.—FRANCIA: E. LAVISSÉ: *Histoire de la France contempo-*

raine, tomos IV-VII (por S. CHARLETY y CH. SEIGNOBOS), París, 1921.—R. PINON: *Histoire diplomatique* (t. IX de *Histoire de la Nation française*, de G. HANOTAUX), París, 1928.—GRAN BRETAÑA: G. P. WARD y A. GOOCH: *Cambridge History of British Foreign Policy*, Cambridge, 3 vols., 1922-1923.—E. HALEVY: *Histoire du peuple anglais au XIX<sup>e</sup> siècle*, París, 6 vols., 1912-1949.—R. SETON-WATSON: *Britain in*

*Europe, 1789-1914*, Londres, 1937.—H. TEMPERLEY y L. PENSON: *Foundations of British Policy, 1792-1902*, Cambridge, 1938 (documentos).—RUSIA: P. MILIOUKOFF, CH. SEIGNOBOS, L. EISENMANN: *Histoire de Russie*, París, 1931, 3 vols., tomos II y III.—C. DE GRÜNWARD: *Trois Siècles de Diplomatie russe*, París, 1945.—ESPAÑA: A. DEL RÍO CISNEROS: *Política internacional de España*, Madrid, 1946.

## LIBRO PRIMERO

DE 1815 A 1840

## INTRODUCCION AL LIBRO PRIMERO

Los autores de los tratados de paz de 1815 habían consagrado su esfuerzo a la regulación de las cuestiones originadas en la Europa continental por el hundimiento del Imperio napoleónico. Dos habían sido las principales preocupaciones de los gobiernos vencedores: conseguir, por una parte, un relativo equilibrio de fuerzas; el trazado de las fronteras fue preparado por una Comisión de Estadística, que barajó cifras sin tener en cuenta las diferencias lingüísticas y religiosas, las tradiciones, las simpatías o antipatías entre los grupos de población. El mapa político se estableció, pues, obedeciendo a una concepción propia del siglo XVIII, haciendo caso omiso del sentimiento nacional, que, no obstante, había desempeñado un papel tan importante en la lucha contra la dominación napoleónica. Por otra parte, aquellos hombres proyectaban terminar con los cambios políticos y sociales que el dominio francés había originado o favorecido, no solo en los territorios alemanes e italianos, sino hasta en Polonia y en Iliria. La restauración de las dinastías legítimas debía favorecer, pues, a las autoridades tradicionales—tales como los grandes terratenientes y las Iglesias—. En los países católicos, los gobiernos veían en la Iglesia romana un baluarte contra las ideas revolucionarias; y la política de la Santa Sede les daba la razón: la alianza del trono y del altar, fórmula adoptada por los legitimistas franceses, no era exclusiva de Francia. El arreglo de 1815 no estaba, pues, destinado solamente a destruir el imperalismo francés, sino también a impedir la expansión de las ideas francesas, las de 1789 y se le consideraba como un parapeto, al abrigo del cual podrían ser restauradas las fuerzas conservadoras.

¿Serían duraderos en Europa tales resultados? Castlereagh, cuyo papel en el Congreso de Viena fue esencial, esperaba, por lo menos, haber asegurado la paz "para los siete años próximos".

Pero el Congreso de Viena no había intentado resolver las crisis internacionales del Imperio colonial español y del Imperio otomano (1), a pesar de que su alcance rebasaba el marco de estos dos imperios. La cuestión de las colonias españolas apenas podía ser tratada en el momento en que las grandes potencias vencedoras restablecían en el trono de Madrid a Fernando VII; ¿cómo iban, pues, a intervenir en favor de los rebeldes? El mismo Castlereagh había admitido, implícitamente —en julio de 1814—, que la dinastía española tenía el derecho de ahogar la revuelta de las colonias, habiendo obtenido de España la promesa

(1) Véase la sección "La Revolución francesa y el Imperio napoleónico", de esta *Historia de las relaciones internacionales*, Vol. I, págs. 1020 a 1025 y 1107 a 1114.

de que se concedería a Gran Bretaña, en el aspecto comercial, el trato de nación más favorecida en los dominios españoles. En la cuestión otomana, Metternich y Castlereagh sugirieron a las otras grandes potencias que garantizaran las fronteras del Imperio; en consecuencia, se propusieron proteger al Estado turco contra la expansión rusa; pero el zar logró apiazar la puesta en práctica de tal sugerencia, exigiendo la previa solución de las disputas ruso-turcas en las zonas del mar Negro y del mar Caspio. El Sultán no accedió a ello. ¿No era, pues, probable que dichos problemas ocuparan pronto, de nuevo, la atención? Había que tener también en cuenta las nuevas aspiraciones que se manifestaban en la vida espiritual: decadencia del racionalismo y despertar del sentido nacional, por el choque de los acontecimientos que, durante veinticinco años, habían perturbado el continente. "Romanticismo y nacionalismo—escribe el más reciente historiador de la Santa Alianza—van así uno al encuentro del otro, o, con más exactitud, brotan de la misma fuente."

## CAPITULO PRIMERO

### LAS FUERZAS PROFUNDAS

Las rivalidades de intereses entre los estados durante el período 1815-1840 solo tienen sentido en el cuadro de un esquema general del medio social y económico, así como de las tendencias del pensamiento político.

#### I. EUROPA CONTINENTAL

En la Europa continental, el arreglo establecido en 1815 tropezó con la oposición de aquellos grupos sociales cuyas aspiraciones e intereses se veían amenazados por la restauración de los regímenes tradicionales; y también con la de aquellos pueblos cuyos sentimientos se vieron desatendidos con ocasión del trazado de sus fronteras. Tales manifestaciones fueron, sin embargo, solamente esporádicas. Los grupos sociales amenazados por las tendencias reaccionarias eran los campesinos—allí donde se habían beneficiado de las reformas subsiguientes a la difusión de las ideas de la Revolución francesa—, los comerciantes y los industriales—favorecidos por la disminución de la influencia de los grandes terratenientes—; y los intelectuales, seducidos por los principios de 1789. Pero la reacción de estos grupos era muy desigual. De hecho, los campesinos conservan, en la mayoría de los estados, las ventajas materiales que habían conseguido bajo el régimen francés (supresión de los derechos feudales y posibilidad de transmitir la propiedad): la restauración no les discutió las ventajas adquiridas. ¿Estaban más inquietos los artesanos, los comerciantes y los industriales? Ciertamente, deseaban poder desarrollar sus iniciativas sin temor a intervención de la burocracia; sustraerse de las trabas que, en Prusia y Austria, limitaban la libertad de empresa; obtener, dentro del marco de la libertad de asociación, un régimen favorable a la actividad comercial; podían temer, también, que los gobiernos restaurados practicasen una política aduanera influida por los intereses de la gran propiedad territorial, aunque, en muchos casos—en Italia del Norte, por ejemplo—, habrían de quejarse del sistema napoleónico, que beneficiaba a los productores y al comercio francés, en perjuicio de la actividad económica de los estados asociados o vasallos; la reconstrucción europea no solo les reservaba, pues, sinsabores. ¿Eran numerosos los verdaderos descontentos, los que sufrían bien en sus intereses inmediatos, bien en sus sentimientos? Nos faltan datos para juzgarlo con exactitud. No es sorprendente que haya que contar entre ellos a los

oficiales que sirvieron en las filas de la *Grande Armée*, sin empleo ahora; o a los funcionarios que participaron en la administración francesa o en la de los gobiernos de los estados vasallos del Imperio francés. No es menos cierto que el restablecimiento de la preponderancia de la aristocracia y del clero fue acogido con desconfianza por los intelectuales y por los dedicados a las profesiones liberales. Así, pues, esta oposición contaba con cuadros. Pero ¿disponía de tropas? No lo parecía. Los adversarios activos de los regímenes restaurados eran poco numerosos en los estados italianos. Trataban de agruparse en asociaciones secretas; pero estas apenas ejercían acción sobre las masas. En los países alemanes, donde artesanos y campesinos parecían considerar como un mal inevitable el estado de cosas existente, dicha oposición, sin embargo, tenía bases más amplias, debido, principalmente, al proselitismo de las Universidades, cuyos profesores conservaban cierta libertad de expresión, a causa del crecimiento—en Renania, principalmente—de una burguesía de negociantes, deseosa de combatir la *organización feudal* de la sociedad y temerosa de un retorno ofensivo de la nobleza. Pero tales grupos eran muy restringidos. No obstante, disponían de fuerza moral suficiente, ya que mantuvieron, en dichos estados, sometidos a regímenes autoritarios, focos en los que sobrevivían los principios de 1789.

Por convicción o por interés, la oposición pretendió adscribirse al liberalismo político. El programa general era asegurar al individuo las garantías esenciales: libertad de prensa, de reunión, de asociación; derecho de participar en la administración y, a través de asambleas representativas, en la legislación; reconocimiento de libertades y derechos en una Constitución que limitase los poderes del soberano respecto al individuo y también ante la representación nacional. Y aunque en el seno de ese movimiento liberal no se alcanzase la unidad de puntos de vista en relación con la extensión del derecho de sufragio ni en lo que concernía a la organización de las instituciones representativas, o a las relaciones que debían establecerse entre el poder monárquico y la representación nacional, existía, en ciertos medios, una mística, una *religión* de la libertad, que se consideraba condición necesaria para el progreso de la Humanidad.

En principio, este programa tendía únicamente a obtener una reforma del régimen político en el ámbito de los estados restaurados; no atacaba, pues, directamente al estatuto territorial establecido por los tratados. Pero la existencia de aquellos hogares liberales tenía una importancia indiscutible para las relaciones internacionales. Su triunfo en uno de los estados del continente europeo afectaría al orden establecido; y podría convertirse en preludio de una nueva crisis revolucionaria, cuyas consecuencias desbordarían, con mucho, el ámbito nacional.

No es preciso decir que la acción de los grupos de población que protestaban contra el trazado de las fronteras constituía una amenaza

más directa e inmediata para el *statu quo*. En diversas regiones de Europa, tal protesta se apoyaba en las diferencias de idioma, religión, costumbres, tradiciones, recuerdos históricos, desarrollo intelectual y sentimientos. Los grupos que poseían en común estos caracteres o sentimientos, formaban una *nación*, a la que debía reconocérsele su derecho a llevar una existencia independiente. La conciencia de la *nacionalidad* se había afirmado en la resistencia opuesta a la dominación napoleónica; pero entonces se había identificado con el sentimiento patriótico y con la reacción ante la ocupación extranjera. A partir de 1815, y esta fue la novedad, adoptó la forma de una doctrina; los gobiernos no tenían derecho a imponer su autoridad a poblaciones que la consideraban como extranjera; y el fraccionamiento del mapa político era inadmisibles, ya que obligaba a vivir en distintos estados a poblaciones pertenecientes a la misma nación. Más o menos conscientemente, se trataba, en suma, de hacer coincidir *Estado* y *nación*.

Pero en 1815 dicha doctrina aún no se había abierto paso. La idea de nacionalidad era confusa todavía; y la teoría aún no había madurado. Cierto que Fichte afirmaba, en su *Quinto discurso a la nación alemana*: "Los que hablan la misma lengua forman un *todo* que la misma Naturaleza ha unido con fuertes lazos invisibles"; y, de hecho, la comunidad lingüística puede, por la estructura misma de la lengua, de su vocabulario y de su literatura, dar a un grupo de población una manera de pensar análoga, un patrimonio de conceptos comunes. Pero el filósofo alemán ignoraba el otro aspecto del problema: la repulsa de una *minoría nacional* a la dominación de un Estado. Y esta imprecisión del concepto de *nacionalidad* era la dificultad fundamental. Buchez no logró vencerla cuando, en 1834, trató de definir ese concepto.

Por otra parte, faltaba mucho para que la conciencia de los destinos nacionales estuviese alerta, por doquier, en 1815. En el Imperio austríaco, en donde vivían mezcladas poblaciones de lengua, religión y tradiciones diferentes, apenas se manifestó. Y lo mismo sucedía en el nuevo reino de los Países Bajos. ¿Representaba una fuerza viviente, capaz de quebrantar las bases del estatuto territorial, en aquellas mismas regiones donde el movimiento de las nacionalidades poseía una fuerza de atracción?

En los territorios polacos, repartidos (con la sola excepción de la pequeña república de Cracovia) entre tres Imperios, la masa campesina se mostraba pasiva; mientras que el deseo de independencia nacional subsistía entre la nobleza y el clero católico. El estatuto de autonomía que el Zar concedió a la *Polonia del Congreso* satisfacía, de hecho, sin embargo, las preocupaciones más urgentes, ya que aseguraba a la población las garantías necesarias desde los puntos de vista religioso, lingüístico y administrativo. La Polonia austríaca, en donde el gobierno imperial trataba de atraerse a los nobles, concediéndoles gran preponderancia en el seno de los estados provinciales instituidos en 1817,

permaneció en calma hasta 1830. En aquel momento, la cuestión polaca no presentaba, pues, perfiles agudos; y la misma existencia del reparto establecía una solidaridad entre las tres potencias que se adjudicaron los territorios polacos.

En la península italiana, transformada profundamente en la época napoleónica, los tratados restablecieron el fraccionamiento político, instaurando siete estados, sin lazo federal alguno entre ellos. Aseguraron a Austria la posesión de la región lombardo-véneta y la influencia dominante sobre los principados de Parma y Módena, así como sobre el Gran Ducado de Toscana. Aquel arreglo territorial causó decepción entre los italianos que durante el *periodo francés* habían considerado la perspectiva de la unidad nacional. Era lógico, pues, que protestasen contra los principios y las consecuencias de la paz. Pero los que protestaban eran muy pocos, casi únicamente intelectuales, nobles liberales, y burgueses u oficiales que sirvieron en los ejércitos napoleónicos; y no lograron apoyo en la masa campesina—las más de las veces miserable, y siempre indiferente a la vida política—ni, con raras excepciones, en el medio artesano de las ciudades, activo e inteligente, pero apegado al *espíritu municipal*. En aquella misma resistencia, la unidad de puntos de vista no era completa: unos soñaban únicamente con asegurar la independencia real de los estados italianos, eliminando la influencia austriaca; otros, los menos, pretendían realizar la unidad nacional; pero sin conseguir dar a sus proyectos una forma precisa.

En la misma Alemania, donde las poblaciones habían hecho en común la guerra de liberación, y en la que un gran movimiento de opinión se había inclinado, en la época del Congreso de Viena, en favor de la unidad nacional, la aplicación de las cláusulas del Acta General del Congreso y la entrada en vigor del Estatuto de la Confederación germánica no encontraron oposición alguna. Y, sin embargo, aquella Confederación de estados, en la que cada uno de ellos conservaba sus derechos soberanos, ¿no estaba muy lejos de las sugerencias de un Stein, de un Arndt o de un Görres? La Dieta de Francfort no era más que una conferencia de plenipotenciarios, que no disponía de medios para hacer ejecutar sus decisiones. El Estatuto no preveía un ejército federal verdaderamente organizado, ni una representación diplomática única cerca de los estados extranjeros, ni una política económica común. ¿Cómo hablar de una Alemania? ¿Y qué influencia podría ejercer tal Confederación germánica en las relaciones internacionales? Los jefes del movimiento patriótico expresaron su decepción; pero no reclutaron partidarios activos más que entre la juventud universitaria: la *Burschenschaft*, formada en cada universidad, fue, en los años de 1817 y 1818, el hogar de la idea nacional. Aun teniendo base más sólida que en los estados italianos, el movimiento unitario no era todavía sino una oposición de principio.

Al igual que el liberalismo, el movimiento de las nacionalidades no era lo bastante fuerte para quebrantar las bases de la paz. Ambas opo-

siciones, que reclutaban en los mismos círculos, lo más frecuentemente, sus efectivos, no constituían más que una amenaza a largo plazo. No obstante, los gobiernos no descuidaban la vigilancia de aquellos focos de *ideas subversivas*. La experiencia de los años de crisis les hacía obrar con prudencia. Pero el peligro solo era latente.

\* \* \*

¿Por qué dichas amenazas latentes iban a precisarse muy pronto? ¿Basta tener presente el proselitismo intelectual de algunos hombres, la organización clandestina de la propaganda, el descontento y la irritación provocados por los métodos de vigilancia policíaca? No; es preciso también tener en cuenta la influencia de los intereses económicos. Inglaterra conservaba—y con mucho—, en la vida económica de Europa, la preeminencia conseguida en el siglo XVIII. Estaba a la cabeza en el progreso de la técnica industrial, que la utilización de la máquina de vapor modificaría pronto; poseía, en la industria textil, un equipo mecánico que se desarrollaba rápidamente; utilizaba, considerablemente, en la metalurgia, la función de los altos hornos de coque, lo que permitía reducir los precios de coste. Tomó, también, la iniciativa de donde saldría, después de 1840, la revolución de los transportes terrestres: vías férreas y locomotoras fueron obra de sus ingenieros. A esa actividad industrial contribuía la abundancia de la mano de obra, pues el desarrollo demográfico era rápido—12.597.000 habitantes en 1811; 16.537.000 en 1831—, y estaba apoyada por una organización comercial y bancaria de superioridad aplastante. En ninguna otra parte podía encontrar la industria tan fácilmente capitales y hacer descontar sus efectos de comercio; en ninguna estaban mejor organizados los exportadores para conocer los recursos de los mercados extranjeros. En fin; los capitalistas ingleses acumularon beneficios que les permitían efectuar inversiones en el extranjero: en 1827, su importe—formado, sobre todo, por fondos del Estado, en Francia, Alemania y Rusia—se estimaba en 93.000.000 de libras.

Esta situación de hegemonía era tan fuerte, que el gobierno inglés no temió *educar* a los países del continente. Mientras en 1815 había prohibido la exportación de maquinaria, para salvaguardar la superioridad técnica de su industria, quiso ahora renunciar a esas trabas, ya que sus fabricantes de material industrial deseaban nuevos mercados, en tanto que sus obreros especializados anhelaban ser llamados al extranjero, para dar *lecciones* a los continentales.

Durante los veinte años siguientes a 1815, la influencia de los métodos y de las técnicas inglesas se dejó sentir, con más fuerza que en ninguna otra parte, en las provincias belgas del reino de los Países Bajos. Sus recursos en hulla y hierro, y la calidad de una mano de obra con experiencia de siglos en el campo de la hilatura y de los tejidos, ofrecían condiciones favorables para ello. Y la política del rey Guillermo I prestó

una ayuda poderosa, concediendo subsidios y efectuando pedidos del gobierno a la industria. La extracción de hulla se desarrolló gracias al empleo de máquinas de vapor; la industria textil—en Gante, en Bruselas—se transformó por el equipo mecánico. La metalurgia adquirió gran impulso en Namur, Charleroi y Lieja. Por todas partes había técnicos ingleses. Aparecieron ya en algunos grandes establecimientos las formas del capitalismo moderno, incluso la banca: la *Société générale* se fundó, en Bruselas, el año 1822.

El desarrollo industrial fue más lento en los demás países. Ciertamente, en Francia, algunos jefes de empresa, sobre todo en la industria algodonera, pidieron, a raíz de 1815, ayuda a los técnicos ingleses y a la experiencia de la mano de obra (del otro lado del Canal de la Mancha; se calcula que en 1824 trabajaban en Francia 15 000 obreros ingleses; pero solo a partir de 1830 las industrias extractivas hicieron un esfuerzo para incrementar su producción. Fue entonces cuando las industrias extractivas del Norte y de Alsacia adoptaron ampliamente el equipo mecánico, y se produjeron las primeras iniciativas en la industria química (jabonería) y en la industria azucarera; y la alta Banca, con Laffitte y Casimiro Périer, comenzó a afirmar su poder. El verdadero *lanzamiento* de la producción industrial no se produciría hasta 1840.

En los Estados alemanes, la situación apenas era diferente. Los establecimientos industriales modernos, que se creaban frecuentemente con la ayuda de los capitales extranjeros, y siempre con la de técnicos ingleses, no existieron con anterioridad a 1830 más que en algunas regiones: industria textil de Crefeld y Barmen; metalúrgica en Eifel, que usaba coque mientras en Hesse-Cassel, y en los principados sajones, seguían quemando madera. Pero, a pesar de estas pocas iniciativas, la producción industrial siguió siendo, en su conjunto, artesana; y solo en el año de 1835—en que la Unión aduanera amplió el mercado—comenzó su impulso, en la provincia renana, única región de Prusia en que existía el régimen de libertad de empresa, y en el Rhur.

En Italia—en donde, entre 1815 y 1830, todos los estados tenían un sistema aduanero proteccionista, los capitales disponibles eran escasos y los medios de comunicación, insuficientes en extremo, hasta 1840—, la industrialización encontró mayores obstáculos. Únicamente en Lombardía—es decir, un territorio unido al Imperio austriaco—se manifestaron algunas iniciativas. En 1818 existía en la región milanesa una sola hilatura equipada con telares mecánicos; en 1840 eran 20; pero estas empresas *modernas* no empleaban aún la máquina de vapor y su producción era insignificante, comparada con la del sector artesano. Y en el terreno de los textiles no se había modificado la forma tradicional de producción *a domicilio*. Fuera del Milanesado, aparecieron, hacia 1830, algunos hogares industriales en Bolonia, en Pisa y en Piamonte; pero ni en Liguria ni en Venecia se intentó un esfuerzo para adoptar métodos y técnicas nuevos.

En Austria, la industria algodonera de Bohemia y de la Baja Austria, y la metalúrgica de Estiria y Carintia, estaban muy retrasadas, desde el punto de vista técnico, en relación con Renania.

En Rusia, por último, en donde entre una población mayor de 50.000.000 de habitantes, no existían, en 1825, más que 210.000 obreros, diseminados en más de 5.000 *fábricas*, la producción industrial—metalurgia de los Urales, refinerías e industria textil—era todavía arcaica.

No obstante los progresos de la industria, la economía agrícola ocupaba en todos los países un papel preponderante, incluso en Inglaterra. Todas las crisis económicas—1817, 1828-32, 1839-40—comenzaban por una crisis agrícola. Por otra parte, la fisonomía de la agricultura apenas cambiaba.

Entre la aparición de las formas nuevas de la vida industrial y la marcha general de las relaciones internacionales, los lazos eran múltiples. No solo porque el crecimiento de una burguesía industrial y mercantil favorecía el desarrollo de las ideas liberales en Francia, en Prusia o en el Lombardo-Véneto, sino también porque los intereses económicos ejercían una influencia directa sobre la política exterior de los estados (al menos, en determinados casos).

El desarrollo de la actividad industrial planteó la cuestión de los mercados. Naturalmente, tal preocupación se manifestó primero en Inglaterra. Su producción de textiles y la construcción de maquinaria sobrepasaron las necesidades del mercado interior, y sus industriales vieron obligados a buscar mercados en el extranjero. Los constructores de maquinaria lograron un gran éxito, ya que los promotores de la industria moderna en el continente apenas podían procurarse su equipo más que en Gran Bretaña. Pero los fabricantes de productos textiles comenzaron a encontrar resistencia en algunas regiones de Europa; y tuvieron que procurarse nuevos mercados. Esta expansión ocupó la atención de la Cámara de los Comunes, sobre todo después de la reforma electoral de 1832; los miembros del Parlamento pedían con insistencia al Gobierno la firma de tratados de comercio en que se obtuviese la reducción de las tarifas aduaneras y la supresión de las prohibiciones de importación en los países extranjeros. Aunque de manera menos absorbente, también existía aquella preocupación en Francia. Pero antes de 1830 se la consideraba solamente a título de precaución, con vistas a prepararse para las posibilidades futuras; después de la revolución de julio se advirtió más en los medios parlamentarios. En Prusia, el horizonte se limitó, en esta época, al espacio económico alemán. Atribuir, pues, un papel decisivo en la política exterior de los estados continentales a esa influencia de los intereses materiales sería excesivo. Incluso en Gran Bretaña, en donde el gobierno tuvo siempre presentes tales exigencias, las preocupaciones económicas no eran el móvil más importante de las grandes iniciativas diplomáticas.

Pero tal influencia fue patente en el movimiento de las naciona-



lidades. La oposición belga a la dominación holandesa y la resistencia del Lombardo-Véneto a la presencia austríaca, fueron determinadas, en gran medida, por circunstancias económicas: los intereses de los comerciantes e industriales belgas se enfrentaban con los de los holandeses; y los industriales milaneses se quejaban de que sus productos estuvieran sometidos a impuestos aduaneros de importación en Austria, al par que el mercado de Lombardía se hallaba libremente abierto para las mercancías austríacas. No es menos cierto que el desarrollo económico incitó a los comerciantes e industriales de Renania a desear el establecimiento de una unión aduanera que les asegurase mercados. La *Zollverein*, cuyos primeros indicios son de 1818, y cuya constitución data de 1834, respondía a este deseo. Y la unión aduanera podía preparar la unión política. En esto pensaba el gobierno prusiano al tomar la dirección de tal política económica: "De esta unión, basándose naturalmente en una identidad de intereses, y extendiéndose, necesariamente, a la Alemania media, nacerá una Alemania verdaderamente unida, libre, lo mismo interior que exteriormente, bajo la dirección de Prusia", escribía en junio de 1829 el ministro de Hacienda, Motz, en un informe al rey. Y añadía: "La unión de estos estados en una liga aduanera y comercial, originará, al mismo tiempo, la unión en un único e idéntico sistema político."

Pero querer establecer una relación constante entre las transformaciones de la vida económica y el progreso de los movimientos nacionales, sería ir demasiado lejos. Apenas es posible observar esta relación en la Polonia rusa, en donde las relaciones de la vida económica no hacían presentir, en aquella época, modificación importante alguna. Tampoco se advierte en la península italiana, de actividad económica muy escasa. Las manifestaciones de la idea nacional parecen determinadas, aquí y allá, únicamente por aspiraciones sentimentales.

\* \* \*

Para acabar de comprender en qué atmósfera se desarrollaron las relaciones internacionales, es necesario observar, por último, más allá de los intereses materiales; y tener en cuenta el ambiente intelectual. Durante los años subsiguientes al de 1815, el movimiento romántico se extendió de Alemania e Inglaterra a Francia e Italia; después, a los países polacos, checos, balcánicos y magiares; y a la península ibérica, en fin, a favor de los contactos personales entre grandes escritores. Hasta 1827, tal movimiento se mantuvo unido, esforzándose en romper con las tradiciones clásicas y dar nuevo sentido a la obra literaria: el de expresar un estado anímico. Pero, después de 1830, se produjo un *cisma*, cuya importancia han puesto de manifiesto los estudios de Fernand Baldensperger. Unos, permanecieron fieles a la intención inicial; otros, intentaron establecer una unión o relación entre las nuevas tendencias literarias y el espíritu *radical*. La tendencia *eman-*

*cipadora* dominó, a partir de entonces, a los románticos italianos, a los polacos y a algunos alemanes, que querían utilizar la literatura como vehículo para exaltar la conciencia nacional. Este *romanticismo del progreso* se convirtió en un importante factor de los movimientos de liberación nacional.

Pero estas corrientes de la vida intelectual deben atraer también la atención de los historiadores de las relaciones internacionales desde otro punto de vista, en cuanto permiten conjeturar la imagen que cada uno de los grandes pueblos se formaba de sus vecinos. Este campo de la investigación está todavía poco explorado para hacer posible el bosquejo de un cuadro de conjunto; no obstante, pueden observarse dos rasgos importantes: la ignorancia casi completa en que, respecto a Rusia y a su pueblo, se hallaban los occidentales—hasta 1837 no comenzaría a levantar esta barrera el libro del marqués de Custine—, y la actividad de los intercambios culturales entre los países de Europa occidental. Desde este punto de vista, es interesante el comportamiento de los círculos intelectuales de la viciada Francia: lejos de replegarse sobre sí mismos, manifestaron, hacia los enemigos de la víspera, una simpática curiosidad.

Esta curiosidad hacia los alemanes llegó casi al apasionamiento, sobre todo entre 1815 y 1830. En *L'Allemagne*, cuya primera edición francesa apareció en 1814, madame de Staël dio una imagen asombrosa del carácter y de la vida intelectual del pueblo alemán. Mostró la importancia de las corrientes literarias y filosóficas, el intenso rebullir de las nuevas ideas y la amplitud del horizonte intelectual. Elogió el temperamento alemán: lealtad, probidad, solidez, tenacidad, profundo sentido de la justicia. Afirmó, incluso, que la libertad de pensamiento era mayor allí que en Francia. El *poder de acción* de este libro fue incomparable; y, como han demostrado los trabajos de M. Monchoux, se convirtió en la *Biblia de los románticos*, hasta 1830. Pero madame de Staël ignoraba el progreso del nacionalismo germánico; el sentimiento nacional alemán—decía—era idealista y desinteresado; los alemanes se mostraban extraños al imperialismo, incapaces de adoptar una política de fuerza. El gran éxito de su libro contribuyó a ilusionar a la opinión pública. La mayor parte de los escritores franceses—filósofos, literatos, incluso historiadores—atribuyeron al pueblo alemán el *sentimiento riguroso del derecho, el apego a la justicia*; deseaban la *grandeza alemana*, y observaban con simpatía el progreso del movimiento nacional. Hasta después de 1830 esta influencia de madame de Staël no comenzó a encontrar serios oponentes. En 1832, Edgar Quinet, apasionado admirador de Alemania algunos años antes, se inquietaba por el porvenir. "Alemania—dijo en un artículo de la *Revue des Deux Mondes*—se entrega a Prusia, en donde se desarrollan una corriente nacionalista, un despotismo inteligente y emprendedor y un estado de espíritu que podrá incluso impulsarla al martirio de Francia." En enero de 1834, Saint-Marc Girardin observó

también que "Prusia no quiere deber su régimen al liberalismo". Al año siguiente, la advertencia de Enrique Heine a Francia confirmaba estas inquietudes: "Tenéis más que temer de la Alemania liberada que de toda la Santa Alianza." Pero ni Heine ni Quinet fueron escuchados. La gran encuesta de Germinier, profesor del Colegio de Francia, que publicó, también en 1835, su libro *Au-delà du Rhin*, continuaba dominada por la imagen de la por madame de Staël; y no vaciló en extraer de ella consecuencias políticas y en preconizar una alianza franco-prusiana contra Austria. Esta germanofilia, que dominaba los círculos intelectuales franceses, es un aspecto que no debe descuidarse en el estudio de las relaciones internacionales.

Después de la paz general, la *alta sociedad* francesa volvió a tener frecuentes contactos con los ingleses. Los salones del Faubourg Saint-Germain estaban, en la época de Carlos X, verdaderamente apasionados por las maneras y las ideas de la aristocracia inglesa. En los medios literarios era importantísima la influencia de Byron, a partir de 1819; Walter Scott y Shelley encontraron gran número de lectores después de 1825. En 1827 existía en París un teatro inglés, que representaba, con gran éxito, las principales obras de Shakespeare y otras producciones inglesas. "El genio de Shakespeare—escribía un periódico—ha triunfado de los grandes prejuicios de la nación francesa y ha iniciado, quizá, entre las dos naciones, una reconciliación que la política se ha empeñado durante mucho tiempo en hacer imposible." Los liberales franceses, que al principio se habían mostrado hostiles a esta anglofilia—aun siendo exclusivamente literaria—, se volvieron más conciliadores, e incluso la observaron con simpatía al comprobar que la preponderancia política de la aristocracia inglesa se hallaba quebrantada por los esfuerzos del *radicalismo*. Después de la revolución de julio, en París, y de la reforma electoral de 1832, en Inglaterra, esta anglofilia alcanzó su apogeo hacia 1835; pero siempre en los mismos círculos restringidos: relaciones mundanas—esto es, superficiales—de una parte; por otra, la curiosidad de algunos grandes escritores: Michelet, Stendhal, Vigny sobre todo, que admiraban la civilización inglesa. Con excepción de la *Revue des Deux Mondes*, no parece encontrarse en los periódicos estudios continuados e imparciales sobre Inglaterra.

No consistían más que en resúmenes demasiado generales. Sería preciso poder apreciar la influencia que estos contactos ejercieron sobre la opinión pública; pero no es todavía posible en el estado actual de la investigación histórica.

¿No podría la influencia de estos contactos intelectuales abrir el camino a una organización pacífica de la vida internacional?

Algunos innovadores reanimaban una idea que—del abate Saint-Pierre a Kant—había sido ya la de los grandes espíritus del siglo XVIII: fundar las relaciones entre los pueblos en una nueva concepción de la vida internacional, de manera que los estados subordinasen sus inte-

res privados a la idea de un interés superior común, que renunciaran al ejercicio completo de su soberanía y consintiesen en someterse al *control* de un organismo en que tendrían cabida las opiniones de la *comunidad europea*. En este camino se adentraron algunos innovadores: un alemán, Karl Krause; un polaco, el príncipe Czartoryski; un francés, Henri de Saint-Simon. En su *Essai sur la Diplomatie*, Czartoryski quisiera fundar esta noción de solidaridad europea en el respeto de las nacionalidades. Krause soñaba con un pacto de *confederación*: los estados europeos renunciarían a la guerra, estableciendo una garantía mutua contra la agresión. Únicamente Henri de Saint-Simon trataba de construir un plan más amplio. En agosto de 1814 publicó—en colaboración con Augustin Thierry—un libro, titulado *De la reorganization de la Société européenne*. Para asegurar la paz era indispensable "unir a todos los pueblos europeos en una organización política", puesto que "en toda reunión de pueblos, como en toda reunión de hombres, son necesarias las instituciones comunes". Saint-Simon pensaba en un gobierno federal, que dirimiría, a título de *único juez*, las disputas entre los gobiernos y aun los conflictos interiores que originara el movimiento de las nacionalidades; que examinaría todas "las cuestiones de interés general para la sociedad europea", y que desarrollaría la expansión colonial. El principal órgano de este gobierno federal, "enteramente independiente de los gobiernos nacionales", sería un "Parlamento europeo" formado por elección directa, aunque el derecho de sufragio estaría limitado a los sabios, a los magistrados, a los administradores y comerciantes, susceptibles de *ideas menos limitadas* que las de los otros grupos sociales. Saint-Simon se daba cuenta, claramente, de lo incompleto y quimérico de su plan; solo esperaba sembrar ideas e iniciar la educación de la opinión pública. Sus frutos aparecerían más tarde.

La influencia de Hegel se produjo en sentido totalmente opuesto. En 1820, en sus *Bases de la Filosofía del Derecho*, el maestro de la filosofía alemana desarrollaba un concepto del Estado que debía encarnar, dice, una unidad de cultura y una unidad nacional, y poseer poderes ilimitados, tanto para evitar "la invasión de los egoísmos" como para limitar el arbitrio individual. El individuo tiene por función suprema el servir al Estado, y el deber de este es de realizar una *política de poder*. La historia del mundo tiene por centro la historia de los estados, es decir, la historia de esta política. El Estado que posee un grado superior de organización y de cultura tiene derecho a absorber al Estado *inferior*, pues la nación victoriosa ha demostrado, con su misma victoria, su superioridad. No es preciso decir que en tal concepción no podría subsistir la idea kantiana de una *sociedad de estados*, falta de "realidad histórica", al decir de Hegel. Sin duda es comprimir el pensamiento hegeliano destacar solamente uno de sus aspectos. Pero no hay que olvidar que esa teoría de poder, esa justificación de la fuerza, proporciona una base lógica a los imperialismos

nacionales; y que las enseñanzas de Hegel poseían una radiación proselitista que se extendió mucho más allá de las universidades alemanas.

## II. LOS NUEVOS HORIZONTES

¿Es posible observar en los orígenes de las amenazas que pesaban sobre el Imperio español y sobre el Imperio otomano las mismas fuerzas, materiales o espirituales, cuya influencia se ejercía en la vieja Europa?

Sin duda, las fuerzas profundas tenían en el Imperio colonial español de América—donde los movimientos de rebelión contra la metrópoli comenzaron en 1810—una perspectiva por completo diferente a las de Europa continental. La rebelión no era obra de las masas (los indios y los mestizos fueron siempre, y continuaron siendo, indiferentes a la lucha contra España), sino de los criollos, es decir, de los españoles nacidos en las colonias americanas. A fines del siglo XVIII eran tres millones (en una población de dieciséis), y formaban los cuadros dirigentes de la sociedad y de las actividades económicas: hacendados, dueños de explotaciones, abogados y médicos. Su objeto era liberarse de un régimen administrativo que concedía preponderancia a los funcionarios venidos de la metrópoli, y de un régimen económico que aseguraba a España un monopolio comercial. Así, pues, el conflicto entre la administración española y los criollos, si bien en el marco de las reivindicaciones liberales e influido por el gran movimiento ideológico que sacudiera a Francia, era, en el fondo, muy diferente de los que se producían en la Europa continental. Los jefes del movimiento de independencia luchaban, es cierto, contra el absolutismo; pero no invocaban los principios de la libertad más que en su beneficio. Lo que deseaban era asegurar a esta sociedad criolla, rica y llena de vida, el derecho a desarrollar libremente sus iniciativas. Pero aun así, entre los mismos criollos eran bastantes los *leales* partidarios de seguir unidos a la metrópoli. Y el movimiento de independencia no hubiera podido tener éxito si no se hubiera beneficiado de las circunstancias favorables de la gran crisis española de 1808-1810: la *encerrona* de Bayona, la instalación de José Bonaparte en el trono y la resistencia de las Juntas al dominio francés, que permitieron a la *aristocracia criolla* proclamar, en 1811, la independencia de Nueva Granada y, en 1813, la de la región del Plata. A partir de mayo de 1814, en que el rey Fernando volvió al trono español, las perspectivas cambiaron: la monarquía española envió tropas a América; y comenzó un esfuerzo de reconquista que halló apoyo entre los elementos *leales*. ¿Podría España proseguir tal esfuerzo? ¿Contaba para ello con la voluntad y medios materiales? Las condiciones de la política interior eran precarias, y escasos los recursos financieros de aquel reino que, durante seis años, conoció la ocupa-

ción extranjera y la guerra. Por otra parte, la suerte del Imperio español despertaba muchas codicias.

El movimiento de independencia de las colonias españolas abrió nuevos horizontes a la vida económica del mundo: era un vasto mercado el que se ofrecía a la actividad europea. Pero ¿qué consecuencias tendría en el orden político? ¿Podía tolerarse, en el momento en que se producía en la Europa continental la restauración de las autoridades *legítimas*, el éxito de la rebelión contra la monarquía española? En este aspecto, la cuestión de las colonias americanas entró a formar parte de los problemas europeos.

En el Imperio otomano las fuerzas que entraban en juego eran de otro orden, pues la influencia de los factores económicos y sociales, no menos que la de las ideas liberales se hallaban entremezcladas y dominadas por las cuestiones religiosas. El dominio que, a partir del siglo XVI, ejercía el sultán sobre las poblaciones cristianas de la península balcánica, procedía de una concepción del Estado que difería, profunda y esencialmente, de todas las ideas *occidentales*. El sultán, soberano del Imperio, era, al mismo tiempo, califa, jefe religioso de los creyentes musulmanes, y su gobierno estaba inspirado en los principios del Islam. Los turcos se instalaron como conquistadores, explotaban el país que habían sometido, y no perseguían convertir o asimilar a su población, indigna de comprender el Corán. Los griegos, búlgaros, serbios y croatas conservaron la libertad del ejercicio de su culto; las Iglesias ortodoxas mantuvieron su organización; únicamente las tribus albanesas fueron parcialmente integradas en el Islam. Pero aquella tolerancia religiosa no era resultado del respeto por las creencias ajenas ni obedecía a consideraciones de prudencia; era, simplemente, fruto del desprecio. Por otra parte, la administración otomana no sujetaba al servicio militar a sus súbditos no musulmanes, pues para constituir un elemento fiel al gobierno, el ejército debía ser exclusivamente turco. Por último, la administración apenas intervenía en la vida económica: no se preocupaba de mejorar la producción agrícola ni de incrementar la producción industrial; no tenía más preocupación que el mantenimiento del orden y la recaudación de los impuestos. Para lograrlo, los funcionarios musulmanes no vacilaban en emplear la fuerza: las *razzias* formaban parte de los procedimientos habituales de la administración.

La resistencia a este régimen no comenzó a organizarse hasta fines del siglo XVIII. Logró éxito en los países serbios, en donde la insurrección dirigida por Miloch Obrenovitch consiguió formar, en 1812, un pequeño principado autónomo, en el valle del Save, que constituía una seria amenaza para la dominación turca, pues aquel éxito de una primera rebelión podía alentar otras. Ahora ya se perfilaba en el horizonte la perspectiva de una disgregación de los territorios europeos del Imperio otomano.

¿Qué parte es necesario adjudicar en estas dificultades otomanas al movimiento ideológico? El llamamiento a la libertad, el principio de resistencia a la opresión, incluidos en la Declaración de los Derechos del Hombre, tuvieron un eco en la península, principalmente desde que la administración francesa entró en contacto con la población eslava balcánica de las provincias ilirias. Es también probable que la idea de la independencia de las nacionalidades favoreciera el despertar de la conciencia colectiva en las poblaciones sometidas al Imperio otomano. Pero si bien estas consignas estaban enraizadas en el espíritu de los jefes de los movimientos de resistencia, no lograron éxito alguno entre la masa campesina, agitada únicamente por reflejos elementales: temor a los funcionarios y soldados turcos; deseo de proteger su vida y sus bienes contra exacciones y represalias. De esta forma, liberalismo y nacionalismo no podían tener en los Balcanes el mismo sentido que en la Europa central. Únicamente las Iglesias eran capaces de proporcionar dirigentes a los movimientos de oposición al dominio musulmán. Pero ¿qué valor tendrían en el pensamiento de un pope serbio o griego las ideas liberales? ¿Cuál era el sentido del concepto de nacionalidad en una región en que la pertenencia a un grupo lingüístico alcanzaba menos importancia que la fidelidad a una u otra de las Iglesias ortodoxas rivales?

Sin duda alguna, los intereses materiales desempeñaron un papel más activo en el deseo de independencia, por lo menos en la parte de la Turquía europea que mantenía relaciones comerciales con el extranjero. Los comerciantes de las islas del mar Egeo, que habían logrado hacer fortuna y que siempre temieron la arbitrariedad del fisco otomano, fueron los primeros fautores del movimiento griego de resistencia.

Aunque no existía analogía alguna entre estos problemas otomanos y las cuestiones europeas, las amenazas que pesaban sobre el porvenir del Imperio turco tenían un alcance internacional. Las cuestiones de principio no eran, sin embargo, las que ejercían mayor influencia. La simpatía que despertaban en la opinión pública europea los movimientos de resistencia a la dominación turca no se limitaba a los hogares *liberales* o a los favorecedores del movimiento de las nacionalidades; procedían, ante todo, de un sentimiento de piedad y de preocupaciones humanitarias. La tendencia inversa, que deseaba salvaguardar la existencia de una autoridad *legítima* contra un movimiento revolucionario, tampoco tenía, en realidad, gran importancia: el interés colectivo de los soberanos en la conservación del orden establecido se invocaría, sin duda, cuando la ocasión se presentase; pero en el fondo, nadie creía verdaderamente que la soberanía del sultán mereciese la misma calificación que las otras ni consideración igual. Así, pues, la crisis otomana evolucionó en un plano totalmente diferente a aquel en el que se movían los otros problemas de la época.

## BIBLIOGRAFÍA

- Sobre cuestiones económicas en general.**—Además de las obras citadas en la Bibliografía general, véase J. K. KULISCHER: *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit*, t. II, Munich, 1929.—C. BARBAGALLO: *Le origine della grande industria contemporanea, 1750-1850*, Venecia, 1929-1930, 2 vols.—WERNER SOMBART: *Der Moderne Kapitalismus*, t. III, Munich, 1928.—B. NOGARO y W. OUALID: *L'Évolution du Commerce, du Crédit et des Transports depuis cent cinquante ans*, París, 1914.—T. S. ASHTON: *The Industrial Revolution*, Oxford, 1948.—Añádanse las historias económicas nacionales: J. H. CLAPHAM: *An Economic History of Modern Britain. The early railway age, 1820-1850*, Cambridge, 1927.—A. D. GAYER: *The Growth and fluctuations of the British Economy, 1790-1850*, Oxford, 1953, 2 vols. H. SEB: *Histoire économique de la France*, París, 1950.—DUNHAM (A. L.): *La Révolution Industrielle en France, 1815-1848*, París, 1953.—SARTORIUS VON WALTERHAUSEN: *Deutsche Wirtschaftsgeschichte, 1815-1914*, 2.ª ed., Jena, 1923. V. S. CLARK: *History of Manufacturers in the U. S.*, 2 vols., Washington, 1928.—P. BENAERST: *Les Origines de la Grande Industrie allemande. Histoire du Zollverein*, París, 1933.—R. DEMOULIN: *Guillaume 1<sup>er</sup> et la Transformation économique des Provinces belges*, Lieja, 1938.—A. SLOKAR: *Oesterreichische Industrie unter Franz I.*, Viena, 1914.—R. MORANDI: *Storia della Grande Industria in Italia*, Bari, 1932.—Sobre el Zollverein, véase más adelante.—W. O. HENDERSON: *England und die Industrialisierung Deutschlands*, y del mismo, *Der englische Einfluss auf die Entwicklung der französischen Textilindustrie*, en "Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft", 1952, páginas 264-295 y 717-743.
- Sobre los intercambios intelectuales.**—P. VAN TIEGHEM: *Le Mouvement romantique*, 2.ª ed., París, 1925; del mismo: *Le Romantisme dans la Littérature européenne* ("Evolution de l'Humanité", t. LXXVI), París, 1948.—P. MONCHOUX: *L'Allemagne devant les Lettres françaises, 1815-1835*, París, 1953.—RAYMOND GUYOT: *La Première Entente cordiale*, París, 1926.—M. Z. ELKINGTON: *Les relations de société entre l'Angleterre et la France sous la Restauration, 1814-1830*, París, 1929.—G. WEILL: *L'Éveil des Nationalités et le Mouvement Libéral, 1815-1848* ("Peuples et Civilisations", t. XV, 1. III, capítulo II), París, 1930.—P. RENOUVIN: *L'idée de Fédération européenne dans la pensée politique du XIX<sup>e</sup> siècle*, Oxford, 1949.—J. TER MEULEN: *Der Gedanke der Internationalen Organisation in seiner Entwicklung*, t. II, La Haya, 1929. La "Revue de Littérature comparée" ha publicado numerosos estudios monográficos, que es imposible citar aquí. Menciono solamente, por su particular interés para el tema de este libro: F. BALDENSPERGER: *Le Grand Schisme de 1830: Romantisme et "Jeune Europe"*, 1930, págs. 5-16.
- Sobre el movimiento de las nacionalidades.**—PAUL HENRY y G. WEILL, citados anteriormente.—F. MEINECKE: *Weltbürgertum und Nationalstaat*, 7.ª ed., Munich, 1928.—H. STRAUS: *The Attitude of Vienna Congress toward nationalism*, Londres, 1950.
- Sobre el liberalismo político.**—BENEDETTO CROCE: *Storia di Europa nel XIX secolo*, 1936.—CH. MORAZE: *La France bourgeoise*, París, 1946.—J. DROZ: *Le Libéralisme rhénan*, París, 1945.

## CAPITULO II

LOS HOMBRES DE ESTADO  
Y LAS POLITICAS NACIONALES

Las iniciativas o proyectos de los hombres de Estado son los que ocupan la escena ante el telón de fondo formado por las corrientes sentimentales, los intereses económicos, los movimientos de las ideas. No pueden relegarse a un plano secundario. ¿Cómo se podrían desatender su temperamento, su estado de espíritu, su concepción de los destinos nacionales y su conocimiento o desconocimiento de las fuerzas profundas?

## I. LAS MONARQUIAS ABSOLUTAS

En 1815, Rusia ocupaba una posesión preponderante, como consecuencia del papel que había desempeñado en la derrota napoleónica. Era, además, el país más poblado del continente (55 000 000 de habitantes). Su potencial demográfico le aseguraba la supremacía militar: el Zar tenía un millón de hombres bajo las armas. ¿Por qué imponía a su Estado la carga de tales armamentos? Era evidente—pensaban los otros gobiernos europeos—que porque preparaba una política expansionista. Pero ¿en qué dirección?

¿En la de Europa central? Los *compañeros* de Rusia temieron tal eventualidad durante el Congreso de Viena; y, para oponerse a ella, crearon la Confederación germánica, destinada a apoyar a Austria y Prusia contra una tentativa de expansión rusa. La barrera solo podía ser eficaz si estas potencias permanecían solidarias; pero ello estaba en su interés, mientras se hallasen amenazadas por el Este. El Imperio de los Zares tropezaba, pues, por este lado, con serios obstáculos. Para vencerlos, le sería preciso jugar la carta de las *nacionalidades*, tratando de quebrantar a Austria, por un llamamiento a la solidaridad entre los eslavos; pero tal sentimiento de solidaridad apenas existía en 1815; y el Gobierno del Zar no soñaba, desde luego, con alentarlo, tanto menos cuanto que en aquella época los escasos promotores del movimiento paneslavista eran polacos. En realidad, dicho plan no era tenido en cuenta, entre 1815 y 1840, por el Gobierno ruso.

¿En la del Imperio otomano? Obtener el acceso al *mar libre*, es decir, el derecho de paso del Bósforo y de los Dardanelos, objetivo ya entrevisto por Catalina II, presentaba un interés económico y estratégico: conseguir que la vía marítima, por donde se exportaba el trigo ruso, no pudiera ser cerrada; permitir la actuación de una fuerza

naval rusa en el Mediterráneo. A este respecto, la crisis del Imperio otomano presentaba perspectivas favorables.

Pero la política rusa parecía tener miras más ambiciosas, orientadas hacia el Pacífico septentrional. La compañía *ruso-americana*, fundada en 1799, tenía su base en Sitka, en la costa de Alaska; y extendía su acción muy hacia el Sur, estableciendo, en 1816, una factoría en la bahía de Bodega (costa californiana): actividad comercial ciertamente; pero también una velada intención política; el Gobierno del Zar había dado ya a entender que sus *posesiones* se extendían hasta la isla de Vancouver, pretensiones que confirmó en septiembre de 1821, en que un decreto del Zar prohibió a los extranjeros el comercio y la pesca en aquella zona.

El gobierno ruso disponía de una libertad completa en la dirección de su política exterior; apenas había de tener en cuenta a la opinión pública rusa: la masa campesina era amorfa; la nobleza, con escasas excepciones, permanecía sumisa a la Corona; la burguesía, muy débil numéricamente, no tenía medio alguno de expresar su opinión. Sin duda el Zar sufría la influencia de aquellos que le rodeaban; a causa de la lentitud de las comunicaciones, veíase obligado a delegar en sus agentes gran parte de las iniciativas; y estos abusaban, frecuentemente, de ello. Pero la decisión dependía únicamente de él; en ninguna otra parte el soberano desempeñaba un papel tan decisivo.

En 1815 Alejandro I tenía treinta y ocho años. Reinaría aún otros diez. Su inteligencia era brillante, pero superficial; y la singularidad de su carácter resultaba evidente. Sus rasgos dominantes eran la vanidad, el orgullo casi enfermizo; padecía *locura de fama*, el deseo de unir su nombre a una gran empresa y de que se le considerase como el jefe de una Europa *regenerada*. Pero no era estable ni seguro; pasaba por períodos alternativos de mística exaltación y de depresión; era capaz—así lo atestiguan todos los que se le aproximaron—de una corazonada, sobre todo cuando esta podía servir a su propia gloria; y, no obstante, incluso cuando parece que se dejaba llevar por ella, no perdía de vista los intereses de su política. “Detrás del aparente abandono del emperador, se ocultan siempre la astucia y el cálculo”, observaba el embajador francés. Consciente o no, esta doblez era, en todo caso, bastante para despertar la inquietud de los otros gobernantes. Pero ¿eran fundadas tales inquietudes? En realidad, de los documentos rusos no se desprende que Alejandro I hubiera acariciado los ambiciosos proyectos que sus contemporáneos le atribuyeron; ni siquiera se hallaba completamente seguro de la solidez de su Imperio, no obstante la potencia de su ejército; tenía ver reforzado el *bloqueo* de las tres potencias signatarias del tratado de 3 de enero de 1815 (1). Por ello concedía gran importancia a la actitud francesa, que le parecía destinada a servir de contrapeso a Austria o a Gran Bretaña.

(1) Véase tomo I, pág. 1058.

¿Debemos creer que acariciase otras miras de mayor alcance y que proyectara formar una agrupación de potencias atlánticas (España y Estados Unidos incluidas) contra Gran Bretaña? Esta tesis, sostenida en una obra reciente (1), exigiría confirmación por documentos precisos. Ciertamente, Alejandro I tenía interés en ampliar el *concerto de potencias* y extenderlo *al otro hemisferio*, ya que, en Europa, corría el peligro de enfrentarse con una resistencia conjunta de Austria y de Gran Bretaña. Pero tal eventualidad no podía ser bien acogida por la política inglesa, deseosa de tratar separadamente—para conservar su libertad de acción en los asuntos marítimos y coloniales—las cuestiones europeas y las *extraeuropeas*. Por otra parte, Alejandro I no hizo tentativas en este sentido hasta noviembre de 1818. Parece tratarse de una simple maniobra diplomática ocasional. ¿Cómo habría podido el Zar conciliar un entendimiento con los Estados Unidos con su política de la misma época en las costas americanas del Pacífico y con el apoyo que se proponía prestar a España en la cuestión de las colonias americanas? El fracaso de esta tentativa era, pues, claramente previsible. ¿Es legítimo construir, sobre una tentativa ligada a circunstancias temporales, una interpretación nueva de la política exterior rusa?

Nicolás I, que subió al trono en 1825, cuando tenía veintinueve años, era diferente por completo. Tenía aspecto señorial: estatura elevada, rasgos enérgicos y mirada penetrante. Abrigaba ideas firmes respecto a la marcha de los asuntos de Estado, y también clara conciencia de sus deberes de soberano. Pero su inteligencia era simplista. Convencido de que reinaba por la gracia de Dios, se vio confirmado en su sentimiento autocrático por su formación, casi exclusivamente militar; la insurrección *decembrista*—que le pareció amenazar el trono en el mismo momento de su advenimiento—dejó en su espíritu un recuerdo imborrable. “La revolución está en las puertas de Rusia; pero yo juro que no entrará mientras yo tenga un soplo de vida.” Detestaba aquella revolución, no solo bajo su aspecto antidinástico, sino en el de una mera reivindicación liberal. La monarquía constitucional, régimen *falso*, le parecía tan temible como la república. ¿Cómo podrían permitirse los súbditos críticas y objeciones a la voluntad del soberano, inspirada por Dios?

Al igual que su política interior, la exterior se caracterizaba por una *rigidez inquebrantable*. Para evitar el peligro de una penetración en Rusia de la influencia de las ideas occidentales, no era suficiente vigilar la entrada de libros extranjeros y restringir al mínimo la concesión de pasaportes a los súbditos rusos; necesitábase, asimismo, adoptar medidas conducentes a evitar que la revolución triunfara en la Europa central. Pero tal preocupación ofensiva no le hacía abandonar la idea de llevar a cabo, en provecho del Estado ruso, una acción

(1) La de Pirenne, citada en la Bibliografía.

ofensiva contra el Imperio otomano. ¿Soñaba, pues, con destruirlo? En aquel instante, no era tal su objeto. Rusia podría obtener, indudablemente, Constantinopla, en caso de hundimiento total y de reparto del Imperio otomano. Pero ¿estaría en disposición de asegurar el acceso al Mediterráneo, es decir, el dominio de los Dardanelos? Se expondría, en tal caso, a una guerra general, que era preciso evitar. Mejor sería explotar, en provecho de los intereses rusos, la debilidad de la Puerta otomana, y obtener, mediante presión diplomática o armada, resultados parciales.

Las iniciativas de Rusia no cesaban de despertar, en la Europa *restaurada*, la preocupación de las otras potencias.

La posición del Imperio austríaco era, por el contrario, conservadora. Los tratados le habían adjudicado una preeminencia en la Confederación germánica y una influencia decisiva en los estados italianos, resultados que consideraba suficientes. Sin duda, podría soñar con una expansión hacia los Balcanes; pero allí se enfrentaría con los intereses rusos, rompiendo así el entendimiento entre las grandes potencias, que seguía siendo necesario. El Congreso de Viena estableció un equilibrio conforme a los intereses del Imperio; y lo que debía desear la monarquía danubiana era el mantenimiento del *statu quo*.

Tal era la política del canciller Metternich. En plena madurez (cuarenta y dos años en 1815), gozaba de gran prestigio. No obstante, no era un espíritu superior ni un temperamento vigoroso. No tenía opiniones profundas sobre el mundo en que vivía; ignoraba la fuerza del sentimiento nacional y el religioso, tanto más cuanto que solo estaba en contacto con la alta aristocracia; vacilaba ante las decisiones graves; y creía fácilmente en la virtud de la contemporización. Pero poseía dominio sobre sí mismo, sangre fría y dotes intelectuales; cultura extensa, facultad de asimilación, finura, fácil exposición de ideas y opiniones brillantes e ingeniosas; y había adquirido una experiencia de los hombres de Estado y de las situaciones políticas, de la que se servía, en las negociaciones, con eficacia. Lo que desconcertaba en él era el contraste entre la finura de espíritu y la tendencia a construir teorías rígidas. Aquel *maestro de compromisos* no cesaba de confesarse adepto a los principios de la filosofía política; y se complacía en declararse *inmutable* en sus ideas fundamentales, sin duda porque estimaba necesario oponer una doctrina a las ideas de la Revolución francesa.

Metternich creía que el Congreso de Viena había establecido un equilibrio en las relaciones internacionales entre las potencias, que todos los gobiernos tenían interés en mantener. ¿Por qué deseaba aquel *reposo* de las mismas? Porque le perseguía el recuerdo de la gran crisis en la que el Estado austríaco estuvo a punto de zozobrar entre 1805 y 1810. Su fundamental preocupación era mantener el *orden social* contra la amenaza de un despertar del *espíritu de subversión*. ¿No

era la revolución "la peor desgracia que puede ocurrirle a un país"? Toda tentativa para establecer, incluso legalmente, un régimen liberal —y con mayor razón, democrático— le parecía contener, en germen, graves peligros, pues demócratas y liberales "hacen la cama a la revolución". La reivindicación del derecho de las nacionalidades—en la que veía, únicamente, una *fantasmagoría*—no era menos peligrosa, pues ponía en tela de juicio la estabilidad de los estados. Las grandes potencias podrían, mediante su intervención concertada—si permanecían solidarias—ahogar aquellas amenazas; pero ¿cómo se podría evitar el renacer del espíritu revolucionario si dicha solidaridad se quebrantaba?

Esta convicción no se hallaba determinada únicamente por el estado de espíritu o el temperamento del canciller. Obedecía, también, a las circunstancias. Los medios de acción militares de Austria no podían compararse con los de Rusia. Las condiciones de la política interior austríaca no permitían exigir un gran esfuerzo del país; el sentimiento de cohesión nacional apenas podía existir entre poblaciones diferentes por la lengua, las tradiciones y la religión; lo único que facilitaba un lazo de unión era la dinastía, creadora del imperio, y que se apoyaba en la burocracia, en la Iglesia católica y en la alta nobleza; pero tenía buen cuidado de evitar, incluso en estos círculos, la manifestación de un *espíritu público*; el régimen policíaco, ampliado a partir de 1817, trataba, sobre todo, de impedir la manifestación —e incluso la formación— de una opinión colectiva en relación con la gestión de los asuntos públicos, de la cual el gobierno tenía, a su juicio, la responsabilidad exclusiva. Pero aquel gobierno carecía de organización coherente y no disponía de fuerza. Los complicados y enredados engranajes de la pesada máquina no recibían el impulso de un jefe único. Metternich no era jefe del gobierno, y aunque frecuentemente interviniese en cuestiones de política interior, no mandaba en aquel terreno, donde, a partir de 1826, se enfrentó con la influencia rival de Kolowrat. La situación financiera fue siempre precaria; el gobierno no se atrevía a incrementar los impuestos, por temor a suscitar el descontento; y, para obtener los fondos suplementarios que necesitaba, acudía a empréstitos bancarios, que agravaban el peso de la deuda pública y aumentaban el déficit. El emperador Francisco II (que reinó hasta 1835) seguía los asuntos de cerca; pero con un espíritu estrecho, hostil a toda innovación. Era una paradoja que aquel estado *senil y arcaico* siguiese conservando en Europa un papel de primer orden.

En aquella época, Prusia no podía desempeñar un papel comparable al de los otros grandes estados; con sus once millones de habitantes, no disponía aún sino de una fuerza de segundo orden. Necesitaba tranquilidad para digerir sus anexiones territoriales; para resolver, sobre todo, las delicadas cuestiones planteadas por la asimilación de la provincia renana. No obstante, la monarquía de los Hohenzollern abrigaba otras ambiciones, delimitadas en el mapa y respaldadas por el patriotismo prusiano. Tenía, necesariamente, que pensar en realizar

la unidad geográfica de sus territorios, es decir, la unión entre Brandeburgo y Westfalia, separados por el *pasillo* del Weser, en donde se hallaban los territorios del Hesse-Cassel, del Hannover meridional, del ducado de Brünswick y los minúsculos principados de Waldeck y de Lippe. Era lógico que quisiese asegurarse un éxito territorial en el mar del Norte, a expensas de Hannover y de Oldemburgo. Podía prever, por último, el momento en que le fuera factible oponerse, dentro de la Confederación germánica, a la preponderancia austríaca, reconocida por el estatuto de 1815. Pero, por el momento, tales objetivos no estaban aún a su alcance. El Acta federal protegía la independencia de los principados del Weser. Hannover estaba ligado a la corona inglesa; y así seguiría hasta 1837. Y Prusia no se hallaba aún en condiciones de rivalizar con Austria en los asuntos alemanes.

El estado de ánimo del rey reforzaba tal prudencia. Federico Guillermo III permanecía dominado por el recuerdo de los años de *puerba*; y la ansiedad no le abandonaba, porque aún consideraba posible el desquite francés. Tampoco ignoraba la debilidad de su Estado, *conglomerado de provincias*, cuya cohesión aseguraban solamente la corona, el ejército y la burocracia. ¿Cómo despertar un espíritu público, un sentimiento colectivo? Para realizar la fusión de aquellos territorios dispares, ¿era preciso llegar a establecer una forma de representación nacional? Esta fue la solución preconizada, en 1815, por Hardenberg, primer ministro; pero el ministro del Interior y el de Policía se opusieron; el Estado, apenas constituido, no podría soportar un régimen que permitiera la expresión de una oposición política. El rey vaciló, no solo porque era desconfiado y detestaba *todo lo que se saliera de lo ordinario*, sino también porque, en su deseo de mantener estrictamente *el carácter protestante* de su Estado, temía facilitar la ocasión a los católicos renanos para tender la mano a los católicos de la Prusia polaca. Admitió, como máximo, en 1823, la institución de estados provinciales; pero aplazó indefinidamente el establecimiento de una Constitución. Aquella tendencia conservadora, asemejava su política a la de Metternich.

## II. LA GRAN BRETAÑA

Las condiciones de la política exterior inglesa eran muy diferentes. Gran Bretaña necesitaba conservar la libertad de tráfico de las rutas marítimas con el fin de asegurar la importación de las materias primas necesarias para su industria y encontrar mercados de exportación en Europa y fuera de ella. Su política tenía, pues, a la vez, un horizonte extraeuropeo y otro continental.

En sus relaciones con los otros continentes no reconocía rival, pues era la única potencia europea poseedora de un gran imperio colonial, por sus puntos de apoyo en el mundo entero y por su indiscutible supremacía naval. Pero, en sus relaciones con el continente europeo, se



sentía menos firme, debido a la carencia de medios militares. La solución más sencilla y más conforme a su tradición insular sería permanecer al margen de los asuntos continentales; sin embargo, tal abstención no podía ser total nunca; no era concebible sino en la medida en que se produjera en el continente un estado de equilibrio entre las grandes potencias; si una de ellas buscaba el establecimiento de una hegemonía continental, la situación se convertiría en peligrosa para los intereses e incluso para la seguridad de Gran Bretaña, que corría el peligro de ver restringido o cerrado el mercado europeo y que incluso podría temer que el Estado preponderante se convirtiese en una potencia naval. La experiencia napoleónica demostró que aquellos peligros no eran imaginarios.

Para impedir la repetición de tal cosa, era preciso que la política inglesa participara, de grado o por fuerza, en los asuntos continentales; que aceptase las responsabilidades y que contrajera, si necesario fuere, los compromisos conducentes a mantener en el continente el equilibrio de fuerzas favorable a sus intereses. Sus estadistas tenían plena conciencia de ello. Vigilaban la eventualidad de un desquite francés; pero se inquietaban asimismo por el desarrollo de la potencia rusa. En conjunto, la política internacional se orientaba al mantenimiento del *statu quo* territorial, y, por ello, el gobierno inglés no prestaba oídos a las reivindicaciones de las nacionalidades. Era pacífica, tanto más cuanto que aquel clima de paz internacional tendía a favorecer el desarrollo de una actividad económica beneficiosa para los exportadores ingleses, dispuestos siempre a suministrar equipo industrial a los países continentales.

No obstante, aquellas mismas preocupaciones económicas podían conducir, fuera del continente europeo, a resultados muy diferentes. Gran Bretaña tenía un gran interés en el hundimiento del Imperio español en América, pues la independencia de sus territorios le proporcionaría mercados de exportación. Pero no deseaba, ciertamente, el hundimiento del Imperio otomano, puesto que Rusia gozaría de buena posición para asegurarse la parte del león en caso de producirse su disgregación; mas no se comprometía a la protección del *statu quo*, e incluso podía favorecer una modificación territorial, en la que encontraran compensación sus intereses mediterráneos.

Una política realista, en suma, pero empírica, que evitaba lo más posible las declaraciones de principios.

Las influencias que se ejercían en la dirección de esta política exterior eran complejas, ya que el poder del soberano y el del gobierno estaban limitados por el Parlamento. Tras de un período de regencia, durante la enfermedad de Jorge III, Jorge IV reinó de 1820 a 1837. No se trataba de un hombre insignificante; a pesar de sus vicios y de sus extravagancias, era popular y poseía cierta finura de espíritu; pero, aunque se mantenía al corriente de las cuestiones de política exterior, no ejerció una acción continuada y coherente. La opinión del cuerpo

electoral, es decir, de un número restringido de privilegiados, ¿tenía mayor influencia? Se expresaba en los debates parlamentarios y en la prensa. La Cámara de los Comunes estaba todavía, en 1815, dominada por los terratenientes, que se hallaban por lo común en un estado de espíritu "insular" y que, por tanto, deseaban reducir al mínimo los compromisos de Gran Bretaña en el extranjero. Sin embargo, los medios industriales y comerciales adquirían influencia cada vez mayor, sobre todo después de la reforma electoral de 1832, que amplió el derecho de voto en beneficio de la población urbana; tales círculos estaban directamente interesados en el desarrollo de los intercambios con el extranjero, y ello les inducía a desear una activa política exterior. Pero las cuestiones coloniales y marítimas eran las que ocupaban preferentemente su atención. En su conjunto, aquella opinión parlamentaria "frenaba" la acción gubernamental cuando se trataba de relaciones con las potencias europeas. Hay que tener en cuenta, sin embargo, el estado de espíritu de aquellos miembros del Parlamento ante los regímenes políticos del continente; en realidad, no sentían simpatía alguna por los movimientos revolucionarios, pero desconfiaban y despreciaban los sistemas autocráticos. Razón de más para que su actitud fuese reservada ante los problemas europeos. En cuanto a los periódicos, desempeñaban un activo papel, pues Gran Bretaña era el único país europeo en que existía libertad de prensa; en Londres había dieciséis periódicos, leídos incluso por las clases populares. Sus redactores se interesaban por la política extranjera, y le concedían un lugar tanto más importante cuanto que la prensa inglesa contaba con suscriptores en el extranjero, quienes, por las corrientes de opinión que provocaban, podían ejercer influencia sobre la orientación de la política exterior.

Pero, sin género alguno de duda, el papel dirigente pertenecía al Gabinete, único poseedor de información completa (cuya esencia se guardaba bien de comunicar al Parlamento) y de medios para presionar a los directores de los periódicos. Ahora bien, en los gabinetes que se sucedían, ya fueran *tories* (hasta 1832) o *whigs*, la cartera de Negocios Extranjeros estaba casi constantemente en manos de fuertes personalidades, que poseían ascendiente bastante sobre sus colegas para imponerles sus opiniones. Castlereagh, titular de la cartera desde 1812 (a los cuarenta y tres años) a 1822 (fecha de su muerte), gozaba de una autoridad excepcional en los medios parlamentarios debido a la fuerza de su carácter, a su valor cívico y a la solidez de sus puntos de vista. Era un realista que detestaba las *generalidades* y las *abstracciones*, y también un diplomático de la *vieja escuela*, desdeñoso de la opinión pública. Creía necesario interesar a Gran Bretaña en los asuntos continentales y deseaba, por consiguiente, la celebración de congresos periódicos en que se reuniesen los estadistas. Le parecía inevitable aquella intervención para obstaculizar las iniciativas de Rusia, que era, según decía, *el enemigo*; pero quería mantener una posición



intermedia, prudente, porque desconfiaba de las tendencias democráticas y no experimentaba simpatía alguna por los regímenes absolutistas. Canning, que le sucedió de 1822 a 1837, después de haber dirigido, como miembro del Gabinete, la Oficina de la India, se mostró menos desconfiado hacia las tendencias democráticas; y, por otra parte, era hostil al espíritu de *areópago* y a los métodos de los congresos, pues creía que aquellas reuniones internacionales podían proporcionar ocasión a los grandes estados del continente para afirmar su solidaridad. Canning observaba con desconfianza tal entendimiento entre las potencias continentales y trató de destruirlo.

Después de tres años de vacilaciones, el *Foreign Office* encontró, a partir de noviembre de 1830, un jefe de gran calidad, y lo conservó, salvo durante unos cuantos meses, hasta 1841. En el momento en que Palmerston tomó posesión de su cargo tenía cuarenta y cinco años. Era miembro de la Cámara de los Comunes desde hacía casi veinte, y durante la crisis napoleónica ocupó un puesto ministerial importante: el de secretario de Guerra. Aunque en su circunscripción electoral mostraba apariencias de tribuno, se hallaba profundamente influido por los rasgos de la alta aristocracia, a la que pertenecía, convencido de que esta tenía el deber y el derecho de gobernar a Inglaterra. Sus dotes eran notables: seguridad y agudeza en sus puntos de vista; capacidad de trabajo, que le permitía asombrar a sus interlocutores por lo extenso de sus conocimientos, su fuerza de voluntad y su rapidez de decisión. Pero su manera de conducirse resultaba ruda, desagradable con frecuencia, porque su expresión era altiva y sus conversaciones y sus escritos adoptaban un tono de seguridad absoluta, como si estuviera convencido de su *infallibilidad*. Los extranjeros le reprochaban su orgullo, su arrogancia, su gusto apasionado por la controversia, en la que hallaba ocasión para mostrar su ingenio; pero todos le temían. Tales rasgos de su carácter y de su temperamento le hacían adoptar iniciativas en todos los campos de acción de la política exterior, más allá todavía de aquellos que interesaban directamente a la Gran Bretaña.

### III. FRANCIA

Aunque vencida, Francia continuó siendo el centro de la política internacional por su situación geográfica, por el número de sus habitantes (29 700 000 en 1815) y por la fuerza proselitista de que dio muestras durante más de veinte años. ¿Trataría de poner en tela de juicio el estatuto territorial que fuera establecido en su perjuicio? La eventualidad de otra *explosión* inquietaba sin cesar a los gobiernos europeos. La garantía proporcionada por la ocupación extranjera estaba limitada a cinco años, plazo fijado por el segundo tratado de París; pero, de hecho, no duró más de tres, pues los aliados temían que su prolongación agravase el descontento por la ocupación y comprometiese la estabilidad de la monarquía restaurada. A partir de 1818,

Francia recobró la autonomía de su política exterior y reorganizó su ejército. ¿Cuáles serían en adelante sus objetivos?

El gobierno de la restauración se hallaba necesitado sobre todo de prestigio. La pesada tara que sufría era la de haberse colocado *en la estela del extranjero*. Debía, pues, pensar en dar una satisfacción a la opinión pública y consolidar su autoridad moral. Tal era el anhelo de los ultrarrealistas, que deseaban una *gran política* extranjera, si bien la concebían en función de su política interior, es decir, del triunfo de la contrarrevolución. Pero los ministros no estuvieron interesados en satisfacer este anhelo hasta 1827 (unos—los moderados, el duque de Richelieu sobre todo—, porque seguían intimidados, preocupados por tratar a Inglaterra con miramientos; otros—tal el caso de Villèle—, porque tenían las cargas financieras que necesariamente acompañan a una acción militar). Entre este personal gobernante, que desconfiaba de las seducciones de la imaginación y de los riesgos de una *aventura*, Chateaubriand era una excepción, y sus iniciativas no significaban sino un intermedio. Únicamente en los últimos años del reinado de Carlos X cambió el espíritu de la política exterior, pues el gobierno, amenazado por una oposición liberal más activa, sentía como nunca la necesidad de conseguir la adhesión de la opinión pública, aunque lo persiguiera en la dirección en que no tenía encontrar una decidida resistencia. Sin embargo, en una ocasión se apartó de la prudencia necesaria y soñó con discutir el estatuto territorial establecido en 1815, en caso de que pudiese contar con el concurso de Prusia y el de Rusia. Pero ello no fue sino una voluntad antojadiza; todo lo más, un *sondeo* (1).

Después de la caída de Carlos X, la sacudida que provocó en una parte del continente la revolución de julio abrió nuevas perspectivas a la política exterior francesa, y se quebrantaron las bases del estatuto territorial establecido en 1815. ¿No había llegado el momento de aprovecharse de estas circunstancias para borrar el recuerdo de las derrotas, para que Francia volviese a la adopción de la iniciativa y acaso al papel dirigente de la política europea? Tal era el anhelo de una importante fracción de la opinión pública, sobre todo en los partidos de izquierda. No obstante, era necesario señalar matices. La oposición republicana podía fácilmente estudiar una guerra de *propaganda revolucionaria para liberar a los pueblos*, ya que no corría el peligro de tener que cargar con las responsabilidades del poder y de realizar su programa. Lo que importaba, sobre todo, era la actitud de aquellos que, entre los mantenedores de la monarquía burguesa, impulsaban a la acción exterior—los hombres del *Partido del movimiento*, los miembros de la *izquierda dinástica*—. En la primavera de 1831, Odilon Barrot afirmó en la cámara de los Diputados que no deseaba *la guerra por la guerra*, puesto que no ignoraba los peligros que originaría un posible conflicto para la libertad y la civilización; aceptó incluso, de

(1) Véase más adelante, pág. 87.

hecho, los tratados de 1815; pero añadió que Francia no debía adherirse a una política de *no intervención* ni tolerar que otras potencias atentaran contra el derecho de los pueblos. No invocaba las *afinidades ideológicas*, sino solamente los intereses franceses en los países vecinos, que habría que defender con las armas, si fuere preciso. Los mismos moderados, aun prefiriendo limitarse a una acción diplomática, declararon que no retrocederían ante el empleo de la fuerza si la dignidad de Francia lo exigiera.

Este rebrote de nacionalismo francés estaba contenido por el rey. Luis Felipe era pacífico por temperamento y por convicción. Conocía todos los peligros a que Francia se vería expuesta si acometiese una política de aventuras; sabía también que las divergencias entre las grandes potencias—aumentadas aún desde la subida al poder, en Inglaterra, de un Gabinete liberal—no impedirían el restablecimiento de una solidaridad contra Francia, si estimasen que la monarquía de julio amenazaba la paz. El rey no cesaba de moderar, personalmente, las iniciativas de sus ministros.

Así, pues, Francia fue *prudente* durante todo aquel período; resultado que no se habían atrevido a esperar sus vencedores en 1815.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la Gran Bretaña.**—C. K. WEBSTER: *The Foreign Policy of Castlereagh*, Londres, 1925.—H. TEMPERLEY: *The Foreign Policy of Canning*, Londres, 1925.—SIR C. K. WEBSTER: *The Foreign Policy of Palmerston, 1830-1841*, 2 vol., Londres, 1952.

**Sobre Austria.**—R. WALIZEWSKI: *Le Règne d'Alexandre 1er*, tomo II, París, 1924. — TH. SCHIEMANN: *Geschichte Russlands unter Kaiser Nikolaus I.* Berlín, 1904.—V. GITERMANN: *Geschichte Russlands*, tomo III, Zurich, 1949.—D. ORDIONI: *Pozzo di Borgo, diplomate de l'Europe Française*, París, 1935.

**Sobre Rusia.**—R. VON SRBIK: *Metternich. Der Staatsman und der Mensch*, 2 vol., Munich, 1925-1926.—P. R. SWEET: *Friedrich von Gentz, Defender of the Old Order*, Madison, 1941.—

H. RIEBEN: *Grundlage und Diplomatie im Metternichs Europapolitik, 1815-1848*, Berna, 1942.—E. DE LEVISMIRE-ROIX: *Mémoires et Papiers de Lebzelter*, París, 1949.

**Sobre Francia.**—P. RAIN: *L'Europe et la Restauration des Bourbons*, París, 1908.—J. FOUQUES-DUPARC: *Le troisième Richelieu, libérateur du territoire en 1815*, Lyon, 1940.—CH. H. POUTHAS: *Chateaubriand, diplomate et ministre*, en "Livres du Centenaire", París, 1949.—CH. DE GRANDMAISON: *L'Expédition d'Espagne en 1823*, París, 1923. C. GROSJEAN: *La Politique étrangère de la Restauration et l'Allemagne*, París, 1930.—S. CHARLETY: *Lettres du duc de Richelieu au marquis d'Osmond, 1816-1818*, París, 1930.—La mejor exposición de conjunto fue dada, en un curso stenografiado, por M. CH. H. POUTHAS, profesor de la Sorbona.

## CAPITULO III

LAS PRIMERAS AMENAZAS CONTRA EL «ORDEN EUROPEO»  
(1818-1823)

Cabe preguntarse si las potencias victoriosas se preocuparon, en el momento en el que se alcanzaba la reconstrucción política de la Europa continental, de asegurar la continuidad de una obra que sabían era precaria, así como cuál fue el espíritu con que trabajaban y cuál el éxito que consiguieron.

## I. EL SISTEMA EUROPEO DE 1815

En las semanas que siguieron a Waterloo y a la derrota definitiva de Napoleón, Alejandro I y Castlereagh invocaron los *intereses colectivos de Europa* y pretendieron asegurar su conservación. Uno era el autor del Pacto de la Santa Alianza, firmado entre Austria, Prusia y Rusia el 26 de septiembre de 1815; el otro, el promotor del Pacto de Garantía, concluido el 20 de noviembre de 1815. Pero tales iniciativas eran completamente diferentes por su carácter y por su alcance.

El Pacto de la Santa Alianza era un documento personal de los soberanos, que expresaban, invocando los principios del cristianismo, su voluntad de mantener en sus relaciones políticas los "preceptos de justicia, de caridad y paz", de permanecer "unidos por los lazos de una fraternidad verdadera e indisoluble y de ayudarse y de socorrerse en cualquier ocasión y lugar". Los tres signatarios se declaraban dispuestos a admitir en su alianza a todas las potencias prestas a reconocer los "sagrados principios".

Texto sin precedentes en la historia de las actas diplomáticas, ya que pretendía fundar las relaciones internacionales en los preceptos de la "eterna religión del Dios salvador" y en la existencia de una "nación cristiana". ¿Era sincero el llamamiento? ¿No estaba destinado a servir de máscara a la satisfacción de los intereses políticos? Al dirigirse "a todos los príncipes cristianos", pero solo a ellos, Alejandro confiaba indudablemente en la adhesión de Francia y de España, que podrían servir de contrapeso, útil a los intereses rusos; pero pretendía también excluir de aquella amenaza al Imperio otomano, porque, por ese lado, quería conservar su libertad de acción; la noción de *comunidad cristiana* estaba, pues, de acuerdo con los designios de su política otomana.

No obstante, los contemporáneos acogieron la iniciativa del Zar sin manifestar inquietud alguna; se inclinaron únicamente a ironizar.

"Aspiraciones filantrópicas, ocultas bajo la mano de la religión", dijo Metternich. Y Gentz consideró el tratado como una *nulidad política*. ¿Equivale esto a decir que no sospecharon que el Zar conducía un frente de apóstolado de apariencia anodina y una maniobra política? ¿Fueron engañados? No; en Viena y en Berlín el tratado parecía inofensivo porque no contenía cláusula alguna que significase obligación para los contratantes y porque se limitaba en suma a una declaración de principios. Por ello, los gobiernos austriaco y prusiano no consideraron necesario presentar objeción alguna al proyecto del Zar, y le concedieron una cortés adhesión que halagaba su vanidad. El gabinete inglés se mostró más reticente. A Castlereagh le hubiera agradado hacer fracasar aquella manifestación de "sublime misticismo", no solamente porque el tratado era una "insensatez", sino porque podía tener resultados perjudiciales en cuanto estaba abierto a la adhesión de Francia. Como no había logrado *torpedear* el proyecto, deseaba que Gran Bretaña se mantuviera apartada de él, amparándose en los principios constitucionales ingleses, que prohíben al soberano firmar solo un acta internacional; el príncipe regente se limitó, pues, en carta personal al Zar, a declararse de acuerdo con los sentimientos de que se hacía portavoz el tratado.

Realmente, el porvenir daría la razón a Gentz: el pacto de 26 de septiembre de 1815 apenas desempeñaría papel alguno en las relaciones internacionales, no obstante el hecho de que el término *Santa Alianza* se convirtiese en el lema de una política. El papel activo correspondió a la iniciativa inglesa.

Castlereagh deseaba mantener la solidaridad entre los vencedores en interés de Gran Bretaña y para impedir cualquier tentativa de desquite francés; pero deseaba también *encuadrar* a Rusia, cuyas ambiciones temía. El medio para ello era renovar el tratado de Chamount, con las modificaciones a que obligaba la restauración en Francia. Tal era, en octubre de 1815, la sugerencia inglesa: una alianza de los Cuatro contra Francia.

Durante las negociaciones entre los aliados, se amplió el proyecto, a iniciativa del Zar. En lugar de una alianza dirigida exclusivamente contra Francia, Alejandro sugirió que el acuerdo fuese considerablemente ampliado: las cuatro potencias se garantizarían mutuamente el conjunto de sus posesiones; afirmarían también el derecho de ejercer una vigilancia en los asuntos interiores de los Estados y a intervenir colectivamente para reprimir las tentativas revolucionarias. Para coordinar su acción, los gobiernos de los cuatro Estados celebrarían conferencias periódicas.

Tales concepciones resultaban demasiado amplias y vagas para el gusto de Castlereagh. El gabinete inglés se limitó a una garantía colectiva de las fronteras fijadas por el segundo tratado de París; es decir, a una protección establecida contra Francia, y rehusó extender sus compromisos al conjunto del estatuto territorial. Rechazó, pues,

el proyecto de una intervención colectiva destinada a garantizar la estabilidad interior de los Estados; solamente debía intervenir en caso de que la paz general fuera amenazada por revueltas revolucionarias. No obstante, del programa ruso se retuvo la idea de reunir conferencias entre los representantes de los estados vencedores; pero se vació esta idea de su contenido por las restricciones que significaba para la acción colectiva. ¿Cuáles fueron los motivos de su actitud?

La oposición que manifestó a una vigilancia de los asuntos interiores de los Estados respondía ciertamente al estado de ánimo de los medios políticos ingleses. ¿Por qué Gran Bretaña, dotada de un régimen constitucional y parlamentario, se había de asociar a un plan que tendiera a proteger en el continente los regímenes de monarquía absoluta? Pero no le preocupaba solamente aquella cuestión de principio; pensaba, sobre todo, en la situación de Francia, en donde la Carta de 1814 estableció un sistema político inspirado en el régimen inglés, aunque caracterizado por una mayor independencia del poder ejecutivo respecto a la representación nacional. ¿No haría el proyecto ruso que las potencias tomaran partido en las dificultades interiores que, sin duda, comportaría el funcionamiento de las instituciones francesas? Castlereagh no deseaba lanzarse por aquel camino; no sabía por qué medios y en provecho de qué intereses sería ejercida tal acción.

Es menos fácil de comprender por qué la política inglesa se pronunció contra un proyecto de garantía general del estatuto territorial. Ya que Castlereagh temía las ambiciones de Rusia, ¿no tendría interés en ligar al Zar por una promesa y tomar las medidas propias para asegurar su respeto, llegado el caso? Si desechó aquella solución fue, sin duda, porque no quería imponer a Gran Bretaña responsabilidades o cargas demasiado pesadas en los asuntos continentales y porque contaba con que Austria y Prusia serían suficientes para impedir un intento de penetración rusa en la Europa central. Pero también pudo ser porque, en defecto de un pacto general de garantía, las potencias europeas adoptasen, unas hacia otras, una actitud de inquieta vigilancia, y que tales rivalidades dejaran a Gran Bretaña mayor libertad de acción. Esta es, no obstante, una interpretación muy hipotética.

Pero la posición de Gran Bretaña bastó para hacer fracasar el proyecto ruso, ya que Metternich no apoyó las sugerencias del Zar. El canciller austriaco temía, sin embargo—al igual que Alejandro—, los movimientos revolucionarios, y veía en la estabilidad interior de los Estados una condición indispensable para el mantenimiento de la paz general; pero desconfiaba de la política rusa y no quiso proporcionarle medios para intervenir—con cualquier ocasión—en las cuestiones relativas a Italia o a la Europa central.

El tratado de 20 de noviembre de 1815 estaba, pues, de acuerdo con el proyecto inglés: iba únicamente dirigido contra Francia. Las cuatro potencias signatarias formaron una *liga permanente* para asegurar el respeto del segundo tratado de París, y, en aquella inteligencia,

ponían de nuevo en vigor las estipulaciones de los tratados de 1 de marzo de 1814 y de 25 de marzo de 1815, y decidieron que "Napoleón y su familia" quedarían "excluidos para siempre" del trono francés. Para el caso en que los "principios revolucionarios" desgarraran de nuevo a Francia y "amenazaran la tranquilidad de los otros estados", acordaron "concertar entre ellos y con su Majestad Cristianísima las medidas que estimen necesarias para la seguridad de sus respectivos estados y para la tranquilidad general de Europa". Nada hubo de inédito en estas estipulaciones. No obstante, el artículo 6.º añadía que, para consolidar las mutuas relaciones que los unían, los cuatro soberanos o sus ministros celebrarían, en épocas determinadas, conferencias en las que se examinarían las medidas adecuadas no solamente para el mantenimiento de la paz, sino acerca de los *grandes intereses comunes*, especialmente *el reposo y la prosperidad* de los pueblos. En estas reuniones no se trataría solamente de la cuestión de las relaciones con Francia; los gobiernos de los estados vencedores podrían ocuparse de todos los problemas, a fin de adoptar a su respecto una línea común de conducta.

¿En qué medida tales textos—compromisos, como todas las actas diplomáticas—manifestaban el deseo de mantener la solidaridad entre las potencias victoriosas? ¿Cuál era el alcance de las obligaciones mutuas?

Desde el punto de vista del estatuto territorial, el único compromiso mutuo en que entraron los cuatro estados fue el de oponerse a toda tentativa que pudiera realizar Francia con vistas a la modificación de sus fronteras. Pero aun este compromiso preveía solamente un *concierto*, no una verdadera alianza: el *casus foederis* no estaba exactamente definido y no se determinaban las fuerzas militares o navales con que cada estado debería contribuir. En cuanto a las fronteras de los otros grandes estados, no fueron objeto de ninguna *garantía* colectiva. Sin duda, el Pacto de la Santa Alianza implicó para Austria, Rusia y Prusia el respeto mutuo de sus fronteras; pero esto no era más que una declaración de principios, sin que le acompañase promesa definitiva alguna. Aunque el artículo 6.º del tratado de 20 de noviembre de 1815 implicaba el deseo de mantener la paz y, por consiguiente, el *statu quo* territorial, no incluía tampoco cláusula alguna de garantía. En fin, en caso de violación de las otras fronteras—las de los estados *secundarios*—, las grandes potencias tenían, indudablemente, derecho a intervenir, en la medida que dichas fronteras hubieran sido consideradas por el Acta general de 1815 (caso particular de los Países Bajos), aunque no habían contraído otro compromiso mutuo que el de ponerse de acuerdo sobre las medidas que debieran ser tomadas. La voluntad de mantener el estatuto territorial no estaba, pues, formulada claramente.

Desde el punto de vista de la *reconstrucción* política y social, el proyecto ruso fue rechazado, a iniciativa de Gran Bretaña. Dicho pro-

yecto implicaba un derecho general de intervención de las cuatro potencias en los asuntos interiores de los estados. Según el tratado de 20 de noviembre de 1815, solo la amenaza de levantamientos revolucionarios en Francia obligaba a los *Cuatro* a ponerse de acuerdo sobre las medidas que debieran adoptarse. Sin embargo, la intervención era posible en los otros estados, en virtud del Pacto de la Santa Alianza (al que no se había adherido Gran Bretaña), o del artículo 6.º del tratado de 20 de noviembre de 1815, que consideró "el reposo" de los pueblos y "el mantenimiento de la paz del Estado". Pero tampoco aquí hay indicios de un compromiso taxativo.

La innovación más notable fue la institución de conferencias periódicas en las que los cuatro gobiernos intercambiarían sus puntos de vista sobre todas las cuestiones. Este procedimiento diplomático, que podía facilitar el entendimiento entre los gobiernos, era incontestablemente nuevo; en lugar de limitarse a cambiar solamente *notas*, los hombres de estado responsables de la conducta de la política exterior celebrarían reuniones directas, en las que podrían discutir más fácilmente sus puntos de vista respectivos y llegar a un compromiso entre sus intereses. Los gobiernos se esforzaban en mantener, en estas conferencias, los *intereses comunes*, y ello era indicio de que comprendían la noción de un deber colectivo o, por lo menos, que creían oportuno el invocarlo.

Aquel *concierto* de las grandes potencias implicaba la idea de un *control* que podrían ejercer de común acuerdo con vistas a mantener la paz. Los nuevos rasgos dan una fisonomía original a tales acuerdos.

Pero ¿puede verse en ello una nueva concepción de las relaciones internacionales? ¿Pensaban los hombres de estado de 1815 en el establecimiento de una *Confederación de Europa*? Decididamente, no. No hay en dichos textos nada que implicase una limitación de la soberanía de los estados en beneficio de un organismo supranacional; nada que organizase una protección mutua de la integridad territorial; nada que significase el compromiso de renunciar a la guerra. Las soluciones propuestas no tuvieron otro objeto que confirmar la preponderancia de las grandes potencias victoriosas; todo lo más, consistían en un esbozo de *Directorio*, no un preludio de un esfuerzo de organización inspirado en ideas federativas.

## II. REVUELTAS EUROPEAS Y POLÍTICA DE INTERVENCIÓN

En noviembre de 1815, los gobiernos aliados habían estimado que la actitud del pueblo francés amenazaba grandemente su obra, y habían tomado precauciones y previsto la necesidad de una acción conjunta. Pero después de esa fecha no fue Francia la que opuso las dificultades más serias a la política de los aliados, sino los movimientos revolucionarios de Italia y de España, así como las simples amenazas de revueltas en Alemania.

Esta prudencia de Francia constituyó una sorpresa para los aliados. Ciertamente, no tenían que temer un empuje brutal mientras durara la ocupación del territorio francés; es decir, hasta el completo pago de la indemnización de guerra. Pero ¿y después? Luis XVIII era, sin duda, demasiado prudente para lanzarse a una política de aventuras. Pero ¿sería capaz de continuar dominando la situación? En el momento en que, después de los Cien Días, había recuperado el trono, los observadores extranjeros estaban convencidos de cuán precaria era la Restauración y temían ver a la monarquía *atemperada* sucumbir, bien a mano de los elementos populares, bien por la presión que sobre ella ejercía la aristocracia terrateniente. Peligros, en realidad, muy distintos. El éxito de la oposición de izquierda—campesinos y obreros, pequeños burgueses y antiguos oficiales del ejército napoleónico, inquietos todos por las consecuencias sociales de la restauración—habría desarrollado el espíritu de resistencia a los aliados; pero aquella oposición no podía triunfar más que por medios extralegales, dado que los elementos populares no tenían reconocido el derecho de voto. De la oposición de la derecha los aliados no tenían que temer una tentativa de desquite nacional, ya que dicha aristocracia terrateniente era la beneficiaria de la restauración. Pero pensaban que, si los ultrarrealistas llegaban a dominar, su política interior provocaría en los medios populares violentas reacciones que comprometerían la estabilidad del régimen.

El deseo unánime de los aliados era ver en el poder a los elementos realistas moderados; la tarea de estos se presentaba difícil, y aquellos tenían interés en ayudarlos. La presencia en el poder del duque de Richelieu, presidente del Consejo desde el 24 de septiembre de 1815, les satisfacía. Richelieu, que durante la ocupación había vivido en Rusia y allí había sido gobernador de Odesa, poseía la confianza personal del Zar. Por tanto, fue aceptado de buena gana, porque tenía reputación de ser moderado y leal, y se había hecho merecedor de tal confianza absteniéndose de cualquier tentativa de enfrentar a unos aliados con otros. Y cuando el presidente del Consejo se encontró con la oposición de los ultrarrealistas, que habían logrado mayoría en la *Chambre introuvable*, Inglaterra y Rusia se pusieron de acuerdo para aconsejar a Luis XVIII la disolución de la misma (septiembre de 1816). Las nuevas elecciones concedieron mayoría a los moderados. La situación interior de Francia parecía, pues, afirmada, en 1817, en el sentido que los aliados deseaban.

El duque de Richelieu se aprovechó de aquel respiro para tratar de establecer la independencia de la política exterior francesa. Sus dos objetivos inmediatos eran obtener la evacuación del territorio, sin tener que esperar el transcurso del plazo fijado por el segundo tratado de París, y conseguir que los aliados admitiesen la entrada de Francia en el *concierto europeo*. ¿Cómo lo consiguió?

Para decidir a los aliados a la evacuación anticipada del territorio

francés, el gran argumento que esgrimía era de política interior. Al prolongar la ocupación—decía—, los aliados imponen a la población cargas financieras, obligaciones materiales y morales, que contribuyen a aumentar el número de descontentos y a alimentar el resentimiento contra el vencedor, favoreciendo, en consecuencia, el resurgir del espíritu revolucionario. Los aliados, no obstante, vacilaban, porque se preguntaban si el gobierno francés no correría el riesgo de ser derrocado por un movimiento bonapartista o republicano, el día que perdiese la protección de las tropas extranjeras. Los ultrarrealistas no hacían nada para vencer dicha vacilación; más bien la confirmaban. Vitrolles aconsejó, incluso—en nota dirigida a Wellington, comandante de las tropas de ocupación—, el mantenimiento de esta, pues si faltare—decía—la revolución sería inevitable. Verdad es que otros—Bertier de Sauvigny entre ellos—declararon desear la retirada de las tropas extranjeras; pero ¡con qué reticencias! La insistencia con que señalaban la inestabilidad de la situación interior francesa tendía a agravar la inquietud de los aliados y a contrarrestar los deseos de Richelieu. Entre estos realistas, la pasión política prevalecía sobre el interés nacional. Ante las contradictorias afirmaciones del presidente del Consejo y de sus adversarios franceses, Wellington se decidió a enviar investigadores para que estudiaran el estado de la opinión pública y valorasen sus riesgos. Aquella encuesta le hizo pensar en la exactitud de los argumentos de Richelieu. En la primavera de 1818, los gobiernos de las cuatro potencias victoriosas se mostraron dispuestos a seguir el consejo de Wellington. Este asunto, pues, quedaba arreglado en principio, a reserva de la íntegra satisfacción de la indemnización de guerra. Cuando decidieron convocar la Conferencia de Aquisgrán, primera de las *reuniones* previstas por el artículo 6.º del tratado de 20 de noviembre de 1815, los aliados aceptaron incluir en su orden del día la retirada de las tropas de ocupación; y tal solución se aceptó sin mayor dificultad.

¿No se verían obligados los aliados, después de la evacuación, a revisar su política respecto a Francia? ¿Era la Cuádruple Alianza, establecida por el tratado de 20 de noviembre de 1815, necesaria aún, en vista de que los aliados reconocían el *buen comportamiento* del Gobierno francés? ¿Era aún oportuna la repulsa formulada contra Francia? Tan pronto como quedó resuelta la cuestión de la liberación del territorio, el duque de Richelieu pidió a los aliados la admisión de Francia en el grupo de las potencias dirigentes. "Si se concediera esta satisfacción al amor propio nacional—dice—, se consolidaría la monarquía." Creía también seguro el éxito de los moderados en las elecciones, en perjuicio de los ultrarrealistas. Pero la desconfianza de los aliados parecía impedir el éxito de aquel proyecto. La política rusa deseaba hacer entrar a Francia en el *concierto europeo* para que sirviera de contrapeso a Inglaterra y a Austria. Gran Bretaña preferiría mantener la repulsa de 1818 hacia Francia, no tanto porque conti-

nuaba creyendo en el *peligro francés*, sino porque temía una colaboración ruso-francesa. Dicho temor era compartido por Austria y Prusia, que estimaban, no obstante, que se agravaría el peligro si se rechazase la pretensión francesa: el gobierno francés, decepcionado, podría entonces orientarse hacia una política de "alianza particular con Rusia". En las Conversaciones de Aquisgrán se llegó a un compromiso, el 12 de octubre de 1818. Por una parte, el Zar aceptó mantener la *Cuádruple Alianza*: los cuatro se comprometieron, pues, a mantenerse solidarios, en caso de reaparición del peligro de un desquite francés. Por la otra, el gobierno inglés consintió en admitir a Francia en las conferencias previstas por el artículo 6.º del tratado de 20 de noviembre de 1815.

De ahora en adelante, el gobierno de Luis XVIII tendría ocasión de desempeñar su parte en las deliberaciones relativas a las cuestiones europeas y de hacer valer la ayuda que, en caso de divergencias mutuas, pudiera prestar a uno u otro.

En el momento en que se esfumaba en Francia el temor de una *explosión*, aumentaron las amenazas en otros puntos del continente. En ninguna parte se trataba de un movimiento de masas; incluso en donde las convulsiones revolucionarias eran más serias, no fueron sino obra de grupos restringidos, de sociedades secretas. No obstante, la coincidencia de estos desórdenes parecía indicar cuán precarias eran las restauraciones de los regímenes políticos.

En Alemania, el movimiento liberal obtuvo éxito en el reino de Baviera y en el Gran Ducado de Baden, cuyos soberanos establecieron un régimen constitucional: el movimiento nacional se manifestó en los medios universitarios, gracias al impulso de la gran asociación de estudiantes, la *Burschenschaft*, que, después de haber organizado, en 1817, la fiesta de la Wartburg, adoptó la iniciativa de reunir, en 1818, en Jena, a los delegados de todas las universidades alemanas. El único incidente grave fue el asesinato—en marzo de 1819—de Kotzebue, periodista que informaba al Zar sobre las tendencias del espíritu público.

En Italia, reaparecieron amenazas, en Nápoles, en julio de 1820; y, en Turín, en marzo de 1821. En ambos casos, el movimiento revolucionario agrupó a antiguos oficiales del ejército napoleónico y a miembros de las profesiones liberales. Al principio, se trató de obligar a los soberanos a aceptar un régimen constitucional; pero la intención velada era la de proyectar un programa nacional; los emisarios de la *Carbonería* napolitana trataron de despertar en los otros estados italianos un movimiento en favor de una federación italiana. Santarosa, jefe de los revolucionarios piemonteses, soñaba con liberar del dominio austríaco al Lombardo-Véneto; pero no eran más que sueños.

En España, el absolutismo de Fernando VII sucumbió, en febrero de 1820; un movimiento revolucionario, dirigido por la Junta de Oficiales, impuso al rey un régimen constitucional. En julio de 1822, los partidarios de la monarquía intentaron un golpe de fuerza; fracasaron

delante de Madrid, pero formaron un gobierno en el Norte de la península, mientras que Fernando estaba, prácticamente, prisionero de los liberales, en su capital.

Ninguno de estos movimientos revolucionarios afectó al estatuto territorial establecido por los tratados de 1815; las fronteras no se discutían, pero el orden social y político veíase amenazado. Todo ello fue motivo para confirmar la preocupación sentida por Alejandro I; a partir de octubre de 1815. ¿Debía adoptarse la solución que el Zar había preconizado, es decir, la intervención conjunta en los asuntos interiores de los estados?

Los rusos habían intentado, de nuevo, plantear esta cuestión en la Conferencia de Aquisgrán. El memorándum presentado por el Zar, en 8 de octubre de 1818, después de invocar los principios de la *Santa Alianza*, había sugerido el establecimiento de una *alianza general*, que, "abierta a todos, sería la base de un sistema de garantía mutua de las actuales posesiones de las potencias contratantes". ¿Garantía territorial? Sí, pero también garantía de los regímenes políticos; en una conversación con Castlereagh, Alejandro I había dicho, expresamente, que se trataba de proteger los tronos y de "reprimir las revoluciones". Pero el Gobierno inglés tenía ahora que enfrentarse con una oposición. En un memorándum de 19 de octubre, Castlereagh había declarado, irónicamente, que los principios del Pacto de la Santa Alianza, si bien "podían ser considerados como la base del sistema europeo en el dominio de la conciencia política", no debían invocarse en las "obligaciones diplomáticas ordinarias, que ligan a un estado con otro". Atribuir como finalidad a una alianza entre las potencias, "apoyar contra toda violencia o ataque el estado de sucesión, de gobierno, de posesión, de todos los otros estados", era postular la existencia de un gobierno *supranacional*, ¿capaz de imponer a todos una ley de justicia! ¿Cómo se podría soñar con establecer tal gobierno? En cuanto a la extensión *universal* de la alianza, era, al decir de Castlereagh, una eventualidad que "siempre había carecido de sentido práctico, y que no puede tenerlo nunca".

Téngase presente que Metternich había apreciado las ventajas que, para el mantenimiento del orden social y político, representaría el plan ruso, y, en consecuencia, para la seguridad de los intereses austríacos en Alemania y en Italia; también había pensado que Alejandro experimentaría la "imposibilidad moral... de considerar la extensión de sus fronteras" si su plan era aceptado. Y, sin embargo, no había apoyado la iniciativa rusa. ¿Por qué? No solo por la presión de la política inglesa, sino, principalmente, porque le inquietaba el proyecto de una *alianza general*. ¿No podría el Zar conseguir que entrasen en tal alianza estados europeos *medios*, cuya presencia sería molesta para Austria? ¿No soñaba, desde el principio, con englobar a España, de tal suerte que la *garantía* podría extenderse, con motivo de la cuestión de las colonias

españolas, más allá del ámbito europeo? (1). ¿No pretendía Alejandro mostrar al mundo que la paz dependía solo de él, y también dejar establecida la preponderancia rusa en la política internacional?

La sugestión del Zar había sido, pues, descartada por simple preterición en la *declaración final* de la Conferencia de Aquisgrán. Solución fácil, ya que las molestias revolucionarias no se manifestaban aún. Pero cuando estas amenazas pasaron a formar parte de la realidad inmediata, la proposición rusa volvió a ser atendida; y, de hecho, se aplicó la política de intervención. Por tres veces—en el Congreso de Troppau (diciembre de 1820), en el de Laybach (enero de 1821) y en el de Verona (verano de 1822)—las potencias se lanzaron por el camino que había indicado el Zar, no obstante las reticencias de Gran Bretaña: acción contra la revolución de Nápoles, en donde Austria fue encargada de una intervención armada, en interés del *orden europeo*; decisión de restaurar en España el poder de Fernando VII, mediante una intervención armada de Francia. ¿Por qué Austria, que había negado su apoyo, en Aquisgrán, al principio de intervención, lo favorecía ahora? ¿Por qué se asociaba Francia a aquella política? Por encima de las maniobras diplomáticas, tales preguntas se imponen a nuestra atención.

El cambio de opinión de Metternich se explica fácilmente. En la conferencia de Aquisgrán la política de intervención se encuadraba en el plan de una alianza general, que había parecido sospechosa. Pero, desaparecida esta consideración, el principio era aceptable. Y la revolución de Nápoles amenazaba directamente los intereses austríacos. ¿Podía Austria abandonar al rey de las Dos Sicilias, que, por el tratado secreto de 21 de junio de 1815, le había prometido no adoptar reforma política alguna con las instituciones monárquicas tradicionales? Tal abandono comprometería toda la influencia austríaca en Italia. No es, pues, sorprendente que, en este caso, Metternich estimara indispensable recurrir a una intervención armada. En principio, no obstante, estaría bien dispuesto a hacerlo por propia iniciativa, sin invocar *los intereses colectivos* de Europa. En la época en que comenzó la revolución napolitana, estaba a punto de ahogar los movimientos esporádicos que se producían en Alemania. Se guardó bien de mezclar en este asunto al conjunto de las potencias: en la Conferencia de Carlsbad había establecido, mediante un acuerdo directo con Prusia y los príncipes alemanes, las bases de la represión. En 1820, el Acta de Viena interpretó el pacto federal de tal suerte que la Dieta tendría, en lo sucesivo, el derecho de intervenir, en ciertos casos, en los asuntos interiores de los estados alemanes. También el canciller austríaco estaría dispuesto a *restablecer el orden* por sus propios medios en la cuestión italiana; después de haber tomado las precauciones de asegurarse de que ninguna de las otras potencias reconocería al gobierno napolitano

(1) Véase más adelante, el Cap. V.

salido de la revolución. ¿Por qué someter la cuestión a un Congreso y dar así a los otros estados ocasión de expresar su punto de vista en la solución de un asunto de interés primordial para Austria? Si, no obstante, el Gobierno austríaco se vio obligado a aceptarlo así, fue porque el Zar aprovechó la ocasión para volver a adoptar—e imponer—su plan de intervención colectiva: la política rusa se encargó de dar a este asunto su carácter *europeo*.

¿Quiere esto decir que Alejandro estuviera dominado por el deseo de hacer prevalecer los principios absolutistas y que quisiese aparecer como el campeón del *orden*? No, puesto que su primer cuidado en el Congreso de Laybach fue proponer que se concediese una constitución liberal al reino de las Dos Sicilias, otorgando, con ello, una *prima* a los promotores de la revolución napolitana. Lo que en el fondo deseaba era impedir a Austria que desarrollase libremente su acción en Italia. En su ánimo, el método del Congreso era un medio de presión y de regateo, del que se servía para obtener una contrapartida en beneficio de los intereses rusos. De hecho, no tardó en abandonar sus primeras sugestiones y dejar las manos libres a Austria: le bastaba saber que Metternich, en correspondencia, se mostraba complaciente en las cuestiones balcánicas (1).

Así, pues, Austria pudo realizar, bajo las apariencias de un *mandato europeo* que no le molestaba, la intervención que por su propia iniciativa hubiera realizado con gusto. A finales de febrero de 1821, el ejército austríaco restableció en Nápoles la autoridad absoluta de Fernando I; y reprimió, en abril, la insurrección liberal piemontesa a petición del rey sardo. Metternich, no el Zar, fue quien dirigió, efectivamente, la política de intervención.

En cuanto a la actitud francesa, estaba determinada por las circunstancias de la política interior. El Gobierno francés permanecía *al margen* de la cuestión italiana: sus representantes adoptaron una actitud muy reservada, tanto en Troppau como en Laybach. Tampoco plantearon la cuestión española. En estas dos ocasiones, Luis XVIII siguió el consejo de Decazes, el cual pensaba que no existía interés en enfrentarse con la opinión liberal. Pero cuando, en octubre de 1821, los *ultras* alcanzaron el poder, con el ministerio Villèle, en los medios gubernamentales se manifestó el deseo de *restaurar la potencia política de Francia*; este era el medio, si no de satisfacer los intereses generales del país, que no sacarían de ello gran provecho, sí las tendencias de una opinión pública, ávida de gloria, después de los desastres y humillaciones de 1815. El nuevo ministerio concedió subsidios a Fernando VII, a partir de enero de 1822. ¿Sería preciso llegar a prestarle un apoyo armado? La prensa ultrarrealista y la mayoría parlamentaria impulsaban a la intervención a un Gobierno cuyo jefe vacilaba ante el riesgo de comprometer a Francia en una cuestión *diabólica*; y

(1) Véase más adelante, Cap. VI.



tema compromete a Francia en una cuestión financiera. Pero aquel movimiento pretendía basarse, únicamente, en los intereses franceses, no en los principios de la intervención colectiva. Cuando se planteó la cuestión española ante el Congreso de Verona las instrucciones del Gobierno francés a sus plenipotenciarios fueron las de no adoptar iniciativa alguna, no solicitar ni aceptar un *mandato*, reservar la libertad de acción de Francia, que no estaba dispuesta a hacer la guerra a instancias de las potencias de la Santa Alianza y deseaba ser *único juez* de la necesidad de una intervención. Ciertamente es que, después de las iniciativas personales de Mathieu de Montmorency, que sobrepasaban las instrucciones recibidas, el asunto tomó otro aspecto. Pero solo por pura necesidad se convirtió el Gobierno francés en *mandatario* de las potencias. Se resignó únicamente cuando se vio obligado a ello, ante la resistencia que el Gabinete inglés oponía a tal intervención en España, para asegurarse de que, llegado el momento, no se vería aislado. También hizo resaltar que escogería él mismo la fecha de la expedición. Cuando, en enero de 1823, Luis XVIII anunció la ruptura de las relaciones diplomáticas con España, no hizo siquiera alusión a la postura adoptada por los tres estados de la Santa Alianza. Su gran preocupación fue que todo aquel asunto conservara el carácter de una empresa *francesa*.

En estas dos ocasiones, las únicas en que se aplicó la política de intervención, el desarrollo de la situación internacional fue análogo: Francia y Austria estaban dispuestas a obrar por propia iniciativa, al margen de toda decisión colectiva; la reunión de un Congreso se debía a la iniciativa del Zar; no obstante, su resultado efectivo único consistió en conceder un *mandato europeo* a las dos potencias que se preparaban a llevar a cabo la intervención sin esperar dicho mandato. La actitud de ambas fue determinada por intereses, no por principios. El Gobierno austriaco quería salvaguardar su preponderancia en Italia. El francés quería mostrar que era capaz de volver a ocupar un *rango militar* en Europa, del que se aprovecharía en su política interior. El Zar no obtuvo ventaja directa alguna; pero estableció *precedentes* de los que esperaba sacar partido en seguida para su política balcánica. En resumen: en lo que se dio en llamar *política de la Santa Alianza*, el principio de intervención colectiva, si bien fue afirmado en fórmulas retumbantes, no sirvió más que de máscara a maquinaciones o maniobras. Durante todos aquellos congresos, el interés *europeo* fue solo cuestión de palabras; de hecho, solo contaban los intereses particulares de los estados.

Pero la noción misma de la acción colectiva fue puesta en entredicho por la actitud del Gobierno inglés. En octubre de 1815 y en octubre de 1818, Castlereagh había manifestado su resistencia a las sugerencias del Zar y a la idea de intervención en los asuntos interiores de los estados; y había impuesto su punto de vista. Y cuando, debido al cambio de opinión de Austria y Francia, se aplicó la política de inter-

vencción, no se resignó a aceptarla: el Gabinete inglés decidió tomar partido, resueltamente, contra los principios de la Santa Alianza, y formular aquellos en que se inspiraba. Su nota de 5 de mayo de 1820 señaló una fecha en la evolución del *sistema europeo*.

La alianza entre las cuatro potencias victoriosas, decía aquel memorándum, ha sido establecida para poner al continente al abrigo de las ambiciones francesas; y nunca ha tenido por objeto constituir una "unión para el gobierno del mundo o para la superior vigilancia de los asuntos interiores de los estados". Se trataba de "proteger a Europa contra un poder revolucionario de forma militar", y no de poner trabas al éxito de las ideas liberales. Así, pues, el Gobierno inglés no podía asociarse a iniciativas que se separaban de los objetivos señalados en un principio. Tal era la exposición del Gobierno británico. ¿Se trataba solamente de una *declaración de principios*?

Castlereagh se negó a tomar partido, respecto a la cuestión italiana, en los Congresos de Troppau y de Laybach, adonde envió solamente un observador; pero el 21 de febrero de 1821 anunció en la Cámara de los Comunes que aceptaba una expedición militar austriaca, porque la revolución de Nápoles se debía a un *pronunciamiento*, método detestable. Simulaba, pues, pensar que la defensa del *liberalismo* no estaba en litigio en tal ocasión. Pero no quería asociarse a una declaración común que proporcionase un apoyo moral a la acción austriaca. En resumen: aceptaba una política de intervención, a condición de que no fuese obra colectiva. Claro está que invocaba argumentos de carácter general; aplazar la decisión hasta un Congreso sería establecer una especie de *Gobierno europeo*, en manos de un Directorio de grandes potencias; destruir, por consiguiente, el concepto de soberanía de los estados. Pero, en el fondo, buscaba un término medio que le permitiera hacer fracasar la política rusa, sin incurrir en el descontento de Austria.

La actitud de Gran Bretaña era más decidida en la cuestión española. El gabinete británico se pronunció contra toda intervención, incluso en caso de que la decisión fuese tomada por Francia solamente. ¿Obedecía ello a que, a la muerte de Castlereagh ocupaba el puesto de secretario de Negocios Extranjeros Canning, más inclinado que su predecesor a favorecer un movimiento *democrático*? Sí; pero también, indudablemente, debíase a que la cuestión española era importante para el mantenimiento del *statu quo* en el Mediterráneo, y podía afectar asimismo al comercio inglés con América del Sur: el mal humor manifestado por la opinión pública no tenía otro motivo. También en este caso los principios servían para amparar los intereses.

En 1823 se rompió, definitivamente, la solidaridad proclamada ocho años antes por las grandes potencias, y que, en apariencia por lo menos, se había mantenido hasta entonces. Gran Bretaña desautorizó la política de intervención, aunque, por el estado de sus fuerzas



militares, no pudiera oponerse efectivamente a ella. No cabía mantener, pues, el *concierto europeo* en los asuntos continentales. Con mayor razón, las divergencias se manifestaban, de modo más claro, en los asuntos mediterráneos y en la cuestión de las colonias españolas de América (1).

## BIBLIOGRAFIA

- W. A. PHILIPS: *The Confederation of Europe*, Londres, 1914.—W. NAF: *Zur Geschichte der Heiligen Allianz*, en "Berne Untersuchung zur allgemeinen Geschichte", Berna, 1928.—K. GRIEWANK: *Die europäische Neuordnung*, en "Historische Zeitschrift", 1943.—H. NICOLSON: *The Congress of Vienna. A Study in Allied Unity, 1812-1822*, Nueva York, 1946.—J.-H. PIRENNE: *La Sainte-Alliance*, 2 vols., Neuchâtel, 1946-1949.—H. G. SCHENK: *The Aftermath of the Napoleonic War. The Concept of Europe, an Experiment*, Londres, 1947.—CH. DUPUIS: *La Sainte-Alliance et le Directoire européen de 1815 à 1818*, en "Revue d'Histoire diplomatique", 1934.—H. SCHMALZ: *Versuch einer gesamteuropäischen Organisation, 1815-1820*, Aarau, 1940.—E. KNUFTON: *The Origins of the Treaty of Holy Alliance*, en "History", septiembre 1941, págs. 132-139. Sobre la política de las grandes potencias, véanse las obras indicadas en la bibliografía del capítulo precedente; y también: R. P. DE BERTIER DE SAUVIGNY: *Un type d'ultra-royaliste, Ferdinand de Bertier et l'énigme de la Restauration et l'Allemagne*, París, 1930.—E. BEAU DE LOMENIE: *La carrière politique de Chateaubriand*, París, 1929, 2 vols.—CH. POUTHAS, obra citada, pág. 41.

(1) Sobre tales asuntos, véanse los Caps. V y VI.

## CAPITULO IV

LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS DE 1830-1832  
EN EUROPA

La revolución parisiense de junio de 1830 y la caída de la dinastía, restaurada en 1814 por voluntad de los aliados, constituyeron la primera brecha en el estatuto establecido en 1815. En toda Europa los adversarios del mismo miraban hacia Francia, a la que esperaban ver reemprender las tradiciones revolucionarias. Los primeros actos de Luis Felipe—bandera tricolor, evocación de Jemmapes—despertaron esa esperanza, que la política del *Rey de los Franceses* desmentiría bien pronto. Ajentaban, en gran parte del continente, los movimientos revolucionarios, en los que se asociaban las aspiraciones del liberalismo político y las del sentimiento nacional. Pero el alcance internacional de dichos movimientos era muy diferente. Para comprenderlo es preciso tener en cuenta las fuerzas profundas que proporcionaban su fisonomía a cada uno de ellos.

## I. LA CRISIS BELGA

Los tratados de 1815 habían constituido el reino de los Países Bajos, que agrupaba, bajo la dinastía de los Orange-Nassau, las provincias belgas, con una población de tres millones y medio de habitantes, como "barrera" contra Francia. El rey Guillermo I debía tratar de hacer convivir a poblaciones cuyas costumbres, tradiciones y religión eran diferentes, y cuyos destinos se habían separado, hacía dos siglos. ¿Presintieron las posibles dificultades los diplomáticos del Congreso de Viena? Indudablemente, no. Talleyrand había dicho, en 1815: "No existen belgas, sino valones y flamencos", opinión que era entonces la corriente y que parecía confirmada por la diferencia entre las lenguas y la estructura social de los grupos. Y el reino de los Países Bajos se hundió, en 1830, bajo el impulso de los belgas, que obtuvieron su independencia.

¿Cuáles fueron las causas de este movimiento revolucionario? ¿Cómo se unieron flamencos y valones contra los holandeses? En esta crisis, de alcance internacional, debe verse la formación de un sentimiento nacional belga.

¿Móviles religiosos? Los católicos y los calvinistas habían permanecido separados desde el siglo xvi. El gobierno holandés había prometido respetar la libertad de cultos; y mantuvo su promesa. Pero en Flandes, donde los sentimientos católicos eran sólidos y la influen-

cia del clero decisiva, la subordinación a un gobierno protestante despertó, en seguida, la desconfianza. No así en Valonia, donde la mayoría de la burguesía se inclinaba a una actitud anticlerical. Tal móvil era, pues, menos poderoso allí.

¿Móviles políticos? El gobierno de Guillermo I quería asegurar la preponderancia de los holandeses en el Estado, a pesar de su inferioridad numérica. La ley electoral fue redactada de tal manera que la mitad de los escaños se reservó a las circunscripciones holandesas, y los puestos públicos eran, en sus cuatro quintas partes, ocupados por los holandeses. Flamencos y valones estaban acordes en quejarse de aquel acaparamiento; y reclamaban una representación parlamentaria proporcional al número de habitantes. ¿Cómo podría el rey consentirlo sin provocar el aplastamiento de los holandeses? Tal oposición se hallaba de acuerdo no solo con los principios del liberalismo político en general, sino también con el derecho de flamencos y valones a no quedar relegados a un papel secundario en el Estado. Se desarrolló, sobre todo, en el país valón, de numerosa y activa burguesía liberal, y más sensible a la influencia de las ideas de 1789, por ser de lengua y cultura francesas.

La alianza entre la sorda oposición del clero flamenco y la protesta pública de los liberales valones, no parecía fácil, sin embargo, debido a que estos últimos eran anticlericales. Sobre todo, la cuestión escolar constituyó un obstáculo desde mucho tiempo atrás; los liberales eran partidarios de conceder al Estado el monopolio de la enseñanza, lo cual no podía ser aceptado por el clero católico. Hasta 1828 no se atenuaron estas divergencias: una generación de jóvenes liberales del país valón aceptó subordinar sus preferencias religiosas a sus reivindicaciones políticas; en Flandes, una parte del clero católico se orientó, bajo la influencia de las ideas de Lamennais, hacia el catolicismo liberal. En consecuencia, se hizo posible el acuerdo entre liberales y católicos. Aquello era el *unionismo*. En lo sucesivo, los dos grupos tendrían un programa común: libertad de enseñanza; libertad de prensa; reforma electoral, para establecer un régimen verdaderamente representativo. Esto sucedía en el mismo momento—11 de diciembre de 1829—en que el rey Guillermo reafirmaba, en su mensaje, sus derechos de soberano.

¿Qué parte hay que conceder a las cuestiones económicas y sociales en el desarrollo de aquella oposición? El progreso industrial había sido una de las grandes preocupaciones de la política real (1); pero tal *modernización* de la producción había sido, sobre todo, obra de los belgas; y en ella apenas habían participado los holandeses. La burguesía, aunque principal beneficiaria del esfuerzo, estaba lejos de agradecerse al poder real. Por el contrario, su papel en la vida económica le incitaba a reivindicar una parte más activa en la vida

(1) Véanse págs. 15 y 16.

política, aunque solo fuese para asegurar mejor la protección de sus intereses materiales. En Valonia, los industriales, que habían tenido que hacer frente a la competencia inglesa, se quejaban del régimen aduanero de los Países Bajos; y deseaban disponer de medios para ejercer influencia sobre esta legislación aduanera. En dichos círculos, pues, la situación económica era tal, que impulsaba las reivindicaciones del liberalismo político y la oposición al régimen holandés. Este impulso se hizo más potente en la primavera de 1830, en cuya época la industria textil de Lieja, Verviers y Tournai sufrió una crisis de superproducción. Pero otra parte de esta burguesía favorecía el *statu quo*; en Amberes, los comerciantes deseaban que subsistiese la unión de las provincias belgas a Holanda, ya que aseguraba la libertad de tráfico en las bocas del Escalda; en Gante, los jefes de empresa se mostraban reacios a correr el riesgo de perder el mercado holandés y, sobre todo, el de las colonias holandesas. No hay que olvidar que el hombre de negocios belga más emprendedor y poderoso, John Cockerill, era, desde 1823, *asociado* del gobierno real, que le había permitido manejar enormes capitales mediante el apoyo del crédito del Estado. Atribuir, pues, a los círculos de negocios una actitud uniforme, sería excesivo; en muchos casos, no deseaban la independencia del país belga, sino únicamente un régimen de separación política, administrativa y financiera, que, dentro del cuadro de la unión personal, dejase subsistente la soberanía del rey de los Países Bajos, salvaguardando así la unidad económica de los territorios belga y holandés.

Pero los obreros de la industria moderna y los artesanos estaban quejosos, dado que, entre 1824 y 1830, los precios habían experimentado un alza sensible, mientras que los salarios no aumentaron. Y los campesinos padecían a causa de las malas cosechas. En conjunto, pues, la situación social provocaba malestar, y de ello se hacía responsable al gobierno. Sin embargo, el movimiento de oposición—aunque tuviese un carácter *nacional*, pues tendía a levantar a los belgas contra los holandeses—no adquirió carácter revolucionario hasta julio de 1830.

Los acontecimientos de julio en Francia abrieron nuevas perspectivas. Pero la revolución no se desencadenó de un solo golpe; las revueltas de Bruselas de 25 de agosto de 1830, que obligaron a la guarnición holandesa a retirarse, no eran todavía, en su origen, más que una manifestación de protesta social. Pero desde el momento en que la burguesía, al principio reticente, tomó la dirección del movimiento, se habló ya de reivindicaciones políticas. Aún no se trataba sino de obtener una separación administrativa y parlamentaria entre las provincias belgas y holandesas. Hasta que el rey rehusó acceder a tal separación y dio orden a sus tropas de que ocupasen de nuevo a Bruselas, no se entabló verdaderamente la lucha. Las jornadas del 23 al 26 de septiembre, en que las tropas holandesas se enfrentaron con la resistencia armada y hubieron de replérgarse, señalaron la victoria de los

revolucionarios. La liberación nacional se convirtió en el objetivo. La formación de un *gobierno provisional belga* fue anuncio de la declaración de independencia, que se hizo efectiva el 4 de octubre. Una asamblea constituyente decidió, el 22 de noviembre de 1830, que el nuevo estado sería una monarquía constitucional.

¿Sería reconocida la independencia por las potencias que habían juzgado necesario crear el reino de los Países Bajos? La crisis tomó un carácter internacional, a finales de septiembre de 1830, cuando Guillermo I se dirigió a Prusia, Rusia, Austria y Gran Bretaña solicitando su ayuda armada para reprimir la *rebelión* de los belgas.

Las respuestas de los gobiernos ruso y prusiano fueron, en principio, favorables. El zar Nicolás I declaró que estaba dispuesto a enviar contra los belgas un ejército de 60 000 hombres (1 de octubre), y el rey de Prusia, que había empezado a movilizar a fines de agosto, parecía presto a actuar. Pero uno y otro subordinaban su intervención a una acción colectiva de las potencias que, en 1815, se habían comprometido a "mantener el reino de los Países Bajos". Y Metternich, aunque favorable a una política de intervención, no deseaba comprometer las fuerzas austríacas a tan gran distancia, porque se hallaba inquieto ante la situación italiana. El 20 de octubre prometió solamente un *apoyo moral*, dejando la actuación efectiva a las potencias vecinas de los Países Bajos. En consecuencia, no se produjo la solidaridad de las potencias continentales.

Prusia y Rusia no quisieron comprometerse solas, porque sabían que su intervención armada provocaría indudablemente una intervención francesa en beneficio de los belgas. Y en París, Luis Felipe, por muy pacífico que fuese, tanto por inclinación personal como por conciencia del peligro, se veía obligado a prestar oídos a la opinión pública, que era favorable a la revolución belga y que veía en la disgregación de aquel reino de los Países Bajos formado contra Francia una satisfacción para el amor propio de los vencidos de 1815. La revolución belga parecía incluso ofrecer la ocasión de un desquite a ciertos círculos políticos de *izquierda*, siempre que el nuevo estado quisiera volver a unirse a Francia, como en la época de la Revolución y del Imperio. Pero la masa de los patriotas belgas no pensaba en semejante cosa. El clero católico era hostil, y en los ámbitos de negocios solo los industriales de Lieja, de Verviers y de Mons eran favorables, porque deseaban tener acceso al mercado francés. No obstante, ciertos agentes del gobierno provisional de Bruselas dieron a entender que, caso de verse la independencia amenazada por una intervención ruso-prusiana, Bélgica podría echarse en brazos de Francia. Luis Felipe no creía posible esta aproximación, que consideraba inaceptable, no solo para las potencias continentales, sino también para Gran Bretaña; sin embargo, tampoco podía permitir el aplastamiento de los belgas, ya que la mayoría de la opinión veía en aquel asunto una cuestión de *dignidad nacional*. Así, a fines de agosto, el Gobierno francés se declaró

en favor de una política de *no intervención*. Francia no ayudaría al levantamiento belga, a condición de que ninguna otra potencia apoyase al rey de los Países Bajos. Pero si los prusianos entraban en Bélgica —declaró Luis Felipe—, "es la guerra, y no lo consentiremos".

¿Conseguiría tal declaración paralizar las veleidades ruso-prusianas? Los gobiernos de los dos bandos vigilaban la actitud de la Gran Bretaña. En 1815, el gabinete inglés había querido consolidar el estatuto regulador del régimen de las bocas del Rin y del Escalda. ¿Acaso iba ahora a abandonarlo? ¿No era necesario para la seguridad inglesa el mantenimiento de la *barrera*? La opinión pública británica se mostraba pacífica, sin embargo. Y el Gabinete no pensaba en una intervención armada en beneficio de los Países Bajos. Ciertamente era que no podría admitir la anexión de territorios belgas a Francia, pues la cuestión de Amberes seguía siendo fundamental. Pero podía consentir en la existencia de una Bélgica independiente si tal independencia fuese *real*. Era necesario también evitar una intervención armada de Rusia y Prusia, que provocaría una respuesta francesa. Victoria francesa o victoria rusa, ninguna de las dos resultaría deseable para Inglaterra.

La política del gabinete inglés y la de Luis Felipe podían, pues, considerarse conjuntamente, en vistas de un arreglo de la cuestión belga mediante las negociaciones de las grandes potencias. El *factotum* de este acuerdo fue Talleyrand—nombrado embajador en Londres—en sus conversaciones con Wellington de fines de septiembre; pero la línea de conducta era la que había trazado Luis Felipe. El 3 de octubre de 1830 el gobierno inglés sugirió la reunión de una conferencia internacional.

En esta decisión, que hacía presagiar un arreglo pacífico, la actitud de Gran Bretaña fue, pues, decisiva. ¿No habría sido posible la intervención en favor del rey de los Países Bajos si el Gabinete inglés no hubiera moderado la política de Rusia y la de Prusia? Y si aquel hubiera tomado parte en tal intervención, ¿cuál habría sido la situación de Francia frente a una reconstitución de la coalición de 1815? Pero no deseaba una gran guerra, a la cual Luis Felipe se veía empujado en caso semejante. El movimiento de la opinión pública francesa fue, en consecuencia, el que hizo que Wellington propusiera una negociación general.

Por el protocolo de 20 de noviembre de 1830 las potencias reconocieron la independencia del estado belga. La oposición de Rusia fue paralizada en tal momento por la insurrección polaca. No obstante, la cuestión continuó provocando dificultades, sobre todo entre Francia e Inglaterra, respecto a los límites del nuevo estado y a su estatuto internacional. Dichas dificultades estaban relacionadas con las circunstancias de la política interior francesa, donde el *Partido del Movimiento* se mantuvo en el poder hasta febrero de 1831, y también con la llegada de Palmerston al Foreign Office.

Las deliberaciones de la conferencia internacional estuvieron do-

minadas, en gran medida, por la política inglesa. El 1 de enero de 1831 decidió aquella que el nuevo estado belga sería neutral a perpetuidad y que las potencias signatarias garantizarían tal condición. Era una precaución de Gran Bretaña contra Francia, pero también un medio de tranquilizar al rey de los Países Bajos. El 27 de febrero fijó los límites territoriales del Estado, al que no se incorporaban Luxemburgo ni Limburgo. Determinó, en fin, las condiciones de elección del rey entre las familias no reinantes en las grandes potencias: precaución adicional destinada a impedir la candidatura de un príncipe francés. El gobierno de Francia no opuso objeción alguna o se limitó a ofrecer una resistencia formal: tal era la política de Luis Felipe y de Talleyrand, aunque el ministro de Negocios Extranjeros del gabinete Laffitte—el general Sébastiani—trató de evadirse del cuadro señalado por el rey.

Si durante algún tiempo la aplicación de estas decisiones resultó comprometida, fue porque la Asamblea Constituyente belga no aceptó los límites territoriales fijados por las potencias, amenazando con solicitar la ayuda francesa para obtener su revisión. Creía que aquella le sería concedida—no obstante las resoluciones de la Conferencia—si eligiera por rey al duque de Nemours, uno de los hijos de Luis Felipe. El 3 de febrero de 1831 se efectuó la elección. Ciertamente, los jefes del *Partido francés* sabían que Luis Felipe no favorecería una solución que, al abrir el camino de una futura anexión de Bélgica a Francia, reavivase los temores de Inglaterra; pero esperaban que el *Partido del Movimiento* le podría obligar a ello ante el hecho consumado. Pero ello era desconocer tanto la firmeza inglesa como la decidida voluntad de Luis Felipe de evitar un conflicto franco-inglés. La actitud del gabinete inglés fue categórica: "Pensamos con disgusto en la guerra—escribió Palmerston al embajador de Gran Bretaña en París—; pero si alguna vez tenemos que realizar tal esfuerzo, la ocasión actual es legítima; estimamos que no podemos aceptar la subida del duque de Nemours al trono belga sin peligro para nuestra seguridad y nuestro honor." No cesó de repetir esta advertencia. "No podemos considerar cosa de poca importancia la cuestión belga..." "No podemos permitir la unión con Francia, que daría a esta una potencia peligrosa para nuestra seguridad. Sabemos que tendríamos que combatir a Francia *después* de tal unión; haremos, pues, mejor si nos batimos *antes*." El 17 de febrero de 1831 Luis Felipe rehusó la corona, en nombre de su hijo. Separó del poder al ministerio Laffitte y llamó a él a Casimir Perier. Aunque la crisis se prolongó aún algún tiempo y los medios parlamentarios franceses fueron objeto de violentas turbaciones, la solución de prudencia terminó por imponerse. El *Partido francés* se desmoronó en Bélgica. La tentativa de ciertos medios burgueses y aristocráticos, que consideraban entonces la posibilidad de ofrecer la corona belga al príncipe de Orange, hijo del rey de los Países Bajos, se enfrentó con la resistencia del clero y de la masa de la población. El

4 de junio de 1831 el Congreso nacional se decidió a llamar al trono a Leopoldo de Sajonia-Coburgo. La política inglesa triunfó, y el asunto parecía solventado.

Era necesario, sin embargo, contar con el rey de los Países Bajos, que no aceptaba las decisiones de la conferencia internacional, e intentó el 1 de agosto de 1831 un esfuerzo de reconquista. Pero no logró deshacer el acuerdo de las grandes potencias. Cuando, respondiendo al llamamiento del rey de los belgas, Luis Felipe envió un cuerpo expedicionario contra los holandeses y salvó en algunos días la independencia de Bélgica, se presentaba como ejecutor de las decisiones internacionales, y el gobierno inglés no se opuso a ello. El más claro resultado de la aventura fue que el reino de Bélgica obtuvo—por el protocolo, de veinticuatro artículos, de 14 de octubre de 1831—una parte de Luxemburgo (la región de Arlón) y otra de Limburgo. Habría, sin duda, que esperar aún mucho tiempo hasta que el rey de los Países Bajos se resignase; no evacuó Amberes sino ante una intervención armada franco-inglesa (octubre de 1832) y se negó a firmar el tratado de veinticuatro artículos. Hasta 1839 no prestó su asentimiento al arreglo de la cuestión belga. En dicho año, pues, el estatuto internacional de Bélgica obtuvo su forma jurídica. Pero se trataba solo de incidentes secundarios.

Lo importante era que aquel primer ataque al estatuto territorial de 1815 hubiera podido resolverse pacíficamente. El gabinete inglés fue realista, renunciando a la concesión de una *barrera* contra Francia y aceptando la independencia belga bajo la garantía de neutralidad. Las potencias continentales tampoco hicieron un serio esfuerzo para establecer un *concierto*. Pero, sobre todo, Luis Felipe no quiso ceder a las súplicas de la opinión pública, aprovechando la ocasión para modificar los tratados de 1815. De esta forma se llegó a una solución de compromiso que perduró, no obstante la creencia en contrario de los gobiernos de la época. Y aquel compromiso se convirtió, a fin de cuentas, en motivo de una aproximación franco-inglesa.

## II. LA INSURRECCION POLACA

En la Polonia rusa, que en 1815 había recibido un estatuto liberal, el dominio del Zar se ejercía en condiciones particulares: la Constitución *concedida* por Alejandro I había prometido que los empleos administrativos se reservarían a los polacos y que la legislación sería dictada por una Dieta elegida por sufragio censitario; había garantizado la libertad individual, la de prensa y la del culto católico; no había impuesto a los jóvenes el servicio militar en el ejército ruso, y había previsto la organización de un ejército polaco mandado por oficiales también polacos. El Zar había, sin duda, tomado precauciones, reservando a su representante, el virrey, la iniciativa de las leyes, restringiendo al máximo los poderes presupuestarios de la Dieta y

colocando un general ruso al frente del ejército polaco. También, indudablemente, había violado, después de 1820, algunos de sus compromisos y establecido la censura de prensa. El régimen político a que estaba sometida la población de la Polonia rusa era, sin embargo, mucho más favorable que el de las otras poblaciones del Imperio. ¿Por qué protestaba y por qué tal protesta llevó a la insurrección de 1830?

Ni las causas económicas ni las sociales o religiosas parecen haber desempeñado un importante papel en los orígenes del movimiento. Los campesinos—que, no obstante, habrían tenido muchas razones para reivindicar una reforma del régimen agrario—permanecían pasivos, y sus adversarios—en el plano social—eran los grandes propietarios polacos: el dominio ruso no agravaba su situación. Los comerciantes habrían podido tener interés en sustraerse al régimen aduanero del Imperio ruso, proteccionista en extremo; pero nada hace suponer que, en efecto, experimentaran tal deseo. El clero católico no tenía motivo para quejarse de la condición en que le había dejado la Constitución de 1815, la cual respetaba la libertad de conciencia y la de cultos. La única causa del movimiento fue, pues, el deseo de recobrar la independencia; la conciencia nacional y el patriotismo polaco no podían aceptar el dominio extranjero.

No se trataba, sin embargo, de un movimiento de masas. Los partidarios de la insurrección no formaban sino una minoría, reclutada entre los miembros de la nobleza media o de la burguesía intelectual, constituida, lo más frecuentemente, con jóvenes influidos por el romanticismo y las ideas liberales de la Europa occidental. Contaban con medios de acción, por formar los cuadros subalternos del ejército polaco; pero, salvo raras excepciones, no tenían el apoyo de los grandes propietarios territoriales, del alto clero ni de la alta burguesía, que, más conscientes de las dificultades de la empresa, solicitaban únicamente del gobierno ruso el respeto de la Constitución de 1815. Ni siquiera poseían los revolucionarios un programa común para el porvenir. Los intelectuales demócratas, cuyo jefe era Joaquín Lelewel, soñaban con el establecimiento del sufragio universal y con una reforma agraria que pudiera proporcionar al movimiento el apoyo de las masas campesinas; pero la parte de la nobleza partidaria de la independencia no estaba dispuesta a abandonar su preponderancia social.

A pesar de su inferioridad numérica, los jefes del movimiento creían poder triunfar mediante un golpe de audacia. Pensaban eliminar por la fuerza al virrey y a las autoridades rusas de Varsovia, y sustituirlos por un gobierno polaco capaz de actuar inmediatamente por disponer de una administración y de un ejército. Estimaban que su formación conseguiría la adhesión de los timoratos y de los vacilantes. Cuando el Zar, pensando en una intervención en la cuestión belga, puso en pie de guerra al ejército polaco, la ocasión pareció favorable. Al principio el plan se ejecutó sin grandes dificultades: la insurrección de 21 de noviembre de 1830 expulsó al virrey, que ni siquiera intentó

resistir. Sin embargo, cuando se constituyó, el 3 de diciembre, el gobierno provisional—en el que los jefes de la insurrección estaban asociados a elementos moderados—, vaciló antes de comprometerse en una aventura peligrosa y, en lugar de reivindicar purá y simplemente la independencia, trató de negociar y obtener la aplicación íntegra y efectiva de la Constitución de 1815, así como la unión a la Polonia autónoma de los territorios que antes de 1722 habían pertenecido al estado polaco. Únicamente después de la negativa del Zar, la Dieta lanzó, en 25 de enero de 1831, una declaración de independencia.

¿Con qué oportunidades de éxito contaba? Contra el ejército ruso de Diebitsch (100 000 hombres, a principios de febrero, que pronto se incrementarían hasta 170 000), el ejército polaco solo podía poner en línea 80 000 como máximo, y su comandante en jefe, no creyendo en la victoria, únicamente pensaba en *salvar el honor*. La sola esperanza era la ayuda que pudiesen prestar a la insurrección los movimientos revolucionarios de Europa. La Dieta creyó indudable que el Zar, preocupado por el papel que Rusia pudiera desempeñar en las cuestiones belga e italiana, vacilaría en emplearse a fondo contra los polacos. Esperaba aún más: daba por seguro que, en "la lucha de la libertad contra el despotismo", recibiría ella la ayuda de los pueblos extranjeros.

En realidad, la situación europea no hizo más que retardar un poco la campaña rusa de reconquista. Durante las primeras semanas, el Zar estimó que "de un momento a otro todo puede arder en Europa"; como si esperase que los asuntos italianos (1) originaran una guerra entre Austria y Francia, quiso reservarse los medios de intervenir en un conflicto europeo y recomendó que las operaciones en Polonia se realizasen "sin demasiada efusión de sangre". Pero a fines de abril—tres meses después del comienzo de las operaciones—se decidió a emplear sus tropas escogidas: la Guardia Imperial. A partir de entonces, el destino de la insurrección polaca estaba previsto, a menos que se produjese una intervención extranjera. Pero ¿de dónde procedería esta? Prusia y Austria, que tenían provincias polacas, no podían desejar el triunfo del movimiento; a comienzos de 1833, cerraron sus fronteras de Posnanía y Galitzia para impedir que sus habitantes suministraran armas y voluntarios a los polacos de Rusia. En vano el gobierno nacional polaco solicitó el apoyo militar de Turquía. La opinión pública inglesa era favorable al movimiento polaco, porque iba en contra de Rusia; pero el Gobierno se mostraba más reticente, pensando que el éxito de aquel sería beneficioso para la influencia francesa. Palmerston no deseaba arriesgarse a ver la formación de "una provincia francesa a orillas del Vístula"; tampoco deseaba el debilitamiento de Rusia, a la que Gran Bretaña podría necesitar para mante-

(1) Véase más adelante, pág. 61.

ner el orden en el continente en el caso de que la influencia de los medios políticos de izquierda triunfaran en Francia.

¿Y Francia? En ella depositaban su esperanza los patriotas polacos. Pero el Gobierno francés—el *Partido del Movimiento* estaba en el poder—señaló claramente, a partir del otoño de 1830, los límites de sus intenciones: deseaba que los estados no interviniesen—contra las revueltas revolucionarias—más allá de sus fronteras; si este principio de no intervención no era respetado, no se opondría a la acción de las otras potencias sino en las regiones vecinas de Francia. Así lo declaró Sébastiani al Cuerpo diplomático el 2 de diciembre de 1830. No se produciría, pues, la intervención armada en favor de los polacos. De ello fue informado, en enero de 1831, el gobierno provisional polaco. Y el gobierno francés estudió únicamente—para dar satisfacción a la opinión de izquierda—una acción diplomática con objeto de dar al Zar consejos de moderación, que resultaron inútiles. “No deseamos—dijo este—ni intervención ni buenos oficios en los asuntos polacos, que no interesan a nadie más que a nosotros.” En julio de 1831, cuando el ejército ruso se aproximaba a Varsovia, la Cámara de Diputados se limitó a un gesto anodino ante la moción de Odilón Barrot, que solicitaba una intervención militar; el voto de una expresión de simpatía.

Los polacos quedaron solos. Antes de desaparecer, el gobierno provisional atribuyó su derrota a las potencias occidentales. “Ya no contamos con la ayuda de las potencias que han podido y no han querido, que pueden todavía y no quieren salvarnos. La supuesta simpatía que Francia e Inglaterra nos han mostrado será la causante de nuestra ruina.” Los jefes de la insurrección polaca no querían acordarse de que habían proclamado la independencia sin haber obtenido de París o Londres ninguna promesa ni el menor aliento.

No obstante la abstención de las potencias y el fracaso final (las tropas rusas se apoderaron de Varsovia el 7 de septiembre de 1831), esta crisis polaca fue un acontecimiento de gran alcance en las relaciones internacionales. Su resultado inmediato consistió en paralizar la política exterior del Zar en 1831; sin ella, la cuestión belga podría haber tomado otro aspecto. Pero sus consecuencias a largo plazo no fueron menos importantes para Rusia y para Europa. El Zar se inquietaba de continuo ante el pensamiento de una nueva insurrección. Y aunque suprimió la Constitución de 1815, sometió sus territorios polacos a los rigores del régimen *Paskievitch*, ejerció represalias contra la nobleza y trató de impedir, mediante el cierre de las universidades de Varsovia y de Vilna, la formación de una clase intelectual, vióse obligado en todas las horas difíciles de su política exterior a contar en lo sucesivo con un posible despertar del movimiento nacional polaco. La presencia en los estados de la Europa central y occidental de miles de emigrados políticos polacos era también un factor nuevo en las relaciones internacionales. Sin duda, tal emigración fue tan hete-

rogénea como lo había sido la de los grupos revolucionarios de 1831; entre los *Blancos*, cuyo cuartel general estaba en París, con el príncipe Adam Czartoryski, y los *Rojos*, cuyo jefe, Lelewel, estableció en Versailles su centro de acción—que después trasladó a Poitiers—, las disensiones eran ásperas. Sin embargo, ambos grupos—cuyos miembros estaban repartidos por Francia, Inglaterra y los estados alemanes del Sur—ejercían por diferentes medios una acción nada despreciable. Los *Blancos* realizaban un gran esfuerzo de propaganda para interesar a la opinión pública en la causa polaca; obteniendo, especialmente en Francia, algunos éxitos. Los *Rojos* contaban entre sus afiliados a buen número de jóvenes que habían servido como oficiales durante la guerra de 1831, dispuestos siempre a tomar parte en un levantamiento. La presencia en los estados de la Europa central de aquella *mano de obra* revolucionaria, disponible para un golpe de mano, era una circunstancia favorable para los adversarios del *statu quo*.

### III. LOS MOVIMIENTOS LIBERALES Y NACIONALES EN ITALIA Y ALEMANIA (1831-1832)

Las repercusiones de la revolución parisiense de julio de 1830 tuvieron distinto alcance en Italia y en la Confederación germánica que en Bélgica y en Polonia.

Antes de 1830, la oposición al régimen establecido en los estados italianos (1) había sido dirigido, sobre todo, contra la forma absolutista de los gobiernos y fue obra de las sociedades secretas, la más activa de las cuales era la de los *carbonari*. Aunque el deseo sentido por alguno de aquellos revolucionarios era que el movimiento liberal que representaban fuese al propio tiempo *nacional*, la verdad es que rara vez lo daban a entender. Cuando la revolución francesa de 1830 vino a dar un aliento a tal oposición, la insurrección que estalló en febrero de 1831 en la Romagna fue un movimiento liberal dirigido contra los métodos de la administración pontificia. Y se extendió a los ducados de Módena y Parma con el mismo carácter; un esfuerzo para abatir el absolutismo de los príncipes. Únicamente algunos de los jefes del movimiento tenían objetivos de mayor alcance: establecer un lazo federal entre los estados italianos.

El asunto tomó carácter internacional por la intervención de Austria. En 1831, Metternich deseó desarticular el movimiento revolucionario en el estado pontificio, como lo había hecho diez años antes en el reino de las Dos Sicilias. Las razones que le impulsaban a ello eran las mismas: estimaba que la existencia de regímenes absolutistas en los estados italianos resultaba beneficiosa para los intereses austriacos y necesaria para que continuara su preponderancia; quizá deseaba también, al conceder su ayuda armada al poder temporal del Papa,

(1) Véanse págs. 12 y 14.

asegurarse una influencia en la política espiritual de la Santa Sede.

Aquella iniciativa inquietó al gobierno francés, que quería oponer un contrapeso a la influencia austríaca en la península. Amenazando con la intervención obtuvo la promesa—que fue cumplida—de que las tropas austríacas serían retiradas una vez se restableciese el orden. Pero seis meses más tarde se reprodujo la insurrección y las tropas austríacas volvieron a ocupar Bolonia. Esta vez, el gobierno francés—el de Casimiro Perier, que sustituyó a los jefes del *Partido del Movimiento*—hizo desembarcar en Ancona un cuerpo expedicionario (22 de febrero de 1832) y anunció su intención de mantener la ocupación mientras durase la austríaca. Luis Felipe consideró esta decisión imprudente y culpó de *ligereza* a sus ministros; sin embargo, careció de consecuencias, porque Metternich no reaccionó.

Pero la intervención francesa hizo concebir a los elementos revolucionarios italianos la esperanza de un apoyo exterior y animó a los *carbonari* a la ampliación de los objetivos del movimiento: en lugar de limitarse a tratar de acabar con los regímenes políticos absolutistas, soñaban ya con provocar, en toda la península, una gran insurrección, para conseguir la *expulsión* de los austríacos y la fusión de los estados italianos en un *solo cuerpo de nación*. ¿Qué oportunidades tenían de conseguirlo?

¿La ayuda de alguno de los soberanos italianos? Los de los dos únicos estados que poseían un ejército y no se encontraban bajo el dominio directo de Austria (las Dos Sicilias y Piamonte-Cerdeña), deseaban, ciertamente, poder eliminar de la península la influencia austríaca. Fernando II, que acababa de advenir al trono, en 1830, quisiera asegurarse la independencia de su política exterior; en Turín, el nuevo rey, Carlos Alberto—según las conversaciones que mantenía con quienes le rodeaban—, deseaba la *liberación* de Italia, e incluso quizá soñase con la formación de la unidad. Pero, deseosos, sobre todo, de no comprometer su autoridad real, aquellos dos soberanos temían los movimientos liberales. Cogidos entre dos fuegos, no vacilaron en sacrificar sus anhelos de independencia a sus intereses dinásticos.

¿El concurso activo de Francia? Al decidir el desembarco de Ancona, el gobierno francés intentaba solamente destruir la influencia austríaca en el estado pontificio y se declaró dispuesto, siguiendo la misma línea de conducta, a apoyar al estado sardo, si Austria se decidiese a una intervención armada en el Piamonte. Pero su intención no era favorecer un movimiento de independencia italiano, que le comprometería en una gran aventura. Por otra parte, su intervención se enfrentaría con la resistencia del ejército sardo, que dominaba los puertos alpinos. Carlos Alberto, que en su Diario íntimo expone su *ira* contra Austria, temía aún más la presencia de las tropas francesas en Ancona, que alentaba a los revolucionarios. Cuando se enteró, gracias a una información secreta, de las intenciones de los *carbonari*, expresó en seguida su voluntad de resistencia: “Lo que es cierto—es—

cribe en su Diario—es que, mientras yo aliente, no habrá concesión alguna; obraré de modo tal que el partido liberal desaparezca entre nosotros.” Para garantizarse contra el peligro francés—pues estaba convencido de que la *secta* era apoyada por Francia—aceptó solicitar la alianza austríaca y firmar un tratado secreto que preveía, para caso de *agresión francesa*, una acción conjunta de las fuerzas militares. Carlos Alberto estimaba “muy honorable y ventajoso” este tratado, pues las fuerzas austrosardas serían colocadas bajo su mando. No hubo en ello, indudablemente, más que una alianza de circunstancias; en el fondo, el rey sardo seguía siendo enemigo de Austria, pero atendía a lo más urgente. “El tiempo de demostrárnoslo no ha llegado todavía.”

En Alemania las repercusiones de la revolución francesa de julio de 1830 fueron, al principio, menos sensibles que en Italia. Los movimientos liberales de Sajonia, de Brunswick, del Hesse electoral—septiembre de 1830—; las manifestaciones en la provincia renana de Prusia y, también, las revueltas, más serias, producidas en Hannover a principios de enero de 1831, no estaban coordinadas, y fueron esporádicas. Pero el espectáculo del esfuerzo nacional en la Polonia rusa despertó pronto, entre los intelectuales, el deseo de preparar el camino a la unidad alemana. Ranke insistía, en una serie de artículos que publicó a partir de 1832, en una idea sugerida, años antes, por la obra de Bernhard Niebuhr: “El desarrollo histórico de un pueblo es función de su genio nacional.” Al aplicar esta idea a la historia de los pueblos germánicos, afirmaba la “homogeneidad de la nacionalidad alemana” y la necesidad de efectuar la unidad política. “Tenemos un gran deber alemán: crear el verdadero estado alemán, que responda al genio de la nación.”

Por primera vez después de 1815, aquellas aspiraciones nacionales fueron manifestadas públicamente. Treinta mil liberales enarbolaron la enseña de la *Burschenschaft*, en Hambach (Palatinado), el 27 de mayo de 1832, con ocasión de un banquete ofrecido a los emigrados polacos; los promotores de esta manifestación soñaban con organizar una *logia nacional*, es decir, una especie de gobierno provisional alemán, rival de la Dieta germánica, y renunciaron a ello porque no habían recibido, dijeron, *mandato popular*. ¿Escrúpulo jurídico o conciencia de que la idea nacional no había arraigado aún en la mayoría de la opinión pública? Solo un puñado de *radicales*—estudiantes y periodistas—decidieron intentar un golpe de mano contra la Dieta, y lanzaron un llamamiento (Francfort, 3 de abril de 1833) a la *liberación de Alemania*. Trataron de apoderarse del puesto central de Policía, pero el asunto quedó resuelto en una hora, sin que la tentativa obtuviese el menor eco en la población.

La pasividad de la masa no fue, sin embargo, lo único que frenó el movimiento nacional. También contribuyó a ello la ausencia de un programa.



En 1831, Pfizer, en su folleto *Briefwechsel zweier Deutschen*, criticaba el sistema del Pacto federal de 1815 y señalaba que la presencia de dos grandes potencias—Austria y Prusia—en la Confederación germánica paralizaba su funcionamiento, estudiando un reajuste del estatuto de la misma, en beneficio de la preponderancia prusiana. Pero subrayaba la dificultad de conciliar los intereses prusianos y alemanes, y no proponía solución alguna. En 1833, Federico von Gagern trazó un plan de un Imperio alemán federal. Pero insistía en dos condiciones, que bastaban para mostrar la importancia de los obstáculos: "Es necesario—dice—que en esta federación los estados sean poco más o menos de la misma fuerza, para evitar que domine el más fuerte; es preciso, asimismo, que el emperador elegido no pertenezca a las dinastías reinantes, pues no debe tener *interés particular* alguno." Esto era deseado, pues, la eliminación de los Hohenzollern y de los Habsburgo, al propio tiempo que la desmembración de Austria y Prusia. Proyectos *académicos*: puntos de vista doctrinarios.

Por débil e inconsistente que fuese aún aquel movimiento nacional, Metternich, a quien inquietaba, deseaba ahogarlo. El canciller lo logró, tanto más fácilmente cuanto que tenía el concurso del rey de Prusia. A pesar del consejo de su ministro de Negocios Extranjeros, deseoso de afirmar la *autonomía* de la política prusiana, Federico Guillermo III estaba demasiado preocupado por la amenaza liberal para soñar con separarse de Austria. En mayo de 1832 destituyó a su ministro. Y así, Metternich pudo hacer votar por la Dieta el *protocolo de seis artículos* (28 de junio de 1832), dirigido, a la vez, contra los movimientos liberales y contra el movimiento nacional. Los gobiernos alemanes no debían tolerar que las asambleas legislativas intentasen arrebatar el poder efectivo al ejecutivo, con ocasión, por ejemplo, del voto de los impuestos. Tampoco debían admitir que en las tribunas de las asambleas fuera criticado el sistema federal establecido en 1815. La Dieta designó una Comisión especial, encargada de *vigilar* a las asambleas legislativas de los estados. En agosto de 1833, después del golpe de mano de Francfort, otra comisión recibió poderes de investigación para desbaratar, con ayuda de la policía secreta, las actividades *revolucionarias*. El 12 de junio de 1834, después de una conferencia celebrada en Viena, los gobiernos alemanes decidieron prohibir a las asambleas legislativas de sus estados toda deliberación sobre la validez de las resoluciones adoptadas por la Dieta o sobre la política exterior de la Confederación; se pusieron de acuerdo para evitar la aparición de nuevos periódicos y para unificar las consignas de la censura; adoptaron medidas contra los miembros de la *Burschenschaft*, que, excluidos ya (desde 1819) de los empleos públicos, no podrían, en adelante, ejercer las profesiones liberales. Esto confirmó, agravándolas, las decisiones de Carlsbad (1). Metternich rompió, pues,

(1) Véase anteriormente, pág. 46.

la resistencia que los liberales podían intentar oponer a la hegemonía de Austria en la Confederación, logrando la afirmación de un sistema que, en las relaciones internacionales, mantenía al grupo alemán en un estado de debilidad.

¿Constituyó ello un éxito real? En el momento en que lo obtuvo, Metternich consintió que Prusia realizase la unión aduanera de los estados alemanes, según el proyecto establecido por Motz (1). Antes de 1830, el gobierno prusiano había ya conseguido la entrada, en el sistema aduanero prusiano, de los pequeños estados de la Alemania del Norte y del gran ducado de Hesse; pero se habían formado otras dos uniones aduaneras: una por los estados del centro y otra por Baviera y Wurtemberg. La política prusiana aspiraba a terminar con la resistencia de aquellos dos grupos. En 1831 logró la adhesión del Hesse electoral y, en 1833, las de Baviera, Wurtemberg y Sajonia. El 1 de enero de 1834 fue la fecha oficial del nacimiento de la *Zollverein*, de la que Austria no entró a formar parte. "Toda Alemania va a convertirse por fin, mediante la fusión de sus intereses económicos, en un pueblo, en una unidad poderosa." Metternich lo había comprendido: "Los estados alemanes—escribía, en junio de 1833, al Emperador—formarán, de ahora en adelante, un cuerpo compacto, bajo la dirección de Prusia. Austria será considerada como un cuerpo extraño, y esta exclusión material tendrá consecuencias políticas." ¿Por qué no reaccionó, pues? Precisamente, porque en ese mismo momento tenía necesidad de la colaboración del gobierno prusiano para reprimir las revueltas políticas de Alemania. Y para obtener aquel resultado inmediato hipotecó pesadamente el porvenir.

No obstante las amenazas que comportaban para la paz general, estos movimientos revolucionarios no fueron causa de conflictos entre las grandes potencias. La explicación principal debe buscarse en la política francesa, en la voluntad de Luis Felipe, que, habiendo sido elevado al trono por los partidos o grupos políticos que reclamaban una emprendedora política exterior y deseaban la abolición de los tratados de 1815, no cedió a la presión de la opinión pública más que en puntos de detalle, comprendiendo que Francia no podía exponerse al peligro de una guerra general, tanto menos cuanto que una parte de sus fuerzas armadas estaba empleada en Argelia. También tuvo en cuenta sus intereses dinásticos, que, naturalmente, le impulsaban a disipar la desconfianza y a tranquilizar a Europa.

Las revueltas sobrevenidas entre 1831 y 1834 tuvieron como consecuencia promover el restablecimiento de la colaboración entre las tres grandes monarquías absolutas, que reavivaba los recuerdos de la

(1) Véase anteriormente, pág. 18.





longó durante algún tiempo, aunque en medio de continuas discusiones, provocadas por el conflicto de los intereses mediterráneos y por la rivalidad comercial; "los comerciantes ingleses—decía el *Times*—encuentran en África, en Grecia, en Italia meridional y en toda América latina, desde La Plata al golfo de California, la competencia del comercio francés". En 1837 el Gabinete inglés terminó por extraer las consecuencias de esta situación y cesó de insertar en el discurso del trono una alusión a la colaboración franco-inglesa. La primera *entente cordial* había fracasado.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la cuestión belga.**—F. VAN KALKEN: *Histoire des Pays-Bas y de la Révolution belge de 1830*, Bruselas, 1910.—R. DEMOULIN: *La Révolution de 1830*, Bruselas, 1950; IDEM: *Guillaume I<sup>er</sup> et la Transformation économique des Provinces belges*, Lieja, 1938.—F. DE LANNON: *Histoire diplomatique de l'Indépendance belge*, Bruselas.—M. HUISMAN: *Quelques dessous de la Conférence de Londres; Talleyrand u-t-il trafiqué de son influence?*, en "Revue d'Histoire moderne", 1934.—J. STENGERS: *Sentiment national, sentiment orangiste et sentiment français, à l'aube de notre indépendance*, en "Revue belge de Philologie et d'Histoire", tomo XXII, 1950.—R. STEINMETZ: *Englands Anteil an der Trennung der Niederlands*, La Haya, 1930.—W. GRANEMANN: *Die Haltung Preussens in der belgischen Frage, 1830-1832*, Berlín, 1928. K. HOFFMANN: *Preussen und die Julimonarchie, 1830-1834*, Berlín, 1936.

**Sobre la cuestión polaca.**—Además de SCHIEMANN (obra citada), véase: J. RAPPOPORT: *L'Insurrection polonaise de 1831*, en "Le Monde slave" (doce artículos aparecidos de 1931 a 1937). M. HANDELSMAN: *L'Etat actuel des*

*études relatives à l'histoire de 1830-1831 en Pologne*, en "1830".—*Etudes sur les mouvements nationaux et libéraux de 1830*, publicados por la Sociedad de Historia Moderna, París, 1932.—M. FRIDIEFF: *L'Opinion publique française devant l'Insurrection polonaise de 1830-1831*, en "Revue internationale d'Histoire politique et constitutionnelle", 1952, págs. 111-128, 205-221 y 280-305.

**Sobre la cuestión italiana.**—Además de las historias generales sobre el *Risorgimento*, véase: G. VOLPE: *L'Italia del Risorgimento e l'Europa*, en "Questioni di Storia del Risorgimento", páginas 291-345, Milán, 1951.—P. SILVA: *La Monarchia di Luglio e l'Italia*, Turín, 1917.—C. VIDAL: *Louis-Philippe, Metternich et la crise italienne, 1832-1834*, París, 1934.—FR. SALATA: *Carlo Alberto Inedito*, Roma, 1933.—A. DEL PIANO: *Il Governo di Roma di fronte alle potenze d'Europa negli anni 1831-1832*, en "Atti del XX Congr. del Risorgimento", 1932.

**Sobre la cuestión alemana.**—Véanse las obras citadas más adelante, en la bibliografía del cap. X.

## CAPITULO V

## LA INDEPENDENCIA DE AMERICA LATINA

Mientras que en Europa continental era respetado—excepto en el reino de los Países Bajos—el estatuto territorial establecido por los tratados de 1815, en América se producían transformaciones de gran alcance para el porvenir del mundo. Las colonias españolas—que habían comenzado a rebelarse en 1810—obtenían su independencia. Lo mismo sucedía con la gran colonia portuguesa de Brasil. En América del Sur y Central se constituyeron veinte estados, que orientaron la formación de nuevas corrientes comerciales y abrieron vastas perspectivas a la política internacional.

La guerra de la independencia de las colonias españolas se desarrolló, entre 1814 y 1824, al ritmo de la historia interior de España. La restauración de Fernando VII, en mayo de 1814, permitió a la monarquía española enviar tropas a América y efectuar un esfuerzo de reconquista, que los *leales* apoyaban. Este esfuerzo parecía a punto de triunfar, en 1816. Únicamente Argentina seguía libre. La llegada de armas y voluntarios, procedentes de Europa, facilitó el retorno ofensivo de los insurgentes. En 1817, San Martín alcanzó los Andes y expulsó de Chile a las tropas españolas; en 1819, Bolívar liberó de nuevo a Venezuela y Colombia. No obstante, Perú, centro de la resistencia española, donde los mestizos tomaron partido contra la aristocracia criolla, no fue conquistado. Fue la revolución española de 1820 la que abrió perspectivas de victoria para las colonias. Comenzó en Cádiz, por una sedición de las tropas destinadas a reforzar los efectivos españoles de América; durante dos años, el gobierno *liberal* salido de esta revolución se enfrentó con la *guerra santa* que le declararon los católicos; pero hasta 1823 no volvió Fernando al poder, gracias a la intervención francesa. Aquel respiro de tres años permitió a los insurgentes de América preparar su esfuerzo decisivo. En 1824, la derrota del ejército español en Ayacucho (Alto Perú) aseguró el éxito del movimiento de independencia.

A tal resultado contribuyó considerablemente la intransigencia de la política española (lo mismo la de las Cortes que la del rey), que no trató de aprovecharse de las serias divergencias que, en cuanto al porvenir de los jóvenes estados, separaba a los jefes insurgentes. Si Bolívar había preconizado, a partir de 1815, la formación de repúblicas, San Martín era monárquico, al igual que la mayoría de los jefes del movimiento insurreccional en la región del Río de la Plata, e Iturbide en Méjico. Los monárquicos se hallaban dispuestos a ofrecer los

tronos a príncipes de la familia real española; esta era la solución que propugnaba San Martín, en julio de 1821, en un armisticio concluido con el comandante de las tropas españolas en Perú; y así también lo admitía Itúrbide, en el tratado firmado en Córdoba con el virrey español. Pero ni el rey Fernando ni el gobierno liberal de las Cortes habían admitido tal compromiso, no obstante las oportunidades que podía presentar para el restablecimiento del dominio español; la *indivisibilidad del Imperio* era para ellos un dogma.

La separación de Brasil de Portugal se efectuó también a favor de los acontecimientos ocurridos en la metrópoli. Pero se produjo sin derramamiento de sangre. La dinastía portuguesa se había refugiado en Río de Janeiro en 1808, con motivo de la invasión francesa. Después de 1814 había hecho de la capital brasileña la sede de su gobierno. Cuando, en 1820, estalló un movimiento revolucionario en Portugal, como consecuencia de los acontecimientos de España, el príncipe Juan, que ejercía la regencia, volvió a Lisboa, dejando a su hijo Pedro la administración de Brasil. Los criollos portugueses siguieron entonces el ejemplo de los españoles, y el gobierno portugués no pudo resistirse a la petición de independencia. Pedro no vio otra solución que colocarse a la cabeza del movimiento y proclamarse emperador (octubre de 1822). Tres años más tarde el Gobierno de Lisboa reconoció el hecho consumado.

La significación de estos dos movimientos en las relaciones internacionales es muy desigual. La independencia de Brasil solo despertó verdadera atención en Gran Bretaña. El Gobierno inglés, que había defendido a Portugal contra Francia, en 1810, se aprovechó de ello para conseguir en Brasil una tarifa aduanera, muy favorable para la importación de sus manufacturas; en 1822, ante el hecho consumado, procuró mantener dichas ventajas, y como Pedro consentía en ello, presionó al Gobierno de Portugal para que reconociese la independencia de Brasil. En cambio, la independencia de las colonias españolas era una cuestión de gran alcance para los Estados Unidos y para las potencias europeas.

Los Gobiernos austriaco y prusiano no sentían verdadera simpatía hacia un movimiento que quebrantaba la autoridad de uno de los gobiernos europeos restaurados en 1814; no obstante, carecían de interés suficiente, en este asunto, para pensar en recurrir a la fuerza. En Rusia, el Zar Alejandro, y más aún sus embajadores en París y Madrid —Pozzo di Borgo y Tatischeff—manifestaron la intención de ayudar a España. En 1817-18 la diplomacia rusa pensaba en una *mediación colectiva* que ejercerían las grandes potencias, apoyada, no por las armas, sino mediante medidas económicas coercitivas contra los *rebeldes*. Ciertamente, esta sugestión tenía un objetivo europeo, más bien que americano. El Zar, preocupado siempre de disponer de medios de presión contra la política inglesa, intentaba atraer a España a su sistema diplomático, pero carecía de proyectos precisos en Amé-

rica latina, aunque Castlereagh se los atribuyese. En todo caso no insistió cuando sus sugerencias de mediación encontraron resistencia.

Pero Gran Bretaña y Francia, potencias atlánticas, tenían intereses indudables. Y la preocupación de los Estados Unidos era aún más inmediata.

### I. LOS INTERESES ECONÓMICOS Y POLÍTICOS

Los principales móviles que determinaron la política de estos tres estados eran de orden económico. El hundimiento del dominio español iba a abrir América del Sur y Central al comercio internacional. ¿Cómo aprovecharse de tal perspectiva?

Entre 1808 y 1814 Gran Bretaña fue la defensora de España contra Napoleón. En compensación de ello había sido autorizada por el Gobierno de Cádiz para comerciar con las colonias españolas de América mientras durase la guerra europea. Una vez terminada esta, la política inglesa no se resignó a abandonar aquel mercado; los armadores, los industriales, los grandes banqueros orientaron en aquel sentido las decisiones del Gobierno. Y entre 1815 y 1824 los círculos económicos ingleses se aseguraron un lugar preponderante en todos aquellos lugares liberados de los españoles. Las exportaciones del Reino Unido a las regiones del Río de la Plata, primeras separadas de España, alcanzaron, en 1818, 730 908 libras esterlinas, y pasaron, en 1824, a 1 104 500. Hacia Méjico, donde el comercio inglés comenzaba apenas a penetrar en 1818, tales exportaciones se multiplicaron por diez en un período de seis años. En Perú, donde eran insignificantes (4 149 libras esterlinas en 1818) ascendieron, en 1824, a 430 950. Los ingleses dominaban en 1822-23 el mercado colombiano, y sus barcos eran casi los únicos que frecuentaban los puertos del país. La industria textil fue la principal beneficiaria de esta situación, pero los capitalistas ingleses comenzaban también a efectuar inversiones en empresas mineras y agrícolas, que despertaban el *entusiasmo* de los círculos de negocios, en 1824 y 1825. ¿Cómo podría aceptar Gran Bretaña el restablecimiento de la dominación española, que originaría, de nuevo, el monopolio comercial? Disponía, para la protección de aquellos intereses económicos, de un medio de acción decisivo: el dominio de los mares. Podía, incluso, impedir a todas las otras potencias intervenir en la guerra de independencia de las colonias españolas.

Las preocupaciones económicas no presentaban la misma urgencia para Francia, donde la industria no alcanzaba—ni con mucho—un desarrollo comparable al de Gran Bretaña. Sin embargo, el mercado sudamericano ofrecía perspectivas favorables inmediatas para la exportación de sederías y vinos. También el Gobierno francés examinó, sobre todo a partir de 1820, las posibilidades futuras, y mostró su deseo de evitar que Gran Bretaña se asegurase un monopolio de hecho. Por tres veces envió misiones a los puertos sudamericanos, para estudiar la forma de desarrollar los intercambios comerciales. "Estas relaciones

—decía el Consejo de Comercio en noviembre de 1821—abrirían a nuestra industria un vasto continente y nos aseguraría gran número de clientes en una región carente de manufacturas.”

Los intereses comerciales de los Estados Unidos (de actividad industrial todavía poco importante y únicamente exportadores de materias primas) eran diferentes. Los territorios españoles de América podían ofrecer un mercado para el algodón en bruto, la madera de construcción y—excepto en Argentina—para los cereales; tal perspectiva era interesante para los productores de la región del Mississippi, que, a causa de las dificultades de transporte, no podían expedir sus productos hacia Europa por vía Nueva York o Boston. Además, la marina mercante de la Unión podría desempeñar un papel importante en el tráfico de los puertos mejicanos, de los de América Central y de los venezolanos. Pero los círculos de negocios del Este se hallaban todavía indecisos en 1815, porque su comercio con España era más importante que el que realizaban con las colonias en rebeldía. No dejaron por ello de inquietarse con el progreso del comercio inglés y temían que Gran Bretaña llegase a asegurarse una influencia política, valiéndose de su preponderancia económica; todavía no reivindicaban un privilegio, pero estimaban tener derecho al tratamiento de nación más favorecida en los nuevos estados que se constituían.

A esta competencia económica se añadían las divergencias políticas, relacionadas con la actitud de cada uno de los tres gobiernos hacia la monarquía española, y, más aún, con la cuestión del régimen que pudiesen adoptar las colonias si se convertían en independientes.

A este respecto, el Gobierno francés se encontraba en una situación particular, porque la restauración de los Borbones en Francia y de Fernando en Madrid restablecía, de hecho, el Pacto de Familia (1). A partir de 1814 anunció, pues, que, en principio, no haría nada para ayudar a las colonias insurgentes, y declaró, incluso, desear el éxito de la reconquista española. ¿Seguiría siendo platónico este deseo? La política francesa estaba sujeta a oscilaciones que correspondían a los cambios de gobierno.

Durante su primer ministerio el duque de Richelieu deseaba ciertamente el restablecimiento del *orden* en América española, pues estimaba peligroso para Europa “que la anarquía eche raíces en aquellas playas”. ¿No existió siempre una *comunidad de afectos* “entre los revolucionarios? Y escribía, en una carta privada, que “es necesario apagar este volcán” que amenaza arrojar sobre el continente europeo “revoluciones y molestias sin cuento”. No creía posible, sin embargo, unir las colonias a la madre patria si el Gobierno español no hacía concesiones. ¿Por qué no estudió Fernando el establecimiento en América española de una o dos monarquías, colocando en sus tronos a príncipes de la Casa de Borbón? Esta alusión solo tenía en cuenta

(1) Véase sobre este asunto, el tomo I de esta *Historia*, pág. 812.

a los Borbones españoles, pues cuando, en 1818, los informes de un agente oficioso del gobierno provisional de La Plata dieron a entender que se aceptaría de buena gana la candidatura de un príncipe francés, Richelieu desechó la eventualidad, que daría a su política, decía, un “aire de falsedad e intriga”.

El gabinete Dessoles-Decazes practicó la misma política; sin querer obligar al Gobierno español, deseaba el establecimiento de una monarquía en La Plata, y sugirió la candidatura del príncipe Luis de Borbón-Parma o la del duque de Lucques; pero estimó también que la única actitud razonable para Francia sería la conservación de la neutralidad.

La revolución española de 1820 modificó las perspectivas, pues al propio tiempo que aumentaba las oportunidades de éxito de la rebelión, liberaba al Gobierno francés de sus *obligaciones morales* hacia España. En su segundo ministerio, Richelieu estimó inevitable la formación de estados independientes. Y envió misiones a América del Sur para estudiar la posibilidad de la conclusión de acuerdos comerciales con los nuevos estados.

Pero el ministerio de Villèle, después del Congreso de Verona, decidió una intervención militar en España, y restableció la monarquía absoluta de Fernando. ¿No podía también Francia pasar a intervenir contra las colonias en rebeldía? En sus instrucciones al embajador en Madrid, el ministro de Negocios Extranjeros, Chateaubriand, insistió en la solución estudiada en 1818: el establecimiento en América española de grandes monarquías, gobernadas por príncipes segundones de la Casa de Borbón, a quienes se dotaría al efecto. Esto lo determinaba una preocupación de política interior: “Si el Nuevo Mundo se convierte, en su totalidad, en republicano, perecerán las monarquías del Viejo Continente.” Tampoco se pensó entonces en príncipes franceses. El hecho nuevo era que el gobierno proyectaba otorgar a España apoyo *armado* para hacer prevalecer aquella solución. Villèle consideró, el 3 de julio de 1823, en una carta al duque de Angulema, comandante del ejército francés en España, el suministro de fuerzas navales, dinero y *unos pocos soldados* a cambio de ventajas comerciales que concederían a Francia las futuras monarquías americanas. No obstante, aquellos solo eran proyectos vanos; el plan de intervención no fue propuesto al Gobierno español, y se abandonaría apenas se conociera la oposición de Gran Bretaña.

Las líneas directrices de la política inglesa eran sencillas. Mientras, antes de 1814, había sido la aliada de los españoles en su lucha contra Napoleón, después del restablecimiento de la monarquía en España no tenía motivo alguno para tratar con miramientos a Fernando. En principio, admitía, sin duda, el mantenimiento de la soberanía española, siempre que quedase asegurada la libertad de comercio, pero, en el fondo, sus intereses económicos le hacían desear el triunfo del movimiento de independencia. Después de 1817, pues, se opuso resuel-

tamente a toda intervención de una potencia europea en favor de España. No obstante, Castlereagh no era hostil a la solución monárquica; en 1822, en vísperas de su muerte, pensaba proponer al Congreso de Verona que se efectuase un "esfuerzo para que los colonos acepten a príncipes Borbones para jefes de sus estados independientes", y actuó en dicho sentido cerca del Gobierno español. No fueron las preferencias de principios las determinantes de la actitud del Gobierno inglés, a diferencia de lo ocurrido con la del Gobierno francés. Castlereagh, y Canning después de él, creían únicamente que si los nuevos estados adoptaban un régimen republicano serían más sensibles a la influencia de los Estados Unidos. Valía más, pues, favorecer el establecimiento de monarquías para evitar un *panamericanismo* peligroso para los intereses ingleses. ¿No sería posible la colaboración franco-inglesa en aquel terreno, aunque fuesen diferentes los móviles de una y otra? De ello se trató en 1822. Pero desde que la política francesa parecía orientarse hacia una intervención armada, el Gobierno británico se inquietó; la solución monárquica le parecía ahora nefasta si se había de realizar con ayuda de Francia, que no dejaría de aprovecharse de ella, en perjuicio de los intereses británicos. Por ello se opuso resueltamente a la política de Villèle, la que hizo fracasar sin gran esfuerzo. Una vez conseguido esto, ¿no podría prestarse él a reanudar la negociación emprendida en 1822? El obstáculo provenía ahora del rey de España, hostil a la solución de los príncipes segundones, lo que no impediría, según pensaba, la disgregación de su Imperio (allá estaba el ejemplo de Brasil para probarlo). Entonces la política inglesa se inclinó ante los hechos: admitía que los nuevos estados adoptasen un régimen republicano, y se mostró dispuesta a reconocer a sus gobiernos; pero, al propio tiempo, explotó los temores causados por las lucubraciones acerca de la intervención francesa, e intentó, no sin éxito, presentarse como *salvador* a fin de obtener la firma de tratados de comercio favorables, en perjuicio de la influencia de los Estados Unidos.

La actitud del Gobierno de los Estados Unidos consiguió facilitar el éxito de la política inglesa. ¿Cómo y por qué? La disgregación del Imperio colonial español serviría, indudablemente, los intereses de la joven república, y le ofrecería posibilidades de expansión. Aquella crisis daba inmediatamente al Gobierno de Washington ocasión para resolver, en su provecho una cuestión importante, planteada desde la adquisición de la Luisiana (1): el acceso a la costa del golfo de Méjico. El tratado de 1803 no había concedido a los Estados Unidos más que una estrecha faja alrededor del delta del Mississippi; y los estados del Oeste, sobre todo Tennessee, habían reclamado en seguida la ampliación de dicha faja. Pero España era la poseedora de ella, y rehusaba cederla. La rebelión de las colonias españolas había ya permitido,

(1) Véase sobre esta cuestión, el tomo I de esta *Historia*, pág. 1.105.

en 1810, al presidente Madison anexionarse una parte de Florida occidental, con unas costas de 50 kilómetros, aproximadamente, incluido el puerto de Mobile. A medida que la rebelión se prolongaba, el dominio de España en aquellos territorios se hacía más precario. Sus tropas solo ocupaban dos o tres puntos, y no ejercían vigilancia sobre la población, formada por indios y esclavos fugitivos. Esta misma precariedad abrió el camino a la intervención de los Estados Unidos, solicitada por los plantadores de Tennessee, basándose en un argumento de *seguridad*: el deseo de proteger sus territorios contra las incursiones de los aventureros, pero más aún en un argumento de interés material: privar a los esclavos fugitivos de un territorio de refugio. Jackson, coman<sup>te</sup> de las tropas del Sur, resolvió la cuestión en 1818. Ciertamente el Congreso lo autorizó, pero su iniciativa, que contaba probablemente con el asentimiento del presidente Monroe, permitió al Gobierno de Washington obtener del de Madrid la cesión, por vía de compra, de toda la Florida (febrero de 1819).

Aparte de esa cuestión, ¿no esperaban los Estados Unidos otras ventajas del hundimiento del Imperio español? La formación de estados independientes, que serían débiles, abrirían nuevas perspectivas a la acción política y económica de la Unión.

Los Estados Unidos adoptaron, pues, una línea directriz a la que permanecerían fieles, rehusando admitir una intervención de las potencias europeas, encaminada al restablecimiento del dominio español en sus colonias, y a participar en cualquier plan "fundado sobre base diferente que la total independencia".

Ello no era, sin embargo, más que una posición de principio. ¿Intentaban los Estados Unidos oponerse por las armas a tal eventual intervención europea? ¿Estaban resueltos a impedir un esfuerzo español de reconquista, si España contase con medios para llevarla a cabo? La política del Gobierno de Washington fue prudente a ese respecto, pues carecía de los medios militares o navales que le permitieran comprometerse solo en un conflicto.

Como el Gobierno español se quejó, en 1817, de que, a causa de iniciativas privadas de ciudadanos de la Unión, los colonos rebeldes recibían abastecimientos de armas, el Congreso votó una *ley de neutralidad*, que restringía aquel tráfico. En dicho momento, los Estados Unidos deseaban realmente congraciarse con España, con la que negociaban la cesión amistosa de la Florida. Cuando se solventó el asunto, quedaron en mayor libertad para actuar. Sin embargo, no reconocieron todavía a los gobiernos provisionales constituidos en América del Sur. En mayo de 1819, Adams, secretario de Estado, informó a venezolanos y argentinos de que los Estados Unidos no tenían, por el momento, la intención de alterar su estricta neutralidad. En diciembre del mismo año explicó a la Comisión de Relaciones Exteriores del Congreso que el *reconocimiento* podría provocar la guerra con España: valía más, pues, tener paciencia. Aquel peligro desapareció des-

pués de la revolución española de 1820. Entonces se convencieron los círculos políticos de que si se quería evitar la supremacía económica de Gran Bretaña en América latina, había llegado el momento de tomar partido. Pero el Gobierno procedió con cautela. El mensaje del presidente Monroe al Congreso (5 de diciembre de 1821) reconocía que España era manifiestamente incapaz de "reducir sus colonias a la obediencia por la fuerza", y expresaba su deseo de resignarse a la independencia de las mismas. El 6 de abril de 1822, el secretario de Estado informó al Gobierno español de que los Estados Unidos reconocían la existencia de los nuevos estados y que establecerían relaciones diplomáticas con ellos, pero subrayaba que tal decisión era un simple reconocimiento de los hechos, que no afectaba en lo mínimo al derecho de España "de restablecer, si puede, la unión entre estas provincias y sus otras posesiones". La política del Gobierno no se afirmó con claridad hasta después de 1823. Adams aconsejó formalmente a los gobernantes de los nuevos estados que fueran fieles a la forma republicana, única conforme a los "principios americanos"; si aceptaran una solución monárquica en provecho de príncipes venidos de Europa, quedarían "bajo la dependencia de los intereses europeos, tanto desde el punto de vista político como económico". Y el Gobierno federal se inquietaba en aquellos momentos por la posibilidad de una intervención francesa. Pero, para evitar tal peligro, podía contar con la colaboración de Gran Bretaña.

## II. LOS LITIGIOS

Aquella divergencia entre los intereses de los tres estados atlánticos sólo dio lugar a debates diplomáticos. Únicamente en tres ocasiones—1817, 1818 y 1823—el asunto pasó a primer plano en las relaciones internacionales: cuando se manifestaron propósitos de intervención en favor de España, que, sin embargo, no originaron peligro de conflicto entre las grandes potencias.

Los primeros proyectos favorables al mantenimiento del dominio español fueron de iniciativa rusa. Tal política se esbozó a partir de 1817, en que el canciller Nesselrode sugirió, en nota dirigida al Gobierno inglés, una mediación colectiva de las potencias para poner fin a la rebelión de las colonias; el Gobierno español debería comprometerse, en contrapartida, a establecer en sus posesiones americanas un régimen constitucional, y a abrir el mercado al comercio extranjero. Pero no se trató de imponer este plan por la fuerza: las potencias debían actuar mediante una "presión económica sobre los rebeldes".

La segunda tentativa, preparada en el verano de 1818, fue discutida en noviembre con ocasión de la conferencia de Aquisgrán; y en ella la política francesa se asoció a la política rusa. ¿Con qué espíritu? El duque de Richelieu parecía adherirse a la sugestión del Zar acerca de una mediación de las potencias entre España y sus colonias. No

consideró la restauración de la monarquía española, sino la formación de estados monárquicos regidos por príncipes españoles. ¿Qué partido debería adoptarse si la mediación propuesta fuese aceptada por el Gobierno español y rechazada por las colonias? Richelieu decía que "no se emplearía la fuerza" contra los insurgentes. "Es algo imposible de declarar públicamente." Todo lo más, podía pensarse en la posibilidad de recurrir a ella una vez estuviera en marcha el asunto. Pero aconsejaba formalmente al Gobierno español que no provocase tal eventualidad, ya que estaba convencido (sus cartas privadas al embajador en Londres lo prueban) de que el Gobierno inglés no consentiría jamás el empleo de medios coercitivos contra los insurgentes. De ahí la timidez de aquella iniciativa, que careció de consecuencias tanto por enfrentarse con la oposición de Gran Bretaña como porque el rey de España se consideraba aún capaz de reconquistar sus colonias y rechazó la idea de la mediación.

El asunto adquirió mayor importancia en 1823, cuando Villèle parecía pensar en la intervención armada de Francia, proyecto que suscitó una doble campaña diplomática, en la que los Estados Unidos y Gran Bretaña *detuvieron* la política francesa mediante iniciativas paralelas, aunque independientes.

La iniciativa del Gobierno inglés permaneció secreta; la otra se hizo pública: era la proclamación de la *doctrina de Monroe*. ¿Existía posible relación entre ellas?

El primer pensamiento de Canning fue ofrecer un acuerdo a los Estados Unidos; sugirió que se publicase una declaración común en que los dos gobiernos anunciaran su intención de poner término a los proyectos franceses de intervención. Rush, embajador de los Estados Unidos en Londres, otorgó su adhesión en principio; pero sin esperar la respuesta de su Gobierno, pidió al inglés la aceptación del reconocimiento de los nuevos estados, con el régimen republicano que, de hecho, habían establecido. Canning no quiso aceptar aquella condición, pues temía que no le siguiesen el rey y sus colegas del gabinete, quienes estimaban prematuro el reconocimiento, prefiriendo también conservar la oportunidad que aún podía tener la solución monárquica.

A causa de la dificultad que parecía presentar el acuerdo con los Estados Unidos, Canning se limitó a dirigir una advertencia al Gobierno francés, declarando al embajador Polignac (9 de octubre de 1823) que si una potencia extranjera interviniera—por la fuerza o por medio de amenazas—"en una empresa de España contra sus colonias", Gran Bretaña reconocería inmediatamente la independencia de las mismas. Polignac afirmó en seguida que el Gobierno francés no pensaba recurrir a la fuerza. Canning hizo extractar esta conversación y Villèle la aprobó sin oponer dificultad alguna el 19 de octubre. Así se desvaneció la posibilidad de una intervención francesa. Pero Canning se apresuró a comunicar aquel memorándum a los Estados Unidos y a los gobiernos provisionales de la América española para que se le



considerase campeón de la independencia, con lo que consiguió un fácil éxito diplomático.

Entre tanto el Gobierno de Washington deliberó; mas su información era incompleta: había recibido la oferta de una declaración común y no sabía aún que Canning se había decidido a actuar solo. No obstante la diferencia de los puntos de vista inglés y americano respecto al régimen político de los nuevos estados, el presidente Monroe se inclinó a aceptar la sugestión inglesa. Pero el secretario de Estado, Adams, no quería que los Estados Unidos aparecieran como *satélites* de Gran Bretaña. Prefería una declaración *americana* a la declaración común. Cuestión de dignidad, sin duda. Pero de desconfianza también. ¿No se propondría Canning, al sugerir esta negociación, *frenar* la política americana y obtener, por ejemplo, la promesa de que los Estados Unidos no se apoderarían de Texas o de Cuba? Sin embargo, Adams experimentó cierta dificultad para que su tesis fuese admitida. ¿Es prudente—se preguntaban sus colegas de gabinete—tomar partido públicamente y de una forma aislada? Si Francia se convirtiera en *agresora*, y si fuera apoyada por los estados de la Santa Alianza, el riesgo sería grave. Adams contestó que no se trataba de hacer la guerra; en caso de crisis, los Estados Unidos podrían contar con Gran Bretaña, cuyos intereses eran idénticos a los de los Estados Unidos y cuya potencia naval bastaría para impedir cualquier tentativa de intervención. Y aunque desechó la oferta inglesa, se fundó, pues, en ella para redactar el mensaje que el presidente Monroe comunicó al Congreso el 2 de diciembre de 1823. Puesto que las colonias españolas "han proclamado su independencia y la han mantenido", decía Monroe, y como los Estados Unidos habían reconocido tal independencia, "tendremos que considerar la intervención de una potencia europea cualquiera, cuyo objeto sea el de oprimirlas o el de ejercer de cualquier otra forma influencia sobre su destino, como manifestación de una disposición de enemistad hacia los Estados Unidos".

La *doctrina de Monroe* fue, pues, proclamada—según palabras de un historiador inglés—"al abrigo de la flota inglesa". Pero en el momento en que el mensaje se publicó ya no existía peligro de intervención francesa, pues Villèle había firmado el memorándum de Polignac. Por ello, la declaración americana apenas suscitó la atención en Europa.

¿Debemos atribuir por ello un papel decisivo a la política inglesa en el resultado final? Sin ella, la guerra de independencia de las colonias españolas ¿podría haber tomado un sesgo diferente? Sería necesario probar para ello que los proyectos de intervención francesa tenían una base más sólida. Pero Villèle no parecía haber pensado en prestar apoyo armado serio a España y no intentó la menor resistencia a la presión ejercida por Canning. Las maniobras diplomáticas no tuvieron, pues, sino una importancia secundaria. Los pueblos de la América hispana lograron su independencia más por su propio esfuerzo que

por la ayuda exterior, afirma el historiador de esta política inglesa, sir Charles K. Webster.

\* \* \*

¿Cuál sería el alcance de esta independencia para el porvenir?

En 1824, en el momento en que España abandonaba la partida, no conservaba en América sino sus posesiones insulares del mar de las Antillas, de las que Cuba era la más importante. En aquellos territorios, cuyas plantaciones de caña de azúcar desempeñaban un papel muy importante en la vida económica del mundo, los criollos permanecieron fieles a la metrópoli porque temían la sublevación de sus esclavos. Pero, además de su valor económico, tales islas ocupaban una posición estratégica muy interesante, ya que dominaban las rutas navales del istmo de la América Central, donde, a partir de 1825, se preveía la posibilidad de establecer un canal interoceánico. ¿Podría España conservar a Cuba durante mucho tiempo? Méjico y Colombia parecían a punto de apoderarse de ella. Pero los Estados Unidos anunciaron, en marzo de 1826, que no lo consentirían. En aquella época, sin embargo, no deseaban plantear la cuestión cubana para evitar la intervención de Gran Bretaña, dueña de los mares. Preferían, pues, que la gran isla siguiera siendo española hasta el momento en que sin riesgo alguno pudieran establecerse en ella.

Con los restos de los Imperios español y portugués se formaron veinte repúblicas (1). La esperanza de Miranda, en 1816, de ver a los territorios españoles de América constituir un gran estado, no había sido jamás compartida por Bolívar. La variedad de las condiciones económicas y climatológicas, las diferencias de los tipos de población, la tradición establecida por el régimen colonial español (división de estos territorios en *virreinos*) constituían obstáculos casi insuperables. "Es una locura pensar unir a todos los españoles de América en un solo estado." ¿No había también que tener en cuenta las ambiciones personales de los jefes locales de la rebelión y las divergencias respecto al régimen político futuro? El fraccionamiento político era pues, un hecho consumado. Pero, en 1825, se plantearon dos cuestiones: ¿Existiría entre estos nuevos estados un lazo federal que asegurase el mantenimiento de la paz en la América latina y que permitiese una política exterior común? ¿Cuáles serían las relaciones entre estos estados y la Unión norteamericana, que, por el mensaje de Monroe, se había proclamado protectora de la independencia?

El deseo expresado por Bolívar, en su correspondencia, a partir de enero de 1825, era el establecimiento de un lazo federal entre las nuevas repúblicas. El *Libertador* trataba de desempeñar, por lo menos en América del Sur, un papel de *regulador*: los estados conservarían

(1) Los territorios de América Central formaban, desde el principio, un solo estado, que no se fraccionó hasta más tarde.

sus propias instituciones políticas; pero se prestarían mutuo apoyo en caso de agresión de un tercer estado, aceptando confiar a un órgano común la dirección de las relaciones exteriores de la Confederación, así como el mantenimiento del orden interior de cada una de las repúblicas. A fines de 1825, pensó reservarse en aquel sistema un papel *supranacional*: el de Presidente de la Confederación. Su intención era que el Congreso de Panamá, que debía reunir a todos los delegados de los nuevos estados, preparase los medios de tal unión. Pensó incluso en invitar al Congreso a delegados del Gobierno de los Estados Unidos y establecer una solidaridad *panamericana*. Y Adams, nuevo presidente de los Estados Unidos, autor del mensaje de Monroe, anunció el 6 de diciembre de 1825 en Washington su intención de aceptar la invitación y su deseo de que los americanos establecieran entre ellos lazos políticos, pues todos ellos tenían intereses distintos a los de España.

¿Se iba entonces a la formación de una Liga de Estados americanos bajo la dirección de los Estados Unidos? Canning se inquietó por ello. No quería ver al gobierno de la Unión colocarse a la cabeza de una *Confederación de todas las Américas*; en rigor, admitiría únicamente la formación de una Liga entre los nuevos estados. Pero, de hecho, el plan de Bolívar se hundió tanto por lo que afectaba a la América latina como respecto a la panamericana. Al inaugurarse el Congreso de Panamá, el *Libertador* se dio cuenta de que ni los Estados del Plata, ni Chile, ni Méjico se prestarían al establecimiento de una confederación entre las nuevas repúblicas. Argentina y Brasil ni siquiera enviaron delegados a la asamblea de Panamá. Y cuando se resignó a un proyecto más modesto, el de una confederación *andina*—Colombia, Venezuela y Perú—, experimentó un nuevo fracaso. En tales condiciones, ¿habría nacido también muerto el proyecto panamericano? El Senado de los Estados Unidos no intentó reavivarlo y vaciló en comprometerse en el camino indicado por el presidente Adams. ¿No habían decidido las repúblicas sudamericanas la emancipación de los esclavos negros? ¿No habría peligro de contagio? Y un acuerdo ¿no obligaría a Estados Unidos a renunciar a su programa expansionista en el mar de las Antillas? Cuando el Senado se decidió a aceptar, por fin, la propuesta presidencial, ya era demasiado tarde: los delegados de los Estados Unidos llegaron a Panamá después de la clausura del Congreso.

Aquel doble fracaso, que entregaba los nuevos estados a divisiones y rivalidades y que marcaba límites a la política de los Estados Unidos, dejó el campo libre a la influencia europea en América latina. Pero únicamente Gran Bretaña estaba dispuesta a beneficiarse de ello, pues el gobierno francés no se había decidido aún a reconocer a las jóvenes repúblicas, y no se resolvería a ello sino algunos años más tarde. Fue ella quien ofreció a los Estados Unidos de América latina sus manufacturas, y podía ofrecerle también sus capitales. A partir

de 1825, la cifra del comercio inglés alcanzó ochenta millones de dólares, tres veces superior a la del comercio de los Estados Unidos.

Gran Bretaña poseía, pues, en los nuevos estados—desde el principio—una preponderancia económica que conservaría durante cerca de un siglo.

## BIBLIOGRAFÍA

- C. K. WEBSTER: *Britain and the Independence of Latin America*, 2 vols., Londres, 1938.—R. A. HUMPHREY: *British Consular reports on the Trade and Politics of Latin America, 1824-1826*. Londres, 1940.—CIT. GRIFFIN: *The U. S. and the disruption of the Spanish Empire, 1810-1822*, Nueva York, 1937.—F. RIPPY: *Rivalry of Great Britain and United States over Latin America, 1808-1830*, Baltimore, 1929.—D. PERKINS: *Russia and the Spanish Colonies, 1817-1818*, en "Americ. Hist. Review", julio 1923, págs. 656-673.—S. BEMIS: *John Quincy Adams and Russia*, en "Virginia Quart. Review", 4.º trimestre, 1945.—D. PERKINS: *The Monroe's Doctrine, 1823-1826*, Cambridge (Estados Unidos), 1927.—IDEM: *Hands off; a History the Monroe's Doctrine*, Boston, 1941.—*Europe, Spanish, American and the Monroe's Doctrine* en "American Hist. Review", 1922, págs. 207-218.—ED. TATUM: *The U. S. and Europe, 1815-1823; a Study of the Monroe's Doctrine*, Berkeley, 1936.—S. CHARLEY: citado en la bibliog. del cap. II.—H. TEMPERLEY: *French designs on Spanish America*, en "English Hist. Review", 1925, páginas 34-53.—J. AUCHMUTY: *The U. S. Government and Latin America Independence, 1810-1830*, Londres, 1937.—J. GANTENDEIN: *The evolution of our Latin-American Policy. A documentary record*, Nueva York, 1950.—S. F. BEMIS: *The Latin-American Policy of the U. S. An Historical Interpretation*, Nueva York, 1944.—R. S. ROBERTSON: *France and Latin American Independence*, Baltimore, 1939.—M. BELGRANO: *La Francia y la Monarquía en el Plata, 1818-1820*, Buenos Aires, 1933.—F. L. REYNOLD: *New Research on the First Pan-American Congress, held at Panama in 1826*, en "Hispanic Americ. Hist. Review", 1938, págs. 342-363.—He consultado también, en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, parte de la correspondencia del duque de Richelieu.



## CAPITULO VI

## LAS TRANSFORMACIONES MEDITERRANEAS

Más que los problemas de la América latina, fueron las cuestiones mediterráneas las que ocuparon el primer lugar en las relaciones entre las grandes potencias. En aquella zona donde—gracias a su preponderancia naval, a la posesión de Gibraltar y de Malta, y desde 1815 de las islas Jónicas—Gran Bretaña ocupaba una posición dominante, los esfuerzos de Francia y Rusia abrían perspectivas nuevas a favor de la crisis del Imperio otomano (1).

## I. LA INDEPENDENCIA GRIEGA

La insurrección griega contra el dominio turco presenta todos los rasgos de un *movimiento nacional*; fue la protesta instantánea de una población que por su lengua, por su religión, por sus costumbres, por su historia, por sus sentimientos, por sus intereses económicos había permanecido extraña al Imperio otomano. Los intelectuales griegos tenían conciencia de la superioridad de su cultura. Los campesinos sufrían un régimen fiscal que gravaba con un impuesto especial a los cristianos; y un régimen agrario que concedía la propiedad de los dos tercios de la tierra a los turcos. Los comerciantes de los puertos y los de las islas del archipiélago, que habían hecho fortuna frecuentemente en el comercio con Levante durante las guerras napoleónicas, se quejaban del capricho de una administración fastidiosa. Tal protesta era alentada, en Constantinopla y en Bucarest, por la actividad de *hogares griegos*, que desempeñaban un papel importante en la vida económica, y, además, por la población griega de las islas Jónicas, que, bajo el régimen inglés, habían entrado en contacto, a partir de 1815, con las ideas liberales, así como por las colonias de emigrados griegos establecidas en París, Viena, Trieste y Odesa.

Los primeros síntomas del movimiento nacional se manifestaron en el momento en que el Congreso de Viena asumió la tarea de "reconstruir" Europa. En 1814 se fundó en Odesa una sociedad secreta, la *Hetairia*, que se había fijado como objetivo restaurar la independencia griega o, por lo menos, obtener la autonomía de los territorios griegos bajo príncipe cristiano. En febrero de 1821, Ypsilanti, después de haber formado en territorio ruso una tropa de algunos centenares de hombres, franqueó la frontera otomana. Al decir de Metternich,

aquel golpe de mano fue "el comienzo de una inmensa revolución", no obstante su rápido fracaso.

Aquel movimiento de independencia griega que, entre 1822 y 1825, rechazó la dominación turca de Morea, planteaba una cuestión de principio: en el momento en que las grandes potencias continentales—las que deseaban mantener los principios de la Santa Alianza—querían oponerse a todo esfuerzo insurreccional de un grupo de poblaciones contra un soberano *legítimo*, apareció como un síntoma nuevo de la fermentación que se extendía desde Europa, y era, desde aquel punto de vista, condenable a los ojos de los partidarios del *statu quo*. Sin embargo, como la población griega era cristiana y se rebelaba contra el dominio musulmán, encontró en seguida, incluso entre la opinión más inclinada al *mantenimiento del orden* y al respeto de la legitimidad, simpatías que no habían sido otorgadas a los demás movimientos insurreccionales. Pero tal cuestión de principio no desempeñó un papel importante en las decisiones de los gobiernos. Las reacciones de los grandes estados eran determinadas por sus intereses: el éxito del movimiento de independencia griega traería consigo un nuevo debilitamiento del Imperio otomano, quizá su hundimiento. ¿Era aquella una posibilidad deseable?

Rusia deseaba el éxito de la insurrección griega. En la orientación de aquella política, los móviles económicos desempeñaban un papel secundario. Los comerciantes y los marinos griegos eran, ciertamente, antes de 1821, los principales agentes del comercio ruso en el mar Negro, y desde el comienzo de la insurrección cesaron en su actividad, paralizando las relaciones comerciales rusas en dicha zona. Se trataba de una razón para que el gobierno del Zar deseara la rápida solución del conflicto. Pero tal solución había de estar de acuerdo con los intereses políticos del Imperio ruso, y la victoria de los griegos serviría estos intereses, ya que Rusia estaba llamada a ser la principal beneficiaria de la disgregación del Imperio otomano.

La perspectiva era grave para Austria, que no podía abandonar la península balcánica a la influencia rusa. También resultaba inquietante para Gran Bretaña, que vería inmediatamente quebrantada su preponderancia en el Mediterráneo y tendría que verse expuesta al riesgo de una penetración rusa en el Medio Oriente, que amenazaría a la India. No obstante, Gran Bretaña podría beneficiarse de un debilitamiento del Imperio otomano si se asegurara una influencia preponderante en la Grecia independiente. Los intereses ingleses no concordaban en todos los puntos con los intereses austríacos.

Mucho menos inquietante era la perspectiva para Francia. El estacuto territorial de Europa fue establecido sin contar con ella o contra ella; y el hundimiento del Imperio otomano podría abrir el camino a reajustes territoriales, a un sistema de compensaciones entre las grandes potencias en el que los vencidos de 1815 encontrarían ocasiones favorables para obtener la revisión parcial de los tratados.

(1) Sobre esta crisis, véase la pág. 23.

No era, pues, la cuestión griega en sí la que podía originar dificultades internacionales graves, sino sus repercusiones posibles o probables sobre la suerte del Imperio otomano. El Sultán lo sabía y no dudó que las grandes potencias no se atreverían—en tal cuestión— a adoptar medidas amenazadoras para la existencia de su Imperio, o, más bien, que si una de entre ellas pensara hacerlo, se enfrentaría con la oposición de las demás, contando con las divergencias de Rusia, Austria e Inglaterra y con el deseo de estas de no permitir que el asunto griego desembocase en un conflicto general.

Durante más de ocho años, la cuestión griega dio ocasión a maniobras, en las que, no obstante la importancia que se concedía al movimiento filohelénico en Rusia, Francia e Inglaterra, los intereses de los rebeldes apenas ejercían influencia. Las iniciativas rusas fueron las que orientaron la evolución de la crisis y las que determinaron las reacciones de las otras potencias. ¿Cuál fue el sentido general de esta complicada acción diplomática?

Hasta la muerte de Alejandro I (1825) la política rusa no se empleó a fondo. Aunque amenazaba al gobierno otomano con una intervención, fundándose en el tratado de Kainarjdi (1), no parecía pensar seriamente en pasar a la acción. Prudencia necesaria, pues en 22 de octubre de 1821 Inglaterra y Austria manifestaron su voluntad de oponerse a una intervención rusa. ¿Podría el Zar obtener el apoyo de Francia para triunfar de esta resistencia? Pensaba en ello desde julio de 1821, y sondeó las perspectivas que un hundimiento del Imperio otomano podría tener para la política francesa. Pero Villèle no se dejó tentar por tan atrevidos proyectos. Y por ello el gobierno ruso se limitó a intentar una acción diplomática colectiva. Su proyecto de enero de 1824 sugería la formación no de un estado griego independiente, sino de tres principados, que, aun permaneciendo bajo el dominio turco, tendrían gobernadores griegos; es decir, un régimen de autonomía. Cuando aquel proyecto, que los griegos consideraban insuficiente y los turcos inaceptable, fue rechazado por Inglaterra y por Austria, el Zar no insistió, y en febrero de 1825 declaró que no quería separarse de Europa y que no haría la guerra a Turquía a menos que se viera obligado ineludiblemente.

Entonces, el gobierno otomano comenzó, con el apoyo de la flota y del ejército de su vasallo egipcio, la reconquista de Morea. En menos de cuatro meses los griegos se vieron perdidos. Sus jefes, descorazonados por la política prudente de Alejandro, solicitaron la ayuda inglesa; en 26 de julio de 1825 ofrecieron poner "la existencia política de la nación griega bajo la exclusiva protección de Gran Bretaña". Canning se negó a conceder tal apoyo; sin duda, Gran Bretaña podría, si se pusiese del lado de los griegos, lograr allí ventajas económicas y

(1) Véanse sobre la cuestión, las págs. 635, 720, 740 y sigs. del tomo I de esta Historia.

estratégicas; pero el establecimiento de un protectorado inglés en Morea daría lugar a una probable intervención rusa en los Balcanes. Y puesto que la política inglesa deseaba evitar el hundimiento del Imperio otomano, viose forzada a sacrificar los intereses inmediatos que se le ofrecían. El movimiento nacional griego parecía, pues, destinado a ser bien pronto estrangulado.

La muerte de Alejandro I (diciembre de 1825) reanimó la crisis en su aspecto internacional. El nuevo zar, Nicolás I, se mostró resuelto a asumir los riesgos que habían hecho retroceder a su predecesor. Pero no concedió primacía a la cuestión griega. En el ultimátum que dirigió a la Puerta, el 17 de marzo de 1826, aún no se trataba sino de los principados danubianos, es decir, una cuestión no relacionada directamente con los intereses mediterráneos de Gran Bretaña. No por ello la guerra ruso-turca tenía entonces menos aspecto de amenaza inminente, que abría perspectivas graves.

La política inglesa se adaptó inmediatamente a la nueva situación. Canning había afirmado su voluntad de mantener el Imperio otomano en tanto que había creído poder hacerlo sin recurrir a un conflicto general. Ante el peligro que ahora se le presentaba podría, sin duda, estudiar una alianza con Austria; pero tal alianza obligaría a Gran Bretaña a apoyar la política austríaca en Alemania y en Italia, eventualidad inaceptable. Creyó, pues, preferible buscar un acuerdo con el Zar para "frenar" la política rusa. En definitiva: optó por el mal menor.

La negociación anglo-rusa, que condujo Wellington por la parte inglesa, tuvo por resultado la firma del protocolo de 4 de abril de 1826: Gran Bretaña actuaría de mediadora entre el gobierno otomano y los griegos sublevados, y Rusia apoyaría aquella iniciativa. El objetivo sería conseguir para Grecia un régimen de autonomía; vasallo del Imperio otomano, aquel estado sería gobernado y administrado por griegos, sometiéndose únicamente la designación de los mismos a la aprobación de la Puerta.

La política inglesa esperaba haber limitado así las ambiciones rusas y no se opuso a la acción que Rusia pensaba efectuar en los principados danubianos; pero lo hizo de suerte que el Zar no extendiera la mano hacia Grecia. Es preciso, escribía Canning, "aislar la cuestión griega y comprometer a Rusia a no apropiarse nada de este despojo".

El gobierno otomano trataba de dividir a sus adversarios. Por la convención de Akkermann (7 de octubre de 1826), satisfizo a Rusia la cuestión de los principados danubianos, mientras que se oponía a la tentativa de mediación en el asunto griego. Maniobra vana, pues los gobiernos inglés y ruso decidieron imponer (por el tratado de Londres de 6 de julio de 1827, al que se asoció Francia) la conclusión de un armisticio entre turcos y griegos, valiéndose para ello de un bloqueo. Esto significaba impedir la victoria a las fuerzas turco-egipcias. Pero tal acción abría a la política inglesa perspectivas favorables, ya que

debía ser efectuada por su marina de guerra. El bloqueo de Morea se convirtió, por iniciativa de los almirantes, en una *demonstración naval*, llevada a cabo en la rada de Navarino, el mismo lugar en donde estaba reunida la flota de Ibrahim Bajá, y la *demonstración* degeneró, el 20 de octubre de 1827, en una batalla, durante la que fue destruida la flota egipcia, con lo cual quedó paralizado el ejército egipcio, aislado de sus bases.

La *mediación pacífica* se convirtió, pues, en una intervención armada dirigida contra el gobierno otomano. Para los griegos esto significaba la salvación. Pero para las relaciones entre las grandes potencias las consecuencias eran graves. El gobierno ruso no podía por menos de regocijarse al ver que el Sultán lanzaba un llamamiento a la *guerra santa*, ya que así se le ofrecería ocasión de hacer penetrar sus ejércitos en territorio turco; el gobierno inglés, por el contrario, vio abrirse ante él—en el mismo momento de la muerte de Canning, 8 de agosto—las perspectivas que toda su política había intentado alejar: la amenaza de una guerra que pudiese originar el hundimiento del Imperio otomano. No es sorprendente, pues, que el mensaje real al Parlamento considerase la victoria de Navarino como un *acontecimiento deplorable*.

La perspectiva de un conflicto anglo-ruso reapareció en la primavera de 1828, cuando Rusia declaró la guerra a Turquía. En el momento en que las tropas del Zar penetraron en territorio turco, fueron reforzadas las escuadras inglesas del Mediterráneo para poder proteger a Constantinopla contra aquella amenaza. Pero ¿era seria la alarma? El gabinete inglés atravesaba por dificultades interiores que le aconsejaban no emplearse a fondo. El Zar estaba descorazonado por la lentitud de las operaciones de su ejército; por otra parte, no disponía de la totalidad de sus fuerzas, pues Rusia se hallaba desde 1826 en guerra con Persia, y la política inglesa de Teherán no era ajena a este conflicto. La debilidad de sus medios militares le incitó, pues, a la prudencia. El gobierno francés, del cual habían sido separados temporalmente los ultrarrealistas, no tuvo la menor dificultad en que se aceptase un compromiso. El proyecto de La Ferronnays, ministro de Negocios Extranjeros en el ministerio Martignac, sugirió a Gran Bretaña que dejase a Rusia libertad de acción en la región danubiana, pero que la apartara del asunto griego; sería suficiente el envío de un cuerpo expedicionario franco-inglés para obligar a las tropas egipcias a evacuar Morea. En realidad, Francia y Gran Bretaña tendrían así un papel dominante en la regulación de la cuestión griega, contrapeando la acción de Rusia en los Balcanes. El Zar aceptó estas proposiciones en julio de 1828, y ello prueba bien a las claras que no se sentía capaz de imponer su voluntad.

El 12 de diciembre de 1828, después que Ibrahim evacuó Morea sin esperar la llegada del cuerpo expedicionario, la conferencia de embajadores de las potencias, reunida en Poros, decidió la formación de un

estado griego, cuyo príncipe sería hereditario; pero pagaría tributo al Sultán, fijando la frontera Norte de dicho estado en los golfos de Arta y de Volo. Sobre tales bases los tres gobiernos confirmaron su acuerdo (protocolo de 22 de marzo de 1829). Pero cuando un ultimátum trató de imponer su aceptación a la Puerta, el gabinete inglés se opuso, quizá porque no le convenía que el futuro estado griego poseyera el litoral frente a las islas Jónicas, es decir, frente a una base naval inglesa. Pero aquellas reticencias dieron ocasión para que, a fin de cuentas, las tropas rusas actuaran solas; la política inglesa abandonó, pues, al Zar el papel de "protector" de la causa griega.

En la regulación de aquel asunto, el gobierno francés aceptó un papel activo, ya que la operación de Morea, prevista como una expedición anglo-francesa, fue desarrollada, en realidad, por tropas francesas únicamente. Pero las perspectivas que pudieran presentarse en política general le importaban mucho más que la suerte de Grecia. ¿No tendría interés en abandonar a Gran Bretaña e intentar la alianza rusa? Ya en la conferencia de Poros, La Ferronnays esbozó un gesto en tal sentido. Aquella tendencia se afirmó después del retorno de los ultrarrealistas al poder, a comienzos de septiembre de 1829, cuando el ejército ruso amenazaba a Constantinopla, el ministerio Polignac estudió el proyecto de reparto del Imperio otomano—acompañado de reajustes territoriales en Europa central y en Renania—establecido por Bois-le-Comte, director de Asuntos políticos; Grecia se extendería hasta Constantinopla y tendría por soberano al rey de los Países Bajos; Rusia se apoderaría de Moldavia y Valaquia y de una parte de Asia Menor; Austria recibiría Servia y Bosnia. El reino de los Países Bajos se repartiría entre Prusia—la parte holandesa—y Francia—la parte belga—. Prusia se anexionaría Sajonia, pero abandonaría sus territorios de la orilla izquierda del Rin, que formarían un estado-tapón bajo la soberanía del ex rey de Sajonia. En cuanto a Gran Bretaña, se le adjudicarían las colonias holandesas. Polignac deseaba ser el autor de una revisión de los tratados de 1815 y borrar las cláusulas *prusianas* de los tratados de París, y dio por descontado que aquel golpe maestro daría prestigio a la dinastía. Pero ¿qué oportunidades de éxito podía tener una iniciativa evidentemente inaceptable para Prusia y para Inglaterra? Únicamente el apoyo ruso podría dar consistencia al atrevido proyecto. Mas ¿qué interés podría tener el Zar en entregar el Bósforo y los Dardanelos a un estado joven, en lugar de dejarlos en manos de una Turquía *carcomida*? El *gran proyecto* se hundiría con ocasión del primer sondeo diplomático.

En efecto, los consejeros del Zar vieron los riesgos de la aventura. El *mantenimiento* del Imperio otomano, acabaron por pensar, tenía más ventajas que inconvenientes. Dicho estado, débil y que seguiría siéndolo siempre, pues de continuo estaría amenazado por la sublevación de sus súbditos cristianos, estaría así destinado a ceder a la presión de la política rusa; por el contrario, *un nuevo estado de cosas*.

es decir, el reparto, enfrentaría a Rusia con *enemigos peligrosos*. Así, el Zar, cuando el embajador de Francia quiso exponerle el plan Boisle-Comte, apenas le permitió hablar.

En el tratado de Andrinópolis (14 de septiembre de 1828), la cuestión griega se resolvió según los términos del protocolo de 22 de marzo, es decir, con arreglo al compromiso inspirado por la diplomacia inglesa; solución de espera que se complicaría, después de febrero de 1830, con la concesión de la independencia. Pero Rusia obtuvo, en otra parte, ventajas importantes: la delimitación de la orilla derecha del Danubio, la formación—en los principados de Moldavia y Valaquia—de un *gobierno nacional* que permanecería teóricamente siendo vasallo del Sultán, pero que sería colocado bajo la *garantía*—es decir, la *vigilancia*—de Rusia; la cesión del puerto de Poti, en el mar Negro; la libertad de comercio en el Imperio turco, y el derecho de libre paso de los barcos mercantes rusos por los Estrechos.

En suma; ni Rusia, ni Gran Bretaña, ni Francia mantuvieron una política uniforme durante aquella larga crisis; las tres se mostraron vacilantes. Y los dos principales antagonistas—Rusia e Inglaterra—retrocedieron ante un conflicto general. Ciertamente, Gran Bretaña podía vanagloriarse de haber evitado lo peor, es decir, el hundimiento del Imperio otomano. Pero sabía muy bien las perspectivas favorables que este tratado abría a la política rusa.

## II. EL MEDITERRANEO OCCIDENTAL

En la parte occidental del Mediterráneo, la única transformación producida fue el establecimiento del dominio francés en Argelia entre 1830 y 1837. Tal hecho podía transformar el *control* de las rutas marítimas. La empresa argelina se hallaba, pues, asociada a la cuestión de las bases navales en las regiones vecinas, sobre todo en la costa oriental española.

En la cuestión argelina, dos rasgos, sobre todo, solicitan la atención: la lentitud de las decisiones francesas y la resignación de Gran Bretaña.

Los proyectos franceses no se definieron sino después de gran número de tanteos. En su origen, cuando el gobierno de Carlos X, al invocar la necesidad de poner fin a la piratería de los berberiscos, decidió emprender contra Argelia una *expedición de castigo*, los móviles que determinaron la acción fueron principalmente de política interior: en el conflicto que le opuso a la Cámara de los diputados en 1830, el gobierno Polignac estaba convencido de que un éxito exterior tendría favorable influencia sobre el cuerpo electoral y le permitiría agrupar alrededor del trono a aquellos que desde 1815 reprochaban a la monarquía restaurada una política pasiva en demasía ante los acontecimientos del extranjero. Pero, en realidad, el anuncio de la decisión no apaciguó—sino muy al contrario—las pasiones políticas,

que condenaban la decisión tomada por los partidos respecto a la expedición argelina; la esperanza del gobierno se convirtió, pues, en una decepción. Las preocupaciones económicas no desempeñan gran papel en esta ocasión. Solamente en Marsella los círculos de negocios se declararon francamente en favor de la empresa, aunque no invocaban otro argumento que el de asegurar la navegación mediterránea contra los corsarios del Dey, y no parecían siquiera pensar que la toma de Argel pudiera ser prelude de una obra colonizadora. Aquella perspectiva colonial era estimada, sin embargo, por los economistas; pero, con excepción de Sismondi, estaban de acuerdo en que una ocupación permanente carecería de interés, pues Argelia carecía de tierras *vacantes* y de mano de obra utilizable, y no podía convenir a los cultivos *coloniales*. En suma, nadie parecía adivinar la importancia del asunto para Francia. No hay, sin embargo, que fiarse mucho de estas apariencias. En los medios próximos al gobierno—y sobre todo en el Estado Mayor naval—algunos pensaban que la experiencia argelina abriría, sin duda, el camino a una expansión francesa en el Mediterráneo; pero se guardaban mucho de aludir públicamente a eventualidades dudosas en extremo.

Las deliberaciones del Consejo de ministros de 29 de mayo y 23 de junio de 1830 reflejaron tales vacilaciones. Cuando Polignac expuso al Consejo las posibles soluciones, consideró entre ellas la ocupación permanente y la colonización; pero añadió que la conquista sería difícil y podría originar dificultades graves con Inglaterra. En su mayoría, los ministros eran hostiles a una eventualidad que calificaban de temeraria, y el rey, incluso después de la toma de Argel, aplazó toda decisión.

El gobierno de julio decidió mantener la ocupación de Argelia, aunque casi todos los que le habían elevado al poder se mostraban adversarios de la expedición. En esto no había nada sorprendente: los liberales, que combatieron a Polignac, habían sido hostiles a la empresa porque podía consolidar un régimen político que detestaban; pero una vez desaparecido dicho régimen, estimaron que el abandono de los resultados adquiridos sería peligroso para el prestigio de la monarquía orleanista. Indudablemente, la ocupación de Argel implicaba en el ánimo del gobierno un objetivo de mayor alcance. Las instrucciones cursadas al general Clauzel el 30 de octubre de 1830 indicaban la intención de fundar, al menos en las regiones próximas a la ciudad, una *importante colonia*, y Luis Felipe estimó que Francia tenía "gran interés en disminuir la preponderancia inglesa" en el Mediterráneo. Pero no se trataba todavía de una conquista de los territorios del interior, tanto menos cuanto que la amenaza de conflicto europeo originado por la cuestión belga (1) obligaba a volver a la metrópoli parte del cuerpo expedicionario. Por lo demás, la mayoría de la Cámara de

(1) Véanse págs. 61 y sigs.

diputados era hostil a una política de colonización en Argelia, que obligaría a efectuar grandes gastos y a correr riesgos sin esperanza de beneficios inmediatos. Hasta junio de 1831 no estudió el gabinete de Casimiro Perier la ocupación e incluso el establecimiento del dominio francés "sobre toda la Regencia de Argel", aunque se cuidó bien de descubrir sus intenciones. Y las vacilaciones se prolongaron; en 1834 la Comisión de encuesta, designada por el Gobierno, se pronunció por el mantenimiento de la ocupación, pero limitándola a algunos puntos de la costa. Hasta 1836 el gobierno no declaró que una ocupación limitada a la región costera resultaría imposible, y admitió el principio de un dominio efectivo sobre los territorios del interior. La toma de Constantina, en 1837, fue la primera medida importante del programa de conquista.

Hubo siete años de tanteos. ¿Eran suficientes para explicar tal lentitud las reticencias de la opinión parlamentaria y la inestabilidad ministerial? También es preciso tener en cuenta la situación internacional. El Gobierno de Luis Felipe tenía necesidad de mantener un acuerdo con Inglaterra en tanto que las revueltas europeas consecutivas a los movimientos revolucionarios de 1830 no se apaciguasen; el momento no era favorable para realizar en la cuestión argelina una política amenazadora para los intereses ingleses.

Pero ¿por qué Gran Bretaña se resignó a dejar a Francia adquirir en el Mediterráneo occidental tales posiciones? Esa es, en el fondo, la cuestión esencial.

Desde el comienzo de la empresa el gabinete inglés había temido—febrero de 1830—ver la *expedición de castigo* convertirse en una toma de posesión. "Iréis más allá de lo que declararéis, y eso no puede convenirnos." La formación en la costa africana de un estado "unido a Francia" podría—había añadido—*arruinar* la influencia y el comercio ingleses en el Mediterráneo. Había tratado, pues, de obtener de Polignac la promesa de que la influencia francesa no se establecería en Argelia; y para conseguirlo había aludido incluso a la posibilidad de un conflicto armado. Pero Polignac no cedió, contentándose con decir que si el gobierno del Dey *llegara a disolverse*, Francia no establecería un nuevo régimen sino después de haberse puesto de acuerdo con las otras potencias. Y la amenaza inglesa no había pasado del estado verbal, quizá porque el gobierno inglés, preocupado por sus propias dificultades interiores, políticas y económicas, no podía admitir todavía la eventualidad de una guerra, y quizá también porque prefería ver que el *espíritu de ambición* de Francia hallase un derivativo en África.

Las vacilaciones de la Monarquía de julio daban cierta seguridad a Gran Bretaña. El gabinete inglés podía aún pensar que Francia encontraría bastantes dificultades en Argelia para obligar al Parlamento, ya reticente, a manifestar una oposición formal a toda empresa de conquista. ¿Y no estaba interesado también en tratar a Francia con miramiento, ya que su colaboración le era necesaria en los asuntos

européos? Ello aconsejaba una política de espera. En 1832 y 1833, cuando la oposición criticaba en la Cámara de los Comunes la pasividad del gobierno en la cuestión de Argelia, el ministro de Negocios extranjeros se limitó a hacer declaraciones platónicas.

Pero en 1836 ya no era posible conservar tales ilusiones, porque el gobierno francés anunció su intención de ocupar los territorios del interior. La protesta inglesa, no obstante, fue débil. Palmerston no insistió al enfrentarse con una resistencia categórica: "No deseo conflicto serio entre nosotros. No demos a nuestros altercados mayor importancia de la que tienen." En realidad, se daba cuenta de que la opinión pública francesa no podría tolerar el abandono de la empresa. Y, en noviembre de 1837, terminó por declararse dispuesto a aceptar *todas las medidas* que Francia pudiera adoptar en Argelia, "con la única condición de que los territorios de Túnez y de Marruecos continúen intactos". Y cuando, en la primavera de 1840, Abd el Kader, con la esperanza de obtener el apoyo de Gran Bretaña, le ofreció ventajas comerciales e incluso quizá una base naval en la costa argelina, la respuesta inglesa fue negativa.

Gran Bretaña, en suma, contemporizó. Limitóse a mostrar su voluntad de conservar el *control* del estrecho de Sicilia y el de Gibraltar, es decir, el dominio del Mediterráneo.

Pero la posición adquirida por Francia en Argelia daba nuevo interés a la cuestión española, que se convirtió en campo de rivalidad entre Francia y Gran Bretaña.

Al abrirse, en octubre de 1833, con ocasión de la muerte de Fernando VII, una crisis de sucesión que oponía a don Carlos, hermano del rey difunto, y a María Cristina, regente en nombre de su hija Isabel, el pretendiente al trono se apoyaba, por una parte, en el clero y, por otra, en el particularismo de las provincias nórdicas—Vizcaya y Navarra—, mientras que María Cristina era sostenida por los *constitucionales*. La guerra civil española tenía, pues, un aspecto europeo en cuanto representaba el antagonismo entre potencias absolutistas y liberales (1). Metternich enviaba armas y subsidios a los carlistas; Palmerston hacía otro tanto en beneficio de los partidarios de la Regente. ¿Cuál sería el papel de Francia en tal coyuntura? Luis Felipe no parecía dispuesto a intervenir en la guerra civil, no obstante haber concentrado tropas en la frontera española. Pero el gabinete inglés abrigaba sospechas. Una situación análoga a la de España se desarrollaba al mismo tiempo en Portugal (lucha entre los partidarios del pretendiente Miguel y el gobierno de Pedro). Aquellas dos crisis amenazaban con juntarse, pues la regente española preparaba una intervención en el país vecino. El primer objetivo de la política inglesa era expulsar de la península el absolutismo, representado en las personas de Carlos y de Miguel, y obtener para ello la colaboración francesa.

(1) Véanse anteriormente, págs. 65-67.

El gobierno de Luis Felipe se prestó en seguida a ello; primero, por el tratado de 22 de abril de 1834, cuyo objeto era regular la cuestión portuguesa, y después, por la convención de 18 de agosto del mismo año, que parecía establecer un acuerdo en la cuestión española; Francia se abstuvo de socorrer a los carlistas y admitió que Gran Bretaña pudiera facilitar armas a los constitucionales.

La *alianza* de abril de 1834 y la convención de 18 de agosto del mismo año no constituyeron, sin embargo, más que un episodio en las cuestiones ibéricas. En intención de Palmerston, se trataba, sobre todo, en réplica a las conversaciones de Münchengrätz (1), de manifestar la solidaridad de las potencias occidentales frente a los estados *despóticos*. Pero, no obstante las apariencias de acuerdo, la rivalidad de las influencias franco-inglesas en España reapareció durante los años siguientes. Aquella rivalidad era económica y política. En el primer aspecto, Gran Bretaña se encontraba en buena posición gracias a sus aprovisionamientos de armas al gobierno de Madrid. Pero procuraba obtener ventajas mayores: un tratado de comercio que concediese a la producción británica el acceso a un mercado hasta entonces sujeto a un riguroso proteccionismo. Mas dicha tentativa fracasó por la resistencia francesa y la inquietud de los industriales catalanes. La rivalidad política se manifestó agriamente, sobre todo en 1838: Francia impulsó a la Regente a apoyarse en los *constitucionales* más moderados, mientras que Gran Bretaña se esforzó en llevar al poder a los *progresistas*. En 1839, cuando se produjo la derrota carlista, la influencia inglesa triunfó en Madrid, donde Espartero, jefe del gobierno, favoreció abiertamente a Gran Bretaña: en 1840 autorizó a sociedades inglesas a que adquiriesen los bienes confiscados a las comunidades religiosas y aceptó su pago en títulos de la deuda española, muy depreciados.

¿Cuáles fueron los móviles decisivos en aquella lucha de influencias? ¿Los intereses políticos o los económicos? Los esfuerzos del gobierno inglés para llevar al poder a los *progresistas*, ¿se inspiraban en el deseo de obtener la contrapartida de ventajas materiales? ¿O debemos pensar que la influencia económica estaba destinada a abrir el camino a la influencia política? La primera opinión es la del embajador George Villiers (el futuro lord Clarendon). Pero el objetivo político—según las investigaciones más recientes, debidas a sir Charles K. Webster—fue la preocupación dominante de Palmerston: en el momento en que la presencia francesa en Argelia presentaba nuevas perspectivas en el Mediterráneo, España no debía convertirse en *satélite* de Francia. En 1840 esta política pareció triunfar (2).

(1) Véase anteriormente, pág. 67.

(2) Sobre la evolución posterior de esta cuestión, véase libro II, capítulo IX.

### III. LAS CRISIS EGIPCIAS

Apenas la cuestión griega quedó resuelta, el Imperio otomano atravesó una nueva crisis, que, durante diez años, pondría en litigio las posiciones adquiridas por las grandes potencias en el Mediterráneo oriental. El Sultán se encontraba en conflicto con un vasallo muy poderoso, el bajá de Egipto. El Imperio otomano veíase, de nuevo, amenazado por un hundimiento. ¿Cómo escapó a tal peligro?

El papel desempeñado por Egipto—país de 25 000 000 de habitantes—en las relaciones internacionales, fue, en aquella época, resultado de la acción personal de un hombre ambicioso: Mohamed Alí. Este turco de Rumelia, negociante de tabaco en Cavalla, se convirtió en jefe de un contingente otomano, enviado a Egipto en la época de la expedición Bonaparte. Desde 1806 era bajá de Egipto y, aunque vasallo del Sultán, actuaba como si fuera jefe de Estado. Durante veinte años trabajó, metódicamente, para *modernizar* Egipto, al mismo tiempo que para extender los límites territoriales de su dominio, dentro del Imperio otomano. Estos dos aspectos de su obra son indudablemente inseparables, pues las transformaciones que impuso a Egipto no tenían otro objeto que el de facilitarle los medios para una *política de poder*. Quiso hacer una revolución agrícola, construyendo canales de riego e introduciendo nuevos cultivos, destinados a la exportación; comenzó a crear una industria de hilaturas de algodón, manufacturas de telas de lino y equipó los puertos. Para la ejecución de aquel programa llamó a extranjeros: millares de griegos y un puñado de franceses. Tales resultados no podían obtenerse, ciertamente, sino por la iniciativa del gobierno del bajá; pero también iba en provecho el desarrollo de la vida económica, pues el Estado, solo beneficiario del comercio exterior y único propietario de la tierra, imponía a los campesinos el plan de cultivo y les compraba las cosechas al precio que él fijaba. Es indudable que aquel sistema de obligaciones y monopolios agravaba la miseria de la clase campesina, pero también lo es que aseguraba al tesoro egipcio los recursos necesarios para organizar, con el concurso de instructores franceses, un ejército de tipo europeo y una marina de guerra, que proporcionarían a Mohamed Alí los medios para efectuar, en 1815, una expedición al Hedjaz; emprender—entre 1820 y 1822—la conquista del Sudán nilótico y ocupar Creta. Le permitirían, igualmente, desempeñar—a favor de la crisis griega (1)—un papel preponderante en los destinos del Imperio turco. No obstante, el fracaso de la expedición a Morea, existía, en 1830, una *potencia egipcia* que atraía la atención de Europa. Los observadores extranjeros comprobaron los resultados obtenidos por Mohamed Alí, que había constituido un estado sólido, "allí donde no se veía antes más que tiranía,

(1) Véanse págs. 83 a 88.

revolución, guerra civil, anarquía perpetua"; había realizado un esfuerzo renovador, de que el resto del mundo islámico era incapaz, e incluso, "ha reducido las barreras, hasta entonces insuperables, que separaban a los musulmanes de los cristianos". A decir verdad—y de ello se percataron algunos europeos clarividentes—, la medalla tenía su reverso. La masa de la población egipcia, es decir, los campesinos árabes, sufría un refinamiento de exacciones; el dominio de Mohamed Alí se apoyaba, únicamente, en los turcos, dirigentes de la administración y del ejército; pero como dichos funcionarios eran, frecuentemente, mediocres, las iniciativas del amo permanecían incumplidas: todo aquello que no "cae bajo el ojo de Mohamed Alí periclitaba"; en fin, los recursos del tesoro estaban a merced de una mala cosecha y la amenaza de una crisis financiera pesaba, incesantemente, sobre las decisiones del gobierno. No obstante, en el Imperio otomano, esclerótico, Egipto se distinguía como una fuerza nueva.

¿Qué uso quería hacer de aquella fuerza el bajá? No ocultaba a sus interlocutores extranjeros que tenía "grandes cosas en la cabeza". Su primer objetivo era obtener el carácter hereditario de su mando, pues, en 1830, contaba sesenta y un años, y deseaba, naturalmente, dejar a su hijo la potencia que había fundado. Deseaba, también, hacer consagrar *de jure* la independencia que ya poseía *de facto*. Pero se daba cuenta de que tenía que obrar con prudencia en aquel terreno, pues corría el peligro de sembrar el descontento entre sus funcionarios y oficiales turcos. Y miraba mucho más lejos: ¿No podría convertir el Mediterráneo oriental en un lago egipcio si arrebatase Siria al Sultán? Se consideraba, incluso—decía el embajador francés—, la esperanza del Islamismo. Si las circunstancias le favoreciesen, ¿por qué no suplantar al Sultán y convertirse en el renovador del Imperio musulmán, en su totalidad?

Las ambiciones del bajá de Egipto plantearon cuestiones de gran alcance en las relaciones internacionales. ¿Podían desear las potencias mediterráneas que la vía de Suez, utilizada ya considerablemente en el tráfico internacional comercial europeo hacia la India y el sudeste asiático—no obstante los inconvenientes del transbordo a través del istmo—, cayera en manos de un estado joven y fuerte? ¿No sería preferible que aquella puerta del Mediterráneo permaneciese en manos del Imperio turco, que era débil? Por otra parte, ¿no les interesaba a las potencias la suerte del Sultán? La disgregación del Imperio turco bajo los golpes de Mohamed Alí, llevaría, sin duda, a un reparto, que despertaría nuevamente los antagonismos entre las grandes potencias; pero la renovación de aquel imperio por los cuidados del bajá, modificaría también una de las constantes de la política internacional.

¿Cuál fue, ante estas perspectivas, la posición de las potencias más directamente interesadas?

Francia poseía en el nuevo Egipto una influencia sólida; sus oficiales habían organizado el ejército; sus técnicos desempeñaron un

papel preponderante en la revolución económica; sus congregaciones de enseñanza fundaron escuelas que tenían más de 9.000 alumnos. El gobierno francés pensó aprovecharse de tal situación para consolidar su política mediterránea y, por medio de un acuerdo con el bajá, hallar en Egipto un punto de apoyo contra Gran Bretaña. Pero no deseaba el hundimiento del Imperio turco, cuyas consecuencias tenía.

Gran Bretaña quería mantener abierta la ruta de Suez; pero, a decir verdad, dicha seguridad no parecía amenazada. ¿Por qué había de oponerse Mohamed Alí al tránsito a través del istmo? ¿No estaba Gran Bretaña segura—gracias a su supremacía naval—de poder proteger sus comunicaciones en el Mediterráneo oriental y en el mar Rojo? Temía más el establecimiento del dominio egipcio en Siria, que podía ser el punto de partida de una expansión del estado egipcio hacia el golfo Pérsico y una amenaza para la seguridad de la India. Deseaba, sobre todo, mantener el Imperio turco, porque establecía una barrera contra la penetración rusa en el Mediterráneo y en el Próximo Oriente; no podía, pues, admitir que el Sultán perdiese parte de sus territorios, en provecho de Mohamed Alí. Pero en la hipótesis de que el bajá de Egipto sustituyera al Sultán, ¿no constituiría una oposición más eficaz a las ambiciones rusas? Quizá. No obstante, el gobierno inglés no estaba dispuesto a aceptar esta solución, que lesionaría los intereses económicos de Gran Bretaña; el Sultán había concedido a Inglaterra un tratado de comercio muy favorable y el Imperio turco estaba convertido en mercado muy importante para las exportaciones inglesas; ventajas—hacía observar el cónsul inglés en Damasco—que se perderían si Mohamed Alí se convirtiese en dueño del Imperio y aplicara su sistema de monopolio al comercio exterior, así como su programa de creación de industrias. Todo proyecto de independencia económica se hallaba en contradicción con los intereses ingleses.

La suerte del Imperio turco le importaba, sobre todo, a Rusia. En septiembre de 1829 los medios dirigentes rusos habían estimado que por el momento la supervivencia de este Imperio tenía más ventajas que inconvenientes (1); pero se habían decidido a ello con la esperanza de que la autoridad del Sultán, amenazada por la sublevación de las poblaciones cristianas, siguiera siendo precaria y que la Puerta no fuese capaz entonces de resistir a una presión diplomática rusa. La perspectiva de que Mohamed Alí renovase aquel imperio carcomido amenazaría los intereses de Rusia, que vería—escribe Nesselrode—"suceder un vecino fuerte y victorioso a uno débil y vencido".

La política egipcia se enfrentó, pues, con obstáculos temibles. Mohamed Alí no los desconocía. Veía su única oportunidad en la divergencia de intereses entre las grandes potencias. A partir de 1829-1830 era a Rusia a la que consideraba su principal adversario, y, aunque en vano, buscó la ayuda inglesa. Seguía teniendo abierto el camino de

(1) Véase pág. 87.



un acuerdo con Francia. Pero ¿cómo podría obtenerlo si el Gobierno francés no deseaba el hundimiento del Imperio turco? Si no se tuviese en cuenta su temperamento arriesgado, sería inexplicable que el bajá se lanzase a la aventura en tales circunstancias.

Existen dos fechas críticas en la cuestión egipcia: 1832, en que el ejército egipcio, después de haber conquistado Siria, destruyó al turco en Konieh (21 de diciembre) y se aprestó a la marcha sobre Constantinopla; y 1839, en que el gobierno turco intentó reconquistar Siria, y sufrió un nuevo desastre (24 de julio), en Nézib, que parecía situar de nuevo a merced del bajá la capital turca. En ambos casos, los proyectos de Mohamed Alí fracasaron por la voluntad de una de las grandes potencias.

Con ocasión de la primera crisis, mientras que el gabinete inglés, consciente de que una acción naval sería, sin duda, insuficiente, no se decidió a cerrar la ruta al bajá, el gobierno del Zar obligó, en enero de 1833, a Mohamed Alí, a detener su marcha victoriosa, enviando una escuadra, y, después, un ejército de desembarco en el Bósforo. La diplomacia rusa explotó en seguida la situación, persuadiendo a los dirigentes turcos, durante una negociación en la que parecen haber desempeñado un papel decisivo los argumentos *sonantes*, de que era de gran interés para ellos conseguir el apoyo de Rusia contra otra eventual tentativa del bajá. El tratado de Unkiar-Skelessi (8 de julio de 1833) estableció una alianza defensiva ruso-turca por ocho años. Un artículo secreto (que dejó de serlo a las pocas semanas) precisaba la forma de esta asistencia mutua: Rusia se comprometía a suministrar al Imperio turco apoyo armado (las tropas rusas podrían, pues, ocupar los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos si Turquía fuera atacada por una tercera potencia), mientras que el Zar no solicitaba de la Puerta apoyo efectivo alguno si el Imperio ruso se encontrara en guerra con otra potencia; bastaría, en semejante caso, que el Imperio turco *cerrase* el Bósforo y los Dardanelos, prohibiendo, en consecuencia, la introducción en el mar Negro de una flota adversaria de Rusia. Dicho tratado, pues, no aseguraba a la política rusa más que una solución parcial de la cuestión de los Estrechos, ya que su flota no podía franquearlos, y no amenazaba, en consecuencia, la posición mediterránea de Gran Bretaña; pero, puesto que concedía a Rusia un papel dominante en la marcha de la política otomana, amenazaba, directamente, los intereses de la Gran Bretaña.

No obstante, el gabinete inglés se limitó a una protesta diplomática. Sabía que no podía ir más lejos, porque no contaba con Francia, cuya política en España le inquietaba. Tampoco podía contar con Austria, que prometió a Rusia, por la convención de Münchengrätz (6 de septiembre de 1833) no poner trabas a su política otomana, en contrapartida a una promesa de colaboración en los asuntos de Europa central; los artículos secretos de esta convención precisaban que Austria se pondría de acuerdo con Rusia para oponerse a una nueva

iniciativa de Mohamed Alí, tendente a apoderarse de una provincia europea del Imperio turco. Sin embargo, la política inglesa no renunció a contrarrestar, por otros medios, la acción rusa. El 6 de diciembre de 1833, Palmerston trazó su programa: mostrar al Sultán los peligros de la "fatal alianza" ruso-turca, que colocaba al Imperio otomano bajo el *control* de una potencia, la cual, en el fondo, era hostil a su misma existencia; ofrecer a la Puerta la ayuda de Gran Bretaña, con objeto de reorganizar sus fuerzas armadas, pero sin proponerle una alianza, que peligraría dar al gobierno turco la esperanza de una guerra de desquite contra Egipto; obtener, en compensación, ventajas económicas en los territorios turcos, de riquezas *inagotables* a creer al *experto* Urqhardt. Pero los resultados fueron modestos: en agosto de 1833, un tratado de comercio (acuerdo de Balta-Liman) que redujo los derechos aduaneros turcos a un 3 por 100 y que permitía a Gran Bretaña aumentar sus adquisiciones de materias primas (aceite, cáñamo); un acuerdo, de marzo de 1839, que confió a una misión de oficiales de la marina inglesa la reorganización de la flota turca (para la del ejército, el Sultán se dirigió a una misión de oficiales prusianos). Así manifestó el gobierno turco su intención de sustraerse al control de Rusia.

La amenaza que entrañaba el tratado de Unkiar-Skelessi había fracasado, pues. Lo sorprendente es la prudencia de la política rusa después de 1833, que no intentó seriamente sacar provecho de sus ventajas. La explicación hay que buscarla, sin duda, en la actitud austriaca, que después de haber dado seguridades, en 1833, a la política rusa, la abandonó, una vez se apaciguaron las dificultades alemanas; en septiembre de 1835, Metternich se negó, resultadamente—en la entrevista de Teplitz—a asociarse a toda iniciativa de Nicolás I en Oriente.

Estas decepciones acrecentaron la desconfianza habitual del gobierno ruso respecto a Gran Bretaña; el Zar mandó fortificar Kronstadt y las islas Aland, en el Báltico; Sebastopol y Novorossik, en el mar Negro; dio comienzo a un programa de construcciones navales y presionó, amenazadoramente para los intereses esenciales de Gran Bretaña, en las fronteras de la India. El viejo antagonismo anglo-ruso parecía renacer con nuevas fuerzas.

Pero cuando, por iniciativa del Sultán, se produjo, en 1839, la segunda crisis egipcia, el asunto presentaba, en el aspecto internacional, un cariz completamente diferente a aquel que parecía imponer la coyuntura más reciente. Esta vez fue Gran Bretaña la que, para evitar la repetición de los acontecimientos de 1833, al propio tiempo que la iniciativa rusa, se constituyó en protectora del Imperio turco y quiso obligar al bajá de Egipto a que, no obstante su victoria, renunciara a Siria. En el momento en que tuvo ocasión de poner en práctica el tratado de Unkiar-Skelessi, el Gobierno ruso renunció a ello y se declaró dispuesto a resolver las cuestiones orientales "de acuerdo con



las otras potencias". La resistencia a la política inglesa se manifestó únicamente en Francia, cuyo gobierno, que en 1832 había dejado a su embajador en Constantinopla desarrollar una política *pro-turca*, concedió ahora apoyo a Egipto, a riesgo de enfrentarse con las otras grandes potencias. El centro de interés lo constituía, pues, el cambio de orientación de las políticas francesa y rusa.

La prudencia era la característica del gobierno ruso. Nicolás I sabía bien que no contaba con oportunidad alguna para obtener del Sultán, pacíficamente, la renovación del tratado de Unkiar-Skelessi, que la Puerta no había concluido más que en virtud de circunstancias excepcionales. Pero el tesoro ruso se hallaba en precaria situación, después de una mala cosecha, que originó la disminución de los recursos fiscales, y que impedía al Gobierno ruso arriesgarse a un conflicto. También tal prudencia estaba inspirada por un designio de política general. En vista de que no se sentía capaz de hacer prevalecer su voluntad, pensó que lo que más le convenía era dejar actuar a Gran Bretaña, alentarla incluso, pues así se quebrantaría en Europa la *entente* franco-inglesa.

La imprudencia, en cambio, era la característica del gobierno francés. Desde que se decidió a conquistar Argelia, el gobierno de Luis Felipe pensaba que el Imperio egipcio podía suministrar un punto de apoyo a su política mediterránea; y concedió empréstitos a Mohamed Alí. La ayuda prestada al bajá en la cuestión siria tenía por objeto consolidar la influencia francesa en Egipto. Aquella política era coherente y lógica, pero en tanto que pudiese contar con la oposición de Gran Bretaña y Rusia. ¿Por qué se obstinó el gobierno francés en una empresa demasiado arriesgada cuando se daba cuenta de que no existía tal oposición? Parece que cedió al movimiento de la opinión pública y, sobre todo, al de la opinión parlamentaria, que manifestaban gran susceptibilidad en dicha cuestión; renunciar a apoyar a Mohamed Alí era arriesgarse a perder la influencia conseguida en Egipto, abandonar las perspectivas que para la industria textil ofrecía la producción de algodón egipcio, y, sobre todo, inclinarse ante la voluntad de Inglaterra. En febrero de 1840, la oposición consiguió un éxito en el Parlamento al reprochar al gobierno su timidez. Luis Felipe, cuya autoridad personal quedaba puesta en entredicho, sintió la necesidad, por razones dinásticas, de realizar una política *nacional*. Y el rey dio satisfacción a este movimiento de opinión llamando al poder a Adolfo Thiers, convencido de la importancia de los intereses mediterráneos de Francia y resuelto partidario de una política exterior de firmeza. Thiers deseaba "aumentar la moral de la nación" y consolidar con un éxito de prestigio el crédito del régimen.

Desde aquel momento las posiciones estaban adoptadas. El gabinete inglés se declaró resuelto a no consentir que Francia—dueña ya de Argelia—apoyase a Egipto, que, así, se convirtiera, *necesariamente*, en su aliado y podría dominar pronto Túnez y Trípoli. "Toda la costa

mediterránea de África y una parte de la de Asia, desde Marruecos al golfo de Alejandreta, quedaría, de este modo, bajo vuestro poder o vuestra influencia, lo cual no puede convenirnos." Y Palmerston reunió, en torno a Gran Bretaña, a Rusia, Austria y Prusia; su acuerdo fue consagrado por el tratado de 15 de julio de 1840, que, en la intención de Palmerston, sobrepasaba el alcance de la cuestión egipcia. "Es preciso dar una lección a Francia, haerle comprender prácticamente que su palabra y su deseo no son la ley de Europa." Esta firmeza de la política inglesa, los intereses mediterráneos de Gran Bretaña y el temperamento del jefe del Foreign Office bastan, sin duda alguna, para explicarlo. Pero también es necesario tener en cuenta la inquietud que la política francesa en Bélgica producía a Palmerston. Después de haber perdido el mercado holandés, la industria belga buscaba salida para su carbón y sus productos textiles, y la encontró, principalmente, en Francia. El gobierno francés pensó—a partir de 1836—aprovecharse de tal situación para proponer una unión aduanera: circulación de las mercancías, en régimen de franquicia, entre los dos estados y uniformidad de su tarifa aduanera en sus relaciones con el extranjero. Pero el gobierno belga había rechazado aquellas ofertas, porque, en opinión de los consejeros del rey, dicha unión aduanera pondría a Bélgica a *merced* de Francia, y hubiera podido considerarse como *un paso hacia la anexión*. Y Thiers acababa de hacerse cargo del asunto. Leopoldo I aceptó la negociación, por lo menos en cuanto respectaba a la uniformidad de las tarifas aduaneras. Palmerston se alarmó y declaró al embajador belga en Londres que tal negociación era "incompatible con la independencia política de Bélgica". No le inquietaban, pues, solamente las iniciativas de Thiers en la zona mediterránea. Ello confirmó a la diplomacia inglesa en su actitud intransigente.

Mientras tanto Thiers quería mantenerse firme, y declaró el 7 de abril que Francia no aceptaría que las potencias *empleasen la fuerza* contra el bajá de Egipto. "Si Europa quiere enfrentarse con nosotros, no tiene más que intentarlo." Tales declaraciones despertaron en la opinión francesa todo el odio acumulado contra los tratados de 1815. "Francia tiene que recordar que, aun estando sola, ha hecho frente a Europa", escribía la *Revue des Deux Mondes*. Y *Le Temps* añadía: "¿Acaso no puede desencadenar el juego formidable de las revoluciones?"

No obstante, la intransigencia de la política inglesa y la efervescencia de las pasiones de la opinión pública francesa no originaron ningún conflicto general. ¿A qué se debió? A que, en el fondo, ni en Londres ni en París los jefes responsables de la política deseaban la guerra.

Si bien, de pronto, no se atrevió a desautorizar a su ministro, Luis Felipe mostróse dispuesto, para cuando la ocasión se presentase, a *romperle* a él antes que romper con Europa. Tampoco Thiers deseaba

un conflicto general, pero pensaba que los *Cuatro* no se decidirían, a causa de esta cuestión sirií, a la guerra europea. Creía también que Mohamed Alí sería capaz de oponerles suficiente resistencia para cansarles. Y se entregó a una maniobra de intimidación de las potencias en interés de la popularidad. Pero si aquella maniobra fracasaba, ¿no sería él quien se viera arastrado a la guerra? Parecía aceptar dicha eventualidad y se preparó para ella; tal es la interpretación que sugiere una de sus frases: "¡ii me echan, siempre podré volver; mientras que la guerra sería una calamidad para todo el mundo." Seguía, pues, para sus fines personales una política de *bluff*.

Palmerston amenazó a Francia con una guerra general, pero estaba convencido de que no sería preciso llegar a ella. Se daba cuenta de que la actitud de Thiers era solo *bluff*. "La única forma de hacer fracasar sus amenazas—escribió al primer ministro, lord Melbourne—es decirle que no les tememos, que nosotros somos los más fuertes y que tienen más puntos vulnerables que nosotros." Pero le costó trabajo convencer a su propia mayoría parlamentaria; temía empujar a Francia por el camino de su tradición revolucionaria y se enfrentó con la resistencia de la Corte, que juzgaba más prudente atraer a Francia al *concierto europeo* mediante algunas concesiones. Tales obstáculos le obligaron a contemporizar, y hasta fines de septiembre—es decir, dos meses y medio después del acuerdo de los *Cuatro*—no envió a Siria la flota inglesa y un pequeño cuerpo expedicionario.

Mientras tanto, la opinión pública francesa tuvo ocasión de reflexionar. Sin duda alguna, el movimiento nacionalista manifestado durante el verano en todos los estados de la Confederación germánica contribuyó mucho a calmar aquel impulso pasional. Bastó que la prensa francesa aludiera a la revisión de los tratados de 1815 para que en todos los estados alemanes (pero principalmente en la provincia renana de Prusia, en el Palatinado y en el gran Ducado de Baden) reapareciese el espíritu de la *guerra de liberación*—la de 1813—, con tal violencia, que, según los agentes diplomáticos franceses, se había convertido en una *explosión de odio*. ¿No exponía el rey de Baviera la esperanza de que Estrasburgo volviese a ser una ciudad alemana? He aquí un motivo para desilusionar a aquellos que en Francia habían creído en el éxito de un *llamamiento a las revoluciones*. Luis Felipe comprendía ciertamente el alcance de aquellos síntomas. Probablemente pensaba que el movimiento de exaltación patriótica podía ser explotado por los adversarios de la dinastía y del régimen; en el verano de 1840 se produjo la tentativa de Luis Napoleón en Boulogne, y se desarrolló una campaña en favor de la reforma electoral. Finalmente—es una hipótesis interesante de M. Charles Pouthas—, quizá el rey tuviera en cuenta la amenaza de una crisis económica y social (contracción de los negocios, provocada por el peligro de conflicto, y, como consecuencia, agitaciones obreras). Todos estos motivos aconsejaban la prudencia.

El rápido desenlace confirmó las previsiones de Palmerston. Cuando Mohamed Alí—expulsado de Siria no solamente por el desembarco anglo-turco, sino también por el levantamiento de la población—solicitó la ayuda militar de Francia, Thiers aceptó, en realidad, adherirse a las decisiones de los *Cuatro*, quizá porque se daba cuenta de haber juzgado con optimismo la capacidad de resistencia del bajá. Es cierto que lamentó haber cedido, después de firmar la nota; pero cuando el 20 de octubre quiso incluir en el discurso del trono una frase alusiva a la eventualidad de la guerra, el rey provocó su dimisión, sin que la opinión pública reaccionase.

Triunfaron, pues, los intereses ingleses. Palmerston impidió el desarrollo del Imperio egipcio, la expansión de la influencia francesa hacia el Mediterráneo oriental y el hundimiento del Imperio turco, obteniendo al propio tiempo la renuncia del Zar al tratado de Unkiar-Skelessi. Consiguió tales éxitos mediante un golpe de audacia, pero una clase de audacia reflexiva; comprendía que Rusia, interesada en impedir una *renovación* del Imperio otomano por Mohamed Alí, no podía evitar seguir en aquella ocasión en la estela de la política inglesa; que ni Luis Felipe ni, en el fondo, el mismo Thiers deseaban que esta cuestión les llevase hasta la guerra, y explotó la ventaja que el movimiento nacional alemán proporcionaba a la política inglesa. Pero no se puede negar, en caso semejante, el papel esencial desempeñado por el estadista.

Lo que importaba, aparte de la solución de la cuestión egipcia, era el porvenir del Imperio turco. Una vez más acababa de escapar a una crisis grave. Pero seguía amenazado siempre—en 1848 el caso de Creta fue una nueva prueba de ello—de sublevación de las poblaciones cristianas. La política inglesa continuaba tratando de consolidarlo. "Si el Sultán tiene alguna disposición—escribía Palmerston—, puede en algunos años hacerse independiente, organizando bien su ejército y sus finanzas y la administración de justicia." El gabinete inglés ejercía su influencia sobre la Puerta en este sentido, pero sin llegar, no obstante, a conceder al gobierno turco la ayuda económica necesaria para aquella empresa de reorganización.

El Imperio otomano consolidado debía servir a los designios de Inglaterra, cuyo interés más inmediato era el mantenimiento de su preponderancia en el Mediterráneo. Para conseguir tal resultado, Palmerston decidió el *cierre* de los Estrechos. La convención de Londres (13 de julio de 1841) estipuló que "el paso de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos debe estar siempre prohibido a los barcos de guerra extranjeros en tanto la Puerta no se halle en guerra". El gobierno turco tenía el deber de impedir el paso, y las grandes potencias se comprometían a respetar aquel estatuto. Pero el Sultán no estaba obligado a mantener el *cierre* si se encontraba en guerra, teniendo en tal caso el derecho a llamar a los Estrechos a la flota de un estado aliado.

¿Atentaba el estatuto a la soberanía de la Puerta? En principio, sí, pues el Sultán, libre antes de abrir o cerrar a su voluntad el paso, quedaba ahora convertido en tiempo de paz en *portero* a las órdenes de Europa. Pero, en realidad, el gobierno turco se beneficiaba de ello, pues cuando era *libre*, no se sentía bastante fuerte para impedir la entrada en los Estrechos a una escuadra extranjera cuya presencia amenazase la independencia de su política. De ahora en adelante podría librarse más fácilmente de tales presiones protegiéndose detrás de la autoridad de *Europa*.

Lo que, a primera vista, resulta más sorprendente es que el gobierno ruso aceptase tal estatuto, pues el *cierre* impedía a su flota del mar Negro el acceso al Mediterráneo. De esa forma la política rusa renunciaba a la presión que pudiera ejercer sobre Gran Bretaña. La importancia de este sacrificio era, sin embargo, mínima, pues dicha flota no podría medirse con las escuadras inglesas. Y, por el contrario, el cierre le proporcionaba una ventaja, ya que impedía la manifestación de la potencia naval inglesa en el mar Negro; por otra parte, la convención no hacía, a este respecto, más que confirmar el artículo secreto del tratado de Unkiar-Skelessi.

En suma: el estatuto de los Estrechos serviría de garantía mutua para Rusia y para Gran Bretaña, y de prenda del acuerdo que concluyeron entre ellas, en 1839-1840, en la cuestión del *mantenimiento* del Imperio otomano.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la Independencia griega.**—

A. PAPADOPOULOS: *Les Grecs sous les Turcs*, en "Annales de la Société d'Etudes byzantines", 1926, págs. 84-106.—G. ISAMBERT: *L'Indépendance grecque et l'Europe*, París, 1900.—V. PENN: *Philhellenism in Europe, 1821-1828*, en "Slavonic Review", 1938, págs. 638-653.—C. CRAWLEY: *The Question of Greek Independence. British Policy in the Near East, 1821-1833*, Londres, 1930.—R. S. KERNER: *Russia's New Policy in the Near East after the Peace of Adrianople*, en "Cambridge Historical Journal", 1937, págs. 280-290.—ED. DRIAULT: *L'Expédition de Crète et de Morée, 1823-1828*, Londres, 1930.—ED. DRIAULT y M. LIERITIER: *Histoire Diplomatique de la Grèce, de 1821 à nos jours*, t. I, París, 1925-1926.—G. DOUIN: *Navarin*, París, 1928.—D. DAKIN: *The Origins of the Greek Revolution of 1821*, en "History", octubre 1952.

**Sobre la cuestión de Argelia.**—A. Es-

QUER: *La Prise d'Alger*, 2.ª ed., París, 1928.—P. GAUTHEROT: *La Conquête d'Alger*, París, 1930.—CH. A. JULIEN: *Histoire de l'Afrique du Nord*, París, 1938.—CHR. SCHEFER: *La Politique Coloniale de la Monarchie de Juillet*, París, 1930.—J. SWAIN: *The Struggle for the Control of the Mediterranean prior to 1848*, Boston, 1933.—P. GUIRAL: *Marseille et l'Algérie*, París, 1953 (tesis dactilografiada).

**Sobre la cuestión española.**—P. GU-

YOT: *La Première Entente Cordiale*, París, 1926.—SIR CH. K. WEBSTER: *The Foreign Policy of Palmerston*, 2 vols., Londres, 1951.

**Sobre las crisis egipcias.**—1.º Política

egipcia.—SABRY: *L'Empire égyptien sous Mohammed-Ali: documents*, París, 1930.—R. CATTIAU: *Le Règne de Mohammed-Ali d'après les Archives*

*russes en Egypte*, 3 vols. El Cairo, 1931-1935.—G. HANOTAUX: *Histoire de la Nation égyptienne*, t. VI, París, 1936. SALAH MADANI: *La Syrie sous l'Occupation égyptienne*, París, 1952 (tesis dactilografiada).—2.º Política rusa.—SCHIE-MANN: obra citada, pág. 36.—V. POTEMKINE: obra citada, pág. 36. 3.º Política inglesa.—SIR CH. K. WEBSTER: obra citada, pág. 36.—F. S. RODKEY: *Lord Palmerston and the Rejuvenation of Turkey, 1840-1841*, en "Journal of Modern History", 1929, págs. 570-592; 1930, págs. 193-226.—R. BAKER: *Palmerston on the Treaty of Unkiar*, en

English Hist. Review, 1928, págs. 83-87.—4.º Política francesa.—CH. POU-THIAS: *Sur les rapports de la France et de l'Angleterre pendant la Monarchie de Juillet*, en "Revue d'histoire moderne", 1927, págs. 127-145. *La Politique de Thiers pendant la crise de 1840*, en "Revue historique", 1938 páginas 72-96. CHALAMON DE BERNARDY: *Le comte Walewski*, París, 1952 (tesis dactilografiada).—F. CHARLES - ROUX: *Thiers et Méhémet-Ali*, París, 1951. 5.º Política austriaca.—SRBIK: obra citada, pág. 41.

## CONCLUSION DEL LIBRO PRIMERO

¿Cuáles eran, en 1840, los rasgos dominantes en las relaciones internacionales?

En Europa, la paz general se mantuvo, no obstante las divergencias, frecuentemente ásperas, entre las grandes potencias y las amenazas que se originaron para aquella. Las tentativas realizadas para modificar el estatuto territorial en el centro del continente fracasaron, con la única excepción del movimiento nacional belga. El Imperio turco atravesó dos graves crisis: perdió territorios—Grecia, que se convirtió en independiente, y los principados de Moldavia y Valaquia, en los que no conservaba más que una soberanía teórica—; pero logró sobrevivir. Aquellos veinticinco años dieron, pues, la impresión de una estabilidad relativa que podía parecer sorprendente. ¿A qué se debió el que las fuerzas de disgregación fueran neutralizadas en casi todas partes?

Sin duda, a que los movimientos de protesta en Italia y en Alemania no arrastraron a las masas, pero también a que los grandes estados retrocedieron ante la perspectiva de un conflicto general. Esta prudencia resultaba muy natural por parte de Austria, potencia *sacada y conservadora*, o de Gran Bretaña, que, aparte de sus intereses económicos, no tenía nada que defender en el continente. Pero no por parte de Rusia, cuya expansión podía contar con un ejército considerable, y por la de Francia, donde la revisión de los tratados de 1815 contaba con la adhesión de gran parte de la opinión pública. Rusia, no obstante, se abstuvo de jugar fuerte; no solamente no intentó forzar las puertas de Europa central, sino que no se atrevió a aprovecharse de sus ventajas en la cuestión otomana hasta un punto en que pudiese exponerse a la guerra general. Y Francia, en la crisis de 1840, se inclinó ante la amenaza de una reconstitución de la coalición de 1815; el movimiento nacionalista y de desquite, que servía los designios de una política de *bluff*—la de Thiers—, se quedó en humo de pajas. En resumen: los gobiernos, tanto en París como en San Petersburgo, tuvieron conciencia de que un conflicto europeo desencadenaría tales fuerzas que ningún estadista se podría preciar de dominarlo.

No obstante, aquel estado de equilibrio era precario. La efervescencia del sentimiento nacional, manifestada, en 1840, en la Confederación germánica, demostró que las fuerzas profundas (que los autores de los tratados de 1815 habían creído ignorar y poder tener en menos) estaban siempre dispuestas a adquirir nuevo vigor. ¿Y no estaba el problema alemán en el centro de los intereses europeos? Ahora bien, la barrera era cada vez más débil. Ciertamente, el acuerdo entre las

grandes potencias victoriosas de 1815 ya no existía en 1823. Pero, después de 1832, fecha en que los liberales subieron al poder en Inglaterra, se convirtió en rasgo saliente de las relaciones internacionales la oposición entre Gran Bretaña y las tres monarquías absolutas, puestas de acuerdo, en 1833, en Münchengrätz.

En América, los Estados Unidos aún no se habían lanzado a una gran política de expansión territorial, limitándose a comenzar la colonización del valle del Mississippi y a posesionarse de las costas del golfo de Méjico, al este de Nueva Orleans. Pero su Gobierno manifestó, mediante la doctrina de Monroe, la completa autonomía de su política y los principios que dominarían en lo sucesivo sus relaciones con Europa. Los Estados Unidos respetaban las colonias que subsistieron en América después del hundimiento de los imperios español y portugués, pero advirtieron a Gran Bretaña, Francia y Rusia que no admitirían el establecimiento de otras nuevas. Y, a título de reciprocidad, anunciaron su intención de "no intervenir en los asuntos interiores de las potencias europeas" ni en las guerras entre las mismas. Las grandes potencias del Viejo Continente no se opusieron a los principios expresados en el Mensaje de Monroe; en 1824, el gobierno ruso consintió incluso en restringir a Alaska sus pretensiones territoriales en el continente americano. Ciertamente que la doctrina dejaba abierta a los europeos la puerta de la expansión económica: América latina era un campo de acción importante para el comercio inglés y aun para el francés; en realidad, sus relaciones fueron más estrechas con Europa occidental que con los Estados Unidos.

Por el contrario, en Asia y en Oceanía no se produjo nada o muy poco de nuevo. China y Japón continuaron casi cerradas al contacto con Europa. Y aunque este retraimiento se viera amenazado cada vez más por las tentativas de los marinos rusos, americanos e ingleses en las costas japonesas y los de Gran Bretaña en China, el mundo del Extremo Oriente continuó siendo extraño a la vida política o económica generales. Esto no obstante, algunos indicios manifestaban nuevas preocupaciones por parte de las grandes potencias.

El primer rasgo notable fue el interés de Gran Bretaña, Francia, Rusia y Estados Unidos por los archipiélagos del Pacífico. Entre 1815 y 1840 numerosas expediciones navales inglesas y francesas—cuya iniciativa pertenecía frecuentemente a los oficiales de marina—siguieron la ruta del estrecho de Malaca. Después de 1825, cuando la independencia de las colonias españolas se hizo efectiva, adquirió creciente importancia la vía del Cabo de Hornos, y las misiones navales, después de haber reconocido los archipiélagos más próximos a Australia, extendieron su acción hasta las islas de la Sociedad y aun hasta las Hawaii, donde se reunieron con los norteamericanos. Las misiones religiosas hicieron su aparición en los archipiélagos; a partir de 1796, los misioneros protestantes ingleses desembarcaron en Tahití, y en 1814, en Nueva Zelanda; los americanos se instalaron en las islas

Hawaii en 1819; las misiones católicas franceses no comenzaron hasta 1836. Los balleneros, cuyas zonas de pesca en el Atlántico comenzaban a agotarse, se dirigieron entonces hacia el Pacífico. Los armadores y los exportadores estudiaron las oportunidades que dichas regiones podían ofrecer, y, en 1836, el gobierno francés abrió un Consulado en Manila, a petición de las Cámaras de Comercio.

Todas estas iniciativas impulsaron a los gobiernos a buscar puntos de apoyo navales en los mares de Extremo Oriente y en el Pacífico. La primera en pensar en ello fue, naturalmente, Inglaterra. En Francia, aquellos proyectos eran muy vagos antes de 1830, y no se formularon claramente hasta 1835. Entonces comenzaron a enfrentarse las políticas rivales. En Tahití, donde la reina Pomaré pensó, en 1825, colocar la isla bajo la protección inglesa, se expulsó a los jesuitas, en 1836, por iniciativa de Pritchard, quien a sus deberes de misionero unía las funciones de alto comisario inglés; pero la llegada de una escuadra francesa, en 1838, obligó a anular tal decisión. En el archipiélago de las Hawaii, en el que los Estados Unidos gozaban de preponderancia desde 1826, consagrada en un tratado de amistad y de comercio, Gran Bretaña y Francia obtuvieron también—en 1836 y 1839, respectivamente—la firma de convenciones.

La otra zona en torno a la cual comenzó a manifestarse, entre 1830 y 1840, la codicia era la parte del Extremo Oriente que se extiende de la India al mar Caspio: Turquestán, Persia, Afganistán. Por un lado, en el Cáucaso, la presencia rusa; por el otro, en el valle del Indo, la inglesa. Desde el punto de vista económico, aquellos territorios existentes entre la India y el Imperio ruso no ofrecían en la época gran atractivo. Pero tenían gran importancia estratégica. Para ejercer presión sobre la política general de Gran Bretaña, el gobierno del Zar pensó en una expansión por el Turquestán, que amenazaría el dominio inglés en la India, y actuó en Persia, donde el sha Mohamed Mirza parecía hallarse, en 1834, bajo la influencia rusa. Gran Bretaña se preocupó, sobre todo, de asegurar la protección de la frontera Noroeste de la India, es decir, de constituir un *glacis* que mantuviese a distancia a los rusos: la frontera estratégica de la India—decían los militares ingleses—estaba en el Herat. Afganistán se convirtió, pues, en campo de rivalidad cuando el sha de Persia trató de ocupar, en 1837, el Herat con la ayuda de Rusia. Gran Bretaña consiguió que las tropas persas se retirasen; pero cuando un año más tarde trató de imponer por las armas su influencia en Afganistán, la expedición militar terminó en un desastre.

El nuevo interés que atrajo la atención hacia el Pacífico y el golfo Pérsico, concedía creciente importancia a los puntos de apoyo navales no solo en el océano Indico, sino también en el mar Rojo, frecuentemente visitado por la navegación comercial europea, no obstante los inconvenientes del transbordo en el istmo de Suez. En la vía marítima que pasaba por el cabo de Buena Esperanza, Gran Bretaña disponía

de los puntos de apoyo cuya posesión le reconocieron los tratados de 1815. Y en 1839 se estableció en Aden, en la entrada del mar Rojo.

Sin duda alguna, el rasgo más sorprendente en este cuadro fue el papel dominante de Gran Bretaña. En Europa logró neutralizar la acción de Francia en la cuestión belga y se enfrentó a la *entente* de las tres monarquías *conservadoras*. Salvó el Imperio turco de la amenaza rusa. Se benefició considerablemente con la independencia de las colonias españolas. Ciertamente fuera de Europa encontró por doquier la competencia francesa y que en el Mediterráneo occidental se resignó a la ocupación de Argelia. Pero siguió siendo dueña de las principales rutas marítimas del mundo, y la exportación de sus productos industriales continuó en aumento. La diplomacia inglesa demostró su habilidad por la claridad de sus designios, por la flexibilidad en el empleo de sus medios, consiguiendo beneficiarse de las causas profundas de la preponderancia de Gran Bretaña, y contribuyó eficazmente a asegurar su duración.

*LIBRO SEGUNDO*

DE 1840 A 1851

cluso, frecuentemente, los grupos *minoritarios* eran más hostiles unos hacia otros que hacia la administración alemana. En su mayoría, los magiars interpretaban la idea nacional conforme a sus intereses; conscientes de su superioridad social, se creían destinados a ser los dirigentes y a dominar en todos los territorios de la antigua corona de San Esteban a los otros grupos de población, no admitiendo siquiera que estos pudiesen reclamar a su vez el derecho de las nacionalidades. El movimiento croata se dirigía, sobre todo, contra los magiars; los campesinos rutenos de Galitzia eran extraños a la población rural polaca a causa de diferencias religiosas, y luchaban contra los grandes propietarios polacos; aunque amenazados por los magiars, los eslovacos deseaban olvidar que en el siglo XVIII sus intelectuales escribían en checo; los eslovenos se negaban a asociarse al movimiento ilirio. Por otra parte, las protestas no alcanzaban igual gravedad para la existencia del Imperio. Los italianos del Lombardo-Véneto eran los que provocaban mayor inquietud, pero dichas provincias italianas tenían un estatuto particular; por consiguiente, si la perspectiva de su secesión era peligrosa para la influencia austríaca en Italia, no lo era para el mismo porvenir de la monarquía danubiana. Los otros movimientos no entrañaban todavía una amenaza de disgregación del Estado, pues ni los magiars, ni los checos, ni los croatas reivindicaban una independencia política, y los polacos de Galitzia eran impotentes si no contaban con los de Rusia.

Tales circunstancias contribuyen a explicar la actitud del gobierno austríaco. El movimiento checo no inquietó al principio a Metternich por parecerle que solo tenía carácter *cultural*; únicamente en 1843 comenzó a preocuparse de las tendencias de Palatsky. El movimiento nacional croata parecía servir los designios del gobierno imperial en cuanto se oponía a los magiars. Pero el *ilirio* era más inquietante, a juicio de Metternich, y, a partir de 1843, el gobierno dificultó su actividad. Mas los dos puntos sensibles eran el movimiento polaco en Galitzia y el magiar en Hungría. En Galitzia, la administración austríaca no desconocía ciertamente la *jacquerie* de los campesinos rutenos en febrero de 1846 contra los propietarios polacos, y en noviembre del mismo año obtuvo de Rusia y Prusia autorización para anexionarse la república de Cracovia, único vestigio de la Polonia independiente, con objeto de reprimir el movimiento nacional polaco. En Hungría, Metternich tampoco ignoraba la gravedad del movimiento nacional magiar: "Este país—escribió en 1846—está en la antecámara de la revolución." No obstante, estimaba, en un memorándum dirigido al Emperador, que no era preciso recurrir a las armas para destruirlo. Más valdría intentar hallar un *derivativo* para él, dando satisfacción a las reivindicaciones económicas mediante una política de obras públicas y modificando el régimen electoral de la Dieta para conceder una representación más numerosa a la población urbana, frecuentemente de origen alemán y opuesta a los sentimientos de la nobleza rural.

ardiente defensora del nacionalismo magiar. En resumen: se hallaba dispuesto a admitir una colaboración con los reformadores más moderados, los seguidores del conde Szechenyi.

Pero para satisfacer, siquiera en medida restringida, las reivindicaciones de aquellas oposiciones nacionales, sería preciso efectuar una refundición política del estado. ¿Era ello posible? Ya en 1836 Hartig, uno de los miembros de la *conferencia ministerial*, es decir, del engranaje esencial de las instituciones políticas, observaba: "El estado está administrado, pero no gobernado." Diez años más tarde la situación apenas había cambiado: los *asuntos corrientes* recibían una solución frecuentemente bien estudiada; pero las medidas de orden general seguían *en espera*, porque los órganos del gobierno central eran embrollados y, a falta de un emperador—Fernando I, que reinaba desde 1835, era raquítico, epiléptico y pobre de espíritu—, nadie estaba calificado para proporcionar el impulso. Metternich no era primer ministro y tenía que sufrir, en cuanto a los asuntos interiores, la colaboración de su rival, Kolowrat. "Quizá haya conducido con frecuencia a Europa—diría más tarde el canciller—, pero nunca he dirigido a Austria." Si la hubiera dirigido efectivamente, ¿habría sido capaz de emprender una *reconstrucción*? Es dudoso. Rechazaba por principio todo régimen de tipo federal, que le parecía comprometedor para la solidez del estado; rechazaba el establecimiento de un parlamento del Imperio, en el seno del que se acentuarían—en su opinión—los contrastes entre los diferentes grupos nacionales. Todo lo más que pensaba era hacer un esfuerzo para disponer mejor el mecanismo administrativo, sin cambiar nada de la estructura del estado. No puede creerse que tales paliativos hubieran podido resultar eficaces.

#### BIBLIOGRAFIA

Sobre el movimiento nacional italiano.—G. BOURGIN: *La Formation de l'Unité italienne*, Paris, 1929.—E. ROTTA: *Introduzione alla Storia del Risorgimento*, en "Questione di Storia del Risorgimento", págs. 1-29, Milán, 1951.—G. PRATO: *Fatti e Dottrine economiche alla vigilia del 1848*, Turín, 1920.—K. GREENFIELD: *Economics and Liberalism in Risorgimento*, Londres, 1934.—A. FASSATI: *Problemi economici e finanziari del Risorgimento e dell'unità d'Italia*, en "Questione..." (citado antes), págs. 718-735.—G. SPADOLINI: *Cattolicesimo e Risorgimento. La Vita religiosa in Italia nel secolo XIX e XX*, en "Questione...", páginas 821-907.—G. SALVEMINI: *Mazzini*, 4.ª ed., Florencia, 1925.—AL. LEVI: *La Filosofia politica de Giuseppe Mazzini*,

Bolonia, 1927.—E. MORELLI: *Giuseppe Mazzini. Saggi e Ricerche*, Roma, 1950.—A. ANZILOTTI: *Gioberní*, Florencia, 1922.—A. MONTI: *Pio IX nel Risorgimento italiano*, Bari, 1928.—L. SALVATORELLI: *Il Pensiero politico italiano del 1700 al 1870*, 3.ª ed., Turín, 1942.—W. MATTURI: *Partiti politici e Correnti di Pensiero nel Risorgimento*, en "Questione...", págs. 349-439.—O. DITTO: *Massoneria, Carboneria ed altre Società segrete nella storia del Risorgimento italiano*, Roma, 1905.—C. VIDAL: *Charles-Albert et le Risorgimento*, París, 1927.—A. GHISALBERTI: *Massimo d'Azeglio, un moderato reazionario*, Roma, 1954.

Sobre el movimiento nacional alemán.—H. VON TREITSCHKE: *Deutsche*



*Geschichte im neunzehnten Jahrhundert*, 5 vols., Berlín, 1886-1895.—F. SCHINABEL: *Deutsche Geschichte im neunzehnten Jahrhundert*, 4 vols., Friburgo, 1930-1939.—E. MARCKS: *Der Aufstieg des Reiches*, 2 vols., Berlín, 1936.—H. VONSRBİK: *Deutsche Einheit*, Munich, 1935-1940, 4 vols., t. I.—E. BRANDENBURG: *Die Reichsgründung*, 2.ª ed., Berlín, 1922.—V. VALENTIN: *Geschichte der deutschen Revolution, 1848-1849*, 2 vols., t. I, Berlín, 1931.—R. H. THOMAS: *Liberalism, Nationalism and the German Intellectuals, 1822-1847. An Analysis of the Academic and Scientific Conferences of the period*, Cambridge, 1951.—W. O. HENDERSON: *The Zollverein*, Londres 1939.—A. H. PRICE: *The Evolution of the Zollverein, 1815-1833*, Ann Arbor, 1949.—P. BÉNAERTS: *Les Origines de la Grand Industrie allemande. Histoire du Zollverein*, París, 1933.—W. VON EISENHART-ROTHE: *Vorgeschichte und Begründung des deutschen Zollverein, 1815-1834*, 4 vols., Berlín, 1934.

**Sobre Austria-Hungria en general.**  
J. REDLICH: *Das oesterreichische Staat und Reichsproblem*, 2 vols., Leipzig, 1920-1921.

**Sobre los movimientos eslavos.**—A. FISCHER: *Der Panславismus bis zum Weltkrieg*, Stuttgart, 1929.—ERNEST DENIS: *La Bohème depuis la Montagne Blanch*, t. II, París, 1903.—IDEM.: *Les Slovaques*, París, 1913.—E. HAUMANT: *La Formation de la Yougoslavie*, París, 1935; y el número especial publicado en "Le Monde slave" en 1935.—R. SETON-WATSON: *The rise of Nationality in the Balkans*, Londres, 1917.

**Sobre el movimiento magiar.**—L. EISENMANN: *Le Compromis austro-hongrois*, con una introducción sobre Hungría antes de 1848, París, 1904.—IDEM.: *La Hongrie contemporaine*, París, 1921.—F. ECKHART: *Introduction à l'Histoire hongroise*, París, 1928.

**Sobre el movimiento rumano.**—N. JORGA: *Geschichte des rumänischen Volkes*, t. II, 1905.—IDEM.: *Histoire des Roumains de Transylvanie et de Hongrie*, t. II, Bucarest, 1916.—R. SETON-WATSON: *History of the Rumanians*, Londres, 1934.—M. EMERIT: *Les Paysans roumains, 1829-1864*, París, 1937.

## CAPITULO IX

### LA POLÍTICA DE LOS GOBIERNOS EUROPEOS

La actitud de los gobiernos de las grandes potencias ante las perspectivas implicadas por los movimientos de las nacionalidades estaba ligada no solo a las nuevas circunstancias y a las fuerzas profundas que se manifestaban, sino también a las concepciones personales de los hombres de Estado.

#### I. LAS POTENCIAS «CONSERVADORAS»

La monarquía austríaca se veía más amenazada que las otras grandes potencias por el movimiento de las nacionalidades. Metternich no podía dejar de preocuparse, aunque hasta 1847 no se diese perfecta cuenta del alcance de tal movimiento. Soñaba, naturalmente, con un afianzamiento de la solidaridad entre las potencias *conservadoras*, Austria, Rusia y Prusia, en la forma establecida por los acuerdos de 1833-34 (1). ¿Qué oportunidades había de mantener aquella solidaridad?

Después de la entrevista de Münchengrätz, la política rusa había ayudado a Austria a mantener el *statu quo* en Europa central y a reprimir los primeros indicios de un movimiento de *subversión*. La opinión personal del zar Nicolás I no había cambiado a tal respecto: continuaba siendo resuelto adversario de los movimientos revolucionarios en Europa central no solo porque un éxito de los mismos amenazaría la existencia del régimen autocrático en Rusia, sino también porque una victoria de las nacionalidades provocaría de seguro un despertar de la insurrección en la Polonia rusa. Por ello, aun concediendo su simpatía verbal al movimiento intelectual eslavo, se guardaba bien de alentar el paneslavismo político, que le parecía tener un *color revolucionario*. En conversaciones privadas afirmó resueltamente esa voluntad de resistencia a las fuerzas de la revolución: "Entonces será necesario decidirse, en nuestro interés particular—compréndase bien—, a marchar al encuentro del mal que nos amenaza y conseguir la unión en torno a nuestra bandera de todos los amigos que aún quieran ayudarla. Este papel conviene a Rusia; yo lo acepto; saldré al encuentro del peligro apoyándome en mi justo derecho y depositando mi confianza en Dios." Tal estado de ánimo debería llevarle a apoyar a Austria. Y, sin embargo, en 1847 se sustrajo a ello;

(1) Véanse anteriormente, págs 64 y 67.

y se negó a la petición de Metternich, dando a entender que no deseaba compromisos con un estado amenazado de descomposición. "El Imperio—decía al viejo canciller—vivirá lo que usted viva. Pero ¿qué sucederá después?" Extraña actitud. Si quería cerrar el paso a la revolución, ¿no debería hacer un esfuerzo para impedir la *descomposición* del Imperio austríaco? Indudablemente eran las preocupaciones que le producía su política otomana las que explican tal contradicción. En 1833, el Zar había descontado la buena disposición austríaca en las cuestiones balcánicas en contrapartida a su intervención diplomática en favor del *statu quo* en Europa central; mas aquella política había fracasado. Y Rusia había tenido que renunciar a llevar adelante sus ventajas a expensas del Sultán: Pero Nicolás I no renunciaba a su política de expansión hacia el *mar libre*. A principios de junio de 1844, con ocasión de su visita a Londres, tanteó la disposición del gabinete inglés: "Turquía es un país moribundo. Podemos esforzarnos en conservarle la vida. Pero morirá, y debe morir; y el momento será crítico." Este sondeo prueba claramente que pensaba plantear nuevamente la cuestión otomana en la primera ocasión favorable. Una crisis en Europa central podría ofrecérsela, ya que paralizaría la política austríaca en los Balcanes e impediría a Gran Bretaña contar con su ayuda en aquel asunto. ¿No tenía interés el Zar en ver debilitada la política austríaca por el peso de las dificultades?

Desde junio de 1840 la política prusiana estaba dirigida por un nuevo soberano, Federico Guillermo IV. El rey poseía indiscutibles dotes intelectuales: amplia inquietud espiritual, ingenio, gusto por las ideas generales. Desarrollaba en la conversación, en medio de sus amigos, toda una *ola de ideas*. En su correspondencia abundan los rasgos brillantes de expresión e incluso el talento. Sus discursos tenían un tono muy personal, por la riqueza de imágenes y por el acento de convicción que encerraban. A la seducción de dichas cualidades espirituales, unía el sentido del deber, confirmado por un sentimiento religioso profundo, el sentimiento de su responsabilidad ante su pueblo y ante Dios, el deseo de *servir al Señor*, ante cuyas convicciones tendía a subordinar los argumentos de interés o de oportunidad. Pero sus intenciones políticas no eran claras.

En su concepción del Estado, el rey debía imponer, de manera total, su voluntad, ya que había recibido una *misión* divina y poseía, incluso, una *gracia* especial. Pero aquel absolutismo tenía que respetar los derechos de la persona humana: Federico Guillermo IV detestaba la arbitrariedad de la burocracia y de la policía y se inclinaba a limitar la autoridad de los funcionarios, a *relajar*, por tanto, el sistema conminatorio y a admitir inclusive en la prensa la libertad de crítica necesaria para la denuncia de los abusos de poder cometidos por los subalternos. Por todo ello, tenía, en el momento de su advenimiento, reputación de *liberal*; reputación, sin embargo, contradicha por todas sus convicciones. Si admitía la limitación del poder de sus agentes,

rechazaba que el ejercicio de los derechos *legítimos* del soberano fuese obstaculizado por un contrato constitucional y que se subordinase a la voluntad de una verdadera representación nacional. Su concepto de las relaciones sociales pugnaba, pues, entre dos sentimientos contradictorios: se preocupaba de la suerte de las *masas* con más simpatía que sus consejeros, pero al propio tiempo temía los movimientos populares, hacia los que sentía verdadera aversión. Para cerrar el camino a la *revolución popular* contaba con las fuerzas religiosas; su piedad sincera no excluía—antes bien, confirmaba—un deseo de conciliación entre católicos y protestantes, que permitiría establecer un *frente cristiano conservador*.

En política exterior, sus opiniones no eran más claras; conservaba, por una parte, el recuerdo de la *guerra de liberación*, en la que había participado en 1813, y hubiera querido, por tanto, *revivir la llama* de la idea nacional alemana; por otra parte, le repugnaba eliminar a Austria por la fuerza, pues "una Alemania sin Trieste, el Tirol y el ducado hereditario sería más fea que una cara sin nariz". Tenía una opinión *romántica* del problema alemán y no logró establecer un programa. En suma, era un espíritu inquietante con frecuencia y siempre complicado, y un carácter veleidoso.

Aquellas tendencias del nuevo monarca mantuvieron en adelante la incertidumbre en las relaciones entre Austria y Prusia. Metternich temía que Federico Guillermo IV realizase en Prusia una reforma de las instituciones políticas que satisfaría parcialmente a los liberales y que constituiría, en su opinión, un ejemplo peligroso; por ello acogió con desconfianza las iniciativas de Berlín (1847) en tal sentido. También temía el canciller las iniciativas que pudiera tomar el rey de Prusia en la cuestión alemana. Cuando, en el verano de 1845, Federico Guillermo IV propuso al gobierno austríaco estudiar un proyecto de *refuerzo* militar de la Confederación germánica, Metternich opuso su negativa, aunque el proyecto era modesto y no se apartaba considerablemente del Acta de 1815.

La actitud de Gran Bretaña—al menos cuando la política inglesa era la de Palmerston—quebrantó aún más la situación internacional de Austria. Metternich no temía iniciativas molestas del gabinete conservador que estaba en el poder en Londres de 1841 a 1846 (en lucha contra la agitación cartista y la crisis irlandesa), pues Aberdeen deseaba el mantenimiento del *orden europeo* establecido en 1815. Pero cuando se produjo la escisión del partido conservador inglés—con motivo de la cuestión librecambista (1)—y volvieron al poder los liberales, la situación cambió y el viejo canciller se halló frente a un viejo adversario más ardiente que nunca. ¿Cuál fue el motivo de esta oposición de Palmerston a la política austríaca? ¿La divergencia de las concepciones del régimen político? El estadista inglés estaba sincera-

(1) Véase pág. 122.

mente convencido de que el sistema político inglés era en esencia *superior* y de que todos los estados del continente deberían adoptar el régimen constitucional y liberal en interés de sus pueblos. Pero no se trataba solo de una simple preferencia doctrinal: alentando los movimientos liberales, Palmerston creía servir los intereses generales de su país. Gracias a la ventaja que había adquirido en el dominio de la técnica industrial, Gran Bretaña era la gran potencia exportadora. Para incrementar sus ventas en el extranjero, deseaba el mantenimiento de la paz en el continente europeo. A tal respecto, la existencia de regímenes constitucionales era una garantía: la existencia de una asamblea representativa que pudiera ejercer *control* sobre la política exterior, entorpecía las iniciativas atrevidas de los gobiernos cuando disponían de un poder absoluto; permitía también, en cuanto satisfacía las reivindicaciones liberales, evitar las revueltas interiores y los movimientos revolucionarios que originaban dificultades internacionales. Quizá, incluso, Gran Bretaña pudiera obtener otra ventaja: la reducción de las barreras aduaneras de los Estados extranjeros. Si la política aduanera de dichos Estados, en lugar de ser dirigida por una burocracia reclutada, lo más frecuentemente, en los círculos de los hacendados, estuviera orientada por una asamblea electiva en la que tuviesen mayor importancia los intereses de la burguesía, ¿no sería probable la atenuación del proteccionismo? En tales opiniones intervenía, en gran parte, la ilusión: la política inglesa no tardaría en darse cuenta de ello; una asamblea electiva no trataría la cuestión aduanera con miras más amplias que las oficinas de un ministerio. No obstante, esa parecía ser la esperanza de Cobden y de Palmerston.

## II. LAS POTENCIAS OCCIDENTALES

La agravación del antagonismo austro-inglés daba creciente importancia a la actitud del gobierno de Luis Felipe. Después de la crisis de 1840 y de la caída de Thiers (1), la política exterior francesa, dirigida por Guizot, había tratado inmediatamente de establecer con Gran Bretaña una *entente cordial*; la llegada al poder en Londres (1841) de un gabinete conservador y, por consecuencia, la retirada temporal de Palmerston, al que la opinión francesa tenía, no sin razón, por responsable del fracaso francés en la cuestión egipcia, parecía favorecer este designio. Peel y Aberdeen habían aceptado con algunas reservas y reticencias la vuelta a una colaboración entre los dos estados. La *entente* había tenido una vida frecuentemente tormentosa; pero, al menos en la forma, se había mantenido mientras el gabinete conservador estuvo en el poder. Mas se hundió cuando tornó Palmerston, en 1846, al Foreign Office Luis Felipe confirmó públicamente esta ruptura, a principios de 1847, en el discurso del trono. Es sorprendente

(1) Véase anteriormente, pág. 101.

que el Gobierno inglés renunciase a encontrar en Francia un punto de apoyo en el momento mismo en que, más que nunca, pretendía el fracaso de las potencias *conservadoras*. No lo era menos que el gobierno francés abandonara un camino seguido casi constantemente desde 1830. ¿Cuál es la explicación?

La ruptura de la *entente cordial* tuvo por origen directo la rivalidad franco-inglesa en España.

En esta rivalidad, manifestada ya con ocasión de la guerra carlista (1), los intereses económicos tenían, ciertamente, su parte: los exportadores de los dos países intentaban asegurarse, unos a expensas de los otros, ventajas en el mercado español; pero los intereses políticos y estratégicos tenían una notable importancia, pues Francia, dueña ya de Argelia, podía dominar el Mediterráneo occidental si lograrse una influencia preponderante en España; estos intereses son los que explican las intrigas en torno a la fastidiosa cuestión—de poca importancia en sí—de los *matrimonios españoles*, que tanto dio que pensar, a partir de 1843, a los gobiernos francés e inglés. ¿Se casaría Isabel, la joven reina de España, con un Coburgo, primo hermano del marido de la reina Victoria, príncipe Alberto, o con uno de los hijos de Luis Felipe? La promesa de *renuncia mutua*, intercambiada en septiembre de 1843, en la entrevista de Eu entre Luis Felipe y Victoria, había sido una manifestación de la *entente cordial*. Pero el Gobierno francés parecía haberse desentendido de ella cuando, en el otoño de 1844, había pensado en el matrimonio del duque de Montpensier con la hermana de Isabel, lo que, al decir del gobierno inglés, era intentar colocar a un príncipe francés *en los peldaños del trono*. Basándose en esta iniciativa francesa, Palmerston insistió, al volver al poder, en la candidatura Coburgo. La diplomacia francesa consiguió hacer fracasar tal candidatura: Isabel se casaría con su primo, el duque de Cádiz. Pero Luis Felipe no abandonó el proyecto del *matrimonio Montpensier* de la hermana de la reina, que se anunció el 4 de septiembre de 1846. Palmerston replicó agriamente; y denunció “la ambición sin escrúpulos del gobierno francés, que intentaba establecer, por medios ilegítimos, una influencia sobre otro estado”; recordaba los grandes conflictos franco-ingleses, bajo Luis XIV y Napoleón, e incluso solicitó créditos para poner las Islas Británicas en estado de defensa contra el peligro francés. El éxito diplomático de Guizot no originó consecuencia alguna, sin embargo, pues Isabel no tardaría en tener un hijo. La violenta controversia franco-inglesa acabó en tablas.

¿Por qué, pues, aquellas vanas intrigas llevaron a la ruptura de la *entente* franco-inglesa? ¿Basta pensar en las preocupaciones familiares de Luis Felipe, que soñaba para su hijo un matrimonio ventajoso? ¿O en el carácter de Palmerston, autoritario, orgulloso, incapaz de soportar un fracaso sin buscar un desquite? Tales preocupaciones per-

(1) Véase anteriormente, pág. 91.

sonales no carecieron, ciertamente, de importancia. Pero el asunto español no tenía sentido si se le consideraba desligado del marco general de las relaciones franco-inglesas.

El gobierno francés carecía de motivos para estar satisfecho del funcionamiento de la *entente cordial*. En todos los puntos del mundo sus iniciativas habían sido, desde 1841, contrarrestadas por Gran Bretaña. En el Pacífico, donde Guizot quería establecer *escalas* en las rutas navales, y había puesto sus miras en Tahití, el asunto Pritchard (1) provocó, en 1843, un vivo incidente; en el fondo, la política francesa obtuvo el triunfo; pero Guizot aceptó indemnizar a Pritchard. En el Mediterráneo, las dificultades fueron más serias. La diplomacia inglesa animó a la Puerta otomana al restablecimiento de su soberanía efectiva sobre Túnez, para oponerse al desarrollo de la influencia francesa; no obtuvo, sin embargo, gran éxito, pues el Bey de Túnez aceptó la invitación para visitar París, en 1846. Pero la política inglesa dio el alto, muy enérgicamente, cuando el Gobierno francés, para poner fin a la ayuda que el sultán de Marruecos concedía a Abd el Kader, decidió una acción militar y naval: la batalla de Isly y el bombardeo de Tánger por la escuadra del príncipe de Joinville; el Gobierno inglés declaró que la ocupación permanente, por tropas francesas, de un punto de la costa marroquí constituiría un *casus belli*. El asunto comprometía ciertos intereses comerciales ingleses, pues Marruecos era adquirente de productos metalúrgicos y textiles; pero, sobre todo, ponía en peligro el *control* del Estrecho de Gibraltar. El Gobierno francés cedió: Luis Felipe se negó a aprobar la marcha sobre Fez, aconsejada por Bugeaud; y terminó el incidente, el 10 de septiembre, por el tratado de Lalla-Marnia, sin conservar territorio marroquí alguno. En suma: para no perjudicar los intereses ingleses y mantener la *entente cordiale*, el Gobierno francés renunció a resultados que estaban a su alcance. Luis Felipe y Guizot creyeron que su deber era resignarse. Pero la oposición parlamentaria les reprochó, duramente, tales miramientos: ¿Por qué continuar a remolque de Gran Bretaña? Ello podía ser una razón suficiente para explicar la tenacidad de Luis Felipe y de Guizot en el asunto español, pues ambos necesitaban un éxito de prestigio, para desarmar las críticas de la oposición.

Tampoco el gobierno inglés, aunque hiciera fracasar la tentativa francesa en el Mediterráneo, que amenazaba más directamente sus intereses, parecía estar satisfecho.

Por de pronto, acusó a la política económica francesa. Para el desarrollo de su exportación de productos industriales, Inglaterra deseaba la reducción de las tarifas aduaneras francesas sobre los textiles y el material ferroviario. ¿Cómo podría consentir en ello el Gobierno de Luis Felipe, cuya mayoría parlamentaria estaba formada por los representantes de los intereses industriales que temían la competencia inglesa,

(1) Véase más adelante, pág. 187.

y, por consiguiente, trataban de mantener una política proteccionista? Y no eran únicamente los intereses de los jefes de empresa los que estaban amenazados; pues los obreros, si bien, como consumidores, podían desear la reducción de las tarifas aduaneras, tenían que temer el paro, en caso de competencia inglesa. Por otra parte, los intereses ingleses se veían amenazados por los proyectos de unión aduanera franco-belga, negociados, de nuevo, en 1842 (1): el gabinete inglés declaró, de completo acuerdo con Prusia y Austria, que, para impedir esa unión aduanera, las tres potencias llegarían, incluso, a declarar la guerra, obligando al rey Leopoldo, en 1843, a abandonar el proyecto. Sin embargo, Guizot dio a entender, dos meses más tarde, a la Cámara francesa, que el asunto no estaba todavía terminado. Si una crisis económica, dijo, pusiese en peligro la estabilidad belga, Francia habría de intentar remediarla, pues “la seguridad de Bélgica... es la paz de Europa”, añadiendo que “las dificultades exteriores—permittedme que os lo diga—son las menores”. Afectando tratar a la ligera a la oposición inglesa, contribuyó a que la desconfianza siguiera presente en Londres.

El mantenimiento de la *entente cordiale* había sido un *milagro continuo*, habida cuenta de estas divergencias de intereses, tales inquietudes mutuas, aquellos repetidos incidentes. Si el asunto de los matrimonios españoles, cuyo alcance práctico parecía, no obstante, muy limitado, fue bastante para acabar con ella, fue porque la colaboración se había convertido en una fórmula vacía. Esa es la interpretación que parece imponerse.

¿Pero es suficiente? Ello no tiene en cuenta una expresión de Guizot, sobre la que merece la pena llamar la atención. En el momento en que creía alcanzar éxito en la negociación de los “matrimonios”, el estadista francés subrayó, en una carta privada, el alcance del fracaso que iba a sufrir Gran Bretaña: “En esta gran cuestión de España, ha sido batida.” ¡Gran cuestión! Era, pues, cosa distinta de un simple asunto dinástico. En el sentir de Guizot, la política francesa en España no era, quizá, más que una parte de un vasto plan mediterráneo: la formación de una *Liga de los Borbones* (de París, de Madrid y de Nápoles) que habría constituido un grupo de potencias mediterráneas, destinado a hacer fracasar la influencia austríaca en Italia, asegurando a la política francesa más independencia respecto a Gran Bretaña. Es posible que la conclusión de un tratado de comercio, en agosto de 1843, con el reino de Piamonte-Cerdeña, fuese otro de los aspectos de aquella misma política (2). Tal interpretación es seductora; pero, en el estado actual de las investigaciones, no puede ser sino una hipótesis.

La ruptura de la *entente cordiale franco-inglesa* parecía abrir nuevas perspectivas en las relaciones entre los grandes Estados europeos.

(1) Véase anteriormente, pág. 99.

(2) Véanse sobre este punto los indicios recogidos por las investigaciones de Mastellone (obra citada en la bibliografía de este capítulo).

El Gobierno francés tenía interés, desde entonces, en tratar con miramiento a Austria; y el austríaco podía pensar en sacar partido de aquella situación; atraer a Francia a su juego sería consolidar la resistencia que trataba de oponer a los movimientos liberales y nacionales; frenar, y quizá paralizar, la política de Palmerston, formando, frente a Gran Bretaña, aislada, un frente de los grandes Estados continentales. En 1847, la aproximación franco-austríaca se hallaba en boga. En marzo, Metternich llamó la atención de Guizot sobre los peligros que pudiera significar, tanto para Austria como para Francia, la política extranjera de Prusia. Guizot respondió que Federico Guillermo IV parecía “usurpar la unidad germánica y el espíritu liberal”; y que la nueva situación le preocupaba grandemente; hizo decir, también, a Metternich que el gobierno francés deseaba igualmente el mantenimiento en Italia del estatuto territorial; e incluso los regímenes políticos existentes, a reserva de algunas reformas administrativas. He aquí las bases de un acuerdo, que, sin embargo, no hizo más que esbozarse. ¿Por qué? Aun teniendo que luchar con la oposición, cada vez más viva, de los liberales “de izquierda”, de los demócratas y de los socialistas, Luis Felipe y Guizot dudaban en apoyarse en una potencia extranjera que simbolizaba el mantenimiento de los tratados de 1815; la opinión pública francesa no podría comprender tal evolución. Por su parte, Metternich juzgó prudente no comprometerse, a causa de la inestabilidad de la situación interior francesa: “No podemos caminar con Francia, puesto que no puede mantener un paso seguro.” No confiaba en el Gobierno de Guizot, que era conservador, ciertamente; pero muy tímido, aquel gobierno del *justo medio*, que descansaba, en su opinión, sobre un *cúmulo de negaciones*. Despreciaba un régimen parlamentario, que tenía por corolario la *corrupción*, y que permitía—dijo—a la casa Rothschild una conducta preponderante en la dirección de los asuntos exteriores. Sin duda el aislamiento diplomático en que se hallaba Gran Bretaña, le parecía garantía suficiente para Austria.

### III. LOS SINTOMAS DE LA CRISIS

Aquellos rasgos de la política internacional adquirieron todo su relieve con ocasión de la guerra civil de Suiza; guerra del *Sonderbund*, en noviembre de 1847. No obstante, las causas del conflicto eran típicamente suizas: desigualdad de regímenes políticos de los cantones, de los que unos, los más poblados, habían adoptado, a partir de 1830, constituciones liberales; mientras que los otros, seguían sometidos al dominio tradicional de una oligarquía; hostilidad, primero latente y después manifiesta, entre protestantes y católicos; inadaptabilidad del sistema de confederación de Estados a las nuevas exigencias de la vida económica, que no podían acomodarse al respeto de la soberanía cantonal. No obstante, la crisis interior tuvo gran alcance internacional, pues se le adjudicó un carácter de *combate de vanguardias*. La campaña

de quince días en que se hundió la liga de cantones católicos fue, según la expresión del jefe del ejército federal, general Dufour, “una guerra entre dos principios que dividían a Europa en dos campos, desde hacía mucho tiempo”; la victoria de los *radicales suizos* les permitiría transformar la confederación de Estados en un estado federal, e imponer un régimen democrático a todos los cantones.

Los contemporáneos pensaban, unánimemente, que en una Europa agitada por los movimientos liberales y nacionales, aquel conflicto adquiriría un valor de símbolo. “Los republicanos alemanes, los nacionalistas italianos, los reformistas franceses, los socialistas de todos los países, siguen los acontecimientos de Suiza con una atención febril”, observó el ministro de Francia en Berna, intransigente defensor de los principios conservadores y de los intereses católicos; todos veían en ella, añade, “la primera fase de una revolución general de los pueblos oprimidos, la lucha de la libertad contra el absolutismo”; y consideraban la victoria de los radicales suizos como “el primer triunfo de la idea de soberanía del pueblo”. Tal era, asimismo, el punto de vista de Federico Guillermo IV. “No se trata de jesuitas ni de protestantes, ni de saber si está amenazada o mal interpretada la constitución de 1815; sino, únicamente, de esto: ¿Va el radicalismo a conseguir la preponderancia en Suiza, mediante la fuerza, la sangre y las lágrimas, poniendo así en peligro a toda Europa?” En cuanto a Metternich, temía el eco que pudiese despertar en Alemania o en el Lombardo-Véneto; el canciller veía en aquella Confederación helvética—que había practicado, con largueza, el derecho de asilo en favor de los refugiados políticos: mazzinianos, polacos, socialistas alemanes—un foco de propaganda revolucionaria. “Todos los caprichosos, los aventureros, los instigadores de revoluciones sociales de Europa, han encontrado refugio en ese país.” La guerra del *Sonderbund* es, pues, dice, “una lucha entre la razón y la anarquía”.

He aquí lo que permite comprender las reacciones de los grandes estados ante la inminencia de la crisis.

Convencido de que una victoria de los radicales suizos sería una victoria de los adversarios de Austria, Metternich pensó, según la lógica de su política, en una intervención armada de las potencias, para evitar la derrota del *Sonderbund*. Palmerston, aun temiendo las complicaciones internacionales, adoptó una postura contraria, pues veía en ello una ocasión para hacer fracasar el sistema Metternich, y el éxito de los radicales era cierto si alguna potencia extranjera no se les oponía. La política inglesa proclamó, pues, el principio de *no intervención*; y puso en juego todos los recursos diplomáticos para ganar tiempo. Pero el éxito de aquella táctica dilatoria dependía, en gran parte, de la actitud del gobierno francés: ¿qué medios tendría Gran Bretaña para oponerse, si aquel se asociase a la política austríaca de intervención? De primera intención, Guizot, que ciertamente no deseaba el éxito de los radicales suizos, peligroso para todos los gobiernos conservadores, no

quería tomar partido; sabía que una intervención armada sería “condenada en Francia por la opinión pública”; y prefirió, pues, mantenerse al margen en un asunto que el antagonismo anglo-austríaco hacía espinoso. Un poco más tarde, es cierto, bajo la amenaza que constituía para el régimen político francés la *campaña de los banquetes*, se inclinó a aproximarse a la política austríaca; pero tales veleidades se limitaron a algunas entregas de armas a los cantones del *Sonderbund*: Luis Felipe rechazó el proyecto de una demostración militar en las proximidades de la frontera suiza. En cuanto a la adhesión otorgada por el gobierno francés, en 1848 (enero) a la *nota colectiva* de las potencias conservadoras, dedicada a intimidar a los radicales suizos, para impedirles transformar la Confederación de Estados en un Estado federal, no fue más que un gesto, pues a la nota no acompañaba una amenaza de sanciones. De esta forma se hizo evidente para Austria que no podía contar con una ayuda eficaz francesa frente a Gran Bretaña.

A fines de 1847, cuando la guerra civil tocaba a su fin, los síntomas de los movimientos revolucionarios eran ya aparentes en Europa central: en Prusia, la agitación liberal acababa de obligar a Federico Guillermo IV a establecer una especie de representación nacional, el *Landtag unido*, cuya mera existencia reavivaba la desconfianza de Metternich respecto al rey; en Italia, las revueltas políticas amenazaban el régimen absolutista en el reino de las Dos Sicilias y en el gran ducado de Toscana, al mismo tiempo que se celebraban en Turín manifestaciones liberales; en el Imperio austríaco, la Dieta húngara aireaba, contra el gobierno imperial, las *libertades magiars*. Tales movimientos trataban, solamente, de obtener una transformación de la situación política. Pero sus jefes eran también activos partidarios del movimiento de las nacionalidades. La victoria del liberalismo abriría, pues, el camino a las fuerzas de alteración que amenazaban el *statu quo* territorial.

¿Por qué aquellos signos de inestabilidad política se presentaban ahora con más urgencia? Indudablemente, una de las causas fue la crisis económica europea, comenzada en 1846. Crisis agrícola, porque, después de la enfermedad de la patata, la sequía comprometió las cosechas de cereales; a partir de la primavera de 1847, Europa central y occidental sufrió la penuria de productos alimenticios; y el alza considerable del precio del pan provocó desórdenes en Renania, en Austria, en Romaña y Lombardía, en Toscana... Crisis financiera, porque la necesidad de adquirir cereales a los países en que las cosechas habían sido normales—Estados Unidos y Rusia—originó salidas de numario, y obligó a los bancos centrales a incrementar los tipos de descuentos, para defender sus ingresos. Crisis industrial, en fin, resultado de las anteriores; en razón del alza de precios de los géneros alimenticios, los campesinos y obreros disminuyeron su adquisición de objetos manufacturados; por causa de las dificultades financieras, los industriales, con numerosas existencias por vender, no podían esperar de la banca

el apoyo que les habría sido concedido en otras circunstancias; redujeron su producción y obligaron al paro a una parte de sus asalariados. Sin que esté permitido establecer siempre una relación de causa a efecto entre tales dificultades económicas y las crisis políticas—Gran Bretaña, por ejemplo, padeció la crisis económica sin haber sido alcanzada, en 1848, por el movimiento revolucionario—es cierto que en muchos casos los sufrimientos y la miseria fueron la causa determinante de la exasperación que condujo a las revueltas.

Los gobiernos habían tardado en comprender el alcance de los movimientos económicos, sociales y políticos desarrollados en Europa durante los años anteriores. Pero, en 1847, se dieron cuenta de que la estabilidad de los regímenes políticos estaba amenazada; y comenzaron a pensar que el *statu quo* territorial podía también estarlo, en cuanto el movimiento de las nacionalidades tomara impulso.

Metternich se volvió pesimista. El 11 de marzo de 1847 escribió a Apponyi: “El mundo está muy enfermo; y la gangrena se extiende cada vez más.” En las cartas a sus agentes diplomáticos denunciaba “el espíritu de subversión cuyas consecuencias son muy fáciles de prever”; creía que “la fase que atraviesa actualmente Europa es la más peligrosa que el cuerpo social haya podido sufrir en los últimos sesenta años” (es decir, desde comienzos de la Revolución francesa). “Soy un viejo médico—dijo, el 9 de octubre de 1847, al embajador prusiano en Viena—; sé distinguir las enfermedades pasajeras de las mortales; y la que atravesamos es una de estas últimas.” La política austríaca adoptó precauciones en Italia: la ocupación de Ferrara durante seis meses (julio a diciembre de 1847), para hacer presión sobre el Papa e impedirle lanzarse por “vías cuya pendiente es acusada”; los tratados secretos de 24 de diciembre de 1847, con los ducados de Parma y de Módena, que concedían al ejército austríaco el derecho de ocuparlos en caso de que un *enemigo exterior* atacara el Lombardo-Véneto. En Alemania, se colocó a la defensiva, limitándose a hacer fracasar las iniciativas de Federico Guillermo IV, cuando tornó al proyecto de reforma de la Confederación—noviembre de 1847—, que había esbozado ya en 1845 y que ahora completaba.

Palmerston se aprovechó de aquellas dificultades para acentuar su presión contra el *sistema Metternich*. Al igual que alentara en Suiza a los radicales, concedió un *apoyo moral* a los movimientos liberales en Italia. Lord Minto, miembro del gabinete, fue en misión a Turín, Florencia y Roma para aconsejar a los soberanos reformas que evitasen la revolución. Palmerston hizo decir a Metternich, a comienzos de febrero de 1848, que Austria debía renunciar a intervenir en los asuntos interiores de los Estados italianos; si desatendía tal consejo, la guerra sería inevitable y se extendería a toda Europa; Francia intervendría en este conflicto, no obstante lo que pudiera decir Guizot, ya que querría aprovecharse del mismo para quebrantar los tratados de 1815, e Inglaterra “no estaría del mismo lado que Austria”. Pero respecto a los mo-

vimientos nacionales, sus miras eran oportunistas. Mientras que no manifestaba simpatía alguna por la formación de la unidad italiana, que modificaría las condiciones políticas en el Mediterráneo y podría perjudicar a la preponderancia inglesa, consideraba favorablemente—en nota de septiembre 1847—un reajuste del estatuto de la Confederación germánica, estimando que Gran Bretaña y Alemania estaban amenazadas del mismo peligro, es decir, “una agresión de Francia y Rusia, separadas o unidas”. Ambas tenían, pues, interés directo “en ayudarse mutuamente para convertirse en ricas, amigas y fuertes”. Pero Palmerston no perdía jamás de vista los intereses económicos y no deseaba, por tanto, la unificación de Alemania “sobre la base de la *Zollverein*”, cuyas tarifas dificultaban la exportación de las manufacturas inglesas. Parece, pues, que la realización de la unidad alemana *bajo la dirección de Prusia* no formaba parte de su programa. Se contentaría, sin duda, con un refuerzo del Pacto federal, según el proyecto elaborado por Federico Guillermo IV.

Aunque muy matizadas, tales opiniones eran suficientes para dar al estadista inglés apariencia de *cómplice* en los medios liberales del continente. Y por ello Metternich veía en él un enemigo más peligroso que nunca, y en una carta nerviosa mencionó las “rabiosas ineptias de Lord Palmerston”.

Si la situación era inquietante, no parecía, sin embargo, implicar un peligro inminente. La actitud del gobierno francés constituía el factor tranquilizador. Luis Felipe y Guizot reprimían la impaciencia de los adversarios de los tratados de 1815 y de la oposición parlamentaria, que, por boca de Lamartine, de Thiers y de Víctor Hugo, les reprocharon—en el gran debate mantenido el 31 de enero de 1848—la tendencia *reaccionaria* de su política exterior. Luis Felipe se mostraba prudente; desde hacía dieciocho años estaba convencido de que le interesaba a Francia mantenerse en paz, y tal era también la convicción de Guizot, que veía en la formación de la unidad italiana, y más aún en la alemana, graves peligros para el porvenir. Aquella reserva significaba a los ojos de los otros soberanos una prenda esencial de estabilidad para el conjunto de Europa, ya que una señal revolucionaria salida de Francia tendría inmediato eco en todas partes. “Vos sois el escudo de los monarcas europeos”, escribió Federico Guillermo IV a Luis Felipe.

Tres semanas más tarde el escudo se quebraría.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre las relaciones de Rusia, Austria y Prusia.**—Además de las obras ya citadas, véanse PETERSDORF: *König Friedrich-Wilhelm IV*, Berlín, 1902; y *Mémoires et Documents laissés par le prince de Metternich*, 7 vol., París, 1883.

**Sobre las dificultades franco-inglesas y la ruptura de la «entente cordiale».**—L. WOODWARD: *Caractères généraux des relations franco-anglaises, 1815-1870*, en “Revue d’Histoire moderne”, 1938, págs. 110-125.—F. FLOURNOY: *Political Relations of Great Britain with Morocco, from 1830 to 1841*, en “Political Sc. Quarterly”, 1932, págs. 27-56.—L. JORE: *George Pritchard* (obra publicada por la Société d’Histoire des Colonies), París, 1938.—J. R. BALDWIN: *England and the French Seizure of the Society Island*, en “Journal of Modern History”,

1938, págs. 212-230.—A. DE RIDDER: *Les Projets d’Union douanière franco-belge et les Puissances européennes, 1836-1843*, Bruselas, 1932.—S. MASTELLONE: *La política estera del Guizot, 1840-1847. L’union doganale. La Liga borbónica*, Florencia, 1957.—H. T. DESCHAMPS: *La Belgique devant la France de Juillet. L’opinion et l’attitude françaises de 1839 a 1848*, París, 1956.

**Sobre la guerra de Sonderbund.**—Además de las historias generales de Suiza (NABHOLZ, ED. BONJOUR), *Geschichte Europas*, de A. STERN, y la biografía de Metternich ya citada, página 41, véase A. GREER: *La France, l’Angleterre et la Révolution de 1848*, París, 1936.—H. BESSLER: *France et la Suisse de 1848 à 1852*, París, 1950.—ED. BONJOUR: *Der Sonderbund und das Ausland*, en “Neue Schweizer Rundschau”, 1948, t. XV.



## CAPITULO X

REPERCUSION INTERNACIONAL DE LOS MOVIMIENTOS  
REVOLUCIONARIOS EUROPEOS

Las jornadas de febrero de 1848 en Francia dieron a la agitación liberal y nacional de Italia, Alemania y Austria un tono revolucionario. Metternich se percató de ello. Al conocer la noticia de la caída de Luis Felipe, dijo al Encargado de negocios de Rusia: "Bien, mi querido amigo; todo se ha terminado. Europa vuelve a 1791 y 1792. ¿Escarpará a un 1793?" Sabía que Austria estaba más directamente amenazada que cualquier otro estado. Para desarmar a la oposición ¿intentaría realizar inmediatamente un programa de reforma política? A los setenta y cinco años tenía el presentimiento de que no sería capaz de hacerlo. "El edificio es viejo, y no se hace más sólido al abrir en sus muros ventanas y puertas. Es necesario construir otro. Para ello, no me faltan ideas, sino fortaleza y tiempo." Ante las reivindicaciones de la Dieta húngara (3 de marzo), las peticiones de los intelectuales checos (11 de marzo) y la agitación de la Dieta de la Baja Austria, adoptó una actitud pura y simplemente negativa, confiando en la policía y, si preciso fuera, en el ejército. Pero este no se empleó a fondo en las revueltas del 13 del mismo mes en Viena, porque Kolowrat, colega y rival del canciller, y los archiduques, deseaban la marcha de Metternich, que esperaban bastaría para calmar a la oposición. El éxito del movimiento insurreccional se vio, pues, facilitado—como demuestran los estudios de Sbrik—por una *revolución palaciega*, por una *dejación de poder*.

El hundimiento del régimen Metternich dio mayor impulso a las fuerzas revolucionarias y desalentó más a la resistencia que la revolución de París.

Durante cuatro meses—hasta junio de 1848—la *ola revolucionaria* se propagó, sin encontrar apenas obstáculos. Ante el asalto a los regímenes políticos por todas las fuerzas de oposición—liberales, demócratas, socialistas—, el desconcierto de las fuerzas tradicionales fue total. Soio el rey de Prusia intentó una resistencia, que se hundió en veinticuatro horas (18 de marzo). El éxito de los movimientos liberales y democráticos abrió el camino para el de los nacionales, que amenazaban transformar el mapa político de Europa. En Alemania, un grupo de liberales de la Alemania del Sur solicitó el 5 de marzo la reunión de una Asamblea nacional electiva que sustituyese a la Dieta de la Confederación. La reunión, preparada por una *asamblea de notables*,

el *Vorparlament*, se celebró el 28 de mayo en Francfort, y nombró un gobierno provisional alemán. En Italia, la insurrección del Lombardo-Véneto contra el dominio austríaco, que estalló el 18 de marzo, obtuvo el apoyo armado de Carlos Alberto, rey de Cerdeña, que el 25 de mayo lanzó un llamamiento a la *patria italiana* y a la *unión de los italianos*, aunque sin formular programa preciso alguno; pero el gobierno pontificio y el napolitano, después de haber colaborado de forma reticente, dejaron de hacerlo, y Carlos Alberto quedó solo frente a Austria. En el Imperio de los Habsburgo, los nacionalismos magiar y checo se afirmaron a fines de mayo: conflicto entre el Ministerio húngaro y la dinastía, respecto al sistema *dual*, y ensayo de formación de un gobierno provisional en Praga. En Valaquia, por último, los *jóvenes rumanos* comenzaron a agitarse y los revolucionarios soñaban con la formación de un gobierno provisional.

Pero entre junio y noviembre de 1848 el impulso revolucionario declinó, al romperse la alianza de hecho que había asociado a los burgueses moderados o a la nobleza liberal con los demócratas y con los socialistas; amenazados de desbordamiento por los *extremistas* y de perder su preponderancia social, los moderados reaccionaron con medidas de fuerza. Una vez más, fue el ejemplo francés—jornadas de junio de 1848, en las que el ejército y la Guardia Nacional aplastaron la insurrección obrera—el que dio el tono: en Viena, represión por la Guardia Nacional burguesa (21 de agosto) de una revuelta de obreros en paro; en Berlín, sofocación de una tentativa insurreccional de los demócratas; fracaso en Francfort (septiembre) de un golpe de mano de los *radicales* contra la Asamblea nacional; en Bucarest, conflicto entre los boyárdos y el gobierno provisional, que había prometido a los campesinos un régimen de reforma agraria. No obstante, esta escisión de las fuerzas revolucionarias—tan peligrosa para el futuro—no acabó por completo con los movimientos nacionales. En Alemania, la Asamblea nacional de Francfort se esforzó en establecer una Constitución; rechazó la solución republicana, después de la ruptura entre liberales y demócratas, y se orientó al establecimiento de un Imperio federal, en el que decidió admitir a los miembros de la antigua Confederación, con exclusión de Austria; el plan de la Pequeña Alemania triunfó, pues, sobre el de la Gran Alemania. En Italia, aunque Carlos Alberto fue derrotado el 25 de julio por el ejército austríaco—batalla de Custoza—, el movimiento unitario parecía adquirir nuevo vigor, precisamente por el recrudescimiento de la amenaza austríaca; en agosto, surgió el proyecto sardo de una Liga entre los soberanos italianos; en septiembre, el plan de Gioberti—a la sazón, presidente del Consejo en Turín—de una Confederación de Estados; en septiembre, la sugestión del demócrata toscano Montanelli de reunión de una Asamblea constituyente italiana. Tales proyectos fracasaron porque los soberanos, unánimes en rechazar la idea de la Constituyente, no lograron ponerse de acuerdo para establecer una Confederación de estados;

Roma y Nápoles no admitían una solución que concediera preponderancia al estado sardo; pero los demócratas explotaron aquellos fracasos y decepciones. Puesto que los soberanos no querían o no podían dar satisfacción al sentimiento nacional, ¿por qué no intentar actuar sin ellos? En Roma, ante la insurrección, Pío IX abandonó su estado, y Mazzini estableció a república romana; en Florencia, el gran duque tuvo que huir. En Austria, la existencia misma del Imperio estaba amenazada por los movimientos nacionales; en junio, el gobierno dominó la insurrección en Praga; pero, en octubre, se enfrentó con un peligro magiar de separatismo.

En 1849, por último, los movimientos revolucionarios fueron aplastados; pero solo después de nuevos sobresaltos. En aquel cúmulo de preocupaciones, lo que atraía más que nunca las miradas era la suerte de la monarquía austríaca. El nuevo presidente del Consejo, Schwarzenberg, inició—invierno de 1848-49—una política de *reajuste*. Disponía de dos triunfos en el juego: la actitud de las masas campesinas y la desconfianza entre los grupos nacionales. Los campesinos se habían vuelto indiferentes ante la causa revolucionaria tan pronto como vieron satisfechos sus intereses inmediatos por las reformas agrarias. Los croatas concedieron su apoyo a la dinastía contra los magiáres; los rumanos de Transilvania, intelectuales y miembros del clero ortodoxo, protestaron contra la *unión* con Hungría, y los checos se negaron a favorecer el separatismo húngaro. El 4 de marzo de 1849 Schwarzenberg se creyó lo bastante fuerte para volver a tomar la iniciativa y promulgó una Constitución de carácter *centralista*, que manifestaba la voluntad de mantener el Estado austríaco tanto contra las reivindicaciones de las minorías nacionales como contra las tendencias unitarias de los alemanes o de los italianos. Pero la amenaza surgía por todas partes: el 12 de mayo el rey de Cerdeña cedió a la presión de los demócratas, que exigían la reanudación de las hostilidades contra Austria; el 23 del mismo mes la Asamblea nacional de Francfort decidió establecer un Imperio alemán y ofreció la corona imperial al rey de Prusia; el 4 de abril Kossuth y los extremistas magiáres proclamaron la independencia de Hungría dentro de sus *límites históricos*, es decir, sin tener en cuenta la voluntad de croatas y rumanos.

¿Cómo se logró vencer aquella triple crisis? Austria disponía de suficientes fuerzas militares para hacer fracasar la tentativa de Carlos Alberto en Italia; el 23 de marzo de 1849 el ejército sardo fue aplastado en Novara. En Alemania, la política austríaca resultó favorecida por la *defección* de Federico Guillermo IV, que rehusó el título imperial (2 de abril): no quería—alegaba—ceñir una corona “fabricada por una Asamblea salida de un germen revolucionario”; temía también la oposición de los príncipes alemanes, quizá, incluso, la de las grandes potencias. Desalentada, la Asamblea nacional se dispersó; únicamente los miembros demócratas deseaban seguir reuniéndose y

trataron de hacerlo en Stuttgart, de donde fueron expulsados por las tropas prusianas. Quedaba la cuestión húngara, que era la que presentaba mayores dificultades para Schwarzenberg, el cual no logró reprimirla por tener que seguir vigilando las cuestiones alemana e italiana. Para conseguirlo, hubo de recurrir a la ayuda del ejército ruso, ante el cual capitularon las fuerzas de Kossuth, después de la derrota de Temesvar (13 de agosto de 1849).

A partir de entonces, el gobierno vienés pudo proceder a efectuar la reconstrucción interior del Estado y volver a desempeñar un papel en Europa. Schwarzenberg restableció en Austria el régimen autoritario, al que sometió también a Hungría, aunque ello no significase un simple retorno a los métodos de Metternich. Intentó restablecer en Italia la influencia austríaca, ya se tratase de las condiciones de paz que se impondrían al estado sardo, ya de la suerte de Venecia o de Toscana. En Alemania intentó hacer fracasar la política de Federico Guillermo IV, quien, después de haber rechazado la corona imperial, trató de volver—en beneficio propio—a la unión de los Estados alemanes, negociando con los príncipes, esta vez.

No es cuestión de detenerse ahora en los choques que, con ocasión de la serie de acontecimientos que amenazaban transformar el mapa político de Europa y los destinos del continente, se produjeron entre las fuerzas políticas, económicas y sociales en aquellos Estados a los que alcanzó la ola revolucionaria. Lo que importa estudiar, desde el punto de vista de las relaciones internacionales, es el papel desempeñado en el desenlace de aquellas crisis por las otras potencias, que no podían permanecer impasibles ante los acontecimientos revolucionarios.

#### I. EL IMPULSO REVOLUCIONARIO

En el momento en que el impulso revolucionario se desarrolló sin obstáculo alguno (febrero-junio de 1848), los movimientos nacionales no parecían aún amenazar la existencia del Estado austríaco, que podía esperar mediante una reforma de su estructura interna el apaciguamiento de las fuerzas disgregadoras. Las cuestiones alemana e italiana fueron las que ocuparon el primer plano.

Una victoria sarda en la guerra contra Austria daría lugar a la formación de un reino de la Alta Italia, regido por la Casa de Saboya. Carlos Alberto quiso actuar solo, sin apoyo exterior, que no podría ser sino francés, temiendo el *contagio de las ideas republicanas* y la posibilidad de una demanda de compensación. El conflicto quedó, pues, limitado a Austria y a Piamonte-Cerdeña. Pero ¿por cuánto tiempo?

La cuestión de las fronteras de la Alemania futura planteó dos problemas inmediatos: el de los polacos de Prusia y el de los ducados daneses. ¿Podrían asociarse al movimiento nacional alemán los ducados de Slesvig y de Holstein? El gobierno provisional, formado en

Kiel por los jefes del movimiento alemán en los ducados, era apoyado por Prusia, mandataria de la Dieta germánica, es decir, por los príncipes alemanes, y aprobado unánimemente por la opinión alemana. Pero la guerra germano-danesa afectaba a los intereses rusos e ingleses. ¿Podía desear Rusia la ocupación prusiana de Kiel y dejar que se convirtiese en una potencia naval en el Báltico? ¿Consideraría Inglaterra con calma el hundimiento del Estado danés, guardián de los estrechos de Skagerrak y el Sund? Por otra parte, ¿serían incorporadas a la futura Alemania las provincias polacas de Prusia que no formaban parte de la Confederación germánica de 1815? Ante esa hipótesis, la población polaca de Posnania reivindicó un estatuto de autonomía y el gobierno prusiano pareció al principio dispuesto a tal solución. Pero la *minoría* alemana del territorio la rechazó y la opinión pública prusiana, “que experimenta ante la naturaleza eslava una mezcla de piedad y de aversión”, pensó que cualquier concesión a los polacos no constituiría más que una *tonta puerilidad*. Entonces, Federico Guillermo IV se negó a conceder la autonomía.

¿Cuál fue la actitud de los grandes estados vecinos ante aquellas perspectivas?

El Zar habría podido tender la mano a Metternich después de la caída de Luis Felipe; no lo hizo porque se equivocó en la estimación del alcance de los movimientos revolucionarios. Y ante el éxito de estos consideró que tanto en Italia como en Alemania o Austria los soberanos se habían mostrado *negligentes*, porque casi todos renunciaron a la resistencia y aceptaron instituciones representativas e incluso reformas democráticas. Pero le inquietaba la eventualidad de grandes reajustes territoriales. Según Nesselrode, el principio de las nacionalidades era *la negación de la historia*, ya que amenazaba con la agitación y el trastorno de casi todos los grandes Estados. ¿Podía olvidarse que en el Estado de los zares vivían grupos nacionales heterogéneos? Respecto a Italia, el Gobierno ruso se declaró dispuesto, en 24 de febrero de 1848, a proteger “el estado de posesión asignado a los diversos estados italianos por las Actas de que es garante” y, por consiguiente, a prestar *apoyo moral* a Austria; pero si una tercera potencia (Francia) interviniera en los asuntos italianos, Rusia lo consideraría como un caso de *guerra europea* y consagraría *todas sus fuerzas* a defender a Austria. No deseaba, ciertamente, la formación de un gran Estado en Europa central, que sería un *formidable vecino*; pero lo que le parecía más peligroso era la eventualidad de una Alemania *republicana*. En tal caso, llegaría hasta la intervención armada. Pero no obstante estas afirmaciones de principio, vacilaba en comprometerse a fondo, sin duda porque sabía que la situación interior de su Imperio no era muy sólida. ¿No sufría grandes dificultades financieras para mantener en filas a los reservistas movilizados? Y sobre todo, le desconcertaba la rapidez de propagación de la *ola revolucionaria*. Lo mismo declaraba que le satisfaría el levantamiento de “una verdadera muralla china

entre Rusia y Europa” como afirmaba que “jamás y en modo alguno podría sufrir un foco de insurrección a mis puertas y en contacto con mis amigos polacos”. En una palabra: no se sentía capaz de actuar.

La política inglesa podía estar satisfecha de los acontecimientos de marzo de 1848, causa de la caída del *sistema Metternich*. No obstante, Palmerston temía que los acontecimientos excediesen de los resultados previstos y comenzaba a desconfiar de sus posibles consecuencias. En sus instrucciones de 25 de marzo de 1848 al representante diplomático inglés en Francfort, se mostró reservado, declarándose partidario de cualquier acuerdo que tendiera a unir más estrechamente y a consolidar a los Estados separados que formaban Alemania. Es decir, no deseaba la formación de un Estado alemán *unitario*, sino que pensaba únicamente en el refuerzo del lazo federal, sin subordinación de los Estados a un gobierno central. Y fijó su actitud ante la cuestión italiana, principalmente *en función de Francia*. No tenía nada que objetar, en verdad, a la *liberación* italiana—es decir, a la eliminación de la influencia austríaca—, pero no quería que fuera debida a los franceses. Y así se esforzó—aunque en vano—en impedir que Carlos Alberto entrase en guerra con Austria, ya que tal conflicto podría originar la intervención francesa. Tan pronto como empezó la guerra austro-sarda ofreció al gobierno de Turín garantizarle su territorio, en caso de derrota, a condición de que el rey no recurriera a la ayuda francesa, tranquilizándose al comprobar que Carlos Alberto no la solicitaba; desde entonces se halló dispuesto a admitir como buena solución la unión del Lombardo-Véneto al reino de Piamonte-Cerdeña. “Van a efectuarse grandes cambios en Europa. No lamentaría que uno de ellos fuese la creación de un gran Estado de la Italia del Norte”, que, si se viera libre de la influencia francesa, podría convertirse en estado *tapón* y en mercado para las exportaciones inglesas. Y en abril, el gabinete inglés quiso persuadir al austríaco para que “abandone pacífica e inmediatamente sus posesiones italianas, que en lugar de reforzar el Imperio no hacen más que debilitarlo”. Pero no deseaba, ni mucho menos, una disgregación de Austria, cuya existencia creía necesaria para compensar la influencia rusa en la Europa balcánica. Tal política británica intentaba, pues, soluciones de compromisos y era pacífica en líneas generales, tanto más cuanto que la paz continental resultaba satisfactoria para los intereses del comercio exterior inglés.

Lo mismo para Gran Bretaña que para Rusia, deseosas de alejar el peligro de un conflicto europeo, era importante vigilar la actitud del gobierno provisional francés. Lamartine, ministro de Negocios extranjeros de este, declaró—manifiesto de 4 de marzo de 1848—que no quería “desgarrar el mapa de Europa”; pero, al no estar sólidamente asegurada su autoridad, el gobierno podía ceder a la presión de los demócratas, que habían mostrado hostilidad hacia la política exterior de Luis Felipe e invocaban los recuerdos de la Revolución francesa. Si Francia se lanzara a la refriega, si concediera su ayuda a los movi-

mientos revolucionarios de Italia o de Alemania, ¿cómo evitar una guerra general, que originaría un trastorno completo para el continente europeo? La situación internacional de marzo y abril de 1848 se vio dominada por esa perspectiva. Pero los dirigentes de la política francesa, si bien deseaban eliminar la *humillación de 1815* y restaurar el *derecho de los pueblos*, eran lo bastante prudentes para no ceder a la presión interior, pues sabían que una intervención en beneficio de los movimientos revolucionarios conduciría a una guerra general en que Francia se encontraría sola frente a Austria, Rusia y quizá Inglaterra, y pensaban que el ejército francés, desorganizado por la campaña de Argelia, sería incapaz de resistir aquel conflicto; también se preguntaban si los movimientos nacionales eran verdaderamente compatibles con los intereses o con la seguridad de Francia. Por tanto, la actitud de Lamartine no era la misma en la cuestión alemana que en la italiana. Antes de la revolución de febrero manifestó con tanto ardor sus simpatías por la causa italiana, que no podía desdecirse; pero si bien conocía el deseo de milaneses y venecianos en pro de una intervención francesa, sabía también que Carlos Alberto no favorecería, ni mucho menos, semejante solución. Así, pues, afirmó que en caso de que los italianos lanzaran un *grito de angustia*, la República lo escucharía; pero que Francia intervendría solamente si Italia la llamase. Por el momento tal posibilidad estaba descartada, pues Carlos Alberto deseaba actuar solo. En la cuestión alemana, el gobierno era al principio más reservado. Aunque los demócratas y socialistas franceses se declaraban convencidos de que a Francia le interesaría tener por vecina a una República alemana para protegerse contra el *peligro ruso*, Lamartine desconfiaba de la tendencia del movimiento nacional alemán, aproximándose así a la de los derechistas, que veían en la unidad alemana un peligro para Francia.

La experiencia de los polacos de Posnania tendía a incrementar aquella desconfianza. Lamartine había descontentado, en principio, que el gobierno prusiano concedería autonomía a la Prusia polaca y creía que ello podría representar un paso para la reconstitución de una Polonia independiente—solución conforme al *derecho de los pueblos*—. Para alcanzar tal objetivo pensó en una colaboración franco-alemana. Pronto se desalentó. Cuando se anunció el viraje del gobierno prusiano, pidió a Federico Guillermo, el 7 de mayo de 1848, que no renunciara a sus "principios generales", manteniendo un estado de cosas contrario a los derechos del pueblo polaco. Aunque tal iniciativa no fue atendida, no insistió, porque no quería correr el riesgo de una guerra.

Al oponerse a la presión de la opinión pública francesa, el gobierno provisional mantenía la paz del continente. Pero lo mismo en Francia que en Europa central comprometía la suerte de las revoluciones.

## II. LA ESCISION DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS

¿En qué medida se modificó la posición de las grandes potencias cuando, en el verano de 1848, se produjo la escisión entre las fuerzas revolucionarias?

Con respecto a la unidad alemana, Rusia y Gran Bretaña adoptaron la misma actitud, aproximadamente.

Nicolás I seguía desconfiado. Hostil a las iniciativas *revolucionarias* de la Asamblea nacional de Francfort, lo era también al plan prusiano de exclusión de Austria. ¿Quería esto decir que admitiese más fácilmente el plan de la Gran Alemania? No, por cierto. La formación en el centro de Europa de un imperio de setenta millones de habitantes no podía agradaarle. Todo lo más que podría admitir sería el refuerzo del lazo confederal, pero dejando a los Estados alemanes libres de su subordinación a un gobierno común. En el fondo, deseaba la continuación del equilibrio, más o menos precario, entre las influencias austríaca y prusiana. Pero quería, lo mismo en Austria que en Prusia, la represión de los movimientos democráticos; volvió a adquirir confianza a tal respecto después de las jornadas parisienses de junio de 1848 y en el otoño aconsejó a Viena y a Berlín una política de *firmeza* en los asuntos internos.

Los círculos políticos ingleses estaban divididos. Si Cobden era favorable a la unidad alemana, y también lo era el príncipe consorte—a condición de que no se realizase en beneficio de Prusia—, en cambio Disraeli, jefe de los conservadores, la consideraba como una *insensatez peligrosa*. Aunque seguía manifestando su simpatía verbal, Palmerston mostrábase cada vez más escéptico; tardó en reconocer al gobierno provisional de Francfort porque la Asamblea nacional alemana no parecía dispuesta a satisfacer los deseos del comercio inglés en las cuestiones aduaneras y porque las *habladurías* de los diputados no le inspiraban más que desprecio. Como el Zar, se contentaría de buena gana con ver al movimiento nacional alemán lograr solo un refuerzo del sistema confederal. Y esa analogía volvió a producirse con ocasión del asunto de los ducados daneses, en que ambas potencias tenían interés en evitar el hundimiento de Dinamarca y el desarrollo de una potencia naval prusiana en el Báltico; aunque, no obstante, ninguno pensaba ir más allá de una presión diplomática, que ejercieron separadamente y que logró del rey de Prusia la firma de un armisticio con Dinamarca—26 de agosto de 1848—, en el que renunció a reivindicar el Slesvig septentrional. Pero no obstante cierto paralelismo entre ambas políticas, ni siquiera con referencia a la cuestión danesa pudo establecerse una colaboración. Palmerston continuaba desconfiando profundamente de Rusia.

En Francia, donde los círculos políticos de derecha habían sido desde el principio hostiles a la unidad alemana—contrariamente a los de la extrema izquierda, que la favorecían—, los cambios producidos

en la situación interior influyeron en la exterior. El gobierno provisional, después de su reajuste y de la llegada de Cavaignac a la presidencia del consejo, se sustrajo a la presión de los elementos demócratas, siendo los intereses y no las influencias *ideológicas* las que se tenían por más importantes. En junio de 1848, Thiers y Montalembert se pronunciaron contra la unidad alemana. El representante diplomático de Francia en Francfort estimaba que Alemania unida se convertiría en *invasora* y pangermanista. Bastide—que sucedió a Lamartine el 12 de mayo como ministro de Negocios Extranjeros—no ocultaba su desconfianza hacia los “demócratas alemanes que, en Francfort, han comenzado por hacer un emperador”, así como de los movimientos *racistas* originados por el orgulloso deseo de constituir, a expensas de los débiles, Estados populares, fundados sobre la fuerza y la conquista, y vigilaba las manifestaciones del nacionalismo alemán, preocupándose más directamente, como era natural, de la cuestión alsaciana. Pero en la polaca y en la de los ducados daneses, tomó también partido contra las pretensiones alemanas, sin ir más allá, sin embargo, de una manifestación de principio a propósito de cuestiones que, desde el punto de vista de los intereses franceses, eran después de todo *secundarias*.

En resumen, el movimiento nacional alemán no encontró simpatía verdadera en parte alguna, pero tampoco—aunque suscitase desconfianzas—resistencias resueltas. A decir verdad, incluso en Francfort, la situación era incierta y las grandes potencias vecinas no sentían prisa en adoptar un partido.

La cuestión italiana era más urgente. Se trataba de saber si Austria, después de su victoria sobre el ejército sardo, recobraría en la península una situación preponderante y si, para evitarlo, el gobierno francés atendería el llamamiento que Carlos Alberto, a la sazón vencido, se decidiera a hacerle.

Bastide no pensó en una intervención armada, que conduciría no solamente a la guerra con Austria, sino quizá a una guerra general, ya que en aquella ocasión el movimiento nacional alemán podría muy bien volverse contra Francia, sin contar con que la política de la Gran Bretaña era hostil al aumento de la influencia francesa en Italia. El peligro resultaba *inmenso*, y Francia—según su ministro de Asuntos exteriores—no podía hacer caso omiso de Europa entera. Aun en caso de victoria, ¿cuál sería el beneficio? Bastide no deseaba la “formación de una monarquía italiana”; a su juicio, la unión del Lombardo-Véneto a Piamonte-Cerdeña sería ya inconveniente y la de toda la península lo sería aún más. Sin duda, Francia tenía interés en ver a los estados italianos liberados de la influencia austríaca y con su independencia asegurada; pero no en verles unidos bajo la dirección de la Casa de Saboya. Todo lo más que podría admitir sería una *confederación de Estados soberanos*. Tal era también el punto de vista de Cavaignac. Pero la causa italiana contaba en la opinión pública y en los medios

parlamentarios con grandes simpatías. ¿Podría el Gobierno resistir, a la larga, aquella *presión moral*?

El gabinete inglés temía una intervención francesa. Para evitarla, consentía en una intervención diplomática conjunta con Francia entre Piamonte-Cerdeña y Austria. Esta conservaría a Venecia, pero el estado sardo obtendría Lombardía, no obstante la derrota de Custozza. Ello era especular demasiado con las dificultades internas austríacas y el 1 de septiembre de 1848 el Gobierno austríaco rechazó la oferta de mediación. Al día siguiente, la Asamblea constituyente francesa votó una resolución favorable a una intervención armada: el gobierno advirtió al Gabinete inglés que había sido desbordado; informó a Viena de que tomaría “las medidas necesarias a sus intereses” y amenazó incluso a Austria con “incendiar todos los focos que existen en Europa”. Sin embargo, no se iba hacia una guerra, a la que Bastide no recurriría sino *en caso desesperado*; pues el 3 de septiembre el Gobierno austríaco se resignó, bajo la presión de Palmerston, a aceptar la mediación, reservándose discutir sus cláusulas. Simple concesión formal: Austria se negaría continuamente a ceder Lombardía. Presionado entonces por los demócratas, el gobierno sardo amenazó con volver a emprender las hostilidades y el gobierno francés afirmó (acaso sin intención seria) que estudiaría un desembarco de tropas en las cercanías de Venecia. Palmerston multiplicó sus esfuerzos de conciliación; puso en guardia a Francia contra los peligros de una intervención, disuadió al rey Carlos Alberto de una empresa *insensata* y trató de persuadir a Austria para que abandonara Lombardía, cuya posesión era para ella una *fuerza constante de peligro*. Aunque obtuvo el asentimiento de París y Turín—ambos gobiernos deseaban, en el fondo, evitar una aventura—, no logró convencer la resistencia austríaca; cuando Schwarzenberg subió al poder—27 de octubre de 1848—, era ya indudable que Austria no cedería más. ¿Quería esto decir que la mediación franco-inglesa hubiera resultado completamente inútil? No, pues había protegido al estado sardo contra las excesivas exigencias que probablemente le hubieran sido impuestas.

Respecto a la cuestión austríaca, la amenaza de un separatismo magiar era lo que constituía el núcleo de la crisis. Ni Rusia, ni Gran Bretaña, ni Francia deseaban una disgregación del Imperio austríaco, de consecuencias imprevisibles para el equilibrio europeo. Pero los móviles—manifiestos y velados—de unos y otros eran diferentes. El gobierno ruso creía estar interesado en la existencia de Austria no solo porque significaba un valladar contra la extensión de los movimientos revolucionarios, sino también porque servía de contrapeso al poder prusiano en la cuestión alemana. En Francia, no obstante la simpatía que la opinión de los partidos políticos de izquierda mostraba hacia checos y eslavos del sur (era más reticente en cuanto a los magiares), el gobierno temía que una disgregación de Austria facilitase el dominio ruso en la Europa danubiana. En cuanto al gabinete inglés, per-

manecía fiel al punto de vista que había adoptado desde el principio de la crisis europea: era preciso "mantener el Imperio austríaco lo más unido y fuerte que sea posible", escribía Palmerston. Rechazó, pues, las peticiones del ministerio húngaro, que quería establecer contacto con Gran Bretaña.

En el fondo, las tres potencias retrocedieron ante la eventualidad de un conflicto general, ya con respecto a la cuestión de los ducados daneses o de la del Lombardo-Véneto, ya, con más razón, al hundimiento de la monarquía danubiana. Su política era *esperar*.

### III. EL FRACASO

En la última etapa de la crisis, el papel desempeñado por los grandes Estados espectadores de la misma llegó a ser importante. La proclamación de la independencia de Hungría—abril de 1849—, que dividió en dos la monarquía danubiana, fue de primordial importancia para el equilibrio europeo. ¿Por qué creía necesario el Zar ayudar al gobierno austríaco a reprimir el movimiento nacional magiar? ¿Por qué la política rusa no encontró obstáculos por parte de los occidentales? ¿Era conciliable la restauración de la influencia austríaca en Italia con los intereses de Francia y con los designios del gabinete inglés?—Por último, en el conflicto entre las dos potencias alemanas ¿tratarían de inclinar la balanza Rusia, Francia o Gran Bretaña?

Ya durante las anteriores fases de la crisis, las grandes potencias habían mostrado en qué sentido orientaban sus preferencias. Pero ¿acaso habían sido estables tales puntos de vista? En Rusia, donde la dirección de la política exterior pertenecía eclusivamente al Zar, las preocupaciones eran las mismas en 1849 y 1850 que en 1848: impedir una modificación radical del estatuto territorial de Europa central y, sobre todo, atajar el peligro de una insurrección polaca, posible consecuencia de una victoria de las *nacionalidades*. En Gran Bretaña, Palmerston seguía al frente de la política exterior, pero cada vez era más discutido, unas veces por la Corte, en la que el príncipe Alberto—un Sajonia-Coburgo—tenía sus opiniones personales sobre la política alemana; otras por los jefes del partido conservador, y el secretario de Negocios extranjeros encontraba oposición incluso entre el personal diplomático. Así, la política exterior inglesa era incierta y blanda. En Francia, la elección—en 10 de diciembre de 1848—de Luis Napoleón para la presidencia de la República colocó al frente del Estado a un hombre de imaginación desbordada, que no dudó en seguir una política personal, mediante negociaciones secretas. La mayoría parlamentaria, adscrita a los republicanos moderados en la Asamblea Constituyente, pasó al partido del Orden—coalición de conservadores católicos, orleanistas y legitimistas—después de las elecciones para la Asamblea legislativa (mayo de 1849). La República ya no estaba en manos de los republicanos y los demócratas no tenían otra esperanza que actuar

mediante golpes de fuerza. Ciertamente, Francia no emprendería una guerra de *propaganda republicana*: Europa se había tranquilizado a tal respecto. Pero la presencia de Luis Napoleón no dejaba de inquietarla, pues el sobrino del Gran Emperador era forzosamente adversario de los tratados de 1815. Sin embargo, el presidente de la República no era aún el dueño de la situación. Sus ideas—lo mismo en la cuestión alemana que en la italiana—no eran las de los partidos de derecha, que formaban la mayoría parlamentaria. La política internacional de Francia resultaba, pues, activa y emprendedora, pero con frecuencia confusa, debido a las alternativas de las influencias divergentes.

La política rusa era decisiva en la cuestión de Hungría. Schwarzenberg no se decidió a solicitar el apoyo de Rusia en mayo de 1849 sino después de muchas vacilaciones, pues temía que Nicolás I reclamase una compensación. Pero el gobierno ruso no reclamó nada; envió un ejército de 150 000 hombres sin pedir contraprestación alguna. La alternativa tenía importancia, pues hubiera podido pensar, por el contrario, en permitir que Austria se hundiese para recuperar su libertad de acción en los Balcanes. Su decisión, inspirada en el deseo de mantener el *estatuto europeo* de 1815 (en el que la existencia del Imperio austríaco era pieza clave), se debía también y sobre todo al temor de que la revolución húngara se extendiese a la Polonia rusa; como siempre, a partir de 1831, los emigrados polacos, desperdigados por Europa, fueron a ofrecer sus servicios a la insurrección y el ejército de Kossuth contaba entre sus filas un cuerpo polaco de 10 000 hombres mandados por Dembinski. Una victoria magiar tendría, pues, peligrosa influencia en los territorios polacos del Imperio ruso. La campaña rusa en Hungría, precedida por otra de corta duración en Valaquia que le sirvió de prólogo—al derrocar al gobierno provisional de Bucarest el Zar pretendía, sobre todo, *aislar* a Hungría—constituyó, pues, una medida preventiva.

El Gobierno húngaro pretendió parar el golpe mediante un llamamiento a Francia y especialmente a Gran Bretaña. Pero fracasó. ¿Por qué?

Después de la elección de Luis Napoleón para la presidencia, el gobierno francés no quiso recibir, ni siquiera a título oficioso, al representante que Hungría había enviado a París. En las instrucciones dadas al embajador en Rusia, Tocqueville, ministro de Negocios extranjeros, solo manifestaba un interés *melancólico* por un asunto en que Francia habría de desempeñar un papel meramente pasivo: "El espíritu y la letra de los tratados no nos permiten ninguna intervención. Además, en el estado actual de Europa, la gran distancia que nos separa del teatro de la guerra nos impone cierta reserva." Y el gobierno francés se limitó a dirigir a Schwarzenberg recomendaciones anodinas: si el gobierno imperial tratase a Hungría con demasiado rigor, correría el riesgo de que persistiera en el futuro una irritación molesta. Pero el primer ministro austríaco no se preocupó de ello.



En Londres, el Gobierno de Kossuth realizó mayores esfuerzos; sus agentes trataron de agitar a la opinión pública, presentándole el espejuelo de ventajas comerciales. Por su posición geográfica, por la cantidad y riqueza de sus producciones, Hungría podía ofrecer grandes beneficios a la industria inglesa. Si el movimiento de independencia fracasara, Austria seguiría monopolizando aquel mercado. Cuando apareció claramente la amenaza de una intervención rusa, los magiares llegaron hasta la súplica; ofrecieron a Gran Bretaña los puertos de Buccari, en el Adriático, y de Semlin, sobre el Danubio, mostrándose incluso dispuestos a renunciar a la república y a aceptar el rey que Gran Bretaña designase. Todo fue en vano. Palmerston siguió sordo a sus súplicas. Sin embargo, en su correspondencia particular escribió que "el derecho y la justicia están de parte de los magiares", y expresó su desagrado por la política de Schwarzenberg: "Ciertamente los mayores brutos que han tomado inmerecidamente el título de hombres civilizados son los austríacos." Pero parafraseando la expresión de Palatsky, decía: "Si Austria no existiera, habría que inventarla." En el marco del sistema europeo "sería imposible—afirmaba—reemplazar a Austria por pequeños estados". Y si el Imperio de los Habsburgo perdiese a Hungría, ¿cómo podría sobrevivir? Los países austríacos serían pronto absorbidos por Alemania y la expansión rusa en los Balcanes no tendría contrapeso. Hungría, pues, quedaba abandonada por Austria y Francia, y la política rusa tenía libre el paso.

En la *liquidación* de la política italiana, la política rusa no desempeñó un papel activo. Fueron Francia y Gran Bretaña las que tomaron la responsabilidad. Pudieron hacerlo sin exponerse a grandes peligros durante todo el período de abril a agosto de 1849, en que el gobierno austríaco se halló en conflicto con Hungría.

Después de la derrota de Novara, que impuso la abdicación a Carlos Alberto, Austria exigió del gobierno sardo, además de una indemnización de guerra y la conclusión de un tratado comercial, el derecho a ocupar la plaza fuerte de Alejandría; Piamonte quedó, pues, amenazado en su independencia. ¿Podía contar con alguna ayuda? El gabinete inglés se limitó a dar a Austria consejos de moderación. Pero Francia tenía un interés más directo que Inglaterra en evitar la extensión de la influencia austríaca en la Italia del Norte. Ocho días después de Novara (en 31 de marzo de 1849) la Asamblea votó un orden del día que autorizaba al poder ejecutivo para "garantizar el territorio piamontés mediante negociaciones y, si fuese necesario, mediante la ayuda de una ocupación parcial y temporal de Italia"; a fines de abril se pensó en enviar a Génova tropas de ocupación francesas si Austria mantenía sus pretensiones sobre Alejandría. La amenaza resultó eficaz, pues el gobierno austríaco renunció a una ocupación territorial (tratado austro-sardo de 6 de agosto de 1849). Pero ni Francia ni Gran Bretaña discutieron a Austria después de su victoria el derecho de conservar el Lombardo-Véneto y no dejaron concebir a

Manin ilusión alguna al respecto cuando este prolongó (hasta fines de agosto) la resistencia de Venecia. Tampoco se opusieron al restablecimiento de la influencia austríaca en Toscana, adonde volvió el gran duque el 25 de mayo, después de una intervención armada.

Pero, con motivo de la *cuestión romana*, reapareció la oposición de los intereses franceses y austríacos. Después de la batalla de Novara era evidente que la república mazziniana constituida en Roma estaba condenada. La única cuestión consistía en saber si la restauración del poder pontificio sería obra de Austria, efectuándose, por consiguiente, en beneficio de su influencia. No era sorprendente, pues, que el Gobierno francés quisiera oponerse, como lo había hecho Luis Felipe en 1832. En igual sentido, Luis Napoleón decidió el 22 de abril de 1849 el envío de un cuerpo expedicionario. No se trataba, al principio, de destruir la república romana por las armas, sino de preparar un compromiso: al regresar a Roma, el Papa establecería instituciones políticas liberales, y la población romana, tranquilizada por la presencia de las tropas francesas respecto al peligro de brutales represalias, respetaría aquella restauración. Tal política fracasó, pues ni el Papa ni los jefes de la república romana se prestaron a una conciliación. ¿Debía abandonarse la partida? "Tendríamos que retirarnos—observó el agente diplomático francés cerca de la Santa Sede—, pero existe Austria." La expedición, pues, se mantuvo, aunque desviándose de su primitivo objetivo; el gobierno francés intentó aún que prevaleciese una solución compatible con el *derecho de los pueblos* (un plebiscito que permitiera a los romanos elegir entre la República y la restauración del poder pontificio) mediante la misión de Fernando de Lesseps; pero tuvo que inclinarse ante la voluntad de la Asamblea salida de las elecciones de mayo de 1849, en la que dominaban los católicos, decididos a salvaguardar el poder temporal de la Santa Sede. El 30 de junio las tropas francesas tomaron a Roma y restauraron incondicionalmente el poder temporal.

¿Cuál era el balance? El esfuerzo de los mazzinianos había resultado vano; pero el régimen pontificio solo se mantenía gracias a la presencia del cuerpo expedicionario francés: estaba totalmente desacreditado ante los patriotas italianos, incluso ante los más moderados. Significaba la derrota del *neogüelfismo*. El mismo Gioberti, cuando publicó, en 1851, una nueva obra (*Rinnovamento civile d'Italia*), abandonó sus anteriores planes. La Casa de Saboya era, no obstante el doble fracaso sufrido en su lucha contra Austria, la única que aún estaba calificada para encarnar el movimiento nacional. Aquella derrota moral del Papa era tan importante para la evolución futura de la cuestión italiana como la infligida por el cuerpo expedicionario francés a los republicanos. Pero ¿cuál era el beneficio para los intereses franceses? Sin haberlo deseado, el gobierno francés se había convertido en guardián del Estado pontificio, asumiendo, pues, un papel arbitral, puesto que la formación de la unidad italiana era inconcebible sin la previa solución de la *cuestión romana*. No obstante, no podía ejercer libre-



mente aquel arbitraje por estar obligado a tener en cuenta la voluntad de los católicos franceses. En realidad, la presencia en Roma del cuerpo expedicionario asestó un golpe a la autoridad moral que Francia había conservado hasta entonces entre los liberales italianos. El gabinete inglés no podía menos de regocijarse de ello. Mientras que el año anterior se había opuesto a una intervención francesa en Piemonte, ahora se abstuvo de oponerse a la expedición a Roma, pues pensaba que Francia, al ayudar a las fuerzas *reaccionarias*, comprometería su popularidad en Italia. Los acontecimientos confirmaron esos cálculos.

Los asuntos alemanes eran los más complejos y también los más graves. Al par que el movimiento popular italiano fue destruido antes de que hubiese tomado forma, el estatuto de Europa central era objeto de ardientes discusiones, de 1849 a fines de 1850. El plan prusiano, inspirado a Federico Guillermo IV por Radowitz, volvía al proyecto de estado federal que la Asamblea nacional de Francfort no había podido establecer; pero ahora se trataba de llevarlo a cabo con el asentimiento de los príncipes y bajo la dirección de Prusia: programa de la Pequeña Alemania. El plan austríaco—o de Schwarzenberg—era el de una Gran Alemania, de la que formarían parte los territorios del Imperio austríaco; la dirección de los asuntos comunes se confiaría a un Directorio formado por representantes de Austria, Prusia y los Estados *medios* interesados en la continuación de un dualismo austroalemán, en el que veían la mejor garantía de su independencia.

Después de haber sido aplastadas las fuerzas más activas del movimiento nacional, los proyectos de los diplomáticos tornaban a adquirir importancia. Aprovechándose de la guerra de Hungría, que paralizó la resistencia austríaca, el gobierno prusiano propuso el 28 de junio de 1849 que una Conferencia de Príncipes estableciese una Constitución del Imperio alemán. Únicamente Baviera, donde el clero católico y los círculos de negocios se mostraban muy reservados, se mantuvo aparte. Pero tan pronto como Austria solventó la cuestión húngara con la ayuda rusa, Hannover y Sajonia se animaron a abandonar a Prusia. La Pequeña Alemania se disgregó. No obstante, Federico Guillermo y Radowitz se obstinaron, tratando de establecer, ante la imposibilidad de llevar a cabo su proyecto primitivo, una *Unión restringida*, en la que Prusia agruparía bajo su dirección a los pequeños Estados de la Alemania central; en enero de 1850 prepararon la reunión de una Asamblea constituyente, que se reuniría en Erfurt. Schwarzenberg opuso su proyecto, al que se adhirieron Hannover, Sajonia, Wurtemberg y Baviera. Alemania se escindió en dos campos. En el momento en que se reunía la Asamblea constituyente en Erfurt, el gobierno austríaco convocó en Francfort a los representantes de los Estados *medios*, a los que se añadieron los de Hesse-Cassel y Hesse-Darmstadt. La crisis estalló en 1850, al producirse un incidente en Hesse-Cassel que originó una amenaza inmediata de conflicto. A la

orden de movilización del ejército prusiano, más bien manifestación de temor que de fuerza, Schwarzenberg contestó con un ultimátum, y la política prusiana se hundió. El 29 de noviembre el gobierno prusiano, en el que Manteuffel había sustituido a Radowitz, aceptó la firma de los *puntos de Olmütz*, retiró su orden de movilización, abandonó la Unión restringida y aceptó la reunión de una Conferencia general de los Estados componentes de la Confederación germánica encargada de *reconstruir el Bund*.

¿En qué medida contribuyó a la retirada de Prusia ante Austria la política de las grandes potencias no alemanas?

Gran Bretaña no desempeñó un papel activo. El gabinete se mostró, sin embargo, más favorable al plan prusiano que al austríaco. A principios de 1849, cuando la Asamblea nacional alemana ofreció la corona a Federico Guillermo IV, los conservadores ingleses manifestaron su desconfianza, pero Palmerston no hizo objeción de principio y se declaró dispuesto a reconocer al gobierno imperial alemán, aunque proponiendo una condición irrealizable: el asentimiento de los soberanos alemanes. Después de la desaparición de la Asamblea nacional pensó que el plan prusiano era la menos mala de las soluciones: una *unión más íntima* de las potencias alemanas, bajo el patronato de Prusia, formaría una *barrera sólida*, preferible también, desde el punto de vista de los intereses económicos ingleses, a la Gran Alemania de Schwarzenberg. Pero se mostró más reticente cuando Prusia resucitó la cuestión de los ducados y volvió a emprender las hostilidades contra Dinamarca, resultando eficaz la presión que ejerció sobre el gobierno de Berlín para obligarle a cesar en ellas. Satisfecho con haber protegido de este modo los intereses de Gran Bretaña, no se opuso a Prusia en la cuestión de la *Unión restringida*. Pero cuando la crisis representó una amenaza inminente de conflicto armado—otoño de 1850—expresó claramente su deseo de evitar una guerra que, en realidad, no se mantendría localizada y que podría originar la intervención rusa en Europa central o la francesa en el Rin. En vano Federico Guillermo IV envió a Londres a Radowitz, en los comienzos de noviembre, para tratar de obtener una alianza; en vano ofreció *sacrificar las cuestiones económicas a las políticas*, por un reajuste de la tarifa aduanera de la *Zollverein*, en beneficio del comercio inglés. El gobierno británico subordinaba sus intereses económicos a su anhelo de mantener el equilibrio continental.

La política francesa no fue uniforme después de la elección de Luis Napoleón para presidente de la república. El partido del Orden era, generalmente, hostil a la política prusiana; su prensa combatía, en 1849, la solución imperial. En el otoño de 1850, Thiers afirmó en la Asamblea legislativa su simpatía por la causa austríaca. El ministro de Negocios extranjeros desconfiaba, asimismo, de los proyectos de Radowitz y del rey prusiano. En la primavera de 1849, Drouyn de Lhuys había parecido admitir una preponderancia de Prusia al Norte del

Mein, pero no la unidad de la Pequeña Alemania, que agruparía a los estados del Sur. Tampoco Tocqueville, aun deseando un refuerzo de la Confederación germánica—por temor a Rusia—quería una preponderancia prusiana. Pero Luis Napoleón tenía su política personal, dominada por el deseo de obtener la revisión de los tratados de 1815. En marzo de 1849, dejó entrever, en sus diarios, la posibilidad de una alianza con Prusia, a condición de que Francia recibiese una *compensación* en la orilla izquierda del Rin; en el otoño del mismo año, tanteó el terreno, desde diferentes ángulos, enviando a Prusia a Persigny y haciendo nuevas proposiciones a Baviera; pero ni Berlín ni Munich dieron oídos a sus sugerencias, pues ambos gobiernos sospechaban las *miras renanas* de Francia. No obstante, esta política se afirmó en 1850, y, después de una nueva misión de Persigny en Berlín, Luis Napoleón se decidió a ofrecer a Prusia la alianza francesa, en caso de guerra austro-prusiana (15 de junio), solicitando claramente, en concepto de compensación, la anexión del Palatinado bávaro. Pero el ministro prusiano en París rechazó, resueltamente, dicha sugestión; ¿cómo podría Prusia, que invocaba en su política el sentimiento nacional, desdeñarse, aceptando la cesión de territorios alemanes? Así, cuando estalló la crisis de 1850, aun tomando precauciones militares en Alsacia, el presidente declaró que Francia permanecería neutral en una guerra austro-prusiana, mientras sus intereses no se vieran amenazados por una *ruptura del equilibrio*. Llegado el momento, ¿en qué hipótesis pensaba intervenir? Estimaba, sin duda, que, en caso de que Austria concediera ayuda armada a Austria, Francia tendría que apoyar a Prusia: tal era la tesis que hizo exponer, el 17 de noviembre, en el periódico *La Patrie*. Pero, ante las protestas de la mayoría parlamentaria, e incluso de su ministro de Negocios extranjeros, no pudo emprender aquel camino. Sus ideas, pues, no tuvieron alcance práctico alguno.

Únicamente Rusia, donde el Gobierno no había de contar, en absoluto, con la opinión pública, ejerció una acción importante en el desenlace de la cuestión alemana. El Zar, hostil, en marzo de 1849, a la solución imperial, lo fue también, en mayo del mismo año, al plan de Radowitz; pero tampoco quería favorecer una preponderancia austríaca en el conjunto de los estados alemanes. El interés de Rusia consistía en que continuara el estado de equilibrio entre Austria y Prusia. Esta podría dominar la Alemania del Norte, a condición de que los Estados alemanes del Sur entraran en la esfera de influencia de Austria. No obstante, cuando Federico Guillermo IV abandonó su proyecto primitivo y se contentó con la *Unión restringida*, que parecía estar de acuerdo con las pretensiones rusas, Nicolás I siguió desconfiando, porque no veía en aquel repliegue más que una táctica temporal. Sin embargo, eludió tomar partido, pues temía empujar a Prusia a los brazos de Francia. La crisis de 1850 le obligó, por fin,

a decidirse, pues, por dos veces—a fines de mayo y a fines de octubre—fue requerido, directamente, por ambos antagonistas.

¿En qué sentido ejerció tal arbitraje? El 31 de mayo, el Zar escribió claramente a Federico Guillermo IV que no deseaba la guerra entre Austria y Prusia, y amenazó con intervenir contra aquel de ellos que se convirtiera en agresor. Pero el agresor—añadía—no es, necesariamente, el que inicia las hostilidades, sino el que origina las causas del conflicto. Consideraría, pues, como *agresiva* una política prusiana que pretendiera modificar el Estatuto de la Confederación germánica, sin el consentimiento de los otros miembros de la misma. Esto significaba una amenaza claramente dirigida al Gobierno prusiano. No obstante, cuando Schwarzenberg trató de obtener de Rusia una promesa de apoyo armado, en caso de guerra austro-prusiana, Nicolás I vaciló, pues tampoco quería alentar al gobierno austríaco a la intransigencia. Mediante esta doble maniobra esperaba que los dos gobiernos se decidieran a una solución pacífica. Pero cuando, cinco meses más tarde, Prusia y Austria llegaron a la *prueba de fuerza*, con ocasión de la cuestión de Hesse, el Zar acentuó su presión sobre Prusia; el 17 de octubre le amenazó con la intervención al lado de Austria, y, aunque el 28 del mismo mes no prometió todavía a Schwarzenberg sino un *apoyo moral*, las medidas militares que tomó en las proximidades de la frontera prusiana dieron a entender que estaba dispuesto a una acción armada.

La presión ejercida por el Zar resultó eficaz. Sin duda, Federico Guillermo IV tenía otras razones para evitar la guerra: repugnancia a iniciar contra Austria una lucha *fratricida*; inquietud ante la perspectiva de tener que hacer una política revolucionaria, al tender la mano a las *minorías nacionales* de Austria; temor, en caso de fracaso, a ver amenazado su trono por un movimiento democrático; desconfianza ante los proyectos de Luis Napoleón. Pero el móvil determinante fue la amenaza de una intervención armada de Rusia.

Pero la actitud del Zar fue también la que impidió a Austria explotar a fondo su victoria diplomática. Schwarzenberg no se atrevió a aprovecharse de la ocasión para resolver, mediante las armas, el conflicto austro-prusiano, porque no tenía la certidumbre de que Rusia interviniera, y, aun si ello resultase cierto, tal intervención no podría haber sido efectiva antes de cuatro o cinco meses, a causa del invierno ruso; no trató tampoco de hacer incluir en los *puntos de Olmutz* su programa de la Gran Alemania, porque el Zar, aun mostrándose satisfecho de la detención impuesta a Prusia, no desearía ver al Gobierno austríaco aprovecharse para imponer a su adversario condiciones *excesivas*.

La capitulación de Prusia dejó abierta la cuestión de la reorganización de la Confederación. El debate se inició en la conferencia de príncipes alemanes, reunida en Dresde a principios de 1851. Indudablemente, Schwarzenberg intentaba volver a su plan y obtener que

todo el Imperio austríaco fuese admitido en la *Zollverein* y en la Confederación. Pero Prusia no tenía que esforzarse demasiado para desear tales pretensiones, cuyo éxito no apetecía ninguna de las grandes potencias *no alemanas*. Gran Bretaña no deseaba el acrecentamiento de la potencia austríaca ni la unión aduanera de todos los Estados de la Europa central. El gobierno francés se consideraba defensor de la independencia de los pequeños Estados alemanes. El Zar, por último, advirtió a Schwarzenberg, en marzo de 1851, que Rusia permanecería neutral en caso de que Francia se opusiera por las armas a la realización del plan austríaco. La conferencia se limitó, pues, a restaurar el estatuto de la Confederación, tal como había existido entre 1815 y 1848.

\* \* \*

¿Qué parte hay que atribuir, en el fracaso final de los movimientos revolucionarios, a las causas internas, es decir, al juego de las fuerzas políticas y sociales dentro de cada Estado o grupo de Estados a los que habían alcanzado los movimientos revolucionarios? ¿Cuál a las causas *exteriores*, es decir, a la actitud de las grandes potencias vecinas?

No cabe duda de que las causas *internas* fueron—y con mucho—preponderantes. Lo decisivo resultó, sobre todo, la escisión entre las fuerzas revolucionarias, en el verano de 1848: recrudescimiento de las divergencias entre objetivos políticos e intereses económicos y sociales de los moderados y de los demócratas; abandono de la revolución en Austria por las masas campesinas. Pero la desconfianza y los conflictos entre las nacionalidades contribuyeron mucho a paralizar los movimientos revolucionarios: la monarquía austríaca no se había enfrentado nunca con una insurrección conjunta de las *minorías nacionales*, e incluso pudo oponer unas a otras; en la cuestión alemana, la hostilidad entre alemanes y polacos, en Posnania, o entre daneses y alemanes, en Slesvig; la negativa de los checos a enviar representantes a la Asamblea de Francfort fueron causa de incesantes dificultades. Tampoco intentaron asociarse, en ningún momento, los movimientos nacionales de los diferentes Estados. Mazzini había creído que sería fácil el acuerdo entre los grupos nacionales, pero aquella esperanza había fallado totalmente. Los nacionalismos dieron pruebas de gran intolerancia en casi todas partes. Al propio tiempo que cada grupo invocaba su *derecho nacional* a la autonomía y a la independencia reclamaba también su *derecho histórico* para imponer su voluntad a los otros grupos, con desprecio de los principios nacionales: tal era la actitud de los magiares, en Hungría; de los checos, en Bohemia; de los alemanes, en el Slesvig. La complejidad del movimiento de las nacionalidades planteó problemas que no supieron o no quisieron prever los apóstoles del *derecho de los pueblos*. En fin, la resistencia de los intereses dinásticos—apoyados por la firmeza de los intereses par-

ticularistas—tampoco fue de poca importancia, lo mismo en Italia que en Alemania.

Pero todo esto, aunque fundamental, no hubiera bastado para proporcionar una explicación. Si la actitud del gobierno provisional francés hubiera sido diferente en las primeras semanas de la crisis revolucionaria se habría producido, sin duda, un trastorno general. ¿Y acaso habría sido posible el *rehacerse* de Austria, si Rusia no hubiera intervenido, por las armas, en 1849, para aplastar a la república húngara? En todo caso, habría sido más lento y difícil, y la cuestión alemana tomaría probablemente otra orientación muy distinta. Gracias a la rápida victoria de Hungría la política austríaca pudo hacer fracasar, en 1849, el plan prusiano. Las causas *exteriores* contribuyeron, pues, considerablemente al fracaso de los movimientos revolucionarios. Pero tales actitudes de Francia y Rusia no fueron determinadas por la psicología colectiva ni por los intereses económicos, sino únicamente por móviles políticos.

#### BIBLIOGRAFIA

Además de las obras generales (en particular la de CH. POUTHAS: *Démocraties et Capitalisme, 1848-1860*, en "Peuples et Civilizations"; y la de A. J. P. TAYLOR y F. FEHIO: *The Opening of an Era: 1848*, Londres, 1948), véase CH. DE GUICHEN: *Les Grandes Questions européennes et la Diplomatie des Puissances sous la II.ª République*, 2 vol., París, 1929.—A. SCHARFF: *Die europäische Grossmächte und die deutsche Revolution, 1848-1851*, Leipzig, 1942.—P. HENRY: *La France et les nationalités en 1848, d'après les correspondances diplomatiques*, en "R. Historique", 1939, págs. 234-259.—E. MEIER: *Die aussenpolitischen Ideen der Achtundvierziger*, Berlín, 1938.—E. HELLER: *Mitteleuropas Vorkämpfer Fürst Felix Schwarzenberg*, Viena, 1933.—A. SCHWARZENBERG: *Prinz Felix zu Schwarzenberg*, Nueva York, 1946.—A. GREER: Obra citada, página 157.—E. ROTTA: *Il 1848 nella storia italiana e europea*, Milán, 1948.—J. DROZ: *Les Révolutions allemandes de 1848*, París, 1957.—SALVATORELLI: *La rivoluzione europea 1848-1849*, Milán, 1949

Sobre la cuestión italiana.—R. MOSCATTI: *La Diplomazia europea e il Pro-*

*blema italiano del 1848*, Florencia, 1947. A. J. P. TAYLOR: *The Italian Problem in European Diplomacy, 1847-1849*, Manchester, 1934.—F. VALSSECHI: *L'Intervention française et la solidarité révolutionnaire dans la pensée des Démocrates lombards en 1848*, en *Actes du Congrès du Centenaire de 1848*, páginas 165-176.—C. VIDAL: *La France et la Question italienne en 1848*, en "Études d'histoire moderne et contemporaine", t. II, París, 1950.—E. BOURGEOIS y E. CLERMONT: *Rome et Napoléon III*, París, 1907.—F. VALSSECHI: *Luigi Bonaparte e gli intenti della politica sua d'intervento a Roma nel 1849*, en "Rassegna storica del Risorgimento", 1950.—A. M. GHISALBERTI: *Roma da Mazzini a Pio IX*, Milán, 1958. Añadiremos la colección de estudios publicada bajo el título *Giuseppe Mazzini e la Repubblica romana*, Roma, 1949.

Sobre la cuestión alemana.—V. VALENTIN: *Die deutsche Revolution 1848-1849*, 2 vols., Berlín, 1934.—F. MEINERKE: *Radowitz und die deutsche Revolution*, Berlín, 1913.—L. B. NAMIER: *The Revolution of Intellectuals*, Londres, 1940.—P. DUCHON: *La Mission de M. de Persigny en Allemagne, août-*

octobre 1840, en "Revue des Etudes historiques", 1938, págs. 161-174.

**Sobre la revolución húngara.**—

H. FRIEDJUNG: *Oesterreich von 1848-1860*, 2 vols., Berlín, Stuttgart, 1908-1912.—E. ANDRIS: *La France, l'Angleterre et la révolution hongroise de 1848*, en *Actes du Congrès du Centenaire de 1848*, págs. 118-133.—R. AVERBRUCH: *Russkaja intervencija revoljuciju*, en "Ist. Mark.", 1932, págs. 87-117 (confróntese la comunicación de D. Stremoukoff, en *Actes du Congrès du Centenaire de 1848*, págs. 143-148).—J. MA-

RIOTT: *Great Britain and Hungary in 1848*, en "Hungarian Quarterly", 1938, págs. 58-67.—D. KOSARY: *L'Aspect social de la Révolution de 1848 en Hongrie*, en "Actes du Congrès"..., págs. 133-143.

**Sobre la cuestión polaca.**—P. HENRY: *Le Gouvernement provisoire et la Question polonaise en 1848*, en "R. Historique", 1936.

**Sobre la actitud del Gobierno ruso.**—A. NIFONTON: *Russland im Jahre, 1848*, Berlín, 1945.

## CAPITULO XI

### CHINA SE ABRE A LA INFLUENCIA OCCIDENTAL

Por los mismos años en que el movimiento de las nacionalidades agitaba al continente europeo, el Extremo Oriente despertó a la vida universal. El gobierno del Imperio chino, que no autorizaba el comercio extranjero más que en un solo puerto—Cantón—y que se esforzaba en impedir las relaciones directas entre los extranjeros y su población, se vio obligado a renunciar a aquella política de *clausura*. China se iba a convertir en campo de expansión para Europa y los Estados Unidos. El contacto que se estableció entre la civilización occidental y la civilización china abrió el camino a fuerzas nuevas que, durante la segunda mitad del siglo XIX, transformarían toda el Asia Oriental.

#### I. LOS INTERESES EUROPEOS

La presión ejercida por los intereses económicos—el deseo de obtener acceso al *mercado chino*—fue la que impulsó la actividad de los Estados europeos y de los Estados Unidos. La existencia en el Imperio Medio de una enorme masa humana (que nadie en aquella época pudo calcular, ni aún aproximadamente, suponiéndose, quizá modestamente, trescientos millones) hizo concebir la esperanza de que dicha población proporcionase un mercado a los exportadores de manufacturas, sobre todo, de textiles. Se tenía por cierto que los beneficios comerciales inmediatos no serían importantes, pues la mayor parte de aquella masa humana era muy pobre; pero, a medida que China se abriese a las influencias exteriores y se valorizasen los recursos naturales del país, la capacidad adquisitiva de la población aumentaría y el comercio con los *occidentales* recibiría un impulso considerable.

Gran Bretaña fue la primera en darse cuenta de tales perspectivas. Solo ella tenía, antes de 1840, un número importante de comerciantes en Cantón (alrededor de 350) que vendían, sobre todo, a los chinos, opio procedente de India o Persia, y les compraban té y seda en bruto. Mientras tanto, los industriales de Lancashire comenzaban a enviar a Cantón productos textiles, principalmente de algodón, que, no obstante los gastos de transporte, y gracias a los nuevos procedimientos de fabricación, podían venderse en China a un precio más reducido que los artículos similares de la artesanía china. Los intereses económicos y financieros, agrupados en Londres en la *China Association*, querían conseguir la supresión de las trabas que el gobierno chino oponía a la entrada de los productos extranjeros: percepción

de una tasa especial sobre las mercancías importadas; obligación de los comerciantes extranjeros establecidos en Cantón de tramitar sus negocios por intermedio del *Co-Hong*, asociación de comerciantes chinos, que monopolizaba las transacciones; prohibición de que saliesen del barrio de las factorías, en donde se les sujetaba a una rigurosa vigilancia. También quería que las relaciones comerciales no estuviesen restringidas al puerto de Cantón; concluir, con el gobierno chino, un tratado de comercio que estableciese las relaciones sobre base contractual—en vez de que China dictase, ella sola, las condiciones que autorizaban los intercambios—; asegurar a los comerciantes ingleses el contacto directo con la población china y la consiguiente abolición del *Co-Hong*. China se presentaba, a los ojos de los industriales ingleses, como un *Eldorado comercial*.

Antes de 1840, ni Francia ni los Estados Unidos ni Rusia tenían un interés tan inmediato en aquel mercado chino. Pero sus gobiernos no eran indiferentes, ni mucho menos.

Los comerciantes norteamericanos habían aprovechado el período de guerras napoleónicas para intentar suplantar a los ingleses, y habían conseguido un éxito pasajero. Después de 1815 perdieron parte del terreno ganado, aunque seguían efectuando parte del tráfico marítimo de Cantón (el 25, aproximadamente, al lado del 60 por 100 de los ingleses). Los intereses económicos franceses eran mucho más restringidos: en 1838, los dos comerciantes que se habían establecido en el barrio de las factorías de Cantón, ni siquiera podían contar con el apoyo efectivo de un agente consular, pues el gobierno había estimado suficiente confiar este cargo a un inglés. Pero los Lazaristas—misioneros franceses—habían conservado una misión en China, donde eran los únicos que en aquella época continuaban su apostolado, en las condiciones más difíciles. Por iniciativa de las Cámaras de Comercio, el gobierno se decidió a estudiar, en 1836, las nuevas perspectivas: creó un consulado en Manila y nombró un titular, relacionado con los medios políticos: Teófilo Barrot. Aquel agente consular tenía que ocuparse no solamente de las Filipinas, sino también de todo el Extremo Oriente. Por último, los comerciantes rusos de Siberia y del territorio del Amur se relacionaban con China por vía terrestre: la *ruta de caravanas* de Kiakhta, en Mongolia. El gobierno del Zar se percató de que dicha ruta, demasiado larga y lenta, resultaba insuficiente, y pensó en utilizar la vía marítima, partiendo de la Siberia oriental, para tomar parte en el comercio cantonés. Pero todavía no eran más que proyectos. En realidad, todas aquellas naciones se lanzaron al asalto después de que Gran Bretaña hubo abierto la brecha.

El problema de las vías de acceso al Imperio Medio empezó también a atraer la atención de las grandes potencias. La *cuestión del Pacífico* no fue, en el fondo, más que un aspecto de las ambiciones despertadas en torno del mercado chino. Excepto Filipinas y Japón, los archipiélagos del Pacífico no podían convertirse en mercados de ex-

portación, pero servían de etapas en las rutas marítimas que conducían a China. Bajo tal aspecto, americanos y europeos se fijaron en las islas Hawai y en el archipiélago japonés. Las rutas terrestres solo ofrecían interés en cuanto podían procurar acceso a las regiones interiores de China, prácticamente inaccesibles, aun con los puertos abiertos, debido a la falta de comunicaciones. Partiendo de los puertos, la comunicación era posible en toda la zona servida por la gran vía fluvial del Yang-Tsé, pero no en las provincias del sudoeste, y apenas en las del noroeste.

## II. LA «GUERRA DEL OPIO»

¿Cómo conseguiría la iniciativa inglesa forzar la puerta del Imperio chino?

La crisis estaba latente desde 1833. Hasta dicha fecha, el comercio británico con Cantón estaba monopolizado por la Compañía de las Indias; las relaciones comerciales establecidas con el *Co-Hong* eran, pues, en principio, el campo de actividad de dos sociedades comerciales, al margen de toda participación de los agentes de los gobiernos. Pero, en 1833, el Parlamento inglés se negó a renovar el contrato de la Compañía de Indias y el gobierno envió a Cantón a un agente diplomático, encargado de vigilar las relaciones comerciales. Tal agente declaró que no estaba dispuesto a entrar en relaciones con una simple asociación de comerciantes chinos y deseó ponerse en contacto con los representantes gubernamentales. Pero el virrey de Cantón rehusó concederle audiencia. Y el gobierno inglés fracasó dos veces en el intento. ¿Podía consentirse aquello? “¡Imposible!—dijo la prensa inglesa—. ¡Es una cuestión de dignidad!” Pero no era solo la dignidad la que estaba en juego, pues se trataba de saber si Gran Bretaña conseguiría o no entrar en negociaciones con las autoridades chinas, respecto a las relaciones económicas, y obtener una *ampliación de las condiciones comerciales*. El conflicto se aproximaba.

La ocasión la proporcionó el incidente producido en 1839, con referencia a la cuestión del opio. El gobierno chino, que había prohibido desde hacía un siglo, la importación de opio (prohibición que no había podido hacer respetar), decidió cortar, en lo sucesivo, su comercio de contrabando, en el que no estaban exentos de participación el *Co-Hong* y los funcionarios chinos locales. Ello era, en parte, una preocupación de higiene social, pero principalmente una preocupación financiera, pues aquel comercio ocasionaba salidas de numerario. El gobierno chino estaba en su perfecto derecho al tomar tal medida. Pero para ponerla en práctica, el comisario enviado a Cantón, Lin, empleó métodos brutales. Como no disponía de los medios navales necesarios para detener, antes de que entrasen en Cantón, los barcos que se dedicaban al contrabando, bloqueó las factorías extranjeras, hasta que obtuvo la entrega de los cargamentos de opio, que destruyó. Al aplicar estas medidas a todos los comerciantes ingleses, sin excepción,

culpables o no de contrabando, la administración china ofrecía al gabinete inglés un terreno diplomático favorable. Palmerston declaró, el 19 de marzo de 1840, en la Cámara de los Comunes, que los procedimientos chinos eran intolerables y que se hacía necesaria una intervención armada para "conseguir seguridad en lo futuro para el comercio británico". La *guerra del opio* fue, en realidad, una guerra para abrir China al comercio inglés; no se trataba de obligar al comercio chino a que aceptase la importación de opio, sino de que ampliara sus intercambios comerciales, según el programa fijado en 1834. A dicho programa añadió el gobierno británico una nueva pretensión: la cesión de una isla, próxima a las costas chinas, que sirviese de *plaza de comercio* a los súbditos británicos.

Los ingleses disponían de medios limitados para imponer su voluntad: la acción de su escuadra, que bombardeó algunos puntos de la costa china, y el desembarco de un reducido cuerpo expedicionario en la región del Yang-Tsé. Sin embargo, la resistencia china resultó ineficaz. Es necesario explicar los motivos de esa debilidad.

La dinastía manchú, que reinaba en Pekín desde 1644, estaba simplemente *superpuesta* a instituciones políticas, sociales y administrativas chinas sobre las que se limitaba a ejercer un *control*; no había proporcionado una *armadura* al Imperio y parecía no haber siquiera pensado en ello. Así, pues, la dominación manchú se veía sordamente amenazada, sobre todo desde fines del siglo XVIII, por las actividades de las sociedades secretas chinas, que promovían revueltas locales cada vez más frecuentes. Tales movimientos eran, indudablemente, obra exclusiva de una pequeña minoría. Pero la masa campesina china, por muy indiferente que se mostrara en tiempos normales a los asuntos políticos y aun sociales, podía en períodos de crisis verse influida por aquellas sociedades secretas y ser susceptible de reacciones violentas. El gobierno temía, pues, movimientos antidinásticos durante la guerra del opio y no cesaba de vigilar el estado de la opinión, inquietándose por el desarrollo del bandidaje y sospechando una posible *colaboración* entre algunos funcionarios chinos y el enemigo. Los documentos de los archivos demuestran la ansiedad del Emperador por la debilidad del régimen: los consejeros del soberano se preocupaban más de las consecuencias interiores de la guerra que de las operaciones militares.

Sin embargo, no cabía hacerse muchas ilusiones sobre estas. No es preciso insistir en que los *juncos de guerra* no podían nada contra la escuadra británica. Las fuerzas terrestres de que disponía el Imperio eran también impotentes contra el pequeño cuerpo expedicionario inglés desembarcado en el bajo Yang-Tsé. China tenía, sin embargo, dos ejércitos: uno, formado por milicias reclutadas en las provincias y entre los chinos, y otro, manchú, única fuerza organizada, cuyos efectivos, nominalmente, eran de 300 000 hombres. Pero el gobierno vaciló en utilizar las milicias provinciales, pues en manos de

un gobernador infiel podían convertirse en peligrosas para el poder central. En cuanto al ejército regular, de probada fidelidad, no disponía más que de mosquetes de mecha. Y el gobierno no se atrevía a lanzar el grueso del ejército en la región del Yang-Tsé, temiendo que pudiera dirigirse un ataque contra Pekín por la costa del golfo de Pe-Tchili, y aquel temor le paralizaba. Al principio, la dinastía no se percató de tal impotencia; pero la experiencia de los primeros combates le abrió los ojos.

Mas, una vez que el gobierno se dio cuenta de su debilidad militar y de los peligros que la guerra entrañaba para la suerte de la dinastía misma, ¿por qué la resistencia se prolongó durante dieciocho meses? Al iniciarse el conflicto, parece que se había atribuido a Gran Bretaña el propósito de *conquistar* China, como había conquistado la India; era una lucha por la existencia, que había que continuar por muy débil que fuese la esperanza de cansar al adversario. Pero cuando en marzo de 1841 la Corte imperial intentó negociaciones, se percató de que Gran Bretaña se proponía solamente lograr ventajas económicas. Si bien aquella penetración de una influencia extranjera podía llegar a ser peligrosa en el futuro, el riesgo inmediato se alejaba. A partir de aquel momento, la paz contó con partidarios entre los altos funcionarios. Sin embargo, la Corte dudó durante mucho tiempo y se preguntó si dichos partidarios de la paz no serían *traidores*. Para resolverse a aceptar las condiciones inglesas, esperó a tener la prueba absoluta de que su ejército era incapaz de arrojar al agua al cuerpo expedicionario inglés; el desastre de Ningpó (23 de marzo de 1842), en el que los ingleses, sin perder un solo hombre, pusieron en fuga a 8 000 manchúes, decidió al Emperador a emprender negociaciones y a firmar la paz.

### III. NUEVAS CONDICIONES DEL COMERCIO EXTRANJERO

El tratado de Nankín (29 de agosto de 1842) concedía satisfacción casi completa a las exigencias de Gran Bretaña. El comercio inglés no se vería ya limitado al puerto de Cantón; otros cuatro, en China central y del sur, se abrirían en lo sucesivo a su comercio, Shanghai, que daba entrada a la gran vía fluvial del Yang-Tsé, entre ellos. En dichos puertos *abiertos* los ingleses podrían establecer su residencia y dependerían, en materia criminal, de sus propios tribunales consulares y tendrían derecho a establecer relaciones comerciales directas con la población china. Los derechos aduaneros se limitarían a un 5 por 100 aproximadamente del valor de las mercancías importadas. Por tanto, China perdía su autonomía aduanera, mordiendo además el anzuelo de un régimen de extraterritorialidad. Por otra parte, los agentes diplomáticos o consulares ingleses podrían entrar en relación con los funcionarios chinos, que habrían de tratarles como a iguales. Finalmente, la isla de Hong-Kong, inmediata a Cantón, se convertía en co-

lonia inglesa; plaza comercial ciertamente, pero también base naval, que permitiría asegurar la protección de los intereses ingleses. Sin duda, la China interior permanecía cerrada, en principio, a los extranjeros. Tampoco se trató de consentir una representación diplomática en Pekín. Pero aquel tratado, según el plenipotenciario inglés Pottinger, *iniciaba una nueva era en aquella región del mundo.*

Francia y Estados Unidos, que tenían conciencia de ello, actuaron seguidamente, sin encontrar obstáculo alguno por parte de Gran Bretaña. Por acuerdo de 8 de octubre de 1843, el gobierno inglés se contentó con obtener del chino la promesa de que todo *privilegio* concedido a otro país se reconocería inmediatamente a los súbditos británicos; la superioridad comercial de Inglaterra era lo suficientemente grande para aceptar la competencia.

Al principio de la guerra anglo-china, el gobierno francés había enviado a la costa china una misión naval, mandada por el almirante Cécille; después, a principios de 1842, una misión política a Cantón, confiada a un antiguo coronel, Dubois de Jancigny, que tenía fama de conocer el Extremo Oriente por haber vivido en las Indias holandesas. Los dos agentes habían establecido contacto con las autoridades chinas, a quienes habían ofrecido incluso la mediación francesa para poner término a la guerra; pero antes que se hubiese podido estudiar el asunto en París (se necesitaban cuatro meses para que llegase un informe de China a Francia) la dinastía china había decidido terminar la lucha. Después de la firma del tratado de Nankín, los círculos oficiales franceses manifestaron el deseo de obtener ventajas económicas análogas a las que acababa de procurarse Gran Bretaña; pero aparecieron otras dos preocupaciones: el deseo de proteger a los misioneros, cuya situación durante la *guerra del opio* se había hecho cada vez más crítica—el gobierno chino veía en los pequeños grupos de indígenas cristianos agentes de la penetración extranjera—, y el adquirir un punto de apoyo próximo a China (programa de los marinos). En abril de 1843 se decidió el envío de la misión Lagrené, que contaba entre sus miembros a varios *agregados comerciales*, con mercancías destinadas a una exposición de muestras—paños y manufacturas de algodón, cuchillería e instrumentos de óptica—y cuyo objeto era negociar formalmente un tratado de comercio.

El gobierno norteamericano nombró un *comisario en China*, Caleb Cushing. La misión tenía una finalidad exclusivamente comercial, pero el plenipotenciario la desbordó, tratando de conseguir autorización para efectuar las conversaciones en Pekín. Tal era la eventualidad que más temía el gobierno chino: ¿no querría acaso aquel americano ir más lejos que los ingleses? Pero ante una negativa, Caleb Cushing no insistió, pues los Estados Unidos no contaban con fuerzas navales suficientes para intimidar a los chinos.

¿Por qué el gobierno chino se prestó sin dificultad a una negociación con las misiones francesa y norteamericana a condición única-

mente de que las conversaciones se celebrasen en Cantón? Ciertamente no podía ni quería arriesgar una guerra con aquellos recién llegados, que, por otra parte, le parecían menos peligrosos que los ingleses, pues no reclamaban cesión territorial alguna; pero también esperaba que entre ellos surgiesen rivalidades, de las que podría aprovecharse la política china. El tratado de Wanghia, firmado el 3 de julio de 1844 con los Estados Unidos, y el de Whampoa, concluido con Francia el 24 de octubre del mismo año, reproducían casi las cláusulas comerciales del tratado de Nankín. Ambos estados conseguían, además, la posibilidad de influir *cultural* y religiosamente. Los americanos quedaban facultados para tomar a su servicio *letrados* para aprender la lengua china, para construir en los puertos *abiertos* edificios religiosos y para vender libros a los chinos. Francia consiguió que se reconociese libertad de apostolado a las misiones católicas por un edicto imperial y obtuvo la promesa de que los chinos conversos no serían objeto de sanciones penales. Y aunque los misioneros no estaban autorizados a penetrar en el interior del país, las congregaciones comenzaron inmediatamente un esfuerzo, al que Gregorio XVI, gran *papa misionero*, dio un vigoroso impulso.

China, pues, se abría, al menos parcialmente, a las influencias extranjeras. Pero ¿sería duradero el resultado conseguido? ¿Respetaría el gobierno chino sus compromisos después de haber firmado por la fuerza el tratado de Nankín?

Pottinger lo dudaba ya en 1843. Y no se equivocaba, pues los círculos oficiales chinos pensaban en liberarse de aquel inmediatamente después de haberlo firmado. Las estipulaciones relativas a la residencia de los extranjeros en los *puertos abiertos* les parecían más peligrosas que las aduaneras o comerciales propiamente dichas, pues el contacto que se estableciera entre chinos y extranjeros permitiría la penetración de las ideas *occidentales*. Y al gobierno no se le ocurría ni remotamente adaptarse al nuevo estado de cosas y establecer con tales extranjeros relaciones cordiales. Deseaba mantenerlos lo más lejos posible, acantonados en lugares distantes de la capital, y por el momento consideraba que su única posibilidad consistía en una resistencia pacífica, ya que tenía la experiencia de su debilidad militar. En la lucha sorda que pensaba desencadenar se preocupaba, sobre todo, de no entregarse a una presión directa, y por ello concedía tanta importancia a negar la presencia de misiones diplomáticas extranjeras en Pekín (si las relaciones con los agentes extranjeros se establecían solamente por intermedio de un alto funcionario, sería posible aplazar las soluciones y amortiguar los golpes). Tal era la táctica aplicada principalmente en Cantón. Naturalmente, los mandarines y los miembros del *Co-Hong*, ya disuelto, beneficiarios del antiguo régimen, estaban dispuestos a una política de sorda resistencia. También la población de los *puertos abiertos* manifestaba su xenofobia, tanto más cuanto que



los marinos extranjeros no siempre se comportaban de manera ejemplar y los comerciantes allí establecidos tendían a abusar de sus privilegios. Su hostilidad se manifestó en especial contra los ingleses, que seguían siendo, con mucho, los más numerosos entre los extranjeros establecidos en China (al principio, los franceses se mostraron desilusionados por no poder sostener en el mercado chino la competencia con las mercancías inglesas). Pero los incidentes—riñas y revueltas—no tuvieron consecuencias graves en las relaciones anglo-chinas hasta 1848, porque el virrey de Cantón, Kiying, negociador del tratado de Nankín, era muy moderado y calmaba a la población. Ya no fue igual al subir al trono, en 1850, el emperador Hien-Fong, que destituyó a los funcionarios que habían participado en las negociaciones de paz de 1842 y eligió sus consejeros entre los partidarios de una resistencia activa.

¿A qué obedecía aquella *tirantez* en la política china? Las causas han de buscarse en las preocupaciones dinásticas. Hien-Fong comprendía que el tratado de Nankín, por firmarse bajo coacción, había asestado un duro golpe al prestigio imperial. Si favorecía a los extranjeros, el gobierno corría el peligro de ver al *pueblo* separarse de la dinastía. ¿O podría contar con las potencias extranjeras para que le ayudaran a mantener su autoridad? Más valdría oponerse a la *usurpación* extranjera, política que, no obstante sus riesgos, tendría, por lo menos, la ventaja de satisfacer a la opinión china y consolidar la dinastía. “Es indudable hasta para los menos clarividentes que el gobierno manchú desea desagradar a los europeos y romper con ellos”, observó el Padre Huc, misionero francés. Y Palmerston estimaba que se aproximaba el momento de *asestar un nuevo golpe*.

Las consecuencias de la apertura de China a las influencias extranjeras se hicieron también sentir en el Pacífico. Ya antes de 1840 las misiones científicas—o que pretendían asumir tal carácter—, las religiosas y los balleneros habían recorrido el Gran Océano y visitado los archipiélagos. En todas aquellas actividades estaban mezcladas las preocupaciones nacionales; sin embargo, rara vez los gobiernos habían confesado sus iniciativas. Pero desde el comienzo de la *guerra del opio*, Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos—a diferencia de España, que conservaba sus posesiones, pero carecía ya de fuerza de expansión—demostraron gran interés en la posesión de escalas en las rutas navales que conducían al *mercado chino* a través del Pacífico, pues la navegación a vela prefería frecuentemente la ruta del cabo de Hornos a la del de Buena Esperanza e incluso a la del mar Rojo, que exigía el trasbordo en el istmo de Suez.

En Nueva Zelanda (cuya anexión no había querido proclamar Gran Bretaña unos años antes) se produjo una iniciativa francesa: el aventurero barón Thierry proyectó la instalación de unos colonos en la isla con fines de explotación agrícola. Apoyado por las misiones re-

ligiosas y por los exportadores de El Havre, Thierry consiguió la promesa de ayuda del gobierno. Pero el gabinete inglés se anticipó y puso a Francia ante el hecho consumado.

En 1842, Guizot ordenó—a título de compensación—que se ocupasen las islas de la Sociedad, y encargó de ello al almirante Dupetit-Thoars. Pero los misioneros ingleses protestaron, impulsando a la reina Pomaré a que se sustrajese a la dominación francesa. Cuando el almirante francés expulsó al misionero inglés Pritchard y anexionó la isla, originóse una viva disputa entre Francia e Inglaterra. Para apaciguar los ánimos, Guizot creyó su deber desautorizar la anexión e indemnizar a Pritchard; pero no abandonó el protectorado.

En la misma época, el gobierno francés concibió la idea de adquirir un punto de apoyo a la entrada del Pacífico, y dirigió sus miradas a la isla de Basílán, en el archipiélago de las Solou, o Joló, al norte de Borneo, rada excelente que, al decir de Lagrené, permitiría el establecimiento de una base naval tan fuerte como la de Hong-Kong. Pero el gobierno español se opuso, invocando los derechos que le concedía una ocupación temporal de la isla, llevada a cabo en el siglo XVII, y la firma—en 1836—de un tratado de protectorado con el Sultán de las Joló. Pero esto no detuvo a los agentes franceses, que firmaron una convención con los jefes indígenas hostiles a los españoles. No obstante, Guizot renunció en 1845 a hacer ratificar dicha convención. ¿Por respeto, acaso, a los intereses españoles? Lo hizo, sobre todo, porque temía que se produjesen nuevas dificultades con Gran Bretaña.

En el archipiélago de las Hawai, el gobierno indígena había firmado tratados de comercio con los Estados Unidos (1826), con Gran Bretaña (1836) y con Francia (1839). Los oficiales de la marina inglesa, en 1843, y los de la francesa, en 1850, encontraron ocasión de intentar una intervención armada. Pero los Estados Unidos se erigieron en *protectores de la independencia* del archipiélago, donde los plantadores americanos habían adquirido una situación preponderante desde el punto de vista económico. A decir verdad, el gobierno de Washington estaba dispuesto a llevar a cabo la anexión que había impedido realizar a los europeos; pero el Senado rechazó una solución que sería contraria a las tradiciones americanas. Mas el archipiélago quedó a la *expectativa*.

Es cierto que sería exagerado hablar en tal época de *reparto del Pacífico*, pues aquel esfuerzo de expansión solo alcanzó a algunos archipiélagos. Pero las posiciones estaban ya tomadas.

## BIBLIOGRAFIA

Además de la obra de J. HORSE: *International Relations of the Chinese Empire*, Londres, 1910, consúltese W. COSTIN: *Great Britain and China, 1840-1860*, Londres, 1939.—A. BOISSET: *La Politique française en Chine de 1842 à 1846*, París, 1949, memoria dactilografiada.—TSIANG: *New Light on Chinese Diplomacy, 1836-1839*, en "Journal of Modern History", diciembre 1931.—N. FAIRBANKS: *Chinese Diplomacy and the Treaty of Nankin*, ibid., marzo, 1940.—PING CHIA KOUO: *Caleb Cushing and the Treaty of Wanghia*, ibid., marzo 1953.—La cuestión del Pacífico se trata en F. SCHOLEFIELD: *The Pacific*, Nueva York, 1919.—G. BIENSTOCK:

*The Struggle for the Pacific*, Londres, 1937.—J. SCHÖFFER: *History of the Pacific Northwest*, Nueva York, 2.ª ed., 1918.—O. HANDY y G. S. DUMKE: *A History of the Pacific Area in modern times*, Nueva York, 1949.—J. L. FAIVRE: *L'Expansion française dans le Pacifique, 1800-1842*, París, 1954.—J. I. BROOKES: *International Rivalry in the Pacific Islands, 1800-1841*, Berkeley, 1945. Véanse también los estudios de P. GRONSKY: *Les Russes aux îles Hawai*, en "Monde Slave", octubre 1928, págs. 21-39, y *L'Etablissement des Russes en Californie*, en "Revue d'histoire moderne", 1929, págs. 20-26.

## CAPITULO XII

## LA EXPANSION TERRITORIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

También en aquella época los Estados Unidos realizaron una gran expansión territorial. La revuelta de las colonias españolas les había permitido la anexión de Florida en 1819 (1). A partir de 1838, la política de expansión se desarrolló rápidamente. En diez años, la Unión americana se extendió hacia el golfo de Méjico y hacia el Pacífico por los dominios que habían sido españoles y que habían formado desde 1824 el nuevo estado mejicano. Tan pronto como fue alcanzado el litoral del Pacífico, atrajo la atención la cuestión del canal interoceánico, y América central entró, a su vez, en el campo de las controversias internacionales.

Los móviles de aquella expansión de los Estados Unidos eran, indudablemente, económicos; pero también obedecían a preocupaciones de política interior y a corrientes profundas de la psicología colectiva.

¿Necesidades económicas? En 1840, la población total de los Estados Unidos era de 17 millones. En los diez años siguientes aumentó un 36 por 100, en parte gracias a la inmigración; mientras que entre 1820 y 1830 el número total de inmigrantes no había pasado de los 150 000, entre 1845 y 1850 alcanzó a millón y medio de europeos—irlandeses, impulsados por el hambre de 1846; alemanes, desalentados por el fracaso de los movimientos revolucionarios—. La valoración de las tierras vírgenes de las llanuras centrales del país y, por consiguiente, el desplazamiento de la *frontera*, se hallaba en relación directa con tal afluencia.

Eso en lo referente a las necesidades económicas. En cuanto a las preocupaciones de política interior, en 1841, las fuerzas respectivas de los Estados del Sur y del Norte eran casi iguales dentro de la Unión: trece estados de cada parte. Pero a medida que la inmigración aumentaba, aquel equilibrio corría peligro de descomponerse, pues los Estados del Norte recibían la mayor parte y los campesinos de Nueva Inglaterra comenzaban a extenderse hacia las regiones del sur de los Grandes Lagos. Para defender su puesto en la Unión y resistir a la presión que ejercían en el Senado los antiesclavistas (2), los sudistas se vieron obligados a buscar también una expansión hacia el Oeste.

Pero la mentalidad colectiva fue quizá el móvil principal en el desarrollo de aquel movimiento: el espíritu *pionero* del agricultor ameri-

(1) Véase anteriormente, pág. 75.

(2) Volveremos sobre estas cuestiones al principio del capítulo XVII.

cano, que sentía el placer de la aventura y no dudaba en abandonar su tierra para buscar su suerte en los grandes espacios del Oeste; la convicción de que el *hombre blanco* llevaba a cabo una "misión civilizadora" al rechazar a las tribus indias; la voluntad de extender los territorios de la Unión, conforme a los *destinos* de la nación americana. En 1845 empezó a hacerse famosa la fórmula *Manifest Destiny* en las obras de los escritores políticos y en los debates del Congreso. La *Democratic Review* afirmaba que los Estados Unidos sentían la vocación de establecer su dominio sobre todo el continente, comenzando por América del Norte y dirigiendo su primer esfuerzo hacia los territorios donde ya se habían instalado *pioneros* de la Unión.

No se trataba de intentar una expansión por la fuerza a costa del Canadá; los más acérrimos *expansionistas* no parecían pensar en una guerra con Gran Bretaña y se limitaban a esperar que la *atracción del sistema político de los Estados Unidos* bastase para facilitar, en su día, una solución; podían, también, dar por descontada la atracción económica, pues los productores de trigo canadienses perdían la posición privilegiada que tuvieron en el mercado inglés cuando triunfó allí el librecambio y esperaban encontrar salida en los Estados Unidos. Tal estado de espíritu explica el aspecto adquirido por las grandes controversias relativas a la fijación de la frontera, regulada por los compromisos de Maine (1842) y de Oregón (1846).

Pero la atención fue atraída, principalmente, por Tejas, California y América central, regiones donde los intereses de los Estados Unidos se enfrentaban con los europeos, particularmente los de Gran Bretaña y, a veces, también con los de Francia.

### I. LA CUESTION DE TEJAS

Cuando los Estados Unidos, en 1803, obtuvieron de Francia la cesión de la Luisiana, quedó sin fijar la frontera sudoeste de dicho territorio. ¿Debería trazarse en el río Sabine o en el Grande? Durante el corto período en que había sido dueño de la Luisiana, el gobierno francés no había tomado posesión efectiva de la región comprendida entre ambos ríos, es decir, de Tejas. En 1819, en el momento de la adquisición de Florida, el secretario de Estado, Adams, había pensado en que España reconociese a los Estados Unidos derechos sobre aquel territorio, favorable al cultivo del algodón; pero el presidente Monroe no le había apoyado, porque temía provocar dificultades interiores si hacía entrar en la Unión a una región en que los plantadores no dejarían de emplear esclavos negros. Los Estados Unidos fijaron, pues, la frontera en el río Sabine. Cinco años más tarde el dominio español había desaparecido del *virreinato de Méjico*, y el gobierno del nuevo Estado mejicano se incorporó Tejas. En enero de 1828, los Estados Unidos habían firmado un tratado que reconocía esta incorporación de hecho. Pero poco después, por iniciativa del gobernador de Tennes-

see, Samuel Houston—quizá apoyado por el presidente Jackson—, se establecieron en Tejas algunos colonos americanos, sin encontrar obstáculos. El gobierno mejicano, ocupado con las actividades revolucionarias de la capital, no había pensado, por lo menos hasta 1834, en impedir tal emigración. En marzo de 1836, la *colonización* había tomado tal incremento que los norteamericanos formaban la mayoría de la población, consiguiendo reunir una asamblea que proclamó la independencia del territorio y que restableció la esclavitud, abolida por la ley mejicana. Pero aquella solución era precaria, pues el Estado independiente tenía que temer el retorno ofensivo de los mejicanos.

Para hacer frente a dicho peligro y a las consecuencias sociales que resultarían de ello—supresión de la esclavitud—, la única solución era solicitar la incorporación del territorio a la Unión americana, cosa que se llevó a cabo en septiembre de 1836. Pero el gobierno de los Estados Unidos se limitó a reconocer la independencia del nuevo Estado y no aceptó su ofrecimiento de anexión. Declaró que nunca había realizado una expansión territorial a no ser por cesión amistosa; y en este caso de Tejas, el gobierno mejicano no pretende renunciar a sus derechos. El verdadero motivo de la abstención fue la escisión de la opinión pública: los Estados del Sur eran partidarios de una anexión que haría entrar en la Unión a un territorio de economía y estructura social análogas a las suyas; por la misma razón, los Estados del Norte adoptaron la postura opuesta, pues no deseaban ver aumentado el número de Estados *con esclavitud*. La cuestión de Tejas se convirtió, pues, en un episodio de la lucha entre las *secciones* de la Unión, y el gobierno no quería arriesgarse a reavivar las pasiones.

Ante aquella negativa, los tejanos no insistieron, tanto menos cuanto que la amenaza mejicana aún no era clara: el 12 de octubre de 1838 el ministro de Tejas en Washington retiró de forma expresa la oferta de *incorporación*. Tejas intentaría llevar una existencia independiente. Por incierta que fuese tal solución, ¿cómo creer que los Estados Unidos hicieran definitiva su renuncia? Sin embargo, el gobierno del pequeño Estado trató de mantenerse en ello, pues tenía así la ventaja de ser el dueño absoluto de su tarifa aduanera. Pero ¿podría vivir sin ayuda exterior? Necesitaba colonos y capital, y se los pidió a Gran Bretaña y a Francia. A partir de entonces, la cuestión de Tejas desbordó el marco americano.

¿Cabe hablar en esas circunstancias de una *política* inglesa o de una *política* francesa? Algunos círculos se interesaban, ciertamente, por el asunto en los dos estados europeos, porque Tejas podía convertirse en mercado de exportación y, principalmente, porque era proveedor de algodón en bruto. ¿Convenía, por tanto, correr el peligro de herir los derechos de Méjico o los intereses de los Estados Unidos reconociendo la independencia del nuevo Estado?

Al principio, en Londres, Palmerston se mostró muy reticente, queriendo influir en Méjico, quizá bajo la presión de los círculos finan-



Mapa 4.—LA EXTENSION TERRITORIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS (1815-1850).

(Según G. P. GARRISON, *The American Nation, A History*, edited by A. B. HART, vol. 17, Harper edit., Nueva York, 1936.)

cieros que habían efectuado préstamos a los mejicanos. En París no existía semejante preocupación. Las relaciones con Méjico habían sido perturbadas por un incidente que originó una demostración naval ante Veracruz y el ministerio Molé pensó aprovecharse de las circunstancias para conseguir aventajar a Gran Bretaña. Concluyó un tratado comercial con Tejas sobre la base del trato de nación más favorecida y encargó a un joven secretario de la embajada de Francia en Washington que se informara en el terreno. El 25 de septiembre de 1839 el gobierno francés firmó—ateniéndose al informe favorable de dicho agente—un tratado de amistad y de comercio que favorecía la exportación a Tejas de vinos y sedas. Esta fue razón suficiente para que

Gran Bretaña revisara su posición—sobre todo en un momento en que las iniciativas francesas en Egipto le inquietaban (1)—. Palmerston, que había llegado a convencerse entre tanto de que Méjico era incapaz de restablecer su autoridad en Tejas, firmó a su vez un tratado de comercio (13 de noviembre de 1840) y ofreció su mediación para conseguir del gobierno mejicano el reconocimiento de la independencia. Pero el gobierno de Tejas deseaba ante todo ayuda económica y en 1841 intentó la concesión de un empréstito, primero en París, después en Londres y en Bruselas, ofreciendo en cambio ventajas comerciales. Fue en vano, porque nadie en Europa parecía tener confianza en el porvenir del joven Estado. Las dificultades financieras originaron desórdenes interiores en Tejas, de los que se aprovechó en 1842 el gobierno mejicano para intentar una invasión. No es de extrañar, pues, que los plantadores tejanos, al no poder contar con la ayuda europea, volvieran a solicitar la anexión a los Estados Unidos.

Pero en el verano de 1843 el gobierno inglés—en el que Aberdeen había sustituido a Palmerston—modificó su actitud. Y como la delimitación precisa de la frontera entre Canadá y los Estados Unidos originaba dificultades, le pareció conveniente, para presionar a los Estados Unidos, inquietarles en su frontera meridional, decidiéndose a enviar a Tejas a un encargado de negocios, Charles Elliot, y a conceder un empréstito al gobierno tejanos, solicitando de este la abolición de la esclavitud como satisfacción a la opinión pública inglesa, ya que la esclavitud estaba abolida en las colonias británicas.

En la política interior de los Estados Unidos aquella iniciativa de Gran Bretaña favorecía los designios de los anexionistas. A la muerte de Harrison, se convirtió en presidente un hombre de Virginia, John Tyler, que deseaba desde hacía tiempo la anexión de Tejas. La tentativa de la diplomacia inglesa le proporcionaba los argumentos precisos para influir sobre la opinión pública y el Congreso. ¿No era de temer—preguntaba—que el gobierno tejanos, cuyos recursos financieros se estaban agotando, aceptase las condiciones impuestas por el gobierno inglés? Quizá con el único propósito de inquietar a la opinión pública americana, Sam Houston, presidente de Tejas, dio a entender que tal eventualidad era posible. Y si Tejas se viera sometido a la influencia británica, ¿cuáles serían las consecuencias? El algodón de Tejas competiría con el de los Estados Unidos en el mercado inglés; los productos industriales ingleses desalojarían del mercado tejanos a los americanos e incluso se introducirían de contrabando en el mercado americano por una frontera terrestre imposible de vigilar. Pero esta no era la perspectiva más sombría. ¿No cabía pensar acaso que en el espíritu del gobierno inglés la abolición de la esclavitud, en Tejas fuese el prelude de un plan general para la abolición de la esclavitud en todo el continente americano? ¿Cómo invocar la necesidad de man-

(1) Véanse anteriormente, págs. 97 y 98.

tener una mano de obra servil en las regiones algodoneras de los Estados Unidos si en una vecina—Tejas independiente—los plantadores renunciaban a ella? ¿Y cómo evitar la huida de los esclavos si los fugitivos podían encontrar refugio en aquel territorio? “No cabría mayor calamidad para nuestro país—escribió el 8 de agosto de 1843 el secretario de Estado, Upshar—que el establecimiento de una influencia preponderante inglesa en Tejas y la abolición de la esclavitud en este Estado.”

El presidente de los Estados Unidos se decidió rápidamente a aceptar el primero. El 12 de abril de 1844 obtuvo del gobierno tejanos un tratado de anexión. ¿Lo ratificaría el Congreso? Los motivos de política interior que decidieron en 1836 a los Estados Unidos a rechazar la entrada de Tejas en la Unión no habían perdido nada de su valor. Además, era imposible reunir en el Senado la mayoría de las dos terceras partes, necesaria para la ratificación. Sin embargo, en las elecciones presidenciales de noviembre de 1844, el candidato demócrata Polk, partidario de la anexión, resultó elegido, con justicia, gracias a la mayoría obtenida en seis estados *sin esclavos*, en los que la voluntad de expansión era más fuerte que el sentimiento *antiesclavista*. En febrero de 1845, una resolución conjunta de las dos Cámaras ratificó la anexión, que los habitantes de Tejas, reunidos en Convención, aceptaron a su vez cinco meses más tarde y casi por unanimidad.

El gobierno inglés acabó por resignarse. Sin embargo, en enero de 1844, había pensado por proteger la independencia de Tejas y solicitado del gobierno francés—en el marco de la *entente cordial* restablecida por Guizot (1)—una gestión diplomática conjunta cerca del gobierno americano; incluso, en junio, había pensado en *garantizar* tal independencia. Pero el embajador inglés en Washington advirtió a Aberdeen que aquel proyecto contaría “con la más extrema resistencia de los Estados Unidos”, y después de las elecciones americanas, Guizot declaró al gabinete inglés—2 de diciembre de 1844—que la cuestión no era lo bastante importante para justificar *recurrir a las armas*. De esa forma, Aberdeen se vio obligado a batirse en retirada.

Y así, el presidente Polk, en su mensaje al Congreso (2 de diciembre de 1845), pudo añadir sin correr el menor riesgo un “corolario” a la doctrina de Monroe: “Si una parte de un pueblo de este continente, constituido en estado independiente, propone la unión a nuestra Federación, es un asunto que debe ser tratado exclusivamente entre él y nosotros, sin intervención extranjera alguna. No consentiremos nunca que potencias europeas intervengan para tratar de evitar tal unión bajo el pretexto de una destrucción del equilibrio que quieren mantener en este continente.”

(1) Véase anteriormente, pág. 148.

## II. LA GUERRA ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y MEJICO

Con las anexiones de Florida y Tejas, los Estados Unidos adquirieron todo el litoral septentrional del mar de las Antillas; al mismo tiempo comenzaron la colonización de la antigua Luisiana: el territorio de la Unión alcanzó las Montañas Rocosas. Del otro lado, la expansión hacia la región más atrayente del litoral del Pacífico—la costa californiana—se enfrentaba aún con los intereses y con los derechos mejicanos.

En California, las crisis interiores y las dificultades exteriores por las que atravesaba el gobierno de Méjico habían abierto el camino, hacia finales de 1844, a una agitación *autonomista* que amenazaba adquirir carácter separatista. El representante, del poder central había sido expulsado y la provincia se encontraba, de hecho, bajo la autoridad de un gobierno provisional. En el otoño de 1845 el gobierno mejicano preparaba una expedición para restablecer su dominio. La situación presentaba, pues, algunas aparentes analogías con la que se había producido en Tejas; pero existía una diferencia importante: que en California eran poco numerosos los *pioneros* de la Unión.

No por ello descuidaba el Departamento de Estado de Washington la vigilancia de la cuestión californiana: una región rica, revalorizable únicamente por los Estados Unidos, y principalmente, un puerto, San Francisco, cuya importancia para el futuro estimaba el secretario de Estado, Buchanan. El 10 de noviembre de 1845 el gobierno de los Estados Unidos, al mismo tiempo que ofrecía a Méjico la reanudación de las relaciones diplomáticas, interrumpidas desde la anexión de Tejas, y el pago de una indemnización por la pérdida del territorio, encargó a su agente diplomático que consiguiera del gobierno mejicano la cesión de California o, por lo menos, de la bahía de San Francisco, a cambio de una recompensa económica de 20 ó 30 millones de dólares. ¿Por qué tanta prisa? El motivo expresado por Buchanan en sus instrucciones era el temor de que Gran Bretaña se adelantara. No era posible—decía—consentir que San Francisco cayera en manos de “nuestro principal rival comercial”. ¿Era ello una posibilidad? Ciertamente los informes del agente americano en California aludían al *peligro inglés*, pero las pruebas recogidas fueron vagas e incluso contradictorias. En junio de 1845, dicho agente creía que el vicecónsul inglés (empleado de la Compañía de la bahía de Hudson) proporcionaba fondos al gobierno provisional californiano y algunas semanas más tarde declaró que existía la posibilidad de que los ingleses fuesen partidarios de la restauración de la autoridad del gobierno mejicano en la provincia. La inquietud que demostraba sentir el Departamento de Estado no era posiblemente sino un pretexto para reforzar sus pretensiones.

El gobierno mejicano no se resignó a iniciar negociaciones que no solo le conducirían a reconocer el hecho consumado de Tejas, sino también a abandonar California. ¿Acaso se hacía ilusiones sobre su

capacidad de resistencia? Es probable, puesto que concentró tropas en la proximidad del Río Grande. El incidente fronterizo, ocurrido el 24 de abril de 1846, no fue más que la ocasión del conflicto previsto y esperado. El 13 de mayo se inició la guerra entre Méjico y los Estados Unidos. El Estado mayor americano no se contentó con ocupar de golpe California, sino que dirigió una ofensiva contra Méjico. Entonces, el gobierno mejicano se resignó a pedir la paz.

¿Sería posible que los Estados Unidos se aprovecharan de su victoria para anexionarse todos los territorios mejicanos? Esta solución contaba con algunos partidarios en el gabinete de Washington y también en la opinión pública, que invocaba el deber de extender el *aire de la libertad* llevando a aquellos países, incapaces de gobernarse bien, las instituciones de la Unión americana y asegurándoles, al propio tiempo, los *beneficios* de la libertad económica. Regenerar a un pueblo inferior y decadente, *inyectarle vida*: tales fueron los lemas de la propaganda. Pero el presidente Polk no se dejó llevar por aquel camino, dándose cuenta de las dificultades interiores que se producirían; los *antiesclavistas* temían ver que los plantadores sudistas restableciesen la esclavitud en Méjico en caso de anexión; la población de Nueva Inglaterra pensaba que una extensión territorial tan considerable disminuiría la influencia del Norte en la Unión americana. Por el tratado de Guadalupe-Hidalgo (2 de febrero de 1848) los Estados Unidos se contentaron con adquirir los territorios mejicanos situados al norte de los ríos Grande y Gila (Nueva Méjico, California y la zona meridional de las Montañas Rocosas, es decir, Utah, Nevada y Arizona).

Gran Bretaña se mantuvo como espectadora en aquel conflicto, aprovechándose de él solamente para conseguir la solución del litigio relativo a Oregón. Dejando entender, que si dicho litigio no se resolviese podría conceder ayuda a Méjico, obtuvo el reparto del territorio en cuestión, adquiriendo la parte septentrional: la Columbia británica.

### III. AMERICA CENTRAL

La anexión del litoral del Pacífico por los Estados Unidos dio nueva actualidad a la construcción de un canal interoceánico, puesto que las comunicaciones terrestres entre California y los Estados americanos del Este eran prácticamente imposibles y lo seguirían siendo mientras no se construyese una vía férrea transcontinental. Esta *cuestión del canal* fue abordada; en 1826, por el Congreso de Panamá y después había sido objeto de diversos estudios, ya por europeos (en particular una empresa belga), ya, en 1837-38, por los americanos; unos y otros habían pensado trazar el canal en territorio nicaragüense, pues el valle del río San Juan ofrecía grandes ventajas. Pero la situación interior del país, donde los movimientos revolucionarios se sucedían con carácter endémico, no alentaba precisamente la inversión de capitales extranjeros. Se podría, sin embargo, solventar fácilmente aquella di-

ficultad si los Estados Unidos se mostrasen dispuestos a realizar el esfuerzo financiero necesario.

Pero en aquellas regiones Gran Bretaña tenía, además de sus posesiones antillanas, otras que trataba de consolidar a partir de 1832. En 1839 ocupó la isla de Ruatán y en 1841 estableció un protectorado en la costa de los Mosquitos, al sur de la desembocadura del río San Juan, creando una base naval en Belize, en la costa de Guatemala. En el momento en que terminó la guerra entre Méjico y Estados Unidos (enero de 1848) ocupó, no obstante las protestas nicaragüenses y en contra de los principios de la doctrina de Monroe, la desembocadura del río San Juan, cambiando el nombre del puerto de San Juan por el de Greytown. Así se aseguraba el *control* de una de las entradas del problemático canal. El objetivo de Gran Bretaña—observa el presidente Polk—“está evidentemente de acuerdo con la política que ha seguido constantemente en toda su historia: apoderarse de todos los puntos importantes para su comercio”.

El gobierno de los Estados Unidos, que no había podido ocuparse de ello durante su contienda con Méjico, se preocupó de frenar aquellas *usurpaciones británicas* en cuanto firmó el tratado de Guadalupe-Hidalgo. Por otro de 10 de junio de 1848 obtuvo del gobierno de Nueva Granada (Colombia) el derecho en exclusiva de construir un ferrocarril o un canal a través del istmo de Panamá, garantizando, al propio tiempo, a Colombia, la posesión del istmo en caso de ataque de una tercera potencia. Al año siguiente, firmó con el gobierno de Nicaragua un acuerdo para establecer una *vía de tránsito* por su territorio; pero no sometió inmediatamente dicha convención a la ratificación del Senado, porque no quería irritar a Gran Bretaña. Sin embargo, la rivalidad anglo-americana adquirió un aspecto grave cuando los ingleses, no contentos con la posesión de la desembocadura del río San Juan, trataron de asegurarse, al otro extremo del futuro canal, la de la isla del Tigre, en la bahía de Fonseca; en septiembre de 1849, los Estados Unidos obtuvieron de Nicaragua—para anticiparse a Gran Bretaña—el derecho de establecer una estación naval en la isla. La escuadra inglesa lanzó a tierra un cuerpo de desembarco, colocando a los Estados Unidos ante el hecho consumado.

El gobierno norteamericano no tenía intención de llegar a un conflicto armado y ofreció a Inglaterra negociaciones para una regulación de conjunto en los asuntos de América central. Palmerston aceptó gustosamente, pues en aquella fecha (fines de 1849) estaba preocupado con la crisis europea. El tratado, firmado por el secretario de Estado, Clayton, y por Sir Henry Bulwer el 19 de abril de 1850, preveía la construcción del canal interoceánico por una empresa anglo-norteamericana y en él los dos gobiernos intercambiaban promesas: no intentarían conseguir un *control exclusivo* del futuro canal, que sería neutralizado, ni establecerían fortificaciones en sus márgenes; renunciaban a ocupar la isla del Tigre y se comprometían a no dominar de manera alguna a

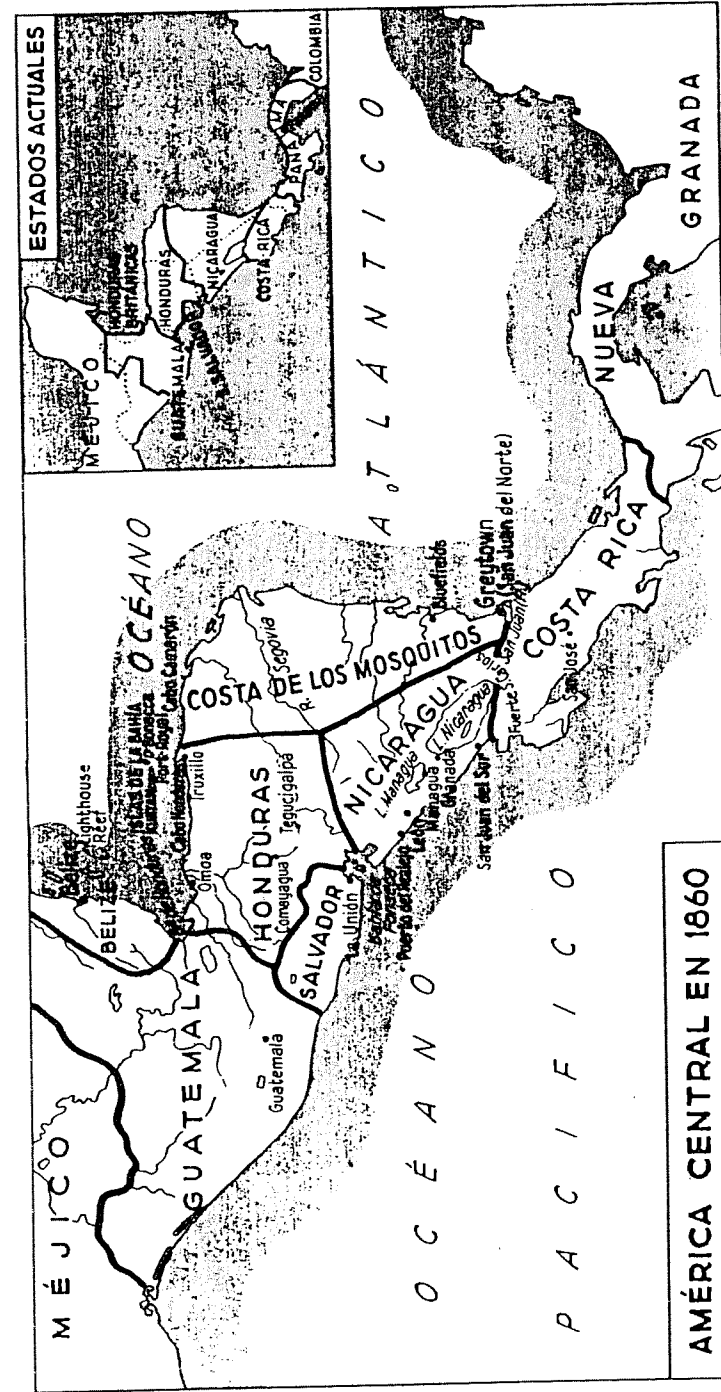
Nicaragua o Costa Rica. ¿Quería esto decir que los ingleses tuviesen que abandonar las posesiones adquiridas durante los últimos años en la costa de los Mosquitos? Sobre aquel punto importante, que ponía en entredicho la doctrina de Monroe, era vago el texto del acuerdo; pero en nota anexa se especificaba que Gran Bretaña podría conservar la base naval de Belize.

El Senado norteamericano no se hallaba libre de inquietud; si concedió su ratificación fue porque el portavoz del gobierno aseguró una interpretación optimista: era segura la próxima terminación de la ocupación inglesa. Pero el gobierno británico no pensaba en semejante cosa. El secretario de Estado, Clayton, que lo sabía muy bien, trató de enmascarar su retirada con vagas esperanzas.

Además, la puesta en práctica de las cláusulas del tratado dio lugar a divergencias e incidentes, ya cuando el gobierno inglés declaró "colonia de la Corona" las islas de la Bahía, al norte de la costa de los Mosquitos (julio de 1852), ya cuando la escuadra norteamericana bombardeó el puerto de Greytown después de una lucha entre marinos y aborígenes (julio de 1854). Para poner fin a tales dificultades, el gobierno de los Estados Unidos solicitó, en 1856, de Gran Bretaña, negociar un tratado que sustituyera a los de 1850. El gobierno inglés no se prestó a ello e intentó la solución de dichos litigios por otro camino; la misión Wyke, que envió a la América central, negoció algunos tratados con los gobiernos locales. Por el que firmó con Honduras, Gran Bretaña renunció a las islas de la Bahía, a condición de que ninguna otra potencia se instalase en ellas. Por el firmado con Nicaragua, abandonó su protectorado de la costa de los Mosquitos, a condición de que el puerto de Greytown continuase abierto a su comercio. El firmado con Guatemala confirmó los derechos de Inglaterra sobre Belize. El presidente de los Estados Unidos expresó su satisfacción en su mensaje al Congreso (diciembre de 1856); las relaciones anglo-norteamericanas de América central se establecieron sobre una base que permanecería inmutable durante cuarenta años.

¿Cuál era el alcance de aquella controversia de tanta duración en la que diplomáticos y marinos habían tomado iniciativas tan arriesgadas?

Gran Bretaña se había apoderado, en aquellas regiones, de nuevas tierras, haciendo caso omiso de la doctrina de Monroe; pero, en definitiva, casi las había abandonado por completo. En este punto, al que la opinión parlamentaria norteamericana concedía una importancia particular, puesto que ponía en juego el prestigio de los Estados Unidos y el respeto a unos principios a los que la opinión pública comenzaba a conceder valor de dogma, los Estados Unidos habían ganado la partida. Pero en cuanto a la cuestión del canal interoceánico, no era así. Gran Bretaña no tenía interés alguno en la construcción de un canal que en cualquiera de los casos no quedaría bajo control inglés. Lo que quería era impedir que los Estados Unidos estableciesen aquella vía internacional en su exclusivo beneficio. Durante algún tiempo, lo consi-



Mapa 5.—AMÉRICA CENTRAL EN 1860.  
(Segun M. W. WILLIAMS, Anglo-American isthmian diplomacy, 1815-1913, Amer Hist Assoc., Washington, 1916.)



guió; si llegara a construirse el canal, se haría por iniciativa conjunta anglo-norteamericana. Estaba claro que tal solución tenía un atractivo mucho menor para los Estados Unidos. El tratado Clayton-Bulwer tendía, pues, a aplazar la empresa, eventualidad que el gobierno inglés acogió sin sentimiento alguno. Para él, lo esencial era haber opuesto una barrera a la expansión de los Estados Unidos en América central y haber impedido un *nuevo Tejas*.

Pero no era solamente el *problema del istmo* el que atraía la atención en la América central; también existía la cuestión de Cuba, jirón del Imperio español en América. La isla estaba llamada a adquirir gran importancia estratégica, el día en que se inaugurase el canal interoceánico; además, era la tierra de promisión para las plantaciones de caña de azúcar, es decir, para la producción de un artículo del que los Estados Unidos eran importadores. Y la dominación española se veía amenazada por una insurrección de esclavos. El gobierno de Washington ya había examinado la cuestión de Cuba, sin pensar aún en una anexión (1). ¿Iba a decidirse a ello en el momento en que los problemas de América central alcanzaban el primer plano de la actualidad? La política que adoptó fue vacilante. En 1848 propuso a España, sin éxito, comprarle la isla; algunos meses más tarde, desaprobó—al menos, oficialmente—la tentativa de un aventurero venezolano, que intentó provocar una revolución en Cuba; por otra parte, cuando el gobierno español pretendió que el estatuto de la isla, es decir, su pertenencia a España, quedase garantizado conjuntamente por Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, el gobierno norteamericano rehusó, sin duda, porque deseaba tener las manos libres, y el secretario de Estado no vaciló en declarar que *el destino manifiesto* de todas las colonias europeas en América era caer en manos de los Estados Unidos. No obstante, la política norteamericana, sin dejar de indicar sus intenciones futuras, renunciaba, por el momento, a toda acción, porque temía enfrentarse con la resistencia de Francia y de Gran Bretaña. Y aunque, en 1854, la guerra de Crimea paralizó la reacción de estas dos potencias, y la ocasión se haría favorable—según la opinión de los principales agentes diplomáticos norteamericanos—para apoderarse de Cuba por la fuerza, el gobierno de Washington no se aprovechó de ello. ¿Por qué? Seguramente siendo motivos de política interior los que le incitaban a la prudencia; la eventualidad de una anexión de Cuba era deseada por los Estados del Sur, pero rechazada por los del Norte, que no querían ver entrar en la Unión a un territorio *de esclavos*.

Cuando la expansión de los Estados Unidos se enfrentó con los intereses de las grandes potencias triunfó, pues, casi en todas partes, sin verdaderas dificultades, las cuales surgieron, en cambio, por las discordias entre los Estados de la Unión. Ni Francia ni la misma Gran

(1) Véase anteriormente, pág. 79.

Bretaña opusieron una resuelta resistencia. ¿Por qué creían oportuna o necesaria tal resignación?

En Gran Bretaña, los círculos políticos—a excepción de los radicales—no sentían más que desprecio hacia el régimen político norteamericano—democracia *corrompida y violenta*—. Palmerston, jefe de la política exterior, tenía a los yanquis *por muy desagradables*; no eran, pues, las simpatías colectivas o individuales las que podían ofrecer una explicación. Los intereses económicos y financieros favorecían la conciliación. El comercio de los Estados Unidos—mercado de exportación para los productos industriales y fuente de abastecimiento de materias primas, tenía, para la industria inglesa, tal importancia que no podía seriamente pensarse en un conflicto; por otra parte, los Estados Unidos estaban grandemente necesitados de capitales ingleses, y la importancia de las inversiones inglesas hacía desear a los círculos de negocios de Gran Bretaña la solución de las dificultades políticas. Ashburton, jefe de la Banca Baring, cuyo papel fue fundamental en aquellas relaciones financieras, negoció el tratado de 1842, sobre la frontera del Maine. En 1846, fecha de la controversia acerca de Oregón, la supresión de los derechos aduaneros ingleses sobre el trigo, satisfizo a los exportadores norteamericanos, y tal ventaja impulsó al gobierno norteamericano a disminuir su propia tarifa aduanera. Pero, sin atribuir menos valor del que tienen a dichos factores económicos, es preciso conceder prioridad a la explicación psicológica; los ingleses reconocían, según la fórmula de Disraeli, que el impulso de la potencia de los Estados Unidos era *ineluctable*.

En Francia, donde los asuntos económicos no ofrecían—en las relaciones con los Estados Unidos—importancia comparable, lo que más pesaba era la mentalidad colectiva. Y la Francia de Luis Felipe estaba, desde hacía varios años, sumergida en una *ola de americanofilia*, alimentada, a partir de 1834, por el éxito del gran libro de Tocqueville *La Démocratie en Amérique*: los Estados Unidos evocaban la imagen de la libertad, de la juventud y de la fortuna; eran *el continente del futuro*, porque, desde el punto de vista social y político, aparecían como una *tierra de experimentos*; y suscitaban gran entusiasmo entre los intelectuales. En los partidos políticos las opiniones eran, ciertamente, más variables. La oposición legitimista no veía con buenos ojos la experiencia norteamericana, en contradicción con sus sentimientos y su concepto de la sociedad. La oposición de izquierda, por el contrario, convencida por Tocqueville, de que todos los Estados norteamericanos habían aceptado el sufragio universal, admiraba la organización política norteamericana, en la que veía una *gran experiencia de república democrática y un ejemplo vivo de progreso social*. Por su parte, Tocqueville no creía que el sistema político americano pudiera transplantarse a Europa. Pero su mensaje coincidió con el de Disraeli, al evocar el porvenir de la Unión: “Los Estados Unidos—scribía—se

convertirán en la primera potencia marítima del globo; dentro de un siglo tendrán cien millones de habitantes y dominarán, desde el punto de vista económico, todo el continente americano. Día llegará en que los Estados Unidos y Rusia se repartirán el mundo."

Por su parte, los Estados Unidos creyeron preferible limitar sus empresas expansionistas a la esfera de sus intereses directos, evitando, de momento, cualquier ambición panamericana. El asunto del Río de la Plata, donde el dictador argentino Rosas entró en conflicto, primero con Francia y después con Gran Bretaña, fue un caso típico de dicha prudencia. Rosas se apoyaba en los *gauchos* de la Pampa, que, como agricultores, despreciaban las actividades comerciales, en las que desempeñaban un importante papel los inmigrantes europeos (vascos, italianos, ingleses, alemanes). Amenazado por una guerra civil, decidió encuadrar en las tropas gubernamentales a los inmigrantes franceses. El gobierno de Luis Felipe aprovechó en seguida la ocasión para intervenir en un conflicto interior argentino: en 1838 había concedido su ayuda al jefe de los insurrectos y establecido, en la desembocadura del Río de la Plata, un bloqueo—que, por otra parte, había resultado ineficaz—contra los *gauchos*. Gran Bretaña, que poseía en la Argentina importantes intereses económicos, se lamentaba, lo mismo del desorden financiero y de la depreciación monetaria—consecuencias de la guerra civil—que de las medidas de represalia adoptadas por Rosas contra la navegación extranjera. De acuerdo con Francia, estableció un plan conjunto de intervención armada, en 1845.

La ocasión era clara para que los Estados Unidos invocasen la doctrina de Monroe, y la prensa norteamericana no dejó de hacerlo. ¿Se iba a permitir a Europa "hacer y deshacer" los gobiernos de los Estados americanos? Pero el presidente Polk se mostró más conciliador. En su mensaje de 2 de diciembre de 1845, distinguía entre una iniciativa europea, cuyo objetivo fuese una *expansión territorial*, y la que atentara a la soberanía de un Estado americano. En el primer caso, los Estados Unidos harían todo lo posible para impedirlo; en el segundo, *no permanecerían indiferentes*. En definitiva, el secretario de Estado advirtió al embajador inglés que los Estados Unidos no intervendrían en el asunto argentino. Aquella actitud contrastaba con la del gobierno de Washington en la cuestión de Tejas (1) por la misma época. ¿Bastará, para explicar tal diferencia, observar que, por entonces, los intereses económicos de los Estados Unidos en la Argentina eran poco importantes y que no les inquietaba mucho, por ello, la perspectiva de una intervención franco-inglesa? No. En el fondo, el presidente Polk no se atrevía a correr nuevos riesgos en el momento en que tenía

(1) Véase anteriormente, pág. 194.

entre manos los asuntos de Tejas y Méjico, sin contar el de Oregon, y limitó, implícitamente, el campo de aplicación de la doctrina de Monroe a las regiones en que la Unión poseía *intereses vitales*. Si este *repliegue* no produjo consecuencia alguna para los intereses de los Estados Unidos se debió a una circunstancia imprevista: a partir de 1846, Gran Bretaña, rota la *entente* cordial franco-inglesa en Europa, renunció a llevar más lejos el asunto de la Argentina.

## BIBLIOGRAFIA

Además de las obras generales sobre política exterior de los Estados Unidos véase:

**Sobre el tema de la expansión en general.**—G. P. GARRISON: *Westward Expansion, 1841-1850*, en "The American Nation. A History", t. XIII, Nueva York, 1906.—F. J. TURNER: *The Frontier in American History*, Nueva York, 1920.—F. L. PAXSON: *The History of the American Frontier*, Nueva York, 1924.—F. WEINBERG: *Manifest Destiny*, Baltimore, 1935.—J. W. PRATT: *The Origins of Manifest Destiny*, en "Americ. Hist. Review", 1927, págs. 795-798.—H. S. COMMAGER: *The American Mind*, New Haven, 1950.—CH. BEARD: *The Idea of National Interest. An Analytical Study in American Foreign Relations*, Nueva York, 1934.—R. N. BURR y R. D. HUSSEY: *Domestic and Interamerican Cooperation*, t. I: 1810-1881. Filadelfia, 1955.

**Sobre el tema de Texas.**—Los documentos esenciales sobre la política de los Estados Unidos se hallan en la recopilación de MANNING: *Diplomatic Correspondence of the U. S. Interamerican Affairs*, t. XII, Washington, 1939; los referentes a la política del gobierno de Texas se hallan en ANSON JONES: *Memoranda and Diplomatic Correspondence*. Nueva York, 1859; en P. GARRISON: *Diplomatic Correspondence of the Republic of Texas*, 3 vols., Nueva York, 1907-1908, y en C. BINKLEY: *Official Correspondence of the Texas Revolution, 1835-1836*, 2 vols., Nueva York, 1936. Sobre las relaciones con los estados europeos: M. K. CHASE: *Les Négociations de la République du Te-*

*las en Europe*, París, 1932.—A. DE LA PEYRA Y REYES: *Lord Aberdeen, Texas y California*, Méjico, 1925.—A. DELA-LANDE: *La France et le Texas*, París, 1950, tesis dactilografiada.

**Sobre la guerra entre los Estados Unidos y Méjico.**—Además de la recopilación de MANNING, citada anteriormente, véase: F. RIPPY: *Historical Evolution of Spanish America*, Nueva York, 1932.—C. FULLER: *The Movement for the Acquisition of all Mexico, 1846-1848*, Baltimore, 1936.—A. BILL: *Rehearsal for Conflict. The War with Mexico, 1846-1848*, Nueva York, 1947. C. B. GARCÍA: *Problemas diplomáticos del México independiente*, Méjico, 1947. G. L. RIVES: *The U. S. and Mexico, 1821-1848*, Nueva York, 1943, 2 vols.

**Sobre los problemas de América Central.**—MARY W. WILLIAMS: *Anglo-American Isthmian Diplomacy, 1811-1915*, Washington, 1916.—F. TRAVIS: *History of the Clayton-Bulwer Treaty*, "Michigan Political Science Association", 1910.—B. RAUCH: *American Interest in Cuba, 1848-1855*, Nueva York, 1948.

**Sobre la cuestión del Río de la Plata.**—J. F. CADY: *Foreign Intervention in the Río de la Plata, 1838-1850*, Filadelfia, 1929.—R. LATREYTE: *Le Blocus du Río de la Plata sous Louis-Philippe, 1832-1840*. París, 1947, memoria dactilografiada.

**Sobre la cuestión del Canadá.**—J. BREBNER: *North Atlantic Triangle. The Interplay of Canada, the U. S. and Great Britain* (en particular, los capítulos VIII y IX), New Haven, 1945.—

J. M. CALLAHAN: *American Foreign Policy in Canadian Relations*, Londres, 1937.—R. W. VAN ALSTYNE: *Anglo-American Relations 1853-1857*, en "Amer. Hist. Review, 1937, págs. 491-500.—A. COREY: *The Crisis of 1830-1842 in Canadian-American Relations*, ibíd., 1942.

Ciertas indicaciones, dadas en la primera parte del capítulo, sobre las relaciones franco-americanas, utilizan los resultados de las investigaciones realizadas por M. René REMOND, en su obra *Les États-Unis devant l'opinion française, 1815-1852*, París, 1959 (tesis dactilografiada).

## CONCLUSION DEL LIBRO SEGUNDO

¿Cuál es el balance de las relaciones internacionales a fines de 1851, en el momento en que la ola revolucionaria, que fracasó en su intento de sumergir a Europa central y a la península italiana, se había retirado y las fuerzas reaccionarias estaban en pleno triunfo?

El mapa político de Europa no había cambiado. Subsistían los mismos Estados con iguales fronteras. Los poderes tradicionales se habían hecho fuertes en todas partes. Los regímenes políticos, es cierto, no siempre adoptaron la forma que tenían antes de la crisis: en Italia, si bien la reacción era total y se produjo brutalmente en el reino de las Dos Sicilias y en el Estado pontificio, el reino de Piamonte-Cerdeña seguía con la Constitución de marzo de 1848; en Prusia el rey modificó, en enero de 1850, la Constitución que había establecido a fines de 1848; pero dejó subsistente una Asamblea legislativa; en Austria, el régimen autoritario de Schwarzenberg, todavía empeorado por Alejandro Bach, se diferenciaba del de Metternich, pues rompía con los privilegios provinciales. Pero los resultados definitivos eran análogos en todos los Estados. En Alemania e Italia, los obreros, los campesinos y hasta la pequeña burguesía se veían eliminados de la vida política; allí donde subsistía el derecho de voto se regulaba en beneficio de la fortuna adquirida: en Prusia, mediante *el sistema de clases*; en Piamonte-Cerdeña, por el *sufragio censitario*, y, en todas partes, los regímenes políticos restaurados se apoyaban en la burocracia y en el ejército. Los dirigentes de los movimientos revolucionarios buscaron refugio en el extranjero: Mazzini estaba en Londres y Garibaldi en América del Sur; los republicanos y demócratas de Alemania vivían en Londres, París o los Estados Unidos; unos pocos, únicamente, encontraron asilo con el príncipe de Sajonia-Coburgo-Gotha, cuyo diminuto Estado se había convertido en refugio de los escritores liberales. Kossuth estaba en Turquía. En fin; la esperanza que alentara a los hombres de 1848 había desaparecido: ya no existía razón alguna para intentar establecer las bases de una nueva organización de las relaciones internacionales. La idea de los *Estados Unidos de Europa* ya era, en 1850, patrimonio exclusivo de la *Société centrale démocratique*, que agrupaba a los mazzinistas, a los republicanos alemanes, a los *radicales* franceses; en una palabra: a los vencidos.

¿Podría durar aquella restauración del *statu quo ante*? ¿Por cuánto tiempo el régimen autoritario aseguraría la estabilidad interior de Austria? La oposición magiar estaba aplastada, momentáneamente, por la fuerza; pero nadie pensaba que siguiera domeñada mucho tiempo. En Alemania, la tentativa efectuada por la Asamblea nacional influyó

poderosamente sobre el espíritu público: la burguesía sabía que la consecuencia de la unidad alemana quedaba aplazada solamente y que la solución había de hallarse por el camino elegido en 1849 (Pequeña Alemania, bajo la dirección de Prusia); después de la eliminación de los republicanos y de la desaparición del *neo-güelfismo*, la Casa de Saboya seguía constituyendo en Italia la esperanza de los que guardaban todavía fidelidad a la idea nacional.

Pero la posibilidad de un nuevo impulso de los movimientos nacionales dependía, en gran parte, de la coyuntura internacional. La experiencia había demostrado que era inútil tener en cuenta solamente las fuerzas morales y que había que contar también con las materiales de los diferentes Estados. El *romanticismo político*, según la acertada observación de Federico Chabod, había perdido su influencia.

No obstante, la conmoción revolucionaria había modificado la fuerza respectiva de las grandes potencias europeas.

El Imperio de Austria, aunque hubiese vencido aquella crisis, en la que estuvo a punto de perecer, seguía amenazado. El gobierno sabía que una crisis exterior podría ofrecer a las fuerzas revolucionarias ocasión de resurgimiento, y ese temor influía en la situación internacional del Imperio.

Por el contrario, el Imperio ruso, favorecido por la conmoción de 1848-1849, pasó a ocupar un lugar de primer plano. No resultó perjudicado por los movimientos revolucionarios; incluso en los territorios polacos logró—contra toda expectativa—mantener la calma. Desempeñó un papel importante en la represión de tales movimientos, en Europa central, debido a su intervención militar en Hungría, que contribuyó grandemente a salvar al Imperio austríaco de la amenaza de disgregación. Su intervención diplomática en el conflicto austro-prusiano, determinó la *retirada de Olmutz*, provocando el fracaso de proyecto de unión parcial de los Estados alemanes, bajo la protección de Prusia. Nicolás I creía poseer, en el continente, una potencia preponderante.

La Francia de 1848 no se atrevió a convertirse en la gran fuerza revolucionaria de Europa. No obstante, la llegada al poder de Luis Napoleón le permitió desempeñar un papel más activo en las relaciones internacionales; pero sin que su política adoptase uniformidad de conducta: en Italia, la intervención militar se llevó a cabo en contra de la revolución; en Alemania, las tentativas diplomáticas se orientaron en favor de una colaboración con Prusia, adversaria del *statu quo*; pero tan confusa acción parecía tener, como única preocupación, el deseo de contrarrestar la influencia austríaca; y, en el fondo, aquella política dejaba traslucir el designio de aprovechar la crisis europea para impulsar una revisión de los tratados de 1815. Mas Luis Napoleón, al tener que contar, en 1850, con la mayoría parlamentaria, en la que dominaba la burguesía conservadora, reacia en extremo a las aventuras exteriores, no se decidió a llevar demasiado lejos sus intentos. Después

del 2 de diciembre de 1851 se convirtió en el amo: el golpe de Estado, que parecía señalar el éxito definitivo de las fuerzas *reaccionarias* en la organización de los regímenes políticos europeos, tuvo un aspecto muy diferente para las relaciones internacionales, puesto que presagiaba iniciativas peligrosas para el *statu quo*.

Las consecuencias de la crisis europea no fueron despreciables, ciertamente, en el plano mundial. El impulso de los Estados Unidos, ya muy favorecido por las circunstancias que, de 1848 a 1851, obligaron al gobierno inglés a vigilar, con principal interés, el continente europeo, recibió nuevo ímpetu de las corrientes migratorias provocadas por las crisis revolucionarias. Las revueltas políticas tuvieron, por corolario, dificultades económicas, puesto que la preocupación de las clases adineradas originó una contracción de los negocios. La emigración al Nuevo continente, sobre todo a los Estados Unidos, era una salida para los artesanos y obreros en paro. Por otra parte, después del fracaso de los movimientos revolucionarios y la restauración de los regímenes de fuerza y de censura, muchos militantes republicanos o demócratas—con frecuencia, intelectuales—consideraban descorazonadoras las perspectivas que Europa podía ofrecerles; los Estados alemanes, por ejemplo, proporcionaron 162 000 emigrantes, en 1852, y 300 000, al año siguiente; emigración que se dirigía, principalmente, a América del Norte. Mientras que los Estados Unidos habían acogido, entre 1840 y 1848, un máximo de 200 000 emigrantes europeos anualmente, recibieron, en 1851, 225 000 irlandeses y 145 000 alemanes; en 1854, vieron entrar a 427 000, cifra sin precedentes. Tales llegadas en masa, proporcionaban a la vida económica americana, no solo un refuerzo de mano de obra para la industria y para la agricultura, sino también cuadros técnicos. Igualmente se encontraban entre los recién llegados, algunos hombres que muy pronto desempeñarían un papel importantísimo en la vida política de la Unión.

También la *cuestión de Extremo Oriente* adquirió un nuevo aspecto. Mientras que, con anterioridad a 1848, las únicas iniciativas decisivas fueron las inglesas, Rusia y los Estados Unidos se presentaban ahora como competidores de Gran Bretaña.

En dicho año, Rusia entró en la lid. Inquieto por los resultados de la guerra del opio y por la presencia, en los mares chinos, de una escuadra inglesa, Nicolás I decidió *cubrir* las posesiones rusas de Siberia, mediante el establecimiento de una base naval en la costa del Pacífico; colocó a la cabeza del gobierno de Siberia a un hombre enérgico y emprendedor, Muraviev, que, en el momento en que Rusia afirmaba su preponderancia en Europa—1851—envió una misión a la isla de Sajalín y pensaba obligar al Japón a que abriera sus puertas.

Desde que adquirieron California y comenzaron a poblar la parte que miraba al Pacífico, los Estados Unidos manifestaron, también, mayor interés en el Asia oriental. En 1851, por iniciativa del Congreso, el go-

bierno decidió obtener del Japón la firma de un tratado comercial, por la fuerza si fuera preciso. Al año siguiente, los senadores y representantes de California y Virginia insistieron, en nuevos debates del Congreso, en el papel que los Estados Unidos podían y debían desempeñar en los países del Extremo Oriente, que ofrecían "nuevo campo de acción a la actividad económica del mundo": la exportación de algodón americano y la importación de seda en bruto y té serían las primeras bases para aquel comercio con China y Japón. El Congreso votó una subvención, para establecer una línea de navegación desde San Francisco a Sanghai, con escala en las Hawai. "Podemos dominar todo el Extremo Oriente", declaró el senador Mac Dougall.

¿No se relacionaba la aparición de los nuevos imperialismos—el ruso y el norteamericano—con la gran crisis revolucionaria que había sacudido al continente europeo?

*LIBRO III*

DE 1851 A 1871

## INTRODUCCION AL LIBRO TERCERO

*Las transformaciones esenciales en las relaciones internacionales se produjeron entre 1854 y 1870. En el continente europeo, donde el estatuto territorial establecido por los tratados de 1815 no sufrió, durante cuarenta años, sino transformaciones secundarias, el mapa político experimentó profundas transformaciones, a partir de la primera de aquellas épocas; y se transformó completamente el equilibrio de las fuerzas materiales y morales: la formación de grandes Estados—el reino de Italia y el Imperio alemán—en la parte central del continente, que hasta aquel instante había estado sometido a un fraccionamiento político, con base de sentimientos particularistas e intereses dinásticos, se efectuó a costa de tres grandes guerras. Pero también América y Asia oriental sufrieron la conmoción de graves crisis—guerras civiles en los Estados Unidos y China; revolución en Japón—que, si bien no modificaron el estatuto territorial tuvieron gran importancia para el futuro de las relaciones entre los continentes y un gran alcance: de la Guerra de Secesión, los Estados Unidos salieron, después de un período de convalecencia, más fuertes y capaces de desempeñar un papel de alcance mundial. Debilitado, el Imperio chino ofrecería nuevas tentaciones a la expansión europea. Japón, después de más de diez años de convulsiones, comenzaba a adquirir aspecto de Estado "moderno".*

## CAPITULO XIII

### LOS NUEVOS POSTULADOS

#### I. EN EUROPA

La crisis europea de 1848, que había demostrado el ímpetu del movimiento de las nacionalidades, había acabado en un fracaso que parecía total. ¿A qué se debió que fuese posible, algunos años más tarde, su resurgimiento?

Las fuerzas profundas eran las mismas que habían originado ya los movimientos revolucionarios de 1848: el impulso del sentimiento nacional y las transformaciones económicas.

El movimiento de las nacionalidades pasó, primero, por unos años de adormecimiento. Después de las derrotas de 1849, perdió parte de sus dirigentes y de sus militantes, emigrados, en gran número, por no poder soportar las condiciones de la vida política de los Estados en que había triunfado la reacción (1). No obstante, fue originado un nuevo resurgir por las circunstancias favorables que presentaban las crisis internacionales. Los rumanos de Moldavia y Valaquia se aprovecharon de la guerra de Crimea para unir los dos principados, bajo gobierno autónomo. El movimiento nacional para unir los dos principados, bajo un gobierno autónomo. El movimiento nacional italiano adquirió nuevo vigor, a partir de 1857; y lo mismo le sucedió al alemán, en el momento en que acabó la guerra de independencia italiana. Los griegos, que formaban la mayor parte de la población de Creta, se levantaron contra la dominación otomana. Las reivindicaciones nacionales polacas se afirmaron, una vez más, en la insurrección de 1863. En Irlanda volvía a manifestarse la protesta contra el dominio inglés; pero sin que produjere consecuencias inmediatas en las relaciones internacionales.

Según las ideas de algunos teorizantes políticos, aquel movimiento ofrecía un nuevo matiz, puesto que, en lugar de invocar la comunidad lingüística o el *hecho de conciencia*, se apoyaba en el concepto de *raza*. Entre 1853 y 1855, Gobineau publicó los cuatro volúmenes de su *Essai sur l'Inégalité des races humaines*, donde escribía que "la cuestión étnica domina todos los demás problemas y la desigualdad de razas basta para explicar la gran confusión en los destinos de los pueblos". Consideraba como raza superior a la blanca, afirmando, dentro de esta, la primacía de los germanos y la decadencia de los latinos. Su teoría, combatida por Tocqueville, por Michelet y por Renán, no encontró eco alguno en Francia; pero sí lo tuvo en Alemania.

(1) Véase anteriormente, pág. 206.

Acaso pudiera atribuirse a tal concepto *racial* el antagonismo manifestado, cada vez más vivamente, entre las nacionalidades, en aquellas comarcas en que habitaban, mezcladas, poblaciones diferentes por su lengua, tradiciones y sentimientos. Aquellos antagonismos fueron especialmente virulentos en el Slesvig, donde daneses y alemanes vivían unos al lado de otros; en Transilvania, donde los *núcleos* magiars y alemanes se hallaban mezclados con los rumanos, que eran la mayoría; en el Tirol meridional, dividido entre la población alemana y la italiana. Las nacionalidades más fuertes numéricamente invocaban la superioridad racial para apoyar la política de presión que se ejercía contra las más débiles; tal el ejemplo de los alemanes, respecto a daneses y polacos.

En la vida económica de Europa aquellos veinte años se caracterizaron por el considerable desarrollo de la producción y de los intercambios y por la expansión del gran capitalismo. En líneas generales, fue una época de prosperidad, no obstante dos cortas crisis (1857 y 1866). Tal prosperidad se debió no solo al progreso técnico—especialmente en los métodos de extracción de hulla y en la fabricación del acero—, sino también al rápido desarrollo de los transportes por ferrocarril, a la organización del crédito y al aumento de los medios de pago. La construcción de ferrocarriles avanzó, considerablemente, en Francia, Europa central e Italia del Norte, transformando las condiciones de la vida económica (más por la disminución de los precios del transporte que por su rapidez); y las facilidades que daba para llevar el carbón a las zonas extractivas del hierro abrió nuevos horizontes a la industria metalúrgica. El comercio se benefició considerablemente con la ampliación del mercado; y la agricultura, por la aproximación de los centros productores a los de consumo. La creación de una nueva forma de establecimientos de crédito facilitó la inversión de capitales en la industria: entre 1852 y 1854 aparecieron, en Francia, el *Crédit Mobilier*; en Alemania, la Banca comercial e industrial de Darmstadt; y, en Austria, la *Kreditanstalt*. Aquella expansión de la actividad bancaria aumentó, aún, entre 1860 y 1870. En fin: la entrada en explotación de los yacimientos auríferos de Australia (1857) y California (1851), y la consiguiente afluencia del metal precioso, estimularon, mediante el alza de precios, la producción y el comercio.

No obstante, hay que señalar matices en este cuadro de conjunto. Aquel impulso, que no disminuyó la preponderancia de Gran Bretaña, transformó la estructura económica solamente en los grandes Estados de la Europa occidental. Pero el espíritu industrial se extendió a algunas regiones del continente que hasta entonces no habían sido influidas por las nuevas técnicas: explotación de yacimientos suecos de mineral de hierro, de los recursos mineros de España, y (en 1863) de los pozos petrolíferos de Bakú. La agricultura, que había permanecido estacionaria en la primera mitad del siglo, se benefició con los progresos de la química y de la mecánica; el empleo de los abonos nítricos o potásicos permitió la mejora del suelo, la implantación de cultivos en tie-



rras baldías y la disminución de los barbechos; el azufrado de las viñas se practicó desde 1850. Las máquinas agrícolas, utilizadas ya en los Estados Unidos y Gran Bretaña antes de 1848, comenzaron a emplearse en Francia y Alemania, en 1852-1853. El rendimiento por hectárea aumentó, gracias a tales avances de la técnica.

El progreso de la actividad industrial y de la organización bancaria, así como el desarrollo de los transportes, coincidió con un aumento de los intercambios comerciales entre los Estados europeos, en los que Gran Bretaña conservaba una superioridad indudable. Francia la siguió, inmediatamente, durante todo aquel período.

La transformación de la vida económica influyó directamente en las relaciones internacionales. Cada vez más, las nuevas industrias buscaban en el Extranjero materias primas y mercado; los establecimientos de crédito, ocasión de invertir sus capitales; la agricultura, los abonos potásicos. La corriente de intercambios comerciales creció, a medida que las relaciones ferroviarias directas comenzaron a establecerse entre Rusia y Europa central; entre Italia y sus vecinos, Francia y Austria. Los gobiernos concedían una importancia creciente a sus relaciones económicas con el exterior. La concentración económica y financiera, que otorgaba a los hombres de negocios medios poderosos de acción para organizar la producción y los intercambios, les confería, asimismo, una creciente influencia sobre el poder público y sobre la Prensa. Tales preocupaciones económicas y financieras iban estrechamente ligadas—desde tres puntos de vista, principalmente: política ferroviaria, aduanera y de inversión de capitales—a la acción diplomática, de la cual eran, a veces, el móvil, y otras, el instrumento.

La construcción de ferrocarriles, en aquellos países que no contaban con medios suficientes para ello, se convirtió en campo de rivalidad de grupos financieros ingleses, franceses y belgas, que ofrecían sus capitales. Aquellas iniciativas de los hombres de negocios tenían, en la mayoría de los casos, un alcance más amplio que el de una simple operación financiera, puesto que el trazado de una red modificaba las corrientes comerciales y podía tener importancia estratégica. La política exterior de los gobiernos estaba, frecuentemente, relacionada con las preocupaciones de los grupos financieros; pero el carácter de estas relaciones no era uniforme; y su alcance práctico podía ser muy diferente. Unas veces eran los hombres de negocios los que solicitaban el apoyo diplomático de su gobierno, para conseguir éxito en sus operaciones; otras, los gobiernos quienes alentaban a los grupos financieros, por creer que sus iniciativas podían abrir el camino a una influencia económica e incluso política.

El desarrollo de los intercambios comerciales interestatales seguía siendo dificultado por los sistemas aduaneros proteccionistas, ya que, hasta 1860, el ejemplo dado en 1846 por Gran Bretaña (1) no había

(1) Véase anteriormente, pág. 122.

sido imitado en el continente. Hasta entonces, no se atenuó el proteccionismo, debido a una iniciativa francesa: el tratado de comercio franco-inglés, de enero de 1860, disminuyó los derechos de importación franceses, no solo de las materias primas y del carbón, sino también de los productos manufacturados, raíles y tejidos principalmente. A dicho tratado siguió una serie de otros, análogos, firmados por el gobierno francés: en 1861, con Bélgica y Turquía; en 1865, con Suecia y los Países Bajos; en 1862, con la *Zollverein*; en 1863, con Italia; en 1866, con Austria. Por el empleo de la cláusula de nación más favorecida, aquella *liberación de los intercambios* se extendió a la mayor parte del continente. De todos los grandes Estados europeos, únicamente Rusia siguió con un sistema aduanero proteccionista, apenas suavizado, en 1863, por la reducción, de algunos derechos (1). La iniciativa francesa de 1860 tuvo, pues, gran alcance. ¿Cuál era su finalidad? Las preocupaciones económicas resultaban, indudablemente, decisivas. Napoleón III esperaba, al seguir los consejos de Miguel Chevalier, ampliar el mercado de las exportaciones francesas—vinos, sedas, artículos de París—hacia Gran Bretaña, la *Zollverein* y Bélgica, así como la de los textiles finos a los Estados alemanes. Al propio tiempo, deseaba obligar a los industriales franceses—imponiéndoles la competencia inglesa—a renovar su equipo y sus métodos de fabricación. Pero no eran solo intereses materiales los que se ventilaban; también era indudable el aspecto político. Concediendo a Gran Bretaña la satisfacción, en el aspecto comercial, Napoleón III quería desarmar la hostilidad con que el gabinete inglés había acogido la anexión de Saboya por Francia; y considerar su *entente* con Inglaterra, que estimaba, entonces, como necesaria. La firma del tratado comercial de 1862 tuvo, también, una significación política, al obstaculizar el esfuerzo del gobierno austríaco para entrar en la *Zollverein* o destruirla.

El movimiento internacional de capitales se presentaba con nuevos rasgos. La inversión de capitales ingleses en el extranjero seguía siendo considerable (350 millones de libras esterlinas, al parecer, en la década 1860-1870); pero cambió de orientación: sin abandonar por completo a Europa (el mercado financiero de Londres absorbía aún ciertos préstamos franceses y también rusos e italianos para la construcción de ferrocarriles), se dirigió con preferencia—según ha demostrado M. Jenks—al Imperio británico, las regiones asiáticas del Imperio otomano, Egipto, los Estados Unidos y la América latina. Estas iniciativas se debieron a particulares y a los bancos, y el gobierno no intentó dirigir las, excepto en el caso de Turquía, que la política británica quería consolidar. Aquel nuevo aspecto de las inversiones británicas dejó en Europa campo libre a las iniciativas francesas y belgas: la alta banca francesa, sobre todo, que hasta entonces no se había

(1) El reciente estudio de M. Maurice Baumont inserta un cuadro general de estos acuerdos comerciales (en el tomo V de la *Histoire du Commerce*).

interesado apenas más que en los empréstitos de los Estados extranjeros, pasó a ser la *principal comanditaria* de numerosas empresas privadas ferroviarias e industriales, por ejemplo, en Luxemburgo, en Italia y en Rusia, y el gobierno estimulaba tales inversiones, porque facilitaban la exportación de productos metalúrgicos y de maquinaria, sin olvidar ciertamente el apoyo que las mismas podían conceder a la política exterior.

La unión entre política y economía parecía ser, pues, más estrecha que lo había sido anteriormente; resultado lógico del aumento de intercambios y del papel desempeñado por los grupos de intereses que se originaban en el marco expansionista del alto capitalismo. ¿Existía en ello un factor de paz o un motivo de rivalidades y conflictos entre los Estados? Los apóstoles del librecambio habían pensado que el establecimiento de relaciones económicas reforzaría las tendencias pacíficas en cuanto favorecería una solidaridad entre los productores, pasando por alto la influencia que la competencia para la conquista de los mercados podía ejercer en sentido inverso, aunque esta competencia no parece haber sido ciertamente muy grande en aquella época. Pero desde otro punto de vista, tales intereses ejercían directa influencia en la coyuntura política, al favorecer, dentro del movimiento de las nacionalidades, las tendencias que constituían la gran fuerza trastornadora del estatuto territorial.

Fuerzas económicas y aspiraciones del sentimiento nacional se combinaban, complementándose, principalmente en los países alemanes; pero también en Italia: la solidaridad entre los intereses materiales de los industriales y de los comerciantes pertenecientes a distintos Estados y el contraste de esta unidad de intereses y el fraccionamiento político, favorecieron el movimiento unitario.

\* \* \*

Pero ¿acaso aquellas fuerzas profundas fueron un factor decisivo? ¿No había sido ya manifiesta su influencia con ocasión de los movimientos revolucionarios de 1848? Sin embargo, había resultado inútil, porque ni en Alemania ni en Italia las aspiraciones nacionales habían encontrado un hombre capaz de dirigirlas, porque el gobierno francés no había querido o no se había atrevido a favorecer un trastorno del estatuto territorial y porque el Zar había creído necesario desarticular los movimientos *subversivos*. Pero entre 1851 y 1870 se manifestaron grandes cambios en la conducta de los estadistas. Los factores decisivos de las relaciones internacionales en Europa eran: 1.º, que en los dos reinos que ya habían intentado en 1848 la dirección del movimiento nacional en Italia y en Alemania, los gobiernos recibían el impulso de una voluntad personal fuerte y clarividente; 2.º, que el Zar, al cometer la imprudencia de *renovar* la cuestión otomana, perdió la ocasión de arbitrar los problemas de Europa central, y 3.º, que la política

francesa favoreció en lo sucesivo la ruptura del *statu quo*. Cada uno de ellos está ligado a las ideas y al temperamento de un hombre.

A los cuarenta y dos años—noviembre de 1852—Cavour fue nombrado presidente del Consejo del reino de Piamonte-Cerdeña. Por su ascendencia familiar, pertenecía a la nobleza piamontesa; pero por su madre, ginebrina, había estado sometido a otras influencias. Durante más de quince años, después de una corta permanencia en el ejército, donde sirvió como oficial de ingenieros, llevó una vida de gran terrateniente; sus viajes al extranjero—a Ginebra, a París, a Londres—ensancharon muy pronto su horizonte intelectual. En aquel período de su vida le interesaban principalmente las cuestiones económicas; no solamente se ocupó de mejorar en los dominios familiares los procedimientos de cultivo, sino que probó actividades industriales—creando una refinería—y participó también en los grandes negocios—fue uno de los que primero se ocuparon en Italia de la construcción de ferrocarriles—y conocía el papel esencial desempeñado por la organización bancaria. De sus estancias en el extranjero traía observaciones referentes a la vida económica; ejemplo de ello son sus artículos—en la *Bibliothèque universelle* de Ginebra—sobre la cuestión del trigo en Inglaterra y de la política librecambista. Se presentaba entonces, ante todo, como técnico emprendedor y como hombre de negocios. Y pretendía no tener otras ocupaciones. “En cuanto a la política—escribía a un amigo suizo—, me importa un bledo.” Pero en 1847 inició su vida política, y fue uno de los fundadores del periódico *Risorgimento*, que tenía por programa la *independencia* de Italia y el establecimiento en el estado sardo de un régimen liberal y parlamentario. Durante la crisis de 1848-49, sin embargo, vivió los acontecimientos solamente como periodista, cada vez más influyente, en verdad. A su llegada al poder era una figura nueva en el mundo político.

Su designio nacional no consistía únicamente en la ambición de un ministro que quisiera *engrandecer los Estados de su rey*. Sentía desde su juventud que el pueblo italiano se encontraba en un estado de inferioridad inadmisibile debido a su fraccionamiento político, y expresó su convicción de la necesidad de *regenerar* a Italia, *hacerla salir del fango*. En sus artículos de marzo de 1848 en *Risorgimento* anunció que Europa “vería surgir una nueva gran potencia..., la potencia italiana, la Italia constitucional y libre”. La experiencia de 1848-49 le proporcionó el convencimiento de que tales objetivos no podrían ser alcanzados sin la ayuda de una de las grandes potencias occidentales.

Aquella preocupación *italiana* seguía, sin embargo, estrechamente ligada en su imaginación a los problemas políticos y económicos del estado sardo. Deseaba practicar un régimen liberal, no solo porque era *occidental*, por su cultura y por todos los rasgos de su formación intelectual, sino también porque creía que un gobierno adquiere más fuerza cuando cuenta con el apoyo de la opinión pública. También

estaba convencido de que las cuestiones económicas constituyen *una maschera alla politica*: el progreso de la organización de la producción y de los intercambios debía preparar el camino para la realización de sus designios, y la conclusión, inmediatamente después de 1850, de tratados de comercio con Francia y Gran Bretaña sería, en su opinión, un medio de conciliarse las simpatías de dichas potencias. El liberalismo político y el liberalismo económico le parecían, pues, los medios de conseguir el ideal nacional.

No parecía, sin embargo, haberse trazado un programa sólido y previsto sus fases. Hasta 1858 sintió el anhelo, pero persistió en sus dudas. No obstante, estaba dispuesto a aprovecharse inmediatamente de las circunstancias y se esforzaba en establecerlas.

En suma, Cavour no estaba inflamado por una gran pasión, pero era un gran parlamentario y un gran diplomático. Calculaba fría y realísticamente y no se hallaba ligado a ningún sistema o doctrina. Se adaptaba a las necesidades del momento y a las de tipo práctico con perspicacia y sagazmente, pero también con prudencia. Poseía clarividencia, preveía el posible encadenamiento de los sucesos, y en su acción manifestaba valor, fuerza de voluntad, audacia, rapidez de decisión y perseverancia notables.

Bismarck no alcanzó el poder hasta septiembre de 1862. En los diez años anteriores ocupó puestos diplomáticos de primera fila—delegado de Prusia en la Dieta Germánica, primero; embajador en París y en San Petersburgo—en los que entró en contacto con los grandes problemas internacionales; contacto muy necesario, si se piensa en el papel que había desempeñado, de 1848 a 1850, en la política interior de Prusia, en la que había sido uno de los hombres más activos e inteligentes de la extrema derecha, y con un horizonte exclusivamente prusiano. ¿No había sido, acaso, uno de los que temieron ver perder al Estado de los Hohenzollern su fisonomía y su fuerza si se convertía en una parte de un gran Estado alemán? ¿No había aprobado la renuncia de Federico Guillermo IV a la corona imperial? Pero las responsabilidades que asumiera después en su vida internacional, ensancharon su horizonte. En Francfort se dio cuenta de los postulados fundamentales del problema alemán, y pensó que la lucha contra Austria sería fatal. En Petersburgo midió la debilidad del Imperio ruso. En París se acercó a Napoleón III y lo valoró. Sin embargo, cuando el rey le llamó a la presidencia del Consejo—septiembre de 1862—lo consideraba todavía como el dirigente de la extrema derecha, el hombre de hierro, más que el diplomático. Le otorgó el poder para resolver una crisis interior: conflicto entre el gobierno y la mayoría parlamentaria, respecto a las leyes de reorganización del ejército. Lo hizo con inquietud. Desde sus primeras actuaciones, Bismarck mostró la importancia de sus propósitos: anular el Parlamento, reorganizar el Ejército, como preámbulo para la acción exterior. En una conversa-

ción con el embajador de Austria se refirió, categóricamente, al problema del futuro de Alemania: era necesario que el estado de los Habsburgo se resignase, de grado o por fuerza, a no desempeñar más el papel que ejercía en los asuntos alemanes y que transfiriera *su centro de gravedad a Pest*.

Desde aquel momento, la fisonomía de Bismarck (cuarenta y siete años en 1862) se perfiló con los trazos que pronto se harían clásicos: voluntad de dominio, agudeza, fértil imaginación política, voluntad implacable. Su actitud confirmó la reputación que se le había asignado desde que fue miembro de la Dieta germánica; le agradaba dejar a su oponente cortado, por la brusquedad de tono, la brutalidad de expresión, la afectación del desprecio a las reglas de derecho; era negligente hacia las formas corteses y *acolchadas* de la diplomacia tradicional y manejaba la ironía y, a veces, el humor, añadiéndoles un matiz de desprecio. Tales eran sus medios de lograr ascendiente sobre su interlocutor. Pero aquella máscara de dureza encubría una naturaleza nerviosa, apasionada, insatisfecha, desconfiada e iracunda, incluso hacia sus adversarios alemanes o hacia sus posibles rivales; solo su fuerza de voluntad conseguía dominar sus sentimientos tumultuosos. Los contemporáneos, que primeramente se habían inclinado a ver en él un simple *Junker*, no tardaron en reconocer su superioridad. Sin embargo, no era un espíritu de amplia cultura. No tenía—según han demostrado los trabajos de su biógrafo más reciente (1)—gusto artístico ni sentimiento musical; apenas se interesaba por los trabajos científicos, ni siquiera por los estudios históricos, por próximos que fueran a sus preocupaciones políticas cotidianas; pero poseía dotes de estadista: vigorosa franqueza, no entorpecida por ninguna tradición, doctrina o simpatía preconcebida; aptitud de discernir los intereses en juego y valorar las fuerzas en presencia; habilidad para iniciar y ocuparse de varios asuntos al mismo tiempo; finura de observación psicológica, que le permitía adivinar el estado de espíritu del adversario y darse cuenta de su punto flaco; clarividencia y perspicacia en las previsiones a largo plazo (a tres años vista, pues consideraba muy inciertos los cálculos a mayor plazo), y audacia, que le impulsaba a emplearse a fondo cuando la ocasión le parecía favorable.

Aquella fuerza de voluntad, tal clarividencia de un Cavour o de un Bismarck, ¿hubieran podido triunfar si el nuevo aspecto de la política francesa no hubiera favorecido sus proyectos? El gran hecho, que dominaba las relaciones internacionales, era que Francia volvía a convertirse en una fuerza de agitación.

El cambio no puede ser explicado por los intereses económicos o las corrientes del sentimiento nacional.

Respecto a los primeros, es cierto que el gran impulso de la industria francesa le incitaba a buscar mercados exteriores. Pero ¿en

(1) Véase la obra de E. Eyck citada en la bibliografía.

qué medida podía servir a dichos proyectos la alteración del estatuto territorial? Para abrir a sus mercancías el mercado alemán, Francia podía negociar un tratado de comercio con la *Zollverein*: la formación de la unidad alemana no modificaba en nada el asunto, e incluso podía hacer más difícil la conclusión de un acuerdo, pues el interlocutor estaría más *acorazado* cuanto más fuerte fuese. En cuanto al mercado italiano, evidentemente ofrecía interés para los exportadores franceses, y el conceder apoyo al movimiento nacional acaso se viera recompensado con un ventajoso tratado de comercio; quizá existiera tal esperanza en los círculos de negocios, aunque el estado actual de las investigaciones históricas no permita afirmarlo con certeza. Por otra parte, es verdad que los hombres de negocios que dirigían las empresas ferroviarias atribuían gran importancia a conseguir concesiones de ferrocarriles, móvil que podía alentar a la política francesa respecto a Italia. No obstante, es preciso señalar que la actitud de dichos círculos de negocios era muy reservada e incluso frecuentemente hostil a las grandes empresas del régimen imperial. Si, en el caso de Méjico, las iniciativas de Morny, fueron apoyadas por los Pereire, los Rothschild mostráronse, por el contrario, hostiles a la guerra de independencia italiana y los representantes de los grandes intereses económicos se pronunciaron unánimemente, en 1863, contra una aventura polaca: la paz—observó entonces Disraeli—había sido *salvada por los capitalistas*.

¿Influencia de las corrientes sentimentales? Es indudable que una gran parte de la opinión pública había manifestado el deseo de ver adoptar a Francia nuevamente una política exterior activa y que había lamentado la *pasividad* de Luis Felipe. Si bien esta tendencia se había manifestado, principalmente, en los círculos políticos de izquierda, la masa de la población francesa no era indiferente a iniciativas que pudiesen halagar el orgullo nacional. Pero no se percibía la influencia de la opinión pública en favor de una revisión de los tratados.

La única causa cierta de la nueva orientación de la política exterior francesa ha de hallarse en las concepciones personales de Napoleón III.

El Emperador no carecía de dotes intelectuales: amplitud de miras, gusto por las ideas, imaginación rica, pero no *creadora*, pues se limitaba, las más de las veces, a desarrollar ideas prestadas. En la vida política interior sus preocupaciones eran nuevas: comprendía la importancia de las corrientes sentimentales y se interesaba por las cuestiones planteadas por el progreso económico, deseando establecer, no solamente un plan de *colonización agrícola*, sino también asegurar el *pleno empleo*, facilitando la inversión de capitales en la industria y demostrando, en fin, cierta preocupación por los problemas sociales. En política exterior consideraba los acontecimientos desde un punto de vista europeo e incluso mundial; su horizonte no era, pues, estrechamente nacional; el estadista—pensaba—debe ampliar el clásico horizonte de su acción e inspirarse en un ideal.

La facilidad y el encanto de su expresión servían bien a estas cualidades espirituales; su conversación era seductora y ejercía, inclusive, “un verdadero poder de fascinación”, como afirmaba la reina Victoria. No obstante, aquellos dones eran incompletos. Lo que le faltaba a su inteligencia era realismo, continuidad en el estudio de los problemas y exacta medida de los medios de ejecución. Sus ideas solían ser amplias, audaces a veces, pero complicadas; sutiles frecuentemente, pero confusas; no consideraba necesario definir su pensamiento, dándole una forma precisa. Cuando se trataba de proceder a su ejecución, llenábase de confianza al principio, porque creía en su “misión” y consideraba fácilmente verdades demostradas las hipótesis que hubiera forjado; pero, en seguida, se tornaba indolente o vacilante y tendía a dejar *madurar* los asuntos, prolongando su meditación y esperando que las circunstancias se encargaran de sugerirle una solución. Su imaginación prevalecía sobre su carácter y sobre su voluntad.

Y aunque le gustase documentarse e interrogar, no seguía de manera estable la línea de conducta sugerida por los que le rodeaban. Incluso su método de gobierno oponía a unos de sus colaboradores contra otros. Especialmente en política exterior, quería llevar solo la dirección, pues a él exclusivamente—decía—incumbíale la responsabilidad. Sus ministros de Asuntos Exteriores no eran frecuentemente sino meros ejecutantes y no les tenía al corriente de todos sus proyectos. Sin advertirles, *ni siquiera de manera formal*, hacía redactar los artículos para la prensa e insertar notas en *Le Moniteur*. Llevaba las negociaciones a sus espaldas, por medio de agentes secretos. “Los embajadores—escribió Walewski, el 22 de agosto de 1859—, al encontrar abierta la puerta pequeña, me pasan por encima de la cabeza y en las circunstancias delicadas creen su deber dirigirse derechamente al Emperador; hasta nuestros agentes diplomáticos vacilan y no están seguros de hallarse en lo cierto al seguir mis instrucciones.” Es, pues, una política personal, en el sentido más estricto de la expresión, la que se propone hacer y la que hace, en realidad.

Es una empresa muy arriesgada tratar de definir estas concepciones en materia de relaciones internacionales, pues el Emperador era “secreto” y no manifestaba jamás el fondo de su pensamiento; incluso en sus conversaciones privadas, no discutía nunca delante de testigos y, desde que se convirtió en el amo de Francia, no dejó constancia escrita, jamás, de sus impresiones ni de sus propósitos. De esa forma, su política exterior ha sido objeto, por parte de sus contemporáneos e historiadores, de las apreciaciones más diversas. Para interpretarla es indudablemente necesario tener en cuenta las opiniones por él expuestas antes de alcanzar el poder, por medio de obras y artículos; pero, sobre todo, hay que considerar sus actos.

En 1839, expuso un esquema de sus aspiraciones en sus *Idées napoléoniennes*, diez años aproximadamente antes de asumir las responsabilidades de la dirección de los asuntos públicos. So capa de

pretender continuar la política de su tío, insistía en la *misión europea* de Francia y en la necesidad de establecer una *organización general de Europa*. Para conseguir la formación de tal *asociación europea* sería necesario satisfacer los deseos de las nacionalidades, suprimiendo, así, las causas del profundo malestar que agitaba al continente. Y era Francia la que debía tomar la dirección moral en dicha transformación de las relaciones internacionales. Pero, ¿qué valor puede atribuirse a estas ideas del pretendiente? Sin duda no eran más que un medio de propaganda, dadas la fecha y las circunstancias en que fueron expuestas. Entre 1830 y 1840, la idea de una *organización* necesaria de Europa era el tema favorito de los sansimonianos, mazzinianos y pacifistas anglosajones. A Luis Napoleón le tentaría el demostrar que seguía la misma senda que los *reformadores*, que compartía sus ideales, tranquilizando al mismo tiempo a Europa, dejando entender que el restablecimiento eventual del poder imperial en Francia se efectuaría bajo un signo de paz.

¿En qué medida estaba el Emperador adscrito aún a tal programa? Hay dos indicios de ello: el considerar necesaria la revisión del estatuto territorial de 1815, reajustando radicalmente el mapa político de Europa, y el deseo de basar dicho reajuste en el principio de las nacionalidades. No obstante, no se comprometía estrictamente a la aplicación de este principio, del cual se apartó en muchos casos.

Pero, al lado de esas tendencias, inspiradas en un ideal, tenían también su parte la ambición personal y el deseo de consolidar la dinastía. "Por sus orígenes—ha observado Alberto Sorel—Napoleón III estaba obligado a *deslumbrar* a Francia." El deseo de reaccionar contra la política exterior de Luis Felipe, *deslucida y mediocre*; la voluntad de mostrar lo que representaba un Napoleón para la grandeza de Francia: he ahí los rasgos permanentes de su pensamiento. Dar a Francia un papel de *dirección moral* en Europa. ¿No existiría en ello algo que halagase el amor propio nacional? Y como era necesario añadir éxitos más tangibles, el Emperador pretendía para Francia beneficios directos, en forma de *compensaciones*, en los reajustes territoriales que estudiaba. Era una satisfacción que le parecía necesaria para la opinión pública y para el interés del Estado.

¿Qué medios pensaba emplear para alcanzar aquel doble objetivo, europeo y francés? Preconizaba el método de los Congresos internacionales. En cada una de las etapas de su política exterior volvió a esta idea, y el 21 de noviembre de 1863 declaró, en el Senado: "Deseo, de todo corazón, que llegue el día en que las grandes cuestiones que dividen a los pueblos y a los gobiernos puedan ser solucionadas, en paz, por un tribunal europeo." En un discurso de 1867, aludió, inclusive, a la deseable formación de los *Estados Unidos de Europa*. Y, no obstante, desmintió constantemente esos pacíficos designios: hizo la guerra en Crimea, en Italia y en Méjico, sin que lo impulsara una necesidad. ¿Debemos creer que, al declarar, en 1852, en su discurso de

Burdeos, que *el Imperio era la paz* quería solamente confundir, y que, dominado por el deseo de hacer olvidar a Francia, con éxitos exteriores una libertad perdida, pensara desde el principio en los medios de fuerza? La explicación es, sin duda, demasiado sumaria. Puede creerse en la sinceridad de sus afirmaciones, puesto que detestaba la guerra—el espectáculo de un campo de batalla le emocionaba profundamente—y tenía conciencia, quizá, de no poseer la decisión y el carácter necesarios a un Jefe de ejército. Pero la paz que deseaba no era la del *statu quo*. Con el fin de obtener los resultados que estimaba precisos para el *honor* de Francia y para su *dignidad*, así como para el interés de la dinastía, hacía la guerra, porque estimaba que los medios "pacíficos" no le permitirían conseguir sus objetivos.

¿Cómo no comprendía que tal ruptura del *statu quo* podía originar graves consecuencias para la situación de Francia en Europa y que—según dijo Thiers—*la grandeza es una cosa relativa*? No cabe que ignorase el alcance de la unidad italiana ni el de la unidad alemana. Pero creía ser capaz de dominar los acontecimientos y tenía la ilusión de conceder parciales satisfacciones a los movimientos nacionales, para detenerlos a tiempo, es decir, antes de que pudieran convertirse en peligrosos.

De esta forma, aparece flagrante la contradicción entre sus aspiraciones y sus actos. Únicamente en dos puntos permanece fiel, al menos durante la mayor parte de su reinado, a una línea estable de conducta: no exponerse a conflictos con Inglaterra, que supo vencer a su tío, y romper el frente de las *potencias conservadoras*. Por otra parte, observó un diplomático extranjero de los que le conocieron mejor: "Todo, lo mismo en sus actos que en su conciencia, es contradictorio." Contradicción entre sus *miras europeas* y su deseo de satisfacer el amor propio nacional; contradicción entre los medios en que piensa y los que emplea, en realidad; contradicción entre la audacia del pensamiento y la frecuente timidez en la acción.

Sus interlocutores extranjeros percibían rápidamente esas debilidades. "Tiene momentos de lucidez, dignos de un genio, y cegueras funestas, que ninguna argumentación irrefutable podría impedir", escribió, en 1860, el embajador de Austria en París, Ricardo de Metternich. "Quiere dirigirlo todo—observa un diplomático inglés—, pero es incapaz de ello, ya sea por ignorancia, ya por indolencia." Y Bismarck afirmó: "Tiene un conjunto de ideas fijas, pero nunca sabe a dónde le conducirán. Diríase que las ha meditado largamente y que las dirige como quiere. Pero, al llevarlas a la práctica, deja ver toda la debilidad de su preparación, como si, de repente, despertase sobre una locomotora en marcha y no supiera conducirla... No es inquietante; solo es irresoluto."

¿Cómo podía el Emperador mantener a raya a un Cavour o a un Bismarck?

## II. EN ASIA Y EN AMERICA

Las preocupaciones dominantes en las relaciones de Europa con los otros continentes estaban relacionadas con los intereses económicos: los Estados de Europa occidental, donde la gran industria adquiría un impulso considerable, se hallaban en la necesidad de encontrar materias primas, así como mercados para los productos de sus manufacturas. El progreso en las comunicaciones marítimas facilitaba la expansión comercial. Los barcos de vapor se empleaban, entonces, en todas las grandes vías de navegación que unían los puertos europeos con América y con el Extremo Oriente, asegurando travesías más rápidas y un tráfico más regular. También progresaba la técnica de los astilleros: el tonelaje medio de los barcos y su duración se acrecentó gracias al empleo del hierro en la construcción de los cascos y el resultado de aquel progreso técnico fue la reducción del precio de los transportes. La fundación de las grandes compañías de navegación, que disponían de cuantiosos capitales, permitía acelerar la aplicación de las nuevas técnicas y establecer una organización más eficaz del tráfico. Al propio tiempo, el tendido de cables telegráficos submarinos facilitó las transacciones comerciales y financieras, proporcionando a los europeos rápida información sobre las condiciones de los mercados extranjeros y ofreciendo a los gobiernos de los grandes Estados el medio de dirigir con mayor seguridad la acción de sus agentes en los países lejanos. Estas nuevas condiciones beneficiaban la expansión colonial de Europa, que, según el espíritu de Víctor Hugo, Lamartine y los sansimonianos, podría ofrecer a las potencias europeas un *escape* a sus rivalidades en el continente.

Sin embargo, no era la expansión colonial lo que ofrecía mayor interés en esta época, ya que las iniciativas francesas en Indochina, en Senegal, en Madagascar y las inglesas en Birmania carecían aún de amplitud. Lo que más importaba eran las grandes alteraciones que se producían en Extremo Oriente y en los Estados Unidos.

Aunque sea posible observar en el origen de esta—como en el de casi todas las profundas alteraciones que agitan a las sociedades humanas—la influencia de factores económicos o sociales y de las corrientes sentimentales, resultaría vano intentar establecer un paralelo entre unas y otras. Las estructuras sociales, las mentalidades, las preocupaciones colectivas son demasiado diferentes.

En Extremo Oriente se produjeron dos crisis simultáneas. Una, que quebró el Imperio chino; la otra, al Japón.

La guerra civil china—la *revolución de los Taipings*—comenzó en 1851, y se prolongó quince años. Sus orígenes no están todavía aclarados por completo, aunque hayan dado lugar a buen número de investigaciones. No obstante, es posible observar la convergencia de dos movimientos—uno, político; religioso, el otro—, originados ambos en

el Sur de China. El movimiento político se llevó a cabo por Sociedades secretas, de las cuales la más importante era la Triada, que deseaba librar a China del dominio manchú y restablecer una dinastía china: esta manifestación del sentimiento nacional fue, evidentemente, alentada por el resultado de la Guerra del Opio, que asestó un gran golpe a la autoridad imperial (1). El religioso fue obra de la secta de los Adoradores de Dios, cuyo jefe, Hong-Sieou T'uan era un *semiletrado*, relacionado en otro tiempo con misioneros europeos. La secta quería *regenerar* a China, predicando una nueva fe, en la que hacía una extraña amalgama de los principios del Confucianismo y del Cristianismo, y en la que pretendía asociar la Biblia con las obras *clásicas* chinas. La colaboración de aquellos dos movimientos, de inspiración tan diferentes, exigió largas negociaciones, comenzadas, al parecer, en 1847, entre los jefes de la Triada y el fundador de la secta de los Adoradores, y cuyos detalles no han podido ser aclarados: la Triada intentó, indudablemente, utilizar el movimiento religioso para sus fines propios; pero quizá Hong ya tenía el deseo de combatir a la dinastía manchú. Como quiera que sea, el designio político pasó a primer plano, una vez establecido el acuerdo: Hong trataba de formar, con la ayuda de la Triada, un gobierno insurreccional.

No parece que las condiciones económicas y sociales desempeñaran un papel fundamental en los orígenes de esta crisis; pero tampoco puede calificarse de despreciable. Desde que China se vio obligada a ampliar sus contactos con los occidentales, la penetración comercial originó consecuencias que afectaban a la estabilidad social. La importación de las mercancías extranjeras—productos textiles, especialmente, que, al ser fabricados a máquina, podían ser vendidos más baratos que los de fabricación indígena—arruinó a algunos artesanos chinos. Produjo, también, un desorden monetario, alterando la relación de valor entre las dos monedas en circulación—piezas de oro y de plata—, puesto que los mercaderes extranjeros solo aceptaban como medio de pago la primera, lo que originó la depreciación de la *sapeque* (la de plata). Para el campesino chino (que, en realidad, no conocía otra moneda) esto significaba una reducción muy grande de su poder adquisitivo. Y es verosímil que tales causas de descontento facilitaran la difusión de la propaganda insurreccional. Pero, aún así, esta interpretación es considerablemente hipotética.

El origen de la revolución estaba en relación directa con una circunstancia accidental: el hambre producida por una mala cosecha, en la provincia de Kuang-Si. Para defenderse contra las bandas de merodeadores, los campesinos formaron milicias. Y, en seguida, los *conjurados*—los de la Triada y los de la Secta de los Adoradores—lo aprovecharon para desarrollar su propaganda entre dichas tropas, que se convirtieron en los primeros focos de las ideas revolucionarias. En

(1) Véase anteriormente, pág. 186.



agosto de 1851, la revolución obtuvo su primer éxito: la toma de Yuang-Tcheu, en la provincia de Honán. Pero hasta 1853, Hong no organizó su ejército, con el que emprendió la ofensiva en el valle del Yang-Tse. En pocas semanas se apoderó de Hankeu, de U-Tchang, de Nankín; y efectuó incursiones hacia el Norte. Pero no logró poner en peligro a Pekín, debido a su falta de caballería. Después de adjudicarse el título de Emperador, instaló su capital en Nankín. Pero la dinastía manchú no se hundió, pues contaba con el apoyo de los funcionarios chinos que no podían admitir el programa religioso de Hong ni su desprecio de la misma esencia de la civilización china. La contraofensiva de las tropas imperiales recuperó Hankeu y U-Tchang; pero fracasó ante Nankín. Los éxitos de los Taipings alentaron otras rebeliones, en el Tchantung y en el Yunan, donde los insurgentes se reclutaban entre las poblaciones musulmanas, de tendencias separatistas, así como en los barrios chinos de Shangai.

En 1855, aunque la defección de los jefes de la Triada debilitó al gobierno de Nankín, el ejército imperial fue incapaz de destruirlo; y tal estado de cosas continuó aún durante diez años. Los dos tercios del territorio quedaron sustraídos, pues, al dominio de la dinastía manchú. En dichas provincias—sobre todo en las del Yang-Tsé—el orden fue mantenido por el gobierno insurreccional, aunque por medio de una organización puramente militar, que no escatimaba la pena de muerte. En los límites de la zona *imperial* y de la *revolucionaria*, la lucha entre ambos ejércitos devastaba las comarcas más ricas del país. China sentía la amenaza de la disgregación.

La crisis japonesa presentó un carácter muy diferente. El Imperio japonés, cerrado casi totalmente, desde 1637, a los contactos con el extranjero, por disposición de su gobierno, había conservado—gracias a este *aislamiento*—una estructura feudal. La nobleza feudal—287 *daimíos* y sus 500.000 *samurais*—formaban una clase privilegiada. Frente a los *daimíos*, que ejercían en su feudo los derechos de soberanía, el Emperador había perdido toda su autoridad política, a partir del siglo XII, encontrándose reducido al papel de jefe religioso. Pero este régimen feudal había empezado a descomponerse en el siglo XVI. ¿Cuál era su estado en la segunda mitad del siglo XIX?

La autoridad imperial había sido reemplazada por la del *daimío* más poderoso. Gracias a la extensión de su feudo—las tres cuartas partes de la isla de Hondo, en la que tenía 50 000 *samurais*—la familia Tokugawa pudo imponer su voluntad. Después de haber obtenido del Emperador el título de *Shogun* (generalísimo), el jefe de la familia sometió a los otros *daimíos*. El *daimío* conservaba el derecho de percibir los impuestos en su feudo, acuñar moneda y mantener su pequeño ejército de *samurais*; pero, de cada dos años, estaba obligado a permanecer uno en la Corte del Shogun; y, cuando la abandonaba, tenía que dejar allí, como rehenes, a los miembros de su familia. Realmente,

vefase obligado a calcar, de las shogunales, las medidas administrativas que adoptase en su feudo. De esta forma, la organización política del Imperio había evolucionado hacia una centralización del poder.

La organización social quedó también quebrantada, sobre todo desde principios del siglo XVIII. En el medio rural, el sistema tradicional había consistido en la repartición de las tierras entre los campesinos a quienes el *daimío* había atribuido, a título de posesión perpetua, una parcela de tierra. Pero, no obstante los esfuerzos del gobierno shogunal (que, para asegurar la estabilidad de la vida social, prohibió al campesino la cesión de su parcela) los cultivadores agrícolas más hábiles o más favorecidos por la suerte, lograron burlar la ley y aumentar su dominio, a expensas de los otros. A principios del siglo XIX existía, pues, una clase de campesinos más acomodados, cuasipropietarios, que preponderaban en la vida de las comunidades lugareñas. En el medio urbano se produjo otro cambio, de mayor alcance aún. Los artesanos, agrupados en gremios, obtuvieron del gobierno shogunal una organización privilegiada, que les permitió sostenerse y mantener los precios. Los jefes de tales gremios adquirieron, en la vida económica del país, una autoridad real. Los comerciantes emplearon los mismos medios. En Yedo, capital shogunal; en Kioto, residencia imperial; en Osaka, único gran centro de la navegación de cabotaje autorizado por la ley; en Nagasaki, puerto al que, por excepción del régimen de *cierre*, tenían acceso algunos comerciantes holandeses, se formaron grupos de mercaderes que acumulaban capitales; los más ricos de entre ellos establecieron casas de banca, para dedicarse al cambio de moneda y efectuar empréstitos a los *daimíos* o a los *samurais*. La formación de una *burguesía rural* y el crecimiento del capitalismo comercial minaron poco a poco la sociedad feudal. El gobierno shogunal, que al conservar la política de *aislamiento* del país respecto a las influencias extranjeras deseaba salvaguardar la estabilidad social, no había logrado impedir la evolución, sino tan solo retrasarla.

En fin, en la vida intelectual, las nuevas corrientes del pensamiento contribuían a la amenaza de la organización política y social. Una de estas corrientes se originó en las antiguas tradiciones filosóficas y religiosas japonesas, que el régimen shogunal había descuidado; y afirmaba el derecho del Emperador a asumir de nuevo las prerrogativas de la soberanía política. La otra, se inspiró en la civilización europea: por la estrecha ventana de Nagasaki, abierta al mundo exterior, comenzó a penetrar la influencia europea, desde que algunos intelectuales japoneses aprendieron el holandés y podían leer los libros que llevaban los comerciantes, técnicos, sobre todo, pero también históricos. El gobierno autorizó la creación de una oficina de interpretación, que se convirtió en foco de un movimiento ideológico a partir de 1820. Los innovadores no vacilaban en decir que el Japón debía abandonar su política de *aislamiento*, entrar en contacto con los *occidentales*, y



sin renunciar a las tradiciones de la civilización japonesa, imitar a aquellos en el campo de la producción económica; llegando algunos a sostener que el gobierno nipón debería inspirarse en las instituciones políticas europeas.

El gobierno shogunal no ignoraba los peligros de la situación; y reprimía la difusión de las nuevas ideas, mediante medidas policíacas y primitivas. En 1841 y 1842 intentó reaccionar contra el poder adquirido por el capitalismo comercial, y restaurar la situación social de la nobleza feudal. Pero fue en vano. A pesar de ello, el estado de crisis latente no significaba un peligro inmediato, por lo menos mientras el Shogun pudiera dirigir la administración y mandar sobre los daimíos, así como mantener alejada la codicia de las potencias extranjeras. Pero el edificio estaba carcomido; y bastaría una presión exterior para que se derrumbase.

En la época en que el Extremo Oriente se veía sacudido por la revolución de los Taipings y por la crisis japonesa, se decidía la existencia de los Estados Unidos en la guerra de Secesión. En febrero de 1861, los representantes de los once Estados del Sur, reunidos en el Congreso de Montgomery, acordaron abandonar la Unión americana y formar una Confederación independiente. En abril se llevó a cabo la ruptura entre nordistas y sudistas; las hostilidades se desarrollaron con ahínco tanto en el plano económico como en el militar. Los nordistas necesitarían cuatro años para vencer la resistencia de sus adversarios y obligar a los *Estados confederados* a reintegrarse en la Unión.

Las causas profundas de aquella crisis eran económicas. En los Estados del Sur, la economía, exclusivamente agrícola, se adaptaba al clima tropical: productores de arroz, de tabaco y de índigo en el siglo XVIII, tales Estados se hicieron también, después de la Guerra de Independencia, productores de algodón; desde que en 1820 la difusión de la máquina de Whitney permitió la rápida limpieza de las fibras, el cultivo del algodón realizó progresos gigantescos en Carolina del Sur, en Georgia, en Alabama, en Tennessee y Tejas; en 1860 la zona algodonera tenía 1 600 kilómetros de Este a Oeste, y 1 000, de Norte a Sur; y la producción se multiplicó por diez en cuarenta años. En este *reino del algodón*, cuya explotación estaba organizada en vastos dominios, una aristocracia de grandes propietarios empleaba tres millones de esclavos negros. Únicamente las regiones fronterizas (Carolina del Norte y Kentucky), que no adoptaron el monocultivo, tenían un tipo diferente de población; en dichos estados existían pequeños y medianos agricultores de raza blanca. En los Estados del Norte, en donde la economía agrícola se basaba en el cultivo de cereales y en la cría de ganado, las explotaciones estaban, frecuentemente, en manos de pequeños propietarios que, a medida que se les ofrecía la ocasión, no vacilaban en ir a buscar tierras vírgenes en los nuevos territorios

del Oeste. De una parte, pues, una sociedad jerarquizada, dominada por los grandes plantadores; de la otra, una democracia rural. Otro contraste vino a añadirse a este. Desde la guerra anglo-americana de 1812, la actividad industrial había empezado a desarrollarse en los Estados del Norte, primero, gracias al aprovechamiento de los saltos de agua; después, cuando en 1840 se extendió el uso de las máquinas de vapor, a la explotación de las minas de hulla: industria algodonera y lanera de Nueva Inglaterra; industria metalúrgica de Pensilvania. En los Estados del Sur, los plantadores, cuyo capital era absorbido totalmente por la adquisición de la mano de obra negra, y cuya prosperidad aseguraba, de manera considerable, la venta del algodón, no se interesaban en la explotación de las riquezas del subsuelo, donde existían (Alabama, por ejemplo), ni en la creación de manufacturas; hasta 1845 no se equiparon algunas fábricas, que, naturalmente, solo se dedicaban al hilado y al tejido del algodón. Por último, en los Estados del Norte, se hallaba concentrada la actividad bancaria y también las compañías de navegación, puesto que los plantadores del Sur no habían juzgado necesario establecer sus propios medios para sus transacciones y para el transporte del algodón.

Tales diferencias en la estructura económico-social originaron un conflicto, ya latente, en el seno de la Unión americana. Sus primeras manifestaciones se remontaban a cuarenta años atrás—divergencia de intereses materiales, que tenía su expresión en la orientación de la política económica; divergencia de ideas sociales, de tipos de civilización, de concepción de derechos y deberes individuales.

Desde los comienzos de la industrialización, los Estados del Norte quisieron establecer un sistema aduanero proteccionista, con el fin de defender a sus productores contra la competencia inglesa; y también vías de comunicación de Este a Oeste—canales antes de 1840; después, ferrocarriles—, ya para comunicar las regiones industriales, ya para permitir a las nuevas zonas agrícolas—en el valle del Ohio y al sur de los Grandes Lagos—la expedición de sus productos hacia la costa atlántica. Los Estados del Sur se mostraron hostiles por completo al proteccionismo aduanero, por carecer de industria y por temor—como grandes exportadores de algodón en bruto—de que sus clientes europeos adoptasen represalias, en vista de la elevación de la tarifa aduanera americana. También combatieron la política de canales, porque significaría para el Estado federal una pesada carga financiera, que, en parte, soportarían sin obtener beneficios de ella.

Dichas diferencias entre intereses materiales y tipos de civilización agravaron el conflicto entre los distintos conceptos de moral social, cuyo esencial aspecto era la cuestión de la esclavitud. El único móvil de la cuestión antiesclavista, iniciada por Garrison en 1831, había sido, realmente, el sentimiento humanitario y la convicción de que la Unión americana, al tolerar la esclavitud, se apartaba de la *ley de Dios*. Pero también es cierto que si la opinión pública de los Estados del Norte,

antes indiferente a la suerte de los esclavos negros, se adhirió, rápidamente, al movimiento *abolicionista*, fue porque veía en él un medio de domeñar la aristocracia de los grandes plantadores.

Las ásperas controversias políticas suscitadas, en los treinta años anteriores, en torno a la cuestión de los derechos de los Estados frente al poder federal, fueron el resultado de aquel conflicto económico, social y moral. ¿Conseguirían los Estados del Sur conservar el lugar que habían ocupado en el origen de la Unión americana? La situación demográfica no les favorecía, desde el desarrollo del movimiento de emigración europeo, pues aquellos inmigrantes (85 000, por término medio, cada año, entre 1840 y 1850; 250 000, entre 1850 y 1860), se establecían, casi exclusivamente, en los Estados del Norte, en los que encontraban condiciones climatológicas favorables, tierra disponible y facilidad de empleo. En 1860, la población *sudista*—casi igual a la *nordista* medio siglo antes—no era más que un tercio de la población total. Por consiguiente, en la Cámara de los diputados, en la que el número de escaños atribuido a cada Estado era proporcional a la cifra de su población, dominaban—y con mucho—los intereses nordistas. Razón de más para que los Estados del Sur se esforzaran por conservar su posición en el Senado, donde cada Estado se hallaba representado por dos senadores, cualquiera que fuese su población. En 1820, cuando la Unión contaba con veintidós Estados, once de ellos admitían la esclavitud, por lo cual en el Senado había equilibrio. A partir de dicha época, a medida que iban poblándose los territorios de las metetas centrales y se producía la conquista de los territorios mejicanos, entraron a formar parte de la Unión nueve Estados nuevos. La cuestión planteada por la admisión de cada uno de ellos era la misma: *¿Será o no autorizada la esclavitud por su legislación?* Hasta 1854, la dificultad fue resuelta mediante compromisos que conservaron el equilibrio; pero en tal fecha adquirió ventaja el Norte, con la admisión de Kansas.

¿Por qué se convirtió en crítico áquel conflicto latente? La tensión aumentó con la fundación, en 1856, del partido *republicano*, que incluyó en su programa la abolición de la esclavitud. Los grandes plantadores del Sur, convencidos de que el empleo de la mano de obra de los negros esclavos era indispensable para el mantenimiento de su prosperidad, pensaron responder con un movimiento separatista, si se les obligaba a prescindir de ella. El *leitmotiv* de la campaña presidencial de 1860 y la victoria del candidato republicano, Abraham Lincoln, resuelto partidario de la abolición, decidieron a Carolina del Sur—el Estado algodónero por excelencia—a tomar la iniciativa de unir las fuerzas sudistas y organizar la secesión.

Europa, pues, no tuvo parte alguna en el origen de aquella crisis americana. Ciertamente que los antiesclavistas esgrimían el argumento de la ley inglesa de 1834, prohibitoria de la esclavitud en las colonias inglesas; también es indudable que el movimiento espontáneo de la emi-

gración europea había contribuido a acentuar el desequilibrio entre Norte y Sur. Pero no era posible percibir, en la política de los gobiernos o en la opinión pública de Francia o Inglaterra, el menor indicio de una acción destinada a agravar las dificultades interiores de la Unión americana, de las que los europeos únicamente observaban los síntomas más claros. El alcance internacional de la crisis no se hizo evidente hasta el momento en que se desencadenó la guerra de Secesión.

¿Cuál es el lugar, en las relaciones internacionales entre continentes, de aquellas crisis de Extremo Oriente y americana?

La guerra civil china, consecuencia, al menos en parte, de la guerra del opio, proporcionó ocasión a las potencias europeas de alcanzar mayores ventajas: la dinastía manchú, amenazada de hundimiento por la revolución de los Taipings, no podía resistir seriamente una nueva presión de los occidentales. Ni Francia ni Inglaterra desaprovecharon la oportunidad. Y no fue simple azar la coincidencia de los comienzos de la crisis china con la decisión de los Estados Unidos de forzar la puerta del Japón. Los occidentales estimaban, en esta época, la cuestión japonesa en función del *mercado chino*: las costas japonesas disponían de puertos en las rutas marítimas de China, donde se podía hacer escala. La guerra de Secesión, en fin, detuvo, por algún tiempo, el expansionismo de los Estados Unidos, paralizando la política exterior del gobierno federal y quebrantando la doctrina de Monroe. Era otra ocasión para el desarrollo de las iniciativas europeas.

Tales movimientos profundos e iniciativas de los estadistas se asociaron y combinaron para provocar los grandes cambios que Europa y el mundo contemplarían en los veinte años próximos. Para comprender su alcance y su encadenamiento, es necesario seguirlos en su desarrollo cronológico.

#### BIBLIOGRAFÍA

**Sobre el conjunto del período.**—Además de las obras generales citadas, en particular la de A. J. P. TAYLOR, véase R. C. BINKLEY: *Realism and Nationalism, 1852-1871*. Nueva York, 1935.

**Sobre los problemas económicos y financieros.**—Además de las obras ya citadas: M. BAUMONT: *La Grosse Industrie allemande et le Charbon*, París, 1928.—P. BENAERTS: *Les Origins de la Grande Industrie allemande*, París, 1933.—L. H. JENKS: *The Migration of British Capital to 1875*, Nueva York, 1927.—H. GERMAIN-MARTIN: *Histoire économique et financière*, París, 1927

(T. X de *Histoire de la Nation française*, publicada bajo la dirección de G. HANOTAUX).—S. H. CLOUGH: *Histoire de l'Economie nationale française*, Nueva York, 1939.—B. NOGARO y M. MOYE: *Les Régimes douaniers*, París, 1910.—A. L. DUNHAM: *The Anglo-French Treaty of Commerce, 1860*, Detroit, 1930.—C. FOHLEN: *L'Industrie textile française au temps du Second Empire*, París, 1954 (tesis dactilografiada).—G. CURIEN: *Les Accords économiques internationaux depuis 1860*, en "Annales: économies, sociétés, civilisations", 1946, págs. 219-234.—FR. SIMIAND: *Inflation et Stabilisation alternées. Le Développement économique des Etats-*

Unis, París, 1934.—P. DUPONT-FERRIER: *Le Marché financier sous le Second Empire*. París, 1925.—H. PEYRIET: *Les Chemins de fer dans le Monde*, París, 1949.—A. LEFEVRE: *Sous le Second Empire. Chemins de fer et politique*, París, 1951.—F. MARGUET: *Histoire de la Navigation du XV<sup>o</sup> au XX<sup>o</sup> siècle*, París, 1931.—P. SCHRAMM: *Deutschland und Uebersee*, Braunschweig, 1950, 2 volúmenes.—M. RIST: *Une expérience française de liberation des échanges au XIX<sup>e</sup> siècle: le traité de 1860*, París, 1957 (Separata de la R. économie politique).

**Sobre Cavour.**—P. MATTER: *Cavour et l'Unité italienne*, París, 1922-1937, 3 volúmenes.—M. PALEOLOGUE: *Un Grand Réaliste. Cavour*, París, 1938.—THAYER: *The Life and Times of Cavour*, Londres, 1911, 2 vols.—P. M. ARCARI: *Il Pensiero politico di Cavour*, Milán, 1944.—A. OMODEO: *L'Opera politica del conte di Cavour*, 2 vols., Florence, 1945.—P. GUCHONNET: *Où en sont les études sur Cavour?*, en "L'Information Historique", nov. 1952.

**Sobre Bismarck.**—E. MARCKS: *Bismarck*. 10.<sup>a</sup> ed., Berlín, 1935.—E. EYCK: *Bismarck. Leben und Werk*, Zurich,

1941, 3 vols.—P. MATTER: *Bismarck et son temps*, París, 1908, 3 vols.—V. VALENTIN: *Y a-t-il des lois de la politique extérieure de Bismarck?*, en "Revue Historique", 1936, págs. 1-16.—A. O. MEYER: *Bismarck, der Mensch und der Staatsmann*, Stuttgart, 1949.

**Sobre Napoleón III.**—P. DE LA GORCE: *Histoire au Second Empire*. París, 1895-1898, 7 vols.—G. PAGES: *La Politique extérieure de Napoleon III*, en "Bulletin du Comité internat. des Sciences historiques", 1933.—G. BRATIANU: *Napoleon III et les Nationalités*, París, 1934.—A. PINGAUD: *La Politique extérieure de Napoleon III*, en "Revue historique", septiembre 1927, págs. 41-69. P. HENRY: *Napoleon III et les Peuples*, Clermont Ferrand, 1943.—H. ONCKEN: *Die Rheinpolitik Napoleons III*, Stuttgart, 1926.—G. RITTER: *Bismarck und die Rheinpolitik Napoleons III*, en "Rheinische Vierteljahresblätter", 1950-1951 (critica la tesis de Oncken).—FR. CHALAMON DE BERNARDY: *Un fils de Napoléon, le comte Walowski*, París, 1951 (tesis dactilografiada).—L. M. CASE: *French opinion on war and diplomacy during the Second Empire*, Filadelfia, 1954.

## CAPITULO XIV

### LA CONSOLIDACION DEL IMPERIO OTOMANO

El rasgo más notable de la evolución de las relaciones internacionales en esta época es la consolidación del Imperio turco. Desde hacía más de treinta años la existencia misma del Imperio estaba amenazada por una serie de crisis interiores que habían abierto el camino a la política rusa de expansión, la cual, no sin trabajo, pudo ser contenida, al fin, por Gran Bretaña. Pero persistía la debilidad del Estado, pues las tentativas de reformas hechas a partir de 1840—era del *Tanzimat*—, aun mejorando los métodos administrativos, no habían abordado la cuestión esencial (la suerte de los súbditos cristianos del Imperio). En 1853 reapareció la amenaza rusa, pero esta vez fue detenida, y ello aseguró a la Sublime Puerta relativa estabilidad durante veinte años.

¿Por qué se decidió el gobierno ruso a adoptar en la cuestión turca decisiones extremas, ante las que había retrocedido en 1829 y en 1839? ¿Por qué se le opuso no solo Gran Bretaña, sino también Francia? ¿Por qué tuvo que declararse vencida en la guerra de Crimea?

#### I. MOVILES DE LA POLITICA RUSA

En 1844, el Zar había tratado de sondear las intenciones del gabinete conservador inglés (1), hablando de la verosimilitud de un hundimiento del Imperio turco, aludiendo a la eventualidad de un reparto y afirmando, no obstante, que no haría nada por provocarlo. El gobierno inglés se había apresurado únicamente a tomar nota de aquella intención pacífica. Y el acuerdo había sido fácil sobre la base del aplazamiento del problema. ¿Podía creerse que fuera duradero? No, pues la política otomana de Rusia—económica, religiosa, política—seguía siendo muy activa.

Actividad económica: Desde 1830, Rusia había impulsado su comercio por sus puertos del mar Negro, Odesa especialmente. Entre 1832 y 1840, había aumentado en un 56 por 100 su exportación de trigo. En 1844, el Zar había formado una Comisión especial encargada de estudiar los procedimientos apropiados para incrementar ese comercio, y uno de los medios de que disponía para ello era prohibir la exportación de los cereales producidos en los principados rumanos, que hacían la competencia al trigo ruso, valiéndose de la influencia preponderante que en ellos ejercía la política rusa desde 1829.

Actividad religiosa: El gobierno del Zar se había preocupado del establecimiento de relaciones con las Iglesias ortodoxas, sobre las

(1) Véase anteriormente, pág. 146.

que poseía, en virtud del tratado de Kalnardji, un indeterminado derecho de protección; la Academia eclesiástica de San Petersburgo había llamado a seminaristas serbios y búlgaros y enviado—en 1843—una misión a Siria y Palestina para estudiar la situación de los ortodoxos, así como la posibilidad de establecer centros de enseñanza religiosa en Damasco y en Beiruth.

Actividad política: La política rusa no había dejado de intervenir, siempre que se había presentado ocasión, en los asuntos interiores del Imperio turco. Cuando, en 1848, los jóvenes boyardos liberales de Moldavia y de Valaquia habían intentado sustraerse al dominio turco y establecer un estado rumano independiente, las tropas rusas habían hecho fracasar el movimiento revolucionario (1). Lo hizo aparentemente en servicio del Sultán, pero de modo primordial para proteger los intereses rusos, pues la teórica soberanía de la Puerta dejaba en realidad el campo libre al control ruso de los dos principados. Y cuando, en el otoño de 1849, el gobierno austríaco solicitó del gobierno turco la entrega de los refugiados magiars, la diplomacia rusa intervino en favor de la petición austríaca, y aquella presión había amenazado con una ruptura.

¿No muestran claramente esas iniciativas que el Zar se preparaba a actuar en varios frentes? Pero las resistencias se iban dibujando.

La conservación del estatuto de los Estrechos era una preocupación inmediata de Gran Bretaña. Con motivo de la amenaza de ruptura entre Rusia y Turquía, la escuadra inglesa penetró en los Dardanelos, y al retirarse, el gabinete inglés ofreció un tratado de amistad a la Sùblime Puerta, que no quiso aceptar.

El gobierno francés, deseando satisfacer a los círculos católicos, impugnó, en mayo de 1850, las posiciones adquiridas en Palestina por los ortodoxos, y pretendió ejercer en toda su extensión los derechos que le adjudicaba su protectorado religioso sobre los católicos del Imperio otomano. En la serie de pequeños incidentes que oponían a monjes latinos y ortodoxos respecto a la custodia de los Santos Lugares de Belén y de Jerusalén, la política rusa se mostró al principio muy reservada. Pero en 1851 el Zar informó al Sultán de que, si rechazaba las pretensiones francesas, podría contar con el apoyo *moral y material* de Rusia. No obstante dichas resistencias, el gobierno ruso impulsó su acción, y en 1852 (abril) Nicolás I volvió, como en 1844, al tema del *hombre enfermo*.

¿Qué intentaba con aquella política? En el fondo, tendía a provocar el hundimiento del Imperio turco. Preferiría, naturalmente, alcanzar tal resultado sin arriesgarse con exceso, obteniendo el *amistoso* asentimiento de una, al menos, de las grandes potencias cuyos intereses eran opuestos a los suyos. A principios de 1853 dio a conocer su plan en una nota redactada de su puño y letra: si el gobierno otomano

cediera, Rusia podría ejercer en Turquía una influencia dominante y se contentaría con aquel resultado; si no cedía, iría a la guerra, se apoderaría de los Estrechos y destruiría el Imperio otomano. No se sabía lo que después vendría a ocupar su lugar. ¿Se constituirían estados independientes sobre las cenizas del Imperio o se restablecería, de acuerdo con Grecia, el Imperio bizantino? Ni una cosa ni otra. La *menos mala* de las soluciones consistía en dejar subsistente la dominación otomana en los territorios asiáticos y repartir los de la Turquía europea: conceder la independencia al principado servio; crear un estado búlgaro y repartir el resto entre las grandes potencias, concediendo a Rusia el Bósforo y a Austria los Dardanelos. El resultado sería el establecimiento de una preponderante influencia rusa en la península balcánica mediante la formación de estados satélites y el control del Bósforo; no se planteaba directamente la cuestión del acceso al Mediterráneo. El 21 de febrero de 1853 el Zar se entrevistó de nuevo con Lord Seymour, embajador inglés; no dijo una palabra de Constantinopla ni de los Estrechos, pero ofreció a Gran Bretaña, Egipto y Creta. Por último, en julio del mismo año, insistió en la idea de repartir los Estrechos entre Austria y Rusia, y para intentar obtener la aceptación del gobierno austríaco, le propuso un *protectorado conjunto* de los Balcanes, renunciando, en consecuencia, a establecer allí una zona de preponderante influencia rusa.

En estos sucesivos ajustes del plan ruso, no había nada que mostrase profunda reflexión o voluntad clarividente. El Zar no hacía más que tantear. Sin embargo, no cedía, porque su prestigio estaba en juego. El 28 de febrero de 1853 envió a Constantinopla al embajador Menchikof, que exigió del Sultán una solución de la cuestión de los Santos Lugares y una convención que reconociese el *protectorado religioso* ruso sobre las poblaciones ortodoxas del Imperio turco. Pretendía, incluso, el 13 de mayo, imponer, por medio de un ultimátum, un tratado de alianza.

¿Qué razón existía para que el Zar, a pesar de todos los obstáculos, se decidiera a ejercer tan directa presión sobre el gobierno otomano?

Los motivos decisivos de su política no parecen haber sido los móviles económicos. El gobierno ruso deseaba, es cierto, desarrollar sus exportaciones agrícolas para mejorar las condiciones de vida de sus clases campesinas y para incrementar las percepciones fiscales. Pero no tenía interés alguno en suscitar un conflicto con Gran Bretaña, su principal comprador de cereales y su proveedor de maquinaria y de materias primas.

Tampoco las preocupaciones religiosas parecen haber tenido mayor importancia. Es verdad que la masa de la población rusa se interesaba por dichas cuestiones y creía en la *misión* de Rusia como defensora de la ortodoxia. Pero en vísperas del ultimátum de Menchikof el gobierno ruso obtuvo del Sultán (4 de mayo de 1852) la concesión

(1) Véanse págs. 159 y 169.

de análogas ventajas a los griegos y a los latinos. En este aspecto, pues, sus pretensiones quedaban satisfechas.

La única explicación posible, pues, ha de buscarse en el estado de ánimo del Zar y sus cálculos políticos. Nicolás I, después del papel que había desempeñado en la represión de los movimientos revolucionarios de 1848, creía en la preponderancia de la política rusa. Como han demostrado los estudios de Eugenio Tarlé, no le desagradaba lanzar al mundo una especie de reto, erigiéndose en protector de la Cristiandad contra el Islam. ¿No estaba acaso convencido desde hacía tiempo de que la potencia expansiva de Rusia debería ejercerse hacia el Sur y de que la *pantalla* formada por el Imperio otomano tendría que desaparecer? En dos ocasiones anteriores no pudo realizar aquel designio a causa de la gran magnitud de los riesgos. Y ahora creía que la empresa era factible, porque estimaba que podía desecharse el peligro de una coalición. El gobierno ruso consideraba improbable una colaboración franco-inglesa (aunque los intereses de Rusia se enfrentaban con los de Gran Bretaña en el Imperio turco) y también con los de Francia en el aspecto religioso, porque el golpe de estado de 2 de diciembre de 1851 y la declaración del Imperio francés habían despertado viva inquietud en la opinión pública inglesa. ¿Cómo podría Gran Bretaña, reducida a sus propias fuerzas, oponerse a la política rusa?

## II. LA RESISTENCIA FRANCO-INGLESA

Pero, contrariamente a las previsiones del Zar, la política rusa se enfrentó con la resistencia conjunta de Francia y de Gran Bretaña.

No obstante la inestabilidad política inglesa (al gabinete conservador de Aberdeen, que había tratado con consideración a Rusia, sucedió —en noviembre de 1852— un gabinete Clarendon), Gran Bretaña rehusó constantemente pensar en una *disolución* y un reparto del Imperio otomano. ¿Consentiría, no obstante, que Rusia adquiriese una influencia preponderante en el Imperio otomano sobre las bases propuestas por la misión Menchikof? Tampoco. Todo lo más permitiría al Zar una retirada *honrosa*, consintiéndole la obtención de algunas satisfacciones formales por parte de la Sublime Puerta. Pero en la cuestión de fondo se mostraba irreductible, aunque desconocía, por el momento—abril de 1853—de qué medios se valdría para cerrarle el camino.

Los intereses económicos eran de importancia decisiva para tal firmeza. Los industriales ingleses estaban descontentos de la política aduanera rusa, que, para proteger a una industria todavía incipiente, sometía la importación de los tejidos de algodón a derechos triples o cuádruples que los de la tarifa austríaca o la de la *Zollverein*. Por otra parte, el Imperio otomano se había convertido, a partir del tratado de comercio de 1838, en un buen comprador de productos manufacturados ingleses y en un buen proveedor de cereales; las exportaciones

británicas a Turquía pasan de 1 394 000 libras en 1829, a 7 619 000 en 1847 y a 11 816 000 en 1848. En marzo de 1849 Palmerston se cuidó de subrayar en la Cámara de los Comunes la importancia de aquellas cuestiones económicas, insistiendo sobre los resultados que a tal respecto perseguía su política de conservación del Imperio otomano. Pero si bien dichas preocupaciones pudieron contribuir a formar en la opinión pública inglesa una corriente favorable a Turquía y hostil a Rusia, es difícil pensar que fuesen decisivas; no hay que olvidar que Cobden había respondido ásperamente a los argumentos de Palmerston. Los intereses políticos y estratégicos, decisivos en el pasado, seguían siéndolo a la sazón: deseo de conservar la preponderancia inglesa en el Mediterráneo; voluntad, por consiguiente, de conservar la barrera que a la expansión rusa oponía el Imperio otomano, impidiendo que las fuerzas navales rusas franqueasen los Estrechos.

Además, la actitud del gobierno francés apoyaba la resistencia inglesa; el 24 de mayo de 1853 Napoleón III ofreció a Gran Bretaña un acuerdo contra Rusia. Es poco probable que su finalidad fuese la de satisfacer a los medios católicos, eliminando de Levante la influencia de los ortodoxos, en beneficio de los religiosos latinos, porque tres semanas antes había aceptado una regulación del asunto de los Santos Lugares. Ciertamente, en septiembre de 1853, Thouvenel declaró que el establecimiento en Constantinopla de un *poder cristiano*, pero cismático, era una amenaza para la Santa Sede: "He aquí un punto de vista que no hay que descuidar." Pero no es posible deducir consecuencias valederas de esta simple indicación. ¿Deseaba también el Emperador obstaculizar el acceso de Rusia al Mediterráneo? Es posible, aunque la hipótesis no se apoya en ningún hecho preciso. Tampoco parecía pensar en obtener beneficios para el comercio francés. Ninguna de estas explicaciones resulta satisfactoria; ninguna se ve confirmada por los escasos documentos que permiten conjeturar el pensamiento del Emperador. La preocupación esencial está relacionada con la política general. Como prefacio a los grandes proyectos europeos con que soñaba, Napoleón III quería *neutralizar* a Gran Bretaña. No olvidaba —ni olvidaría nunca, salvo en 1869— aquella preocupación primordial. Su fin inmediato era ofrecer al gabinete británico el apoyo del ejército francés, proporcionarle el medio de derrotar a Rusia, borrando de esa forma las impresiones desfavorables causadas por el golpe de estado de 2 de diciembre. Trataba inclusive de obtener con tal ocasión la alianza inglesa. No ignoraba que aquella oferta podría originar una guerra con Rusia ni que dicha guerra, emprendida por los *intereses ingleses*, sería probablemente impopular en Francia. Admitía la eventualidad, porque veía en ella el instrumento necesario para orientar en un nuevo sentido las relaciones franco-inglesas. "Quiero la paz, si es posible; pero haciendo causa común con Inglaterra", escribió a su embajador en Londres el 25 de mayo de 1853. Y en septiembre repitió que haría honor a sus promesas, porque deseaba conservar la *alianza inglesa*.

¿Por qué al formarse aquella *entente* franco-inglesa no renunció el Zar—cuyas previsiones habían resultado fallidas—a sus proyectos? Sin duda, por una consideración de prestigio; pero también porque tenía la vaga esperanza de que la coalición franco-inglesa no se llevara a efecto. Y en realidad ni en Londres ni en París los gobiernos parecían todavía resueltos a llegar a la guerra. Aunque en Inglaterra los círculos de negocios se mostraban favorables a una colaboración anglo-francesa, de la que esperaban ventajas económicas, el Príncipe consorte se esforzaba en frenar a los intransigentes; en Francia, donde la cosecha había sido mala, el gobierno atravesaba dificultades financieras por haber tenido que conceder subvenciones para reducir el precio del pan. Sin embargo, la esperanza de disociar a Francia y Gran Bretaña resultó fallida. En París y en Londres, los ministros de Asuntos Exteriores parecían deseosos de probarse, recíprocamente, su resolución de hacer frente a Rusia. El 12 de septiembre, Clarendon y Aberdeen, sin consultar al Gabinete, declararon a Walewski que estaban dispuestos a enviar sus flotas de guerra a los Dardanelos. Entonces, el Zar calculó los peligros; y, a principios de octubre, se mostró inclinado a moderar sus exigencias. El gabinete inglés no se prestó a un compromiso. Nicolás I, demasiado comprometido para retroceder más, se vio obligado a un conflicto que no deseaba.

Cuando, el 4 de octubre de 1853, se iniciaron las hostilidades entre Turquía y Rusia, la entrada de las flotas inglesa y francesa en el mar Negro abrió el conflicto armado entre las grandes potencias.

### III. LA DERROTA RUSA

Las operaciones militares y navales tuvieron menor alcance en la guerra que la acción política. La dificultad principal con que se enfrentaban los franco-ingleses era la elección de un terreno de ataque eficaz. Se pensó en arrojar a los rusos de los principados danubianos, y el plan empezó a ponerse en ejecución; pero hubo de abandonarse debido a la declaración de una epidemia de cólera en el cuerpo de desembarco. Otro plan era ocupar las Aland, en el Báltico, para amenazar desde lejos a San Petersburgo. Los ingleses ensayaron un golpe de mano, pero al fracasar no se atrevieron a comprometerse más en aquella *trampa*. Finalmente, se adoptó la solución de atacar la base naval de Sebastopol, en Crimea. La elección de dicho punto estaba de acuerdo con los *objetivos de guerra* de los aliados, pues era preciso para proteger al Imperio otomano arrebatar a Rusia los medios de acción en el mar Negro. Pero las operaciones de sitio eran lentas y penosas y se dudaba de que la toma de Sebastopol bastase para obligar a los rusos a la paz. Conquistar Crimea sería solamente *vaciar un ojo al oso ruso*. Si el gobierno del Zar deseaba continuar la resistencia, las tropas adversarias no podrían pensar en penetrar profundamente en territorio ruso. Gran Bretaña y Francia no tardaron en percatarse de que existía

el peligro de que la guerra fuese larga y ambas tenían razones poderosas para desear una lucha corta; Napoleón III temía, si el éxito se retrasaba, la lasitud de la opinión pública y el descontento de los círculos de negocios, tanto más cuanto que en el conflicto Francia no tenía intereses esenciales que defender, y, por otra parte, el gabinete inglés, que perseguía una finalidad precisa, sabía perfectamente que sin un ejército considerable no podría vencer, en caso de que Francia se retirase. En consecuencia, la preocupación constante de los dos gobiernos fue ampliar la coalición para que el gobierno ruso se sintiera gravemente amenazado y se decidiese a solicitar la paz.

¿Qué alianzas eran posibles? Si Suecia aceptase participar en la guerra, suministraría una eficaz base de operaciones; pero rechazó la solicitud de Gran Bretaña, pues era lo bastante prudente para pensar que comprometería su futuro si adoptara partido contra Rusia, y aun admitiendo que una victoria le permitiese recuperar Finlandia, se preguntaba cuánto tiempo lograría conservarla. ¿No tendría que temer un desquite ruso? Quizá Piamonte-Cerdeña pudiera ofrecer su concurso. Cavour soñaba con ello desde que fue nombrado presidente del Consejo y buscaba la ocasión de adquirir amistades en el exterior. Pero aquella alianza no proporcionaría sino escasos efectivos y en manera alguna podría aportar soluciones en el aspecto militar. Los dos grandes Estados limítrofes con Rusia (Austria y Prusia) eran de una importancia primordial. Únicamente con su ayuda podría efectuarse una invasión del territorio ruso. Ya lo había observado así el mismo Zar en una entrevista con el embajador francés en 1853: “Los cuatro me podríais dictar la ley, pero esto no sucederá nunca, pues estoy seguro de Austria y de Prusia.” Los esfuerzos de Rusia para conseguir la neutralidad de las *potencias centrales* y los de Gran Bretaña y Francia para hacer entrar en el conflicto, al menos, a una de ellas tuvieron mayor importancia para la guerra que las luchas sangrientas en torno a Sebastopol.

Pero la posición de las dos potencias centrales era muy diferente, porque una de ellas tenía intereses balcánicos y la otra no.

Austria deseaba que se refrenase la política turca de Rusia, pues le habían parecido peligrosas las pretensiones de Menchikof y la voluntad de Rusia de sacar el máximo partido de su protectorado religioso sobre los ortodoxos. Aún le inquietaba más la ocupación rusa de los principados danubianos, ya que para su comercio exterior era necesaria la libertad de navegación en las bocas del Danubio (la compañía austríaca de navegación por dicho río tenía 53 buques en el mar Negro en 1853). El gobierno vienés podía pensar entonces que la ocasión era favorable para *romper* la política rusa, de acuerdo con las potencias occidentales. Y esta fue la opinión del presidente del Consejo, Alejandro Bach. Pero tal política era criticada por hombres de gran autoridad en los círculos dirigentes, el mariscal Radetzki principalmente, quienes no olvidaban la ayuda que la política rusa había

prestado a Austria en 1849 y en 1850 y creían necesario abstenerse de cuanto pudiera renovar desacuerdos y rencores. También temían proporcionar ocasión favorable para los adversarios alemanes e italianos de Austria si iniciaban una lucha contra Rusia. Y proyectaron aprovecharse de la guerra de Crimea para negociar con aquella un reparto de zonas de influencia en los Balcanes. Buol, ministro de Negocios extranjeros, estimaba necesario amenazar a Rusia con una intervención e incluso llegar, si preciso fuere, a la movilización; pero no quería participar en la guerra y pensaba que la amenaza bastaría para que el gobierno ruso abandonara sus planes balcánicos y evacuase los principados danubianos; Austria no tendría, pues, que abandonar su neutralidad.

La actitud de Prusia estaba determinada exclusivamente por su política alemana. ¿Tenía algún interés en debilitar a Rusia, que había contribuido grandemente a la *retirada* de 1850? En tal hipótesis, ¿debía establecer una acción conjunta con Austria? Los consejeros del rey, a pesar del acuerdo de Olmutz, no querían tomar partido contra Rusia por preocupaciones de política interior: el deseo de no romper la solidaridad de las fuerzas *conservadoras*. Y Bismarck, representante de Prusia en la dieta germánica, estimaba que su país podría adquirir nuevamente autoridad moral sobre los estados alemanes, si, con ocasión de aquel conflicto internacional, siguiera su política propia, en vez de ir por la *estela* de Austria.

Las potencias occidentales tropezaron, pues, con serias dificultades diplomáticas. Apenas tenían esperanza de que Prusia participase en el conflicto, pero deseaban arrastrar a él a Austria, tanto para acortar la guerra como para provocar el rompimiento del *frente* establecido por las monarquías conservadoras. Mas ¿era posible obtener el concurso de una sin el de la otra? En interés de su política alemana, el gobierno austríaco no quería provocar una situación que originase el peligro de que los estados alemanes *medios* se apartaran de su influencia aceptando sugerencias prusianas. El complejo enlazamiento de tales intereses produjo cambios bruscos de actitud durante la guerra.

El 8 de agosto de 1854, el gobierno austríaco aceptó la conclusión de un acuerdo con las potencias occidentales, para definir las *bases de la paz*. Son los *cuatro puntos de Viena*: Rusia tendría que renunciar a su influencia preponderante en los principados rumanos y abandonar sus pretensiones de protectorado religioso sobre la población ortodoxa del Imperio turco; a dichos privilegios rusos sustituiría una garantía colectiva de las grandes potencias. La libertad de navegación en las bocas del Danubio sería garantizada por un acuerdo internacional. Y, por último, la Convención de los Estrechos de 1841 sería revisada en sentido evidentemente perjudicial para los intereses rusos.

Pero Francia y Gran Bretaña querían obtener más: el gobierno austríaco debería prometer, en caso de que el Zar no cediera en los dos meses siguientes, que se pondría de acuerdo con las potencias

occidentales para imponer a Rusia los *cuatro puntos*; de esta forma Austria aceptaría considerar, aunque fuese a largo plazo, una colaboración armada. Los círculos dirigentes austríacos intentaron volverse atrás, pero la presión franco-inglesa era fuerte: *o alianza o ruptura*. Y Napoleón III dejó entender que, en este último caso, *resucitaría* la cuestión polaca. Francisco José cedió ante la amenaza de dimisión de Buol, y firmó el acuerdo solicitado el 2 de diciembre de 1854; por su parte, Francia y Gran Bretaña se comprometían a no tolerar, durante la eventual guerra austro-rusa, un movimiento revolucionario en Italia, y aceptaban que la ejecución del acuerdo se subordinase al concurso armado de la Confederación germánica.

Pero llegado el momento no se cumplió esa condición esencial. ¿Qué interés podía tener Prusia en favorecer un éxito austríaco en Europa oriental? Y, por iniciativa de Bismarck, la dieta germánica rehusó acceder—8 de febrero de 1855—a la movilización de las fuerzas federales. Por tanto, el acuerdo de 1854 quedó en letra muerta.

Para obligar a Austria, las dos potencias occidentales adoptaron—una iniciativa francesa—una política de intimidación, aceptando la negociación que Cavour les venía ofreciendo desde hacía algún tiempo. Por el tratado de 28 de febrero de 1855 el gobierno sardo se comprometió a intervenir en la guerra de Crimea, y las dos potencias occidentales se declararon dispuestas a interponer sus *buenos oficios* en favor de la política sarda en la cuestión italiana. Francia y Gran Bretaña esperaban ciertamente un beneficio directo de aquel tratado: la ayuda de un cuerpo expedicionario sardo en el sitio de Sebastopol; pero consideraban principalmente el efecto que podía producir en Viena la perspectiva de su intervención diplomática en los asuntos italianos, *pistoletazo en la oreja de Austria*. No obstante, vacilaban todavía en llevar adelante aquel tipo de presión. Y por ello dejaron entender a Viena que, en caso de que Austria se decidiera a apoyarnos contra Rusia, se opondrían a una iniciativa del estado sardo en Italia. Y hasta el otoño de 1855, después de la caída de Sebastopol, Napoleón III (impaciente por terminar) no anunció la visita del rey Víctor Manuel a París. Entonces, el gobierno austríaco se decidió a enviar un ultimátum a Rusia (16 de diciembre). Un mes más tarde el nuevo Zar, Alejandro II (que había sucedido en marzo a Nicolás), se resignó a aceptar los *cuatro puntos*.

Fue, pues, la amenaza armada de Austria lo que acabó con la resistencia rusa.

La derrota rusa tuvo importantes repercusiones en la cuestión otomana. Por el tratado de París de 30 de marzo de 1856 el Imperio de los zares perdió las ventajas adquiridas, un siglo antes, por los tratados de Kainardji (protectorado sobre los ortodoxos) y Andrinópolis (preponderante influencia en los principados danubianos), ya que el tratado colocaba al Imperio turco bajo la garantía colectiva de las potencias signatarias. Pero lo grave para Rusia era principalmente que



abandonaba—en principio—la esperanza de volver a adquirir ventajas. Por una interpretación demasiado amplia del *tercer punto de Viena*—que se refería a la revisión de la Convención de 1841—, el artículo 11 del Acta General del Congreso de París imponía a Rusia y a los demás estados ribereños la neutralización del mar Negro, es decir, la prohibición de tener en él flotas de guerra o arsenales. Era una cláusula esencial, porque impedía al gobierno ruso la violación del *cierre* de los Estrechos y ejercer sobre el Imperio turco una presión directa. Tal exigencia, impuesta por Palmerston y aceptada por Napoleón III contra el consejo de Drouyn de Lhuys, fue la que prolongó la guerra; sin ella, el Zar habría cedido ocho meses antes. La neutralización del mar Negro fue un éxito de la política inglesa.

El Congreso de París no se ocupó exclusivamente, es cierto, en los asuntos otomanos. En interés de Suecia decidió que Rusia no pudiera fortificar las islas Alánd, en el Báltico; estableció, conforme a los deseos austríacos, la libertad de navegación en las bocas del Danubio bajo el *control* de una comisión internacional; prometió a los principados danubianos, liberados de la vigilancia rusa, una *administración independiente y nacional* dentro del Imperio otomano; fijó las reglas de derecho marítimo en tiempo de guerra—bloqueo y guerra de corso—, y, por último, proporcionó ocasión a Cavour de tratar ante la opinión internacional—con el asentimiento de Napoleón III—dos aspectos de la cuestión italiana: la situación del estado pontificio y la del reino de las Dos Sicilias, consiguiendo así a los ojos de los patriotas italianos un beneficio moral. Todo esto tuvo gran importancia para el futuro. Tampoco era indiferente para el prestigio del emperador de los franceses ni para el porvenir de la política imperial que el Congreso se celebrara en París, ni que cincuenta años después de los tratados de 1815 Francia hubiera vuelto a desempeñar un papel de primera importancia en las relaciones internacionales. No obstante, fue Gran Bretaña la que obtuvo ventajas efectivas inmediatas. Cierto que Palmerston no se hacía ilusiones respecto a su duración. Pensaba que en la primera ocasión favorable el gobierno ruso se liberaría de la neutralización del mar Negro, y esperaba solamente haber adquirido “diez años de tranquilidad en la cuestión de los Estrechos”.

Pero las consecuencias de aquella guerra se hicieron sentir más allá de la *cuestión de Oriente*. Por una parte, Austria quedaba condenada a un aislamiento que la debilitaría, al abandonar, bajo la presión franco-inglesa, la política de acuerdo con Rusia que seguía desde 1833. Por otra, la derrota mostró al gobierno del Zar la necesidad de establecer reformas de gran alcance en la estructura administrativa, en la organización de los transportes y en la vida social: creación de *zemtvos*, construcción de ferrocarriles y, sobre todo, abolición de la servidumbre. Obra de gran aliento esta, que se efectuó gradualmente en los diez siguientes años. Mientras realizaba aquel esfuerzo de reajuste interior, el gobierno ruso se veía en la imposibilidad de pensar en

comprometerse en una acción exterior de cierta amplitud. La política zarista no podía, pues, desempeñar en favor del *statu quo* el papel que tuvo en 1848 y 1849, y estaba obligada a observar únicamente los acontecimientos. Seis años después del Congreso de París, el agregado militar francés en San Petersburgo, consignaba que el ejército ruso, no obstante sus considerables efectivos (870 000 hombres en pie de guerra, incluidas las reservas), carecía de *valor ofensivo*; en caso de guerra general, apenas lograría enviar 100 000 hombres a la Europa central, por no poder utilizar en las operaciones activas sus tropas de reserva, mal instruidas y peor encuadradas, y porque tendría, además, que vigilar a los polacos, defender la frontera del Cáucaso y dejar *en el interior* por lo menos 150 000 hombres del ejército activo “por la fermentación de los espíritus, consecuencia de la liberación de los siervos”.

Este eclipse de Rusia y la ruptura del frente de las grandes monarquías conservadoras ofrecieron perspectivas favorables para la política revisionista de Napoleón III.

#### BIBLIOGRAFIA

**General.**—H. TEMPERLEY: *England and the Near East. The Crimea*, Londres, 1936.—É. TARLE: *Krimskaja voïna*, Moscú, 1944, 2 vols.—CH. DE GUICHEN: *La Guerre de Crimée (1854-1856) et l'Attitude des Puissances européennes*, París, 1936.

**Sobre los orígenes.**—V. PURYEAR: *England, Russia and the Straits Question, 1844-1856*, Berkeley, 1931; *International Economics and Diplomacy in the Near East, 1834-1853*, Berkeley, 1936; *New Lights on the Origins of the Crimean War*, en “Journal of Modern History”, 1949, págs. 218-234.—F. E. BAILEY: *The Economics of British Foreign Policy, 1825-1850*, en “Journal of Modern History”, diciembre 1940, págs. 449-484.—J. H. GLEASON: *The Genesis of Russophobia in Great Britain*, Harvard Univ., 1950.

**Sobre la guerra.**—G. S. HENDERSON: *Criméan War Diplomacy and other Essays*, Glasgow, 1947.—F. VALSECCHI: *Il Risorgimento e l'Europa. L'Alleanza*

*di Crimea*, Roma, 1948.—F. WAGNER: *Cavour und der Aufstieg Italiens im Krimkrieg*, Stuttgart, 1940.—K. BORRIES: *Preussen im Krimkrieg 1853-1856*, Stuttgart, 1930.—F. ECKART: *Die deutsche Frage und der Krimkrieg*, Berlín, 1931.—H. FRIEDJUNG: *Oesterreich von 1848-1860*, Stuttgart, 1908-1912, 2 vols.—C. F. PALMSTIERNA: *Sverige, Ryssland och England, 1833-1855*, Estocolmo, 1932.—C. RUNEBERG: *Sveriges Politik under Krimkriget Neutralitets Forklaringen, 1853-1854*, Helsingfors, 1934.

**Sobre el Congreso de París y sus consecuencias inmediatas.**—H. TEMPERLEY: *The Treaty of Paris, 1856, and its execution*, en “Journal of Modern History”, 1932, págs. 387-414 y 523-543.—*Kistorij Parijskogo mira 1856*, en “Krasny Arkhiv”, 1936, págs. 10-61 (documentos).—F. CHARLES-ROUX: *Alexandre II, Gortchakoff et Napoleon III*, París, 1913.—F. VALSECCHI: *L'Unificazione italiana e la Política europea, 1854-1859*, Milán, 1940.

## CAPITULO XV

## LAS TRANSFORMACIONES DEL EXTREMO ORIENTE

Estos años señalan una etapa decisiva para los países de Extremo Oriente. Entre 1854 y 1860 el Japón se vio obligado a someterse a influencias *occidentales*; en Indochina comenzó la conquista colonial; al mismo tiempo el mercado chino, ya entreabierto en 1842, se abrió más ampliamente. La difusión de las técnicas europeas determinaría cambios profundos en la vida de estas sociedades de Extremo Oriente.

## I. LA APERTURA DEL JAPON

Desde que, después de la guerra del opio, China tuvo que abandonar la política de *aislamiento*, las potencias occidentales trataron de conseguir en el Japón ventajas análogas: acuerdos comerciales y, sobre todo, posibilidad de hacer escala en los puertos japoneses. Las primeras potencias que manifestaron interés en esta cuestión fueron, naturalmente, las del Pacífico Norte: Rusia y Estados Unidos, que habían podido convencerse de que el gobierno japonés no estaría dispuesto a las negociaciones. Y a partir de 1848 ambas pensaron en obligarle a ello. Los Estados Unidos se habían hecho ribereños del Pacífico después de su guerra con Méjico. Rusia, bajo el impulso de Muravief, gobernador general de Siberia, estableció un puerto de guerra en el Pacífico—Petropavlosk—al mismo tiempo que ocupaba la desembocadura del Amur.

El Japón era incapaz de resistir a esta presión no solo porque atravesaba por una crisis interior (1), sino porque su numerosa nobleza militar—500 000 *samurais*—, animada de un profundo sentimiento patriótico y de un ardiente espíritu de sacrificio, no constituía un verdadero ejército. Esta casta militar no había podido conocer, por la política de *aislamiento*, ninguna de las técnicas europeas; únicamente a partir de 1830 algunos daimíos habían comenzado a adquirir fusiles y cañones a los comerciantes holandeses; pero el armamento nipón era, con estas únicas excepciones, casi el mismo que a principios del siglo XVII. Imposible, pues, que el gobierno shogunal se opusiese a una tentativa de desembarco.

En 1851, y casi simultáneamente, se tomó la decisión de recurrir a una amenaza armada en Washington y en San Petersburgo. Los americanos fueron los primeros en disponerse; en julio de 1853 la escua-

dra del comodoro Perry tomó la delantera en las costas japonesas a la escuadra rusa de Putianin, que procedía del Báltico. Perry había recibido la orden de no emplear la fuerza salvo en caso de legítima defensa, y se limitó a entregar una carta al gobierno japonés, anunciándole que vendría a buscar la respuesta al año siguiente. En marzo de 1854, en su segundo viaje, obtuvo fácilmente la apertura de negociaciones. El 31 de este mes se firmó el tratado de Kanawaga, que concedía a los americanos el derecho de residencia, de hacer escala y de poder comprar y vender en dos puertos de importancia secundaria, si bien por mediación de funcionarios nipones. En 1858, en el momento en que los acontecimientos de China (1) demostraban a los japoneses los peligros de una posible negativa, se ampliaron tales disposiciones: se *abrieron* cinco nuevos puertos a los americanos (Yokohama, entre ellos), obteniendo aquellos, además, el derecho de entablar relaciones comerciales directas con la población y el beneficio de extraterritorialidad, pudiendo acreditar también una representación diplomática cerca del gobierno japonés. Inglaterra, Rusia, Francia y Holanda obtuvieron análogos acuerdos. En cuatro años, pues, Japón se abrió a la influencia occidental, abandonando la política de aislamiento adoptada hacía dos siglos.

A diferencia del gobierno chino, el japonés—es decir, el shogunal (2)—opuso resistencia armada a las peticiones extranjeras. Consultados, sin embargo, por el Shogún los grandes señores feudales, entre las dos *visitas* de Perry, habían aconsejado, en su mayor parte, oponerse a las exigencias americanas. Creían que si Japón *abría su puerta* se exponía a que los extranjeros exigiesen bases navales (¿no había China perdido Hong-Kong?), llegando a amenazar la independencia del Japón. Y aunque no fuera así, constituiría ya un peligro el simple hecho de autorizar el comercio, pues las exportaciones privarían, a la población nipona, de géneros alimenticios y materias primas indispensables para su vida cotidiana, mientras que las importaciones no suministrarían más que géneros *inútiles*. Pero, ¿era posible esta política de resistencia? Abe Masahiro, jefe del gran consejo shogunal, no lo creía posible; otro tanto pensaba el daimío de Satsuma, que había introducido en su feudo algunas innovaciones de la técnica occidental. ¿Cómo podrían resistirse los *samurais* ante los cañones americanos? ¿No había provocado, incluso, un principio de pánico la simple aparición de la flota de Perry ante la costa? En los grandes Estados extranjeros—dice una memoria redactada por el Shogún—“el arte de la navegación y los recursos militares navales han llegado a su pleno desarrollo. Una guerra contra ellos obtendría, quizá, algunos éxitos temporales; pero cuando nuestro país fuera asaltado por sus armamentos, sufriríamos las consecuencias que el ejemplo de China nos permite adivinar”. Haciendo,

(1) Véase anteriormente, pág. 228.

(1) Véase más adelante, pág. 248.

(2) Véase anteriormente, pág. 226.

pues, caso omiso del parecer de la mayoría de los daimíos, los consejeros del Shogún tomaron el partido de inclinarse ante lo inevitable; y se limitaron a adoptar precauciones para impedir la exportación de arroz y de cereales.

Pero—y este es el hecho de mayor importancia—mientras el gobierno chino, incluso después de su capitulación, intentó que la vida del país siguiera con arreglo a sus tradiciones, el japonés comprendió en seguida el partido que podría sacar de la situación que se le había obligado a adoptar. En una memoria de marzo de 1858, el Shogún—sin duda a instancias de sus consejeros, pues el personaje era grotesco—indicó que el país debería, en lo sucesivo, adoptar una nueva forma de vida, inspirándose en los métodos y técnicas occidentales; y, siguiendo su ejemplo, desarrollar sus recursos económicos y sus fuerzas militares. “Entonces podremos entrar en el concierto de las naciones, y ligarnos a las potencias cuyos principios sean idénticos a los nuestros.” De esta forma, el Japón aseguraría su posición nacional, pudiendo desempeñar en el mundo un papel de gran importancia y alcanzar un gran destino. Por tanto, la preocupación por el interés nacional es lo que hizo que algunos japoneses, en número escaso aún, se inclinasen a aceptar una profunda transformación de la vida económica y social.

Pero, si bien el gobierno shogunal aceptaba la política de *apertura*, ¿conseguiría que la aceptase la población japonesa? La decisión no había sido tomada, únicamente, contra el consejo de la mayoría de los señores feudales, sino contra el del Emperador, que, después de perder, hacía dos siglos, el poder efectivo, había sido consultado, a título de excepción, y se había negado, invocando la *dignidad nacional*. El régimen shogunal se vio, pues, amenazado en adelante por los partidarios de la restauración del poder imperial. Por otra parte, entre los samurais, custodios de la tradición militar, eran numerosos los que se negaban a admitir la política de renunciación, y que se sentían humillados. En fin, la masa de la población observaba, en su vida diaria, los inconvenientes de la *apertura*, que provocó, durante los primeros años, dificultades económicas y financieras: alza de precios, porque las adquisiciones efectuadas por los extranjeros mermaban las disponibilidades de materias primas; desaparición de la moneda-oro, que los extranjeros adquirían para revenderla en Europa o en los Estados Unidos, con un beneficio del 50 por 100 (1). De esta forma, los móviles sentimentales convergían con las causas materiales para provocar un violento movimiento xenófobo. La consigna era *expulsar a los extranjeros*. Al principio, el movimiento se dirigió contra el gobierno shogunal, que había puesto en peligro la independencia nacional; y se produjeron atentados políticos contra los ministros o sus agentes. Pronto se extendió a los extranjeros: doce asesinatos y dos incendios de legaciones entre 1859 y 1862. Por fin, el

(1) La razón de valor entre plata y oro era en Japón de 8 a 1, mientras que en los Estados Unidos y en Europa era, entonces, de 15 a 1.

5 de junio de 1863, el Emperador ordenó al Shogún *expulsar a los bárbaros*, fijando para ello la fecha del 25 de junio.

Las potencias occidentales viéronse, pues, obligadas a intervenir. Indudablemente no ignoraban—por comunicación secreta del Shogún—que el gobierno no haría nada para la aplicación del decreto de expulsión, pero lo consideraban impotente para asegurar el respecto de los tratados. Y se decidieron a suscitar la crisis por la fuerza. La escuadra inglesa bombardeó Kagoshima, porque el daimío de Satsuma se negó a castigar a los asesinos de un inglés; las escuadras francesa y americana penetraron en el Estrecho de Simonoseki, cuyo paso acababa de prohibirse a los barcos mercantes extranjeros, y destruyeron los fuertes. Estas demostraciones decidieron al Emperador, sabedor ya de las consecuencias que podrían derivarse de un conflicto con las grandes potencias, a romper con los jefes del movimiento xenófobo y a revocar el 30 de septiembre de 1863 el decreto de expulsión. Pero siguió negándose a ratificar los acuerdos de 1858, y para obligarle a ello, los representantes de las potencias occidentales acordaron una nueva demostración naval, esta vez ante Osaka, el puerto más próximo a Kioto, y le enviaron un ultimátum. El 24 de noviembre de 1864 se produjo la ratificación e incluso el Emperador se vio obligado a insertar una nueva concesión en los tratados: el Japón se comprometía a limitar a un 5 por 100 *ad valorem* los derechos aduaneros. Desde el punto de vista internacional la cuestión estaba, pues, solucionada, ya que la política exterior de la Corte Imperial seguía la misma orientación que la del gobierno shogunal. El movimiento contra los extranjeros no cesó en seguida, pero conservó un carácter únicamente esporádico. Y las potencias occidentales no intervinieron en la crisis interior japonesa de 1867-68 (lucha entre régimen shogunal y poder imperial). Y, sin embargo, ¿no había sido el gobierno shogunal el que decidiera la *apertura* del Japón? Pero la subida al trono el 30 de enero de 1867 del joven emperador Mutsuhito—cuyos consejeros eran samurais reformadores deseosos de reorganizar el gobierno y la administración sobre bases modernas—tranquilizó a las legaciones extranjeras. Y en realidad, inmediatamente después del golpe de estado de 3 de enero de 1868, que suprimió el régimen shogunal, una ordenanza imperial prescribió al pueblo nipón que reconociera los derechos y privilegios concedidos a los extranjeros.

Este simple esbozo no puede bastar, sin embargo, para explicar aquellos acontecimientos, de importancia tan grande para la historia mundial. ¿Por qué los partidarios de la restauración del poder imperial se asociaron al principio al movimiento *antiextranjero* y modificaron en seguida su postura? Es posible que el grupo de samurais reformadores—Okubo, Saigo, Goto, que formaban en 1867 el séquito del nuevo emperador—se adhirieran a partir de 1858 a la política de *apertura* de Japón—como entre 1859 y 1865 al movimiento *antiextranjero*—únicamente por oportunismo, porque habían visto en aquella táctica

tica el mejor medio para quebrantar el poder shogunal. Y al conseguir lo que deseaban y ver abierto ante ellos el camino del poder, estos *reformadores* abandonaron sin sentimiento la política de resistencia a la dominación extranjera, que no había sido para ellos más que un medio. La explicación es verosímil, sin duda; pero no descansa en pruebas ciertas. ¿Y cómo explicar la actitud del grueso de la población japonesa, que, después de haberse conmovido con un violento acceso de xenofobia, aceptó dócilmente algunos años más tarde el contacto con los extranjeros? Ciertamente el Emperador había apelado al principio de autoridad y el pueblo japonés tenía el sentimiento de la disciplina. Pero es dudoso que el prestigio imperial—después de dos siglos de eclipse—pudiera ejercer de repente una acción decisiva. El papel de los grandes daimíos del Sudoeste, por último, es difícil de explicar; en 1863 las grandes potencias se habían visto obligadas a efectuar contra ellos las demostraciones navales y fueron ellos también los que en 1868 contribuyeron a la destrucción del régimen shogunal en beneficio de un Emperador cuyos consejeros estaban de parte de la política de *apertura*. Entre ambas fechas habían comprendido, sin duda, la futilidad de una política de resistencia a los occidentales. Pero ¿no podrían haber comprendido igualmente que el contacto con los extranjeros podía originar la desaparición del régimen feudal?

No obstante, estas dudas, por importantes que sean para el estudio de la historia japonesa, son secundarias para la historia de las relaciones internacionales, a la cual le importa solamente el resultado de la crisis: los dirigentes japoneses aceptaron las enseñanzas de Occidente porque veían en ello un medio de devolver poderío a su país.

## II. LA EXPEDICION A CHINA EN 1858-1860

La *apertura* de China, efectuada en 1842 a iniciativa de Gran Bretaña, había sido de resultados limitados, porque la aplicación de los tratados se vio dificultada por la resistencia pasiva de la población china y del gobierno imperial (1). Palmerston pensó a partir de 1850 en barrer aquellos obstáculos; mas no logró realizar su proyecto, a causa, sin duda, de la crisis europea. Pero la guerra civil china, que comenzó en 1853 (2), presentó perspectivas favorables para la política de las potencias occidentales; en febrero de 1854 el gobierno inglés propuso a Francia *aprovecharse* de dicha guerra civil para "anudar más estrechos lazos con el Celeste Imperio", y el momento parecía oportuno para exigir del gobierno chino, mediante una *ostentación de fuerza*, la aplicación efectiva de los tratados de 1842-1844. ¿Y por qué no aprovecharse también para conseguir un acceso más amplio al mercado chino? Los occidentales deseaban ejercer también su actividad fuera de los *cinco puertos*, obtener el derecho de penetrar en el interior

del país y, sobre todo, el de utilizar la vía navegable del Yang-Tsé, *principal arteria del comercio*. Los móviles que orientaban tales decisiones eran, pues, indudablemente económicos. Sobre estas bases Gran Bretaña trató de establecer una colaboración con Francia y con los Estados Unidos, que impulsaba con tanta más actividad cuanto que temía que Rusia, después de su derrota en Crimea, buscara un campo de acción en el Asia oriental. Las posiciones estaban ya adoptadas cuando en 1856 se produjeron los incidentes que sirvieron a los gobiernos para justificar ante la opinión pública el hecho de su intervención: el asesinato del Padre Chapdelaine, misionero francés, que había penetrado en el interior, y el arresto por la policía china de dos marineros pertenecientes a un mercante de pabellón británico.

En la primavera de 1857, comenzó aquel nuevo esfuerzo de *presión armada* sobre el gobierno chino. Gran Bretaña consiguió la participación de Francia en una pequeña expedición; pero los Estados Unidos se negaron a adoptar medidas militares y se contentaron con conceder su apoyo diplomático a la empresa. Para el gobierno inglés esto no pasaba de ser una medida de intimidación. Pero como el gobierno chino, no obstante la gravedad de la situación interior del Imperio, se negaba a entrar en negociaciones, fue necesario emplear la fuerza. Mas los franco-ingleses se cuidaron de no emplearse a fondo, contentándose en mayo de 1858 con apoderarse de los fuertes en la desembocadura del Pei-Ho e imponer la firma de convenciones sin exigir su inmediata ratificación. En junio de 1859 se negaron a ello los chinos, y los plenipotenciarios fueron recibidos a tiros. Los gobiernos occidentales corrieron el peligro, si no reaccionaban, de perder toda su influencia en China, y entonces prepararon una verdadera campaña, que culminó en la victoria de Palikao y en la toma de Pekín (octubre de 1860). El tratado de Pekín—25 de octubre de dicho año—estableció el nuevo estatuto para los extranjeros: apertura al comercio de once nuevos puertos, marítimos o fluviales—Tient-Tsin y Nankín entre ellos—; autorización a los buques mercantes de remontar el Yang-Tsé hasta Hañ-keu tan pronto fuese reprimida la *revolución* de los taipings; derecho de viajar por el interior de China, pero sin establecer permanentemente su residencia, a lo que fueron autorizados solamente los misioneros; privilegio de jurisdicción, que eximía a los extranjeros de la competencia de los tribunales chinos no solamente en los asuntos criminales, sino también en los civiles, cuando fueran demandados; presencia permanente en Pekín de agentes diplomáticos extranjeros. De aquella forma se daba satisfacción a todo el programa británico.

Pero quedaba aún un obstáculo real que vencer, pues la revolución de los taipings paralizó los intercambios comerciales en el interior de China, y la presencia del gobierno de Hong en Nankín impedía el acceso a los grandes mercados del valle del Yang-Tsé. Ingleses y franceses, que, por otra parte, vigilaban de cerca sus iniciativas respectivas y eran mutuamente sospechosos de querer obtener preponderante in-

(1) Véase anteriormente, pág. 185.

(2) Véase anteriormente, pág. 224.

fluencia en Pekín, pensaron conceder al gobierno imperial—una vez este se resignó a una política de *apertura*—ayuda naval y militar para reprimir la rebelión. Esta ayuda hizo más rápida la victoria de los imperiales, y en julio de 1864 se hundió el gobierno de los taipings.

En estos años críticos, que decidieron la suerte de China para más de medio siglo, la política de las potencias europeas fue vacilante. Aunque haciendo la guerra al gobierno imperial, en el fondo, Inglaterra y Francia le guardaron ciertas consideraciones; tardaron dos años en iniciar las operaciones militares, porque tenían provocar la *disolución* del Imperio chino, eventualidad peligrosa, a su modo de ver. Al capitular la dinastía manchú ante el cuerpo expedicionario, apenas vacilaron en consolidarla, suministrándole ayuda armada contra los taipings.

¿Habían incurrido en error los gobiernos inglés y francés? ¿No deberían, por el contrario, haber concedido ayuda a los taipings, que decían desear *regenerar* e incluso *occidentalizar* a China? Al principio de la rebelión, muchos agentes ingleses y franceses en China habían sugerido esa política. "Es probable—había pensado en 1853 el representante de Gran Bretaña—que podamos conseguir de los insurgentes más ventajas políticas y comerciales que de los imperiales." Pero los contactos con el gobierno de Nankín habían demostrado que los jefes de los taipings, aun siendo capaces de establecer una organización puramente militar, no se preocupaban en absoluto de organizar la vida económica y apenas de respetar los intereses del comercio extranjero. Por ello les había parecido prudente al principio conservar la neutralidad y limitarse a proteger, al producirse la marcha de los taipings sobre Shanghai, los barrios habitados por los europeos. Solo en 1860, durante la campaña de Pekín, el alto comisario inglés, lord Elgin, pensó por un momento en *hacer triunfar a las gentes de Nankín* para acabar con la resistencia del gobierno imperial: pero el barón Gros—su colega francés—había visto en ello una complicación inútil y peligrosa. Y al ayudar, por fin, a partir de 1862 a que el gobierno imperial restableciese su autoridad en el valle del Yang-Tsé, las potencias obtuvieron el resultado que más les importaba: el acceso a los grandes centros comerciales del territorio chino.

Después de veinte años de dificultades, la *apertura* de China era un hecho consumado. Ello beneficiaba, sobre todo, a Gran Bretaña. Única en poseer una base naval en la costa china, ocupó en el mercado chino una posición muy superior a la de las otras potencias (85 por 100 del comercio exterior). Sus comerciantes y sus banqueros invirtieron en los *puertos abiertos* importantes capitales (40 millones de libras a partir de 1856) en adquisición de terrenos y en construcción de inmuebles, así como en provisión de mercancías. No veía obstáculo alguno en que las otras potencias participasen en este mercado, pero daba por descontado que conservaría la preponderancia. ¿De dónde podía venir la competencia?

Para  *cubrir* sus posesiones de Siberia, Rusia colonizó la región del

Usuri, llevando allí a campesinos rusos, y desde 1860 poseía una base naval en el Pacífico: Vladivostok. En la misma fecha, los comerciantes rusos obtuvieron el derecho de establecer tres depósitos en la ruta de caravanas de Mongolia y del Turquestán—en Urga y en Kalgán—y de comerciar en el mismo Pekín. Los rusos sospechaban que los ingleses querían conseguir en los mares de China un dominio efectivo, que sería peligroso para el ruso en la región del Amur, y los ingleses tenían ver a los rusos, vecinos directos del Imperio chino, ejercer presión sobre la dinastía manchú. Por el momento la rivalidad no era comercial; a este respecto, la superioridad inglesa resultaba aplastante. Pero para conservar en el plano económico la situación adquirida, Gran Bretaña necesitaba poseer en los círculos gubernamentales de Pekín una influencia que Rusia podía disputarle.

El lugar de Francia en el comercio exterior chino era modesto, pero ejercía cierta influencia por su *protectorado* sobre el conjunto de las misiones católicas del país. El papel que había desempeñado entre 1858 y 1860, conjuntamente con Inglaterra, indicaba evidentemente que su gobierno intentaba conseguir en China ventajas directas; a comienzos de 1858 (1) Napoleón III había pensado en obtener la posesión de un punto naval de apoyo en las costas chinas. Seguía en esto el ejemplo de los ingleses en Hong-Kong y había puesto sus miras en las islas de Chu-San, en las cercanías de la desembocadura del Yang-Tsé. Estas islas habían sido ocupadas por un pequeño cuerpo de desembarco francés cuando se emprendieron operaciones contra el gobierno de Pekín. Pero después de la guerra china Inglaterra protestó, y Napoleón III decidió evacuarlas para no poner en peligro las relaciones franco-inglesas en la política general. Desde entonces, dirigió su atención a Indochina. La política francesa dejaba, pues, de hecho, el campo libre a Gran Bretaña en China.

Desde el punto de vista económico, los Estados Unidos eran los competidores más activos de los ingleses. Algunos círculos de negocios y sus portavoces en el Congreso declararon que los americanos estaban mejor situados que los europeos para obtener un papel dominante en la explotación del mercado chino. Las bases de este comercio serían la exportación del algodón americano y la importación de té y seda. También se intentó valorizar los recursos chinos en carbón y minerales. Pero el gobierno de Washington no quería emplear la fuerza contra el chino, y aún aprobando en 1858-60 los objetivos de la expedición franco-inglesa, rehusaba participar en ella, lo que no le impidió obtener por el tratado de Pekín las mismas ventajas que los europeos. Al presentarse como *amigo* de China y negarse a toda pretensión territorial, intentaba lograr una situación ventajosa, esperando obtener una acogida favorable en la Corte de Pekín a expensas de Gran Bretaña.

(1) Tal idea había sido expuesta en un artículo del *Moniteur* el 25 de enero de 1858.

El Imperio chino se convirtió, pues, en campo de rivalidad económica de las grandes potencias. Pero la expansión occidental era lenta en la penetración del país, porque se enfrentaba con una resistencia pasiva; la dinastía conocía los peligros que para ella significaría una *modernización*; los *letrados*, de entre los cuales se sacaban los funcionarios, seguían viéndolo en el respeto a las tradiciones, el desdén hacia las ciencias exactas y la convicción de la superioridad de las concepciones intelectuales chinas; la masa de la población desconfiaba de los extranjeros, a quienes despreciaba.

### III. LA APERTURA DE INDOCHINA

La apertura de Indochina, debida a la acción simultánea casi de Francia y de Gran Bretaña, fue consecuencia de los acontecimientos de China. Sin duda, en sus orígenes no se expresó claramente el propósito. Pero de hecho se estableció un lazo entre las etapas de la cuestión china y la penetración en Indochina. Las condiciones en que se efectuó esta última fueron muy diferentes de las que se produjeron por la misma época en China o en Japón, ya que, indudablemente, el mercado indochino no podía ofrecer a la exportación de los productos industriales europeos sino beneficios limitados. Lo que determinó la acción de las potencias europeas fue sobre todo el deseo de adquirir en los flancos del Imperio Medio caminos de acceso—los valles de los ríos indochinos—que permitieran al comercio penetrar en las provincias meridionales de aquel. Para llevar a cabo tal programa, era necesario ocupar en la península bases de partida; efectuar, pues, una conquista territorial; mientras que en China las potencias occidentales se contentaban a lo sumo con apoderarse de algunas islas próximas, y en Japón no intentaron adquisición alguna de territorios en el archipiélago nipón propiamente dicho. Aquella conquista se presentó como relativamente fácil, porque Indochina carecía de unidad cultural y política. Entre sus poblaciones, unas, las de Camboya sobre todo, habían recibido la influencia de la civilización india; otras—en Siam y Anam—eran de origen chino, y, por último, las tribus montañosas de las regiones del Iravadi y del Saluén tenían origen tibetano. Si se prescinde de los pequeños principados, que se repartían el valle medio y alto del Mekong, y de los sultanatos malayos de la parte meridional de la península de Malaca, Indochina estaba dividida en cuatro estados principales: Camboya, reino *agonizante* que carecía de ejército permanente; Siam, cuyos tres millones y medio de habitantes se hallaban encuadrados en una organización política y administrativa completamente rudimentaria y cuyo ejército no representaba una fuerza organizada, a pesar de poseer armas de fuego europeas; Birmania, de población aproximada a la de Siam, sin ejército regular siquiera, y Anam, el estado más poblado y poderoso, cuya organización política y administrativa estaba calcada de la de China. Este último era el único que parecía hallarse en condiciones de

oponer resistencia efectiva a la penetración de los blancos. En 1821 su soberano decidió expulsar a los escasos europeos establecidos en el país, y como los misioneros franceses y españoles habían conservado, a pesar de esta orden, una actividad clandestina, ordenó su persecución a partir de 1833. Pero las potencias europeas no tenían que temer que la resistencia anamita fuese apoyada por los otros estados, pues Anam y Siam eran rivales en el Mekong medio, donde ambos pretendían ejercer su influencia sobre el principado de Vien Tian, y también en el bajo, donde Camboya parecía destinado a desaparecer en beneficio de uno u otro de sus vecinos; en fin, Siam y Birmania habían estado en conflicto durante mucho tiempo en el siglo XVIII. El terreno presentaba, pues, aspecto favorable para las iniciativas europeas.

Gran Bretaña puso sus miras en Birmania y Siam. En 1826, para oponerse a las amenazas del rey de Birmania contra Chittagong—factoría inglesa en la costa oriental del golfo de Bengala—, envió al delta del Iravadi una expedición militar, y obtuvo la cesión de Arakán, en la región costera. En 1852, con ocasión de un incidente de poca importancia (el arresto de dos capitanes de la marina mercante inglesa), una nueva expedición inglesa se apoderó del delta del Iravadi y del puerto de Rangún, privando así de acceso al mar al reino birmano y obteniendo un medio de presión que le permitiría establecer antes o después su supremacía comercial y su influencia en aquel estado. Y por el valle del Iravadi era posible el acceso al mercado chino. Este éxito impulsó al gobierno inglés a obtener nuevas ventajas, esta vez a expensas de Siam. Ante la amenaza de una demostración naval el rey de Siam, convencido de la futilidad de una problemática resistencia, entró en negociaciones. El tratado de 18 de abril de 1855 contenía disposiciones análogas a las que habían sido impuestas a China y al Japón: derecho de residencia en algunas ciudades, privilegio de extraterritorialidad y fijación de tarifas aduaneras muy bajas (3 por 100 *ad valorem*). Como ya había sucedido en China, Siam concedió en los años siguientes las mismas ventajas a los Estados Unidos, a Francia y a la *Zollverein* germánica, esperando así que las influencias extranjeras *equilibrasen* unas a otras.

El gobierno francés comenzó por fijarse en Anam. Como en la cuestión china, a los móviles económicos se añadían los religiosos y estratégicos: voluntad de proteger a las misiones religiosas perseguidas y deseo de adquirir una base naval. Después de fracasar el envío de un negociador—Montigny—para obtener libertad de apostolado misional y libertad comercial, Napoleón dispuso en el verano de 1858, no obstante las reticencias de sus ministros, una demostración naval ante Turane, y en febrero de 1859 un desembarco en Saigón, sin que tal presión decidiese al Emperador de Anam a negociar. A fines de 1860, cuando el cuerpo expedicionario que había intervenido en la marcha sobre Pekín quedó disponible, el gobierno decidió emplearlo en una operación en Cochinchina, y a partir de aquel momento Chasseloup-Labaut, ministro de Colonias, y los almirantes, pensaron en un estable-

cimiento definitivo, pues les parecía indudable la importancia que podía tener la vía fluvial del Mekong para las relaciones comerciales con China. Dichas operaciones militares permitirían la conquista de las tres provincias meridionales de Anam. El tratado de 5 de junio de 1862, que confirmó la conquista, abrió al comercio tres puertos importantes—Turane entre ellos—y reconoció la libertad de apostolado de los misioneros. Cinco años más tarde la ocupación francesa se extendió a la Cochinchina occidental. Pero el principal interés del gobierno francés en la Cochinchina era por la desembocadura del Mekong, y este río—el alférez de navío Francisco Garnier expresó la convicción de ello—permitiría el acceso al territorio chino. No obstante, Camboya cerraba el paso. Y por ello Doudart de Lagrée fue enviado—en agosto de 1863—a aquel pequeño reino, obteniendo fácilmente la firma de un tratado de protectorado, pues el rey de Camboya temía una invasión siamesa. En consecuencia, la vía del Mekong quedó abierta. Y a partir de 1865 el almirante de la Grandière, gobernador de Cochinchina, confió en atraer hacia Saigón el comercio de las regiones interiores de la China meridional. Y hasta después de 1868, en que la misión de Doudart de Lagrée y Francisco Garnier demostró la imposibilidad de utilizar el Mekong, no se orientó hacia el río Rojo la busca del acceso al mercado chino. Ello plantearía la cuestión de Tonkín.

En algunos años los grandes países europeos y los Estados Unidos habían adquirido en Extremo Oriente un papel preponderante, que durante medio siglo no les sería disputado.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre la guerra civil china y las expediciones franco-inglesas.**—Además de las obras generales ya citadas, pág. 188, véase: J. CHESNEAUX: *La Révolution taïping d'après quelques travaux récents*, en "Revue historique", enero 1953, págs. 33-58.—W. HAIL: *Tseng Kouo-Fan and the Taïpings Rebellion*, New Have, 1937.—TONG LIN TCHOUANG: *La Diplomatie française et la Guerre des Taïpings*, París, 1951, tesis dactilografiada.—L. CORDIER: *L'Expédition de Chine de 1857-1858*, París, 1905.—Del mismo: *L'Expédition de Chine de 1860*, París, 1906.—J. FREDET: *Quand la Chine s'ouvrait. Charles de Montigny*, París, 1953.

**Sobre la política de acercamiento del Japón.**—La obra de J. MURDOCH y YAMAGATA *A History of Japan*, 3 vols., el t. III, Londres, 1926, ofrece un estudio de conjunto. Sobre la situación del Japón en vísperas del es-

tablecimiento de relaciones: Y. TAKEHOSHI: *The Economic Aspects of the History of Civilisation in Japan*, t. III, Londres, 1929.—H. K. TAKAHASHI: *La Place de la Révolution de Meiji dans l'Histoire agraire du Japon*, en "Revue Historique", octubre 1953, págs. 229-271.—Sobre la influencia de los Estados Unidos.—J. TREAT: *Japan and the United States*, Stanford University, 1935.—FOSTER DULLES: *Fifty Years of American-Japanese Relations*, Nueva York, 1937.—J. WADE: *American Foreign Policy towards Japan during the nineteenth century*, Tokio, 1938.—Sobre las consecuencias inmediatas de la influencia: C. YANAGA: *Japan since Perry*, Nueva York, 1949.—N. IKE: *The Beginning of Political Democracy in Japan*, Cambridge, 1950.—G. SANSOM: *The Western World and Japan*, Nueva York, 1950.—Hay que añadir a esto los escritos de los diplomáticos extranjeros, sobre todo los de: E. SATOW: *A Diplomat in Japan*, Londres, 1921.

## CAPITULO XVI

### LAS CUESTIONES MEDITERRANEAS

Entre 1858 y 1863, cuando se desarrollaba la política de expansión de las grandes potencias en Extremo Oriente, las cuestiones mediterráneas constituían el tema central de la política internacional de Europa. Gracias al apoyo de Napoleón III, el estado sardo logró poner bajo el cetro de la casa de Saboya a la península italiana, y la aparición del *joven reino* de Italia abrió nuevas perspectivas para el futuro del Mediterráneo. Al propio tiempo, la perforación del istmo de Suez concedió a las rutas marítimas del gran mar interior una importancia preponderante en la vida económica del mundo. Las iniciativas de Francia fueron decisivas, lo mismo en un caso que en el otro. Y aunque amenazaban los intereses de Gran Bretaña, esta se resignó.

#### I. LA FORMACION DEL REINO DE ITALIA

Son demasiado conocidas las etapas para que sea necesario recordarla detalladamente. La entrevista de Plombières en julio de 1858 estableció las bases de una acción franco-sarda contra Austria, cuyos términos se precisaron en 1859 en un tratado secreto; la guerra de independencia italiana comenzó en mayo de 1859, pero Napoleón III le puso término el 11 de julio por el armisticio de Villafranca, antes de haber realizado enteramente sus promesas. No obstante ello, la política sarda no abandonó la partida, y su tenacidad obtuvo el asentimiento—expreso o tácito—del Emperador para la anexión de los ducados de la Italia central y de la Romaña. El gobierno sardo pasó en seguida a la ejecución de la segunda parte de su programa, anexionándose en 1860 el reino de las Dos Sicilias, la Marca y Umbría. En 1861, cuando Víctor Manuel tomó el título de rey de Italia, la unidad ya se había realizado en gran parte; pero faltaban por adquirir Venecia, el Trentino y el estado de la Santa Sede, reducido a Roma y a un pequeño territorio.

Tres cuestiones principales solicitan la atención al interpretar aquella crisis italiana: las bases nacionales de la política sarda, el papel de Napoleón III y la actitud de Gran Bretaña.

El movimiento nacional italiano no era en 1859—como tampoco lo había sido en 1848—un movimiento de masas. El campesino medio, que formaba el grueso de la población, seguía en actitud pasiva. Los patriotas italianos—los activos partidarios de realizar la unidad—se reclutaban entre los intelectuales, que tenían el sentimiento de los destinos



nacionales y a quienes alentaban los recuerdos históricos; entre los hombres de negocios e industriales que tenían interés en crear un *mercado* italiano; comerciantes, que veían abrirse nuevas perspectivas a medida que tomaba impulso en los diferentes estados de la península la construcción de ferrocarriles; en fin, entre los obreros y los artesanos, atraídos por la propaganda de Mazzini. Apenas es posible valorar el respectivo papel de las fuerzas sentimentales y de los intereses materiales. Pero es preciso consignar que si el impulso de la vida económica era considerable en Piamonte y en Lombardía, no lo fue en Toscana, en el estado pontificio ni en el reino de las Dos Sicilias. Sería, pues, demasiado arbitrario conceder una parte importante a las influencias económicas.

La propaganda *nacional* se desarrolló en condiciones más favorables que antes de 1848, porque los militantes parecían estar ahora de acuerdo en la solución que debía adoptarse: unidad bajo la casa de Saboya. El estado sardo era el único que había tomado parte activa en 1848-49 en el esfuerzo nacional, el único que arriesgó su existencia. Ello le hacía acreedor a las simpatías de todos los liberales de la península. Era también el lugar de refugio de todos los exiliados políticos de los otros estados italianos. Antes de 1848 la solución sarda tenía competencias: el plan de los *neoguelfistas* y el republicano (1). Ahora ambos estaban atenuados. El *neoguelfismo* se desacreditó desde que Pío IX abandonara en 1849 la causa nacional. Y el obstáculo republicano parecía a su vez desvanecerse; Mazzini reconocía que únicamente la casa de Saboya podía tener la oportunidad de realizar la unidad nacional. La unión de las fuerzas nacionales se efectuó, pues, en torno a la dinastía sarda.

Pero el movimiento unitario continuó enfrentándose con la resistencia de los sentimientos particularistas, permanentemente alerta en un país en que el *patriotismo municipal* venía manifestándose de antiguo y en donde la estructura social era muy diferente de una región a otra. Y también tenía que contar con las de los soberanos, cuyos estados se veían amenazados de absorción por el estado sardo. Pero esta resistencia era desigual. El monarca de las Dos Sicilias estaba desacreditado. En los ducados de la Italia central los príncipes, barridos fácilmente por la tormenta de 1848, veían disminuida su autoridad después de la restauración. El obstáculo más grave era la existencia del estado pontificio. Aunque estuviera mal administrado y minado por la oposición liberal, principalmente en la Romaña, y a pesar de ser incapaz de reclutar entre sus habitantes una fuerza armada, el Papa conservaba sus oportunidades, porque el principio del poder temporal estaba en juego. Para su defensa podía contar con el alto clero de toda Italia y con la influencia que la jerarquía episcopal ejercía sobre las masas populares, profundamente adictas a las tradiciones religiosas; contaba también, y sobre todo, con la presencia del cuerpo expedicionario fran-

(1) Véanse anteriormente, págs. 128 a 133.

cés, en Roma desde 1849. Y existía en los círculos conservadores y en parte del clero la tendencia a aceptar pasivamente los acontecimientos de 1849, que tenía *raíces profundas* en el país.

¿Cuál fue durante aquellos años de expectativa el estado de espíritu de Cavour? Sus ideas fueron inciertas al principio. En 1856 pensó en efectuar una política de anexiones en beneficio del estado sardo; la idea de organizar en Sicilia un *partido piamontés* que provocase una revolución y una secesión, los cuales originarían a su vez la unión al estado piamontés, le pareció *atrevida*, pero no *absurda*; también fue objeto de su atención la eventualidad de una anexión del ducado de Parma. En aquella época no parecía creer en la posibilidad de una solución de conjunto en la cuestión italiana; consideraba—en carta a Ratazzi—a Manin como un visionario que deseaba la “unidad de Italia y otras quimeras”, pues no creía *maduras* a las poblaciones italianas. Respecto a la forma que pudiera adoptar esta Italia, sus opiniones eran indecisas: ¿Estado unitario o confederación? Hsta 1857 no dijo: “Confío en que Italia formará un solo estado, cuya capital será Roma.” Y para triunfar de las vacilaciones, organizó la propaganda. La *Società nazionale*, que se fundó por su iniciativa en 1 de agosto de 1857, tenía por lema *Italia e Vittorio-Emmanuele*, y entre sus adheridos se contaban republicanos: Manin, Garibaldi y La Farina, secretario general este último. Y aunque la sociedad no tuviera agregados oficiales, La Farina estaba en contacto permanente con Cavour, y la diplomacia sarda apoyó esta acción en los otros estados italianos.

Si el objetivo final estuvo incierto durante algunos años, los métodos políticos, por el contrario, fueron claramente fijados en 1832. Cavour sabía que la realización, incluso parcial, de su programa no era posible sin la ayuda de una potencia extranjera y deseaba encontrar este apoyo entre las potencias occidentales—Francia o Inglaterra—, deseo que correspondía a las tendencias de su espíritu, pero que, sobre todo, le imponían las circunstancias. ¿En qué otra podía encontrar ayuda? Entre Gran Bretaña y Francia sus preferencias íntimas se inclinaban por la primera. No obstante, no se hacía ilusiones sobre la política inglesa—siempre prudente y realista—ni acerca de la eficacia de una acción armada reducida a una intervención naval. Por el contrario, Francia podía ofrecerle una potencia militar. Y Cavour comprendió desde 1852 que Napoleón III realizaría una política personal orientada a la restauración del prestigio francés y que tal política podría servir los designios italianos. “Nuestros destinos dependen de Francia”—escribió a un amigo político—. “De buena o mala gana debemos ser sus compañeros en la gran partida que en breve se emprenderá en Europa.” Pero no ignoraba los riesgos de ello: no solo se exponía a las violentas críticas de los mazzinianos, que tomaban por traición todo llamamiento a la ayuda extranjera, sino que pensaba que Francia exigiría una compensación a costa del estado sardo.

El apoyo francés en 1858-59 fue decisivo. No obstante, la opinión

francesa era reticente y en ciertos círculos muy importantes incluso hostil; los católicos temían ver al movimiento nacional italiano destruir el poder temporal; los medios de negocios estimaban en general que aquella aventura era inútil. Los amigos más antiguos del Emperador, Morny y Persigny, intentaron disuadirle; el ministro de Negocios extranjeros, Walewski, multiplicaba sus objeciones. Los militares mostráronse muy reservados hasta la entrada en la guerra. Pero la voluntad personal del Emperador desechó todos estos reparos. ¿Por qué Napoleón III deseaba favorecer la unidad italiana y cómo pensaba efectuarlo? ¿Por qué, una vez iniciado el asunto, no lo llevó hasta su desenlace? Para averiguarlo, debemos intentar seguir el curso del pensamiento imperial.

Ciertamente Napoleón sentía desde su juventud simpatía hacia la causa italiana. Al convertirse en emperador no olvidó la parte que había tomado en 1831-32 en las agitaciones revolucionarias del estado pontificio ni sus contactos con los emigrados italianos en Londres, incluso con los mazzinianos. En septiembre de 1852 decía a La Marmora: "Estoy decidido a hacer algo por Italia, a la que amo como a una segunda patria." En marzo de 1853, en otra conversación con Villamarina, embajador del estado sardo, aludió a los grandes movimientos que podrían hacer *revivir las nacionalidades*, especialmente la italiana. Esta simpatía se afirmó más claramente en diciembre de 1855, cuando invitó a Cavour a que le manifestase qué servicios podría el gobierno francés realizar en favor de Italia. "Piamonte—escribió a Walewski, su ministro de Asuntos extranjeros—es un aliado natural de Francia", y esta debía apoyarle en caso de guerra contra Austria. Desde aquel momento consideró, pues, probable una guerra contra Austria por la cuestión italiana. Esta perspectiva explica, en parte, la actitud que adoptó en la cuestión de los principados rumanos; si declaró públicamente, a partir de febrero de 1857, que favorecía la unidad de Moldavia y Valaquia y si para conseguirlo se esforzó durante dos años—no obstante la declarada oposición de Inglaterra—, fue principalmente por inquietar a Austria, que no podía desear la formación de un estado de cinco millones de habitantes en el Bajo Danubio—gran vía del comercio austríaco—y que temía que la unidad moldavo-valaca alentase las reivindicaciones nacionalistas de los rumanos de Transilvania. Durante algún tiempo, el Emperador pensó incluso en colocar a la cabeza de esta Moldo-Valaquia al príncipe de Parma, cuyo Estado podría entonces ser anexionado al reino de Piamonte. El principio de las nacionalidades que invocaba no era más que la *cobertura* de una maniobra para facilitar su política italiana. No obstante, el Emperador no creía llegado el momento de pasar a una acción efectiva: "Es necesario saber esperar", aconsejó a Cavour en 1857. ¿Por qué? Sin duda, porque no ignoraba que la mayoría de las grandes potencias eran hostiles a un gran trastorno territorial; pero también porque vacilaba en provocar la opinión

de los católicos franceses, cuyo apoyo necesitaba para la estabilidad del régimen. Sin embargo, se decidió el 20 de febrero de 1858 a adoptar una importante iniciativa e hizo saber a Víctor Manuel que, en caso de guerra austro-sarda, estaría dispuesto a conceder al pequeño reino la ayuda militar francesa.

Entre esta decisión y el atentado contra su vida, perpetrado por Orsini cinco semanas antes, parece haber una relación directa. Pero ¿cuál? ¿Debemos creer que el Emperador no había dejado de considerar la advertencia y el llamamiento que le dirigió el autor del atentado el 11 de febrero, en vísperas de su proceso?: "En tanto Italia no sea independiente, la tranquilidad de Europa y la de Vuestra Majestad no serán más que una quimera. Que Vuestra Majestad no rechace el supremo anhelo de un patriota en las gradas del patíbulo: libere a mi patria." Según la mayoría de los historiadores, esta carta habría producido en el ánimo del Emperador un *shock* psicológico, provocando en él una especie de remordimiento. Sin embargo, si esta interpretación fuera exacta, sería muy sorprendente que Napoleón hubiera dado publicidad a la carta de Orsini, cuya alusión a su *tranquilidad* personal podría hacer pensar que, al conceder su ayuda a la causa italiana, lo que intentaba principalmente era evitar un nuevo atentado. Es más verosímil que el acto de Orsini le sirviera para eliminar las objeciones de sus colaboradores íntimos, sobre todo las de la Emperatriz y de Walewski, inclinados a la defensa de los intereses católicos. La publicidad dada a la carta de Orsini tiene así una explicación más satisfactoria: el Emperador quiso advertir a los adversarios franceses de su política italiana las responsabilidades con las que se enfrentaban, recordándoles el peligro a que se exponían. Pero es preciso convenir también en que esto no es más que una simple hipótesis.

El único móvil de la decisión imperial no era la simpatía hacia la causa italiana que sentían su primo Napoleón Jerónimo y su médico, el doctor Conneau. Napoleón III consideraba el apoyo armado concedido al Piamonte como un medio de servir los intereses franceses: deseaba debilitar a Austria, que era por esencia la potencia *conservadora* del *statu quo*, y abrir una brecha en la regulación territorial de 1815, que sería susceptible de ampliarse en seguida, pues la victoria de Italia podría, en su opinión, hacer a Bélgica y a los estados alemanes solicitar la alianza francesa. Pensaba también que su intervención armada le valdría una compensación territorial; esperaba, en fin, que Italia se convertiría en un *satélite*.

Sin duda por asegurarse contra todo peligro de competencia para los intereses franceses, Napoleón III desechó la eventualidad de un estado italiano *unitario*, y no pensó en el futuro de Italia sino como una Confederación de Estados análoga a la Confederación germánica y tan impotente como esta. Tal solución le ofrecía otra ventaja, pues evitaba plantear inmediatamente la cuestión del poder temporal: el Estado pontificio subsistiría en el cuadro confederal. Eso estaría tam-

bién de acuerdo con los deseos de aquellos italianos que temían la preponderancia piemontesa. No puede haber duda alguna sobre este aspecto del programa del Emperador: es de esta solución de la Confederación de la que habló—a partir de enero de 1856—al ministro sardo de Asuntos extranjeros, La Marmora; y es también la que constituyó el tema principal de las conferencias de Plombières—julio de 1858—, en las que Cavour aceptó que los territorios italianos fueran agrupados en cuatro Estados, bajo la presidencia del Papa, pero bajo la dirección efectiva de la casa de Saboya. En el tratado de alianza firmado el 28 de enero de 1859—que preveía la liberación del Lombardo-Veneto y la formación de un “reino de la Alta Italia de once millones de habitantes aproximadamente”—no se precisaba el estatuto futuro de la Italia peninsular, probablemente porque ambas partes estimaron prudente no establecer nada por escrito; pero el testimonio del almirante Vaillant demuestra que en aquella época las opiniones del Emperador eran las mismas.

No obstante, en el momento de pasar a la ejecución de su plan Napoleón III vaciló. Intentaba demorar la guerra, y en marzo de 1859 sugirió incluso otra solución de la cuestión italiana muy diferente de la que había prometido a Cavour: la Confederación italiana no comprendería el Lombardo-Veneto, que continuaría como provincia austríaca. Tales dilaciones se relacionaban con la coyuntura internacional.

En diciembre de 1858, en vísperas del tratado franco-sardo, Napoleón III tenía por cierto que el adversario quedaría aislado en la hora crítica: Prusia—había escrito a Walewski, su ministro de Negocios extranjeros—no podría desear otra cosa que el debilitamiento de la monarquía danubiana; Rusia aprovecharía esta ocasión para amenazar a Austria, cuya política había contribuido a su derrota de 1856; Gran Bretaña tendría un *horrible temor a la guerra*, ya que no hacía mucho había ahogado la revuelta de los cipayos en la India, donde tenía que mantener la mayor parte de sus fuerzas armadas. Pero aquellas previsiones optimistas vieron desmentidas: por el tratado de 3 de marzo de 1859 el Zar se limitaba a prometer una *neutralidad benévola*, en caso de guerra austro-sarda, y rechazaba la alianza, aunque Napoleón III le prometía la revisión del tratado de París e incluso la conquista de Galitzia; no obstante las súplicas de Cavour, el gobierno prusiano rehusó tomar posiciones, pues temía, si favoreciese la revisión parcial de los tratados de París, que Francia planteara la cuestión del Rin, y Gran Bretaña, por último—donde el gabinete liberal había sido sustituido por otro, conservador, en febrero de 1858—, se pronunció en contra de una transformación territorial de Italia, porque podría necesitar a Austria, caso de que Rusia intentara el desquite, y también porque no deseaba la influencia preponderante de Francia en la península y consideraba el mantenimiento del estatuto territorial de 1815 como la mejor garantía para el equilibrio del continente.

Estas resistencias—más aún que las reticencias de Walewski—expli-

can la vacilación del Emperador: “Francia—decía—no puede arriesgarse a tener *toda Europa enfrente*.” Y por ello aceptó a mediados de abril de 1859 la sugerencia inglesa de un desarme general y simultáneo. “El Emperador—pensaba Cavour—ha sido engañado o es un traidor.” La imprudente intransigencia del gobierno austríaco dirigiendo al estado sardo el ultimátum de 23 de abril hizo cambiar de aspecto la acción diplomática; desanimó la mediación inglesa y decidió a Napoleón III a dejarse arrastrar por la política de Cavour.

¿Por qué, después de su victoria de Solferino, Napoleón III se decidió, no obstante la oposición de Cavour, a una paz *prematura*?

Motivo militar: Aunque vencedor, el Emperador no era, sin embargo, dueño de la situación; después de Solferino el ejército austríaco se había replegado hacia Verona, en las plazas fuertes del Cuadrilátero, y las tropas francesas tendrían que realizar un gran esfuerzo para desalojarlas.

Motivo político: En la entrevista de Plombières el Emperador había subrayado que no quería que la guerra tomase un carácter *revolucionario* y que tampoco pretendía ayudar a la formación de un estado italiano unitario. Pero durante las operaciones militares, Cavour había desbordado estos términos. No contento con provocar, por una parte, movimientos *nacionales* en Parma, Módena y la Romagna (casos previstos en Plombières), envió también un comisario sardo a Toscana después de la huida del gran duque. Mas Toscana estaba, según aquella entrevista, destinada a formar el núcleo de un estado de Italia central. Aquel asunto parecía demostrar, pues, que la política sarda intentaba la realización, en beneficio de la Casa de Saboya, de un programa anexionista que daría al traste con el plan de la Confederación. “Yo no quiero la unidad, sino la independencia”, declaró el 15 de julio al conde Pepoli: “La unidad me procuraría dificultades en Francia a causa de la cuestión romana, y Francia no vería con agrado surgir en su flanco una gran nación que podría hacer disminuir su preponderancia.” Además, Cavour había intentado, mediante negociaciones con Kossuth, provocar un levantamiento en Hungría. Y la perspectiva de una alianza con los elementos revolucionarios era tanto menos aceptable para el Emperador cuanto que suscitaba la objeción del gobierno ruso.

Motivo de orden internacional: Temor de una intervención prusiana. El gobierno prusiano veía en la guerra de independencia italiana un posible prelude de una alteración territorial que podría extenderse a la región renana. Al mismo tiempo, hubiera querido aprovecharse de las dificultades austríacas para reforzar su posición en la cuestión alemana. A partir de mayo de 1859, inició conversaciones con Austria, a la que propuso ejercer una *mediación armada*, que no se produjo en seguida porque exigió el mando de las fuerzas de la Confederación germánica, en caso de movilización, y no quería concluir un tratado de alianza. Para convencer a Austria de la seriedad de sus intenciones, el gobierno prusiano decidió entre tanto, el 12 de junio, la movilización de

seis cuerpos de ejército; después de lo cual se reanudaron las negociaciones. El gobierno austríaco no parecía resignarse a ceder a Prusia un papel preponderante en la Confederación germánica, pero ¿acaso no sería mejor ceder en este sentido que perder Venecia? El gobierno prusiano vaciló—no obstante el consejo del Príncipe regente—en unirse a Austria, pero envió una advertencia a Francia y a Cerdeña, en la que, aun afirmando que no tenía intenciones hostiles, advertía claramente el temor a las repercusiones que pudiera tener la guerra de Italia, que quería *adivinar la última palabra del Emperador* y que deseaba que los franco-sardos detuviesen sus operaciones militares en la línea del Mincio. No se formulaba amenaza precisa alguna, pero la *amenaza virtual* podría convertirse de repente en grave si se realizara el acuerdo austro-prusiano. Según los informes de sus agentes en Alemania, el gobierno francés se enfrentaría con una *crisis seria* si no daba oídos a la advertencia prusiana y emprendía la conquista de Venecia. Pero, como dijo Napoleón III a Cavour el 10 de julio:—"En la organización actual de las fuerzas Francia se encuentra en la imposibilidad de sostener una doble guerra, en el Rin y en el Adigio."

En caso de continuar la guerra, el Emperador expondría, pues, a Francia a serios riesgos, y aun en caso de victoria, se aventuraría a que la solución de la cuestión italiana no conviniera a sus intereses. Esto basta para explicar su decisión de firmar el armisticio. Pero no cabe duda de que había abandonado su objetivo *italiano* y también sus objetivos *franceses*, pues renunciaba a la *compensación* al no ejecutar la promesa contenida en el tratado franco-sardo, y no había eliminado de la península la influencia austríaca, ya que los preliminares de paz admitían que Austria formara parte de la Confederación italiana. Por último, no podía soñar de ningún modo con una Italia *satélite*, ya que abandonaba la empresa sin llevarla a término, defraudando profundamente a los patriotas italianos.

En realidad, la solución prevista por los preliminares de Villafranca quedó en letra muerta. En quince meses, de agosto de 1859 a octubre de 1860, las etapas de la formación del reino de Italia se desarrollaron a un ritmo acelerado. ¿Qué parte hay que conceder, en esta nueva fase de la cuestión italiana, a la política italiana de Francia y de Gran Bretaña, por una parte, y a las iniciativas italianas, por otra?

El impulso nacional no fue siempre unánime en Italia. Las resistencias que inquietaban a Cavour en 1857 se habían atenuado, pues los primeros éxitos de la política sarda proporcionaron, naturalmente, adhesiones a la Casa de Saboya. Pero subsistían aún. En Toscana, en el momento en que el gran duque, príncipe austríaco, abandonó Florencia, los partidarios de una unión con el estado sardo se enfrentaron con dos obstáculos: parte de la opinión pública deseaba el mantenimiento de la independencia, ya bajo el cetro de la Casa de Lorena, ya bajo el de una dinastía nueva (el príncipe Napoleón-Jerónimo); otra quería la unidad, pero prefería la república a la dinastía sarda. En Sicilia, donde

el movimiento insurreccional de abril de 1860, dirigido contra la dinastía napolitana, obedeció tanto a causas económico-sociales como a las políticas, los revolucionarios no estaban de acuerdo más que en realizar la secesión; pero formaban tres grupos: mazzinianos, miembros de la *Sociedad nacional* y muratistas. En el Estado pontificio—a excepción de la Romaña, foco de oposición desde tiempo atrás—la masa de la población no mostraba impaciencia alguna por entrar en un Estado italiano.

En realidad, *los movimientos nacionales* eran provocados y organizados en todas partes por iniciativas exteriores: las de Cavour o los agentes sardos y las de Garibaldi. En los ducados de la Italia central fueron las iniciativas sardas, en agosto y septiembre de 1859, las que lanzaron la consigna de levantamiento contra las dinastías locales e impulsaron la reunión de las asambleas constituyentes, en las que se expresaría *la voluntad de los pueblos*. En el reino de las Dos Sicilias Garibaldi concedió más rápidamente de lo que Cavour deseaba apoyo armado al movimiento preparado por los mazzinianos. Pero aunque puedan asociarse, tales iniciativas eran en el fondo rivales. Cuando salió de Génova para Sicilia la expedición de *los Mil*—6 de mayo de 1860—, Cavour desarrolló un doble juego con Garibaldi; alentó bajo mano la expedición—de la que no era autor—, pero la vigiló de forma que se convirtiese en beneficio para la Casa de Saboya, no para las mazzinianos. Cuando Garibaldi franqueó por su propia iniciativa el estrecho de Mesina—19 de agosto de 1860—y marchó sobre Nápoles, la política sarda acentuó la misma táctica: el rey escribió a Garibaldi para aprobar—en secreto—la expedición; pero el Gobierno de Turín pretendió adelantarse a la expedición garibaldina, ya enviando su escuadra a ocupar los puertos de la costa napolitana, ya tratando de provocar en Nápoles, con la complicidad del prefecto de policía, una *buena revolución* antes de la llegada de *los Mil*. Cavour temía ser desbordado por un hombre que, conscientemente o no, podría convertirse en instrumento de Mazzini. "El rey perderá todo su prestigio, ya no será para los italianos más que el amigo de Garibaldi." En fin, cuando el Estado pontificio se encontraba en vísperas de una invasión, preparada por los partidarios de Garibaldi y de Mazzini (septiembre de 1860), que parecían haberse puesto de acuerdo, Cavour hizo entrar en Umbría a las tropas sardas, que, al propio tiempo que derrotaron en Castelfidardo al ejército de los voluntarios pontificios, eliminaban la amenaza que para la Casa de Saboya constituía la iniciativa de los republicanos. En realidad, los acontecimientos se precipitaron por la competencia entre la solución mazziniana y la sarda, al principio callada y después manifiesta. La acción de los jefes era, en una y otra parte, más importante que la de las corrientes profundas. Los votos conseguidos en los plebiscitos no debían hacer concebir ilusiones; de hecho, en muchas regiones la población había *entrado pasivamente*, según la expresión de Giacchino Volpe, en el nuevo Estado, y los dirigentes de la sociedad distaban mucho de ser favorables a la solución unitaria.

Estas iniciativas italianas no hubieran podido conseguir éxito si el gobierno sardo no hubiese obtenido el consentimiento, al menos tácito, de Francia, lo que logró ser alcanzado debido a la rivalidad franco-inglesa.

En Villafranca la política francesa parecía haber abandonado la causa italiana. Pero Cavour sabía que el Emperador conservaba su simpatía personal por Italia, así como el deseo de conseguir para Francia una ventaja territorial que justificase, a los ojos de la opinión pública, la campaña *inútil* de 1859. Podía pensar, pues, que aún no se había pronunciado la última palabra. Pero ¿cómo se conseguiría hacer aceptar a Napoleón III una solución de la cuestión italiana—el Estado unitario—más amplia que el plan trazado en Plombières y que podía hallarse en contradicción con los intereses franceses?

La política británica se había mostrado muy reticente en la cuestión italiana, en tanto que las iniciativas francesas habían sido decisivas. El gabinete inglés había temido, y aún temía, que Italia se convirtiese en un satélite de Francia. “De 1815 a 1859—escribió a la reina John Russell—Austria ha gobernado a Italia. Si los italianos tenían razón para lamentarse de ello, Inglaterra no tenía ninguna para temer que se emplease esta influencia contra los intereses británicos. Pero si Francia domina las flotas reunidas de Nápoles y Génova, Gran Bretaña tendrá que defender sus posesiones de Malta, Corfú y Gibraltar.” Cuando Napoleón puso término, *prematuramente*, a la guerra contra Austria, Gran Bretaña tuvo ocasión de volver a tomar la iniciativa; y ofreció al gobierno sardo sus buenos oficios: sin prometerle ayuda armada—que no estaría en condiciones de prestar—le concedía apoyo diplomático; y pronunciándose en favor del principio de *no intervención*, intentó hacer fracasar una tentativa austríaca de desquite. No obstante, el gobierno inglés, aún favorable, lo mismo que en 1848, a la formación de un reino de la Alta Italia, no deseaba la unidad, que modificaría los términos de la cuestión mediterránea. Su objetivo consistía en sustituir en Turín la influencia francesa por la inglesa.

El talento de Cavour supo aprovecharse de aquella situación. Jugó, o parecía jugar, la carta británica: “Le ha llegado el turno a Inglaterra de trabajar por la causa italiana”; pero, al expresarse así, intentaba, sobre todo, inquietar a Napoleón III y volverle a él.

En la cuestión de la Italia central—Parma, Módena, Toscana, la Romagna—Cavour obtuvo en seguida el asentimiento de Gran Bretaña (25 de noviembre de 1859). ¿Por qué había de vacilar en concedérselo el gobierno inglés, que era favorable al engrandecimiento del estado sardo y que no tenía por qué guardar miramiento alguno a la Santa Sede? La actitud inglesa contribuyó considerablemente a decidir a Napoleón III a reconocer los hechos consumados—incluso los de la Romagna—(diciembre); no obstante las serias dificultades que ello implicaba para su política interior, no quería correr el riesgo de que se estableciese una alianza anglo-sarda. Pero, a cambio del consentimiento,

to, Cavour había de conceder a Francia la compensación prometida: Niza y Saboya. Esta decisión provocó un vivo descontento en Gran Bretaña, que consideraba el engrandecimiento del territorio francés como prefacio de futuros reajustes y amenazador para la estabilidad de Europa. Pero la desconfianza británica se manifestó únicamente contra la política francesa, no contra la sarda.

En la cuestión de la Italia meridional, también Cavour consiguió sus objetivos, aprovechándose del desacuerdo franco-inglés. En esta ocasión Napoleón III obstaculizaba la política sarda. En junio de 1860 propuso una mediación, con el fin de salvar la dinastía napolitana: Sicilia se convertiría en Estado independiente, aunque *bajo una rama de la Casa reinante en Nápoles*; el Estado sardo firmaría una alianza con el reino de Nápoles y con el nuevo reino de Sicilia, renunciando, por consiguiente, a su anexión. Esta oferta no fue episódica; el Emperador la consideró—las investigaciones de M. Charles Pouthas lo han demostrado—un asunto serio: Napoleón III desconfiaba de los proyectos de Piamonte, que quería, según escribió Thouvenel, “desempeñar el papel de campeón de la unidad italiana”; y continuaba adicto a su concepción primitiva, la de una Italia federal. Y en julio propuso medidas navales para impedir a las tropas de Garibaldi atravesar el estrecho de Mesina, iniciativa que fracasó ante la resistencia de Gran Bretaña. ¿Quiere esto decir que Gran Bretaña deseara la anexión de la Italia meridional al estado sardo? Ciertamente, no. Sería evidentemente preferible mantener la existencia de un estado separado, que—escribió Palmerston a la reina—se situaría en *la estela* del poder naval más fuerte, es decir, de Gran Bretaña. Pero aquel Estado, gobernado mal, no parecía viable. Su hundimiento entrañaría el peligro de abrir el camino a una solución en la que Napoleón III podría pensar, apoyándose en los muratistas. “Un príncipe Napoleón en el trono de Nápoles sería la perspectiva más inquietante.” Era preferible, pues, según Palmerston, que Gran Bretaña aceptase la solución sarda; después de todo, Italia unida podía actuar como contrapeso de Francia en el Mediterráneo.

No se puede negar, en ambos casos, la eficacia de la simple maniobra diplomática.

Pero ese talento para maniobrar no lo explica todo. En la cuestión del Estado pontificio—la más grave, pues daba a Austria ocasión para amenazar al Estado sardo con una guerra de desquite—el apoyo diplomático que Gran Bretaña prometía al Estado sardo era insuficiente para asegurarle protección. De nuevo la actitud francesa fue decisiva, pues Napoleón III, si bien simuló una protesta oficial, permitió que los acontecimientos siguieran su curso, e incluso no se contentó con eso: el príncipe Napoleón Jerónimo aseguró a Cavour que el Emperador estaba resuelto a *salvar* a Italia, en caso de que Austria buscara el desquite. ¿Por qué Napoleón III aceptó una nueva amputación del Estado pontificio, que le ocasionaba la oposición del clero católico de

Francia? Porque pensaba que sería peor enfrentar al cuerpo expedicionario francés de Roma con los italianos, pues ello equivaldría a comprometer la esperanza de conservar las amistades italianas.

El papel de dos hombres—Cavour y Napoleón III—fue decisivo en la última etapa de la formación del reino de Italia. Sin duda alguna, las *fuerzas profundas* hubieran podido conseguir la unidad un poco más tarde. Pero ¿era acaso indiferente que se produjera en aquella fecha?

Desde el principio al fin, pues, el papel de Francia fue decisivo. Napoleón III consintió por fin en la unidad italiana bajo una forma completamente distinta a aquella que pensara en 1858. Para explicar esta desviación de su programa primitivo no es suficiente invocar la fuerza del hecho consumado; ni decir que, después de haber favorecido la causa italiana, el Emperador no podía, sin contradecirse, convertirse en su adversario. Sin despreciar el papel de estas consideraciones personales y dinásticas, puede pensarse que la política del Emperador tenía también otros designios. Al lanzarse a esta cuestión italiana había considerado cierto que Italia se convertiría en un satélite de Francia, y el obstaculizar la política de Cavour sería desechar tal esperanza. Dejarla cumplir ¿no sería quizá el medio de favorecer aquella?

Pero a este concepto de una Italia satélite se oponía un obstáculo: la cuestión romana pesaría sobre el futuro de las relaciones franco-italianas. ¿Cómo podía pensarse en un reino de Italia sin Roma por capital? ¿Y cómo creer que Napoleón, no obstante sus sentimientos personales, podría autorizar a las autoridades italianas a anexionarse la Ciudad Eterna, provocando así la cólera de los católicos franceses? El Emperador no pensaba más que en una solución provisional, destinada a adormecer a la opinión pública. "Es necesario—dijo al conde Pepoli—encontrar una solución que *me* permita hacer creer que habéis renunciado a Roma, y a *vosotros* hacer creer que no habéis renunciado a ella." El gobierno francés retiraría su cuerpo expedicionario; pero el gobierno italiano se comprometería a no atacar a Roma, y a no permitir la ocupación de la ciudad por Garibaldi. Sobre este punto, la negociación comenzó a ir mal desde principios de 1861; retardada en julio de dicho año, por la muerte de Cavour, y después por la resistencia de los círculos católicos franceses, no desembocaría hasta 1864, en la *Convención de septiembre*, un compromiso mediocre, que nadie creyó duradero. En el fondo, Napoleón, cogido entre las exigencias de su política anterior y el deseo de no sacrificar las amistades que aún creía tener en Italia, intentaba solo ganar tiempo y llegar al día en que la muerte de Pío IX pudiera transmitir el solio papal a un pontífice dispuesto a aceptar que la soberanía territorial de la Santa Sede se limitase a los palacios del Vaticano. La política italiana de Francia seguiría, pues, *en falso*.

Pero, en el plano general de la política europea, el Emperador había

conseguido dos resultados: provocar una primera revisión de los tratados de 1815 y debilitar el Imperio austriaco, defensor, por antonomasia, del *statu quo*; abriendo en consecuencia el camino para más amplios reajustes, a los que la política napoleónica estaba menos dispuesta que nunca a renunciar.

## II. EL CANAL DE SUEZ

Debido a la perforación del istmo de Suez, el Mediterráneo se convirtió en la gran vía del comercio internacional, no solamente con Extremo Oriente, sino también con la India y los grandes archipiélagos del Sudeste asiático.

En este acontecimiento, de considerable alcance para la historia del mundo, las iniciativas personales fueron preponderantes. En efecto: desde 1830 los sansimonianos habían insistido en el alcance de una empresa cuya importancia ya previera Colbert. Los artículos de Miguel Chevalier en *Le Globe* en febrero de 1832; los estudios, comenzados en enero de 1833 por un ingeniero de minas, Fournel; las opiniones expuestas por Enfantin no consiguieron, sin embargo, resultado alguno, porque Mehemet Alí comprendía que el canal interesaría *al mundo entero* y daría motivo para ingerencias extranjeras en Egipto. Pero esa prudencia del gobierno egipcio desapareció al convertirse en jefive Mehemet Said; y Fernando Lesseps, que había sido doce años antes vicecónsul de Francia en Alejandría, consiguió persuadir al nuevo jefive de que el establecimiento del canal aumentaría la prosperidad de su país. En noviembre de 1854 obtuvo un acta de concesión. La Compañía de Suez, registrada legalmente en Egipto, tendría un consejo de administración internacional cuyo presidente sería elegido entre los súbditos del país que hubiera proporcionado la parte más importante del capital. La empresa era todavía un asunto *privado*, dirigido por Lesseps, sin dar cuenta al gobierno francés; pero casi inmediatamente iba a entrar a formar parte de la política internacional, porque el jefive, vasallo del sultán, necesitaba obtener el consentimiento de la Sublime Puerta. Era la ocasión para que se manifestasen los intereses antagónicos. Y desde el principio la cuestión del canal se convirtió en campo de rivalidades entre Francia y Gran Bretaña.

Palmerston se había mostrado hostil al proyecto, aun antes del acuerdo de concesión. En 1847 creía que aquel canal se convertiría en un *segundo Bósforo* o en un *Gibraltar egipcio*. Y siguió siendo hostil después de 1854, a pesar de que algunos círculos de negocios ingleses consideraban que el proyecto sería favorable a los intereses económicos de Gran Bretaña. Ni la guerra de los cipayos, en la que la llegada de los refuerzos ingleses a la India se vio retrasada por la lentitud de las comunicaciones, modificó la actitud del estadista inglés. En el fondo, Palmerston pensaba que el gobierno francés estaba a punto de reemprender, como en 1839-1840, una política egipcia. La perspectiva era sufi-



ciente para suscitar inquietud; y encargó al embajador inglés en Constantinopla que efectuara presión ante el Sultán para que se negase a aprobar el acta de concesión.

Napoleón III se mostró al principio muy reservado; en enero de 1855 aprobó discretamente, pero no quiso aceptar la responsabilidad de conceder un apoyo diplomático. "Ello sería la guerra con Inglaterra", declaró a Lesseps. Era lógico que tratase de evitar dificultades franco-inglesas, en un momento en que la guerra de Crimea aún no había terminado. Dejó entender, sin embargo, que tal reserva era provisional: cuando los *capitales se suscribieran* se desvanecerían las resistencias.

En esas condiciones, Lesseps lanzó—en noviembre de 1858—su emisión de 400 000 acciones, de las cuales 54 000 se enviaron al jedive personalmente y 32 000 se reservaron para los egipcios; el resto fue ofrecido a otros mercados financieros. Estas 314 000 acciones destinadas a los *extranjeros* se emitieron en Londres, Bruselas, Viena, San Petersburgo, Nueva York y París. Pero solamente fueron suscritas 219 000 (1). Ni Gran Bretaña ni Rusia ni Austria proporcionaron suscriptores. El mercado financiero francés absorbió 207 000 acciones, que se repartieron entre 21 000 suscriptores. El capital de la Compañía de Suez era, pues, francés en su mayoría, y el presidente de la Compañía sería siempre un francés. El control de esta gran vía de comunicación, creada por iniciativa francesa, permanecería en manos francesas. Palmerston, que había aconsejado a los capitalistas ingleses la abstención, con la esperanza de que la compañía no llegase a reunir los recursos necesarios, comprobó que su táctica se volvía contra los intereses británicos.

El asunto tomó un aspecto nuevo cuando comenzaron los trabajos de construcción del canal. El 19 de octubre de 1859 (en el mismo momento en que la cuestión italiana se hallaba en primer plano de la *actualidad internacional*) Napoleón III prometió su apoyo a Lesseps. Pero el gabinete inglés acentuó su resistencia, y en diciembre del mismo año impulsó una campaña de prensa con objeto de quebrantar el crédito de la Compañía; protesta contra los métodos de *trabajo forzado* que se empleaban—según decía—en el reclutamiento de los 60 000 obreros egipcios para la empresa; hacía ver al Sultán que Egipto, una vez construido el canal, debilitaría sus lazos con el Imperio otomano, y obtuvo de la Puerta la orden de interrumpir los trabajos. No obstante las vacilaciones del jedive, que cedió durante algún tiempo a la orden del Sultán, Lesseps logró vencer los obstáculos.

Por fin, después de enviar un informador al lugar, el gobierno británico se dio cuenta—noviembre de 1862—de que la obra llegaría a su fin; y se sometió a lo inevitable, intentando, por medio de negociaciones con el gobierno francés, *apaciguamientos*: en enero de 1864 sir Henry Bulwer solicitó de Napoleón III que la Compañía de Suez se

(1) Las 95 000 acciones no suscritas fueron tomadas, en mayo de 1860, por el jedive, que se hizo así propietario de 149 000.

comprometiese a no establecer una *colonia extranjera* en la zona del canal y a no convertir sus orillas en *fortalezas enmascaradas*. En suma, Gran Bretaña abandonó su oposición, pero a condición de que el control ejercido por Francia en la empresa fuese únicamente financiero. Y como compensación, el gabinete inglés logró que el gobierno otomano diera su consentimiento al contrato de concesión (19 de marzo de 1866).

Una vez superadas las dificultades políticas, la Compañía impulsaría los trabajos y encontraría fácilmente los recursos financieros necesarios para colmar la diferencia (180 millones de francos aproximadamente) entre el presupuesto establecido en 1858 y el coste efectivo de la obra. En noviembre de 1869 se inauguró el canal.

Era un éxito indiscutible de la política francesa, conseguido, a decir verdad, después de no pocas vacilaciones. Incluso cuando Napoleón III prometió su apoyo a la empresa, no quiso provocar el descontento inglés, intentando por todos los medios solucionar el litigio mediante negociaciones. La tenacidad de Fernando de Lesseps desempeñó en el resultado un papel más importante que la voluntad imperial.

Pero, desde el comienzo de los trabajos, la perspectiva de la apertura del canal atrajo la atención de los gobiernos hacia el Mediterráneo oriental y el mar Rojo. Las potencias mediterráneas debían pensar en poseer puntos de apoyo en los flancos de la nueva ruta naval. Gran Bretaña, que poseía ya Aden, no tenía que realizar grandes esfuerzos. No obstante, en 1862 comenzó a construir un nuevo puerto y nuevas fortalezas en Malta para consolidar su preponderancia estratégica en aquel Mediterráneo que se iba a convertir en vía de comunicaciones *mundiales*. Por el contrario, Francia y el joven reino de Italia lo tenían todo por hacer.

En el Mediterráneo oriental la política francesa se interesó activamente, en 1860, en la cuestión de Siria. ¿Por motivos religiosos? Francia ejercía desde mucho tiempo atrás protectorado religioso sobre los católicos maronitas, que vivían mezclados con los árabes y con los drusos islamizados. Los colegios de jesuitas y lazaristas contribuían asimismo a la influencia intelectual francesa. Cuando, en mayo de 1861, la vieja rivalidad entre drusos y maronitas—alentada por la administración turca—desembocó en una carnicería, en la que perecieron seis mil maronitas y dos religiosos, y, dos meses más tarde, los árabes asesinaron en Damasco a cinco mil cristianos, el gobierno francés tuvo serios motivos para acudir en socorro de las víctimas; y anunció, en seguida, que se proponía enviar un cuerpo expedicionario para "restablecer el orden". A las preocupaciones humanitarias y al deseo de confirmar la tradición de la política francesa en Levante, se añadían razones de política interior: la protección de los intereses católicos en Siria, como sucedió el año siguiente, en Méjico, sirvió como compensación a la *cuestión romana*. Es curioso observar, no obstante, que, en vísperas de la expedición, la Prensa clerical francesa no se interesaba



apenas por la matanza de Damasco; y creía ver en la iniciativa gubernamental una maniobra destinada a desviar de los asuntos italianos la atención de los católicos franceses. También es posible, aunque no evidente, que los intereses económicos desempeñasen un papel. Los industriales del ramo textil andaban a la busca, realmente, de materias primas; y el Líbano producía seda cruda y podría, quizá, convertirse en productor de algodón. Sin embargo, no existe prueba alguna de que dichos industriales originaran la intervención del gobierno.

El verdadero motivo de la expedición fue, sin duda, la cuestión del canal de Suez. En el momento en que el Sultán se negó, obedeciendo a las instigaciones inglesas, a aprobar el acta de concesión del jedive, el gobierno francés deseó ejercer presión sobre la Puerta, amenazándola con favorecer la independencia de Siria y del Líbano; y pensó, inclusive, en establecer allí un *Imperio árabe*, a la cabeza del cual podría colocarse a Abd-el-Kader.

Naturalmente, aquellas perspectivas inquietaron al gobierno inglés, que temía que Francia estableciera su protectorado sobre Siria. Por el contrario, el gobierno ruso aceptó una intervención francesa, pero a condición de que tal principio de intervención pudiera aplicarse, en lo futuro, tanto en beneficio de los ortodoxos como en el de los católicos. Lo cual era un medio de suscitar de nuevo la cuestión del equilibrio, siempre en peligro, del Imperio otomano. No es necesario decir que Inglaterra, siguiendo su política tradicional, se opuso. Y esta política británica consiguió sus objetivos. Propuso la reunión de una conferencia internacional, que desechó las sugerencias rusas y que, aun concediendo a Francia un *mandato de intervención*, en nombre de las grandes potencias europeas, prescribió que la ocupación francesa no sería superior a seis meses. En realidad, el cuerpo expedicionario desembarcó en agosto de 1860; y fue retirado en junio de 1861. La política francesa consiguió, solamente, que el gobierno otomano concediese al Líbano un estatuto administrativo que preveía el nombramiento de un gobernador cristiano y la designación de consejeros elegidos por los habitantes. Esto era suficiente para satisfacer los intereses católicos y para confirmar la influencia intelectual francesa. Pero el objetivo más importante no se había conseguido; en esta ocasión, como en tantas otras, Napoleón III no se atrevió a correr el riesgo de comprometer gravemente las relaciones franco-inglesas.

En el mar Rojo, la iniciativa no pertenecía únicamente a Francia, sino también a Italia. En 1859, el gobierno francés, con ocasión del asesinato de su agente consular en Aden, obtuvo del Sultán de Tadjurah la adquisición de la rada de Obock, cuya toma de posesión se efectuó en 1862. Francia conseguía con ello un punto de apoyo en la entrada meridional del estrecho de Bab-el-Mandeb, sobre la ruta marítima que, después de la apertura del canal de Suez, se convertiría en el gran paso hacia el océano Indico. El gobierno italiano, a iniciativa de un misionero lazarista, que había señalado en el Congreso de las Cámaras de

Comercio la importancia de un punto de apoyo en el mar Rojo, puso sus miras en la bahía de Assab, en la entrada Norte del estrecho; y tomó posesión de la misma, sin pensar todavía en el establecimiento de una verdadera colonia. Francia e Italia entraron, pues, en contacto con el Imperio etíope, cuyas vías de acceso al mar poseían: la cuestión del Africa oriental aparecía en el horizonte.

¿Puede pensarse que, entre otros tantos *grandes designios*, Napoleón III tuviera, en estas cuestiones mediterráneas, el de una política de vasta envergadura? Había manifestado la intención de ello. En una entrevista con Bismarck, en abril de 1857, dijo que el Mediterráneo estaba destinado a convertirse *casi en un lago francés*. Y si se consideran en conjunto todas sus iniciativas—el apoyo prometido a Lesseps, en 1859; la coetánea expedición a Siria; los proyectos de intervención naval en Italia meridional; la política árabe en Argelia; y las tentativas cerca del bey de Túnez en 1860—se confirma la impresión de que aquella frase no había sido lanzada a la ligera. No obstante, ante la ausencia de un estudio crítico serio, es imposible estimar el lugar exacto que a estas preocupaciones mediterráneas les correspondía en el espíritu del Emperador, y si eran elementos de un plan de conjunto o tentativas esporádicas. Es preciso añadir, también, que el Emperador no insistió cuando, en cualquiera de dichas ocasiones, se encontró con la resistencia decidida de Gran Bretaña. Esta prudencia era necesaria, puesto que debía evitar entrar en conflicto—dentro de la línea de su política general—con aquella potencia. Pero también señalaba límites a sus designios: ¿Podría realizar en el Mediterráneo una “gran política”, sin atraerse la resuelta hostilidad de Gran Bretaña?

#### BIBLIOGRAFIA

##### I.—LA CUESTION ITALIANA

###### Sobre la política de Cavour.—

M. VALSECCI: *L'Unificazione italiana e la Politica europea, 1854-1859*, Milán, 1940 (documentos); y del mismo, *La Política di Cavour e la Prussia nel 1859*, en “Arch. storico italiano”, 1936, págs. 37-66.—A. OMODEO: *L'Opera politica del conte di Cavour*, Florencia, 1945. 2 vols.—R. CESSI: *Il Problema veneto dopo Villafranca, 1859-1860*, en “Rass. str. del Risorgimento”, enero y abril 1953, págs. 13-41 y 183-232.—F. SALATA: *Per la Storia diplomatica della Questione romana. Da Cavour alla Triplice Alleanza*, Milán, 1929.—L. CHIALA: *Politica Segreta di Napoleone III e di Cavour in Italia e in Ungheria, 1858-1861*, Turin, 1895.

###### Sobre la política de Napoleón III.—

P. SILVA: *La Política di Napoleone III e l'Italia*, en “Nuova Riv. Storica”, 1927.—M. MAZZIOTTI: *Napoleone III e l'Italia*, Milán 1925.—A. PINGAUD: *Napoléon III et ses projets de Confédération italienne*, en “Revue Historique”, 1927.—CHALAMON DE BERNARDY: obra citada, pág. 233.—CH. POUTHAS: *La Médiation de Napoléon III entre le roi de Naples, les Siciliens et le gouvernement piémontais, mai-août 1860*, en “Rassegna storica del Risorgimento”, octubre-diciembre 1952.

Sobre la política inglesa.—A. SIGNORRETTI: *La Política inglese durante la Crise resolutiva dell'unità italiana*, en “Rivista storica del Risorgimento”, 1923; y del mismo: *Italia e Inghilterra*

durante il Risorgimento, Milán, 1940.—A. COLOMBO: *L'Inghilterra nel Risorgimento*, Milán, 1917.

**Sobre la política rusa.**—B. SUMNER: *The Secret Franco-Russian Treaty of March 1859*, en "Engl. Histor. Review", 1933, págs. 65-83.—E. SCHULE: *Russland und Frankreich, 1856-1859*, Königsberg, 1935.—V. TAPIÉ: *Le traité secret de 1859 entre la France et la Russie en Etudes d'histoire moderne*, t. V, 1953.

**Sobre la política austriaca.**—F. ENGEL-JANOSI: *Graf Rechberg. Vier Kapitel zu seiner und Oesterreichs Geschichte*, Munich, 1927; y del mismo: *L'Ultimatum austriaco nel 1859*, en "Rassegna storica del Risorgimento", 1937, págs. 1393-1425 y 1565-1600.

**Sobre la política prusiana.**—Los documentos publicados en *Die auswärtige Politik Preussens, 1858-1870*, Oldenburgo, 1932-1939, 10 vols. Véase el volumen I. Añadiremos: F. L. HILLIER: *La crise franco-allemande de 1859-1860*, Estrasburgo, 1955.

## II.—LA CUESTION RUMANA

T. W. RIKER: *The Making of Roumania*, 1856-1866, Londres, 1931.—M. EME-

RIT: *Madame Cornu et Napoléon III*, París, 1937.

## III.—LA CUESTION DE SUEZ Y EL MEDITERRANEO ORIENTAL

F. CHARLES-ROUX: *L'Isthme et le Canal de Suez* París, 1901.—G. EDGARD BONNET: *Ferdinand de Lesseps. Le Diplomate, le Créateur de Suez*, París, 1951. M. EMERIT: *La Crise syrienne et l'Expansion économique française en 1860*, en "Revue historique", abril-junio 1952, págs. 210-232.—ED. MORAND: *Le Canal de Suez et l'Histoire extérieure du Second Empire*, París, 1936.—A. SIEGFRIED: *Suez, Panama et les routes maritimes mondiales*, París, 1941.—ROCHEMONTÉIX: *Le Liban et l'Expédition française de Syrie*, París, 1921.—C. W. HALLBERG: *The Suez Canal Its History and Diplomatic Importance*, Nueva York, 1931.—A. T. WILSON: *The Suez Canal*, Londres, 1933.—G. DOUIN: *Histoire du Règne du khédive Ismaïl Pacha*, El Cairo, 1937.—LANDES (D. S.): *Bankers and Pashas. International Finance and economic Imperialism in Egypt*, 1858-1868, Londres, 1958.

## CAPITULO XVII

### REPERCUSIONES INTERNACIONALES DE LAS CRISIS AMERICANAS

También en esta época, la guerra de Secesión (1) ofreció a Europa la posibilidad de volver a desempeñar un papel activo en el continente americano. La aplicación de la doctrina de Monroe se hallaba en suspenso, e incluso la existencia misma de la gran república americana estaba amenazada. Este era, como dijo a sus colegas un miembro del gabinete inglés, "el acontecimiento más grande producido en la política mundial desde la caída de Napoleón I".

#### I. LA GUERRA DE SECESION Y EUROPA

La guerra civil americana originó graves consecuencias inmediatas en la vida económica y social de los grandes Estados industriales, principalmente en Gran Bretaña y Francia; el bloqueo de los puertos sudistas, establecido por los nordistas, impedía a los productores americanos exportar a Europa el algodón en bruto; la industria algodonera europea veíase, pues, privada de su principal fuente de abastecimiento en materias primas; y los esfuerzos hechos para encontrar—por ejemplo, en Egipto—un remedio a tal situación, no podían ser más que paliativos; la penuria del algodón obligó a las fábricas a restringir su producción, lo que provocó el paro obrero.

El centro de la industria algodonera inglesa era Lancashire, cuya producción igualaba a la de todas las fábricas del continente. Antes de 1860, esta industria obtenía en los Estados Unidos el 72 por 100 de sus materias primas. Aunque, para reemplazar las importaciones americanas, trató de obtener más materiales de la India, no recibió, entre 1862 y 1865, más que la mitad de lo que había necesitado en 1859-1860. Los establecimientos de Lancashire se veían, pues, privados del algodón en bruto, o lo pagaban cuatro veces más que en tiempos normales. La disminución de la producción originó el paro total de 247 000 obreros, y el parcial de 165 000. Pero aquella crisis económica y social alcanzó solamente a la industria algodonera; las otras se mantenían prósperas, tanto más cuanto que el tratado de 1860 amplió su mercado en Francia (2).

En la industria algodonera francesa—que empleaba, en 1860, más

(1) Véanse anteriormente, págs. 230 y 231.

(2) Véase anteriormente, pág. 215.

de 350 000 obreros—el precio de la materia prima aumentó en un 30 por 100, a comienzos de 1862; y en un 50 por 100, a mediados de año. La principal región productora, Normandía, era, naturalmente, la más perjudicada: el paro total alcanzó, por lo menos, a un tercio de la mano de obra; la región del Norte lo fue un poco menos, porque poseía fuertes industrias lanera y del lino, que se beneficiaban bastante de la crisis de la algodónera; Alsacia, dado que sus industriales disponían de grandes existencias de materias primas, resultó, al principio, menos amenazada, aunque, en Belfort, los obreros paraban, en 1862, tres días por semana. Con frecuencia, los industriales vacilaban en emplear el algodón de la India, que hacía necesario modificar las máquinas. Esta crisis preocupaba mucho al gobierno imperial: "Nuestra industria sufre horriblemente—escribía, el 13 de marzo de 1862, Thouvenel, ministro de Asuntos Exteriores—; y, por muchos motivos, el malestar de nuestra clase obrera no nos deja tan fríos como a nuestros vecinos." El embajador inglés consignó que los círculos dirigentes franceses querían adquirir el algodón en bruto *por todos los medios*.

Los gobiernos inglés y francés tenían, en consecuencia, interés directo y apremiante en conseguir la atenuación del bloqueo; mas las medidas adoptadas por los nordistas respecto al comercio marítimo con los neutrales planteaban todas las cuestiones de principio relacionadas con el problema de la "libertad de los mares"; y era fácil provocar controversias jurídicas de las que poder aprovecharse para ejercer presión sobre el gobierno de Lincoln. Tal era la esperanza del gobierno *confederado*; y por ello, desde el principio de la guerra civil, aun antes de que el bloqueo fuese efectivo, había decidido restringir la exportación del algodón en bruto, con objeto de originar dificultades económicas en Europa occidental, incitando la intervención de los gobiernos.

Pero la crisis americana podía tener, en el terreno político, un alcance más considerable. Gran Bretaña o Francia, potencias atlánticas, ¿se hallaban o no interesadas en una escisión definitiva de la Unión americana? Durante los dos primeros años de la guerra civil, era lícito pensar que el gobierno no lograra la sumisión de los confederados sudistas, pues los Estados del Norte, no obstante su superioridad en hombres y armamentos, no parecían capaces de conseguir una decisión militar. La división del territorio federal en dos Estados significaría el fin de la potencia americana, cuyo auge había predicho Tocqueville. ¿Era deseable tal perspectiva? Los gobiernos francés e inglés podían pensar que el estado de hecho—la secesión—se hallaba de acuerdo con sus intereses, si consideraban que los Estados Unidos se convertirían, algún día, en rivales de las potencias europeas en los ámbitos económico y naval; y que la hegemonía de la Unión se ejercería, por lo menos en todo el continente americano, en perjuicio de los intereses europeos. ¿Debían, pues, tratar de mantener la secesión, mediante su acción diplomática? ¿O creían, por el contrario, que la escisión definitiva sería causa de molestias en las relaciones económicas y políticas internacio-

nales, causa probable, en consecuencia, de una amenaza para la paz general? Tales perspectivas eran, en realidad, muy lejanas. ¿Y tenían los estadistas la costumbre de prever a tan largo plazo?

Verdaderamente ni en Londres ni en París eran firmes ni coherentes las opiniones sobre el futuro.

En los momentos críticos, el gabinete inglés se hallaba dividido. Mientras que Gladstone, Lord Canciller (quizá porque fuera más sensible que sus colegas a los sufrimientos de los obreros en paro, quizá, también, porque no creyera que la Unión americana pudiera ser restaurada mediante la fuerza) deseaba que Gran Bretaña desempeñase un papel mediador. El primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores—Palmerston y Russell, respectivamente—fueron más reservados. La Corte se pronunció, claramente, contra toda iniciativa arriesgada. En el fondo, el gobierno británico no podía olvidar que Canadá era *vulnerable*. ¿Cómo se protegería aquella parte del Imperio, en caso de un conflicto con los nordistas? Había que pensar, también, que si la secesión se realizara, los nordistas, a quienes no estorbaría la concurrencia de los sudistas en la expansión territorial, podrían buscar compensación a su derrota en la anexión del Canadá.

El gobierno francés se aprovechó de la Guerra de Secesión para emprender en Méjico (1) una política expansionista, con desprecio de la doctrina de Monroe; pero no podía ignorar que el gobierno de Lincoln, en caso de victoria, se opondría a tal empresa. Los intereses de la política francesa eran, pues, contradictorios: la prolongación de la guerra civil originó, en Francia, dificultades económicas y sociales; pero favoreció la empresa mejicana, dando tiempo a que se produjera un hecho consumado. Napoleón III tendía a orientar su política respecto a la guerra civil americana en función de aquella preocupación dominante, y descontaba las ventajas que presentaría, en tal aspecto, una escisión definitiva entre los Estados de la Unión americana, e incluso aprovecharse de ella para obtener el consentimiento de los Confederados para la expedición mejicana. Pero, durante la primera parte de la Guerra de Secesión, Thouvenel, ministro de Negocios extranjeros, refrenó aquellas intenciones, adoptando un punto de vista muy diferente, que era el de la política general: resultaría deseable el mantenimiento de la Unión americana, la cual se convertiría en una potencia naval que contrapesara la de Gran Bretaña.

En el espíritu de los hombres de gobierno había todas aquellas preocupaciones divergentes, que se manifestaban en las instrucciones diplomáticas que firmaban y en las notas confidenciales cruzadas. Pero, con frecuencia, solo representaban deseos vagos. En la práctica, la acción política se preocupaba, sobre todo, de las peripecias de la guerra civil y de las probabilidades de victoria de nordistas o confederados.

(1) Véase más adelante, pág. 279.

Al comienzo del conflicto, caracterizado por los éxitos del ejército sudista, los gobiernos francés e inglés se contentaron con observar y esperar. Mercier de Lostende, embajador de Francia en Washington, cuyas simpatías personales estaban más con los grandes plantadores del Sur que con los demócratas del Norte, consideraba verosímil el éxito de la secesión; pero su colega inglés era más reservado. Aunque los combates iniciales parecieron confirmar los pronósticos del primero, creyó prudente reservar su juicio, pues las fuerzas nordistas no estaban aún dispuestas. Francia declaró, pues, también—al igual que Gran Bretaña—su neutralidad. Cuando, en el verano de 1861, el gobierno de los Confederados intentó obtener el *reconocimiento* de las grandes potencias europeas, el gabinete inglés se negó a ello; y la política francesa, aún no comprometida a fondo en el asunto mejicano, siguió en esto, la política británica. El gabinete inglés no protestó contra el bloqueo de las costas sudistas, quizá porque viera en él un precedente que podría invocar algún día en su beneficio. Aquella neutralidad favorecía, pues, realmente, a los nordistas.

Mientras tanto, en diciembre de 1861, el incidente del *Trent* provocó una crisis: el comandante de un barco de guerra nordista registró un barco mercante inglés; e hizo prisioneros a dos enviados del gobierno sudista, que se encontraban a bordo. La opinión inglesa reaccionó con vehemencia, no solo porque era sensible a todo atentado contra el derecho de navegación en alta mar, sino también porque comenzaba a inquietarle la *penuria de algodón*. La Prensa de Washington replicó en tono amenazador. Y aunque el comandante del barco americano y los círculos oficiales ingleses estuvieron convencidos de que, dadas las circunstancias, los nordistas podrían invocar sólidos argumentos jurídicos, los dos gobiernos, desbordados por el movimiento de opinión, se vieron obligados a adoptar posiciones antagónicas: el gabinete inglés exigió excusas y la entrega de los dos prisioneros; y Lincoln vaciló en desautorizar una iniciativa que lamentaba. Pero el gobierno francés se asoció a las iniciativas inglesas; y aquella afirmación de solidaridad franco-inglesa hizo que cediera el Secretario de Estado, Seward: los dos enviados sudistas fueron puestos en libertad. El asunto era significativo en la medida en que demostraba que el gobierno nordista se veía obligado a inclinarse cuando las dos potencias occidentales actuaban de acuerdo.

¿Se mantendría este acuerdo en 1862, la época más crítica de la guerra civil? Aunque los nordistas habían tenido, durante dieciocho meses, tiempo para organizar su ejército, iban de fracaso en fracaso, lo cual podía animar a Francia y a Gran Bretaña a prestar oídos más complacientes a los delegados sudistas.

El gobierno francés parecía pensar ahora, con satisfacción, en la perspectiva de una escisión definitiva. Su mismo ministro de Negocios extranjeros, Thouvenel, vacilaba. "Los recursos financieros del Norte se agotan; y quizá llegará el momento en que la idea de una mediación

no le repugnaría tanto. La mayor dificultad será la de los límites", escribió, en febrero de 1862. Y en abril siguiente, Napoleón III dio oídos a las ofertas del delegado sudista, Slidell: los Confederados suministrarían algodón en bruto a la industria francesa, a cambio de productos industriales, que se beneficiarían de una franquicia aduanera. Persigny, Walewsky y Rouher se declararon favorables al reconocimiento del gobierno sudista. El Emperador pensaba en enviar a Nueva Orleans una escuadra, con el objeto de *romper el bloqueo*. No obstante, no era cuestión de llegar a ello sin obtener previamente el consentimiento de Gran Bretaña. ¿Aceptaría el gobierno inglés, por lo menos, una acción diplomática que tuviera por objeto poner fin a la guerra americana, consolidando el estado de hecho, es decir, la escisión? Después de algunas vacilaciones, el gobierno inglés desechó aquella sugestión. Y, en agosto, seguía firme en su decisión. El gobierno francés, aunque todos sus miembros—excepto Thouvenel—eran favorables a los sudistas, no se atrevió a separarse de Gran Bretaña.

No obstante, la política inglesa parecía dispuesta, un mes más tarde, a aceptar la sugestión francesa. Al conocer el éxito que acababa de conseguir el ejército sudista—la victoria de Bull-Runn, que parecía anunciar la toma de Washington por los Confederados—, Palmerston y Russell se preguntaban, a mediados de septiembre de 1862, si, no obstante las reticencias de la reina, no habría llegado el momento de ofrecer una mediación, "recomendando un arreglo basado en la separación" y "reconociendo la independencia de los Confederados", en caso de que fuere rechazado. La propuesta sería hecha en el momento en que los sudistas se apoderaran de Washington. Pero las perspectivas de su conquista por las tropas sudistas se desvanecían: las tropas federales reconquistaron a Pensilvania (victoria de Antietam, 18 de septiembre); y los dirigentes de la política inglesa renunciaron a sus proyectos. Aún, el 7 de octubre, Gladstone, Lord Canciller, recomendó la intervención diplomática, en su discurso de Newcastle; "Jefferson Davis y los otros *leaders* del Sur han hecho una nación. Podemos considerar logrado el éxito de los Estados sudistas, en cuanto a su separación del Norte." Pero el primer ministro le desautorizó; y tampoco logró el apoyo de los jefes de la oposición—Derby y Disraeli—. El 23 de octubre, en una reunión oficiosa de los miembros del gabinete, Gladstone y Russell fueron los únicos que insistieron en la mediación; pero sus colegas se opusieron, mostrándose partidarios de la prudente línea de conducta adoptada desde el principio de la guerra civil.

¿Se decidiría el gobierno francés a actuar sin el apoyo de Gran Bretaña?

Aunque había desaparecido la influencia moderadora, ejercida por Thouvenel (que dimitió el 15 de octubre, por su desacuerdo con el Emperador en la cuestión italiana), Napoleón III no se atrevió a lanzarse solo a la aventura, y únicamente dio a Slidell buenas palabras—28 de octubre de 1862—. Pensaba, es cierto, a falta de una colaboración in-

glesa, obtener el apoyo de Rusia para ejercer la mediación en la guerra civil americana. Pero el gobierno ruso declinó la proposición: ¿por qué había de mezclarse en un asunto en que no tenía interés directo alguno? Y cuando el Zar se excusó, el gobierno inglés no tenía ya ningún motivo serio para volver a considerar su política de abstención, a pesar de que, en el consejo del gabinete, de 10 de noviembre de 1862, Gladstone y Russell volvieron a plantear la cuestión. ¿No debemos estudiar el caso—decían—de que Rusia volviera de su negativa?; y estimaban posible que el Zar, si Gran Bretaña desechaba la sugestión francesa, tornara sus baterías y decidiese conceder su ayuda a la tentativa de Napoleón III, maniobra que tendría por objetivo—y quizá por resultado—deshacer la *entente* franco-inglesa. Pero tales argumentos no modificaron la opinión del gabinete: Gran Bretaña estaba decididamente resuelta a mantenerse al margen.

La actitud del gobierno británico debiera haber bastado para desalentar las veleidades de Napoleón III, que había considerado hasta entonces que, en este asunto, más que en ningún otro, era necesario mantener la colaboración franco-inglesa. Pero no renunció. ¿Por qué tal obstinación? La explicación se hallará en la política mejicana del Emperador. Y el gobierno francés se decidió a ofrecer, aisladamente, sus *buenos oficios* a Lincoln y a Jefferson Davis. El fracaso fue inmediato: el secretario de Estado, Seward, rechazó, categóricamente, la proposición francesa. Y, en marzo, el Congreso votó una resolución, declarando que toda nueva tentativa de mediación se consideraría como “no amistosa”. Esta advertencia no provocó réplica alguna.

Para lo sucesivo, la cuestión esencial quedaba resuelta: ya no se pensaba en la eventualidad de una intervención diplomática de las potencias europeas del Atlántico. Pero con ello no estaban resueltas todas las dificultades, pues la práctica de la neutralidad originaba nuevos litigios entre Gran Bretaña y los nordistas, en las que los argumentos jurídicos se relacionaban estrechamente con los intereses económicos. Y puesto que era neutral en la guerra civil americana, ¿tenía derecho el gobierno inglés a dejar construir o equipar en sus puertos por cuenta del gobierno sudista barcos que se dedicasen a la guerra de corso en el Atlántico contra la navegación nordista? No obstante, como tales controversias adquirieron un tono agrio y hasta amenazador (septiembre de 1863), el gabinete inglés cedió.

Del examen de los documentos diplomáticos y de la de los testimonios—en la forma aún incompleta en que la crítica histórica los estudia—es posible concluir que ni Gran Bretaña ni Francia mantuvieron durante los cuatro años de la guerra civil americana una actitud estable. En ninguno de los dos países los dirigentes políticos parecían haber estudiado el problema americano en su conjunto, sino que trataron el asunto al día, con la única preocupación de resolver las dificultades inmediatas. Aunque en varias ocasiones se mostraron dispares respecto

a la línea de conducta que debieran adoptar, no reaccionaron contra el bloqueo de los puertos sudistas, pese a que les suscitaba severas dificultades económicas y sociales. Su actitud fue, pues, de prudencia; necesariamente, por parte de Gran Bretaña, preocupada por la suerte del Canadá; no tanto por la de Francia. El único momento en que esta línea de conducta se vio puesta seriamente en duda en los dos países fue cuando estuvo a punto de triunfar la idea de la mediación (septiembre de 1862). No fue mero azar el hecho de que tal momento crítico coincidiese con aquel en que la situación militar de los nordistas era más difícil. Tal comprobación puede llevarnos a pensar que Gran Bretaña—al igual que Francia—habría aprovechado de buena gana la ocasión de consolidar el estado de hecho (la secesión) si el gobierno de Lincoln se hubiera mostrado incapaz de hacer fracasar en aquel mismo momento la ofensiva de los confederados. La diplomacia de los potencias—y ese es casi siempre el caso—no había hecho más que seguir mal que bien la suerte de los ejércitos americanos.

## II. LA AVENTURA MEJICANA .

La guerra de Secesión, paralizando temporalmente a los Estados Unidos, permitió el asunto mejicano.

Desde la desgraciada lucha que había sostenido en 1848 contra los Estados Unidos (1), Méjico se hallaba en una situación crítica. En 1855 se inició la lucha por la conquista del poder entre los *liberales* anticlericales, que seguían a Juárez, y los *conservadores* católicos. En el programa de los liberales figuraban el laicismo del estado civil y la expulsión de los jesuitas; pero la verdadera cuestión la constituía la secularización de las enormes propiedades del clero, de una importancia capital desde el punto de vista social y económico. El gobierno conservador de Miramón, establecido en 1858, después de un golpe de Estado, había sido derribado en 1860 por Juárez. Los emigrados mejicanos en Europa pensaban en una solución monárquica para poner término a la guerra civil, y con tal objeto intentaban conseguir el apoyo de una gran potencia europea.

Méjico ofrecía a los europeos un atrayente campo de acción, porque disponía de importantes recursos minerales, cuya explotación estaba dificultada por el desorden político. El pretexto para intervenir era fácil: los europeos establecidos en Méjico—españoles principalmente, pero también franceses e ingleses—sufrían daños, originados por la guerra civil, y solicitaban de sus respectivos gobiernos que apoyasen sus demandas de indemnización; por otra parte, el Estado mejicano había contraído en el extranjero una deuda, cuya suerte era precaria, pues Juárez no quería reconocer los empréstitos realizados a Miramón.

Aquella intervención fue un proyecto personal de Napoleón III. Los móviles que le impulsaron a obrar eran diversos:

(1) Véase anteriormente, pág. 195.

1.º Religiosos: Juárez había confiscado los bienes del clero mejicano, que intentó lograr la ayuda del gobierno francés, considerado en aquel momento defensor de los católicos de Siria, Anam y China (1). Las gestiones de Almonte, agente de Miramón en París, consiguieron atraer la atención de la Emperatriz sobre la cuestión. En cuanto al Emperador, consideró quizá este asunto ocasión para ofrecer a los medios católicos franceses una especie de compensación de los sinsabores que les infligiera en la cuestión italiana. No obstante, no existe prueba alguna de que tal argumento desempeñase un papel decisivo en su ánimo.

2.º Intereses de los acreedores franceses en Méjico: Era lógico que el gobierno francés ayudase a sus nacionales para conseguir lo que se les debía; pero resulta sorprendente que en la lista de dichas reclamaciones figurase un crédito suizo, el *bono Jecker*, que Morny había hecho incluir en aquella contra una comisión del 30 por 100. En los círculos allegados al Emperador, el asunto mejicano estaba relacionado, pues, con combinaciones financieras de dudoso origen. La deducción de que aquellas personas impulsaran a Napoleón III a la intervención es muy natural, pero carecemos de medios de juicio suficientes para estimar en qué medida pudiera eso resultar decisivo.

3.º Intereses económicos: Debe pensarse, por último, que este argumento fuera esencial para Napoleón III. El Emperador se había aficionado desde hacía mucho tiempo (desde su cautividad en Ham) al estudio de las cuestiones de la América central: canal interoceánico, explotación de las riquezas mineras, mercado de exportación para los productos industriales franceses. La cuestión mejicana tenía, pues, que atraer su atención. Pero ¿cómo organizar la explotación económica de Méjico sin antes instaurar allí la estabilidad política? Después de unas conversaciones con el emigrado mejicano Gutiérrez, cuyos detalles son poco conocidos, el Emperador pareció convencido de que la solución monárquica aseguraría tal estabilidad. No soñaba con instalar en Méjico a un príncipe francés, pero pensó que un gobierno monárquico formado con la ayuda francesa concedería a las empresas de su país un lugar preponderante en la explotación de los recursos mejicanos, así como en las relaciones comerciales. No pensaba, pues, en una política de conquista colonial, sino en el establecimiento de una *zona de influencia*. Para conseguir tal objetivo, era necesario aprovechar el momento en que la guerra de Secesión desgarraba a los Estados Unidos.

Napoleón III condujo personalmente aquel asunto, incluso con frecuencia a espaldas de sus colaboradores íntimos.

Al principio, en 1861, el Emperador juzgó prudente asociar en su proyecto a España y a Inglaterra, que tenían también súbditos en Méjico y créditos contra el estado mejicano; no quería enemistarse con

Inglaterra y deseaba establecer un acuerdo con España en el plano de la política general; pensaba también, sin duda, que una intervención conjunta de tres haría posible la resistencia a una protesta de los Estados Unidos, en caso de que la guerra civil americana se terminara más pronto de lo previsto. Pero los *asociados* del gobierno francés tenían sobre el asunto opiniones diferentes: el gobierno español no podía olvidar que había dominado en Méjico, y prefería indudablemente que la restauración monárquica se efectuase en beneficio de un príncipe emparentado con la familia real española; el gobierno inglés deseaba la caída de Juárez, que se había asociado con los Estados Unidos en 1859, y quería que se pagasen los créditos de sus súbditos, pero no deseaba, en cambio, defender los intereses del clero mejicano ni favorecer el establecimiento de un régimen monárquico. Napoleón III fracasó, pues, en la imposición de su programa; la convención franco-anglo-española de 31 de octubre de 1861 decidió únicamente efectuar una expedición para obligar al gobierno mejicano a respetar los bienes de los extranjeros. Pero el Emperador contaba con hacer prevalecer su criterio una vez el asunto se hallase en marcha. El equívoco se deshizo al desembarcar las tropas expedicionarias de las tres potencias: discrepancia respecto a la inclusión del *bono Jecker* en la relación de las reclamaciones francesas, desacuerdo sobre la cuestión de la restauración monárquica. Entonces los gobiernos inglés y español retiraron sus tropas.

La expedición de Méjico se convirtió, pues, en un asunto exclusivamente francés. Una vez sus asociados abandonaron la partida (pero sin oponerse abiertamente a su política), Napoleón III creyó tener el camino libre y decidió ofrecer el trono de Méjico al archiduque de Austria, Maximiliano. Después de la toma de Puebla y de Méjico (17 de mayo y 7 de junio de 1863) por el cuerpo expedicionario, una *asamblea de notables*, reunida con arreglo a las directrices del mando francés, ofreció la corona a Maximiliano. Durante dos años el nuevo Emperador de Méjico trató de gobernar, pero no dominaba más que la parte central del país: el Norte y el Sur estaban en manos de los partidarios de Juárez; conocedor de la debilidad del partido monárquico, con cuyo apoyo contaba, no se atrevió por el temor de hacer más grave la resistencia a restituir los bienes eclesiásticos confiscados, con lo que se enajenó la ayuda del clero. El único apoyo de que disponía era el cuerpo expedicionario francés—30 000 hombres—que Napoleón III le había prometido no retirar—carta de 30 de enero de 1864—mientras fuera necesario para asegurar la *existencia del nuevo gobierno*.

Pero la guerra de Secesión terminó en mayo de 1865, y en seguida el gobierno de los Estados Unidos señaló claramente su posición: se negaba a reconocer a Maximiliano e, invocando la doctrina de Monroe, solicitaba la retirada del cuerpo expedicionario francés. ¿Cómo iba a arriesgarse Francia a un conflicto con los Estados Unidos? El 15 de febrero de 1866 Napoleón advirtió a Maximiliano que se vería

(1) Véanse anteriormente, págs. 248, 253 y 269.

obligado a retirar *progresivamente* sus tropas. Desde aquel momento el destino del nuevo régimen mejicano estaba decidido. Ni los reproches de Maximiliano ni el viaje a París de la emperatriz Carlota—agosto del mismo año—pudieron cambiar nada. Y en mayo de 1867, después de la partida de las últimas tropas francesas, ocurriría el drama de Querétaro.

El fracaso era grave para el prestigio de Napoleón III. En el Cuerpo legislativo la oposición había criticado ásperamente aquella política de aventura e insistido en que la expedición de Méjico, hecha, según palabras de Jules Favre, "en provecho de un príncipe extranjero y de un acreedor suizo", no beneficiaba interés francés alguno, y tales objeciones habían tenido bastante resonancia en la opinión pública. El fracaso lamentable de la expedición daba la razón a sus enemigos. El Emperador había iniciado el asunto sin haberse informado suficientemente del estado de ánimo de los mejicanos, sin haber medido las posibilidades de aceptación de una solución monárquica, y no halló réplica eficaz a las críticas de Jules Favre, sin duda porque no juzgaba oportuno insistir en los objetivos económicos de la empresa con objeto de no despertar aún más las inquietudes británicas. Quizá creyera en la posibilidad de un hecho consumado antes de que finalizase la guerra de Secesión. Su proyecto permaneció oscuro para la opinión pública y sus errores de apreciación fueron considerables. El asunto méjicano debilitó también la posición europea de Francia; el envío a tan gran distancia de un cuerpo de ejército de 30 000 hombres—una quinta parte por lo menos de los efectivos reales del ejército activo—hubiera hecho más lenta y difícil la movilización de las fuerzas francesas en caso de crisis continental.

#### BIBLIOGRAFIA

##### I.—LA GUERRA DE SECESION Y LAS POTENCIAS

D. GORDON y ED. PRATT: *Europe and the American Civil War*, Boston, 1931.

##### Sobre las cuestiones diplomáticas.

A. KOROLEWICZ-CARLTON: *Napoléon III. Thouvenel et la Guerre de Sécession*, París, 1952, tesis dactilografiada. L. CASE: *French Opinion on the U. S. and Mexico, 1860-1867*, Nueva York, 1936 (documentos).—E. C. ADAMS: *Great Britain and the American Civil War*, en "Journal of Modern History", 1930, págs. 586-602.

Sobre las repercusiones económicas.—B. ELLINGER: *The Cotton Famine of 1861-1864*, en "Ec. History",

enero 1934, págs. 152-157.—W. HENDERSON: *The Lancashire Cotton Famine, 1861-1865*, Manchester, 1934.—C. FOHLEN: *L'Industrie textile française au temps du Second Empire*, París, 1954, tesis dactilografiada, III.ª parte: *La Famine du Coton*.

##### II.—LA EXPEDICION DE MEJICO

CHR. SCHEFER: *La Grande Pensée de Napoléon III. Les Origines de l'Expédition du Mexique, 1858-1862*, París, 1939.—CONDE CORTI: *Maximilien et Charlotte du Mexique, d'après les archives secrètes de l'empereur Maximilien*, traducción francesa, París, 1927. FR. LALLY: *French Opposition to the Mexican Policy*, Baltimore, 1931.

## CAPITULO XVIII

### LA DERROTA AUSTRIACA

A partir de 1863, la cuestión de Europa central volvió al primer plano. La rivalidad que ya había enfrentado a Prusia y a Austria en 1848-50 se reanimó; en ella se ventilaba la preponderancia en Alemania. Y esta vez fue resuelta por la guerra. En los dos litigios que habían sido causa del conflicto—la suerte de los ducados daneses y la reforma de la Confederación germánica—Austria abandonó la partida después de su derrota, dejando que Prusia se apoderase de los ducados y renunciando a desempeñar un papel en Alemania, donde el gobierno prusiano, después de haberse anexionado algunos de los estados secundarios, organizó bajo su dirección la Confederación de la Alemania del Norte.

¿Qué parte hay que atribuir en el origen de este conflicto austro-prusiano a las fuerzas orientadoras del movimiento nacional alemán y cuál a la voluntad de los hombres de Estado? ¿A qué obedecía el hecho de que las otras grandes potencias limitaran su papel al de espectadoras o mediadoras *amigables* ante una modificación tan grave del equilibrio europeo?

#### I. EL CONFLICTO AUSTRO-PRUSIANO

En aquella lucha por la preponderancia en Alemania el gobierno austríaco trató en 1863 de adelantarse a la política prusiana, intentando realizar—sin Prusia y aun en contra de ella—una reforma de la Confederación germánica y tratando, asimismo, de disociar la *Zollverein*. En ambos casos la política prusiana se mantuvo a la defensiva, pero consiguió infligir al adversario un doble fracaso.

Prusia tuvo ocasión de alzarse otra vez con la iniciativa cuando, a la muerte de Federico VII, rey de Dinamarca (15 de noviembre de 1863), se abrieron nuevas perspectivas en la cuestión de los ducados (Slesvig y Holstein) (1). ¿Continuarían éstos unidos a la corona danesa, cuyo heredero era Cristián de Glucksburgo? ¿O formarían un estado separado bajo Federico de Augustemburgo? Aunque Prusia había firmado en 1852 el tratado de Londres, que reconocía los derechos de Glucksburgo, Bismarck se inclinaba en favor de la *separación*, conforme a los deseos de los militantes del movimiento nacional alemán. Pero el gobierno austríaco no quería que Prusia se aprovechara

(1) Véase anteriormente, pág. 135.



ella sola del beneficio moral de esa intervención, asociándose a la política prusiana y participando en la guerra de los ducados. Durante algunos meses se estableció, pues, una colaboración de hecho entre los dos antagonistas.

Pero apenas se produjo la derrota danesa y el tratado de Praga (octubre de 1864) puso la suerte de los ducados en manos de las dos grandes potencias alemanas, reapareció el antagonismo. Bismarck pretendía que Federico de Augustemburgo firmase con Prusia una convención militar y aceptase el establecimiento en Kiel de una base naval prusiana; un estatuto de vasallaje en definitiva. Austria se opuso a ello. En abril de 1865 la ruptura parecía probable; en julio, inminente. Sin embargo, volvieron a efectuarse negociaciones, y el 14 de agosto del mismo año la convención de Gastein estableció un compromiso provisional que colocaba a Slesvig y el puerto de Kiel bajo administración prusiana y a Holstein bajo la de Austria. Simple respiro, porque Augustemburgo no se resignó a quedar eliminado y continuó, ante la eventualidad de la constitución del Estado de Slesvig-Holstein, una propaganda, que Prusia reprimió en Slesvig, mientras Austria la permitió en Holstein. La divergencia austro-prusiana volvió, pues, a afirmarse.

Entonces la política de Bismarck dio otro giro a la cuestión. Las diferencias austro-prusianas en el asunto de los ducados tenía como causa profunda, según él, la situación respectiva de los dos Estados en la Confederación germánica. Era preciso, pues, modificar el Pacto federal de 1815. Y el 9 de abril de 1866 presentó a la Dieta un proyecto de reforma, inaceptable a todas luces para el gobierno austríaco, que repitió prontamente, proponiendo someter a la Dieta la cuestión de los ducados. Y el 14 de junio de dicho año se produjo la ruptura. Para esta guerra, Austria contaba con el apoyo de los Estados alemanes *medios*, pero Italia intervino al lado de Prusia. Obligada a sostener una lucha en dos frentes, Austria sucumbió; el 3 de julio, en Sadowa. la superioridad del mando, del armamento y de la instrucción táctica consiguieron para el ejército prusiano—en condiciones de igualdad numérica con el adversario—una victoria decisiva. El comandante en jefe austríaco anunció a su gobierno que la derrota amenazaba convertirse en *catástrofe*.

Lo que principalmente debe atraer la atención en tal crisis son las bazas con que contaban ambos antagonistas, el alcance de los litigios en torno de los cuales se inició el conflicto y, por último, la política seguida por los dos gobiernos.

En la rivalidad que enfrentaba a las dos grandes potencias alemanas, Prusia podía apoyarse en la propaganda nacional y en los intereses económicos, mientras que Austria contaba con los intereses dinásticos y la persistencia de los particularismos. Las fuerzas activas—materiales y espirituales—estaban, pues, a favor de Prusia.

En los Estados alemanes, la propaganda nacional, que había perdido toda su actividad a raíz de los fracasos sufridos en 1850, volvió a despertar, a partir de 1859, en el momento de la crisis internacional provocada por la guerra de independencia italiana. Las tendencias divergentes que se habían manifestado en 1848 (Pequeña Alemania, Gran Alemania—con inclusión del Austria alemana—, *Mittleuropa*) volvieron a adquirir expresión. Los partidarios de la solución prusiana se organizaron, y en septiembre de 1859 fundaron, a imitación de la *Sociedad nacional* italiana, la *Nationalverein*. Pero en esta asociación, cuyos jefes pertenecían a la alta burguesía protestante, coexistían distintas tendencias: Bennigsen pensaba en un Estado federal, Miquel en un Estado unitario. No obstante dichas divergencias, la Liga se desarrolló rápidamente, ya que solo ella ofrecía un programa, y, sobre todo, porque invocaba un sentimiento profundo: la convicción de la necesidad de la unidad política para que los alemanes desempeñaran en Europa el papel que merecían por su sentido de la organización y su voluntad de dominio.

Pero de ningún modo puede tenerse en menos el apoyo que otorgaban a esta propaganda nacional alemana los intereses materiales. Entre los productores o comerciantes de los Estados alemanes, la *Zollverein*, cuya formación se completó en 1852 con la adhesión de los estados ribereños del mar del Norte, había fraguado una solidaridad. Desde el punto de vista económico, ya existía una Alemania. Por toda ella la red ferroviaria se había desarrollado con una rapidez excepcional entre 1850 y 1860: en 1851, línea de Munich a Berlín, por Leipzig; en 1859, inauguración de la gran vía férrea que une la Alemania del Sur a Colonia, a lo largo del Rin; los enlaces ferroviarios con los países extranjeros, que ya se habían establecido antes de 1848 con Austria y Bélgica, fueron establecidos en 1852 con Francia; en 1858, con Suiza; en 1861, con Rusia. Esta facilidad de comunicaciones aumentó la solidaridad entre los miembros de la *Zollverein* y modificó la orientación de la vida comercial de los estados alemanes del Sur; los transportes eran ya más rápidos de Munich a Hamburgo que de Munich a Viena; Baviera y Wurtemberg tendían a integrarse en el *dominio del mar del Norte* más que en el del Danubio. La explotación de los recursos hulleros se desarrolló rápidamente no solo en la cuenca reno-westfaliana, sino también en el Sarre, en Sajonia y en la Alta Silesia; desde 1850, la producción alemana de carbón era la más importante de la Europa del continente. En diez años, el equipo mecánico se quintuplicó en la industria lanera y se triplicó en la algodonera. En la industria de la construcción de maquinaria, la mano de obra se triplicó en doce años; en la azucarera, el número de fábricas pasó, en trece, de 96 a 247. Esta industria alemana comenzaba a exportar y a competir con los productos de la inglesa y de la francesa. ¿Podían pensar los hannoverianos, los bávaros y los sajones en romper aquellos lazos económicos de los que dependía su prosperidad?

La fuerza de tales vínculos se reveló claramente en 1862-63. El gobierno austríaco se percató de la ventaja considerable que concedían a Prusia en la *lucha por la preponderancia* los intereses materiales. Y a pesar de la inquietud de sus industriales, que temían no poder hacer frente a la competencia de la industria alemana, deseaba establecer una unión aduanera entre el Imperio de los Habsburgo y la *Zollverein*. Pero el gobierno prusiano desbarató esa táctica firmando un tratado de comercio con Francia el 29 de marzo de 1862 (1); este tratado estipulaba una recíproca reducción de los derechos aduaneros y hacía así mayor la diferencia entre la tarifa de la *Zollverein* y la del Imperio austríaco, muy proteccionista. ¿Y cómo podría entonces Austria, a menos de arruinar a su propia industria, solicitar su adhesión a la *Zollverein*? El único camino abierto a la política austríaca era impedir la ratificación de este tratado de comercio por los Estados alemanes procurando persuadir a Baviera, Hannover y Wurtemberg de que su interés radicaba en abandonar la unión aduanera prusiana y concluir un acuerdo económico con la monarquía danubiana. La ratificación del tratado de comercio franco-prusiano se convirtió, pues, en símbolo de la solución *prusiana* del problema alemán.

Y en los estados alemanes medios, los intereses económicos estaban a favor de Prusia. Con ocasión de las elecciones legislativas de Baviera, ningún candidato se atrevió a pronunciarse contra aquel tratado; en Hesse-Darmstadt los municipios declararon que el mantenimiento de la *Zollverein* era cuestión *de vida o muerte*; en Sajonia las cámaras de comercio de las regiones industriales reaccionaron de manera análoga. A Bismarck se le presentaban, pues, bien las cosas, y en diciembre de 1863 denunció la unión aduanera y se declaró dispuesto a renovarla con los Estados que aceptasen el tratado de comercio franco-prusiano y solo con ellos. Todos terminaron por someterse. Esta crisis demuestra el poder de que Prusia disponía cuando invocaba los intereses materiales. "No terminaremos nunca con las exigencias que pretenda imponernos, ...amenazándonos con la ruptura de la *Zollverein*—declaró un ministro bávaro en agosto de 1864—; esta espada de Damocles, constantemente suspendida sobre nuestras cabezas, significa un verdadero atentado a nuestra independencia."

Pero ¿era verdaderamente eficaz el valor de las bazas de que disponía la política prusiana?

La propaganda de la *Nationalverein* estaba dirigida por la burguesía liberal, y sus representantes se enfrentaban en el Parlamento prusiano con Bismarck. Para poder llevar a cabo su política, el rey había querido realizar la reforma del ejército, a la que se opuso la Cámara de diputados para evitar el aumento de las cargas fiscales a partir ya de 1861. Bismarck fue llamado al poder para romper esta oposición parlamentaria. En el fondo, lo que se ventilaba en la lucha era saber

(1) Véase anteriormente, pág. 215.

si la mayoría de la Cámara podría imponer a la Corona el régimen parlamentario. Durante tres años Bismarck gobernó sin tener en cuenta la oposición. Pero en vísperas de la guerra austro-prusiana el *leitmotiv* de la campaña de la oposición liberal fue oponerse a la votación de los créditos necesarios para la movilización, en tanto que el presidente del Consejo continuase en el poder. El 14 de junio de 1866, precisamente el día de la ruptura, el órgano de la *Nationalverein* escribía: "¿Quién, entre nosotros, podrá creer que Prusia, con esta dirección, en las circunstancias interiores en que se halla, debilitada como está por el profundo descontento de su propio pueblo, pueda salir victoriosa de esta terrible lucha? No en interés de un partido, sino en el de la propia Prusia y en el de su victoria, pedimos como condición previa el abandono del sistema actual y de quien lo encarna." ¿Cómo atribuir en tales condiciones papel decisivo a la opinión pública alemana? Dicha opinión no se mostraba unánime más que en un punto: el temor de una intervención extranjera. Pero no deseaba una lucha *fratricida*.

En cuanto a la presión de los intereses económicos, que había resultado tan eficaz en 1863, dejó de serlo en 1866. La solidaridad de los intereses materiales en el seno de la *Zollverein* no impidió a los Estados alemanes *medios* tomar partido contra Prusia.

Ni las corrientes sentimentales ni los intereses económicos ejercieron, pues, influencia decisiva. Fue la voluntad de un hombre la dominante.

El alcance de las dos cuestiones en las que se centraba el debate diplomático desarrollado a partir de 1864—suerte de los ducados daneses y reforma de la Confederación germánica—era muy diferente.

El asunto de los ducados resultaba importante para Prusia, que con el establecimiento de una base naval en Kiel adquiriría una sólida posición en el Báltico. El Consejo de la Corona, en Berlín, estimaba que la posesión de los ducados *bien valía una guerra*. Pero esta pretensión desconocía los derechos de Federico de Augustemburgo, que la política prusiana había invocado en 1864 con ocasión de la declaración de guerra a Dinamarca, y también se oponía al expreso deseo de la mayoría de los patriotas alemanes, que esperaban que el Slesvig y Holstein formasen un nuevo Estado dentro de la Confederación germánica. En octubre de 1864 se dividió la *Nationalverein*; después de un debate vivísimo la Liga adoptó un acuerdo en el que se pronunció contra la anexión de los ducados por Prusia. Pretendiendo imponer su solución, Bismarck realizaba una política *prusiana*, no *alemana*, provocando violentas reacciones entre los partidarios de la unidad nacional. El gobierno de Viena intentó explotar esta situación. Austria carecía de interés directo en este asunto, pues no tenía por qué alarmarse del establecimiento de una base naval en Kiel, e incluso la iniciativa de Bismarck podría mejorar su posición diplomática en cuanto tal base acaso inquietase a Rusia. ¿Y qué motivo serio podía invocar para conservar Holstein? Si se oponía a las iniciativas prusianas, era

principalmente porque tal resistencia le granjeaba simpatías entre los patriotas alemanes. Buscaba, en suma, un terreno favorable que le permitiera figurar como defensor de los intereses de la *nación* germánica contra las reivindicaciones prusianas. Simple asunto de táctica.

La cuestión de la reforma de la Confederación germánica constituía, por el contrario, el núcleo mismo del problema alemán. Inquietaba a los príncipes, principalmente a los soberanos de los Estados alemanes *medios*, interesados en el mantenimiento de un sistema—el del Pacto federal de 1815—en el que la rivalidad de las influencias prusiana y austríaca les había permitido hasta entonces conservar su independencia y evitar la hegemonía. Pero estaba de acuerdo también con los deseos de una gran parte de la opinión pública que lamentaba la debilidad del sistema federal y que quería proporcionar a la *nación alemana* el medio de desempeñar un papel más importante en la vida europea. Era, pues, natural que Bismarck intentase conseguir nuevamente ventaja en aquel terreno, y recuperar la adhesión del movimiento nacional. Al proponer el 9 de abril de 1866 la institución de un Parlamento alemán elegido por sufragio universal, sabía que Austria no podría seguirle en este camino. Pero ¿deseaba verdaderamente la puesta en práctica de tal sugestión? No podía pensar seriamente, en el mismo momento en que en Prusia iniciaba una lucha encarnizada contra el régimen constitucional, en la formación de una asamblea parlamentaria alemana. Estos dos aspectos de su actitud eran, sin duda, conciliables: combatía en Prusia a una mayoría parlamentaria reclutada por un régimen electoral establecido en beneficio de las clases más ricas y formada por representantes de la burguesía; podía, pues, para vencer su resistencia, tener interés en obtener el apoyo de las masas populares o, por lo menos, la de esgrimir esta amenaza sobre sus adversarios. Pero ¿era cierto que las *masas* le apoyarían? Según toda probabilidad, su proposición fue solamente una maniobra de *sobrepuja*.

Las controversias diplomáticas que se desarrollaron durante dieciocho meses estaban, pues, dominadas por preocupaciones tácticas. Los dos antagonistas intentaban llevar el debate al terreno que les parecía más propicio para su propaganda.

Lo que más importa es la línea de conducta adoptada por los dos gobiernos, determinada en gran parte por la situación general de la política internacional.

El designio prusiano era ofensivo. Resulta indudable que Bismarck buscaba la guerra e intentaba imponerla al adversario. ¿Por qué temporizó entonces durante dieciocho meses? La explicación ha de buscarse en las perspectivas estratégicas, más bien que en los asuntos alemanes. El estado mayor prusiano quería imponer a Austria una guerra *en dos frentes*. Moltke declaró en el Consejo de la Corona que ello era una condición necesaria. Se hacía preciso, pues, obtener la

alianza de Italia, que esperaba la ocasión de conquistar Venecia, abandonada a su suerte en 1859. Seguir las etapas de la negociación entre Italia y Prusia es examinar el aspecto esencial de la política de esta última.

El 29 de mayo de 1865, Bismarck declaró ante el Consejo de la Corona que era necesario anexionar los ducados, negar toda compensación al gobierno austríaco e ir incluso, si fuere preciso, a la guerra. Pero su política encontró resistencia entre la familia real; el Kronprinz se pronunció contra una guerra que podría colocar a los Estados alemanes a merced de una intervención extranjera. El rey Guillermo vacilaba: desearía ciertamente no *perder* los ducados, pero temía comprometerse en una aventura. A fines de marzo, Bismarck pareció realizar sus deseos, obteniendo del Consejo de ministros el envío a Austria de una nota que presagiaba la ruptura. Pero las noticias que llegaron del exterior durante los días siguientes imponían prudencia: el gobierno italiano declaró que no podía prometer su ayuda sin que Francia consintiera en ello, y el embajador prusiano en París informó, después de una conversación con la emperatriz Eugenia, que el gobierno francés no se comprometía a permanecer neutral. Valía más, pues, no arriesgarse a la guerra. Y el 14 de marzo de 1865, Bismarck aceptó reemprender las negociaciones con Austria, firmando el acuerdo de Gastein.

Pero el horizonte se aclaró en octubre, después de la entrevista de Bismarck con Napoleón III, en Biarritz. Las impresiones que de la misma se llevó Bismarck eran tranquilizadoras, ya que el Emperador manifestaba un interés muy vivo por conseguir la unidad italiana y también que la alianza entre Austria y Francia era *imposible*. Simple *sondeo* ciertamente, pues Napoleón III no había adquirido compromiso alguno. El gobierno prusiano podía esperar, no obstante, que la política imperial, en su deseo de resolver la cuestión veneciana, no se opondría a una alianza entre Italia y Prusia.

Esta esperanza se cumplió. Cuando en marzo de 1866 se reanudó la negociación entre los gobiernos prusiano e italiano y se enfrentó con serias dificultades, la solución vino de París. Italia vacilaba en comprometerse, porque suponía que Bismarck quería utilizar el tratado de alianza para intimidar a Austria y obtener sin guerra la aneación de los ducados, con lo cual correría el peligro de encontrarse sola frente a Austria; pero Napoleón III prometió a Italia su garantía, en caso de que Prusia no cumpliera sus compromisos. Con esa seguridad, el gobierno italiano firmó el 8 de abril de 1866 el tratado de alianza, prometiendo su ayuda armada si Prusia se decidiese a hacer la guerra en los tres meses siguientes.

En cuanto a la política austríaca, era vacilante. El gobierno se preguntaba si debía intentar aplazar el conflicto o aceptarlo.

En el verano de 1864, Rechberg, ministro de Negocios extranjeros, convencido de que Austria no se encontraba preparada para la guerra,

intentó solucionar la cuestión de los ducados mediante negociaciones con Prusia, proponiéndole dejar que se los anexionase a cambio de una compensación. ¿De qué orden? Al principio, Rechberg pensó en una de índole territorial: el condado de Glatz, en Silesia; pero tropezó con una rotunda negativa. Entonces intentó, sin mayor éxito, una alianza austro-prusiana que garantizase a Austria la posesión de Venecia y el Trentino. Quiso, en fin, negociar una vez más la entrada de Austria en la *Zollverein*, dando a entender que, si no se la admitía, podría concluir una unión aduanera con los Estados alemanes del sur; pero no logró el asentimiento del gobierno prusiano ni que Baviera y Wurtemberg se decidiesen a abandonar sus relaciones económicas con Prusia. Después de esta serie de fracasos, el Consejo de ministros austríaco desautorizó la política de Rechberg, que dimitió el 27 de octubre de 1864. La tentativa de colaboración austro-prusiana había fracasado, pues. Pero al intentar conseguir un beneficio directo y *monetizar* su adhesión a la solución prusiana de la cuestión de los ducados, el gobierno austríaco perdía la ventaja moral que habría podido conseguir cerca de los patriotas alemanes.

Después de aquel paso en falso, la política austríaca pareció adoptar el camino de la resistencia. Mensdorff-Pouilly, nuevo ministro de Negocios extranjeros, declaró—bajo la influencia de Biegeleben, su principal colaborador—que no aceptaría que los ducados se convirtiesen en vasallos de Prusia. En agosto de 1865, la convención de Gastein le concedió ventaja en este punto, ya que impedía a Prusia poner inmediatamente sus manos sobre Holstein. Pero al firmar este precario compromiso sin consultar a los otros soberanos alemanes, renunciando a apoyar la formación de un Estado alemán de los ducados, reincidía en su vieja costumbre de defraudar a los patriotas alemanes.

Y se dio cuenta de lo vano de tal acuerdo cuando Prusia, en la primavera siguiente, le puso entre la espada y la pared al plantear de nuevo la cuestión de la Confederación germánica. El 25 de abril de 1866, Francisco José declaró a sus ministros que era imposible retroceder. “¿Cómo evitar la guerra, si los otros la quieren? La situación es tal, que esta guerra se hace inevitable.” Desde entonces todo el esfuerzo de la diplomacia austríaca trató de destruir la alianza italo-prusiana. Pero inútilmente. Solo logró la promesa de neutralidad francesa; pero tuvo que comprometerse a abandonar, en todo caso, Venecia. Desde el principio, pues, la monarquía danubiana estaba segura de la pérdida de uno de sus territorios en esta guerra. Solamente le quedaba la vaga esperanza de adquirir, en caso de victoria, ventajas territoriales en Alemania. Por ello el gobierno no se lanzó de buena gana a la aventura. No obstante, Austria fue la que asumió la responsabilidad de decretar la movilización de su ejército, haciendo así el juego a Bismarck. Tal decisión se tomó solamente por razones técnicas: el estado mayor hizo ver que la movilización austríaca, más lenta que la prusiana, no podía diferirse si la guerra se

consideraba inevitable. En el fondo, el gobierno se veía empujado a una guerra que hubiera querido evitar; Francisco José declaró—en el Consejo de ministros de 12 de junio de 1866—que tenía “una pistola al pecho”.

“La guerra de 1866—dijo Moltke—no ha sido pedida por la opinión pública ni por la voz del pueblo. Fue una guerra reconocida necesaria por el gabinete, una lucha prevista desde hacía mucho tiempo y preparada a sangre fría; su objeto no era la conquista o la extensión territorial ni la adquisición de ventajas materiales, sino un bien ideal: el aumento de poder.”

## II. LA ACTITUD DE LAS POTENCIAS

La victoria prusiana había sido posible gracias a la pasividad de las grandes potencias no alemanas, cuya actitud no dependía solamente de la opinión que tenían del *problema alemán*, sino también de sus mutuas relaciones. Sería, pues, inútil intentar explicar su política sin tener en cuenta fechas y circunstancias.

Entre 1863 y 1865 la cuestión de los ducados era la que parecía principalmente llamada a determinar en el plano internacional las decisiones de estas grandes potencias en cuanto al problema alemán. Rusia y Gran Bretaña habían obstaculizado en 1849-1850, mediante su acción diplomática, los designios prusianos (1). ¿Por qué permitieron esta otra vez, los acontecimientos? ¿Por qué Napoleón III, que declaró basar su política exterior en el principio de las nacionalidades, admitió su violación por parte de Prusia cuando esta arrebató a Dinamarca la parte septentrional del Slesvig?

La conducta de las potencias era resultado de su desconfianza mutua, relacionada esta con una circunstancia independiente de la cuestión alemana: la nueva insurrección de la Polonia rusa.

Esta insurrección polaca, que comenzó el 22 de enero de 1863, dio pie a una colaboración ruso-prusiana, establecida en la convención de Alvensleben, que podía convertirse, a decir de Gortchakof, en el punto de partida de un acuerdo entre los dos Estados *en todas las direcciones*. Originó también el abandono de la aproximación franco-rusa, que hubiera podido ser el cebo de una *alianza de revés*. ¿Cómo sucedió todo ello? Porque Napoleón III no se contentó con *advertir* a Rusia, sino que reivindicó públicamente un estatuto de autonomía para los polacos dentro del Imperio ruso, y en sus conversaciones llegó a considerar la reconstitución de una Polonia independiente. Incluso dejó entender que, en caso necesario, llegaría hasta la guerra con Rusia. Esta última amenaza no era probablemente más que un *bluff* para inquietar a Gran Bretaña, que, en evitación de tal conflicto, se asociaría,

(1) Véase anteriormente, pág. 165.

según el Emperador, a una presión diplomática sobre el gobierno ruso. Creía así, indudablemente, satisfacer a la *opinión pública francesa*. Pero ¿estaba seguro de interpretar correctamente las corrientes de esa opinión? Ciertamente, los católicos liberales, con Montalembert; los miembros de la oposición republicana en el Cuerpo legislativo, con Jules Favre, y los bonapartistas *de izquierda*, cuyo portavoz era el príncipe Napoleón Jerónimo, hacían campaña en favor de los polacos. Pero los círculos de negocios eran hostiles a toda iniciativa que pudiese provocar un conflicto franco-ruso, y la masa de la población se mostraba opuesta a una política de aventura. Al tomar partido con tanta ligereza en la cuestión polaca, el Emperador pretendía incrementar su prestigio, pero no consiguió más que un fracaso absoluto. No es menos cierto, sin embargo, que la resistencia francesa a la política rusa obligaba evidentemente al Zar a mantener la relación establecida con Prusia, lo que es bastante para explicar la abstención de Rusia en la cuestión de los ducados daneses.

Pero la cuestión polaca provocó también disentimientos entre Francia y Gran Bretaña.

El Emperador había creído poder contar con la ayuda inglesa para la presión diplomática ejercida sobre Rusia; mas no había obtenido sino un concurso reticente, pues el gabinete inglés no deseaba—en 1863 como en 1831—la reconstitución de un Estado católico en la Europa oriental, que seguiría la política francesa. Y cuando al año siguiente el gobierno inglés deseó establecer un acuerdo con Francia para hacer frente a la política prusiana en la cuestión de los ducados, el Emperador recordó las reticencias inglesas. Gran Bretaña quería proteger la existencia del Estado danés, poseedor de los pasos del Báltico, y también impedir el establecimiento de una base naval prusiana en Kiel; pero como no disponía más que de medios navales, no podía actuar independientemente. Estudió, pues, una mediación armada franco-inglesa (al mismo tiempo que una escuadra inglesa entraría en el Báltico, un cuerpo de ejército francés se concentraría sobre el Rin); pero Napoleón rehusó, recordando que no había recibido de Inglaterra ayuda bastante con ocasión de la crisis polaca.

Por su parte, el gobierno inglés se inquietó, porque Napoleón III aireaba, con ocasión de la crisis polaca, sus designios *revisionistas*. El aspecto general de la política francesa es el hecho importante para las relaciones futuras entre los dos Estados más bien que los desacuerdos diplomáticos. ¿En qué se basaban los temores ingleses?

En febrero de 1863, la emperatriz Eugenia aprovechó una conversación con el embajador austríaco, Ricardo de Metternich, para ocuparse de la cuestión polaca y esbozar una transformación radical del mapa político de Europa: Polonia, reconstituida, tendría por soberano al rey de Sajonia o a un archiduque austríaco; Prusia perdería Posnanía y Silesia, pero recibiría Sajonia y Hannover; Austria perdería Galitzia y cedería Venecia al reino de Italia, pero se anexionaría Si-

lesia y los Estados alemanes del sur; Rusia sería grandemente compensada en Turquía asiática, pero no obtendría Constantinopla, que correspondería a Grecia; Francia adquiriría los territorios de la orilla izquierda del Rin e incluso quizá pudiese repartirse Bélgica con Inglaterra. No es preciso ver en ello un plan verdadero; la misma Emperatriz declaró que eran consideraciones *a vuelo de pájaro* y que *iba mucho más lejos que el Emperador*. Pero Ricardo de Metternich, aun juzgando severamente aquellos *sueños políticos*, estimaba que no se trataba de una *simple broma* y veía en ello indicios de la dirección en que se orientaba el pensamiento de Napoleón III.

Al mes siguiente, el gobierno francés tanteó el terreno, esta vez por la vía diplomática, y en secreto expresó sus puntos de vista al gobierno austríaco: reconstitución de Polonia—sin Posnanía—bajo un archiduque austríaco; cesión de Venecia a Italia y adjudicación a Austria—en compensación—de los principados de Moldavia y Valaquia, cuya unión había organizado cuatro años antes el mismo Napoleón III; anexión de Hannover por Prusia; reparto de Bélgica entre Francia y los Países Bajos; formación, en la orilla izquierda del Rin, de un *Estado-tapón* entre Francia y Prusia. A diferencia del esbozo trazado por la Emperatriz, este plan evitaba oponer Austria a Prusia y no preveía compensación alguna para Rusia. Pero la oferta de conversaciones no fue aceptada por el gobierno austríaco; la monarquía danubiana, dijo Rechberg, necesitaba descanso y no tenía interés en favorecer una política "que originaría inmediatamente radicales transformaciones en Europa".

No obstante, el Emperador afirmó de nuevo, públicamente esta vez, sus designios *revisionistas*. En un discurso pronunciado en Auxerre el 6 de mayo, declaró *detestar* los tratados de 1815. El 4 de noviembre de 1863, en circular dirigida a todas las grandes potencias, afirmó que, bajo la presión de los movimientos nacionales, *el edificio político* establecido en 1815 estaba en trance de ruina. "En casi todas partes los tratados de Viena son destruidos, modificados, desconocidos o amenazados." Esta situación podía empujar a las potencias *en direcciones contrarias*. Para eludir tal peligro, era necesario reunir un congreso en que se discutiesen todas las cuestiones que *enturbian o entorpecen* las relaciones internacionales. Napoleón III adjudicó, pues, a esta iniciativa el objetivo de mantener la paz. Pero para llegar a ello preconizaba un considerable reajuste del mapa político de Europa: planteando simultáneamente todas las cuestiones y confrontando *los intereses más diversos*, el congreso ofrecería *elementos de transacción*. Por esto, precisamente, la iniciativa francesa encontró una negativa general.

Al afirmar estas ideas revisionistas, expresión de la profunda preocupación de Napoleón III, la política imperial despertó en todas partes inquietud: la del gobierno ruso, contra el cual iban dirigidos los planes franceses; la de Austria, que solo podía perder, y, sobre

todo, la de Gran Bretaña, que tenía la hegemonía francesa en el continente (en 1860 Clarendon había mostrado su inquietud por la anexión de Saboya, ya que veía en ello un primer paso para el *reajuste del mapa*; y la cuestión polaca vino a confirmar tales pronósticos). También tenía una competencia francesa fuera de Europa, sobre todo desde que el gobierno imperial desarrollaba su marina de guerra y puso en servicio en 1859, un año antes que Gran Bretaña, el primer buque acorazado, tomando así la iniciativa de una verdadera *revolución marítima*.

La profunda desconfianza que despertaban en Londres los proyectos de Napoleón III dominó las reacciones de los medios gubernamentales ingleses en la cuestión alemana. El gabinete, es cierto, no deseaba una guerra austro-prusiana, que constituiría, dijo lord Napier a Bismarck en 1865, "la cosa más desagradable que podría ocurrir a Inglaterra". Pero para impedir la hegemonía francesa, Gran Bretaña anhelaba una *Alemania fuerte*. Esta era la preocupación de Palmerston y de la reina. Aquel escribió: "Es deseable en el futuro que Alemania *en conjunto* sea fuerte para que pueda frenar a Francia y a Rusia, esas dos potencias ambiciosas y pendencieras que pesan sobre nosotros en el Este y en el Oeste... Y si Alemania debe ser fuerte, es inevitable que Prusia lo sea." Los intereses económicos no influyen en esta actitud. Gran Bretaña podía incluso encontrar mayores dificultades en sus relaciones comerciales con la *Zollverein* a medida que la potencia alemana se afirmase. Las preocupaciones políticas eran las dominantes.

No es, pues, sorprendente que Rusia y Gran Bretaña permitieran que los acontecimientos siguieran su curso cuando se anunció el conflicto austro-prusiano. El gobierno ruso no deseaba la guerra, porque todo gran conflicto podía despertar en Europa *pasiones revolucionarias*; pero prefería la victoria de Prusia, pues el debilitamiento austríaco favorecería su política balcánica, sin que el éxito de Prusia significase un serio peligro para el Imperio. "No tenemos ningún motivo—escribía en 1864 Nesselrode—para obstaculizar su engrandecimiento mientras no amenacen nuestros intereses de forma directa." El gabinete inglés, en el que Clarendon dirigía la política exterior desde la muerte de Palmerston, ocurrida en 1865, se contentó con expresar sus votos por el mantenimiento de la paz; pero la eficacia de sus consejos fue restringida, porque anunció en febrero de 1866 su intención de permanecer neutral. En el fondo, observaba más la política francesa que el conflicto germánico. Cuando se consideró, en marzo de 1866, la reunión de un congreso para ver de llegar a un compromiso entre Austria y Prusia, se esforzó en *torpedear* dicho proyecto, que podría dar ocasión a Francia para proponer grandes reajustes territoriales. Gran Bretaña se mostró, pues, pasiva en la cuestión alemana.

Pero la actitud del gobierno francés era esencial, pues el Emperador facilitaba la alianza italo-prusiana, sin la cual el gobierno prusiano

no creía posible emprender la guerra. ¿Cómo interpretar esta política imperial?

La preocupación italiana desempeñó un papel indiscutible en la actitud de Napoleón III, que favorecía aquella alianza para dar ocasión a Italia de adquirir Venecia. Este deseo de solucionar la cuestión de Venecia lo había indicado ya a Bismarck en la entrevista de octubre de 1865, en Biarritz. Pero ¿por qué concedía tanta importancia a aquel asunto? ¿Por fidelidad al *principio de las nacionalidades*? No es verosímil, porque la aplicación del mismo debía impulsarle también a favorecer la posesión del Trentino meridional por Italia y no hizo nada en tal sentido. Existían, pues, otros móviles. Sin duda, pensaba de este modo atraerse la simpatía de los italianos—la cual se había enajenado con ocasión del armisticio de Villafranca—, pues no perdía la esperanza de convertir a Italia en un satélite de Francia. Pero buscaba principalmente un beneficio inmediato: si el sentimiento nacional italiano recibiera satisfacción en esta cuestión veneciana, la atención de los italianos se desviaría durante algún tiempo de la *cuestión romana* y la convención de septiembre de 1864 sería respetada. Para conseguir esa solución de la cuestión de Venecia, el Emperador no vaciló en favorecer el estallido de una guerra austro-prusiana. ¿Cómo consideraba, pues, la posición de Francia ante el conflicto?

Durante los tres meses anteriores a la guerra efectuó negociaciones simultáneas con Austria y Prusia con objetivo análogo: prometer su neutralidad y *monetizar* dicha promesa.

La negociación austro-francesa fue de iniciativa austríaca. Austria conocía la alianza italo-prusiana y quería sustraerse a una *guerra con dos frentes*. El gobierno de Viena solicitó del Emperador que interviniese como mediador entre Austria e Italia para lograr de esta que no cumpliera las promesas hechas a Prusia, y dejó entender que Francia recibiría Venecia para entregarla al reino de Italia. Napoleón III hubiera aceptado de buena gana esta solución, pero el gobierno italiano no quería recibir Venecia de manos de Francia, porque tendría que comprometerse así con Napoleón III en la cuestión romana. Al principio, el Emperador no quiso forzar a los italianos; pero en 1866—acuciado por las dificultades en sus negociaciones con Prusia—aceptó volver a negociar con Austria, sin solicitar el consentimiento italiano. "Si estoy seguro de poseer algún día Venecia, y si puedo dormir tranquilo sabiendo que no tocaréis el honor del ejército francés y del país entero borrando todos los resultados de la guerra de 1859, no pido otra cosa sino que derrotéis a los italianos si os atacan."

Estaba, pues, dispuesto a prometer a Austria la neutralidad francesa contra el compromiso de recibir Venecia después de la guerra. La convención secreta del 12 de junio plasmó este compromiso.

La negociación entre Francia y Prusia fue de iniciativa francesa. Napoleón III ofreció a Bismarck un acuerdo: Prusia podría realizar, en caso de victoria sobre Austria, engrandecimientos territoriales a



expensas de los otros Estados alemanes; pero a condición de que Francia recibiera una compensación en territorio alemán. "Los ojos de mi país están fijos en el Rin." La oferta se renovó tres veces, sin éxito alguno, y a principios de junio de 1866 Bismarck se decidió a responder que no era posible tenerla en cuenta.

El Emperador no obtuvo más que un semitriunfo, pues Bismarck no quiso pagar la promesa francesa de neutralidad.

De esa forma, el gobierno francés, árbitro de la situación, no había hecho otro esfuerzo, sin embargo, que el de un simple regateo. Esto no es decir que el Emperador limitase su horizonte. Conocía la importancia del problema alemán; pero creía que su interés estaba en dejar estallar la guerra austro-prusiana, favoreciendo, inclusive, su declaración, por pensar que la lucha sería larga e indecisa; y que, así, Francia podría ejercer un *soberano arbitraje* y hacer que la solución que recibiese la cuestión alemana respetara el equilibrio de fuerzas en el continente. ¿Cuál sería esa solución? El Emperador consideraba la *política de los tres trozos*: los territorios que, desde 1815, formaban la Confederación germánica, se agruparían, en el futuro, en tres trozos; Prusia podría realizar, en beneficio propio, la unidad de la *Alemania del Norte*, es decir, de todos los territorios situados al norte de la *línea del Mein*; Austria conservaría sus provincias alemanas; entre las dos, los Estados alemanes del Sur permanecerían independientes, abiertos, pues, a la influencia francesa. Con objeto de evitar que el engrandecimiento de la potencia prusiana destruyese el equilibrio, Austria podría recibir ampliaciones territoriales en la zona del Adriático. Por último, también Francia recibiría la *compensación* que ya había solicitado; el Emperador pensaba, indudablemente, que la negativa prusiana no podría ser mantenida durante una guerra indecisa. Toda esta política reposaba, en suma, sobre un postulado: la igualdad de oportunidades de Austria y Prusia.

Pero la batalla de Sadowa reveló la potencia prusiana. ¿Cuáles fueron, ante aquella victoria, cuya amplitud nadie había podido prever, ni en Londres, ni en San Petersburgo, ni en París, las reacciones de los tres Estados?

Antes de Sadowa, el gobierno inglés había deseado, sobre todo, que la guerra pudiera ser *localizada*; temía una posible intervención de Francia o Rusia; y, por ello, deseaba una rápida solución del conflicto. A este respecto, Sadowa le tranquilizó; salvo el grupo de los doctrinarios liberales, la opinión pública cambió de frente: la víspera, todavía desconfiaba de la política prusiana; puesto que Austria había sido incapaz de defenderse, ¿por qué contar todavía con ella? En lo sucesivo, valdría más apoyarse en la fuerza joven, que acababa de revelarse, y que podría servir de contrapeso a la potencia francesa. Los dirigentes de los círculos parlamentarios se inclinaron—durante el debate iniciado el 20 de julio de 1866 en la Cámara de los Comunes—

a una política de *no intervención*: Russell, que acababa de abandonar el poder, se mostró partidario de la unidad alemana; Gladstone declaró que aquella guerra había librado a Europa de una *pesadilla*: el *dualismo austro-prusiano*; Disraeli (Canciller del Exchequer a la sazón) creía que "los grandes intereses ingleses están más bien en Asia que en Europa". El gabinete conservador de Derby, formado a principios de julio, desechó, en absoluto, la eventualidad de una acción mediadora. Únicamente la Corte era reticente: la reina lamentaba la victoria prusiana, sobre todo, porque la independencia de Hannover quedaba amenazada directamente, pero esta lamentación era, más que nada, platónica.

En Rusia, el Zar, hermano de la reina de Wurtemberg y cuñado del gran duque de Hesse, expresó la esperanza de que Prusia renunciara a establecer su autoridad sobre el conjunto de los Estados alemanes y de que no creara, trastornando las monarquías, un precedente peligroso para la institución monárquica. Pero esto era un mero deseo. El gobierno ruso se preocupaba más de las perspectivas que pudiera abrir la solución del conflicto a la política francesa: ¿No iba Napoleón a pretender compensaciones y a intentar conseguir beneficios? Y el 1 de julio, antes de Sadowa, Gortchakof propuso una gestión conjunta, en Berlín, para advertir a Prusia que carecía de derecho para disolver la Confederación germánica. No obstante, cuando el gobierno francés preguntó, tres días después de la batalla decisiva, si Rusia estaría dispuesta a sostener *por las armas* dicha iniciativa, el canciller declaró no haber pensado, *por lo que al presente se refería*, en nada semejante; añadiendo que la proposición *había dejado de ser oportuna*. En el fondo, el Zar "encuentra natural que la Prusia victoriosa se beneficie y prefiera una Prusia poderosa a un Austria igualmente poderosa"—, escribió la gran duquesa María al embajador francés.

Para Francia, el momento era grave. El Emperador había pensado en una guerra larga y se encontraba ante un acontecimiento que deshacía todos sus cálculos. En una carta pública a su ministro de Negocios extranjeros, había anunciado que tenía la intención de adoptar una "neutralidad atenta" y de salvaguardar el equilibrio, y tal equilibrio estaba ahora gravemente amenazado. La política imperial acababa de recibir un golpe muy duro. Sería todavía posible ponerla en pie, imponiendo a Prusia una mediación *armada*; pero el gobierno se limitó a ejercer una mediación *diplomática*, cuya eficacia tenía que ser limitada.

Las circunstancias en las cuales quedó fijada esta línea de conducta no son conocidas sino por testimonios indirectos, que no permiten reconstruir la exacta fisonomía de la discusión. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros, propuso una "mediación armada": concentración inmediata de un cuerpo de ejército sobre el Rin; reunión del Cuerpo legislativo, de quien se solicitaría la votación de



los créditos necesarios para una movilización más amplia; anuncio, hecho por el gobierno al mismo tiempo, de que no aceptaría ninguna modificación del estatuto territorial sin haber sido consultado. Prusia, cuyas fuerzas estaban comprometidas, en su totalidad, en Bohemia, no mantenía, en la frontera del Rin, más que dos regimientos y, según Drouyn de Lhuys, se vería obligada a ceder, en consecuencia. El Emperador pensaba en hacer votar los créditos para la movilización, pero sin efectuar una concentración inmediata de tropas, lo que constituiría, asimismo, una amenaza, aunque menos firme. Esta solución parece haber sido aceptada en las deliberaciones de Saint Cloud, el 5 de julio por la tarde. Mas el Emperador renunció a ello; el 7, Drouyn advirtió a los embajadores que la mediación sería *amistosa* y no tendría el carácter de un *mandamiento conminatorio*.

¿Fueron militares o políticos los motivos de aquella retirada? El punto de vista político parece haber tenido más importancia que el militar. Ciertamente, la expedición de Méjico dificultaría la movilización, pero no la impediría; el mariscal Randon, ministro de la Guerra, afirmaba que era posible movilizar, inmediatamente, 80 000 hombres, y, veinte días después, 250 000. Algunos ministros "civiles" expusieron dudas acerca de ello; pero al parecer, no adujeron argumentos precisos al respecto. Los partidarios de la abstención—sobre todo, La Valette, ministro del Interior—invocaron el interés político: ¿Bastaría para detener a Prusia la demostración militar propuesta por Drouyn de Lhuys? Y si fuera necesario recurrir a la guerra, ¿no se correría el peligro de ver levantarse contra Francia el sentimiento nacional alemán, y a los Estados alemanes del Sur cambiar de campo? ¿Cuál sería, por último, el sentido de tal guerra? ¿Tomaría Francia las armas para oponerse al movimiento de las nacionalidades, desmintiendo así toda la política imperial y convirtiéndose en aliada de Austria? ¿Por qué ligarse a un *cadáver*? Napoleón III no podía permanecer insensible a estos argumentos.

Por otra parte, ¿qué acogida reservaría la opinión pública francesa al anuncio de una *mediación armada*? Esa opinión pública—basta leer los periódicos y los informes de los procuradores generales para convencerse de ello—no comprendió, inmediatamente, el alcance de la victoria de Sadowa. Los círculos de la oposición liberal se regocijaban de la derrota austríaca, porque, en su política interior, Austria encarnaba todos los principios que ellos condenaban; la mayoría gubernamental estaba dividida; pero, incluso los que lamentaban la victoria prusiana, eran incapaces de medir sus consecuencias: "Bismarck—decían—solo es un exaltado, más peligroso para su propio país que para los otros." Nadie parecía pensar que Francia pudiese ser arrastrada a tener que empuñar las armas. El gobierno temía turbar aquella quietud temporal (1). Renunciando a adoptar medidas

(1) Ocho o diez días más tarde, la opinión comenzaría a reflexionar.

militares, el Emperador parecía haber obedecido, sobre todo, a consideraciones de orden dinástico. Recurrir a la fuerza sería confesar que hasta entonces se había seguido un camino equivocado, y provocar en la opinión pública un malestar que podía ser peligroso para el régimen.

Limitándose a una mediación pacífica, Napoleón III dejó pasar la ocasión de imponer a la política bismarckiana una *parada en seco* que hubiera podido resultar decisiva. Esperaba, todavía, sin embargo, poder salvaguardar los intereses franceses, tal como él los había concebido, es decir, asegurar la independencia de los Estados alemanes del Sur y conseguir una compensación territorial para Francia. Pero ¿qué fue lo que obtuvo?

Durante su *mediación amistosa*, se hizo prometer que la Confederación alemana, cuyas riendas iba a tomar Prusia, englobaría solamente a los Estados alemanes situados al Norte de la *línea del Mein* y que los Estados alemanes del Sur conservarían una *existencia internacional independiente*. Podía, pues, creer en aquel momento que su intervención diplomática no había resultado inútil. Pero cuando dicha promesa, esencial para los intereses franceses, se registró, en agosto de 1866, en el tratado de Praga, ya había sido violada, pues Bismarck logró concluir tratados secretos de alianza con los Estados del Sur. Ciertamente Napoleón lo ignoraba, pero sus ilusiones no se prolongarían mucho tiempo; en febrero de 1867, existían suficientes indicios para que se viera obligado a admitir que Alemania del Sur no había conservado su *existencia internacional independiente*.

Por otra parte, el Emperador volvió a presentar, aunque demasiado tarde—en vísperas de la firma de los preliminares de paz entre Prusia y Austria—su demanda de *compensación*: Sarre y el Palatinado bávaro o el Hesse renano; pero se enfrentó con una negativa absoluta. "Ni una pulgada de territorio alemán", respondió Bismarck. A fines de agosto de 1866, Napoleón pensó en conseguir aquella compensación a expensas de Bélgica, e incluso ofreció a Prusia, a cambio de su asentimiento, la alianza francesa. Y se resignó, en fin, a instancias del Presidente del Consejo prusiano, a un proyecto más modesto: la adquisición del Gran Ducado de Luxemburgo. Pero el día en que Bismarck fue interpelado en el Parlamento por uno de los jefes de la *Nationalverein*, Bennigsen, exigió que la negociación fuese abandonada.

A comienzos de abril de 1867, la política francesa estaba derrotada. Parece muy verosímil que Bismarck hubiera premeditado esta humillación. El fue quien impulsó a Napoleón III a ponerse a merced del adversario; el que, al mismo tiempo que hacía fracasar la solitud de *compensación*, dispuso la publicación de los tratados de alianza concluidos, en el mes de agosto anterior, entre Prusia y los Estados alemanes del Sur. El Emperador, que había llevado personal-

mente todas las negociaciones, en las que acumuló imprudencias y torpezas, sufrió una dura prueba. Prefería, no obstante, un retroceso a una lucha demasiado incierta; pero no podía tolerar la perspectiva de un fracaso que acabaría por arruinar su prestigio.

## BIBLIOGRAFIA

Los documentos principales han sido publicados en tres recopilaciones: *Les Origines diplomatiques de la Guerre de 1870*, 29 vols., París, 1910-1932.—*Die auswärtige Politik Preussens, 1858-1870*, 10 vols., Oldenburgo, 1932-1939.—*Quellen zur deutschen Politik Oesterreichs, 1859-1866*, 6 vols., Viena, 1934-1936. Véase además:

**Sobre la cuestión polaca en 1863.—**

W. RECKE: *Die polnische Frage als Problem der europäischen Politik*, Berlín, 1927.—F. CHARLES-ROUX: *Alexandre II, Gortchakoff et Napoléon III*, París, 1913.—M. FRIEDIEFF: *L'Opinion publique française et l'Insurrection polonaise de 1863*, en "Monde Slave", 1938, págs. 347-378.—K. KAISER: *Napoléon III und der Polnische Aufstand von 1863*, Berlín, 1932.—U. WERESZYCKI: *Great Britain and the Polish Question in 1863*, en "English Hist. Review", 1935, págs. 78-108.—ST. BOBR-TYLINGO: *La Politique Polonaise de Napoléon III*, París, 1954, tesis dactilografiada.—AD. LEWAK: *Idee przewodnie polskief politycki zagranicznej en "Przeglad Hist."*, 1938, págs. 455-466.—H. SCHEIDT: *Konvention Alvensleben und Interventionspolitik der Mächte in der polnischen Frage*, 1863, Munich, 1937.—F. ENGEL-JANOSI: *Graf Rechberg. Vier Kapitel zu seiner und Oesterreichs Geschichte*, Munich, 1927.—V. G. REVUNENKOV: *Pol'skoe vosstanie 1863 g. v. coropyskaja diplomatija* (La sublevación polaca de 1863 y la diplomacia europea), Leningrado, 1957.

**Sobre la cuestión de los ducados.—**

J. VON RANTZAU: *Europäische Quellen*

*zur Schleswig-Holsteinischer Geschichte in XIX. Jahrhundert*, t. I, Breslau, 1934.—L. D. STEFFEL: *The Schleswig-Holstein Question*, Cambridge (Mass.), 1932.—F. DE JESSEN: *Manuel historique de la Question du Slesvig*, Copenhague, 1906.—P. VERRIER: *Le Slesvig*, París, 1917.—*Det nordlesvigske Spørgsmaal, 1846-1879*, 4 vols., Copenhague (recopilación de documentos).

**Sobre el conflicto austro-prusiano.**

H. VON SYBEL: *Die Begründung des deutschen Reiches durch Wilhelm I.*, Berlín, 1893-1894, 7 vols.—H. FRIEDJUNG: *Der Kampf um die Vorherrschaft in Deutschland*, 10.<sup>a</sup> ed., Stuttgart, 1927, 2 vols.—CH. W. CLARK: *Franz Joseph and Bismarck. The Diplomacy of Austria before the War of 1866*, Cambridge, 1934.—E. FRANZ: *Der Entscheidungskampf um die wirtschaftliche Führung Deutschlands*, Munich, 1933. R. STADELMANN: *Das Jahr 1865 und das Problem deutscher Politik*, Oldenburgo, 1935.—L. CASE: *French Opinions and Napoleon III's Decisions after Sadowa*, en "Public Opinion Quarterly Fall", 1949.—J. REDLICH: *Das oesterreichische Staats- und Reichsproblem*, Leipzig, 1926, t. II (documentos).—G. BRUNS: *England und der deutsche Krieg, 1866*, Berlín, 1938.—G. PAGES: *L'Affaire du Luxembourg*, en "Revue d'Histoire moderne", 1926. O. VON STOLBERG-WERNIGERODE: *Robert, Graf von der Goltz, 1863-1869*, Munich, 1924.—ANDRÉ ARMENGAUD: *L'opinion publique en France et la crise nationale allemande de 1866*, París, 1958 (tesis dactilografiada).

## CAPITULO XIX

## LA DERROTA FRANCESA

El conflicto franco-prusiano se esperaba desde el retroceso francés de abril de 1867. Era evidente que la política prusiana no renunciaría a conseguir la unidad alemana, incorporando los Estados alemanes del Sur, cuya alianza ya había conseguido. ¿Y cómo la política napoleónica podría abandonar, sin lucha, la posición que ocupaba en Europa desde hacía veinte años y aceptar tan radical modificación, peligrosa para su seguridad y aun quizá para la propia integridad del territorio francés? De una parte y de otra, los gobiernos se dispusieron a la lucha con desigual éxito.

Desde el punto de vista diplomático, mientras Bismarck conseguía concluir con Rusia un acuerdo—27 de marzo de 1868—por el que el Zar se comprometía, en caso de guerra entre Francia y Prusia, a concentrar su ejército para paralizar a Austria-Hungría, Napoleón III se obstinó, en vano, durante dos años y medio, en asegurarse, contra Prusia, la alianza de la monarquía danubiana, sin obtener más—en septiembre de 1869—que un simple intercambio de cartas, en que los soberanos afirmaban la *comunidad de intereses*. Pero, cuando Napoleón intentó, a principios de 1870, darle forma precisa, el acuerdo del estado mayor, ya iniciado, quedó solo en proyecto.

En el aspecto militar, el ejército prusiano era fuerte por la experiencia adquirida durante la guerra de 1866 y el apoyo que, a partir de aquella primera victoria le otorgaba la opinión pública. Por el contrario, la reorganización del ejército francés, cuyas líneas generales estableció, en 1868, la ley Niel, se veía dificultada por la pasividad del Cuerpo legislativo y por las reticencias de la opinión pública ante el esfuerzo que se le exigía; en la prensa importante, casi únicamente Prévost-Paradol intentó combatir aquel adormecimiento.

Respecto a la cohesión interior, la victoria de Sadowa puso fin a la lucha entre Bismarck y la mayoría de los liberales prusianos; la oposición parlamentaria apenas tenía importancia en el Reichstag de la Confederación de la Alemania del Norte. Por el contrario, en Francia, el régimen imperial encontraba cada vez más resistencia y tenía que ir de concesión en concesión.

Prusia disponía de medios para realizar su política, en tanto que Francia no estaba preparada para la prueba.

En tales circunstancias, se produjo la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern al trono de España. Anunciada, el 2 de julio de 1870, por el gobierno provisional español, se convirtió en

causa inmediata de la guerra. El gobierno francés declaró que no aceptaría que reinase en España un príncipe prusiano y obtuvo éxito, pues, en 12 de julio, se anuncia la retirada de la candidatura. Pero Napoleón III, en vez de contentarse con ello, quiso que se anunciase públicamente, que el rey de Prusia aprobaba la retirada y que no autorizaría al príncipe Leopoldo para intentarla de nuevo. Y el 13 de julio, Guillermo I negó, en Ems, al embajador francés una garantía para el futuro. Sin embargo, este fracaso se mantuvo secreto y no influyó, para nada, en el prestigio de Napoleón, que podría todavía batirse en retirada. Pero Bismarck se encargó de cortarle aquel camino, anunciando, en un comunicado a la prensa y en una circular a los gobiernos extranjeros, la negativa opuesta a la petición francesa. En tal día—15 de julio—el gobierno francés hizo votar al Cuerpo legislativo los créditos necesarios para la movilización. El 19, se dirigió al gobierno prusiano la declaración de guerra, anunciada cuatro días antes por el Presidente del Consejo de ministros de Francia, Emilio Ollivier.

#### I. LA POLITICA DE BISMARCK

No cabe duda alguna de que fue Bismarck quien quiso la guerra, el 13 de julio de 1870; y quien, obligando a Guillermo I, tomó la iniciativa encaminada a provocarla. Y la quiso porque creía necesario, para llevar a cabo la unidad alemana, destruir la potencia francesa. Pero es más difícil saber cómo y cuándo llegó a esta conclusión. Según parece, había desechado la idea de una guerra "preventiva" que le sugiriera el general Moltke, en abril de 1867, con ocasión de la cuestión de Luxemburgo. Y, tanto en Francia como en Alemania, los historiadores han aducido, generalmente, razones opuestas respecto al motivo que, tres años más tarde, le impulsó a hacer inevitable el conflicto. Es necesario, pues, intentar aclarar ese extremo.

En septiembre de 1867, Bismarck había anunciado que no se contentaría con los resultados obtenidos, es decir, con la entrada de los Estados alemanes del Sur en los sistemas aduanero y militar prusianos, declarando que pretendía realizar la *unión política*, pero asegurando que su intención era dejar a los alemanes del Sur su *libertad de decisión*. Descontaba, sin duda, para obtener la adhesión de la opinión pública, el enlazamiento de los intereses económicos. Su decisión, de julio de 1867, de crear, en el marco de la *Zollverein*, un *Parlamento aduanero*, tenía, sin duda, el objetivo de acostumar a los alemanes del Sur a una colaboración permanente con la Confederación de la Alemania del Norte. "La *Zollverein*—observaba el embajador francés en Berlín—es hoy, aún más que cuando existía la Confederación germánica, una institución por medio de la cual Prusia mantiene bajo su dominación a todos los demás Estados alemanes." Ciertamente, aquella perspectiva había sido desmentida con motivo de la elección, en marzo de 1868, de los miembros del Parlamento aduanero: de ochenta

y cinco diputados alemanes del Sur, cuarenta y nueve se habían declarado opuestos a la unión política. Pero Bismarck había conseguido enderezar la situación, valiéndose de la propaganda. La cuestión de la unidad política era ampliamente tratada en la prensa de la Alemania del Sur; y varios periódicos bávaros y wurtembergueses estaban subvencionados por el gobierno prusiano; en la misma Baviera, principal centro de la resistencia a la política prusiana, el gobierno—presidido por Clovis de Hohenlohe—se había mostrado dispuesto a hallar una fórmula de compromiso: la formación de una *unión federativa* entre la Alemania del Sur y la del Norte.

Hasta finales de 1869 el Canciller parecía, pues, inclinado a esperar el *desarrollo natural* de los acontecimientos: "la unidad—dijo a Guillermo I—vendrá con seguridad"; y afirmó al embajador de Francia que era *fatal*, porque respondía a la voluntad de la nación alemana, añadiendo que Prusia, aunque fuera a riesgo de una guerra, no se desentendería de esa voluntad. Pero declaró, incluso a su propio rey, que la realización de tal designio no era inminente; solo en el caso de que se presentase una ocasión favorable—una crisis interior en Francia o un conflicto entre las grandes potencias—la aprovecharía para precipitar su desenlace. De momento, se limitó a vigilar o a dirigir la evolución de la opinión pública en Alemania del Sur. Veamos cómo se desarrollaron aquellas perspectivas.

Bismarck no tenía motivos para mostrarse satisfecho, pues durante el invierno de 1869-1870, los sentimientos particularistas recobraron terreno en gran parte de la Alemania del Sur. Ciertamente, no era así en Baden, donde el Gran Duque, yerno de Guillermo I, solicitó, incluso, en febrero de 1870, la admisión de su Estado en la Confederación de la Alemania del Norte; pero sí en Baviera y en Wurtemberg: en Munich, donde el partido *patriota*, es decir, antiprusiano, acababa de obtener la mayoría en la Cámara de Diputados, Hohenlohe, que había dimitido el 10 de febrero de 1870, fue reemplazado por Bray, cuyas tendencias personales eran favorables a Austria; en Stuttgart, donde los demócratas abundaban en la Cámara, el Gobierno se vio obligado a reducir los créditos destinados a la aplicación de la ley militar, imitación de la ley prusiana; en Darmstadt, Dalwigk, Presidente del Consejo, no disimulaba su esperanza de que Austria emprendiera, con la ayuda francesa, una guerra de desquite contra Prusia. "La máquina de Bismarck ha sufrido una avería"—afirmó un periódico. El ministro de Prusia en Munich decía, en un informe, en el que consignaba el retroceso del *sentimiento nacional en Baviera*: "... sin una nueva crisis, no veo el medio de detener esa evolución". Fue, pues, en aquel momento—febrero de 1870—cuando el Canciller pensó en la necesidad de la guerra contra Francia, como medio para provocar en Alemania del Sur un impulso del sentimiento nacional, capaz de romper la resistencia a la política unitaria. Esta opinión parece verosímil, a primera vista; pero no concuerda con los indicios que poseemos sobre el estado

de ánimo de Bismarck en tal fecha. El Canciller—es necesario hacerlo observar—desechó, el 24 de febrero de 1870, la entrada del Gran Ducado de Baden en la Confederación de la Alemania del Norte; quería, según escribió, dejar a la opinión pública francesa tiempo para habituarse a esta eventualidad. E indicó al ministro de Prusia en Karlsruhe que seguía creyendo oportuno usar de miramientos, hasta el día en que se presentasen en la situación europea *circunstancias críticas* que originaran perspectivas favorables (28 de febrero). Por último, declaró a uno de sus colaboradores que, ciertamente, no le causaba repugnancia la guerra; pero que cuando está seguro de alcanzar sus objetivos por otros medios, un gobierno *consciente* no debe pensar en recurrir a ella, aun creyéndose con probabilidades de ganarla.

No es, pues, posible afirmar, en tal momento, que la decisión de Bismarck fuese irrevocable.

¿Por qué prefirió contemporizar? Porque daba todavía por descontado que, con toda probabilidad, Napoleón III se resignaría a dejar que se realizase la unidad alemana; y que, con tal motivo, se desvanecerían los sentimientos particularistas de la Alemania del Sur, donde la resistencia a la política prusiana sería inútil. Observaba la transformación que se había producido en las instituciones políticas francesas las que, desde la formación del Ministerio de 2 de febrero de 1870, evolucionaban hacia un régimen parlamentario. Y pensaba que Napoleón III era el que obstaculizaba los designios de Prusia, ya que no podía consentir la unidad alemana sin comprometer la suerte de la dinastía; pero si la autoridad personal del soberano se subordinara, en lo sucesivo, a la de un gobierno parlamentario, las perspectivas podían cambiar, puesto que el nuevo régimen francés sería *pacífico* y respetaría *la independencia de sus vecinos*. Bismarck hacía referencia a esto en una carta contemporánea; “será posible—dice—volver a plantear el asunto de la Alemania del Sur si el *régimen constitucional* se establece verdaderamente en Francia”. Por esto creyó oportuno aplazar la admisión del Gran Ducado de Baden en la Confederación de la Alemania del Norte; plantear esta cuestión sería poner a dura prueba la autoridad del gobierno de Emilio Ollivier, y arriesgar el éxito de aquella experiencia que, según Bismarck, se desarrollaba en condiciones favorables para los intereses alemanes.

¿Eran fundados los cálculos de Bismarck? Es probable, si se piensa en las conversaciones de Napoleón III y Emilio Ollivier con ocasión de la formación del gobierno de 2 de enero de 1870.

Ollivier estimaba: “el momento de detener a Prusia ha pasado irrevocablemente”; y creía que el gobierno francés no podía obstaculizar la aplicación del principio de las nacionalidades; si la anexión de los Estados alemanes del Sur se efectuaba por “la voluntad de sus habitantes”, Francia no podía hacer más que resignarse; únicamente en caso de que Bismarck quisiese actuar *por la fuerza*, podría estudiarse *la oportunidad de oponersele*. En el fondo, incluso en la segunda hipó-

tesis, Emilio Ollivier parecía inclinado a dejar que los acontecimientos siguieran su curso. “En cuanto a la línea del Mein—dijo al Emperador—ha sido franqueada hace mucho tiempo, por lo menos en cuanto a lo que a nosotros nos interesa: la unidad alemana contra nosotros ya se ha realizado. Lo que queda aún por hacer, la unidad política, no interesa más que a Prusia, a la que proporcionará más molestias que fuerza.” Napoleón, es cierto, se mostró más reservado: “... Sería imprudente pronunciarse abiertamente sobre el partido que se adoptará si Prusia franquea el Mein; debemos guardar silencio y esperar los acontecimientos, sin anunciar que nos oponemos a ello.” Mientras que Emilio Ollivier pudo declarar a la mayoría parlamentaria que era *demasiado tarde*, es decir, echar la responsabilidad sobre sus predecesores, los ministros de 1866, Napoleón se percataba de cuán grave sería el asunto para la dinastía. De todas formas, el hecho indudable es que la política francesa no manifestó gran energía en esta cuestión alemana. Las instrucciones de Daru, ministro de Negocios extranjeros, a su agente diplomático en Stuttgart, el 20 de febrero de 1870, se limitaban a consignar que la consecución de la unidad alemana significaría una *perturbación*, de la que Francia sufriría el rechazo; y añadía que, en caso tal, el gobierno *llevaría la cuestión ante las Cámaras*, cuya discusión no dejaría de *reanimar las pasiones*, amenaza bastante anodina, sin duda.

No es, pues, sorprendente que Bismarck esperase, incluso en aquel momento, que el gobierno francés cediera. Por otra parte, tenía en cuenta otra hipótesis: que la situación interior de Francia se convirtiese en revolucionaria; pero pensaba que, en este caso, también el *metal francés* se haría más *maleable*. En consecuencia, el Canciller no consideraba la guerra como inmediatamente necesaria.

Durante las semanas siguientes cambiaron las perspectivas. Los resultados del plebiscito de 8 de mayo de 1870, que, según expresión de un adversario semejava inaugurar “un nuevo contrato de veinte años entre el Imperio y el país”, parecía consolidar el régimen político francés; el gobierno de Emilio Ollivier nombró, el 15 de mayo, ministro de Negocios extranjeros al duque de Gramont, por ser el más *inclinado* a Austria entre todos los diplomáticos franceses, adoptando así una actitud más firme respecto a las relaciones con Prusia, y reanudando las conversaciones con Viena, para tratar de establecer un acuerdo militar. La opinión pública de Alemania del Sur interpretó en seguida tal nombramiento como un “signo de hostilidad hacia Prusia y de íntima avenencia con Austria”. Esta fue, también, la opinión de Bismarck, quien estimó que, después del plebiscito, la política exterior del gobierno imperial sería más vigorosa y que la presencia de Gramont era un *síntoma muy belicoso*, dejando, pues, de creer que la evolución de la política interior francesa presentase perspectivas favorables para el establecimiento de la unidad alemana. Apenas observó la firmeza de los círculos oficiales franceses, cambió de planes.

Y en aquel momento pasó al primer plano la candidatura de Leopoldo de Hohenzollern al trono de España, hasta entonces tenida en reserva.

Bismarck soñaba con esta candidatura desde 1869; y, en marzo de 1870, la había recomendado a Guillermo I. Esperaba, con ella, obligar al alto mandó francés, en caso de guerra franco-prusiana, a mantener por lo menos un cuerpo de ejército en la frontera de los Pirineos, agravando los peligros que a Francia se le presentarían. "El gobierno francés—escribe a Guillermo I—estará más dispuesto a la paz cuando Prusia haya asegurado mejor su *posición de potencia*." El objetivo inmediato era, pues, el de intimidar a Napoleón III. Sin duda no era el único; el éxito de la candidatura asestaría un rudo golpe al prestigio de la dinastía francesa; y en el caso de que se hundiese el régimen imperial, quedaría abierto el camino para la solución de la cuestión alemana. Pero si Napoleón III no se resignaba y creía que podía oponerse, precisamente porque en este asunto el sentimiento nacional alemán no estaba directamente interesado, Prusia haría la guerra.

Mas en la actitud de Bismarck, en este asunto, es preciso señalar coincidencias significativas. Después de indicar al Rey Guillermo el posible alcance de la candidatura Hohenzollern, el Canciller dejó dormir las negociaciones con el gobierno provisional español, de tal forma, que en abril de 1870—según el príncipe Antonio, padre de Leopoldo—la candidatura parecía *enterrada*. En aquel momento, Bismarck creía aún que el gobierno francés cedería en la cuestión alemana. Pero cuando los resultados del plebiscito francés y el nombramiento de Gramont convirtieron la eventualidad en improbable, reavivó el asunto español; el 28 de mayo de 1870 volvió a ocuparse de la candidatura Hohenzollern, en una carta que dirigió al príncipe Antonio; y prosiguió activamente sus negociaciones con el agente del gobierno provisional español. Mostrábase decidido a la *prueba de fuerza*. ¿Quiere ello decir que estuviese resuelto, en todo caso, a hacer la guerra? No tenemos pruebas de ello. Si la candidatura Hohenzollern triunfara y Napoleón III se resignase, no habría necesidad de empuñar las armas. Después de este nuevo fracaso, el régimen imperial se vería amenazado de hundimiento. Y poner a la dinastía imperial en una postura que comprometiera irremediablemente su autoridad, daría ocasión a Prusia de solucionar la cuestión alemana. En suma: Bismarck quería poner a Napoleón III entre la espada y la pared.

Pero Napoleón III y su gobierno decidieron oponerse a la candidatura Hohenzollern. El 6 de julio, Gramont declaró en el Cuerpo legislativo que la presencia de un príncipe alemán "en el trono de Carlos V" modificaría "el actual equilibrio de las fuerzas en Europa". A este argumento de seguridad, el Emperador añadió "un acto de deslealtad, una nueva provocación de Prusia", una cuestión de prestigio dinástico y nacional, afirmando, resueltamente, que si la candidatura no era retirada, habría guerra. No existe motivo alguno para pensar que la desease. Si la desease, tendría interés en dejar a Prusia lanzarse la

primera a la lucha; mientras que, al solicitar la retirada de la candidatura se privaría, en caso de obtener satisfacción, de la ocasión para provocar el conflicto. Cuando el 11 de julio declaró al embajador español que la guerra le *horrorizaba* y que no deseaba exponer su régimen "a los azares de una batalla", era sincero, sin duda alguna. Pero también pensaba—Gramont lo confesó al embajador austriaco—en la posibilidad de "un triunfo político, que borraría el recuerdo de los *retrocesos* anteriores; en una cuestión que concernía solamente a la dinastía prusiana, no creía que Francia pudiera enajenarse el *sentimiento nacional alemán*. Pero obtuvo tal éxito, ya que el príncipe Leopoldo anunció, el 12 de julio—de acuerdo con Guillermo I y en contra de Bismarck—, la retirada de su candidatura. La preocupación de la seguridad francesa desapareció, así. ¿Por qué, pues, decidió Napoleón, el 12 de julio, por la tarde, dar nueva actualidad a la cuestión, solicitando del rey de Prusia que se asociara a dicha renuncia, prometiendo que la candidatura no se presentaría de nuevo en el futuro? Esto se explica por el interés dinástico; puesto que el primer éxito había sido fácil, debía ser posible obtener un segundo; este sería más completo, porque el mismo gobierno prusiano daría a Francia una *satisfacción*.

Aquella imprudencia secundó el juego de Bismarck. El 12 de julio, el Canciller consideraba que su política estaba amenazada de un grave fracaso; y pensó en abandonar el poder. Al día siguiente, gracias a las nuevas peticiones francesas, recuperó su ventaja. Ya que el gobierno francés se negaba a *capitular*, e incluso quería procurar al adversario un fracaso, cuyas consecuencias serían graves para el prestigio de Prusia en Alemania del Sur, la guerra era necesaria, según Bismarck, que la convirtió en inevitable y maniobró para que fuese declarada por Francia, a fin de que los Estados alemanes del Sur no pensarán en desentenderse de ella.

Tal parece haber sido la actitud de Bismarck, si bien debe tenerse en cuenta todo lo hipotético de las investigaciones históricas en tanto que los archivos alemanes no sean todavía completamente conocidos.

Las preocupaciones políticas (ambición de poder y de prestigio) fueron, pues, decisivas en aquella crisis. En tanto que es posible apreciarlo, los intereses económicos no tuvieron parte alguna. Los sentimientos colectivos no se manifestaron más que en la última parte de la crisis, cuando, tanto en Francia como en Prusia, se evocó el *honor nacional*. La voluntad de un hombre fue la que dirigió los acontecimientos.

## II. EUROPA ANTE EL CONFLICTO FRANCO-ALEMAN

Como había sucedido en 1866, en 1870 el conflicto quedó localizado. En el momento en que acababa de conseguir el trastorno del equilibrio de las fuerzas en el continente, Bismarck se beneficiaba por

segunda vez con la pasividad de los otros grandes Estados europeos. ¿Cómo había logrado aislar a Francia antes de la guerra? ¿Y cómo, durante ella, no se enfrentó con la intervención, al menos diplomática, de los neutrales?

Ante la perspectiva de un conflicto franco-alemán, esperado y tenido por descontado desde 1867, los gobiernos que eran objeto de las instancias rivales de Francia y Prusia orientaron, evidentemente, sus políticas conforme a las perspectivas que presentaba el conflicto franco-prusiano, según resultase más o menos peligrosa para sus intereses una victoria francesa o una victoria prusiana. Pero también tenían otras preocupaciones. En Viena, en San Petersburgo y en Londres, las miradas se dirigían a las cuestiones de los Balcanes, donde volvían a plantearse los litigios: cuestión rumana (en 1868 el gobierno Bratianu parecía decidido a reivindicar Transilvania) e insurrección cretense contra el dominio turco.

Después de la derrota de 1866, el Estado austríaco tuvo que transformar su estructura interior: el Compromiso de 1867 había dado origen a un reparto de influencias entre magiars y alemanes, fundando *Austria-Hungría*. Francia y Prusia ofrecieron su alianza a la doble monarquía, que declinó la oferta prusiana y negoció, durante mucho tiempo, con Francia, a partir de abril de 1867. Se trató, —al principio, de una alianza *ofensiva*. Napoleón III se declaró dispuesto a ayudar a Austria-Hungría, si esta quisiera borrar en Alemania las consecuencias de su derrota de 1866. Pero los círculos oficiales austro-húngaros se mostraron divididos ante aquella eventualidad: Beust, ministro de Negocios extranjeros, que era un sajón al servicio del gobierno de Viena, aceptaría de buen grado aquella guerra de desquite, que le concedería la esperanza de ver restaurada la independencia de Sajonia; Andrassy, presidente del Consejo de Hungría, era hostil a una política aventurera, sin atractivo alguno para los intereses magiars. La cuestión balcánica suministraría un terreno de acuerdo más fácil, pues los magiars eran favorables a una expansión austro-húngara hacia el Sudeste; pero Francia echaría, inevitablemente, a Rusia en brazos de Prusia si ayudara a tal expansión. La alianza *activa* se hizo, pues, imposible. ¿Podía pensarse, por lo menos, en una alianza *defensiva*, con el único objetivo de mantener el *statu quo*? Parece que Napoleón lo esperaba firmemente. Pero aquella esperanza carecía de base, pues la política austro-húngara había de contar con la actitud italiana y también con la rusa.

Para *asegurar su retaguardia*, Austria-Hungría consideraba esencial la adhesión del gobierno italiano a una eventual alianza franco-austríaca. Pero la *cuestión romana* pesaba, de nuevo, sobre las relaciones entre Francia e Italia, desde que el gobierno imperial había hecho fracasar, en 1867, el golpe de mano de Garibaldi, volviendo a ocupar Roma con tropas francesas. El gobierno italiano subordinó a la pre-

via retirada del cuerpo expedicionario su adhesión a la alianza entre Austria-Hungría y Francia. Por razones de política interior, el Emperador no creyó poder aceptar esta condición, pues temía perder la ayuda de los católicos franceses si abandonaba a su suerte el estado pontificio.

Por otra parte, el gobierno ruso, inquieto por las perspectivas balcánicas, se preocupaba, sobre todo, de impedir una expansión austro-húngara hacia el Sudeste. Y en caso de conflicto con Austria-Hungría, desearía la ayuda prusiana. Prometió, pues, el 27 de marzo de 1868, en un acuerdo secreto, efectuar, en caso de guerra franco-prusiana, una concentración de tropas en Galitzia, para paralizar a Austria-Hungría. Y, en septiembre de 1869, rechazó las ofertas de Napoleón III.

No puede sorprender que en tales condiciones el gobierno austro-húngaro abandonara las negociaciones con el gobierno francés y se limitase a afirmar sus buenos deseos.

Es verdad que, sin prometer nada, continuaba alentando las esperanzas de Napoleón III, ya que aceptó, a principios de 1870, conversaciones entre los Estados mayores; pero en el espíritu de Beust y en el de Francisco-José, esta colaboración militar no sería, en caso de guerra franco-prusiana, ni automática ni inmediata; Austria-Hungría esperaría, para intervenir, al momento en que el ejército francés demostrase su superioridad, mediante sus primeros éxitos. Y el gobierno francés no intentó aclarar las intenciones del gobierno austro-húngaro, quizá porque temía una decepción y prefería reprimir sus ilusiones. Los proyectos establecidos por los Estados mayores quedaron, por otra parte, en simple esbozo. En el momento en que estalló la crisis de julio de 1870, el gobierno austro-húngaro no estaba ligado por compromiso alguno.

En Gran Bretaña, el gabinete liberal presidido por Gladstone se hallaba en el poder desde fines de 1868. Clarendon, secretario de Estado para los Negocios extranjeros, era un ferviente adepto de la política tradicional del *aislamiento*. Creía que Gran Bretaña no debía adquirir compromiso alguno, por principio, en los asuntos europeos del continente. "Más le vale prometer muy poco que demasiado." Aquel principio parecía estar de acuerdo con las circunstancias: ¿no podían los intereses británicos verse amenazados por Napoleón III tanto o más que por Bismarck?

Gran Bretaña no tenía que temer de la política prusiana, al menos por el momento, un atentado directo a su posición en el mundo, pues Prusia no poseía más que una marina insignificante. En cuanto a la formación de la unidad alemana, los círculos oficiales ingleses ya se habían resignado a ella, en 1866; algunos incluso la deseaban, porque tenían la influencia francesa en Alemania del Sur. No obstante, Clarendon desconfiaba de Bismarck, aunque debido, principalmente, a que los métodos bismarckianos repugnaban al temperamento inglés.

Observada desde Londres, la política francesa parecía más inque-



tante, cuando, a fines de 1868 y principios de 1869, Napoleón III manifestó sus pretensiones sobre Bélgica, indicio de las cuales era la adquisición, por la Compañía francesa de Caminos de Hierro del Estado, de los ferrocarriles belgas del Luxemburgo. El proyecto fue iniciativa del gobierno francés. No era buen negocio financiero. La red ferroviaria belga se hallaba en déficit. ¿Existían móviles económicos? La gestión de la red facilitaría, ciertamente, las exportaciones francesas hacia Bélgica y el transporte del carbón belga hacia la zona metalúrgica de Lorena, podría incluso abrir el camino a la unión aduanera franco-belga, en la que ya había pensado Luis Felipe. Pero quizá también haya que tener en cuenta los motivos estratégicos. En caso de guerra franco-prusiana, los ferrocarriles luxemburgueses serían de gran importancia para los ejércitos franceses, si quisiesen tomar la iniciativa sin contar con la neutralidad belga. Pero el móvil más importante hay que buscarlo, sin duda, en una cuestión de prestigio: Napoleón III estaba siempre persiguiendo la *compensación* que no había logrado en 1866 ni en 1867. El asunto de los *ferrocarriles* parecía, pues, significar una amenaza para la independencia económica y para el estatuto internacional del Estado belga. Así fue como interpretaron la iniciativa los gobiernos belga e inglés, que incluso pensaron que Napoleón III proyectaba efectuar más adelante la anexión de Bélgica.

¿Carecían de fundamento aquellas sospechas? En tanto que podemos conocer sus intenciones, el Emperador soñaba, ciertamente, con la unión aduanera. Pero ¿pensaba también en la anexión? No, según declaró al embajador inglés en París, "salvo por la buena voluntad de las potencias interesadas". Pero la unión aduanera podría constituir el preludio de la unión política. Y Napoleón III había dicho a Frere-Orban, presidente del Consejo belga, que deseaba establecer con Bélgica *relaciones íntimas*. Incluso escribió al mariscal Niel el 19 de abril de 1869 que no retrocedería ante la *malquerencia* del gobierno belga: "¿Surgirá la guerra de este conflicto? No lo sé. Pero debemos actuar como si fuera a producirse." Y añadió que, en tal caso, "Francia se engrandecería con Bélgica".

No es, pues, sorprendente que el gabinete inglés se alarmara; que dirigiese al francés una advertencia muy firme; que diera orden a sus flotas de estar preparadas, y que incluso dejase entender la posible conclusión de una alianza con Prusia. Napoleón no intentó resistir, y el 27 de abril de 1869 abandonó el proyecto de adquisición de los ferrocarriles. Este abandono no bastó, sin embargo, para disipar la desconfianza del gobierno inglés. En el fondo, según ha observado Jacques Bordeaux, los gobernantes ingleses tenían más un engrandecimiento francés en Bélgica o en Renania, que la unidad alemana.

El único resultado efectivo de los grandes esfuerzos diplomáticos entre 1867 y 1870 fue, pues, el acuerdo entre Prusia y Rusia. El gobierno francés no había obtenido nada. ¿No habría podido prever la actitud italiana y la rusa? ¿Y no habría debido pensar que el plan-

teamiento de la cuestión belga despertaría la inquietud de Gran Bretaña? Inconsecuencias, incoherencias y ligerezas de la política francesa, carente de dirección. El estado de salud del Emperador, que sufría desde 1866 del mal que acabaría con él, puede explicar, en gran parte, esta impotencia. No tuvo ni quiso tener un colaborador capaz de ejercer el impulso: continuaba queriendo manejar todos los asuntos, que no estaba en situación de dirigir. No obstante, esa falta de habilidad y esa insuficiencia de la diplomacia francesa no bastan para explicar el aislamiento de Francia. La explicación es preciso buscarla indudablemente en el estado de ánimo de los otros gobernantes, que continuaban atribuyendo a Francia, más aún que a Prusia, un deseo de hegemonía. Se engañaban, puesto que el régimen imperial no tenía medios ni voluntad para realizarlo; pero estaban dominados por el recuerdo de la inquietud que habían sentido, seis o siete años antes, cuando Napoleón III dio a conocer su programa *revisionista*.

Las posiciones tomadas entre 1867 y 1870 presagiaban la actitud de estas potencias europeas en el momento en que se produjo la candidatura Hohenzollern al trono de España. El gobierno ruso se limitó al papel de consejero: Guillermo I debía desautorizar la candidatura, pero Napoleón III no había de pedir más. Un tanto matizada, esta fue también la actitud del gobierno inglés, que aprobó la retirada de la candidatura, pero estimó excesiva la garantía que exigía el gobierno francés para el futuro. En cuanto al gobierno austríaco, recordó desde el principio de la crisis que no había contraído *alianza* alguna con Francia, y aun afirmando sus buenos deseos, solicitó del gobierno francés que le ahorrara *las exigencias súbitas y las sorpresas*; el 12 de julio de 1870 expresó también que el gobierno francés debería contentarse con haber obtenido la retirada de la candidatura. En suma, ninguna de las grandes potencias aprobó la decisión francesa de resucitar un asunto en apariencia terminado.

El 17 de julio el gobierno ruso advirtió al prusiano que estaba dispuesto a ejecutar las promesas dadas en 1868 e informó a Austria-Hungría de tales compromisos. El 20 de julio Beust tomó nota de esta amenaza rusa para justificar ante el gobierno francés la declaración de neutralidad de Austria-Hungría, aunque pudiera invocar también otros motivos, como el estado de la opinión pública, hostil—tanto entre los alemanes de Austria como entre los magiares—a una intervención, y las dudas que expresaban algunos ministros respecto a la firmeza de las resoluciones francesas, pues, según decían, Napoleón III *jamás ha llevado una empresa hasta el final*. No obstante, Beust declaró al embajador francés que tal neutralidad era *provisional* y que Austria-Hungría concedería a Francia ayuda armada tan pronto como "las circunstancias lo permitieran" (¡el invierno paralizaría los movimientos del ejército ruso!). En una carta de 25 de julio a Napoleón III, Francisco José ratificaba las mismas intenciones, pero aludía a la necesidad de obtener



el concurso italiano, que el gobierno subordinaba (en 1 de agosto) a la solución de la cuestión romana, pidiendo la inmediata evacuación del Estado pontificio por las tropas francesas y la facultad de disponer la suerte de aquel "conforme a los deseos y a los intereses de Italia". Los ministros estaban de acuerdo con Napoleón III para desechar aquella condición. "Francia—dijo Gramont—no puede defender su honor en el Rin y sacrificarlo en el Tiber", y Emilio Ollivier temió provocar una crisis interior. ¿Debemos pensar que el aceptarla habría permitido a Francia obtener alianzas? Esta es la tesis sostenida por el príncipe Napoleón Jerónimo en 1878 en un artículo de la *Revue des Deux Mondes*, frecuentemente invocado después. Pero adoptarla es cerrar los ojos a los indicios más claros. No debe echarse en olvido que los círculos políticos italianos mejor dispuestos hacia Francia consideraban imposible entrar en la guerra a su lado, y que el 7 de agosto (el 6 los ejércitos franceses habían sido derrotados en Worth) el gobierno italiano había decidido "suspender las negociaciones hasta la llegada de noticias más decisivas del teatro de la guerra". ¿Quién se iba a asociar, pues, a una Francia cuya derrota era segura? "La suerte de la guerra me parece decidida", escribió a Beust su embajador en París.

Después de la capitulación de Sedán y de la caída del Imperio se produjo la victoria prusiana. Su consecuencia inevitable fue la formación del Imperio alemán. Si continuó la guerra, se debió a que la política prusiana no se contentaba con aquel resultado y quería obtener la cesión de Alsacia y Lorena. Al prolongar la resistencia, el gobierno provisional francés solo perseguía un objetivo: salvaguardar la integridad del territorio francés. En la escala de los intereses europeos, el conflicto franco-alemán tomó, pues, un carácter diferente. Después de la derrota de los ejércitos imperiales y del hundimiento de Napoleón III los neutrales ya no tenían que temer la potencia francesa; ahora habrían de contar con la potencia alemana, que manifestó en seguida sus designios anexionistas y se disponía a adquirir posición hegemónica en el continente. ¿No deberían pensar que estaban interesados en limitar las consecuencias de la victoria alemana? Bismarck temía la formación de una liga de neutrales que tuviera por objeto imponerle una mediación e impedirle la realización de sus fines de guerra. Como era natural, el gobierno provisional francés trató de obtener la intervención diplomática colectiva de las grandes potencias—llamamiento de Jules Fabre, misión de Thiers en las grandes capitales europeas—que podría salvar a Alsacia y Lorena. Pero tales esfuerzos fracasaron. Austria-Hungría no quiso tomar una iniciativa que, según ella, correspondía a Inglaterra y a Rusia. El Gobierno ruso estimaba que no existía aún el peligro alemán. En Londres, donde la opinión pública mostraba desconfianza hacia Prusia, al conocer las condiciones de paz de Bismarck, Gladstone intentó que el gabinete tomase posición contra la anexión de Alsacia y Lorena sin plebiscito; pero sus colegas estimaron impru-

dente mezclarse en aquel asunto. Sería, según Granville, *un tiro al aire*. Gran Bretaña no tenía ningún motivo para impedir la anexión. Cualquier iniciativa no serviría, pues, más que para dar a Francia una esperanza sin fundamento.

¿Cuáles eran, detrás de las actitudes diplomáticas, las verdaderas razones de tal pasividad?

El gobierno inglés no quería arriesgarse a tomar aisladamente la iniciativa de una mediación; careciendo de medios militares, tendría necesidad de un punto de apoyo en el continente. El gobierno austríaco conocía perfectamente los riesgos que para el futuro de la doble monarquía significaría la unidad alemana y, aunque Bismarck declaró que no intentaba extender la unidad a los territorios austríacos de lengua germánica y desautorizó formalmente el *Anschluss*, sería imprudente confiar demasiado en su promesa. Pero, no obstante aquella inquietud, la política austríaca se vio paralizada por el desacuerdo entre los magiares y los alemanes de Austria, y por el temor de que el gobierno ruso apoyase la política prusiana.

Fue, pues, la actitud de Rusia la que resultó decisiva. Aun reconociendo que la política alemana podría inquietarles en el futuro, el Zar y Gortchakoff se negaron a considerar esta perspectiva porque pretendían lograr un provecho inmediato, pues la guerra franco-prusiana les ofrecía ocasión favorable para conseguir la derogación de las cláusulas del tratado de París relativas a la neutralización del mar Negro (1). Y concedía preferencia a los problemas de su política otomana sobre las preocupaciones del equilibrio europeo. En el fondo, la divergencia de intereses en la *cuestión de Oriente* era el principal obstáculo a la formación de una liga de neutrales.

Y esta misma cuestión de Oriente podría suscitar un conflicto entre Inglaterra y Rusia. ¿Se resignaría el gabinete inglés a la derogación de las estipulaciones de 1856? Si decidiera oponerse por la fuerza, ¿no podría obtener el apoyo del gobierno de Viena, cuyos intereses eran paralelos a los suyos en aquella cuestión? ¿Y cómo, en el caso de que Inglaterra y Austria-Hungría hicieran la guerra a Rusia, podría este conflicto permanecer *independiente* del franco-alemán? Dicha perspectiva había estado presente en el espíritu de Bismarck desde el comienzo de la guerra con Francia. Su táctica fue, pues, la de persuadir al gobierno ruso para que aplazase hasta el fin de la guerra franco-alemana la solución de la cuestión del mar Negro y prometerle el apoyo diplomático de Prusia para después. Pero el gobierno ruso sabía muy bien que, si no explotaba inmediatamente las circunstancias favorables, tendría después menos oportunidades de éxito. El 30 de octubre de 1870 Gortchakoff anunció, pues, que Rusia "no podría considerarse más tiempo ligada a las obligaciones del tratado de 30 de marzo de 1856 en cuanto restringen sus derechos de soberanía en el mar Negro".

(1) Véase anteriormente, pág. 242.

Era aquel un momento crítico para la política bismarckiana. ¿Cómo reaccionaría Gran Bretaña? La mayoría del gabinete seguía a Gladstone, que no quería la guerra. Los círculos económicos aprobaban esa prudencia, tanto más cuanto que un consorcio financiero acababa de acordar con el Zar la construcción de ferrocarriles en el Sur de Rusia. La réplica inglesa tomó, pues, la forma de una *disertación de derecho de gentes*, que se limitaba a aludir a posibles complicaciones futuras. "Este es el tono que se adopta cuando se tiene intención de no hacer nada", observó Bismarck. Aquella resignación podía realmente no ser definitiva. Pero cuando Gran Bretaña pasó revista a las ayudas con que podría contar, en caso de decidirse a oponerse a la política rusa, los sondeos dieron resultados desalentadores. El gobierno turco, si bien inquieto por la reconstitución de una política naval rusa en el mar Negro, no se atrevió a pensar en una guerra con Rusia, a menos de contar con el apoyo de Inglaterra y el de Austria-Hungría. Pero la opinión pública estaba dividida en la doble monarquía; los magiares eran hostiles a Rusia, pero los checos no. Y Beust no quería ir más allá de una protesta diplomática. Bismarck resucitó, pues, el asunto sin inquietud alguna y propuso la reunión de una conferencia para solucionar la *cuestión del mar Negro*. El 28 de noviembre obtuvo el asentimiento del gobierno inglés, y el peligro de un conflicto anglo-ruso desapareció.

No obstante, aquella solución colocó a la política prusiana ante otro peligro: la conferencia, que se inauguró en Londres el 17 de enero de 1871, ¿desbordaría el marco que se le asignaba, inmiscuyéndose en las cuestiones franco-alemanas? "Es preciso, ante todo—dijo Bismarck—, que se limite a su propia tarea y no se ocupe de otras cuestiones europeas; dicho de otro modo: de nuestro conflicto con Francia." ¿Sería preferible inclusive una guerra anglo-rusa que una liga de tiones europeas; dicho de otro modo: de nuestro conflicto con Francia, signataria, no obstante, del tratado de París, y ordenó a su delegado que abandonase la conferencia si se suscitara la cuestión franco-alemana, advirtiendo a Gran Bretaña que, en tal caso, Prusia apoyaría con más vigor las pretensiones de Rusia. El canciller ganó la partida. El gobierno inglés consideró, es cierto, el 4 de febrero de 1871 que la cuestión franco-alemana podía ser planteada *fuera de sesión*. Pero a la sazón la capitulación de París era un hecho consumado desde hacía una semana, y Jules Favre no dio curso a la sugestión inglesa. La guerra franco-alemana se terminó, pues, sin que los neutrales dificultasen la política prusiana, cuyo éxito consagraría el tratado de Francfort.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre el periodo 1867-1869.**—W. EBEL: *Bismarck und Russland vom Prager Frieden bis zum Ausbruch des Krieges von 1870*, Francfort, 1936.—H. MICHAEL: *Bismarck, England und Europe*, Múnich, 1930.—D. PLATZOFF: *Die Anfänge des Dreikaiserbündnisses*, en "Preussische Jahrbücher", junio 1922. R. GRENU: *La Question belge dans la Politique européenne, 1866-1870*. París, 1931.—G. A. CRAIG: *Great Britain and the Belgian Railways Dispute of 1869*, en "American Historical Review", 1944, págs. 739-770.—M. BLANCHARD: *D'une version de l'affaire des chemins de fer belges*, en "Revue historique" 1940, págs. 218-23.

**Sobre la candidatura Hohenzollern y la ruptura franco-alemana.**—Los documentos publicados en las recopilaciones "Les Origines diplomatiques de la Guerre de 1870" y "Auswärtige Politik Preussens", tomos VII, IX, X y en "Die gesammelten Werke", de BISMARCK: *Politische Schriften*, tomo VI, B, 2.<sup>a</sup> ed., Berlín, 1931.—P. WELSCHINGER: *La Guerre de 1870. Causes et Responsabilités*, París, 1910, 2 vols.—R. H. LORD: *The Origins of the War of 1870. New Documents from the*

*German Archives*, Cambridge, (U.S.A.), 1924.—H. SALOMÓN: *L'Incident Hohenzollern*, París, 1924.—J. DITTRICH: *Bismarck, Frankreich und die Hohenzollern Kandidatur*, en "Die Welt als Geschichte", Ig. 53 (1953), I.—J. STENGERS: *Aux origines de la guerre de 1870: gouvernement, et opinion publique en R. belge de philologie et d'histoire*, 1956, n.º 3.—R. DEMOULIN: *Documents inédits sur la crise internationale de 1870*, Bruselas, 1957.—G. BONNIN: *Bismarck and the Hohenzollern Candidature for the Spanish Throne*, Londres, 1935 (documentos inéditos).—E. WALTER: *Die Emser Depesche*, Berna, 1959 (documentos).

**Sobre la actitud de las potencias frente al conflicto franco-alemán.** ALBERT SOREL: *Histoire diplomatique de la Guerre franco-allemande*, París, 1875, 2 vol.—JACQUES BARDOUX: *Les Origines du Malheur européen. L'aide franco-anglaise à la domination prussienne*, París, 1948.—P. KNAPLUND: *The Foreign Policy of Mr. Gladstone*, Londres, 1935.—K. RHEINDORFF: *England und der deutschfranzösische Krieg, 1870-1871*, Bonn, 1923; y, del mismo: *Die Schwarze Meer Frage*, Berlín, 1925.

## CONCLUSION DEL LIBRO TERCERO

Entre los grandes cambios ocurridos durante aquellos veinte años, los que tuvieron por teatro el Extremo Oriente y América del Norte no ejercieron en los tiempos inmediatos sino una influencia secundaria sobre las relaciones políticas internacionales. El interés estaba centrado en las transformaciones ocurridas en Europa. En diez años dos nuevos grandes Estados habían hecho su aparición en el centro de Europa: el reino de Italia, que dio cima a su constitución merced a las derrotas francesas, absorbiendo por la fuerza el pequeño Estado pontificio—20 de septiembre de 1870—, y el Imperio alemán; que se proclamó el 18 de enero de 1871—en la Galería de Espejos del palacio de Versalles—cuando los Estados alemanes del sur se resignaron a aceptar la preeminencia del rey de Prusia. Tanto en un caso como en otro, no se realizó por completo la unidad nacional: los diez millones de austriacos de lengua alemana quedaron fuera de la *comunidad germánica*; las poblaciones italianas del Trentino, de Trieste y de las ciudades de la costa dálmata no fueron incorporadas al reino de Italia. Sin embargo, la formación de estos dos Estados, la del Imperio alemán sobre todo, tenía un alcance decisivo para el equilibrio de fuerzas en el continente. La transformación del equilibrio se efectuó a expensas de Austria y de Francia. La primera abandonó sus provincias italianas—Lombardía y Venecia—, que contaban cuatro millones de habitantes, pero no estaban verdaderamente incorporadas al Imperio desde los puntos de vista administrativo y económico, y, lo que era mucho más grave, perdió la influencia que ejercía en los asuntos italianos y en los alemanes. Francia, después de haber adquirido Niza y Saboya, perdía Alsacia y una parte de la Lorena, profundamente asociadas ambas a la vida nacional.

Es fácil percibir el encadenamiento de las crisis que marcan las etapas de esta transformación. Con ocasión de la gran conmoción de 1848-49, las fuerzas revolucionarias habían sido contenidas por la resistencia austríaca y más aún por la rusa. Pero la potencia rusa sufrió un eclipse por la derrota de Crimea. Austria, después de haber contribuido a tal resultado, fue alcanzada a su vez: su derrota de 1859 señaló—después de la mejoría que había conseguido en 1850—el comienzo de un nuevo declinar. Las fuerzas de resistencia no estaban paralizadas, pero sí gravemente quebrantadas. El camino quedó, pues, abierto a las fuerzas revolucionarias. En dieciocho meses se constituyó el reino de Italia, sin que Austria pudiera dificultarlo a causa de la crisis interior por que atravesaba. Y en seguida la cuestión de la unidad alemana dominó el horizonte. Esta vez Austria trató de resistir, pero

sucumbió, y Prusia se adueñó desde aquel momento de Alemania. Francia, que había permitido el cumplimiento del destino austríaco, se encontró sola frente a la nueva potencia prusiana y sucumbió también.

Los movimientos profundos—es decir, las grandes corrientes del sentimiento nacional y la solidaridad de los intereses materiales relacionadas con las nuevas condiciones de la vida económica—fueron, sin género de duda, los que ejercieron el impulso inicial en el entrecruzamiento de las fuerzas que en Alemania y en Italia tendían a provocar estas grandes alteraciones. Pero tal impulso no resultó eficaz sino en cuanto fue dirigido por hombres de Estado que supieron servir de tales fuerzas para hacer de ellas el instrumento de sus designios de poder.

¿Cuáles fueron los factores determinantes en las horas decisivas? En las iniciativas que marcan el progreso de la unidad italiana en el año crucial de 1860, el impulso económico no parece haber tenido parte alguna. La opinión pública italiana se hallaba muy dividida. En la crisis alemana de 1866, los lazos económicos establecidos por la *Zollverein*, que en 1859 y en 1863 se habían mostrado favorables a la política unitaria, no impidieron a los Estados alemanes *medios* tomar partido contra la solución prusiana, y la opinión pública no desautorizó la decisión de sus gobiernos. Ni los intereses materiales ni las cuestiones sentimentales pueden, pues, suministrar la explicación de estas crisis. Lo que entonces orientó el curso de la historia fue el papel desempeñado por los hombres de Estado: un Cavour o un Bismarck.

Pero este éxito de los movimientos nacionales no hubiera sido posible sin la actitud adoptada por las otras grandes potencias europeas: la unidad italiana no se realizó sino gracias al concurso activo de Francia en 1859 y 1860, al más modesto de Gran Bretaña en 1860 y al eclipse de la potencia rusa; la victoria prusiana de 1866, decisiva para la consecución de la unidad alemana, solo fue posible merced a la neutralidad de Rusia, Gran Bretaña y Francia.

La abstención de Rusia, muy natural en la cuestión italiana, ya que el Imperio de los zares carecía entonces de política mediterránea, resulta sorprendente en la cuestión alemana. ¿Podía serle indiferente acaso tener por vecino a un gran Imperio alemán? La causa profunda de este abandono fue la derrota sufrida en la guerra de Crimea, después de la cual la política rusa ya no pudo ejercer en los asuntos de la Europa central el papel que había desempeñado en 1850, e intentó, a la espera de poder liberarse de las cláusulas del tratado de París, debilitar a Austria, que podría aprovecharse del eclipse ruso para adquirir preponderancia en los Balcanes. Atravesaba también dificultades interiores que favorecían el despertar del movimiento nacional polaco, frente al cual los intereses rusos y los prusianos eran solidarios. En la interpretación de esta política rusa es necesario detenerse, pues, ante todo en la desgraciada iniciativa del Zar en 1853.

Pero si los intereses económicos y el sentimiento de solidaridad con las poblaciones ortodoxas de los Balcanes pudieron tener indudablemente parte en la iniciativa, su papel parece haber sido muy modesto: la *voluntad de poder* fue el verdadero móvil de las decisiones.

La actitud de Gran Bretaña es menos sorprendente. Intervino en la cuestión italiana porque tenía intereses esenciales en el Mediterráneo, estratégicos y económicos, ligados estrechamente. Y se mostró pasiva en la cuestión alemana porque en aquella época temía el desarrollo de la potencia de la Francia imperial; contaba, a largo plazo, con el despertar de la potencia rusa, y la Alemania unida se le ofrecía como un deseable contrapeso. El porvenir no tardaría en demostrar la falsedad de tales cálculos. ¿Cuáles fueron las causas del error? Los sentimientos de la población inglesa solo desempeñaron un papel episódico. La admiración que una parte de la prensa inglesa testimonió en 1866 a Prusia no tuvo expresión más que después de Sadowa, y no era un signo de simpatía, sino manifestación de realismo, rasgo fundamental del temperamento inglés. En cuanto a los factores económicos, su influencia apenas se hizo aparente y se ejerció en dos sentidos opuestos: por una parte, la existencia de la *Zollverein* dificultaba el progreso de las exportaciones inglesas y era fácil prever que la realización de la unidad política haría cada vez más exigente a aquel competidor en las negociaciones comerciales; pero, por otra parte, los círculos económicos ingleses deseaban la paz, necesaria al desarrollo del comercio inglés en el mundo. Ni las preferencias sentimentales ni los intereses materiales parecen poder explicar, pues, la actitud de Gran Bretaña en aquella ocasión. Las únicas decisivas fueron las preocupaciones políticas.

Fue la política francesa (o más exactamente la de Napoleón III) la que ejerció influencia decisiva. Contribuyó directamente al eclipse de la potencia rusa. Debilitó a Austria por el papel desempeñado en la cuestión italiana, favoreciendo así un movimiento nacional alemán en beneficio de Prusia. Permitted la consecución de la victoria prusiana en 1866. ¿Es posible percibir en estos actos una línea coherente, un designio reflexivo?

Hasta julio de 1859, la política imperial parecía adaptarse a un programa, cuyos diversos aspectos estaban unidos por una relación lógica: debilitar a Rusia y a Austria significaba destruir los obstáculos que se oponían a la política *revisionista*; colaborar con Gran Bretaña o no exponerse a conflictos con ella era, en el ánimo del Emperador, el medio de neutralizar una oposición posible a tal política.

Pero, entre julio de 1859 y finales de 1863, Napoleón III pareció no obedecer a un plan. Dejó que se desarrollase el movimiento nacional italiano con la intención velada, sin embargo, de detenerlo antes de que alcanzara su objetivo normal, que era Roma. Por el tratado de comercio de 1862 reforzó el arma económica de que Prusia disponía en la cuestión alemana, y, sin embargo, no deseaba la unidad alemana,

que quería limitar a la línea del Mein. ¿Cómo esperaba dominar aquellos movimientos que había favorecido? Por otra parte, abandonó parcialmente los miramientos hacia los intereses británicos, pues aun dando a Gran Bretaña una satisfacción, desde el punto de vista económico—tratado de comercio de 1860—, se lanzó a una expansión extraeuropea; amenazó la preponderancia inglesa en el Mediterráneo; se pronunció en favor de la reconstitución de una Polonia independiente, que sería un cliente de Francia, y esgrimió la perspectiva de vastos reajustes territoriales en el continente. El gobierno inglés consideró, pues, como más grave el peligro de una hegemonía francesa. En fin, el Emperador amenazó directamente los intereses rusos con ocasión de la cuestión polaca. En ningún momento, sin embargo, contó con fuerza armada adecuada a tan vastos horizontes, pues no trató de imponer a una opinión pública, a la que consideraba reacia, los sacrificios necesarios:

En 1866 recogió los frutos de tales imprudencias, y ante la victoria de Sadowa, eventualidad que no había previsto, quedó desamparado. Conceder a Austria apoyo armado sería desmentir toda su política anterior y confesar que se había equivocado. Por otra parte, la abstención de Gran Bretaña y la de Rusia, consecuencia de sus iniciativas en gran parte, no le permitió ejercer una presión eficaz sobre la política prusiana. Desde entonces, la política imperial navegó con la corriente, y la autoridad del soberano quedó quebrantada por los fracasos, que no hacían sino confirmar los pronósticos de la oposición. La preocupación del Emperador era, pues, proteger su régimen contra aquellas críticas, y para desarmarlas corrió en busca de *compensaciones*, adoptó una actitud intransigente en la cuestión romana y amenazó los intereses ingleses por su torpeza en el asunto belga de 1869. Su acción careció de alcance y su preocupación esencial fue salvaguardar los intereses dinásticos.

En esta política descóncertante, el impulso de las corrientes sentimentales o de los intereses económicos solo tuvieron una importancia episódica. El Emperador, quizá, creyó responder a los profundos instintos del sentimiento nacional y a las necesidades futuras de la economía francesa; pero, en el fondo, fue guiado por su imaginación y su deseo de prestigio.

## CONCLUSION GENERAL

Al mismo tiempo que los destinos europeos cambiaban de rumbo por la aparición, en el centro del continente, de la nueva potencia alemana, las relaciones entre continentes sufrían el impacto de nuevas perspectivas por la inauguración del Canal de Suez, la entrada de Extremo Oriente en la vida general del mundo, la restauración rápida de la vida económica y el dinamismo político de los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión. Los contemporáneos, sobre todo en Europa (pero también en los Estados Unidos), se daban cuenta de ello. Pero al principio fue la potencia alemana la que atrajo la atención.

La unidad alemana, declaró Disraeli en la Cámara de los Comunes en febrero de 1871, es "un acontecimiento más importante que la Revolución francesa del siglo pasado: ...tenemos que enfrentarnos con un mundo nuevo..., con peligros desconocidos". Y no solamente porque el "equilibrio europeo ha sido completamente destruido", sino también porque los métodos bismarckianos habían mostrado un desprecio total hacia las reglas de derecho y los sentimientos de los que deseaban creer en la existencia de un *espíritu europeo* o de una *sociedad de pueblos*. El canciller alemán era un estadista *sin principios*—la expresión se debe a la reina Victoria y al más notable de los portavoces de los conservadores italianos—. Pero Engels veía más allá del papel de un hombre; a diferencia de los conflictos de 1854, 1859 y 1866, guerras *de gobiernos* que hacían la paz tan pronto como su mecánica militar sufría una avería o comenzaba a gastarse, la guerra de 1870-71, escribió, había vuelto a una tradición ininterrumpida hacia dos generaciones: la de una verdadera guerra, *en la que participaba la propia nación*. En suma, la victoria alemana parecía ser, según los temores de Gladstone, *el comienzo de una nueva serie de complicaciones europeas*.

El futuro que se anunciaba a la potencia de los Estados Unidos comenzaba también a despertar inquietud entre los europeos. Miguel Chevalier había evocado ya en 1866, en la *Revue des Deux Mondes*, las consecuencias que podría originar el desarrollo de dicha potencia. Los Estados Unidos, aquel *coloso político*, tendrían a finales del siglo XIX cien millones de habitantes; serían un *émulo* de Europa, quizá un adversario. ¿Cómo asegurar un equilibrio de fuerzas entre el nuevo Mundo y el Antiguo si Europa permanecía dividida? ¿Cómo evitar los *fracasos desastrosos* a que estarían expuestos los europeos en caso de conflicto armado con los Estados Unidos? Durante los años en que la reconstrucción política originaba tantas dificultades, la diplomacia americana consiguió, sin embargo, asegurarse el terreno

y obtener éxitos: en 1867 Rusia vendió Alaska a los Estados Unidos. No obstante la resistencia de algunos ministros, que invocaban el *honor nacional*, Gran Bretaña aceptó en mayo de 1871 indemnizar al gobierno de Washington por los daños causados a su comercio marítimo durante la Guerra de Secesión por los cruceros sudistas construidos en los astilleros ingleses (1). Las grandes potencias europeas estimaron prudente usar de miramientos ante la fuerza que se iba afirmando.

En China, no obstante un violento acceso de xenofobia dirigido contra las misiones religiosas en julio de 1870, las grandes potencias europeas continuaron desarrollando su penetración económica. Los 3 500 europeos que a la sazón vivían en los *puertos abiertos*, al abrigo de su estatuto privilegiado, estaban completamente decididos a no considerar los tratados de 1860 más que como una etapa hacia una *ampliación de las condiciones del comercio*; deseaban obtener el derecho de residencia permanente fuera de los puertos abiertos, a fin de poder instalar establecimientos en el interior del país. Al mismo tiempo, los grandes Estados intentaban hallar vías de acceso al mercado chino por las fronteras terrestres; aprovechándose de la guerra de los taipings, Rusia ocupó el valle del Ili, en el Turquestán oriental; Gran Bretaña envió en 1868 una primera misión para reconocer la *ruta comercial* entre la Alta Birmania (Bahmo, punto extremo alcanzado por la navegación a vapor sobre el río Irawadi) y la provincia china del Yunan; gracias a Doudart de Lagrée y Francisco Garnier, Francia acabó de comprobar la importancia de la vía fluvial del río Rojo. Únicamente los Estados Unidos emplearon métodos diferentes: el tratado chino-americano de 1868 afirmó el derecho de China a conservar su *integridad territorial* y también su plena soberanía en los puertos abiertos, así como a rechazar toda intervención extranjera en la gestión de sus asuntos interiores, aun en el aspecto económico; pero el gobierno de Washington daba por descontado que estas señales de buena voluntad le valdrían facilidades para sus comerciantes y para sus misioneros. El mercado chino seguía ofreciendo gran atractivo para los Estados industriales.

¿Cuáles fueron las causas profundas de tan grandes cambios, que anunciaban nuevas perspectivas para las relaciones internacionales?

En Europa, el movimiento de las nacionalidades fue la gran fuerza trastornadora durante este medio siglo: insurrección de las *minorías nacionales* contra la dominación extranjera en Grecia, en Moldavia y Valaquia, en la Polonia rusa, en Holstein y en el Imperio austriaco; esfuerzos *unitarios* que triunfaron, parcial o casi completamente, en Italia, en Alemania y en los principados rumanos. El papel de las otras fuerzas fue eficaz, sobre todo, en la medida que ayudaba o perjudicaba el movimiento de las nacionalidades. El sentimiento religioso

(1) Véase anteriormente, pág. 278.

desempeñó un papel activo en la protesta de las minorías nacionales y en su lucha por la independencia; por el contrario, en Alemania reforzó la resistencia de los particularismos a la marcha hacia la unidad nacional. Las ideologías políticas fueron invocadas considerablemente, no solo en tiempos de la Santa Alianza, sino en el conflicto entre Palmerston y Metternich; sin embargo, sirvieron frecuentemente de *biombo* a los intereses estatales; en el momento en que el *bloque* de las tres potencias conservadoras se opuso después de 1830 a la *entente* de las dos potencias liberales, ¿no es preciso señalar que en uno y en otro de aquellos dos grupos la solidaridad fundada en la analogía de los regímenes políticos no resistió jamás la prueba de una divergencia entre los intereses nacionales o de una rivalidad comercial? Las fuerzas económicas tuvieron parte mucho más importante en las transformaciones del continente; en casi todos los sitios contribuyeron, en diversa medida, a provocar la protesta de las *minorías* y favorecieron, modestamente en Italia, grandemente en Alemania, la marcha hacia la unidad nacional, ya por haber determinado convicciones políticas, ya por haber servido de instrumento a la política prusiana (tal el caso de la *Zollverein*). Pero por eficaz que fuera la acción de dichas fuerzas, no desempeñaron más que un papel secundario; los impulsos originados en las grandes corrientes del sentimiento nacional fueron los decisivos. Tales impulsos eran confusos, a veces contradictorios, y los contemporáneos comprendieron solo muy lentamente los peligros que podían originar para la paz. Unicamente al comienzo de la guerra franco-alemana observó Renan, en la *Revue des Deux Mondes*, que el principio de las nacionalidades haría “degenerar las luchas de pueblos en exterminio de razas”. Y la anexión de Alsacia y Lorena demostró cuán *fundamental* era el *equivoco* que separaba el concepto alemán de las nacionalidades del francés, del italiano o del eslavo (1). “Invocáis el principio de las nacionalidades—escribió Fustel de Coulanges en su carta abierta a Mommsen—, pero lo comprendéis de forma diferente que toda Europa.”

En América, tanto en el movimiento de independencia de las colonias ibéricas como en el crecimiento de los Estados Unidos, las fuerzas económicas y las espirituales estaban asociadas. Los intereses materiales de los criollos y las pretensiones insistentes de los exportadores franceses, de Gran Bretaña y de los Estados Unidos decidieron la suerte de la dominación española y portuguesa en la América latina. En la América del Norte, donde los intereses económicos fueron la causa primordial de la lucha entre las *secciones* de la Unión, los móviles económicos tuvieron importancia en el esfuerzo de expansión territorial; la atracción de las ventajas fue lo que empujó a los *pioneros* hacia las grandes llanuras centrales y hacia Tejas; el emplazamiento portuario de San Francisco atrajo las miradas del Departamen-

(1) Véase anteriormente, pág. 117.

to de Estado cuando se presentó la ocasión de actuar en California. En fin, las crisis económicas europeas impulsaron los movimientos migratorios, de los que se beneficiaron los Estados Unidos, Argentina y el Brasil meridional. Y, sin embargo, aun en estos lugares las corrientes profundas del sentimiento nacional tuvieron en muchas ocasiones decisiva influencia. ¿No respondió la opinión pública americana al llamamiento del *destino manifiesto* en casos en que los intereses económicos, divergentes entre los diferentes Estados de la Unión, le habrían debido invitar a la prudencia? ¿Y puede bastar a explicar el nacimiento de los nacionalismos que hicieron fracasar—ya a partir de 1825—el plan de Bolívar, la diferencia entre los modos de vida económica o de la estructura social de las jóvenes repúblicas sudamericanas?

En Extremo Oriente, la perspectiva de los beneficios comerciales fue el principal móvil de los esfuerzos expansionistas de los Estados Unidos y de los Estados europeos, decidiéndoles a asegurarse *bases* y escalas en las rutas marítimas del Pacífico. Esta penetración de las influencias occidentales produjo malestar en la vida económica y en la situación monetaria de los países de Extremo Oriente, que fue la causa principal de la revolución de los *taipíngs* en China y de la crisis interna japonesa. Pero no es la presión de los intereses materiales la que puede explicar la diferente reacción de China y de Japón a la *apertura*. ¿Por qué China siguió *estancada*? Cuestión de mentalidad colectiva: las masas populares apenas tenían sentimiento nacional, los *letrados* eran hostiles a la penetración de las ideas y de la técnica europeas, que les parecían mediocres o despreciables. Y también cuestión de interés político; sabedora de la precariedad de su poder, la dinastía manchú pensaba que una *modernización* tendría consecuencias peligrosas para el mantenimiento del orden, al quebrantar la estructura social y amenazar los intereses creados. Por el contrario, la voluntad de renovación que se apoderó del gobierno nipón encontró apoyo en el sentimiento patriótico de la masa y en su sentido de la disciplina. La explicación profunda hay que buscarla, pues, en las fuerzas espirituales, en los caracteres del temperamento nacional, en los cálculos políticos de los dirigentes más bien que en los rasgos de la vida económica.

Esta explicación seguiría, sin embargo, siendo incompleta y engañosa si se descuidasen la actitud y las iniciativas de los hombres de Estado. Nadie puede ponerlo en duda tratándose de un Cavour, de un Bismarck o de un Napoleón III. Pero, ¡cuántos casos, menos evidentes a primera vista, deben tenerse en cuenta! ¿Cómo juzgar, por ejemplo, el papel personal de Canning en la disgregación de la Santa Alianza o la influencia del temperamento de Palmerston en los síntomas precursoros de la Revolución de 1848? ¿Cómo olvidar que Francia, bajo otro soberano que Luis Felipe, habría podido volver a convertirse en agente trastornador o que el gobierno provisional de 1848 no quisiera

dar un apoyo armado a los movimientos unitarios alemán e italiano? Y cuando Rusia, en 1853, planteando de nuevo la crisis otomana, abrió el camino a las transformaciones de Europa central, ¿no fue por la voluntad personal del Zar? Reflexiones análogas sugieren el Egipto de Mehemet Alí, el Japón de Okubo, la América española de San Martín y de Bolívar. Ciertamente las iniciativas de los estadistas no lograron éxito más que en la medida en que fueron preparadas por el jugo de las fuerzas profundas; pero cuando estas no encontraron un hombre capaz de dirigirlas, fracasaron. Tal fue el caso del movimiento nacional alemán de 1848. Puede sostenerse, sin duda, con ciertos visos de verosimilitud que la unidad italiana habría terminado por realizarse aun sin Cavour y Napoleón III, y también la unidad alemana sin Bismarck. Pero ¿cuándo? Y si hubiesen sido retrasadas veinte o treinta años, ¿no habrían sido diferentes sus consecuencias para la vida de Europa y para la del mundo?

Sería inútil tratar de establecer una jerarquía en la infinita variedad de móviles que orientan las acciones humanas. El estudio de relaciones internacionales no se propone establecer *leyes históricas* ni dictar lecciones. Se limita a tratar de comprender el juego complejo de las causas que han originado las grandes transformaciones del mundo.

## SIGLO XIX

### II

DE 1871 A 1914

EL APOGEO DE EUROPA

TRADUCCION DE  
ISABEL GIL DE RAMALES



## INTRODUCCION

Entre 1871 y 1914, las relaciones internacionales aparecen dominadas por dos grandes movimientos. Por una parte, la expansión europea en el mundo alcanzaba su apogeo; se manifestaba por la conquista colonial—el clásico *reparto del mundo*—, pero también por la acción económica y financiera, por la emigración en masa e incluso por la influencia de las concepciones intelectuales o religiosas; después de haberse desarrollado sin encontrar obstáculos de importancia, comenzó a tropezar, en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, con la competencia del Japón y la de los Estados Unidos; sin embargo, solo sufrió fracasos locales. Por otra parte, hacia el mismo tiempo las oposiciones se afirmaban cada vez más en Europa entre los intereses o los sentimientos nacionales, fomentando un clima de desconfianza de Estado a Estado, pero también una resistencia que hacía levantarse contra los gobiernos de ciertos Estados a las *minorías nacionales*; tales antagonismos acabaron por provocar, a partir de 1904, una serie de conflictos diplomáticos, preludio y presagio de la guerra que en 1914 hizo entrar en contienda a las cinco mayores potencias.

Dichos movimientos se encuentran en relación directa con las transformaciones profundas de la técnica, de la vida económica y de las estructuras sociales, con la evolución demográfica, así como con las tendencias del pensamiento político. La investigación histórica, sin perder nunca de vista esas influencias, debe también examinar las incidencias mutuas: ¿Qué papel hay que adjudicar en el estudio de la expansión europea a los nacionalismos europeos? ¿En qué lugar de la escala mundial hay que colocar al desarrollo de los imperialismos por lo que se refiere a la agravación de los antagonismos entre las grandes potencias europeas? Cuando se examinan los móviles y los medios de acción de las políticas nacionales, los choques entre esas políticas y las consecuencias de tales conflictos, esas son las preguntas que se imponen sin cesar al espíritu, hallan un punto de convergencia en el interrogante más acuciador: ¿por qué después de cuarenta y tres años, durante los que Europa no había conocido más que guerras locales, llegaron a enfrentarse las grandes potencias?

En ningún otro período parecé encontrar condiciones más favorables la historia de las relaciones internacionales: publicación por decenas de millar de documentos sacados de los archivos gubernamentales de todos los grandes Estados europeos; abundancia de estudios no solamente sobre las *crisis* internacionales, sino también acerca de casi todos los aspectos e incluso los episodios de la acción diplomá-

tica; ensayos de síntesis que desde hace veinticinco años han constituido la labor de una decena de historiadores de todos los países y han sido emprendidos de nuevo muy recientemente en Suiza y en Inglaterra. De ese gran esfuerzo no podrán dar las bibliografías que corresponden a los capítulos de este libro sino una idea somera, pues la simple enumeración de dichas publicaciones de documentos y trabajos críticos constituiría material suficiente para un pequeño volumen.

Y, no obstante, ¡cuántas lagunas hay en la información no bien salimos del marco de la historia diplomática para tratar de llegar a las explicaciones! El estudio de las relaciones económicas entre los grandes Estados apenas ha comenzado. Los movimientos internacionales de capitales, cuyos rasgos generales han sido trazados en un atrayente libro, merecerían numerosas investigaciones, siguiendo el camino que marcaron hace pocos años algunas iniciativas fragmentarias. Los trabajos consagrados a los movimientos de ideas y a las tendencias de la psicología nacional todavía no son más que esbozos, insuficientes para conocer la imagen que los pueblos se formaban los unos de los otros, para apreciar el eco que encontraron en las masas las ideas de los intelectuales y de los políticos, para estudiar, por último, las relaciones posibles entre la pertenencia a un grupo social y el comportamiento con relación a las cuestiones de política exterior. Estas lagunas son muy explicables: la documentación ofrecida en ese campo por los archivos diplomáticos es generalmente muy pobre; las fuentes esenciales para el estudio de la vida económica y financiera —las que podrían proporcionar los archivos de los bancos o de las grandes empresas—siguen siendo a menudo inaccesibles; los indicios que permiten vislumbrar el estado de espíritu de los grupos humanos corren el riesgo de ser engañosos (1). La investigación histórica oscila siempre entre dos escollos: permanecer demasiado ceñida a una documentación, aparentemente sólida e irrefutable, pero arriesgándose a no conocer la verdad esencial, o bien mirar más allá de tales documentos, contentándose con aseveraciones frágiles, cuya interpretación da ocasión en demasía a hipótesis atrayentes.

Esta consideración engañosa ¿debe llevarnos a evitar las arenas movedizas y a tomar la historia, como se hace a menudo, en los pormenores de las conquistas coloniales o de los litigios europeos? No lo he pensado así, quizá porque ya había tenido ocasión de escribir, al menos en parte, esa historia. Me ha parecido, pues, preferible seguir otro camino: hacer resaltar los momentos más importantes, y solo estos, sacrificando la enumeración de los conflictos en aras de la investigación de las explicaciones. Con el mismo espíritu, he creído mi deber trazar un cuadro de las relaciones entre Europa y el mundo

(1) En un artículo publicado en abril de 1954 en la *Revue historique*. Insistí sobre estas dificultades de la investigación.

en vísperas de la primera guerra mundial, porque me ha parecido necesario mostrar cuáles eran en tal época, en que la influencia del viejo continente aún era preponderante, los esenciales rasgos de las relaciones internacionales en sus aspectos político y económico. Quizá esta perspectiva permita entender mejor los problemas que este libro trata de resolver.

## BIBLIOGRAFIA GENERAL

Son particularmente abundantes los *documentos diplomáticos* publicados acerca de este período. Lo esencial se encuentra en *Documents diplomatiques français, 1871-1914*, París, 1929 y sgs., 55 vols.; faltan por publicar otros tres. *Die grosse Politik der europäischen Kabinette*, Berlín, 1922-1926, 52 volúmenes. *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914*, Londres, 1925-1936, 14 vols.—*Oesterreich-Ungarns Aussenpolitik, 1908-1914*, Viena, 1930-1935, 8 vols.—*Méjdounarodnia ot-rochenia v epokhou imperialismy*, Moscú, 1930 y sgs., trad. alemana: *Die internationalen Berichungen im Zeitalter des Imperialismus*, 9 vols.—*I documenti diplomatici italiani*, Roma, 1951 y sgs., 3.ª y 4.ª series, cuya publicación acaba de iniciarse. En muchos puntos, las indicaciones e interpretaciones que se hallarán más adelante, se basan en el estudio directo de esta documentación. Es indispensable consultar también las colecciones de cartas y los testimonios cuya enumeración, ni aun selectiva, no cabe en los límites de esta bibliografía. Véase, a tal respecto, las indicaciones contenidas en la obra de P. RENOUVIN y E. PRÉCLIN: *L'Epoque contemporaine, II. La Paix armée et la Grande Guerre*, París, 2.ª ed., 1947 (tomo IX de la colección "Clío"); y en la de J. DROZ: *Histoire diplomatique de 1648 a 1919*, París, 1952.

Las obras generales referentes a las relaciones internacionales entre 1871 y 1914 son numerosas. Algunas de ellas, cuya importancia fue grande, no se hallan ya "al día", por la fecha de su publicación: tal ocurre con la obra clásica de EMILIO BOURGEOIS: *Manuel historique de Politique étrangère*, Pa-

ris, 1908-1924, 3 vols. (t. IV). Me limito a señalar aquí las obras cuyos autores han utilizado, en parte al menos, las grandes colecciones de documentos diplomáticos. Son, principalmente, por orden de fechas de publicación: H. HAUSER: *Histoire diplomatique de l'Europe de 1871 a 1914*, París, 1930, 2 vols. (por G. ANGEL, L. CAHEN, R. GUYOT, A. LAJUSAN, P. RENOUVIN y H. SALOMÓN).—E. TARLÉ: *Europa y epokou imperialismy* (Europa en la época del imperialismo, 1871-1919), Moscú, 1927.—R. SONTAG: *European Diplomatic History, 1871-1932*, Nueva York, 1933.—V. POTEMKINE: *Histoire de la Diplomatie*, París, 1946, 3 vols. (por varios autores), tomo II.—L. ALBERTINI: *Le origini della guerra del 1914*, Milán, 1943, 3 vols.; trad. inglesa: *The Origins of the War of 1914*, Oxford, 1953, 2 vols. (el t. I estudia el período de 1871 a 1914).—A. J. P. TAYLOR: *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1919*, Oxford, 1954.

En un curso publicado en multicopista y titulado: *Les Relations internationales de 1871 à 1914*, París, 1951, di un estudio de conjunto. La historia general del mundo contemporáneo, de G. VON SALIS: *Weltgeschichte der neuesten Zeit*, t. I, Zurich, 1951, concede un lugar importante al estudio de las relaciones entre los Estados. Finalmente, la obra colectiva *La Politique étrangère et ses fondements*, París, 1954 (publicada por la "Association française de Science politique"), contiene varios estudios de J. B. DUROSELLE, J. GRUNEVOLD, R. GIRARDET, J. JOLL, M. EINAUDI, E. OSGOOD y S. HOFFMANN, que son interesantes para la historia de este período.

**Sobre las relaciones económicas y financieras.**—Además de las obras ya citadas en la bibliografía general referentes al período de 1815 a 1871, de esta "Historia de las relaciones internacionales", deben consultarse, por ser particularmente útiles para el estudio de las corrientes comerciales y los movimientos de capital, M. BAUMONT: *Le commerce depuis le milieu du XIX<sup>e</sup> Siècle*, París, 1952 (t. V de la *Histoire du Commerce*, publicada bajo la dirección de J. Lacour-Gayet).—A. SEGRE: *Storia del Commercio*, Turín, 1922, 2 vols.—A. V. BERGER: *Die Entwicklungstendenz der modernen Handelspolitik; der Weg zum Schutzhandel*, Berlín, 1932.—P. E. SCHRAMM: *Hamburg, Deutschland und die Welt, 1800-1870*, Hamburgo, 2.<sup>a</sup> ed., 1952.—JACOB VINER: *International Finance and Balance of Power Diplomacy, 1880-1914*, en *Southwestern Polit. and Soc. Quarterly*, marzo, 1929, págs. 407-451.—HERBERT FEIS: *Europe, the Worlds Banker, 1870-1914*, Nueva York, 1936. J. SAX: *Die Verkehrsmittel*, Berlín, 1920, 3 vols.—ED. PRATT: *The Rise of Rail Power, 1833-1914*, Londres, 1915. J. L. JOUFFROY: *L'Ere du Rail*, París, 1953.—A. COLIN: *La Navigation commerciale au XIX<sup>e</sup> siècle*, París, 1901. R. SCHNERB: *Le XIX<sup>e</sup> siècle. L'apogée de l'expansion européenne 1815-1914*, París, 1955 (t. VI de la *Histoire générale des civilisations*).—CH. MORAZÉ: *Les bourgeois conquérants*, París, 1957 (Col. *Destrins du monde*).

Las grandes historias económicas nacionales suministran numerosos datos; bastará indicar aquí las más importantes. Véase, particularmente: SIR JOHN CLAPHAM: *An Economic History of Modern Britain*, Cambridge, 1926.—SARTORIUS VON WALTERSHAUSEN: *Deutsche Wirtschaftsgeschichte, 1815-1918*, Jena, 1920. H. FAULKNER: *Economic History of the U. S.*, Nueva York, 1937.—SH. B. CLOUGH: *Histoire économique des Etats-Unis depuis la guerre de Sécession*, trad., París, 1935.—MAURICIO LEVY: *Histoire économique et sociale de la France depuis 1848*, París, 1952 ("Les Cours de Droit").—F. FELLNER: *Die Volkswirtschaftliche Entwicklung unter Franz-Joseph, 1857-1916*, Viena, 1927.—N. DOKÉ: *Economic Develop-*

*ment of Japan since the Meiji Restoration*, Tokio, 1930.—V. PORRI: *L'Evoluzione economica italiana nell'ultimo Cinquantennio*, Roma, 1926.

Entre los escasos estudios consagrados a la historia de las relaciones económicas entre Estados hay que señalar: G. WITTKOWSKI: *Die deutsch-russischen Handelsbeziehungen in den letzten 150 Jahre*, Berlín, 1947.—G. CURTI: *Les Relations économiques entre la Suisse et l'Italie de 1871 à nos jours*, Ginebra, 1949.

**Sobre los imperialismos.**—PARKER MOON: *Imperialism and World Politics*, Nueva York, 1926.—F. M. RUSSELL: *Theories of International Relations*, Nueva York, s. a., en particular, el cap. XIII.—E. M. WINSLOW: *The Pattern of Imperialism*, Nueva York, 1948. W. HALLGARTEN: *Imperialismus vor 1914*, Munich, 1951, 2 vols.—R. KOEBNER: *The Concept of Economic Imperialism*, en "Economic Hist. Review", 1949, págs. 1 a 30.

**Sobre el sentimiento nacional (en general).**—F. HERTZ: *Nationalgeist u. Politik*, Zurich, 1938; y del mismo: *Nationality in History and Politics*, Londres, 1944.—HANS KOHN: *The Idea of Nationalism. A Study in its Origins and Background*, Nueva York, 1945.—C. J. HAYES: *The Historical Evolution of Modern Nationalism*, Nueva York, 1931.—PAUL HENRY: *Le Problème des Nationalités*, París, 1937.

**Sobre la cuestión de las minorías nacionales.**—En lo que afecta a las relaciones políticas internacionales.—Alsacia y Lorena: ROD. REUSS: *Histoire d'Alsace*, París, 1918.—K. STAHLIN: *Geschichte Elsass-Lothringens*, Berlín, 1921.—MAX SCHLENKER: *Die Wirtschaftliche Entwicklung Elsass-Lothringens, 1871-1918*, Francfort, 1931. Polonia: H. GRAFFIN: *Histoire de la Pologne, des origines à 1922*, París, 1922.—O. HALECKI: *La Pologne de 953 a 1914*, París, 1932.—SCHINCKEL: *Polen, Preussen und Deutschland*, Berlín, 1931.—PERDELWITZ: *Die Posener Polen, 1815-1914*, Berlín, 1936.—W. RECKE: *Die Polnische Frage als Problem*

*der europäischen Politik*, Berlín, 1927. R. W. TIMS: *Germanizing Prussian Poland, 1894-1909*, Nueva York, 1941. Austria-Hungría: ROBERT KANN: *The Multinational Empire*, Nueva York, 1950.—ARTHUR MAY: *The Habsburg Monarchy, 1867-1914*, Cambridge, U. S. A., 1951.

**Sobre las cuestiones demográficas.**—M. REINHARD: *Histoire de la Population mondiale*, París, 1949.—W. WILLCOX: *Internale Migrations*, Nueva York, 1929-1930, 2 vols.

**Sobre los contactos de civilización.**—J. CHAPPEY: *Histoire générale nee.—de la civilization d'Occident, 1870-1914*, París, 1951.—TH. ZIEGLER: *Die geistigen und sozialen Stromungen des XIXten Jahrhunderts*, Berlín, 1910.—BARÓN DESCAMPS: *Histoire générale comparée des Missions*, París y Bruselas, 1932.—K. LATOURETTE: *A History of the Expansion of Christianity*, Londres, 1943, 6 vols.—S. BOLSKHAKOFF: *The foreign Missions of the Russian Orthodox Church*, Londres, 1943. J. SCHMIDLIN: *Katholische Missionsgeschichte*, Stuttgart, 1924.

**Sobre la política exterior de los principales Estados.**—Los estudios siguientes tratan del período 1871-1914, en su conjunto. Francia: P. RENOUVIN: *La politique extérieure de la France, 1871-1919* (curso en multicopista), París, 1950-1951.—E. M. CARROLL: *Public Opinion and Foreign Policy, 1871-1914*, Nueva York, 1931.—J. E. HOWARD: *Parliament and Foreign Policy in France during the Third Republic*, Londres, 1948.—R. GIRARDET: *La Société militaire dans la France contemporaine, 1815-1939*, París, 1953. Alemania: A. SCHREINER: *Zur Geschichte der deutschen Aussenpolitik, 1871-1945*, Bd. I, 1871-1918, Berlín, 1952.—E. BRANDENBURG: *Von Bismarck zum Weltkrieg*, Berlín, 1924.—E. M. CARROLL: *Germany and the Great Powers, 1866-1914. A Study in Public Opinion and Foreign Policy*, Nueva York, 1938. A. S. YERUSALIMSKI: *Vneshnaia politika i diplomatika germanskogo imperialisma v Kontze XIX<sup>e</sup> v.*, Moscú, 2.<sup>a</sup>

ed., 1951. Inglaterra: JAMES JOLL: *Britain and Europe*, Londres, 1950 (colección de textos).—R. SETON-WATSON: *Britain in Europe, 1798-1914*, Londres, 1937.—A. PRIBRAM: *England and the International Policy of the Great European Powers, 1871-1914*, Oxford, 1931. F. GOSSER: *The Management of British Foreign Policy, 1880-1914*, Leiden, 1948. Austria-Hungría: A. PRIBRAM: *Les traités secrets de l'Autriche-Hongrie*, trad. francesa, París, 1921. Bélgica: J. WULLUS RUDIGER: *La Belgique et l'Equilibre européen*, París, 1935. Estados Unidos: J. RAE y TH. MAHONEY: *The U. S. in World History, from its beginnings to world leadership*, Nueva York, 1949.—S. BEMIS: *A Diplomatic History of the U. S.*, Nueva York, 1936.—TH. BAILEY: *A Diplomatic History of the American People*, Nueva York, 2.<sup>a</sup> ed., 1944.—H. S. COMMAGER: *The American Mind*, New-Haven, 1950. J. LAMBERT: *Les Fondaments de la Politique extérieure des Etats-Unis*, París, 1949, en *Cahiers de la Fondation nationale des Sciences politiques*.—D. PERKINS: *The American Approach to Foreign Policy*, Cambridge (U.S.A.), 1952.—J. W. PRATTIA: *History of the U. S. Foreign Policy*, Nueva York, 1955. Italia: L. WOLLENBERG: *Politica estera italiana, 1882-1917*, Roma, 1933. Japón: A. ZISCHKA: *Le Japon dans le Monde. L'Expansion nipponne, 1854-1934*, París, 1934.—R. AKAGI: *Japan's Foreign Relations*, Tokio, 1936.—T. TAKEUSHI: *War and Diplomacy in the Japanese Empire*, Nueva York, 1935.—S. HISHIDA: *Japan among Foreign Powers. A Survey of International Relations*, Nueva York, 1940.—H. NORMAN: *Japan's Emergence as a World Power. Political and Economic Problems of the Meiji Period, 1868-1914*, Nueva York, 1940.—ED. FALK: *Togo and the Rise of Japanese Sea-Power*, Londres, 1936.—G. SAMSOM: *The Western World and Japan*, Nueva York, 1950. Rusia: H. SETON WATSON: *The Decline of Imperial Russia, 1855-1914*, Londres, 1953.—CH. SEIGNOBOS, P. MILIOUKOFF y L. EISENMANN: *Histoire de Russie*, París, 1933, 3 vols. (el t. III). La obra de John N. NEE: *La guerra y el progreso humano* (traducción france-

sa, del inglés, París, 1951) aporta puntos de vista sugestivos para la interpretación general de este período.

• • •

En la bibliografía que antecede y en las que acompañan a cada uno de los capítulos de este libro, el lector encon-

trará únicamente indicaciones sumarias; el autor se ha limitado a señalar, entre los trabajos que ha conocido y utilizado, los estudios que le han parecido más importantes, bien porque ofrezcan puntos de vista de conjunto o interpretaciones nuevas, bien porque proporcionen, acerca de puntos particulares, el más reciente estado de la investigación histórica.

*LIBRO PRIMERO*

DE 1871 A 1893

## INTRODUCCION AL LIBRO PRIMERO

*Los resultados de la guerra de 1870-1871, sancionados el 10 de mayo de 1871 por el tratado de Francfort, modificaron profundamente en Europa las condiciones políticas, pero también las condiciones económicas y psicológicas que orientaban las relaciones internacionales: el poderío que poseía el nuevo Imperio alemán seguía siendo dominador en el continente; durante veinte años esta preponderancia instauró de hecho una relativa estabilidad. Pero en las relaciones entre Europa y el mundo, los cambios fueron importantes, pues el esfuerzo de expansión de las potencias europeas en los demás continentes alcanzó un rápido desarrollo, sin encontrar obstáculos serios. Esta expansión colonial provocó rivalidades entre los Estados que tomaron en ella parte más activa—es decir, Gran Bretaña, Francia y, sobre todo, Rusia—, rivalidades que la política alemana aprovechó para confirmar su preponderancia en Europa.*

## CAPITULO PRIMERO

### LAS FUERZAS EUROPEAS

En la vida de Europa, ¿cuáles eran los rasgos nuevos que por su índole afectaban a las relaciones entre los pueblos y al comportamiento de los gobiernos en sus mutuas relaciones?

La ola de prosperidad que, en la actividad económica, había marcado el anterior período y que se había prolongado en la mayor parte de los Estados, hasta 1873, retrocedió pronto. Entre 1873 y 1895 la baja de los precios—una baja que llegó casi al 30 por 100—fue general. Se encontraba en relación con la contracción monetaria, a medida que comenzaron a agotarse los yacimientos auríferos que estaban en explotación desde 1850. Sin embargo, dicho retroceso fue muy desigual: en Europa sorprende el contraste entre el crecimiento persistente de la producción industrial y la crisis agrícola.

En la industria, gracias al progreso de la técnica y al perfeccionamiento del *utillaje* mecánico, fue sensible el impulso, sobre todo en el campo de la producción metalúrgica, cuando el método Thomas-Gilchrist permitió tratar los minerales de hierro fosfórico, y, en el campo de los productos químicos, donde la utilización de los subproductos de la hulla abrió nuevas perspectivas a la fabricación de los colorantes. En esos sectores de la actividad industrial, que exigían grandes inversiones de capitales, es donde se desarrolló más rápidamente la concentración de las empresas y donde comenzaron a aparecer, a partir de 1882—por la iniciativa de los metalúrgicos y de las sociedades mineras del Ruhr, pero siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos—, una forma nueva de organización, el *cartel*.

La agricultura, por el contrario, se resintió, pues el progreso de los medios de transporte y la baja de los precios de flete facilitaban la llegada a la Europa central y occidental de los productos procedentes de los Estados Unidos, de América del Sur o de Rusia. Contra esa competencia, que provocó una baja sensible de los precios de los cereales (alrededor de un 20 por 100), no podía sostenerse la agricultura en los estados de Europa occidental, a causa del precio de las tierras y de las tarifas de la mano de obra. La crisis agrícola, que se manifestó en Alemania desde 1875, alcanzó también a Francia a partir de 1880, y aún más, a Gran Bretaña. La adopción de los procedimientos frigoríficos que permitieron transportar desde 1880 las carnes de Argentina y de Australia, extendió la competencia a la ganadería.

Las nuevas condiciones de producción plantearon a los gobiernos en sus relaciones económicas exteriores problemas a los que los es-

tados continentales, por un lado, y Gran Bretaña, por otro, ofrecieron diferentes soluciones. Gran Bretaña seguía fiel al libre cambio, que le parecía indispensable para su prosperidad industrial; aceptaba, por lo mismo, el ver declinar su agricultura y el contar cada vez más con el mercado mundial para asegurar su abastecimiento de artículos alimenticios. Los demás estados buscaban, por el contrario, asegurar a sus productores industriales o agrícolas una protección contra la competencia extranjera: sin volver a las tarifas aduaneras muy elevadas que la mayor parte de ellos tenía en la primera mitad del siglo, abandonaron las tendencias que habían prevalecido (1) en la política comercial internacional entre 1860 y 1870. El Imperio alemán fue quien dio el ejemplo en 1879. Francia, donde los industriales textiles y metalúrgicos habían criticado casi todos ásperamente la política aduanera de Napoleón III, aumentó los derechos sobre los productos industriales extranjeros a partir de diciembre de 1873, y los aumentó de nuevo, pero en proporciones aún modestas, en 1881; puso tasas más elevadas a los cereales extranjeros en 1885; por último, en 1892 la ley Méline estableció un sistema proteccionista de conjunto. Las mismas tendencias se manifestaron en Austria-Hungría, en Italia (1887), en Suiza y en Rusia (1891). Además, como las tarifas eran más especializadas y complejas, se veía obstaculizada la aplicación de la cláusula de *nación más favorecida*.

Esa vuelta al proteccionismo avivó por su índole las rivalidades económicas cuando se vio atenuada por convenios bilaterales. Las tarifas aduaneras nuevas eran, en el espíritu de sus promotores, un *arma de combate*; pero podían y debían ser reducidas por caminos contractuales. La negociación de los tratados de comercio ocupaba, pues, un lugar importante en la acción diplomática; cuando esta negociación fracasaba y se entablaba una guerra aduanera entre dos estados—Francia e Italia en 1887. Alemania y Rusia en 1890—, las consecuencias de tal ruptura afectaban directamente a las relaciones políticas.

He aquí, pues, un factor nuevo en las relaciones entre los Estados. ¿Debemos buscar su origen solo en el juego de los intereses materiales? Los gobiernos, ciertamente, sufrían la presión ejercida por las agrupaciones de productores; pero también tenían en cuenta las preocupaciones generales: el deseo de conservar cierto equilibrio entre la vida agrícola y la vida industrial, en interés de la defensa nacional; el cuidado de mantener, en la medida de lo posible, la estabilidad de las estructuras sociales. Parece, por último, que las tendencias nuevas de la política económica se hallaban en relación con el estado de la mentalidad colectiva. Las guerras de 1866 y de 1870, ¿no habían demostrado cuán vanas eran las esperanzas de Cobden, que había visto en el libre cambio un medio de asegurar la paz? La política de Bismarck les mostró, a los que creían poder confiar en la solidaridad entre

(1) Véase anteriormente, pág. 215.

los intereses materiales, que en las relaciones entre los Estados las cuestiones de fuerza seguían siendo dominantes. El nacionalismo económico iba de la mano del nacionalismo político.

La paz alemana es la causa inmediata de aquel renacer del nacionalismo político. La anexión de Alsacia y Lorena, efectuada a pesar de la protesta de Burdeos, se juzgó, por la opinión pública de gran parte de Europa—sobre todo en Inglaterra, en Italia y en los países checos—no solamente como una violación del derecho de las nacionalidades, sino como una ofensa a los principios de la "sociedad europea".

Era lógico que los pueblos, cada uno por sí, sacasen las consecuencias de ello: convicción de que, en la *lucha por la existencia*, solo si poseía y mostraba fuerza sería respetado el Estado; sentimiento de precariedad, porque las cláusulas del tratado de Francfort hacían imposible, por su naturaleza, una reconciliación entre Francia y Alemania; y podían, tal vez, servir de ese modo como precedente para nuevas iniciativas, a expensas de otros Estados.

La política bismarckiana—dijo Gladstone— ha "pisoteado" el principio según el cual la suerte de una población no puede ser decidida sin *consultar sus votos*. Si la concepción alemana del derecho de las nacionalidades se convirtiese en *regla de la política europea*, ¿no veríamos—decía Fustel de Coulanges—al Imperio alemán alargar la mano para apoderarse de Holanda, de los países alemanes de Austria, de los cantones de la Suiza germánica y de una parte de Livonia? Después de haber invocado, a *contrapelo*, el principio de las nacionalidades, Bismarck volvería a él, tal vez—añadía uno de los *leaders* de la derecha italiana—con el fin de reivindicar para Alemania *fronteras naturales*. ¿Dónde encontraría sus límites el *derecho del más fuerte*?

Al mismo tiempo que los vecinos de la nueva Alemania la temían, los propios alemanes, conscientes de los rencores y envidias que suscitaba su posición preponderante, temían que se formase contra ellos una coalición. Las grandes potencias "son como viajeros desconocidos entre sí, que se encontrasen, por azar, en un compartimiento del ferrocarril; se observan, y si uno de ellos se mete la mano en el bolsillo, el vecino requiere su revólver para poder tirar el primero". Tal es la interpretación que el príncipe Orlof, en 1879, dio del pensamiento bismarckiano.

Sin embargo, los apóstoles del pacifismo continuaron expresando sus convicciones, pero no encontraban mucho eco en la opinión pública, y su propaganda disminuyó. Estudiar las condiciones en las que podría implantarse una organización estable de las relaciones entre los Estados europeos; predicar el desarme o el recurso del arbitraje, eran puntos de vista que parecían más utópicos que nunca, después de las guerras bismarckianas. Sin duda, los doctrinarios no renunciaban a ellos: en 1878, un maestro del derecho internacional, James Lorimer, trató de dar una base jurídica precisa a la idea de fe-

deración europea; y otro gran jurista, alemán, aunque de origen suizo, Kaspar Blüntschli, le dio la réplica; esta fue la discusión más seria, la más interesante a que habían dado lugar, hasta entonces, los proyectos de organización europea; cayó, sin embargo, en el vacío. La revista *Etats-Unis d'Europe*, que había sido creada en 1867, bajo la égida de Víctor Hugo y de Garibaldi, llevó, con menos de trescientos suscriptores, una existencia precaria; su redactor en jefe, Charles Lemonnier, un antiguo sansimoniano, acabó, en 1888, por abandonar la lucha: "La Federación de los pueblos y la institución de un Tribunal internacional no me parecen, a la hora en que escribo, realizables en Europa."

La idea de una solidaridad entre los Estados del continente, la simple alusión a la posible existencia de intereses europeos colectivos tenían el don de provocar, en Bismarck, una sonrisa irónica: "Quien hable de Europa, se equivoca. Noción geográfica..., ficción insostenible"; tales fueron las anotaciones que puso—en francés—al margen de una carta del canciller ruso, el 9 de noviembre de 1876.

Solamente veinte años, o casi, después de la guerra franco-alemana, el movimiento europeo volvió a tomar impulso: en 1889, por iniciativa inglesa, se celebró el primer congreso internacional, que reunió a los delegados de las asociaciones pacifistas. ¿Fue una simple coincidencia que este despertar coincidiese con el declinar de la era bismarckiana?

Los caracteres de la mentalidad colectiva ejercieron una influencia mayor sobre la política exterior de los estados, a medida que se extendía en Europa el área de los regímenes de libertad política, y a medida, también, que el desarrollo de la prensa diaria iniciaba en los problemas internacionales a un público más amplio. El régimen parlamentario había quedado, entre 1850 y 1870, como patrimonio de Gran Bretaña; después se establecía en Francia y en Italia; pero ni el nuevo Imperio alemán ni Austria ni Hungría admitían su principio. La libertad de prensa se veía insertada en todas las Constituciones de los Estados europeos; los periódicos disminuían su precio de venta y, liberados de la censura, o de las sanciones administrativas, aumentaban su clientela, al ritmo de los progresos de la enseñanza primaria. En Gran Bretaña fue donde los grandes diarios, cuyas tradiciones ya eran sólidas, trataron con el mayor cuidado las cuestiones de política extranjera. En Francia, la prensa, incluso antes de la ley de 1881, era muy activa, muy independiente, pero se interesaba en la política interior más que en los problemas exteriores. En Alemania, las hojas oficiales, subvencionadas por la Cancillería del Reich, concedía a esos problemas una atención que llevaba a los diarios independientes a dedicarles, a su vez, un lugar importante. En el mismo Imperio ruso, a pesar del régimen autocrático, reconocía el gobierno la necesidad de dejar a la *opinión pública*—es decir, a la burguesía, a los cuadros administrativos, a los intelectuales—el medio de expresar su opinión sobre las cuestiones internacionales.



Esas tendencias de la psicología colectiva, aún más que la orientación nueva de la política económica internacional, dieron a la era bismarckiana su tono general. Sin embargo, no bastan para explicar los caracteres que presentaron, en el curso de dicho período, las relaciones entre los Estados europeos. La relación entre las fuerzas respectivas era lo que dominaba, en el fondo, dichas relaciones; fuerzas económicas, pero también militares y navales, que se encontraban unidas a las condiciones demográficas y a los recursos financieros; fuerzas morales, por último, que, en varios grandes Estados, permanecían quebrantadas por la protesta de las *minorías nacionales*.

Alemania dominaba. Potencia demográfica: la población del Imperio contaba con 41 millones de habitantes, en 1871, y con 49, en 1890. Potencia económica: la gran industria ya había hecho, entre 1850 y 1870, rápidos progresos en los Estados alemanes, sobre todo en Prusia; a partir de 1871, el Imperio alemán fue el primer productor de hulla del continente europeo; y ese progreso de extracción minera abrió el camino al gran impulso de la producción industrial. Entre 1871 y 1873, se hizo extraordinariamente rápido aquel desarrollo: en el curso de dichos dos años, la producción de la fundición, por ejemplo, pasó de 1 564 000 t. a 2 241 000 t. Interrumpido por una crisis, entre 1873 y 1878, se recuperó en seguida con vigor; entre 1880 y 1890, la producción industrial total aumentó alrededor de un 50 por 100, y comenzó a sobrepasar, en valor, a la producción agrícola.

Potencia de armas: Alemania poseía el mejor ejército del mundo. Los efectivos presentes bajo las banderas aumentaban constantemente: 400 000 hombres, en 1874; 427 000, en 1880; 489 000, en 1888—aunque aquel ejército no incorporaba sino una parte de los reclutas disponibles. En caso de guerra, la llamada a filas de los reservistas y de los hombres que, dispensados del servicio activo, recibían, sin embargo, desde 1880, instrucción militar (*Ersatz-Reserve*), permitiría, a partir de 1885, elevar los efectivos a 1 800 000 hombres. Gran potencia militar, el Imperio alemán no era en 1871, una potencia naval. Aunque poseía costas en dos mares, se contentaba con una mediocre flota de guerra. Durante veinticinco años dicha flota no ocupó, en la escala de las marinas mundiales, sino el sexto o el séptimo lugar.

Aún más que los elementos de orden material, lo que importaba era la *voluntad de poder* del pueblo alemán y de sus jefes. No es preciso que digamos que las principales corrientes de la opinión pública estaban de acuerdo en pensar que la anexión de Alsacia y Lorena había sido legítima: ¿no se reivindicó, a menudo, desde 1813, por los apóstoles de la unidad alemana? Pero, sobre todo, el alemán del nuevo imperio difería, muy sensiblemente, del que Mme de Staël había descrito, a principios del siglo XIX. Aunque los rasgos esenciales de su vida mental, de su comportamiento intelectual no hubieran cambiado, y aunque las tendencias irracionales, el gusto por la especulación

abstracta y la metafísica, continuaran dominando en la filosofía y en la literatura, el alemán tenía, en la vida práctica, el don de examinar todas las cosas desde el punto de vista de la realización posible; poseía el espíritu de empresa y la capacidad de organización; necesitaba del orden y le gustaba ser guiado; tenía el sentido del deber—deber en el ejército, deber en el trabajo—, el de la disciplina y de la jerarquía: la sumisión al Estado le era fácil y la noción de libertad política no encontraba en él el mismo eco que en el inglés o en el francés. A esos rasgos fundamentales, las recientes circunstancias históricas añadieron otros. Por sus resonantes victorias de 1866 y de 1870, el pueblo alemán había adquirido un optimismo radiante; tenía el sentimiento de su superioridad y la convicción de que el *genio germánico* debía extender su dominio de acción a expensas del *romanismo* y del *eslavismo*. Tales aspiraciones profundas orientaban la política exterior del Imperio.

En la dirección de esa política exterior, el Canciller poseía, de hecho y de derecho, la más amplia iniciativa: no era responsable ante el Reichstag y ni siquiera tenía que temer críticas serias, pues, en aquel campo, su prestigio era tal, que los partidos políticos no se atrevían a manifestar una oposición activa; el emperador Guillermo I, cuyas ideas personales eran, a menudo, diferentes de las de Bismarck, acababa siempre por inclinarse ante su voluntad. Sin embargo, las condiciones de la política interior gravitaban mucho sobre la acción exterior. La gran preocupación del Canciller era acabar la obra unitaria. Para ello, se hacía preciso primero ahogar la protesta de las poblaciones no alemanas, daneses del Slesvig, polacos, alsaciano-loreneses y procurar, a la larga, asimilárselos: a tal respecto, era la cuestión de Alsacia y Lorena, “una Polonia con Francia detrás”, según sus propios términos, lo que más le preocupaba. Pero también había que borrar en los alemanes las supervivencias de los sentimientos particularistas y destruir los grupos políticos que pudieran encontrar simpatías en el extranjero. Bismarck desconfiaba, pues, de los puntos de vista del partido del Centro, favorable al mantenimiento de una autonomía de los Estados, y temía, también, ver a aquel partido católico buscar contactos fuera de Alemania. En parte por las mismas razones era violentamente hostil a los socialistas. Por último, vigilaba atentamente las tendencias del príncipe heredero Federico, que tenía fama de ser liberal y que, por su matrimonio con una hija de la reina Victoria, contaba con simpatías inglesas: temores superfluos, ya que el reinado de Federico solo duraría tres meses. Estas preocupaciones determinaron, a veces—lo han demostrado los trabajos de Erich Eyck—las iniciativas diplomáticas.

Francia había perdido, por su derrota de 1870-1871, el papel preponderante que representara en Europa durante la mayor parte del segundo Imperio. Pero la guerra no hirió profundamente las fuerzas materiales y espirituales del país.

La reanudación de la actividad económica fue rápida, entre 1871 y 1875, pues el equipo industrial quedó intacto, salvo la pérdida de las fábricas alsacianas. La producción de la industria textil era superior, a partir de 1874, a lo que había sido en 1869. La extracción minera se duplicó, o casi, en tres años. El índice total de la producción industrial aumentó, entre 1871 y 1879, alrededor de un 30 por 100, y el equipo mecánico, un 70 por 100. Ciertamente, los progresos fueron menos rápidos que en Alemania, pero la diferencia no era aún considerable: en 1880, la parte que representaba Francia en la producción industrial mundial era de un 9 por 100; la de Alemania de un 16 por 100.

La reorganización de las fuerzas militares se efectuó en buenas condiciones. La aplicación de las leyes de 1872 y de 1873 permitió al ejército activo tener, a partir de 1875, efectivos casi iguales a los del ejército alemán; la movilización podría también llamar a filas *reservas instruidas*, superiores en número a las de Alemania, y esta situación duraría hasta 1889.

En el campo de la psicología colectiva se manifestaron cambios sensibles. La amargura de la derrota ocasionó un examen de conciencia y un renacer del sentimiento patriótico. Los espíritus que más se habían apegado a la esperanza de ver establecerse una fraternidad universal abandonaron aquel sueño. Los republicanos que, en vísperas de 1870, habían sido partidarios del desarme, volvieron la espalda—dice Jules Ferry—“a utopías peligrosas y falaces”. La escuela pública, siguiendo a Paul Bert, hubo de conceder un lugar importante a la exaltación de las glorias militares del pasado e, incluso, a la formación militar. La “Liga de la Enseñanza”, cuyo fundador había sido antimilitarista bajo el segundo Imperio, tomó ahora, como objetivo, inculcar a la juventud la afición por las instituciones militares y el gobierno animaba la actividad de los *batallones escolares*, que proporcionaban a los alumnos de los liceos un rudimento de *escuela del soldado*. Los reservistas acudían gustosamente a hacer la instrucción.

El ejército, reorganizado, se encontró “rodeado de fervor”: los autores de las nuevas leyes militares querían, no solamente que fuera una escuela de *disciplina social* (este deseo no les era, ciertamente, extraño), sino también que se convirtiese en el agente de una restauración de la *conciencia francesa* y sirviera para cimentar la unión nacional. A pesar de la violencia de las luchas políticas, el ejército permaneció fuera de la pugna entre los partidos: ocupaba un lugar excepcional en el espíritu de los franceses y ocasionaba, según expresión de su historiador más reciente, un *resplandor moral*.

¿Tenía tendencias agresivas aquel patriotismo? En el pueblo francés, que en el pasado había sido, a menudo, conquistador e imperialista, lo que dominaba a la sazón era el deseo de la seguridad y de la estabilidad, el cuidado de la defensa del territorio, el temor de un nuevo ataque alemán. Sin embargo, esa tendencia del espíritu estaba muy lejos de significar una resignación con la pérdida de Alsacia y

Lorena. El interés por las provincias perdidas y el deseo de recobrarlas fueron sentimientos notoriamente probados, entre 1871 y 1875, por la prensa, la novela y los discursos dominicales de los alcaldes o de los hombres políticos. Las ceremonias conmemorativas, las manifestaciones organizadas por las asociaciones patrióticas—sobre todo por la *Association générale d'Alsace-Lorraine*—se renovaron a un rápido ritmo. Los libros escolares, tanto los de la enseñanza primaria como los de la secundaria, mantenían el recuerdo y la esperanza. Tal ímpetu del sentimiento nacional se manifestaba en los medios políticos de izquierda aún más que en los de derecha. Ciertamente que esa *fiebre patriótica* pareció atenuarse durante algunos años: ¿por qué—decían los críticos—“sobreexcitar la imaginación”? Pero reapareció entre el comienzo del año 1886 y el final de 1889, en la época del boulangismo, alimentada por la propaganda de la *Ligue des Patriotes*, de la cual fue presidente en 1885, Paul Déroulède; y favorecida en los medios intelectuales por la difusión de la obra de Maurice Barrès.

A decir verdad, se hace difícil apreciar seriamente según estos indicios, qué lugar ocupaba Alsacia-Lorena en el sentir nacional, discriminar la parte de los “ritos” y la de las tendencias profundas: calibrar las zonas de indiferencia en las poblaciones obreras y, sobre todo, en las aldeanas: aún no se ha hecho su estudio (1). Sin embargo, la negativa a inclinarse ante una anexión operada por la fuerza y la afirmación del derecho que conservaba Francia sobre aquellas tierras francesas, fueron—sin duda alguna—en esa época los rasgos dominantes en la expresión del sentimiento nacional. ¿Es esto decir que el espíritu de “desquite” implicara, en todos los que compartían aquel sentimiento, el deseo de tomar las armas para liberar a los alsaciano-loreneses? Entablar la guerra era, ciertamente, el designio de los grupos activos, sobre todo, en los medios militares: ese designio se expresó con toda claridad entre 1873 y 1875; pero, “para el futuro”, pues el estado de las fuerzas armadas no permitiría correr la aventura; también lo fue en los diarios muy allegados al ministerio de la Guerra, en 1886-1887, y, esta vez, para plazo breve. Por el contrario, algunos patriotas querían solamente esperar el porvenir, y preferían creer en la probabilidad de un arreglo amistoso, muy ilusorio, sin embargo. Aquí tampoco puede el estudio histórico establecer actualmente conclusiones sólidas. Importa señalar solamente que el sentimiento nacional francés, incluso en el espíritu de los partidarios más activos del desquite, no tuvo aires *imperialistas*; reparar una violación de los derechos del hombre, hacer regresar a la comunidad nacional poblaciones francesas, no era soñar con reemprender un esfuerzo de expansión política.

Rusia poseía potencia demográfica. Su población era de 75 millones

(1) Pronto quedará hecho en un libro, que promete ser importante.

de habitantes en 1871. No desempeñaba, sin embargo, en aquella época, en la vida internacional, un papel proporcionado con la importancia de tal masa humana. En todos los respectos estaba "retrasada" con relación a las otras grandes potencias.

El pueblo ruso, es decir, la masa aldeana que constituía el 90 por 100 de la población, tenía, ciertamente, el sentido del orgullo nacional y la convicción de la fuerza del Estado; sería capaz, en casos de invasión, de oponer una resistencia paciente, enérgica, estoica, que constituiría una forma de su apego por la tierra rusa, pero era resignado y pasivo. En las relaciones con el extranjero no demostraba xenofobia ni imperialismo. El deseo de expansión exterior no existía, a lo que parece, más que en una pequeña minoría, formada, sobre todo, de intelectuales y de funcionarios, cuya influencia se ejercía sobre el soberano y sobre los ministros. Pero el pueblo ruso formaba solo las tres cuartas partes de la población; y la mentalidad de las "minorías nacionales" era, por supuesto, muy diferente, ya que aquellos grupos halógenos se hallaban sometidos a una dominación que solo a duras penas soportaban. La organización militar no utilizaba más que una pequeña parte de los recursos demográficos. Aunque el servicio militar se hallase inscrito en la ley desde 1874, el ejército activo no incorporó, al principio, sino a un tercio del contingente. Sin duda, aquella organización podría ser, seguidamente, algo más eficaz, pero con lentitud, porque los hombres del *segundo bando* (los que no prestaban servicio activo) no habían recibido ninguna instrucción militar. El valor del instrumento, en caso de guerra europea, seguía siendo mediocre: la organización de las reservas era insuficiente, sobre todo, por falta de cuadros de mando; el débil desarrollo de las vías férreas retrasaba las operaciones de movilización y de concentración; había que prever una demora de varias semanas para llevar al frente el total de las tropas; el armamento era muy inferior, en cantidad y en calidad, a los de los otros estados europeos. El ejército ruso no constituía, pues, un instrumento adaptado para la ofensiva, por lo menos en la escala de una guerra europea. Por último, desde el punto de vista económico, Rusia continuaba siendo un país esencialmente agrícola, tanto más cuanto que el régimen político no favorecía las iniciativas de la burguesía. La gran industria moderna solo alcanza desarrollo a partir de 1888 (en la región del Donetz, sobre todo) con ayuda de técnicos y de capitales extranjeros. A causa de ese retraso industrial, Rusia constituía un mercado importante para los productos de la industria alemana e inglesa, y desconocía el problema de los "excedentes" industriales, que preocupaba a los otros grandes estados europeos.

La dirección de la política exterior—que, en aquel estado autocrático, se hallaba únicamente en manos del Zar y de su canciller—se resentía de tales debilidades: el gobierno se daba perfecta cuenta de que no podía mantener un conflicto con una gran potencia; temía también ver surgir ese conflicto en los confines occidentales, donde

vivían poblaciones no rusas, y, sobre todo, en el país polaco, los movimientos separatistas. Alejandro II, cuyo reinado terminó en 1881, poseía una extensa educación política, pero no se interesaba más en las reformas interiores que en la política exterior. Su canciller, Gortchakof, que gozaba de gran autoridad en Europa y conocía perfectamente los asuntos, contaba, en 1871, setenta y tres años; era un buen diplomático, hábil, perspicaz, cuyas notas adoptaban una forma irreprochable, pero no era un gran hombre de Estado por faltarle una visión personal de los grandes problemas importantes y fuerza de voluntad suficiente para procurar dirigir los acontecimientos. Después de 1881, el soberano, Alejandro III, deseó llevar por sí mismo la política exterior, pero su inteligencia era bastante limitada, y sus conocimientos pobres; Giers, su canciller, de espíritu estrecho, se hallaba muy imbuido del sentimiento de solidaridad monárquica.

Austria-Hungría, desde la adopción, en 1867, de la solución dualista, sufría intensamente en su política exterior la influencia magiar. Andrassy, antiguo presidente del Consejo de Hungría, fue quien tomó, en 1871, la dirección del ministerio común de Asuntos extranjeros; quería orientar por nuevos caminos la política exterior de la doble monarquía. ¿Sobre qué fuerzas reales podía apoyarse? Austria-Hungría, después (lo mismo que antes) de la reforma de estructura que acababa de realizarse, seguía viéndose inquieta por dificultades de índole interna. Sin duda, el reparto y la asociación establecidos entre los alemanes de Austria y los magiars de Hungría, permitían, en cada una de las partes del Imperio, refrenar a los otros elementos de la población. Sin embargo, los alemanes y los magiars unidos no formaban la mayoría; y la resistencia de los eslavos, aún más que la de los rumanos de Transilvania o la de los italianos de Trieste y del Trentino, continuaba obstaculizando la marcha del gobierno. Tal oposición, aunque no amenazase, a corto plazo, la propia vida de la doble monarquía—pues los jefes de los movimientos "minoritarios" no tendían, por lo pronto, al separatismo—gravitaba intensamente sobre la política exterior.

En aquel imperio, donde una fidelidad más o menos imprecisa hacia la monarquía, suplía al sentimiento nacional, no era apenas posible que un programa de acción en el extranjero recibiese una adhesión unánime. El ministro común de Asuntos extranjeros no debía, pues, contar con el apoyo activo de la opinión pública; en la gestión de los asuntos ordinarios tomó el partido de ignorar voluntariamente el estado de ánimo de una fracción importante—y, a veces, de la mayoría—de la población. Pero, ¿podría perder de vista el riesgo que una guerra haría correr a esta Monarquía, donde resultaba muy dudosa la fidelidad de ciertos grupos nacionales? Por otra parte, no poseía los medios militares que parecía debiera asegurarle la cifra de la población total del Imperio (35 millones, en 1871). Si la organización de las fuerzas armadas dependía del ministro *común* de la Guerra, el re-

clutamiento competía a cada uno de los dos gobiernos, austríaco y húngaro; esta complicación constitucional no facilitaba la votación de reformas militares. De hecho, aunque el principio del servicio obligatorio se hubiera establecido en 1868, el ejército activo no incorporaba más que una porción del contingente: los efectivos del tiempo de paz no llegaban a los dos tercios de los que tenía Francia, apenas un poco más poblada.

Por otra parte, aquel gobierno no se encontraba obstaculizado, en la dirección de la política exterior, por las intervenciones parlamentarias, pues el ministro de Asuntos extranjeros no tenía que dar cuenta de su gestión a las dos Asambleas de Viena y de Budapest, salvo cuando se necesitaba obtener la ratificación de algunos tratados: solo ante las Delegaciones había de defender su política; ahora bien, dichas Delegaciones no celebraban más que una única sesión por año, una sesión de algunos días.

Italia, en 1870, acababa de establecer su capital en Roma; no había completado, sin embargo, su unidad nacional, ya que la monarquía austro-húngara mantenía bajo su dominio a Trieste, en el Trentino, y una parte de Istria y de Dalmacia, con 750 000 habitantes de lengua italiana, pero se veía libre del temor de una hegemonía francesa.

¿Era una gran potencia? Solo de nombre. Sin embargo, tenía en sus manos triunfos considerables, la cohesión nacional se había realizado en la medida que trataba de defender los derechos de la *italianidad*, el impulso demográfico haría disminuir rápidamente la diferencia que aún existía entre la cifra de su población (26 800 000, en 1871) y la de sus vecinos. ¿Qué le faltaba entonces? (1). La potencia económica estaba muy atrasada con relación a los otros estados occidentales desde el punto de vista técnico; pobre en carbón, dependía, por consiguiente, de Inglaterra y de Alemania para el abastecimiento de combustible a sus fábricas. La potencia financiera: el presupuesto se hallaba en constante déficit, tanto por causa de la mediocridad de las actividades económicas como en razón de lo anticuado de su sistema fiscal; y la tesorería no podía ya contar con las facilidades que había encontrado entre 1861 y 1870, cerca del mercado financiero francés. La potencia militar y naval: el Parlamento, por temor de agravar el déficit, no quería comprometer los gastos necesarios. Pero también le faltaba confianza en sí misma, pues había de enfrentarse con graves dificultades interiores: conflicto con el Vaticano; divergencia entre las estructuras sociales del Norte y del Sur. La opinión pública mostrábase apática; el derecho del voto no era ejercido por la mitad de los que, aun siendo poco numerosos, lo poseían; los diputados practicaban el absentismo. Los mismos hombres del go-

(1) La notable obra de F. Chabod contiene sobre este tema puntos de vista de gran interés.

bierno, después de la vida febril que habían llevado entre 1859 y 1870, sentían, salvo raras excepciones, necesidad de reposo; por otra parte, tenían demasiadas preocupaciones inmediatas para no desear la tranquilidad en las relaciones con el extranjero. No había llegado, pues, la hora de una *gran política*. En el continente, el objetivo inmediato podría ser, sin embargo, la consumación de la unidad: parte de la prensa italiana sostenía el movimiento irredentista, pero el gobierno austro-húngaro declaró netamente, en 1874, que rechazaría todo arreglo amistoso. ¿Sería oportuno llevar a cabo aquel proyecto por la fuerza, aunque lo permitieran las circunstancias? Italia no tenía interés en provocar el derrumbamiento de Austria-Hungría, pues su existencia era necesaria para el equilibrio europeo, y su territorio la protegía de un contacto directo con el Imperio alemán.

Por su situación insular, Gran Bretaña se veía libre, en gran parte, de las preocupaciones de los otros estados europeos. Desde 1066, no había conocido invasores. En 1871 conservaba en la vida económica la preponderancia que ya poseía en el siglo XVIII. Era la mayor productora de carbón, así como en las industrias metalúrgica y textil; constituía el depósito a donde aflúan las materias primas que llegaban de los otros continentes, y los artículos coloniales que, a su vez, el comercio inglés volvía a distribuir a los demás estados europeos, y era también el centro financiero del mundo. Esta prosperidad iba asociada, en el espíritu de los ingleses, desde mediados del siglo XIX, a la práctica del libre cambio y al poderío naval: la preponderancia irrefutable de la flota de guerra inglesa garantizaba no solamente la seguridad de las Islas Británicas, sino también la de las rutas marítimas que, en el mundo entero, encontraban abiertas al comercio inglés. El horizonte de la política británica era, pues, necesariamente mundial. La Gran Bretaña no podía, por tanto, desinteresarse del continente, en donde tenía ver establecerse una hegemonía. Pero esta no le parecía verdaderamente peligrosa sino en el caso de que la potencia continental que la intentase dispusiera de una gran fuerza naval, o si tuviera en su poder las orillas del mar del Norte frente a las Islas Británicas: las costas flamenca y holandesa; las bocas del Escalda.

Esta política exterior británica no iba orientada siguiendo principios o simpatías. "Solo hay que pasar los puentes cuando se llega a ellos", dice un refrán inglés. El gobierno se proponía resolver los problemas solo cuando se le planteasen. ¿Por qué considerar con anterioridad lo que se habrá de hacer en tal eventualidad o en tal otra? ¿Por qué comprometer el porvenir, cuando bastaba con saber adaptarse a las exigencias de la vida? Había que considerar superfluas las previsiones sobre hechos demasiado lejanos, evitar contraer lazos permanentes y también, en la medida que fuera posible, compromisos escritos, cuando por su índole implicarían una promesa de intervención. Gran Bretaña deseaba mantenerse apartada de los sistemas de

alianzas que se anudaban y desanudaban entre las potencias continentales.

Esa política de aislamiento que exigían, en 1871, los hombres de Estado ingleses, ¿podía ser una solución duradera? Para proteger sus intereses en todas las partes del mundo, Gran Bretaña, disponía, sin duda, de poderosos medios: la supremacía naval y la influencia financiera. Pero no tenía ejército de importancia porque era la única, entre las grandes potencias europeas, que quería ignorar el servicio militar obligatorio. Que las fuerzas armadas estacionadas en las Islas Británicas estuvieran reducidas a cien mil hombres era admisible, ya que la flota de guerra se hallaba en situación de impedir un desembarco. Que las guarniciones del Imperio fuesen las justas para asegurar la conservación de los puntos estratégicos ya era más grave, pues, si la política inglesa tuviera necesidad de apoyar la presión naval mediante el envío de un cuerpo expedicionario, ¿dónde encontraría los efectivos precisos? Sin embargo, en todo el período comprendido entre 1871 y 1893, Gran Bretaña, a pesar de la vecindad de una Europa muy armada lograría representar, en las relaciones internacionales, un papel importante, sin poseer medios militares eficaces. Pero, para realizar tal demostración de fuerza, se vería obligada a buscar apoyos diplomáticos y a dar, por consiguiente, *giros* a la política de aislamiento. Y, con todo, se esforzaría en restringir al mínimo esos compromisos y en evitar promesas que la obligaran de antemano a aceptar la probabilidad de su participación en una guerra. Permitir que otro Estado esperase su asistencia, pero dejando cernirse la duda sobre la realización efectiva de esa esperanza; reservar para la Gran Bretaña el derecho de apreciar cuando surgiese la amenaza de conflicto, si debía o no tomar las armas: he aquí cuál sería la táctica de la diplomacia inglesa.

“Esta política matizada, *móvil*—dice su historiador más reciente (1)—, esta política de compromiso, es la expresión del temperamento nacional. El inglés vive “de instintos y de intuición”. Está sólidamente afincado en su orgullo británico, en la convicción de su superioridad, secundada por la fuerza de voluntad, por la flema, por la tenacidad, y afirmada por sus éxitos en todo el campo de la vida económica. Sabe bien que es necesario llevar una política exterior activa, puesto que Gran Bretaña tiene por todas partes intereses que defender. Pero, en el fondo, es *conservador*, y desea que los marcos de su actividad no cambien; no tiene suficiente imaginación para dedicarse a estudiar el desarrollo futuro de los acontecimientos, y cree que es prudente dejar madurar lentamente una decisión, cuando se expone a comprometer con ella el porvenir. Ahora bien, esta opinión pública desempeña un papel activo en la dirección de la política ex-

(1) M. Jacques Bardoux, en la obra que se menciona en la bibliografía del capítulo VI.

terior. Sin duda, el régimen parlamentario deja al poder ejecutivo, es decir, al Gabinete—ya que la Corona, si conserva influencia en algunas ocasiones, no dirige, de hecho, la política—la posibilidad de tomar iniciativas importantes. Pero es al Parlamento al que pertenece la *última palabra*. La tradición política inglesa no permite al Gabinete contraer compromisos secretos. El Primer Ministro, el secretario de Estado en los Asuntos extranjeros siempre reservan, en sus negociaciones con los estados extranjeros, el derecho que pertenece al Parlamento, de tomar las decisiones definitivas y de tomarlas solamente el día que las circunstancias lo exijan. ¿No es este un procedimiento cómodo para evitar comprometerse? Es también un rasgo del temperamento británico, y, en esta época, una constante de la política inglesa.

\* \* \*

En todos estos estados europeos, la cuestión de las relaciones con el Imperio alemán era el centro de las preocupaciones de los hombres que los gobernaban; todos miraban hacia Bismarck.

El Canciller del Imperio alemán tenía en 1871 cincuenta y seis años. Por la serie ininterrumpida de sus éxitos, entre 1862 y 1870 había adquirido una autoridad sin igual. Los hombres de estado europeos le reconocían una superioridad innegable, una inteligencia penetrante para los problemas internacionales, un dominio soberano en las negociaciones. Ya lo temieran, lo detestasen o lo admirasen, todos se preguntaban en cada ocasión: ¿Qué piensa? ¿Qué va a querer? ¿Qué secreta combinación prepara?

Hasta donde permiten conocer los documentos, las preocupaciones esenciales de Bismarck durante esos veinte años fueron, poco más o menos, estables. Se hallaba convencido de que Francia deseaba una guerra de desquite. Que no pudiera resignarse a la pérdida de Alsacia y Lorena, le parecía lógico e ineludible. “Si os digo francamente lo que pienso—declaró el 14 de agosto de 1871 al encargado de negocios de Francia, Gabriac—, no creo que deseéis romper *ahora* la tregua que existe; nos pagaréis dos millares de millones, pero cuando llegemos a 1874 y tengáis que pagar los otros tres, nos declararéis la guerra.” Aun cuando los actos del gobierno francés le hubieran convencido de que aquel temor no era justificado a corto plazo, no habría persistido menos en su convicción de que Francia trataría a la primera oportunidad de liberar a los alsaciano-loreneses. Por eso, estaba decidido a tomar la delantera, si percibía indicios inquietantes: “No esperaré a que Francia esté preparada para declararle la guerra.”

Pero Francia no podría intentar este desquite si se encontrara sola. “Necesitamos que Francia nos deje tranquilos”, escribió el 20 de diciembre de 1872 a su embajador en París, “y necesitamos impedir a Francia que encuentre aliados si no quiere permanecer en paz; mientras no tenga aliados, Francia no será peligrosa para nosotros”. Era

preciso, pues, *aislar* al adversario. Ahora bien, entre las grandes potencias que habían permanecido neutrales en 1870-71 la victoria alemana originó disgustos, envidias e inquietudes. Bismarck pensó, pues, que debía esperar dificultades; padecía, según palabras de un diplomático ruso, "la pesadilla de las coaliciones". Para prevenir ese riesgo, para impedir que Francia encontrase aliados, la diplomacia alemana debía dedicarse a tranquilizar a Austria-Hungría y a Rusia, cuya actitud tenía, a sus ojos, más importancia que la de Gran Bretaña, pues esta no poseía ejército; había de procurar también evitar un conflicto austro-ruso—siempre posible en los Balcanes—, porque dicho conflicto podría ofrecer precisamente a Francia la ocasión que buscaba. La mejor solución sería, por consiguiente, establecer un acuerdo entre los tres grandes Imperios; hacer de manera que, sembrando promesas o esperanzas, ni Austria-Hungría ni Rusia se vieran tentadas a inclinarse hacia Francia; reunir *bajo el mismo sombrero* a aquellos dos vecinos, que eran rivales, para poder vigilar sus iniciativas y refrenarlas; he aquí el objetivo. Desde 1871 esta fue la idea fundamental de la política bismarckiana. El Canciller la llevó a cabo en 1873 mediante la firma de dos acuerdos: uno, germano-ruso; el otro, austro-ruso, con la adhesión de Alemania, siendo esta la primera forma de la *Entente de los tres Emperadores*; volvería a ella en seguida con diferentes modalidades (1).

En este *sistema*—podemos emplear la palabra, aunque la repudiasse el Canciller—, la preocupación era, pues, esencialmente continental. Bismarck no veía en las cuestiones *extraeuropeas* más que un accesorio de su política europea; las *disputas coloniales*—aquellas en que Alemania se comprometía de mala gana y, sobre todo, las que enfrentaban a los otros Estados entre sí—no tenían valor a sus ojos más que en la medida en que pudieran proporcionarle ocasiones de consolidar su sistema continental.

En suma, Bismarck, aunque nunca vacilara en servirse de la amenaza para intimidar a Francia y aunque dejara que se cerniese la perspectiva de una guerra preventiva, ya no descaba, a partir de 1871, recurrir a las armas. Creía que Alemania estaba *saturada* y que no ganaría nada en un nuevo conflicto; estimaba que en una guerra franco-alemana se correría el riesgo, esta vez, de que no se limitara a los dos antagonistas, y que el Imperio alemán pondría en peligro contra una coalición las ventajas que había adquirido. Sin duda, también juzgaba que la paz le era necesaria a Alemania para facilitar la acumulación de capitales destinados al impulso industrial; luego sobre el desarrollo económico era sobre lo que contaba cimentar la unidad alemana. Su política resultaba, pues, conservadora del *statu quo*, no ciertamente por principio, sino para resguardar los intereses alemanes.

(1) Sobre esta diplomacia bismarckiana, véase más adelante el capítulo VI.

¿Cómo consideraban las otras grandes potencias europeas la situación creada por la victoria alemana?

En la Francia vencida, donde se había afirmado la voluntad de paz, a partir de las elecciones generales de febrero de 1871, la opinión pública hallaba, sin embargo, satisfecho su amor propio cuando se hacía alusión al *desquite* (1); pero se daba cuenta de que tal desquite, de momento, no era posible. Los hombres de estado franceses aún estaban más convencidos de ello: temían los proyectos de Bismarck y sus combinaciones *maquiavélicas*. Entre aquellos hombres—trece ministros de Asuntos Exteriores de 1871 a 1890—se manifestaron tres tendencias de espíritu.

Adolphe Thiers (que, como "jefe del poder ejecutivo" y luego como Presidente de la República, dirigió personalmente la política exterior, así como la política interior, hasta el 24 de mayo de 1873) era decididamente pacifista. Quizá aquel anciano—tenía más de setenta años en 1871—poseía una sequedad de corazón que atenuaba el dolor de la derrota. En todo caso, estaba convencido de que Francia había prolongado la resistencia todo lo más que pudo y que solo se declaró vencida después de haber llegado al límite de sus fuerzas. Si se dedicó con todas sus energías a la tarea de reconstitución y de restablecimiento, y si quiso dar a Francia los medios para que volviera a ocupar su sitio en Europa, no era el desquite lo que preparaba.

En todas las ocasiones afirmó su voluntad de cumplir el tratado de Francfort. "El único pensamiento del gobierno—escribió al embajador de Francia en San Petersburgo—es el de exigir a los trabajos de la paz la reparación de nuestros desastres; cumpliremos lealmente las estipulaciones inauditas que nos han impuesto." Sin embargo, Alemania no tenía que abusar de aquella buena voluntad. En el caso de que Bismarck intentara celebrar una conferencia internacional para hacer que se aprobaran las transformaciones territoriales realizadas en Europa desde 1866, Francia no podría aceptar esta humillación. "Si se nos habla de ello—escribe Thiers en julio de 1872—, no ha lugar a dudas, debemos resistirnos absolutamente. No podemos... ir nosotros mismos en plena paz, ahora que ya no somos lo que éramos, a colocarnos bajo el pie de nuestro vencedor para pasar por la vergüenza de firmar por segunda vez el tratado que nos han impuesto." Salvo esta reserva, Thiers no veía para Francia más que una regla de conducta: "Un gran espíritu de moderación, una prudencia a toda prueba...; no ha llegado aún para nosotros el momento de tomar la iniciativa." No quería pensar en una acción fuera de Europa, en Túnez o en Tonkín. Sin duda, era para poder un día enderezar la situación diplomática de Francia en Europa y evitar el aislamiento mediante una alianza inglesa o rusa; pero no quería tomar una decisión que fuese prematura y que

(1) Véanse anteriormente, págs. 342 y 343.



podría resultar peligrosa, porque se arriesgaría con ella a provocar una réplica alemana.

Gambetta era joven: cuarenta años en 1871. Partidario de la resistencia a ultranza durante la guerra, parecía estar destinado a ser el hombre del desquite. Pero él también sabía que, de momento, tal desquite no era posible; también temía a Bismarck y no deseaba proporcionar el menor pretexto a su *frenesí de agresión*; reconocía, pues, que la política de cumplimiento integral del tratado era inevitable. Pero por lo que se refiere a las perspectivas futuras, su estado de ánimo difería del de Thiers: Gambetta—lo afirma constantemente en su correspondencia—estaba convencido de que no sería duradero el mantenimiento de la paz. “La anexión de Alsacia y Lorena—escribe a su amigo Ranc—es un germen de muerte para la obra de Bismarck. En tanto que no haya reparado esta falta, la paz será precaria; nadie depondrá las armas.” ¿Se creía capaz de persuadir al Canciller de que le interesaba a Alemania considerar aquella *reparación*? Parece ser que tenía tal ilusión en 1878, pero sin atreverse a llevar a efecto un proyecto de entrevista con Bismarck, que pudiera haber sido interpretado por la opinión pública como un gesto de renuncia. En el fondo, Gambetta, a medida que avanzaba por el camino del poder, iba a intentar una transacción totalmente verbal entre las temeridades de una política de desquite y las debilidades de un política de resignación. Se veía reducido a invocar la esperanza de la *justicia immanente*, a decir que “las grandes reparaciones pueden salir del derecho”. Puesto que aconsejaba esperar “con tranquilidad y prudencia”, ¿era su política, en el fondo, muy diferente de la que había preconizado Thiers?

Jules Ferry trajo en la orientación de la política exterior un punto de vista nuevo. La política de *estrechez* limitada al horizonte continental era, a su juicio, el “principal camino hacia la decadencia”. Francia no podía abstraerse en la contemplación de una *herida que siempre sangrará*, debía mirar a todo el mundo. Pero como quiera que tendría que arriesgarse fuera de Europa (1) y tropezar inevitablemente con la resistencia de Gran Bretaña o, en el Mediterráneo, con la de Italia, se veía obligada a buscar un *alivio* en las relaciones franco-alemanas. El gobierno francés no podía tener, pues, como objetivo continuar *enemistada permanentemente* con Alemania. Debía admitir una colaboración ocasional con ella, pero sin considerar la eventualidad de un acuerdo general, que implicaría una renunciación explícita a las provincias perdidas.

Rusia había favorecido la política bismarckiana entre 1866 y 1870. Sin embargo, ¿cabía considerar sin inquietud la hegemonía continental del nuevo Imperio alemán? La confianza que aseguraba al Imperio de los Zares la división política de los países alemanes había desapa-

(1) Sobre las concepciones coloniales, véase el capítulo siguiente.

recido; el vecino, demasiado poderoso, podría sentir la tentación de usar en las provincias bálticas la influencia de los grandes terratenientes de origen germánico, los *barones bálticos*. Pero aquel peligro, que había evocado Thiers en el otoño de 1870 durante su viaje a las capitales europeas, no se le aparecía claramente al gobierno ruso. A pesar del cambio sobrevenido en el equilibrio europeo, la política rusa seguía mirando hacia el Imperio otomano y hacia los Balcanes. El acceso al Mediterráneo y, por consiguiente, la cuestión de los Estrechos—Bósforo y Dardanelos—, continuaban siendo las preocupaciones esenciales, y volvieron a encontrar actualidad después que el gobierno ruso, tras haberse liberado de la cláusula del tratado de París relativa a la neutralización del mar Negro, recuperaba, en consecuencia, sus medios de acción (1). Conseguir la revisión del estatuto internacional de los Estrechos era el objetivo inmediato. Con todo, no se trataba de sustituir el *cierre* por una *apertura* completa que permitiera a una escuadra inglesa penetrar en el mar Negro. Lo que deseaban los rusos era la apertura de los Estrechos en provecho solamente de los estados ribereños del mar Negro. La libertad de tránsito le sería concedida a Rusia, sin que Inglaterra obtuviera igual ventaja.

Para llegar a tal resultado, la condición previa—pero no suficiente, pues la modificación del estatuto exigiría la conformidad de las potencias firmantes de la Convención de 1841—era la de debilitar al Imperio otomano, favoreciendo en la península balcánica los movimientos de independencia de las nacionalidades. Rusia podía ejercer sobre los eslavos ortodoxos, por afinidad religiosa, una influencia eficaz; fue uno de los medios de que se sirvió la política zarista en país búlgaro o en país serbio. En ciertos medios políticos rusos existía incluso una tendencia a establecer una solidaridad de acción no solamente con los eslavos de los Balcanes, sino también con los de la Europa danubiana; el programa *paneslavista* encontró modo de expresarse, después de la guerra de 1870-71, en el libro de Danilevsky, *Rusia y Europa*, y en el de Fedaief, *Aspectos de la cuestión de Oriente*. Este programa tendía a agrupar a los eslavos en una liga o inclusive en una federación bajo la égida de Rusia. El gobierno, sin embargo, no lo tomó en cuenta, aunque sufriera su influencia en algunos momentos.

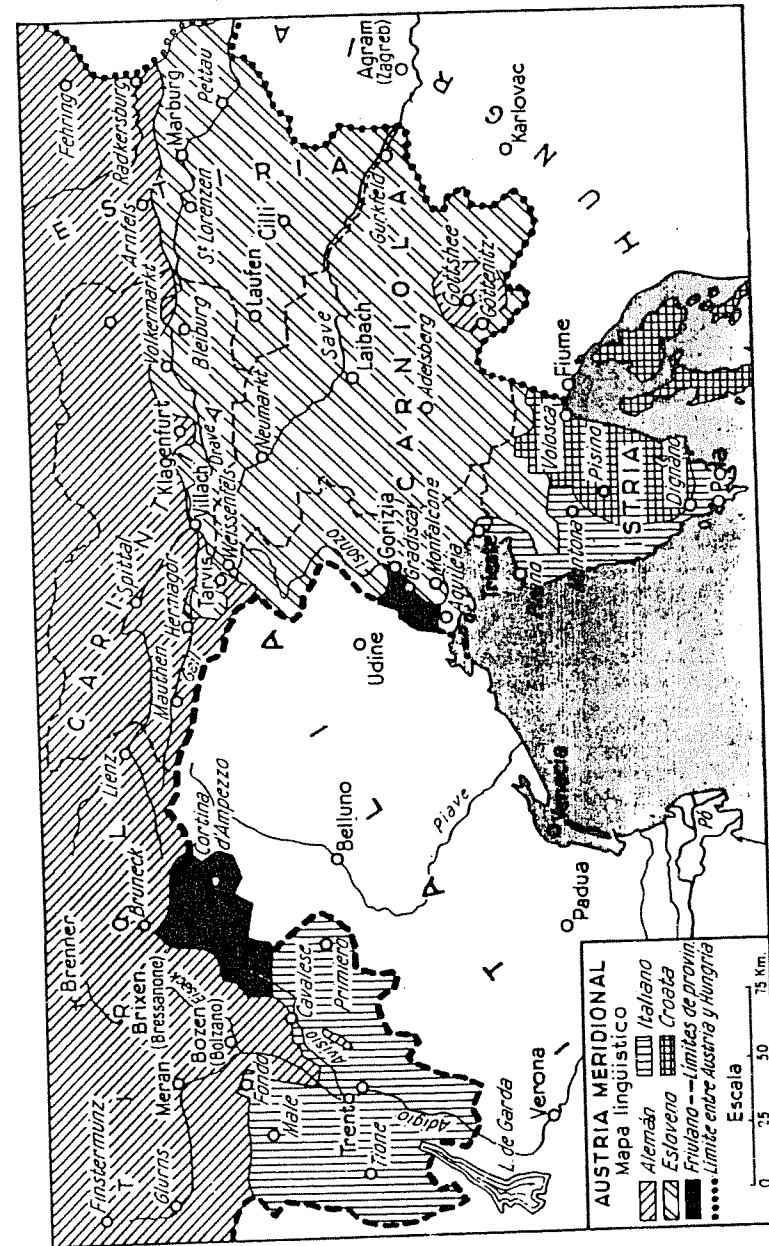
Austria-Hungría miraba, a su vez, hacia los Balcanes. Expulsada de Alemania y de Italia en 1866, no podía ya encontrar un campo de acción exterior más que en el *Drang nach Osten*, es decir, en el *empujón hacia el Este*, o, más exactamente, hacia el Sudeste. Por los valles del Morava y del Vardar, la doble monarquía podía intentar una expansión en dirección a Salónica, a condición de neutralizar o de vencer la resistencia del pequeño principado de Serbia. Esta era la política de los magiares; quedó afirmada con energía desde que, en octubre de

(1) Véase, sobre este punto, pág. 313.



1871, Andrassy ocupó el cargo de ministro común de Asuntos exteriores. ¿Qué forma tomaría esa *penetración* en los Balcanes? Los medios militares pensaban en anexiones. Andrassy no parecía desear tal acrecentamiento territorial, porque la absorción de las regiones pobladas de eslavos agravaría las dificultades interiores. "Sería difícil indicar un aumento territorial cualquiera que no se convirtiera en fuente de inquietudes para las dos partes de la Monarquía", escribió el 23 de noviembre de 1871. Por eso, prefería considerar el desarrollo de una *zona de influencia*. Cualquiera que fuera su forma, esta expansión austro-húngara en los Balcanes chocaría con los intereses de Rusia. Andrassy deseaba, pues, un acuerdo con Alemania. Como magiar, admitía fácilmente por definitivo el hecho consumado en 1866. El único obstáculo para tal acuerdo podría ser el deseo del Imperio alemán de completar su unidad mediante la anexión de los alemanes de Austria. Pero ¿no había declarado Bismarck al emperador Francisco José, el 18 de agosto de 1871, que no pensaba en nada semejante y que deseaba el mantenimiento del Imperio austro-húngaro? Se podía dar por descontado que el acuerdo entre las dos potencias era posible. "Nuestra amistad—dice Andrassy—es de primera importancia para Alemania." El punto delicado estribaba en que la política austro-húngara esperaba atraer al Reich a una alianza dirigida contra Rusia; Bismarck, por el contrario, tendía a una *entente* entre los tres Imperios para evitar que el Zar se echase en brazos de Francia. Con todo, el proyecto *antirruso* siguió siendo, aun después de la desaparición de Andrassy, en 1880, el de sus sucesores.

En Gran Bretaña, Gladstone, en 1871, era primer ministro, y conservó el puesto hasta 1874. La oposición tenía por jefe a Disraeli, que fue primer ministro de 1874 a 1880. Uno y otro experimentaban, respecto a Bismarck, tanta antipatía como desconfianza; Gladstone por razones, sobre todo, morales: la anexión de Alsacia-Lorena ofendía su sentido de la justicia y del derecho; Disraeli por razones políticas: el temor que le inspiraba la hegemonía alemana. Pero Gladstone era estrictamente *insular* y sinceramente pacifista. No quería tener en cuenta más que los intereses ingleses, y permaneció fiel a la tradición de aislamiento; creía que Gran Bretaña no tenía nada que ganar con empresas en el exterior. Política de debilidad, según sus adversarios, Disraeli mostró la "necesidad de consolidar" el Imperio mediante medidas navales, militares o económicas, y preconizó una política exterior activa; pero consideraba que Gran Bretaña, como potencia, era "más asiática que europea". Era tanto como decir que desconfiaba de Rusia más aún que de Alemania. Entre estas dos tendencias, no era la reina Victoria quien pudiera actuar de árbitro. Ciertamente se interesaba en la política exterior y se sentía profundamente unida a la grandeza del Imperio, al esplendor de la influencia inglesa en el mundo; sus preferencias la llevaban, pues, hacia el lado de Disraeli; pero aunque mul-



MAPA LINGÜÍSTICO DE AUSTRIA MERIDIONAL. \*  
 (Segun K. G. HUGLMANN: Das Nationalitätsrecht des alten Osterreich, W. Braumüller edit.,  
 Viena, 1934.)

tiplicó las cartas al primer ministro y no vaciló en dar consejos, no podía intervenir directamente; de hecho, solo el gabinete decidía sobre las cuestiones políticas, teniendo en cuenta el estado de la opinión pública. Ahora bien, la masa de los ingleses conservaba un sólido sentimiento de seguridad, pues la preponderancia alemana en el continente no le parecía muy peligrosa para los intereses británicos al no apoyarse en una gran fuerza naval.

Así, mientras que Austria-Hungría y Rusia tenían intereses rivales en los Balcanes, Inglaterra vigilaba atentamente la política rusa. Dichas rivalidades, por su índole, obstaculizaban la formación de una coalición contra Alemania. Bismarck no deseaba que ocasionasen un conflicto armado, que arrastraría, sin duda, a una guerra mundial; pero las utilizaba para los fines de su política.

#### BIBLIOGRAFIA

- Es imposible mencionar las obras relativas a la historia general de los Estados. Las indicaciones que siguen se han restringido a los estudios relativos a la política exterior de 1871 a 1890; y a las obras dedicadas, bien a los hombres de Estado, bien a los móviles de la política exterior durante este período.
- Los estudios de conjunto más importantes son: W. LANGER: *European Alliances and Alignments, 1871-1890*, New York, 1931. y M. BAUMONT: *L'Essor industriel et l'Impérialisme colonial*, París, 1937.
- Sobre Alemania.**—E. EYCK: *Bismarck*, Zurich, 1941-1942, 3 vols. (el t. III).—A. RACHFAHL: *Deutschland und die Weltpolitik. Die Bismarcksche Ära*, Stuttgart, 1923.—N. JAPISKE: *Europa und Bismarck Friedenspolitik, 1871-1890*, Berlin, 1927.—F. HASELMAYR: *Von russischer Freundschaft zu russischen Groll, 1871-1878*, Munich, 1955.
- Sobre Francia.**—G. HANOTAUX: *Histoire de la France contemporaine*, París, 1903-1908 (de utilidad todavía por lo que se refiere al período 1871-1877). M. RECLUS: *Jules Ferry*, París, 1947. D. HALEVY y E. PILLIAS: *Lettres de Gambetta, 1868-1882*, París, 1937.
- Sobre Rusia.**—B. NOLDE: *L'Alliance*

*franco-russe*, París, 1936 (que es en realidad una historia de la política exterior rusa de 1871 a 1890).

**Sobre Gran Bretaña.**—LORD MORLEY: *Life of Gladstone*, Londres, 1903, 2 vols.—G. E. BUCKLE: *Life of Disraeli*, Londres, 1920-1924, 6 vols.—LADY GWENDOLIN CECIL: *Life of Robert Marquess of Salisbury*, Londres, 1930-1935, 4 vols.—J. GARVIN: *Life of Joseph Chamberlain*, Londres, 1932-1935, 4 vols.

**Sobre Austria-Hungría.**—ED. WERTHEIMER: *Graf Julius Andrássy. Sein Leben und seine Zeit*, Stuttgart, 1913, 3 vols (el t. III).—H. FRIEDJUNG: *Graf Kalnoky*, en "Historische Aufsätze", Stuttgart, 1929.—R. A. KANN: *The Habsburg Empire. A Study in integration and desintegration*, Nueva York, 1956.

**Sobre Italia.**—FEDERICO CHABOD: *Storia della Politica estera italiana del 1870 al 1896*, vol. I. *Le Premesse*, París, 1951 (obra esencial).—SANDONA: *L'Irredentismo nelle Lotte politiche italo-austriache*, Bolonia, 1935.—L. SALVATORELLI: *La Triplice Alleanza. Storia diplomatica, 1877-1917*, Milán, 1939. G. VOLPE: *L'Italia nella Triplice Alleanza, 1882-1915*, Milán, 1939 (documentos).

## CAPITULO II

### LA EXPANSION EUROPEA EN EL MUNDO

A partir de 1878-80 empezó a desarrollarse un amplio movimiento de expansión imperialista en los grandes Estados europeos.

Este movimiento se manifestó primero en Gran Bretaña, donde Disraeli, durante el período en que fue primer ministro, es decir de 1874 a 1880, volvió a actuar contra las tendencias anticolonialistas que habían prevalecido en el seno del gobierno liberal en la víspera de 1870; la caída del gabinete conservador en 1880 no interrumpió su esfuerzo, pues el estado de ánimo imperialista penetró entonces en los medios liberales, a pesar de las reticencias de Gladstone. En Francia, fue Jules Ferry quien dio el impulso; sin duda, lo más probable es que no tuviera de primera intención un programa bien definido (lo formularía solo después de su caída, en 1885), pero lo llevó a cabo: obligó al Parlamento, poniéndole ante hechos consumados, y colocó en Túnez, en Africa occidental, en Madagascar y en Indochina los jalones de un nuevo imperio colonial. En Rusia, la expansión fuera de Europa no era hasta 1893 más que un objetivo secundario; hacia el Imperio otomano de Europa, hacia los Balcanes, era hacia donde miraba, sobre todo, la política rusa, buscando el acceso al *mar libre*, al Mediterráneo. La acción en el Asia Central era solo una diversión o una compensación de las decepciones balcánicas. En Italia, la preocupación mediterránea dominaba sobre la preocupación continental, pero la decepción sufrida en el asunto tunecino iba a empujar a Crispi—un impulsivo, con el sentimiento de la grandeza nacional, pero sin tino para medir las posibilidades materiales y morales—hacia la aventura en Africa oriental. En Alemania, la iniciativa correspondió a los medios de los negocios, a los comerciantes de Bremen y de Hamburgo, que presionaron a Bismarck y le obligaron a aceptar en Africa y en los archipiélagos de la Insulindia o del Pacífico empresas coloniales, cuyo valor negaba, sin embargo. Solo después de la dimisión del Canciller fue cuando Guillermo II comprometió decididamente a Alemania, aunque un poco tarde, en la política mundial. En Bélgica, el rey Leopoldo II, cuyas iniciativas eran esenciales para el impulso del imperialismo colonial, creó, a título personal, *bajo el velo del internacionalismo* el Estado independiente del Congo, que legó por su testamento al reino.

Los móviles de este impulso imperialista eran casi iguales en todas partes, y los promotores de la expansión extraeuropea—ya se tratase de los hombres de Estado o de la agrupación de intereses—alegaban,

poco más o menos, los mismos argumentos en el período en que se originaba la doctrina de la expansión colonial.

Los argumentos de interés material, que estaban ligados a la situación económica, pasaron a primer plano. La gran industria moderna no podría crecer, ni siquiera mantener el ritmo de su producción, si no encontraba nuevos mercados. Puesto que los grandes Estados europeos, con la sola excepción de Inglaterra, adoptaron, a partir de 1879-80, un régimen de aduanas cada vez más proteccionista (1), solo a duras penas se abrían los mercados continentales. Era preciso, pues, buscar clientes fuera de Europa. "La consumición europea está saturada", afirmaba Jules Ferry; solo la política colonial permitiría encontrar "nuevos contingentes de consumidores"; era la *válvula de seguridad*, y, en su defecto, los Estados industriales se verían abocados a un *cataclismo* económico y social. Por otra parte, los grandes Estados industriales disponían de una masa considerable de capitales, pues la industria producía beneficios con mayor rapidez que la agricultura. Esos capitales disponibles no encontraban allí un empleo remunerador. ¿No parecía muy indicado invertirlos en los *países nuevos*, que no tenían aún vías férreas ni explotaciones agrícolas o industriales dotadas de la técnica europea? Sin duda aquellas colocaciones de capital serían a veces aventuradas, pero en la mayoría de los casos producirían grandes beneficios, a condición de recibir una protección conveniente contra eventuales expoliaciones.

La necesidad de expansión económica y financiera incitaba a la conquista colonial, que permitiría al Estado colonizador reservarse mercados privilegiados. Gran Bretaña también, aunque se sentía apegada al libre cambio y no intentaba explotar los territorios de su Imperio en su exclusivo beneficio, creía que era indispensable poseer colonias, porque "el comercio sigue a la bandera". Por otra parte, ¿era seguro que la política del libre cambio pudiera mantenerse en el porvenir? ¿No se arriesgaba el comercio inglés a verse amenazado por temibles competidores? Si llegara ese día, los ingleses se verían tal vez obligados a practicar un *proteccionismo imperial* y a cerrar a los otros Estados el acceso a los mercados coloniales británicos; este era el argumento que esgrimía Froude, en 1886, en su libro *Oceana, or England and its colonies*.

Tales preocupaciones económicas presentaban todavía otro aspecto: la busca de materias primas. Era este un pensamiento familiar a Leopoldo II, quien, desde el principio de su acción colonial, quiso organizar la producción del caucho y luego la explotación de los recursos mineros. También lo fue, un poco más tarde, en ciertos medios de negocios franceses a partir de la conquista de Tonkín. La idea no era nueva, ciertamente: en Java había sido la base de los métodos de colonización empleados por los Países Bajos. Sin embargo, los promo-

(1) Véase anteriormente, pág. 337.

tores de la expansión colonial la invocaban con menos frecuencia que la búsqueda de los *mercados*, quizá simplemente porque aquel programa de explotación difícilmente podía conciliarse con las doctrinas humanitarias y parecería inoportuno anunciarlo.

Pero el deseo de expansión no respondía solamente a la solicitud de los intereses económicos. Procedía también de un estado de ánimo: deseo de acrecentar el prestigio del Estado y convicción de que un gran pueblo tiene una *misión* que cumplir en el mundo.

El argumento de prestigio va ligado a los progresos del nacionalismo. En Gran Bretaña fue en donde quizá pudiera explicarse con mayor claridad tal solicitud. La expansión colonial, decían sus promotores, es una forma de la *lucha por la vida*, en la cual debe triunfar el pueblo más apto, física e intelectualmente, para estas empresas. Rudyard Kipling, en la *Canción de los ingleses* (1890), se refiere constantemente a esta idea de la *superioridad* de la raza inglesa y del temperamento inglés. En Alemania, donde la tradición colonial no existía, no cabía que se tratase de alegar una *vocación*, una aptitud privilegiada; pero la doctrina colonial ponía de manifiesto la necesidad de afirmar la *vitalidad* del Estado. En Francia, Jules Ferry alegaba en 1885 las mismas preocupaciones: renunciar a toda expansión fuera de Europa sería *abdicar* el rango de gran potencia; y este fue el tema que desarrolló también Eugène Etienne el 11 de abril de 1892: "Cuando un gran país, como el nuestro, ha reconquistado su fuerza militar, cuando ha restablecido de una manera definitiva su situación financiera, puede, si quiere, hacer valer todos sus derechos, lo mismo en Europa que en todo el mundo." Crispi, por último, cuando comprometió a Italia en la aventura de Africa oriental, veía en ello, aún más que una satisfacción dada a necesidades demográficas o económicas, un medio de reavivar el sentimiento nacional: "¿Para qué sirve la unidad si no nos asegura fuerza e importancia?"

El sentimiento de una *misión* que cumplir no fue siempre una mera fórmula destinada a llenar intereses o ambiciones. Respondía en muchos europeos a una convicción: el "destino del hombre blanco" era el de despertar a las poblaciones de otros continentes no solamente a formas nuevas de la vida material, sino también a concepciones nuevas de la vida social y política. Los principios del liberalismo político aparecían ahora como el mismo signo de la civilización. El apostolado misionero se proponía al mismo tiempo que la obra de conversión la difusión de las ideas humanitarias fundadas en el respeto de la persona humana y la *cruzada antiesclavista*. Leopoldo II supo a las mil maravillas explotar este sentimiento humanitario antes de desarrollar su programa económico y también antes de descubrir su plan político.

Por último, se alegaban móviles estratégicos. La expansión colonial era indispensable, porque permitiría adquirir los puntos de apoyo navales de los cuales dependía la seguridad de las comunicaciones. Este argumento era, por supuesto, de particular importancia a ojos de los

ingleses. Para estar en situación de dominar las rutas navales principales y para hallarse en estado de actuar por todas partes en el mundo, la flota de guerra inglesa debía disponer de puntos de escala con astilleros de reparación, centros de abastecimiento de combustibles y bases de operaciones; ya poseía Hong-Kong y Singapur, Gibraltar, Malta, Santa Elena y las Bermudas, pero no creía que aquellos resultados bastasen. En una escala más modesta, Jules Ferry mostraba la misma preocupación. La política colonial, dijo en su discurso del 28 de julio de 1885, era necesaria para proporcionar a la marina de guerra puntos de escala y de abastecimiento de combustible. "Por eso nos hacía falta Túnez; por eso necesitábamos Saigón y la Cochinchina; por eso necesitábamos Madagascar." Cuando el gobierno italiano pensó en Africa oriental, ¿no fue también porque apreciaba la ventaja que le proporcionaría en política internacional la posesión de bases navales en la ruta del océano Indico, en el mar Rojo y en el flanco meridional de las grandes rutas navales mediterráneas? La política rusa, por último, en la misma región del mundo, consideró como objetivo esencial la posesión de un puerto "en aguas libres".

¿Queremos decir con esto que la doctrina de la expansión obtuvo en la opinión pública una adhesión en masa? Se benefició, sin duda, del interés que suscitaban los grandes viajes de exploración y de la curiosidad que despertaba la actividad de las sociedades de geografía. En todos los Estados europeos, sin embargo, encontró resistencias, siendo éstas diversas en sus manifestaciones y desiguales en su alcance político.

En Inglaterra, los liberales de estricta observancia, antes de 1871, habían manifestado su escepticismo en relación con una política de expansión. El mismo Gladstone, en un discurso pronunciado en abril de 1870, había emitido dudas sobre el porvenir del Imperio británico: pensaba que las grandes colonias estaban destinadas a evolucionar amistosamente hacia una secesión. Tal estado de ánimo subsistía aún en una fracción de la opinión liberal después de 1871, sobre todo, porque el esfuerzo de expansión ocasionaba cargas fiscales. Pero decayó francamente a partir de 1880.

En Alemania, fueron las concepciones personales del Canciller las que refrenaron las impacencias. Cuando los medios económicos de Brema y de Hamburgo en 1871 quisieron aprovecharse de la derrota francesa para anexionarse la Cochinchina, Martinica y Saint Pierre y Miquelon, Bismarck se negó: "No quiero colonias. Toda esta política colonial sería exactamente para nosotros como el abrigo de seda de un noble polaco que no tuviera camisa." ¿Por qué? Porque Alemania carecía de una marina importante y no podría, por consiguiente, en caso de conflicto, mantener uniones marítimas. "Nuestras colonias se convertirían en botín para Francia, si esta hiciera una guerra de desquite." Todavía en 1881 dijo el Canciller a un miembro del Reichstag:

"Mientras yo sea Canciller, no tendremos una política colonial." Sin embargo, acabó por ceder en 1884 a la presión de los medios comerciales, porque creyó necesario dar satisfacción a un deseo que parecía interesar a la opinión pública, quizá también porque quisiera asegurar a la industria alemana reservas de materias primas y, sobre todo, porque por aquella época estimaba oportuno inquietar a Gran Bretaña. Pero siguió afirmando luego, en las sesiones del Reichstag, "que no es un colonial".

En Francia, la masa de la opinión se mostraba cauta respecto a una política colonial. Los partidarios activos del desquite reprochaban a la expansión fuera de Europa el desviar las preocupaciones hacia objetivos secundarios, mientras que el interés nacional exigía consagrar todos los esfuerzos a liberar Alsacia y Lorena. "He perdido dos hijos y me ofrecéis veinte criados", dijo Deroulède. Los aldeanos, los obreros temían el aumento de las cargas fiscales y, más aún, la participación de jóvenes reclutas en las expediciones lejanas. Los adversarios del gobierno percibían y denunciaban en los móviles de la expansión colonial turbias combinaciones financieras. La acción colonial no encontraba punto de apoyo más que en una coalición heteroclita: militares y marinos, misioneros, industriales y comerciantes exportadores. Para vencer las resistencias, Jules Ferry se dedicó a enmascarar el alcance de sus iniciativas, a comprometerse en operaciones reducidas, y luego a desarrollarlas alegando necesidades imprevistas; en suma, a meter en el juego a la Cámara de los Diputados. Por eso mismo provocó la desconfianza y la irritación de la mayoría parlamentaria, que le reprochaba no respetar las prerrogativas del poder legislativo.

En Italia, las ambiciones de Crispi, cuya tenacidad superaba a su clarividencia, desconcertaban a la prudente burguesía; al presidente del Consejo italiano le costó mucho obtener del Parlamento los créditos necesarios para la empresa de Etiopía y no logró nunca arrastrar a la opinión pública.

En resumen, no había aún en ninguna parte, salvo en Gran Bretaña, un amplio movimiento de opinión que exigiese una política de expansión colonialista. A menudo, solo a duras penas era tolerada. Si, a pesar de todo, triunfó, fue debido a la voluntad de algunos hombres de estado o por la iniciativa de los ejecutores.

• • •

Si la expansión colonial de los estados europeos se desarrolló en el curso de esos veinte años con una amplitud que hasta entonces no había sido alcanzada nunca, se debió a que no encontraba más que resistencias sin importancia, pues los Estados o los grupos de población sobre los cuales ponían sus miras los europeos eran casi siempre incapaces de hacerles frente por falta de armamento. Pero aquella expansión se aprovechó de otra circunstancia favorable: la ausencia de

toda fuerza rival en Asia, en Africa, en Oceanía. Ni los Estados Unidos ni el Japón pretendían aún desempeñar un papel en el *reparto del mundo*.

Los Estados Unidos, al salir de la guerra de Secesión, tuvieron que remediar sus ruinas materiales y morales, pero esta *reconstrucción* no obstaculizó el impulso demográfico ni el desarrollo económico. Entre 1871 y 1893 la cifra de población pasó de 39,5 millones a 63 millones, debiéndose a la inmigración un 31 por 100 del aumento. La población y la colonización interiores se extendieron gracias al establecimiento de las grandes vías férreas transcontinentales y a la legislación sobre la apropiación de las tierras a toda la zona comprendida entre el Mississippi y las Montañas Rocosas: las llanuras centrales de los Estados Unidos se convirtieron en la mayor región productora del mundo en cuanto a cereales y ganadería. La producción industrial realizó al mismo tiempo tales progresos que, a partir de 1890, su valor sobrepasó al de la producción agrícola y en 1894 llegó a ocupar el primer puesto en el mundo.

A pesar de la rapidez de dicho crecimiento, los Estados Unidos no sentían la necesidad de practicar una expansión fuera de su territorio. Su producción agrícola, quitando algunos períodos, encontraba fácilmente en Europa las salidas que necesitaba. Su industria solo trabajaba para el mercado interior. Los americanos tenían en su propio suelo un campo de acción bastante vasto para no preocuparse de planes imperialistas. No se presentaban como competidores de los europeos en la América Central ni en la del Sur. En sus relaciones con Europa se limitaban, pues, a mantener la doctrina de Monroe, es decir, a poner el continente americano al amparo de eventuales iniciativas de la colonización extranjera; no les costó ningún trabajo conseguirlo, pues la expansión europea se dirigía hacia otros campos.

Solo después de 1885 comenzó aquel *repliegue* a provocar críticas, y empezaron a manifestarse nuevas preocupaciones. En 1885, John Fiske, en una obra que tituló *Manifest Destiny*, declaró que los *yankees*, después de haber colonizado América del Norte, estaban llamados a extender la influencia de su comercio y de sus concepciones políticas a todas aquellas regiones del mundo en las que no tropezasen con una *vieja civilización*. Josiah Strong, en un libro del que se vendieron 170 000 ejemplares, afirmaba que los Estados Unidos debían dominar "América latina y las islas del mar". En 1890, John Burgess, que formó en la Universidad de Columbia generaciones de estudiantes, manifestó que los anglosajones tenían el deber de "*organizar a los pueblos no civilizados*". Alfred Mahan, el mismo año, evocaba para uso de sus compatriotas la "*influencia del poderío naval en la historia*". Había un clima intelectual nuevo: el que formaría a Teodoro Roosevelt. Pero aunque las teorías de Mahan no le parecían despreciables al secretario de Estado, James Blaine—que, entre 1889 y 1892, alegaba la necesidad de adquirir bases navales en las grandes rutas oceáni-

cas—, aún no cambió el clima político. Los innovadores, que invocaban, sobre todo, consideraciones de prestigio nacional, no encontraron eco en el Congreso y en la opinión pública porque los intereses económicos en aquel momento no se habían despertado. Asimismo, los hombres de negocios permanecían indiferentes a los proyectos de expansión, cuya inmediata consecuencia sería el aumento de las cargas fiscales. La masa de los electores seguía apegada a la tradición, según la cual los Estados Unidos, después de haber rechazado un siglo antes y en su propio beneficio la sujeción colonial, no podían pensar en imponerla a otros pueblos.

El Japón acababa—muy a su pesar—de abrirse a la penetración de las influencias *occidentales* (1). No le quedaba otra salida que aprender del extranjero; adoptando las técnicas europeas y americanas podría, según pensaban sus dirigentes, evitar la suerte de China y conservar su "*independencia nacional*". Más allá de este objetivo, los hombres que desde la revolución de 1868 orientaban los destinos del país preveían, sin duda, perspectivas más amplias: cuando el Imperio del Sol Naciente se hubiera asimilado dichas técnicas, podría desempeñar un papel importante en las relaciones internacionales. Sin embargo, aún no había llegado la hora; era preciso antes cumplir la obra de *modernización* económica, social y política y crear los medios de acción navales y militares.

En el curso de aquel período de veinte años, en que se operó con ejemplar rapidez la transformación interna del país desde el punto de vista social, económico y político, las preocupaciones exteriores se redujeron, pues, a un papel subordinado. No se hallaban ausentes, sin embargo.

Los dirigentes de la política nipona tenían una preocupación inmediata: la de afirmar la seguridad del país; la vecina presencia de los rusos en Siberia oriental y en la Provincia marítima no podía dejarles indiferentes. Su primer cuidado fue, pues, crear un ejército y una marina modernos. La ley del 10 de enero de 1873 estableció en aquel país, donde la nobleza era la única que hasta entonces tenía el derecho de llevar armas, el servicio militar obligatorio; por una serie de leyes posteriores, tal obligación se fue haciendo cada vez más estricta: se suprimieron los casos de exención o de dispensa; en tiempos de paz, sin embargo, el ejército, habida cuenta de los recursos financieros, no incorporaba más que una parte del contingente, pero los hombres que no eran llamados a cumplir los años de servicio activo formaban una *milicia* dispuesta a reforzar el ejército en caso de conflicto. El Japón, una vez llevada a cabo la movilización, contaría con un ejército de operaciones de 240 000 hombres, cuyos mandos habían sido instruidos por oficiales extranjeros, sobre todo alemanes. La marina de guerra, casi inexistente en 1869, se creó en veinte años; los navíos se enzar-

(1) Véanse págs. 244 a 247.

gaban únicamente en los astilleros británicos, hasta que el ingeniero francés Emile Bertin fundó, a partir de 1886, astilleros japoneses; las tripulaciones, mientras se formaban cuadros nipones, eran instruidas por oficiales de marina ingleses; los jóvenes oficiales japoneses iban a hacer su aprendizaje a Gran Bretaña.

Esta preocupación por su seguridad llevó también al gobierno a asegurar la posesión de las islas que, de caer en manos de una gran potencia, podrían transformarse en bases de acción contra el archipiélago japonés. Lo consiguió sin esfuerzo. En 1873 hizo ocupar, a 900 kilómetros al sur de Yokohama, las islas Bonin (islas Ogasawara), en las que había sido izada la bandera americana en 1853 por el comodoro Perry; el gobierno de Washington abandonó sin dificultad aquel archipiélago a la soberanía japonesa. En 1875 estableció su dominio sobre las islas Riu-Kiu, que, a principios del siglo XVII habían pertenecido a uno de los grandes señores feudales nipones, el daimío de Satsuma; cuatro años más tarde proclamó su anexión, a pesar de las protestas del gobierno chino, que afirmaba tener derechos sobre dichas islas; también en aquella ocasión la diplomacia americana se mostró servicial: terció para arreglar la controversia en beneficio del Japón. De nuevo, en 1875, obtuvo mediante una negociación la posesión de las islas Kuriles, donde los rusos tenían factorías; pero, en cambio, abandonó totalmente la isla de Sajalin a Rusia, que ocupaba la parte septentrional de ella desde 1862; esta renuncia fue un gesto de prudencia, pues la isla estaba sometida desde 1867 a un condominio ruso-japonés, fuente de probables disputas.

Pero ¿no sería necesario extender más aquella zona de *protección estratégica*? La costa coreana era el lugar desde donde una potencia extranjera podría con mayor facilidad dirigir un ataque contra el Japón. Ahora bien, en el reino de Corea, vasallo del Imperio chino, ya las grandes potencias habían intentado por dos veces una intervención: Francia en 1866, a consecuencia del asesinato de misioneros; los Estados Unidos en 1868, para libertar a marineros americanos que habían sido encarcelados. En los dos casos, el gobierno chino había evitado tomar partido, declarando que Corea era *independiente* en sus relaciones exteriores. Entregado a sus propias fuerzas, el pequeño reino (solo contaba entonces con diez u once millones de habitantes) podía ser fácil presa para los europeos. ¿No le interesaría al Japón tomarles la delantera? A tal argumento se añadía la perspectiva de las ventajas económicas: los recursos de Corea en hierro serían de utilidad para la futura industria japonesa; la producción de arroz coreano era indispensable al abastecimiento del Japón en artículos alimenticios, sobre todo, después de haber adoptado el gobierno nipón una política demográfica que llevó al crecimiento rápido de la población.

En los medios gubernamentales japoneses, se estudiaba la cuestión coreana desde 1873. Se examinó una solución por la fuerza, pero no fue aprobada. El ministro del Interior, Okubo, uno de los principales

artesanos de la restauración del poder imperial y uno de los promotores de la modernización del país, se opuso a la empresa: al dispersar los esfuerzos, aquella expedición de conquista podría retrasar la obra de reorganización interna; podría incluso comprometerla definitivamente, pues ofrecería a los ex samurais desocupados ocasión de reconquistar mediante una campaña victoriosa el prestigio social que estaban perdiendo; por último, sería peligrosa, pues Rusia, vecina de Corea, podría aprovechar la oportunidad para actuar contra el Japón. ¿Deberían lanzarse a tal aventura "como un martín pescador en la concha de una ostra que se entreabre"? El príncipe Iwakura, que acababa de realizar un viaje por Europa y por los Estados Unidos y que conocía el estado de ánimo de las potencias principales, aconsejó la prudencia. El Emperador adoptó la política propuesta por Okubo y por Iwakura: diferir la acción de fuerza hasta el momento en que la reorganización interna estuviese acabada y el Japón lo bastante fuerte para poder enfrentarse con Rusia.

Pero, aunque no hubiera lugar por el momento a realizar una conquista, el gobierno nipón preparó el camino para una ocupación progresiva en el futuro. En febrero de 1876, bajo la amenaza de una demostración naval, obtuvo del rey de Corea la firma de un tratado de comercio, que aseguraba a los japoneses el acceso a tres puertos coreanos y les concedía un estatuto de extraterritorialidad. En resumen, el Japón empleó en Corea los métodos que los *occidentales* le habían aplicado unos veinte años antes. Para desarrollar su influencia, atrajo a sus establecimientos de enseñanza a jóvenes coreanos, que formarían el núcleo de un partido adicto a sus intenciones; dicho partido fue el que, con la complicidad de la Legación japonesa en Seoul, trató en 1884 de adueñarse del poder mediante un golpe de Estado. El fracaso de la tentativa no comprometió, sin embargo, el porvenir de la política nipona; en abril de 1885 el gobierno de Tokio obtuvo del gobierno chino la firma de una convención que prevenía la intervención *conjunta* de tropas japonesas y chinas en caso de disturbios en Corea. El pequeño reino llegó a ser así campo de rivalidad chino-japonesa.

¿Era aquel el cebo de las rivalidades entre el Japón y las potencias europeas? Todavía no. Sin duda, el gobierno coreano, consciente de su impotencia para contener los progresos de la influencia nipona, pensó, por consejo de la propia China, obtener el apoyo de Rusia; pidió al Zar que le enviase instructores militares y le ofreció, a cambio, el derecho de establecer una base naval en la costa nordeste de Corea; la sola oposición de Gran Bretaña, que reivindicaba igual derecho, impidió la realización de tal proyecto. Los europeos desconfiaban unos de otros, pero no se preocupaban de obstaculizar la política japonesa, que todavía no les parecía peligrosa.

¿Se daban cuenta los Estados europeos de que las circunstancias favorables a su política de expansión solo serían temporales? ¿Creían



que el Japón podría ser un rival en Extremo Oriente y que los Estados Unidos poseían los medios para disputarles los mercados suramericanos o los archipiélagos del Pacífico? No parece que tales perspectivas entraran en sus cálculos. Por el libre juego, ya de los intereses económicos y financieros, ya de las condiciones demográficas, aquellas potencias jóvenes recibían, de hecho, la ayuda eficaz de Europa.

En el Japón el papel de los europeos fue esencial—durante veinte años—en la obra de *modernización* del país. ¿Ocurría así únicamente porque los reformadores japoneses fueran sensibles al prestigio de las ideas políticas *occidentales* y acabasen, tras larga resistencia, por obtener del Mikado el establecimiento de un régimen constitucional? Este aspecto de la influencia europea no dejó ciertamente de tener importancia; sin embargo, solo era secundario, pues si la Constitución japonesa del 11 de febrero de 1889 se inspiró directamente en las formas políticas europeas, desconocía su espíritu; Mutsuhito se decidió a anunciar un sistema político liberal para poner al Japón *en pie de igualdad* con las grandes potencias, pero se proponía evitar el régimen parlamentario y conservar intacto su poder soberano. Por otra parte, en el plano de las técnicas—económicas o administrativas—fueron decisivas las influencias *occidentales*. El Departamento de legislación que estableció las bases para la organización de los servicios públicos estaba en 1875 bajo la dirección del jurista francés Boissonnade; la enseñanza primaria fue puesta en marcha por un americano, David Murray; las primeras vías férreas se construyeron por técnicos ingleses; el sistema industrial fue sencillamente *importado*: las máquinas llegaron de Europa, y las fábricas tipo, creadas por el gobierno nipón, se hallaban bajo la dirección de europeos, lo mismo que las escuelas destinadas a formar la mano de obra; el ejército y la marina de guerra, tanto por lo que se refiere a los métodos tácticos como por lo relativo al material, recurrieron a los instructores europeos, a las fábricas europeas. En 1883 los 2 382 *occidentales* que residían en el Japón, de los cuales 1 094 eran ingleses, desempeñaban un papel de primera importancia en la transformación del país.

¿Habría sido posible todo aquel esfuerzo de organización administrativa y de preparación económica sin el concurso de las finanzas europeas? Los bancos ingleses proporcionaron capital para las empresas industriales, y el gobierno nipón, para hacer frente a sus gastos de preparación y realizar su programa de subvenciones a la industria, obtuvo empréstitos de los mercados europeos. Europa fue de este modo—Inglaterra especialmente—quien ayudó al Japón a convertirse en una gran potencia. Pero el gobierno nipón estaba absolutamente decidido a reducir al mínimo el plazo durante el cual tuviera que recurrir a tal asistencia: empleaba en sus servicios administrativos 500 expertos extranjeros en 1875, solo conservaba 200 en 1890. Jamás perdió de vista su objetivo, que era asegurar la independencia nacional y satisfacer el *deseo de poder*.

En cuanto a los Estados Unidos, la parte que tomó Europa en su marcha hacia el poderío no se le puede comparar, sin duda. ¿Debemos, no obstante, desconocerla? Desde dos puntos de vista, sobre todo, el Viejo Continente aportó su concurso en el desarrollo económico: proporcionó hombres y capitales.

La corriente de emigración entre Europa y los Estados Unidos aumentó rápidamente: 2 800 000 salidas entre 1871 y 1880, 5 246 000 entre 1881 y 1890. Aquellos emigrantes eran en dicha época alemanes sobre todo (750 000 entre 1882 y 1885), ingleses e irlandeses y escandinavos; hasta 1895, italianos, españoles, austro-húngaros y rusos no formaban más que un contingente reducido (8 por 100 del total en 1877, 25 por 100 en 1887). En aquella oleada de recién llegados la agricultura americana encontró explotadores para sus territorios del Centro y del Oeste medio; en 1890 el 38 por 100 de la población agrícola estaba formada por inmigrantes recientes *nacidos en el extranjero*, pero la industria se benefició aún más de la aportación europea, que le aseguró a la vez una mano de obra abundante y mandos técnicos. El gobierno federal y el Congreso, conscientes de la importancia que ofrecía la inmigración blanca para el impulso nacional, y satisfechos por la facilidad con que se llevaba a cabo la asimilación de los recién llegados, abrieron ampliamente sus puertas a los europeos; la ley federal del 3 de agosto de 1882 decidió que la entrada en los Estados Unidos sería negada solo a los enfermos mentales y a los condenados por delitos comunes; la ley de 1891 se limitó a añadir un *control* médico para eliminar a todos los que padeciesen una enfermedad contagiosa.

La aportación de capitales europeos adquirió particular importancia entre 1867 y 1872, durante el período de *reconstrucción*, cuando las consecuencias de la guerra de Secesión pesaban sobre la situación financiera de los Estados Unidos. Se vio detenido en 1873 por la crisis económica financiera americana, pero se recuperó en seguida. La media anual de la importación de capitales, que, por lo menos en un 60 por 100 eran de procedencia inglesa, fue de 45,5 millones de dólares. Los trabajos de preparación agrícola y de irrigación, las industrias metalúrgicas y textiles recibieron parte de estas inversiones, pero, sobre todo, lo que buscaban los capitalistas extranjeros eran los títulos de las compañías de ferrocarriles: en los últimos años del siglo la cuarta parte del capital invertido en el equipo ferroviario era extranjero. Los recursos financieros de Europa fueron, pues, los que dieron un rápido impulso al desarrollo de la producción y de los intercambios.

Europa dominaba aún en el mundo, pero favorecía el crecimiento de las fuerzas nuevas, que pronto se convertirían en sus competidoras.

En las relaciones entre los grandes Estados europeos, el efecto de expansión hacia los otros continentes, sobre todo cuando tenían como objetivo establecer una dominación territorial, acarrearán choques entre los intereses rivales. Esas rivalidades, por su propia índole, mante-



nían desconfianzas en la misma Europa, sobre todo entre Francia e Inglaterra; entre Inglaterra y Rusia; y entre Francia e Italia. Sin embargo, mientras que los litigios europeos—los que enfrentaron a Francia y Alemania, Austria-Hungría y Rusia permanecían en el primer plano de las preocupaciones de los pueblos y de los hombres de Estado, los choques entre los intereses coloniales no parecían desempeñar en la *gran política* más que un papel accesorio. ¿Es exacta esa impresión? Antes de considerar el lugar respectivo de esos antagonismos en el desarrollo de las relaciones diplomáticas internacionales, es conveniente examinar sus caracteres.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre el movimiento de ideas.**—A. MURPHY: *The Ideology of French Imperialism, 1871-1881*, Washington, 1948.—PAUL LEROY-BEAULIEU: *De la colonisation chez les Peuples modernes*, París, 1875, 2 vols.

**Sobre los aspectos generales de la expansión colonial.**—J. R. SEELEY: *The expansion of England, 1883*.—CH. DE LAUNAY y VAN DER LINDEN: *Histoire de l'Expansion coloniale des peuples européens*, Bruselas, 1907-1921, 3 vols. MAURICE BAUMONT: *L'Essor industriel et l'impérialisme colonial, 1878-1904*, París, 1937 ("Peuples et civilisations", t. XVIII).—G. HARDY: *La politique coloniale et le partage de la terre aux XIX<sup>e</sup> et XX<sup>e</sup> siècles*, París, 1937.—MARG. TOWNSEND: *European Colonial Expansion since 1871*, Filadelfia, 1941. R. THURNWALD: *Koloniale Gestaltung. Methoden und Probleme überseischer Ausdehnung*, Hamburgo, 1939.—GR. CLARK: *The Balance Sheets of Imperialism, Facts and Figures in Colonies*, Nueva York, 1936.—J. CROKAERT: *Colonisations comparées*, Bruselas, 1926.—RENE MAUNIER: *Sociologie coloniale*, París, 1935.—La importante obra de J. BOUVIER: *Le Crédit Lyonnais de 1863 a 1882. Les années de formation d'une banque de dépôts*, París, 1959 (tesis dactilografiada), proporciona datos acerca de los métodos de la expansión financiera.

**Sobre los «expansionistas» y su doctrina.**—\*\*\* *Les Politiques d'expansion impérialistes*, París, 1947.—JULES FERRY: *Discours et opinions*, París, 1893-1898, 7 vols. (Los *Discours sur la politique coloniale* constituyen los t. I al IV).—G. HANOTAUX: *La Politique de l'Equilibre*, París, 1912.—JOSEPH CHAMBERLAIN: *Speeches, 1870-1906*, Londres, 1914, 2 vols. S. MILLIN: *Cecil Rhodes*, Londres, 1933.—F. CRISPI: *Mémoires*, Milán, 1932.—P. E. SANTANGELO: *Esiste un Problema Crispi? en Questione di Storia del Risorgimento*, Milán, 1950, págs. 987 y sgs.—TH. F. POWER: *Jules Ferry and the Renaissance of French Imperialism*, Nueva York, 1944.—P. DAYE: *L'Oeuvre coloniale de Léopold II*, Bruselas, 1934.—C. LECLERC: *La Formation d'un Empire colonial belge*, Bruselas, 1932.—L. LICHTERVELDE: *Léopold II*, Bruselas, 1926.—W. SCHLÜSSER: *Adolf Luderitz*, Brema, 1936.—P. E. SCHRAMM: *Deutschland und Uebersee*, Berlín, 1950.—H. BRUNSCHEWIC: *L'expansion allemande outremer du XV<sup>e</sup> siècle a nos jours*, París, 1957.

**Sobre los Estados Unidos y el Japón.**—Véanse las obras citadas en la Bibliografía general y en la Bibliografía del capítulo IX.

## CAPITULO III

## LAS RELACIONES FRANCO-ALEMANAS

Las relaciones entre Francia y el Imperio alemán continuaban siendo el centro de la política internacional de 1871 a 1893. En ellas predominaba la cuestión de Alsacia y Lorena. Los estremecimientos de la sensibilidad nacional de Francia (1) y el estado de ánimo casi unánime de los alemanes, convencidos de la legitimidad de la anexión (2), eran evidentemente las fuerzas profundas que daban el tono a las relaciones entre los dos Estados. Pero hay que tener en cuenta, también, el comportamiento de las poblaciones anexionadas: la resistencia de los alsaciano-loreneses a ser germanizados era observada, con atenta emoción, por la opinión pública de Francia y los artículos de la prensa francesa, se veían, por supuesto, agriamente comentados por la prensa alemana. Es importante, pues, tener presente en nuestro ánimo, para comprender bien las relaciones franco-alemanas, los aspectos sucesivos de la historia de Alsacia y Lorena: de 1871 a 1874, la población se mostró unánime en oponer una resistencia al régimen de compresión, que otorgaba al Presidente superior el derecho a tomar "en caso de peligro para la seguridad pública, todas las medidas que juzgue necesarias". Prueba de esta resistencia fueron las elecciones de febrero, en el Reichstag—los quince elegidos eran todos "prötestatarios"; de 1874 a 1879, cuando se relajaron los métodos alemanes y la Tierra del Imperio fue dotada de una Asamblea consultiva, luego legislativa, los protestatarios ya no tuvieron en las elecciones de 1877 más que diez puestos, pasando los otros cinco a los *autonomistas*, que se limitaban a reivindicar, para Alsacia y Lorena, dentro del marco del Imperio alemán, el derecho de administrar, por sí misma, sus asuntos religiosos, docentes y económicos; después de 1879, se esforzó la administración alemana en "conquistar" a los notables y al clero; pero la réplica, en las elecciones de 1881 y de 1884 fue el derrumbamiento del partido autónomo, pronto seguida, en 1887, por una vuelta al sistema de rigores administrativos.

Estos cambios, aparentes o profundos, no dejaron de tener ciertamente influencia, en Francia, sobre la idea del desquite y sobre las tendencias de ciertos hombres de Estado. La política alemana, a su vez, tenía en cuenta el estado de ánimo francés, y, sin renunciar a sus objetivos, modificó sus métodos. Rigurosa y amenazadora entre 1871

N. B. No tratamos de indicar aquí los estudios relativos a la expansión colonial de cada Estado. Nuestro único fin es el de mencionar las principales obras relativas a la *doctrina colonial*, a sus móviles y a los que la han formulado con mayor claridad.

(1) Véanse anteriormente, págs. 345 y 346.

(2) Véase anteriormente, pág. 343.

y 1875, la política se hizo más conciliadora entre 1877 y 1885; se antirató de nuevo entre 1886 y 1889. ¿Cómo explicar tales altibajos de la desconfianza entre Francia y Alemania?

La primera etapa de las relaciones se vio dominada por los objetivos inmediatos de la política bismarckiana: obtener el cumplimiento íntegro del tratado de Francfort, es decir, el pago, antes del 2 de marzo de 1874, de la indemnización de guerra; retrasar así la reorganización de las fuerzas económicas y militares de Francia. Pero Bismarck, si obtuvo fácilmente el pago de la indemnización de guerra, no consiguió, de ello, los resultados políticos que había dado por seguros.

En la cuestión de la indemnización de guerra, el Canciller se había sentido inclinado, primero, a pensar que Francia intentaría rehuir el compromiso, y que, tras de haber efectuado las primeras entregas de dinero, se negaría a pagar los tres últimos millares de millón. En tal caso, estaba resuelto a mantener, "hasta la completa amortización de la deuda francesa", la ocupación de los territorios que tenía en fianza: "No comprendo por qué tendríamos que abandonar un solo pie del suelo francés antes de que nos pagaran hasta el último céntimo." Estudiaba, inclusive, el colocar dichos territorios ocupados bajo la administración alemana. Si tal presión resultaba ineficaz, no dudaría, decía, en "sacar de nuevo la espada". Para hacer que el gobierno francés tuviese *voluntad de pagar* adoptó una actitud amenazadora, y se mostró insolente e implacable, a partir de los pequeños incidentes ocurridos, en junio y en diciembre de 1871, en los territorios ocupados: no se trataba solo, según escribió a Guillermo I, de afirmar la seguridad de las tropas alemanas, sino, principalmente, de hacer una *saludable advertencia*; el rigor del régimen de ocupación "no puede dejar de ejercer una presión sobre el gobierno francés en el sentido de que este se apresurará, con mayor motivo, a liberarse de la ocupación, mediante el pago de la contribución". Parecía, pues, que en el ánimo del Canciller, la entrega de los cinco millares de millón era el objetivo esencial que había que conseguir. El Estado Mayor, por el contrario, para tener ocasión de prolongar la ocupación, veía con gusto un retraso en los pagos franceses. Pero Bismarck no deseaba esa solución: sabía que tropezaría con las objeciones de las demás grandes potencias, que veían una seguridad de paz en la cercana evacuación del territorio francés.

Ahora bien, los deseos de Bismarck se vieron colmados. El gobierno de Thiers, a fin de eludir los riesgos de conflicto que creaba la presencia de las tropas de ocupación y poder reorganizar la defensa nacional, se mostró dispuesto, a partir de abril de 1872, no solo a mantener sus compromisos, sino a llevarlos a cabo con mayor rapidez de la que preveía el tratado de paz. Estaba apoyado, en ello, por la unanimidad de la opinión pública. En lugar de esperar a marzo de 1874 para entregar los tres últimos millares de millón, Thiers propuso empezar, sin más dilaciones, el pago de esta segunda porción. El gobierno

alemán aceptó el anticipo al que había de acompañar, por supuesto, una evacuación gradual de los territorios ocupados. La convención franco-alemana del 29 de junio de 1872 registró dicho acuerdo. Después del éxito del empréstito lanzado en julio de 1872, el gobierno francés se encontraba en condiciones para apresurar las entregas: el tercer millar de millón se pagó en febrero de 1873; el cuarto, en mayo; el quinto, entre junio y septiembre. Seis meses antes de lo que estaba previsto en el tratado de Francfort, la indemnización de guerra fue liquidada, y el territorio francés, evacuado.

Bismarck se felicitaba por ello, y como la actitud de Thiers estaba de acuerdo con lo que deseaba la política alemana, anhelaba que el Presidente de la República se mantuviera en el poder. El embajador alemán en París, Arnim, por el contrario, examinaba con satisfacción la perspectiva de un cambio de gobierno en Francia, el cual, después de la salida de Thiers, podría desembocar en una restauración bonapartista; tal eventualidad le parecía favorable, pues el nuevo gobierno, decía, "no podría enfrentarse con sus adversarios, sino apoyándose en nosotros". Y además, ¿no era preferible, en interés del principio monárquico en Europa, que desapareciera el régimen republicano francés? Pero el canciller se opuso a proyectos que le parecían fuera de razón. "Nuestro primer deber—comunicó a Arnim—es, desde luego, sostener siempre al gobierno actual, mientras represente para nosotros la voluntad de ejecutar lealmente el tratado." Así, pues, cuando, en 24 de mayo de 1873, sobrevino la caída de Thiers, Bismarck se sintió defraudado. Desconfiaba del nuevo gobierno, a causa de las tendencias monárquicas y católicas de Mac Mahon. El éxito de una restauración monárquica permitiría—a su juicio—que Francia encontrara alianzas con mayor facilidad. La política católica le irritaba; sobre todo, cuando varios obispos franceses, en el otoño de 1873, juzgaron, en términos severos, a veces violentos, la *Kulturkampf* prusiana.

Este clima de desconfianza se encontraba ciertamente en los orígenes de la corta crisis que se abrió en las relaciones franco-alemanas. Pero la consecuencia inmediata fue la reorganización del ejército francés. La ley de 1872, que había fundado las bases de esa reorganización, estableciendo el servicio obligatorio y fijando en cinco años, con amplias exenciones, la duración del servicio en el ejército activo, no había provocado objeciones por parte de Alemania. Ya no ocurrió igual cuando la Asamblea nacional votó, en marzo de 1875, una ley de cuadros que, sin aumentar la cantidad de hombres que servían bajo la bandera, en tiempos de paz, incrementó en una cuarta parte el número de batallones y preveía, en relación con este acrecentamiento, los efectivos necesarios de oficiales y suboficiales. En el ánimo del gobierno francés y de los miembros de la Asamblea, esta ley tenía como objetivo, principalmente, poner remedio a la crisis de los ascensos, aumentando las incorporaciones. Bismarck, sin embargo, vio en ella una medida destinada a facilitar una movilización, y, por consiguiente, una

señal de que Francia preparaba la guerra. La prensa alemana evocó, inmediatamente, la inminencia de un conflicto y se le dijo al embajador de Francia, por mediación de un colaborador directo del Canciller, que Alemania estaría interesada en declarar una guerra preventiva.

Pero este *alerta* franco-alemán tomó un sesgo diferente cuando el gobierno francés, después de haber estudiado, por un instante, ceder a la amenaza y renunciar a la aplicación de la ley de cuadros, intentó una réplica: el ministro de Asuntos extranjeros, el duque Decazes, dio al incidente un alcance europeo, al solicitar el apoyo diplomático de Gran Bretaña y de Rusia. ¿Cómo obtuvo tal apoyo?

El gobierno inglés, en cuya dirección Disraeli había sustituido a Gladstone, el año anterior, se mostraba más inclinado que lo había estado el gabinete liberal, a tomar, en política exterior, una actitud firme. El primer Ministro se hallaba inquieto por los métodos y objetivos de la política alemana: Bismarck—escribió a la reina—“es una especie de viejo Bonaparte”. Por supuesto, siguiendo la constante tradición de la política inglesa, rehuyó prometer apoyo a Francia. “Si Alemania tratase de declarar una guerra preventiva contra Francia, el Gobierno inglés sabría demostrar su indignación”, declaró al Embajador francés el Ministro de Asuntos extranjeros, Lord Derby. ¿Bastaría con una desaprobación verbal?—objetó el Embajador. A lo que Derby respondió: “Tal es la única seguridad que puede ofrecer el ministro de una monarquía constitucional.” Sin embargo, el gabinete británico hizo saber a Bismarck su punto de vista. Aunque lo hiciera en un tono amistoso, la gestión era clara: se invitaba al gobierno alemán a “calmar las inquietudes de Europa”.

La acción de Rusia fue análoga, pero tuvo mayor alcance, porque el Zar había aceptado, en mayo de 1873, una convención de alianza con el gobierno alemán (1). Ahora bien, Alejandro II intervino, en persona, y señaló claramente los límites que asignaba al Acuerdo de los tres Emperadores. Quería—dijo al embajador de Francia—calmar el *alerta* franco-alemán, sin recurrir a la amenaza: “Lo conseguiremos sin eso.” Decidió ir él mismo a Berlín, en compañía de Gortchakof, con el claro designio de presentar a Bismarck sus *observaciones*. ¿Qué sucedió en el curso de aquella entrevista? Los documentos no permiten que lo sepamos con exactitud. Parece probable que Bismarck no diera ocasión al Zar para hacer sus amonestaciones y que, por lo pronto, afectara tratar al incidente franco-alemán, como un asunto exagerado excesivamente.

En todo caso, afirmar que Alemania no pensaba en una guerra preventiva. Ello bastaría para tranquilizar al gobierno francés.

¿Había pensado Bismarck, realmente, en aquella guerra preventiva? No parece verosímil. En los documentos no hay nada que permita

(1) Véase anteriormente, pág. 352.

atribuirle tal designio. Mas el Canciller había querido intimidar a Francia, para llevarla a interrumpir su rearme. Había fracasado. “Alemania—decía Decazes—ha comprobado que tenemos derecho a proceder, en la plenitud de nuestra independencia, a la reorganización de nuestras fuerzas militares.” Para el gobierno francés había constituido un éxito. Y otro era el haber recibido una prueba de simpatía de Rusia y de Gran Bretaña, por primera vez, después de la derrota de 1871.

Para Bismarck, el asunto, por pequeño que pudiese parecer, era de importancia. No solamente no había conseguido impedir el rearme francés, sino que había apreciado la debilidad del *sistema de los tres Emperadores*. Sin repudiar la promesa de alianza defensiva, dada hacía dos años a Alemania, Rusia había indicado claramente que no admitiría que Bismarck tratara de aplastar a Francia. Era una lección que el Canciller no podría olvidar. Sin ninguna duda, se mostró muy sensible a ella: varias veces evocaría después el *alerta* de 1875 como el recuerdo de un fracaso penoso para su amor propio. Pero, sobre todo, no tardaría en sacar de aquella experiencia consecuencias importantes para las relaciones franco-alemanas. Puesto que no había podido obstaculizar la reorganización de las fuerzas militares francesas, ¿no le vendría estudiar una revisión de su actitud respecto a Francia?

En 1877, con ocasión de la crisis interior francesa, tomó forma la evolución de la táctica bismarckiana. En el conflicto producido por la oposición de la mayoría republicana de la Cámara—los 363—a Mac Mahon, después del 16 de mayo, vio el Canciller una circunstancia favorable para la política alemana. A pesar de la actitud de Guillermo I, que deseaba el éxito de Mac Mahon, pues “los progresos del radicalismo serían—decía el Emperador—tan peligrosos para Europa como para Francia”. Bismarck quería abiertamente el fracaso de los monárquicos, por los motivos que ya había indicado en 1872 y en 1873 (1). El Canciller no era hombre que se contentara con deseos platónicos; intervino, mediante instrucciones confidenciales a sus agentes diplomáticos, y consignas que dio a la prensa alemana. A su embajador en París, Hohenlohe, le ordenó, el 29 de junio de 1877, que mostrase claramente, en conversaciones y contactos con la prensa, de qué lado iban las preferencias del gobierno alemán: el éxito de Mac Mahon llevaría a un “gobierno dictatorial y monárquico de elementos que nos son hostiles con una preponderancia de los jesuitas; mientras que, con la República, tendríamos la perspectiva de vivir en paz durante mucho tiempo, quizá durante muchísimo”. “Es preciso, pues—añadía—influir con nuestra actitud sobre las elecciones, para hacer fracasar, si ello es posible, el golpe de estado de Mac Mahon”; ahora bien, ese fracaso será posible “si los electores se persuaden de que trescientos sesenta y tres significan la paz, y la coalición reaccionaria, la guerra”.

(1) Véanse anteriormente, págs. 352 y 371.

Así, pues, se mostraba satisfecho en octubre de 1877 del resultado de las elecciones francesas: la victoria de los republicanos le parecía implicar la casi certeza de que Francia no encontraría simpatías en San Petersburgo ni en Viena. Poco le importaba que con tal éxito se corriera el riesgo de que Gambetta ocupase el poder; sabía muy bien que el hombre del desquite había evolucionado. Según opinión del Canciller, la República en Francia sería una garantía de paz precisamente porque el régimen era incapaz de inspirar confianza a los demás estados. El 30 de enero de 1878 el secretario de Estado en Asuntos extranjeros declaró al nuevo embajador de Francia, Saint-Vallier, que Bismarck, tranquilizado por el fracaso del *partido clerical y monárquico*, estimaba que había llegado el momento de mantener con Francia "relaciones tales como no las hemos tenido después de la guerra". ¿Cómo concebía el gobierno alemán esas relaciones nuevas?

Por una parte, practicaba en Alsacia y Lorena una política menos rigurosa. Al aplicar el nuevo estatuto, establecido por la ley del 14 de julio de 1879, nombró para ocupar el puesto de *Staathalter* al general Manteuffel, que buscó contactos con la burguesía industrial, con los grandes propietarios y con el clero y que se declaró partidario de los métodos conciliatorios. Creía que la asimilación iba por buen camino y que la administración alemana conseguiría *raspar el barniz francés*. El resultado de las elecciones de 1881, por las cuales los autonomistas solo consiguieron un elegido, no bastó para quitarle las ilusiones.

Por otra parte, animaba al gobierno francés en las empresas coloniales, que, según decía, desviarían de Alsacia y Lorena las miradas de Francia y proporcionarían al *gallo galo* satisfacciones de prestigio en un campo de acción en el cual no tenía Alemania intereses directos. Por supuesto, también daba por descontado que Francia, mediante sus iniciativas, tropezaría con los intereses de Gran Bretaña y con los de Italia, y una y otra podrían entonces sentir la necesidad de un acercamiento a Alemania. El nuevo sesgo que declaró el Canciller haber dado a las relaciones franco-alemanas era, pues, también un medio de consolidar la preponderancia continental del Reich: mientras intentaba aplacar los resentimientos de Francia, quería mantenerla en el aislamiento. Esa actitud se afirmó en 1878 y en 1881 a propósito de la cuestión tunecina; en 1884, con ocasión de los asuntos del Congo y de la guerra franco-china (1). El Canciller empujó también al gobierno francés a tomar una posición muy firme respecto a Gran Bretaña en el asunto de Egipto. Durante varios meses, de agosto a diciembre de 1884, *hace insinuaciones* a Jules Ferry. "Renunciad a la cuestión del Rin—dijo al embajador, barón de Courcel—y yo os ayudaré a conquistar en todos los otros puntos las satisfacciones que podáis desear."

(1) Véanse más adelante, págs. 398, 400 y 401.

¿Implicaba ese plan bismarckiano una colaboración franco-alemana en política general? Bismarck declaró desearla: "Los dos países—deben estar de acuerdo para enfrentarse con Inglaterra y quebrantar el dominio que ejerce en los mares." Llegó hasta pronunciar, el 30 de septiembre de 1884, la palabra *alianza*, por alusión, en una conversación, en la que indicó al embajador de Francia la necesidad de establecer un contrapeso a la hegemonía naval inglesa: "Es preciso que Gran Bretaña se acostumbre a la idea de que una alianza franco-alemana no es cosa imposible." En enero de 1885 ofreció a Jules Ferry una entrevista, que podría tener lugar en Luxemburgo o en Suiza.

El presidente del Consejo francés examinó una *colaboración accidental* en las cuestiones coloniales; pero, aunque estimase que en principio era necesario mejorar las relaciones franco-alemanas y, por consiguiente, no recordar la cuestión de Alsacia y Lorena, no contestó a los propósitos del Canciller en cuanto al porvenir de estas relaciones. Sin embargo, algunos diplomáticos opinaban que un convenio franco-alemán afirmaría en Francia una "relativa seguridad", particularmente oportuna en períodos de crisis económica. Pero la opinión pública francesa no se hallaba dispuesta a aceptar un acercamiento a Alemania; no solamente la prensa de oposición, sino la mayor parte de la gubernamental, en París y en provincias, demostró claramente ese estado de ánimo. El considerar un acuerdo con Alemania, ¿no sería abandonar Alsacia y Lorena? Por otra parte, Jules Ferry—y el barón de Courcel compartía su sentimiento—desconfiaba de las maniobras, de las *combinaciones tenebrosas* de Bismarck. Al hacer insinuaciones a Francia, ¿no se propondría el Canciller enemistarla con Inglaterra? Aun cuando sus ofrecimientos fuesen sinceros, ¿cuál podría ser el carácter de una colaboración franco-alemana? ¿No debería pensarse que tal amistad sería *tempestuosa* y que Alemania consideraría a Francia como un compañero de segunda categoría? Por ello Jules Ferry no recogió la alusión de Bismarck a una posible alianza y rehuyó la proposición de una entrevista. El Canciller alemán se mostró decepcionado por la actitud de Francia. "Seguiré cortejando a esa dama caprichosa, pero no tengo muchas esperanzas."

¿Debemos pensar entonces que en 1884 el gobierno francés descuidara la ocasión de dar un nuevo giro a las relaciones franco-alemanas? ¿Debemos creer que, si lo hubiera permitido el estado de la opinión pública francesa, habría seguido Alemania el camino que parecían abrir los ofrecimientos de Bismarck? No parece ser así. La desconfianza de Ferry y de Courcel no era infundada, pues Bismarck, durante el curso de aquel intento de negociación con Francia, no había dejado por un solo instante de conservar el contacto con Gran Bretaña. Por supuesto, no debe llamar la atención el que Alemania jugase con dos barajas. Pero ¿de qué lado estaban orientadas sus preferencias? Una nota encontrada en los papeles personales del Canciller por el historiador alemán Windelband permite aclararlo: "Es preciso—escribía Bismarck

el 3 de agosto de 1884—cuidar los desacuerdos entre Francia y Gran Bretaña." Cuando el Canciller hacía insinuaciones a Francia, no deseaba un éxito, sino más bien inquietar a Gran Bretaña para obligarla a un acuerdo con Alemania: tal parece ser la interpretación más verosímil.

Con todo, en tiempos del ministerio Ferry las relaciones franco-alemanas, sin llegar a ser ni cordiales ni confiadas, habían sido mejores de lo que fueran nunca desde 1871. Pero este relajamiento no duró. Después de la caída de Ferry, el 30 de marzo de 1885, y tras del período de detención en la expansión colonial, que fue su consecuencia, las preocupaciones *continentales* volvieron a adquirir preponderancia en Francia. La actividad de la Liga de los Patriotas reanimó el sentimiento antialemán, y la presencia del general Boulanger en el Ministerio de la Guerra favoreció en el ejército y en la opinión pública el despertar de la idea de desquite. El periódico oficioso del Ministerio de la Guerra hacía alusión al restablecimiento del ejército francés, que haría "palidecer a los lejanos príncipes alemanes". Ciertamente la actitud de Boulanger no era la del gobierno; el ministro de Asuntos extranjeros, Flourens, no dejaba de afirmar sus intenciones pacíficas, pero el general llevaba tras de sí a una parte importante de la opinión pública. Alemania tenía, pues, motivos para vigilar atentamente aquella situación. El embajador alemán en París, sin embargo, no la creía peligrosa; Francia, en su opinión, no deseaba la guerra. Pero Bismarck declaró su inquietud. En el invierno de 1886 a 1887 exigió y obtuvo, al precio de una disolución del Reichstag, un aumento en los efectivos del ejército; convocó en pleno invierno a los reservistas durante un período de ejercicios en la proximidad de la frontera francesa. ¿Era esto el preludio de un golpe de fuerza? Flourens lo temía, mientras que el embajador de Francia en Berlín veía en las medidas decretadas por el Canciller una simple maniobra de política interior alemana. El pensamiento de Bismarck iba, sin embargo, más allá de los incidentes inmediatos. Consideraba la hipótesis según la cual Boulanger llegaría a ser presidente del Consejo o presidente de la República. En tal caso, escribió, "sería la guerra". Su antiguo desprecio por el régimen republicano le llevó a decir: "Los franceses, con su República, ya no dan más de sí" (1).

¿Estaba verdaderamente inquieto, trataba solo de explotar la situación? Cuando el 30 de diciembre de 1886 Münster, embajador en París, aseguró en un informe que Francia se mostraba pacífica ("Si la guerra estallase, sería por nuestro lado, y haría falta una gran provocación para arrastrar a ella a los franceses"), el canciller pidió al embajador que retirase el informe, que iba "contra" la política del gobierno alemán. ¡Premeditadamente descartaba toda prueba tranquilizadora!

Pero ¿debemos olvidar, para comprender ese estado de ánimo, las

(1) "Les Français, avec leur République, sont au bout de leur latin". (En el original francés.)

decepciones que experimentó Bismarck por la misma época en Alsacia y Lorena? Después del fracaso sufrido por la tentativa de Manteuffel, el nuevo Staatthalter, Hohenlohe, había tratado no ya de *incorporar* a los alsaciano-loreneses, sino de reavivar el sentimiento autónomo, declarando que la población de la Tierra de Imperio, si se resignaba a aceptar como *permanente* la situación creada por el tratado de Francfort, podría obtener un estatuto que colocaría a Alsacia y Lorena "en el mismo pie de igualdad política" que los demás Estados alemanes. El embajador de Francia en Berlín comprobaba en 1885 que la *autoridad alemana* estaba haciendo en Alsacia progresos muy reales. Ahora bien: la disolución del Reichstag a principios de 1887 puso en delicada situación la política alemana en la Tierra de Imperio: los electores alsaciano-loreneses fueron invitados a decir si aprobaban la ley militar alemana que Bismarck había declarado necesaria alegando el riesgo de guerra con Francia. Hohenlohe creía que debía dirigir un llamamiento al cuerpo electoral. "Elegir hombres que nieguen al Imperio alemán el derecho de mantener en todo tiempo un fuerte ejército" sería "poner la paz en peligro". La respuesta de los electores fue clara: los quince elegidos eran protestatarios. He aquí, según reconoce Hohenlohe, "una manifestación de simpatías francesas". Los medios militares alemanes hubieran querido, a título de réplica, restablecer el régimen dictatorial que había existido durante los primeros años de la anexión. Sin querer ir tan lejos, el Canciller hizo tomar a la administración medidas rigurosas, que fueron denunciadas violentamente por la prensa francesa. No hay que maravillarse de que el gobierno francés, sumando estas señales—¿qué otro medio tenía de formarse una opinión?—, experimentase una creciente ansiedad.

Determinada por las imprudencias del nacionalismo boulangierista, mantenida por los actos o los propósitos de Bismarck, la tensión franco-alemana alcanzó su punto culminante el 20 de abril de 1887 con el asunto Schnoebelé. El comisario de policía francés en Pagny-sur-Moselle fue apresado por policías alemanes tras una orden de detención del Tribunal Supremo de Leipzig. Ciertamente Schnoebelé había tenido una actividad de espionaje que el gobierno francés no ignoraba. Las condiciones en las que tuvo lugar el arresto fueron las que hicieron grave al incidente: Schnoebelé, convocado a una conversación de servicio por su colega alemán, Gautsch, fue atraído a una emboscada, y los policías alemanes, según dos testigos, penetraron algunos metros en territorio francés. Al suceder este incidente, después de un largo período de nerviosismo se levantó en Francia un airado movimiento de la opinión pública: parecía significar que Bismarck buscaba una ocasión para provocar la guerra. El general Boulanger exigió al gobierno que decretase el despliegue de tropas de cobertura, pero el presidente de la República se negó y el gobierno se contentó con reclamar la libertad de Schnoebelé. Bismarck la concedió al cabo de algunos días.

En el fondo, el asunto—según documentos hoy conocidos—no había tenido el carácter que le atribuía la opinión francesa. Parece que Bismarck no era responsable directo de las condiciones en las que había tenido lugar el arresto; cuando recibió del gobierno francés la prueba de los procedimientos a que había recurrido la policía alemana, había comprendido que era preferible zanjar el incidente. ¿Habría actuado así si hubiera querido la guerra? Sin embargo, aquel momento crítico dejó en Francia profundas huellas: había mostrado lo precario de la paz y reavivado en la opinión pública la convicción de que Alemania no renunciaba a métodos de provocación y de que sería preciso algún día, tal vez pronto, acabar con aquellas *disputas de alemanes*. Veinte años después aún no se habría borrado el recuerdo de tal asunto.

En mayo de 1887, sin embargo, cuando Boulanger fue eliminado del ministerio de la Guerra, se debilitó la tensión; el presidente de la República, Crévy, declaró al embajador alemán que había actuado personalmente para apartar del gobierno a aquel *agitador*, cuyos *influencia y poder* habían sido exagerados; aseguró su fe en un *porvenir pacífico* que correspondiera con el deseo de la *gran mayoría del pueblo francés*. Y Bismarck, algunas semanas más tarde, dijo al embajador de Francia, por mediación de su banquero Bleichröder, que ahora se sentía *satisfecho* de las relaciones franco-alemanas.

#### BIBLIOGRAFIA

F. BOURGEOIS y G. PAGES: *Les origines et les Responsabilités de la guerre*, París, 1922.—G. P. GOOCH: *Franco-German Relations, 1871-1914*, Londres, 1923.—H. CONTAMINE: *La Revanche, 1871-1914*, París, 1957.

**Sobre el periodo de 1871-1873.**—H. HERZFELD: *Deutschland und das geschlagene Frankreich*, Berlín, 1924.

**Sobre la crisis de 1875.**—H. HERZFELD: *Der deutsch-französische Kriegsgefahr von 1875*, Berlín, 1922.—A. LAJUSAN: *L'Alerte diplomatique du printemps de 1875*, en "Revue d'Histoire moderne", octubre 1926.—H. HOLBORN: *Bismarcks europäische Politik zu Beginn der siebziger Jahre und die Mission Radowitz*, Berlín, 1925.

**Sobre 1877-1881.**—DANIEL HALÉVY: *La République des Ducs*, París, 1937 (especialmente, las páginas 304-308).—E. WIEDERKEHR: *Les origines de l'Alliance franco-russe: les années 1878-1881*, Friburgo (Suiza), 1942.

**Sobre 1882-1885.**—K. WINDELBAND: *Bismarck und die europäische Mächte, 1879-1885*, Essen, 1942 (importante).—R. WIENEFELDT: *Franco-German Relations, 1878-1885*, Baltimore, 1929.—JULES FERRY: *Lettres à Madame Jules Ferry*, París, 1914.—P. B. MITCHELL: *The Bismarckian Policy of Conciliation with France, 1875-1885*, Filadelfia, 1935.

**Sobre la crisis boulangierista.**—P. ALBERT: *La Presse française et la crise franco-allemande de 1887*, París, 1954, memoria mecanografiada.—C. VERGNIOL: *L'Affaire Schnoebélé*, en "Revue de France", abril, 1929, páginas 406-425 y 645-668.—CH. APPUHN: *Nouveaux Documents sur l'affaire Schnoebélé*, en "Revue historique", dic. 1937, págs. 292-298.—H. TRÜTZSCHLER: *Bismarck und die Kriegsgefahr von Jahre 1887*, Berlín, 1925.

**Sobre el papel de la Gran Bretaña.**—CH. BLOCH: *Les Relations franco-anglaises de 1871 a 1878*, París, 1956.

## CAPITULO IV

### LOS CONFLICTOS BALCANICOS

El despertar de la cuestión de Oriente que se manifestó a partir de 1875 no dejaba de haber sido previsto. Desde principios del siglo XIX y coincidiendo con los progresos del movimiento de las nacionalidades, la dominación otomana en la península balcánica era más precaria cada vez. La desmembración parcial que había sido jalónada por la creación de los principados de Serbia y de Montenegro, del reino de Grecia y, por último, del principado de Rumania (1), no podía por menos de hacer más graves las dificultades en las regiones que aún permanecían sometidas a la dominación otomana, donde vivían poblaciones serbias, búlgaras, griegas y rumanas. Para dichas poblaciones, los principados y el reino eran centros de atracción. Solo los búlgaros, entre los cristianos del Imperio turco, no hallaban fuera un hogar independiente, o casi independiente, hacia el que pudieran volver sus miradas. Por ello su *despertar* nacional había sido más lento que el de las otras poblaciones cristianas. Pero después de abril de 1870 los búlgaros, con la ayuda de Rusia, habían conseguido del Sultán un régimen religioso nuevo; en lugar de depender del patriarca ortodoxo de Constantinopla, que era griego, tenían ahora una iglesia autocéfala, cuyo jefe, el *Exarca*, era un búlgaro. La existencia de esta Iglesia búlgara favorecía el desarrollo del sentimiento nacional.

¿Por qué aquel mal crónico del Imperio turco iba a abrir camino a un gran movimiento insurreccionista, que comenzó en 1875 y se extendió en algunos meses desde Bosnia y Herzegovina a Bulgaria?

En Bosnia y Herzegovina, donde la mayoría de la población era de lengua serbia y de religión ortodoxa, pero donde la nobleza local, para conservar sus privilegios, había consentido en islamizarse, parece que las condiciones económicas y sociales desempeñaron el papel principal. Los aldeanos, sobre todo si eran colonos, se quejaban de la agravación progresiva de los censos señoriales y del aumento recentísimo de las cargas fiscales; en 1875 se añadió a tal desgracia una mala cosecha. En las ciudades, los artesanos—los zapateros y los tejedores—veían empeorar su situación, ya que en 1851 fue suprimido el régimen corporativo y creció la competencia de los productos importados. No cabe ninguna duda de que el bajo clero se aprovechó de este descontento. Pero el factor religioso desempeñaba únicamente un papel secundario, pues las poblaciones ortodoxas se encontraban mezcladas

(1) Véanse págs. 23, 87 y 259.



con grupos católicos, cuyos jefes mostrábase reacios respecto al movimiento nacional, y con los israelitas, que mantenían el poder otomano. Más importante era, sin duda, el papel del Gobierno serbio. Ya en 1867 el príncipe de Serbia, Miguel Obrenovitch, había pensado en formar contra Turquía una confederación balcánica, obteniendo el apoyo del reino de Grecia y del principado de Rumania. Este proyecto no se había llevado a cabo. Pero la propaganda del nacionalismo serbio se desarrolló en Bosnia y Herzegovina. A partir de 1873, dicha propaganda, como señala un diplomático austríaco, tenía por objeto hacer desempeñar a Serbia en la península balcánica un papel análogo al que había desempeñado el Piamonte en Italia.

En Bulgaria, el movimiento insurreccionista no parecía estar directamente determinado por los intereses económicos o por la situación social; la protesta fue obra de eclesiásticos y de maestros de escuela, dirigidos por algunos jóvenes intelectuales; estaba animada por el sentimiento patriótico. Pero aunque reuniera solamente una minoría de la población, estaba mejor organizado que el movimiento bosnio; a partir de 1873, Levski, su promotor, había organizado doscientos comités revolucionarios secretos. Para atraer a los aldeanos, el comité central trató de persuadirlos de que la insurrección podía contar con el apoyo exterior, y para convencerlos, no dudó en emplear a veces la fuerza, amenazando con incendiar las aldeas si sus habitantes se negasen a participar en la acción. Con todo, no consiguió un concurso activo y total más que en una parte del país. La sublevación búlgara no fue, pues, un *movimiento de masas*.

Estas iniciativas locales no habrían bastado, sin duda, para provocar la insurrección si los jefes no hubieran esperado una asistencia del exterior. Podían esperarla bien de Rusia, bien de Austria-Hungría. Es probable que el viaje efectuado por el emperador Francisco José por Dalmacia durante la primavera de 1875 a lo largo de la frontera de Bosnia y Herzegovina moviera a sublevarse a los serbios de aquella provincia. Es más verosímil aún que la actitud de los agentes rusos diera a los serbios y a los búlgaros el convencimiento de que no serían abandonados si tomasen la iniciativa de un levantamiento contra la dominación otomana.

En agosto de 1875 fue cuando comenzó en Bosnia y Herzegovina la insurrección. Se extendió en la primavera de 1876 a los países búlgaros. La represión fue inmediata y salvaje, sobre todo en el país búlgaro, donde se entregaron los turcos a matanzas que produjeron tal vez 30 000 víctimas. Entonces, Serbia y Montenegro declararon la guerra al Imperio turco; pero los dos principados serían aplastados evidentemente de no conseguir una intervención extranjera.

He aquí, pues, cómo surgió de nuevo la *cuestión de Oriente*. Interesaba principalmente a Rusia, a Austria-Hungría y a Gran Bretaña. ¿Cuáles eran en aquel momento las preocupaciones de los tres Estados?

Rusia podía encontrar en aquella crisis la ocasión de debilitar al Imperio otomano y de consolidar su influencia sobre las poblaciones eslavas de la península balcánica; bastaría que sostuviese sus aspiraciones a conseguir la autonomía o la independencia. Pero debía esperar la oposición de Austria-Hungría y la de Inglaterra. Gortchakof al principio de la crisis consideró el riesgo: deseaba favorecer los intereses de los eslavos balcánicos, pero quería actuar hasta donde fuera posible de acuerdo con las otras potencias. El embajador de Rusia en Constantinopla, Ignatief, que estaba en contacto con los medios paneslavistas, preconizaba, por el contrario, una acción *independiente*: si actuara sola, Rusia podría tomar la dirección del movimiento eslavo en los Balcanes y conseguir en la península una influencia predominante. Aquel desacuerdo retrasó durante varios meses toda decisión. Sin embargo, en el otoño de 1876 Gortchakof reconoció que, si permitía que Serbia y Montenegro fuesen aplastados, se daría un golpe grave al prestigio de Rusia en los Balcanes. El Gobierno ruso anunció, pues, a las potencias que, si no se ponían ellas de acuerdo para imponer al Sultán un programa de reformas en beneficio de las poblaciones cristianas, no dudaría en intervenir solo.

Austria-Hungría vigilaba la *ruta de Salónica*. Se proponía establecer su influencia en Bosnia y Herzegovina, *hinterland* de la provincia austríaca de Dalmacia. Se interesaba también por el Sandjak de Novibazar, territorio turco que se interponía entre Serbia y Montenegro. Estas eran preocupaciones directas. Pero, sin duda alguna, tampoco quería ver desarrollarse en los Balcanes, bajo la égida de Rusia, un movimiento eslavo.

A Inglaterra le interesaba en esta nueva crisis, como en las precedentes, mantener la integridad del Imperio turco: si se hundiese, ¿no correría el riesgo de ver a Rusia invadir los Estrechos? En cuanto a la oportunidad de hacer presión sobre el Sultán para obligarle a mejorar la suerte de las poblaciones cristianas, no existía unidad de opiniones en los medios políticos. La oposición liberal al llamamiento de Gladstone, que denunció en un vehemente folleto "los horrores de Bulgaria", era hostil al Sultán, e incluso los conservadores se mostraban inclinados a este llamamiento. Pero el primer ministro, Disraeli, no tomaba en serio los *movimientos libertadores* de los cristianos balcánicos; había traído de sus viajes a Oriente impresiones favorables a los turcos, a quienes, por otra parte, confundía con los árabes. Y, además, al asociar a Gran Bretaña en una presión sobre el Gobierno otomano, ¿no correría el riesgo de comprometer la influencia de que gozaba en Constantinopla la diplomacia inglesa? Por tanto, se esforzó en disminuir la importancia de las matanzas de Bulgaria, al mismo tiempo que rechazaba la idea de ejercer sobre el Sultán una coacción que, según creía, le haría el juego a Rusia.

La crisis internacional se perfiló cuando el 11 de noviembre de 1876, en un discurso pronunciado en Moscú, el Zar se declaró resuelto a



actuar mediante las armas si las potencias no se decidían a intervenir vigorosamente cerca del Gobierno otomano. Esta crisis iba a mantener a Europa en estado de alerta durante casi dos años.

Para evitar una intervención de Rusia sería preciso obtener del sultán Abdul-Hamid la adopción inmediata de un programa de reformas. La Conferencia de los embajadores, reunida en Constantinopla en diciembre de 1876, se dedicó a ello. Estableció un plan, según el cual los búlgaros y los bosnios insurrectos obtendrían su autonomía administrativa dentro del marco del Imperio. El Sultán, para escapar a este peligro, promulgó una Constitución y anunció la convocatoria de un Parlamento en el que las poblaciones cristianas podrían, decía, presentar sus reivindicaciones. Así, la cuestión de los *pueblos vasallos* quedaría resuelta. Simple comedia que no engañó a las potencias europeas. Realmente el Gobierno turco no se proponía adoptar un auténtico régimen constitucional, y el grupo de intelectuales que deseaban aquella reforma, los *jóvenes otomanos*, no quisieron tomar en consideración el otorgamiento de un estatuto particular a las poblaciones cristianas. Pero cuando se trató de determinar qué medidas se adoptarían para obligar al Sultán a ceder, surgieron los desacuerdos, pues el Gabinete inglés se negaba a dirigir una amenaza concreta. El Gobierno turco lo aprovechó en seguida para zafarse. Fue, pues, la política de Disraeli lo que hizo fracasar el proyecto de una acción colectiva de las grandes potencias.

Tal fracaso abrió el camino a la intervención del ejército ruso. Pero el Gobierno del Zar antes de tomar este partido adoptó precauciones: no quería tropezar al mismo tiempo con Inglaterra y con Austria-Hungría. Así, pues, entró en negociaciones con el Gobierno austro-húngaro. Dicha negociación, esbozada ya en 1876 y reanudada tras el fracaso de la Conferencia de Embajadores, terminó el 15 de enero de 1877 con la firma de un convenio secreto. Austria-Hungría prometía a Rusia guardar, en caso de guerra ruso-turca, una *neutralidad benévola* e incluso dedicarse mediante acción diplomática a eludir la intervención posible de una *tercera potencia*, es decir, de Inglaterra. A cambio de esta promesa, Austria-Hungría obtendría el derecho de ocupar Bosnia y Herzegovina, y Rusia se comprometía, en el curso de la guerra ruso-turca, a no llevar las operaciones a la parte occidental de la península. En resumen: el Gobierno austro-húngaro se había dado cuenta de que no podría evitar la intervención rusa; prefería, por tanto, un compromiso que limitase los daños y le asegurase una compensación.

Tras una nueva negativa del Gobierno otomano a aceptar (principios de abril de 1877) las condiciones fijadas por las potencias (una vez más se hallaba convencido el Sultán de que Gran Bretaña se opondría a toda coacción efectiva), el Gobierno ruso pasó a la acción; declaraba la guerra—decía—para obligar al Sultán a mejorar la suerte de las poblaciones cristianas de su Imperio. Mas para tranquilizar a Gran

Bretaña, aseguraba que no tenía intenciones de apoderarse de Constantinopla, como tampoco de imponer por una decisión unilateral una revisión del estatuto de los Estrechos; prometía también no extender la zona de las operaciones de guerra hasta Egipto, vasallo del Imperio otomano. El 24 de abril de 1877 las tropas rusas entraron en Rumania, con el consentimiento del Gobierno de Bucarest; llegaron, sin esfuerzo, al Danubio; pero rechazadas al norte del río por una contraofensiva turca, se vieron detenidas durante mucho tiempo ante la fortaleza de Plevna; solo tras la conquista de la ciudad, a finales de noviembre de 1877, la resistencia turca pareció completamente rota; los ejércitos rusos atravesaron los Balcanes, y desembocaron, en enero de 1878, en la llanura de Andrinópolis, de la cual se apoderaron, y marcharon sobre Constantinopla. Los turcos solicitaron un armisticio, que el alto mando ruso no parecía tener mucha prisa en concederles.

Hasta la conquista de Plevna, los rusos habían podido llegar la guerra sin encontrar oposición activa por parte de las otras potencias. Pero cuando avanzaron en dirección a Constantinopla, Gran Bretaña y Austria-Hungría, se alarmaron. ¿Podían confiar en que Rusia, victoriosa, respetara las promesas hechas la víspera y al principio de la campaña? Disraeli, a pesar de las reticencias de los medios financieros y económicos, advirtió al Gobierno ruso que Gran Bretaña no admitiría una ocupación de Constantinopla y que tomaría, llegado el caso, medidas enérgicas para proteger sus intereses. Andrassy, en una nota del 15 de enero de 1878, exigió a Rusia que no situase a Europa ante un hecho consumado, es decir, que no impusiera a Turquía condiciones de paz antes de haber consultado con las otras potencias. Ante tales amenazas, el Gobierno del Zar envió al comandante en jefe la orden de firmar el armisticio. Se llevó a cabo el 31 de enero, y las tropas rusas se detuvieron ante las líneas de Tchataldja, en las inmediaciones de Constantinopla.

¿Quería decir esto que Rusia fuese a prestarse a una consulta internacional antes de concluir la paz? En los medios oficiales rusos la tendencia conciliadora—la de Gortchakof, que había triunfado cuando se firmó el armisticio—hubo de batirse en retirada ante los partidarios de una política audaz: el embajador Ignatief, vuelto a Constantinopla, inició negociaciones de paz con Turquía sin tomar consejo de las otras potencias. Era un momento crítico. El 15 de febrero, el Gabinete inglés tomó la decisión de enviar su escuadra del Mediterráneo al mar de Mármara, y allí recaló durante varios días ante la isla de los Príncipes, a la vista de las líneas rusas; amenaza necesaria, según el primer ministro, para tranquilizar al Sultán, el cual podría intentar echarse en brazos de Rusia si Gran Bretaña flaqueara. El 28 de febrero, el Gobierno austro-húngaro anunció que iba a preparar la movilización, pero no quería decretarla aún, a pesar de que Inglaterra le ofrecía poner a su disposición los medios financieros necesarios. Puesto que Austria-Hungría no parecía resuelta a apoyar a fondo a Gran

Bretaña, Ignatief no retrocedió en su camino; estableció las cláusulas del tratado, parece ser que sin someterlas siquiera a la aprobación de Gortchakof. El 3 de marzo de 1878 se firmaron los preliminares de paz de San Stefano entre Rusia y la Sublime Puerta.

El tratado de San Stefano estipulaba que Rusia se anexionaría las ciudades de Kars, Bayazid y Batum, en la parte asiática del Imperio otomano, y la Dobrudja, en la parte europea. Prometía aumentos territoriales a Serbia, que se anexionaría el alto valle del Morava, y a Montenegro, que obtendría un acceso al mar Adriático. Preveía un estatuto de autonomía en favor de Bosnia y Herzegovina y concedía a Rumania, ya autónoma, la independencia. Pero la estipulación principal concernía a los territorios búlgaros, que serían separados del Imperio otomano para formar un principado autónomo; esta *Gran Bulgaria* debía extenderse desde el Danubio al mar Egeo y englobar, por consiguiente, la Rumelia y gran parte de Macedonia. Según el tratado, el Imperio conservaría, sin duda, una parte de sus posesiones europeas, a pesar de la pérdida de los países bosnios y búlgaros; pero sus territorios estarían cortados en dos partes—por un lado, la Tracia oriental; por el otro, Albania y las llanuras del Vardar—separadas por la *Gran Bulgaria*. La influencia de Rusia dominaría en este principado, creado por ella y para ella; el derecho que tendrían las tropas rusas de mantener guarnición en aquel territorio durante dos años proporcionaría al Zar los medios de establecer un gobierno de su elección.

Así, pues, se vio colocada Europa ante un hecho consumado, a pesar de las advertencias hechas por Gran Bretaña y Austria-Hungría. En Londres y en Viena los gobiernos exigieron una revisión del tratado de San Stefano por un congreso internacional. El Gobierno ruso no se obstinó; el 6 de marzo de 1878 Gortchakof, que después de haber sido desbordado por Ignatief había recuperado las riendas, aceptó la proposición del congreso. Pero tal aceptación apenas calmó las inquietudes, pues Rusia tenía en su haber la ocupación conseguida. ¿Cómo lograr desalojarla?

Gran Bretaña y Austria-Hungría se dedicaron a ello mediante negociaciones directas y por separado con el Gobierno ruso. Estas negociaciones preliminares de la reunión del congreso fueron decisivas. El Gobierno ruso tenía conciencia de que su ejército, muy resentido por la guerra contra Turquía, no se encontraba en situación de hacer frente a un conflicto europeo; pasaba también por dificultades financieras, y en vano solicitó la emisión de un empréstito en el mercado francés. Esto le obligó a retroceder. Se inclinó aparentemente ante una amenaza británica (el llamamiento a filas de los reservistas del Ejército inglés, decidido el 27 de marzo por Disraeli); pero cedía, en el fondo, porque sabía muy bien que, en el caso de una guerra ruso-inglesa, Austria-Hungría no tardaría mucho en intervenir. Al cabo de discusiones muy agrias, las decisiones acordadas, con Gran Bretaña el 30 de

mayo y con Austria-Hungría el 6 de junio, sancionaron la desaparición de la *Gran Bulgaria*; se formarían en territorio búlgaro dos principados: la Bulgaria, autónoma, y la Rumelia, que continuaría sometida al Imperio otomano, pero con un gobernador cristiano; al sur de Rumelia, la región litoral del Egeo, permanecería siendo turca, sin restricciones. El acuerdo anglo-ruso contenía, además, una cláusula relativa a las anexionaciones rusas en Turquía asiática: Rusia conservaría Kars y Batum, pero no Bayazid, nudo de comunicaciones hacia el Eufrates; se comprometería formalmente a no tratar de extenderse más en tales regiones en el porvenir.

Lo esencial se había conseguido. El congreso internacional, reunido en Berlín del 15 de junio al 13 de julio, bajo la presidencia de Bismarck, no hizo más que ratificar los acuerdos ya establecidos, añadiéndoles algunos detalles: reducción apreciable de las ventajas territoriales concedidas por el tratado de San Stefano a Serbia y a Montenegro; promesa dada a Grecia de recibir un aumento territorial en Tesalia; obligación de Rumania de ceder a Rusia la Besarabia meridional, recibiendo a cambio la Dobrudja, que el tratado de San Stefano había quitado al Sultán. Pero, sobre todo, el congreso internacional concedió a Austria-Hungría las compensaciones que esperaba: derecho de administrar, a *título provisional*, Bosnia y Herzegovina, sin proceder a su anexión; derecho de mantener guarniciones en el Sandjak de Novibazar para defender la *ruta de Salónica*. En función de sus propios intereses arreglaron las grandes potencias estas cuestiones, pero sin querer tener en cuenta los intereses y los deseos de los pueblos balcánicos.

¿Cuál es el balance de aquella prolongada crisis en las relaciones entre las grandes potencias?

Austria-Hungría había obtenido un éxito incontrovertible. Por la ocupación de Bosnia y Herzegovina, por el derecho de guarnición en el Sandjak, por las restricciones que hizo aplicar a las reivindicaciones territoriales de Serbia y de Montenegro se aseguraba una situación preponderante en la parte occidental de la península balcánica. Andrassy consiguió tales resultados con habilidad y sin recurrir a medidas de movilización; dejó que Gran Bretaña se lanzara delante y él pasó luego *sobre su surco*.

Inglaterra había impedido el hundimiento del Imperio otomano, y esto era mucho; pero no pudo evitarle un debilitamiento y pérdidas territoriales. En el fondo, se vio obligada a llevar a cabo una *retirada estratégica*, pese a la actitud amenazadora adoptada por Disraeli. Pero halló el medio de que se le concediese, para sí misma, una ventaja a costa del Imperio otomano. Cuando se desarrollaba, en mayo de 1878, la acerba negociación con Rusia, el Gabinete inglés ofreció al Gobierno turco una alianza defensiva para proteger la Turquía asiática, a condición de que el Sultán pusiera a disposición de Gran Bretaña una base naval que permitiese a la flota inglesa intervenir con mayor rapi-

dez y eficacia en el momento en que la alianza tuviera que llevarse a efecto. El Sultán cedió, porque necesitaba la ayuda financiera de Inglaterra para pagar a sus tropas. Así fue colocada la isla de Chipre, por acuerdo del 4 de junio de 1878, bajo la administración *provisional* de Gran Bretaña.

En cuanto a Rusia, obtuvo resultados muy inferiores a sus esperanzas. Por supuesto, había quebrantado al Imperio otomano y aparecido como protectora de los eslavos. Cosa no despreciable para el porvenir. Pero, en el presente, sufría un sensible golpe en su prestigio, ya que hubo de renunciar a la creación de la *Gran Bulgaria*. A decir verdad, la política rusa no había seguido un plan: fueron, sobre todo, las iniciativas personales de Ignatief lo que la pusieron en mala situación. Sin embargo, los medios dirigentes rusos, por supuesto, echaban la culpa a las otras potencias en lugar de reconocer sus propios errores. Su rencor se dirigió no solamente contra Gran Bretaña y contra Austria-Hungría—¿no eran adversarios declarados en esta cuestión de Oriente?—, sino también contra Alemania, a la que reprochaban haber favorecido una *coalición de Europa* contra ellos.

¿Era admisible aquel reproche? Sin duda, en la interpretación de la crisis esta es la cuestión más importante. En realidad, la política bismarckiana, en el deseo de no comprometer la Entente de los tres emperadores, había evitado, durante mucho tiempo, tomar partido. Bismarck pensó primero que Alemania no debía escoger entre Rusia y Austria ni erigirse en juez de sus divergencias. En octubre de 1876 escribía: "La cuestión de saber si, a propósito de las complicaciones orientales, nos enemistaríamos durante largo tiempo con Inglaterra, o, lo que sería más grave, con Austria-Hungría, o, lo que sería lo más grave de todo, con Rusia, es infinitamente más importante para el porvenir de Alemania que todas las relaciones entre Turquía y sus súbditos o entre ella y las potencias europeas." Se negaba, pues, a seguir las sugerencias de Guillermo I, quien habría deseado dirigir una *advertencia* a Rusia. En la Conferencia de los embajadores, reunida en diciembre de 1876 en Constantinopla, había mantenido la misma actitud. *No echar en la balanza la voz de Alemania*. El acuerdo austro-ruso de enero de 1877 le había contentado. Al principio de la guerra ruso-turca, había asegurado al Gobierno ruso su neutralidad benévola, y había evitado la posibilidad de una oferta de mediación, que habría tomado, decía, "el carácter de una presión sobre Rusia". Solo a partir del tratado de San Stefano se había mostrado severo hacia la política rusa, porque la creación de una *Gran Bulgaria* era *inaceptable* para Austria-Hungría; pero tan pronto como el Gobierno del Zar hubo abandonado aquel objetivo, Bismarck aconsejó al Gobierno austro-húngaro que aceptara el acuerdo. La tesis, sostenida por muchos historiadores, según la cual Bismarck había tomado partido sistemáticamente contra la política rusa, no parece, pues, exacta. ¿Por qué no tener en cuenta la opinión de Schuvalof, segundo delegado ruso en el Con-

greso de Berlín, quien consideraba la política bismarckiana como favorable, en el fondo, para Rusia? No es menos cierto que el Zar creyó en esta mala voluntad alemana y que este convencimiento, aun siendo infundado, bastaba para hacer caducar el acuerdo celebrado en 1873 entre Rusia y Alemania. Parece ser que Bismarck no había previsto aquella reacción rusa; se sintió defraudado e irritado. Más tarde llegaría a decir, si hemos de creer a un testigo, que el Congreso de Berlín había sido "el mayor error" de su vida, que habría debido dejar a Rusia y a Inglaterra "devorarse mutuamente" y que hizo en 1878 una política de "empleo de Ayuntamiento".

\* \* \*

Después del arreglo internacional de 1878, la cuestión balcánica siguió siendo causa permanente de dificultades entre Austria-Hungría y Rusia. Las dos potencias continuaron sus esfuerzos, con éxito desigual, con vistas a extender sus influencias rivales.

Austria-Hungría obtuvo entre 1881 y 1883 resultados importantes en Serbia y en Rumania.

Gracias a la concurrencia de excepcionales circunstancias, consiguió asegurarse la obediencia del Gobierno serbio. El príncipe de Serbia, Milano Obrenovitch, por causa de su ambición financiera, de los escándalos de su vida privada y del desprecio que mostraba hacia la opinión pública, había perdido toda autoridad moral. Para conservar su poder, no vaciló en buscar el apoyo del Gobierno de Viena, aunque sabía que un acercamiento a Austria-Hungría era contrario a los deseos de casi toda la población serbia, sobre todo desde que los serbios de Bosnia y Herzegovina se hallaban colocados bajo administración austro-húngara. El 28 de junio de 1881, Milano firmó un tratado secreto, que solo puso en conocimiento del presidente del Consejo de Ministros cuando estuvo firmado. Serbia y Austria-Hungría se comprometían, si una de ellas se encontraba en guerra, a una *neutralidad benévola*. El Gobierno serbio se obligaba a no tolerar en su territorio intrigas dirigidas contra Austria-Hungría o contra el nuevo estatuto de Bosnia y Herzegovina y a no llevar a cabo ningún tratado político sin previo acuerdo con Austria-Hungría. A cambio, el Gobierno austro-húngaro ayudaría a la dinastía serbia a mantenerse en el poder. Es verdad que, ante las protestas del presidente del Consejo de Ministros, que veía allí un *tratado de protectorado*, Milano obtuvo de Austria-Hungría una atenuante: Serbia conservaría el derecho de llevar a cabo libremente tratados con otras potencias, a condición de que los mismos no fueran contra "el espíritu del tratado austro-serbio". Pero en una carta secreta Milano se comprometió *personalmente* a no firmar ningún tratado político sin consentimiento del Gobierno de Viena. Estas promesas serían renovadas en 1889, sobre las mismas bases, durante seis años más. La política exterior de Serbia estaba, pues, subordi-

nada a la de Austria-Hungría. Milano recibió la recompensa de tal docilidad; con el apoyo de Viena, obtuvo, en 1882, el título de rey.

Sin embargo, la colaboración personal entre el nuevo rey y Austria-Hungría no se vio libre de tormentas. Milano se entregó a veces a maniobras de chantaje; en 1885, por ejemplo, cuando el Gobierno austro-húngaro le negó un empréstito necesario para la construcción de vías férreas, amenazó con abdicar, lo que traería consigo, según hacía notar, una orientación diferente de la política exterior serbia. En ocasiones, su actitud fue extravagante; en 1886, ¿no se le ocurrió proponer al Gobierno austro-húngaro ceder, llegado el caso, sus *derechos al trono* al emperador Francisco José a cambio de una compensación pecuniaria para él o para su hijo? Los diplomáticos austro-húngaros, estupefactos, no llevaron a efecto una sugestión que les parecía peligrosa: "Milano—dijo uno de ellos—padece una enfermedad nerviosa." Austria-Hungría no se benefició menos por eso de aquella situación extraordinaria, pero no podía ocultarse a sí misma que era un beneficio precario.

En Rumania, la política austro-húngara obtuvo, con ayuda de Alemania, resultados más duraderos; pero unidos también en gran parte a la política personal del príncipe. Carol, un Hohenzollern, guardaba sus simpatías efectivas para el Imperio alemán. No las sentía ciertamente por Austria-Hungría, que conservaba bajo su dominio a tres millones de rumanos en Transilvania y en la Bukovina. Pero aún era más hostil hacia Rusia, porque en 1878 había impuesto a la Rumeña la cesión de la Besarabia meridional a cambio de una compensación mediocre, y también porque, teniendo en sus manos al nuevo príncipe búlgaro, podía ejercer presión por los dos lados sobre el estado rumano. El peligro ruso era pues, a sus ojos, más inminente que el austro-húngaro. De este modo, la diplomacia alemana encontró un terreno fácil. El 30 de octubre de 1883 Carol firmó con Austria-Hungría un tratado de alianza defensiva dirigido contra Rusia. Alemania concedió su aprobación a ese tratado.

He aquí lo que parecía asegurarle a Austria-Hungría en los Balcanes una creciente influencia, casi preponderante.

Rusia jugó durante aquel período la carta búlgara. Gracias a la presencia de sus tropas, disponía en 1879 de una influencia decisiva. El Parlamento búlgaro, el *Sobranié*, eligió por príncipe a Alejandro de Battenberg, alemán de nacimiento, aliado por su matrimonio con la familia real inglesa, pero sobrino del Zar, que apoyó su candidatura. Battenberg confió a dos generales rusos las carteras de Guerra y de Asuntos Extranjeros. El principado búlgaro parecía, pues, destinado a ser un estado *satélite* de Rusia. Pero no tardó la política en experimentar tropiezos. En los medios búlgaros más evolucionados, aquella sumisión chocaba con resistencias, tanto mayores cuanto que los rusos se reservaban los cargos importantes en la Administración y que mediante una política ferroviaria intentaban establecer su dominio sobre

la vida económica. A impulsos de Karavelof, surgió un movimiento nacionalista búlgaro, que se señaló como objeto sustraer a Bulgaria de la influencia rusa y reprochaba al príncipe Alejandro su excesiva obediencia al Zar. Battenberg tuvo en cuenta dichas resistencias; escuchó los consejos ingleses, y en 1883 intentó prescindir de sus ministros rusos; pero se vio obligado a batirse en retirada ante una intimación del Zar, y desde aquel momento perdió la confianza de su protector. "Mientras conservéis vuestro Gobierno actual, no esperéis nada de mí", declaró el soberano ruso en 1885 a una delegación búlgara.

La crisis estalló al año siguiente. En la noche del 20 al 21 de agosto de 1886 fue *raptado* el príncipe por oficiales búlgaros y conducido a la frontera. El agregado militar ruso en Sofía apoyaba este complot. A pesar de las protestas de los nacionalistas búlgaros, que exigieron el regreso del príncipe y lo obtuvieron durante algunos días, Battenberg tomó la decisión de abdicar el 7 de septiembre; se daba cuenta de que no podría sostenerse en el poder desafiando la voluntad del Zar. Rusia parecía haber restablecido su influencia en el principado, en el cual se constituyó un Gobierno provisional adscrito a sus órdenes. Pero la resistencia nacional no cejó. Cuando hubo que designar al nuevo príncipe, el *Sobranié* rechazó, en julio de 1887, el candidato presentado por Rusia y designó a Fernando de Sajonia-Coburgo, que era nieto, por línea materna, de Luis Felipe, pero había sido oficial en el ejército húngaro y era apoyado por el Gobierno de Viena. Esto significó un rudo golpe para la política rusa: no había conseguido defender la única ventaja de importancia obtenida en el Congreso de Berlín. Después de Serbia, después de Rumania, Bulgaria se le escapaba. ¿Qué posibilidades conservaría en la península balcánica, sobre la cual había esperado diez años antes lograr la preponderancia?

El Zar, cuyo espíritu era *muy elemental*, pero de ideas tan firmes como simples, declaró que Austria-Hungría le había *hecho marranadas*; esta es la expresión que empleó en enero de 1888 en una conversación con el embajador alemán. Y, sin embargo, no pareció pensar, como tampoco en 1878, en dar una réplica.

#### BIBLIOGRAFIA

Además de la obra de NOLDE, citada en la página 35 (sobre la política rusa), y la de TH. VON SOSNOSKY: *Die Balkanpolitik Oesterreich-Ungarns seit 1866*, Stuttgart, 1913-1914, 2 vol., véanse:

**Sobre la crisis de 1875-1878.**—R. H. DAVISON: *Turkish Attitudes and Christian-Muslim Equality*, en *J. of Modern History*, julio 1954, págs. 845-864.—D. HARRIS: *A Diplomatic History of the*

*Balkan Crisis, 1875-1878: the first year*, Stanford Univ., 1936.—B. SUMNER: *Russia and the Balkans, 1870-1880*, Londres, 1937.—W. MEDLICOTT: *The Congress of Berlin and after: a diplomatic history of Near East settlement, 1878-1880*, Londres, 1938.—G. H. RUPP: *A Wavering Friendship, Russia and Austria, 1876-1878*, Cambridge U. S. A., 1941.—G. WITTRICK: *Gorcakaw, Ignatiev u. Suwalow, 1876-*

1878, en *Hist. Pol.*, 1932, págs. 61-144. R. SETON-WATSON: *Gladstone, Disraeli and the Eastern Question*, Londres, 1936.—S. GORAIANOV: *La Question d'Orient à la veille du traité de Berlin, 1870-1876*, París, 1948.—N. IORGA: *Razboiul pentru independenta României, 1877-1878*, Bucarest, 1927, también del mismo: "La Guerre de 1877-1878: Nouvelles informations sur l'état d'esprit des belligerents", en *Revue d'histoire moderne*, 1928, págs. 81-102. H. TEMPERLEY: "Disraeli and Cyprus", en *English Hist. Review*, 1931, páginas 274-289 y 457-460.—CH. BLOCH: *Les Relations entre la France et la Grande Bretagne de 1871 à 1878*, París, 1954; tesis mecanografiada.—O. VERDEIL: *L'Insurrection bulgare et l'Opinion française*, París, 1949; tesis mecanografiada.—I. STOYADINOVITCH: *Les Aspects économiques et sociaux des Soulevements de 1875 en Bosnie-*

*Herzégovine*, París, 1952; memoria mecanografiada.—C. GIGLIO: *Il recondo gabinetto Depretis e la crise balcanica*, en *R. Stor. italiana*, junio 1955, págs. 182-213.

**Sobre el período 1879-1890.**—A. PRIBRAN: "Milan von Serbien und die Geheimverträge Oesterreich-Ungarns mit Serbien", en *Histor. Blätter*, 1921-1922, págs. 404-494.—G. YAKCHITCH: "Les traités secrets austro-serbes du 28 juin 1881 et du 8 février 1889" (documentos), en *Revue d'histoire diplomatique*, 1937, págs. 429-466.—P. PAVLOVIC: "Avantjury ruskogo czarizma v Bolgarii", Moscú, 1935 (documentos resumidos en *Affaires étrangères*, 1936, págs. 379-384).—E. CORTI: *Alexander von Battenberg; sein Kampf mit den Zarem und Bismarck*, Viena, 1920.—A. HAJEK: *Bulgariens Befreiung*, Munich, 1939.

## CAPITULO V

### EL CHOQUE DE LOS IMPERIALISMOS COLONIALES

Aunque los intereses económicos solo ocupaban un lugar muy secundario en los litigios continentales, desempeñaron, por el contrario, un activo papel, decisivo a veces, cuando chocaron los imperialismos en el Mediterráneo, en Asia y en Africa.

La cuestión de la preponderancia en el Mediterráneo había sido un importante elemento en la crisis balcánica de 1877-1878. Si el Gobierno inglés había hecho uso de la amenaza para detener la marcha de los ejércitos rusos hacia Constantinopla y se opuso enérgicamente a la creación de la *Bulgaria de San Stefano*, que extendería la zona de influencia rusa hasta el litoral del mar Egeo, ¿no era para que fracasara la política rusa de acceso al Mediterráneo? Lo consiguió. Pero la política mediterránea de Gran Bretaña aún tenía otras preocupaciones: la *puerta* de Suez y el *estrecho* de Sicilia. Se encontraba aquí con los intereses de Francia y con los de Italia. Entre 1875 y 1882, la cuestión de Egipto y la de Túnez ocuparon un lugar importante en las relaciones internacionales.

En ambos casos, era evidente el interés estratégico: Egipto era la encrucijada de los caminos que llevaban de Asia a Africa y de Europa al océano Indico; y la apertura del canal de Suez hizo crecer considerablemente su papel mundial: Túnez, situado a 180 kilómetros de Sicilia, era la orilla meridional de un camino de tránsito, sobre el que Gran Bretaña, mediante su base naval de Malta, ejercía un control. Ambos estados tenían un lazo de vasallaje respecto a la Puerta otomana; pero aquel lazo era mucho más impreciso en Túnez que en Egipto: el Sultán, desde mediados del siglo XIX, había renunciado prácticamente a ejercer sobre el Bey su soberanía; mientras que se interesaba más en que le fueran reconocidos sus derechos por el Jeddive: basta la proximidad geográfica para explicar la diferencia. En los dos países, el contacto establecido entre el gobierno local y las finanzas europeas creaba una situación favorable para la expansión de las grandes potencias.

El Jeddive de Egipto, Ismail, aprovechó las facilidades que le ofrecían los créditos bancarios para emprender gastos considerables, tanto por lo referente al *utillaje* nacional—ferrocarriles y canales de riego— como por lo relativo a las necesidades de su corte; dio impulso a la vida económica y triplicó, en una decena de años, los cambios con el extranjero; pero contrajo en los bancos europeos, sobre todo en los franceses, una deuda abrumadora; y, para hacer frente al pago de los

intereses, se vio obligado a lanzar empréstitos a plazo corto, al 12 por 100, e incluso al 15 por 100. Era evidente, desde 1870, que tal política de recursos extremos desembocaría pronto en una catástrofe financiera; los acreedores europeos, protegidos por el régimen de las Capitulaciones—que el Jedive había tratado, en vano, de hacer reformar—contaban con que les fueran concedidas ventajas económicas. Pero, ya que Egipto se había convertido, por la apertura del canal de Suez, en una gran vía de comunicaciones internacionales, los estados europeos podían también pensar en utilizar, con fines políticos, la influencia financiera conseguida por sus conciudadanos.

En Túnez, también el Bey se dejó tentar por el aliciente de las combinaciones financieras. Ya que tomó parte en la guerra de Crimea, enviando a su soberano un contingente, había practicado una política de prestigio: el mantenimiento de un ejército, costoso, aunque ineficaz, y la construcción de palacios, ocasionaron gastos, que fueron cubiertos mediante empréstitos contraídos, con intereses usurarios, en los bancos europeos.

En resumen, el Bey y el Jedive, inconscientes del peligro que implicaba el recurrir a la finanza europea, se habían echado *la soga al cuello*. En la capital de Túnez, la evolución fue más rápida que en Egipto: desde 1868, el Bey se sentía incapaz de pagar los intereses de sus empréstitos y tuvo que soportar que los estados cuyos bancos le habían proporcionado créditos le impusieran una *Caja de la Deuda* que interviniese las finanzas tunecinas. Parecía muy probable que el Gobierno egipcio se viese obligado a tener que soportar pronto un control semejante.

Por último, en los dos estados eran las mismas potencias europeas, Gran Bretaña, Francia e Italia, las que tenían intereses; pero disponían de medios de acción muy desiguales. Italia enviaba emigrantes: 10,000 en Túnez; en Egipto, formaban la mayor parte de la colonia europea, propiamente dicha (si no tenemos en cuenta a los griegos). Pero aquellos italianos—colonos, comerciantes, artesanos—no desempeñaban en la vida económica un papel que estuviera en relación con su número, porque la mayor parte de ellos no disponían de capital. Francia y Gran Bretaña tenían la ventaja de poseer recursos financieros que permitían a los que se encuentran bajo su jurisdicción ocupar un lugar importante en la explotación de aquellos “países nuevos”; en los años subsiguientes a la guerra de 1870-1871, los franceses aún dominaban lo mismo en Egipto (donde la Compañía del Canal de Suez había sido constituida gracias a capitales, que eran en su mayor parte franceses) que en Túnez, donde los capitales ingleses se aventuraban con mucha prudencia.

Simultáneamente, o casi, la suerte de ambos países iba a decidirse: uno, pasaría bajo la dominación de Inglaterra; el otro, bajo la de Francia, mientras que Italia se vería eliminada. Esta simultaneidad no fue resultado del azar, pues, al tratar de estos problemas, los políticos in-

gleses y franceses, no perdían nunca de vista sus mutuas incidencias.

En Egipto, no bien se abrió al tráfico el canal de Suez, en 1869, y se demostró, por la experiencia, la importancia de su papel en la vida económica, Gran Bretaña se preocupó de proteger sus intereses imperialistas. Reparar el error inicial de los capitalistas y del Gabinete ingleses, que no habían creído en el éxito de la empresa (1); obtener una parte en la administración del canal para conseguir una disminución de las tarifas de tránsito; asegurar, mediante un control establecido sobre Egipto, la seguridad del paso. Tales eran, a la sazón, los objetos de la política inglesa. A medida que la situación financiera y política del Gobierno egipcio le proporcionase la ocasión, los iría realizando en pocos años.

En noviembre de 1875, ya no pudo pagar el Jedive los intereses de su deuda: un vencimiento de cien millones de francos, al que era incapaz de hacer frente. El único activo de que disponía eran las acciones de la Compañía del Canal de Suez que poseía personalmente; pero cuyos cupones ya habían sido enajenados por diecinueve años; la venta de dichas acciones era posible, sin embargo, pues, a los ojos de los adquirentes, la operación no resultaba financiera, sino política. El Gabinete inglés hizo saber al Jedive que la cesión de aquel enorme paquete de títulos a un grupo financiero francés sería inaceptable, pues Inglaterra no quería ver aumentar la parte de los capitales franceses en la Compañía del Canal. Como el Parlamento estaba en vacaciones, el primer ministro, Disraeli, hizo que la reina y el Gabinete le otorgasen carta blanca para negociar, en las mejores condiciones posibles, la compra de las acciones del Jedive, a fin de “aumentar el poderío del Imperio”. El asunto se concluyó al precio de cuatro millones de libras, es decir, justamente los cien millones de francos que necesitaba el interés y el Gobierno francés, en nombre de sus conciudadanos, que aportó de modo inmediato la banca Rothschild a Disraeli. En lo sucesivo, el Consejo de Administración de la Compañía de Suez estaría formado, en la tercera parte, por ingleses. Pero la compra de dichas acciones abrió más amplias perspectivas: era inseparable—escribía el *Times*—“de la cuestión de las relaciones futuras entre Inglaterra y Egipto”.

El 8 de abril de 1876, el Jedive se encontró nuevamente acorralado y se vio obligado a suspender el pago de los atrasos de la deuda egipcia. Los tenedores extranjeros exigían que fuesen defendidos sus intereses y el Gobierno francés, en nombre de sus conciudadanos, que eran los más importantes acreedores, reclamó la institución de una *Caja de la Deuda* que administrase las finanzas egipcias, de manera que estuviera asegurado el pago de los cupones. El Gobierno inglés intervino, para exigir, a su vez, que ese control fuese ejercido, conjuntamente, por Gran Bretaña y Francia. Cuando los interventores ingleses

(1) Véanse págs. 268 y 269.

y franceses creyeron que, para reorganizar las finanzas, era necesario acabar con el gobierno personal del Jedive y formar un Ministerio responsable ante una asamblea elegida, un inglés, Wilson, fue nombrado Ministro de las Finanzas de Egipto, mientras que la cartera de Trabajos Públicos se le asignó al francés Bignières. Si el ministerio de los Trabajos Públicos se ocupaba de los canales de riego, cuyo papel era de capital importancia en la vida agrícola, el ministerio de las Finanzas era el que administraba los ferrocarriles, así como el puerto de Alejandría. Tal fue el régimen del *condominium* franco-inglés, por el cual la Gran Bretaña ocupaba, de hecho, una situación preponderante.

¿Cómo sorprenderse de que el funcionamiento de aquel régimen tropezase con resistencias en Egipto? El servicio de los intereses de la deuda, que tenía prioridad, absorbía los siete octavos de las rentas del Estado egipcio. Ya no quedaba casi nada para hacer frente a los gastos de la Administración y del Ejército. Si el Jedive empeñó parte de sus posesiones personales, ello no constituyó más que un paliativo. Los amos europeos de las finanzas egipcias llegaron a decretar economías masivas: a 2 500 oficiales del ejército del Jedive se les daba media paga; desde 1879, tales medidas de rigor provocaron protestas y motines. Los aldeanos padecían, a su vez, pues el Estado les imponía, para los trabajos públicos, un aumento de las tasas fiscales y de las prestaciones obligatorias; era lógico que echasen la culpa de ello a los extranjeros, de influencia decisiva en la Administración. Aquel descontento fue aprovechado por una minoría intelectual que deseaba la *liberación política* del Islam. Para evitar el riesgo de que el Jedive animara tal resistencia, Francia y Gran Bretaña exigieron la abdicación de Ismail, y le sustituyeron con su hijo Tewfik, que les parecía más dócil. Esta presión, por supuesto, solo consiguió avivar las protestas. El coronel Arabi Pachá organizó un partido nacionalista egipcio, que exigía la supresión del control financiero franco-inglés. El movimiento xenófobo se extendió, ocasionando, en Alejandría, en julio de 1882, una matanza, en la que perecieron sesenta y dos europeos (casi todos griegos). El éxito de los nacionalistas amenazaba, pues, no solamente a los capitales, sino la seguridad del canal de Suez. Después de algunas vacilaciones—pues Gladstone, vuelto al poder desde 1880, temía lanzarse en una aventura—, el Gabinete inglés se decidió a intervenir por las armas, no solamente en la zona del canal, sino también en Egipto. Sin embargo, brindó a Francia, conforme al espíritu del *condominium*, la participación en las operaciones. Pero Francia lo rehuyó. Así, pues, los ingleses se vieron "obligados a actuar solos", cosa que no les desagradaba mucho. El cuerpo expedicionario del general Wolseley—14 000 hombres—desembarcó en Egipto, el 13 de septiembre de 1882, en Tell-el-Kebir, y aplastó, en algunos instantes, a las tropas de Arabi Pachá. La sumisión de Egipto fue inmediata y absoluta.

En esta crisis egipcia, el único aspecto sorprendente es la actitud

de Francia. ¿Por qué dejó transcurrir los acontecimientos, a lo largo de los siete años que duró aquella crisis? ¿Por qué abandonó, sin oponer resistencia, la posición dominante que poseía en El Cairo, desde hacía medio siglo?

Habría podido tratar de tomarle la delantera a Inglaterra cuando la compra de las *acciones de Suez*: el banquero francés Dervieu, de acuerdo con la Sociedad General—una de las grandes instituciones financieras francesas más interesadas en los asuntos egipcios—había iniciado conversaciones con el Jedive. Pero el Gobierno francés se halló ante una advertencia categórica, dada por el Gabinete inglés. "Reconoced que somos los más interesados en el canal, ya que lo usamos más que los otros países; el mantenimiento de este paso se ha convertido para nosotros en una cuestión capital"; Gran Bretaña no quería *estar a merced del señor de Lesseps*; "la Compañía y los accionistas poseen ya 110 millones de los 200 que suman el capital-acciones; ya es bastante". El duque Decazes se inclinó ante este deseo. ¿Debemos olvidar que, algunos meses antes, cuando el *alerta franco-alemán* (1) había necesitado la ayuda de Gran Bretaña? Por idénticas razones, cuando Inglaterra exigió tomar parte en el control de las finanzas egipcias e impuso el régimen del *condominium*, Francia se resignó; actuar de otra manera, escribía Waddington, sería hacer "una política de rivalidad que no encajaría en nuestros planes".

Por último, si Francia no se había atrevido a asociarse a Gran Bretaña en una intervención armada contra el movimiento nacionalista egipcio y dejó el campo libre a su rival, fueron también razones de política general las que determinaron su abstención. Gambetta, durante su *gran ministerio* de tres meses, había considerado la intervención; en diciembre de 1881, insistió cerca del Gabinete inglés, que, entonces, se mostró reacio; pero la Cámara de los diputados temió una aventura y la caída del *gran ministerio*, con ocasión de una cuestión de política interior, fue, en el fondo, el resultado de esta inquietud. Al sustituir a Gambetta, Freycinet conocía ese estado de ánimo de la mayoría parlamentaria. Para disminuir los riesgos, había tratado de que se diera una solución internacional a la cuestión de Egipto: una conferencia de embajadores, reunida en Constantinopla, hubiera dado al Sultán poder para intervenir, en nombre de las potencias, con el fin de restablecer el orden en Egipto. Pero la conferencia fracasó. Colocado ante el plan inglés de intervención, Freycinet vaciló. Buscó un término medio, entre una política de pasividad, cuyo resultado hubiera sido eliminar a Francia de los asuntos egipcios y una acción decidida, que podría ocasionar complicaciones internacionales. En resumidas cuentas, consideró la intervención al lado de Gran Bretaña; pero solo para proteger el canal de Suez, no para aplastar, por la fuerza, el movimiento nacionalista en Egipto. Una gran mayoría de

(1) Véase más arriba. pág. 372.



los diputados, el 29 de julio de 1882, rehusaron votar los modestos créditos pedidos por el Gobierno; unos, los *gambettistas*, porque creían que aquella intervención restringida era insuficiente; otros—y había entre ellos radicales y conservadores—porque juzgaban que toda intervención, incluso limitada, podía ser peligrosa. Así, pues, aparentemente, fue una coalición de los extremos lo que provocó el fracaso de Freycinet, si bien los *gambettistas* no defendieron en las sesiones su punto de vista.

Ahora bien, ¿qué decían sus adversarios? Únicamente pensaban en el peligro alemán: ¿no se opondría Bismarck a una acción franco-inglesa en Egipto? Tanto en las izquierdas como en las derechas, parecía que la acción francesa, por su carácter, podría provocar “complicaciones internacionales”, pues se corría el riesgo de chocar con una “protesta de las potencias continentales”. ¿Cómo lograría Freycinet tranquilizar a la Cámara? En el curso de los días precedentes, había tratado, en vano, de obtener el consentimiento de Bismarck, quien contestó con declaraciones ambiguas: Alemania no quería hacerse responsable de ninguna intervención franco-inglesa; no manifestaría “ni aprobación ni desaprobación”. En vano trató el presidente del Consejo de saber si el Canciller aceptaría o no que Francia y Gran Bretaña tomasen “medidas conservadoras”; no obtuvo respuesta. Solo al día siguiente a la votación de la Cámara, Freycinet, dimisionario, recibió una nueva nota alemana, en la que se retiraban las objeciones anteriores. ¿No fue precisamente porque Bismarck sabía la caída del Ministerio, por lo que juzgó posible dar su consentimiento, destinado a quedar sin efecto en lo sucesivo?

Parece, pues, que el Canciller maniobró de aquel modo para provocar el fracaso del plan Freycinet. Ahora bien: en el mismo momento en que se dedicaba a desanimar los deseos franceses de intervención otorgaba a Gran Bretaña su consentimiento sin reservas. ¿Pensaría que Francia, eliminada de los asuntos egipcios, guardaría hacia Gran Bretaña un resentimiento favorable para la política alemana? No tenemos prueba formal de que se hiciera ese cálculo; pero sí razones para atribuírselo con verosimilitud.

En lo sucesivo, el ejército inglés ocuparía Egipto, a título “provisional”. Era una simple *situación de hecho*. Gran Bretaña no poseía ningún derecho determinado; dejó que se pensase que retiraría sus tropas el día que fueran restablecidas las garantías necesarias para el mantenimiento del orden en el país; pero se guardó muy bien de fijar un plazo; entre tanto, dirigía la vida política y económica, puesto que su representante en El Cairo daba *consejos* al Jédive, y tales consejos, bajo el régimen de ocupación inglesa, equivalían a órdenes.

En Francia, aquel éxito inglés dejó casi indiferente a la masa de la opinión pública, e incluso no pareció conmover mucho a los hombres de negocios, puesto que los capitales invertidos en Egipto no estaban amenazados. Pero los medios parlamentarios, aunque hubieran favo-

recido, mediante el voto de abstención, el éxito de la política inglesa, sentían no haber intervenido, invocando el prestigio nacional. El Gobierno creyó su deber anunciar, en enero de 1883, que volvía a recabar en la cuestión de Egipto, su *libertad de acción*, es decir, que se reservaba el derecho de no reconocer el hecho consumado. Podía exigirle a Gran Bretaña que fijase la fecha en la cual evacuaría sus tropas de Egipto, y reclamar, también, que la libertad de tránsito por el canal de Suez estuviera garantizada mediante un estatuto internacional. Pero ¿de qué medios disponía? Nadie pensaba en expulsar a Gran Bretaña de Egipto. No se podía tratar sino de ejercer una presión financiera, porque la Caja de la Deuda egipcia subsistía, y Gran Bretaña no podía, sin el consentimiento de Francia, dar destino a las rentas del Estado egipcio. Esa arma financiera fue la que utilizó el Gobierno francés, en 1884, para tratar de conseguir que se fijase la fecha de la retirada de las tropas inglesas. Vano esfuerzo: Gran Bretaña se zafó, a lo sumo aceptó, en 1887, mediante el convenio anglo-turco, llamado la *convención Drummond-Wolf*, dar una promesa condicional; pero en tales términos, que el Gobierno francés la juzgó inaceptable. En el fondo, la política de los *alfilerazos* que hacía el Gobierno francés, para satisfacer a la mayoría parlamentaria, no consiguió nada, salvo un punto: el establecimiento, en 1888, de un estatuto internacional del canal. Pero la cuestión de Egipto continuaría pesando, en las relaciones franco-inglesas, durante más de quince años.

En Túnez, por el contrario, Francia logró eliminar a Italia, con el asentimiento, ya tácito, ya expreso, de Gran Bretaña y de Alemania. La cuestión tunecina había sido planteada, a partir de 1878, en los pasillos del Congreso de Berlín, por el representante de Francia, Waddington, que había conseguido grandes seguridades. “Tomad Túnez—si queréis—; Inglaterra no se opondrá a ello”, había dicho el secretario de Estado en Asuntos extranjeros, Salisbury. Cuando el Gabinete fue invitado por Waddington a dar confirmación escrita de tal declaración, lo hizo, el 7 de agosto de 1878, en términos menos formales, pero lo suficientemente claros: “La presencia de Francia en esas regiones debe proporcionarle, cuando juzgue conveniente ejercerlo, el poder de influir, con fuerza decisiva, sobre el gobierno de la provincia vecina a Túnez.” Bismarck concedió, en el acto, su aprobación a la declaración de Salisbury; en una conversación con Saint-Vallier, el 5 de enero de 1879, incluso animó a Francia a que actuase: “Creo que la pera tunecina está madura y que ya es tiempo de que la cojáis. Ese fruto africano muy bien podría estropearse ahora o ser robado por otro, si lo dejáis demasiado tiempo en el árbol.”

¿Qué motivos tenían Inglaterra y Alemania para demostrarle a Francia tan buena voluntad en la cuestión tunecina?

El Gabinete inglés, en el momento en que se apoderó de Chipre e impuso en Egipto el régimen del *condominium*, sintió la necesidad de dejar a Francia obtener una compensación. Ahora bien, se daba

cuenta de que Túnez no podría permanecer independiente, y prefería que cayese en manos de Francia que en las de Italia, porque no deseaba que las dos orillas del estrecho de Sicilia estuviesen en poder de la misma potencia.

El canciller alemán, después del fracaso del *alerta* de 1875 y tras la crisis del 16 de mayo, revisó su actitud respecto a Francia (1). Veía con agrado que buscarse una expansión colonial y esperaba que aquella nueva preocupación llevaría a la opinión pública francesa a olvidar la cuestión de Alsacia y Lorena; tampoco quería arriesgarse, oponiéndole una negativa, a herir el sentimiento nacional francés y lanzar a Francia en los brazos de Rusia. "Mi deseo—dijo a Saint-Vallier—es daros pruebas de mi buena voluntad, en las cuestiones que os importan y donde no hay intereses alemanes opuestos a los vuestros." Pero también daba por descontado, sin duda, que la instalación de Francia en Túnez crearía, entre esta e Italia, un antagonismo duradero.

El Gobierno francés había recibido así, desde 1878, promesas secretas. Si tardó tres años en sacar provecho de ellas fue porque vacilaba en enemistarse con Italia y temía debilitar, de este modo, su posición en la política continental.

Tal vacilación permitió al Gobierno italiano desarrollar, en Túnez, una contraofensiva, cuyo agente de ejecución era el nuevo cónsul general de Italia en Túnez, Maccio. Mediante subvenciones a las escuelas italianas de Túnez se esforzaba en mantener la cohesión de sus conciudadanos, con la fundación de periódicos en lengua árabe, llevaba a la población indígena una propaganda antifrancesa. Pero, sobre todo, fueron los intereses económicos el campo de batalla de una ardiente lucha: los negocios más resonantes—el del ferrocarril Túnez a La Goleta, rescatado por una sociedad italiana a una sociedad inglesa; la del territorio del Enfidá (90 000 hectáreas), adquiridas por una sociedad francesa, cuyos derechos fueron impugnados por un súbdito inglés, son ejemplos típicos de los métodos empleados, de una y otra parte, en esta rivalidad. En conjunto, la influencia francesa perdía terreno. El cónsul de Francia, Roustan, en 1880, declaró que ya era tiempo de acabar con ello, si no se quería dejar a Italia "que nos suplante" (2).

¿Cómo llegó el Gobierno francés a decidirse a actuar? Freycinet, durante su ministerio de 1880, pensó en imponer al Bey, mediante una demostración naval, un tratado de protectorado. Jules Ferry, que le sucedió, vacilaba, al principio, sin duda, porque la caída del Gabinete Disraeli hacía insegura la ejecución de la promesa dada, en 1878, por Salisbury. Parece ser que la iniciativa recayó sobre el barón de Courcel, director de los asuntos políticos en el ministerio de Asuntos

(1) Véase más arriba, pág. 373.

(2) *Couper à la France l'herbe sous le pied*. Literalmente, "Cortar la hierba bajo los pies de Francia". (N. del T.)

Exteriores. Courcel obtuvo el asentimiento de Gambetta, cuya autoridad era decisiva, aunque no estuviera en el Gobierno. Solo entonces se decidió el presidente del Consejo. Oportunamente surgió el incidente que ocasionó la intervención: una incursión de krumirs tunecinos en territorio argelino. "En este asunto—escribe Roustan—se trata de una cuestión de frontera; puesto que estamos en nuestro territorio, Italia e Inglaterra no tienen nada que decir." El 7 de abril de 1881, el Gobierno obtuvo de la Cámara de los diputados la votación de los créditos necesarios para una expedición. El 12 de mayo, el comandante del cuerpo expedicionario impuso al Bey la firma del tratado del Bardo, que colocaba bajo el control de Francia la política exterior de la Regencia. No pasarían más que dos años sin que el tratado de la Marsa diera forma completa al protectorado, extendiendo el control francés a los asuntos interiores y a las finanzas del país.

Este fue el primer éxito de importancia en el activo de Francia, desde su derrota de 1871. Se consiguió gracias a la coyuntura internacional. Para obligar a Italia a inclinarse era preciso contar con el consentimiento de Alemania y con la tolerancia de Inglaterra. Ahora bien, Bismarck, manteniendo su promesa, hecha en enero de 1879, había asegurado al Gobierno francés su simpatía. El Gabinete liberal inglés, más reacio, declaró, no obstante, después del hecho consumado, que no intentaría contrariar la política francesa. El Gobierno italiano, aislado, no se atrevió a ir más allá de una protesta. Pero la opinión parlamentaria quedó profundamente herida: ¿No tenía Italia derechos adquiridos en Túnez, por la presencia de sus diez mil colonos? No es de extrañar que los italianos aprendieran una lección con este fracaso. Si sufrían aquel revés era porque se hallaban demasiado débiles para defender, por sí solos, sus intereses. De aquí a buscar el apoyo de Alemania, e incluso, si fuera preciso, el de Austria-Hungría no había más que un paso: el Gobierno italiano no tardaría en darlo.

\* \* \*

Al mismo tiempo el movimiento de expansión colonial comenzaba a desarrollarse en el África negra, en Asia Central y en Indochina. En algunos puntos críticos se enfrentaban directamente los intereses de las potencias europeas.

En África, Gran Bretaña había intentado, en 1877, proclamar la anexión de la República del Transvaal; pero después de una sublevación de los bóers, en 1880, se vio obligada a reconocer la independencia de aquel Estado, conservando solamente el derecho de vigilar su política exterior. Puso el pie, durante el año 1881, en el bajo Níger, y, en 1885, en África Oriental. Francia estableció, en 1885, su protectorado sobre la isla de Madagascar; si instaló, en 1882, en Obok; penetró, entre 1880 y 1883, en la curva del Níger. Italia ocupó, en el mar Rojo, la bahía de Assab, en 1880, y, en 1884, el puerto de Massaua,

en torno del cual se constituyó su colonia de Eritrea. Alemania, por último, entró en escena, en la primavera de 1884, cuando Bismarck cedió a la presión de los intereses económicos: se estableció, primero, en abril de 1884, en la costa del Sudoeste africano; luego, en el Camerón; por último, en África Oriental, al norte de los establecimientos ingleses. ¡Qué de ocasiones para que surgiesen disputas entre las potencias europeas!

Solo en África Central, en la cuenca del Congo, llegaron a ser verdaderamente agrias las rivalidades. Tal zona era propiedad de la Asociación Internacional del Congo, fundada por el rey de los belgas, Leopoldo II, hombre de Estado y de negocios. Con el concurso de Stanley, que había entrado a su servicio, la Asociación estableció, entre 1879 y 1882, puestos en toda la región comprendida entre los Grandes Lagos y el Stanley Pool: tenía, así, una posesión de hecho. La cuestión del acceso de ese enorme territorio al océano Atlántico no estaba resuelta, sin embargo, pues la Asociación Internacional tropezaba con otras iniciativas: el camino del Ogoué fue reconocido, desde 1882, por una expedición francesa, la de Savorgnan de Brazza que, en 1884, en su cuarto viaje, llegó al Stanley Pool; el camino del bajo Congo corría el riesgo de ser también cerrado, pues Portugal, que poseía, al sur de la desembocadura del río, Angola, y al Norte, Cabinda, pretendía tener derechos sobre toda la costa, y obtuvo, en febrero de 1884, a pesar de las protestas de Leopoldo II, el apoyo de Gran Bretaña.

El Gobierno alemán se aprovechó de estos incidentes para sugerir una solución de conjunto: se pronunció en contra del establecimiento "de un régimen exclusivo en beneficio de una sola potencia en la desembocadura del Congo", y exigió que la *libertad de comercio* fuera asegurada en todos los territorios del África Central, próximos al Atlántico. Bismarck pensaba crear así un precedente y colocar las bases de un nuevo régimen colonial que ya no permitiría a los estados colonizadores atribuirse un beneficio exclusivo; este régimen proporcionaría ventajas evidentemente a Alemania, que *recogería sin haber sembrado*.

Sobre estas bases, la diplomacia alemana, buscó, a partir de abril de 1884, un acuerdo con Francia. Jules Ferry aceptó una negociación, pero a condición de que Alemania consiguiese atraer a ella a Inglaterra; y se orientaron, por tanto, hacia una conferencia internacional, después que un cambio de opiniones franco-alemán señaló el programa. Reunida en Berlín, la conferencia se celebró de noviembre de 1884 a febrero de 1885. Las dificultades de detalle, que surgieron, sobre todo entre Francia y Alemania, no fueron obstáculo para que se consiguiese una importante labor. El acta general que cerró los trabajos reconocía la existencia del Estado independiente del Congo, cuyo soberano era el rey de los belgas, Leopoldo, sin que esta situación indicase un lazo jurídico entre el reino de Bélgica y el nuevo estado. Se decidió que, para tomar posesión de territorios en África Central,

toda potencia europea debería, en lo sucesivo, dirigir una notificación a las otras potencias y proceder a una ocupación efectiva de la región, impidiéndose así que un estado, para adelantarse a sus competidores, proclamase la anexión de territorios sobre los cuales no poseyera ninguna autoridad real. Estableció, por último, la libertad de comercio en toda la vasta zona llamada "cuenca convencional del Congo", mucho más extensa que la cuenca *geográfica*, ya que englobaba el litoral atlántico del África Central desde la desembocadura del Logé, al sur del Congo, hasta la desembocadura de Ogooué y el litoral del océano Índico, desde el Zambezé hasta las fronteras meridionales de Etiopía; esta libertad de comercio implicaba, según el texto del acta, la libertad de navegación por el Congo y sus afluentes para los navíos de todas las nacionalidades; la entrada libre de las mercancías importadas y la igualdad de derechos, desde el punto de vista económico, para todos los europeos que fueran a ejercer sus actividades a dichos territorios. Por primera vez, los estados europeos conseguían establecer el principio de una *explotación económica abierta a todos en el campo colonial*, es decir, un régimen a propósito para atenuar las rivalidades internacionales.

En Asia, los progresos de la expansión europea iban unidos, sobre todo, a dos preocupaciones: la conquista de vías de accesos terrestres al *mercado chino* y la consolidación de las fronteras de la India. En los dos casos, los intereses ingleses (económicos en China, estratégicos en las regiones que defienden el Pendjab) se veían amenazados por otras iniciativas europeas: las de Francia, y más aún, las de Rusia.

La cuestión del Afganistán amenazaba, en 1885, con provocar un conflicto entre Inglaterra y Rusia. Desde 1860, Rusia había comenzado en el Turquestán una política de expansión en la que los intereses económicos—la perspectiva de desarrollar en el valle del Ferghana el cultivo del algodón—desempeñaban un papel menos importante que el interés político: conseguir un medio de presión sobre Gran Bretaña. Después de los tropiezos que experimentara en los Balcanes (1) realizaba aquel esfuerzo con mayor actividad, simultáneamente, hacia el Este—el valle del Ili—, donde las tropas rusas habían invadido las fronteras del Imperio chino—, y hacia el Sur, donde, en febrero de 1881, ocuparon el oasis de Merv, y avanzaron hacia la barrera montañosa que limita la meseta de Afganistán. Con China se resolvió el conflicto, en 1881, abandonando a Rusia una parte del valle del Ili. Pero el progreso ruso hacia el Afganistán planteaba problemas más graves, porque comprometía la seguridad de la India, cuya "cobertura" en dirección Noroeste la formaba desde hacía medio siglo el *bastión afgano*. Por la fuerza, Inglaterra impuso al emir del Afganistán, en mayo de 1879, el tratado Gandemax, que establecía un cuasi protectorado.

(1) Véase anteriormente, capítulo IV

Para darle una aplicación efectiva fue preciso apastar una rebelión e instalar a un nuevo emir: al terminar la tercera guerra afgana, el Gobierno británico, en agosto de 1883, esperaba, pues, haber consolidado su posición y establecido una barrera contra la expansión rusa. Pero si se pusiera a prueba la solidez de tal barrera, ¿no se correría el riesgo de que fuera destruida?

La crisis se hizo amenazadora cuando, en marzo de 1884, el mando ruso se dispuso a lanzar sus tropas hasta el oasis de Pendjeh, próximo al paso del Zulficar, que da acceso a la meseta afgana. El emir de Afganistán exigió la ayuda de Inglaterra, para obtener de Rusia una delimitación de fronteras. El Gobierno inglés inició, en vano, las negociaciones: el 30 de marzo de 1885, las tropas rusas ocuparon Pendjeh.

Era esto, según los medios oficiales ingleses, una "agresión no provocada", que Gran Bretaña no podía tolerar, pues la cuestión interesaba directamente a la India, *corazón* del Imperio. El Gobierno exigió a la Cámara de los Comunes que votase los créditos necesarios para los preparativos militares. A algunos miembros del Gabinete la guerra les parecía inevitable. Ahora bien, aunque se pudiera obtener el concurso de Persia, no sería posible llevar la lucha hasta el Afganistán, donde Herat se hallaba al alcance de las tropas rusas. Pero esa guerra, dijo Rosebery, "la haremos en todas las partes de Rusia que nos son accesibles". ¿Dónde entonces? A falta de ejército suficiente, Gran Bretaña pensó, como es lógico, en objetivos que pudieran alcanzarse con sus fuerzas navales. Envió una escuadra a la costa de Corea para amenazar Vladivostok. A esta presión lejana, ¿podría, si llegara el caso, añadir otra de mayor eficacia? Sería preciso actuar en el Cáucaso. Pero ¿cómo conseguir, para la flota inglesa, el derecho de franquear los Dardanelos y el Bósforo por los cuales no podían pasar los navíos de guerra, según acuerdo de la Convención internacional de 1841 (1)? Alemania, y luego Austria-Hungría y Francia, recordaron al Sultán que el *cierre* de los Estrechos había sido establecido por un acta internacional, y el Gobierno otomano se apresuró a declarar que él se atendería a dicho estatuto.

Ante esos obstáculos, los miembros del Gabinete vacilaron. Hartington consideraba que la ruptura era *casi inevitable*, pues Gran Bretaña no podía prescindir de su dignidad; será preciso, pues, declarar la guerra, incluso en Afganistán, si los rusos penetraban en ese país. Pero Joseph Chamberlain, por muy preocupado que estuviese con las cuestiones imperialistas, creía que era "casi imposible" declarar la guerra: "el enemigo—decía—no es vulnerable" y el *casus belli* no se hallaba lo bastante claro para suscitar la unanimidad del pueblo inglés; mejor sería, pues, buscar un arreglo, aún cuando el gabinete hubiera de sufrir una *humillación personal*. Esta era también la

(1) Véase anteriormente, pág. 101.

opinión de Gladstone. Por su parte, el Zar pensaba, según parece, que una guerra anglo-rusa daría como principal resultado la consolidación de la preponderancia alemana en Europa. La negociación se inició, pues, a fines de abril, y el protocolo de 10 de diciembre de 1885 dejó el Pendjeh a los rusos y el paso de Zulficar al Afganistán. La amenaza de guerra se había alejado del Asia central.

La Indochina era teatro de un esfuerzo paralelo de Francia y de Inglaterra. El Gobierno francés, después de diez años de prórrogas, decidió ocupar Tonkín y establecer su protectorado en el resto del Imperio de Annam, a costa de una guerra con China (1884-1885), cuyas tropas ocupaban el alto Tonkín. Por el tratado de Tien-Tsin, del 9 de junio de 1885, el Gobierno chino, a pesar del fracaso sufrido el 30 de marzo por las fuerzas francesas en Langson, prometió, no solo retirar sus tropas, sino abrir al comercio francés, en dos puntos de la frontera china meridional, el acceso a las provincias del Yunnan y del Kuang-Si, por donde podrían penetrar las mercancías, pagando derechos inferiores a la tarifa de las aduanas marítimas. Esta política fue facilitada por Bismarck; cuando el Gobierno francés, después de haber decidido el bloqueo de las costas chinas, impidió los transportes de arroz de Cantón hacia Tien-Tsin, la diplomacia alemana otorgó a tan rebatible interpretación del derecho internacional, el apoyo de su autoridad. La dominación inglesa, ya establecida en el delta del Irawadi, se extendió, en 1885-1887, al reino de Birmania, a fin de prevenir una eventual tentativa francesa, que sería peligrosa para la seguridad de la India. Desde Bhamo, punto extremo de la navegación por el Irawadi, era posible llegar, por caminos de mulas, al territorio chino del Yunnan. Los dominios coloniales de los dos estados se encontraban, pues, en contacto directo con la China del Sur.

Entre los territorios inglés y francés, el Siam formaba un *tapón*, salvo en la región del alto Mekong, dividido en pequeños principados que ofrecían un campo de acción a la penetración de las dos influencias rivales. Dicho Estado-tapón ¿podría subsistir? Tal fue la pregunta que comenzó a plantearse en 1887 cuando el Gobierno francés intentó extender el territorio de Annam hasta el Mekong medio, es decir, anexionarse Laos, región disputada desde mucho antes entre Siam y el Annam, pero ocupada parcialmente, desde 1885, por los siameses. Después del fracaso de los medios diplomáticos las tropas francesas, en 1893, penetraron en Laos. Para obligar al Gobierno siamés a reconocer el hecho consumado se decidió una *demonstración naval*: dos cañoneros forzaron el paso del Ménam y llegaron a Bangkok el 13 de julio; como esta amenaza resultó ineficaz, el Gobierno francés resolvió bloquear toda la costa siamesa.

El Gabinete inglés, presidido por Rosebery, un *liberal imperialista*, amenazó con intervenir en aquel conflicto franco-siamés. ¿Se debió esta amenaza solamente a que el bloqueo perjudicaría directamente los intereses de Gran Bretaña, con la que el Siam realizaba el 90

por 100 de su comercio exterior? ¿Acaso la ocupación de Laos inquietaba a algunos coloniales ingleses? No. La preocupación esencial era de índole política: la acción de las fuerzas francesas ante Bangkok hacía pensar que la independencia de Siam se veía amenazada, y la permanencia del Estado-tapón era necesaria para la seguridad de la India. El asunto, en consecuencia, rebasaba el marco de una simple protesta diplomática: provocó la indignación de la prensa inglesa, que llegó a comparar la suerte de Siam con la de Polonia, y suscitó, en los medios gubernamentales, comentarios apasionados. "La conducta de Francia es amenazadora—escribió la reina—: se trata del honor del Imperio." La agresión cometida contra Siam era "un acto de traición, una indignidad", dijo Rosebery, quien dejó entrever medidas graves. Y la reina encareció, en una carta al primer ministro: "Debemos perseverar y prepararnos para cualquier eventualidad. No debemos ceder ante los franceses, o perderemos para siempre nuestra posición en Europa." Rosebery se preocupó incluso por saber cuál sería la actitud de Alemania y de Italia en el caso de una guerra franco-inglesa. Pero, cuando se inclinó Siam, el 31 de julio, ante el ultimátum francés, que arreglaba la cuestión de Laos, sin tocar la independencia del Estado-tapón, el Gabinete inglés se tranquilizó, aplacándose el tumulto diplomático. Cuando, tres años más tarde, por el convenio del 25 de enero de 1896, Francia y Gran Bretaña se repartieron los pequeños principados del alto Mekong, la promesa mutua de no intervención en el valle del Ménam fue estipulada expresamente.

Gran Bretaña había protegido, pues, sus intereses esenciales contra Rusia y contra Francia. ¿Habría podido conseguirlo si se hubiera encontrado sometida a una presión simultánea?

Así, pues, los litigios coloniales se hallaban unidos, casi en todas partes, a las dificultades políticas europeas. No es posible comprender los unos sin estudiar las otras. Únicamente la política inglesa concedía, al menos en la mayoría de los casos, prioridad a las cuestiones coloniales. El Gobierno ruso, cuando comprometía todo su esfuerzo en el Turquestán, pensaba, sobre todo, en ejercer una presión sobre Gran Bretaña, para hacer que se tuvieran en cuenta los intereses rusos en la política balcánica; pero temía, si iba demasiado lejos, reforzar la potencia alemana. Francia evitó llevar sus litigios con Gran Bretaña hasta el punto de que Alemania sacase partido de ellos. Por lo que se refiere a Birmarck, en todas las ocasiones, ya se tratase del Congo, de la guerra franco-china, del conflicto anglo-ruso o de la vecindad anglo-alemana en Africa del Sur, consideró primero qué partido podría sacar de esas diferencias coloniales en beneficio de su política continental. Así, pues, la interpretación histórica debe dedicarse al estudio de esa política europea.

## BIBLIOGRAFIA

Además de las obras citadas en la página 50:

**En Africa.**—N. SABRY: *L'Empire égyptien sous Ismaïl et l'ingérence franco-anglaise, 1863-1879* París, 1933.—E. W. POLSON-NEWMAN: *Great Britain in Egypt*, Londres, 1928.—M. KLEINE: *Deutschland und die ägyptische Frage*, Greifswald, 1927.—J. CHARLES-ROUX: *L'Isthme et le Canal de Suez*, París, 1901, 3 vols.—CH. A. JULIEN: *Histoire de l'Africa du Nord*, París, 1931.—C. TUMEDEI: *La questione tunisiana e l'Italia*, Bolonia, 1922.—W. O. AYDELOTTE: *Bismarck and British colonial policy: the problem of South West Africa, 1883-1885*, Filadelfia, 1937.—C. KÖNIGH: *Die Berliner Kongo-Konferenz, 1884-1885*, Londres, 1942. R. S. THOMSON: *La Fondation de l'Etat indépendant du Congo: un chapitre de l'histoire du partage de l'Afrique*, Bruselas, 1933.—G. JANTZEN: *Ostafrika in der deutsch-englischen Politik, 1884-*

1890, Hamburgo, 1934.—J. L. MIEGE: *La pénétration européenne au Maroc, 1830-1894*, París, 1959 (importante tesis mecanografiada).—J. GANIAGE: *Les origines du protectorat française en Tunisie, 1861-1881*, París, 1959.

**En Asia.**—V. CHIROL: *The Middle Eastern Question. Problems of Indian Defence*, París, 1903.—W. HABBERTON: *Anglo-Russian Relations concerning Afghanistan, 1837-1907*, Univ. de Illinois, 1937.—P. DAS GUPTA: *La politique anglaise en Asie centrale de 1878 à 1885*, París, 1951, tesis mecanografiada.—S. SUBAMONKALA: *La Thaïlande et ses relations avec la France*, París, 1940.—J. SUBANU: *La politique française et la Thaïlande, 1856-1904*, París (tesis mecanografiada).—A. L. NAROCNICKIJ: *Kolonial' naja politika Kapitalisticheskikh derzav na Dalnem Vostoke, 1860-1895* (La política colonial de las potencias capitalistas en Extremo Oriente), Moscú, 1956.

## CAPITULO VI

## LA DIPLOMACIA BISMARCKIANA

Los antagonismos del sentimiento nacional y de los imperialismos coloniales forman el telón de fondo sobre el cual se dibujan las dificultades políticas en Europa. Sin embargo, no debemos exagerar el alcance de las *crisis diplomáticas*, pues ninguna de las grandes potencias deseaba realmente la guerra. Pero todas creían que era posible un conflicto general, y procuraban establecer una situación que pudiese prevenir el conflicto, o bien, hacerle frente en condiciones favorables. En el centro de aquella actividad diplomática, Bismarck dominaba. Sabía aprovecharse de las diferencias de intereses para mantener la preponderancia continental conseguida por Alemania, pero también llegaron a preocuparle tales diferencias cuando la cuestión balcánica provocó entre Austria-Hungría y Rusia amenazas de conflicto.

¿Cómo logró el Canciller del Imperio, hasta que abandonó el poder en 1890, mantener alrededor de Alemania un sistema de alianzas y de acuerdos que confirmaba su preponderancia? La acción diplomática no fue, en este caso, simple regateo: tenía como objetivo la construcción de un *sistema* cuya existencia dominase las preocupaciones de los gobiernos y de los pueblos. Por ello es necesario concederle especial atención; sin conocer, por lo menos en sus líneas esenciales, esta actividad diplomática, sería imposible comprender las inquietudes de que daban prueba, en todas partes, no solamente los medios políticos, sino también la opinión pública.

En mayo y junio de 1873, el Canciller del Imperio alemán estableció la primera forma de su *sistema*: la "Entente de los Tres Emperadores". Esta alianza se basaba en dos textos.

El primero era un convenio germano-ruso, firmado el 6 de mayo de 1873. "Si uno de los Imperios fuese atacado por una potencia europea, sería socorrido, en el más breve plazo posible, por medio de un ejército de doscientos mil hombres de tropas efectivas" (1). Este convenio, que no era un tratado en forma y que solo llevaba la firma de los soberanos, se concluyó sin límite de duración; pero podía ser denunciado con el previo aviso de dos años; tenía el carácter de alianza defensiva. El segundo texto fue un convenio austro-ruso, firmado el 6 de junio de 1873. No era un tratado de alianza, sino solo un acuerdo personal entre el emperador Francisco José y el zar Alejandro, que

se comprometían a *consultarse*, ya en caso de divergencias entre sus estados respectivos, ya en la hipótesis de que la paz se viera amenazada *por la agresión de una tercera potencia*. El Emperador alemán otorgó su adhesión a este acuerdo en un acta de fecha 22 de octubre de 1873.

La interpretación de la política alemana, a primera vista, parece simple. Por sus acuerdos con Austria-Hungría y Rusia, Bismarck creía adoptar seguridades contra el cambio acontecido en el Gobierno francés el 24 de mayo de 1873: caída de Thiers y subida de MacMahon al poder (1). Esta explicación se ve, sin embargo, desmentida por el examen de los documentos. Los preámbulos de la política bismarckiana se remontan al verano de 1872, es decir, a la época en que Thiers acababa de manifestar su intención de pagar la indemnización de guerra con mayor rapidez de la que estaba prevista en el tratado de Francfort. El 8 y el 9 de septiembre de 1872 los tres Emperadores tuvieron en Berlín los primeros cambios de impresiones que precedieron a la conclusión de los acuerdos de 1873. Y el acuerdo germano-ruso fue firmado el 6 de mayo de 1873, cerca de tres semanas *antes* de la caída de Thiers. Así, pues, en el preciso momento en que Bismarck se declaraba satisfecho de la política francesa y tranquilo por la *leal* ejecución del tratado de Francfort, se dedicaba a aislar a Francia. De hecho, aquel sistema de garantías diplomáticas era necesario en el ánimo del Canciller alemán, porque el éxito del empréstito de *liberación del territorio* y el voto de la ley militar de junio de 1872 eran indicios de un restablecimiento rápido de Francia y también porque Alemania iba a perder, en plazo breve, la seguridad que representaba para ella la presencia en territorio francés de sus tropas de ocupación.

Bismarck esperaba que el juego de tales acuerdos le pusiera en situación de controlar la política rusa y la austro-húngara; contaba con poder mantener a los dos vecinos "en el mismo atalaje". Pero los acuerdos silenciaban las cuestiones más delicadas, las que pudieran enfrentar en los Balcanes los intereses de Rusia con los de Austria-Hungría. Los tres gobiernos, por lo demás, obedecían a móviles diferentes. Alemania buscaba el apoyo de Rusia, a fin de desanimar toda tentativa francesa de desquite. Rusia solo firmó el acuerdo con Alemania para evitar una aproximación estrecha entre los dos imperios centrales. Austria-Hungría únicamente veía en la *entente* de los tres Emperadores una concesión hecha a Bismarck con vistas al porvenir. El *sistema* era, pues, precario. Bismarck no tardó en percibirlo: la corta crisis que estalló en las relaciones franco-alemanas (2) en la primavera de 1875 puso a prueba el acuerdo germano-ruso, y la prueba resultó desalentadora para la política del Canciller.

\* \* \*

(1) Véase anteriormente, pág. 371

(2) Véase anteriormente, pág. 372

(1) El texto original del convenio está en lengua francesa.

El acuerdo de los tres Emperadores, quebrantado ya por el *alerta* de 1875, no podía sobrevivir a la crisis balcánica de 1877-78; a finales de 1878 el *sistema* que Bismarck había establecido en 1873 se derrumbó. Pero el Canciller iba a reconstruirlo, casi en seguida, sobre bases nuevas. Puesto que se veía obligado a escoger entre Rusia y Austria-Hungría, optó, en 1879, sin dudar por esta última. No obstante, consiguió en 1881 volver a establecer un lazo con Rusia, al mismo tiempo que se aseguraba en 1882, por la alianza con Italia, un medio de *contener* a Francia. Alianza austro-alemana, tratado de los tres Emperadores, Triple Alianza, estas eran las piezas del nuevo *sistema bismarckiano*.

El Gobierno austro-húngaro deseaba desde 1871 la alianza con Alemania (1). Adoptando esta solución a principios de 1879 Bismarck daba evidentemente a su política una orientación *antirrusa* que no respondía a sus planes generales. ¿Por qué se decidió a hacerlo entonces? Temía ver a Austria-Hungría, si permaneciera aislada, procurarse una alianza con Francia o incluso resolverse a buscar, sin Alemania, un acuerdo con Rusia. A partir de junio de 1879, ya había declarado al embajador de Francia: "La intimidación con Austria-Hungría será, cada vez más, la base de la política alemana." El incidente que surgió en agosto de 1879—una carta dirigida a Guillermo I por el Zar quejándose en términos muy vivos de la actitud de Bismarck (2) y haciendo alusión a las "consecuencias muy graves" que podrían resultar de ello—no fue más que una ocasión para que el Canciller tomase una iniciativa en la que estaba pensando desde hacía varios meses. El 27 de agosto de 1879 propuso a Andrassy la conclusión de una alianza defensiva.

Al principio, todo fue bien. Sin embargo, comenzaron las dificultades cuando se trató de definir *contra quién* se llevaría a cabo la alianza. Alianza general, decía Bismarck. Ahora bien, Andrassy no aceptaba comprometerse a apoyar a Alemania en caso de que se viera atacada por Francia. Lo que quería era un acuerdo solo contra Rusia. Bismarck consintió en ello; pero tropezó con la resistencia del emperador Guillermo I, convencido de que Austria-Hungría no podía haber olvidado la guerra de 1866 y transformarse en una aliada sincera, y deseoso también de no ofender a Rusia, en la que, según él, no percibía "designios hostiles" contra Alemania. "No os autorizo a llevar a cabo un convenio o una alianza con Austria-Hungría", escribe el Emperador a Bismarck el 10 de septiembre. Ante una amenaza de dimisión de su Canciller, Guillermo I se resignó, sin embargo, a dar su autorización, pero a condición de que Rusia no fuese especialmente nombrada en el tratado. Como Andrassy no aceptó la condición (pues

(1) Véase anteriormente, pág. 358.

(2) En las cuestiones de delimitación de las fronteras entre los Estados balcánicos.

no quería firmar un texto que pudiera parecer dirigido contra Francia y contra Inglaterra), Bismarck pasó por alto las instrucciones formales del Emperador. Ante la redacción del texto en el que Rusia aparecía como único adversario, Guillermo I se indignó. "Me es imposible ratificar este tratado; ello iría contra mis convicciones, contra mi carácter, contra mi honor." Pero hubo de ratificarlo, pues Bismarck le amenazó con la dimisión de todos sus ministros. El Emperador se sintió herido: "Los que me obligan a tomar esta decisión se harán responsables de ello allá arriba."

El 7 de octubre de 1879, el tratado de alianza austro-alemán se hallaba concluido: si una de las dos potencias fuera atacada *por Rusia*, ambas potencias unirían todas sus fuerzas contra aquella; en caso de ataque por parte de otro estado, solo se prometían una *neutralidad benévola*.

Bismarck echó, pues, en la balanza todo el peso de su autoridad para imponer al Emperador la alianza austro-alemana dirigida contra Rusia. Parecía así haber abandonado la idea que en 1873 fuera la inspiración de su política. Sin embargo, el 14 de septiembre—en el momento mismo en que las negociaciones austro-alemanas alcanzaban su punto crítico—indicó en una carta al embajador alemán en Viena el sentido de su nuevo plan: Rusia, el día en que se diese cuenta de la existencia de una alianza entre Austria-Hungría y Alemania, se sentiría peligrosamente aislada, ella misma pediría el restablecimiento del antiguo *sistema de los tres Emperadores* y Alemania se prestaría a ello. En el espíritu del Canciller la conclusión del tratado austro-alemán debía ser, en consecuencia, un medio de presionar al Gobierno del Zar para atraerle a la órbita bismarckiana. Sin duda, el Imperio ruso no podría volver a encontrar en este nuevo acuerdo de los tres Emperadores la situación que había tenido en 1873: ya no sería la pieza clave del *sistema*, porque Bismarck había contraído compromisos respecto a Austria-Hungría. Sin embargo, como tales compromisos eran solo defensivos, Rusia podría, si no atacaba a Austria-Hungría, contar con la actitud benévola de Alemania. Lo principal era actuar de manera que apreciara y deseara aquella benevolencia. Para hacer olvidar al Zar el rencor que le produjeron los acontecimientos balcánicos, bastaría, sin duda, hacerle percibir los peligros del aislamiento. Tal fue la idea de la maniobra. Pero también se debía considerar el caso de que no tuviera éxito esta acción y tomar precauciones contra la hostilidad que tal vez pudiera manifestar el Gobierno ruso el día en que conociera la existencia de la alianza austro-alemana.

Con toda verosimilitud, a ese doble objetivo tendía el corto episodio de una conversación anglo-alemana. El 16 de septiembre—dos días después de haber indicado a su embajador en Viena su deseo de reemprender negociaciones con Rusia—Bismarck encargó a su embajador en Londres que averiguase las intenciones de Gran Bretaña en caso de conflicto germano-ruso. Disraeli respondió que, en semejante caso, Inglaterra estaría totalmente dispuesta a concluir una alianza con Ale-



mania contra Rusia. En cuanto a Francia, el Gobierno inglés se encargaría de *vigilarla* y la obligaría a *mantenerse aparte*, caso de que quisiera intervenir en el conflicto. Bismarck pareció decepcionado: ¿Vigilar a Francia? ¿Nada más? Dio órdenes a su embajador de no proseguir las conversaciones. Lanzando esa sonda, ¿había pensado realmente en procurarse el apoyo de Gran Bretaña en caso de ruptura con Rusia? Probablemente otros habían sido sus planes; el paso que diera en Londres, pensaba, no quedaría ignorado de los rusos y despertaría su inquietud. Así, pues, podía vanagloriarse de haberlo conseguido, pues el 29 de septiembre el diplomático ruso Saburof llegó a Berlín y solicitó una entrevista. “Ya sabía yo que volvería a nosotros el ruso tan pronto como nos aliáramos con el austríaco”, señalaba el Canciller. Desde que recibió sus insinuaciones, ya no concedió interés alguno a mantener el contacto con Gran Bretaña.

Las negociaciones germano-rusas se iniciaron en seguida. Bismarck se declaró dispuesto—por descontado, sin renunciar al acuerdo austro-alemán—a restablecer el acuerdo de los tres Emperadores. El Zar aceptó esa contingencia, pues esperaba, al asociarse de nuevo al sistema bismarckiano, poder conseguir, al menos, la neutralidad de Alemania y de Austria-Hungría en caso de conflicto anglo-ruso. La actitud de Austria-Hungría era lo que más obstaculizaba las negociaciones. Puesto que había obtenido la alianza del Imperio alemán, no podía desear el restablecimiento de un sistema que siempre había considerado como lo peor que pudiera haberle sucedido: ¿qué interés tendría en negociar con Rusia y en limitar, por consiguiente, su libertad de acción en los Balcanes? Pero en vano Haymerlé, sucesor de Andrassy, acumulaba reparos y prolongaba las conversaciones. Bismarck acabó por poner al Gobierno austro-húngaro entre la espada y la pared: “Si Austria-Hungría—dijo—rehúsa un tratado con Rusia, lo hará por su cuenta y riesgo.” La amenaza de ver comprometida la suerte de la alianza austro-alemana bastó para que Haymerlé se decidiese a transigir.

El 18 de junio de 1881, el nuevo tratado de los tres Emperadores estaba concluido. ¿Alianza? No; no era más que un *acuerdo*. Los tres Estados no se prometían ningún apoyo armado, sino solamente “una *neutralidad benévola* en caso de que una de las altas partes contratantes se encontrara en guerra con una cuarta potencia”. En caso de guerra franco-alemana; Rusia se comprometía a permanecer neutral, aun cuando fuese Alemania la que tomase la iniciativa del ataque. A su vez, Alemania y Austria-Hungría permanecerían neutrales en caso de guerra anglo-rusa, aun cuando esta guerra fuera provocada por Rusia. Pero para que tal acuerdo fuese duradero, importaba evidentemente que no surgieran nuevas dificultades en los Balcanes. Así, pues, las tres potencias se comprometían a “tener en cuenta sus respectivos intereses en los Balcanes” y a no aceptar, sino de común acuerdo, una posible modificación del estatuto territorial del Imperio otomano. Mediante un protocolo separado, Austria-Hungría obtuvo la autorización

para *anexionarse*, en un futuro indeterminado, la Bosnia y Herzegovina, sobre la cual tenía desde 1878 el derecho de administración; Rusia, a cambio, podría unir la Rumelia a Bulgaria. El tratado, acordado por tres años, era secreto.

¿Qué alcance tenía para cada uno de los tres Estados? Alemania obtenía la promesa de la neutralidad rusa en caso de guerra franco-alemana y Rusia recibía la seguridad de que los dos Imperios centrales no intervendrían en un conflicto anglo-ruso. Para ambas, estas eran garantías importantes. Austria-Hungría, en cambio, no hallaba motivos para sentirse satisfecha, pues el tratado de los tres emperadores, aunque no atentase contra la alianza efectiva de 1879, obligaba al gobierno austro-húngaro a respetar los intereses rusos en los Balcanes y, por consiguiente, a limitar el provecho que pensaba sacar de esta alianza. Esto era precisamente lo que quería Bismarck: por el tratado de los tres Emperadores podía “frenar la política balcánica de su aliado austro-húngaro, ser el árbitro de las diferencias entre Austria-Hungría y Rusia y mantener a sus dos vecinas en *el mismo atalaje*”.

La política alemana, sin embargo, no se contentó con este éxito. A la alianza con Austria-Hungría, al acuerdo con Rusia, añadió en 1882 la alianza con Italia.

¿Tenemos que sorprendernos de que el Gobierno italiano deseara entrar en el *sistema bismarckiano*? Italia era débil, necesitaba encontrar apoyos exteriores para hacer el papel de gran potencia. Su Gobierno ya había pensado en 1873 en una aproximación hacia Alemania. La decepción sufrida en 1881 en los asuntos tunecinos no sirvió más que para confirmarla en sus deseos. Pero después de la alianza austro-alemana el Gobierno italiano no esperaba conseguir un acuerdo con el Imperio alemán sin entrar en negociaciones también con Austria-Hungría, que continuaba poseyendo territorios cuya población era italiana. ¿Debía sacrificar los sentimientos en aras de los intereses? El rey y sus ministros estaban convencidos de ello. Del mismo modo, el acercamiento hacia Austria-Hungría podía tener, desde cierto punto de vista, resultados favorables para la situación interior del reino. ¿No se corría el riesgo con el conflicto prolongado entre el Estado italiano y la Santa Sede de que el Papa abandonase Roma, declarando que ya no era libre y provocando así una sacudida temible en la opinión italiana? Ahora bien, antes de tomar tal decisión el Soberano Pontífice querría evidentemente obtener la aprobación de la única gran potencia cuya dinastía era católica: Austria-Hungría. Convertirse en aliado de la doble monarquía era, pues, para el Gobierno italiano precaverse contra aquella contingencia.

Pero ¿qué interés tendrían las potencias centrales en aceptar una alianza con Italia?

El Gobierno austro-húngaro no podía olvidar los acontecimientos de 1866: sentía hacia Italia tanto rencor como desdén. Pero deseaba

calmar la propaganda irredentista para no tener que hacer frente, en caso de conflicto europeo, a dos enemigos: Rusia e Italia.

El Gobierno alemán solo desprecio abrigaba por Italia. "Los italianos—dijo Bismarck en marzo de 1880 a Busch—se parecen a esos cuervos que se nutren de carroña y esperan alrededor de los campos de batalla que les dejen algo para comer." Desconfiaba también del régimen político del reino, un régimen parlamentario incapaz, según creía, de asegurar el secreto de una negociación. Pero Italia podía transformarse en una aliada contra Francia. En caso de conflicto franco-alemán, Alemania no contaría con el apoyo armado de Austria-Hungría o de Rusia. Ahora bien: la intervención italiana obligaría a Francia a establecer un frente defensivo en los Alpes y debilitaría, por consiguiente, la capacidad de resistencia del ejército francés en la frontera alemana. No obstante, el objetivo inmediato era, sobre todo, aliviar a Austria-Hungría de las preocupaciones que le producía el irredentismo italiano.

El tratado del 20 de mayo de 1882 fundó la Triple Alianza. Fijó el estado de las relaciones entre Italia y las potencias centrales, mientras que las relaciones austro-alemanas conservaron como base el tratado de 1879. Acordado en su origen por cinco años, iba a durar, prolongándose una y otra vez, hasta mayo de 1915.

La cláusula esencial del tratado es el artículo 2.º: "En el caso de que Italia, sin provocación directa por su parte, se viera atacada por Francia, por cualquier motivo que sea, las otras dos partes contratantes estarán obligadas a prestar socorros y asistencia a la parte atacada. Esta misma obligación incumbirá a Italia en el caso de una agresión, no provocada directamente, de Francia contra Alemania." Pero mientras que los compromisos acordados entre Italia y Alemania se establecían sobre la base de la reciprocidad, no sucedía lo mismo entre Italia y Austria-Hungría: aunque el Gobierno austro-húngaro se viera obligado a prestar su asistencia a Italia en caso de ataque francés, el Gobierno italiano no prometía nada semejante en el caso de que Rusia atacara a Austria-Hungría (1).

El tratado de la Triple Alianza, cuyos términos eran secretos, tenía, pues, en aquella fecha únicamente el carácter de una alianza *defensiva*. ¿Qué ventajas aseguraba a cada uno de los tres estados? Italia había conseguido que Alemania y Austria-Hungría la protegiesen contra un ataque por parte de Francia; además, ya no tenía que temer que el Gobierno de Viena prestase al Papa su apoyo en la *cuestión romana*. En cambio, daba la seguridad de un apoyo armado a Alemania, pero no a Austria-Hungría. Aunque demandante, había conseguido, pues, grandes ventajas. Pero se veía obligada a renunciar a la propaganda

(1) El artículo 3.º preveía, sin embargo, que Italia debería asegurar un apoyo armado a Austria-Hungría, si esta fuera atacada por Rusia y Francia; pero esta intervención francesa no es posible, de hecho, más que en el marco de una guerra en la que participaría Alemania, caso previsto en el artículo 2.º.

*irredentista* y, por consiguiente, tenía que abandonar a su suerte todo el tiempo que durase la alianza a los italianos que permanecían como súbditos de Austria-Hungría. Alemania conseguía el apoyo de un aliado en caso de guerra provocada por Francia, hipótesis que no preveía el tratado austro-alemán de 1879. Además, consolidaba la situación de su compañero austro-húngaro: "Italia y Austria-Hungría no pueden ser otra cosa que aliados o enemigos", pensaba Bismarck. Austria-Hungría, por último, ya no tenía que temer en el caso de que estuviera en guerra con Rusia el ser *golpeada por la espalda* por Italia, que, por el artículo 4.º del tratado, prometía expresamente su neutralidad llegada la ocasión.

Bismarck se sentía satisfecho. Tras haber tenido que estar alerta, nerviosamente, en 1879, ahora se encontraba más tranquilo. La máquina estaba tan bien montada, decía, "que marcha completamente sola". Pero no iban a tardar en reaparecer las dificultades.

\* \* \*

En el invierno de 1886-87, el sistema bismarckiano se encontró de nuevo amenazado a la vez por la crisis de las relaciones franco-alemanas y por la tensión austro-rusa resultante de la cuestión búlgara (1). En el momento en que el Gobierno francés, temiendo la amenaza alemana, trataba de tomar contacto con Rusia, el acuerdo de los tres Emperadores solo existía nominalmente; las decepciones del Zar podían incitarle a acoger estas insinuaciones francesas. La posibilidad de ese acercamiento, de una alianza tal vez entre Rusia y Francia, preocupaba a Bismarck. En un discurso al Reichstag a propósito de la votación de la nueva ley militar hizo alusión a la *guerra en dos frentes* que podría verse obligada Alemania a sostener. Paralizar la política francesa y la política rusa; evitar, sin embargo, el provocar entre Alemania y Rusia un antagonismo directo, que no dejaría de empujar al Zar a la alianza con Francia; para ello, tenía que tranquilizar al Gobierno ruso al mismo tiempo que le mostrase a qué peligros se exponería con una política aventurada. En los primeros meses de 1887 el Canciller alemán realizó este plan. Para *contener* a Francia y a Rusia, aceptó, con ocasión de la renovación de la Triple Alianza, contraer nuevos compromisos respecto a Italia y atraer a Gran Bretaña a su sistema diplomático. Pero inmediatamente celebró con Rusia un acuerdo secreto, el tratado de *reaseguro*. Ello fue un éxito del virtuosismo diplomático bismarckiano. ¿Cómo lo obtuvo?

El primer tratado de la Triple Alianza expiraba en mayo de 1887. El Gobierno italiano estaba dispuesto a renovarlo, pero a condición de obtener garantías suplementarias. Temía ver a Francia, dueña de Túnez, extender la mano hacia Tripolitania; quería también que se le

(1) Véanse anteriormente, págs. 377 y 389.

reconociera el derecho de obtener algunas ventajas en los Balcanes en el caso, siempre posible, de que el antagonismo austro-ruso se viera solventado por un compromiso y por un reparto de zonas de influencia. Ni Alemania ni Austria-Hungría tuvieron al principio la intención de aceptar estas reivindicaciones, pero a fines de 1886, como las dificultades balcánicas y la tensión franco-alemana habían hecho valer más el apoyo italiano, los dos Imperios centrales consintieron en entablar negociaciones sobre estas bases. Negociaciones difíciles: Austria-Hungría no quería prometer un apoyo armado a propósito de la cuestión de Tripolitania; cierto es que aceptaba reconocer a Italia una parte de influencia en los Balcanes, pero a condición de obtener la promesa de una asistencia armada por parte de su aliado en caso de guerra austro-rusa. Ahora bien, Bismarck, si admitía la posición del Gobierno austro-húngaro sobre el primer punto, no la aprobaba en el segundo; no deseaba que Italia diera una promesa que podría volver a Austria-Hungría más intransigente respecto a Rusia y haría aumentar de este modo la posibilidad de una guerra austro-rusa que Alemania tenía interés en evitar. El Gobierno de Viena acabó por ceder a la presión alemana. El tratado de la Triple Alianza, renovado por cinco años, fue completado así solamente mediante dos convenios anexos, uno entre Alemania e Italia respecto a las cuestiones mediterráneas y el otro entre Austria-Hungría e Italia referente a las cuestiones balcánicas.

El arreglo mediterráneo preveía que si Italia, "a consecuencia de una extensión de la influencia francesa en Tripolitania, atacaba a Francia en Europa", Alemania la sostendría con las armas. En tal caso, decía Bismarck en sus conversaciones, Italia podría tomarle a Francia Niza y Córcega.

El arreglo balcánico estipulaba que, si el mantenimiento del *statu quo* en los Balcanes fuera imposible y si Austria-Hungría se viera obligada a proceder a una ocupación del territorio, permanente o incluso temporal, Italia tendría derecho a una compensación.

Así, pues, el carácter de la Triple Alianza se vio modificado: el tratado defensivo en sus orígenes había tomado un matiz ofensivo, ya que consideraba el caso de que Italia atacase a Francia en Europa.

Pero en el momento en que se comprometía a sostener a Italia con las armas en la cuestión de Tripolitania, ya había actuado Bismarck para procurar que se le aligerasen las cargas nuevas que aceptaba. Desde diciembre de 1886 hizo presión sobre el Gobierno italiano para que llevase a término un tratado con Gran Bretaña sobre las cuestiones mediterráneas, y algunos días más tarde hizo aconsejar a la reina Victoria que *se aproximase a Austria-Hungría y a Italia*. De este modo esperaba asociar indirectamente a Gran Bretaña a su sistema. ¿Por qué aceptó el Gobierno británico (que era desde 1886 un Gabinete conservador presidido por Salisbury) negociar con Italia? Inglaterra en aquel momento tenía serias dificultades con Francia a propósito de

la cuestión de Egipto (1) y se inquietaba también con la política zarista, pues un dominio de los rusos en Bulgaria comprometería la seguridad de los Estrechos. Ahora bien, la cuestión de Irlanda pesaba como una grave amenaza sobre su situación política interior, amenaza a la que el primer ministro hacía frecuentes alusiones en su correspondencia privada. Así, pues, Salisbury creyó que no podía emprender en Oriente una *acción efectiva*, es decir, naval o militar; únicamente cabía pensar en defender por medios diplomáticos los intereses británicos. Así que no tenía más remedio, para conseguir la reciprocidad, que prestar apoyo a Austria-Hungría en las cuestiones balcánicas y a Italia en las mediterráneas.

Las negociaciones anglo-italianas fueron vigiladas estrechamente por el Canciller, que intervino varias veces para conciliar opiniones. Terminó el 12 de febrero de 1887 con un acuerdo secreto anglo-italiano que, para evitar la ratificación parlamentaria, tomó la forma de un cambio de cartas. Este acuerdo indicaba la voluntad de las dos potencias de mantener el *statu quo* en el Mediterráneo y al mismo tiempo en el mar Adriático, en el Egeo y en el mar Negro, o, si no fuera posible mantenerlo, ponerse de acuerdo sobre las modificaciones que deberían hacerse. Igualmente se preveía que "Italia preste a Inglaterra un apoyo completo en la cuestión de Egipto", y que, recíprocamente, Gran Bretaña "apoye la acción de Italia en Africa del Norte, principalmente en Tripolitania y en Cirenaica, en caso de invasión por una tercera potencia", es decir, por Francia. Pero el alcance práctico de estos compromisos permanecía impreciso. El texto italiano decía: "Italia e Inglaterra se comprometen a un mutuo apoyo en el Mediterráneo en todas las diferencias que surjan entre una de ellas y una tercera potencia"; en el espíritu de los italianos, *apoyo mutuo* significa apoyo *armado*. Ahora bien, el texto inglés se limitaba a decir que el "carácter de esta cooperación debería ser decidido cuando se presentara la ocasión y según las circunstancias de la cuestión".

Salisbury ha eludido, pues, toda promesa precisa. De ello se alabó ante la reina Victoria: "Los términos de esta nota—escribe—han sido calculados para dejar al gobierno inglés el cuidado de juzgar si ha lugar o no para prestarle a Italia una cooperación material." No es menos verdad que el Gobierno británico, al mismo tiempo que se reservaba el medio de interpretar a su manera sus compromisos, aceptaba una colaboración diplomática con uno de los miembros de la Triple Alianza.

Esta colaboración se acentuó cuando el 24 de marzo de 1887 Austria-Hungría otorgó su adhesión al acuerdo anglo-italiano. España, a su vez, entró en la combinación: el 4 de mayo celebró un acuerdo con Italia para mantener el *statu quo* en el Mediterráneo y prometió no prestar a Francia, en ningún caso, un apoyo que pudiera molestar directa o indirectamente a Italia, a Austria-Hungría o a Alemania.

(1) Véanse anteriormente, págs. 396 y 397.

Alemania no otorgó su firma a estos acuerdos mediterráneos porque Bismarck no quería tomar la responsabilidad de asociarse ni siquiera en secreto—pues, ¿sería bien guardado el secreto?—a una actividad dirigida contra Rusia. Pero fue el Canciller quien dirigió todo el juego con la esperanza de paralizar la política francesa y la rusa. En Tripolitania el apoyo diplomático de Inglaterra a Italia debía bastar para proteger los intereses italianos y ahorrar a Bismarck, por consiguiente, la preocupación de llevar a la práctica la promesa hecha a Italia. Asimismo, la protección de los intereses balcánicos de Austria-Hungría quedaría asegurada, en parte, por Gran Bretaña e Italia: Rusia se vería obligada, pues, a ser prudente, sin poder acusar de malevolencia a Bismarck.

Los deseos del Canciller seguían siendo, incluso en el momento en que tomaba aquellas iniciativas contra Rusia, los de mantener con ella relaciones correctas, si no cordiales, para evitar una nueva orientación de la política del Zar en las relaciones franco-rusas. Puesto que no era posible renovar el tratado de los tres Emperadores, al menos importaba tranquilizar al Gobierno ruso y mantener un acuerdo con él. Pero ¿cómo conseguirlo a menos de dar a Rusia la esperanza de algunas satisfacciones en la política balcánica? Bismarck no se detuvo ante ese obstáculo; se mostró dispuesto a hacer, en secreto, promesas, dando por descontado, al mismo tiempo, que Rusia no podría sacar partido de ellas porque tropezaría con las tres potencias, firmantes de los *acuerdos mediterráneos*.

La negociación ofrecida por Bismarck tropezó, sin embargo, con serias dificultades, a causa de las diferentes opiniones que rodeaban al Zar. Luchaban dos influencias: la del canciller Giers, sucesor de Gortchakov, que solo desprecio sentía hacia Francia y que deseaba, por consiguiente, el mantenimiento de un acuerdo con Alemania; y la de Katkof, escritor político y gran periodista, partidario de la alianza francesa. Alejandro III vacilaba. En la primavera de 1887, cuando sobrevino la tensión franco-alemana, declaró: "No permitiré que Alemania trastorne a Europa; si fuera atacada Francia y se sintiera desfallecer, Rusia se echaría en la balanza." Pero permitió que en el diario oficioso del Gobierno, el *Nord*, se dijese que no se tendía a una alianza franco-rusa.

Sin duda, pensó que sería imprudente hacer a Francia, por adelantado, promesas de apoyo. Solo a finales de marzo de 1887 se puso fin al debate, cuando Katkof cayó en desgracia, por haber cometido la imprudencia de hacer público, en un artículo periodístico, el contenido del tratado de los tres Emperadores. En seguida fue autorizado Giers por el soberano a llevar a término las negociaciones con Alemania. El 18 de junio de 1887, se firmó el tratado secreto germano-ruso, que Bismarck llamaba *tratado de reaseguro*.

Alemania y Rusia se prometían, mutuamente, mantener la neutralidad, si una de ellas se encuentra en guerra con otra gran potencia;

pero si esta gran potencia fuese Austria-Hungría o Francia no se prometía neutralidad, sino en caso de que no se tratase de una guerra de agresión. Por consiguiente, Rusia, si Alemania atacase a Francia se vería desligada de todo compromiso. Por otra parte, Alemania reconocía "la legitimidad de la influencia rusa" en Bulgaria, comprendida la Rumelia. Prometía, también, su apoyo diplomático a Rusia, en el caso de que esta "se viera en la necesidad de defender por sí misma la entrada del mar Negro", es decir, de ocupar preventivamente el Bósforo, si una escuadra inglesa intentara forzar el paso. ¿Qué valor tenían estas promesas? Rusia podía atribuirles alguna importancia, porque ignoraba los *acuerdos mediterráneos*. Pero Bismarck sabía que toda acción rusa tropezaría con la resistencia combinada de Inglaterra, Austria-Hungría e Italia.

En aquel momento, el *sistema bismarckiano* se encontraba en su apogeo. Alemania tenía un tratado de alianza defensiva con Austria-Hungría, desde 1879; y otro de alianza con Rumania (1), desde 1883: ambos estaban dirigidos contra Rusia. Poseía, en el caso en que se viera atacada con Francia, una promesa de apoyo armado de Italia y una promesa de neutralidad de Rusia. Por último, Gran Bretaña, sin haber formado ningún acuerdo con ella, se hallaba, por los "acuerdos mediterráneos", asociada indirectamente a los objetivos de la política bismarckiana. ¿Qué quería el Canciller? Aislar a Francia y *neutralizar* a Rusia. En el primer punto, obtuvo un éxito completo: el Gobierno francés, si no conocía el contenido de los acuerdos mediterráneos, tenía buenos motivos para sospechar su existencia; estaba vigilado estrechamente por Salisbury, que consideraba a Francia como "una vecina insoportable"; se daba cuenta de la existencia de una creciente hostilidad en Italia, desde que Crespi, convertido en presidente del Consejo, rompió las relaciones comerciales y comenzó una *guerra aduana* que duraría diez años. Pero en el segundo punto, el éxito de Bismarck fue mucho más precario. Ciertamente había obtenido la promesa de neutralidad rusa, en la hipótesis—muy poco verosímil—de que Francia atacase a Alemania. Sin embargo, dudaba del valor de este compromiso: creía que, en una guerra franco-alemana, Rusia no tardaría en intervenir, si Francia llevase las de perder. En su ánimo, la única ventaja efectiva que aseguraba a Alemania el tratado de *reaseguro*, era evitar la conclusión de un pacto de *alianza* entre Francia y Rusia: mientras el Gobierno ruso conservase un lazo de unión con el Imperio alemán, no sentiría la necesidad de contraer compromisos precisos con Francia; y el Gobierno francés, puesto que no podría contar, con el apoyo armado de Rusia, no pensaría en una guerra de desquite. Pero ¿a qué precio se obtuvieron esos resultados? Para dar a Rusia una aparente satisfacción en las cuestiones balcánicas, el Canciller tuvo que contraer compromisos difícilmente conciliables, si

(1) Véase anteriormente, pág. 388.

no con la letra, por lo menos con el espíritu del tratado de alianza austro-alemán y de los acuerdos mediterráneos. Ciertamente, tales compromisos eran secretos, y el mantenimiento de ese secreto constituía la condición misma de la duración del sistema. ¿Qué sucedería, no obstante, el día en que los acontecimientos balcánicos obligasen a Alemania a tomar partido? Para vencer las dificultades futuras, Bismarck contaba con su habilidad, su prestigio personal y la timidez de los otros gobiernos.

Los hechos desmentirían aquel optimismo. Cuando, en agosto de 1887, el advenimiento de Fernando de Sajonia-Coburgo en Bulgaria reanimó el antagonismo austro-ruso (1), Bismarck, aunque hubiera reconocido la *legitimidad de la influencia rusa* en Bulgaria, llevó una ayuda a la política austro-húngara: publicación, el 3 de febrero de 1888, del texto del tratado de alianza austro-alemán; demanda de créditos, con vistas a un nuevo aumento de los efectivos del ejército, que debía estar en situación de hacer frente a *una guerra en dos frentes*; orden a la Banca del Imperio de negar adelantos sobre los títulos rusos, con la esperanza de provocar un pánico entre los tenedores alemanes que guardaban en aquel momento la mayor parte de los valores rusos colocados en el extranjero. Al mismo tiempo, inició conversaciones con el Estado Mayor austro-húngaro, mientras rehusaba admitir, sin embargo, una guerra "preventiva" contra Rusia. Por último, actuó de tal manera, el 12 de diciembre de 1887, que Inglaterra, Austria-Hungría e Italia hicieron una advertencia al Gobierno turco: la Sublime Puerta no debía enajenar, en beneficio de Rusia, su soberanía sobre Bulgaria; si se resistía a la política rusa, tendría el apoyo de las tres potencias asociadas en el acuerdo mediterráneo. El Gobierno ruso, sometido a aquellas presiones simultáneas, se vio obligado a abandonar la política que quería llevar a cabo en Bulgaria, pero buscó en Francia las facilidades financieras que Alemania le negaba: en octubre de 1888 se emitió en la plaza de París un importante empréstito ruso.

¿Era esto el fin del tratado de *reaseguro*? A últimos de 1888, parecía admitir el Canciller que sería vano contar con la renovación de este tratado: ¿cómo se prestaría a ello el Zar, después de las decepciones que acababa de sufrir? Por ello, buscó Bismarck otros caminos: por dos veces, en enero y marzo de 1889, ofreció, secretamente, a Gran Bretaña una alianza. Pero cuando el Gabinete inglés declinó la oferta, volvió a desear, en octubre de 1889, el mantenimiento del *reaseguro*. El Zar, que no ignoraba las conversaciones anglo-alemanas y temía que tornaran a ser emprendidas, aceptó la iniciación de las negociaciones con miras a la renovación del tratado; aunque no se hacía ilusiones sobre el valor real de las seguridades alemanas, creía prudente conservar aquel lazo para evitar que la política alemana concediese un apoyo total a los planes de Austria-Hungría en los Balcanes.

(1) Véase anteriormente, pág. 389.

Al empezar el año 1890, la política bismarckiana, tras un período de vacilaciones, quedó orientada en la misma dirección que en 1887. Sin embargo, dicha política era cada vez más frágil. Bismarck, a pesar de toda su maestría, de toda su incomparable destreza, no cesó de experimentar mayor dificultad en hacer *marchar la máquina*, cuyo mecanismo había llegado a ser demasiado complicado. Aunque todavía consiguiera, mediante sus maniobras diplomáticas, reparar las grietas del edificio, no hacía más que retrasar la crisis de su *sistema*.

#### BIBLIOGRAFIA

Entre las numerosas obras que han estudiado el "sistema bismarckiano" en general, las más importantes son: A. RACHFAHL: *Deutschland und die Weltpolitik. Die Bismarcksche Ära*, Stuttgart, 1923.—O. BECKER: *Bismarcks Bündnispolitik*, Berlín, 1923, y del mismo: *Bismarck und die Einkreisung Deutschlands*, Berlín, 1925, 2 vols.—A. MEYER: *Bismarck Friedenspolitik*, Munich, 1930.—H. ROGGE: *Bismarcks Kolonialpolitik als aussenpolitisches Problem*, en *Historische Vierteljahrschrift*, 1923-1924, págs. 304-33 y 424-43. N. JAPISKE: Citado más arriba, página 359.—J. BARDOUX: *Quand Bismarck dominait l'Europe*, París, 1953.

**La primera forma del sistema.**—W. SCHÜSSLER: *Bismarcks Bündnisangebot an Russland "durch Dick und Dunn" im Herbst 1876*, en *Hist. Zeitschrift*, 1932, págs. 106-14.

**La alianza austro-alemana.**—ED. HELLER: *Das deutsch-oesterreichische ungarische Bündnis in Bismarcks Ausenpolitik*, Berlín, 1925.

**La triple alianza.**—L. SALVATORELLI: *La Triplice Alleanza: storia diplomatica, 1877-1922*, Milán, 1939.—W. SCHINNER: *Die oesterreichisch-italianische Gegensatz auf dem Balkan, 1876-*

*1896*, Stuttgart, 1936.—G. SALVEMINI: *La politica estera di Francesco Crispi*, Roma, 1939.

**El tratado de los Tres Emperadores y el tratado de reaseguro.**—S. SHAZKIN: *Konez austro-russko germanskogo sojuza (El fin de la alianza austro-ruso-alemana), 1879-1884*, Moscú, 1928.—K. WINDELBAND: *Bismarck und die europäische Mächte, 1879, 1885*, Essen, 1942.—G. SIMPSON: *The Sabourov Memoirs, or Bismarck and Russia*, Cambridge, 1929.—E. WIEDERKEHR: *Les origines de l'Alliance franco-russe: les années 1878-1881*, Friburgo, 1942.

**La posición internacional de Gran Bretaña.**—W. MEDLICOTT: *The Mediterranean Agreements*, en *Slavonic Review*, junio 1926, págs. 60-88.—R. SANTINI: *Bismarck et l'Angleterre les accords méditerranéens de 1887*, París, 1953 (memoria mecanografiada).—H. ROTHFELS: *Bismarcks englische Bündnispolitik*, Berlín, 1933.—M. VON HAGEN: *Bismarck und England*, Stuttgart, 1941.—R. MOELLER: *Bismarcks Bündnisangebot an England in Januar 1889*, en *Hist. Vierteljahrschrift*, 1938.—W. SCHÜSSLER: *Noch einmal Bismarck zwischen England und Russland*, en *Historische Zeitschrift*, 1940.

## CAPITULO VII

## EL FIN DE LA EUROPA BISMARCKIANA

La caída de Bismarck, el 18 de marzo de 1890, precipitó la crisis. El Gobierno alemán, después de la dimisión del Canciller, renunció a mantener con Rusia un lazo secreto y abandonó así el *rasgo esencial* de la política bismarckiana. A partir de entonces empezó a prepararse el acontecimiento que había tratado Bismarck de prevenir y que tal vez él hubiera podido evitar durante algún tiempo: Rusia, aislada, se orientó hacia la alianza con Francia. En las relaciones internacionales de Europa, es este el signo de un cambio profundo. ¿Cómo explicarlo y cómo medir su alcance?

La dimisión del Canciller fue resultado de un conflicto con el joven Emperador, Guillermo II. En aquel conflicto, ocuparon un importante lugar los motivos de orden personal: entre un ministro de setenta años y un soberano de veintisiete no era de extrañar que la armonía resultara difícil; y mucho más, cuando el soberano era ambicioso, ávido de tener un *gran reinado*, y encontraba enfrente de él a un Canciller habituado a dominar: "Tengo la impresión—dijo un día Bismarck al Emperador—de ser un obstáculo en el camino de Vuestra Majestad." La política interior era también ocasión de serias dificultades: el Canciller, que sostenía, desde 1879, una amarga lucha contra el socialismo y el sindicalismo, no quería renunciar a ella, aunque obtuviera resultados menos que medianos; y seguía decidido a hacer de aquella cuestión la "plataforma" de la campaña electoral para la renovación del Reichstag. Ahora bien: el Emperador temía resistencias y no quería inaugurar su reinado con una actitud de combate contra las masas obreras, que pudiera acarrear sangrientos disturbios.

Pero la divergencia también se manifestaba en la dirección de la política exterior. Guillermo II escuchaba gustosamente las críticas que se dirigían a la política rusa de Bismarck, vinieran de los medios militares—en particular del general von Waldersee—o de las oficinas del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde algunos colaboradores del Canciller comenzaban a separarse de un amo cuya estrella empezaba a palidecer: Estos adversarios, declarados o secretos, creían superfluas, las consideraciones que deseaba guardar el Canciller respecto a Rusia; y peligrosos los compromisos inscritos, a espaldas de Austria-Hungría, en el tratado de *contraseguro*. En los medios del Estado Mayor, algunos pensaban, incluso, que podría resultar oportuno declarar la guerra a Rusia *antes del ulterior desarrollo de sus fuerzas*. Bis-

marck ya había tenido ocasión de combatir tal opinión, en 1888, en dos vigorosos informes. "Una guerra—escribió—solo tendría sentido si Rusia pudiera ser definitivamente hecha pedazos." Ahora bien: no era aquel el caso, pues sería imposible destruir completamente los medios de combate del adversario, a causa de la extensión de su territorio. Aunque se consiguiera reducir a pedazos el Imperio de los Zares, "los trozos se pegarían de nuevo, rápidamente, pues, la vitalidad de la nacionalidad rusa" era tenaz. "Alemania no puede pensar—termina el Canciller—en hacer desaparecer del mundo el peligro ruso." Sin embargo, los adversarios de su política no cejaban, y le acusaban de rusofilia; sospechaban que el Gobierno ruso preparaba la guerra contra Alemania, y reprochaban a Bismarck el desconocer tal contingencia. Era un incidente unido a la campaña que envenenaba las relaciones entre el Emperador y el Canciller: en marzo de 1890, varios informes del agregado militar y de los cónsules alemanes señalaron movimientos de tropas en Rusia; Bismarck se reservaba aquellos informes, que le parecían de poca importancia; pero el jefe del Estado Mayor advirtió al Emperador, el cual escribió al Canciller, diciéndole que no podía admitir aquella *ocultación* de documentos.

Después que Guillermo II pidió y obtuvo la dimisión de Bismarck, los hombres del *nuevo cuño* modificaron la orientación de la política alemana respecto a Rusia. El sucesor de Bismarck, Caprivi, era buen general y buen administrador, pero no tenía experiencia en las cuestiones exteriores; le dirigían, pues, sus colaboradores, sobre todo, el barón Fritz von Holstein, quien, con el simple título de *consejero referendario* en el Ministerio de Asuntos Exteriores, comenzó a desempeñar un papel decisivo en la dirección de la política exterior. Holstein había pertenecido, durante quince años, al grupo de colaboradores de Bismarck, antes de pasarse a los que, desde 1888, combatían, secretamente, al gran Canciller, perjudicándole ante su soberano. Era un trabajador infatigable, que poseía sorprendentes conocimientos sobre todos los asuntos diplomáticos y gran agilidad espiritual, pero también un doctrinario.

En tal *vuelta* de la política exterior alemana fue capital la influencia de Holstein. Creía que el tratado de *reaseguro*, cuya renovación había preparado Bismarck, debía ser abandonado, porque se hallaba en contradicción, si no con la letra, al menos con el espíritu de la alianza austro-alemana. Por otra parte, ¿no sería ilusoria la promesa de neutralidad rusa? En caso de guerra franco-alemana, dicha neutralidad no duraría más que algunas semanas. En lugar de entregarse a *azarosos ensayos diplomáticos*, Alemania debería practicar una política *clara y leal*, mientras que el mantenimiento de un compromiso secreto con Rusia "coloca bajo la Triple Alianza una bomba que, cualquier día, pudiera incendiar a Rusia". Este abandono del tratado de *reaseguro* no podría ocasionar, según Holstein, ningún inconveniente.

¿Dónde iría el Gobierno del Zar a buscar otro apoyo? ¿En Inglaterra? Para conseguirlo, Rusia debería sacrificar sus intereses en Asia Central, y no se decidiría a ello. ¿En Francia? Una alianza franco-rusa no permitiría a Rusia solventar la cuestión de los Estrechos—objetivo esencial de su política—. Llegado el caso, la flota francesa no lograría impedir una intervención inglesa. Tales eran los argumentos que reafirmaban la convicción de Caprivi y de Guillermo II. Pero, quizá, en el fondo, el verdadero motivo fuese el deseo de romper con la política bismarckiana: si el *reaseguro* se conservaba, pensaba Holstein, los Bismarck—el príncipe o su hijo Herbert—podrían tener oportunidades de subir al poder.

Esta decisión alemana determinaría—después de largas vacilaciones—una orientación nueva de la política exterior del Zar. La importancia de aquella evolución diplomática fue de tal índole, que resulta necesario estudiar aquí, detalladamente, sus etapas: los tanteos de la política exterior rusa abren perspectivas interesantes a la interpretación histórica.

El Zar y sus consejeros, al mismo tiempo que apreciaban el servicio que les prestaba el mercado financiero francés, no se habían mostrado inclinados, hasta entonces, a buscar una alianza con Francia. Solo sentían desprecio por el régimen republicano “malo y torpe”, según decía el canciller Giers; también desconfiaban de las tendencias “al desquite”, de que daba pruebas una parte de la opinión francesa. Pero el abandono, por parte de Alemania, del tratado de *reaseguro*, hizo que modificasen su manera de pensar. El Gobierno ruso tenía conciencia de su aislamiento, y se inquietaba. El acercamiento a Francia respondió, pues, a una necesidad.

Realmente, en los meses subsiguientes al giro de la política alemana, los medios oficiales rusos hicieron insinuaciones al Gobierno francés. En agosto de 1890, con ocasión de la presencia, en las grandes maniobras del ejército ruso, del sub-jefe del Estado Mayor francés, el general De Boisdeffre, los generales rusos declararon que, en caso de ataque alemán, Francia podría contar con el concurso de Rusia e hicieron alusión, aunque todavía vaga, a la posibilidad de establecer un convenio militar. En marzo de 1891, cuando la viuda del emperador Federico III realizó un viaje de *incógnito* a París—viaje más osado que prudente, que provocó frases desagradables en la Prensa francesa y réplicas acerbas en la alemana—, el Gobierno ruso manifestó a Francia su simpatía: “El acuerdo íntimo entre Francia y Rusia es necesario para mantener en Europa un justo equilibrio de las fuerzas.” La concesión de la Cruz de San Andrés al presidente de la República, demostró, por último, que el Zar era capaz de sobreponerse a su repugnancia respecto al régimen político francés. Sin embargo, el Gobierno ruso todavía no se sentía dispuesto a ir más allá de seguridades verbales y rasgos de cortesía. Cuando el embajador de

Francia trató de abordar la cuestión de una alianza eventual, el canciller Giers la eludió. “Francia ha hecho lo posible para conseguir un tratado, pero, a pesar de sus apremiantes insistencias, no lo ha obtenido”, declaró a un embajador extranjero. Por tal causa, el Gobierno francés manifestó su mal humor. En mayo de 1891, con ocasión de una petición de empréstito ruso en la plaza de París, la banca Rothschild hizo fracasar el proyecto, aparentemente, como protesta contra los *pogromos* de que eran víctimas los judíos de Rusia; pero lo más seguro es que, en el fondo, fuese para dar una réplica a los fines de la diplomacia francesa. El acercamiento franco-ruso se encontraba, pues, en punto muerto.

Si el Zar se decidió, no obstante, algunas semanas más tarde, a estudiar una alianza, fue porque aparecieron nuevos acontecimientos que aumentaban los peligros del aislamiento ruso: el 6 de mayo de 1891 se renovó el tratado de la Triple Alianza; el 29 de junio, el Gobierno italiano, al anunciar a su Parlamento dicha renovación, aludió al *acuerdo mediterráneo* de 1887, es decir, al lazo establecido, indirectamente, entre Gran Bretaña y la Triple Alianza. El Gobierno ruso se inquietó con aquella revelación: “se siente amenazado”, escribió el embajador alemán en San Petersburgo. El 18 de julio de 1891, el canciller Giers mencionó, en una conversación con el embajador de Francia, la “adhesión, más o menos directa, de Inglaterra a la Triple Alianza”; y declaró que, ante la coalición que parecía formarse, había llegado el momento de dar “un paso más” en el camino del acercamiento franco-ruso. El 5 de agosto, después de la visita a Cronstadt de la escuadra del almirante Gervais, que fue acogida con un entusiasmo de buen augurio, Giers aceptó iniciar negociaciones con Francia.

Fue el temor del aislamiento lo que llevó, pues, al Zar y a su Gobierno, a abandonar su aversión respecto a la Francia republicana. Sin duda, los medios dirigentes del Imperio habían pensado en un acercamiento a Francia, desde que Alemania abandonó el tratado de *reaseguro*; pero hubieran querido limitarse a un “acuerdo”, sin ligarse por compromisos definitivos. Cuando se dieron cuenta de que existía un lazo entre Gran Bretaña y el sistema tríplice, sintieron la necesidad de ir más allá.

La política francesa tenía que procurar, evidentemente, sacar provecho de la nueva disposición del Gobierno ruso. Salir del aislamiento, ¿no era el anhelo de la opinión francesa, desde 1871? ¿No habían pensado Thiers y Gambetta en una alianza con Rusia, desde los primeros años que siguieron a la derrota? La política de los empréstitos rusos, ¿no había estado destinada, desde hacía tres años, a preparar los caminos de la alianza? Cuando se ofreció la ocasión, al fin, era natural que el Gobierno se aferrase a ella en seguida. El ministro de Asuntos Exteriores, Alexandre Ribot, recomendó, al embajador de Francia en



San Petersburgo que se provechase, en el menor plazo posible, de tan favorables circunstancias. Lo que se necesitaba conseguir era una promesa de movilización simultánea y automática de las fuerzas rusas y francesas, en caso de que los estados de la Triple Alianza movilizaran las suyas. El acto esencial de la alianza había de ser, por ende, un convenio militar. Después de julio de 1891, se fijó el programa. Ahora bien, sería preciso que pasasen cerca de dos años y medio para que la insistencia de Francia triunfara de las reticencias y vacilaciones de Rusia. ¿Por qué aquellas nuevas dilaciones?

En la primera etapa, la diplomacia francesa, al mismo tiempo que exponía, de primera intención, la totalidad de sus demandas, se preocupó, sobre todo, de conseguir un compromiso escrito, aun cuando este solo respondiera imperfectamente a sus deseos. Los rusos deseaban evitar las promesas demasiado concretas: aceptaba que Francia y Rusia se "concertasen" en el caso de que la paz se viera amenazada; pero no querían comprometerse, por adelantado, a tomar medidas militares. Deseoso de acabar, el Gobierno francés se resignó. El acuerdo del 27 de agosto de 1891, concluido en forma de un cambio de cartas, estipuló que los dos estados se concertarían "en todas las cuestiones cuya índole pueda poner en litigio la paz general". Para cualquier amenaza de agresión, las dos partes convenían "ponerse de acuerdo sobre las medidas, cuya adopción, caso de presentarse la eventualidad, se impusiera simultánea e inmediatamente a los dos gobiernos". Este texto no establecía, pues, en qué medida prestaría Rusia un concurso militar a Francia, ni daba siquiera la seguridad formal de un apoyo armado, ya que solo a la hora del peligro sería cuando los gobiernos decidieran sobre la conducta a seguir. Sin embargo, y esto era lo esencial, Francia salía del aislamiento. "El árbol se ha plantado", dijo Ribot. Pero en el ánimo de los hombres de Estado franceses aquel acuerdo no era más que un primer paso.

El Gobierno francés se esforzaría, pues, en completar el acuerdo por medio de un convenio militar. No sin esfuerzo, logró empezar a negociar. "Me parece de todo punto indeseable ligarnos prematuramente, mediante cualquier compromiso positivo, en materia militar, y limitar así nuestra libertad de acción", escribió Giers al Zar, en diciembre de 1891: ¿no bastaba el acuerdo del 27 de agosto para proteger los intereses de Rusia? El Gobierno francés no conocía exactamente el punto de vista del Canciller, pero se daba cuenta de sus reticencias. Para triunfar de ellas, trató de llegar, directamente, al Zar. Tarea difícil, pues Alejandro III raramente recibía a los embajadores, y quizá por timidez, no trataba con ellos nunca las cuestiones importantes. La diplomacia francesa multiplicó los esfuerzos: misión oficiosa de un diplomático de origen danés naturalizado francés, Jules Hanssen, que se trasladó a Copenhague, en el momento en que el Zar pasaba una temporada en la corte de Dinamarca; nota del general De

Miribel, jefe del Estado Mayor General francés; nuevo viaje de Hansen a Copenhague. En marzo de 1892, el Zar, ante la nota del general De Miribel, aceptó, en principio, estudiar la negociación de un convenio militar, pero sin fijar fecha. En París, Ribot se inquietaba: "Hay que terminarlo de una vez."

Si la guerra estallara antes de la conclusión de un convenio militar franco-ruso, "¡cargaríamos con una grave responsabilidad!". Pero el embajador de Francia le respondió que era imposible hacer más. El 18 de julio de 1892, por último, Alejandro III se decidió a anunciar que esperaba la llegada de un negociador francés. Cuatro días antes, *Le Figaro*, en un artículo titulado "¿Alianza o «flirt»?", había manifestado la impaciencia francesa. Podemos pensar que dicho artículo hizo advertir al soberano ruso los peligros de prolongar las vacilaciones.

El negociador fue el general De Boisdeffre. El Gobierno francés quería obtener la promesa de una movilización simultánea y automática de los ejércitos de los dos estados, en caso de que Alemania o la Triple Alianza movilizasen sus fuerzas; pero no deseaba que tal compromiso se aplicara en el caso de que Austria-Hungría, sola, decidiese la movilización. Por otra parte, si estallase la guerra, deseaba que el ejército ruso lanzase su principal esfuerzo contra Alemania—y no contra Austria-Hungría—; de manera que el ejército francés, ex puesto a un ataque alemán imprevisto, fuera socorrido en el plazo más breve posible. Pero, para los rusos, era Austria-Hungría el enemigo principal, al mismo tiempo que el adversario más débil; por consiguiente, el más fácil y tentador para atacar. El general De Boisdeffre se dio cuenta de que era indispensable dar parcial satisfacción, en este punto, a Rusia; y el Gobierno francés; después de algunos días de perplejidad, se resignó a ceder. El 18 de agosto de 1892, se concluyó el acuerdo, y el texto fue firmado por los generales.

Las cláusulas del convenio definían los compromisos recíprocos, en caso de movilización y en caso de guerra. Sobre el primer punto, se decía: "En el caso de que las fuerzas de la Triple Alianza o de una de las potencias que la forman lleguen a movilizar, Francia y Rusia, al primer anuncio del acontecimiento, y sin que sea preciso un concierto previo, movilizarán inmediata y simultáneamente la totalidad de sus fuerzas y las llevarán lo más cerca posible de la frontera." Sobre el segundo punto, el texto precisaba: "Si Francia es atacada por Alemania, o por Italia apoyada por Alemania, Rusia empleará todas sus fuerzas disponibles para atacar a Alemania. Si Rusia es atacada por Alemania, o por Austria-Hungría, apoyada por Alemania, Francia empleará todas sus fuerzas disponibles para combatir a Alemania." Francia debería movilizar contra Alemania, por lo menos, 1 300 000 hombres, y Rusia, de 700 000 a 800 000, por lo menos. El resto del Ejército ruso se dedicaría a actuar contra Austria-Hungría. Los últimos artículos estipulaban que Francia y Rusia no harían la paz por separado; que la convención

franco-rusa tendría "la misma duración que el tratado de la Triple Alianza", y, por último, que se mantendría un *secreto absoluto* sobre el contenido de la convención.

El convenio militar constituía el verdadero tratado de alianza, puesto que era el único texto que definía el *casus foederis*. En definitiva, establecía una conciliación entre los puntos de vista ruso y francés: Francia salía beneficiada en la cuestión de la movilización "simultánea y automática" y había hecho que se precisasen los efectivos que el ejército ruso debería lanzar contra Alemania; pero se vio obligada a comprometerse a *movilizar* aun en el caso en que Austria-Hungría, sin participación de Alemania, decidiese la movilización contra Rusia; no se la obligaba, sin embargo, a entrar en guerra en caso de que se realizase tal hipótesis, únicamente un ataque que viniese de *Alemania* desencadenaría su réplica. Tales eran las cláusulas del convenio. A primera vista parecían salvaguardar la libertad de acción de Francia, en caso de guerra austro-rusa, mientras Alemania no participase en el conflicto. Pero ¿sucedió así, en el fondo? Puesto que Francia, aunque no tuviese frontera común con la Doble Monarquía, se comprometía a movilizar su ejército, en caso de movilización austro-húngara, esa iniciativa francesa ocasionaría una réplica alemana y precipitaría la guerra. El Gobierno francés se había dado cuenta perfectamente de ese riesgo; si lo había aceptado era porque sabía que si rehusaba la petición formulada por los rusos, provocaría el fracaso de la negociación.

Sin embargo, el convenio militar no se había terminado aún definitivamente; llevaba solamente la firma del general De Boisdeffre y la del jefe del Estado Mayor ruso, general Obrutcheff. Cierta que el Zar declaró verbalmente que aprobaba el proyecto, pero no había dado una aprobación escrita, y la difirió aún durante dieciséis meses. Esas últimas vacilaciones no son las menos interesantes para el historiador de la alianza franco-rusa.

El Gobierno francés—es decir, el presidente de la República, el presidente del Consejo, los ministros de Asuntos Exteriores y de Guerra (pues, considerando que era secreto, el texto del convenio no fue sometido al Consejo de Ministros)—en el momento en que la negociación del convenio militar parecía que acababa de colmar sus deseos no se sentía enteramente satisfecho del carácter de los compromisos asumidos. Querría, antes de dar su aprobación definitiva, conseguir dos modificaciones de detalle. Una, de pura forma: el presidente de la República creía no tener derecho a celebrar un convenio secreto; deseaba, pues, que la palabra *secreto* no figurase en el texto. El otro era más importante: Francia se comprometía a movilizar si Austria-Hungría movilizase, según el artículo 2.º; pero si esta movilización austro-húngara era solo *parcial*—dirigida, por ejemplo, contra un estado balcánico—, ¿entraría en vigor el convenio militar franco-ruso? Ciertamente, no, según pensaba el Gobierno francés. Habría que especificar esa reser-

va. Fueron presentadas tales definiciones al general Obrutcheff y luego al canciller Giers, que pasaban el otoño en París. Ambos respondieron que ya era demasiado tarde para modificar el texto. Y el Gobierno francés no insistió. Aquel episodio ocasionó un retraso, que no dejó de tener consecuencias.

El Gobierno ruso, en efecto, no tenía ningún motivo para manifestar más prisa que su compañero. Se limitó, pues, a esperar la decisión del Gobierno francés. Pero en el momento en que se iba a declarar esta decisión, surgió el escándalo de Panamá, en noviembre de 1892. ¿No había en él motivos para confirmar las aprensiones que había experimentado siempre el Zar respecto al régimen republicano? Alejandro III se indignó de que ciertos periódicos, con ocasión de este escándalo, complicasen en el asunto al embajador ruso en París, Mohrenheim; llegó a exigir una carta de excusas del presidente de la República. Mientras se prolongó este asunto, no pudo hablarse de poner en el orden del día la ratificación del convenio militar. Quizá incluso se preguntase el Gobierno del Zar si no había emprendido un camino equivocado. La hipótesis parece verosímil, pues en enero de 1892 el zarevich, el futuro Nicolás II, expuso a Guillermo II opiniones singulares: Francia estaba en decadencia, el régimen republicano se hallaba condenado al fracaso y sería sustituido, sin duda, por una "dictadura militar"; ese día habría que pensar en formar una coalición contra Francia. En ese mismo momento el canciller Giers, en una conversación con el embajador alemán, manifestó el pesar de que Alemania hubiese "empujado a Rusia en brazos de Francia y no haya procurado reanudar más estrechas relaciones con el Gobierno ruso". ¿No insinuaba con esto que aún sería tiempo de reanimar la amistad germano-rusa? El embajador de Francia en Rusia no disimulaba su ansiedad ante su Gobierno. ¿Cuándo podría ser ratificado el convenio militar?

La política alemana, una vez más, proporcionaba la coyuntura. No solamente no respondía el Gobierno del Reich a las palabras del zarevich y del Canciller, sino que tomaba iniciativas tales que se inquietó el Gobierno ruso: *guerra de tarifas* contra las exportaciones rusas; petición de nuevos créditos militares, destinados a preparar los medios de una guerra "en dos frentes", proyectada según los planes estratégicos establecidos por el nuevo jefe de Estado Mayor, Schlieffen. El Zar se vio obligado, pues, a considerar la alianza con Francia como una necesidad: la visita de la escuadra rusa a Tolón en octubre de 1893, demostró que se daba cuenta de ello. Sin embargo, todavía durante tres meses se prolongó la espera. El 27 de diciembre de 1893 el Zar se decidió, al fin—sin que los documentos actualmente conocidos permitan determinar por qué llegó a vencer sus últimas perplejidades—: Giers entregó al embajador de Francia una carta en la que declaraba que el convenio militar franco-ruso podía "ser considerado como adoptado definitivamente". El 4 de enero de 1894 el Gobierno francés respondió, por medio de una declaración simétrica. La alianza se llevó a cabo, por último. Y Francia salió

del aislamiento en el que se había visto mantenida por la política bismarckiana.

El Gobierno francés había perseguido con tenacidad aquel resultado, objetivo esencial de su política exterior durante largos años; los documentos dan prueba de su ansiedad patriótica y de su lucidez. ¿Habría triunfado, no obstante, de las vacilaciones del Gobierno ruso si las iniciativas alemanas no hubieran, en los momentos críticos de la negociación, despertado las inquietudes del Zar? La negociación de la alianza franco-rusa evolucionó, sin que el Gobierno del Reich pareciera haberse dado cuenta, al ritmo de las relaciones germano-rusas.

En esa evolución de las relaciones entre los dos Imperios la divergencia de los intereses económicos desempeñó, sin duda, un papel. Los grandes terratenientes de la Alemania del Este, productores de cereales y, por consiguiente, amenazado directamente por el desarrollo de las importaciones de trigo ruso, obligaron al Gobierno del Reich a tomar unas iniciativas cuyas consecuencias tuvieron que soportar el campesino y el tesoro rusos. Cuando Bismarck, en el otoño de 1887, cerró el mercado financiero alemán a los empréstitos zaristas, satisfizo el deseo de los *agrarios* que querían retrasar en Rusia la construcción de las vías férreas por las cuales pudieran ser transportados los productos agrícolas hacia el territorio alemán. Y cuando se inició una guerra aduanera germano-rusa, a partir de 1890, ¿no fue su causa principal el deseo de proteger la producción agrícola contra tal competencia? Ahora bien, las iniciativas alemanas dificultaron las finanzas públicas rusas; llevaron, pues, al Gobierno zarista a buscar en Francia un apoyo financiero, que sirvió para preparar la colaboración política. ¿Equivale eso a decir que los móviles económicos y financieros fueron decisivos? No, pues tales decisiones alemanas estuvieron orientadas por los designios políticos. En 1887, Bismarck, *boicoteando* los valores rusos, había procurado, sobre todo, ejercer una presión sobre el Gobierno zarista, provocar en Rusia una crisis financiera en el momento en que la cuestión búlgara estaba a punto de desembocar en un conflicto austro-ruso. En 1890-1891, la guerra aduanera fue, a su vez, la consecuencia de una opción política: Caprivi deseaba consolidar su alianza austro-alemana con la firma de un tratado de comercio que abriera más ampliamente el mercado alemán a los cereales húngaros, a expensas de los cereales rusos. Solo los cálculos políticos de los hombres *de nuevo cuño* pueden explicar la orientación de la política alemana.

## BIBLIOGRAFIA

- Además de las obras generales y las grandes colecciones de documentos citados en la página 331, véanse: S. GORIANOV: *The End of the Alliance of the Emperors*, en *Americ. Hist. Review*, 1918, págs. 324-50.—R. FRANKENBERG: *Die Nichterneuerung des deutschrussischen Rückversicherungsvertrag*, Berlín, 1927.—O. BECKER: *Die französischrussische Bündnis*, Berlín, 1925.—W. LANGER: *The Franco-Russian Alliance*, Chicago, 1930.—G. MITCHON: *L'Alliance franco-russe*, París, 1936.—P. DE BOISDEFRE: *Le général De Boisdeffre et l'alliance franco-russe. 1890-1892*, en *Hommes et Mondes*, octubre 1954, págs. 212-42.—P. RENOUVIN: *Les Engagements de l'Alliance franco-russe*, en *Revue d'histoire de la Guerre mondiale*, oct. 1934, págs. 297-310, y, del mismo: *L'Allemagne et l'Alliance franco-russe*, en *Bulletin de la Société d'Histoire moderne*, junio 1934. — W. SCHÜSSLER: *Bismarcks Sturz*, Leipzig, 1921.—P. HAAKE: *Bismarcks Sturz*, Berlín, 1922.—W. MOMMSEN: *Bismarcks Sturz und die Parteien*, Stuttgart, 1924.—K. F. NOWAK: *Kaiser und Kanzler*, Berlín, 1929.—H. KRAUSNICK: *Holsteins Geheimpolitik in der Ära. Bismarcks, 1886-1890*, Hamburgo, 1942.

## CONCLUSION DEL LIBRO PRIMERO

¿Cuál es el balance de los cambios ocurridos en 1893 en las relaciones internacionales desde el tratado de Francfort?

En Europa, el gran hecho nuevo fue el restablecimiento de un equilibrio entre los estados continentales no bien la alianza franco-rusa formó el contrapeso de la Triple Alianza. Las posibilidades que se ofrecían en lo sucesivo a la política alemana eran ya limitadas. El Gobierno alemán comenzó a darse cuenta de ello; aunque tuviera sus sospechas sobre la naturaleza exacta de las relaciones franco-rusas (hasta 1897 no fue anunciada públicamente la existencia del tratado de alianza), se percató, a partir de 1893, de que Rusia y Francia se prestaban mutuo apoyo. Para tratar de restablecer la situación diplomática del Imperio, Guillermo II decidió poner fin a la guerra aduanera germano-rusa; declaró al Consejo de la Corona que los intereses económicos de los agrarios debían ser sacrificados en aras de los intereses del Reich; gesto de conciliación tardío e inútil.

Pero ¿constituía la alianza franco-rusa en aquel momento una amenaza para el *statu quo* territorial? En el ánimo de los contratantes, como en los términos del convenio militar, los compromisos mutuos eran únicamente defensivos. El Zar tuvo buen cuidado de señalar, en una conversación con el embajador de Francia, que no había contraído ningún compromiso en lo referente a la cuestión de Alsacia y Lorena y que no admitiría asociarse a una eventual tentativa de desquite: "Sabréis esperar con dignidad." En Francia, el Gobierno no había tenido otro fin que el de proteger el territorio nacional contra un ataque alemán, temor por el que se sentía apremiado. La opinión pública, que ignoraba el texto de los compromisos de alianza, manifestó su alegría cuando la escuadra rusa fondeó en Tolón; pero lo que experimentó fue una impresión de alivio, no un deseo de comprometer los resultados del tratado de Francfort. La idea de desquite se hallaba en decadencia, tanto más cuanto que en Alsacia-Lorena, en las elecciones de 1893, para el Reichstag se afirmó el éxito del partido autonomista, que revelaba los progresos de la resignación.

Por el contrario, el sentimiento de la confianza recuperada contribuyó a librar de obstáculos la política de expansión colonial francesa: los adversarios de ella habían repetido incesantemente que con el esfuerzo colonial se corría el riesgo de dispersar los medios militares que Francia necesitaba en el continente y de poner la seguridad del territorio a merced de Alemania u obligar al Gobierno francés a procurarse la buena voluntad del Gobierno alemán; estas objeciones perdieron su valor no bien la seguridad de Francia se encontró consolidada por la alianza rusa. La política francesa podía tener en adelante una autonomía mayor en la escala de las empresas mundiales.

Los resultados conseguidos en tales empresas solicitan nuestra atención. Mediante la conquista colonial y el establecimiento de zonas de influencia económica, los grandes estados europeos comenzaron a efectuar entre ellos, en el curso de este período, un reparto del mundo.

En 1870, en el continente africano, la penetración colonial europea quedaba limitada a Argelia, a Africa del Sur y a una pequeña parte de la costa occidental, al Sur de la desembocadura del Senegal. Veinte años más tarde, los únicos territorios en los que subsistían estados independientes eran Etiopía, Marruecos y el alto Nilo. Con todo, el Negus acababa de firmar el tratado de Ucciali, en el cual el Gobierno italiano hizo insertar una cláusula que parecía abrir el camino a un protectorado, y el sultán jerifiano, puesto que el tratado de 1880 permitía a algunos indígenas colocarse bajo la protección de las legaciones extranjeras, veía su autoridad cada vez más amenazada por la penetración de las influencias europeas. Por lo que se refiere a las tribus musulmanas del Sudán del Nilo, su independencia, reconquistada en 1884 por el Mahdi, era, de día en día, más precaria, ya que la serie de acuerdos concertados de 1890 a 1893 entre Gran Bretaña, Italia, el Imperio alemán y el Estado del Congo habían decidido la suerte de todos los territorios adyacentes, y en 1892 Cecil Rhodes lanzó su proyecto de un ferrocarril de El Cabo a El Cairo, que debía seguir el valle del Nilo.

En el continente asiático, el reparto de la Indochina entre Francia y Gran Bretaña llegaba a su término: permitía la existencia de un estado independiente, el de Siam, que serviría de tapón entre las posesiones francesas y las inglesas. Pero no existía ese tapón entre las posesiones rusas del Turquestán y el Afganistán, este bajo un cuasi protectorado británico: la frontera de los dos Imperios seguía siendo la establecida después de la crisis de 1885. La rivalidad anglo-rusa se desviaba entonces hacia Persia, donde el Gobierno del Sha recibía desde 1890 ofertas de asistencia financiera de la banca rusa y de la banca inglesa, las que esperaban obtener a cambio concesiones mineras o ferroviarias. ¿Acción económica? Sí; pero el objetivo era político. Al procurar establecer su influencia en Teherán, el Gobierno ruso pensaba en una penetración hacia el golfo Pérsico o hacia los confines del Beluchistán, y la política británica se oponía a ello, no tanto para disputar a los rusos beneficios económicos muy aleatorios como para proteger las fronteras estratégicas de la India.

Las conquistas realizadas entre 1880 y 1890 por Gran Bretaña en Birmania, por Francia en Tonkín y por Rusia en el Turquestán oriental exponían al Imperio chino a nuevos riesgos; los franceses y los ingleses estaban a las puertas de las provincias meridionales, mientras que los rusos habían conseguido una vía de acceso hacia las provincias del Noroeste. Sin embargo, las potencias europeas dudaban aún en ir más allá de la simple penetración comercial, ampliando los objetivos de su política china. La inmensidad de un territorio donde pululaban las masas humanas inspiraba a los gobiernos europeos cierto retraimiento.

“Atreverse con China—escribía en 1881 el agregado militar inglés—sería atreverse con una cantidad desconocida.” En 1891, el ministro francés de Asuntos Exteriores comprobó que no era posible asegurar una protección eficaz a las misiones católicas en el interior de China. Los diez mil europeos que vivían allí no se sentían seguros más que en los *puertos abiertos*—puertos marítimos o fluviales—que se hallaban al alcance de los cañones de sus buques de guerra.

Por último, el reparto de los archipiélagos oceánicos estaba casi terminado. Alemania se convirtió en 1884-85 en una *potencia del Pacífico*: se había establecido en Nueva Guinea, al lado de Gran Bretaña y de los Países Bajos, y en las Islas Salomón, a una y otra parte de las rutas marítimas que unían el océano Indico y el Pacífico; ocupaba, al norte del ecuador, los archipiélagos de las Marshall y de las Carolinas, que jalonaban la gran vía naval de Este a Oeste. Gran Bretaña había tomado posesión de las islas que constituían los puntos de escala entre Australia y el continente americano. Pero los Estados Unidos aún vacilaban en anexionarse las islas Hawai. En el archipiélago de las Samoa persistía una especie de condominio germano-anglo-norteamericano.

Tales preocupaciones europeas y extraeuropeas coincidían en la política de Gran Bretaña. La diplomacia inglesa no había cesado de vigilar y obstaculizar la expansión colonial francesa. Sin duda, los conflictos no fueron graves—según la justa observación de Jacques Bar-doux—más que cuando el porvenir del Oriente mediterráneo se encontraba en juego, y, con todo, la política inglesa no deseaba que aquellas divergencias condujeran a una guerra. Pero para contener a Francia, Gran Bretaña buscó—en 1879, en 1882 y en 1887—contactos con Alemania.

La alianza franco-rusa, aunque fuese dirigida únicamente contra Alemania, podía inquietar al Gobierno británico si la solidaridad de las dos potencias se manifestara fuera de Europa. La política inglesa en el verano de 1893 contuvo la política francesa en Indochina con ocasión de la cuestión siamesa; comenzaba a temer que Francia resucitase la cuestión de Egipto mediante una penetración hacia el alto Nilo. No hay que decir que tales iniciativas podrían desarrollarse más ampliamente, ya que la confianza francesa estaba más robustecida en el continente. En el terreno de las rivalidades, donde se enfrentaban los intereses ingleses y los rusos—el golfo de Petchilí, los límites meridionales del Turquestán, los Estrechos turcos—, la política rusa se sentiría a su vez reafirmada y podría hacerse más emprendedora, puesto que podría contar con el apoyo diplomático de Francia. Esto parecía confirmar a la política exterior inglesa en la misma dirección que había iniciado en 1887: aceptar una colaboración indirecta con la Triple Alianza y tener en jaque a Francia y a Rusia. Pero esto solo sería posible si el Imperio alemán permaneciera fiel a la concepción bismarckiana, que subordinaba los intereses extraeuropeos a los europeos. Ahora bien: Guillermo II iba a proclamar la *Weltpolitik* y a provocar una rivalidad anglo-alemana.

## LIBRO SEGUNDO

DE 1893 A 1913

## INTRODUCCION AL LIBRO SEGUNDO

*En el curso de los veinte años siguientes a la destrucción del sistema bismarckiano las relaciones internacionales evolucionaron bajo un signo doble. Por una parte, la expansión europea continuó desarrollándose; aunque encontró resistencias mucho más serias que antes, solo fracasó en sitios muy limitados. Por otra parte, en Europa, las divergencias entre las grandes potencias se señalaron con creciente vigor, y las amenazas de conflicto llevaron a los gobiernos a reforzar, mediante acuerdos diplomáticos o militares, la seguridad del Estado; pero la celebración de estos acuerdos hacía crecer los antagonismos. ¿Existía una relación directa entre dicha expansión europea y las dificultades que se iban haciendo cada vez más graves en Europa? En otros términos: el choque de los imperialismos fuera de Europa ¿no era la causa principal de los litigios europeos? La hipótesis les ha parecido atrayente, sobre todo, a aquellos que por sus tendencias espirituales se mostraban inclinados de antemano a pensar que los intereses económicos son el origen principal de los conflictos políticos. La explicación adoptada por esta "sociología del imperialismo" es simple y cómoda. Pero ¿es exacta?*

## CAPITULO VIII

## LAS FUERZAS PROFUNDAS

En el curso de los últimos años del siglo XIX y de los primeros del XX es posible discernir en la vida económica y social, en la evolución demográfica y también en las tendencias de la psicología de los pueblos, nuevos caracteres.

Mientras que el período comprendido entre 1870 y 1893 se había señalado por una tendencia a la baja de los precios, la coyuntura económica se invertía ahora: entre 1895 y 1913 el alza de los precios fue casi continua, salvo dos cortas crisis en 1900-1901 y en 1907-1908; tal alza parece estar en relación con el aumento de las disponibilidades en moneda metálica, es decir, con la explotación, a partir de 1894, de los yacimientos auríferos sudafricanos. El movimiento de los precios estimula la producción y los cambios, que favorecen de este modo los progresos técnicos y la organización del crédito.

La producción industrial progresó considerablemente gracias a la utilización de nuevas fuentes de energía y a los métodos de la fabricación en gran escala. Aunque la hulla seguía siendo la base esencial de la actividad industrial, el campo de las fuerzas motrices adoptaba una nueva fisonomía: la explotación de los yacimientos de petróleo, aún muy restringida en 1890, dio en 1900, 21 millones de toneladas, y en 1910, 42 millones; el transporte de la fuerza eléctrica, que entre 1885 y 1890 solo se hallaba en un estadio experimental, llegó a ser después de 1900 un elemento importante de la actividad industrial. La concentración y el perfeccionamiento del *utillaje* permitían acelerar el ritmo de las fabricaciones. En las regiones del mundo donde las formas modernas de la producción habían ya tomado anteriormente un rápido impulso—los Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña, Bélgica, Francia—las industrias eléctricas y las químicas ocupaban un lugar cada vez más importante. Este progreso industrial se iba extendiendo a estados en los que la vida industrial solo desempeñaba antes un papel muy secundario: Rusia, en la cual la región del Donetz comenzaba a transformarse en un gran foco de actividad; Italia del Norte, en donde el empleo de la fuerza hidráulica permitía paliar la escasez de hulla; el Japón, en donde se organizaba la industria metalúrgica a partir de 1893. Al mismo tiempo se operaba una *alternación* en la vida industrial del mundo, por la cual la parte de los Estados Unidos pasó en treinta años del 28 por 100 de la producción global al 38 por 100; la de Alemania, del 14 al 15 por 100; mientras que la de Gran Bretaña, que había sido del 27 por 100, bajó al 14 por 100.

La producción agrícola se benefició en los estados más evolucionados de los progresos de la química del suelo, del empleo de los abonos potásicos y de los fosfatos, así como del desarrollo de los medios mecánicos. El rendimiento medio por hectárea creció en el espacio de treinta años alrededor de un 23 por 100 en la Europa occidental.

El sistema de las comunicaciones se desarrolló rápidamente. En los transportes terrestres el predominio del ferrocarril comenzó a experimentar en Europa occidental la competencia del tráfico de carretera cuando el perfeccionamiento del motor de explosión permitió, a partir de 1905, poco más o menos, utilizar el automóvil. Sin embargo, los ferrocarriles mantenían su papel preponderante. En Europa, la red ferroviaria pasó de 223 000 kilómetros en 1890 a 342 000 en 1913; en los Estados Unidos, de 268 000 kilómetros a 402 000 kilómetros; en las otras regiones del mundo, de 92 000 kilómetros a 226 000. El ferrocarril hacía despertar, pues, a la vida económica regiones cada vez más extensas.

El progreso de los transportes marítimos fue quizá aún más significativo: el arqueo global de la marina mercante (habida cuenta solamente de los navíos superiores a 100 toneladas de cubita) era en 1891 de 23 500 000 toneladas y en 1913 de 46 891 000; los barcos a vapor, que formaban en 1891 apenas el 60 por 100 de este tonelaje, llegaron a cerca del 95 por 100; el invento de la turbina (cuya primera aplicación práctica data de 1897) tuvo por resultado una aceleración de la velocidad y una economía de carbón; después de 1900 el caldeamiento mediante el residuo de la nafta permitió una economía de sitio y de personal y redujo la frecuencia o la duración de las escalas necesarias para el abastecimiento de combustible; el costo de la construcción de los barcos disminuyó, porque el precio del hierro bajó de 80 francos la tonelada en 1880 a 57 francos en 1907. Asimismo el precio del flete estaba en baja: el transporte de una tonelada de mercancías de Marsella a Hong-Kong, que costaba 86 francos en 1890, solo costaba 70 en 1906.

La red de cables telegráficos submarinos, que era de unos 300 000 kilómetros en 1900, alcanzó 531 000 kilómetros en 1913; los nuevos cables se establecieron, sobre todo, en el Atlántico meridional, en el Pacífico y en los mares del sureste de Asia. Por último, 567 estaciones de telefonía sin hilos se abrieron en 1913 al tráfico público; tres cuartas partes de ellas se encontraban en los Estados Unidos o en Europa.

Este desarrollo de los medios de transportes favoreció el impulso de los intercambios internacionales de mercancías, facilitadas por la adopción del patrón oro en el régimen monetario de los grandes estados y por la estabilidad del curso de las monedas. Las relaciones comerciales, sin embargo, seguían estando obstaculizadas por el mantenimiento y aun la agravación del proteccionismo aduanero en Europa continental y en los Estados Unidos; pero surgieron tratados de comercio que aminoraron en muchos casos ese obstáculo. La masa global



de los cambios, según los cálculos de Sombart, se duplicó entre 1900 y 1913.

Por otra parte, en los grandes estados industriales, la acumulación rápida de los beneficios hizo que aumentase la masa de los capitales disponibles. La mayor parte de estos capitales se invirtió, por supuesto, en el país, en las empresas nacionales y o en los empréstitos del Estado. Pero la abundancia de la oferta produjo la baja de las tarifas de interés. Los poseedores de capitales se encontraban, pues, inclinados a buscar una remuneración mejor; la hallaron o creyeron hallarla ya en empréstitos de los estados extranjeros, ya en empresas que se proponían explotar los "países nuevos"; estas iniciativas podían desarrollarse sin trabas. Fueron capitales suministrados por la Europa occidental los que aseguraron el financiamiento de la construcción de los ferrocarriles en Asia, en Africa y en América del Sur, la explotación de los recursos del subsuelo, el desarrollo de los productos agrícolas; acudían también a ellos para cubrir sus necesidades de presupuesto Rusia, los estados balcánicos, el Imperio turco, el Japón y las Repúblicas sudamericanas. La amplitud de estas inversiones, en las que Gran Bretaña, Francia y Alemania desempeñaban el principal papel, fue uno de los rasgos característicos de la época y dio a dichos estados medios de presión económica y política sobre los "países nuevos".

Este ímpetu de la vida económica y financiera iba acompañado de un esfuerzo de organización que era su condición indispensable. Concentración de las empresas, siguiendo el camino—el de los *trusts* y los *cartels*—que ya habían emprendido antes de 1890 la economía americana y la alemana. Concentración de los medios de crédito; en la vida industrial, las cuestiones financieras y bancarias desempeñaban un papel esencial. Es esa la época en que triunfaron las formas del alto capitalismo, que habían tomado su impulso gracias a las prácticas del liberalismo económico, pero que comenzaban a deformar su espíritu.

Tales transformaciones—que nos bastará recordar ahora rápidamente, pues tan conocidas son en sus rasgos esenciales—tuvieron importantes consecuencias en las relaciones internacionales.

Todos los grandes estados industriales se vieron obligados a buscar, más activamente aún que en el pasado, un área de expansión para su actividad económica. Encontrar otras salidas en los países "nuevos" constituía una necesidad absoluta a medida que el ritmo de la producción sobrepasaba la capacidad de absorción del mercado interior y que el mantenimiento del ritmo de la producción precisaba importaciones de materias primas cuya exportación era la forzosa contrapartida. Gran Bretaña conocía desde hacía mucho tiempo esa necesidad, pero Alemania se dio cuenta de ella también de manera cada vez más apremiante, a partir de 1895 aproximadamente. En 1913, la industria inglesa exportaba, al parecer, un tercio de su producción, y la situación de la industria alemana era, poco más o menos, semejante. También los Estados Unidos se convirtieron, a partir de los últimos años del siglo XIX, en exportadores

de productos industriales. "Poseemos tres de los triunfos para ganar en el envite del progreso comercial: el hierro, el acero, el carbón—declaraba en 1898 el presidente de la *Bankers Association*—. Hemos sido durante mucho tiempo el granero del mundo. Aspiramos hoy a llegar a ser su fábrica."

Pero mientras que la industria americana encontraba en el territorio nacional la mayor parte de las materias primas que necesitaba, la industria europea no podía vivir sin recurrir a las materias primas importadas; la industria textil continuaba pidiendo a Estados Unidos el algodón en bruto, a la Argentina y a Australia la lana en bruto; la industria metalúrgica no buscaba únicamente el mineral de hierro, sino también los metales raros que eran indispensables para las aleaciones; el nacimiento de la industria del automóvil colocaba a las regiones productoras de petróleo o de caucho en un lugar completamente nuevo en la economía mundial. Las inversiones de capitales, al mismo tiempo que permitían establecer los medios de transporte indispensables para encauzar los productos brutos, proporcionaban los recursos necesarios para la explotación de las riquezas del suelo y del subsuelo; las rentas de tales inversiones procuraban a los estados industriales de Europa los medios de pagar sus importaciones de materias primas.

Internacionalización de la vida económica, establecimiento de nuevas corrientes de intercambios, interdependencia entre los grandes países que estaban a la cabeza del desarrollo económico y los países "subdesarrollados"; estos eran los rasgos que se afirmaban en la vida económica del mundo. La Europa occidental seguía estando en el centro de este movimiento y se encontraba íntimamente unida al mercado mundial. Así, pues, entre los estados industriales de la Europa occidental era donde se establecía la competencia en los terrenos económico y financiero. Las formas de tal competencia diferían sensiblemente, sin embargo, de las que revestía veinte años antes.

Entre 1880 y 1890, la conquista colonial había sido el principal medio para realizar la expansión y establecer, en beneficio de determinados grandes estados, un sistema económico imperial. Ahora bien, los territorios *vacantes* o considerados como tales por las grandes potencias se hacían escasos; casi todas las regiones del mundo donde los europeos podían establecerse sin que encontrara su dominación resistencia eficaz estaban ya repartidos. Para extender los dominios coloniales era preciso estudiar verdaderas operaciones de guerra contra los estados indígenas o trasposos de territorios entre estados colonizadores, es decir, a expensas de los estados débiles.

Lo más frecuente era, pues, que la expansión tomase una forma nueva; sin proponerse establecer su dominio político, los grandes estados europeos intentaban asegurarse una zona de influencia privilegiada en países "nuevos" que poseyeran recursos mineros, yacimientos de petróleo o que ofreciesen, gracias a la masa de su población, salida a sus productos industriales. Derecho de prioridad e incluso de monopolio

para la calicata y explotación del subsuelo; autorización para construir ferrocarriles o puertos o para abrir el camino al comercio, pero también para proporcionar una salida a los productos metalúrgicos europeos; tales eran en dicha forma de expansión las preocupaciones corrientes. Los contratos de *concesión* iban de la mano de inversiones de capitales. Por otra parte, en su política económica exterior cada uno de los grandes estados industriales se esforzaba en ampliar sus mercados de exportación por medio de negociaciones de tratados de comercio con los estados *subdesarrollados*, pero también gestionaban la celebración de contratos de suministros destinados al abastecimiento nacional o al armamento. Para conseguir estos contratos era necesario en muchos casos proporcionar al estado comprador recursos financieros: conceder un empréstito al Gobierno de un *país nuevo* a condición de que el producto sirviera para pagar los pedidos. Tal era el procedimiento que empleaban frecuentemente los grandes estados de la Europa occidental en sus relaciones con los estados balcánicos, por ejemplo. La exportación de capitales era el agente directo de la expansión económica.

La rivalidad que se empeñó alrededor de los contratos de concesión o de los pedidos de armamento no fue solo ocasión de lucha en los medios de negocios, grupos industriales y bancarios; tomaba inevitablemente el carácter de una competición entre los estados si los gobiernos se veían obligados a intervenir. Esta acción gubernamental era necesaria, por supuesto, cuando había que negociar un tratado de comercio. También lo era, de derecho o de hecho, cuando se otorgaba un empréstito; en Francia y en Alemania la emisión de un empréstito extranjero sobre el mercado financiero nacional estaba sometida a una autorización dada por el Gobierno—la *admisión a la cotización*—; en Gran Bretaña, donde la legislación no preveía nada en esos casos, la práctica no era muy diferente, sin embargo, pues los bancos no desatendían generalmente los *avisos* que les daba el Gobierno. Por último, la negociación de un contrato de concesión en el Imperio turco o en el Imperio chino implicaba casi siempre, para que tuviera posibilidades formales de éxito, una acción diplomática en beneficio del grupo industrial o financiero solicitante. La participación del Estado era, pues, indispensable en todas las formas de expansión económica. ¿Era espontánea? A veces, sí. ¿No tenía el Gobierno el deber de favorecer las iniciativas de sus productores a expensas de las empresas extranjeras en interés de la prosperidad nacional y del total empleo de la mano de obra? ¿No daba por descontado también que la influencia económica o financiera abriría el camino a los lazos políticos? Pero quizá lo más frecuente fuera que los interesados solicitaran y obtuviesen el apoyo de su Gobierno, ya *orquestando*, mediante subvenciones dadas a la Prensa, un movimiento en la opinión pública, ya remunerando las ayudas prestadas en los medios parlamentarios. El desarrollo del alto capitalismo y la concentración del poder en las manos de los grandes hombres de negocios; el

temperamento de estos jefes de empresa, técnicos, comerciantes, financieros, que eran a menudo advenedizos, convencidos de que la audacia es la primera condición del éxito, pero que estaban también persuadidos del papel bienhechor del capitalismo en el progreso humano; los lazos personales que existían en muchos casos entre los medios de los negocios y los miembros del Gobierno o los altos funcionarios, daban a aquella presión de los *grandes intereses* económicos una amplitud y una eficacia mayores que en el pasado.

La intervención de los Estados en la competencia comercial agravaba inevitablemente las rivalidades políticas. La diplomacia económica y financiera ocupaba un lugar cada vez más importante en las relaciones internacionales, un lugar que no siempre es fácil de determinar—pues las negociaciones entre los grupos de intereses y los medios gubernamentales rara vez dejaban vestigios escritos—, pero que podemos apreciar a través de indicios verdaderos. Además, en las relaciones entre los pueblos el carácter de esta competición entre los intereses materiales fomentaba antipatías o rencores. La evolución económica multiplicaba, pues, las ocasiones de disputas e incluso de conflictos diplomáticos.

Sin embargo, la acción de los intereses y de las fuerzas que lanzaban a los estados europeos unos contra otros podía tener una contrapartida. El desarrollo del esfuerzo de expansión establecía entre la vida material de Europa y la de los otros continentes una mutua dependencia: eran los *países nuevos* extraeuropeos los que proporcionaban a las industrias europeas una parte importante de sus materias primas y a las poblaciones europeas una parte cada vez mayor de sus artículos alimenticios; eran ellos también los que brindaban un mercado al excedente de la producción textil o metalúrgica. ¿No debería ser tal interdependencia garantía de paz? La existencia de *trusts* internacionales que comenzaban a ordenar entre los grandes productores un reparto de mercados, ¿no podía contribuir a establecer una solidaridad de intereses? La amplitud de los movimientos de capitales hacia los países extranjeros, ¿no debería llevar a los capitalistas a pensar en los riesgos que no dejarían de correr las inversiones en caso de un gran conflicto internacional?

No eran de menor importancia los cambios que intervenían en la situación demográfica. En el curso de esos veinte años, mientras que la población total del globo aumentaba unos 200 millones de habitantes (siendo esto solo un cálculo aproximado), la de Europa crecía 52 millones; el Viejo Continente, con 452 millones de habitantes, conservaba en 1913, poco más o menos, su lugar relativo (26 por 100, habiendo sido, según parece, de 24 por 100 a mediados del siglo XIX), aunque un amplio movimiento de emigración, que tenía su principal origen en los estados mediterráneos, Austria-Hungría y Rusia, arrastrase hacia los otros continentes entre 1893 y 1914 un poco más de 21 millones de hombres.

Pero dicho aumento de la población estaba repartido muy desigualmente. En Europa, Rusia, en donde vivía un tercio de la población del

continente, e Italia mostraban un aumento rápido, porque el índice de los nacimientos permanecía muy elevado; en Inglaterra y en Alemania, donde el índice de los nacimientos seguía en baja, pero disminuía el de mortalidad gracias a los progresos de la higiene, la cifra de la población continuaba aumentando—7 millones en veinte años en el Reino Unido y 15 millones en Alemania—; en Francia, donde el índice de los nacimientos era más bajo que en todos los demás sitios, la cifra permanecía casi estacionaria: en veinte años la población solo creció en personas 1 300 000. En América fueron los Estados Unidos, con 76 millones de habitantes en 1900 y 97 en 1914, los que se pusieron a la cabeza del impulso demográfico, gracias en parte a la afluencia de inmigrantes europeos: entre 1890 y 1914 recibieron 16 500 000 inmigrantes, 10 millones de los cuales se quedaron definitivamente en el país. En Asia, la población de la India pasó de 295 millones a 315; la del Japón propiamente dicho, de 30 a 35 millones; la población china también aumentó rápidamente, sin que sea posible indicar, por falta de censos, ni siquiera cifras aproximadas: los cómputos para 1911 indican 310 ó 330 millones.

En las relaciones internacionales estos factores demográficos ejercieron una influencia evidente. Tendían a modificar el papel que respectivamente desempeñaban Europa y los Estados Unidos en la vida general del mundo; gracias al flujo de los recién llegados, según comprobó en 1911 la Comisión de la Inmigración, la industria americana pudo encontrar la mano de obra necesaria para su desarrollo; por eso, el Congreso mantuvo abierto el territorio de la Unión a la penetración de los blancos. En el interior del continente europeo contribuyeron a la modificación de las relaciones de las fuerzas entre los estados desde el punto de vista económico, pero también desde el militar por cuanto dichos estados poseían un potencial industrial y de recursos financieros lo suficientemente desarrollados para poder sacar provecho de su *material humano*; con todo, los gobiernos no parecían conceder gran importancia a este punto de vista, ya que en casi ninguna parte se propusieron impedir la emigración; sin duda, creían que aquel éxodo de gentes pobres y, por tanto, descontentas, sería un factor de estabilidad social. Pero la situación demográfica podía ser también causa directa de dificultades internacionales; tal fue el caso del Japón, donde el aumento rápido de la población, en un país cuya superficie cultivable era limitada, provocó una *presión demográfica* que proporcionó un argumento de peso a los partidarios de la política de expansión.

\* \* \*

La evolución de las formas y de los límites de la vida política, en los estados europeos, daba a las corrientes de la psicología colectiva una influencia creciente sobre las relaciones internacionales.

Rusia, después de los disturbios revolucionarios de 1905, abandonó el régimen autocrático: a partir de 1906, el Gobierno se vio obligado a

soportar la presencia de una asamblea parlamentaria; aunque la Duma se encontrase refrenada por sucesivas disoluciones y por las manipulaciones de la ley electoral y no tuviera, según las leyes constitucionales más que poderes restringidos en materia de política exterior, la opinión pública, por lo menos la de la burguesía, tenía ya el medio de hacerse oír. En Austria-Hungría, el Gobierno austríaco, bajo la influencia de la conmoción provocada por la revolución rusa, consintió, en 1906, en establecer el sufragio universal, que, por su parte, el Gobierno húngaro rehusó adoptar. En el Imperio turco, el Sultán, después de la revolución de los *jóvenes turcos*, de 1908, se vio obligado a aceptar un régimen constitucional. Serbia, en donde la existencia de una asamblea parlamentaria había sido prácticamente anulada, durante veinte años, por los métodos dictatoriales del rey Milano, apenas suavizados en el reinado de su hijo Alejandro, vio subir al poder, tras el golpe de estado de 1903, al jefe del partido radical, que se apoyaba en la mayoría parlamentaria. El rey de España, enfrentado con amenazas revolucionarias, no pudo eludir el apoyo de la burguesía ni rehusar a sus ministros un papel mayor en la dirección de la política exterior. Por último, en Portugal, sucumbió la monarquía, en 1910. Estos progresos del régimen constitucional—a veces, incluso, del régimen parlamentario—, permitieron a la opinión pública—o por lo menos a la opinión de determinados medios: en la mayor parte de los casos, eran los de las “clases medias”—desempeñar un papel en los estados de Europa, en los que la dirección de la política exterior había venido siendo, hasta entonces, patrimonio exclusivo del Gobierno.

En los estados, en los que el régimen parlamentario existía desde hacía mucho tiempo, la opinión pública, mejor informada, gracias al desarrollo de la Prensa, era una fuerza cada vez más activa. Con todo, debemos evitar exagerar el alcance práctico de estas manifestaciones, ya se expresaran mediante campañas de Prensa o por interpelaciones parlamentarias: los ministros, incluso en los estados más democráticos, no ejercían un estrecho control sobre la política exterior. De hecho, en la dirección cotidiana de las relaciones internacionales, los gobiernos—aunque la época escasee en grandes hombres de Estado, capaces de imprimir un impulso vigoroso—conservaban una amplia libertad de acción. Pero, en los momentos de crisis, tenían que contar con los movimientos del espíritu público, con los arrebatos de la pasión.

Ahora bien: esas influencias de la psicología colectiva se dirigían, por casi todas partes, en un mismo sentido. Indiscutiblemente, el rasgo de la época era el vigor con que se establecía el sentimiento nacional. En la mayoría de los grandes estados se manifestaron corrientes de opinión, cuya orientación era análoga: voluntad de afirmar frente a los otros pueblos los caracteres del temperamento nacional; desconfianza respecto a las influencias extranjeras; deseo de demostrar el poder del Estado y de asegurar su prestigio.

¿Debemos establecer una relación entre dichas tendencias y las de la evolución económica o política? Ello es verosímil. Allí donde el desarrollo industrial fue más rápido—Alemania, Estados Unidos—ese éxito fomentó un sentimiento de superioridad y una especie de orgullo que favorecieron el impulso del nacionalismo. En otros estados, aquellos en que se despertaba el régimen constitucional, la formación de partidos políticos organizados produjo el mismo resultado: en Rusia, la burguesía liberal que dirigía, en la Duma, la oposición contra la política interior del Gobierno, era abiertamente nacionalista, en política exterior: la mayoría del parlamento turco no lo era menos; y tal era, también, el caso del partido radical serbio. Los progresos del liberalismo político, lo mismo que los del liberalismo económico, se hallaban, pues, muy lejos de servir la causa de la paz.

Pero este estado de la opinión pública estaba, sobre todo, en relación con el impulso de la prensa diaria. En los últimos años del siglo XIX fue cuando los diarios de precio bajo y de gran tirada alcanzaron un gran desarrollo y adoptaron las prácticas de la información *sensacional*. Vino el ejemplo de los Estados Unidos, en donde, siguiendo el camino ya trazado, desde 1883, por Joseph Pulitzer, William Randolph Hearst, en 1895, compró y transformó el *Morning Journal*. En Gran Bretaña Alfred Harmsworth (más tarde Lord Northcliffe) lanzó, en 1896, el *Daily Mail*, al que aplicó los métodos americanos. En Francia, en el mismo momento, *Le Petit Parisien* y *Le Matin* redujeron su precio de venta. En Alemania, los Ullstein lanzaron, en 1898, el *Berlinermorgenpost*. Ahora bien: aquella prensa popular, alimentaba, a menudo, el nacionalismo, porque creía útil, en interés de su tirada, adular las pasiones. En la política exterior, según la observación de Jules Cambon, "una gran parte se deja al sentimiento".

Ese recrudecimiento del sentimiento nacional no solo se manifestaba en beneficio de la *política de poder*; tomó también otro aspecto, que es el del renacer de los sentimientos de protesta en el seno de las *minorías nacionales*. Sin duda, tales movimientos no habían dejado de ser, en las relaciones entre las grandes potencias europeas, un factor importante: la cuestión de Alsacia-Lorena había predominado en las relaciones franco-alemanas, durante los tiempos de Bismarck; y la situación de las nacionalidades cristianas en los Balcanes estuvo en los orígenes, en 1875-1876, de la crisis de Oriente (1). Sin embargo, es indiscutible que en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del XX, la protesta de las *minorías nacionales* tomó, casi en todas partes de Europa, una nueva importancia. Las fuerzas que determinaban aquellos movimientos iban, a veces, unidas a la situación económica y social; pero, sobre todo, eran de orden espiritual: voluntad de salvaguardar un sistema de ideas, de tradiciones, de creencias religiosas; voluntad de con-

(1) Véanse anteriormente, págs. 369, 370 y 379.

servar el derecho a expresarse en la lengua materna; estos eran, en la mayoría de los casos, los resortes esenciales en los conflictos entre las *minorías* y el Gobierno del estado al que estaban sometidas. La cuestión del empleo de los idiomas en la administración o ante los tribunales, y la de la escuela, eran campo de batalla de luchas diarias. ¿Debemos sorprendernos de que las resistencias de los grupos minoritarios se hicieran más activas, en aquella época? La difusión de la enseñanza primaria basta para darnos una explicación válida; ella fue la que confirió una importancia nueva al problema escolar; ella, también, la que hizo crecer, en considerables proporciones, el número de lectores de periódicos y permitió, así, a los *cuadros* de los grupos minoritarios, ejercer más fácilmente una acción de propaganda.

De estos movimientos, había algunos que no afectaban directamente a las relaciones entre los estados: el nacionalismo catalán continuaba siendo un problema español; la protesta nacional danesa en el Slesvig septentrional, aunque por su índole tendiese a provocar dificultades entre Dinamarca y Alemania, no tuvo, en el transcurso de aquel período, gran alcance práctico en dichas relaciones, pues el Gobierno de Copenhague, consciente de su impotencia, era lo bastante prudente para no animar la actividad de tal grupo minoritario; el despertar del sentimiento nacional finlandés tampoco lo tenía, porque Suecia no se arriesgaba a explotarlo en su beneficio. Pero en todos los demás sitios, la presencia de las minorías nacionales era un elemento de complicación en las relaciones internacionales, ya que el Estado, cuya cohesión interior se hallase amenazada, se encontraría debilitado en su acción exterior; y, también, porque los movimientos separatistas ponían en peligro el *equilibrio*. ¿Cómo estudiar la política europea sin tener presentes de modo constante, en nuestro espíritu las reivindicaciones de las nacionalidades?

La protesta irlandesa, aplacada un momento por las reformas agrarias de 1882-1884, se reanimó a partir de 1902, y colocó en primer plano la reivindicación de la autonomía política, el *Home Rule*; esa situación pesó—mucho, a veces—en la política exterior británica.

El vigor del sentimiento nacional polaco seguía creando molestias o inquietudes a los tres Imperios que habían efectuado el reparto. Ciertamente, en Galitzia, los polacos de Austria, como tenían necesidad del apoyo del Estado contra los rutenos, renunciaron, prácticamente, a una protesta activa; pero los de Prusia, sin pensar en el separatismo, mantenían una actitud de resistencia, tanto más, cuanto que la legislación prusiana, lo mismo en las cuestiones escolares que en las de la tierra, les imponía fuertes restricciones; aquel movimiento de resistencia, aislado, al principio, en Posen y en algunos distritos de la Prusia occidental se extendía ahora a la Alta Silesia. En la Polonia rusa aquella protesta continuó planteando los más serios problemas, desde el punto de vista de las relaciones internacionales: el Gobierno del Zar vigilaba la propaganda del partido *nacional-demócrata*, cuyo jefe, Dmowski, se orientó, a partir de 1905, hacia la reivindicación de la autonomía; no

ignoraba la agitación clandestina del grupo socialista que, bajo la dirección de Pilsudski, quería preparar la lucha por la independencia, y que creó, en 1908, en Lvov, la *Confederación de la lucha activa*; siempre temía, pues, en caso de crisis exterior, un levantamiento polaco.

La agitación de las minorías nacionales alcanzó un vigor nuevo en Austria, después del fracaso de la tentativa federalista, planteada, en 1893, por el Ministerio Taaffe; si los jefes del movimiento checo se contentaban con reivindicar una autonomía legislativa y administrativa, dentro del marco del Imperio, el movimiento yuoslavo se orientó, a partir de 1905, hacia el separatismo, al mismo tiempo que se afirmaba el irredentismo italiano en el Trentino, con la acción de Cesare Battisti.

En los Balcanes, por último, la oposición de las poblaciones cristianas al dominio turco se hallaba complicada por las rivalidades que dividían a aquellas. En Macedonia, sobre todo, los nacionalismos griego, búlgaro y serbio luchaban entre sí, al mismo tiempo que combatían al turco.

Por lo que se refiere a la cuestión de Alsacia y Lorena, pareció primero apaciguarse, cuando, a partir de 1893, el movimiento autonomista señaló sensibles progresos. Bajo la influencia de la inmigración alemana, pero, sobre todo, de las condiciones económicas y las ventajas materiales para el territorio derivadas de su participación en la prosperidad del Imperio alemán, la mayoría de los electores renunció a elegir *protestatarios*. En 1898, de quince diputados elegidos en el Reichstag, doce declararon su "lealtad" hacia el Imperio alemán. Las simpatías francesas del clero católico se desanimaron ante el espectáculo de la política anticlerical del Gobierno y del parlamento franceses, entre 1898-1905. La resistencia a la germanización continuó, sin embargo, sobre todo entre los intelectuales y los "notables", que seguían apegados a la cultura francesa: esa adhesión—según escribía, en 1908, el embajador de Francia en Berlín—seguía siendo "el mejor medio de salvar lo que pueda aún ser salvado" y "de mantener el fuego bajo las cenizas"; pero, en las generaciones jóvenes, como comprobó un autor alsaciano, "la imagen de la patria francesa se atenúa". El Staathalter, E. Wedel, un hannoveriano, creyó llegado el momento de modificar el estatuto de Alsacia y Lorena, dando a los autonomistas una satisfacción parcial. La Constitución del 31 de mayo de 1911 dotó a la *Tierra de Imperio* de un parlamento, cuya cámara baja se elegiría por sufragio universal; y concedió a este parlamento el poder de establecer la legislación local, sin intervención del Reichstag ni del Bundesrat. El sufragio universal—decía Wedel, en un informe al Emperador—, "traerá sangre nueva"; la administración alemana, que no había conseguido reunir a los notables *afrancesados*, tenía interés en establecer contacto *con el pueblo*. Pero aquellas esperanzas alemanas se vieron pronto defraudadas, pues la resistencia a la germanización se reafirmó en el año siguiente; a principios de 1913, el Landtag de Alsacia-Lorena votó, casi unánimemente, una moción en la que declaraba que el aumento de los armamentos ale-

manes "no respondía a los sentimientos de la población de Alsacia-Lorena".

Ciertamente, aquel despertar de las protestas nacionales, fuente de dificultades internacionales, se hallaba reforzado, a menudo, por las mismas dificultades: la cuestión de Alsacia-Lorena se reanimó en el mismo momento en que aparecieron, de nuevo, las amenazas de un conflicto franco-alemán, cuyas causas inmediatas no tenían relación directa con ella; las rivalidades entre los nacionalismos balcánicos eran, en muchos casos, atizadas por la política de Austria-Hungría o la de Rusia; y tampoco era el azar lo que hacía que los partidarios de la independencia polaca levantasen la cabeza, en el mismo instante en que volvía a dibujarse la perspectiva de una guerra austro-rusa. No es menos cierto que el renacer de los movimientos *minoritarios*, bien porque provocase crisis, bien porque ofreciera oportunidades a la política de los gobiernos, representaba una importante causa de inquietudes en las relaciones internacionales.

\* \* \*

Frente a los peligros que provocaba este crecimiento de los nacionalismos y el desarrollo de las rivalidades económicas, ¿cuáles podían ser las fuerzas de contrapeso?

Los progresos de las comunicaciones y la difusión rápida de los medios de expresión del pensamiento favorecían los contactos intelectuales internacionales y la *penetración mutua de todo lo relativo al espíritu*.

En la vida intelectual de Europa, de la que París seguía siendo el foco más activo, la diversidad, la riqueza y la novedad de las corrientes del pensamiento se hicieron notar durante estas dos décadas: la última del siglo XIX y la primera del XX. La difusión del movimiento científico despertaba, casi en todas partes, la convicción de que aquellos éxitos de la investigación iban a dar a la civilización formas nuevas y asegurarían a la Humanidad una vida más feliz. Los estudios históricos, aunque recibían impulsos divergentes—el del marxismo y el de Benedetto Croce—, adquirieron importancia cada vez mayor en el fluir del pensamiento; y los historiadores comenzaron a organizar congresos internacionales, donde confrontaban sus puntos de vista, para intentar atemperar el espíritu de exclusivismo nacional. En las reuniones internacionales de filósofos se encontraban todas las tendencias de la época, del positivismo a la filosofía de la acción, del realismo al idealismo, de la sociología a la metafísica. En aquellos años, la difusión de pensamiento traspasó, más ampliamente que nunca, gracias a las traducciones, las fronteras nacionales. Ahora bien: en algunos de sus aspectos nuevos, las corrientes del pensamiento dirigieron la reflexión hacia problemas que eran esenciales para el estudio de las condiciones de la vida política y social, aún más allá del marco nacional; la sociología mostró cómo las sociedades humanas podían ser el objeto de una investigación científica; la historia política comparada, que se desarrolló dentro del marco de los congresos

históricos internacionales, dio un nuevo impulso al estudio de las relaciones entre el individuo y el Estado, lo mismo que a la teoría de las nacionalidades. Estas preocupaciones intelectuales llegaban, mediante el libro, la prensa y la enseñanza, a ambientes cada vez más amplios. Merecerían ser estudiadas las relaciones mutuas entre las nuevas corrientes de pensamiento y las tendencias de la psicología colectiva; pero las investigaciones de este género aún son demasiado escasas para autorizar conclusiones precisas.

En las relaciones entre los continentes, los europeos, cuya curiosidad se dirigía, con creciente intensidad, hacia los países lejanos, estaban mejor informados sobre las poblaciones y los modos de vida; gracias al progreso de los estudios geográficos tendían a ampliar los contactos entre las grandes civilizaciones, creando establecimientos de enseñanza y atrayendo hacia sus universidades a los estudiantes asiáticos, pues creían tener una misión que llevar a cabo, un deber que cumplir hacia los pueblos a los que querían comunicar las ideas políticas o sociales, base de las instituciones europeas. En el Japón, sobre todo, encontraron un medio receptor; pero los chinos también, a partir de 1900, comenzaron a publicar traducciones de obras europeas, incluso de novelas. No podemos olvidar además el éxito que alcanzaron, en el público europeo, las novelas exóticas, las *pinturas de costumbres*, que daban ocasión a echar una ojeada, aunque solo fuera superficial, sobre las civilizaciones asiáticas, africanas u oceánicas.

Que tales intercambios pudieran orientar a los medios cultos hacia un ideal común, llevarles a comprender la mentalidad, las aspiraciones de los pueblos extranjeros y, por consiguiente, a atenuar las fuentes de animosidad entre las naciones, o que el internacionalismo político... tal era la esperanza que animaba a algunos medios intelectuales—a los admiradores de Romain Rolland, por ejemplo—, a pesar del escepticismo de un Paul Bourget o de un Maurice Barrès.

Esas tendencias de la vida intelectual sirvieron de base al movimiento pacifista internacional. Llevar a la opinión pública a que actuara sobre los gobiernos, a fin de que abandonasen la política de la fuerza y aceptasen subordinar la satisfacción de los intereses nacionales a la noción de un interés superior, el de la colectividad humana, no era, ciertamente, una idea nueva. Pero el esfuerzo de propaganda se organizó por una acción concertada de las asociaciones pacifistas, formadas en los diversos países; y la doctrina trataba de proponer soluciones o sugerencias, al menos.

La propaganda no se contentaba ya con repetir los temas tradicionales, es decir, las ideas humanitarias, los deberes de la moral, el llamamiento a la cordura; esgrimía, también, argumentos sociológicos, económicos y financieros: en 1901, Norman Angell, en su libro *The Great Illusion*, hacía notar que la guerra "no paga". En los Estados Unidos, las asociaciones pacifistas comenzaron a ampliar su campo de acción, más allá de los medios intelectuales y de los grupos religiosos. Se mos-

traban activas en Francia, en Gran Bretaña y en los estados escandinavos, mientras que apenas tenían difusión en Alemania, y, menos aún, en el Japón.

La colaboración entre las asociaciones pacifistas ya había tomado forma cuando el inglés Hodgson Pratt creó las Federaciones internacionales de arbitraje y de paz. En 1889, fue constituida la Unión interparlamentaria; y desde 1892, reside en Berna la Oficina Internacional de la Paz. El movimiento adquirió una cohesión más fuerte en los primeros años del siglo XX, cuando la Unión interparlamentaria celebraba conferencias anuales y el Congreso Universal de la Paz reunía a los delegados de las asociaciones.

La doctrina insistía, sobre todo, en dos cuestiones: la limitación de los armamentos, que debería ser la primera etapa hacia el desarme general, y el recurso al arbitraje para arreglar los litigios internacionales. Estos eran los objetivos inmediatos del movimiento. La meta final consistía en establecer un *Congreso permanente de las naciones*, ya dentro del marco mundial, ya, al menos, dentro del marco europeo. Por primera vez aquel esfuerzo pareció ser capaz de resolverse en resultados prácticos, cuando se reunieron, en La Haya, en 1899 y en 1907, las *conferencias de la paz*. Pero, después de haber despertado, en amplios sectores de la opinión pública, grandes esperanzas, tales conferencias, acabaron siendo desalentadoras; se limitaron a *humanizar la guerra*, sin que fuesen estudiadas la cuestión del desarme ni las perspectivas de una concepción nueva de las relaciones entre los estados. Los congresos universales de la paz, que examinaron los métodos adecuados para *organizar la paz*, no consiguieron definir su posición respecto a la cuestión capital: la de las *sanciones* que hubieran de aplicarse a un estado culpable de agresión: los delegados ingleses no quisieron admitir otra cosa que una coacción moral (tal fue la tradición constante del movimiento pacifista en Gran Bretaña); mientras que algunos delegados franceses proponían sanciones militares y otros preconizaban sanciones económicas.

Aquel esfuerzo, que tendía a establecer un concepto nuevo de las relaciones entre los estados, confiaba en la *razón*. Pero, ¿qué podía la razón frente a las pasiones? Los sentimientos a los que hacía llamamiento el movimiento pacifista—observó uno de sus promotores, Théodore Ruysen—nunca tienen "un dinamismo igual al que hace despertar en las masas un llamamiento patriótico".

El rápido crecimiento de la producción industrial ocasionó un aumento considerable de la mano de obra jornalera; en las masas proletarias, la concentración de las empresas favorecía el desarrollo de la conciencia de clase y, por consiguiente, el progreso de los partidos socialistas. Ahora bien: la doctrina socialista veía, en los conflictos entre naciones, la consecuencia de la competencia económica engendrada por el régimen capitalista, y proclamaba que los obreros de todos los países tenían los mismos intereses. ¿No sería lógico que, de un estado a otro,



aquellos socialistas, comprometidos en todas partes en igual combate, trataran de establecer un plan de acción común y de luchar *contra el militarismo, contra la política colonial e imperialista*? Tal intención era la que afirmaban en todos los estados los partidos socialistas, con la única excepción del partido *socialista revolucionario* ruso, que no era marxista ni internacionalista.

Los congresos socialistas internacionales, que se reunían de dos en dos años, desde que, en 1889, se restableció la Internacional, pusieron en su orden del día aquel plan de acción, que ocupaba un lugar cada vez más importante en sus deliberaciones. ¿Con qué resultados? Los partidos socialistas europeos no se mostraron unánimes en vituperar la expansión colonial; pero condenaban los métodos del imperialismo, lo mismo que el recurrir a la guerra para solventar las diferencias internacionales. Sin embargo, cuando se trató de decidir por qué medios se debería, en caso de crisis, afirmar esta voluntad, surgieron las divergencias. En 1907, en el congreso de Stuttgart, algunos delegados sugirieron que la clase obrera, en todos los países, se opusiese, mediante la huelga general, a las medidas de movilización; pero otros, los alemanes sobre todo, creían que tal modo de actuar sería impracticable. En 1910, en el congreso de Copenhague, la moción votada se limitaba a declarar que la clase obrera debería esforzarse para *impedir la guerra*, sin decir qué medios deberían emplearse.

¿Cuáles eran las causas de esta omisión? La más evidente, la diferencia que existía entre el carácter de los movimientos socialistas en los diferentes grandes estados. En los países en que los efectivos del partido eran más considerables—Alemania y Gran Bretaña—el movimiento se hallaba profundamente penetrado, aunque los jefes dudasen en reconocerlo, por las tendencias reformistas. En aquellos en que los efectivos eran modestos—Italia, Rusia—privaban las tendencias revolucionarias. El partido socialista en Francia se encontraba a mitad de camino entre las dos corrientes, o, más bien, tendía a evolucionar de una a otra: revolucionario y teñido de un matiz anarquista, entre 1901 y 1910; después de esta fecha, se acercó, de hecho, al reformismo. Ahora bien: teniendo en cuenta que el socialismo reformista trataba de mejorar la suerte de los trabajadores mediante la acción parlamentaria y los caminos legales, ¿no se incorporaba aún más al Estado? En el fondo, el grueso de los efectivos, en tales partidos socialistas, permanecía más apegado de lo que creía o quería confesar al sentimiento nacional. Por otra parte, en el seno del socialismo revolucionario que, por su lado, subordinaba todos sus pasos al deseo de invertir la estructura social y política, algunos elementos *extremistas* pensaban que un gran conflicto internacional podría abrir el camino a la subversión. Esto fue lo que obstaculizó la lucha de los socialistas contra la guerra.

Por último, ¿podían las fuerzas religiosas, en Europa, ofrecer medios más eficaces para frenar las rivalidades internacionales?

Las iglesias ortodoxas se encontraban ligadas estrechamente al Estado; eran nacionales y, muy a menudo, nacionalistas. En el seno del protestantismo, las fuerzas sólidamente organizadas—la Iglesia anglicana, la Iglesia evangélica—se hallaban, a su vez, incorporadas dentro del marco nacional; solamente entre los *no-conformistas* ingleses se acusaban, vigorosamente, las tendencias pacifistas. Entre estas confesiones protestantes, en los primeros años del siglo XX, comenzó, no obstante, a establecerse un esfuerzo de cooperación. En 1910, la conferencia de Edimburgo reunió a los representantes de las Iglesias *establecidas* o *disidentes*, de los principales estados europeos. Pero dicha conferencia solo tuvo un objetivo religioso: establecer contactos, borrar las tergiversaciones, organizar en el mundo la actividad misionera; no intentó echar las bases de una cooperación permanente y de una acción de las Iglesias protestantes en pro de la paz. La idea nacional eclipsó, pues, al sentimiento de solidaridad religiosa.

La Iglesia católica, gran fuerza internacional, tendría un interés evidente en favorecer una organización duradera de la paz, ya que un conflicto, al oponer entre sí a los católicos europeos, pondría en grave peligro la unidad de la Iglesia. Pero los medios de la Santa Sede en tal terreno eran limitados: solo en dos estados, Alemania e Italia, existía un partido católico capaz de ejercer una influencia sobre la vida política; con todo, el partido alemán, el *Centro*, señaló con claridad varias veces que no se proponía seguir en las cuestiones políticas las consignas pontificias. Quedaba, evidentemente, la acción que pudiera ejercer el Vaticano sobre la jerarquía, el clero y los fieles. León XIII, formado en la escuela de la diplomacia pontificia, se interesaba en el papel internacional de la Iglesia. Pero Pío X, dedicado, sobre todo, a mantener la integridad del dogma y a combatir las tendencias modernistas, parecía conceder menor importancia a su *misión* política: en sus encíclicas se limitó a vagas exhortaciones. ¿Se daba cuenta de que no podría dominar a las fuerzas del nacionalismo? ¿Creía que la Santa Sede en su propio interés debía tener en cuenta las preocupaciones de la monarquía austro-húngara, el único gran estado europeo donde el Gobierno era católico, y no condenar de antemano una guerra que aquel Gobierno podría juzgar necesaria para salvar la existencia del Estado? Esto parece verosímil. Sin embargo, en el estado actual de la información histórica es imposible demostrar estas hipótesis, ya que los archivos vaticanos aún están cerrados a la investigación.



## BIBLIOGRAFIA

- Sobre las relaciones económicas y financieras.**—Además de las obras ya citadas, págs. 331 y 332, véanse: A. VIALLATTE: *L'Impérialisme économique et les relations internationales pendant le dernier demi-siècle*, París, 1923.—G. JÖHLINGER: *Die Koloniale Handelspolitik der Weltmächte*, Berlín, 1914. J. DONALDSON: *International Economic relations*, Londres, 1928.—R. HOFMANN: *Great Britain and the German Trade Rivalry*, Filadelfia, 1935.—A. BANZE: *Die deutsch-englische Wirtschaftsrivalität*, Berlín, 1935.—R. NATAHN: *Le rôle international des Grands Marchés financiers*, París, 1938.—CH. R. WHITTLESEN: *National Interest and International Cartels*, Nueva York, 1946.—A. I. DOMARATSKY: *The International Cartel Movement*, Washington, 1928.—A. LENZ: *Der Wirtschaftskampf der Völker und seine internationale Regelung*, Berlín, 1920. H. FEIS: *Europe, the World's Banker, 1870-1914*.—R. V. DUNN: *American Foreign Investments*, Nueva York, 1926.
- Sobre el nacionalismo y sobre las minorías nacionales.**—“Scotus-Viator” (pseud. de R. SETON-WATSON): *Racial Problems in Hungary*, Londres, 1909.—B. AUERBACH: *Les Races et les Nationalités en Autriche-Hongrie*, París, 2.ª ed., 1917.—A. KRAINIKOWSKY: *La Question de Macédoine et la Diplomatie européenne*, París, 1938.—H. WENDEL: *Die südslavische Frage und Oesterreich-Ungarn*, Berlín, 1927.—R. SETON-WATSON: *The Role of Bosnia in International Politics. 1875-1915*, Londres, 1932.—A. PHILIPPS: *The revolution in Ireland*, Londres, 1924.
- Sobre el socialismo internacional.**—A. SHADWELL: *The socialist Movement, 1824-1924*, Londres, 1925, 2 vols.—P. LOUIS: *La Crise du Socialisme mondial. De la II à la III Internationale*, París, 1921.—M. DRACHKOVITCH: *Les socialistes français et allemands et le Problème de la guerre, 1870-1914*, Ginebra, 1953.—P. VAN DER ESCH: *La Deuxième Internationale, 1889-1923*, París, 1957.
- Sobre el papel del control parlamentario.**—J. BARTHÉLEMY: *Démocratie et Politique étrangère*, París, 1931.
- Sobre el pacifismo.**—BEALES: *The history of Peace*, Londres, 1931.—M. TATE: *The disarmament Illusion: the movement for a limitation of armaments to 1907*, Nueva York, 1942.
- Sobre la actitud de la Santa Sede.**—M. PERNOT: *Le Saint-Siège l'Eglise catholique et la Politique mondiale*, París, 1924.

## CAPITULO IX

## FISONOMIA DE LOS GRANDES ESTADOS

El deseo de expansión económica y el nacionalismo, sin embargo, estaban muy lejos de manifestarse en todos los estados con la misma fuerza. Las seis grandes potencias europeas, que sumaban cerca del 85 por 100 de la población del continente, y las dos grandes potencias extra-europeas, no tenían el mismo concepto del imperialismo ni de la *voluntad de poder*. ¿Cuáles eran los caracteres y cuáles las causas de estas diferencias?

En 1895 Gran Bretaña se encontraba todavía en plena euforia. Su predominio comercial permanecía indiscutido; su predominio industrial persistía en Europa y aún no estaba amenazado en los mercados mundiales por el progreso de la industria americana; su predominio financiero tenía sólidas bases gracias a la notable organización del mercado de Londres (1). El déficit de su balance comercial (130 millones de libras en 1895) era fácilmente enjugado por las exportaciones invisibles. El sentimiento de confianza que le aseguraba su supremacía naval continuaba intacto. La *voluntad del poder* se manifestó en este mismo año, con ocasión de las elecciones generales, que dieron la victoria a los Unionistas. El deseo de expansión colonial no era monopolio de los conservadores ni de los liberales disidentes, sus aliados; también se advertía en el partido liberal en el cual la influencia de Gladstone (había dejado el poder, por última vez, en 1893) se veía combatida por el ala *imperialista*. En la nueva Cámara de los Comunes, los hombres de negocios, que eran numerosos, deseaban la extensión territorial del Imperio; se hallaban apoyados por la opinión pública, cuyo interés se dirigía con más actividad que nunca hacia las cuestiones imperiales; los éxitos de librería correspondían a libros en los que antiguos oficiales, viejos funcionarios coloniales, relataban sus experiencias. ¿No era la raza británica “la más importante de las razas dirigentes” que había conocido el mundo nunca? ¿Y no servía el crecimiento del Imperio—dijo el comandante en jefe del ejército, lord Wolseley—los intereses de “la cristiandad, de la paz, de la civilización y de la felicidad de la humanidad”?

Los dos hombres de Estado que en el Gabinete inglés dirigían a la sazón la política imperialista eran profundamente diferentes uno de otro, lo mismo por su origen que por su temperamento.

Lord Salisbury, primer ministro de 1895 a 1902, pertenecía a la

(1) Véase, sobre este punto, el libro III, cap. XV.

importante familia de los Cecil, tres de cuyos miembros habían desemeñado, en la vida política inglesa, el primero desde el siglo XVI, un papel de primer orden. Gracias a la situación de su familia y también a su gran fortuna como terrateniente, tuvo principios fáciles en la vida política; a los veintitrés años entró en la Cámara de los Comunes, fue reelegido sin oponente hasta el día en que, a la muerte de su padre, se convirtió en miembro de la Cámara de los Lores. La firmeza de sus artículos y de sus discursos, la calma y el valor cívico de que había dado pruebas le situaron a la cabeza del partido conservador. Este gran señor, cuya altivez era un tanto despectiva y cuyos exabruptos resultaban a menudo groseros, no poseía los dones que aseguran la popularidad al hombre de Estado. Pero tenía una fuerte personalidad, una voluntad firme. Si en política interior apenas abrigaba opiniones originales, en la exterior era capaz de tomar iniciativas vigorosas, a veces audaces, y poseía la habilidad y la agudeza del diplomático nato. Tal vez no fuera un gran primer ministro, pero sí un gran ministro de Asuntos exteriores.

Joseph Chamberlain, que en el Gabinete Salisbury ocupaba el cargo de ministro de Colonias, era un *advenedizo*. Salido de una familia de la burguesía industrial, no había recibido—porque pertenecía a los medios *no-conformistas*—la formación de Oxford ni la de Cambridge. Asociado a los negocios de su padre los desarrolló rápidamente, y se convirtió en uno de los principales industriales de Birmingham; por medio del municipio (fue alcalde de su ciudad) se inició en la política. A los cuarenta años entró en la Cámara de los Comunes, donde se sentaba entre los radicales del partido liberal. En 1885 ocupó el primer plano de la vida parlamentaria, cuando se separó de Gladstone, en el gran debate sobre el *Home Rule*, provocando la escisión del partido liberal. Desde entonces fue el más activo de los liberales *unionistas*, y a título de tal entró, en 1895, a formar parte del Gabinete. Como hombre de negocios, tenía gran competencia en la resolución de las cuestiones económicas; como jefe de la industria, había adquirido el espíritu de decisión, la responsabilidad, el sentido de la organización. Era un hombre de acción, ardiente, valeroso, con ideas nuevas, y que no solía retroceder ante las iniciativas más atrevidas.

Pero las responsabilidades de Gran Bretaña fuera de Europa eran pesadas. Había que pensar primero en defender contra la codicia de las otras potencias la situación conseguida, sostener en Asia los resultados que, desde que se obtuvieron—entre 1880 y 1890—, le habían permitido asegurar por medio del cuasi-protectorado sobre el Afganistán y de la conquista de la alta Birmania, la protección de las fronteras de la India, conservar en China la preponderancia comercial, defender los intereses ingleses en el Imperio turco lo mismo que en América del Centro. En aquellos últimos años del siglo XIX el Gabinete inglés se proponía adquirir nuevos territorios en África: completar la obra comenzada en la región del bajo Níger, reconquistar el Sudán

egipcio evacuado desde 1884, volver a emprender, en África del Sur, la política de anexión del Transvaal y de Orange, iniciada en 1877: tales eran los objetivos inmediatos de Salisbury y de Joseph Chamberlain.

Estos planes imperialistas respondían a los deseos de los grandes capitalistas que tenían intereses en Egipto y que en África del Sur se dedicaban a explotar los yacimientos de oro y de diamantes; el promotor de los negocios mineros sudafricanos, Cecil Rhodes, era, desde 1890, primer ministro de la Colonia de El Cabo; y también autor del proyecto para establecer una unión ferroviaria de El Cabo a El Cairo. Pero la influencia de los intereses materiales no basta para explicar las inquietudes del imperialismo; los rasgos de la psicología colectiva no eran de menor importancia. La opinión pública inglesa atravesaba una crisis de orgullo y no retrocedía ante la idea de un conflicto. Diez años más tarde, sir Edward Grey, que había sido subsecretario de Estado en Asuntos Exteriores, en el último Gabinete liberal, escribiría (1895): “Todo gobierno, aquí, durante los diez últimos años del siglo, habría podido provocar la guerra con solo levantar el dedo meñique. El pueblo le habría aclamado: tenía necesidad de excitaciones, la sangre se le había agolpado en la cabeza.”

Pero esta crisis de orgullo no tardó en atenuarse. En el transcurso de la dura experiencia de la guerra sudafricana (1899-1902), Gran Bretaña comprobó la insuficiencia de sus medios militares, ya que, para vencer la resistencia del pequeño pueblo boer, se vio obligada a movilizar 400 000 hombres y sostener una guerra de dos años y medio. La opinión pública tenía, además, otros motivos para alarmarse: la producción metalúrgica alemana superaba, desde 1896, a la de Gran Bretaña; las exportaciones alemanas comenzaban a ocupar un lugar importante en mercados en los que hasta entonces la preponderancia inglesa había sido indiscutible; en 1898-1900, el Imperio alemán anunció su intención de convertirse en una gran potencia naval; el empuje de la expansión rusa se afirmaba en Extremo Oriente; la rivalidad de los intereses franceses e ingleses persistía en África. ¿Era posible mantener, en tales condiciones, los principios tradicionales de la política exterior y de la económica?

Joseph Chamberlain creía que no. Hubiera querido ver a Gran Bretaña abandonar el *espléndido aislamiento* y renunciar, también, al libre cambio. Trató de imponer sus puntos de vista a sus reacios colegas. Crisis pasajera: en 1902, se abandonó el intento de una alianza continental; en 1903, el proyecto de *régimen preferente imperial* sucumbió, a su vez. El partido liberal, cuando volvió a tomar las riendas del poder, en 1905, permaneció fiel a las soluciones tradicionales: ninguna alianza con un estado continental; ninguna protección aduanera. Sin embargo, tuvo que adaptarse algo, en su política exterior; así, dentro del marco de la *Entente Cordiale* con Francia, admitió, sin hacer promesas, que Gran Bretaña podría intervenir en una guerra continental:

también se esforzó, a partir de 1907, en estrechar los lazos con los Dominios. Pero su política económica exterior no volvió a estar comprometida, a pesar de los progresos de la competencia alemana y de los indicios que permitían presagiar el declive de su prosperidad. Que las exportaciones de productos manufacturados se desarrollasen dos veces más despacio que las exportaciones alemanas similares; que la renta nacional, después de haber crecido continuamente desde hacía un siglo, se hallara, a la sazón, casi estacionaria, eran, ciertamente, penosas realidades. Sin embargo, la amenaza no tenía carácter inmediato: el poder financiero seguía siendo sólido, y las exportaciones de capitales hacia los países extranjeros, que habían sido de 40 millones de libras en 1903, alcanzaban la cifra de 230 millones en 1913. Por tanto, los medios económicos, a pesar de algún pesimismo, se mantenían confiados. Si la rivalidad anglo-alemana se acentuó, no fue la competencia comercial la causa de esa agravación; era la competencia naval, sobre todo, lo que preocupaba a la opinión pública inglesa: Alemania, al crear rápidamente una marina de guerra, amenazaba la libertad de las comunicaciones imperiales, e incluso la seguridad de las Islas Británicas.

El Imperio alemán se hallaba en pleno impulso. Impulso demográfico: la cifra de la población, que era, en 1893, de 51 000 000, alcanzó, en 1914, 67 800 000; esto significaba una progresión mayor que en todos los demás estados europeos, con excepción de Rusia. Impulso industrial, favorecido por la organización científica de la producción y la estrecha unión entre la fábrica y el laboratorio, por la calidad de la enseñanza técnica; finalmente, por la asistencia que prestaban los bancos a las iniciativas de los productores: Alemania, en 1913, ocupaba, el segundo puesto de Europa en lo referente a la producción de la hulla, y el primero en la del hierro y el acero; sus industrias químicas y eléctricas eran las primeras del mundo. Impulso del comercio exterior, que pasó de 7 683 millones de marcos, en 1890, a 10 796, en 1900, y a 22 500, en 1913; y de la marina mercante, cuyo tonelaje global se triplicó en treinta años. Crecimiento de la renta nacional que, calculada por habitante, aumentó un 50 por 100, entre 1896 y 1912. Todo esto representaba un conjunto de condiciones favorables para el desarrollo de los medios de acción en política exterior. El Imperio, gracias a su crecimiento demográfico y a su poder industrial, era la primera potencia militar del mundo; se esforzó, a partir de 1898, en convertirse en una gran potencia naval; también tenía una fuerza de expansión financiera, pues la acumulación de los capitales era bastante rápida y, a pesar de las necesidades de la producción nacional, dejaba disponibilidades que se orientaban hacia las inversiones en el extranjero. ¿Es necesario subrayar los lazos que existían entre los aspectos de aquel impulso? El ritmo acelerado de la producción fue lo que obligó a Alemania a buscar incesantemente, fuera, nuevos recursos de materias primas y nuevos mercados; la necesidad de la expansión co-

mercial inspiraba la política naval; los éxitos obtenidos en la vida económica fortalecían el orgullo nacional.

En este cuadro había una sombra, aunque leve: las condiciones de la política interior. Aunque la estabilidad parlamentaria fuera más segura que en la mayoría de los estados vecinos (la única crisis seria se produjo en 1906) y la estabilidad social no hubiera sido turbada gravemente más que en 1905, con las huelgas del Ruhr, existía, según confesión de los dirigentes alemanes, un *malestar político*. La causa principal de él, según hacía constar el canciller Bethmann Hollweg, era el "desacuerdo entre la dirección claramente conservadora de la política prusiana y la dirección más liberal de los asuntos del Imperio". Sin embargo, ¿tenía esta *imperfección* del régimen constitucional toda la importancia que algunos historiadores franceses han creído poder atribuirle? Implicaba la perspectiva de dificultades futuras; pero, de inmediato, no parecía acarrear amenaza seria, como nos es permitido juzgar por los documentos. El *problema del Estado*, según palabras del historiador Hermann Oncken, *no era interior, sino exterior*. Alemania invocaba su derecho a tener en el mundo un campo de acción a la medida de su vitalidad y de su potencia. Reivindicaba su *sitio al sol*. "¿Cómo podrían rehusarme—decía—la parte legítima que corresponde a todo ser que crece?"

Aquel estado de ánimo encontró en la Liga pangermanista su expresión más vigorosa. Fundada en Berlín, en abril de 1891, por el explorador del Africa Oriental, Karl Petters, la liga fue dirigida, desde 1893, por Ernst Hasse, profesor en la Universidad de Leipzig, que permaneció como jefe durante quince años. Su programa era, a la vez, continental y colonial. "La expansión—escribió Hasse, en 1905, en su libro *Deutsche Politik*—es una etapa necesaria del desarrollo de un organismo vivo y sano."

Expansión continental: Alemania se sentía autorizada a extender su territorio por las regiones donde vivían poblaciones de lengua germana, en Austria, en Bohemia, en Hungría, en Suiza, en Luxemburgo, e incluso absorber a los *bajos alemanes* de Holanda o de la Bélgica flamenca; tenía, no obstante, por razones de oportunidad, que diferir la realización de parte de estos objetivos: ¿Por qué reivindicar a los alemanes de Austria-Hungría, si la monarquía danubiana había admitido un tratado de alianza, cuyo complemento sería, sin duda, una unión aduanera? Pero los "pequeños pueblos" debían desaparecer.

Expansión fuera de Europa: Puesto que Alemania, al intervenir demasiado tarde, no había podido desempeñar un papel importante en el reparto del mundo, la conquista colonial no podía ser más que una forma secundaria de tal expansión que, sobre todo, debería tener por objetivo fundar, mediante la emigración, "colonias sin bandera", o conseguir zonas de influencia económica en América del Sur, en Africa austral, en el Marruecos meridional y en Asia Menor. Alemania debía reclamar *el aire y la luz*, exigir que "no se llevase a cabo sin su

consentimiento ninguna modificación en la repartición de las posesiones, entre los grandes pueblos del mundo"; y obtener, a cambio de su asentimiento, ventajas iguales a las de los otros estados. A ello la obligaba *la lucha por la vida*.

Sin embargo, el Gobierno no adoptó el conjunto de este programa pangermanista, que, por otra parte, era reprobado por los socialistas y por el partido católico del Centro. Era raro que los dirigentes de la política exterior hicieran alusión a modificaciones territoriales en Europa; mas en el plano extra-europeo adoptaron, en parte, las opiniones de los pangermanistas. ¿No era evidente que "el comercio sigue a la bandera? Un estado nunca se halla seguro de encontrar, en los países nuevos, las salidas necesarias para su industria, si no se encuentra en situación de establecer condiciones económicas de vida que alejen la presión de los competidores extranjeros. En 1896, Guillermo II, en un discurso pronunciado ante la Sociedad colonial, anunció que Alemania iba a practicar una *política mundial* que tendría como puntales el desarrollo de la flota de comercio y el de la flota de guerra: "El porvenir de Alemania está en los mares." A partir de 1898, bajo la dirección del almirante von Tirpitz—un técnico de alta clase y un gran organizador, que era, a su vez, un luchador—, el Imperio comenzó a establecer su potencia naval. En esa fecha, Alemania poseía 22 buques de guerra—acorazados o grandes cruceros—mientras que Gran Bretaña tenía 147. Las leyes de 14 de abril de 1898 y de 14 de junio de 1900 dispusieron aumentar hasta 50 el número de buques de guerra. Las leyes de mayo de 1906 y de noviembre de 1907 preveían la construcción de cuatro acorazados por año, durante cuatro; y después, dos por año. A principios de 1912, aún se amplió el programa, construyendo en los astilleros tres acorazados suplementarios. La fuerza naval alemana iba a llegar desde entonces, en la categoría de los *buques de guerra*, a los dos tercios de la fuerza naval inglesa. Era preciso, según escribía Tirpitz, "crear una flota capaz de actuar entre Heligoland y la costa inglesa". ¿Cuál era el objetivo? Acabar con un *estado de dependencia* que resultaba intolerable: Gran Bretaña pretendía obstaculizar el desarrollo del comercio exterior alemán y la expansión colonial alemana; ahora bien, el día en que viese enfrente de ella, en el mar del Norte, una gran flota de guerra, capaz de medirse con la suya, comprendería la necesidad de *transigir* con Alemania y de "respetar en todas partes los intereses alemanes".

En la política exterior, las preocupaciones económicas iban, pues, muy asociadas a las preocupaciones estratégicas, lo mismo que a las instancias del sentimiento nacional. "Debemos exportar para poder importar, y debemos importar para poder trabajar y vivir." Alemania se encontraba entonces, lo mismo que Gran Bretaña, "pendiente del mercado mundial".

Para dirigir esa política exterior, lo que le faltaba al Imperio era un gran hombre de estado. Guillermo II, que tenía ciertas dotes inte-

lectuales y que no carecía de amplitud de miras, no poseía cualidades de espíritu y de carácter adecuadas al papel personal que creía desempeñar en la dirección de los asuntos públicos: exceso de imaginación, nerviosismo que provocaba crisis de depresión, desconfianza respecto a sus colaboradores: tales eran sus defectos más salientes. El Emperador llamó, primero, a la Cancillería a hombres de segunda fila, cuya obediencia creía tener asegurada. Caprivi, aunque hubiera demostrado tener alguna capacidad política en la vida parlamentaria, no tuvo tiempo de adquirir la experiencia de los problemas exteriores. Clovis von Hohenlohe, cuyo talento era agudo y seguro su juicio, sabía apreciar las fuerzas internacionales; pero era viejo, escéptico y estaba desengañado. En 1900, Guillermo II creyó ver en Bülow un hombre de primer orden; pero no encontró más que un ingenio atrayente y brillante, capaz de ejercer influencia, por sus dotes de orador y de táctico, en el Reichstag; capaz, también, de destreza en el juego diplomático en el que se complacía; pero impotente para establecer previsiones a largo plazo y para construir planes de importancia. Ciertamente tenía talento; mas sin las cualidades que hacen al gran hombre de Estado. La caída del Canciller, en julio de 1909, no se debió a dichas incapacidades; tuvo por causa un conflicto personal con el Emperador. De este conflicto, que le alarmó mucho, Guillermo II sacó una lección: el nuevo canciller escogido, Bethmann Hollweg, era un alto funcionario, serio, sólido, sin talla y sin experiencia de los asuntos exteriores; pero que parecía ser respetuoso hacia la autoridad imperial y *fiel como el oro*. Durante veinte años, la política exterior alemana no encontró, pues, un hombre que estuviera a la altura de las ambiciones nacionales.

Francia, país de equilibrio económico, se hallaba lejos de sentir, en la orientación de su política exterior, el apremio de los intereses materiales en el mismo grado que lo sentían Gran Bretaña y Alemania. Su producción agrícola casi bastaba a sus necesidades. Sus industrias, aunque adquirieron un desarrollo más activo entre 1905 y 1910, no ocupaban, en 1913, más que un lugar modesto—el 6 por 100—en la producción mundial, mientras que treinta años antes había sido de un 9 por 100. Las condiciones ofrecidas por el mercado mundial no eran, pues, la preocupación dominante en la vida económica francesa. Por otra parte, este país, de baja natalidad, permanecía, desde el punto de vista demográfico, en un estado de cuasi-estancamiento. No había nada en él que exigiese una vigorosa expansión.

El estado de la psicología colectiva tampoco incitaba a ello. El nacionalismo de Maurice Barrès y el de Charles Maurras eran doctrinas que no salían apenas de los medios intelectuales; incluso después de 1911, en que se manifestó, sin embargo, en la juventud, un renacer del nacionalismo, la masa de la población, la que recibía su formación en la enseñanza primaria, no se dejó arrastrar por este movimiento.

Las circunstancias de política exterior tampoco eran favorables para

las iniciativas exteriores: gran crisis moral del asunto Dreyfus; profunda crisis política, de 1901 a 1906, unida a la cuestión religiosa; amenaza social, entre 1906 y 1910, resultante de los progresos del sindicalismo revolucionario.

Por último, los medios militares y navales disminuyeron, hasta 1911, no en valor absoluto, sino en valor relativo, el único importante. El Ejército, aunque conservase, en tiempo de paz, grandes efectivos (solo inferiores en 90 000 hombres a los del ejército alemán, a pesar de la gran diferencia demográfica), no podía movilizar, en caso de guerra, fuerzas comparables a las del adversario; las concepciones del Estado Mayor, que renunció, desde 1898, a prever el empleo de las formaciones de reserva en el ejército de primera línea, aún acentuaban más el desequilibrio; aquel ejército había perdido, como consecuencia del asunto Dreyfus, gran parte de su ascendiente en la conciencia nacional, y sus cuadros de oficiales, se encontraban, a menudo, desanimados por la desconfianza que les demostraba, entre 1902 y 1904, el propio ministro de la Guerra. Las fuerzas navales, que aún ocupaban, en 1900, el segundo lugar en la escala mundial, habían quedado atrás, a consecuencia de la política de economías que practicó el ministro de Marina entre 1902 y 1904; descendieron al cuarto lugar, y su relativa inferioridad era especialmente grave en la clase de los grandes acorazados modernos. Tales condiciones no parecían, pues, favorables a una *política de poder*.

Y, sin embargo, Francia conservaba, en las relaciones internacionales, un papel de primera fila. Lo debía, no solo a su situación geográfica, sino también a la homogeneidad de su población: de los cinco grandes estados europeos, era el único en que la cuestión de las *minorías nacionales* no se planteaba. También se lo debía a los profundos sentimientos de su pueblo que, al mismo tiempo que repudiaba el espíritu de aventura, se consagraba, ardentemente, a la defensa de su seguridad: a pesar de la propaganda antimilitarista, la masa de la población aceptaba cargas militares más pesadas que las de cualquier otro sitio; Francia era entonces el único estado donde todos los hombres físicamente aptos se encontraban sujetos, en tiempos de paz, al servicio militar. Lo debía, por último—factor que no hay que olvidar—a los medios de acción que le aseguraba su potencia financiera: gracias al espíritu de ahorro de la población (ahorro que alcanzaba, un año con otro, de cuatro a cinco millares de millones de francos, en los primeros años de siglo), el mercado financiero francés disponía de una masa considerable de capitales, adonde acudían los otros estados; la media anual de las inversiones en el extranjero, que era de 1 200 millones de francos, entre 1897 y 1902; subió, entre 1910 y 1913, a 1 300 millones. Como las emisiones de valores extranjeros estaban subordinadas a la autorización del Gobierno y las inversiones francesas se orientaban preferentemente, hacia los empréstitos de Estado, la política exterior podía utilizar aquella arma financiera, y no dejaba de hacerlo.

¿En qué sentido se ejercía la acción de esa política exterior francesa, fuera de Europa y en Europa?

Después de la reacción *anticolonialista* que había marcado la época del boulangierismo, el movimiento favorable a la expansión colonial volvió a tomar auge desde 1890, siguiendo el camino trazado por Jules Ferry. Se hallaba sostenido en gran medida por los intereses de los exportadores, sobre todo de los industriales textiles, y por los grupos financieros. Se veía favorecido aún más por los cambios surgidos en la psicología colectiva: las críticas dirigidas contra la política colonial en tiempos de Jules Ferry habían estado inspiradas, sobre todo, por el temor de que aquella política debilitara a Francia en el continente y la desviara de su preocupación esencial: la defensa de su seguridad. Ahora bien, estas preocupaciones continentales eran menos apremiantes desde que la celebración de la alianza franco-rusa proporcionó la certidumbre de un apoyo en caso de ataque alemán. Al mismo tiempo la creación, en 1893, de un ejército colonial reclutado por alistamientos voluntarios, tranquilizó al cuerpo electoral, puesto que los jóvenes soldados del contingente ya no estarían expuestos en adelante a combatir en las colonias. ¿Por qué se había hecho aquel esfuerzo continuamente a través de los incidentes o de los accidentes que formaban y deshacían los ministerios? No era la opinión pública en masa la que daba el impulso. A este respecto no había nada que pudiera compararse con Gran Bretaña. Pero existía un "partido colonial" muy activo. El Comité de Africa Francesa, fundado en noviembre de 1890 por políticos e intelectuales, en unión de oficiales del ejército colonial y la Unión colonial, creada en 1895 para agrupar a los hombres de negocios y a los *prácticos de la vida económica en las colonias*, eran su fundamento. Este *partido colonial*—cuyos organización y métodos merecían ser estudiados más de cerca—encontró apoyos en los medios militares y navales, lo mismo que en las misiones religiosas. Había portavoces vigorosos en la Cámara de los Diputados, en la cual presidía el *grupo colonial* Eugène Etienne, hijo de oficial, diputado de Orán y hombre de negocios. Tenían influencias en los medios gubernamentales: los *grandes coloniales* establecieron contactos personales frecuentes y fáciles con los ministros, incluso en tiempos de Carnot, con el mismo presidente de la República. Para que la acción de esta minoría fuera eficaz bastaba que el grueso de la opinión pública, sin interesarse verdaderamente en la obra colonial, cesara de resistirse a ella. Sin embargo, en los medios políticos continuaba manifestándose una corriente de hostilidad hacia la política colonial. Los radicales *de izquierda*, con Eugène Pelletan, creyendo que las expediciones coloniales ocasionarían gastos excesivos, sin reportar, desde el punto de vista económico, ninguna compensación apreciable, denunciaban una inteligencia entre los *especuladores* y las misiones religiosas. Los socialistas oponían objeciones de principio: ¿con qué derecho quería Francia extender su dominio sobre pueblos débi-

les? También temían que las aventuras coloniales desarrollasen el militarismo. Pero la reacción no era fuerte en los últimos años del siglo XIX; solo se hizo apreciable entre 1904 y 1914.

Respecto a Europa, lo que constituía el núcleo de las preocupaciones francesas era la cuestión de las relaciones con el Imperio alemán. En esta cuestión explicaba y regía la orientación que Francia daba a sus relaciones con los otros grandes estados.

En conjunto, el comportamiento de la opinión francesa respecto a Alemania era *defensivo*. La idea de desquite, después del fracaso del boulangierismo, estaba en franca decadencia, sobre todo entre 1893 y 1904. El tiempo había hecho su obra: las jóvenes generaciones, que no conocieron la amargura de la derrota, eran menos sensibles a los recuerdos que se iban esfumando, y las tendencias nuevas que se manifestaban en Alsacia y Lorena, unidas a los progresos del movimiento autonomista, reforzaban aquel estado de ánimo (1). El sentimiento de resignación se mostraba abiertamente en los socialistas y en los pacifistas: entre 1897 y 1902 se manifestó en algunos hombres de negocios que esperaban, a cambio de un acercamiento político franco-alemán, obtener del Reich facilidades aduaneras; también existía antes de 1904 en los medios coloniales que consideraban a Gran Bretaña como el adversario principal, y, por último, en el grupo de intelectuales, cuyo programa recogió el *Mercur de France* en 1898. Pero importaba más que tales manifestaciones esporádicas la tendencia media del espíritu público: la cuestión de Alsacia y Lorena no despertaba ya gran eco en la opinión; a menudo no era sino un tema de *discurso de reparto de premios*; el embajador alemán en París señalaba, en sus informes de 1898, que la masa de los franceses iba "olvidándose de Alsacia y Lorena"; y el antiguo jefe de Estado Mayor alemán, Waldersee, anotó en su *Diario*, en 1902, que la "idea de desquite no tiene ya muchos fanáticos". Sin embargo, adormecimiento no significa abandono: el sentimiento patriótico se alborotaría si se tratara de suscribir una renuncia explícita. La cuestión de Alsacia y Lorena, aunque hubiera perdido importancia en la psicología colectiva, seguirían siendo un obstáculo permanente para un acercamiento franco-alemán.

Frente a este problema no todos los medios dirigentes franceses actuaban de igual manera. Había dos "escuelas", en opinión de Jacques Bainville. Parece más exacto decir, con Maurice Reclus, dos métodos, pues se trataba no de divergencias fundamentales, sino de apreciaciones diferentes en relación con la oportunidad política.

Los unos creían necesario buscar una aproximación con Alemania, ya para asegurar la paz, ya para dar mayor libertad a la política francesa. Estos estimaban oportuno colocar la cuestión de Alsacia y Lorena fuera de la política práctica. No se proponían, en absoluto, con-

(1) Véase anteriormente, pág. 446.

firmar las cláusulas del tratado de Francfort, pero confiaban en conseguir del Gobierno alemán que hiciese concesiones o convenios. Si parecía imposible considerar una restitución a Francia aun a cambio de amplias compensaciones en el terreno colonial, ¿no podría obtenerse que Alsacia y Lorena se convirtieran en un territorio autónomo, una especie de *tapón*? Esta era una esperanza ilusoria. Y, sin embargo, los partidarios de un acercamiento franco-alemán seguían fieles a su plan bajo otra forma: creían oportuno dar satisfacción a las reivindicaciones de "lugar al sol", dejando que el Imperio alemán estableciera su dominio o su influencia en territorios extra-europeos, de tal modo, que su fuerza de expansión se desviase de Europa.

Los otros estaban convencidos de que entre Alemania y Francia era imposible una conciliación. ¿Una alianza? Cuando Guillermo II hizo alusión a ella en 1907 en una conversación, Eugène Etienne le contestó: "Sería preciso, primero, hacer de nuevo a Francia." ¿Una simple aproximación? "Ello implicaría—dice Paul Cambon—que Francia se rebajara ante Alemania." Por consiguiente, la seguridad de Francia debía ser reafirmada por esfuerzos diplomáticos cerca de los otros grandes estados: consolidar la alianza franco-rusa, tratar de obtener el apoyo de Gran Bretaña, debilitar la Triple Alianza, dedicándose a separar a Italia de ella, y acaso también—en 1910 así lo pensaba el embajador en Viena—a Austria-Hungría.

Pero ¿cómo podrían separarse la política de expansión colonial y la política europea? La realización de los planes coloniales—decía, en 1898, *L'Afrique française*—"obliga a Francia a buscar en el continente la seguridad e incluso apoyos". Sin tal precaución, la acción emprendida en Asia y en África no sería más que una "serie de peligrosas aventuras", pues "no se podía luchar en dos frentes a la vez". Esto ya lo había hecho constar Delcassé en un discurso parlamentario de 1893. "¿No es cierto que la conclusión de nuestra obra colonial depende del éxito de nuestra política europea?" Sin embargo, tras esa analogía de forma subsistía, entre 1893 y 1905, una grave divergencia, puesto que se trataba de estudiar cómo debería adaptarse la política europea. Ya que la expansión colonial tropezaba casi en todas partes con la resistencia de Gran Bretaña, ¿no debería Francia asegurarse el asentimiento de Alemania o incluso intentar conseguir su apoyo? Este parecía ser el pensamiento de los coloniales de África francesa. ¿O no sería mejor apaciguar a la oposición británica mediante concesiones? La primera tendencia era la de Gabriel Hanotaux, la segunda, la de Delcassé.

Hanotaux, que antes de entrar, en 1885, en la carrera diplomática había trabajado con Jules Ferry, parecía admitir, durante los cuatro años en que, de 1894 a 1898, dirigió la política exterior, la necesidad de una colaboración con Alemania. ¿Hasta dónde estaría dispuesto a ir? Aparentemente, no más allá de una colaboración ocasional, que bastaría para inquietar a Gran Bretaña y atraerla a un arreglo: el



acercamiento franco-alemán sería, pues—según sus propios términos—, un “movimiento de rodec”. Sin embargo, ¿no preveía perspectivas más amplias? Un testimonio alemán le atribuyó la paternidad de la fórmula: “Poner Alsacia y Lorena fuera de la política práctica.” Tal vez sus *Carnets*, cuando se hayan acabado de publicar, permitan definir mejor su actitud.

Delcassé que, desde 1879, cuando colaboraba bajo la égida de Camille Barrère en el periódico de Gambetta *La République française*, soñaba con *rehacer Europa*, y que trabajó en la realización de sus planes con una tenaz voluntad, una fe absoluta en su obra, se declaró, por el contrario, resuelto a dirigir la política francesa colonial “de acuerdo con Gran Bretaña y sin Alemania”, pues las diferencias franco-alemanas eran inextinguibles. Francia—decía a sus colaboradores— “no renunciaría a sus provincias perdidas, o, entonces, ya no existiría Francia...” En tanto que el tratado de Francfort no fuera revisado, no sería posible ninguna colaboración entre Francia y Alemania; así, pues, era con Inglaterra con quien había que entenderse. Acabó por atraerse a los jefes del partido colonial. ¿Había llegado de golpe a tal convicción? Los testimonios son contradictorios: según sus colaboradores estaba resuelto, desde febrero de 1899, a practicar la política que lleva su nombre, pero tuvo varias veces proyectos que no cuadraban con esta intención e incluso consintió, en 1901, en dar un *matiz anti-inglés* a la alianza franco-rusa. En este punto también el estudio de los papeles privados, hasta ahora inéditos, sería lo único que pudiera proporcionar, quizá, los elementos para establecer una sólida interpretación. Pero esta duda no tiene mucha importancia, ya que es indiscutible que a partir de 1902, la política de Delcassé quedó fijada irrevocablemente.

Esta divergencia entre los partidarios de una tentativa de conciliación y los mantenedores de una política de firmeza respecto a Alemania, se prolongó de 1905 a 1911, cuando Rouvier, y luego Joseph Caillaux, quisieron pagar, mediante concesiones en el terreno colonial, el alejamiento de Alemania en el asunto marroquí, y se declararon favorables a una aproximación franco-alemana, mientras que Raymond Poincaré no creía que tal acercamiento fuera posible. Pero se atenuó e incluso desapareció en 1912: los socialistas eran casi los únicos que estudiaban aún, en aquel momento, la probabilidad del acercamiento. ¿En qué medida fue la tirantez de la política francesa consecuencia de las iniciativas alemanas? Esta es una de las cuestiones principales que se presentan a la interpretación histórica.

El imperio ruso pudo continuar siendo autocrático, mientras conservó su estructura social tradicional y su economía casi exclusivamente agrícola. Pero, a finales del siglo XIX, fueron alteradas las bases de la vida económica y social. La gran reforma de 1861—la supresión de la servidumbre—había tenido como fin establecer una clase de

pequeños propietarios aldeanos, que podían ser un elemento de estabilidad. El éxito fue incompleto, sobre todo, porque la superficie de las tierras laborables llegó a ser insuficiente para hacer frente a las necesidades determinadas por el crecimiento rápido de la población. El número de “aldeanos sin tierra” aumentaba sin cesar, y aquel proletariado rural podía significar un elemento de desorden social. Por otra parte, no bien se empezaron a explotar los recursos de la región del Donetz, se aceleró la industrialización. El desarrollo de esta industria, aunque no bastase para absorber el excedente de mano de obra rural, provocaba la formación de un proletariado urbano, muy asequible a la propaganda socialista, y también el crecimiento de una burguesía entre la que se extendían las ideas liberales. Rusia entró, sin que el Gobierno pareciera haberse dado cuenta, en el camino de una transformación social que la colocaba a merced de una grave crisis política. Esa amenaza pesó, desde 1895 o 1898, sobre la política exterior del Imperio.

La orientación de esta política exterior permanecía bajo el dominio de dos preocupaciones: el acceso al Mediterráneo, que era el principal móvil de la acción emprendida en el Imperio turco y en los Balcanes, y la expansión en Extremo Oriente, donde los territorios siberianos y la provincia marítima, que se hallaban en vías de ser transformadas por la colonización interior, eran límites del Imperio chino.

En los últimos años del siglo XIX, la política exterior se orientaba hacia el Extremo Oriente. La campaña sostenida por el redactor de *Nouvelles de Pétersbourg*, príncipe Ukhtomski, aliado durante su juventud con el nuevo Zar, Nicolás II, invocaba los intereses económicos: explotar la Siberia oriental y desarrollar una colonización aldeana— semejanza de la que la emigración rusa estaba realizando en la parte occidental—y explotar los recursos mineros; por otra parte, asegurar a la industria textil rusa, que se desarrollaba rápidamente desde 1880 con el concurso de los capitales extranjeros y que iba a hallar en el algodón del Turquestán una reserva de materias primas, un mercado de exportación en el Imperio chino y en el Asia Central. Pero los móviles de orden sentimental eran, sin duda, más importantes: Rusia—decía Ukhtomski—debía desempeñar en el mundo un papel que estuviera en relación con la masa humana que significaba: tenía “una misión histórica que cumplir”; en Asia se podía conseguir más fácilmente que en Europa, pues los rusos, desde el punto de vista de la civilización y del régimen político, se encontraban más próximos a los asiáticos que cualquier otro pueblo europeo. La realización de tales planes dependía del ferrocarril; imposible dirigir la emigración hacia la Siberia oriental, asegurar una protección eficaz a la base naval establecida desde 1860 en Vladivostok y ejercer una presión sobre el Imperio chino mientras no estuviera resuelta aquella cuestión. No tardaría mucho en estarlo, ya que la construcción del transiberiano, comenzada en 1892, hacía rápidos progresos.



Pero este esfuerzo de expansión desembocó en 1904 en la guerra ruso-japonesa y en la derrota militar, que abrieron el camino en Rusia al movimiento revolucionario de 1905.

Al salir de aquella crisis, la política exterior rusa "volvió a Europa"; las preocupaciones balcánicas y turcas adquirieron preeminencia. Pero ¿de qué medios podía disponer el Gobierno zarista? El ejército, desorganizado por la guerra de Manchuria, se reorganizaba lentamente; las finanzas públicas, conmovidas por la crisis revolucionaria, se encontraban convalecientes. Rusia no estaba, pues, en situación de sostener una larga guerra. Podría pensar tal vez en emplear otros medios, jugándose, según el plan que habían indicado Fedáief y Danilevski, la carta de la "solidaridad eslava"; pero el Gobierno vacilaba en hacerlo, aun cuando se tratase de eslavos ortodoxos en la península de los Balcanes; así, pues, el movimiento que se esbozó en 1908, en la época del *Congreso neoeslavo* de Praga, no produjo resultados.

El eclipse del poderío ruso se prolongó durante seis años. Solo a partir de 1911 el Gobierno zarista creyó poder recuperar la iniciativa en las cuestiones turcas y balcánicas, pero sin poseer aún los medios militares adecuados para establecer los puntales de una *gran política*.

¿Es posible percibir en estos planes sucesivos una línea de conducta firme y coherente?

La política exterior se hallaba entorpecida por una contradicción interna que dominaba las relaciones del Imperio con Europa; Rusia tenía necesidad de utilizar ampliamente los capitales y las técnicas extranjeros, pero el Gobierno no quería correr el riesgo de ver actuar las influencias extranjeras sobre la vida política interior. Las iniciativas, por otra parte, no estaban sostenidas por un vasto movimiento de opinión pública: la masa aldeana era indiferente al esfuerzo de expansión y los obreros le eran hostiles; solo ciertos medios de la burguesía liberal mostrábanse favorables, pero estaban en conflicto permanente con el Gobierno por las cuestiones de política interior; el papel activo pertenecía, sobre todo, a los altos funcionarios, formados en el culto de las tradiciones nacionales, y a veces también a aventureros de la finanza, como Bezobrazof en Extremo Oriente.

La dirección general, por último, no asegurada con solidez. Nicolás II, que subió al trono imperial en 1894, no poseía las cualidades de un jefe. Aquel hombre, de desmedrada apariencia y de conducta a menudo torpe, carecía de dotes exteriores y también de cualidades de carácter. El Emperador, en el fondo, era tímido; su obstinación e incluso en ocasiones brusquedad apenas ocultaban su falta de confianza en sí mismo; era débil y cedía fácilmente a las influencias que le rodeaban. Aunque de comprensión rápida y clara expresión, no tenía opiniones originales. Tampoco sabía apoyar vigorosamente las iniciativas de sus colaboradores. Bajo aquel monarca mediocre ("nuestro pobre y querido Augusto Soberano", escribió uno de sus ministros), la gestión

de los Asuntos extranjeros se confió a hombres de poca talla. Lobanof, de 1895 a 1898; Lamsdorf, de 1898 a 1906, solo eran buenos técnicos. Isvolsky, de 1906 a 1910, fue más brillante, pero demasiado ávido de éxitos personales para ser prudente y demasiado polemista para inspirar confianza a sus colegas extranjeros; quizá no fuera tampoco insensible a las influencias financieras. Resultaba inquietante por su inestabilidad y sus defectos de carácter, pero no temible. Le sucedió Sazonof, hombre oscuro, de autoridad que no estaba a la altura de su buena voluntad y cuya salud era vacilante; no consiguió imponerse en su negociado. En el seno de aquel personal de gobierno no había otra personalidad fuerte que la del conde Witte, un advenedizo con ribetes de hombre de Estado; pero nunca se le encomendaron a Witte los Asuntos extranjeros, porque no tenía ascendiente sobre el soberano y quizá también porque no parecía tener confianza en los destinos de Rusia.

A falta de una mano firme en el timón, los agentes diplomáticos se permitían a menudo llevar una política personal. Aquel estado autocrático toleraba a sus representantes en el extranjero una libertad de iniciativa que ningún Gobierno democrático soportaría.

Italia, "el joven reino", figuraba aún en 1893 como pariente pobre entre las grandes potencias. Sin embargo, su rápido impulso demográfico (la población pasó de 30 millones en 1891 a 35 millones en 1913) le aseguraba la ventaja de una mano de obra abundante que podría permitirle acrecentar su fuerza militar; su desarrollo industrial, retrasado durante largo tiempo por la escasez del carbón (1), encontró perspectivas más favorables cuando empezó a desarrollarse la utilización de las fuerzas hidráulicas. Pero sus iniciativas seguían obstaculizadas por las dificultades que ya existían veinte años atrás: desde el punto de vista financiero, estrechez de sus medios presupuestarios; desde el punto de vista social, malestar latente, provocado por el contraste entre la miseria de las poblaciones rurales en las regiones meridionales y su relativa prosperidad en las llanuras del Norte. Italia también padecía, sobre todo a finales del siglo XIX, un malestar político, cuyas causas eran, por una parte, la actitud de los católicos, que hasta 1904 rehusaron participar en las consultas electorales, y, por otra, la falta de madurez de un personal parlamentario que prefería las combinaciones de intereses y las rivalidades de personas a la lucha de las ideas.

La causa principal de dichas debilidades debíase evidentemente a las condiciones geográficas: las del suelo, las del subsuelo, las del clima; pero la causa secundaria iba, sin duda, ligada al estado de ánimo de una aristocracia que se apartaba de los asuntos públicos y de una burguesía que vacilaba ante las grandes empresas o negaba al Estado los medios de actuar, tanto por miedo a las aventuras como por repugnancia al esfuerzo fiscal. Complejo de inferioridad quizá reforzado

(1) Véase anteriormente, pág. 349.

por las recientes experiencias: el asunto tunecino en 1881, el fracaso de la guerra aduanera emprendida con Francia después de 1887, el desastre de Etiopía en marzo de 1896.

A partir de 1900, sin embargo, se esbozó una reacción contra esas tendencias deprimentes. Gabriel D'Annunzio denunció lo que él llamaba la *flojedad* de las clases dirigentes; quería dar a Italia un nuevo ideal, difundir una concepción *viril* de los derechos y de los deberes de la nación. Un hombre de letras, florentino, Enrico Corradini, llegó a ser, siguiendo el camino de D'Annunzio, el principal portavoz de aquel movimiento nacionalista. Su revista *Il Regno*, que apareció en 1903, pero solo alcanzó alguna difusión en 1908, se proponía luchar contra la *decrepitud*, la *senilidad* de la burguesía italiana.

Aquel esfuerzo de propaganda consiguió despertar una corriente de opinión; se encontraba en los orígenes del renacer, manifestado en la acción de los grupos irredentistas y del interés que empezaba a dirigirse hacia la expansión colonial. El Gobierno, aunque el personal dirigente no se mostrase inclinado a las aventuras, se vio obligado a tener en cuenta aquel estado de ánimo. Pero no podía pensar en cumplir el total del programa nacionalista llevando a fondo una política orientada hacia Europa central y otra de acción colonial; había de escoger. Puesto que creía que el pertenecer a la Triple Alianza, al menos de forma, era necesario para el mantenimiento de la situación europea de Italia, sacrificaba la reivindicación irredentista en beneficio de la expansión en el Mediterráneo. ¿Cómo podría haber escogido otro camino? No poseía en Europa los medios militares y navales para una *gran política*, que sobrepasaría de las fuerzas del país y le condenaría a ir a remolque de Gran Bretaña y de Francia. Cree, pues, preferible maniobrar y no teme jugar con dos barajas.

Austria-Hungría no disponía apenas de medios para llevar una política de expansión territorial y no experimentaba tampoco su necesidad. ¿Se debía ello solamente a que, a pesar de los progresos sensibles del desarrollo industrial en la región de los Sudetes y en Carintia, seguía siendo, sobre todo, un estado agrícola y, por consiguiente, la búsqueda de materias primas y de mercados no se le planteaba de manera apremiante? Más bien era a causa de las circunstancias políticas interiores, que continuaban siendo difíciles; en Austria, la lucha entre las nacionalidades absorbía todo el esfuerzo del Gobierno y a menudo lo paralizaba. En Hungría, donde tal lucha era menos agotadora, porque la ley electoral aseguraba a los magiares una mayoría, el Gobierno se sentía más libre; pero aquella libertad era precaria, porque descansaba sobre bases artificiales; entre Hungría y Austria, cuyas estructuras económicas y sociales eran diferentes, se hallaba mal establecida la cohesión. ¿Cómo llevar en semejantes condiciones una política exterior vigorosa?

El horizonte de la acción exterior quedaba, pues, limitado a las

preocupaciones inmediatas. La Doble Monarquía no tomó parte en el esfuerzo dirigido hacia los otros continentes; apenas manifestaría, pero solo en 1913, algunas veleidades en Asia Menor. Para el continente europeo no tenía más designios que los balcánicos.

Con todo, esta política balcánica no presentaba el carácter que había tenido entre 1875 y 1890. Mientras que el *Drang nach Osten* (1) había sido ofensivo, tanto en su espíritu como en sus métodos, el "empujón hacia Salónica" se abandonaba ahora. Ciertamente las particularidades continuaban a veces agresivas, pero los fines en el fondo eran defensivos: el Gobierno austro-húngaro quería tomar precauciones contra el Gobierno yugoslavo, impedir la atracción que el imperialismo serbio ejercía no solamente sobre las poblaciones de lengua serbia que vivían en el territorio de la Doble Monarquía, sino también sobre los grupos croata, dálmata y esloveno incluso, que, a pesar de las diferencias religiosas, mostrábanse sensibles al parentesco de las lenguas y de las tradiciones. Para defenderse de tal peligro, Goluchowski, un moderado, un pacifista, se limitó a emplear, en vano, métodos de guerra económica; Aehrenthal, un espíritu fuerte y lleno de recursos, acudió a la presión diplomática unida a una amenaza militar, pero en un momento en que estaba seguro de no correr el riesgo de un gran conflicto; Berchtold consideraba con ánimo alegre la perspectiva de una gran guerra. Lo que estaba en juego era la existencia del estado. Y las cancellerías de este, desde los últimos años del siglo XIX daban por descontada su dislocación el día en que desapareciera aquel que desde 1848 encarnaba la tradición dinástica: el emperador Francisco José.

Los Estados Unidos, en su acción exterior, permanecían dominados por algunos rasgos de psicología colectiva, que resultaban de las condiciones en las que se había desarrollado la nación americana: extensión del espacio abierto a la colonización interior, ausencia en el continente de toda vecindad peligrosa, protección que aseguraba el Océano contra una expansión europea; pero también rapidez en el desarrollo demográfico o económico y estabilidad de las instituciones políticas. ¿Cuáles eran en aquella época los caracteres de la conducta nacional? El pacifismo, natural en un pueblo que disponía de un vasto *espacio vital* y que experimentaba, respecto a los pueblos extranjeros, un sentimiento de seguridad absoluta; el aislacionismo, que procedía de cierto desprecio por Europa, *tierra de violencia*, pero también de ignorancia y de incomprensión casi generales de los problemas europeos; por último, la convicción de una superioridad moral, pues los ciudadanos de la Unión pensaban haber comprendido mejor que los demás el *secreto del progreso humano*. Sin abandonar estos principios, la Unión americana manifestó, no obstante, a partir de 1898, nuevas preocupaciones: mientras que había afirmado siempre en política exterior su

(1) Véase anteriormente, pág. 356.

*falta de interés*, buscaba ahora una expansión fuera de sus fronteras.

En los orígenes de este imperialismo hay que tener en cuenta, sin duda, la influencia de los intelectuales y de los doctrinarios, que antes de 1895 ya habían invocado en tal sentido argumentos de prestigio y razones estratégicas (1). Pero su llamamiento no había tenido eco en la opinión pública. ¿Por qué fue escuchada en lo sucesivo? Ante todo, fueron los móviles sociales y económicos los que decidieron esa orientación. La gran ola de colonización interior había llegado ya a casi todos los espacios disponibles, la *frontera* había desaparecido y el espíritu de aventura del *pionero* ya no podía tener satisfacción, a menos de encontrar fuera del territorio nacional campos nuevos de acción. Al mismo tiempo, el impulso de la producción industrial obligaba a buscar mercados exteriores para dar salida a la parte de esta producción que excedía de las necesidades del mercado interior. Exportadores hasta entonces de géneros alimenticios y de materias primas se convirtieron también en exportadores de productos manufacturados (2). Por último, los beneficios realizados gracias al desarrollo económico hacían crecer tan rápidamente la masa de los capitales disponibles que sus poseedores deseaban hallar ocasión de colocarlos en el extranjero. En la campaña que hicieron en 1898 los *expansionistas* se invocaban todos estos argumentos. Con mayor razón serían invocados a medida que se desarrollase entre 1898 y 1910, con ritmo acelerado (salvo durante la corta crisis de 1907), la producción industrial: la extracción de la hulla aumentó en un 100 por 100; la del cobre, un 80 por 100; la del hierro, un 50 por 100; el rendimiento de los yacimientos de petróleo creció un 350 por 100; el valor de los productos manufacturados se duplicó. Estos intereses económicos encontraban un refuerzo en las instancias de carácter sentimental: deseo de difundir entre los pueblos incapaces de gobernarse convenientemente los conceptos liberales y democráticos; voluntad de cumplir un deber de *responsabilidad moral* haciendo que los países *sub-evolucionados* se beneficiasen de las ventajas de la civilización americana.

La originalidad de este imperialismo está en sus métodos. La opinión pública y tal vez aún más la opinión parlamentaria permanecían apegadas a la tradición, según la cual los Estados Unidos, puesto que se habían constituido rompiendo los lazos de una sujeción colonial, no debían pensar en imponer a otros pueblos ese régimen. Había que evitar, pues, las anexiones territoriales y seguir otro camino: el establecimiento de zonas de influencia que permitieran llegar a resultados casi equivalentes. Tal era el fin de la "diplomacia del dólar", en la cual se asociaban estrechamente los intereses materiales, los de los hombres de negocios y los intereses políticos. Encontró su principal campo de acción en los estados de América Central.

(1) Véase anteriormente, pág. 365.

(2) Véanse anteriormente, págs. 438-439.

Aunque los procedimientos fuesen variados y sutiles, el esquema general es fácil de dibujar. Eran, primero, bien demandas de *concesiones* de trabajos públicos, de minas o de explotaciones agrícolas presentadas al gobierno del *país nuevo* por la iniciativa de los ciudadanos de la Unión, bien ofertas de concurso financiero hechas por los bancos americanos para ayudar a ese Gobierno a organizar la Administración o a implantar una moneda estable. A menudo las dos formas se encontraban unidas, pues la *concesión* era la contrapartida del empréstito. La diplomacia del Gobierno de Washington actuaba apoyando tales demandas u ofertas. El papel de dicha diplomacia se hacía más activo cuando se trataba de proteger las inversiones de capitales. En las repúblicas de América Central, donde la inestabilidad política era corriente, los capitales extranjeros invertidos en empresas privadas estaban expuestos a muchos riesgos: modificación brusca de la legislación minera o agraria, establecimiento de tarifas fiscales discriminatorias. Las inversiones efectuadas en los empréstitos públicos no podían contar con mayores seguridades, pues los disturbios revolucionarios colocaban a los gobiernos prestatarios en situación de no poder pagar los intereses de la deuda. Entonces el Gobierno de los Estados Unidos intervenía, a veces espontáneamente y a menudo a petición de los interesados; por negociación o por presión de las armas exigía que las medidas *discriminatorias* fuesen revocadas, y para asegurar el pago de los intereses de la deuda obligaba al gobierno del *país nuevo* a afectar a este servicio algunas rentas, con frecuencia las de las aduanas, que eran ingresos estables y fáciles de comprobar. Así quedó establecido un control parcial de los Estados Unidos sobre la legislación, los recursos presupuestarios y la política financiera.

Pero esto no era más que el prelude. El Gobierno de Washington acabó por declarar pronto que el mantenimiento del orden en los países donde se habían colocado capitales de los ciudadanos de la Unión era indispensable para el desarrollo normal de los asuntos y la seguridad de las inversiones. Tal fue el sentido del corolario que el presidente Teodoro Roosevelt añadió a la doctrina de Monroe en un mensaje al Senado el 6 de diciembre de 1904: si un estado americano se mostraba incapaz de asegurar a los extranjeros *la justicia*, si cometía o dejaba que se cometiesen actos en perjuicio de los derechos y de los intereses de los ciudadanos de la Unión, los Estados Unidos estaban autorizados a ejercer un *poder de policía internacional*. ¿Por qué medios? Podían bien proporcionar armas y crédito a un gobierno amenazado por un movimiento revolucionario o bien abandonarle a su destino; paralizar los progresos de una revolución, negándose a reconocer el nuevo gobierno formado por los insurgentes; conceder el *reconocimiento*, exigiendo, a cambio, ventajas comerciales o garantías financieras. En algunos casos—raros, sin embargo, antes de 1914—llegaron, en el marco del mantenimiento del orden y de la protección de los bienes americanos, hasta enviar tropas que sostuvieran a un gobierno en lucha con los

insurgentes o que le impidieran, por el contrario, reprimir la insurrección.

En las diversas formas de la "diplomacia del dólar" el papel desempeñado por los intereses privados, económicos y financieros, era esencial. "El concepto de *pax americana* en las regiones inestables del golfo de Méjico y de América Central era, en gran parte, una política de inversiones", escribió el historiador americano Benjamín Williams. Con todo, no hay que olvidar que los intereses políticos y estratégicos de la Unión americana sacaban de ello grandes beneficios; el Gobierno de los Estados Unidos conseguía establecer un cuasi-protectorado sobre territorios en los cuales tendría escrúpulos de imponer un estatuto colonial. Queda por saber si tales fines políticos habían estado determinados de antemano o si eran el resultado de una intervención diplomática cuyo objeto inicial fuera dar satisfacción a los intereses de los bancos y de los exportadores. ¿Había sido la influencia económica o financiera el móvil de la acción política o su instrumento? De hecho, tanto lo uno como lo otro, según las circunstancias o los momentos y según el estado de ánimo de los hombres que estaban en el poder. En algunos casos los medios de negocios eran los que tomaban la iniciativa e iban a solicitar en seguida del Gobierno que protegiera sus inversiones, y el Gobierno los escuchaba, porque le parecía necesario y legítimo salvaguardar los intereses de sus ciudadanos o porque pensaba que la influencia financiera abriría el camino a la influencia política. En otros casos era el mismo Gobierno el que lanzaba a los hombres de negocios y a los bancos para colocar los jalones que preparasen la intervención diplomática o militar.

¿Métodos inéditos? Ciertamente, no; los estados europeos ya habían hecho uso de ellos. Pero los Estados Unidos los observaron con una amplitud, una continuidad y una destreza sin precedentes.

El Japón desde que se había convertido en 1889 en un Estado constitucional, creado un ejército *moderno* (los efectivos en tiempo de paz eran de 240 000 hombres en 1890) y comenzado a desarrollar su industria para liberarse de la dependencia en la que se encontraba respecto al extranjero se hallaba en situación de pensar en realizar su *ansia de poderío*.

Entre los móviles que determinaron su política los que tuvieron el papel preponderante en esta época fueron las tendencias de la psicología colectiva. El pueblo japonés poseía un sentimiento muy vivo del honor nacional y de la *superioridad nipona*, que tenía sus orígenes en las creencias religiosas y en las tradiciones de la antigua casta militar feudal. El sintoísmo le había enseñado que las islas japonesas eran de origen divino y la raza nipona una raza *privilegiada*. El código del honor de los ex samurais (que formaban ahora una gran parte de los cuadros de la administración y del ejército) se ofrecía como ejemplo a todos los ciudadanos. El Gobierno se dedicaba a desarrollar tales sentimientos. El rescripto imperial del 13 de octubre de 1890 encargó a la escuela primaria de inculcar a los niños el orgullo de pertenecer a la nación ja-

ponesa, la absoluta sumisión a la dinastía y el desprecio por el extranjero. Los *preceptos imperiales* de enero de 1882 dictaban al soldado su deber: el valor reflexivo, la frugalidad, la fidelidad absoluta a las órdenes del jefe; le decían que debía "considerar la muerte como más ligera que una pluma". No en vano fueron difundidas estas consignas. El espíritu de sacrificio, el ardor del patriotismo eran los soportes del deseo de dominio.

La política de expansión tuvo también otros móviles más realistas. El Gobierno nipón no perdía de vista las necesidades estratégicas y económicas. Para asegurar la protección del archipiélago contra un ataque, deseaba poner el pie en las regiones del continente asiático que pudieran servir de "base de partida" a dicha eventual agresión (1). Para abastecer de artículos alimenticios a una población que crecía rápidamente, necesitaba poseer tierras productoras de arroz. Para desarrollar su industria, en un país pobre en carbón y en mineral de hierro, buscaba en el continente recursos mineros. Estos móviles económicos no eran todavía tan apremiantes como lo serían en 1919; comenzaban, sin embargo, a hacer sentir su influencia.

\* \* \*

En el momento en que los Estados Unidos y el Japón se convirtieron en potencias *mundiales*, el centro de interés fue el crecimiento entre los grandes estados europeos de los antagonismos que desembocaron en la guerra. ¿Cómo se desarrollaron tales antagonismos? Las etapas se dibujan claramente. Entre 1893 y 1901, en el momento en que el esfuerzo de expansión europea era más vigoroso, estaba aún indecisa la orientación de las relaciones entre las grandes potencias. Entre 1901 y 1907 se estableció un nuevo grupo de estados: enfrente de la Triple Alianza, debilitada por la imprecisa actitud de Italia, se formó la *entente* franco-inglesa y se esbozó la *entente* anglo-rusa. Entre 1908 y 1913 se produjeron las *pruebas de fuerza* entre los dos grupos rivales. El estudio de esta trama diplomática no es ciertamente ocioso, pues la conclusión y la extensión de los acuerdos entre estos grandes estados es lo que contribuyó a agravar la tensión internacional. Sin embargo, aquella situación no era más que el resultado de los choques surgidos tan pronto entre los intereses económicos y las expansiones imperialistas como entre las corrientes de los sentimientos nacionales. La explicación histórica debe, pues, sobre todo, intentar comprender el juego de las fuerzas que dieron origen a esas rivalidades y mostrar el carácter de dichas crisis. Pero ¿por qué tantos incidentes locales que en un principio eran graves no tuvieron consecuencias en la evolución general de los estados mientras que otros arrastraron a una amenaza de conflicto? La respuesta debe tener muy en cuenta los planes po-

(1) Véase anteriormente, pág. 367.

líticos: los gobiernos apaciguaban o incrementaban aquellos incidentes no solo porque querían salvaguardar los intereses materiales, sino también porque tenían que cuidarse del prestigio nacional.

Valorar la parte respectiva de las influencias económicas, sentimentales o políticas en los litigios entre los estados es, pues, el punto esencial para comprender las relaciones internacionales en el curso de este período.

## BIBLIOGRAFIA

Además de las obras generales, ya citadas, págs. 331 a 333, véanse G. P. GOOCH: *Before the War, Studies in Diplomacy*, Londres, 1936-1938, 2 volúmenes, y:

**Sobre la política exterior alemana.**—H. ONCKEN: *Der deutsche Reich und die Vorgeschichte des Weltkrieges*, Leipzig, 1922.—R. ROBINET DE CLÉRY: *La politique douanière de l'Allemagne depuis l'avènement de Caprivi jusqu'à nos jours, 1890-1925*, París, 1925.—PRINZ HOHENLOHE - SCHILLINGFÜRST: *Denkwürdigkeiten*, Stuttgart, 1907 y 1931, 3 vols.—PRINZ B. VON BÜLOW: *Denkwürdigkeiten*, Berlín, 1930-1931, 4 vols. Trad. fr.: *Mémoires du Chancelier Prince de Bülow*, París, 1932.—TH. VON BETHMANN HOLLWEG: *Betrachtungen zum Weltkriege*, Berlín, 1919-1922. Trad. fr.: *Considérations sur la Guerre mondiale*, París, 1931.—ALMIRANTE VON TIRPITZ: *Der Aufbau der deutschen Weltmacht*, Berlín, 1924.—E. M. CARROLL: *Germany and the Great Powers, A Study in Public Opinion and Foreign Policy*, New York, 1938.—M. VICTOR: *Die Stellungnahme der deutschen Sozialdemokratie zu den Fragen der auswärtigen Politik, 1869-1914*, en *Archiv für Sozialwissenschaft*, 1928, págs. 147-79.—P. ANDERSON: *The Background of Anti-English Feeling in Germany, 1890-1912*, Washington, 1929. H. HAUSER: *Les méthodes allemandes d'expansion économique* París, 1916.—ERNEST HASSE: *Deutsche Politik*, Leipzig, 1905.—CH. ANDLER: *Collection de Documents sur le Pangermanisme*, París, 1915-1917, 4 vols.—L. WERNER: *Der alldeutsche Verband*, Berlín, 1935. ED. VERMEIL: *L'Allemagne contemporaine, sociale, politique et culturelle*, t. I: *Le Règne de Guillaume II*, París,

1952.—W. HUBATSCH: *Die Ara Tirpitz. Studien zur deutschen Marine politik, 1890-1918*, Göttingen, 1955.—H. ROGGE: *Holstein und Hohenlohe*, Stuttgart, 1957.

**Sobre la política exterior de Francia.**—PAUL CAMBON: *Correspondance*, París, 3 vols. (el t. III).—CH. W. PORTER: *The Career of Théophile Delcassé*, Filadelfia, 1936.—E. BERGER: *Die grosse Politik Delcassés*, Berlín, 1941.—A. NÉTON: *Delcassé*, París, 1953.—G. F. GIGNOUX: *Rouvier et les Finances*, París, 1934.—J. CHASTENET: *Raymond Poincaré*, París, 1951.—L. NOEL: *Camille Barrère*, París, 1948.

**Sobre la política exterior de los Estados Unidos.**—A. MAHAN: *Influence of Sea Power upon History*, Nueva York, 1890.—J. PRATT: *Expansionists of 1898*, Baltimore, 1936.—B. WILLIAMS: *Economic Foreign Policy of the U. S.*, New York, 1929.—SCOTT-NEARING: *Dollar Diplomacy*, New York, 1929.—O. PRINGLE: *Th. Roosevelt*, New York, 1931.—P. RENOUVIN: *Th. Roosevelt*, en *Les Politiques d'Expansion impérialiste*, París, 1949.—O. PRINGLE: *The Life and Time of William H. Taft*, New York, 1939, 2 vols.—PH. JESSUP: *Elihu Root*, New York, 1939, 2 vols.—H. K. BEALE: *Theodore Roosevelt and the Rise of America to world power*, Baltimore, 1956.

**Sobre la política exterior de Rusia.**—Además de las obras generales ya citadas, pág. 6, véanse G. FRANTZ: *Russland auf dem Weg zur Katastrophe*, Berlín, 1926.—CONDE WITTE: *Vospiminania*, Berlín, 1920-1923, 3 vols. Trad. fr. abreviada: *Mémoires*, París,

1923.—A. FISCHEL: *Der Panславismus bis zum Weltkrieg*, Berlín, 1919.—I. GRÜNING: *Die russische öffentliche Meinung und ihre Stellung zu den Grossmächte, 1878-1894*, Berlín, 1929.—J. ANCEL: *Slaves et Germains*, París, 1935.—ED. BENES: *Où vont les Slaves?*, París, 1948.

**Sobre la política exterior de Gran Bretaña.**—... HALEVY: *Histoire du peuple anglais. Epilogue, 1895-1914*, París, 1926-1932, 2 vols.—J. GARVIN: *Life of Joseph Chamberlain*, Londres, 1932 y sigs., 4 vols.; LORD NEWTON: *Lord Lansdowne. A Biography*, Londres, 1925, 2 vols.—G. N. TREVELYAN: *Grey of Fallodon*, Londres, 1937.—H. NICOLSON: *Sir Arthur Nicolson, First Lord Carnock*, Londres, 1936.—J. TYLER: *The British Army and the Continent*, Londres, 1936.—B. H. BROWN: *The Tariff Reform Movement in Great Britain, 1881-1889*, New York, 1943.—O. BARIÉ: *Idee e Dottrine im-*

*perialistiche nell'Inghilterra vittoriana*, Bari, 1953.—L. M. PENSON: "The New Course in British Foreign Policy, 1892-1902", en *Transactions of the Royal Historical Society*, 1943.—A. J. MARDER: *British Naval Policy, 1880-1905* Londres, 1940.

**Sobre la política exterior de Italia.** Además de la obra de Wollenberg, citada en la pág. 333, véase M. CATALUCCIO: *Antonio di San Giuliano e la Política estera italiana dal 1900 al 1914*, Florencia, 1935.

**Sobre la política exterior de Austria-Hungria.**—J. REDLICH: *Kaiser Franz-Joseph von Oesterreich, Viena, 1923*.—B. MOLDEN: *Alois Graf Aehrenthal-Sechs Jahre aussere Politik Oesterreich-Ungarns*, Stuttgart, 1917.—J. VON SZILASSY: *Der Untergang der Donaumonarchie. Diplomatische Erinnerungen*, Berlín, 1921.

## CAPITULO X

## EL IMPULSO DE LOS IMPERIALISMOS

(1893-1901)

Entre 1893 y 1901 el esfuerzo de expansión de las grandes potencias a expensas de los estados débiles o *subdesarrollados* se manifestó a un ritmo acelerado; comenzó a provocar transformaciones importantes en la forma de la vida económica y social en Extremo Oriente, en África, en América Central; también era el centro de interés en las relaciones políticas entre los grandes estados. Los litigios europeos, incluso las rivalidades balcánicas, que algunos años antes habían provocado el peligro de una guerra general, parecían adormecidos.

## I. LOS INTERESES RIVALES

¿Cuáles eran los territorios geográficos hacia los cuales miraban en aquel momento los grandes estados europeos en el esfuerzo de expansión, en que las iniciativas pertenecían a menudo a los hombres de negocios, aunque estuviesen apoyadas, casi siempre, por sus gobiernos? (1).

Francia desarrollaba metódicamente en África occidental y central un plan de acción en que las consideraciones de prestigio desempeñaban un papel más importante que los intereses económicos: los medios coloniales pensaban desde 1893 en un plan de penetración por el Ubangi hacia el alto Nilo. Rusia buscaba en Manchuria e incluso en Corea el medio de establecer una gran base naval *en aguas libres* que le permitiese ejercer una presión sobre el Gobierno chino; se interesaba también por la explotación de los recursos mineros manchúes y coreanos. Italia ponía sus miras en Etiopía. En esta decisión los móviles económicos solo tenían una débil parte y los demográficos, es decir, la apertura de tierras nuevas a la emigración italiana, no eran a su vez más que secundarios. La finalidad del esfuerzo consistía, sobre todo, en dar satisfacción al sentimiento nacional después de las decepciones sufridas entre 1880 y 1883 en las cuestiones mediterráneas; pero acabó en marzo de 1896 en el desastre de Adua. Alemania interesábase principalmente en Asia Menor, aunque también intentara conseguir algo en China. Gran Bretaña, que tenía intereses económicos y estratégicos en todas las partes del mundo, se metía en todos los sitios a la vez, bien para proteger una posición ya adquirida, bien para encontrar nuevos campos

(1) Véanse anteriormente, págs. 440 y 441.

de acción. En China actuaba para defender su supremacía económica, amenazada por sus rivales. Mediante su acción en el alto Nilo quería asegurarse de que ninguna otra potencia pudiera modificar el régimen de las aguas fluviales y arruinar la vida agrícola de Egipto. Pero en África del Sur, bajo el impulso de Cecil Rhodes, era ofensiva. En cambio, cedió el paso en América Central a los planes del nuevo imperialismo de los Estados Unidos.

Si es imposible en el estado actual de las investigaciones históricas medir exactamente en la mayoría de los casos—salvo quizá en África del Sur—las transformaciones que experimentaron las sociedades humanas en las zonas en que se practicaban tales esfuerzos de expansión, es fácil, en cambio, seguir el curso de las rivalidades entre los imperialismos.

En África los litigios eran incesantes. La actividad de las misiones de penetración emprendidas por los coloniales franceses, ingleses y alemanes en la cuenca del Níger y en los confines del lago Chad dio lugar, a veces, en la primavera de 1898, sobre todo, a serios incidentes, que, sin embargo, no provocaron emoción fuera de los medios coloniales. Pero en dos regiones, en el África del Sur y en el Sudán del Nilo, fueron graves las diferencias.

- En África del Sur, donde Gran Bretaña poseía la colonia de El Cabo y Natal, Alemania el suroeste africano desde 1884 y Portugal sus antiguas colonias de Angola y Mozambique, los planes de expansión británica se dirigían hacia los yacimientos de oro y de diamantes del Transvaal y del Orange; amenazaban los intereses alemanes: intereses financieros, pues los capitales alemanes formaban el 20 por 100 del total de las inversiones efectuadas en las empresas mineras del Transvaal; intereses del prestigio alemán en el mundo, porque la suerte del suroeste africano se haría precaria si el plan de Cecil Rhodes se llevara a cabo. "No permitiremos que el Transvaal sea la víctima de los planes de Rhodes", declaró en octubre de 1895 el secretario de Estado en los Asuntos Exteriores. La resistencia alemana se afirmó en el invierno de 1895-1896 cuando tuvo lugar el intento de incursión efectuado en territorio del Transvaal por un agente de Rhodes, Jameson. Guillermo II se erigió en defensor de la independencia del estado boer. Simple gesto, ya que la incursión había fracasado; pero aquel gesto provocó una viva irritación en la opinión pública inglesa. La política alemana renunció, sin embargo, muy pronto a esa resistencia y buscó la ocasión de un arreglo con su competidor. Este acuerdo se estableció a expensas de Portugal: la convención secreta del 30 de agosto de 1898 implicaba, pero sin fijar plazo, un plan de reparto de las colonias portuguesas, que daría a Alemania la mayor parte de Angola y la parte septentrional de Mozambique; así, cuando el Gabinete inglés decidió en 1899 acabar por la fuerza con la resistencia de los boers e inició en África del Sur una guerra que se prolongaría hasta 1902, el Gobierno alemán no intentó dificultar la política inglesa. En definitiva, Alemania abandonó el

Transvaal; ahora bien, no sacó nada a cambio, pues el acuerdo del 30 de agosto de 1898 era letra muerta. Que Inglaterra consiguiera establecer su dominio en Africa del Sur y eliminar el obstáculo alemán, fue un éxito irrefutable.

En el alto Nilo la política inglesa había obtenido el alejamiento de los tres competidores eventuales: Italia, mediante un acuerdo de 1891; Alemania, en julio de 1890; el Estado Independiente del Congo, en mayo de 1894. Pero en vano intentó asegurarse el de Francia, donde los medios militares esperaban obligar a Gran Bretaña, tomándole la delantera en el Sudán del Nilo, a entablar de nuevo una negociación sobre la suerte de Egipto. En junio de 1894, el Gabinete inglés hizo a Francia una advertencia secreta: el envío de una misión francesa hacia el alto Nilo provocaría entre los dos estados *el más grave conflicto*; renovó la advertencia mediante una declaración pública en marzo de 1895. Con plena conciencia del riesgo, pues, el Gobierno francés envió la misión Marchand hacia Fashoda, en el momento mismo en que Gran Bretaña lanzaba el cuerpo expedicionario del general Kitchener a la reconquista del Nilo. El *encuentro* esperado solo tendría lugar dos años más tarde, el 25 de septiembre de 1898; el Gabinete inglés, sin llegar hasta el envío de un ultimátum, exigió la evacuación de Fashoda; el Gobierno francés se inclinó, porque ni el estado moral del país, desgarrado por el asunto Dreyfus, ni el estado de las fuerzas navales permitían pensar en una guerra.

La cuestión del Extremo Oriente tomó entre 1894 y 1901 un nuevo aspecto. El centro de interés era la crisis china, cuyas causas profundas fueron siempre la actitud del Gobierno imperial manchú respecto a la penetración *occidental*. Aunque se vio obligado a abrir el país en 1842 y más ampliamente en 1860 a la influencia extranjera (1), aquel Gobierno no se propuso seguir el ejemplo del Japón e ir a aprender a las escuelas americanas o europeas. La organización administrativa se estancó, pues el cuerpo de los funcionarios rechazaba, salvo raras excepciones, las técnicas europeas de la producción y del transporte; las fuerzas armadas eran insuficientes, a falta de espíritu militar en la masa del pueblo y de material moderno. La dinastía manchú se encontraba aún bajo la impresión de los recuerdos que le dejara la revolución de los taipings; no se preocupaba más que de mantener el orden y de frustrar la oposición de las sociedades secretas chinas. Esa debilidad animó la codicia de los grandes estados industriales, siempre sensibles a la atracción del mercado chino; despertó también la del Japón, cuyo Gobierno ya había pensado actuar en 1873, aunque creyó prudente aplazar la realización de sus planes (2) hasta que se consumara la reconstrucción interior del estado nipón.

Fue el Japón el que tomó la iniciativa. Aprovechó en julio de 1894

(1) Véanse anteriormente, págs. 183 y 250.  
(2) Véanse anteriormente, págs. 367-68.

los disturbios en Corea para desembarcar tropas en dicho reino, vasallo del Imperio chino. La guerra chino-japonesa, aunque la población de China fuera casi ocho veces superior a la del Japón, mostró de sorprendente modo la superioridad del ejército, de la marina y de los estados mayores nipones. En marzo de 1895, y el ejército japonés, después de haber ocupado Corea, así como Manchuria meridional y logrado desembarcar en Shantung y en Formosa, preparó una gran ofensiva contra Pekín. Esta amenaza decidió al Gobierno chino (que había esperado en vano una mediación de las grandes potencias) a firmar el tratado de Simonoseki; abandonó su soberanía en Corea, cedió Formosa y las islas de los Pescadores y, en Manchuria meridional, la península de Liao-Tung. Pero la victoria del Japón era demasiado completa, pues en lo referente a la península de Liao-Tung se entrometía en los proyectos rusos. El Gobierno del Zar, apoyado por Francia y Alemania, impuso la revisión del tratado: Liao-Tung siguió abierta a la expansión rusa.

Después de aquel retroceso impuesto al Japón, los grandes estados europeos se aprovecharon de la debilidad del Imperio chino para obtener de la corte de Pekín nuevos privilegios y para adelantarse a la expansión nipona; pidieron concesiones de ferrocarriles y de *territorios en arriendo*. En dos años se dibujaron así zonas de influencia económica en beneficio de las potencias europeas: Rusia, en Manchuria, con el *territorio en arriendo* de Port-Arthur; Alemania, en Chantung, con la bahía de Kiao-Cheu; Francia, en las tres provincias meridionales del Imperio, con el puerto de Kuan-Cheu-Uan. Gran Bretaña, no pudiendo oponerse a esta política, se asoció a ella: obtuvo concesiones de ferrocarriles en el bajo valle del Yang-Sé, es decir, en la región donde tenía sus intereses comerciales esenciales, y se hizo adjudicar, a título de arriendo, el puerto de Wei-Hai-Wei, en la costa Sur del golfo de Petchili. Esto era el *Break-up of China*: la repartición en zonas de influencia económica podía transformarse en el prelude de un reparto político. Solo los Estados Unidos rehusaron participar en aquella política; mediante una nota del 6 de septiembre de 1899, en la que invocaban el principio de *puerta abierta*, protestaron contra el establecimiento de privilegios comerciales; pero con ocasión de su conflicto con España (1), tomaron garantías, asegurándose la posesión de las Filipinas para tener una base naval próxima a las costas chinas, y se anexionaron las islas Hawaii, lo mismo que la isla de Guam, para tener puntos de apoyo en las rutas marítimas del océano Pacífico. El Gobierno manchú se daba cuenta de los peligros que le amenazaban, pero parecía incapaz de reaccionar.

A finales de 1899, sin embargo, se esbozó un movimiento de resistencia por iniciativa de las sociedades secretas chinas, la más importante de las cuales, la de los *boxers*, tenía su centro en el Chantung. La insurrección xenófoba se extendió como mancha de aceite por la

(1) Véase la página siguiente.



China del Norte, y la corte imperial se decidió a aliarse con los *boxers*. Pero aquel esfuerzo—el tercero desde 1840—para escapar de la influencia extranjera, fracasó, como los precedentes. En agosto de 1900 un cuerpo expedicionario internacional se hizo dueño de la situación en quince días: ¿no tenían las potencias, a pesar de sus rivalidades y de la mutua desconfianza, un interés común, que era la defensa de sus privilegios? Y, sin embargo, tal vez fue aquel ensayo de resistencia el que, a pesar del fracaso, apartó la perspectiva de un desmembramiento de China: los estados europeos parecieron comprender que, existía un patriotismo chino y pensaron que, si el movimiento *boxer* no hubiera quedado limitado a la China del Norte, la represión habría sido difícil. En todo caso, los diplomáticos cesaron de esgrimir, incluso a título de hipótesis, proyectos que pudieran llevar al derrumbamiento de China.

En la América Central, la importante cuestión del canal interoceánico pasó a primer plano; se hallaba unida a la suerte de las islas y de las costas que en el mar de las Antillas cubrían los accesos al futuro canal. En aquella zona la expansión americana ponía en jaque o intentaba eliminar los intereses que poseían los estados europeos.

Tal intención se afirmó, a partir de julio de 1895, cuando el presidente Cleveland, con ocasión de un litigio de frontera entre Venezuela y la Guayana inglesa, presionó sobre Gran Bretaña para que sometiese a arbitraje la cuestión. En algunos años la política de los Estados Unidos obtuvo dos importantes éxitos en cuestiones que ya habían sido planteadas medio siglo antes.

En el asunto de Cuba, los móviles de su política fueron económicos, financieros y estratégicos: los recursos de la colonia española—caña de azúcar, tabaco, mineral de hierro—eran considerables; los capitales americanos habían sido ampliamente invertidos en las plantaciones y en las explotaciones mineras; la situación geográfica de la isla resultaba esencial para la dominación en el mar de las Antillas. Cuando los cubanos, que ya se habían sublevado entre 1868 y 1878 contra la dominación española, comenzaron una nueva insurrección, sus peticiones hallaron ocasión de desempeñar su papel. Sin embargo, los medios de negocios—con excepción de los que tenían en Cuba intereses directos—permanecieron reservados durante largo tiempo, porque temían las molestias que a la vida económica podría acarrear una guerra. Una corriente de pasión barrería aquel obstáculo; bastó un accidente—la explosión de un acorazado norteamericano en el puerto de La Habana—y una ardiente campaña de prensa, que con tal motivo agitó a la opinión pública. En tres meses España quedó vencida; abandonó no solamente Cuba, que pasó a ser protectorado *encubierto* de los Estados Unidos, sino también Puerto Rico, y, en el Pacífico, las Filipinas y la isla de Guam, que quedaron como posesiones de la Unión norteamericana.

Este éxito incitó al Gobierno norteamericano a levantar en seguida la hipoteca que pesaba desde 1850 sobre la cuestión del canal interoceáni-

co. Por el tratado de Clayton-Bulwer (1) los Estados Unidos y Gran Bretaña se habían comprometido recíprocamente a no ejercer un *control exclusivo* sobre aquella gran vía marítima cuando fuera establecida. Después de 1880, el presidente Hayes había declarado, sin embargo, que el canal, puesto que pondría en comunicación los puertos americanos del Atlántico con los del Pacífico, debería ser colocado “bajo control de los Estados Unidos”; pero el Gabinete inglés no había hecho caso. La cuestión se tornó apremiante cuando los Estados Unidos pusieron el pie en los archipiélagos del Pacífico; además, las circunstancias eran favorables, porque Gran Bretaña tenía *entre manos* la guerra surafricana. Después de dos años de negociaciones el Gobierno americano, por el tratado de Hay-Pauncefote (18 de noviembre de 1901), hizo que se le reconociera el derecho de construir él solo el canal, de establecer sus fortificaciones y “una fuerza de policía militar”.

Después de haber eliminado a España, los Estados Unidos actuaron, pues, de manera tal que obligaron a alejarse a Gran Bretaña; la escuadra británica, que desde hacía más de medio siglo vigilaba la *zona de los Caribes*, se retiró.

Por último, el Imperio turco atravesaba, a partir de 1894, una nueva crisis: una vez más las poblaciones cristianas en Armenia, en Creta, en Macedonia trataban de escapar de la dominación musulmana, y reivindicaban una autonomía administrativa. En los orígenes de tales movimientos las exigencias del sentimiento nacional se encontraban sostenidas por el sentimiento religioso, por el deseo de asegurar a la libertad individual una protección contra la arbitrariedad de los funcionarios y por la voluntad de obtener una reforma del fisco. Sin embargo, las condiciones variaban de uno a otro grupo. Los armenios, que en los confines del Nordeste del Imperio soportaban el pillaje de los kurdos y trataban de defender lisa y llanamente su seguridad, no podían contar con otro apoyo exterior que el de los emigrados armenios establecidos en Inglaterra o en los Estados Unidos. Los griegos, que formaban la gran mayoría de la población en Creta, querían que la administración de la isla fuese devuelta, por la Sublime Puerta, a un Gobierno cristiano y que el producto de los impuestos se invirtiera allí mismo; podían tener esperanzas de encontrar en Grecia el apoyo de la opinión pública y del Gobierno. Los búlgaros de Macedonia, que *boicoteaban* el fisco y los tribunales turcos, buscaban obtener el apoyo del principado de Bulgaria. Pero en todas partes los métodos de represión turcos eran los mismos: *razzias* y matanzas; en Armenia, lejos de la mirada de los europeos, aquellas represalias adquirirían la tónica de un exterminio sistemático; en cinco meses del invierno de 1895-1896 se contaron, al parecer, 37 000 víctimas.

Esta crisis turca no dejó de tener repercusiones inmediatas en las

(1) Véase anteriormente, pág. 197.

relaciones políticas internacionales. Las matanzas provocaron indignación en la opinión pública europea y mostraron una vez más la necesidad de imponer al Gobierno turco un sistema administrativo capaz de garantizar seguridad a las poblaciones cristianas; los gobiernos europeos podían aprovecharse de esta situación para asegurarse ventajas en detrimento los unos de los otros e incluso para provocar el derrumbamiento del Imperio otomano. La cuestión armenia era vigilada por Rusia, como vecina, y por Inglaterra, cuya industria textil empleaba comisionistas armenios. La cuestión cretense, por motivo de la situación estratégica de la isla, interesaba a todas las potencias mediterráneas. La insurrección macedónica podía ser utilizada por Austria-Hungría y Rusia para fines políticos que eran opuestos. Especialmente dos momentos fueron críticos: el invierno de 1895-1896, cuando las grandes matanzas en Armenia, y la primavera de 1897, cuando Grecia, que quería anexionarse a Creta, entró en guerra con Turquía, siendo, no obstante, derrotada en quince días.

En el asunto armenio el hecho importante fue el nuevo sesgo que tomaron las iniciativas inglesas. Salisbury parecía dispuesto a abandonar la política de *sostenimiento* del Imperio turco que había seguido Gran Bretaña durante todo el curso del siglo; llegó a pensar que Turquía estaba demasiado *podrida* para subsistir, y consideró la eventualidad de un reparto. Sin embargo, no insistió cuando comprobó que el Gobierno alemán no admitiría aquella solución. El primer ministro británico propuso entonces una intervención naval que, por el Bósforo y los Dardanelos, tendría por objetivo la costa armenia del mar Negro; pero esta proposición tropezó con la oposición del Gobierno ruso, temeroso de que los ingleses quisieran apoderarse de Constantinopla.

En el asunto cretense, Gran Bretaña favorecía el otorgamiento de la autonomía, mientras que Alemania sustentaba la opinión contraria, quizá con el deseo de provocar en Grecia una crisis interior que pudiera ocasionar la abdicación del rey y la subida al trono del príncipe heredero Constantino, casado con la hermana de Guillermo II. Pero la guerra greco-turca amenazaba con extenderse a toda la península balcánica si los pequeños estados cristianos la aprovechaban para sostener el movimiento macedónico. Dichos estados antes de tomar partido y de comprometerse en una aventura observaron cómo se orientaban las políticas rusa y austro-húngara. Ahora bien, a finales de abril de 1897 los dos emperadores se pusieron de acuerdo, con vistas a mantener el *statu quo* en los Balcanes. Era aquella una prudencia excepcional. ¿Cómo explicarla? Rusia miraba en tal momento hacia el Extremo Oriente; por otra parte, se había advertido que no podría contar, en el caso de una crisis balcánica, con el apoyo afirmado de Francia. Austria-Hungría recibió de Alemania el consejo de mostrarse prudente; tenía también que el movimiento macedónico dirigido por los búlgaros produjera, en caso de éxito, la formación de una *Gran Bulgaria*, es decir, la solución que ya había echado por tierra la Doble Monarquía

en 1878. Este juego de las oposiciones de intereses y de las desconfianzas entre las grandes potencias fue lo que salvó al Imperio turco.

Tales controversias y rivalidades incesantes, que se presentaban simultáneamente en todas las regiones del globo y que ponían en juego los intereses económicos de los estados imperialistas, acarrearón conflictos armados: guerra chino-japonesa, guerra hispano-americana, guerra greco-turca, guerra sudafricana. Pero esos conflictos permanecieron "localizados".

En suma, y esta observación merece que nos detengamos en ella, el choque entre los intereses económicos de las grandes potencias no había bastado, allí donde solo estaban en litigio los intereses, para provocar una amenaza de conflicto general. Los gobiernos y la opinión pública tenían clara conciencia de que aquellos objetivos económicos *no valían una guerra*, por lo menos una *gran guerra*, que ocasionaría riesgos desproporcionados con lo que se ponía en juego. Los medios de negocios americanos, por ejemplo, se mostraron muy reservados en 1897 respecto a la perspectiva de un conflicto con España, porque creían que la lucha podría ser larga y penosa; solo cambiaron de opinión el día en que, una vez comenzada la guerra, se dieron cuenta de que sería corta. El Gabinete inglés, a pesar de la importancia que representaba el mercado chino para los exportadores británicos y de los temores que le inspiraba a ese respecto la política rusa en Manchuria, apartó en marzo de 1898 toda idea de intervención armada para impedir el establecimiento de una base naval rusa en Port-Arthur. Y, sin embargo, ¿no era en Washington y en Londres donde las preocupaciones económicas desempeñaban el papel más activo en la dirección de la política exterior? El único caso en que durante el curso de aquel período el choque de los imperialismos acarreó un peligro de guerra entre grandes potencias europeas fue, en septiembre de 1898, el asunto de Fashoda. Ahora bien, ¿qué parte hay que adjudicar en el conflicto a las preocupaciones económicas? La iniciativa de los medios coloniales franceses tenía como fin el "renovar la cuestión de Egipto": cuestión de prestigio. En la conducta de Gran Bretaña, ciertamente, la explicación *económica* no podría desdeñarse, pues se trataba de salvaguardar mediante la conquista del Sudán nilótico la misma base de la prosperidad en Egipto. Sin embargo, la viveza de las reacciones que se manifestaron en la opinión pública inglesa se explica mucho más mediante el estado de la psicología colectiva que mediante el deseo de proteger intereses materiales.

## II. LAS RELACIONES POLITICAS ENTRE LAS GRANDES POTENCIAS

Entre estas rivalidades imperialistas y los compromisos diplomáticos establecidos o estudiados en Europa existía una doble relación: por una parte, cada estado tenía en cuenta en sus esfuerzos de expansión la situación europea que le invitaba o le obligaba a tomar en

consideración los intereses de tal estado o de tal otro; por otra parte, los incidentes que jalonaban el choque entre los imperialismos podrían llevar a los gobiernos a revisar la línea general de su política y a buscar puntos de apoyo. Bajo el signo de las rivalidades extraeuropeas se desarrollaron durante este período las relaciones entre las grandes potencias europeas y se dibujaron nuevas perspectivas.

La posibilidad de una *alianza continental* que agrupase a Alemania, Rusia y Francia era una de esas perspectivas. La iniciativa correspondió al Gobierno alemán, que deseaba debilitar la alianza franco-rusa y además tener a raya a Gran Bretaña, cuyos intereses económicos se oponían a los suyos. En abril de 1895 se asoció a la gestión conminatoria hecha por Rusia y Francia cerca del Japón para obligarle a aceptar la revisión del tratado de Simonoseki. A principios de enero de 1896, a propósito del asunto del Transvaal, propuso en vano a Francia y a Rusia una "acción común" contra Gran Bretaña. En agosto de 1897, en el momento de las disensiones anglo-rusas con motivo de la cuestión de los Estrechos, Guillermo II, en visita a San Petersburgo, trató de mostrar al Zar *el valor de la amistad alemana*. En junio de 1898 pareció volverse de nuevo hacia Francia: Bülow sugirió a Hanotaux "una colaboración práctica entre Francia y Alemania" para impedir la expansión inglesa en Africa del Sur. Estos ofrecimientos no tuvieron resultado. Al día siguiente de Fashoda se tornó a la misma idea, pero ahora fue el Gobierno francés quien la inició y el Gobierno alemán a su vez quien se mostró reservado, y así continuaba cuando, durante la guerra de los boers, el Gobierno ruso trató de anudar una conversación cuyo fin sería poner en jaque a Gran Bretaña.

La segunda posibilidad era la de una alianza anglo-alemana; se sugirió varias veces, entre 1898 y 1901, por iniciativa inglesa. En 1898, hubo un simple sondeo, efectuado por el ministro de las Colonias, Joseph Chamberlain, que habló, *a título personal*, pero que había recibido, de hecho, el asentimiento del primer ministro. En 1901, el ofrecimiento fue oficial. El secretario de Estado para Asuntos Exteriores, Lansdowne, se declaró dispuesto a concluir un acuerdo político con Alemania: compromiso de neutralidad, si uno de los dos estados entrase en guerra con una potencia; promesa de asistencia armada si, en esa guerra, interviniese otro estado, sin haber sido *provocado*. Era, pues, un proyecto de alianza defensiva, pero limitada al caso en que uno de los contratantes estuviera en lucha con dos adversarios; Gran Bretaña se comprometía, así, a entrar en guerra al lado de Alemania en un conflicto germano-ruso, si Francia, según las obligaciones de su tratado de alianza, apoyara a Rusia con las armas. El Gobierno alemán no se proponía contentarse con este ofrecimiento; exigía que Gran Bretaña contrajese compromisos, no hacia Alemania sola, sino hacia la Triple Alianza también. Lansdowne objetó que, con tal extensión del proyecto, correría el riesgo Inglaterra de ser arrastrada a "conflictos que no la concernían"; sugirió, pues, renunciar a la idea de alianza y estudiar sola-

mente, un acuerdo limitado a cuestiones *particulares*: Mediterráneo o golfo Pérsico. La respuesta alemana fue: "Todo o nada." Y la negociación no pasó adelante.

Estas dos perspectivas, cuyo alcance, a primera vista, parecía tan amplio, quedaron, pues, una y otra, reducidas a deseos o proyectos abortados. Los compromisos contraídos entre las grandes potencias no se modificaron.

El único hecho nuevo fue el refuerzo de la alianza franco-rusa. La convención militar de 1892, pieza principal de la alianza, se aplicaría, únicamente, en el caso de una guerra con Alemania (1). Sin duda, el acuerdo de 1891 había previsto una colaboración diplomática de los dos estados, en un marco más amplio; pero este no implicaba la promesa de un apoyo armado. La alianza había sido interpretada *stricto sensu* por el Gobierno francés entre 1894 y 1898. El ministro de Asuntos Exteriores, Berthelot, declinó, claramente, en diciembre de 1895, la posibilidad de una intervención armada en los asuntos balcánicos, por lo menos mientras Rusia no prestara su apoyo a Francia en la cuestión de Alsacia y Lorena. "Solo un gran interés nacional, como un nuevo arreglo de la cuestión que divide, desde 1870, tan profundamente a Alemania y a Francia sería lo bastante considerable—escribía—para justificar a los ojos del pueblo francés compromisos que implicasen una acción militar, en la cual las dos potencias pudieran ser arrastradas necesariamente." Por tres veces, en 1897, repitió Hanotaux que Rusia no debía hacerse *ilusiones*: en las cuestiones balcánicas, Francia podía prestar su apoyo diplomático; pero *nada más*. Rusia, desde entonces, se había mostrado reservada cuando la crisis de Fashoda. Tras estas experiencias, ¿no había que temer un debilitamiento de la alianza? Para impedirlo, Delcassé decidió iniciar nuevas conversaciones con Rusia.

El acuerdo que firmó con Muravieff, el 9 de agosto de 1899, sin introducir ningún cambio en los textos de los acuerdos anteriores, modificó su espíritu: la alianza no tendría sólo por objeto el "mantenimiento de la paz"; enfocaba también el mantenimiento del "equilibrio entre las fuerzas europeas"; la nueva fórmula implicaba que Francia aceptaría prestar su apoyo a la política balcánica de Rusia, en caso de que Austria-Hungría intentase quebrantar el *statu quo*; pero también que podría obtener, a cambio, un apoyo ruso en la cuestión de Alsacia y Lorena. Tal era el estado de espíritu de Delcassé, quien lo expresó en una carta al presidente de la República; se trataba—decía—de preparar la realización de "nuestros deseos y de vuestras esperanzas". Sin embargo, el carácter defensivo de la alianza subsistía, ya que sólo una agresión alemana plantearía el *casus foederis*.

Al año siguiente, un protocolo, firmado por los jefes de Estado Mayor y aprobado, en marzo de 1901, por los gobiernos, introdujo en la alianza un elemento nuevo: consideraba el caso de una guerra con

(1) Véase anteriormente, pág. 425.

Inglaterra, cosa que la convención militar de 1892 no había previsto. Si Inglaterra atacase a Francia, Rusia haría una "diversión militar" en el Turquestán, en dirección a las fronteras de la India. Si Inglaterra atacase a Rusia, Francia concentraría 150 000 hombres en las costas del Canal de la Mancha, para tener al adversario bajo la amenaza de un desembarco. A fin de permitir a los rusos acelerar la construcción, en el Turquestán, de ferrocarriles estratégicos (en particular, una línea de Orenburgo a Tachken), el Gobierno francés autorizó la emisión, en París, de un empréstito ruso de 425 millones de francos; pero expresó el deseo de obtener, a cambio, facilidades para la exportación a Rusia de productos de la industria francesa.

Sin embargo, esto no es más que la *documentación diplomática*. Su examen deja las cuestiones esenciales abiertas a la interpretación histórica. La posibilidad de un acercamiento franco-alemán fue considerado varias veces en el marco de una *alianza continental*. ¿Cuál era el valor de tales intenciones? Si el proyecto de alianza anglo-alemana hubiera sido aceptado por el Gobierno alemán, en los términos propuestos por el Gabinete inglés, ¿habrían podido orientarse las relaciones internacionales por un camino nuevo? ¿Por qué fue abandonado? Finalmente, ¿por qué Francia y Rusia reforzaron sus compromisos mutuos?

El estado de ánimo de los medios gubernamentales, en Alemania y en Francia, permite apreciar el alcance real de las insinuaciones hechas con vistas a un acercamiento franco-alemán.

¿Eran sinceros los ofrecimientos de colaboración diplomática que hizo, por dos veces, Alemania, en enero de 1896 y en junio de 1898?

El primero no lo era, ciertamente. Basta, para convencerse de ello, leer las notas redactadas, para uso interior, por el canciller Hohenlohe y por Holstein. Sugiriendo una *entente continental*, los autores de la proposición no deseaban verla concluida; querían solo inquietar a Inglaterra, mostrarle los peligros del aislamiento y obligarla, así, a acercarse a la Triple Alianza.

La segunda fue tomada en serio por Gabriel Hanotaux. "Ocasión malograda", dijo, a menudo, después. Aceptando la conversación ofrecida por Alemania, habría sido posible, según él, evitar el fracaso de Fashoda. Pero esta opinión no tiene fundamento. Aquí, también, basta leer los documentos alemanes. El 18 de junio de 1898, el mismo día en que se hizo la gestión alemana en París, Bülow escribía a su embajador en Londres: "Espero, además, que en esta ocasión obtendremos más con Inglaterra que uniendo nuestros intereses africanos a los de Francia. Pero si los hombres de Estado ingleses supieran que Francia busca un apoyo contra Inglaterra, tomarían quizá disposiciones más convenientes respecto a nuestras peticiones." ¿Y debemos olvidar, en la interpretación de este episodio, cuál era la disposición personal de Bülow respecto a Francia? Se ve muy clara por cuanto, seguro de la inocencia del capitán Dreyfus, se guardó mucho de tener el gesto que hubiera aplazado el *Asunto*: "La crisis interior francesa—escribe, pre-

cisamente en el curso del verano de 1898—disgrega el ejército y escandaliza a Europa." ¿Por qué no se alegraría de ello Alemania?

Esto es lo que autoriza a pensar que la alianza continental no era el objetivo real de la política alemana. Quizá a Guillermo II le sedujese esta idea; pero sus colaboradores nunca le concedieron importancia: en su ánimo, las *aperturas* hechas a Francia no eran más que un medio de inducir a Gran Bretaña a que negociase.

¿Debemos atribuirle mayor consistencia, cuando fue la diplomacia francesa la que tomó la iniciativa de tales sondeos? El acercamiento a Alemania era deseado, ciertamente, por algunos medios franceses; sin embargo, salvo muy raras excepciones, dichos medios no se proponían declarar que Francia reconocía el hecho consumado de Alsacia y Lorena. Ahora bien: el Gobierno alemán ponía una condición previa al acercamiento: la confirmación explícita del tratado de Francfort. Dejó sin responder, en 1897, una oferta de Hanotaux, pues en la forma en que fue presentada, le pareció indicar que la opinión pública francesa no estaba "madura". Y cuando, en mayo de 1899, se mostró impresionado por la insinuación rusa de alianza continental, respondió, proponiendo, en el marco de aquel proyecto, la "garantía mutua del estatuto territorial de las tres potencias". "Imposible—respondió el Gobierno ruso—: Francia, sin duda, ha renunciado al desquite; ¡pero no puede declararlo formalmente! Bülow, pues, estaba en buenas condiciones para declarar que, antes de tomar compromisos dirigidos contra Inglaterra, debía afianzar la seguridad del Imperio en el continente. Pero, ¿no ponía esta condición precisamente porque deseaba provocar el fracaso de la combinación?

En suma, tanto de una parte como de la otra, estos sondeos intermitentes no fueron sino veleidades o maniobras a plazo corto. En estas iniciativas, tan estrechamente ligadas a incidentes pasajeros, no se vislumbra una *política* orientada hacia un acercamiento. Ni en Alemania, ni en Francia, parece haber sido considerada en serio tal política por los medios dirigentes: la cuestión de Alsacia y Lorena bastaba para obstaculizarla.

Para comprender el fracaso del proyecto de alianza anglo-alemana debemos observar más allá de las negociaciones diplomáticas o de los sondeos officiosos.

La cuestión de la adhesión de Gran Bretaña a la Triple Alianza fue el escollo en esta negociación: el Gabinete inglés no quería comprometerse a intervenir en una crisis que provocase el derrumbamiento de Austria-Hungría, derrumbamiento que los diplomáticos creían posible apenas desapareciera el emperador Francisco José; el Gobierno alemán consideraba esta negativa muy adecuada, para animar a los adversarios de Austria-Hungría, que sabrían atacarla, sin correr el riesgo de una intervención inglesa. ¿Era este, no obstante, el nudo de la cuestión? Es difícil creerlo. La verdadera causa del fracaso, debemos verla, más

bien, en el estado de ánimo de los medios dirigentes que, por los dos lados, se encontraban divididos y vacilantes.

En Inglaterra, solamente el ministro de las Colonias, Joseph Chamberlain no ponía reparos porque pensaba que Gran Bretaña no podría continuar la política del “espléndido aislamiento”, desde el momento en que se encontraba ante una amenaza de conflicto con Rusia, en Extremo Oriente, y con Francia, en Africa. Lansdowne, secretario de Estado para los Asuntos Exteriores, estimaba que la idea tenía *algo bueno*; pero dudaba mucho de sus resultados. El primer ministro, Salisbury, no creía en el peligro del aislamiento, puesto que la flota inglesa era capaz de proteger las Islas Británicas contra un desembarco. Sin embargo, la experiencia de la guerra sudafricana, que reveló las debilidades del ejército inglés, le hizo reflexionar; por tal causa, consintió en la negociación de 1901; pero solo la aceptó con muchas reservas, pues, a su juicio, en una alianza defensiva anglo-alemana, serían muy desiguales las cargas: la obligación, en que se encontraría Inglaterra, de defender a Alemania contra Rusia, sería más pesada que la contraída por Alemania de defender a Gran Bretaña contra un ataque francés.

En Alemania, el Emperador se había mostrado satisfecho, en la primavera de 1901, al recibir el ofrecimiento de alianza inglesa: “Así, parece ser que vienen a donde nosotros les esperábamos... No puedo estar siempre dudando entre rusos e ingleses; ¡acabaré por quedarme entre dos sillas!” Pero sus consejeros se mostraban en desacuerdo, sobre todo, porque no consideraban del mismo modo el alcance práctico de una negativa. El embajador en Londres, Wolff-Metternich, insistía sobre la gravedad de un fracaso de la negociación, pues el Gobierno inglés, si no obtenía la alianza de Alemania se volvería hacia Francia y Rusia. Holstein, por el contrario, afirmaba que la negativa no tendría consecuencias: pensaba que Gran Bretaña no podría entenderse con Francia y Rusia, pues *ello le costaría muy caro*. En cuanto al canciller Bülow a lo largo de estas negociaciones se había mostrado desconfiado: la alianza anglo-alemana, decía, provocaría en Rusia un vivo rencor contra Alemania; ahora bien, ¿no podría Inglaterra aprovecharse de ello “para mantener buenas relaciones con Rusia, a pesar de la alianza y atropellarnos en las cuestiones coloniales”?

Así, pues, de una y de otra parte, no parecían muy convencidos. ¿Por qué? Sin duda, a causa de la perspectiva de una rivalidad naval anglo-alemana, que se anunciaba desde 1898. ¿Cómo creer, en tales condiciones, que una alianza podría ser duradera? En el ánimo de los hombres de Estado británicos dicha alianza habría implicado el abandono, por parte de Alemania, de su gran programa naval. Sin embargo, los dirigentes alemanes estaban tanto menos dispuestos a renunciar a la *Weltpolitik*, cuanto que subestimaban el alcance de una negativa: Cuando Holstein afirmaba que la orientación general de la política inglesa no podría cambiar, cometía un grave error, como ya había hecho, en 1890, con motivo de las relaciones franco-rusas.

¿Cómo explicar, por último, el refuerzo y la extensión de la alianza franco-rusa? Aquí también parece determinante el papel que desempeñan las circunstancias.

Que el Gobierno ruso añadiera, con gusto, a la alianza un “matiz anti-inglés”, era lógico, ya que los intereses rusos chocaban con los ingleses, sobre todo en Extremo Oriente. Pero resulta más sorprendente que aceptase por objetivo de la alianza el *mantenimiento del equilibrio*, sabiendo el sentido que daba Delcassé a esta fórmula. ¿No había rehusado claramente Alejandro III, en 1893, prometer a Francia un apoyo en la cuestión de Alsacia y Lorena? Si ocurrió de otro modo, en 1899, fue, evidentemente, porque la política rusa obtuvo, a cambio, la perspectiva de tener el apoyo de Francia en la cuestión turca. En el momento en que inició la expansión en Extremo-Oriente podía temer que Austria-Hungría se aprovechara de aquella circunstancia para volver a sacar ventaja en las cuestiones balcánicas, y, para precaver esta posibilidad, deseaba asegurarse el concurso de Francia.

La interpretación de la política francesa es más difícil. ¿Debemos pensar que Delcassé no estaba aún decidido, en aquel momento—a pesar de que lo dijeran sus amigos—a orientar su política por el camino de un acercamiento hacia Gran Bretaña? ¿Debemos admitir, por el contrario, que se entregaba solo a una maniobra, destinada a inquietar al Gobierno inglés, para llevarlo a un arreglo? ¿O podemos pensar, también, que quería tomar precauciones en la hipótesis de que Gran Bretaña no se prestara a liquidar sus diferencias con Francia? Hemos de confesar que estas interpretaciones no están apoyadas por ningún documento.

El choque entre los imperialismos no había determinado, pues, entre 1894 y 1901, una orientación nueva en el sistema de acuerdos o de alianzas entre los grandes estados europeos; había provocado, solamente, iniciativas que no pasaron del estado de deseos, sondeos o maniobras, y que permanecían en estrecha unión con circunstancias temporales.

#### BIBLIOGRAFIA

Los mejores estudios de conjunto son los de W. LANGER: *The Diplomacy of Imperialism, 1890-1902*. New York, 1935, 2 vols. y el de M. BAUMONT: *L'Essor industriel et l'imperialisme colonial* (ya citado, pág. 359). Véanse además:

**Sobre las rivalidades y los conflictos.**—En Africa: A. J. DUNCAN: “South African capital imports, 1893-1898”, en *Canadian J. of Econm. and Polit. Science*, 1948, págs. 240-54.—R. LOVELL: *The Struggle for South Africa,*

*1875-1899. A Study in Economic Imperialism*. New York, 1934.—G. HANOTAUX: *Le Partage de l'Afrique. Fachoda*, París, 1909.—M. GIFFEN: *Fachoda: the Incident and its Diplomatic Setting*, Chicago, 1939.—P. RENOUVIN: “Les origines de Expedition de Fachoda”, en *Revue historique*, 1948.—T. RIKER: “A survey of British Policy in the Fachoda Crisis”, en *Political Sc. Quarterly*, 1929, págs. 54-78.—FÉLIX FAURE: *Fachoda*, en *R. hist diplomatique*, enero 1955, págs. 29-39.—H. HUGODOT: *L'opinion publique anglaise*

et l'affaire de Fashoda, en *R. Histoire des colonies françaises*, 2.º sem. 1957, págs. 113-137.—F. M. HOLT: *The Madhist State in the Sudan, 1881-1898*, Oxford, 1958.—En Asia: J. WOLF: *The Diplomatic History of the Bagdad Railroad*, Columbia, 1936.—J. CHAPMAN: *Great Britain and The Bagdad Railway*, Northampton, 1948.—W. O. HENDERSON: "German Economic Penetration in the Middle East, 1880-1914", en *Econ. Hist. Rev.*, 1948, págs. 54-64.—P. RENOUVIN: *La Question d'Extrême Orient, 1840-1940*, París, 3.ª ed., 1953.—Y. MURAMATSU: "The Boxers in 1898-1899. The Origins of the I-hochuan uprising, 1900", en *Annals of the Hitotsubashi Academy*, abril, 1953, págs. 236-62.—D. BARTOLI: *La Crise della Cina, 1842-1938*, Milán, 1938.—D. CRIST: "Russia's Far Eastern Policy in the Making", en *I. of Modern History*, 1942, págs. 317-41.—MAC CORDOCK: *British Far Eastern Policy, 1894-1900*, Nueva York, 1931. A. VAGTS: "Der chinesisch-japanische

Krieg", en *Europäische Gespräche*, 1931. A. POPOV: *Perye sagirussskogo imperiazma na Dainem Vostoike* (Los primeros pasos del imperialismo ruso en Extremo Oriente) 1888-1903, en *Krasny Arkhiv*, 1932, págs., 34-124.

**Sobre la agrupación de las potencias.**—EUGEN FISCHER: *Holsteins grosses Nein*, Berlín, 1925.—F. MEINECKE: *Geschichte des deutschen deutsch-englischen Bündnisproblem*, Múnich, 1927.—CHANG-FU-CHANG: *The Anglo-Japanese Alliance*, Baltimore, 1931.—P. MINRATH: *Das Englisch-Japanische Bündnis von 1902*, Stuttgart, 1933.—L. H. PENSON: "The New Course in British Foreign Policy, 1893-1902, en *Transactions of the Royal Historical Society*, 1943, págs. 123-34.—L. GELBER: *The rise of Anglo-american Friendship, 1898-1904*, Londres, 1938.—E. L. WOODWARD: *England and the German Navy*, Oxford, 1935.

## CAPITULO XI

### EL NUEVO AGRUPAMIENTO DE LOS ESTADOS EUROPEOS

(1901-1907)

La marcha de las relaciones entre las grandes potencias, en el período 1901 a 1907, se vio señalada por caracteres nuevos; por una parte, los esfuerzos de expansión fuera de Europa ocasionaron una guerra entre Rusia y el Japón y una amenaza de guerra entre Francia y Alemania; por otra parte, el sistema de *ententes* y alianzas entre los estados europeos sufrió una transformación por el acuerdo franco-italiano de 1902, por el franco-inglés de 1904 y por el anglo-ruso de 1907. ¿Cuál era el lazo que unía estos dos aspectos de la situación internacional?

#### I. LOS CHOQUES ENTRE LOS IMPERIALISMOS

Los esfuerzos de expansión y las rivalidades que de ellos resultaban entre los estados europeos alcanzaron a nuevas regiones del mundo, al mismo tiempo que los Estados Unidos y el Japón extendían sus territorios o sus zonas de influencia, a expensas de los europeos.

En Persia, en Asia Menor, en Etiopía y, sobre todo, en Marruecos era donde se enfrentaban los intereses de las grandes potencias europeas.

Gran Bretaña y Rusia se observaban y oponían en Teherán, desde la primera mitad del siglo XIX. Este antagonismo se agravó ahora; los dos gobiernos explotaban el apuro financiero del Gobierno persa, para obtener, a cambio de aperturas de crédito, concesiones de minas o de ferrocarriles. Tras aquellas negociaciones económicas y financieras, se dibujaban intereses estratégicos, pues el Gobierno ruso pensaba establecer un ferrocarril que llegase al golfo Pérsico, proyecto peligroso para la seguridad de la India. En 1906, una crisis interior en Persia—un movimiento revolucionario favorecido por la influencia de las ideas *occidentales* y dirigido contra los métodos arbitrarios propios del Gobierno—agravó las dificultades financieras y ofreció, de consiguiente, nuevas ocasiones a las iniciativas rivales de las dos potencias europeas. Pero, en agosto de 1907, esta rivalidad quedó resuelta, mediante un compromiso: el reparto de Persia en zonas de influencia económica, rusa al Norte e inglesa al Sudeste, separadas por una zona *neutra*.

En Asia Menor, donde, desde 1890, los grupos financieros ingleses, alemanes y franceses trataban de obtener concesiones de ferrocarriles, eran los intereses alemanes los que dominaban: la *Deutsche Bank*, gracias al apoyo del Gobierno de Berlín, obtuvo del Gobierno turco,

en 1903, la concesión de una vasta red de ferrocarriles que debía cubrir la mayor parte de Anatolia y de Mesopotamia, y tener por arteria principal una línea que uniese el Bósforo con Bagdad y luego con el golfo Pérsico. Aquel contrato abría grandes perspectivas a la actividad alemana, tanto desde el punto de vista económico como del político. Implicaba una amenaza para los intereses financieros franceses—pues la mayor parte de los títulos de la Deuda otomana estaba en manos de los franceses—; pero todavía más para Gran Bretaña y Rusia: Gran Bretaña corría el riesgo de perder la situación preponderante que poseía, en lo económico, desde hacía dos siglos, en Mesopotamia; pensaba, sobre todo, que si el ferrocarril llegase al golfo Pérsico, la seguridad de la India se vería comprometida; Rusia se inquietaba por el beneficio que representaba para el Imperio turco, pues, gracias al ferrocarril, podría llevar, fácilmente, en adelante, sus fuerzas armadas a todas las partes de su territorio. Sin embargo, la *cuestión del Bagdadbahn* no ocasionó, en ningún momento, una seria amenaza de conflicto entre las grandes potencias. Las resistencias solo se manifestaron en el terreno financiero: Francia, Gran Bretaña y Rusia cerraron su mercado bursátil y bancario a los empréstitos que trataba de colocar la compañía alemana; consiguieron retrasar, durante algún tiempo, la construcción de la vía férrea; pero no lograron hacer fracasar la empresa.

En Africa oriental, Etiopía, que había defendido su independencia, en 1896, contra la tentativa italiana, permanecía sometida a la presión de los intereses extranjeros. Francia obtuvo la concesión de un ferrocarril de Djibuti a Addis-Abeba, e intentaba ocupar un lugar preponderante en la vida económica. Esta acción era vigilada y obstaculizada por Gran Bretaña, que quería, cuando menos, evitar que la parte occidental del país—la región del lago Tana y del Nilo azul—cayese bajo la influencia de otra gran potencia; también lo era, por Italia, que, sin poder emprender ningún esfuerzo de conquista, deseaba, sin embargo, asegurarse algunos beneficios. En 1906, los tres estados llegaron a un compromiso: se repartieron, en Etiopía, zonas de influencia económica.

La cuestión marroquí fue la única que dio lugar a una grave amenaza de la paz general. ¿Qué era lo que se jugaba? Las perspectivas de beneficios económicos eran importantes, no solo porque Marruecos poseía, sobre todo en la zona del Rif, recursos mineros, sino también porque la *modernización* del país podía ofrecer oportunidades a las empresas de construcción de ferrocarriles y de instalaciones portuarias. Las preocupaciones estratégicas—unidas al *control* de las grandes vías marítimas—no eran de menos importancia, ya que Marruecos tenía un litoral mediterráneo y otro atlántico; la libertad de paso en el estrecho de Gibraltar y la de tráfico por la ruta naval entre Europa y el cabo de Buena Esperanza era lo que se ventilaba. A estas solicitudes había que añadir una preocupación de Francia, que deseaba afirmar la seguridad de Argelia, extendiendo su dominio sobre el Moghreb; y,

sobre todo, previniendo, en aquella región, las posibles empresas de otra gran potencia.

Que Francia asumiera la iniciativa, en la penetración en Marruecos, no era nada sorprendente. Ciertamente que Jules Ferry, no había querido comprometer la política francesa, en 1884, en un asunto cuyo alcance internacional pudiera ser grave. Pero el partido colonial crecía, ahora, que tal acción debía imponerse, y su jefe, Eugène Etienne, lo declaró, públicamente, en 1902, en la tribuna de la Cámara de los Diputados. Los métodos de penetración de la influencia francesa fueron *clásicos*: ofrecer al Sultán, cuya autoridad se veía siempre impugnada por una parte de las tribus marroquíes, los recursos financieros que necesitaba para organizar la administración de su Imperio, y la asistencia de instructores militares, para el Ejército. Esta política tropezó con la resistencia de Gran Bretaña, que no perdía de vista sus intereses comerciales, actuales o futuros, en el Imperio jerifiano; pero que, sobre todo, se preocupaba de defender las rutas marítimas; amenazaba, también, los intereses de España, que poseía desde el siglo XVI, los *presidios*, en la costa norte de Marruecos; provocaba la irritación de Alemania que aunque había llegado muy tarde al reparto del mundo, no deseaba que la suerte de un *país nuevo*, todavía independiente, quedara resuelta sin ella. Delcassé obtuvo, por los acuerdos del 8 de abril de 1904, el alejamiento de Inglaterra, consintiéndole una libertad de acción completa en Egipto; abandonó una modesta parte de Marruecos a España, en 1904; pero se propuso mantener apartada a Alemania; y, desde el principio de la negociación con Inglaterra y con España, anunció, claramente, tal proyecto: el Imperio alemán no tenía intereses en Marruecos; por consiguiente, “el Gobierno francés desearía excluirlo”.

En marzo de 1905 fue cuando la política alemana entró en escena. La visita de Guillermo II a Tánger, donde se erigió en protector de la independencia de Marruecos, inició una gran crisis internacional, que se prolongó durante más de un año. Los rasgos esenciales de esta larga crisis son, no obstante, sencillos. El Gobierno alemán pensó, primero, en reivindicar una parte de Marruecos, luego abandonó aquella solución: apartó, también, la posibilidad de un alejamiento a cambio de una compensación. El plan que se adoptó fue la *internacionalización* del asunto marroquí. “Doy por descontado que una conferencia internacional no tendrá como consecuencia la colocación de Marruecos bajo el poderío y en la esfera de intereses de Francia.” Tal creía el canciller Bülow. El Gobierno alemán, a pesar de la opinión expresada por el jefe del Estado Mayor, no tenía el deseo deliberado de llegar hasta la guerra, pero la diplomacia alemana, para obligar al Gobierno a aceptar la reunión de la conferencia internacional, hizo uso de la amenaza: ejerció, sobre la opinión francesa, un *chantaje del miedo*, al mismo tiempo que explotó las divergencias entre el presidente del Consejo, Rouvier, y el ministro de Asuntos exteriores. Este chantaje tuvo éxito, no solamente en la opinión y en el Parlamento, sino tam-





Estados Unidos, y ellos solos, estaban destinados a ejercer, respecto a los estados americanos, "un poder de policía internacional" (1). Por último, en el camino de las conferencias interamericanas, cuyo programa era económico y financiero, se esbozaba un sistema que tendía a establecer la costumbre en todos los gobiernos del continente, de tratar sus asuntos comunes bajo la égida del Gobierno de Washington.

Ante estos progresos del imperialismo americano, ni Gran Bretaña, que desde 1901 había abandonado sus posiciones en América Central, ni Francia, que desde hacía mucho tiempo no llevaba ninguna política activa en el continente americano, mostraron la menor reacción. Únicamente Alemania insinuó un gesto, porque quería resaltar su fuerza en todos los puntos del mundo: con ocasión de un incidente surgido entre el Gobierno venezolano y sus acreedores europeos, decidió, en concierto con Gran Bretaña, un bloqueo de las costas de Venezuela, pero mientras Inglaterra se mantuvo prudente, un buque de guerra alemán abrió fuego, en 1903, sobre una obra de fortificación. El presidente Teodoro Roosevelt, sospechando que Alemania quería poner pie en la orilla meridional del mar de las Antillas, dio en seguida a sus fuerzas navales la orden de estar preparadas para proteger a Venezuela contra un posible desembarco alemán. El Gobierno alemán no insistió, y aceptó un arbitraje. Pero Roosevelt tuvo buen cuidado en una conversación con el embajador alemán de señalar el alcance del incidente: "Los barcos de guerra alemanes hubieran visto en la flota del almirante Dewey su posible adversario, y las gentes de Dewey hubieran considerado a los barcos alemanes como su objetivo de combate más próximo. Ya era hora de que acabara aquello." Los Estados Unidos habían puesto en jaque a Alemania después de a Gran Bretaña, y manifestado con energía su voluntad de oponerse a toda acción coercitiva de una potencia europea en la zona que cubre las cercanías del canal interoceánico.

En Asia oriental, en Manchuria y en Corea, Rusia tropezaba con la resistencia del Japón.

En el curso de la guerra de los *boxers*, en 1900, la expansión rusa había tenido ocasión de tomar seguridades y consolidar la preponderancia que ya le garantizaban desde 1898, la construcción de los ferrocarriles y el establecimiento de la base naval de Port-Arthur (2). El contingente ruso del cuerpo expedicionario internacional había ocupado, *provisionalmente*, las tres provincias manchúes. El Gobierno del Zar trató, en vano, de obtener del Gobierno chino un acuerdo que hiciera definitiva tal ocupación. Había parecido resignarse primero a su fracaso, y siguiendo el consejo del conde Witte, firmó con China, en abril de 1902, una convención que preveía la progresiva evacuación. Pero, en 1903, suspendió la ejecución del convenio. Este cambio se

(1) Véase anteriormente, pág. 471.

(2) Véase anteriormente, pág. 479.

debía, sobre todo, a la acción de un hombre de negocios, Bezobrazof, que poseía en territorio coreano una vasta concesión forestal a la orilla izquierda del Yalu. Bezobrazof consiguió interesar al Zar en sus empresas; encargado por el mismo soberano de una misión de estudios en Extremo Oriente, se unió con el comandante de las fuerzas rusas en Port-Arthur, almirante Alexeief, y, después de unos meses de lucha abierta, hizo fracasar la política de Witte.

El Japón temía ver amenazada la influencia preponderante que poseía en Corea; no se resignaba tampoco a abandonar la posibilidad de una expansión en la Manchuria meridional, donde contaba con encontrar tierras cultivables para sus emigrantes, géneros alimenticios para salvar el déficit de su producción doméstica, hierro, carbón, indispensables para su industria. Con el fin de imponer a Rusia un reparto de Manchuria y obligarla a evacuar la "cabeza de puente" coreana, no dudó en aceptar una guerra. Su baza de triunfo era la ventaja que poseería el ejército nipón en un teatro de operaciones muy próximo a sus bases, mientras que las tropas rusas solo tendrían, para enviar los refuerzos y el material, el ferrocarril transiberiano, de 7.000 kilómetros de longitud y cortado por el trasbordo de una a otra orilla del lago Baikal. Pero tal ventaja no entraría en juego más que si el Japón tuviera, en el estrecho de Corea, el dominio del mar. ¿Estaría en condiciones de conseguirlo, y, sobre todo, de conservarlo, en el caso de que la alianza franco-rusa asegurase a las escuadras del Zar el apoyo de las fuerzas navales francesas? Para prevenir esta posibilidad, el Gobierno nipón solicitó y obtuvo, en enero de 1902, la alianza de Gran Bretaña: el Gobierno inglés no prometió su apoyo armado en caso de guerra contra Rusia sola, pero se comprometió públicamente a intervenir si Rusia recibiera el apoyo de "otra potencia", es decir, de Francia.

Después de ocho meses de vanas negociaciones con Rusia, el Japón, el 8 de febrero de 1904, inició las hostilidades con un golpe de sorpresa—un ataque contra la flota rusa, anclada en Port-Arthur—que le aseguró, para varios meses, la soberanía del mar. En las operaciones terrestres de Manchuria, el ejército nipón obtuvo ventajas inmediatas, pues, durante los seis primeros meses de las hostilidades, dispuso de superioridad numérica. A partir de octubre de 1904, las fuerzas se equilibraron. Sin embargo, después de haber deshecho una contra-ofensiva rusa, los japoneses consiguieron (batalla de Mukden, 23 de febrero-11 de marzo de 1905) arrebatarse las posiciones al adversario. El comandante ruso trató en vano de restablecer la situación: La escuadra que llegó de Europa en el curso de un periplo memorable con la misión de cortar las líneas navales de comunicación del ejército japonés, fue destruida por la flota nipona el 27 de mayo de 1905 en el estrecho de Corea, en Tsushima. Ciertamente, estaba aún muy lejos la total conquista de Manchuria, y el ejército ruso se encontraba en situación de poder prolongar la resistencia, pero el Gobierno del

Zar tuvo que enfrentarse, en Rusia, con un movimiento revolucionario, que le obligó a buscar la paz en Extremo Oriente.

La oferta de mediación del presidente de los Estados Unidos, que se inquietaba con los éxitos nipones y quería limitar sus resultados, favoreció los intereses rusos. El Gobierno japonés se resignó a aceptar una negociación, porque tuvo conciencia de las dificultades económicas y financieras que le acarrearía la prosecución de las hostilidades: se contentó, pues, con obtener resultados parciales. El 29 de agosto de 1905, el tratado de Portsmouth dio al Japón Port-Arthur y el ferrocarril sud-manchuriano, así como la parte meridional de la isla de Sajalin, y le autorizó a establecer su protectorado en Corea. La expansión rusa había sufrido un fracaso decisivo.

Era la primera victoria que, desde los comienzos de la expansión europea, conseguían los amarillos sobre los blancos. Le permitió al Japón poner el pie sólidamente en el continente asiático, y transformar así los cálculos de la política internacional en Extremo Oriente. Animó en India, a partir de 1905, el movimiento nacionalista, dirigido contra la dominación inglesa, y, en Indo-China, en 1908, las tentativas de resistencia contra la colonización francesa. Dejó desorganizado, por último, al ejército ruso, incapaz, en varios años, de desempeñar un papel eficaz en un conflicto europeo.

Tales eran las perspectivas inmediatas. Pero, ¿cuáles serían a largo plazo? “Los japoneses—observa Paul Cambon—no sospechan que, en último término, no se trata de si poseerían o no un jirón de Corea, sino de si serán rusos o americanos: llegarán a ser, de aquí a cincuenta años, lo que se juegue en la gran partida que tendrá lugar entre Rusia y los Estados Unidos, en Extremo Oriente. Pero todo eso está por llegar.”

Que tantos litigios, algunos de los cuales eran de importancia, no llevaran, finalmente, a ningún conflicto armado entre los estados europeos, ¿no prueba que los gobiernos y los pueblos de esos estados vacilaban en correr los riesgos de una “prueba de fuerza”?

## II. LOS NUEVOS ACUERDOS ENTRE ESTADOS EUROPEOS

Al mismo tiempo que, entre 1901 y 1907, se desarrollaron estos litigios, los compromisos, diplomáticos o militares, concluidos entre las potencias europeas, tomaron un nuevo carácter. Italia, al celebrar con Francia un acuerdo secreto, el 10 de julio de 1902, se comprometió a observar la neutralidad en una guerra franco-alemana, incluso en el caso de que Francia, “como consecuencia de una provocación directa”, tomase la iniciativa de la declaración de guerra, pero la apreciación del caso de *provocación directa* quedó a discreción del Gobierno italiano. Los acuerdos franco-ingleses, del 8 de abril de 1904, cuya base fue el *trueque Egipto-Marruecos*, resolvieron todas las diferencias coloniales entre los dos países; también estipularon que Gran

Bretaña prestaría a Francia un apoyo en la cuestión marroquí, pero solamente por la acción diplomática. Por último, Rusia, en agosto de 1907, al mismo tiempo que concluía con Gran Bretaña el acuerdo persa, liquidaba los litigios relativos al Afganistán y al Tibet. Mientras la Triple Alianza se debilitaba, la *entente cordiale* franco-inglesa y el acercamiento anglo-ruso surgían para respaldar la alianza franco-rusa, que la derrota de Manchuria y la crisis revolucionaria rusa de 1905 habían roto.

Tal es el esquema general, cuyos perfiles conocemos muy bien. ¿Cuáles fueron los móviles que orientaron las decisiones de los gobiernos?

Cuando, entre 1902 y 1904, quedaron establecidas las bases de la nueva situación diplomática por el acuerdo franco-italiano y el franco-inglés—cuyos alcances, por otra parte, son muy diferentes—, la iniciativa perteneció, en ambos casos, a la política francesa, que era la de Delcassé. Sin duda, no es seguro que los planes de este tomaran forma a partir de su llegada al ministerio de Asuntos Exteriores (1); pero, en 1902, ciertamente, ya estaban fijados. El objetivo de esta política era, para consolidar la posición de Francia en Europa, romper la Triple Alianza y aplacar las diferencias coloniales franco-inglesas. Llamado a dirigir la política exterior en gabinetes que se hallaban absorbidos por las preocupaciones de política interior, Delcassé dispuso de la más amplia iniciativa y tuvo la suerte de verse asistido por magníficos embajadores: Barrère, en Roma; Paul Cambon, en Londres. Este es, pues, uno de los casos típicos en los que se afirman el papel personal de un hombre, su temperamento y su sentido de los destinos nacionales. Empero no debemos desconocer que la opinión pública—al menos, en lo que concierne a las relaciones con Gran Bretaña—ofrecía un punto, de apoyo a aquel plan: la mayoría de la Prensa, desde 1901, deseaba una *liquidación* de las dificultades anglo-francesas, quizá porque se había dado cuenta de la posibilidad de una alianza anglo-alemana; los exportadores, en 1902, temían que triunfase en Inglaterra el programa proteccionista de Joseph Chamberlain y pensaban que un acercamiento político entre los dos países permitiría obtener, en tal caso, una reglamentación favorable de la tarifa aduanera inglesa y, sobre todo, los jefes del partido colonial, que se habían mostrado muy hostiles, en 1898, a una negociación franco-inglesa, habían abandonado sus prevenções. Ello representaba condiciones favorables para el éxito de una política nueva.

Pero ¿por qué Gran Bretaña e Italia pensaban en un acercamiento a Francia?

El Gobierno británico había tardado en dar oídos a las insinuaciones de Delcassé: ofrecida desde agosto de 1902 la negociación, solo se inició seriamente un año más tarde. Los miembros del Gabinete y

(1) Véase anteriormente, pág. 464.

quizá el primer ministro, Balfour, sobrino y sucesor de Salisbury, se mostraron vacilantes, sin que sea posible, en el estado actual de la información, conocer en detalle las deliberaciones del Gabinete. El móvil esencial que favorecía una liquidación de las diferencias coloniales franco-inglesas, era el fracaso de la tentativa de alianza anglo-alemana. Joseph Chamberlain, después de haber sido el artífice más activo de la tentativa, fue inmediatamente después uno de los primeros en estudiar otra solución. Inglaterra—decía, en diciembre de 1902, al cónsul de Francia en El Cairo—se ve obligada a abandonar la política de aislamiento; pensaba en un acuerdo con Alemania y fracasó; ahora desea, pues, conseguir la amistad de Francia. Para emprender la negociación, haría falta comenzar por “cambiar las arrás”. La experiencia de la guerra sudafricana, que mostró la débil eficacia de los medios militares británicos, no fue extraña, ciertamente, a ese cambio: “ha sido—escribía el encargado de Negocios de Francia—el comienzo de la sabiduría”. Por último, la construcción de la flota de guerra alemana preocupaba al Gobierno y al Almirantazgo; en octubre de 1902, se tomó la decisión de establecer una gran base naval en la costa oriental de Escocia.

Esta evolución se veía facilitada, indudablemente, por el estado de la opinión pública, que manifestaba, respecto a Alemania, una desconfianza cada vez más viva. Los periódicos señalaban la rivalidad comercial y expresaban inquietudes, con ocasión del asunto del ferrocarril de Bagdad; sospechaban, incluso, que la política alemana quería, cuando tuvieron lugar los incidentes de Venezuela, comprometer a Gran Bretaña por un camino peligroso y provocar una desavenencia anglo-americana. Esta “ruptura moral” era de importancia.

¿Debemos añadir un móvil financiero a esas tendencias del espíritu público y a tales preocupaciones realistas de Estado? Gran Bretaña atravesó, a consecuencia de la guerra sudafricana, dificultades presupuestarias y monetarias; se vio obligada, por primera vez desde hacía ciento cincuenta años, a emitir empréstitos en el extranjero, y necesitaba recibir capitales, buena parte de los cuales le venía de Francia. ¿No es una hipótesis atractiva establecer una relación entre la asistencia prestada a Gran Bretaña por el mercado financiero francés y la negociación del acuerdo político? Sin embargo, no resiste al estudio de los documentos. Los empréstitos exteriores contraídos por el Gobierno inglés fueron colocados, sobre todo, en los Estados Unidos. El importante movimiento de capitales franceses que se invirtieron en Gran Bretaña privadamente fue espontáneo: los capitalistas franceses se sintieron atraídos, bien porque encontraban en Londres un interés más elevado que en París, bien porque temían la institución, en Francia, del impuesto sobre la renta. Estas relaciones financieras no dieron lugar a ninguna negociación entre los gobiernos. Solo un año después de la conclusión de los acuerdos del 8 de abril de 1904, se trataría, en algunos medios financieros ingleses, de negociar un acuerdo ocasional en-

tre la Banca de Francia y la de Inglaterra; y, con todo, tal proyecto no tendría consecuencias.

La orientación nueva de la política exterior italiana había comenzado a manifestarse desde 1896, es decir, después de la derrota sufrida en Etiopía y de la caída de Crispi. Puesto que había fracasado en Africa oriental, Italia no podía, en adelante, pensar en otro territorio de expansión colonial que Tripolitania; necesitaba, a este respecto, asegurarse la buena voluntad de Francia. Por ello, había aceptado, en septiembre de 1896, reconocer, implícitamente, el protectorado francés en Túnez, a condición de obtener la confirmación de los privilegios concedidos por el Bey, a partir de 1868, a los italianos establecidos en este país. También por ello había puesto fin, en noviembre de 1898, a la guerra aduanera, que duraba desde hacía seis años, y que había infligido, por otra parte, más perjuicios a la economía italiana que a la francesa. Además, recibió, en diciembre de 1900, la seguridad de que el Gobierno francés no intentaría “extender su influencia” hacia Tripolitania; pero prometió, a cambio, no obstaculizar la acción que Francia emprendiese en Marruecos. En definitiva, esta “tragedia” franco-italiana había tenido como objetivo, acabar, por medio de un reparto de zonas de influencia, con la rivalidad de los imperialismos.

Ahora bien; el Gobierno italiano no se quedó ahí, y, en 1902, inició el camino de un acuerdo político. El rey Víctor Manuel III, que acababa de subir al trono después del asesinato de Humberto, deseaba ese acercamiento con Francia para conseguir “mayor independencia” respecto a Alemania y Austria; este punto de vista era compartido por el presidente del Consejo, Zanardelli, que, veterano del *Risorgimento*, conservaba sentimientos antiaustríacos. Con todo, no hay que desdeñar el papel de los intereses financieros: Italia quería hacer una operación de conversión de la renta y no creía poder lograrlo sin el apoyo del mercado financiero de París; ahora bien, el Gobierno francés no accedía a conceder la admisión a la cotización si no recibía previamente seguridades políticas. Estos son, según el estado de información histórica actual, los móviles esenciales que empujaron al Gobierno italiano a interpretar los compromisos inscritos en su tratado con Alemania.

Al celebrar tales acuerdos, Italia y Gran Bretaña no tenían, sin embargo, el proyecto de asociarse a un “sistema antialemán”. El Gobierno italiano no quería abandonar la Triple Alianza, porque correría el riesgo de caer “bajo la dependencia de Francia”; perdería el beneficio que pudiera reportarle el arbitraje de Alemania en caso de diferencias austro-italianas, y porque para la exportación de sus productos agrícolas, tenía gran necesidad del mercado alemán. El Gobierno inglés, sin duda, no ignoraba, al firmar los acuerdos del 8 de abril de 1904, que Delcassé deseaba “excluir a Alemania” del arreglo de la cuestión marroquí; pero tuvo buen cuidado, de no adquirir, respecto a Francia, más que un compromiso para el futuro: un apoyo diplomático en la

cuestión marroquí. No pensaba en una alianza, ni menos todavía, en una convención militar o naval. Sin embargo, ¿no imaginaron los autores del acercamiento, Balfour y Lansdowne, que aquel preludio podría llevarles mucho más allá de lo que pensaban? Después de las investigaciones de la historiografía inglesa, parece que en el *trueque Egipto-Marruecos*, los hombres de Estado ingleses cedieron a los acontecimientos, sin cálculo preconcebido ni miras a largo plazo. Como quiera que fuese, Francia no podía tener la seguridad de un apoyo armado por parte de Inglaterra, ni siquiera de una neutralidad italiana, en caso de conflicto franco-alemán: contaba solo con posibilidades. No obstante, los resultados podrían verse comprometidos por el antagonismo entre Rusia e Inglaterra, en la cuestión de Extremo-Oriente, antagonismo que la alianza anglo-japonesa acrecentó más aún después de 1902. ¿Cómo podría Francia, en caso de guerra ruso-japonesa, conciliar su alianza con Rusia y su amistad con Inglaterra, aliada del Japón? Delcassé se dio cuenta del peligro. Desde el otoño de 1903, indicó a Paul Cambon su deseo de conseguir que Rusia e Inglaterra liquidaran sus diferencias; pero su deseo no dejaba de ser platónico; también intentó, completamente en vano, en enero de 1904, servir de mediador entre Rusia y el Japón.

Ahora bien: el Gobierno alemán, desde la celebración de la *Entente cordiale*, no ocultaba su amargura, al mismo tiempo que reprochaba a Delcassé haber *seducido* a Italia. ¿No era de esperar una réplica? El conflicto ruso-japonés, que podía romper la alianza franco-rusa y que, de primera intención, paralizó su eficacia militar abría perspectivas favorables a las iniciativas alemanas. ¿Cómo reaccionaría Francia ante una amenaza? Delcassé—este fue el punto débil de su obra—actuó solo, sin que los medios militares ni el estado moral del país se hallasen al unísono de su política.

La guerra ruso-japonesa (1) fue, pues, para el sistema diplomático establecido por Delcassé, la gran prueba. Y de este mismo modo lo creía la política alemana, decidida a sacar provecho de aquella circunstancia para obstaculizar la acción de Francia en el Imperio jerifiano. Pero, al promover la cuestión, el Gobierno alemán tenía proyectos que rebasaban con mucho el horizonte marroquí. No dejó de invocar, sin duda, los intereses económicos, y aún más, las consideraciones de prestigio. Sin embargo, estos puntos de vista eran secundarios: el imperio jerifiano—opinaba, en 1905, el canciller Bülow—ocupaba “un lugar infinitamente pequeño” en los intereses generales de Alemania. Los objetivos eran de política general: el primero, la disociación de la *Entente cordiale* franco-inglesa: si cuando interviniera Alemania en el asunto marroquí, Gran Bretaña interpretara en un sentido restringido los compromisos diplomáticos que había contraído, según los términos de los acuerdos del 8 de abril de 1904,

(1) Véase anteriormente, pág. 497.

Francia se vería obligada a comprobar que se había equivocado al contar con la amistad inglesa y el acercamiento entre las potencias occidentales no tardaría en llegar. El segundo plan estaba unido a las perspectivas abiertas por la guerra ruso-japonesa: el Gobierno del Zar, después de sus primeras derrotas en Manchuria, vio en la alianza anglo-japonesa la fuente de todos sus males; miraba, pues, con descontento que Francia, en el momento en que la guerra había ya comenzado, se acercase a Gran Bretaña; Alemania podía aprovechar aquel resentimiento para ofrecer en la primera ocasión su apoyo a Rusia y conseguir quebrantar o quizá destruir la alianza franco-rusa. Es cierto que el Gobierno francés, si estuviera obligado a escoger entre la amistad inglesa y la alianza rusa, abandonaría, sin duda, la *Entente cordiale*, pues, según Guillermo II, “la flota inglesa no puede proteger París”. Pero en tal caso la política alemana podría obtener otro resultado: la sustitución de la alianza franco-rusa por una *alianza continental*, en la que Francia se resignaría a entrar al lado de Rusia y de Alemania y no sería más que un socio subordinado.

De hecho—los documentos diplomáticos lo demuestran—estos proyectos políticos fueron los que mientras duró la crisis internacional orientaron las iniciativas alemanas hacia la consecución de objetivos alternados. En octubre de 1904, cuando el proyecto de intervención en el asunto marroquí quedó establecido, Guillermo II aplazó su ejecución, porque un incidente anglo-ruso surgido en el mar del Norte—el asunto del *Dogger Bank* (1)—le proporcionó la ocasión de ofrecer al Zar la conclusión de una alianza defensiva. Cuando comprobó el fracaso de la tentativa, el Gobierno alemán se decidió a iniciar la controversia marroquí para romper la *Entente cordiale*. Pero, después de la caída de Delcassé volvió a su anterior plan; creía conseguirlo ya que el Zar, abrumado por la derrota militar en Manchuria y por la amenaza revolucionaria, aceptó el 24 de julio de 1905, en Björkoe, firmar un tratado secreto que establecía entre Rusia y Alemania una alianza defensiva, a la cual Francia debía ser invitada a asociarse como compañero subalterno; de este modo, Bülow pensaba en aquel momento dejar a Francia *las manos libres en Marruecos*, a condición de que se adhiriese a la alianza continental. Cuando el Gobierno francés, advertido, en octubre de 1905 descartó esa eventualidad y el Zar, consciente a la sazón de la imprudencia que cometería destruyendo la alianza franco-rusa, abandonó el tratado de Björkoe, la política alemana volvió a adoptar en la cuestión marroquí una actitud intransigente.

¿Maniobras diplomáticas complicadas que, según palabras de un embajador alemán, “buscan el mediodía en la hora catorce”? Sin duda. Pero estos no eran simples incidentes; si Bülow no hubiera

(1) La escuadra rusa del Báltico, con destino al Extremo-Oriente, abrió fuego, con increíble menosprecio, sobre unas traineras inglesas.

estado convencido del éxito de tales métodos, ¿habría apartado la idea de una guerra preventiva que le sugería el Estado Mayor?

Ahora bien: esta política alemana fracasó. La *Entente cordiale* no se quebrantó, se consolidó inclusive. En enero de 1906, en vísperas de la conferencia de Algeciras—en el momento en que una guerra franco-alemana parecía posible e incluso probable—, el gabinete inglés, sin querer tomar anticipadamente ningún compromiso firme ni pensar en una alianza, autorizó a su Estado Mayor para que estudiase con el Estado Mayor francés “las bases de una acción militar común”; por primera vez pensaba en la intervención en una guerra continental: la desaparición de Rusia fue lo que le obligó a formar el contrapeso a la potencia alemana. España, mediante un acuerdo del 16 de mayo de 1907, se comprometía a no ceder a Alemania las Canarias ni las Baleares, y prometió “concertarse” con Gran Bretaña y Francia en el caso de que el *statu quo* se viera amenazado en el Mediterráneo o en las costas marroquíes. La alianza franco-rusa, tan amenazada por el tratado de Björkoe, se mantuvo; verdad que la eficacia práctica de la convención militar resultó muy limitada, pues el ejército ruso, según confesión de su propio jefe, no podría movilizar *contingentes* (sin precisar cifras) más que en un *plazo considerable*; pero la solidaridad diplomática se manifestó en la conferencia de Algeciras, en la cual la delegación rusa había recibido la orden de apoyar el punto de vista francés a cambio de una asistencia financiera. Sin embargo, el punto débil del sistema diplomático establecido por Delcassé subsistió, pues las disensiones anglo-rusas, zanjadas en Extremo Oriente por los resultados de la guerra de Manchuria, no lo habían sido en Asia Central ni en el cercano Oriente; de este modo, Gran Bretaña, al renovar en septiembre de 1905 su tratado de alianza con el Japón, hizo que se insertase una cláusula relativa a la protección de la India.

El hecho de que Gran Bretaña se decidiera, por último, a buscar un acercamiento con Rusia fue, pues, una iniciativa esencial. ¿Por qué pensó en ello y cómo lo logró?

En Londres, las decisiones de política general orientaron la decisión. Se trataba, primero, de consolidar la *Entente cordiale* franco-inglesa: “No podemos—escribía más tarde Sir Edward Grey—seguir al mismo tiempo una política de inteligencia con Francia y otra dirigida contra Rusia.” Era preciso, sobre todo, poner término a las tentativas alemanas de alianza continental: el *Foreign Office* supo, casi por azar, en agosto de 1905 que Guillermo II, en Björkoe, había intentado anudar “una coalición entre Alemania, Francia y Rusia con exclusión de Gran Bretaña”, y recibió de fuentes francesas confirmación de este informe; cierto que fracasó la tentativa, pero ¿no podría volver a ser iniciada, al menos entre Rusia y Alemania? Por último, la debilidad militar de Rusia abría a Alemania durante algunos años perspectivas favorables: el *peligro alemán* era por ello más inquietante, y Gran Bretaña se hacía tanto más sensible a tal inquietud cuanto que com-

probó desde mayo de 1906 el nuevo desarrollo del programa alemán de construcciones navales (1). El 20 de febrero de 1906, en una nota redactada por el mismo, Grey hizo constar: “Un acuerdo entre Rusia, Francia y nosotros nos daría una seguridad absoluta. Si es necesario para tener en jaque a Alemania, debemos hacerlo.”

En San Petersburgo, donde Alejandro Isvolsky sustituyó, en mayo de 1906, al conde Lambsdorff, incapaz de entenderse con la Duma, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores creía que Rusia, defraudada en sus ambiciones referentes al Asia oriental, debería emprender de nuevo, no bien se encontrase en situación de hacerlo, una política balcánica, en la cual tropezaría con la oposición de Austria-Hungría. Era preciso, pues, que se asegurase, para paliar su debilidad militar, apoyos diplomáticos. Isvolsky sentía la necesidad de reafirmar la alianza franco-rusa; pero se daba cuenta de que, para conseguirlo, tendría que buscar un acercamiento con Gran Bretaña: si no, pronto o tarde, la alianza se encontraría, de nuevo, amenazada por las disensiones anglo-rusas, y Alemania se aprovecharía de ello, para emprender otra vez la política de Björkoe. Esa era también la opinión del embajador ruso en Londres, Benckendorff: “La alianza francesa depende, en gran parte, de nuestras relaciones con Inglaterra.” Pero, para obtener el acercamiento era condición previa, evidentemente, que Rusia renunciase a toda iniciativa que, en el cercano Oriente o en el Asia central, pudiera comprometer la seguridad de la India. A decir verdad, aquel sacrificio se imponía, de todas maneras, puesto que el ejército ruso era incapaz, por el momento, de correr el riesgo, en dichas regiones, de un conflicto con Gran Bretaña; más valía inclinarse ante la evidencia y tratar de negociar ese renunciamiento para sacar el mayor partido posible. Por último, aquí también, la penuria de las finanzas rusas desempeñó su papel: el Gobierno del Zar procuraba obtener un empréstito en el mercado de Londres, y, por supuesto, la política inglesa no quería conceder aquel concurso financiero sino en el caso que Rusia aceptara la liquidación de las diferencias asiáticas.

En la negociación, que terminó con el acuerdo del 30 de agosto de 1907, fueron, pues, las preocupaciones europeas las que dominaron. En segundo plano, estaba el deseo de afianzar la seguridad de la India. El gabinete británico no vaciló en subordinar a estos planes políticos una parte de los intereses económicos ingleses en Persia; en vano el Virrey de la India quiso obtener en este país un *territorio de expansión comercial* más extenso; fue inútil que el ministro inglés en Teherán hiciese notar que la zona de influencia atribuida a Gran Bretaña era *incapaz de desarrollo económico*. La opinión pública, sin dejar de pensar que el acuerdo persa, considerado como *regateo ais-*

(1) Véase anteriormente, pág. 458.



lado era discutible, manifestó su satisfacción porque este acuerdo parecía ser el preludio de un acercamiento anglo-ruso en el plano de la política general.

\* \* \*

¿Cuál fue la importancia de aquellos pocos años—tan plenos—en la evolución de las relaciones internacionales?

El reagrupamiento que estaba efectuándose entre las grandes potencias tal vez no fuese su rasgo más significativo: hasta entonces solo tenía un valor de indicio. Gran Bretaña era reacia a todo compromiso que transformase la *Entente cordiale* en una alianza: Sir Edward Grey dijo, claramente, en enero de 1906, que se negaba a “tomar deliberadamente y a sangre fría ningún compromiso... antes que las causas del conflicto fueran conocidas o comenzaran a hacerse notables. En cuanto a los ingleses y los rusos, su acuerdo asiático no implicaba ninguna promesa en el terreno de la política general; incluso dejaba sin resolver la cuestión esencial de los estrechos turcos: Isvolsky trató, en vano, de obtener una promesa de revisión de la Convención de 1841. La *Triple Entente* solo era, hasta el momento, un esbozo. Sir Edward Grey comprobó que la “combinación Francia-Inglaterra-Rusia era débil”, y no creyó que pudiera ser reforzada rápidamente.

Lo importante, sobre todo, era el cambio surgido en la psicología colectiva. La Prensa alemana, después de la conclusión del acuerdo anglo-ruso, clamó contra el cerco; la mayor parte de la opinión pública, en Gran Bretaña, y más aún en Francia, no podía olvidar que Alemania, durante la crisis de 1905-1906, hizo uso de la amenaza y actuó como si quisiera la guerra; se manifestaba, pues, el deseo de ver establecida una barrera contra las ambiciones alemanas, aunque algunos espíritus—Hanotaux, por ejemplo—continuaban lamentando aquel proyecto. Tal estado de opinión fue la consecuencia de los éxitos obtenidos por Delcassé, en 1902 y en 1904; pero, sobre todo, de los métodos empleados por el gobierno alemán para tratar de romper la *Entente cordiale* y la alianza franco-rusa, que no habían hecho otra cosa que vigorizar los esfuerzos diplomáticos contrarios.

En aquel encadenamiento de réplicas, los móviles esenciales fueron la preocupación por la seguridad, el deseo de prestigio, la voluntad de poder. La influencia del factor económico no hizo más que representar un papel complementario. Sin duda, las rivalidades de intereses materiales contribuyeron a aumentar los antagonismos. Pero, ¿qué alcance inmediato tuvieron aquellas rivalidades en los litigios internacionales? Fuera de Europa, en las regiones en las que los intereses económicos chocaban entre sí, los conflictos fueron resueltos, mediante compromisos. El gobierno británico se mostró dispuesto, entre 1905 y 1907—según la acertada observación del historiador inglés A. Taylor—a “hacer concesiones fuera de Europa, a fin de consolidar el equilibrio de las fuerzas”: por tal motivo, sacrificó, en los asuntos persas, las

preocupaciones comerciales o financieras, en aras de los planes estratégicos. Si el choque de los imperialismos había ocasionado el reagrupamiento político, no por ello fue su causa. Ciertamente, en Europa, los gobiernos utilizaron el arma económica o financiera: Francia, en la negociación del acuerdo con Italia, y en el funcionamiento de la alianza rusa; Gran Bretaña, en la preparación del acuerdo de 1907. Pero, en tales casos, la economía y la finanza, muy lejos de haber sido el móvil de la acción política fueron su instrumento. En todos los momentos importantes, los intereses políticos eran el factor decisivo, ya se tratase de Italia, en 1902, ya de Gran Bretaña, en 1904, y en 1907, o de Alemania, en 1905.

#### BIBLIOGRAFIA

En general, P. RENOUVIN: *La Crise européenne et la première Guerre mondiale*, París, 3.ª edic. 1948.

#### Sobre la guerra ruso-japonesa.—

Además de las obras sobre política exterior del Japón y de Rusia, ya citadas, pág. 335, K. KRUPINSKI: *Russland und Japan. Ihre Beziehungen bis zum Frieden von Portsmouth*, Berlín, 1940. B. ROMANOV: *Ocerki diplomatiskoj istorii russko-japonskoj vojny, 1897-1905*. (Estudios sobre la historia diplomática de la guerra ruso-japonesa.) Moscú, 1947.—TH. BAILEY: *Th. Roosevelt and the Japanese-American Crisis 1905-1909*, Stanford University, 1934.

#### Sobre la crisis marroquí de 1905-1906.—

E. ANDERSON: *The First Moroccan Crisis*, Chicago, 1930.—SAINT-RÉNÉ TAILLANDIER: *Les origines du Maroc français*, París, 1939.—A. J. P. TAYLOR: *British Policy 1880-1902*, en *Engl. Hist. Review*, julio 1951, págs. 344-373.—E. ANRICH: *Die deutsche politik in der ersten Marokkokrise*, en *Histor. Vierteljahrschrift*, 1935.—P. MURET: *La Politique personnelle de Rouvier et la Chute de Delcassé*, en *Revue d'Histoire de la Guerre mondiale*, 1939.—AUG. BACH: *Delcassés Sturz*, en *Berliner Monatshefte*, dic. 1937, págs. 1076-1112. A. HASENCLEVER: *Th. Roosevelt und die Marokkokrise von 1904-1906*, en *Archiv für Politik und Geschichte*, 1928, págs. 184-245.—W. KLEIN: *Der vertrag von Björkö*, Berlín, 1931.—E. SERRA: *La Crisi di Algesiras e la*

*Diplomazia italiana. en Risorgimento*, 1949, págs. 102-120.—Y. FANCHON: *Le Maroc, d'Algésiras a la souveraineté économique*, París, 1957.

#### Sobre las cuestiones de América Central.—

D. SMITH: *The Panama Canal. Its history*, Baltimore, 1927.—H. HILL: *Roosevelt and the Caribbean*, New York, 1927.—D. MINER: *The Fight for the Panama Route*, New York, 1940.—H. C. ALLEN: *Great Britain and the United States. A history of the Anglo-American relations*, Nueva York, 1955.—L. EALY: *The Republic of Panama in World Affairs*, Filadelfia, 1951.

#### Sobre la agrupación nueva de las potencias.—

M. PALÉOLOGUE: *Un Grand Tournant de la Politique mondiale, 1904-1906*, París, 1931.—E. SERRA: *Camille Barrère e l'Intesa italo-francese*, Milán, 1950.—R. HOERNIGKH: *Italien zwischen Frankreich und dem Dreibund*, Berlín 1931.—J. GLANVILLE: *Italy's Relations with England, 1896-1905*, Baltimore, 1934.—P. RENOUVIN: *Finance et Politique: a propos de l'Entente cordiale franco-anglaise, en Eventail de l'Histoire vivante. Hommage a Lucien Febvre*, París, 1954, tomo I, págs. 357-365.—TYLER: op. cit. más arriba, pág. 184. B. E. DUDGALE: *Arthur James Balfour*, Londres, 2 vols. 1936 (el tomo I).—J. O. MANGER: *Die Triple Entente*, Utrecht, 1934.—H. HALCMANN: *Spanien und die französische-englische Mittelmeer Rivalität, 1898-1097*, Stuttgart, 1937.



## CAPITULO XII

## LAS «PRUEBAS DE FUERZA»

(1907-1913)

A pesar del desarrollo continuo de las relaciones entre los pueblos europeos—nunca habían sido en el pasado más activos los contactos, desde el punto de vista económico y financiero y jamás habían tenido más amplitud los intercambios intelectuales desde el siglo XVIII—, la situación política, cuyos rasgos todavía estaban en estado de esbozo en 1907, se consolidó; y el antagonismo entre los grandes estados aumentó en los años siguientes: en el seno de cada uno de los grupos de potencias, los gobiernos estrecharon o precisaron sus compromisos mutuos: la oposición entre Triple Alianza y Triple Entente se convirtió, entonces, en el rasgo dominante de las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, el centro de gravedad de los litigios o de los conflictos de intereses entre dichos estados se desvió y cambió su carácter, pues las rivalidades que iban unidas a las expansiones imperialistas, fuera de Europa, eran menos frecuentes e incluso tendían a atenuarse; mientras que las que eran originadas u ocasionadas por el movimiento de las nacionalidades en Europa, se agudizaban. Al ritmo de tales choques entre las fuerzas profundas, se desarrollaron las iniciativas destinadas a aumentar la cohesión de los bloques.

## I. LOS LITIGIOS

En la rivalidad de los imperialismos, fuera de Europa, la cuestión marroquí dio lugar, en el verano de 1911, a una nueva crisis. Para reavivar este litigio, el Gobierno alemán se aprovechó de los disturbios que hicieron a las tropas francesas ocupar Fez, es decir, traspasar los límites que el Acta de Algeciras había puesto a su acción. ¿Cuáles fueron los móviles de esa iniciativa alemana?

Intereses económicos, por supuesto. En febrero de 1909, Alemania había aceptado reconocerle a Francia toda libertad de acción encaminada al *mantenimiento del orden* en Marruecos, a condición de compartir los beneficios de la explotación económica del país. Ahora bien: de hecho, tal colaboración de intereses materiales no se estableció.

Inquietudes de política interior. En previsión de elecciones generales inmediatas, el gobierno alemán creyó útil obtener un éxito en este asunto, para que, decía el secretario de Estado en los Asuntos exteriores, "haga olvidar los fracasos anteriores".

Preocupaciones de política general. Como en 1905 abrigaba la es-

peranza de romper la *Entente cordiale* franco-inglesa. La política alemana, a pesar de los deseos pangermanistas, no tenía como objetivo, sin embargo, obtener una parte de Marruecos: quería obligar a Francia a que le pagara su alejamiento. El envío de un pequeño buque de guerra alemán ante el puerto de Agadir, el 1 de julio de 1911, solo fue, en el ánimo de los dirigentes alemanes, una "seguridad tomada" para obligar a Francia a conceder una "compensación". Estaba seguro, según explicaba el secretario de Estado para Asuntos Exteriores al emperador, en sus informes del 5 de mayo y del 12 de junio, de que si Alemania se limitase a una protesta, Francia no les haría ofrecimientos de importancia; pero si ocupase un puerto marroquí, Francia, en su deseo de obtener la retirada de esta ocupación, haría proposiciones *acceptables*.

Esta decisión alemana abrió una crisis que se prolongó durante cuatro meses. El alcance de la *compensación* dio lugar a un debate diplomático, muy violento, interrumpido por tres veces con amenazas de guerra. Tras haber exigido la cesión del Congo francés entero, el Gobierno alemán redujo sus pretensiones, cuando el gabinete inglés, dejó prever una intervención armada, en caso de guerra franco-alemana. En resumidas cuentas, solo obtuvo, por el acuerdo del 4 de noviembre de 1911, la parte *interior* del Congo francés, entre el Camerún y el Congo belga, así como una zona que, al Sur de la colonia española de la Guinea, proporcionase al nuevo territorio colonial germánico un acceso al Atlántico. Pero Francia prometió, además, no ejercer, sin acuerdo previo con Alemania, el derecho aduanero de comprar mercancías por el valor declarado, cuando pareciera reducido, derecho que poseía, desde 1884, sobre el Congo belga.

La liquidación de este asunto marroquí, que desde hacía seis años era el objeto de un grave litigio, se había logrado. ¿Era esto el incentivo para un posible acercamiento entre Alemania y Francia? El presidente del Consejo francés, Joseph Caillaux, anunció una *era nueva* en las relaciones franco-alemanas. Guillermo II expresó el mismo deseo. "Nosotros dos, juntos, haríamos lo que quisiéramos en el mundo", dijo el agregado militar francés. Pero las condiciones en que el gobierno alemán provocó la crisis, preludiando, con un gesto de fuerza, las negociaciones, no facilitaban el apaciguamiento. En Francia, aunque se considerara la política de Caillaux como "razonable", por parte de los embajadores franceses en Berlín y en Londres, Jules y Paul Cambon, una gran parte de la opinión pública no admitía que el gobierno aceptase la negociación bajo la amenaza. Por su parte, los medios coloniales alemanes reprochaban al canciller el haber sido "débil", y haber obtenido solamente una insuficiente compensación.

En el curso de la crisis marroquí, Italia, que había establecido, en 1902, por el acuerdo celebrado con Francia (1), una correspondencia

(1) Véase anteriormente, pág. 501.

entre las cuestiones de Marruecos y las de Tripolitania, y que había obtenido, en la misma época, la tolerancia de Gran Bretaña, juzgó, en septiembre de 1911, que había llegado el momento de realizar sus planes. La guerra italo-turca, comenzada en Tripolitania, se extendió, en la primavera de 1912, al Mediterráneo oriental, cuando la escuadra italiana bombardeó Beyruth, amenazó la entrada de los Dardanelos e hizo un desembarco de tropas en las islas turcas del mar Egeo. Entonces se alarmó el Almirantazgo inglés, pues la existencia de una base naval italiana en el mar Egeo amenazaría el control ejercido por Gran Bretaña en el tráfico marítimo hacia el mar Negro y en la ruta de Suez. Italia pareció, primero, tener en cuenta estas inquietudes: en el tratado de Lausana, el 15 de octubre de 1912, cuando obtuvo del Gobierno otomano la cesión de la Tripolitania y de la Cirenaica, se comprometió a evacuar las islas del mar Egeo; pero, en realidad, aplazó la ejecución de su promesa. La guerra italo-turca, "el primer acto verdaderamente autónomo de la política exterior de Italia", puso en peligro la modificación de los cálculos de los problemas mediterráneos. El gobierno inglés se dio buena cuenta de ello, aunque no pensaba hacer de aquel asunto un *casus belli*.

La cuestión de Extremo-Oriente, por el contrario, no dio lugar a dificultades serias. La posibilidad de una tentativa de desquite ruso contra el Japón, que habría despertado, evidentemente, un antagonismo anglo-ruso, se alejaba, pues el gobierno del Zar celebró, en 1907 y en 1910, acuerdos secretos con el Japón, para delimitar las esferas de influencia respectiva en Manchuria y en Mongolia. La revolución china de 1911-1912, que expulsó a la dinastía manchú, no ocasionó rivalidades entre las potencias: los grandes Estados se pusieron de acuerdo para conservar la neutralidad en la guerra civil china. Cuando el nuevo Gobierno de la República—de hecho, el de Yuan-chi Kai, era un régimen casi dictatorial—solicitó una asistencia financiera, los Estados europeos, en lugar de intentar explotar la ocasión para conseguir ventajas, los unos a expensas de los otros, acabaron por entenderse, para formar un consorcio bancario internacional, que ofreciera a la China un fuerte empréstito; esto constituyó una señal de apaciguamiento.

Por último, en un campo clásico de rivalidades: en Asia Menor, y en uno nuevo, Africa central, las iniciativas europeas emprendieron una marcha insospechada.

En Asia Menor, Alemania, desde 1903, había proseguido su gran empresa: la construcción del ferrocarril de Bagdad (1). El primer plano se vio ocupado por las negociaciones entre grupos financieros; pero estos grupos no actuaban en Gran Bretaña lo mismo que en Alemania o en Francia, sino con el asentimiento de sus gobiernos. Varias veces, desde 1905, la política inglesa había tratado de negociar: consintió

(1) Véanse anteriormente, págs. 491 y 492.

en retirar su oposición a la empresa, si la compañía alemana renunciaba a prolongar el ferrocarril hasta el golfo Pérsico, es decir, hasta el punto sensible de los intereses estratégicos británicos; pero el Gobierno alemán puso a tal arreglo condiciones inaceptables para el gabinete inglés: la promesa de una neutralidad inglesa, en caso de guerra continental. Ahora bien, en 1911, se aclaró el horizonte, pues Alemania abandonó aquellas condiciones políticas: se abrió, pues, el camino a la negociación anglo-alemana. Francia se decidió, en mayo de 1913, a seguir este ejemplo. ¿Podría mantener una oposición eficaz desde el momento que Gran Bretaña se comprometía en una negociación? Le interesaba, pues, *vender su alejamiento*. Además, según pensaba el ministro de Asuntos Exteriores, Stephen Pichon, debía intentar "apaciguar las dificultades que la rivalidad industrial y económica hubiera podido o podría hacer nacer".

En esta negociación, Gran Bretaña y Francia subordinaron, pues, los intereses económicos y financieros a los políticos. Creyeron necesarias, para llegar a un suavizamiento en las relaciones internacionales, dar a Alemania satisfacciones en el campo de la expansión económica.

En Africa Central, también se inició una negociación entre Gran Bretaña y Alemania, pero sin Francia. El Gobierno alemán veía, en el acuerdo marroquí y congolés del 4 de noviembre de 1911, el punto de partida de una vasta política de expansión, pues sus adquisiciones territoriales en la región de la Sangha eran limítrofes, en dos puntos, con el Congo belga. Ahora bien: el gabinete inglés no se negaba a iniciar conversaciones sobre aquel tema. Si Alemania deseaba *un sitio al sol* en Africa—según declaró Sir Edward Grey a la Cámara de los Comunes, el 28 de noviembre de 1911—Gran Bretaña *no pondría obstáculos*. El secretario de Estado para Asuntos Exteriores, llegó a añadir, el 20 de diciembre, en una conversación con el embajador alemán, que Gran Bretaña no tenía "intención de impedir que el territorio alemán se extendiera, de Este a Oeste", a través del Africa central; precisó que "si el Congo belga estuviera en venta", el gabinete inglés no vería con disgusto que Alemania adquiriese la parte meridional de la colonia, "entre Angola y el Africa oriental alemana". Esas insinuaciones, cuyo objetivo tal vez fuera facilitar un acuerdo sobre los armamentos navales, terminaron en la negociación de un acuerdo secreto, que debía reemprender y precisar el plan de reparto de las colonias portuguesas de Africa, ya establecido en 1898, pero que había quedado en letra muerta (1).

En definitiva, en estas cuestiones extraeuropeas, las iniciativas alemanas fueron las que dominaron. Alemania—dijo el canciller Bethmann Hollweg al embajador de Francia—"tiene derecho a conseguir en el mundo la parte legítima de todo ser que crece". Ahora bien: el gabinete inglés, a pesar de la rivalidad comercial y naval anglo-ale-

(1) Véase anteriormente, pág. 477.

mana, se prestó, en dos puntos importantes, a facilitar la expansión económica e incluso territorial del Reich. Esto es lo que nos lleva a pensar que la rivalidad entre los imperialismos, fuera de Europa, no tenía, en esta época, toda la importancia que a veces nos vemos tentados a concederle: el choque de los intereses económicos o financieros en los terrenos coloniales o en las zonas de influencia no parecía, quizá, en aquel momento, un factor decisivo en el desarrollo de los antagonismos políticos.

En Europa, la causa inmediata de las dificultades internacionales fue el despertar del movimiento de las nacionalidades en la península balcánica. Por dos veces, en 1908-1909 y en 1912-1913, ese despertar provocó graves amenazas para la paz mundial.

El origen de la crisis balcánica de 1908 se remonta a 1903. La política personal de Milano Obrenovitch, atenuada, mas no abandonada, por su hijo Alejandro, había colocado, desde 1882, al pequeño reino de Serbia a la zaga de Austria-Hungría, a pesar de la oposición del partido radical y de los cuadros del ejército, que reivindicaban una política nacional. La crisis interior servía fue desatada por un golpe de Estado militar: unos oficiales, miembros de una sociedad secreta, la *Mano negra*, asesinaron al rey y a la reina. Los promotores de aquel golpe de fuerza llamaron al trono a Pedro Karageorgevitch, cuya familia ya estuvo, de 1839 a 1859, a la cabeza del Estado. El nuevo rey dio el poder a los radicales y a su jefe, Pachitch. En seguida, la propaganda de las asociaciones nacionalistas, que evocaba los recuerdos históricos de la *Gran Serbia*, comenzó a desarrollarse. Este nacionalismo serbio resultaba inquietante para Austria-Hungría, porque favorecía, en Bosnia-Herzegovina (donde la mayor parte de la población era serbia) un movimiento de resistencia a la administración austro-húngara. Se había hecho peligroso cuando, en octubre de 1905, los jefes de la "minoría nacional" serbia en Austria-Hungría se pusieron en contacto con los croatas y los eslovenos, con miras a establecer una solidaridad *yugoslava*. El reino de Serbia amenazaba, pues, con desempeñar, efectivamente, el papel de *Piamonte*, papel al que, ya treinta años antes, parecía destinado. Para traer a Serbia a la obediencia, el Gobierno austro-húngaro había llevado contra ella, por medio de prohibiciones de importaciones, una "guerra económica", que quedó sin efecto y que, incluso, agravó la situación, porque había despertado, en los campesinos serbios, profundos rencores. Después del fracaso de estas medidas, Aehrenthal, ministro de Asuntos Exteriores, desde octubre de 1906, pensó arreglar la cuestión por medio de la fuerza. El objetivo inmediato de esta política era proclamar la anexión de Bosnia-Herzegovina, cuya administración poseía Austria-Hungría, a título provisional, desde 1878; creyó Aehrenthal que así fracasarían las esperanzas separatistas que alimentaba la población de la provincia. El objetivo ulterior debía ser "la abolición completa del

núcleo revolucionario serbio". Los móviles de estas decisiones eran, pues, únicamente políticos.

También fueron móviles políticos los que orientaron la actitud alemana. Al sostener, en todo, la iniciativa de Aehrenthal, daba por descontado Bülow que *haría saltar el anillo del cerco* que, desde mucho antes, *se había hecho frágil*. ¿Cómo llegó a creer en el triunfo de tal proyecto? Cuando Austria-Hungría anunció, el 5 de octubre de 1908, la anexión de Bosnia-Herzegovina, Rusia, para tratar de salvaguardar su prestigio entre las poblaciones balcánicas, se vio obligada a protestar contra la política austro-húngara; llegó, incluso, en diciembre de 1908, a tomar medidas de movilización, aunque, en el fondo, no estaba en situación de hacer la guerra. Ahora bien: ni Gran Bretaña ni Francia tenían el menor deseo de apoyar seriamente a Rusia y correr el riesgo de un conflicto. Bülow esperaba, pues, que el Gobierno ruso recibiese de París y de Londres consejos de prudencia que le hicieran sentirse descontento de la tibieza de Francia y de Inglaterra. Era esta una maniobra análoga a la que ya había hecho, en 1905, contra la *entente* franco-inglesa. Los hechos parecieron confirmar las previsiones del canciller alemán: El Gobierno inglés declaró que podía prestar a su asociado ruso nada más que un "apoyo diplomático"; y el ministro de los Asuntos Exteriores, Stephen Pichon, dejó entender claramente, el 25 de febrero de 1909, al Gobierno ruso, que Francia, a pesar del tratado de alianza, no podría ir hasta la guerra por un asunto en el que los *intereses vitales* de Rusia no estaban amenazados.

Esa actitud dejaba, pues, el campo libre a la política de las potencias centrales, las cuales impusieron a Rusia, en marzo de 1909, una capitulación diplomática, y obligaron a Serbia a prometer que cambiaría "el curso de su política actual respecto a Austria-Hungría". Pero el éxito no fue más allá, y la esperanza, que tenía Bülow, de dislocar la Triple Alianza, se desvaneció: el Gobierno ruso, después de manifestar su amargura, señalar la responsabilidad de Francia y de Gran Bretaña en el fracaso que acababa de sufrir y hacer constar que "la combinación austro-alemana era más fuerte que la Triple *Entente*", se dio cuenta de que no ganaría nada persistiendo en sus recriminaciones, y no modificó la orientación general de su política exterior.

Sin embargo, era muy discutible el resultado efectivo de tales maniobras diplomáticas, a pesar de que su salida satisfizo el amor propio de los hombres de Estado, en Viena y en Berlín, y les aseguró un éxito en los medios parlamentarios; pues Austria-Hungría no había resuelto la cuestión serbia, ni conseguido, para el porvenir, ninguna garantía real. Pero aquella crisis tuvo consecuencias duraderas en Rusia: los medios dirigentes de la política exterior rusa habían tragado—como dijo Isvolsky—*una amarga píldora*; el día que les fuera posible, desearían ejercer represalias; solo esperaban que se presentase la ocasión.

La situación balcánica se la ofreció a Rusia, en 1912. En el origen de esta nueva crisis, lo determinante era el sentimiento nacional de los pueblos cristianos de la península. En Macedonia, donde la dominación turca sobre las poblaciones búlgaras, serbias y griegas había sido mantenida, durante la crisis de 1897-1903, con el consentimiento tácito de Rusia y de Austria-Hungría, aquellas "minorías nacionales" habían abrigado la esperanza, en 1908, de obtener un régimen más favorable, cuando la revolución de los "jóvenes turcos" puso fin al régimen de Hamid y el nuevo Gobierno otomano anunció reformas liberales. Sin embargo, tuvieron que desengañarse, rápidamente, de sus esperanzas: los jóvenes turcos volvieron a una política de represiones, siguiendo las tradiciones otomanas. Los movimientos de protesta recomenzaron, pues, desde 1910, en Macedonia. Era lógico que los estados cristianos de los Balcanes pensarán en apoyar tales movimientos, a fin de liberar las tierras "irredentas". En Serbia, el ministerio radical deseaba animar el sentimiento nacional, amortiguado por la humillación sufrida en 1909; en Bulgaria, el rey Fernando creía que su pueblo no le perdonaría la "ruina de sus esperanzas nacionales"; en Grecia, el Presidente del Consejo era, desde 1910, Venizelos, que había dirigido antes, en Creta, el movimiento nacional griego contra los turcos. Estos Gobiernos observaban, pues, los progresos de la agitación de Macedonia y esperaban, para actuar, el primer síntoma de debilidad del Imperio turco. La guerra ítalo-turca, en septiembre de 1911, les ofreció un momento favorable, pues desorganizó el ejército turco, cuyos mejores cuadros iban a tomar parte en las hostilidades en Tripolitania y absorbía los pobres recursos financieros del Imperio.

Pero si el sentimiento antiturco era común a estas poblaciones cristianas, los nacionalismos búlgaro, serbio y griego también rivalizaban entre sí a causa de las divergencias de las tradiciones intelectuales, la forma de vida social, los recuerdos históricos, y, sobre todo, las desconfianzas que separaban a las Iglesias ortodoxas: en Macedonia la propaganda religiosa de la Iglesia serbia disputaba los fieles al Exarcado búlgaro. Ahora bien: ¿cómo establecer, en Macedonia, donde griegos, búlgaros y serbios se encontraban a menudo mezclados en confusión, las bases de un reparto en la hipótesis de una liberación? Cuando, en octubre de 1911, los Gobiernos búlgaro y serbio esbozaron el plan de una alianza ofensiva contra el Imperio otomano, tales desconfianzas estorbaron el acuerdo.

En aquello, era decisiva la iniciativa rusa. El Gobierno moscovita había pensado primero, en el otoño de 1911, apoyar al Imperio turco e incluso formar una *federación balcánica* que asociaría el Imperio y los Estados cristianos; a cambio había pedido al Gobierno turco que se hiciera una revisión del estatuto de los Estrechos, que facilitaría el derecho de paso a los navíos de guerra rusos, pero pronto se dio cuenta de que esta solución era irrealizable, pues las grandes potencias no consentirían la revisión del estatuto. Entonces cambió

sus baterías, y decidió favorecer la alianza de los Estados balcánicos contra el Imperio otomano, con miras de liberar a las poblaciones cristianas de Macedonia. No ignoraba, ciertamente, que la iniciativa era de tal naturaleza que podría provocar un riesgo de conflicto general, pero creía poder asumir dicho riesgo porque el estado de sus fuerzas militares, muy insuficiente en 1909, había mejorado a la sazón. ¿Con qué ventajas contaba? Los objetivos eran, ante todo, políticos: restablecer en la opinión de las poblaciones cristianas el prestigio ruso, muy quebrantado por la crisis de 1909, y debilitar al Imperio turco de manera que fuese posible un día resolver, en provecho de los intereses rusos, el problema de los Estrechos. Las cuestiones económicas solo intervenían a título de instrumento al servicio de estos planes políticos. Cuando Rusia favoreció, con la ayuda de capitales franceses, un proyecto de ferrocarril que atravesase de Este a Oeste la península balcánica para terminar en la costa del Adriático, deseaba obstruir el camino a la expansión austro-húngara, tanto más cuanto que no contaba con beneficios para las exportaciones rusas ni con beneficios financieros.

La alianza hecha entre los Estados balcánicos por el tratado secreto serbo-búlgaro del 13 de marzo de 1912, y el greco-búlgaro del 29 de mayo de 1912, fue en gran parte obra de Rusia: el Zar aceptó servir de árbitro entre los estados balcánicos, cuando se trató de repartir Macedonia después de la victoria. Esta política aventurada era, sobre todo, la de algunos diplomáticos: Hartwig, ministro de Rusia en Belgrado y Nekludof, en Sofía; los cuales acabaron por imponer sus puntos de vista a su jefe. Sin duda dicho jefe, Sazonof, se percató, en el verano de 1912, de que había ido demasiado lejos, y, ante las objeciones del gobierno francés, trató de *frenar*. Pero los estados balcánicos no escucharon sus consejos porque sabían muy bien que la solidaridad entre los intereses políticos de Rusia y los suyos, acabaría con aquella tardía timidez.

La guerra de los estados balcánicos contra Turquía comenzó el 17 de octubre de 1912, en el mismo momento en que el Gobierno otomano, para hacer frente al nuevo peligro, puso fin a la guerra de Tripolitania. En tres semanas los aliados liberaron a Macedonia. El 3 de diciembre el Gobierno otomano pidió el armisticio, pues Constantinopla estaba amenazada por el ejército búlgaro, cuya ofensiva solo pudo ser contenida gracias a la resistencia que ofreció una línea fortificada situada en las mismas afueras de la capital. Las negociaciones de paz, rotas a primeros de febrero de 1913, después de un golpe de Estado que llevó al poder a los elementos turcos más intransigentes, se reanudaron después de la capitulación de Andrinópolis, sitiada por las tropas balcánicas. El 30 de mayo de 1913, por los preliminares de paz, firmados en Londres, el Imperio otomano abandonó a sus adversarios toda la Turquía europea, salvo una pequeña parte de Tracia.

En seguida surgió el conflicto entre los vencedores, con motivo del reparto de Macedonia. Bulgaria recusó el arbitraje ruso y abrió las hostilidades contra sus compañeros, que formaron una alianza contra ella. La segunda guerra balcánica empezó el 25 de junio de 1913, pero solo duró seis semanas. El mando búlgaro había confiado excesivamente en sus propias fuerzas; fue derrotado por los serbios y los griegos, y vio cómo el ejército rumano abría fuego a su vez. Bajo la amenaza de ser aplastada, Bulgaria solicitó la paz. El reparto de Macedonia, efectuado por el tratado de Bucarest el 10 de agosto de 1913, se realizó, pues, en beneficio de Serbia y de Grecia, mientras que Bulgaria solo obtuvo un pequeño aumento territorial; y se vio obligada, por otro lado, a ceder a Rumania la región de Silistria, al mismo tiempo que tuvo que devolver Andrinópolis a Turquía. Este arreglo territorial quedó, sin embargo, incompleto: por una parte, los territorios albaneses arrebatados al Imperio turco formarían un Estado independiente; pero la fijación de las fronteras de ese Estado dio lugar a amenazas de conflicto entre Serbia y Albania, así como entre esta y Grecia; por otra parte, la suerte de las islas del mar Egeo puso en peligro la paz entre Turquía y Grecia, bajo la vigilancia de Italia, que mantenía, desde la guerra de Tripolitania, su ocupación *provisional* en varias islas del Archipiélago.

Esta crisis balcánica amenazaba provocar entre Austria-Hungría y Rusia una guerra, que no dejaría de convertirse en europea. Lo que preocupaba al Gobierno austro-húngaro no era solamente la perspectiva de que Rusia adquiriese una influencia preponderante en la política balcánica; era también un temor preciso e inmediato: la formación de una "Gran Serbia" constituiría una amenaza para la seguridad, quizá para la existencia, de la doble Monarquía, pues este refuerzo del estado serbio sería de tal naturaleza, que animaría, en Austria-Hungría, la agitación separatista de las minorías yugoslavas. Ahora bien: la política austro-húngara solo parcialmente consiguió apartar este peligro. Ciertamente que en noviembre de 1912 se había apuntado un éxito al oponerse, mediante una amenaza de guerra, a una extensión del territorio serbio hasta el Adriático. Pero en julio de 1913, cuando, durante la segunda guerra balcánica pensó intervenir, con las armas, para apoyar a Bulgaria e impedir así que Serbia aumentara su territorio con Macedonia, se vio obligada a abandonar el proyecto. En ambas ocasiones estaba dispuesta a hacer la guerra, no solamente a Serbia, sino también a Rusia, pues se hallaba convencida de que la política rusa no abandonaría aquella vez a Serbia. ¿Por qué obtuvo, en el primer caso, el resultado esperado y fracasó en el segundo? En noviembre de 1912 la apoyaba Italia, deseosa, a su vez, de impedir que los serbios llegasen al Adriático; y también enérgicamente Alemania, que veía en aquel asunto una cuestión *vital* para la monarquía austro-húngara. En julio de 1913, por el contrario, los aliados de la doble Monarquía pensaban de manera completamente distinta. Apoyar a Bulgaria, a expensas de Serbia y de Rumanía, habría

sido, según Guillermo II, "una gran equivocación". Giolitti mostróse apremiante: "Si Austria-Hungría actúa contra Serbia es evidente que el *casus foederis* no existe: es una acción que emprende por su cuenta, ya que nadie piensa atacarla"; y el ministro italiano de Asuntos Exteriores, San Giuliano, se colocó resueltamente en contra del proyecto austro-húngaro: "Os retendremos por los faldones de vuestra levita si fuera necesario."

El balance arrojaba un retroceso de importancia de la influencia austro-húngara y de la alemana en los Balcanes en beneficio de la influencia rusa.

Sin duda, la política rusa, satisfecha de la victoria común en el otoño de 1912, se sintió defraudada al no poder evitar, en junio de 1913, el conflicto entre los Estados que habían aceptado o pedido su patronato. En resumidas cuentas, consiguió, sin embargo, dos resultados importantes: Serbia, su cliente más fiel, ocupaba ya en la península un lugar de primer orden; el Imperio otomano estaba amenazado de derrumbamiento, pues había perdido casi todos sus territorios europeos en el mismo momento en que, en sus posesiones asiáticas las grandes potencias se repartían zonas de influencia económica, y en que la dominación turca tropezaba en Siria con un movimiento nacional árabe.

Austria-Hungría, por el contrario, se encontraba ante la posibilidad que temía: la formación de una Gran Serbia; había comprobado también, durante la segunda guerra balcánica, que Rumania se evadía del sistema tríplice.

Por último, Alemania, que, por la construcción del ferrocarril de Bagdad, había adquirido en Turquía una amplia influencia, podía temer que se viesen comprometidos los resultados de su esfuerzo.

## II. LA CONSOLIDACION DE LOS «BLOQUES»

¿Cuál fue el punto de incidencia de estos conflictos (que por cuatro veces, entre 1909 y 1913, habían hecho cernirse sobre Europa una amenaza de guerra general) en los compromisos de alianzas o en los acuerdos entre las grandes potencias?

La crisis de Bosnia-Herzegovina, e incluso la de Agadir, abrieron el camino a tentativas destinadas a disociar a uno de los dos grupos que se oponían entre sí. Aunque sin resultado, tales tentativas no dejaron de tener su importancia, porque explican en algunos de sus aspectos las decisiones ulteriores de los gobiernos.

En 1910 la diplomacia alemana hizo un esfuerzo para "separar" a Rusia de Gran Bretaña. Trató de sacar partido de las inquietudes que sentía el gobierno ruso después de la capitulación a la que se vio forzado en marzo de 1909. ¿No podría Austria-Hungría aprovechar la debilidad del ejército ruso para asegurarse nuevas ventajas en los Balcanes? ¿Y no había demostrado la experiencia, sacada en el curso de la crisis de Bosnia-Herzegovina, que Rusia no podía contar en tal caso

con Gran Bretaña, ni siquiera con Francia? Con ocasión de una entrevista de los dos soberanos en Potsdam, el gobierno alemán propuso, pues, en diciembre de 1910, un acuerdo: Alemania se comprometería a no apoyar una *política agresiva* de Austria-Hungría en los Balcanes; en compensación, Rusia prometería no apoyar una política hostil para Alemania si Gran Bretaña tomase la iniciativa. El ministro ruso de Asuntos Exteriores respondió con buenas palabras, pero eludió todo compromiso escrito. Solo aceptó, en las cuestiones relativas a los ferrocarriles de Persia y de Asia Menor, una negociación que terminó al verano siguiente (19 de agosto de 1911) con la firma de un arreglo. En definitiva, muy poca cosa. Pero lo que importa es la fecha: ¡en el mismo momento en que el asunto de Agadir amenazaba con ocasionar un conflicto franco-alemán, la iniciativa rusa indicaba un deseo de conciliación en las relaciones con Alemania! Así, la opinión pública francesa reaccionó vivamente. Gabriel Hanotaux preguntó en *La Revue hebdomadaire* si Rusia "está cambiando su fusil de hombro"; André Tardieu, en *Le Temps*, reprochó al gobierno francés el permitir que hicieran maniobras con él y "que se procure la alianza con obsequiosidades un tanto serviles". En Gran Bretaña los medios diplomáticos recordaban que la *entente* anglo-rusa *descansaba sobre una política común en Persia*; desde el momento que Rusia negociaba sola con Alemania un arreglo concerniente a los asuntos iraníes, ¿no debería temerse el *derrumbamiento* del acercamiento anglo-ruso? Aquel nerviosismo era excesivo; interesa, sin embargo, como síntoma de la inquietud que desde la tentativa abortada de Björkoe (1) persistía en París y en Londres, donde se desconfiaba siempre de los gestos o de las intenciones del gobierno ruso.

A principios de 1912 se iniciaron entre Gran Bretaña y Alemania negociaciones más serias y más estrechas que en el ánimo del gobierno inglés tenían por objeto poner fin a la rivalidad de los armamentos navales. Desde que en 1906 y en 1907 el Almirantazgo alemán hizo que se votase un nuevo programa de construcciones, que preveía la botadura en cuatro años de doce grandes acorazados del tipo más moderno, el gabinete inglés, con objeto de mantener al margen de superioridad naval que garantizase la seguridad de las Islas británicas, decidió, en marzo de 1909, la construcción de ocho acorazados. Esta carrera de armamentos se agravó cuando, durante la crisis de Agadir, el gobierno alemán decidió presentar al Reichstag una nueva ley naval. La réplica inglesa parecía fácil, ya que sus astilleros navales le permitían desarrollar el ritmo de sus construcciones. Pero el gabinete liberal prometió a los electores realizar reformas sociales, que imponían cargas presupuestarias; no podía hacer frente, a la vez, a estos gastos y a los que procedían de la carrera de armamentos. Se daba cuenta también de un peligro: aquella rivalidad llevaba a los gobiernos—para obtener de sus parlamen-

(1) Véase anteriormente, pág. 503.

tos el voto de los créditos necesarios—a hacer alusión a la posibilidad de una guerra y a lanzar campañas de prensa que mantuviesen a la opinión en un estado de nerviosismo. ¿No sería más deseable atraerse a Alemania para que aceptase una limitación de sus fuerzas navales? Esta solución amable supondría, evidentemente, por parte de Gran Bretaña, el ofrecimiento de una compensación. ¿Cuál? El gabinete británico estaba dispuesto a ofrecer compensaciones en el terreno colonial, sacrificando, por otra parte, lo menos posible de los intereses ingleses y efectuando la transacción a expensas de los pequeños estados. Pero el gobierno alemán quería obtener mucho más: un compromiso político que debilitase o destruyese la *entente cordiale* franco-inglesa.

En febrero de 1912 se hizo una tentativa para conciliar los dos puntos de vista cuando el gabinete inglés envió a Berlín a Lord Haldane, el cual, durante tres días, mantuvo conversaciones con el Emperador, con el canciller Bethmann Hollweg y con el almirante Von Tirpitz. ¿Cuál fue el resultado? A cambio de una simple disminución en la marcha de la ejecución de su programa naval, los medios dirigentes alemanes exigían de Gran Bretaña una promesa de *no agresión* y un compromiso de neutralidad, en caso de guerra continental, si Alemania no fuese considerada como *agresor*. La negociación continuó durante más de un mes por el camino diplomático. El gabinete inglés aceptó dar la promesa de no agresión; pero rehusó el compromiso de neutralidad, que no dejaría de comprometer la amistad franco-inglesa. El gobierno alemán se resistió, ya que su objetivo principal era precisamente destruir la *entente cordiale*. El 22 de marzo de 1912 las conversaciones se abandonaron, y la rivalidad naval prosiguió con mayor violencia.

Aquellas tentativas eran mucho más que simples maniobras políticas. Revelan el estado de ánimo de los gobiernos respecto a las principales cuestiones dominantes en las relaciones internacionales.

El Gobierno alemán en febrero de 1912 descuidó las perspectivas de expansión fuera de Europa, que le abrían las ofertas inglesas. ¿Quiere esto decir que consideraba secundaria tal expansión, tan necesaria a sus intereses económicos? No, sin duda. Pero creía posible obtener en aquel campo de acción más amplios resultados si consiguiera, primero, romper la *barrera* que le oponían la aproximación anglo-rusa y la *entente* franco-inglesa; así, pues, como en 1905 y en 1909, el objetivo político continuaba siendo esencial a sus ojos. Y como quiera que no había podido alcanzarlo, continuó ejerciendo, mediante el desarrollo de sus construcciones navales, una presión sobre Gran Bretaña.

El gobierno ruso no se había dejado tentar por las ofertas alemanas en la entrevista de Potsdam. A pesar de las inquietudes que experimentó durante la crisis de Bosnia-Herzegovina, temía encontrarse, si abandonaba el acercamiento con Inglaterra, en una posición subordinada respecto a las potencias centrales.

Por último, el gabinete inglés no quiso prestarse a una solución de las dificultades anglo-alemanas, que habría implicado una promesa de



neutralidad. En esta decisión los sentimientos y las simpatías solo desempeñaron un modesto papel. El móvil determinante fueron los intereses de Gran Bretaña.

Así, el fracaso de aquellas tentativas de conciliación señala las divergencias entre las posiciones fundamentales de los grandes estados, cuya política estaba llamada a desempeñar un papel importante en Europa.

A partir del verano de 1912 los esfuerzos de *aflojamiento* se abandonaron. La revisión y la consolidación de las alianzas o de los acuerdos llegaron a ser para los gobiernos preocupaciones urgentes. Tales esfuerzos se hallaban unidos, evidentemente, a las circunstancias inmediatas, es decir, a las amenazas de conflicto resultantes de la crisis balcánica. Pero los gobiernos tenían en cuenta también las experiencias precedentes y las perspectivas del futuro.

El agrupamiento de los Estados, cuyo centro estaba en Alemania, se consolidó, ya se tratase de las relaciones con Austria-Hungría o con Italia.

En el funcionamiento de la alianza austro-alemana, la cuestión primordial había sido siempre saber hasta qué punto apoyaría la política alemana, en los Balcanes, la política austro-húngara. Bismarck había refrenado a menudo a su aliado (1), porque deseaba guardar consideraciones a Rusia, Bülow, en 1908-1909, había abandonado esa línea de conducta que, sin embargo, seguía teniendo partidarios en los medios diplomáticos alemanes. El fracaso de la entrevista de Potsdam llevó a Bethmann Hollweg a seguir la política de Bülow. En noviembre de 1912, cuando se planteó la cuestión del *puerto serbio en el Adriático*, el gobierno alemán, aunque Guillermo II estuviera personalmente inclinado a considerar las exigencias serbias como legítimas, no creyó poder incitar a Austria-Hungría a hacer concesiones, porque temía romper la Alianza; prometió públicamente su apoyo armado en caso de guerra austro-rusa. Es verdad que en julio de 1913, aconsejó, formalmente, a su aliado que no interviniese en la segunda guerra balcánica. Pero cuando comprobó los resultados de dicha guerra y la amenaza que de ello se derivaba para el porvenir de la Doble Monarquía, lamentó su prudencia. Por ello, en octubre de 1913, cuando se produjo un incidente de frontera entre Serbia y Albania, Guillermo II convenció al Gobierno austro-húngaro para que refrenara a Serbia: "Ahora o nunca. Debéis implantar de una vez, allá abajo, el orden y la calma. Podéis estar seguro de que yo me hallaré detrás, dispuesto a sacar mi espada, si fuera necesario." Así pues, con pleno asentimiento de Alemania, dirigió Austria-Hungría un ultimátum a Belgrado, y consiguió la retirada de las tropas serbias.

Por otra parte, el Gobierno italiano mostrábase inclinado a reanudar los compromisos que celebró en el marco de la Triple Alianza:

(1) Véase anteriormente el capítulo VI.

en diciembre de 1912, en el momento en que la cuestión del acceso al Adriático parecía poder provocar un conflicto austro-serbio, renovó por seis años el tratado, sin esperar siquiera a la fecha en que la renovación debería normalmente ser examinada; en agosto de 1913 firmó una convención naval, que preveía la colaboración de las escuadras austro-húngara e italiana, en caso de guerra europea.

La colaboración franco-rusa, tan mediocre durante la crisis de Bosnia-Herzegovina y la de Agadir, adquirió vigor. Desde la primavera de 1912, el presidente del Consejo francés, Raymond Poincaré, afirmó su deseo de actuar "en completo acuerdo" con Rusia. Sin duda, el recuerdo de la entrevista de Potsdam invitó a restablecer una práctica más íntima de la alianza: sin experimentar simpatía o confianza respecto a la política rusa, cuyos caprichos le inspiraban, por el contrario, muchos temores, el gobierno francés quería evitar un nuevo "coqueteo" entre Rusia y Alemania. Pero se trataba de prever una colaboración más precisa entre las fuerzas armadas. Mediante el protocolo del 13 de julio de 1912, Francia obtuvo la promesa de que el ejército ruso, en caso de guerra franco-alemana, tomaría la ofensiva a partir del duodécimo día de la movilización; la convención naval del 16 de julio estableció las grandes líneas de una acción concertada de las escuadras rusa y francesa. La compensación era el apoyo que daría la política francesa a los intereses rusos en los Balcanes. Aunque Raymond Poincaré, en la primavera de 1912, desaprobaba con toda franqueza el papel de la diplomacia rusa en la formación de la alianza balcánica, no dejó de prometer por ello, en noviembre del mismo año, una intervención armada en el caso de una guerra austro-rusa, en la cual Alemania apoyase a Austria-Hungría: sin duda, esto no era más que la simple confirmación del *casus foederis*, previsto en la convención militar; pero en febrero de 1909 Stephen Pichon había interpretado esta convención de manera completamente distinta (1). ¿Por qué ahora el gobierno francés aceptó adquirir compromisos más amplios? El motivo era análogo al que orientaba la política alemana respecto a Austria-Hungría: había que actuar de tal manera que no se causara al asociado una decepción que debilitase la alianza.

Gran Bretaña no había adquirido antes suscribir ningún compromiso concreto ni siquiera con Francia. En 1912, sin embargo, después del fracaso de la misión Haldane, aceptó reforzar la *Entente cordiale*. La iniciativa, por supuesto, correspondió a Francia, que había experimentado una viva inquietud durante la negociación anglo-alemana de febrero-marzo de 1912. ¿No era indispensable—dijo Poincaré—dar a las relaciones franco-inglesas una seguridad en lugar de dejarlas "a merced de las tendencias más o menos favorables del gabinete"? Tal argumento no bastó, sin embargo, para convencer al gobierno inglés. El motivo que le llevó a abandonar su reserva fue la rivalidad

(1) Véase anteriormente, pág. 513.



naval anglo-alemana: juzgó necesario traer al mar del Norte una parte de sus escuadras, estacionadas en Malta y en Gibraltar, y necesitaba, por consiguiente, que la flota de guerra francesa se encargase de la protección de las rutas navales en el Mediterráneo. En la negociación anglo-francesa, que se inició en junio de 1912 y se prolongó hasta el otoño, las dos cuestiones—acuerdo naval y acuerdo político—se hallaban estrechamente unidas. El resultado se registró en el intercambio de cartas de 21 y 22 de noviembre de 1912—arreglo político—y en la convención naval de marzo de 1913.

El Gobierno concedió su aprobación al plan de cooperación establecido por los Estados Mayores, pero especificó que aquellas previsiones técnicas no constituirían un compromiso, y dejaban a cada uno de los dos gobiernos la libertad de "decidir en el porvenir si debía o no prestar al otro el apoyo de sus fuerzas armadas"; prometió solamente, si la paz se viera amenazada, concertarse con el Gobierno francés. El acuerdo, aunque estableciera una solidaridad más estrecha entre los dos estados, no daba, pues, a Francia ninguna seguridad de una intervención inglesa en caso de guerra franco-alemana.

\* \* \*

¿Dónde hay que buscar la causa de aquel endurecimiento de las posiciones diplomáticas respectivas? Ante todo, en las preocupaciones de poder, de prestigio y de seguridad, de lo cual dieron ejemplo las iniciativas de las dos potencias. Austria-Hungría llevaba en los Balcanes una política *ofensiva*, cuyo objetivo era proteger a la Doble Monarquía contra el peligro que implicaba para ella el movimiento de las nacionalidades. Alemania la apoyaba porque quería consolidar a un aliado, cuya salud era vacilante, y porque siempre trató de romper el anillo del cerco. Rusia, no bien sus fuerzas armadas estuvieron casi reorganizadas, quiso restablecer un prestigio que la crisis de 1909 había quebrantado. Francia apoyaba la política balcánica de Rusia a cambio de la promesa de una intervención más rápida del ejército ruso, en caso de guerra franco-alemana. Gran Bretaña, al mismo tiempo que se negaba a ligarse mediante compromisos formales sentía la necesidad de apoyarse más en Francia, ya que no había conseguido la limitación de aquellos armamentos navales alemanes que amenazaban su dominio de los mares base de la seguridad de las Islas Británicas y de la unión del Imperio.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la crisis de Bosnia.**—Además de la obra de J. VON SZILASSY, ya citada en la pág. 478, véase: M. NINTITCH: *La Crise bosniaque de 1907-1908 et les Puissances européennes*, París, 1936, 2 vols.—B. SCHMITT: *The Annexation of Bosnia*, Cambridge, U. S. A. 1937.—W. S. VUCINICH: *Serbia between East and West: the Events of 1093-1908*, Stanford Univ. 1954.—B. MOLDEN: *Alols Graf Aehrenthal. Sechs Jahre aüssere Politik Osterreich-Ungarns*, Berlín, 1917.—J. ANCEL: *L'Epreuve de Force austro-allemande en 1908-1099*, en *Revue Historique*, 1928, págs. 49-67.—M. SCHULTZ: *La Politique économique d'Aehrenthal envers la Serbie*, en *Revue d'Hist. de la Guerre mondiale*, octubre 1935, páginas 325-348, y enero 1936, págs. 23-42.—W. CARLQREN: *Isvolsky und Aehrenthal vor der bosnischen Annexionskrise*, Upsala, 1955.

**Sobre la crisis de Agadir.**—A. TARDIEU: *Le Mystère d'Agadir*, París, 1912.—J. CAILLAUX: *Agadir. Ma politique extérieure*, París, 10.ª edición, 1921.—F. HARTUNG: *Die Marokkokrise des Jahres 1911*, en *Archiv für Politik und Geschichte*, 1926.—P. BARLOW: *The Agadir Crisis*, Univ. of North Carolina Press, 1940.—S. NAVA: *La Spartizione del Marocco*, Florencia, 1940.

**Sobre la guerra italo-turca.**—W. ASKEW: *Europe and Italy's Acquisition of Libya, 1911-1912*, Durham, 1942.

**Sobre las guerras balcánicas.**—C. C. HELMREICH: *The Diplomacy of the Balkan Wars*, Cambridge, U. S. A., 1938.—N. MANDELSTAM: *La Politique russe d'accès à la Méditerranée au XXe siècle*, París, 1935.—D. DROSSOS: *La fondation de l'Alliance balkanique*, Atenas, 1929.—W. LANGER: *Russia, the Straits Question and the Origins of the Balkan League, 1912*, en *Political Sc. Quarterly*, 1928, págs. 321-363.—O. BICKEL: *Russland und die Entstehung des Balkanbundes*, 1912, Königsberg, 1933.

**Sobre las consecuencias diplomáticas.**—B. SCHMITT: *Triple Entente and Triple Alliance*, New York, 1954. V. COROVIĆ: *Odnosi između Srbija i Austro-Ugarska XX veku* (Las relaciones austro-serbias en el siglo XX), Belgrade, 1936.—E. L. WOODWARD: *England and the German Navy*, Oxford, 1935.—W. BECKER: *Furst Bülow und England*, Greifswald, 1929.—E. F. WILLIS: *Prince Lichnowsky, ambassador of Peace: a study of Pre-War Diplomacy, 1912-1914*, Berkeley, 1942.

## CAPITULO XIII

## LAS POLÍTICAS NACIONALES

La oposición entre los dos grupos de potencias que, en 1907, estaba solamente esbozada, se convirtió, en 1913, en un rasgo dominante de la situación política internacional. ¿Cuáles eran, en cada uno de ellos, las preocupaciones de los gobiernos? ¿Y cuál, ante aquella coyuntura internacional, la actitud de los Estados que no pertenecían a ninguno de los dos *bloques*?

En el seno de la *Triple Entente*, los compromisos mutuos seguían siendo desiguales: una alianza entre Francia y Rusia unida a una convención militar que, en caso de un conflicto alemán, debería entrar en funciones automáticamente, una *entente* entre Francia y Gran Bretaña que, a pesar de la cooperación establecida entre los Estados Mayores militares y navales, implicaba no un compromiso formal de intervenir con las armas, sino una simple promesa de *concerto diplomático*; entre Rusia y Gran Bretaña ningún compromiso diplomático general, sino una colaboración *de facto* que, apoyada en la preocupación común de mantenerse firmes ante Alemania, se había hecho posible después de los litigios asiáticos (en los que chocaban los intereses de los dos Estados) quedaron resueltos.

En Petersburgo como en París, los gobiernos querían obtener de Gran Bretaña compromisos precisos. ¿No sería la mejor defensa una transformación de la *Triple Entente* en alianza? “La paz del mundo —escribía el ministro ruso— solamente estaría asegurada el día en que la *Triple Entente*, cuya existencia real no está más demostrada que la de la serpiente de mar se transformara en una alianza defensiva, sin cláusulas secretas, abiertamente anunciada en todos los periódicos del mundo”. Tal día “el peligro de una hegemonía alemana sería apartado definitivamente”, pues Francia y Rusia que, por sí solas, “no estarían en situación de propinar a Alemania un golpe mortal”, podrían contar con la victoria gracias al dominio de los mares y al bloqueo. Una vez que el adversario supiera la extensión de los riesgos a los que se expondría, la guerra podría evitarse.

Pero, en cada ocasión—y esta ocasión se presentó varias veces en el curso de las dos guerras balcánicas—el gabinete inglés, a pesar de los temores que experimentaba ante el crecimiento de la marina de guerra alemana, se inhibía de las cuestiones más urgentes: al mismo tiempo que dejaba prever una participación posible en una guerra continental, se negaba a prometer nada. El gobierno británico

—declaró Grey a Sazonof, el 24 de septiembre de 1912—no podría intervenir en una guerra entre Alemania, Rusia y Francia más que en el caso de que estuviera “apoyado por la opinión pública”. Ahora bien: el estado de la opinión “dependería de la manera como se produjera la guerra”: si Francia declaraba a Alemania una guerra de desquite, Gran Bretaña permanecería apartada, pero si Alemania quería “aplástar a Francia, no puedo creer que permaneciéramos como espectadores pasivos”. El 4 de diciembre—tres semanas después del intercambio de cartas que confirmaron y ampliaron el acuerdo franco-inglés (1), el embajador de Francia escuchó, poco más o menos, el mismo lenguaje. En sus palabras, Grey tuvo cuidado de evitar toda alusión directa a Rusia: solamente la suerte de Francia era lo que le preocupaba. Sin embargo, indicó, implícitamente, que una derrota rusa le parecería tan grave como una derrota francesa: “Si Alemania dominase la política del continente, ello sería tan desagradable para nosotros como para los demás, pues nos encontraríamos aislados”. La amenaza sería tanto más grave cuanto que el Imperio alemán está convirtiéndose en una gran potencia naval.

Este temor a una hegemonía continental fue lo que obligó a Gran Bretaña a rechazar las ofertas alemanas relativas a un acuerdo mutuo de no-agresión y de neutralidad. “Aun cuando la *Entente cordial* franco-inglesa no existiera, Gran Bretaña—escribió el Primer Ministro en un informe al rey—estaría obligada, en su propio interés, a apartar todo compromiso que pudiera impedirle acudir en ayuda de Francia en el caso de que Alemania la atacase bajo un pretexto cualquiera, y se apoderase de los puertos del Paso de Calais”.

La misma preocupación llevó al gobierno inglés a hacer advertencias a Alemania. En diciembre de 1912, Grey declaró al embajador alemán que nadie podía decir qué actitud adoptaría Gran Bretaña en caso de guerra entre Alemania y Rusia. El rey Jorge no ocultó al príncipe Enrique de Prusia, hermano de Guillermo II, que “en ciertas circunstancias”, Gran Bretaña concedería una asistencia armada a Francia y a Rusia contra las potencias centrales. Pero estas amenazas seguían siendo muy imprecisas.

Si el gobierno inglés estaba convencido de que su intervención en una guerra continental sería necesaria en ciertos casos, ¿por qué se negaba a precisar estas posibilidades? Un tratado de alianza defensiva, incluso aun cuando los compromisos fuesen estrictamente limitados, respondería al deseo de Sazonof, es decir, intimidaría a Alemania. El estado de la opinión pública inglesa era, en parte, la causa de esta reserva: el *peligro alemán* reconocido por la mayoría de los miembros del gabinete, los altos funcionarios del *Foreign Office* y los Estados Mayores, no lo estaba por el gran público. Pero el gobierno tenía en cuenta también un cálculo político, claramente indi-

(1) Véase anteriormente, pág. 522.

cado en una nota redactada por el Primer Ministro: al declarar que se proponía conservar su libertad de decidir, conservaba, al mismo tiempo, el medio de refrenar la política francesa, mientras que, si concediera a Francia un tratado de alianza, correría el riesgo de ser arrastrado *por un camino aventurado*. Al leer la correspondencia diplomática francesa se nota que este cálculo no fue hecho en vano. "Si hay dudas sobre la responsabilidad de la ruptura—escribía, en septiembre de 1911, Paul Cambon—el levantamiento de la opinión, con el cual hemos de contar, no se producirá, y entonces el Gobierno inglés esperará. Ahora bien: la espera es para nosotros una probabilidad de derrota."

La política inglesa pacífica creía, pues, que al negarse a tomar partido *antes* del acontecimiento, contribuiría en la defensa de la paz general. Con iguales intenciones evitaba insistir en la separación de Europa en dos "bloques" y deseaba conservar, al menos en apariencia, la actitud de un árbitro. Las contradicciones de tal política se presentaban a veces a la acusación de maquiavelismo. Sin embargo, esa acusación carecía de fundamento: el gabinete inglés se hallaba inspirado por una preocupación de independencia y de prudencia, pero una preocupación tan meticulosa que acabó por agravar los riesgos.

En el grupo de estados que se había formado desde hacía treinta años alrededor del Imperio alemán, las posiciones de Austria-Hungría, de Italia y de Rumania eran muy diferentes.

La alianza austro-alemana constituía un punto fijo de la política internacional. Aunque recibiera, según los momentos y las circunstancias, una interpretación más o menos amplia, no se vio jamás comprometida. Pero el futuro inmediato corría el riesgo de ser más difícil. El movimiento de las nacionalidades yugoslavas, que preocupaba a los medios dirigentes austro-húngaros desde 1950, acababa de recibir un nuevo impulso a consecuencia de las victorias serbias en las guerras balcánicas de 1912 y 1913. ¿Cómo contener la amenaza de "disociación"? La Comisión imperial que, dos años antes, había sido encargada de estudiar una reforma de la estructura del Estado, había pensado en sustituir el régimen dualista por otro *federalista*; no consiguió establecer un programa porque tropezó no solamente con la resistencia de la alta aristocracia austríaca, hostil a toda reforma general, sino también con las divergencias entre grupos nacionales: los polacos y los checos no querían pensar en un federalismo basado en la división por grupos lingüísticos, pues tal sistema habría tenido como consecuencia la desmembración de Galitzia y de Bohemia. ¿Sobre qué bases podría continuarse aquella iniciativa? El archiduque heredero, Francisco-Fernando, sugirió una solución *trialista*, que recibió la aprobación de importantes miembros del Gobierno: a los estados acoplados—Austria y Hungría—se añadiría un tercero, el Estado *yugoslavo*, formado por Croacia, Bosnia, Dalmacia y Eslovenia, en dicho Estado los católicos, que tendrían la preponderancia, no desearían la

unión con una Serbia ortodoxa; el *panserbismo* de este modo fracasaría. Pero en Budapest los medios políticos magiars opusieron una negativa total. Por falta de una solución que pudiera consolidar la Monarquía, se creó la convicción de que la dinastía debía deshacer el movimiento de las nacionalidades por la fuerza de las armas. Con respecto a esas perspectivas, el Gobierno alemán no podía evitar tomar posiciones. El hecho nuevo fue la voluntad que demostraba de *poner a flote* a Austria-Hungría (1).

Italia, desde 1902, había jugado con dos barajas. Sin embargo, desde el momento que se comprometió en una política de expansión en Tripolitania y en el mar Egeo, donde chocaba con los intereses de Gran Bretaña, parecía dispuesta a apoyarse más en las potencias centrales (2). El embajador italiano en París había declarado, en noviembre de 1912—cuando la cuestión del *puerto serbio en el Adriático* ocasionaba un peligro de guerra—que el acuerdo franco-italiano de 1902 no actuaría en tal caso, esto era como decir que Francia no podría contar con la neutralidad de Italia. Es verdad que el presidente del Consejo, Giolitti, no había hecho suya la declaración del embajador. Pero el Ministro de Asuntos exteriores, San Giuliano, había vuelto a despertar inquietudes: el *alcance real* del acuerdo de 1902 había dicho, "podía depender de los acontecimientos". En definitiva: las circunstancias parecían llevar la política italiana hacia Alemania y Austria-Hungría. Subsistiría el obstáculo de la reivindicación nacional italiana, fomentada por la torpeza de la administración austríaca en las regiones en las que la mayoría de la población era italiana por idioma y por sentimientos: se le prohibió a la municipalidad de Trieste conservar empleados italianos a su servicio. En vano el Gobierno de Roma reclamó la abrogación de esta medida, el 3 de octubre de 1913, Berchtold declaró lamentar que aquel asunto lanzase una sombra sobre las relaciones austro-italianas", pero dejó sin responder la protesta.

¿Se debió a tal incidente que el Gobierno italiano, el 16 de octubre, se declarase dispuesto a negociar con Francia y con Gran Bretaña un *acuerdo mediterráneo*? Quería obtener la garantía de las ventajas conseguidas en Tripolitania y en Cirenaica, la posesión de las islas del Dodecaneso, y, tal vez, incluso, una esfera de influencia económica en Asia Menor. Gran Bretaña y Francia aceptaron iniciar un intercambio de opiniones. Pero, casi en seguida, se suspendió esta negociación, pues el Gobierno francés averiguó, descifrando los telegramas, que la diplomacia italiana comunicaba todos los detalles a Berlín. Sin duda, aquella maniobra no había tenido otro objetivo que alarmar a Austria-Hungría para hacerle demostrar mayor condescendencia en la cuestión de Trieste. Pero provocó, en los medios diplomáticos franceses, muy graves consideraciones. Ahora bien: los diplomáticos ale-

(1) Véase anteriormente, pág. 520.

(2) Véanse anteriormente, págs. 509 y 520.

manes, a pesar de las pruebas recientes de la buena voluntad italiana, no estaban más tranquilos. "La concepción italiana de los tratados—escribió el embajador en Roma—implica la idea de que todas las obligaciones contractuales se encuentran subordinadas a la condición de la oportunidad y, por consiguiente, de la variabilidad".

Rumanía había concluido con Austria-Hungría, en 1883, un tratado de alianza defensiva, al que Alemania dio su adhesión (1), era un tratado secreto, obra del rey Carol, un Hohenzollern: el soberano fue comunicado su texto a sus Presidentes de Consejo, pero a título confidencial hasta el punto que, en los medios políticos de Bucarest, el temor de los compromisos de alianza era un enigma. Desde que, durante la segunda guerra balcánica, Rumania tomó partido contra Bulgaria, a pesar de las amonestaciones apremiantes, casi conminatorias del Gobierno austro-húngaro, la divergencia de intereses entre los dos aliados se hizo grave. El rey, sin embargo, permanecía fiel a una orientación política que respondía sus íntimos sentimientos, pero una gran parte de la opinión parlamentaria deseaba un acercamiento a las potencias de la *Triple Entente*, tanto para oponerse a una revisión del tratado de Bucarest como para abrir el camino en Transilvania a un éxito del movimiento irredentista rumano. ¿Era posible reanimar la alianza? El conde Czernin que, en noviembre de 1913 era Ministro de Austria-Hungría en Bucarest, propuso un plan de acción: exigir al Gobierno rumano que hiciera público el tratado, porque tal publicación sería una prueba de fidelidad, y esgrimir la amenaza de una alianza austro-búlgara, en caso de negativa. El rey Carol no ocultaba que la población rumana en casi todas partes era hostil a Austria-Hungría, y que la publicación del tratado no podría cambiar nada en este estado de ánimo: caso de guerra europea—decía—sería imposible arrastrar a Rumanía al lado de Austria-Hungría. Esta era, pues, una alianza muerta. En vano Czernin continuó preconizando una intimación, debía obligarse al Gobierno rumano a proclamar sus preferencias. "¿Cómo obligarle a ello?", replicó Berchtold.

\* \* \*

En cuanto a los estados europeos que se encontraban fuera de los dos grupos rivales de Escandinavia a Bélgica, de la península Ibérica a los Balcanes, sus actitudes respectivas eran muy diferentes.

El grupo escandinavo permanecía tranquilo, aunque la unidad de la península escandinava realizada, en 1814, en beneficio de Suecia fuese rota en octubre de 1915. Noruega se separó amistosamente de Suecia, y escogió por rey al príncipe Carlos de Dinamarca, Haakon VII, que se unió en matrimonio con una hija del rey de Inglaterra. Pidió a Gran Bretaña que garantizara su independencia: solución conforme

(1) Véase anteriormente, pág. 387.

a los intereses navales británicos que se hubieran visto seriamente amenazados, si otra potencia—Alemania o Rusia—se estableciese en las costas noruegas. El gobierno inglés, sin embargo, no quiso otorgar él solo esta garantía porque habría demostrado así su desconfianza respecto a Rusia. Prefirió obrar de modo que quedase arreglada la cuestión mediante un acuerdo internacional, el 2 de noviembre de 1907: Gran Bretaña, Francia, Rusia y Alemania se comprometieron a respetar la integridad de Noruega y a defenderla si estuviera amenazada "por cualquier potencia". Noruega prometió no ceder nunca ninguna parte de su territorio. Pero por estrecho que fuese el lazo de los intereses económicos entre Gran Bretaña y Noruega, no podía hablarse de que el Gobierno de Haakon VII pensara en asociarse a la *Triple Entente*.

Suecia temía a Alemania, pero, aún más a Rusia. Contra el peligro ruso, disfrutaba la ventaja de una garantía franco-inglesa desde 1855, pero Gran Bretaña y Francia, con ocasión de la secesión noruega, anulaban dicha promesa. En el otoño de 1913 hizo conocer a sus poderosas vecinas su intención de mantener la neutralidad en caso de conflicto europeo, y de emplear sus fuerzas militares o navales contra la primer potencia que violase su neutralidad. Dinamarca se sentía más angustiada aún porque el archipiélago danés dominaba la entrada del Báltico, temía, pues, en caso de guerra entre las grandes potencias, tener que servir de bases de operaciones para Gran Bretaña contra Alemania o bien sufrir una ocupación preventiva por el ejército alemán, a la que más temía era a su inmediata vecina, Alemania, por ello se guardó mucho de hacer el menor gesto en favor de los daneses que, en el Slesvig del Norte, vivían desde 1864 (1) bajo la dominación alemana.

El Gobierno belga sabía muy bien que los beligerantes, en caso de conflicto general, se dejarían guiar únicamente por sus intereses estratégicos, y Bélgica, a pesar de su estatuto de neutralidad, se transformaría, sin duda, en un campo de batalla. Se daba cuenta (el jefe de Estado Mayor lo hizo constar en octubre de 1912) de que el peligro alemán era el más grave, pues el ejército germano, más que en ningún otro, tendría interés en violar esa neutralidad. Sin embargo, una parte de la opinión pública tendía a disminuir tal peligro. Los lazos económicos y financieros actuaban en favor de Alemania que era, con mucho, el mejor cliente de la exportación belga, y que poseía en Amberes posiciones comerciales considerables; la propaganda pangermanista penetró en algunos medios flamencos, los militares católicos desconfiaban de la política religiosa francesa, por último, la "alta sociedad" apreciaba en los alemanes el respeto de las jerarquías sociales. Aquellos indicios llevaron al ministro de Francia a escribir que las clases dirigentes tenían, respecto a Alemania, una "actitud reve-

(1) Véase pág. 284.

rente". ¿Fue esa situación lo que incitó al Gobierno para no tomar posiciones? Tal vez, pero pensaría sobre todo que agravaría los riesgos de invasión si no respetase estrictamente sus deberes de neutral.

Por tal motivo descartó la posibilidad de un acuerdo con Francia y con Inglaterra, que tendría por objeto prever las medidas que deberían tomarse en común caso de violación de la neutralidad belga por Alemania. Ciertamente, en 1906, aceptó conversaciones entre su Estado Mayor y el Estado Mayor inglés, el cual ofreció enviar un cuerpo expedicionario en cuanto Bélgica fuera invadida; pero ese ofrecimiento permaneció en estado de proyecto, porque el Gobierno de Bruselas no otorgó jamás una adhesión explícita a las conversaciones del Estado Mayor: le pareció suficiente conocer las intenciones tranquilizadoras de Gran Bretaña. En 1912, cuando el Estado Mayor francés pensó en una entrada "preventiva" de tropas francesas en Bélgica el día que la violación de la neutralidad, por parte de Alemania, pareciera inminente; y cuando un portavoz del Estado Mayor inglés hizo alusión a la misma posibilidad—desmentido en seguida por los Gobiernos, primero en Londres y luego en París—, el Estado Mayor y el Gobierno belgas declararon categóricamente que impedirían, a cualquiera que fuese, entrar en su país. Bélgica—según dijo el presidente del Consejo, Broqueville, jefe del partido católico—se proponía garantizar su independencia en caso de conflicto franco-alemán, y aliarse, contra el estado que violase su neutralidad, con el que la respetara.

"Mantener un prudente equilibrio entre sus dos poderosos vecinos es, evidentemente, la preocupación constante del Gobierno belga", escribió en diciembre de 1913 el ministro de Francia en Bruselas. Tal conducta llevó a algunos hombres de estado, en Gran Bretaña y en Francia, a creer que el Gobierno belga, en caso de invasión alemana, se limitaría quizá a una protesta de forma, apoyada solamente por "algunos tiros".

La política española se había acercado en 1907 a Gran Bretaña y a Francia (1). El rey Alfonso XIII pensaba a la sazón aprovecharse de las rivalidades internacionales. El joven soberano deseaba que su Estado volviese a ocupar un puesto en la *gran política*, observaba las perspectivas nuevas que se anunciaban en el Mediterráneo; y para asegurarse los medios de desempeñar un papel allí hizo establecer en la primavera de 1913 un programa de construcciones navales: seis cruceros acorazados; pensaba también ofrecer su concurso a Francia y a Gran Bretaña, con la esperanza de obtener a cambio la realización de la unidad ibérica. Por dos veces, en mayo y en diciembre de 1913, se encontró el rey en París con el presidente de la República. En caso de guerra franco-alemana ofreció poner a disposición de Francia los ferrocarriles españoles para ahorrar a las tropas francesas de Africa del Norte los riesgos de un transporte por vía marítima, y los puertos españoles a

disposición de las escuadras francesa e inglesa. Su deseo era, según declaró, colocarse "resueltamente al lado de Francia y de Gran Bretaña". Incluso pensó también, acaso, en movilizar dos cuerpos de ejército que fueran a combatir en Francia. ¿Qué compensación esperaba? Con una simple alusión descubrió sus deseos: *si la anarquía se apoderara de Portugal*, España podría encontrarse en la obligación de intervenir. El asunto no pasó adelante: el Estado Mayor francés estimó que el transporte de tropas por medio de los ferrocarriles españoles sería lento y precario; el embajador de Francia en Madrid no creía que el personal político, ni tampoco la mayoría de los ministros, compartiesen las opiniones del rey; y el embajador de Francia en Londres recordó que Gran Bretaña no admitiría en ningún caso la anexión de Portugal a España. El Gobierno francés se abstuvo, pues, de responder a las insinuaciones del rey.

La paz balcánica, establecida en agosto de 1913 por el tratado de Bucarest, fué precaria. Los vencidos—Turquía y Bulgaria—pensaron, desde el otoño, en celebrar una alianza contra Serbia y Grecia: el tratado tendría en cuenta una guerra de desquite, pero a cierto plazo, pues Bulgaria creía necesitar cuatro años para reorganizar sus fuerzas. Esa coalición búlgaro-turca deseaba conseguir el apoyo de Austria-Hungría. "Ayudadnos"; sabremos ser agradecidos", declaró el rey Fernando el 8 de noviembre de 1913 al ministro austro-húngaro de Asuntos Exteriores. Pero el Gobierno alemán estimaba preferible una negociación con Rumania y Grecia. El porvenir de las relaciones entre Austria-Hungría y Serbia se hallaba, por supuesto, en el primer plano de las preocupaciones del Gobierno austro-húngaro, que, sin embargo, no conseguía aún fijar sus proyectos. El jefe de Estado Mayor, Conrad von Hötzendorff exigió, el 3 de octubre de 1913, al Consejo de Ministros que pusiese inmediatamente en claro el asunto: "O Serbia se agrega a nosotros, completa y lealmente, o se llegará a una hostilidad declarada, para lo cual es favorable el momento." Proyecto peligroso, replicaron los ministros austríacos; ciertamente, que el día en que Serbia provocara una agitación separatista en las provincias yugoslavas de la doble Monarquía sería preciso resistir, pero ¿por qué anticiparse? En cuanto a Grecia, ¿a qué lado se pondría? El presidente del Consejo, Venizelos, afirmaba sus simpatías por la *Triple Entente*, mientras que el rey Constantino declaró al ministro alemán de Asuntos Exteriores su deseo "de realizar la unión de Grecia a la Triple Alianza". La orientación futura iba unida al resultado de la lucha por el poder, que comenzaba a dibujarse, entre el ministro y el soberano.

(1) Véase anteriormente, pág. 504.

## BIBLIOGRAFIA

Este capítulo se funda, sobre todo, en las informaciones que ofrecen las grandes recopilaciones de documentos diplomáticos, citados anteriormente, en la pág. 331. Deben consultarse, por otra parte, además de las obras citadas anteriormente:

**Sobre la Triple Entente.**—JAMES JOLL: *Britain and Europe, 1793-1940*, Londres, 1950.—R. SETON-WATSON: *Britain in Europe, 1789-1914*, Londres, 1937.—M. PALÉOLOGUE: *Au Quai d'Orsay à la veille de la tourmente. Journal 1913-1914*. París, 1947.—G. ZIEBURA: *Die deutsche Frage in der öffentlichen Meinung Frankreichs von 1911 bis 1914*. Berlín, 1955.

**Sobre la Triple Alianza.**—L. SALVATORELLI: Citado anteriormente, pági-

na 115.—O. WEDEL: *Austro-German Diplomatic Relations, 1908-1914*, Stanford Univ., 1932.—G. VOLPE: *L'Italia nella Triplice Alleanza, 1882-1915*, Milán, 2.ª ed. 1941.—N. IORGA: *Comment la Roumanie s'est détachée de la Triplice*. Bucarest, 1933.

**Sobre los otros estados.**—H. KOT. *Da den norsk-svenske Unionen vart sprengt (La disolución de la Unión sueco-noruega)*, en *Norsk Hist. Tidj.*, 1947, págs. 286-320.—R. WULLUS-RÜDIGER: *La Belgique et l'Equilibre européen*. París, 1935.

**Sobre las concepciones estratégicas.** (Francesas y alemanas).—H. CONTAMINE: *La Revanche, 1871-1914*. París, 1957.

## CONCLUSION DEL LIBRO SEGUNDO

Por cinco veces en menos de diez años parecía probable la guerra en Europa. El conflicto, en cada una de estas crisis diplomáticas, cuya iniciativa había estado en manos de Alemania, y de Austria primero y de Rusia después, amenazaba arrastrar a todas las grandes potencias. Que dos grandes estados pudieran enfrentarse, mientras que los demás permaneciesen como espectadores—lo mismo que lo habían sido en verano de 1870-1871—era una posibilidad remota: la guerra, de estallar, sería europea. ¿Se debía esto a la formación y refuerzo de los “bloques” oponentes? Verdad era que los compromisos de alianza implicaban la extensión del conflicto; pero en el ánimo de quienes los contraían tales promesas tenían por objetivo solamente llevar al adversario virtual a reflexiones *saludables* y obligarle a la prudencia, o bien abrir el camino para una negociación *de fuerte a débil*.

¿La guerra? Los gobiernos aún no estaban decididos a hacerla. En 1905 Schlieffen, jefe del Estado Mayor general alemán, y Holstein, director de los asuntos políticos, pensaron en una guerra *preventiva*; pero el canciller Bülow solo quiso actuar por medio de presiones diplomáticas. En 1909 Aehrenthal y Bülow, cuando dirigieron al Gobierno ruso un requerimiento muy parecido a un ultimátum, de ningún modo pensaban en la guerra, pues estaban seguros de que el enemigo se inclinaría. En agosto de 1911, en el momento en que Kiderlen quiso apoyar su maniobra de intimidación con un llamamiento a los reservistas, Guillermo II se opuso a ello; por otra parte, los diplomáticos que, en las oficinas del Quai D'Orsay, inducían a una intransigencia netamente verbal podían ser tachados de ligereza, no de *belicismo*; el observador penetrante que era Paul Cambon escribía el 8 de septiembre, en el momento en que de nuevo surgía la crisis: “En el fondo, nadie en Europa quiere la guerra, y se buscarán todos los pretextos para evitarla.” El Gobierno ruso, aun cuando en noviembre de 1912 acababa de preguntar al Gobierno francés si podría contar, en caso de guerra con las potencias centrales, con el apoyo de Francia, no opuso ninguna réplica a las medidas militares tomadas en Austria-Hungría, porque no quería agravar los riesgos de conflicto. En octubre de 1913, cuando Guillermo II empujó a Austria-Hungría contra Serbia y aludía a una asistencia armada, sabía que un *apoyo moral* sería suficiente, pues “ni Francia ni Rusia quieren la guerra”. Y en cada ocasión crítica el gabinete inglés repetía que el asunto *no valía una guerra*.

Pero el recurrir habitualmente a las medidas de intimidación y a las presiones diplomáticas basta para que los pueblos se acostumbren a la idea de conflicto. Este estado de espíritu era el que, a finales

del 1913, tendía a convertirse en el rasgo dominante de las relaciones internacionales: después de cuarenta años de paz, los hombres pensaban más fácilmente en la posibilidad de una guerra. En Francia, algunos hombres políticos comenzaron a creer que la guerra sería inevitable dentro de dos o tres años, y que quizá valdría más hacerla en seguida. En Alemania, el jefe del Estado Mayor general, declaró al rey de los belgas: "No deseamos la guerra; pero la haremos, para acabar de una vez."

*LIBRO TERCERO*

EUROPA Y EL MUNDO EN 1914



## INTRODUCCION DEL LIBRO TERCERO

A pesar de las amenazas de conflicto en Europa, la expansión europea hacia los otros continentes prosiguió sus éxitos durante los primeros años del siglo.

Expansión económica: aunque Europa estuviera lejos de poseer las reservas más importantes de materias primas (producía el 50 por 100 del carbón y del mineral de hierro, pero solamente el 20 por 100 de petróleo, el 15 por 100 de la lana, el 7 por 100 del cobre, y el 1 por 100 del algodón), poseía, en 1913, un 52 por 100 de la producción industrial mundial; su preponderancia se mantenía sobre todo en la metalurgia (60 por 100 de producción de fundición) y en la industria textil (70 por 100 de los husos en servicio en las hilanderías del algodón). En los intercambios comerciales contaba con un 61 por 100; y el tonelaje de su marina mercante llegó al 85 por 100 del tonelaje mundial.

Expansión financiera: las inversiones efectuadas fuera de Europa por los tres grandes Estados europeos, que eran los principales exportadores de capitales—Gran Bretaña, Francia y Alemania—, alcanzaron en 1914 por lo menos 125 millares de millón de francos-oro (siendo esta la valoración más modesta) y quizá incluso 185 millares de millón, según un informe establecido por la Cámara de Comercio Internacional.

Expansión humana: la corriente de emigración hacia los otros continentes arrastró en 1913 1.350.000 personas; esta cifra era la más alta que se había alcanzado nunca.

Expansión religiosa: las misiones católicas, colocadas bajo la dirección de la Propaganda—tenían 16.000 miembros; las misiones protestantes, organizadas por un centenar de sociedades, 8.000; las misiones de la Iglesia Ortodoxa rusa, aunque tuvieron alguna actividad, a partir de la fundación, en 1842, de una "Academia misional" en la Universidad de Kazan, solo desempeñaban, fuera de los territorios rusos, un papel muy restringido. Al mismo tiempo que trataban de extender su fe, estos misioneros eran, por sus obras de enseñanza, los agentes activos de difusión de la civilización europea, pues propagaban una concepción de la vida y del mundo, un ideal humanitario y también conocimientos técnicos.

Expansión intelectual: la influencia de las ideas políticas que se encuentran en la base del liberalismo democrático y que eran consideradas entonces por los europeos como el signo mismo de la civilización se extendió en los otros continentes más allá de las zonas de población *blanca*; estas ideas encontraron adeptos en las regiones del cercano Oriente, donde dominaba la civilización islámica e incluso, desde hacía algunos años, en el área de la civilización china. A pesar de la

diversidad de los temperamentos y de las culturas; a pesar de las rivalidades que los enfrentaban entre sí, los pueblos europeos presentaban, en las relaciones con las poblaciones de los otros continentes, una unidad, porque sus métodos y también sus formas de civilización eran análogos.

Pero, en 1914, la guerra iba a desgarrar a Europa y a deshacer, al mismo tiempo, la preponderancia que conservaba el "viejo continente" en la vida general del mundo.

Es, pues, necesario señalar aquí, en esta historia de las relaciones internacionales, un compás de espera: tratar de mostrar los resultados conseguidos hasta aquella fecha por la expansión europea en el mundo—resultados variables según los medios sociales e intelectuales donde se ejercía—; valorar la fuerza de los competidores con los que chocaba dicha expansión en América y en Asia; estudiar, por último, las condiciones en las que se desarrollaron, entre los estados europeos, los orígenes inmediatos del conflicto que, a principios de agosto de 1914, lanzó unos contra otros a 350 millones de hombres y que arrojó a Europa por el camino de la decadencia; tales deben ser las líneas generales de este cuadro.

## CAPITULO XIV

### LOS INTERESES EUROPEOS EN ASIA

En el continente asiático—con más de la mitad de la población del mundo—el Japón solo ocupaba una pequeña franja litoral: Corea y Manchuria meridional. En todos los demás sitios mantenía Europa el papel dominante. Los Estados europeos, que eran dueños de las rutas marítimas en el Océano Indico y en el Pacífico del Sur, cuyos archipiélagos se habían repartido, poseían, a título de *dependencias*, Siberia, el Turkeistán, la India, la mayor parte de Indochina y las Islas de la Sonda.

En Siberia los progresos de la colonización rusa fueron rápidos desde que el transiberiano llegó (1900), en Tchita, a la frontera ruso-china, permitiendo esta vía férrea la llegada de inmigrantes—700.000 anuales en los mejores años—al mismo tiempo que la exportación de los productos locales. Estos territorios, en los que las poblaciones indígenas vivían, sobre todo de la ganadería, se estaban convirtiendo en regiones agrícolas, desde que los campesinos rusos se establecieron en ellas: las provincias de la Siberia occidental, aquellas cuya superficie de suelo cultivable era más importante (4 millones de hectáreas, en 1911) comenzaron a exportar trigo y productos avícolas. La importancia de los recursos del subsuelo era conocida; pero el carbón y el mineral de hierro de Siberia oriental no se habían puesto en explotación todavía, pues los principales yacimientos, los de Jakutsk, se hallaban a 1.000 kilómetros del camino férreo; en Siberia occidental, por el contrario, a 400 kilómetros de Tomsk, la cuenca hullera de Kuznets, cuya explotación se inició en 1898, dobló su producción entre 1911 y 1914, y, a pesar de todo, seguía siendo modesta. En cuanto a las industrias de transformación—la molinería, la industria del lino, las empresas metalúrgicas—, apenas empezaban a despertar y, con todo, eran capitales ingleses o alemanes, y no rusos, los que se aventuraban en ellas. En resumidas cuentas: las perspectivas del porvenir se valoraban en su justo precio; pero las condiciones nuevas de la vida económica eran demasiado recientes para que fuesen importantes los resultados conseguidos.

En el Turquestán ruso, donde el ferrocarril transcaspiano había sido acabado en 1899, la nueva vía férrea, que unía a Oremburgo en el Ural meridional, con Tachkent, por el valle del Sir-Daria, fue acabado en 1905. Únicamente en Tachkent, centro administrativo y militar, constituían los rusos una parte importante de la población; en todos los demás sitios, eran todavía muy poco numerosos (en 1914, 73.000, en-

tre una población total de 8.714.000 habitantes). La presencia de colonos rusos, por otra parte, sólo tenía en aquel momento una importancia secundaria para el desarrollo económico, pues tales campesinos se dedicaban sobre todo a las actividades que habían practicado antes de establecerse en Asia: seguían siendo productores de cereales y ganaderos. Gracias a la mano de obra indígena, acostumbrada, de tiempo inmemorial, a las prácticas de la irrigación, la administración rusa modificó la vida económica: emprendió el desarrollo del cultivo del algodón, financiando la construcción de canales de regadío e importando granos americanos; en 1910, más de 400.000 hectáreas se cultivaban con algodón, y solo la provincia de Ferghana proporcionó la mitad de la materia prima necesaria para la industria algodonera rusa. El "servicio hidrológico", que acababa de crearse, tenía vastos proyectos; pensaba hacer cultivables más de dos millones de hectáreas e instalar allí en seguida colonos rusos. Sin embargo, también aquí la transformación del país, bajo el impulso de las técnicas europeas, estaba solamente en sus comienzos.

En la India, que con sus 315 millones de habitantes era el único núcleo humano que podía compararse numéricamente con la China, la administración inglesa, había comprendido, desde hacía mucho tiempo, que para explotar los recursos del país en materias primas y desarrollar la venta de los productos manufacturados, era necesario construir una red de ferrocarril: desde 1869—en el momento en que la apertura del Canal de Suez aproximó a Europa el Asia meridional—el tren unía ya a Calcuta con Delhi y Bombay—; en 1890, la India poseía 27.000 kilómetros de caminos férreos; en 1913, 54.000, es decir, cinco veces más que China. Al mismo tiempo que creaba estos medios de transporte, la autoridad británica se preocupó de aumentar, mediante extensas obras de irrigación, la superficie de las tierras cultivables, y, entre 1900 y 1914, había ganado ocho millones de hectáreas, sobre todo en el Pendjab y en el Sind: creó un Instituto de agricultura, que, por medio de las escuelas agrícolas provinciales y de las granjas modelos, difundió el uso de nuevas técnicas e incitó a los productores a desarrollar los cultivos destinados a la exportación: algodón, yute, granos oleaginosos. La existencia del ferrocarril fue lo que permitió explotar los yacimientos hulleros de Bengala y de las provincias centrales y los recursos en mineral de hierro, en el Dekan, destinadas a la consumición local; también ella hizo posible, más recientemente, incrementar la extracción y la venta del manganeso, del que la India era a la sazón el suministrador principal de todo el mercado del mundo. En veinte años, las exportaciones de géneros alimenticios y de materias primas se habían triplicado.

Por último, la India se convirtió en un importante mercado, en cuanto a productos manufacturados, textiles y metalúrgicos—de origen europeo, sobre todo de Gran Bretaña. Es cierto que tal corriente de importaciones tendía a disminuir, a medida que se desarrollaban en la

India las industrias de transformación. Las empresas de hilado y de tejido del algodón, creadas por capitalistas indios, con la asistencia de técnicos ingleses ya habían conseguido, gracias a los bajos precios de la mano de obra, hacer frente a la competencia de las telas de algodón de Lancashire, aunque los productos ingleses fuesen admitidos casi en franquicia; y colocaron a la India en el cuarto puesto de la producción mundial. La industria del yute alcanzaba un auge que preocupó, durante algún tiempo, a los productores ingleses. La industria metalúrgica nació en 1907, y las fundiciones de acero de Bengala exportaban a Birmania y a China. La administración inglesa, que al principio había favorecido aquel desarrollo industrial, mediante la creación de escuelas técnicas, comenzó a percibir sus posibles inconvenientes.

Sin embargo, tales perspectivas todavía no resultaban inquietantes. La India, en 1913, era el cliente más importante de las industrias británicas; recibía el 13 por 100 de las exportaciones inglesas. Gran reserva de materias primas y gran mercado de exportación también era el campo predilecto de las inversiones de capital británico en la construcción de caminos férreos y de la red telegráfica; pero, asimismo, en las actividades agrícolas, industriales y comerciales el importe total de dichas inversiones alcanzó a nueve mil millones y medio de francos.

En las colonias y en los protectorados de Indochina, la colonización francesa y la inglesa, dieron a la vida económica, desde el principio del siglo xx, una orientación nueva. Gracias a los trabajos de hidráulica agrícola, cuya iniciativa tomó la administración francesa, se aumentó la superficie de los arrozales y se pudo mejorar el rendimiento; tal aumento de la producción permitió a la Indochina francesa convertirse en exportadora de arroz. Los colonos franceses comenzaron a introducir nuevos cultivos—té, café, caucho—en las mesetas de Annam. Sin embargo, los capitales franceses se dirigían con preferencia hacia las actividades industriales—la explotación de los recursos de Tonkín en hulla y en cinc, las destilerías de arroz, las fábricas de cemento artificial e incluso, desde hacía algunos años, las hilanderías de algodón y los talleres de construcción de máquinas. Pero aquellos territorios franceses no tenían aún un sistema de transportes adaptado a sus necesidades: el ferrocarril *transindochino* que, destinado a unir la Cochinchina a Tonkín, se construía desde diez años atrás, no estaba acabado; y como esa vía férrea carecía de ramales en dirección a la cordillera annamita o a las mesetas de Laos, la explotación de los recursos forestales seguía siendo muy difícil. La colonización inglesa parecía haber obtenido resultados más considerables en Birmania, en donde la producción del arroz hacía progresos comparables a los realizados en Cochinchina; pero donde las iniciativas británicas eran además muy eficaces para el desarrollo de las plantaciones de caucho y para la explotación de madera de teca; se debía también a los cuidados de la administración inglesa

y a los capitales ingleses la explotación de los yacimientos de petróleo, organizada, en 1911, en la alta Birmania, por el *British Burma Oil*.

El gran Imperio colonial holandés—rosario de islas y de archipiélagos que de Sumatra a Nueva Guinea se extendía, de Oeste a Este, 5.000 kilómetros—contaba, en 1914, con unos cincuenta millones de habitantes, concentrados sobre todo en Java, en la cual vivían treinta y cinco millones de hombres, en una superficie igual a la cuarta parte de Francia. A la masa de la población indonésica, cuya mayor parte se había convertido a la religión islámica, tenían que añadir los chinos—unos 800.000—que se ocupaban del comercio al detall, y los árabes—130.000—. La población europea, que era casi exclusivamente holandesa, no pasaba de 150.000 personas, incluidos los funcionarios y los soldados. La colonización holandesa se impuso como objetivo, desde 1830, establecer plantaciones que, con iniciativas europeas, produjeran los géneros alimenticios y las materias primas destinadas a la exportación (azúcar de caña, café, cacao, aceite de palma, caucho); mientras que las plantaciones indígenas—arroz, yuca, cacahúete—trabajaban sobre todo para el consumo local. En Java—la única parte de ese imperio donde tenía importancia la colonización europea—, dos mil plantaciones (dirigidas sobre todo por holandeses y algunas veces por ingleses), proporcionaban el 85 por 100 de los productos destinados a la exportación. La explotación de los productos del subsuelo—el estaño de las islas Banka, el mineral de hierro de Borneo y de las Célebes, el petróleo de Borneo, de Sumatra y de Java—solo comenzó a partir de 1880; el Estado, propietario del subsuelo, practicó la explotación directa, o bien otorgó concesiones a largo plazo. En 1914, el resultado de esta obra colonial era muy considerable, desde el punto de vista económico. Gracias a un cuerpo de administradores de competencia notable, al espíritu de iniciativa de los plantadores y a la afluencia de capitales (cuyos dos tercios eran solamente holandeses) las Indias holandesas ocupaban un puesto importante en la vida general del mundo. Pero tal prosperidad no beneficiaba más que a los europeos, o, en algunos casos, a los emigrantes chinos; la masa de la población indonésica continuaba, en la proporción de un 95 por 10, viviendo dentro del tradicional marco de la economía local.

En esas colonias europeas de Asia, la dominación de los blancos no estaba amenazada seriamente. En Siberia no podía estarlo, pues la población indígena—870.000 habitantes, en total de 15 millones—se hallaba añogada por la inmigración, y además no parecía en aquella época ser capaz de un esfuerzo intelectual o político. Podría estarlo en Turquistán, donde los colonos rusos se encontraban en ínfimo número, y la población musulmana rehusaba todo contacto social con los invasores; pero las guarniciones rusas ocupaban, sólidamente, todos los puntos estratégicos. Se mantenía, sin esfuerzo, en las Indias holandesas, donde los blancos eran, no obstante, poco numerosos. Tan prolongada seguridad se debió tal vez a los métodos de la administración holandesa, que no

se preocupó, en el siglo XIX, de difundir la civilización europea, retardando así la formación de una minoría indígena; solo en 1901 hizo alusión el gobierno a su “deber moral” hacia las poblaciones, y en 1907 comenzó a organizar una enseñanza primaria. Así, la única reivindicación de la que hubo de preocuparse la administración fue la de los chinos, que en los primeros años del siglo exigieron el beneficio de un estatuto *superior* al de la masa indonésica. Pero, a partir de la admisión de los indígenas en los establecimientos holandeses de enseñanza, comenzó a despertarse una oposición; en 1911, la sociedad *Sarekat Islam*, simple agrupación de comerciantes primero, se transformó en una asociación política que reclamó, para los musulmanes, una participación en la administración. Sin embargo, este primer grupo de resistencia no reivindicaba todavía la emancipación ni hacía pesar ninguna amenaza sobre la presencia europea.

Solo en la Indochina francesa y en la India inglesa se manifestaron síntomas de resistencia, cuyo alcance era desigual.

En Indochina, entre una población de 18 a 19 millones de habitantes, los franceses—incluidos militares y marinos—sumaban 24.000, el malestar político, cuyo carácter fue señalado por el gobernador general en un informe redactado en 1909, era consecuencia directa de la guerra ruso-japonesa, la primera victoria ganada por los amarillos sobre los blancos, desde que se hubo desarrollado el imperialismo colonial europeo. En los pueblos se llevó a cabo una propaganda oral por nacionalistas annamitas *intelectuales* o jóvenes formados en las escuelas francesas. ¿Con qué divisa? Restablecer la independencia de Annam y *elevantar* al Estado *al nivel del Japón*, mediante la asistencia financiera y política de los nipones. Pero el movimiento insurreccional, cuyos preámbulos aparecieron en el alto Tonkín, en 1908, fue rápidamente reprimido.

La resistencia *nacional* tomaba en la India una amplitud completamente diferente. En aquella masa humana, en cuyo seno los ingleses—60.000 soldados, 25.000 funcionarios, 50.000 colonos—se hallaban sumergidos, fue necesario, en interés del desarrollo económico, formar, en la escuela y en la Universidad, una minoría escogida indígena. Tales jóvenes que, por centenares de millar, seguían la enseñanza inglesa; los comerciantes, que obtenían a menudo pingües beneficios a partir del establecimiento de las vías férreas llegaron a ser los promotores o los sostenes del movimiento nacional, dirigido contra la dominación británica. Pero a costa de algunas concesiones—una reforma de las instituciones políticas que estableció un régimen “semirrepresentativo”—, Gran Bretaña, en 1914, parecía haber vuelto a hacerse dueña de la situación. ¿No proclamó el jefe de los nacionalistas moderados, Gokhale, en el Congreso nacional de 1909, que la dominación inglesa había sido, para la India, un instrumento de progreso y que solo ella era capaz de asegurar “el orden y la paz” en aquel país donde la población era heterogénea?

El papel de Europa no se limitaba a las regiones sometidas a su administración. También tenía importancia en el Imperio chino y en el cercano Oriente, donde los grandes Estados se repartían de derecho o de hecho, zonas de influencia económica, que podían abrir el camino a la influencia política.

En China, donde vivían, en 1914, 65.000 europeos (mientras que, en 1899, su número era apenas de 12.000, la influencia de Europa resultaba decisiva en la vida económica y financiera. Un 70 por 100 de los intercambios exteriores se efectuaba con Europa. Los capitales invertidos por los extranjeros—3.035 millones de francos-oro, Gran Bretaña; 1.315 millones, Alemania; 1.354 millones, Rusia; 855 millones, Francia—eran de origen europeo, en la proporción de un 85 por 100. Los grandes bancos que servían de intermediarios entre los comerciantes chinos y el extranjero (pues los bancos chinos solo se ocupaban de las transacciones interiores) eran sobre todo ingleses: la *Banque de Hongkong et Changhai*, fundada medio siglo antes, mantenía un papel preponderante; pero la *Deutsh-Asiatische Bank*, desde 1891, la *Banque-russo-chinoise*, desde 1895, la *Banque de l'Indo-Chine*, desde 1899, y la *Banque belge pour l'étranger*, desde 1902, intervinieron activamente en las empresas de obras públicas.

Los europeos conservaron en las empresas industriales un papel predominante, al que las recientes iniciativas japonesas todavía estaban muy lejos de amenazar: las principales fábricas de algodón en Shanghai, en Hankeu, en Ningpo, eran empresas europeas, como los diques de Shanghai (perteneían a una gran sociedad inglesa), los talleres de material ferroviario y los astilleros de construcción naval; los ingenieros de los establecimientos industriales, creados por iniciativa de los chinos, eran, casi siempre, europeos; y también formaban los cuadros técnicos de los arsenales chinos: solo había en Shanghai una importante fábrica—de maquinaria—donde los ingenieros fuesen chinos.

La construcción de las vías férreas fue, entre 1898 y 1907, obra exclusiva de europeos, que impusieron al gobierno chino la firma de contratos de concesión. Ciertamente, desde 1908, los medios oficiales de Pekín, conscientes de la amenaza que implicaban tales métodos para la independencia económica del país, comenzaron a reaccionar: el gobierno, al mismo tiempo que se dirigía a bancos extranjeros, para procurarse los recursos, a sociedades extranjeras para la ejecución de los trabajos, a ingenieros extranjeros para la dirección del tráfico, se proponía en lo sucesivo ser propietario de los ferrocarriles y explotarlos bajo su mando directo. Sin embargo, la parte europea siguió teniendo amplia preponderancia: en 1911, en una red de 11.753 kilómetros, en total, 7.687 kilómetros pertenecían a sociedades europeas.

Esta influencia económica y financiera de los europeos se vio confirmada, e incluso aumentada, después de la revolución que expulsó, en el invierno de 1911-1912, a la dinastía manchú y estableció un régimen republicano, desviado, en seguida, hacia una cuasi-dictadura. El Pre-

sidente de la República china, Yuan-chi-Kai, a pesar de la oposición del Parlamento, firmó, el 27 de abril de 1913, un contrato de empréstito con un Consorcio bancario internacional. Con objeto de obtener los recursos necesarios para la reorganización administrativa y económica de China—630 millones de francos-oro—se vio obligado a someterse a condiciones muy duras: *control*, ejercido por *consejeros financieros* europeos, sobre el empleo de los fondos; entrega, al Consorcio, del producto del impuesto de la sal, como garantía del pago de los intereses; derecho de prioridad, reconocido al citado Consorcio, para los futuros empréstitos. Evidentemente, aquellas cláusulas eran de tal naturaleza, que favorecían la penetración de la influencia económica europea, pues los miembros del grupo disponían de un medio de presión permanente sobre la administración china. Pero—el hecho merece nuestra atención—las grandes potencias se orientaban hacia una explotación “conjunta” del mercado chino: la formación del Consorcio cerraba el camino a las iniciativas de un Estado europeo que quisiera atribuirse ventajas preponderantes, era incompatible con un desarrollo de la política de las *esferas de influencia*. Tales perspectivas, que Raymond Poincaré ya había indicado, en marzo de 1912, durante una entrevista con Isvoisky, permitían pensar que la competencia entre los europeos fuese a atenuarse: era aquel, pues, en los métodos de la expansión, un aspecto nuevo.

Semejante conjunción de esfuerzos, en la China propiamente dicha, no obstaculizaba, por otra parte, las iniciativas tomadas por los ingleses y por los rusos para asegurarse, aprovechándose de la revolución china, una influencia en las zonas limítrofes. Los príncipes mogoles que habían expulsado, en octubre de 1911, al comisario chino residente en Ourga y proclamado la autonomía de la Mogolia exterior, celebraron un tratado con Rusia en noviembre de 1912: el gobierno del Zar les prometió apoyo, para mantener la autonomía del territorio, a cambio de que autorizasen a los ciudadanos rusos para comprar terrenos, crear establecimientos comerciales y explotar los recursos mineros. En el Tibet, donde el residente chino, expulsado a finales de 1911 por una insurrección, volvió a instalarse, por la fuerza, en 1912, el gobierno inglés puso trabas a la restauración de la dominación china: el 6 de junio, el acuerdo firmado, en Simla, entre tibetanos e ingleses preveía que el Tibet exterior, es decir, la región de Lhasa, se apartaría de China, y que el gobierno de aquel estado autónomo organizaría un ejército, con ayuda de instructores ingleses, y un servicio de calcatas mineras, con ingenieros también británicos. Yuan-Chi-Kai se negó a reconocer, en el Tibet, el hecho consumado; pero aceptó la autonomía de la Mogolia exterior y los privilegios conseguidos por los rusos, con la condición única de que las tropas del Zar no entrasen en Mogolia. De hecho, aquellos *países vasallos* se separaron de China. ¿Cómo Yuan, en el momento que más necesitaba el concurso financiero de los europeos, se atrevería a oponerse formalmente?

Pero si los intereses económicos y financieros de los europeos mantenían una posición ampliamente dominadora, la influencia de las concepciones políticas europeas, después de haber sido preponderante (el padre de la revolución china, Sun-Yat-Sen, había estudiado a Montesquieu, a Bakunin y a Henry George) se encontraba, después de la revolución de 1911-1912, superada por la influencia americana: la del jurista Goodnow, que se convirtió en el principal consejero extranjero de Yuan-Chi-Kai, y que colaboró, a principios de 1914, en el establecimiento de textos constitucionales, muy alejados, por otra parte, de toda noción democrática.

Por último, la influencia de la civilización *occidental* en las formas de vida social o familiar, se difundió sobre todo a través del apostolado misional; misiones católicas, con preponderancia de religiosos franceses, y misiones protestantes, americanas e inglesas (el papel de las misiones ortodoxas fue casi insignificante). Aunque, entre 1871 y 1914, el número de los chinos convertidos al cristianismo se cuadruplicara, el balance de esta obra misionera permanecía en un plano bastante modesto: en 1914, el número de católicos chinos apenas pasaba de 1.100.000; y las Iglesias protestantes tenían, cuando más, 860.000 adeptos (que no estaban todos bautizados) en una población total que, según parece era de unos 330 millones. Los dos tercios de tales convertidos vivían en las provincias costeras.

En el Imperio otomano, que desde 1913 había perdido casi todos sus territorios europeos (1), pero que conservaba, en Asia, un vasto poderío territorial, la población era turca en Anatolia, salvo la región de Esmirna, de habitantes griegos; en todas las demás partes del Imperio, la dominación otomana se ejercía sobre poblaciones halógenas: kurdos, armenios y sobre todo árabes. Tal situación era favorable para la expansión de los europeos, siempre atentos a aprovechar las resistencias que se manifestasen contra los turcos. Esta penetración extranjera se veía facilitada por el régimen capitular que confería a los europeos, desde el siglo XVI, un estatuto privilegiado (2): libertad comercial, inmunidades de jurisdicción e incluso, en algunos casos, exención de impuestos.

En todas las partes del Imperio, el desarrollo económico había sido obra de los extranjeros. Las grandes empresas (construcción de ferrocarriles y de carreteras, obras de regadío, explotación de recursos mineros) estaban todas dirigidas por hombres de negocios o técnicos europeos y financiadas por capitales europeos también.

La red ferroviaria se hallaba, en su mayor parte, en manos alemanas, desde que el gobierno otomano celebró en 1903 un contrato de concesión del ferrocarril de Bagdad y sus ramales (3); la actividad de

(1) Véase anteriormente, pág. 515.

(2) Sobre los orígenes de tal estatuto, véase el tomo I de esta *Historia*, páginas 310 y 502.

(3) Véase anteriormente, pág. 492.

las sociedades inglesas, francesas y rusas se encontraba limitada a las zonas litorales: la parte occidental del Asia Menor, Siria y los accesos del mar Negro.

Las explotaciones mineras, según la legislación revisada en 1887, estaban regidas por contratos de concesiones, concedidos por el gobierno, bien a ciudadanos turcos, bien a extranjeros. De hecho, entre 1890 y 1912, 228 concesiones fueron distribuidas; 74 de las cuales lo fueron en beneficio de extranjeros; pero estos extranjeros—ingleses, sobre todo, franceses, belgas y a veces alemanes—fueron los que lograron todas las grandes concesiones: las minas de hulla de Heraclea, las únicas que tenían alguna importancia, estaban en manos de los franceses; la explotación de las minas de cobre en Diarbekir, y de cinc en Aidin, eran asunto de capitales y técnicos ingleses.

A dicha preponderancia económica añadían los europeos otro elemento de influencia: el papel que desempeñaban en la gestión de las finanzas públicas del Imperio otomano, desde diciembre de 1881, es decir, desde que el gobierno del Sultán, incapaz de pagar los intereses de su deuda exterior, tuvo que aceptar, por el "decreto de Muharrem", el *control* de sus acreedores y afectar al pago de tales intereses una parte de sus rentas fiscales y aduaneras, que se entregaban directamente al Consejo de Administración de la Deuda Turca, designado por los tenedores. De hecho, aquel Consejo consiguió, gracias a la calidad de los técnicos ingleses y franceses, doblar el rendimiento de las rentas concedidas; también obtuvo fácilmente del gobierno otomano beneficiario de una parte del excedente, una ampliación de su campo de acción. Los nuevos empréstitos exteriores, que la Puerta se vio obligada a contraer para pagar los gastos de la guerra de Tripolitania y de las guerras balcánicas, se sumaron para agravar aún más esta dependencia.

En definitiva, tanto por la financiación de las grandes empresas como por el apoyo financiero prestado al gobierno turco, los europeos habían conseguido medios de acción que les permitían mantener al Imperio turco bajo su *control*. En la Deuda pública, la parte de los tenedores franceses era de 2.400 millones de francos-oro, mientras que las partes alemana e inglesa constaban, respectivamente, de 900 y de 600 millones. En los asuntos privados tenían preponderancia las inversiones de capitales franceses—903 millones de francos-oro—; la parte alemana—750 millones de francos-oro, según los cálculos alemanes, probablemente excesivos—superaba a la parte inglesa, que no alcanzaba a más de 230 millones. En ninguna parte aparecían capitales americanos.

La influencia de las ideas políticas europeas solo era apreciable en medios restringidos—muchachos intelectuales que habían seguido la enseñanza de las Universidades francesas o inglesas, y jóvenes oficiales—. Con todo, unos y otros tenían una manera singular de interpretar los principios del liberalismo. Aunque la Constitución de 1909 decidía que el Ministerio debía dimitir si el Parlamento votaba una moción de desconfianza, no existía verdadero régimen parlamentario, pues el





cieras, que el ferrocarril de Bagdad no pasara de Basora, es decir, que no llegara al golfo Pérsico, y que la navegación en el Chatt el Arab, entre Basora y el mar, sería concedida por el gobierno turco a una sociedad en la cual tendrían preponderancia los capitales ingleses; por último, la explotación de los petróleos de Mesopotamia, cuya existencia era conocida desde 1890, sería confiada, por el Sultán, a una sociedad anglo-germano-holandesa, entendiéndose que un tercio de la producción se reservaría para las necesidades de la marina inglesa, un tercio para las de la alemana, y que solo el último tercio se destinaría a la venta.

El gobierno italiano también se colocó en la fila de los peticionarios. Puesto que la guerra de Tripolitania le había proporcionado la ocasión de ocupar, en el mar Egeo, las islas del Dodecaneso (1), pensó crearse un puesto en el Mediterráneo oriental; se le vio negociar con el gobierno turco; luego, con Gran Bretaña: el acuerdo del 6 de marzo de 1914 autorizó a un grupo financiero italiano a construir un camino férreo que, partiendo del puerto de Adalia, en la costa meridional del Asia Menor, penetraría hacia el interior de la Anatolia.

Este reparto ferroviario acabó en el establecimiento de zonas de influencia económica, pues los contratos de concesión de ferrocarriles implicaban privilegios para la explotación de los recursos mineros en la región atravesada por el ferrocarril. Pero ¿se encontraban esos planes limitados a los beneficios materiales? Ciertamente, no; todos los participantes consideraban los acuerdos ferroviarios como jalones colocados *con miras a un reparto posible de la Turquía asiática*. Estas esferas de influencia—escribía (1) Jules Cambon—son “partes futuras”. El embajador alemán en Constantinopla, sin desear aquel reparto, creía necesario prever sus particularidades. En definitiva, según comprobó. en diciembre de 1913, el embajador austro-húngaro (que hubiera querido ver a su gobierno tomar parte en la competición) la política alemana tendía a establecer *una especie de protectorado* en las regiones de Asia Menor, en las cuales las poblaciones turcas se encontraban en mayoría, sin perjuicio de abandonar a las otras potencias europeas las regiones *no turcas* del Imperio otomano—Siria, Mesopotamia, Armenia—; Alemania, escribía Raymond Poincaré, se reserva “la parte del león”.

La penetración de las influencias económicas e intelectuales europeas fue menor en Persia, aunque la independencia de este estado se viese amenazada por las ambiciones rivales de los europeos. Gran Bretaña y Rusia, después de haber intentado durante mucho tiempo sacar ventajas la una sobre la otra, acabaron por celebrar un compromiso, en 1907, que podía ser preámbulo de un reparto (2): los rusos tenían el monopolio de las concesiones de ferrocarriles y de la explotación de

los recursos del subsuelo en toda la parte septentrional del país—Ispahan, Teherán—que parecía ser la más rica; Gran Bretaña poseía derechos simétricos en la región del Sudeste, al Seistán, un territorio *semi-desértico*, pero esencial para cubrir los caminos de penetración hacia la India; entre las zonas de influencia rusa e inglesa quedaba una zona llamada *neutral*, donde podía proseguirse la rivalidad entre intereses económicos extranjeros: esa zona englobaba las orillas del golfo Pérsico. De hecho, el acuerdo no ponía fin a la rivalidad entre ingleses y rusos, que, aprovechando los disturbios políticos persas, seguían procurando asegurarse una influencia sobre los medios dirigentes. Pero los dos rivales se apoyaron mutuamente para desbancar a posibles competidores, en 1910, cuando un grupo bancario, del que se sospechaba que defendía intereses alemanes, propuso en empréstito, y, en 1911, cuando el gobierno persa llamó a un experto financiero americano, Shuster. Los móviles de aquellas rivalidades eran, sobre todo, políticos y estratégicos. En tal fecha, las cuestiones económicas no ocupaban todavía el primer plano: la construcción de los ferrocarriles se hallaba esbozada nada más (una sola línea, de 54 kilómetros, estaba en explotación), aunque el primer contrato de concesión se hubiese firmado doce años antes; la explotación de los recursos petrolíferos, cuya existencia fue reconocida a partir de 1908, apenas había comenzado.

Si la expansión económica de Europa era modesta, la expansión religiosa aún lo era más. En este país del Islam, el apostolado cristiano sólo había obtenido resultados mínimos: las misiones católicas—sobre todo las de los Lazaristas—no tenían más de 10 000 fieles; los misioneros ingleses de la *Church Missionary Society* anunciaban treinta y siete mil conversiones; las misiones ortodoxas trabajaban con éxito pero solamente en un grupo de población no islamizada, los nestorianos de la región de Urmia.

Únicamente en el campo de las ideas políticas era donde la penetración de la influencia europea parecía ser más notable.

¿No garantizaba la Constitución del 8 de octubre de 1907 las libertades individuales y las libertades públicas? ¿No proclamaba el principio de la separación de poderes e incluso establecía el régimen parlamentario? ¿No se había vencido la resistencia del Sah, en 1909? ¿No llamó el gobierno a consejeros extranjeros para reorganizar los servicios administrativos, judiciales y financieros? Pero la imitación no pasó de la superficie. Para apreciar la deformación que sufrían las concepciones políticas europeas basta con comprobar cómo pesaban, en la vida parlamentaria, las autoridades religiosas: la Constitución confería a los Ulemas un derecho de veto sobre las leyes votadas por la Asamblea nacional, en el caso en que estimasen que tales leyes se hallaban en contradicción “con los santos principios del Islamismo”.

(1) Véanse anteriormente, págs. 509-510.

(2) Véanse anteriormente, págs. 491 y 505.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre el Extremo Oriente, en gene-**

Además de las obras ya citadas en la pág. 493, consultar: O. BECKER: *Der Ferne Osten und das Schicksal Europas, 1907-1918*, Leipzig, 1940.—E. ZAPRISKIÉ: *American Russian Rivalry in the Far East, 1895-1914*, Philadelphie, 1946.—P. LINEBARGER, DIANG CHU et A. W. BURKS: *Far Eastern Governments and Politics*, Nueva York, 1955. F. LÉGER: *Les influences occidentales dans la révolution de l'Orient: Inde, Malaisie, Chine, 1850-1950*, París, 1955, 2 vols.

**Sobre la China.**—REID: *The Manchu Abdication and the Powers, 1908-1912*, Berkeley, 1936.—S. Y. FENG y J. K. FAIRBANK: *China's Response to the West*, Cambridge, U. S. A. 1954 (documentos).—W. KOCH: *Die Industrialisierung Chinas*, Berlín, 1910.—A. DE LABOULAYE: *Les Chemins de fer en Chine*, París, 1911.—W. WILLOUGHBY: *Foreign rights and Interests in China*, Baltimore, 2 ed. 1927.—E. TŪ ZEN SUN: *Chinese Railways and British Interests, 1898-1911*, New-York, 1955. F. REMER: *Foreign Investments in China*, Nueva York, 1931.—F. FIELD: *American Participation in the China Consortiums*, Chicago, 1931.—K. S. LATOURETTE: *History of Christian Missions in China*, Nueva York, 1929.—P. LINEBARGER: *Political Doctrines of*

*Sun-Yat-Sen*, Baltimore, 1937.—L. HSE: *Sun-Yat-Sen. His Political and Social Ideas. A source book.* Los Angeles, 1933.—CH. VEVIER: *The U. S. and China, 1906-1913. A study of finance and diplomacy*. Nueva Brunswick, 1955.

**Sobre Siberia y el Turquestán.**

A. KOULOMZINE: *Le Transibérien Trad. France*, París 1904.—A. WOEIKOFF: *Le Turkestan russe*, París, 1914.—C. DUNCKWORTH: *Sibirien*, Berlín, 1921.—V. SIMEOKOFF: *La Colonisation russe en Asie*, París, 1929.

**Sobre la India.**—C. ANSTEY: *Economic development of India*, Londres, 1929.—W. SMITH: *Nationalism and Reform in India*, New Haven, 1939. C. ANDREWS y O. Mukerjee: *The Rise and Growth of Congress in India*, Londres, 1938.

**Sobre Persia.**—J. SIASSI: *La Perse au contact de l'Occident. Etude historique et sociale*, París, 1931.

**Sobre el Imperio Otomano.**—G. FES-

TER: *Die türkische Bergbaustatistik*, Berlín, 1918.—K. RENNER: *Der Aus-senhandel der Türkei vor dem Weltkrieg*, Berlín, 1919.—A. ROUMANI: *Essai historique te technique sur la Dette publique ottomane*, París, 1927. R. TRESSE: *Le pèlerinage syrien aux Lieux Saints de l'Islam*, París, 1937.

## CAPITULO XV

## LA COLONIZACION EUROPEA EN AFRICA

Africa era tierra de colonización europea, con excepción de dos estados independientes, la República de Liberia, cuya población se formó, en parte, por negros repatriados de los Estados Unidos, y Etiopía, en la cual Gran Bretaña, Francia e Italia establecieron, en 1906, un reparto de zonas de influencia económica. La dominación, directa o indirecta, de los europeos modificó las actividades económicas, las estructuras sociales y las concepciones mentales. Pero las condiciones eran muy diferentes en las regiones mediterráneas, desde el mar Rojo al Moghreb, donde la preponderancia del Islam resultaba aplastante; en Africa del Sur, fuertemente marcada por una población europea; y, por último, en el Africa negra.

Africa del Norte, si dejamos a un lado la Tripolitania-Cirenaica (donde la conquista italiana acababa de terminar sin que hubiera todavía comenzado la colonización) se encontraba estrechamente ligada, a través de la expansión francesa o inglesa, a la vida económica de Europa.

En Egipto, donde la población autóctona contaba, en el seno de una gran mayoría musulmana, con una importante minoría copta, los europeos que allí residen, que eran cerca de ciento veinte mil, solo moderadamente se habían asociado a las actividades agrícolas: únicamente seis mil de ellos eran terratenientes y poseían en total unas 350.000 hectáreas, es decir, el 14 por 100 del suelo laborable. Pero las obras públicas y las empresas de transporte, las industrias y el comercio estaban casi totalmente en sus manos. ¿Qué diferencia, sin embargo, entre los veinte mil ingleses que ocupaban los puestos de mando o de dirección, oficiales, funcionarios, ingenieros, grandes comerciantes; los catorce mil franceses, entre los que se hallaban los más diversos tipos sociales, desde el gran hombre de negocios al modesto comerciante, y los treinta mil italianos (en cuyo número se contaba un gran contingente de triestinos), que eran casi todos artesanos, o los cuarenta mil griegos, comerciantes detallistas, usureros o vendedores de bebidas! Pero todos aquellos europeos, por humildes que fuesen, se benefician de un régimen de privilegio, ya que el sistema capitular los eximía de los impuestos directos y les concedía inmunidades jurídicas.

No podemos dudar de que la presencia europea y sobre todo las iniciativas tomadas por los ingleses, desde 1882, habían dado un gran impulso a la vida económica: las obras de regadío ejecutadas durante la

administración de Lord Cromer (la cual duró hasta 1907), aumentaron las superficies cultivables y permitieron desarrollar el cultivo del algodón o de la caña de azúcar, así como la construcción de vías firmes: 4.000 kilómetros, en 1903, en Egipto propiamente dicho, sin contar con el ferrocarril que une Alejandría a Kartum. Esa transformación solo fue posible gracias a la afluencia de los capitales extranjeros, en la cual la parte de las inversiones francesas, ampliamente preponderante hasta 1903, decayó, entre 1904 y 1914, en provecho de las inversiones inglesas, valoradas, a la sazón, en 1.250 millones de francos-oro.

Pero tal prosperidad no mejoró la suerte de los campesinos: incluso la agravó a veces, porque muchos de los pequeños propietarios, incapaces de modificar sus métodos de producción por falta de medios financieros, fueron arruinados y desposeídos; la creación de un Banco agrícola, que les proporcionaba préstamos, retrasó dicha evolución, sin suprimirla, no obstante. Por otra parte, no eran los campesinos miserables quienes pensaban destruir la estabilidad política: la resistencia a la presencia inglesa solo se manifestaba en la juventud intelectual, en la que el *Partido Nacional*, formado en 1904, representaba la tesis intransigente, de matiz revolucionario; mientras que el "Partido de la nación", creado en 1907, bajo la dirección de Zagloul Pacha, declaró que permanecería en los caminos de la legalidad. Cromer había creído poder avenirse con la oposición "constitucional"; incluso parece ser que había animado a la iniciativa de Zagloul para burlar el *Partido Nacional*: tal iniciativa no tardarían en lamentarla sus sucesores.

Es evidente que entre Argelia, donde la dominación se remontaba a ochenta años, y Túnez, donde databa de treinta, la penetración de las influencias europeas era muy desigual. En la primera, un régimen de asimilación administrativa y aduanera; una población blanca-francesa o española—que llegaba, poco más o menos, a un cuarto de la población total; una legislación agraria que tendía a abolir, progresivamente, las formas de la propiedad colectiva y a entregar a los indígenas títulos individuales de propiedad; un derecho de sufragio concedido a algunos indígenas. En la segunda, un estatuto de protectorado; una legislación aduanera que tenía la obligación de respetar los intereses de los estados extranjeros; una colonización blanca, en la que los italianos eran tan numerosos como los franceses y conservaban, en virtud de las convenciones de 1896, un estatuto privilegiado con relación al de los otros extranjeros (1). Pero en los dos casos la actividad económica se había desarrollado gracias a capitales franceses, ya se tratase de la explotación del mineral de hierro en el Ouenza, de la potasa en el sur de Túnez, del esparto en las altas mesetas argelinas o del cultivo de la vid en el Tell.

La presencia francesa era, con todo, casi imperceptible, desde el punto de vista económico y social, en el Imperio jerifiano, donde las lu-

(1) Véase anteriormente, pág. 501.

chas llamadas de *pacificación* no habían acabado (la *mancha* de Tazza solo fue reducida en mayo de 1914).

No era posible animar la colonización—hizo constar en tal momento el informe del general Lyautey—mientras que el país no tuviera un comienzo de preparación económica. Ahora bien: ese comienzo era muy modesto aún: las tres carreteras que debían unir Casablanca con Rabat, Mazagán y Marrakech no se habían terminado; las obras del puerto de Casablanca no se adjudicaron hasta marzo de 1913; la construcción de ferrocarriles se encontraba solo en estudio. Únicamente el equipo escolar empezaba a organizarse en las ciudades, pero entre los diez mil alumnos de las escuelas primarias solo un tercio estaba formado por indígenas.

África del Sur era, sin duda, la parte del continente que más rápidamente se había transformado por las influencias europeas. El descubrimiento de las minas de diamantes, después, de las minas de oro en los límites del Transvaal y del Orange provocó, desde 1890-1895, la afluencia de inmigrantes europeos; indujo a Cecil Rhodes a extender la dominación británica hacia nuevos territorios para cercar a las dos repúblicas bóers, y a desplegar una red ferroviaria que alcanzaba en 1913 17.000 kilómetros; y fue la causa determinante de la guerra que concluyó en 1902, con la anexión de los pequeños estados (1). La explotación de dichas riquezas del subsuelo llevó consigo una afluencia de capitales: las inversiones inglesas en África del Sur llegaron a 9.250 millones de francos-oro, es decir, casi tanto como en la India. Provocó cambios importantes en el medio social indígena: los negros más evolucionados—bantús y cafres—reunían, trabajando en las minas, un peculio que deseaban emplear en la compra de tierras; se sentían, pues, más intranquilos que nunca al ver que la tierra pasaba, en parte, a manos de los blancos. Por último, aquella transformación de la vida económica atraía una inmigración de chinos y, sobre todo, de hindúes, que en Natal eran tan numerosos como los blancos, y por incitación de Ghandi reivindicaban el derecho del voto. A estas consecuencias sociales del desarrollo económico se añadían los cambios de mentalidad de los medios indígenas bajo la influencia de los misioneros: 300.000 negros habían sido convertidos por las misiones protestantes.

El África del Sur se encontraba, pues, en plena fermentación. Ciertamente la población blanca—21 por 100 de la población total en 1910—era lo suficientemente numerosa para mantener sólidamente una posición preponderante. Pero boers e ingleses eran los enemigos de ayer, y la oposición entre sus intereses económicos aumentaba las antipatías y los rencores. El porvenir de la dominación blanca dependía, pues, de la reconciliación entre estos dos grupos. Tal era el objetivo perseguido desde 1906 por la política británica, otorgando a Transvaal y a Orange

(1) Véase anteriormente, pág. 477.

un estatuto de autonomía legislativa análogo al que ya poseían las colonias de El Cabo y de Natal. La yuxtaposición de cuatro territorios donde los gobiernos practicaban, desde el punto de vista fiscal, económico y social, políticas diferentes presentaba, no obstante, graves inconvenientes: ¿Cómo organizar de manera satisfactoria la construcción y la explotación de los ferrocarriles? ¿Cómo armonizar las medidas relativas a las relaciones entre los blancos y los indígenas? El Acta de Unión, que entró en vigencia el 31 de mayo de 1910, precavía esas dificultades. En lo sucesivo todas las cuestiones esenciales serían de la competencia de un parlamento sudafricano elegido por los ingleses y los boers, a los que se añadía un contingente de negros, propietarios de terrenos en la colonia de El Cabo. Ciertamente que tal estatuto no fue aceptado por la totalidad de los boers: en Orange, sobre todo, persistía una resistencia, cuyo foco era el *Partido nacionalista*. No obstante, la realización de la unión sudafricana parecía conseguida por aquella fecha.

En el África negra—ya se tratase del África Occidental y Ecuatorial francesa; de las colonias inglesas de Gambia, de Sierra Leona, de la Costa de Oro, de Nigeria o del África oriental; de los territorios alemanes del Camerón, de Togo y del África oriental; del Congo, convertido en colonia belga desde 1908; de las colonias portuguesas de Cabinda, de Angola y de Mozambique, o de los pequeños territorios españoles y holandeses de Guinea—los estados colonizadores tuvieron por objetivo inmediato, desde el punto de vista económico, desarrollar la producción de artículos alimenticios y de materias primas destinadas a la exportación hacia Europa. Para conseguir este resultado establecieron una legislación agraria, reglamentando el reclutamiento de la mano de obra y la organización de las explotaciones agrícolas, forestales o mineras.

La legislación agraria, de la que Leroy-Beaulieu decía, en 1880, que era "quizá el punto principal de todo el sistema colonizador", tuvo como objetivo efectuar un reparto del suelo entre colonos e indígenas. En las colonias francesas la administración decidió que las *tierras vacantes y sin dueño* formarían parte de la propiedad del Estado, sin precisar cómo serían comprobados los derechos adquiridos de los indígenas. La administración inglesa adoptó diversos procedimientos: en Kenya el sistema de *reservas* adscribía a los indígenas ciertas zonas en las que los colonos no podían comprar ni alquilar tierras, y abría a la colonización las otras partes del territorio, en las cuales solo era admitido el indígena a título de jornalero a sueldo; en Uganda todas las tierras que no eran propiedad privada de un indígena fueron adjudicadas a la Corona británica, en virtud de una ordenanza de 1903; grave medida, pues no se habían tenido en cuenta las formas de propiedad colectiva en el Sudán nilótico, por último, la ley decidió simplemente que el indígena no podría ser desposeído totalmente y que conservaría como mínimo dos hectáreas. La legislación alemana había

adoptado primero el sistema de las *reservas*, pero ante las quejas de los indígenas y, sobre todo, ante la insurrección que perturbó, en 1905-1906, el sudoeste africano, la administración, en el Camerón como en el África Oriental, renunció a dicho sistema, y decretó que ninguna tierra efectivamente ocupada por un indígena podría ser adjudicada a un colono. En conjunto, los trasposos llevaron con frecuencia a una verdadera expoliación, tanto mayor cuanto que los europeos ignoraban los regímenes indígenas de propiedad o desdénaban tenerlos en cuenta.

Estas tierras, arrebatadas a los indígenas, fueron adjudicadas ora a colonos (como concesión gratuita, por venta o en arriendo), ora a compañías de colonización. En realidad, lo que se utilizó, sobre todo, fue el sistema de las grandes Compañías en África ecuatorial francesa, en África oriental alemana y en el Congo belga: El estado concedía a las sociedades vastos territorios, les otorgaba, dentro de los límites de la concesión, un derecho exclusivo para la explotación de los recursos y para las actividades comerciales (corría a cargo de ellas el establecer las carreteras y asegurar el orden). Tal era el medio de aligerar las cargas de la administración y conseguir más fácilmente atraer capitales. Pero en casi todas partes las compañías de colonización abusaron de los indígenas, sin vacilar en recurrir a las amenazas y a la violencia. Los escándalos denunciados en 1906-1907 en la tribuna del Reichstag tuvieron su parangón en Francia, donde la encuesta confiada a Brazza dio por resultado graves comprobaciones, y algunos medios ingleses hicieron ardientes campañas contra los métodos de la colonización belga. A partir de 1907 en Alemania, y de 1910 en Francia, los gobiernos tuvieron que renunciar a tal sistema, e iniciaron negociaciones con las compañías para abrogar sus contratos y volver a comprar sus derechos. Pero nada de eso se hizo en Bélgica, donde seguía floreciente el régimen de las grandes sociedades: en 1911 la *Société Forestière du Congo* y la *Compagnie du Katanga*, que ya poseían importantes concesiones de tierras, obtuvieron el derecho de explotar los recursos mineros de su respectiva zona.

Por último—para permitir a las empresas o a la administración europeas que se procurasen mano de obra, cuyo reclutamiento era, a menudo, difícil en las regiones de población poco densa y que carecía del hábito y de la necesidad de prestar un trabajo regular—, los Estados colonizadores utilizaban la requisa, no solamente para los trabajos de utilidad pública, sino también, en la zona ecuatorial, para el portej. Asimismo intervenían en el establecimiento de contratos de trabajo a largo plazo, contratos de "compromiso" entre indígenas y colonos. La administración protegía en tales casos al indígena en cuanto que vigilaba las condiciones de habitación o de salario; pero, sobre todo, garantizaba los intereses del patrón, imponiendo sanciones penales al *contratado* cuando rompiera, sin motivo justificable, su contrato: en África occidental la pena solía limitarse a una multa, pero en la co-

lonia belga y en las alemanas la pena era de prisión; en Eritrea la legislación preveía inclusive un castigo corporal para el "desertor".

¿Tenían aquellas coacciones una compensación en el desarrollo de los medios de comunicación? El equipo ferroviario era todavía muy modesto, en comparación con el Africa austral y con la del Norte: cuatro ferrocarriles que, desde la costa occidental penetraban en el interior (el más largo, el que unía a Dakar con el Níger, no pasaba de 1.200 kilómetros), y solamente dos líneas en la costa oriental. El gran proyecto de *El Cabo a El Cairo*, cuya realización había seducido a Cecil Rhodes veinte años antes, no alcanzaba aún más que dos tercios de su longitud: toda la parte central, de Kartum al lago Tanganika—3.300 kilómetros—, estaba sin construir. En cuanto al *transcongo-leño*, que uniría las colonias alemanas del Camerón a las del Africa oriental, a través del Congo belga, era una posibilidad a la que se aferraban los medios coloniales del Reich en un plan político; pero en la práctica, la solución, que consistía en enlazar, mediante pequeños ferrocarriles, las partes navegables del río, bastaba para cubrir las necesidades.

Careciendo de estudios sobre los detalles no es posible fijar el alcance preciso de la intervención europea en la vida económica del Africa negra en los primeros años del siglo XX. La acción de los europeos había tenido, sin duda, resultados felices en las regiones en las que los cultivos nuevos fomentaron un comercio de exportación, del que los productores indígenas habían salido beneficiados; también los tuvo desastrosos, cuando estos cultivos, en el norte del Senegal, por ejemplo, agotaron los terrenos, y también cuando el régimen de la prestación a las obras públicas había restado a la agricultura una parte de la población activa. En conjunto, sin embargo, la colonización europea, simplemente porque había llevado la paz a esas regiones donde la guerra era antes un estado endémico, tuvo por resultado mejorar el nivel de vida de las poblaciones, por lo menos en las zonas en que la presencia de los colonos permitía el desarrollo de los cultivos destinados a la exportación. Pero tampoco podemos dudar de que la legislación sobre las tierras despejó a menudo a los propietarios o a las colectividades indígenas y agravó las condiciones materiales de su vida.

En el medio social, las perturbaciones producidas por la colonización europea eran aún más perceptibles: declinar de las *aristocracias* locales, sobre todo, cuando la supresión de la esclavitud las privó de su mano de obra; disociación de los "clanes", cuyos miembros evitaban más fácilmente la autoridad del grupo desde que ya no necesitaban, para asegurar su seguridad personal, permanecer bajo su protección; formación de una minoría indígena iniciada por medio de las escuelas abiertas por las administraciones coloniales o por las Congregaciones religiosas, en la técnica y en las concepciones intelectuales o religiosas de Europa. Esta penetración de las influencias europeas, frenada, en las

regiones donde predominaban los musulmanes, por la resistencia de una religión que también establece una moral social, se desarrollaba más ampliamente entre las poblaciones animistas o fetichistas: en el Africa negra, las misiones católicas—las de los Padres Blancos, las de los Padres del Santo Espíritu y las de los Jesuitas—tenían en 1914 unos dos millones de fieles; y las misiones protestantes, al frente de las cuales figuraban las estaciones de la *Church Missionary Society*, contaban con ochocientos mil; por tanto, cerca de tres millones de cristianos, es decir, el triple que en el Imperio chino, que estaba unas diez veces más poblado. El apostolado misionero, aunque no estuviese destinado, en el principio, a servir a la "europeización", le preparó el camino.

Colonizado por los europeos, el continente africano se encontraba, en definitiva, en la órbita de la Europa occidental, a la que vendía el 83 por 100 de sus exportaciones y compraba el 72 por 100 de sus importaciones, mientras que la parte del comercio de los Estados Unidos solo era de un 5 por 100.

\* \* \*

En las rivalidades coloniales entre los Estados europeos, el Africa del Sur y el Africa del Norte, fueron durante veinte años los reinos geográficos donde el choque entre el imperialismo alcanzó mayor gravedad. La paz llegaba ahora. Pero a finales de 1911 se concentró la atención en Africa Central. Los medios coloniales alemanes reemprendieron un plan de acción que ya habían esbozado en 1898: una *redistribución* de los territorios coloniales en Africa, para llegar a la formación, a expensas de los estados débiles, de un vasto imperio colonial en provecho del Reich. La prensa alemana (y no solamente la pangermanista) se interesó vivamente en estos proyectos. En el ánimo del gobierno alemán se trataba de la suerte de las colonias portuguesas e incluso de la del Congo belga: Angola, Mozambique, Cabinda, territorios inmensos, cuya explotación era mediocre por causa de las dificultades financieras que atravesaba el gobierno de Lisboa; el Congo belga, *colonia demasiado vasta para una metrópoli demasiado pequeña*, y que se hallaba, desde el acuerdo franco-alemán del 4 de noviembre de 1911, limítrofe en dos puntos en los territorios adquiridos por Alemania (1). He aquí dónde podía encontrar el Imperio alemán *su sitio al sol*. ¿Por la fuerza? No, por lo menos, si las otras grandes potencias europeas que tenían en Africa intereses importantes aceptaban sus perspectivas.

Ahora bien: el gobierno británico había dejado entender, en el otoño de 1911, que las aceptaría (2). Después de prolongados regateos, la negociación llevó a la firma, el 20 de octubre de 1913, de un acuerdo secreto. Este tratado repartía zonas de influencia respectiva: inglesa, en la parte meridional de Mozambique, comprendida la desembocadura

(1) Véase anteriormente, págs. 509 y 511.

(2) Véase anteriormente, pág. 511.

del Zambezé, y en la parte meridional de Angola, sin llegar, no obstante, a la costa; alemana, en el norte de Mozambique, en casi toda la zona costera de Angola y, al Norte de la desembocadura del Congo, en Cabinda. ¿Influencia económica? Sin duda, pero también política, pues un artículo preveía que si “disturbios locales” amenazasen las vidas o los bienes de los súbditos alemanes o ingleses, o ponían en peligro las colonias adyacentes, Alemania y Gran Bretaña tomarían las medidas necesarias para proteger sus intereses. Aquí también, como en Asia Menor, las zonas de influencia podían llegar a ser *partes futuras*. Los alemanes—observó Sir Edward Grey—“desean lo antes posible el reparto de las colonias portuguesas. Yo también...”.

La diplomacia alemana vio en este primer éxito el presagio de una solución favorable de la cuestión del Congo belga. A finales del 1913 pensó obtener del gobierno belga la concesión a una sociedad alemana de la construcción de un ferrocarril transafricano en territorio congoleño: “dependencia económica... hasta que llegue a ser política”, hizo constar el ministro de Francia en Bruselas. El gobierno belga se inquietó tanto más cuanto que Alemania si se hiciera dueña del norte de Angola y de Cabinda poseería los caminos de acceso del territorio congoleño al Océano. “La independencia efectiva del Congo belga se haría, de súbito, muy precaria.”

Pero aquellos dos proyectos tropezaron con una misma resistencia. El gobierno francés se inquietó por el acuerdo anglo-alemán de octubre de 1913, no solamente porque la presencia alemana en Cabinda llevaría a un “cerco” del Africa ecuatorial francesa por las colonias alemanas, sino, sobre todo, porque tal *aproximación de intereses* entre Inglaterra y Alemania no estaba en armonía con la *Entente cordiale* franco-inglesa. Ciertamente, Francia podría asociarse al tratado de reparto y reivindicar su parte; pero debilitaría su *posición moral*, sin tener probabilidades de conseguir—según dijo Paul Cambon—una ventaja de importancia. Más valía, pues, protestar cerca del gobierno inglés: lo cual hizo en febrero de 1914. El gabinete británico decidió entonces aplazar la ratificación del acuerdo anglo-alemán. En cuanto al Congo Belga, en abril de 1914, el secretario de Estado alemán en Asuntos Exteriores lanzó una *sonda* en una conversación con el embajador de Francia. Bélgica—dijo—es incapaz, “incluso financieramente”, de hacer frente a sus tareas en Africa austral; ¿por qué no habían de considerar Alemania, Francia e Inglaterra un programa de acción sin informar de él, por supuesto, al gobierno de Bruselas, “ya que sería a costa de Bélgica”? Después de todo, ¿no debían pensar que las “grandes naciones serían las únicas capaces de soportar la competencia mundial, y en el porvenir las pequeñas habrían de desaparecer o convertirse en sus satélites”? Pero el sondeo no produjo efecto, pues el embajador de Francia replicó que Bélgica “podría provocar una conversación análoga”: prudencia necesaria “en circunstancias que podrían crear un conflicto entre las grandes naciones colonizadoras”.

La cuestión de la *Mittelafrika queda en suspenso*—escribió Sir Edward Grey. En realidad, aquel tiempo de detención sería definitivo, porque la primera guerra mundial iba a ocurrir tres meses más tarde. El episodio, sin embargo, no deja de tener interés, porque muestra al gabinete inglés dispuesto a *derivar* hacia el continente africano los planes de expansión alemana.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre los métodos de la expansión europea.**—R. MAZZACONI: *Storia della Conquista dell'Africa*, Milán, 1937.—A. MALVEZZI: *La politica indigena nelle colonie*, Padua, 1933, que estudia, sobre todo, el período posterior a 1929, pero da también información sobre la situación antes de 1914.—R. MERCIER: *Le Travail obligatoire dans les Colonies africaines*, París, 1933.—\* \* \*: *Le régime et l'organisation du Travail dans les Colonies tropicales* (Encuesta hecha en 1929, pero de utilidad también para el estudio del período anterior a 1914). R. SOMMARUGA: *Le Potenze europee in Africa, 1878-1919*, Milán, 1938.—P. GOUROU: *Les pays tropicaux*, París, 1946.

**Sobre los aspectos regionales.**—Africa del Sur: G. A. WALKER: *A History of South Africa*, Londres, 1928.—J. VAN DER POEL: *Railway and Customs Policies in South Africa, 1885-1910*, Londres, 1933.—G. B. PYRAB: *Imperial Policy and South Africa, 1902-1910*, Londres, 1955.—Africa Central: H. SPRINGBORN: *Englands Stellung zur deutschen Welt und Kolonialpolitik in den Jahren, 1911-1914*, Berlín, 1939.—Africa del Norte y del Nordeste: LORD CROMER: *Modern Egypte*, Londres, 1908, 2 vols.—G. HANOTAUX: *Histoire de la nation égyptienne*, t. VII, París, 1940.—A. MÉTIN: *La transformation de l'Egypte*, París, 1933.—M. PIGLI: *L'Etiopia moderna nelle sue relazioni internazionali, 1859-1931*, Milán, 1933.

## CAPITULO XVI

## LAS INFLUENCIAS EUROPEAS EN LA AMÉRICA LATINA

El campo predilecto para la expansión europea, no solamente desde el punto de vista demográfico o económico y financiero, sino en el terreno de la vida intelectual, era América del Sur.

La influencia demográfica fue importante, sobre todo, en la Argentina y en el Brasil.

Desde hacía medio siglo el gobierno de Buenos Aires concedía a los inmigrantes derechos iguales a los de los *nativos*, y permanecía fiel al principio: *gobernar es poblar*. Entre 1870 y 1914 la población se había quintuplicado; en tal aumento, la parte de la inmigración total alcanzó casi a un 40 por 100. En 1914, en una población de 7.885.000 habitantes, 2.358.000 eran *nacidos en el extranjero*: los inmigrantes recientes formaban, pues, más del 30 por 100 de la población; pero si tenemos en cuenta solamente la población masculina adulta, la proporción se eleva a un 52 por 100 en el total del país, e incluso a un 75 por 100 en la ciudad de Buenos Aires. Ahora bien: la Europa mediterránea era la que alimentaba casi exclusivamente esa corriente de emigración: el 47 por 100, de italianos; el 32 por 100, de españoles; mientras que la proporción de los franceses era de un 4 por 100 y la de los rusos de un 3 por 100. Ciertamente que los recién llegados entraban en Argentina sin poder ofrecer otra *riqueza* que sus brazos, pues los cuatro quintos de ellos eran campesinos, jornaleros, gentes sin oficio definido y, a menudo, analfabetos. Pero aquella mano de obra era la que permitía la colonización agrícola en las llanuras de la Pampa, donde la superficie cultivable se quintuplicó entre 1900 y 1913, y donde vivían a la sazón los dos tercios de la población total del país; en esta región la producción de cereales se hallaba casi por entero en manos de los italianos. La amplitud de esta inmigración italiana, la parte que tomaban los inmigrantes en el desarrollo de las actividades agrícolas, la cohesión que conservaba la *colonia italiana*, eran cosas que podrían hacer pensar que La Argentina estaba destinada a convertirse en una *zona de influencia*. No era así, sin embargo, pues, desprovistos de capital, aquellos italianos en general solo desempeñaban un papel secundario en la vida social: eran granjeros, aparceros, jornaleros agrícolas inclusive; y los que conseguían comprar lotes de terrenos eran poco numerosos relativamente: solo el 13 por 100 de los propietarios terratenientes estaba constituido por italianos.

En el Brasil, la aportación demográfica europea fue un poco menor

que en Argentina, pues únicamente las provincias meridionales presentaban, desde el punto de vista del clima y económico, las condiciones adecuadas para atraer y retener a los inmigrantes. La ola de inmigración, intensa entre 1888 y 1898, que trajo 1.300.000 hombres, se aminoró, durante la década siguiente; pero de nuevo se animó a partir de 1908; en 1913, la cifra de "llegadas" fue de 177.000. Entre estos recién venidos, había obreros agrícolas y colonos.

Los obreros agrícolas suministraron, desde la supresión de la esclavitud en 1888, la mano de obra en las plantaciones de café, sobre todo en el Estado de Sao Paulo. Eran portugueses, italianos y españoles, expulsados de sus países por la miseria y atraídos hacia el Brasil por el aliciente de condiciones que les parecían ventajosas: travesía marítima gratis (a cargo del Estado de Sao Paulo) y perspectiva de un contrato de trabajo permanente en una gran explotación, en una *fazenda*. Pero los salarios eran tan pequeños que muchos de aquellos jornaleros dudaban en renovar su contrato, o solo se resolvían a ello por no poder pagar los gastos de viaje para su repatriación. No sería tal población de pobres gentes la que pudiese ejercer influencia en la orientación de la vida política o económica.

Los colonos habían venido para establecerse, por su cuenta, en terrenos todavía vírgenes; esos *pioneros* formaban una población de pequeños propietarios que, después de años de esfuerzos, conseguían organizar la venta de sus productos agrícolas y adquirir los bienes necesarios para una *vida civilizada*. ¿Quiénes eran aquellos colonos? Los italianos poseían una parte importante en la *franja* occidental del Estado de Sao Paulo. Los alemanes tenían una actividad preponderante en el Estado de Rio Grande do Sul y en las regiones vecinas; eran los *viejos inmigrantes*, instalados en su mayoría entre 1847 y 1862; pero que supieron conservar íntegramente su lengua y sus costumbres y que, encuadrados sólidamente por su clero, continuaban formando una *comunidad* refractaria a toda asimilación. Ahora bien: como constituían cerca de un cuarto de la población en el Estado de Rio Grande do Sul, y como muchos de ellos habían *rebasado* las actividades agrícolas para hacerse comerciantes, o banqueros, o para emprender la explotación de los recursos mineros, su presencia despertó hacia 1900 esperanzas en los medios pangermanistas: aquella "colonia sin bandera", ¿no podría convertirse en la base de un *imperio colonial alemán* en el Brasil meridional? Pero el Gobierno alemán no hizo nada para alimentar sueños que le parecían irrealizables.

La influencia financiera de los europeos era preponderante en todos los sitios de los estados sudamericanos: los ingleses ocupaban con mucho—y desde hacía cerca de un siglo—el primer lugar; pero las inversiones de capitales franceses tuvieron desde mediados del siglo XIX un papel importante en ciertos estados; los alemanes y los belgas, e incluso los holandeses, intervinieron también durante los últimos años



del siglo. En Europa encontraban los Gobiernos sudamericanos una buena parte de suscriptores de sus empréstitos, tanto más frecuentes cuanto que los ingresos fiscales se veían comprometidos a menudo por las guerras civiles; gracias a la afluencia de capitales europeos pudieron establecerse los medios de comunicación modernos y fue factible desarrollar las industrias de extracción, iniciar las instalaciones eléctricas e incluso crear grandes empresas agrícolas, dotadas de medios mecánicos. "Sin el capital europeo no habría en América ni gobiernos estables, ni ferrocarriles, ni puertos", escribía en 1912 García Calderón.

La República Argentina era el principal campo de actividades de ese capital europeo. En Buenos Aires seis grandes bancos extranjeros—cuatro ingleses, uno alemán y uno italiano—eran los agentes de tales movimientos; el más antiguo, el *London and River Plate Bank*, fundado en 1862, distribuyó a sus accionistas, en el período de 1910-1913, un dividendo medio del 20 por 100. Los cálculos más modestos cifran en 18.500 millones de francos-oro el total de estas inversiones extranjeras, que otros observadores creen poder fijar en 22 millares de millón. Los empréstitos del Estado argentino no representaban más de tres millares de millón. En esta aportación la parte de los capitales ingleses era aproximadamente del 50 por 100. La preponderancia inglesa no resultaba menos perceptible en Uruguay.

En el Brasil las inversiones extranjeras no fueron, ciertamente, tan importantes; parece ser que no pasaban en 1914 de nueve a diez millares de millón de francos-oro. Aquí también la influencia inglesa dominaba ampliamente: aunque se tengan por exagerados los cálculos de determinado economista inglés que, cree poder cifrar estas colocaciones de capital en cerca de seis millares de millón, en todo caso, es seguro que llegaban a cuatro. Las inversiones francesas (dos millares y medio de millón, poco más o menos) eran más importantes allí que en todos los demás estados sudamericanos. El papel de los capitales alemanes (notable, sobre todo, en las regiones del Brasil meridional, donde los emigrantes alemanes eran numerosos) resultaba, sin embargo, inferior al de los capitales franceses. Las inversiones belgas—750 millones de francos-oro—ocupaban un lugar relativamente importante.

En Chile, donde existían veintitrés bancos (de los cuales nueve eran extranjeros), el mayor establecimiento de crédito, el *Anglo-South American Bank*, era inglés. Las inversiones inglesas—1.700 millones de francos-oro—ocupaban el primer lugar; los capitales alemanes—500 millones—tenían una parte relativamente más importante que en los otros estados sudamericanos, mientras que las inversiones francesas eran débiles. Análoga situación había en Perú, donde el total de las inversiones extranjeras era de alrededor de un millar de millón, y la parte inglesa del 60 por 100; con todo, debemos señalar el papel bastante activo de los capitales holandeses en dicho país. El Gobierno de Venezuela hizo un amplio llamamiento a los mercados financieros europeos para la colocación de sus empréstitos de Estado, por no poder

encontrar suficientes suscripciones entre sus conciudadanos: la deuda exterior era dos veces mayor que la interior. Pero los capitales extranjeros durante mucho tiempo no habían sido atraídos hacia las obras de carácter nacional, pues las primeras inversiones inglesas y alemanas en las empresas ferroviarias de aquel estado habían tenido una suerte desgraciada. En 1912, sin embargo, el movimiento de capitales—ingleses sobre todo—se desarrolló cuando las calicatas descubrieron la existencia de recursos petrolíferos. Ni Bolivia ni Colombia, donde escaseaban los ferrocarriles y las explotaciones mineras eran todavía mediocres, ofrecían en tal época oportunidades semejantes para la expansión financiera europea.

En total, en el conjunto de los estados sudamericanos los capitales europeos invertidos pasaban, con toda seguridad, de treinta y dos millares de millón de francos-oro; diecinueve, por lo menos, fueron suministrados por los ingleses, que dirigían su atención hacia los ferrocarriles principalmente; seis a siete, por los franceses, que, sin descuidar las minas ni los ferrocarriles, suscribían ampliamente los empréstitos del Estado; tres o cuatro, por los alemanes, muy activos en las instalaciones eléctricas de las grandes ciudades. La parte de capitales de origen norteamericano—1.865.000 millones de francos-oro—era diez veces menor que la de los capitales ingleses, y solo representaba el seis por ciento de la masa de las inversiones extranjeras. Insignificante en Argentina, muy débil en Brasil, comenzaba apenas a aparecer en Perú y en Venezuela, donde la *Bermudez Co.* se podía comparar con la *Royal Dutch*. La única región donde ocupaba un lugar importante era Chile. Pues allí los grupos financieros americanos se interesaban en los nitratos y en el mineral de cobre, aunque sin conseguir desbancar la preponderancia inglesa.

La afluencia de los capitales extranjeros y la presencia de técnicos europeos tuvieron un papel decisivo en el desarrollo económico, ya se tratase de la construcción de ferrocarriles—preámbulo indispensable para la explotación de los recursos en aquellos países—, ya de la explotación minera, o incluso de las grandes plantaciones.

Con excepción de cuatro pequeñas líneas en Brasil, y de un ferrocarril en Chile, empresas americanas, pero de fecha reciente (1906-1907), la red ferroviaria fue obra de los europeos, bien hubieran obtenido los contratos de concesión de las líneas, para las que suministraban el capital y cuya explotación dirigían, bien proporcionasen a un Gobierno sudamericano su asistencia financiera y técnica.

En Argentina, donde los ferrocarriles estaban explotados casi todos por sociedades particulares, eran compañías inglesas las que habían obtenido la concesión de los cinco sextos de la red con las líneas de mayor importancia; estas Compañías importaban de Gran Bretaña el material y el carbón; empleaban en los cuadros superiores a técnicos ingleses y realizaban beneficios importantes. La única gran línea que

no estaba en manos de extranjeros era el *Buenos Aires Central Railway*, que unía La Argentina con el Paraguay. En Uruguay (el Estado sudamericano con mayor densidad de ferrocarriles) la línea principal pertenecía a una sociedad inglesa; las otras líneas, sobre las que el Gobierno mantenía un *control* directo, fueron construidas gracias a capitales ingleses. La situación era, poco más o menos, semejante en Paraguay, donde la única vía férrea de gran tráfico pertenecía a una compañía inglesa. En Brasil, donde el estado había concedido a sociedades particulares casi todos los ferrocarriles, las grandes líneas que convergían hacia Río de Janeiro eran inglesas; una sociedad belga explotaba los ferrocarriles en el Estado de Río Grande do Sul, y una sociedad francesa las del Estado de Bahía. En Perú el Gobierno concedió en 1890, por sesenta años, una situación privilegiada a una compañía peruana, cuyo capital era inglés; cierto que un ingeniero americano fue quien dirigió los trabajos del *ferrocarril central* de Callao a Lima, pero los intereses financieros americanos eran, en el terreno ferroviario, casi inexistentes.

Chile era el único estado donde el Gobierno, al mismo tiempo que llamaba a técnicos extranjeros para establecer los planos y dirigir las obras, quiso conservar los ferrocarriles bajo su *control* directo; con todo, la regla sufrió varias excepciones: la línea que pone en comunicación la región de Tacna con Arica, la que enlazaba con la costa los yacimientos de nitratos y la que cruzaba, con destino a la Argentina, la cordillera de los Andes, por ejemplo, fueron concedidas a sociedades inglesas.

En la explotación de los recursos del subsuelo los europeos también tenían, mediante sus hombres de negocios y sus técnicos, una parte preponderante. Por supuesto, dirigieron su atención hacia los estados andinos. En Chile los yacimientos de nitratos, que constituían el más importante producto de exportación y el principal ingreso presupuestario (pues dicha exportación daba lugar a la percepción de un impuesto), estaban en un 60 por 100 en manos de sociedades extranjeras: treinta y dos inglesas, tres alemanas y una americana. En Bolivia, donde la producción de las minas de oro y de plata se encontraba en decadencia, el cobre y el estaño retenían la atención, ahora bien: también aquí la explotación era, sobre todo, obra de sociedades extranjeras, inglesas, francesas y suizas. Lo mismo sucedía en Colombia, con la diferencia, sin embargo, de que las sociedades alemanas eran casi las únicas que seguían el camino trazado por los ingleses. En Venezuela comenzó en 1912 la explotación de los yacimientos de petróleo, cuya iniciativa pertenecía a la *Venezuelian Oil Concessions*, que era una filial de la *Royal Dutch*. Los recursos de Brasil en manganeso y en hierro comenzaban a ser descubiertos: fueron los europeos quienes, en el Estado de Minas Geraës, cuyas reservas eran considerables, invirtieron capitales y explotaron los yacimientos.

En la explotación de los recursos del terreno, campo en el que el

papel de la mano de obra europea era considerable, en Argentina y en el Brasil meridional sobre todo (1), las iniciativas de los capitalistas y de los técnicos europeos también ocupaban un lugar importante. Entre las grandes empresas inglesas que se dedicaban a la agricultura y a la ganadería—se contaban en total una docena—, tres poseían un capital superior a un millón de libras. En Brasil, una parte de la producción de café estaba en manos de grandes sociedades inglesas y a veces alemanas: la *Dumont Coffee Company*, que apenas tenía veinte años de existencia, distribuyó un dividendo de un 25 por 100 en 1910, y de un 20 por 100 en 1911. La *Agnata Santa Coffee Company*, constituida en 1913, poseía plantaciones cuya superficie pasaba de 1.200 hectáreas. También eran europeos los que desempeñaban el papel más activo en el desarrollo de las industrias agrícolas, cuya producción estaba destinada a la exportación.

Los resultados de tales esfuerzos se reflejaban en las relaciones comerciales entre aquellos estados y Europa. De Argentina, gran productora de cereales y de carne, Gran Bretaña recibió en 1913 importaciones cuyo valor—40 millones de libras (es decir, un millar de millón de francos-oro)—era mayor que el de los géneros alimenticios y materias primas suministradas a la metrópoli por Australia o por la India; las ventas de la Argentina a Francia llegaron a 369 millones de francos, y a Alemania, 494 millones. Las exportaciones de Chile con destino a los tres grandes estados industriales europeos pasaron, en el mismo año, de 400 millones de francos-oro; la parte alemana era, aquí, preponderante. Las del Brasil llegaron a 583 millones de francos-oro.

Solo en el campo de las industrias textiles y metalúrgicas la influencia de los europeos se encontraba debilitada. ¿Por qué ayudar a aquellas regiones a liberarse de las importaciones de origen europeo? Las iniciativas sudamericanas estaban todavía *en la infancia*: la metalurgia brasileña, dispersa en pequeños establecimientos, practicaba aún la fundición con madera; la industria textil no podía, en ninguna parte, soportar la competencia de los productos europeos. Así, la Argentina, por ejemplo, era, para las exportaciones industriales inglesas, un mercado tan importante como el Canadá.

La vida intelectual, por último, estaba ampliamente orientada por las influencias europeas.

España, mientras perdía toda fuerza de expansión, desde el punto de vista económico, conservó, a este respecto, un papel importante: la *hispanofobia*, que había reinado durante tres o cuatro décadas después de la terminación de las guerras de Independencia, se vio, en el último tercio del siglo XIX, en plena decadencia. Sin duda, no se trataba, salvo en algunos medios *extremistas*, de establecer un acuerdo político con la madre patria. Pero muchos eran los sudamericanos que deseaban

(1) Véanse anteriormente, págs. 565 y 566.

mantener lazos intelectuales con el país del que la mayor parte de América latina ha recibido la civilización *occidental*; esta preocupación se unía a la de algunos escritores españoles, por ejemplo, Rafael Altamira, en su libro *España y la política americanista*.

Sin embargo, eran la cultura francesa, la lengua y el pensamiento franceses los que tenían, en todos los medios educados, la mayor fuerza de expansión. "Francia—escribe Manuel Ugarte—fue el tutor intelectual de estos países nuevos." Los escritores fueron, durante la mayor parte del siglo XIX, admiradores de los movimientos literarios franceses. Los juristas sufrieron la influencia de las concepciones jurídicas francesas. La filosofía política buscó su inspiración en Edgar Quinet y en Tocqueville, y más tarde en Renan, pero sobre todo en la escuela positivista, que tuvo tanto éxito en Chile como en el Brasil. En las Bibliotecas públicas, igual que en las particulares, las obras francesas aún conservaban, a principios del siglo XX, el primer lugar. En la enseñanza, la obra comenzada a mediados del siglo XIX por emigrantes republicanos (Amédée Jacques en Argentina, Albert Larroque en Uruguay) fue proseguida, después de 1880, por los Comités de Alianza Francesa, por las Congregaciones religiosas y por las misiones universitarias.

La influencia intelectual alemana solo se hizo perceptible después de 1885; en Chile fue donde consiguió más éxito, trazando el programa y los métodos del Instituto encargado de formar el personal docente; pero también tuvo focos en Bolivia, en Argentina y, por supuesto, en el Brasil meridional, gracias a establecimientos escolares, de los cuales unos pertenecían a congregaciones religiosas y otros estaban subvencionados por el Gobierno imperial. Los italianos tenían sus escuelas destinadas casi únicamente a los hijos de los inmigrantes. En cuanto a los ingleses, de presencia tan importante en la vida económica y financiera, su influencia intelectual era débil.

Dejando a un lado las pocas regiones donde se estableció la influencia alemana, las influencias latinas eran las que dominaban ampliamente: "latinismo de sentimientos, de pensamiento y de acción, con todas sus ventajas impulsivas y sus defectos de método", observó Georges Clemenceau, después de un viaje por América del Sur. Pero ¿no se trataba de un *latinismo de decadencia*?, preguntaba García Calderón. El pesimismo del escritor peruano estaba inspirado sobre todo por el espectáculo de la vida política en las repúblicas sudamericanas. Los sistemas constitucionales, incluso cuando sufrían, en la letra de los textos, la influencia de las concepciones francesas, o del derecho público de los Estados Unidos, deformaban por completo su espíritu. En la práctica, tales regímenes, aunque invocasen casi todos los principios de gobierno aplicados por las grandes naciones europeas, *armonía de poderes, derechos naturales, sufragio liberal, asamblea representativa*, no conocían otra forma de gobierno que el poder personal. "La autoridad de la Constitución es puramente teórica", había comprobado Clemenceau. James Bryce, en 1910, dirigió, *con severidad de puritano*,

una requisitoria en la cual denunció, en un país tras otro, los procedimientos por los cuales las libertades públicas eran violadas, el ejercicio del derecho de voto, falseado, y la Asamblea, puesta al servicio del Presidente. Se indignó por ello, aunque reconociendo que el ideal liberal y democrático no podía ser *una planta americana*: la masa de los habitantes era indiferente a las nociones del derecho público y carecía de espíritu crítico; las condiciones geográficas—las largas distancias y los transportes difíciles—imponían al Estado iniciativas que solo un poder ejecutivo fuerte se hallaría en situación de tomar; la clase media, que había sido, en la Europa del siglo XIX, el mejor puntal de los Gobiernos estables, casi no existía en la América del Sur. Vasallos de Europa, desde el punto de vista económico y financiero, aquellas repúblicas permanecían profundamente separadas de ella por el espíritu de la vida política.

## BIBLIOGRAFÍA

- F. GARCÍA CALDERÓN: *Les democraties latines de l'Amérique*, París, 1933.—JAMES BRYCE: *South America*, Londres, 1912.—V. TAPIÉ: *Histoire de l'Amérique latine au XIX<sup>e</sup> siècle*, París, 1945. F. M. HALSEY: *Investments in Latin America*, Washington, 1918.—A. VAGTS: *Mexico, Europa und America*, Berlín, 1938.—J. CALLAHAN: *American Foreign Policy in Mexican Relations*, New York, 1932.—A. LAFON: *La France en Amérique latine*, París, 1922.—CARLOS DUFOO: *México y los Capitales extranjeros*, México, 1918.—D. FLETCHER: *An American Mining Company in the Mexican Revolution, 1911-1920*, en *Journal of Mod. History*, 1948, págs. 19-27.—F. R. RIPPY: *British Investments in Latin America: end of year 1900* en *Interam. Economic Review*, 1953.

## CAPITULO XVII

## LOS RIVALES DE EUROPA

Europa no parecía haber perdido, en vísperas de la primera guerra mundial, nada de su fuerza de expansión. Era la animadora de la vida económica, en la mayor parte del mundo, creando los medios de transporte ferroviarios y marítimos, organizando la explotación de los recursos del subsuelo, y a menudo, también los recursos del terreno; de este papel, sacaba beneficios directos para su industria, gracias a la corriente de exportaciones con destino a los "países nuevos" (en Holanda, la producción y el comercio de los objetos fabricados destinados a las Indias holandesas daban, se supone, trabajo a ochenta mil personas). De su papel financiero, obtenía otras ventajas: las rentas de los capitales invertidos permitían a los europeos comprar las materias primas y los artículos alimenticios de los países nuevos aun cuando las exportaciones europeas no bastasen para compensar las importaciones. Aquellos *países nuevos* tendían a tener una economía complementaria de la de Europa; pero, en tal interdependencia, el Estado industrial, comprador de materias primas, ocupaba, en realidad, el lugar dominante.

Europa seguía siendo también un gran agente de transformación de la vida social, en todas las regiones a las que extendía su expansión económica. Por supuesto, en las colonias era donde sobre todo podía percibirse aquella influencia, ya que los europeos eran capaces, mediante medidas administrativas, de modificar las condiciones de la vida: el régimen de trabajo, el de las tierras, e incluso la higiene; además, mediante sus instituciones de enseñanza tendían a formar una *minoría* indígena. Pero en los estados independientes, la presencia de los técnicos y de los comerciantes europeos arruinó a parte de los artesanos y de los transportistas, al mismo tiempo que favoreció el desarrollo de una burguesía; la inversión de capitales europeos en la explotación de los recursos del suelo podían también trastornar (como en el caso de México) el régimen agrario, desposeyendo a una parte de los campesinos, que formaba, en lo sucesivo, un proletariado agrícola. Simples ejemplos de tales transformaciones, cuyo estudio detallado apenas ha comenzado.

Trató, por último, pero con éxito menor, de difundir, desde el punto de vista religioso, así como desde el de las instituciones políticas, sus propias concepciones, sin medir bien los riesgos a los que exponía así su dominación.

Asimismo, conservaba el europeo su confianza, a pesar de los signos

que permitían presagiar la resistencia de los jóvenes nacionalismos en las colonias o en los países nuevos.

Aquella expansión de Europa se encontraba, sin embargo, puesta a prueba, en algunas regiones del mundo, por otras fuerzas jóvenes, las del Japón y las de los Estados Unidos. ¿Qué representaban, en tal momento, en las relaciones internacionales, desde el punto de vista político y económico, aquellos competidores?

Japón, desde que inició, en 1894, una *política de poder* había tenido que hacer un doble esfuerzo de expansión territorial y de desarrollo económico, dos aspectos complementarios de un mismo plan. La anexión de nuevos territorios (Formosa en 1895 y Corea en 1910) le permitió adquirir los recursos alimenticios indispensables para una población que había pasado de los cuarenta millones, en 1890, a cincuenta y cuatro, en 1914; suministraba carbón y hierro a la industria metalúrgica y mercados a la industria textil nipona, cuyo aumento era necesario para proporcionar medios de subsistencia al excedente de mano de obra rural; la producción metalúrgica permitía al Japón observar una política de armamentos, casi autónoma y las exportaciones de productos textiles proporcionaban los medios para comprar artículos alimenticios y materias primas en los países extranjeros. Cuando los dirigentes nipones afirmaron que el Japón debía fijarse como objetivo el llegar a ser la *Inglaterra de Asia*, habían visto en aquel programa el medio de preparar el camino al éxito de una *gran política*. ¿Cuál era en 1913-1914 el balance de tal esfuerzo?

La economía nipona conservaba, en parte, su antiguo carácter. En la agricultura, los métodos de explotación casi no habían cambiado, aunque hubiesen mejorado un poco las técnicas. La producción de artículos alimenticios no podía hacer frente a las necesidades más que en lo referente a los cereales y al té; la cosecha de arroz—aunque aumentaba regularmente en un 10 por 100 cada cinco años—no lograba seguir el ritmo del aumento demográfico—, el déficit anual variaba entre 450.000 y 700.000 toneladas. Únicamente la producción de seda bruta, que se desarrollaba rápidamente, era superior, en dos tercios, a las necesidades del mercado interior.

En la industria, las actividades artesanas seguían teniendo importancia. Pero el interés se dirigía hacia las empresas modernas, creadas o intervenidas por los *trusts*—Mitsui, Mitubushi, Furukawa—cuyos jefes hicieron sus fortunas, como proveedores de armamento, durante la guerra chino-japonesa. Los progresos, sin embargo, fueron desiguales. Las industrias de extracción eran mediocres, salvo la del cobre (en cuya producción, la nipona ocupaba el segundo puesto en el mundo): en 1913, 300.000 toneladas de hierro, comprendido el rendimiento de las minas coreanas, mientras que las necesidades llegaban casi a 900.000 toneladas; el mismo año, 5.400 toneladas de petróleo, que no bastaban para asegurar la mitad de un consumo muy pequeño; única-

mente la producción de la hulla (pasó de 14 millones de toneladas, en 1907, a 22 millones en 1914) permitía hacer frente a las necesidades. Entre las industrias de transformación, la textil era la que ocupaba, con mucho, el lugar más importante: el 45 por 100 del valor total de la producción industrial. Las empresas aldoneras, cuyos progresos, tras del período, entre 1896 y 1906, fueron lentos, tomaron luego un importante impulso; en ocho años, el número de husos en servicio aumentó en un 90 por 100; las ciento cincuenta y cuatro fábricas ocupaban a 237 obreros u obreras. La industria metalúrgica se desarrolló con muchas más dificultades: las fundiciones de acero de Yawata, creadas en 1895, estuvieron en déficit constante, y solo pudieron sobrevivir gracias a la asistencia financiera concedida por el Gobierno; suministraron, en 1913, los nueve décimos de la producción nipona de acero, que con 254.000 toneladas, apenas aseguró un tercio de las necesidades del mercado interior. Los astilleros, aunque recibían del Estado importantes subvenciones, solo se desarrollaban con lentitud, pues se veían obligados a importar todos los materiales de construcción y carecían de una mano de obra experimentada: en 1901, se construyeron 71 navíos, cuyo arqueo total era de 31.000 toneladas, y en 1913, 112 buques y 54.000 toneladas. Los armadores nipones encontraban ventaja comprar los grandes navíos en los astilleros extranjeros. La construcción de las máquinas para el hilado o el tejido, y de los motores, solo se puso en marcha a partir de 1906; sumaban, en 1914, doscientas diecisiete fábricas, con 22.000 obreros solamente; la mayor parte del equipo industrial continuaba, pues, recibándose del extranjero. En resumen, aquella industria moderna representaba todavía un modesto papel: 14.500 establecimientos dotados de máquinas motrices y 916.000 obreros.

Sin embargo, la fisonomía general del comercio exterior tendía a semejarse a la de un estado industrial. El Japón, que en 1890 no exportaba más que materias primas—seda bruta y cobre—e importaba, sobre todo productos manufacturados, había convertido en exportador de productos manufacturados (estos productos constituían el 79 por 100 de las exportaciones) y en comprador de materias primas: algodón bruto o hierro. Pero los observadores europeos, consideraban con excepticismo la pretensión del Japón de transformarse en un gran productor industrial. Pensaban que la industria nipona se vería obligada a importar la mayor parte de sus materias primas, con todos los inconvenientes que llevaría consigo tal situación, no solamente por lo que afectaba al balance comercial, sino por lo referente al precio de fábrica; por otra parte, no conseguía fabricar productos de calidad, porque carecía de técnicos suficientes y de obreros especializados; cierto que poseía una mano de obra barata y que podía ofrecer, de esa manera, sus hilados o sus tejidos a precios muy inferiores a los que fijaban las industrias inglesas o americanas; pero aquella ventaja no podía atraer más que a una clientela pobre y dispuesta a

contentarse con productos mediocres. Por consiguiente, los artículos industriales japoneses, no eran capaces, según dichos observadores, de competir en los mercados europeos; solo encontrarían clientes en el continente asiático, sobre todo en China, a condición, no obstante, de que los exportadores nipones consiguieran desalojar a los ingleses y a los americanos que se mantenían, desde hacía mucho, en sólidas posiciones. Por otra parte, el desarrollo industrial del Japón, no había sido posible en el sector de la industria pesada, sino gracias a las subvenciones concedidas por el Gobierno, y, en la industria textil, merced a la aportación considerable de capitales extranjeros: entre 1900 y 1911, el total de los valores industriales japoneses colocados en el extranjero por un solo establecimiento bancario—a decir verdad, el más importante, la *Banque industrielle du Japon*—había llegado a cerca de 900 millones de francos-oro. Tal financiación planteaba problemas difíciles, pues el recurrir a los capitales extranjeros solo tendría éxito en la medida con que los prestamistas tuvieran confianza en la estabilidad monetaria del Japón; ahora bien: la política de subvenciones gubernamentales a las industrias pesadas imponía, a las finanzas públicas una carga que amenazaba esa estabilidad. Razones suficientes para que el porvenir de la industria japonesa pareciese precario.

Para vencer tales dificultades, la economía nipona debía intentar asegurarse, en el exterior, mercados y reservas de materias primas. En el comercio exterior nipón, Europa solo ocupaba un puesto muy restringido: alrededor de un sexto del volumen total de los cambios; los Estados Unidos tenían una parte mucho más importante, porque eran los proveedores de maquinaria, de acero y de petróleo; pero la única compensación que podía ofrecer el Japón, para pagar dichas compras, era la exportación de seda bruta, cuyo nivel estaba estrechamente ligado al desarrollo de la prosperidad americana. Con el continente asiático—por lo menos en las regiones orientales y meridionales, China sobre todo—, los intercambios se hallaban mucho más equilibrados; Japón compraba materias primas y vendía productos manufacturados; allí era donde encontraba, pues, las condiciones más favorables para su progreso industrial y donde desarrollaba su esfuerzo de expansión.

En la Manchuria meridional, que seguía siendo provincia china, aunque la soberanía del Gobierno de Pekín fuese allí cada vez más débil, Japón, por el tratado de Portsmouth, en 1905, había obtenido la cesión de los *derechos e intereses* que Rusia adquiriera anteriormente de China: el 22 de diciembre de 1905, China se resignó a reconocer la cesión. Los límites septentrionales de la zona de influencia nipona fueron precisados por los acuerdos secretos celebrados, en 1907 y en 1910, entre el Japón y Rusia (1). En cuanto a los *derechos e intereses*, cuyo beneficio obtenía el Japón, tenían por centro el ferrocarril sudmanchuriano, construido, en 1898, por los rusos: el gobierno nipón, heredero

(1) Véase anteriormente, pág. 510.

de los intereses rusos, se convirtió en el concesionario de dicho ferrocarril; poseía, además, según los términos del contrato chino-ruso, el derecho de administrar la faja de territorio que se extendía a algunos kilómetros de una y otra parte del ferrocarril; de mantener en tal zona una *guardia de policía* y de "beneficiar los yacimientos mineros". El cuidado de explotar el ferrocarril y las minas fue confiado, en junio de 1906, a una *Compañía de ferrocarril sudmanchuriano*, a la que el Estado suministró la mitad del capital. Por otra parte, el Japón había venido a sustituir los derechos que poseía Rusia, desde marzo de 1898, en el *territorio arrendado* de Kuang-Tung, es decir, en el extremo meridional de la península de Liao Tung; ejercía, en aquel territorio, donde se hallaban la gran base naval de Port Arthur y el puerto comercial de Dalny—por una duración de veinticinco años—poderes casi equivalentes a los que cabía ejercer en una colonia.

A dichas ventajas, el Gobierno japonés, mediante convenios celebrados con el Gobierno chino, entre 1907 y 1913, añadió otras, que le permitieron extender su campo de acción más allá del *territorio arrendado* y de la *zona del ferrocarril*: derecho de construir cinco ramales del Sudmanchuriano en dirección a Jehol o a Corea, y explotar las minas de hulla situadas fuera de la *zona del ferrocarril*; derecho de los coreanos—convertidos ya en súbditos japoneses—de residir en los distritos manchúes limítrofes de Corea y crear en ellos explotaciones agrícolas.

El Japón, pues, gracias a importantes inversiones de capitales—132 millones de dólares, poco más o menos—y al establecimiento de más de 50.000 japoneses, estaba organizando la vida económica en toda la Manchuria meridional, es decir, en una región en la que vivían, a la sazón, unos veinticinco millones de hombres; se esforzaba en hacer de ella un *coto vedado*, apartando a los rivales europeos o americanos: asimismo consiguió, desde 1909, que China le reconociese el derecho de ser *consultado*, en el caso de que una sociedad extranjera quisiera hacerse otorgar una concesión de ferrocarril en aquella región.

En la China propiamente dicha—la de las *dieciocho provincias*—la actividad japonesa tenía, por supuesto, formas diferentes. Mientras que en 1895, a raíz de la guerra chino-japonesa, el papel de los nipones era casi nulo, el lugar que ocupaban en la vida económica era ya importante: en 1911 las estadísticas de la administración de las aduanas chinas indicaban la existencia de 1.283 casas de comercio japonesas y la presencia de 26.000 japoneses, sin contar los que residían en la Manchuria meridional. Los principales centros de actividad los constituían Shanghai (donde los japoneses eran casi tan numerosos como los ingleses), Tien-Tsin, Hankeu y, sobre todo, Amoy, donde, a causa de la proximidad de Formosa, los japoneses representaban la mayoría de la población extranjera. Comprador de algodón bruto, de soja y de cereales y vendedor de telas de algodón, el Japón tenía una parte de un 19 por 100 en el comercio exterior de China. Los barcos mercantes ni-

pones formaban un 25 por 100 del tonelaje en los puertos chinos. Por último, los capitales japoneses comenzaban a ocupar un lugar apreciable en la vida económica de la nueva república: suscripción a empréstitos del gobierno chino, destinados a la construcción de ferrocarriles; inversiones en la industria—treinta y dos fábricas, de las cuales, tres importantes hilanderías estaban en Shanghai—en las sociedades de navegación fluvial y en la explotación minera: en total, 60 millones de dólares, es decir, una décima parte de las inversiones inglesas y una quinta de las alemanas. En esta expansión financiera nipona el esfuerzo se dirigía, sobre todo, hacia la región de Hayeh-Ping, al norte de Hankeu, en la cual se encontraban los más importantes yacimientos de hierro y, por consiguiente, el centro principal de la industria metalúrgica. La sociedad china que, desde 1893, había explotado aquellos recursos, con la ayuda de ingenieros extranjeros, tenía necesidad de una asistencia financiera, que la gran Banca japonesa se apresuró a ofrecerle. A cambio de tal ayuda los japoneses obtuvieron, no solamente una participación en la administración de los altos hornos y de las fundiciones de acero, sino también una importante entrega anual de hierro a precio de favor. Por último, cuando el jefe del Gobierno *republicano* chino, salido de la revolución de 1911-1912, el general Yuan-Shi-Kai, que ejercía *de facto* una dictadura, solicitó de los bancos extranjeros un fuerte empréstito, destinado a la reorganización administrativa y económica de China, Japón participó en la formación del Consorcio bancario (1) que negoció con Yuan. Consiguió así colocarse en un pie de igualdad con las potencias occidentales en la explotación del "mercado chino".

Por importante que fuesen estos resultados, los dirigentes nipones no se contentaron con ellos: lo que intentaban conseguir en China era una influencia política. Para lograrlo estaban dispuestos a aprovechar las ocasiones, haciendo abstracción de todas las preferencias *ideológicas*. Permitieron durante algún tiempo—hasta 1907—al promotor del movimiento revolucionario chino, Sun-Yat Sen, establecer en Tokio el foco de la propaganda dirigida contra la dinastía imperial manchú. Sin embargo, cuando estalló la revolución algunos de ellos se habrían sentido dispuestos a ofrecer un apoyo a esta dinastía, con la esperanza de que el régimen imperial, salvado con su ayuda, se mostrara pronto dócil a sus sugerencias. Pero no insistieron, porque comprobaron que Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia estaban de acuerdo para abandonar a la dinastía; se adhirieron, pues, a la solución republicana, al mismo tiempo que procuraban reanimar las diferencias entre Sun-Yat Sen y Yuan-Shi Kai. Por último, en el verano de 1913, cuando Sun, desbancado por Yuan, intentó un levantamiento, un gran banco japonés fue el que proporcionó al Presidente medios financieros, sin los cuales habría sido incapaz de reprimir la rebelión, pero otro banco pro-

(1) Véase anteriormente, pág. 545.



porcionó fondos a los insurgentes. Las iniciativas japonesas tendían, pues, a prolongar la crisis interior china, que abría perspectivas favorables a la política nipona.

Las potencias europeas se dieron cuenta de ello y trataban de limitar estas ambiciones. Podían, sin perjuicios inmediatos, conceder al Japón un puesto en el Consorcio financiero internacional, porque las iniciativas niponas estaban allí limitadas y vigiladas, y los bancos japoneses carecían de medios para entrar en competencia con los bancos ingleses, franceses o belgas; pero querían impedir al Japón que se preparase, en una de las *dieciocho provincias*, una zona de influencia análoga a la que había obtenido en Manchuria.

A esta expansión económica, financiera y quizá política en Asia Oriental, ¿podría el Japón añadir una expansión orientada hacia los territorios del Pacífico? En aquel campo de acción tropezaría con los "occidentales", que ocupaban todos los archipiélagos. Ni siquiera podía pensar en dirigir su excedente de población rural hacia los territorios ribereños del Océano, porque la legislación, en Australia y en Nueva Zelanda, excluía prácticamente toda inmigración amarilla, y desde 1907 la entrada de japoneses en los Estados Unidos estaba sometida a severas restricciones. El Imperio nipón en 1914 seguía siendo, en la *cuestión del Pacífico*, un asociado secundario.

La expansión nipona se veía, pues, obstaculizada no por la resistencia de los asiáticos, que en este momento no se manifestaba, sino por las posiciones sólidas de los europeos o de los americanos. El desarrollo futuro de tal expansión dependería, evidentemente, de los medios de acción, navales, militares y también diplomáticos, de que dispusiera el Japón.

Los medios dirigentes de Tokio, aunque la victoria alcanzada en la guerra de Manchuria había eliminado en 1905 al único adversario, cuyas iniciativas pudieran amenazar la seguridad del archipiélago nipón, no pensaron por un solo instante en disminuir el ritmo de acrecentamiento de sus fuerzas armadas. La ley militar de 1906 amplió la aplicación del servicio obligatorio; en cinco años la cifra del contingente aumentó en 50.000 hombres. El ejército activo, acrecentó, pues, sus efectivos en notables proporciones. El número de las grandes unidades pasó de 19 divisiones en 1906, a 25 en 1913. La flota de guerra, que no había perdido ni un solo buque en el curso de la guerra ruso-japonesa, fue acrecida con seis grandes cruceros o acorazados entre 1906 y 1908; el nuevo programa de 1909-1910 proveía la botadura de tres acorazados y de cuatro cruceros. Las fuerzas navales niponas—cuyo tonelaje total alcanzó a 485.000 toneladas en 1913—ocupaban el cuarto lugar en la escala mundial: muy lejos, por supuesto, de Gran Bretaña, pero casi al mismo nivel que los Estados Unidos; y aseguraban al Japón una preponderancia en los mares del Extremo Oriente, ya que la flota americana se encontraba en parte estacionada en el Atlántico, y el incre-

mento de la marina de guerra alemana obligaba al Almirantazgo británico a concentrar en aguas europeas una parte cada vez mayor, de sus medios navales.

La posición diplomática, a pesar de las apariencias, era sensiblemente menos favorable. Cierto que el Gobierno japonés había obtenido la confirmación de los resultados conseguidos en el tratado de Portsmouth y pudo realizar la anexión de Corea sin suscitar protestas por parte de las grandes potencias; incluso estableció los cimientos para una colaboración, temporal al menos, con Rusia, ventajas que hay que tener en consideración. Pero estaba amenazada con perder el punto de apoyo—la alianza inglesa—, gracias al cual había alcanzado tales éxitos. En agosto de 1905 el tratado anglo-japonés fue confirmado y ampliado: Gran Bretaña, que en la primitiva forma de alianza, en 1902, había limitado su promesa de apoyo armado al caso en que Japón fuera atacado por *dos* potencias, aceptó luego la intervención armada en una guerra en la cual tuviera el Japón que combatir con *una sola* potencia; el gobierno japonés, en compensación, había prometido una asistencia armada a Gran Bretaña, caso de que estuviera amenazada la seguridad de la India. Estas promesas habían sido intercambiadas por un período de diez años. Sin embargo, en 1910 el Gobierno inglés exigió una revisión del tratado, quizá porque tuviera la impresión de que obraba como un incauto al consolidar la potencia japonesa, cuyo desarrollo se hacía molesto en China para los intereses ingleses; pero, sobre todo, porque no quería disgustar a los Estados Unidos, inquietos por los progresos de la expansión nipona. ¿No se sentía capaz, por otra parte, de mantener en lo sucesivo, sin el apoyo japonés, la seguridad de la India, puesto que el acuerdo de 1907 había puesto fin al antagonismo anglo-ruso en Asia Central? (1). El nuevo tratado anglo-nipón, firmado el 13 de julio de 1911, redujo, pues, el alcance de la alianza, que ya no se aplicaría, en adelante, a la posibilidad de un conflicto entre el Japón y los Estados Unidos. Los medios políticos nipones se resignaron a aceptar aquella situación, porque creyeron necesario conservar una colaboración con Gran Bretaña. Pero la alianza había perdido gran parte de su vitalidad.

Puesto que la situación diplomática no favorecía sus esperanzas, ¿pensaba la política japonesa emplear medios de fuerza? En 1913 y a principios de 1914 nada hubo que lo indicase. El aumento constante de los créditos militares y navales tropezó incluso, en los medios parlamentarios, con una resistencia vigorosa, y los partidos políticos protestaron contra las exigencias del Consejo Superior del Ejército. Por primera vez, la mayoría de la Cámara de representantes hizo caso omiso de los "consejos" del Emperador, y votó en febrero de 1913 una moción de desconfianza contra un gabinete—el ministerio Katsura—demasiado dócil a la influencia de los militares. Un año más tarde el parlamento

(1) Véase anteriormente, pág. 499.



se negó también a votar los créditos navales. La subida al poder, a primeros de marzo de 1914, del gabinete Okuma, cuyo jefe mantenía estrechos lazos con el *trust* Mitsubishi, señaló un éxito para la política de los medios de negocios, favorables a una expansión económica, pero no a una expansión armada. El Japón, en tal momento, no amenazaba, pues, directamente la paz.

\* \* \*

El lugar que ocupaban los Estados Unidos en la vida del mundo no cesaba de aumentar. Con una población total de 96 millones de habitantes, que creció veinte millones en veinte años, gracias, en parte, a la afluencia de inmigrantes (1), la Unión americana sobrepasaba a todos los Estados europeos, salvo Rusia. La potencia agrícola e industrial, lo mismo que el ritmo del desarrollo económico, colocaban a los Estados Unidos en el primer puesto de la producción de combustibles, de cereales y de algodón; la de la hulla, que se había duplicado en diez años, llegó en 1914 a 513 millones de toneladas, y la zona petrolífera suministró en 1913, 265 millones de barricas. Las grandes llanuras del Oeste constituían la región más importante del globo en lo referente a la producción de cereales y a la ganadería; los Estados *algodoneros* del Sur, desde Tejas a la Carolina del Norte, daban el 65 por 100 del algodón bruto producido en el mundo. Las industrias de transformación se hallaban en rápido crecimiento; en diez años el valor de los productos manufacturados por las empresas americanas pasó al doble. En el sector de las industrias pesadas los progresos eran aún más importantes: con una producción de 24 millones de toneladas de acero, la metalurgia americana sobrepasó en un 90 por 100 a la metalurgia alemana, que iba a la cabeza, en Europa.

Las causas esenciales de tan sorprendente impulso de la vida económica estaban, evidentemente, unidas a la abundancia de los recursos del suelo y del subsuelo, al espíritu de iniciativa de los americanos y a su sentido de organización; pero el papel de Europa ha de tenerse en cuenta: ella enviaba los hombres; fue el gran suministrador de capitales, cuyo total llegó, en 1913, a 5 millares de millón y medio de dólares. En cuanto a las consecuencias de aquel progreso, en las relaciones económicas de la Unión americana son fáciles de fijar: el comercio exterior señaló progresos considerables (de 3.301 millones de dólares en 1910 pasó en 1914 a 4.258 millones, es decir, que aumentó en cuatro años alrededor de un 35 por 100), y el balance comercial, que entre 1906 y 1910 había dejado un excedente medio de 400 millones de dólares, tenía ahora un excedente de 600 millones. La parte del *Viejo Continente* en aquel comercio exterior, aunque disminuyera en el curso de las dos últimas décadas, seguía siendo ampliamente preponderante: Europa recibía el 67 por 100 de las exportaciones americanas, sobre todo

(1) Véase anteriormente, págs. 442 y 537.

cereales y algodón bruto; y suministraba el 47 por 100 de las importaciones, entre las cuales ocupaban un lugar importante los objetos de lujo y los productos químicos; de los estados europeos, Gran Bretaña era el que continuaba siendo mejor cliente de los Estados Unidos y más importante proveedor. Pero el comercio de la Unión con los otros estados del continente americano progresó sensiblemente, pues las necesidades del consumo interior obligaban a importar, cada vez con mayor intensidad, la lana bruta de origen argentino, el azúcar de caña y los productos tropicales, que provenían de la *zona de los Caribes*. Con Asia, los cambios seguían siendo débiles aún; importadores de caucho de Malasia o de las Indias holandesas, de seda bruta japonesa, de té chino, los Estados Unidos exportaban a esas regiones productos industriales y, por lo referente al Japón, algodón bruto y petróleo; sin embargo, estos eran mercados pobres para la exportación, que en 1914 solo ocupaban un puesto mediocre en las ventas americanas al exterior.

El rasgo más sorprendente era el gran cambio que había sufrido en veinte años la índole del comercio exterior. En 1892 los productos agrícolas (incluyendo el algodón bruto) formaban el 75 por 100 de las exportaciones americanas, mientras que en 1913 no constituían más que el 40 por 100; la exportación de los combustibles y de algunas materias primas destinadas a la industria había llegado a ser muy importante; la exportación de los productos industriales pasó del 18 al 31 por 100. Estos datos bastan para indicar las preocupaciones nuevas de los medios económicos de la Unión. Mientras que, antes de 1900, los Estados Unidos exportaban casi únicamente productos—algodón, petróleo, carne, trigo—sin los cuales no podía pasarse la clientela extranjera ni podía pensar encontrarlos en ningún otro sitio a mejor precio, ahora eran, en una proporción importante, exportadores de productos industriales, con los cuales habían de hacer frente a la fuerte competencia europea. Por otra parte, el mercado interior americano, a causa del aumento demográfico, se convirtió en un importante comprador de artículos coloniales y materias primas para la industria de la lana y de la seda. El sentimiento de independencia, que antes de 1900 era el de la mayor parte de los productores, tendía a atenuarse, y las relaciones económicas exteriores ocupaban un lugar más importante en las bases de la prosperidad americana.

A decir verdad, semejante prosperidad parecía sólidamente establecida, y las preocupaciones del porvenir no eran graves ni apremiantes. ¿De dónde surgían las nubes, a pesar de todo ello?

Las observaciones hechas en el curso de la crisis económica de finales de 1907 y principios de 1908 incitaban a reflexionar.

Las causas de esta crisis (en la que la producción del acero bajó a la mitad y el paro alcanzó al 35 por 100 del efectivo entre los obreros sindicados, los únicos para los que existen estadísticas) tomaron un nuevo sesgo. La economía americana en el pasado había sido afectada, en 1873, en 1884 e incluso en 1893, por el juego de las causas externas:

restricción momentánea de las compras de cereales por Europa o retirada de los capitales invertidos por los europeos en empresas americanas. En definitiva, las crisis americanas habían sido de origen europeo. Ahora bien: en 1907 fueron causas internas las que intervinieron: la marcha ascendente de los negocios, entre 1900 y 1906, había incitado a la creación de demasiadas empresas nuevas; el llamamiento que dichas empresas habían lanzado en el mercado de los capitales provocó un alza en las tarifas de interés y, por consiguiente, una agravación de las cargas financieras para el conjunto de productores, en el preciso momento en que tal multiplicación de empresas ocasionaba un riesgo de superproducción, en relación con la capacidad de absorción del mercado interior. Para evitar caer en crisis análogas era lógico que las industrias americanas procurasen incrementar sus exportaciones.

Pero ¿podía conciliarse fácilmente aquel deseo de ampliar los mercados exteriores con la política de altas tarifas aduaneras que era, desde hacía medio siglo, practicada casi constantemente por los Estados Unidos? Aunque las industrias americanas hubiesen alcanzado un poderío que las colocaba en situación de soportar la competencia de las extranjeras, continuaban beneficiándose con una protección aduanera destinada a asegurarles, en el mercado interior, una posición prácticamente de exclusividad. Si querían desarrollar sus exportaciones, ¿no sería preciso que admitiesen a cambio un aumento de las importaciones? Esta fue la tesis que sostuvieron los demócratas cuando adoptaron la nueva tarifa aduanera, que en 1913 disminuyó en un 10 e incluso en un 20 por 100 los derechos sobre productos metalúrgicos. "El comercio—dijo el presidente Wilson—es recíproco; no podemos vender, a menos que también compremos."

Por último, la rapidez del desarrollo económico en la agricultura, pero aún más en la industria, solo fue posible gracias a la llegada, en masa, de emigrantes europeos. En 1911 la Comisión de la inmigración comprobó que en las industrias de extracción, en las empresas de obras públicas e incluso en las industrias de transformación, en Nueva Inglaterra y en Ohio, la mayoría de los asalariados estaba compuesta por hombres nacidos en el extranjero. Ahora bien: tal afluencia de mano de obra extranjera comenzó a presentar inconvenientes para la cohesión nacional; el *crisol* americano, cuya eficacia había sido notable hasta finales del siglo XIX, no parecía tener ya las mismas virtudes, pues los nuevos inmigrantes ya viniesen de Italia meridional, ya pertenecieran a las "minorías nacionales" de Austria-Hungría y de Rusia, eran más rebeldes a la asimilación de lo que lo habían sido, antes de 1895, los emigrantes venidos del noroeste de Europa. Así, la Comisión de inmigración creyó necesario restringir la afluencia de europeos. El Congreso, a principio de 1913, compartió este punto de vista, y votó una ley, destinada a prohibir la inmigración de los iletrados (es decir, de los que no supieran escribir en ningún idioma): la aplicación de dicha ley habría tenido como resultado eliminar la mitad de los italianos y buen

número de yugoslavos o de rutenos, en total, un 27 por 100 aproximadamente del contingente anual de inmigrantes. Pero William Taft, quince días antes de la expiración de su mandato presidencial, opuso su veto a tales medidas y el Congreso no insistió. ¿Por qué? Porque la administración creía que aún era necesario, en interés del desarrollo económico, dejar libre curso, al menos durante algún tiempo, a la afluencia de mano de obra.

Así se dibujaban, en las relaciones económicas de los Estados Unidos, nuevos problemas; pero en aquella fecha ninguno de ellos parecía crítico, ni siquiera verdaderamente grave: eran solo los primeros indicios de futuras dificultades.

Que la conducta de la política de la Unión iba íntimamente asociada a las preocupaciones económicas quedó demostrado por la práctica de la *diplomacia del dólar* durante los primeros años del siglo (1); los Estados Unidos, al mismo tiempo que continuaban admitiendo capitales europeos, se habían convertido en exportadores de capitales gracias al desarrollo considerable de los beneficios industriales; estas inversiones facilitaron la expansión comercial, al mismo tiempo que preparaban el camino a una política de *zonas de influencia*, a menudo orientada por intereses estratégicos. Pero las elecciones presidenciales de noviembre de 1912 llevaron al poder, después de dieciséis años de administración republicana, al partido demócrata. El Presidente Woodrow Wilson y su secretario de Estado, William J. Bryan, anunciaron el propósito, a partir de la *inauguración* de la nueva presidencia, en marzo de 1913, de revisar la posición adoptada por sus predecesores. ¿Quería esto decir que estuvieran decididos a llevar la política exterior de los Estados Unidos por nuevos caminos?

Elevado a la presidencia a la edad de cincuenta y siete años, después de una carrera universitaria, Woodrow Wilson, antes de gobernar, había expuesto ampliamente sus concepciones en sus obras de ciencia política y en su interpretación de la historia americana. Se había interesado, sobre todo, por la organización y el espíritu de las instituciones políticas; y debía su suerte electoral a la campaña (iniciativa que había emprendido en 1906) a favor de la *nueva libertad*. La posición que había tomado en política interior de los Estados Unidos fue, pues, antes de su elevación a la presidencia, el rasgo distintivo de su personalidad política. Pero, respecto a los problemas exteriores, también había manifestado tendencias y preocupaciones significativas. Al día siguiente de la guerra hispano-americana, que no había deseado, pero cuyos resultados aceptó de buen grado, comprendió que la expansión territorial en el mar de las Antillas y en el Pacífico sería el punto de partida de una era nueva en las relaciones entre los Estados Unidos y el mundo. Esta expansión respondía—escribía—a necesidades *naturales*, materia-

(1) Véanse anteriormente, págs. 470 y 471.

les, sin duda; pero *sociales* también, ya que el espíritu de empresa o de aventura del *pionero* no podía encontrar ya un campo de acción en el interior del territorio de la Unión; podía servir, por último, a los deseos espirituales del pueblo americano, ansioso de asegurar a los otros pueblos los beneficios del régimen democrático. La expansión económica y financiera debía dar los mismos resultados: la exportación de mercancías y capitales americanos hacia nuevos mercados exteriores, al mismo tiempo que aumentase la prosperidad de los Estados Unidos permitiría difundir, en Extremo Oriente, por ejemplo, las concepciones de la civilización *occidental* y las instituciones americanas. Esto seguía, en algunos aspectos, la línea trazada por los discípulos de Burgess (1).

Pero Wilson se apartó, en dos puntos, de la política de Theodore Roosevelt o de Taft. Creía que la expansión debía evitar la toma de posesión de un territorio por vía de conquista y que la ocupación armada, en todo caso, habría de ser temporal: tan pronto como las poblaciones de aquel territorio tuvieran suficiente madurez para gobernarse a sí mismas deberían poder disponer libremente de su destino. Deseaba también que la influencia financiera de los Estados Unidos no tuviese por resultado permitir que los bancos, en esos territorios extranjeros, "explotasen a la masa del pueblo". Ciertamente, el deber del Gobierno americano era proteger las inversiones de capitales efectuadas por sus conciudadanos; sin embargo, no podía apoyar tales reivindicaciones más que en la medida que fuesen *justas*. La política exterior dejaría, pues, de estar orientada por el deseo de *explotación comercial* o por los *intereses egoístas de un pequeño grupo de financieros*. Se definió, pues, contra los métodos habituales de la diplomacia del dólar; pero sin renunciar a la expansión económica ni al establecimiento de una influencia política. En el fondo, las reservas que formuló el Presidente en política exterior estaban destinadas, lo mismo que su programa de política interior, a obstaculizar la influencia excesiva del *poder del dinero*. El secretario de Estado, William J. Bryan, no dejó de señalarlo vigorosamente: los capitalistas americanos que hacían inversiones en un *país nuevo* exigían una tarifa de interés muy fuerte, invocando los riesgos que iban a correr sus capitales; después de lo cual pedían al gobierno su *protección*, de manera que tales riesgos quedasen eliminados. Tal era el abuso al que la Administración demócrata quería poner fin: los bancos, en lo sucesivo, deberían saber que no tenían *derecho* a semejante protección.

¿Indicaba esa restricción una intención de *repliegue*? Wilson, por el contrario, repitió a menudo, en la línea trazada por Theodore Roosevelt, que los Estados Unidos eran una *potencia mundial*; que tenían una *misión* que cumplir en los asuntos internacionales, en los cuales estaban llamados a desempeñar el papel de *leader*, y que estaban en situación de regir la suerte del mundo, desde el punto de vista económico".

(1) Véase anteriormente, cap. II, libro I de esta parte.

La tradición del *aislacionismo* había quedado anticuada, no solamente porque la democracia americana no podía ignorar los peligros que implicaría el triunfo de una *revolución reaccionaria*, en este o en aquel gran estado, sino porque el desarrollo del comercio internacional ya no permitiría respetar las consignas dadas, en otro tiempo y en un mundo diferente, por Washington y por Jefferson. "Ninguna nación—pensaba Wilson—, y menos que ninguna otra una que viva del comercio y de la manufactura, puede quedarse aparte."

Pero esta acción exterior debía ser ejercida por los Estados Unidos en favor de la paz. El Presidente Wilson creía en la eficacia de los tratados de arbitraje; convencido de que, al punto que había llegado *el progreso de la civilización*, las naciones no podían comprometerse en una guerra sin que las causas del conflicto hubieran sido objeto de una investigación imparcial y "previa"; creía que los Estados Unidos tenían una *responsabilidad moral* respecto a los otros estados, y que su política debía cooperar en el establecimiento de una organización internacional de la paz.

La influencia de la gran república en las relaciones internacionales, en 1914, era muy desigual, según las zonas geográficas. Debería ejercerse, sobre todo—no hay que decirlo—en el continente americano; observaba, pero sin gran insistencia, el Asia oriental; respecto a las cuestiones europeas mantenía una actitud más alejada.

En el continente americano el Gobierno de los Estados Unidos había esbozado desde 1889 una programa *panamericano*, es decir, que procuraba desarrollar una solidaridad económica e intelectual para preparar el camino a una solidaridad política. El orden del día de la primera conferencia de los Estados americanos había hecho unas sugerencias: establecimiento de una unión monetaria y aduanera; construcción de un ferrocarril que enlazara las dos partes del continente; resolución de los conflictos entre estados por medio de un sistema de arbitraje. Pero pasado un cuarto de siglo casi nada de tal programa se había realizado todavía: la creación, en 1902, de una oficina comercial interamericana y la ampliación, en 1906, de la competencia de esa oficina, que se había convertido en el *agente permanente de organización y de ejecución* de las conferencias panamericanas era lo único esencial de la obra. En definitiva, se construyó el marco, pero aún faltaba el contenido.

Aquella lentitud no se debía solamente a la solidez de las posiciones adquiridas por los europeos; era el fruto de las resistencias opuestas por los intelectuales sudamericanos. Las críticas de estos medios no fueron presentadas en el seno de las conferencias panamericanas, pues los gobiernos de América latina eran demasiado conscientes de la potencia económica, financiera y política de los Estados Unidos para comprometerse por imprudentes caminos; pero se manifestaron, con ocasión de los métodos empleados por el imperialismo de Theodore Roosevelt o de Taft, en las obras de escritores de fama: Eduardo Pardo, en

Brasil; Domingo Castillo, en Venezuela; García Calderón, en Perú, y Manuel Ugarte, en Argentina. La expresión de esa desconfianza no era, por otra parte, signo de solidaridad entre los Estados de América latina: los particularismos seguían vivos y los nacionalismos se afirmaban, con creciente vigor, a medida que la anarquía política se reprimía en dichos estados por regímenes autoritarios; no se trataba, pues, de que los Gobiernos se entendiesen para oponer una resistencia a la penetración de la influencia *yankee*.

Sin embargo, la administración demócrata juzgó oportuno tranquilizar a la opinión pública sudamericana. En un discurso pronunciado el 27 de octubre de 1913, Woodrow Wilson desaprobó la *diplomacia del dólar* y condenó los métodos que tendiesen, por intromisión de los grupos financieros, a establecer un *control* de los Estados Unidos en los asuntos interiores de algunos estados americanos; declaró que una política exterior basada en "intereses materiales" resultaba peligrosa. Su intención—dijo—era tratar a los Estados de la América latina en el mismo pie de igualdad, y mostrarse su amigo, "teniendo en cuenta sus intereses, concuerden o no con los nuestros". Su único propósito, "favorecer el desarrollo de la libertad constitucional en el mundo". Ahora bien: la influencia de los intereses económicos y financieros, por su propia índole, no cooperaba en la obtención de estos resultados. Esto anunciaba el deseo de restablecer la confianza entre América latina y los Estados Unidos.

Pero tales declaraciones conciliadoras no fueron obstáculo para el desarrollo de la expansión americana en los campos de acción ya escogidos por Theodore Roosevelt—América central, el mar de las Antillas y Méjico—.

En Nicaragua, donde la administración republicana había asegurado, mediante una intervención armada, la victoria de un Gobierno conservador, dispuesto a proteger las inversiones de capitales efectuadas por los bancos de los Estados Unidos, Wilson mantuvo la presencia de un pequeño cuerpo de ocupación y negoció un tratado que preveía, a cambio de una subvención de tres millones de dólares, el derecho, para los Estados Unidos, de construir, eventualmente, en territorio de Nicaragua, un nuevo canal interoceánico y establecer una base naval en la desembocadura de dicho canal, en la bahía de Fonseca. En la República de Haití, en la cual eran importantes las inversiones de capitales, pero sin que hubieran dado motivo todavía para una presión política, cuando temió Wilson, en la primavera de 1914, que Alemania tratara de asegurarse una influencia, decidió aplicar un sistema análogo al que Theodore Roosevelt había establecido en la república dominicana (1). No hay duda de que estos procedimientos podían emparentar con la *diplomacia del dólar*. Sin embargo, en los dos casos, el Presidente procedió fuera de toda acción de los bancos y obedeció únicamente a ins-

(1) Véase anteriormente, pág. 496.

tancias del interés nacional, es decir, de la estrategia naval; pero la protección de las inversiones de capital le proporcionó el pretexto y la oportunidad.

Forzosamente, hemos de concluir, pues, que a pesar de la condena que dirigió contra la *diplomacia del dólar*, Wilson continuó inspirándose en ella en las regiones en que los Estados Unidos tenían intereses navales o económicos importantes: no había lugar a que se aplicaran, en tales casos, los principios de una *colaboración amistosa*.

En extremo-Oriente, la acción de los Estados Unidos se había desarrollado después de la anexión de los archipiélagos del Pacífico-Hawai, las Filipinas, Samoa—en 1898 y 1899. La Administración republicana había tratado, sin éxito, de poner en vigor, en 1909, un proyecto de internacionalización de los ferrocarriles de Manchuria, para hacer fracasar el reparto de influencia entre Japón y Rusia. Aceptó en 1912 participar en el Consorcio bancario internacional (1), que ofrecía al Gobierno de la República china un fuerte empréstito. Cuando los demócratas subieron al poder, el grupo bancario americano, comprometido en el asunto y dirigido por la banca Morgan, se preguntó si sería apoyado por la nueva administración; advirtió, pues, al Presidente Wilson que la participación en el empréstito solo sería mantenida si el Gobierno expresaba tal deseo, lo cual era solicitar indirectamente una garantía. Wilson negó la promesa, arguyendo que el Consorcio quería imponer a Yuan-Shi Kai condiciones incompatibles con la independencia administrativa de China. Así, pues, los bancos americanos decidieron abandonar el asunto.

¿Equivale esto a decir que el Gobierno de los Estados Unidos descuidase los intereses económicos de sus conciudadanos en China? No, pues Wilson, en abril de 1913, decidió, aunque sabía que el régimen político chino solo tenía de "republicano" el nombre, conceder al Gobierno de Yuan-Shi Kai el reconocimiento *de jure*, ante el cual aún vacilaban las potencias europeas; daba por descontado que aquel gesto de simpatía tendría su compensación, y esa esperanza no se vio defraudada: Yuan-Shi Kai concedió un derecho de búsqueda y de explotación de los yacimientos de petróleo en el Jehol y el Chan-Si a una sociedad chino-americana, de la cual la *Standard Oil* se reservó la mayoría de las partes; tenía en perspectiva a principios de 1914 celebrar un contrato con la *Bethlehem Steel Corporation* para la construcción de una base naval en la costa del Fou-Kien. ¿Y no fue un jurista americano, Goodnow, quien se convirtió en principal consejero extranjero de Yuan-Shi Kai? Sin embargo, la influencia de los Estados Unidos seguía siendo muy débil con respecto a la de Gran Bretaña; las inversiones de capitales americanos no llegaban a la décima parte de las inversiones inglesas.

(1) Véase anteriormente, pág. 545.

El único terreno en el que la expansión financiera de los Estados Unidos rivalizaba profundamente con la expansión europea era Méjico, en el que en 1912 las inversiones de capitales americanos en ferrocarriles, explotaciones mineras o petrolíferas e incluso en empresas agrícolas, alcanzaban un total de 1.500 millones de dólares, mientras que las inversiones inglesas no pasaban de 800 millones de dólares. Méjico parecía destinado a transformarse, en plazo breve, en una *colonia económica* de los Estados Unidos. En 1913, sin embargo, los hombres de negocio ingleses, cuyo animador era Lord Cowdray, recibieron el apoyo del Gobierno. ¿Por qué creía necesario el gabinete británico mezclarse en tal asunto, con riesgo de provocar el disgusto del Gobierno de los Estados Unidos? La cuestión del petróleo fue la que le empujó a la acción. Méjico, en aquella fecha, ocupaba el tercer lugar en la producción mundial; ahora bien: el incremento del empleo de los residuos de la nafta en los navíos de guerra obligaba al Almirantazgo británico a asegurarse fuentes de abastecimiento: Winston Churchill, primer Lord del Almirantazgo, insistió ante la Cámara de los Comunes, en julio de 1913, sobre la misma preocupación.

A causa de la rivalidad de las grandes compañías petrolíferas inglesas y americanas se vieron obligados los dos Gobiernos a intervenir en la política interior mejicana, después de la caída, en 1910, de la dictadura de Porfirio Díaz, explotaron e incluso provocaron los golpes de Estado, prometiendo su apoyo a un partido o a un hombre que a cambio les concediese, una vez en el poder, ventajas económicas. Cuando, en marzo de 1913, el gabinete inglés decidió, a instigación de Lord Cowdray, reconocer el Gobierno de Huerta, que acababa de derribar al presidente Madero, la diplomacia americana protestó: ella quería, según decía, eliminar a un hombre que se había adueñado del poder por un golpe de fuerza y restablecer un régimen *constitucional*; pero esta preocupación por la moralidad política coincidía con los intereses de las compañías americanas de petróleos, que acusaban a Huerta de favorecer a los "petroleros" ingleses.

Gran Bretaña acabó por ceder: en noviembre de 1913 abandonó a Huerta, porque, según escribía un gran periódico afecto al Gobierno, "todo el capital inglés en Méjico no podría compensar ni siquiera el solo riesgo de perder la amistad americana". A cambio de ello los Estados Unidos prometieron revisar, en beneficio de los intereses ingleses, la tarifa de derecho de paso por el canal de Panamá. Así pudo Wilson provocar fácilmente, en abril de 1914, mediante una demostración de fuerza—la ocupación de Veracruz—, la caída de Huerta.

Pero la fuerza de expansión del Japón y la de los Estados Unidos eran rivales en el Pacífico y en Extremo-Oriente, y ello significaba para los intereses europeos una perspectiva tranquilizadora. El presidente

Theodore Roosevelt se había sentido inquieto por los éxitos obtenidos, en 1905, por el Japón; creyó, en el verano de 1907, según los informes venidos de Inglaterra y de Alemania, que era posible un ataque nipón a las islas Hawai y sobre todo contra las Filipinas; sin duda, tales temores eran infundados, pues el Gobierno japonés no podía pensar entonces en una guerra con los Estados Unidos; pero la alarma de los dirigentes americanos no era fingida: Roosevelt estimó necesario trasladar al Pacífico, por el estrecho de Magallanes (la construcción del Canal de Panamá no estuvo acabada hasta 1914), a la escuadra americana del Atlántico, y hacer emprender, al conjunto de la flota de guerra, un viaje *amistoso* hasta los puertos japoneses. Era esto, en la intención del Presidente, un gesto de intimidación—una *advertencia*—a la astucia del Japón. Es probable que el Gobierno nipón comprendiera su alcance, ya que aceptó establecer con los Estados Unidos una Declaración común, cuya firma había eludido el año antes.

Por dicho acuerdo Takahira-Root, los dos Gobiernos prometieron respetar mutuamente sus posesiones territoriales en el Pacífico y en Extremo-Oriente, y no atentar contra la integridad ni la independencia de China.

Esta Declaración no bastó, sin embargo, para tranquilizar al Gobierno americano. Así, estimó oportuno retirar al Japón el apoyo que le ofrecía su tratado con Inglaterra. Y lo consiguió (1). La actitud de la diplomacia americana demostraba la persistencia de una inquietud y el propósito de mantener en jaque al imperialismo nipón: antagonismo latente, del que los europeos podrían sacar provecho.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre el lugar de Europa en la economía mundial.**—I. SVENNILSON: *Growth and Stagnation in the European Economy, 1913-1945*, Ginebra, 1955.

**Sobre los Estados Unidos.**—H. NOTTER: *The Origins of the Foreign Policy of W. Wilson*, Nueva York, 1937. W. DIAMOND: *The Economic Thought of W. Wilson*, Boston, 1943.—A. K. CAIRNCROSS: *Home and Foreign Investment, 1870-1913, Studies in capital Accumulation*, Cambridge, U. S. A., 1953.—W. S. ROBERTSON: *Hispanic American Relations with the U. S.*, Oxford, 1933.—J. BEMIS: *The Latin American Policy of the U. S.: an Historical Interpretation*, Nueva York,

1944.—J. GANTENBEIN: *The Evolution of our Latin American Policy*, Nueva York, 1950.—J. PEPIN: *Le Panaméricanisme*, París, 1939.—Sobre los intereses americanos en Méjico véase anteriormente, pág. 573.

**Sobre el Japón.**—Además de las obras citadas en la pág. 332, consúltese: E. SCHULTZE: *Japan als Weltindustriemacht*, Stuttgart, 1935, 2 vols.—G. ALLEN: *A short Economic History of Modern Japan, 1867-1937*, Londres, 1946.—J. ORCHARD: *Japans Economic Position*, Nueva York, 1930.—V. KOBAYASHI: *The Basic Industries and Social History of Japan 1914-1918*, New Haven, 1930, Coll. Carnegie.—F. BARRRET: *L'Evolution du capitalisme ja-*

(1) Véase anteriormente, pág. 577.

ponais, París, 1945, 2 vols.—W. LOCKWOOD: *The Economic development of Japan, 1868-1938*. Baltimore, 1955.—M. B. JANSEN: *The Japanese and Sun Yat Sen*, Cambridge (U. S. A.), 1954.

Sobre las relaciones del Japón y los Estados Unidos.—O. CLINARD: *Japan's Influence on American Naval*

*Power, 1897-1917*. Berkeley, 1947.—J. TREAT: *Japan and the United States*, Stanford Univ., 1934.—TH. BAILEY: *Th. Roosevelt and the Japanese-American Crisis, 1905-1908*, Stanford Univ., 1934.—PH. JESSUP: *Elihu Root*, Nueva York, 1938, 2 vols.—FOSTER DULLES: *Forty Years of American Japanese Relations*, Londres, 1931.

## CAPITULO XVIII

### EUROPA EN LA PRIMAVERA DE 1914

Debilitada, al menos momentáneamente, por la competencia de los Estados Unidos y por la del Japón, la fuerza de expansión de Europa en el mundo se veía comprometida, más gravemente aún, por las amenazas de conflicto entre los estados europeos. Aunque existiese, en los rasgos generales de la vida intelectual y en la concepción del Estado, una *conciencia europea* y, en los caracteres de la vida de sociedad—por lo menos, de la *alta sociedad*—, una analogía que pudiera abrir el camino a un vago sentimiento de solidaridad, la realidad era que esa conciencia y ese sentimiento no impedía la *rigidez* de las posiciones adoptadas por las grandes potencias (1). Ciertamente que los litigios marroquíes y balcánicos se habían resuelto diplomáticamente; el uno, en noviembre de 1911; el otro, en agosto de 1913. Pero ni uno ni otro de estos tratados llevó a un apaciguamiento duradero. A principios de 1914, se extendió la amenaza. Apremiantes exigencias del sentimiento nacional; choque de los intereses económicos y financieros: tales son los rasgos que retienen nuestra atención, cuando se abarca la situación europea con la mirada.

#### I. LOS SENTIMIENTOS NACIONALES

Que las manifestaciones del sentimiento nacional bajo sus diversas formas—protesta de las *minorías nacionales* contra una dominación extranjera; rivalidades y desconfianzas que oponían a los grupos nacionales entre sí; voluntad de poder de los grandes estados—tomasen mayor amplitud era, sin duda, la consecuencia de las dificultades que enfrentaban a las grandes potencias: volvían a abrirse las antiguas heridas en Irlanda, en Alsacia y Lorena, en Polonia, en el momento en que la perspectiva de un conflicto internacional ofrecía oportunidades a los adversarios del *statu quo*; y las guerras balcánicas abrieron nuevas heridas. Pero estos puntos sensibles eran, a su vez, causa directa de amenazas y de disturbios que brindaban ocasiones a la voluntad de poder de los grandes estados, y la incitaban.

En la cuestión de Irlanda, la reivindicación de autonomía política había sido satisfecha bastante ampliamente, pero solo en los textos legislativos, en noviembre de 1912. Según el proyecto del *Home Rule*, vo-

(1) Véase anteriormente, capítulo VI.

tado por la Cámara de los Comunes, las poblaciones irlandesas obtenían el derecho de elegir un Parlamento irlandés, que debía ejercer el poder legislativo, excepto en lo referente a los asuntos militares o navales y al régimen aduanero. Ciertamente que la Cámara de los Lores había rechazado el proyecto; pero esta oposición no podía hacer más que retrasar, en dos años, la sanción real. A finales de 1914, el *Home Rule* debía, pues, adquirir vigencia en principio.

Esta perspectiva provocó nuevas dificultades, porque algunos nacionalistas irlandeses no querían contentarse con la autonomía y exigían la independencia; pero sobre todo porque, en el seno de las poblaciones irlandesas católicas, los habitantes de la provincia del Ulster, que eran, en gran mayoría, protestantes, formaban una especie de *minoría nacional*. ¿Cómo podría someterse aquel grupo minoritario a un régimen político, en el cual los católicos, gracias a su preponderancia numérica, mandasen? Sin duda, la ley del *Home Rule* había tenido cuidado de prohibir al futuro Parlamento irlandés el establecimiento de una religión del Estado; pero tal garantía no parecía suficiente: la Irlanda protestante quería permanecer sometida a la autoridad legislativa del Parlamento inglés; exigía, pues, que la *Home Rule Act* fuese aplicada únicamente a la Irlanda católica. Los *nacionalistas* irlandeses desechaban totalmente aquella solución. La resistencia del Ulster tomó, en marzo de 1914, un sesgo de rebeldía. Y como el Gobierno inglés renunció a dominar el movimiento por la fuerza, los nacionalistas de Irlanda del Sur amenazaron con resolver el asunto por sus propios medios. Las dos *naciones* irlandesas formaron tropas de voluntarios. "Una chispa sería suficiente para provocar en Irlanda una peligrosa guerra civil", escribió, el 16 de junio de 1914, el cónsul de Francia en Dublín. "Nos encontramos—observaba el canciller del Exchequer, Lloyd George—, frente al más grave problema que se haya planteado en este país desde la época de los Estuardo."

¿Era solo una crisis interior del Reino Unido? El asunto tenía un alcance internacional; la situación mundial de Inglaterra se debilitaba en la medida en que el Gabinete, absorbido por sus preocupaciones inmediatas, concedía menor interés a los problemas del continente europeo; y la guerra civil, si se declarase, paralizaría la acción exterior de Gran Bretaña. "En todos los países amigos existe ansiedad, porque se cree que, por el momento, Gran Bretaña no podría actuar"—dijo el primer lord del Almirantazgo, Winston Churchill, en la Cámara de los Comunes. Añadió que, sin duda, en caso de crisis exterior, aquella fiebre se aplacaría; pero el Gabinete no compartía su optimismo: decidió que, en caso de guerra continental, reduciría a cinco divisiones de infantería el cuerpo expedicionario destinado a tomar parte en las operaciones del Continente, a fin de conservar tropas a mano, para mantener el orden en Irlanda.

La política alemana vio la ocasión de explotar esta crisis irlandesa: de Alemania recibían las armas los voluntarios del Ulster y, asimismo,

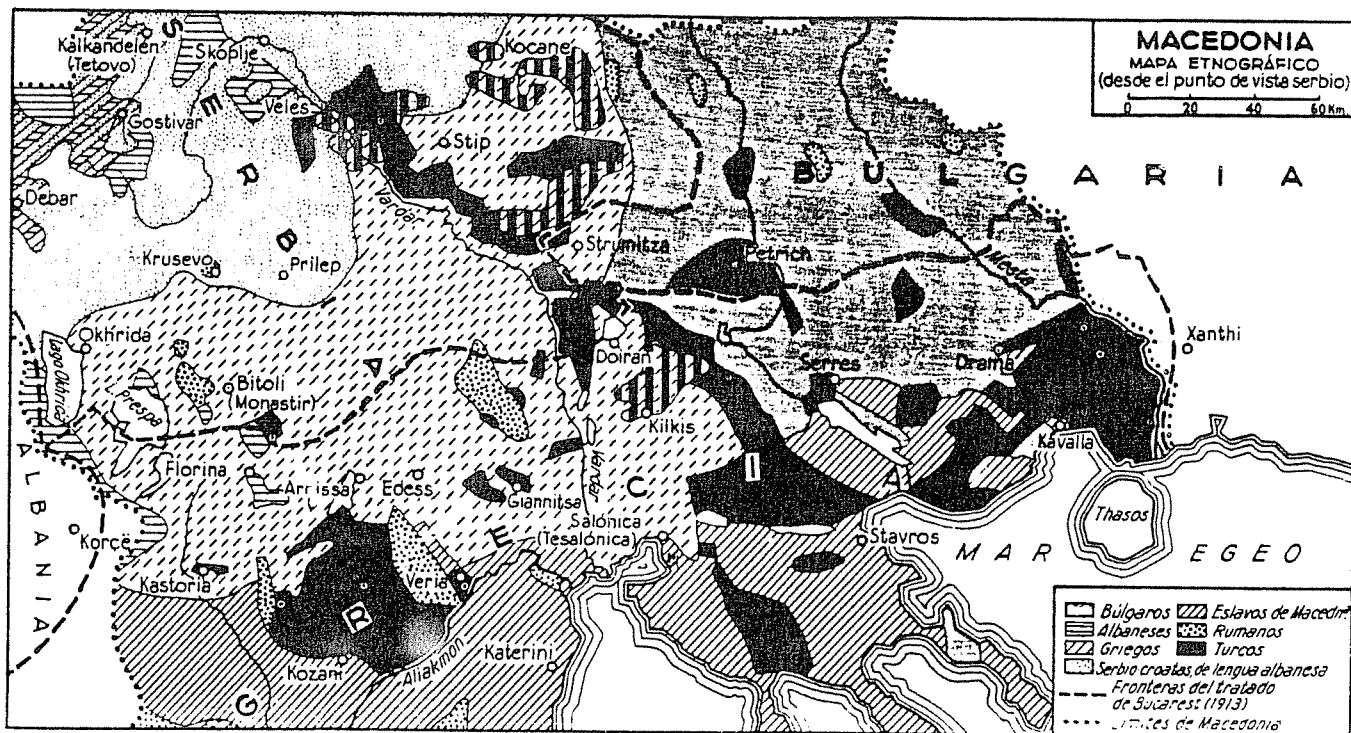
los voluntarios de la Irlanda del Sur. En los dos campos, los jefes más ardientes dejaban que se creyese que no vacilarían en solicitar y aceptar una ayuda alemana. Sir Roger Casement, feroz nacionalista, declaró que deseaba, en caso de guerra europea, una victoria alemana, que impediría a Inglaterra oponerse a la independencia de Irlanda. Y James Craig, del Ulster, no ocultó que preferiría a "Alemania y al Imperio alemán" al régimen de la *Home Rule Act*. En el curso del mes de mayo de 1914, el consejero de la Embajada alemana en Londres, Richard von Kühlmann, acudió a informarse sobre el terreno, y no vaciló en asistir a un desfile de voluntarios.

En Alsacia y Lorena, donde los progresos del conformismo habían sido sensibles entre 1901 y 1910, se vieron defraudados los planes del Gobierno alemán, cuando, a pesar del otorgamiento de la Constitución del 31 de mayo de 1911, la resistencia a la germanización volvió a vigorizarse. En mayo de 1912, Guillermo II había amenazado con *hacer trizas* la Constitución y anexionar a Prusia la *Tierra de Imperio*; en enero de 1913, inició persecuciones contra *Le Souvenir alsacien-lorrain*. En tal clima, se produjeron, en noviembre de 1913, los incidentes de Saverne, que enfrentaron a los militares alemanes con la población alsaciana. Los términos insultantes de un tenientillo de diecinueve años y las violencias a que se entregó contra los alsacianos, fueron vituperadas por la mayoría del Reichstag alemán; pero la autoridad militar se negó a aplicar ninguna sanción al oficial. Contra aquella actitud del Ministerio de la Guerra prusiano, protestó, en enero de 1914, el Parlamento de Alsacia y Lorena. El asunto de Saverne señalaba el fracaso definitivo de la política del *staathalter* Wedel, que dimitió: *La Ligue pour la defense de l'Alsace-Lorraine*, formada en marzo de 1914, agrupaba a representantes de todos los partidos políticos. En Berlín, el secretario de Estado en los Asuntos Exteriores, Jagow, no ocultó que la dominación alemana tropezaba, en Alsacia y Lorena, con una profunda *enemistad*.

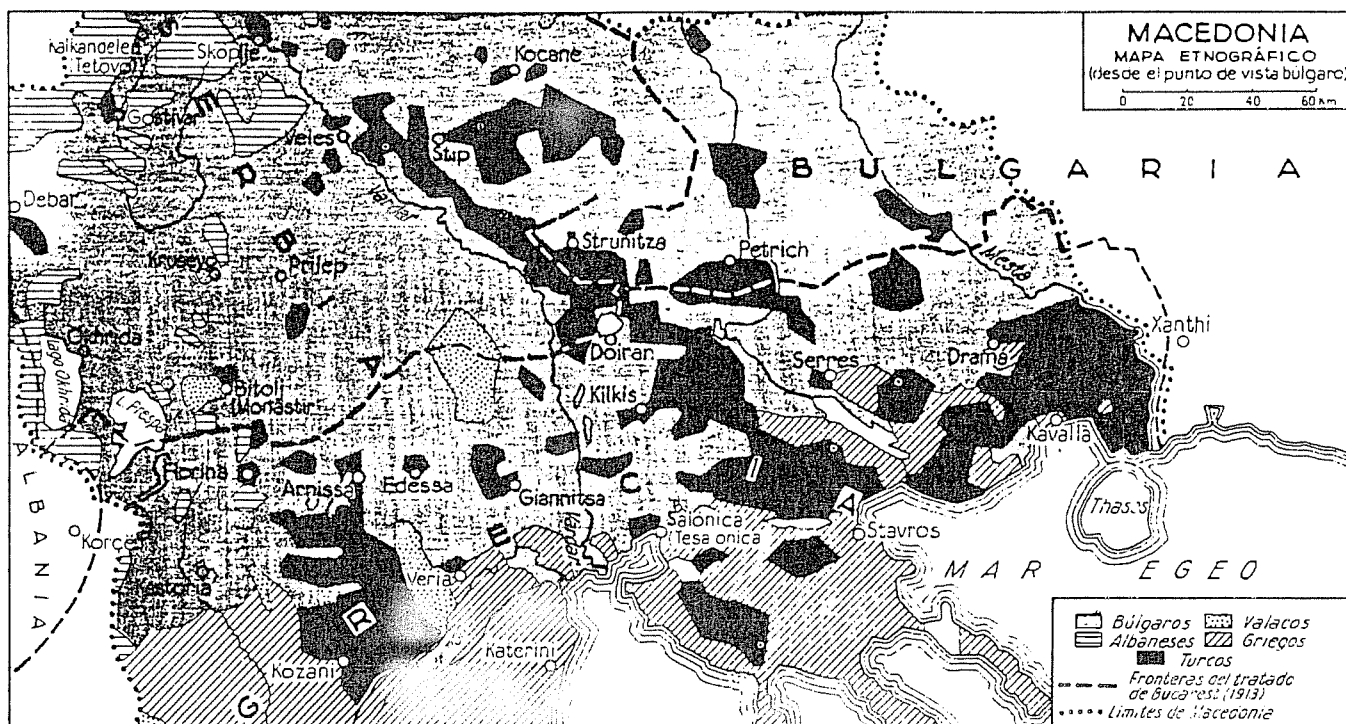
La protesta polaca se reavivó, no en Galitzia, donde la administración austríaca era conciliadora, sino en los territorios prusianos y polacos.

En la Prusia polaca, el Gobierno prusiano venía haciendo, desde hace veinte años atrás, un esfuerzo de *colonización* destinado a establecer colonos alemanes, y solo había obtenido ínfimos resultados; y prohibió, sin mayor éxito, la lengua polaca en toda clase de enseñanza, incluso religiosa. Tales métodos de opresión y de rigor no hicieron más que despertar el antagonismo. La oposición polaca, que, de muy antiguo, había sido animada por la nobleza, tomó un carácter nuevo, desde que un partido "nacional demócrata" dirigido por burgueses, consiguió atraerse a campesinos y obreros, y adoptó un programa mucho más radical que el de la oposición tradicional; el nuevo partido extendió su propaganda hasta la alta Silesia, donde la protesta nacional había sido, hasta entonces, mediocre.





Mapa 9.—MAPA ETNOGRÁFICO DE MACEDONIA: PUNTO DE VISTA SERBIO.



Mapa 9 bis.—MAPA ETNOGRÁFICO DE MACEDONIA: PUNTO DE VISTA BÚLGARO.

(Estos mapas se han hecho conforme a la «Enquête sur les Balkans», Fundación Carnegie, 1914)

En la Polonia rusa, una parte de la burguesía industrial se contentaba con pedir un estatuto de autonomía, mientras otra continuaba reivindicando la independencia. Pero las fuerzas activas del movimiento nacional se hallaban agrupadas en el *partido socialista polaco*, cuyo animador, Joseph Pilsudski, se había refugiado en Galizia. Pilsudski preparó la futura insurrección, organizando *sociedades de tiro*, en territorio austríaco; en Lvov se hallaba la sede de la *Confederación de la lucha activa*, cuyas filiales se encontraban en territorio ruso. "Este movimiento militar—declaró Pilsudski, en febrero de 1914—coloca el problema polaco sobre el tablero europeo." ¿No era esta, en el fondo, la opinión del ministro ruso de Asuntos Exteriores? En enero de 1914, Sazonof indicó al Zar la necesidad de *crear un interés real que uniese a los polacos al estado ruso*.

Los litigios balcánicos estaban dominados por el recuerdo de las luchas que acababan de desgarrar la península. A principios de 1914, una Comisión, formada a iniciativa de la dotación Carnegie por la paz internacional, publicó su *Enquête sur les Balkans*, donde reunió un conjunto de pruebas que constituían un "espantoso capítulo de horrores": ejecuciones, asesinatos, estrangulamientos e incendios, matanzas y atrocidades, no solamente entre musulmanes y cristianos, separados por el odio y las pasiones religiosas, sino entre griegos y búlgaros, entre griegos y serbios que, todavía la víspera, "habían implorado juntos al cielo, en una guerra de liberación". Tales rencores y odios mantenían una inestabilidad que provocaba riesgos inmediatos de conflictos locales, peligrosos para la paz general, en la medida en que agravaban la desconfianza entre las grandes potencias.

En Macedonia era donde el choque de los nacionalismos resultaba más violento, porque el mapa de las *nacionalidades* ofrecía el espectáculo de un caos inextricable y porque la aplicación del tratado de Bucarest provocaba un desorden moral y social. La causa principal de aquel desorden era la política de *asimilación* practicada, con frenético rigor, por los estados, en los territorios que habían conquistado: los funcionarios municipales, los maestros y los notables eran *detenidos, maltratados, expulsados*; los fieles de una de las Iglesias ortodoxas se veían obligados, a menudo, por la fuerza, a firmar una declaración de adhesión a otro de aquellas Iglesias, pues, en todas partes, los eclesiásticos eran los apóstoles de la propaganda nacionalista; y, en todas partes, la conversión "significaba para ellos el paso de una nacionalidad a otra". La guerra por la liberación de Macedonia, hacía constar el informe de la Comisión de investigación, "solo ha procurado a los habitantes de este país una nueva clase de sufrimientos y de pruebas... Si recordamos la libertad de enseñanza y la libertad religiosa que dejó la dominación turca a las poblaciones, nos explicaremos que mucha gente la eche ahora de menos". Desconfianzas y violencias mantenían un estado de inseguridad que incitaba a los gobiernos balcánicos a

conservar importantes efectivos sobre las armas, "pues los vecinos se hallan tan dispuestos a romper los tratados como a firmarlos". En el otoño de 1913, el grupo formado contra Bulgaria en el curso de la segunda guerra balcánica, se disolvió; y los gobiernos iban a la búsqueda de combinaciones nuevas de acuerdos o de alianzas (1).

El nacimiento del Principado de Albania dio lugar a dificultades de otro orden, en las cuales se encontraban mezcladas no solamente Serbia y Grecia, vecinas inmediatas del nuevo estado, sino también Austria-Hungría e Italia, colegas desconfiados de la Triple Alianza y rivales en el Adriático.

El trazado de fronteras, que, después de haber amenazado, en octubre de 1913, con enfrentar a Albania con Serbia, era lo que ahora enfrentaba a Albania y a Grecia. El Gobierno griego trataba de conservar *provisionalmente* el Epiro del Norte, cuya población era, en su mayoría, de lengua griega; pero, en diciembre de 1913, una Comisión de Delimitación adjudicó a Albania la región de Argirocastro y de Santi-Quaranta. Cierta es que aceptaría retirar de este territorio a sus funcionarios y a sus tropas; pero con la condición de que las grandes potencias le dieran satisfacción en la controversia relativa a la adjudicación de las islas del mar Egeo; acabó por realizar la retirada, a pesar de los llamamientos que le dirigió un *gobierno revolucionario* constituido en Epiro del Norte, con miras a resistir a la dominación albanesa: la población de la zona discutida obtuvo solo la promesa de un estatuto de autonomía, dentro del marco del estado albanés. Las reivindicaciones de la *nacionalidad* griega fracasaron, pues. ¿Por qué? Porque la orilla oriental del canal de Corfú tenía una importancia estratégica. El Gobierno italiano no quiso que permaneciese en manos de Grecia.

La protección que Austria-Hungría e Italia otorgaban, así, a los intereses del nuevo estado, no era, sin embargo, señal de una colaboración de las dos potencias en aquel asunto, sino, por el contrario, una manifestación de su rivalidad: cada una intentaba conseguir, en Albania, una influencia preponderante. El Gobierno austro-húngaro consideraba que, destinado a cerrar a Serbia el acceso al Adriático, aquel estado debía convertirse en aliado de la Doble Monarquía. Pero la política italiana estaba absolutamente resuelta a impedir, no solamente a los eslavos, sino también a los austro-húngaros, que poseyesen las orillas del canal de Otranto.

Un príncipe alemán, un protestante, el príncipe de Wied, pariente del rey de Rumanía fue el que Austria-Hungría e Italia hicieron designar para dirigir el Gobierno. Pero, desde su llegada a Durazzo, en marzo de 1914, el príncipe se vio enfrentado con graves dificultades. Sin recursos financieros, sin administración organizada, ¿cómo podría im-

(1) Véase anteriormente, pág. 531.

(2) Véase anteriormente, pág. 520.

poner su autoridad a tribus montañas que nunca habían estado realmente sometidas al Gobierno turco o arbitrar los conflictos entre los musulmanes y los católicos? No podía sobre todo contar con sus ministros albaneses, que se hallaban en conflicto entre sí y con él mismo. Viena y Roma, aunque conjuntamente, le ofrecieron un apoyo financiero y una ayuda para formar los cuadros de un ejército albanés. "Entre estos dos padres que no se entienden—observó Guillermo II—el pobre chico va a pasar un mal rato." Ciertamente se trató, en abril, de prevenir el desarrollo de aquella rivalidad, mediante un reparto en zonas de influencia; pero el proyecto resultó muy laborioso. Y, en la segunda quincena de mayo, los agentes italianos y austro-húngaros entablaron en Durazzo una guerra a cuchillo: el 19 de mayo se produjo el golpe de estado del príncipe que, a instigación de los austro-húngaros (según la Prensa italiana), hizo detener a su ministro de la Guerra; Essad Bey; el 24, la ciudad fue atacada por tribus de las montañas y el príncipe obligado a refugiarse a bordo de un buque de guerra: la Legación italiana dejó traslucir "una gran alegría"; el 15 de junio, sin embargo, por consejo de la Legación austro-húngara, el príncipe intentó una ofensiva contra los insurgentes, y su fracaso fue acogido con satisfacción por los italianos. Parecía imposible que el Gobierno del príncipe lograra mantenerse, a menos de conseguir la presencia de una fuerza armada internacional. La crisis albanesa puso en dura prueba la propia Triple Alianza.

La suerte de las islas turcas del mar Egeo provocó entre Turquía y Grecia un conflicto diplomático que amenazaba con transformarse en conflicto armado. El tratado de Bucarest había encargado de decidir a las grandes potencias. En febrero de 1914, se tomó la decisión: por ella se adjudicaron a Grecia todas las islas, con excepción de Tenedos e Imbros, que defienden la entrada de los Dardanelos, y de Castellorizo, en la inmediata cercanía del Dodecaneso, en donde Italia mantenía una ocupación provisional. Pero el Gobierno turco, que quería conseguir, además, Chios y Mitilene, se negó a admitirlo; y las grandes potencias no se pusieron de acuerdo para obligarle a ello. En vano iniciaron los gobiernos griego y turco una negociación directa. El fracaso de las conversaciones implicaba un riesgo de guerra: Turquía compró dos acorazados, que estaban construyéndose en astilleros ingleses, y el presidente del Consejo griego, Venizelos, se declaró resuelto, en junio de 1914, a declarar la guerra, antes que se realizara aquel refuerzo de la flota turca. Ciertamente que, algunos días más tarde, se dispuso la posibilidad de una guerra preventiva, pues el Gobierno griego consiguió, mediante la compra de dos acorazados en los astilleros americanos, restablecer el equilibrio de las fuerzas navales. Pero esto no parecía ser más que una tregua.

Las rivalidades de estos nacionalismos balcánicos no eran los únicos que ocasionaban de inmediato los más graves riesgos para la paz

común. El despertar de la cuestión de los estrechos era otra de las amenazas.

Después de la derrota sufrida en la primera guerra balcánica y ante los riesgos que debía temer en el mar Egeo o en Asia Menor, era natural que el Gobierno turco quisiera, sin demora, reorganizar su Ejército, y lógico también que pensara en acudir, para dirigir esta reorganización, a un general alemán, ya que, desde hacía diez años, Alemania, gracias a la concesión del ferrocarril a Bagdad, tomaba una parte importante, no solamente en el crecimiento económico del Imperio turco, sino también en el establecimiento de los medios de transporte que habían mejorado la situación militar de aquel Imperio. El 27 de noviembre de 1913, un acuerdo germano-turco previó que el general Liman von Sanders, asistido por una misión de sesenta oficiales, ejercería un poder de inspección general, en todo el Imperio turco, sobre las tropas, las fortificaciones y los ferrocarriles, y sería, además, designado para el mando del primer Cuerpo de ejército turco, estacionado en Constantinopla. El embajador alemán, Wangenheim, promotor de este acuerdo, pensaba haber asentado así sólidamente la influencia política de Alemania: "Cuanto más se parezca este régimen al de Egipto, será mejor para Turquía", escribió al canciller Bethmann Hollweg.

El Gobierno ruso consideraba, no sin inquietud, la perspectiva de un ejército turco colocado *en manos de Alemania*; pero aún se preocupó más al ver la guarnición del Bósforo bajo el mando directo de un alemán. En vano el sultán afirmó que Liman von Sanders no ejercería ningún poder "incompatible con la independencia del Gobierno turco": si las tropas estacionadas en la capital estaban a las órdenes de un alemán, ¿cuál podría ser tal independencia? En realidad, la cuestión del mando directo en Constantinopla fue el centro del áspero debate germano-ruso, y también lo que estaba en juego en la presión diplomática que Rusia, apoyada por Francia y, aunque muy débilmente, por Gran Bretaña, ejercían cerca del Gobierno turco, amenazándole con exigirle *compensaciones*. Los dirigentes de la política alemana juzgaron preferible buscar una *componenda*. "¿Por qué—escribió Bethmann Hollweg—promover problemas que aún deseamos aplazar en nuestro propio interés?" Liman von Sanders abandonaría el mando directo del primer Cuerpo de ejército; pero seguiría siendo inspector general del ejército turco. El Gobierno ruso aceptó este arreglo, que daba al general alemán carta blanca en la organización del ejército turco.

"Hay que contar, en los próximos años, con el desencadenamiento de una nueva guerra balcánica, o incluso de una gran guerra europea"—escribió, en enero de 1914, el jefe del Estado Mayor austro-húngaro.

### II. LAS RIVALIDADES ECONÓMICAS Y FINANCIERAS

El notable impulso de las relaciones económicas y financieras entre los estados europeos—intercambios de mercancías y movimientos de capitales—, aunque hubiera establecido, a veces, entre los productores y los comerciantes de los diversos países una solidaridad de intereses, se convertía, con mayor frecuencia, en ocasión de rivalidades. En vano los economistas libre-cambistas denunciaban el espíritu de monopolio y de rivalidad comercial como *productos de la ignorancia económica*: la acción de los intereses privados amenazados por la competencia extranjera, el deseo de defender la independencia económica del Estado eran móviles más inmediatos, más poderosos que los alegatos de los doctrinarios. ¿Cuáles fueron los rasgos principales, en 1913 y principios de 1914, de aquellas competiciones entre los intereses materiales?

En los intercambios comerciales, los dos estados europeos con ritmo de desarrollo industrial más rápido, eran, entre sí, los mejores clientes: en 1913, Gran Bretaña recibió el 14,2 por 100 de las exportaciones alemanas, mientras que Austria-Hungría solo recibía un 10,9 por 100, y Rusia, un 8,7 por 100; Alemania tuvo una parte de 7,7 por 100 en las exportaciones inglesas, mientras que la de Francia fue de 5,5 por 100.

Pero la competencia entre exportadores alemanes e ingleses era muy dura en casi todos los mercados europeos, donde los alemanes atacaban la preponderancia que sus rivales habían poseído hasta finales del siglo XIX, e incluso, a menudo, les aventajaban. En 1898, las compras efectuadas por Francia en Alemania llegaban apenas a los tres quintos de las que eran efectuadas por ella en Gran Bretaña; en 1913, importaciones alemanas e inglesas se encontraban casi al mismo nivel.

En Bélgica, donde, en 1898, eran bastante más importantes las importaciones inglesas que las alemanas, ahora las alemanas sobrepasaban en 200 millones de francos belgas a las inglesas. El comercio de Amberes, en el que los ingleses habían ejercido, durante mucho tiempo, un cuasi monopolio, estaba pasando a manos de los alemanes; los agentes diplomáticos británicos explicaban esta fuerza de expansión por la presencia de cuarenta mil alemanes en la ciudad y por las alianzas matrimoniales entre las *grandes familias*, de Amberes y el alto comercio renano.

Los holandeses compraron, en 1913, 1.051 millones de florines de mercancías alemanas, y solamente 356 millones de mercancías inglesas; mientras que, quince años antes, ingleses y alemanes estaban a la par. Rotterdam, a medida que se desarrollaba la navegación renana, presentaba, para el comercio alemán, una importancia casi comparable a la de Hamburgo.

En la Península Ibérica, el comercio inglés defendía bastante bien sus posiciones en Portugal, e incluso en España, donde el carbón procedente de Gran Bretaña se vendía, gracias al transporte marítimo, más



Mapa 10.—EL TRÁFICO EN EL RIN EN 1912.

(Según los *Travaux du Comité d'Etudes*, tomo I, Atlas, París, 1918. El Atlas se ha establecido bajo la dirección de EMMANUEL DE MARTONNE.)

barato que el alemán; pero, en las importaciones de productos manufacturados, la parte de Alemania se encontraba en rápida progresión.

En Italia, donde el comercio inglés, después de haber ocupado, hacia 1880, un lugar cinco veces más importante que el alemán, había conservado clara preponderancia hasta finales del siglo XIX, la situación se había invertido: las importaciones alemanas (626 millones de liras) sobrepasaron en 50 millones de liras, aproximadamente, en 1912, a las importaciones inglesas.

En Rusia, las importaciones alemanas—máquinas, equipo eléctrico, productos químicos—, que estuvieron en constante progreso a partir del tratado de comercio celebrado en 1894, llegaban al cuádruplo de las importaciones inglesas.

Por último, la supremacía del comercio alemán sobre el inglés, desde 1890 en Rumania, y desde 1901 en Serbia, se extendió, en 1911, a Bulgaria. En Grecia era únicamente donde las posiciones económicas inglesas seguían siendo preponderantes.

¿Cuáles fueron las causas de tales éxitos alemanes? La situación geográfica, sin duda, excepto en las regiones en que los bajos precios del transporte marítimo daba ventajas al comercio inglés. Pero también la tenacidad del comerciante alemán, que, para hacerse dueño de un mercado, no descuidaba las ocasiones más pequeñas y sabía adaptar su mercadería al gusto del comprador. Por último, gracias a una organización más flexible de créditos bancarios, el exportador alemán aceptaba plazos de pago más largos que sus competidores. Las relaciones consulares inglesas fueron las primeras en señalar el *conservadurismo* (los alemanes y los americanos lo llamaban *rutina*) de los industriales y de los comerciantes británicos, demasiado propicios a dormirse sobre sus laureles.

En las relaciones entre Alemania y Francia las cuestiones económicas tuvieron un carácter completamente distinto. La competencia entre los exportadores existía, sin duda, pero no alcanzaba, ni con mucho, la amplitud que se manifestaba en las relaciones anglo-alemanas. Los intercambios comerciales entre ambos países eran activos, pero el balance comercial daba la ventaja a Alemania, cuyas exportaciones a Francia llegaron a 1.068 millones de francos en 1913, mientras que las exportaciones francesas a Alemania no pasaron de 866 millones de francos. En estos intercambios las materias primas ocupaban un importante lugar, ya que Francia necesitaba carbón alemán y la industria metalúrgica alemana podía encontrar en Francia parte de los recursos de hierro de que carecía; la mitad del coque utilizado en los altos hornos del grupo Longwy-Nancy venía del Ruhr y los establecimientos metalúrgicos de Westfalia recibían su materia prima de la Lorena francesa. Estas necesidades complementarias llevaron a los grandes industriales de ambos países a tomar garantías. Para asegurarse el abastecimiento de coque y evitar la tutela del "sindicato renano-wesfaliano", las fundiciones de acero francesas—Wendel sobre todo—compraron en el

Ruhr yacimientos mineros, diez mil hectáreas aproximadamente, el más importante de los cuales, la mina Federico Enrique, tenía tres mil hectáreas; también poseían participaciones en las grandes empresas mineras alemanas—la *Gelsenkirchen*, en el Ruhr, y las cuencas hulleras de la orilla izquierda de Rin. Los *Konzern* alemanes querían adquirir reservas de mineral de hierro en territorio francés. Thyssen poseía, en Lorena, dos yacimientos, que no había explotado aún; hubiera querido obtener la preponderancia en la explotación del mineral en la baja Normandía, pero, ante las resistencias con que tropezó, hubo de contentarse con una opción sobre una parte importante (el 40 por 100) de la producción de dicha cuenca. Parece ser que en 1913 la superficie de dichos yacimientos pasados a manos de alemanes llegaba a 17.300 hectáreas, es decir, un quinto aproximadamente de la superficie total de los yacimientos entonces explotados. Además, hay que señalar que en Argelia la sociedad internacional que explotaba los minerales del Uenza tenía una importante participación de Alemania. Por último, los grandes industriales alemanes desempeñaban un activo papel en la industria metalúrgica normanda (Thyssen poseía en 1912 el 45 por 100 del capital-acciones en la Sociedad de Altos Hornos de Caen); en la industria química de la región de Amiens y las industrias eléctricas y electro-químicas de Lyon. En total—según los cálculos de Maurice Baumont—, "las participaciones que las sociedades francesas poseían antes de la guerra en las explotaciones hulleras alemanas eran pequeñas con relación a las conquistas germanas en la industria francesa y a las participaciones efectivas de las empresas alemanas en la explotación de las concesiones francesas".

En el comercio exterior de Italia, Alemania, aunque poco, superaba a Gran Bretaña; mientras que los intercambios con Francia eran inferiores, por lo menos, en un 40 por 100. Italia compraba a Gran Bretaña, sobre todo, carbón, que podía recibir a precios más ventajosos que el alemán, por motivo de la diferencia que existía entre los gastos de transporte: por vía marítima y por ferrocarril; a Alemania compraba, preferentemente, los productos manufacturados—los de las industrias metálicas, químicas y eléctricas. Pero estas solo son observaciones superficiales. Lo que importaba más era la influencia de los alemanes en los principales sectores de la vida económica. El comercio italiano de Banca estaba *en manos de pequeños y grandes bancos de origen alemán*, de los cuales el principal era la Banca Commerciale, fundada en 1894, bajo los auspicios de Bleichroeder, el banquero de Bismarck. La Banca Commerciale sostenía a las grandes empresas alemanas de electricidad, cuyas ventas de máquinas y de material en Italia llegaban a 200 millones de francos por año; *controlaba* las fundiciones de acero de Terni, los altos hornos de Savona; y en 1913 estableció, entre los grupos siderúrgicos, un acuerdo que garantizaba la importación anual en Italia de 40.000 toneladas de hierro forjado de origen alemán: como consecuencia de esto tenía influencia en las fá-

bricas de armamentos; por último, poseía la mayoría de las acciones en la Sociedad General de Navegación Italiana. En 1913 la enseñanza dada en el Instituto de Estudios Comerciales, de Roma, demostró los progresos de la influencia económica alemana.

Rusia se hallaba en relaciones comerciales muy activas con Alemania, que tenía una parte de 47 por 100 en las importaciones, y de 29,7 por 100 en las exportaciones; por el contrario, solo mantenía relaciones mediocres con su otra vecina, Austria-Hungría, cuya parte en el comercio exterior ruso no pasaba del 3,5 por 100. De los dos grandes estados de la Europa occidental era Gran Bretaña el principal suministrador y el mejor cliente del Imperio ruso: los intercambios anglo-rusos representaban, en valor el triple que los intercambios franco-rusos (los cuales, a pesar de los lazos políticos, eran inferiores incluso a los intercambios ruso-holandeses). Pero ¿qué diferencia entre la cifra total del comercio anglo-ruso—440 millones de rubios oro—y el del comercio germano-ruso, que llegaba a 1.105 millones! Esta preponderancia del comercio alemán se afirmó sobre todo en las provincias occidentales del Imperio, de Kiev a Vilna, donde se observaba también una *infiltración* de campesinos alemanes. Los medios nacionalistas rusos (y con ellos el ministro de Agricultura, Krivocheine) declararon en marzo de 1914 su intención de obstaculizar tal influencia, restringiendo y modificando profundamente el tratado de comercio germano-ruso, cuya fecha de expiración estaba próxima; no vacilaron en admitir la posibilidad de una guerra aduanera, sin querer detenerse a examinar sus consecuencias políticas.

¿En qué medida ejercieron esas relaciones comerciales una influencia sobre las políticas? Las medidas tomadas en Francia y en Rusia, con miras a limitar la expansión comercial alemana, fueron, no la causa, sino la consecuencia de dificultades políticas. La rivalidad comercial anglo-alemana, por el contrario, comenzó a desarrollarse en una época en que las relaciones políticas entre los dos estados eran satisfactorias. ¿Había llegado a ser un elemento de discordia en tales relaciones?

Los medios económicos ingleses comprobaron que Gran Bretaña había perdido su supremacía industrial; que el exportador inglés, a causa de la dureza de la competencia, ya no podía imponer sus precios, y que, por consiguiente, para mantener un mismo volumen de importaciones era necesario el aumento de exportaciones. Dichos productores y comerciantes ingleses se dieron cuenta de que la causa principal de tal situación era el progreso de la competencia alemana. Esto podría provocar una antipatía respecto a los alemanes y fomentar un estado de ánimo cuyas consecuencias podían hacerse notar en las relaciones entre los dos estados. Pero ¿de qué se trataba realmente?

En 1908 y 1910 los periódicos conservadores tomaron como tema esta competencia para tratar de reanimar la idea de una vuelta al pro-

teccionismo aduanero, unido a un régimen de *preferencia imperial*, según el proyecto establecido en 1902 por Joseph Chamberlain (1), esta política, si hubiera sido adoptada, habría permitido estorbar las importaciones alemanas en todos los territorios británicos y, verosíblemente, habría llevado a una *lucha de tarifas* entre Inglaterra y Alemania; pero el partido liberal inglés no pudo renunciar al régimen librecambista que estaba asociado, en su ánimo, a la gran prosperidad de la que se había beneficiado la vida económica inglesa desde hacía más de medio siglo. La rivalidad comercial anglo-alemana no llevó, pues, a una guerra aduanera. ¿Podría ser tal que incitara al pueblo inglés o, por lo menos, a los medios económicos a pensar en recurrir a las armas como medio de deshacer la competencia alemana? Nada nos permite pensarlo: la embajada alemana en Londres, en 1912 como en 1906, comprobó que los hombres de negocios ingleses eran hostiles a un conflicto con Alemania.

Si los medios económicos ingleses adoptaron esta actitud de resignación fue, sin duda, porque no tenían mucho que perder. ¿No continuaban aumentando las exportaciones de Gran Bretaña, aunque el ritmo de este aumento fuese muy inferior al que se alcanzó en Alemania o en los Estados Unidos? En definitiva, los productores y los comerciantes ingleses no sufrieron más que una *falta de ganancias*. Así, pues, el ataque de pesimismo, que se había manifestado en el momento en que, entre 1895 y 1900, había aparecido la competencia de los nuevos estados industriales, se disipaba ahora. Solamente en caso de que las exportaciones declinasen serían graves las perspectivas, pero la opinión inglesa en 1914 creía que dicho peligro estaba lejos.

¿Era diferente la situación en Alemania? ¿Debemos pensar—afirmación expresada a menudo en la historiografía francesa—que la prosperidad de la economía alemana estaba en aquel momento seriamente comprometida? En la *batalla económica* que había mantenido en el curso de los años precedentes el Reich obtuvo grandes éxitos. Sin duda el porvenir seguía siendo incierto, pues los medios de negocios podían temer un *cercos económico*, un cierre de mercados exteriores importantes, temor común a todos los grandes estados industriales de Europa, más grave, sin embargo, para Alemania, donde la vida económica era especialmente vulnerable; Jules Cambon, en su correspondencia, había observado a veces el estado de ánimo *agresivo* de tales medios. Pero ¿eran apremiantes aquellas inquietudes? ¿Estaba Alemania, cuyas exportaciones iban dirigidas, en sus tres cuartas partes, hacia los mercados europeos, en el invierno de 1913-1914, amenazada por una crisis económica?

La coyuntura había sido muy favorable entre 1909 y 1913 en todos los sectores de la producción industrial. A finales de 1913, sin embargo, aunque las industrias químicas y eléctricas seguían siendo próspe-

(1) Véase anteriormente, pág. 455.



ras, la metalúrgica y las textiles encontraron dificultades: baja de precio del acero y restricción de la producción, en enero de 1914, en la industria de construcción de máquinas; disminución de pedidos, que provocó en la industria textil, en Alemania del Sur, un paro parcial. No eran estas, sin embargo, dificultades graves: el paro no llegaba a un 4,8 por 100 del número de trabajadores, mientras que había sido de un 2 por 100 en 1910, año de gran prosperidad. El malestar, por otra parte, solo fue pasajero. A partir de enero de 1914 los precios comenzaron a tomar nuevamente un movimiento de alza. En marzo y en mayo las cifras del comercio exterior fueron superiores a las que se alcanzaron un año antes, es decir, antes que se manifestara el malestar. En junio, el paro bajó a un 2,6 por 100. ¿Dónde estaban las señales de crisis económica?

¿Creía necesario la metalurgia asegurarse, mediante la anexión de territorios franceses, reservas de hierro? Esa hipótesis había pasado por la imaginación del embajador de Francia. Sin embargo, nunca había recogido ningún indicio a tal respecto. ¿Cómo afirmar, pues, que los planes anexionistas, que se pusieron de manifiesto después de las victorias alemanas, de 1914, habían tomado forma antes de la guerra?

\* \* \*

En Londres y en París se hallaban los dos grandes mercados financieros europeos.

La plaza de Londres había adquirido, desde mucho tiempo atrás, una situación excepcional en los intercambios internacionales de mercancías. Gracias a su flota mercante se veía convertido en el gran almacén que distribuía, en el mundo, los productos europeos, y en Europa, los productos de los otros continentes. Gracias a la estabilidad de su moneda inspiraba confianza a los negociantes del mundo entero, que consideraban el billete de Banco inglés como equivalente al oro. En Londres se habían establecido los principales mercados de materias primas y de metales preciosos; allí era también fácil celebrar a poca costa los más ventajosos contratos de seguros. Por último, la organización técnica de la City "no tiene par": fuerte concentración bancaria que aseguraba a los cinco grandes establecimientos de crédito—al Midland Bank y al Lloyd sobre todo—un poder sin igual; especialización de las actividades, que permitía a los bancos de crédito, a las *casas de aceptación*, a los establecimientos especializados en las colocaciones de valores extranjeros, poseer una notable red de informaciones. En la financiación del comercio internacional el papel de los *Merchat Bankers* era fundamental, como en el movimiento de capitales el de los cincuenta establecimientos que colocaban en Gran Bretaña títulos extranjeros o que abrían créditos en los *países nuevos* a los comerciantes y a los propietarios de las plantaciones. En 1914, el total de estas inversiones inglesas en el exterior estaba valorado en

cuatro mil millones de libras, o sea cien mil millones de francos oro, es decir, dos quintos del tesoro nacional. Los capitalistas ingleses miraban, sobre todo, hacia el Imperio británico, hacia los Estados Unidos o América latina y hacia Extremo Oriente; pero no descuidaban en Europa a Rusia, a España ni a Italia.

La plaza de París debía su importancia, principalmente, al espíritu de ahorro, que era, en aquella época, un rasgo distintivo del pueblo francés; ahorro que, entre 1900 y 1913, llegó cada año a cuatro o cinco mil millones de francos. A principios de 1914 el total de las inversiones efectuadas en el extranjero estaba valorado en cuarenta y cinco mil millones de francos, es decir, un sexto, aproximadamente, del tesoro nacional total. Los grandes bancos de depósito o los de negocios que orientaban las colocaciones de su clientela tenían un punto de vista bastante diferente del de los establecimientos ingleses. Así, pues, esas inversiones francesas presentaban caracteres particulares.

Por una parte, las colocaciones solo en pequeña proporción se dirigían hacia el Imperio colonial; iban, preferentemente, hacia Europa, que absorbía los dos tercios de ellas: Rusia ocupaba, con mucho, el primer puesto (once mil quinientos millones de francos); pero el Imperio turco, los estados ibéricos y los balcánicos eran también regiones que atraían. La Doble Monarquía misma (a pesar de su orientación política) había recibido capitales franceses—2.200 millones aproximadamente—en el último tercio del siglo XIX; pero desde primeros del XX el mercado financiero francés se cerró, por decisión del Gobierno, a las emisiones austríacas y húngaras, privadas o públicas. Ciertamente que a finales de 1911 el levantamiento de tal prohibición había sido tomado en consideración durante un instante; y el embajador de Francia se había vanagloriado de obtener, a cambio de un fuerte empréstito (un millar de millones de francos) la seguridad de que Austria-Hungría "no apoyaría a Alemania en una guerra de agresión" pero, por consejo del Gobierno ruso, temeroso de que el producto de aquel empréstito facilitase el rearme austro-húngaro, el presidente del Consejo francés, Raymond Poincaré, muy escéptico, además, respecto de los puntos de vista del embajador, había opuesto su negativa.

Por otra parte, los empréstitos emitidos por los gobiernos extranjeros tuvieron en estas colocaciones una parte muy amplia, la mitad, por lo menos, del total, bien porque los pequeños portadores franceses creyeran encontrar así una seguridad mayor que en los valores industriales, bien porque obedeciesen los consejos de los bancos, cuya política concordaba en ese punto con los proyectos del Gobierno.

Al lado de los mercados financieros de Londres y de París, el alemán sólo desempeñaba un modesto papel. Los beneficios industriales eran, sin embargo, considerables; pero los capitales así formados encontraban fácil inversión en la misma Alemania. La parte del ahorro nacional que se orientaba hacia las colocaciones en el extranjero fue siempre débil—una décima parte aproximadamente entre 1890 y 1900—y



no dejaba de disminuir. En 1913 tales inversiones no pasaban de veintidós a veinticinco mil millones de marcos, es decir, veintiséis a treinta mil millones de francos oro. Iban dirigidas casi siempre hacia las regiones en las que los técnicos alemanes desempeñaban un papel importante para el desarrollo de la producción. Aunque se había convertido en exportadora de capitales. Alemania continuaba buscando, en determinadas ocasiones, asistencia financiera extranjera; encontraba apoyos con bastante facilidad en la plaza de Londres; pero, salvo raras excepciones, no podía dirigirse al mercado de París, pues el Gobierno francés, desde hacía muchos años, denegaba la admisión a cotización de los valores alemanes. Sin duda había pensado, en 1909, después del acuerdo marroquí, también incluso a principios de 1911, en levantar esta prohibición: pero tras de la crisis de Agadir ya no se volvió a tratar de ello. La diplomacia utilizó el arma financiera.

En los primeros meses del año 1914 tales movimientos internacionales de capitales y empréstitos dieron ocasión a muy ásperos debates. Aunque se encontrasen unidos, accesoriamente, a las rivalidades de intereses económicos, aquellas competiciones eran provocadas, sobre todo, por las preocupaciones políticas. La correspondencia diplomática da pruebas abundantes de ello.

Rusia era un campo de acción importante para los bancos franceses, alemanes, ingleses y belgas, pues casi toda la gran industria y buena parte de las casas de comercio especializadas en las relaciones con el exterior estaban, desde el punto de vista financiero, en manos de extranjeros. La proporción del capital extranjero tendía quizá a disminuir, pero seguía siendo considerable. Dominaban las inversiones francesas: al ahorro francés, además de los diez mil millones de francos oro que, invertidos en empréstitos del Estado ruso, habían sido empleados, en parte, en la construcción de ferrocarriles estratégicos, proporcionó, sobre todo por mediación de la Banque de l'Union Parisienne, un millar y medio de millones de francos, invertidos en asuntos bancarios, en compañías de seguros, minas, la metalurgia y la industria textil. Los capitales ingleses (2.750 millones de francos) desempeñaban un papel muy importante en las industrias del petróleo: la mitad de la producción estaba *controlada* por empresas, en las cuales tenía preponderancia la participación inglesa. Las inversiones alemanas (2.200 millones) eran menos importantes, porque los poseedores de estos capitales vacilaban en aventurarlos en un país con el cual su Gobierno mantenía relaciones difíciles; ocupaban, sin embargo, posiciones sólidas en la construcción de máquinas y en las industrias electroquímicas.

El asunto de las fábricas Putiloff es un ejemplo de los incidentes políticos de estas negociaciones financieras. En dichos establecimientos, que, desde 1905, eran en Rusia los mayores productores de material de guerra, la Creusot, apoyada por el Banque de l'Union Parisienne, había adquirido en 1911 una situación preponderante desde el punto de

vista técnico; y, en 1912, desde el punto de vista financiero. Ahora bien: he aquí que en enero de 1914, con ocasión de un aumento de capital, la Creusot temió ser suplantada por Krupp. "Combinación netamente política" creyó el Gobierno francés. Esta observación bastó para hacer fracasar el asunto, pues el Gobierno ruso decidió no autorizar el aumento de capital, salvo caso de que Krupp fuese eliminado. La Banque de l'Union Parisienne suministró en seguida los capitales necesarios. ¿No habría sido agitado el *espectro de Krupp* con el fin de abrir la mano a los banqueros franceses?

La Creusot consiguió también, gracias al apoyo de la Embajada, que el Consejo de Ministros ruso le confiase la reorganización técnica de las fábricas metalúrgicas de Perm. A cambio de ello el Gobierno francés accedió a aumentar en cien millones de francos la cantidad del nuevo empréstito ruso, que debía ser emitido en el mercado de París.

Pero los demandantes de mayor importancia eran los estados balcánicos, que debían cubrir las cargas dejadas por las guerras de 1912-1913, las necesidades de la reconstrucción e incluso los gastos del rearme.

Serbia necesitaba un apoyo financiero para intentar solucionar una difícil cuestión de ferrocarriles. En los territorios cedidos por el Imperio turco al Estado serbio los ferrocarriles de Usbuk a Mitrovitsa y de Monastir a Salónica pertenecían a una *Compañía de ferrocarriles orientales*, en donde la mayoría del capital estaba en manos austríacas; esta Compañía quiere volver a emprender la explotación de su red, interrumpida durante las guerras balcánicas, y el Gobierno serbio, para ser dueño de su casa, se propuso comprar dichas líneas, con ayuda de capitales franceses. La negociación fue violenta, pues el Gobierno de Viena veía en ello una buena ocasión de *dominar* a los serbios, y el Gobierno de Belgrado rechazó una solución de compromiso—la *internacionalización* de la Compañía—, sugerida por un grupo financiero francés. La controversia seguía en pie cuando se produjo el atentado de Sarajevo.

En las relaciones entre las grandes potencias y Bulgaria es donde se hizo más patente el carácter político de estas negociaciones financieras. Así, pues, el caso merece nuestra atención. El Gobierno de Sofía, puesto que no podía aceptar las consecuencias del tratado de Bucarest, pensó apoyarse en Austria-Hungría (1); tal era el proyecto de Radoslavoff, al cual el rey Fernando había llamado al poder en otoño de 1913. La Legación rusa en Sofía estableció contacto con Malinoff y con Daneff, jefes de la oposición; daba por descontada la derrota del Ministerio en las elecciones generales, y distribuía subvenciones a la Prensa. Sin embargo, las elecciones generales de marzo de 1914 fueron favorables a Radoslavoff.

Para enderezar la situación la diplomacia rusa contaba con las ne-

(1) Véase anteriormente, pág. 531.

cesidades financieras de Bulgaria, que desde el otoño de 1913 buscaba en el extranjero un empréstito de 500 millones de francos para consolidar la deuda flotante. "Cuestión vital para el rey y para el Gobierno", decía el rey Fernando. En diciembre de 1913 el presidente del Consejo búlgaro ya había hecho una tentativa para conseguir el acceso al mercado financiero francés; advirtiéndolo al Gobierno austro-húngaro, al mismo tiempo que añadía que tal orientación financiera no cambiaría su orientación política: la conclusión de una alianza secreta entre Bulgaria y Austria-Hungría, seguiría siendo posible, "pues no lo iríamos a contar a París". Pero el Gobierno francés, bajo las apremiantes exigencias de su aliado ruso, había negado la entrada en cotización.

La victoria electoral de Radoslavoff no trajo, ciertamente, ningún alivio a las dificultades financieras del Estado búlgaro, pero ofreció nuevas perspectivas a su solución. Austria-Hungría, una vez que el Ministerio búlgaro estuvo consolidado por las elecciones, deseó asegurarle los medios de subsistir; exigió a Alemania que abriera su mercado financiero a un empréstito búlgaro e insistió en que una negativa tendría *las más graves consecuencias* para la política de la Triple Alianza. La diplomacia rusa, por su lado, cambió sus baterías; en lugar de exigir al Gobierno francés que opusiese una negativa a la petición búlgara, deseaba ahora que dicha petición fuese aceptada, pero con la condición de que la orientación de la política exterior búlgara se modificase. En definitiva—escribió el encargado de asuntos francés el 20 de mayo de 1913, "la gravedad de la situación financiera domina la situación política", ya que la suerte del Ministerio y "el porvenir mismo de Bulgaria dependían del éxito del empréstito. En Berlín, los bancos se mostraban reservados, pues para comprometer capital en aquella aventura quisieran, por lo menos, conseguir la perspectiva de sólidos privilegios económicos, que les negaba el Gobierno búlgaro. El Gobierno alemán, acogido constantemente por Austria-Hungría, ejerció presión sobre sus bancos. La conducta del Gobierno francés, que cedió a las instancias de Rusia, pero le costaba también mucho decidir a los banqueros, fue análoga.

A mediados de mayo de 1914 llegó el asunto a su punto crítico. Los bancos franceses estaban dispuestos a conceder el empréstito en condiciones más ventajosas que las ofrecidas por los bancos alemanes; pero el representante diplomático ruso en Sofía advirtió al jefe del Gabinete del rey que la realización estaba subordinada a la dimisión del Ministerio Radoslavoff y a su sustitución por un Ministerio Malinoff. ¿Cedería el rey Fernando a esta presión? El embajador de Francia en San Petersburgo, que había desempeñado igual cargo durante mucho tiempo en Sofía, creía que el soberano búlgaro, que estaba *entrampado*, no permanecería indiferente. Falsa suposición: el rey rechazó categóricamente las exigencias rusas e hizo que su ministro de Finanzas declarase, el 17 de junio, que el empréstito iba a ser concluido en Berlín. La agitación de la diplomacia rusa y la torpe grosería de su represen-

tante, que ofendió al rey Fernando, fueron, según opinión del agente francés en Sofía, las causas principales de aquel fracaso. ¿Por qué complicar la cuestión del empréstito con una cuestión ministerial y querer obligar al rey a llamar al poder a "hombres que considera como sus enemigos personales"? Este diplomático ignoraba, o fingía ignorar, que el Quai d'Orsay había aprobado al principio el paso ruso, y solo en el último momento manifestó sus reservas. El Gobierno francés trató en vano de reanudar la negociación: inútilmente transmitió una oferta del Banco Périer y precisó que renunciaba a poner condiciones políticas: el empréstito alemán se firmó días más tarde.

El Gobierno turco buscó, en febrero de 1914, un apoyo financiero que el Gobierno francés se mostró dispuesto a conceder; el 19 de mayo obtuvo la admisión a la cotización para un empréstito de 500 millones de francos, después de haber prometido a cambio de ello hacer pedidos de material militar y naval a la industria francesa y reservar a los franceses tres puestos importantes en la alta administración de los asuntos económicos o financieros. El Gobierno francés había dejado que se pensara que un segundo empréstito—de 300 millones—podría seguir en breve plazo, pero, ante la amenaza de un conflicto greco-turco (1), declaró aplazar esta intención hasta el día que la política exterior turca cesara de ser *inquietante*.

El parlamento francés, ante esta *oleada de empréstitos extranjeros*, manifestaba desasosiego: ¿por qué abrumar el mercado financiero de París, en el mismo momento en que las necesidades del rearme ocasionaban la emisión de empréstitos franceses? El Gabinete Doumergue, en el momento de su formación, en diciembre de 1913, había estado a punto de ser declarado en minoría por tal motivo; pero el ministro de Finanzas, Joseph Caillaux, obtuvo el voto de un texto que le autorizaba para admitir a la cotización los empréstitos extranjeros cuando las negociaciones asegurasen a Francia *ventajas políticas o económicas*. El "arma" financiera ocupa un buen lugar en el arsenal de los medios diplomáticos.

#### BIBLIOGRAFÍA

**Sobre la situación general.**—P. VAN ZEELAND: *L'Europe de 1914*, en *Annales du Centre Universitaire méditerranéen*, 1951, t. VI.—MAX SILBERSCHMIDT: *Die welthistorische Situation im XXe Jahrhundert. "Die Krise Europas"*, en *Schweizerische Beiträge z. Allgemeine Geschichte*, 1949, págs. 181-205.—HENRY CONTAMINE: *L'Europe est derrière nous*, París, 1953, en el cual esboza el autor una "tentativa de variaciones sobre un tema europeo".

**Sobre las rivalidades financieras.**—TRUPTIL: *Le système bancaire anglais et la Place de Londres*, París, 1953.—B. ELLINGER: *The City. The London Financial Market*, Londres, 1940.—F. LENZ: *Wesen und Struktur des deutschen Kapitalextorts vor 1914*, en *Weltwirtsch. Archiv*, julio 1923.—H. FEIS: *Europe, the Worlds Banker, 1870-1914*, Nueva York, 1936.—GERMÁN MARTIN: *Les problèmes du crédit en France*, París, 1919.—L. M. ZAK:

(1) Véase anteriormente, pág. 597.

*K. voprossou o roli inostrannogo Kapitala y russkoj promyslennosti* (El papel del capital extranjero en la industria rusa, finales del XIX y principios del XX), en *Doklady i Soobsrenija ins Fak. M. G. U.*, 1948, págs. 20-32.—I. J. LIVORY: *Foreign Capital Investments in Russian Industries*, Washington, 1923.—F. ECCARD: *Biens et intérêts français en Allemagne*, París, 1917.

**Sobre las rivalidades comerciales y la situación económica general.**—R. J. HOFFMANN: *The Anglo-German Trade Rivalry*, Nueva York, 1936.—SIR J. CLAPHAM: op. cit. pág. 331. A. FEILER: *Die Konjunktur-Periode 1907-1913 in Deutschland*, Jena, 1914. ENRICO MORELLI: *La Conquista dei Mercati*, Roma, 1913.—M. BAUMONT:

*La Grosse industrie allemande et le Charbon*, París, 1928.

**Sobre las minorías nacionales.**—A las obras citadas anteriormente, página 332, hay que añadir, sobre las nacionalidades balcánicas: *L'Enquête dans les Balkans*, publicada bajo los auspicios de la Dotación Carnegie, París, 1914.—P. STICKNEY: *Southern Albania or Northern Epirus*, in *International Affairs*, Stanford Univ., 1926.—Sobre Alsacia y Lorena: J. ROVERE: *L'affaire de Saverne*, París, 1930.—ED. SCHENK: *Der Fall Zabern*, Berlín, 1932.—HANS VON DALLWITZ: *Aus dem Nachlass des ehemaligen Kaiserlichen Staathalters*, en *Preuss. Jahrbücher*, 1928, págs. 1-22, 147-166, 190-203.—Sobre Polonia: P. ROTH: *Die Entstehung des polnischen Staates*, Berlín, 1926 (los primeros capítulos).

## CAPITULO XIX

### LOS ESTADOS Y LOS PUEBLOS ANTE LA AMENAZA DE GUERRA

Los litigios territoriales o conflictos de nacionalidades, las competiciones de intereses económicos o financieros mantenían un estado de tensión internacional, cuyo desarrollo colocaba a todos los grandes estados europeos frente a los mismos problemas. Lo que más interesa comparar son las reacciones psicológicas—las de las masas y las de los gobiernos—, pues ellas permiten comprender en qué atmósfera se produjo, en junio de 1914, la crisis final.

#### I. LA PSICOLOGIA COLECTIVA

La política de armamentos fue la consecuencia directa de la tensión internacional. Tenía, al menos cuando se trataba de los armamentos terrestres, amplias resonancias en la psicología nacional, pues el aumento de los efectivos—elemento esencial de la potencia de un ejército en aquella época—implicaba la prolongación del servicio o la extensión de las obligaciones militares a hombres que hasta entonces estaban exentos de ellas. Por el camino del rearme se lanzaron casi todos los grandes estados europeos a partir de los comienzos de la crisis balcánica de 1912. Pero el ritmo fue desigual.

Alemania tomó la iniciativa. La victoria alcanzada por los estados balcánicos sobre el Imperio Turco debilitaba la situación militar de Austria-Hungría, que se vería obligado en adelante, en caso de conflicto, a concentrar fuerzas importantes en sus fronteras meridionales, y, por consiguiente, presionaría menos sobre Rusia, donde el ejército alemán tendría que enfrentarse con una tarea más pesada. El Estado Mayor alemán había decidido desde hacía mucho tiempo, en caso de guerra general, lanzar de golpe la casi totalidad de sus fuerzas contra Francia para intentar conseguir, en plazo breve, una victoria decisiva, y volver en seguida sus armas contra Rusia. El éxito de este plan estribaría en la rapidez de la ofensiva en el Oeste; sería preciso que en seis semanas (tal era el plazo previsto por el general von Moltke, habida cuenta de la lentitud de la movilización rusa) el ejército francés fuese puesto fuera de combate. El mando alemán quería, pues, disponer, desde los primeros días del conflicto, de todos los medios necesarios, sin tener que esperar la movilización total de las reservas. Había obtenido, por una ley cuyo proyecto fue llevado ante el Reichstag el 14 de enero

de 1913, y cuya aprobación se logró el 3 de julio, un aumento importante de los efectivos del ejército activo, que de 621.000 hombres pasaron inmediatamente a 761.000 y deberían llegar al año siguiente a 820.000. Estas medidas eran de fácil aplicación, puesto que el Ejército alemán no incorporaba hasta entonces a todos los reclutas aptos para el servicio militar.

Austria-Hungría no había exigido nunca a su pueblo un esfuerzo comparable, ni aproximadamente, a aquel del que daba ejemplo Alemania. Hasta 1912, el contingente anual del ejército común no pasaba de 100.000 hombres. En vísperas de la primera guerra balcánica había subido a 160.000 hombres. Ante los resultados de esta guerra, el Estado Mayor consiguió que se preparase una nueva ley militar; a finales de 1913 se redactó el proyecto; pero el funcionamiento del aparato legislativo era lento en la Doble Monarquía, sobre todo si se trataba de una ley militar, que debía ser aprobado por los dos Parlamentos de Viena y de Budapest y por las Delegaciones; así, pues, en la primavera de 1914 no se había conseguido aún su votación.

Este esfuerzo de las potencias centrales ocasionó una réplica de Francia y de Rusia.

La réplica francesa fue inmediata: el proyecto de ley presentado en marzo de 1913 se votó el 7 de agosto. El Estado Mayor previó que tendría que hacer frente, desde los comienzos de una guerra, a una ofensiva alemana en masa; no tenía la intención de limitarse a una estrategia defensiva y quería estar en posibilidad para tomar la iniciativa de las operaciones, al menos en una parte del frente; también creía necesario tener, a su vez, fuerzas *activas* tan numerosas como fuera posible. El único medio de conseguirlo era aumentar la duración del servicio militar, ya que la situación demográfica no permitía acrecentar el contingente de reclutas. La nueva ley fijaba, pues, en tres años la duración del servicio activo, elevando así el ejército de tiempos de paz a 750.000 hombres, sin incluir las guarniciones coloniales ni las tropas indígenas. Estaba considerada por la mayoría de la opinión, según comprobó el agregado militar alemán, como un *instrumento de defensa*, no como un medio de "caer sobre Alemania en la primera ocasión".

La réplica rusa fue más lenta. A finales de 1913 el plan de reorganización del Ejército decidió aumentar los efectivos del tiempo de paz de 1.200.000 a 1.420.000 hombres desde 1914, y progresivamente, hasta 1.800.000. En marzo de 1914 todos los jefes de grupo de la Duma prometieron votar los créditos necesarios, a distribuir en tres años. Así, pues, solo en 1917 tendría su total efecto la reforma. Parecía imposible realizar un aumento más rápido, no por falta de reclutas (el ejército ruso se hallaba muy lejos de utilizar todos los recursos del contingente), sino por falta de cuadros, de material y de municiones. Por otra parte, el Gobierno decidió construir ferrocarriles nuevos para reducir los períodos de concentración de sus ejércitos; obtuvo del Gobierno de París, el 31 de diciembre de 1913, la autorización de emitir, a tal fin, en el

mercado francés, un empréstito de dos mil millones de francos en cuatro plazos sucesivos.

Ni Italia ni Gran Bretaña tomaron parte en esta carrera de armamentos terrestres. El Estado Mayor italiano, que se había visto obligado a lanzar más de 100.000 hombres en la campaña de Tripolitania, se limitó a efectuar, en 1913, la reorganización de los cuadros y del material; en 1914, comprobó que sería necesario hacer *un esfuerzo colosal* para colocar al Ejército italiano a la altura de los otros ejércitos europeos, pero la situación presupuestaria no permitía pensar en semejante esfuerzo. El ejército inglés, descontando las guarniciones en las colonias y los voluntarios inscritos en las tropas encargadas de la defensa territorial, solo disponía de seis divisiones capaces para entrar en campaña en el Continente desde los comienzos de una guerra general. Ciertamente que el Estado Mayor había pensado, en 1911 y en 1912, crear un gran ejército, reclutado mediante un servicio militar obligatorio a corto plazo, y la *National Service League* hizo una campaña en favor de este proyecto. Pero el Gobierno lo desechó, porque la obligatoriedad del servicio, contraria a todas las tradiciones británicas, era impopular; el encuadramiento de aquel gran ejército perjudicaría la formación de los cuadros de la Marina en el momento en que la rivalidad naval con Alemania obligaba a hacer un nuevo esfuerzo en ese terreno, y, por último, el reclutamiento, al desorganizar la vida social y agravar las cargas financieras, comprometería *la superioridad económica de Inglaterra*.

Pero los pequeños estados ribereños del mar del Norte y del Báltico, vecinos de las grandes potencias militares, corrían el peligro de encontrarse amenazados, y tomaron sus precauciones: ley militar en los Países Bajos; reorganización del ejército sueco. El Gobierno belga, que temía una violación del estatuto de neutralidad, comenzó a organizar un ejército, cuyos efectivos podrían llegar, en caso de guerra, a más de 300.000 hombres..., pero solamente al cabo de algunos años.

En todos los estados donde se desarrollaba esta carrera de armamentos cundía la inquietud entre la opinión pública. Para hacer que sus pueblos comprendiesen la necesidad de aumentar las cargas militares y hacerles aceptar el aumento de las cargas fiscales que resultaba de ello, los gobiernos y los Estados Mayores se veían obligados a insistir sobre el peligro de guerra. En los debates parlamentarios, con ocasión del voto de las leyes militares, fueron las alusiones al posible conflicto las que, por supuesto, dominaron las discusiones. En la Prensa, la posibilidad de una guerra se comentaba con mucha frecuencia, y los medios militares sostenían campañas en los periódicos. En Alemania, sobre todo, tales campañas eran activas; estaban dirigidas por las ligas militares y por las asociaciones pangermanistas, que glorificaban la idea de la guerra: "la hora solemne de ajustar las cuentas está próxima". El libro del general von Bernhardt, *Von heutigen Kriege (La guerra de hoy)*, obtuvo

un gran éxito de librería. En 1913, dicha campaña se dirigía contra Francia; en febrero y en marzo se volvió, sobre todo, contra Rusia, que, según el *Kölnische Zeitung*, preparaba, por un plazo de tres o de cuatro años, una guerra contra Alemania. Pero también en Francia los periódicos inspirados por el Estado Mayor, *La France militaire*, por ejemplo, se entregaron a manifestaciones de *chauvinismo*. Los debates parlamentarios, las campañas de Prensa, tendían a desarrollar, en la opinión pública, la convicción de que la tensión internacional llevaría, fatalmente, a la guerra. ¿Y no podía aquella convicción acabar por llevar a una especie de aceptación?

Pero si, en los grandes estados, la perspectiva de una guerra pesaba en todas partes sobre el ánimo público, las reacciones de la opinión estaban muy lejos de ser análogas ante la perspectiva.

En la opinión pública y en la opinión parlamentaria francesa, el aumento de las cargas militares tropezó con tenaz resistencia. Durante la discusión de la *ley de tres años* ante la Cámara de los Diputados, la oposición de los socialistas y de los radical-socialistas retrasó el voto. Indudablemente, los adversarios de la ley no discutían la necesidad de reforzar la defensa nacional, pero creían que era posible asegurarla mediante una organización de las reservas, solución insuficiente, según los militares, para precaver un *ataque repentino*. Cuando se consiguió la votación, en agosto de 1913, ¿hay que ver en ello la señal de una tendencia de la opinión pública a considerar de manera favorable la idea de la guerra? El embajador alemán señalaba, por el contrario, en sus informes, que "el pueblo francés, en conjunto, es completamente pacifista" y no quería "ser lanzado a una aventura guerrera". También era esta la opinión del agregado militar, el coronel von Winterfeldt: "la mayoría del pueblo francés—escribió—no veía en la votación de la ley militar más que un *instrumento defensivo*". ¿Podría cambiar este estado de ánimo y hacerse agresivo? Ello no se excluía por completo, pero, ciertamente, *no estaba próximo*. También se podía contar con una reacción *antimilitarista*, cuando se celebraran las próximas elecciones generales. Previsión pronto confirmada. En las elecciones generales del 26 de abril de 1914, los partidos que habían puesto en su programa la supresión de los *tres años* obtuvieron una amplia mayoría, y la nueva Cámara derribó inmediatamente al Ministerio Ribot, que anunciaba la intención, a pesar de la actitud tomada por el cuerpo electoral, de mantener la aplicación de la ley.

Sin embargo, en el seno de aquella mayoría parlamentaria hostil al *servicio de tres años*, no existía unanimidad respecto a las relaciones franco-alemanas. La mayoría de los socialistas parecía admitir que Francia podría renunciar definitivamente a Alsacia y Lorena, si el Imperio alemán concedía a la Tierra de Imperio una autonomía total, dentro del marco del Reich. Los radicales, incluso cuando se declararon partidarios de un acercamiento franco-alemán, no querían pensar

en esta renunciación. Tal desacuerdo se puso claramente de manifiesto cuando celebró sus sesiones la Conferencia Interparlamentaria, en Berna, en mayo de 1913.

La opinión pública, en Rusia, donde la masa aldeana se mostraba pasiva, era, sobre todo, la de los oficiales y la de la burguesía liberal, por una parte; y por otra, la de los medios obreros. El Ejército y la burguesía liberal eran sensibles a las tradiciones de la *gran política rusa*, es decir, a la expansión en los Balcanes: ese estado de ánimo había en el partido K. D. (constitucional demócrata). Los medios obreros se hallaban muy animados por la propaganda socialista revolucionaria y manifestaban respecto a la guerra *imperialista* una hostilidad más vigorosa que en los otros estados. Como las dificultades que oponían al Gobierno y a la Duma no cesaban, ¿podría el Estado ruso, en caso de conflicto general, mantener una cohesión moral suficiente?

En Gran Bretaña, aunque algunos medios políticos, en el propio seno del partido liberal, conservaban simpatías hacia Alemania, la opinión pública, en general, se mostraba desconfiada a tal respecto: ello era consecuencia no solamente de la rivalidad de los armamentos navales, sino también de la comercial, que alimentaba una sorda irritación en algunos medios de negocios—comerciantes, exportadores, armadores, industriales metalúrgicos—, es decir, en los sectores de la vida económica donde la competencia alemana se hacía más sensible.

Italia se hallaba agitada por serias dificultades interiores desde que la ley del 30 de junio de 1912 instituyó el sufragio universal. La aplicación del nuevo régimen electoral beneficiaba, sobre todo, al partido socialista, y este partido proclamaba, al menos en la doctrina, convicciones revolucionarias. El Gobierno, aunque conservase una sólida mayoría en el Parlamento, tenía que enfrentarse, en mayo de 1914, con una agitación social y política, una huelga ferroviaria complicada con la amenaza de huelga general; en Romaña, antiguo foco de agitación, los republicanos adoptaron una actitud amenazadora. La opinión pública sentía mucha más preocupación por estos problemas interiores que por la situación internacional.

Tal era también el caso de Austria-Hungría, donde el éxito de los movimientos nacionales en la península balcánica había dado nuevo vigor a la agitación de las minorías nacionales. Los eslavos del Sur—croatas, serbios de Bosnia-Herzegovina y del Banato, eslovenos de Carintia—unían sus protestas; los italianos de Trieste y del Trentino reanimaban la agitación irredentista; los checos empleaban en el Parlamento de Viena una táctica obstruccionista. ¿Cómo hacer frente a estas perpetuas dificultades? ¿Sería necesario recurrir a una refundición completa de las instituciones políticas? ¿Y sobre qué bases? En aquella Doble Monarquía, desgarrada por las querellas interiores, no podía pensarse en que la opinión pública mantuviese una actitud común ante la cuestión de la guerra o de la paz. Tal era la debilidad fundamental de la situación internacional de Austria-Hungría.

En todos aquellos estados era imposible distinguir una amplia corriente de opinión favorable a la guerra.

¿Ocurría lo mismo en Alemania? Las organizaciones pangermanistas, cuya propaganda nacionalista era vibrante, no agrupaban un número importante de partidarios, y el partido militar, que empujaba hacia la guerra, estaba *muy lejos de representar el total de la nación*, según observó el agregado militar francés. Sin embargo—y por ello la situación resultaba profundamente diferente de la de Francia—, las campañas belicistas no encontraban seria resistencia. La actitud del partido socialista era característica. Podría ser el centro de dicha resistencia, pues a partir de las elecciones de enero de 1912, poseía el mayor número de escaños en el Reichstag. Ahora bien, en 1913, se avino a votar la ley militar que desencadenó la carrera de los armamentos terrestres. Estos socialistas—escribía un observador francés—eran “fuerzas de contrapeso, fuerzas sociales de silencio, pasivas e indefensas contra el envite de un contagio belicoso”. Los partidos *burgueses* se preocupaban del papel que debía desempeñar el Imperio en el mundo, y se irritaban al comprobar las resistencias que se alzaban contra la reivindicación alemana de *sitio al sol*. La opinión pública aceptaba, con mayor facilidad que en los otros estados, la posibilidad de una guerra.

## II. LOS PLANES DE LOS GOBIERNOS

¿Cuál era, por último, respecto a tales perspectivas, la posición de los hombres de Estado y de los medios gubernamentales? Las medidas que tomaron para aumentar las fuerzas armadas, ¿tenían en su ánimo únicamente un carácter de precaución o eran preludio de una acción de fuerza?

En Rusia se oponían dos tendencias. Los partidarios de una política de prestigio de una expansión, a expensas del Imperio turco, parecían considerar, sin lamentarlo, la posibilidad de una guerra general que ofreciese ocasión a Rusia, según esperaban, para resolver la cuestión de los Estrechos y enderezar una situación amenazada no solo por los progresos de la influencia alemana en Constantinopla, sino también por la posibilidad de una guerra greco-turca. El 21 de febrero de 1914, una conferencia que reunió, bajo la presidencia del ministro de Asuntos Exteriores, a algunos diplomáticos y jefes de Estados Mayores, estimó que la situación internacional de los Estrechos de Constantinopla podría modificarse en plazo breve: si Turquía corría el riesgo de *perder los Estrechos*, Rusia podría verse obligada a apoderarse de ellos para evitar que *otra potencia* se instalase allí; había, pues, que prever un programa de acción *contra toda prueba*, pero el intercambio de opiniones demostró que Rusia no poseería, antes de dos o tres años, por lo menos, los medios militares y navales necesarios para una operación de desembarco. En otros medios, sobre todo en los de derecha, la perspectiva de un conflicto despertó graves inquietu-

des. En febrero de 1914, el consejero de Estado Durnovo, antiguo ministro del Interior, dirigió al Zar una memoria, donde subrayaba los peligros que una crisis internacional haría correr al Estado y al régimen. No solamente sería difícil la lucha armada a causa de lo insuficiente del sistema de fortificaciones, de la red ferroviaria y de la producción industrial; además, la masa del pueblo—según Durnovo—solo se preocupaba de sus intereses materiales inmediatos, y la propaganda revolucionaria encontraría, en caso de guerra, un terreno favorable; bastaría que una consigna de *reparto de tierras* se difundiera para que se renovasen los movimientos de 1905. Entre las gentes relacionadas directamente con el Zar, el sistema político alemán contaba con simpatías, porque la Constitución bismarckiana había suprimido el régimen parlamentario. En la Prensa, el conde Witte, antiguo presidente del Consejo, continuaba en marzo de 1914 preconizando un acuerdo con Alemania que permitiría—dijo—“gobernar el mundo”.

Pero aquellas tendencias divergentes coincidían en una demostración común, cuando se trataba de establecer una línea de conducta para el futuro inmediato. Cuando, el 13 de enero de 1914, con ocasión del asunto Liman von Sanders (1), la conferencia ministerial tuvo que pronunciarse sobre una cuestión concreta: “la guerra con Alemania, ¿es deseable, y puede hacerla Rusia?”, las respuestas fueron en el fondo negativas. El presidente del Consejo, Kokovtsov, se mostró categórico: “considero que, *actualmente*, una guerra sería la más grande de las desgracias para Rusia”. El ministro de Asuntos Exteriores, Sazonov, declaró que, *en principio*, una guerra con Alemania no era deseable; estimó que Rusia, aun con el apoyo de Francia, no podría asestar a Alemania un *golpe mortal*; sin duda, sería otra cosa si interviniese Inglaterra también, pero la actitud de esta continuaba incierta. El ministro de la Guerra, Sukhomlinov, y el jefe del Estado Mayor general, emitieron una opinión equívoca: el ejército ruso estaba preparado “a un duelo con Alemania, por no hablar todavía de un duelo con Austria-Hungría”; pero añadieron, acto seguido, que solo era verosímil la hipótesis de una guerra *con la Triple Alianza*: esto equivalía a decir que retrocedían ante semejante posibilidad. En resumen, los miembros de la Conferencia se mostraron unánimes en pensar que *ante todo era deseable no llevar a Rusia a un conflicto europeo*.

Esta reserva de la política rusa era conocida por los medios dirigentes alemanes. Cuando, en marzo de 1914, la Prensa alemana y la rusa emprendieron una viva polémica con motivo de la carrera de los armamentos, el embajador alemán en San Petersburgo creía que el Gobierno ruso no deseaba la guerra: “Toda intención agresiva contra nosotros o contra Austria-Hungría, está, en mi opinión, lejos de su ánimo”, y el jefe del Estado Mayor general escribió a su colega austro-húngaro: “Ninguna noticia de las que recibimos de Rusia demuestra

(1) Véase anteriormente, pág. 597.



que haya que esperar una actitud agresiva, por el momento. No creo que Rusia busque o provoque, en un plazo corto, una ocasión de guerra contra Austria-Hungría o, lo que es lo mismo, contra nosotros."

En Francia, a través de frecuentes crisis ministeriales, el presidente de la República (que desde enero de 1913 lo era Raymond Poincaré) procuró dar a la acción exterior *un tono más audaz*, un sesgo más vigoroso. Desde enero de 1912, cuando era presidente del Consejo, acentuó, en su declaración ministerial, la preeminencia que había que conceder a los problemas internacionales y la necesidad de poner al Estado *a la altura de sus deberes*. Se proponía defender con firmeza los derechos de Francia, pues tenía el sentido de la grandeza nacional y, como legista, los defendía con tenacidad. Como lorenés, no podía admitir, en la cuestión de Alsacia y Lorena, ni abandono ni arreglo. La división de las grandes potencias europeas en dos bloques antagonistas era inevitable a sus ojos. De antemano creía imposible modificar el estado de las relaciones con Alemania, la cual—pensaba—interpretaría como prueba de debilidad toda manifestación de buena voluntad; le parecía igualmente inútil tratar de deshacer la alianza austro-alemana: aquello no era—según decía—más que "un vano sueño". Ampliar la alianza franco-rusa y el acuerdo franco-inglés: tal era el objetivo de sus esfuerzos. ¿Deseaba la guerra? Nada autoriza a pensarlo: algunos términos que le han atribuido sus adversarios políticos no han sido confirmados nunca con pruebas válidas. Pero su modo de pensar le llevaba a considerar el conflicto con Alemania como una fatalidad casi inevitable, de la que Francia no podía ni debía intentar desentenderse. Su convicción coincidía con la de Gaston Doumergue, que dirigía, en el invierno de 1913-14, la política exterior: "la mentalidad alemana—decía este—provocaba el riesgo permanente de una guerra"; ahora bien, esta mentalidad era *congénita*. Los observadores extranjeros estaban de acuerdo en que los medios dirigentes franceses deseaban que la paz se mantuviera. El único que tenía sus reservas—el ministro de Bélgica en París—denunció las tendencias *nacionalistas y ostentosas* de Raymond Poincaré y de Delcassé; pero no sacó de ello ninguna conclusión para orientación de la política francesa. El presidente del Consejo ruso, llegado a París en el invierno de 1913-1914, observó en los medios gubernamentales "una tendencia única: la de mantener la calma y la paz". El ministro inglés de Asuntos Exteriores hizo, en junio de 1914, la misma observación, y el enviado personal del presidente Wilson, el coronel House, escribió: "los hombres de Estado franceses no piensan en el desquite". ¿No era esta, también, la convicción de los observadores alemanes? "De Francia, aún mucho menos que de Rusia, debemos esperar una actitud agresiva; actualmente Francia está, por el momento, en una situación militar muy desfavorable", escribía, en marzo de 1914, el general von Moltke. Y Schoen, el embajador en París,

tenía la seguridad, en junio de 1914, de que la política exterior francesa, *tranquila y pacífica*, procuraría evitar todas las dificultades con Alemania.

En Austria-Hungría, donde el movimiento yugoslavo constituía, en este punto, el principal peligro para la Doble Monarquía, el Gobierno vigilaba, en mayo de 1914, la *lucha por el poder*, entablada en Belgrado entre el presidente del Consejo, Pachitch (indudablemente hostil a Austria-Hungría, pero relativamente moderado), y los medios militares, cuyo *chauvinismo*, según los observadores austro-húngaros, resultaba agresivo. En tal lucha, el principal autor del golpe de Estado de 1903, el coronel Dimitrievitch, y la asociación de la *Mano negra*, cuyo jefe era, tuvieron un activo papel; por el momento Pachitch era el dueño de la situación: no había nada, pues, que provocase, por el momento, inquietud en los austro-húngaros. Pero los medios dirigentes consideraban que persistía el riesgo; sería, pues, peligroso contentarse, en los Balcanes, con una *política de espera* que podría dejar el campo libre a Rusia. El objetivo sería la reorganización, bajo la égida de Austria-Hungría, de un *bloque balcánico*, apoyándose en Bulgaria y en Turquía y presionando sobre Rumania: esta combinación lanzaría a Serbia al aislamiento. Tal fue el plan que el Ministerio de Asuntos Exteriores preparó, el 24 de junio de 1914, después de muchas dilaciones.

En los medios dirigentes italianos las posiciones no parecían uniformes. El Ministerio de Asuntos Exteriores y el Estado Mayor no seguían una línea de común conducta: el uno consideraba con escepticismo el porvenir de la Triple Alianza, y el otro se afanaba por reforzarla.

La colaboración diplomática con Austria-Hungría se hacía más difícil, a medida que el derrumbamiento de la dominación turca en los Balcanes ponía de apremiante actualidad la cuestión del Adriático (1). En la segunda quincena de junio de 1914 los dos gobiernos cambiaron amenazas. Italia *hace imposible* una cooperación en Albania y "arriesgándose—decía Berchtold—por un camino que podría llevar a un conflicto"; el 26 de junio el embajador austro-húngaro en Roma recibió la misión de entregar una nota que tenía *casi el carácter de un ultimátum*. Algunos días más tarde, el ministro italiano de Asuntos Exteriores declaró que si Austria-Hungría decidiese ocupar el monte Lovcen, en los confines septentrionales de Albania "ello sería no solamente el fin de la Tríptica, sino la guerra". Los diplomáticos alemanes consideraban como muy crítica la situación: la Triple Alianza tenía *las alas cortadas*.

Pero esas dificultades no impidieron al Estado Mayor italiano resucitar un proyecto que, después de haber sido considerado ya, en tiempos de Crispi, quedó abandonado durante veinte años: la negociación de un convenio militar destinado a prever una participación directa de

(1) Véanse anteriormente, págs. 595 y 596.



tropas italianas en las operaciones del ejército alemán en caso de guerra contra Francia. En marzo de 1914, el jefe de Estado Mayor italiano, el general Pollio, puso en conocimiento de Moltke que el ejército italiano estaba dispuesto a enviar al Rin, en caso de guerra, tres cuerpos de ejército y dos divisiones de caballería, cuyo transporte sería seguro por los ferrocarriles austríacos; declaró que el plan había recibido la aprobación real. El Gobierno alemán acogió con satisfacción tales promesas, pues la integración de unidades italianas en el ejército alemán sería la mejor garantía de la fidelidad de Italia mientras durase una guerra. Solo se trataba, en realidad, de arreglos técnicos, cuya ejecución quedaba subordinada a la decisión que, en su día, tomase el Gobierno italiano. La iniciativa parecía indicar, sin embargo, que la colaboración italo-alemana, muy precaria desde que se firmó el acuerdo franco-italiano de 1902, se estaba reafirmando.

¿Debemos sorprendernos de estas contradicciones, cuya exacta interpretación queda en la incertidumbre, en tanto que los documentos de los archivos italianos no se publiquen? La política italiana había aceptado la alianza con Austria-Hungría, porque era la condición necesaria para conseguir y conservar la alianza alemana, pero no se había entregado a ella por completo. En el fondo, el Gobierno italiano deseaba mantener abiertas todas las salidas.

En los medios dirigentes alemanes el estado de ánimo era muy diferente. El Emperador, según opinión de los observadores franceses más calificados, había ejercido, hasta principios de 1912, una *influencia pacificadora*. Pero a partir del otoño de 1913 declaró su convencimiento de que pronto sería preciso recurrir a las soluciones de fuerza. A primeros de noviembre dijo al rey de los belgas que la política francesa tendía "desde algún tiempo a hacerse sospechosa a cada instante y a atravesarse, en todas sus partes, a Alemania" y que *la idea del desquite no cesa de acosar al espíritu francés. Creía que la guerra con Francia era inevitable y que sería preciso llegar a ella un día u otro*. A mitad de diciembre, en una conversación con el ministro de Austria-Hungría, en Munich, dio una campanada análoga, a propósito de las cuestiones balcánicas y del conflicto latente entre Austria-Hungría y Serbia: "La decisión definitiva en el sudeste europeo debe, tarde o temprano, hacer necesaria una grave acción armada; y nosotros, los alemanes, estamos con vosotros y detrás de vosotros." ¿Debemos, sin embargo, tomar al pie de la letra estas declaraciones, preñadas de amenazas, por otra parte a plazo indeterminado? Cuando se dirigían a Bélgica, cuya neutralidad estaban decididos a violar los alemanes en caso de guerra europea, tal vez no fuera más que una maniobra de intimidación. Y cuando se relacionan con la cuestión yugoslava no implicaban una adhesión completa a la política austro-húngara: Guillermo II creía que el Gobierno austro-húngaro debería dar a Serbia facilidades en las relaciones comerciales; también pensaba, en marzo de 1914, que si Montenegro se unie-

ra a Serbia la monarquía danubiana haría "una gran tontería" oponiéndose a ello; llegó, incluso, a escribir que, en tal caso, una guerra entre serbios y austro-húngaros dejaría a los alemanes "completamente fríos". "Sería, pues, excesivo—dice Jules Cambon—atribuir un valor absoluto a las palabras que un hombre tan impresionable como el emperador deja escapar en la intimidad." En estos planes imperiales parecía no haberse decidido nada por el momento. Solo en las siguientes semanas, es decir, cuando la Duma acababa de votar el gran programa ruso de armamentos, es cuando se encuentran señales verdaderamente significativas. En una memoria dirigida al canciller, el jefe del Estado Mayor general escribió, en mayo de 1914, que las perspectivas militares evolucionaban en un sentido desfavorable para Alemania, ya que el ejército ruso habría acabado, en tres años, su reorganización. En el mismo momento, Moltke, en una entrevista con su colega austro-húngaro, consideraba deseable una guerra inmediata, porque la superioridad de que disfrutaban las fuerzas alemanas no sería duradera. "Todo aplazamiento disminuye las oportunidades de éxito." Esta convicción animaba también a Guillermo II, cuando, en su entrevista con el archiduque heredero de Austria-Hungría, el 13 de junio en Konopitsch, prometió el apoyo *incondicional* de Alemania a la política austro-húngara en caso de nuevas dificultades balcánicas: "Si no golpeamos, la situación se hará peor."

Entre la alianza franco-rusa y la austro-alemana, Gran Bretaña, a pesar de la orientación que había dado a su política exterior desde 1904, podía aún desempeñar el papel de árbitro (1). Deseaba que se mantuviera la paz, lo cual estaba de acuerdo con las profundas tendencias de la opinión pública, con los intereses económicos y financieros que poseía en el mundo entero y, por último, con las preocupaciones irlandesas. En la primavera de 1914 trató de encontrar la ocasión para llevar a cabo una negociación con Alemania sobre los armamentos navales, al mismo tiempo que se negaba a pensar en la transformación de la *Triple Entente* en una Triple Alianza.

La preocupación dominante era conseguir que se reanudasen las negociaciones con vistas a una reducción de los armamentos navales. ¿Sería para abrir el camino a estas conversaciones por lo que la política inglesa mostró el deseo de aceptar la expansión alemana en Asia Menor y en Africa Central? (2). En enero de 1914, Lloyd George, canciller del Exchequer, en una entrevista publicada en el *Daily Chronicle* insistía sobre la "abrumadora extravagancia de los gastos de armamento naval"; y expresaba su deseo de que pudieran ser reducidos mediante un acuerdo anglo-alemán. En marzo, Winston Churchill declaró que Gran Bretaña podría contentarse con una Marina de guerra superior en un 60 por 100 a la Marina de guerra alemana: cuarenta buques

(1) Véanse anteriormente, págs. 524 y 525.

(2) Véanse anteriormente, págs. 548 y 560.

de guerra para Alemania y sesenta y cuatro para Inglaterra; un mes más tarde dijo al embajador alemán que la cuestión naval era "el único obstáculo para un íntimo acuerdo" entre los dos países; añadió que tal obstáculo era tan grave como el de Alsacia y Lorena en las relaciones franco-alemanas. En vano esperó el primer lord del Almirantazgo la invitación a un encuentro con el almirante von Tirpitz. Cuando se volvió a intentar, por mediación del representante personal del presidente Wilson, coronel House, el 1 de junio, Guillermo II contestó que Alemania llevaría a cabo su programa de construcciones navales, como se había fijado: la única *concesión* que tendría en cuenta sería la de no aumentarlo.

Este fracaso, sin embargo, no decidió al Gabinete inglés a tomar, respecto a Francia ni respecto a Rusia, compromisos más concretos. Unicamente algunos altos funcionarios del Foreign Office y militares de alta graduación estarían dispuestos a aceptar una transformación de la *Triple Entente* en una alianza. Pero la opinión pública y la parlamentaria no lo admitirían. "El país no está dispuesto a una alianza con Francia ni a otra con Rusia": la observación, hecha por el embajador ruso, la hizo suya el embajador de Francia. Así, cuando el rey visitó a París en abril de 1914, el presidente del Consejo francés se abstuvo de insistir: "No pienso pedir una transformación del carácter de nuestros acuerdos", declaró Gaston Doumergue a sir Edward Grey, limitándose a expresar la esperanza de que *en un día de peligro* se le aseguraría a Francia el apoyo armado de Gran Bretaña. La contestación del ministro inglés fue significativa: "Ningún gobierno inglés—dijo—negaría su ayuda militar y naval si Francia fuera *injustamente* amenazada y atacada." Era como decir que Gran Bretaña mantenía la actitud que había adoptado en 1912: se reservaba expresamente el apreciar, llegado el día, lo bien fundado de la posición francesa. Respecto a Rusia, ni siquiera se le ofreció una promesa limitada. Todo lo que el Gabinete inglés podía tomar en consideración era firmar con ella un arreglo naval, análogo al que existía, desde 1913, entre Alemania y Francia. Simple satisfacción de forma, concedida a los requerimientos rusos, pues, "en una guerra contra Alemania—opinó sir Edward Grey—la flota rusa no podría salir del Báltico más de lo que podría entrar en él la flota inglesa". El asunto se llevó con tal lentitud que nada se había resuelto aún a finales de junio de 1914.

La rivalidad entre las grandes potencias, que procuraban reforzar los compromisos de alianza y los convenios acordados entre los Estados Mayores; el temor que experimentaban los gobernantes a deponer a sus compañeros si parecían carecer de firmeza; la carrera de los armamentos, consecuencia de la tensión internacional, pero causa, también, de agravación de aquellas rivalidades; la inquietud de la opinión pública provocada y mantenida por las amenazas de conflicto, cuya iniciativa tomaron Alemania y Austria-Hungría en 1905, en 1909 y en 1911, y en la que Rusia, en 1912, no dudaba ya en participar; los

planes de los Estados Mayores, preocupados, sobre todo, en no dejar que el adversario terminara sus preparativos; las reacciones personales de los hombres de Estado, que, incluso aunque no desearan el conflicto, lo creían probable: he aquí los elementos que contribuyeron a crear una atmósfera favorable para acudir a las armas, para mantener una *psicosis de guerra*. Y fue en Alemania donde aquellos factores se manifestaron de manera más sensible.

¿Era que la amenaza de un gran conflicto aparecía como inmediata a los contemporáneos? El embajador de Francia en Berlín, Jules Cambon, escribió el 12 de junio de 1914: "Estoy lejos de pensar que, en este momento, haya en la atmósfera algo que constituya amenaza inmediata para nosotros; muy al contrario." El Estado Mayor alemán, a su vez, a pesar de su situación de ánimo, no tomó—hasta donde nos es posible saber, según como actualmente se halla la información histórica—medidas destinadas a preparar, de inmediato, una iniciativa guerrera.

### III. LA CRISIS DE JULIO DE 1914

El 28 de junio de 1914, el archiduque heredero de Austria-Hungría, Francisco Fernando, fue asesinado, en Sarajevo, por un joven bosnio: ello constituye un episodio dramático del conflicto de las nacionalidades y del movimiento nacional yugoslavo. ¿Por qué aquel asesinato se convirtió en ocasión de una "demostración de fuerza" que llevó a la guerra europea? En la historia de los diez años precedentes es donde primeramente debemos buscar la respuesta. Resulta evidente que las iniciativas y las reacciones de los gobiernos y de los pueblos, en el curso de la crisis de julio de 1914, estuvieron determinadas, sobre todo, por el recuerdo de las recientes amenazas, de las rivalidades de intereses y de los choques entre las corrientes del sentimiento nacional. La explicación es, sin embargo, insuficiente, pues Europa había conocido, desde hacía tres años, muchos otros momentos críticos, de los cuales la paz había surgido intacta. Si, en julio de 1914, el conflicto diplomático llevó a un conflicto armado no fue por un encadenamiento fatal, sino por una serie de actos, de decisiones, cuyos carácter y alcance es preciso medir.

El Gobierno austro-húngaro vio, en el atentado de Sarajevo, una nueva prueba del peligro que constituía, para la misma existencia de la Monarquía danubiana, el movimiento nacional yugoslavo; pero, además, una ocasión de hacer frente a tal peligro. Se proponía hacer contra Serbia una guerra preventiva que le permitiese *ajustar las cuentas* con ella y *eliminarla como factor político*. El Gobierno alemán fue puesto al corriente de tales intenciones, y las aprobó. La guerra austro-serbia, preparada el 23 de julio por el envío de un ultimátum, se declaró el 28.

¿Podría permanecer *local* aquel conflicto? Sería preciso para ello que Rusia se resignara a permitir que aplastasen a Serbia y dejara el campo libre, en los Balcanes, a la política austro-húngara; ahora bien,

anunció, el 25 de julio, que no se resignaría a ello. El 29, al conocer la declaración de guerra dirigida a Serbia y el bombardeo de Belgrado, el Gobierno ruso decidió una movilización parcial, que puso en pie de guerra los trece cuerpos de ejército destinados a operar contra Austria-Hungría. El conflicto austro-serbio amenazaba convertirse en un conflicto austro-ruso. Quizá sería aún tiempo de evitarlo si el Gobierno austro-húngaro se sometiera a un arbitraje del problema austro-serbio, o incluso si consintiera, según sugerencias del Gobierno inglés, en limitar sus operaciones militares a la ocupación de Belgrado; y luego a iniciar, una vez provista de esta garantía, una negociación con Serbia. Pero Austria-Hungría desechó aquellas proposiciones. La guerra austro-rusa parecía, pues, inminente.

Alemania, aliada de Austria-Hungría, y Francia, aliada de Rusia, ¿podían permanecer como espectadoras del conflicto? El 23 de julio el Gobierno francés prometió al ruso *cumplir las obligaciones de la alianza*, es decir, intervenir por las armas en el caso en que Alemania apoyase a Austria-Hungría. Ahora bien: el 29, el Gobierno alemán declaró que movilizaría su ejército si las medidas de movilización rusa—dirigidas, no obstante, contra Austria-Hungría solo—continuaba llevándose a cabo. Se afirmaba, pues, la amenaza inmediata de una guerra europea. La actitud del Gobierno ruso apresuró el desenlace: decidió, el 30 de julio, sin esperar a que Alemania pasara a la acción, la movilización general de sus fuerzas armadas. El Gobierno alemán replicó el 31 con un ultimátum, que dirigió no solamente a Rusia, sino también a Francia y con la proclamación del *estado de peligro de guerra*, que implicaba las primeras medidas de movilización; al día siguiente decidió la movilización general. En la tarde del 1 de agosto, el Gobierno ruso dejó sin respuesta el ultimátum. El Gobierno francés respondió que *actuaría según sus intereses*, y demostró, al decidir, a su vez, la movilización general, que estaba determinado a ayudar a Rusia. La violación de la neutralidad belga dio al Gabinete inglés, convencido de antemano de que el interés de Gran Bretaña le ordenaba no dejar que el Imperio alemán obtuviese una victoria continental, el apoyo casi unánime de la opinión pública: el 4 de agosto Gran Bretaña entró en la guerra.

De tales iniciativas y réplicas, cuyos detalles sería superfluo estudiar aquí, lo que nos importa examinar es el sentido de las políticas nacionales.

En Austria-Hungría, el Gobierno y el Estado Mayor vieron, en las aspiraciones nacionales de los eslavos del Sur, una amenaza, no solamente para el poder de la Doble Monarquía, sino también para su existencia, pues el éxito de un irredentismo animaría a las otras minorías nacionales a seguir el ejemplo: era, pues, una *cuestión vital*. Para intentar dominar el movimiento de las nacionalidades y el riesgo de desmembración del estado estaban resueltos, desde primeros de

julio, a declarar la guerra a Serbia, aun cuando tal guerra ocasionase con Rusia un conflicto que, debido al juego de las alianzas, se extendiera a todos los grandes estados del continente. No querían contentarse con un éxito diplomático, porque este solo proporcionaría una tregua a Austria-Hungría: aceptar una proposición de mediación, una solución de arreglo, sería haber trabajado *para nada*, pues la cuestión yugoslava no dejaría de plantearse, de nuevo, dos o tres años más tarde. Ahora bien: las circunstancias serían entonces menos favorables, porque el programa de rearme de Rusia estaría realizado. "El equilibrio de las fuerzas se desvía contra nosotros", observó el ministro austríaco de la Guerra.

El conflicto austro-serbio no ponía, ciertamente, en juego la existencia del Imperio ruso; pero amenazaba gravemente los intereses fundamentales de su política exterior, orientada hacia el área balcánica. ¿Cuestión de prestigio? Sin duda; el Gobierno ruso, después del fracaso que había sufrido en 1909, no quería tolerar *una nueva humillación*, y la burguesía liberal, que formaba la mayoría de la Duma, tampoco lo quería. Pero era, también, cuestión esencial para los intereses estratégicos y económicos del Imperio: la influencia sobre las poblaciones cristianas de los Balcanes no solamente era el medio de presión que utilizaba la política rusa para intentar conseguir una modificación del estatuto de los Estrechos y asegurarse el acceso al Mediterráneo, sino que, además, la preponderancia eventual de Austria-Hungría en los Balcanes favorecería los planes alemanes en Constantinopla. El Gobierno ruso no quería, pues, admitir que Austria-Hungría *aplastara a Serbia y se convirtiese en la potencia dominante en los Balcanes*: en 1909 tuvo que ceder, porque su ejército no había reparado aún las consecuencias de la derrota sufrida en Manchuria; pero ahora se creía capaz de hacer frente a aquella amenaza. Ciertamente que el ministro del Interior se mostraba angustiado, porque medía los riesgos de crisis política y social: "en nuestro país la guerra no puede ser popular en las masas profundas del pueblo, y las ideas revolucionarias pueden ser comprendidas por estas masas mejor que una victoria sobre Alemania". Se resignó, sin embargo, pues, según dijo, "no es posible escapar al destino".

Ni Rusia ni Austria-Hungría, sin embargo, podían considerar tal guerra sin haber obtenido el asentimiento de sus aliados respectivos.

Ahora bien: el Gobierno alemán había prometido a su aliado el 5 de julio un *total apoyo*, y le recomendó que no dejase pasar una ocasión *tan favorable*. Se opuso a las tentativas de mediación. El 28 de julio animó a su compañero austro-húngaro a que declarase la guerra a Serbia, y el 29 anunció a Rusia que no toleraría las medidas de movilización dirigidas contra Austria-Hungría. Solo el 30 de julio el canciller Bethmann Hollweg pensó en frenar, porque temía una intervención de Gran Bretaña. Sin embargo, se inclinó ante la voluntad del Estado Mayor, y renunció a imponer al Gobierno aliado una solución de arreglo. ¿Por qué? Porque no quería exponerse al reproche de haber "dejado

abandonada a Austria-Hungría en una circunstancia difícil"; pero, sobre todo, porque creía necesario *poner a flote* a su aliada, amenazada de desmembramiento por el movimiento de las nacionalidades. "Soportar la guerra europea—dijo el jefe del Estado Mayor—es el último medio de salvar a Austria-Hungría."

El Gobierno francés se mostró más reservado. Sin duda, había prometido, el 23 de julio, llevar a cabo las obligaciones de la alianza franco-rusa, es decir, apoyar a Rusia con las armas en caso de intervención alemana. Pero el 30 recomendó al Gobierno aliado que evitase toda iniciativa que, por su índole, provocase una *réplica alemana*. La movilización del ejército ruso debía, pues, dirigirse únicamente contra Austria-Hungría. Ahora bien: el Gobierno ruso hizo caso omiso de tales consejos; ¿podría el Gobierno francés aprovecharlo para retirar su promesa de apoyo? No podía pensarlo siquiera, porque si dejase a Alemania aplastar a Rusia, se encontraría Francia, en seguida, en situación de no poder resistir a un ataque alemán.

Ante la inminencia de una guerra entre las grandes potencias del Continente, los medios políticos ingleses se mostraron, al principio, vacilantes. Libre de todo compromiso de alianza, Gran Bretaña había procurado evitar, con una acción mediadora, el conflicto europeo. Habría podido apoyar su mediación con una amenaza directa; declarar que si Austria-Hungría y Alemania se negaban a un arreglo intervendría en la guerra al lado de Francia y de Rusia: tal amenaza habría sido eficaz, sin duda. Pero el Gabinete inglés no se atrevió a tomar partido cuando aún era tiempo, porque sus miembros se encontraban divididos; porque la opinión pública *todavía no había despertado*, y también porque temía animar a los gobiernos ruso y francés a la intransigencia. Solo cuando la guerra continental era segura, decidió entrar en el conflicto. ¿Fue la violación de la neutralidad belga lo que determinó su decisión? En realidad, la intervención se había decidido, en el seno del Gabinete, veinticuatro horas antes: Gran Bretaña no podía correr el riesgo de una victoria alemana, es decir, de una hegemonía continental que, apoyada en la fuerza naval, amenazase la seguridad de las Islas Británicas. La cuestión belga, esencial para los intereses ingleses, vino a asegurar la adhesión de las masas a esa política.

¿Estuvo determinada la evolución de esta crisis por una voluntad deliberada que había previsto, de golpe, su desenlace? No hay nada que pruebe que Austria-Hungría y Alemania, cuando tomaron las iniciativas de las que salió la guerra general, tuvieran el decidido propósito de provocarla. Las dos potencias centrales consideraban, preferentemente, una guerra *localizada*: si ellas podían conseguir el objetivo inmediato—deshacer por la fuerza el movimiento nacional yugoslavo—, ¿por qué habrían de provocar un conflicto europeo? Sin embargo, corrieron el riesgo. Cuando encontraron resistencias prefirieron la guerra general al abandono de sus planes. Los dirigentes de la monarquía austro-húngara se sentían incapaces, si renunciaban a declarar la guerra

a Serbia, de conjurar las fuerzas de desmembramiento; y estaban convencidos de que en el futuro las circunstancias les serían menos favorables en una guerra general. El Gobierno y el Estado Mayor alemanes compartían aquella convicción; estaban decididos, incluso al precio de una gran guerra, a *poner a flote* a Austria-Hungría, y pensaban, además, que una guerra inmediata se presentaría en mejores condiciones que una guerra diferida. Los adversarios, en Petersburgo y en París, aceptaban la guerra. ¿Cómo habrían eludido la demostración de fuerza sino mediante concesiones o abandonos, es decir, mediante una debilitación peligrosa para el prestigio del Estado y para el porvenir de los intereses nacionales? Tal debilidad, a su juicio, no les proporcionaría más que una tregua: ¿por qué tratar de ganar tiempo, si la amenaza reaparecería en plazo breve? En ningún sitio se detuvieron los gobiernos ante la idea de que el aplazamiento del conflicto pudiese favorecer soluciones de arreglo.

En las decisiones de dichos gobiernos, en julio de 1914, fueron los intereses de seguridad, de prestigio o de poder, los que determinaron las resoluciones definitivas. ¿Pero no hay que añadir a esos requerimientos los que podían ejercer los movimientos de la opinión pública? Porque el hecho de que ni la correspondencia diplomática ni las deliberaciones gubernamentales (aquellas, por lo menos, de las que han quedado rastro) aludiesen a esas fuerzas profundas, no es razón suficiente para ignorarlas.

Los movimientos del espíritu público hasta donde la investigación histórica puede permitirnos apreciar su papel, no parecen haber ejercido influencia alguna en ninguna parte. En Austria-Hungría las oposiciones entre los grupos nacionales excluía la posibilidad de un amplio movimiento de opinión; y los periódicos, que aprobaban una política de fuerza, expresaban la opinión de medios restringidos: los de la alta administración, los de la diplomacia o los del Estado Mayor. En Rusia, donde las masas campesinas eran pasivas, la corriente nacionalista, existente en algunos ámbitos de la burguesía, no parecía desempeñar, en julio de 1914, un papel activo. En Gran Bretaña, la opinión pública, que no había *despertado* aún el 25 de julio, siguió vacilante y dividida, hasta la noticia de la entrada de las tropas alemanas en Bélgica. En Francia, lo mismo que en Alemania, las manifestaciones de la opinión, aunque vigorosas, fueron tardías: solo intervinieron en los últimos momentos de la crisis, a una hora en que las decisiones de los gobiernos estaban ya tomadas.

Pero los movimientos de opinión, aunque empujaron a los hombres de Estado a la acción de la fuerza, pocas veces intentaron frenar sus iniciativas. Las únicas resistencias que se manifestaron en Austria-Hungría y en Rusia fueron las dos socialistas; resistencia casi pasiva en Viena, en donde los periódicos del partido se limitaron a expresar su deseo de una solución pacífica, y más activa en Petersburgo, con la huelga de los metalúrgicos. Por el contrario, el partido social-demócra-

ta alemán, el 29 de julio, prometió al Gobierno del Reich no estorbar sus decisiones, y el partido socialista francés se vio obligado, desde aquel momento, a mantener la misma actitud. La dirección de la Internacional, que había pedido, primero, a todos los partidos socialistas que hicieran vigorosas demostraciones en contra de la guerra, no intentó reaccionar. Las pocas resistencias que se manifestaron en el seno del partido laborista de Inglaterra no son dignas de tenerse en cuenta. En definitiva, los socialistas colocaban en primer plano las preocupaciones nacionales y renunciaban a la idea de una solidaridad proletaria. ¿No era previsible esa resignación por la falta de congresos socialistas internacionales?

Que la opinión pública fuera casi en todas partes favorable era, sin duda, una razón que debía sostener a los gobiernos por el camino de la firmeza. Ahora bien: tal aquiescencia, ¿no habría sido más titubeante si la opinión pública no se hubiera acostumbrado, desde hacía años, a la idea de una guerra probable? Las tendencias de la psicología colectiva marchaban al unísono de los móviles políticos que orientaban las decisiones de los hombres de Estado.

#### BIBLIOGRAFIA

##### Sobre la carrera de armamentos.—

G. MICHON: *La préparation a la guerre: la loi de trois ans*, París, 1935.—H. HERZFELD: *Die deutsche Rüstungspolitik vor dem Kriege*, Berlín, 1923.—J. TYLER: *The British Army and the Continent, 1904-1914*, Londres, 1938.—D. SCHAFER: *Die militärischen Abmachungen des Dreibundes vor dem Weltkrieg*, en *Militärwissenschaftliche und technische Mitteilungen*, sept. 1922, págs. 377-378.—P. RENOUVIN: *The Part played in the International relations by the Conversations between the General Staffs*, en *Studies in Anglo-French History*, Londres, 1934.

##### Sobre el estado de ánimo del pueblo y de los gobiernos.—

Este apartado se basa, sobre todo, en los informes de los embajadores, publicados en las recopilaciones de documentos diplomáticos. Hay que añadir: G. NOULENS: *Le Gouvernement français a la veille de la guerre*, en *Rev. des Deux Mondes*, feb. 1931, págs. 608-622.—M. PALÉOLOGUE: *Journal, 1913-1914*, París, 1947.—DOUBNOVO: *Mémoire au Tsar*, en *Rev. d'Histoire de la Guerre mondiale*, oct. 1933, págs. 360-368.—G. WRIGHT: *R. Poincaré and the French Presidency*, Stanford

Univ., 1942.—J. C. CAIRNS: *International Politics and the Military Mind: the Case of the French Republic, 1911-1914*, en *J. of Modern History*, sept. 1953, págs. 273-286.—W. MAEHL: *The Triumph of Nationalism in the German Socialist Party on the Eve of the First World War*, en *J. of Modern History*, enero, 1952, págs. 15-42.—R. KISZLINO: *Erzherzog Franz-Ferdinand von Oesterreich Este*, Graz, 1953.

##### Sobre la crisis de julio de 1914.—

P. RENOUVIN: *Les origines immédiates de la Guerre, 28-juin-4-août 1914*, París, 2.ª ed. 1927.—R. SETON WATSON: *Serajevo. A Study in the Origins of the War*, Londres, 1936.—J. ISAAC: *Un Débat historique, 1914. Le problème des origines de la guerre*, París, 1933.—B. SCHMITT: *The Coming of the War*, Nueva York, 1930, 2 vols., trad. frs.: *Comment vint la Guerre*, París, 1932.—H. LUTZ: *Die europäische Politik der Julikrisis, 1914*, Berlín, 1930.—E. ANRICH: *Die englische Politik im Juli 1914*, Stuttgart, 1934.—A. VON WEGENER: *Der Ausbruch des Weltkrieges*, Hamburgo, 1939, 2 vols.—J. F. SCOTT: *Five Weeks. The Surge of the public opinion on the eve of the great war*, Nueva York, 1927.

#### CONCLUSION DEL LIBRO TERCERO

El momento del verano de 1914 en que los grandes estados europeos entraron en guerra se ha convertido, para el mundo entero, en una fecha esencial: aquella en que comienza la decadencia de Europa. ¿Se dieron cuenta los contemporáneos de las perspectivas nuevas que el conflicto iba a abrir en las relaciones entre los continentes?

En los países beligerantes, ni los hombres de Estado ni los maestros del pensamiento político parecen haberse percatado de ello; tenían otras preocupaciones: en una lucha que podía comprometer la existencia de la nación, o que, por lo menos, amenazaba con deshacer la línea de su destino, las preocupaciones extraeuropeas solo podían ser secundarias. Cuando la mirada se dirigía más allá de los intereses nacionales, el temor que se manifestaba era el de que la guerra ocasionara "un retroceso de la civilización", y un retroceso cuyas dimensiones serían morales, más que materiales: el recurrir a las armas iba en contradicción con la esperanza de aquellos que habían creído en el progreso humano. En Londres, sin embargo, algunos medios—los financieros de la City—se mostraban inquietos, a finales de julio de 1914, por el destino de la influencia europea en el mundo; pero las opiniones de los banqueros eran limitadas: no parecían prever la decadencia de la influencia económica de Gran Bretaña, ni temer una debilitación de los lazos imperiales: creían, únicamente, que la desorganización financiera sería peligrosa para la prosperidad de sus negocios.

Los pueblos de los imperios coloniales y los estados que, desde los comienzos del siglo XX, se habían convertido en los *competidores* de Europa podían tener espíritu más abierto. ¿Abrigaban más amplias miras? Ni en la India ni en Egipto, los jefes de los movimientos nacionalistas parecieron vislumbrar, en 1914, las oportunidades que podía ofrecerles la guerra europea. En los países del Islam, el llamamiento a la *guerra santa*, que lanzó el Sultán otomano en el momento en que entró en lucha con Gran Bretaña y Francia, no encontró eco. El Gobierno de los Estados Unidos no parecía pensar, ni por un momento, en que el conflicto fuese a llevar a la preponderancia económica de la Unión y a darle ocasión de arbitrar el destino del viejo continente. Solo en el Japón los medios dirigentes percibieron, de golpe, la posibilidad de establecer la supremacía nipona en China: con todo, tuvieron buen cuidado de presentarse, no como adversarios de Europa, sino como aliados de una de las coaliciones: no habían olvidado todavía el *alto* que les impusieron, veinte años antes, las grandes potencias blancas, y observaban aún cierta timidez respetuosa.

Nada más natural que esas vacilaciones, pues la convicción gene-

ral era la de que la guerra europea duraría, todo lo más, algunos meses: período demasiado corto para que los *competidores* de la vieja Europa se aprovecharan de su eclipse, ni para que "los países nuevos" escapasen a su influencia o las colonias intentaran sacudir su yugo. Las consecuencias mundiales del conflicto solo comenzaron a vislumbrarse cuando pasados seis meses, se precisó la perspectiva de una larga lucha.

## CONCLUSION GENERAL

En una mirada de conjunto a estos años que marcan el apogeo de Europa y los primeros síntomas de su declinar, los conflictos diplomáticos solo tienen sentido en el cuadro de las transformaciones económicas y sociales. Amplitud y cadencia acelerada del desarrollo industrial, impulso del capitalismo financiero, oposiciones entre los grupos sociales, amplio movimiento de emigración transatlántica, difusión de la enseñanza primaria, poder de la Prensa diaria, y también—no lo olvidemos—aumento de los deberes y de las cargas militares, todos estos aspectos de un mundo transformado dieron un nuevo sesgo a las relaciones internacionales. La influencia respectiva de las causas profundas y de las iniciativas diplomáticas es, pues, lo que hay que intentar justipreciar. ¿Eran aún válidas las conclusiones que habían parecido serlo en el estudio del siglo XIX? (1).

El papel de las iniciativas individuales, siempre importantes en la acción diplomática, no sugiere las mismas reflexiones según observamos el *período de Bismarck* o el que le sigue.

Antes de 1890, ¿cómo estudiar esta historia sin detenerse en los gestos y en las intenciones del hombre de Estado hacia el que todos los otros—Disraeli y Gladstone, Jules Ferry, Gortchakof—volvían incensantemente los ojos? En la correspondencia diplomática nada es más asombroso que esta presencia constante del canciller alemán o de su sombra: ¿qué iba a pensar Bismarck, y qué preparaba? Sin duda, aquel maestro de la obra diplomática tenía sus anteojeras, no comprendía bien las cuestiones económicas, acogía ceñudamente la expansión colonial, desconocía la firmeza de las protestas nacionales en Posnania y en Alsacia. Pero poseía el don de adivinar al adversario, la facultad de previsión política a largo plazo y un incomparable virtuosismo. La inquietud que flotaba a su alrededor entre sus partidarios como entre sus adversarios, se extendía a la opinión pública. El *bismarckianismo* fue en realidad de la psicología colectiva y, por consiguiente, un elemento de explicación indispensable para el estudio de esta época.

Después de la caída del canciller, el espectáculo varió en absoluto; Guillermo II, a falta de encontrar "su Bismarck"—pero, de haberlo encontrado, ¿le habría soportado durante mucho tiempo?—se vio obligado a empujar a primer plano a *segundos actores* o, todo lo más, a un brillante diplomático. ¿Estaban mejor dotados los otros gobiernos europeos? La época era pobre en hombres de Estado. Aquí una

(1) Véase la conclusión de la primera parte de este volumen.

ligereza inquietante, la de un Isvolsky o la de un Berchtold, o una medianía que no conseguía ni siquiera engañar a los contemporáneos; allá, una honradez trivial de alto funcionario, que despachaba correctamente los asuntos de trámite sin extender su mirada más lejos o, también, un hombre demasiado influido por la vida parlamentaria y que corría tras de los *éxitos diplomáticos*, aun cuando tal éxito fuera ineficaz o peligroso. Sin duda, de tal medianía emergieron algunas figuras con rasgos señalados: la agudeza de Salisbury, la firmeza de ánimo de Raymond Poincaré, por ejemplo. Pero, incluso entre aquellos cuya obra resultó más importante y cuyo programa rebasaba el horizonte acostumbrado—Joseph Chamberlain, Delcassé, Aehrenthal—, la fuerza de voluntad y la audacia eran más notables que la clarividencia a largo plazo.

¿Quiénes fueron los que colaboraron, en torno a aquellos ministros, en la orientación de la política exterior?

El alto personal diplomático contaba, en todos los grandes estados, con muchos hombres, cuya conciencia profesional, perspicacia en la información política y destreza en la negociación eran excelentes, y cuyas opiniones se escuchaban. Pero en ningún sitio como en Francia, los principales embajadores tuvieron, durante los primeros años del siglo xx, suficiente carácter y autoridad personal para llegar a ser, en las circunstancias graves, los consejeros de sus gobiernos, incluso tomar a veces aire de "mentores". En ninguna parte tampoco los agentes diplomáticos se excedieron en las instrucciones recibidas con más tranquila seguridad que en la Rusia autocrática. El estudio de ese mundo diplomático resulta indispensable para entender la acción política; sin duda, permite vislumbrar el punto de vista un medio social firme que, en muchos casos, tendía a descuidar los movimientos profundos, y a creer que las intenciones o las maniobras de las cancillerías son el centro de interés en las relaciones internacionales, pero esta observación también es un elemento explicativo para la Historia.

El alto personal militar y naval no merece menor atención, si pensamos en la armonía necesaria entre la orientación de la política exterior y la calidad de las fuerzas armadas. Comprobar que, en los estados cuyo régimen era parlamentario y democrático, el Gobierno, entre 1900 y 1914, no cesó jamás de vigilar los planes de los Estados Mayores, quizá, simplemente, porque conservaba, respecto a los jefes militares, una oculta desconfianza, y que, por otra parte, en Alemania, el Estado Mayor era más libre de actuar, más libre también de ceder a la tentación que le incitaba a aprovecharse de su superioridad de armamentos, no es, ciertamente, una observación vana.

No es menos cierto que, en el desarrollo de las *tensiones* internacionales, las iniciativas individuales estuvieron lejos de desempeñar, a principios del siglo xx, un papel comparable al que habían desempeñado entre 1850 y 1870. Hay que mirar hacia el Japón del Meiji,

y hacia los Estados Unidos durante la Presidencia de Teodoro Roosevelt, para experimentar una impresión distinta. En el *Viejo Continente*, la acción del hombre de Estado parecía dominada por condiciones que quizá no percibiera él claramente, y que con toda seguridad se sentía incapaz de dominar. Pero en la crisis final en la que, sin embargo, algunas decisiones efectuadas por los gobiernos parecen decisivas, ¿cómo estudiar tales decisiones sin tener en cuenta las fuerzas profundas?

Por consiguiente, lo que debe tratar de justipreciar la interpretación histórica es la acción de tales fuerzas.

El sitio nuevo que ocupaban en el mundo la Alemania imperial, los Estados Unidos y el Japón a finales del siglo xix y a principio del xx, se debía, en gran parte, al impulso demográfico que proporcionaba a la industria una mano de obra y que modificaba las relaciones de fuerza militar entre los estados. Sin embargo, ¿era menor este esfuerzo en Rusia, en Italia o en China? Ahora bien: China se veía impotente en sus relaciones internacionales; Italia seguía siendo, a principios del siglo xx, una potencia de segundo orden; Rusia no desempeñaba en el mundo un papel que estuviese a la altura de la cifra de su población.

La situación demográfica no era, pues, un factor esencial más que en la medida en que iba unida al desarrollo de la producción económica, a la potencia financiera y a una estructura social susceptible de proporcionar cuadros a las fuerzas armadas. Rusia, aunque poseyera cerca de la mitad de la población total de Europa, no podía en esa época sacar partido de tal superioridad, porque su desarrollo industrial había sido tardío, sus finanzas públicas estuvieron a merced de las ayudas extranjeras y porque los cuadros de su ejército eran insuficientes, a falta de una burguesía lo bastante numerosa. China, cuya masa humana constituía, en 1914, el 25 por 100 de la población del Globo, estaba en una situación *semicolonial*, porque su pueblo, aunque era capaz, en un alto grado, de valor y de resistencia sentía solo desprecio por el oficio de las armas, ya que la tradición de los medios intelectuales colocaba al soldado en el rango más bajo de la jerarquía social, y porque las finanzas estaban en su desarrollo y la industria china no conseguía proporcionar armas a las fuerzas militares, aun siendo muy mediocres, que el Gobierno intentaba sostener. Italia, cuyo ejército era inferior en un 30 por 100—en efectivos, en grandes unidades y en material—del nivel que podría alcanzar si el Gobierno exigiera al país un esfuerzo mayor, se mostraba paralizada por lo insuficiente de sus medios financieros.

Sin duda, la expansión demográfica no fue en tal caso un factor despreciable: la emigración rusa pobló la Siberia, la italiana desempeñó un papel importante en el progreso de la República Argentina y del Brasil meridional, y la emigración china contribuyó al desarro-



llo económico de la Malasia y de la Indias holandesas. Pero tales emigraciones no ocasionaron, de inmediato, consecuencias políticas.

La acción de las fuerzas económicas y financieras se manifestó a cada instante orientada, sobre todo por la influencia de los intereses privados y por la búsqueda de beneficios, pero también tomó en cuenta los intereses nacionales en la medida en que los ciudadanos de un mismo estado, a pesar de los conflictos sociales que los dividían, tenían conciencia de su solidaridad respecto al extranjero. Tales fuerzas fueron un móvil poderoso en la expansión de Europa hacia los otros continentes y, por consecuencia, en las envidias, en las rivalidades, que surgieron de ella: la competencia entre los grandes estados europeos, para la conquista de nuevos mercados o de reservas de materias primas, y para el *control* de las vías de comunicación, terrestres o marítimas, pesó, casi constantemente, sobre las relaciones políticas. Desempeñaron un papel esencial en la misma Europa, en el desarrollo del potencial de guerra y en el nivel relativo de las fuerzas armadas, al mismo tiempo que fomentaban, entre ciertos estados—Alemania e Inglaterra, sobre todo—, desconfianzas y rencores. Alemania, cuando reivindicaba su “lugar al sol”, obedecía a necesidades económicas imperiosas. “Al querer tapar todas las salidas de una caldera”—observó Jules Cambon, en 1913—no corremos el riesgo de hacerla estallar, y no debemos evitar el contrariar en todas partes una expansión inevitable? Ese crecimiento del poder económico ejercía, por lo demás, una influencia sobre la psicología nacional o sobre la psicología de las clases sociales. En el sentimiento de superioridad, que fue, a partir de la era bismarckiana, peculiar del pueblo alemán, y que comenzó a manifestarse en los Estados Unidos a finales del siglo XIX, los éxitos alcanzados en el campo industrial tomaron buena parte. Por último, el comportamiento de un grupo social respecto a las cuestiones de política exterior se hallaba orientado, a veces, por los intereses económicos y por los de clase.

Todo ello confirma el valor de la “explicación económica”. Pero, ¿debemos descuidar las observaciones que la corrigen o que la limitan?

Las rivalidades entre los imperialismos coloniales alcanzaron a menudo el punto crítico en que los adversarios parecían haber dicho su *última palabra*, y, sin embargo, los conflictos no pasaron de las amenazas: la cuestión del Afganistán se resolvió, en 1885, mediante un arreglo anglo-ruso; el Gabinete inglés, a pesar de la importancia que tenían los mercados del Extremo Oriente para la economía británica, abandonó Port Arthur a Rusia, en 1898; y el Gobierno francés, por muy deseoso que estuviera de reanudar la *cuestión de Egipto*, retrocedió cuando el asunto de Fachoda, ante la perspectiva de un conflicto armado. En el fondo, los gobiernos y los pueblos se daban cuenta de que estos choques entre intereses materiales no valían una guerra, por lo menos una *gran guerra*.

La competencia entre las economías nacionales tampoco parece haber sido decisiva. En la tensión entre Francia y Alemania, en las dificultades germano-rusas, los intereses económicos desempeñaron, sin duda, su papel, pero este fue secundario hasta donde podemos saber por el estado actual de la investigación histórica. ¿Y qué vemos en el “caso-tipo”, la rivalidad comercial anglo-alemana? Los medios de negocios ingleses, incluso aquellos más directamente afectados por la competencia alemana, ¿pensaron combatir esta competencia por las armas? Ningún indicio permite creerlo, y el estado de ánimo de los financieros de la City, hostiles, en julio de 1914, a la política de intervención armada en el Continente, impone una respuesta negativa. ¿Estaban interesados los principales industriales alemanes para evitar peligros posibles, aunque futuros en declarar la guerra a Rusia, su mejor abastecedor europeo y a Gran Bretaña, su mejor cliente? ¿Tenían necesidad de abrirse, por la fuerza de las armas, nuevos mercados exteriores, cuando la prosperidad de sus empresas, en 1914, de ningún modo estaba amenazada de inmediato, y tenían abierta la perspectiva de ampliar sus mercados en Asia Menor y en Africa por los acuerdos concluidos con Gran Bretaña? Debemos hacer constar que carecemos de pruebas.

Sin duda, la competición entre los intereses materiales contribuyó a crear la conciencia colectiva, a cargar la atmósfera de desconfianza mutua y a reforzar el *deseo de poder*, aumentando así los riesgos de guerra general, pero no parece haber sido su causa directa.

Las fuerzas espirituales y sentimentales tuvieron una influencia muy desigual.

El papel del sentimiento religioso, aunque fuera despreciable, incluso en esa época en que el racionalismo hacía tantos progresos, quedó, sin embargo, en segundo lugar desde el punto de vista de las relaciones internacionales.

Donde se manifestó más vigorosamente fue, sin duda alguna, en el Imperio nipón, ya que las creencias religiosas estaban íntimamente ligadas a la concepción del poder imperial y de los deberes del ciudadano respecto al Estado. En los países islámicos opuso una barrera a la difusión de las influencias económicas o espirituales de Europa, sin embargo, la solidaridad panislámica apenas existía, a pesar de la gran vitalidad de la peregrinación hacia la Meca y, no obstante, la presencia del Califato otomano, los movimientos árabes, que aumentaban en Asia Menor en los primeros años del siglo XX, iban dirigidos contra la dominación del Sultán, y la política del Gobierno *joven turco*, a partir de 1908, no se inspiró en el panislamismo, prefiriendo el *panturanismo*, es decir, la afirmación exclusiva del sentimiento nacional turco.

En Europa, las Iglesias cristianas ejercían una influencia importante en las relaciones internacionales, en la medida en que el progreso del apostolado misional favorecía la expansión europea en Africa, en Asia

y en Oceanía, pero las fuerzas religiosas permanecían en segundo plano en las relaciones entre los estados del Continente. Sin duda, debemos tener en cuenta la influencia ejercida por las Iglesias ortodoxas en los Balcanes, en donde estaban íntimamente unidas al ímpetu de las reivindicaciones nacionales, tiene importancia, desde luego, el papel que desempeñó el parentesco religioso en el movimiento paneslavista, como las simpatías manifestadas respecto a la Prusia protestante por ciertos grupos religiosos sociales. Pero nada de todo ello parece haber tenido una importancia decisiva. Y la Iglesia católica, aunque la Santa Sede continuase ejerciendo una acción episódica en la política internacional, no trató de extender su papel, sea porque no creyese útil intentar influenciar sobre la política *al día*, bien porque se diese cuenta de que, en los diversos países, los católicos eran más sensibles a los requerimientos nacionales que al sentimiento de una solidaridad religiosa.

La influencia de las ideologías políticas, de las concepciones relativas a la organización del gobierno o de la sociedad, ¿fueron más importantes?

La antinomia fundamental entre los regímenes políticos, el profundo desprecio del Zar hacia las instituciones republicanas, la indignación que manifestaba a veces la mayoría parlamentaria francesa respecto a los métodos de la autocracia rusa, no impidieron la conclusión de la alianza franco-rusa, mantenida, casi sin ningún fallo, durante más de veinte años. Y la II Internacional, a pesar del rápido impulso de los partidos socialistas, no consiguió convertirse en una fuerza capaz de ejercer una acción eficaz sobre las relaciones políticas entre los estados.

Pero la afirmación vigorosa del sentimiento nacional fue uno de los rasgos esenciales de la época. Protestas de las "minorías nacionales" sometidas a una dominación extranjera, por una parte; y por la otra, crecimiento de los nacionalismos, que no se limitaron a invocar los intereses de la seguridad del Estado y a reivindicar tradiciones o principios permanentes, a menudo discutibles o ilusorios, sino que se manifestaron en el deseo de prestigio y por la voluntad de poder. El movimiento de las nacionalidades agitó a la Península balcánica, amenazó la existencia de Austria-Hungría, e inquietó a Rusia y a Gran Bretaña. El nacionalismo se afirmaba en la mayor parte de los grandes estados europeos, al mismo tiempo que se hallaba en los cimientos de la nueva potencia japonesa; el sentimiento nacional acabó por despertar, incluso en China, cuando la presión europea se hizo más apremiante allí.

En muchos casos, esa fuerza utilizó los intereses económicos o financieros, que se transformaban en instrumentos de la acción política en lugar de ser su móvil: política aduanera, política de inversiones de capitales fueron, a menudo, medios de acción empleados por el Estado en beneficio de su deseo de poder.

La explicación histórica no puede ser más simple de lo que es el

comportamiento de los grupos humanos. Cuando aísla uno de los aspectos de este comportamiento, lo desnaturaliza, pues son recíprocas las influencias entre el apremio de los intereses materiales y el impulso de los nacionalismos. En 1914, el sesgo de las relaciones entre los estados o los pueblos, habría sido, ciertamente, muy diferente si la vida económica del mundo no hubiera sufrido, en el curso del medio siglo precedente, transformaciones profundas. Pero ¿fue la guerra europea el resultado necesario de ese choque entre los intereses materiales? En realidad, el conflicto solo surgió en el momento en que chocaron violentamente los planes políticos: preocupación de defender la seguridad o deseo de poder. Sin duda, en esos mismos planes, podían ocupar un lugar los intereses económicos: los gobiernos y los pueblos no ignoraban las ventajas materiales que les valdrían estos éxitos. Pero no fue este cálculo lo que guió su conformidad o su decisión. El impulso eficaz surgió del sentimiento nacional y de los movimientos de pasión.

LAS CRISIS DEL SIGLO XX

I

DE 1914 A 1929

TRADUCCIÓN DE  
MANUEL SUAREZ

## INTRODUCCION

La guerra de 1914-1918 debilitó gravemente la posición predominante que Europa había ocupado, durante los primeros años del siglo, en los demás continentes; al terminar su lenta convalecencia, diez años después del final de ese primer conflicto mundial, los Estados europeos no habían recobrado todavía totalmente la posición que ocupaban en 1914. Durante esta primera etapa de la *decadencia de Europa*, el estudio de las relaciones internacionales es, por tanto, como nunca, inseparable de las transformaciones materiales, sociales, intelectuales y morales provocadas o aceleradas por la guerra. Este trabajo no es, sin duda, ni puede pretenderlo, la historia de los contactos entre las civilizaciones. No es más que la historia de las relaciones entre los Estados. Pero en ningún momento puede dejar de buscar elementos de explicación en las fuerzas profundas del desarrollo histórico.

Ahora bien: las condiciones de trabajo del historiador son, en este período de la historia de las relaciones internacionales, mucho menos favorables que en el estudio del período anterior.

Los archivos públicos, en la mayor parte de los casos, resultan aún inaccesibles a los investigadores. Las amplias publicaciones de documentos, que permitirían seguir al historiador los detalles de la acción diplomática durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX y conocer—por lo menos parcialmente—las intenciones de los Gobiernos, son raras, tanto por lo que se refiere a la guerra de 1914-1918 como en lo relativo a la posguerra.

Para el estudio de la primera guerra mundial, no existe ninguna colección importante de documentos procedentes de los archivos franceses o ingleses: y la colección de documentos rusos, que proporciona valiosos datos sobre la política de los demás Estados de la *Entente*, se limita al período zarista. La publicación de documentos americanos, de interés para el estudio de la neutralidad de los Estados Unidos, únicamente aparece en un horizonte mundial durante el período de la beligerancia. Los archivos italianos y alemanes no han descubierto todavía casi nada. Los austrohúngaros solo han sido entreabiertos a muy pocos historiadores.

Para el estudio de los años 1919-1929, los documentos ingleses, cuya publicación está en curso, son muy importantes; y las publicaciones del Departamento de Estado, en los Estados Unidos, aunque son de menor amplitud, aportan muchos datos útiles. Pero la recopilación de documentos extraídos de los archivos italianos solo ocupa tres volúmenes. Y en Francia, Alemania y U. R. S. S., la investigación histórica no dis-

pone todavía de colecciones análogas. Por ello los estudios críticos relativos a la política de los Estados son escasos.

El estudio de la psicología colectiva y de las tendencias de la opinión pública han dado lugar a algunos trabajos; pero se limitan a la Conferencia de Paz o a la posguerra. La Prensa, sometida a censura durante la conflagración, no puede ofrecer al historiador una información válida acerca de los movimientos de opinión.

Las cuestiones económicas y financieras se conocen mejor porque, por iniciativa de la Fundación Carnegie, la historia de la guerra de 1914-1918 ha dado lugar, en este terreno, a numerosos estudios que, con frecuencia, son testimonios; y porque las publicaciones de la S. de N. y de la Oficina Internacional del Trabajo proporcionan datos estadísticos en gran abundancia. Sin embargo, las informaciones que se refieren a los movimientos de capitales de carácter internacional son aún muy insuficientes.

Este libro no ha de ser, pues, más que un esbozo: no puede pretender dar respuesta satisfactoria a todas las preguntas que el espíritu se plantea. Ofrecer el estado actual de los conocimientos, sin dejar de hacer constar las lagunas, intentar la aclaración de las interpretaciones esenciales (1), sugerir hipótesis que puedan servir de orientación a posteriores investigaciones: esa es toda su ambición.

Julio, 1957.

#### BIBLIOGRAFIA GENERAL

Las grandes colecciones de documentos diplomáticos, tan abundantes para el período de 1871 a 1914, son mucho más escasas para este período. Para 1914-1919, únicamente los archivos americanos y los rusos se han abierto parcialmente a los historiadores, que han publicado colecciones de correspondencia en los Estados Unidos: *Papers relating to the foreign relations of the USA: the world war*, Washington, 1928-1940, 13 vols. (Los volúmenes *Russia, 1918* son particularmente importantes): en Rusia: *Medjunarodnia Otnoshenia v epokhou imperializmy. 3.ª serie 1914-1917*, Moscú, 1930 y sigs.—La colección italiana: *I documenti diplomatici italiani*, indicado más abajo, dará, en su quinta serie, varios volúmenes acerca de 1914-1919, pero hasta ahora, solo ha aparecido uno (en 1954), concerniente a los primeros meses de la guerra (2 agosto-16 octubre 1914). Finalmente, la comisión alemana de encuesta

que, en 1919, estudió las "causas del derrumbamiento", publicó una selección de documentos en su gran informe: *Das Werk des Untersuchungsausschusses der verfassunggebenden deutschen Nationalversammlung und der deutschen Reichstags*, Berlín, 1928, 31 vols.—Todas esas publicaciones (en las que ni Gran Bretaña ni Francia están representadas aún), son muy fragmentarias. Hay, pues, que procurar llenar las lagunas mediante el estudio de los testimonios; se hallará indicación de estos en mi obra antes citada.

Respecto al período 1919-1930, están en curso de publicación tres grandes colecciones, a saber:

- 1.ª *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939, First series*, Londres, 1947 y sigs., (publicados 6 vols.).
- 2.ª *Papers relating to the foreign relations of the USA*. Washington (han aparecido 23 volúmenes).
- 3.ª *I documenti diplomatici italiani*,

Roma, 1953 y sigs.; 6.ª serie (1918-1922) publicado un vol. (noviembre de 1918 a enero de 1919); 7.ª serie (1922-1935), publicados 2 vols. (octubre de 1922 a febrero de 1924). No existe aún ninguna publicación análoga en Francia, en Alemania ni en la U. R. S. S.

Las obras generales más útiles son: *Sobre la historia general*.

**Para el período 1914-1945, en conjunto.**—Además de las obras citadas en la bibliografía de la parte precedente, F. CHAMBERS: *The age of conflict, 1914-1943*, Nueva York, 1944.—A. FABRE-LUCE: *Histoire de la révolution européenne*, París, 1954 (ensayo).—W. LANGSAM: *The world since 1914*, Nueva York, 5.ª ed. 1943.—J. PIRENNE: *Les grands courants de l'histoire universelle*, Tomo VI, 1904-1939, Neuchâtel, 1955.—M. CROUZET: *L'époque contemporaine. A la recherche d'une civilisation nouvelle* (Histoire générale des civilisations, tomo VII), París, 2.ª edición, 1959.—L. SALVATORELLI: *Storia dei Novacento*, Milán, 1957.—F. LIUILLIER: *De la Sainte Alliance au Parc atlantique*, Tomo II, 1898-1954, Neuchâtel, 1955.—R. EZGANG: *Europe in our time: 1914 to the present*, Boston, 1958.—MAX BELOFF: *The Great Powers. Essays in twentieth century politics*, Londres, 1959.—R. ALBRECHT-CARRÉ: *France, Europe and the two World Wars*, Ginebra, 1960.

**Para la primera guerra mundial.**—P. RENOUVIN: *La crise européenne et la première guerre mondiale*, París, 3.ª ed. 1948 (*Peuples et civilisations*, t. XIX).—La *Revue d'histoire de la guerre mondiale* (17 vols. publicados de 1926 a 1939 bajo la dirección de C. Bloch y P. Renouvin) ha publicado muchos artículos.

**Para el período 1919-1929.**—C. BARBAGALLO: *Storia universale. Evo contemporaneo, 1919-1939*, Turín, 1954. M. BAUMONT: *La faillite de la paix, 1918-1939*, París, 3.ª ed. 1951 (*Peuples et civilisations*, t. XX), que es, con mucho, la obra más importante.—ED. H. CARR: *International relations between the two world wars*, París, 1947.

J. B. DUROSELLE: *Histoire diplomatique de 1919 à nos jours*, París, 1953, 2.ª ed., 1957.—G. M. GATHORNE-HARLEY: *A short history of international affairs, 1920 to 1938*, Londres, 1938. (Trad. francesa: *Histoire des événements internationaux de 1920 a 1939*, París, 1946).—E. GIRAUD: *La nullité de la politique internationale des grandes démocraties, 1919-1939*, París, 1948.—P. RAIN: *L'Europe de Versailles (1919-39). Les traités de paix, leur application, leur mutilation*, París, 1945.

La colección *Survey of international affairs*, publicada por A. Toynebee (Londres, 1925 y sigs., 14 vols.) es de primordial importancia. La revista *L'Esprit International*, publicada de 1927 a 1939, forma un repertorio cómodo, especialmente por sus crónicas y sus notas bibliográficas

Los principales estudios relativos a la política exterior de un Estado (para el conjunto del período) son:

**Estados Unidos.**—TH. BAILEY: *A diplomatic history of the American people*, Nueva York, 3.ª ed., 1946.—S. BEMIS: *A diplomatic history of the U. S.*, Nueva York, 1936; y del mismo: *The United States as a world power, 1900-1950*, Nueva York, 1950.—A. NEVINS y L. HACKER: *The U. S. and its place in world affairs, 1918-1943*, Boston, 1943.—J. RAE y TH. MAHONEY: *The U. S. in world history, from its beginning to world leadership*, Nueva York, 1949.

**Japón.**—AKAGI: *Japans foreign relations*, Tokio, 1936.—S. ISHIDA: *Japan among foreign powers. A survey of international relations*, Nueva York, 1940.

**Rusia.**—V. POTEKINE: *Histoire de la diplomatie* (tomos II y III), París, 1956. Con respecto a los demás grandes Estados, no existen obras del mismo tipo. *Las cuestiones económicas* han dado lugar a numerosos estudios: *Mémoire sur la production et le commerce, 1913 y 1923-1927*, publicado por la S. D. N., Ginebra, 1929. C. CLARK: *The conditions of economic progress*, Londres, 1940.—B. DE JOUVENEL: *L'économie mondiale au XX<sup>e</sup>*

(1) Véase la *Introducción general* de esta *Historia*.

siècle, Paris, 1944.—L. POMMERY: *Aperçu d'histoire économique contemporaine, 1890-1939*, Paris, 1945.—J. RICHARDSON: *Economic disarmament*, Londres, 1931.—J. SVENHILSON: *Growth and stagnation in the European economy, 1913-1945*, Ginebra, 1954 (importante).—H. TRUCY y M. BYE: *Les relations économiques internationales*, Paris, 1948.—E. JAMES: *Histoire de la pensée économique au XXe siècle*, Paris, 1955, 2 vols.

Entre las historias económicas de Europa, véase, sobre todo, la de S. B. CLOUGH y C. A. COLE: *Economic history of Europe*, Boston, nueva edición, 1946.

Las cuestiones demográficas, por el contrario, solo han sido muy someramente estudiadas. Véase, especialmente: M. REINHARD: *Histoire de la population mondiale*, Paris, 1949 (primer

ensayo de síntesis, que estudia todo el periodo de 1700 a 1947).

En esta bibliografía y en las que acompañan a cada uno de los capítulos, ha sido necesario limitar las indicaciones a un número muy restringido de títulos: en una obra de síntesis, cualquier otro método hubiera obligado a formar listas demasiado extensas para ser verdaderamente utilizables. El autor señala, en primer lugar, los estudios que indican el estado más reciente de las investigaciones o los que aportan interpretaciones nuevas; entre las demás obras, solo cita las que le han sido de mayor utilidad. Solo excepcionalmente se han señalado testimonios, cuando no existía, acerca de las cuestiones tratadas, un estudio crítico suficiente. Para completar las indicaciones dadas, puede recurrirse, en particular, a la *Foreign Affairs Bibliography* de W. L. Langer y E. Armstrong (Tomo I, 1919-30). Nueva York, 1942.

## LIBRO PRIMERO

### LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

## INTRODUCCION DEL LIBRO PRIMERO

*¿Cuál puede ser el horizonte de estudio de las relaciones internacionales que corresponda a la historia de la primera guerra mundial? Las peripecias militares, terrestres o navales, de una lucha en la que se enfrentaron los mayores Estados de Europa, primero, y de todo el mundo, después, constituyen el centro del interés: tales peripecias han sido decisivas. A pesar de ello, el desarrollo y el resultado de esa lucha fueron determinados, en gran parte, por la entrada en la guerra de nuevos Estados o por la defección de algunos Estados beligerantes. Por eso, en este caso, es preciso dedicarse al estudio de las decisiones de política exterior que tomaron los Gobiernos beligerantes o neutrales.*

*Es evidente que, en los Estados beligerantes, la política exterior estuvo determinada por la situación militar y tuvo forzosamente que adaptarse a ella. Pero, en cada uno de estos Estados, el esfuerzo de guerra iba relacionado con objetivos políticos, que eran los de la nación, y con la voluntad que esta manifestaba para realizarlos más o menos por completo. La definición de los objetivos de guerra, es decir, de los objetivos deseables, orienta a veces las operaciones militares en la tierra y en el mar; lleva, con frecuencia, a los Gobiernos a rechazar, sin más, la eventualidad de una negociación de paz que no le permitiría obtener todos los resultados apetecidos. En esas perspectivas y ante esas disyuntivas, las preferencias de los hombres de Estado y el papel que desempeñan los dirigentes no son, ciertamente, desdeñables, tanto más porque las circunstancias bélicas les otorgan, a menudo, una libertad de acción más amplia que la que tienen en tiempos de paz. Sus iniciativas, sin embargo, se encuentran determinadas o limitadas por los elementos de la psicología colectiva: fuerza de las tradiciones nacionales, conciencia de los intereses nacionales, cohesión moral en el seno de la población del Estado. Cuando la diplomacia no tiene en cuenta esas profundas fuerzas, se arriesga a sufrir una catástrofe. Esas reacciones e impulsos varían de acuerdo con el alcance del conflicto: ¿el Estado está comprometido en una lucha por su existencia, o pretende solo un aumento de su potencia política o de su fuerza de expansión económica? Dependen también del temperamento nacional, del espíritu de sacrificio y de la disciplina del pueblo, de las divergencias que pueden existir entre las minorías nacionales y el Estado y, por último, de las condiciones económicas y sociales. La propaganda del adversario está lista para aprovechar las divergencias y debilidades.*

*En sus decisiones políticas, los Gobiernos de los Estados beligerantes se ven obligados a tener en cuenta también las necesidades de una guerra de coalición, no solo porque la defección de uno de los coligados modi-*



ficaría las condiciones de la lucha, sino también porque la colaboración militar y diplomática entre los aliados puede resultar ineficaz si no se consiguen armonizar los objetivos de guerra respectivos. Los compromisos entre los intereses de los coligados no llegan a establecerse más que después de difíciles negociaciones; en la elaboración de los planes de operaciones no es raro que cada uno intente hacer prevalecer soluciones que le proporcionen, con los menores riesgos, mapas de guerra favorables a sus objetivos políticos; ¿no puede cualquiera de los coligados tener la intención de limitar todo lo posible su esfuerzo militar, dejando a sus aliados soportar el peso principal de la lucha, de tal manera que, en el momento de las negociaciones de paz, se encuentre en posesión de una reserva de fuerzas intactas que le aseguren, dentro de los consejos interaliados, una posición predominante?

El estudio de la política exterior de los estados beligerantes debe explicar el conjunto de esas condiciones y cálculos.

La entrada en la guerra de nuevos beligerantes modificó de manera decisiva el equilibrio de las fuerzas militares, terrestres y marítimas, y de las económicas. En la mayor parte de los casos, en casi todos los casos menos uno—pero este esencial—, la nueva intervención de un Estado, hasta entonces neutral, fue el resultado de conversaciones y regateos muy ásperos. Se puede considerar como legítima la preocupación de esos Estados por conseguir, antes de aceptar los sacrificios y riesgos, la garantía de que sus intereses serían satisfechos, en caso de victoria común. Por su parte, los Gobiernos beligerantes, dispuestos siempre a prometer la satisfacción de las aspiraciones, que habrían de realizarse a expensas de sus adversarios, fueron más reticentes cuando el regateo tuvo por objeto territorios que debían interesar naturalmente a otros estados neutrales, y mucho más lo fueron, ciertamente, en los casos en que ellos mismos podían verse obligados a proporcionar la compensación. En semejantes materias, la habilidad de la acción diplomática posee su propio valor, que no es, ni mucho menos, desdeñable. Sin embargo, las negociaciones están determinadas, sobre todo, por el “mapa de la guerra” y por las perspectivas que deja entrever la suerte de las armas: la historia política y la historia militar del conflicto guardan entre sí estrechas relaciones.

Pero ¿no es tan importante como el estudio de las negociaciones comprender cuáles han sido los móviles determinantes del comportamiento de esos Estados neutrales? Aquí también los elementos de la explicación provienen, con frecuencia, de las características de la psicología colectiva y de los intereses económicos. No obstante, es preciso intentar la estimación de la importancia respectiva de unos y otros.

En fin, por esencial que haya sido, ese paso de la neutralidad a la beligerancia no debe hacer que perdamos de vista otro aspecto importante de este estudio. La guerra europea, aunque se convirtiera en guerra

mundial, no afectó directamente más que a una parte de la humanidad —la que, es cierto, había impulsado a esa humanidad durante varios siglos—. En los Estados que se mantuvieron como espectadores del conflicto; en los que se declararon beligerantes sin participar, de hecho, en las hostilidades; en las regiones del mundo de Asia, Africa y América latina, donde los grandes Estados europeos habían establecido su dominación política o su influencia económica; ¿cuáles fueron las incidencias de la lucha? ¿En qué medida el desgarramiento de Europa hizo vacilar el prestigio de los europeos en los territorios coloniales o comprometió las bases de su predominio económico en los países nuevos? ¿Qué oportunidades ofreció la guerra europea a los grandes competidores de Europa? (1).

Tales son los puntos de vista que debe retener el estudio de las relaciones internacionales en la época que va de 1914 a 1918.

(1) Véase, sobre esto, el libro III de la parte precedente.

## CAPITULO PRIMERO

### LAS FUERZAS PROFUNDAS

Desde primeros de agosto hasta finales de septiembre de 1914, la atención se fijó exclusivamente en las batallas que se desarrollaban en Francia, en Prusia Oriental y en Galitzia. Todos los Gobiernos y Estados Mayores europeos creían en una guerra corta. Desde el punto de vista económico, los Estados beligerantes pensaban vivir, mientras los ejércitos decidían la suerte de la lucha en algunas gloriosas jornadas, de sus reservas; no intentaron, pues, solicitar los recursos materiales que pudiesen ofrecerles los neutrales. Desde el punto de vista de la cohesión moral, aún no se había puesto de manifiesto ninguna dificultad: la consigna *unidad sagrada*, lanzada en todos los Estados por los Gobiernos, fue aceptada por los Parlamentos, incluso por los diputados que eran miembros de la Internacional Socialista, con la única excepción de algunos diputados laboristas ingleses y una decena de socialistas de izquierda en Rusia; todavía no se habían opuesto a ella las minorías nacionales, los eslavos de Austria-Hungría, los polacos de Rusia o los nacionalistas de Irlanda del Sur. Por otra parte, la actividad diplomática encaminada hacia los neutrales europeos había sido acogida con reticencia general; el mismo Gobierno turco, que había aceptado el 2 de agosto de 1914 firmar un tratado de alianza con Alemania, titubeaba en entrar en el conflicto. En el transcurso de algunas semanas, a pesar de los movimientos que la guerra había provocado en la psicología colectiva de los neutrales, los contactos entre los pueblos del mundo parecieron reducirse a los establecidos por la fuerza de las armas.

Pero, después de la batalla del Marne y del fracaso del plan de operaciones alemán, que debía—en opinión de Moltke—producir el desenlace *en seis semanas*, en el otoño de 1914 los beligerantes se encontraron ante la perspectiva de una larga lucha, cuyo resultado no iba a depender ya de las fuerzas militares de mar y de tierra solamente: la salvaguardia de la cohesión moral y el problema de los cambios económicos internacionales ocuparon un lugar importante dentro de las precauciones de todos los gobiernos, que, al mismo tiempo, tuvieron que prestar atención a las cuestiones referentes al mantenimiento y a la extensión de las coaliciones.

#### I. LOS ESTADOS BELIGERANTES

¿Cómo aparece el equilibrio de fuerzas entre los beligerantes en el momento en que se impone esta perspectiva de guerra larga?

Las dos potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría, tenían apro-

ximadamente ciento veinte millones de habitantes, mientras que sus adversarios—Rusia, Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Serbia—sumaban doscientos treinta y ocho millones, sin tener en cuenta la población de las colonias. Esta desproporción numérica, sin importancia en una guerra corta, la adquiere en la perspectiva de guerra larga, en la que el mantenimiento del nivel de los efectivos militares llega a ser la principal preocupación. Sin embargo, la utilización de esos recursos humanos depende del estado de los armamentos y, por consiguiente, de la capacidad de producción industrial; depende, también, de la estructura social, que facilita o entorpece el reclutamiento de los cuadros del ejército; tiene, por último, relación con el estado moral del país y con el consentimiento que este concede, con mayor o menor facilidad, al esfuerzo de guerra.

Alemania y Austria-Hungría dispusieron, al principio de las hostilidades, de efectivos militares que podían compararse, desde el punto de vista numérico, con los de sus adversarios: sin tener en cuenta las formaciones de *territoriales* (1), situaron en el frente en las primeras grandes batallas cerca de ciento cincuenta divisiones de infantería; las potencias de la *Entente* situaron aproximadamente ciento setenta, pero con armamento inferior, sobre todo en artillería pesada. La perspectiva de una lucha prolongada no les inquietaba de momento, pues estaban muy lejos de haber dispuesto de todos sus recursos humanos. En octubre de 1914 y en mayo de 1915, el Alto Mando alemán puso en pie de guerra dieciocho divisiones de nueva formación, y el Alto Mando austro-húngaro, dieciséis. A finales de 1916 es únicamente cuando empieza a dibujarse una crisis de efectivos.

La cohesión del esfuerzo de guerra parecía que iba a asegurarse sin dificultad, porque el Estado Mayor austro-húngaro, aunque a menudo tuviera que quejarse de los métodos tajantes de los grandes jefes alemanes, aceptaba la influencia de estos y, salvo en raras ocasiones, se inclinaba ante su superioridad. La armonía de la acción política no vaciló, durante los dos primeros años de guerra, porque la práctica de una alianza que perduraba desde hacía treinta y cinco años había establecido sólidas tradiciones y porque los *objetivos de guerra* son mucho más fáciles de armonizar cuando la orientación geográfica es diferente: Alemania no miraba hacia los Balcanes, que eran, al principio de la guerra, la única región a la que se aferraba la política austro-húngara. La suerte de los territorios polacos del Imperio ruso daría lugar, pero solo a finales de 1916, a largas controversias entre Viena y Berlín, en un tono, sin embargo, propio de una discusión entre hombres de negocios, carente de toda pasión nacional.

Por otro lado, la colaboración económica que la guerra imponía a los dos Estados abrió el camino para un plan de unión aduanera que podría dar a la alianza, en el futuro, el refuerzo de los intereses materiales. En octubre de 1915 apareció la obra de Friedrich Naumann, *Mitteleuropa*.

(1) Milicia civil. (N. del T.)

que alcanzó, en algunos meses, una tirada de cien mil ejemplares. Aunque en Alemania la combatieran los grandes armadores y exportadores, a quienes inquietaban las represalias que las otras potencias podrían tomar, una vez acabada la guerra, contra este bloque económico austro-alemán; aunque suscitase en Austro-Hungría las objeciones de los industriales, que temían la competencia alemana, la idea atrajo la atención de los dos Gobiernos y se convirtió en el tema de amplias conferencias técnicas. Esta perspectiva contribuyó a proporcionar, durante toda la guerra, un nuevo fermento de actividad a la alianza austroalemana.

Los puntos débiles eran, por una parte, la dificultad de hacer marchar al mismo paso a dos Estados cuyas poblaciones respectivas tenían reacciones sentimentales muy distintas; y, por otra, la amenaza que pesaba sobre las relaciones económicas internacionales.

Es evidente el contraste entre el estado de las fuerzas morales en cada uno de los dos Imperios aliados.

En Alemania, el conjunto de la población estaba animado por un patriotismo activo, por el sentimiento profundo de la grandeza nacional, por un sentido innato de la disciplina, por el espíritu de sacrificio en interés del Estado y por una vigorosa tradición militar. No cabe duda de que la presencia en el territorio del Imperio de grupos alógenos—polacos de Prusia, daneses de Slesvig del Norte, alsacianos y loreneses—, localizados en la proximidad de las fronteras y que permanecían casi completamente extraños a la vida nacional, podría ser un elemento creador de debilidad. Pero esas *minorías nacionales*—cinco millones—no formaban más que el 7 por 100 de la población total del Imperio; dispersas por regiones alejadas entre sí, separadas por sus mentalidades y sus estructuras sociales, no podían oponer al Estado una resistencia efectiva. El Gobierno imperial contaba con medidas de rigor administrativo y de vigilancia policíaca para sofocar cualquier tentativa de protesta.

En Austria-Hungría, por el contrario, en donde solo la máquina administrativa mantenía una apariencia de cohesión entre las poblaciones dispares (1), no se podía pretender la realización de una guerra nacional. A pesar de que los grupos minoritarios no hubieran expresado antes de 1914, salvo raras excepciones, aspiraciones separatistas, la guerra europea podía ofrecer la ocasión de sacudir la dominación alemana o magiar a aquellas minorías que conservaban el sentimiento activo de su individualidad nacional. ¿Podía olvidar el Gobierno imperial y real que los eslavos—polacos y rutenos de Galitzia, checos de Bohemia, eslovacos de los confines septentrionales de Hungría, eslovenos en Istria y Estiria, croatas y serbios de Hungría meridional—formaban cerca del 49 por 100 de la población global de la doble monarquía, y que, si bien los polacos eran profundamente hostiles a Rusia, ciertos grupos intelectuales checos y el clero ortodoxo serbio se mostraban sensibles ante la idea de una solidaridad eslava? ¿Podía no tener en cuenta la existencia de los rumanos

(1) Véase pág. 468.

de Transilvania, cerca de tres millones, y la de los 700.000 italianos del Trentino, Istria y las ciudades del litoral dalmata, que miraban, respectivamente, hacia Rumania e Italia, dos Estados que, después de haber pertenecido durante treinta años al sistema diplomático austro-alemán, declararon, a primeros de agosto de 1914, su neutralidad en la guerra europea? ¿No es significativo comprobar que, si en Hungría, donde la ley electoral aseguraba la mayoría a los elementos magiars, el Gabinete mantenía en funciones al Parlamento, el presidente del Consejo austríaco no se atrevía a convocar al *Reichsrat*, en donde el sufragio universal aseguraba, por el contrario, la mayoría a las poblaciones no alemanas, y gobernaba mediante decretos-leyes? Cuando se perfiló la perspectiva de una guerra larga, los jefes del movimiento checo—por lo menos los partidarios de las concepciones democráticas de Europa occidental, Masaryk, Benes, Stefanik—y uno de los dirigentes del movimiento nacional dalmata consiguieron trasladarse al extranjero e intentaron ponerse en contacto con los adversarios de Austria-Hungría. En el frente, desde el invierno de 1914-1915, la fidelidad de ciertas tropas, sobre todo la de aquellas donde predominaban los checos, resultaba dudosa. Para contener la amenaza de disociación, los Gobiernos de Viena y Budapest no hallaron otro medio que el de imponer la obediencia por la fuerza.

Las dificultades económicas se dejaban sentir más en Alemania que en Austria-Hungría cuando Gran Bretaña y Francia decidieron aplicar el bloqueo a los productos alimenticios y a las materias primas esenciales. En Austria-Hungría, si las cosechas eran normales, la producción agrícola solía ser suficiente para satisfacer las necesidades de la población y los yacimientos de mineral de hierro podían responder a las demandas de la industria metalúrgica; únicamente sufrió la industria algodonera cuando, a partir de la primavera de 1915, cesó la importación de materia prima. Pero Alemania, en tiempo de paz, compraba en el extranjero, un año con otro, el 20 por 100 de sus cereales panificables y el 40 por 100 de las materias grasas que consumía su población; recibía 12.500 toneladas de mineral de hierro de Francia, Suecia o España; y a la importación recurría totalmente, para obtener el algodón en bruto y, además, el cobre, los metales raros, el caucho y el petróleo. El Gobierno, que había procedido, en 1913, a un estudio de la "economía de guerra", instituyó desde el 15 de agosto de 1914 una Oficina de materias primas encargada, siguiendo las sugerencias del gran industrial Walter Rathenau, de establecer el inventario de los recursos, efectuar en los países neutrales todas las compras posibles—y todas las requisas en los países ocupados—, descubrir productos sucedáneos, recuperar los materiales usados y repartir, en fin, las materias primas entre los fabricantes. En el otoño de 1914 los industriales se agruparon en *Sociedades de guerra* que se repartieron la mano de obra y aseguraron la realización de los pedidos de armamentos, al mismo tiempo que una oficina de cereales racionaba el consumo del pan. Hasta entonces solo se trataba de medidas de precaución. La situación económica al final de 1914 no era grave y la

escasez no se dejaba sentir seriamente en el terreno de los abastecimientos. Durante el año 1915 los neutrales europeos contribuyeron ampliamente a alimentar a la población alemana. Por eso, las primeras medidas de racionamiento que se tomaron, en febrero de 1915, con el pan, y en octubre con la carne, fueron moderadas. Hasta el invierno de 1915-1916 no empezaron a ser serias las dificultades alimenticias, que se agravaron rápidamente durante el transcurso de 1916, cuando los procedimientos de bloqueo se hicieron más rigurosos.

La perspectiva de la guerra larga era, pues, peligrosa para las potencias centrales, cuyos recursos no tenían más remedio que disminuir a medida que se prolongaban las hostilidades. ¿Era posible confiar en la eficacia de una política de represalias para evitar, o al menos aplazar, tales dificultades? Ese método fue el que adoptó al principio de 1915 el Gobierno alemán, lanzándose a la guerra submarina; esperaba que los perjuicios ocasionados a la navegación neutral obligarían a Estados Unidos a exigir de Gran Bretaña una aplicación menos estricta del bloqueo. Pero el éxito de las operaciones militares era, sobre todo, lo que podía proporcionar un alivio: la ocupación de Bélgica y del nordeste de Francia desde agosto de 1914 procuraba a la economía alemana importantes recursos en materias primas e incluso productos alimenticios.

En el grupo de las potencias de la *Entente*, el ejército belga no contaba más que con seis divisiones de Infantería y no podía recibir refuerzos, porque el territorio nacional estaba invadido. El ejército serbio, gracias a un considerable esfuerzo de reclutamiento, consiguió situar en el frente once divisiones. Gran Bretaña, que por su potencia naval desempeñaba un papel esencial en el desarrollo general de la guerra, solo participó, al principio, muy modestamente en la lucha que se desarrollaba en el continente. Sus fuerzas armadas inmediatamente disponibles se reducían, al romperse las hostilidades, a cinco divisiones de infantería; solo se incrementaban, lentamente, al ritmo de las posibilidades en cuadros y armamento: en mayo de 1915 contaba con veinte divisiones; treinta y cinco, en octubre; setenta, en la primavera de 1916. Los llamamientos de voluntarios fueron suficientes, durante dos años, para proporcionar efectivos; la necesidad de recurrir al servicio militar obligatorio solo comenzó a aparecer en 1916. Durante los dos primeros años de guerra, por tanto, la suerte de las operaciones militares dependió de los ejércitos francés y ruso.

Los tres Estados sobre los que descansaba el peso principal de la lucha presentaban, tanto desde el punto de vista de las fuerzas económicas como desde el de las fuerzas morales, condiciones muy dispares.

En el curso de los años inmediatamente anteriores al conflicto, los observadores extranjeros dijeron con frecuencia que Francia era una nación envejecida, inquieta, incapaz de un gran esfuerzo nacional. Su juicio se fundaba en una serie de hechos que parecían ser convergentes: estancamiento demográfico y, por consiguiente, insuficiente proporción de jóvenes en la población total; repugnancia a aceptar el aumento de las

cargas militares, claramente expresada en las elecciones de la primavera de 1914; sensibles progresos del electorado socialista, que afirmaba en todas las ocasiones su convicción pacifista—con bastante más fuerza que la social-democracia alemana—; decadencia del espíritu de iniciativa en los medios de la gran burguesía mercantil e industrial. Pero, a partir de la declaración de guerra, los que habían hecho sus cálculos basándose en esas debilidades recibieron un mentís estrepitoso. La movilización se llevó a cabo en condiciones que el Estado Mayor no se hubiera atrevido a esperar con anterioridad: los militantes antimilitaristas no dieron signos de ninguna reacción; y la mayoría de los reservistas se incorporaron en seguida a sus unidades, a menudo con entusiasmo. Los grupos parlamentarios, con inclusión de los socialistas, se adhirieron unánimemente a la consigna de la *unidad sagrada* y concedieron al Gobierno el más amplio crédito de confianza. La opinión pública manifestaba su desprecio a los jóvenes que no servían en las tropas combatientes. Las fuerzas morales estaban, pues, intactas.

Pero las fuerzas económicas se hallaban gravemente comprometidas. Los rendimientos de la producción agrícola se veían amenazados por la escasez de mano de obra, pues Francia era el estado beligerante que, desde el principio de las hostilidades, había movilizad el mayor número de hombres en edad activa; debido a ello, la superficie sembrada de trigo disminuyó, en el otoño de 1914, en 500.000 hectáreas. La producción industrial sufrió fuertemente al ser invadidos los departamentos del Nordeste, es decir, ante la pérdida de la cuenca hullera del Norte y de una parte de la cuenca hullera del Paso de Calais. Obligado a organizar la movilización de sus recursos económicos en circunstancias difíciles, el Gobierno francés tuvo que acudir a las importaciones en gran escala: Gran Bretaña le suministró el carbón; Estados Unidos fueron los que cubrieron el déficit de productos alimenticios y materias primas y procuraron el medio de paliar la crisis de material de guerra y de municiones.

Al principio, Gran Bretaña, cuya industria conservaba todos sus medios de producción y la mayor parte de su mano de obra, pudo mantener la producción económica a un ritmo casi normal. El Estado firmó contratos para la fabricación de armamentos, sin reparar en el precio. En cuanto a las industrias que no se dedicaban a las necesidades del ejército, se las animó a mantener sus actividades normales: *Business as usual* era la consigna. Vender al extranjero los productos manufacturados, sobre todo los textiles, que constituían en tiempo de paz el 34 por 100 de las exportaciones inglesas, significaba permitir la financiación de importaciones de artículos alimenticios y contribuía a mantener el equilibrio de la balanza comercial; significaba también asegurar las recaudaciones fiscales, que proporcionarían los medios para costear una parte de los gastos extraordinarios de guerra y evitarían la necesidad de recurrir frecuentemente a los empréstitos. Sin duda, aquella era una situación temporal. Cuando la guerra se prolongó, bajó el valor de la libra y los trans-

portes por mar se hicieron más difíciles; fue preciso acudir a los métodos de la economía dirigida. En mayo de 1915 el Estado estableció el control sobre la industria de guerra, el reparto de materias primas y los tipos de fabricación; en febrero de 1916 declaró que toda mercancía necesaria para fines de guerra podía ser requisada al precio que fijase la Administración. Sin embargo, la movilización de la industria y del comercio solo se estableció poco a poco, mediante una serie de adaptaciones y de compromisos. Mientras Gran Bretaña conservó la libertad de sus comunicaciones marítimas y pudo importar artículos alimenticios y materias primas, las dificultades económicas no fueron lo suficientemente serias para comprometer las condiciones generales de la producción de guerra. Fue más tarde, a partir de la primavera de 1917, cuando la crisis de tonelaje marítimo obligó al Estado a convertirse en importador y distribuidor; a dirigir, a través de las asociaciones de productores, la producción industrial y a restringir el consumo, teniendo en cuenta las necesidades de la población civil.

La cohesión moral del Estado, muy sólida en la población inglesa, que ha manifestado siempre su energía y su tenacidad en todas las grandes crisis de la historia, se vio amenazada por el problema irlandés. En la primavera de 1914 el antagonismo entre los católicos de Irlanda del Sur, por un lado, y los protestantes del Ulster, por otro—partidarios y adversarios, respectivamente, de la *Home Rule Act*—, había tomado tal cariz que se creía inminente la guerra civil (1). ¿Produciría un apaciguamiento duradero de este problema la intervención de Gran Bretaña en la guerra europea? El jefe del grupo nacionalista en la Cámara de los Comunes, John Redmond, declaró el 3 de agosto de 1914 que el Gobierno podía contar con el leal apoyo de los irlandeses del Sur mientras durasen las hostilidades; pero esta tesis fue combatida por los nacionalistas extremistas, que veían en la guerra europea la ocasión de obtener no solo la autonomía que prometía la *Home Rule Act*, sino la independencia total. Esta resistencia clandestina culminó en la "Rebelión de Pascuas" de 1916 y en la constitución de un Gobierno insurreccional republicano. A pesar de que el movimiento fuera reprimido en algunos días, los nacionalistas irlandeses siguieron inquietando.

La situación del Imperio ruso era, a la sazón, mucho más difícil, tanto desde el punto de vista moral como desde el económico.

Entre los medios cortesanos y la nación rusa no existía colaboración. La masa campesina permanecía en un estado de pasividad. Los medios obreros estaban orientados por la influencia de los intelectuales socialistas, quienes, en su mayoría, se negaban a seguir el camino emprendido por los partidos socialistas alemán y francés, rechazaban la *unidad sagrada* y daban por descontado que, según las consignas de Lenin, una derrota militar daría paso a una revolución política y social. Los grupos más activos de la burguesía—especialmente los miembros de las asambleas

(1) Véanse págs. 590 y 591 de este volumen.

locales, ayuntamientos y *zemstvos*—manifestaban abiertamente su desconfianza en las autoridades gubernamentales y administrativas, que se mostraban incapaces de organizar la vida del país en guerra. La Duma, que al principio parecía dispuesta a apoyar al Gobierno, dio en seguida muestras de descontento cuando comprobó que este intentaba acortar las sesiones parlamentarias, pues prefería legislar por decretos. ¿Se puede olvidar que junto a esta "nación" rusa, descontenta o reticente, existían grupos nacionales alógenos que veían en la crisis internacional la ocasión para liberarse del régimen y de la dominación que sufrían? El Gobierno no ignoraba el estado de ánimo de esas minorías nacionales y, para detener la amenaza latente, tomó toda una serie de medidas que iban desde el rigor más brutal, a las vagas promesas de reformas liberales: los judíos fueron expulsados de la zona de operaciones militares y deportados en masa hacia el interior del Imperio; los finlandeses se hallaron sometidos a un severo control que llegaba hasta los establecimientos de enseñanza y agrupaciones religiosas; los polacos, por el contrario, el 14 de agosto de 1914, recibieron del comandante en jefe de los ejércitos la promesa de obtener una *administración* propia una vez terminada la guerra, promesa que el Ministerio del Interior estaba resueltamente decidido a no cumplir cuando llegase el momento. La unidad nacional, invocada por un manifiesto del zar al principio de las hostilidades, siguió siendo, por tanto, una fórmula vacía.

La vida económica era precaria. En aquel país que, en tiempos de paz, compraba al extranjero, sobre todo a Alemania, aproximadamente la tercera parte de los objetos industriales destinados a las necesidades de su población y encargaba a la importación todos los productos químicos y todo el equipo mecánico que necesitaba su industria, la producción metalúrgica, que ya era insuficiente para asegurar la fabricación de armamentos, quedó desorganizada parcialmente, porque el mercado alemán dejó de proporcionarle máquinas, y los yacimientos polacos de hulla y hierro, muy próximos a la frontera, fueron ocupados en seguida por el enemigo. La crisis de material de guerra, que llegó para todos los beligerantes en el otoño de 1914, fue irremediable en Rusia. Para paliarla habría que importar de Gran Bretaña, Francia o los Estados Unidos por vía marítima. Pero el cierre de los estrechos daneses, decidido por el gobierno de Copenhague desde el primer día del conflicto, impedía la circulación entre el mar del Norte y el Báltico; los Estrechos otomanos, el Bósforo y los Dardanelos, fueron cerrados por el gobierno turco a las seis semanas de empezar las hostilidades. La única vía practicable, aunque solo en verano, era la que lleva a Murmansk y a Arkángel, a través del Artico; pero aun así, esa costa septentrional estaba unida al interior del Imperio solo por un ferrocarril, cuyo rendimiento resultaba insuficiente. El dominio del mar de que gozaban las potencias de la *Entente* no servía de nada al Imperio ruso, que se encontraba casi aislado del mundo y que sufría, por esta situación, más aún que Alemania. La deficiencia de las industrias metalúrgicas y mecánicas, agravada ade-

más por el desorden administrativo, provocó, a partir de 1915, una crisis en los transportes ferroviarios: era imposible reemplazar las locomotoras y el material rodante. La falta de rieles hizo peligrar, en el invierno de 1915-1916, el abastecimiento de artículos alimenticios a las grandes ciudades. En aquel país agrícola, cuyos recursos disponibles eran mayores que los existentes en tiempo de paz (pues las exportaciones habían cesado), las poblaciones urbanas sufrían escasez y se veían sometidas al racionamiento de alimentos. He aquí una razón más para que en los medios obreros se atendiese la propaganda clandestina que elaboraban los adversarios del régimen.

El pacto entre las grandes potencias de la *Entente*, firmado en Londres el 5 de septiembre de 1914, consignaba la promesa mutua de no concertar la paz por separado. Pero ese acuerdo no indicaba cuáles eran los *objetivos de guerra* de la coalición. El acuerdo entre las políticas nacionales era, realmente, difícil.

Francia quería obtener la liberación de Alsacia-Lorena. Excluido ese objetivo esencial, ¿qué perspectivas podrían abrirse después de una total victoria? En algunos medios políticos y diplomáticos, se aspiraba a una "balcanización" de la Europa central: división del Imperio Alemán, que no solo separaría de Prusia los Estados alemanes del Sur, sino que desarticularía la misma Prusia y daría a Francia la oportunidad de anexionarse los territorios alemanes de la ribera izquierda del Rin; destrucción de la Doble Monarquía austro-húngara, mediante la liberación de las nacionalidades sometidas a la dominación alemana o magiar. Sin embargo, esas opiniones encontraron resistencia en la opinión pública y parlamentaria. ¿Era deseable la desarticulación del Imperio austro-húngaro? La región danubiana, si se dividiera en pequeños Estados, se convertiría en una zona de menor resistencia, que serviría para el despliegue de la presión de las grandes potencias. La misma Alemania, a pesar de su hipotética derrota, encontraría en esa zona su campo de acción. Ciertamente que tal riesgo desaparecería si fuera desmembrado el Imperio alemán. Pero esa hipótesis era mucho más inverosímil que la otra, la de la desarticulación del Imperio austro-húngaro. ¿Y sería duradero ese desmembramiento de Alemania, en caso de que fuera posible? Con excepción, claro está, de las regiones donde vivían *minorías nacionales*, la fuerza del sentimiento nacional hacía difícil creerlo. La opinión francesa era casi unánime, pues, tan solo en lo referente a la cuestión de Alsacia-Lorena.

Rusia estaba interesada en los estrechos otomanos: asegurar a su flota mercante el libre paso, en cualquier tiempo, por el Bósforo y los Dardanelos era objetivo importante para la vida económica del Imperio, porque la exportación de trigo se efectuaba, en gran parte, a través de esta vía marítima; abrir a su flota de guerra aquella puerta del Mediterráneo sería dar a la política exterior del Imperio un instrumento de presión en sus relaciones con todas las grandes potencias. Este problema de los estrechos era, por tanto, según la frase del príncipe Trubetskoi, la

finalidad en donde convergían *todos los problemas exteriores del Imperio*. ¿Era un problema secundario, entonces, el porvenir de Europa central? Estaba fuera de dudas que Rusia podría tener interés en la desarticulación del Imperio austro-húngaro, que durante siglo y medio había estorbado o hecho fracasar, casi constantemente, la política balcánica de los zares. Pero, para conseguir este resultado, sería preciso apoyar las reivindicaciones de las nacionalidades. ¿Y cómo sostener el movimiento de checos y yugoslavos y, al mismo tiempo, rehusar satisfacer la protesta nacional de la Polonia rusa? El zar, sin embargo, no descartaba la eventualidad de una desarticulación de la Doble Monarquía (y así lo declaró al embajador de Francia, en noviembre de 1914); pero se trataba solo de una afirmación de principio, a la que la actividad política no concedía más que un apoyo reticente. En cuanto al derrumbamiento total de Alemania, daría paso al establecimiento de algunas repúblicas, lo que sería un ejemplo peligroso, que presagiaría el fin del zarismo.

Gran Bretaña había entrado en la guerra para impedir que Alemania, su gran rival desde el punto de vista económico, llegase a dominar el continente y los puertos de la costa flamenca, que proporcionarían a la flota de guerra alemana el medio de amenazar directamente la seguridad de las Islas Británicas. Pero, una vez se hallaba comprometida en esa lucha, pensó en sus intereses imperiales y en sus zonas de influencia económica fuera de Europa. Los principales resultados positivos que podía conseguir con una victoria serían: eliminar la presencia alemana en las regiones de Africa, donde los intereses ingleses podrían resultar amenazados por la proximidad de esa presencia, y en los archipiélagos cercanos a Australia; destruir los resultados conseguidos por la política alemana en el Imperio otomano desde que empezó la construcción del ferrocarril de Bagdad (1). No deseaba la *balcanización* de la Europa central, que constituiría, en su opinión, una causa de permanentes conflictos en las relaciones políticas internacionales y una amenaza para la prosperidad económica general. Estaba, incluso, lo bastante convencida de las dificultades de una victoria para evitar el pronunciarse demasiado rápidamente en favor de la reivindicación francesa sobre Alsacia-Lorena.

¿Eran inconciliables aquellos intereses divergentes? Podían serlo en dos puntos: la cuestión polaca, porque la reconstitución de una Polonia independiente encontraba, desde hacía tiempo, simpatías en Francia; y la cuestión de los estrechos otomanos, en donde los intereses de Gran Bretaña tuvieron en jaque constantemente, durante un siglo, a los de Rusia. Pero la importancia relativa de esas dos dificultades era muy desigual: mientras las preferencias sentimentales de la opinión pública francesa con respecto a la nacionalidad polaca hubieron de ceder ante la necesidad de mantener la alianza francorrusa, parecía, *a priori*, más difícil obtener que Gran Bretaña aceptase conceder a la flota de guerra rusa el acceso al Mediterráneo.

(1) Véanse págs. 492 y 548 de este volumen.



De este modo se perfilaban, en los primeros meses de la guerra europea, los puntos débiles de las dos coaliciones adversarias. ¿Qué perspectivas podían abrir esas debilidades a la política de guerra de los gobiernos?

El campo de la acción diplomática es fácil de dibujar. Francia y Gran Bretaña debían intentar desquiciar la monarquía austro-húngara, aun en el caso de que no se decidiesen a destruirla; por consiguiente, se pusieron en contacto con los jefes de los movimientos nacionales checo y yugoslavo, teniendo buen cuidado de no contraer compromisos prematuros. En Viena y Berlín, después del aislamiento de Rusia mediante el cierre de los estrechos otomanos, lo que se esperaba constantemente era una *fisura* entre la potencia aislada y Gran Bretaña.

En cuanto al arma económica, se encontró, desde el principio, en primer plano. El dominio del mar, que poseía la flota de guerra británica, permitía estorbar el abastecimiento a Alemania y a Austria-Hungría de productos alimenticios y materias primas. El bloqueo se convirtió, por ello, en un importante aspecto de la marcha de la guerra. Con el fin de que este arma fuese eficaz, Gran Bretaña y Francia no titubearon en ampliar la noción de "contrabando de guerra". Sin tener en cuenta las definiciones jurídicas establecidas en 1909 por la Declaración de Londres, aplicaron esa noción, primero, a los productos alimenticios, y, más tarde, al algodón; el 29 de octubre de 1914 decidieron, también, apresarse en los barcos neutrales todas las mercancías susceptibles de ser utilizadas por la industria alemana cuando fueran transportadas hacia un puerto neutral vecino de Alemania, salvo en el caso de que el armador pudiera probar que dichas mercancías no estaban destinadas a la producción alemana. El Gobierno alemán respondió, el 4 de febrero de 1915, con la guerra submarina, dirigida contra la navegación comercial del enemigo e, incluso, de los neutrales, lo que violaba, más gravemente aún, las normas del derecho internacional. Una declaración franco-inglesa replicó que todas las mercancías *destinadas al enemigo*, fuera cual fuere su naturaleza, serían apresadas. Las potencias centrales correrían el riesgo, según eso, de verse privadas de cualquier importación por vía marítima, si esas normas no pudiesen eludirse y si los fraudes no fueran fáciles y frecuentes. No hay que decir que el ejercicio del derecho de presa dio lugar a incesantes discusiones y que la guerra submarina provocó protestas vehementes. La guerra económica pesaba, pues, *en la espalda de los neutrales*, aunque, por otra parte, esa misma guerra proporcionaba al comercio de los neutrales la ocasión de conseguir grandes beneficios.

## II. LOS NEUTRALES DE EUROPA

Los Estados neutrales de Europa, cuya actitud podía modificar el equilibrio de las fuerzas militares y económicas, estaban alerta. La marcha de las operaciones militares podía acarrear una amenaza inmediata para la integridad territorial de algunos de esos Estados y lesionar los

intereses económicos de otros. Las cláusulas del futuro tratado de paz afectarían acaso los intereses de todos ellos, en la medida en que modificaran el equilibrio de fuerzas en el continente. Por lo demás, no se trataba solo de salvaguardar la posición conseguida: la crisis internacional podía proporcionar a los Estados que habían terminado de forjar su unidad nacional—y, en ese caso, estaban casi todos, excepto Noruega y Holanda—la ocasión de realizar sus aspiraciones. Tal impulso del sentimiento nacional era el móvil esencial de la actitud de esos Estados neutros; sin embargo, en la práctica, tenía una intensidad muy desigual.

Dinamarca, que posee la entrada del Báltico, podría invocar los mejores motivos, si quisiera arriesgarse a tomar partido: podría reivindicar toda la zona septentrional de Slesvig (1), de población danesa, que fue anexionada por Prusia en 1866. Pero, llegado el caso, el gobierno de Copenhague tendría que sufrir el brusco ataque del ejército alemán, sin poder contar con el apoyo inmediato de las fuerzas inglesas, francesas o rusas. Consideró, pues, necesario hacer una declaración de neutralidad; y no se atrevió siquiera a negar a Alemania, a pesar de esa neutralidad, el establecimiento de una barrera de minas en los estrechos. Era a Alemania, también, a quien sus comerciantes revendían una importante parte de las mercancías que importaban de los Estados Unidos e, incluso, de Inglaterra.

Suecia podría pensar en Finlandia. Aunque se veía solicitada por la diplomacia alemana, tuvo cuidado de no dejarse atraer por ofrecimientos, porque sabía muy bien que el éxito temporal conseguido contra Rusia sería efímero. Pero era a Alemania a quien vendía su mineral de hierro, efectuándose el transporte a través del Báltico, donde los cruceros ingleses no podían penetrar.

Los Estados balcánicos, a pesar de que podrían suministrar a los beligerantes—sobre todo a Austria-Hungría—productos alimenticios, solo desempeñaban un papel secundario en la lucha económica. Únicamente Rumania, que posee yacimientos petrolíferos, estaba en condiciones de proporcionar recursos importantes para la marcha de las operaciones militares. Pero hacía apenas un año que la península había sañeo de las guerras que enfrentaron, en 1912-1913, a los Estados balcánicos con Turquía y, después, a Bulgaria con sus vecinos (2). El Tratado de Londres, que daba fe de los resultados de la derrota turca, y el Tratado de Bucarest, que consagró la derrota de Bulgaria, habían dejado como secuela odios nacionales y religiosos, temores y codicias, especialmente virulentos en estas regiones, en las que la mezcla de poblaciones no permite trazar una demarcación lingüística o confesional. La guerra europea, de la que el conflicto entre Austria-Hungría y Serbia fue, si no la causa profunda, por lo menos, la ocasión, debía modificar, inevitablemente, la situación conseguida: una victoria serbia podría permitir realizar, a

(1) Véanse págs. 292-294 de este volumen.

(2) Véanse págs. 512-516 y 594-600 de este volumen.



expensas de Austria-Hungría, la unidad de los eslavos del Sur; una victoria austro-húngara significaría, sin duda, la desarticulación, y tal vez la desaparición, del pequeño Estado serbio; en cualquier caso, la correlación de fuerzas entre los estados balcánicos sería trastornada.

Bulgaria, la vencida de 1913, acariciaba la esperanza de un desquite, que le daría ocasión de arrebatarse a Serbia la parte de Macedonia donde la población búlgara constituye la mayoría relativa. Grecia, que mantenía el tratado de alianza concluido en 1913 con Serbia, tenía, evidentemente, interés en impedir el éxito de un desquite búlgaro, pues ella también poseía territorios macedónicos. Y Turquía, después de haber recuperado Adrianópolis en el curso de la segunda guerra balcánica, no se resignaba a abandonar Tracia oriental a Grecia ni, sobre todo, las islas del mar Egeo.

Rumania no era indiferente a estas disputas territoriales en los Balcanes, ya que en agosto de 1913 consiguió una parte de Dobrudja, a costa de Bulgaria: pero el sentimiento nacional se veía más atraído por problemas ajenos a las cuestiones balcánicas: los planteados por el porvenir de las poblaciones de lengua rumana sometidas a la dominación rusa, en Besarabia, a la soberanía de Austria-Hungría, en Transilvania, Bukovina y Banato de Temesvar. En tal estado de cosas, lo que principalmente llamaba la atención era Transilvania, porque allí el grupo rumano, más importante y más compacto que el de Besarabia, ponía de manifiesto una conciencia nacional más activa. La opinión pública, alentada por parte de las personalidades políticas era, pues, desde luego, hostil a la Doble Monarquía: el representante diplomático austro-húngaro sentía subir, en torno suyo, una *ola de aborrecimiento*. Parecía imposible que el Consejo de la Corona lograra cumplir los compromisos de alianza que había contraído con Austria-Hungría. El rey Carol, que era un Hohenzollern, conservaba, sin embargo, gracias a los servicios que había prestado al Estado desde 1867, la autoridad suficiente para hacer fracasar a los partidarios de una intervención junto a las potencias de la *Entente*. Estas divergencias hondas dieron lugar a la declaración de neutralidad del 3 de agosto de 1914. ¿Dejaría pasar la ocasión, no obstante, el sentimiento nacional rumano?

De la futura actitud de esos neutrales europeos, la más importante, con mucho, sería la de Italia. A pesar del Tratado de Triple Alianza, el 3 de agosto de 1914, declaró su neutralidad. En apoyo de esta decisión, invocó la negativa de Austria-Hungría a la petición italiana de compensaciones, fundada en el artículo 7.º del Tratado; pero también se tuvieron en cuenta las perspectivas estratégicas en el Mediterráneo: ¿se podía olvidar que, al tomar parte en la guerra Gran Bretaña, las costas italianas, y por consiguiente los centros industriales de Génova y de Liorna, quedaban a merced de los cañones de la flota inglesa?

A pesar de todo, esa neutralidad parecía ser solo una solución para ganar tiempo. Desde los primeros días del conflicto, el Gobierno italiano había indicado, mediante sondeos secretos, cuáles eran sus aspira-

ciones: la guerra europea le ofrecía la ocasión de dar satisfacción al sentimiento nacional, liberando a las poblaciones de lengua italiana sometidas a la dominación de Austria-Hungría. Pero, ¿aspiraba a una satisfacción total? Para conseguir el Trentino, Istria occidental, incluidas Trieste y Gorizia, y las ciudades de la costa dálmata, le sería necesario intervenir en la guerra y conquistar esos territorios austro-húngaros. Pero, si se contentase con una satisfacción parcial—la cesión de Trentino—, ¿no sería posible obtenerla mediante negociaciones? Podría ser que el Gobierno austro-húngaro, para evitar que Italia interviniera en el conflicto, se resignase a ese sacrificio.

Por eso la diplomacia italiana tanteó el terreno por dos lados a la vez. ¿Qué posibilidades tenía de arrancar una cesión "amistosa" y qué promesas podría obtener de las potencias de la *Entente*, si se decidiese a una intervención armada? La única política que Salandra, el Presidente del Consejo, se negaba a emprender era la de la pasividad pura y simple; si el Gobierno no se preocupase de aprovechar las circunstancias para satisfacer el sentir general, los "partidos extremistas", según decía Salandra, dispondrían de un argumento para atacar a la dinastía.

El 30 de septiembre de 1914, en un informe al rey, aunque seguía insistiendo en ese tema, Salandra admitía que la elección entre neutralidad e intervención armada era difícil. Ciertamente que la participación en la guerra sería el único medio de conseguir, enteramente, la realización de las aspiraciones nacionales; pero el país, "tanto desde el punto de vista moral como desde el punto de vista económico", no estaba dispuesto a hacer más sacrificios que los estrictamente indispensables, y el impulso nacional, que parecía percibirse, podía no ser más que humo de pajas. Por eso, Salandra, en su discurso del 16 de octubre, recomendó a los italianos que no se dejasen arrastrar por los prejuicios o los sentimientos y que practicasen un *sagrado egoísmo*. Lo que Salandra prefería era, por tanto, el regateo diplomático.

Esa política era la que preconizaba el hombre de Estado que dominaba, mediante su actividad personal, la vida parlamentaria italiana, desde hacía doce años: Giolitti, el alma del partido liberal. ¿Por qué intervenir en el conflicto, si Italia podía obtener, sin guerra, algo apreciable? Los socialistas, porque eran pacifistas, y los políticos católicos, porque seguían la consigna dada por la Santa Sede, que deseaba tratar con miramientos a Austria-Hungría, la única gran potencia cuyo Gobierno se hallaba entregado a los intereses del catolicismo, se pronunciaron, en su gran mayoría, a favor de la neutralidad. Sin embargo, en cada uno de estos grupos políticos, existían partidarios de la intervención armada: el ala derecha del partido liberal, que rehusaba seguir a Giolitti; los demócratas-cristianos del padre Murri; los socialistas *reformistas* de Bissolati, a los que apoyaban algunos elementos sindicalistas; un reducido núcleo de socialistas animado por Benito Mussolini; a favor de esa tendencia trabajaba, también, la masonería. Pero esos *intervencionistas*, que procedían de muy diversos horizontes y no tenían

más punto de coincidencia que su deseo de dar solución completa al problema del irredentismo, estaban en minoría en el Parlamento, donde predominaba la influencia de Giolitti; y, en el otoño de 1914, solo arrastraban aún una parte muy pequeña de la opinión pública. ¿Puede sorprender que, en estas circunstancias, el Gobierno tendiera a preferir la neutralidad? Pero era necesario que fuese una neutralidad "productiva". La futura actitud de Italia iba a depender, ante todo, del resultado de las negociaciones que el Gobierno austro-húngaro acabó por aceptar, a instancias de Alemania, a principios de enero de 1915.

Las preocupaciones y los intereses de los neutrales ofrecían el campo de acción de la diplomacia de los beligerantes, que multiplicaban esfuerzos y promesas, dosificando unos y otras de acuerdo con el conjunto de fuerzas militares o económicas que cada uno de esos Estados neutrales podría aportar. Pero las actividades diplomáticas en pugna estaban subordinadas al *mapa de guerra*, pues, antes de comprometerse, los neutrales sopesaban las posibilidades de victoria de cada coalición. Estaban subordinadas, también, al mosaico de nacionalidades, y, a veces, a las condiciones geográficas que determinan la vida económica. La diplomacia, por eso, tenía que actuar dentro de límites bastante estrechos: había de limitarse a tender el cebo a los Gobiernos neutrales, haciendo espejear las ventajas territoriales que les serían garantizadas si participasen en una guerra victoriosa; a influir sobre la Prensa para crear en la opinión pública una corriente capaz de determinar la decisión de los Gobiernos. Con frecuencia, esas negociaciones con los neutrales traían como consecuencia conferencias entre los Estados miembros de las coaliciones rivales; conferencias delicadas por las dificultades que presentaba el ponerse de acuerdo acerca de las ventajas que se debían ofrecer.

Los Estados escandinavos, muy resueltos a mantener su neutralidad, no atraían, en realidad, la atención de los beligerantes más que en la medida en que podían desempeñar un papel en la *guerra económica*. A Alemania le interesaba respetar esa neutralidad, porque así podría beneficiarse con las fisuras del bloqueo; y los Estados de la *Entente* creían poder cerrar esas fisuras por procedimientos diplomáticos. Los dos Estados ibéricos estaban demasiado alejados del teatro de las operaciones militares para que se solicitase su concurso al principio de las hostilidades; el Gobierno inglés consideraba que no debía aceptar el apoyo que le ofrecía Portugal, su vieja aliada. La atención se fijaba, por tanto, en los Estados balcánicos: el papel de Bulgaria y de Grecia podía ser importante para decidir la suerte de las operaciones emprendidas contra Serbia por el ejército austro-húngaro; la actitud de Turquía y Rumanía podía influir en las operaciones del frente ruso. Pero se fijaba, aún más, en Italia, la única gran potencia neutral cuya intervención impondría a Austria-Hungría los quebrantos y peligros de una lucha en *dos frentes*. La actividad diplomática seguía íntimamente ligada a la estrategia de la guerra de coalición.

### III. LAS PERSPECTIVAS MUNDIALES

El conflicto europeo abría nuevas perspectivas en el mundo entero, no solo porque la guerra económica lesionaba los intereses del Estado neutral más importante, Estados Unidos, sino también porque la lucha entablada entre las potencias europeas paralizaba la fuerza expansiva de esas potencias en los otros continentes.

Las circunstancias económicas, financieras y demográficas bastan para explicar esa decadencia de la influencia europea. Las exportaciones de productos fabricados eran prácticamente imposibles en Francia, donde la industria estaba enteramente movilizada para las necesidades de la guerra; eran muy difíciles en Alemania, como consecuencia del bloqueo; solo seguían siendo posibles, aunque en volumen restringido, en Inglaterra, donde la industria textil continuaba trabajando para los mercados extranjeros. La exportación de capitales estaba suspendida, porque los beligerantes se veían obligados a consagrar todos sus recursos a la financiación de la guerra. La movilización de todos los hombres en edad activa suprimía casi por completo la emigración.

Pero no fueron solamente los aspectos materiales de esa expansión europea los gravemente dañados. En el Africa Negra, donde los blancos, a pesar de las rivalidades existentes entre ellos, se mantenían frecuentemente unidos frente a los indígenas, esa solidaridad quedaba ahora destruida, desde el momento en que las colonias europeas se convertían en campos de batalla; los Estados beligerantes comprometían sus tropas indígenas, no solo en la guerra colonial, sino también en los combates de Europa, e incluso las misiones religiosas no permanecían extrañas a las rivalidades nacionales. En el Sureste de Asia—en donde la expansión europea había encontrado la resistencia de las grandes civilizaciones y se había impuesto, sin poder penetrar la mayoría de las veces en la mentalidad colectiva, por la superioridad técnica, manteniéndose después por la fuerza—el prestigio de los europeos resultaba gravemente dañado, puesto que se desgarraban mutuamente. Por último, en los países del Islam, la propaganda turca extendía la consigna de la *guerra santa* contra los cristianos, con la esperanza de provocar disturbios en las posesiones francesas de Africa del Norte, en Egipto y entre los musulmanes de la India. Este debilitamiento de la influencia europea ofrecía posibilidades a las grandes potencias que competían con Europa, y también se las ofrecía a las poblaciones sometidas a la dominación colonial.

En América, el resultado inmediato de la guerra europea fue aumentar las oportunidades del panamericanismo. En opinión de los círculos dirigentes de Washington, la solidaridad entre los Estados del Nuevo Continente debería ser establecida bajo la égida del Gobierno de la Unión y en beneficio de la influencia política, económica o financiera de los Estados Unidos. Pero, en los años precedentes, este proyecto hegemónico, aunque obtuvo importantes éxitos en América Central, trope-

zaba, en América del Sur y en México, con resistencias serias, tanto en la opinión pública como en los medios políticos. Las condiciones en que se desarrollaba la vida económica y financiera ofrecían a esa resistencia un punto de apoyo: preponderancia adquirida por el comercio y por la inversión de capitales europeos en toda América del Sur; presencia, en México, de intereses ingleses que, desbordados ampliamente por la competencia de los Estados Unidos, conservaban, sin embargo, la suficiente fuerza para contrarrestar la política de los hombres norteamericanos de negocios (1). Pero ahora, cuando los Estados europeos estaban ocupados en un conflicto que absorbía todas sus fuerzas, se iba a dejar el campo libre a las iniciativas de los Estados Unidos. Que la inauguración del Canal de Panamá se hiciera el 15 de agosto de 1914, en el mismo momento en que acababa de empezar el conflicto, es una coincidencia que adquiere valor de símbolo.

Pero la actitud de Estados Unidos ante la guerra europea tenía importancia por otros motivos más poderosos. Si la Unión americana decidiese arrojar su peso en uno de los platillos de la balanza, podría desempeñar un papel decisivo, una vez transcurrido el tiempo necesario para la creación de un ejército. Pero esa posibilidad era ajena a las concepciones, sentimientos y tradiciones del pueblo americano. No hay duda de que un importante grupo de la opinión pública, sobre todo en Nueva Inglaterra, expresaba, desde luego, su simpatía por Gran Bretaña; no hay duda, tampoco, de que la violación de la neutralidad belga fue condenada con indignación por la mayoría del pueblo americano. Pero... ¿por qué abandonar la política del "aislacionismo"? ¿Por qué renunciar a seguir los preceptos de Washington y Jefferson, que recomendaron mantener a los Estados Unidos apartados de todas las complicaciones europeas? Para abandonar una línea de conducta que, durante más de un siglo, había parecido prudente y contribuido a favorecer el desarrollo de la prosperidad americana, sería necesario que la opinión pública y el Gobierno fuesen conscientes de la necesidad de hacerlo; pero, a primera vista, los intereses políticos de Estados Unidos no parecía que fueran a ser afectados por el conflicto que mantenían las grandes potencias europeas. Por eso la primera reacción de la opinión pública americana consistió solamente en manifestación de pena y *asombro doloroso*: la guerra era una dura prueba para toda la humanidad, porque liberaba los instintos de violencia y amenazaba con derribar los mismos fundamentos de la civilización contemporánea. Así era como pensaba el presidente Wilson, convencido de que el conflicto "hará retroceder al mundo dos o tres siglos". Los Estados Unidos debían, pues, desear el fin rápido de las hostilidades y buscar la ocasión de favorecer el restablecimiento de la paz. Cuando el Presidente recomendó, el 8 de septiembre de 1914, una jornada de plegarias, con el fin de que Dios *restaurase la concordia entre los hombres y las naciones*, respondía al deseo de la opinión pública.

(1) Véanse págs. 583 y sigs.

Sin embargo, esas convicciones pacifistas, aunque basten para explicar la conducta del *americano medio*, no eran, ciertamente, los únicos móviles de la política del Gobierno. El presidente, el secretario de Estado, William J. Bryan, el coronel House, colaborador íntimo de Woodrow Wilson, estaban convencidos de que una paz rápida, que debería ser una paz de compromiso, respondería a los intereses de los Estados Unidos.

La causa profunda de esa convicción se encuentra en el temor a las disensiones en el seno de la opinión americana. "El pueblo de los Estados Unidos está formado por varias naciones y, sobre todo, por naciones que están en guerra", escribía Wilson en su *Mensaje* del 19 de agosto de 1914. "Es natural e inevitable que exista diversidad de simpatías y de deseos en su seno, por lo que se refiere a los resultados y a las circunstancias del conflicto. Unos quieren ver, en esta gran lucha, triunfar a una nación; otros, a otra. Es fácil excitar las pasiones..." Así, el "Mensaje" recomienda a todos los ciudadanos que mantengan, no solamente la *neutralidad moral*, sino también la imparcialidad, y que no manifiesten preferencias por ninguno de los beligerantes. Con el mismo espíritu, el secretario de Estado, en completo acuerdo con Wilson, declaró el 15 de agosto que si las bancas americanas concediesen préstamos a los beligerantes transgredirían el *verdadero espíritu de neutralidad*. Bryan, que consideraba la ayuda financiera como "el peor de los contrabandos, porque domina a los demás", aclaró, en una carta al presidente, el sentido de esa declaración: si fueran autorizados los empréstitos al extranjero, dice, los americanos se suscribirían a ellos *según sus simpatías*; de ese modo, se formarían en el seno de la población varios grupos que estarían *pecuniariamente interesados* en el éxito de alguno de los Estados beligerantes; lo que, como es natural, contribuiría a agravar las disensiones entre los americanos; por otra parte, las bancas, para apoyar los intereses del Estado extranjero al que hubieran concedido préstamos, no dejarían de intentar influir sobre la Prensa. ¡Qué precaria sería, en ese caso, la neutralidad de los Estados Unidos!

La paz rápida era deseable, además, porque el conflicto europeo podría afectar, a la larga, los intereses de los Estados Unidos en el mundo. Si la guerra desembocase en la victoria total de alguna de las coaliciones, ¿cuáles serían las consecuencias? "Si los Aliados triunfan—escribía al presidente el coronel House el 22 de agosto de 1914—, eso significa la hegemonía de Rusia sobre el continente europeo. Si, por el contrario, es Alemania la que resulta victoriosa, nos veremos durante varios años bajo el yugo indecible del militarismo germánico". Tal era la reacción de un liberal que temía, sobre todo, ver triunfar en Europa un régimen político autoritario. Pero ¿no había que pensar, también, que Japón iba a poder aprovecharse de esta guerra europea para adquirir una posición predominante en el Extremo Oriente, con desprecio de los intereses americanos?

En estas primeras reacciones de la opinión pública y del Gobierno de los Estados Unidos, las preocupaciones económicas parecían no ocupar

ningún lugar. Sin embargo, ¿no disponía la Unión americana de los recursos en materias primas y en productos alimenticios que necesitaban los beligerantes? ¿No podía convertirse, además, en gran provedora de material de guerra? ¿No abría el conflicto europeo perspectivas de prosperidad a los productores y comerciantes americanos? En realidad, durante los tres primeros meses de lucha esas consecuencias no se pusieron de manifiesto todavía. Los europeos estaban convencidos aún de que la guerra sería corta y contaban con vivir de sus reservas. Por otra parte, como los barcos mercantes ingleses y franceses eran empleados en el transporte de tropas y la marina mercante alemana estaba inmovilizada por el bloqueo, los medios de transporte marítimo resultaban insuficientes para mantener en el Atlántico una activa corriente comercial. Las exportaciones americanas a Europa, incluso las de algodón en bruto, eran, por eso, muy reducidas; el Congreso de los Estados Unidos, para aliviar a los productores, decidió que el Gobierno comprase y almacenase, con cargo al presupuesto federal, cinco millones de balas de algodón. Al mismo tiempo, los capitalistas europeos que habían hecho inversiones a corto plazo en los Estados Unidos retiraron sus fondos; y esas retiradas provocaron una baja del dólar con respecto a la libra esterlina. El primer resultado de la guerra europea para los Estados Unidos fue, por consiguiente, una crisis económica y financiera. Por ello, el grueso de la opinión, e incluso los medios económicos dirigentes, no percibían aún las ventajas materiales que la producción americana podía extraer del conflicto. Los bancos, por tanto, aceptaron con bastante facilidad la consigna dada por Bryan.

Pero en octubre de 1914, cuando se dibujaba la perspectiva de una guerra larga (1), los supuestos económicos de la política exterior de los Estados Unidos se transformaron rápidamente. Los beligerantes—en realidad, Gran Bretaña y Francia, puesto que Alemania estaba paralizada por el bloqueo—empezaron a comprar en el mercado americano armas y municiones, materias primas (sobre todo, algodón y cobre), petróleo y productos alimenticios, y el ritmo de esas compras se precipitaría de mes en mes. Las grandes bancas americanas estimaron necesario abrir créditos a los europeos para permitirles efectuar esas compras y para evitar que dirigiesen parte de sus pedidos a otros mercados—Canadá, Australia, Argentina—, pues esos europeos se encontrarían muy pronto imposibilitados para pagar al contado. La sugerencia iba contra la consigna dada por Bryan; pero fue apoyada, al ser presentada al presidente, por el secretario de Estado adjunto, Lansing. El 24 de octubre de 1914, Woodrow Wilson permitió a Lansing dirigirse a las bancas haciéndoles saber que el Gobierno no tenía nada que objetar a la apertura de créditos bancarios a los beligerantes para asegurar el pago de deudas comerciales. Esta decisión, que sería complementada y ampliada en 1915 (2), marcó una fecha

(1) Véase el capítulo I de esta parte.

(2) Véase el capítulo III de esta parte.

en la política de los Estados Unidos con respecto al conflicto europeo: los medios dirigentes, en interés de la prosperidad económica, admitían que se estableciera realmente un lazo financiero con los beligerantes.

Al mismo tiempo, ese papel de proveedor que iban a desempeñar los Estados Unidos en el conflicto europeo asignaba un alcance completamente nuevo a la cuestión de la libertad de los mares. En las controversias y dificultades, que ocasionaba el ejercicio del bloqueo y la práctica de la guerra submarina, y que afectaban a los neutrales, los ciudadanos de los Estados Unidos tenían ya intereses directos que defender. Además, las relaciones económicas y financieras establecidas afectaban casi exclusivamente a Gran Bretaña y a Francia. ¿Cómo podría dejar de tener consecuencias políticas tal situación de hecho? La neutralidad de los Estados Unidos, desde el momento en que se habían convertido en los proveedores y acreedores de uno de los grupos beligerantes, ya no era imparcial.

El Japón se encontraba en situación diferente, pues la guerra europea, cualquiera que fuere su resultado, no le ofrecía más que perspectivas favorables.

En su esfuerzo por conseguir una expansión política y económica en el continente asiático, Japón había tropezado con las posiciones conquistadas por las grandes potencias europeas en China. Había logrado, es cierto, que esas potencias le tratasen de igual a igual: el Consorcio Bancario Internacional (2), formado en 1913 con el fin de proporcionar a la joven República China los primeros recursos que necesitaba para modernizar la administración, equipar las industrias y desarrollar los transportes ferroviarios, concedió una participación a los intereses japoneses. Pero, dentro de ese sistema, Japón se encontraba cercado por los europeos, que vigilaban sus iniciativas: los *occidentales* dieron muchas pruebas de que ese era su deseo durante las negociaciones preliminares para la formación del Consorcio.

Pero ahora esas grandes potencias europeas estaban luchando entre sí; es decir, no se hallaban, temporalmente, en condiciones de explotar el mercado chino. A la política y a la economía niponas se les presentaba una ocasión inmejorable. Entre 1902 y 1905 la rivalidad anglo-rusa en Extremo Oriente había facilitado los primeros grandes éxitos japoneses. ¿Sería posible que la guerra europea no ofreciese circunstancias más favorables aún para la expansión territorial? ¿Y no encontraría la joven industria japonesa, durante ese período en el que la competencia europea estaría paralizada, medios de incrementar sus exportaciones a China y alcanzar, en ese país, el lugar predominante en la explotación de hulla y mineral de hierro? Estas perspectivas se perfilaban claramente en Tokio desde el principio de la guerra europea. La sociedad *El Dragón Negro*, donde se agrupaban los más activos partidarios de una política de expansión, publicó un manifiesto dirigido a la nación: "Para el Japón

(1) Véanse págs. 545 y 546.

ha llegado el momento más propicio de resolver la cuestión china. Una ocasión tan favorable es posible que no se presente otra vez en mil años."

El objetivo inmediato era apoderarse del Territorio en arriendo poseído por Alemania desde 1898 en la bahía de Kiao-Cheu; Japón podría adquirir la base naval de Tsingtao y los derechos e intereses que el Tratado de 6 de marzo de 1898 habían asegurado a los alemanes en la provincia china de Shantung (1). A partir del 8 de agosto de 1914, el Gobierno nipón, invocando el Tratado de alianza anglo-japonés, firmado en 1902 y renovado en 1911, ofreció a Gran Bretaña una colaboración militar limitada a ese único objetivo. En realidad, la alianza anglo-japonesa estipulaba solo la defensa común de las posiciones adquiridas en Extremo Oriente y en la India por los dos Estados; por otra parte, Alemania no amenazaba directamente esos intereses ni esos derechos; pero el Gobierno japonés no disponía de otro argumento diplomático que ofrecer para intervenir en el conflicto que enfrentaba a las potencias europeas. Se trataba de un simple pretexto: esta fue la opinión del Gabinete inglés, que preferiría rechazar este ofrecimiento. La intervención japonesa le parecía inútil, e incluso perjudicial, pues podía provocar en los Estados Unidos un descontento cuyas consecuencias habrían de soportar las potencias de la *Entente*. Pero ¿cómo impedir que el Japón ejecutara sus proyectos?

Así se presentaban, desde el otoño de 1914, las perspectivas que iban a orientar la evolución de las relaciones internacionales en el curso de esta guerra. En era evolución, los aspectos políticos y económicos estaban en estrecha y constante relación con las operaciones terrestres y marítimas. Por tanto, había que tener en cuenta el "mapa de la guerra" y los problemas estratégicos para examinar las decisiones de la política exterior, cuyas consecuencias vendrían a modificar, a su vez, el equilibrio de fuerzas.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre las cuestiones económicas,** la gran *Economic and Social Story of the World War*, publicado por la Fundación Carnegie, bajo la dirección de J. T. Shotwell (Nueva York, 1922 y sgs., 126 vols.) es esencial.—Las obras relativas a la economía de guerra en cada uno de los grandes Estados dan frecuentemente datos útiles para la historia de las relaciones internacionales; no obstante, la falta de espacio impide que se las enumere aquí. Pero, acerca de las relaciones en el seno de las coaliciones, hay que leer: GRATZ y SCHÜLLER: *Die äussere Wirtschaftspolitik Oesterreich-Ungarns, Mit-*

*teleuropäische Pläne*, Viena, 1926.—W. LYDDON: *British War Missions to the U. S. 1914-1918*, Londres, 1938.—L. PETIT: *Histoire des finances extérieures de la France pendant la guerre*, París, 1929.

**Acerca del bloqueo.**—H. DUTTWYLER: *Der Seekrieg und die Wirtschaftspolitik der neutralen Staaten*, Zurich, 1945.—L. GUICHARD: *Histoire du blocus naval*, París, 1929.—F. LANK: *Der Wirtschaftskrieg und die Neutralen. 1914-1918*, Berlín, 1940.—SINEY (N. C.): *The allied Blokade of Germany, 1914-1916*, Ann Arbor, 1957.

**Sobre la guerra submarina.**—R. GIBBON y M. PRENDERGAST: *The German Submarine War*, Londres, 1931.—A. LAURENS: *Histoire de la guerre sous-marine allemande*, París, 1930.—N. MICHELSON: *Der U-Bootskrieg, 1914-1918*, Leipzig, 1921.—A. SALTER (Sir): *Allied Shipping Control*, Oxford, 1921.

*national Socialism and the world war*, Cambridge (U. S. A.), 1935.—E. HALEVY: *L'ère des tyrannies. Etudes sur le socialisme et la guerre*, París, 1939.—A. VAN DER SLICE: *International labor, diplomacy and peace, 1914-1919*, Filadelfia, 1941.

**Sobre el papel de las cuestiones sociales.**—ED. DOLLEANS: *Histoire du mouvement ouvrier*, París, 1952-1953, 3 vols. (el t. II).—M. FAINSDOD: *Inter-*

**Sobre el movimiento de las nacionalidades.**—R. BOEHM: *Europa irredenta*, Berlín, 1925.—TH. RUYSSSEN: *Les minorités nationales d'Europe et la guerre mondiale*, París, 1923.

(1) Véanse págs. 478 y 479.

## CAPITULO II

## LA GUERRA EUROPEA

(AGOSTO DE 1914-FEBRERO DE 1917)

Después del fracaso del plan de operaciones alemán en el otoño de 1914, la guerra quedó reducida a Europa durante treinta meses. Las operaciones coloniales de Africa, el ataque japonés contra la base naval alemana de Tsingtao, la tentativa del golpe de mano turco contra el Canal de Suez, no fueron más que episodios sin importancia.

A pesar del volumen de los esfuerzos y la magnitud de los sacrificios de los ejércitos beligerantes, desde Gorlitz a Verdún, desde los Dardanelos y Salónica al Somme, desde Gorizia a Tarnopol, "el resultado decisivo puramente militar" resultó inalcanzable. La gran potencia neutral, Estados Unidos, cuya intervención podría inclinar de manera radical la balanza de fuerzas, se limitaba a ser el proveedor de una de las coaliciones: era un papel de importancia considerable, porque, sin sus suministros, Gran Bretaña y Francia no hubieran podido seguir sosteniendo su esfuerzo; pero esa ayuda económica parecía que no iba a ser suficiente, ni siquiera a largo plazo, para proporcionar a las dos potencias occidentales los medios de vencer.

Por otra parte, a medida que la guerra se prolongaba, las consecuencias para los intereses europeos en otros continentes se hacían más pesadas. Tanto en América del Sur como en Extremo Oriente y en el Imperio otomano, las posiciones mantenidas desde hace mucho tiempo se veían amenazadas y vacilaban.

Esos son los dos aspectos que debe analizar el estudio de las relaciones internacionales.

## I. LOS NUEVOS BELIGERANTES EUROPEOS

Durante más de dieciocho meses, Alemania conservó la iniciativa de las operaciones militares. La campaña de 1915 se caracterizó por el gran esfuerzo del ejército alemán, ayudado por el ejército auto-húngaro, para derrotar a las fuerzas militares rusas, a las que, desde la entrada de Turquía en la guerra, Francia y Gran Bretaña no podían prestar apoyo directo. Durante cinco meses se desarrolló esa ofensiva, sin que las tentativas de diversión realizadas por los aliados de Rusia—las ofensivas francesas de Artois y Champagne; el ataque anglofrancés en los Dardanelos—ni la entrada de Italia en la guerra pudiesen paralizarla. Su resultado militar fue considerable, ya que el ejército ruso, obligado a aban-

donar, además de parte de Galitzia, que había ocupado en 1914, los territorios polacos y lituanos del Imperio, había perdido, entre muertos, heridos y prisioneros más de 1.700.000 hombres, es decir, la mitad, o casi la mitad, de sus efectivos de combate, y dejado entre las manos del enemigo gran parte de su artillería; las fuerzas rusas serían incapaces de pasar a la ofensiva durante varios meses. Pero el resultado político no fue alcanzado: el zar, a pesar de tres intentos alemanes para emprender conversaciones secretas, seguía siendo fiel a sus compromisos de alianza. El Alto Mando alemán, después de haber obtenido el concurso de Bulgaria para decidir en algunas semanas la suerte de Serbia, volcó otra vez su esfuerzo en el frente de Francia. En febrero de 1916 comenzó ante Verdún la gran ofensiva que debía *desangrar* al ejército francés, según la opinión de Falkenhayn. Pero los alemanes no lograron apoderarse de Verdún (que no era, es verdad, su principal objetivo) ni ocasionar a las tropas francesas pérdidas superiores a las sufridas por sus propias fuerzas.

A partir de julio de 1916, las potencias de la *Entente* recuperaron la iniciativa. Por primera vez ejecutaron, casi simultáneamente, un plan común de operaciones: ofensiva francesa del Somme, ofensiva italiana del Carso, el gran esfuerzo de uno de los ejércitos rusos, el del general Brussiloff. Los éxitos fueron solo parciales, aunque Rumania concediese, en el mes de agosto, su concurso a los que consideraba próximos triunfadores. El rasgo característico de la situación a finales de 1916 era, por consiguiente, el equilibrio de las fuerzas beligerantes.

A pesar de ello, en todas las fases de esa lucha, la intervención de nuevos Estados vino a modificar cinco veces la fuerza respectiva de las dos coaliciones. ¿Por qué accedieron esos Estados a las pretensiones de los beligerantes?

De todos esos Estados fue Turquía la primera que intervino. El 2 de agosto de 1914 el Gobierno de *jóvenes turcos*, dominado por Enver Pachá, firmó un Tratado secreto de alianza con Alemania y contra Rusia. El 11 de agosto autorizó a los cruceros alemanes *Goeben* y *Breslau*, perseguidos por la flota inglesa, a pasar los Dardanelos, que seguían cerrados a los navíos ingleses; el 26 de septiembre cerró los Estrechos a la navegación mercante, es decir, impidió el paso del material de guerra que el ejército ruso esperaba con tanta ansiedad. Pese a todo, Turquía había aplazado hasta entonces su entrada en la guerra. Se decidió, después de una prórroga de tres meses, el primero de noviembre de 1914. El Gobierno turco estaba convencido, sin duda, de que el Imperio otomano había de temer lo peor de una victoria rusa: Gran Bretaña, aunque hubiera protegido en el pasado a ese Imperio otomano contra las ambiciones rusas, se vería completamente obligada ahora a dejar actuar a Rusia si no quería dislocar la coalición. Por el contrario, los intereses otomanos no tenían nada que temer de una victoria alemana: Alemania,



mediante la construcción del ferrocarril de Bagdad, había contribuido a consolidar el Imperio y se presentaba ante el mundo como protectora del Islam.

En cuanto a las potencias de la *Entente*, ¿no intentaron aprovecharse de las vacilaciones del Gobierno otomano?

En realidad, la diplomacia de las potencias de la *Entente* no parece muy deseosa de hacerlo. Únicamente el Gabinete inglés quería obtener la promesa de la neutralidad otomana, porque temía un ataque contra el Canal de Suez; aceptaría, pues, a cambio de esa promesa, dar a Turquía una garantía de integridad territorial, valedera no solo para el transcurso de la guerra, sino para el futuro. Los dirigentes rusos estaban poco dispuestos a contraer tal compromiso, porque no querían abandonar la esperanza de conquistar algún día el acceso al *mar libre* y porque la guerra europea podía ofrecerles la oportunidad de realizar ese proyecto. A fines de agosto, no obstante, en el momento en que el ejército ruso acababa de sufrir la derrota de Tannenberg, en Prusia Oriental, el Gobierno del zar consintió en adherirse a la política inglesa. Pero era el momento en que parecía verosímil una victoria alemana: el Gobierno otomano adoptó una actitud esquivada. Diez días más tarde, el resultado de la batalla del Marne y el fracaso de la ofensiva austro-húngara en Galitzia hicieron que ciertos miembros del Gobierno otomano dudasen de la victoria alemana; dichos miembros acogerían con la mejor voluntad la oportunidad de volver a entrar en contacto con la *Entente*. Pero Enver Pachá, convencido de la fuerza alemana, siguió siendo fiel a las promesas que hizo en el Tratado de alianza. Fue él quien, con objeto de poner fin a la resistencia de sus colegas, decidió, de acuerdo con la Misión alemana, enfrentarlos con un hecho consumado: el bombardeo de Odesa y de Sebastopol por la flota turca, cuyas principales naves eran, a la sazón, los antiguos cruceros alemanes *Goeben* y *Breslau*, que ostentaban ahora pabellón otomano. En este caso, el papel personal del hombre de Estado fue determinante.

La intervención de Italia plantea a la interpretación histórica problemas más difíciles. El Gobierno que presidía Salandra se había inclinado a seguir, en octubre de 1914, la política preconizada por Giolitti, esto es: la neutralidad *productiva* (1). Consecuentemente, había intentado emprender negociaciones con Austria-Hungría, para obtener la cesión amistosa del Trentino; y en enero de 1915 daba por descontado el éxito de esa gestión. Pero los círculos dirigentes de la Doble Monarquía temieron, si cedían a las reivindicaciones de Italia, alentar otras, sobre todo la de Rumania sobre Transilvania. Ante la falta de interés de Austria-Hungría, el Gobierno italiano se puso en contacto, a principios de marzo de 1915, con las potencias de la *Entente*, para intentar saber qué ventajas prometerían a Italia, en caso de que se decidiese

(1) Véase pág. 663.

a entrar en la guerra. El Gobierno de Viena, informado por los mismos italianos de este comienzo de negociaciones, aceptó entonces la iniciación de conversaciones.

Por espacio de un mes, la diplomacia italiana sostuvo la pugna en los dos frentes. ¿Cuál era el balance a mediados de abril de 1915?

Si Italia se decidiese a entrar en la guerra contra Austria-Hungría, podría obtener no solo todos los territorios de la Doble Monarquía en los que existieran poblaciones de lengua italiana, sino también el valle del Alto Adigio, habitado por población alemana, la parte de Istria de población eslava y la mitad de la costa dálmata; podría asimismo ocupar en la costa del principado de Albania, el puerto de Valona y el islote de Sazan, que domina la entrada norte del Canal de Otranto; recibiría, en fin, en caso de que se repartiese el Imperio otomano, la región de Adalia, en la que ya había puesto los ojos a principio de 1914 (1); y en caso de reparto de las colonias alemanas, *compensaciones* en los confines de Libia y Eritrea. Tales promesas se pudieron obtener con bastante facilidad porque la *Entente* disponía de territorios del enemigo; únicamente la cuestión de la costa dálmata dio lugar a la resistencia de Rusia, deseosa de proteger los intereses serbios. Pero la obtención de todo lo prometido estaba subordinada, como es natural, a la participación efectiva de Italia en la victoria.

Si Italia, por el contrario, pactase con Austria-Hungría, podría obtener, como pago de su neutralidad, el Trentino y el Véneto italiano, con Gorizia; la constitución de Trieste como territorio autónomo encuadrado en la doble Monarquía; libertad de acción en Albania y en el Dodecaneso, en el mar Egeo. Pero no recibiría ni la frontera del Brennero, ni las regiones esclavas de Istria, ni el litoral dálmata, cuyas ciudades están habitadas, en gran parte, por italianos; ni vería abierta la perspectiva de una extensión territorial por Asia Menor y por los dominios coloniales.

Entre las dos soluciones, la diferencia de mayor importancia se refería al Adriático: si Italia no poseía Trieste, ni Istria, ni el litoral dálmata, no podría adquirir en este mar una posición predominante.

El Gobierno italiano consideró, pues, que la neutralidad *productiva* no podía satisfacer por completo las aspiraciones nacionales, tal y como ese Gobierno las concebía. El 26 de abril de 1915 firmó, en secreto, con los Estados de la *Entente*, el Tratado de Londres, mediante el cual se comprometía, teniendo en cuenta las promesas que le habían sido hechas, a entrar en guerra contra Austria-Hungría en el plazo de un mes. Pero cuando denunció el Tratado de Triple Alianza, el 3 de mayo, tropezó con una violenta resistencia de los *neutralistas*. ¿Por qué ir a la guerra, si Austria-Hungría se resignaba a satisfacer, casi íntegramente, las reivindicaciones del irredentismo italiano? En Montecitorio, ciudadela del neutralismo, la mayoría parlamentaria declaró su adhesión a la

(1) Véase pág. 549.



política de Giolitti y provocó, el 13 de mayo, la dimisión de Salandra. En la Prensa y en la calle, la opinión pública de Roma, de Milán, de Turín, de Florencia, reaccionó violentamente al grito de "¡Viva la guerra!", e incluso al de "¡Guerra o revolución!" El Rey, partidario, por otra parte, de la causa de la intervención, invocó ese movimiento de opinión para rechazar la dimisión de Salandra. Entonces se resignó el Parlamento: el 20 de mayo votó a favor de la concesión de créditos destinados a la movilización de las fuerzas armadas.

¿Qué sentido tenían esos momentos febriles? Al abandonar la política de *neutralidad productiva*, en el mismo momento en que parecía estar a punto de producir gran parte de los resultados apetecidos y al optar por la intervención en la guerra, Salandra, y asimismo su ministro de Asuntos Exteriores, Sonnino, se dejaron guiar, al parecer, por la expansión adriática, que únicamente podía realizarse a través de la intervención armada. ¿Merecía, sin embargo, este predominio en el Adriático los sacrificios y riesgos de una guerra que exigiría un tremendo esfuerzo, como sabían hasta los más ardientes partidarios de la política de intervención? Se puede pensar, si se tiene en cuenta lo anterior, que la decisión del Gobierno italiano se debió a otra causa: ¿mantendría Austria-Hungría, si saliese victoriosa de la guerra general, las promesas que había hecho en un momento en que luchaba por su vida?

Pero lo sorprendente es el apoyo dado, por el arranque vigoroso de la opinión, a esos cálculos políticos. ¿Por qué el *pueblo*, cuando las reivindicaciones irredentistas podrían haber sido aparentemente satisfechas mediante la conclusión de un acuerdo con Austria-Hungría, reclamaba una acción que desbordaba los objetivos tradicionales del sentimiento nacional italiano y que implicaba además de graves amenazas consecuencias inmediatas cuyo precio debería pagar ese pueblo en los campos de batalla?

¿Aquel arrebató—que no fue, ciertamente, un movimiento de masas, pues la población rural casi no tomó parte en él—tenía sus focos principales en la juventud intelectual, los profesores y los funcionarios, pero también en amplios sectores obreros: en Milán, por ejemplo, cuando el partido socialista *oficial* y la central sindical intentaron oponerse a la política de intervención, con una orden de huelga general, su llamamiento no encontró eco. ¿Qué era lo que impulsaba a los hombres que deseaban la guerra? Ante todo, el deseo de *resolver el problema nacional* y terminar la unidad italiana; este es el argumento que invocaban los periodistas "intervencionistas" en un manifiesto publicado el 14 de mayo. Pero también fueron arrastrados por un gran movimiento de pasión. Los acentos *furibundos* y *magníficos* de los artículos de Mussolini en el *Popolo d'Italia* denunciaban, desde noviembre de 1914, la *debilidad* de la burguesía que quería representar la *comedia de gran potencia*, sin asumir los riesgos que esto implicaba; pedían a sus compatriotas que no *acepten la senectud* y predicaban el deber de *hacer historia*. La convicción de que Italia no podía consentir no ser más que "un museo, un albergue

y un lugar de veraneo", como decía D'Annunzio. El deseo de demostrar al mundo que la nación italiana seguía siendo capaz de un gran sacrificio. Fue este ardoroso despertar de la conciencia colectiva el que barrió la timidez del Parlamento.

La intervención de Bulgaria aparece en condiciones completamente diferentes. El Gobierno de Sofía, aunque tenía la oportunidad de cobrar su neutralidad, no se inclinaba a emprender ese camino. Cuando el 23 de mayo de 1915, tres días después de haberse votado en Italia los créditos de guerra, el Gobierno austro-húngaro ofreció lleno de ansiedad la Macedonia serbia—para el final de la guerra—a Bulgaria si se mantenía neutral, el Rey Fernando no hizo caso de esa proposición, que le parecía ilusoria: en caso de que el Gobierno serbio, desalentado por las promesas que la *Entente* había hecho a Italia, estuviera dispuesto a concluir una paz separada con las potencias centrales, la diplomacia austro-húngara olvidaría rápidamente las seguridades dadas a Bulgaria. En la situación que se presentaba en la península balcánica, la única posibilidad sería que podría tener Bulgaria para realizar sus aspiraciones nacionales consistía, por tanto, en tomar parte en el conflicto general.

¿A favor de qué bando? La respuesta no parece dudosa. En mayo de 1915 las potencias de la *Entente* no podían ofrecer más que una sola promesa firme: si Bulgaria interviniese en la guerra contra Turquía, recuperaría Adrianópolis y la parte de Tracia que había conquistado en 1912 y perdido en 1913. Las demás posibilidades solo se mencionaban de modo condicionado: parte de la Macedonia griega, con Kabala, si, al término de las hostilidades, Grecia obtuviera un territorio en Asia Menor; parte de la Macedonia serbia, si Serbia recibiese "compensaciones equitativas" a expensas de territorios austro-húngaros en Bosnia y Herzegovina y en Dalmacia. No cabe duda de que Gran Bretaña y Francia habrían ido un poco más lejos, prometiendo *toda* la Macedonia serbia; pero no pudieron vencer la resistencia que oponía el Gobierno de Belgrado. Por el contrario, las potencias centrales estaban a favor de corriente, pues podían ofrecer, de entrada, la inmediata ocupación de toda la Macedonia serbia y obtuvieron incluso que Turquía aceptase una amplia rectificación de frontera, favorable a Bulgaria, en Tracia. La diplomacia austroalemana navegaba, pues, en Sofía *viento en popa*. El obstáculo principal era la resistencia que ofrecía el sentimiento de solidaridad eslava, en los círculos parlamentarios búlgaros—un sentimiento que el soberano, un Coburgo, no podía aprobar. Los jefes de la oposición política, Stambuliski, Guechoff y Daneff, que mantenían estrecho contacto con la Embajada zarista, se negaban aceptar la ruptura con Rusia, a quien se debía la creación del Estado búlgaro en 1878. Pero dicha resistencia no se basaba solamente en simpatías y afinidades religiosas o culturales; hacía hincapié en el poderío ruso y en el peligro que corría Bulgaria al desafiarlo.

El desarrollo de las operaciones militares terminó con esas vacilaciones. La campaña del verano de 1915 en el frente *oriental* presagiaba una completa derrota del ejército ruso; el Gobierno del rey Fernando ya no tenía por qué temer las represalias de una Rusia, al parecer, vencida. El 6 de septiembre de 1915, en el momento en que las tropas alemanas cercaban a Vilna, el rey trató con las potencias centrales; el 21 de septiembre, cuando dichas tropas llegaron al Beresina, ordenó la movilización. La política búlgara se estableció en función del "mapa de la guerra" más que por los designios personales del Rey.

La actitud de Grecia estuvo determinada, en gran parte, por circunstancias de política interior, relacionadas con intereses dinásticos. El Rey Constantino entendía que la política exterior debía ser obra suya, y no de sus Ministros; consideraba imprudente lanzar al Estado griego por el camino del *expansionismo*; era, además, cuñado de Guillermo II, antiguo alumno de la Academia Militar prusiana, y estaba convencido del éxito del Imperio alemán. El presidente del Consejo, Venizelos, era de origen cretense; es decir, que había sido perseguido, y lo seguía siendo, de la *gran idea* griega: los objetivos que perseguía o que, por lo menos, vislumbraba eran los siguientes: oponerse resueltamente a la tentativa de desquite búlgaro y a la devolución de Kabala; extender la expansión nacional griega, a costa del Imperio otomano, en el mar Egeo y en Asia Menor; participar en el control de los Dardanelos, e incluso tal vez pensara también en reconstruir un Imperio griego que se extendiese hasta Constantinopla. Creía que podría llevar a cabo esos objetivos, si no con el asentimiento de Rusia, sí con el de Gran Bretaña y, quizá, con el de Francia. La divergencia entre sus opiniones personales y las del monarca no le inquietaba, porque, como deseaba obligar al soberano a inclinarse ante la voluntad de sus ministros y practicar el régimen parlamentario, pensaba encontrar en los problemas de política exterior un terreno favorable para ello, en el que sería apoyado por el sentimiento nacional. Este conflicto de tendencias y de personas se caracterizó por iniciativas aventureras y virajes bruscos.

A primeros de marzo de 1915, en el momento en que Gran Bretaña, ayudada por Francia, intentaba forzar el paso de los Dardanelos para restablecer el contacto con Rusia, Venizelos propuso la ayuda armada de Grecia; pero el rey se negó a aprobar este ofrecimiento y obligó a su presidente del Consejo a dimitir. A últimos de septiembre, Venizelos, otra vez en el poder, declaró que estaba dispuesto, en cuanto se produjera la movilización búlgara, a apoyar a Serbia, siempre que Francia y Gran Bretaña enviasen un cuerpo expedicionario a los Balcanes; autorizó, el 2 de octubre, en secreto, el desembarco de ese cuerpo expedicionario en Salónica, a pesar de que Grecia seguía siendo aún neutral; hizo aprobar, en fin, en el Parlamento, el 5 de octubre, la entrada en guerra contra Bulgaria. Pero, una vez más, el rey la desautorizó, obligándole a retirarse del poder. A pesar de ello, no se discutió el hecho

consumado: el cuerpo expedicionario francoinglés estableció sus bases en Salónica; el rey Constantino no se atrevió a oponerse a esta violación de la neutralidad griega; pero no disimuló que lo haría de buena gana si tuviese fuerza para ello. La seguridad de las tropas francoinglesas quedó, por tanto, comprometida, puesto que el territorio neutral de Grecia podía ser utilizado para proteger ataques dirigidos contra ellas. El general Sarrail, comandante en Jefe del cuerpo expedicionario, señalaba sin cesar este peligro y pedía constantemente que el rey de Grecia *no fuese tenido en cuenta*.

En el otoño de 1916, las potencias occidentales concedieron, de hecho, su apoyo a un Gobierno *nacional* griego, formado en Salónica por Venizelos. Francia y Gran Bretaña, para paralizar las iniciativas que temían, se atrevieron a someter a Grecia al bloqueo, a establecer la vigilancia sobre los medios de comunicación y a intentar exigir el desarme del ejército griego. La política francesa aspiraba incluso, en diciembre, a imponer la abdicación del rey y la formación de un Gobierno republicano *venizelista*. Esta solución terminó por prevalecer, en junio de 1917, cuando el Gobierno francés obtuvo, no sin esfuerzos, el consentimiento de Gran Bretaña, y el alto comisario enviado a Atenas, Jonnart, se decidió a actuar sin esperar el asentimiento explícito de Rusia y de Italia.

En este caso—como en el de la intervención búlgara—fue la estrategia el factor determinante. Desde el momento en que Francia y Gran Bretaña decidieron crear un frente balcánico y establecer en territorio griego las bases de aprovisionamiento de sus tropas—con el fin de intentar la salvación de Serbia, que estaba amenazada por el ataque búlgaro, y, más tarde, para mantener una *cabeza de puente* que podría ser oportuna en el futuro—, se vieron obligadas a no respetar la neutralidad griega y a imponer en el poder al hombre de Estado que les ofrecía las garantías deseables. Los sentimientos de la población griega no desempeñaron ningún papel importante en esos cálculos políticos.

La intervención de Rumania en la guerra fue, por el contrario, una decisión tomada libremente por un Gobierno cuyo jefe, Bratianu, podía disponer del Parlamento, y desde la muerte del rey Carol, en octubre de 1914, y la entronización subsiguiente de Fernando, su sobrino, dominaba incluso a la Corona.

Las condiciones en que se presentaba la consecución de la unidad nacional bastaban para fijar la orientación de esta política rumana: la derrota de Austria-Hungría podría significar la *liberación* de la población rumana de Transilvania, de Bucovina y del Banato—alrededor de tres millones de hombres—, mientras que la derrota de Rusia implicaría, todo lo más, la liberación de los rumanos de Besarabia. El lugar del Estado rumano se encontraba, pues, al lado de las potencias de la *Entente*.

Es cierto que, para evitarlo, el Gobierno austrohúngaro podría pensar en *recompensar* la neutralidad rumana mediante una cesión territorial en Bucovina y en el Banato de Tamesvar, y también la concesión de un es-

tatuto de autonomía a los rumanos de Transilvania; Alemania insistió vivamente, en ocasiones varias, sobre la urgencia de esas concesiones; pero los dirigentes de Viena y, sobre todo, de Budapest, se negaron a seguir ese camino. El presidente del Consejo de Hungría, Esteban Tisza, cuya fuerte personalidad dominaba la política exterior de la Doble Monarquía, se opuso en absoluto a esa negociación con Rumania; todo lo que aceptaría sería ceder la parte meridional de Bucovina—y nada más—, en caso de que Rumania entrara en la guerra al lado de las potencias centrales.

La diplomacia de la *Entente* tenía, pues, vía libre: nada más sencillo que prometer a Rumania la anexión—futuro—de vastos territorios austrohúngaros. A pesar de ello, las negociaciones progresan lentamente durante dieciocho meses. ¿Es el estado de la opinión pública rumana lo que explica esta lentitud? En realidad, la causa debe buscarse solo en la situación militar. El Gobierno rumano no quería intervenir en el conflicto europeo hasta que los ejércitos de la *Entente* estaban, en su opinión, en el camino de la victoria. Por eso, durante el verano de 1915—fecha crítica para los ejércitos rusos—esquivó por completo las invitaciones más impacientes. En el verano de 1916, por el contrario, dio muestras de estar dispuesto a entablar negociaciones serias, en el momento en que el ejército alemán se veía reducido, en el Somme, a una *batalla de desgaste*, mientras que Austria-Hungría, al mismo tiempo, se enfrentaba con una gran ofensiva rusa en Galitzia y Bucovina y, poco más tarde, con otra italiana en el frente del Isonzo. Las negociaciones se retrasaron todavía por el desacuerdo entre el Estado Mayor francés, que quería orientar la acción militar rumana contra Bulgaria, y el Estado Mayor ruso, que prefería impulsarla contra Austria-Hungría. Bratianu fue quien terminó con ese desacuerdo: rechazó el plan francés, porque, ante todo, deseaba resolver por las armas la cuestión de Transilvania.

El Tratado de Alianza y el Convenio Militar firmados el 17 de agosto de 1916 dio plena satisfacción a las reivindicaciones rumanas. Cuando el jefe del Ministerio hizo aprobar su política por el Consejo de la Corona, el 27 de agosto, extrajo su argumento decisivo de la situación militar general: “La guerra de desgaste modifica las posibilidades de victoria a favor de los que disponen de reservas más fuertes.”

Pero el Gobierno rumano, en su deseo de asegurar sobre el papel las condiciones más ventajosas para su intervención, tardó demasiado en decidirse: dejó pasar el momento en que la situación militar de las potencias centrales era más difícil, porque, desde mediados de agosto, estaban detenidas las ofensivas de los ejércitos ruso e italiano y la ofensiva francesa del Somme perdía empuje. El Alto Mando alemán—al que fueron llamados Hindenburg y Ludendorff—iba a poder enviar, desde otros frentes, los refuerzos que necesitaban los austro-húngaros y los búlgaros; aquellas divisiones alemanas forzaron los puertos de los Cárpatos, en noviembre de 1916, y decidieron la suerte de Rumania, cuyo territorio cayó, en dos meses, casi enteramente en manos del enemigo.

En todos esos casos, la diplomacia de las potencias beligerantes no tuvo más que una importancia secundaria: se limitó a explotar, más o menos hábilmente, condiciones que, en lo esencial, estaban fuera de su alcance. Los Gobiernos de los Estados que decidieron la intervención actuaron casi siempre movidos por causas políticas: voluntad de satisfacer las aspiraciones nacionales, *liberando* a las poblaciones sometidas a la dominación extranjera; deseo de reforzar la potencia o el prestigio del Estado e impedir que sobreviniese una modificación del equilibrio de fuerzas en detrimento de esa potencia o de ese prestigio. Al valorar esas causas, ¿a cuál es preciso atribuir el papel determinante? ¿A los dirigentes o a la *opinión pública*? Las masas campesinas balcánicas no salían de la pasividad. Solo se podía oír la opinión de los medios cultos y de la burguesía urbana. Pero en Turquía, Bulgaria y Grecia esos medios no ejercieron ninguna presión inicial; parece ser que fue el Gobierno el que formó, mediante su propaganda, las corrientes de opinión que servirían después de puntos de apoyo para su política. En Rumania la expresión del sentimiento nacional de esos mismos medios parecía ser más espontánea, aunque sea difícil la estimación de su influencia real. Excepto en Italia, donde la manifestación de una opinión *popular*—la de las poblaciones urbanas—ejerció un impulso vigoroso, lo esencial fueron los cálculos de los hombres de Estado.

Ninguna de esas intervenciones produjo resultados decisivos, hasta finales de 1916, en el desarrollo de las operaciones militares. La entrada de Turquía en la guerra debilitó los recursos de acción del ejército ruso, al cerrar el camino por el que ese ejército podría haber recibido fácilmente el material de guerra; pero no obligó a Rusia a pedir la paz, ni siquiera impidió que los ejércitos del zar volviesen a pasar a la ofensiva en el verano de 1916. La decisión del Gobierno búlgaro llevó a la ocupación total del territorio serbio; pero el ejército serbio volvió a organizarse en Corfú y ocupó de nuevo su puesto en los campos de batalla balcánicos, al lado de las tropas francesas e inglesas del Ejército de Oriente. La campaña del ejército rumano, que había hecho concebir grandes esperanzas en los países de la *Entente*, terminó en un desastre. La presión ejercida sobre Grecia para obligarla a intervenir perseguía solo objetivos limitados: asegurar la “retaguardia” del Ejército de Oriente. La misma intervención italiana, aunque inclinase de manera mucho más importante el equilibrio de fuerzas y aliviara considerablemente la situación de los ejércitos rusos durante el verano de 1915, solo obtuvo una victoria, en agosto de 1916—la toma de Gorizia—, y esta victoria no tuvo consecuencias.

Pero los compromisos que habían contraído los grandes beligerantes con esos recién llegados, para decidirles a intervenir en el conflicto, hipotecaban el porvenir de la actividad diplomática, pues oponían nuevos obstáculos al intento de buscar una paz de conveniencia con cualquiera de los Estados enemigos. Las potencias centrales, que planeaban la posi-

bilidad de una paz separada con Rusia, se encontraran lastradas, en sus intentos para conseguirlo, por la postura que habían adoptado en los Balcanes, al atraerse a Turquía y a Bulgaria. Los Estados de la *Entente* habían hecho promesas a Italia y a Rumania, cuyo cumplimiento supondría la completa derrota y el desmantelamiento de Austria-Hungría: con ello, restringieron el margen que existía para una posible negociación. Lo mismo podría decirse de los compromisos contraídos en cada una de las coaliciones con el fin de definir los *objetivos de guerra*. En marzo de 1915, Francia y Gran Bretaña, ante demandas de tono imperativo, y cediendo a la presión de su aliada, prometieron a Rusia que, después de la victoria común, podría anexionarse Constantinopla, Tracia oriental, las costas europeas del Bósforo y los Dardanelos, y, asimismo, *parte de la orilla asiática*; en marzo de 1916, establecieron un plan de reparto de los territorios asiáticos del Imperio otomano; en febrero de 1917, Francia prometió a Rusia que le permitiría fijar las fronteras occidentales a su gusto, a condición de que la cuenca hullera del Sarre pasara a poder de Francia y los territorios alemanes de la orilla izquierda del Rin fuesen desgajados del Imperio para constituir un Estado *autónomo y neutralizado*. Alemania y Austria-Hungría, cuyos ejércitos ocupaban desde el otoño de 1915 toda la Polonia rusa, declararon, en noviembre de 1916, que, al final de la guerra, reconstituirían un Estado polaco independiente: esta declaración tenía por objeto obtener una ola de alistamientos voluntarios en la Polonia ocupada; esa esperanza resultó rápidamente fallida, pero la promesa redujo, todavía más, las posibilidades de una negociación de paz separada con Rusia. Y Alemania, al pretender conservar vara alta en la Bélgica ocupada, se cerró el camino para buscar un contacto diplomático secreto con Gran Bretaña.

A pesar del equilibrio que parecía establecerse en los campos de batalla y de la incapacidad de las dos coaliciones para obtener alguna ventaja, los programas políticos de cada bando seguían siendo expansionistas.

## II. EL DEBILITAMIENTO DE LAS INFLUENCIAS EUROPEAS EN EL MUNDO

Las perspectivas que abría el conflicto a las relaciones entre continentes se perfilaban con más claridad conforme se prolongaba la guerra. En China, Asia Occidental y América Latina, las posiciones conseguidas, desde hacía tiempo, por los europeos en el terreno político, económico, e incluso en el cultural, se resintieron.

En Extremo Oriente lo que amenazaba a esos intereses europeos era la competencia japonesa. La acción del Japón se había dirigido, al principio, solamente contra los intereses alemanes. El 23 de agosto de 1914, el Gobierno nipón declaró la guerra; el 7 de noviembre obtuvo la capitulación de Tsingtao y ocupó el *Territorio en arriendo* de Kiaochew. No pensaba tomar parte en el conflicto entablado entre las grandes potencias

europeas ni tenía intención de enviar a Europa un cuerpo expedicionario, a pesar de que la Prensa francesa, e incluso el Ministro francés de Asuntos Extranjeros, daban por descontado la llegada de esas tropas. Tal postura del Japón ante la guerra europea fue definida clara y públicamente, el 19 de noviembre de 1914, por el ministro de Asuntos Extranjeros, barón Kato. "Si nos hemos visto obligados a combatir contra Alemania, ha sido porque deseábamos mantener la paz en el Extremo Oriente. ¿Qué necesidad hay de enviar tropas japonesas a Europa, si no tenemos allí intereses directos desde el punto de vista de la seguridad de nuestro país y de la paz en Oriente?" Pero, para el espíritu de los dirigentes nipones, esta *paz* del Extremo Oriente quería decir que Asia Oriental había de quedar sometida a la hegemonía japonesa. La independencia de China, no solo la económica, sino también la política, estaba, por ello, amenazada de modo más inmediato y acuciante de lo que estuviera nunca por la expansión europea, desde 1895 a 1913. A la vez, resultan amenazadas las posiciones conseguidas por las potencias de la *Entente*, de las que Japón era, aparentemente *asociado*, por ser beligerante contra Alemania, pero, en el fondo, rival.

El alcance de los designios japoneses se puso de manifiesto en enero de 1915, cuando el jefe del Gobierno chino, general Yuan Chi-kai, que, aunque se titulaba presidente de la república, ejercía desde el otoño de 1913 la dictadura, recibió una nota diplomática nipona en la que se formulaban veintiuna demandas. El Gobierno nipón, que se había apoderado del *territorio en arriendo* alemán, declaró que estaba dispuesto a restituirlo a China, al final de la guerra europea, a condición de recibir un territorio en arriendo en otro punto de la costa. Pero esa restitución quedaba subordinada a la previa realización de toda una serie de requisitos. En tres provincias chinas, Feng-tien—es decir, Manchuria meridional—, Shantung y Honán—o sea, la región inmediatamente contigua, por el Norte, a Hankeu, el principal centro comercial de la China interior—, Japón reivindicaba ventajas económicas que le asegurarían *zonas de influencia*. En Manchuria meridional, donde los japoneses poseían, desde 1905, el ferrocarril principal y la mayor parte de los ramales, y donde ocupaba, a título de arriendo, el territorio de Port-Arthur, la duración de esas concesiones se fijaría en noventa años, en lugar de veinticinco; además, los súbditos japoneses, comprendidos los coreanos, podrían adquirir tierras y, por consiguiente, practicar una colonización. En Shantung, Japón heredaría los *intereses alemanes*, esto es, las ventajas concedidas a Alemania en marzo de 1898—concesión de vías férreas y minas—, fuera del territorio en arriendo; obtendría, también, el derecho a construir y explotar nuevos ferrocarriles. En Honán, los yacimientos de mineral de hierro de Han-Yeh-ping, donde participaban ya capitales nipones, serían explotados por una sociedad chinojaponesa (1). Por otra

(1) Sobre los diversos aspectos de estas cuestiones chinas antes de 1914, véanse págs. 478-480, 510 y 544.

parte, el Gobierno chino debía prometer no enajenar o conceder en el futuro cualquier parte de su litoral a una tercera potencia sin el consentimiento de Japón; esta precaución, adoptada contra los Estados europeos, concordaba con la prioridad otorgada a los japoneses en la provincia de Fukien, situada frente a Formosa. Por último—se trataba de las demandas reunidas en el *quinto apartado* de la nota—, el Gobierno chino debería admitir la colaboración de *consejeros japoneses* en los organismos políticos y financieros, así como en el ejército; la presencia de funcionarios japoneses en los cargos superiores de la Policía; la apertura de escuelas japonesas. En una palabra, un conjunto de exigencias que parecían destinadas a preparar un protectorado *larval*. No obstante, el Gobierno nipón, en las instrucciones a su embajador en Pekín, concedía, de momento, que la aplicación del *quinto apartado* podría ser diferida.

Yuan Chi-kai sostuvo la discusión paso a paso, y pudo hacerlo porque le apoyaba la corriente de opinión; pero ¿qué podría hacer? Y no solo porque no estaba en condiciones de oponer una resistencia armada eficaz; temía también las consecuencias que traería un conflicto para la clase de régimen político del que era beneficiario: el Gobierno japonés le amenazaba con prestar su apoyo a los refugiados políticos chinos que vivían en su territorio y que luchaban contra la dictadura.

En el fondo, la eficacia de esta resistencia china dependía, sobre todo, del apoyo que pudiesen ofrecer las grandes potencias. Ese apoyo era la única esperanza del Gobierno de Pekín.

El Gobierno alemán, aunque se encontraba en guerra con el Japón, parecía dispuesto a estimular las exigencias niponas. El hecho de que los dirigentes japoneses se dedicasen intensamente a los asuntos chinos, ¿no era la más firme garantía de que continuarían negándose a enviar un cuerpo expedicionario a Europa? Las potencias de la *Entente* estaban también preocupadas por sus problemas inmediatos y no adoptaban una actitud coherente (los estudios de Mario Toscano lo han demostrado bien). El Gobierno francés, empeñado en la lucha por su existencia, no tenía apenas tiempo de ocuparse de esta cuestión de Extremo Oriente; por otra parte, los intereses económicos de Francia, concentrados casi exclusivamente en el Sur de China, no estaban directamente amenazados por las *veintiuna demandas*. El Gobierno ruso mostraba más inquietud, a causa de sus intereses en la Manchuria septentrional; sobre todo, temía las consecuencias que se desprenderían de las cláusulas del *quinto apartado*. En cuanto a Gran Bretaña, cuya posición económica predominante en el mercado chino quedaba directamente amenazada, protestó mediante una nota dirigida a Tokio contra la amplitud de las exigencias japonesas; a pesar de ello, el Gabinete, consciente de su impotencia, se guardó muy bien de hacerle promesa alguna a Yuan: ni siquiera quiso comprometerse a ofrecer a China, en caso de guerra chino-japonesa, una ayuda financiera. En realidad, solo Estados Unidos estaban en condiciones de emprender una acción práctica; pero el tono de

la nota que su Gobierno dirigió, el 13 de mayo de 1915, al Gobierno nipón, era muy anodino: dicha nota pedía al Japón que renunciase a las cláusulas que implicaran un atentado contra la *independencia, integridad y libertad comercial* de China; pero añadía que Estados Unidos no abrigaban la intención de incitar a Yuan a la resistencia y que no estaban *celosos del predominio de Japón* en Extremo Oriente. Ciertamente, a finales de abril, en conversaciones diplomáticas, la presión americana se acentuó; pero no adoptó un tono de amenaza. Es decir, que Yuan no vislumbraba la esperanza de obtener el apoyo armado de Estados Unidos. Por eso, cuando el 7 de mayo de 1915 se halló en presencia de un ultimátum nipón, apoyado por movimientos de tropas en Manchuria y por el envío de una escuadra ante las costas de China central, se resignó a ceder; obtuvo, no obstante, que Japón renunciase, por lo menos provisionalmente, a las demandas del *quinto apartado*, que eran las más peligrosas para la independencia china. Ese fue el resultado; dan fe de ello los Acuerdos chinojaponeses de 24 de mayo de 1915.

Si el Gobierno nipón consintió en renunciar a esa parte de su programa era, sin duda, porque temía que, si iba demasiado lejos, los Estados Unidos reaccionaran más enérgicamente. Pero, también, porque no había sido apoyado por una opinión parlamentaria unánime. Los más decididos partidarios de una política de expansión en China se vieron frenados por la resistencia de la Dieta, en donde el partido dominante—el *Seiyukai*—representaba el punto de vista de los hombres de negocios; estos consideraban superfluo e imprudente el querer imponer a China, a costa de una guerra, una especie de control administrativo y político, cuando era posible obtener, sin guerra, las ventajas económicas que satisficieran las necesidades esenciales del Japón. En lugar de querer precipitar los acontecimientos, ¿no era mejor contentarse con un éxito inicial, ya considerable, y no arriesgarse a que se *revolvieran* contra el Japón los dirigentes chinos? Estas objeciones se habían formulado claramente durante las sesiones de la Dieta, y el procedimiento del ultimátum cosechó severas críticas. A pesar de todo, el Gabinete envió la nota conminatoria, pero tuvo, parcialmente, en cuenta las opiniones de la oposición.

¿Cómo se establece el balance provisional de esta política japonesa? Los Acuerdos de 24 de mayo de 1915 abrieron al Japón vastas perspectivas, sin duda. Pero la medalla tenía su reverso. El hecho esencial fue la reacción nacional que se manifestó, por primera vez, en la *opinión pública* china, es decir, entre los intelectuales, estudiantes y comerciantes de las grandes ciudades y de los puertos abiertos: la Prensa, cuya campaña era *orquestrada* por los periódicos chinos en lengua inglesa, veían en la firma de esos Acuerdos una *humillación intolerable*, y la Cámara de Comercio china, en un manifiesto, predicó la resistencia a la penetración de la influencia nipona que, de tener éxito, llevaría a la *ruina nacional*. Durante algunos meses las Asociaciones de comerciantes boicotearon las mercancías japonesas, lo que confirmaba los temores

expresados por los hombres de negocios en la Dieta nipona. El Gobierno japonés, por tanto, no estaba seguro del porvenir, tanto más cuanto que desconfiaba de la actitud que pudieran tomar los Estados Unidos.

Por eso, la diplomacia nipona intentó obtener, por lo menos, el consentimiento de las potencias europeas; lo consiguió fácilmente, gracias a las peripecias de la guerra de Europa. En julio de 1916, el Gobierno del zar, que necesitaba mucho que la industria japonesa suministrase a sus tropas armas y municiones y que, después de las derrotas de 1915, se había visto obligado a trasladar a los frentes europeos las guarniciones de los territorios siberianos, accedió a firmar un acuerdo secreto con el Gobierno de Tokio, que establecía una cooperación en Extremo Oriente: los dos Estados adoptarían, de común acuerdo, las medidas que pudieran ser necesarias "para salvaguardar a China de la dominación de una tercera potencia". Era una precaución que tomaba Japón contra una resuesta ofensiva de Alemania, pues si esta lograra una victoria en Europa querría recobrar el territorio de Kiaocheu; pero también contra una posible intervención de Estados Unidos en los asuntos chinos. En esta colaboración con Rusia, la opinión pública japonesa encontró, pues, un importante apoyo para la realización de sus proyectos en China. En febrero y en marzo de 1917, Gran Bretaña y Francia dieron a su vez pruebas de buena voluntad; con la esperanza de recibir el apoyo de los navíos de guerra japoneses para proseguir su lucha contra la guerra submarina alemana, las dos potencias *occidentales* prometieron al Gobierno nipón que, en el momento de la conferencia de paz, apoyarían las reivindicaciones japonesas sobre los archipiélagos alemanes del sur del Pacífico y sobre los derechos e intereses alemanes en Shantung. Aquí también estamos en presencia de una garantía que conservaban los japoneses contra una posible presión americana.

En resumen: bajo el peso de las necesidades que les imponía la guerra europea, las tres potencias de la *Entente* contrajeron compromisos cuyo más claro resultado consistía en estorbar la resistencia que podría oponer Estados Unidos al predominio japonés en Extremo Oriente.

En el Oriente próximo, donde la política alemana, tan activa antes de 1914, estaba ahora paralizada y donde Estados Unidos no tenían en tal época más que mediocres intereses económicos o financieros, eran aún las potencias de la *Entente* las que tomaban importantes iniciativas para el porvenir. Sus decisiones políticas estaban determinadas por dos planes: el deseo de paralizar al Gobierno otomano que, convertido en aliado de las potencias centrales, estaba en condiciones de dirigir una acción militar, bien contra el Canal de Suez y Egipto, bien contra Rusia, en la frontera del Cáucaso; la necesidad de establecer, a través del territorio persa, una vía de comunicación por la que pudiesen transportarse los suministros de guerra destinados a los ejércitos rusos, durante el período invernal, cuando los convoyes marítimos no podían alcanzar los puertos del norte de Rusia: Arkángel y Murmansk.

La preocupación inmediata era favorecer la rebelión de las *nacionalidades* contra la dominación otomana. Mientras que la política rusa trabajaba en las regiones habitadas por armenios, la británica utilizaba el nacionalismo árabe, que había dado señales de vida a partir de 1840, y en 1904 se había manifestado con caracteres más definidos. En 1913, el Alto Comisario inglés en Egipto—Lord Kitchener—se había puesto ya en contacto con los jefes de ese movimiento. En marzo de 1915, el Gobierno inglés comenzó a estudiar la formación de una *unidad política musulmana* que sería independiente del sultán y tendría como núcleo las ciudades santas del Islam. Las negociaciones secretas entabladas en julio de 1915 con el jerife de La Meca, Hussein, tenían por objeto fijar la extensión de ese Estado, que llegaría, por el Este, hasta el golfo Pérsico, englobando Mesopotamia y Siria interior, pero no la zona del litoral que va desde Beyruth a Alejandreta. La declaración de independencia hecha por Hussein en mayo de 1916 tuvo un alcance muy diferente al de las hostilidades entabladas entre turcos y árabes en torno a las ciudades santas. Si la unidad del Islam se rompiera, las potencias de la *Entente* obtendrían una importante ventaja.

En Persia, donde Gran Bretaña y Rusia habían impuesto su influencia económica, financiera y política (1) desde 1907, la entrada del Gobierno otomano en la guerra animó la oposición nacional que intentaba resistir a esta penetración de los europeos. En la Asamblea Legislativa, numerosos diputados "demócratas" no ocultaban su deseo de hacer causa común con los turcos y, por tanto, con Alemania. Para conjurar ese peligro las tropas rusas marcharon contra Teherán en el verano de 1915, y pusieron bajo su directo *control* el Gobierno del sah, mientras los jefes nacionalistas, que se habían refugiado en la inmediata proximidad de la frontera turca, establecían allí un Gobierno provisional. Hasta casi dos años después, toda la parte central del territorio persa estuvo expuesto a los golpes de mano de los nacionalistas y de sus aliados turcos. La dominación de las potencias de la *Entente* en Persia solo se aseguró en la primavera de 1917, mediante la acción de las tropas británicas conjugada con la de las rusas: pero la revolución rusa comprometería pronto aquel resultado.

En realidad, esa política de la *Entente*, adaptada a las necesidades inmediatas, sembraba vientos que prepararían tormentas venideras: el impulso dado por Gran Bretaña al movimiento árabe se volvería, en 1919-1920, contra los intereses europeos, y el nacionalismo iraní se vería reforzado por la ocupación extranjera.

En América latina fue donde esas repercusiones de la guerra europea se dejaron sentir más, sobre todo en el aspecto económico y financiero. Todos los Estados suramericanos desarrollaban sus exportaciones gracias a los pedidos que, de manera creciente, hacían los compradores europeos.

(1) Véanse págs. 549-551.



En Argentina, la gran proveedora de Europa Occidental por lo que se refiere a carne, cereales y lana en bruto, el valor de esas exportaciones pasó de 502 millones de pesos oro (cifra del último año normal antes de la guerra) a 900 millones en 1918-1919. Pero las importaciones de procedencia europea disminuyeron rápidamente, pues Gran Bretaña y Francia, a causa de la movilización industrial y la penuria de transportes marítimos, no podían exportar carbón, productos textiles y metalúrgicos, máquinas y materiales de construcción en cantidad suficiente. Dejaban también de ofrecer sus capitales; capitales que afluyendo a ritmo creciente desde 1910 hasta 1913, habían impulsado la vida económica de los países latinoamericanos (1). Los Estados Unidos conquistaban, en parte, el lugar que ocupaban hasta entonces los europeos en aquellos mercados. El volumen de su comercio exterior con América del Sur pasó de 814 millones en 1913, a 2.332 millones en 1919. Argentina, por ejemplo, en el período 1911-1913, compraba a Gran Bretaña más del 30 por 100 de sus importaciones y solo el 15 por 100 a Estados Unidos; en el período 1917-1919, el porcentaje inglés bajó hasta el 23 por 100, mientras que el de Estados Unidos alcanzó un 35 por 100. El Gobierno argentino, por no poder dirigirse al mercado de Londres, colocaba sus empréstitos en los Estados Unidos, Bolivia y las grandes ciudades chilenas o colombianas siguieron ese ejemplo. ¿Podía no tenerse en cuenta el esfuerzo realizado por las grandes Bancas de Nueva York? La *National City Bank*, a partir de 1915, abrió agencias en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Sao Paulo, Bahía y Caracas. La *Guaranty Trust* ocupó posiciones en Argentina, y la *Mercantile Bank* estableció filiales en Perú y Venezuela.

En América Central, los Estados Unidos no se contentaron con aprovechar las ocasiones favorables para su influencia económica y financiera, sino que utilizaban las circunstancias para ejercer, gracias a esa influencia, una presión política.

En la guerra civil que estalló en Méjico en 1913 Gran Bretaña había prestado su apoyo al presidente Huerta, que favorecía los intereses petroleros ingleses, mientras que los Estados Unidos apoyaron al Gobierno insurreccional de Carranza; la política del presidente Wilson llevó a imponer la dimisión de Huerta, en julio de 1914, mediante una intervención armada (2). Pero Carranza, desde que ocupó el poder, en septiembre de 1914, tuvo que enfrentarse con la rebelión; el jefe principal de los movimientos insurreccionales, el general Villa, reprochaba al presidente su complacencia ante los intereses económicos y financieros "extranjeros", es decir, los de los ciudadanos de los Estados Unidos. Esta nueva guerra civil paralizó la explotación de los yacimientos mineros y petrolíferos. Para terminar con tal situación, el presidente Wilson envió, en la primavera de 1916, un cuerpo expedicionario de 15.000 hombres al mando

(1) Véanse págs. 562-565.

(2) Véase pág. 586.

del general Pershing, con la misión de *capturar a Villa*. El mismo Carranza protestó, pues perdería toda la fuerza moral ante los mejicanos si aceptase esa intervención extranjera. Aunque el cuerpo expedicionario se mantuvo durante cerca de un año en territorio mejicano, la presión que ejerció el Gobierno de los Estados Unidos fue inútil. En el fondo, con lo que chocaba esa política era con la resistencia del sentimiento nacional mejicano. ¿Cómo acabar con él? En el Congreso, el senador Falk, portavoz de los grandes intereses petroleros, pide la *ocupación completa* de Méjico. Pero eso sería iniciar una guerra: posibilidad peligrosa en el momento en que los Estados Unidos tenían que vigilar los acontecimientos de Europa.

En la República de Haití las grandes Bancas neoyorquinas habían invertido, en el período de 1910 a 1914, importantes capitales, según los métodos de la diplomacia del dólar (1); pero los europeos poseían también inversiones de importancia, porque los empréstitos haitianos habían sido emitidos, en su totalidad, en París, Londres o Berlín. El presidente Wilson ya había pensado, en junio de 1914, establecer una *esfera de influencia* para cerrar el paso a posibles intentos ingleses o alemanes. La guerra europea dejaba el campo libre a esta política. El proyecto de Convenio financiero que estableció el Gobierno de Washington preveía la inspección de los Estados Unidos sobre la política aduanera y la percepción de los derechos de aduanas. En septiembre de 1915, el Gobierno haitiano se resignó a aceptar. Mientras tanto, con ocasión de revueltas revolucionarias en la isla, un cuerpo de desembarco, enviado por los Estados Unidos, ocupó la capital. El Convenio de 16 de septiembre de 1915 añadió a las cláusulas del proyecto primitivo otras estipulaciones relativas al desarrollo económico y a la intervención política: los ingenieros americanos serían los que dirigiesen el aprovechamiento de los recursos naturales, y los oficiales americanos los que organizaran la policía. Confería a Estados Unidos el derecho de intervención, con el fin de *mantener la independencia* de la República de Haití y asegurar en ella la existencia de un Gobierno capaz de "proteger la vida, la propiedad y la libertad individual", tanto de los nacionales como de los extranjeros. Se trataba de un cuasiprotectorado.

Woodrow Wilson, aunque había declarado, en octubre de 1913, que la política exterior determinada por la preocupación de proteger *intereses materiales* era peligrosa, continuaba, según se ha visto, practicando la *diplomacia del dólar* en aquella zona del mar de las Antillas, donde los Estados Unidos tenían intereses políticos y estratégicos preponderantes y se proponían eliminar las influencias financieras europeas.

Pero todo esto no es más que un aspecto de la cuestión y, sin duda, no el más importante. Lo que más importa es el impulso que daba la

(1) Véanse págs. 494 y 584.



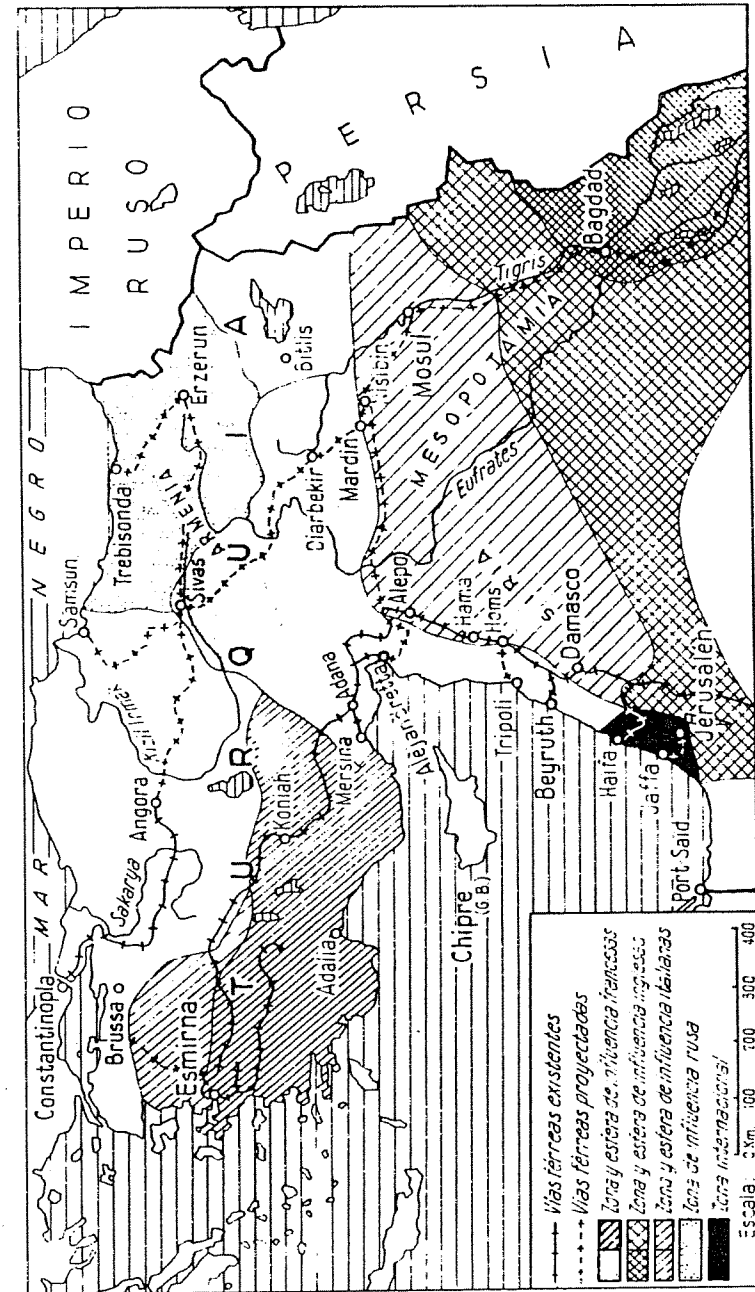
guerra europea a toda la vida económica de los Estados Unidos a partir del otoño de 1914.

Las exportaciones, que habían alcanzado en 1914 un volumen de 2.329 millones de dólares, pasaron en 1915 a 2.716 y en 1916 a 4.272. El saldo favorable de la balanza comercial, que había sido de 435 millones de dólares en 1914, fue de 1.042 en 1915, de 2.674 en 1916. Esta afluencia de compras ocasionó un considerable aumento de la producción industrial y el incremento de la superficie cultivada de cereales, al mismo tiempo que el alza de los precios. La producción de trigo, por ejemplo, pasó de 763 millones de unidades ("boisseaux") en 1914, a 1.025 en 1915, y el precio de 89 centavos la unidad, a 1 dólar 66 centavos. La producción de acero se multiplicó por dos casi de 1914 a 1917; la del petróleo aumentó en un 27 por 100. La renta nacional, evaluada en 33.200 millones de dólares en 1914, alcanzó en 1916 los 45.400 millones: un aumento de más de 12.000 millones en dos años, cuando durante los cuatro años anteriores a la guerra el incremento no había llegado a los 5.000 millones. Era un *boom* sin precedente, cuyos efectos se dejaban sentir no solo en la industria metalúrgica (la venta de material de guerra sólo representa el 28 por 100 de las exportaciones destinadas a Francia y Gran Bretaña), sino también en la producción de materias primas y artículos alimenticios.

De esta manera comenzó la decadencia de la importancia de Europa en el mundo. Era un hecho cuya trascendencia no escapaba a los medios económicos y políticos de Tokio y Nueva York. Pero pasó casi inadvertido en Europa, donde toda la atención, incluso la de los neutrales que quedaban, se enfocó hacia las peripecias de la lucha.

\* \* \*

A finales de 1916, después de dos años y medio de guerra, el esfuerzo militar comenzó a debilitarse en los dos grupos de Estados que combatían entre sí. Al mismo tiempo se agravaban las dificultades económicas: la crisis de abastecimientos de productos alimenticios y de materias primas era aguda, desde luego, en Alemania, sobre todo, aunque la conquista de los territorios rumanos trajo consigo, en noviembre, la posibilidad de algún alivio; pero aquejaba también a la población de las ciudades rusas y se manifestaba incluso en Francia y Gran Bretaña, que, aunque indudablemente tenían la ventaja de poder importar por vía marítima, no podían aprovecharla plenamente, a causa del desequilibrio de los cambios y la insuficiencia de tonelaje disponible para los transportes a través del Atlántico. La crisis de abastecimientos acentuó en todas partes el alza de precios, que la inflación monetaria había hecho ya inevitable; en todas partes, también, el alza media de salarios resultaba muy inferior a esa subida de precios.



Mapa 12.—PLANES ALIADOS PARA EL REPARTO DE TURQUÍA. (1915-1917).

(Según HOWARD, *The Partition of Turkey*, 1913-1923, pag. 48. University of Oklahoma Press.)

Eso era lo que podía promover en el proletariado un movimiento de protesta social y desbaratar la consigna de la unidad sagrada. La pasividad de la Oficina Socialista Internacional, que había demostrado su impotencia para mantener la doctrina de la Internacional en agosto de 1914 (1), suscitó, a partir de la primavera de 1915, en todos los Estados beligerantes, las críticas e iniciativas de grupos socialistas reducidos, resueltos a colocar la solidaridad de la clase obrera por encima del deber nacional. Estos grupos coordinaron su actividad en dos conferencias que se celebraron en Suiza, la de Zimmerwald, en septiembre de 1915, y la de Kienthal, en abril de 1916. La *Comisión internacional* que se formó en Berna, bajo la presidencia de un suizo, pero dominada por la influencia de los revolucionarios rusos emigrados, sobre todo por la de Lenin, recordó a la clase obrera su deber en un llamamiento a los *proletarios de Europa*: rehusar ponerse “al servicio de las clases poseedoras”; “volver las armas, no contra sus hermanos, sino contra el enemigo interior”; obligar así a los Gobiernos a concertar la paz “sin anexiones ni indemnizaciones de guerra”. Es cierto que esta doctrina no encontró en los obreros el eco suficiente para que tuvieran que inquietarse los Gobiernos; pero podía encontrar terreno abonado en poblaciones a las que la aparente inutilidad de los esfuerzos y sacrificios realizados, los sufrimientos materiales y morales sufridos y la perspectiva de tener que volver a realizar y sufrir unos y otros por tiempo indefinido empezaban a cansar.

Fue en aquellos momentos de incertidumbre cuando, por primera vez, se hizo público un ofrecimiento de paz. No era fortuita la coincidencia: cuando el Gobierno alemán y el austro-húngaro, en su nota del 12 de diciembre de 1916, propusieron a sus adversarios una negociación, cuyas bases olvidan indicar, estaban muy lejos de tener en cuenta ese cansancio de los pueblos y no abrigaban la intención de abrir la puerta a un compromiso; querían, sencillamente, mejorar su situación moral ante los neutrales, sobre todo ante Estados Unidos. Pero la iniciativa austroalemana adquirió de pronto importancia, debido a que, ocho días más tarde, tuvo lugar una nueva propuesta de paz, hecha por el presidente Wilson. El neutral más poderoso invitaba a los beligerantes a hacer públicos sus objetivos de guerra.

Las potencias de la *Entente* decidieron publicar su respuesta. En la nota de 10 de enero de 1917, después de una laboriosa redacción en la que las fórmulas vagas no siempre conseguían disimular la divergencia de opiniones, no se contentaron con pedir la evacuación de los territorios invadidos y la reparación de los daños causados; anunciaron su deseo de liberar de la dominación otomana a las nacionalidades no turcas, de modificar el mapa de Europa central, liberando de la domi-

(1) Véase pág. 627.

nación extranjera a los alsacianos y loreneses, rumanos, italianos, checos, eslovacos y yugoslavos, y restaurando un Estado polaco, sin que en la nota se definiesen, por lo demás, las características de ese Estado. Se guardaba silencio, claro está, acerca de los acuerdos secretos concertados con el fin de repartirse los futuros despojos del Imperio otomano (1).

El Gobierno alemán no accedió a la pública manifestación de sus condiciones de paz y se limitó a darlas a conocer al presidente de los Estados Unidos. Aceptaría evacuar Bélgica, pero con la condición de obtener especiales garantías: ocupación de las fortalezas de Lieja y Namur, intervención de los ferrocarriles y prohibición al Estado belga de conservar su ejército; reclamaba que Francia le cediese la cuenca de mineral de hierro de Lorena; sobre todo, quería obtener una expansión territorial hacia el Este, más allá de Polonia, que sería englobada en el sistema austro-alemán.

Ninguno de los Gobiernos beligerantes admitió, pues, la sugerencia americana.

¿Quiere esto decir que los Gobiernos no conociesen la fatiga de los pueblos? Sin duda, no. Pero esa fatiga no les parecía aún lo bastante grande para debilitar seriamente el esfuerzo de guerra. En los dos bandos los Estados Mayores, a pesar de las decepciones acumuladas, conservaban la esperanza de lograr resultados decisivos durante los próximos meses. La *Entente*, gracias a la reserva de hombres que poseía Rusia y a la adopción del servicio militar obligatorio en Gran Bretaña, podía aumentar el número de sus divisiones de infantería. Por eso se hallaba en condiciones de emprender, en febrero y marzo de 1917, ofensivas generales cuyo plan había sido diseñado en la Conferencia interaliada de Chantilly en noviembre de 1916. Las potencias centrales eran conscientes de que, *por tierra*, no podían aspirar a la victoria; pero creían poder *asestar el golpe decisivo* mediante la guerra submarina: esta guerra, realizada con medios poderosos (la flota submarina alemana, que constaba de 30 unidades en 1915, tenía ahora 154) y con procedimientos implacables, permitiría paralizar los transportes de víveres y materias primas a Gran Bretaña, condenando así a la población al paro parcial y, más tarde, al hambre; en seis meses, según los técnicos, los ingleses llegarían al límite de sus fuerzas y pedirían la paz.

En el momento en que apareció el cansancio, la imaginación sedujo a los dirigentes; esa imaginación impidió escuchar las objeciones de los que, en París no creían en la eficacia del nuevo plan ofensivo, o de la que, en Berlín, discutían las afirmaciones categóricas de los técnicos militares y navales.

(1) Véase pág. 675.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la política exterior de los beligerantes.**—Además de Potemkine (citado anteriormente) vid. A. PINGAUD: *Histoire diplomatique de la France pendant la guerre*, París, 1935-1945, 3 volúmenes.

No siendo posible dar una lista de los testimonios, conviene recordar algunos de ellos: R. POINCARÉ: *Au service de la France. Neuf années de Souvenirs*. París, 11 vols., 1925 y sigs.—TH. VON BETTMANN-HOLLWEG: *Betrachtungen zum Weltkrieg*, Berlín, 1919-22, 2 volúmenes.—ED. GREY (Sir): *Twenty-five Years*. Londres, 1924. Las biografías de Wilson por R. S. BAKER: *Woodrow Wilson. Life and Letters*. Nueva York, 1931, 4 vols.; y de Briand, por G. SUAREZ, París, 1941-55, 5 vols., son interesantes.

**Sobre la intervención de Italia.**—C. GALLI: *Il Ministro di San Giuliano e la politica estera italiana all'inizio della prima guerra mondiale*, en la *N. Riv. Storica*, mayo 1955.—M. TOSCANO: *Il patto di Londra. Storia diplomatica dell'intervento italiano, 1914-1915*, Bolonia, 1934; y del mismo: *La Serbia e l'intervento in guerra dell'Italia*, Milán, 1939.—G. VOLPE: *Il popolo italiano tra la pace e la guerra, 1914-1915*, Milán, 1940.

**Sobre las cuestiones balcánicas.**—N. COSMIN: *L'Entente et la Grèce pendant la grande guerre*, París, 1926, 2 vols.—N. FRANGULIS: *La Grèce et la crise mondiale*, París, 1926, 2 vol.—G. JASCHKE: *Der Turanismus der Jungtürken, Zur osmanischen Aussenpolitik im Weltkrieg*, Leipzig, 1941.—C. MÜHLMANN: *Das deutsch-türkische Waffenbündnis im Weltkrieg*, Leipzig, 1940.—F. NOTOVIC: *Diplomaticeskaia borba v gody pervoj mirovoj voiny* (La lucha diplomática durante los primeros años de la guerra mundial), Moscú, 1947.

**Sobre la cuestión belga.**—H. PIRENE: *La Belgique et la guerre mondiale*. París, 1928.—J. WULLUS-RUDIGER: *La Belgique et la crise européenne*. Ville-neuve-Sur-Loir, 1944.—El general VAN OVERSTREATEN ha publicado los *Carnets de guerre d'Albert 1er*. Bruselas, 1923.

**Sobre la cuestión de Extremo Oriente.**—P. RENOUVIN: *La question d'Extrême-Orient, 1840-1940*, París, 3ª ed. 1953.—TH. LA FARGUE: *China and the world war*, Stanford Univ., 1937.—T. Y. LI: *Woodrow Wilson's China policy, 1913-1917*, Nueva York, 1952.—M. TOSCANO: *Guerra diplomatica in Estremo Oriente, I trattati della ventun domande*, Milán, 1950, 2 vols. (importante)

**Sobre los fines de guerra de los beligerantes.**—FR. CHARLES ROUX: *La paix des Empires centraux*, París, 1947.—H. W. GATZKE: *Germany's drive to the West. A study of Germany's western war aims during the first world war*, Baltimore, 1950.—H. N. HOWARD: *The partition of Turkey. A diplomatic history, 1919-23*, Norman 1931.—J. KERNER: *Russia, the Straits and Constantinople*, en *J. of Modern History*, 1929, págs. 400-415.—P. RENOUVIN: *Constantinople et les Détroits*, en *R. de Droit international*, 1930, páginas 578-591.—M. TOSCANO: *Gli accordi di San Giovanni di Moriena*, Milán, 1936.

**Sobre los neutrales.**—R. OLIVAR BERTRAND: *Repercusiones, en España, de la Primera Guerra Mundial*, en *Cuadernos de historia diplomática*, Tomo III, págs. 3-51. Zaragoza, 1956.—A. VANDENDORSCH: *Deutsch Foreign Policy since 1815. A Study of Small power politics*, La Haya, 1959.—RÜCHTI: *Geschichte der Schweiz während d. Weltkrieges*, Berna, 1928.

## CAPITULO III

## LA ENTRADA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA

En el momento en que los síntomas de la fatiga moral se agravaban en todos los países beligerantes; en el mismo momento en que la crisis interior de Rusia tomaba una cariz revolucionario y provocaba la caída del régimen zarista el 15 de marzo de 1917, las condiciones generales de la lucha se vieron modificadas por la entrada de Estados Unidos en la guerra. En enero de 1917, el presidente Wilson—reeligió algunas semanas antes, después de una campaña electoral que había realizado sobre la base del mantenimiento de la neutralidad americana—afirmó, en un mensaje al Senado, su deseo de ver finalizar la guerra europea con una *paz sin victoria*; había dicho a su confidente, el coronel House, que el pueblo americano no deseaba entrar en la guerra *a ningún precio*, y que la intervención de los Estados Unidos sería *un crimen contra la civilización*. Sin embargo, a principios de febrero de 1917 rompió sus relaciones diplomáticas con Alemania; a principios de abril pidió al Congreso que votase a favor de la declaración de guerra, que fue aprobada por la gran mayoría de los representantes y senadores y acogida con entusiasmo por la masa de la opinión pública. ¿Cuáles fueron las causas inmediatas y profundas de esta intervención? ¿Qué repercusión iba a tener, no solo en la guerra europea, sino también en las relaciones internacionales del mundo entero?

## I. LAS CAUSAS DE LA INTERVENCION

Es fácil describir el cambio repentino que se operó en los dirigentes y en la opinión pública de los Estados Unidos en febrero y marzo de 1917.

El 31 de enero de 1917, ocho días después de la declaración "neutralista" que había hecho ante el Senado, el presidente Wilson recibió una nota del Gobierno alemán, declarando *en situación de bloqueo* las costas de las Islas Británicas y de Francia y anunciando que, en el mar del Norte, canal de la Mancha, mar de Irlanda y Mediterráneo occidental, los *navíos neutrales navegarían por su cuenta y riesgo*. La guerra submarina iniciada en 1915, pero suspendida, de hecho, desde mayo de 1916, para no dañar los intereses americanos, iba a reanudar su actividad y a desarrollarse *sin restricciones*.

El presidente Wilson replicó con la ruptura de relaciones diplomáticas. Pero confiaba en que tal decisión bastaría para *devolver la razón a Alemania*; hizo saber a sus íntimos que "no dejará que la ruptura diplo-

mática lleve a la guerra, por pocas posibilidades que existan de evitarlo”: solo en el caso de que la amenaza alemana fuera seguida por *actos injustos y deliberados*, se decidiría a defender por medio de las armas la libertad de los mares. Según las apariencias, lo que quería, por tanto, era esperar que un barco americano fuese torpedeado por un submarino alemán, en tales condiciones, que quedara de manifiesto la responsabilidad de Alemania.

Sin embargo, Wilson se vio en seguida obligado a ir más allá de la simple presión diplomática y a adoptar una actitud de *neutralidad armada*. Las circunstancias económicas le impulsaron a ello: la primera reacción de los armadores americanos ante los riesgos que implicaba la proclamación de la guerra submarina a ultranza, fue interrumpir la navegación por las zonas bloqueadas; dicha decisión paralizó en gran parte las exportaciones destinadas a Francia y Gran Bretaña y provocó una *congestión económica* en los puertos americanos del Atlántico, atestados de mercancías que los navíos mercantes no cargaban ya. Para remediar esa situación y animar a los armadores para que reanudasen sus actividades apareció la necesidad de dotar a los barcos mercantes con medios de defensa contra el ataque de los submarinos. Lo que se planteaba, pues, era la cuestión del armamento de los barcos mercantes americanos. El 26 de febrero, el presidente anunció al Congreso la necesidad de tomar esa decisión. El 12 de marzo, una resolución presidencial permitía a la flota mercante llevar cañones.

De allí en adelante, un día u otro, podía entablarse un combate en el Atlántico entre uno de aquellos barcos armados y algún submarino alemán. Para evitar ese riesgo sería necesario que el Gobierno alemán ordenase no atacar a esos barcos. Pero eso sería renunciar a la guerra submarina. Posibilidad *inadmisibile*, dijo Guillermo II: “Si Wilson quiere la guerra, dejadle hacer y dejad que la tenga.” El 19 de marzo, el vapor *Vigilantia* fue hundido con su tripulación; el 20, el presidente se encontraba decidido a la intervención armada y convocó una sesión extraordinaria del Congreso, que votó por la declaración de guerra el 2 de abril.

Si nos atenemos a esos simples hechos, la evolución de Estados Unidos, desde la neutralidad a la intervención, fue directamente determinada por la estrategia alemana de guerra submarina a ultranza. El presidente Wilson fijó su línea de conducta desde que le fue notificada la declaración alemana; a pesar de ello, quiso facilitar al adversario la posibilidad de una retirada, por poco verosímil que esa retirada pudiera ser; pero cuando la amenaza alemana se convirtió en actos, Wilson fue consecuente consigo mismo. Esta es la interpretación que parece imponerse. ¿Es, sin embargo, suficiente? Esa interpretación deja de examinar las causas profundas que orientaban la acción del presidente. ¿Qué importancia es necesario asignar a las demandas de los intereses materiales y a las corrientes del espíritu público? Para intentar responder esa pregunta esencial, hace falta remontarse a una época bastante distante de la

crisis final: ¿cómo habían evolucionado los intereses y los sentimientos de la población de los Estados Unidos durante 1915 y 1916, y cómo practicó el Gobierno la neutralidad?

El papel de proveedor de Gran Bretaña y de Francia, desempeñado por Estados Unidos desde octubre de 1914, fue una fuente de gran prosperidad para los industriales, para los productores agrícolas y para el comercio de exportación (1). Ahora bien: la cuestión de las relaciones comerciales internacionales estaba relacionada con la de la libertad de los mares y con la de la financiación de las exportaciones, es decir: con la misma concepción de la neutralidad.

El bloqueo decidido por Gran Bretaña y Francia privó al comercio de exportación americano de los beneficios suplementarios que podría realizar si fuese el proveedor no solo de las potencias de la *Entente*, sino también de Alemania. La guerra submarina emprendida por Alemania a título de represalia lesionaba los intereses de los exportadores más directamente todavía y, sobre todo, ocasionaba, además de daños materiales, pérdidas de vidas humanas. En uno y otro caso, los Estados Unidos, campeón de los derechos de los neutrales, no adoptaron la misma actitud. Contra el bloqueo se limitaron a protestar mediante disertaciones jurídicas que el embajador británico recomendaba a su Gobierno no tomar *demasiado en serio*. Contra el torpedeo, cuando este alcanzó a vapores en los que había americanos—147 víctimas en el naufragio del *Lusitania*, en mayo de 1915—, la protesta adquirió una cariz amenazador, pero esas amenazas no pasaron de las palabras.

¿Fue imparcial la neutralidad de los Estados Unidos en la cuestión de la libertad de los mares? No, según el Gobierno alemán, puesto que la diplomacia americana se mostraba más severa hacia las potencias centrales que hacia Gran Bretaña y Francia. Pero al Gobierno americano le era fácil responder que se limitaba a adecuar su actitud a la misma gravedad de los daños sufridos. En realidad, Estados Unidos podría ejercer una presión más seria sobre Gran Bretaña y Francia, amenazándolas con embargar las exportaciones. Pero ese embargo podía privar a los productores y comerciantes americanos de los beneficios excepcionales que conseguían gracias a la guerra europea. El Gobierno de Washington, por ello, se guardó mucho de realizar ese embargo, mientras que exigía a Alemania que abandonase parcialmente la guerra submarina. De hecho, obtuvo satisfacción, pues la nota alemana de 4 de mayo de 1916 prometía que los submarinos no hundirían ningún barco mercante sin previo aviso y sin poner antes a salvo a tripulación y pasajeros.

Al decidir, el 31 de enero de 1917, la vuelta a la guerra submarina *sin restricciones*, el Gobierno alemán convirtió en *papel mojado* su pro-

(1) Véase capítulo II de este libro.

mesa. Era un atentado a los intereses americanos, sin duda; pero lo era más aún al prestigio de los Estados Unidos.

El problema de la financiación de las exportaciones trajo otras consecuencias no menos importantes. Para pagar sus compras, Gran Bretaña y Francia necesitaban la ayuda financiera de su proveedor. El Gobierno americano, al principio, en agosto de 1914, consideró que la concesión de créditos a los beligerantes sería incompatible con *un verdadero espíritu de neutralidad*. En octubre de 1914, sin embargo, abandonó tal doctrina, porque se dio cuenta de que si los europeos se veían obligados a pagar al contado, tendrían muy pronto que dejar de comprar (1). Las Bancas recibieron entonces, primero oficiosamente, oficialmente después, la autorización de abrir créditos a los Gobiernos extranjeros para el pago de deudas comerciales. El principal agente de esas transacciones fue la Banca Morgan: los pedidos franceses e ingleses se remitían, en una proporción del 85 por 100, a esa Banca, que los distribuía entre los productores y, al mismo tiempo, proporcionaba los créditos necesarios para el pago. Como contrapartida de esa apertura de créditos, los Gobiernos francés e inglés entregaban a la Banca, a título de garantía, valores americanos en poder hasta entonces de ciudadanos de esos Gobiernos. Ese método de financiación llegó a ser muy pronto insuficiente, porque a los Estados de la *Entente* les era cada vez más difícil proporcionar garantías. Por eso, el presidente Wilson autorizó, en octubre de 1915, la emisión de un empréstito francoinglés de 500 millones de dólares en el mercado americano.

Desde noviembre de 1914 hasta noviembre de 1916, los Estados de la *Entente* recibieron en total, en forma de crédito o como fruto de la suscripción del empréstito, 1.929 millones de dólares, mientras que Alemania recibió todo lo más 5 millones. Los alemanes dijeron que era otra "tergiversación" de la neutralidad. En realidad, esa ayuda financiera era simplemente la consecuencia de la situación económica: ¿cómo mantener el *boom* sin la concesión de créditos bancarios a los beligerantes y sin la autorización de emitir, en el mercado americano, empréstitos extranjeros? Se trataba de una *business necessity*, como decía la *First National Bank*.

La neutralidad no impidió, pues, a los Estados Unidos establecer de hecho relaciones financieras con una de las coaliciones beligerantes, ni proporcionar a los Estados de la *Entente* los recursos que permitían a éstos librarse de las dificultades económicas que conocía Alemania.

¿Estaban determinadas por una preferencia sentimental las ventajas concedidas a las potencias de la *Entente*?

Dicha preferencia se daba, sin duda, en gran parte de los intelectuales, en los políticos, sobre todo en Nueva Inglaterra y Nueva York, y en los medios de los hombres de negocios del Este, donde siempre fueron fre-

(1) Véanse págs. 668 y 669.

cientes los contactos con Europa. En esas regiones era también donde se hallaban concentradas las grandes organizaciones bancarias y comerciales. Los móviles de esa conducta consistirían en: parentesco angloamericano; conciencia de la solidaridad de hecho que unía al Viejo Mundo con el Nuevo; temor de una hegemonía alemana en el continente; desconfianza hacia el militarismo alemán; deseo de ver salvaguardados los principios políticos liberales y democráticos con que decían identificarse los Estados de Europa Occidental. La prevención que sentían esos medios hacia Alemania, que aumentó en agosto de 1914, por la violación de la neutralidad belga (1), se intensificó más aún en el verano de 1915, por los procedimientos de la guerra submarina y los atentados a las vidas de los neutrales. Pero de esa simpatía solo se beneficiaban Gran Bretaña y Francia, no la autocrática Rusia.

A esas tendencias se oponía la tenaz resistencia de ciertos grupos que sólo constituían una minoría numérica, pero que daban muestras de una fuerte cohesión moral: los germanoamericanos—cuatro millones, por lo menos—, que estaban establecidos, sobre todo, en la región de los Grandes Lagos; los irlandeses—más de cuatro millones—, que consideraban desastrosa una victoria de Gran Bretaña; los recientes emigrados procedentes de Europa oriental, polacos o judíos, víctimas del nacionalismo ruso y del régimen zarista, y, en fin, determinados grupos católicos.

Sin embargo, aunque la posibilidad de intervención de los Estados Unidos en la guerra europea contaba con activos partidarios, y con adversarios decididos, la gran masa de la población, tanto en el Centro como en el Sur y en el Oeste, mantenía, ante las *querellas europeas*, la desconfianza o la reserva que los fundadores de la Unión americana habían aconsejado. "No cabe duda—advertía el embajador de Gran Bretaña en abril de 1915—de que la gran mayoría del pueblo está profundamente desposa de no verse mezclada en la guerra europea." Y el coronel House escribía: "El noventa por ciento de los americanos se oponen a una intervención armada."

En los medios gubernamentales las tendencias no eran unánimes. El Secretario de Estado, Bryan, ardiente pacifista, profundamente convencido de que los Estados Unidos no debían participar en la guerra en ningún caso, dimitió en mayo de 1915. Lansing, que le sustituyó, favoreció la política de concesión de créditos, cuyo resultado fue establecer una colaboración, de hecho, con las potencias de la *Entente*; adoptó esta actitud porque respondía a los intereses inmediatos de la prosperidad económica. En su política económica exterior, el presidente cedió a las sugerencias de Lansing, es decir, al deseo de los productores y comerciantes. Seguía estando convencido de que los Estados Unidos, a pesar de esas ganancias materiales, debían desear el fin del conflicto; por eso, en dos ocasiones, envió a Europa al coronel House; Wilson esperaba que

(1) Véase pág. 668.

las conversaciones de House con los Gobiernos beligerantes pudieran ser el comienzo de una mediación americana. Pero ¿era imparcial el arbitraje que desaba? Al principio, sí, por lo que se puede saber del asunto. Por el contrario, en marzo de 1916, las sugerencias wilsonianas (*restauración* de Bélgica, devolución a Francia de Alsacia y Lorena, concesión a Rusia de una salida al mar libre) tenían en cuenta los objetivos de guerra de la *Entente*; y solo asignaba a Alemania ciertas ventajas territoriales fuera de Europa. Hay, pues, motivos para pensar que el presidente de los Estados Unidos iba sintiendo, personalmente, más simpatías por la causa de la *Entente*, conforme los resultados de la campaña de 1915 excluían, cada vez más, la posibilidad de una victoria rusa. Sin embargo, no perdía de vista el peligro que representaría una política de intervención para la nación americana. "Con una importante población alemana en el mismo corazón del pueblo americano—población cuya lealtad es dudosa—, la guerra sería un asunto serio", manifestó el antiguo secretario de Estado de Teodoro Roosevelt, Elihu Root, al embajador de Gran Bretaña.

En resumen: durante esos dos primeros años de la contienda europea, nada indicaba que los Estados Unidos, a pesar del papel esencial que desempeñaban en la guerra económica, pudiesen inclinarse a abandonar la neutralidad política. Pero la solidaridad de intereses materiales establecida con Gran Bretaña y Francia, ¿no sería susceptible de preparar ese abandono?

Fue en la segunda mitad de 1916 cuando esas contradicciones internas de la política americana se hicieron sensibles y cuando se manifestaron, también, fluctuaciones en la opinión pública y en la actitud de los dirigentes.

La política económica exterior parecía que iba a ser puesta en cuestión. Gran Bretaña dio pretexto para esa revisión cuando, en julio de 1916, prohibió a sus ciudadanos mantener relaciones comerciales con ochenta y cinco empresas americanas, sospechosas de abastecer a Alemania a través de los neutrales europeos. La publicación de esta *lista negra*, cuyo aparente objetivo era reforzar el bloqueo, ¿no estaba, en el fondo, destinada a estorbar las exportaciones americanas hacia ciertos mercados que Gran Bretaña quería reservarse para después de la guerra? La Prensa americana reclamó, como respuesta, una restricción de los suministros hechos a los ingleses, y el Congreso votó una ley que autorizaba al presidente a tomar esas represalias. Pero Wilson, aunque manifestase en privado que la actitud inglesa *iba a acabar con su paciencia*, renunció a utilizar esa ley, pues una medida de embargo sobre las exportaciones destinadas a Gran Bretaña ocasionaría grandes pérdidas a los industriales y provocaría la caída de los precios agrícolas. Sin embargo, semanas más tarde, el *Federal Reserve Board*, con el asentimiento del presidente, tomó una iniciativa que había de traer como consecuencia la restricción de esas exportaciones: mediante un comunicado publicado el 28 de no-

viembre de 1916, recomendaba a los Bancos que no invirtiesen sus fondos en Bonos del Tesoro emitidos por Estados extranjeros y que no abriesen créditos a esos Estados (es decir, a Gran Bretaña y a Francia) si no fuera sobre "garantías reales". En una palabra: era volver a la modalidad adoptada antes de octubre de 1915 y lanzar un ataque contra el crédito de la *Entente*. Esta advertencia tuvo el resultado inmediato de hacer cesar las suscripciones americanas de los empréstitos francés e inglés. Desde ese momento, Gran Bretaña y Francia iban a verse obligadas a efectuar envíos de oro para pagar sus pedidos; y era evidente que no podrían mantener durante mucho tiempo el ritmo de sus compras; así, Lloyd George decidió aplazar la conclusión de cualquier nuevo contrato con los Estados Unidos. Como dijo el embajador de Gran Bretaña en Washington, se trataba de *un rudo golpe*. Pero a los Gobiernos inglés y francés les preocupaba, más aún que las consecuencias financieras y económicas, la segunda intención política que parecía tener el presidente de los Estados Unidos: admitían la probabilidad de que Woodrow Wilson pensara proponer su mediación en el conflicto europeo y, merced a las medidas de presión económica y financiera, intentase obligar a las potencias occidentales a aceptar una paz de compromiso.

En realidad, los móviles de la decisión americana fueron tanto económicos como políticos. Por una parte, los miembros del *Federal Reserve Board* consideraban que el auge de las exportaciones americanas se hacía excesivo, pues provocaba aumento de precios en los Estados Unidos y, por consiguiente, malestar social. Por otra parte, la política de créditos internacionales, desde el momento en que esos créditos se concedían unilateralmente a las potencias de la *Entente*, estaban expuestas a serias objeciones: "Un acreedor corre el riesgo de ligarse a su deudor tan estrechamente, que no pueda separarse ya de él." Esos fueron los argumentos que se presentaron a Woodrow Wilson.

Al parecer, el presidente los atendió, con tanta más complacencia cuanto invitaba el estado de la opinión pública a reforzar la posición de neutralidad.

Con motivo de las elecciones presidenciales, el cuerpo electoral tuvo ocasión de pronunciarse sobre la política general de los Estados Unidos. No se podía contar con que una consulta de ese género fuera susceptible de indicar una orientación clara en política exterior, pues, la mayoría de las veces, son las cuestiones de política interior las que determinan el proceder del elector. Las elecciones del otoño de 1916, en las que Woodrow Wilson resultó reelegido, aunque por poca mayoría, no constituyen una excepción. Sin embargo, la insistencia con que el presidente saliente se pronunciaba a favor del mantenimiento de la neutralidad, en lo que le igualaba su contricante republicano, Hughes, resultaba significativa: el *slogan* adoptado por los dos bandos era el de mantener a Estados Unidos *fuera de la guerra*; evidentemente, porque respondía a los deseos del cuerpo electoral. La única diferencia importante



que existía entre las declaraciones de los candidatos se refería a las relaciones económicas con los beligerantes: Wilson hacía valer el hecho de que, sin tener que abandonar la neutralidad, había asegurado al país una prosperidad sin precedente, mediante su política económica exterior; Hughes reprochaba al presidente saliente el no haber defendido los derechos de los Estados Unidos frente a Gran Bretaña con la misma firmeza que frente a Alemania; pero se apresuró a decir que, si fuese elegido, él no prohibiría, ni mucho menos, la venta de material de guerra a los beligerantes—es decir: a Gran Bretaña y Francia. No se puede asegurar cuál de esas dos tesis eligió el cuerpo electoral. Incluso los americanos de origen germano dividieron sus votos, pues, aunque confiaban en Hughes, desconfiaban del ala izquierda del partido republicano, en la que dominaba la influencia del antiguo presidente Teodoro Roosevelt, partidario de la intervención. Los Estados industriales del Este, que desde 1915 se habían beneficiado ampliamente con la política económica de Wilson, votaron, sin embargo, contra él, porque no perdonaban al presidente el haber atenuado, en 1913, el proteccionismo aduanero. Pero los agricultores del Oeste, que habían obtenido grandes beneficios durante dos años, dieron sus votos a aquel cuya política se los había procurado. ¿Cómo deducir del análisis de esos resultados una indicación clara? La única comprobación cierta es el asentimiento otorgado por la mayoría del cuerpo electoral al mantenimiento de la neutralidad, que no excluía, por otro lado, las manifestaciones de *reprobación moral* con respecto a Alemania.

¿Es posible dejar de percibir la armonía que existía entre la voluntad *neutralista* y el *frenazo* dado por el Gobierno a las relaciones económicas y financieras con los beligerantes?

La importancia práctica de esa tendencia seguía siendo, sin embargo, precaria, pues, tanto entre los republicanos como entre los demócratas, se afirmaba la intención de proteger la seguridad de las comunicaciones marítimas, necesaria para el comercio de exportación. Esa seguridad estaba casi conseguida, desde que, en mayo de 1916, la guerra submarina alemana contra los neutrales fue prácticamente suspendida. Pero el Gobierno alemán se reservó la libertad de revisar esa decisión, si los Estados Unidos no imponían a Gran Bretaña la atenuación del bloqueo. Sin embargo, el bloqueo se agravó, sin que el Gobierno americano continuase su simulacro de represalia. Por eso Wilson, a pesar de adoptar en su campaña electoral la consigna *neutralista*, que el estado mayor de su partido había considerado indispensable, era, en el fondo, escéptico. "Yo no puedo mantener el país fuera de la guerra—dijo a uno de sus ministros—. Se habla de mí como si fuera un Dios. El último tinentillo alemán nos puede meter en la guerra, en cualquier momento, con un ultraje calculado." ¿Quiere esto decir que deseara esa guerra o, por lo menos, que se resignase ante ella? No es lícito pensar así, porque,

(1) Véase pág. 692.

apenas reelegido, Wilson preparó una *gestión de paz*. Y el fracaso de esa gestión, en diciembre de 1916, le confirmó en su neutralismo (1).

En ese momento fue cuando el Gobierno alemán, bajo la presión de los Estados Mayores, decidió reanudar la guerra submarina y reanudarla *a ultranza*. El presidente Wilson, a partir de entonces, estaba convencido de que se imponía la intervención. Si contemporizó durante dos meses más, fue, sobre todo, porque quería poder contar con el apoyo de la opinión pública que no estaba *madura*. ¿Por qué, y cómo, se sumó esa opinión pública a la idea de participar en la guerra?

Los intereses económicos y el sentimiento del honor nacional o del prestigio de los Estados Unidos convergían, en febrero de 1917, cuando los puertos estaban atestados de mercancías que ya no transportaban los barcos mercantes americanos (1) la *congestión económica* alcanzó rápidamente los centros de producción, al cesar los exportadores de *comprar* artículos alimenticios y materias primas; los agricultores del Oeste Medio y los plantadores de algodón del Sur sentían directamente en sus intereses materiales las consecuencias de la guerra submarina *a ultranza*. ¿A quién podían hacer responsable de ello, sino a Alemania? Indiferentes, hasta ese momento, ante las peripecias de la lucha entre las potencias europeas, esas poblaciones comprendían ahora que no era fácil permanecer *fuera de la guerra*. Y he aquí que, unos días más tarde, sobrevino el asunto del *telegrama Zimmermann*. El Servicio de Información inglés pudo captar y descifrar un mensaje dirigido por el secretario alemán de Estado en Asuntos Exteriores a su representante diplomático en Méjico: si los Estados Unidos entraran en la guerra, deberían ofrecer a Méjico la alianza alemana, haciéndole concebir la esperanza de que reconquistaría los territorios que se anexionó la Unión en 1848, y aconsejar al presidente mejicano que se pusiera en contacto con el Gobierno nipón. El telegrama fue comunicado al presidente Wilson, quien, el 1 de marzo, hizo que se publicase en la Prensa. ¿Alemania buscaba el concurso de Méjico, el país a donde los Estados Unidos—para proteger sus intereses económicos y financieros—habían enviado hacía un año un cuerpo expedicionario? (2). ¿Alemania pensaba encontrar apoyo en el Japón, el rival de los Estados Unidos en Extremo Oriente y en el Pacífico? ¿No probaba aquello que Alemania estaba dispuesta a emplear cualquier medio? El movimiento de indignación fue violento en las regiones de la costa del Pacífico y del golfo de Méjico, sobre todo; pero se exteriorizó en casi toda la Prensa.

De ese modo, en el espacio de quince días, las poblaciones hasta entonces más favorables al *neutralismo* se dieron cuenta del peligro alemán. El Gobierno se sintió con mayor libertad para preparar la intervención, que consideraba ahora inevitable.

(1) Véase pág. 696.

(2) Véase pág. 688.



Sin la decisión alemana de guerra submarina a ultranza, los Estados Unidos no hubieran entrado en la guerra, en la primavera de 1917: esa era, entonces, la convicción del mismo embajador alemán.

Los adversarios de la política de Wilson quisieron, después, impugnar esa convicción, oponiéndole la tesis que tendía a explicar la intervención de Estados Unidos por el juego de los intereses económicos y financieros americanos. El cambio de la opinión pública, en febrero y marzo de 1917, a favor de la intervención fue provocado, dicen, por una campaña de Prensa. Pero esa Prensa estaba en las manos de los grandes financieros.

Las Bancas—y, sobre todo, la Banca Morgan—que habían abierto créditos a Gran Bretaña y Francia o negociado los empréstitos francés e inglés, estaban profundamente comprometidas; se arriesgaban a sufrir un desastre en caso de derrota de la *Entente*; tenían, por tanto, interés evidente en volcar la opinión pública contra Alemania, en el momento en que el éxito de la guerra submarina amenazaba gravemente el abastecimiento de las Islas Británicas, y la acción militar de Rusia era entorpecida por las revueltas revolucionarias. El presidente Wilson, aunque personalmente fuera independiente de las influencias bancarias, sufrió indirectamente la presión de esos intereses; y cedió con bastante facilidad, porque sus simpatías personales le llevaban a apoyar a los Estados democráticos. ¿Qué valor se puede conceder a esta interpretación, que, fuertemente influida por el espíritu de la polémica política, se basaba en simples hipótesis? Si fuera exacta, resultaría difícil explicar por qué la Prensa del Centro y del Oeste se mantuvo reticente hasta el momento en que la congestión económica y la revelación del *telegrama Zimmermann* produjeron el cambio de su actitud.

Pero, si los intereses financieros parecen no haber desempeñado un papel preponderante, ¿ocurrió lo mismo con los intereses económicos? No cabe duda de que los Estados Unidos, por obra de las circunstancias, practicaron, en 1915 y 1916, una política unilateral en sus relaciones económicas exteriores, que, de hecho, beneficiaba solo a una de las coaliciones.

También es indiscutible que la Prensa alemana pretextó esa conducta para justificar la vuelta a la guerra submarina, a principios de 1917. ¿Se debe concluir, a pesar de todo, que la decisión alemana de guerra submarina a ultranza fuese la respuesta a esa política americana y que Alemania quisiera poner a los Estados Unidos ante la alternativa de elegir entre la verdadera neutralidad económica o la guerra? En las deliberaciones que los dirigentes alemanes llevaron a cabo antes de decidir la guerra submarina a ultranza, parece ser que nadie hizo alusión a semejante argumento.

El único objetivo fue paralizar el abastecimiento de Gran Bretaña y obtener, así, el *resultado decisivo* que las operaciones de guerra terrestre no permitían esperar.

## II. EL ALCANCE DE LA INTERVENCION

En su mensaje, del 2 de abril de 1917, al Congreso, el presidente Wilson anunció que los Estados Unidos intervendrían en la guerra *con todas sus fuerzas* ¿Era superflua esa declaración? Desde luego, no. En los medios oficiales americanos, los partidarios de la intervención habían considerado, a menudo, que la participación de la Unión en las hostilidades no tendría que extenderse a los campos de batalla de Europa: se limitaría a ampliar la asistencia económica y financiera de que se habían beneficiado ya las potencias de la *Entente* durante el período de neutralidad, por una parte; a contribuir con fuerzas navales y aéreas, por otra. Esa concepción restrictiva parecía tan fuera de duda, que el embajador de Francia en Washington la daba como segura. Por eso el Gobierno francés no dio muestras de ninguna impaciencia, en febrero y marzo de 1917, ante las dilaciones del Gobierno de Washington. Dado que casi no se podía contar con el papel activo de los Estados Unidos en las operaciones militares, cuyo peso principal descansaba sobre el ejército francés, las ventajas que podrían esperarse de la intervención americana parecían quedar reducidas a facilidades financieras y a cierto apoyo moral, ventajas muy apreciables sin duda, pero no suficientes para decidir la suerte de la guerra. Esas perspectivas cambiaron el 20 de marzo, diez días antes tan solo de la entrada en la guerra: el presidente Wilson, de acuerdo con el Gabinete, decidió que la participación en el conflicto europeo sería efectiva en todos los sentidos, y que la Unión americana pusiera en pie de guerra un gran ejército.

¿Cómo medir el alcance práctico, aparte del beneficio moral, de esta intervención de los Estados Unidos para el destino de la guerra europea?

El beneficio inmediato—que era importante—consistía en hacer fracasar la guerra submarina alemana. En abril de 1917, los submarinos hundieron, con torpedos o cañones, 874.000 toneladas de barcos mercantes, comprendidas las naves neutrales al servicio del abastecimiento inglés; ese resultado sobrepasaba, aproximadamente en un 30 por 100, las previsiones del Estado Mayor de las fuerzas navales alemanas; a tal ritmo, Gran Bretaña corría el riesgo de verse forzada a capitular *antes de seis meses*, tanto más cuanto los armadores neutrales—suecos, daneses u holandeses—, ante la gravedad de los riesgos, preferían retener sus navíos en los puertos. En Londres, el primer lord del Almirantazgo, almirante Jellicoe, no disimulaba su angustia al Gabinete ni al Comandante de las fuerzas navales americanas. Pero la entrada en guerra de los Estados Unidos hizo fallar todos los cálculos alemanes, porque el tonelaje mercante disponible para el abastecimiento de las Islas Británicas aumentó en proporciones importantes. La flota comercial americana estaba ahora, enteramente, a disposición de los organismos de transporte interaliados. “La mayoría de los Estados de la América Latina, que, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, entraron en la guerra, in-

cluso aquellos que no tenían intención de tomar parte en ella, confiscaron los barcos mercantes alemanes que se encontraban, desde 1914, refugiados en sus puertos, y los pusieron al servicio de la *Entente* o de los Estados Unidos. Los Estados neutrales europeos, por último, recibieron la advertencia de que, en tanto sus barcos rehusasen navegar, se verían privados de mercancías americanas. Es verdad que el fracaso de la guerra submarina obedeció también a otras causas de orden técnico y táctico; pero la posibilidad de una *capitulación inglesa* quedaba excluida de raíz, desde el momento en que se contaba con tal aumento de tonelaje disponible.

La *Entente* obtuvo también, en breve plazo, otras ventajas considerables, desde el punto de vista económico y financiero. La eficacia del bloqueo se incrementó grandemente, porque la participación de los Estados Unidos en la guerra permitió cerrar las fisuras del sistema, gracias a la rigurosa vigilancia que podía ahora ejercerse sobre los neutrales europeos. La angustia financiera que experimentaban sin cesar los Gobiernos inglés, francés e italiano, cuando buscaban los medios de pagar las compras efectuadas en los Estados Unidos, desaparecieron, porque el Tesoro americano recibió del Congreso la autorización de conceder anticipos, de Estado a Estado, hasta una suma de diez mil millones de dólares.

Las perspectivas militares eran a más largo plazo; no por ello dejaron de tener alcance decisivo. El servicio militar obligatorio, establecido por la Ley del 18 de mayo de 1917, iba a proporcionar reservas de efectivos superiores a los de todos los demás beligerantes juntos, exceptuada Rusia. Era indudable que el gran ejército americano, que fue necesario formar partiendo de cero, no podría entrar en combate antes de la primavera de 1918. Pero, a partir de ese momento, el equilibrio de fuerzas militares se desplazaría rápidamente a favor de las potencias de la *Entente*: los americanos podrían disponer de un millón de soldados en 1918; de dos millones en 1919; y estas tropas recibirían de la industria, con toda seguridad, los recursos necesarios por lo que se refiere al material. ¿Cómo dudar del resultado?

Las potencias centrales se encontraron, por tanto, ante una alternativa, al día siguiente de la ruptura de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y la intervención americana. Podían, por un lado, intentar concluir una paz general, que sería una paz de compromiso, antes de la aparición del ejército americano en los campos de batalla; de ese modo, responderían al deseo de gran parte de la opinión pública que, en todos los Estados beligerantes, daba señales de cansancio (1) y comenzaba a prestar oído a la propaganda del socialismo internacional. O, por el contrario, intentar obtener una victoria decisiva antes de la en-

(1) Véanse págs. 690-693.

trada en combate de las tropas americanas. Pero ¿cómo alcanzar ese resultado militar que, hasta aquel momento, no se había conseguido?

La crisis interior de Rusia fue la que hizo concebir nuevas esperanzas. El Gobierno provisional formado el 17 de marzo, después de la abdicación del zar, declaró claramente, mediante una circular del ministro de Asuntos Extranjeros, Miliukoff, su deseo de continuar la lucha *hasta el fin, sin vacilar*, dentro del marco de los objetivos de guerra fijados en los acuerdos interaliados. Pero aquel Gobierno, aunque apoyado por la burguesía liberal, fue combatido por los socialistas, bolcheviques y no bolcheviques, partidarios todos de una paz sin anexiones; y tales tendencias de los socialistas concordaban con el profundo sentimiento de las masas campesinas, dispuestas a *olvidar la guerra* y preocupadas únicamente por la reforma agraria de la que la desaparición del régimen zarista parecía ser el prelude. El ejército ruso estaba desorganizado y expuesto a la *disolución*. He ahí la única posibilidad en el horizonte militar capaz de atenuar para Alemania y Austria-Hungría la amenaza que significaba la intervención de los Estados Unidos. Por eso el Gobierno alemán dio a Lenin todas las facilidades para trasladarse desde Suiza a Rusia, a través del territorio alemán, para que fuese a ponerse a la cabeza del movimiento pacifista: fue Lenin quien, el 4 de mayo de 1917, lanzó un llamamiento al pueblo e intentó derribar al Gobierno provisional; no lo consiguió; pero obtuvo la dimisión de Miliukoff y su sustitución por un partidario de la paz *sin anexiones*, Teretschenko. No cabe duda de que el nuevo ministro afirmó que deseaba una paz general y rechazaba toda idea de paz por separado; tampoco hay duda de que creía que la perspectiva de una paz *democrática* podía provocar una conmoción nacional. La fidelidad de Rusia a sus compromisos de alianza quedaba, sin embargo, comprometida, pues el Gobierno reconocía que estaba paralizado por la inercia del espíritu público.

Paz general, o paz por separado entre las potencias centrales y Rusia, tales eran, en el fondo, los objetivos de las gestiones que se multiplicaron y entrelazaron durante la primavera y el verano de 1917. ¿Es posible percibir, examinando detalladamente los sondeos y las maniobras, el sentido de las iniciativas esenciales en ese dédalo de tentativas, destinadas con frecuencia tan solo a tantear el estado de ánimo del enemigo y a calibrar su voluntad de resistencia, o a arrojar el germen de la desconfianza en el seno de la coalición adversaria?

Era lógico que el Gobierno austro-húngaro fuese el primero en desear la paz, ya que, en caso de ser derrotada la Doble Monarquía, correría el riesgo de desgajarse, a causa del movimiento de las nacionalidades. El emperador Carlos, que había sucedido, en noviembre de 1916, a su tío, Francisco José, consideró que la intervención de los Estados Unidos aseguraría la victoria de la *Entente*. Deseaba, por tanto, una paz rápida. ¿Qué bases se ofrecían para esa paz? La oferta que formuló el emperador por escrito, el 24 de marzo de 1917 (es decir, en el momento en que se tenía la certeza de la intervención de los Estados Unidos en la

guerra), y que fue transmitida a París por su cuñado, Sixto de Borbón-Parma, constituía una iniciativa personal. El emperador, sin conocimiento de sus ministros, propuso, no solo la vuelta al *statu quo ante*, sino también la concesión a Serbia de una salida al Adriático y la devolución a Francia de Alsacia y Lorena. Se comprometía, si se aceptase la oferta, a apoyar *por todos los medios* dichas soluciones ante sus aliados. Era, pues, una paz general la que proponía, pero una paz en la que se esforzaría por ejercer una gran influencia sobre Alemania y Bulgaria, con el fin de obtener su decisión favorable.

Sin embargo, cuando, después del primer contacto, Carlos I reiteró su ofrecimiento de conversaciones, el 8 de mayo (y esta vez con el concurso de su ministro de Asuntos Extranjeros), los términos fueron mucho más vagos: la nota austrohúngara admitía la posibilidad de un intercambio de territorios con Italia (cuando la carta imperial no mencionaba para nada la cuestión italiana), pero no repetía expresamente los ofrecimientos anteriores. ¿Por qué? Es evidente que porque, en el intervalo, el Gobierno austrohúngaro había podido convencerse de que la política alemana rechazaba en absoluto la idea de abandonar Alsacia y Lorena: Bethmann-Hollweg indicaba, el 27 de marzo, que tenía la intención de devolver a Francia, todo lo más, una parte del Suroeste de Alsacia, ¡a condición de recibir, a cambio, las minas de hierro de Briey!

¿No estaba decidido el emperador Carlos a pasar por encima de la resistencia alemana? Así parece indicarlo el hecho de que reanudase sus conversaciones con Francia y Gran Bretaña. Eso es lo que afirmaba el príncipe Sixto en París y en Londres, en su deseo de que las negociaciones condujeran a algún resultado; llegó, inclusive, a solicitar los textos: la traducción francesa de la nota austrohúngara, que leyó al presidente de la República, sin dejar en las manos de este original alguno, contenía un pasaje que hacía alusión a una posible "paz por separado" entre Austria-Hungría, Francia y Gran Bretaña; pero ese pasaje es una aportación del príncipe. Ciertamente que los Gobiernos francés e inglés, cuando decidieron no responder al ofrecimiento austrohúngaro, ignoraban ese subterfugio; pero habían podido comprobar que las condiciones que indicaba el Emperador no hacían ninguna alusión a Rusia ni a Rumania. Ahora bien; según la opinión del emperador Carlos, era en territorios rusos y rumanos donde Austria-Hungría y Alemania podrían encontrar la compensación a las concesiones que hicieran en otras partes. ¿Cómo tomar en serio, pues, este ofrecimiento austro-húngaro? ¿Cómo creer que la paz hubiera sido posible si Francia y Gran Bretaña hubiesen confiado en el emperador? El equívoco fundamental se hubiera puesto de manifiesto en cuanto se hubiesen iniciado las negociaciones.

El Gobierno alemán, a pesar de que se negaba a tomar en consideración las preocupaciones austrohúngaras, no descartaba, sin embargo, la posibilidad de una negociación de paz. El 23 de abril de 1917, el can-

ciller se puso de acuerdo para ello con el Estado Mayor. Por lo que respecta a Alsacia y Lorena, el canciller confirmó el proyecto que había sugerido en sus conversaciones con Czernin, es decir, un intercambio entre la región de Thann-Altkirch y la de Briey. Se negaba a devolver una verdadera independencia a Bélgica, que tendría que admitir la imposición de una alianza *política y económica* con el Imperio alemán, así como una intervención militar, asegurada por la presencia de sus guarniciones de Lieja y Zeebrugge. Esperaba imponer a Rusia el abandono de Curlandia, Lituania y Polonia, a cambio de conceder una pequeña compensación en territorio rumano. Por consiguiente, al otro día de la intervención de los Estados Unidos en la guerra, el Gobierno y el Estado Mayor alemán seguían siendo *expansionistas*. En la Conferencia de Kreuznach, los alemanes impusieron sus puntos de vista al Gobierno austrohúngaro. Ciertamente que, el 19 de julio, la mayoría del Reichstag—compuesta por la socialdemocracia y los centristas católicos—declaró "desear una paz de reconciliación duradera entre los pueblos" y condenó "las conquistas territoriales obtenidas por la fuerza". Pero el Canciller y los jefes militares no tenían en cuenta esos deseos. Es preciso estudiar la actitud de la diplomacia alemana, durante el verano de 1917, a la luz del programa de estos últimos.

Cuando el barón de Lancken intentó conseguir, en junio, una entrevista, en Suiza, con Aristides Briand, que no era entonces miembro del Gobierno, el diplomático alemán estaba autorizado por su Gobierno para ofrecer *el ángulo suroeste de Alsacia* y quizá también *algunos núcleos de lengua francesa en Lorena*; por su parte, Briand, al aceptar la proyectada entrevista, creyó poder obtener la devolución de Alsacia y Lorena. En el momento de ponerse en contacto, los dos interlocutores habrían comprobado sus mutuas ilusiones. El presidente del Consejo francés, Alexandre Ribot, hizo fracasar el proyecto de entrevista, porque temía dar sensación de desaliento al aceptar las conversaciones. Pero no era posible hablar, en este caso, de una *ocasión desperdiciada*: la negativa de Ribot no hizo más que ahorrar a Briand una decepción.

Cuando el conde Czernin, por medio del diputado católico alemán Erzberger, pidió al papa Benedicto XV que tomase la iniciativa de enviar un llamamiento a los beligerantes, la Santa Sede publicó una nota el 9 de agosto de 1917 en la que proponía la restauración de la independencia belga y sugería solucionar la cuestión de Alsacia y Lorena y la del irredentismo italiano mediante "compromisos razonables", pero no mencionaba las cuestiones de Europa oriental. Esta vez la posibilidad parecía más seria. Gran Bretaña, sin hacer la menor alusión a las reivindicaciones francesas o italianas, dio a entender claramente que el problema belga constituía para ella la condición esencial en cualquier negociación de paz. El Gobierno alemán no subestimó la importancia del ofrecimiento. Si prometía devolver a Bélgica su plena independencia, podía esperar que se abriese el camino para las negociaciones de paz, a las que Francia e Italia se verían obligadas a incorporarse, bajo la amenaza

de una defección inglesa. Por eso el ministro de Asuntos Extranjeros, Richard von Kühlmann, estaba dispuesto a renunciar, obligado por las circunstancias, a Bélgica. Pero el 11 de septiembre de 1917, en el Consejo de la Corona reunido en el castillo de Bellevue, los Estados Mayores se opusieron a ese abandono: era necesario, por lo menos, que Alemania pudiese conservar *el control sobre Lieja y la costa flamenca*. Al emperador correspondía arbitrar la diferencia y, al hacerlo, renunció a la costa flamenca, pero deseaba mantener el derecho a ocupar Lieja: no admitía, pues, la restauración de la independencia belga. La nota de la Santa Sede quedó sin respuesta. En resumen: a pesar de la amenaza que resultaba de la intervención americana, el Gobierno alemán no consentía en abandonar sus objetivos de guerra en el Oeste: en Bélgica quería conservar una influencia dominante y deseaba obtener el mineral de hierro lorenés.

Por lo que respectaba a Rusia, nunca se había hecho alusión a ella en las *gestiones de paz* emprendidas por las potencias centrales con Francia o Gran Bretaña; pero en las conversaciones austroalemanas esta cuestión saltó al primer plano en cuanto los *mencheviques* rusos propusieron la reunión de una Conferencia socialista internacional en Estocolmo, dando así nuevo brillo a las ideas pacifistas. A principios de junio, un diputado socialista suizo, Grimm, quedó encargado de dar a conocer al Gobierno provisional ruso las reivindicaciones territoriales de las potencias centrales: Polonia, Curlandia y Lituania. No consiguió obtener ninguna negociación; pero adquirió la convicción de que la paz era indispensable para Rusia, "desde el punto de vista político, militar y económico". Czernin dijo a sus interlocutores alemanes: ¿no cabía pensar que el Gobierno provisional aceptase entablar negociaciones si las potencias centrales atenuaban sus exigencias? La perspectiva de una paz por separado con Rusia constituía, por tanto, el centro de las preocupaciones austroalemanas durante el verano de 1917. Esta esperanza explica el estado de ánimo de los medios dirigentes de Alemania: ¿por qué hacer sacrificios en el Oeste, si se da por descontada la defección de Rusia?

A causa de la revolución rusa, la intervención americana no obtuvo, pues, todos los resultados políticos que hubiera podido conseguir.

Pero para apreciar la importancia de esa intervención es preciso no limitarse a mirar solo Europa. La participación de los Estados Unidos en la guerra europea hizo que tomasen un nuevo aspecto los asuntos de Extremo Oriente.

En 1915 la diplomacia de los Estados Unidos había manifestado su oposición a la política japonesa en China: en enero de 1917, en el mismo momento en que Francia y Gran Bretaña se resignaron a hacer promesas al Gobierno nipón (1), el Gobierno americano declaró que no reco-

(1) Véanse págs. 684 y 685.

noía los *intereses especiales* del Japón en Shantung, pero no fue más allá de esa manifestación de intenciones. Pero la decisión de participar en la guerra europea iba a llevar a los Estados Unidos a desarrollar sus fuerzas navales y a crear un ejército que le proporcionarían, una vez terminado el conflicto, medios de acción para el Pacífico y Extremo Oriente; iban a asegurar al Gobierno americano un papel importante, y quizá predominante, en la Conferencia de la Paz, donde se discutiría la suerte de los territorios e intereses alemanes en China. No era, por tanto, nada sorprendente que la política americana en Asia Oriental se hiciera más firme. Esa actividad diplomática ofrecía dos aspectos complementarios: el esfuerzo por consolidar la posición internacional de China; el intento de frenar al Japón y limitar sus ambiciones.

El Gobierno chino cedió, en mayo de 1915, a las exigencias niponas porque se había quedado solo ante el Japón. El medio diplomático más eficaz para corregir esa situación ¿no consistía en conceder a China el derecho a sentarse en la Conferencia de la Paz, donde las diferencias chinojaponesas se sometieran al arbitraje de las grandes potencias? Para conseguir ese resultado bastaba con que China se convirtiese en beligerante contra Alemania—por lo menos nominalmente, como lo era el mismo Japón—. El primer objetivo de la política americana fue, pues, la intervención de la República China en la guerra. Hacía falta persuadir al Gobierno chino, en el que el presidente de la República, Li-Yuan-hong, y el primer ministro, Tuan-Chi-jui, se encontraban en desacuerdo fundamental, tanto sobre esta cuestión como sobre muchas otras. Tuan, que estaba confabulado con los generales gobernadores de las provincias del Norte de China, deseaba entrar en la guerra, porque pensaba encontrar la ocasión de desarrollar las fuerzas armadas con ayuda de créditos americanos, asegurando así a los jefes militares vara alta en la vida política. Li se pronunció por la neutralidad precisamente para frustrar esos cálculos; y era apoyado por la mayoría del Parlamento, de la Prensa y de las Cámaras de Comercio. En resumen: el problema de la posible intervención estaba dominado por cuestiones de política interna china, es decir, por el conflicto entre las concepciones liberales de la Joven China y las tradiciones autocráticas de los militares.

El asunto se resolvió por un golpe de Estado. Tuan, cuya política era condenada por el Poder Legislativo, provocó una sedición de generales, obligó al presidente de la República a disolver el Parlamento y se instaló, como amo, en Pekín. El 14 de agosto de 1917 el Gobierno chino declaró la guerra a Alemania. Pero la diplomacia americana, aunque el desenlace estuviera de acuerdo con su política general, no tenía motivo para sentirse satisfecha, porque el resultado inmediato era la amenaza de secesión: en Cantón, Sun Yat-sen, *padre* de la revolución china de 1911, formó un Gobierno frente al de Pekín. China se vio envuelta en una nueva guerra civil; el Gobierno de Tuan buscó el apoyo financiero de los japoneses. La esperanza de consolidar a China era, ante lo ocurrido, más remota que nunca.

El Gobierno japonés se aprovechó de las circunstancias; intentó neutralizar la oposición de Estados Unidos y obtener seguridades, que podría utilizar en la Conferencia de la Paz y que no dejaría de emplear antes de esa Conferencia para intimidar al Gobierno chino. Ese ofrecimiento de negociaciones fue aceptado por el Gobierno americano, porque deseaba evitar que surgiese dificultades en Extremo Oriente en tanto que la guerra en Europa se prolongase. Tanto de un lado como otro las negociaciones solo se abordaron como expediente temporal. El mediocre resultado de ellas quedó registrado, el 2 de noviembre de 1917, en el Acuerdo de Lansing-Ishii: el Gobierno nipón prometía respetar la independencia y la integridad territorial de China, así como las ventajas comerciales concedidas a las potencias por los tratados; pero consiguió que los Estados Unidos reconociesen los "intereses especiales" a que podía aspirar en China, "particularmente en la parte contigua a sus posesiones". Se trata de un bonito ejemplo de acuerdo diplomático, con términos deliberadamente vagos que autorizan las interpretaciones más divergentes, al día siguiente de su firma incluso. Era simplemente un aplazamiento de la disputa nipoamericana por los asuntos chinos.

¿No hay que llegar a la conclusión, sin embargo, de que los Estados Unidos habían manifestado claramente su voluntad de contener las ambiciones japonesas? La intervención de los Estados Unidos en la guerra contra Alemania marcó una fecha de su política asiática, aunque durante cierto tiempo esa política quedase subordinada a las necesidades de la participación americana en las hostilidades de Europa.

\* \* \*

El Gobierno de los Estados Unidos pensaba desempeñar esa nueva misión que le ha correspondido en las relaciones internacionales sin comprometerse por escrito con las potencias de la *Entente*, que no son sus aliadas, sino sus *asociadas*. Aunque, en abril de 1917, recibió informaciones generales acerca de los objetivos de guerra ingleses y franceses conservó a este respecto libertad de acción. No se adhirió al Pacto del 5 de septiembre de 1914, es decir, se reservó el derecho a retirarse de la lucha cuando quisiera. Los instrumentos de presión con que contaba eran, por tanto, temibles. Ahora bien: las únicas ideas que consideraban dignas de tener en cuenta son muy diferentes de las que prevalecían en Francia incluso en Gran Bretaña: el presidente Wilson deseaba una paz que concediese a las *minorías nacionales* de Europa y Próximo Oriente mejores condiciones de existencia, sin que estas mejoras implicaran, necesariamente, la independencia; deseaba una paz que destruyera el "militarismo alemán" y a la *banda militar* prusiana; pero no quería aplastar, ni desde el punto de vista político ni desde el económico, a esa Alemania donde el movimiento *liberal* triunfaría en cuanto fuera seguro el fracaso de los militares; esperaba que esa paz sería duradera, gracias a una nueva organización de las relaciones internacionales. Wilson no abrigaba la

intención de obligar a sus *asociados* a que compartiesen sus opiniones personales mediante presión diplomática, en tanto que duraran las hostilidades, porque no quería suscitar desacuerdos. Pero contaba decididamente con que, una vez terminada la guerra, podría *imponer* su concepción.

Para influir sobre la opinión pública del mundo entero, para conmover la moral del adversario y también para debilitar la resistencia de los *nacionalistas* franceses e ingleses, Wilson, sin esperar el fin de la guerra, definió su programa de paz en el Mensaje del 8 de enero de 1918. En sus *Catorce puntos*, los principios generales—condenación de la *diplo-macia secreta*, atenuación de las *barreras económicas*, reducción de armamentos—estaban formulados en términos lo suficientemente vagos, o suficientemente reticentes, para no causar molestias. Pero había tres ideas esenciales: la intención de asegurar la absoluta libertad de la navegación marítima; el deseo de resolver los litigios territoriales sobre la base del principio de las nacionalidades, desde Alsacia y Lorena hasta Polonia, desde el Adriático y Macedonia hasta el Imperio otomano; el establecimiento de una Sociedad de Naciones que diese a todos los Estados, grandes o pequeños, *garantías mutuas de independencia política e integridad territorial*. El Mensaje estaba redactado, a pesar de ello, con la intención de moderar algunas impacencias, evitando, por ejemplo, prometer la independencia a las nacionalidades de Austria-Hungría, de las que solo se decía que debían esperar *el mayor grado de desarrollo autónomo*, porque el Presidente conservaba todavía la esperanza de obligar al emperador Carlos a una paz por separado. Pero ese oportunismo no le hacía ser indulgente cuando se trataba de adoptar una postura frente a las intenciones de sus "asociados": a principios de febrero de 1918, recordó expresamente a los Gobiernos francés e inglés que no se consideraba obligado a *suscribir los objetivos de guerra de los aliados*.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre la práctica de la neutralidad.**—El informe de la comisión de encuesta senatorial, presidida por G. NYE: *Report of the Special Committee on investigation of the Munitions industry*, Washington, 1935-1936, 7 volúmenes, es esencial. Los *Lansing Papers*, Washington, 1939-1942, 2 volúmenes contienen también datos de primordial importancia.—Th. BAILEY: *The policy of the U. S. toward the neutrals, 1917-1918*, Stanford Univ., 1942.—A. M. MORRISSEY: *The American defence of neutral rights, 1914-1917*, Cambridge (U. S. A.) 1939.—N. ORVIK: *The Decline of neutrality, 1914-1921*, Oslo, 1953.—S. SAVAAGE:

*Policy of the U. S. toward maritime commerce in War*, Washington, 1936, 2 vols.—W. C. WILLIAMS: *William J. Bryan*, Nueva York, 1936.—GEORGE (A. y J.): *Woodrow Wilson and Colonel House. A personality Study*, Nueva York, 1936.

**Sobre la entrada en guerra.**—W. MILLIS: *Road to war*, Londres, 1935. H. NOTTER: *The origins of the foreign policy of Woodrow Wilson*, Baltimore, 1937.—J. PAXSON: *American Democracy and the World War*; tomo I: *1913-1917*, Boston, 1936.—CH. SEYMOUR: *American diplomacy and the world war*, Baltimore, 1934.—S. S.

SPENCER: *Decision for war, 1917. The "Laconia" Sinking and the Zimmermann Telegramm as key factors in the public reaction against Germany*, Rindge, 1953.—Ch. C. TANSILL: *America goes to war*, Boston, 1938. B. TUCHMAN: *The Zimmermann Telegramm*, Londres, 1959.—C. WITKE: *German Americans and the World War*, Ohio Univ., 1936.

**Sobre las tentativas de paz en Europa.**—Ed. BÉNES: *Souvenirs de guerre et de révolution*, París, 1925, 2 volúmenes.—M. BRIGGS: *George D. Herron and the European Settlement*, Stanford, 1932.—Fr. CHARLES-ROUX: *La Paix des Empires centraux*, París, 1947.—K. EPSTEIN: *The development of German-Austrian War Aims in the Spring of 1917*, en *J. of Central European Affairs*, abril, 1957, págs. 24 a 48.—R. FESTER: *Die Politik des Kai-*

*sers Karls in die Wendepunkt des Weltkrieges*, Munich, 1925.—D. GWYNN: *The Vatican and war in Europe*, Londres, 1941. I. LOISEAU: *Une mission diplomatique près le Saint-Siège, 1914-1919*, en *R. Deux Mondes*, 1 de mayo de 1956, págs. 54 a 73.—F. MEINECKE: *Kühlmann und die päpstliche Friedensaktion*, Berlín, 1928.—PRÍNCIPE SIXTO DE BORBÓN-PARMA: *L'offre de paix séparée de l'Autriche-Hongrie*, París, 1920.—J. A. WULLUS-RÜDIGER: *La Belgique et la crise européenne, 1914-44*, Villeneuve-sur-Lot, 1944, 2 volúmenes.—J. PAASIVIRTA: *Suomen itsenäisyyskysymys, 1917*. (El problema de la independencia de Finlandia en 1917). Helsinki, 1947.—V. MAMATEY: *The U. S. and East Central Europe, 1914-1918*, Princeton, 1957.—L. MARTIN: *Peace without Victory. Woodrow Wilson and the British Liberals*. Nueva Haven, 1958, 230 p.

## CAPITULO IV

### LOS DERRUMBAMIENTOS

En contraste con el verano de 1917—cuando la posibilidad de las negociaciones de paz fue considerada, e incluso discutida, ante los titubeos de la opinión pública y las manifestaciones de perturbación social, y cuando los Gobiernos de los Estados beligerantes en Europa parecían, más o menos sinceramente, dispuestos a acoger esos intentos favorablemente—, en el otoño, en cambio, esa *fluctuación de los espíritus* desapareció por lo que respectaba a los dirigentes alemanes y austrohúngaros. Los Gobiernos de las potencias centrales afirmaron de nuevo su voluntad de proseguir la guerra hasta la victoria y desmintieron los compromisos proyectados. El 9 de octubre, Kühlmann, que dos meses antes partidario de una paz negociada, declaró en Berlín que Alemania no haría *jamás* la menor concesión referente a Alsacia y Lorena; en Viena, Czernin, en contra de la opinión personal del emperador Carlos, afirmó la solidaridad de Austria-Hungría en esa cuestión. Los medios parlamentarios tendían a dejar desarrollarse esas iniciativas gubernamentales sin debilitarlas mediante sus críticas.

¿A qué se debía esa renovación de la dureza, por lo menos de la dureza aparente? El fracaso de las anteriores gestiones de paz no basta para explicarla. Hay que buscar la causa directa en la situación, cada vez más precaria, del Gobierno provisional ruso y en la disgregación de las fuerzas armadas de ese Gobierno. Las potencias centrales podían ahora confiar en disociar la coalición adversaria.

Para conseguir su objetivo no tuvieron que esforzarse nada, pues llegó por sí solo: Lenin, en cuanto se adueñó del poder en noviembre de 1917, anunció que iba a concluir la paz; cuatro meses más tarde, la defección rusa estaba conseguida. Las potencias centrales pudieron ahora dar por descontado que conseguirían la victoria militar en Francia antes de la llegada a los frentes de las tropas americanas. A pesar de ello, fracasaron cuando intentaron obtener, en la primavera de 1918, la *decisión* final. En el mismo momento en que la cuarta ofensiva alemana era desbaratada por el ejército francés en Champagne, 27 divisiones americanas se disponían a entrar en fuego. A partir de entonces, el equilibrio de las fuerzas militares se rompió en favor de los Aliados y asociados, cuyo margen de superioridad iba a crecer además de mes en mes: los ejércitos alemanes no podían ya alcanzar la victoria. En quince días, la realización de los planes de ofensiva, establecidos por Foch el 24 de julio de 1918, fue suficiente para que los dirigentes de las potencias centrales sintieran la inminencia de la derrota.



El 8 de agosto, después de la batalla de Montdidier, Ludendorff consideró perdida la guerra. "Comprendo—dijo Guillermo II el 10 de agosto—que es necesario hacer balance. Hemos llegado al límite de nuestras fuerzas. La guerra debe terminar." Al prolongar la lucha durante tres meses aún, los Gobiernos de Viena y Berlín solo esperaban cansar al adversario y obtener una paz negociada. Pero fue vano su esfuerzo.

Solo las peripecias militares eran, por tanto, decisivas. No obstante, es necesario analizar qué influencia tuvieron en esa serie de derrumbamientos—defección de Rusia, armisticio austrohúngaro y, en fin, armisticio alemán—las condiciones económicas y sociales, los cálculos políticos, los desfallecimientos morales y los errores individuales.

### I. LA PAZ POR SEPARADO DE RUSIA

El problema de la continuación de la guerra por Rusia quedó planteado, realmente, desde que, el 4 de mayo de 1917, la política de fidelidad a los *objetivos de guerra*, preconizada por el ministro de Asuntos Extranjeros del Gobierno provisional, fue combatida por el Soviet de Petrogrado.

La gran mayoría de la opinión pública se adhirió a la consigna de paz lanzada por Lenin y los socialistas bolcheviques: paz *sin anexiones ni indemnizaciones de guerra*, pero, sobre todo, paz inmediata, que sería el prefacio necesario para una reconstrucción política y social. Los dirigentes bolcheviques estaban decididos a hacer esa paz por separado, si los aliados de Rusia no querían secundarles.

El ejército estaba desorganizado por la huida de un gran número de oficiales que se negaban a servir al régimen republicano; diezmado por la desertión de los campesinos, que no pensaban más que en estar presentes en su aldea el día en que se fuese a realizar el reparto de la tierra. El comandante en jefe francés dijo, en el Comité de Guerra: "Debemos esperar que se derrumbe en cuanto se mueva". Este pronóstico se confirmó el 1 de julio de 1917, cuando el intento de ofensiva ordenado por el ministro de la Guerra, Kerensky, fue detenido en su primer día, porque las reservas rehusaron entrar en fuego. ¿Cómo *obligar a las tropas a combatir*? El general Brussiloff no encontró *ningún medio*.

Además, la incertidumbre del mañana provocaba en las ciudades una paralización de los negocios y esta crisis económica se vio agravada por una crisis monetaria que incitaba a los campesinos a restringir sus ventas y aumentó las dificultades del abastecimiento urbano. En el campo, la perspectiva de la reforma agraria anunciada y aplazada hasta la reunión de la Asamblea Constituyente, dio lugar a desórdenes que las autoridades no podían ya reprimir.

Se trataba, en resumen, de la descomposición del Estado, cuya rapidez se explica si se tiene en cuenta que la inmensa mayoría de la población no comprendió nunca los motivos de la guerra y que la administración, desde mucho antes de la caída del zarismo, había demostrado

su incapacidad para organizar el abastecimiento de la población urbana. Fue la influencia de esas fuerzas profundas la que preparó y anunció la paz por separado.

¿Qué resistencia encontraron? El Gobierno provisional, reorganizado después de la dimisión de Miliukoff, estaba dominado, de hecho, por la influencia de un *socialista revolucionario*, Kerensky, es decir, por un representante del socialismo *ruso*, enemigo de la consigna internacionalista de los bolcheviques. Kerensky, desde mayo de 1917, se colocó resueltamente contra la paz por separado, pero su autoridad era precaria.

En sus relaciones con los aliados de Rusia, ese Gobierno, al mismo tiempo que proclamaba su fidelidad a las alianzas, aceptaba el programa de paz *sin anexiones ni indemnizaciones de guerra*; estaba, por consiguiente, en desacuerdo con las potencias occidentales en cuanto a la cuestión de Alsacia y Lorena y a la del irredentismo italiano. Tal desacuerdo se puso de manifiesto el 28 de mayo, cuando el Gobierno provisional adoptó, por sugerencia de los socialistas holandeses, un proyecto que tendía a celebrar, en Estocolmo, una Conferencia socialista internacional, en la que se trataría, en presencia de los alemanes, la cuestión de la paz *sin anexiones*: los Gobiernos francés, inglés y americano prohibieron a los delegados socialistas nacionales participar en la Conferencia. No obstante, Kerensky continuó declarando que no abandonaría los compromisos de alianza. Esta posición, aunque su base jurídica y moral fuera sólida, era, a los ojos de la opinión pública rusa, una posición falsa: ¿cómo hacer admitir a la mayoría del pueblo que el Estado debía continuar la guerra, por simple fidelidad a compromisos contraídos por un gobierno derribado, y cuyo único objeto sería consagrar reivindicaciones francesas o italianas? La tesis de la fidelidad a las alianzas no encontró, pues, más que un débil eco. Era apoyada, sobre todo, por los hombres que, procedentes del medio intelectual y de la burguesía industrial, habían sido antes de 1914 los artífices de la política de expansión y se habían formado en el culto de las tradiciones nacionales. También debía ser apoyada por los funcionarios públicos, que contaban con la misma formación; pero estos, cuyos intereses estaban ligados al régimen zarista, eran, con frecuencia, adversarios del Gobierno provisional.

En su política interior, aquel Gobierno se veía amenazado, desde dos frentes, por tentativas de golpe de estado: en julio de 1917, por un golpe de mano bolchevique; en septiembre, por una sedición del Comandante en jefe del ejército. Dominó el primero, con la ayuda de tropas cosacas; y el otro, con el apoyo que le prestaron, ocasionalmente, sus enemigos bolcheviques. Pero se trataba de equilibrios que no sería posible repetir. En octubre de 1917 la anarquía aumentó. El Gobierno provisional tenía conciencia de ello; esperaba, sin embargo, poder continuar dominando la situación durante seis semanas más, hasta el día—6 de diciembre—en que debían celebrarse las elecciones a la Asamblea Constituyente, con las que confiaba consolidar su poder. Los bolcheviques no



quisieron concederle ese plazo. "Es preciso no esperar la convocatoria de la Constituyente, que, evidentemente, no estará con nosotros", dijo Lenin, el 23 de octubre, en el Comité Central de su partido.

El golpe de fuerza bolchevique se preparó a plena luz, sin que el Gobierno pudiese contar con la asistencia de los elementos moderados, que le consideraban incapaz. En realidad, la suerte de la crisis dependía del apoyo que encontrasen en el ejército el Gobierno y el Soviet. El 3 de noviembre, cuando la guarnición de Petrogrado se puso a las órdenes del Soviet, el Gobierno movilizó a los alumnos de las escuelas militares e intentó concentrar regimientos de caballería retirados de los frentes. Pero el ministro de la Guerra, general Verkhovsky, dudaba de la eficacia de esas medidas. En su opinión, lo que haría falta sería arrancar a la propaganda leninista sus medios de acción y, entre ellos, el mejor: la promesa de una paz inmediata. ¿No sería posible explicar a los Aliados esta situación, pidiéndoles que desligaran a Rusia de sus compromisos? Si Francia y Gran Bretaña se negasen a autorizar la conclusión de una paz por separado, el Gobierno provisional continuaría la guerra y se sometería a su destino. Pero Kerensky rechazó la sugerencia: pensaba resistir el golpe de fuerza bolchevique sin hacer concesiones al programa del adversario.

La revolución del 7 de noviembre (25 de octubre de 1917) derribó el Gobierno, gracias a la *neutralidad* declarada de los jefes militares superiores. El general Cheremissoff, que tenía el mando en Pskov, dijo: "La lucha política que se desarrolla en Petrogrado no debe rozar al ejército". En realidad, el cuerpo de caballería cosaca fue el único que accedió a ayudar a Kerensky, y no antes del 9 de noviembre. Su contraofensiva sería desbaratada cinco días más tarde.

La primera decisión del nuevo Gobierno fue anunciar que iba a hacer la paz. ¿Sin anexiones? Sí; pero el decreto del 15 de noviembre sobre las *nacionalidades* otorgaba a los pueblos de Rusia el derecho a disponer de su destino e incluso el de formar Estados independientes. Como los territorios ocupados por los ejércitos de las potencias centrales estaban habitados casi exclusivamente por poblaciones alógenas—polacos, bálticos, rutenos—, dicho decreto permitía presumir, en el fondo, el abandono definitivo de dichos territorios.

Las causas de la defección de Rusia fueron exclusivamente *rusas*: crisis económica, desorden administrativo, evolución moral, que utilizaron los artífices de una revolución social y política; clarividencia de los jefes bolcheviques, quienes, para asegurar el éxito de ese movimiento revolucionario, anunciaron su intención de terminar con una guerra de la que la inmensa mayoría de la población se había desentendido desde hacía ya seis meses. Las otras potencias beligerantes, adversarias o aliadas, no desempeñaron en esa coyuntura más que un papel casi pasivo. El Gobierno alemán facilitó, indudablemente, la *vuelta* de Lenin en abril de 1917; pero, según parece, no deseaba el éxito de la revolución bolchevique, pues el anterior estado de cosas es decir, la paralización de

las fuerzas armadas rusas, era ya, a sus ojos, un resultado suficiente. Los aliados de Rusia no hicieron casi nada para intentar consolidar el Gobierno de Kerensky. El presidente Wilson se limitó a comprobar la *desintegración gradual del poder* y los *progresos de la anarquía* sin enviar instrucciones a sus agentes. Los Gobiernos francés e inglés no se mostraron más activos. La única tentativa hecha en común por los aliados el 9 de octubre tuvo por objeto recordar a Kerensky—¡como si este lo hubiese ignorado!—la necesidad de restablecer la disciplina en el ejército y de mantener el orden en la *retaguardia*: si el Gobierno provisional demostraba su eficacia podría contar con el *entero apoyo* de los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña; pero no se prometía nada más que apoyo moral y cierta ayuda financiera. Solo el 6 de noviembre el embajador americano aconsejó a su Gobierno que ofreciera a Kerensky el envío de dos divisiones a territorio ruso, cuya presencia podría *animar la moral* del pueblo ruso. Al día siguiente, el Gobierno provisional fue barrido por el golpe de estado bolchevique. En realidad, los aliados se limitaron a ser espectadores, porque sabían que el ejército ruso, carcomido por las deserciones, ya no era una fuerza combatiente; que el pueblo ruso, en su gran mayoría, deseaba la paz inmediatamente, a *cualquier precio*; y porque, en fin, no imaginaban ningún medio para hacer que Rusia continuase la guerra.

Sin embargo, fueron necesarios cuatro meses para obtener esa paz *inmediata*. El 21 de noviembre de 1917, pocos días después de haber dominado la contraofensiva de Kerensky, el Consejo de Comisarios del Pueblo decidió entablar conversaciones con las potencias centrales. El 27, tras de haber vencido la resistencia del Comandante en jefe, general Dukhonin, exhortó a los aliados de Rusia a unirse a las negociaciones, anunciando que, de no ser así, actuaría unilateralmente. El 15 de diciembre fue firmado el Convenio de Armisticio sin serias dificultades. Pero la discusión sobre el tratado de paz, en cambio, iba a desarrollarse, en la Conferencia de Brest-Litovsk, a través de ásperos debates, hasta el 2 de marzo de 1918.

En esas difíciles negociaciones, el conflicto consistía, en apariencia, en la manera de concebir el derecho de *libre disposición de los pueblos*, y, en realidad, en la cuestión de saber si las potencias centrales se anexionarían o no la mayor parte del territorio que ocupaban sus tropas. La delegación soviética admitía que las poblaciones de esos territorios decidiesen su destino mediante plebiscito; pero exigía que el voto fuera *libre* y, por consiguiente, que tuviera lugar después de la retirada de las tropas de ocupación. Los alemanes y austrohúngaros se negaban a la evacuación previa, que les quitaría los medios de ejercer sobre los votantes una presión de cuya eficacia estaban seguros. Cada parte era perfectamente consciente de los objetivos de la contraria, y al prolongar la discusión no buscaba otro fin que el de la propaganda.

La delegación soviética quería forzar a los austroalemanes a descubrir

su juego, obligándoles a declarar abiertamente que no aceptaban la paz sin anexiones; esperaba que dicha comprobación provocase en la población obrera de Alemania y Austria-Hungría resistencias contra la política de los Gobiernos y Estados Mayores. La gran huelga en las fábricas de guerra de Berlín y la huelga general declarada en Viena en enero autorizaban a creer que tales resistencias podían ser graves. Lo que explica la conducta de la diplomacia soviética es, pues, su esperanza en el contagio revolucionario.

Los delegados austroalemanes no dejaron de replicar, subrayando el contraste que existía entre los principios que invocaba el Gobierno soviético, por un lado, y por otro, la lucha armada que sostenía, con desprecio del derecho de libre disposición de los pueblos, contra los movimientos separatistas en Ucrania, Siberia y el Cáucaso.

En realidad, los soviéticos, mediante el Convenio de Armisticio, obtuvieron el resultado que necesitaban con urgencia, esto es, la posibilidad de emplear sus fuerzas armadas en los frentes de la guerra civil; podían, por tanto, sin ningún inconveniente, aplazar la firma de la paz. Los austroalemanes, por el contrario, se impacientaban; tenían necesidad de poner en claro sin demora sus relaciones con la Rusia soviética, para poder dedicar todas sus fuerzas a la gran ofensiva que se disponían a lanzar contra el frente francés, antes de la entrada en fuego de las fuerzas americanas; y también procurarse en Rusia los cereales y el ganado indispensables para superar la crisis de abastecimientos, que iba tomando, sobre todo en Austria-Hungría, caracteres de gravedad.

¿Cuál fue, en estas condiciones, la política de los Gobiernos?

Alemania y Austria-Hungría debían fijar con precisión la extensión de las anexiones que se proponían efectuar y ponerse de acuerdo acerca de los métodos a emplear para imponerlas. En diciembre de 1917 los dos Gobiernos decidieron que Curlandia, Lituania y los territorios polacos serían segregados de Rusia y repartidos entre los Imperios centrales, correspondiendo a Alemania los países bálticos, y a Austria-Hungría, la Polonia rusa, a reserva de una rectificación de frontera en provecho del aliado alemán. ¿Se podría mantener ese programa mientras la Rusia soviética resistiese?

El Gobierno de Austria-Hungría deseaba con tanta intensidad una paz rápida, que se inclinaba a aceptar la fórmula rusa: plebiscito después de la evacuación. En Alemania, todos los partidos políticos, excepto los socialistas, apoyaban la política de anexiones del Gobierno y del Estado Mayor. El ministro austrohúngaro de Asuntos Extranjeros, Czernin, no se atrevía a emprender negociaciones independientes, y se resignaba a seguir el camino trazado por la voluntad del aliado; pero buscaba una solución que le permitiera satisfacer las necesidades inmediatas de Austria-Hungría, es decir, remediar la penuria de artículos alimenticios. La separación de Ucrania le ofreció esa solución. El 10 de enero de 1918 la Asamblea Nacional de Kiev, que se había negado seis semanas antes a reconocer al Gobierno bolchevique, envió una declaración de

independencia a la Conferencia de Brest-Litovsk. Si Austria-Hungría reconociese esa independencia y concluyese un tratado de paz con la República de Ucrania, aseguraría el medio de obtener los recursos de un territorio agrícola particularmente rico. ¿Qué importaba que esa paz ucraniana pudiera suponer futuros peligros y amenazase con complicar peligrosamente a las potencias centrales en las aventuras de la guerra civil rusa? Como declaró Czernin a sus interlocutores alemanes: "Austria está en la situación del hombre a quien se le quema la casa y salta por la ventana." Lo que hacía falta era obtener, en los meses venideros, un millón de toneladas de cereales.

El 9 de febrero de 1918 se firmó el tratado. Pero el Gobierno ucraniano no tenía autoridad real, pues las tropas bolcheviques habían empezado a invadir el territorio de la República independiente e iban a ocupar Kiev el mismo día. A la delegación soviética en Brest-Litovsk le resultó fácil entonces decir que aquella paz no tenía ningún valor. Para obtener los suministros prometidos las potencias centrales solo disponían de un medio: conceder al Gobierno ucraniano ayuda militar para reconquistar su territorio. Las tropas austroalemanas iban, pues, a reanudar, en la práctica, las hostilidades contra los bolcheviques.

¿Habría que recurrir a eso? Tal era la opinión del ministro alemán de Asuntos Extranjeros, Kühlmann. Los rusos soviéticos no serían capaces de responder a esas hostilidades localizadas con la ruptura del armisticio, porque carecían de medios para reanudar la guerra. La actitud de la delegación soviética confirmó la suposición: Trotsky se negó a continuar las conversaciones de paz, pero se guardó muy bien de denunciar el armisticio. A pesar de ello, el Gran Cuartel General alemán quería terminar e imponer al Gobierno soviético una sumisión completa; si no —decía—, tendría que mantener un frente oriental en el momento en que necesitaba todos sus recursos para seguir un resultado definitivo en el frente occidental. ¿Creía verdaderamente que bastaba con forzar la firma del tratado para evitar ese frente? Guillermo II adoptó el punto de vista militar. La reanudación de hostilidades, iniciada el 18 de febrero de 1918, no encontró ninguna resistencia. Una simple marcha militar hacia Petrogrado fue suficiente para provocar el retorno a Brest-Litovsk de una delegación rusa que declaró someterse ante la fuerza, y firmó el Tratado de paz, sin querer siquiera examinar los detalles del texto.

Por el tratado de Brest-Litovsk, Rusia abandonaba sus territorios de Polonia, Curlandia y Lituania y dejaba a las potencias centrales que decidiesen el destino de esos territorios; prometía evacuar completamente los de Livonia y Estonia, sin renunciar a su soberanía sobre ellos, y reconocía la independencia de Ucrania y la de Finlandia. Las regiones cedidas eran las que proporcionaban los mejores rendimientos de trigo y remolacha azucarera; en ellas se encontraban las dos terceras partes de sus recursos de hulla y la mitad de sus instalaciones para la producción de acero. El Gobierno soviético se comprometía, por los artículos 5 y 7,

a no entorpecer, mediante derechos aduaneros demasiado elevados o prohibiciones, las compras que Alemania quisiera efectuar en territorio ruso.

Dos días después, el Gobierno rumano, incapaz de conservar sin el apoyo de las tropas rusas la pequeña parte de su territorio nacional, preservado de la invasión, firmó los preliminares de paz en Buftea: por el Tratado de paz de Bucarest, del 7 de mayo, cedía la Dobrudja a Bulgaria y renunciaba, en provecho de las potencias centrales, a su independencia económica.

En todo el *frente oriental* la guerra había terminado. Era un hecho que parecía dar la razón a la política del Gran Cuartel General alemán.

Hasta última hora, el Gobierno soviético estuvo dividido antes de resignarse a la capitulación.

Lenin dio a conocer su opinión a principio de enero. Convencido de que el régimen bolchevique, al que amenazaba la guerra civil, no podría sobrevivir si tuviera que hacer frente a una nueva ruptura de hostilidades contra las potencias centrales, consideraba que las negociaciones de Brest-Litovsk no debían buscar más objetivo que el de ganar tiempo, en espera de que, mientras, sobreviniese en Berlín o Viena la crisis política y social. Pero si las potencias centrales denunciaban el armisticio, la Rusia soviética debería ceder sin intentar la resistencia. ¿No era la salvación de la revolución rusa *lo que más importaba al mundo?*

Esa actitud fue ásperamente criticada por el nuevo Comandante en jefe del ejército, Krylenko, y por Bujarín, que quería oponer a los "apetitos de rapiña de la burguesía alemana... una resistencia encarnizada". Los Soviets locales, excepto el de Petrogrado, aprobaban esa intransigencia.

Entre esas dos tesis extremas, Trostky, comisario de Asuntos Extranjeros, sugirió un compromiso aparente: rechazar las condiciones de paz alemanas, pero declarando, al mismo tiempo, que el armisticio seguía en vigor; contar con que el Gobierno alemán, por temor a provocar el descontento de la opinión pública, toleraría esa situación; en último caso, si esa esperanza resultara vana y el ejército alemán rompiese otra vez las hostilidades, capitular.

La resolución de Trostky, aprobada por Stalin y Kamenev, fue adoptada en la deliberación secreta del 22 de enero del Comité Central del Partido Bolchevique por 9 votos contra 7. En el fondo, llevaba al mismo resultado que la tesis leninista; la única diferencia concernía a la actitud que habría que tomar si Alemania denunciase el armisticio: según Lenin, capitulación inmediata; según Trostky, capitulación también, pero solo después de sufrir una nueva imposición de fuerza, para demostrar que el Gobierno bolchevique no era *cómplice de Alemania*.

Esta política fue la que se aplicó en el momento de la firma del Tratado de paz con Ucrania. En Brest-Litovsk, Trostky declaró, el 10 de febrero, que la Rusia soviética, aunque abandonase las negociaciones de paz, se *retiraba* de la guerra europea y que, para poner en evidencia

claramente su decisión, estaba determinada a desmovilizar sus fuerzas armadas. La tentativa fracasó, puesto que el ejército alemán reanudó las hostilidades. En seguida, aunque Bujarín sostuviera nuevamente la tesis de la "guerra revolucionaria" y Trotsky sugiriese esperar el desarrollo de la ofensiva alemana, Lenin hizo que el Comité Central ejecutivo decidiese enviar a Alemania la petición de la paz. Después de cinco días de angustiosa espera, cuando el Comité Central recibió la comunicación de las condiciones alemanas, más rigurosas aún que lo que permitían prever las negociaciones de Brest-Litovsk, fue Lenin quien arrancó a una mayoría ínfima el voto favorable a la paz inmediata. Lenin decía que el ejército no quería ni podía combatir; si contase aún con *cient mil buenos soldados*, sería posible intentar la resistencia; pero en su estado actual solo podría continuar la retirada hasta los Urales, y Rusia se vería obligada, finalmente, a aceptar condiciones de paz peores. Pero su gran argumento, el que esgrimió el 18 de febrero ante el Comité Central y repitió el 14 de marzo ante el Congreso Panruso de los Soviets, con ocasión de la ratificación del Tratado, es siempre *la salvación de la revolución*: si Rusia firmase la paz, aunque fuese a costa de abandonar *algunas provincias*, la revolución se salvaría; si la guerra continuase, la *ruina de la revolución es segura*. Esta paz, indudablemente, sería una *humillación inaudita para el poder soviético*; sin embargo, evitaría la *completa derrota* de ese poder. ¿No era eso lo esencial? Lenin concluía: "debemos conservar nuestras posiciones, mientras esperamos la sublevación del proletariado internacional".

Las dificultades y demoras de las negociaciones rusoalemanas hubieran podido ofrecer a los aliados y asociados de Rusia oportunidad para una acción diplomática. ¿Intentaron *retener* al Gobierno soviético y evitar la paz por separado?

A últimos de noviembre de 1917, en el momento en que el Consejo de Comisarios del pueblo había exhortado a las potencias occidentales a participar en las negociaciones de paz, se celebraba en París una Conferencia interaliada, destinada al estudio de la cooperación militar y económica. El representante de Estados Unidos, coronel House, sugirió *revisar* los objetivos de guerra en el sentido indicado por el programa ruso, es decir, en el de la paz sin anexiones. Pero el Gobierno francés se negó a considerar una paz que tuviera por base el *statuto quo ante*, y fue apoyado por Gran Bretaña e Italia. La proposición americana quedó, por tanto, rechazada. Lloyd George presentó otra sugerencia: los Aliados, manteniendo su negativa a asociarse a las negociaciones emprendidas por los bolcheviques, podrían desligar a Rusia de las obligaciones que había contraído en el Pacto del 5 de septiembre de 1914, autorizándola, por consiguiente, a concluir una paz por separado; al dar ese consentimiento, que les permitiría conservar sus relaciones diplomáticas con Rusia, no perderían nada, puesto que no disponían de ningún medio para obligar al Gobierno soviético a respetar los compromisos contraídos por el Gobierno zarista; podrían incluso conseguir algunas ventajas, pues cuando

Alemania exigiera la cesión de territorios, se volcaría contra ella sola el resentimiento ruso. En resumen: para el primer ministro británico, lo más importante era prevenir el peligro de una alianza rusoalemana. Ni Clemenceau ni Sonnino aceptaron esa solución, porque no querían considerar al Consejo de Comisarios del pueblo como Gobierno *legítimo*, calificado para representar a la nación rusa. Sin embargo, los contactos no se rompieron por completo; y el Estado Mayor soviético, a petición del Jefe de la misión militar francesa, incluyó en el Convenio de Armisticio una cláusula por la cual los alemanes se comprometían a no trasladar tropas desde el frente oriental, al frente de Francia, hasta la firma de la paz germanorrusa. No cabe duda de que esa cláusula, desprovista de toda inspección, corría el riesgo de ser completamente ineficaz; pero parecía ser un testimonio de buena voluntad en las relaciones entre Rusia y Francia.

En enero de 1918, cuando se puso de manifiesto la oposición de las tesis rusa y alemana en la Conferencia de Brest-Litovsk y parecía posible una ruptura de conversaciones, el presidente Wilson, ante la petición insistente del embajador americano en Rusia, hizo un esfuerzo en el sentido de la sugerencia presentada ya por el coronel House. El mensaje que dirigió al Senado americano, el 8 de enero, para indicar cuáles debían ser las bases de la paz general (1), no era solo un intento de *revisar* los objetivos de guerra, una discrepancia parcial con los acuerdos secretos concluidos por los Aliados antes de abril de 1917 y un llamamiento en favor del principio de las nacionalidades; era, también, un estímulo dado al Gobierno soviético en la resistencia de éste a las exigencias alemanas. Las potencias centrales—declaró Wilson—son *imperialistas*, mientras que los rusos dan pruebas de *lealtad* y de *amplitud de miras*. Los Estados Unidos colocaban, entre las condiciones para la futura paz, “la evacuación de todo el territorio ruso”: entendían que Rusia debía ser libre para “determinar sin trabas ni obstáculos, en plena independencia, su propio desarrollo político y su organización nacional”; ofrecían dar a la nueva Rusia “cualquier clase de ayuda que pueda necesitar”. Pero, cuando los Gobiernos inglés y francés hicieron, por la misma fecha, declaraciones referentes a los objetivos de guerra, evitaron toda alusión a la cuestión rusa.

A pesar de ello, quince días después, el embajador de Francia ofreció al Gobierno soviético, además de ayuda financiera, técnicos para reorganizar las fuerzas armadas. El 19 de febrero, cuando Alemania acababa de reanudar las hostilidades, prometió a Rusia *el apoyo militar y financiero de Francia*. Lenin y Trotsky, que esperaban en vano, desde hacía tres días, la respuesta alemana a la oferta de capitulación, consideraron prudente no rechazar el ofrecimiento francés; el Comité Central del Partido—a pesar de la oposición de Bujarín, que era partidario de la resistencia armada contra Alemania, pero enemigo de cualquier com-

(1) Véanse págs. 712-713.

promiso con un Gobierno *burgués*—les dio plenos poderes “para aceptar la ayuda de los bandidos del imperialismo francés contra los bandidos alemanes”. El día 22, los embajadores aliados se adhirieron a la gestión francesa, sin prometer más ayuda efectiva que la de técnicos, encargados de destruir las vías férreas para contener el avance de las tropas enemigas. Pero el 23 por la tarde, el Gobierno soviético recibió la respuesta alemana y decidió someterse; el ofrecimiento aliado no dio, por tanto, resultado alguno.

Sin embargo, este ofrecimiento se renovó el 5 de marzo, con la esperanza de inducir al Congreso Panruso de los Soviets a negar su ratificación al Tratado de Brest-Litovsk; la gestión aludía a una ayuda militar japonesa. Cuando Trotsky pidió precisiones acerca de los demás auxilios que podría recibir, la respuesta americana afirmó que los Estados Unidos no estaban, *desgraciadamente*, en condiciones de prestar una *ayuda directa y eficaz*.

¿Cuál podría haber sido la importancia práctica de esos ofrecimientos vagos y tardíos? El poder soviético, aun en el caso de haber recibido la promesa de ayuda armada, habría sido barrido por las tropas alemanas mucho antes de la llegada de los socorros exteriores. Desde el momento en que ese poder decidió *salvar la revolución*, no tenía más remedio que concluir la paz.

Esta paz rusa por separado, en el momento de su firma, parecía ofrecer a Alemania la perspectiva de una victoria decisiva en los campos de batalla de Francia. Por ello, es necesario apreciar su importancia real.

Esta paz, indudablemente, aliviaba las dificultades alimenticias de Alemania y, más aún, las de Austria-Hungría; facilitaba, gracias al petróleo rumano, el empleo de la aviación, así como la organización de los transportes militares. Como contrapartida, contribuía a provocar dificultades interiores en los dos Imperios centrales: la propaganda comunista se infiltraba en Alemania; al mismo tiempo, la resistencia de las minorías nacionales de Austria-Hungría se hacía más activa, al ritmo de los debates sobre el derecho de *libre disposición de los pueblos* en Brest-Litovsk.

En el terreno militar, la paz tuvo muchas menos consecuencias que las que parecía lógico prever. En realidad, con la serie de ofensivas iniciadas en el frente de Francia el 15 de marzo, y continuadas hasta el 15 de julio, el Alto Mando alemán no sacó gran provecho de la paz de Brest-Litovsk. Mantuvo en los territorios del antiguo Imperio ruso sesenta divisiones—o sea, alrededor de un millón de hombres—, durante esos cuatro meses. Y si hubiese lanzado a la batalla, en las horas críticas del 25 de marzo, 9 de abril y 27 de mayo de 1918, diez o veinte de esas divisiones, hubiera incrementado grandemente sus posibilidades de conseguir un *resultado definitivo*. ¿Por qué creyó necesario conservar un *frente oriental*, a pesar de la firma de la paz rusa? En Ucrania, ese Alto Mando alemán se vio obligado a mantener grandes efectivos—veinte divi-

siones—, porque, sin la presencia de esas tropas, los campesinos no entregarían sus cereales y su ganado. Dejó, voluntariamente, importantes guardaciones en Livonia y Estonia, para apoyar una actividad política. Y, en fin, en otras partes del antiguo frente de batalla, consideró indispensable mantener una cortina de tropas, por lo menos, para limitar los riesgos del contagio bolchevique en Alemania. Pero lo que temía, más que nada, el Alto Mando alemán era un posible viraje del Gobierno soviético, pues la puesta en práctica de aquel Tratado, impuesto por la fuerza, daba lugar a ciertas dificultades, particularmente en los países bálticos. El 9 de junio de 1918, Ludendorff llegó a pensar que sería oportuno romper otra vez las hostilidades y derribar el Gobierno bolchevique. La paz por separado era, pues, decepcionante.

Este mismo problema—el mantenimiento de un frente oriental—era la mayor preocupación de Francia y Gran Bretaña cuando analizaban las consecuencias del Tratado de Brest-Litovsk, sin sospechar, como es natural, las intenciones de Ludendorff. ¿Cómo evitar que el Gran Cuartel alemán dirigiese a los campos de batalla de Picardía o Champagne los efectivos de que ahora disponía? Clemenceau y Lloyd George pensaban en la formación de un cuerpo expedicionario con destino a Siberia, con el concurso de Japón, que, aunque había rehusado tomar parte en las operaciones militares de Europa, aceptaba, con la mejor voluntad, la posibilidad de actuar en una región donde podía conseguir grandes ventajas. Wilson, a pesar de su recelo ante la expansión nipona, terminó por resignarse.

¿Se organizaría esta expedición interaliada con el consentimiento del Gobierno soviético, sin contar con él o, quizá, contra él? En el último caso, el Gobierno soviético se vería obligado, sin duda, a buscar una alianza con Alemania. En el primero, ese mismo Gobierno correría el riesgo de que el ejército alemán interviniese en la guerra civil rusa, a favor de los blancos. En abril de 1918, Lenin parecía inclinarse a admitir una colaboración de hecho con la Entente y los Estados Unidos; declaró que estaba dispuesto a discutir las modalidades posibles de la expedición siberiana. Trotsky, primero muy reticente, terminó por aceptar, en principio, una negociación, a condición de que se fijase con exactitud el precio que habría que pagar a Japón. Algunos de los miembros de las misiones diplomáticas o militares que las potencias aliadas y asociadas mantenían aún en Rusia—el francés Sadoul, el americano Robbins y el inglés Lockart—deseaban esa negociación y daban por segura la aquiescencia del Gobierno soviético; pero se trataba de subordinados; los jefes de las misiones mostrábanse desconfiados u hostiles, sobre todo, porque una negociación implicaría el reconocimiento *de facto* del poder soviético, lo cual, como decía el embajador de Francia, Joseph Noulens, era una posibilidad inadmisibile.

En mayo, cuando los bolcheviques, en Chelyabinsk, combatían con la Legión Checa, formada por antiguos prisioneros liberados de los campos rusos, al poner las embajadas aliadas a los legionarios bajo su

protección, el incidente favoreció la tendencia antisoviética. Las instrucciones del Gobierno francés, del 20 de junio, decían que la Legión Checa debía ser el foco que agrupase a “los elementos siberianos y cosacos partidarios del restablecimiento del orden”, es decir, a los adversarios de los bolcheviques. El 5 de agosto de 1918 comenzó la expedición *interaliada*—japonesa, de hecho—a Siberia, que, a pesar de perseguir el objetivo de fijar a las fuerzas alemanas estacionadas aún en Rusia, se convirtió en un acto de intervención en la guerra civil rusa.

¿Podía sorprender que el Gobierno soviético acudiese a Alemania y que el Gobierno alemán, cuyas tropas acababan de sufrir la derrota del 8 de agosto en el frente de Francia (1), sintiese la necesidad de consolidar la paz de Brest-Litovsk, con el fin de hacer posible el traslado en masa de sus efectivos, hasta ahora retenidos en el antiguo frente oriental, al occidental? El 27 de agosto de 1918 se firmó un nuevo acuerdo germano-ruso, cuyos artículos secretos preveían cierta colaboración: Alemania ayudaría al Gobierno soviético en su lucha contra el ejército blanco de Rusia Meridional o contra el pequeño cuerpo expedicionario francoinglés que había desembarcado en el norte de Rusia; y, como contrapartida, Rusia renunciaría a la soberanía teórica que mantenía aún sobre Livonia y Estonia. En la práctica, el principal resultado fue el traslado de 500.000 soldados alemanes hacia el frente de Francia, en un espacio de tres meses. Pero tales refuerzos, cuya intervención podría haber sido decisiva en la ofensiva de primavera, llegaban demasiado tarde para garantizar el éxito de la defensiva. ¿No creían ahora, gracias a la aportación americana, los efectivos de los Aliados y asociados a un ritmo de 250.000 hombres por mes?

En resumen: tanto en un bando como en el otro, las relaciones con el Gobierno soviético no fueron llevadas de una manera *realista*. El Gobierno y el Estado Mayor de Alemania, decididos a obtener amplias anexionaciones territoriales, no percibieron la conveniencia de una paz conciliadora, que les habría permitido trasladar, con mayor rapidez y en mayor volumen, su esfuerzo militar hacia el frente de Francia. Las potencias occidentales no consideraron necesario, después de Brest-Litovsk, buscar un acuerdo con el Gobierno soviético, quizá, porque creían que los bolcheviques eran los únicos responsables de una paz por separado, deseada, en realidad, por la mayoría de la población rusa; pero, sobre todo, porque, al reconocer a ese Gobierno, tendrían que renunciar a un argumento que pensaban utilizar, ulteriormente, para conseguir la anulación del Tratado de Brest. Los Estados Unidos parecían haber visto el problema con mayor claridad; pero no supieron defender su punto de vista. El alcance de la *cuestión rusa* no fue apreciado, en ningún momento, de acuerdo con su valor.

(1) Véase pág. 716.

## II. LA DISLOCACION DE AUSTRIA-HUNGRIA

Las causas sociales fueron las predominantes en el derrumbamiento de Rusia. No cabe duda de que las derrotas militares de 1915 abrieron el paso a esa crisis; pero, a finales de 1916, la situación militar parecía estar estabilizada. El estado de ánimo de la población campesina, el éxito de la propaganda de los socialistas extremistas en los medios obreros e intelectuales, la indiferencia de parte de la burguesía, fueron los orígenes de los acontecimientos de 1917. En el caso de la Monarquía danubiana, en cambio, aparecen características completamente diferentes.

El Gobierno de Austria-Hungría quiso, en 1914, la guerra europea, porque creía que únicamente una victoria militar podría detener la amenaza de disgregación del Estado (1). Mientras vivió el emperador Francisco José, hasta noviembre de 1916, el Gobierno sostuvo la guerra con toda la energía de que era capaz, pero sin poder nunca soñar con disponer del apoyo de la mayoría de la población. Los síntomas de la crisis aparecieron desde principios de 1917. ¿Fue resultado del cambio de monarca? No cabe duda de que, parcialmente, sí: el emperador Carlos, nervioso, inquieto, veleidoso, no tenía, en el destino de la Monarquía, aquella confianza simple, un poco ingenua, que su tío había mantenido durante los sesenta y ocho años de duración de un reinado que había sufrido tantas pruebas. Pero las amenazas profundas estaban relacionadas con la situación económica y la actitud de las minorías nacionales. Austria, que sufría la escasez de artículos alimenticios, no podía contar con los recursos agrícolas de Hungría para remediarla, porque el *compromiso económico*, establecido desde 1867, permitía al Ministerio de Budapest prohibir la exportación de cereales y de ganado, incluso la destinada a otros territorios no húngaros de la Doble Monarquía. La protesta de las minorías nacionales, alentada en diciembre de 1916 por la declaración de las potencias de la *Entente* señalando sus *objetivos de guerra* (2), recibió un nuevo impulso, en marzo de 1917, cuando la desaparición del régimen zarista abrió perspectivas favorables a la reivindicación polaca.

¿Qué importancia puede atribuirse a cada una de esas causas en los progresos de la crisis austrohúngara de 1917 a 1918?

La penuria de artículos alimenticios adquirió gravedad, en el otoño de 1917, en toda la parte austríaca de la Doble Monarquía. La ración diaria de pan bajó a 165 gramos y no siempre fue distribuida por completo. Las raciones semanales eran de 200 gramos de carne y de 40 a 60 de grasa. Esas dificultades de abastecimientos constituyeron el origen inmediato de las revueltas sociales que, a mediados de enero de 1918, tomaron un cariz amenazador. Los jefes sindicalistas lanzaron, a título de advertencia, una orden de huelga general; por otra parte, para intentar

(1) Véanse págs. 623 y 626.

(2) Véase pág. 693.

obligar a los campesinos a entregar sus productos, el Gobierno retiró del frente treinta batallones, que empleó en registros domiciliarios. El Emperador preveía un movimiento revolucionario si no se conjuraba la crisis de abastecimientos. Pero ¿qué esperanza de superarla podía haber? Las escasas reservas de que se disponía aún se agotarían antes de fin de marzo. El derrumbamiento sería, entonces, inevitable. Esta amenaza obligó a Austria-Hungría a acoger la paz ucraniana, única vía de salvación (1). El Gobierno no ignoraba que dicha paz podía implicar peligros para el porvenir; pero, como dijo Czernin, “es preferible una muerte posible a una muerte cierta”. Por lo menos, Czernin consiguió, gracias a ese tratado ucraniano, y después merced al rumano, un respiro que le permitió alejar los temores inmediatos. Como se ve, las dificultades económicas no desempeñaron un papel decisivo en la crisis que sumergió a la Doble Monarquía en octubre de 1918.

El movimiento de las nacionalidades tuvo más importancia. El desarrollo de la protesta de las *minorías* estaba directamente relacionado con la situación internacional; pero también lo estaba con las condiciones de la política interior, pues el emperador Carlos hizo que se reuniese el Parlamento austríaco, cuyas actividades habían sido suspendidas desde el comienzo de la guerra, dando así ocasión a los grupos nacionales para afirmar públicamente sus reivindicaciones.

La protesta checa resultó debilitada, hasta finales de 1916, por las tendencias divergentes que existían entre los grupos de la resistencia *exterior*; uno de ellos, dirigido por Masaryk y Benes, buscaba el apoyo de Gran Bretaña y Francia; y el otro miraba a la Rusia zarista. Esa divergencia desapareció en marzo de 1917, después de la caída del Zar, cuando, en un congreso celebrado en Kiev, la Liga Checoslovaca adoptó el programa del Consejo Nacional, es decir, el de Masaryk y Benes. Sin embargo, la unidad entre estos emigrados y los nacionalistas checos del interior del país no quedó aún establecida; mientras unos reivindicaban la independencia, los otros se conformaban con cierta autonomía: el 30 de mayo de 1917, la declaración leída en el Reichsrat por los diputados checos se limitaba a pedir la transformación de la Doble Monarquía en una Confederación de Estados de la que formaría parte Bohemia. El Consejo Nacional de Praga solo se adhirió al programa establecido por los jefes de la emigración el 6 de enero de 1918. “Nuestra nación reclama su independencia; quiere formar un Estado soberano y democrático, que comprenda sus *países* históricos y su rama eslovaca.”

El movimiento yugoslavo, fuertemente afectado, en mayo de 1915, por la intervención italiana (2), y casi ahogado, a finales de 1915, como consecuencia de la derrota serbia, adquirió nuevo vigor, también, a principios de 1917. Los recelos existentes entre los serbios ortodoxos y los croatas católicos, alimentados por la política zarista que favoreció los

(1) Véase pág. 720.

(2) Véanse págs. 674-677.



intereses de los ortodoxos, empezaron a esfumarse después de la revolución de marzo en Rusia. El compromiso quedó registrado en el Pacto que firmaron Trumbitch y Pachitch en Corfú, el 20 de julio de 1917. El objetivo común sería, en adelante, la creación de un Estado yugoslavo, donde reinaría una dinastía serbia; pero las poblaciones croatas tendrían derecho a un estatuto de autonomía. Serbios y croatas deseaban englobar en ese estado a los eslovenos; el promotor del movimiento nacional esloveno, Korosec, se mantuvo, al principio, distanciado; hasta el 2 de marzo de 1918 no se adhirió a la reivindicación de independencia y al proyecto de Estado yugoslavo.

En resumen: los jefes de los dos movimientos nacionales de mayor importancia solo adoptaron un programa de dislocación de la Doble Monarquía cuando el derecho a la *libre determinación de los pueblos* se encontró en el centro de las conversaciones de Brest-Litovsk. Pero ¿era verdaderamente significativa esa coincidencia? Es necesario buscar otras explicaciones en las políticas de los Gobiernos austríaco y húngaro y, también, en la actividad diplomática de los adversarios de Austria-Hungría.

¿Los Gobiernos? Mientras que en tiempos de Francisco José adoptaron una actitud completamente negativa ante las reivindicaciones de las nacionalidades, desde el advenimiento de Carlos, esos Gobiernos emplearon métodos más flexibles. En Austria, el jefe el Gabinete del emperador, Polzer-Hoditz, estableció un plan de reformas, en abril de 1917, que podría satisfacer a los grupos minoritarios, siempre y cuando éstos se limitasen a reivindicar estatutos de autonomía; y ésa era entonces la posición de los grupos minoritarios, con la excepción del irredentismo italiano. Pero el emperador no encontraba en Austria políticos dispuestos a aplicar ese plan; y, cuando pensó llamar a un hombre nuevo, Josef Redlich, hubo de renunciar a ello, ante las objeciones de Alemania. En Hungría, Carlos trató de hacer modificar la ley electoral, para permitir a las minorías nacionales la expresión de su voluntad; en mayo de 1917, consiguió separar del poder al presidente del Consejo, Esteban Tisza, quien afirmaba con energía su hostilidad a cualquier tentativa de ese género; pero no encontró en el nuevo presidente del Consejo, Esterhazy, un apoyo eficaz. La política que preconizaban los reformadores seguía siendo, pues, infecunda. La dimisión de Polzer-Hoditz en noviembre de 1917, señaló el fin de tales intentos. De este modo, los militantes de los movimientos nacionales, al perder la esperanza de obtener estatutos de autonomía, se decidieron a reivindicar la independencia.

¿La política de los aliados y asociados? Los Estados de la *Entente*, como es natural, debían tratar de explotar en su provecho ese movimiento de nacionalidades. Podían elegirse dos caminos: uno, alentar la protesta de las *minorías*, con el fin de provocar la dislocación de la Doble Monarquía; otro, aprovecharse de la inquietud del Gobierno austro-húngaro, para obligarle a llevar a cabo una paz por separado. Hasta finales de 1916, no hubo ninguna acción coherente. Es verdad que la

Declaración colectiva del 10 de enero de 1917 anunciaba la intención de *liberar* las nacionalidades de Austria-Hungría; pero lo hacía en términos muy vagos (1). No podía ser de otra manera, teniendo en cuenta que los intereses italianos en el Adriático chocaban con los yugoslavos y que el régimen zarista pretendía conservar su libertad de acción en la cuestión polaca.

Pero, en el momento en que la primera revolución rusa suprimió el obstáculo principal para la vigorosa afirmación de una política favorable a las nacionalidades, Francia y Gran Bretaña no emprendieron ese camino. Buscaron, por el contrario, la paz por separado. Incluso después del fracaso de las negociaciones con el príncipe Sixto (2), continuaron esforzándose por conseguirla. En los últimos meses de 1917, mediante contactos llevados a cabo por un agente de los Servicios Secretos, el conde Armand, en agosto, y por el hombre de Estado sudafricano, Smuts, en diciembre, los Gobiernos francés e inglés prometieron a Austria-Hungría que conservarían todos sus territorios, si aceptara la paz por separado; pedían, solamente, que las minorías nacionales fuesen beneficiadas con una *autonomía*, dentro de un marco confederal. En enero de 1918, el presidente Wilson, en sus Catorce Puntos, se limitó a decir que esas nacionalidades de Austria-Hungría, debían obtener "el margen más amplio de desarrollo autónomo". El *premier* británico, por su parte, no hablaba más que de *gobierno autónomo*; y el ministro de Asuntos Extranjeros francés, cuando hizo alusión a "una solución de la cuestión de Austria, de acuerdo con el derecho de las nacionalidades", tuvo buen cuidado de no precisar en qué consistía ese derecho. "La destrucción de Austria-Hungría no forma parte de nuestros objetivos de guerra", declaró Lloyd George; y los *expertos* del presidente Wilson aconsejaban "excitar los movimientos nacionales y no aceptar, a continuación, la consecuencia extrema y lógica de ese descontento, que sería el desmembramiento de Austria-Hungría". El fracaso de esa política sólo llegó a ser evidente en febrero de 1918, cuando el emperador Carlos, solicitado por un enviado especial del presidente Wilson, terminó por responder que las reivindicaciones de las minorías nacionales no podían esperar satisfacción.

Los dirigentes que en la emigración impulsaban los movimientos nacionales, conocían y deploraban esas tentativas de negociación; cuando no obtuvieron éxito, esos jefes se sintieron más libres y reivindicaron la independencia. En lo sucesivo contarían con el apoyo de Francia y Gran Bretaña, que, al no haber conseguido la paz por separado, se decidieron a inscribir la destrucción de Austria-Hungría entre sus objetivos de guerra esenciales. El Gobierno italiano, cuya autoridad había sido gravemente dañada por el desastre de Caporeto de octubre de 1917, abando-

(1) Véase pág. 692.

(2) Véase pág. 707.



nó la actitud intransigente que había mantenido desde 1915 en la cuestión yugoslava; y cedió, en abril de 1918, ante la presión de los que pedían en los periódicos—Salvemini, Mussolini—una política de acuerdo con las *nacionalidades oprimidas* de Austria-Hungría. El 29 de mayo, Wilson se decidió, por fin, a alentar públicamente “las aspiraciones nacionales a la libertad de los checos y los yugoslavos”. Es muy posible que para Wilson esto fuera solo un simple recurso, un medio de apresurar la victoria; pese a ello, no es menos verdad que se adhirió a la política preconizada, días antes, por Clemenceau: “intentar destruir Austria-Hungría, apoyándose sobre las nacionalidades”.

¿Qué influencia debe atribuirse al carácter del emperador en las causas del derrumbamiento de la Doble Monarquía y de la crisis interior, cuyos síntomas se multiplicaron en junio y julio de 1918? Carlos I desconfiaba de Alemania. Según el testimonio de sus confidentes, llegó hasta decir que un *brillante éxito militar* de los alemanes significaría la ruina de Austria-Hungría. Desde abril de 1917, comprendía que la intervención de los Estados Unidos iba a traer consigo la derrota de las potencias centrales. Por eso deseaba la paz, sin excluir la posibilidad de una paz por separado. “Ir hasta el fin con Alemania, solo por nobleza, sería un suicidio”. Pero tal política no era la de sus ministros ni la de sus generales. ¿Podía imponérsela? Acogió el plan de reformas de Polzer-Hoditz y soñó con *reconstruir* Austria-Hungría, transformando la monarquía dualista en una confederación de Estados; pero, ante la resistencia que encontraba, abandonó a su jefe de Gabinete y dio por no recibidas las ofertas del presidente Wilson. En abril de 1918, quedó desacreditado, al revelar Clemenceau la carta en la que el emperador declaraba estar a favor de las *justas reivindicaciones* francesas sobre Alsacia y Lorena (1). Para salvar el trono, se vio obligado a presentar excusas al emperador alemán y a aceptar la renovación, por doce años, de la alianza austroalemana. ¿Cómo iba a tener, después de eso, autoridad suficiente para encontrar solución al problema de las nacionalidades? El Gobierno húngaro siguió rechazando cualquier proyecto de autonomía y el presidente del Consejo austríaco declaró que la población alemana era y debe seguir siéndolo, la *espiná dorsal* de Austria.

Aunque esas dificultades interiores se agravaron, indiscutiblemente, en junio y julio de 1918, hasta agosto, es decir en el momento en que se vislumbraba la perspectiva de una derrota militar próxima, no comenzaron a adquirir un carácter verdaderamente crítico. A finales de septiembre, con ocasión del hundimiento del ejército búlgaro, los jefes de los grupos minoritarios hicieron declaraciones revolucionarias. Reivindicaban la independencia en las sesiones del Parlamento austríaco. El 18 de octubre, el emperador se decidió a anunciar que Austria iba a transformarse en un Estado Federal; pero no hizo extensible esta pro-

(1) Véase pág. 707.

mesa a Hungría, pues chocaba con la oposición absoluta de los medios dirigentes magiars. Demasiado tarde, como respondió Wilson: la autonomía era ya insuficiente para satisfacer las aspiraciones de los pueblos. Esa respuesta hizo *saltar el marco de la monarquía*. El 24 de octubre, el Emperador formó nuevos ministerios en Viena y en Budapest, que se resignaron a permitir la constitución de Estados nacionales; solo intentaba prever el mantenimiento de una vaga relación confederal, en forma de un Consejo Ejecutivo común. Ese mismo día, el ejército italiano lanzó la ofensiva que había de romper el frente del Piave y a dislocar el ejército autrohúngaro en treinta y seis horas. Entonces, mientras el emperador solicitaba un armisticio, los “Consejos nacionales” se organizaron como Gobiernos independientes: el 29 de octubre, se proclamó la República checoslovaca y tuvo lugar la separación de los yugoslavos; el 30, se formó un Estado alemán en Austria. La destrucción de la Doble Monarquía era un hecho consumado, incluso antes que el Gobierno imperial firmase el armisticio de Villa-Giusti, el 3 de noviembre. Consumado por la *voluntad de los pueblos* o, por lo menos, por la de sus dirigentes políticos. La Conferencia de la paz no haría casi más que dar constancia de los resultados obtenidos.

La causa profunda de este derrumbamiento de Austria-Hungría fue el movimiento de las nacionalidades. No cabe duda de que el descontento de las *minorías* se incrementó con las dificultades económicas; también es indudable que la reivindicación de independencia no adoptó un carácter revolucionario hasta el momento en que se precisó la inminencia de la derrota militar. Pero la última batalla, la que determinó la capitulación y arruinó los intentos destinados a conservar cierta *Confederación danubiana*, la libraron tropas diezmadas por las deserciones y desmoralizadas por el espectáculo del desarrollo político; un ejército en parte hostil a la existencia de Austria-Hungría, y en parte obligado a comprobar que la Doble Monarquía había *entrado ya en proceso de liquidación*. Es posible que, sin la derrota del Piave, el movimiento de las nacionalidades sólo hubiera conseguido la autonomía, y no la independencia; pero esa misma derrota fue, en gran medida, la consecuencia de las reivindicaciones nacionales.

### III. LA DERROTA DE ALEMANIA

El derrumbamiento del Imperio alemán se presentó con características completamente diferentes. Sus indicios no se percibieron hasta primeros de agosto de 1918. Al principio no se trataba de una paz inmediata, ni de una paz solicitada mediante gestión pública: Alemania hubiera querido negociar un compromiso que le permitiese conservar las ventajas obtenidas por el Tratado de Brest-Litovsk y que le impusiera solamente la evacuación de los territorios belgas, franceses e italianos. Pero seis semanas después, el 29 de septiembre, tomó la decisión de dirigir, sin más tardanza, una petición de armisticio y de paz al presidente

de los Estados Unidos: era la confesión de la derrota. El presidente Wilson respondió que el armisticio había de ser tal que "haga imposible una reanudación de hostilidades por parte de Alemania". Añadía que la paz se concluiría sobre la base de los Catorce Puntos del 8 de enero de 1918; esto es, que Alemania se vería obligada no sólo a abandonar los territorios que se había anexionado, sino también a renunciar a Alsacia y Lorena y a ceder sus territorios polacos; las negociaciones solo podrían mantenerse con los *representantes del pueblo alemán* y no con *los que hasta ahora habían sido sus amos*. El 27 de octubre el Gobierno del Imperio decidió dirigir al presidente Wilson una aceptación incondicional. El vicescanciller Payer dijo: "La guerra, como tal, ha terminado." La delegación alemana enviada a Rethondes recibió la orden de firmar el armisticio, incluso en el caso de que no pudiera obtener ninguna atenuación de las condiciones que imponían Aliados y asociados. El único problema que quedaba sin resolver era de carácter político: ¿Iba a sobrevivir el régimen imperial? Se desplomó el 9 de noviembre, ante el empuje de un movimiento popular que achacaba a la dinastía la responsabilidad de la derrota y veía en la persona de Guillermo II un obstáculo para la paz.

¿Qué importancia atribuir a las causas militares, diplomáticas y políticas en este derrumbamiento?

Después del fracaso de la ofensiva alemana del 15 de julio de 1918, cuando Foch consideró que había llegado el momento de volver a tomar la iniciativa de las operaciones, gracias a la superioridad numérica proporcionada por las tropas americanas, Ludendorff confiaba todavía en la posibilidad de mantener sus posiciones defensivas, conservando, por consiguiente, un *mapa de guerra* favorable. Pero la batalla de Montdidier del 8 de agosto demostró que el Alto Mando aliado era capaz ya de dirigir con éxito una operación de ruptura de frente. A partir de aquel momento Ludendorff sabía que estaba vencido: confesó a sus colaboradores el fallo de sus previsiones y declaró que la marcha de las operaciones no sería en adelante más que un *juego de azar*. Indudablemente, al dirigirse al canciller se mostró menos alarmante; todavía esperaba, según decía, *mantenerse sobre el suelo francés* y conseguir *despegarse del adversario*. Pero se trataba solo de argumentos destinados a animar a los *civiles*. En realidad, el Gran Cuartel General alemán aguardaba con ansiedad la ofensiva general que Foch se disponía a lanzar: "La Wilhemstrasse tiene ya bastante miedo; si supiera cuál es realmente la situación militar, ocurriría una catástrofe".

La situación de los otros frentes de guerra agravó en seguida esos temores. El 14 de septiembre, aunque el ejército italiano no había comenzado aún su esfuerzo final, el Gobierno austrohúngaro declaró encontrarse en el límite de sus fuerzas ("para nosotros es absolutamente el final": así se expresó el ministro de Asuntos Extranjeros) y, mediante una gestión pública, pidió negociaciones de paz; el 15 de septiembre el

frente búlgaro quedó roto por la ofensiva francoserbia; el 19 los ingleses penetraron en el dispositivo turco de Palestina. El Alto Mando alemán estaba desmantelado: el 25 de septiembre, ante la falsa noticia de que una grave enfermedad epidémica acababa de aquejar al ejército francés, Ludendorff confesó a sus íntimos que se aferraba a esa esperanza "como un hombre que se ahoga se agarra a una brizna de paja". Pero al día siguiente, en el momento en que comenzaba la gran ofensiva de Foch, Bulgaria se derrumbó; y la firma del armisticio búlgaro, que se celebró tres días después, hizo surgir una amenaza inminente en la frontera meridional de Austria-Hungría.

El 29 de septiembre, Hindenburg y Ludendorff declararon al emperador en Spa que sus tropas no podían continuar la lucha; el 30 aprendieron—y en qué tono!—al nuevo canciller, el príncipe Max de Baden, para que pidiera inmediatamente el armisticio y la paz, porque el ejército se veía amenazado por una *catástrofe*. ¿Cuánto tardaría en producirse ese desastre militar? Ludendorff decía que veinticuatro horas. Hindenburg, que ocho días. Fue, pues, el Gran Cuartel General el que tomó la iniciativa, imponiendo su decisión a un Gobierno reticente. Es posible inclusive que tendiera a exagerar la expresión de sus temores (eso fue lo que pretendió posteriormente) para vencer la resistencia gubernamental. Sin embargo, esa inquietud no era fingida. ¿Qué interés podrían tener los grandes jefes militares en sembrar el pánico y en exponerse al reproche de no haber previsto el peligro a tiempo? Indudablemente, esos jefes declararon que la petición de armisticio no debía significar la capitulación y que sus tropas, después de un descanso, podrían volver a la lucha si el enemigo quisiese anexionarse territorios alemanes. Pero, por su insistencia, daban la impresión de encontrarse muy apurados.

Verdad es que el Alto Mando cambió poco después de tono. El 17 de octubre, cuando el Gabinete de guerra examinaba las condiciones expuestas en la segunda nota de Wilson, Ludendorff declaró que la ruptura de frente era *posible*, pero no *verosímil*, y que si la batalla defensiva pudiese prolongarse durante un mes más, la llegada del invierno daría un respiro al ejército, hasta la primavera siguiente. Ludendorff dijo que no era necesario ceder ante las exigencias de Wilson: Alemania no debía aceptar el armisticio si sus cláusulas le vedaban la posibilidad de reanudar la guerra: la capitulación era *inaceptable*. ¿Por qué, después de haber dado la impresión de desastre militar inminente a finales de septiembre, hablaba entonces con esa relativa confianza? Indudablemente, en las noticias que llegaban del campo de batalla había motivos de respiro: ante los golpes repetidos de la ofensiva de los Aliados, el frente alemán cedía, retrocediendo, pero no se rompía. Con todo, Ludendorff debía temer un nuevo ataque, en el nudo del Aisne, que amenazaría la charnela del frente. ¿Era que no lo tenía en cuenta? Aún esperaba ganar tiempo, aguardar el momento en que pudiera producirse una fisura en la coalición adversaria; eran Francia y Gran Bretaña las que querían imponer condiciones muy duras a Alemania; pero quizá los Estados Unidos, si el ejército

alemán resistía algún tiempo aún, no quisieran seguir a los Aliados. Tal era la esperanza que expresó el 23 de octubre.

Al día siguiente la publicación de la tercera nota americana cortó de raíz esa ilusión. A pesar de ello, Ludendorff, el 25 de octubre, se obstinó en declarar que las condiciones impuestas eran inaceptables, pero no invocó más argumento que el *honor militar*. El Gobierno sólo veía en ello una actitud de fachada: eliminó a Ludendorff, que, después de haber impuesto la petición de armisticio, intentaba ahora desembarazarse de su responsabilidad, y el 27 de octubre dirigió al presidente de los Estados Unidos una aceptación incondicional. Era, por tanto, realmente la derrota militar la que imponía la capitulación: el Gobierno estaba convencido de que todo intento de resistencia a ultranza sería ilusorio.

Los esfuerzos de la diplomacia no tuvieron apenas importancia en el curso de los tres meses que siguieron a la batalla del 8 de agosto y que señalaron la retirada de los ejércitos alemanes desde Saint-Quentin a Mézières. Los intentos alemanes destinados a tomar contacto, en secreto, con los adversarios no obtuvieron, al parecer, ningún eco; la tentativa, hecha pública por el Gobierno austrohúngaro, tropezó con una repulsión inmediata y unánime. Era demasiado tarde para negociar.

La única cuestión que, en este terreno, merece examinarse es el comportamiento de los medios dirigentes alemanes en junio de 1918, cuando acababan de acumular los éxitos de seis meses consecutivos, tanto en el Este como en el Oeste, sin conseguir, sin embargo, una *decisión*. ¿Era conveniente continuar el esfuerzo militar y llevar hasta el fin la ofensiva contra el frente francoinglés, ante la posibilidad de conseguir la capitulación del enemigo antes de la intervención en masa del ejército americano? ¿O era preferible intentar explotar el éxito conseguido, aprovechándolo para una solución diplomática, es decir, ofrecer una paz de compromiso que los adversarios, debilitados moralmente por sus recientes fracasos militares, podrían posiblemente aceptar? Hindenburg y Ludendorff rechazaron la posibilidad de una negociación cuya condición previa habría de ser, evidentemente, la restauración completa de la independencia de Bélgica; el ministro de Asuntos Extranjeros, Kühlmann, consideró prudente, por el contrario, recurrir a los procedimientos diplomáticos. El conflicto estalló el 24 de junio, en la sesión del Reichstag, cuando el ministro expresó su escepticismo acerca de los éxitos militares: "Difícilmente se puede contar con que una solución absoluta vaya a obtenerse solo mediante las decisiones militares, sin negociaciones diplomáticas." El Gran Cuartel General protestó contra un lenguaje susceptible de debilitar la moral del ejército en vísperas de la nueva ofensiva que iba a ser desencadenada en Champagne; pidió y obtuvo la dimisión del ministro, cuya política se oponía a la suya; hizo admitir al Canciller la tesis de que Bélgica debía permanecer *bajo la influencia alemana*.

En resumen: el Estado Mayor creía poder dictar la paz y descartar la posibilidad de una negociación en el momento en que el ministro de

Asuntos Extranjeros inglés acababa de declarar su deseo de "no cerrar la puerta a ninguna gestión de paz, con tal que esté apoyada en bases sólidas"; prefería lanzar sobre el tapete sus últimos triunfos el 15 de julio, entre la montaña de Reims y el Argonne, y sufrió un fracaso total.

¿Qué importancia real tuvo, por último, la crisis política interior por lo que respecta a las causas de la derrota?

En abril de 1917 fue cuando aparecieron los primeros síntomas de depresión moral en los medios obreros. El gran movimiento huelguístico que estalló en las fábricas de guerra coincidió con el momento en que el éxito de la primera revolución rusa propagaba la consigna de paz *sin anexiones*, pero también con un empeoramiento muy sensible de la situación alimenticia. El partido socialdemócrata aprovechó esas agitaciones sociales para pedir al Gobierno que buscara una paz de compromiso y para reclamar una reforma política—el establecimiento del sufragio universal en Prusia—, vanamente reivindicada, en diversas ocasiones, antes de 1914. Para este programa, los socialdemócratas lograron obtener el apoyo del Centro católico. Pero la *resolución* de paz, votada por el Reichstag el 19 de julio de 1917, combatida abiertamente por el Gran Cuartel General (1), no fue más que una manifestación platónica; y esta derrota infligida a la mayoría parlamentaria por la voluntad de los medios militares no halló eco sensible en la clase obrera.

A principio de 1918, sin embargo, el malestar social y político reapareció: la huelga metalúrgica de ocho días, motivada por causas puramente políticas, es decir: paz *sin anexiones* y reforma electoral; y el conflicto entre el ministro de Asuntos Extranjeros y el jefe del Gabinete Civil del emperador, por un lado, y el Gran Cuartel General, por otro, con ocasión de las negociaciones de Brest-Litovsk. De hecho, era el Alto Mando quien determinaba las decisiones del Gobierno: se oponía a toda concesión a los huelguistas metalúrgicos y mantenía un programa *anexionista* en la cuestión polaca. El antiguo canciller, Bethmann-Hollweg, dijo que Alemania estaba sometida a la *dictadura del Gran Cuartel General*. La dimisión de Kühlmann, cinco meses más tarde, demostraba que esa apreciación no era arbitraria.

Sin embargo, aquella política autoritaria debía apoyarse en la victoria. Mientras que la campaña de 1918 iba obteniendo éxitos clamorosos, el papel político de los grandes jefes del ejército fue tolerado por la opinión pública e incluso por el Reichstag. Pero dejó de serlo en cuanto sobrevinieron los fracasos militares. La opinión pública, después de las grandes esperanzas concebidas en mayo y en junio, sufrió una depresión brutal; manifestó su rencor contra los métodos del Gobierno e incluso contra la dinastía. En septiembre de 1918 los dirigentes de los partidos políticos pidieron que fuesen llamados al poder hombres nue-

(1) Véase pág. 709.

vos, que gobernasen de acuerdo con la mayoría del Reichstag. Los grandes jefes del ejército, cuando, algunos días más tarde, declararon la necesidad de poner fin a las hostilidades, estaban dispuestos a reconocer que para intentar reanimar la moral era preciso devolver a un gobierno parlamentario la misión de regir el destino nacional. ¿No era esta, por otro lado, la manera de echar sobre otros la carga de una liquidación dolorosa? De hecho, el anuncio de reformas—régimen parlamentario y reforma electoral prusiana—bastó para calmar momentáneamente la agitación política. El 22 de octubre se votaron en el Reichstag los nuevos textos constitucionales, sin que se discutiera la institución imperial. Fue la nota americana del día siguiente la que abrió la crisis del régimen. Al declarar que la paz no podría ser negociada con los que habían sido hasta entonces *los amos* de Alemania, Wilson deseaba dar la impresión de que la presencia del emperador era un obstáculo para esa paz. Consiguió su objetivo. A partir del 31 de octubre la mayoría de los miembros del Consejo de Ministros pidieron la abdicación de Guillermo II. Esa era la voluntad que expresaron los dirigentes del partido socialista y de los sindicatos obreros, y también el deseo de parte de la burguesía de los negocios, sobre todo entre los medios financieros. La negativa del Emperador abrió la vía al movimiento revolucionario el 3 de noviembre. Guillermo II no se resignó a la abdicación hasta que se vio acorralado ante ella, el 9 de noviembre: la República se proclamó en Berlín, impuesta por los obreros; los puentes del Rin estaban a punto de caer en manos de los revolucionarios, y los mandos del ejército declararon que era imposible emplear las tropas del frente en una guerra civil. La revolución se había llevado a cabo sin efusión de sangre.

Entre todos esos aspectos del derrumbamiento alemán, ¿a cuál cabe atribuir la importancia predominante? Este problema ha suscitado polémicas inspiradas, en gran parte, por preocupaciones políticas. ¿Había sido vencida Alemania en los campos de batalla? En el momento del armisticio, los medios militares alemanes no ponían apenas en duda esa convicción; pero como las operaciones cesaron antes que se produjera un desastre, parte de la opinión pública conservó la ilusión de que la derrota no había sido total. ¿Sucumbió a consecuencia de una crisis económica, provocada por el bloqueo? Esa fue la tesis sugerida por el *premier inglés*, Lloyd George. ¿Se había visto obligada a capitular por los trastornos revolucionarios, que paralizaron la resistencia del ejército y asestaron a los combatientes una *puñalada por la espalda*? Ludendorff, por supuesto, se esforzaba en que se diese crédito a esta versión, que encontró una acogida favorable en los medios políticos alemanes de extrema derecha. Entre todas esas tesis, la interpretación histórica no puede eludir una explicación.

El bloqueo no acarrió una crisis de armamentos: el ejército alemán tenía en 1918 municiones en suficiente cantidad, e incluso disponía de material artillero excedente; es verdad que carecía de carros de asalto,

pero solo porque el Estado Mayor General no había reconocido a tiempo el valor de esas nuevas máquinas. Por el contrario, la crisis de abastecimientos provocó en 1917 y a principios de 1918 graves dificultades que fueron el origen de la agitación social en las grandes ciudades. Pero esos sufrimientos se atenuaron después de la paz de Brest-Litovsk y de la de Bucarest. En septiembre de 1918, aunque el abastecimiento seguía siendo difícil, las raciones de pan y de patatas eran mayores que las de seis meses antes; y en los debates ministeriales en que se trataba la cuestión de aceptar o rechazar las condiciones americanas, nunca se invocó la crisis de abastecimientos como motivo para poner fin a la guerra. Es cierto que, por otra parte, la situación alimenticia tuvo a veces repercusiones militares en las decisiones del Alto Mando: en marzo de 1918 la necesidad de ir a buscar trigo y carne obligó a dedicar veinte divisiones a la ocupación de Ucrania; en octubre, en el momento en que el Ejército echaba mano de todo, Ludendorff manifestó al Gabinete de guerra que aquellas tropas de ocupación debían ser mantenidas en sus puestos, porque Alemania no podía renunciar a una fuente tan importante de abastecimiento. En resumen: el bloqueo contribuyó a debilitar la moral de la población, influyendo, en ciertas ocasiones, en las decisiones del Alto Mando; pero no parece haber tenido consecuencias de tanta importancia como para que las dificultades económicas hicieran necesaria la petición de armisticio.

La tesis de la *puñalada por la espalda* invoca, sobre todo, la actividad de la propaganda comunista y la formación, a primeros de noviembre de 1918, de *Consejos de obreros y soldados*, inspirados en los soviets, en las principales ciudades de Renania. Pero la polémica política quiere extraer de esos hechos indiscutibles consecuencias muy excesivas. En realidad, los acontecimientos revolucionarios no parecen haber entorpecido la batalla defensiva. La sublevación de los marinos de Kiel, el 3 de noviembre, impidió, indudablemente, a la flota intentar una salida, pero en ese intento el mismo Almirantazgo sólo veía un rasgo destinado a *salvar el honor*. La amenaza que el 8 y 9 de noviembre pesaba sobre los puentes del Rin no fue seguida de hechos. ¿Y no es forzoso reconocer que la decisión de aceptar las condiciones impuestas por el presidente Wilson la adoptó el Gobierno alemán el 27 de octubre, antes de los primeros disturbios revolucionarios? Bien es verdad que la opinión pública mostraba indicios precursores de disturbios con anterioridad. Pero ¿desde cuándo? Desde que la situación militar se hizo crítica en septiembre, y no solo para los *iniciados*, sino para los observadores menos preparados. Esa depresión de la moral nacional era solo el resultado de la derrota.

Es preciso volver, por tanto, a la explicación militar: solo la suerte de las armas fue decisiva. ¿No daba por descontado Ludendorff que la guerra estaba perdida desde el 8 de agosto de 1918? ¿No dijo al Gobierno que el ejército se encontraba en vísperas de una *catástrofe* el 29 de septiembre? Es cierto que, inmediatamente después, declaró que sería

posible prolongar la resistencia, quizá hasta la primavera de 1919. Pero en ese caso, ¿cuál hubiera sido la perspectiva? El ejército alemán hubiera podido reclutar para esa campaña de 1919 600.000 hombres, según los cálculos de Ludendorff; pero para reclutarlos tendría que suprimir la prórroga concedida a los obreros de las fábricas de guerra, es decir, tendría que desorganizar la fabricación de armamentos. Además, durante el invierno, los efectivos americanos hubieran aumentado en un millón de hombres. ¿Qué se podría ganar—como dijo el Canciller en el Gabinete de guerra el 17 de octubre—intentando retrasar la capitulación? En todo caso, *no se perdería nada*; nada podía ser peor: era el argumento de Ludendorff. Pero Max de Baden le contestó evocando la amenaza de una invasión del territorio alemán. Ese diálogo decidió el debate. El Gabinete de guerra, además, no tuvo en cuenta otras amenazas inmediatas: la ofensiva que Foch estaba dispuesto a desencadenar en Lorena hacia noviembre, y la que, en dirección a Baviera, permitió el derrumbamiento de Austria-Hungría. ¿Cómo hubiera podido parar el Alto Mando alemán esos nuevos golpes? El 5 de noviembre, Gröner, que había sustituido a Ludendorff, comprobó que había llegado el momento de rendir las armas.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la paz separada con Rusia.**—Ed. CARR: *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, Nueva York, 1953, 3 volúmenes.—A. FOKKÉ: *Na sien i za hou-lissam breiskoi tragikomedie* (En el escenario y entre bastidores de la tragicomedia de Brest-Litovsk), en *Arkhiv Russkoi Revolutsii*, 1930, páginas 5 a 207.—O. GANKIN y H. FISHER: *The Bolsheviks and the world war. The origins of the third International*, Stanford Univ. 1940.—H. W. GATZKE: *Zu den deutsch-russischen Beziehungen im Sommer 1918*, en "Vierteljahr für Zeitgeschichte", enero 1955, págs. 67 a 99. B. PARES: *The fall of the Russian Monarchy*, Nueva York, 1939.—R. PIPES: *The formation of the Soviet Union. Communism and nationalism, 1917-1923*, Cambridge (U. S. A.), 1954.—N. SUKHANOV: *The Russian Revolution, 1917 (trad.)*, Londres, 1955.—J. VOLKSWART: *Brest-Litovsk*, Stuttgart, 1937. R. D. WARTH: *The Allies and the Russian Revolution, from the fall of the monarchy to the peace of Brest-Litovsk*, Durham, 1954.—JOHN WHEELER-BENNETT: *Brest-Litovsk. The forgotten peace*, Londres, 1938 (importante).—W. WILLIAMS: *American Russian rela-*

*tions*, Nueva York, 1952.—P. MAKAREVA: *Japonskaja intervencija na rusokom Dalnem Vostoke, 1918-22 g.*, en *Pripodav ist. Skole*, 1948, p. 19-42 ("La intervención japonesa en el Extremo Oriente ruso").—Z. ZEMAN: *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918*, Londres, 1958. (Documentos sacados de los archivos alemanes). W. HAHLEWEG: *Lenins Rückkehr nach Russland, 1917*, Leiden, 1957. (Documentos alemanes).—J. A. WHITE: *The Siberian Intervention*, Nueva York, 1952.—J. W. MORLEY: *The Japanese Thrust into Siberia, 1918*, Nueva York, 1957.

**Sobre el armisticio búlgaro y el derrumbamiento de Austria-Hungría.**—M. BRIGGS: *George D. Herron and the European Settlement*, Stanford Univ. 1932.—F. FELLNER (ed.) *Das politische Tagebuch Josef Redlichs, 1908-1919*, Graz, 1953, 2 vols.—H. KERCHNAWE: *Der Zusammenbruch d. oesterreich-ungarn. Wehermacht im Herbst, 1918*, Viena, 1921.—S. MAMATEY: *The U. S. and Bulgaria in world war I*, en "American Slavonic and East european Review", abril 1953, págs. 232 a 257.—J. OPO-

CENSKY: *Umsturz im Mitteleuropa. Der Zusammenbruch Oesterreich-Ungarns un die Geburt der Keinen Entente* (trad. del checo), Hellerau, 1932.—M. A. BIRMAN: *Revolucionnaja Situacija v Bolgarii, 1918-1919* ("La situación revolucionaria en Bulgaria, 1918-1919"), Moscú, 1957.

**Sobre la derrota de Alemania.**—El testimonio de R. von KÜHLMANN: *Erinnerungen*, Berlín, 1953, es esencial.—A. J. BERLAU: *The German social-demokrat party, 1914-1921*, Nueva York, 1949 (Importante para la cuestión de "la puñalada por la espalda"). A. SCHWERTFEGER: *Die politischen und militärischen Verantwortlichkeiten im Verlauf der Offensive von 1918*, Berlín, 1928.

**Sobre el hundimiento del Imperio otomano.**—N. HOWARD: *The Partition of Turkey, 1913-1923*, Normau, 1931.—E. KEDOURIÉ: *England and the*

*Middle East. The destruction of the Ottoman Empire, 1914-1921.* Londres, 1956.

**Sobre los armisticios.**—H. RUDIN: *Armistice, 1918*, New Haven, 1944, es el mejor estudio de conjunto. Véase también, acerca del armisticio de Mudros, A. LAURENS (comandante): *Le commandement naval en Méditerranée*, París, 1931; y A. LARCHER: *La guerre turque dans la guerre mondiale*, París, 1923. Sobre el armisticio de Villa-Giusti, ALBERTI (general): *L'Italia e la fine della guerra mondiale*, Roma, 1924, 2 vols. Sobre el armisticio de Rethondes, WEYGAND (general): *Le onze novembre*, París 1932. LHOPITAL (comandante): *Foch, l'armistice et la paix*, París, 1938.—F. VON EPSTEIN: *Zwischen Compiègne und Versailles. Geheime Amerikanische Militärdiplomatie, 1918-1919*, en *Vierteljahreshfte für Zeitgeschichte*, octubre 1955.

## CONCLUSION DEL LIBRO PRIMERO

En el mismo momento en que Turquía, el 30 de octubre de 1918, en Mudros; Austria-Hungría, el 3 de noviembre, en Villa-Giusti, y Alemania, el 11 de noviembre, en Rethondes, capitulaban, la solidaridad entre las potencias victoriosas se veía amenazada ya. Francia, que había soportado el mayor peso en las operaciones militares y exigido a su pueblo un esfuerzo mayor, en comparación con sus aliados, creía tener derecho a la gratitud de estos. Pero Gran Bretaña, cuyo predominio naval permitió someter al enemigo a bloqueo, consideraba que su participación en la victoria final no era menor que la de Francia; e Italia tenía razón al decir que, en su frente de batalla, el derrumbamiento del ejército adversario había sido total. Los Estados Unidos, aunque solo tuvieron una participación restringida en la lucha, sabían que su papel había sido decisivo, incluso en el terreno de operaciones, puesto que suministraron los medios materiales, paralizaron la guerra submarina e inclinaron la balanza de fuerzas en el momento oportuno, para hacer posibles las ofensivas del verano de 1918. La oposición inevitable entre los intereses encontraba un punto de apoyo en esa divergencia de convicciones.

En la elaboración de las cláusulas militares de los armisticios no fueron muy ásperas las diferencias. La opinión de ingleses y americanos había sido, indudablemente, que las condiciones francesas eran demasiado duras: ¿era absolutamente necesario arrebatar a Alemania la mayor parte de su artillería pesada e imponerle la ocupación de *cabezas de puente* en la orilla derecha del Rin? Sin embargo, ante la insistencia del mariscal Foch, cedieron. Aparte de eso, los aliados se hallaban de acuerdo en lo esencial: estaban decididos a exigir tales condiciones que fuera imposible la vuelta a las hostilidades; pero no tenían intención de proseguir la guerra con el único fin de ir a firmar el armisticio *en Berlín*, dando así al pueblo alemán prueba palpable de su derrota.

La discusión de las cláusulas políticas resultó más difícil desde el momento en que Lloyd George y Clemenceau intentaron oponerse al punto de vista americano. ¿Por qué dar a los Catorce Puntos del presidente de los Estados Unidos una consagración que traería como consecuencias dificultades de interpretación y algunas sorpresas? El coronel House, representante personal del Presidente, el 29 de octubre, no titubeó en declarar a los jefes de los Gobiernos aliados que la negativa de estos podría obligar a los Estados Unidos a negociar con Alemania una *paz por separado*. Woodrow Wilson confirmó esa amenaza, precisando los puntos en los que no cedería: "No puedo consentir en tomar parte en unas negociaciones de paz que no incluyesen la libertad de los mares, porque nosotros nos hemos comprometido a combatir no solo al milita-

rismo prusiano, sino a todo militarismo, en cualquier lugar y de cualquier manera que se manifieste. Yo no podría tampoco participar en un acuerdo que no comprendiese una Sociedad de Naciones, pues con una paz de ese género, cualquier garantía de seguridad desaparecería al cabo de algunos años: cada nación tendría que recurrir todavía a los armamentos y eso sería desastroso. Espero que no tendré que hacer pública mi decisión". Al día siguiente House advirtió a los Aliados que, en el caso de que multiplicasen las objeciones, el Presidente preguntaría al Senado si era conveniente continuar la guerra *en beneficio de los Aliados*. Gran Bretaña, Francia e Italia aceptaron entonces, con dos reservas, los Catorce Puntos como base de la paz. El coronel House decía que esto era una *victoria diplomática* de los Estados Unidos. Pero era también presagio de futuros desacuerdos.

Los Estados Unidos disponían, ciertamente, para ese futuro próximo, de medios de presión que le aseguraban su poderío financiero. A partir del 21 de noviembre de 1918, el Gobierno americano anunció que el sistema de ayuda, establecido para las necesidades de guerra, había terminado, y que la Tesorería no estaba autorizada a "hacer adelantos para la reconstrucción o para otras necesidades de posguerra".

Es verdad que esta decisión admitía la posibilidad de proporcionar créditos *limitados* a favor de ciertos Gobiernos aliados. ¿No resultaba evidente que ese favor no sería otorgado más que con su cuenta y razón?

*LIBRO SEGUNDO*

EL ACUERDO DE PAZ

(DE 1919 A 1920)



## INTRODUCCION DEL LIBRO SEGUNDO

El derrumbamiento de Alemania, la dislocación de Austria-Hungría, la parálisis de Rusia, donde el Gobierno soviético estaba absorbido en la guerra civil, dejaban a los vencedores entera libertad de acción para establecer los tratados de paz. La obra era inmensa, no sólo porque las hostilidades se habían extendido al Extremo Oriente, al Levante mediterráneo y a gran parte de Africa central, sino también porque esas hostilidades determinaron cambios profundos en las instituciones políticas, en la vida económica y social, en la misma mentalidad de los pueblos, modificando el equilibrio de fuerzas que existía entre los continentes.

Los Gobiernos de los grandes Estados que habían participado de manera predominante en la victoria, debían, pues, resolver las cuestiones territoriales, económicas y financieras planteadas, sobre todo en Europa, en sus relaciones con los Estados vencidos. Pero Francia, Gran Bretaña e Italia, al mismo tiempo, tenían que restablecer su vida económica y salvaguardar los intereses que poseían, en 1914, en otros continentes. Los Estados Unidos, que no tuvieron que emplear todas sus fuerzas, y Japón, que preservó deliberadamente las suyas, se encontraban en muy distinta situación.

El estudio del acuerdo de paz, establecido por los Tratados de Versalles, Saint-Germain, Trianon y Neuilly, y el de las reacciones de la psicología colectiva ante ese acuerdo no debe descuidar, por tanto, el telón de fondo, es decir, el golpe que sufrieron los intereses europeos en el mundo.

## CAPITULO V

## LA DECADENCIA DE EUROPA

¿Cuál era el estado de las fuerzas, materiales o morales, de que disponía Europa, en el momento en que terminó la lucha que durante cuatro años y medio devastó parte del continente?

## I. LA CRISIS EUROPEA

La guerra había costado a los Estados europeos ocho millones y medio de hombres, pertenecientes casi todos a generaciones activas; Francia, Alemania y Rusia fueron los Estados más gravemente afectados. A causa de esas pérdidas, a las que había que unir los inválidos permanentes, todos los países beligerantes se encontraron con falta de mano de obra. Los medios de producción eran en todas partes insuficientes. En la agricultura, que no disponía de abonos químicos, disminuyeron los rendimientos; a veces, en aquellas zonas donde la lucha había durado más y llenado el suelo de metralla, incluso, no era posible poner las tierras inmediatamente otra vez en condiciones de cultivo. El desgaste del material mecánico, el agotamiento de las reservas de materias primas, la escasez de carbón (cuya producción había disminuido en un 30 por 100), paralizaban la actividad de la industria. Los transportes ferroviarios estaban desorganizados, y la flota mercante, que en 1914 comprendía el 85 por 100 del tonelaje mundial, había descendido al 70 por 100.

Esta crisis era, naturalmente, más grave en todos aquellos territorios—franceses y belgas, polacos, rumanos y serbios—que habían sufrido la invasión y las devastaciones; también lo era en Rusia, a causa de la revolución y de la guerra civil. Alemania, en cambio, conservaba el 90 por 100 de su equipo industrial (el 10 por 100 restante se hallaba en los territorios que tendría que ceder por los tratados de paz, en aplicación de los principios wilsonianos), pero había perdido la casi totalidad de su flota mercante y sus inversiones de capitales en el extranjero; y, obligada por el bloqueo a practicar una *economía de agotamiento*, no disponía de reservas de materias primas. Gran Bretaña, aunque conservaba intactas sus minas y sus fábricas, había perdido importantes mercados exteriores y parte de los fondos que, en el extranjero, facilitaban sus importaciones; había sufrido graves daños en su flota mercante y contraído una deuda exterior que pesaba sobre el curso de los cambios desde que los Estados Unidos interrumpieron su ayuda financiera: la libra, que valía 4,76 dólares en diciembre de 1918, bajaba de mes en mes, y esa depresión comprometía gravemente la función del mercado financiero de Londres en las transacciones comerciales internacionales.

Entre esos aspectos del desastre, el rasgo dominante era la baja producción. Para procurarse materias primas y reconstruir su equipo industrial Europa necesitaba acudir a los recursos de otros continentes. Pero se veía aquejada por una crisis financiera que paralizaba o entorpecía sus compras. La deuda pública había aumentado en todas partes considerablemente: las cifras de 1913 se multiplicaron por seis, en Italia; por siete, en Francia; por diez, en Gran Bretaña; por veinte, en Alemania. Indudablemente, esas cargas, muy pesadas para la gestión de las finanzas públicas, no constituían siempre, en sí mismas, un signo de empobrecimiento de la nación. Pero la deuda exterior gravaba la balanza económica de Francia, Gran Bretaña, Italia y Bélgica. La inflación monetaria a que tuvieron que recurrir, en mayor o menor medida, todos los Estados beligerantes para hacer frente a los gastos excepcionales de guerra, frenaba las posibilidades de importación. Las reservas de oro de los Bancos Centrales habían disminuido en tal proporción, que no era posible acudir a ellas para pagar las compras. Los créditos que los Estados beligerantes para hacer frente a los gastos excepcionales de guerra, aparecido en gran parte.

Frente a esta Europa jadeante, los grandes Estados no europeos se encontraban prósperos, pues la guerra les había dado la ocasión de aumentar su producción industrial, de modificar incluso la orientación de su producción agrícola a veces y de mejorar su balanza comercial.

Los Estados sudamericanos que antes de 1914 estaban dentro de la esfera de influencia económica de Europa, a la que compraban productos fabricados y vendían materias primas o artículos alimenticios, habían establecido fábricas textiles y de metalurgia pesada, al mismo tiempo que desarrollaban sus exportaciones de trigo, de carne o de azúcar en bruto, destinadas a los Estados europeos. Los beneficios obtenidos por los productores permitieron la formación de capitales *indígenas*, que, desde entonces, abrieron a esos Estados las primeras esperanzas de independencia económica.

Japón había vendido a China, India e Indochina los productos manufacturados que Europa no podía proporcionar, y exportado a los Estados beligerantes—sobre todo a Rusia—material de guerra y municiones. El valor de su producción industrial se había quintuplicado casi; la balanza comercial, siempre deficitaria antes de 1914, se hizo ampliamente favorable; las empresas, particularmente las de la industria metalúrgica, obtuvieron considerables beneficios: varias de esas sociedades industriales repartían en 1918 dividendos del 20 por 100, y cuatro de ellas hasta del 50 por 100.

Los Estados Unidos aumentaron su potencia económica y financiera a un ritmo veloz: la extracción de hulla pasó de 513 millones de toneladas en 1913 a 685 millones en 1918: la producción de acero se duplicó; el tonelaje de la flota mercante se cuadruplicó, alcanzando el 85 por 100 del tonelaje de la flota mercante inglesa, cuando la misma proporción

era solo de un 23 por 100 en 1913; el excedente de las exportaciones sobre las importaciones fue de 1914 a 1918 de nueve mil quinientos millones de dólares, es decir, que igualó en cuatro años el excedente realizado durante los ciento veinticinco años anteriores. Dueños de la mitad aproximadamente de las reservas mundiales de oro, los Estados Unidos, al mismo tiempo que recuperaban en masa los títulos americanos que se encontraban en manos de capitalistas extranjeros, prestaron diez mil millones de dólares a los Estados beligerantes y se convirtieron en grandes exportadores de capital; sobre todo en América del Sur.

En el momento en que los Gobiernos discutían las cláusulas de los tratados y los Parlamentos discutían su ratificación, la opinión pública europea estaba más preocupada por las dificultades materiales inmediatas que por las cuestiones internacionales. Es un hecho que conviene no perder de vista en el estudio del acuerdo de paz.

Al mismo tiempo que se veía profundamente aquejada por la crisis de subproducción, Europa atravesaba una crisis moral. Dudaba de los principios que antes de 1914 habían predominado en las formas de vida política y social.

Crisis de las instituciones liberales y democráticas. Es verdad que esta crisis no apareció al día siguiente de los armisticios de 1918: la victoria de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Italia era la victoria de grandes Estados cuyo régimen político se fundaba en el liberalismo, el sufragio universal y el ejercicio del poder legislativo mediante una asamblea parlamentaria: las instituciones habían demostrado, en el curso de la guerra, su solidez, su flexibilidad y su eficacia; también los pequeños Estados, tanto los que la guerra había hecho nacer como los que habían sido transformados por ella, adoptaron sin titubear, en 1919, el régimen cuyo valor parecía haber sido confirmado por la experiencia. Pero todo eso era un éxito precario. La primera causa de ello se encontraba en el cambio que las circunstancias y las necesidades del estado de guerra habían provocado en el espíritu público. El respeto a los derechos del individuo, que había sido uno de los fundamentos del liberalismo, quedaba debilitado por las medidas de excepción; la Prensa fue supervisada y la propaganda intentó *estatizar* el pensamiento. Esa decadencia de la libertad sobrevivía a las condiciones que la habían impuesto y las reacciones mentales de las masas no eran las mismas que antes de la guerra.

Esa duda se agravaba por la influencia de nuevas ideas que, desde horizontes opuestos, socavaban los fundamentos de la democracia liberal.

El Estado, según Lenin, no es, ni puede ser, más que un instrumento de coacción, de dominación. En el pasado ese instrumento ha servido a los intereses y los designios de la burguesía, gracias a la policía y a la fuerza armada. El régimen soviético tenía por objeto sustituir esa dominación de la burguesía por la hegemonía del proletariado, necesaria para la realización de una economía socialista: sería imposible quebrar

la resistencia de la burguesía sin recurrir, durante un período *transitorio*, pero probablemente largo, a métodos dictatoriales. La nueva doctrina subordinaba el individuo al Estado, que no debe encontrar ningún límite a su poder cuando tome medidas conformes con el *objetivo revolucionario*.

La ideología del fascismo fue expresada—tres años antes del golpe de Estado de Mussolini—por Oswald Spengler, cuando publicó en 1918 *La decadencia de Occidente*, que alcanzó en poco tiempo una tirada de 100.000 ejemplares. La democracia no es más que una ilusión, pues el sufragio universal no implica *ningún derecho real*: la masa electoral queda abandonada a los comités de dirección de los partidos que, mediante su propaganda, dictan su voluntad e imponen una dictadura espiritual. El parlamentarismo, que ha sido “la continuación de la revolución burguesa de 1789”, ha perdido su fuerza de atracción, ya porque ha servido de instrumento al poderío del dinero, ya porque resulta desbordado por el juego de las fuerzas económicas y sociales, que ejercen su acción fuera de él. Esa descomposición de la democracia—dice Spengler—da paso al cesarismo, que se aproxima *irresistiblemente*: las masas están dispuestas a confiar en jefes que sean capaces de imponer su voluntad, frente a los intereses particulares, de hacer admitir la necesidad del sacrificio y que sepan formar una clase dirigente para asegurar la permanencia de su obra.

Crisis social.—La guerra trajo como consecuencia una amplia transferencia de riquezas en todos los Estados beligerantes. La inflación monetaria modificó sensiblemente el nivel de vida relativo de las clases sociales. Las masas campesinas, que tuvieron que soportar los más costosos sacrificios humanos, se vieron beneficiadas, en general, por la situación económica, pues las necesidades del abastecimiento de artículos alimenticios les aseguró una posición ventajosa; también resultaron beneficiadas, en gran parte de Centroeuropa, por las reformas agrarias, pues los Gobiernos de los Estados nuevos o *renovados* esperaban detener, de ese modo, el contagio de las ideas comunistas y, a la vez, destruir la preponderancia de los grandes propietarios rústicos, cuyos intereses y simpatías estaban ligados a los regímenes políticos desaparecidos. Pero los obreros se encontraban en situación más difícil en el momento en que terminaron las hostilidades: en la mayoría de los Estados beligerantes, el aumento de los salarios, sobre todo los de la mano de obra *cualificada*, había sido más lento que el del coste de la vida. Después de una mejora que duró poco tiempo, en las últimas semanas de 1918, el salario real bajó de nuevo, cuando la desmovilización lanzó millones de hombres a los mercados del trabajo. Al final de la primavera y en el verano de 1918, la protesta social creció en Gran Bretaña, Francia e Italia. Indudablemente, esos movimientos huelguísticos no eran revolucionarios: los partidos socialistas, en cada uno de esos tres Estados, rehusaron adherirse a la Internacional Comunista, en enero, y condenaron la toma del poder por la fuerza y la dictadura del pro-

letariado, en una conferencia celebrada, en febrero, en Berna. Sin embargo, la inquietud provocada por la agitación obrera obligó a los Gobiernos a no prolongar con la elaboración de los tratados de paz, un período de incertidumbre que retrasase la reconstrucción económica.

Exasperación de los nacionalismos, por último.—El principio de las nacionalidades fue utilizado sin cesar como arma de propaganda, en los dos campos, durante la guerra. Los Estados de la *Entente*, remisos mientras Rusia fue zarista, apoyaron, a partir de marzo de 1917, a los *Comités nacionales*, formados por los emigrados checos, serbios y croatas, polacos... Las potencias centrales intentaron, desde 1916, alentar la protesta nacionalista irlandesa contra Gran Bretaña, el nacionalismo de las poblaciones bálticas y finlandesas contra Rusia, e, incluso, aprovecharse del movimiento nacional polaco. ¿Cómo no iban a continuar provocando violentas convulsiones esos llamamientos sentimentales, aun después de los armisticios? ¿No debía determinar el principio de las nacionalidades el arreglo de las cuestiones territoriales en los tratados de paz, según el programa de Wilson?

Pero los pueblos europeos interesados sabían lo difícil que sería aplicar ese principio en todas aquellas zonas fronterizas donde el mapa lingüístico pone de manifiesto una confusión con frecuencia inextricable. ¿Dónde trazar la línea de demarcación *claramente identificable*, como determinaba el punto 9 del mensaje de Wilson, entre italianos, eslovenos y croatas? ¿Cómo fijar en Bohemia el reparto territorial entre checos y alemanes que, además, estaban asociados en la vida económica? ¿Qué frontera establecer en Transilvania, en donde, en medio de una población en su mayoría rumana, los alemanes y los magiares constituían núcleos, algunos de los cuales databan del siglo XIII? ¿Y cómo determinar la correspondencia nacional en esa Macedonia, donde los grupos lingüísticos—búlgaros, serbios y griegos—no coincidían siempre con los grupos religiosos, unidos a las tres Iglesias ortodoxas rivales? (1).

Por eso, al día siguiente de los armisticios, las nacionalidades se hallaban en lucha. Sobre todo, los nuevos Estados, en la euforia de la victoria que les había beneficiado, estaban animados por un ardor agresivo y preparaban los argumentos en que apoyarían sus reivindicaciones territoriales. No se limitaban a invocar el principio de las nacionalidades, sino que lo sobrepasaban, unas veces en nombre de los *derechos históricos* y otras en el de los intereses económicos. La mezcla de poblaciones, se decía, no es, a menudo, más que el resultado de una colonización efectuada por los antiguos dueños del territorio; anular ese resultado, aunque fuera secular, sería simplemente un acto de justicia. ¿Y no debían recibir esas poblaciones liberadas de la dominación extranjera los ferrocarriles y los yacimientos mineros de los que dependía su vida económica, aunque resultase lesionado el derecho de las naciona-

(1) Véanse págs. 592 y 593.

lidades? Más raro era que se invocasen abiertamente argumentos estratégicos; a pesar de ello, esos argumentos eran los que, con frecuencia, inspiraban todos los demás.

Pero, en el mismo momento en que se debilitaban las concepciones políticas y sociales del siglo XIX y principios del XX, se produjo en el espíritu de los hombres de Estado y en los sentimientos de las masas, la afirmación de una nueva concepción de las relaciones internacionales, cuyo origen se remontaba a las iniciativas tomadas por una corriente de pensamiento formada en ciertos medios democráticos y liberales.

Antes de 1914, los proyectos de unos Estados Unidos de Europa o de una Sociedad de Naciones no habían pasado del estado de estudios académicos ni tuvieron influencia en las relaciones políticas internacionales (1). El mentís que la guerra dio a esas esperanzas no desalentó a las organizaciones pacifistas: ¿no tenía necesidad la Humanidad de creer, para soportar la prueba, que de la crisis saldría un mundo mejor? Evidentemente, fue en los países neutrales donde primero surgieron las iniciativas. En enero de 1915, se fundó en los Estados Unidos, bajo la dirección del antiguo presidente Taft, la *League to enforce peace*, que bosquejó el proyecto de una Sociedad de Naciones, encargada de resolver los conflictos internacionales y de imponer el respeto a sus decisiones mediante sanciones económicas, financieras e, incluso, militares. En abril de 1915, los pacifistas holandeses y suizos crearon en La Haya la *Organisation Centrale pour une paix durable*. En los Estados beligerantes, grupos de intelectuales acogieron entonces, esa idea: en Londres, la *League of Nations Society* y, en París, la revista *La paix par le droit*, esbozaban programas cuyos rasgos esenciales eran análogos; en la misma Alemania, un grupo de juristas y de escritores políticos, el *Bund neuer Vaterland*, desarrolló el mismo tema. En mayo de 1916, el presidente Wilson puso al servicio de esas aspiraciones la autoridad del Estado neutral más poderoso. A Wilson se le escuchó en Gran Bretaña, donde el Secretario de Estado de Asuntos Extranjeros da, en principio, su adhesión e, incluso, encontró eco en Berlín, donde, en esa fecha, el Canciller Bethmann-Hollweg preparó una *ofensiva de paz* (2). Pero solo después de la entrada de los Estados Unidos en guerra, al adoptar el presidente la posición de árbitro de la futura paz, se impuso la idea: el mensaje del 8 de enero de 1918 situaba en primer plano, al hablar de las bases de esa paz, la creación de una *asociación general de naciones*, capaz de otorgar a todos los Estados miembros "garantías mutuas de independencia política e integridad territorial".

Era natural que tales ideas encontrasen una acogida amplia en la opinión pública de 1919. Los pueblos agotados deseaban, como lo habían deseado ya después de las grandes crisis internacionales del siglo XIX

(1) Véase pág. 338.

(2) Véase pág. 692.

—en 1815, 1849 y 1871—, que un orden nuevo asegurara cierta estabilidad y cierta seguridad a las relaciones entre los Estados; confiaban en prevenir la repetición de los sufrimientos que, durante más de cuatro años, abrumaron a una gran parte del mundo. El ideal de Wilson respondía, en aquel instante, a las profundas aspiraciones de los pueblos.

Es importante también subrayar la nueva orientación de esas concepciones. Mientras que antes de 1914 la preocupación central de ese movimiento eran los *Estados Unidos de Europa*, ahora el proyecto europeo era absorbido dentro de un esquema universal. Consecuencia obligada de una guerra mundial en la que la intervención de los Estados Unidos había sido decisiva; pero, también, demostración de que Europa sentía la necesidad de esa presencia americana para asegurar la organización de la paz en el porvenir. ¿No confirmaba esto la *decadencia de Europa*?

## II. LA SUERTE DE LOS IMPERIALISMOS EUROPEOS

¿Cuál era la suerte, en esa decadencia, de las colonias y de las zonas de influencia en los "países jóvenes"? La preponderancia, que Europa había mantenido hasta 1914, se ponía ahora en litigio.

Los Estados europeos, obligados a dedicar a la lucha todas sus fuerzas y recursos, habían tenido que suspender su esfuerzo de expansión económica; empeñados en una obra de mutua destrucción, perdieron el prestigio que habían conseguido en los *países jóvenes*, con el éxito de sus procedimientos; vieron, por último, atacados los fundamentos del imperialismo por críticas y consignas, que encontraron vasta aceptación entre los intelectuales de esas colonias y de esas zonas de influencia.

El lugar que ocupaban hasta entonces los Estados beligerantes en la vida económica mundial (1) se perdió, en gran parte, como consecuencia de la movilización de las industrias para las necesidades militares y de la insuficiencia de los medios de transporte marítimos. Incluso Gran Bretaña, que al principio de la guerra se esforzó por mantener, en lo posible, sus actividades económicas normales, se vio obligada rápidamente a renunciar a ese esfuerzo: sus exportaciones, que alcanzaban en 1913 los 630 millones de libras, bajaron a 532 millones en 1918; teniendo en cuenta el alza de precios, es en un 40 por 100, aproximadamente, en lo que hay que valorar la disminución del volumen de las exportaciones. En Francia, las exportaciones de 1918, calculadas en peso, representaban solo una tercera parte de las de antes de la guerra. Los mercados exteriores, por tanto, se perdían parcialmente para el comercio europeo, sustituido rápidamente por el comercio estadounidense y por el japonés. ¿Eclipse temporal? Sí, sin duda. Pero ¿cuándo serían parcialmente reconquistadas las posiciones económicas perdidas?

(1) Véase libro I, pág. 665.

El espectáculo de la guerra europea estimuló, en las regiones sometidas a la dominación política o a la influencia predominante de los europeos, la esperanza de escapar de esa dependencia. En algunas ocasiones, ciertas iniciativas tomadas por los Estados beligerantes favorecieron, inclusive, inconscientemente, esa esperanza.

Para paliar la crisis de efectivos, Gran Bretaña y Francia movilizaron tropas indígenas reclutadas en sus territorios de ultramar: la India proporcionó 943.000 hombres, y de ellos, 683.000 combatientes; las colonias y protectorados franceses, 928.000 hombres, con 690.000 combatientes. Los indígenas movilizados entraron en contacto, unos con sus camaradas de combate, otros con los militantes sindicalistas de las fábricas de guerra; cuando volvieron a sus hogares, llevaron consigo, por tanto, nuevas ideas y estados de ánimo; un parlamentario francés, con alguna autoridad en cuestiones coloniales, hizo notar que aquellos hombres se habían hecho *razonadores*.

Por otra parte, la diplomacia inglesa, para hacer fracasar la política otomana, detener el riesgo de una *guerra santa* del Islam y, también, proteger el Canal de Suez contra una ofensiva turca, estimuló el movimiento nacionalista árabe y prometió al Emir del Hedjaz situarle a la cabeza de un gran Estado árabe independiente (1). La iniciativa permitió el éxito de la campaña de Palestina; pero, desde finales de 1918, colocó a Gran Bretaña en una situación difícil en Palestina, Irak e, incluso, Siria, lugares donde las promesas hechas a los árabes se hallaban en contradicción con los acuerdos secretos francoingleses. El Gabinete británico despertó una fuerza que le resultaba temporalmente útil, pero que, apenas terminada la guerra, se convirtió en algo embarazoso e, incluso, amenazador.

Por último, Gran Bretaña y Francia, después de haber impuesto al Gobierno chino una situación de inferioridad, desde 1842, cuya expresión era el sistema de *tratados desiguales*, deseaban y obtuvieron, en 1917, la entrada de China en la guerra (2). Además de las ventajas inmediatas, bastante insignificantes, verdaderamente (reclutamiento de mano de obra china, destinada a ir a trabajar a Francia, en la industria o en los trabajos públicos; confiscación de los barcos mercantes alemanes que, desde 1914, se habían refugiado en los puertos chinos), Francia y Gran Bretaña perseguían el objetivo de inducir al Gobierno chino a resistir la presión japonesa, prometiéndole su apoyo diplomático cuando llegase la ocasión de las negociaciones de paz. China, dado que iba a participar en la Conferencia de la Paz en pie de igualdad, por lo menos teórica, con las grandes potencias, no dejaría ciertamente de aprovecharse de ello para reclamar la derogación de los *tratados desiguales*.

Pero las aspiraciones a la emancipación fueron fomentadas, sobre todo, por la difusión de las ideas wilsoniana y comunista, las cuales, por

(1) Véase pág. 686.

(2) Véase pág. 711.

opuestas que fuesen en otros aspectos, encontraban fortuitamente un punto de convergencia en la condena del *colonialismo*.

El Presidente de los Estados Unidos afirmaba, en sus declaraciones públicas, que todo Gobierno debería “derivar sus poderes del consentimiento de los gobernados”. Aplicaba ese principio de la *libre disposición de los pueblos* a la acción colonial. Verdad era que reconocía las necesidades de la expansión económica y la importancia de los mercados exteriores; admitía, por tanto, que por la fuerza e, incluso, mediante una temporal ocupación militar, un Estado industrial podía obligar a aceptar a un *país joven* el mantenimiento de relaciones comerciales.

Pero entendía que la población de este último país podía reivindicar sus derechos, en cuanto se encontrase madura para el *self-government*. La dominación no debía ser más que un medio transitorio. También declaró Wilson, en su mensaje del 8 de enero de 1918 (1), que, para la solución de las cuestiones coloniales, “los intereses de las poblaciones de referencia deben tenerse tan en cuenta como las reivindicaciones equitativas de los Gobiernos cuyos títulos hayan de determinarse”. En un discurso, del 4 de julio de 1918, añadió que todos los problemas territoriales debían resolverse “sobre la base de la aceptación libre de esa solución por el pueblo inmediatamente interesado”. Se encontraba, pues, completamente dispuesto a aceptar la idea sugerida, en diciembre de 1918, por el general Smuts, miembro del Gabinete de guerra británico: había que evitar que se extendiese la dominación colonial a nuevos territorios; debía confiarse esos territorios a un Estado, que recibiría el mandato de administrarlos, y encomendar a la Sociedad de Naciones el cuidado de inspeccionar la gestión de la potencia mandataria. Este sistema del *mandato* permitiría, según Smuts, asegurar el desarrollo del territorio *en beneficio de los que vivían en él*; y pondrían a las poblaciones al abrigo de los abusos de que fuesen, o pudieran ser, víctimas: trabajo forzado o confiscación de tierras (2). Ciertamente el presidente de los Estados Unidos deseaba aplicar sus ideas con miramientos, pues no quería chocar frontalmente con los intereses de Francia y Gran Bretaña. Pero, en las colonias europeas, los intelectuales indígenas, sin tener en cuenta esas restricciones mentales, fijaban su atención únicamente en la doctrina, es decir: en el derecho de los pueblos a su libre disposición.

Los intereses europeos en el mundo se vieron amenazados aun más directamente por la propaganda comunista. En septiembre de 1917—antes, incluso, de la toma del poder por los bolcheviques—, Lenin publicó “El imperialismo, última etapa del capitalismo”, que ofrecía una interpretación general de la historia de la expansión europea. La concentración industrial—dice Lenin—asigna al capitalismo financiero un papel dominante en la vida económica; la acumulación de capitales ha al-

(1) Véase pág. 713.

(2) El sistema mandatario fue sugerido, en diciembre de 1918, por el general Smuts, miembro del Gabinete de guerra británico. Pero Smuts pensaba en el Próximo Oriente.

canzado tales proporciones, que se han hecho indispensables las inversiones fuera de Europa: la exportación de capitales ha sido, pues, más aún que la búsqueda de mercados exteriores, el móvil del imperialismo, ya se trate de la conquista colonial, ya de la dominación *semicolonial* a que lleva la política de zonas de influencia. ¿Cuáles han sido las consecuencias? Por una parte el nacimiento de nuevas rivalidades entre las grandes potencias, pues los intentos hechos para organizar la explotación común de los países jóvenes han sido solo, y no podían ser otra cosa, *treguas*; la guerra de 1914 había sido, según Lenin, una guerra “para el reparto del mundo, para la distribución y redistribución de las colonias, de las zonas de influencia, del capital financiero”. Por otra: el desarrollo de un “sistema universal de opresión colonial”, que había situado a “más de la mitad de la población del mundo” bajo la dependencia de los grandes Estados industriales. Pero, en los países jóvenes, la penetración de esos imperialismos ha modificado las antiguas estructuras sociales; ha terminado con el “milenario aislamiento agrario”; los pueblos oprimidos despiertan, por ello, a la conciencia nacional. De este modo, el capitalismo encuentra una resistencia que crecerá cada vez más; es él mismo el que abre a esos pueblos el camino de la emancipación.

La conclusión práctica que se deducía de esa tesis leninista se expresó, en marzo de 1919, en la Resolución final del Primer Congreso de la Internacional Comunista: luchar contra el imperialismo colonial o *semicolonial*, estimular los *movimientos de emancipación*, arruinar a ese imperialismo que es indispensable para la estabilidad del régimen capitalista. Ese debía ser el programa.

Yendo mucho más lejos de la crítica wilsoniana, asestada solo contra el *colonialismo*, pero que se limitaba—dijo el Congreso comunista—a un *cambio de etiqueta*, el programa del Congreso apuntaba, por tanto, a todas las formas de la expansión económica europea.

¿Cuál fue la influencia respectiva de las ideas americana y rusa en los movimientos de emancipación que amenazaban, en 1919, los resultados conseguidos por la expansión europea? Sería inútil intentar apreciarla, pues la información histórica es todavía demasiado fragmentaria para permitir llegar a conclusiones válidas. Por otro lado, la eficacia de esta crítica del imperialismo no podía pasar de los medios intelectuales. Los móviles profundos en las masas fueron, sin duda, los reflejos elementales del sentimiento xenófobo, las dificultades o los sufrimientos provocados por la situación económica y las fuerzas religiosas.

Lo que interesa esbozar es la fisonomía de cada uno de esos movimientos de resistencia a Europa en las colonias o en las zonas de influencia.

La India era la *joya* del Imperio británico. Entre esa enorme masa humana—320 millones de habitantes aproximadamente en 1919—, la pre-



sencia inglesa era mínima: 60.000 soldados, 25.000 funcionarios y 50.000 colonos, técnicos u hombres de negocios. A pesar de ello, desde el gran levantamiento de 1857, la dominación británica no se vio amenazada directamente, gracias a las divisiones internas—religiosas, lingüísticas y sociales—del elemento indígena. Aunque desde 1885 y, sobre todo, desde 1905 la burguesía intelectual y comerciante reivindicaba un estatuto de autonomía que diese a la India una posición análoga a la de un Dominio, el *Congreso nacional* no logró conmover la resistencia del Gobierno británico (1). Pero la guerra mundial dio al movimiento nacional un nuevo impulso cuando los musulmanes, para subrayar su hostilidad a la política árabe de Gran Bretaña y su adhesión a la unidad islámica, aceptaron colaborar con los hindúes, en junio de 1916. El Gabinete inglés creyó necesario arrojar lastre. El informe sobre reformas constitucionales en la India, presentado en julio de 1918 por el secretario de Estado, Montagu, y el Virrey, Chelmsford, preveía la creación de asambleas que, elegidas parcialmente por un sistema electoral censitario, podrían participar en la elaboración de los textos legislativos referentes a ciertas cuestiones. Aquellas concesiones parecieron insuficientes al Congreso nacional. El intento, sin embargo, no fue inútil, pues (según anota lord Montagu en su *Diario*), esperando esas reformas, la India se mantuvo tranquila durante la primavera de 1918, es decir, en una hora crítica para la guerra en Europa.

Pero, desde principios de 1919, la protesta nacional se afirmó con nueva fuerza. Dirigida al principio, en marzo, contra los poderes de policía excepcionales que la Administración quería conservar, aunque habían cesado las hostilidades, la protesta adquirió, en algunos días, las características de un movimiento de masas: una huelga general de veinticuatro horas debía ser el prelude de una *campaña de desobediencia civil*. El 10 de abril, en Amritsar, esos movimientos terminaron en una matanza (379 manifestantes muertos y centenares de heridos), por culpa del nerviosismo de un general inglés. El emir de Afganistán, Amanullah, inició las hostilidades, con la esperanza de provocar un levantamiento general de la India; fue derrotado, pero obtuvo un Tratado de paz que reconocía la independencia de su Estado y ponía fin al cuasi-protectorado ejercido desde 1879 por la Gran Bretaña (2); el Gobierno inglés, aunque rechazó el ataque, estaba demasiado inquieto por la situación de la India para emprender una campaña contra Afganistán. El Parlamento inglés aprovechó la lección de esa crisis: y se decidió a votar las reformas prometidas en el informe Montagu-Chelmsford.

¿Por qué tomó ese impulso el movimiento nacional? Las circunstancias económicas contribuyeron, ciertamente, a provocar la crisis: la población campesina tenía por qué quejarse, durante la guerra mundial, del aumento de precio de los productos industriales y del incremento de

(1) Véase pág. 543.

(2) Véase pág. 401.

las cargas fiscales; en 1918, sufrió la prueba de una cosecha muy mala, que, en las primeras semanas de 1919, condenó al hambre a parte del país. Pero el factor determinante hay que buscarlo, sobre todo, en la actividad de una personalidad excepcional. Gandhi había despertado a las masas populares, gracias a la fuerza de atracción que le proporcionaban su desdén por los bienes materiales, su espíritu de sacrificio, su deseo de establecer la armonía humana y el ímpetu de su sentimiento religioso.

En Egipto—donde Gran Bretaña, después de más de treinta años de ocupación sin título jurídico, había establecido un protectorado en noviembre de 1914—, el *Partido Nacional*, bajo la dirección de Zaglul Pachá, reivindicó la independencia inmediatamente después del armisticio, en nombre de los principios wilsonianos. A la respuesta negativa, dada inmediatamente por el Gabinete británico, y al arresto de Zaglul, se replicó con un movimiento insurreccional, en marzo de 1919, que durante tres semanas conmovió rudamente la dominación inglesa, hasta el momento en que intervinieron las columnas móviles anglohindúes llegadas de Palestina. Los jefes nacionalistas adoptaron, entonces, otro método, la *resistencia pasiva*, que mantenía un estado de alerta. El Alto Comisario, el general Allenby, recomendó al Gobierno inglés una política de apaciguamiento; y puso en libertad a Zaglul. En septiembre, el Gabinete decidió no, claro está, aceptar la reivindicación de independencia; pero sí anunciar la intención de establecer un régimen que concediese a los representantes electos de la nación egipcia una parte importante del poder legislativo. Este fue el principio de largas y ásperas controversias, que llevarían a la Declaración del 28 de febrero de 1922, con la abolición del protectorado. En ese movimiento egipcio, como en las revueltas de la India, la resistencia nacional no se limitaba al grupo de intelectuales musulmanes que, antes de 1914, le habían proporcionado militantes: Zaglul había conseguido la alianza entre coptos y musulmanes; y sabido despertar inquietudes políticas en los medios rurales, explotando el descontento provocado por las requisas de mano de obra, animales de carga y artículos alimenticios, efectuadas en 1918 para las necesidades de los cuerpos expedicionarios de Palestina y de Siria. En este caso también, las condiciones económicas y sociales favorecieron la extensión de la propaganda nacionalista; pero lo que le dio impulso fue el prestigio personal.

En la Unión Sudafricana—donde vivían cinco millones de negros, millón y medio de europeos, de los cuales 480.000 ingleses y 800.000 boers, 200.000 hindúes, que constituían la mano de obra de las plantaciones de Natal, y 60.000 chinos, importados para el trabajo de las minas—, la vida social se hallaba dominada por las antipatías raciales y las rivalidades entre los intereses económicos de esos elementos heterogéneos. No podía existir, por tanto, un movimiento *nacional* en el que se asociaran esos grupos dispares; esto parecía favorecer el mantenimiento de



la dominación británica. Sin embargo, esa dominación no se ejercía con tranquilidad. Los blancos—ingleses y boers—temían ser absorbidos, a la larga, por los negros, cuyo número aumentaba rápidamente desde que la ocupación británica introdujo la paz y los cuidados médicos. Pero los dos elementos de esa población blanca se encontraban divididos por los recuerdos de la guerra surafricana, por el idioma e, incluso, por su estilo de vida. Indudablemente, el *Partido surafricano*, al que se adhirieron la mayoría de los ingleses, contaba también con boers *reconciliados* entre sus miembros; pero el partido nacionalista boer, en el que figuraban los pequeños propietarios rurales, era antibritánico. En enero de 1919, ese partido nacionalista decidió reivindicar la independencia de Transvaal y Orange, en nombre de los principios del presidente Wilson; sin embargo, no intentó sobrepasar los métodos legales en su oposición.

Francia encontraba resistencias mucho menos serias en sus colonias y protectorados. En aquel momento, no se manifestaba oposición activa en Argelia ni en Indochina. En Marruecos, durante el período 1914-1918, la clarividencia audaz de Lyautey consiguió, a pesar de la retirada de la mayor parte de las fuerzas de ocupación, mantener la autoridad francesa en las regiones que habían sido *pacificadas*. El residente general advirtió, sin embargo, que los principios wilsonianos y los acontecimientos de Egipto producían en la minoría indígena “un movimiento de ideas, conciliábulos y comentarios sobre los acontecimientos mundiales y sobre la situación en que se encuentra el Islam”; recomendaba, también, al Gobierno francés que concediese sin demora, las satisfacciones que necesitaba esa minoría indígena. En Túnez se desarrolló un movimiento de protesta, cuyo jefe, Abd el Aziz Taalbi, había estudiado en El Cairo y estado, antes de 1914, en contacto con los medios nacionalistas de la India. El partido *Destur*, sin llegar a reivindicar la independencia, pedía, apoyándose en los Catorce Puntos, que el Ministerio formado por el bey fuese responsable ante una Asamblea legislativa democrática. Pero ese movimiento de resistencia no intentó el empleo de la fuerza.

La dominación italiana en Libia, por el contrario, quedó eliminada casi por completo. Desde octubre de 1914, la secta de los Senusitas, musulmanes rigoristas y fervientes nacionalistas árabes, obligó a las tropas italianas a abandonar totalmente el interior de Tripolitania y Cirenaica. Por un acuerdo, firmado en abril de 1917, con el gran senusi, Mohammed Idriss, el Gobierno italiano había prometido no intentar la ampliación de su zona de ocupación, reducida, de hecho, a cinco o seis bases en la región del litoral. En noviembre de 1918 los jefes indígenas, inducidos probablemente por oficiales turcos, invocaron el derecho a la libre disposición de los pueblos y anunciaron la existencia de una *República de Tripolitania*. El Gobierno de Roma creyó que no podía pedir a la nación, dado el estado de agotamiento económico y de fatiga en que

se hallaba, el esfuerzo de una campaña colonial; prefirió negociar un compromiso. En abril de 1919 el acuerdo de Kallet-ez-Zeituna estableció una política de *asociación*: concesión de la ciudadanía italiana a los indígenas, que tendrían derecho de voto para elegir una asamblea legislativa, y administración en manos de funcionarios árabes. La soberanía italiana corría gran riesgo de quedar reducida a mera apariencia.

La presencia española en el norte de Marruecos no se encontraba en mejores condiciones. Desde 1915 un movimiento de resistencia indígena redujo prácticamente la ocupación militar a la zona costera. En 1919, el jefe de ese movimiento, Abd-el-Krim, pidió al Gobierno de Madrid que renunciase a los métodos de la administración militar y designase un gobernador civil. Abd-el-Krim no ignoraba que algunos jefes del ejército español admitían la posibilidad de abandonar esta zona marroquí, en donde la rebelión nunca había sido dominada. El general Primo de Rivera, en una conferencia dada en 1917 en la Real Academia de Cádiz, había sostenido ya esa tesis.

Los Países Bajos, por último, tropezaban con serias dificultades en sus colonias indonésicas (1). El Gobierno holandés había confiado en evitar esas dificultades convocando, a finales de 1918, un *Consejo del pueblo* con atribuciones solamente consultivas, pero en que se había dado entrada a los representantes de la *minoría indígena*. La citada minoría no se sintió satisfecha por esa concesión, demasiado modesta. En 1919 surgieron dos movimientos de oposición; los dos eran nacionalistas, pero uno liberal y el otro comunista. La asociación *Sarekat Islam*, que contaba con dos millones y medio de adherentes, reflejaba la opinión de los comerciantes y las profesiones liberales; no reivindicaba la independencia y se contentaba con la autonomía; aunque se situó frente al comunismo, se declaraba enemiga del *capitalismo tiránico*, es decir, de las grandes empresas europeas que, gracias a un régimen de privilegios, entorpecían el desarrollo de las empresas indígenas; deseaba organizar un movimiento sindical para imponer el establecimiento de una legislación social y, a la vez, formar a los dirigentes subalternos del movimiento nacional. En cuanto a la propaganda comunista, promovida por los holandeses, solo penetraba con muchos esfuerzos en la población islamizada, y dirigía su actividad principal hacia los soldados y marineros; el hecho nuevo fue la aparición de un dirigente del movimiento, un javanés, Semaoen, que al año siguiente afiliaría al *Partido comunista de las Indias Holandesas* a la Tercera Internacional. La Prensa holandesa dio abundante cuenta de revueltas y conspiraciones que amenazaban la seguridad de los colonos, pero manifestó la firme voluntad de resistir.

No eran solo esos movimientos de autonomía o independencia en las colonias lo que debilitaban la preponderancia adquirida por los europeos;

(1) Sobre la situación de las Indias Holandesas antes de 1914, véase pág. 542.

también intentaban emanciparse los *países jóvenes*, donde los intereses europeos habían conquistado un papel dirigente en la vida económica y habían abierto el camino a la influencia política.

Durante las crisis que el Imperio chino había sufrido en 1894-1895, 1900-1901 y 1911-1912, los observadores extranjeros se encontraron sorprendidos por la pasividad de la población: si se exceptúa a algunos grupos restringidos—intelectuales, dirigentes del movimiento republicano organizado por Sun Yat-sen, miembros de sociedades secretas—, apenas se manifestó el sentimiento patriótico. Es cierto que en 1915, con ocasión de la amenaza de conflicto entre China y Japón, las poblaciones urbanas, por lo menos las de las grandes ciudades y puertos, parecieron despertar a las preocupaciones nacionales; mas esa reacción fue pasajera.

Pero en mayo de 1919 se manifestó, de pronto, un movimiento nacionalista chino, dirigido, en primer lugar, contra el Japón, con ocasión del acuerdo de paz (1), y también contra los *tratados desiguales*, es decir, contra los privilegios obtenidos por las potencias extranjeras en China desde 1824 a 1914 (2).

Las fuerzas determinantes y básicas de ese movimiento nacional eran el renacimiento intelectual y el estímulo de los intereses económicos.

La guerra civil, que desgarraba de nuevo a China desde 1916, no entorpecía la actividad del movimiento intelectual: estudios filosóficos, que no pasaban por alto las corrientes del pensamiento europeo, ni el *pragmatismo* del americano John Dewey; investigaciones históricas en las que se manifestaba el estudio crítico de los documentos; discusiones en el seno de sociedades literarias para intentar definir las tendencias de la novela desde el punto de vista social. El espectáculo de la vana agitación política y del desorden del Estado parecía incitar a los hombres de pensamiento a fijar su mirada más alto y más lejos. En medio de esos debates intelectuales se iba afirmando la oposición entre los partidarios de la civilización china y los de la civilización *occidental*; estos, a su vez, se hallaban divididos en admiradores de Europa occidental o de los Estados Unidos, por un lado, y adeptos del comunismo soviético, por otro.

La fidelidad a la tradición china encontró su expresión más autorizada en dos hombres que habían estudiado, tanto uno como otro, la civilización *occidental*, antes de condenarla: Tchang Tun-sun, un filósofo, y Leang Ki-tchao, un pensador político. Al regresar de una estancia de varios años en Europa, Leang publicó una serie de artículos acerca de la *bancarrota intelectual de Occidente*. ¿A qué se debía—se preguntaba—la exasperación de los conflictos sociales, el espectáculo ofrecido por las grandes ciudades inglesas y francesas en 1919? La sociedad europea se desarrollaba en una *atmósfera deprimente*, porque había perdido

(1) Véase el capítulo siguiente.

(2) Véanse págs. 183, 250 y 544-547.

de vista las normas morales, poniendo su confianza en el progreso científico, origen de *toda clase de males*. La civilización china era *más completa y más perfecta*. No cabía duda de que resultaba deseable adoptar determinadas técnicas que provenían de Occidente; pero era preciso salvaguardar las concepciones intelectuales y morales que constituyen la superioridad del pensamiento chino.

La civilización occidental—proclamaba, por el contrario, el joven profesor de filosofía de la Universidad de Pekín, Hu-ché—estaba llamada a “reinar sobre el mundo entero”, porque “libera al hombre de la influencia del medio, de la tiranía de los usos, de la ceguera de las supersticiones”. Afirmar la superioridad de la civilización china significaría favorecer *la inercia y la vanidad* del pueblo chino. Hu-ché, que había estudiado en las universidades americanas, no vacilaba en discutir las mismas bases del confucianismo. No solo proponía la adopción de las concepciones políticas de Occidente, el liberalismo y la democracia; también aceptaba la tarea de emancipar a la mujer y a los hijos en la vida familiar. Decía: “es toda una civilización lo que hace falta *recrear*”. Ese resurgimiento permitiría resistir la presión japonesa y eludir la aplicación de los *tratados desiguales* impuestos a China por los Estados europeos. Su objetivo era, por consiguiente, nacional.

Pero otros profesores de la Universidad de Pekín consideraban, por el contrario, que el tipo de civilización con que habían asegurado su penetración en el Extremo Oriente los grandes Estados europeos del siglo XIX, había traído como consecuencia una *degradación* de China, pues dicha penetración era el corolario del imperialismo. Decepcionados por la experiencia de la República China, que quiso trasplantar a China los métodos de la organización política *occidental*, sin conseguir otra cosa que el desorden, esos intelectuales miraban con simpatía la revolución rusa. El advenimiento de un régimen comunista demostraba que el *imperialismo capitalista* no era invulnerable: así escribía Li Ta-tchao en mayo de 1919. Por otro lado, el Gobierno soviético, el 25 de mayo de 1919, declaró que estaba dispuesto a renunciar a los tratados desiguales. ¿No era el comunismo el “mejor medio de hacer fracasar la política agresiva de los Estados capitalistas”? En el espíritu de esos promotores la adhesión a la doctrina leninista tenía menos importancia que la manifestación del sentimiento nacional.

Las condiciones de la vida social facilitaban ese movimiento nacional, pero eran solo una fuerza complementaria. Inmediatamente después de la conclusión del armisticio, los industriales y comerciantes chinos, que se habían beneficiado en el período 1914-1918 del eclipse sufrido por la influencia económica europea, volvieron a encontrar la competencia de las mercancías importadas de Europa y vieron como reanudaban su actividad las fábricas extranjeras establecidas en territorio chino. Esos industriales y comerciantes no podían soñar con obtener medidas protectoras, pues los *tratados desiguales* limitaban al 5 por 100 *ad valo-*

rem el porcentaje de los derechos de aduana y aseguraban a los extranjeros privilegios de extraterritorialidad, muy útiles para la actividad de los hombres de negocios. Los jefes de empresa chinos, que sufrían esa situación desde 1920 y que la sufrirían aún más en el período 1925-1929, tendían, naturalmente, a imputar la responsabilidad de su desgracia a los *tratados desiguales*. Los obreros de la industria moderna—en 1919, parece ser que alcanzaban la cifra de tres millones—tenían sobrados motivos para quejarse de sus patronos, porque de 1914 a 1919, el alza del coste de la vida había sobrepasado, con mucho, el alza de salarios; pero su movimiento de protesta social invocaba, a su vez, inquietudes nacionales: el capitalismo chino se encontraba ligado al capitalismo extranjero, al que ayudaba en su tarea de *explotar* a China. ¿No bastaba esto para condenarlo?

La nueva característica de esa China cuyo porvenir se presentaba tan agitado era, pues, la fuerza del *despertar nacional*: entre el movimiento de mayo de 1919 y los movimientos xenófobos que iban a alcanzar su mayor amplitud de 1925 a 1926 la relación es evidente.

Los movimientos nacionales adquirieron todavía más vigor en las regiones turcas y árabes del Próximo Oriente.

El movimiento nacional turco basó su doctrina en la obra de un escritor, sociólogo y poeta, Ziya Gokalp, que fue, desde la revolución *joven-turca* de 1908 hasta el fin de la guerra mundial, miembro del comité *Unión y Progreso* (1). Gokalp decía: "La decadencia del Imperio otomano se debe al papel excesivo que, en los destinos de ese Estado, ha tenido la civilización islámica, de origen árabe y persa más bien que turco; la confusión entre el poder político y el poder religioso en la persona del sultán califa y la aplicación de las prescripciones coránicas en la vida social han impedido la adopción de la técnica occidental. El esfuerzo por la renovación debe, por tanto, basarse en la separación de la religión del Estado; luego, en la aceptación de la civilización *occidental*, en sus aspectos científicos y técnicos, y por último, en la construcción de un sistema político que dé el poder a la minoría intelectual. El papel preponderante había de ser desempeñado por las regiones turcas del Imperio otomano: ese Estado turco se fundaría sobre la idea de nación, no sobre la comunidad de fe religiosa. Cuando Mustafá Kemal, inspector del ejército de Anatolia, se enfrentó, en julio de 1919, con el Gobierno del sultán, al que reprochó el haberse sometido a la voluntad de las potencias victoriosas, y cuando hizo votar el *Pacto Nacional* por la asamblea convocada en Ankara, a finales de 1919, y después decidió, en abril de 1920, fundar una República turca en Anatolia, conservó lo esencial de las ideas de Gokalp: secularización y occidentalización. En ciertos aspectos, este resurgimiento nacional estaba emparentado con el realizado por Japón entre 1870 y 1890.

(1) Véase acerca de este Comité, pág. 547.

El despertar del nacionalismo árabe sólo adquirió un matiz político en vísperas de 1914, sin que llamara entonces mucho la atención. La guerra mundial fue la que le proporcionó la ocasión de desarrollarse, pues Gran Bretaña tuvo interés en jugar la carta árabe contra los turcos (1). En 1918 la proclama hecha en Jerusalén por el general Allenby prometió la independencia a las poblaciones árabes del Imperio otomano. Indudablemente, el Gobierno inglés, mediante los acuerdos concluidos con el emir del Hedjaz, Husseín, y el emir del Nedjd, Ibn Saud, plantó los jalones que le permitirían esperar una influencia preponderante en esos Estados árabes independientes. Pero esas precauciones diplomáticas, aunque iban acompañadas por una política de subsidios, eran de resultados precarios: podían ser eficaces en la medida en que los jefes de los movimientos indígenas se encontrasen dominados por la rivalidad personal; y en la medida, también, en que el Islam *ortodoxo* temiera el éxito de la secta uahhabita, de la que Ibn Saud era el portaestandarte; pero corrían el riesgo de resultar ineficaces si los soberanos de los nuevos Estados árabes fueran lo bastante sagaces para unirse mediante alianzas—y hasta es posible que mediante un vínculo federal—y para dirigir un esfuerzo coherente contra la dominación directa o indirecta de los europeos.

\* \* \*

En todas esas resistencias a la expansión europea aparece la influencia de las mismas fuerzas profundas. Las dificultades económicas y financieras, que eran resultado del estado de guerra y provocaban el descontento y, a veces, la protesta violenta de las masas; pero más aún el resurgir del sentimiento nacional o el impulso del sentimiento religioso, ya asociados (India y Egipto), ya voluntariamente disociados, como en Turquía, por ejemplo. El papel relativo de esas fuerzas variaba según el medio y las circunstancias. En el Próximo Oriente el aspecto económico sólo ocupaba un lugar secundario; era la voluntad de independencia lo que animaba a los militantes de esos movimientos, es decir, a los intelectuales desligados frecuentemente de las creencias religiosas; pero era el sentimiento religioso el que impulsaba a las masas a seguir ese movimiento. En China los intereses económicos explican parcialmente la adhesión que los medios urbanos prestaban al movimiento nacional, pero esos intereses no ejercieron ninguna influencia en la conducta de los intelectuales. En África del Sur, el origen de las dificultades con que tropezaba la administración inglesa debe buscarse en las diferentes formas de civilización.

Esa dosificación diferente otorgaba a cada uno de esos nacionalismos su fisonomía particular. Pero las fuerzas profundas sólo llegan a

(1) Véanse págs. 686 y 687.

ser verdaderamente eficaces cuando las anima la acción de un hombre. Sun Yat-sen, Mustafá Kemal, Gandhi, Zaglul, no eran desconocidos; todos ellos contaban ya anteriormente con muchos partidarios en sus países; fue tanto su autoridad moral como su espíritu político lo que les llevó al primer plano de ese esfuerzo por resistir a Europa.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la situación económica.**—A las obras generales anteriormente indicadas, hay que añadir la *Enquête sur la production*, publicada por la Oficina internacional del Trabajo, Ginebra, 1923-1925, 8 volúmenes. Véase también A. DEMANGEON: *Le déclin de l'Europe*, París, 1920.

**Sobre las nuevas corrientes de ideas políticas.**—Los textos fundamentales son: V. LENIN: *L'Etat et la révolution*, París (reed.) 1946; y *L'Imperialisme, stade suprême du capitalisme*, París (reed.), 1945.—O. SPENGLER: *Le declin de l'Occident*, París, 1931 (trad. del alemán: la primera edición alemana apareció en 1918).

**Sobre los movimientos de resistencia en Europa.**—Además de las consideraciones generales que ofrecen

M. MURET: *Le crépuscule des nations blanches*, París, 1925, y N. KEYSERLING: *La révolution mondiale* (trad.) París 1933, véase: G. ANTONIUS: *The Arab Awakening History of the Arab national Movement*, Londres, 1938. U. HEYD: *Foundations of Turkish Nationalism: the Life and Teachings of Ziya Gokalp*, Londres, 1950.—L. FISCHER: *The Life of Mahatma Gandhi* Nueva York, 1950.—NANDA (B.): *Mahatma Gandhi, A Biography*, Londres, 1959. R. GROUSSET: *Le réveil de l'Asie*, París, 1924.—H. KOHN: *Geschichte der nationalen Bewegung in Orient*, Berlín, 1928.—E. ROSSI: *Documenti sull'origine e gli sviluppi della questione araba*, 1875-1944, Roma, 1944.

Las bibliografías de los capítulos siguientes proporcionan indicaciones complementarias.

## CAPITULO VI

## LA CONFERENCIA DE LA PAZ

La única limitación que se oponía al establecimiento de una paz draconiana era la promesa que el presidente Wilson había obligado a suscribir a sus *asociados*: los tratados habrían de basarse en los Catorce Puntos fijados por el presidente en su mensaje del 8 de enero de 1918 al Congreso americano (1). Pero las fórmulas de Wilson eran lo suficientemente vagas y mal ajustadas a determinadas realidades como para suscitar interpretaciones contradictorias. Los vencidos no renunciaron por eso a la esperanza de poder negociar apoyándose en las divergencias que existían entre los intereses de los vencedores.

## I. LOS INTERESES EN PRESENCIA

De las cinco grandes potencias asociadas en la victoria, una—Japón—no había participado en absoluto en la guerra europea. Tenía proyectos expansionistas solamente con referencia al Asia Oriental, pero en aquella región sus ambiciones eran amplias.

En el Japón, el nacionalismo tenía ya, de antiguo, vigorosas raíces, tanto en la psicología colectiva como en el estado de ánimo de los dirigentes; de 1894 a 1914 ese nacionalismo fue el origen de una expansión que respondía a las necesidades económicas (2). Tal nacionalismo nunca encontró contrapeso en aquel país, en el que las ideas socialistas solo tuvieron una débil difusión y en el que las doctrinas internacionalistas del movimiento pacifista no encontraron, aparentemente, ningún eco. ¿Habían cambiado esas condiciones en 1919?

Las características de la psicología colectiva no eran sensiblemente distintas. Es verdad que la propaganda socialista empezaba a manifestarse en la Prensa, a la que el Gobierno consentía ciertas críticas dirigidas contra los *excesos del capitalismo* y contra la intervención de los militares en la política; pero los periódicos socialistas se guardaban mucho de insistir sobre las tendencias internacionalistas, quizá porque se percataban de que ese tema armonizaba mal con el lugar que ocupaba el culto al Emperador en la tradición religiosa y con la fidelidad que la mayoría de la población obrera concedía a esa tradición. Es verdad también que las ideas comunistas se propagaban, a pesar de la prohibición gubernamental, por vías clandestinas: se dice que circulaban cien mil

(1) Véase pág. 713.

(2) Véanse págs. 472 y 571-573.

ejemplares de *El Capital*, en la versión abreviada de Kautsky, bajo cuerda; pero los primeros militantes, en cuanto intentaron constituir un partido, cayeron en manos de la Policía. A la corriente del nacionalismo no se oponía, pues, ninguna fuerza organizada.

Las condiciones demográficas reforzaban el sentimiento imperialista. El archipiélago japonés, propiamente dicho, contaba en 1914 con cincuenta millones de habitantes; en 1919, con cerca de cincuenta y seis millones. Ese rápido crecimiento planteó, con su simplicidad brutal, el problema de la superpoblación: insuficiencia de artículos alimenticios; imposibilidad de proporcionar ni siquiera un pedazo de tierra a *candidatos* demasiado numerosos. ¿Cuáles serían los posibles remedios? ¿La restricción voluntaria de nacimientos? El Gobierno prohibió cualquier propaganda malthusiana, que, por otra parte, tropezaba con la reprobación de la opinión pública. ¿Aumentar la superficie de cultivo? Para obtener un aumento del 20 por 100 mediante trabajos de riego habría que esperar veinticinco años y realizar un gran esfuerzo financiero; demasiado costosa, esa solución era también demasiado lenta. ¿La emigración? Al campesino nipón le costaba mucho trabajo decidirse a ella, y, además, los países ribereños del Pacífico, donde aún se encontraban tierras disponibles, cerraron sus puertas a la entrada de los amarillos. El único remedio era, en consecuencia, el desarrollo industrial, que proporcionaría trabajo a la mano de obra rural excedente y permitiría comprar en el extranjero artículos alimenticios, como contrapartida de las exportaciones de objetos manufacturados. Aun así, se hacía preciso que aquella industria nipona encontrase en el exterior mercados y reservas de materias primas. Esta expansión económica indispensable se desarrollaría en condiciones más fáciles y más seguras si estuviera respaldada por cierta expansión territorial.

El imperialismo japonés, sin embargo, desempeñó solo un papel epigónico en el acuerdo general de paz, porque, salvo en raras ocasiones, la delegación nipona no participó en las deliberaciones de los jefes de Gobierno cuando se trató de problemas europeos.

Los tres grandes Estados europeos que habían soportado, aunque desigualmente, el principal peso de las operaciones de guerra se encontraban en muy diferente situación ante las perspectivas diplomáticas inminentes.

Italia había obtenido, por de pronto, gracias a la derrota y dislocación de Austria-Hungría, el resultado que más le importaba: encontrábase liberada de la presión que pudiera ejercer sobre sus fronteras terrestres el gran Estado danubiano, cuya alianza había aceptado, o sufrido, durante treinta y tres años; no hallaba ya obstáculos para recuperar las tierras irredentas y confiaba en que la posesión de Trieste, salida marítima de la Europa danubiana, le permitiría desempeñar cierto papel en la economía de los *Estados herederos* de la Doble Monarquía. Para completar esos éxitos Italia debía, evidentemente, asegurar su preponde-

rancia en el mar Adriático, en donde intentó, en el curso de las negociaciones del armisticio, limitar el ímpetu de expansión del nuevo Estado yugoslavo. Podía, por último, volver a considerar los proyectos que había concebido en el Mediterráneo oriental, y que empezó a realizar de 1911 a 1914 (1).

Todos esos objetivos—o casi todos—fueron inscritos, en abril de 1915, en el Tratado de Londres, que fue completado dos años después por el acuerdo de Saint-Jean-de-Maurienne (2). Se trataba, pues, ante todo, de conseguir el cumplimiento de esas promesas. ¿Por qué no iban a hacer honor Francia e Inglaterra a esos compromisos que afectaban a regiones en las que no tenían intereses directos? La protección que la diplomacia rusa había dado en 1915 a las reivindicaciones serbias desapareció del horizonte desde la caída del zarismo y la lucha entablada por el Gobierno bolchevique contra la Iglesia ortodoxa rusa. La dificultad que encontraba la realización del programa italiano era la fórmula wilsoniana: el punto 12 del presidente de los Estados Unidos había previsto que la cuestión del Adriático sería resuelta teniendo en cuenta la "línea de demarcación, claramente identificable, entre las nacionalidades". El punto en cuestión se oponía, por tanto, a las reivindicaciones italianas sobre regiones pobladas por alemanes (en el Tirol meridional) y por eslavos; pero, a la vez, era literalmente inaplicable en Istria y Dalmacia, lugares donde las poblaciones de lengua italiana solo formaban *núcleos*. Excelente ocasión para la controversia.

Gran Bretaña no tenía que presentar reivindicaciones territoriales en Europa; solo deseaba adquisiciones en Africa y en el Próximo Oriente. Pero las cuestiones continentales le preocupaban en la medida en que debía alejar el riesgo de cualquier hegemonía, que sería peligrosa para la seguridad de las Islas Británicas, y en la medida en que deseaba conservar o recuperar mercados de exportación para sus productos industriales. Había rechazado siempre admitir la posibilidad de una división de Alemania, que entregaría el continente a la dominación francesa; y deseaba que las condiciones de paz no impidiesen que Alemania se convirtiera en el principal cliente europeo de la economía inglesa. Pero no quería correr el riesgo de que ese gran país pusiera a disposición de la Rusia soviética *sus recursos, sus cerebros, su capacidad de organización*, asegurándose con ello tales ventajas en el mercado ruso que desalojasen de él, en el momento oportuno, a los intereses británicos. El peligro más grave del momento, según dijo Lloyd George en mayo de 1919, era el riesgo de ver a Rusia *entrar en la órbita alemana*.

Francia tenía que pensar en las cargas que le imponía la reconstrucción de sus regiones devastadas (368.000 casas destruidas y 559.000 dañadas; 116.000 hectáreas en las que el valor de la tierra resultaba inferior al coste del trabajo necesario para volver a ponerlas en estado de

(1) Véanse págs. 509, 510 y 549.

(2) Véase el parágrafo II de este capítulo.

rendimiento; que se imponía la destrucción de fábricas y el saqueo de máquinas y de reservas de materias primas en regiones que poseían en 1913 el 41 por 100 de las fuerzas motrices a vapor; la destrucción de las instalaciones mineras del Norte y Paso de Calais; la destrucción de obras de ingeniería en las vías férreas. Para ello no podía contar con el apoyo de los Estados Unidos, que no aceptaban las demandas presentadas en diciembre de 1918 por el ministro de Comercio. Pero tales preocupaciones económicas y financieras cedían el paso al deseo de salvaguardar la seguridad del territorio. El recuerdo de tres invasiones sufridas en un siglo, la convicción de que una *revancha* alemana era probable y solo podía ser retrasada, constituían los móviles esenciales de la política francesa. La opinión pública tenía perfecta conciencia de que la victoria no hubiera sido posible sin el concurso de aliados y *asociados* y de que, de todas esas ayudas, solo había una que pudiera darse por descontada con seguridad en 1914. ¿Serían las circunstancias tan favorables en el futuro? Era necesario, por tanto, que Francia intentara, ante todo, conseguir garantías contra esa *revancha*, en el acuerdo de paz—garantías físicas, para alejar las bases de partida de la probable invasión; garantías diplomáticas, para evitar tener que soportar sola el peso de una futura guerra—. Pero debido a que, durante cuatro años y medio, había realizado un esfuerzo militar mayor que el de sus aliados, no poseía, a la hora del armisticio, toda la autoridad de que disponía antes, dentro de la coalición. ¿Cómo podía pensar en reservar sus fuerzas cuando la guerra se desarrollaba sobre su suelo?

¿Actuarían de árbitro los Estados Unidos, cuyo papel había sido decisivo en la resolución de la guerra, entre los intereses divergentes de sus *asociados* europeos?

Desde su entrada en la guerra, la gran República proclamó su desinterés: no buscaba beneficios territoriales ni ventajas políticas. Su objetivo esencial de guerra consistía en hacer fracasar al militarismo alemán y asegurar a Francia y Gran Bretaña, cuyos regímenes políticos respetaban los principios liberales y democráticos y cuyos intereses económicos y financieros concordaban con los de Estados Unidos, una victoria tanto más deseable cuanto menor iba siendo el riesgo de que beneficiara a Rusia. Ese objetivo había sido alcanzado; no hacía falta ir más lejos: la *destrucción* de Alemania se excluyó formalmente en las declaraciones oficiales americanas.

Pero Woodrow Wilson tenía personalmente proyectos más amplios. Con el fin de que los tratados de paz no fueran simplemente precarios acuerdos diplomáticos y abriesen el camino a una nueva concepción de las relaciones entre Estados, quería constituir una Sociedad de Naciones. Aspiraba a orientar en ese sentido los debates de la conferencia de paz y ejercer un arbitraje en dicha dirección. Ese papel implicaba una participación directa en la salvaguarda de la futura paz. Los Estados Unidos deberían, por tanto, renunciar a sus tradiciones y asumir responsabilidades

directas para proteger la independencia y la integridad territorial de los Estados miembros de la Sociedad. El presidente confirmó esa intención, en el mismo momento del armisticio, con ocasión de la renovación parcial del Senado: si el cuerpo electoral—dijo—no ratificase la mayoría que posee el Partido demócrata, “los pueblos de ultramar verían en ello la repudiación de la directriz que yo he dado a los asuntos del país”.

Pero, de los treinta y siete puestos a elegir, los republicanos ganaron seis, con lo que iban a estar, poco más o menos, a la par con los demócratas, pudiendo, por ello, confiar en hacer fracasar la política del presidente. El 27 de noviembre de 1918, el ex presidente Teodoro Roosevelt declaró que Woodrow Wilson “no tiene ninguna autoridad para hablar ahora en nombre del pueblo americano” y debía renunciar, por consiguiente, a tomar iniciativas en el acuerdo general de paz. El presidente, como es natural, no se resignó a esa pasividad; discutió el sentido de la consulta electoral, en la que, como siempre, las preocupaciones de política interior habían pesado más que el programa de política exterior; continuó diciendo, y quizá pensando, que “la aplastante mayoría del pueblo americano” era favorable a la Sociedad de Naciones. Confiaba en la opinión pública. Esa opinión estaba, verdaderamente, en condiciones de ejercer sobre la orientación de la política exterior una influencia más directa que la que era posible en Francia o incluso en Gran Bretaña, pues el Senado, cuya misión esencial consiste en ratificar tratados y nombrar los altos funcionarios diplomáticos, tenía en cuenta el estado de ánimo del cuerpo electoral, que se manifestó mediante el envío de cartas y telegramas y por todos los procedimientos utilizados por la técnica de los *pressure groups*. ¿Cuál era, pues, su orientación?

El cuerpo electoral, mientras se interesaba por todas las cuestiones económicas, sociales y financieras que constituían la trama de la política interior de la Unión, conocía muy mal, en cambio, por lo general, los problemas internacionales. Ante ellos, decidió en función de algunas ideas simples, que poseían la fuerza de la tradición y que tenían, como tema central, el *aislacionismo*, o, más exactamente, el deseo de evitar la participación directa de los Estados Unidos en la maraña de controversias que afectaban a otras grandes potencias y la voluntad de rechazar todo compromiso que amenazase arrastrar a la Unión a desempeñar un activo papel en problemas ajenos a sus preocupaciones directas. La intervención en la guerra europea, en 1917, fue necesaria para defender el prestigio de los Estados Unidos y proteger sus intereses económicos. Pero no debía ser más que un paréntesis. Desde el momento en que se había conseguido el resultado apetecido, lo prudente parecía ser la vuelta a las tradiciones de la política exterior americana desde Washington y Jefferson, que seguían asociadas, en la conciencia de la mayoría de los ciudadanos, al desarrollo de la prosperidad de los Estados Unidos.

Esas tradiciones respondían a rasgos profundos de la mentalidad colectiva. La seguridad del territorio nacional estaba asegurada, gracias a los océanos. ¿Por qué, entonces, habían de tomar parte los americanos



en la solución de problemas exteriores que no podían entrañar ningún peligro para ellos, y por qué habían de interesarse en esas eternas polémicas que surgían entre los europeos? Además, al aceptar esas obligaciones internacionales, los Estados Unidos se verían obligados a organizar un gran ejército permanente y, por consiguiente, un sistema de servicio militar obligatorio; y esto sería contrario a las concepciones anglosajonas y epugnaría, también, a un gran número de americanos nacidos en el extranjero.

El aislacionismo no tenía, pues, por fundamento, la convicción de que la protección de los intereses nacionales no exigía una acción política exterior continuada. Esa convicción encontraba un refuerzo en el espíritu partidista: desde que el presidente Wilson se pronunció en favor de la participación activa de los Estados Unidos en los asuntos internacionales y hace adoptar ese principio por el programa del Partido demócrata, los republicanos consideraron que era una buena política explotar el aislacionismo latente en el cuerpo electoral y alinearse, en consecuencia, frente al programa wilsoniano.

Pero esa política, que había sido posible y provechosa en el siglo XIX, ¿podía corresponder a las nuevas necesidades? Los Estados Unidos se habían convertido en una potencia mundial; habían desarrollado su capacidad de producción industrial en tales proporciones, que necesitaban encontrar mercados; tenían ahora una marina mercante que estaba presente en casi todos los mares; habían conseguido una posición preponderante en el mercado internacional de capitales. ¿Cómo podrían conciliarse esas preocupaciones económicas y financieras con una política de aislacionismo? Los banqueros y los exportadores del Este de los Estados Unidos, y también los medios universitarios, percibían esa contradicción. El presidente Wilson contaba con el apoyo de esos medios, y, al mismo tiempo, con su prestigio personal, para hacer fracasar la corriente del aislacionismo. Pero ¿qué valía esa esperanza?

El genio y el temperamento de cada uno de los cuatro hombres de Estado que llevaron a cabo, personalmente, lo esencial de las negociaciones, agravaban, sin ninguna duda, las divergencias entre los intereses nacionales. Se trataba de jefes de Gobierno—americano, inglés, francés e italiano—que, a través de más de ciento cincuenta reuniones, examinaron, a puerta cerrada, aisladamente, sin más colaboradores permanentes que un secretario y un intérprete, los informes y las sugerencias de los técnicos, y tomaron las decisiones; este método de trabajo permitía dar soluciones más rápidas a los problemas que abrumaban el programa de la conferencia; pero procuraba al factor personal una gran importancia. En ese Consejo de los cuatro, el representante de Italia, Orlando, solo intervenía de una manera modesta, pues, cuando los intereses de Italia no estaban directamente sobre el tapete, tomaba parte raramente en los debates; lo que interesaba, por tanto, era la personalidad de los tres grandes.

Clemenceau y Lloyd George eran dos grandes parlamentarios, también dos polemistas incisivos y mordaces; pero el carácter y los modales de cada uno de ellos no armonizaban apenas con los del otro. Clemenceau era un pesimista que incluía en su desprecio a toda la humanidad, un realista que miraba con ironía el noble candor del presidente de los Estados Unidos, un luchador cuyo fuerte carácter y cuya intratable energía no se amoldaban con comodidad a las formas de la diplomacia tradicional ni a los matices de la opinión parlamentaria: Lloyd George era más oportunista; pero notable, sobre todo, más bien que por el ardor de sus convicciones, por la finura, por la flexibilidad de su espíritu, por la agilidad en la discusión; su principal cuidado era mantener contacto con la opinión pública inglesa y con las tendencias de su mayoría parlamentaria, una mayoría de coalición con corrientes inestables; adaptábase y, por consiguiente, variaba, pero lo hacía con la facilidad y la autoridad de un gran abogado.

Woodrow Wilson se debía a su pasado. Profesor de ciencias políticas durante veinticinco años—antes de entrar en la vida política—, tenía confianza en la fuerza de las ideas y creía en su misión; esta convicción le hacía sentirse con superioridad moral respecto a sus compañeros, demasiado inclinados, según pensaba, a sacrificar los intereses superiores de la paz del mundo a los intereses nacionales respectivos; la acogida extraordinariamente calurosa que recibió del público parisino, cuando llegó en enero de 1919 para asistir a la conferencia, confirmó en él ese sentimiento. No cabe duda de que este intelectual, este idealista, era también un político, un dirigente de partido, y que no perdía de vista las preocupaciones electorales. Sin embargo, no pensaba ceder a las tradiciones o a los prejuicios de la mayoría parlamentaria americana. Pero Wilson conocía mal a Europa, a la que solo había venido diez o doce años antes, un par de veces, para cortas estancias—simples viajes de turista—; y estaba muy lejos de darse cuenta de las dificultades, a veces inextricables, que las realidades lingüísticas, etnográficas o económicas oponían a la aplicación de un programa de paz fundado sobre el principio de las nacionalidades, sobre el derecho de los pueblos a su libre disposición y sobre la liberación de los cambios comerciales. Cuando se encontró ante un cargamento de estadísticas y de mapas falseados, que presentaban los delegados de pequeños Estados o de grupos nacionales; cuando comprobó por propia experiencia, que “difícil es conseguir un plebiscito que sea la expresión real de la opinión”, pudo medir la distancia que había entre sus intenciones y sus medios de acción.

## II. EL CARACTER DE LAS SOLUCIONES

¿Cuáles fueron los rasgos esenciales de aquella obra—de la que sería inútil, en un ensayo de síntesis, pretender indicar todos los aspectos—en Europa y fuera de Europa?



En Europa, donde el derrumbamiento de tres grandes imperios acababa de liberar una fuerza nueva, la de las *nacionalidades*, la suerte de la gran Monarquía danubiana fue decidida por la voluntad de los pueblos (1), dos meses antes de la apertura de la Conferencia de la Paz. Los territorios que constituían Austria-Hungría se encontraban ahora divididos entre siete Estados; de los siete, dos, Checoslovaquia y Polonia, eran *nuevos*. Los autores de los tratados de paz no tenían otro deber que ajustar penosamente las fronteras de esos Estados *sucesores*, no solo cuando esas fronteras separaban a las nacionalidades victoriosas de las vencidas—alemanes de Austria y magiares—, sino, también, cuando enfrentaban a polacos y checos, italianos y yugoslavos; y estas últimas fronteras eran las más difíciles de trazar, pues las controversias no podían ser resueltas mediante el criterio de dar preferencia a los vencedores: ni en Teschen ni en Fiume, podía encontrar la Conferencia de la Paz bases para un compromiso. En la Península balcánica, donde el derrumbamiento de Bulgaria y del Imperio otomano había abierto a Rumania, Grecia y al Estado serbio-croata-esloveno la posibilidad de grandes ganancias territoriales, *los Cuatro* no tuvieron, casi, más que ratificar los hechos consumados. En la región del Báltico, en fin, las poblaciones que fueron desgajadas de Rusia por el Tratado de Brest-Litovsk y que, en 1918, se vieron sometidas a la ocupación alemana, comenzaron, desde el momento del armisticio, a llevar una vida política independiente.

Los cuatro pequeños Estados que se hallaban en período de constitución—Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania—quedaban amenazados por la Rusia soviética, a la que cerraban el acceso al mar; por otra parte, padecían grandes fatigas para librarse de la presencia de los alemanes, cuyas tropas intentaban mantenerse, durante varios meses, en esos países bálticos. En este caso, también, el Consejo de los Cuatro se limitó a hacer constar un esfuerzo encaminado en el sentido de los principios wilsonianos, pero que se desarrolló al margen de cualquier acción directa de las grandes potencias victoriosas; sin embargo, anunció su intención de obligar a las tropas alemanas a evacuar esos territorios. Pero ¿con qué medios? Wilson declaró: "No podemos enviar tropas allá." Seis meses más tarde, sin embargo, sería necesario decidirse a ello.

He ahí, pues, una vasta parte de Europa en donde la intervención de los *grandes* solo se manifestó de manera episódica. En realidad, lo que primero retuvo la atención de esos *grandes* fue la cuestión alemana. A pesar de ello, los Cuatro estaban muy lejos de desconocer la importancia de la Europa Oriental, donde Polonia, reconstituída, estaba destinada a formar una pantalla contra la Rusia soviética y, al mismo tiempo, a someter a Alemania, si esta intentara una guerra de *revancha* algún

(1) Véase pág. 733.

día, a la amenaza de una lucha de dos frentes. Los grandes problemas eran, pues: la cuestión alemana, la cuestión polaca y la cuestión rusa.

En la cuestión alemana, la voluntad de Inglaterra y la de los Estados Unidos se oponían vivamente a las intenciones francesas. La opinión pública, en Francia, salvo en los medios socialistas, se había mostrado, en principio, reticente ante la revolución alemana de noviembre de 1918, y había tendido a no ver en ella más que un *camuflaje* del régimen imperial; en diciembre, sin embargo, con ocasión de los movimientos espartaquistas, esa opinión creyó, durante un momento, en la desintegración de Alemania; y, a pesar de los riesgos que podría implicar la difusión del comunismo, acogió con satisfacción esa posibilidad; pero, a primeros de enero de 1919, cuando empezaron las deliberaciones de París, el Gobierno del Reich volvió a hacerse con la situación y se mostró capaz de mantener la unidad alemana.

El plan del mariscal Foch se basaba en esa perspectiva, que suponía una probable tentativa de desquite alemán en un plazo de veinte o treinta años. La memoria presentada el 10 de enero de 1919 por el mariscal pedía que los territorios de la orilla izquierda del Rin fueran separados de Alemania y formasen, bajo la égida de la Sociedad de Naciones, uno o varios Estados *independientes*, pero sometidos a una ocupación militar interaliada de duración no limitada.

Esa solución, que garantizaría sólidamente la seguridad de Francia, pero que sería contraria, evidentemente, a los principios wilsonianos, fue rechazada por los Estados Unidos y por Inglaterra, porque "acorralaría a Alemania hacia la desesperación", corriéndose el riesgo de que se arrojase en brazos de la Rusia soviética. El compromiso que sugirió Lloyd George sustituía esa garantía territorial por otra, militar y diplomática: Alemania, cuyo ejército, reducido a 100.000 hombres, se vería privado de aviación, de tanques y de artillería pesada, no tendría derecho a estacionar tropas ni a edificar fortificaciones en sus territorios de la orilla izquierda del Rin ni en una zona de 50 kilómetros de anchura en la orilla derecha del mismo río; sufriría, por un período de tiempo que no excedería, en principio, de quince años, la ocupación militar de la provincia renana y del Palatinado bávaro; Francia recibiría de Inglaterra y Estados Unidos la promesa de apoyo armado en caso de agresión alemana o de violación por parte de Alemania del estatuto de desmilitarización establecido en Renania. El flaco del sistema era la ilusión de creer que las restricciones a la soberanía alemana iban a poder mantenerse indefinidamente; lo era, también, el no tener en cuenta que el Senado de los Estados Unidos podía rechazar la ratificación de un compromiso de alianza que resultaría más directamente aún que el pacto de la Sociedad de Naciones, contrario a todas las tradiciones de la política americana.

La aplicación de los principios wilsonianos—derecho de las nacionalidades y derecho de los pueblos a su libre disposición—se encontraba

también en directa oposición con los intereses franceses en la cuestión de Austria. Si la población de esta nueva República, totalmente de lengua alemana, invocase esos principios para reivindicar la posibilidad de una unión con Alemania, el Reich podría adquirir un territorio que, con sus seis millones y medio de habitantes, sus recursos de mineral de hierro y su poderosa organización bancaria, compensaría de sobra la pérdida de Alsacia y Lorena, Posnanía y Slesvig del Norte; el poderío alemán seguiría, pues, intacto, a pesar de la derrota. Ahora bien: el canciller austríaco había pedido esa solución el 9 de enero de 1919, porque no creyó en la viabilidad de su Estado, que poseía un cuerpo muy pequeño y una cabeza muy grande: una capital en la que vivía casi la tercera parte de la población total. El 16 de febrero, las elecciones para la Asamblea Constituyente austríaca proporcionaron una fuerte mayoría al Partido socialista que adoptó, sin reservas, una postura favorable a la *unión*. Los miembros de la delegación americana en la Conferencia de Paz parecían dispuestos a dar su asentimiento; esa era, también, la opinión de la mayoría de los colaboradores de Lloyd George. Nadie podía dudar de que el Gobierno francés se opondría, en absoluto, a esa posibilidad. Georges Clemenceau lo declaró, con energía, en el consejo de los Cuatro, el 27 de marzo: Francia quería alejar la amenaza que para ella significaría la unión de Austria con Alemania; al oponerse a esa unión, Francia no atentaba al derecho de los pueblos. En esa oposición, fue ayudado por Orlando, que temía que el territorio alemán se extendiese hasta el Brennero. En el fondo, ni Lloyd George ni el mismo Woodrow Wilson pensaban, en este caso, dar a los principios inscritos en los Catorce Puntos una aplicación inmediata, que resultaría peligrosa para la correlación de fuerzas en el continente. Francia e Italia, pues, consiguieron, sin gran esfuerzo, que se admitiera su tesis: el artículo 88 del Tratado de Versalles, confirmado por el artículo 80 del tratado de Saint-Germain, prohibía a la República de Austria enajenar su independencia. Wilson, sin embargo, intentaba administrar el porvenir: hizo reconocer el derecho a la *unión*, si la Sociedad de Naciones diese su consentimiento.

Comparada con esas dos cuestiones esenciales, la del Sarre solo tenía una importancia secundaria. Sin embargo, esta última fue la que dio lugar a las controversias más ardientes en el seno del Consejo de los Cuatro. Ingleses y americanos admitieron sin dificultad que Francia, a título de indemnización por la destrucción de instalaciones en sus minas del Pas-de-Calais y del Norte, recibiese, durante cierto tiempo, el carbón del Sarre. Pero, ¿por qué reivindicaba el Gobierno francés la anexión de la mitad del territorio? La argumentación histórica—el retorno a la frontera de 1814—era de valor muy discutible y se hallaba en abierta contradicción con los Catorce Puntos que, aceptados como *base de paz* por los asociados de Estados Unidos, estipulaban expresamente el restablecimiento de las fronteras francesas de 1871. La argumentación fundada sobre el derecho a la libre disposición o sobre el principio de

las nacionalidades resultaba inaplicable, pues, entre los 335.000 habitantes del territorio que era objeto de reivindicación, solamente algunas decenas de miles—los de Sarrelouis—parecían simpatizar con los franceses. “¿Por qué—dijo Lloyd George, el 28 de marzo de 1919—renovar contra los alemanes el error cometido por la misma Alemania cuando se anexionó Alsacia y Lorena?” “¿Y cómo olvidar—añadió Wilson—que los vencedores habían contraído con Alemania compromisos definitivos al firmar el armisticio?” Clemenceau respondió que “sería inútil ser justos con los alemanes”, porque ellos no perdonarían jamás. La explicación de esta áspera controversia hay que buscarla, indudablemente, en preocupaciones de política interior: los partidarios de la frontera de 1814 eran numerosos en el Parlamento francés y estaban de acuerdo con el presidente de la República. Pero la solución de transición, que separaba de Alemania todo el territorio del Sarre y lo ponía, durante quince años, bajo administración internacional, entregando a Francia la propiedad de las minas, no fue discutida seriamente por la opinión pública francesa, menos sensible al *derecho histórico* que los parlamentarios aludidos.

Hay un evidente contraste entre la acritud de esas discusiones relativas a las cláusulas territoriales y el tono más conciliador de los debates relativos a las económicas y financieras. A pesar de ello, la estipulación más importante, la que concernía a la reparación de los perjuicios de guerra, dio lugar a un desacuerdo flagrante entre las potencias victoriosas.

El principio había sido establecido por la nota de los Aliados y asociados del 5 de noviembre de 1918, que dejaba a cargo de Alemania esa reparación. Pero, ¿cómo fijar esa deuda si no había sido aún evaluada la suma total de perjuicios? ¿Y cómo fijar los plazos y las modalidades del pago? Francia y Bélgica, que habían sufrido la invasión, querían conseguir que los gastos de reconstrucción corriesen a cargo de Alemania. Gran Bretaña, que no sufrió más pérdidas materiales que la destrucción parcial de la flota mercante, pedía que Alemania se hiciese cargo de la reparación de los perjuicios sufridos por las personas, porque, de ese modo, obtendría una parte mayor de los pagos alemanes. El total de la deuda alemana aumentó mientras tanto. Cuando las valoraciones francesas dieron la cifra provisional de 220 millones de marcos oro, la delegación americana protestó: no era materialmente posible que Alemania hiciese pagos de tal amplitud, aunque fueran efectuados, por anualidades, durante medio siglo. La delegación inglesa, aunque hubiera contribuido a agravar la carga alemana con sus iniciativas, apoyó las objeciones americanas, a las que la delegación francesa se limitó a oponer una afirmación de principio: *Alemania pagará*. El desacuerdo de los técnicos obligó al Consejo de los Cuatro a dejar a una comisión interaliada la tarea de fijar el volumen de la deuda alemana, después de una encuesta; solución de aplazamiento que implicaba, en el fondo,

una reducción de la deuda, porque no se podía pensar que dos años de reflexión fuesen a eliminar los obstáculos.

Los autores del Tratado de Versalles agravaron aún más esas dificultades, al creer conveniente establecer una relación entre la obligación de pagar reparaciones y el origen del conflicto. El artículo 231 estipulaba que Alemania debería pagar la suma de los perjuicios "sufridos por los Gobiernos aliados como consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y de sus aliados". La redacción de ese artículo hacía constar, en resumen, la responsabilidad que incumbía a Alemania en el sentido del derecho civil, pero la opinión pública alemana lo interpretó en el sentido de una responsabilidad moral. Empezar una controversia histórica acerca de las causas de la guerra significaba entonces, a la vez, poner en duda el fundamento de las reparaciones. Era una oportunidad que el Gobierno alemán sabría aprovechar.

Esta solución dada a los problemas alemanes, territoriales o financieros, se prestaba a un fácil reproche: era apropiada para estimular la protesta alemana y no despojaba al Reich de los medios para la *revancha*. Obligar a Alemania a firmar una estipulación que esta interpretaba como una confesión de culpabilidad sobre la causa de la guerra; obligarle, en principio, a trabajar durante medio siglo para amortizar su deuda de reparaciones; imponerle, durante quince años, un régimen de ocupación militar que no dejaría de sobrecargar el sentimiento nacional; obligar al Reich a inclinarse ante el derecho de las nacionalidades, cuando era contrario a los intereses alemanes, y rehusarles sus beneficios, como en el caso de los alemanes de Austria y de los Sudetes; todo ello constituía una serie de estipulaciones conformes con el derecho tradicional de guerra, pero estimulaba el deseo de desquite. Por el contrario, el Tratado de Versalles dejaba subsistir la unidad alemana y el poderío industrial del Reich; aunque desarmaba, ciertamente, a Alemania, le dejaba un ejército profesional que fácilmente se podía convertir en un ejército de mandos; prevenía que el régimen de ocupación, destinado a garantizar el pago de las reparaciones, cesaría al cabo de quince años, siendo así que ese mismo pago había de prolongarse cuarenta o cuarenta y cinco años más. El valor de estas críticas era difícil de establecer. Sin embargo, no se veía ninguna indicación de lo que se tendría que haber hecho para evitarlas.

En los debates parlamentarios franceses dichas críticas se basarían, principalmente, en el mantenimiento de la unidad alemana; y, para un gran número de franceses, aquel era el centro del problema: la única garantía eficaz, en su opinión, hubiera sido la división de Alemania. A Clemenceau no le costó trabajo demostrar que las críticas debían dirigirse a otros, y no a él, pues los Estados Unidos y Gran Bretaña no aceptaron la posibilidad de esa división: ¿qué medios tenía el Gobierno francés para obligarles a revisar sus puntos de vista? La victoria había sido la victoria de una coalición; y una coalición era la que fijaba las

bases para el acuerdo de paz. Francia no podía evitar las consecuencias de esa situación.

El problema de las relaciones con la Rusia soviética, aunque salió a relucir con menos frecuencia en las deliberaciones de los Cuatro, se hallaba constantemente presente en su espíritu.

Desde el verano de 1918 las potencias aliadas y asociadas venían sosteniendo, en realidad, una política de intervención en la guerra civil rusa, en Siberia Oriental y en el Norte de Rusia, en la costa de Murmansk. El 6 de noviembre de 1918 el Congreso de los Soviets declaró que si las potencias renunciaban a esa intervención, Rusia estaría dispuesta a entablar conversaciones de paz con ellas. La respuesta fue el desembarco en Odesa, en diciembre, de un cuerpo expedicionario, bajo mando francés, destinado a dar ayuda a los rusos *blancos* del ejército del general Denikin. Pues bien: desde que empezaron las deliberaciones de la conferencia, Lloyd George enfrentó con el problema ruso. En su opinión, la política de intervención en la guerra civil no podía conducir a nada, porque no era posible contar con los rusos blancos (eso sería *edificar sobre arena*) ni enviar a territorio ruso suficientes fuerzas aliadas para obtener un resultado decisivo; intentarlo sería exponer a esas tropas, que esperaban con impaciencia la desmovilización, a la sublevación. Por tanto, era "insensato pensar en aplastar al bolchevismo mediante la fuerza militar". Wilson recalcó: "Intentar detener un movimiento revolucionario con ejércitos en campaña es como emplear una escoba para detener una marea." Por consiguiente, era necesario negociar. Esta sugerencia encontró en el Gobierno francés una adhesión reticente.

¿Por qué no se consiguió ningún resultado? En las negociaciones, que inició en Moscú a finales de febrero de 1919 uno de los miembros de la delegación americana en la conferencia de la paz, William Bullitt, los aliados y asociados propusieron retirar las tropas que habían enviado al territorio ruso si se les aseguraban dos condiciones previas: el cese de la guerra civil, sobre la base del *statu quo*, es decir, dejando que los rusos *blancos* conservasen los territorios que ocupaban, y la reanudación de relaciones comerciales entre Rusia y otros Estados. Pero el Gobierno soviético entendía que la retirada de las tropas aliadas debería preceder a la desmovilización del Ejército Rojo; evidentemente, porque daba por descontado que los Gobiernos *blancos* se derrumbarían en cuanto quedasen reducidos a sus propias fuerzas. Ni Wilson ni Lloyd George admitieron esa propuesta. Las conversaciones, por tanto, se interrumpieron. ¿Se puede creer que, de haber continuado, hubieran conducido a un acuerdo duradero, dado que tenían como base la división del territorio ruso?

Ese fracaso, sin embargo, no hizo que los Aliados y asociados ampliasen o, por lo menos, mantuviesen su política de intervención. El cuerpo expedicionario francés se retiró de Odesa, el 3 de abril de 1919, en condiciones que confirmaban los pronósticos de Lloyd George; los ingleses



Mapa 13.—TERRITORIOS CONTROLADOS POR LOS BOLCHEVIQUES EN AGOSTO DE 1918.



Mapa 14.—TERRITORIOS CONTROLADOS POR LOS BOLCHEVIQUES A MEDIADOS DE ABRIL DE 1919.

(Segun el croquis hecho por Mlle. SANINE, Bibliothèque de documentation internationale et contemporaine).

renunciaron a proteger sus intereses en la zona petrolífera y evacuaron Bakú el 10 de mayo; en septiembre la costa de Murmansk fue abandonada también. Solo en Siberia, en beneficio del Gobierno del almirante Koltchak, decidió el Consejo de los Cuatro continuar la intervención, mediante suministro de material de guerra y facilitación de subsidios, pero sin comprometer tropas. El plan del mariscal Foch, que sugería establecer, apoyándose en Polonia y Rumania, una *barrera defensiva* para *contener* al bolchevismo, no fue aceptada por Gran Bretaña ni por los Estados Unidos. En resumen, como hizo constar el presidente Wilson a principios de junio, los Aliados y asociados no habían conseguido trazar una política definitiva en las cuestiones rusas.

¿Qué otra cosa podrían haber hecho? Una intervención en masa—con algunos centenares de miles de hombres—habría provocado la caída del Gobierno soviético (Lenin lo diría más tarde). Pero ¿dónde encontrar esos efectivos? Ni en Estados Unidos ni en Francia o Gran Bretaña, el Gobierno se proponía emprender, al salir de la Gran Guerra, otras operaciones militares. Sin duda, hubiera sido posible, en principio, recurrir a efectivos polacos. Pero ¿qué interés iba a tener el Gobierno polaco en favorecer la reconstrucción de una Rusia poderosa? ¿Y qué resultados prácticos hubiera tenido esa intervención en masa, en el caso de haber sido realizable? Los informes de los agentes ingleses no dejaban de señalar que la población campesina rusa de las regiones sometidas a los ejércitos *blancos* temían que el triunfo de Denikin trajera como consecuencia la restauración de la gran propiedad terrateniente. Y los representantes de los Aliados cerca de Koltchak, después de haber obtenido con grandes esfuerzos la promesa del Almirante de establecer un régimen parlamentario, en caso de victoria, apenas creían en el cumplimiento de esa promesa. Y, además, puesto que la intervención armada favorecía a los generales *blancos*, ¿no se corría el peligro de que repercutiese contra los mismos intereses de los Aliados? Lloyd George dijo: “Si los elementos militares y reaccionarios de la antigua Rusia recobran el mando, el peligro de una aproximación entre Rusia y Alemania será grande.” He ahí lo que explica, sin duda, la impotencia del Consejo de los Cuatro.

En ausencia de otra solución de los asuntos rusos, la polaca no podría ser más que parcial, porque el trazado de las fronteras orientales del nuevo Estado no era factible. Las fronteras occidentales resultaban más fáciles de determinar, pues se trataba de transferir territorios alemanes. A pesar de ello, el Consejo de los Cuatro, cuando la comisión de técnicos le sugirió que atribuyese a Polonia todos los territorios en los que la proporción de habitantes de lengua polaca alcanzase los dos tercios de la población total (es decir, la mayor parte de Posnania, Prusia Occidental y la Alta Silesia), no aceptó, en dos puntos, esas proposiciones: decidió que la ciudad de Dantzig, de población alemana, no fuese entregada a Polonia y se rigiese por un estatuto internacional; dejó a la

decisión de un plebiscito la solución del problema de la Alta Silesia, aunque tal plebiscito corriera el riesgo, como decían los técnicos americanos, de no ser *libre*, teniendo en cuenta que la población polaca dependía de los terratenientes e industriales alemanes. En los dos casos, fue Lloyd George el que hizo rechazar las reivindicaciones polacas. ¿Era solo porque el Gobierno británico deseaba no reforzar ese Estado, en el que podría apoyarse la hegemonía continental de Francia? Más bien se trataba de motivos económicos: el puerto de Dantzig, canal de desagüe de las regiones petrolíferas y mineras de los Cárpatos, debía quedar completamente abierto a la marina Mercante inglesa; los recursos de carbón y de mineral de hierro de la Alta Silesia eran necesarios para la vitalidad económica de Alemania.

Los autores de los tratados no intentaron negar que el acuerdo de paz era frágil, ya que dejaba sin resolver los grandes problemas planteados por la *ausencia* de Rusia y por la balcanización de la región danubiana. A pesar de ello, los observadores contemporáneos no parecieron preocuparse por esas lagunas.

Dentro ya de las cuestiones extraeuropeas, el reparto de las antiguas colonias alemanas se efectuó sin serias dificultades, encubierto por el sistema de *mandatos*, entre Gran Bretaña y sus Dominios, Francia, Bélgica y Japón. Tal reparto no hacía más que consagrar, en Africa central y meridional, el resultado de operaciones militares en las que las tropas no habían desempeñado ningún papel. La delegación italiana en la conferencia se limitó a pedir compensaciones en provecho de sus colonias del mar Rojo y, asimismo, de Libia; e incluso en ello no insistió muy intensamente; en realidad, Italia no se interesaba activamente por esos asuntos coloniales, y creía preferible enderezar sus esfuerzos hacia la cuestión del Adriático (1), más importante para la seguridad y el prestigio italiano, sin conseguir, por lo demás, alcanzar sus objetivos. La amargura que la solución colonial iba a provocar en la opinión pública, después del triunfo del fascismo, todavía no se manifestaba en 1919.

Únicamente los problemas asiáticos dieron lugar a debates bastante ásperos.

En extremo Oriente, el Japón consiguió, sin esfuerzo, que le fuesen entregados, a título de mandato, los archipiélagos alemanes del Pacífico, al norte del Ecuador; al mismo tiempo mantenía la ocupación militar provisional de la Provincia Marítima de la Rusia asiática; lo que motivó duras controversias fue la atribución de los *derechos e intereses* que Alemania poseía en la provincia china de Shantung.

El Gobierno nipón tomó posesión de esos *derechos e intereses* desde finales de 1914. Aceptó volver a ponerlos en manos de China, pero con la

(1) Véanse págs. 790 y 791.



condición de recibir las ventajas que esta le había prometido en los acuerdos chino-aponeses de mayo de 1915 (1), lo que le aseguraría una gran influencia en la vida económica de China. La delegación china respondió que los acuerdos de 1915 carecían de valor, pues fueron impuestos mediante un ultimátum, es decir, por la violencia; para obtener la restitución de Shantung, sin contrapartida, invocó el principio de la libre disposición de los pueblos. Francia y Gran Bretaña estaban ligadas por los acuerdos secretos que habían firmado con Japón a principios de 1917. Pero los Estados Unidos se encontraban libres de todo compromiso.

El presidente Wilson intentó actuar de mediador. Dijo al Japón que la paz futura del Extremo Oriente dependía de las relaciones chino-japonesas y le recomendó no arriesgarse a *prender el fuego* en un país de cuatrocientos millones de habitantes, recordó a China que el respetar los tratados, aunque hubieran sido firmados después de un ultimátum, era una *norma imperativa*. El compromiso que pretendía consistiría en una revisión de los acuerdos de 1915, es decir, en una restricción de las ventajas prometidas al Japón. La delegación japonesa no aceptó. El 30 de abril de 1919 el Consejo de los Cuatro abandonó la partida: decidió que los *derechos e intereses* alemanes en Shantung quedasen en manos del Japón; admitió, pues, que las grandes potencias *occidentales* no tenían por qué intervenir en la cuestión de la devolución de ese territorio a China ni en las condiciones de tal devolución. Esto significaba aceptar la tesis japonesa. Por eso, la delegación china se negó a firmar el Tratado de Versalles.

¿Por qué cedió el presidente de los Estados Unidos? Al hacerlo se exponía a la ironía de Clemenceau ("Wilson habla como Jesucristo, pero actúa como Lloyd George") y—lo que importaba más—se exponía también al disgusto de la opinión pública americana, hostil, como es notorio, al Japón. Pero era que temía que Japón emplease represalias a la hora de elaborar el Pacto de la Sociedad de Naciones. El Gobierno japonés hubiera querido que ese pacto reconociese el principio de la igualdad de razas y que prohibiese cualquier medida *discriminatoria* basada en diferencias raciales; el presidente Wilson rechazó esa enmienda, que hubiera obligado a los Estados Unidos a aceptar la inmigración japonesa. La delegación nipona, a su vez, hizo saber que, si obtuviese satisfacción en el asunto de Shantung, no insistiría en la cuestión de la igualdad de razas, pero que, en caso contrario, rehusaría entrar en la Sociedad de Naciones. Fue por *salvar el Pacto*, en el que veía lo esencial de su obra, por lo que Woodrow Wilson renunció a sostener la causa china, a pesar de los consejos apremiantes de sus colaboradores directos. ¿Era solamente un *bluff* la amenaza japonesa? En 1919 el Senado americano, que creía la opinión del secretario de Estado, Lansing, estaba convencido de ello y reprochaba al presidente el haber cedido demasiado rápidamente.

(1) Véase cap. II, párrafo II, de esta parte.

Sin embargo, treinta años más tarde, los documentos de los archivos japoneses darían la razón a Wilson contra Lansing.

En el Próximo Oriente la política inglesa quería decidir la suerte de los antiguos territorios otomanos. Los acuerdos francoingleses de 1916 preveían el reparto de los países árabes (1) entre Francia y Gran Bretaña, excepción hecha de Siria interior, que formaría un Estado independiente, en provecho del emir del Hedjaz, Hussein: el Acuerdo de Saint-Jean-de-Maurienne, en abril de 1917, prometía a Italia no solo la Anatolia meridional—la zona de Adalia—, a la que el Gobierno de Roma ya aspiraba en 1914, sino también la región de Esmirna, con población de lengua griega. Lloyd George pidió y obtuvo la revisión de esos acuerdos en dos aspectos: en diciembre de 1918, el territorio de Mosul, con sus yacimientos de petróleo, pasó de la parte francesa a la parte inglesa; en mayo de 1919 la región de Esmirna, a pesar de las vehementes protestas de la delegación italiana, fue asignada *provisionalmente* a Grecia, cliente de Gran Bretaña.

El problema primordial era, evidentemente, la suerte de Constantinopla y los estrechos turcos. Al principio la diplomacia inglesa sugirió dar a esta *puerta* del Mediterráneo un estatuto internacional, bajo la égida de la Sociedad de Naciones; la administración podría confiarse a los Estados Unidos. Pero el presidente Wilson, sin oponer una negativa absoluta, declaró que no podría en ningún caso considerar conveniente el envío de tropas americanas a Constantinopla, porque los Estados Unidos no habían estado nunca en guerra con el Imperio otomano. Por tanto, haría falta obtener, amigablemente, el consentimiento del Gobierno del Sultán. La hipótesis quedó excluida cuando la delegación turca se presentó el 17 de junio en la Conferencia de la Paz y no pareció dispuesta a someterse, ni siquiera en el caso de la región de Mosul y de la Cilicia, cuya suerte ya había sido fijada por los vencedores. ¿No vendría entonces, para terminar de una vez, ir al reparto de todos los territorios turcos entre las grandes potencias, en forma de atribución de mandatos? Lloyd George acariciaba ese plan, pero renunció a él cuando una delegación de musulmanes de la India llegó para protestar contra esa división, que debilitaría la autoridad del Califato. Los Cuatro se separaron sin haber establecido las bases de una solución. El 25 de junio de 1919 Clemenceau afirmó: "Por lo que se refiere a la manera en que dispondremos de los territorios del Imperio turco, debo decir que después de nuestras últimas conversaciones no se dónde nos encontramos."

Fue solo seis meses más tarde, después de la retirada de los Estados Unidos, cuando Gran Bretaña, Francia e Italia reanudaron el estudio de la solución de la paz otomana. El 10 de agosto de 1920, el Tratado de Sèvres arrebató al Sultán las cuatro quintas partes de los territorios que formaban el antiguo Imperio otomano, dejándole solamente,

(1) Véanse cap. II y mapa 12.

además de Constantinopla, Anatolia central. En la solución, Gran Bretaña, con el protectorado sobre Egipto, el mandato de Palestina y Mesopotamia, conseguía la mejor parte. Extendería hacia el Norte la zona de protección del Canal de Suez y dominaría, con Bagdad, la ruta terrestre de la India, y de paso obtendría importantes recursos petrolíferos. Impuso la decisión de desmilitarizar los Dardanelos y el Bósforo, donde la libertad de tránsito quedaría asegurada en todo tiempo, bajo la inspección de una comisión interaliada: solución que había parecido inadmisibles a la política inglesa cuando la política zarista era capaz de buscar un acceso al Mediterráneo, pero que estaba de acuerdo con los intereses británicos desde el momento en que Rusia se hallaba débil. Por último, el mar Egeo se convertía en un *lago griego*, en el que Gran Bretaña contaba con conservar influencia decisiva. Esas ventajas se lograron, sobre todo, a costa de Italia, pero también a costa de Francia. La política italiana en el Adriático y la francesa en Renania tenían demasiada necesidad del apoyo inglés, para que se hubiese opuesto una resistencia vigorosa a las iniciativas de Lloyd George en el Próximo Oriente. Pero lo precario de esos resultados era seguro: los autores del Tratado no podían esperar que el movimiento nacional turco se resignase a aceptarlo.

En aquellas negociaciones casi no es posible percibir una idea nueva: las fórmulas wilsonianas solo se respetaron en la medida en que correspondían a los intereses de los vencedores. La única característica notable fue la abstención de los Estados Unidos, que no quisieron asumir responsabilidades en el Extremo ni en el Próximo Oriente. Cuando, en mayo de 1919, el Gabinete inglés, deseoso de establecer una barrera contra un posible intento de expansión rusa, sugirió colocar bajo mandato americano los territorios armenios, el Presidente Wilson se reservó su respuesta, porque era consciente de que el Senado no aceptaría esa carga. La tradición americana de prudencia y aislamiento era más fuerte que los intereses de expansión económica.

### III. LAS LAGUNAS

La Conferencia de la Paz marcó la hora del triunfo de las antiguas *minorías nacionales* de Europa, es decir, de las poblaciones que, bajo dominación rusa, alemana o austrohúngara, no habían perdido la conciencia de su individualidad. Es cierto que el *derecho a la libre disposición* encontró dificultades en las zonas fronterizas, donde la mezcla de poblaciones era casi inextricable, y que el principio sufrió tergiversaciones cuando chocó con intereses económicos o estratégicos a los que la doctrina de los *derechos históricos* sirvió de máscara con frecuencia (1). Sin embargo, el mapa político que se estableció en 1919 resultaba, desde el punto de vista del derecho de las nacionalidades, mucho más satis-

(1) Véase el capítulo V de este libro.

factorio que el de 1914. Antes de la guerra mundial, la suma global de poblaciones que protestaban por pertenecer a un Estado en el que se sentían extranjeros era de unos 60 millones de seres, es decir, un quinto de la población total de Europa; después de la entrada en vigor de los tratados de paz quedó reducida, aproximadamente, a 30 millones.

¿Quiere esto decir que estuviera mejor asegurada la estabilidad de las fronteras? En realidad, los grupos que protestaban tenían, por lo que respecta a la política internacional, más importancia que antes, pues las nuevas *minorías nacionales* estaban constituidas, en la mayoría de los casos, por los que, cinco años antes, pertenecían a la población que desempeñaba un papel dominante en la administración, y conservaban, a pesar del cambio, un sentimiento de superioridad.

Por otro lado, la situación no solo enfrentaba a vencedores y vencidos, víctimas y beneficiarios de los tratados de paz. Con frecuencia hacía chocar a los Estados nuevos que, en el trazado de sus fronteras mutuas, manifestaban un nacionalismo exasperado. Y en muchos casos los autores de los tratados, por falta de información auténtica y de tiempo, abandonaban al futuro la solución de los litigios presentes.

¿Cuáles eran los puntos sensibles de ese desencadenamiento de rencores y codicias?

En el nordeste del continente europeo el trazado de las fronteras de la reconstituida Polonia formaba el centro de las controversias.

La frontera polacoalemana, que el Tratado de Versalles fijó a través de una zona donde estaban mezcladas las poblaciones polacas y alemanas, asignaba al Estado polaco aproximadamente millón y medio de alemanes. La protesta alemana se elevó de tono cuando se trató de la separación establecida entre el Reich y Prusia Oriental. ¿Con qué derecho entregaba el Tratado ese *pasillo* a Polonia? El Gobierno polaco respondió que el pasillo era, en realidad, un territorio de ochenta kilómetros, de Este a Oeste, y que su población hablaba un dialecto, el kachube, de indiscutible parentesco con el idioma polaco. Pero—replicó la propaganda alemana—esos kachubes, cuando pertenecían, antes de 1914, al Estado prusiano, votaban, excepto en tres circunscripciones, a candidatos *alemanes*, y no a los polacos disidentes: ¡esa población no tenía, pues, conciencia de ser polaca! En esta ocasión, por cierto, se opusieron las concepciones divergentes del derecho de las nacionalidades; pero fueron los alemanes los partidarios de la doctrina *latina*, mientras que los polacos se apoyaron en la teoría *germánica*, que veía en el parentesco lingüístico el carácter esencial de la nacionalidad (1): los argumentos de principios fueron puestos, como en tantas otras ocasiones, al servicio de intereses políticos y económicos.

La cuestión de la Alta Silesia, a primera vista, era mucho más importante. En esa gran región industrial del Imperio alemán las dos

(1) Véanse págs. 117 y 118.



terceras partes de la población eran en 1914 de lengua polaca; esa indiscutible preponderancia numérica daba al Gobierno polaco el derecho de apoyarse sobre los principios wilsonianos en la Conferencia de Paz. La tesis alemana presentaba una argumentación análoga a la invocada en el caso del *pasillo*: los polacos de Alta Silesia, separados del Estado polaco desde el siglo xv, no habían manifestado sentimientos de *protesta*, lo mismo que los kachubes. Además, ¿no había sido el Gobierno prusiano, dueño de este territorio desde 1740, el que le despertó a la vida económica, convirtiéndolo en un gran foco de la industria metalúrgica? (1). ¿No eran indispensables para el mismo desarrollo de ese foco industrial los alemanes, que formaban la mayoría de la población urbana y poseían los capitales? ¿Cómo, por fin, podría Alemania pagar las indemnizaciones si se le privaba parcialmente de su capacidad de producción? Tales fueron los argumentos que se enfrentaron no solo en el debate germanopolaco, sino también en la opinión pública, sobre todo en Inglaterra, ante el plebiscito que finalmente decidieron celebrar los autores del Tratado de Versalles. Pero ¿qué valor podía tener el voto de los obreros y campesinos polacos, con frecuencia analfabetos, que habrían de sufrir la presión de los dirigentes y de los terratenientes alemanes? ¿Y qué línea de demarcación se podría trazar, sin estorbar los desplazamientos diarios de la mano de obra y sin desarticular el sistema de transportes, bases de la actividad económica?

Entre Polonia y el nuevo Estado de Lituania, lo que dio lugar a enconado debate fue la atribución de la región de Vilna. Antes de 1386 la ciudad era capital del Gran Ducado de Lituania; después de la unión polacolituana (2) fue *polonizada*; con ocasión del primer reparto de Polonia, en 1772, se convirtió en rusa, y siguió siéndolo hasta 1918. Según las estadísticas rusas más recientes—databan de 1897—, la población, solo en la ciudad, de 200.000 habitantes, se distribuía así: 40 por 100, judíos; 31 por 100, polacos; 24 por 100, rusos, y 2 por 100 solo lituanos; pero en la *provincia* de Vilna la proporción era muy diferente: rusos, 61 por 100; lituanos, 17 por 100; judíos, 12 por 100, y polacos, 8 por 100. ¿Cómo aplicar aquí el principio de las nacionalidades? Los polacos estaban en mayoría relativa, respecto a los lituanos, en la ciudad; pero se encontraban en minoría en el campo. Unos y otros eran menos numerosos que los rusos. El Tratado de Versalles no pudo fijar ninguna frontera, porque el Estado lituano no había sido reconocido todavía por las grandes potencias. Se encomendó al Consejo Supremo de los Aliados la misión de encontrar una solución: el 8 de diciembre de 1919 el Consejo determinó que Vilna debía pertenecer a Lituania; pero declaró que su decisión era provisional y dejó abierta para Polonia la vía de las protestas y las discusiones.

En los confines rusopolacos la Conferencia de la Paz, después de

(1) Véase pág. 672 del tomo I.

(2) Véase tomo I, pág. 190.



Mapa 15.—REPARTO DE LA POBLACIÓN POLACA EN EL "PASILLO".  
(Tomado de *La Pologne, son histoire, son organisation, sa vie*, Payot, Lausana, 1918.  
Esta obra fué redactada en Varsovia, entre 1914 y 1916, por un comité de sabios polacos.)

haber tratado de negociar con la Rusia soviética y desistido de ello, no intentó determinar la atribución de territorios. Las dificultades de mayor gravedad fueron las de la Rusia Blanca. Sin duda, la población era, en su gran mayoría, de lengua rusa y de religión ortodoxa; pero, en el Sur, los rutenos estaban en mayoría sobre los rusos, y en toda la zona central, que pertenecía a Polonia antes de 1772, los polacos conservaban posiciones bastante fuertes en la burguesía urbana y entre los terratenientes (1). El Gobierno polaco invocaba el *derecho histórico*; para rechazar la aplicación del principio de las nacionalidades afirmaba que ni la lengua ni la religión podían servir de criterios valederos, porque aquellos *rusos blancos* no poseían el sentimiento nacional ruso; pero, sobre todo, in-

(1) Véanse tomo I, pág. 709 y sigs.

sistía en el papel que el Estado polaco podía tener que desempeñar algún día en la nueva Europa: ¿no debería formar una barrera contra la expansión del comunismo? En diciembre de 1919 la Conferencia de embajadores, sin entrar en contacto con el Gobierno soviético, con el que no se habían establecido relaciones diplomáticas, trazó, siguiendo las sugerencias del ministro de Asuntos Extranjeros inglés, lord Curzon, una frontera *provisional* que pasaba aproximadamente por Grodno, Bialystok, Brest-Litovsk y Przemysl. Esta *línea Curzon*, que establecía el reparto de Rusia blanca, fue ignorada, evidentemente, por el Gobierno soviético; y considerada insuficiente por el Gobierno polaco, que pretendía alcanzar la frontera de 1772.

En Europa Central, donde los tratados de paz ponían a 700.000 magiars bajo la dominación de Checoslovaquia y a 1.300.000 bajo la dominación de Rumania, la protesta de Hungría fue la amenaza principal para la nueva situación territorial. Pero no la única, pues el trazado de fronteras entre los nuevos Estados dio lugar a litigios que la Conferencia de la Paz no resolvió. La asignación del territorio de Teschen, en Silesia—2.000 kilómetros cuadrados y 426.000 habitantes—, fue lo que se disputó en el conflicto diplomático que enfrentó a Polonia con Checoslovaquia. El Gobierno polaco, en esta ocasión, podía invocar el principio de las nacionalidades, que había rehusado aceptar en el caso de Rusia Blanca: el territorio contaba con un 55 por 100 de polacos, un 27 por 100 de checos y un 18 por 100 de alemanes. El Gobierno de Praga apelaba al derecho histórico, pues Teschen perteneció durante tres siglos a Bohemia, antes de su anexión por la Monarquía de los Habsburgo. En realidad, tras estos argumentos, lo determinante eran los intereses económicos: un ferrocarril importante, una cuenca hullera—la de Ostrava—que producía anualmente seis millones de toneladas, eran lo principal. Desde noviembre de 1918 checos y polacos penetraron militarmente en el territorio y establecieron una línea de demarcación *provisional* en espera del arbitraje de las grandes potencias, que se limitaría, por lo demás, a consolidar la situación de hecho.

En el valle del Drave, en los confines de Austria y Yugoslavia, la suerte de la región de Klagenfurt (2.100 kilómetros cuadrados y 230.000 habitantes) se decidiría en un plebiscito, que no tendría lugar hasta octubre de 1920 y que resultaría favorable a Austria. Un plebiscito, también, había de decidir el destino del pequeño territorio de Sopron, que se disputaban Austria y Hungría. Por último, la posesión del Banato de Temesvar en los confines meridionales de Hungría fue reivindicada por Rumania y Yugoslavia.

El problema del Adriático, objeto de violentas discusiones en las reuniones del Consejo de los Cuatro, seguía sin resolver. El Gobierno italiano reivindicaba, naturalmente, los territorios que le fueron prometi-

dos por el Pacto de Londres (1) en 1915, y obtuvo un resultado satisfactorio: el presidente Wilson, aunque no se encontraba ligado por promesas anteriores a la entrada en guerra de los Estados Unidos, acabó por admitir que Italia recibiera, además de Trieste y las partes de Istria y Dalmacia, con población de habla italiana, el valle del alto Adigio, donde vivían cerca de 200.000 habitantes que hablaban alemán, llevando así su frontera hasta el paso del Brennero; el principio de las nacionalidades había de ceder, por tanto, ante el interés estratégico. Pero esas ventajas no parecían suficientes a la diplomacia italiana, que, además de las promesas conseguidas en 1915, reivindicaba el puerto húngaro de Fiume, a pesar de las protestas de Yugoslavia.

En apoyo de sus tesis respectivas, la delegación italiana y la delegación yugoslava podían invocar el derecho de las nacionalidades, puesto que, en la población de la ciudad, dos terceras partes hablaban italiano, pero el barrio de Susak estaba habitado casi exclusivamente por eslavos. Este era un caso más en que resultaba imposible trazar entre los grupos nacionales en presencia la *línea claramente identificable* que el presidente Wilson creyó establecer definitivamente en su mensaje al Congreso de los Estados Unidos. Por eso los argumentos históricos y económicos vinieron a superponerse a los principios wilsonianos. ¿No tenía derechos Italia sobre esta costa oriental del Adriático que conservaba, en tantos aspectos, la huella de la civilización veneciana? (2). ¿Y podía renunciar Yugoslavia a un puerto cuya zona terrestre le pertenecía totalmente?

Para hacer fracasar la tesis italiana, el presidente de los Estados Unidos comprometió, con tenacidad rigurosa, toda su autoridad personal, sin tener en cuenta las protestas de la delegación italiana en la Conferencia de la Paz, ni las manifestaciones parlamentarias de Roma, ni siquiera la caída del Gabinete Orlando, derribado el 19 de junio por no haber sabido defender los intereses adriáticos de Italia. En agosto de 1919 consiguió hacer aceptar un compromiso: Fiume sería *ciudad libre*. Pero el 12 de septiembre un cuerpo de voluntarios italianos, dirigidos por Gabriel D'Annunzio, se apoderó de la ciudad; y el Gobierno de Roma, desbordado por la sacudida nacionalista que el éxito de este golpe de mano provocó, negóse a cumplir el compromiso. A pesar de ello, Wilson se aferró a su solución; declaró estar convencido de que el movimiento de opinión es artificial, y, sobre todo, creía que Italia se encontraba ante graves dificultades económicas y sociales que no podrían resolver sin ayuda americana. El Tratado de Trianón, cuando decidió la suerte de los territorios húngaros, no resolvió el problema de Fiume, que, durante más de cuatro años, iba a ser todavía ocasión de conflictos diplomáticos entre Yugoslavia e Italia.

En la Península de los Balcanes, donde las pasiones religiosas y los rencores nacionales eran muy vehementes antes de 1919, la guerra entre

(1) Véase capítulo II, pág. 675.

(2) Véase el tomo I de esta *Historia*, particularmente, págs. 141 y 297.

Bulgaria y Serbia en 1915, la de Bulgaria y Rumania en el otoño de 1916 y la de Bulgaria y Grecia de 1917 habían dejado una secuela de sufrimientos y odios que el Tratado de Neuilly no apaciguó verdaderamente. ¿Cómo determinar la pertenencia nacional de esas poblaciones macedónicas, cuyos núcleos intrincados estaban formados por búlgaros, griegos y serbios y donde las Iglesias ortodoxas se disputaban los fieles sin tener en cuenta los grupos lingüísticos? La frontera establecida por el Tratado colocaba bajo la dominación del Estado serbio, croata y esloveno territorios en los que la mayoría de la población pertenecía, indiscutiblemente, por su lengua o por su religión, al grupo nacional búlgaro. ¿Y cómo establecer los derechos de Grecia sobre la región de Cavalla, donde el comercio del puerto se hallaba realmente en manos griegas, pero los alrededores inmediatos tenían en parte población turca?

La cuestión de Besarabia—es decir, la región situada entre el Pruth y el Dniester, en la costa del mar Negro—es uno de los últimos ejemplos, y uno de los más típicos, de las dificultades a que estaba expuesta la aplicación del principio de las nacionalidades. En la población de esta región, rusos y rumanos se hallaban mezclados con judíos y alemanes. ¿A quién correspondía la preponderancia numérica? A los rumanos, sin duda; formaban las dos terceras partes de la población quizá. ¿Podía considerarse legítima esa preponderancia? Besarabia, después de haber sido territorio otomano, fue anexionada en 1812 por Rusia, que tuvo que ceder en 1856 al Principado de Moldavia tres de sus distritos meridionales, pero que los recuperó en 1878; durante el período 1856-1878 la colonización moldava fue activa en esos tres distritos, en los que determinados elementos de población rusa fueron rumanizados. No era posible, según la tesis rusa, considerar rumanos a esos rusos que ahora hablaban rumano. Pero—replicaban los rumanos—¿no sería justo eliminar también la influencia de la colonización rusa, desarrollada en la primera mitad del siglo XIX? En abril de 1918—un mes después que la Rusia soviética se viera obligada a firmar la paz de Brest-Litovsk—un Consejo Supremo besarabio, cuyos miembros eran en su gran mayoría moldavos, decidió librarse de la dominación rusa y votó a favor de la unión con Rumania. Se trataba, según el Gobierno de Bucarest, de un caso en el que el derecho de los pueblos a su libre disposición resultaba indiscutible: ¿cómo podrían negarse a reconocer las grandes potencias esta manifestación del sentimiento nacional rumano? Pero el Gobierno soviético protestó, porque los miembros de ese Consejo Supremo no habían sido elegidos por nadie y no podían, por ello, pretender representar a la opinión pública; reclamó un plebiscito, que el Gobierno rumano rehusó tomar en consideración.

Como se ve, había en aquella Europa numerosos litigios a los que era imposible dar soluciones auténticas si se seguía fiel a los principios wilsonianos, es decir, a los principios que confesaban profesar los autores de los tratados de paz. Había que buscar un acuerdo mediante compro-

misos. Pero ¿cómo confiar en un espíritu de conciliación si, por una y otra parte, los nacionalismos continuaban siendo agresivos? ¿Cuántas oportunidades magníficas se ofrecían a los grandes Estados vencidos, si estos quisieran mantener y explotar esos focos de agitación en provecho de sus políticas respectivas!

¿Qué remedios había frente a esas amenazas? El principio establecido por el Punto catorce de Wilson preveía la creación de una "asociación general de naciones con vistas a establecer garantías mutuas de independencia política y de integridad territorial". La aplicación de ese principio podría conducir a proteger la situación territorial salida de los tratados de paz y, por consiguiente, a salvaguardar su permanencia en provecho de los Estados vencedores. ¿En qué medida deseaban los autores del pacto de la Sociedad de Naciones ese resultado o en qué medida se habían esforzado para asegurarlo?

La garantía de independencia política y de integridad territorial dada a todos los Estados miembros de la Sociedad por el artículo 10 del Pacto tendía, por naturaleza a fijar las fronteras. ¿Era esto prudente?, se preguntaba, en diciembre de 1918, el Foreign Office. En casi todo el continente, durante bastantes años, el acuerdo de paz provocaría protestas y alimentaría odios tenaces entre las nacionalidades. Era, por tanto, posible que la protección de la integridad territorial resultase una carga pesada, pues muy raras eran las regiones en que el sentimiento nacional "se expresaba con autoridad indiscutible". Por otro lado, las transformaciones económicas y los movimientos migratorios determinados por ellas modificarían en varias regiones la correlación de población y, por consiguiente, plantearían nuevos problemas políticos. Puesto que las fronteras no podían ser consideradas como definitivas, se hacía necesario suavizar la garantía. El campeón inglés de la Sociedad de Naciones, lord Robert Cecil, iría incluso, de buena gana, más lejos; consideraría oportuno suprimir pura y simplemente la promesa de protección contra la agresión exterior. Wilson se opuso rotundamente a ese abandono: sería destruir la clave de bóveda del Pacto. El compromiso que se adoptó finalmente tuvo en cuenta, sin embargo, las objeciones inglesas, porque, aunque mantenía la garantía, aminoraba su alcance. "En caso de agresión—decía el texto enmendado—el Consejo de la Sociedad de Naciones determinará las vías y medios para cumplir esa obligación." Era dar a entender que el artículo 10 se limitaba a una afirmación de principio y abrir la puerta a todas las interpretaciones restrictivas. He ahí ya una sombra que oscurecía la noción de estabilidad fronteriza.

La delegación inglesa hubiera querido oscurecer todavía más esa sombra y organizar una posible revisión de la situación territorial. Tal era el objeto del artículo 19 del Pacto, que otorgaba poder al Consejo de la Sociedad de Naciones para recomendar rectificaciones de fronteras e incluso transferencias de territorios. ¿A qué riesgos se expondrían los

Estados interesados si rehusaban escuchar esa recomendación? Perderían, según el proyecto inglés, el derecho a solicitar la protección de la Sociedad de Naciones, es decir, que, contra ellos, la agresión sería lícita, quedando en suspenso la cláusula de garantía territorial. Pero esa amenaza pareció excesiva al Gobierno francés, que temía hacer vacilar a Polonia y Checoslovaquia, puntos de apoyo necesarios para un sistema de alianzas en la retaguardia del posible enemigo. En su texto definitivo, el artículo 19 se limitó a prever el recurso a una presión amistosa, que dejaba subsistir la garantía. La revisión de fronteras era, por tanto, solo una esperanza piadosa: ¿qué éxito podía tener semejante gestión, si se limitaba a ser amistosa?

Se mantenía, pues, según la concepción wilsoniana, el principio de garantía. Quedaban por establecer las vías y medios a emplear si llegaba el caso de utilizarla. ¿Cuáles serían las sanciones que aplicarían los Estados miembros al Estado que violara el Pacto? El proyecto americano, en el que se asociaban las preocupaciones del presidente Wilson y las opiniones más matizadas de sus técnicos, preveía sanciones económicas o financieras y sanciones militares; pero evitaba la definición de estas últimas. La delegación inglesa era escéptica. "Nos asaltan dudas acerca de si los Estados van a aceptar asumir las obligaciones y muchas más dudas todavía acerca de si van a cumplirlas cuando llegue el momento." Esta reserva se inspiraba directamente en la doctrina del pacifismo inglés, que desde hacía un siglo no había admitido, en ningún momento, el recurso a los medios de fuerza (1). El proyecto británico sugería, pues, sanciones morales o, cuando más, sanciones económicas, excluyendo las sanciones militares o navales. El plan francés, aprobado por los italianos, cargaba las tintas, por el contrario, en las sanciones militares, pero yendo más lejos que el proyecto americano: proponía confiar su ejecución a una fuerza internacional, que estaría provista de un Estado Mayor permanente y formada por contingentes que deberían proporcionar obligatoriamente todos los Estados miembros.

En la discusión que tuvo lugar en abril de 1919 el plan francés fue eliminado rápidamente. ¿Cómo podría permitir un Estado soberano—decían los angloamericanos—el someterse a las decisiones de un Estado Mayor internacional? ¿Y cómo no se iban a inquietar los pequeños Estados por la existencia de una fuerza internacional que estaría, de hecho, al servicio de las grandes potencias? El artículo 16 del Pacto establecía un compromiso entre los proyectos americano e inglés: las sanciones económicas o financieras serían obligatorias para todos los Estados miembros y deberían ser aplicadas automáticamente contra cualquier Estado que hubiera recurrido a la guerra, violando los compromisos inscritos en el Pacto; pero las sanciones militares o navales serían facultativas, es decir, que, en cada caso particular, deberían ser objeto de una recomendación, votada por unanimidad en el Consejo de la So-

(1) Véase pág. 449.

ciudad; los Estados miembros tendrían libertad de decisión: en el caso en que rehusasen participar en las sanciones y no enviaran contingente, su única obligación consistiría en conceder derecho de paso por su territorio a la fuerza internacional encargada de ejecutar las resoluciones del Consejo.

La garantía dada por el Pacto seguía siendo, pues, precaria. El Estado víctima de agresión no podría estar seguro de que los miembros del Consejo serían unánimes al comprobar la violación del derecho; no sabría si obtendría una ayuda armada, aun en el caso en que el Consejo recomendase las sanciones militares; ignoraba en qué plazo llegaría esa ayuda. Se trataba de una laguna fundamental en el sistema de organización de la paz.

#### BIBLIOGRAFIA

Los documentos más importantes son los que refieren las deliberaciones del Consejo de los Cuatro: informes establecidos por Sir MAURICIO HANKEY y publicados en *Papers relating to the foreign relations of the U. S. 1919. The Paris Peace Conference*, Nueva York, 1942, 2 vols., y notas de PAUL MONTAUX: *Les délibérations du Conseil des Quatre*, París, 1955, 2 vols.

**Entre los testimonios.**—muy abundantes, estimo de principal importancia, por lo que respecta a Francia: A. TARDIEU: *La paix*, París, 1920.—Para el Imperio británico: D. LLOYD GEORGE: *War Memoirs*, Londres, 1934, trad. fr. *Memoires de guerre*, París, 1935, t. VI.—Para los Estados Unidos, los apuntes de LANSING: *The Peace Negotiations. A personal narrative* (Londres, 1921) y la publicación de CH. SEYMOUR: *The intimate Papers of colonel House*, Nueva York, 1920; trad. fr. *Papiers intimes du colonel House*, París, 1931, t. IV.—Para Italia, L. ALDOVRANDI-MARESCOTTI: *Guerre diplomatica. Ricordi e frammenti di diario*, Milán, 1937.

**Entre los estudios generales**, considero de principal interés: A. TORRE: *Versailles, Storia della Conferenza della Pace*, Milán, 1940.—F. S. MARSTON: *The Peace Conference of 1919, organization and procedure*, Londres, 1944. J. B. BROWN-SCOTT y J. T. SHOTVELL: *The Paris Peace Conference. History*

*and documents*, Nueva York, 1934 y siguientes.—F. BERBER: *Das Diktat von Versailles*, Essen, 1939, 2 vols. (especialmente sobre la aplicación del tratado).—H. TEMPERLEY: *A history of the Peace Conference of Paris*, Londres, 1920-21, 6 vols.—E. M. HOUSE y otros: *Ce qui se passa réellement à Paris. Histoire de la Conférence de la paix par les délégués américains* (trad.), París, 1923.—A. LUCKNAU: *The german Delegation at the Paris Peace Conference*, Nueva York, 1941.—W. ZIEGLER: *Versailles. Die Geschichte eines missglückten Friedens*, Hamburgo, 2.ª edición 1933.

**Sobre la cuestión polaca.**—J. BLO-CIZEWSKI: *La Restauration de la Pologne et la diplomatie européenne, 1914-1923*, París, 1927.—W. RECKE: *Die polnische Frage als Problem der europäischen Politik*, Berlín, 1927.

**Sobre la cuestión rusa.**—A. PIERRE: *L'intervention française en Russie meridionale*, en *Monde Slave*, 1927, páginas 143 a 160.—B. E. STEIN: *Die Russische Frage auf der Pariser Friedem-Konferenz, 1919-20*, Leipzig, 1953.—L. STRAKHOVSKI: *Intervention at Archangel. The Story of Allied Intervention, 1918-1920*, Princeton, 1944. F. D. VOLKOV: *Krah anglijs Koj politiki interventsii, 1917-1924* (El fracaso de la política inglesa de intervención), Moscú, 1954.—J. A. WHITE:

*The Siberian Intervention*, Londres, 1953. G. KENNAN: *The decisión no interviene*, Princeton, 1958.—Añádanse las obras relativas a Siberia, citadas en la bibliografía del cap. IV.

#### Sobre las cuestiones danubianas.

Además de la obra de C. Opocensky, anteriormente citada: F. DEAK: *Hungary at the Paris Peace Conference*, Nueva York, 1942.—E. HOLZER: *Die Entstehung des jugoslawischen Staates*, Berlín, 1929.—V. KYBAL: *Les origines diplomatiques de l'Etat tchecoslovaque*, Praga, 1929.—N. ALMOND y R. LUTZ: *The Treaty of Saint-Germain. A documentary history*, Stanford Univ., 1935.

#### Sobre los litigios territoriales en Europa.

La obra de S. WAMBAUGH: *Plebiscites since the world War. With a collection of official documents*, Washington, 1933, es muy útil, así como la de J. ANCEL: *Manuel géographique de politique européenne*. T. I. *L'Europe Centrale*, París, 1936.—S. W. GOULD: *Austrian attitudes toward Anschluss* (oct. 1918, septiembre, 1919) en *Journal of Modern History*, septiembre, 1950, págs. 220 a 231.—G. GRAUZINIS: *La question de Vilna*, París, 1927.—H. A. HARDER: *Danzig. Polen und der Völkerbund*, Berlín, 1928. P. HERRE: *Die Südtiroler Frage*, Munich, 1927.—A. MOODIE: *The Italo-Yugoslav Boundary*, Londres, 1945.—C. SMOGORZEWSKI: *La Pologne, l'Allemagne et le Corridor*. París, 1930.—V. TAFIÉ: *Le Pays de Teschen*, París, 1936. UHLIG: *Die bessarabische Frage*, Berlín, 1928.

**Sobre la cuestión china.**—Además de las obras citadas anteriormente (bibliografía del cap. II), véase: R. H. FIFIELD: *Woodrow Wilson and the Far East. The diplomacy of the*

*Shantung Question*, Nueva York, 1952.

**Sobre el Próximo Oriente.**—N. HOWARD: *The partition of Turkey. A diplomatic history, 1913-1923*, Norman, 1933.

**Sobre los «mandatos».**—A. M. MARGALITH: *The international Mandates*, Baltimore, 1930.—N. MACAULAY: *Mandates; reasons, results, remedies*, Londres, 1937.—R. LOGAN: *The African Mandates in World Politics*, Washington, 1948.

**Sobre la cuestión de las Reparaciones.**—Ph. BURNETT: *Reparation at the Paris Peace conference, from the standpoint of the American Delegation*, Nueva York, 1940. Deben agregarse las obras citadas más adelante, en el capítulo IX.

#### Sobre la política de los gobiernos.

R. ALBRECHT-CARRIÉ: *Italy at the Peace Conference*, Nueva York, 1938.—S. BAKER: *Le président Wilson et le règlement franco-allemand*. (trad.), París, 1924.—R. LANSING: *The Peace negotiations. A personal narrative*, Nueva York, 1921.—A. TARDIEU: *La Paix*, París, 1921.—H. NICOLSON: *Peace Making, 1919*. Londres, 1933.—G. NORLE: *Policies and opinions at Paris, 1919*, Nueva York, 1935.

**Sobre la elaboración del Pacto de la S. D. N.**—G. SCHELLE y R. LANGE: *Les origines et l'oeuvre de la Société des Nations*, Copenhague, 1923. D. H. MILLER: *The Drafting of the Covenant*, Nueva York, 1928, 2 volúmenes.—D. F. FLEMING: *The U. S. and the League of Nations, 1918-1920*, Nueva York, 1932.—H. WINKLER: *The development of the League of Nations idea in Great Britain, 1914-1919*, Londres, 1948.

## CAPITULO VII

### LAS DISCREPANCIAS ENTRE LOS VENCEDORES

La vencida Alemania conservaba su unidad; seguía siendo un gran Estado que estaba seguro de alcanzar, en un plazo de veinte años, quizá de treinta, las bases de su poderío. Podría pensar, entonces, en el desquite. Esa perspectiva encontró su expresión, en diciembre de 1918; en un artículo del *Deutsche Allgemeine Zeitung*: "En tanto subsista la Alemania unificada, el problema fundamental de la política continental de Bismarck no experimentará ningún cambio." Esto se reforzó en el momento de firmar el Tratado de Versalles.

Cuando se conocieron, en mayo, las condiciones de paz, los socialistas independientes estuvieron de acuerdo en declarar, con los socialdemócratas, el centro católico y los conservadores, que aquella *paz forzada* era contraria a los principios de Wilson, formulados en los Catorce Puntos y situados, por la nota de 5 de noviembre de 1918, en la base de las negociaciones de paz. Pero, mientras los socialistas independientes consideraban que Alemania debía firmar, porque podía estar segura de que la aplicación del tratado no sería duradera, los conservadores predicaban la alternativa opuesta con toda comodidad, pues estaban seguros de no tener que llevar a la práctica la política que preconizaban. Los medios gubernamentales, conscientes de que la resistencia alemana no podría ser más que un gesto, querían solamente intentar obtener cierta atenuación de las condiciones de paz. En esa dirección iban encaminadas las *contrapropuestas* presentadas en la Conferencia de la Paz.

Cuando tales contrapropuestas fueron rechazadas casi por completo, y la opinión pública alemana se dio cuenta de la firmeza de los vencedores, los partidarios de la política de la negativa se hicieron menos numerosos: el 23 de junio, la Asamblea de Weimar votó a favor de la aceptación por 237 votos—socialdemócratas, centro católico y socialistas independientes—, contra 138 y 48 abstenciones. ¿Cómo podría Alemania arriesgarse a la invasión y, quizá, a la división de su territorio?

Después de la firma del Tratado, sin embargo, continuaron las discusiones de la Prensa alemana, sobre todo, con ocasión del gran debate entablado en la Asamblea Nacional, el 23 de octubre de 1919. Se perfilaban tres tendencias.

En la derecha, los *nacionalistas alemanes* (que iban a obtener 3.700.000 votos en las elecciones generales de junio de 1920) emprendieron una violenta campaña contra Francia a la que acusaban de haber querido *envilecer* a Alemania; declararon que el Tratado era *inejecutable*; algunos de ellos pensaban, desde entonces, jugar la carta rusa, ya porque la cola-

boración con Rusia, aun con la soviética, era necesaria para *tirar de las riendas* a Polonia y para encontrar salidas en un mercado económico del que la industria alemana tenía gran necesidad, ya porque las relaciones germano-rusas podían inquietar a Francia o a Gran Bretaña. ¡Y, al mismo tiempo, el manifiesto del Comité ejecutivo de la Internacional Comunista acababa de afirmar que el Tratado de Versalles imponía a Alemania cargas excesivas, que caerían, totalmente, sobre las espaldas de los trabajadores alemanes!

El Partido *populista*, en el que el talento político de Gustavo Stresemann servía a la influencia de los grandes intereses económicos—los de Stinnes, sobre todo—, dio muestras, por principio, de una hostilidad igualmente firme ante el Tratado; pero, en la práctica, manifestó algo más de flexibilidad, porque deseaba favorecer la posibilidad de negociaciones, desde el punto de vista económico, con las potencias occidentales, que, en 1913, absorbían el 31 por 100 del total de las exportaciones alemanas. En las elecciones de 1920, este partido obtendría casi tantos votos como los *nacionalistas*.

La mayoría parlamentaria, es decir, el partido socialdemócrata (5.600.000 votos) y el partido del centro católico, aceptaron una política de ejecución del Tratado y rechazaron toda idea de buscar en el Este un punto de apoyo; quería actuar mediante la *razón y la persuasión*, demostrando a los vencedores que debían tener en cuenta las *necesidades vitales* de Alemania, para inducirles, con ello, a renunciar a parte de sus derechos, por lo menos en el terreno económico. “La política extranjera de las próximas décadas—declaró el ministro de Asuntos Exteriores, Hermann Müller, socialista—debe ser, sobre todo, una política económica.

Por divididos que se encontrasen acerca de la política a seguir en el próximo futuro, todos los partidos alemanes estaban, pues, de acuerdo en afirmar que el Tratado de Versalles tendría que ser revisado en breve plazo. Resultaba fácil prever que tal revisión intentaría, ante todo, modificar las fronteras e, incluso, la situación territorial de los nuevos Estados—Austria, Checoslovaquia, Polonia—que se encontrasen inmediatamente al alcance de la mano.

Frente a esto, los Gobiernos de las tres grandes potencias victoriosas de Europa, Francia, Gran Bretaña e Italia, que, hasta la firma del Tratado de paz, habían mantenido firmemente su solidaridad contra Alemania, incluso cuando tuvieron puntos de vista diferentes, desde que se consiguió esa firma, no vacilaron en manifestar sus discrepancias.

Por el Tratado de Versalles, Francia había obtenido importantes ventajas territoriales. La devolución de Alsacia y Lorena satisfizo el sentimiento nacional, borrando el recuerdo de 1871 y, a la vez, trayendo consigo el mineral de hierro lorenés y la potasa alsaciana. El dominio colonial se incrementaría, sin que la masa de la opinión pública hubiese, siquiera, expresado su deseo de que así sucediese: restitución de los

territorios congolese cedidos en 1911 (1), mandato sobre el Camerón, parte de Togo y Siria. Convertida en la única gran potencia militar, gracias a la revolución rusa y a la derrota alemana, Francia disponía de una preponderancia indiscutible en el continente: la correlación de fuerzas se había transformado profundamente en Europa. Esto parecía confirmar la opinión optimista del presidente del Consejo y la de su más directo colaborador, Andrés Tardieu. Pero, ¿serían duraderos esos resultados? La obra de la Conferencia de la Paz estaba expuesta a una doble amenaza: la posibilidad del desquite alemán; el desequilibrio económico y político ocasionado, principalmente, por la *ausencia* rusa.

¿El desquite alemán? Los negociadores franceses del Tratado no habían cesado de pensar un solo momento en él. Era ese mismo temor el que expresaba Jacques Bainville en *L'Action française*, en mayo de 1919: “Sesenta millones de alemanes no se resignarán a pagar, durante treinta o cincuenta años, un tributo regular de varias decenas de millones a cuarenta millones de franceses. Sesenta millones de alemanes no aceptarán como definitivo el retroceso de su frontera del Este, la separación de las dos Prusias. Sesenta millones de alemanes se reirán del pequeño Estado checoslovaco.” La misma inquietud aparecía en el curso de los debates parlamentarios que precedieron a la ratificación del Tratado, en septiembre de 1919. A la mayoría de los que intervinieron en esos debates, les parecía evidente que el pueblo alemán, a pesar de la derrota, conservaría el sentimiento de superioridad adquirido durante el siglo XIX; que recobraría, en seguida, su *voluntad de poderio*; y que los rasgos esenciales de su psicología colectiva—el respeto a la jerarquía, el sentido de la disciplina—les permitirían sobreponerse, rápidamente, a la crisis moral que atravesaban. Todos comprendían con claridad que Alemania, cuyos medios de producción se encontraban casi intactos—ya que no había conocido la invasión, excepción hecha de una pequeña parte de Prusia Oriental—, reanudaría su esfuerzo de expansión económica, en cuanto pudiera reconstituir sus reservas de materias primas. Para evitar ese peligro, hubiera sido necesario romper la unidad alemana: así decían las críticas procedentes de la extrema derecha. A lo que Clemenceau respondió que él no podía romper esa unidad, ni siquiera separar de Alemania la orilla izquierda del Rin, sin provocar la ruptura de las alianzas, que hubiera significado la *quiebra de la victoria*.

Ahora bien: ¿con qué garantías podría contar Francia cuando Alemania intentara escapar a la aplicación del Tratado o emprendiera una posible guerra de desquite?

El Tratado no había fijado el importe de las reparaciones ni la suma que habría de recibir cada uno de los Estados vencedores cuando Alemania efectuase los pagos que le habían sido impuestos. En la Cámara de diputados, el portavoz del Partido socialista y el del centro-derecha estaban de acuerdo al lamentar la insuficiencia de las cláusulas

(1) Véase pág. 509.



del Tratado y al señalar los peligros que amenazaban al derecho de Francia. Luis Dubois hizo constar: "¿Cómo se nos va a pagar? Es necesario decirlo: no sabemos absolutamente nada sobre ello." Y Vicente Auriol repitió: "¿Garantías de pago? ¿Dónde están? Leo el Tratado y no veo en él más que inseguridad... La guerra ha terminado, es verdad. Pero tengo miedo de que empiece la batalla de las reparaciones."

Las garantías directas contenidas en las cláusulas del Tratado contra el riesgo de la *revancha* alemana eran incompletas. No cabía duda de que se había impuesto a Alemania un desarme de duración ilimitada; pero se hizo a título de prólogo de un desarme general. No era aventurado suponer, pues, que, en breve plazo, el vencido intentaría imponer a Francia una reducción de sus fuerzas militares. No cabía duda, tampoco, de que la desmilitarización renana debía ser permanente; pero la ocupación interaliada cesaría al cabo de quince años, es decir, en el momento en que el Reich, según la advertencia del mariscal Foch, podría empezar la preparación del desquite, y el reducido ejército alemán, reclutado mediante alistamientos voluntarios a largo plazo, sería un *ejército de mandos*, cuyos soldados podrían convertirse, en seguida, en los suboficiales o jefes de sección del futuro gran ejército.

En cuanto a las garantías indirectas, ¿serían eficaces las inscritas en el Pacto de la Sociedad de Naciones y en el de garantía aceptada por Wilson y Lloyd George? Mientras la sanción económica prevista en el artículo 15 actuaría con pleno derecho, la sanción militar solo sería eventual (1). Verdad que el Consejo de la Sociedad de Naciones tenía *el deber* de recomendar el uso de la fuerza a los Estados miembros, en caso de agresión; pero no estaba obligado a hacer cumplir esa obligación moral. En el caso de que la recomendación fuese hecha, sería preciso, después, que los Gobiernos la aceptasen por unanimidad. Solo entonces organizarían los efectivos. "¿No llegaría siempre demasiado tarde el ejército de la Sociedad de Naciones?" El jurista francés Larnaude expresó, así, ese temor. En cuanto al pacto de garantía, el informante general ante la Cámara de diputados, Luis Barthou, se preguntaba cuál sería su valor: ¿sería ratificado por el Senado de los Estados Unidos?

Por otra parte, la *ausencia de Rusia*—hicieron constar los diputados moderados—era peligrosa para la seguridad de Francia. ¿Peligrosa únicamente porque la revolución rusa amenazaba la estabilidad social y política de toda Europa?? También, y sobre todo, porque Francia había perdido el *contrapeso* del que se benefició durante veinticinco años, gracias a la alianza francorrusa; la reconstitución de Polonia y la formación de una gran Rumania no eran más que paliativos: no era posible pensar que *aquellos Estados pudieran reemplazar, en el futuro, a la gran Rusia*. ¿Y no habría que temer una colaboración germanorrusa? Rusia buscaría, quizá, en Alemania la ayuda necesaria para su recuperación;

(1) Véase pág. 794.

esos dos Estados, que eran los vencidos de la guerra, podrían, inclusive, caer en la tentación de *unirse en la esperanza de un desquite común*.

A esos temores, Andrés Tardieu y Luis Loucheur opusieron afirmaciones de un optimismo imperturbable. Uno de ellos no temía afirmar que la solución adoptada para garantizar la seguridad de Francia era la *mejor*. El otro quería demostrar que la satisfacción de los derechos franceses a las reparaciones sería posible, porque la capacidad de pago de Alemania se recuperaría rápidamente. Pero Clemenceau se sentía menos seguro. Reconocía que el Tratado era imperfecto. ¿Podría haber sido de otra manera tratándose de una paz de coalición? Las cláusulas firmadas en Versalles no eran más, en su opinión, que un *conjunto de posibilidades*, y el éxito final dependería cómo las supiera aprovechar Francia.

Después de un debate prolongado, que duró cinco semanas, la Cámara de diputados votó, el 2 de octubre de 1919, por fuerte mayoría (372 votos, contra 53 y 74 abstenciones) a favor de la ratificación. A pesar de ello, esa mayoría no tenía *entusiasmo ni ilusiones*.

Italia, aunque figurase en el número de las potencias victoriosas y hubiera conseguido considerables ventajas, gracias a la destrucción de Austria-Hungría (1), tenía la impresión de haber sido tratada como *paciente pobre*. Por otro lado, no había obtenido todas las ventajas que tenía derecho a esperar, según los términos del Tratado de abril de 1915 y del Acuerdo concertado, en 1917, en Saint Jean-de-Maurienne. En el Adriático, solo recibía parte de la costa dálmata, mientras que el resto fue asignado al nuevo Estado de los serbios, croatas y eslovenos—que a partir del armisticio se configuró como el rival de Italia—y, en la cuestión de Fiume, chocaba contra la firme voluntad del presidente Wilson; no había participado en la distribución de *mandatos* sobre las antiguas colonias alemanas. En el Mediterráneo oriental, conservaba el Dodecaneso, que ocupaba desde 1912; pero, por culpa de la política de Lloyd George, se *frustró* el papel que Italia pensaba desempeñar en la zona Sur de Anatolia. La actitud de las otras potencias le parecía aún más injusta porque consideraba que su participación en la derrota de las Potencias Centrales había sido muy importante. ¿No fue la victoria del Piave la que obligó a Austria-Hungría a pedir el armisticio y, por consiguiente, la causa inmediata de la rendición alemana? Tal era la convicción que expresaba desde el 2 de noviembre de 1918, Mussolini, que en 1915 había actuado personal e intensamente a favor de la participación en la guerra: "La victoria italiana supera a la de todos los demás ejércitos." Verdaderamente, en Francia y Gran Bretaña, la opinión pública estaba muy lejos de atribuir esa importancia al armisticio de Vittorio-Veneto. Razón de más para que el sentimiento nacional italiano se sintiese herido.

(1) Véase pág. 768.



Esa amargura se expresó en la mayor parte de la Prensa el mismo día siguiente al de la firma del Tratado de Versalles: la Conferencia de la Paz no había estimado en su justo valor la participación del ejército italiano en la victoria común; la Conferencia no había reconocido a Italia sus derechos. Sin embargo, no era cuestión de entorpecer la ratificación. Y cuando el Gobierno, sin esperar el resultado de las elecciones legislativas del 15 de noviembre, decidió, el 7 de octubre de 1919, que la ratificación se hiciese *por decreto*, los medios políticos no manifestaron indignación seria contra tal solución, a pesar de que era muy discutible: indudablemente no les molestaba eludir, así, la responsabilidad de la aceptación o de la negativa. En diciembre de 1919, el Gobierno, ante la nueva Cámara, insistió en la necesidad para Italia de *seguir unida* a Francia y Gran Bretaña, y recomendó, en suma, resignación; obtuvo mayoría, pero muy modesta. La opinión parlamentaria no ocultaba su decepción; sin embargo, no se atrevía a reflejarla con sus votos.

¿Por qué se vacilaba en expresar una amargura tan profunda? El malestar moral y las agitaciones sociales explican, parcialmente, esa prudencia: la guerra, que había sido condenada por la mayoría de los socialistas y por buen número de católicos, dejó tras sí una *herencia de pasiones y odios* en los medios políticos; los movimientos huelguísticos se desarrollaron no solo en la industria, sino en la agricultura también, en el verano de 1919. Pero era, sobre todo, la situación económica y financiera la que pesaba sobre las decisiones gubernamentales. El 12 de julio, el ministro de Asuntos Extranjeros, Tittoni, declaró que los ferrocarriles italianos solo tenían carbón para *algunas semanas* y que incluso el abastecimiento de artículos alimenticios no podía asegurarse sin recurrir a las importaciones; añadió que a Italia le era indispensable obtener un empréstito exterior de seis o siete mil millones de liras para pagar esas compras. ¿Cómo conseguirlo en el momento en que acababan de expirar los acuerdos financieros concertados durante la guerra con Gran Bretaña y los Estados Unidos? (1). Esas condiciones—dijo el ministro—*prescriben* la orientación de la política exterior. Y el *Secolo* concluía que es preciso ratificar el Tratado, “si no, la máquina nacional se detendrá dentro de algunas semanas”. En el transcurso de agosto, el ministro del Tesoro expuso en Londres, ante el Consejo Supremo económico, las necesidades de Italia en materias primas, artículos alimenticios y créditos angloamericanos. ¿Qué ayuda económica y financiera podría esperar Italia si rechazase, o incluso aplazase, la ratificación?

La opinión pública, y la parlamentaria, de Gran Bretaña acogió al Tratado, inmediatamente después de ser firmado, bastante bien. Solo los diarios laboristas y la Prensa liberal *ortodoxa*, hostil al Gabinete de unión nacional, consideraron que las cláusulas impuestas a Alemania eran demasiado duras. Los periódicos conservadores o liberales *unionistas*

(1) Véase la conclusión del Libro I.

tendían a reconocer que el Tratado era *tan satisfactorio como podía ser*, porque consagraba la destrucción del militarismo prusiano y creaba la Sociedad de Naciones. La ratificación se efectuó el 21 de julio, después de rápidos debates parlamentarios que no dieron lugar a comentarios animados en la Prensa. Pero cuatro o cinco meses más tarde, el estado de la opinión empezó a cambiar. La causa principal de esa evolución fue, sin duda, la publicación, a fines de noviembre de 1919, del libro de John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*.

La ruina de la vida económica europea—decía Keynes—*empezó* por la guerra, es decir, por la iniciativa alemana; pero se corría el riesgo de que esa ruina *prosiguiese hasta el fin* por la aplicación del Tratado de Versalles, que debilitaría “un organismo delicado y complicado, trastornado y roto ya por la guerra”. Antes de 1914, el sistema económico europeo se agrupaba en torno a Alemania, que era el mejor cliente y el mejor proveedor de Rusia, Austria-Hungría, Italia, Bélgica y Suiza; que ocupaba un importante lugar en el comercio exterior de Bulgaria y Rumania, y el segundo lugar (después de la India) en las relaciones económicas exteriores de Gran Bretaña. Ese desarrollo económico descansaba sobre la explotación de los recursos del subsuelo alemán—carbón y hierro—y sobre el comercio de ultramar. Pues bien: el tratado de paz privaba a Alemania de todos sus barcos mercantes de alto bordo, de todas sus colonias, de todos los derechos y privilegios que poseía fuera de Europa, en sus zonas de influencia económica: le arrebatava la hulla del Sarre y el mineral de hierro de la parte de Lorena, anexionada en 1871; iba a hacer quizá que perdiese la Alta Silesia. Pero el tratado quería imponerle, además, el pago de las reparaciones, pago que solo podría satisfacer desarrollando sus exportaciones de productos industriales. Los autores del Tratado no habían comprendido que el resurgir económico de Alemania era necesario para la reconstrucción económica de Europa. He ahí—concluye Keynes—el balance de los errores cometidos por Lloyd George y, en mayor grado, por Clemenceau.

Esa tesis tuvo un éxito clamoroso (el libro fue traducido a once idiomas; se vendieron 140.000 ejemplares); a pesar de sus exageraciones, no encontró resistencia seria: hasta veinticinco años más tarde no sufriría la crítica de un joven historiador francés. La tesis keynesiana contribuyó fuertemente a desacreditar las cláusulas de los tratados a los ojos de los intelectuales, economistas y hombres de negocios. Contribuiría a ello, todavía más, cuando la economía inglesa atravesara, en 1921, una severa crisis.

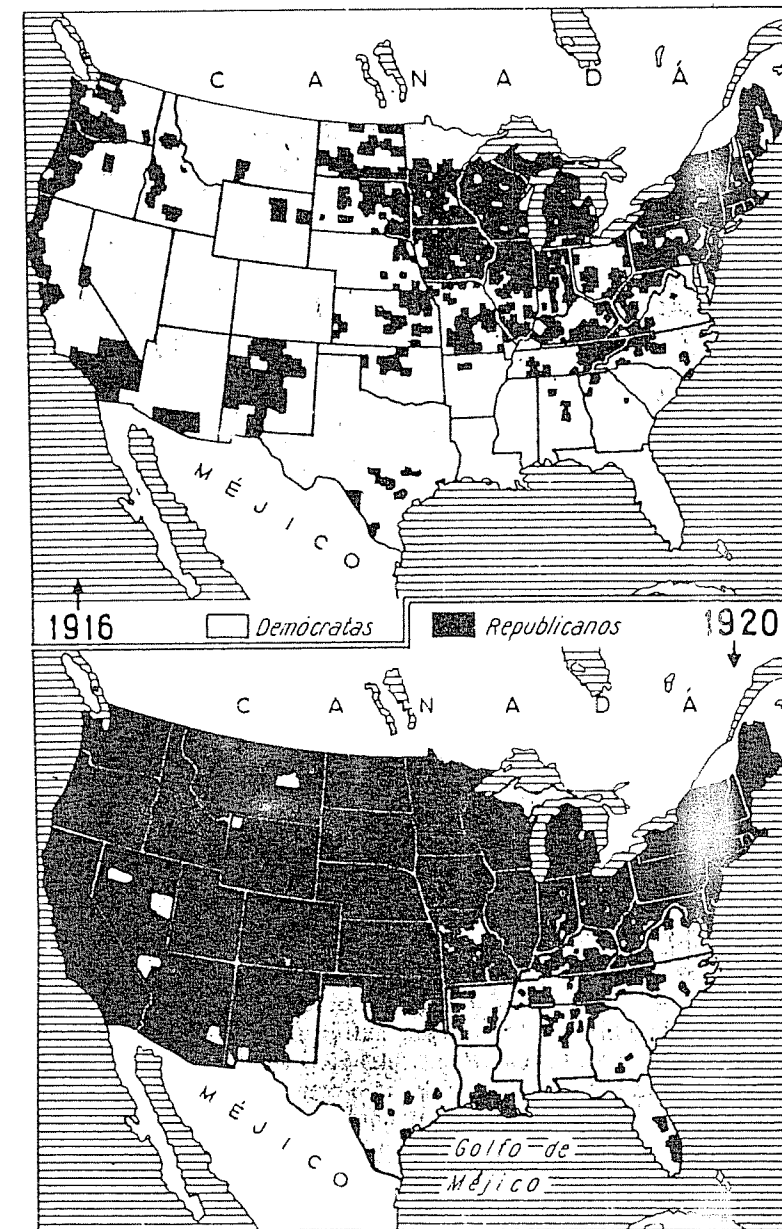
Pero las diferencias entre París, Roma y Londres no se limitaban a las preocupaciones y tendencias generales. Sus intereses chocaron inmediatamente.

Entre Francia e Italia le cuestión tunecina, desaparecida casi del horizonte político desde hacía más de veinte años, amenazaba con provocar

nuevas dificultades. El Gobierno francés, inquieto por el desarrollo de la colonia italiana, que, gracias al estatuto de privilegio de que disfrutaba en virtud de las Convenciones de 1896, tendía a formar un *Estado dentro del Estado* (1), denunció esas Convenciones en octubre de 1918. Se trataba de una decisión impecable, desde el punto de vista jurídico, pues la validez del convenio llegaba a su término, pero, desde el punto de vista político, resultaba discutible. ¿Era momento oportuno para adoptar una posición rigurosa frente a los intereses italianos, el de la terminación de una guerra europea sostenida en común? A decir verdad, la decisión era susceptible de modificaciones, pues la aplicación de las Convenciones sería *modificada*, pero a corto plazo: cada tres meses, los italianos de Túnez tendrían que temer la pérdida de sus privilegios. Esa precariedad les obligaría, sin duda—pensaba el Gobierno francés—, a pedir la naturalización francesa y a dejar, por consiguiente, la *comunidad* italiana. El que la opinión pública y los medios oficiales de Italia protestasen contra esa presión no debe sorprender a nadie.

Las políticas de Francia y Gran Bretaña se enfrentaban en el Próximo Oriente. Gran Bretaña, que se había aprovechado de la presencia de su cuerpo expedicionario en Siria y su flota de guerra en el Mar Egeo para dictar las cláusulas del armisticio con el Imperio otomano, tenía una posición dominante desde finales de 1918. Quiso, sobre todo, asegurar la protección del Canal de Suez ejerciendo, a título de mandatario, la administración de Palestina; obtener, en Mesopotamia, la confirmación de una preponderancia económica que poseía ya antes de 1914, y consolidar sus posiciones estratégicas del Golfo Pérsico, esenciales para la seguridad de la India. Francia encaminó su esfuerzo hacia Siria, donde poseía, desde hacía mucho, gracias a sus escuelas y misiones religiosas, influencia intelectual entre los medios no musulmanes, y donde obtuvo, en 1913, una zona de influencia económica, cuando las grandes potencias europeas establecieron el reparto de las empresas ferroviarias existentes en el Imperio otomano (2). Los acuerdos anglofranceses concertados en el transcurso de la guerra (3) fueron revisados a partir de diciembre de 1918: Gran Bretaña consiguió que los yacimientos de petróleo de Mosul, asignados a Francia en el Acuerdo de 1916, quedasen dentro de la zona de influencia británica; a cambio, aceptó que Francia pudiera ejercer, a título de mandato, el *control político* y el poder administrativo, no solo sobre el litoral sirio, sino también sobre las regiones de Alepo, Homs y Damasco, es decir, sobre territorios que habían sido prometidos al Estado Arabe y colocados, de hecho, desde octubre de 1918, con el consentimiento del Comandante en Jefe del cuerpo expedicionario británico, bajo la autoridad del emir Feisal, hijo de Hussein. Pero cuando el Gobierno francés quiso extender su ocupación militar a esa Siria interior tropezó no solo con la resistencia de los Estados Unidos, sino

- (1) Véanse págs. 501 y 554.
- (2) Véase pág. 549.
- (3) Véase cap. II de este libro.



Mapa 16.—RESULTADO DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN LOS ESTADOS UNIDOS EN 1916 Y EN 1920.

(Según PAULLIN: *Atlas of the historical geography of the United States.*)

también con la de Gran Bretaña, cogida en el engranaje de las promesas contradictorias que había hecho a los árabes y a los franceses: Lloyd George no consintió en retirar las tropas inglesas que, con su presencia, protegían la autoridad de Feisal; y Clemenceau declaró, en mayo de 1919, que si no se cumplían los compromisos mutuos rehusaría asociar su política a la del Gabinete británico *en esa parte del mundo*. Solo después de cinco meses de discusiones el Gobierno inglés decidió anunciar la retirada de su cuerpo expedicionario; pero con la condición de que las tropas francesas no penetrasen en las tres ciudades de Siria interior, donde se encontraban las tropas de Feisal.

Estas discrepancias en Siria llevaron a la opinión pública francesa a adoptar una posición crítica frente a las iniciativas inglesas en todo el Próximo Oriente. Cuando el 9 de agosto de 1919 la diplomacia británica obtuvo la firma en Teherán de un acuerdo que prometía a los intereses políticos y económicos ingleses en Persia una influencia preponderante, casi toda la Prensa francesa, desde *L'Humanité* a *L'Echo de Paris*, denunció el imperialismo de Gran Bretaña y declaró que dicho tratado equivalía a un régimen de protectorado.

Esas divisiones entre los aliados de la víspera no eran, sin embargo, más que aspectos menores de la situación internacional. Lo decisivo fue el repliegue de los Estados Unidos.

El presidente sometió el tratado de Versalles a la aprobación del Senado el 10 de julio de 1919, y el 29 de julio le sometió el Pacto de garantía prometido al Gobierno francés; el 19 de agosto se celebró una conferencia entre Woodrow Wilson y la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, y la discusión giró en torno del artículo 10 del Pacto de la Sociedad de Naciones, que el presidente consideraba como la *columna vertebral* del tratado y la oposición lo estimaba contrario a la Constitución.

Con la intención de subrayar los defectos del tratado y demostrar que el presidente había tomado las decisiones esenciales sin tener en cuenta las objeciones de sus colaboradores, la Comisión senatorial decidió entonces abrir una encuesta amplia, en la que fueron escuchados sesenta testigos. Wilson, para intentar presionar al Senado, acudió directamente al cuerpo electoral, pero por sufrir un ataque de parálisis el 25 de septiembre no pudo terminar su campaña. La lucha entre el presidente, que se hallaba *fuera de combate*, pero que conservaba intacta su voluntad, y la Comisión senatorial fue desigual: el 20 de noviembre de 1919 el Senado rechazó la ratificación del tratado de Versalles, pues ésta no obtuvo la mayoría de los dos tercios que exigía la Constitución.

A pesar de ello, el fracaso no parecía total y definitivo: el informante de la Comisión, senador Lodge, declaró que consentiría en la ratificación si el texto fuera acompañado por catorce reservas, entre las cuales las más importantes serían: la voluntad de los Estados Unidos de no contraer *ninguna obligación* en virtud del artículo 10 del Pacto y de

negar a la Sociedad de Naciones el derecho de intervenir en las cuestiones referentes a la doctrina de Monroe, al régimen de aduanas y al de inmigración vigentes en la Unión americana. Pero el presidente declaró que esas reservas eran inaceptables. La resistencia de Wilson bastó para hacer fracasar la propuesta de Lodge.

Entonces el Senado, por simple mayoría, que bastaba en este caso, votó una resolución que, *ignorando* el tratado de Versalles, pedía la conclusión de un tratado de paz entre los Estados Unidos y Alemania. La iniciativa, de momento, resultó vana, porque Wilson opuso su veto.

Fue el cuerpo electoral el que resolvió la cuestión. En las elecciones presidenciales de noviembre de 1920 los adversarios del Tratado y de la Sociedad de Naciones reunieron 19 millones de sufragios, frente a poco más de 9 millones; después de las elecciones legislativas, los republicanos poseían una mayoría sólida en el Senado: 59 puestos contra 39. La desaprobación de la política wilsoniana era indiscutible.

Lo que determinó el resultado de aquel gran debate fue el sentimiento *aislacionista*. Los medios políticos americanos, después de haber abandonado, durante apenas tres años, la línea de conducta acostumbrada, volvían espontáneamente a las tradiciones que los Estados Unidos habían mantenido desde su origen. No lamentaban, ciertamente, haber participado de modo decisivo en la guerra mundial; pero se asombraban al comprobar la resistencia opuesta por sus *asociados* europeos a los consejos americanos en la Conferencia de la Paz; no querían, por tanto, tener responsabilidades directas en la ejecución de los tratados ni, menos aún, en el mantenimiento del orden internacional. Tal fue el sentido de la crítica que Lodge dedicó al artículo 10 del Pacto de la Sociedad de Naciones: "El rey del Hedjaz tendrá derecho a pedir el envío de tropas americanas para rechazar el ataque de los beduinos". La mayoría de la población compartía esos sentimientos, porque no comprendía las querellas del Viejo Continente y también, quizá, porque los combatientes americanos se habían sentido decepcionados por sus experiencias europeas.

Pero esas corrientes profundas del espíritu público encontraron un poderoso refuerzo en el espíritu del partido y en el comportamiento personal de los dirigentes políticos.

Los líderes republicanos se enfrentaron con las tesis wilsonianas, bien porque no querían dejar que un presidente demócrata imprimiese su sello personal en el acuerdo de la paz mundial y confirmase así su prestigio, bien porque daban por descontado que su llamamiento a la tradición *aislacionista* iba a encontrar eco en la opinión pública. Su interés era solicitado más directamente por el resultado de las próximas elecciones presidenciales que por el porvenir de la paz del mundo. ¡Cuántos casos análogos encuentra la explicación histórica en el estudio de las relaciones internacionales!

La actitud del presidente hizo el juego a sus adversarios. Wilson, desde noviembre de 1918, con ocasión de la renovación parcial del Senado, intervino en la campaña electoral asociando estrechamente la política

exterior a la controversia entre los partidos (1); pero los republicanos ganaron seis puestos e hicieron prácticamente imposible la obtención de una mayoría de dos tercios, necesaria para la ratificación del tratado. El presidente, sin embargo, continuó su camino en la Conferencia de la Paz; y, en un discurso del 4 de marzo de 1919, declaró estar seguro de tener tras él *la aplastante mayoría del pueblo americano*. En resumen, Wilson jugó una partida clásica en la historia política americana: el llamamiento a la opinión pública contra la opinión parlamentaria. Pero, de este modo, incrementó la irritación de sus adversarios. Por otro lado, no tuvo fortaleza física para continuar hasta el fin esta lucha, de todos modos muy aleatoria; y se encontró, en noviembre de 1919, ante el voto del Senado: la negativa a la ratificación pura y simple. ¿Por qué, entonces, no aceptó un compromiso? La ratificación *con reservas* hubiera podido probablemente conseguir la mayoría de los dos tercios, si el Presidente hubiese aconsejado a sus amigos demócratas votar la resolución Lodge. ¿A qué se debió su negativa a resignarse? ¿A su amor propio exasperado, a su orgullo intransigente o a su obstinación de enfermo? Esta interpretación ha sido admitida frecuentemente por la historiografía americana; sin embargo, no es convincente, pues Wilson no practicó hasta el fin la política de *todo o nada*: el 4 de marzo de 1920, acabó por declarar, antes del último voto del Senado, que era necesario o abandonar el tratado, o aceptarlo *sin modificaciones que alteraran su sentido*. No se negaba, pues, a admitir ciertas reservas; pero las del senador Lodge anulaban el artículo 10 del Pacto, que era, indiscutiblemente, la clave del sistema wilsoniano. ¿Cómo sorprenderse de que el presidente no consintiera esa capitulación?

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre Francia.**—E. BEAU DE LOMÉ-  
NIE: *Le débat de ratification du traité  
de Versailles*, París, 1945.

**Sobre la Gran Bretaña.**—J. M. KEY-  
NES: *Les conséquences économiques de  
la paix* (trad.), París, 1920, y la crítica  
de esta obra por ET. MANTOUX: *The  
carthaginian Peace*, Londres, 1943 (Edi-  
ción francesa con el título de *La paix  
calomniée*, París, 1946.—MC. CALLUM:  
*Public opinion and the las Peace*, Lon-  
dres, 1944.

**Sobre los Estados Unidos.**—Th.  
BAILEY: *Woodrow Wilson and the  
great Betrayal*, Nueva York, 1945.—  
S. BONSAI: *Unfinished Business*. Nue-  
va York, 1944.—J. DANIELS: *The Wil-  
son Era, 1917-1923*, Chapel Hill, 1946.  
F. DEBYSER: *Le Sénat des Etats-Unis  
et le traité de Versailles*, París, 1932.—  
L. PAXSON: *American Democracy and  
the World War*, Nueva York, 1936 (el  
tomo III).

## CONCLUSION DEL LIBRO SEGUNDO

Si lanzamos una mirada general al acuerdo mundial de paz de 1919, se imponen dos consideraciones:

Europa occidental había conseguido, a pesar de su estado de penuria económica y de crisis moral, mantener, en casi todas partes (salvo en Libia), las posiciones que poseía antes de 1914 en los otros continentes, en forma de colonia o *semicolonia*. A finales de 1919, Europa parecía haber dominado, por algún tiempo, las reivindicaciones nacionalistas, que meses antes se presentaban amenazadoras; incluso, había establecido, mediante mandatos sobre Siria, Palestina e Irak, un *control político* donde antes no tenía más que una influencia económica y financiera. ¿Cómo fue posible esa recuperación? El éxito se facilitó por el nivel del elemento indígena: tanto en Egipto como en la India, los movimientos de masas de la primavera de 1919, que constituyeron la gran revelación, fueron solo *humo de paja*, sin duda porque no estaban suficientemente organizados ni contaron con dirección adecuada. Otro factor a tener en cuenta fue la actitud del Presidente Wilson, quien, después de alentar las reivindicaciones, sin medir quizá exactamente las consecuencias que de esos principios se derivaban, estuvo de acuerdo con Lloyd George para cerrar el acceso a la Conferencia de la Paz a la delegación egipcia y a los enviados del Partido nacionalista boer; la delegación de musulmanes de la India fue admitida, pero a petición del Gobierno inglés y solo para exponer su opinión acerca del tratado turco. En resumen, Wilson no quiso agravar las dificultades del Imperio británico. Pero la explicación más digna de tenerse en cuenta es la del esfuerzo militar. El Gobierno inglés, por deseo que estuviese de demobilizar rápidamente su ejército, envió importantes efectivos a Egipto y a la India, a pesar de las vacilaciones de parte de la opinión pública y de un intento de sublevación en un regimiento destinado a ultramar. El Gobierno francés no titubeó en emprender una expedición militar a Siria; y, en Indochina, el gobernador general, para prevenir posibles revueltas, advierte a los *fautores del desorden*, en su discurso del 8 de mayo de 1919, que Francia dispone de una *fuerza formidable*. Las dos potencias occidentales demostraron que no tenían la intención de renunciar.

Pero los Estados Unidos, que habían evitado contraritar los imperia-  
lismos francés e inglés, abandonaron el tratado de Versalles, el Pacto de  
garantía prometido a Francia y rehusaron participar en la Sociedad de  
Naciones. Esa retirada, tan grave para la suerte de los tratados y para  
la paz general, conmovió profundamente un edificio cuyo equilibrio era  
ya precario. ¿Previeron los autores del Tratado de Versalles esa posibili-

(1) Véase pág. 771.

dad e intentaron medir sus consecuencias? ¿O prefirieron, por el contrario, no tenerla en cuenta?

Wilson, después de las elecciones senatoriales de diciembre de 1918 —49 puestos los republicanos; 47, los demócratas—, no ignoraba las dificultades que encontraría para conseguir la mayoría de dos tercios; a pesar de ello, contaba con que el Senado se vería obligado a inclinarse ante el movimiento de la opinión pública (1). Pero sus allegados no compartían, según las apariencias, ese optimismo. El 20 de marzo de 1919, cuando Wilson y Lloyd George acaban de ofrecer a Clemenceau el Pacto de garantía, el coronel House anotaba en su Diario íntimo: "Me parece muy poco probable que el Senado acepte esta convención. De todos modos, satisface a Clemenceau; y hemos aquí, a punto de alcanzar el verdadero objetivo de la Conferencia." El embajador de Francia en Washington había puesto en guardia a su Gobierno contra los riesgos de la no ratificación del conjunto del Tratado en tres ocasiones, en febrero y marzo de 1919. Estas advertencias no fueron puestas en conocimiento de la Cámara de diputados de Francia, ante la cual Tardieu sólo hizo alusión a la hipótesis de la no aceptación del Pacto de garantía. ¿Es que consideraba las advertencias del embajador poco dignas de fe? ¿O creía oportuno mantener el Parlamento en la ignorancia?

Véanse págs. 771 y 807.

### LIBRO TERCERO

## EUROPA Y EL MUNDO DESDE 1920 A 1929

## INTRODUCCION AL LIBRO TERCERO

Fue la herencia de la guerra la que, durante diez años, continuó dominando las relaciones internacionales, tanto en Europa como fuera de ella.

La aplicación de los tratados de paz constituyó en Europa el centro de la acción diplomática y de los movimientos de opinión pública; pero las perspectivas de la reconstrucción económica, aunque atrajeran menos directamente la atención, no tuvieron ciertamente menor importancia. Los esfuerzos de Alemania y Hungría para obtener una revisión parcial de los tratados, o para eludir la carga de las reparaciones, no deben hacer perder de vista las dificultades cuyas causas profundas eran la *ausencia* de Rusia y la balcanización de la Europa danubiana. Entre el señuelo de los intereses políticos y las preocupaciones económicas es muy difícil establecer una armonía.

Fuera de Europa lo que llama, sobre todo, la atención es la suerte de las posiciones europeas: competencia entre los intereses de los Estados Unidos o el Japón y los intereses de Europa; auge de los nacionalismos por el camino ya abierto en 1919. La República china, los países árabes y, asimismo, la América latina eran, en ese aspecto, escenarios de profundas transformaciones.

A pesar de todo, en 1928-1929, las dificultades más apremiantes se atenuaron. ¿Sería duradera esa mejoría? Los contemporáneos dudaban de ello, sin creer, sin embargo, en una crisis inminente. ¿Cuáles eran las causas de esa sensación de precariedad? A esta última pregunta intenta responder este ensayo de síntesis.

## CAPITULO VIII

## LAS NUEVAS INFLUENCIAS

En ese mundo convaleciente, donde tantas cuestiones apremiantes exigían las decisiones de los Gobiernos, la actividad diplomática adoptaba formas nuevas: los contactos personales entre los hombres de Estado se multiplicaban, bien en las sesiones del Consejo y Asamblea de la Sociedad de Naciones, bien en conferencias internacionales; las deliberaciones encontraban en la Prensa y en la opinión pública una resonancia mayor que en el pasado. ¿Ejercían alguna influencia sobre esa actividad diplomática las condiciones económicas y las tendencias de la psicología colectiva? ¿En qué sentido la orientaban las políticas nacionales?

## I. LA RECUPERACION ECONOMICA

De 1920 a 1923, la situación económica, que había sido tan crítica en Europa durante el año 1919, continuó siendo precaria; y la inestabilidad de la coyuntura era también, en otras partes del mundo, el rasgo más saliente.

En Europa, donde la crisis de subproducción se atenuaba lentamente, la transformación del mapa político modificó profundamente el reparto de materias primas y de fuentes de energía entre los Estados. Las murallas aduaneras que se levantaban a lo largo de las nuevas fronteras entorpecían las relaciones comerciales y limitaban los mercados; las industrias tenían que intentar adaptarse a la nueva situación. La inflación monetaria continuaba produciendo el alza de precios; es cierto que daba un *latigazo* temporal a la producción y que aliviaba, en Alemania y Francia, por ejemplo, las cargas financieras de los industriales, que, en la práctica, se hallaban liberados de parte de sus deudas; pero la inflación desanimaba a los inversores de capitales y, por consiguiente, retrasaba el reequipamiento de la industria. Las importaciones de materias primas procedentes de países extranjeros seguían siendo difíciles, por la carencia de medios de pago: los europeos, que antes de 1914 empleaban para satisfacer esos pagos los beneficios producidos por los capitales que habían invertido en países extranjeros, se encontraban ahora en situación mucho menos favorable a ese respecto. Por otra parte, los países vendedores de materias primas compraban, a cambio, a Europa productos industriales; pero, desde el momento en que dejaron de ser proveedores, cesaron también de ser clientes. Por último, las industrias creadas en América del Sur o en Asia, desde 1914 a 1918, resistían la nueva competencia europea, por lo menos en el ámbito del mercado local. Así,

el comercio mundial, que había progresado rápida y constantemente durante el final del siglo XIX y principio del XX, estaba ahora sujeto a fluctuaciones brutales. La participación europea en el comercio mundial alcanzaba solo el 41 por 100, mientras que en 1913 llegaba al 61 por 100. Los exportadores ingleses, más sensibles que los demás a las condiciones generales de los mercados europeos y extraeuropeos, sufrieron una desagradable experiencia: después de una época de espera angustiosa, conocieron, entre octubre de 1919 y agosto de 1920, un momento de euforia; pero en seguida fueron víctimas de una crisis económica que se prolongó durante cerca de dos años.

Sin embargo, la producción industrial europea conservaba una superioridad técnica en el terreno de las industrias *complejas*, lo que le aseguraba una ventaja decisiva frente a todos los países extraeuropeos (con la excepción de los Estados Unidos). Era esto lo que mantenía la esperanza del resurgimiento.

Pero, si ese resurgimiento europeo se retrasase, ¿podían perderse de vista las dificultades que, durante esta época de adaptación, experimentarían también los grandes competidores de Europa, es decir, Japón y los Estados Unidos?

Después de haber conocido, durante la primera guerra mundial, un período de gran auge económico, debido a que la actividad de los europeos e incluso la de los americanos se había paralizado considerablemente en el Extremo Oriente y el sureste asiático, Japón pasaba por una crisis económica y financiera que culminó entre marzo de 1920 y junio de 1921 y se prolongó, suavizándose, hasta casi 1925. Descenso brutal de las exportaciones de objetos manufacturados y correlativo descenso de los precios industriales, que, en dieciocho meses, cayeron desde un índice de 317 (1914 = 100) al de 201; salidas de oro y divisas extranjeras para pagar las importaciones y medidas de contracción del crédito destinadas a contener ese movimiento; el pánico bancario de marzo de 1920, que fue el resultado de esa contracción; disminución de la producción que lanzó al paro la cuarta parte, aproximadamente, de la mano de obra de la gran industria; restricción del consumo de arroz, porque el parado no podía saciar su hambre; descenso consiguiente de los precios agrícolas (en el arroz esa caída alcanzó casi el 50 por 100, entre enero y diciembre de 1920); conflictos entre terratenientes y colonos por la imposibilidad de pagar la renta estos últimos (en un año, se registraron 1880 casos graves: ataques a mano armada o incendios); tal fue el fruto de esa crisis. Ello demostró la importancia decisiva que para la economía nipona tenían los mercados de exportación.

Los Estados Unidos consiguieron en 1919 superar, sin graves dificultades, los problemas planteados por el paso de la economía de guerra a la economía de paz. Pero en octubre de 1920 comenzó una seria crisis cuyas causas eran tanto europeas como americanas. Europa compraba muchos menos artículos alimenticios desde que su producción agrícola se aproximaba a la normalidad y menos algodón, a causa de la crisis



de los cambios; el Gobierno de los Estados Unidos adoptó una política de deflación que disminuyó el poder de compra, y la Oficina de la Reserva Federal obligó a los Bancos, mediante la elevación del tipo de descuento, a restringir los créditos a la industria. La caída de los precios al por mayor, cuyo índice bajó desde 229, en 1920, a 150, en 1921, fue acompañada por una ola de paros (4.750.000 parados) y otra de quiebras (100.000, en 1921). Pero, aunque el Gobierno no se creyó en la obligación de intervenir, la crisis se aminoró a partir del otoño de 1921, y la actividad económica recuperó su ritmo con rapidez. A principios de 1922, se afirmó el retorno a la prosperidad.

En 1923, tanto en Europa como fuera de ella, la crisis de adaptación quedó, pues, superada. Sin embargo, Europa estaba todavía lejos de haber recobrado el lugar que antes de 1914 ocupaba en la economía mundial. En vísperas de la guerra, dentro del volumen global de las exportaciones intercontinentales, el comercio entre los Estados no europeos solo llegaba al 25 por 100 del total; ahora alcanzaba al 40 por 100. La capacidad de producción industrial había disminuido en un 18 por 100 por lo que se refiere a Europa, de 1913 a 1923, mientras que en los Estados Unidos había aumentado en un 41 por 100.

A partir de 1924, la recuperación económica se extendió a la mayor parte del mundo.

En 1925, la producción agrícola alcanzó en la Europa occidental y central el nivel que tenía en el período 1910-1913. La extracción de hulla llegó, millar de toneladas más o menos, a la cifra media de antes de la guerra; pero, si en 1913 constituía el 50 por 100 de la producción mundial, ahora solo representaba el 47 por 100. Aunque la producción de hierro (35.750.000 toneladas métricas) fuese inferior en tres millones de toneladas a la de 1913, el número de husos de la industria algodonera era sensiblemente superior. Los intercambios comerciales se veían facilitados por la política monetaria: la estabilidad de los cambios se encontraba casi restaurada, y las operaciones de crédito de los Bancos Centrales se establecían sobre la base del oro en casi todos los Estados; la relación entre las economías nacionales se hizo, así, más estrecha y la interdependencia de esas economías permitía a cada país especializarse en las producciones para las que estaba mejor preparado. En resumen: la situación evolucionó de manera satisfactoria y continuó mejorando durante los cuatro años siguientes.

En Japón, la recuperación, más tardía, fue también más lenta. De 1922 a 1925, el índice de la producción industrial creció solo de 68 a 82 (1928 = 100); pero, en el transcurso de los dos años siguientes, aumentó aproximadamente en un 20 por 100. Es cierto que tal progreso se vio perturbado en 1927 por la quiebra de un gran negocio metalúrgico, la empresa Suzuki, que amenazó arrastrar consigo al Banco de Formosa; pero la intervención del Gobierno, que puso a flote al Banco y concedió

subsídios a varias empresas, bastó para detener esa corta crisis. El auge se reanudó en 1928-1929: en un año, el índice aumentó en un 10 por 100. Pero se trataba de una prosperidad inquieta y frágil.

En los Estados Unidos, por el contrario, la rapidez del desarrollo industrial fue asombrosa. De 1921 a 1929, el aumento de la producción alcanzó el 70 por 100 en el acero, el 94 por 100 en los productos químicos, el 156 por 100 para la extracción de petróleo; en la industria automovilística, que en 1929 representaba por sí sola el 12 por 100 del valor total de la producción industrial, ese aumento fue del 255 por 100. Las dos ramas *estancadas* fueron la industria hullera, cuya producción incluso disminuyó ligeramente, a causa de la competencia de la energía eléctrica y la textil, que aumentó su volumen en un 17 por 100, de 1923 a 1929, pero vio reducirse el valor de la producción, pues la competencia europea obligó a bajar los precios. A pesar de ello, en el conjunto del sector industrial, el aumento global se cifró en un 64 por 100. El sector agrícola, es cierto, resultó mucho menos favorecido, sobre todo, por lo que respecta a la producción cerealista: la capacidad de compra de los agricultores, que era en 1921 un 25 por 100 menor que en 1914, solo mejoró lentamente. Pero, como las actividades agrícolas solo ocupaban al 21 por 100 de la población, esa faceta sombría no era suficiente para oscurecer el brillo de la prosperidad. La renta nacional pasó, en ocho años, de 56.500 millones de dólares a 87.000 millones; el superávit de la balanza comercial se triplicó en cinco años; los índices de la Bolsa de Nueva York indican que, en tres años, la cotización media de los valores se había duplicado. La opinión pública estaba entusiasmada por el espectáculo de tal éxito.

En este período de auge, en el que el sistema económico se desarrollaba enteramente sobre las mismas bases que se había desarrollado durante la mitad del siglo precedente—predominio de la empresa privada; influencia del Estado limitada a la política financiera y a la aduana—, a los contemporáneos les sorprendía la desigualdad todavía existente entre las economías nacionales y, sobre todo, la diferencia considerable que se advertía entre el nivel de la *prosperidad* de los Estados Unidos, por una parte, y el de los Estados industriales de Europa, por otra.

La gran superioridad de la producción americana en el terreno industrial estaba en relación directa con el desarrollo de la mecanización, especialmente rápida en la industria del automóvil y en la química, y con el perfeccionamiento de los métodos tecnológicos. Los Estados europeos, por múltiples razones, no podían seguir ese ritmo. Mientras en los Estados Unidos la renta nacional por habitante aumentó, en diez años, en un 25 por 100, en Gran Bretaña, Alemania y Francia casi no varió; la industria europea, por tanto, no lograba encontrar tan fácilmente como la americana los capitales necesarios para la renovación de su equipo. Por otra parte, la multiplicación de fronteras y el tabicamien-

to aduanero facilitaban en Europa la supervivencia de establecimientos industriales viejos, mal equipados o mal situados, de rendimientos mediocres. En 1929, la producción industrial de los Estados Unidos representaba el 44,8 por 100 de la mundial, mientras que la de Alemania solo alcanzaba el 11,6 por 100, la de Inglaterra el 9,3 por 100, la de Francia únicamente el 7 por 100 y la de Rusia el 4,6 por 100.

Los Estados Unidos lograban también una ventaja cada vez más acentuada en el terreno agrícola, gracias, sobre todo, al desarrollo de los instrumentos de producción mecánicos: en 1930, sus agricultores empleaban 1.020.000 tractores, en tanto que la agricultura europea, con la excepción de Rusia, solo utilizaba 130.000. En este aspecto, la situación del mercado de capitales era la causa principal de la diferencia.

Por último, en el movimiento internacional de capitales, el papel principal correspondió a Estados Unidos. En 1929, sus inversiones en países extranjeros alcanzaron, aproximadamente, la cifra de 15.000 millones de dólares: 5.300 millones en América latina; 5.000, en Europa; 3.000, en Canadá; y también en Japón, China e Indias holandesas.

Pero la explicación de esta superioridad americana no hay que buscarla solamente en esas condiciones técnicas y financieras: las condiciones demográficas producían el mismo efecto. La población europea, cuya cifra global había bajado en el período 1914-1919 como consecuencia de las pérdidas de la guerra y la disminución de la natalidad, empezó a crecer desde 1920; y el ritmo de ese crecimiento fue incluso más rápido que en los primeros años del siglo. Antes de 1914, el incremento había sido parcialmente compensado por el gran movimiento de emigración dirigido hacia el continente americano; pero ese movimiento encontraba ahora en los Estados Unidos una barrera: las leyes de 1921 y 1924, destinadas a impedir la *degradación* de la raza, ocasionada por la afluencia de eslavos y latinos, y a proteger el nivel de vida de la mano de obra, establecían una restricción tal, que la emigración se redujo a 165.000 personas en 1925, y a 150.000 en 1927, cuando en 1913 esa cifra había alcanzado cerca de 1.200.000. Los efectivos de mano de obra disponibles en Europa aumentaron, pues, rápidamente, al reducirse la emigración adulta masculina. En el mercado de trabajo, la demanda crecía con mayor rapidez que la oferta. Entre 1923 y 1927, el paro alcanzó, según los años, del 10 al 17 por 100 de la mano de obra de Gran Bretaña; del 7 al 14 por 100, de la de Alemania; del 10 al 12 por 100, de la de Suecia; del 10 al 22 por 100, de la de Dinamarca. La existencia permanente de ese excedente de mano de obra incitaba a retardar la mecanización, que agravaría aún más el paro.

Esta situación era de particular importancia para las relaciones internacionales. Las relaciones financieras entre Estados Unidos y Europa repercutían en las relaciones políticas, tanto si se trataba del pago de las deudas de guerra de Francia y Gran Bretaña a Estados Unidos como de los llamamientos que dirigían las industrias europeas a los capitales americanos. La búsqueda de materias primas y de mercados era uno

de los móviles esenciales de la política exterior japonesa. En la misma Europa, la política continental de Gran Bretaña se orientaba, en gran medida, por el deseo de que Alemania recobrase un lugar importante en la vida económica; la cuestión de las reparaciones, que oponía los intereses económicos de Alemania a los de Francia, fue, durante estos diez años, un factor que gravitó pesadamente sobre las relaciones políticas de los dos Estados; el interés que ofrecía para la industria alemana y, sobre todo, para la industria inglesa, la *reapertura* del mercado ruso explica algunas de las iniciativas políticas tomadas por los Gobiernos de Berlín y Londres en relación con el Gobierno soviético. En fin, en los Estados europeos, la reacción de la opinión pública ante los problemas de política interior y exterior fue muy diferente según el *contexto* económico y financiero en que se presentaran: crisis monetarias del período 1920-1924 o euforia relativa del período 1925-1928.

Los factores económicos o financieros desempeñaban, pues, como móviles o instrumentos, un papel más importante que antes de 1914 en la política internacional, papel que la interpretación histórica no debe perder nunca de vista.

## II. LAS TENDENCIAS DE LA PSICOLOGIA COLECTIVA

Pero la influencia de las condiciones económicas y financieras es solo uno de los elementos de explicación que deben retener nuestra atención. Las tendencias de la psicología colectiva no son de menor importancia, tanto si se trata de los movimientos de las ideas políticas como de las agitaciones del sentimiento nacional.

Las instituciones democráticas y parlamentarias habían atravesado la guerra de 1914-1918 sin sufrir daños aparentes, por lo que se refiere a los Estados donde esas instituciones habían enraizado durante el transcurso del siglo XIX (1); pero no resistieron tan bien las dificultades de después de la guerra. En Alemania, el régimen electoral establecido por la Constitución de Weimar llevó a la formación de Ministerios de coalición, condenados a arbitrar compromisos que conciliasen los intereses de los partidos representados en ellas. En Francia, la vida política se caracterizó por la crisis de parlamentarios, de métodos de trabajo en el Parlamento y, sobre todo, de la autoridad del poder ejecutivo; el deseo de una reforma del Estado, de un remozamiento de las instituciones, comenzó a aparecer en 1920; sin encontrar todavía eco en la masa de la opinión pública; tal deseo ganó terreno en el curso de los años siguientes. En la misma Gran Bretaña, la *máquina* política rechinó en varias ocasiones. En los tres Estados, el Parlamento, para hacer frente a necesidades urgentes, se veía obligado a renunciar temporalmente a sus atribuciones esenciales y a autorizar al poder ejecutivo para que legislase.

(1) Véase pág. 750.

El régimen de los *decretos-leyes* sustituía, aquí y allá, al régimen de la ley; era una grave dejación de los principios que, antes de 1914, constituían la base del derecho público de la Europa liberal y democrática. La opinión pública manifestaba por los principios de la democracia parlamentaria una desafección lo suficientemente grave para que, en 1928, se preocupase de ella la *Unión Interparlamentaria*.

La causa inmediata de esas dificultades era el contraste entre la *sociedad política* y la *sociedad económica*. El régimen parlamentario, en el que los grupos profesionales, económicos y financieros pueden intentar fácilmente imponer sus puntos de vista, es incapaz con frecuencia de constituirse en árbitro de los intereses divergentes entre productores y consumidores o entre grupos de productores, y de tomar rápidamente las decisiones que exige la situación económica o monetaria.

Pero, en el fondo, lo que dominaba en aquella crisis era la existencia en Europa de regímenes nuevos que rechazaban la concepción del liberalismo democrático. El comunismo ruso, después de su victoria en la guerra civil (1), ejercía su autoridad mediante la Tercera Internacional, que orientaba la acción de los partidos comunistas de Alemania, Francia e Italia, pero que no encontraba terreno favorable en Gran Bretaña, donde sus efectivos eran muy escasos. El fascismo, después del éxito de la marcha sobre Roma del 24 de octubre de 1922, quería aportar una solución nueva al *problema del Estado*; en 1923, halló eco en España con la dictadura del general Primo de Rivera; y, después, en 1925, en Polonia, donde el general Pilsudski estableció un sistema político autoritario.

En las relaciones políticas internacionales, la presencia de esos regímenes autoritarios era una causa de inestabilidad y, a la vez, podía convertirse en una amenaza para la paz. Los movimientos antiparlamentarios de Francia y de Alemania, miraban bien a Moscú, bien a Roma: los Partidos comunistas nacionales se adhirieron, por principios, a la política exterior de la Rusia soviética; los grupos *burgueses* que simpatizaban con el fascismo deseaban que la política francesa favoreciese los intereses italianos. Los conflictos ideológicos contribuían a agravar los antagonismos entre los Estados, y el poder personal sentía la necesidad de afirmar en la acción exterior su prestigio y su voluntad de poderío.

La exasperación de los nacionalismos y los rencores y odios que no podía dejar de provocar la aplicación de los tratados, dieron gran importancia al problema de las *minorías* en aquellos Estados donde existían grupos de población, a menudo numerosos (30 por 100 de los ciudadanos, en Polonia; 29 por 100, en Checoslovaquia), que consideraban extranjero el poder del Gobierno al que se encontraban sometidos. Antes de 1914, esas minorías nacionales (2) fueron, a veces, protegidas

(1) Véanse pág. 828 y sgs.

(2) Sobre la cuestión de las minorías nacionales antes de 1914, véanse páginas 444-447 y 589-591.

por las grandes potencias—en el Imperio otomano, por ejemplo—; pero esa acción, raramente desinteresada, fue intermitente. Los autores de los tratados de paz quisieron sustituir esa protección ocasional por una garantía más segura. Para apaciguar o prevenir los conflictos entre los grupos minoritarios y el Gobierno del Estado en donde esas poblaciones se vieron obligadas a vivir, prometieron a los miembros de esos grupos que podrían conservar su lengua, su religión, sus establecimientos escolares y de beneficencia y utilizar todos los métodos lícitos para defender sus libertades: libertad de Prensa, derecho de reunión y de asociación y derecho de voto. Catorce Estados *nuevos* tuvieron que comprometerse a no establecer, por lo que respectaba a los derechos civiles y políticos, ninguna discriminación en perjuicio de aquellos ciudadanos que se diferenciaran de la mayoría por raza, lengua o religión. Dicho régimen fué colocado bajo la inspección de la Sociedad de Naciones, cuyo Consejo debería examinar las quejas planteadas por los miembros *minoritarios*. Se trataba de una obra de paz, que respondía a un sentimiento liberal expresado con frecuencia antes de 1914, y que, aunque imponía presiones a los Estados en cuestión, podía resguardarlos de movimientos irredendistas.

Pero, en la práctica, ese régimen no respondió, ni mucho menos, a las esperanzas de sus promotores. Los procedimientos entablados ante el Consejo de la Sociedad de Naciones por los miembros de las minorías nacionales estaban inspirados con frecuencia por motivos políticos, y el interés por proteger las libertades individuales o colectivas solo se invocaba para utilizarlo como maniobra. Su objeto era acusar a determinados Estados ante la opinión pública internacional y afirmar, en el seno del grupo *minoritario*, el sentimiento de protesta y, a veces, incluso un sentimiento separatista. Estos procedimientos perpetuaban, pues, una situación tensa, cuando estaban destinados a asegurar la tranquilidad de los Estados *nuevos*. La respuesta de los Estados en cuestión estaba inspirada por preocupaciones análogas: los Gobiernos intentaban obtener, mediante regateos diplomáticos, *complacencias indulgentes* dentro del Consejo de la Sociedad; se quejaban de estar sometidos a un régimen de excepción, pues el sistema de protección a las minorías solo se aplicaba a ciertos Estados y, en muchos otros, los grupos minoritarios sufrían presiones contra las que no podían interponer recurso alguno. Por eso, pedían la generalización del sistema. Pero la Asamblea de la Sociedad de Naciones, a partir de 1922, se negaba a extender la aplicación del estatuto de minorías, no solo porque tropezaría, en caso contrario, con la oposición de determinadas grandes potencias (¿podía creerse que Gran Bretaña aceptara que la Sociedad examinase la cuestión irlandesa?), sino también porque temía *resucitar* otras minorías nacionales en lugares en los que no existían tales litigios.

Gracias a esos debates, que ocupaban gran parte del orden del día de las sesiones de la Sociedad, el problema de las nacionalidades gozó de una amplia publicidad. El resultado era, con frecuencia, "el cultivo

intensivo, a temperatura de estufa, de todos los elementos de disociación, perturbación, inestabilidad y malestar". De este modo, aunque la importancia numérica de las minorías fuese en la Europa de 1919 la mitad menor que en la Europa de 1914, su importancia política había aumentado ampliamente, según atestiguó uno de los hombres de Estado más relacionado con la obra de Ginebra. ¿No sería conveniente, para terminar con aquellas dificultades, pensar en un *intercambio de minorías*? Esa fue la solución aplicada al caso de Turquía y Grecia en 1923. Pero los sufrimientos materiales y morales ocasionados a esas poblaciones desarraigadas bastaron para la condenación del sistema.

Fuera de Europa, los movimientos originados por el sentimiento nacional tenían otro carácter. Indudablemente, la cuestión de las *minorías nacionales* se planteó también en este caso; pero fue desplazada por problemas de importancia mundial, que pusieron sobre el tapete el destino de los intereses europeos en los otros continentes. Es cierto que las reivindicaciones nacionales no tenían siempre resonancia política internacional: la protesta de los nacionalistas en la India, cuando Gandhi desarrolló la campaña de *no cooperación* de 1921-1922, era solo, en aquel momento, un problema británico. Pero dos de esos grandes movimientos, los de China y del Islam, tenían internacionalmente un alcance singular (1). Los dos comenzaron en 1919 a adquirir importancia en este sentido, sin poder ejercer ninguna influencia eficaz en el acuerdo de paz. ¿Qué nuevas características presentaron desde 1920 hasta 1930?

Los movimientos nacionalistas musulmanes, que podían afectar en Asia y Africa a cerca de 250 millones de hombres, tomaron, a partir de 1920, nueva fuerza. La causa profunda de ese salto fue muy probablemente la indignación provocada por los acuerdos de paz que, no obstante las promesas wilsonianas, habían extendido el *control* europeo sobre los países árabes del Próximo Oriente (2). Los promotores de esos movimientos, a pesar de su intento de organizar la resistencia contra la dominación política o contra la influencia predominante de Europa, adoptaban con frecuencia la técnica militar de esos europeos y se inspiraban a veces incluso en sus instituciones políticas o administrativas; los *puritinos*, que manifestaban la más profunda antipatía hacia la civilización occidental, moderaban ahora su intransigencia, porque comprendían que si no aceptaban alguna de las formas de esa civilización, no serían capaces de liberarse de la dominación extranjera.

En la base de esos movimientos, la gran fuerza que animaba a las masas populares era el sentimiento religioso: eso, sin duda, explica la audacia y la tenacidad de los turcos, de las tribus rifeñas y de los senusitas. Pero los dirigentes y los jefes, a menudo, se hallaban desligados de

(1) Véanse págs. 762-765.

(2) Véase la conclusión del libro II.

preocupaciones religiosas y se orientaban por designios políticos. En Egipto, Zaglul se guardó muy bien de tomar posición en la cuestión del Califato otomano y tampoco deseaba que los jefes religiosos interviniesen en la organización del movimiento nacional, pues aspiraba a que los cristianos coptos se asociaran a los musulmanes. En las Indias holandesas, la Asociación *Sarekat Islam*, que formuló el programa de las reivindicaciones indígenas frente al colonialismo holandés, admitía en su seno a los no musulmanes. En Turquía, Mustafá Kemal llegó hasta a proclamar la separación entre la Iglesia y el Estado. En el período de 1920 a 1926 no se presenció ningún gran impulso de solidaridad musulmana. Aquellos movimientos invocaban una noción occidental—la del Estado nacional—y parecía que no trataban de coordinar sus esfuerzos. Solo en raras ocasiones buscaron el apoyo de la Internacional Comunista, porque las masas musulmanas permanecían insensibles a la consigna de la lucha de clases y porque los dirigentes desconfiaban del programa soviético.

Los soberanos de aquellos países apenas estimulaban esas iniciativas. Las dinastías islámicas, allí donde subsistían, deseaban la mayoría de las veces soluciones de compromiso, pues una política de aventura podría producir su caída; el sultán otomano estaba incluso dispuesto a aceptar la protección extranjera, con tal que esta le consolidase en el poder. Eran hombres nuevos, dictadores, los que dirigían los movimientos nacionales. La división de los europeos era su mejor triunfo: el conflicto entre los intereses de Gran Bretaña, Francia e Italia, que se vigilaban entre sí, intentando aprovechar, cada uno contra los demás, sus problemas comunes, y que no querían, sobre todo, sacar las castañas del fuego en beneficio de sus competidores; el conflicto de opiniones dentro de cada uno de aquellos tres Estados, entre los partidarios de una política imperialista y los que se oponían a ella por principios o por no querer aceptar las cargas que tal política implicaba.

El movimiento nacional chino, que se había puesto de manifiesto en mayo de 1919 (1), sufrió un eclipse en 1920-1921, como consecuencia de la gravedad de la crisis interior. La guerra civil, *suspendida* durante la Conferencia de la paz, se reanudó; librábase entre el Gobierno de Pekín—es decir: el grupo de generales corrientemente llamado el *Club de An-Fu*—y el Gobierno de Cantón, refugio de Sun Yat-sen y los autores de la Revolución de 1911. Los dos Gobiernos rivales se encontraban a la vez en lucha abierta con disidentes o rebeliones locales: en 1922, de las dieciocho provincias que formaban la China propiamente dicha, cuatro se hallaban bajo el dominio efectivo de Pekín, dos bajo el de Cantón y las otras doce, prácticamente independientes, estaban en manos de generales cuyo poder de hecho era discutido, con frecuencia, por otros rivales. Los *Señores de la guerra* se acomodaban fácilmente a

(1) Véanse págs. 762-764.

ese caos, pues extrañan de el beneficios personales. Pero empezaban a perfilarse dos fuerzas de resurgimiento: el Partido *Kuomintang* y el Partido comunista.

Sun Yat-sen reorganizó, en 1923, el Partido *Kuomintang*, y en 1924 le dio una doctrina con su libro *Los tres principios del pueblo*. China—decía—se había convertido en un *mercado colonial*; oprimida por las potencias imperialistas, era *el esclavo de más de diez años*. Para escapar de esa decadencia no había otro camino que el de asimilar la civilización material de los occidentales, sin abandonar, por ello, la moral y la filosofía política chinas. En este aspecto, el pensamiento de Sun Yat-sen no añadía gran cosa a los temas habituales de los *reformadores*, de Leang Ki-chao, por ejemplo (1). Pero la diferencia existía desde el punto de vista social y político. Sun consideraba que la situación económica de China era demasiado diferente de la de Europa para que fuese posible adoptar la solución marxista; se limitaba, por tanto, a prever la nacionalización de las industrias esenciales; pero respetaba íntegramente la propiedad rústica, que solo aspiraba a corregir, mediante medidas fiscales, suprimiendo las desigualdades más indignantes. En cuanto a la organización política, sería *democrática*, es decir, aseguraría a todos los ciudadanos el disfrute de los mismos derechos; pero no se inspiraría en el ejemplo francés, inglés ni americano, no solo porque las características del medio chino no se prestaban a la aplicación de los métodos occidentales, sino también porque esos métodos no eran en sí mismos satisfactorios. China debía aportar, pues, su propia solución: conceder a la *aristocracia de la inteligencia* el papel dirigente; conceder a la *masa* un simple derecho de inspección, que solo podría ejercer después de un *periodo de educación*. Los tres principios del pueblo llevaban, por tanto, a sugerir un Gobierno fuerte, muy diferente del que Sun había propuesto en 1912. ¿Se debía esa evolución únicamente al resultado de las experiencias y decepciones del *padre de la revolución china*? Se debía también, sin ninguna duda, al espectáculo de las revoluciones europeas, que, tanto en Italia como en Rusia, habían llevado al poder regímenes autoritarios.

Pero la experiencia comunista, descartada por Sun Yat-sen, contaba con sus apóstoles, que en 1919 comenzaron a extender sus ideas entre la juventud universitaria (2). En julio de 1921, Chan To-siu, designado por el Congreso de la Internacional Comunista para organizar el Partido chino, celebró en Shangai su primera reunión, asistido por Li Ta-cao y Mao Tse-tung; en torno a él solo hay todavía un puñado de hombres. Entonces fue cuando el Partido empezó a reclutar adherentes en los medios obreros de la región industrial de Honan—principalmente en los establecimientos metalúrgicos de Han Yeh Ping—; sin embargo, hasta 1924 no llegaría al mundo campesino.

(1) Véase pág. 759.

(2) Véase pág. 760.

Frente a esas fuerzas materiales o sentimentales, que constituían una causa permanente de dificultades y desavenencias para las relaciones internacionales, las fuerzas de contrapeso se encontraban en decadencia desde la proclamación de la ruptura entre la Segunda Internacional y la Internacional Comunista, a principios de 1919 (1). La escisión entre el socialismo democrático y el movimiento comunista se realizó en Francia en diciembre de 1920, y también en Alemania e Italia. El socialismo, debilitado por esa escisión, tenía menos probabilidades aún que antes de 1914 de ejercer una acción enérgica enderezada al mantenimiento de la paz.

En realidad, el contrapeso más eficaz que frenaba las fuerzas de disociación durante los diez años siguientes a la firma de los tratados de paz era el cansancio de los pueblos: agotados por un esfuerzo demasiado prolongado, esos pueblos aspiraban a la estabilidad, a la seguridad del mañana; todavía oponían una fuerza de inercia a cualquiera que hablase de guerra.

### III. LAS POLITICAS NACIONALES

En los grandes Estados que estaban en condiciones de ejercer su influencia, la orientación de la política exterior seguía estando dominada, evidentemente, por las preocupaciones que ya se manifestaron al discutir el acuerdo de paz (2). Sin embargo, aparecían ciertas tendencias nuevas en el comportamiento de la opinión pública o en las intenciones de los hombres de Estado.

En Alemania, el régimen democrático improvisado por la Constitución de Weimar no tenía raíces en la opinión pública. La Reichswehr, cuyos mandos eran los mismos del antiguo ejército imperial, estaba alojada en la República como un *cuerpo extraño*; sin embargo, de 1920 a 1926 aparentó no tomar partido en el problema del régimen político, pues quería ser, por encima de los partidos, el órgano de los grandes intereses nacionales y encarnar la patria, y al mismo tiempo deseaba evitar comprometerse, en espera del momento en que pudiera afirmar su primacía: el general Von Seeckt estimaba simplemente que no era todavía posible cambiar la forma del Estado. Esa actitud de aparente reserva no impedía al ejército, sin embargo, ejercer una autoridad real en determinadas ocasiones: actuaba de *contrapeso* del poder civil, porque el Gobierno no podía hacer frente, sin él, a las revueltas interiores.

En la vida parlamentaria, el rasgo esencial era la posición adoptada por el Partido populista, gracias al impulso de Gustavo Stresemann. Mientras que en noviembre de 1922 los populistas aceptaron formar parte de un Gabinete de coalición—el Ministerio Cuno—, que llevó a cabo una

(1) Véase pág. 751.

(2) Véase capítulo V.

política de resistencia ante Francia en el problema de las reparaciones, en agosto de 1923, el jefe de los populistas adoptó la política de la *ejecución* de los tratados. Alemania iba, por tanto, a dejar de discutir el principio de las reparaciones, a respetar sus obligaciones de desarme y a afirmar que no quería pensar en el desquite.

Los móviles inmediatos de ese cambio de frente fueron, verosímelmente, los intereses económicos. Para volver a constituir sus reservas de materias primas y renovar su equipo industrial, Alemania tenía que recurrir a capitales extranjeros. Stresemann anotó en su Diario personal: "Necesitamos urgentemente algunos miles de millones." Si el Reich no llegase a un acuerdo con los países poseedores de capitales, iría a un *catclismo económico*, pues—añadía—"no tenemos con qué financiar nuestras empresas". ¿Cómo conseguir esto sin dar seguridades a los capitalistas ingleses y americanos? Además, la actitud conciliatoria permitiría obtener, a su debido tiempo, ventajas políticas. Alemania, una vez admitida en la Sociedad de Naciones, conseguiría progresivamente la revisión del Tratado de Versalles. Evacuación de los territorios renanos; intervención diplomática en favor de los alemanes que se encontraban bajo dominación extranjera, en Checoslovaquia y Polonia sobre todo; rectificación de la frontera polaca con el fin de suprimir el *pasillo*; a más largo plazo, en fin, integración de la República de Austria en el Reich: he ahí las perspectivas que Stresemann indicaba, el 7 de septiembre de 1925, en una carta dirigida al ex Kronprinz de Prusia.

La adopción de esa línea de conducta nueva, que durante seis años iba a orientar la política exterior alemana, no era, pues, más que una prueba de realismo político: Stresemann pensaba que Alemania debía escoger la orientación *occidental*. Ciertamente no se negó a negociar con el Gobierno soviético en el invierno de 1925-1926, ni a prometerle, en abril de 1926, la neutralidad de Alemania, en el caso de que las Potencias Occidentales quisieran emprender una guerra de agresión contra la U. R. S. S.; pero en seguida utilizó ese tratado germanoruso como medio de presión contra Francia y Gran Bretaña para obtener un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones. Para Stresemann, la Rusia soviética parecía ser, según la expresión de un diplomático alemán, "un triunfo para jugar contra el Oeste" (1).

Pero a medida que se desarrollaba la política de "ejecución" de los tratados, iba adquiriendo fuerza la resistencia del nacionalismo intransigente en la opinión pública alemana. En 1924 y 1925, cuando Stresemann anunció las líneas generales de su programa, chocó solamente con las vehementes críticas de los *alemanes nacionalistas*, que entonces estaban apoyados por la quinta parte aproximadamente del cuerpo electoral. En las elecciones generales de mayo de 1928, en las que fueron numerosas las abstenciones, los partidos que aprobaban la política de ejecución de los tratados reunieron todavía 17 millones de votos, en un

(1) Véase capítulo X.

cuerpo electoral de cerca de 26 millones de censo. Pero en septiembre de 1930 esos partidos perdieron 2.700.000 votos, mientras que el partido nacionalsocialista, que predicaba abiertamente la guerra de desquite, ganó 5.600.000.

Esta evolución de la opinión pública llama más la atención que los incidentes diplomáticos. ¿Consideraba la oposición nacionalista que la política de cumplimiento de los tratados había sido decepcionante? No condenaba los resultados de esa política; condenaba el principio. ¿Se trataba de la manifestación de inquietudes, o incluso de angustias, provocadas por las dificultades económicas y sociales? En esa época, la recuperación económica de Alemania, que se había desarrollado en forma muy favorable entre 1925 y 1929, gracias en parte a la afluencia de capitales americanos (1), sufrió, es cierto, un sensible retraso; pero sería en 1931 realmente cuando el Reich se vería seriamente alcanzado por la crisis mundial. Entre todas esas interpretaciones, la mayoría de la *Prepsa* alemana no titubeó: la explicación de ese desplazamiento de fuerzas políticas se hallaba en el ímpetu del sentimiento patótico y el deseo de borrar la *vergüenza nacional*; las causas económicas no desempeñaban en tal ocasión papel activo alguno.

En Italia, la crisis económica, social y moral que se había manifestado desde el verano de 1919, se prolongaba ya durante tres años (2). En dos ocasiones, los disturbios interiores revistieron gravedad. Los Gobiernos efímeros—Nitti; después, Giolitti y Sforza; por último, Facta—, solo pudieron emprender una tímida política exterior.

La situación cambió a partir del golpe de Estado del 30 de octubre de 1922 y el advenimiento del régimen fascista. La política exterior estuvo dirigida desde aquel momento por un hombre que no sufría la influencia de los partidos ni tampoco, en los primeros años, la de los medios de los hombres de negocios. Mussolini, desde el armisticio de 1919, no había dejado nunca de rechazar las tendencias del internacionalismo ni de insistir en la preeminencia del Estado, cuya soberanía debía ser *absoluta e intangible*; había afirmado su voluntad de restaurar la grandeza de Italia, no solo mediante la refundición de las instituciones, sino también por medio de una *transformación espiritual*, y de hacer reconocer sus intereses y derechos frente a consorcios demasiado inclinados a considerar a Italia como a un Portugal; había anunciado, en fin, su voluntad de iniciar un *período grandioso de la historia italiana*. En sus primeras declaraciones públicas, después de la toma del poder, proclamó sus intenciones. Si la *Entente* no se convertía en un *bloque homogéneo y equilibrado*, compuesto por miembros iguales en deberes y derechos, Italia recobraría su libertad de acción. Aunque no se viera obligada a ello, Italia debería evitar ligarse al sistema de la Sociedad de Naciones, por-

(1) Véase capítulo IX.

(2) Véanse págs. 801 y 802.



que el mantenimiento de una paz perpetua no era posible ni deseable y la garantía del *statu quo* territorial sería simplemente un *instrumento francoinglés*: los tratados de paz *no eran eternos*; debían ser revisados en el momento en que no se adaptasen a las realidades.

De esas premisas se deducían dos principios para la acción. Por un lado, el Gobierno italiano debía dominar el Mediterráneo y expulsar de él a los *parásitos*: el Mediterráneo *debía ser y sería el mare nostrum*; la cuestión del Adriático se encontraba, como es natural, en el primer plano de esos objetivos mediterráneos. Por otro lado, la restauración de Austria-Hungría, incluso en forma de una simple Confederación danubiana, sería peligrosa para los intereses italianos, pues esa Confederación (a menos de realizarse bajo la égida de Italia) no dejaría de emprender un intento de expansión en dirección al Adriático; lo mismo ocurriría en el caso de que Alemania absorbiese a la República de Austria, ya que los Estados danubianos terminarían gravitando en la órbita del sistema alemán, constituyendo una amenaza en la *espalda* de Italia que paralizaría a esta. Por eso Mussolini declaró, el 20 de mayo de 1925, que no podría "tolerar nunca esa patente violación de los tratados que sería la anexión de Austria por Alemania".

Esa política exterior de la Italia fascista, tan brillantemente formulada, era solo superficialmente enérgica; debía mantenerse circunspecta hasta que el país fuese *regenerado* en todos los órdenes: político, moral, económico y financiero. Mussolini mismo señaló esa necesidad en un discurso de febrero de 1923. Pero la regeneración era lenta. Desde el punto de vista político, de 1925 a 1926 el régimen atravesó una crisis tan grave, que parecía posible la caída del fascismo. Desde el punto de vista económico, la producción industrial, que recibía por vía marítima las cuatro quintas partes de sus materias primas y combustibles, siguió dependiendo estrechamente del extranjero. ¿Y podía olvidarse la debilidad de los recursos militares y navales? La flota de guerra en 1923 era inferior no solo a las escuadras inglesas del Mediterráneo—no hace falta decirlo—, sino también a las fuerzas navales francesas; la construcción de cinco cruceros, que por entonces se decidió, no se terminaría hasta 1932. Los proyectos de reorganización del ejército no fueron preparados hasta 1926 y solo se realizaban lentamente. Esto era lo que aconsejaba prudencia. Por eso, ni siquiera el desdén que el *Duce* manifestaba por la Sociedad de Naciones, aquella "organización académica, sin vida ni importancia", le llevó a la conclusión lógica. En lugar de abandonarla declaró: "En general, prefiero estar dentro, y no fuera."

Era confesar que no había llegado la hora de realizar la obra "dura, paciente, de líneas ciclópeas", que anunciara la víspera de su llegada al poder.

El gran Estado ruso, cuya población (133 millones en 1923; 146 millones en 1926) formaba las dos quintas partes de toda la población continental, atravesó en 1919 una crisis que casi produjo el hundimiento del

régimen soviético. La esperanza concebida por la Tercera Internacional de que el impulso comunista se extendiese a Alemania y Hungría se derrumbó rápidamente. El Gobierno soviético se encontró amenazado, sobre todo entre abril y octubre, por las ofensivas convergentes de los ejércitos *blancos*. Pero al final del otoño el ejército rojo consiguió destrozarse esas ofensivas y recobrar la iniciativa de las operaciones. Entonces el Gobierno polaco enarbó otra vez la política de intervención, abandonada ya por Gran Bretaña y Francia, y ofreció su ayuda al último ejército blanco que aún combatía, el de Wrangel, del sur de Rusia, en la primavera de 1920. Esa política sufrió un nuevo fracaso: la guerra polacorrusa permitió, sin duda, a Polonia extender sus territorios por Rusia blanca; pero no consiguió salvar a las tropas de Wrangel, que fueron puestas fuera de combate en noviembre de 1920, en cuanto terminó la guerra polacorrusa.

• Solo desde esa fecha pudo el Gobierno soviético dedicar más atención a su política exterior general, después de haber conjurado los peligros más inmediatos. Las condiciones psicológicas y los móviles económicos orientaban igualmente esa política.

Los dirigentes soviéticos no creyeron posible en 1919 una *coexistencia pacífica* entre su Estado y los grandes Estados capitalistas: les parecía verosímil y lógico que las Potencias occidentales tratasen de suprimir el foco del comunismo. El fracaso de la intervención anglofrancesa disipó ese temor. Algunos de esos dirigentes—esa era la opinión de Lenin y Stalin—llegaron, pues, a pensar que la *coexistencia* era posible, por lo menos durante algún tiempo, con la condición de que el Gobierno de Moscú consiguiera *disociar el frente capitalista* y evitar la amenaza de una coalición. Para alcanzar ese objetivo era necesario tranquilizar a la burguesía: poner sordina a la acción de la Internacional Comunista; dejar de agitar en Europa *la bandera de la revolución*; limitar su programa al establecimiento del comunismo *en un solo país*; concluir pactos de no agresión con los vecinos inmediatos; obtener que los Estados de Europa occidental reconocieran *de jure* al régimen soviético, constituirían los medios para ello. Esa táctica no cerraría el camino del futuro, pues bastaría con que el Estado comunista existiese para que su ejemplo, más pronto o más tarde, hiciera vacilar el mundo.

Esa concepción política fue rechazada por Trotsky, porque testimoniaba un oportunismo demasiado prudente y, además, resultaba peligrosa: "renunciar a provocar la revolución mundial era—decía—correr un grave riesgo, pues la Europa *capitalista*, si quedase intacta, querría necesariamente, un día u otro, destruir al régimen soviético".

El conflicto quedó en estado latente hasta el otoño de 1924, pero estalló después de la muerte de Lenin.

Las necesidades económicas reforzaban la política de buen entendimiento temporal. La guerra civil y la resistencia opuesta por los intereses de la propiedad privada a la aplicación de las medidas gubernamentales trajeron consigo la ruina de la producción industrial, la disminución de



la producción agrícola y la paralización de los transportes ferroviarios. Lenin se vio obligado a realizar, según su propia expresión, un *repliegue estratégico* en 1921, renunciando parcialmente a la aplicación de los principios comunistas y restableciendo, con el fin de conseguir un aumento de la producción, el estímulo del interés de la propiedad privada. La *nueva política económica* (N. E. P.), expediente momentáneo, expresamente anunciado como tal, se prolongó durante cerca de cinco años; tal política implicaba el recurrir a los técnicos, e incluso a los capitales extranjeros, para reorganizar las fuerzas productivas, y, por consiguiente, a la reanudación de relaciones económicas y financieras con los Estados extranjeros.

Cierto que la N. E. P. fue abandonada en 1927, cuando Stalin, después de eliminar a Trotsky, adoptó en ciertos aspectos, el programa de su adversario. Pero la planificación soviética, en sus dos facetas—desarrollo de la industria pesada y socialización de la explotación agrícola—, colocaba en el centro de su programa el reforzamiento del equipo mecánico. Las fábricas rusas no estaban todavía en condiciones de suministrar esas máquinas y ese material; los realizadores del *primer plan quinquenal* tuvieron que recurrir, pues, al extranjero. Las relaciones económicas con los grandes Estados capitalistas seguían siendo casi tan necesarias como lo fueron en los años precedentes.

¿Predominaban los móviles económicos? ¿O los móviles políticos? Son preguntas vanas: se trataba de dos aspectos de una misma preocupación, en el fondo defensiva, en la medida en que su objetivo esencial era garantizar la *supervivencia* y la seguridad del Estado soviético.

Pero aquella política era defensiva solo en Europa. Los mismos hombres que creían necesario adoptar una posición de repliegue en sus relaciones con las potencias occidentales, donde se encontraba, según palabras de Stalin, el "centro de la explotación financiera del mundo", querían tomar la iniciativa en Asia, zona de dominación colonial o semicolonial de esas potencias. Al favorecer el desarrollo de movimientos revolucionarios en la India, Irán y China, la Rusia soviética provocaría una *crisis del capitalismo* en los Estados europeos—sobre todo en Gran Bretaña—, cuya industria tenía gran necesidad de esos mercados exteriores y de esas reservas de materias primas. Al mismo tiempo intentaría extender su propia influencia por las regiones del mundo habitadas por grandes masas humanas, sin pedirles, por lo demás, su adhesión al comunismo. "Tender la mano a los ochocientos millones de asiáticos", atizar su sentimiento xenófobo, repitiéndoles que el *capitalismo europeo* era el responsable de su miseria: tal había sido el programa expuesto por Zinoviev en 1919 en el Congreso de la Internacional Comunista. Lenin lo hizo suyo en el momento en que practicaba en Europa una política de *repliegue*. Lenin decía en 1923 que la victoria del bolchevismo en el mundo dependería de esa colaboración con los pueblos asiáticos: "Compensaremos en el ciento por uno lo que hemos perdido en los países europeos."

La victoriosa Francia poseía en 1920 la fuerza militar. Era la única potencia continental que disponía de un gran ejército. Sin embargo, ni la victoria ni esa fuerza armada bastaban para formar en el pueblo francés una mentalidad de pueblo vencedor: los observadores extranjeros no dejaron de testimoniarlo.

¿Cuáles eran los rasgos más notables en aquel estado de la psicología colectiva? La convicción de que el peligro alemán reaparecería en el futuro, a causa de la superioridad demográfica e industrial; el sentimiento de que la victoria de 1918 no hubiera sido posible sin el apoyo de Gran Bretaña y los Estados Unidos, junto al temor de que esas condiciones favorables no se repitiesen en otra futura ocasión; el cansancio, por último: después de un esfuerzo agobiante que había costado al país el 20 por 100 de su población activa, la opinión deseaba una disminución rápida de las cargas militares y creía que la *política de potencia* resultaba cara. Esa inquietud y esa fatiga, es cierto, no alcanzaban a toda la burguesía francesa, en la que ciertos medios, sobre todo entre los grupos políticos de la derecha, daban muestras de una confianza imperturbable y de una firmeza intacta; pero la inquietud y la fatiga se hallaban muy extendidas en la mayoría de la población. La preocupación dominante, en consecuencia, era asegurar al país contra una *revancha* alemana, pero sin exigirle la continuación del esfuerzo militar.

Las dificultades económicas y financieras confirmaban tal sentimiento de precariedad: el volumen considerable del déficit presupuestario (en 1919, mientras el total de los ingresos pasaba apenas de once mil millones, los gastos alcanzaron los cuarenta y nueve mil millones); la urgente necesidad de restablecer los medios de transporte en las regiones devastadas y de indemnizar a los perjudicados de guerra, para que la industria pudiera reconstruir su *utillaje*; la perspectiva de tener que pagar las deudas contraídas con Gran Bretaña y los Estados Unidos durante la guerra. ¿Podía contar Francia con la ayuda extranjera? No era probable, pues a partir del armisticio el Tesoro americano había decidido, en principio, suspender en seguida la apertura de créditos a los Estados que habían sido *asociados* de los Estados Unidos. El pago de las reparaciones previsto en el tratado de paz resultaba, por tanto, indispensable: si Alemania no pagaba, como escribía, en 1921, el informante general del presupuesto, *el problema era insoluble*.

Pero era difícil conciliar esa tendencia de la psicología colectiva y de las necesidades financieras. El pago a título de reparaciones no sería posible más que en la medida en que existiese un excedente en las exportaciones alemanas; la recuperación industrial del Reich resultaba, pues, la condición previa y necesaria para el pago de las reparaciones; pero la reconstrucción de esa potencia industrial concedería al vencido una *potencial de guerra*. Contradicción interna que la opinión pública francesa solo comprendía lentamente.

Por lo que se refiere a la política exterior, la *cuestión alemana* constituía, por consiguiente, la preocupación central: todas las demás dificulta-

des—las que surgieron en el Mediterráneo o en el Próximo Oriente, por ejemplo—eran secundarias; a veces podían inquietar a los medios políticos, pero no encontraban eco prolongado en la opinión pública. ¿Qué política adoptar frente a un vencido que solo temporalmente sería débil?

Los políticos, los diplomáticos y los militares estaban de acuerdo en pensar que la seguridad de Francia, a falta del pacto de garantía que los Estados Unidos y Gran Bretaña se habían negado a ratificar (1), debía apoyarse en un sistema de alianzas en la retaguardia del enemigo potencial. Al concertar tratados con los Estados vecinos de Alemania—Checoslovaquia, Polonia, quizá la misma Bélgica—, Francia podría contener el esfuerzo de expansión alemán que, dirigido al principio contra los puntos más débiles del nuevo estatuto europeo, revestiría en seguida un cariz amenazador para ella misma. La opinión pública, en general, no discutía la necesidad de esas alianzas. Los hombres de negocios eran favorables a ellas, pues el *protectorado militar* francés en Praga o Varsovia abría el camino para una expansión económica y financiera, en la que las grandes Bancas parisinas colaboraban con las grandes empresas metalúrgicas. Pero, enmarcada por ese sistema, la política alemana de Francia se puso en discusión a partir de 1921: las dos tendencias divergentes que se dibujaron estaban relacionadas con el temperamento y las concepciones personales de dos hombres de Estado, Raymond Poincaré y Aristides Briand; también tuvieron resonancia en la opinión pública.

Según unos, Francia, gracias a la preponderancia militar, que debía esforzarse por mantener, estaba en condiciones de exigir la aplicación íntegra de las cláusulas del Tratado de Versalles y de recurrir, si fuese necesario, a la coerción. Esa actitud firme tendría, además, la ventaja de consolidar el sistema de alianzas en la retaguardia del enemigo, puesto que daría confianza a los Estados con los que Francia contrajera compromisos. El Gobierno francés tenía el deber de seguir esa política, sin detenerse ante las posibles objeciones de sus antiguos aliados. ¿Por qué había de renunciar Francia, ni siquiera parcialmente, al ejercicio de sus derechos? ¿Por qué había de renunciar a imponer el desembolso de las indemnizaciones de guerra, que era un simple acto de justicia? ¿Por qué había de consentir en limitar la independencia de sus decisiones? Ese estado de ánimo, que era el de los medios políticos de derechas, fue compartido, de 1920 a 1923, por un sector del grupo parlamentario radical. El hombre de Estado que encarnó aquella política fue Raymond Poincaré, cuyo nacionalismo de lorenés se hallaba siempre alerta y cuyas inquietudes de jurista se satisfacían siempre que se presentaba ocasión de defender un pleito considerable.

Otros pensaban que no sería posible, durante mucho tiempo, mantener a Alemania en un estado de impotencia mediante la ocupación renana, el desarme y el pago de las reparaciones. Aristides Briand fue

(1) Véanse págs. 798 y 799.

quien expresó esa tesis con mayor claridad en un discurso pronunciado en Saint-Nazaire en octubre de 1921. Francia—dijo—tenía que contar con la opinión pública británica, que reprobaba una política de imposiciones; no podía plantearse una línea de conducta cuyo resultado sería la ruptura de toda la solidaridad francoinglesa. No cabía que Francia ignorase durante más tiempo la tendencia de la opinión mundial, que deseaba que Alemania escapara a la sujeción financiera y recobrase su puesto normal en el *círculo de los cambios comerciales*. A la larga, Francia no podría, pues, impedir el resurgir de una Alemania fuerte, pues la ejecución íntegra del Tratado de Versalles solo sería posible mediante una acción *colectiva*, hipótesis inverosímil. ¿No se debería intentar, por tanto, *canalizar hacia la paz* el empuje de ese resurgimiento? Felipe Berthelot escribió a Briand, en enero de 1923: “Alemania será, en un lapso de veinte a cincuenta años, más fuerte que Francia.” Para evitar un nuevo conflicto, en el que Francia estaría *condenada*, interesaba que la República alemana renunciase a la guerra de *revancha*. El medio para ello sería determinar un cambio en la mentalidad alemana, demostrando que una colaboración entre los dos países era posible y sería fructífera. Pero la colaboración implica concesión. No hay que asombrarse de que Briand, después de haber seguido en la primavera de 1921 la corriente nacionalista y haber querido—según sus palabras—“echarle la mano al cuello a Alemania”, se deslizase, meses más tarde, por esta nueva dirección: desde los veinte años, siempre había pensado que la política era el arte de borrar las discrepancias. Que la mayoría de la opinión pública indicara en 1925 su conversión al programa briandista, tampoco es sorprendente, pues ese comportamiento estaba en consonancia con el profundo deseo de quietud de esa opinión. La sorpresa sería la adhesión, aunque muy reticente, es cierto, que el mismo Poincaré acabaría por otorgar a la política de conciliación, en 1928.

La posición de Gran Bretaña frente a las grandes cuestiones internacionales estaba dominada, desde finales de 1919, por inquietudes tradicionales: en la orientación del espíritu público, el idealismo pacífico, las preocupaciones utilitarias, la voluntad de compromiso; en la concepción general de la política exterior, el temor de cualquier hegemonía continental en Europa y la voluntad de proteger, fuera de Europa, la seguridad de las rutas marítimas, indispensables para la existencia del Imperio británico y el restablecimiento de la influencia económica inglesa. Pero en las relaciones con el continente europeo ya no podía hablarse de la vuelta a la política de aislamiento, abandonada desde los primeros años del siglo xx; Gran Bretaña comprendió, decididamente, que no podría, sin comprometer su propia seguridad, mantenerse apartada; se daba cuenta de que era *européa*. ¿Qué matices se daban dentro de aquellas tendencias generales?

Tanto en los medios parlamentarios como en las masas, la opinión pública parecía orientarse por tres hechos. Gran Bretaña, una vez des-

truida la potencia naval alemana, disponía de una superioridad naval en los mares europeos, que protegía a las Islas Británicas de cualquier invasión; el temor de un *desembarco*, que había existido durante algunos años, antes de 1914, desapareció. Pero el equilibrio continental no estaba asegurado, pues Francia, el único país que poseía un gran ejército, se esforzaba en establecer un sistema de alianzas que podría darle la hegemonía. El deseo de seguridad y el sentimiento de precariedad del pueblo francés seguían siendo ininteligibles para la opinión pública inglesa, no solo porque esta raramente intentaba comprender el punto de vista de los demás, sino también porque eludía las previsiones a largo plazo: puesto que en un futuro próximo no era posible una guerra alemana de desquite, ¿por qué mantenía Francia fuerzas militares *excesivas* y quería agrupar a su alrededor a los nuevos Estados? En el fondo, ciertos medios ingleses sospechaban que la nación francesa conservaba *ambiciones napoleónicas*. En fin, esa política francesa, aunque fuese menos ambiciosa de lo que parecía, contrariaba los intereses británicos, en la medida en que retrasase una *situación europea estable*, indispensable para el restablecimiento de las actividades económicas en el continente. En efecto: por una parte, las promesas dadas por la diplomacia francesa a los nuevos Estados permitía a estos oponerse a la amistosa revisión de los tratados de paz, prevista por el artículo 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones (1); y la mayoría del pueblo inglés—y esa era también el estado de ánimo de los altos funcionarios del Foreign Office—no creía que el continente europeo pudiera permanecer en una *situación estática* y estimaba que, para acabar con las rencillas, el mejor procedimiento sería el de discutir francamente las reivindicaciones de los Estados *no satisfechos*. Por otra parte, la política de cercar a Alemania no era deseable porque, con ella, se corría el riesgo de perpetuar, en *estado crónico*, dentro de aquel gran pueblo, sentimientos de amargura y de rebeldía; no era *aislando* al Reich como se llegaría a establecer una seguridad permanente; y tampoco *arruinando* a la población alemana, es decir, manteniendo la dislocación de los mercados continentales, como sería posible reanimar la prosperidad económica.

Gran Bretaña, por consiguiente, no debía contraer amplias responsabilidades en los asuntos del continente.

Los medios políticos admitían, sin embargo, que era oportuno tener en cuenta, en alguna medida, las preocupaciones de Francia, aunque pareciesen exageradas. Pero, ¿de qué manera?

La primera solución posible sería la conclusión de un *pacto de garantía* con Francia, que se aplicaría en caso de ataque alemán no provocado, incluso si la iniciativa alemana tuviera por objeto, no solo la violación de fronteras, sino también la violación de la desmilitarización de Renania. Una promesa en tal sentido fue hecha por Lloyd George a Clemenceau durante la Conferencia de la Paz; pero caducó por culpa

(1) Véase pág. 791.

de la *defección* de los Estados Unidos. Lloyd George volvió a hacer la promesa, con ocasión de la Conferencia de Cannes, a principios de enero de 1922; pero pidiendo, a cambio, la adhesión del Gobierno francés a un plan de *reconstrucción económica* de Europa, cuya consecuencia inmediata sería la reducción de los pagos a Francia a título de reparaciones.

La segunda solución—la que sería adoptada en 1925 por Austen Chamberlain, quizá aconsejado por lord Curzon—consistía en el ofrecimiento de garantía a Alemania y, al mismo tiempo, a Francia: de este modo, Gran Bretaña no participaría en una *alianza contra terceros* y evitaría asociarse a un grupo de potencias; suscribiría un compromiso *imparcial*.

Pero esa promesa debería limitarse al estatuto renano: el Gabinete inglés no pretendía garantizar la situación territorial establecida por el Tratado de Versalles en el sur y el este de Europa. Especialmente Austen Chamberlain, no creía que el *pasillo polaco* pudiera subsistir por mucho tiempo; creía que Alemania, debido a su poderío económico, estaría en condiciones de obligar a Polonia a una aproximación, dentro de algunos años, aproximación que sería seguida de la revisión de fronteras; en cualquier caso—escribía—, “ningún Gobierno británico querrá, ni podrá nunca arriesgar los huesos de un brigadier inglés” por ese asunto. Al rehusar contraer ninguna responsabilidad hacia aquellos nuevos estados, que eran aliados de Francia, Gran Bretaña tenía que admitir que el ejército francés había de conservar medios suficientes para intervenir, solo, en defensa del mantenimiento del *statu quo*.

En resumen: aquella política inglesa se basaba en la convicción de que Alemania se contentaría con los medios diplomáticos para obtener la revisión progresiva del Tratado de Versalles, sin intentar recurrir a la fuerza; la apreciación fue exacta durante los diez años que siguieron a la firma de los tratados de paz.

En las relaciones entre Gran Bretaña y los otros continentes, llaman la atención dos nuevos aspectos. Tanto en Europa como fuera de ella, la base esencial del poderío inglés era, antes de 1914, la preponderancia naval. Esa preponderancia se había consolidado en Europa, pero, en otras partes, había desaparecido: Gran Bretaña, para tener que evitar la carrera de armamentos, en la que Estados Unidos, gracias a sus recursos industriales y financieros, no dejarían de aventajarle, se vio obligada a aceptar la paridad de las fuerzas navales, en la categoría de acorazados y grandes cruceros; ese retroceso la privaba de uno de sus triunfos más sólidos en la realización de su política exterior. Por otra parte, las formas nuevas del estatuto imperial obligaban al Gabinete inglés a tener en cuenta los sentimientos y los deseos que expresaban los Gobiernos de los Dominios: sin consulta previa, no podría contraer compromisos en nombre de los Dominios, por lo menos cuando se tratase de la posible participación en un conflicto armado; y era difícil armonizar todas las inquietudes, pues el horizonte de los Dominios era siempre

de carácter *regional*. Lo delicado de la situación se hacía sentir, sobre todo, en el terreno de la seguridad colectiva. Los Dominios, debido a la abstención de los Estados Unidos, miraban el sistema ginebrino con alguna reticencia; Gran Bretaña, miembro de la Sociedad de Naciones y miembro de la Commonwealth, tenía que conciliar aquellos dos deberes. Si el Gobierno inglés—decía Austen Chamberlain—aceptase incrementar sus compromisos en el marco de la Sociedad de Naciones, ¿no sería de temer que los Dominios rehusasen seguir ese camino y *recuperasen su libertad*? El Gabinete británico se vio obligado, pues, a buscar transacciones.

Sus preocupaciones navales e imperiales llevaron a la diplomacia inglesa a conceder creciente importancia a la amistad con los Estados Unidos. A los sentimientos de solidaridad moral, que ya existían antes de 1914, las circunstancias nuevas añadían argumentos imperiosos: necesidad de contar con el apoyo de la flota americana del Pacífico; deseo de precaverse contra el riesgo que suponía la atracción que Estados Unidos ejercían sobre Canadá y Australia; propósito de tratar con miramientos los grandes intereses financieros americanos, cuya hostilidad sería peligrosa para la City londinense. Todo ello explica la docilidad de Gran Bretaña en sus relaciones con los Estados Unidos. El Gabinete inglés, que no quería tomar en Ginebra iniciativas susceptibles de inquietar a los Dominios, se negaba, con mayor firmeza aún, a escoger entre la Sociedad de Naciones y la Unión americana.

La política británica no podía ser, por tanto, *francamente europea*; era reticencia era la causa más profunda de las divergencias franco-inglesas.

La tendencia *aislacionista* se afirmó en la política exterior de los Estados Unidos durante la administración republicana que salió de las elecciones presidenciales de 1920. Pero la aplicación del principio fue solo parcial.

En las relaciones con Europa, el Gobierno de Washington rechazaba, en términos categóricos, toda responsabilidad e iniciativa. Los intereses de la Unión, según declaró el secretario de Estado, Hughes, eran *diferentes de los de Europa*, y la diplomacia americana debía, en consecuencia, mantener una *posición independiente*. Sin embargo, esa independencia, que se consideraba necesaria en el terreno de la política, ¿era concebible en el económico y financiero? Los industriales, los agricultores y los banqueros americanos no podían desinteresarse de los mercados europeos, ni los contribuyentes del pago de las deudas interaliadas. Los hombres de negocios se daban cabal cuenta de que la recuperación económica de Europa dependería en gran parte de la amplitud de inversión de capitales y de que el principal proveedor de esos capitales serían los Estados Unidos: los productores americanos podrían mantener o ampliar sus exportaciones gracias a ese movimiento de capitales. El Gobierno deseaba, por tanto, el desarrollo de esas inversiones. Sin duda, dejaba

a los bancos la responsabilidad de sus decisiones; pero les daba consejos, opiniones, advertencias; y si se emitía un empréstito extranjero en el mercado financiero americano, imponía su inspección, especialmente si temía que el producto del empréstito sirviese para financiar armamentos. La característica más chocante de esa conducta era el desacuerdo que se daba entre la actitud política y la actividad económica. La primera aparentaba ser negativa; no lo era por entero, porque la diplomacia americana continuaba favoreciendo los tratados de arbitraje y de desarme y enviaba con frecuencia *observadores*, sin carácter oficial, a las conferencias internacionales en las que no podía, de acuerdo con sus principios, tener delegados; pero la diplomacia americana se negaba siempre a contraer cualquier compromiso. La segunda se preocupaba no solo de proteger por doquier los intereses comerciales y financieros americanos, sino también de asegurar la participación oficial de los representantes de los Estados Unidos en las organizaciones internacionales de carácter económico, social o técnico. La administración republicana no intentó atenuar ese desacuerdo, adaptando, en sus relaciones internacionales, los medios políticos a las preocupaciones económicas.

Pero el "aislacionismo" no era aplicable en Extremo Oriente ni, naturalmente, en la América latina.

Los intereses económicos americanos, presentes y futuros, en ese mercado chino que ofrecía más de cuatrocientos millones de *consumidores*; la voluntad de salvaguardar las posiciones estratégicas conseguidas por los Estados Unidos en los archipiélagos del Pacífico y la propaganda de las misiones religiosas, incitaban al Gobierno de Washington a enfrentarse con el imperialismo japonés. Para lograrlo era necesario que la política americana aceptase ciertas responsabilidades, concertando acuerdos con los estados de Europa occidental y, en primer lugar, con Gran Bretaña. A pesar de ello, el Departamento de Estado deseaba atenerse a la presión diplomática y no se planteaba el contraer compromisos que implicasen un posible empleo de la fuerza.

Las preocupaciones estratégicas, que antes de 1914 habían sido un importante móvil de la política en América latina, istmo de Panamá y todo el litoral del mar de las Antillas, se hallaban satisfechas: bastaba con que el Gobierno de los Estados Unidos velase por mantener los resultados conseguidos, utilizando, en forma apenas atenuada, los métodos de la *diplomacia del dólar*. Ahora eran las preocupaciones económicas las que ejercían una influencia decisiva; obligaban a los Estados Unidos a extender su acción por América del Sur, en donde, hasta 1914, solo habían tenido una importancia secundaria en la explotación de los recursos materiales y en la inversión de capitales. El eclipse de Europa durante la guerra 1914-1918 había dejado el campo libre a los exportadores y negociantes americanos; los objetivos de esa política consistían en ampliar los primeros resultados, sobre todo en las regiones donde existían reservas de materias primas, y al mismo tiempo afirmar la posición dominante que poseían en el continente. La consecuencia necesaria

fue que los intereses europeos se vieran obligados a ir cediendo terreno poco a poco.

La posición internacional de Japón seguía estando orientada por factores económicos y demográficos que le impulsaban a una política de expansión (1). ¿Podría desarrollarse esa política por procedimientos pacíficos o exigiría recurrir a la fuerza? Desde 1920, los dirigentes nipones se hallaban divididos a ese respecto. Y la divergencia no haría más que acentuarse en el transcurso de los años siguientes.

La expansión *pacífica* debía contentarse con los procedimientos habituales de la acción comercial. Buscar una *aproximación económica* con China, que absorbía el 22 por 100 de las exportaciones niponas, y, para conseguirlo, afirmar el respeto a la soberanía e integridad territorial chinas; crear organismos encargados de la compra de materias primas, eligiendo los proveedores en aquellos estados que, en caso de guerra general, no se convirtieran en adversarios de Japón; encontrar nuevos mercados de exportación, por ejemplo, en las colonias europeas, donde el cliente, al que interesaba más el precio que la calidad, era apropiado para apreciar los productos de la industria nipona: tal era la tesis de los dirigentes de los grandes *trusts*—el barón Mitsui, que controlaba 284 empresas, con un capital global de 26 mil millones de francos; el barón Iwasaki, jefe del grupo Mitsubishi, que contaba con 92 empresas—. Esa era también la opinión de las asociaciones de industriales cuyos jefes se reunían en el *Keizai Club*, estado mayor de la economía nipona. Estos medios de los negocios realizaban una acción importante en la vida política, pues concedían subvenciones a los partidos, tenían influencia en los periódicos de gran tirada y no tenían comprar votos cuando llegaban las elecciones.

Los partidarios de una expansión armada decían que tal moderación era peligrosa. Japón no debía correr el riesgo de verse privado de materias primas o de sufrir un *boicot*. Para evitar esos peligros, el único medio sería establecer la dominación directa o la influencia política sobre los territorios que fuesen de importancia esencial como reservas de materias primas o mercados exteriores. Esto concordaba con la misión del pueblo nipón, llamado a dirigir y *unificar* las poblaciones asiáticas. Esa tesis imperialista tenía su foco principal en los Estados Mayores del Ejército y la Marina; contaba también con numerosos partidarios en el seno de la alta administración y entre los portavoces de determinados medios universitarios. La primera etapa de esa expansión armada cubriría Manchuria; la segunda, el norte de China. Yendo más lejos, los *extremistas*—Kita Ikki, sobre todo, en la obra que publicó en 1919, *Las bases de la reconstrucción del Japón*—llegaban hasta sugerir una expansión a expensas de las grandes potencias europeas que poseían en la zona del Océano Pacífico *territorios exageradamente extensos*: Australia y Siberia ex-

(1) Véase pág. 768.

tremo oriental. No hay que decir que esa política había de ser sostenida por un gran esfuerzo de rearme y, como corolario de él, otro esfuerzo fiscal; los *ultras*, incluso para cubrir los gastos de ese rearme, pensaban en una confiscación parcial del capital.

Desde 1920 a 1930, en aquel conflicto de tendencias; dominó la tesis de la expansión pacífica, con la excepción de un breve intermedio. La agitación imperialista, sin embargo, fue incesante y a veces amenazadora, pues los extremistas constituían una organización combativa, la sociedad Rosinkai, que utilizaba procedimientos de intimidación, e incluso llegó en ocasiones hasta el asesinato. Pero la burguesía de los negocios dominaba en la Cámara de Representantes, a través de su portavoz, el partido Seiyukai, que desde 1921 disponía de la mayoría relativa. La crisis económica incitó a ese partido a pedir, en 1922, la disminución de los gastos de rearme, con el fin de aligerar las cargas fiscales, y a preconizar una política exterior *moderada*, pues cualquier presión brutal que se ejerciera contra China podría provocar reacciones en los medios económicos chinos, cuyas consecuencias perjudicarían a los exportadores japoneses. Durante cinco años, de 1924 a 1927, y después en 1929-1930, el Ministerio de Asuntos Extranjeros fue dirigido por el barón Shidehara, yerno del barón Iwasaki y, por consiguiente, muy ligado a los intereses de los *trusts*.

Que la política exterior del Japón se manifestase, por algún tiempo, mediante tendencias conciliadoras y prudentes era algo inesperado para el mundo contemporáneo.

¿Será superfluo subrayar la característica fundamental de este cuadro general de las políticas nacionales? La posición tomada en los Estados Unidos por el Gobierno y la opinión pública era en 1920, y lo seguiría siendo después, el factor determinante de la evolución de las relaciones internacionales. Esa posición fue la causa profunda de lo que hubo de precario en la organización de la paz.

#### BIBLIOGRAFÍA

##### Sobre los aspectos generales.—

Además de las obras citadas en la bibliografía general de esta parte, B. DE JOUVENEL: *D'une guerre à l'autre. I. De Versailles à Locarno. II. La décomposition de l'Europe libérale, 1925-1932*, París, 1941, 2 vols.—G. PIROU: *Economie libérale et économie dirigée. T. I. Economie libérale*, París, 1946.

**Sobre las relaciones económicas internacionales.**—Además de las obras de índole general ya citadas, B. V. DAMALOS: *La réorganisation de l'économie mondiale; les tentatives in-*

*fructueuses de la S. D. N. et les efforts actuels de l'O. N. U.*, París, 1947.

**Sobre el movimiento de las ideas económicas.**—E. JAMES: *Histoire de la pensée économique au XX<sup>e</sup> siècle*, París, 1955, 2 volúmenes.

**Sobre las condiciones económicas nacionales.**—*En los Estados Unidos*: B. ANDERSON: *Economics and the public Welfare. Financial and economic history of the U. S. 1914-1946*. Nueva York, 1950.—L. FRANCK: *Histoire économique et sociales des Etats Unis de*

1919 a 1949, París, 1950.—H. FAULKNER: *American economic history*, Nueva York, 5.ª ed. 1942.—R. F. MIKSELL: *U. S. Economic Policy and international*.

*Relations*, Nueva York, 1952.—G. SOULE: *Economic History of the U. S.* Tomo VIII. *Prosperity Decade* (1917-1929), Nueva York, 1947.

*En Gran Bretaña*: P. GREGG: *A social and economic history of Britain, 1760-1950*, Londres, 1950.

*En Francia*: J. GIGNOUX: *L'économie française entre les deux guerres 1919-1939*, París, 1942.—P. COMBE: *Niveau de vie et progrès technique en France, 1860-1939*, París, 1955.

*En Alemania*: W. F. BRUCK: *Social and economic History of Germany from William II to Hitler*, Londres, 1938.

*En el Japón*, W. LOCKWOOD: *The economic Development of Japan. Growth and structural change, 1868-1938*, Princeton, 1954.

*En Polonia*: F. ZWIER: *Poland between two wars. A critical Study*, Londres, 1944.

*En Rusia*: M. DOBB: *Soviet economic Development since 1917*, Londres, segunda ed. 1949.—S. N. PROKOPVICZ: *Russlands Volkswirtschaft unter den Sowjets*, Zurich, 1944.—L. WENGER: *L'essor économique de l'U. R. S. S. depuis la révolution d'octobre 1917 jusqu'à la guerre germano-russe de 1941. Essai de synthèse d'une documentation statistique*, París, 1945.

**Sobre las políticas nacionales.**—(Además de las obras citadas en la bibliografía general de esta parte.)

*En Alemania*: M. BAUMONT y M. BERTHELOT: *L'Allemagne. Lendemain de guerre et de révolution*, París, 1922.—

A. RIVAUD: *Le relèvement de l'Allemagne, 1918-1938*, París, 1938.—J. BENOIST-MÉCHIN: *Histoire de l'armée allemande*, París, 1936, 2 vols.—O. E. SCHÜDDEKOPF: *Das Heer und die Republik. Quellen zur Politik der Reichswehrführung, 1918-1938*, Hannover, 1955.—Ed. VERMEIL: *L'Allemagne contemporaine, sociale, politique et culturelle, 1890-1950*, París, 1953, 2 volúmenes (el t. II)—JOHN WHEELER BENNET: *The Nemesis of Power. The German Army in politics, 1918-1945*, Londres, 1953.—E. EYCK: *Geschichte*

*der Weimarer Republik* tomo I, Zurich, 1954.—M. GÖHRING: *Bismarcks Erbe, 1895-1945*, Wiesbaden, 1958.—H. GORDON: *The Reichswehr and the German Republic, 1919-26*, Princeton, 1957.

*En Francia*: MARTIN ACKERMANN: *Quelques aspects de l'opinion publique en France sur le problème allemand, 1920-1940*, París, 1953, (tesis dactilografiada).—J. E. HOWARD: *Parliament and foreign Policy in France, 1919-1939*, Nueva York, 1948.—S. CHASTENET: *Les années d'illusions, 1918-31*, París, 1960.

*En Estados Unidos*: G. L. GRASSMUCK: *Sectional Biases in Congress on foreign Policy, 1921-1941*, Baltimore, 1951.

*En Gran Bretaña*: W. MEDLICOTT: *British foreign Policy since Versailles, 1919-1939*.—Londres, 1942.—A. WOLFERS: *Britain and France between two wars: conflicting strategies of Peace since Versailles*, Nueva York, 1940.—J. BIGGS-DAVISON: *The uncertain Ally*, Londres, 1957. (Sobre las relaciones con los Estados Unidos.)

*En Polonia*: A. ROSE: *La politique polonaise entre les deux guerres*, Neuchâtel, 1945.

*En Italia*: P. ALATRI: *Le origini del fascismo. La classe dirigente italiana, en Belfegor*, 1950, págs. 129 a 147, 271 a 280, 277 a 403.—G. CHRISTOPOULOS: *La politique extérieure de l'Italia fascista*, París, 1936.—E. SALVATORELLI y G. MIRA: *Storia del fascismo: l'Italia dal 1919 al 1945*, Roma, 1952.—G. SALVEMINI: *Mussolini diplomatico 1922-1932*, Bari, 1952.—M. VAUSSARD: *Comment Mussolini devint imperialiste*, en *Revue des Deux Mondes*, 15 enero 1959, pgs. 305-317.

*En Suecia*: H. TINGSTEN: *The Debate on the foreign Policy of Sweden 1918-1939*, Londres, 1949 (trad. del sueco).

*En la U. R. S. S.*: MAX BELOFF: *The foreign policy of Soviet Russia, 1929-1941*, Londres, 1947 (la introducción de la obra).—J. FISCHER: *The soviet in world affairs*, Nueva York, 1952, 2 vols.—N. MILIUKOV: *La politique extérieure de l'U. R. S. S.*, París, 1931.

J. DEGRAS: *The Communist International, 1919-1943*, Tomo I: 1919-1922, Londres, 1956.

**Sobre las minorías nacionales.**—

P. AZCÁRATE: *League of Nations and national Minorities*, Nueva York, 1945.—C. KARCKENBECK: *The international Experiment of Upper Silesia, 1922-1937*, Londres, 1942.—S. P. LADAS: *The Exchange of Minorities*, Londres, 1932.—N. POLITIS: *Le problème des minorités*, en "Esprit international", enero 1955, págs. 3 a 21.—S. WAMBAUGH: *Plebiscites since the World War*, Washington, 1933, 2 volúmenes (citado anteriormente; bibliografía del cap. VI).

**Sobre el Islam.**—R. A. GIBB: y otros: *Whither Islam? A Survey of modern movement in the Moslem World*—LUCY O'LEARY: *Islam at the cross roads. A brief survey of the present position and problems of the World of Islam*, Londres, 1923.—L. MASIGNON: *Le problème islamique*, París, 1921 (conferencia).—L. STOD-

DARD: *Le nouveau monde de l'Islam* (traducido), París, 1923.—I. ZINGARELLI: *Il risveglio dell'Islam*, Milán, 1928.—XXX: *L'Islam et la politique contemporaine. Conférences organisées par la Société des Anciens élèves de l'École libre des Sciences politiques*, París, 1927.—GLUBB PACHÁ: *Britain and the Arabs, 1908-1958*, Londres, 1959.

**Sobre los movimientos nacionalistas en el Extremo Oriente.**—D. M.

BROWN: *Nationalism in Japan*, Berkeley, 1955.—KAO CHUNG-JU: *Le mouvement intellectuel en Chine, 1919-1925*, París, 1957.—F. LÉGER: *Les influences occidentales dans la révolution de l'Orient: Inde, Malaisie, Chine, 1850-1950*, París, 1955, 2 vols.—SZU YU-TENG y J. FAIRBANK: *China's Response to the West. A documentary Survey, 1839-1923*, Cambridge (U. S. A.), 1954.—C. BRANDT y B. SEHWARTZ: *A documentary history of Chinese Communism*, Cambridge (U. S. A.), 1952.—J. CHESNEAUX: *Sun-Yat-Sen*, París, 1959.



## CAPITULO IX

## LA CUESTION ALEMANA

Fue, sobre todo, Francia la que hizo establecer en el Tratado de Versalles ciertas limitaciones a la soberanía alemana y las cargas financieras que gravaban la economía del Reich (1); era Francia quien deseaba mantenerlas para garantizar su seguridad y conseguir la reconstrucción de las regiones devastadas. Pero las preocupaciones por la seguridad y el pago de las reparaciones no podían tener más que un mediocre interés para Gran Bretaña, que deseaba que Alemania recobrase su puesto en la producción y en el comercio de Europa. Los medios políticos alemanes, desde finales de 1919, daban por descontado que esas divergencias entre los intereses de los vencedores les permitirían obtener una revisión progresiva de las cláusulas del Tratado de Versalles; desde 1920, la política inglesa fortaleció en ellos esa esperanza.

La política francesa oscilaba, pues, entre dos tendencias (2): imponer a Alemania, mediante la presión armada, la ejecución íntegra del Tratado de Versalles, a pesar de las reticencias y quizá de la oposición, de Gran Bretaña, u orientarse hacia una política de conciliación que implicaría en breve plazo la atenuación del Tratado. Francia las adoptó, sucesivamente, antes y después de mayo de 1924.

## I. LOS CONFLICTOS FRANCO-ALEMANES (1920-1923)

Desde 1920 a 1923 el Gobierno alemán, que se apoyaba, dentro de la Asamblea Nacional, en una coalición cuya pieza fundamental era el partido del Centro católico, intentó escapar a la limitación de los armamentos y al pago de las reparaciones. Las crisis sociales y políticas que sacudían al Reich proporcionaban a aquel Gobierno argumentos que la opinión francesa, por lo general, se negaba a tomar en consideración, pero que eran mejor recibidos por la opinión pública de Gran Bretaña.

Durante la agitación revolucionaria de 1920, las cláusulas militares del Tratado de Versalles no fueron respetadas. El Ejército alemán, que debería quedar reducido a 100 000 hombres, mantuvo a 200 000 bajo las banderas y era ayudado por formaciones *paramilitares*—milicias, guardia cívica—, que contaban con varios centenares de millares de

(1) Véase libro II, capítulo VI.

(2) Véanse págs. 831 y 832.

hombres; las tropas regulares del Reich, para reprimir en marzo de 1920 una insurrección comunista en el Ruhr, penetraron en la zona renana desmilitarizada que se extendía por la orilla derecha del Rin. El Gobierno francés respondió a la violación del estatuto de desmilitarización con una sanción militar, la ocupación de Francfort y Darmstadt, y la mantuvo, a pesar de las objeciones inglesas, hasta que las tropas alemanas evacuaron la zona desmilitarizada. Luego exigió—pero solo en la primavera de 1921, es decir, después de la represión de las sublevaciones en Alemania—la votación de las leyes alemanas, que, el 22 y 23 de marzo de 1921, redujeron los efectivos del Ejército a las cifras fijadas en el Tratado y anunciaron la disolución de las milicias; en esta ocasión, el Gobierno francés obtuvo el asentimiento de Gran Bretaña.

La cuestión de las reparaciones dio lugar a discrepancias franco-inglesas que facilitaron la resistencia alemana. Ante todo se trataba de fijar las obligaciones del Reich, cuya suma total no había sido determinada en el Tratado de Versalles (1); en las conferencias sucesivas, que se celebraron en 1920 en San Remo, Boulogne y Bruselas, el Gobierno francés adelantó una cifra considerable—230 000 000 000 de marcos-oro—, tanto para asegurar los recursos necesarios para la reconstrucción como para retrasar la recuperación económica alemana, que sería, a la vez, un potencial militar; el Gobierno inglés se negó a abrumar a Alemania. La cifra de transacción, adoptada el 5 de mayo de 1921 por la Comisión de Reparaciones, fue de 132 000 000 000 de marcos-oro, pagaderos en anualidades cuyo importe variaría de acuerdo con el progreso de las exportaciones alemanas. El Gobierno alemán, después de haber declarado que no estaba en condiciones de pagar más de 30 000 000 000 de marcos-oro, aceptó, sin embargo, esa pretensión para eludir la amenaza de la ocupación del Ruhr. Pero seis meses más tarde solicitó una moratoria, afirmando que la caída del marco le situaba en la imposibilidad de cumplir sus compromisos. La respuesta del Gobierno francés a esta suspensión de pagos fue, después de largos debates anglo-franceses, la ocupación del Ruhr en enero de 1923; Gran Bretaña se negó a participar en ella. Alemania opuso una *resistencia pasiva*, que abandonó al cabo de ocho meses. Sin embargo, cuando Alemania capituló, el Gobierno francés acabó por aceptar que la cuestión de las reparaciones pasase al examen de un comité internacional de técnicos, que trabajaría *protegido de toda influencia política*. Esta solución había sido ya propuesta antes de la ocupación del Ruhr, y el Gabinete francés la había rechazado porque implicaría, inevitablemente, una amputación de los derechos franceses y llevaría a tratar la cuestión de las reparaciones *como una operación bancaria*, y, sin embargo, fue aceptada ahora, cuando los medios de fuerza parecían mostrar su eficacia.

(1) Véase pág. 777.



La política de presión fue empleada con éxito, pues, en 1920 y en 1921, a propósito del desarme alemán; pero, dos años más tarde, no resistió una nueva prueba, más difícil. Son las circunstancias de ese fracaso las que deben llamar nuestra atención.

El Gobierno francés, un año antes de decidir la operación del Ruhr, había recibido, a principios de enero de 1922, una oferta inglesa: si Francia aceptase la remisión del examen de las reparaciones a una conferencia internacional que, sin ninguna duda, disminuiría sus derechos, recibiría de Gran Bretaña una promesa de intervención armada en caso de agresión alemana; es decir, se trataba de volver al Pacto de garantía prometido por Lloyd George a Clemenceau, y que caducó como consecuencia de la actitud de los Estados Unidos (1). El presidente del Consejo, Aristides Briand, estaba dispuesto a negociar sobre esa base; pero fue desautorizado por el presidente de la República, Alejandro Millerand, y por la mayoría del Consejo de Ministros, que consideró inaceptable la oferta inglesa. ¿Por qué la garantía se ofrecía solo a Francia, y no a Polonia y a Checoslovaquia, piezas maestras del *sistema francés* en el continente? Y la solución internacional que se quería dar al problema de las reparaciones ¿no tendría como consecuencia el arrebatar a Francia el derecho a la presión, si Alemania faltase a sus compromisos en el futuro? Después de la dimisión de Briand, el Gobierno dirigido por Raymond Poincaré anunció una nueva línea de conducta: si Alemania no satisfacía el pago de las reparaciones debería ceder a sus acreedores las minas de dominio público del Ruhr.

¿Qué se esperaba de esa *pignoración de prenda*? Se perseguían, según las explicaciones que dio más tarde el presidente del Consejo, dos posibles resultados: obligar a los alemanes a reanudar el pago de las reparaciones o, en su defecto, a que cedieran la explotación de los yacimientos mineros en provecho de sus acreedores. Al parecer, el Gobierno, convencido de la mala fe de su deudor, perseguía preferentemente el primero de aquellos dos objetivos: el Gobierno alemán invocaba la crisis monetaria para cesar de pagar las reparaciones; pero él contribuía a agravar esa crisis, quizá por cálculo, o, por lo menos, por omisión. ¿Por qué no adoptaba medidas más severas para detener la baja del marco? ¿Por qué los industriales alemanes se negaban a repatriar las divisas extranjeras que les eran entregadas como pago de sus exportaciones? En cuanto a las dificultades técnicas de las *transferencias*, los medios políticos preferían ignorarlas. Desde ese punto de vista—que es el de la mayoría de los franceses—, resultaba lógico pensar que el Gobierno alemán empezaría a tener *voluntad de pagar* cuando la ocupación del Ruhr significase una dificultad insoportable para la economía del Reich. La otra hipótesis—la de que la *prenda productiva* iba a proporcionar un medio directo de pago—obligaría a

(1) Véanse págs. 806 y 807.

hacer a las autoridades francesas un difícil esfuerzo para organizar la explotación: más valdría, pues, no recurrir a esa solución hasta no haber intentado la otra.

En cualquiera de los dos casos, la operación implicaba serios riesgos: resistencia armada de Alemania; oposición abierta de Gran Bretaña. Según ciertos testimonios, Raymond Poincaré no desconocía la importancia de esos obstáculos, sobre todo después que el mariscal Foch criticó el proyecto; pero Poincaré cedió a la presión del presidente de la República y de sus colegas del Gabinete.

¿La opinión pública pedía esa política? No parece que la Prensa hubiera realizado una labor de agitación. *Action française* fue el único periódico que predicó la ocupación del Ruhr. Pero, una vez tomada la decisión, la operación fue aprobada por los periódicos de derecha y de centro, así como por los principales periódicos radicales; las críticas procedieron de los comunistas, que denunciaban la codicia de los intereses metalúrgicos franceses; de los socialistas, que consideraban ineficaz el procedimiento, y de los radicales de *izquierda*, que estimaban que era inoportuna. En resumen: la opinión pública, en su mayoría, estaba lo bastante convencida del derecho de Francia para aceptar la iniciativa, aunque fuese aleatoria.

¿Fue motivada la decisión del Gobierno por las demandas de los grandes intereses económicos? La hipótesis puede parecer plausible, puesto que la metalurgia francesa competía con la metalurgia alemana, cuya existencia dependía del carbón del Ruhr. Sin embargo, en realidad, los miembros del Comité de Forjas se encontraban divididos: unos—entre ellos, Creusot—querían aprovechar la ocasión para acabar con la competencia alemana; otros—y en este caso se encontraban los grandes establecimientos de Lorena—se mostraban reticentes, pues temían verse privados de sus abastecimientos de coque. Esas divergencias excluían cualquier intento de acción coherente con respecto a los poderes públicos.

La ocupación del Ruhr no fue determinada, en consecuencia, por la presión de los hombres de negocios ni por el estado de ánimo de la opinión; fue fruto de la deliberación política, que no tuvo en cuenta el consejo de los economistas.

Cuando el Gobierno francés realizó la operación y chocó con la *resistencia pasiva* alemana, es decir, con la huelga de los mineros y empleados de ferrocarriles, decidida y financiada por el Gobierno del Reich, lo más interesante fue la actitud de Gran Bretaña.

El Gabinete británico, desde el verano precedente, no había cesado de repetir que la ocupación del Ruhr sería desastrosa para la economía de toda Europa y que ocasionaría pérdidas particularmente graves a los exportadores ingleses. Por eso, la política alemana tuvo en cuenta esa divergencia anglo-francesa. Quedó decepcionada: el Gobierno inglés, aunque hasta última hora insistió para que fuese abandonado el

plan francés, adoptó, ante el hecho consumado, una actitud de *neutralidad*: hasta el mes de agosto no se decidió a declarar que la ocupación iba en contra del Tratado de Versalles, asumiendo el papel de mediador; pero cuando tropezó con la negativa francesa se limitó a criticarla ásperamente, y no insistió más. Sin embargo, la mayoría de la opinión pública, con la excepción de ciertos núcleos conservadores—los del sur de Inglaterra—, manifestó ante la política francesa una hostilidad que los intereses económicos explican por sí solos. La industria textil disminuyó en un 50 por 100 sus ventas a Alemania; la industria química se encontró privada de sus subproductos del coque del Ruhr; la industria hullera y la metalúrgica, que deberían estar satisfechas al desaparecer la competencia alemana, se inquietaron cuando las autoridades francesas y belgas comenzaron a organizar la explotación de las minas. Aquel carbón, sustraído al consumo alemán, ¿no sería lanzado al mercado mundial en detrimento del carbón inglés? ¿No se resignaría la metalurgia alemana, acorralada, a ingresar en un *trust* franco-alemán del acero, cuya existencia resultaría amenazadora para la metalurgia inglesa? Los grupos financieros que poseían participaciones en las grandes empresas alemanas temían perder sus inversiones.

Había suficientes motivos para incitar a Gran Bretaña a oponerse más energicamente a la pretensión francesa. Pero el Gabinete no los tomó en consideración, sin duda porque medía los riesgos políticos que traería consigo una ruptura moral con Francia para la posición mundial de Gran Bretaña.

La prudencia inglesa trajo, como consecuencia, la *capitulación* alemana. Al adoptar el método de la resistencia pasiva, el Gobierno del Reich daba por descontado que Gran Bretaña impondría a Francia un compromiso; y había prolongado su resistencia, a pesar de todos los riesgos. Los resultados fueron desastrosos: el *apoyo al Ruhr* llevó al Reich a invertir sumas enormes—3.500.000.000.000 de marcos—, sin ninguna compensación, sumas obtenidas mediante la inflación monetaria; la moneda, por ello, comenzó una baja vertiginosa (el cambio del dólar, que era de 10.425 marcos a principios de enero de 1923—en vísperas de la ocupación del Ruhr—, alcanzó seis millones de marcos, el 13 de agosto; 142 millones, el 27 del mismo mes); esa catástrofe monetaria paralizó los negocios; la industria alemana, amenazada por la penuria del carbón, corría el riesgo de hundirse si las autoridades francesas de ocupación paralizasen totalmente las remesas a Alemania; en fin, la población obrera del Ruhr, en paro forzoso durante meses, no disimulaba su cansancio, a pesar de las indemnizaciones que recibía. El Reich se hallaba entonces bajo la amenaza de la *descomposición*. El Gobierno afrontó esos riesgos mientras mantuvo la esperanza de una mediación inglesa. Pero, desde el momento en que esa esperanza se derrumbó, no tenía objeto prolongar la resistencia pasiva: así lo hizo constar el nuevo ministro de Asuntos Extranjeros, Gustavo Stresemann,

el 23 de agosto. El 26 de septiembre de 1923, se anunció la capitulación alemana: el fin de la resistencia pasiva abría el camino al éxito de la política de *prenda productiva*.

Pero esa victoria francesa no tuvo consecuencias. El presidente del Consejo francés, en lugar de hacer conocer inmediatamente al Gobierno alemán sus condiciones, eludió toda negociación, manteniendo una actitud negativa que sorprendió a sus agentes diplomáticos y llenó de estupor a sus amigos políticos. Esa aparente pasividad se prolongó durante dos meses; otorgó a la política inglesa un plazo para que tomase ventaja. El 20 de octubre de 1923, el Gabinete británico propuso una encuesta internacional para determinar la capacidad de pago de Alemania, por lo que se refería a las reparaciones; se trataba de una sugerencia que ya había presentado, vanamente, en la Conferencia de Cannes, en enero de 1922, y que había vuelto a proponer, con el mismo éxito, en agosto de 1923. Y Raimundo Poincaré, el 28 de octubre, en el momento en que acababa de obtener un gran éxito y se encontraba en condiciones de explotar la *prenda productiva* (pues las minas proporcionaban ingresos importantes, aun deduciendo los gastos de ocupación), aceptó la sugerencia inglesa, cuyo resultado más probable había de ser una *disminución* de los derechos franceses. ¿Cómo se explica ese comportamiento, a primera vista paradójico?

Las interpretaciones dadas por testigos directos—políticos, diplomáticos, miembros del Gobierno—sobre los motivos que indujeron al presidente del Consejo francés, en el otoño de 1923, a adoptar una actitud de espera, son divergentes. Según unos, Poincaré comprendió que la *victoria del Ruhr* no le permitiría obtener de Alemania, cuyo desconcierto económico y financiero era total, la reanudación del pago de las reparaciones; si hubiera aceptado, por sí, una reducción de esos pagos, se hubiera arriesgado a convertirse en el blanco de las críticas parlamentarias; pero podía, en cambio, decidirse a ello cuando Gran Bretaña tomase la iniciativa y la responsabilidad de esa reducción. Según otros, el presidente del Consejo francés creyó que le interesaba, sobre todo, *dejar correr* los acontecimientos. Prefirió esperar a que se desarrollasen las consecuencias políticas del desorden alemán: si el Gobierno del Reich no llegaba a dominar los movimientos revolucionarios que acababan de surgir en Baviera y Sajonia, se vería obligado, en el plazo de algunas semanas, a aceptar todas las condiciones que Francia quisiese imponerle. Quizá también haya que pensar que esa política daba por descontado el éxito del separatismo renano. El 23 de octubre, Dorten proclamó la formación del estado autónomo del Palatinado. La reducida minoría que apoyaba esa iniciativa se creía protegida por la presencia de las tropas francesas o belgas y por la ayuda indirecta de las autoridades de ocupación; sin embargo, no tardó en sucumbir. El presidente del Consejo francés, aunque evitó la intervención francesa y se abstuvo de dar instrucciones precisas a sus agentes diplomáticos y militares, prefirió, al parecer, con el fin de propor-

cionar una oportunidad a los separatistas, diferir toda negociación con el Gobierno del Reich; subordinó, en definitiva, el interés financiero, es decir, el pago inmediato de las reparaciones, a posibilidades políticas que le parecían más importantes. El estado actual de la información histórica no permite escoger con seguridad entre esas hipótesis.

Acerca de las razones que determinaron al Gobierno francés a aceptar la solución inglesa, la interpretación resulta más fácil. Raymond Poincaré se daba cuenta de que la explotación de la prenda productiva, que implicaba la prolongación del régimen de ocupación del Ruhr, agravaría el desacuerdo franco-inglés, pues lesionaría los intereses económicos británicos. ¿Se debía correr ese riesgo? Poincaré sabía que el rendimiento de la operación del Ruhr obedecía, en gran parte, a la liquidación de las reservas que se encontraban en las bocaminas en el momento de la ocupación, y era consciente de que la explotación de la prenda sería más difícil y más aleatoria. Tenía en cuenta, también—, sobre todo—, las dificultades monetarias francesas: la baja del franco, que comenzó en las primeras semanas de la lucha por el Ruhr (el dólar pasó, de 14,98, en enero de 1923, a 16,23, en febrero, y a 17,05, en julio), persistía, e incluso se agravaba, a pesar del éxito diplomático del 26 de septiembre. Aunque el Gobierno pidió a los contribuyentes franceses que se sacrificasen, con el fin de restablecer el equilibrio presupuestario, esa baja del franco continuó hasta el 23 de marzo de 1924, momento en que la Banca Morgan concedió a la Banca de Francia un crédito; pero, para obtener esta ayuda, el Gobierno francés hubo de comprometerse a no emitir ningún empréstito, ni siquiera para la reconstrucción de las regiones liberadas, sin hacer votar los recursos fiscales correspondientes. La Prensa inglesa indicó que los mercados financieros de Londres y Nueva York—los únicos a los que sería posible acudir—rehusarían dar más facilidades, en tanto que la política francesa persistiese en querer *pacificar Europa por la fuerza*. En resumen, como señaló M. Etienne Weill-Raynal: el Gobierno de Poincaré emprendió el asunto del Ruhr sin haber *asegurado sus bases financieras*. El riesgo no habría sido grave si la opinión pública francesa hubiese aceptado desafiar a la opinión mundial y consentido en un nuevo aumento de las cargas fiscales. Pero esa posibilidad tuvo que ser descartada, al parecer. Y eso fue lo que llevó al presidente del Consejo a ceder ante la presión inglesa.

De este modo terminó una política que se proponía obligar a Alemania a cumplir todas las obligaciones del Tratado de Versalles. Para medir su fracaso, basta con hacer constar que el Gobierno francés que, en enero de 1922—en la Conferencia de Cannes—, había rechazado la proposición inglesa de garantía porque no quiso someter la cuestión de las reparaciones a una instancia internacional, se adhirió a esa solución en noviembre de 1923, sin obtener la compensación política que se le había ofrecido veinte meses antes.

## II. EL INTENTO DE CONCILIACION (1924-1930)

Después de las elecciones generales de mayo de 1924, en las que la mayoría del cuerpo electoral francés se pronunció, a la vez, contra el aumento de las cargas fiscales y contra los métodos de violencia frente a Alemania, la política de conciliación sería la que, durante varios años, orientase las relaciones franco-alemanas. Stresemann anunció la intención de cumplir las cláusulas del Tratado de Versalles; a cambio, esperaba conseguir la revisión progresiva de dichas cláusulas, y un puesto en el Consejo de la Sociedad de Naciones, que daría a Alemania la oportunidad de desarrollar con mayor eficacia el juego de su diplomacia, así como la de intervenir en las cuestiones relativas al estatuto de las minorías nacionales; además, obtuvo una ventaja inmediata: la concesión de créditos extranjeros, necesarios para la recuperación económica del Reich. Briand, otra vez presidente del Consejo, aceptó esa perspectiva, pues estaba convencido de los riesgos que acarrearía el recurrir a la imposición (1).

En esa política, la participación alemana se caracterizó por la reanudación de los pagos por reparaciones; y por el reconocimiento expreso de las fronteras establecidas en 1919 entre Alemania, Francia y Bélgica; la contrapartida, pedida en septiembre de 1926 y prometida tres años más tarde, fue la evacuación de los territorios renanos—que se efectuó cinco años antes del término fijado por el Tratado—. Sin embargo, en 1930, se hizo evidente el fracaso de tal política. Para comprender ese fracaso, es preciso estudiar las circunstancias, las intenciones y el alcance que concurren en cada una de esas decisiones.

La reanudación de los pagos alemanes por reparaciones se estableció sobre las bases previstas, en la primavera de 1924, por el Comité internacional de técnicos que presidía el americano Dawes. El *plan Dawes* fijó, aunque solo para una duración de cinco años, las anualidades crecientes que debería pagar Alemania (mil millones de marcos oro, el primer año; dos mil quinientos millones, el quinto); y disponía que el cumplimiento de esas cláusulas estaría garantizado por la entrega de obligaciones sobre los ferrocarriles y la industria de Alemania. El acuerdo disminuía sensiblemente las cargas impuestas a Alemania por el estado de pagos del 5 de mayo de 1921; pero, debido a la hipoteca que implicaba, establecía una nueva limitación a la soberanía alemana.

El Gobierno del Reich y la Asamblea Nacional hicieron caso omiso de las objeciones de la extrema derecha, siempre dispuesta ardientemente a predicar la resistencia. La aceptación del plan Dawes parecía necesaria, ante todo para obtener la evacuación del Ruhr; pero también para encontrar en los Estados Unidos y en Inglaterra los capitales indispensables en el equipamiento de la industria alemana. ¿Qué

(1) Véase pág. 833.

posibilidad tendría Alemania de obtener esos capitales si rechazase el plan establecido por los técnicos financieros de los dos países aludidos?

De hecho, el plan Dawes fue aplicado en condiciones satisfactorias. Durante cinco años, Alemania cumplió puntualmente sus obligaciones y la transferencia de anualidades se efectuó sin dificultades. No obstante, esa circunstancia favorable se debía a otra de carácter excepcional: la afluencia considerable de capitales extranjeros—americanos, en sus dos terceras partes, pero también ingleses y holandeses—al mercado alemán. Los medios financieros internacionales estimaban que Alemania, que no había sufrido devastaciones territoriales en la guerra 1914-1918, se encontraba en buenas condiciones para reanudar su poderoso desarrollo económico. Las formas principales que adoptaron esas inversiones fueron los créditos abiertos a los bancos alemanes por bancos extranjeros, los empréstitos emitidos por los servicios públicos del Reich y por las ciudades alemanas, en el extranjero; la compra de valores industriales o de inmuebles. En cinco años, el total de esas inversiones ascendió a 23.000 millones de marcos oro, según la valoración del Reichsbank; y, si se adopta la estimación francesa, a 30.000. Ahora bien, en el mismo período, la suma total de los pagos alemanes por reparaciones apenas pasó de 7.500 millones. Este hecho explica la facilidad de las transferencias. La Prensa alemana, el presidente de los Estados Unidos (en su discurso del 11 de noviembre de 1928) y los economistas se mostraban de acuerdo para subrayar esa relación directa entre el movimiento internacional de capitales y la ejecución del plan Dawes. Pero en septiembre de 1926, John Maynard Keynes demostró la precariedad de ese mecanismo. Los Estados Unidos prestaban dinero a Alemania. Alemania transfería su equivalente a los aliados. ¿Cuánto tiempo podría durar este sistema? "La respuesta incumbe al capitalista americano." Efectivamente: cuando, en el otoño de 1929, estalló en los Estados Unidos una grave crisis económica y financiera (1), las inversiones americanas cesaron; el mecanismo de los pagos alemanes por reparaciones se paralizó inmediatamente después.

El objetivo principal del tratado que se firmó el 16 de octubre de 1925, en Locarno, era la confirmación recíproca de las cláusulas renanas del Tratado de Versalles. Por el *pacto renano*, Alemania, Francia y Bélgica intercambiaron la promesa de no emprender *ningún ataque ni ninguna invasión* y de no recurrir a la guerra, entre sí, salvo en el caso de que la acción militar fuese decidida por la Sociedad de Naciones. El mantenimiento del *statu quo* entre los tres estados se refería no solo a las fronteras, sino también al estatuto de desmilitarización de Renania; fue colocado, *individual y colectivamente*, bajo

(1) Esta cuestión se tratará en la última parte de esta *Historia*.

la garantía de Gran Bretaña e Italia. Sin embargo, las promesas y garantías afectaban únicamente a las fronteras occidentales de Alemania, y no a las meridionales y orientales, porque el Gobierno del Reich rehusó contraer cualquier compromiso con Checoslovaquia y Polonia. El Gobierno francés, para paliar las consecuencias de esa negativa, firmó el mismo día pactos de ayuda con esos dos estados. Estas fueron las características generales del *sistema de Locarno*. ¿Cuál era su alcance?

La iniciativa alemana fue tomada por el consejo y la recomendación que dio en diciembre de 1924, el embajador inglés en Berlín, lord Abernon. Pero fue Stresemann quien puso en práctica la sugerencia inglesa. Reconocer las fronteras de 1919 era renunciar a reivindicar Alsacia y Lorena y el territorio de Eupen-Malmédy. El sacrificio solo tenía una significación moral, pues Alemania no estaba en condiciones, a la sazón, de intentar una guerra de *revancha* (argumento que invocó Stresemann en su carta al kronprinz de Prusia) (1); sin embargo, constituía un abandono que exponía al Gobierno a los reproches de los *nacionalistas alemanes*. A cambio de ese abandono, las ventajas eran evidentes. El Tratado de Locarno garantizaba a Alemania contra la repetición de las *sanciones territoriales* y contra el estímulo que Francia pudiera dar a un nuevo intento de separatismo renano; y le dejaba la posibilidad de obtener la revisión de sus fronteras meridionales u orientales mediante presión *pacífica*. Stresemann deseaba evitar también la conclusión de un pacto de seguridad que podría ser concertado, exclusivamente, entre Inglaterra y Francia, en la dirección del proyecto establecido en la conferencia de Cannes; quería dar a la opinión pública americana pruebas de que Alemania no pensaba en el desquite, tranquilizando, por consiguiente, a los prestamistas de capitales; contaba, por último, al colocar las relaciones franco-alemanas bajo el signo de la conciliación, con disponer de argumentos para conseguir la evacuación anticipada de los territorios renanos.

La política francesa obtuvo del pacto renano un resultado importante: la promesa de una ayuda armada de Gran Bretaña, en caso de que Alemania intentase una guerra de *revancha*; esa ventaja, que, inmediatamente, no tenía gran interés práctico, pues Alemania no se había rearmado, parecía ofrecer un alcance considerable en el futuro. A cambio, Francia abandonaba cualquier idea de recurrir a la fuerza para imponer a Alemania el respeto de los derechos que le correspondían por el Tratado de Versalles. Es cierto que conservaba esa posibilidad para caso de que se tratara de defender a Checoslovaquia o Polonia de una agresión alemana; pero entonces actuaría sola, sin el concurso de Gran Bretaña e Italia, con riesgo de encontrarse en situación delicada. ¿Por qué aceptó Briand ese sistema incompleto? ¿Por qué practicaba—decían sus adversarios—la *política del avestruz*? Briand

(1) Véase pág. 826.

declaró que creía necesario manifestar la buena voluntad de Francia, con el fin de facilitar un *desarme moral* de Alemania; quería inducir al Gobierno alemán a abandonar cualquier intento de entenderse con la Rusia soviética y a admitir la colaboración de las potencias occidentales; deseaba, por último, abrir la vía a una *organización europea en el orden económico*. La opinión pública francesa, si se puede juzgar por la actitud de la gran prensa, le era favorable. Las oposiciones irreducibles procedían de la extrema derecha monárquica, que veía en el Pacto de Locarno una obra de *las finanzas anglo-americanas* destinadas a *cloroformizar al pueblo francés*; y de la extrema izquierda, que creía percibir en él el germen de una coalición antisoviética. Algunos periódicos del centro-derecha se mostraban algo desconfiados, porque temían que Alemania, cuando se convirtiese en miembro de la S. de N., desarrollara maniobras *revisionistas*, pero se trataba de reservas muy ponderadas, casi tímidas.

El Gabinete inglés (un Gabinete conservador desde noviembre de 1924, del que era jefe Stanley Baldwin) estaba satisfecho del papel, muy activo, que había desempeñado en las negociaciones. La responsabilidad asumida de tomar parte en el mantenimiento del *statu quo* estaba de acuerdo con los intereses generales de Gran Bretaña, que no podía desinteresarse de la permanencia de la paz en el Rin; es verdad que la opinión pública se había mostrado hasta entonces muy reservada a ese respecto, porque deseaba evitar la participación de Gran Bretaña en un sistema de alianzas; pero el nuevo compromiso, contraído *imparcialmente*, tanto con Francia como con Alemania, se salvaba de esa objeción. Por otra parte, la garantía inglesa quedaba limitada a la región renana, conforme a la opinión que ya había expresado Lloyd George en enero de 1922. Era lo que deseaba la política británica (1): solución de compromiso entre Francia y Alemania; revisión pacífica de la frontera polaco-alemana. Austen Chamberlain consideraba el sistema de Locarno como un *triumfo personal*.

La diplomacia alemana estaba convencida de que la evacuación anticipada de los territorios renanos había de ser la consecuencia necesaria de esos tratados. Stresemann había intentado ya, en una nota del 20 de julio de 1925, introducir esta cuestión en el curso de las negociaciones *locarnianas*: la ocupación renana sería superflua desde el momento en que Francia contase con una garantía internacional. Tuvo que renunciar a ese proyecto, por recomendación formal de Austen Chamberlain, que temía que dicha reivindicación provocase el fracaso de todo el acuerdo; pero insistió en él, como era natural, en cuanto Alemania ingresó en la Sociedad de Naciones. Las conversaciones de Thoiry, entre Aristides Briand y Stresemann, hicieron concebir a este nuevas esperanzas, que se esfumaron rápidamente; en agosto de 1928

(1) Véanse págs. 833-836, para los aspectos generales de esa política.

su punto de vista fue aceptado en París, aunque esta vez su interlocutor era Poincaré. ¿A qué se debieron aquel fracaso y este éxito?

En Thoiry, Stresemann pidió, no solo la evacuación anticipada de los territorios renanos, sino también—al menos aludió a ello—, la supresión de la misión militar, encargada de inspeccionar el desarme alemán, y la devolución al Reich del territorio del Sarre; a cambio ofreció una contrapartida financiera: la liquidación inmediata de las *obligaciones Dawes*, una suma total de 1 500 millones de marcos, es decir, el pago anticipado de una anualidad por reparaciones, que remediaría la crisis monetaria que entonces sufría Francia. ¿Aceptó Briand, en principio, esas sugerencias? El acta alemana de las conversaciones así lo afirma; pero le da el mentís, en gran parte, el acta francesa. En realidad, después de ese cambio de opiniones, no se emprendió ninguna negociación. El Gobierno alemán no precisó sus ofertas financieras, es posible que por no conseguir el concurso indispensable de los Bancos americanos. El Consejo de ministros y la opinión pública en Francia no eran favorables a la evacuación anticipada de los territorios renanos; en cuanto a la compensación propuesta por Stresemann, en seguida perdió interés, ya que el curso del franco iba recuperándose. La entrevista de Thoiry constituyó, pues, un simple episodio; fue interesante, sin embargo, en la medida en que esbozó la posible base de una solución general para las dificultades franco-alemanas.

Después de dos años de espera, el Gobierno alemán—del que seguía siendo ministro de Asuntos Extranjeros Stresemann, pero que se hallaba bajo la jefatura de Hermann Müller, un socialista—invocó, en su declaración parlamentaria del 3 de julio de 1928, el *derecho moral* de Alemania a la evacuación anticipada de los territorios renanos: era una decisión necesaria—decía— para hacer *efectiva* la política de entendimiento internacional. Cuando llegó a París, para firmar el Pacto Briand-Kellog (1), Stresemann consiguió obtener el consentimiento no solo de Aristides Briand, sino también de Poincaré, presidente del Consejo; a cambio, ofreció una solución *definitiva* de la cuestión de las reparaciones, es decir, la fijación de un plan de pagos a largo plazo que rebasara el período de cinco años establecido en el plan Dawes. Lo inesperado fue que el Gobierno francés confiase en esa contrapartida. Sin duda, la explicación se encuentra en las dificultades que surgieron entonces en las relaciones entre Francia y los Estados Unidos. El Gobierno francés prometió, en abril de 1926, el pago de la mayor parte de las deudas contraídas de 1917 a 1918 en sesenta y dos anualidades; pero el Parlamento rehusó la ratificación, porque no quiso asumir ningún compromiso sin conocer previamente cuáles serían, después de la próxima expiración del plan Dawes, la duración y el volumen de los pagos alemanes. Para salir del atasco, Poincaré deseaba, pues, dispo-

(1) Véase capítulo XV.



ner de un plan de pagos duradero en la cuestión de las reparaciones, mientras que Alemania solo tenía interés en contraer un compromiso a corto plazo. El precio que el Gobierno francés consentía en pagar para obtener el asentimiento del Gobierno alemán era la evacuación anticipada de los territorios renanos. Esa es—dado el estado actual de la información histórica—la interpretación más verosímil. Si es exacta demuestra hasta qué punto se equivocó el Gobierno francés en 1924, cuando creyó que le convenía que el proyecto del pago de la deuda por reparaciones tuviese un carácter provisional. Pero ¿era ese, realmente, el fondo de la cuestión? El cambio brusco de Raymond Poincaré concordaba con el estado de ánimo de la opinión pública francesa, demasiado cansada para desear la vuelta a una política de fuerza hacia Alemania y demasiado consciente de las cargas que implicaba la *política de potencia*.

Las perspectivas abiertas en agosto de 1928 por las conversaciones de París fueron definidas al año siguiente: el 30 y el 31 de agosto de 1929 los acuerdos de La Haya previeron, por una parte, un nuevo plan por pago de reparaciones, el plan Young, que determinó las anualidades durante cincuenta y nueve años, pero que redujo en un 17 por 100 el *valor actual* del crédito francés, y, por otra parte, la evacuación anticipada de los territorios renanos. La retirada de las tropas de ocupación terminó en junio de 1930, después de la ratificación del plan Young por el Parlamento alemán.

¿Cuál era, en tal fecha, el balance de la política de conciliación desarrollada desde 1924? Francia, aun teniendo por cierto el cumplimiento de las promesas encuadradas en el plan Young, debía cargar con la mayor parte de los gastos necesarios para la reconstrucción de las regiones devastadas (exactamente, con las tres quintas partes, según los cálculos de M. Esteban Weill-Raynal); además, renunciaba, cinco años antes del término fijado, a la garantía de seguridad que la ocupación de los territorios renanos le proporcionaba. Pero Francia no obtuvo la contrapartida que Briand y Felipe Berthelot esperaban, es decir, una nueva orientación de la mentalidad colectiva alemana.

En 1929-1930 se vio claramente que las concesiones francesas se consideraban como simple prefacio de una revisión más amplia del Tratado de Versalles: esa era la opinión de los medios dirigentes del Reich. En noviembre de 1929, el Gobierno alemán reivindicó la restitución del territorio del Sarre; en septiembre de 1929 recordó que, según los términos del Tratado, el desarme alemán debía ser el preludio de una limitación general de armamentos; y, por consiguiente, declaró que el Reich tendría derecho a rearmarse, si las otras potencias no cumplieran la promesa hecha a este respecto; expresó la esperanza (mediante una declaración del presidente Hindenburg, el 20 de julio

de 1930) de que fuese pronto abolido el estatuto de desmilitarización de Renania.

Dichas reivindicaciones correspondían a los grupos que formaban en aquel momento la mayoría parlamentaria, es decir, el centro católico, los amigos de Stresemann y el ala más moderada de la socialdemocracia. Pero las elecciones generales del 11 de septiembre de 1930 se caracterizaron por el progreso considerable del partido nacional-socialista, que, de 809 000 votos y doce puestos parlamentarios en 1928, pasó a 6 400 000 votos y ciento nueve puestos. En el momento en que una gran parte de la opinión pública francesa contaba con que la evacuación de los territorios renanos daría paso a una *reconciliación franco-alemana*, resultó que se manifestó la potencia de un partido que afirmaba abiertamente su hostilidad hacia Francia.

La dirección del Gobierno, sin embargo, quedó asegurada, después de la muerte de Stresemann, en manos de hombres que sostenían su política. En 1930—y seguiría siendo cierto en 1931—los dirigentes del Reich no pensaban en una guerra con Francia, que sería imposible en el estado respectivo de las fuerzas armadas, porque el *rearme clandestino* de Alemania era todavía muy mediocre. Admitían la posibilidad de una guerra contra Polonia, pero solo con la condición de poder *neutralizar* a Francia—hipótesis inverosímil, a no ser que Polonia tomase la iniciativa—. Por lo que se refería a la U. R. S. S.—sin pretender negociar un acuerdo general—, se mantenían contactos secretos entre técnicos militares rusos y alemanes, para poder construir y ensayar en territorio ruso los prototipos de materiales que el Tratado de Versalles prohibía poseer al Ejército alemán. Aunque se presentaban como conciliadores, estos hombres cedían fácilmente a la presión de la opinión: a partir de las elecciones de septiembre de 1930, el canciller Brüning envió instrucciones más rígidas a la delegación alemana en la S. de N.

El ministro de Asuntos Extranjeros francés se sintió personalmente herido, y, en un discurso pronunciado en Ginebra, denunció los *gritos de odio* que surgían en Alemania; el presidente del Consejo—desde octubre de 1929, André Tardieu—hizo constar, en su discurso del 19 de octubre de 1930, que Francia no podía ya confiar en los intentos de organización de la paz y que, en adelante, debería contar con *sus propios medios* para defender sus fronteras. El clima de las relaciones franco-alemanas daba, pues, un brutal mentís a la política de Aristides Briand.

## BIBLIOGRAFIA

- Aspectos generales.**—H. W. JORDAN: *Great Britain, France and German Problem, 1918-1939*. Londres, 1943.
- Sobre el papel desempeñado por los estadistas.**—G. SUAREZ: *Briand, sa vie, son oeuvre*. París, 6 vols., 1938-1941 (los tomos V y VI).—G. STRESEMANN: *Six années de politique allemande. Les papiers de Stresemann* (trad.) París, 3 vols. 1932-1933.—A. BRÉAL: *Philippe Berthelot*. París, 1937.—G. CHASTENET: *Raymond Poincaré*. París, 1948.—Ch. PETRIE: *The life and letters of sir Austen Chamberlain*. Londres, 1934-1940, 2 vols.—JULES LAROCHE: *Au quai d'Orsay avec Briand et Poincaré*. 1913-1926. París, 1957.
- Sobre el asunto de las Reparaciones.**—ET. WEILL-RAYNAL: *Les réparations allemandes et la France*. París, 1949, 3 vols. (fundamental).—G. CALMETTE: *Recueil de documents sur l'histoire de la question des Réparations, 1919-1921*. París, 1922.—A. ANTONUCCI: *Le bilan des Réparations et la crise mondiale*. París, 1935.—C. BERGMANN: *Der Weg der Reparationen*. Francfort, 1926.—H. SCHACHT: *Das Ende der Reparationen*. Oldemburgo, 1931.—J. SEYDOUX: *De Versailles au plan Young*. París, 1932.
- Sobre la ocupación del Ruhr.**—P. WENTZCKE: *Ruhrkampf*. Berlín, 1930-1932, 2 vols. He utilizado también: A. FIERAIN: *La presse française et l'occupation de la Ruhr* (memoria dactilografiada, París, 1953).
- Sobre la cuestión del desarme alemán.**—J. H. MORGAN (general): *Assize of Arms. Being the story of the disarmament of Germany and her Rearmament, 1919-1939*. Londres, 1945.—J. BENOIST-MÉCHIN: *Histoire de l'armée allemande*. París, 1936, 2 volúmenes.
- Sobre la incorporación de Austria.**—M. BELL: *Post-war German-Austrian Relations. The Anschluss Movement 1918-1936*. Stanford Univ., 1937.—F. AUERBACH: *Le rattachement de l'Autriche a l'Allemagne*. París, 1927.—G. SHEPHERD: *The Austrian Odyssey*. Londres, 1957.
- Sobre la política oriental de Alemania.**—CHR. HÖLTJE: *Die Weimarer Republik und das Ostlocarno. Problem, 1919-1934*. Wurzburg, 1958.

## CAPITULO X

## RUSIA Y EUROPA (1920-1929)

Las condiciones de la *coexistencia* entre Rusia y los otros estados europeos dependían, desde luego, de las necesidades, intenciones y medios de acción del Estado comunista (1); pero también de la posible solidaridad existente entre los otros estados frente a Rusia: la formación de un *bloque capitalista* era la posibilidad que temía el Gobierno soviético.

La vencida Alemania, por tanto, se hallaba en condiciones de desempeñar un papel esencial en esas relaciones entre Rusia y Europa. Podía intentar apoyarse en Rusia—ciertos medios políticos y militares pensaron en ello en 1919 (2)—para escapar a la presión de los vencedores. Y también, sin plantearse seriamente tal colaboración, que podría tener malas consecuencias para la estabilidad social alemana, dejar creer que estaba dispuesta a ella, con el fin de inquietar a Gran Bretaña, e incluso quizá a Francia, y obligarlas, así, a atenuar las cláusulas del Tratado de Versalles.

El estudio de las relaciones entre Francia, Gran Bretaña y Rusia es, pues, inseparable del de las relaciones ruso-germanas. ¿Estudio? El término es demasiado ambicioso. Dado el nivel de información, que carece de archivos rusos y archivos alemanes, en vez de estudio, tendremos que contentarnos con un bosquejo.

## I. EL FRACASO DEL «CORDON SANITARIO»

En todas las zonas fronterizas, la Rusia soviética entró, desde 1918, en conflicto con sus vecinos europeos. En 1920 decidió abandonar sus intentos de *sovietización* de los países bálticos y firmó tratados de paz con esos estados jóvenes para poder conservar una *ventana* abierta a Europa. Pero en todos los demás lugares persistía en sus reivindicaciones: quería recuperar Besarabia, que, después de haberse separado de Rusia, en 1917, fue incorporada, en abril de 1918, a Rumania, por el voto de una Asamblea besarabiana (3); deseaba mantener bajo régimen de administración *provisional* la Carelia Oriental, sobre la que Finlandia consideraba tener derechos. Se negaba a aceptar, como frontera con Polonia, la línea Curzon, que los polacos no querían tampoco reconocer.

(1) Acerca de los aspectos generales de la política exterior rusa, véanse páginas 829 y 830.

(2) Véase pág. 798.

(3) Véase capítulo VI.



La cuestión polaca fue la única que provocó un conflicto armado: aprovechándose de la guerra civil rusa, el Gobierno polaco intentó apoderarse de territorios ucranianos; el Gobierno soviético, en cuanto triunfó en la guerra civil, rechazó a las tropas polacas e invadió igualmente, con sus ejércitos, Polonia; el 14 de agosto de 1920 la ofensiva rusa amenazaba a Varsovia; dos días más tarde, la contraofensiva polaca libró a la capital de esa amenaza.

¿Cuál fue la actitud de las potencias occidentales ante esos conflictos? ¿Llevaron a la práctica la política del *cordón sanitario* sugerida por Foch? Es decir, ¿ayudaron a los estados limítrofes de Rusia intentando establecer una solidaridad duradera entre ellos?

En el litigio ruso-rumano, el Consejo Supremo, donde ocupaban un puesto cada uno de los representantes de las potencias occidentales, adoptó, en marzo de 1920, una decisión favorable a Rumania. El Gobierno soviético, naturalmente, protestó contra esa resolución y reclamó un plebiscito, que rehusó el Gobierno rumano.

En la cuestión polaca—a cuenta de la cual las reticencias inglesas entorpecieron, en 1919, la política francesa—, los dos Gobiernos solo con dificultad llegaron a un acuerdo; el 2 de julio de 1920 decidieron, sin embargo, proporcionar material de guerra al Ejército polaco y ofrecer al Estado Mayor de Varsovia los consejos del general Weygand, sin pensar, de momento, en el envío de tropas; pero pusieron una condición para esa ayuda, respondiendo a los deseos del Gabinete británico: el Gobierno polaco renunciaría a su política *imperialista y anexionista*; se contentaría con mantener su dominación sobre los territorios *indiscutiblemente polacos*. La condición no tuvo consecuencias, pues el ejército polaco consigue rechazar a los rusos más allá de la línea Curzon. El 12 de octubre de 1920, los preliminares de la paz ruso-polaca, confirmados en seguida por el Tratado de Riga (18 de marzo de 1921), no hicieron más que confirmar el mapa de guerra: la frontera quedó fijada en las cercanías de Minsk y de Pinsk, esto es, a doscientos kilómetros al este de la línea Curzon. Polonia adquirió, de este modo, una buena parte de Rusia Blanca—ganancia precaria que el Gobierno ruso no dejaría de discutir en cuanto se hallase en condiciones para ello.

En las dos ocasiones, pues, las potencias occidentales demostraron estar dispuestas a prestar a los estados vecinos de Rusia apoyo material o diplomático, pero sin que llegara a plantearse la intervención armada.

Tampoco pudieron superar los obstáculos que impedían el entendimiento entre esos estados. Polonia y Lituania disputaban por la posesión de la región de Vilna (1). Cuando el general polaco Zeligovsky, por iniciativa personal, que conocía y aprobaba, en realidad, su Gobierno, se apoderó de la ciudad el 9 de octubre de 1920, las potencias acabaron por reconocer el hecho consumado, pero Lituania siguió protestan-

(1) Véase pág. 788.

do con vehemencia. Ese antagonismo fue suficiente para hacer fracasar el proyecto de un *bloque* entre Polonia y los estados bálticos. Por otra parte, Polonia se encontraba en difíciles relaciones con Checoslovaquia, desde que la Conferencia de embajadores, de julio de 1920, decidió repartir el territorio de Teschen (1); esa decisión, destinada a entregar a los checos la región de Ostrova, donde existen minas de hulla, no tuvo en cuenta la presencia en ese territorio de una importante minoría nacional polaca. Con ocasión de estos dos litigios, en los que, como tantos otros, los adversarios invocaban tanto el principio de las nacionalidades como los derechos históricos, las controversias adquirieron en seguida un cariz de aspereza que no guardaba proporción con el valor real del objeto de la disputa. Era inútil que la diplomacia de las potencias occidentales se esforzase por proponer compromisos y calmar las pasiones. El proyecto del *cordón sanitario* había quebrado a causa de la exasperación de los nacionalismos.

Francia y Gran Bretaña extrajeron lecciones diferentes de ese fracaso.

En Londres, el Gabinete de Lloyd George, amenazado desde el verano de 1920 por una crisis económica, deseaba encontrar en Rusia un mercado de exportación para el carbón y la producción industrial inglesa. El 16 de marzo de 1921 obtuvo un acuerdo que volvía a abrir a los navíos británicos los puertos rusos y que autorizaba a los súbditos ingleses para ir a comerciar a territorio ruso; el Gobierno soviético se comprometía a no entorpecer el movimiento comercial entre Rusia y Gran Bretaña.

El Gobierno de París firmó, el 19 de febrero de 1921, un acuerdo político y un convenio militar con Polonia. El acuerdo decía solamente que los dos Gobiernos se *pondrían de acuerdo* en el caso de que alguno de ellos fuera objeto de agresión no provocada; no se mencionaban los posibles adversarios. El convenio militar, que era secreto, preveía explícitamente la posibilidad de una agresión alemana contra Polonia o Francia y, también, el caso de una nueva guerra polaco-rusa; pero Francia no se comprometía a proporcionar tropas a su aliada: prometía solamente el envío de material y técnicos. Se trataba de una nueva manifestación de las divergencias que separaban la política francesa de la inglesa en el oriente de Europa.

## II. EL RECONOCIMIENTO DEL ESTADO SOVIETICO

En el otoño de 1921 el Gobierno soviético, que ya había conjurado las amenazas inmediatas, intentó salir de su aislamiento político y económico. Lenin sentía la necesidad de reanudar las relaciones comerciales con los estados capitalistas, dentro del marco de la *nueva política*

(1) Véase pág. 782.

*económica*, que había anunciado en marzo de 1921, precisa para evitar la ruina de la economía soviética (1).

Lo primero que propuso el Gobierno ruso fue una negociación colectiva. El 28 de octubre sugirió que una conferencia internacional estableciera las condiciones en que podrían ser reanudadas esas relaciones. Desde los primeros días de esa Conferencia consiguió aprovecharse de la oposición existente entre Alemania y los vencedores de esta: el 16 de abril de 1922 el acuerdo de Rapallo permitió la reanudación de relaciones diplomáticas y comerciales entre Alemania y Rusia. A pesar de que este éxito diplomático colocaba a la delegación rusa en Ginebra en situación más favorable respecto a los demás estados participantes, las negociaciones con Gran Bretaña y Francia fracasaron.

Dos años más tarde, la diplomacia rusa volvió a la carga, pero con otros procedimientos: emprendió negociaciones independientes con cada una de las potencias occidentales; en esta ocasión, consiguió la reanudación de las relaciones diplomáticas y comerciales. A fines de 1924, el Gobierno soviético fue *reconocido*, pues, por todas las grandes potencias europeas.

¿Cómo consiguió ese resultado? Indudablemente, gracias al deseo de los estados industriales de encontrar en Rusia un mercado de exportación; pero también gracias a la rivalidad política que existía entre esos estados. Los móviles de tal comportamiento son los que merecen explicarse.

La decisión alemana fue tomada por iniciativa de los diplomáticos. El papel determinante lo desempeñó el jefe de la sección de Asuntos Orientales del Ministerio de Asuntos Extranjeros. No cabe duda de que los hombres de negocios deseaban reanudar las relaciones comerciales con Rusia, mercado de exportación para sus productos industriales y para sus técnicos. Tampoco se puede dudar de que el Estado Mayor alemán, desde septiembre de 1921, había entrado secretamente en contacto con el Estado Mayor ruso, con el fin de ser autorizado para organizar en territorio soviético, pero bajo dirección técnica alemana, la fabricación de los materiales que prohibía el Tratado de Versalles. Pero, sobre todo, fueron móviles políticos los que determinaron la decisión: se trataba de demostrar a los vencedores de Alemania que esta se hallaba en condiciones de volver a tomar la iniciativa diplomática; de amenazar a Francia y a Gran Bretaña con poner a disposición de la Rusia soviética las cualidades de organización propias de los alemanes. Ese era el objetivo inmediato. A tal respecto, la maniobra fue eficaz, pues el acuerdo de Rapallo provocó vivas inquietudes en Gran Bretaña. ¿No podría ser el principio de una colaboración germano-rusa?

En Berlín, los centros dirigentes se encontraban muy divididos. El ministro de Asuntos Extranjeros, que había asumido la responsabili-

(1) Véanse págs. 828 a 830.

dad de negociar el acuerdo—era el gran hombre de negocios Walter Rathenau—, no le atribuía, al parecer, más que un valor político ocasional: no pensaba dar un *golpe de timón* definitivo hacia el Este. El jefe del Estado Mayor, general Von Seeckt, deseaba, por el contrario, una alianza germano-rusa, que le parecía el único medio de conseguir que Alemania recuperase el puesto que le correspondía en los asuntos internacionales; se inclinaba a creer que Gran Bretaña, celosa de la hegemonía francesa en el continente, no encontraría objeciones que oponer a esa orientación. La hostilidad a Polonia constituiría el más sólido terreno para un acuerdo entre Rusia y Alemania. En el fondo, el objetivo final de esa alianza podría ser un nuevo reparto de Polonia —y el jefe del Ejército alemán no vaciló en indicarlo, en septiembre de 1922, en un informe dirigido al canciller. Durante seis años, el embajador en Moscú fue Brockdorff-Rantzau, que había encabezado la delegación alemana en la Conferencia de la Paz. Adversario irreducible de la política francesa, que había impuesto a Alemania una *humillación nacional*, sentía, por otra parte, repulsión hacia el Gobierno soviético, *banda de criminales*. Aunque aprobaba la línea adoptada en Rapallo, le señalaba límites muy estrechos: ni alianza, ni acuerdo político de ningún género, ni arreglos secretos entre Estados Mayores; Alemania—escribió al canciller—no debía pensar en una *aventura militar*; no había de establecer contactos, ni siquiera secretos, que, de ser conocidos, pudieran conducir a Gran Bretaña, a *formar un bloque* con Francia; a Alemania le interesaba mucho adoptar una actitud prudente, pues con ella conseguiría que el Gobierno británico aceptase, dentro de algunos años, el rearme alemán. Se trataba, pues, de una condena formal de las ideas de Von Seeckt. Ahora bien, la política de Brockdorff-Rantzau era también la del presidente del Reich, Ebert.

En Moscú no había menos vacilaciones. La perspectiva de un acuerdo más amplio con el Gobierno alemán parecía ser admitida por el comisario de Asuntos Exteriores, Chicherin; pero fue discutida, en septiembre de 1922, por otros miembros del Gobierno, a los que repugnaba la colaboración con un gobierno *burgués*, y que, a pesar de los fracasos de 1920, no habían renunciado a provocar en Alemania una revolución comunista. En octubre de 1923, cuando la crisis interior de Alemania conmovió, de diversas maneras, a Sajonia, Turingia, Baviera y ciertas partes de Renania (1), la política soviética se inclinó a creer que había llegado la hora. Stalin escribió, en una carta publicada por el periódico comunista alemán *Die Rote Fahne*, lo siguiente: "La victoria del proletariado alemán transferiría, indudablemente, el centro de la revolución mundial desde Moscú a Berlín." El fracaso de los movimientos revolucionarios alemanes hizo que el Gobierno soviético volviera en seguida a la política de Rapallo. Los resultados prácticos seguían siendo, sin embargo, muy limitados. En el terreno político, la

(1) Véase pág. 847.

colaboración estaba llena de reticencias, y no solo porque el Gobierno alemán deseara tratar con miramientos a Gran Bretaña, mientras que los dirigentes soviéticos veían en ella la *principal ciudadela* del capitalismo, sino también porque los dos Gobiernos sospechaban mutuamente que se trataba de una maniobra temporal. En el terreno económico, el Gobierno ruso pensaba otorgar concesiones a empresas alemanas, con la condición de poder vigilarlas estrechamente; pero los hombres de negocios alemanes vacilaban antes de arriesgar sus capitales en un país donde la seguridad de las inversiones era muy dudosa. En realidad, la gran empresa metalúrgica Ruskertorg, que había comenzado sus actividades en territorio soviético a finales de 1922, vio que su contrato quedó interrumpido en enero de 1924, quizá porque ocupaba un lugar demasiado grande en la economía rusa. Dos años más tarde, ocurría lo mismo con la sociedad de transporte organizada por los dirigentes de la Hamburg-Amerika Linie.

Las perspectivas para el futuro eran, pues, mediocres. Rusia, no obstante, había obtenido un resultado apreciable, pues el acuerdo de Rapallo rompió el *bloqueo económico* dirigido contra ella.

La actitud de las dos grandes potencias occidentales era vacilante todavía, lo que se debía a que sus intereses respectivos no armonizaban siempre. A principios de 1922 el Gobierno inglés deseó obtener la reapertura del mercado ruso, que, al ofrecer una salida para la producción industrial inglesa, traería consigo un paliativo para la crisis económica y social; para llegar a ese resultado estaba dispuesto a reconocer al régimen soviético e incluso no se negaba a estudiar la concesión de créditos que tanto necesitaba la economía rusa; pero quería percibir una indemnización por las empresas, industriales o mineras, inglesas que habían sido nacionalizadas por el Gobierno comunista y que invirtieron en territorio ruso antes de 1914, 2 750 millones de francos oro. El pago de las deudas contraídas antes de 1917 por el Estado ruso solo ofrecía, por el contrario, una importancia secundaria para los ingleses. El Gobierno francés no tenía motivos tan acuciantes para desear la reanudación de relaciones comerciales con la Rusia soviética; tendió, por tanto, a ser menos complaciente. La principal condición a que deberían quedar subordinadas las negociaciones era el reconocimiento por el Gobierno soviético de las deudas contraídas por el Gobierno zarista (9 200 millones de francos oro): cuestión importante para la considerable masa de tenedores de títulos rusos—1 600 000 personas—, entre las que se contaban muchas de condición muy modesta.

En la Conferencia de Ginebra de abril de 1922, así como en la de La Haya, que siguió a la primera en junio y julio del mismo año, las cuestiones financieras constituyeron el centro de los debates. La delegación rusa, cuya posición se hallaba consolidada por la rápida firma del acuerdo de Rapallo con Alemania, intentó obtener de Gran Bretaña y Francia una importante apertura de créditos, que sería inmediata;

aceptó reconocer las deudas contraídas antes de 1914, pero con la condición de que el pago fuese escalonado y a largo plazo y no implicase el pago de intereses; ofreció indemnizar a los capitalistas extranjeros, cuyos bienes hubieran sido nacionalizados, con concesiones. Esas condiciones se consideraron insuficientes y la negociación fracasó.

¿Cuáles fueron las causas de ese fracaso? Los rusos afirmaban que el principal obstáculo había sido la cuestión de las empresas nacionalizadas y, sobre todo, las sociedades petrolíferas. El Gobierno soviético ofrecía concesiones a esas sociedades y la Royal Dutch, que antes de 1914 poseía importantes yacimientos en el Cáucaso, estaba dispuesta a aceptar esa solución. Pero la Standard Oil, que, sin poder invocar los mismos derechos que sus competidores anglo-holandeses, adquirió en 1920 una participación en el *trust* Nobel, es decir, en el grupo que antes de la guerra controlaba el 40 por 100 de la producción en la región de Bakú, quiso hacer fracasar una combinación en la que no participaba; la gran sociedad petrolífera americana planteó una cuestión de principios: aceptar la oferta rusa era admitir que las empresas nacionalizadas podían ser explotadas sin consentimiento de sus antiguos propietarios, renunciando, por consiguiente, a defender el derecho de propiedad. Bajo la presión del Gobierno americano, las potencias occidentales se sometieron, por último, a esa tesis. De esto a decir que los intereses de los tenedores de fondos rusos y los de los industriales exportadores fueron sacrificados en provecho de los magnates del petróleo de los Estados Unidos no había más que un paso; y el Gobierno soviético procuró hacer convincente esa conclusión cuando fracasó la conferencia; prefería no hablar de los problemas, no menos delicados, que hubiera planteado la concesión de créditos a la Rusia soviética. ¿Era posible, de repente, facilitar a Rusia esos medios financieros sin tener la certidumbre de que las deudas anteriores iban efectivamente a pagarse?

Esa reanudación de relaciones comerciales, cuyo precio no quiso pagar el Gobierno ruso en el momento de la Conferencia de Ginebra, fue obtenida por este, sin muchas dificultades, dos años más tarde, mediante negociaciones por separado, sin solicitarlo siquiera. La iniciativa procedió de Italia: Mussolini, desde el primer discurso que pronunció como jefe del Gobierno, anunció la intención de considerar las relaciones con Rusia *desde un punto de vista práctico*, haciendo abstracción de cualquier otra consideración. El 8 de febrero de 1924 el Gobierno fascista concluyó un tratado comercial. El 1 de febrero de 1924, cuando los laboristas llegaron al poder, el Gabinete de Ramsay Mac Donald declaró que estaba dispuesto a reconocer el poder soviético y a concertar un acuerdo comercial, que fue firmado el 8 de agosto. El Gobierno francés, después que las elecciones de mayo de 1924 aseguraron el éxito del *bloqueo de izquierdas*, decidió, en diciembre, seguir el mismo camino.

Fueron los intereses económicos los que determinaron esas decisiones: en Gran Bretaña, donde la depresión económica tomaba un cariz de enfermedad crónica y el paro afectaba a más de un millón de obreros, el Gabinete laborista deseaba, cada vez más vivamente, volver a abrir el mercado ruso a las exportaciones inglesas, antes que el comercio alemán, en el marco del acuerdo de Rapallo, lograrse en ese mercado una ventaja decisiva; el Gobierno italiano quería comprar a Rusia materias primas, que contaba pagar con máquinas y productos químicos. Los exportadores franceses no querían quedarse atrás en aquel mercado.

Pero, mientras que en 1922 Gran Bretaña y Francia habían asociado la negociación financiera a la negociación comercial, ahora se contentaban con dejar para una negociación posterior las indemnizaciones a los tenedores de títulos rusos o a los propietarios de las empresas nacionalidades. Es cierto que el Gobierno soviético no había recibido créditos, pues la concesión de estos quedaba subordinada a la previa fijación del plan de indemnizaciones. Pero había conseguido el reconocimiento *de jure* y adquirido las facilidades comerciales que deseaba, sin haber tenido que dar a cambio más que seguridades de su buena voluntad.

¿Hay que atribuir ese éxito a la política de Rapallo y a la maniobra alemana? No cabe duda de que la brecha abierta en 1922 en el grupo de *estados capitalistas* debilitó gravemente la posición de Gran Bretaña y Francia frente a la U. R. S. S. Pero el factor principal ¿no había sido el resurgir interior de la U. R. S. S.? Cuando las potencias occidentales aceptaron acudir a la Conferencia de Ginebra, pensaban—Lloyd George lo dijo en la Cámara de los Comunes, en marzo de 1921—que el Gobierno soviético, después del hambre de 1921 y la crisis de su política económica, tenía absoluta necesidad de la ayuda de Europa. En el verano de 1922 las perspectivas de una buena cosecha dieron a la diplomacia rusa una libertad de acción que le permitió rehusar las condiciones impuestas, para la reanudación de relaciones comerciales, por Gran Bretaña y Francia. A medida que la crisis económica rusa iba siendo superada y el mercado soviético se entreabría en el marco de la *nueva política económica*, la U. R. S. S. se encontraba en condiciones de obtener más facilidades. Los Gobiernos de izquierdas que llegaron al poder, simultáneamente, en 1924, en París y Londres, sacaron las consecuencias de una situación que Mussolini fue el primero en reconocer.

### III. LAS NUEVAS DIFICULTADES

Tales resultados se hicieron discutibles casi en seguida. De finales de 1924 a finales de 1927, en el momento en que se hallaba debilitado por una crisis interior grave—el conflicto en que se enfrentaron, después de la muerte de Lenin, la política económica y social de Stalin

con la de Trotsky (1)—, el Gobierno soviético tenía que luchar con serias dificultades en su política europea.

La primera causa de esas dificultades fue la vuelta al poder de los conservadores en Gran Bretaña, después de las elecciones del 29 de octubre de 1924, pues estos habían manifestado su disconformidad con el acuerdo del 8 de agosto y se negaban a admitir la posibilidad de conceder créditos al Gobierno comunista. El Gabinete Baldwin, después de *aplazar* la ratificación del acuerdo, renunció a celebrar nuevas negociaciones; en octubre de 1925, decidió la detención de siete importantes miembros del partido comunista inglés, con el fin de apoderarse de documentos, que establecían la existencia de relaciones estrechas entre ese partido y la Internacional Comunista, y publicarlos. Al mismo tiempo, las negociaciones diplomáticas entabladas por el Gobierno ruso con el francés, que tenían como tema central la resolución del problema de las deudas, demostraban que las posiciones respectivas eran incompatibles. Esto parecía anular las perspectivas recientes.

Lo más importante fue la conclusión de los acuerdos de Locarno, de octubre de 1925: el Gobierno alemán parecía abandonar la política de Rapallo y aceptar el entrar en un *frente común* de potencias occidentales. La Prensa rusa escribía que se trataba de una *máquina de guerra* contra la Unión Soviética. En opinión del Gobierno soviético, ese recelo quedaba confirmado por la actitud de Francia y Gran Bretaña: el Gobierno francés, después de comprobar el fracaso de las conversaciones financieras franco-soviéticas de febrero de 1926, firmó, en junio del mismo año, un tratado de alianza mutua con Rumania, en el que se ignoraba la reivindicación rusa sobre Besarabia; el Gobierno inglés, con ocasión del aliento y apoyo financiero que la Internacional Comunista prestaba a la gran huelga de los mineros ingleses, decidió, después de tres meses de vacilaciones, la ruptura de relaciones diplomáticas con la U. R. S. S. Por lo que se refiere a este último país, los dirigentes soviéticos sospechaban que la diplomacia británica estaba procurando la aproximación—quizá hasta una coalición—entre Polonia y los estados bálticos, volviendo, en una palabra, a la política del *cordón sanitario*.

El Gobierno ruso intentó cubrirse mediante una nueva negociación con Alemania, para reanimar y ampliar la política de Rapallo. El objeto inmediato de tales negociaciones era conseguir que Alemania permaneciese neutral en caso de guerra entre las potencias occidentales y la U. R. S. S. Ahora bien, el Gobierno alemán, en el marco del *sistema locarniano*, estaba a punto de ingresar en la Sociedad de Naciones; iba, por tanto, a asumir las obligaciones previstas en el pacto de la Sociedad, comprendido el artículo 16, que le obligaría a conceder derecho de paso por territorio alemán a las tropas francesas o inglesas, en el caso de que el Consejo de la Sociedad dictase sanciones contra

(1) Véase pág. 830.

la U. R. S. S. He aquí lo que podía abrir el camino a una coalición antisoviética. El objetivo de la política rusa era obtener que el Gobierno alemán interpretara restrictivamente sus obligaciones hacia la Sociedad de Naciones.

El nuevo tratado ruso-germano, firmado en Berlín el 24 de abril de 1926, satisfacía parcialmente esas preocupaciones: Alemania se comprometía a permanecer neutral si la U. R. S. S. sufriese una agresión de una tercera potencia; también prometía no adherirse a ninguna coalición que tuviera por objeto el someter a la U. R. S. S. a un *boicot* económico y financiero. Cuando Stresemann llegó a ocupar su puesto en la Sociedad de Naciones, en septiembre de 1926, precisó, por consiguiente, que Alemania no se asociaría a las sanciones contra la U. R. S. S., salvo en el caso de que la Rusia soviética fuera declarada *agresora* por el Consejo de la Sociedad; pero—añadió—el Consejo no podrá hacer tal declaración sin el asentimiento del Gobierno alemán. Esto equivalía a decir que el Gobierno alemán, si rehusaba su adhesión a la decisión de la S. de N., no se asociaría a la aplicación de sanciones y, por tanto, negaría el derecho de tránsito. Litvinov dijo que el Tratado de Berlín había embotado la *punta antisoviética* de los acuerdos de Locarno.

En resumen: el Gobierno alemán se negaba a decidir entre el Este y el Oeste. Aunque conservaba, en el fondo, una orientación occidental, Stresemann comprendía “el valor de Rusia como triunfo a jugar contra el Oeste”: en su opinión, su política rusa constituía un medio de presión frente a Francia y Gran Bretaña.

Pero esa reserva mental, que restringía la colaboración política ruso-germana, no se aplicaba a los contactos de sus técnicos militares ni a las relaciones económicas: en 1927-1928, la U. R. S. S. realizó el 29 por 100 de su comercio exterior con Alemania; es verdad que el volumen de esos cambios no era aún considerable; pero creció rápidamente en 1929-1930, gracias a los créditos concedidos por los Bancos a los industriales, garantizados por el Gobierno.

En el comportamiento del Gobierno ruso respecto a Europa, la característica más sorprendente fue la persistencia de las inquietudes que la posibilidad de una coalición entre los *estados capitalistas* provocó en Moscú.

A principios del año 1927, en el seno del Comité Ejecutivo del partido, esa alarma se manifestaba sin cesar: se sospechaba que Gran Bretaña dirigía una *campana antisoviética*; que quería *estrangular* a la U. R. S. S. por medio de un bloqueo; que, quizá, incluso preparaba una guerra. Stalin desarrolló la misma tesis en otoño, ante el XV Congreso del partido. ¿A qué se debían esas inquietudes? Casi no es posible percibir en qué indicios auténticos se basaban. Pero no es dudoso que incitaron a los medios oficiales rusos a moderar su política exte-

rior. En noviembre de 1927, Trotsky deseaba que el Gobierno ruso ayudase a los pueblos europeos *en su lucha contra los opresores*; la respuesta de Stalin fue que el primer deber del partido consistía en evitar las ocasiones de conflictos con los estados de Europa occidental. La doctrina estalinista, que quería limitarse a *construir el socialismo en un solo país*, estaba inspirada en esa prudencia.

La derrota de Trotsky, expulsado del partido algunos días más tarde y deportado al Turquestán, dejó vía libre a esa política que exigían las circunstancias.

#### BIBLIOGRAFIA

##### Sobre los aspectos generales.—

(Además de las obras mencionadas en la bibliografía general de esta parte). H. SETON-WATSON: *Eastern Europa between the wars, 1918-1941*. Cambridge, 1945.—F. L. SCHUMAN: *Soviet Politics*, Londres, 1941.—N. RUBINS-TEIN: *Sovetskaja Rossija i Kapitalisti-ceskié gosudarstva v gody pereshoda ot vojny k miru, 1921-1928* (La Rusia soviética y los estados capitalistas durante los años de transición entre la guerra y la paz, 1921-1922). Moscú, 1958.—X. EUDIN y R. NORTH: *Soviet Russia and the West, A documentary Survey*. Stanford Univ., 1957.

##### Sobre la guerra polaco-rusa.—

(Desde el punto de vista de la historia diplomática).—W. ARENZ: *Polen und Russland, 1918-1920*. Leipzig, 1939.—A. S. CORDWELL: *Poland and Russia: the last quarter Century*. Nueva York, 1944.—J. PILSUDZKI: *L'année 1920*. París, 1929.—M. WEYGAND (general): *Memoires. II. Mirages et réalité*, París, 1957 (2.ª parte).

##### Sobre los demás vecinos de Rusia.

S. GRANZ: *Les relations entre la Roumanie et l'U. R. S. S., 1918-1936*. París, 1937.—E. SOBOLEVITCH: *Les Etats baltes et la Russie soviétique*, París, 1930.

##### Sobre las relaciones germano-ru-

sas.—Ed. CARR: *German soviet Relations between the two world wars*. Baltimore, 1951.—G. CASTELLAN: *Le*

*réarmement clandestin du Reich, 1930-1935*, París, 1954 (el capítulo V contiene datos sobre el período 1920-1930).—G. W. HALLGARTEN: *General von Seeckt and Russia, 1920-1922*, en *Journal of Modern History*, marzo 1949, págs. 28 a 34.—G. HILGER y H. MEYER: *The incompatible Allies*, Nueva York, 1953.—L. KOCHAN: *Russland und die Weimarer Republik*, Düsseldorf, 1956 (traducción de una obra inglesa publicada en 1952).—Th. SCHIEDER: *Die Probleme des Rapallo-Vertrags*, en *Arbeitsgemeinschaft für Forschung des Landes Nordrhein-Westfalen*, Heft 43, 1956.—MAX VON STOCKHAUSEN: *Sechs Jahre in der Reichskanzlei, von Rapallo bis Locarno, Erinnerungen und Tagebuchnotizen, 1922-1927*. Bonn, 1954.—I. KOBLIAKOV: *Ot Bresta do Rapallo* (De Brest-Litovsk a Rapallo), Moscú, 1954.—C. FREUND: *Unholy Alliance, Russian-German Relations from the treaty of Brest-Litovsk to the treaty of Berlin*. Londres, 1957. H. GATZKE: *Russo-german Collaboration during the Weimar Republic*, en *American Hist. Review*, abril 1958, páginas 565-97.—H. KULER: *Die Aus-seepolitik der Weimarer Republik, 1918-1923*. Aschaffenburg, 1957.—A. THIMME: *Gustave Stresemann. Eine politische Biographie*, Frankfurt, 1957.

##### Sobre las relaciones entre Rusia y

Estados Unidos.—F. L. SCHUMAN: *American Policy toward Russia since 1917*, Nueva York, 1928.—XXX: *Sovetsko-amerikanskié otnoshenia, 1919-1933*, Moscú, 1934.

**Sobre las relaciones entre Rusia y Gran Bretaña.**— *Anglo-sovetskie otnosheniya, 1921-1927*, Moscú, 1927.— P. y Z. COATES: *A history of Anglo-Soviet Relations, 1919-1949*, Londres, 1954.

**Sobre las relaciones entre Rusia y los estados islámicos.**—I. SPECTOR: *The Soviet Union and the Muslim World, 1917-1918*, Washington, 1958.

**Sobre la conferencia de Génova.**—

Además de los documentos publicados por los gobiernos inglés, francés, ruso y alemán, véase, para un estudio general, J. S. MILLS: *The Genoa Conference*, Londres, 1925.—Para la cuestión del petróleo, GLYN ROBERTS: *The most powerful man in the world. Life of Sir Henry Deterding*, Nueva York, 1908, ofrece algunas indicaciones.

## CAPITULO XI

### LA ZONA DANUBIANA Y BALCANICA

En contacto con aquella Rusia, que a pesar del eclipse momentáneo de su política europea conservaba la base de su poderío; al alcance de aquella Alemania, cuya recuperación económica había sido tan rápida, de 1924 a 1929, la Europa danubiana y balcánica era una zona de fragmentación política. En los Balcanes, donde el nuevo Estado turco solo conservaba parte de Tracia y el pequeño Estado albanés, no tenía más que 800.000 habitantes, Bulgaria, con 5.400.000 habitantes, apenas estaba más poblada que Grecia, que en 1922 tenía cinco millones. En la región danubiana, mientras que Hungría se había reducido a 7.500.000 habitantes y la República de Austria contaba con algo más de seis millones, la República checoslovaca dominaba por la importancia relativa de su población (13.600.000 habitantes en 1921, aunque 3.800.000 no eran checos ni eslovacos, verdaderamente). Yugoslavia (en 1920 tenía algo más de 12 millones de habitantes) y Rumania, que era el Estado más poblado (17.400.000 habitantes), eran, tanto una como otra, balcánicas y danubianas a la vez, por su situación geográfica. El trazado de las nuevas fronteras había sobreexcitado el nacionalismo y agravado las dificultades económicas en todas partes.

Aquella zona de fragmentación, esto es, de menor resistencia, podía ofrecer condiciones favorables para la expansión económica e incluso política de los grandes Estados. Pero la Rusia soviética, en tal momento, no estaba en condiciones de correr ningún riesgo; y Alemania, mientras que se encontrara sometida a la inspección del desarme y al pago de las reparaciones, permanecería prudente. Gran Bretaña, aunque observaba con atención a Grecia, a causa de sus intereses mediterráneos, no pensaba asumir ninguna responsabilidad directa. De todas las grandes potencias, solo se mostraban activas, durante el período de 1920 a 1930, Italia y Francia. Los intereses italianos en el Adriático, en contacto con Yugoslavia, Albania y Grecia, eran inseparables de una acción política en los Balcanes; por lo que se refiere al espacio danubiano, los intereses italianos habían quedado ampliamente satisfechos con la desaparición de Austria-Hungría (1). Los intereses franceses eran, sobre todo, políticos; la acción económica y financiera no significaba más que el medio para lograr esos fines. El objetivo principal era, no solo cerrar el camino a una futura expansión alemana, sino también establecer *alianzas en la retaguardia* contra Alema-

(1) Véase pág. 766.



nia. La acción italiana chocaba, pues, con la de Francia en la región danubiana; y aquel antagonismo se manifestaba, asimismo, en las cuestiones balcánicas (1).

#### I. LA POLÍTICA FRANCESA Y LA PEQUEÑA ENTENTE

Después de la dislocación de Austria-Hungría se pensó en dos soluciones alternativas para atenuar las consecuencias de la fragmentación y organizar la vida política y económica de la Europa danubiana: constituir una federación entre todos los Estados *sucesores* de la Doble Monarquía, comprendidas Hungría y Austria, es decir, establecer la colaboración entre los beneficiarios y las víctimas de los tratados de paz; o limitarse a formar un sistema de alianzas entre Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, con el fin de impedir una posible tentativa de desquite de los vencidos y mantener la situación territorial establecida en 1919-1920. El proyecto de federación, en el que estaban interesados los medios gubernamentales de Francia e Inglaterra en 1919, chocó con la resistencia de los gobiernos de los nuevos Estados, que temían que el vínculo federativo sirviera para preparar la resurrección de un Imperio austro-húngaro. La segunda posibilidad fue considerada en febrero de 1920—antes, incluso, de la firma del Tratado del Triánón—por los gobiernos de los tres Estados que iban a repartirse los territorios arrebatados a Austria y Hungría. ¿Qué importancia se podía conceder a la iniciativa de las grandes potencias en la elección entre esas dos orientaciones y en la formación de la "Pequeña Entente"?

Lo que obligó a Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania a concertar una alianza fue su temor a la restauración monárquica. El 14 de agosto de 1920, Checoslovaquia y Yugoslavia se prometieron mutua asistencia armada en el caso de que Hungría iniciase un ataque no provocado; a la calaverada del ex emperador Carlos, que intentó volver a tomar el poder en marzo de 1921, se replicó mediante los tratados del 23 de abril de 1921, entre Rumania y Checoslovaquia, y del 7 de junio del mismo año, entre Rumania y Yugoslavia. Cuando, en octubre de 1921, el ex emperador realizó una segunda intentona de restauración, los tres gobiernos anunciaron su intención de oponerse a ella con las armas. Era lógico que tal acuerdo se estableciera entre Estados que se hallaban igualmente interesados en impedir el retorno ofensivo del nacionalismo magiar. Lo que merece un examen crítico es la iniciativa de la política francesa en aquel caso: a partir de 1922, Francia apareció como protectora de la Pequeña Entente. ¿Se remontaba esa protección al origen de la alianza?

Aquella política francesa—a juzgar por las fuentes documentales húngaras—osciló, durante más de un año, entre concepciones divergentes.

(1) Véase pág. 871.

En la primavera de 1920, cuando Alejandro Meillerand, presidente del Consejo, era ministro de Asuntos Extranjeros, y Mauricio Paléologue, secretario general del Ministerio, la política francesa parecía estar a favor de un plan de confederación danubiana que tendría a Hungría como *sostén*. En tres ocasiones, primero mediante intermediarios oficiosos y oficiales, y directamente después, la diplomacia francesa había hecho concebir al Gobierno húngaro la esperanza de que podría conseguir una revisión de las fronteras fijadas en el Tratado de Triánón, con la condición de conceder a grupos financieros franceses o a grandes empresas—particularmente, la Creusot—una participación predominante en la gestión de los ferrocarriles húngaros y en el capital de la Banca de Crédito General húngara. A pesar de la oposición de algunos altos funcionarios del Quai d'Orsay que, no sin razón, sospechaban que el Gobierno húngaro mantenía, en secreto, contactos con medios militares alemanes, esa política—la de Mauricio Paléologue—se mantuvo durante el transcurso del verano.

A fines de septiembre de 1920, en el momento en que Alejandro Meillerand llegó a la Presidencia de la República, Paléologue fue reemplazado en la Secretaría General del Quai d'Orsay por Felipe Berthelot, que poseía una autoridad singular, gracias a sus dotes intelectuales, a su tenacidad y a su conocimiento asombroso de los hombres y de los legajos. Las negociaciones con Hungría fueron abandonadas inmediatamente. Felipe Berthelot dio muestras de simpatizar con los dirigentes checoslovacos, como había hecho desde 1915.

¿Quería esto decir que la diplomacia francesa favoreciese, en seguida, a la Pequeña Entente, cuyos primeros jalones acababa de poner Eduardo Benès? En realidad, en el momento de la primera intentona de restauración monárquica en Budapest, Felipe Berthelot afirmó al Gobierno checo su deseo de hacer fracasar aquella tentativa; pero Arístides Briand, presidente del Consejo desde enero de 1921, declaró, en sus conversaciones, que vería con agrado el éxito de la restauración. Esa discrepancia existía también en la opinión parlamentaria, pues las derechas parecían dispuestas a aceptar la restauración, mientras las izquierdas no estaban dispuestas a ello. No se trataba de una cuestión de preferencias o simpatías por una u otra forma de régimen político; sino de elegir entre dos concepciones acerca del papel que pudieran desempeñar en Europa los Estados danubianos: Felipe Berthelot deseaba la formación de la Pequeña Entente; Arístides Briand no quería descartar la posibilidad de una confederación danubiana, y veía en la antigua dinastía el único centro de atracción capaz de *coordinar* esos pueblos dispares, con el fin de establecer una barrera contra la expansión alemana.

Pero, cuando se produjo la segunda calaverada imperial, en octubre de 1921, las vacilaciones no se repitieron: la política francesa emprendió entonces, el camino por el que marcharía constantemente durante quince años.



La formación de la Pequeña Entente no fue, pues, obra francesa, sino realizada por los tres Estados contratantes, quienes, en un momento en que la orientación del Gobierno francés se encontraba todavía sin fijar, demostraron su voluntad común de impedir una restauración monárquica y de mantener la situación territorial que estableció el Tratado de Trianón. Solo después de esa manifestación de vitalidad, la Pequeña Entente recibió el apoyo diplomático de Francia, convirtiéndose en uno de los medios de acción del *sistema francés* en Europa. Ese sistema francés encontró su expresión en el acuerdo checoslovaco-francés del 25 de enero de 1924, completado, el 16 de octubre de 1925, por una promesa de asistencia armada; en la alianza concluida el 10 de junio de 1926 entre Francia y Rumania, y, por último, en el tratado de 1927 entre Francia y Yugoslavia. Pero ese sistema se hallaba amenazado por la posible incorporación de Austria al Reich alemán y por el *revisiónismo* húngaro.

La incorporación de Austria a Alemania estaba prohibida por los Tratados de Versalles y de Saint-Germain, a no ser que fuese autorizada por la Sociedad de Naciones (1). El Gobierno austríaco, por medio de un protocolo de 1922, prometió conservar la independencia del Estado, a cambio de una ayuda financiera que le fue concedida por la Sociedad de Naciones. A pesar de esa promesa, los miembros del Gobierno austríaco y el mismo presidente de la República, apoyados por un amplio movimiento de la opinión pública, no perdieron ocasión de decir, en el período 1926-1928, que Austria no era viable, desde el punto de vista económico, y que el *Anschluss* resultaba necesario. Sin embargo, concedían que sería prematuro el suscitar la cuestión. Esa era también la actitud de los medios oficiales alemanes: afirmar el derecho moral, invocar el principio de las nacionalidades, pero aplazar la reivindicación. Esta negativa implícita a admitir la validez de las estipulaciones de los tratados incitaba a Italia y a Francia a hacer advertencias en forma categórica. En mayo de 1925, Mussolini declaró que no podría *tolerar jamás* el *Anschluss*. En diciembre de 1928, Briand declaró a Stressemann que la incorporación de Austria no podría efectuarse amistosamente, pues el voto negativo de Francia bastaría para impedir que el Consejo de la Sociedad de Naciones diera su asentimiento; y añadió que, si Alemania intentase resolver la cuestión por la fuerza, "significaría, sin ninguna duda, la guerra"

La protesta contra las consecuencias del Tratado de Trianón colocaba al Gobierno húngaro en perpetuo antagonismo con sus vecinos, pues la revisión de las fronteras que la opinión pública magiar reivindicaba amargamente, era rechazada categóricamente por la Pequeña Entente. La política italiana prestaba apoyo a aquel *revisiónismo* hún-

(1) Véase libro II, pág. 774.

garo, sin duda para tener en jaque a la *hegemonía* francesa que se iba dibujando en la Europa danubiana: deseaba que Hungría persistiese en la formación de un *rompeolas de resistencia* y que no se resignara a llegar a un acuerdo con los vencedores. El Gobierno de Budapest aceptaba esa ayuda porque, sin poder desunir a sus adversarios directos, solo le quedaba esperar la rectificación de sus fronteras apoyándose en una gran potencia.

El tratado de comercio italo-húngaro del 5 de septiembre de 1925 favorecía la importación de los productos agrícolas italianos. El tratado de amistad de abril de 1927—a pesar de la vaguedad de sus términos—significaba, según dijo el presidente del Consejo, el conde Bethlen, la entrada de Hungría *en la esfera de los intereses italianos*. La consecuencia directa de tales acuerdos diplomáticos fue el aliento público que Mussolini dio al *revisiónismo* magiar en la primavera de 1928. A pesar de todo, el aliento era muy matizado: el *duce* se limitaba a desear *modificaciones de detalle* en el trazado de las fronteras húngaras y a hacer constar que Hungría merecía un *destino mejor*.

Esas manifestaciones fueron inútiles: los Estados de la Pequeña Entente declararon que se opondrían a cualquier modificación, aun parcial, de la situación territorial fijada por el Tratado de Trianón. Y esto bastó para que, de momento, las reivindicaciones magiarias careciesen de importancia práctica. Hungría, sin embargo, continuó apareciendo como el *pólvorín* de Europa. Pero la pólvora estaba mojada.

La política de la Pequeña Entente había sido, pues, eficaz. Esos Estados, que agrupaban a cuarenta y tres millones de habitantes y que habían concertado una relación diplomática directa con Francia, parecían representar una seria fuerza militar. Pero la vitalidad del sistema no estaba bien asegurada. Desde el punto de vista político, sus miembros, solidarizados en su resistencia frente a las reivindicaciones húngaras, no habían establecido compromisos mutuos más amplios: el pacto de la Pequeña Entente no garantizaba a Yugoslavia que no tendrían consecuencias las reivindicaciones italianas; Rumania no podía contar con sus dos aliadas para defender Besarabia contra la Rusia soviética; Checoslovaquia no encontraba ningún apoyo, ni en Belgrado ni en Budapest, para hacer frente a las dificultades que pudiera provocar la cuestión de los alemanes de los Sudetes. Desde el punto de vista económico, los dos intentos realizados para organizar una colaboración económica entre los tres Estados, en las conferencias de Portorosa, de noviembre de 1921, y de Jachymov, en 1927, solo consiguieron mejorar el tráfico ferroviario y limitar las prohibiciones a la importación; pero no permitieron establecer tarifas aduaneras de preferencia, porque Checoslovaquia, Estado industrial, se habría beneficiado con ellas, mientras que Rumania y Yugoslavia, en los que predominaba la economía agrícola, hubieran salido perjudicados. El porvenir de la Pequeña Entente estaba minado por esas debilidades.

## II. LA POLITICA ITALIANA EN LOS BALCANES

En la zona balcánica, las iniciativas italianas tenían mayor importancia. Encontraban un terreno favorable, pues las dos potencias que habían desempeñado un papel predominante en ella antes de 1914, se hallaban ahora desplazadas. El objetivo esencial de la acción italiana era el establecimiento de un *control* sobre el Adriático. En aquel plan, los móviles económicos tenían sin duda importancia, pero secundaria; los móviles predominantes eran estratégicos y políticos: al asegurar la estabilidad de la paz en esas regiones—escribió Mussolini en el *Popolo d'Italia*, en febrero de 1926—, Italia tendría libertad de acción más amplia en *otras zonas de interés vital*, es decir, en el Mediterráneo. Indudablemente, hay que tener en cuenta también el deseo de consolidar el prestigio del régimen, borrando los *abandonos* consentidos por los Gobiernos de 1920 y 1921.

Los objetivos inmediatos del Gobierno fascista eran, en consecuencia, por una parte, la solución de la cuestión de Fiume, que desde la primavera de 1919 había enfrentado a Italia con Yugoslavia (1), y, por otra, el establecimiento de una posición preponderante en Albania y sobre la orilla oriental del Canal de Otranto, puerta del Adriático. Esas intenciones amenazaban los intereses de Yugoslavia que no quería renunciar a la costa de Quarnero ni sufrir la vecindad de una Albania sometida a la influencia italiana; también amenazaban los de Grecia, que, desde 1913, no había abandonado nunca sus reivindicaciones sobre los distritos meridionales de Albania (2), Santi-Quaranta y Argýrocastro, cuya población es de lengua griega; y esos distritos, por su situación geográfica, eran algunos de los que más interés ofrecían para la seguridad del paso por el Canal de Otranto. Los acontecimientos se desencadenaron desde 1923 a 1927.

El asesinato de un miembro italiano de la comisión de delimitación de la frontera grecoalbanesa dio a Mussolini ocasión para ejercer una presión armada, mediante el bombardeo y la ocupación temporal de Corfú: fue un acto de intimidación que no se dirigía solo contra Grecia.

El Gobierno yugoslavo, cuando un mes más tarde fue invitado por el Gobierno fascista para emprender negociaciones acerca de la cuestión de Fiume, tuvo en cuenta, probablemente, la experiencia sufrida por Grecia; se resignaba a las conversaciones que desembocaron en la Convención de Nettuno, de enero de 1924, por la que Italia se anexionaba la ciudad de Fiume, mientras que los alrededores de ella se entregaban a Yugoslavia. Este éxito italiano abría el camino para la expansión de una influencia económica y política por toda Dalmacia.

(1) Véase libro II, pág. 789.

(2) Véase pág. 595.

En el verano de 1924, por último, los golpes de Estado de Albania, en los que se enfrentaron Ahmed Zogú, musulmán, y Fan Noli, de la Iglesia ortodoxa, ofrecieron a la política italiana un terreno abonado. Ahmed Zogú, cuando consiguió conservar el poder, buscó ayuda financiera para reorganizar la administración y construir carreteras; Italia se la concedió; y, como contrapartida, obtuvo la presencia de una misión militar en el ejército albanés, la creación de un Banco Nacional de capital y presidente italianos y, en fin, una sociedad, sostenida por bancos italianos, que ejecutaría, mediante empresas italianas, los trabajos del equipamiento nacional albanés. La colaboración económica y financiera era solo el prólogo de la acción política. Por el Pacto de Tirana del 27 de noviembre de 1926, Ahmed Zogú recibió del Gobierno fascista la promesa de ayuda para mantener en Albania el *statu quo* político, esto es: su dominación personal; pero se comprometió a mantener una política exterior que no pudiese acarrear perjuicios a los intereses italianos. Un año más tarde, por el tratado del 20 de noviembre de 1927, se estableció una alianza defensiva. Por último, mediante la convención complementaria del 1 de julio de 1928, el Gobierno albanés prometió actuar de acuerdo con Italia en *todas las cuestiones referentes a la situación balcánica*. Ahmed Zogú, que adoptó en septiembre de 1928 el título de rey, convirtiéndose en Zogú I, parecía, pues, aceptar colocarse bajo la tutela italiana.

Esa penetración italiana en Albania aumentó la inquietud yugoslava. El presidente del Consejo, Nintchitch, que había firmado el acuerdo de Nettuno, abandonó el poder en diciembre de 1926; y el nuevo Gobierno buscó el apoyo de Francia. El Tratado francoyugoslavo del 11 de noviembre de 1927, aunque no fuera más allá de la promesa de *concierto* en caso de agresión, inició una época de tensión grave entre Italia y Yugoslavia: la Prensa italiana manifestaba su desprecio por un Estado desgarrado por los conflictos políticos y religiosos entre croatas y serbios, y anunciaba la intención italiana de apoderarse de toda Dalmacia en la primera ocasión favorable; la Prensa yugoslava—sobre todo, en Croacia—replicó vehementemente, y no vaciló en admitir la posibilidad de una guerra.

La resistencia yugoslava incitó a la diplomacia italiana a sentar las bases de una política balcánica cuyo objetivo esencial consistía en *neutralizar* los Estados de aquella zona, en previsión de una guerra en el Adriático.

Las discusiones y los conflictos que enfrentaban a los Estados balcánicos abrían perspectivas favorables a los intereses políticos italianos. Grecia y Turquía se encontraban empeñadas, durante cinco años, en ásperos debates, pues las cláusulas del Tratado de Lausana, que preveían la emigración obligatoria de los griegos de Esmirna a Grecia y la emigración facultativa de los turcos de Tracia Oriental a Turquía, daban lugar, al ser aplicadas, a serias dificultades diplomáticas, agra-

vadas por los sufrimientos de las poblaciones desarraigadas. Grecia y Yugoslavia discutieron largamente el estatuto del *puerto franco* de Salónica, que debía permitir el tránsito comercial yugoslavo por el territorio griego, sin pagar derechos de aduana. En Macedonia, donde el Tratado de Neuilly había colocado poblaciones búlgaras bajo la dominación serbia, surgían incesantes conflictos entre nacionalidades e Iglesias, que afectaban a Bulgaria y a Yugoslavia; aquella región llegó a convertirse, en 1928, en una zona guerrillera, cuando la Organización Revolucionaria Macedónica, que tenía su sede en Bulgaria, lanzó incursiones de *comitadjis* para proteger a los búlgaros de Macedonia contra la *opresión* yugoslava; la acción de esos *comitadjis* fue alentada, quizá, y, desde luego, tolerada, por el Gobierno de Sofía, que declaró ser incapaz de impedir esas incursiones, desde el momento que el Tratado de Neuilly le había impuesto un deber riguroso. La aspereza de tales discordias balcánicas resultaba provechosa para el Gobierno italiano.

El Gobierno rumano, en septiembre de 1926, cuando era dirigido por el general Averescu, cuyas simpatías personales estaban al lado de los regímenes autoritarios, aceptó dar a Italia una promesa de *concierto* y apoyo diplomático, lo que, sin ser incompatible con el pacto de la Pequeña Entente, debilitaba su importancia; a cambio, obtuvo que Italia reconociese los derechos rumanos sobre Besarabia; pero la caída de Averescu, en la primavera de 1927, y la vuelta al poder de Bratianu, jefe del Partido Liberal, cerró el futuro de esa aproximación diplomática.

El Gobierno griego, debido a sus diferencias con Yugoslavia, sintió en olvidar el asunto de Corfú, contrayendo el compromiso de permanecer neutral en el caso de que Italia fuera objeto de una *agresión no provocada*, en septiembre de 1928.

Bulgaria, como adversario directo de Yugoslavia en Macedonia, era para la diplomacia italiana el campo de acción más propicio. Por eso el Gobierno fascista, en agosto de 1928, se negó a asociarse a la gestión que realizaban en Sofía los representantes de Gran Bretaña y Francia para exigir al Gobierno búlgaro la disolución de la Organización Revolucionaria Macedónica.

En esos años, en los que la influencia alemana no había recuperado todavía sus medios de acción, fueron, pues, los intereses opuestos de Francia e Italia los que orientaron el curso de los litigios internacionales en las zonas danubiana y balcánica. El patronazgo dado a la Pequeña Entente por la política de Francia, hacía temer al Gobierno italiano la reconstitución de un *grupo hegemónico* (era la expresión utilizada por la Prensa italiana) en la Europa danubiana; el apoyo dado al revisionismo húngaro por el Gobierno fascista fue la parada de ese golpe. El Tratado francoyugoslavo de 1927 era considerado en Roma como un ataque directo a la política italiana en el Adriático y determinó a la

diplomacia fascista a ampliar su política balcánica. La política italiana era, en consecuencia, por lo que se refiere a la Europa danubiana, una réplica a la política francesa; por el contrario, en los Balcanes, esa política fue *ofensiva*, pero con el exclusivo propósito de vigilar y cercar a Yugoslavia. En realidad, los éxitos diplomáticos de Francia e Italia se compensaban; pero la situación general, resultante del parcelamiento político y económico, no había mejorado, en cambio, pues la rivalidad entre los dos grandes Estados paralizaba cualquier intento constructivo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Sobre las cuestiones danubianas.**—Además de la obra general de J. AULNEAU: *Histoire de l'Europe Central*, París, 1937, véase: P. DEAK y D. UJVARY: *Papers relating to the foreign Relations of Hungary*, Budapest, 1939 (esta colección concierne al período de febrero 1919 a diciembre 1920).—A. BASCH: *The Danube Basin and the German Economic Sphere*, Nueva York, 1943.—R. MACHRAY: *The Struggle for the Danube and the Little Entente*, Londres, 1938.—E. HANTOS: *Die Neuordnung des Donauraumes*, Berlín, 1935.—L. PASLOVSKY: *Economic Nationalism in the Danubian States*, Nueva York, 1925.—M. TOSCANO: *L'accordo rivisionista franco-ungherese del 1920*, en *Politica*, enero-abril 1943, páginas 323 a 395.—J. WERKMANN: *Au Kaisers Karls Nachlass*, Berlín, 1925.
- Sobre las cuestiones balcánicas.**—R. N. HOWARD: *The Balkan Conferences and the Balkan States*, Berkeley, 1936.—J. ANCEL: *Les Balkans face à l'Italie*, París, 1928.—A. MOUSSET: *L'Albanie devant l'Europe*, París, 1927.—L. MARCOVITCH: *La France, l'Italie et la Yougoslavie*, en *Esprit International*, abril 1930, págs. 163 a 180.

## CAPITULO XII

## EL MEDITERRANEO Y EL ORIENTE PROXIMO

El Mediterráneo, *lugar de intercambio y de encuentro para las poblaciones y civilizaciones de tres continentes*, después de la apertura del Canal de Suez, se había convertido también en una gran vía marítima mundial (1).

En vísperas de la guerra de 1914, esa vía estaba dominada por Gran Bretaña, que poseía las dos *puertas* esenciales—Gibraltar y Suez—, que gracias a su base naval de Malta, vigilaba el paso por el Estrecho de Sicilia y que había conseguido mantener cerrada la puerta septentrional, los estrechos otomanos, a pesar de la presión rusa. Los países ribereños del Mediterráneo no intentaron seriamente derribar esa preponderancia inglesa: Francia, aun con la fuerza de sus posiciones del norte de Africa, había tratado con miramientos los intereses británicos, incluso antes de adoptar una política de colaboración con Gran Bretaña; Italia había seguido por mucho tiempo la estela de Inglaterra, y la situación que había conseguido en el mar Egeo, en 1912, seguía siendo precaria (2); España y Grecia eran impotentes; el Imperio otomano, pese a la extensión de sus territorios, era demasiado débil para tomar la iniciativa.

Los resultados de la guerra mundial parecían confirmar esa preponderancia de los intereses ingleses, pues, en 1919, Rusia se encontraba paralizada por la guerra civil; la derrota otomana había traído como consecuencia el desmembramiento del Imperio; y el proyecto alemán del ferrocarril de Bagdad se había derrumbado. Si el Mediterráneo occidental no resultaba directamente afectado por esos resultados, el Mediterráneo oriental lo era profundamente. A pesar de la presencia francesa en Siria y la ocupación italiana del sur de Anatolia, el Gobierno británico, gracias al protectorado sobre Egipto, el mandato de Palestina y la posesión provisional de la base naval de Chipre—una provisionalidad que duraba ya cuarenta años (3)—, mantenía su dominio.

Para los ingleses, esos aspectos de la situación en el Mediterráneo estaban relacionados con los problemas del Oriente Próximo, con el camino terrestre a la India, que empezaba en las costas de Siria y Palestina, y con los intereses británicos en el golfo Pérsico. Ahora bien:

(1) Véanse págs. 268 y sgs.  
 (2) Véanse págs. 509-510 y 549.  
 (3) Véase pág. 384.

aquí también dominaba Inglaterra: en 1919, desde el Bósforo hasta los confines de la India, todos los puntos estratégicos estaban en poder de los británicos.

Pero las posiciones conseguidas por los europeos se hallaban amenazadas, sobre todo de 1920 a 1927, por los nacionalismos musulmanes (1). Esos movimientos ofrecían también buenas ocasiones a las políticas rivales de las potencias europeas, ocasiones que no dejaron de ser aprovechadas por éstas.

## I. LOS NACIONALISMOS MUSULMANES

Los movimientos de resistencia a la dominación de los Estados europeos intentaban establecer en el seno del Islam comunidades políticas, que, de momento, no procuraron establecer igualmente una colaboración. El nacionalismo turco, los nacionalismos árabes y las aspiraciones nacionales del Irán, e incluso de Afganistán, se señalaban con caracteres diferentes.

El nacionalismo turco encontró su expresión en el movimiento dirigido por Mustafá Kemal, que protestaba contra la dislocación del Imperio otomano, así como contra las ventajas consentidas a Gran Bretaña y a Grecia, en agosto de 1920, por el Tratado de Sèvres. Kemal exigía la revisión de ese Tratado, al menos en lo que afectaba a poblaciones turcas sometidas a dominación extranjera; se negaba, pues, a admitir el derecho de ocupación, concedido a Grecia, en la región de Esmirna; a Francia, en Cilicia; a Italia, en Anatolia meridional, en torno a Adalia; pedía también la retirada del contingente interaliado—casi exclusivamente británico—encargado de ocupar Constantinopla y asegurar la aplicación del nuevo estatuto de los estrechos otomanos. El Gobierno de Kemal quería garantizar el éxito de esas reivindicaciones por medio de la presión armada e incluso por la guerra.

La entrada de tropas turcas en Cilicia y en la zona de Adalia obligó a Francia y a Italia a aceptar la negociación. El Gobierno francés, por el acuerdo del 20 de octubre de 1921, renunció a la ocupación de Cilicia, con la excepción del *sanjak* de Alejandreta, donde los turcos no constituían más que parte de la población; el Gobierno italiano abandonó la región de Adalia, aunque conservó allí determinados privilegios para la explotación del subsuelo.

Las tropas griegas instaladas en Esmirna no esperaron el ataque turco; y lanzaron una ofensiva preventiva que fue rápidamente desbaratada: la victoria de Afum-Karahissar, el 22 de agosto de 1922, abrió al ejército kemalista el camino de Esmirna, que fue ocupada quince días más tarde, sin que el Gabinete inglés mostrase la menor intención de oponerse a ello. El ejército turco se dirigió entonces hacia los Dar-

(1) Véanse cap. V, págs. 757 y sgs., y cap. VIII, págs. 820-21.

danelos; y en Chanak encontró a un destacamento francoinglés, encargado de la guardia del estrecho. Se evitó el choque armado; pero el armisticio de Mudania, del 11 de octubre de 1922, concedió a Mustafá Kemal el derecho de recuperar la administración de Constantinopla y de expulsar al sultán. El 4 de noviembre, se realizó la primera parte de ese programa; y el 17 del mismo mes, la segunda.

Faltaba consagrar tales resultados mediante la revisión del tratado de Sèvres. La conferencia de Lausana—prevista en el armisticio de Mudania—procedió a esa revisión. Los turcos, según decía el jefe de la delegación británica, lord Curzon, se mostraban *insolentes e intratables*; pero el Gabinete inglés (Lloyd George había sido sustituido ya por Bonar Law) no quería, de ninguna manera, correr el riesgo de un conflicto. El 24 de julio de 1923, el nuevo tratado restituyó a Turquía la soberanía sobre toda Anatolia, Constantinopla y tracia hasta Maritza (es decir: Andrinópolis comprendida), y sobre las islas de Imbros y Tenedos, que dominan, en el mar Egeo, la entrada de los Dardanelos, suprimió el régimen de privilegio que los extranjeros poseían en territorio turco, en virtud de las Capitulaciones; y reguló, en fin, el estatuto de los estrechos: el Gobierno turco reconocía el principio de la libertad de tránsito, establecido en el Tratado de Sèvres; pero obtenía el derecho a prohibir ese tránsito a los navíos pertenecientes a cualquier Estado que se encontrase en guerra con Turquía.

El apoyo diplomático que la Rusia soviética prestaba al Gobierno de Kemal no explica, ciertamente, por sí solo, estos éxitos. La República turca no hubiera podido destruir el estatuto territorial establecido en 1920 si hubiese encontrado una resistencia concertada de Gran Bretaña, Francia e Italia. Pero los Estados vencedores se hallaban divididos. Gran Bretaña, ampliamente beneficiada por el Tratado de Sèvres, no encontraba el apoyo de los otros países para defender sus cláusulas, pues ni Francia ni Italia creían posible volver a tomar las armas, a tres años escasos de la guerra mundial, para mantener posiciones que, aunque fueran de gran importancia para los intereses británicos, resultaban secundarias para los suyos. Cuando ya se había cedido, en casi todos los puntos, a la presión kemalista, el Gabinete británico protestó inútilmente contra esas negociaciones, que, con toda evidencia, estimularían a los turcos a seguir realizando su programa. En el otoño de 1922, cuando se produjo el incidente de Chanak, el Gobierno francés se negó a ordenar a sus tropas que cerrasen el paso al ejército de Kemal. ¿Por qué arriesgarse a una guerra en exclusivo provecho de los intereses ingleses? Sin duda, el Gabinete británico hubiera podido decidirse a actuar solo. No se atrevió a ello, porque se encontraba gravemente preocupado por su Imperio: Egipto reivindicaba su independencia y los Dominios rehusaron su concurso en el caso de una guerra angoturca. Por otra parte, en la solución de la paz turca, la política inglesa había jugado la carta de la Grecia de Venizelos; y el rey Constantino, que estaba exilado desde 1917, había re-

cuperado su trono en diciembre de 1920, después de un plebiscito, apartando, en seguida, a Venizelos del poder; no se podía, pues, seguir contando con la docilidad del Gobierno griego. No es nada sorprendente que Gran Bretaña intentara arrojar sobre el desfallecimiento de sus aliados la responsabilidad de los fracasos de su política. Pero, en el fondo, esa política—la de Lloyd George—se iría a pique desde el momento en que no pudiese seguir jugando la carta griega.

También eran los movimientos nacionalistas los que amenazaban los intereses británicos en el Próximo Oriente.

En Afganistán, el emir obtuvo la supresión del cuasiprotectorado inglés de 1919 (1). Para que la opinión inglesa aceptara ese abandono, el Foreign Office declaró que el protectorado se había hecho superfluo, desde el momento en que desapareció el *peligro ruso*; pero ese optimismo aparente no podía convencer cuando la Internacional Comunista desarrollada su propaganda entre los pueblos asiáticos.

En Irán, el Gobierno inglés poseía, desde 1907, una zona de influencia en el Seistán (2); en mayo de 1914 adquirió la mayor parte de las acciones de la *Anglo-Persian*, constituida seis años antes, para explotar los yacimientos petrolíferos de la zona próxima al golfo Pérsico, y se procuró el derecho de veto sobre la gestión de la compañía en todos aquellos casos en que se pusieran en juego intereses políticos. Durante la guerra mundial estableció, en su zona de influencia de la región petrolífera, una ocupación militar. En agosto de 1919, por último, obtuvo la firma de un tratado, según el cual, el Gobierno iraníano—a cambio de la retirada del ejército inglés de ocupación—prometía admitir técnicos ingleses para reformar la administración y las fuerzas armadas, así como capitales y especialistas para la construcción de ferrocarriles: todo ello era el anuncio, según el *Times*, de “la reorganización de Persia con cerebros y dinero británico”. Completado por los protectorados establecidos por Gran Bretaña sobre los principados árabes del golfo Pérsico—Koweit, desde 1899; las islas Bahrein, desde 1892—, ese tratado iraníano parecía garantizar sólidamente el predominio británico. Pero su puesta en práctica era lenta, difícil, porque encontraba la resistencia del sentimiento nacional persa. En junio de 1920, después de un cambio de Gobierno, el sha decidió *suspender* la aplicación del tratado.

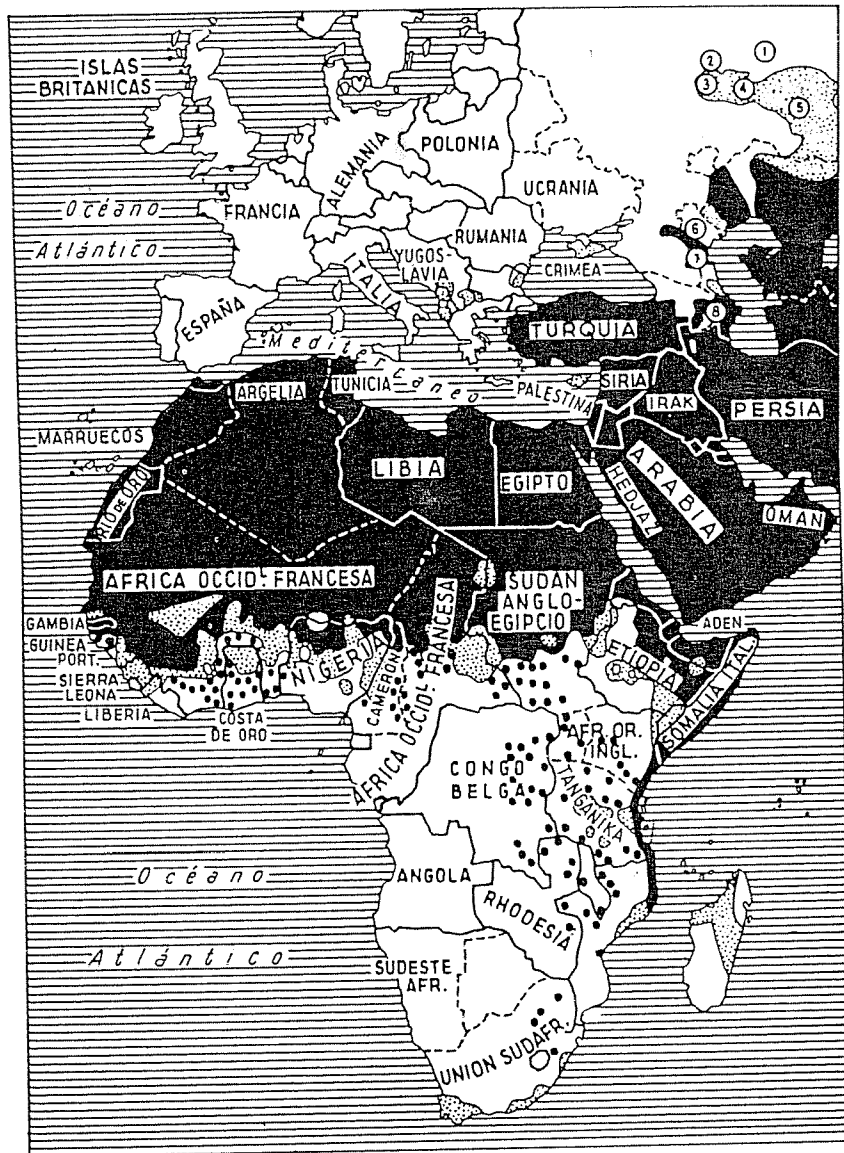
Los movimientos nacionalistas árabes se dejaban sentir desde Marruecos al Irak, sobre todo durante los cuatro años que mediaron de 1922 a 1926 (3).

En Egipto, donde la protesta nacional ya se había manifestado vigorosamente en 1919, el Gobierno inglés, aunque poseía recursos mili-

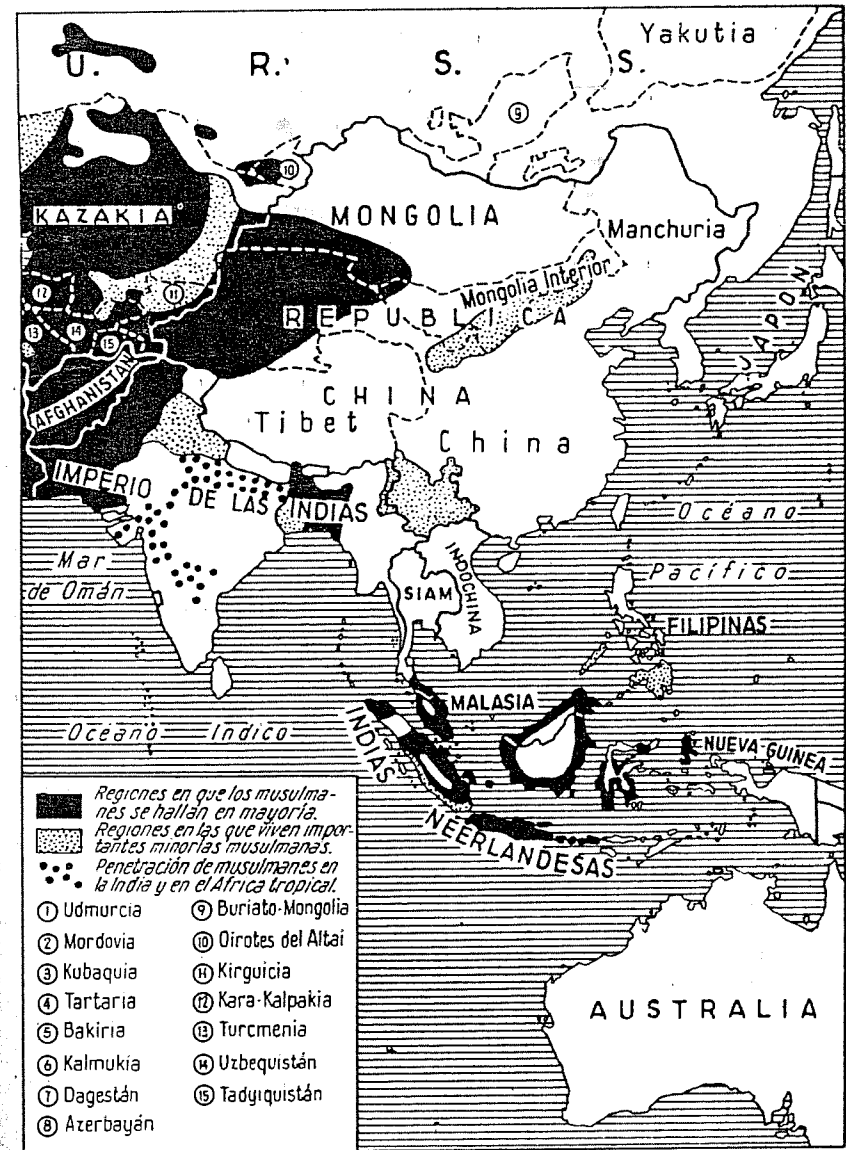
(1) Véase pag. 756.

(2) Véase pag. 551.

(3) Acerca del origen de esos movimientos, en 1919, véase lib. II, cap. V.



Mapa 17.—EL MUNDO  
(Según H. A. R. Goss, Whither



ISLÁMICO HACIA 1925,  
(Islam. V. Gollancz Ltd.)



tares suficientes para dominar la situación, consideró más prudente arrojar lastre: la Declaración del 28 de febrero de 1922 dispuso la renuncia al protectorado establecido en noviembre de 1914 y proclamó la independencia de Egipto; pero reservó al Gobierno inglés el derecho de regular todas las cuestiones relativas a la defensa del país, a la seguridad del canal de Suez, al estatuto de los extranjeros y a la región del Sudán egipcio, cuya posesión era esencial, por el régimen de las crecidas del Nilo. Esos *cuatro puntos reservados* permitirían a Gran Bretaña conservar efectivamente vara alta en Egipto. Zagiul, apoyado por la gran mayoría del Cuerpo Legislativo, se negó a suscribirlos. Mediante una nota conminatoria y el embargo del servicio de aduanas de Alejandría, Gran Bretaña obligó al Gobierno egipcio a retirarse e impuso la aceptación de los *cuatro puntos*: victoria temporal.

En Marruecos, donde Abd-el Krim había lanzado, en julio de 1921, un ataque contra los españoles y formado la República independiente del Rif, las tribus rifeñas intentaron penetrar, en abril de 1925, en el valle alto del Uerga, para provocar un levantamiento en el Marruecos francés. La contraofensiva, en la que el Gobierno francés comprometió 158.000 hombres (entre ellos, 130.000 indígenas), bajo el mando del mariscal Pétain, terminó con la capitulación de Abd-el Krim en abril de 1926.

En Túnez, donde los intelectuales musulmanes estaban en contacto con los egipcios, el Partido nacionalista—el Destur—no reivindicaba la independencia: se contentaba con pedir, en marzo de 1920: que los tunecinos pudieran ocupar cargos públicos, el establecimiento de una Asamblea Legislativa elegida por sufragio universal y la responsabilidad del Gobierno ante la Asamblea—programa suficiente para asegurar la preponderancia de la minoría indígena. El Gobierno francés se limitó a realizar una reforma parcial, que no podía, desde luego, satisfacer al Destur, en julio de 1922: anunció la creación de un *gran Consejo*, desprovisto de facultades políticas y elegido de forma que los franceses de Túnez conservarían la paridad con los tunecinos.

Por lo que se refiere a Tripolitania y Cirenaica, donde los italianos habían renunciado a reconquistar el interior del país en 1919, el Gobierno de Roma y el jefe de los Senusitas, Said Idriss, firmaron, en octubre de 1920, el acuerdo de Regina, que limitaba la soberanía italiana a la zona litoral y reconocía el estatuto de autonomía para el resto del territorio (1). Pero a la llegada de Mussolini al poder, el Gobierno fascista rompió el acuerdo de Regina; además, emprendió una vigorosa acción militar contra las senusitas, que, en abril de 1923, alcanzó un éxito importante—la toma del cuartel general de Said Idriss—, pero que se prolongaría durante cinco años aún, antes que fuese rota la resistencia y se completase la reconquista de Libia.

En Palestina, colocada bajo mandato británico, el Gobierno inglés

intentó establecer un *hogar nacional judío*, según la promesa que había hecho en noviembre de 1917. Entre 1919 y 1926, un centenar de millares de inmigrantes, procedentes de la Europa central y oriental, llegaron a unirse a los cincuenta mil israelitas establecidos ya en el país antes de 1914. Esta población judía se instaló, principalmente, en las ciudades, aportando capitales y creando industrias; pero también empezó a emprender actividades agrícolas. Esto chocaba con la hostilidad de los árabes, que constituían las cuatro quintas partes de la población total, y que temían las consecuencias económicas y sociales de tal afluencia de inmigrantes. En Jerusalén, en 1920, y en Jaffa, en 1921, los conflictos fueron sangrientos. La oposición árabe recriminaba al régimen de mandato, puesto que era la administración inglesa la que autorizaba y favorecía la entrada de los judíos. Sin embargo, en 1925 esa resistencia árabe pareció aminorarse.

El ejercicio del mandato francés sobre Siria chocaba con obstáculos más graves, porque la administración francesa debía enfrentarse, no solo con el movimiento de independencia árabe, sino también con las dificultades que entrañaba la existencia de dieciocho grupos religiosos diferentes, musulmanes, católicos y cismáticos, separados por rencores seculares, por divergentes modos de vida y por el recuerdo de luchas salvajes. En dos ocasiones, el Gobierno francés emprendió operaciones militares de importancia: en julio de 1920, para conquistar Damasco y destruir el Estado árabe independiente que acababa de establecer allí el emir Faycal; en 1925, para reprimir, después de una lucha de cuatro meses, la insurrección de los drusos que había reanimado el movimiento de independencia sirio. Aquí también ese movimiento de independencia se mantuvo en jaque durante diez años.

El mandato británico sobre el Irak—es decir, sobre las vías terrestres y fluviales de Mesopotamia y sobre los yacimientos petrolíferos de Mosul—fue aceptado por el Gobierno francés, que abandonó, a principios de 1919, los derechos que le fueron concedidos por el acuerdo francoinglés de 1916 a cambio de una ampliación de la zona atribuida a su mandato de Siria (1). Pero la influencia inglesa chocaba con la resistencia del nacionalismo árabe. En agosto de 1920, el Gobierno británico, para quebrantar el movimiento de resistencia, envió un cuerpo expedicionario de cien mil hombres. Aunque siguió siendo dueño de la situación, considerará oportuno arrojar lastre: en octubre de 1922, por el tratado de Bagdad, consintió en que se reuniese una Asamblea Constituyente; pero consiguió, en junio de 1924, que se abandonase la reivindicación de independencia. ¿Era una prueba de destreza diplomática? Fue simplemente el resultado de un regateo trivial: Gran Bretaña se hallaba en condiciones, en el caso de que la Constitución iraquí diera muestras de intransigencia, de favorecer las aspiraciones de Turquía

(1) Sobre la guerra de 1911-1912 y el tratado italo-turco, véase pág. 514.

(1) Sobre el acuerdo de 1916, véase el libro I, pág. 691, y sobre la transacción de 1919, págs. 802 y 803.



sobre el vilayato de Mosul, donde la mayoría de la población no era árabe. En cuanto a las reivindicaciones turcas, la diplomacia inglesa las eliminó también; para conseguirlo concedió a los intereses petrolíferos americanos una participación en la explotación de los yacimientos iraquíes, gracias a lo cual, el Gobierno turco no pudo contar ya con el apoyo de los Estados Unidos.

Arabia, por último, era el escenario de una lucha entre dos Estados musulmanes: Hedjaz, cuyo rey, Hussein, había sido, desde 1915, aliado de Gran Bretaña, y Nedj, donde el emir Ibn Saud estaba apoyado por el puritanismo religioso de la secta Uahabita. En 1925, Ibn Saud se anexionó el Hedjaz, al que había derrotado. ¿Se trataba del núcleo de una nueva potencia que podría practicar una política de expansión, a expensas de los demás países árabes, amenazando las posiciones conseguidas por Gran Bretaña? La diplomacia se esforzaba por alejar esas inquietudes: en 1927, el Gabinete británico reconoció la independencia de la Arabia Saudí, pero obtuvo una promesa de no agresión, aplicable a aquellos territorios donde Gran Bretaña poseía bien una influencia predominante, bien un tratado de protectorado: Irak, Sultanato de Koweit e islas Bahrein.

De un extremo a otro de ese mundo árabe, donde Francia, Gran Bretaña y España habían sostenido tres guerras—la campaña del Rif, la de Siria y la expedición al Irak—desde 1920 a 1925, los movimientos de resistencia nacional o religiosa habían fracasado, pues. Los Estados europeos pudieron conservar su ventaja sin demasiado trabajo, porque esos movimientos árabes no habían sido coordinados ni recibido el apoyo de otras fuerzas musulmanas. Cuando el Rey de Hedjaz quiso restaurar en su favor, en marzo de 1924, el Califato abolido por la Asamblea Nacional turca y convertirse así en jefe religioso del Islam, su pretensión fue rechazada por otros árabes: los de Egipto y los de Nedj. Cuando Ibn Saud, después de su victoria sobre Hussein, convocó, en 1926, un Congreso musulmán en La Meca, la dominación establecida por los uahabitas sobre los Santos Lugares provocó discordias en el mundo islámico e incitó a la Universidad de El Azhar a convocar en El Cairo un congreso rival. Esa crisis, que debilitó la unidad religiosa del Islam, constituye, sin duda, la explicación profunda del fracaso sufrido por los movimientos nacionales. Tal era, desde luego, la convicción que animaría desde entonces a los promotores de los Congresos islámicos: para evitar nuevos fracasos sería necesario reestablecer la solidaridad islámica y luchar contra la *desintegración del Islam en Estados seculares*. Pero esa convicción continuaba siendo platónica todavía.

## II. LAS RIVALIDADES ENTRE LOS INTERESES EUROPEOS

Para enfrentarse con esa efervescencia de los países islámicos no existió, en ningún momento, solidaridad alguna entre las potencias europeas: en Marruecos, donde Francia y España se habían visto en-

vueltas en la misma guerra contra Abd-el Krim, la colaboración fue mediocre; en Siria, Francia no tenía por qué sentirse satisfecha de la política inglesa; en el asunto de Mosul—el más enconado, por tratarse de explotación petrolífera—Gran Bretaña hizo cuanto pudo para eliminar a Francia, mientras ofrecía una participación a las sociedades americanas. Esas discrepancias eran irritantes, pero secundarias. Las únicas verdaderamente importantes eran las que oponían, en el Mediterráneo occidental, los intereses franceses a los italianos, o, en el Próximo Oriente, los intereses ingleses a los rusos.

El Gobierno italiano, desde el advenimiento del fascismo, afirmó los derechos de Italia a poseer en el Mediterráneo una situación predominante (1). Es verdad que se trataba solo de un objetivo a largo plazo, pues el proyecto superaba con mucho los medios de fuerza a disposición del Estado. En la práctica, la acción política solo perseguía, de momento, objetivos limitados: la cuestión de Tánger y el estatuto de los italianos establecidos en Túnez.

La importante situación geográfica del puerto de Tánger llevó al Gobierno británico, para mantener el dominio del Estrecho de Gibraltar, a los Gobiernos de Francia y España, inmediatamente después que estos se repartieron Marruecos, la promesa de que dicho puerto recibiría un estatuto internacional. El estatuto de Tánger, en suspenso antes de 1914, quedó fijado, en 1923, por un acuerdo entre Francia, Gran Bretaña y España. En él se preveía la neutralización y desmilitarización de la ciudad y de su zona exterior, pero, a la vez, se concedía a Francia una situación privilegiada desde el punto de vista administrativo. El Gobierno italiano protestó contra aquella reglamentación en la que no se le había tenido en cuenta; en 1926 recibió el apoyo diplomático del Gobierno español, que, desde la llegada del general Primo de Rivera al poder, soportaba de peor talante la ventaja reconocida a Francia en el acuerdo de 1923. La acción diplomática italoespañola obtuvo, en julio de 1928, la revisión del Estatuto. Al mismo tiempo que España adquiría el derecho a designar al comandante de la policía tangerina, Italia consiguió en la administración de la ciudad un puesto semejante al que ocupaba Gran Bretaña. Fue un éxito *simbólico* que, sin embargo, dejó subsistir la preponderancia francesa.

Respecto a Túnez, la opinión pública italiana protestó contra las medidas tomadas por el Gobierno francés en diciembre de 1918 (2). La prensa fascista escribía que la actividad de la colonia italiana en Túnez confería una *hipoteca moral* sobre aquel país, cuya prosperidad se debía en gran parte al *trabajo italiano*. Italia no podía resignarse a renunciar a las convenciones de 1896, dejando que se *desnacionalizase* a sus colonos. Incluso se creía autorizada a reivindicar privilegios más

(1) Véase pág. 825.

(2) Véase pág. 801.

amplios para ellos, esto es, derechos políticos iguales a los que poseían los franceses, de tal suerte que Túnez se convirtiera en el campo de acción de un *condominio franco-italiano*. Es cierto que el Gobierno no se hacía responsable de los argumentos de esa campaña de prensa, aunque fuese el inspirador de ellos. Mussolini declaró, en febrero de 1926: "Se trata de objetivos filosóficos que existen en todos los pueblos, pero que no podrían formar parte de un programa gubernamental positivo". Los hechos desmintieron tales propósitos: el viaje a Túnez del mariscal Balbo, miembro del Gobierno, que llegó a dirigir la palabra a la colonia italiana, afectando ignorar la existencia de las autoridades francesas, parecía ser indicio suficiente de las intenciones reales de la política italiana.

Aunque este litigio dio lugar, en el otoño de 1926, a una tensión diplomática grave, aumentada, por otra parte, por las controversias relativas a la actividad de los emigrados políticos italianos en Francia, los dos Gobiernos mantuvieron sus posiciones respectivas: la diplomacia francesa se limitó a dejar suspendida una amenaza sobre el estatuto de los italianos de Túnez, sin pasar a la ejecución; la diplomacia italiana no consiguió restaurar las convenciones de 1896. La prensa fascista denunció la *incomprensión* que demostraba la opinión pública francesa ante los intereses italianos; y el Gobierno, en octubre de 1928, reivindicó la paridad con Francia en el dominio del armamento naval; paridad que daría, en realidad, una superioridad en el Mediterráneo a la flota de guerra italiana frente a la flota francesa.

Es sorprendente el contraste existente entre la acritud, que persistía y se agravaba, de las relaciones francoitalianas, por un lado, y la cordialidad de las relaciones angloitalianas. Sin embargo, ¿no había anunciado Mussolini, al día siguiente de la *marcha sobre Roma*, el propósito de expulsar del Mediterráneo a los *parásitos*, es decir, a las potencias no ribereñas? Pero el ejercicio del poder hizo modificar rápidamente esas intenciones. La política británica, a su vez, trataba con miramientos los intereses italianos. La rectificación de la frontera entre Egipto y Cirenaica hizo que pasara a ser territorio italiano, dejando de ser territorio egipcio, el oasis de Giarabub, sede de la cofradía *senusita*, con lo que se facilitaba la reconquista de Libia. En septiembre de 1926, con ocasión de la visita del ministro de Asuntos Exteriores inglés a Livorno, las declaraciones oficiales italianas subrayaron la *intimidad* de las relaciones entre los dos Estados; en junio de 1928 se insistió aún sobre la *amistad tradicional y profunda* que los unía. Esa amistad no impidió al Gobierno fascista comenzar, precisamente en 1928, la instalación de bases navales y aéreas en las islas de Rodas y Leros, es decir, en una zona en la que hasta entonces los ingleses, gracias a sus bases de Alejandría, Caiffa, en Palestina, y Famagusta, en Chipre, habían tenido una preponderancia absoluta. Pero al año siguiente, cuando la administración inglesa quiso eliminar el uso de la lengua

italiana en Malta, a pesar de las protestas de la población, Mussolini evitó aparecer como defensor de la *italianidad* de los malteses, porque sabía muy bien que en aquella ocasión Gran Bretaña no transigiría.

En el Próximo Oriente, donde la rivalidad entre las apetencias estratégicas y económicas de Gran Bretaña y Rusia se había apaciguado temporalmente de 1907 a 1914, la política británica tuvo el campo libre en 1918, y 1919, cuando la guerra civil y la revolución bolchevique paralizaban a su *competidor*. Pero en cuanto la ofensiva de los ejércitos blancos fue deshecha, a finales de 1919, el Gobierno soviético, al mismo tiempo que restablecía la autoridad rusa sobre el Cáucaso y Adzerbaizhán, anunció su intención de ayudar a las poblaciones asiáticas en su lucha contra el imperialismo inglés (1): la Internacional Comunista escogió Bakú para celebrar, en 1920, el primer Congreso de *pueblos oprimidos*.

Esa política rusa dirigió su acción, primero, hacia el Irán. Unió a la propaganda la presión armada, ocupando el puerto persa del Caspio, Enzeli, donde había buscado refugio la pequeña escuadra *blanca* de Denikin. Esa presión resultó tanto más eficaz cuanto que la fuerza principal de que disponía el Gobierno de Teherán, la división de los cosacos persas, estaba mandada, en parte, por antiguos oficiales zaristas más sensibles a las tradiciones del imperialismo ruso que a los sentimientos anticomunistas. Los intereses económicos actuaban en el mismo sentido, pues Persia tenía necesidad de restablecer su intercambio comercial con Rusia, que, antes de 1914, compraba los frutos secos y el algodón en bruto persas, vendiendo azúcar de remolacha y artículos manufacturados, principales partidas del comercio de importación iraní. En octubre de 1920, el nuevo Gobierno iraní, después de haber suspendido la aplicación del tratado concluido en 1919 con Gran Bretaña (2), aceptó entablar negociaciones con el Gobierno soviético.

Contra esa presión rusa, como contra la inglesa que le había precedido, se desarrolló un movimiento nacional animado por un periodista de Teherán: Zia Ed-din. Los nacionalistas reprochaban al sha el no haber sabido resistir la acción del extranjero: el golpe de Estado militar del 21 de febrero de 1921 llevó al poder a un Gobierno de tipo *kemalista*, bajo la dirección del coronel Riza Khan.

Este Gobierno emprendió una política de balanceo, en la medida en que es posible darse cuenta de ello.

Su primer gesto, cinco días después de su llegada al poder, fue la firma de un tratado con la Rusia soviética. El Gobierno de Moscú se comprometió a retirar las tropas que ocupaban Enzeli, a renunciar a los privilegios conseguidos en Persia por la diplomacia zarista y a no

(1) Véase pág. 828.

(2) Véase pág. 804.

intervenir en los asuntos internos del país; el Gobierno persa prometía que su territorio no se convertiría en *base para la acción* de una tercera potencia contra Rusia (Gran Bretaña). Los medios políticos ingleses no ocultaron su inquietud: el ministro de Asuntos Extranjeros, lord Curzon, hizo constar, en la Cámara de los Lores, que el Gobierno de Teherán había rechazado la posibilidad de *restablecer su prosperidad* con la ayuda inglesa y prefería aceptar las *caricias* del Gobierno soviético, prefacio de la *estrangulación*. Sin embargo, el Gabinete británico no intentó reaccionar, y retiró las últimas tropas—doce mil hombres—que mantenía aún en el Irán.

Pero la aplicación del tratado rusopersa dio lugar, en seguida, a serias dificultades: actividad intempestiva de la legación rusa que subvencionaba en Teherán tres periódicos de inspiración comunista; controversia acerca de las pesquerías del mar Caspio; embargo decidido por el Gobierno soviético sobre las importaciones de frutos iraníes. Por eso el Gobierno persa procuró, en 1925, efectuar una aproximación a Gran Bretaña, a costa de ciertos miramientos observados con los intereses de la *Anglo-Persian Company*. La diplomacia soviética replicó intentando provocar en Persia movimientos comunistas; pero la mediocridad de los resultados la llevó a abandonar esa táctica y a firmar un tratado de no agresión con el gobierno de Teherán en octubre de 1927.

En resumen: la nueva dinastía iraníes (Riza Khan, en 1925, después de haber aniquilado al soberano, le destronó) consiguió durante aquellos diez años escapar a las presiones inglesa y rusa, que amenazaban inmediatamente la independencia nacional. Este éxito se obtuvo, sobre todo, porque ni Gran Bretaña ni la U. R. S. S. quisieron entonces verse complicadas en un conflicto abierto, a propósito de los asuntos iraníes. Riza hubiera deseado consolidar esos resultados con una reorganización de las finanzas públicas, solicitando capitales extranjeros que no fueran ni ingleses ni rusos: por eso solicitó, en 1927, el envío de técnicos americanos—la misión Millspaugh—; pero solo consiguió buenos consejos. La independencia económica y financiera, condición necesaria para la independencia política, no se había conseguido. Las perspectivas para el porvenir eran, pues, dudosas.

Afganistán, que en 1919 recobró su independencia (1), se convirtió en otro campo de batalla para los intereses de Rusia y Gran Bretaña. El rey Amanullah comenzó a realizar, también, un programa de modernización y secularización, inspirado en el ejemplo turco. Para la organización de las vías de comunicación y del ejército solicitó técnicos y oficiales procedentes de la U. R. S. S., con la que firmó un pacto de no agresión en 1927: la penetración de la influencia rusa se hizo, pues, muy sensible. Pero, algunos meses más tarde, Amanullah fue derribado

(1) Véase pág. 756.

del trono por un movimiento de rebelión que, después de peripecias de interés secundario, llevó al poder, en octubre de 1929, a Nadir Khan, quien eliminó a los técnicos rusos y suspendió la aplicación del programa de reformas. La Prensa soviética se apresuró a afirmar que esta revolución afgana, cuya causa parece haber sido la hostilidad de las jerarquías religiosas al plan de *modernización*, se debía, en realidad, a la acción de Gran Bretaña. ¿Fue un simple azar el que las tribus que habitaban los confines indoafganos llevaran al poder a Nadir?

El nuevo soberano, sin embargo, evitó la aceptación de un patronazgo británico y no admitió, incluso, la ayuda financiera que le ofrecía Gran Bretaña. A ejemplo de Riza, intentó mantener una política de equilibrio. Y el gabinete británico se contentó, de momento, con haber hecho fracasar la influencia rusa.

El rasgo fundamental en este desarrollo de los nuevos nacionalismos y esas rivalidades diplomáticas, ¿no era la solidez de las viejas posiciones británicas? La política inglesa, la de Lloyd George en el mar Egeo y la de Curzon en Persia, fracasaba siempre que se trataba de emprender nuevas aventuras; pero había conseguido salvaguardar lo esencial de los resultados ya obtenidos, tanto en el Próximo Oriente como en Egipto, a pesar de los movimientos musulmanes y de la amenaza soviética. ¿Que se trataba de un éxito temporal? Ciertamente. Sin embargo, manifestaba una continuidad de propósitos y una flexibilidad de procedimientos que demuestran cómo la acción diplomática puede lograr retardar los efectos de las fuerzas profundas de la historia.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre los aspectos generales.**—Además de las obras citadas en la bibliografía del cap. VIII, véase: A. SIEGFRIED: *Vue générale de la Méditerranée*, París, 5.<sup>a</sup> ed. 1943.—E. DRIAULT: *La question d'Orient, 1918-1937; la paix de la Méditerranée*, París, 1938.—A. TOYNBEE: *The Islamic World since the Peace Settlement*, Londres, 1927 (muy importante).—P. RONDOT: *Destins du Proche-Orient*, París, 1959.—W. YALE: *The Near East. A modern history*, Ann Arbor, 1958.

**Sobre el movimiento nacionalista turco.**—TH. ARNOLD (SIR): *The Caliphate*, Oxford, 1924.—A. GIANNINI: *L'ultima phase della questione orientale, 1918-1932*, Roma, 1933.—H. NI-

COLSON: *Curzon, the last phase 1919-1925*, Londres, 1934.—A. H. PALLIS: *Greece's Anatolian Venture and after, 1915-1922*, Londres, 1937.

**Sobre los movimientos árabes y bereberes.**—F. CATALUCCIO: *Storia del nazionalismo arabo*, Milán, 1939.—N. BENTWICH: *England in Palestine*, Londres, 1932.—XXX: *Great Britain and Egypt, 1914-1951*, Londres, 1952.—P. FONTAINE: *Origine de la rébellion nord-africaine*, París, 1958.—F. L'HUILLIER: *Fondements historiques des problèmes du Moyen-Orient*, París, 1958.

**Sobre el nacionalismo afgano.**—W. BARTON (SIR): *India's North-West Frontier*, Londres, 1939.

**Sobre las rivalidades de las grandes potencias en el Mediterráneo.**—P. SILVA: *Italia, Francia, Inghilterra nel Mediterraneo*, Milán, 1939.—E. PASSAMONTI: *Negoziati mediterranei, anglo-franco-italiani, della guerra di Libia al conflitto mondiale*, Verbania, 1941.—MARQUÉS DE MULHACÉN: *Política mediterránea de España, 1704-*

*1951*, Madrid, 1952.—A. SOLMI: *Italia e Francia nei problemi attuali della politica europea*, Milán, 1931.

**En el Próximo Oriente.**—N. FATEMI: *Diplomatic History of Persia, 1917-1923*, Nueva York, 1952.—G. LENCZOWSKI: *The Middle East in World Affairs*, Nueva York, 1952.

## CAPITULO XIII

### LOS NACIONALISMOS EN EXTREMO ORIENTE

En Asia, la primera guerra mundial debilitó las influencias *occidentales*, desde el punto de vista económico y político: el Japón adquirió una posición preponderante en Extremo Oriente, y los movimientos nacionalistas, cuyas manifestaciones eran significativas desde 1919, anunciaban el *despertar* de Asia (1). En las relaciones entre los grandes Estados europeos o los Estados Unidos, por un lado, y los Estados asiáticos, por otro, en los años que siguieron a los tratados de paz, se pueden señalar dos hechos de importancia: el compás de espera impuesto al imperialismo japonés, y los intentos de emancipación nacional de China.

#### 1. EL «ALTO» AL JAPON

El Gobierno nipón obtuvo, en junio de 1919, una victoria diplomática, cuando el Tratado de Versalles le asignó los territorios alemanes de Shantung (2): las grandes potencias victoriosas, sin tener en cuenta el movimiento nacional chino, renunciaron a intervenir en la solución de los litigios chinojaponeses. Pero esa victoria era bastante precaria, y no solo porque despertaba en los medios políticos y religiosos de los Estados Unidos protestas vehementes, sino también por el cambio de frente de la política inglesa.

Antes incluso de la firma del Tratado de Versalles, la cadena de prensa Hearst, hostil a la política del presidente Wilson, declaró que las reivindicaciones japonesas en China eran inaceptables. En agosto de 1919, los jefes de la oposición senatorial al Tratado de Versalles, con toda la exageración verbal que implican las polémicas políticas, reprocharon a la delegación americana en la Conferencia de la Paz haber consentido esa *transacción vergonzosa*, aquella *capitulación*: la política nipona quería *cerrar el mercado chino* y no tardaría en amenazar la *seguridad del mundo*; tal política obligaría a los americanos a ir a la guerra *para preservar la civilización*. La actitud de Wilson era desaprobada, incluso, por el Secretario de Estado, Lansing, quien, ante la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, acusó al presidente de haber entregado Shantung al Japón. Esa campaña se vio apoyada por periódicos *religiosos* inducidos por las misiones protestantes que, en China, comprobaban el vigor de las manifestaciones nacionales y, en Co-

(1) Véanse págs. 759 y sgs.

(2) Véase pág. 782.

rea, se indignaban de las violencias cometidas por la administración japonesa contra los promotores del movimiento de independencia. El Senado, al negarse a ratificar el Tratado de Versalles, desligó a los Estados Unidos de los compromisos suscritos por Wilson por lo que se refería al Extremo Oriente; y alentó, por lo mismo, la resistencia de China frente a la política japonesa.

¿Era eso suficiente? Desde la llegada de la Administración republicana al poder, en marzo de 1921, los Estados Unidos ejercieron una presión directa sobre el Japón. El presidente Harding dispuso que continuase ejecutándose el programa de construcciones para aumentar la marina de guerra, proyectado en el curso de la guerra mundial, porque el Japón, según decía la prensa americana, no debía quedar como *dueño del Pacífico*; y declaró que los Estados Unidos no reconocerían la ocupación japonesa de la Provincia Marítima rusa. A pesar de ello, el Gobierno americano no tenía la intención de colocar a Japón *entre la espada y la pared*, pues, antes, incluso, de *enseñar los dientes*, hizo que el Congreso sugiriera la celebración de una Conferencia internacional donde fuesen examinadas las cuestiones del Extremo Oriente y del Pacífico.

La táctica parecía ser la siguiente: amenazar al Japón con una carrera de armamentos en la que los Estados Unidos, gracias a su superioridad industrial, tendría cómoda ventaja; y ofrecer la renuncia a esa competición, siempre y cuando el Gobierno nipón renunciase a extender sus ambiciones territoriales por el continente asiático. El objetivo final, según la prensa americana, era llegar a una revisión de los *escandalosos beneficios de guerra* alcanzados por el Japón de 1914 a 1918.

El éxito de esa acción dependería, en buena parte, de la actitud que adoptase Gran Bretaña. La alianza anglosajona, concluida en 1902, fue renovada, por diez años, en julio de 1911; cierto que Gran Bretaña, en aquel momento, había hecho estipular que no llegaría a la intervención armada en caso de conflicto entre Japón y los Estados Unidos; sin embargo, prometió su apoyo diplomático para salvaguardar los *intereses especiales* del Japón. ¿Tenía interés la política británica en prolongar la existencia de aquel tratado?

La política nipona en China lesionaba, desde 1915, los intereses económicos ingleses; por otra parte, la principal razón para la existencia de la alianza había desaparecido, desde el momento en que la expansión rusa en Extremo Oriente quedó paralizada por las revoluciones de 1917. Pero el Gabinete inglés podía temer que el Japón, si se abandonaba la alianza, prestaría apoyo al movimiento nacionalista hindú, en nombre del *panasiatismo*. El balance entre ventajas e inconvenientes no desempeñaba un papel determinante, sin embargo. Lo que importaba, sobre todo, era el futuro de las relaciones angloamericanas. Y en mayo de 1921, en Washington, el presidente de la Comisión de Asuntos Extranjeros del Senado expresó el deseo de que Gran Bre-

taña renunciase a esa alianza con los japoneses. El 23 de junio, el secretario de Estado afirmó claramente que la renovación de la alianza constituiría un estímulo para el *partido militar* nipón, estímulo perjudicial para los intereses de los Estados Unidos; y que el abandono de esa alianza sería el signo tangible de una colaboración angloamericana en las cuestiones de Extremo Oriente y del Pacífico.

Esas declaraciones fueron acompañadas de una amenaza apenas velada: la conducta de los Estados Unidos en relación con el movimiento de independencia en Irlanda podía depender de la buena o mala voluntad que manifestase el Gabinete inglés en la cuestión japonesa.

Al día siguiente de esa gestión, la Conferencia Imperial británica decidió no renovar la alianza de 1911.

Sometido a la presión directa de los Estados Unidos y abandonado por Gran Bretaña, el Gobierno nipón se resignó a aceptar la conferencia internacional. No podía ignorar que en aquellos debates, en los que todos los demás Estados participantes tendrían intereses diferentes a los suyos, se vería obligado a abandonar alguna de las posiciones conseguidas. Pero ¿cómo escapar a tal necesidad? La posibilidad de un conflicto armado, a que aludían los militares nipones en la primavera de 1921, fue rechazada por la mayoría de la opinión pública, preocupada, sobre todo, por la crisis económica, financiera y social que sacudía al país (1). Los hombres de negocios reclamaron, en junio de 1921, con ocasión del Congreso de las Cámaras de Comercio, una reducción de las cargas fiscales y, por consiguiente, de los gastos militares y navales; también criticaban la *política de aventura* emprendida en Siberia oriental. En julio y en agosto, la estabilidad social se vio gravemente amenazada por movimientos obreros que tomaban un cariz revolucionario, sobre todo en Kobe. Esa lasitud y esa inquietud imponían prudencia.

La Conferencia, que se celebró en Washington del 12 de noviembre de 1921 al 6 de febrero de 1922, examinó, por tanto, al mismo tiempo que los problemas del Extremo Oriente y del Pacífico, el del armamento naval. La Rusia soviética, cuyo Gobierno no había sido todavía reconocido por los otros grandes Estados, fue dejada al margen, a pesar de la importancia de sus intereses en Siberia y Manchuria. Los Estados Unidos estaban seguros de la colaboración de Gran Bretaña y no temían que Francia o Italia quisiesen favorecer la preponderancia nipona en China o en el Pacífico. La delegación japonesa, aislada y reducida a la defensiva, se vio, pues, obligada a ceder.

La cuestión del Pacífico dio como resultado el *Tratado de los cuatro*, firmado el 13 de diciembre de 1921, por el que el Gobierno japonés se asoció a los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia para prometer el respeto mutuo, durante diez años, del *statu quo en las posiciones insulares*.

(1) Véanse págs. 813-14.

La cuestión china se abordó el 6 de febrero de 1922 en el *Tratado de las nueve potencias*, por el que los contratantes se comprometían a respetar la *soberanía, independencia e integridad territorial y administrativa de China*, así como el principio de *puerta abierta*, desde el punto de vista económico.

Por último, la cuestión de los armamentos navales quedó establecida por el *Tratado de los cinco* del 6 de febrero. El Japón aceptó que la proporción entre los navíos de línea fuese fijada en tres para el Japón, cinco para Estados Unidos y Gran Bretaña, 1,75 para Francia e Italia. En este aspecto, la resistencia nipona fue seria; pero cedió cuando los Estados Unidos amenazaron con acelerar la carrera de armamentos y dar a sus construcciones navales un ritmo cuatro veces más rápido que el que eran capaces de alcanzar los astilleros nipones.

Sin embargo, no fueron esas las únicas concesiones que hubo de hacer la política japonesa. Bajo la presión vigorosa de los Estados Unidos, la delegación japonesa prometió a China, por el acuerdo del 4 de febrero de 1922, la restitución de los *derechos e intereses* que, antes de 1914, poseía Alemania en Shantung y que fueron transferidos al Japón por el Tratado de Versalles; renunciaba a exigir la totalidad de la contrapartida prevista por los acuerdos chinojaponeses de mayo de 1915 (1), y se conformó con obtener, además de una participación en la explotación minera de Han Yehping, que los colonos japoneses tuvieran derecho a adquirir tierras en Manchuria; y la prolongación del *arriendo* de Port-Arthur. Por otra parte, el Gobierno nipón anunció su intención de evacuar en breve plazo, la Provincia Marítima y todos los puntos del litoral Siberiano ocupados por sus tropas: se trataba, pues, del fin de la aventura siberiana, que comenzó en el verano de 1918 (2). Por último, los japoneses consentían en que China ocupase un puesto en la administración del ferrocarril del *Este chino*—es decir: del ferrocarril transmanchuriano—, solución que eliminaba la influencia de la Rusia soviética, pero que consagraba el retorno de la influencia china a una zona de la que había sido prácticamente eliminada desde hacía veinte años (3).

¿Qué conservaba, pues, el Japón, en 1922, de todas las ventajas que había conseguido, de hecho o de derecho, durante la primera guerra mundial?

Había consolidado e, incluso, ampliado los privilegios de que gozaba en la Manchuria meridional; y conservaba, a título de mandato, los tres archipiélagos del Pacífico, obtenidos, a expensas de Alemania, en 1919: eran dos cláusulas importantes para la seguridad del archipiélagos nipón y para su abastecimiento de materias primas. A pesar de la proporción de 3 a 5 establecida en el tratado de limitación de arma-

(1) Véase pág. 685.

(2) Véase pág. 726.

(3) Véanse págs. 478-79.

mentos, mantenía cierta superioridad naval en los mares de Extremo Oriente, pues la flota de los Estados Unidos había de repartirse entre el Atlántico y el Pacífico. Pero abandonaba las posiciones adquiridas en la Provincia Marítima y en el territorio en arriendo de Kiaochu, y renunciaba a la mayoría de las cláusulas del acuerdo chinojaponés de mayo de 1915, lo que equivalía a renunciar a la realización de su plan de expansión por el oriente de Asia. Ni siquiera consiguió que la Conferencia de Washington tuviese en cuenta la superpoblación japonesa, reconociendo a los japoneses el derecho a emigrar hacia los territorios americanos y británicos que jalonaban el litoral del Océano Pacífico. En resumen: los Estados Unidos, gracias a la colaboración de Gran Bretaña, habían aplicado al Japón, mediante una sencilla presión diplomática, un *frenazo*.

Los medios militares y navales, que habían sido en Tokio los principales artífices de la política de expansión, protestaron con vehemencia contra esos resultados de la conferencia internacional; en junio de 1922, obligaron a dimitir al Gabinete signatario de los Tratados de Washington. Ese descontento, sin embargo, no tuvo otras consecuencias, pues los medios industriales, comerciales y financieros, directamente alcanzados por la crisis económica e inquietos por la crisis social, estaban demasiado preocupados con sus dificultades interiores para aceptar una política exterior preñada de iniciativas aventuradas, que acarrearían pesadas cargas financieras (1).

El Japón, sofocado, tenía necesidad de un respiro. Con el *frenazo* que le habían aplicado, los Estados Unidos consiguieron retrasar las graves dificultades internacionales que esa política nipona parecía implicar. Se trataba de una tregua que duraría diez años.

## II. LOS MOVIMIENTOS NACIONALISTAS EN CHINA

Pero las posiciones conseguidas por los *occidentales* en China se encontraban amenazadas por los movimientos de resistencia que intentaban oponerse a la dominación directa o indirecta del extranjero (2). Ese *despertar de China* es uno de los grandes momentos de la historia del mundo contemporáneo. ¿Cuáles fueron sus rasgos esenciales?

En la primavera de 1922, se anunció una colaboración entre las fuerzas *nuevas*: el Kuomintang y el Partido Comunista. Li Tachao ofreció a Sun Yat-sen su colaboración para trabajar por la *revolución nacional*: sin renunciar, como es natural, a su filiación comunista, aceptaba adherirse al Kuomintang. Sun acogió favorablemente este ofrecimiento, aunque continuó afirmando que las soluciones marxistas no eran aplicables en China. Se trataba, por tanto, de una alianza tempo-

(1) Véanse págs. 813-14 y 835-36.

(2) Véanse págs. 759 y sgs. y 824 y sgs.



ral, cuyo único objetivo consistía en restablecer la *independencia china*, esto es: obtener la abolición de los *tratados desiguales* y los privilegios reconocidos a los extranjeros (1). Esta colaboración fue anunciada, en 1923, por medio de un discurso que el *padre de la revolución china* dirigió a sus camaradas del Kuomintang. Pero no duraría mucho más tiempo que el propio Sun: después de la muerte de éste, en marzo de 1925, los nuevos jefes del Kuomintang, Chiang Kai-Chek y Uang Ching-uei abandonaron esa táctica que, en su opinión, abría a la influencia rusa peligrosas perspectivas, no solo para los intereses del gran capitalismo chino, sino también para la independencia nacional.

A pesar de la disolución de la alianza, las tropas de los dos partidos conservaron su propósito único, que era sacudir la tutela extranjera. El movimiento *antiextranjero*, cuya primera gran manifestación fue el boicot del comercio marítimo en el puerto de Cantón, decidido en junio de 1925, se desarrolló durante cerca de dos años; aquel movimiento era contemporáneo de las grandes operaciones militares emprendidas por el Gobierno de Cantón contra el de Pekín. En dos ocasiones se produjeron graves incidentes en la China central: en enero de 1927, la ocupación de la Concesión británica de Hankeu por bandas armadas chinas; en marzo de 1927, el ataque dirigido, en Nankín, por las tropas del Kuomintang contra los consulados, así como contra los establecimientos industriales o comerciales europeos y americanos. Con otras formas, también se manifestaron en Manchuria, dirigidos esta vez contra los intereses japoneses.

Sin duda esta lucha por la independencia nacional y ese viento de xenofobia podían evocar el recuerdo de anteriores intentos, sobre todo, el de los Boxers (2). Pero la situación aparecía, en esta ocasión, muy diferente: ya no eran las sociedades secretas las que originaban la agitación, sino los sindicatos obreros, apoyados por una corriente de opinión cuya importancia había demostrado ya el *movimiento de 4 de mayo de 1919*. Esto era lo que amenazaba gravemente las posiciones conquistadas en China, desde tiempo inmemorial, por los súbditos de las grandes potencias.

El Gobierno soviético, después de haber orientado a los jefes del Partido Comunista chino hacia una colaboración con el Kuomintang, declaró, en un manifiesto del 26 de enero de 1923, que el movimiento de *independencia nacional* dirigido por Sun Yat-sen merecía su *simpatía más cálida* y que Rusia renunciaba a los *tratados desiguales*. También ayudó los esfuerzos de unificación emprendidos por el Gobierno chino del Sur, es decir, a la preparación de operaciones militares contra el Gobierno del Norte: la misión Borodin, instalada en Cantón, desde octubre de 1923, proporcionaba instructores al ejército

(1) Véase, para los *tratados desiguales*, el cap. XVI de la primera parte de este volumen.

(2) Sobre el movimiento de los Boxers, véase pág. 479.

sudista y ofrecía al Kuomintang consejeros técnicos para reorganizar la administración o para dirigir la política económica. "La *liberación* de China podría convertirse—escribía Lenin en 1923—en una etapa esencial para la *victoria del socialismo en el mundo*."

El movimiento xenófobo, que se intensificó en 1925, correspondía a esa esperanza. En septiembre de 1925, tres meses después del principio del boicot cantonés, Zinovief, presidente de la Internacional Comunista, registró los rápidos progresos del movimiento revolucionario en Extremo Oriente. La misión Borodin alentaba ese movimiento; su jefe tomó, incluso, abiertamente, posición: el discurso que dirigió, en diciembre de 1926, a los huelguistas de Hankeu, era un llamamiento a la lucha contra el imperialismo. En Moscú, la veinticuatro Conferencia del Partido, de enero de 1927, veía en la revolución china el *segundo foco* de la revolución mundial; y expresó su confianza de que el joven Gobierno nacional chino hiciera fracasar la política inglesa que trataba de formar un *bloque de potencias* contra China. La Prensa soviética señaló la presencia de voluntarios rusos en el ejército nacional chino.

En aquellos momentos, sin embargo, la política rusa comenzaba a tropezar con dificultades, pues el Kuomintang se enfrentó, decididamente, con ella. En marzo de 1926, Chiang Kai-Chek aprovechó una ausencia de Borodin para expulsar de Cantón a los *consejeros técnicos* soviéticos; pero no fue más lejos, pues, en el momento en que comenzaba la ofensiva contra el Gobierno de Pekín, no quería verse privado de los servicios que aún le prestaban los oficiales instructores rusos. En el mismo momento en que las tropas del Kuomintang expulsaban a los *nordistas* del valle del Yang-Tsé e iniciaban, primero en Hankeu y después en Nankín, los ataques contra las concesiones extranjeras, que colmaban los deseos de Borodin, Chiang Kai-Chek anunció su intención de romper con el Partido Comunista chino y con la U. R. S. S., en la sesión del Comité Central ejecutivo del 1 de marzo de 1927. Ese fue el programa que ejecutó en algunos meses: en abril de 1927, inició las hostilidades contra los comunistas chinos en Shangai; en diciembre, reprimió, mediante una matanza, una sublevación comunista en Cantón. El 14 de diciembre de 1927, se rompieron las relaciones diplomáticas entre el Gobierno soviético y el Gobierno del Kuomintang, que acababa de trasladar su sede a Nankín; y se cerraron las agencias comerciales rusas en China.

La Prensa rusa gritó que se trataba de una traición: Chang Kai-Chek era un *verdugo del proletariado*, un *Cavaignac chino*, un *lacayo del imperialismo inglés*. Denunció los *desórdenes de la revolución china* y el *bandidaje* de las tropas del Kuomintang. En resumen, testimonió el fracaso de la política que la U. R. S. S. había seguido con China durante cinco años: los altos dirigentes del Partido Kuomintang se habían *pasado a la derecha*, y las masas obreras y campesinas no estaban aún organizadas con suficiente solidez para impedir esa defección.



Los Estados Unidos y Gran Bretaña tenían en esa crisis china intereses paralelos, pero desiguales. Gran Bretaña conservaba una participación considerable en las relaciones económicas exteriores de China: el 50 por 100 de las importaciones, el 50 por 100 de las inversiones de capitales extranjeros eran de origen británico; el número de empresas comerciales e industriales inglesas pasó de 590, en 1914, a cerca de un millar, en 1925. La posición de Estados Unidos era mucho menos importante; pero crecía rápidamente desde que el Congreso americano votó, en septiembre de 1922, la *China Trade Act*, por la que se decidió agrupar en una *Corporation*, bajo la inspección del secretario de Estado, a todas las sociedades comerciales americanas en China, y conceder a esas sociedades una exención de impuestos: también el Gobierno americano tenía que asegurar la protección de sus futuros intereses.

La política del Departamento de Estado sufrió influencias divergentes. Los jefes de las grandes organizaciones misionales protestantes, que tenían 98 *estaciones* en China, estaban dispuestos a renunciar a los tratados desiguales, comprendido el privilegio de extraterritorialidad, porque consideraban oportuno romper toda la solidaridad entre su obra de apostolado y las actividades del imperialismo económico; eran apoyados por parte de los misioneros. Los hombres de negocios, que tenían como órgano de expresión la *Far Eastern Review*, publicada en Shanghai, se pronunciaron contra aquel abandono. El secretario de Estado, Frank B. Kellogg, no creía posible, a la larga, mantener un *control* sobre una nación que contaba con 400 millones de habitantes; consideraba posible, mediante una actitud conciliadora, obtener mayores ventajas con la explotación económica de China que con la rígida defensa de los derechos establecidos; era una línea de conducta que los Estados Unidos habían adoptado en el período 1868-1899 (1). Kellogg anunció, pues, en el momento del ataque chino contra la Concesión británica de Hankeu, su intención de entablar negociaciones sobre el régimen aduanero y la extraterritorialidad en cuanto se restableciese la unidad política de China. Cuando ocurrieron los graves incidentes de Nankín, aunque la *Standard Oil* tenía importantes intereses en la ciudad, Kellogg se negó a aplicar sanciones, que serían—dijo—más peligrosas que eficaces. ¿Era, solo, porque el movimiento xenófobo le parecía más bien una consecuencia de la guerra civil china que la manifestación de un sentimiento profundo? Era, también, porque creía que, con la no intervención, se ganaría las simpatías de los nacionalistas chinos, o por lo menos de la fracción moderada del Kuomintang, y que ello entorpecería el desarrollo de la influencia rusa.

El Gobierno inglés, aunque podía actuar energicamente, se mostró, en el fondo, casi tan prudente como el norteamericano. En Hankeu, el encargado de Negocios inglés hizo gestiones; el 19 de febrero de 1927,

(1) Véase pág. 252.

acabó aceptando la renuncia a la Concesión, cuya administración se entregó a la municipalidad china. En Nankín, sin embargo, los barcos de guerra ingleses bombardearon la ciudad, cuando se produjo el ataque chino contra los consulados; pero los diplomáticos se dedicaron, en seguida, a suavizar las consecuencias del incidente. A los que le reprochaban su debilidad, el ministro de Asuntos Extranjeros respondió: "Pensamos en nuestras relaciones con China en los próximos cien años." Es verdad que la brecha abierta en el sistema de tratados desiguales era grave, y los comerciantes británicos en China se percataban bien de ello; pero, a costa de ese abandono, los ingleses recuperaban la posición económica que estaban perdiendo. A fines de 1927, toda la región del Yang-Tse, es decir, toda la zona esencial para los intereses británicos, se abrió de nuevo a la actividad del comercio inglés; la ruptura entre el Gobierno nacional chino y el Gobierno soviético era un motivo de confinaza; y la obra de reconstrucción económica y política que inauguraba Chiang Kai-Chek abría perspectivas de buenos negocios, pues China difícilmente podría realizar esa obra sin recurrir al apoyo financiero de Occidente.

En resumen: tanto en Washington como en Londres, los Gobiernos se inclinaron a favor del restablecimiento de la unidad política de China, bajo la dirección de los elementos moderados del Kuomintang, tan enemigos de los comunistas como de los *señores de la guerra*. Esa esperanza se confirmó pronto: la toma de Pekín por las tropas del Gobierno nacional, el 8 de junio de 1928, restableció, por lo menos teóricamente, la unidad del Estado; casi en seguida, ese Gobierno chino obtuvo de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia la restauración de la autonomía aduanera.

En esa crisis china, el aspecto más inesperado fue, quizá, el comportamiento del Japón. Aunque el boicot cantonés de junio de 1925 se hubiera ocasionado por un incidente ocurrido entre chinos y japoneses y los intereses japoneses fueran importantes en la región minera e industrial próxima a Hankeu, el Gobierno nipón se limitó a efectuar una protesta diplomática y tuvo buen cuidado de no tomar ninguna otra iniciativa. Indudablemente, consideraba oportuno tratar con miramientos al movimiento nacional chino. Las declaraciones del ministro de Asuntos Extranjeros subrayaron esas intenciones de buena voluntad; es posible que ello se debiera a que los hombres de negocios de Tokio acariciasen la secreta esperanza de que el movimiento xenófobo eliminara la influencia inglesa y americana en China y dejara paso libre a la penetración económica japonesa. Así, en enero de 1926, el barón Shidehara afirmó que el Japón se abstendría de cualquier intervención en la guerra civil china; los principios que proclamaba eran los siguientes: coexistencia pacífica y aproximación económica.

Pero esa reserva y esa prudencia, no usuales en la política japonesa, solo se referían a las relaciones con la china propiamente dicha. En Manchuria meridional, por el contrario, la influencia nipona se con-

solido, y con mayor facilidad desde que los colonos japoneses tuvieron derecho a adquirir tierras, por el acuerdo chinojaponés de febrero de 1922, y, también, porque durante dos años, de 1922 a 1924, en el curso de las peripecias de la guerra civil, la región fue el feudo de uno de los *señores de la guerra*, quien la sustrajo, de hecho, a la autoridad de los dos Gobiernos chinos.

Esa situación se vio, sin embargo, comprometida, en el mismo momento en que el movimiento xenófobo estaba desarrollándose en la China central, por el retorno ofensivo de la administración china, que no solo empezó a resistir a la penetración japonesa, sino que intentó también rechazarla. Por consejo de los funcionarios, los propietarios chinos se negaban a vender sus tierras a colonos japoneses; la construcción de nuevos ferrocarriles, emprendida por iniciativa china, amenazaba directamente los intereses de la compañía japonesa *Sud-Manchuriana* que, desde 1905, era la única dueña de la red ferroviaria; por último, entre las provincias del norte de China, Shantung y Hopei sobre todo, y Manchuria, se estableció una corriente de emigración que hacía afluir cada año, de 1925 a 1929, cerca de un millón de trabajadores chinos: los 240.000 japoneses y los 800.000 coreanos—súbditos japoneses—establecidos en Manchuria meridional corrían el riesgo de verse rápidamente absorbidos si no se detenía esa afluencia.

La convicción de los medios económicos nipones, como la de los medios militares, era que el Japón, para remediar la superpoblación, la crisis agraria y la penuria de mineral de hierro, tenía gran necesidad de explotar los recursos de Manchuria; también existía otra convicción: la de que la obra de colonización realizada en aquel país por los japoneses confería estos ciertos derechos.

¿Qué medios emplearía la política nipona para proteger esos intereses? Unos—era la tesis adoptada por los militares y por los hombres de negocios relacionados con las actividades de la compañía ferroviaria surmanchuriana—declararon, a partir de 1927, que, en las tres provincias manchúes, era necesario *liquidar* la administración china, ya que esa administración intentaba despojar a los japoneses de beneficios que estos consideraban legítimos. Querían, pues, implantar una dominación, directa o indirecta. Ese plan fue desaprobado por los partidarios de la expansión *pacífica*, cuyo portavoz en el seno del Gobierno era el barón Shidehara: estos no querían pensar más que en procedimientos diplomáticos.

La política japonesa oscilaba ente esas dos tendencias. Cuando Shidehara fue apartado del Ministerio en 1927, por el presidente del Consejo, el barón Tanaka, parecía ser la primera la que estuviera a punto de triunfar; pero, dos años más tarde, el emperador eliminó a Tanaka; Shidehara volvió al poder, pero fue violentamente atacado por los militares y la compañía ferroviaria surmanchuriana. No era posible creer que en esta *cuestión de Manchuria* se lograra un apaciguamiento duradero.

Los Estados Unidos y Gran Bretaña, por tanto, habían conseguido hacer fracasar al imperialismo japonés y recuperar sus posiciones militares en China, a pesar de las graves sacudidas que hicieron vacilar esas posiciones en 1925 y 1927. Rusia no consiguió ver realizada la esperanza que había concebido en 1925; no logró eliminar de China los intereses ingleses y americanos ni establecer su propia influencia. Cuando Chiang Kai-Chek, después de haber comenzado a restablecer la unidad política con la toma de Pekín, anunció el propósito de *reconstruir y modernizar* a China, contaba realizar esta obra con la ayuda de técnicos y capitales anglosajones: los intereses económicos y financieros anglosajones podrían encontrar, así, amplia compensación a la renuncia de las ventajas que les ofrecía el régimen aduanero chino. La reivindicación china de independencia nacional, que se aplicaba al estatuto de extraterritorialidad y a las *concesiones*, fue reanudada por el Kuomintang, pero parecía haber apuntado demasiado alto.

La causa principal de ese resultado fue, sin duda, la línea de conducta seguida por los hombres de negocios chinos: después de haber aceptado la ayuda ofrecida por la Rusia soviética para el movimiento de liberación, esos medios se habían dado cuenta del peligro que la colaboración implicaba para ellos; comprendían que el llamamiento dirigido por Borodin, en diciembre de 1926, a los obreros de Hankeu, si bien estaba dirigido contra el *imperialismo extranjero*, podría haberlo estado también contra la gran burguesía china; por eso, para resistir a la presión comunista, frenaron el movimiento *antiextranjero*. La diplomacia inglesa aprovechó, en seguida, la ocasión. Tal parece ser la interpretación más verosímil, interpretación que tiene mucho de hipótesis, por falta de documentación suficiente.

Pero los dirigentes del Kuomintang, que creyeron necesario transigir con las dos mayores potencias financieras del mundo, no consideraban preciso observar la misma prudencia ante el Japón: en Manchuria, afirmaban el derecho de soberanía de China. La resistencia opuesta por el Gobierno nacional chino a la penetración de la influencia japonesa reanimó, en 1929, después de algunos años de apaciguamiento, la amenaza de un conflicto. En realidad, la política japonesa, después del restablecimiento de la unidad política china, empezó a percibir lo que significaría para la expansión nipona la renovación de China; no tenía ningún interés en esperar que esa renovación produjera sus frutos.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre los aspectos generales.**—C. A. BUSS: *The Far East*, Nueva York, 1955.—MCNAIR y D. LACH: *Far Eastern modern international Relations*, Nueva York, 1950.—P. RENOUVIN: *La question d'Extrême-Orient, 1840-1940*, París, 3.<sup>a</sup> ed., 1933.

**Sobre la conferencia de Washington.**—L. ARCHIMBAUD: *La conférence de Washington*, París, 1923.—R. L. BUELL: *The Washington Conference*, Nueva York, 1922.—Y. ICHIHASHI: *The Washington Conference and after, A historical Survey*, Stanford Univ. 1928.

Los gobiernos americano, inglés y francés han publicado, acerca de los trabajos de la conferencia, colecciones de documentos que estimamos superfluo mencionar aquí.

**Sobre la política de los grandes Estados.**—D. BORG: *American Policy and the Chinese Revolution*, Nueva York, 1943.—A. GRISWOLD: *The Far Eastern Policy of the U.S.A.*, Nueva York, 1938.—H. L. MOORE: *Soviet Far Eastern Policy*, Princeton, 1945.—M. POLLARD: *China's Foreign Relations*,

1917-1931, Nueva York, 1933.—B. G. SAPOZNIKOV: *Pervaja grazdanskaja revoljucionnaja vojna v Kitae*, 1924-27 gg. (La primera guerra revolucionaria en China, 1924-1927) Moscú, 1954.—A. S. WHITING: *Soviet policies in China, 1917-1924*, Nueva York, 1955.—G. CLARK: *Economic Rivalries in China*, Nueva Haven, 1932.—P. VARG: *Missionaries, Chinese and Diplomats. The American Protestant missionary Movement in China, 1890-1950*, Princeton, 1958.

## CAPITULO XIV

### LA POSICION INTERNACIONAL DE LA AMERICA LATINA

En la parte latina del continente americano—que contaba con 85 millones de habitantes en 1925—el *denominador común* era la religión católica. Es preciso tener en cuenta también, indudablemente, la analogía que existe entre las tradiciones intelectuales de esos Estados, pero ese parentesco solo interesaba a las clases dirigentes. Desde todos los demás puntos de vista, ¡qué de contrastes! Brasil, con sus 41 millones de habitantes, dominaba con su masa a los otros 19 Estados; pero, entre estos últimos, ¿qué medida común podría aplicarse a la República de Panamá (442.000 habitantes) o a la de Costa Rica (471.000 habitantes), por una parte, y a Méjico (14.600.000 habitantes) o Argentina (10.600.000 habitantes), por otra? Había contrastes entre las condiciones geográficas, entre los recursos económicos, entre los caracteres de las poblaciones, según el porcentaje respectivo de blancos, indios, negros, a veces, y mestizos; división entre dos grupos lingüísticos: español en 19 Estados y portugués en el Brasil; diferencias de madurez política entre los Estados que aplicaban, parcialmente por lo menos, fórmulas constitucionales y los que, bajo la máscara de una Constitución completamente teórica, no conocían más régimen que la dictadura.

En ese medio inestable, en el que los nacionalismos se enfrentaron, enérgicamente, hasta 1914 la influencia europea fue ampliamente predominante, tanto desde el punto de vista económico y financiero, como desde el punto de vista intelectual. Los Estados Unidos solo ocupaban una posición dominante en América Central; ni siquiera en Méjico habían conseguido aún eliminar la influencia financiera inglesa; y la protección, que daría a los Estados suramericanos la doctrina de Monroe, no era suficiente para compensar las inquietudes que despertaba el imperialismo yanqui (1). Pero la guerra mundial hizo retroceder la influencia europea y proporcionó a los Estados Unidos la ocasión de desarrollar en América del Sur su comercio y la inversión de sus capitales (2). En 1915, el secretario del Tesoro, Mac Adoo, yerno de Woodrow Wilson, insistió en las ventajas políticas que acompañarían al progreso de esa influencia económica y financiera. En los años que siguieron a la reaparición de Europa en la economía mundial, el foco de interés que agrupaba los problemas de América latina era el balance de la lucha de influencia entablada entre Estados Unidos y Europa, una rivalidad económica y financiera, sobre todo, pero también política.

(1) Véase cap. XVI de la parte segunda de este volumen.

(2) Véase lib. I, de esta parte, págs. 687 a 689

## I. LAS RELACIONES ECONOMICAS Y FINANCIERAS

En el terreno económico y financiero, importa, evidentemente, distinguir entre el caso de América Central, donde los Estados Unidos tenían posiciones muy sólidas, y el de América del Sur, donde la concurrencia europea solo había sido eliminada, temporalmente, por el conflicto mundial.

En América Central, donde la preponderancia yanqui tropezaba todavía, en ocasiones, antes de 1914, con las iniciativas europeas, la influencia de los Estados Unidos era ahora casi total.

Para la gestión de sus finanzas públicas, todos los pequeños Estados centroamericanos se apresuraban a recurrir a los servicios de las Bancas de la Unión. En Cuba, Panamá, Haití y Santo Domingo la deuda pública se encontraba ya en 1919, por entero, en manos de esas Bancas. El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala, que, hasta 1914, se dirigían aún preferentemente a los mercados financieros de Londres y París, situaban ahora todos sus empréstitos en el mercado de Nueva York. Únicamente Méjico y Costa Rica, sin desdeñar las posibilidades que les ofrecían las Bancas de Estados Unidos, continuaban dirigiéndose a las Bancas europeas para cubrir parte de sus necesidades.

En la economía de esas Repúblicas, el papel de los Estados Unidos se afirmaba, de año en año, cada vez con más fuerza, mediante el progreso de sus inversiones de capital (1) y el desarrollo de las relaciones comerciales (2). Las plantaciones de bananas en los países del istmo, las de caña de azúcar o el cacao en las grandes islas del mar de las Antillas; las minas de oro de Nicaragua y Costa Rica; las de plata de El Salvador; los yacimientos de petróleo de Guatemala; la construcción de ferrocarriles; la instalación eléctrica de la mayoría de las ciudades: todas esas empresas eran obra de sociedades que tenían su sede en los Estados Unidos. En Méjico, esas sociedades alcanzaban la cifra de varias centenas; sus inversiones de capitales se orientaban, sobre todo, hacia los yacimientos de petróleo, donde los intereses americanos—los de la *Mexican Petroleum Company* y la *Compañía Transcontinental de Petróleo*, filial de la *Standard Oil*—duplicaban la importancia de los intereses ingleses; pero también se orientaban hacia las minas de plata, cobre y cinc, en las que la *American Smelting Company* poseía la preponderancia, y hacia las compañías ferroviarias. La

(1) En Panamá, esas inversiones pasaron de 5 millones de dólares en 1914 a 42 millones en 1928; en Costa Rica, de 7 millones a 35 millones; en Honduras, de 3 millones a 10.7 millones; en El Salvador, de 3 millones a 43 millones; en Guatemala, de 12 millones a 50 millones.

(2) La participación de los Estados Unidos en las exportaciones era del 30 por 100, en El Salvador; del 35 por 100, en Costa Rica; del 46 por 100, en Guatemala; del 50 por 100, en Nicaragua; del 80 por 100, en Honduras y en Cuba.

participación de los Estados Unidos en las importaciones de Méjico era del 70 por 100; en las exportaciones alcanzaba el 75 por 100.

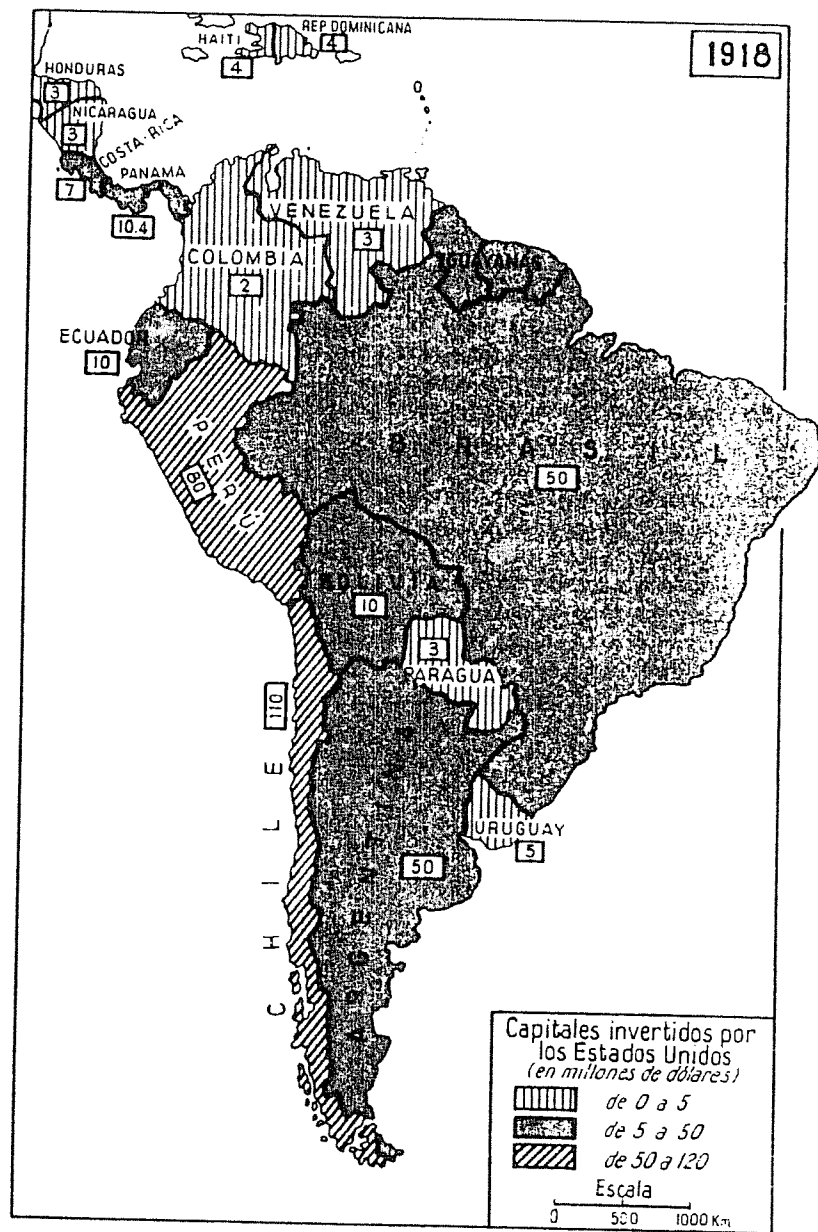
El predominio alcanzado por los Estados Unidos en la economía mejicana se encontró, sin embargo, amenazado, durante diez años, por una controversia cuyos incidentes resulta interesante estudiar, pues permiten percibir las estrechas relaciones existentes entre las finanzas y la política.

En 1917, la Constitución mejicana, en un tardío esfuerzo encaminado a asegurar la independencia económica del país, atribuyó al Estado—artículo 27—la propiedad de todos los recursos del subsuelo, disponiendo que el Gobierno podría expropiar, mediante indemnización, a las sociedades extranjeras. No obstante, esas sociedades podrían continuar su explotación, por un contrato de concesión; pero solo en el caso de que renunciasen expresamente a pedir la protección de sus Gobiernos para las dificultades relativas a la aplicación de ese contrato.

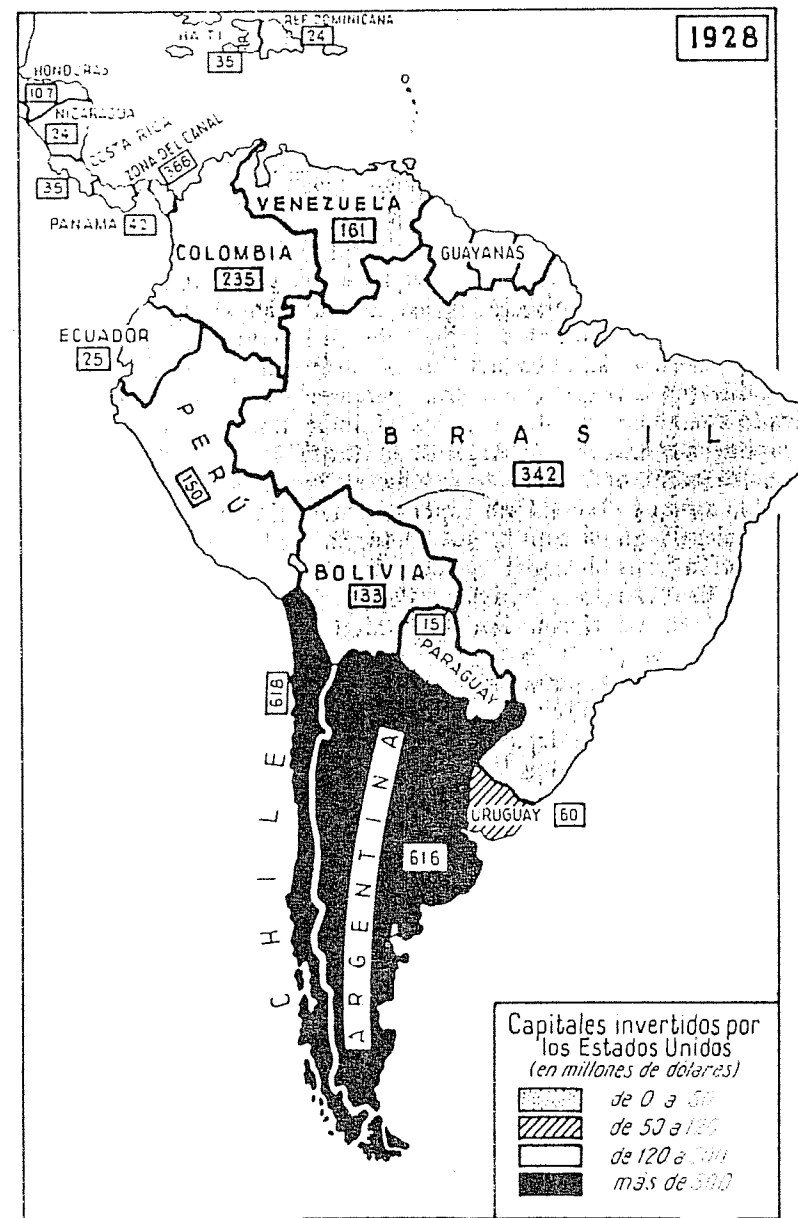
Las sociedades petrolíferas intentaron alejar esa amenaza de nacionalización. En 1920, cuando el autor de la Constitución, Carranza, fue derribado por un golpe de Estado, el nuevo presidente, Obregón, se comprometió a no ejercer el derecho de expropiación contra las sociedades extranjeras que hubiesen adquirido antes de 1917 yacimientos de petróleo; renunciaba, por tanto, a atacar la preponderancia económica que poseían los ciudadanos de los Estados Unidos. Pero en diciembre de 1925, un nuevo Gobierno mejicano, el de Calles, declaró su intención de aplicar el artículo 27. Las sociedades inglesas se resignaron a solicitar un nuevo contrato de concesión, en las condiciones previstas por el mencionado artículo; pero el Gobierno de los Estados Unidos, sin llegar a pensar en una intervención armada, prestó su apoyo diplomático a los hombres de negocios americanos, que se negaban a someterse a la ley mejicana.

El 27 de marzo de 1928, el embajador de los Estados Unidos—qué era Dwight Morrow, uno de los directores de la Banca Morgan—obtuvo del Gobierno mejicano una nueva disposición, que permitía a las sociedades extranjeras, si hubiesen empezado antes de 1917 a preparar la explotación de sus yacimientos, conseguir un contrato de concesión sin limitación de tiempo. Se trataba, pues, de un éxito casi total para los intereses económicos y financieros de los Estados Unidos.

En América del Sur, la vida económica de 1920 a 1930 se caracterizaba por el desarrollo de las industrias de transformación y por la explotación de los nuevos recursos del subsuelo. Venezuela, donde la explotación del petróleo había comenzado en 1921, alcanzó en 1928 una producción que duplicaba la de Méjico; y Colombia empezaba a adquirir importancia entre los países productores. Esos Estados suramericanos tenían, por tanto, necesidad de material industrial, de técnicos y de capitales. ¿Pedirían todo eso a Europa o a los Estados Unidos?



Mapa 19.—CAPITALES INVERTIDOS POR LOS ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA DEL SUR. EN 1918.  
(Segun HALSEY, *Investments in Latin America and the British West Indies*, Washington. Department of Commerce, 1918.)



Mapa 20.—CAPITALES INVERTIDOS POR LOS ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA DEL SUR. EN 1928.  
(Segun Max WINKLER: *Investments of U. S. Capital in Latin America*, World Peace Foundation, Boston, 1930.)

Los exportadores europeos que, desde 1920, habían reanudado su actividad, lograron, desde luego, algunos resultados, a partir de 1925; pero, casi en todas partes, chocaban con la competencia victoriosa de los Estados Unidos.

Antes de 1914, todos los Estados suramericanos solían situar sus empréstitos exteriores en los mercados financieros europeos. Después de 1919, Colombia y Perú se dirigieron, para ello, únicamente a los Estados Unidos; en Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Bolivia, los Gobiernos continuaban, en ocasiones, solicitando el concurso financiero de Gran Bretaña, pero consideraban también, y con una frecuencia que iba en aumento, los ofrecimientos de las grandes Bancas de Nueva York. Al mismo tiempo, los ciudadanos de la Unión compraban o creaban empresas en América del Sur y suscribían las emisiones que las sociedades industriales y mineras suramericanas multiplicaban en el mercado financiero de los Estados Unidos. En 1928, esas inversiones de capital alcanzaron en Argentina, donde hasta 1914 eran insignificantes, 616 millones de dólares; en el Brasil, 342 millones, y 60 en Uruguay, aunque todavía no amenazaban seriamente la preponderancia financiera inglesa. Por la misma fecha, en Chile y Perú alcanzaron una posición sensiblemente igual a la que ocupaban las inversiones europeas. En Colombia, Bolivia y Venezuela, el predominio de los Estados Unidos en la formación del capital de las grandes empresas era considerable.

Esas inversiones no se orientaban nunca—excepto en Ecuador—hacia las empresas ferroviarias, que continuaban siendo, casi exclusivamente, el campo de acción de capitales ingleses, franceses y belgas; las Bancas de los Estados Unidos se interesaban más activamente por las instalaciones eléctricas y telefónicas, por ciertas actividades industriales (que abarcaban desde la metalurgia y la construcción de automóviles hasta la fabricación de conservas alimenticias), por las plantaciones de café y caucho del Brasil y de caña de azúcar de Venezuela; pero lo que llamaba, sobre todo, la atención de los hombres de negocios americanos era la explotación de los recursos del subsuelo: el manganeso del Brasil, los nitratos de Chile, el cinc de Bolivia, el cobre del Perú y, más que nada, el petróleo. Los Estados Unidos, primero en Venezuela, y después en Colombia y el Perú, controlaban unas veces, los dos tercios, y otras, los tres quintos de la producción de petróleo.

Mientras el volumen de los capitales franceses o alemanes había disminuido sensiblemente desde 1914 y las inversiones inglesas se limitaban a conservar el puesto que ocupaban antes de la primera guerra mundial, los capitales yanquis invertidos en América del Sur pasaron de 170 millones de dólares en 1913, a 2.294 millones en 1929.

Los rápidos progresos de esa influencia financiera abrían el camino al desarrollo de las relaciones comerciales. En 1928, la participación de los Estados Unidos en el comercio exterior de América del Sur era

de un 32 por 100, mientras que la de Gran Bretaña no pasaba del 16 por 100; la penetración de esa influencia económica era importante, sobre todo en Venezuela (el 50 por 100 de las importaciones procedían de los Estados Unidos), en Uruguay (el 30 por 100 de las importaciones) y en Brasil (el 28 por 100 de las importaciones, y el 47 por 100 de las exportaciones).

En resumen: el papel económico y financiero de los europeos se encontraba, por todas partes, estancado o en decadencia, mientras que la influencia de los Estados Unidos progresaba *a pasos de gigante*.

## II. LAS RELACIONES POLITICAS

¿Hasta qué punto facilitaba esa posición económica y financiera de los Estados Unidos en América del Sur la penetración política norteamericana?

Los observadores contemporáneos subrayan que las grandes empresas que dirigían los ciudadanos de los Estados Unidos constituían *islotas*, dentro de la economía local, y que los hombres de negocios de la Unión no intentaban relacionarse más que con los dirigentes de los medios económicos, porque sentían algo de desprecio por los pueblos de América latina, cuya mentalidad les resultaba extraña. Pero lo importante eran los medios de presión que poseían los Estados Unidos frente a los gobiernos de esos Estados, gracias a los empréstitos. Indudablemente, esos empréstitos eran negociados por las Bancas, y no por los servicios de la Tesorería; pero el Gobierno de Washington, con un comunicado publicado en marzo de 1922, demostró que pensaban ejercer cierta vigilancia sobre esas operaciones: se proponía a las Bancas que, antes de encargarse de la emisión de empréstitos extranjeros, *informasen con tiempo al Departamento de Estado*, que les indicaría, por escrito, si el negocio se prestaba, o no, a objeciones, desde el punto de vista del *interés nacional*. Es cierto que el Gobierno, como no quería asumir ninguna responsabilidad directa, no podía exigir que las Bancas le consultasen. Pero, en la práctica, esa consulta se convirtió en un uso constante, que el informe del secretario de Estado del Tesoro, de 1925, no dejó de subrayar.

La Unión americana poseía, con ello, un medio de ejercer una influencia política, concediendo o negando a los Estados de América latina los recursos que necesitaban. Los suscriptores de esos empréstitos estaban expuestos, ciertamente, a muchos riesgos, sobre todo en aquellos Estados donde los gobiernos surgían y se derrumbaban por la fuerza. Pero, si alguno de esos Estados no realizara *un esfuerzo razonable* para satisfacer regularmente los intereses de su deuda pública exterior, los Estados Unidos procurarían impedir que se le concediese crédito alguno, ni siquiera por empresas privadas: fue otra vez el Secretario de Estado del Tesoro el que enunció este principio.

En el marco de esas fórmulas generales, que expresaban las inten-



ciones del Gobierno de los Estados Unidos, las características de las relaciones políticas fueron muy diferentes, según se tratase de América Central o de América del Sur.

En los Estados de América Central, incluidos los del mar de las Antillas, el uso continuaba siendo la *diplomacia del dólar* (1). Los intereses materiales y la actividad política seguían estando, pues, íntimamente ligados, pero según modalidades diversas; los grupos financieros, unas veces, determinaban la actividad diplomática, y otras, servían de instrumento a los propósitos del Departamento de Estado. De 1920 a 1929, los puntos donde se aplicaban esos métodos eran Santo Domingo, Honduras y Nicaragua.

En la República Dominicana, los Estados Unidos, que desde 1905 ejercían su inspección sobre las finanzas públicas del país, efectuaron, en 1916, una intervención armada para reprimir agitaciones que ponían en peligro las inversiones de capital; después, mantuvieron la ocupación militar durante ocho años; hasta 1924 no se decidieron a retirar sus fuerzas de ocupación, cuando se hubo formado un Gobierno capaz, en su opinión, de asegurar el orden público y de cumplir las obligaciones contraídas con las Bancas de la Unión.

En Honduras, cuando un movimiento revolucionario llevó al poder, en 1923, a un Gobierno cuya sola existencia parecía ser amenazadora para los capitales extranjeros, los Estados Unidos enviaron una escuadra y un cuerpo de desembarco; exigieron la celebración de *elecciones libres*; pero consideraron que la presencia de sus fuerzas armadas no entorpecería esa libertad. ¿Es, pues, sorprendente que esa consulta electoral desaprobase el golpe de Estado y volviese a poner en el timón a un Gobierno dispuesto a tratar con miramientos los intereses extranjeros?

En Nicaragua, el asunto fue más complicado, sin que los medios de acción difiriesen en la práctica. Desde 1911, mediante la presencia de un cuerpo de tropas, el Gobierno de Washington se había conferido el *poder de policía internacional*, según la fórmula dada, algunos años antes, por el presidente Theodore Roosevelt (2). En noviembre de 1923, anunció su intención de retirar esas tropas en cuanto se formase un gobierno mediante *elecciones libres*. Las elecciones se celebraron, pero en presencia del cuerpo militar de ocupación, y según las modalidades que fijó un funcionario de los Estados Unidos; tales elecciones llevaron al poder—como era natural—a un Gobierno que parecía ofrecer garantías lo suficientemente serias para que pudiera llevarse a cabo la retirada del cuerpo de ocupación. Fue un simple episodio, porque el nuevo Gobierno cayó, derribado por un golpe de Estado, cuyo desenlace determinó, en seguida, una nueva intervención armada de los Estados

(1) Véanse págs. 472-73 y 584-85.

(2) Véase pág. 495.

Unidos. En 1926, al restablecerse la anterior situación, fueron retiradas las tropas; pero se enviaron de nuevo, en enero de 1928, para evitar las consecuencias de otro golpe de Estado. La nueva elección presidencial solo se verificó después de una reorganización de la policía local, a la que los Estados Unidos proporcionarían, en lo sucesivo, los mandos, y después de una *revisión* de la ley electoral, de la que se encargó el coronel Stimson, antiguo miembro importante del Gobierno de Washington.

¿En qué se diferenciaban dichas prácticas de las que eran vigentes antes de 1914? La única diferencia era que el Gobierno de los Estados Unidos renunciaba a utilizar el método del *cuasiprotectorado*, es decir, el aplicado, en 1901, a Cuba. Aunque el secretario de Estado, Hughes, desaprobaba en 1922 todo propósito imperialista y anunciase su voluntad de respetar la *soberanía de los pueblos de América latina*, los Estados Unidos conservaban, en suma, su dominio político y su derecho a intervenir, en todas partes.

En los Estados suramericanos, la actividad política de los Estados Unidos no intentó emplear los métodos de la *diplomacia del dólar*. Indudablemente, no desdeñaba las perspectivas que le asegurasen la inversión de capitales; pero solo utilizaba esos medios con discreción: cuando, por ejemplo—tal el caso de Perú y Colombia—, los técnicos encargados de la reorganización de las finanzas públicas eran ciudadanos de la Unión, esos técnicos se escogían libremente por los Gobiernos de Bogotá y de Lima. Es cierto que, en algunos de esos Estados, en Chile y en Brasil, por ejemplo, se publicaban periódicos que, por las condiciones de su financiación, dependían de los Estados Unidos; pero dichos periódicos se titulaban el *South Pacific Mail*, el *River Plate American*; puesto que salían en lengua inglesa, no se dirigían más que a los hombres de negocios.

En realidad, el Gobierno de Washington, ateniéndose a lo que se puede estudiar de su política dado el nivel actual de información histórica, parecía, sobre todo, contar con una acción a largo plazo: el progreso del movimiento panamericano, que tenía por objeto establecer una cooperación, quizá hasta una *asociación*, entre los Estados de todo el continente. Esa política panamericana provocó protestas antes de 1914 en los ambientes intelectuales. Pero las nuevas condiciones creadas por la primera guerra mundial, ¿no serían susceptibles de debilitar esa resistencia?

De hecho, los adversarios de los Estados Unidos no se daban por vencidos (y, a partir de 1919, es fácil darse cuenta de ello). Incluso, era posible que encontrasen ahora, en aquellas regiones donde había arraigado el capitalismo de los Estados Unidos y donde ese capitalismo chocaba con el proletariado, un punto de apoyo popular que hasta entonces les había faltado. Los recelos más vivos fueron los de la Argentina, porque los medios dirigentes de la vida económica conservaban allí una orientación *européa* y, también, porque los inmigrantes italia-



nos no eran sensibles a las excelencias de la civilización norteamericana. Ahora bien: la existencia de la Sociedad de Naciones, de la que eran miembros, desde el primer momento, los Estados suramericanos, con la excepción de México y Ecuador, podía proporcionar a los gobiernos de esos Estados *más coraje* para resistir la hegemonía de los Estados Unidos. ¿No debían confiar en que el organismo ginebrino les concediese su apoyo y les ofreciese, quizá, el medio de escapar del sistema panamericano? Creerlo equivaldría a olvidar que la Sociedad de Naciones no había perdido la esperanza de obtener algún día la adhesión de los Estados Unidos, y quería, por consiguiente, tratar a ese país con miramientos. Sería, también, desconocer una preocupación esencial de la política inglesa que deseaba, a toda costa, no enfrentarse con el Gobierno de Washington (1).

Lo que interesa, pues, examinar, en el terreno de las relaciones políticas internacionales, es la posición de los Estados de América latina con respecto a Europa y a los Estados Unidos. ¿Adónde se llevarían los litigios que se produjeran entre los Estados suramericanos? ¿A la Sociedad de Naciones, es decir, en realidad, ante Gran Bretaña y Francia, o ante la Conferencia Panamericana, que dominaban los Estados Unidos? ¿Y cómo interpretar en este caso la doctrina de Monroe?

La competencia de la Sociedad de Naciones para decidir las diferencias que pudiesen existir entre Estados americanos parecía quedar excluida, a primera vista, puesto que todos los Gobiernos de esos Estados firmaron voluntariamente, en 1923, el *Tratado Gondra*, según el cual esas diferencias, si no lograran ser resueltas por vía diplomática, deberían ser sometidas a la decisión de una Comisión de encuesta panamericana. Pero ese principio no se aplicó de una manera rigurosa.

En el pleito sobre el Territorio de Tacna y de Arica (con 39.000 habitantes), que enfrentaba a Chile, Perú y Bolivia, no intervino la Sociedad de Naciones. En 1884, Chile se había anexionado ese territorio peruano, en el que esperaba encontrar nitratos; también había arrebatado a Bolivia su única salida al mar. Cuando, en 1926, Perú reivindicó airadamente su *Alsacia y Lorena*, Bolivia se unió a la polémica y reclamó el puerto de Arica, donde desemboca la única vía férrea que pasa por La Paz. Los Estados Unidos actuaron de mediadores. Después de haber pensado, por un momento, en dar satisfacción a Bolivia; después de haber intentado organizar luego un plebiscito en el territorio en cuestión, los Estados Unidos se contentaron con vigilar las negociaciones directas que terminaron por entablarse entre Chile y Perú: el Acuerdo del 3 de junio de 1929 estableció un reparto que dejó a Chile el puerto de Arica y restituyó Tacna al Perú. En ningún momento se mezcló en el asunto la Sociedad de Naciones. Los dos Estados se comprometieron a someter al arbitraje de los Estados Unidos

(1) Véase pág. 834.

todas las dificultades que pudieran surgir al aplicar el tratado de reparto. Y también al Gobierno de los Estados Unidos acudió Bolivia, cuando protestó vanamente contra esa solución que ignoraba por completo sus intereses.

Pero en el conflicto del Chaco, en el que se enfrentaban Bolivia y Paraguay, la Sociedad de Naciones no adoptó una actitud pasiva, por grande que fuese su perplejidad. El territorio que se extiende entre los ríos Paraguay y Pilcomayo era reivindicado, desde hacía ya casi medio siglo, por aquellos dos Estados. Uno de ellos afirmaba que, por poseer la desembocadura del Paraguay, tenía derecho a anexionarse las regiones bañadas por dicho río y sus afluentes; el otro, como no había conseguido una salida al mar en la costa del Pacífico, quería, por lo menos, poder utilizar la vía fluvial del Paraguay, con el fin de encontrar una puerta comercial por el Atlántico. Tras la pantalla de esos argumentos, lo que estaba en juego eran intereses económicos inmediatos: el Chaco encierra yacimientos de petróleo.

Cuando, en diciembre de 1928, los puestos y las patrullas adversarias intercambiaban los primeros disparos, la Conferencia Panamericana se hallaba reunida; la Conferencia aplicó, inmediatamente, los principios establecidos en el Tratado de Gondra; y pidió a los Estados que sometieran el litigio a una comisión que determinara las responsabilidades. ¿Por qué, en esta ocasión, el Consejo de la Sociedad de Naciones se creyó en el deber de dirigir a Bolivia y a Paraguay una *recomendación* que parecía abrir el camino para la aplicación del procedimiento ginebrino? Tomó esa iniciativa a petición de Venezuela, que declaró que aquel conflicto podía servir de *test*: si el Consejo no se ocupara de este asunto suramericano, confesaría su impotencia para aplicar, en casos parecidos, los principios del Pacto; los Estados suramericanos que desearan escapar a la hegemonía de los Estados Unidos, perderían toda esperanza de encontrar en Ginebra aliento y protección; abandonarían, por tanto, la Sociedad de Naciones. Fue esta perspectiva la que decidió al Consejo a actuar como lo hizo; pero de tal forma, que los Estados Unidos no pudieran sentirse ofendidos: Aristides Briand, presidente del Consejo de la Sociedad, tuvo buen cuidado de declarar, en el mismo momento en que ofrecía la aplicación del Pacto, que, si el conflicto del Chaco se apaciguase por los desvelos de la Comisión de encuesta americana, sería el primero en congratularse por ello. La Sociedad de Naciones concedió, pues, prioridad a la Conferencia Panamericana, pero solo provisionalmente.

En la práctica, fue la diplomacia americana la que conservó la ventaja. Cuando Bolivia y Paraguay, en enero de 1929, se disponían a llevar su pleito ante el Tribunal Permanente de Justicia Internacional, creado por la Sociedad de Naciones, que no había recibido la adhesión de los Estados Unidos, la Comisión de encuesta panamericana se apresuró a declarar su competencia sobre el asunto, y consiguió que los dos Estados solicitasen, en septiembre de 1929, un arbitraje *americano*.

Esa fue solo la primera etapa de un largo conflicto cuyas vicisitudes se prolongarían hasta 1938—una etapa significativa, porque demostró claramente cómo los Estados Unidos deseaban tener apartadas del continente americano a las potencias europeas y cómo la Sociedad de Naciones tuvo cuidado de tratar con miramientos al Gobierno de Washington.

Los Estados de América latina, cuando comprobaron que la Sociedad de Naciones se sentía incapaz de desempeñar papel alguno en las cuestiones americanas, cesaron casi todos—la excepción fue Chile—de participar efectivamente en las reuniones de Ginebra.

Pero los Estados Unidos, si bien eliminaron con facilidad la intervención de la Sociedad de Naciones en las cuestiones americanas, lograron menos éxito cuando intentaron que los Estados de América latina aceptaran su tutela. En la quinta Conferencia Panamericana, la de Santiago de 1923 (la primera asamblea de *posguerra*), y más aún en la sexta, la de La Habana de 1928, la resistencia se manifestó claramente.

Los oponentes sugirieron, ante todo, que la doctrina de Monroe se transformase en una *declaración continental*, que, en vez de expresar solamente las concepciones y principios adoptados por el Gobierno de los Estados Unidos, diera a todos los Estados americanos garantías mutuas y recíprocas. Se trataba, por tanto, de una manifestación de desconfianza hacia la Unión. Una desconfianza injustificada, según el secretario de Estado Hughes, en su discurso de respuesta del 23 de agosto de 1923: los Estados Unidos deseaban únicamente proteger la seguridad del canal interoceánico, y no pensaban intervenir en los asuntos internos de los Estados suramericanos; pero el Gobierno de Washington negaba reservarse el derecho de interpretar, él solo, la Doctrina, y el de modificarla cuando las circunstancias así lo exigiesen. Tal respuesta no se limitaba, pues, a hacer constar los hechos, es decir, la diferencia entre los métodos que los Estados Unidos empleaban en América Central, por una parte, y en América del Sur, por otra; confirmaba, además, los temores de los oponentes, puesto que venía a decir que la Doctrina era *elástica*.

Las mismas preocupaciones reaparecieron, casi en igual forma, cuando un comité de juristas—la Comisión de Río—intentó establecer las bases de un derecho internacional americano. En el proyecto presentado por esos técnicos, se afirmaba el principio de *no intervención*: ningún Estado americano tendría derecho a ocupar parte alguna del territorio de otro Estado, *ni siquiera con el consentimiento de dicha República*, ni a emplear la coacción para obligar a ese otro Estado a modificar su política interior o exterior. Era una alusión transparente a la acción del Gobierno de Washington en el mar de las Antillas y en América Central. No es, pues, sorprendente que el Departamento de Estado rechazase aquel proyecto. Pero, en febrero de 1928, por iniciativa del delegado de El Salvador, la cuestión fue llevada a la Conferencia de La Habana, donde se entabló, por primera vez en la historia de

las conferencias panamericanas, un gran debate político. Aunque todas las posiciones no tuvieran la misma firmeza (Argentina fue la que dio al delegado de El Salvador el apoyo más enérgico, mientras que Brasil utilizó el tono más suave), las delegaciones, casi por unanimidad, pidieron que la conferencia afirmase el principio de no intervención y la igualdad de derechos de todos los Estados americanos; las dos únicas delegaciones que se abstuvieron de expresar su opinión fueron la de Nicaragua, cuya capital acababa de ser ocupada por orden del Gobierno de los Estados Unidos, y la del Perú, donde estaba en curso la reorganización de las finanzas públicas, llevadas a cabo por un técnico procedente de los Estados Unidos. El Departamento de Estado toleró la lectura de esas declaraciones; pero se opuso a que se votase cualquier resolución: el derecho a la independencia—decía el secretario de Estado—no excluye el derecho a la intervención, que es necesario, por lo menos temporalmente, *para asegurar la estabilidad, con el fin de mantener la independencia*; además, ¿cómo podría admitir el Gobierno de los Estados Unidos que los bienes o la vida de sus ciudadanos de la Unión fueran amenazados por cualquier guerra civil? Esa negativa fue suficiente para hacer fracasar el intento de El Salvador.

Al día siguiente de la Conferencia de La Habana, la opinión pública de los Estados Unidos empezó, sin embargo, a dudar de la eficacia de la *diplomacia del dólar*, y a reconocer que, a pesar de los progresos de orden económico y financiero, la influencia de la Unión era cada vez más discutida. Esa opinión comprendía que la decadencia de la idea panamericana debíase, principalmente, a la política de intervención practicada por el Gobierno de Washington en América Central; y sentía, por tanto, la necesidad de tranquilizar a los Estados suramericanos. Cuando las elecciones presidenciales de noviembre de 1928, aun confirmando las victorias republicanas de 1920 y 1924, llevaron al poder a un hombre nuevo, a Herbert Hoover, la Administración tuvo en cuenta esa orientación del espíritu público. El presidente elegido, antes incluso de tomar posesión de su cargo, consideró conveniente emprender un *viaje de amistad* por América del Sur, sin excluir a la República Argentina, principal foco de oposición a la política yanqui. El secretario de Estado—que era, a la sazón, Frank B. Kellogg—declaró en el Senado, el 7 de diciembre de 1928, que la doctrina de Monroe solo era una doctrina defensiva; desaprobaba, por consiguiente, el *corolario* añadido a esa doctrina en 1905, cuando el presidente Teodoro Roosevelt afirmó que los Estados Unidos tenían derecho a ejercer en el continente americano un *poder de policía internacional*. El nuevo presidente, en uno de los primeros discursos pronunciados después de la toma de posesión, condenó el aspecto más característico de la *diplomacia del dólar*: el Gobierno de los Estados Unidos—dijo—“no debe emplear la fuerza para asegurar la firma o el cumplimiento

de los contratos establecidos entre nuestros ciudadanos y estados o ciudadanos extranjeros". Se trataba del anuncio de una nueva política—la política de *buena vecindad*—que sería puesta en práctica a partir de 1931.

## BIBLIOGRAFIA

- Sobre los aspectos generales.**—S. G. INMAN: *Latin-America; its place in world life*, Nueva York, 1944.—E. RIPPY: *Latin-America in world politics: an outline Survey*, Nueva York, 1938.
- Sobre las relaciones con la S. D. N.**—Además de las historias generales de la S. D. N. citadas en el cap. XV, véanse: V. GALEANO: *L'Amérique latine et la S. D. N.*, París, 1927.—W. KELCHNER: *Latin-American Relations with the League of Nations*, Boston, 1929. M. PÉREZ GUERRERO: *Les relations des Etats de l'Amérique latine avec la S. D. N.*, París, 1936.
- Sobre las relaciones con los Estados Unidos.**—S. BEMIS: *The Latin-American Policy of the U. S.: an historical interpretation*. New Haven, 1943.—M. BELL: *The problem of Pan-American organization*. Stanford Univ., 1944.—H. FEIS: *The Diplomacy of the dollar. First Era: 1919-1932*, Baltimore, 1950.—J. W. GANTENBEIN: *The Evolution of our Latin-American policy. A documentary Record*, Nueva York, 1950.—F. HALSEY: *Investments in Latin-America*, Washington, 1918.—G. STUART: *Latin-America and the U. S.*, Nueva York, 1938.—MAX WINKLER: *Investments of U. S. capital in Latin-America*, Boston, 1930.
- Sobre los conflictos sudamericanos.**—J. W. DENNIS: *Tacna and Arica—An account*, New Haven 1931.—E. KIRKPATRICK: *The Chaco Dispute, The League and Panamericanism*, Ginebra, 1936.—J. DE LASTRA BERNALES: *Historia diplomática de la cuestión de Tacna y Arica*. Santiago, 1951.

## CAPITULO XV

## LA ORGANIZACION DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Durante los diez años que siguieron a la primera guerra mundial, los grandes conflictos—tanto los originados por la aplicación de los tratados de paz como los que resultaron de la acción de las nuevas fuerzas aparecidas en Asia o en el África mediterránea—se resolvieron mediante compromisos. Ese espíritu conciliador era, indudablemente, fruto del cansancio; pero, también, resultado de una mejoría de la situación económica, que atenuaba la impaciencia general. De cualquier modo a principios de 1929, el ánimo de la opinión se inclinaba al optimismo por lo que se refiere a las relaciones internacionales. Pero era un optimismo precario que no hacía desaparecer en las esferas dirigentes una difusa inquietud, cuando se pensaba más allá de las perspectivas inmediatas. La causa profunda de esa sensación de precariedad era, sin duda, el fracaso de los intentos hechos para organizar las relaciones entre los Estados, tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista político, y para garantizar la resistencia a la agresión.

## I. LA INSUFICIENCIA DE LA SEGURIDAD COLECTIVA

El pacto de la Sociedad de Naciones había establecido el principio de la ayuda mutua entre los Estados miembros, pero no organizó seriamente las sanciones militares contra el posible agresor (1). La negativa de los Estados Unidos a participar en el sistema ginebrino asestó un duro golpe a la autoridad moral de la Sociedad de Naciones y comprometió la eficacia de las sanciones económicas previstas por el artículo 16 del Pacto. Los objetivos que se fijaron en Ginebra los apóstoles de la *seguridad colectiva*, deseosos de proteger la situación territorial establecida en 1919-1920, eran los siguientes: llenar las lagunas de ese sistema, completando su armadura jurídica, y, sobre todo, intentar atraer a los Estados Unidos a la colaboración con la Sociedad. En cuatro ocasiones diferentes, sus esfuerzos fracasaron. ¿A qué se deben esos fracasos?

El Tribunal Permanente de Justicia Internacional, instituido en virtud del artículo 14 del Pacto, entró en funciones en enero de 1922 en La Haya. De acuerdo con las propuestas hechas por los gobiernos francés e inglés, ese Tribunal solo poseía competencia *facultativa*, es decir, limitada a los conflictos que le fueran expresamente sometidos por

(1) Véase pág. 791.

los Estados interesados. Aunque reducido a esa misión secundaria, dicho Tribunal había despertado muchas esperanzas en Ginebra, porque parecía ofrecer la ocasión de volver a relacionarse con los Estados Unidos. ¿No colaboraba el jurista americano Elihu Root, que fue secretario de Estado con el presidente Teodoro Roosevelt y que conservaba una autoridad moral considerable en el partido republicano en la preparación, a título personal, del estatuto del Tribunal? ¿Y no había aceptado el Gobierno de Washington, en febrero de 1923, estudiar la participación de los Estados Unidos en la nueva institución? Pero el Senado americano, después de suspender su decisión sobre el asunto durante tres años, en septiembre de 1926, se negó a ratificar la convención internacional que debía consagrar la adhesión de los Estados Unidos. El senador Lodge declaró: "Eso sería meternos en la Sociedad de Naciones."

En el intervalo, pero esta vez al margen de toda participación americana, el Gobierno francés intentó completar el Pacto de la Sociedad de Naciones con un *Protocolo para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales*, obra de los ministros de Asuntos Extranjeros de Grecia, Nicolás Politis, y de Checoslovaquia, Eduardo Benes. El artículo más importante de ese protocolo imponía a los Estados miembros el deber de *cooperar leal y efectivamente* en la aplicación de las sanciones, incluso militares o navales, que pudiese decidir el Consejo de la Sociedad; ese artículo sustituía, por tanto, a la simple *recomendación*, prevista en el Pacto, por una obligación estricta (1). Ese texto fue adoptado, el 2 de octubre de 1924, por la Asamblea de la Sociedad de Naciones, con el asentimiento del Gobierno británico: el Gabinete laborista de Ramsay Mac Donald. Pero la vuelta de los conservadores al poder, que ocurrió un mes más tarde, modificó la actitud de Gran Bretaña: según declaró Austen Chamberlain, no era posible ampliar el sistema de sanciones, puesto que la Sociedad de Naciones estaba debilitada por la ausencia de los Estados Unidos. En el fondo, eso significaba abandonar cualquier esfuerzo tendente a aumentar la eficacia del Pacto.

En abril de 1927, los promotores de la obra ginebrina volvieron a esperar, a pesar de todo, una colaboración con los Estados Unidos. Briand dirigió a *la nación americana* un llamamiento en el que sugirió la conclusión de un pacto entre Estados Unidos y Francia que pondría a la guerra *fuera de la ley*; para el estadista francés se trataba, principalmente, de dar una prueba de buena voluntad y de disipar las prevenciones que se manifestaban en Estados Unidos contra Francia, como consecuencia de las discusiones ocasionadas por la cuestión de las deudas de guerra (2). Los pacifistas americanos sugirieron, a su vez, ampliar el proyecto francés y establecer un pacto general, por el que

(1) Véase cap. VI, pág. 791.

(2) Véase pág. 924.

todos los Estados se comprometieran a resolver sus diferencias sin recurrir a la guerra, salvo en caso de legítima defensa. Esa sugerencia, presentada por la Fundación Carnegie para el fomento de la paz internacional, fue adoptada por el Departamento de Estado. Pero la fórmula de *renuncia a la guerra*, si fuese aplicada sin reservas, podría hacer imposible toda acción militar, incluso a título de sanción. Para salir al paso de esta objeción, el pacto Briand-Kellogg, en su forma definitiva, acabó por admitir implícitamente que sería lícito recurrir a la guerra contra cualquier Estado que violase el Pacto de la Sociedad de Naciones o el pacto renano de Locarno. El 27 de agosto de 1928, el pacto Briand-Kellogg fue firmado por todos los Estados, comprendidos Alemania, la U. R. S. S. y el Japón.

¿Cuál sería su alcance práctico? Ese pacto no intentaba definir la *legítima defensa* ni la *guerra de agresión*, por lo que pudiera resultar ineficaz. Tampoco suponía un cambio de actitud en el Gobierno de Washington con respecto a las cuestiones europeas que le llevase a asociarse a una *guerra defensiva* dirigida por la Sociedad de Naciones contra un posible Estado agresor. "Los Estados Unidos siguen siendo tan opuestos como antes a toda acción que tuviese por objeto imponer la paz mediante la fuerza y que pudiese arrastrarlos a una guerra europea." Así escribía James T. Shotwell, autor principal del proyecto americano y comentarista oficioso del pacto. La Comisión de Asuntos Extranjeros del Senado tuvo buen cuidado de subrayar, después del mismo secretario de Estado, que el nuevo tratado no preveía ninguna sanción *ni expresa ni implícitamente*, y que los Estados Unidos no pensaban asumir ninguna obligación. El secretario de Estado anotó en su diario íntimo: "Después de todo, hemos hecho lo que nos proponíamos hacer: un gesto pacífico." Ese gesto iba destinado, sobre todo, a la opinión pública americana: en esa ocasión, la política internacional tenía para Frank B. Kellogg menos importancia que la política interior americana.

Cuando el Gobierno francés volvió a tomar la iniciativa, un año más tarde, emprendió un camino nuevo. Aristides Briand, en su discurso del 5 de septiembre de 1929 a la Asamblea de la Sociedad de Naciones, y después, en su memorándum del 17 de mayo de 1930, sugirió la formación de una *unión o federación* europea; se inspiraba en un tema que había sido desarrollado tres años antes por el conde Coudenhove-Kalergi y que, hacía un año, despertó la atención de la Unión Interparlamentaria: entre el *bolchevismo* y el *americanismo*, ¿no era necesaria una asociación de Estados europeos? Con ello, el estadista cuyo nombre había estado asociado, durante ocho años, a todos los esfuerzos intentados en Ginebra, demostraba, implícitamente, que no contaba ya con obtener la participación de los Estados Unidos en la defensa de la paz; también manifestaba, en privado, sus dudas acerca de la solidez de la Sociedad de Naciones. En resumen: el plan pan-

*européo*, le parece ser el único medio de establecer un sistema eficaz de seguridad, apoyado y consolidado por la solidaridad económica.

Pero ese proyecto—un simple bosquejo en cuya redacción, incluso, se ponía de manifiesto cierta confusión—despertó en seguida la desconfianza de los grandes Estados europeos. Alemania veía en él un procedimiento indirecto de garantizar las fronteras establecidas en 1919 en Europa Oriental, porque el memorándum francés señalaba el propósito de extender a todo el memorándum los acuerdos de Locarno. La U. R. S. S. pensó que aquel vínculo federal, destinado a unir a los miembros europeos de la Sociedad de Naciones, tenía por objeto la formación de un bloque antisoviético. El Gabinete inglés adoptó la actitud de *prudencia cordial* que le recomendaban sus servicios diplomáticos: la realización del proyecto francés restringiría la autoridad de la Sociedad de Naciones; perturbaría el sistema de las relaciones imperiales británicas, que no podría ajustarse al marco continental; haría, sobre todo, que Gran Bretaña corriese el riesgo de verse en situación difícil en sus relaciones con los Estados Unidos, pues la federación europea podría adoptar una posición política y, más aún, económica, contraria a los intereses americanos.

Con raras excepciones, los gobiernos europeos acogieron, pues, el memorándum francés con graves reservas. Por eso, la Comisión de estudio que Aristides Briand había organizado consideró oportuno aplazar el examen de las cuestiones políticas, limitando su actividad a los problemas económicos; aun así, no logró establecer ningún programa. El plan *européo* se desvaneció.

En el ánimo de los promotores de la Sociedad de Naciones la *seguridad colectiva* suponía la limitación de los armamentos. Las medidas impuestas a Alemania y a otros Estados vencidos deberían haber sido la primera etapa del desarme general. Dichas previsiones se llevaron, parcialmente, a la práctica en el terreno de los armamentos navales; pero la cuestión de los armamentos terrestres no fue abordada. Únicamente, en diciembre de 1925, al día siguiente de la firma de los acuerdos de Locarno, el Consejo de la Sociedad de Naciones decidió la formación de una Comisión preparatoria del desarme.

En la larga serie de sesiones que se celebraron por espacio de cinco años, la Comisión, que contaba entre sus miembros no solo a los representantes de Alemania, sino también a los delegados oficiosos de los Estados Unidos y de la U. R. S. S., no consiguió pasar, no obstante sus penosos esfuerzos, de los debates preliminares. ¿Qué había que entender por *armamentos*, es decir, qué comparación cabía hacer entre los diferentes Estados, teniendo en cuenta no solo el volumen actual de las fuerzas armadas, sino también los recursos demográficos, la vulnerabilidad de las fronteras y los recursos económicos, factores determinantes del *potencial bélico*? ¿Qué procedimiento podría ser más eficaz: la reducción de efectivos y material de guerra o la de los créditos destinados a la defensa nacional? ¿Sería posible establecer una distin-

ción clara entre los armamentos ofensivos y defensivos y fijar normas diferentes para unos y para otros? ¿Cómo podría inspeccionarse el cumplimiento de las medidas de desarme?

En cada uno de esos puntos, las tesis francesas y alemanas se encontraban constantemente en oposición. En la cuestión del material de guerra sería necesario—afirmaba la delegación francesa—comparar, no solo el nivel de las existencias, sino también los medios de producción—fábricas y mano de obra—; por el contrario, en el problema de los efectivos, la única base valedera habría de ser la confrontación de las cifras correspondientes a los hombres actualmente movilizados, sin tener en cuenta las *reservas adiestradas*. La delegación alemana adoptaba, naturalmente, el punto de vista opuesto, pues el Reich poseía un potencial industrial muy superior al de Francia y, en cambio, no podía incrementar sus reservas con instrucción militar desde que el Tratado de Versalles había paralizado el reclutamiento del ejército activo. Entre esas tesis opuestas, Gran Bretaña y los Estados Unidos podrían ejercer un arbitraje; en realidad, su acción fue favorable, en gran medida, a las intenciones alemanas, tanto en lo que respecta a las reservas con preparación militar como al potencial de guerra aérea. La cuestión de la inspección del desarme dio lugar a nuevas divergencias: el Gobierno francés sugirió que se confiase a una comisión internacional; Gran Bretaña y los Estados Unidos rechazaron, de común acuerdo, esa solución, invocando, unas veces, las dificultades prácticas, y otras, el respeto a la soberanía de los Estados.

Así, después de cinco años de trabajo, la Comisión preparatoria no presentó, en diciembre de 1930, más que un simple esquema, que indicaba los principios a seguir y fijaba un método, pero que dejaba *en blanco* todo lo esencial—es decir, las cifras referentes a los efectivos o a los armamentos—, y no preveía la organización de una inspección internacional. Aun así, ese modesto bosquejo no fue aceptado por la U. R. S. S., que lo consideraba un producto del *imperialismo capitalista*; ni por Alemania, que estimaba que no concedía a todas las grandes potencias una *igualdad de derechos* en el terreno de los armamentos; ni por Polonia, Rumania y los Estados bálticos, que consideraban necesario aplazar su adhesión hasta que Rusia no hubiera dado la suya. En resumen: nadie habría sido capaz de decir si la política de desarme colectivo podría llevarse a buen fin. Aristides Briand declaró: “Más que de fijar el número de soldados, cañones y ametralladoras, se trata de fortalecer la voluntad de no utilizarlos.” Es decir: sustituía la esperanza en una limitación efectiva de armamentos por la de un desarme moral. Lo que se parecía bastante a una evasiva para disimular su fracaso.

Ese era, pues, el balance, a los diez años del nacimiento de la Sociedad de Naciones: ni consolidación de la *seguridad colectiva*, ni acuerdo acerca de los principios que regularían la limitación de armamentos. ¿Es suficiente explicación de ello la divergencia de intereses? Acaso

esa divergencia hubiera podido ser superada de haberse mostrado más resuelto el Consejo de la Sociedad, y si la opinión pública, en los diferentes Estados, hubiese obligado a los gobiernos a tomar iniciativas. Pero, en Ginebra, las dos grandes potencias que dominaban en el Consejo—Gran Bretaña y Francia—no se pusieron nunca de acuerdo en lo referente a los fundamentos de organización de la paz internacional, y las corrientes de opinión que debían haber apoyado la obra de la Sociedad no tuvieron gran intensidad en ninguna parte.

## II. EL FRACASO DE LA COOPERACION ECONOMICA Y FINANCIERA

En el ánimo de los promotores de la Sociedad de Naciones, la cooperación económica y financiera entre los Estados debería ser uno de los medios de establecer la confianza mutua y consolidar la paz, al evitar el desarrollo de las antipatías y rencores que hacen surgir, entre los pueblos, las rivalidades comerciales o la envidia de los países pobres a los *prestamistas*. Después de 1924, cuando las condiciones económicas y financieras comenzaron a mejorar en Europa (1), esa cooperación se convirtió en algo perfectamente posible, a condición de conseguir la colaboración de los Estados Unidos, grandes proveedores de materias primas y de capitales. ¿Con qué estado de ánimo fueron acogidas esas relaciones económicas y financieras por los gobiernos y la opinión pública?

El pago de las deudas contraídas con los Estados Unidos por los Estados asociados a ellos en el transcurso de la primera guerra mundial—deudas que se elevaron a 10.400 millones de dólares—fue ocasión, durante más de seis años, de debates, con frecuencia muy enconados. Los deudores europeos, a cuya cabeza se hallaban Francia y Gran Bretaña, hubieran deseado que se estableciese una relación entre el crédito que poseían contra Alemania, a título de reparaciones, y el desembolso que implicaban las deudas interaliadas. El Gobierno norteamericano, presionado por el Senado, se negó a ello; por eso, en 1922, decidió reclamar a sus deudores el pago de la deuda, según las modalidades fijadas por el Congreso, es decir, escalonando los pagos en cuarenta y siete anualidades, a un interés del 4,5 por 100. A pesar de ello, de hecho, aceptó posteriormente la prolongación de los plazos de pago y la reducción del tipo de interés, es decir, renunció a una parte importante de su crédito: el 20 por 100, según el acuerdo concertado en junio de 1923 con Gran Bretaña, que el año precedente había restablecido el equilibrio de sus finanzas públicas y deseaba vivamente mantener su crédito en interés del mercado financiero londinense; el 50 por 100, aproximadamente, por los acuerdos de 1925 con Bélgica e Italia; el 53 por 100, por el acuerdo de abril de 1926 con el Gobierno francés.

(1) Véase pág. 814.

Entre Francia y Estados Unidos, sobre todo, la discusión continuó siendo difícil. Las aspiraciones americanas no eran, según la opinión pública francesa, ni generosas ni justas, pues los Estados Unidos, cuando se hicieron beligerantes en abril de 1917, no disponían aún de un ejército capaz de participar en las operaciones militares de Europa; después de su entrada en la guerra, durante un año, habían estado ausentes de los campos de batalla. ¿No era completamente lógico que contribuyeran al esfuerzo común con una aportación financiera? Pero la opinión pública americana, en su gran mayoría, no se creía obligada a ser generosa: los beneficiarios de los empréstitos habían empleado el producto de estos en pagar sus compras de artículos alimenticios, materias primas y material de guerra, efectuadas en los Estados Unidos y contraídos, por tanto, compromisos comerciales. ¿Qué título jurídico podían invocar para liberarse de sus deudas, esto es, para dejar toda su carga al contribuyente americano?

En tal discusión, el Congreso de los Estados Unidos disponía de un medio de presión: negar cualquier empréstito nuevo al Estado francés o a las ciudades francesas, hasta que no hubiera sido aceptada la obligación del pago de la deuda de guerra. Por eso, el Gobierno francés, como necesitaba la colaboración financiera americana para la estabilización del franco, decidió firmar el acuerdo de abril de 1926. Pero el Parlamento deseaba añadir una *cláusula de salvaguardia*, es decir, obtener la promesa de una revisión de ese acuerdo si Francia no recibiese de Alemania los pagos previstos a título de reparaciones. La relación entre la cuestión de las deudas y la de las reparaciones le parecía evidente a la opinión pública francesa, puesto que la reducción de los pagos alemanes fue llevada a cabo por un comité de técnicos presidido por un norteamericano (1). Sin embargo, el Congreso norteamericano consideró inadmisibles esas pretensiones. La discusión se prolongó hasta que, en 1929, el Parlamento francés se resignó a votar la ratificación del acuerdo, sin insertar en él la cláusula de salvaguardia. Ciertamente que esa cláusula subsistía, en forma de *reserva*, pero carecía de valor contractual.

Al final de esa larga controversia—cuyo estudio es interesante, pues demuestra cuán difícil es exigir a dos pueblos que realicen un esfuerzo para comprender sus respectivos puntos de vista—, la diplomacia americana consiguió, pues, imponer su voluntad a los deudores europeos de Estados Unidos, con la excepción de la U. R. S. S. Pero se trataba de una victoria precaria: el pago efectivo de las deudas de guerra quedaba subordinado, a pesar de la letra de los acuerdos, al pago de las reparaciones.

El desorden que en las relaciones comerciales interestatales mantenían el nacionalismo económico y la desigualdad entre los recursos de

(1) Véase el plan Dawes, en las págs. 846 y 847.



materias primas y combustibles, fue denunciado por la doctrina de Wilson como causa profunda de las dificultades políticas. Pero la Sociedad de Naciones no mostraba gran entusiasmo por resolver ese problema: cuando Italia manifestó su deseo de que se estableciese la igualdad de acceso de todos los Estados a los grandes mercados de materias primas, con ocasión de la primera asamblea de la Sociedad, el examen de la sugerencia fue aplazado *sine die*. Solo en 1925—es decir, en el momento en que la reanudación de la actividad económica se hizo evidente en varios Estados europeos—la atención de los medios ginebrinos quedó enfocada sobre esos problemas. ¿Por qué razón Europa, a pesar de la reciente mejoría, estaba tan retrasada con respecto a los Estados Unidos, con su prosperidad asombrosa? (1). La causa principal de esa desigualdad parecía ser la existencia de las barreras aduaneras, que entorpecían los cambios. Pero ¿cómo conseguir que los Estados del Continente renunciasen al régimen proteccionista, agravado por el sistema de cupos y prohibiciones?

La Conferencia económica internacional que se reunió en mayo de 1927 en Ginebra, por iniciativa del Consejo de la Sociedad de Naciones, tenía por objeto la preparación de esa *tregua* aduanera y, al mismo tiempo, trataba de hacer comprender a los Estados Unidos las necesidades económicas y financieras de Europa. El resultado fue decepcionante. La Conferencia, en la que las organizaciones obreras solo tenían una débil representación, recomendó que se desarrollasen la organización científica del trabajo y la racionalización de la producción industrial; se mostró favorable a la expansión de los *cartels*. En cambio, no estudió la cuestión de la emigración intercontinental (2), esencial para aliviar las regiones de Europa donde el paro era endémico, ni la cuestión de las deudas de guerra, importante para la estabilización monetaria. En cuanto al régimen aduanero, se limitó a recomendar a los Estados que *redujeran las tarifas demasiado elevadas que dificultaban los cambios internacionales*, y no obtuvo más resultado que una simple disminución del ritmo de aumento de los derechos de aduana.

La responsabilidad de ese resultado negativo recae, en gran parte, sobre la política económica de los Estados continentales. Los gobiernos temieron que, si rebajaban las barreras aduaneras, resultarían lesionadas ciertas industrias y que se agravara el paro, e incluso, en muchos casos, que se arruinaran las producciones indispensables para la defensa nacional; en casi todas partes, la opinión pública permaneció indiferente ante las tesis de los economistas librecambistas. Pero lo decisivo fue la actitud de los Estados Unidos: se negaron a dejar que la Conferencia examinase la cuestión de la emigración y la de las deudas interaliadas; dieron a entender que, lejos de pensar en la disminución

(1) Véanse págs. 814 y 815.

(2) Véase pág. 816.

de sus tarifas aduaneras, aspiraban a aumentarlas. ¿Cómo hubieran podido los Estados europeos aceptar que los productos americanos entrasen con mayores facilidades en sus territorios sin obtener una reciprocidad?

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre la organización de la paz, en general.**—W. RAPPARD: *The Quest for peace since the World-War*, Cambridge, 1950.

**Sobre el papel de la S. D. N. en las relaciones internacionales.**—J. KNUDSON: *A history of the League of Nations*, Atlanta, 1938.—J. RAY: *Commentaire du pacte de la S. D. N.*, París, 1930.—F. P. WALTERS: *A history of the League of Nations*, Londres, 2 vols. 1952 (la obra de conjunto más importante.—A. ZIMMERN: *The League of Nations and the Rule of Law*, Londres, 1936.

**Sobre los proyectos de reforma del Pacto de la S. D. N.**—A. ALVAREZ: "Les groupements continentaux et la réforme du Conseil de la S. D. N.", en *Esprit International*, 1927, págs. 44 a 63.—J. N. BAKER: *The Geneva Protocol*, Londres, 1925; y del mismo: *The League of Nations at work*, Londres, 1926.—P. BRUGIERE: *La sécurité collective 1919-1945*, París, 1946.—M. O HUDSON: *The World Court, 1921-1931*, Boston, 1932.—G. LEBRUN-KERIS: *Les projets de réforme de la S. D. N.*, París, 1938.—E. SCELLE: *Essai sur la crise de la S. D. N. et ses remèdes*, París 1927.—H. WEHBERG: "Le protocole de Genève", en *Rec. des Cours de*

*l'Académie de Droit international*, 1925, t. II, págs. 5 a 149.

**Sobre el Pacto de París y el papel de los Estados Unidos.**—I. T. SHORWELL: *Le Pacte de Paris*, París, 1930. D. FLEMING: *The U. S. and World Organization, 1918-1933*, Nueva York, 1938.—R. FERREL: *Peace in their time. The origins of the Kellogg-Briand Pact*, New Haven, 1952.

**Sobre la cuestión del desarme.**—R. A. CHAPUT: *Desarmament in British foreign Policy*. Londres, 1934.—J. LYON: *Les problèmes du désarmement*, París, 1934.—H. LATIMER: *Naval Disarmament*, Londres, 1930.—J. WHEELER BENNETT: *Disarmament and Security since Locarno, 1925-1931*, Londres, 1932.—X. X. X.: *L'U. R. S. S. à la Conférence du désarmement*, París, 1932 (Documentos con prefacio de A. Lunatcharsky).

**Sobre los aspectos económicos y financieros.**—N. MOULTON y L. PAVLOVSKY: *World War Debts Settlement*. Londres, 1927.—W. RAPPARD: "Le nationalisme économique et la S. D. N." en *Recueil des Cours de l'Académie de Droit international*, 1937, t. LXI, páginas 167 y sgs.



## CONCLUSION DEL LIBRO III

Los tratados de paz, según la opinión de sus adversarios, determinaron en el continente europeo condiciones de existencia intolerables; cláusulas territoriales, establecidas en contradicción con los principios wilsonianos, que debían conducir rápidamente a nuevos conflictos; cláusulas económicas que, según John Maynard Keynes, iban a *completar la ruina* que la guerra había comenzado. En la práctica, ¿qué quedaba de esas previsiones de 1929?

El *revisiónismo* que proclamaban los magiares, los partidarios de la integración de Austria en Alemania y las minorías alemanas de Polonia y Checoslovaquia, provocó, frecuentemente, manifestaciones verbales; dio lugar a repetidos incidentes que embarazaban las sesiones del Consejo de la Sociedad de Naciones; y continuó afirmándose en declaraciones de principios destinadas al futuro. Sin embargo, no consiguió su objetivo: la resistencia de la Pequeña Entente, apoyada por la diplomacia francesa, neutralizó las reivindicaciones magiares, que parecían capaces de prender fuego al *polvorín* de Europa Central; la firme oposición del Gobierno francés bastó para detener los proyectos del *Anschluss*, y los incesantes litigios que pusieron a prueba el estatuto de Dantzig no rebasaron la fase de las controversias jurídicas. Es cierto que los vencidos no renunciaban a nada: la propaganda magiar seguía activa; el Gobierno austríaco repitió, en numerosas ocasiones, que la integración en Alemania solo se había aplazado; y los medios políticos alemanes anunciaban su intención de *sacar a primer plano* la cuestión polaca, cuando se solucionase la cuestión de las reparaciones. Pero esos medios eran completamente conscientes de que no conseguirían una revisión amigable y de que no estaban en condiciones de actuar por la fuerza. En 1929, el Gobierno alemán no pensaba en declarar la guerra a Francia, ni, en el fondo, tampoco a Polonia; y, aunque la inspección del desarme se abolió en 1927, respetaba todavía, salvo en algunos detalles, las cláusulas militares del Tratado de Versalles.

Las críticas hechas a las cláusulas económicas de los tratados de paz habían sido parcialmente confirmadas, puesto que la suma total de las reparaciones alemanas quedó reducida en dos ocasiones por el plan Dawes y el plan Young; pero esas críticas fueron completamente erróneas en cuanto a las previsiones que implicaban sobre el futuro de la economía alemana: en diciembre de 1928, el informe del agente general de Reparaciones, Parker Gilbert, hacía constar que, gracias a las inversiones de capital extranjero y a los créditos concedidos por las bancas americanas e inglesas, Alemania había *vuelto a ponerse de pie*. Se tra-

taba de un aspecto esencial en la obra de reconstrucción económica de Europa.

Por último, el llamamiento a la insurrección del proletariado lanzado en marzo de 1919 por el I Congreso de la Internacional Comunista no encontró en Europa un eco duradero. Alemania, después de las fuertes convulsiones de marzo de 1920, en el Ruhr, y de octubre de 1923, en Baviera, recuperó, a partir de 1924, una relativa estabilidad. El partido comunista inglés no adquiría consistencia, aunque la crisis de paro se hiciese endémica y las masas obreras emprendiesen, en 1920 y 1926, movimientos huelguísticos de amplitud excepcional. En Francia, el electorado comunista, que alcanzaba, en 1924, 875 000 votos (el 7,9 por 100 del cuerpo electoral), alcanzó 1 060 000 en 1928 (9,3 por 100 de los votantes); pero en 1929 el partido declinó sensiblemente. En Italia los comunistas no fueron capaces de impedir el advenimiento del régimen fascista ni de estorbar su consolidación. Las declaraciones de Stalin en el otoño de 1927, en el momento en que se hizo dueño del poder, criticaban el tema de la revolución mundial, caro a Trotsky, desaprobaban aquella *política de vocingleros* y afirmaban que era posible *construir el socialismo en un solo país*: era poner sordina, durante algún tiempo, a la propaganda de la Komintern.

A pesar de esos hechos probados, los observadores de la vida internacional descubren, sin embargo, en Europa tres signos de precariedad.

Desde el punto de vista económico, aunque Alemania hubiera recobrado, por lo que se refiere a la producción y a los cambios comerciales, el puesto que Gran Bretaña consideraba necesario, esa recuperación estaba a merced del movimiento internacional de capitales; bastaría con que se parase la corriente de inversiones americanas para que el Reich se viese azotado por una crisis brutal. Por otro lado, la reconstrucción del Continente seguía sin acabar, porque Rusia no se había reintegrado en ella. ¿Podía restablecerse el equilibrio de las fuerzas económicas mientras que una masa de ciento sesenta millones de consumidores permaneciera separada de ellas?

Desde el punto de vista social, la crisis del desempleo tendía a convertirse en un estado permanente en Gran Bretaña, donde la cifra de parados osciló, de 1926 a 1929, entre 935 000 y 1 100 000; se desarrollaba también en Alemania, que, después de haber tenido 123 000 parados en 1927, contaba con 389 000 dos años más tarde. Era una causa de inquietud cuya gravedad señaló el ministro de Asuntos Económicos francés, Luis Loucheur, en un discurso pronunciado en agosto de 1929.

Desde el punto de vista político, en fin, la *división* de Europa en tres sistemas de tipos de Estados—dictadura del proletariado, dictadura fascista y democracias parlamentarias—alimentaba desconfianzas y manifestaciones de desprecio, no solo entre los gobiernos, sino también entre los pueblos, que agravaban las divergencias de los intereses nacionales; y la existencia en Moscú, Varsovia, Budapest, Roma y otros

lugares, de sistemas políticos en los que a los ciudadanos les estaba prohibida, de hecho, la libre discusión de los problemas internacionales, abría el camino para los riesgos de cualquier aventura. En 1929, Guillermo Ferrero escribía: "La unificación de los principios que constituyen la base del Estado sería, sin duda, un inmenso beneficio para Europa." He ahí una esperanza más utópica que nunca.

Sin embargo, si nos atenemos al estado de la opinión pública, en 1929, la balanza se inclinaba, sin ninguna duda, hacia el lado de la paz. Después de ser agitada fuertemente durante los años que siguieron a la conclusión de los tratados de paz, cuando las revueltas sociales eran frecuentes y los nacionalismos continuaban exasperados, esa opinión pública se había calmado algo desde que la prosperidad económica volvía a reinar; y los acuerdos de Locarno y después el pacto de renuncia a la guerra, indicaron el deseo de una política de conciliación. En 1929, esa opinión pública aprobaba, en casi todos los Estados europeos, las iniciativas encaminadas a prevenir los conflictos. Esas tendencias de la psicología colectiva parecían ser la mejor garantía de la paz europea.

## CONCLUSION GENERAL

En 1919, la "decadencia de Europa constituía la característica dominante de la perspectiva mundial. Diez años después de la terminación del conflicto, ¿en qué medida había recobrado Europa su papel mundial y en qué condiciones se desenvolvían las relaciones intercontinentales?

En 1929, Europa continuaba reconquistando, paso a paso, su puesto en la economía mundial. En 1926, el volumen global del comercio mundial era de 61 887 millones de dólares, y la participación de Europa, comprendida la U. R. S. S., llegaba al 45,2 por 100, en tanto que en 1920 solo llegó al 41 por 100. En 1929, sobre un volumen global de 66 708 millones, el porcentaje europeo fue del 51 por 100 (1). Al mismo tiempo, los Estados europeos habían conseguido mantener, en los continentes asiáticos y africanos, las posiciones políticas que tan amenazadas se vieron al final de la Gran Guerra.

En Extremo Oriente, la expansión japonesa recibió, en 1922, un *frenazo*, cuyo principal autor fue el Gobierno de los Estados Unidos, pero que benefició, de modo inmediato, a los intereses europeos. El movimiento nacionalista chino, cuando tomó en 1926-1927 un matiz de insurrección xenófoba, fue detenido: la diplomacia inglesa supo aprovecharse de las inquietudes que la propaganda soviética había provocado en la alta burguesía china; es verdad que tuvo que arrojar lastre al abandonar las *concesiones* y devolver a China la autonomía aduanera; pero salvaguardó, en lo esencial, la influencia económica. En 1929, la política soviética, que tres años antes parecía recorrer el camino del éxito, se hallaba en franca derrota.

En la India, el movimiento de resistencia a la dominación inglesa, aparecido en 1919, tomó en 1920-1921 un carácter grave, cuando Gandhi intentó imponer al Gobierno británico, con su campaña de *no cooperación*, la concesión de una autonomía política, como preámbulo de la independencia. Pero, a partir de 1924, las escisiones que surgieron en el seno del Congreso Nacional debilitaron ese movimiento. El antagonismo entre hindúes y musulmanes, que parecía suavizarse hacia 1916, se manifestó de nuevo cuando los musulmanes comprobaron la derrota del Califato otomano y los hindúes temieron que los musulmanes consiguiesen una importancia demasiado grande en la vida política. El ejercicio del derecho de sufragio, instituido por el Gobierno británico en 1919, demostró que el cuerpo electoral, muy restringido, no era ho-

(1) Conviene no perder de vista que en 1913 era del 61 por 100. Véase pág. 537.

mogéneo: los grupos *minoritarios* que existen en el mismo seno de la población hindú desconían de la mayoría. Por último, durante los dos años en que Gandhi, en prisión, no podía seguir dirigiendo el movimiento, la consigna de la *no cooperación* fue discutida: a la táctica de los adeptos del *Swaraj*, que seguían negándose a participar de ninguna manera en la vida política y administrativa, se oponía la de los moderados, que consideraban oportuno intentar la cooperación con las autoridades inglesas, en interés, incluso, de la población de la India. En realidad, a partir de finales de 1926 el estatuto de 1919, cuya aplicación estaba paralizada hacía ya siete años, pudo entrar en vigor. Se trataba de una tregua.

En la zona mediterránea, los movimientos de resistencia, nacional y religiosa al mismo tiempo, que habían amenazado la dominación de los europeos en Africa del Norte, habían sido desbaratados. En 1929, Marruecos y Túnez estaban en calma; se había consumado la reconquista italiana de Libia; en el mismo Egipto, donde la dominación inglesa había atravesado críticos momentos desde 1919 a 1924, el partido nacionalista, aunque conservara una amplia mayoría en todas las consultas electorales, toleraba un Gobierno dirigido por moderados. Francia, en Siria, y Gran Bretaña, en Irak, consiguieron, después de años difíciles, imponer el régimen de mandato.

En esa consolidación de los intereses europeos, la fuerza de las armas había tenido utilidad en Marruecos, Libia, Irak y Siria; pero los métodos de fuerza no bastaron para mantener la dominación inglesa en la India y Egipto, y, todavía menos, para hacer fracasar el movimiento nacionalista chino: en todas esas ocasiones, la influencia o la dominación de los europeos encontró el apoyo de las divergencias surgidas dentro de los movimientos nacionalistas entre oportunistas e intransigentes; también encontró el apoyo de la resistencia que los nacionalistas oponían a la propaganda de la Internacional Comunista. Chiang-Kai-Chek destruyó, por la fuerza, la influencia soviética en China; Gandhi desaprobó abiertamente la ideología comunista; Zaglul, en marzo de 1924, hizo detener a los jefes del partido comunista, que había encontrado adherentes en los medios israelitas egipcios.

He ahí suficientes hechos para desmentir el pesimismo de los que, en 1925, anunciaban el *crepúsculo de las naciones blancas*, y para reconfortar a los que no habían dejado de creer en la vitalidad de Europa.

Frente a esas realizaciones, ¿cuáles eran, sin embargo, los motivos de inquietud?

En las relaciones intercontinentales, los intereses europeos no se encontraban inmediatamente amenazados por el imperialismo japonés (1); pero lo que preocupaba a buena parte de la opinión pública europea era el comportamiento de los Estados Unidos.

Verdad es que la expansión política de los Estados Unidos no inquietaba a nadie en Europa: únicamente la América latina tenía motivos para desconfiar de ella. La política económica de la Unión, en cambio, provocaba sentimientos de irritación, que algunas veces se expresaban con aspereza.

La cuestión de la libertad de los mares se hallaba en el primer plano de esas preocupaciones. Si, con ocasión de un conflicto en Europa, Gran Bretaña quisiese ejercer el derecho de bloqueo contra un tercer estado, e el marco de las sanciones previstas por el pacto de la Sociedad de Naciones, ¿aceptarían los Estados Unidos, que no eran miembros de la organización internacional, someterse a esa decisión, permitiendo a los cruceros ingleses que inspeccionasen su comercio marítimo? Ciertamente que la conclusión del pacto de renuncia a la guerra parecía ofrecer una solución: los Estados Unidos podrían prometer que prohibirían a los ciudadanos norteamericanos toda relación comercial con cualquier Estado que violase dicho pacto. Pero, ¿estaría dispuesto el Departamento de Estado a acoger favorablemente esa posible solución?

Otro aspecto de esas inquietudes es el imperialismo económico y financiero. En este terreno, los observadores americanos reconocían la *impopularidad* creciente de los Estados Unidos. El pago de las deudas contraídas durante la guerra seguía siendo el tema central de la controversia. ¿Cómo podía continuar reclamando el pago de esas deudas el Congreso americano, cuando, mediante su política aduanera, se dedicaba a entorpecer las importaciones, es decir, a eliminar la posibilidad que permitiría a los deudores el cumplimiento de sus compromisos? Los medios intelectuales americanos reprochaban a la administración republicana su *inconsecuencia* y *falta de lógica*.

La organización económica de Europa, mediante la formación de una unión aduanera, que sería el modo de resistir a los Estados Unidos y de obligarles a rebajar sus tarifas aduaneras, era una idea que acariciaban los observadores de la vida internacional. El fracaso del proyecto *européo* de Aristides Briand defraudó esa esperanza.

Por último, las tentativas realizadas para *organizar la paz* quedaban sin acabar. Indudablemente, el pacto de la Sociedad de Naciones se completó con dos grandes *acuerdos regionales*—los tratados de Washington y los pactos de Locarno—, que no tenían la misma importancia (las cláusulas de garantía mutua inscritas en las actas de Locarno no existían en los tratados de Washington), pero que implicaban, igualmente, una promesa de *concierto* entre los contratantes. No cabe duda de que el pacto de renuncia a la guerra fue firmado por las dos grandes potencias cuya abstención había debilitado la Sociedad de Naciones. De ahí que ciertos estadistas estrechamente ligados a la obra de Ginebra—Eduardo Bénès, por ejemplo—expresasen su optimismo: esperaban que la Sociedad de Naciones emprendiese ahora una etapa *constructiva*. Pero la actividad de la Sociedad era criticada en París, donde

(1) Véase cap. XIII.

los conservadores temían que la Comisión preparatoria del desarme permitiese el rearme alemán; en Berlín, donde los nacionalistas querían considerarla como instrumento de los vencedores, como barrera destinada a impedir, ya la integración de Austria en Alemania, ya la revisión de la frontera germano-polaca; en Londres, donde los periódicos conservadores consideraban que era peligrosa para la unidad imperial. Y, lo que es más grave aún, en todas las crisis el Consejo de la Sociedad se hallaba ante la incertidumbre de seguir la opinión de los partidarios de las sanciones militares o la de los adeptos de las sanciones morales. ¿Qué valor tendría la protección ofrecida por el sistema ginebrino en caso de prueba sería? Esta duda era el *gran obstáculo* que se oponía al desarme, como hizo constar Paul Mantoux, que durante siete años dirigió los servicios políticos de la Sociedad.

Los observadores más adictos al espíritu de las instituciones ginebrinas no participaban, pues, del optimismo que los estadistas consideraban oportuno manifestar. *Atmósfera de decepción, crisis de desconfianza*, eran las expresiones más frecuentes en sus escritos. La Sociedad de Naciones, según hacía constar Hugh Spender, *no era nada en sí misma*, porque el éxito de sus iniciativas tenía que depender de la buena voluntad que manifestasen los Estados miembros para "amoldar su política exterior a los principios del *Covenant*". Georges Scelle dijo que se debatía en *una especie de marasmo* y no conseguía levantar un dique ante los movimientos peligrosos para la paz. Alfredo Zimmermann escribió que todavía no había encontrado una *base estable*: el carácter de la cooperación entre sus miembros cambiaba cada año, y a veces, cada mes.

¿Dónde encontrar el remedio? Unos pensaban en una modificación profunda de las instituciones internacionales; proponían adoptar *una concepción superestatal*, pues el pacto se había limitado a establecer una *juxtaposición de soberanías*. Otros no creían que las dificultades orgánicas fuesen las más graves, y hacían constar que la eficacia del sistema habría de depender de la predisposición de ánimo de los gobernantes, determinada por el comportamiento de los pueblos; ahora bien: la Sociedad *no había encontrado todavía en la opinión pública el apoyo sin el que no podía vivir*.

El signo del momento era cierta satisfacción inquieta, cierta voluntad de optimismo que no conseguía dominar la impresión de precariedad. Pero nadie previó ninguna crisis a breve plazo. Sin embargo, en el otoño de 1929, la sacudida comenzó en el mismo lugar donde la estabilidad parecía estar mejor asegurada: la crisis económica que estalló en los Estados Unidos iba a extenderse a todo el mundo.

## II

DE 1929 A 1945

TRADUCCION DE  
FELIX CABALLERO ROBREDO

## INTRODUCCION

El rasgo dominante de las relaciones internacionales después de la terminación de la primera guerra mundial fue "el declive de Europa". En este aspecto, la segunda guerra mundial ha acabado la obra de la primera.

Este volumen está consagrado al estudio de las causas, el desarrollo y las consecuencias de este nuevo conflicto. De acuerdo con el propósito que es guía de esta Historia, no se pretende hacer una exposición de las negociaciones diplomáticas, cuya trama ya ha sido estudiada en obras excelentes, como las de Maurice Baumont y Jean-Baptiste Duroselle, por no citar sino a autores franceses. Su objeto es hacer resaltar los aspectos más importantes e interpretarlos de una manera crítica. ¿Hasta qué punto puede ser alcanzado actualmente este objetivo?

Hacer una elección entre las cuestiones que se plantean es correr el riesgo de caer en la arbitrariedad. No obstante, no cabe duda de que ya es posible determinar las principales líneas de fuerza y eliminar los incidentes episódicos. Sin embargo, el lector de este libro se extrañará, justificadamente, al no encontrar en él todo aquello que su legítima curiosidad hubiera querido conocer; tal vez piense que el autor ha sacrificado con demasiada facilidad el estudio de algunas cuestiones interesantes. Ruego a ese lector que tenga a bien leer la Introducción general de esta Historia, en la que ha sido definido el concepto de la obra. Pero me doy perfecta cuenta de que mi elección se presta a otra objeción más grave: dentro de algunos años, cuando la visión retrospectiva le haya procurado más clarividencia, el estudio histórico podrá apreciar mejor el alcance relativo de los hechos y estimar en su verdadero valor algunos puntos de vista, que hoy pueden parecer secundarios.

Sin embargo, no es este el mayor obstáculo. Lo que más dificulta la investigación histórica, sobre todo cuando no se quiere limitar esta a relatar los hechos, sino que se trata de explicarlos, es la penuria de documentos sólidos. A pesar de la abundancia de testimonios, apenas si ha sido esbozado el estudio de las fuerzas ocultas que han orientado durante este período la política exterior de los grandes Estados. Esta falta es especialmente sensible en el dominio de la psicología colectiva: ¿cómo conocer la opinión pública en aquellos Estados en los que la libertad de Prensa ya no existía? ¿Cómo interpretar el valor de los indicios que la Prensa dejaba asomar en los otros? Las imitaciones de los gobernantes y las iniciativas de los gobiernos se nos ocultan, todavía, en muchos casos. Las publicaciones de documentos diplomáticos ingie-

ses, americanos e italianos, no cubren aún todos los años comprendidos entre 1929 y 1939, y apenas si empiezan a abordar el período 1919-1945; los archivos diplomáticos franceses—en período de reconstrucción—no son todavía accesibles, ni siquiera a investigadores privilegiados; los archivos rusos, que son esenciales, permanecen absolutamente cerrados. Y los documentos reunidos con vistas a los grandes procesos políticos—procesos de Nuremberg y de Tokio—no bastan para suplirlos. Los estudios críticos, todavía escasos, apenas si pueden escapar a la polémica.

Por consiguiente, en la actualidad, la investigación histórica no puede alcanzar sino resultados modestos, cuyas insuficiencias ha de confesar a cada paso; desbroza el terreno y trata de sembrar; se limita a marcar una etapa en un camino por el cual nuestros conocimientos irán avanzando lentamente. Esta penuria basta para explicar la fecha terminal adoptada en esta obra: después de 1945, las fuentes para el trabajo histórico serían todavía más deficientes.

Agosto de 1958.

#### ADVERTENCIA DE LA SEGUNDA EDICION

Sin introducir en la obra modificaciones esenciales, he tenido en cuenta, para la presente reedición, las publicaciones de documentos, de testimonios y de estudios críticos realizados durante los dos años últimos.

Abril de 1961.

#### BIBLIOGRAFIA

Están en curso de publicación importantes colecciones de *documentos diplomáticos*:

**Documentos ingleses.**—*Documents on British foreign policy, 1919-1939*, ed. por E. L. Woodward & R. Butler, Londres, 1950 y sucesivos; 2.ª serie (1930-1937), 6 vol. publicados; 3.ª serie (1937-1939), 9 vol. publicados.

**Documentos alemanes.**—a) *Akten zur deutschen auswärtigen Politik* (pub. por una Comisión anglo-franco-americana). Ed. inglesa. *Documents on German foreign policy, 1918-1945* (Serie D: 1937-1945; 10 vols. publicados). Londres, 1949 y sucesivos. Ed. francesa abreviada. *Les archives secrètes de la Wilhelmstrasse* (8 vols.). París, 1949 y sucesivos.  
b) *Procès des grands criminels de guerre devant le Tribunal militaire inter-*

*national, 1945-1946*. Nuremberg, 1947-1949, 42 vol.

c) *Nazi Conspiracy and aggression. Office of the U. S. Chief of Counsel for prosecution of axis Criminality*, Washington, 1946-48, 11 vols.

d) *Documents et matériaux se rapportant à la veille de la deuxième guerre mondiale*. Moscú, 1948, 2 vols. y *La politique allemande, 1941-1943. Documents secrets du ministère des affaires étrangères d'Allemagne*. Trad. del ruso. París, 1946, 3 vols. (Documentos alemanes encontrados en la zona de ocupación rusa.)

**Documentos americanos.**—a) *Peace and War. U. S. foreign policy, 1931-1941*. Washington, 1943.

b) *Papers relating to the Foreign Relations of the U. S. A. (Washington)*. Esta importante colección consta de

37 vols. y 3 "suplementos", correspondientes al período 1931-1939. En cuanto al período 1939-1945, están anunciadas varias series, relativas a cuestiones europeas, americanas, africanas y asiáticas. Hasta ahora, han aparecido diez volúmenes en la serie principal, y tres en los "suplementos". Estos volúmenes no han abordado aún los años 1943 y 1944.

**Documentos franceses.**—Hasta tanto se publiquen los documentos diplomáticos, hay que consultar:

1.º *Les événements survenus en France de 1933 à 1945. Rapport de M. Charles Serre, député, au nom de la Commission d'enquête parlementaire. Temoignages et Documents réunis par la Commission d'enquête parlementaire*. París, s. f., 12 vols.

2.º *La Délégation française auprès de la Commission allemande d'armistice, 1940-1942*. París, 1947, 4 vols.

**Documentos italianos.**—*Documenti diplomatici italiani* (Roma, 1952 y 55). 8.ª serie (1933-1939), 2 vols. pub.; 9.ª serie (1939-1943), 2 vols. publicados.

**Documentos rusos.**—A falta de alguna publicación hecha bajo los auspicios del Gobierno ruso, véase J. DEGRAS (ed.): *Soviet Documents on foreign policy*. Londres, 1953, 3 vols.

Los principales testimonios que tratan, "a la vez", de los orígenes de la segunda guerra mundial y del período 1939-1945 son:

**Alemania.**—J. GOEBELS: *Le Journal du Dr. Goebels*. Trad. del alemán, París, 1949.—E. KORDT: *Wahn und Wirklichkeit*, Stuttgart, 1947, y del mismo autor: *Nicht in den Akten...*, Stuttgart, 1950.—O. BEISSNER: *Staatskretär unter Ebert, Hindenburg, Hitler. Der Schicksalsweg des deutschen Volkes, von 1918 bis-1945*, Hamburgo, 1950.—J. VON RIBBENTROP: *Zwischen London und Moskau Erinnerungen und letzte Aufzeichnungen*. Leoni am Stanberger See, 1953.—P. SCHMIDT: *Statist auf diplomatischer Bühne, 1933-1945*, Bonn, 1949. Trad.: *Sur la scène internationale. Ma figuration auprès d'Hitler*, París, 1950.—ERNST VON WEIZSACKER:

*Erinnerungen*. Berlín, 1950.—H. LUTHER: *Politiker-ohne Partei, Erinnerungen*, Stuttgart, 1960

**Estados Unidos.**—CORDELL HULL: *The Memoirs of Cordell Hull*, Nueva York, 1948.—H. L. ICKES: *The Secret Diary of Harold L. Ickes, 1933-1941*, Nueva York, 1953-1955, 3 vols.—R. SHERWOOD: *The White House Papers of Harry L. Hopkins: an intimate history*, Nueva York, 1948.

**Inglaterra.**—WINSTON S. CHURCHILL (Sir): *The Second World War*, Londres, 1948-1954, 6 vols.—SAMUEL HOARE: *Nine troubled Years*, Londres, 1954.—LORD STRANG: *Home and abroad*, Londres, 1956.

**Francia.**—P. E. FLANDIN: *Politique française, 1919-1940*, París, 1947.—GAMÉLIN (general): *Servir*, París, 1946-1947, 3 vols.—J. PAUL BONCOUR: *Sur les chemins de la défaite*, París, 1946. EDOUARD HERRIOT: *Jadis*, París, 1952, 2 vols.—PAUL REYNAUD: *Au coeur de la mêlée, 1930-1945*, París, 1951.—MAXIME WEYGAND (general): *Memoires*, París, 1950-1956, 3 vols.

**Italia.**—G. CIANO (conde): *Diario*, Milán, 3.ª ed., 1946, 2 vols.; trad. *Journal politique, 1937-1938*, París, 1949; y *Journal politique, 1939-1943*, Neuchâtel, 1946, 2 vols. Y del mismo autor: *L'Europa verso la catastrofe: 184 Colloqui*, Verona, 1948. Trad. *Les Archives secrètes du comte Ciano, 1936-1942*, París, 1948.

**Hungria.**—HORTHY (almirante): *Memoires*, París, 1954 (trad.).

**Rumania.**—N. P. COMNENE: *Luce e ombre sull'Europa, 1914-1950*, Milán, 1957.

Los principales estudios son los siguientes:

**Sobre la historia general del período 1930-1945.**—MAURICE BAUMONT: *La Faillite de la paix, 1918-1939*, París, 3.ª ed., 1951, 2 vols. (esencial).—C. F. BLACK: *Twentieth Century Europe. A history*, Nueva York, 1950.—MAURICE CROUZET: *L'Epoque contemporaine. A*

la recherche d'une civilisation nouvelle (*Histoire générale des civilisations*, tomo VII), París, 1957.—W. S. LANGSAM: *The World since 1919*. Nueva York, 7.ª ed., 1954.—JACQUES PIRENNE: *Les Grands Courants de l'histoire universelle*, t. VI (1904-1939), Neuchâtel, 1955.—A. y V. V. TOYNBEE: *Hitler's Europe*, Londres, 1954.—MAX MOURIN: *Histoire des grandes puissances de 1918 à 1958*. París, 3.ª ed., 1958.

La *Survey of International affairs*, publicada anualmente por A. J. TOYNBEE, Londres, 1922 y sucesivos, y los *Documents on international affairs*, que la completan, son unos valiosos instrumentos de trabajo.

#### Sobre la historia de las relaciones internacionales, en general.—

DUROSELLE: *Histoire diplomatique de 1919 à nos jours*, París, 2.ª ed., 1957. F. L'HUILLIER: *De la Sainte-Alliance au Pacte Atlantique*, Neuchâtel, 1955, 2 vols. (el t. II).—P. BRUGIERE: *La sécurité collective, 1919-1945*, París, 1946. R. STRAUSS, HOPE y S. POSSONY: *International Relations in the Age of conflict between democracy and dictatorship*, Nueva York, 2.ª ed., 1954.—*Le Dictionnaire de l'Académie diplomatique* es un instrumento de trabajo muy cómodo: el tomo IV se refiere al período 1939-1947.—*L'Encyclopedie française* facilita una visión de conjunto en el tomo XI: *La vie internationale*.

#### Sobre las cuestiones económicas.—

I. SVENNILSON: *Growth and stagnation in the European Economy*, Ginebra, 1954 (publicado por la Comisión económica para Europa) [esencial].—E. JAMES: *Histoire de la pensée économique*, París, 1955, 2 vols.—S. PROKOPOVICZ: *Histoire économique de l'U. R. S. S.* (traducido del ruso), París, 1953. B. MITCHELL: *Economic history of the U. S.*, t. IX, *Depression Decade, 1929-1941*, Nueva York, 1952.—P. COMBE: *Niveau de vie et progrès technique en France, 1860-1939. Contribution à l'étude de l'économie française contemporaine*, París, 1956.—W. S. CULBERTSON: *International economic Policies. A survey of the Economics of Di-*

plomacy. Nueva York, 1925.—H. TRUCHY y H. BYÉ: *Les relations économiques internationales*, París, 1948.—B. DAMALIS: *La réorganisation mondiale*, París, 1947.—Añádanse las obras citadas en las págs. 642 y sgs. de este volumen.

#### Sobre las cuestiones demográficas.

Además de la obra de M. REINHARD, ya citada, véase E. M. KULISCHER: *Europe on the move. War and population changes, 1917-1947*, Nueva York, 1948.

#### Sobre la política exterior de los estados.—

(Para el conjunto del período) U. R. S. S.—MAX BELOFF: *The foreign policy of Soviet Russia, 1929-1941*, Londres, 1947 [esencial].—J. B. DUROSELLE: *Les frontières européennes de l'U. R. S. S., 1917-1941*, París, 1957.—B. DMYTRUSHYN: *Moscow and the Ukraine, 1918-1953. A study of Russian bolshevik nationality policy*, Nueva York, 1957.—W. WAGNER: *Die Teilung Europas. Geschichte des sowjetischen Expansionspolitik, 1918-1945*, Stuttgart, 1959.

Italia.—L. VILLARI: *Italian foreign policy under Mussolini*, Nueva York, 1956.—G. SALVEMINI: *Mussolini diplomatico*, Bari, 1952.—L. SALVATORELLI y G. NIRA: *Storia del Fascismo. L'Italia del 1929 al 1945*, Roma, 1952.

Japón.—R. H. AKAGI: *Japan's foreign Relations, 1592-1936. A short history*, Tokio, 1936.

Alemania (además de las obras ya citadas en la pág. 642).—W. HAGEN: *Die geheime Front. Personen und Aktionen des deutschen Geheimdienstes, 1933-1945*, Zurich, 1950.—J. BENOIST-MECHIN: *Vingt ans d'histoire d'Allemagne, 1918-1938*, París, 1939.—P. SEABURY: *The Wilhelmstrasse: a study of German diplomats under the Nazi-Regime*, Berkeley, 1954.—J. W. WHEELER-BENNETT: *The Nemesis of power. The German Army in politics, 1918-1945*, Londres, 1953.—F. HOSSBACH: *Zwischen Wehrmacht und Hitler*, Wolfenbuttel, Verlaganstalt, 1949.

Hay que añadir los estudios y contro-

versias reunidos en la obra *Das dritte Reich und Europa*, Munich, 1957 (informe de las jornadas de estudio celebradas en mayo de 1956), y los trabajos de la II Conferencia de historiadores alemanes, publicados bajo el título de *Der Deutsche Imperialismus und der zweite Weltkrieg*, Berlín, 1960 (*Beiträge zur Zeitgeschichte, Heft 1*).

Gran Bretaña e Imperio Británico.—N. MANSERGH: *Survey of British Commonwealth Affairs. Problems of external policy*, Londres, 1952.—C. LINGARD y C. TROTTER: *Canada in World Affairs*, Toronto, 1951.—TH. W. NAGLE: *A study of British public opinion and the European Appeasement Policy, 1933-1939*, Ginebra, 1951 (Tesis mecanografiada).—C. A. MANNING (y otros): *Peaceful Change. An international Problem*, Londres, 1937.

Bélgica.—R. CAPELLE (conde): *Au service du Roi, 1934-1945*, Bruselas, 1949, 2 vols.—VAN OVERSTRAETEN (general): *Albert I. Léopold III, Vingt ans de politique militaire belge, 1920-1940*, Bruselas, 1949.—P. VAN ZUYLEN (barón): *Les mains libres. Politique extérieure de la Belgique, 1914-1940*, Bruselas, 1949. J. MILLER: *Belgian foreign policy between two wars, 1919-1940*, Nueva York, 1951.—J. WULLUS-RUDIGER: *Les Origines internationales du drame belge de 1940*, Bruselas, 1950; y del mismo: *En marge de la politique belge, 1914-1956*, París, 1958.

Estados Unidos.—Además de los estudios ya citados en la pág. 643, W. LANCER y S. GLEASON: *Challenge to isolation, 1937-1940*, Nueva York, 1952. CH. C. TANSILL: *Back door to war. The Roosevelt foreign policy, 1933-1941*, Chicago, 1952 (áspera crítica de Roosevelt).—CH. BEARD: *American foreign policy in the Making, 1932-1940*, Nueva York, 1945.—J. P. WARBURG: *The U. S. in a changing World. An historical Analysis of American foreign policy*, Nueva York, 1954.—D. W. BROGAN: *The Era of Franklin D. Roosevelt*, Londres, 1950.—H. E. BARNES: *Perpetual War for perpetual Peace. A critical examination of the foreign policy of Franklin D. Roosevelt*, Cald-

well, 1953 (áspera crítica del presidente).—D. PERKINS: *The New Age of Franklin Roosevelt, 1932-1945*, Chicago, 1957.—S. F. BEMIS: *The U. S. as a world power. A diplomatic History, 1900-1955*, Nueva York, 1955.—J. B. DUROSELLE: *De Wilson à Roosevelt. La politique extérieure des Etats-Unis, 1913-1945*, París, 1960 (importante).

Francia.—MARTIN ACKERMANN: *Quelques aspects de l'opinion publique en France sur le problème allemand, 1920-1940*, París, 1953 (tesis mecanografiada).

España.—MULHACÉN (M. de): *Politica mediterránea de España*, Madrid, 1952.

Polonia.—H. ROOS: *Polen und Europa. Studien zur polnischen Aussenpolitik*, Tubinga, 1957.

Suecia.—S. ABRAHAMSEN: *Sweden's foreign Policy*, Washington, 1957.

#### Sobre los estadistas.—

En Alemania. A. BULLOCK: *Hitler. A study in tyranny*, Londres, 1952.—O. DIETRICH: *Zwölf Jahre mit Hitler, 1933-1945*, Munich, 1955.—W. GORLITZ y H. QUINT: *Adolf Hitler. Eine Biographie*, Stuttgart, 1952. Trad. fr.: *Adolf Hitler*, París, 1953, 2 vols.—K. HEIDEN: *Adolf Hitler. Eine Biographie*, Zurich, 1936. Trad. fr.: *L'Homme qui defia le monde*, París, 1945.—O. STRASSER: *Hitler und ich*, Constanza, 1948.

En Francia.—A. MALLET: *Pierre Laval*, París, 1954.

En Italia.—YVON DE BEGNAC: *Palazzo Venezia. Storia di un regima*, Roma, 1950.—G. PINI y D. SUSMEL: *Mussolini, l'uomo e l'opera (1883-1940)*, Florencia, 1953-1955, 3 vols. (ambos muy favorables).—P. ALATRI: *Benito Mussolini: nota biografica e bibliografica*, en *Questioni di Storia Contemporanea*, Milán, 1953, Roma (crítica).—UGO D'ANDREA: *La Fina del Regno. Grandezza e decadenza di Vittorio Emmanuele III*, Turín, 1951.

En los Estados Unidos.—F. FREIDEL: *Franklin D. Roosevelt*, Boston, 1954 y sucesivos (la obra constará de 12 vo-



lúmenes).—ED. ROBINSON: *The Roosevelt Leadership, 1933-1945*, Nueva York, 1955.—J. MC. GREGOR BURNS: *Roosevelt, the lion and the fox*, Nueva York, 1956.—J. F. FLYNN: *The Roosevelt Myth*, Nueva York, 1956 (requisitoria).

En Gran Bretaña.—L. BROAD: *Sir Anthony Eden*, Londres, 1956, y del mismo, *Winston Churchill*, Londres, 1951. W. K. MEDLICOTT: *Neville Chamberlain*, Londres, 1953.—JACQUES CHASTENET: *Winston Churchill et l'Angleterre du XX<sup>e</sup> siècle*, París, 1956.—C. COOKE: *The Life of Stafford Cripps*, Londres, 1957.

Sobre las relaciones entre dos estados.—G. HILGER y A. G. MEYER: *The incompatible Allies. A memoir-history of the German-Soviet Relations, 1918-1941*, Nueva York, 1953.—A. GIANNINI: *I rapporti italo-spagnoli, 1865-1955*, en *Riv. di Studi polit. intern.*, enero 1957, págs. 8-63.—ED. GUERRANT: *Roosevelt's good neighbor Policy*, Albuquerque, 1950 (sobre las relaciones interamericanas).—D. MAC KAY: *The United States and France*, Londres, 1951.—J. B. DUROSELLE: *Les Relations germano-soviétiques*, París,

1954.—R. ILNYTZKI: *Deutschland und die Ukraine, 1934-1945. Tatsachen europäischer Ostpolitik*, Munich, 2.<sup>a</sup> edición, 1958.—A. HILLGRUBER: *Deutschland u. Ungarn, 1933-1944*, en *Rundschau*, noviembre de 1959, págs. 631-677.

#### Sobre los problemas regionales.—

*Entretiens sur l'évolution des pays de civilisation arabe*, París, 1937-1939, 3 vols.—M. CIALDEA: *L'Espansione russa nel Baltico, 1919-1940*, Milán, 1940. A. BASCH: *The Danube Basin and the German Economic Sphere*, Londres, 1944.—W. FREENE: *Das dritte Reich und die Westmächte auf dem Balkan, 1933-1939*, en *Viertelj. für Zeitgeschichte*, enero 1953, págs. 45-65.—G. LENZOWSKI: *The Middle East in world affairs*, Nueva York, 1952.—D. J. DALLIN: *Soviet Russia and the Far East*, New Haven, 1948.—P. RENOUVIN: *La Question d'Extrême-Orient, 1840-1940*, París, 3.<sup>a</sup> ed., 1954.—H. MACNAIR: *Modern Far Eastern international Relations*, Nueva York, 1950. Véase también: *Mejdunarodnia otnoshenia na Dalnam Vostoke, 1870-1948*. (Las relaciones internacionales en Extremo Oriente, 1870-1948), Moscú, 1951 por varios autores).

\* \* \*

Las indicaciones bibliográficas antes citadas, así como las que figuran al principio de los libros I y II o al final de los capítulos, señalan únicamente las publicaciones más útiles. Ahora bien: a diferencia del método adoptado en los libros precedentes de esta Historia, se ha considerado necesario consignar los testimonios importantes, ya que con respecto a numerosas cuestiones que todavía no han sido objeto de estudios críticos, tales testimonios son frecuentemente, en estos momentos, la base del trabajo histórico.

Para completar esta información bibliográfica hay que consultar las listas de obras y artículos insertas en la *Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*. Estas listas están preparadas de acuerdo con los ficheros de la *Bibliothèque de documentation internationale contemporaine*, por F. DEBYSER.

#### LIBRO PRIMERO

### LOS ORIGENES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

## INTRODUCCION AL LIBRO PRIMERO

En 1928, y durante la mayor parte del año siguiente, las relaciones políticas y económicas entre los Estados estaban orientadas hacia el pacifismo, dado que el pacto de renunciación a la guerra había coincidido con el retorno de condiciones favorables en el dominio de la producción y del comercio, así como con la restauración parcial de la influencia europea en el mundo (1). Pero a partir de 1930 y 1931, reaparecen los síntomas intranquilizadores: la gran crisis económica, que hace temblar los cimientos de la civilización industrial, quebranta también los regímenes políticos; al mismo tiempo, el sistema de seguridad colectiva sufre en Extremo Oriente un rudo golpe. Sin embargo, las amenazas no se extienden hasta después del éxito del movimiento nacional-socialista en Alemania. Desde octubre de 1933, la política alemana se dedica a dejar sin efecto el Tratado de Versalles y los de Locarno, según el programa publicado más de diez años antes por Hitler; a partir de 1934, hace presente su propósito de expansionarse a costa de Austria, de Checoslovaquia y, finalmente, de Polonia; obtiene el apoyo de Italia e incluso, si bien con ciertas reservas, el del Japón. Estas amenazas se van haciendo cada vez más precisas e insistentes, durante cinco años, antes de llegar a la crisis final, que va a desgarrar de nuevo a Europa y a precipitar su declive. ¿Por qué ha encontrado Alemania auxiliares para sus deseos expansionistas? ¿Por qué los Estados que deseaban oponerse a ellos no han sabido formar a tiempo una barrera eficaz? La historia diplomática no puede, por sí sola, contestar a estas dos grandes interrogaciones: hay que tener también en cuenta las fuerzas ocultas, económicas o espirituales. Facilitar estas explicaciones sin dejar de subrayar las lagunas de la información y confesando la incertidumbre en cuanto a la interpretación de ciertos hechos: tal es el objetivo de un ensayo de síntesis, que trata de hacer hincapié sobre los momentos esenciales.

### BIBLIOGRAFIA

Los testimonios relativos a los años 1931-1939 son especialmente numerosos. Hay que consultar, principalmente:

**Alemania.**—R. NADOLNY: *Mein Beitrag*, Wiesbaden, 1955.

**Austria.**—K. VON SCHUSSCHNIGG: *Re-*

*quem. Mémoires, 1938-1940*. Trad. del alemán, París, 1947.

**Francia.**—GEORGES BONNET: *Défense de la paix*, Ginebra, 1946-1948, 2 volúmenes.—R. COULONDRÉ: *De Staline à Hitler*, París, 1952.—FRANÇOIS-PONCEP: *Souvenirs d'une ambassade à*

(1) Véase la conclusión del libro anterior.

*Berlín, septembre 1931-octobre 1938*, París, 1946.—LEON NOEL: *L'agression allemande contre la Pologne: une ambassade à Varsovie, 1935-1939*, París, 1946.

**Estados Unidos.**—W. DODD: *Diary*. Nueva York, 1945 (El autor fue embajador en Berlín de 1933 a 1939).

**Gran Bretaña.**—K. FEILING: *The Life of Neville Chamberlain*, Londres, 1946 [importante].—S. HODGSON: *Lord Halifax*, Londres, 1941.

**Italia.**—M. MAGISTRATI: *L'Italia a Berlino, 1937-1939*, Milán, 1956.

**Polonia.**—JOSEF BECK: *Dernier rapport: politique polonaise, 1926-1939*, Neuchâtel, 1951.—J. SZEMBEK: *Journal, 1933-1939*, París, 1952.

**Rumania.**—N. COMNEME: *Preludi del grande drama*, Roma, 1947.—G. GAFENCO: *Derniers jours de l'Europe (1939)*, París, 1946.

Las principales obras de carácter general (además de las arriba citadas) son: J. W. GANTENBEIN, Ed.: *Documentary Background of World War II*, Nueva York, 1948.—V. POTECHKINE: *Histoire de la diplomatie*, t. III, 1919-1939, París, 1947.—G. SALVEMINI: *Prelude to World War II*, Nueva York, 1953.—T. L. SCHUMAN: *Europa on the Eve, The Crisis of Diplomacy, 1933-1939*, Londres, 1939.

Ed. CARR: *Britain. A Study of foreign policy*, Londres, 1939.—J. H. RICHARDSON: *British economic foreign policy, 1929-1939*, Londres, 1939.—W. MEDLICOTT: *British foreign policy since Versailles, 1929-1939*, Londres, 1942.—LA ROSA (general): *Il fattore economico nella preparazione alla seconda guerra* en *Riv. militare*, julio 1958, págs. 1050-1069.

No debe dejar de consultarse la obra fundamental de MAURICE BAUMONT: *La faillite de la paix*, cuyo tomo II, consagrado al periodo 1935-1939, es el estudio más preciso y completo de este período.

## CAPITULO PRIMERO

### NUEVAS CONDICIONES

#### I. LA CRISIS ECONOMICA DE 1929-1933

A finales de octubre de 1929 estalla en los Estados Unidos una crisis económica y financiera de gravedad excepcional; esta crisis se propaga en 1930-32 a Europa (con la sola excepción de la U. R. S. S.) y a Extremo Oriente; por su amplitud y su duración (en algunos países se prolonga hasta 1935) carece de precedentes en el mundo contemporáneo. Sin que pueda pretenderse, en una historia general de las relaciones internacionales, abordar el estudio de esta cuestión, hay que tener presentes sus principales aspectos, así como calibrar sus consecuencias en las tendencias generales de la opinión pública.

En su origen, la crisis económica es un hecho "americano", cuyas causas carecen de relación con las circunstancias políticas (1).

En los Estados Unidos la prosperidad no estaba ya tan asegurada entre 1926 y 1929 como lo estuviera entre 1922 y 1926. Los hombres de negocios americanos habían tenido cierta tendencia a admitir que, para asegurar el continuo desarrollo de la producción industrial, bastaba con alimentar la demanda aumentando el poder adquisitivo y despertar nuevas necesidades en la masa consumidora. Esta perspectiva había sido ya desmentida, en cierto modo, cuando la producción agrícola e industrial de Europa recobró, en 1925, un nivel análogo al de 1913, y los productores americanos—especialmente los agricultores—advirtieron, por tanto, una disminución de sus exportaciones. La cosecha de 1928, demasiado buena, agravó la situación y determinó una baja de los precios agrícolas—baja limitada, bien es verdad (el índice de precios pasó de 150 en 1925 a 137 en 1929)—, pero muy sensible para estos productores, obligados a pagar los intereses de deudas importantes. Por consiguiente, la población rural tuvo que restringir sus compras de productos industriales.

Para hacer frente a estas dificultades, así como para reanimar la prosperidad vacilante, el Gobierno y los bancos recurrieron a un estimulante artificial—la inflación del crédito—, que, durante cierto tiempo, disimuló los síntomas desfavorables. Pero esta política crediticia trajo como resultado el desarrollo de la especulación. La superabundancia de capitales a corto plazo dio lugar a un alza de la Bolsa, sin la adecuada relación con la actividad económica real: en cuatro años

(1) Me limito a dar aquí la versión que juzgo más sólidamente basada, ya que no me es posible examinar las controversias.

(de principios de 1925 a principios de 1929) el índice general de la cotización de los valores subió de 105 a 220, mientras que el índice de la cifra de negocios pasaba solamente de 105 a 120.

La amenaza latente que suponía esta situación no afectó al optimismo del Gobierno, al de la gran masa del público, ni siquiera al de la mayor parte de los economistas; sin embargo, no había pasado inadvertida para algunos observadores, que, convencidos de la fragilidad del sistema, acechaban los primeros síntomas de debilidad. Cuando, a mediados de octubre de 1929, la publicación de las estadísticas corrientes pone de manifiesto que en los tres últimos meses la curva de la producción ha marcado un ligero descenso, esos observadores empiezan a vender sus valores industriales. El movimiento de baja de la Bolsa producido como consecuencia de dicha actitud es neutralizado, durante algunos días, por las declaraciones tranquilizadoras de los grandes bancos; pero esto no supone sino una tregua: el 23 de octubre se acentúa la baja y al día siguiente se hunden los cambios.

El *crack* del 24 de octubre en la Bolsa de Nueva York produce el pánico en el mundo de los negocios: los bancos tienen dificultades; las empresas industriales, al no poder obtener créditos bancarios suficientes, se ven obligadas a restringir su producción; esta situación se prolonga, porque los compradores, en espera de una baja de precios, prefieren abstenerse. La crisis afecta en sus comienzos, principalmente, a las actividades industriales; pero en el verano de 1930 se extiende a la agricultura. Como consecuencia de un largo período de sequía, que perjudica el rendimiento en granos de las llanuras centrales, los agricultores de estas regiones no pueden pagar a los bancos locales los intereses de sus créditos; este hecho repercute también en las dificultades de los bancos en todo el ámbito de los Estados Unidos.

La crisis americana se propaga a Europa central y occidental. En las grandes crisis del siglo XIX y de principios del XX (1837, 1857, 1873, 1893 y 1907) esta repercusión ya había sido muy sensible. Sin embargo, esta vez la sacudida es mucho más brutal, a causa de la importancia de las inversiones de capitales que los americanos habían hecho a partir de 1919, sobre todo en Alemania, pero también en Austria y Gran Bretaña. Las dificultades internas obligan a bancos y particulares no solo a desistir de nuevas inversiones, sino también a tratar de repatriar los capitales colocados a corto plazo. Esto basta para provocar en Europa una contracción del crédito y luego una inquietud, cuyas consecuencias sufren todas las actividades económicas, empezando por las bancarias.

Austria, donde es precaria la situación de las finanzas públicas y muy frágil la organización bancaria, es la primera que se ve afectada; la tentativa de una unión aduanera austro-alemana (marzo de 1931), que, según los medios financieros austríacos, estaba destinada a poner coto a las dificultades económicas, contribuye a acentuarlas, puesto

que determina en los medios internacionales (1) una inquietud que provoca, inmediatamente, la retirada masiva de los capitales extranjeros invertidos en Austria. La quiebra, en mayo de 1931, del Creditanstalt, el mayor Banco de Viena, provoca, a su vez, un torrente de catástrofes financieras, cuyas consecuencias sufren en primer lugar, ni que decir tiene, los bancos alemanes.

Tan pronto como empieza a perfilarse esta amenaza, los capitalistas americanos lanzan al mercado los valores alemanes que todavía conservan: en seis semanas esta liquidación llega a los mil millones de marcos. Para hacer frente a la crisis de los cambios y a la salida de divisas extranjeras, el Reichsbank se ve obligado a elevar al 7 por 100 el tipo de descuento, sin que esta medida baste para restablecer la situación. A principios de julio de 1931, después de haber agotado sus últimas reservas de divisas extranjeras, no puede seguir sosteniendo a los establecimientos de crédito. El 13 de julio cierra sus ventanillas el Darmstädter Bank, uno de los mayores establecimientos de este tipo. El pánico bancario obliga al Gobierno a establecer, no solo el control de los cambios, sino también la vigilancia de todas las operaciones bancarias. Los negocios se paralizan; y las empresas industriales más importantes, abandonadas por los bancos, se encuentran en dificultades. A mediados de agosto de 1931, la ayuda concedida por los financieros ingleses y americanos proporciona una mejora relativa; pero todavía, durante algunos meses, la situación sigue siendo crítica: en noviembre se produce la quiebra de un gran Banco de Berlín, y en diciembre, la de la mayor fábrica de maquinaria.

Esta crisis alemana, cuyas consecuencias se dejan sentir inmediatamente en Rumania y Hungría, alcanza también, en el transcurso del verano, a los bancos ingleses, que a partir de 1925 habían colocado en Alemania capitales importantes; amenaza la estabilidad de la libra esterlina. El Banco de Inglaterra trata, en vano, mediante la elevación del tipo de descuento—llevada a cabo el 30 de julio—, de detener las salidas de oro; después de seis semanas de lucha, se encuentra entre la espada y la pared. El Gobierno se niega a establecer el control de los cambios; pero el 20 de septiembre de 1931 decide abandonar el patrón oro; la desvalorización de la libra esterlina llega casi al 40 por 100. La crisis monetaria inglesa quebranta la estructura financiera de veinte países, en Europa y América latina: los estados escandinavos y Finlandia, Bolivia y Colombia, verbigracia, siguen el ejemplo de Gran Bretaña.

Por último, la misma Francia, que había mostrado en principio una capacidad de resistencia bastante desarrollada (hasta el extremo de que el Banco de Francia había prestado su apoyo en el mes de agosto al Banco de Inglaterra), empieza a sentir, a su vez, los primeros síntomas de una sacudida financiera. La Banque Nationale de Crédit se ve

(1) Véase cap. II, parágrafo III.

amenazada de quiebra a finales de septiembre de 1931; y solo se salva gracias a la intervención del Gobierno. Este proceder retrasa la propagación de la crisis, que no se desarrolla, realmente, hasta 1932.

Estos aspectos financieros son los más espectaculares. Pero no cabe duda de que los aspectos económicos son mucho más importantes todavía. La crisis bancaria—que es consecuencia de las dificultades económicas—contribuye a agravarlas, puesto que crea dificultades a las empresas industriales y las obliga a disminuir su actividad; esta disminución acarrea la de las cargas fiscales, lo que obliga a los gobiernos a realizar economías en los presupuestos—principalmente en las nóminas de funcionarios—; pero la disminución del poder adquisitivo aumenta la paralización de los negocios.

¿Cuáles son los aspectos esenciales de todas las ruinas materiales y de todos los sufrimientos que forman el cortejo de esta crisis? Baja de precios: entre octubre de 1929 y finales de 1932, alcanza cerca de un 30 por 100 en los productos industriales, y de un 50 por 100 en las materias primas; a finales de 1930, la cotización del trigo desciende a un nivel como no se había conocido desde hacía más de un siglo. Baja de la producción industrial, cuyo índice pasa de 120 a 57 en los Estados Unidos, de 150 a 85 en Alemania, de 111 a 82 en Gran Bretaña, y de 138 a 100 en Francia. Baja del comercio internacional, que se reduce, en 1933, en una tercera parte en cuanto a cantidad, y en dos tercias partes en valor-oro, por lo que respecta al nivel de 1929. Las consecuencias sociales inmediatas son las deudas contraídas por los agricultores, que reclaman una intervención del Estado en su favor; y la extensión del paro; en Alemania, el porcentaje de parados, en relación con la cifra total de la mano de obra, es de 22,2 por 100, en 1930; de 33,7 por 100, en 1931; y de 43,7 por 100, en 1932. En Gran Bretaña, a principios de 1932, es de 22 por 100. Los Estados Unidos tienen tres millones de parados en enero de 1930; y 15 millones, a principios de 1933.

La sacudida es tan grave, tan prolongada, que los mismos cimientos del orden económico y social parecen amenazados. El individualismo, la libre iniciativa, la determinación de los precios por el juego de la competencia—fundamentos del sistema capitalista—están en quiebra. ¿Hay, por tanto, que defender un régimen económico y social que conduce a arrojar al paro y la miseria a 30 millones de hombres (contando solamente aquellos países que confeccionan estadísticas), cuando los productos alimenticios quedan sin vender en cantidades considerables; un régimen que desarrolla excesivamente el maquinismo, sin querer preocuparse de las consecuencias, es decir, la superproducción y el paro tecnológico; y que, después de haber concedido a las grandes empresas todas las ventajas de una libertad ilimitada, da a estas mismas empresas—con un desprecio absoluto de los principios del sistema—una protección contra los riesgos, cuando solicitan la ayuda del

Estado, en momentos de crisis? Porque no se trata ya solamente de una crisis económica y social, ni siquiera de una crisis moral; es una crisis de la psicología colectiva, en la que se ponen en tela de juicio, en círculos muy amplios, las ideas fundamentales sobre las que estaba establecida la civilización industrial. ¿Va a derrumbarse, o a “desintegrarse” la forma de sociedad constituida, desde el siglo XVI, en la mayor parte de Europa, y que ha adquirido en el mundo un papel preponderante? En Gran Bretaña, esta inquietud moral se manifiesta con especial gravedad, posiblemente porque la población sufrió con menor intensidad las pruebas de la guerra mundial: el *Annus terribilis*, que evoca a principios de 1932, Arnold Toynbee (1), no es el 1914 o el 1917, sino el 1931. Cuando la crisis se atenúa y se disipan los temores de un derrumbamiento inminente, subsiste la sensación de inseguridad y de situación precaria; y la cuestión del destino del régimen capitalista sigue dominando el horizonte de los economistas. Tal es la idea de John Maynard Keynes, cuando publica, en 1936, la *Teoría del empleo, el interés y la moneda*, de la que ya había esbozado una síntesis a finales de 1933; la teoría keynesiana conmueve todos los fundamentos de la doctrina económica.

Estas son las consecuencias de esta crisis en las relaciones internacionales, que hay que tratar de evaluar. Interesan, no solamente a la vida económica, sino también a la política.

En la vida económica triunfa el nacionalismo. Para proteger los intereses inmediatos de sus productores o sus comerciantes, o para mejorar el nivel de empleo, todos los Estados recurren a medios empíricos, que frecuentemente son sugeridos—por no decir impuestos—por los grupos de intereses profesionales u obreros: elevación de los derechos arancelarios, para reducir las importaciones; y devaluaciones monetarias destinadas a facilitar las exportaciones. Tales son los medios de mejorar la balanza de pagos.

En los Estados Unidos, el presidente Franklin Roosevelt y sus consejeros, cuando anuncian el *New Deal*, en 1933, trazan el programa de una vasta experiencia de economía dirigida: inflación monetaria, tendente a provocar el alza de precios; intervención del Gobierno, que trata unas veces de restringir la producción de determinados sectores y otras de estimularla; control de reparto de materias primas; política de grandes obras públicas; aumento del poder adquisitivo mediante la fijación de un salario mínimo; y, por último, programa de seguros sociales. Prolongan la experiencia hasta 1936. Uno de los elementos esenciales de la nueva política económica es la desvalorización del dólar (12 de abril de 1933), destinada a favorecer la recuperación de las exportaciones hacia Europa y a aliviar las deudas de los agricultores; el

(1) En el prefacio de *Survey of international affairs*, publicada bajo su dirección.

otro, es la intensificación del proteccionismo arancelario, mediante la votación de la tarifa Hawley.

Francia, que al principio trató de mantener la estabilidad monetaria mediante una política de deflación—seguida por Bélgica, Suiza y los Países Bajos—, abandonó este empeño en 1936; el Gobierno decidió desvalorizar el franco, y adoptar medidas análogas al *New Deal*.

El Gobierno inglés, es decir, el Gabinete de coalición dominado por los conservadores, formado en agosto de 1931 con ocasión de la crisis monetaria, renuncia a la tradición—casi secular—del libre cambio; y se dedica a desarrollar las relaciones comerciales con las regiones que se encuentran bajo su dependencia política; adopta un sistema de “preferencia imperial”, que ratifican en 1932 los acuerdos de Ottawa, al tiempo que se aplica, mediante su política financiera, a desarrollar en Gran Bretaña la demanda “nacional”, en lugar de mirar principalmente hacia el mercado mundial.

Alemania, desde 1933, e Italia, a partir de 1934, llevan al extremo estas tendencias; se orientan hacia un régimen de autarquía económica, en el que el Estado se esfuerza por desarrollar la producción nacional, incluso en los sectores menos rentables, a fin de restringir todo lo posible las compras de productos fabricados, de materias primas y hasta de productos alimenticios de origen extranjero. Este sistema, que tiende a establecer una economía cerrada, asegura al Estado—según palabras de Mussolini—“el máximo de autonomía”.

Bien es verdad que los pequeños estados danubianos piensan en soluciones diferentes: para evitar la baja de los precios agrícolas, los gobiernos representados en agosto de 1930 en la conferencia de Varsovia, tratan en vano de obtener que los demás Estados europeos concedan a sus cereales un régimen aduanero preferente, con el fin de permitirles luchar contra la competencia de los cereales americanos; en 1932, en la Conferencia de Stresa, insisten en su pretensión, limitada ahora a la Europa danubiana; y, a pesar del apoyo que les presta el Gobierno francés, el proyecto fracasa, ante la hostilidad de Alemania e Italia, que temen el desarrollo de la influencia francesa en aquella zona.

En realidad, el desorden monetario y el desorden en el movimiento de precios se prolongan por doquier. La desvalorización de la moneda es decidida en Estonia en junio de 1933; en Checoslovaquia, en febrero de 1934; en Italia, en marzo; en Austria, en abril; Bélgica, Luxemburgo y Rumania toman el mismo camino en 1935; Francia, Holanda, Suiza y Letonia, en 1936. En cinco años, dieciséis Estados han establecido el control de los cambios. Todas estas medidas, agravadas por la disparidad existente entre los diversos Estados en el movimiento de los precios, tienen como resultado la disminución del comercio internacional, ya directamente por la restricción de los medios de pago, ya indirectamente por el aumento de los derechos arancelarios—quite y respuesta a las desvalorizaciones monetarias—; también obstaculizan los movimientos internacionales de capitales, puesto que el volumen

de las inversiones exteriores depende del saldo acreedor de la balanza comercial.

Una Conferencia económica internacional, reunida en junio de 1933, trata en vano de determinar qué remedios podrían aplicarse, mediante acuerdo de los Estados o los grandes grupos de intereses. ¿Estabilización de los cambios? ¿Tregua arancelaria? Las discusiones de esta Conferencia ponen de manifiesto que no se puede contar con los intereses colectivos. La política económica y monetaria de los Estados Unidos es una prueba evidente: mientras que las delegaciones británica y francesa desean—en beneficio del comercio exterior—que se establezca una relación estable entre el valor del dólar, de la libra y el franco, el presidente Roosevelt, en contra de la opinión de los banqueros americanos que participan en la Conferencia, se niega a comprometerse en este sentido, puesto que, a partir de ese momento, considera indispensable, para asegurar el éxito del *New Deal*, acentuar la desvalorización del dólar; en resumen, cuenta con restaurar la situación económica de los Estados Unidos por medios “nacionales”, más bien que por la cooperación internacional. El fracaso de la Conferencia impulsa a los Estados Unidos a confirmar o a agravar las medidas de “aislamiento económico”. Hasta finales de 1936 no se realiza una nueva tentativa para estabilizar los cambios. Esta vez, los Estados Unidos aceptan una negociación con Gran Bretaña y Francia; Bélgica, Suiza y los Países Bajos dan una adhesión de principio; Alemania, que está entregada de lleno a una política de autarquía, niega la suya.

El desarrollo del proteccionismo aduanero implica una disminución en el volumen de intercambios comerciales. Entre 1929 y 1938, el índice pasa de 129 (1913 = 100) a 112,8. Los más afectados son los intercambios de productos manufacturados, incluso cuando la producción industrial ha alcanzado, en 1937-1938, en casi todos los Estados, el mismo nivel que tuviera antes de la gran crisis: este tipo de comercio entre Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia es inferior en un 50 por 100 a las cifras de 1913. Esta “contracción” se manifiesta, claramente también, en un cuadro comparativo de las exportaciones en 1928 y en 1938. En el transcurso de ese período, las exportaciones alemanas a Francia, que constituían el 7 por 100 del total, bajan al 4 por 100. En cuanto a las exportaciones francesas a Alemania, el porcentaje pasa del 11 por 100 al 6 por 100. En las relaciones comerciales entre Alemania y Gran Bretaña, la disminución es del 3 por 100 para las exportaciones alemanas, y del 2 por 100 para las inglesas. Todos estos datos señalan una tendencia: la del declive de los vínculos económicos internacionales. Este declive afecta a América igual que a Europa. En los Estados Unidos, el excedente de la balanza comercial, que había alcanzado 10.621 millones de dólares entre 1919 y 1929, es solamente de 4.448 millones entre 1929 y 1939; las inversiones de capi-

tal privado en el extranjero descenden, de 15.400 millones en 1929, a 11.500 en 1939 (1).

En la vida política de los Estados, las consecuencias de la crisis económica son agobiantes. Las tendencias autárquicas incitan a extender el territorio nacional, para mejor asegurar la independencia económica; conducen (observa François Perroux) a la reivindicación del "espacio vital". Por otra parte, la práctica de la economía dirigida favorece el desarrollo de unas tendencias que, desde diez años atrás, hacen batirse en retirada a las instituciones liberales y parlamentarias. Implican que el Estado posee medios de acción bastantes para tomar rápidamente las decisiones necesarias, subordinar los intereses particulares al interés nacional, e imponer el respeto a las normas que dicta. A las democracias parlamentarias les cuesta gran trabajo llenar estas condiciones, o mejor dicho, no lo consiguen sino a base de ampliar las atribuciones y los derechos del poder ejecutivo, a costa del poder legislativo: el régimen de los decretos-leyes, que suspende el ejercicio de las prerrogativas parlamentarias, es aplicado en los Estados Unidos en el marco del *New Deal*; en Francia, en 1933-1934; en Gran Bretaña, en 1935. Sin embargo, estas desviaciones del sistema parlamentario son transitorias y limitadas a su objetivo. Se continúa ejerciendo el control de la representación nacional sobre la orientación general de la política interior y sobre las decisiones esenciales de la política exterior.

Pero en Alemania las dificultades políticas subsiguientes a la crisis económica y social toman otro camino: conducen a la llegada de Hitler al poder, el 3 de enero de 1933; a la destrucción del régimen constitucional y a una dictadura, que puede orientar, sin ningún control, tanto la política exterior como la interior.

¿Por qué esta diferencia? La crisis económica y social ha sido más grave y profunda en Alemania que en los otros grandes Estados europeos, porque Alemania había hecho más uso, en los años de prosperidad, de los créditos extranjeros; la ruina de las clases medias ha sido allí más completa, porque esas clases ya habían sido seriamente afectadas por la inflación monetaria de 1922-1923; el paro ha estado mucho más extendido que en la misma Gran Bretaña; y el desaliento provocado en la opinión pública por estos sufrimientos ha sido más profundo, tal vez a causa de las esperanzas que había despertado, entre 1925 y 1929, la "prosperidad" recobrada. La impotencia del régimen parlamentario para aplicar remedios, ni siquiera por el procedimiento de los decretos-leyes, ha incitado a un amplio sector de la opinión pública a creer que un régimen autoritario estaría en mejores condiciones para indicar e imponer los medios de recuperación.

Finalmente, en la vida política internacional, el recrudecimiento de estos nacionalismos económicos acarrea un estado de ánimo de indi-

(1) Estas cifras se refieren a las inversiones a largo plazo.

ferencia, e incluso de hostilidad, con respecto a toda forma de cooperación interestatal. La Sociedad de las Naciones—señala uno de sus más fieles apóstoles (1)—sufre las consecuencias. Destinada a obtener "el máximo posible de cooperación entre los gobiernos, en un momento dado", se encuentra impotente cuando estos gobiernos actúan en su política económica según sus intereses inmediatos, negándose a tener en cuenta las dificultades o sufrimientos que su forma de obrar impone a los demás.

Como consecuencia, podría sentirse inclinación a atribuir a los factores económicos un papel preponderante en la evolución de las relaciones internacionales. ¿No será esta conclusión, sin embargo, demasiado precipitada? Si la crisis económica no ha tenido en todas partes las mismas consecuencias, no se debe solamente a que su intensidad haya sido desigual, sino también a que la mentalidad de los pueblos era diferente. La crisis económica alemana no hubiera tenido los mismos efectos políticos, sin la difusión de la doctrina hitleriana; bien es cierto que ha proporcionado a esta doctrina una oportunidad para reclutar adeptos; pero no ha tenido nada que ver en su elaboración, ni en los primeros éxitos electorales del nazismo en 1929, que—bien al contrario—se producen en un momento de prosperidad económica. No cabe duda de que el nacionalismo económico ha sido una consecuencia de la crisis. Pero la forma extrema de este nacionalismo económico, es decir, la autarquía, tiene por objeto asegurar al Estado, en caso de guerra y bloqueo, una situación mejor, desde el punto de vista del abastecimiento de productos alimenticios y primeras materias; es decir, facilitar la adaptación del país a una economía de guerra y servir, en consecuencia, un propósito de fuerza: procede, por tanto, de un propósito político y no de una necesidad económica. Es cierto, por otra parte, que esa autarquía puede llegar a convertirse, por sí misma, en un móvil de la acción política, puesto que impone a la población dificultades y cargas financieras, difíciles de prolongar durante muchos años: por tanto, puede incitar al Gobierno a precipitar la solución, es decir, a hacer la guerra; pero también aquí, la decisión está dictada por una "apetencia de poder".

## II. LOS ESTADOS Y SU POLÍTICA

Entre los grandes Estados, cuyas iniciativas orientan las relaciones internacionales, a partir de 1931-1932, se manifiestan claramente dos actitudes: a los Estados satisfechos, que resultaron beneficiados por los tratados de paz en 1919 y que, por tanto, no tienen ninguna reivindicación importante que formular, se oponen aquellos otros, que por haber sido vencidos en 1918, o por no haber obtenido de la victoria

(1) Sir Alfred Zimmern, por entonces profesor de Relaciones internacionales en la Universidad de Oxford.



todos los beneficios que esperaban, se consideran lesionados en sus intereses y creen merecer, por su importancia demográfica o por sus necesidades de expansión económica, un lugar adecuado a su impulso vital. Estados "ricos": Francia y Gran Bretaña; y Estados "pobres": Alemania, Italia, Japón. Tal es la fórmula que hace fortuna en la Prensa y en las publicaciones de propaganda en los alrededores de 1932. Frente a esa oposición latente—y luego patente—la actitud de los Estados Unidos por un lado, y la de la U. R. S. S. por otra, presentan una importancia primordial.

Entre los Estados "pobres", es Alemania el que más atrae la atención. La nueva orientación de la política exterior alemana, después del acceso al poder de Adolfo Hitler, el 30 de enero de 1933, constituye la amenaza más grave y directa para la paz del mundo.

Las ideas generales de este programa nacionalsocialista—publicado en *Mein Kampf* en 1922 y reeditado varias veces durante los años que precedieron a la conquista del poder—se perfilan claramente, aunque muchas veces parezcan enterrarse entre las diatribas antiparlamentarias y antisemitas. El primer objetivo propuesto es la *recuperación nacional*, condición previa para la reanudación de una política de fuerza. Asegurar la pureza de la raza, con vistas a eliminar aquellos elementos cuya presencia perjudica—dice Hitler—la *cohesión nacional*; quebrantar la fuerza de las organizaciones socialistas o católicas, porque pueden recibir consignas del exterior; subordinar estrechamente el individuo a la colectividad, de forma que el interés de grupo prevalezca, en todas partes, sobre el interés personal; prohibir, por tanto, al ciudadano toda *actividad autónoma*, suprimiendo las garantías de la libertad individual y trabajando para formar—mediante la escuela, las agrupaciones juveniles, la Prensa, el cinematógrafo y la radiodifusión—una voluntad nacional única; impedir, mediante la acción arbitraria de la policía política, las manifestaciones de la oposición; negar al cuerpo electoral toda posibilidad de decisión, puesto que la "masa" es incapaz de crear u organizar; reservar la *jefatura y la influencia* a una *minoría escogida* de jefes que, reclutados sin distinción en todas las clases sociales, formarán una *Orden*, encargada de conducir al pueblo y que será la *fuerza motriz del Estado*; finalmente, organizar la vida económica y social bajo el control del Gobierno, que preparará el plan de producción, controlará la inversión de capitales, prohibirá las importaciones inútiles e impondrá a todos la obligación de trabajar: tales son los medios que asegurarán el renacimiento de un *Estado fuerte*.

Pero esta reorganización interior no es un fin en sí misma; ha de preceder a la acción exterior, es decir—escribe Hitler—, ha de proporcionar los medios necesarios para "una política exterior eficaz, capaz de conservar, desarrollar y alimentar a nuestro pueblo". De estos medios, el más importante es el estado de la psicología el más importante: es necesario que "el espíritu del pueblo le haga capaz de empuñar

las armas". Por consiguiente, los designios hitlerianos, desde el primer momento, son los de una política de expansión territorial, realizada por la fuerza.

El plan de esta acción exterior solo está indicado en *Mein Kampf*, en términos generales. En el curso de una primera etapa, Alemania restaurará su *independencia* y su soberanía efectivas, es decir, que se liberará de las limitaciones impuestas por los tratados de 1919: limitación de los armamentos y desmilitarización de los territorios renanos. En las etapas siguientes, realizará la incorporación del territorio que asegure a la *raza alemana* los medios de existencia. ¿Se consagrará a la reconquista de los territorios perdidos en 1919? Este objetivo—dice Hitler—no es primordial, puesto que las fronteras de 1914 *no significan nada* para el futuro de la nación alemana; en todo caso, debe ser subordinado a los intereses generales del germanismo. La expansión territorial tendrá como primer objetivo unir al Reich a todas las poblaciones alemanas, empezando por los alemanes de Austria; después, asegurará a los alemanes en Europa oriental—a costa de Rusia y de los países limítrofes—el *espacio vital* que necesitan. "Detenemos la marcha eterna de los germanos hacia el sur y el oeste de Europa; e inauguramos la política territorial del futuro." No se trata de una expansión fuera de Europa: en dos pasajes de su obra, Hitler llega incluso a abandonar expresamente toda reivindicación colonial. Ya no se trata de Slesvig, Posnania o Alsacia-Lorena; pero la reivindicación no queda descartada. Se hace hincapié sobre la cuestión rusa, no solamente porque por este lado puede encontrar el pueblo alemán la *gleba necesaria*, sino también porque la aventura se presenta en condiciones favorables: "el Estado gigantesco del Este se halla maduro para el derrumbamiento", puesto que ya no cuenta con la ayuda técnica alemana, gracias a la cual pudo organizarse la economía rusa: es a Alemania a quien le corresponde la iniciativa en la lucha contra la *bolchevización mundial judía*.

Este designio de hegemonía continental puede ser preparado por muy distintos medios: presión económica sobre los Estados pequeños; acción de la propaganda, que trata de confundir la opinión pública en el adversario y de provocar un *derrumbamiento de la moral*; pero no puede ser llevado a cabo sino por la guerra. Por consiguiente, no debe ser proclamado abiertamente hasta que Alemania haya podido reconstituir sus fuerzas armadas. El Gobierno, mientras *forja la espada*, utilizará la diplomacia para tranquilizar a las demás potencias y alimentar sus ilusiones. También requerirá a la diplomacia para que *le guarde las espaldas*, antes de lanzarse a la lucha contra el bolchevismo y a la conquista del espacio vital. ¿Por qué medios? Obteniendo la alianza de Italia; y, para conseguirla, ni qué decir tiene, renunciando a reivindicar las poblaciones alemanas del Tirol meridional. Negociando un pacto de neutralidad—y puede, incluso, que de alianza—con Gran Bretaña, negociación posible, puesto que el programa alemán no implica ni

expansión colonial ni reconstitución de la Marina de guerra. En cuanto a Francia, *enemigo mortal del pueblo alemán*, lo que hay que hacer es "ajustarle las cuentas de manera definitiva", para destruir su fuerza militar: solo la aniquilación de Francia podrá permitir a Alemania la adquisición en el Este, acto seguido, de espacio vital. Tales son las grandes tesis de *Mein Kampf*.

¿Es necesario recalcar que este plan ha sido ampliamente modificado en la acción política práctica? Cuatro años después de su llegada al poder, Hitler se ha visto obligado a abandonar una de sus principales directrices: la política de conciliación con respecto a Gran Bretaña; posiblemente, en algunos momentos de 1938, pensó en lanzarse a la conquista del espacio vital en el Este, sin haber *ajustado las cuentas* a Francia previamente; por muy deseoso que estuviera de obtener la alianza de Italia, en la cuestión de Austria no ha tenido en cuenta los intereses de su eventual aliado. ¿Hay que decir—como algunos autores alemanes—que, *en todos los puntos*, ha adoptado posturas distintas de las que había indicado? Indudablemente, no; pero ha modificado profundamente su programa de política exterior, al contacto con la realidad. Si el esbozo trazado en *Mein Kampf*—a pesar de ser muy incompleto y estar lleno de contradicciones (1)—conserva un valor singular, es precisamente porque, a falta de una línea de conducta precisa, expresa dos intenciones que han orientado, efectivamente, la política hitleriana: la firme voluntad de no tolerar en el continente otra fuerza militar que la alemana, y el deseo de expansión territorial en el Este. También, porque da testimonio de un temperamento y de un estado de ánimo, que son elementos esenciales de explicación en el estudio de esta política hitleriana, como lo son en el de los designios napoleónicos (2).

Todos aquellos que han tratado a Hitler están de acuerdo en cuanto a los rasgos esenciales de ese comportamiento mental y de ese carácter: el orgullo, la pasión del poder, la ambición frenética, la audacia, el amor al riesgo, el *deseo de dominio*—¿no es este el caso de todos los conquistadores?—; pero también la imaginación ardiente, la falta de mesura y la aspiración de realizar en el mundo una *revolución*, que sea algo más que una transferencia de territorios y que signifique un cambio profundo en los conceptos políticos y sociales. Todos han reconocido también las dotes del hombre de acción: la obstinación, la intuición que se niega a detenerse ante las objeciones de los técnicos, la habilidad del disimulo, la rapidez en la decisión, la firmeza implacable en la ejecución. Todos han comprobado la irradiación, la fuerza sugestiva que el *Führer* ejercía sobre sus interlocutores; todos han destacado su desprecio por los hombres, su desdén hacia las ma-

(1) Hitler nada dice acerca del lugar de Polonia en las relaciones entre Alemania y Rusia. Ni sobre el papel de Alemania en la Europa danubiana. Esas lagunas no son fortuitas, en modo alguno: en la doctrina de *Mein Kampf* se perciben fácilmente muchos matices y cálculos.

(2) Véase la conclusión del *Napoleón* de Georges Lefebvre.

nifestaciones más elementales de un sentimiento de humanidad, su propósito de intimidar al colaborador o al adversario con la brutalidad de las decisiones o de las actitudes. Sin embargo, este análisis psicológico ha dejado en pie la cuestión decisiva: este autodidacta, este hombre joven, al que ni siquiera la guerra de 1914 ha dado la oportunidad de obtener más que la graduación de cabo, y que a los treinta años se convierte en un conductor de hombres, con éxitos prodigiosos, ¿era un enfermo, un *poseso* o un gran actor, extraordinariamente poseído de su papel y de su personaje? La rapidez con que en el curso de una conversación cambiaba de actitud, e incluso de cara; los impulsos frenéticos a que se entregaba; el torrente de palabras que, de repente, dejaba fluir con exaltación, después de haber mostrado primero un aire ausente o de indiferencia, ¿eran manifestaciones de un estado morboso, o medios utilizados para desconcertar y dominar al adversario? Parece ser que incluso aquellos que han estado mejor situados para conocer a Hitler han sido incapaces de comprenderle por completo.

Estas dotes o estas singularidades de la inteligencia y del carácter no hubieran tenido, indudablemente, la misma importancia, si las masas alemanas no hubieran sufrido los efectos de su poder de irradiación. Lo que hay que tratar de explicar es la adhesión voluntaria de una gran parte de la población alemana, en 1933, a la doctrina nacional-socialista, y la confianza que depositó en su jefe.

¿Hay que atribuir este resultado a la habilidad oratoria de Hitler, o a su intuición política? Efectivamente, el *Führer* tiene habilidad para utilizar unos medios elementales de persuasión y para dar la impresión de una convicción profunda. Siente lo que la gente espera o lo que teme; comprende el eco que puede encontrar en una población que, después de los sufrimientos de la crisis económica, ha dejado de creer en los valores morales y espirituales tradicionales; según hace resaltar Edmond Vermeil, sabe poner al alcance de todos—en forma sugestiva y accesible—unas ideas que responden a ciertas aspiraciones, ya antiguas, del alma alemana: los fundamentos de su doctrina racista los ha tomado de Paul de Lagarde y de Houston Chamberlain; en Nietzsche ha encontrado su concepto de una minoría política selecta; en Ratzel y otros teóricos del pangermanismo ha recogido la noción del *espacio vital*. Despierta ciertos rasgos profundos de la mentalidad colectiva: el culto al instinto, al sentimiento y a la pasión. Todo esto es exacto; y, sin embargo, no puede satisfacer por completo al espíritu. La razón fundamental de esta adhesión, según todas las apariencias, es el llamamiento dirigido por Hitler al sentimiento nacional, así como el camino que traza para el retorno a la potencia. En las elecciones generales de mayo de 1933 no obtiene sino el 54 por 100 de los votos a favor de los *plenos poderes*, es decir, de la suspensión de las garantías constitucionales; en diciembre de 1933, con motivo del plebiscito sobre la cuestión del rearme, obtiene el 90 por 100. La actividad de la *Gestapo*

durante estos seis meses no puede explicar, por sí sola, semejante diferencia.

Cierto que esta adhesión masiva no es total. Los banqueros y los grandes hombres de negocios, que con frecuencia sostuvieron financieramente al partido nacionalsocialista antes de su llegada al poder, no siempre se felicitan del régimen hitleriano. Los mandos superiores del Ejército se muestran reticentes, no porque el sistema político autoritario les disguste, sino porque esta autoridad se manifiesta también en relación con los militares. Después de los comunistas, los militantes sindicalistas y los intelectuales liberales son también tratados como adversarios por el Gobierno. Sin embargo, la resistencia solamente se manifiesta, en 1933 y 1934, por la difusión de octavillas clandestinas. Hasta 1935 no piensa la oposición en formar grupos de acción y en organizar atentados contra los dirigentes hitlerianos; y estos grupos no cuentan todavía, en la Administración y el Ejército, sino con muy escasos partidarios. El primer plan reorganizado (1) con vistas a derrocar el régimen no se estableció hasta 1938.

El Gobierno de la Italia fascista, desde su llegada al poder, había manifestado su voluntad de realizar en Europa *una gran política* (2). Desde el primer momento había orientado sus designios en tres direcciones: Europa danubiana, donde se había preocupado principalmente de mantener los resultados conseguidos, es decir, impedir al mismo tiempo la reconstitución de un Estado fuerte, o de una Confederación de Estados, y la expansión del germanismo; el Mediterráneo, en el que la fórmula de *mare nostrum* había sido reemplazada, de hecho, por múltiples maniobras que rozaban de cerca los intereses británicos; el terreno colonial, en el cual el objetivo inmediato era la reconquista de Libia. Desde 1928 había tomado partido a favor de la revisión de los tratados de paz, apoyándose en el artículo 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones; pero el Duce había dado a entender claramente que todavía no había llegado el momento de emplear los medios violentos. La crisis económica, que se había hecho muy sensible en 1931, había inducido al Gobierno a conceder mayor importancia a la cuestión colonial: en su discurso del 4 de junio de 1932, el secretario de Estado para Asuntos Extranjeros, Grandi, había destacado que las dificultades económicas habían de impulsar a Italia a adquirir, fuera de Europa, un territorio en el que poder establecer emigrantes y obtener materias primas; pero esta declaración de principio no fue seguida de ningún acto.

Por la analogía de sus principios políticos y por las perspectivas expresadas en *Mein Kampf*, el advenimiento del régimen hitleriano constituye un apoyo para las aspiraciones y los designios del fascismo italiano. Ya en la primavera de 1932, cuando los nacionalsocialistas obtu-

(1) Véase final del cap. IV de la parte anterior.

(2) Véase parágrafo III, cap. VIII de la parte anterior ("Las políticas nacionales").

vieron un gran éxito electoral en la Dieta prusiana, los periódicos italianos dieron como indudable la próxima victoria de Hitler, expresando su satisfacción al ver que Alemania se convertía de nuevo en "una fuerza internacional actuante". Por consiguiente, los acontecimientos del 30 de enero de 1933 son saludados con simpatía, casi con alegría, por la Prensa fascista; dan al Gobierno la convicción de que el momento es favorable para conseguir que Francia y Gran Bretaña acepten el principio de una revisión de los tratados. Tal es la idea en que se inspira el *Pacto de los Cuatro*, establecido por Mussolini el 4 de marzo de 1933 y hecho público quince días más tarde.

El objetivo inmediato de este proyecto, destinado—según las declaraciones del Duce—a hacer desaparecer los motivos de conflicto, parece ser más bien el de rectificar el *statu quo* territorial de la región danubiana, en la que la política italiana se ha erigido, desde 1925, en protectora de los intereses húngaros. Para conseguir que los estados de la Pequeña Entente acepten la aplicación del artículo 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones (1) es necesario que la revisión se lleve a cabo, no por el Consejo de la Sociedad de Naciones, en el que estos países están representados, sino solo por las cuatro grandes potencias europeas que forman parte del Consejo: Francia, Gran Bretaña, Italia y Alemania. Por consiguiente, se trata de instituir un *directorio* europeo, directorio en cuyo seno Alemania e Italia podrían obrar de común acuerdo y, por tanto, contrapesar la influencia de Francia y Gran Bretaña.

Aparentemente, el Gobierno fascista no pide nada para sí mismo. Pero es evidente que el mismo procedimiento podrá ser aplicado, a continuación, a las cuestiones mediterráneas y coloniales, en las que Italia tiene reivindicaciones que satisfacer. ¿Hay que pensar—como lo sugiere la reciente historiografía italiana—que al adoptar esta postura Mussolini trataba también de *encuadrar* a Hitler, evitando el desarrollo de iniciativas alemanas que pudieran amenazar la paz? Esto no pasa de ser una hipótesis, sin que hasta ahora se haya presentado ninguna prueba en su apoyo. De cualquier forma, lo que pretende el Duce es presentarse como mediador y hacerse pagar sus buenos oficios.

Sin embargo, esta sugerencia—que el vicescanciller alemán calificaba de *genial*—no tuvo éxito. Antes que pasen seis meses, su fracaso es indudable. La causa fundamental de este fracaso es la actitud del Gobierno francés, sensible a las inquietudes de los Estados de la Pequeña Entente y de Polonia. ¿Ha de permanecer inactivo, corriendo el riesgo de desanimar a esos Estados? Si tomara este partido destruiría todo su sistema de *alianzas de retaguardia*, y no podría ofrecer sino una reducida resistencia a cualquier futura presión italiana o alemana. Por esta razón, el memorándum francés del 10 de abril de 1933, aun aceptando el principio de una colaboración entre las grandes potencias, de-

(1) Sobre tal artículo, véase pág. 825.

decida la institución de un directorio que pretenda imponer su voluntad a los demás países. Tres días después, en Londres, el jefe del Gobierno laborista, Ramsay Mac Donaid, que, instado por Mussolini en el curso de una visita a Roma, había acogido *favorablemente* el proyecto italiano, en principio, se ve obligado a efectuar un movimiento de repliegue, puesto que los jefes de la oposición conservadora—Winston Churchill y Austen Chamberlain—, e incluso algunos miembros de su propio partido—por ejemplo, Atlee—consideran que, en un caso semejante, la política francesa debe tener en cuenta las objeciones francesas.

Por consiguiente, la fórmula mussoliniana va a ser considerablemente suavizada. En el texto firmado en Roma, el 7 de junio de 1933, las cuatro grandes potencias declaran su intención de respetar "los derechos de cada Estado, de los que no pretenden disponer sin anuencia del interesado", en caso de que apliquen el artículo 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones, y dejar al Consejo de la Sociedad (en el que estos Estados se encuentran representados) que tome las *decisiones definitivas*. Esto restringe sobremanera el alcance de la iniciativa. El Gobierno italiano sigue afirmando, no obstante, que tal iniciativa podrá llevar a "una revisión gradual" de los tratados de paz gracias a la nueva forma de pensar que se desarrollará en las relaciones internacionales. Pero, acto seguido, el Gobierno francés concreta que la Sociedad de Naciones deberá pronunciarse por unanimidad, con inclusión de los votos de los Estados interesados, condición suficiente para que la revisión se haga casi irrealizable.

Por consiguiente, el *Pacto de los Cuatro* ha nacido muerto. El Gobierno francés, cuando—cuatro meses después—decide no someter este acto diplomático a la ratificación del Parlamento, invoca un argumento irrefutable: la retirada de Alemania, que acaba de abandonar la Sociedad de Naciones, hace imposible el funcionamiento del directorio. Ahora bien, ¿no es de creer que, aun en el caso de que la ratificación hubiese tenido lugar, la divergencia entre las interpretaciones francesa e italiana del texto habría bastado para paralizar su aplicación?

El fracaso del proyecto, declara Mussolini, es grave: desde el momento en que queda descartada la "revisión pacífica", ¿cómo evitar que se recurra a los procedimientos de violencia? "Al final, hablará su majestad el cañón", escribe el Duce, el 31 de diciembre de 1933, en un artículo destinado a la Prensa americana. Por lo que parece, no se trata de frase dicha sin pensar, puesto que el jefe del Gobierno italiano insiste, en su discurso del 24 de agosto de 1934, en estas perspectivas: "La sombra de la guerra se cierne sobre el horizonte europeo... Italia debe estar preparada para la guerra y convertirse en una nación militar." Los armamentos terrestres, navales y aéreos, cuyos programas fueron establecidos en 1932, se llevan a cabo con mayor actividad. En el marco de la economía dirigida, organizada más estrictamente, gracias al reforzamiento del sistema corporativo, el Gobierno

desarrolla la explotación de la hulla blanca, y concede subvenciones a la industria del petróleo sintético. La preparación "moral" de la juventud es una de las mayores preocupaciones de los poderes públicos: mientras que las asociaciones juveniles, los *Balillas*, que cuentan en 1934 con 1.925.000 afiliados, tienen por misión inculcar a sus miembros el espíritu de disciplina y de sacrificio, la reforma de los programas de segunda enseñanza hace entrar la *cultura militar* en la enseñanza de la geografía y la historia; y las instrucciones ministeriales de febrero de 1934 recomiendan, incluso, que, en el estudio del latín, se reserve un lugar importante a los *Comentarios* de César. Finalmente, la política de restricción de la emigración con destino al extranjero—ya inscrita en la ley del 2 de septiembre de 1927—es aplicada con rigurosidad, a fin de crear una *presión demográfica* que legitime la expansión territorial. Estas medidas convergen a la preparación de *las pruebas de fuerza*.

¿Cuál debe ser el punto de aplicación? La mayor dificultad estriba en la elección de este objetivo. ¿Expansión en el Mediterráneo, o expansión colonial más allá del área mediterránea? Pero, ¿es necesario, para realizarlas, apartar los ojos de la Europa danubiana, con el riesgo de que se desarrolle en ella la influencia francesa basada en la Pequeña Entente, o la hegemonía alemana, cuyo plan ha sido trazado por *Mein Kampf*? En 1933 y 1934, e incluso a principios de 1935, el Gobierno fascista permanece perplejo: es la época de *los movimientos de péndulo* en la política italiana. La hora de la elección será decisiva para la evolución de las relaciones internacionales.

La política exterior del Japón se caracterizó, entre 1922 y 1929, por una prudencia y una reserva que desmentían la línea de conducta seguida en los últimos veinte años. Los dirigentes nipones habían soporado, sin tratar de reaccionar, la parada en seco infligida por los Estados Unidos a sus propósitos de expansión territorial, contentándose—una vez superada la crisis económica de 1921—con las posibilidades que podía ofrecerles la expansión comercial. La prudencia demostrada no había complacido, indudablemente, a los círculos militares y navales, que en 1927 trataron de recobrar su preponderancia. Pero la alta burguesía de los negocios había permanecido, en conjunto, fiel a la orientación política adoptada por el barón Shidehara (1).

¿Por qué se abandonó esta política en el otoño de 1931? ¿Por qué, después de la dimisión de Shidehara, volvió el Japón a sus propósitos de expansión imperialista?

No ha lugar a dudas en cuanto a la relación entre esta orientación de la política exterior y el desarrollo de la crisis económica mundial. El Japón sufrió antes que los países europeos las consecuencias del *crack* americano de octubre de 1929, puesto que la mayor parte de

(1) Véase el final del cap. XIII del libro anterior.

las exportaciones niponas a los Estados Unidos eran de seda en bruto, es decir, la materia prima de una industria de lujo, especialmente afectada por la disminución del poder adquisitivo. La caída de la cifra global de las exportaciones japonesas fue brutal: 1.200 millones de yens, en 1931, frente a 2.100 millones, dos años antes. La industria se veía tanto más afectada cuanto que esta disminución de las exportaciones obstaculizaba la compra de materias primas o de combustibles en el extranjero, y el paro aumentaba. La agricultura se veía perjudicada en dos de sus principales actividades: la producción de capullos, debida a la restricción de las compras americanas de seda bruta, y la producción de arroz, cuyo consumo por habitante disminuía al mismo ritmo que se extendía el paro obrero.

Para paliar las consecuencias de esta crisis económica y social, los hombres de negocios se sienten inclinados a prestar oído a los argumentos esgrimidos por los partidarios de una política de expansión territorial: asegurándose el dominio sobre un territorio productor de mineral de hierro y de carbón, al mismo tiempo que de artículos alimenticios, la economía nipona reduciría el déficit de su balanza de pagos; y podría procurarse, sin dificultad, las materias primas necesarias para su industria, incluso si la disminución de las exportaciones de seda bruta restringía los recursos de divisas extranjeras. Sin embargo, este es solo uno de los aspectos de la política económica exterior, siendo el otro la adquisición de nuevos mercados para esta producción industrial nipona. Estos mercados puede ofrecerlos China, ciertamente, a condición de que el Gobierno del Kuomintang acceda a favorecer—con su política monetaria—la importación de mercancías japonesas, a costa de las procedentes de Gran Bretaña o los Estados Unidos. Pero el Japón se encontraría en situación más firme si dominara los territorios cuya clientela desea reservarse.

La política de expansión territorial responde también a los intereses y las necesidades del mundo rural. Como consecuencia del rápido crecimiento demográfico, la oferta de mano de obra agrícola excede en mucho a los recursos de tierras cultivables; la superpoblación se hace agobiante, desde el momento en que la industria no puede ya absorber este excedente y que ella misma vuelca hacia el campo parte de sus parados. Así, pues, el medio rural tiene oportunidad de asociarse a la política de expansión territorial, puesto que las nuevas posibilidades de la industria aportarán un remedio parcial a las dificultades campesinas. Incluso puede encontrar en ella una ventaja inmediata, en la medida en que estos nuevos territorios puedan atraer un movimiento emigratorio que disminuya la presión demográfica.

De esta forma, la mayor parte de la opinión pública nipona viene a desear una política exterior activa y emprendedora, adecuada para superar la crisis y proporcionar un alivio a las dificultades sociales. Sin embargo, la solidaridad que existe, de hecho, entre los intereses de la agricultura y los de la industria, no quita para que se manifiesten di-

vergencias, incluso en lo relativo a política exterior, entre los medios industriales y la masa campesina. Pero estas divergencias se producen en cuanto a las modalidades de la expansión, no a su principio: ¿Se encaminará esta política en beneficio directo de los grandes capitalistas; o tratará de dar a los campesinos una parte más importante de los beneficios de la acción exterior? El divorcio existente entre los medios industriales o financieros, por un lado, y los pequeños terratenientes—que son “anticapitalistas”, sin tener nada que ver con el comunismo—, por otro, es explotado entre 1932 y 1936 por el partido *fascista* del general Araki. Y como quiera que, según una ley de 1927, la oficialidad del ejército es reclutada entre los suboficiales reenganchados—procedentes en su mayoría del sector rural—, se acentúa la disparidad de criterios entre el ejército y la alta burguesía, incluso en cuanto a política exterior: los hombres de negocios consideran la política de expansión territorial como una necesidad circunstancial, a la que hay que recurrir solamente cuando los métodos de la expansión económica no han dado los resultados apetecidos; el partido “fascista” ve en la conquista de nuevos territorios un objetivo que hay que proseguir con continuidad. La política nipona con respecto a China y a los intereses europeos en Extremo Oriente oscila entre la intransigencia de uno y los métodos, más dúctiles y encubiertos, de los otros.

\* \* \*

¿Cuáles son las reacciones de las dos grandes potencias “ricas”, Francia y Gran Bretaña, contra las reivindicaciones de estos imperia-  
lismos?

La política exterior de Francia estuvo dominada, desde la victoria de 1918, por el temor a un desquite alemán, que, sin embargo, no era inminente. Ahora bien: el programa hitleriano, expuesto en *Mein Kampf*, indicaba que esta amenaza se actualizaba, si bien parecía lo más probable que se dirigiera, en primer lugar, contra los Estados en los que vivían poblaciones de lengua alemana.

Para hacer frente a esta amenaza era primordial—evidentemente—el funcionamiento eficaz del sistema de *alianzas de retaguardia*. Por consiguiente, era indispensable obligar a Alemania a respetar la desmilitarización de Renania, que permitía a Francia proporcionar a sus aliados un apoyo inmediato. Había también que confirmar la superioridad militar francesa, reorganizar el ejército—que en 1933 no hubiera podido movilizar, en caso de guerra, más que sesenta divisiones, es decir, solo las dos terceras partes del ejército de 1914—, renunciar al concepto estratégico que había cristalizado en la construcción de la línea Maginot y dotar de armamento ofensivo a las fuerzas operativas. También cabía tratar de desarrollar los medios diplomáticos, ampliando el sistema de alianzas y *neutralizando* a Italia. Todos estos medios fueron estudiados,



unos tras otros, entre 1933 y 1935, por la mayor parte de los dirigentes franceses, políticos, militares o diplomáticos. En definitiva, lo que se pretendía era establecer una barreira ante las reivindicaciones alemanas, y contestar a la fuerza con la fuerza.

Algunos ministros franceses—Pierre Laval y Pierre-Etienne Flandin, si bien con modalidades muy diferentes—opusieron a esta política otra que sugería un acercamiento a Alemania, es decir, aceptar una expansión alemana, a condición de que no fuera dirigida hacia Europa occidental. Esta política de *repliegue* implicaba, cuando menos, que Francia limitaría los compromisos de alianza ya contraídos y tal vez, incluso, que abandonaría o dejaría destruir el sistema de *alianzas de retaguardia* constituidos desde 1919; sin duda, tales alianzas habían parecido necesarias para los intereses de Francia; pero imponían al país—decían los partidarios del *repliegue*—unas responsabilidades y unas cargas demasiado pesadas; y concentraban sobre Francia—protectora intransigente del *statu quo*—toda la fuerza del espíritu de desquite alemán: ¿no se podía esperar que si la política francesa accedía a una revisión alemana de sus fronteras al Este y al Sur—e incluso a que se asegurara su *espacio vital*—, desviaría los golpes que, en caso contrario, algún día se dirigirían contra ella? Bien es verdad que esta esperanza parecía desmentida, de antemano, por *Mein Kampf*, donde Hitler había hecho hincapié sobre el *arreglo de cuentas* con Francia. ¿Pero había que tomar al pie de la letra una obra de propaganda, escrita en una época en que su autor no conocía todavía las responsabilidades del mando? La política hitleriana estaría sumamente interesada en tratar bien a Francia, si la política francesa, por su parte, se mostraba conciliadora y *comprensiva* con respecto a los intereses alemanes.

El contraste entre ambos conceptos se afirma con claridad en 1935. Francia no está en condiciones de ejercer permanentemente el papel de *guardián de Europa*, dicen los partidarios de la aproximación a Alemania; por tanto, debe ser *realista* y adaptar sus objetivos a sus posibilidades. A esto replican los abogados de la política de *alianzas de retaguardia*, que, con ello, corre el riesgo de que Alemania recobre en el continente una posición preponderante: ¡Es ilusorio pensar que cuando el gobierno alemán haya recuperado esta fuerza no hará uso de ella para reivindicar Alsacia-Lorena y llevar a cabo los designios hitlerianos! ¿Cuáles son, en el fondo, las causas de la oposición entre estos dos estados de ánimo?

Sin duda no están ausentes las preocupaciones económicas y financieras. La crisis económica, que ha empezado en Francia después que en Gran Bretaña o en Alemania, se ha prolongado allí más tiempo; por otra parte, el papel de *guardián de Europa* se va a hacer, en adelante, cada vez más oneroso, como consecuencia de las cargas financieras que serán el corolario del rearme. Las dificultades económicas han contribuido también a la formación de un estado de lasitud moral, y a

favorecer la crisis política interior de febrero de 1934; condiciones todas favorables a una política de resignación. Sin embargo, estas explicaciones son secundarias.

Lo que interesa, sobre todo, en estas incertidumbres o en estas divisiones de la opinión francesa, son las preferencias políticas. No es raro, indudablemente, que la política exterior de un estado sufra la influencia de su política interior. Pero en la Francia de 1934-1935 esta dependencia se manifiesta con un vigor especial. En la política a seguir con respecto a Alemania, los partidos de izquierdas se orientan por su hostilidad fundamental hacia el régimen hitleriano; sin embargo, son partidarios de una ideología pacifista; y, por tanto, les repugna adoptar una política enérgica, ni siquiera en tales circunstancias; por otro lado, firmemente convencidos de la necesidad de una estrecha alianza con Gran Bretaña, vacilan en tomar iniciativas que puedan alarmar a la prudencia inglesa. En las relaciones con Italia, los partidos de derechas, bajo la influencia de los afiliados a las Ligas, que desarrollan en 1934 la campaña antiparlamentaria, desean llegar a un acuerdo con un estado cuyo régimen político responde, en parte, a sus aspiraciones; la hostilidad de los partidos izquierdistas hacia este acuerdo no está inspirada solamente por los intereses de Francia, en general, y por el deseo de hacer fracasar la expansión italiana: también lo está por el deseo de privar al régimen fascista de las ventajas que le supondrían unos éxitos exteriores.

Estas divergencias conducen a los gabinetes sucesivos, casi siempre, a renunciar a tomar iniciativas en política extranjera y limitarse a posiciones "negativas". En el fondo, cansada de las cargas que impone una política de fuerza, la masa comprende que Francia, agotada entre 1914 y 1918 por un esfuerzo demasiado grande, no podría afrontar una nueva guerra sin correr un grave riesgo; aspira al descanso.

Gran Bretaña, desde la crisis financiera del verano de 1931, está gobernada por un Gabinete de coalición ampliamente dominado por los conservadores, presidido primeramente por Ramsay Mac Donald, antiguo dirigente del partido laborista, afecto a la coalición *nacional*; luego—a partir del 7 de junio de 1935—por Stanley Baldwin, y finalmente, a partir del 28 de mayo de 1937, por Neville Chamberlain, que había sido anteriormente ministro de Hacienda. Lo que preocupa, fundamentalmente, hasta finales de 1936, a la mayoría parlamentaria y a los miembros del Gabinete son las cuestiones interiores e imperiales. Inmediatamente después, todos los demás aspectos de la actividad gubernamental están dominados por la política económica y financiera: reorganización fiscal, nueva organización de las relaciones económicas e imperiales, sobre la base de un régimen preferencial (1); esfuerzo que tiende—de acuerdo con los deseos del gobierno, pero sin obligar a

(1) Véase pág. 952.

reducir los precios de costo en la industria, mediante la concentración de las empresas—a la par que a la disminución del tipo de interés, y a sostener la producción agrícola mediante subsidios a la producción y contingentación de las importaciones, así como—algunas veces—mediante la fijación de un precio mínimo.

Esta política, que abandona el *laissez faire*, sin adaptarse a una doctrina o a un programa coherente, obtiene unos resultados importantes: el índice general de la producción industrial recobra, a partir de 1934, el nivel aproximado de 1929 (considerando que 1929 fue el mejor año desde 1921); las exportaciones de productos metalúrgicos aumentan entre 1932 y 1933; disminuye el déficit de la balanza comercial; el número de parados inscritos, que alcanzara 2 866 000 en agosto de 1932, está en franca disminución en diciembre de 1934 (1 781 000 inscritos) y no pasa de 1 200 000 en 1937. Esta recuperación se efectúa sin que los precios interiores muestren un alza sensible, a pesar de la desvalorización de la libra esterlina, y sin que el salario real sufra el impacto. No cabe duda de que en este cuadro las zonas de sombra no han sido eliminadas totalmente, puesto que la política económica no ha podido remediar las dificultades de las industrias textil y hullera, ni reabsorber todo el excedente de mano de obra. Pero, en conjunto, la "recuperación" es indudable.

El cuerpo electoral atribuye el mérito al gobierno y a la mayoría parlamentaria: las elecciones generales de noviembre de 1935 confirman la fuerza política de los conservadores. Esta estabilidad, que contrasta con los sobresaltos de la política interior francesa, ¿no debería favorecer el desarrollo de una acción exterior continua y coherente, cuya necesidad parece imponerse desde la llegada de Hitler al poder?

En realidad, no sucede así. La antipatía que la mayor parte de los estadistas ingleses y la gran mayoría de la opinión pública siente hacia el régimen nacional-socialista y la política racial de Hitler no basta para determinar una nueva orientación de la política exterior inglesa, ni siquiera la adopción de una postura enérgica ante la amenaza alemana.

Hasta marzo de 1936 los medios dirigentes no se sienten todavía convencidos de que Hitler esté dispuesto a emprender una política de expansión territorial y decidido a afrontar una guerra europea; consideran que las declaraciones de *Mein Kampf* están destinadas al consumo interior alemán. Stanley Baldwin afirma, sin lugar a dudas, el 30 de julio de 1934, que "la frontera inglesa no está ya en Dover, sino en el Rin", es decir, que confirma los compromisos aceptados en Locarno; pero, ante las críticas de la oposición e incluso de las de miembros importantes del partido conservador que ven en esta declaración el anuncio de una nueva alianza continental—proyecto siniestro—, el Primer Ministro se apresura a asegurar, ocho días después, que no se ha llegado a ningún acuerdo con Francia con vistas a una ayuda mutua en caso de guerra.

En el fondo, el Gabinete cree que sería oportuno y posible *pacificar los ánimos*. ¿Cómo? Primeramente, haciendo a los alemanes algunas objeciones; por ejemplo, en las regiones de la Europa danubiana y Oriental, donde Gran Bretaña, tanto después de 1933 como antes, rehúsa asumir responsabilidades directas: el mundo no puede ser *estático*; "la elasticidad forma parte de la seguridad", dice en septiembre de 1935 un memorándum del *Foreign Office*. Luego, evitando adquirir con respecto a Francia compromisos prematuros, declina toda discusión sobre unas *eventualidades hipotéticas* y rehúsa tomar parte en todo sistema diplomático que pueda parecerse a una coalición contra Alemania; tal es la regla de conducta que Inglaterra prefiere adoptar. Esta actitud está de acuerdo con los deseos de la opinión pública, que espera inclinar a Alemania a una actitud conciliadora y desea, por tanto, "tenderle la mano". Baldwin no teme invocar este pacifismo de la opinión, en una sesión de la Cámara de los Comunes, para explicar la pasividad del Gabinete.

El único punto en el que los conservadores renuncian a sus suspicacias de antes de 1933, es en la cuestión de las relaciones con el Gobierno ruso: la entrada de la U. R. S. S. en la Sociedad de Naciones, en 1934, se considera oportuna; pero únicamente porque el Estado soviético, ya enmarcado en el sistema ginebrino, será menos peligroso para la paz del mundo.

Hasta el otoño de 1936 no muestra más firmeza la política británica (1). El Gabinete accede a dar a Francia y a Bélgica—pero solo a ellas—una promesa de ayuda, en caso de agresión alemana. Sin embargo, cuando Neville Chamberlain sustituye a Stanley Baldwin a la cabeza del Gobierno, el nuevo Primer Ministro vuelve a la política "de apaciguamiento": la política exterior inglesa debe admitir dar satisfacción a las reivindicaciones de Alemania e Italia, a condición de que tales peticiones sean "razonables" y no se apoyen en la amenaza de hacer uso de las armas. Por tanto, se trata de una revisión parcial de los tratados de 1919.

Pero ¿se limitará esa revisión a Europa, o deberá extenderse a los territorios coloniales cedidos por Alemania en 1919? En definitiva, ¿en qué medida juegan los intereses británicos? En julio de 1936, la Conferencia del partido conservador descarta, por completo, la eventualidad de una retrocesión total o parcial de las antiguas colonias alemanas; la opinión pública—según un sondeo efectuado en otoño de 1937—comparte, en su inmensa mayoría (2), esta manera de pensar, salvo en el caso de que una transacción colonial figurara en el cuadro de un plan general de cooperación internacional; el grupo de historiadores,

(1) Véase cap. III.

(2) Este sondeo indica que solo el 24 por 100 de las personas preguntadas admiten la restitución de las colonias, es decir, la solución recomendada por el *Daily Mail* y los demás periódicos de lord Rothermere.



de juristas y de economistas que organiza aquel mismo año, en la London School of Economics, una serie de conferencias, en las que se examinan los métodos de *revisión pacífica* de los tratados, no quiere tomar en consideración la restitución de estos territorios, que sería contraria a los intereses de las poblaciones indígenas; y se limita a estudiar las facilidades que podrían ser concedidas a Alemania o a Italia para su acceso a los mercados de materias primas.

En todas estas discusiones, la política de *apaciguamiento* parece ser aprobada, momentáneamente, por la gran masa de los conservadores, sin que sea rechazada con demasiada energía por la oposición. Pero los móviles de esta adhesión o de esta resignación son distintos. Unos, con el Primer Ministro, piensan que es necesaria una negociación, porque es justo adaptar la situación política a las "condiciones reales de las relaciones internacionales"; creen posible llevarla a cabo satisfactoriamente y, por otra parte, estiman que la tentativa—aunque fracasara—tendría, al menos, la ventaja de favorecer el "rearme moral" del pueblo inglés, al convencerle de que el gobierno ha hecho todo lo posible para evitar el conflicto. Los otros, en torno a los *jefes jóvenes* del partido conservador—Anthony Eden y Duff Cooper—no ven en esta política sino un expediente, utilizable hasta el momento en que Gran Bretaña haya reconstituido sus fuerzas militares; en definitiva, buscan un medio de ganar tiempo.

Esta política de prudencia y de temporización ha empezado a despertar críticas y a provocar recriminaciones en ciertos medios políticos, desde finales de 1935. En el seno del partido laborista, la tendencia de Ernest Bevin, favorable a la Sociedad de Naciones y a la política de sanciones, le ha hecho rebasar el pacifismo integral de George Lansbury. En cuanto al partido conservador, Winston Churchill—que desde el verano de 1934 había abogado por la causa del desarme—, pide que Gran Bretaña, "para causar respeto a la empresa alemana de dominación, para detenerla, y, si es necesario, para deshacerla", trabaje por agrupar las fuerzas europeas; pero esta disidencia, combatida vigorosamente por el *whip* del partido, no arrastra sino a un pequeño número de diputados.

Solo en 1938, los golpes de fuerza alemanes hacen vacilar a los partidarios del *apaciguamiento*.

El papel de los Estados Unidos en las relaciones políticas internacionales parece presentarse bajo un nuevo aspecto, desde que las elecciones presidenciales de noviembre de 1932 llevan al poder al partido demócrata. Este partido había sostenido en 1919-20 las ideas wilsonianas y el mismo Franklin Roosevelt se había mostrado partidario de la Sociedad de Naciones. Ahora bien, el nuevo presidente de los Estados Unidos toma las riendas el 4 de marzo de 1933: apenas cinco semanas

después del *advenimiento* de Hitler y cinco días después de la entrada del ejército japonés en la provincia china de Jehol. ¿Tratará de rectificar la línea seguida (1) por los Estados Unidos desde 1920, abandonando el aislacionismo y aceptando responsabilidades directas en la organización de la seguridad colectiva?

En estos momentos, como en otros, la conducta de la política exterior americana está orientada por la conjunción—o la rivalidad—de tres fuerzas: la opinión pública, el Congreso y el Presidente. Pero el juego de estas fuerzas está dominado, al menos hasta 1935, por las preocupaciones inmediatas, suscitadas por la crisis económica de 1929. No hay que olvidar que las iniciativas o las negativas de la diplomacia de los Estados son contemporáneas de todas las secuelas de esta crisis y de los ásperos conflictos de intereses a los que da lugar la política del *New Deal*.

¿La opinión pública? La votación que ha asegurado el éxito de los demócratas ha sido determinada, sin duda alguna, por la duración de la crisis económica, a la que la Administración americana no ha sabido encontrar remedio. En la campaña electoral de noviembre de 1932, las cuestiones de política extranjera han quedado por completo en segundo plano; con mayor motivo, cuanto que Franklin Roosevelt se ha guardado mucho de recordar las ideas sostenidas por él en 1920. Por consiguiente, no es posible ver en estas elecciones presidenciales una desautorización del aislacionismo. No cabe duda de que la gran masa de americanos, que conserva gran facilidad de entusiasmo "moral", condena los métodos policíacos, la legislación racial de la Alemania nacional-socialista y el comportamiento del gobierno hitleriano con respecto a las Iglesias; y no cabe duda, tampoco, de que una parte de la Prensa subraya el peligro que la existencia de ese régimen hace correr a la paz mundial. Sin embargo, la opinión pública sigue convencida de que incluso si la paz europea se viera amenazada por iniciativa alemana, los Estados Unidos no tendrían nada que temer. La principal preocupación del pueblo americano debe, por tanto, encaminarse a superar las dificultades económicas especiales que atraviesa desde 1929, de manera que el régimen democrático y la clase de civilización de la que está tan orgulloso no corran peligro de debilitarse por el *contagio* de los regímenes autoritarios. ¿Por qué tratar de prevenir un conflicto europeo, esforzándose en apaciguar e intimidar a los nacionalismos exasperados? La experiencia hecha en 1919 ha mostrado claramente con cuántos obstáculos tropezaría la influencia americana. Bien es cierto que este estado de ánimo es vigorosamente criticado por algunos editorialistas de fama, que, siguiendo el camino trazado cuarenta años antes por Alfred Mahan y por Theodore Roosevelt, predica la necesidad de una colaboración con Gran Bretaña, con vistas a hacer fracasar los imperialismos alemán, japonés y ruso; pero sus esfuerzos son vanos.

(1) Sobre este particular, véase cap. III.

El Congreso se muestra sensible a esta conducta del elector; contribuye, sin embargo, a reforzar el sentimiento aislacionista con sus iniciativas y con las controversias que provocan.

Los más resueltos defensores de la política exterior seguida desde 1920, invocan el recuerdo de 1917: la intervención de los Estados Unidos en la primera guerra mundial—dicen—fue preparada por la influencia, no solo de la propaganda de los estados beligerantes, sino también por la que los fabricantes de material de guerra y los grandes banqueros ejercían sobre la Prensa americana (1). La creación de una Comisión senatorial, encargada de hacer una investigación a este respecto, tiene por objeto reunir argumentos en apoyo de la tesis "aislacionista". Los siete volúmenes del informe redactado en 1935 por el senador Nye, presidente de la Comisión, se consagran a demostrar la influencia ejercida por algunos grupos de intereses económicos y financieros en favor de la intervención. La conclusión de este informe se presenta cara al futuro: si los Estados Unidos quieren salvaguardar su neutralidad en un nuevo conflicto europeo, deberán evitar que se renueven unas condiciones análogas a las de 1917, y practicar, esta vez, una neutralidad *real*; por consiguiente, no deberán proporcionar a los países en guerra armamentos, ni créditos bancarios, y no han de permitir que ciudadanos americanos viajen a bordo de navíos que lleven la bandera de esos Estados.

Estas recomendaciones inspiran la votación de las "leyes de neutralidad" que, el 31 de agosto de 1935, y luego el 29 de febrero de 1936 y el 1 de marzo de 1937, establecen medidas encaminadas a restringir, en caso de guerra, el comercio entre los Estados Unidos y los países beligerantes: prohibición absoluta de vender material de guerra; prohibición—si el Presidente lo estima necesario—de venderles cualquiera otra clase de mercancías, excepto si el comprador paga al contado y asegura el transporte marítimo. Así, la neutralidad de los Estados Unidos no se verá comprometida por la apertura de créditos bancarios o por dificultades relativas a la libertad de los mares. Esta legislación es peligrosa para los intereses de Gran Bretaña y Francia, que no pueden pensar en una guerra larga sin hacer uso de los recursos de la industria y de la agricultura norteamericanas; no perjudica en nada la posición de Alemania que, en caso de conflicto europeo, tendría que sufrir el bloqueo anglofrancés y se encontraría, con toda seguridad, sin poder tener acceso a los suministros americanos. He aquí, por tanto, un estímulo facilitado inconscientemente a la política hitleriana.

El presidente, por su modo de pensar y por temperamento se sienten inclinado a aportar un interés activo a los grandes problemas de la política mundial; desea asociar los Estados Unidos a la Organización de seguridad colectiva. Autoritario, extremadamente dispuesto a ejercer ampliamente sus prerrogativas constitucionales, no vacilaría en hacer

(1) Sobre estos litigios anteriores, véase cap. III, parágrafo II de la parte precedente.

prevalecer sus puntos de vista, si advirtiera un momento favorable. ¿Pero cómo podría realizar una acción política duradera, sin el apoyo de la opinión pública y sin el consentimiento del Congreso? Por otra parte, durante los tres primeros años de su presidencia está completamente absorbido por la política económica interior y por la enconada resistencia que encuentra en este terreno; tampoco tiene, apenas, la oportunidad de trazar un plan de acción exterior, cuyas líneas generales posiblemente estarían muy en desacuerdo con las necesidades del *New Deal*: el problema económico americano—señala un observador político—parecía "irreconciliable con el espíritu internacional". Incluso después de 1935 el presidente vacila en oponerse a la mayoría del Congreso. Aunque lamenta la *rigidez* excesiva de las medidas dictadas por las leyes de neutralidad, no expresa su desaprobación; y si bien es partidario de la seguridad colectiva, en agosto de 1936 cree oportuno declarar que los Estados Unidos deben eludir todo compromiso político cuya ejecución pudiera arrastrarles a conflictos exteriores. Tampoco considera, cuando la potencia financiera de los Estados Unidos está ya casi restaurada, la posibilidad de facilitar a Gran Bretaña, a Francia o a China los medios para desarrollar, en 1936, sus programas de rearme. Hasta finales de 1937 no se decide a tomar partido con mayor claridad; y todavía, entonces, su iniciativa será casi inoperante (1). Entre 1933 y 1938, los Estados Unidos no realizan en ningún momento, en las relaciones internacionales, el papel que debiera reservarles su primacía económica.

Entre 1920 y 1930, el Gobierno soviético había llevado a cabo una política exterior muy activa en Asia, donde había fracasado en la parte esencial, es decir, en la cuestión china.

En Europa, se había mostrado prudente, ya que, para hacer frente a sus dificultades económicas, había tenido necesidad de no aislarse por completo de los países capitalistas; y porque nunca había dejado de temer una coalición entre Alemania y las potencias occidentales; pero no había tratado de participar en la organización de la seguridad colectiva. Entre 1930 y 1933 se encuentra en presencia de dos nuevos hechos que pueden inducirle a revisar las líneas generales de esta política. La expansión japonesa (2), que se afirma a partir del otoño de 1931, amenaza la influencia económica ejercida en Manchuria del Norte por la compañía de ferrocarriles del Este chino, así como la influencia política establecida desde 1924 en la Mongolia exterior y tal vez, incluso, la seguridad de la provincia Marítima. El peligro alemán, que había desaparecido durante la república de Weimar, reaparece de nuevo con la llegada al poder de Hitler, cuyo programa pone en primer plano la lucha contra el comunismo y la conquista del espacio vital; bien es ver-

(1) Véase más adelante, cap. V.

(2) Véase más adelante, cap. II.

dad, que, a juzgar por la actitud de la Prensa rusa, el Gobierno soviético no se da cuenta, al pronto, de este peligro: durante algunas semanas cree que la victoria nacionalsocialista no será sino un intermedio, y que el régimen hitleriano se verá abatido, rápidamente, por un *movimiento revolucionario proletario*. Pero cuando Hitler obtiene plenos poderes e inaugura—con el proceso de los “incendiarios del Reichstag”—las medidas de violencia contra los comunistas alemanes, se borran las ilusiones. El Gobierno soviético empieza a medir la necesidad de oponer una barrera al nacional-socialismo, no solamente porque no se encuentra en condiciones de hacer la guerra, sino también porque teme que Alemania ofrezca a Polonia, a cambio del abandono del “pasillo”, la perspectiva de una extensión territorial hacia Ucrania. Estas dos amenazas, japonesa y alemana, pueden asociarse. ¿No aprovecharía Alemania una guerra ruso-japonesa para atacar a la U. R. S. S.?

La política exterior del gobierno debe, por tanto, para mantener en sus límites a la Alemania hitleriana, a partir de ahora, adherirse a los principios de la seguridad colectiva y establecer contactos diplomáticos con los Estados expuestos a la misma amenaza. Tal es la tesis que desarrolla el ministro de Asuntos Exteriores, Litvinov, ante el Comité Central Ejecutivo, el 29 de diciembre de 1933. Estas apreciaciones son rechazadas, sin embargo, según parece, por ciertos componentes del Bureau Político y por el general Tukhachevski, ministro adjunto de Defensa Nacional, que desconfían de Gran Bretaña y de Francia y que querrían tratar de “apaciguar” a la Alemania hitleriana. Las consideraciones de estos refractarios despiertan el interés del embajador alemán en Moscú, Nadolny, que piensa en la conclusión de un tratado de amistad, basado en una garantía recíproca de la integridad territorial; pero este proyecto no encuentra ningún eco en Berlín, donde Hitler le declara a Nadolny que no quiere “tener nada que ver” con la U. R. S. S. Por consiguiente, solo la línea de conducta marcada por Litvinov, responde, en 1934-35, a las necesidades del momento. ¿Cuáles son los rasgos más sobresalientes de esta nueva política?

Plan de rearme, cuyos principios son indicados por el mariscal Vorochilov al XVII Congreso del Partido, el 30 de enero de 1934: aumento de los efectivos, que alcanzarán, en tres años, 380 000 hombres; medidas encaminadas a mejorar la calidad de los mandos y a restablecer su autoridad.

Acción diplomática, que jalona el tratado de no agresión con Italia, el 2 de septiembre de 1933, la reanudación de las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, el 16 de noviembre; y luego, el 18 de septiembre de 1934, la entrada en la Sociedad de Naciones, donde la U. R. S. S. obtiene un lugar en el Consejo; finalmente, el 2 de mayo de 1935, el pacto franco-soviético.

Revisión de los métodos de la Internacional Comunista: mientras que en 1932-33 el Congreso de la *Komintern* había mantenido—incluso en Alemania—unas consignas, según las cuales los partidos comunistas

debían combatir a los socialistas, este Congreso, en agosto de 1935, autoriza una cooperación entre comunistas, socialistas e incluso “burgueses demócratas”, contra las *amenazas fascistas*; es la táctica del Frente Popular.

Por último, e indudablemente no es el aspecto menos importante, una acción de propaganda interior, cuya característica más típica es, sin lugar a dudas, el cambio de orientación que se lleva a efecto en la enseñanza de la Historia. Desde 1919, esta enseñanza se había desarrollado según las líneas generales trazadas por Pokrovsky; hacía hincapié en el origen de las guerras de los siglos XIX y XX, en una explicación económica exclusivista, que atribuía al régimen capitalista la responsabilidad de las rivalidades políticas, esforzándose por negar toda relación de continuidad entre los intereses nacionales y la Rusia socialista; a partir de 1933-34 estos temas son grandemente modificados: la historiografía distingue entre guerras *justas* y guerras *injustas*; insiste sobre los acontecimientos que, desde Pedro el Grande a la guerra de 1812, muestran el vigor del patriotismo ruso; quiere proporcionar a la juventud un *sentido cívico*; y glorifica el papel de los personajes históricos. Preocupación por despertar la conciencia nacional; pero también por mostrar cuál ha sido, en el pasado, el papel  *europeo de Rusia*: así se prepara a la opinión pública para comprender los nuevos deberes de la política exterior.

Sin embargo, hasta el momento en que—en otoño de 1936—Hitler inicia contra la U. R. S. S. una *guerra de nervios*, las relaciones germano-soviéticas siguen aparentemente correctas; e incluso son bastante activas en el terreno económico, sin alcanzar, empero, el nivel anterior de 1933. Pero la Embajada alemana en Moscú ya no tiene ninguna actividad política.

#### BIBLIOGRAFIA

##### Sobre las condiciones económicas.—

En general: J. K. GALBRAITH: *The great Crash*, 1929, Londres, 1955.—B. NOGARO: *La crise économique dans le monde et en France*, París, 1936.—C. GIGNOUX: *La Crise du capitalisme au XX<sup>e</sup> siècle*, París, 1942.—G. PIROU: *La Crise du capitalisme*, París, 1939.—H. W. ARNDT: *The Economic Lessons of the nineteen Thirties*, Londres, 1944. J. P. NICHOLS: *Roosevelt's monetary diplomacy in 1933*, en *Am. hist. review*, enero 1951, págs. 296-317.—G. PEEL: *The World Economic Conference. The Result*, en *Contemp. Review*, agosto 1933, págs. 129-137.—T. E. GREGORY: *After the World Economic Conference. What?*, en *Polit. Quarterly*, enero 1934, páginas 30-37.

Véase también: C. BETTELHEIM: *L'Economie allemande sous le nazisme*, París, 1946.—F. PERROUX: *Autarcie et expansion*, París, 1940.—C. W. GUILLEBAUD: *The Economic Recovery of Germany from 1933 to march 1938*, Londres, 1939.—P. MAQUENNE: *L'Hérisie économique allemande, cause de la guerre*, París, 1940.—G. C. ALLEN (y otros): *The industrialization of Japan and Manchoukouo, 1930-1940*, Nueva York, 1940. Sv. HELANDER: *Das Antorkieproblem in der Weltwirtschaft*, Berlín, 1955.—O. LONG: *Les Etats Unis, et le Gracide-Bretagne devant le "II Reich. Un aspect du conflit des politiques commerciales*, Ginebra, 1943.

**Sobre las fuerzas espirituales.**—

NICOLAS BERDIAEFF: *Destin de l'homme*, 1930.—GUGLIELMO FERRERO: *La Disparition du système monarchique et l'esprit international*, enero 1929, páginas 16-26.—W. FOERSTER: *Ein General kämpft gegen den Krieg. Aus nachgelassenen Papieren des Generalstabschefs Ludwig Beck*, Munich, 1949.—KARL JASPERS: *La situation spirituelle de notre époque*, Lovaina, 5.ª ed., 1932. H. KEYSERLING: *La Révolution mondiale et la responsabilité de l'esprit*, París, 1954.—H. LASKI: *Réflexions sur la révolution de notre temps*, París, 1947.

**Sobre la política de los Estados.**—

Véanse las obras citadas en la bibliografía general de esta parte. Y, además, G. W. HALLOARTEN: *Hitler, Re-*

*ichswehr und industrie. Zur Geschichte der Jahre 1918-1935*, Francfort, 1955.—W. HOFER: *Die Diktatur Hitlers bis zum Beginn des zweiten Weltkrieges*. Berlin, 1959.—G. MEINCK: *Hitler und die deutsche Aufrüstung, 1933-1937*, Wiesbaden, 1959.—Acercas de Francia: *Indecline of the Third Republic*, Londres, 1959 (recopilación de ensayos).

**Sobre las fuerzas demográficas.**—

W. S. THOMPSON: *Danger Spots in World Population*, Nueva York, 1929.—F. CHALMERS WRIGHT: *A Sirvey of international opinion on Claims for Relief from Population Pressure*, París, 1939 (Publicación del Instituto internacional de Cooperación intelectual).—P. RENOUVIN: *Demographie et relations internationales*, en *Population*, octubre, 1960.

## CAPITULO II

## LOS FRACASOS DE LA SEGURIDAD COLECTIVA

A partir del otoño de 1931, los Estados "pobres" empiezan a quebrantar el *Statu quo* y a realizar un movimiento de expansión territorial. El Extremo Oriente es el primer teatro de este despertar: la iniciativa japonesa en Manchuria se ejerce a costa de China; compromete los principios de la seguridad social y asesta un golpe muy sensible a la autoridad de la Sociedad de las Naciones. Dos años después, el Gobierno italiano escoge un terreno de expansión—el imperio abisino—en el que, al mismo tiempo, puede ganar ventajas económicas y borrar el recuerdo de la derrota sufrida en 1896; Etiopía, como China, es miembro de la Sociedad de las Naciones: los planes de expansión italiana tropiezan, por tanto, con el mismo obstáculo de principio que la expansión japonesa. Por último, la Alemania hitleriana empieza a poner en práctica el programa trazado en *Mein Kampf*; sin embargo, durante dos años todavía, no quiere chocar de frente con los obstáculos; pero en marzo de 1935 se decide a anunciar el restablecimiento de un gran ejército, reclutado mediante el servicio militar obligatorio, haciendo caso omiso de las cláusulas del Tratado de Versalles; la Sociedad de Naciones ve comprometida su autoridad una vez más.

Así, pues, estas amenazas quebrantan los principios de la Seguridad colectiva. No obstante, las reacciones del Consejo de la Sociedad de Naciones son mediocres o débiles, y la incapacidad que manifiesta ante la agresión abre a los Estados "proletarios" unas perspectivas favorables. Pero estas debilidades no deben imputarse solamente al mecanismo de la seguridad colectiva o a las lagunas del pacto. La causa profunda es el comportamiento de las dos grandes potencias cuya influencia domina en el seno del Consejo: la política de Francia y la de Gran Bretaña, sus desconfianzas mutuas o sus divergencias de criterio; esto explica la carencia del sistema.

## I. LAS INICIATIVAS JAPONESAS

En septiembre de 1931, la expansión japonesa toma un nuevo impulso cuando la crisis económica asesta un golpe decisivo a la política pacifista del barón Shidehara; y la adquisición de territorios en el continente parece ser la *tabla de salvación* (1).

Aunque la documentación japonesa sea todavía inaccesible, el des-

(1) Véanse págs. 963 a 965.

arrollo de esta política es bastante fácil de seguir, merced al informe de la comisión de investigación nombrada por la Sociedad de Naciones, cuyos componentes recogieron sobre el terreno, testimonios y documentos.

En la noche del 18 de septiembre de 1931, una bomba china produce algunos desperfectos insignificantes en el ferrocarril meridional de Manchuria, colocado bajo la administración japonesa. El Estado Mayor del cuerpo de ocupación japonés, establecido en la *zona del ferrocarril*, y la Compañía de este, que es la instigadora y el agente de la política nipona en Manchuria, aprovechan la oportunidad de este atentado para iniciar—sin esperar siquiera las instrucciones del Gobierno—una acción militar, cuyo primer objetivo es la ocupación de Mukden; esta ocupación se extiende, en pocas semanas, a toda la Manchuria.

El Gobierno japonés, que ha sido desbordado, respalda desde el primer momento las iniciativas tomadas sobre el terreno. Declara que la intervención militar tiene por objeto, únicamente, proteger la seguridad y los bienes de los súbditos japoneses establecidos en Manchuria; y que cesará tan pronto como este fin se haya conseguido; sugiere que las garantías necesarias sean establecidas mediante una negociación chino-japonesa, en la que, evidentemente, espera hacerse reconocer una situación de privilegio, no ya solo en la *zona del ferrocarril* meridional manchuriano, sino en todo el territorio de las tres provincias manchúes. La diplomacia china se limita a rechazar toda negociación, en tanto se prolongue la ocupación japonesa; a declarar el boicot de los productos japoneses en los puertos chinos, y a hacer un llamamiento a la Sociedad de Naciones, protectora de los países miembros. La contestación nipona, en enero de 1932, es un desembarco de tropas en Shanghai, tomando como pretexto un incidente producido como consecuencia del *boicot*. Sin embargo, después de tres meses de combate, el gobierno japonés acepta una mediación inglesa; y retira este cuerpo de desembarco. Por consiguiente, la intervención queda limitada, por el momento, a Manchuria.

Reunida, bajo la égida de los agentes japoneses, una asamblea de 700 *representantes* de las poblaciones, proclama el 1.º de marzo de 1932 la independencia de Manchuria con respecto a China, y entrega el poder al príncipe Pu-Yi, que a los tres años había ostentado el título de Emperador, y que fue destronado en 1912. El Gobierno japonés reconoce al nuevo Estado de Manchukúo; declara—el 15 de septiembre de 1932—garantizar su territorio, y obtiene, como contrapartida, el derecho a mantener en él guarniciones: En resumen, un *quasi* protectorado. Seis meses después, las tropas del Manchukúo, encuadradas y mandadas por oficiales japoneses, extiende la ocupación a la provincia de Jehol y se encuentra, por tanto, en las proximidades de la gran muralla de China.

El gobierno nacional chino se considera incapaz de responder con las armas a este *escamoteo* de las provincias exteriores del Imperio. No

cuenta con un ejército formal, ni con recursos financieros; y aunque, en principio, haya restablecido la *unidad política del Estado*, todavía no posee sino una autoridad precaria en algunas provincias, en las que continúa una guerra civil esporádica. Que se vea obligado a sufrir la voluntad de su adversario no tiene nada de sorprendente. En esta cuestión de Manchuria, lo que ha de llamar la atención es la postura de la Sociedad de Naciones.

A finales de septiembre de 1931, el llamamiento dirigido por el Gobierno chino provocó en Ginebra un momento de euforia: los círculos dirigentes de la Sociedad creyeron encontrar en él una ocasión favorable para hacer triunfar los principios de la *seguridad colectiva* y consolidar el prestigio de la institución internacional. Su decepción fue rápida. Seguir el comportamiento del Consejo y de la Asamblea no es aquí una preocupación vana: este asunto marca una fecha en la historia de la *quiebra de la paz*.

El Consejo, en sus resoluciones del 30 de septiembre y del 22 de octubre de 1931, hace primero un llamamiento a la buena voluntad del Japón, pidiéndole que retire sus tropas, en el entendimiento de que después de esta retirada el gobierno chino—bajo el control de observadores neutrales—tomará las medidas necesarias para garantizar la seguridad de los súbditos nipones. El gobierno japonés rechaza la evacuación, en tanto que China no haya reconocido a los japoneses el derecho a construir nuevos ferrocarriles en Manchuria y a explotar tierras en régimen de colonización.

Por consiguiente, la ampliación de los privilegios nipones en Manchuria, causa de litigios durante los diez años precedentes, viene otra vez a primer plano (1). En ese momento, la política nipona no anuncia todavía el propósito de *separar del Estado chino* las provincias manchúes.

Aceptando examinar la cuestión de los derechos japoneses en Manchuria, sin exigir la previa evacuación, el Consejo muestra, en definitiva, su deseo de preparar una solución adecuada para confirmar la parte de influencia que poseen en esta región los negociantes y los colonos nipones. Admite, implícitamente, el punto de vista japonés, según el cual las operaciones militares en curso no son actos de hostilidad, sino simples medidas de policía; por consiguiente, no se trata de *agresión*. Son otras tantas precauciones para no herir la susceptibilidad del Gobierno de Tokio.

Ahora bien: mientras la comisión investigadora, nombrada por el Consejo y presidida por Lord Lytton, procede a lentas investigaciones, con riguroso método, la política japonesa sitúa a la Sociedad de Naciones ante un hecho consumado: la fundación del estado del Manchukúo y *quasi* protectorado. El informe de lord Lytton establece que la de-

(1) Véase pág. 961.

claración de independencia preparada por los agentes del Estado Mayor nipón no corresponde a los deseos de las poblaciones; estima, por tanto, que la Sociedad de Naciones no debe reconocer la existencia del Manchukúo. A título de solución de transición, sugiere que las provincias manchúes reciban un régimen de autonomía administrativa dentro del Estado chino y que, tanto las tropas chinas como las japonesas, abandonen la región, en la que el mantenimiento del orden será confiado a una policía manchú; en cuanto a los derechos respectivos de chinos y japoneses—ya se trate del material ferroviario o de la colonización agrícola—han de ser determinados por un acuerdo chino-japonés.

Es decir, que estas conclusiones de la comisión investigadora no proponían el restablecimiento en Manchuria del ejercicio normal de la soberanía china; parecían admitir que las quejas japonesas anteriores a 1931 eran fundadas y confirmaban expresamente el derecho de los súbditos japoneses a conservar una situación de privilegio. Pero no trataban de decir cuáles eran los "intereses respectivos", dejando esto a resultados de un acuerdo chino-japonés, a todas luces muy poco realizable. ¿Y cuál podría ser la eficacia de esa policía local, en cuyo seno no dejarían de continuar indudablemente las rivalidades entre chinos y japoneses? Sin embargo, estas objeciones no tenían sino una importancia secundaria. El tema principal del informe es la condenación del hecho consumado. Este es el tema del debate que se lleva a cabo en Ginebra, en diciembre de 1932, ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones en sesión extraordinaria. La delegación china invoca las afirmaciones de la comisión investigadora para solicitar que el Gobierno de Manchukúo "estado fantasma" sea disuelto. La delegación nipona replica afirmando que la desorganización interior de China no permite llevar a cabo una negociación útil; por consiguiente, el mantenimiento de la *independencia* manchú es la única solución posible. Transcurridos tres meses, durante los cuales el Secretario general de la Sociedad de Naciones trata en vano de elaborar una fórmula de compromiso, el 24 de febrero de 1933 la Asamblea adopta lo más esencial de las conclusiones del informe Lytton: negativa a reconocer al Manchukúo y retirada de las tropas japonesas, que podrán ser mantenidas solamente en la *zona del ferrocarril* (Manchuria meridional), donde tenían derecho de guarnición desde 1905. El 27 de marzo, por un decreto imperial, el Gobierno japonés decide retirarse de la Sociedad de Naciones.

¿Cómo va a ejecutar el Consejo de la Sociedad las resoluciones adoptadas por la Asamblea? No trata de exigir la retirada de las tropas niponas; y para aplicar la decisión de no *reconocimiento* del Manchukúo se limita, en su informe del 2 de junio de 1933, a prever simples gestos simbólicos: se niega a dar por válidos los pasaportes, los sellos de correos y las monedas puestas en circulación por el gobierno del príncipe Pu-Yi. Medidas anodinas, casi irrisorias.

Por consiguiente, la Sociedad de Naciones se ha limitado a una acción platónica. Prácticamente, ha abandonado toda tentativa para imponer que sus decisiones sean respetadas; no se ha atrevido a declarar que el Japón es culpable de agresión; y no ha decretado contra él las sanciones previstas por el artículo 16 del Pacto; o, más bien, no ha pronunciado la condena, para evitar tener que dictar las sanciones. La confesión de impotencia es total, y el sistema de seguridad colectiva ha sufrido un golpe casi irremediable.

La principal responsabilidad de esta carencia parece recaer sobre la política inglesa, puesto que, de todos los Estados miembros del Consejo de la Sociedad, Gran Bretaña—mezclada hace más de un siglo en los asuntos del Extremo Oriente, en el que ha mantenido casi constantemente un lugar preponderante—era, sin duda, la potencia más indicada para marcar una línea de conducta y tomar iniciativas. Ahora bien: el Gobierno británico (se trata del Gabinete de *coalición nacional*, que, formado en el transcurso de la crisis monetaria, está dominado por el partido conservador) se ha mostrado indeciso y timorato. Bien es verdad que la opinión pública no le impulsaba a la acción: los medios financieros no concedían gran importancia a Manchuria, donde los intereses ingleses eran débiles; los miembros del parlamento conservaban un recuerdo bastante vivo del movimiento xenófobo chino (1). de 1925-27 para sentirse inclinados a preferir la China nacionalista al Japón imperialista. Pero el Gabinete ha obedecido sobre todo a unos argumentos de oportunidad o incluso de necesidad. ¿Adoptar sanciones económicas y financieras contra el Japón? Estas sanciones serían inoperantes, salvo en el caso de que los Estados Unidos aceptaran colaborar en ellas. Si resultaban eficaces podrían dar lugar a provocar una réplica japonesa que condujera a un conflicto armado. En tal caso, ¿cómo proteger los grandes centros de la actividad comercial inglesa en el Extremo Oriente—la colonia de Hong-Kong y la concesión internacional de Shanghai—, muy vulnerables? El Almirantazgo inglés no podría concentrar en Extremo Oriente fuerzas navales suficientes para mantener distanciadas a las escuadras japonesas. Tampoco en este caso era posible la iniciativa inglesa sin el apoyo norteamericano. Por consiguiente, el Gobierno británico vuelve sus ojos hacia Washington.

Los Estados Unidos no forman parte de la Sociedad de Naciones, pero tienen grandes intereses financieros y económicos en el Extremo Oriente; y ya, diez años antes, consiguieron parar en seco la expansión japonesa. ¿Están dispuestos a hacerlo de nuevo? Tal es la cuestión primordial. No es fácil responder clara y terminantemente a esta pregunta, ya que en este período—en el que después de las elecciones presidenciales la administración demócrata sustituye a la republicana—

(1) Véanse págs. 897 y sigs.



la política exterior norteamericana se muestra particularmente sensible a la influencia de la política interior.

La tendencia "activa" corresponde al Secretario de Estado, Stimson, pacífico, pero un tanto doctrinario. Siguiendo sus consejos, el gobierno republicano de los Estados Unidos accede a hacerse representar en el Consejo de la Sociedad de Naciones, en el mes de octubre de 1931, durante las deliberaciones relativas a la cuestión de Manchuria. Esta colaboración con una institución de la que los Estados Unidos se han negado a formar parte, aunque sea de carácter esporádico, está en abierta contradicción con la política *aislacionista* del partido republicano; por consiguiente, es criticada con mucha dureza por gran parte de la Prensa. Stimson se ve abligado a retroceder, y tiene que ordenar a su delegado en Ginebra que deje de asistir a las reuniones del Consejo. No obstante, el 7 de enero de 1932 toma otra iniciativa: los Estados Unidos declaran que se negarán a reconocer no ya cualquier situación provocada por un hecho consumado, sino incluso cualquier acuerdo que afecte a la integridad del territorio chino o al principio de *puerta abierta*, si la firma de este acuerdo se hace a la fuerza. Esta declaración de "no reconocimiento" se inspira en el procedimiento adoptado por los Estados Unidos en 1915, cuando la política nipona trataba de imponer al Gobierno chino las "veintiuna peticiones" (1); deja entrever que los Bancos americanos obstaculizarán la *revalorización de Manchuria*, negándose a efectuar inversiones en ella, y da a entender que el gobierno de Washington aprovechará la primera oportunidad favorable para forzar a la expansión japonesa a una nueva "parada en seco".

¿Estas amenazas a largo plazo pueden inducir al Japón a que cese en su empeño? La fundación del Estado del Manchukúo demuestra que la política nipona no se deja intimidar. Por consiguiente, el problema radica en saber si los Estados Unidos piensan en aplicar sanciones al Japón, o participar en las que pudiera decidir la Sociedad de Naciones. ¿Sanciones militares o navales? Nadie piensa en ello. ¿Económicas? Esta es la opinión de ciertos grupos intelectuales, especialmente el de los universitarios de Harvard; pero, con muy pocas excepciones, la Prensa norteamericana descarta esa eventualidad: los círculos financieros, gravemente afectados por la crisis económica, no quieren privarse del cliente japonés, que, a pesar de sus dificultades, continúa comprando petróleo y maquinaria a los Estados Unidos; los medios políticos temen que, al recurrirse a las sanciones económicas, se provoque una réplica japonesa que lleve a la guerra.

El presidente Hoover estima, por tanto, que no es necesario ir más allá de las *sanciones morales*, cuya expresión más destacada es la declaración de "no reconocimiento". Y Franklin Roosevelt, cuando llega a la presidencia en marzo de 1933, se limita, por su parte, a aprobar la

(1) Véase parágrafo II. cap. II de la parte precedente.

*declaración Stimson*: en este aspecto, la Administración demócrata sigue el camino señalado por la republicana, porque comprende que esta prudencia responde a los deseos de la mayor parte de la gente.

¿Han sido estas reticencias norteamericanas la causa de las inglesas? Por lo que respecta al primer período de la guerra de Manchuria, no cabe duda de que no. El Gabinete inglés hubiera podido adherirse, en enero de 1932, a la declaración americana; no lo ha hecho cuando esta adhesión parecía natural y necesaria. Hasta después del desembarco de los japoneses en Shanghai—amenaza directa para los intereses económicos británicos—no hace adoptar al Consejo de la Sociedad de Naciones una resolución simétrica. Este retraso de dos meses ha atenuado considerablemente el alcance de la decisión. Bien es verdad que un año después, al tratar la diplomacia inglesa de conocer en qué medida estarían dispuestos los Estados Unidos a participar en las sanciones, tropieza con una negativa; ahora bien: esta gestión, ¿no estaba encaminada más bien a proporcionar un pretexto para la pasividad británica?

Había quedado demostrado que la Sociedad de Naciones se sentía incapaz de ejercer una acción coercitiva cuando se enfrentaba con un acto de fuerza cometido por una gran potencia.

## II. LAS INICIATIVAS ITALIANAS EN AFRICA ORIENTAL

Desde el otoño de 1923 el gobierno fascista había empezado a despertar la actividad colonial italiana en Africa Oriental. La obra de reorganización administrativa había ido acompañada de las medidas adecuadas, no solo para asegurar la ocupación, sino también para preparar la expansión: En Somalia, los sultanatos indígenas que hasta entonces no habían estado sometidos realmente a la dominación italiana habían recibido guarniciones, al tiempo que Italia obtenía de Gran Bretaña una importante rectificación de fronteras: la cesión del Djubaland; en Eritrea se había abierto una carretera, destinada al tráfico automovilístico desde el puerto de Assab a la frontera etíope. La "razón de ser" de estas dos colonias era la expansión, económica o política, hacia el país fronterero—Etiopía—, que podría proporcionar materias primas a la economía italiana y una salida a la emigración. A estas ventajas inmediatas podía añadirse otra, *de alcance mundial*: Si Italia podía adquirir preponderancia en Africa Oriental obtendría, al mismo tiempo, una posición sólida en el flanco de una de las grandes rutas marítimas del globo. No hay que dudar que esta perspectiva fue tenida en cuenta por el gobierno fascista, si se piensa en la acción llevada a cabo por la diplomacia en el mar Rojo: el tratado de amistad firmado, en septiembre de 1926, con el rey del Yemen preveía que Italia proporcionaría a dicho estado árabe el personal técnico y el material necesarios para su revalorización.

Para dar a su acción una base jurídica, el gobierno italiano invoca el acuerdo del 13 de diciembre de 1906, establecido entre Italia, Gran



Bretaña y Francia (1), que, sin dejar de afirmar el respeto hacia la integridad del imperio etíope, delimitaba zonas de influencia en beneficio de los tres firmantes. La influencia italiana había de extenderse al *hinterland*, de Eritrea y Somalia, comprendida la zona necesaria para establecer entre las dos colonias una "conexión territorial" al oeste de Addis-Abeba. ¿No significaba esto—decía la diplomacia italiana—una prueba de que Gran Bretaña y Francia habían reconocido a Italia, desde aquel entonces, un *interés predominante*? Mediante un acuerdo concluido con Gran Bretaña en diciembre de 1925, el gobierno italiano había anunciado su intención de construir un ferrocarril en su zona de influencia y de establecer en ella una preponderancia exclusiva; había omitido pedir el asentimiento de Francia; pero había obtenido el de Gran Bretaña, autorizándola—como compensación—a construir una presa en el lago Tana, regulador del Nilo Azul, que se encontraba en la zona de influencia italiana. A partir de este momento, pues, los propósitos italianos de penetración económica en Etiopía quedaban claramente establecidos.

¿Cómo y por qué la diplomacia italiana se dispone a preparar una dominación política? El principal motivo es la resistencia etíope a los proyectos económicos italianos: el Negus no se presta a dar la concesión del ferrocarril prevista en el acuerdo anglo-italiano; por un tratado de comercio, firmado en el 1930, favorece la importación de mercancías japonesas, competidoras de los productos industriales italianos; desestima las ofertas de capitalés italianos y da preferencia a las ofertas americanas. Los círculos financieros italianos se quejan de tropezar con un espíritu de hostilidad en el gobierno etíope, que, por su parte, declara tener un derecho absoluto "para ser el único juez de los intereses de Etiopía", y que, por tanto, quiere conservar su plena libertad para valorar las ofertas que le hacen, en materia económica, los Estados extranjeros. ¿No preparan las zonas de influencia económica la infiltración de la influencia política? Este es el conflicto latente que la política italiana trata de solucionar por la fuerza, a partir de 1932. El ministro de Colonias, general De Bono, después de un viaje de estudios, establece un plan de operaciones militares; y hace comenzar en Eritrea los trabajos de instalación—muelles de desembarco, carreteras y ferrocarriles—precisos para abastecer a un cuerpo expedicionario de 120 000 hombres. En el otoño de 1933, Mussolini, sin querer fijar todavía la forma precisa de estas operaciones militares, que deberá adaptarse a la situación internacional, está decidido (así se lo dice a De Bono) a solucionar la cuestión de Etiopía en un plazo de tres años como máximo.

Pero el imperio etíope es miembro de la Sociedad de Naciones, en la que ha sido admitido en septiembre de 1923. Por consiguiente, ha adquirido el derecho de protección que el artículo 10 del Pacto conce-

(1) Véase pág. 492.

de a todos los miembros de la Sociedad. A decir verdad, esta admisión dio lugar a algunas objeciones en la sesión de la Comisión: ¿Ejercía el gobierno del Negus una autoridad real sobre todo el territorio del Estado? ¿Y no admitía, si no la esclavitud, una forma de servidumbre que se le parecía mucho? Pero, al final, bastó con que el representante de Etiopía se comprometiera a hacer respetar los principios adoptados por los demás países en materia de esclavitud para triunfar de estas objeciones. El voto de la Asamblea fue unánime; es decir, que el delegado de Italia dio también su asentimiento. En 1926, el gobierno del Negus había aprovechado la circunstancia de pertenecer a la Sociedad de Naciones para declarar que el acuerdo angloitaliano "constituía una amenaza para la integridad territorial y la independencia de Etiopía" e invocar el artículo 10 del Pacto. Cuando, a finales de noviembre de 1934, en los confines de la Somalia italiana y de Etiopía, la pequeña guarnición indígena del puesto italiano de Ual-Ual cambia algunos disparos con una tropa etíope que discute a los italianos el derecho de ocupación en aquella zona, el gobierno fascista aprovecha la oportunidad para exigir disculpas e indemnizaciones; el gobierno etíope propone un arbitraje, que tendrá por objeto determinar a quién pertenece Ual-Ual; y el 14 de diciembre recurre a la Sociedad de Naciones, cuya competencia se apresura a recusar el gobierno italiano. A principios de enero de 1935 Mussolini anuncia que, "si el incidente no se soluciona a entera satisfacción de Italia", el curso de los acontecimientos será determinado *exclusivamente* según el criterio italiano, es decir, sin tener en cuenta las recomendaciones o soluciones de la Sociedad de Naciones. Este apresuramiento del gobierno fascista en explotar un incidente insignificante no adquiere toda su significación sino considerando los objetivos de su política en África Oriental, tal como fueron fijados ya dos años atrás. Por tanto, sería superfluo examinar los argumentos jurídicos que sirven de tapadera a la acción diplomática.

Pero lo que importa es el alcance del empeño en las relaciones entre las grandes potencias europeas. La política italiana choca con los intereses de Francia y, sobre todo, con los de Gran Bretaña.

Los intereses franceses son más bien económicos que estratégicos. Es indudable que la dominación de los italianos en el imperio etíope bastaría para anular, o poco menos, el papel de la base naval establecida en Djibuti; pero esa base había sido hasta entonces muy poco apreciada por la política naval francesa. Por el contrario, la penetración económica era facilitada por la existencia del ferrocarril de Djibuti a Addis Abeba, empresa francesa.

Los intereses británicos son esenciales. Lo primero que está en juego es la prosperidad de la agricultura egipcia: el ritmo de las crecidas en el Bajo Egipto depende, parcialmente, del régimen del Nilo Azul, cuyas fuentes se encuentran en territorio etíope. ¿No podrá modificar este régimen el gobierno italiano, si se convierte en el dueño de Etiopía? Por consiguiente, el lago Tana es en esta ocasión el punto cen-

tral de las preocupaciones inglesas, según el informe de la comisión de técnicos presidida por Sir John Maffey. En cuanto a la perspectiva de que Italia tome posiciones en el flanco de la gran ruta naval del mar Rojo, resulta menos inquietante mientras el canal de Suez permanezca bajo el control inglés.

Ahora bien: la política francesa, a partir de la tentativa hitleriana en Austria (1) siente la necesidad de una colaboración con Italia en Europa Central. Es una perspectiva a la que la Prensa italiana alude, con frecuencia, después del asesinato del Canciller Dollfuss; pero esta misma Prensa ha subrayado también que la *principal necesidad histórica* de Italia es la expansión económica. El gobierno francés, aunque advertido de los propósitos italianos, busca el diálogo. Obtener la conformidad—tácita o expresa—de Francia al asunto etíope, a cambio de la protección que prestaría Italia al *Statu quo* danubiano, es la eventualidad en que piensa la diplomacia fascista en el otoño de 1934. Gran Bretaña, que no concede sino un interés relativo a la independencia de Austria, no tiene las mismas razones para contemporizar con Italia; luego, por este lado, se puede encontrar obstáculo. Pero los medios de acción ingleses son débiles: el ejército ha sido muy descuidado, desde 1919; el tonelaje global de la Marina de guerra ha disminuido, en un 40 por 100, desde 1914; las fuerzas aéreas son muy inferiores a las de Italia. Este período de *parálisis de las fuerzas armadas* será, evidentemente, solo transitorio. Así, pues, el interés italiano estriba en actuar antes del rearme inglés.

Tales son, a todas luces, las circunstancias generales que han llevado al gobierno fascista a considerar oportuna la explotación política del incidente Ual-Ual; no obstante, en el estado actual de la documentación, esta interpretación no pasa de ser una hipótesis.

### III. LAS INICIATIVAS ALEMANAS

La política exterior de la Alemania nacional-socialista no debe ser aislada de los esfuerzos que le prepararon el camino. En 1931-32 los sucesivos gobiernos alemanes—fueran o no de esencia parlamentaria—habían realizado en tres direcciones una acción diplomática, orientada, en gran manera, no solo por las condiciones económicas, sino también por las preocupaciones de la política interior. Amenazados por los progresos del movimiento nacional-socialista, estos gobiernos habían tratado de conseguir un éxito exterior, que nudiera satisfacer al cuerpo electoral y atraer hacia el régimen republicano a una parte de aquellos cuyos votos iban a la extrema derecha; también habían tenido muy en cuenta las peticiones del Estado Mayor, tanto más, cuanto que necesitaban el apoyo del ejército para resistir a un posible golpe de fuerza de los partidos extremos.

(1) Véase más adelante, pág. 991.

Para apreciar el alcance de las iniciativas hitlerianas, es necesario recordar cuáles habían sido los resultados obtenidos, en este terreno de la política exterior, durante los últimos meses de la República de Weimar.

Con ocasión de la crisis económica, el gobierno del canciller Brüning declaró, en junio de 1931, que Alemania ya no podía hacer frente a la ejecución del plan de pagos de las Reparaciones—el plan Young—establecido el año anterior (1). Después de haberse beneficiado de un año *de moratoria*, ha solicitado la supresión del pago de las Reparaciones. El resultado ha sido satisfactorio y alcanzado con facilidad, puesto que en aquel momento Francia—principal beneficiaria de los pagos—se encontraba aislada. El Gobierno inglés pensaba que Alemania, si seguía pagando las reparaciones, no podría asegurar el pago de sus deudas comerciales privadas; por consiguiente, la moratoria se extendería a estas deudas privadas: esto supondría, para la vida económica del mundo, *un gran peligro*. El Gobierno de los Estados Unidos compartía, naturalmente, este criterio. Convencido de que la situación no tenía arreglo, el Gobierno francés había tratado, principalmente, de obtener la anulación correlativa de las deudas interaliadas. Ante la negativa del Congreso americano, el parlamento francés decidió, en diciembre de 1932, cesar en el pago de estas deudas; pero había ratificado los acuerdos de Lausana que, el 9 de julio de 1932, habían puesto fin a las reparaciones. Al término de este debate, que se había prolongado durante diez años, Francia tenía a su cargo el 70 por 100 de los gastos que había hecho para la recuperación de las regiones devastadas.

Es también la crisis económica lo que ha incitado al Gobierno alemán, en marzo de 1931, después de unas negociaciones llevadas a cabo con gran secreto, a redactar un proyecto de unión aduanera entre Alemania y Austria. Esta unión, de haberse efectuado, no solo hubiera asegurado a la economía alemana un papel predominante en toda la Europa Central, sino que hubiera preparado también la *anexión* política de la pequeña república austríaca al Reich alemán. “Nos toman por unos burros—escribía Eduardo Herriot—si nos creen capaces de olvidar que la unificación política de Alemania se ha realizado por el camino de la unificación aduanera” (2). La Cámara de Diputados francesa había votado, por enorme mayoría, una orden del día que condenaba *formalmente* el proyecto; y la conferencia de Estados de la Pequeña Entente había decidido una oposición absoluta. También aquí era esencial la actitud de Gran Bretaña. Ahora bien: la opinión inglesa, aun censurando el secreto de la negociación y considerándolo inoportuno, no mostraba, en absoluto, intención de oponerse a la unión aduanera. Pero el Gabinete inglés no ha querido desentenderse de la oposición

(1) Véase párrafo II. cap. IX de la parte precedente.

(2) Para cuanto se refiere al *Zollverein*, véase el libro I de este volumen.

de Francia, por temor a provocar en París una crisis ministerial y la dimisión de Aristides Briand. Es él quien sugiere llevar el asunto ante el Tribunal permanente de Justicia Internacional, que ha de decidir si la unión aduanera es o no compatible con los actos diplomáticos relativos a la independencia de Austria. Es él quien pide claramente al Gobierno alemán que renuncie a la unión aduanera; y quien tiene éxito, porque por entonces el Reichsbank necesita la ayuda del Banco de Inglaterra para superar la crisis financiera. El 3 de septiembre de 1931, Austria y Alemania anuncian el abandono del proyecto, que el Tribunal permanente ha declarado contrario a los compromisos contraídos en 1922 por el Gobierno austriaco (1), por una mayoría de solo un voto. En consecuencia, la política alemana ha sufrido, en esta ocasión, un fracaso indudable.

Pero ha obtenido un primer éxito en la cuestión del desarme. Cuando la conferencia internacional convocada en Ginebra, empieza el estudio de la orden del día—sumamente sucinta—redactada por la comisión preparatoria (2), la delegación alemana reivindica, con éxito, en diciembre de 1932, la promesa de la "igualdad de derechos, en un régimen que suponga seguridad para todas las naciones". ¿Cómo obtiene esa satisfacción de principio? El canciller von Papen ha amenazado con retirar la delegación alemana y el Gobierno francés ha cedido, porque la Gran Bretaña insistía en ello; pero también—muy posiblemente—porque teme, si mantenía su negativa, echar más leña al fuego del nacional-socialismo, y precipitar la llegada de Hitler al poder.

La fórmula adoptada por la conferencia deja, sin embargo, en pie muchas cuestiones susceptibles de litigio. El término *igualdad*, ¿significa que Alemania podrá poseer *todos* los tipos de armamento? La palabra *seguridad*, que implica, evidentemente, un control internacional de los armamentos, ¿implica, también, un sistema eficaz de sanciones, en caso de que se falte a los compromisos? Las medidas de seguridad, ¿deberán ser establecidas, o no, antes de que la igualdad sea aplicada efectivamente? En todos estos puntos, las tesis francesa y alemana son completamente opuestas.

En definitiva, estas experiencias han demostrado, una vez más, que el camino del éxito se abría para Alemania cuando Gran Bretaña estaba en desacuerdo con Francia: la política inglesa se situó, abiertamente, frente a la francesa, en 1932, en la cuestión de las reparaciones, porque estimaba necesario, en interés de la estabilidad de Europa, aliviar las cargas financieras impuestas a Alemania; se ha separado de Francia en la discusión sobre el desarme, porque el Gabinete británico había esperado que la concesión a Alemania de la *igualdad de derechos* consolidaría a las fuerzas democráticas alemanas en su lucha contra el

(1) Véase pag. 919.

(2) Véase pag. 923.

nacional-socialismo. No obstante, los esfuerzos ingleses para consolidar la República de Weimar han sido vanos. El *advenimiento* de Adolfo Hitler, cuyo alcance conseguirá, por fin, comprender, en marzo de 1933, después de largas ilusiones, el embajador inglés en Berlín, ¿establecerá la solidaridad franco-inglesa? Tal es el problema principal que se le plantea, en sus comienzos, a la política hitleriana.

La política exterior del Gobierno nacional-socialista durante los dos primeros años del régimen, se orienta por los caminos que, según *Mein Kampf*, habían de seguirse inmediatamente, antes de emprender la conquista del espacio vital: la *anexión al Reich* de los alemanes que viven fuera de sus fronteras, y la reconstitución de las fuerzas armadas. Pero el ritmo no es el mismo en uno y otro caso: rápido y brutal, cuando se trata del rearme, es un poco más lento en las restantes cuestiones. El simple espectáculo de las peripecias ya es significativo.

En mayo de 1933, el Gobierno alemán reivindica la aplicación inmediata de la *igualdad de derechos* en el terreno de los armamentos; como se tropieza con la resistencia de Francia, decidida a obtener un aplazamiento—*un periodo de ensayo* de cuatro años, en el curso del cual se establecería el control internacional—, el 14 de octubre de 1933 decide abandonar la Conferencia del Desarme y la Sociedad de Naciones. Esta actitud, aprobada por la inmensa mayoría del cuerpo electoral alemán, no prelude, por el momento, sino un rearme *clandestino*; las medidas esenciales, las que violarán abiertamente el tratado de Versalles, son aplazadas durante quince meses.

Entre tanto, viene a primer plano la cuestión de los *alemanes en el extranjero*: alemanes de Polonia; alemanes de Austria; alemanes del territorio del Sarre. En cada uno de estos casos, la política hitleriana reclama el derecho de las nacionalidades; pero, en la práctica, adopta posturas diferentes.

La cuestión de los alemanes en Polonia parecía ser, en vísperas de la llegada de Hitler al poder, la causa más probable de conflictos inmediatos en Europa (1). La aplicación del estatuto internacional de Dantzig había dado lugar, en diez años, a más de un centenar de quejas, planteadas ante el Consejo de la Sociedad de Naciones por los dantzigueses o por los polacos; en 1933, todavía quedaban en estudio 34 de estos litigios. La propaganda alemana seguía declarando intolerable la existencia del *pasillo*. Las relaciones entre las minorías alemanas y las autoridades polacas, en Posnanía y en la Alta Silesia, daban lugar a pequeños conflictos que, a voluntad de las partes, podían convertirse en graves de un momento a otro. Por tanto, la opinión pública polaca se había sentido inquieta al ver llegar al poder al autor de *Mein Kampf*. Ahora bien: es el mismo Hitler quien se dedica a apaciguar

(1) Véase parágrafo II, cap. VI del libro anterior ("Las lagunas").

## CAPITULO XIII

### LAS POLÍTICAS NACIONALES

La oposición entre los dos grupos de potencias que, en 1907, estaba solamente esbozada, se convirtió, en 1913, en un rasgo dominante de la situación política internacional. ¿Cuáles eran, en cada uno de ellos, las preocupaciones de los gobiernos? ¿Y cuál, ante aquella coyuntura internacional, la actitud de los Estados que no pertenecían a ninguno de los dos bloques?

En el seno de la *Triple Entente*, los compromisos mutuos seguían siendo desiguales: una alianza entre Francia y Rusia unida a una convención militar que, en caso de un conflicto alemán, debería entrar en funciones automáticamente, una *entente* entre Francia y Gran Bretaña que, a pesar de la cooperación establecida entre los Estados Mayores militares y navales, implicaba no un compromiso formal de intervenir con las armas, sino una simple promesa de *concierto diplomático*; entre Rusia y Gran Bretaña ningún compromiso diplomático general, sino una colaboración *de facto* que, apoyada en la preocupación común de mantenerse firmes ante Alemania, se había hecho posible después de los litigios asiáticos (en los que chocaban los intereses de los dos Estados) quedaron resueltos.

En Petersburgo como en París, los gobiernos querían obtener de Gran Bretaña compromisos precisos. ¿No sería la mejor defensa una transformación de la *Triple Entente* en alianza? “La paz del mundo —escribía el ministro ruso— solamente estaría asegurada el día en que la *Triple Entente*, cuya existencia real no está más demostrada que la de la serpiente de mar se transformara en una alianza defensiva, sin cláusulas secretas, abiertamente anunciada en todos los periódicos del mundo”. Tal día “el peligro de una hegemonía alemana sería apartado definitivamente”, pues Francia y Rusia que, por sí solas, “no estarían en situación de propinar a Alemania un golpe mortal”, podrían contar con la victoria gracias al dominio de los mares y al bloqueo. Una vez que el adversario supiera la extensión de los riesgos a los que se expondría, la guerra podría evitarse.

Pero, en cada ocasión—y esta ocasión se presentó varias veces en el curso de las dos guerras balcánicas—el gabinete inglés, a pesar de los temores que experimentaba ante el crecimiento de la marina de guerra alemana, se inhibía de las cuestiones más urgentes: al mismo tiempo que dejaba prever una participación posible en una guerra continental, se negaba a prometer nada. El gobierno británico

—declaró Grey a Sazonof, el 24 de septiembre de 1912—no podría intervenir en una guerra entre Alemania, Rusia y Francia más que en el caso de que estuviera “apoyado por la opinión pública”. Ahora bien: el estado de la opinión “dependería de la manera como se produjera la guerra”: si Francia declaraba a Alemania una guerra de desquite, Gran Bretaña permanecería apartada, pero si Alemania quería “aplastar a Francia, no puedo creer que permaneciéramos como espectadores pasivos”. El 4 de diciembre—tres semanas después del intercambio de cartas que confirmaron y ampliaron el acuerdo franco-inglés (1), el embajador de Francia escuchó, poco más o menos, el mismo lenguaje. En sus palabras, Grey tuvo cuidado de evitar toda alusión directa a Rusia: solamente la suerte de Francia era lo que le preocupaba. Sin embargo, indicó, implícitamente, que una derrota rusa le parecería tan grave como una derrota francesa: “Si Alemania dominase la política del continente, ello sería tan desagradable para nosotros como para los demás, pues nos encontraríamos aislados”. La amenaza sería tanto más grave cuanto que el Imperio alemán está convirtiéndose en una gran potencia naval.

Este temor a una hegemonía continental fue lo que obligó a Gran Bretaña a rechazar las ofertas alemanas relativas a un acuerdo mutuo de no-agresión y de neutralidad. “Aun cuando la *Entente cordial* franco-inglesa no existiera, Gran Bretaña—escribió el Primer Ministro en un informe al rey—estaría obligada, en su propio interés, a apartar todo compromiso que pudiera impedirle acudir en ayuda de Francia en el caso de que Alemania la atacase bajo un pretexto cualquiera, y se apoderase de los puertos del Paso de Calais”.

La misma preocupación llevó al gobierno inglés a hacer advertencias a Alemania. En diciembre de 1912, Grey declaró al embajador alemán que nadie podía decir qué actitud adoptaría Gran Bretaña en caso de guerra entre Alemania y Rusia. El rey Jorge no ocultó al príncipe Enrique de Prusia, hermano de Guillermo II, que “en ciertas circunstancias”, Gran Bretaña concedería una asistencia armada a Francia y a Rusia contra las potencias centrales. Pero estas amenazas seguían siendo muy imprecisas.

Si el gobierno inglés estaba convencido de que su intervención en una guerra continental sería necesaria en ciertos casos, ¿por qué se negaba a precisar estas posibilidades? Un tratado de alianza defensiva, incluso aun cuando los compromisos fuesen estrictamente limitados, respondería al deseo de Sazonof, es decir, intimidaría a Alemania. El estado de la opinión pública inglesa era, en parte, la causa de esta reserva: el *peligro alemán* reconocido por la mayoría de los miembros del gabinete, los altos funcionarios del *Foreign Office* y los Estados Mayores, no lo estaba por el gran público. Pero el gobierno tenía en cuenta también un cálculo político, claramente indi-

(1) Véase anteriormente, pág. 522.

naval anglo-alemana: juzgó necesario traer al mar del Norte una parte de sus escuadras, estacionadas en Malta y en Gibraltar, y necesitaba, por consiguiente, que la flota de guerra francesa se encargase de la protección de las rutas navales en el Mediterráneo. En la negociación anglo-francesa, que se inició en junio de 1912 y se prolongó hasta el otoño, las dos cuestiones—acuerdo naval y acuerdo político—se hallaban estrechamente unidas. El resultado se registró en el intercambio de cartas de 21 y 22 de noviembre de 1912—arreglo político—y en la convención naval de marzo de 1913.

El Gobierno concedió su aprobación al plan de cooperación establecido por los Estados Mayores, pero especificó que aquellas previsiones técnicas no constituirían un compromiso, y dejaban a cada uno de los dos gobiernos la libertad de “decidir en el porvenir si debía o no prestar al otro el apoyo de sus fuerzas armadas”; prometió solamente, si la paz se viera amenazada, concertarse con el Gobierno francés. El acuerdo, aunque estableciera una solidaridad más estrecha entre los dos estados, no daba, pues, a Francia ninguna seguridad de una intervención inglesa en caso de guerra franco-alemana.

\* \* \*

¿Dónde hay que buscar la causa de aquel endurecimiento de las posiciones diplomáticas respectivas? Ante todo, en las preocupaciones de poder, de prestigio y de seguridad, de lo cual dieron ejemplo las iniciativas de las dos potencias. Austria-Hungría llevaba en los Balcanes una política *ofensiva*, cuyo objetivo era proteger a la Doble Monarquía contra el peligro que implicaba para ella el movimiento de las nacionalidades. Alemania la apoyaba porque quería consolidar a un aliado, cuya salud era vacilante, y porque siempre trató de romper el anillo del cerco. Rusia, no bien sus fuerzas armadas estuvieron casi reorganizadas, quiso restablecer un prestigio que la crisis de 1909 había quebrantado. Francia apoyaba la política balcánica de Rusia a cambio de la promesa de una intervención más rápida del ejército ruso, en caso de guerra franco-alemana. Gran Bretaña, al mismo tiempo que se negaba a ligarse mediante compromisos formales sentía la necesidad de apoyarse más en Francia, ya que no había conseguido la limitación de aquellos armamentos navales alemanes que amenazaban su dominio de los mares base de la seguridad de las Islas Británicas y de la unión del Imperio.

### BIBLIOGRAFIA

**Sobre la crisis de Bosnia.**—Además de la obra de J. VON SZILASSY, ya citada en la pág. 478, véase: M. NINTITCH: *La Crise bosniaque de 1907-1908 et les Puissances européennes*, París, 1936, 2 vols.—B. SCHMITT: *The Annexation of Bosnia*, Cambridge, U. S. A. 1937.—W. S. VUCINICH: *Serbia between East and West: the Events of 1093-1908*, Stanford Univ. 1954.—B. MOLDEN: *Alois Graf Aehrenthal. Sechs Jahre äussere Politik Österreich-Ungarns*, Berlín, 1917.—J. ANCEL: *L'Épreuve de Force austro-allemande en 1908-1909*, en *Revue Historique*, 1928, págs. 49-67.—M. SCHULTZ: *La Politique économique d'Aehrenthal envers la Serbie*, en *Revue d'Hist. de la Guerre mondiale*, octubre 1935, páginas 325-348, y enero 1936, págs. 23-42.—W. CARLGREN: *Isvolsky und Aehrenthal vor der bosnischen Annexionskrise*, Upsala, 1955.

**Sobre la crisis de Agadir.**—A. TARDIEU: *Le Mystère d'Agadir*, París, 1912.—J. CAILLAUX: *Agadir, Ma politique extérieure*, París, 10.ª edición, 1921.—F. HARTUNG: *Die Marokkokrise des Jahres 1911*, en *Archiv für Politik und Geschichte*, 1926.—P. BARLOW: *The Agadir Crisis*, Univ. of North Carolina Press, 1940.—S. NAVA: *La Spartizione del Marocco*, Florencia, 1940.

**Sobre la guerra italo-turca.**—W. ASKEW: *Europe and Italy's Acquisition of Libya, 1911-1912*, Durham, 1942.

**Sobre las guerras balcánicas.**—C. C. HELMREICH: *The Diplomacy of the Balkan Wars*, Cambridge, U. S. A., 1938.—N. MANDELSTAM: *La Politique russe d'accès à la Méditerranée au XXe siècle*, París, 1935.—D. DROSSOS: *La fondation de l'Alliance balkanique*, Atenas, 1929.—W. LANGER: *Russia, the Straits Question and the Origin of the Balkan League, 1912*, en *Political Sc. Quarterly*, 1928, págs. 321-363.—O. BICKEL: *Russland und die Entstehung des Balkanbundes*, 1912, Königsberg, 1933.

**Sobre las consecuencias diplomáticas.**—B. SCHMITT: *Triple Entente and Triple Alliance*, New York, 1954. V. COROVIĆ: *Odnosi ismedju Srbija i Austro-Ugarska XX veku* (Las relaciones austro-serbias en el siglo XX), Belgrade, 1936.—E. L. WOODWARD: *England and the German Navy*, Oxford, 1935.—W. BECKER: *Furst Bülow und England*, Greifswald, 1929.—E. F. WILLIS: *Prince Lichnowsky, ambassador of Peace: a study of Pre-War Diplomacy, 1912-1914*, Berkeley, 1942.

estos temores: en septiembre de 1933, propone al gobierno polaco una negociación, tomando como base los tratados en vigor. En la declaración firmada por ambos gobiernos, el 26 de enero de 1934, y con una validez de diez años, el gobierno alemán promete no recurrir *en ningún caso* a la guerra para solucionar sus litigios con Polonia, y no intervenir en las dificultades que oponen las minorías alemanas a la administración polaca; las promesas polacas son recíprocas. El acuerdo no implica ningún otro compromiso: el ministro alemán de Asuntos Extranjeros, en las instrucciones que envía a su embajador en Varsovia, concreta que no ha lugar a "reconocer" las fronteras fijadas en 1919. Por ende, las dificultades fundamentales quedan solo aplazadas. Pero este *respiro*, por transitorio que pueda ser, es considerado en Europa como una señal tranquilizadora; demuestra que el régimen hitleriano no tiene intención, al menos de momento, de provocar un conflicto armado en aquellas regiones en que le sería más fácil hacerlo surgir.

En el mismo momento, por el contrario, la política hitleriana trabaja en suscitar la cuestión de los alemanes de Austria, a la que *Mein Kampf* había reservado la prioridad. Con anterioridad a 1933, la mayoría de la población austríaca era favorable a una anexión a Alemania, que hubiera aliviado—según se pensaba—las dificultades de la vida económica (1). No lo era ya, desde que el nacionalsocialismo llegara al poder en Berlín. Los comunistas austríacos se encontraban a este respecto en la misma posición que los judíos, todopoderosos en los círculos bancarios de Viena; los sindicatos obreros no podían olvidar la actitud del Gobierno hitleriano en relación con el sindicalismo alemán; los cristiano-socialistas, la disolución del partido centrista. Cuando los medios oficiales vieneses calculaban que el 60 por 100 de los austríacos eran hostiles al *Anschluss*, este cálculo era, por tanto, muy verosímil. Pero el advenimiento de Hitler había favorecido el desarrollo de un partido nacionalsocialista austríaco; y este movimiento—aunque no contaba sino con una minoría de la población—resultaba fortalecido por la división reinante entre sus adversarios: el partido cristiano-social, que ejercía el poder, con el canciller Dollfuss, y que estaba asociado al partido campesino, no tenía tras sí más que el 30 por 100 de la población; los socialistas le combatían, encarnizadamente, en el terreno social y económico, aunque aprobando su política en la cuestión de la *anexión*.

La política alemana explota esta situación con las ayudas que facilita al partido nacionalsocialista austríaco, y con las emisiones de la radiodifusión alemana. En diciembre de 1933, el Gobierno Dollfuss publica, en un "Libro Pardo", los índices demostrativos de esta colusión, a los que el canciller alemán se limita a oponer un mentís de lo más trivial. En realidad, los altos funcionarios alemanes no ocultan, en sus conversaciones con ciertos agentes diplomáticos extranjeros, que su

(1) Véase pág. 872.

gobierno es "responsable de las actividades del nacionalsocialismo austríaco".

Sin embargo, los preludios de la crisis no son de iniciativa alemana. Lo que ofrece al nacionalsocialismo una ocasión favorable, es el conflicto armado entre las milicias socialistas y el Gobierno cristiano-social: una batalla de tres días (11-13 de febrero de 1934) en los suburbios de Viena, en la que las tropas gubernamentales utilizan la artillería. Los adversarios austríacos del *Anschluss* están ahora divididos por sus mutuos odios; y el canciller Dollfuss, que el 1 de mayo de 1934 hace establecer una constitución de tipo autoritario, pierde todo su crédito entre los demócratas ingleses y franceses. El partido *nazi* austríaco, después de haber asistido a la batalla callejera en calidad de espectador, prepara un complot contra el canciller. El asesinato de Dollfuss, el 25 de julio de 1934, en su despacho de la cancillería, no basta, sin embargo, para asegurar el éxito al golpe de Estado, al que la población vienesa niega todo apoyo: la milicia gubernamental, la *Heimwehr*, permanece dueña de la situación; y el nuevo canciller Schuschnigg—también cristiano-social—, designado por el Presidente de la República, entra en funciones sin encontrar resistencia. El Gobierno alemán había sido puesto al corriente de los preparativos del golpe de Estado, puede que sin haber recibido una información completa (parece ser que sus propios agentes le habían hecho creer que el ejército austríaco sería cómplice). Sin embargo, no hace nada para evitar el fracaso. ¿Cómo arriesgarse a ello, desde el momento en que Mussolini, ante la noticia del asesinato, ha dado orden de concentrar cuatro divisiones en la frontera del Brennero?

A pesar de este paso en falso, la política hitleriana busca inmediatamente otro objetivo, cuya consecución, ciertamente, es mucho más fácil: el arreglo de la cuestión del Sarre. En este territorio del Sarre (789.000 habitantes, en 1929), separado de Alemania desde 1919, y colocado bajo la administración de la Sociedad de Naciones, según los términos del Tratado de Versalles, la población debía decidir, mediante un plebiscito, acerca de su futuro: anexión a Francia, restitución a Alemania, o mantenimiento del régimen internacional. Evidentemente, la primera solución no tenía en el Sarre sino escaso número de partidarios. La elección debía hacerse entre las otras dos: de un lado, la fuerza del sentimiento patriótico; del otro, las ventajas de que gozaba bajo el estatuto internacional, la industria sarrensense, libre de comprar y de vender, en las condiciones más favorables, tanto en el mercado francés como en el alemán; y—según se pensaba en Francia—la repulsi6n que sentirían los católicos y los socialistas sarrensenses con respecto al régimen hitleriano.

Desde el verano de 1933, dieciocho meses antes de la fecha prevista para el plebiscito, los observadores "neutrales" daban ya por descontada una mayoría—60 por 100, según ellos—en favor del regreso del territorio a Alemania; ahora bien, en el transcurso de los meses



siguientes, los grandes industriales sarrénes, estimulados por Hermann Roechling, se lanzaron a fondo a favor de la solución alemana; y el obispo de Tréveris, cuya diócesis comprende el territorio sarrense, promueve una propaganda del mismo sentido, que la Santa Sede ni aprueba ni combate. En la campaña plebiscitaria, la organización llamada *frente alemán en el Sarre* dispone de unos medios financieros muy superiores a los de sus adversarios.

La votación del 13 de enero de 1935, en que la cifra de abstenciones (11 300 de los 539 431 inscritos) es insignificante, da un 90 por 100 de sufragios a favor del regreso a Alemania; y un 8 por 100 a favor del mantenimiento del régimen internacional; el resto está formado por papeletas favorables a la unión con Francia (2 124) o papeletas declaradas nulas, por llevar una mención manuscrita: "Por la unión con Alemania; pero no por Hitler." En definitiva—escribe *The Times*—, "el sentimiento de la raza ha triunfado sobre cualquier otra consideración".

El hecho de que este plebiscito haya tenido lugar sin tropiezo—dice Hitler—"significa un paso decisivo en el camino de la reconciliación de los pueblos"; el Reich no planteará ya ninguna exigencia territorial a Francia.

Moderación transitoria en la cuestión polaca; éxito en el Sarre—por procedimientos que respetan las obligaciones internacionales—; fracaso en Austria—pero en condiciones tales, que el Gobierno del Reich ha evitado comprometerse directamente—; todo esto da la impresión de que, en estas reivindicaciones, basadas en el *derecho de las nacionalidades*, la política hitleriana siente todavía la necesidad de guardar algunos miramientos, porque conoce la limitación de sus medios.

Sin embargo, no los guarda cuando se trata de *forjar la espada* (para usar los términos empleados en *Mein Kampf*). Del rearme *clandestino*—que apenas si lo era—pasa, dos meses después del plebiscito sarrense, al rearme *público*. El 10 de marzo de 1935, Goering declara, en una entrevista concedida a un periódico inglés, que Alemania va a reorganizar su aviación de guerra, a pesar de la prohibición establecida en 1919; el 16 de marzo, Hitler anuncia el restablecimiento del servicio militar obligatorio y la formación de un ejército alemán de 36 divisiones (en esta fecha, el ejército francés tiene 30). Se trata—dice la prensa alemana—de la "primera gran medida de liquidación del Tratado de Versalles": Alemania tiene derecho al rearme, puesto que la limitación general de armamentos, prevista y prometida en 1919, no se ha llevado a cabo, y el mismo Gobierno francés acaba de presentar un proyecto de ley que amplía a dos años la duración del servicio militar. Indudablemente, las decisiones del Gobierno alemán no eran inesperadas. Resultaba fácil de prever que el Estado Mayor, el día en que hubieran agotado toda la serie de medidas preparatorias que podía adoptar en el cuadro del rearme *clandestino*, no se daría por satisfecho; y los medios militares franceses no lo dudaban. Pero, ¿por qué fue escogida esta fecha? El argumento invocado (el proyecto de ley mili-

tar francesa) no es sino un pretexto. El verdadero motivo es, sin duda, el deseo de adelantarse a una iniciativa británica, que acaba de sugerir una nueva negociación encaminada a la limitación de armamento. En definitiva, el Canciller alemán se muestra decidido a recobrar una completa libertad de acción en el terreno militar. Ahora bien, ni el Gobierno francés ni los demás firmantes del Tratado de Versalles se deciden a una respuesta enérgica. Las notas diplomáticas no rebasan el tono habitual de las protestas solemnes; y someten la decisión al Consejo de la Sociedad de Naciones; ninguna de ellas hace alusión a la eventualidad de sanciones militares. ¿Cómo hubiera podido esperar la política alemana un resultado más favorable?

Los resultados de esta política son la consecuencia de la aquiescencia—o la pasividad—de las demás potencias. En aquel momento, estos países contaban con medios para mostrarse firmes, sin correr ningún riesgo; incluso podían estar interesados en hacer fracasar, sistemáticamente, la política exterior alemana, para tratar de que cayese el régimen hitleriano, muy quebrantado, en la primavera de 1934, por las crisis del partido nacionalsocialista (1). ¿Por qué ha aceptado el Gobierno polaco la negociación del pacto del 16 de enero de 1934? ¿Por qué ha sido el Gobierno italiano el único en adoptar una actitud amenazadora cuando el asesinato del canciller austríaco? ¿Cómo ha manejado el Gobierno francés el asunto del Sarre? Y, sobre todo, ¿cuáles han sido los motivos que han permitido el éxito de la política alemana en la cuestión del rearme? Esto es lo que interesa explicar.

Al ofrecer a Polonia la conclusión de un pacto cuyos términos eran tranquilizadores, la diplomacia hitleriana se proponía—siguiendo la línea de conducta trazada por *Mein Kampf*—apaciguar la desconfianza de la opinión pública europea, con un gesto pacífico; pero también trataba de neutralizar a Polonia, durante algún tiempo, y de "desarticular el sistema de alianza francés". Ahora bien: el Gobierno polaco se presta a esta maniobra; acepta este acercamiento germano-polaco, sin ignorar que es muy precario, y negocia el pacto sin advertir a su aliado francés. ¿Cuáles han podido ser sus razones? Decir que la *burguesía polaca* tenía los ojos puestos en la Ucrania soviética, y deseaba, por tanto, "asociarse con el imperialismo hitleriano contra la U. R. S. S.", es una afirmación que parece poco fundada. Pero es posible aportar otras explicaciones, que se apoyan en testimonios válidos.

Al parecer, el Gobierno polaco no tenía sino una confianza limitada en la alianza francesa. ¿Era solamente por que el Jefe del Estado, Pilsudski, y su ministro de Asuntos Exteriores, el coronel Beck, partidarios de los métodos autoritarios, sentían desprecio por la democracia parlamentaria? Sin duda hay que tener también en cuenta las divergencias que se manifestaban—sobre todo desde hacía dos o tres años—en

(1) La sangrienta jornada del 30 de junio de 1934, en Berlín, precede un mes escaso a la tentativa de golpe de Estado en Viena.



la interpretación de los mutuos compromisos: el Gobierno polaco se había disgustado, a causa de que el francés aceptara el principio "revisiónista del Pacto de los Cuatro" (1); no ignoraba que, con respecto a la cuestión del *pasillo*, la opinión pública francesa estaba dividida y vacilante; finalmente, había podido comprobar que ni el Gobierno ni el Estado Mayor francés estaban dispuestos a admitir la implantación de un sistema automático en el funcionamiento de la alianza. Los medios dirigentes polacos tenían, pues, la impresión de que no podían esperar de Francia un apoyo sin reticencias; y sin duda no estaban equivocados al pensar así.

En estas condiciones, el Gobierno polaco podía estar interesado en obrar de forma que la expansión de la Alemania hitleriana, en lugar de dirigirse, desde el primer momento, hacia las regiones polacas en que vivían minorías alemanas, se dirigiera hacia otro sitio, es decir, hacia la Europa danubiana; tal era la opinión de Pilsudski, según ciertos testimonios. Indudablemente esta táctica no permitía sino ganar tiempo; pero, en este intervalo, el estado polaco podría consolidar su situación interior. ¿No podía, incluso, esperarse un apaciguamiento duradero? Tal vez Hitler, por no ser prusiano, no compartía el sentimiento antipolaco de que daba muestras la opinión pública alemana. Esta era, al parecer, la ilusión a que se aferraba el coronel Beck.

Esta nueva orientación de la política exterior polaca y ese esfuerzo del Gobierno de Varsovia por adoptar en las relaciones internacionales una *posición independiente* implicaban las persistencias del antagonismo entre Alemania y la U. R. S. S. La actitud del Gobierno hitleriano con respecto al comunismo y a la conquista del espacio vital, podía muy bien, en 1934, tranquilizar al Gobierno de Varsovia y convencerle de que una *coalición germano-rusa* contra Polonia estaba fuera de lugar. ¿Cuánto tiempo han conservado esta convicción los medios dirigentes polacos? ¿Han creído poder confiar en las palabras de Goering que, en enero de 1935, aludía en una conversación con el subsecretario de Estado polaco a la posibilidad de una colaboración *activa* entre Alemania y Polonia, a costa de la Ucrania soviética? ¿Cuáles han sido sus vacilaciones y sus dudas? Todo esto permanece sumamente incierto en el estado actual de la documentación histórica. Lo único que se puede afirmar, es que nunca se ha encontrado prueba alguna de un acuerdo, ni siquiera momentáneo, entre la política polaca y el imperialismo hitleriano.

¿Por qué en la cuestión austríaca el Gobierno fascista interviene con un gesto de amenaza; y por qué es el único en hacerlo? La diplomacia fascista había manifestado ya, varios años antes, su propósito de proteger la independencia de Austria (2). La analogía existente, desde

(1) Véanse págs. 961 a 963.

(2) Véase pág. 868.

enero de 1933, entre el régimen fascista y el régimen hitleriano, no cambia en nada este aspecto de la política italiana. El 20 de agosto de 1933, Mussolini recibe a Dollfuss, en Riccione, y afirma su *identidad de criterios* con el canciller austríaco; los comentarios de la Prensa destacan que esa Austria independiente está llamada a desempeñar un papel importante en la organización económica de la Europa Central y a servir la influencia italiana. En enero de 1934, cuando la infiltración del nacional-socialismo en Austria se hace evidente, estos comentarios toman un tono categórico: "nos opondremos, por todos los medios, a la incorporación de la República austríaca al Reich... ¡A buen entendedor...!" Los protocolos firmados el 15 de mayo de 1934 en Roma, entre Italia, Austria y Hungría, conceden una tarifa preferente para la importación en Italia de productos metalúrgicos y farmacéuticos austríacos, y facilitan el desarrollo del tráfico austríaco por Trieste; tienen un alcance político, puesto que implican una promesa mutua de consulta "siempre que las circunstancias lo exijan". Algunas semanas después, la Prensa italiana aprueba la política del canciller Dollfuss, quien tiene la obligación—dice—de resistir a las tentativas del nacional-socialismo; advierte al Gobierno alemán del "aislamiento político y moral" a que se condenaría si se hiciera cómplice. Así, pues, las advertencias son repetidas y formales. Ante la noticia del asesinato del canciller austríaco, los periódicos se muestran unánimes en afirmar la responsabilidad de los dirigentes de la Alemania nazi, y en destacar el alcance de *las medidas de precaución* tomadas en la frontera del Brennero. Italia está decidida a defender la independencia de Austria con las armas. Ahora bien: las dos potencias occidentales evitan asociarse directamente a esta acción del Gobierno fascista. En febrero de 1934, sin embargo, los Gobiernos inglés y francés están de acuerdo con el Gobierno italiano para afirmar, en un comunicado, su *identidad de criterios* en lo concerniente a la independencia de Austria. Pero al conocerse la noticia del golpe de estado intentado el 25 de julio, no se hace nada para manifestar esta solidaridad. Por lo que respecta a Gran Bretaña, deseosa siempre de no contraer responsabilidades en Europa Central, esta reserva no es sorprendente; pero lo es por parte de Francia, que tantos esfuerzos hiciera, entre 1919 y 1922, para impedir el *Anschluss*. La explicación de este comportamiento francés hay que buscarla, sin duda, en la política de la Pequeña Entente.

Por muy hostiles que sean a la solución alemana del conflicto austríaco, estos estados de la Pequeña Entente desconfían de los propósitos italianos: "¿No trata la política fascista—dice la Prensa checa—de conseguir en la Europa danubiana una influencia predominante, que utilizaría, acto seguido, para sostener una revisión de los tratados en beneficio de Austria y de Hungría?" Esta desconfianza podría incitar a la política francesa a eludir presentarse de la mano de Italia en el asunto austríaco.

Por lo que respecta a la cuestión de la limitación de armamentos, la política alemana, durante las deliberaciones de 1933, se había beneficiado de la divergencia de criterio entre Italia, Gran Bretaña y Francia.

El Gobierno italiano daba su apoyo a la reivindicación alemana de la *igualdad de derechos*, porque consideraba oportuno el restablecimiento de un contrapeso de la preponderancia militar francesa.

El Gobierno británico estimaba que la *discriminación* impuesta al Reich por el Tratado de Versalles no podía ser mantenida por más tiempo: planteaba, pues, en principio, que el ejército francés no debería tener en Europa efectivos superiores a los del ejército alemán, si bien admitiendo para Francia el derecho a mantener, además, tropas coloniales; después de muchos aplazamientos, había aceptado la institución de un control internacional de armamento, punto importante de la tesis francesa. Para conseguir que el Gobierno francés hiciera, en compensación, concesiones más amplias, se hubiera visto obligado a mostrarse dispuesto a contraer obligaciones en cuanto al mantenimiento del *statu quo* en la Europa danubiana; pero seguía descartando esta posibilidad.

El Gobierno francés había accedido, en diciembre de 1932, al principio de la *igualdad de derechos*, con la esperanza de evitar la llegada de Hitler al poder. Desde el momento en que esta concesión había sido inútil, su tendencia era a restringir el cumplimiento de lo prometido, actitud más que justificada, ya que el régimen hitleriano había desarrollado, inmediatamente, en proporciones considerables, las formaciones *paramilitares*. Por consiguiente, haciendo hincapié en el control internacional que permitiría comprobar la importancia de esas formaciones, pretendía alcanzar la aplicación de la igualdad de derechos hasta la implantación del control. Este punto—el *período de ensayo* de cuatro años—se convierte, en octubre de 1933, en el escollo de la conferencia del desarme.

No obstante, un mes después de haber anunciado que se retiraba de la conferencia, el Gobierno alemán propone al francés una negociación directa y reivindica el derecho de reorganizar un ejército de 300 000 hombres, al que se añadirían las formaciones *paramilitares*; pero acepta que las fuerzas aéreas alemanas se limiten al 50 por 100 de las francesas; y consiente, en principio, en la institución del control internacional; el extremo que sigue rechazando es el *período de ensayo*. Sin embargo, la negociación no se inicia. El 17 de abril de 1934, el Gobierno francés—se trata del Gabinete Doumergue—descarta el proyecto alemán, y declara inútil seguir las conversaciones, en contra de la opinión del embajador de Francia en Berlín, quien se muestra convencido de que un acuerdo, aunque mediocre, sería preferible a una ruptura, que Alemania tomará como pretexto para un rearme *ilimitado*.

¿Por qué el Gobierno, unánimemente, ha estimado inútil reanudar las conversaciones? Ha obrado en el sentido que le indicaban el Estado Mayor del Ejército y las comisiones parlamentarias: el general Wey-

gand, en una nota dirigida al Gobierno, estimaba que la firma de un acuerdo tendría por resultado *consagrar jurídicamente* el rearme clandestino; por otra parte, estaba convencido de que Alemania continuaría su rearme, incluso aunque se firmara el acuerdo; las comisiones parlamentarias de asuntos extranjeros se pronunciaban contra un rearme alemán, incluso limitado. Parece ser, que los miembros más influyentes del Gabinete tenían tendencia a considerar que el acuerdo no sería respetado por Alemania, y que el control internacional sería ineficaz. Puede, también—si bien este extremo requeriría confirmación—, que el Presidente del Consejo estimara que un acuerdo franco-alemán consolidaría el régimen hitleriano, cuyo futuro parecía precario. En definitiva, todas estas actitudes estaban inspiradas, no tanto por argumentos concretos como por un estado de ánimo basado en las recientes experiencias: la convicción de que todo arreglo contractual sería inútil y no serviría sino para *legalizar* el rearme alemán.

Pero esta negativa carecía de sentido, a menos que los medios oficiales franceses estuvieran resueltos a oponerse a este rearme. En el curso de los meses que siguen a la nota del 17 de abril, aunque *advertido* en distintas ocasiones por el Estado Mayor General, el Gobierno francés no se decide a dirigir al Gobierno hitleriano un apercibimiento; tampoco se deciden, a pesar de tormentosas discusiones en el seno del Consejo Superior de Guerra, a ampliar la duración del servicio militar (hasta marzo de 1935, no se resuelve a hacerlo) y a activar la reorganización de las fuerzas armadas. Es muy posible que esta pasividad se deba, en parte, a la crisis interior de febrero de 1934 y a los incidentes financieros de la crisis económica. Hay que convenir, una vez más, en que este supuesto debiera estar confirmado por estudios concretos. El comportamiento de los medios oficiales franceses frente a la decisión alemana del 16 de marzo de 1935, no es menos sorprendente. El Gobierno, el Estado Mayor y el Parlamento habían temido un año antes *legalizar* el rearme alemán, si se prestaban a la firma de una convención; y ahora este rearme, anunciado abiertamente, violando el tratado de Versalles, va mucho más allá de todas las previsiones. Hitler había comprendido a lo que se arriesgaba: había dicho a los jefes de su ejército que la reconstitución de las fuerzas militares sería un *período peligroso*, puesto que Francia, *si tenía buenos estadistas*, no dejaría a Alemania oportunidad de rearmarse, y se le *echaría encima*. Sin embargo, la protesta francesa es meramente platónica.

Así, pues, con la decisión del rearme, Alemania ha recobrado los medios de encauzar una política exterior enérgica. En el balance de estos dos primeros años de régimen hitleriano, es el resultado esencial. Sin embargo, no es el único: para apreciar el alcance de los cambios sobrevenidos en 1933 y 1934 en las relaciones entre los estados europeos, no hay que perder de vista el desarrollo de la influencia económica alemana en los países danubianos.

Ofrecer a estos países la oportunidad de vender a Alemania, a precios remunerativos y estables, sus productos agrícolas y sus materias primas; proveerles, en cambio, de productos industriales, de productos químicos y de maquinaria; organizar estas relaciones, en el marco de un sistema de licencias de importación y de exportación: tal es la política hitleriana. Los estados danubianos se prestan a ella, de buena gana, puesto que tienen excedentes exportables y Alemania les ofrece unos precios superiores, en un 25 a un 30 por 100, a aquellos que rigen en el mercado mundial. Las exportaciones a Alemania, que en 1929 representaban apenas el 30 por 100 de las exportaciones búlgaras, constituyen, en 1936, el 47 por 100; la participación alemana en las importaciones de Bulgaria pasa del 23 al 61 por 100. Hungría dirige a Alemania el 11,4 por 100 de sus exportaciones, en 1929, y el 24 por 100 en 1936. El tratado de comercio firmado en 1934 entre el Reich y Yugoslavia facilita un mercado de exportación para la industria metalúrgica alemana. Lo mismo sucede con Rumania, en virtud del tratado de comercio de 1935. Alemania compra a Yugoslavia materias primas, sobre todo cobre, a condición de comprar también lino; a Rumania, petróleo, a condición de comprar también trigo. Estos estados agrícolas tienden, pues, a entrar en el espacio económico alemán. Ahora bien, al mismo tiempo, Rumania, Yugoslavia y Checoslovaquia, aun perteneciendo las tres a la Pequeña Entente, no tienen entre sí más que relaciones económicas reducidas: en 1933, Checoslovaquia solo importa de las otras dos el 6,7 por 100 del total de sus compras en el exterior, y el 9 por 100 en 1936, aunque el pacto de organización de febrero de 1933 indicara la necesidad de incrementar el intercambio comercial.

En 1935, la penetración económica alemana en esta Europa danubiana no tiene todavía consecuencias políticas; ¿las tendrá a la larga? Es una cuestión que empieza a preocupar.

\* \* \*

Las tres amenazas de expansión que se esbozan, independientes entre sí—en Manchuria y China septentrional; en Etiopía; en Austria—ponen en tela de juicio la eficacia del sistema de seguridad colectiva: la Sociedad de Naciones, que ha tenido ya un fracaso en el asunto del Manchukuo, puede encontrarse de un momento a otro en una situación igualmente difícil, a causa de Etiopía; no se ha visto comprometida por la cuestión de Austria—con gran satisfacción por su parte—; y esta debilidad tiende a favorecer la agresión. Pero los dos litigios extra-europeos no afectaban sino indirectamente a los intereses políticos de las grandes potencias, que no participaban en el conflicto; y, en definitiva, no lesionaban sino intereses económicos y financieros. La acción alemana en Europa Central, por el contrario, constituía una amenaza directa a la paz, puesto que desafiaba una prohibición decretada por el tratado de Versalles y, sobre todo, porque tenía como objetivo realizar, en beneficio del Reich, una modificación fundamental del equilibrio.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la crisis de Manchuria.**—

S. SMITH: *The Manchurian Crisis. A tragedy in international relations, 1931-1932*, Nueva York, 1948.—Véase también: R. BASSETT: *Democracy and foreign policy*, Londres, 1952 (Sobre la política inglesa en 1931-1932).—J. W. CHRISTOPHER: *Conflict in the Far East. American diplomacy in China, 1928-1933*, Leyde, 1950.—N. CURRENT: *The Stimson Doctrine and the Hoover Doctrine*, en *Amer. Hist. Review*, abril 1954, págs. 513-543.—F. C. JONES: *Manchuria since 1931*, Londres, 1939. R. LEVY: *Les relations de la Chine et du Japon*, París, 1938.—R. FARRELL: *American Diplomacy and the great Depression 1929-1933*, Londres, 1957. Y sobre el papel de la Sociedad de las Naciones. W. WILLOUGHBY: *The Sino-japanese controversy and the League of Nations*, Nueva York, 1935 (importante).

**Sobre la política italiana y el «Pacto de los cuatro».**—

F. JACOMINI DI SAN SAVINO: *Il Patto a quattro*, en "Riv. di Studi polit. internazionali", enero, 1951, págs. 25-66.—F. SALATA: *Il Patto Mussolini. Storia*, Verona, 1933.

**Sobre las relaciones entre Alemania y Polonia.**—

(Además de las memorias citadas anteriormente). R. BREYER: *Das Deutsche Reich und Polen, 1932-1937. Aussenpolitik und Volksgruppenfrage*, Würzburg, 1955.—ALEX, WOLSKI: *Pakt*

*Polskoniemecki, 1934 r.* (El pacto germano-polaco de 1934) en *Sprawy Znidzy naradowe*, noviembre 1953, páginas 64-77.—B. BUDUROWIEZ: *Poland and Hitlers Offers of alliance*, en *Polish. Rev.* otoño de 1958, págs. 16-29. CHR. HOLTZE: *Die Weimarer Republik und das Ostlokarne Problem, 1919-1934. Revision oder Garantie der deutschen Ostgrenze von 1919*, Würzburg, 1958.

**Sobre la cuestión de Austria, de 1931 a 1936.**—

J. CURTIUS: *Sechs Jahre Minister der deutschen Republik*, Heidelberg, 1948.—M. BELL: *Post-war German-Austrian relations. The Anschluss Movement, 1918-1936*, Stanford Univ. 1937.—F. LANGOTH: *Kampf um Oesterreich. Erinnerungen eines Politikers*, Wels, 1951.—F. VALI: *Der deutsch-oesterreichische Zollunion*, Viena, 1932.

**Sobre el plebiscito del Sarre.**—

S. WAMBAUGH: *The Saar Plebiscite*, Cambridge (EE. UU.), 1940.

**Sobre el rearme alemán.**—

(Además de las memorias citadas págs. 939-40) H. BERNDORFF: *General zwischen Ost und West*, Hamburgo, 1951 (sobre la política de Schleicher).—J. BENOIST-MECHIN: *Histoire de l'armée allemande*, París, 1936, 2 vols.—G. CASTELLAN: *Le réarmement clandestin du Reich 1930-1935*, París, 1954.

### CAPITULO III

#### EL VIRAJE DE 1935

Los Estados favorables al mantenimiento del *statu quo* tenían que pensar, ante todo, en establecer una barrera contra la amenaza alemana. Tal había sido, en 1934, la política de Louis Barthou: "agrupar los intereses europeos que pudieran verse amenazados por una rápida recuperación de Alemania". En el cuadro de este designio general, el ministro francés de Asuntos Extranjeros no solamente se proponía estrechar los lazos entre Francia y los Estados de la Pequeña Entente, y obtener de Gran Bretaña una participación directa en el esfuerzo de rearme, sino, sobre todo, conseguir una nueva coyuntura política, atrayendo al "sistema francés" a Italia—cuya inquietud había despertado la cuestión austríaca—y al concierto europeo, a la U. R. S. S., víctima presunta de la expansión del germanismo.

A pesar de la trágica desaparición de Louis Barthou, esta política fue iniciada, aunque de manera por completo diferente, por Pierre Laval; en la primavera de 1935 condujo, por una parte, a los acuerdos firmados en Stresa con Italia; y, por otra, al pacto francosoviético de 1935. Así, pues, los cimientos de la barrera destinada a contener la expansión alemana fueron puestos por iniciativa de Francia, más interesada en establecerla que cualquier otra potencia. Apenas seis meses después, el cimiento italiano se desplomaba; y el ruso estaba vacilante. El frente defensivo se dislocaba, dejando a Alemania vía libre. Por consiguiente, parece ser que esos meses de 1935 han tenido una importancia decisiva. Lo que hay que tratar de explicar son las causas y el alcance de estos cambios.

#### I. LA FORMACION DEL «FRENTE COMUN DE STRESA»

La barrera se compone de dos actos diplomáticos. La Declaración que clausura, el 16 de abril de 1935, la Conferencia de Stresa, indica que Italia está de acuerdo con Gran Bretaña y Francia en "oponerse por todos los medios adecuados a cualquier repudiación unilateral de tratados susceptibles de poner en peligro la paz de Europa"; al día siguiente, el Consejo de la Sociedad de Naciones decide "concretar las medidas económicas y financieras que pudieran ser aplicadas". El tratado de ayuda mutua, firmado el 2 de mayo de 1935 entre Francia y la U. R. S. S., estipula una promesa de ayuda inmediata, en el caso de que algún Estado europeo, violando el pacto de la Sociedad de Naciones, ejerciera contra alguno de ambos contratantes una agresión no

provocada; en un protocolo anejo, se especifica que la obligación de asistencia persistirá, aun en el caso de que el Consejo de la Sociedad de Naciones se muestre incapaz de formular una *recomendación*. ¿En que circunstancias y con qué intención han sido contraídos estos compromisos?

El acuerdo de Stresa ha sido precedido y preparado por las conversaciones franco-italianas de Roma, en enero de 1935. Cuando Pierre Laval hizo suyo, a finales de noviembre de 1934, el proyecto de Louis Barthou, declaró en la Cámara de Diputados que su propósito era vencer a Italia para que asumiera su parte en las *responsabilidades europeas*, con vistas a mantener la paz en la Europa danubiana. La cuestión de Austria es, por tanto, uno de los temas de las conversaciones Laval-Mussolini, a principios de enero de 1935: los dos gobiernos deciden *concertarse entre sí y con Austria*, con respecto a las medidas a tomar, en el caso de que la independencia y la integridad de este Estado se vieran amenazadas nuevamente. Pero esta colaboración implicaba la previa solución de las diferencias franco-italianas en el terreno colonial y mediterráneo. Las convenciones del 7 de enero de 1935 conceden a Italia dos rectificaciones de frontera, en el Sur de Túnez y en la costa de Somalia; la cesión del islote de Dumeirah, en el mar Rojo; y una participación financiera en la Compañía del ferrocarril de Djibuti a Addis-Abeba. También se decide que, a partir de 1945, la situación de privilegio reconocida a los italianos en Túnez será abolida, progresivamente, y acabará por desaparecer en 1965. Ahora bien, las cesiones territoriales admitidas por Francia son mínimas, mientras que las cláusulas relativas a la situación de los italianos en Túnez le proporcionan una ventaja que, aun siendo a largo plazo, no pierden su significación inmediata, puesto que una población que se sabe condenada a una futura nacionalización, ha de perder rápidamente su "dinamismo irredentista". El levantamiento de la hipoteca italiana sobre Túnez compensa, sobradamente, la cesión de territorios casi desérticos, e incluso del islote de Dumeirah.

El negocio es demasiado bueno. Así, pues, parece muy posible, desde el primer momento, que Laval haya consentido a Mussolini una contrapartida más sustancial de lo que indican las convenciones anunciadas. Por este motivo, algunos comentaristas de los acuerdos del 7 de enero de 1935 creen poder suponer que Laval ha prometido a Mussolini no obstaculizar la política italiana en Etiopía. Esta suposición se convertirá en certeza algunos meses después; la discusión se limitará a la extensión de tal promesa. Renunciación económica—dirá Pierre Laval—en 1935: el Gobierno francés se ha comprometido a no competir con Italia para la obtención de *concesiones* en territorio etíope; pero no ha dado su conformidad a una *acción militar*. El desinterés francés—responde la Prensa italiana—no era solamente económico, sino

también político: Laval había prometido dejar en *libertad de acción* al Gobierno italiano.

¿Cómo escoger entre ambas afirmaciones, cuando la promesa ha sido hecha de palabra, en una conversación personal, de la que las reseñas—si las hay—solo pueden reflejar la opinión o la impresión de uno de los interlocutores? Hay que observar, no obstante, que en el fondo, la divergencia entre ambas versiones no es muy acusada. Laval no ha pretendido nunca haber rechazado por completo la posibilidad de una guerra ítalo-etíope, reconociendo que tal vez haya empleado la expresión *libertad de acción*; se ha limitado a afirmar que no dijo nada que pudiera ser interpretado como un estímulo a Italia para una acción de conquista: “yo estaba en mi derecho al pensar que esta libertad se usaría solamente durante la paz, y para la paz”. Por su parte, Mussolini reconoció, en una conversación con el Embajador de Francia, en diciembre de 1935, que el presidente del Consejo francés no había manifestado su conformidad explícita a una conquista italiana; se contentó con decir, o con dejar decir, que las *ventajas económicas* prometidas implicaban, necesariamente, *la garantía de un control político*; y que le había parecido que Pierre Laval estaba dispuesto a dejar a Italia en completa libertad de acción. Por tanto, es muy posible que ambos interlocutores prefirieran no deshacer el equívoco y dejar que las circunstancias determinaran la interpretación definitiva.

Ya es bastante para señalar lo precario de la *colaboración* franco-italiana en la política europea; colaboración que queda subordinada, según el pensamiento del Duce, al cumplimiento de la promesa que cree—o quiere creer—haber recibido en cuanto a la cuestión etíope.

Pero esta colaboración entre Francia e Italia no tiene más valor práctico que el que le preste la asociación de Gran Bretaña. Ahora bien, la prensa inglesa recuerda continuamente, en el otoño de 1934, que Gran Bretaña ni ha aceptado ningún compromiso en relación con la Europa danubiana, ni quiere aceptarlo. El Gabinete inglés no se aviene a fijar su posición hasta que los alemanes deciden el rearme, y después de haber tratado, inútilmente, de llegar a un compromiso con el Gobierno alemán. ¿Pero abandona sus puntos de vista en cuanto a la cuestión de Austria? En la Conferencia de Stresa, esta cuestión de Austria es tratada por iniciativa de Mussolini; sin embargo, no se alude a ella expresamente en la Declaración final. La fórmula general podría aplicársele, sin duda, pero a condición de que el Gobierno británico estimara que el *Anschluss* era “susceptible de hacer peligrar la paz de Europa”. De cualquier forma, las sanciones previstas serían únicamente económicas y financieras, puesto que el Gabinete inglés permanece hostil a las medidas de carácter militar y naval.

La manifestación de solidaridad de las Tres Potencias, con vistas a mantener la paz en Europa, es, pues, incompleta. E incluso este gesto no ha sido posible sino a costa de un acuerdo tácito: la conferencia no debe ocuparse de la cuestión etíope. Los representantes de los tres

Estados fingien no comprender al delegado ruso, que se extraña de que la Conferencia limite su labor al mantenimiento de la paz *en Europa*, y pase en silencio las cuestiones coloniales. ¿Cómo podrían llegar a dar la sensación de un acuerdo los tres conferenciantes, si no eludieran la dificultad?

Este acuerdo tácito no significa, sin embargo, que el gobierno italiano renuncie a sus propósitos colonialistas. Da por sentado que su actitud en las cuestiones europeas le granjeará la tolerancia, no solo de Francia, sino, también, de la Gran Bretaña en el asunto etíope; y señala claramente cuán ligado se encuentra en su espíritu el cumplimiento de sus compromisos europeos con la política de expansión en Africa Oriental. He aquí la idea dominante del discurso que pronuncia Mussolini, el 25 de mayo de 1935, ante la Cámara de Diputados. El problema de la independencia de Austria—dice—no es *exclusivamente italiano*. Algunos países extranjeros desearían, indudablemente, ver a los italianos *clavados en el Brennero*; pero el Gobierno fascista “no está dispuesto a circunscribir su misión histórica a un solo problema, tal como la defensa de una frontera, aunque sea tan importante como la de Brennero”, porque todas las fronteras, comprendidas las de los territorios coloniales, deben ser defendidas. Por consiguiente—concluye el Duce—hay que conducir la política exterior italiana de acuerdo con lo que puede suceder en Africa Oriental, de acuerdo con la actitud asumida por los distintos estados europeos para ofrecernos la oportunidad de demostrarnos su amistad completa, y no solamente superficial y de palabra”. Y el comentario del *Popolo d'Italia* concreta que el comportamiento de los *demás países* en el asunto etíope será la *pedra de toque*: “las directrices de Italia como gran potencia” se fijarán en función de este comportamiento.

Tal advertencia resulta vana. El 25 de junio, Anthony Eden, miembro del Gabinete, declara a Mussolini, en el transcurso de una visita a Roma, que el Gobierno inglés solo aceptará que Italia mantenga en Etiopía amplias ventajas económicas, y puede, incluso, que una pequeña cesión territorial; pero que si el Gobierno fascista pretende ir más lejos, Gran Bretaña pedirá la aplicación del pacto de la Sociedad de Naciones.

La política italiana se aplica, ahora, en dos direcciones: por una parte, trata de conseguir que Gran Bretaña y Francia—en las conversaciones de París, en el mes de agosto—le concedan una libertad de acción casi completa en Etiopía; por otra parte, se muestra dispuesta a negociar con el Estado Mayor francés—a finales de junio de 1935—un acuerdo militar que precise el alcance de sus compromisos en Europa Central. ¿Cómo examinar por separado ambas tentativas? Al abrir la perspectiva de una intervención militar, en el caso de que la independencia de Austria fuera amenazada por Alemania, la diplomacia italiana cuenta, sin duda, con incitar al gobierno francés a abandonar los intereses ingleses en el asunto etíope; no lo consigue, pero hace

vacilar a Pierre Laval que, para no comprometer el éxito del acuerdo militar, trata de guardar miramientos a Italia en los debates de Ginebra relacionados con la cuestión etíope. Este episodio confirma lo precario de las resoluciones tomadas en Stresa. ¿Cómo obrar de consuno con Italia en la Europa danubiana si, al mismo tiempo, Gran Bretaña y Francia tratan de hacerla fracasar en Africa Oriental? Pero si no, ¿cómo aceptar esta expansión italiana, a costa de un Estado miembro de la Sociedad de Naciones, sin aceptar un nuevo golpe, más grave aún que los precedentes, al sistema de la Seguridad colectiva?

También el pacto franco-soviético había sido planeado por Louis Barthou, después del fracaso definitivo de las conversaciones relativas a la limitación de armamento. Respondía a los intereses inmediatos de la U. R. S. S., que, desde la llegada de Hitler al poder, buscaba la manera de hacer frente a la amenaza alemana (1). El acuerdo entre Francia y Rusia—ambas señaladas directamente en el programa de *Mein Kampf*—podía parecer lógico y necesario. Sin embargo, por ambas partes, la idea no había adquirido cuerpo hasta después de muchas vacilaciones. En Moscú era sostenida, sobre todo—según parece—por Litvinov, comisario de Asuntos Extranjeros y principal artífice de la entrada de la U. R. S. S. en la Sociedad de Naciones; pero encontraba oposición. En París era considerada por el ministro de Asuntos Extranjeros, Pierre Laval, como superflua o ilusoria; superflua, puesto que la alianza franco-polaca, a la que el Gobierno de Varsovia declaraba seguir fiel, a pesar de la conclusión del acuerdo germano-polaco de enero de 1934, podía bastar para ejercer una presión eficaz sobre las fronteras orientales de Alemania; ilusoria, ya que, en la hipótesis de que Polonia abandonara la alianza francesa, y de que la ayuda militar rusa adquiriera, por tanto, toda su importancia, la U. R. S. S. no podría poner en combate a su ejército sino a condición de obtener el derecho de tránsito a través de Polonia o de Rumania. El presidente del Consejo (hasta mayo de 1935 fué P. E. Flandin) creía en la necesidad de esta alianza francorrusa; pero la concebía, no tanto como una extensión del sistema de *alianzas de retaguardia*, sino como medio de aliviar las obligaciones asumidas por Francia en calidad de *guardián de Europa*: el pacto francorruso había de “permitir, ulteriormente, la consolidación y la revisión de la posición francesa con respecto a Polonia, a la Pequeña Entente y, en general, a toda la Europa Central”; en definitiva, se trataba, según parece, de aligerar, mediante esta *revisión*, una carga que se estimaba demasiado pesada; y de mantener, no obstante, el sistema de contrapeso, transfiriendo al recién llegado—la U. R. S. S.—una parte de esa carga. ¿Cómo consiguió el presidente del Consejo que el ministro de Asuntos Extranjeros compartiera su criterio? Probablemente invocando el peligro de que Rusia, si permanecía aislada,

(1) Véase final del cap. I de esta misma parte.

volviera a la política de Rapallo. Ha de admitirse, una vez más, que esta interpretación, sugerida en aquel entonces por algunos comentaristas políticos, habría de ser probada documentalmente.

En definitiva, la alianza francorrusa, cuando se consagra, el 2 de mayo, por la firma de un documento, solo es aceptada, con muchas reticencias, tanto en París como en Moscú. Por otra parte, es incompleta, puesto que no va acompañada de un acuerdo militar que concrete el alcance práctico de los compromisos adquiridos mutuamente y que pueda darle eficacia. El gobierno soviético ha hecho saber, por medio de su embajador en París, su deseo de negociar este acuerdo. Pero Pierre Laval ha eludido esta oferta, sin duda porque no consideraba el pacto francosoviético sino como un medio de inquietar al gobierno hitleriano y de inducirle a buscar una negociación franco-alemana. ¿No ha manifestado el gobierno alemán, cuando el viaje de Pierre Laval a Moscú, que el acuerdo entre Francia y la U. R. S. S. rebasaba el marco del *sistema locarniano* (1), en el que solamente se había anunciado un tratado franco-polaco y un tratado franco-checoslovaco? El ministro francés de Asuntos Extranjeros ha silenciado esta advertencia; pero la tiene en cuenta, en realidad, puesto que evita dar al pacto franco-ruso su complemento lógico.

Por consiguiente, ¿se podía conceder una importancia real al “Frente de Stresa” y considerar el acuerdo entre Francia y la U. R. S. S. como un complemento del acuerdo danubiano, concluido entre Italia, Gran Bretaña y Francia? Los dos actos, del 14 de abril y del 2 de mayo de 1935, indicaban, sin duda, la intención de intimidar a Alemania; pero no iban más lejos. Sería querer desorbitar las cosas pretender ver en ello un “sistema diplomático”.

## II. LA DISOLUCION DEL «FRENTE DE STRESA»

En el otoño de 1935 este vago esbozo es borrado casi por completo: el gobierno italiano encuentra una abierta oposición por parte de Gran Bretaña y de Francia a sus propósitos en Etiopía; y de esta oposición saca las consecuencias ya previstas en su advertencia del 25 de mayo; el gobierno soviético pide claramente al gobierno francés la conclusión de un acuerdo militar, y tropieza con una negativa. Hay que atenerse aquí a la explicación de los momentos esenciales de esta crisis.

La hostilidad inglesa a la política italiana en Etiopía se manifiesta con energía en septiembre de 1935. Después del fracaso de las conversaciones de París, se abandonan las tentativas de compromiso, completamente vanas desde el momento en que Mussolini pretende conseguir la *dominación sobre el Imperio etíope*; Gran Bretaña trata de detener la acción italiana mediante un acto de intimidación: la concentración

(1) Acerca de los tratados de Locarno, véase el cap. IX del libro precedente de esta historia.



delante de Alejandría de la mayor parte de las fuerzas navales británicas—144 buques—, cuyo tonelaje total (800 000 Tm.) supera en 300 000 toneladas métricas al de la marina de guerra italiana. La presencia de estas fuerzas navales permitiría—llegado el caso—cortar a los italianos el camino de Suez, bien cerrando el canal, bien mediante un bloqueo en el Mediterráneo; y paralizar, de esta forma, las operaciones militares que Italia se dispone a comenzar en Africa Oriental. No obstante, el gobierno italiano no cede a esta amenaza; y el 2 de octubre de 1935 entra en guerra contra Etiopía. ¿Va a cerrar el Gobierno británico el Canal? Renuncia a ello por consejo de los juristas de la Corona, que invocan los términos de la Convención de 1888, pero que, en realidad, se ajustan a los secretos deseos de los círculos dirigentes. La política inglesa busca sus réplicas en el cuadro de la seguridad colectiva: la votación, el 7 de octubre, de las *sanciones*; pero esas sanciones se limitan a prohibir las exportaciones de armas destinadas a Italia, así como la concesión de créditos, directos e indirectos, al gobierno italiano; y a prohibir también la importación de todas las mercancías italianas; pero ni siquiera han sido previstas las medidas necesarias—bloqueo y derecho de visita—para hacer respetar estas prohibiciones.

El gobierno francés—que dirige ahora Pierre Laval, nombrado presidente del Consejo el 7 de junio de 1935—se asocia a la política inglesa, pero no sin reservas. No participa en la demostración naval del Mediterráneo. Sin embargo, a pesar de las objeciones hechas por el ministro de la Guerra, participa en la votación de las sanciones, tratando de dulcificarlas. Finalmente, accede a prestar a Gran Bretaña su apoyo armado, en el caso de que Italia la atacara como represalia por las sanciones. En definitiva, cree poder—sin separarse de Gran Bretaña—tener contenta a Italia, con la esperanza de mantener el frente de Stresa. Con estos miramientos, tiende a debilitar la eficacia de los métodos de presión económica; y se expone, por tanto, a las críticas del Gabinete inglés, que se queja de recibir solo un apoyo reticente. Sin embargo, no consigue dar satisfacción al Duce, que reprocha al Jefe del gobierno francés el abandono del camino abierto por las conversaciones de enero de 1935.

La tenacidad del gobierno italiano se adapta, sin gran trabajo, a esta política de medias tintas. La aplicación de las sanciones no le impide llevar a cabo sus operaciones militares, con unos resultados cuya rapidez desconcierta las previsiones de los técnicos. Gran Bretaña y Francia se encuentran colocadas ante la inmediata posibilidad de una victoria total en Etiopía; no podrían impedirlo sino con una intensificación de las sanciones—con los peligros que ello implicaría—o con una tentativa de mediación que, para ser aceptada por Italia, habría de tener en cuenta la situación militar.

El camino que Pierre Laval adopta e induce a aceptar al ministro inglés de Asuntos Extranjeros, Samuel Hoare, es el de la prudencia y también, claro está, el de la ratificación del acto de la agresión. El

plan Laval-Hoare, rechazado por el Negus, es acogido favorablemente por Mussolini. ¿Por qué no había de serlo? El Duce evita los peligros de una intensificación de las sanciones; y ve cómo le ofrecen unas condiciones que le asegurarían, *de facto*, la realización casi completa de sus propósitos: derecho a anexionarse las partes norte y sudeste de Etiopía, es decir, las regiones limítrofes de Eritrea y Somalia, y derecho exclusivo de colonización en el Sudeste (la región de los Gallas) (1). Francia y Gran Bretaña proponen, pues, al Duce, unas ventajas muy superiores a las que le ofrecieran antes de iniciarse las hostilidades. Pero este plan—criticado acerbamente en la Cámara francesa, en la que el gobierno obtiene, sin embargo, una ínfima mayoría—es rechazado en la Cámara de los Comunes, donde la mayoría del partido conservador se une a la oposición libertal y laborista para denunciar esa *transacción vergonzosa* y esa *paz deshonrosa*. La mediación es abandonada.

El camino que queda abierto para evitar el derrumbamiento de la resistencia etíope es, por tanto, la intensificación de las sanciones: incluir los productos petrolíferos en la lista de mercancías cuya venta a Italia está prohibida sería paralizar, en corto plazo, la ofensiva italiana, que debe su éxito a la aviación y a los carros blindados. Pero ¿cuál sería la eficacia de esa prohibición si Italia puede seguir comprando a su principal proveedor—los Estados Unidos—, que no forman parte de la Sociedad de Naciones? Por consiguiente, la actitud de Norteamérica es esencial. Ahora bien, con motivo de la guerra italo-etíope, el Congreso ha votado una primera *Ley de neutralidad* (2) que restringe las relaciones comerciales con los beligerantes y que autoriza al Presidente para decretar el embargo de determinadas exportaciones. ¿Utilizará este derecho Franklin Roosevelt, para prohibir la venta de petróleo a Italia? En diciembre de 1935, La Comisión de Asuntos Extranjeros del Senado rechaza esta posibilidad. En tales condiciones, la comisión de técnicos que preside en Ginebra la aplicación de las sanciones renuncia a incluir el petróleo en la lista de los productos prohibidos. Así, pues, se renuncia al último obstáculo que hubiera podido entorpecer las operaciones militares italianas.

El carácter de esta política anglofrancesa merece un examen crítico. A la aplicación de las sanciones, el Gobierno italiano ha contestado, el 28 de diciembre de 1935, con la denuncia de los acuerdos franco-italianos de enero de 1935 y de los compromisos adquiridos en la conferencia de Stresa. Por tanto, los miramientos han sido inútiles: la frágil esperanza, sustentada por Pierre Laval, de poder conservar el apoyo de Italia en la política europea, sin dejar de combatirla—oportuna—mente—en la política colonial, se ha perdido, sin remisión. Ahora bien:

(1) Italia abandonaría el puerto de Arzab para permitir al mutilado estado etíope una salida al mar.

(2) Véase cap. I de este libro.



¿era indispensable aplicar esas sanciones? Gran Bretaña y Francia hubieran podido tratar de proteger, mediante una negociación, sus intereses locales en la cuestión etíope, abandonando a Etiopía a su suerte. Si no lo han hecho así ha sido porque han estimado necesario asegurar el respeto al pacto de la Sociedad de Naciones, en interés de la paz futura. ¿Han tenido razón al aferrarse a estos principios? Esta es la cuestión que se discute, en Francia y en Gran Bretaña.

En el transcurso del debate en la Cámara de Diputados francesa, en el mes de diciembre, así como en los artículos de la prensa, se agrimen siempre los mismos argumentos. Al aplicar las sanciones—dicen unos—Francia sacrifica el “frente de Stresa”, abandona las garantías que pudiera darle Italia y corre el riesgo de echar a esta *al campo alemán*. Debilita considerablemente su posición europea; ¡todo ello para proteger la independencia de un Estado que ni siquiera hubiera debido ser admitido en la Sociedad de Naciones, puesto que ignora las normas de las naciones civilizadas! Francia—replican los otros—, radicales, socialistas y comunistas defienden en la cuestión etíope una causa de primordial interés: la de la seguridad colectiva. Si la Sociedad de Naciones se muestra incapaz, una vez más, de hacer fracasar a un estado agresor, dará lugar a un precedente que estimulará otras agresiones. ¿Cómo contar, en el futuro, con la colaboración de los pequeños países en la obra de Ginebra, si las dos potencias que dirigen el debate del Consejo de la Sociedad de Naciones empiezan por abandonar a uno de ellos? El acuerdo con Italia—escribe León Blum—no es una “condición primordial” para la seguridad de Francia; lo que interesa es la alianza con Gran Bretaña y con la U. R. S. S., así como también el apoyo de la opinión pública americana, porque “las fuerzas económicas y morales... son irresistibles cuando van unidas”. “Sí—replican los adversarios—; pero ¿cómo invocar la fidelidad al pacto de la Sociedad de Naciones para la protección de fronteras africanas, cuando no se ha manifestado la misma preocupación otras veces cuando se trataba de fronteras europeas?” Los principios de la seguridad colectiva, sustentados por la Gran Bretaña, no sirven en realidad sino para defender los intereses ingleses.

En segundo plano de este debate se esbozan las preferencias *ideológicas*, cuyo papel es sin duda muy importante: unos desean—escribe, por ejemplo, René Johannet—ayudar al régimen fascista, necesario para el mundo, puesto que ha cerrado en Italia el camino al comunismo; los otros, los apóstoles de la seguridad colectiva, se reclutan, sobre todo, en los grupos políticos antifascistas, que desean arrebatarse al Duce la oportunidad de un éxito colonial del cual se beneficiaría su prestigio personal.

En Gran Bretaña, donde ni el gobierno ni la opinión pública habían querido saber nada de adquirir responsabilidades en las cuestiones danubianas, la Declaración de Stresa resulta una carga menos pesada; y los principios de la seguridad colectiva parecen tanto más firmes cuan-

to que están de acuerdo con los intereses de Italia. También la prensa, con excepción del grupo sometido a la influencia de lord Rothermere, a partir de septiembre de 1935, hacen hincapié en el respeto al pacto de la Sociedad de Naciones, unos porque quieren sostener, por encima de todo, el prestigio de la institución; otros, porque creen conveniente adoptar esta actitud con respecto a la cuestión etíope.

La *Peace Ballot*, organizada por la “Unión inglesa para la Sociedad de Naciones”, al margen de toda iniciativa gubernamental, obtiene un gran éxito: hombres y mujeres de más de dieciocho años han sido invitados a decir su opinión sobre el *sistema internacional*; el cuestionario ha recibido once millones y medio de contestaciones; y la mayoría se pronuncia en favor de la aplicación de las sanciones. Por consiguiente, el Gabinete se ha visto obligado a tener en cuenta esta orientación de la opinión pública. Y también la opinión pública ha condenado, en 1935, el plan Hoare-Laval, combatido por todos los periódicos, con solo dos excepciones.

Ahora bien: a fin de cuentas, la política de las sanciones termina con un doble fracaso: la dislocación del frente de Stresa, recibida con alboroto por la opinión inglesa, y el fallo del principio de la seguridad colectiva.

¿De quién es la culpa? París y Londres se hacen reproches mutuamente.

En el fondo, la política del gobierno francés había creído poder contar con sus maniobras diplomáticas para conciliar una postura y unas preocupaciones irreconciliables. Pierre Laval quería no molestar a Italia—según él dice—“por razones de seguridad europea”; y, sin embargo, permanecer fiel a las obligaciones del pacto de la Sociedad de Naciones. Para conseguirlo, creía, indudablemente, que Mussolini se contentaría con obtener en Etiopía una influencia dominante, pero sin guerra. Desde el momento en que el gobierno fascista adoptaba el camino de la guerra, esta política entre dos aguas estaba condenada a incesantes contradicciones. Prometer a Gran Bretaña el apoyo naval en el Mediterráneo; declararse a favor de las sanciones, pero tratando de reducir su alcance, para terminar proponiendo un compromiso benéfico para el agresor, era atentar contra la seguridad colectiva, sin satisfacer tampoco al gobierno fascista. ¿Cómo hubiera evitado Pierre Laval continuar en esta situación ambigua; de haber seguido en el poder hasta el final de la crisis?

La política británica no ha sido mucho más brillante. Se ha metido en el asunto, sin atreverse a llevar las cosas hasta el final: la opinión pública, aunque favorable a las sanciones, no se ha mostrado dispuesta a aprobar el cierre del Canal de Suez, ni el embargo del petróleo. En el fondo, creyó que podría imponer su voluntad mediante una simple presión económica, como tantas veces lo hiciera en el pasado; pero había cometido el grave error psicológico de no tener en cuenta las necesidades de un dictador: Mussolini no podía retroceder sin per-

der su prestigio; por consiguiente, estaba obligado a correr el riesgo de una lucha con las armas; y ha ganado la partida sin trabajo, puesto que, el recurrir a ellas, era una solución en la que Gran Bretaña ni siquiera había pensado. Hay que señalar (con un comentarista inglés) (1) que la opinión pública inglesa, después de haberse pronunciado, con ardor, en pro de la *seguridad colectiva*, en octubre de 1935, perdió su entusiasmo cuando comprendió, tres meses después, que la política de las sanciones podía conducir a la guerra.

Es más difícil seguir, en el estado actual de la documentación, el destino del pacto franco-soviético.

La necesidad de completar el tratado mediante un acuerdo militar había sido subrayada por el gobierno ruso en el curso de las negociaciones preliminares (2); pero Pierre Laval había hecho aplazar el examen de la cuestión. Cuando vuelve a ser planteada por la diplomacia soviética, en julio de 1935, el gobierno francés responde con evasivas. El presidente del Consejo no quiere cortar los puentes con Alemania; el gobierno hitleriano—cree—se resignará a aceptar la existencia del pacto franco-soviético, mientras los compromisos contraídos sean puramente diplomáticos; pero el acuerdo militar daría a estos compromisos una precisión y un rigor inoportunos. El ministro de la Guerra, Jean Fabry, piensa que la política rusa desea un conflicto general, cuyo resultado sería la victoria del comunismo en Europa; considera que el acuerdo militar, por su "automatismo brutal", permitiría al gobierno soviético arrastrar a Francia a ese conflicto; el Estado Mayor General no insiste.

¿Quiere decir esto que el gobierno francés desea *dejar dormir* el pacto en sí? Por lo menos esta es la impresión que produce, puesto que retrasa la ratificación parlamentaria del tratado. Si en febrero de 1936 se decide a proponerla, es porque se da cuenta de que, prolongando sus aplazamientos, daría a Alemania la impresión de un retroceso; y, asimismo, porque algunos de sus miembros consideran que Francia no puede "dejar que se enfrenten el pangermanismo y el paneslavismo", contentándose con *contar los golpes*. Pero pone buen cuidado en insistir en el carácter estrictamente defensivo de los compromisos contraídos en el marco de la Sociedad de Naciones.

El valor práctico del acuerdo se limita, en un futuro inmediato, al *cambio de frente* realizado por el partido comunista francés con respecto a la política de armamentos. Con ocasión de la visita a Moscú de Pierre Laval, Stalin, en un comunicado publicado el 15 de mayo, aprobó el esfuerzo iniciado por Francia con vistas a "mantener su defensa nacional al nivel de su seguridad". A este cambio de postura responde el discurso pronunciado por Maurice Thorez, en el mes de julio,

(1) H. G. Nichols, en un informe presentado en 1954 en la "Mesa redonda" del Instituto de Estudios Políticos.

(2) Véanse págs. 1003 y 1004.

al Congreso de la Internacional Comunista: "somos descendientes de los *sans-culottes* de 1792, de los soldados de Valmy...; proclamamos nuestro amor a nuestra Patria y a nuestro pueblo". Por consiguiente, la colaboración del partido comunista francés para la votación de los créditos militares está asegurada de momento.

¿Por qué la política francesa ha adoptado este camino intermedio en sus relaciones con la U. R. S. S., restringiendo voluntariamente la eficacia del pacto franco-soviético? Las reticencias de los componentes del gobierno no bastan para explicarlo. Lo más importante es el desasosiego que se ha manifestado, en el otoño de 1935, en la opinión pública francesa. En mayo, la firma del pacto fue aprobada por la inmensa mayoría de la prensa, incluso de la derechista. En octubre, el estado de ánimo es, por completo, diferente; algunos periódicos de derechas llegan, incluso, a decir que tal vez fuera conveniente dejar a Alemania libertad de acción en el Este; pero esta posibilidad es descartada, formalmente, por otros periódicos de la misma tendencia política. En febrero de 1936, los círculos derechistas—los más desconfiados con respecto a Alemania y que no admiten en ningún caso que esta "conquiste su espacio vital a costa de Rusia o de Polonia"—se muestran, sin embargo, mucho más reservados con respecto a la alianza rusa.

La posición adoptada por Polonia y Rumania facilita una oportunidad para esta significativa evolución: el gobierno polaco no oculta sus intenciones de—llegado el caso—negar al ejército ruso la autorización para cruzar su territorio, aun tratándose de la aplicación del artículo 16 del pacto de la Sociedad de Naciones; y el 27 de septiembre de 1935, el Gobierno rumano opone un rotundo mentís a la noticia de que había prometido conceder este derecho de paso. Esto puede paralizar el funcionamiento del pacto franco-soviético.

Sin embargo, los comentarios de la prensa muestran claramente que no es esta la verdadera causa de dicha evolución. En realidad, los círculos políticos derechistas temen que la colaboración diplomática con la U. R. S. S. dé lugar a un cambio de orientación en la política interior francesa, y que facilite la formación de un Frente Popular, en el que los comunistas estarían unidos a los socialistas y a los radicales. ¿No está ya preparada esta coalición electoral, con vistas a las elecciones generales, que han de celebrarse en junio de 1936?

Así, pues, a pesar de la ratificación del pacto franco-soviético por la Cámara de los Diputados, la alianza está en grave peligro.

### III. LA RECUPERACION DE LA ZONA RENANA

La guerra ítalo-etíope—escribía en enero de 1936 un periodista francés—ha hecho de Hitler "el árbitro de la paz y de la guerra en Europa".

Antes, incluso, de iniciarse las operaciones militares en Etiopía, la perspectiva de un conflicto diplomático entre Italia y Gran Bretaña ha permitido a Alemania una primera ventaja: el Gabinete ha accedido

al rearme naval alemán. El acuerdo de junio de 1935 ha previsto que el tonelaje global de la flota de guerra alemana podría alcanzar el 35 por 100 del tonelaje global de la flota de guerra inglesa. Esta revisión de las cláusulas navales del tratado de Versalles crea un "precedente", del que la diplomacia alemana no dejará de hacer uso. Que Gran Bretaña haya consentido esta innovación sin pedir la conformidad de los demás firmantes es algo que la prensa francesa critica con acritud. Pero la política inglesa espera evitar así una *colisión* de Alemania e Italia en la cuestión etíope. Lo consigue, puesto que Hitler (según él mismo dice a sus colaboradores) en aquella época deseaba, todavía, una colaboración anglo-alemana.

Cuando la guerra de Etiopía se acerca a su desenlace, la política hitleriana—tomando como pretexto la contradicción existente, según ella, entre el pacto franco-soviético y los tratados de Locarno (1)—pone fin a la desmilitarización de Renania. La iniciativa es muy arriesgada, puesto que si Francia replicara con las armas a esta violación del tratado, Alemania no estaría en condiciones de hacerle frente: la reorganización del ejército, iniciada en marzo de 1935, está lejos de haber terminado, y la aviación de bombardeo es muy insuficiente todavía. Pero Hitler se manifiesta convencido de que Francia *no se moverá*. Sin duda, cuenta con la pasividad de los *garantes*: Italia, a causa de la política de las sanciones, es indudable que no apoyará a Francia; Gran Bretaña, satisfecha del acuerdo que limita el rearme naval alemán, vacilará antes de perder sus beneficios; ahora bien: el gobierno francés ha mostrado tal incertidumbre en el asunto etíope, que puede dar lugar a pensar que, llegado el momento, no se atreverá a emprender una acción bélica sin haber obtenido el asentimiento de Gran Bretaña. ¿Es acertada, sin embargo, esta idea? ¿No tiene suficiente importancia la cuestión renana para la seguridad de Francia para que estén fuera de lugar las vacilaciones? ¿Y no llevan los radicales la dirección de la política francesa, desde la dimisión de Pierre Laval? El Estado Mayor alemán considera, por tanto, que la violación del artículo 42 del tratado de Versalles es una operación demasiado arriesgada, y aconseja prudencia al Führer. Hitler no deja por ello de pensar que Francia no reaccionará, puesto que el territorio francés no es atacado; da más valor a su intuición que al consejo de los técnicos.

Ahora bien: esta jugada de azar tiene éxito. Cuando, el 7 de marzo de 1936, el gobierno del Reich—al tiempo que propone a Francia la firma de un pacto de no agresión—hace entrar algunas tropas en la zona desmilitarizada, el presidente del Consejo francés, después de haber aludido veladamente, el 8 de marzo, en una alocución por radio, a la

(1) Parece fuera de dudas que esa argumentación era un simple pretexto. Cuando el Gobierno francés propuso abrir un debate jurídico acerca de dicha "contradicción", Hitler eludió la oferta; según el testimonio de sus colaboradores, había decidido la "reocupación" antes que el Gobierno francés presentase el pacto franco-soviético al Parlamento.

eventualidad de una acción de fuerza, el 11 de marzo declara en el Parlamento que se limitará a obrar "en el marco de la Sociedad de Naciones" y *de acuerdo* con los demás firmantes del pacto renano de Locarno: es decir, que renuncia a tomar las armas, y se refugia en una réplica diplomática, cuya ineficacia nadie pone en duda.

De esta forma, Francia tolera una vez más una violación del tratado de Versalles, y pierde la garantía de seguridad que constituía para ella la desmilitarización; Alemania puede ahora establecer en la región renana un sistema de fortificaciones, cuya existencia podrá paralizar una ofensiva del ejército francés en beneficio de sus aliados de Europa Central y Oriental. Todas las circunstancias de la política continental, por tanto, han cambiado.

Se trata, pues, de un momento decisivo. ¿Por qué ha escogido el Gobierno francés el camino de la resignación, cuando aún podía demostrar su fuerza con muy poco riesgo? ¿Por qué ha dejado escapar la ocasión de infligir al Gobierno alemán un golpe que habría podido frenar el rearme alemán y tal vez, incluso, asestar al régimen hitleriano un golpe fatal?

Lo que hay que examinar en primer lugar es la actitud de los estados aliados o amigos de Francia: Polonia y Gran Bretaña.

El Gobierno polaco, a pesar de haber firmado con el Gobierno alemán el acuerdo de enero de 1934, no ha abandonado la alianza con Francia. ¿Pensaba cumplir sus compromisos si la reocupación de la zona renana desmilitarizada daba lugar a una guerra entre Francia y Alemania? El 7 de marzo, tan pronto como se anuncia la entrada de las tropas alemanas en dicha zona, el ministro de Asuntos Extranjeros, coronel Beck, da a conocer al Gobierno francés que, llegado el caso, Polonia permanecerá fiel al tratado de alianza, y propone una conversación. Pero el día 9 hace declarar, en un comunicado oficioso, que la reocupación de Renania ha sido la réplica a la ratificación del pacto franco-soviético por el Parlamento francés; es decir, adopta la tesis alemana. ¿Qué sentido tienen esos gestos contradictorios? Es muy posible que el coronel Beck fuera sincero al proponer la conversación; pero que, dos días después, haya creído conveniente contentar a Alemania, al comprobar las dudas francesas y, sobre todo, la reserva inglesa. Sin embargo, un testimonio polaco no permite dar como válida esta interpretación: en el mismo momento en que declaraba fidelidad a la alianza francesa, el ministro de Asuntos Extranjeros decía a sus colaboradores que el *casus foederis* no se aplicaba a la violación del estatuto de desmilitarización. Hay que pensar, por tanto, que la oferta de conversación constituía, por parte del coronel Beck, el preludio de una maniobra: poner a prueba la firmeza del Gobierno francés; si aceptaba la conversación, ofrecerle ayuda militar, subrayando que esta ayuda excedía a las obligaciones polacas; en compensación, obtener de Francia garantías más completas en cuanto al futuro. Simple hipótesis, cuya

comprobación es imposible actualmente, y tal vez lo sea siempre. Pero el resultado no deja lugar a dudas: en marzo de 1936, el Gobierno francés ha tenido la impresión de que el polaco jugaba con dos barajas; algo que debía despertar sospechas en cuanto al funcionamiento de las "alianzas de retaguardia", en caso de guerra franco-alemana.

La actitud de los medios políticos y de la opinión pública en Gran Bretaña no es más firme durante estas jornadas críticas, por lo que se puede apreciar en el estado actual de la documentación. El Gabinete, dirigido y dominado por los conservadores, multiplica sus consejos de resignación. El 7 de marzo el embajador inglés en París recomienda al Gobierno francés que no tome ninguna medida militar sin antes pedir consejo a Gran Bretaña. El día 8, el ministro inglés de Asuntos Extranjeros, Anthony Eden, invita al Gobierno francés a *conservar su sangre fría*, y a no tomar una iniciativa *irreparable*. El 9 de marzo, en la Cámara de los Comunes, el mismo Eden declara que la recuperación de Renania, acto *inexcusable*, ya que repudia unas promesas hechas libremente (las de Locarno), no implica, sin embargo, ninguna amenaza de hostilidad, puesto que el canciller alemán ofrece la conclusión de un pacto de no agresión; el Gabinete inglés considera, por tanto, que procede examinar este ofrecimiento alemán. El Jefe de la oposición expresa la misma opinión, y observa que la iniciativa alemana no es un "acto de agresión contra el territorio de un estado"; por otra parte—añade el ministro—, el Consejo de la Sociedad de Naciones se va a reunir para examinar la situación: "evidentemente no se puede tomar ninguna decisión antes de esta reunión". "Sin embargo—añade Anthony Eden—, en el caso de que en el transcurso del período necesario para el examen, Francia fuera atacada por Alemania, Gran Bretaña se consideraría en la obligación de acudir en su ayuda.

El sentido de estas declaraciones veladas es suficientemente claro. El Gobierno inglés estima que Francia no debe tomar, por el momento, ninguna iniciativa militar; admite la violación del pacto renano de Locarno—del que es garante—; pero se niega, por lo que a él respecta, o sacar consecuencias; bien es verdad que promete apoyo militar a Francia; pero es un compromiso limitado a una sola hipótesis y a un período transitorio, que de ninguna forma puede identificarse con una promesa de alianza. Esta actitud es aprobada, casi unánimemente, por la Prensa inglesa, que considera como *acceptables* las ofertas alemanas y desea sean examinadas *sin ideas preconcebidas*. Los únicos grandes periódicos que estiman imposible cerrar los ojos ante esta violación de los Tratados son el comunista *Daily Worker*—cuya preocupación es evidente— y el *Daily Telegraph*, cuyas sugerencias son sumamente vagas.

El 10 de marzo, Anthony Eden y lord Halifax están en París. Según fuentes francesas, recomiendan que se solucione la cuestión por medios diplomáticos; y añaden que no han recibido poderes para autorizar al Gobierno francés a una acción militar inmediata. No se trata, indudablemente, sino de *recomendaciones*: el Gabinete inglés no se opone for-

malmente a una iniciativa francesa, que se contenta con calificar de inoportuna e incluso de lamentable; pero estos consejos son apremiantes y reiterados. No hay duda de que estas reticencias británicas han tenido gran resonancia en los medios oficiales franceses, siempre preocupados de mantener la solidaridad con la política inglesa.

¿Se trataba, sin embargo, de un obstáculo absoluto? Indudablemente, no. En una ocasión tan importante para la seguridad de las naciones, el Gobierno francés hubiera tenido, sin duda, motivos suficientes para abrir la marcha; podía pensar que Gran Bretaña, a pesar de sus reservas, se habría inclinado ante el hecho consumado, y se consideraría obligada a asociarse a la política francesa. Pero esta línea de conducta, aunque haya sido indicada, desde el primer momento, por políticos eminentes y por altos funcionarios, no ha obtenido la mayoría del gabinete, que considera imprudente cualquier "acción aislada".

El hecho cierto y capital es, por tanto, la timidez del Gobierno francés. ¿Por qué no ha creído posible actuar, sin contar, desde el primer instante, con el apoyo militar de Polonia y de Gran Bretaña? Unos ministros divididos, un Estado Mayor vacilante, una opinión pública *desmoralizada*: tales son las explicaciones más verosímiles.

El Gobierno veía venir la crisis; no era un mérito presentirla, puesto que no le faltaron advertencias; ahora bien: no había tomado ninguna iniciativa para tratar de prevenir los acontecimientos; y tampoco había hecho nada para determinar cuál había de ser la réplica. Ante el hecho consumado, permanece angustiado e indeciso. En dos ocasiones, los días 8 y 10, la mayoría del Consejo de ministros se pronuncia a favor de una negociación. El presidente del Consejo, Albert Sarraut, cuando declara, en su alocución radiada del día 8: "no dejaremos a Estrasburgo bajo los cañones alemanes", solo pretende, con esta manifestación de energía verbal, "sondear" el estado de ánimo del pueblo francés: no piensa, en absoluto—según sus propias manifestaciones—, en una acción militar, si ha de ser emprendida solamente por Francia.

El *espíritu de resignación* domina en los medios parlamentarios y en la Prensa. La Cámara de Diputados manifiesta, en la sesión del 10 de marzo, una frialdad significativa. Los periódicos de París, con muy pocas excepciones, no aluden a la eventualidad de que se recurra a la fuerza. La Prensa socialista estima que basta con convocar al consejo de la Sociedad de Naciones; y que lo principal es obrar de pleno acuerdo con Gran Bretaña y Bélgica. Toda la responsabilidad incumbe—dice— a Pierre Laval, que al renunciar a sostener formalmente el principio de la seguridad colectiva en la cuestión etíope, ha estimulado, inconscientemente, a los agresores. En las derechas, el título de la primera página de *L'Echo de Paris* del 8 de marzo dice: "¿La mochila a la espalda? No". Y *L'Action Française* se pronuncia en el mismo tono. Los periódicos que normalmente están en contacto con los círculos militares no hablan para nada de una posible intervención militar. ¿Puede

esta actitud explicar suficientemente la incertidumbre que se manifiesta, desde hace algunas semanas, con respecto al pacto franco-soviético? (1). No, sin lugar a dudas, puesto que aun en los medios más desconfiados con respecto a la U. R. S. S. no puede dejarse de ver con inquietud que el ejército alemán recobre sus posiciones en las fronteras franco-alemanas. Los rasgos más sobresalientes del estado de ánimo reinante son la dejadez y el deseo de conservar con Gran Bretaña una solidaridad que todavía parece suficiente garantía. Incluso aquellos que ven más lejos, dudan antes de hablar clara y enérgicamente; porque las elecciones generales se aproximan, y no es el momento oportuno para desasegurar al cuerpo electoral, cuya atención se inclina hacia las cuestiones de política interior. Así, pues, el país no está *preparado moralmente* para acudir a las armas: es un hecho que la mayoría del Consejo de Ministros no deja de tener en cuenta, indudablemente.

El ministro de la Guerra—general Maurin—y el jefe del Estado Mayor—general Gamelin—, interrogados por el presidente del Consejo acerca de las medidas que convendría tomar en el caso de que, finalmente, se decidiera una acción militar, consideran necesario—incluso para llevar a cabo una simple *demostración*—llamar a filas a tres quintas de reservistas, puesto que el ejército no dispone de una “fuerza de intervención” inmediatamente utilizable. En la hipótesis de que las tropas alemanas se negaran a evacuar la zona desmilitarizada y opusieran resistencia armada—añaden—habría de ser decretada la movilización general; y en esta guerra franco-alemana, Francia necesitaría el apoyo de sus aliados. Al exigir el llamamiento de los reservistas desde el primer momento, los jefes del ejército han aumentado las vacilaciones de un Gobierno cuyo mayor deseo es no alarmar demasiado a la opinión pública. Sin embargo, ¿era necesario llamar a estos reservistas? El Estado Mayor alemán no había hecho entrar en Renania a más de 50 000 hombres; incluso contando con las formaciones paramilitares, S. A. y S. S. (2), los efectivos alemanes inmediatamente disponibles en esta zona renana no pasaban de 200 000 hombres. ¿No eran suficientes las tropas francesas en activo para obligar al adversario a retirarse? Pero esta cuestión esencial no parece haber sido tratada en el Consejo de ministros. Nadie parece haber pensado, ni siquiera en los medios militares, que Alemania no estaba en condiciones de ir a la guerra y que bastaría un gesto enérgico para hacer fracasar la iniciativa hitleriana. ¿Hay que atribuirlo a un funcionamiento deficiente de los servicios de información? La explicación es posible, puesto que el ministro de la Guerra invocaba, para explicar su reserva, la insuficiencia de la defensa antiaérea francesa, ¡mientras que el Estado Mayor alemán no se consideraba en condiciones de ir

(1) Véase el párrafo anterior.

(2) Sobre esta base se establecieron los cálculos del jefe del Estado Mayor francés, que añadió incluso los destacamentos de policía.

a la guerra, precisamente porque carecía de aviación de bombardeo! Esta cuestión merecería un estudio crítico, todavía imposible en el estado actual de la documentación.

Pero no es el único hecho desconcertante. ¿Por qué no ha sido reunido en estas horas críticas el Consejo Superior de Defensa Nacional? ¿Por qué no ha sido invitado el Consejo Superior de Guerra a examinar, en detalle, los obstáculos que supondría la reocupación de Renania, para la ejecución del plan de operaciones? No parece que estas cuestiones, tan graves, hayan sido planteadas en el curso de las deliberaciones gubernamentales. Estos hechos parecen confirmar la apreciación de Paul Reynaud: “aquel Gobierno se alegró de encontrar en la resistencia inglesa un pretexto para su debilidad.” De todas formas, sería excesivo imputar solamente a este Gobierno tal debilidad: la debilidad fue colectiva; y los círculos dirigentes del Parlamento y de la Prensa, cuya labor hubiera debido ser dirigir la opinión pública, ni siquiera lo intentaron.

\* \* \*

En un intento de síntesis, hay que circunscribirse a la cuestión fundamental. La crisis internacional de 1935-36 asestó un golpe muy grave a la Sociedad de Naciones y al principio de la seguridad colectiva. El ministro de Asuntos Extranjeros de Noruega, ya en septiembre de 1935, expresó sus dudas en cuanto al futuro de la Sociedad; la experiencia le dio la razón. El Gobierno belga manifiesta su escepticismo. Los países del grupo de Oslo (Estados escandinavos, Finlandia, Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo) no tardarán en declarar que ya no consideran obligatorio el sistema de sanciones previsto por el artículo 16 del Pacto. La *desintegración* de la Pequeña Entente es evidente en noviembre de 1936: el ministro de Checoslovaquia en Bucarest no vacila en criticar, abiertamente, las tendencias que prevalecen en la política exterior de Rumania y en la de Yugoslavia. Al mismo tiempo, esa crisis ha sido el punto de partida para una nueva orientación de las relaciones entre los grandes estados europeos: la formación del *Eje Berlín-Roma*, anunciada públicamente en el otoño de 1936, ha abierto a la política hitleriana el camino que conducirá a la segunda guerra mundial (1).

¿Hay que atribuir a la actitud de Gran Bretaña y de Francia lo que algunos comentaristas han llamado el *derrumbamiento de las alianzas*? Esta cuestión ha sido en Francia, desde principios de 1936, materia de polémicas, muchas veces vehementes.

Unos dicen que hubiera habido que dejar a Mussolini las manos libres en Etiopía, para conservarle en el *frente de Stresa*; esta colaboración entre Francia, Gran Bretaña e Italia hubiera bastado para frenar las intenciones agresivas de la Alemania hitleriana. Esta tesis ha

(1) Volveremos sobre la cuestión en el cap. V.

sido mantenida por muchos sectores políticos derechistas. Atribuye al acto de Stresa un alcance y un valor ciertamente dudoso, puesto que los términos del acuerdo eran vagos y las intenciones de la política fascista, muy sospechosas. Indudablemente, el *frente de Stresa*—escribe el comentarista político de la *Revue des Deux Mondes*—no fue sino la *tapadera diplomática* de la operación de Etiopía. Si el Gobierno fascista hubiera podido obtener las ventajas que esperaba, es decir, plena libertad de acción en África Oriental, ¿hubiera permanecido fiel al acuerdo del 16 de abril? Sin llegar a adoptar el argumento sumario que daba la Prensa socialista francesa—o sea la imposibilidad de separar, a la larga, a Hitler y Mussolini, porque “dos lobos siempre acabarán por aullar al mismo tiempo”—, no hay que olvidar que la política fascista, si tratase de realizar los propósitos anunciados con gran antelación por Mussolini—la expansión en el Mediterráneo—tenía necesariamente que acabar por tropezar con las posiciones adquiridas por Francia e Inglaterra.

Para mantener el *frente de Stresa*, ¿no se hubieran visto obligadas, Gran Bretaña y Francia, a aceptar el *mare nostrum*, lo que ni una ni otra hubieran podido admitir sin sacrificar grandes intereses? En el fondo, la orientación de la política exterior italiana, de cualquier forma, se verá ante un dilema: mantener la independencia de Austria haciendo fracasar la expansión alemana; o dejar que Alemania domine la Europa danubiana, obteniendo, como contrapartida, una comunidad de acción con vistas a una revisión de las situaciones conseguidas. ¿Podía el Gobierno fascista, después de haber afirmado tantas veces la necesidad de expansión de Italia, avenirse a adoptar una actitud *conservadora*—orientada a mantener el *status quo*—, sin que se resquebrajara su autoridad sobre el pueblo italiano? La hipótesis parece poco verosímil. Pero no se puede llegar a conclusiones más convincentes, mientras no se conozcan los documentos de los archivos italianos que, tal vez, faciliten suficientes elementos de juicio.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la política exterior de Italia en general.**—P. SILVA: *Italia, Francia, Inglaterra nel Mediterraneo*, Milán, 2.<sup>a</sup> ed., 1939.—\*\*\*: *La Question italienne en Tunisie (1868-1938)*, París, 1939.—R. CIASCA: *Storia coloniale dell'Italia contemporanea. Da Assab al Impero*, Milán, 1938.—E. DE BONO (mariscal): *La Conquista dell'Impero. La preparazione e la prime operazioni*, Roma, 1936.

**Sobre los orígenes del conflicto.**—G. GIGLIO: *La Questione del Lago Ta-*

*na, 1902-1941*, en “Riv. di Studi polit. intern.”, octubre, 1952, págs. 643-686. R. MENNEVEE: *Les Origines du conflit italo-éthiopien et la S. de N.*, París, 1936.—A. DE LA PRADELLE: *Le conflit italo-éthiopien*, París, 1936.

**Sobre las sanciones.**—F. M. DELLA TORRE: *Le Sanctions*, Roma, 1936.—P. BARTHOLIN: *L'Aspect économique des sanctions contre l'Italie*, París, 1938. CH. ROUSSEAU: *Le Conflit italo-éthiopien devant le droit international*, París, 1938.—A. SERUP: *L'Art. 16 du*

*Pacte et son interprétation dans le conflit italo-éthiopien*, Ginebra, 1939.—A. MANDELSTAM: *Le Conflit italo-éthiopien devant la S. de N.*, París, 1937.

**Sobre la política de Gran Bretaña y Francia.**—AD. LIVINGSTONE: *The Peace Ballot. The official History*, Londres, 1935.—P. VAUCHER y P. SIRIEIX: *L'Opinion britannique, la S. de N. et la guerre italo-éthiopienne*, París, 1936. JEAN FABRY: *Février 1934-Juin 1940. De la place de la Concorde au Cours de l'Intendance*, París, 1942; y del mismo autor: *Le “Tournant” des sanctions contre l'Italie*, en “Ecrits de Paris”, febrero de 1948. M. TOSCANO:

*Eden a Roma alla vigilia del conflitto italoetiopico (Con documenti inediti)* en *Nuova Antologia*, enero de 1960.—D. C. WATT: *Gli accordi mediterranei anglo-italiani del 16 aprile 1935*, en *Riv. di Studi polit. internaz.*, enero de 1959.

**Sobre la recuperación de Renania.**—R. A. PARKER: *The first Capitulation. France and the Rhineland Crisis of 1936*, en *World Politics*, abril de 1956. M. BRAUBACH: *Die Entmilitarisierung des Rheinlandes*. Berlín, 1959.

**Sobre la formación del «Eje».**—E. WISKEMANN: *L'Axe Rome-Berlin*, París, 1950.—M. TOSCANO: *Il Patto d'Acciaio*, Roma, 1948.



## CAPITULO IV

## PRIMERAS AMENAZAS DE GUERRA GENERAL

A partir del verano de 1936, los peligros van en aumento. Durante los tres últimos años, las guerras locales—campana italiana en Etiopía y hostilidades entre Japón y China en Shanghai, sin declaración de guerra—no habían supuesto la amenaza de una guerra general. Ahora, sin embargo, esta amenaza domina las relaciones internacionales. La guerra española, la guerra chino-japonesa y los actos de fuerza de la Alemania hitleriana en Europa central ponen en peligro, directamente, la paz general.

## I. LA GUERRA ESPAÑOLA

Cuando acaba la crisis internacional provocada por la guerra de Etiopía (las sanciones decretadas contra Italia en octubre de 1935 se levantan en julio de 1936), la paz europea se encuentra amenazada de nuevo por la guerra de España. Las causas de esta nueva crisis internacional son únicamente españolas. Desde que, en abril de 1931, se derrumbó la monarquía de Alfonso XIII, sin intentar resistir, después de una consulta electoral que había demostrado el descrédito del régimen, la república española arrastró una existencia difícil.

El 17 de julio de 1936 estalla en Marruecos español la insurrección, dirigida por el general Franco, que, a última hora, ha reemplazado al general Sanjurjo, víctima de un accidente de aviación; al día siguiente, se extiende al territorio metropolitano. En seis semanas obtiene brillantes éxitos, que permiten a los *nacionales* establecer su autoridad en la mitad del país o poco menos. Pero en noviembre de 1936, después de detenerse ante Madrid las tropas *nacionales*, la situación se estabiliza. En el transcurso de los dos años siguientes, el Gobierno republicano—que ha reorganizado sus fuerzas—no pierde terreno sino muy lentamente; replegado a Barcelona, a finales del verano de 1938, todavía *controla* una tercera parte del territorio; y los observadores extranjeros consideran que esta lucha de desgaste puede prolongarse mucho tiem-

po. Sin embargo, en diciembre de 1938, estas previsiones se ven desmentidas: el general Franco, merced a la superioridad de sus fuerzas aéreas, consigue invadir Cataluña; después de una resistencia de dos años y ocho meses, el Gobierno republicano se ve obligado a abandonar la lucha, en marzo de 1939.

¿Por qué esta guerra española supone un grave acontecimiento en las relaciones internacionales? Primeramente, por el lugar que ocupa España en el Mediterráneo y por el papel que puede desempeñar—gracias a su situación geográfica—en el caso de una guerra general. También, porque los dos ejércitos españoles—nacional y republicano—buscan en el extranjero artillería y aviación, así como especialistas capaces de utilizar los medios de combate modernos. De esta forma, cuatro grandes Estados europeos participan en la guerra española—en distintos grados—, mediante el envío de armas o de *voluntarios*, concediendo su apoyo a uno u otro de ambos ejércitos; esta intervención, de hecho, amenaza degenerar en un conflicto entre esos Estados.

¿Cuáles son los intereses de las grandes potencias al empezar la guerra? El asunto español es un aspecto de los conflictos *ideológicos* que oponen en Europa los regímenes políticos fascista, comunista y democrático. Abre importantes perspectivas, desde el punto de vista estratégico, ya se trate del control de las rutas marítimas en el Mediterráneo y en el Atlántico, ya del paso del Estrecho de Gibraltar. Por último, desde el punto de vista económico, ofrece oportunidades muy interesantes, puesto que los grandes Estados, que realizan entre sí una carrera de armamentos, pueden tratar de asegurarse el suministro de materias primas para sus industrias metalúrgicas en este país, rico en mineral de hierro y en piritas.

El Gobierno italiano declara que su única preocupación es—en interés del equilibrio mediterráneo—impedir el éxito en España de un *Frente Popular* de inspiración marxista. Sin embargo, la realidad es que lleva a cabo una política *ofensiva*, que presta su apoyo al Movimiento “nacional” español con la esperanza de obtener, en compensación, ciertas ventajas estratégicas y políticas: adquirir el derecho a establecer bases navales o aéreas en el archipiélago de las Baleares; crear una amenaza para la dominación inglesa en Gibraltar; acaso, incluso, resucitar la cuestión marroquí, partiendo de la zona española del imperio jalifiano. Así, pues, bastante antes que empezara la insurrección, ya alentó a los grupos de oposición—monárquico y falangista—que preparaban el Alzamiento. El 31 de marzo de 1934, Mussolini recibe a los jefes del grupo de Renovación; se compromete a reconocer un Gobierno monárquico en España, tan pronto como se efectúe la restauración, y a garantizar a este Gobierno la posesión de los territorios españoles en el Mediterráneo occidental. La monarquía restaurada concederá a Italia preferencias comerciales. El texto del acuerdo no dice nada más; pero, según el informe redactado por los delegados españoles, Mussolini prometió verbalmente prestar su ayuda, me-



dante el envío de armas y de dinero, así como ampliar inmediatamente esta ayuda, "si la obra realizada lo justificara y las circunstancias lo exigieran". Posteriormente, parece ser que el Gobierno de Roma llegó a un acuerdo análogo con el general Mola, uno de los jefes del Movimiento falangista español. Por tanto, la política italiana estaba determinada con mucha antelación.

El Gobierno nacionalsocialista, ni que decir tiene, se muestra partidario de la insurrección española, por solidaridad de conceptos políticos; pero no persigue objetivos en el Mediterráneo. Lo que le interesa son las perspectivas estratégicas y económicas que sitúa en el marco de un futuro conflicto europeo. La España *nacional* podría representar una amenaza en la frontera de los Pirineos y, por consiguiente, debilitar al ejército francés en el caso de una guerra franco-alemana: estos cálculos, que ya se hiciera Bismarck en 1870 (1), son también los de Hitler. A plazo inmediato, la política alemana desea, sobre todo, obtener derechos de preferencia para la compra del mineral de hierro de Bilbao, del manganeso de Huelva, del cobre y de las piritas indispensables para su industria de guerra. Las autoridades alemanas—bien es verdad que no las del Ministerio de Asuntos Extranjeros, sino las de la Oficina de Política Exterior del Partido Nacionalsocialista—han estado en contacto, antes del levantamiento español, con los jefes del Movimiento nacional; al parecer, prometieron la ayuda de la aviación alemana para asegurar el transporte de las tropas del Marruecos español hacia el territorio metropolitano.

Tanto Gran Bretaña como Francia se beneficiaron en los siglos XIX y XX de la decadencia española, que les permitió una mayor libertad de acción en el Mediterráneo. Por consiguiente, no tienen ningún interés en que se instale en Madrid un Gobierno fuerte, que pretenda reanudar la actividad en la política exterior y que podría tratar de modificar el *statu quo*. Sobre este particular, el Gobierno francés—que, desde junio de 1936, es el Gabinete del Frente Popular dirigido por León Blum—y el Gabinete inglés—conservador—sustentan el mismo criterio: Uno pretende salvaguardar la seguridad de las comunicaciones entre Africa del Norte y la Metrópoli; teme, por tanto, una colaboración italo-española, que podría tener como consecuencia la presencia italiana en las Baleares. El otro no puede perder de vista la eventualidad de una reivindicación española sobre Gibraltar, así como la importancia del archipiélago de las Canarias en la ruta marítima del Cabo de Buena Esperanza. En definitiva, la cuestión española es un nuevo aspecto de las rivalidades mediterráneas, planteadas, desde quince años antes por la política de la Italia fascista. Pero ni Francia ni Gran Bretaña han tenido la menor intervención en los orígenes de la guerra española.

En cuanto al Gobierno soviético, no cabe duda de que desea el fra-

(1) Véase pág. 306.

caso del *fascismo español*. Puede también que tenga motivos estratégicos: si el partido comunista adquiriera en España un papel dirigente, la política rusa podría encontrar en el Mediterráneo occidental y en el Atlántico una base eficaz. Hay que admitir una vez más que, en el estado actual de las documentaciones, esto no es sino una hipótesis, bastante discutible, por otra parte, si se tiene en cuenta que en el seno del *Frente Popular* los comunistas españoles tenían que contar no solamente con los radicales, sino también con las fuerzas del sindicalismo anarquista, adversario decidido del marxismo.

¿Cómo ha de sorprender que Italia y Alemania hayan sido las únicas grandes potencias que han desempeñado un papel activo en los orígenes de la crisis española, si eran las únicas a quienes podía interesar la caída del Gobierno republicano español?

No obstante, desde los primeros días de la guerra, todos los grandes Estados europeos tuvieron que definir su posición. La ayuda italiana y alemana al Alzamiento *nacional* es inmediata. La cuestión de la ayuda rusa al Gobierno republicano se plantea el 28 de julio. En París, donde el Gobierno del Frente Popular ha sido formado un mes antes, el presidente del Consejo—que ha recibido amplia información acerca de la intervención de Italia y de Alemania—piensa, a partir del 24 de julio, en prestar ayuda militar a la República española; pero tropieza con las objeciones del presidente de la República, del presidente de la Cámara de Diputados y del ministro de Asuntos Extranjeros, quienes temen que la guerra española pueda abrir el camino, por la repercusión de las intervenciones rivales, a una guerra general. El 1 de agosto, el Gobierno francés se resigna a adoptar una política de no intervención, habida cuenta de que el Gabinete británico se adhiere por completo a tales objeciones. Por consiguiente, anuncia que no facilitará hombres ni material de guerra a los republicanos españoles, a condición de que todas las grandes potencias se comprometan a hacer lo mismo. Este principio es aceptado por los demás gobiernos, si bien es violado constantemente. El Comité internacional, con sede en Londres, encargado de velar por la aplicación de la promesa, se agota en la discusión de cuestiones de procedimiento y se muestra impotente. La *no* intervención no ha sido nunca más que una ficción—confesará el primer ministro británico—después de dos años de experiencia. De hecho, los dos ejércitos españoles reciben ayuda del extranjero. ¿En qué medida?

Los nacionales se benefician de la ayuda italiana y alemana, aún más de lo que se les prometiera antes de empezar la guerra.

Las iniciativas italianas son, con mucho, las más importantes. El 28 de noviembre de 1936 el Ducé se compromete a apoyar al general Franco para *restablecer el orden social y político* en España; en compensación, obtiene la promesa de un acuerdo económico, de una colaboración política en el Mediterráneo occidental y de una *neutralidad simpatizante* de España en caso de guerra privada; el acuerdo no

prevé cesiones territoriales ni concesión de bases navales o aéreas a favor de Italia. La ayuda italiana presenta diversas formas: envío de armas (10 000 ametralladoras; 240 000 fusiles; 1 930 cañones); la entrada en combate de tres divisiones de *camisas negras* (en enero de 1937 combatían en España 44 000 italianos; y en octubre de 1937, probablemente 60 000); la acción naval, llevada a cabo por 90 buques de guerra—sobre todo submarinos—encargados de torpedear en el Mediterráneo los barcos mercantes neutrales que abastecían a la España republicana. La Prensa fascista celebra como victorias italianas los éxitos del ejército nacional español en Bilbao, en junio de 1937; y, dos meses más tarde, en Santander.

El Gobierno alemán, además de los suministros de material de guerra, envía aviadores, artilleros y, bajo el mando de uno de sus generales, la *Legión Cóndor*, que cuenta con unos 14 000 hombres; también mantiene en el Mediterráneo una escuadra, destinada, en principio, a asegurar el control de la *no intervención*: un navío de esta escuadra, alcanzado por una bomba lanzada por un aviador *republicano*, bombardea, en represalia, el puerto de Almería (junio de 1937). Sin embargo, Alemania no desea situarse en el mismo plano que Italia. El acuerdo concluido el 20 de marzo de 1937 entre el Gobierno nacionalsocialista y el general Franco no va más allá, en el terreno político, de un compromiso de neutralidad y de una promesa de consulta; donde hace hincapié es en la cooperación económica: a cambio de la ayuda militar concedida por Alemania, España proporcionará *aprovisionamientos en materias primas y víveres*, que facilitarán la ejecución del segundo *plan cuatrienal* (1). La correspondencia diplomática con Alemania deja traslucir, en todo momento, estas preocupaciones de tipo económico. De hecho, en el transcurso del año 1937 Alemania recibe de España o del Marruecos español 1 620 000 Tm. de mineral de hierro y 975 000 Tm. de piritas. En el otoño de 1938, el Gobierno nacional español da su conformidad a que los Bancos alemanes adquieran una participación del 35 por 100 en el capital de las cinco grandes sociedades mineras españolas, que recibiría maquinaria alemana para equipar sus explotaciones, y que, en compensación, exportarán a Alemania su mineral durante cinco años.

El Gobierno soviético, aunque no deje de afirmar su simpatía hacia la España republicana y tenga buenas razones para desear el fracaso de Franco, está muy lejos de dar a su intervención una amplitud análoga a la practicada por Alemania e Italia en beneficio de los nacionales. Hasta septiembre de 1936 no advierten los observadores alemanes la presencia de aviones y aviadores rusos; y estos mismos agentes señalan la llegada de pequeños contingentes rusos—algunos centenares de hombres—en el mes de noviembre. Ciano y Goering se muestran de acuerdo, a finales de 1936, en que la intervención soviética es reducida.

(1) Véase pág. 1053.

La política francesa se encuentra obstaculizada por profundas divergencias en el seno de la opinión pública. Los comunistas piden que la España republicana reciba ayuda armada, porque no es posible “dejar que se ahogue al pueblo español”: la no intervención es “una monstruosidad, puesto que Franco ha sido el agresor, sin ningún género de dudas”. Los medios derechistas, salvo contadas excepciones, se muestran favorables a los nacionales por motivos políticos, tal vez ligados a intereses económicos y financieros; no desean dejar el campo libre a la influencia de Italia y de Alemania, en la hipótesis muy verosímil de que la victoria definitiva corresponda a Franco; pretenden salvaguardar los capitales franceses, que constituyen el 60 por 100 de las inversiones extranjeras en la explotación de los recursos mineros españoles, y que podrían sufrir graves pérdidas en caso de que triunfara el Frente Popular. Entre estas dos tendencias extremas, aunque formen parte de la mayoría parlamentaria junto a los comunistas, los radicales socialistas se muestran, en su mayor parte, favorables a la no intervención, porque no quieren aumentar los riesgos de un conflicto general, ni adoptar una línea de conducta diferente de la de Gran Bretaña. Motivos análogos son los que determinan la posición adoptada, a fin de cuentas, por el presidente del Consejo. Sin embargo, el Gobierno francés, cuando comprueba que Alemania e Italia no respetan la *no intervención*, deja pasar voluntarios—franceses o no—y material de guerra, tanto por la frontera pirenaica como por vía marítima; ahora bien, salvo en dos ocasiones (noviembre de 1937 y abril-mayo de 1938), en que se abre la frontera, el paso de hombres y de armas permanece sometido a una vigilancia que lo *contingenta* con bastante rigurosidad.

Las divisiones de la opinión pública son mucho menos sensibles en Gran Bretaña, donde, entre los conservadores—que tienen una neta mayoría en el cuerpo electoral—, unos se sienten inclinados a preferir los nacionales españoles al Frente Popular, y otros (con el mismo Winston Churchill) están convencidos de que el Gobierno republicano no representa la opinión de la mayoría del pueblo y de que, por consiguiente, no se merece mejor trato que el que se aplica a su adversario; la opinión laborista, aun condenando severamente esta preferencia, se limita a manifestar hacia los republicanos una simpatía platónica; y se guarda mucho de pedir que se lleve a cabo acción alguna en su provecho. En el fondo, la postura adoptada por el Gabinete cuenta con una adhesión casi general: la no intervención es un *telón de seguridad*; si la exportación de material de guerra a la península Ibérica quedara en libertad y cada uno de los dos partidos enzarzados en la guerra española fuera sostenido *abiertamente* por un Gobierno extranjero, el conflicto no tardaría en extenderse más allá de las fronteras de España; lo esencial, por tanto, es evitar cualquier iniciativa que pudiera *provocar la avalancha*. De las grandes potencias, Gran Bretaña es la única que no conculca los principios de la no intervención.

¿Puede ser valorado exactamente el alcance práctico de estas intervenciones extranjeras en la guerra española? En el momento en que los dos ejércitos españoles tenían en armas los efectivos más numerosos, es decir, a principios de 1938, los contingentes extranjeros no representaban más del 12 al 13 por 100: el ejército nacional tenía en sus filas—parece ser—unos 80 000 voluntarios, mientras que el ejército republicano apenas si contaba 40 000 (1), o sea 120 000 extranjeros en total, cuando las fuerzas armadas que participaban en la contienda, por aquella fecha, eran de 1 074 000 hombres. Por el contrario, los suministros de material de guerra parecen haber desempeñado un papel decisivo: en 1938, las tropas de Franco no tenían sino un margen de superioridad numérica bastante débil—puede que unos 80 000 hombres—; pero disponían de una aviación muy superior, gracias a la ayuda recibida de Italia y de Alemania (la de 700 aparatos parece bastante verosímil). Por tanto, no cabe duda de que la política llamada de *no intervención* favoreció, en realidad, la victoria del Gobierno nacional.

¿En qué medida han obtenido Alemania e Italia los beneficios que esperaban de esta ayuda eficaz en su política mediterránea y en su política europea general?

El Gobierno italiano ha aprovechado la guerra española para tratar de hacerse reconocer, por el Gobierno inglés, una *paridad de derechos* en el Mediterráneo.

El primero de noviembre de 1936—en un discurso pronunciado en Milán—Mussolini predice un conflicto inevitable en el caso en que Gran Bretaña pretenda *asfixiar al pueblo italiano*, rehusando tener en cuenta los intereses italianos en el Mediterráneo. Ha conseguido una negociación, merced a los medios de intimidación que le facilitaba la posición adquirida en el asunto español. Un primer acuerdo—el *Gentlemen's Agreement*—, del 2 de enero de 1937, fue complementado por otro el 16 de abril de 1938, aunque en el intervalo, en septiembre de 1937, el Gabinete inglés tomara medidas de seguridad cuando submarinos *desconocidos*—en realidad italianos—torpedearon a barcos mercantes ingleses que abastecían de artículos alimenticios y otros productos a la España republicana.

¿Cuáles han sido, en definitiva, las ventajas obtenidas por el Gobierno italiano, a cambio de su promesa de respetar el *statu quo* en el Mediterráneo occidental y la integridad del territorio español (es decir, de no conservar bases navales o aéreas en el archipiélago de las Baleares)? Recibe, además del reconocimiento de su soberanía en Etiopía, la seguridad de que el paso por el Canal de Suez permanecerá libre *en todo momento*, y de que la libertad de tránsito por el Mediterráneo no será obstaculizada. En resumidas cuentas: Gran Bretaña renuncia

(1) Estas apreciaciones, muy controvertidas, solo pretenden dar una impresión de cantidad relativa.

—o, más exactamente, anuncia su intención de renunciar—a ejercer la hegemonía en el Mediterráneo. Esta concesión, hecha con la esperanza de inducir al Gobierno italiano a retirar a los voluntarios que se encuentran en España, le vale al primer ministro, sir Neville Chamberlain, los reproches de la oposición laborista, siendo censurada también por Anthony Eden, ministro de Asuntos Extranjeros. Pero el hecho esencial es que el Gobierno nacional español no concede bases navales o aéreas en el Mediterráneo ni a Italia ni a Alemania.

Tampoco compromete a España el general Franco con el *Eje Berlín-Roma*, aunque—como es lógico—el 27 de marzo de 1939 se adhiere al pacto *Anti-komintern*, y el 31 de marzo de 1939 firma con Alemania un tratado de amistad, que prevé apoyo diplomático mutuo si los *intereses vitales* o la *seguridad* de uno de ambos Estados estuvieran amenazados. Pero no oculta que, en el caso de que estallara una guerra europea *dentro de un plazo más o menos largo*, España permanecería neutral, puesto que *necesitará algún tiempo de descanso para reponerse de los efectos de la guerra civil*. Pretende un plazo de cinco años antes de poder tratar de una participación activa en el *sistema político del Eje*.

¿Por qué Alemania e Italia, cuando el Gobierno nacional español tenía absoluta necesidad de su ayuda, no han exigido la firma de compromisos más concretos? Probablemente porque han pensado que tales compromisos serían papeles mojados: se dan perfecta cuenta de que en la zona controlada por los nacionales la población es xenófoba y de que incluso—según manifestaciones del embajador alemán—, en ocasiones, “siente una oculta simpatía por la ideología contraria”.

En el terreno de las relaciones internacionales, por tanto, los resultados directos de la guerra española son sumamente modestos: Italia y Alemania no han conseguido crear una eventual amenaza—para el caso de una guerra general—ni con respecto a la frontera francesa de los Pirineos ni a las comunicaciones marítimas entre Argelia y Francia. Así, pues, sería exagerado ver en esta guerra un *preludio de la guerra europea*. Pero la crisis española ha creado en la opinión pública europea una tensión moral; también ha permitido comprobar a Hitler y a Mussolini que los Gobiernos inglés y francés están dispuestos a hacer muchos sacrificios para evitar una guerra general.

## II. LA GUERRA CHINO-JAPONESA

Mientras tiene lugar la guerra civil española, el imperialismo nipón inicia en China un nuevo esfuerzo de vasta envergadura, después de haber establecido, de hecho, un protectorado en Manchuria (46) en 1932. El Japón quiere organizar ahora, bajo su dirección, la vida económica y política de China; e incluso da a entender que tiene la intención—y la *misión*—de asegurar *la paz y el orden* en toda el Asia

(1) Véase parágrafo I del cap. II.

Oriental. La resistencia opuesta por el Gobierno nacional chino decide a los círculos dirigentes nipones a empezar la guerra. Iniciada en julio de 1937, esta guerra va a durar ocho años.

No es posible comprender la formación de estos vastos propósitos sin echar una mirada a la crisis interior por que ha atravesado el Japón de 1932 a 1936. El interés radica en la lucha por el poder, que se ha entablado entre los nacionalistas intransigentes y los moderados. Después del asesinato, en 1932, del primer ministro, Inukai, durante dos años ha pertenecido la influencia dominante al ministro de la Guerra, general Araki, cuya acción se ha orientado hacia el incremento de la fuerzas militares y navales, prelude necesario para la reanudación de un programa de expansión armada; en 1934, sin embargo, la resistencia con que tropezaba el aumento de las cargas militares ha obligado a Araki a retirarse; y el nuevo Gobierno, presidido por el almirante Okada, trata de hacer frente a la presión de los *ultras*; pero en febrero de 1936 el Gobierno Okada dimite, ante una tentativa de golpe de Estado, realizada por oficiales jóvenes, aun habiendo reprimido el movimiento insurreccional. A partir de marzo de 1937 ejercen el poder los nacionalistas intransigentes, con la formación de un Ministerio presidido por el general Hayashi.

No cabe duda de que los partidarios de la expansión armada han dado pruebas de una voluntad, de una continuidad de criterio y de una energía incansables, para asegurar el éxito de su política. ¿Hubieran conseguido sus propósitos, sin embargo, con solo sus propios medios, de no haber venido a reforzar sus argumentos las circunstancias económicas y las dificultades sociales?

El descenso de las exportaciones niponas, muy considerable ya entre 1929 y 1931, a causa de la crisis económica americana (1), se agrava en 1932; la devaluación de la libra esterlina; la nueva política aduanera británica, consagrada por los acuerdos de Ottawa (2), y, sobre todo, el *boycot* de los productos japoneses, practicado por los chinos durante la crisis de Manchuria, han sido la causa de este empeoramiento. El Gobierno japonés, para conservar los mercados que estaba abocado a perder, desvaloriza el yen en un 50 por 100, al tiempo que sus financieros tratan de conseguir la clientela de los *pueblos de color* en las colonias europeas de Asia e incluso de Africa; pero esta tentativa tropieza con medidas de represalia: entre mayo de 1933 y diciembre de 1934, cuarenta países—mediante impuestos especiales o adopción de contingentes—establecen barreras contra la invasión de productos industriales japoneses. En 1936, aun habiendo aumentado su volumen sensiblemente en el transcurso de los cuatro últimos años, las exportaciones no alcanzan en valor-oro la cifra de 1929; la balanza comercial sigue

(1) Véase parágrafo I del cap. I de este libro.

(2) Idem. íd.

siendo desfavorable; y disminuye el importe de las exportaciones de los artículos fabricados. Esto prueba el fracaso de la política industrial nipona.

La situación no es mejor en el sector agrícola, desde que los americanos, afectados por la crisis económica de 1929-33 han disminuido sus compras de seda en bruto; y la población urbana nipona—asimismo muy afectada por el paro—se ha visto obligada a reducir su consumo de arroz. Esta restricción de las ventas es tanto más grave, cuanto que el porcentaje de agricultores está en alza, por el simple juego de la competencia: la expansión demográfica demasiado rápida (la población aumenta en cinco años un 5,5 por 100) eleva anualmente el número de *agricultores en potencia*, al mismo tiempo que la disminución de la actividad industrial no permite ya a los campesinos encontrar oportunidades de trabajo en la ciudad.

Estas crisis, industrial y agraria, sirven de argumento a los círculos nacionalistas. Los partidarios de una expansión *armada* no dejan de afirmar que la política de expansión *pacífica*, preconizada por los grandes capitalistas, es incapaz de resolver las dificultades económicas y sociales; subrayan el estado de dependencia—y, por tanto, de inseguridad—en que se encuentra la economía japonesa con respecto al extranjero, puesto que las colonias niponas no absorben sino el 29 por 100 de las importaciones; declaran que la única solución posible es implantar la hegemonía política del Japón en todo el Asia Oriental. Los oficiales jóvenes del ejército—en su mayor parte de origen rural y que, por tanto, conocen perfectamente los sufrimientos de los campesinos—se muestran partidarios de los “principios fundamentales de una política nacional”, fijados, en agosto de 1936, por el Gobierno: asegurar la preponderancia japonesa mediante la presión diplomática, no solamente en el Extremo Oriente, sino también en los *mares del Sur*, es decir, en toda la zona comprendida entre Indochina y la isla de Borneo, y en las regiones del sureste asiático productoras de petróleo, de caucho y de estaño; y, si la acción diplomática no es suficiente, desencadenar la guerra.

¿Hubieran triunfado estos argumentos económicos, no obstante, si no hubieran encontrado un punto de apoyo en el estado de ánimo de las clases dirigentes? Estas clases quieren salvaguardar, indudablemente, el prestigio nacional, pero también su prestigio social: desean recobrar su influencia política, quebrantada por la parada en seco (1) a que fue obligado el Japón en 1922.

En principio, la política japonesa había adoptado, con respecto a China, una táctica de *desgaste*. Después de haber ocupado, en marzo de 1933, la provincia de Jehol, y alcanzado la Gran Muralla, el ejército japonés había permanecido en sus posiciones mientras se prose-

(1) Véase parágrafo II, cap. XIII del libro anterior.

guía en el Manchukúo la labor de organización administrativa. En mayo de 1935, el Japón recobró la iniciativa: con motivo de incidentes locales, sus tropas empezaron a penetrar al sur de la Gran Muralla, en la provincia de Hopei, sin que las guarniciones chinas abandonaran sus reductos; en junio, ocuparon la provincia de Chahar, en Mongolia Interior; en septiembre amenazan con establecer una administración autónoma en las cinco provincias de la China del Norte, pero sin llevarlo a cabo. En todas estas ocasiones, la iniciativa ha correspondido al Estado Mayor; el Gobierno, dejándole obrar, permanece en segundo término, incluso dando a entender que los generales se exceden en sus atribuciones. En definitiva, esta usurpación, solapada y progresiva, todavía señala vacilaciones y pausas.

Ahora bien: en julio de 1937, esta política toma un ritmo completamente distinto: el incidente insignificante de Huan-Ping—unos disparos cruzados entre un destacamento japonés y otro chino al sudoeste de Pekín—es explotado, no solamente por el Estado Mayor, sino también por el Gobierno nipón, que dirige al chino un ultimátum. El 26 de julio se rompen las hostilidades, con un ataque dirigido contra Pekín, seguido, a los pocos días, de un desembarco en Shanghai.

En dieciocho meses, el ejército japonés demuestra, por doquier, una superioridad aplastante: después de Pekín, conquistado en cuarenta y ocho horas, el 27 de octubre se apodera de Shanghai; y el 14 de diciembre de 1937 de Nankín; la campaña de 1938 le permite conquistar todo el valle medio del Yangtze, comprendido Han-kow, el mayor centro comercial e industrial de la China interior; y ocupar, desde Amoy a Cantón, toda la región litoral de la China meridional. A finales de 1938 el Japón domina las regiones más importantes por su actividad económica, y *controla* un territorio en el que vive el 42 por 100 de la población china. Pero no ha conseguido quebrantar la voluntad de resistencia del Gobierno nacionalista chino, estimulado por Chan Kai Chek, ni la de los comunistas, que han suspendido la guerra civil, en 1937, para hacer frente a la invasión extranjera. El Gobierno nipón empieza a comprender las dificultades de su empresa.

¿Por qué los gobernantes japoneses, después de haber obtenido, durante cuatro años y sin correr el menor riesgo, los resultados parciales que les aseguraba la táctica de *desgaste*, se han decidido, en julio de 1937, a lanzarse a la guerra? En espera de que un estudio detallado de los archivos japoneses y de las declaraciones recogidas durante el proceso de Tokio permitan dar una interpretación sólida de esta política, se pueden utilizar algunos indicios, que parecen bastante adecuados.

Para ampliar los mercados que necesitaba su producción industrial, el Gobierno japonés quería desarrollar sus ventas en el mercado chino, que hasta entonces absorbía, a duras penas, solo una quinta parte de las exportaciones niponas; a finales de 1936 pide a China que acceda a una revisión de su tarifa aduanera, con el fin de conceder facilidades a

las importaciones japonesas. En abril de 1937 envía a Nankín una misión, encargada de una negociación más amplia: estas tentativas resultan infructuosas. Simultáneamente, el Gobierno nacionalista chino anuncia su intención de llevar a cabo—con ayuda de capitales ingleses y americanos—una industrialización que, a la larga, tendrá que minar las bases de la vida económica nipona. Por consiguiente, lo que los gobernantes japoneses quieren imponer a China es una *colaboración económica*. Pero ¿cómo conseguirlo? El Gobierno nacionalista chino, aunque en 1935 se haya mostrado impotente para resistir a la táctica de *desgaste*, se niega a sancionar oficialmente este hecho consumado, y elude toda negociación general.

Ahora bien: el Gobierno y el Estado Mayor nipones comprenden perfectamente que el tiempo trabaja en contra suya. Advertido por la experiencia de 1932, Chang Kai Chek ha decidido organizar un *ejército moderno*, con la ayuda de instructores europeos y de material inglés o americano; desde 1934, realiza un gran esfuerzo propagandístico, con vistas a desarrollar el sentimiento patriótico; desde principios de 1937 trata de poner fin a la lucha que lleva a cabo hace diez años contra el partido comunista chino. ¿No es el momento oportuno para que el Japón aproveche su superioridad militar, a fin de emprender una acción decisiva? Transcurridos algunos años, ya no encontrará ocasiones tan favorables. Las circunstancias europeas reafirman este hecho: la U. R. S. S. está paralizada por su crisis interior, el asunto Tukhachevski y la depuración del ejército (1); Gran Bretaña y Francia están inquietas por las consecuencias de la guerra civil española y la formación del Eje.

Al principio, los dirigentes nipones insisten en el objetivo político de su acción: la victoria ha de permitirles eliminar en China el *anti-japonismo*, y poner al frente del Gobierno chino a un político dispuesto a mantener con el Japón *relaciones amistosas*.

Por consiguiente, lo que está en juego es el destino del Extremo Oriente: el Japón quiere *organizar el Asia Oriental* bajo su dirección y en su propio beneficio. ¿Cómo tratan las grandes potencias europeas y los Estados Unidos de proteger sus intereses económicos, financieros o políticos?

En el transcurso de la fase de "desgaste", esos intereses occidentales ya se ven amenazados directamente. En abril de 1934, una declaración hecha por el ministerio nipón de Asuntos Extranjeros anuncia que el Japón se opondrá a cualquier tentativa de China para obtener *ayuda técnica y financiera* de las potencias occidentales, con vistas a reorganizar sus fuerzas militares o las condiciones de su vida económica; esta *doctrina de Monroe* asiática indica, por tanto, el propósito de hacer

(1) Véase pág. 1055.

de China un campo reservado a la influencia japonesa. El Gobierno nipón denuncia, en diciembre, los acuerdos de 1922 y 1930, estableciendo la limitación de los armamentos navales; reivindica la *igualdad de armamento*, que, de hecho, le aseguraría una superioridad naval en el Pacífico sobre las fuerzas navales americanas, repartidas entre dos océanos (51).

El Gobierno de los Estados Unidos no opone sino vagas protestas diplomáticas a estas manifestaciones, sin duda porque no quiere comprometer el comercio con el Japón, comprador de algodón y de petróleo y proveedor de seda en bruto. Bien es verdad que el Gobierno británico se muestra algo más firme: a finales de 1935, trata de procurar al Gobierno nacionalista chino ayuda económica y financiera; pero se limita a dar buenos consejos, tal vez porque teme chocar de frente con la política nipona. No obstante, las potencias anglosajonas, cuyos intereses son paralelos, no tratan de establecer un *frente común*, que podría obstaculizar la expansión japonesa.

El Gobierno soviético muestra su desconfianza con respecto al Japón. El 12 de marzo de 1936, cuando las tropas niponas ocupan la provincia de Chahar, en Mogolia interior, firma un tratado de ayuda mutua con la república de Mogolia exterior, donde cuenta, desde hace doce años, con una influencia preponderante. Ahora bien: aunque los Estados Unidos han accedido, en diciembre de 1933, a restablecer las relaciones diplomáticas con el Gobierno soviético, este no trata de ponerse en contacto con los Gobiernos de Londres y Washington: ¿Por qué ha de facilitar apoyo a unos intereses tan diferentes de los suyos? ¿Y por qué ha de aceptar consolidar al Gobierno de Chang Kai Chek, que combate a los comunistas chinos?

Sin embargo, las perspectivas cambian, a finales de 1936, por iniciativa de Alemania. El 25 de noviembre, los gobiernos alemán y japonés firman el pacto *anti-Komintern*, por el que acuerdan "informarse mutuamente acerca de las actividades de la Internacional comunista, consultarse acerca de las medidas de defensa necesarias y ejecutar estas medidas en estrecha colaboración". Evidentemente, esta colaboración política va dirigida contra la U. R. S. S. ¿Es el *disfraz* de una alianza militar? En esta época, la política alemana no está decidida a llegar a eso (1); pero le interesa hacerlo creer así para intimidar al Gobierno soviético. De todas formas, el acuerdo adquiere más alcance, puesto que Gran Bretaña y los Estados Unidos se sienten también afectados: les da lugar a pensar que la expansión japonesa en China contará, en adelante, con el apoyo de Alemania.

Esta intervención de la política alemana origina réplicas por parte de Gran Bretaña y de la U. R. S. S.: el Gobierno británico renuncia a los miramientos que había tenido con el Japón; y, en la primavera de 1937, decide ofrecer a China créditos para la construcción de ferroca-

(1) Véase parágrafo I, cap. XIII del libro anterior.

riles; el Gobierno soviético aconseja al partido comunista chino que ofrezca a Chang Kai Chek una *colaboración amistosa*, y que establezca un "frente nacional", para hacer oponerse a la amenaza japonesa. Pero no se plantea la cuestión de establecer, entre Gran Bretaña y Rusia, una acción coordinada.

La gran empresa de conquista japonesa, iniciada en julio de 1937, manifiesta abiertamente la intención de eliminar los intereses occidentales: las concesiones extranjeras en Tien Sin y en Shanghai son aisladas, casi por completo; se prohíbe la navegación por el Yangtze a los barcos europeos y americanos, de manera que el acceso a los grandes centros comerciales de Nankín y de Hankow quede reservada a los japoneses; por una declaración dirigida a las grandes potencias, en noviembre de 1938, el Gobierno nipón anuncia que el principio de la *puerta abierta* ha perdido su razón de ser.

¿Tropezarán estos propósitos con una resistencia eficaz? En realidad, la reacción es casi insignificante. La Asamblea de la Sociedad de Naciones *condena* la acción del Japón; pero se guarda mucho de declararle agresor, porque no se atreve a plantear la aplicación de sanciones. La conferencia de los Estados firmantes del tratado de Washington (53), reunida en Bruselas, en noviembre de 1937, ni siquiera decide suspender los créditos y los suministros de material de guerra al Japón. Gran Bretaña dirige protestas diplomáticas; pero declara que no hará nada para comprometer la seguridad de las fuerzas armadas japonesas en las regiones que ocupan en China. Los Estados Unidos se limitan a anunciar que no reconocerán la situación de hecho conseguida por el Japón. La única que ejerce una presión directa es la U. R. S. S.: con motivo de un incidente fronterizo, que se produce en los confines del Manchukúo y de la provincia marítima rusa, en agosto de 1938 lanza a sus tropas, sus tanques y sus aviones a una batalla de diez días contra las tropas niponas, sin duda para *fixar* en esta región unos efectivos que el Estado Mayor nipón quisiera poder emplear en la campaña de China. Pero cuando la diplomacia rusa sugiere, en mayo de 1939, la aplicación de sanciones económicas contra el Japón, el Gobierno británico elude la cuestión.

Así, pues, la política japonesa conserva las manos libres. Se lo debe, sobre todo, a la situación europea. El Gobierno soviético está demasiado preocupado con los progresos de la potencia alemana en Europa central para comprometerse en los asuntos del Extremo Oriente. El primer ministro británico no oculta, en la Cámara de los Comunes, que no cuenta con medios para impedir la expansión nipona: "tenemos que conservar nuestras fuerzas para hacer frente a cualquier crisis que pueda producirse".

(1) Véase parágrafo I, cap. VIII de este libro.



## III. LA EXPANSION ALEMANA EN EUROPA CENTRAL

Mientras que la guerra civil española, a pesar de las repetidas amenazas que hace pesar sobre la paz continental, no modifica profundamente la situación internacional, Europa se conmueve, en 1938, por la expansión alemana: la anexión de Austria el 13 de marzo, y la anexión de la región de los Sudetes, a costa de Checoslovaquia, el 30 de septiembre.

La política hitleriana tenía fijados sus objetivos desde el otoño precedente. El 5 de noviembre de 1937, en el transcurso de una conferencia secreta, el Führer había manifestado a sus colaboradores su decisión de "solucionar la cuestión de los alemanes de Austria y de Checoslovaquia", para ampliar el *espacio vital*; no fijó un plazo determinado, limitándose a indicar que la solución debería alcanzarse antes de 1943, a más tardar; pero se mostró dispuesto a obrar tan pronto como las circunstancias fueran favorables, como, por ejemplo, en el caso de que Francia se viera paralizada por una nueva crisis interna o por una amenaza de conflicto en el Mediterráneo, motivada por la guerra de España. Así, pues, se trata de un deseo formal, madurado mucho antes que surjan los incidentes—simples ocasiones o pretextos—de que se servirá la política alemana. Esto hace perder casi todo su interés al estudio de los detalles de la acción diplomática, a no ser en la medida en que estos detalles revelan un estado de ánimo o un método.

En ambos casos, el Gobierno alemán parece buscar el éxito primeramente sin recurrir a la fuerza. En Austria, el 12 de febrero de 1938, impone al canciller Schuschnigg la presencia en su Gobierno de un nacionalsocialista—Seys-Inquart—, que, dueño de la Policía, parecía estar en disposición de realizar el *Anschluss por dentro*. En Checoslovaquia, el 24 de abril, en su discurso de Carlsbad, estimula al jefe de los alemanes separatistas a reclamar, no solo la autonomía administrativa—comprendidos en ella los poderes policíacos—, sino también el derecho para los alemanes de los Sudetes a "confesar la nacionalidad alemana y la filosofía del mundo alemán", es decir, la ideología nacionalsocialista; finalmente, el 12 de septiembre, acaba por reivindicar para estos alemanes el derecho a *disponer de sí mismos*.

En ambos casos, cuando encuentra resistencia—la petición de Schuschnigg, el 9 de marzo, de un plebiscito en el que el pueblo austríaco sería invitado a manifestar su deseo de conservar la independencia del estado; la negativa expuesta por Eduardo Benes a todo estatuto de autonomía que, privando al Gobierno de Praga de los poderes policíacos, preparara la secesión—, el Gobierno alemán anuncia la decisión de recurrir a la fuerza si cuando él determina—un plazo de dos horas para el ultimátum dirigido a Viena, y de ocho días para el requerimiento destinado al Gobierno checo—no ha sido adoptada la solución que dicta.

En ambos casos adopta esta línea de conducta porque está convencido de que no tropezará con la intervención de otra gran potencia. En ambos casos impone su voluntad, sin haber tenido que poner en práctica sus amenazas.

El resultado es la formación del *gran Reich* de 80 millones de habitantes, la adquisición de zonas industriales cuya importancia es esencial para la producción metalúrgica y, finalmente, la dislocación del sistema francés de *alianzas de retaguardia*. Representa también el incremento del prestigio alemán en la Europa danubiana y balcánica, donde el nacionalsocialismo encuentra adheridos más activos y donde se desarrolla la penetración económica alemana. Los Gobiernos se percatan de que Alemania es ahora el árbitro de sus intereses: merced a un arbitraje italoalemán, Hungría obtiene, el 2 de noviembre de 1938, la cesión, a costa de Checoslovaquia, de un territorio poblado con un millón de habitantes; también mira hacia la Rutenia subcarpática, cuyo destino interesa, asimismo, a Rumania; y Bulgaria pregunta al Führer si, llegado el caso, la autorizaría a recobrar la Dobrudja; en Bucarest, el rey Carol anuncia que desea "orientar su política hacia Alemania".

Lo que hoy representa un motivo de verdadero asombro es que este profundo cambio en la relación de fuerzas entre los grandes Estados se haya realizado mediante la simple amenaza de un acto de fuerza. En Viena, el canciller Schuschnigg y el presidente Miklas tienen que ceder, porque comprenden que el ejército austríaco, por sí solo, es incapaz de resistir a la invasión alemana. En Praga, el presidente del Consejo, Hodza, y el presidente de la República, Eduardo Benes, han abandonado la región de los Sudetes, con 2 800 000 habitantes de lengua alemana y 700 000 checos; al darse cuenta de que no podrían contar con ninguna ayuda exterior, han terminado por inclinarse ante las decisiones de la conferencia de Munich.

Así, pues, en un intento de explicación, hay que volver las miradas, principalmente, hacia las grandes potencias europeas: Francia y Gran Bretaña, Italia, la U. R. S. S. ¿Por qué han permitido a la Alemania hitleriana realizar las primeras etapas del programa de *Mein Kampf*, aumentar considerablemente su potencial bélico y adquirir en Europa Central una posición predominante?

\* \* \*

El Gobierno austríaco, que sabía no podía contar con sus vecinos danubianos, piensa que tampoco tiene nada que esperar de las grandes potencias: a decir verdad, Gran Bretaña, desde 1919, siempre había manifestado su deseo de no contraer responsabilidades en una cuestión en la que la situación fijada por los tratados no podía ser definitiva, según su criterio. La U. R. S. S. había manifestado muchas veces su desprecio hacia el partido cristiano-social, que ejercía el poder en



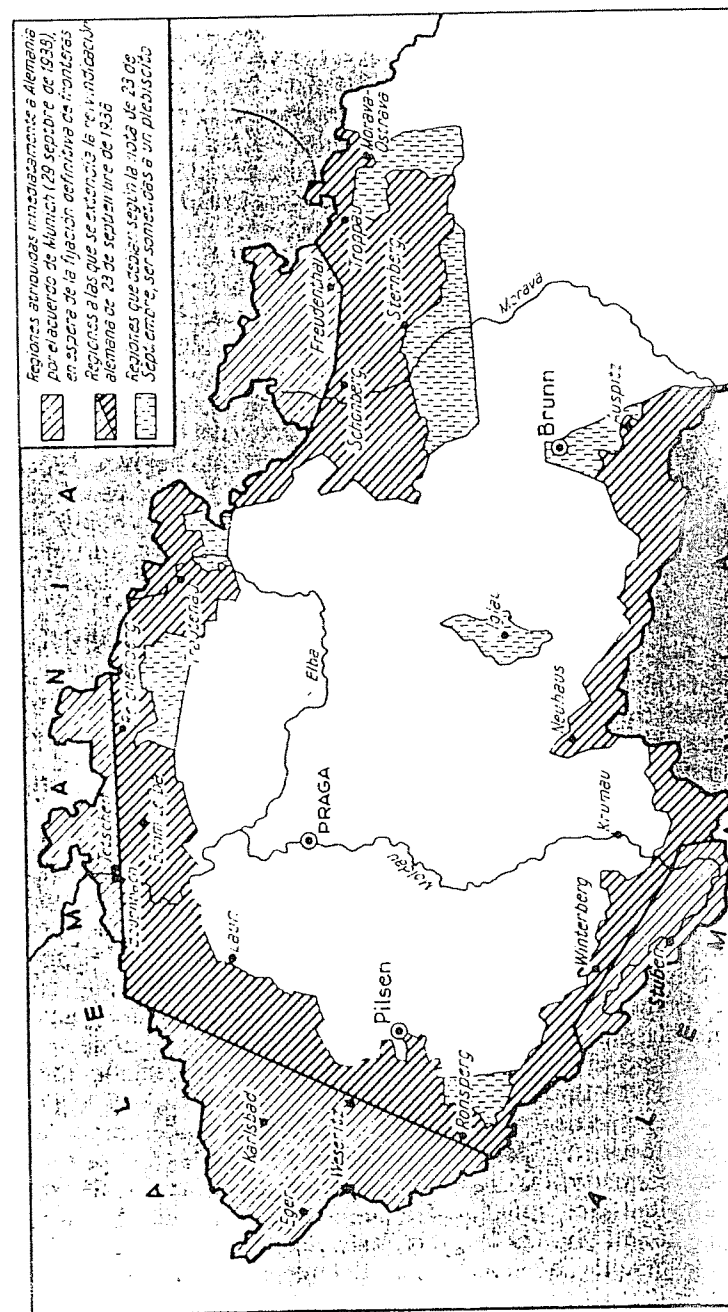
Viena. Pero el Gobierno francés, incluso en los tiempos en que Arístides Briand era el apóstol de una reconciliación franco-alemana, había declarado, en repetidas ocasiones, que no toleraría el *Anschluss* (1); y el Gobierno de Italia había adoptado una postura más clara que nadie, cuando el asesinato del canciller Dollfuss (2). ¿Estaba, por tanto, justificado el pesimismo de Schussnigg y de Miklas?

La política italiana, tan firme, e incluso tan tajante, en 1934, en esta cuestión de Austria, había empezado, hacía ya dos años, una evolución cuyos primeros indicios habían coincidido con la guerra española, es decir, con la perspectiva de un conflicto entre los intereses italianos, de un lado, y los franceses e ingleses, de otro. En julio de 1936, Mussolini aconseja a Schussnigg que llegue a un acuerdo con Alemania, pero salvaguardando la independencia de Austria. En enero de 1937, cuando el *Eje Roma-Berlín* acaba de ser proclamado, indica claramente a Goering que "no quiere sorpresas" en la cuestión austríaca; esto da a entender, netamente, que no considera completamente asegurada la independencia. En noviembre de 1937, se declara "cansado de hacer de guardián de la independencia austríaca", y solo pide al Gobierno alemán "que no precipite las cosas": en definitiva, está dispuesto a abandonar la partida, a poco que el Führer acceda a darle una información *preventiva* y tal vez a escuchar la opinión italiana, encaminada a atenuar las modalidades de la dominación alemana en Austria. Pero la entrevista de Berchtesgaden, en la que, dos meses después, Hitler obliga a Schussnigg a tolerar la presencia de Seyss-Inquart en el Gobierno, ha tenido lugar sin *información preventiva*. Entonces el Gobierno italiano se muestra inquieto; el 16 de febrero, trata de ver si es posible un acuerdo con Gran Bretaña. No se resigna, hasta que esta tentativa diplomática fracasa. En el discurso del 15 de marzo, en el que trata de explicar este cambio radical de su política exterior, el Duce no consigue ocultar su contrariedad: "Cuando un hecho ha de producirse fatalmente, es mejor que se produzca con nosotros, mejor que a pesar nuestro o, lo que es peor, en contra nuestra".

La actitud del Gobierno francés es vacilante. En el momento en que los requerimientos hechos a Schussnigg no dejan ya ninguna duda acerca de las intenciones alemanas, el Gobierno Chautemps no se atreve a tomar una iniciativa y a hacer a Alemania una seria advertencia. ¿Es porque los dirigentes izquierdistas desconfían del Gobierno austríaco, cuyas *victorias* en política interior fueron logradas tanto a costa del socialismo como del nacionalsocialismo? ¿Es porque la diplomacia francesa comprende su impotencia para dar a la República austríaca independiente unas condiciones de existencia más o menos estables, es decir, para crear una Confederación danubiana? Parece ser que el Gobierno—en esta ocasión, como en muchas otras—estaba decidido,

(1) Véase pág. 872.

(2) Véase pág. 991.



EL ACUERDO DE MUNICH.

sobre todo, a no adoptar ninguna posición sin asegurarse la aquiescencia y ayuda de Gran Bretaña; y que esperaba en vano una contestación inglesa. En consecuencia, cuando la crisis se hace inminente, se encuentra desconcertada. ¿Agrava sensiblemente esta situación el desacuerdo que el 8 de marzo, con motivo de los proyectos financieros, disloca la mayoría parlamentaria y provoca la dimisión del Gabinete? A primera vista, sí, puesto que el ultimátum alemán a Austria tiene lugar tres días después, en plena crisis ministerial. Sin embargo, en la tarde del 11 de marzo, los principales miembros del Gobierno dimisionario hablan de tomar *medidas militares*, cuyo alcance queda sin precisar, pero cuya condición previa ha de ser la colaboración de Gran Bretaña. Puesto que esta promesa no se ha obtenido, los partidarios de la manifestación militar no insisten.

Estas comprobaciones, aunque provisionales e incompletas en el estado actual de la documentación, inducen a conceder una importancia especial al comportamiento del Gabinete inglés, el Gabinete conservador, cuyo jefe es Neville Chamberlain. Al día siguiente de la entrevista de Berchtesgaden, el Gobierno británico es requerido por Italia y por Francia. ¿Por qué no han conducido estas tentativas a la formación de un nuevo "frente de Stresa", que muy posiblemente hubiera bastado para frenar las iniciativas alemanas?

El 19 de febrero de 1938, el embajador de Italia en Londres, Grandi—uno de los hombres que más colaboraron para el advenimiento del régimen fascista—cumplimenta las instrucciones recibidas del Conde Ciano, ministro de Asuntos Extranjeros: si el *Anschluss* se realizara, la Gran Alemania "hará pesar sobre la frontera italiana el peso de sus 70 millones de habitantes"; por consiguiente, es muy importante estudiar si, mediante un acuerdo con Gran Bretaña, se podría salvar la independencia de Austria; en defecto de este acuerdo, Italia no tendrá otro recurso que *marchar con Alemania*; pero, según el Gobierno italiano, el acuerdo angloitaliano ha de suponer una compensación: el Gabinete británico reconocerá la anexión de Etiopía y dará satisfacción a los intereses italianos en el Mediterráneo. Los estadistas británicos—Neville Chamberlain, primer ministro, y Anthony Eden, ministro de Asuntos Extranjeros—no rechazan, en principio, estas bases de discusión; sin embargo, ¿se pueden tratar las cuestiones mediterráneas sin abordar la cuestión de España y la intervención italiana en la guerra civil? (1). El primer ministro tal vez aceptara silenciar esta intervención; pero el ministro de Asuntos Extranjeros considera que todo acuerdo con el Gobierno fascista es imposible si no implica una *solución satisfactoria* del asunto español: por consiguiente, la retirada de los voluntarios italianos, aunque parcialmente, ha de efectuarse antes que se inicien las negociaciones angloitalianas. Esta divergencia, que se manifiesta en presencia del mismo embajador italiano,

(1) Véase pág. 1023.

tiene como consecuencia, al día siguiente, la dimisión de Anthony Eden, que es sustituido por lord Halifax. Aunque la oposición reproche al primer ministro que *capitula ante los dictadores*, y aunque una fracción de los conservadores, bajo la influencia de Winston Churchill, se asocia a estas críticas, Neville Chamberlain conserva una gran mayoría en la Cámara de los Comunes. Así, pues, parece estar abierto el camino a la aplicación de una política de prudencia, de conciliación, de concesiones e incluso de renunciaciones, como es la del primer ministro (1).

Sin embargo, las negociaciones italo-inglesas quedan en suspenso, tal vez porque la agitación parlamentaria provocada por la dimisión de Eden entorpece las iniciativas de Neville Chamberlain; tal vez también porque la oferta italiana, iniciativa de Ciano, no cuenta sino con una adhesión reticente de Mussolini. ¿Es esta incertidumbre lo que conduce al Gabinete británico a hacer oídos sordos a las sugerencias francesas? La explicación parece muy verosímil. Hay que convenir, una vez más, que estas interpretaciones, a falta de documentos y de testimonios suficientes, dejan amplio campo a las hipótesis.

El único hecho cierto e indiscutible es la inercia del Gabinete británico. Al declarar ante la Cámara de los Comunes, el 21 de febrero, que Gran Bretaña no ha dado *ninguna garantía* a Austria, el ministro de Asuntos Extranjeros da a entender cuál será su actitud ante el hecho consumado. Cuando en la tarde del 11 de marzo reciben las noticias de Viena, el primer ministro y el nuevo ministro de Asuntos Extranjeros se limitan a dos gestos simbólicos: a censurar severamente la política alemana y a pedir al Gobierno italiano que exponga *su punto de vista*. Pero antes, incluso, de saber que el conde Ciano no tiene *nada que decir*, advierten al canciller Schuschnigg que la resistencia a Alemania "expondría a Austria a unos peligros contra los cuales el Gobierno de Su Majestad no puede garantizar su protección", y comunican al Gobierno francés este reconocimiento de impotencia. Al día siguiente, en un mensaje al embajador británico en Berlín, lord Halifax explica esa actitud: "Nada, salvo el empleo directo de la fuerza, hubiera podido modificar la situación." Lo cual implica, claramente, que el Gobierno británico no había pensado nunca en recurrir a las armas en este asunto. Los medios dirigentes están de acuerdo con la mayoría de la opinión pública en pensar que esta cuestión de Austria no merecía una guerra. Efectivamente, la Prensa conservadora no había aprobado la acción de Alemania (con la excepción del *Daily Mail*); pero había recordado que Gran Bretaña no tenía por qué mezclarse en la cuestión de Europa central. La Prensa izquierdista había condenado el *Anschluss*, porque era obra de Hitler; pero no podía olvidar que, diez años antes, había considerado esta solución como legítima. Asimismo, el primer ministro se limitaba a afirmar que la opinión pública inglesa se había sentido *profoundly shocked*.

(1) Véase pág. 969, acerca del estado de ánimo de Neville Chamberlain.

Sin embargo, si la expansión alemana hubiera podido ser evitada por procedimientos diplomáticos, es decir, mediante la conjunción del acuerdo angloitaliano y la reconstitución del *frente de Stresa*, hay muchos motivos para pensar que el Gabinete inglés, aun a pesar de su escepticismo en cuanto al porvenir reservado a una Austria independiente, hubiera aceptado colaborar al mantenimiento del *statu quo*. Así, pues, lo decisivo, a fin de cuentas, ha sido el comportamiento del Gobierno italiano. El conde Ciano se había mostrado dispuesto a poner obstáculos a la política alemana en Austria, a condición de recibir compensaciones en el Mediterráneo. Pero ¿qué posibilidades tenía de obtenerlas, con amplitud, en el cuadro de una negociación en la que Gran Bretaña estaba segura de contar con el apoyo de Francia? En el fondo, tanto en Londres como en París, los círculos políticos consideraban que la independencia de Austria era necesaria, de cualquier forma, para los intereses italianos; y que, por consiguiente, era superfluo ofrecer a Italia ventajas importantes en el Mediterráneo. Ahora bien: Mussolini, decidido a realizar una *gran política mediterránea*, había terminado por convencerse de que el medio más seguro para lograr sus objetivos era establecer con Alemania una colaboración más estrecha, cuya primera condición era, evidentemente, resignarse al *Anschluss*. Tal parece ser la explicación probable; sin embargo, los indicios que poseemos no autorizan todavía una conclusión en firme.

\* \* \*

En el desenlace de la crisis checoslovaca no solo tiene importancia la política de las dos potencias occidentales, sino también la de la U. R. S. S. El Gobierno de Praga se ha resignado a abandonar la región de los Sudetes, como consecuencia de la presión de Francia y de Gran Bretaña; de todas formas, en aquellas circunstancias, las dos potencias occidentales se encontraban en dos situaciones muy distintas: el Gobierno inglés nunca se había comprometido a nada con respecto a Checoslovaquia, cuyas fronteras se había negado expresamente a garantizar cuando los tratados de Locarno; Francia, por el contrario, había dado esta garantía en el tratado de alianza, firmado el 16 de octubre de 1925 con el Gobierno de Praga. En cuanto a la U. R. S. S., también tenía un tratado de alianza con Checoslovaquia, desde el 16 de mayo de 1935; pero no se había comprometido a prestar su colaboración armada hasta tanto que Francia hubiera cumplido sus compromisos; así, pues, no ha de intervenir en septiembre de 1938, dado que el Gobierno francés elude sus obligaciones de alianza, y el mismo Gobierno checoslovaco no pide ayuda a Moscú. Por tanto, lo que más interesa es la actitud de Francia.

En el transcurso de largos debates entre Conrad Henlein y el Gobierno checoslovaco, el ministro francés de Asuntos Extranjeros, Geor-

ges Bonnet, había afirmado que Francia estaba resuelta a sostener a Checoslovaquia, incluso con las armas, en caso de un ataque alemán. Ahora bien: cuando esta amenaza alemana se hace evidente, avisa al Gobierno de Praga, en la noche del 20 al 21 de septiembre, que si Checoslovaquia "se obstina en negarse a abandonar la región de los Sudetes, Francia no podrá ayudarla". En dos ocasiones, le dice al embajador de Gran Bretaña que es necesario conseguir un arreglo "a toda costa", y aceptar "cualquier solución de la cuestión checoslovaca para evitar la guerra"; finalmente, el 27 de septiembre declara al Consejo de Ministros que no se debe prestar a Checoslovaquia ayuda armada.

Esta política, que abandona el tratado de alianza, merece la aquiescencia de la mayoría del Gabinete—no hay que olvidarlo—, cuyos miembros en minoría ni siquiera llevan su disconformidad al punto de presentar la dimisión, y la del Parlamento, donde los acuerdos de Munich son aprobados por 575 votos contra 75 (de los cuales, 73 son comunistas que, al parecer, prefieren que la guerra general empiece en el *Oeste* mejor que en el *Este*). También es aprobada por la gran mayoría de la opinión pública: para convencerse, basta leer los periódicos importantes y con recordar el millón de firmas que se recogen después de Munich, en el *Libro de Oro* ofrecido al presidente del Consejo y al ministro de Asuntos Extranjeros, por iniciativa del periódico más oficioso, *Le Petit Parisien*. No hay que exagerar tampoco el alcance de estas adhesiones, puesto que si los dirigentes de la política francesa hubieran adoptado una actitud más firme, no cabe duda de que la opinión parlamentaria y la opinión pública les hubiera seguido. Así, pues, lo que sigue siendo esencial es la actitud del Gobierno.

¿Por qué el Gabinete ha abandonado, en su mayoría, la alianza con Checoslovaquia, de acuerdo con la opinión del ministro de Asuntos Extranjeros? Según las fuentes más autorizadas, adopta esta línea de conducta por tres razones: la debilidad de los medios militares y aéreos franceses; la frialdad o la reserva manifestada por las grandes potencias, cuyo apoyo sería necesario para una política enérgica; y, por último, las vacilaciones de los mismos gobernantes checos. Lo que interesa examinar es el valor de estos argumentos.

La eventualidad de una intervención armada se planteó tan pronto como la anexión de Austria a Alemania puso en peligro a Checoslovaquia. El ejército francés—manifestó el ministro de la Guerra en una sesión del Comité de Defensa Nacional, el 16 de marzo de 1938—no sería capaz, con toda seguridad, sino de llevar a cabo una *acción de fijación*; Checoslovaquia no recibiría ayuda directa sino en caso (muy poco verosímil) de que Bélgica concediera a las tropas francesas el derecho de tránsito, en virtud del artículo 16 del Pacto de la Sociedad de Naciones; e incluso esta ofensiva a través del territorio belga no podría realizarse con elementos suficientes, si el ejército italiano amenaza la frontera de los Alpes. En cuanto a una eventual intervención rusa—había hecho constar el jefe de Estado Mayor General—, su efica-

cia dependería de la actitud de Polonia y de Rumania: ¿Concederían estas el derecho de tránsito? Por otra parte, el Estado Mayor confirma estas previsiones, poco alentadoras. En su conversación del 2 de septiembre con el presidente del Consejo, el general Gamelin subraya los obstáculos que harían imposible cualquier *ayuda directa* a Checoslovaquia: el Gobierno belga, en los términos de la política anunciada en octubre de 1936 por el Rey Leopoldo III, denegará indudablemente el derecho de tránsito (1); la U. R. S. S., en la fase inicial de la guerra, no podrá hacer nada; el ejército francés no tendrá otra salida que lanzarse contra la zona fortificada alemana—la *línea Sigfrido*—entre el Rin y el Mosela, en una ofensiva que tendrá las características de una *batalla del Somme modernizada* (2): lo cual significa que no se puede impedir la invasión y la derrota de Checoslovaquia.

Bien es verdad que, el 26 de septiembre, el general Gamelin acaba por declarar que sería imposible “dejar que Checoslovaquia sea aplastada” sin intentar ayudarla: “significaría haber retrocedido, para saltar en peores condiciones”, dice el general. Pero en estas fechas ya no se trata de adoptar una opinión política, puesto que Checoslovaquia ha aceptado la cesión del territorio de los Sudetes; la cuestión que se plantea es saber si el Gobierno hitleriano no trata de hacer fracasar cualquier solución diplomática; en tal caso, es evidente que Francia no podrá seguir impasible. Sin embargo, el Jefe del Estado Mayor del Ejército del Aire insiste en que, incluso ante tal eventualidad, la aviación francesa no estaría en condiciones de entrar en guerra.

Los países cuyo concurso sería necesario para el éxito de una política energética son, en distintos estilos, Polonia, la U. R. S. S., los Estados Unidos y Gran Bretaña. ¿Cuál es su comportamiento durante esta crisis internacional?

El Gobierno polaco accedió, en enero de 1934, a la firma de un acuerdo con la Alemania hitleriana, con la esperanza de desviar en otra dirección la expansión alemana (3). La cuestión de los Sudetes le hace creer en el éxito de sus planes; por otra parte, ofrece perspectivas favorables para la solución del litigio que opone, desde 1919, a checos y polacos, con respecto al territorio de Teschen (4). Sin duda por este motivo, el coronel Beck, ministro de Asuntos Extranjeros, declara que lo que le pueda pasar al Estado checoslovaco “le tiene sin cuidado”; y, el 12 de septiembre, se niega a decir si, “en el momento crítico”, se

(1) Véase pág. 1066.

(2) La ofensiva franco-inglesa del Somme, comenzada al 1 de julio de 1916, había durado tres meses; y solo tuvo por resultado la conquista de algunos puntos de apoyo, a costa de grandes pérdidas (246.000 muertos y heridos); y en ningún momento de aquella batalla de desgaste pareció posible la ruptura del frente alemán.

(3) Véase pág. 989.

(4) Véase parágrafo III, capítulo VI del libro anterior (“Las lagunas”).

pondría del lado de Francia. Pero, una vez solucionada la cuestión de los alemanes de los Sudetes, ¿no se dirigirá la expansión alemana hacia los alemanes de Dantzig? Beck cree que Hitler no es avaricioso, y confía en ello; olvida cómo la diplomacia alemana ha violado sus promesas, en otras ocasiones. Esta forma de pensar del ministro de Asuntos Extranjeros polaco plantea al historiador un enigma que los documentos y testimonios de que se dispone actualmente no permiten resolver. Sin embargo, el único hecho que interesa para interpretar debidamente los acontecimientos del mes de septiembre de 1938 es que, en estas circunstancias, el Gobierno francés no puede contar con la alianza polaca.

El Gobierno soviético, o más exactamente, el comisario de Asuntos Extranjeros, Litvinov, afirma, por lo menos en tres ocasiones, que está dispuesto a cumplir sus compromisos de alianza con Checoslovaquia si Francia cumple los suyos. Sin embargo, ni Francia ni Gran Bretaña—esta en mayor grado—parecen dar mucho crédito a tales declaraciones. ¿Tal vez porque el ejército rojo, cuyos mandos han sido desorganizados, como consecuencia del asunto Tukhachevski (1) por depuraciones masivas, parece incapaz, en estos momentos, de tomar parte en una guerra importante? Tal es la convicción de los observadores ingleses. Pero este escepticismo se basa, sobre todo, en un hecho cuya importancia había hecho resaltar el general Gamelin en el mes de marzo: la intervención de las fuerzas rusas no es posible, a menos que Polonia y Rumania les concedan el derecho de pasar a través de sus territorios. Ahora bien: el Gobierno polaco, preguntado el 25 de mayo por el Gobierno francés, ha opuesto una negativa absoluta; “si los rusos entraran en Polonia—piensa—incluso “como amigos”, no volverían a salir; y pronto implantarían el comunismo”. El Gobierno rumano, que en la nueva constitución, promulgada en marzo de 1938, había hecho incluir un artículo según el cual el derecho de tránsito no podía ser concedido sino mediante una ley, ha opuesto a las gestiones francesas, en tres ocasiones, la misma negativa, porque teme que los rusos, aprovechando el derecho de paso, recuperan Besarabia (2); solamente acepta que la aviación rusa vuele sobre su territorio, pudiendo así alcanzar los aeródromos checoslovacos.

El Gobierno soviético podría emplear la fuerza para superar estos obstáculos: las manifestaciones de algunos de sus agentes, en septiembre de 1938, dan a entender que de buen grado se prestaría a forzar el paso a través del territorio polaco. Pero ¿cómo podría admitir esta eventualidad el Gobierno francés? Así, pues, la intervención armada de la U. R. S. S. podría resultar ineficaz (3).

(1) Véase pág. 1055.

(2) Sobre la cuestión de Besarabia, véanse los capítulos VI y X del libro anterior.

(3) Esa era la opinión del propio Benes, según atestigua en su libro de 1946 *Où vont les Slaves?*

No cabe duda de que esta apreciación coincidía con los secretos deseos de ciertos círculos políticos de París, y sobre todo de Londres, reacios a la participación de la U. R. S. S. en el juego: basta observar que, hasta el 23 de septiembre, no se resigna el Gabinete inglés a preguntar al Gobierno ruso cuál sería su actitud en el caso de una guerra general. Pero los obstáculos técnicos y los estratégicos tampoco eran despreciables. Una vez más haría falta, para poder aportar una conclusión utilizable, conocer el estado de ánimo y los intenciones de los círculos dirigentes rusos. Las declaraciones de Litvinov, "para uso externo", ¿representan los verdaderos propósitos de la política soviética? ¿Estaba plenamente de acuerdo con Stalin y con el Bureau político, el comisario de Asuntos Extranjeros, partidario de la colaboración con Francia y Gran Bretaña, en el marco de la Sociedad de Naciones? El Estado Mayor ruso, que, según su agregado militar en París, apenas si podría lanzar al combate más de 30 divisiones, ¿podría abrirse paso, por la fuerza, a través de Polonia, llegado el caso? En definitiva, ¿pensaba realmente el Gobierno en participar en una guerra general, o bien lo fingía, en el convencimiento de que, no pudiendo obtener el derecho de tránsito, no tendría que intervenir? En ausencia de toda información documental, es imposible, en estos momentos, contestar a esas preguntas fundamentales. Lo más que se puede hacer es recalcar que la Prensa rusa no había concedido a la crisis checa sino muy poca atención; y que no había tratado de preparar la opinión pública para la eventualidad de una entrada en guerra.

El Gobierno inglés nunca había querido, anteriormente, aceptar ningún compromiso con respecto a Checoslovaquia. Se muestra reacio a abandonar esta línea de conducta.

En la primavera de 1938, cuando se perfila la amenaza alemana, la opinión inglesa se muestra sumamente indecisa: solo una minoría (el 33 por 100 de los electores consultados, con motivo de un "sondeo", en el mes de marzo) admite que pueda ser necesario prestar ayuda a Checoslovaquia. En este momento, el primer ministro, Neville Chamberlain, se siente inclinado a dar la razón a las reivindicaciones de los alemanes de los Sudetes, cuando reclaman una *reconstrucción* del Estado checoslovaco, a base de una federación. Pero los ministros franceses flojean: ¿No es la "destrucción" de Checoslovaquia el objetivo que persigue Alemania? Tal es la razón de que Francia haya de oponerse a esta política y solicite la ayuda de Gran Bretaña. El primer ministro británico contesta, el 29 de abril, y lo confirma por escrito el 22 de mayo, que si bien está dispuesto a prestar a Francia su ayuda militar, en caso de agresión alemana "no provocada"—de acuerdo con los compromisos contraídos en Locarno—, no lo está a llevar a cabo con Francia una "acción militar conjunta, encaminada a defender a Checoslovaquia". Por otra parte, también es cierto que no sería posible impedir el aplastamiento del ejército checoslovaco; la intervención inglesa no cambiaría en nada el equilibrio de las fuerzas, puesto que el

Estado Mayor no podría poner en línea más de dos divisiones, que ni siquiera serían *verdaderamente motorizadas*. La única consecuencia de esta intervención sería una guerra general, de resultado "por lo menos, dudoso". Y, por último, aun en el caso de una victoria, ¿sería posible y razonable restaurar un Estado checoslovaco con las mismas fronteras?

Sin embargo, el Gabinete inglés modifica su actitud, a medida que los alemanes de los Sudetes aumentan sus reivindicaciones. Al decidir, el 3 de agosto, el envío de la misión Runciman, encargada, en realidad, de llevar a cabo una mediación amistosa entre el Gobierno checo y el partido de Conrad Henlein, acepta ya ciertas responsabilidades en los asuntos de Europa Central. El fracaso de esta mediación, el 7 de septiembre, y la entrada en escena de Hitler, el 12 de dicho mes, le hacen revisar aún más su postura. Pero, ¿en qué medida? A la pregunta hecha por el Gobierno francés ("si Francia entra en guerra con Alemania, ¿puede contar con la ayuda militar de Gran Bretaña?") da una contestación evasiva: Gran Bretaña no cree poder encontrarse en guerra con Alemania, *automáticamente*, puesto que no tiene ninguna participación en los compromisos contraídos con Francia con respecto a Checoslovaquia. Sin embargo, "no permitiría jamás que la *seguridad* de Francia se viera amenazada"; pero no puede precisar nada acerca del carácter y la fecha de una acción "que dependería de circunstancias todavía hipotéticas". Así, pues, el Gabinete británico se aviene ahora a tomar en consideración una intervención militar; pero a largo plazo: permitiría que Francia entrara sola en guerra con Alemania, para ayudar a Checoslovaquia; y solamente intervendría en el caso en que Francia—como consecuencia de la derrota de sus ejércitos—se viera amenazada de invasión, porque entonces los intereses británicos estarían en juego. Tal parece ser la idea de Neville Chamberlain, cuando declara, en la conferencia franco-inglesa del 25 de septiembre, después de la entrevista de Godesberg, que Gran Bretaña ayudará a Francia "si esta se encuentra en peligro".

Finalmente, el 26 de septiembre, el Gabinete inglés abandona estas reticencias; y anuncia, por un comunicado del *Foreign Office*, que, en caso de guerra franco-alemana, Gran Bretaña estaría, indudablemente, *al lado de Francia*.

¿Supone esto, sin embargo, que el ejército inglés se movilizaría, acto seguido de la movilización francesa, y que la entrada en la guerra sería inmediata? La contestación inglesa es evasiva; se limita a decir que la *ayuda inmediata* prestada a Francia, durante los primeros seis meses del conflicto, no podría pasar de dos divisiones y de 150 aviones, indicando que la ayuda *ulterior* se fijaría en función de las decisiones del Parlamento.

Desde el principio hasta el fin de la crisis, el Gabinete inglés muestra, pues, una sola preocupación: evitar la guerra, porque comprende la debilidad de sus recursos; no cree en la eficacia de los elementos mi-



litares franceses; y, sin duda, también porque advierte que la opinión pública, en su gran mayoría, sigue muy reticente. Es evidente que estas largas reticencias han contribuido a agravar las vacilaciones del Gobierno inglés. Pero puede que los gobernantes ingleses, por su parte, se hubieran mostrado menos vacilantes si hubieran advertido, en los círculos dirigentes y en la opinión pública de Francia, una voluntad más firme.

El 24 de septiembre, el embajador inglés en París escribía: "¿Debe embarcarse Gran Bretaña con un aliado que, si lucha, luchará sin aviación y sin entusiasmo?"

Los Estados Unidos permanecen en plan de espectadores. Efectivamente: el 4 de septiembre, con motivo de la inauguración de un monumento que conmemora la llegada a Francia de las tropas de Pershing, en 1918, el embajador en París, William Bullit (uno de los colaboradores de Woodrow Wilson cuando la conferencia de la paz de 1919), alude vagamente a la eventualidad de una intervención de los Estados Unidos si la guerra estallara en Europa. Pero la opinión americana reacciona vivamente; y Franklin Roosevelt se siente obligado a tranquilizarla: "Quienes cuentan con la ayuda indudable de los Estados Unidos, en el caso de una guerra en Europa, se engañan por completo." Bien es verdad que, en los últimos días de la crisis, el presidente dirige un llamamiento a los gobiernos europeos en nombre de la paz; añade, sin embargo, que los Estados Unidos no quieren "asumir ninguna obligación en la dirección de las negociaciones".

¿Hay que añadir otro factor de incertidumbre—las divergencias entre los dirigentes checos—a estas reticencias, que marcan la actitud de las grandes potencias? La presión ejercida por el ministro francés de Asuntos Extranjeros, en la noche del 20 al 21 de septiembre, para inducir al Gobierno checo a aceptar la cesión del territorio reivindicado por Alemania había sido sugerida desde Praga por el presidente del Consejo, Hodza, que declaraba obrar con conocimiento y asenso de Eduardo Benes, Jefe del Estado. Los términos de esa comunicación secreta eran terminantes: para conseguir que el Gobierno checo se muestre de acuerdo con la opinión de las potencias occidentales y consienta en la cesión territorial, el Gobierno francés ha de expresar claramente que *no hará nada* en caso de guerra; es *el único medio* de salvar la paz. La realidad de esta gestión, rechazada durante mucho tiempo, ha sido confirmada por la publicación de documentos y de testimonios (1). Parece, por tanto, que Hodza tenía grandes deseos de evitar la guerra; y anhelaba recibir del Gobierno francés una declaración que pudiera utilizar para salvar su propia responsabilidad con respecto a la opinión pública checa, y tal vez para convencer al presidente de la República.

(1) Los informes del ministro de la Gran Bretaña en Praga, y los testimonios ante la Comisión parlamentaria francesa.

Esta interpretación parece aún más verosímil, si se piensa que Hodza era el jefe del Partido *agrario*, cuya actitud había sido anteriormente *muy favorable a los Sudetes*—según testimonio del embajador francés en Praga—y cuyo propósito era evitar un conflicto general, en el que la U. R. S. S. pudiera tener ocasión de intervenir.

Para llegar a conclusiones más concretas sería necesario poder ver de cerca las condiciones de la política interior checa durante esta crisis; pero este estudio es ahora bastante difícil. Todo lo que se puede afirmar es que, indudablemente, los círculos dirigentes checos no eran unánimes en querer hacer frente a Alemania; y que estas divergencias eran de tal naturaleza que confirmaban el estado de ánimo de aquellos dirigentes franceses deseosos de evitar el cumplimiento de los compromisos de alianza.

¿Hay que atribuir una importancia decisiva, por tanto, a esta actitud de los *agrarios checos*? Indudablemente, no: hay motivos para pensar que, a pesar de sus vacilaciones, el Gobierno hubiera resistido con las armas a las exigencias alemanas si Francia y Gran Bretaña hubieran mantenido su apoyo.

La *política de Munich*—obra franco-inglesa—ha sido determinada por el convencimiento de que una guerra general, en 1938, se presentaría en unas condiciones sumamente inciertas y difíciles; y que, por consiguiente, es necesario evitarla. ¿Han creído los autores de esta política, además, que el espíritu de conciliación podría asegurar una paz duradera? No cabe duda de que, tanto en Francia como en Gran Bretaña, unos círculos políticos bastante extensos esperaban que Hitler detuviera su impulso expansionista, una vez arreglada la cuestión de los *alemanes en el extranjero*. Parece cierto que Neville Chamberlain compartía esta esperanza, y creía poder confiar, en este aspecto, en las repetidas declaraciones del Führer. ¿No escribía, el 11 de septiembre, en sus documentos particulares, que Gran Bretaña se vería obligada a combatir si Hitler quisiera *dominar el mundo*, pero que no era este el caso? Nada indica, por el contrario, que tal fuera la forma de pensar de Edouard Daladier o de Georges Bonnet. Pero, incluso aquellos que no se hacían ilusiones sobre los futuros propósitos de Alemania, creyeron preferible ganar tiempo; aun en el caso de que la política de Munich no sirviera sino para conseguir un aplazamiento, a Francia y Gran Bretaña les interesaba retrasar la guerra—según su tesis—para afrontarla en mejores condiciones, o, por lo menos, en condiciones no tan malas.

Esta política hizo caso omiso de los valores morales, es decir, del desconcierto que había de provocar en las relaciones internacionales el abandono de Checoslovaquia, así como de la herida infligida al prestigio de las potencias occidentales, herida difícil de curar, no ha querido ver cuán peligroso era debilitar las reacciones nacionales. Por lo menos, ¿era sensata desde el punto de vista estrechamente realista en que pretendía situarse? En otros términos, el aplazamiento ¿podía ser

útil y beneficioso? Podía serlo (y parece que lo fue) en Francia y, sobre todo en Inglaterra, por lo que respecta a las fuerzas aéreas, puesto que las construcciones que todavía no habían *arrancado* en el otoño de 1938, hicieron rápidos progresos en el año siguiente. Hubiera podido serlo en el dominio de los armamentos terrestres si se hubiera modificado la legislación de trabajo y si la producción industrial se hubiese llevado al mismo ritmo que la producción de guerra alemana. Sin embargo, el balance negativo es mucho mayor: el potencial de guerra alemán se beneficiaba, con la anexión de una gran región industrial, de un incremento que ni Francia ni Gran Bretaña podían compensar en breve plazo; además, la desaparición del ejército checoslovaco sustrafía al sistema militar organizado en torno a Francia una treintena de divisiones; finalmente, la incorporación del pequeño estado checo a la *zona económica* alemana permitía al Reich adquirir la supremacía en toda la región danubiana, e incluso balcánica, donde los estados agrícolas—Rumania, Bulgaria y Yugoslavia—se veían amenazados de *estrangulación*, en el caso de que el mercado alemán se cerrara a sus productos. Pero no es esto todo; y tal vez esta última consecuencia sea la más grave: la Rusia soviética, que había sido mantenida al margen del arreglo de Munich, tenía motivos para sentir una desconfianza creciente con respecto a la política francesa. “Después de Munich—escribía, el 4 de octubre, el *Diario de Moscú*—, ¿quién creará todavía en la palabra de Francia? ¿Quién seguirá siendo su aliado? ¿Por qué el Gobierno francés, que acaba de anular *con sus propias manos* el pacto concluido con Checoslovaquia, ha de respetar el pacto franco-soviético?” Estas reacciones se ajustan a la apreciación del *Hamburger Fremdenblatt*: “Alemania ha conseguido eliminar a la Rusia soviética del concierto de las grandes potencias”; tal era—según este periódico—“el aspecto histórico de Munich”.

¿Fue valorado este balance cuando se tomaron las decisiones esenciales? Los documentos diplomáticos ingleses, en los que se reproducen las actas de las conversaciones franco-británicas, no permiten pensar que las consecuencias económicas y estratégicas de la solución de Munich fueran consideradas y medidas por sus autores. Por otra parte, las críticas dirigidas contra esta política en la tribuna parlamentaria tampoco han insistido acerca de estas consecuencias. Los adversarios de la política de Munich abogaron, principalmente, por aquel entonces, en la tesis del *bluff* alemán: Francia y Gran Bretaña habrían podido dar muestras de energía sin correr ningún riesgo, puesto que Hitler no se hubiera atrevido a iniciar la guerra. ¿Estaba fundamentada esta opinión? No puede asegurarse, de acuerdo con los documentos y testimonios de que hoy disponemos. Es indudable que, en aquella fecha, los jefes alemanes no se consideraban preparados para la guerra. Pero Hitler no había tenido en cuenta su opinión. El 18 de junio decidió solucionar la cuestión checoslovaca antes del 1.º de octubre; el 3 de septiembre ordenó al ejército que estuviera dispuesto a actuar, en un

plazo de cuatro semanas; el 27 de septiembre ordenó algunas medidas de movilización parcial, que mantuvo en secreto, cuando, si se hubiera tratado de un *bluff*, le hubiera interesado que se supiera. Bien es verdad que, cuando consideró esta cuestión, pensaba que ni Francia ni Gran Bretaña intervendrían militarmente; ahora bien: cuando la actitud de Gran Bretaña y de Francia se hizo más enérgica, el 25 de septiembre, el Führer no cejó. Así, pues, el Servicio de Información del ejército francés tenía motivos para pensar, en septiembre de 1938, que Alemania estaba preparada para *hacer frente a una guerra general*.

Es cierto que, en el último momento, Hitler prefirió las negociaciones a un acto de fuerza; aceptó tomar parte en la Conferencia de Munich, e hizo en ella algunas concesiones. Hitler tomó esta decisión—a despecho de Ribbentrop y Himmler—porque le dio la sensación de que la opinión pública alemana se mostraba reticente, y porque temió que Italia no le seguiría. Pero esta negociación satisfizo, casi íntegramente, sus reivindicaciones. ¿Cómo pensar que Hitler pudiera abandonar una partida en la que tanto se había comprometido si le hubiera fracasado una parte esencial de su programa?

Queda por saber si el Führer hubiera podido llevar a cabo sus propósitos sin encontrar resistencia, incluso en la misma Alemania. Hay testimonios alemanes que afirman la existencia de un complot: si Hitler daba la orden de ataque contra Checoslovaquia, sería derribado por un golpe de estado militar. Según esos testimonios, el complot en cuestión contaba con algunos generales importantes—Beck, jefe del Estado Mayor General hasta el 18 de agosto de 1938; Halder, su sucesor; Witzleben, jefe del cuerpo de ejército de Berlín—deseosos de reaccionar contra la injerencia hitleriana en el ejército, y convencidos de que, en el caso de una guerra general, Alemania iba al desastre; algunos funcionarios del ministerio de Asuntos Extranjeros y el alcalde de Leipzig, Goerdeler, cuya autoridad intelectual y moral era muy grande en los círculos políticos derechistas. Parece ser que contaba con el apoyo del jefe de Policía de Berlín y con el del jefe de los servicios secretos del ejército. Pero ¿es posible afirmar que este *putsch* se hubiera intentado, y con éxito, sin la conferencia de Munich? Según confesión del propio Halder, los preparativos eran *un poco ligeros técnicamente*, y la adhesión del general en jefe de las fuerzas armadas, el general von Brauchitsch, era incierta. Decir que la política anglofrancesa, al aceptar la solución diplomática, arrebató a la resistencia alemana la oportunidad de abatir el régimen hitleriano sería ir demasiado lejos. Al historiador de esta resistencia, Gerhard Ritter, le parece natural que Gran Bretaña y Francia no quisieran establecer sus decisiones “sobre una base tan incierta”.



## BIBLIOGRAFIA

- Sobre los aspectos internacionales de la guerra española.**—Además de los documentos alemanes e italianos antes citados, consúltense: E. ALLISON PEERS: *The Spanish Tragedy, 1930-1936. Dictatorship, Republic, Chaos*, Londres, 2.ª ed., 1936.—J. ALVAREZ DEL VAYO: *Freedoms Battle*, Nueva York, 1940.—W. ASKEW: *Italian Intervention in Spain. The agreements of March 31, 1934*, en *J. of Modern History*, junio 1952, págs. 181-193.—C. G. BOWERS: *My Mission to Spain*, Londres, 1954, trad. francesa, *Ma Mission en Espagne, 1933-1939*, París, 1956.—G. BRENNAN: *The Spanish Labyrinth. An account of the social and political Background of the Civil War*, Londres, (3.ª ed.), 1950.—D. CATTELL: *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War*, Berkeley, 1957.—F. JELLINEK: *The Civil War in Spain*, Londres, 1938.—R. HODGSON (Sir): *Spain resurgent*, Londres, 1953.—A. MENDIZABAL: *Aux Origines d'une tragedie. La politique espagnole de 1923 a 1936*, París, 1937.—N. PADEFORD: *International Law and Diplomacy in the Spanish Civil Strife*, Nueva York, 1939.—CARLOS M. RAMA: *La Conception de l'Etat dans la crise espagnole du XXè siècle*, París, 1954 (tesis mecanografiada).—P. VAN DER ESCHE: *Prelude to War. The international repercussions of the Spanish Civil War, 1936-1939*, La Haya, 1951.—E. MONROE: *Les Enjeux politiques en Méditerranée* (traducción del inglés), París, 1939.—G. T. GARATT: *Gibraltar and Mediterranean*, Londres, 1939.
- Véase también: *Protocollo italo-espagnole del 28 novembre 1936. Documenti sulle relazioni tra la Spagna e l'Assa*, en "Rivista di Studi polit. intern.", octubre 1947, pág. 541.—A. GIANNINI: *I rapporti italo-spagnoli, 1865-1955*, en la misma revista, enero 1957, págs. 8-63.
- F. J. TAYLOR: *The U. S. and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Nueva York, 1956.—L. LONGO: *Le Brigate internazionali in Spagna*, Roma, 1956.
- Sobre el conflicto chino-japonés de 1937.**—El conflicto.—F. L. JONES:

*Manchuria since 1931*, Londres, 1948, y, del mismo autor: *Japan's new Order in Asia, 1st rise and fall, 1937-1945*, Londres, 1954.—G. TAYLOR: *The Struggle for North China*, Nueva York, 1940.

N. QUIGLEY: *Far Eastern War, 1937-1941*, Boston, 1943.—O. MOSSDORF: *Der Krieg in Ostasien*, Berlin, 1943.—H. LUFFT: *Japans strategische Stellung*, Berlin, 1941.

**Objetivos de la política japonesa.**—C. AVARNA DI GUALTIERI: *La Política giapponese del "Nuovo Ordine"*, Milán, 1940.—Y. C. MAXON: *Control of Japanese foreign Policy. A study of civil-military rivalry, 1930-1945*, Berkeley, 1957.—R. STORRY: *The double Patriots*, Londres, 1957 (sobre el papel de las asociaciones nacionalistas).

**Las repercusiones internacionales.**—C. TINCK: *Quasi War between Japan and U.R.S.S. (1937)*, en "World Politics", enero 1951, págs. 174-199.—I. LIU: *German Mediation in the Sino-Japanese War, 1937-1938*, en *Far Eastern Quarterly*, febrero 1949, págs. 157-171.—F. A. BISSON: *America's Far Eastern Policy*, Nueva York, 1945.—E. M. GULL: *British economic Interests in the Far East*, Londres, 1943.—F. W. IKLE: *German-Japanese Relations, 1936-1940*, Nueva York, 1956.—E. PRESSEISEN: *Germany and Japan. A Study in totalitarian Diplomacy, 1933-1941*, La Haya, 1958.—CH. MAC LANE: *Soviet Policy and the Chinese Communists, 1931-1946*, Nueva York, 1950.

**Sobre Europa central en 1937-1938.**—L. B. NAMIER (Sir): *Diplomatic prelude, 1938-1939*, Londres, 1948, y, del mismo autor: *Europe in decay: a Study in disintegration, 1936-1940*, Londres, 1950.

**Sobre el Anschluss.**—U. EICHSTADT: *Von Dollfuss zu Hitler. Geschichte des Anschlusses Oesterreichs, 1933-1938*, Berlin, 1957.—W. FERRER: *Geist und Politik in Oesterreich*, Konstanz, 1956.—G. GADYE: *Fallen Bastions*, Londres, 1939. Traducción: *Suicide de l'Autriche*, París,

1939.—MONTBAS (conde de): *La Politique française et l'Anschluss*, París, 1951 (comunicación a la Sociedad de Historia de la III República).—ERNEST PEZET: *Fin de l'Autriche. Fin d'une Europe*, París, 1938.—G. SHEPHERD: *The Austrian Odyssey*, Londres, 1957.—G. ZERNATTO: *Die Wahrheit über Oesterreich*, Nueva York, 1938 (por un ex-ministro del Gabinete Schusschnigg).

**Sobre la crisis checa.**—F. BERBER: *Die Entwicklung der tschechischen Frage seit in 1933*, Essen, 1940.—P. GEORGE: *Le Problème allemand en Tchécoslovaquie, 1919-1956*, París, 1947.—M. GUS: *Amerikanskíe imperialisty v dohnoviteli Mjunhenskoj politikí*: (Los imperialistas americanos, inspiradores de la política de Munich), Moscú, 1953.

M. MAGISTRATI: *Come andamo a Monaco, 1938*, en *R. di Studi polit. intern.*, julio de 1951, págs. 404-451.—K. PIWARSKI: *Monachium, 1938* (Munich, 1938). Varsovia, 1952.—H. RASCHHOFFER: *Die Sudetenfrage. Ihre wolkererscheliche Entwicklung von ersten Weltkriege bis zur Gegenwart*, Munich,

1953.—P. BUK: *La Tragedie tchécoslovaque de septembre 1938 à mars 1939*, París, 1939.—J. W. WHEELER-BENNETT: *Mutich, prologue to tragedy*, Londres, 1948.—P. RENOUVIN: *La politique anglaise pendant la crise de Munich*, en *R. Historique*, abril 1951, págs. 260-272.—A. ROTNSTEIN: *The Munich Conspiracy*, Londres 1958 (que da la tesis comunista).—B. CELOVSKY: *Das Münchener Abkommen von 1938*, Stuttgart, 1958 (importante).

P. SORLIN: *Les perspectives aéronautiques dans la crise tchécoslovaque de 1938*, en *Forces aériennes françaises*, nov. 1958, págs. 601-637.—H. KÖNIGER: *Der Weg nach München*, Berlin, 1959.—K. OBERMANN (edit.): *Die Hintergrunde der Münchener Abkommens von 1938*, Berlin, 1919 (Informes presentados a un Congreso de historiadores alemanes).—Hay que añadir: *Nouveaux documents pour servir à l'histoire de Munich*, Praga, 1958 (Publicación del Ministerio de Asuntos Extranjeros de la República Checoslovaca).

## CAPITULO V

## LA CARRERA DE LOS ARMAMENTOS Y LA FORMACION DE LOS «BLOQUES»

El antagonismo entre las potencias ricas y los Estados "pobres"—o más exactamente entre partidarios y adversarios del *statuto quo territorial*—se había puesto de manifiesto en el transcurso de todas las crisis que desde el otoño de 1935 al otoño de 1938 amenazaron la paz general de Europa. ¿Cuáles habían sido sus consecuencias en la política de armamentos y en los compromisos diplomáticos?

## I. LA POLITICA DE ARMAMENTOS

A partir de 1936, las perspectivas de la política internacional pusieron a la orden del día, en todos los grandes países europeos, el desarrollo de los armamentos. Tomó la iniciativa el Gobierno alemán; y los demás gobiernos se vieron obligados a imitarle, más o menos rápidamente. Todavía no se ha llevado a cabo el estudio comparado de este esfuerzo de preparación para la guerra, ni puede hacerse en el estado actual de las fuentes de información. Sin embargo, se pueden esbozar sus rasgos principales, sin descuidar, claro está, los aspectos económicos y psicológicos.

En la Alemania nacional-socialista, cuyo régimen político tiene, como objetivo esencial, el constituir los elementos de una política de fuerza, el Führer impone al rearme un ritmo que sorprende hasta a sus mismos generales. El ejército alemán, que, según el plan de 1935, debía contar con treinta y seis divisiones, cuenta, en 1938, con cuarenta y dos. Los efectivos de época de paz, en esta fecha, alcanzan 1 510 000 hombres, comprendidas las fuerzas de Policía, pero no las formaciones para-militares, calculadas en 405 000 hombres. Y aumentarán todavía más, puesto que la población del Reich, después de las anexiones de 1938, se ha incrementado en 10 millones de habitantes. Este ejército posee una doctrina nueva, que rebasa ampliamente las enseñanzas de la primera guerra mundial, y que da particular importancia al papel de la aviación en las batallas terrestres, así como al empleo masivo de los carros de combate. Este ejército está colocado, estrictamente, bajo el control del partido nacional-socialista, desde que Hitler pasa a la reserva, en febrero de 1938, a aquellos generales que trataban todavía de conservar alguna independencia, anunciando que asume personalmente el mando de las fuerzas armadas.

La planificación económica instituida en 1933 permite al Gobierno

orientar la producción hacia aquellas fabricaciones que presentan más interés, con vistas a la preparación para la guerra. En un memorándum redactado por Hitler, en agosto de 1936, el Führer indica que el primer deber para la conquista del *espacio vital* es desarrollar la producción de armamentos: se trata—dice—no de un *problema económico*, sino de una *cuestión de voluntad*. El segundo plan cuatrienal, cuya ejecución está en curso desde 1937, bajo la dirección de Goering, reserva un lugar considerable, no solo a la industria metalúrgica, que acaba de adquirir mayor expansión con la anexión de Austria y de la Bohemia septentrional, sino también a la fabricación de sucedáneos—gasolina sintética, caucho sintético, algodón artificial—capaces de reemplazar, hasta cierto punto, las materias primas de origen extranjero, de las que el Reich se verá privado en tiempo de guerra. Al mismo tiempo, se efectúa una redistribución geográfica: los nuevos establecimientos metalúrgicos son instalados en la región de Hannover y de Brunswick, menos expuesta a los ataques aéreos que los centros industriales del Ruhr o de Silesia.

Finalmente, antes incluso de su llamamiento a filas, el Gobierno tiende a la educación militar de la juventud. La formación deportiva que da a los jóvenes a partir de los catorce años y la organización de las *juventudes hitlerianas* están orientadas con fines militares, preparándoles para las marchas, adiestrándoles en la lectura de mapas y de señales. El Servicio de Trabajo, al que se incorporan, durante seis meses, todos los jóvenes de veinte años para realizar *trabajos de utilidad pública* comprende dos horas diarias de clases de instrucción patriótica y de preparación militar.

Complementado con la labor de los servicios de información y de propaganda, encargados de fomentar en los adversarios las disensiones internas y las divergencias de opinión, todo este esfuerzo coherente estaba orientado, sin duda, hacia la guerra, según los designios expresados en *Mein Kampf*. ¿Guerra a cualquier precio? Indudablemente, no. Pero sí guerra destinada a romper cualquier resistencia que obstaculice la expansión alemana. ¿Para qué fecha la calcula Hitler? En agosto de 1936, en el memorándum destinado a sus colaboradores, escribe que el ejército ha de encontrarse preparado para actuar (1) en un plazo de cuatro años, y que la economía alemana debe adaptarse a las necesidades de la guerra en igual período. En octubre de 1936, en una conversación con Ciano, declara: "Alemania estará preparada dentro de tres años, perfectamente preparada dentro de cuatro, y si hay que esperar cinco, todavía mejor." En noviembre de 1937, en la conferencia en que indica a sus colaboradores directos los primeros objetivos a alcanzar (2), hace la observación de que, a partir de 1943, el esfuerzo

(1) El texto alemán dice: *insat fertig*.

(2) Véase pág. 1034.

de rearme de los demás países arrebatará posiblemente a Alemania la superioridad en armamento que ahora ostenta. Por consiguiente, parece ser que, según su opinión, el momento favorable debe fijarse entre dos fechas: 1939 y 1943; la elección dependerá, no solamente del carácter de la resistencia con que se tropiece la política exterior, sino también de las circunstancias diplomáticas. En enero de 1938, Ribbentrop, que dos años antes creía en la posibilidad de un acuerdo con Gran Bretaña, abandona este propósito: hay que crear una situación—escribe—que obligue a Gran Bretaña a un compromiso; y si esto no se consigue, a hacer la guerra.

El régimen político italiano, después de la victoria conseguida en Etiopía, ha aprovechado este éxito para aplicar íntegramente sus métodos: la ley del 7 de octubre de 1938 ha suprimido la Cámara de Diputados, reemplazándola por una Cámara de Fascios y de Corporaciones, formada por miembros del Comité Nacional del Partido Fascista y de los comités directivos de las agrupaciones económicas, todos ellos designados por el Gobierno, ni siquiera existe un simulacro de elección. Nunca ha estado más firmemente asegurada la autoridad del Duce; y nunca la concentración de poderes en sus manos ha sido más completa que en este décimoquinto año de dictadura. Asimismo, Italia, que cuenta ahora, gracias a la política de ayuda a las familias numerosas y, sobre todo, gracias a las leyes restrictivas de la emigración, con cuarenta y tres millones y medio de habitantes (en 1919 tenía 36 millones), pesa ahora más que nunca en la balanza de las fuerzas; a finales de 1938, el ejército dispone de 50 divisiones *de línea*, a las que se añaden 14 divisiones *especiales*, tropas de montaña y formaciones motorizadas o acorazadas; la flota de guerra cuenta con ocho grandes acorazados y cuatro grandes cruceros, es decir, 12 unidades grandes (mientras que en 1926 tenía seis); la aviación, que en 1932 contaba con un centenar de aparatos, tiene ahora cerca de dos mil. La renovación de las doctrinas tácticas y estratégicas—bajo el impulso de Duhet—, ha precedido, incluso, a la labor realizada por Alemania en este terreno. El Duce no pierde ocasión de repetir que estas fuerzas no dejarán de ser utilizadas. En un artículo de la Enciclopedia Italiana, escribe: "Solo la guerra eleva al máximo de tensión todas las energías humanas; imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen el valor de afrontarla."

El gran esfuerzo de industrialización llevado a cabo en la U. R. S. S., desde 1938, ha transformado el potencial de guerra. El índice de la producción industrial ha pasado, en seis años (de 1932 a 1938), de 100 a 258. La parte de esta producción rusa en la producción mundial, que era del 5 por 100 en 1939, alcanza el 17 por 100 en 1938; es decir, que no es superada más que por los Estados Unidos. Estos productos industriales, destinados casi exclusivamente al mercado interior, proceden, en la proporción de un 80 por 100, de instalaciones nuevas o com-

pletamente reformadas. Los mayores progresos son realizados por la industria metalúrgica: la producción de acero en 1932, con 17 millones de toneladas, representa el 16,5 por 100 de la producción mundial. Por consiguiente, a partir de 1935, ha sido posible desarrollar la fabricación de armas y de aviones; en 1937, la Prensa rusa insiste en la magnitud de este esfuerzo. Los observadores extranjeros afirman que la artillería es muy fuerte; los carros de combate, poderosos, y la aviación, numerosa; únicamente expresa sus dudas en cuanto a la eficacia de los medios de transporte y la calidad de los métodos tácticos.

Pero el Gobierno soviético—aunque haya estimado posible suavizar un poco el régimen político (la Constitución de 1936 ha concedido el derecho de voto a todos los ciudadanos mayores de dieciocho años, salvo en el caso de que hayan sufrido alguna condena que implique la privación de los derechos electorales)—se enfrenta, en 1936 y 1937, con una nueva crisis interior. Los grandes procesos políticos se suceden: en agosto de 1936, Zinoviev y Kamenev—dos bolcheviques de los primeros tiempos—son condenados por *trotskyistas*; en febrero de 1937, lo es Pietákov, ex comisario del pueblo para la industria; y, finalmente, en junio de 1937, el mariscal Tukhachevski, comandante de la circunscripción militar del Volga, Comisario del pueblo, adjunto a la defensa nacional, acusado (1) de haber organizado un *complot fascista* y de haber entregado a Alemania *informes de carácter confidencial sobre el estado del ejército rojo*. En este periodo, la Prensa rusa señala, a cada momento, depuraciones que afectan, en el seno del partido, a espías, a *saboteadores de la economía* o a contrarrevolucionarios. Los observadores extranjeros creen asistir al preludio de una desintegración del régimen. Lo que más llama la atención de estos observadores es la crisis del ejército: a continuación del asunto Tukhachevski, los oficiales superiores son revocados, a centenares; y se les sustituye con hombres de confianza—ex combatientes de la guerra civil—, que desconocen las nuevas formas de la táctica y la estrategia. ¿Cómo creer que las fuerzas armadas rusas podrían ser empleadas eficazmente en estas condiciones? Impresiones excesivas que el porvenir se encargará de desmentir, rápidamente; pero que, en 1938, son consideradas en casi todas partes como ciertas.

A partir de 1934, Francia ha atravesado por una crisis interna cuya primera fase se distinguió por la actividad de las *ligas* de extrema derecha; y la segunda por la formación—en junio de 1936—de un Gobierno del Frente Popular, bajo dirección socialista. ¿En qué forma

(1) Este asunto permanece aún nebuloso. En *Reichswehr et Armée rouge*. Georges Castellan ha hecho una buena exposición de él (estudio publicado en la obra *Les Relations germano-soviétiques de 1933 à 1939*). Según otra versión—la de Kleist—fue el servicio alemán de información quien, con el deseo de desorganizar el alto mando ruso, hizo caer en manos de sus agentes del servicio secreto documentos falsos.

han influido estas vicisitudes sobre la política de armamentos? Los proyectos de rearme habían sido frenados, hasta 1935, por las consecuencias financieras de la crisis económica y por la política de deflación. El Gobierno del Frente Popular tiene en cuenta la nueva situación, resultante de la reconstitución de las fuerzas armadas alemanas, de la remilitarización de Renania y del *cambio de frente* efectuado por Italia; en octubre de 1936, decide la ejecución, en cuatro años, de la mayor parte del programa de realizaciones establecido por el Estado Mayor; nuevo material de artillería, armamento especial para la infantería, y carros de combate; obtiene la votación de créditos que, sin embargo, son inferiores en un 25 por 100, aproximadamente, a lo solicitado por los servicios del Ejército.

La realización de ese programa tropieza con dificultades ligadas a la situación económica, social y financiera. La capacidad de producción industrial no se emplea sino en un 80 por 100, mientras que lo es en un 76 por 100 en Alemania y un 80 por 100 en Gran Bretaña; la *semana de cuarenta horas* ha reducido en un 16 por 100 la duración semanal del trabajo en la industria de armamento; y esta reducción solo ha sido compensada débilmente por el aumento del rendimiento individual; la producción industrial francesa, que en 1929 representaba el 6,6 por 100 de la producción mundial, no representa ya, en 1937, sino el 4,5 por 100. Por otra parte, cuando en 1937 el Estado Mayor solicita nuevos créditos tropieza con la oposición del ministerio de Hacienda, que declara la imposibilidad de aumentar los gastos sin comprometer la estabilidad monetaria. Finalmente, los temores a perturbaciones sociales paralizan la política de inversiones.

Indudablemente, donde hay que buscar la causa fundamental de estas dificultades es en el estado de ánimo de la nación. La burguesía industrial y mercantil, inquieta desde el verano de 1936 por la atmósfera de batalla social existente en el país, se siente mucho más preocupada —en lo que respecta a la política exterior— por el peligro bolchevique que por las amenazas *fascistas* alemana o italiana; no empieza a tranquilizarse hasta finales de 1937, cuando se esboza la disociación del Frente Popular. Los círculos obreros están más atentos a la lucha empeñada en torno a la política social que al esfuerzo necesario para desarrollar el rendimiento de la producción industrial y aumentar el potencial de guerra. Los remolinos de la política interior y de la crisis social, así como las divisiones profundas de la opinión pública, apartan de los problemas exteriores la atención de la mayoría de la población francesa, e incluso de una parte importante de los círculos políticos. Esta parálisis del Estado, en un momento en que la tensión internacional se agrava, estimula las pretensiones de los adversarios: en una conversación con Ciano, Hitler se declara convencido de que Francia, amenazada de *descomposición*, ya no es capaz de desempeñar su papel en las relaciones internacionales. Este menoscabo es un elemento de explicación indispensable para comprender las iniciativas alemanas o italianas, así

como el comportamiento del Gabinete británico en un momento de gravedad (1).

Pero la psicología colectiva no es la única causa. Las insuficiencias y las lagunas del rearme se acentúan por las concepciones estratégicas del Estado Mayor, que permanece demasiado aferrado a las lecciones de la primera guerra mundial: confianza absoluta en la eficacia de la fortificación; desconocimiento de las nuevas posibilidades que quepa esperar del empleo masivo de unidades acorazadas. Esta doctrina defensiva, a la cual se adhiere de buen grado la opinión pública, no está de acuerdo con las obligaciones asumidas por Francia en el cuadro de su sistema de alianza: ¿Cómo podría proporcionar a sus aliados la ayuda prometida si no posee un ejército capaz de tomar la iniciativa de grandes operaciones? Este divorcio entre la política militar y la política exterior es una causa esencial de debilidad.

A diferencia de Francia, Gran Bretaña goza, en este período, de estabilidad política y social. Las elecciones generales del 14 de noviembre de 1935—que tuvieron lugar cuando la cuestión etíope—confirman la mayoría parlamentaria que ejerce el poder desde 1932. El Gabinete conservador, dirigido hasta mayo de 1937 por Stanley Baldwin, ha contado, en el país, con una autoridad moral sólida. Ha dado pruebas de firmeza y clarividencia, cuando ha tenido que hacer frente, en 1936, a la crisis dinástica, cuyo desenlace es la abdicación de Eduardo VIII. El nuevo primer ministro, Neville Chamberlain, hijo del gran Joseph Chamberlain, y hermanastro de Austen Chamberlain, uno de los autores del tratado de Locarno, ha sido el principal instigador de las medidas monetarias, financieras y aduaneras adoptadas después de la crisis económica de 1931; por consiguiente, cuenta con la confianza de su partido, que le agradece la seguridad con que ha dirigido la *recuperación*, sin quebrantar el conservadurismo social. Sin embargo, esa estabilidad no se extiende al Imperio, en el que los disturbios de Palestina se han reanudado, a partir de abril de 1936, y en el que los nacionalistas indios han obtenido las dos terceras partes de los sufragios, en febrero de 1937, cuando se han elegido las Asambleas provinciales, instituidas en 1935. Pero estas dificultades imperiales no provocan, en esta época, agitaciones importantes en la vida parlamentaria inglesa.

Así, pues, sostenido en la Cámara de los Comunes por las tres cuartas partes de los votos, el Gabinete británico dispone de una amplia libertad de acción. ¿Desea aprovecharla para dar a Gran Bretaña los medios de realizar una política exterior más activa? Tarda en decidirse a hacerlo: hasta noviembre de 1936 no reconoce el estado deplorable de las fuerzas terrestres y aéreas, así como la necesidad de hacer un gran esfuerzo de rearme. El plan presentado al Parlamento, el 16 de febrero de 1937, es votado sin grandes dificultades, aunque el partido laborista

(1) En septiembre de 1938. Véase pág. 1044.

haya rechazado los créditos, y uno de sus miembros, sir Stafford Cripps, en una alocución a los obreros de las fábricas de armamento, les haya aconsejado que se nieguen a participar en la fabricación de material bélico. Las inversiones en armamento podrán alcanzar, en un plazo de cinco años, la cifra de 1.500 millones de libras esterlinas. Pero la puesta en práctica se demora, porque los servicios financieros están en constante conflicto con el Estado Mayor respecto a la utilización de los créditos; y, sobre todo, porque la puesta en marcha de las fabricaciones implica la construcción e instalación de nuevas fábricas. Aunque, en la primavera de 1938, los jefes militares subrayan la necesidad de obrar con rapidez, da la sensación de que el programa de rearme no podrá tener aplicación eficaz antes de 1939 ó 1940.

Así, pues, el rasgo característico, en el otoño de 1938, es la desigualdad en el rearme. Un cuadro comparativo de los gastos militares en 1938 muestra que, en porcentaje de la producción, tales gastos suponen: 16,6 por 100, en Alemania; 12,7 por 100, en Italia; 9,3 por 100, en la U. R. S. S.; 7,9 por 100 en Gran Bretaña y Francia (1). ¿Por qué los estados "autoritarios" han obtenido, en esta política de rearme, unos resultados muy superiores a los conseguidos por los países que permanecen fieles al régimen democrático y parlamentario? Por una parte, un Gobierno que cuenta con medios para imponer la disciplina a los ciudadanos para marcar directrices a la producción industrial y orientar las inversiones privadas y que, además, puede asegurar la financiación, mediante métodos inéditos, cuyo ejemplo más representativo son las *letras de trabajo*, en Alemania; por otra, un Gabinete que teme el déficit presupuestario, porque sabe hasta qué punto es reacia la opinión pública a nuevos sacrificios financieros, y obligado a contar con la iniciativa privada para asegurar la política de inversiones: la partida no estaba igualada.

Por lo demás, el adelanto conseguido por Alemania, y en menor grado por Italia, no asegura a estos países sino una ventaja transitoria. Los datos estadísticos relativos a las industrias productoras de *bienes de equipo* (las más fáciles de *convertir*, con vistas a la fabricación de material de guerra) indican que si los demás estados europeos se decidieran a utilizar enteramente su potencial de guerra, la situación podría modificarse en dos o tres años: en 1937 la participación de Alemania en la producción mundial de *bienes de equipo* es del 14,4 por 100; y la de Italia, del 2,5 por 100. Ahora bien, esas cifras son: 14 por 100, para la U. R. S. S.; 10,2 por 100, para Gran Bretaña, y 4,2 por 100, para Francia. Sin duda, el factor esencial sigue siendo la potencia industrial de los Estados Unidos, cuya producción, en estos sectores, representa el 41,7 por 100 de la producción mundial; pero los estados *fascistas* saben que esa potencia nunca se empleará en su favor.

(1) Este cuadro fue dado por Toynbee, *op. cit.*

## II. LOS COMPROMISOS DIPLOMATICOS

En las relaciones entre los estados europeos, ya sea para sostener los esfuerzos de expansión o para obstaculizarlos, los gobiernos se ven obligados a tomar iniciativas diplomáticas. Estas iniciativas, a su vez, contribuyen a agravar la tensión internacional, puesto que motivos de seguridad o de prestigio incitan a la réplica, y la opinión pública se ve alarmada en todas partes por unas declaraciones públicas, en las que se mezclan *advertencias*, intimidaciones y amenazas. Es el encadenamiento acostumbrado, casi inevitable, siempre que se afirma un deseo de dominación.

El hecho más importante de esta nueva situación diplomática es la formación del *Eje Berlín-Roma*, es decir, el acuerdo establecido entre Italia y Alemania; este Eje se prolonga, por una parte, hacia el Japón, y por otra, hacia Yugoslavia.

La colaboración germanoitaliana figuraba desde el primer momento en el programa hitleriano (1). Evidentemente, respondía a los intereses de la política alemana, que necesitaba asegurarse un punto de apoyo para transformar la situación territorial, y que no podía esperar encontrarlo sino en un estado cuyos objetivos pudieran acomodarse parcialmente a los suyos. *A priori*, la perspectiva era menos seductora para Italia, puesto que el Gobierno fascista había afirmado, desde quince años antes, su voluntad de realizar, no solo una política mediterránea—que no afectaba en nada a los intereses alemanes—, sino también una política danubiana, destinada a impedir la reconstitución, de cualquier forma, de Austria-Hungría, y a oponerse a la preponderancia, en aquella región, de cualquier influencia extranjera, tanto francesa como alemana. En definitiva, la política italiana podía sentirse tentada a prestar oído a los requerimientos alemanes, con vistas a obtener una posición más fuerte en las cuestiones mediterráneas; pero no podía olvidar que esa colaboración la obligaría, sin duda, a sacrificar sus intereses en Europa Central y, lo primero de todo, en Austria.

El dilema se esboza en el otoño de 1936. ¿Se trata de una consecuencia de la crisis etíope? Hay motivos para dudar (2). Parece haber sido, principalmente, el corolario lógico de la política mediterránea del Gobierno fascista, a la que la guerra española acababa de abrir nuevos horizontes. Pero no sabemos si el Duce consideraba esta acción como definitiva, o si no pensaba servirse solamente del apoyo alemán durante el tiempo necesario para obligar a Gran Bretaña y a Francia a transigir en las cuestiones mediterráneas. Tampoco sabemos si Mussolini se dio cuenta, desde el primer momento, de las consecuencias que

(1) Véase el cap. I de este libro.

(2) Véanse págs. 1017 y 1018.

había de tener para la cuestión de Austria la nueva orientación política; si se limitó a retrasar todo lo posible el plazo, o si conservó la esperanza de obtener un compromiso que, al menos, salvaguardara las apariencias.

Sin pretender aclarar estas intenciones, por falta de información adecuada, hay que contentarse con señalar las distintas etapas de la aproximación entre Italia y Alemania.

El 23 de septiembre de 1936, el Gobierno alemán expresa su deseo de establecer "una colaboración cada vez más estrecha" con Italia. Después de la visita de Ciano a Berlín y a Berchtesgaden, del 21 al 24 de octubre, un comunicado anuncia la intención de los nuevos gobiernos de "realizar una acción común en la obra de la paz y de la reconstrucción", así como de defender contra el peligro comunista el "patrimonio sagrado de la civilización europea": "Este antibolchevismo—dice Hitler—es un buen terrano táctico." El objetivo inmediato es intimidar a Gran Bretaña, para obligarla a buscar un acuerdo con el *sistema político* italoalemán; si esta tentativa fracasa, y Gran Bretaña se dispone al rearme, habrá que pensar en la guerra, pero no antes de tres años. Ahora bien: el Gabinete inglés decide, en noviembre de 1936, preparar un plan de rearme, acto seguido del discurso en el que Mussolini—el 1 de noviembre—anuncia el nacimiento del *Eje*. Sin embargo, la visita de Goering a Roma, el 23 de enero de 1937, no señala progresos en la colaboración italoalemana: "eliminar toda influencia de Rusia en Occidente"; "frenar la amistad francoinglesa"; eso es todo. En el fondo, el acuerdo germano-italiano permanece vacilante, puesto que Mussolini no parece decidido todavía a abandonar a Austria.

Hasta marzo de 1938, después del *Anschluss* y de la aquiescencia oficial, otorgada por el Duce, no cree la política hitleriana llegado el momento de dar a esta colaboración un nuevo giro. El 5 de mayo de 1938, cuando su viaje a Roma, Hitler alude por primera vez a la conclusión de una alianza; pero la contestación de Mussolini es evasiva. El Duce se desentiende, no solo porque no desea correr el riesgo de ser arrastrado a una guerra en tales momentos, sino también porque teme—dice—provocar el descontento del ejército, la burguesía y el clero católico; por tanto, después de dos años de experiencia, Mussolini muestra su deseo de no comprometerse de una manera concreta.

El *sistema político* italoalemán no está aún, pues, sino bosquejado. Sin embargo, se abren ya ante él horizontes más amplios. El 25 de marzo de 1937, el Gobierno yugoslavo—aunque tiene, desde hace diez años, un acuerdo político con Francia (1)—liquida sus deferencias con el Gobierno italiano; y se *compromete a concertarse* con él, en caso de complicaciones exteriores. El 6 de noviembre de 1937, el Japón, que un

año antes había firmado con Alemania el pacto "antikomintern" (1), se une también a Italia, sin que se defina la naturaleza de sus mutuas obligaciones.

De estos acuerdos, el segundo está dirigido evidentemente contra la U. R. S. S.; pero también contra los Estados Unidos, cuyos intereses en el Pacífico se ven amenazados por el Japón; el primero anuncia la dislocación de la Pequeña Entente. ¿Cómo ha de sorprender que Italia y Alemania crean tener interés en atraer la atención de los Estados Unidos hacia el Pacífico, para apartarla de los asuntos europeos, y que deseen destruir en Europa Central *el sistema francés*? Solo requieren explicación la política japonesa y la yugoslava.

El Gobierno nipón, en el momento en que acababa de lanzarse a la guerra contra China (2), tenía interés en encontrar en Europa un nuevo punto de apoyo, con objeto de intimidar a la U. R. S. S. El Gobierno guayoslavo, es decir, el príncipe Pablo—Regente desde el asesinato del rey Alejandro—y el Presidente del Consejo, Stoyadinovitch—hombre de negocios con pretensiones de estadista—, parece ser que adaptan la orientación de su política exterior a las dificultades de su política económica. En 1935, cuando participó en las sanciones decretadas por la Sociedad de Naciones, con motivo del asunto de Etiopía, Yugoslavia vio que sus exportaciones a Italia disminuían en un 90 por 100, sin que pudiera encontrar en los mercados francés o inglés una salida compensatoria para sus productos agrícolas y forestales; así, pues, había sufrido grandes pérdidas, que hubieran sido aún mayores, si el Gobierno alemán no se hubiera ofrecido a adquirir una parte de estos excedentes yugoslavos; por tanto, en julio de 1936, Stoyadinovitch indica su deseo de desarrollar las relaciones comerciales con el Reich: Yugoslavia se dirige a las fábricas alemanas para la adquisición de maquinaria con destino a su industria. No cabe duda de que esta situación ha contribuido, en gran manera, a "perjudicar" las relaciones políticas franco-yugoslavas, y ha incitado a los medios dirigentes de Belgrado a aproximarse al grupo italoalemán.

De esta forma, el Eje ha "asegurado su retaguardia", en previsión de una guerra general. Pero ni el Japón ni Yugoslavia han formado una *alianza*, como tampoco Italia ha querido hacerlo con Alemania.

Por otra parte, la colaboración diplomática entre Berlín y Roma sigue siendo incompleta. A principios de 1939, los dos gobiernos tantean, con absoluta independencia entre sí, las reacciones de sus adversarios.

Hitler, al tiempo que quiere imponer al Gobierno de Praga una sumisión completa a la voluntad de Alemania, prepara nuevas acciones en el Este. Mientras que poco antes había afirmado no tener intención de plantear la cuestión del estatuto de Dantzig, el 24 de octubre de

(1) Véase pag. 875.

(1) Véase pag. 1032.

(2) Véase pag. 1030.



1938 reclama "una solución general de las cuestiones germanopolacas": restitución a Alemania de la Ciudad Libre; concesión de una carretera y un ferrocarril, dotados de un estatuto de extraterritorialidad, a través del Pasillo; adhesión de Polonia al pacto *antikomintern*. Después de una primera negativa polaca, insiste, el 9 de enero de 1937; pero poniendo un cebo: si Polonia acepta esta solución general, podrá contar con el apoyo de Alemania para conseguir sus aspiraciones; el primer objetivo de esta colaboración sería provocar un movimiento separatista en la Ucrania soviética (1). Sin oponer una negativa categórica a esos ofrecimientos, hechos con gran sigilo, Beck da una contestación dilatoria, porque comprende que Polonia, si accede a entrar en el sistema alemán, será absorbida por la *oleada germánica victoriosa*. El 1 de febrero termina por declinar la oferta. Sin conocer el carácter exacto de estas tentativas, los Gobiernos de Moscú, de París y de Londres se percatan de sus rasgos más sobresalientes.

Mussolini, convencido, por la experiencia de Munich, de que el Gobierno y la opinión pública franceses son incapaces de una reacción enérgica, cree llegado el momento de conseguir un éxito, ya sea en la cuestión de Túnez, o, por lo menos, en el Mar Rojo, donde la posesión de Djibuti podría completar el nuevo imperio colonial italiano. La campaña de Prensa que lanza, en diciembre de 1938, alude incluso a Córcega y Niza. No obstante, el Gobierno evita asumir una responsabilidad directa; y declara que estas manifestaciones de la opinión no pueden ser consideradas como *expresión de su política*; por el momento, se limita a denunciar los acuerdos francoitalianos de enero de 1935; pero es evidente que, antes de adoptar una postura definitiva, quiere pesar sus posibilidades: ¿Cuál será la reacción francesa? Y, sobre todo, ¿cuál será la actitud de Gran Bretaña?

La contestación francesa es categórica. Francia—declara, el 4 de diciembre de 1938, el ministro de Asuntos Extranjeros, Georges Bonnet—no estará nunca dispuesta a ceder a Italia "ni una pulgada de su territorio"; y si es necesario, no dudará en ir a la guerra. Y el presidente del Consejo, Edouard Daladier, añade el 26 de enero de 1939 que tampoco abandonará "ni uno de sus derechos", es decir, que no está dispuesto ni a negociar una anexión del ferrocarril de Djibuti a Addis-Abeba, ni a iniciar de nuevo las conversaciones acerca de la situación de los italianos en Túnez. Esta firmeza es aprobada por una votación parlamentaria unánime.

En cuanto al Gobierno inglés, al principio se había mostrado reticente: el primer ministro se había negado a definir su postura, a mediados de diciembre; y ni siquiera había vacilado en hacer una visita a Roma, el 14 de enero de 1939, en el momento más crítico del conflicto diplomático franco-italiano. Sin embargo, el 6 de febrero, Neville Chamber-

(1) Hay que señalar el hecho de que ese proyecto ucraniano aparece también en una conversación de Goering con el rey Carol de Rumania, en noviembre de 1938.

lain termina por anunciar ante la Cámara de los Comunes que, en caso de "amenaza a los intereses vitales de Francia", Gran Bretaña concedería una "cooperación inmediata"; la Prensa inglesa se muestra unánime en interpretar esta declaración como una promesa de ayuda militar.

Indudablemente, estas declaraciones públicas no permiten apreciar todos los aspectos de la cuestión; en realidad, el Gobierno francés, a instancias de Gran Bretaña, decide ofrecer al Gobierno italiano algunas satisfacciones para sus intereses económicos; pero estos ofrecimientos se estiman insuficientes. Sin embargo, el Gobierno fascista no hace nada. Se limita a hacer decir, por medio de la Prensa, que las aspiraciones italianas son inquebrantables, y que la intransigencia francesa no tiene en cuenta la realidad; pero añade que Italia puede esperar".

¿Cuál es la reacción de aquellos países contra los que va dirigido el nuevo sistema político?

La protección que el principio de la seguridad colectiva debiera asegurar a los partidarios del *statu quo* ha desaparecido prácticamente. Muy quebrantada por el asunto del Manchukúo y por el fracaso de las sanciones cuando la crisis etíope, la Sociedad de Naciones es impotente; Neville Chamberlain afirma, el 22 de febrero de 1938, que ya no puede "garantizar a nadie la seguridad colectiva". "Es preferible—añade el primer ministro británico—no hacerse ilusiones, y no equivocar a los estados pequeños haciéndoles creer que están protegidos por la Sociedad de Naciones contra actos de expansión, cuando sabemos que no se puede esperar nada semejante" (1). De las causas de esta impotencia no dice nada el primer ministro británico. Pero los observadores políticos están casi todos de acuerdo en reconocer que sería inexacto imputarla únicamente a las lagunas e insuficiencias—por otra parte innegables—del pacto de la Sociedad. La debilidad de los gobiernos, preocupados por evitar riesgos inmediatos, y la indiferencia de la opinión pública, han contribuido, en gran medida, a esa debilidad. La consecuencia es que el fracaso del *sistema ginebrino* impone el retorno a los métodos tradicionales, es decir, a la conclusión de acuerdos directos entre los estados deseosos de mantener el *statu quo* territorial.

A este respecto, el hecho más importante es la afirmación pública de la solidaridad franco-inglesa. Indudablemente, el Gobierno británico nunca renegó de los compromisos contraídos en Locarno; pero, en los momentos críticos de marzo de 1936 manifestó claramente su intención de interpretarlos en el sentido más restrictivo posible (2). Ahora bien: en el otoño de 1936, cuando se desarrolla la crisis española, se muestra más firme. "Gran Bretaña—declara Anthony Eden, el 14 de octubre—está dispuesta a desempeñar su papel para mantener la paz y resistir a la violencia". El 10 de noviembre se anuncia la decisión del

(1) Acerca de esa sensación pesimista, véanse págs. 1017 y 1018.

(2) Véase pág. 1014.



rearne; el 21, el ministro de Asuntos Extranjeros declara que esos armamentos podrán servir para "la defensa de Francia y de Bélgica contra una agresión no provocada". El ministro francés de Asuntos Extranjeros, en un discurso a la Cámara de los Diputados, se apresura a hacerse eco de esta declaración, y a contestar que Francia pondría a contribución *todas sus fuerzas* para defender a Gran Bretaña *contra una agresión no provocada*. Se trata, pues, de un cambio de promesas de carácter público, de valor indudable, aunque no estén confirmadas por un tratado de alianza.

Pero ¿cuál es el alcance de estos compromisos? El Gobierno inglés mantiene su negativa a asumir responsabilidades en Europa central u oriental. "Un estado—dice Anthony Eden—no debe nunca contraer *obligaciones automáticas* en aquellas zonas en que no tenga intereses vitales; ahora bien, Gran Bretaña no los tiene más allá del Rin." En marzo de 1937, lord Halifax repite: "No podemos determinar de antemano cuál podría ser nuestra actitud con respecto a hipotéticas complicaciones en la Europa central". Esta reserva puede poner a la política francesa en una situación difícil, puesto que ¿seguiría siendo valedera la promesa de ayuda inglesa, en el caso de que la agresión alemana contra Francia fuera "consecuencia de medidas adoptadas por Francia en cumplimiento de los tratados franco-ruso, franco-polaco o franco-checoslovaco"? En otras palabras, si Francia, para ayudar a uno de sus aliados a resistir a un ataque alemán, se ve obligada a tomar la iniciativa de la guerra contra Alemania, ¿admitirá el Gobierno inglés que Francia ha tenido que intervenir, a pesar de que el ataque no estaba dirigido directamente contra ella? A esta pregunta, formulada en una sesión de la Cámara de los Comunes, el 2 de diciembre de 1936, Anthony Eden se limita a contestar aludiendo sin más comentario al tratado de Locarno, que solamente prevé el caso en que las fuerzas alemanas violaran la *frontera francesa*.

Parece, pues, que Gran Bretaña no intervendría al comienzo de una guerra en la que los ejércitos franceses, para prestar ayuda a un aliado de Francia, penetraran en territorio alemán; mientras que sí lo haría en el caso de que una contraofensiva alemana amenazara el territorio francés. Pero esta interpretación no es segura. Sin embargo, es confirmada por la actitud del Gobierno inglés durante la crisis de Checoslovaquia (1): Neville Chamberlain, cuando la guerra franco-alemana parece inminente, declara que Gran Bretaña ayudará a Francia, pero solamente "si esta se encuentra en peligro".

Al tiempo que reconoce—en términos sumamente vagos—la necesidad de intervenir en una guerra continental—por lo menos si Francia se ve amenazada de encontrarse en inferioridad de condiciones—, el Gabinete no abandona, sin embargo, la esperanza de un *apaciguamiento*, a pesar de las críticas de una oposición que se hace cada vez

(1) Véase pág. 1044.

más hiriente, y que reprocha a Neville Chamberlain que permita que *abusen de él*. El primer ministro considera que las ambiciones hitlerianas se limitan a las regiones en las que se plantea el problema de los alemanes en el extranjero (1); desea, por tanto, llegar a un *modus vivendi* con Alemania, concediéndole satisfacciones parciales, preferentemente en las cuestiones económicas y coloniales, a condición de que el Gobierno hitleriano renuncie, en adelante, a realizar una política de expansión por la fuerza. En reiteradas ocasiones declara que Gran Bretaña no deberá ir a la guerra hasta después de haber hecho todo lo posible para evitarla. La posibilidad de una negociación franco-alemana había sido indicada ya en noviembre de 1937, por lord Halifax, al mismo Hitler. En enero de 1938 fue evocada por Neville Chamberlain en una carta dirigida al presidente de los Estados Unidos. Es considerada de nuevo en los medios gubernamentales ingleses después de la conferencia de Munich. En diciembre de 1938, con motivo de la visita a Londres del doctor Schacht, presidente del Reichsbank, Halifax se muestra dispuesto a discutir las cuestiones económicas con Alemania. Dos meses después, en una declaración pública, insiste sobre la importancia que atribuye a una eventual "cooperación comercial entre los dos países". La preparación de esta cooperación es el objetivo de la visita a Berlín del ministro de Comercio inglés, Stanley, fijada para el 17 de marzo de 1939.

¿Cuáles son las probabilidades de éxito? La tentativa, hecha algunas semanas antes, para fijar las bases de un apaciguamiento e incluso de una colaboración entre Alemania y Francia, ha sido decepcionante. La declaración firmada en París, el 6 de diciembre de 1938, por Ribbentrop y Georges Bonnet, ha reconocido "solemnemente" como definitiva la frontera entre ambos estados, proclamando sus intenciones pacíficas y previendo una consulta mutua "en el caso en que las cuestiones que interesan a ambos países pudieran conducir a dificultades internacionales". Ahora bien: según la interpretación alemana, esta declaración implica que Francia renuncia a ocuparse de los asuntos de Europa central y oriental, donde, por tanto, dejará a Alemania plena libertad de acción. El Gobierno francés afirma no haber pensado nunca en semejante renuncia. Los alemanes pretenden basar su interpretación en unas manifestaciones de Georges Bonnet durante las conversaciones de París; y el ministro francés de Asuntos Extranjeros opone un rotundo mentís, confirmado posteriormente por el Secretario General del Ministerio, testigo directo de la conversación. Más importante que esa controversia es la luz que arroja sobre los propósitos alemanes: el gobierno hitleriano—afirma el embajador de Francia en Berlín—considera la declaración francoalemana como un medio de "cubrirse en el Oeste"; pero continúa preparando su actuación en otras direcciones. Esta impresión se confirma cuando el Gobierno alemán elude cualquier prome-

(1) Véase pág. 1047.

sa, al ser requerido para garantizar la nueva situación territorial de Checoslovaquia, es decir, la situación establecida después de la conferencia de Munich.

Ahora bien: la opinión parlamentaria francesa empieza a reaccionar contra la tesis del *repliegue*; insiste en la necesidad de mantener las alianzas orientales, porque comprende que, al dejar a Alemania libertad de acción en el Este, Francia se condenaría a ser víctima, acto seguido, de una agresión alemana; la Prensa, tanto en Francia como en Gran Bretaña, plantea—no sin razones (1)—la eventualidad de una iniciativa alemana cuyo objetivo sería provocar un movimiento separatista de la Ucrania soviética.

Francia y Gran Bretaña deben, por tanto, tratar de valorar los apoyos con que podrían contar en el caso de una guerra contra Alemania sola o contra Alemania e Italia.

Checoslovaquia se ha reducido de 15 millones de habitantes a 10 millones, como consecuencia del abandono del territorio de los Sudetes y de la cesión territorial que se ha visto obligada a hacer a Hungría el 2 de noviembre de 1938. Ha perdido el 54 por 100 de su producción hullera; el 17 por 100 de su producción de mineral de hierro, y el 40 por 100 de sus empresas industriales. Ya no tiene ejército utilizable. Amenazada sin cesar por Alemania, arrastra una vida precaria desde el invierno de 1938-39. Resumiendo: desde finales de 1938 ya no puede ser tenida en cuenta para una evaluación de fuerzas efectivas.

El 7 de septiembre de 1920 Bélgica había firmado un acuerdo con Francia, en virtud del cual, los dos estados se comprometían a movilizar el conjunto de sus fuerzas y a obrar en común, si uno de ellos era objeto de una agresión no provocada. El acuerdo—cuyo contenido exacto permanecía en secreto—, a partir de 1930 no tenía ya sino una vida muy precaria, dado que el Gobierno belga consideraba tener derecho a apreciar, llegado el caso, el carácter de la *provocación*; y, por consiguiente, se negaba a autorizar de antemano la entrada de tropas francesas en el territorio belga, en el caso de una guerra francoalemana. Sin embargo, el principio de una colaboración militar permanecía en pie.

Ahora bien: cuando el Gobierno belga ve que Francia permite la reocupación de la zona renana desmilitarizada y que el ejército alemán puede, en adelante, ejercer una presión directa sobre la frontera belga, quiere evitar ser arrastrada a una guerra entre sus grandes vecinos. Por este motivo, el rey Leopoldo III—en un discurso pronunciado el 14 de octubre de 1936—denuncia el acuerdo franco-belga: declara la intención de Bélgica de renunciar a cualquier alianza, “incluso puramente defensiva”; de volver a una política “independiente”, inspirada por intereses “exclusivamente belgas”; y de no “consentir en la guerra” sino

(1) Véase pág. 1061.

en el caso de que tenga que defender la independencia y la integridad de su territorio. Bien es verdad que, el 23 de abril de 1937, el Gobierno belga indica su intención de permanecer fiel a las obligaciones del artículo 16 del Pacto de la Sociedad de Naciones, es decir, a conceder el derecho de tránsito a través de su territorio, si el Consejo de la Sociedad se lo pidiera, a cambio de que Francia y Gran Bretaña mantengan su promesa de ayuda a Bélgica en los casos previstos con los acuerdos de Locarno. Pero en el mes de septiembre, el Gobierno alemán pide que se concrete “la posición internacional” de Bélgica, especialmente con lo que respecta a la cuestión del derecho de tránsito. El 3 de octubre de 1937, el Gobierno belga accede a firmar un acuerdo: obtiene la promesa de que Alemania respetará *la inviolabilidad* y la integridad del territorio belga; y, en compensación, se compromete a oponerse al paso de tropas a través de su territorio. Así, pues, en el mes de marzo de 1938, algunos días después del *Anschluss* y, por tanto, cuando la crisis checoslovaca empieza a perfilarse en el horizonte, el ministro de Asuntos Extranjeros limita el alcance de la promesa hecha a Francia un año antes: “no concederemos este derecho de tránsito—dice—para cumplir obligaciones contraídas sin contar con nosotros”. “Por consiguiente, si el Gobierno francés invocara el artículo 16 para llevar a cabo operaciones militares contra Alemania, destinadas, por ejemplo, a ayudar a Checoslovaquia—añade el ministro—, sería negada la autorización de paso.”

Política de “libertad de acción”, dicen los intérpretes oficiosos. En realidad, esta política es fruto de las dificultades interiores de Bélgica, donde el ala flamenca del partido católico, y, en algunas ocasiones, los socialistas, han criticado acerbamente el acuerdo francobelga de 1920; está inspirada en un sentimiento de prudencia, “puesto que la ayuda de un aliado no podría llegar—dice el rey—sino después del choque del invasor, que sería fulgurante”. En el fondo, el Gobierno belga pretende no conceder el derecho de tránsito sino en el caso de que las “fuerzas del orden—es decir, los ejércitos francés e inglés—tengan grandes probabilidades de éxito”.

Por el contrario, Gran Bretaña y Francia, merced a concesiones importantes, han mejorado su situación diplomática en el Mediterráneo Oriental, donde Egipto y Turquía, después de quince años de desconfianza, se han avenido a una actitud más conciliadora.

Lo que ha incitado a los nacionalistas egipcios a iniciar las negociaciones con Gran Bretaña ha sido la victoria italiana en Etiopía. La presencia de 300 000 soldados italianos en Etiopía y de 80 000 en Libia, es tanto más inquietante para Egipto, cuanto que 55 000 “colonos” italianos viven en el Delta, y que el lago Tana, regulador del Nilo Azul, está ahora en manos italianas. Por el acuerdo de agosto de 1936—que precede, en algunos días, al reconocimiento por Francia de Siria y del Líbano—Gran Bretaña reconoce la independencia y la soberanía de Egipto. El Gobierno egipcio se compromete a contraer una alianza

*perpetua* con Gran Bretaña; a prestar a esta en caso de guerra cuanta ayuda esté a su alcance; y a seguir una política exterior ajustada *al principio de la alianza*; reconoce a los ingleses el derecho a mantener, durante veinte años, la ocupación militar en la zona del Canal de Suez. Esta aparente reconciliación angloegipcia mejora la posición estratégica de Gran Bretaña.

También es la guerra de Etiopía lo que brinda la oportunidad del acercamiento angloturco. En el otoño de 1935, Turquía prometió su ayuda a Gran Bretaña, en el caso de un conflicto armado con Italia. En compensación, el Gobierno británico aceptó una revisión del estatuto de 1923, que impone a Turquía la desmilitarización del Bósforo y de los Dardanelos bajo el control de una comisión internacional. El nuevo estatuto, establecido el 20 de julio de 1936 por la convención de Montreux, mantiene el principio de la libertad de paso en época de paz; pero autoriza la remilitarización, suprime la comisión internacional y reconoce a Turquía, en caso de guerra, el derecho a cerrar los Estrechos a todos los buques de guerra extranjeros; en caso de un conflicto internacional, en el que Turquía no fuera beligerante, el Gobierno de Ankara habrá de negar el paso, *salvo* a las fuerzas navales que actúen en aplicación del Pacto de la Sociedad de Naciones, o a las de los países que hubieran firmado pactos de ayuda mutua con Turquía. Esto supone conceder un papel importante, para el futuro, en la cuestión mediterránea, al guardián de los Estrechos. La política inglesa piensa aprovecharlo. Pero, para ello, es necesario que la aproximación angloturca no sea contrarrestada por las dificultades entre Turquía y Francia. Cuando, en septiembre de 1936, se plantea la cuestión de los límites septentrionales de Siria, la diplomacia británica vigila la preparación del acuerdo francoturco de enero de 1937, que concede al *sandjak* de Alexandretta un estatuto de autonomía. A este precio, el Gobierno francés obtiene, el 25 de julio de 1938, la firma de un tratado *de amistad*: el Gobierno turco da a entender que está dispuesto a una colaboración diplomática en las cuestiones relativas al Mediterráneo Oriental.

El Gobierno soviético se había inclinado, a partir de 1934, hacia la seguridad colectiva (1). Sintió tanta inquietud como desconfianza cuando fue tenido al margen de la Conferencia de Munich (2); y llegó a pensar en el declive de Francia; incluso pudo temer, con motivo de la Declaración francoalemana de 1938, una *sustitución de alianzas*. Pero la política rusa está menos orientada que cualquier otra por reacciones sentimentales. En febrero de 1939, el comisario de Asuntos Extranjeros, Litvinov, reanuda las conversaciones con los embajadores francés e inglés; y después de una áspera crítica de la política de Munich, indica que la Rusia soviética está dispuesta a mantener el sistema de la se-

(1) Véase pág. 874.

(2) Véase pág. 1048.

guridad colectiva, si las potencias occidentales se prestan a ello *con sinceridad*. Estas invitaciones están ligadas, sin duda, con la inquietud que despierta en Moscú la cuestión de Ucrania. Pero, por el momento, ni el Gobierno de París ni el de Londres escuchan este ofrecimiento. El embajador británico en Berlín, Henderson, no vacila en escribir al Gobierno que la independencia de Ucrania es inevitable y que Gran Bretaña debe permanecer neutral si Alemania se lanza a esta empresa. Y el ministro francés de Asuntos Extranjeros admite que, si esta independencia se consiguiera, sin que Alemania se lanzara a un ataque *directo* contra la U. R. S. S., Francia no tendría por qué intervenir.

¿Es necesario insistir en las reticencias de la solidaridad franco-inglesa en las grietas y fisuras del dique que la diplomacia de las Potencias occidentales quisiera oponer a la presión germano-italiana?

Frente a una Europa en la que empieza a definirse la oposición entre dos *bloques*, los Estados Unidos podrían desempeñar un papel esencial, solamente con el peso de su fuerza económica. Pero, desde las primeras manifestaciones de la crisis europea, el aislacionismo reveló su éxito: la votación de las *Leyes de neutralidad*, destinadas a restringir, en caso de conflicto internacional, las relaciones comerciales entre los Estados Unidos y los beligerantes (85), ha privado al Gobierno del arma económica de que hubiera podido disponer. De hecho, la legislación americana ha favorecido en Europa las iniciativas del Eje, puesto que ha tenido como resultado anular, en parte, la ventaja que daba a las dos Potencias occidentales el dominio de los mares. ¿Puede seguirse practicando esta política *aislacionista*, cuando los riesgos del conflicto europeo se hacen insistentes?

El Presidente Franklin Roosevelt parece convencido, en el otoño de 1937, de que los Estados Unidos, en interés de su propia seguridad, no deben atenerse a una actitud de *neutralidad a toda costa*, puesto que el desinterés que manifiestan con respecto a las dificultades europeas aumenta el peligro de guerra. El 5 de octubre de 1937, en un discurso pronunciado en Chicago, manifiesta claramente, por primera vez, su oposición a la política aislacionista. Sin designar a Alemania, a Italia o al Japón, indica que *el reinado del terror*—cuyas primeras manifestaciones han sido “la injerencia injustificada en los asuntos interiores de otras naciones” y, “la invasión de territorios extranjeros, violando los tratados”—amenazan “los fundamentos de la civilización”. Si la guerra asola a Europa y al Extremo Oriente, nada autoriza a pensar que América permanecerá indemne. Aunque los Estados Unidos estén reueltos a permanecer al margen de estos conflictos, no podemos asegurarnos contra los efectos desastrosos de la guerra y contra el peligro implicado en ella. Por tanto, un objetivo de importancia vital para

(1) Véase pág. 972.

la población de Norteamérica, es restablecer el respeto a los tratados y a la moral internacional, afirmar la necesidad de *poner fin a las agresiones internacionales*, y participar en un esfuerzo positivo para salvaguardar la paz.

Esta exhortación, ¿es, para el Presidente, el prelude de la acción? En una nota destinada a sus colaboradores (1) Franklin Roosevelt indica, el 26 de octubre, su propósito de hacer un llamamiento a todos los Jefes de Estado, para requerirles a fijar los principios que se hayan de seguir en las relaciones internacionales y los métodos de una "revisión pacífica de los tratados en vigor"; pretende, no obstante, mantener la política del *non-entanglement*, es decir, que no trata de que los EE. UU. asuman compromisos concretos. Pero este proyecto es abandonado, al comprobar el presidente la vehemente oposición de la Prensa aislacionista, Franklin Roosevelt toma, pues, el partido de unirse a la política de *apaciguamiento* de Neville Chamberlain (2); pero cuidando bien de no asociarse a ella mediante una aprobación explícita. Por el mismo motivo, abandona, en septiembre de 1938, la eventualidad de un arbitraje americano en la crisis checoslovaca (3): este gesto no solamente sería inútil, con toda probabilidad—puesto que Alemania, armada hasta los dientes, solo cedería a la fuerza—, sino que también tendría repercusiones *desafortunadas* en la política interior de los Estados Unidos, según dice el Secretario de Estado, Cordell Hull.

¿Dan lugar estas amenazas a creer en la inminencia de una guerra en las primeras semanas de 1939? En lo que se puede apreciar por la lectura de los periódicos, la opinión pública se muestra inquieta, efectivamente; pero no experimenta una preocupación inmediata. La Prensa inglesa cree, incluso, en un período de tranquilidad; considera que el peligro de conflicto se ha atajado por *algún tiempo*. El 10 de marzo, sir John Simon declara, en la Cámara de los Comunes, que se puede pensar en *cinco años de paz*. Sin embargo, los medios oficiales no comparan esta relativa tranquilidad. El mismo Gabinete inglés, por muy apegado que esté a la política de *apaciguamiento*, no ignora que este es muy precario: los informes de su Encargado de negocios y de su agregado militar en Berlín le advierten, desde diciembre de 1938, que *el tigre saltará, y muy pronto*. El 28 de enero de 1939, Halifax parece convencido (así lo escribe a su embajador en París) de que el Gobierno hitleriano prepara "una nueva aventura exterior" para la primavera. ¿Cuáles son sus conclusiones? Ofrece al Gobierno francés unas conversaciones de Estado Mayor, para estudiar la eventualidad de una agresión alemana contra Holanda: "este ataque *en el Oeste* sería, evidentemente—dice Halifax—un *casus belli*, puesto que amenazaría de manera directa la seguridad de Gran Bretaña y de Francia". Pero las

(1) Citado por Langer y Gleason, *Challenge to isolation*, pág. 22.

(2) Acerca de esa política, véase pág. 969.

(3) Véase pág. 1046.

eventualidades relativas a la Europa Oriental o Central son más apremiantes: los informes de los agentes ingleses en Berlín indican que, con toda probabilidad, el golpe será asestado contra Polonia o contra la U. R. S. S. Ahora bien: el Gabinete británico no propone ningún cambio de impresiones acerca de estos asuntos. Por otra parte, las conversaciones franco-inglesas no se inician inmediatamente, ni aun limitadas al caso de Holanda. ¡Hasta el 15 de marzo no fijan los gobiernos el principio de las conversaciones! ¿Por qué este retraso? El Gobierno francés, tan pronto como se le ha planteado la cuestión, ha indicado que lo más urgente sería la implantación en Inglaterra del servicio militar obligatorio; y el *Foreign Office* desea sobremedida que no se plantee esta cuestión, que provocaría gran agitación parlamentaria y que—dice Halifax—causaría "mala impresión" en la opinión pública. Una vez más, Gran Bretaña y Francia se muestran incapaces de establecer, en el momento oportuno, un plan de acción común. \*

#### BIBLIOGRAFIA

Además de los resúmenes, las obras generales y los testimonios ya citados:

**Sobre Alemania.**—Además de la obra de Wheeler-Bennett, citada en la página 940, véase T. TAYLOR: *Sword and Swastika, Generals and Nazis in the third Reich*, Nueva York, 1952.—C. W. GUILLEBAUD: *The economic recovery of Germany, 1933-1938*, Londres, 1939.—C. BETTELHEIM: *L'économie allemande sous le nazisme*, París, 1946. P. MAQUENNE: *L'hérésie économique allemande, cause de la guerre*, París, 1940.—B. H. KLEIN: *Germany's economic preparation for War*, Cambridge, 1959.

**Sobre Francia.**—E. A. CAMERON: *Prologue to appeasement. A study of French foreign Policy*, Washington, 1942.—CH. MICAUD: *The French Right and Nazi Germany, 1933-1939*, Durham, 1943. Edición francesa abreviada: *La Droite devant l'Allemagne*, París, 1945. Véase también R. REMOND: *La Droite en France de 1815 à nos jours*, París, 1945 (cap. VIII). J. M. D'HOOP: *La politique française du réarmement d'après les Travaux de la Commission d'enquête parlementaire*,

en "R. d'histoire de la deuxième guerre mondiale", abril 1954, págs. 1-26.

**Sobre los Estados Unidos.**—ED. BORCHARD y W. P. LAGE: *Neutrality for the U. S.*, New-Heaven, 1937.—E. BONOMI: *La política americana della neutralità*, Milán, 1937.—A. MAX: *La politique intérieure des Etats-Unis, des lois de neutralité à la conférence de Lima*, París, 1939.—D. BORG: *Notes on Roosevelt "Quarantine Speech"*, en *Polit. Science Quart.*, septiembre 1957, páginas 405-433.

**Sobre Gran Bretaña.**—R. DAVIDSON: *British unemployment policy. The modern phase since 1939* Londres, 1938.—H. HODSON: *Slump and Recovery, 1929-1937*, Londres, 1938.—\*\*\* *Political and Strategic Interests of the United Kingdom. An outline*, Londres, 1939 (p. por Royal Institute of International Affairs).—R. SETON-WATSON: *Britain and the dictators. A Survey of post-War British Policy*, Londres, 1938.

**Sobre Bélgica.**—VAN OVERSTRAETEN (general): *Au service de la Belgique: I. Dans l'etau*, París, 1960.

## CAPITULO VI

### LA CRISIS FINAL (1939)

¿Continuaría la política alemana invocando el derecho de las nacionalidades y limitándose a la reivindicación de los territorios cuya población era alemana, o se lanzaría a la conquista del espacio vital. ¿Se resignaría Italia, fracasada en febrero de 1939, en el área mediterránea, debido a la resistencia de Francia; o desearía reanudar la ejecución de sus designios mediterráneos, aunque hubiera de aceptar la alianza con Alemania para aumentar sus probabilidades de éxito? Las iniciativas de Alemania e Italia dan paso a la crisis final.

#### I. LA LUCHA DIPLOMATICA

En marzo y abril de 1939, dos actos de agresión hacen doblar las campanas por la política de apaciguamiento.

El Gobierno alemán se decide a destruir Checoslovaquia. Después de haber incitado a los separatistas eslovacos, el 7 de marzo de 1939, a proclamar la independencia, les conmina, el 13, a actuar inmediatamente; el mismo día, autoriza al Gobierno húngaro a apoderarse de la Rusia subcarpática, y le recomienda obrar con rapidez; el 14, convoca en Berlín al presidente de la república checa, Hacha; y la noche siguiente, sin tolerar la menor discusión, le impone la firma de una convención que "pone en manos del Führer del Reich alemán" el destino del pueblo checo; el 15, hace ocupar Praga y proclama el "protectorado alemán" en Bohemia y Moravia. Acto seguido, el 21 y 26 de marzo, afirma con vehemencia sus reivindicaciones contra Polonia (1). Por otra parte, el 22 de marzo, da orden de ocupar el territorio de Memel, adjudicado a Lituania en 1919: a juicio de Ribbentrop, este territorio podría ser "un medio de cambio eventual para la restitución del Pasillo". Finalmente, impone a Rumania la firma de un acuerdo económico que garantiza al Reich unos suministros de petróleo solicitados en vano, un mes antes, por Goering. Bien es verdad que en el caso polaco y en el lituano la política alemana invoca el derecho de las nacionalidades, fingiendo olvidar la cuestión checa. Pero quiere asegurar su éxito mediante el empleo de la fuerza.

El Duce, impaciente por consolidar su situación en el Adriático antes que se le adelante alguien—tal vez la misma Alemania—, decide la anexión de Albania, donde hace sentir su influencia econó-

(1) Véanse págs. 1061 y 1062.

mica y política desde 1926 (1). El rey Zogú I—declara el Gobierno italiano—ha "traicionado su confianza", "pisotea" los intereses económicos italianos y se niega a "reforzar" la alianza italoalbanesa; pero lo que determina esta acción, fundamentalmente, son unos móviles de carácter estratégico. Contar sólidamente con la posición estratégica de Valona, que domina el canal de Otranto; poseer una cabeza de puente que permitirá actuar en los Balcanes y mantener a Yugoslavia en la línea adoptada en 1937 por el Gobierno de Stoyadinovitch: tal es el objetivo. En la eventualidad de una guerra general—escribe el *Popolo di Roma*—"la posesión militar de la orilla albanesa del Adriático es, para Italia, cuestión de vida o muerte". El 7 y el 11 de abril, la resistencia del Gobierno de Albania es destrozada por un desembarco de tropas y algunas horas de lucha.

Estas iniciativas alemana e italiana enfrentan con la realidad a aquellos que, en Gran Bretaña y Francia, conservan todavía la esperanza de "salvar la paz" mediante soluciones de compromiso; provocan en París y en Londres reacciones diplomáticas inmediatas y enérgicas. Alemania e Italia replican con la firma de una alianza. Ahora, la guerra es aceptada por unos como una eventualidad deseable, y por los otros como una perspectiva casi inevitable.

Francia y Gran Bretaña no se deciden, todavía, a replicar con las armas a la violación del acuerdo de Munich por Alemania y a la del acuerdo mediterráneo por Italia. Pero procuran, inmediatamente, formar un *muro de contención*. El 23 de marzo, una declaración anglofrancesa da a conocer que los dos estados intervendrán con las armas en caso de una agresión alemana contra Holanda, Bélgica o Suiza. El 31 de marzo el primer ministro británico, replicando a la amenaza dirigida el 25 de marzo al Gobierno polaco por Ribbentrop, anuncia que Gran Bretaña, enteramente de acuerdo con Francia, aliada de Polonia, facilitará a esta *cuanta ayuda esté a su alcance* si el Gobierno polaco ve amenazada su independencia y decide resistir. El 13 de abril, por una declaración conjunta, Gran Bretaña y Francia prometen ayuda a Grecia, amenazada por la ocupación italiana en Albania, y a Rumania, amenazada por la política alemana del petróleo, si estos países son víctimas de una agresión. El 12 de mayo, Neville Chamberlain da a conocer a la Cámara de los Comunes la firma de un tratado de ayuda entre Gran Bretaña y Turquía, para el caso de que un *acto de agresión* provocara una guerra en el Mediterráneo. ¿En qué circunstancias ha sido adoptada esta política anglofrancesa? ¿Y de qué calidad son sus resultados?

La causa directa de estas decisiones es la anexión de Checoslovaquia. La víspera del acontecimiento, cuando las dos potencias occidentales comprendieron que Alemania iba a asestar este nuevo golpe, se limitaron a dirigir a Berlín unas *advertencias*, anodinas en resumidas cuen-

(1) Véase pág. 875.

tas; y, como en ocasiones precedentes, la diplomacia inglesa fue aún más reservada que la francesa. Pero es muy significativa la energía de la reacción inglesa ante el hecho consumado. La política de apaciguamiento ha perdido su razón de ser—dice la Prensa—, puesto que estaba basada en la convicción de que Hitler mantendría las promesas hechas en septiembre de 1938 y de que no trataría de anexionarse poblaciones no alemanas. El “golpe de Praga” demuestra que el Gobierno alemán lleva a cabo un plan de dominación en el continente europeo. Ahora bien: esta dominación continental amenazaría la situación mundial de la Gran Bretaña. En definitiva, la unidad de la opinión pública, tan quebrantada desde hace dos años, se restablece en beneficio de una actitud de firmeza. El embajador Henderson escribe, desde Berlín, que la política alemana “ha franqueado el Rubicón de la pureza de la raza y de la unidad alemana”. En Londres, los servicios del *Foreign Office* estiman que Polonia y Rumania van a ser objeto ahora del mismo trato dado a Checoslovaquia; y que Alemania quiere *neutralizar* a los estados de Europa oriental para preparar el camino a una futura ofensiva dirigida contra las potencias occidentales.

Sin embargo, el primer ministro se muestra todavía vacilante durante cuarenta y ocho horas. El 15 de marzo de 1939, se limita a decir que los procedimientos alemanes no están en armonía con el espíritu de Munich, y cancela el viaje a Berlín del ministro de Comercio, previsto para dos días más tarde (1); pero da a entender que el estado checoslovaco estaba a punto de dislocarse, y que no hubiera sobrevivido, ni aun sin la intervención alemana. Hasta el 17 de marzo no hace Neville Chamberlain una declaración enérgica: Hitler trata a todas luces de “dominar al mundo por la fuerza”; está amenazada la libertad de la nación británica; por tanto, hay que resistir. En el intervalo ha podido comprobar que este tono responde a los sentimientos de la opinión pública. Indudablemente—dice su biógrafo—tal es el motivo de esta firmeza súbita.

El 20 de marzo, el *Foreign Office* propone a Francia, a la U. R. S. S. y a Polonia hacerse públicamente la promesa de examinar en común las medidas a adoptar para resistir a cualquier acción que pueda amenazar la *independencia política* de cualquier estado europeo. El mismo día, el primer ministro resume su pensamiento en una carta dirigida al Duce: si Alemania quiere dominar a Europa es inevitable una *gran guerra*, posiblemente a corto plazo, puesto que los países, antes que resignarse, preferirán combatir por su libertad. Estos principios son suscritos plenamente por el Gobierno francés en la conferencia sostenida en Londres del 21 al 23 de marzo, con motivo de la visita del presidente de la República. Y cuando el ministro francés de Asuntos Extranjeros pide el establecimiento en Gran Bretaña del servicio militar

(1) Véanse págs. 1064 y 1065.



LA EUROPA ORIENTAL EN MARZO DE 1939.



obligatorio, este deseo, que dos meses atrás fuera rechazado, es recibido ahora favorablemente.

El cambio de frente de la política inglesa ha sido, por tanto, repentino. Pero ¿ha sido completo? En una nota personal, fechada el 21 de marzo, el primer ministro considera que no hay que tener la guerra como inevitable; es muy importante, al tiempo que se manifiesta una firme voluntad de resistencia, demostrar también que Gran Bretaña no se niega a examinar las reivindicaciones alemanas, si son razonables. La garantía prestada a Polonia, por ejemplo, no significa, a su entender, que la frontera polaco-alemana sea intangible, sino únicamente que solo puede ser revisada mediante una negociación. En este mismo sentido el primero de abril escribe el *Times*: "Reconocemos que el destino de Alemania es ser el estado continental más poderoso; pero los demás países también tienen derecho a vivir".

¿Es sólido el muro de contención? Con la única excepción del acuerdo turco, ha sido establecido mediante declaraciones unilaterales, sin que los estados a los que Gran Bretaña y Francia han ofrecido protección hayan sido requeridos para asumir obligaciones recíprocas. No cabe duda de que esta línea de conducta es prudente: si los gobiernos de estos pequeños estados se hubieran manifestado partidarios de las potencias occidentales, no hubieran dejado de atraerse las iras del Eje. El inconveniente es la falta de certeza que subsiste, en cuanto al comportamiento de algunos de los beneficiarios de la garantía anglofrancesa. En el mes de abril, cuando las dos potencias proponen a Bruselas la negociación de un acuerdo entre los respectivos Estados Mayores, que permita el más rápido cumplimiento de los compromisos contraídos, la contestación es negativa, puesto que el Gobierno belga, ante el temor de tener que entrar en guerra *por culpa de intereses ajenos*, no quiere renunciar a su política de *independencia*.

Sin embargo, estas debilidades son veniales. Los defectos graves son la ausencia de la U. R. S. S. y la indiferencia de los Estados Unidos.

La participación de la U. R. S. S. en el sistema diplomático anglofrancés sería de importancia primordial. Desde el momento que el Gobierno polaco está resuelto a oponer a las reivindicaciones alemanas una resistencia sin reticencias, las dos potencias occidentales que le han prometido su apoyo han de desear, indudablemente, que las fuerzas armadas rusas, mejor situadas para intervenir, se asocien a esa protección. ¿Estará dispuesta Rusia a ello?

Ya el 22 de marzo, el Gabinete inglés—contando por completo con la opinión pública—había tratado de la adhesión del Gobierno soviético a la declaración de garantía que preparaba a favor de Polonia; y había obtenido una contestación favorable. En realidad, si la garantía prestada el 31 de marzo lo había sido solo por las Potencias Occidentales, se debía a un requerimiento del mismo Gobierno polaco, que había considerado inoportuno—dijo—hacer pesar sobre Alemania una

amenaza de cerco. El verdadero motivo de esta actitud era, evidentemente, el que señalaba algunos días más tarde la radio de Varsovia: la adhesión de la U. R. S. S. al *frente de la paz* implicaría la concesión a los ejércitos rusos del derecho de paso a través del territorio polaco; ahora bien: una vez entradas en el país estas fuerzas, no volverían a salir; y podrían provocar, fácilmente, un movimiento separatista entre los ucranianos de Galizia oriental o entre las poblaciones de la Rusia blanca anexionadas a Polonia en 1920. "¿Aceptarían ustedes, como franceses, que se encomendara la custodia de Alsacia-Lorena a los alemanes?", pregunta el embajador polaco en París.

Esta negativa, sin embargo, no impide la reanudación de las relaciones con la U. R. S. S., en otro sentido. El proyecto francés del 15 de abril propone una alianza: la U. R. S. S. prometería su ayuda militar, no a Polonia—puesto que esta la declina—, sino a Francia y Gran Bretaña, si estas dos potencias tuvieran que ir a la guerra contra Alemania, como consecuencia de la cuestión polaca o de la rumana; recibiría, en cambio, el apoyo recíproco de los dos *estados occidentales* si entrara en guerra con Alemania. El Gabinete inglés sugiere, al principio, un proyecto distinto, evidentemente inaceptable para la U. R. S. S., en el que pretende un compromiso por parte de esta sin compensación alguna; sin embargo, termina por adherirse a la propuesta francesa. El Gobierno soviético, de acuerdo en principio, desea que la garantía no se extienda solamente a Polonia y Rumania, sino también a los estados Bálticos y a Finlandia—que no la desean—, puesto que la adhesión a uno de los *bloques* les parece peligrosa. He aquí, por tanto, un escollo. ¿Hay que pensar (esta es la opinión del Encargado de negocios americano en Moscú) que el Gobierno soviético teme que estos pequeños países de orillas del Báltico cedan a la presión alemana y ofrezcan a las fuerzas del Reich una vía de acceso hacia el territorio ruso? ¿No hay que creer, más bien, que el Gobierno soviético haya planteado esta cuestión delicada, con el único objeto de encontrar una salida airosa? Para poner las cosas en claro, el Gobierno francés sugiere una fórmula más amplia: que la ayuda mutua tenga por objeto impedir cualquier modificación del *statu quo*, llevada a cabo por la fuerza en Europa central y oriental. Pero entonces es el Gabinete inglés el que se niega a aceptar un compromiso tan amplio, y desea limitar la garantía a determinados países. Las negociaciones quedan así por el momento.

Indudablemente, la política polaca es la causante, en gran parte, de este primer fracaso. Cabe pensar que la resistencia opuesta por el Gobierno de Varsovia a la perspectiva de una colaboración rusa está basada en motivos graves. Pero ¿cómo podrían ser protegidos eficazmente los territorios polacos por Francia y Gran Bretaña contra un ataque alemán sin ayuda de la U. R. S. S.? Al conceder su garantía a Polonia, antes de preguntarle si aceptaba la participación de la U. R. S. S.—observaba el embajador británico en Moscú—, el Gobierno inglés había dejado escapar la oportunidad de suavizar la política



polaca. El coronel Beck declaraba a lord Halifax, en abril de 1939, que Polonia no quería depender ni de Alemania ni de la U. R. S. S.; esto es—decía—una cuestión vital. ¿Sería posible mantener esta postura, que el mismo ministro polaco reconocía como "difícil"? Parece ser que no hubo ningún cambio de impresiones a este respecto entre Varsovia, París y Londres.

Sin embargo, la política polaca no es la única culpable, puesto que la actitud de los gobiernos no había sido clara en Londres ni en Moscú.

Los medios gubernamentales ingleses no habían manifestado gran deseo de hacer firme el acuerdo con la U. R. S. S. En Londres—señalaba con satisfacción el coronel Beck—los únicos políticos de primera fila que deseaban el éxito de la negociación eran Winston Churchill y Anthony Eden; ahora bien: ni uno ni otro pertenecían al Gabinete. El primer ministro apenas si ocultaba su desconfianza con respecto a la Rusia soviética; y los Servicios del *Foreign Office* no dejaban de recordarle que la política exterior de la U. R. S. S. era *oportunistamente*. La realidad es que, cuando se interrumpen las conversaciones, Halifax reconoce que los "avances" soviéticos no han recibido contestación "adecuada".

En cuanto a la política rusa, no es posible una interpretación útil, debido a la falta de documentos. Parece ser, sin embargo, que la U. R. S. S. se encontraba en una posición diplomática sumamente favorable (1): protegida contra un ataque alemán por la garantía prestada por las potencias occidentales a Polonia y a Rumania, había conseguido de antemano casi todas las ventajas que pudiera ofrecerle la conclusión del tratado de alianza. ¿Creyó poder aumentar sus exigencias y plantear la cuestión de los Estados Bálticos, valiéndose de esta situación? ¿Deseaba solamente, prolongando las conversaciones sin desear su éxito, inquietar al Gobierno alemán e inducirle a negociar? Todavía no contamos actualmente con ningún medio para saberlo. ¿Hubiera tenido esta negociación verdaderas probabilidades de dar fruto, aun en el caso de que la política polaca hubiera sido *realista*, y la inglesa conducida con firmeza? El Gobierno soviético apenas disimulaba su propósito de jugar otra carta: El 10 de marzo, Stalin había declarado al Congreso del Partido que no permitiría que los *provocadores* arrastraran a Rusia a una guerra. Bien es verdad que esta declaración fue anterior al *golpe de Praga*. Pero el 17 de abril, el embajador soviético en Berlín se encarga de decir que la política exterior rusa no es *ideológica*, y que la U. R. S. S. desea mantener con Alemania unas relaciones normales, *cada vez mejores*. Y el 3 de mayo, Litvinov, partidario de la seguridad colectiva, es reemplazado por Molotov. Así, pues,

(1) Véase, acerca de este punto, lo que dice Max Beloff en su obra citada (II, 225).

Stalin parecía inclinado a buscar un acercamiento con Alemania. ¿Se trataba, simplemente, de una manifestación de este oportunismo que tanto inquietaba al *Foreign Office*?

El Gobierno de los Estados Unidos, aunque Franklin Roosevelt aprueba personalmente la participación rusa en un frente europeo, no quiere desempeñar ningún papel en las negociaciones que se llevan a cabo entre Francia, Gran Bretaña y la U. R. S. S.; se limita a proponer a Hitler y a Mussolini, el 14 de abril, la reunión de una Conferencia internacional, que estudiaría la cuestión del desarme y la del acceso a las materias primas. ¿No cabría que el presidente llevase a cabo una revisión inmediata de las leyes de neutralidad, cuyas cláusulas podrían obstaculizar, en caso de guerra europea, el abastecimiento de Francia o Gran Bretaña, en material de guerra, materias primas y productos alimenticios, desde el momento en que tal oferta resulta vana? Esta revisión—dicen los ingleses—tendría un efecto político inmediato, puesto que demostraría al Gobierno alemán que las Potencias occidentales pueden contar con la ayuda material de los Estados Unidos. Tal es, también, la opinión del Presidente de los Estados Unidos. ¿Como conseguir que sea compartida por los dirigentes del Congreso? Franklin Roosevelt trata de conseguirlo en abril y mayo de 1939. La legislación establecida en 1935-1937—dice—representa un beneficio gratuito para los posibles agresores; ahora bien: una victoria alemana conferiría al Reich "el control de las fuerzas navales francesas e inglesas; por tanto, amenazaría la posición mundial de los Estados Unidos y, tal vez, incluso la seguridad del continente americano, puesto que, con la ayuda de las flotas italiana y japonesa, Alemania podría pensar en una penetración en América del Sur. Pero el senador Borah asegura a sus colegas que Alemania no está en condiciones de ir a la guerra; y el 11 de julio el Congreso decide aplazar el estudio de la revisión de la legislación. Así, pues, los esfuerzos del presidente son infructuosos.

La alianza germano-italiana (el "Pacto de Acero") es firmada y publicada el 22 de mayo de 1939. El tratado estipula que, si una de las dos potencias se ve "implicada en complicaciones de guerra", la otra la apoyará "con todas sus fuerzas"; proclama el propósito de ambos estados de intervenir "codo con codo... para conseguir su espacio vital". En la fecha en que se firmó, esta alianza parecía ser una réplica a las decisiones de Gran Bretaña y de Francia. Pero, en realidad, había sido planeada con mucha anterioridad a tales decisiones. Fue el 4 de enero cuando Mussolini, después de haber eludido algunas semanas antes el ofrecimiento, cambió de opinión y se mostró dispuesto a aceptar una alianza. A juicio del Duce, había de ser simplemente una alianza defensiva. No obstante, en el transcurso de las lentas negociaciones, la iniciativa alemana fue enfocando el proyecto desde otro aspecto: la alianza se hace *ofensiva*, y las obligaciones, "automáticas". Es superfluo

seguir en detalle las alternativas del chantage diplomático. Pero sí es necesario contestar a las preguntas esenciales que se nos plantean. ¿Por qué ha accedido Mussolini a aceptar la alianza? ¿Por qué, después de haberla admitido, en principio, ha tardado todavía más de cinco meses en firmarla? Y por último, ¿por qué ha suscrito unos compromisos mucho más amplics de lo que él preveía?

Para indicar la decisión de principio tomada por el Duce, el conde Ciano indicaba a Ribbentrop dos motivos: *hacer contrapeso* a un posible pacto militar franco-inglés; intimidar a los Estados Unidos, con el fin de evitar que, en caso de una guerra europea, se convirtieran en proveedores de las potencias occidentales. Estos argumentos no parecen muy reales, puesto que no se había producido ningún hecho nuevo en este sentido, después de haber sido eludido por Mussolini el ofrecimiento alemán de alianza. Los verdaderos motivos parecen ser completamente diferentes. El Gobierno fascista, a partir del acuerdo Bonnet-Ribbentrop, cuyo alcance exagera, desconfía de la eventualidad de una colaboración francoalemana; además, cuando acaba de revelar sus reivindicaciones mediterráneas a costa de Francia, necesita ser respaldado por el Reich: "forjar un instrumento de presión sobre París", tal es su preocupación básica (1). Mussolini obtiene un éxito de principio, puesto que, el 30 de enero de 1939, Hitler declara en el Reichstag que "una guerra contra la Italia de hoy, desencadenada por cualquier pretexto y cualquiera que sea el motivo, hará que Alemania acuda en ayuda de la nación amiga".

Si el Duce vacila, algún tiempo después, es porque la anexión de Checoslovaquia se ha efectuado sin que Italia haya sido consultada previamente. Irritado por la desenvoltura con que el Gobierno alemán destruye los resultados de la Conferencia de Munich—cuya iniciativa fue italiana—Mussolini teme, también, que la política hitleriana alcance un papel predominante en la Europa danubiana, y vuelva sus ojos hacia el Adriático. Ciano le aconseja que abandone las negociaciones con Alemania. Sin embargo, después de reflexionar, el Duce prefiere continuar, porque considera que ha llegado el momento de *aliarse con el vencedor*. Basta que el Gobierno alemán le prometa no tomar la iniciativa en las cuestiones mediterráneas, comprendida la zona adriática, para que se tranquilice.

Resulta más difícil explicar los motivos que le han inducido a aceptar que los compromisos de alianza adquieran un carácter automático. ¿Qué interés ha de tener en suscribir unas cláusulas que pueden permitir al Gobierno hitleriano arrastrar a Italia a un conflicto? Indudablemente, quiere salir al paso del reproche de *veleidad*, que tantas veces se ha hecho a la política italiana antes de 1914; y a demostrar a Gran Bretaña y a Francia que la época del *giro de vals* se ha terminado (2).

(1) La interpretación dada a este punto por Mario Toscano parece decisiva.

(2) Véase pág. 501.

Pero al dejar a su aliado esta libertad de acción, le induce a tomar iniciativas peligrosas.

En todo esto, nada indica una política cuyos fundamentos hayan sido estudiados maduramente y cuyos objetivos se hayan definido en función del interés nacional—político o económico—. Lo que determinan las decisiones del Gobierno italiano son consideraciones de prestigio o de amor propio.

Ahora bien: la firma del Pacto no ha disipado un equívoco manifestado ya en el curso de la negociación. Según el modo de pensar de Hitler, este *Pacto de Acero* ha de tener como resultado intimidar a Gran Bretaña y Francia, con objeto de aislar a Polonia; pero el Führer toma en consideración la posibilidad de ir a una guerra, en caso de necesidad, para solucionar esta cuestión polaca. Por el contrario, para Mussolini, no habría ni que pensar en una guerra antes de tres o cuatro años, habida cuenta de la situación de las fuerzas armadas italianas. Este punto esencial no ha sido aclarado, porque a Hitler no le interesaba abordarlo claramente; y Mussolini no se ha atrevido a hacerlo, por miedo a comprometer el éxito de la negociación. Hasta ocho días después de la firma del tratado no expone el Duce su punto de vista, en una carta dirigida a Hitler: Italia no estará preparada hasta 1942, porque, no solamente ha de completar la ejecución de su programa de construcciones navales, sino también consolidar la pacificación de Etiopía y Albania, y repatriar, poco a poco, a sus súbditos emigrados en Francia; considera este período provechoso, desde todos los puntos de vista, puesto que, por un lado, el Japón, habrá asegurado para entonces su dominio sobre China, pudiendo emplear sus ejércitos en otras operaciones; y, por otra parte, las Potencias del Eje tendrán tiempo para quebrantar la moral pública de Francia y Gran Bretaña, favoreciendo la difusión en ellas de ideas pacifistas. Hitler se limita a contestar que podrán examinar estas objeciones durante el verano, en una conversación personal. Al diferir la contestación se da a sí mismo un plazo para poner a su aliado ante un hecho consumado.

Por consiguiente, el esfuerzo diplomático de Francia y Gran Bretaña no ha tenido como fruto sino unos resultados parciales e insuficientes. No por ello deja el Gobierno alemán de protestar contra esta política de "cerco" de la que—según dice—es víctima. Pero lord Halifax le replica, el 30 de junio, que si el Führer desea acabar con esta situación, basta con que renuncie a emplear la fuerza.

## II. LA CRISIS POLACA DEL VERANO DE 1939

El nudo del conflicto entre ambos bloques es el futuro de Polonia. Hitler concreta sus reivindicaciones, el 28 de abril, en un discurso el Reichstag y en una nota al Gobierno polaco: la Ciudad Libre de Dantzig debe ser restituida a Alemania; las relaciones entre Prusia Oriental

y el territorio del Reich, a través del Pasillo, deben ser aseguradas por ferrocarriles y carreteras que gocen de un estatuto de extraterritorialidad. El Gobierno polaco accede, el 5 de mayo, a la construcción de una autopista alemana en el Pasillo; pero niega la extraterritorialidad; tampoco admite la restitución de Dantzig. Entonces se plantea una *guerra de nervios*. El Gobierno alemán incita al Senado de la Ciudad Libre a formar un cuerpo de voluntarios, que recibe su armamento del Reich y que refuerza sus efectivos gracias a la llegada, por millares, de *turistas* alemanes; hace todo lo posible por entorpecer el control ejercido en Dantzig por los inspectores polacos—en virtud del estatuto de la Ciudad Libre—sobre el funcionamiento de las Aduanas; mediante una vehemente campaña de Prensa hace denunciar al *chauvinismo* y la intransigencia del Gobierno polaco. La Prensa y los círculos dirigentes polacos replican que Polonia luchará por Dantzig, ya que este puerto es *el pulmón* de la organización económica del país.

La actitud de Francia y de Gran Bretaña estimula esa resistencia. El Gobierno francés renueva sus promesas a Polonia; y en tres ocasiones (el 1 y el 21 de julio; el 15 de agosto), advierte al Gobierno alemán que cumplirá automáticamente sus obligaciones de alianza. El 10 de julio, el primer ministro inglés declara en la Cámara de los Comunes, que Dantzig es de una importancia *vital* para Polonia, tanto desde el punto de vista estratégico como económico; y que si Alemania pretende cambiar la suerte de la Ciudad mediante una acción *unilateral*, Gran Bretaña intervendrá con las armas. En previsión del conflicto, los dos estados renuevan sus negociaciones con la U. R. S. S.

Esta guerra de nervios termina con un golpe teatral: la conclusión, el 23 de agosto, del Pacto germanosoviético, que establece una colaboración, contra Polonia, entre dos Estados cuya profunda enemistad había sido una constante de la política internacional desde el advenimiento de Hitler.

¿Es posible conocer, detrás de esta fachada, el comportamiento real de los protagonistas, y determinar los móviles de sus decisiones?

El Gobierno alemán, a pesar de lo que cree el embajador de Francia en Berlín, no está poniendo en práctica un *bluff*. Indudablemente, piensa en obligar a Polonia con las armas, si la guerra de nervios no basta. El 3 de abril, Hitler ha dado orden a su Estado Mayor de hacer los preparativos necesarios para esta campaña, y de hacerlos de forma que las operaciones puedan empezar en cualquier fecha, a partir del 1 de septiembre. El 23 de mayo, en una conferencia que reúne a los jefes militares y navales, anuncia su decisión “de atacar a Polonia” tan pronto como se presente ocasión. A sus ojos, la cuestión de Dantzig es solo una ocasión: “se trata de extender nuestro espacio vital hacia el Este, de asegurar nuestros abastecimientos y de solucionar el problema del Báltico”. ¿Desea que esta guerra con Polonia se convierta en una guerra europea? No: preferiría conseguir *aislar* al adversario, es decir,

obtener la abstención de las potencias occidentales, puesto que un conflicto con ellas sería “una lucha a muerte” (1).

¿Bastan, para demostrar una decisión firme y sin vacilaciones, las declaraciones del Gobierno francés e inglés, tal vez incitadas por los consejos del Presidente Roosevelt? El recuerdo de las actitudes y de los acontecimientos del verano de 1938 conducen, necesariamente, a hacerse esta pregunta.

En Francia, determinados sectores políticos de derechas y ciertos socialistas independientes se niegan *a morir por Dantzig*, sin querer admitir que la cuestión de la Ciudad Libre no es la causa real del conflicto; pero este movimiento no tiene eco en la masa de la opinión pública; y carece de influencia apreciable sobre la actitud del Gobierno.

En Gran Bretaña, donde la opinión pública desautoriza cualquier iniciativa conducente a volver a la política de *apaciguamiento*, la conducta de los dos estadistas que dirigen la política exterior es más indeterminada. ¿No ha declarado el primer ministro, a la Cámara de los Comunes, en el mes de mayo, que no quería obstaculizar las “aspiraciones razonables de Alemania”, desde el punto de vista económico? ¿Y no ha aludido el ministro de Asuntos Extranjeros, en el mes de junio, a la eventualidad de una conferencia, que tendría por objeto “ajustar” las reivindicaciones alemanas de expansión? Neville Chamberlain no renuncia a llevar a cabo una negociación con Alemania. Aprovechando la presencia en Londres, a finales de julio y principios de agosto, de un alto funcionario alemán—Wohlthat—llegado para tomar parte en una conferencia puramente técnica (se trata de cuestiones de pesca), el más íntimo colaborador del primer ministro, sir Horace Wilson, hace unas indicaciones singulares: propone un acuerdo económico anglo-alemán, que implicaría la creación de un vasto mercado internacional en Africa, así como el reparto de los mercados europeos entre los exportadores ingleses y los alemanes; sugiere un acuerdo sobre la limitación de armamentos, un pacto de no agresión y de no intervención, y puede, incluso, que la delimitación de las esferas de influencia de ambos estados; por último, da a entender que, si estas conclusiones se cumplieran, Gran Bretaña renunciaría a los pactos de garantía establecidos recientemente, y se desinteresaría del destino de Dantzig. ¿Ha sido aprobado este programa por el Gobierno inglés? Sir Horace Wilson no pretende que sea así: el Gabinete—dice—ha *tratado* de estas cuestiones, sin llegar aún a ninguna decisión definitiva; pero cree que sería posible una negociación sobre esta base, a condición de que Hitler aceptara hacer una declaración *tranquilizadora*. Si el ofrecimiento

(1) Hitler decía, el 8 de agosto, al ministro de Asuntos Extranjeros de Hungría que el momento era “muy favorable” para una guerra contra Francia y la Gran Bretaña. Pero ¿qué valía una frase destinada a tranquilizar al Gobierno húngaro, con el fin de comprometerlo más fácilmente?

no es tenido en cuenta—concluye—“ya no quedará más que ir a la catástrofe”.

¿Cómo apreciar el sentido de estas conversaciones, que solamente se conocen por los informes y los recuerdos del embajador alemán? Hay que insistir en que las palabras atribuidas a sir Horace Wilson se ajustan, perfectamente, a la línea de conducta trazada, desde finales de marzo, por Neville Chamberlain, siempre dispuesto a volver a su política de apaciguamiento, si se le deparase ocasión. El episodio no carece de importancia, puesto que arroja cierta luz sobre el estado de ánimo del Primer ministro y de los que le rodean. Pero ¿tuvo alguna consecuencia práctica? Indudablemente, la oferta inglesa no la ha tenido, puesto que el Gobierno alemán no contestó. Es muy posible, sin embargo, que fuera considerada en Berlín como una prueba de *debilidad del Gabinete inglés*, y que haya reanimado, en la mente de Hitler, el recuerdo del asunto checoslovaco: ¿No cedió ya Gran Bretaña, en 1938, después de haber amenazado, para evitar la guerra?

El estudio crítico de la política soviética plantea unos problemas tanto más difíciles, cuanto que las intenciones de Stalin y del Bureau político no pueden ser puestas en claro, por falta absoluta de publicación de documentos y testimonios.

A pesar de la sustitución de Litvinov por Molotov, el Gobierno soviético es requerido por Francia y Gran Bretaña, en la segunda quincena de mayo, para que continúe las negociaciones tan penosamente entabladas en el mes de abril (1); el 31 de mayo, en una sesión del Soviet Supremo, Molotov se declara dispuesto a aceptar la reanudación de las conversaciones; el 29 de junio, el Gabinete inglés termina por abandonar sus objeciones a la extensión de la garantía a los países bálticos y a Finlandia, a condición de que la estipulación figure solamente en un anexo secreto al acuerdo político. Despejado el terreno de esta forma, los tres Gobiernos anuncian su decisión de iniciar negociaciones entre sus respectivos Estados Mayores, que empiezan en Moscú, el 12 de agosto. Pero desde el principio de estas conversaciones, militares, los delegados rusos preguntan si podrán disponer, en caso de guerra contra Alemania, de *bases de partida* en territorio polaco; el 18 de agosto, el Gobierno polaco niega el “derecho de tránsito”, y mantiene esta decisión, a pesar de los consejos apremiantes del Gobierno francés; el 21 de agosto, el mariscal Vorochilov anuncia que las conversaciones quedarán en suspenso, hasta tanto se resuelva esta *cuestión cardinal*.

Por otra parte, el Gobierno soviético ha recibido, a primeros de junio, una oferta alemana de negociación. Se estudia un pacto de no agresión, sin que las conversaciones—llevadas en secreto—tomen un carácter definitivo, durante seis semanas. Pero, en agosto, se activan

(1) Véase pág. 1078.

las negociaciones: el 17, Molotov acepta el ofrecimiento de Ribbentrop, que propone acudir a Moscú; el día 20, Stalin confirma tal aceptación. En la noche del 21, las agencias de Prensa anuncian en Moscú y en Berlín la conclusión inminente de un pacto de no agresión, que es firmado dos días después. El anexo secreto prevé el reparto de Polonia entre ambos firmantes; e incluye en la zona de influencia rusa a los Estados Bálticos, a excepción de Lituania y Besarabia.

¿Cómo explicar que el Gobierno hitleriano, después de haberse proclamado, desde el primer día, como *enemigo mortal* del régimen comunista, acepte colaborar con su adversario; y que el Gobierno soviético olvide la consigna de “resistencia al fascismo”, que repite sin cesar?

Los móviles de la política alemana no son dudosos. El éxito de las negociaciones iniciadas, abiertamente, entre las potencias occidentales y la U. R. S. S. daría lugar a un equilibrio de fuerzas tal, que el Führer se vería obligado a renunciar a su plan de acción contra Polonia. El acuerdo germano-ruso, no solamente va a destruir este peligro, sino que también coloca a Francia y Gran Bretaña ante unas perspectivas que tal vez les obliguen a abandonar a Polonia; de cualquier forma, permitirá a Hitler ir a la guerra en unas condiciones favorables, sin duda, desde el punto de vista estratégico; pero también desde el económico, puesto que la U. R. S. S. se mostrará dispuesta a proporcionar a Alemania artículos alimenticios y materias primas, hasta el extremo de que el bloqueo franco-inglés será casi ineficaz.

Sin embargo, esta nueva política implica dos graves inconvenientes: restablece el contacto territorial directo, suprimido por los tratados de 1919, entre Rusia y Alemania; y devuelve a la dominación soviética gran parte de los territorios que le fueran arrebatados en 1918; sobre todo, supone el riesgo de desconcertar a los militantes del nacionalsocialismo, puesto que el Führer se aparta de la doctrina de *Mein Kampf*.

Hitler contemporiza durante cuatro meses. A principios de abril de 1939, posiblemente bajo la impresión que las palabras de Stalin, del 10 de marzo (1), habían causado en su círculo íntimo, indica por primera vez a uno de sus colaboradores la posibilidad de buscar un acercamiento con la U. R. S. S.; pero sigue escéptico, y no toma todavía ninguna iniciativa. A principios de mayo, cree ver en la sustitución de Litvinov por Molotov una perspectiva favorable; y, a modo de sondeo, decide proponer unas conversaciones comerciales. A finales del mismo mes, cuando Molotov alude a las *bases políticas* necesarias para el éxito de estas conversaciones, el Führer toma su decisión: “En contra de la política seguida anteriormente, ahora hemos decidido realizar negociaciones concretas con la Unión Soviética”, dicen las intrucciones dirigidas al embajador alemán en Moscú; sin embargo, deja pasar

(1) Véase pág. 1078.

el tiempo. Finalmente, el 26 de julio—es decir, el mismo día en que la Prensa anuncia la próxima iniciación de las conversaciones de Estado Mayor anglofrancorrasas—declara a sus colaboradores que no quiere retrasar más el “aclarar las intenciones de los rusos”; a partir de este momento, impulsa con ardor unas negociaciones, cuyo éxito le llena de alegría: “Ahora, tengo el mundo en el bolsillo.”

¿Qué sentido tienen esos aplazamientos? ¿Es de pensar que el Führer vacilaba ante la decisión, porque temía quebrantar las bases ideológicas de sus sistemas políticos? Nada induce a pensarlo. La política de fuerza es su única preocupación. Si parece vacilar, es, sin duda, porque quiere evitar un gesto prematuro, y cree poder obtener mejores condiciones fingiendo que no tiene prisa: solo las noticias de las conversaciones de Estado Mayor entre U. R. S. S. y las potencias occidentales le hacen lanzarse a fondo. Sin embargo, hay que admitir, una vez más, que esta interpretación, si bien verosímil, no está debidamente apoyada por pruebas sólidas.

Los móviles de la política soviética son más difíciles de discernir, por la carencia de documentos. ¿Cuáles han sido los fines del Gobierno, mientras llevaba a cabo la doble negociación?

¿Deseaba llegar a un acuerdo, cuando ha aceptado las conversaciones militares con Francia y Gran Bretaña? O, por el contrario, ¿se proponía únicamente con este contacto incitar al Gobierno alemán e inducirle a negociar? O, incluso, antes de elegir, ¿quería confrontar los resultados de las dos negociaciones, y se ha decidido a favor del pacto con Alemania, a causa de la negativa opuesta por el Gobierno polaco?

Esta cuestión del derecho de tránsito ha sido utilizada como argumento por Molotov, en un discurso pronunciado el 31 de agosto: Gran Bretaña y Francia no parecían decididas a coaccionar a Polonia; por consiguiente, no deseaban concluir un pacto de ayuda formal con la U. R. S. S. Así, pues, el Gobierno soviético ha tomado el partido de aceptar la oferta alemana. No obstante, hay que observar que la negativa polaca fue conocida el 18 de agosto, y que Molotov ya había acogido favorablemente, la víspera, la oferta de una visita de Ribbentrop; pero Stalin no tomó partido, personalmente, hasta después de la negativa polaca. Por tanto, la cronología no puede bastar para autorizar una conclusión segura.

Cuando accede a tratar con Alemania, el Gobierno soviético obtiene una ventaja inmediata y considerable, puesto que, de los territorios perdidos en 1918, va a poder recuperar Polonia oriental, Estonia, Letonia y Besarabia, así como suprimir el telón que, desde el tratado de Versalles, separaba a la U. R. S. S. de la Europa central: Gran Bretaña y Francia no podían ofrecerle nada equiparable a todo esto. Sin embargo, también supone un riesgo, puesto que aumenta las posibilidades de una victoria alemana en una guerra contra Gran Bretaña y Francia; y esta victoria puede dar lugar a que Alemania vuelva, in-

mediatamente, al programa de *Mein Kampf*: la conquista del “espacio vital” en Europa oriental. ¿Cuáles son, entonces, las razones que le inclinan a aceptar el pacto del 23 de agosto?

¿Desea alentar a Hitler a iniciar una guerra contra Polonia, que se convertirá en general y dejará a los beligerantes agotados y a merced de la potencia rusa y de la propaganda de la Internacional Comunista? Parece muy bien ser el deseo de Stalin que la guerra se encienda *en el Oeste*, mejor que en el Este. Stalin tiene motivos para pensar que esta guerra será larga y, por tanto, para esperar que, llegado el momento, o bien podrá imponer un arbitraje (tal había sido, en definitiva, el plan (1) de Napoleón III en 1866), o bien encontrar unas condiciones favorables para la revolución mundial. Pero este resultado es aleatorio, ya que el pacto del 23 de agosto puede tener como consecuencia obligar a Francia y a Gran Bretaña a un nuevo Munich.

¿Desea, solamente, ganar tiempo? No está preparado para participar en una guerra contra Alemania, y desea cierto plazo; por consiguiente, tiene interés en concluir con el Reich un acuerdo temporal, que confirma la neutralidad de la U. R. S. S., evita la extensión de la dominación alemana a toda Polonia y, además, puede alejar el riesgo de que Alemania apoye la presión japonesa en Extremo Oriente.

Por otra parte, las dos explicaciones no se excluyen entre sí. Pero ambas serían hipotéticas, en tanto los archivos rusos sigan siendo inaccesibles.

Sin embargo, en la hipótesis de que el Gobierno soviético no estuviera dispuesto, desde el primer momento, a conseguir el acuerdo con Alemania, ¿han hecho todo lo posible Francia, Gran Bretaña y Polonia para evitar este giro de la política soviética? Es indudable que, si no han sido informadas de las conversaciones germano-rusas, han sospechado, sobradamente, su existencia. Esto hubiera debido ponerlas en guardia e incitarlas a hacer un esfuerzo para apresurar sus negociaciones con la U. R. S. S.

El Gobierno francés parece haberlo comprendido. En distintas ocasiones, en el transcurso del verano, pidió a sus asociados que no se perdiera el tiempo en cuestiones secundarias o en detalles superfluos. Entre el 15 y el 20 de agosto, mediante una presión enérgica sobre el Gobierno polaco, trató de hacerle aceptar el derecho de tránsito. En el último momento, el 21 de agosto por la noche, llegó incluso a decidir a reconocer este derecho al ejército ruso, prescindiendo de la negativa polaca: por lo menos, ya era un indicio de sus intenciones.

Pero el Gabinete británico se mostró más vacilante. A pesar de su desconfianza con respecto a la U. R. S. S., no tomaba muy en serio

(1) Hacia el 1866. Véase pág. 296.

la amenaza de un acercamiento germano-ruso que le parecía incompatible con la ideología del nacional-socialismo; además, como ya había hecho en 1938, subestimaba la eficacia de la ayuda que podrían prestar las fuerzas armadas rusas. Sin embargo, en los últimos días, se asoció a la presión ejercida sobre Polonia.

En cuanto a los medios gubernamentales polacos—que ignoraban menos que nadie el alcance de un acuerdo germano-ruso, pero que seguían convencidos del peligro mortal que amenazaría a Polonia si concedía el derecho de tránsito a los ejércitos soviéticos—, se encontraban colocados en una situación dramática. Indudablemente, primero pensaron que Alemania no tendría interés en destruir a Polonia, convirtiéndose así en vecina directa de la U. R. S. S. Cuando perdieron esta esperanza, consideraron al parecer que, incluso sin aceptar la ayuda rusa, podrían hacer frente a Alemania, si la presión del ejército francés impedía que el ataque alemán a Polonia fuese demasiado intenso. De cualquier forma, era preferible sucumbir ante Alemania que ante la U. R. S. S. Tal es el sentido de unas palabras pronunciadas por el mariscal Rydz-Smigly: “con los alemanes, corremos el riesgo de perder nuestra libertad; con los rusos, perderíamos el alma.” La única eventualidad que no tuvieron en cuenta fue, precisamente, la que se produjo: la yuxtaposición de la dominación alemana y de la dominación rusa.

Dada su forma de pensar, ¿no les hubiera interesado ceder en la cuestión de Dantzig, para tratar de retrasar el conflicto? Pregunta vana, puesto que hoy sabemos, por los documentos alemanes, que con toda seguridad, esta concesión no hubiera evitado la guerra: para Hitler, la causa del conflicto no era Dantzig, sino la conquista del espacio vital.

### III. LA DECISION ALEMANA

La conclusión del pacto germano-ruso abre la fase final de la crisis. La política alemana quiere aprovechar, inmediatamente, este éxito para solucionar la cuestión polaca, no ya por la vía diplomática, sino por la fuerza de las armas. El 22 de agosto, cuando la firma todavía no se ha llevado a cabo, pero ya está concertada, Hitler declara a sus generales, en el curso de una conferencia celebrada en Obersalzberg, que la guerra contra Polonia empezará, probablemente, el día 26. “Como consecuencia del pacto germano-ruso—dice—, hay muchos motivos para suponer que las dos potencias occidentales no se atreverán a intervenir militarmente; y se contentarán con decretar un bloqueo, cuya eficacia será mínima, puesto que Alemania podrá abastecerse en Rusia; sin embargo, si esta intervención se produjera, tampoco habría que alarmarse, dado que la intervención franco-italiana en el Mediterráneo y las dificultades imperiales británicas constituyen un conjunto de circunstancias favorables, que tal vez no se encontrarían dos o tres años después.” El Führer añade que Alemania “ha de correr algunos riesgos”,

antes que los apoyos exteriores con los que le es factible contar (Italia, Japón y España) puedan ser eliminados. En definitiva, es preferible desencadenar la guerra sin esperar más.

Pero los hechos que Hitler considera como previsibles son desmentidos rápidamente. El Gobierno francés, después de haber conocido la opinión de los jefes de Estado Mayor, en una sesión del Consejo de Defensa Nacional, celebrada el día 22, el día 24 decide sostener a Polonia en el caso de un ataque alemán; esta decisión es anunciada, al día siguiente, por una alocución del presidente del Consejo. El Gabinete inglés repite, en tres ocasiones, y se lo hace conocer directamente a Hitler, que mantendrá los compromisos contraídos con respecto a Polonia. El día 25, firma un tratado de alianza con el Gobierno polaco. Finalmente, el Gobierno italiano, que, advertido el 12 de agosto, por Hitler, de la inminencia de la guerra contra Polonia, había reiterado inmediatamente sus deseos de que el conflicto fuera diferido hasta 1942 o 1943, define ahora su postura: Mussolini declara que no podrá entrar en guerra, y desea que la cuestión polaca se resuelva por medios políticos.

Estas advertencias, y sobre todo la noticia de la alianza anglo-polaca, provocan en Berlín un movimiento de retroceso. En la tarde del 25 de agosto, Hitler anula las órdenes de ofensiva contra Polonia, cuya ejecución había sido citada para el día siguiente por la mañana: “Necesito un plazo para negociar”, dice al jefe del Estado Mayor. Efectivamente: esta negociación entre Alemania y Gran Bretaña se inicia, a la vez, por dos conductos: la vía diplomática—el embajador inglés Henderson—y la intervención oficiosa de un ingeniero sueco, Dahlerus, que, durante tres días, va y viene en avión de Berlín a Londres.

Del encadenamiento de estas cuestiones se desprenden dos aspectos. Por un lado, Hitler trata de obtener una promesa de neutralidad británica, ofreciendo poner la “potencia del Reich” a disposición de Gran Bretaña, y ayudarla a *mantener* el imperio británico; recibe una negativa. Por otra parte, el Gabinete inglés admite (a pesar de las anteriores negativas polacas) que la cuestión de Dantzig y la del Pasillo podrían ser objeto de una negociación, siempre y cuando Alemania acepte adherirse, acto seguido, a una garantía internacional de las fronteras polacas y, por consiguiente, abandone la conquista del *espacio vital*; consigue, no sin trabajo, la aquiescencia del Gobierno polaco. Así, pues, la negociación parece posible; y el Gabinete inglés insinúa que, una vez solucionado el problema polaco, se mostraría dispuesto a entablar conversaciones referentes a la restitución de las colonias ex alemanas.

Pero el 29 de agosto, el Führer exige que el negociador polaco se presente, al día siguiente y provisto de plenos poderes. Estas dos condiciones, que tienen todo el aspecto de un ultimátum, son consideradas, al pronto, inaceptables por el Gobierno polaco, que, el día 30, ordena la movilización general. No obstante, a instancias de Gran Bretaña, el



31 de agosto, el coronel Beck decide nombrar un negociador, sin otorgarle plenos poderes; el Gobierno alemán se niega a dar a conocer sus condiciones a Polonia—puesto que no han sido concedidos los plenos poderes—; y anuncia la ruptura. El día 1 de septiembre, al amanecer, las tropas alemanas entran en territorio polaco. Dos días después, Francia y Gran Bretaña entran en la guerra.

¿Cómo ha sido conducida la política hitleriana en el transcurso de esta última semana? El Gobierno alemán, al iniciar las hostilidades contra Polonia, ha provocado la guerra general, y ha tomado su decisión, únicamente, para llevar a cabo sus fines expansionistas. Los jefes militares reticentes o incluso hostiles a una política bélica en 1938, al parecer no han hecho ninguna objeción a esta misma política, en agosto de 1939. Finalmente, los signos de inquietud en la opinión pública, que pudieran haber influido en Hitler en el año anterior, no se han manifestado en esta ocasión; indudablemente—según el embajador británico—, esta opinión pública se mostraba *recelosa y triste*, desde que comprendía la inminencia de la guerra; pero estaba *resignada a ella*. Todos estos hechos apenas si dejan lugar a un resquicio de duda.

Empero las intenciones exactas de Hitler siguen siendo difíciles de dilucidar. Hitler aceptó, claramente, el riesgo de que el conflicto en Polonia se convirtiera en un conflicto europeo; y nunca pensó en renunciar a su plan de acción, ni siquiera circunstancialmente, para evitar la guerra general. ¿Aceptaba este riesgo sin preocupación o le producía cierta ansiedad? La *curva* de su comportamiento es muy singular: el 22 de agosto, en la conferencia de Obersalzberg, el Führer da la impresión de que acepta el riesgo, de buena gana; el día 25, cuando este riesgo se hace inminente, quiere tratar de evitarlo, aunque ese cambio de actitud pueda desconcertar a los jefes militares, ante los que manifestara tres días antes tanta confianza; sin embargo, en lugar de disminuir sus reivindicaciones con respecto a Polonia, las aumenta, puesto que quiere imponer un plebiscito en el Pasillo; el 30 de agosto, por la noche, está decidido—según el ministro de Estado, Weizsäcker—a hacer la guerra, *de todos modos*; pero el 3 de septiembre, cuando recibe el ultimátum inglés, parece intimidarse.

Estas reacciones contradictorias parecen haber sido determinadas por la actitud de Gran Bretaña; o, más exactamente, por la idea que se hacía de ella, de acuerdo con las informaciones o las opiniones de los que le rodeaban. Casi hasta el último momento, se había aferrado a la esperanza de una neutralidad inglesa. ¿En qué podía basar esa ilusión? Tal vez creyó advertir una contradicción—interpretada como síntoma de debilidad—entre la firma de la alianza anglo-polaca, el día 25, y la posición adoptada el 28 por el Gabinete británico con respecto a la cuestión de Dantzig y del Pasillo. Pero esto es solo una hipótesis.

Por otra parte, ¿puede afirmarse, sin lugar a dudas, que las decisio-

nes del Führer sean susceptibles de una explicación racional? Nunca ha sido una persona lógica y razonable; y, además, recibía de aquellos que le rodeaban opiniones en extremo divergentes, como las de Ribbentrop, que—según todos los testimonios de que se dispone—creía en la debilidad de Gran Bretaña; y la de Goering, que no creía en ella; también se encontraba—dice Dahlerus—en un estado de sobreexcitación enfermiza. Es muy posible que las decisiones esenciales hayan sido adoptadas bajo la influencia de impresiones pasajeras; pero la línea política permanece inmutable: el aplazamiento momentáneo no significa el deseo de llegar a un compromiso, sino que indica, solamente, el propósito de eliminar la intervención inglesa; en definitiva, las dudas solamente afectan a la parte táctica (1).

Francia y Gran Bretaña no han aceptado *un segundo Munich*, y su firmeza ha desmentido las previsiones hitlerianas. ¿A qué móviles han obedecido?

Esta firmeza no ha sido adoptada por unanimidad desde el primer momento por el Gobierno francés: el 22 de agosto, el ministro de Asuntos Extranjeros—según su propio testimonio—trata de *suavizar* la alianza franco-polaca—es decir, interpretar los compromisos en un sentido restrictivo—poniendo como pretexto la resistencia opuesta por el Gobierno polaco a los consejos del Gobierno francés en la cuestión del derecho de tránsito. Pero estas vacilaciones han sido eliminadas el 24, después de una conferencia en la que el Presidente del Consejo, el ministro de Asuntos Extranjeros y los jefes militares han sopesado los argumentos. ¿Le interesaba a Francia abandonar a Polonia, para obtener un nuevo respiro? Los asistentes a la conferencia habían considerado que no, puesto que lo más probable era que Alemania, después de haber aplastado a Polonia, volviera inmediatamente contra Francia, en la primavera de 1940, todas sus fuerzas. Los Estados Mayores habían asegurado, por tanto, que estaban en condiciones de ir a la guerra, mientras que en septiembre de 1938 se habían mostrado mucho más reticentes. Las indicaciones inexactas facilitadas por el servicio de información, que creían advertir vacilaciones en la opinión alemana y desacuerdos entre Hitler y sus generales, contribuyeron tal vez a formar este estado de opinión. Es imposible afirmarlo en el estado actual de la información documental.

El Gabinete inglés parece haberse mostrado mucho más decidido, en este momento, de lo que lo fuera antes de la conclusión del pacto germano-ruso: los informes del *Foreign Office* subrayaban que la política hitleriana tenía por objeto, sin lugar a dudas, *la dominación de Europa*. Sin embargo, el 28 de agosto, acepta prestarse a una última tentativa de conciliación; y aconseja al Gobierno polaco que entable negociaciones directas con Alemania, aunque sin ejercer ninguna clase de coacción sobre su aliado. ¿Conservaba todavía alguna esperanza

(1) Véanse, acerca de esto, las observaciones de Hofer, *op. cit.* en la bibliografía de este capítulo.



de salvaguardar la paz, o solamente quería asegurarse una posición ventajosa ante la opinión pública?

En cuanto al Gobierno polaco, apoyado por la opinión pública y estimulado por la firma del tratado de alianza con Gran Bretaña, mantiene su postura, sin desfallecer. "La situación no es de las peores", decía, todavía el 28 de agosto, a uno de sus colaboradores, el coronel Beck. Acepta el principio de una negociación con Alemania, tarde y a regañadientes. ¿Se aferraba a la esperanza de que Hitler retrocedería en el último momento? ¿O adoptaba una especie de resignación fatalista? También aquí la investigación histórica no puede pasar del terreno de las hipótesis.

#### BIBLIOGRAFIA

- Sobre la lucha diplomática, en general.**—A. TONYBEE: *The World in March 1939*, Londres, 1952.—A. y V. TONYBEE: *The Eve of War 1939*, Londres, 1958 (esencial).—B. DE JOUVENEL: *La dernière année, Choses vues de Munich à la guerre*. Ginebra y París, 1947.—J. B. MASON: *The Danzig Dilemma*, Stanford Univ., 1946.—TH. PROCHAZKA: *La Tchécoslovaquie de Munich au 14 mars 1939*, París, 1954 (Tesis mecanografiada).—A. M. NEYRIC: *Politička anglijskoga imperijalizma y Evrope*, Moscú, 1955 (sobre el período 1938-1939).—J. LUKASIEWICZ: *Rokowannia z Rosja sowietska*, en *Dzenmik polit.*, noviembre-diciembre 1946.—M. TOSCANO: *Le origini del Patto d'Acciaio*, Florencia, 1948, y, del mismo autor: *L'Italia e gli accordi tedesco-sovietico dell' agosto 1939*, Florencia, 1952.—F. SIEBERT: *Der Deutsch-italienische Stahlpakt*, en *Vierteljahr, für Zeitgeschichte*, octubre de 1959, págs. 372-396.—MASSIMO MAGISTRATI: *Berlino 1939. De Praga al Patto d'Acciaio*, en *Riv. di Studi polit. intern.*, 1949, págs. 597-653.—A. D. NIKONOV: *The Origin of World War II and the pre-war political Crisis of 1939*, Moscú, 1945.—V. KHVOSTOV y A. NEKRIC: *Kak vznikla vtoraja mirovaja vojna* (Cómo estalló la segunda guerra mundial), Moscú, 1959.—A. SLOPANOV: *Ukraina y planakh mezdunarodnoj reakei nakumnane vtoroj mirovoj vojny* (Ucrania en los planes de la reacción internacional en vísperas de la segunda guerra mundial), Kiev, 1959.—A. TABULER: *Soviet Policy toward the Baltic States, 1918-1940*. Notre-Dame (E. E. U. U.), 1959.
- Sobre la negociación germano-rusa.** Es esencial la recopilación *Nazi-Soviet Relations 1939-1941, Documents from the Archives of the German Foreign Office*, publicada por R. J. SONTAG y J. S. BEDDIE, Washington (Department of State), 1948.
- Sobre la política francesa.**—Además de los documentos ya citados, véase el "Libro amarillo": *Documents diplomatiques, 1938-1939*, París, 1939.—Consúltese también: A. SCHERER: *Le problème des "mains libres à l'Est"*, en *R. hist. deuxième guerre mondiale*, octubre 1958; actas de las conversaciones de Estados mayores franco-polacos *Protokoly Polsko-Frankuskich, rozmow sztafweurich v Parizu, v maju 1939*, Londres, 1958, y *Les negotiations militaires entre l'U. R. S. S., la Grande-Bretagne et la France, en août 1939*, en *Recherches internationales a la lumière du marxisme*, marzo 1959, páginas 130 a 220.
- Sobre las relaciones anglo-polacas.** J. KIRCHMAYER: *1939 i 1944. Kilka zagodnien polskich*, (1939 y 1944. Algunos problemas polacos), Varsovia, 1957.
- Sobre la decisión alemana.**—B. DAHLERUS: *Sista försöket. London-Berlin. Sommaren 1939*, Estocolmo, 1945 (traducción inglesa: *The last Attempt*, Londres, 1947).—W. HOFER: *Die Entfesselung des zweiten Weltkrieges. Eine Studie über die internationalen Beziehungen im Sommer 1939*, Stuttgart, 1954. (Importante.)

#### CONCLUSION DEL LIBRO PRIMERO

Que la segunda guerra mundial haya sido determinada por los actos del Gobierno hitleriano; que estos actos hayan sido la expresión de una política definida, desde mucho tiempo antes, en *Mein Kampf*, y que, hasta último momento, esta guerra hubiera podido ser evitada, de haberlo deseado el Gobierno alemán, es algo que apenas si se presta a controversia. Ni los documentos, ni los testimonios publicados desde hace diez años, que han servido para aclarar muchos puntos importantes, han inducido a la interpretación histórica a revisar sus juicios sobre esta política hitleriana: las discusiones que se entablaron, a partir de 1921, en cuanto a los orígenes de la primera guerra mundial, no se han renovado por lo que respecta a los orígenes de la segunda. ¿Se debe solamente a que la derrota del vencido ha sido más completa, y a que los admiradores del régimen hitleriano no han creído oportuno tratar de suscitar una discusión en la opinión pública? ¿Es porque estos amigos del régimen siguen lo bastante convencidos de la legitimidad de la política alemana de 1939 para declinar cualquier interpretación que pudiera parecer una excusa? Ante todo, es porque esta revisión de los puntos de vista, admitidos generalmente, no ha encontrado argumento. Cuando Ribbentrop ha querido "justificar" la política hitleriana se ha limitado a decir que la segunda guerra mundial hubiera podido ser evitada si Gran Bretaña hubiese accedido a trazar un plan de "revisión de tratados", de acuerdo con Alemania, y a favorecer la expansión alemana. Esto viene a significar que el Gobierno alemán, si no obtenía por medios diplomáticos los resultados que pretendía, estaba decidido a imponerlos por las armas. En la historia de los orígenes de esta guerra aparece a cada paso la voluntad de un jefe de Gobierno y de un grupo de hombres, apoyados por unas ideas y por un estado de ánimo apasionado, de los que ellos mismos han sido promotores. La masa del pueblo sufre los acontecimientos. Los agentes diplomáticos, cuyo papel no había dejado de disminuir durante treinta años, han sido relegados a un segundo plano, desde que el empleo del avión facilita los contactos personales entre los jefes de Gobierno. Los jefes militares se han resignado.

Sin embargo, ¿basta la acción de ese hombre o de ese grupo para dar una explicación? ¿Qué lugar hay que atribuir en las causas del conflicto a la satisfacción de necesidades o de intereses económicos, a la psicología colectiva o al impulso del sentimiento nacional?

En un régimen en el que el liberalismo económico no goza de más miramientos que el liberalismo político, la presión que los grupos de intereses económicos puede ejercer sobre la orientación de la política

exterior es muy limitada. Por consiguiente, el Gobierno alemán no ha de tener muy en cuenta la satisfacción de los beneficios individuales. Lo que puede invocar la política alemana de expansión, orientada hacia la conquista del *espacio vital*, es un objetivo económico de carácter general, puesto que tiende a mejorar las condiciones de existencia del pueblo alemán. Falta saber si en el pensamiento de los dirigentes alemanes esta conquista del espacio vital respondía a una necesidad, o era solamente la tapadera de una decisión cuyos verdaderos móviles eran la apetencia de poder o el anhelo de prestigio (1).

Según algunos observadores, la política del Gobierno hitleriano ha sido consecuencia ineludible del ritmo adquirido por la *máquina económica alemana*. Alemania, cuya industrialización se desarrollaba con demasiada rapidez, ha aumentado su potencia militar para extender su zona de expansión económica. En definitiva, el nacionalsocialismo, al aislar a Alemania de otros estados y practicar la autarquía, había provocado una *situación artificial*; indudablemente, el Gobierno alemán comprendía que su sistema económico no era viable, a menos que se extendiera a un área mucho más vasta; así, pues, se veía obligado a realizar una política de conquista.

De entre estos economistas, solo uno—a mi entender—ha tratado de hacer un análisis concreto. El régimen hitleriano—dice Charles Bettelheim—, después de haber puesto en marcha la máquina económica, empleando los métodos de la economía dirigida, no ha sabido dominar “las contradicciones inherentes al capitalismo de monopolio”. Los procedimientos destinados a asegurar la expansión económica se basan, esencialmente, en *inyecciones de crédito*, aplicadas por los organismos estatales; su promotor, Schacht, los había concebido para emplearlos únicamente durante un período corto, como máximo, de tres años. El Gobierno, con objeto de evitar una crisis económica y social, había prolongado este plazo; al no poder contar con el desarrollo de las inversiones privadas se veía obligado a incrementar rápidamente la deuda pública (16 058 millones de reichmarks en 1936-37, y 30 676 millones, en 1938-39). En resumidas cuentas, el mercado interior era demasiado restringido; y el mercado mundial se había cerrado. El Gobierno había pretendido sustituirlo mediante un *mercado financiado por los pedidos públicos*; con ello, había dado lugar a una tensión financiera creciente. Así, pues, en 1939, se imponía la necesidad de *integrar la economía capitalista alemana en la economía mundial*, para conseguir mercados exteriores más amplios. Esta finalidad *adoptó la forma de una guerra*, porque los dirigentes alemanes consideraron que no podían efectuar esta reintegración si no obligaban a los demás estados, por las armas, a que la aceptaran.

¿Hasta qué punto es exacta esa tesis? ¿Es cierto que el III Reich

(1) Véanse, sobre el particular, las observaciones hechas a final del cap. I.

sintiera en 1939 los síntomas de una crisis financiera y monetaria? El economista inglés C. W. Guillebaud, que, en diciembre de 1938, terminó un estudio acerca de la situación de Alemania, afirmaba que el sistema económico había conocido momentos difíciles en los meses precedentes, pero únicamente por motivos políticos: el esfuerzo de rearme había sido demasiado rápido. A su juicio, bastaba hacer un poco más lento este ritmo para que la situación se estabilizara. De cualquier forma, en su opinión, la economía alemana no se veía amenazada por un derrumbamiento, ni siquiera por una ligera recesión; incluso podía pensar en la expansión, siempre que la mano de obra se contentara con el mismo nivel de vida. ¿Y por qué no había de contentarse, cuando el sistema económico le garantizaba la plena ocupación, ventaja fundamental para todos aquellos que habían conocido, siete años antes, una crisis de paro, de la que conservaban los peores recuerdos? Bien es verdad que, en enero de 1919, el presidente del Reichsbank, Schacht, preveía una crisis monetaria; pero lo que criticaba era la ejecución del plan de rearme: no ponía en tela de juicio los fundamentos de la vida económica alemana. La necesidad económica, por tanto, no me parece demostrada, en absoluto, en el estado actual de la información histórica.

Esta demostración—aunque se hiciera—no tendría, por otra parte, sino un alcance muy limitado. Cuando más, pondría de manifiesto los inconvenientes de una política económica que se fijara como objetivo esencial el incremento de la potencia militar. Pero esta política ¿estaba *impuesta* por la necesidad de expansión económica, o era, simplemente, una consecuencia de la apetencia de poder? En resumen: en sus principios, esta acción económica ¿era el instrumento de una política, o fue la causa de las decisiones políticas? En esto radica el problema esencial para la interpretación histórica.

Ahora bien: ¿qué hechos son los que pone de manifiesto a este respecto el estudio de los documentos y de los testimonios?

Las necesidades económicas jamás fueron invocadas por el Gobierno hitleriano en las conferencias en que Hitler explica a sus colaboradores los móviles y los objetivos de su política exterior: el plan del 5 de noviembre de 1937 presenta, a este respecto, una importancia especial, puesto que se trata de preparar la conquista de Austria y, luego, el desmembramiento de Checoslovaquia, dos resultados conducentes a aumentar el potencial de guerra de Alemania mediante la anexión de zonas mineras y de regiones industriales; sin embargo, el argumento económico—excepción hecha de la vaga fórmula del *espacio vital*—nunca se invoca en esta exposición del programa alemán.

Por otra parte, Alemania hubiera podido satisfacer esta necesidad de expansión económica sin recurrir a las armas. Para “reintegrar la economía alemana en la economía mundial” el Gobierno hitleriano hubiera podido escuchar, en el verano de 1939, los ofrecimientos de sir Horace Wilson, que suponían para la economía alemana un campo de

acción privilegiado en el sudeste de Europa (1) a condición de que el Führer renunciara al empleo de la fuerza; ahora bien: Hitler prescindió, desde el primer momento, de estas perspectivas, sin tratar siquiera de averiguar cuál era su alcance o de apreciar su consistencia. ¿No hay que deducir, entonces, que la política alemana, en lugar de estar orientada por móviles económicos, lo estaba, más bien, por la apetencia de poder y el deseo de aprovechar la superioridad pasajera que le proporcionaba, en la relación de fuerzas, la rapidez de su rearme? En una conferencia en que reunió a los altos mandos militares, el 23 de noviembre de 1939, Hitler declara que no ha reorganizado las fuerzas armadas "para dejarlas sin empleo". Ribbentrop le dice a Ciano, en marzo de 1940, que la guerra contra Polonia se ha decidido para mantener intacto el prestigio de Alemania y para adelantarse "a un desplazamiento en el equilibrio de las fuerzas", inevitable a corto plazo, puesto que Gran Bretaña ha implantado el servicio militar obligatorio. ¿Por qué poner en duda esas explicaciones?

Bien es verdad que la afirmación de esa apetencia de poder y la amplitud de ese rearme no han sido posibles sino gracias a la pasividad de los grandes estados democráticos.

Cuando se inició el rearme alemán en gran escala, en 1935, Francia hubiera podido adoptar una política destinada a *contener* a Alemania, vigorizando la alianza francorrusa—incluso a costa de Polonia—, o bien una política más peligrosa de acercamiento a Alemania, dejando a esta plena libertad de acción en el Este, con la esperanza de que tal expansión bastaría para satisfacer los fines hitlerianos. En realidad, ambas políticas fueron esbozadas, pero sin llegar a tomar forma en ninguno de los dos casos. Gran parte de la responsabilidad de esa incertidumbre corresponde a las divisiones de la opinión pública y al estado de la psicología colectiva. Ni la Prensa, ni los partidos políticos, ni los sucesivos Gobiernos, han tratado de despertar en ella el sentido de la responsabilidad, haciéndole ver los riesgos y las oportunidades (2). Nada más chocante que esa incapacidad de los círculos dirigentes para desempeñar su misión y poner los cimientos de un estudio preciso de la situación internacional.

Tampoco hay que perder de vista que Francia, en este terreno, solo contaba con una base: la fuerza militar. Careciendo de los medios económicos de una *gran potencia*, tenía que contar con los mercados americanos de materias primas y, por consiguiente, con la necesidad de mantener la libertad de las comunicaciones marítimas; para obtener este resultado le era imprescindible contar con la ayuda de la marina mayoría—no habían perdido nunca de vista la necesidad de una cola-

(1) Véase pág. 1083.

(2) Véase pág. 1057.

boración francoinglesa (el mismo Pierre Laval no lo olvidó en 1935). Ningún Gobierno había tomado en consideración adoptar una postura de fuerza sin haberse asegurado, de antemano, la ayuda británica.

Ahora bien: en Gran Bretaña, ni la opinión pública, ni los círculos políticos—a excepción del grupito que seguía a Winston Churchill—, ni el Gobierno, adoptaron, hasta abril de 1939, una posición que pudiera alentar una iniciativa francesa. Es cierto que, en 1934, el primer ministro declaró que la "frontera inglesa estaba en el Rin"; pero no ponía en práctica las consecuencias de esta afirmación. Al diferir hasta finales de 1936 su rearme, el Gabinete conservador provocó su propia incapacidad para oponerse, dos años después, a la política de expansión alemana en la Europa central. Por tanto, prefirió creer que Hitler limitaría sus ambiciones y que no amenazaría a los intereses británicos esenciales. Cuando comprendió su error ya no le quedaba tiempo para repararlo.

La actitud de los Estados Unidos influyó sobremanera en la de Gran Bretaña. El sentimiento aislacionista se había manifestado, a partir de 1935, mediante la votación de las *leyes de neutralidad*, es decir, en la forma más inquietante para la vida económica inglesa. Hasta las mismas tendencias personales de Franklin Roosevelt, cuando se definieron—a finales de 1937—lo fueron en su discurso, pero no en sus actos.

Estas largas vacilaciones de los grandes estados democráticos, después de haber permitido a la política hitleriana acumular los éxitos, debilitaron el alcance de las decisiones francobritánicas de la primavera de 1939. Hitler siguió creyendo que la política enérgica anunciada en París y en Londres sería puramente verbal.

Las cosas se hubieran desarrollado de otra forma, sin duda alguna, si esta energía tardía hubiese sido apoyada por la U. R. S. S. Hitler no hubiera provocado la guerra si hubiera tenido que contar con semejante perspectiva. Lo que ha decidido la suerte de la paz ha sido el pacto del 23 de agosto de 1939. Pero ¿no hay que tener en cuenta, aquí también, las vacilaciones de los grandes países democráticos? El Gobierno soviético había comprobado, cuando la crisis de Munich, que las dos potencias occidentales se mantenían al margen de la solución de un problema muy importante para los intereses rusos; temía que Gran Bretaña y Francia dejaran a Hitler plena libertad de acción "en el Este"; ¿no podía pensar que la mejor garantía contra tal eventualidad era arreglárselas de forma que la guerra europea empezara *en el Oeste*?

En estos errores, o en estos cálculos, lo que predomina no son los intereses económicos, sino las corrientes de la psicología colectiva, la desconfianza entre los pueblos. Y, sobre todo, los designios políticos, animados tanto por el deseo de seguridad como por la voluntad del poder.

*LIBRO SEGUNDO*

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

## INTRODUCCION AL LIBRO SEGUNDO

En la guerra europea que, en septiembre de 1939, pone a Polonia, Francia y Gran Bretaña frente a Alemania, esta se encuentra en unas condiciones mucho más favorables que en 1914, gracias a la neutralidad rusa. En el frente oriental tiene un adversario, cuyos medios militares son débiles, y le aplasta en tres semanas. Por tanto, en la primavera de 1940 puede concentrar todas sus fuerzas en el frente occidental, y derrota al ejército francés. A finales de junio de 1940, Gran Bretaña se encuentra sola, con el débil apoyo de las fuerzas de la Francia Libre y de Grecia. En esta guerra angloalemana, en la que también toma parte Italia, Hitler—después de haberse visto obligado a abandonar, a finales de septiembre de 1940, su proyecto de desembarco en Inglaterra—trata de paralizar las líneas de comunicación en el Mediterráneo y en el Atlántico.

Pero en 1941, la guerra toma una amplitud mundial: por la iniciativa de Alemania y del Japón, entran en el conflicto, la U. R. S. S. en el mes de junio, y los Estados Unidos en el de diciembre. A partir de este momento, Alemania ya no puede vencer. En 1942, todavía espera que, eliminando la resistencia rusa, podrá desalentar a las dos potencias atlánticas, y obtener una paz negociada. El resultado de la batalla de Stalingrado, en el mes de noviembre, desvanece esta esperanza, al tiempo que Norteamérica y Gran Bretaña establecen, en África del Norte, el trampolín que ha de permitirles poner pie en el continente europeo. La derrota de Alemania, Italia y el Japón se hace inevitable, a menos que sobrevenga una disociación de la coalición adversaria. Sin embargo, hacen falta todavía dos años y medio para que la derrota sea total. Italia es la primera en sucumbir, en septiembre de 1943, al mismo tiempo que los ejércitos alemanes de Rusia se batan en retirada y la contraofensiva norteamericana se desarrolla en el Pacífico. Alemania, vencida en Rusia, debe hacer frente, en 1944, a la ofensiva angloamericana en el Oeste. Cuando se derrumba, en mayo de 1945, el Japón no puede escapar a una capitulación inmediata.

En una historia de las relaciones internacionales, lo más interesante es el estudio de las intervenciones o de las defecciones y de los cambios bruscos que se producen en la balanza de las fuerzas militares, navales y aéreas. Sin embargo, la contemplación no debe limitarse a estas peripecias de la lucha, sino que ha de extenderse a las transformaciones que han sido consecuencia, directa o indirecta, de la guerra, en las relaciones entre todos los pueblos del mundo y entre los diversos continentes. Pero, al tratarse de un intento de síntesis, ha de despreciar, inevitablemente, aquellos aspectos menos señalados de la acción diplo-

mática que, aun cuando hayan sido los más propicios a despertar el interés o la curiosidad, no han tenido una influencia de carácter general (1).

#### GENERALIDADES SOBRE EL LIBRO SEGUNDO

**Documentos.**—(además de los ya citados en las págs. 945 y 946).—EN GENERAL: *United Nations Documents, 1941-1945*, Londres, 1946.

**Americanos.**—*Peace and War U. S. Foreign Policy, 1931-1941*, Washington, 1943.—*The Spanish Government and the Axis, 1940-1943*, Washington, 1946.—*U. S. and Italy, 1936-1946*, Washington, 1946.

**Alemanes.**—*Führer's Conferences on naval affairs (1939-1945)*, Londres, 1947, siete fascículos en multicopista, publicados por el Almirantazgo. Texto reproducido íntegramente en *Brassey's naval Annual, 1948*, págs. 25-496.

**Rusos.**—*Vnechnaia politika sovietskovo soiuzu y porvoi otichestvennoi voiny* (La política exterior de la Unión Soviética durante la guerra en defensa de la patria), Moscú, 1946-1947, tres volúmenes. *Sovetsko-francuskie otnoshenija vo vremija velikoj Otechestvennoj Voiny, 1941-1945* (Las relaciones franco-soviéticas durante la gran guerra nacional), Moscú, 1959.

**Los testimonios más útiles para el estudio de la historia general del período 1939-1945, además de los ya citados en las págs. 940 y 941, son por orden alfabético.**—ED. BENES: *Pameti* (Memorias), Praga, 1947. Traducción inglesa *From Munich to new War and new Victory*, Londres, 1954. Acerca de esta obra, véase V. L. TAPIE: *Les mémoires du président Ed. Bénès sur la seconde guerre mondiale*, en *R. historique*, enero 1952, págs. 25-49.—P. BADOGLIO (mariscal): *L'Italie dans la guerre mondiale*, París, 1951.—G. BOTTAI: *Venti anni e un giorno*, Milán, 1949.—J. BYRNES: *Speaking frankly*,

Nueva York, 1947.—H. DALTON: *The Fateful Years. Memoirs*, Londres, 1957.—Dw. EISENHOWER (general): *Crusade in Europe*, Nueva York, 1949.—CHARLES DE GAULLE (general): *Mémoires de guerre*, París, 1954-1955, dos volúmenes.—R. GUARIGLIA: *Ricordi*, Nápoles, 1950.—EDOUARD HERRIOT: *Episodes, 1940-1944*, París, 1950.—LEAHY (almirante): *I was there*, Nueva York, 1950.—J. PICKER: *Hitlers Tischgespräche im grossen Hauptquartier*, Bonn, 1951. Edición inglesa: *Hitler's Table talk, 1941-1944*, Londres, 1952. Edición francesa: *Libres propos sur la guerre et la paix*, París, 1952 (La edición inglesa es la más completa).—E. ROOSEVELT: *Mon père m'a dit*. Traducción del inglés, París, 1947.—H. STIMSON: *On active Service*, Nueva York, 1948.—ED. R. STETTINIUS: *Roosevelt and the Russians: The Yalta Conference*, Nueva York, 1949. Traducción: *Yalta, Roosevelt et les Russes*, París, 1951.—SUMMER WELLES: *Seven Decisions that shaped history*, Nueva York, 1953.—S. TRUMAN: *Mémoires: l'année des décisions*. Trad. París, 1955, 2 vols.—DOENITZ (Gran-Almirante): *Dix ans et vingt jours* (trad.), París, 1959.

Los testimonios relativos a cuestiones específicas se citan en la bibliografía de los respectivos capítulos.

**Entre los estudios relativos a la marcha general de la guerra, hay que consultar principalmente.**—I. CHASSIN (general): *Historie militaire de la seconde guerre mondiale, 1939-1945*, París, segunda edición, 1951.—H. GREINER: *Die oberste Wehrmachtsführungsstabes*, Wiesbaden, 1951.—W. GORLITZ: *Der zweite Weltkrieg, 1939-1945*, Stuttgart, 1952, dos volúmenes.—F. HALDER: *Hitler als Feldherr*, Mu-

(1) Por esa razón no he creído posible, en el marco de este esbozo general, abordar la historia diplomática del desembarco angloamericano en África del Norte, o la de las relaciones entre el Comité francés de Liberación nacional, la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Tales cuestiones eran importantes para los intereses franceses; pero en el tumulto mundial, no fueron más que episodios.

nich, 1949.—TIPPELKIRCH (general): *Geschichtedes zwitter Weltkriegs*, Bonn, 1951.—H. BERNARD (coronel): *De Marathon à Hiroshima. Tome II: La guerre 1939-1945*, Bruselas, 1949.—A. BRYANT: *The Turn of Tide*, Nueva York, 1957 (publicación parcial del Diario del mariscal Alanbrooke).—GOUTARD (coronel): *La guerre des occasions manquées*, París, 1955.—W. LANGER: *Turning Points of the War. Political Problems of a coalition*, en *For. Affairs*, octubre 1947, páginas 73-89.—A. TOSTI: *Storia della seconda guerra mondiale*, Milán, 1948, dos volúmenes.—FALDELLA (general): *L'Italia nella guerra mondiale*, Bolonia, 1959.—La obra de CH. F. ROMANUS y R. SUNDERLAND: *Stillewell's Command Problems*, Washington, 1956, es esencial para comprender las operaciones militares en Extremo Oriente.

Para el estudio de este período son muy importantes las visiones de conjunto desarrolladas por JOHN U. NEF: *La route de la guerre totale*, París, 1949 (1).

(1) Naturalmente, no ha lugar de mencionar aquí los numerosísimos estudios sobre las operaciones militares, navales y aéreas.

Para examinar los aspectos políticos y diplomáticos de las decisiones estratégicas, es de gran importancia la obra titulada *Grand Strategy*, Londres, cinco volúmenes, 1954-1956, correspondiente a la colección *History of the second World War*.

*La Chronologie du conflit mondial, 1935-1945*, por R. CERE y CH. ROUSSEAU (París, 1945) es también un instrumento muy útil de trabajo.

#### Sobre las relaciones internacionales.

L. N. IVANOV: *Ourki mezhdunarodnykh otnoshenij v period 20j mirovoj vojny* (Estudios sobre las relaciones internacionales durante la segunda guerra mundial), Moscú, 1958.—R. B. ROSELL y J. E. MUTHER: *A History of the United Nations Charter: the role of the U. S., 1940-1945*, Washington, 1948.—V. ISRAELIAN: *Diplomaticiskaja istorija velikoj otechestvennoj voiny, 1941-1945*. (Historia diplomática de la gran guerra nacional), Moscú, 1959.—A. B. FOX: *The Power of Small States: Diplomacy in World War II*, Chicago, 1949.

## CAPITULO VII

## LAS FUERZAS PRESENTES AL PRINCIPIO DE LA GUERRA

## I. LOS BELIGERANTES

¿Cómo ven los adversarios las perspectivas militares (1) que se abren ante ellos, cuando Francia y Gran Bretaña entran en guerra, en septiembre de 1939, contra Alemania, para tratar de cerrar el paso a un imperialismo, cuyos golpes se dirigen, por lo pronto, contra Polonia, pero cuya amenaza les inquieta por sí mismas?

El 1 de septiembre de 1939, el Estado Mayor alemán dispone de cincuenta y cuatro divisiones de primera línea, de las cuales, seis son acorazadas y cinco motorizadas, así como de 3.500 aviones de combate; sabe que puede contar en un plazo muy breve—unas dos semanas—con cincuenta y seis divisiones de reserva, cuya movilización no ha terminado todavía. El plan de operaciones prevé que la mayor parte de las divisiones de primera línea, todas las unidades acorazadas y las dos terceras partes de la aviación, serán lanzadas contra Polonia, mientras que la frontera occidental será cubierta, en la línea Sigfredo, con un sencillo dispositivo defensivo: once divisiones del activo, a las que se unirán las divisiones de reserva en formación.

El ejército polaco cuenta con treinta divisiones, cuyo armamento solo parcialmente ha sido modernizado; hubiera podido contar con cuarenta y dos, de haber tenido tiempo para movilizar sus divisiones de reserva, de las que solamente dos están preparadas; posee once brigadas de caballería, pero no puede oponer sino un carro de asalto a cada veinte tanques alemanes y un avión moderno por cada siete aparatos enemigos del mismo tipo. La artillería antiaérea es muy insuficiente. El dispositivo estratégico, montado casi en la misma frontera, para proteger los centros industriales, se prolonga sobre 1.900 kilómetros; por consiguiente, es sumamente vulnerable. No obstante, el Estado Mayor y el Gobierno esperan poder resistir hasta que una ofensiva francesa obligue al mando alemán a distraer la mayor parte de sus fuerzas hacia el frente occidental. ¿En qué plazo espera esta *diversión*? El protocolo militar francopolaco del 15 de mayo de 1939, firmado al final de unas negociaciones llenas de reticencias, había previsto que el ejército francés iniciaría la ofensiva, con treinta y cinco o treinta y ocho divisiones, al decimoquinto día de la movilización. Sin embargo,

(1) No es posible, en el estado actual de la información, dar una idea exacta del balance de las fuerzas, porque si el número de las unidades es fácil de comprobar, el de los tanques y de los aviones da lugar aún a controversia.

esta previsión no tenía el valor de un acuerdo de Estado Mayor, puesto que hubiera debido ser el complemento de un acuerdo político cuya firma quedó en suspenso. Pero el Estado Mayor polaco se sentía inclinado a pensar que, de cualquier forma, representaba las intenciones del Alto Mando francés.

El ejército inglés es casi insignificante en un futuro inmediato. No tiene más que dos divisiones preparadas para intervenir, puesto que el principal esfuerzo de rearme se ha dirigido a la artillería antiaérea y a la aviación de caza.

Por tanto, con lo único que se puede contar en el frente occidental es con las fuerzas francesas. Con cincuenta y cinco divisiones disponibles inmediatamente—sin contar las formaciones de reserva, cuya movilización no podrá ultimarse hasta transcurridas tres o cuatro semanas, ni las fuerzas acantonadas en Africa del Norte—el ejército francés, aun dejando en los Alpes una parte de sus efectivos (10 divisiones), dispone, en el frente Noroeste, de unas fuerzas muy superiores a las del ejército alemán; pero está mal equipado para una gran operación ofensiva, porque no cuenta sino con una división acorazada, dispone solamente de cuatrocientos aviones de caza modernos y está casi por completo desprovisto de aviones de bombardeo de modelo reciente. En realidad, el Alto Mando no cree contar con medios para romper la línea fortificada del adversario (el general en jefe lo ha declarado así al Consejo el 23 de agosto); por otra parte, desde la firma del pacto germano-ruso, está plenamente convencido de que Polonia se halla condenada a una rápida derrota. Por tanto, no piensa siquiera en lanzar la ofensiva prevista en el protocolo militar del 15 de mayo, y se contenta con operaciones *de objetivos limitados*.

El ejército polaco, cuya aviación ha sido puesta fuera de combate en cuarenta y ocho horas, y cuyos movimientos han sido paralizados por la destrucción de las vías férreas, es aplastado por completo. La intervención rusa, que asesta los últimos golpes a los restos de ese ejército, está destinada, principalmente, a impedir que la ofensiva alemana penetre en la zona adjudicada a la U. R. S. S. en el acuerdo secreto del 23 de agosto de 1939.

Por consiguiente, el ejército alemán ha alcanzado sus objetivos a finales de septiembre. El 26 de septiembre, Hitler hace decir, secretamente, al Gobierno inglés que está dispuesto a hacer la paz, contentándose con los resultados conseguidos; el 2 de octubre le dice a Ciano que accedería a anexionarse solo una parte de la zona ocupada por sus tropas, dejando subsistir un "Estado polaco residual" (1). El 8 de octubre confirma su oferta de paz en una declaración pública. Desde el momento en que ha conseguido sus objetivos inmediatos, es eviden-

(1) El Gobierno italiano creía saber que, en el Consejo de ministros francés, una mayoría se inclinaría a la paz si Alemania, por "el bien parecer", consentía en mantener un Estado polaco independiente.



te que tiene interés en evitar un conflicto general, cuyos riesgos advierte.

Gran Bretaña y Francia se niegan, sin ninguna vacilación: desde el primer momento han admitido que la derrota polaca era inevitable, y el objetivo de la guerra, impedir los planes alemanes de hegemonía continental. ¿Podía dudar el mismo Hitler de esta negativa? ¿Pensó que el éxito fulgurante de la campaña polaca bastaría para convencer a Francia y Gran Bretaña de que debían resignarse a permitir que Alemania extendiera al Este *su espacio vital*? ¿Quiso, solamente, demostrar a la opinión pública alemana que la guerra era inevitable? No podemos saberlo.

En esta guerra, en la que ahora se van a enfrentar Alemania y las dos potencias occidentales, la desaparición de Polonia evita al mando alemán las dificultades de una lucha en dos frentes. Hitler, durante la campaña de Polonia, había prohibido a sus tropas que franquearan la frontera francesa, ordenando a la aviación que se limitara a efectuar vuelos de reconocimiento; cuando hubo terminado esta campaña, reiteró tales órdenes, el 30 de septiembre, porque creyó advertir indicios de vacilación en el enemigo. ¿Cómo seguir en esta actitud, una vez rechazado su ofrecimiento de paz? No obstante, los jefes militares se muestran reacios a lanzar la ofensiva. En los primeros días de noviembre de 1939—según datos alemanes—el jefe del Estado Mayor General, Halder; el comandante supremo de las Fuerzas Armadas, Brauchitsch, y el mariscal Stüpnagel, hacen todo lo posible por conseguir que Hitler no se lance todavía a la guerra en el Oeste. Hitler mantiene su decisión, después de violentas discusiones. El 23 de noviembre expone detalladamente sus motivos ante los generales: la superioridad alemana en aviación y en divisiones acorazadas será menor “dentro de seis u ocho meses”, debido a los progresos de los armamentos ingleses y el incremento de la ayuda material que los Estados Unidos facilitan a Gran Bretaña y Francia; la ofensiva permitirá establecer en Holanda y en Bélgica las bases de partida para atacar a Gran Bretaña, mediante bombardeos aéreos, y para la colocación de minas flotantes. “Mi decisión es irrevocable”. Sin embargo, aplaza la fecha de la ofensiva; y todavía, en dos ocasiones, se dan las órdenes y luego se anulan, porque las condiciones meteorológicas no son favorables. Estas dudas producen la impresión, incluso en los círculos dirigentes alemanes, de que Hitler sigue indeciso, y de que no ha renunciado a la posibilidad de una paz de compromiso; pero, a mediados de marzo, estas dudas desaparecen por completo: las declaraciones de Ribbentrop y luego las de Hitler a Mussolini son tan categóricas, que el Gobierno alemán no podría ya desdecirse sin “quedar en mal lugar” (1).

(1) La tesis sugerida por Otto Abetz, que tiende a establecer un vínculo entre la llegada al poder del ministro Paul Reynaud y la decisión de ofensiva (Hitler hubiera dejado entonces de creer en una paz de compromiso) está en contradic-

¿Cómo se presenta la balanza de las fuerzas en la primavera de 1940?

Fuerzas armadas.—Merced a la desaparición del adversario polaco, así como a la formación de nuevas divisiones, a un ritmo más rápido que el de Francia y Gran Bretaña, el ejército alemán ha confirmado su superioridad. El 1 de mayo de 1940 tiene en el frente occidental 139 divisiones, de las cuales son acorazadas doce, con un total de 3.500 tanques; dispone de 5.200 aviones de operaciones. El material, fabricado, en su totalidad, después de 1935, tiene la ventaja de ser moderno. Los mandos subalternos de las tropas activas, reclutados, sobre todo, entre los voluntarios que habían compuesto—con anterioridad al restablecimiento del servicio militar obligatorio—el pequeño ejército autorizado por el tratado de Versalles, están perfectamente adiestrados. El Estado Mayor ha sabido asimilar las lecciones de la primera guerra mundial, comprendiendo las posibilidades que ofrecen a la ofensiva el avión y el carro de combate, estableciendo así una nueva doctrina, cuyos rasgos más sobresalientes son la intervención de la aviación en los combates de infantería y el empleo masivo de los carros de combate agrupados en grandes unidades: la rotura de un frente fortificado, que había constituido el principal obstáculo en la primera guerra mundial, se hace posible nuevamente, y el retorno a los métodos de la *guerra de movimiento* abre el camino a las operaciones clásicas de la estrategia envolvente.

¿Qué pueden oponer las potencias occidentales a estas fuerzas alemanas, concentradas entre Suiza y Holanda?

El ejército francés ha aumentado sus medios, sensiblemente, en ocho meses. Deduciendo las divisiones que conserva en África del Norte, las enviadas a Siria y las fuerzas que vigilan la frontera de los Alpes, pone en línea 101 divisiones, de las que 15, las mejores, guarnecen las fortificaciones de la línea Maginot. Posee unos 2.800 carros de combate, destinados, principalmente, a proteger los ataques de la infantería; solo una parte—novecientos aproximadamente—está agrupada en grandes unidades capaces de llevar a cabo una operación de ruptura: tres divisiones acorazadas, frente a doce divisiones acorazadas alemanas. La aviación, si se tiene en cuenta solamente el número de aparatos modernos, es inferior en cuatro quintas partes a la del adversario; el material de artillería de campaña, en sus nueve décimas partes, es todavía el de 1918. Los mandos del ejército activo han sufrido tantas decepciones morales y materiales desde 1919, que su reclutamiento se ha hecho difícil. Los oficiales reservistas carecen del entusiasmo de 1914. El Alto Mando—consciente de que Francia no podría soportar pérdidas de hombres análogas a las de 1914-18, y confiando en la solidez de las posiciones defensivas—quisiera poder aplazar las operaciones

ción con la cronología: las declaraciones hechas al Gobierno italiano precedieron en diez días a la formación del nuevo ministerio francés.

importantes hasta el momento en que Gran Bretaña aportara una ayuda efectiva más importante a la lucha común.

Ahora bien: el ejército inglés, a pesar de sus reservas demográficas, superiores a las de Francia (46 millones de habitantes en 1937), sigue siendo sumamente débil: entre septiembre de 1939 y mayo de 1940 no ha formado sino ocho nuevas divisiones, ninguna de las cuales puede compararse con las grandes divisiones acorazadas alemanas, ni siquiera con las francesas. Únicamente la aviación, con casi 1.700 aparatos de caza o de bombardeo, ha realizado progresos muy sensibles; pero no está más adaptada que la aviación francesa a las misiones de intervención directa en la batalla terrestre; además, no lanza sino una parte de sus fuerzas en el frente francés.

Bien es verdad que las 22 divisiones belgas y las 11 divisiones holandesas podrían suplir la diferencia entre los efectivos francoingleses y los alemanes; pero estas fuerzas serán eliminadas en un caso, y desorganizadas en el otro, al primer choque.

Fuerzas económicas.—El potencial industrial alemán es excelente: el desarrollo de la producción, entre 1929-39, ha sido mucho más importante que en Francia e incluso que en Gran Bretaña; las técnicas modernas de la industria metalúrgica, de la química y de la eléctrica, han sido adoptadas con mayor rapidez que en los demás países europeos competidores; el *utilillaje* de máquinas-herramientas es más moderno que el de los Estados Unidos; pero esta superioridad se ve amenazada por el bloqueo de las comunicaciones marítimas. ¿Cómo mantener el ritmo de la fabricación de armamento y de material de guerra, si el acceso a los mercados de materias primas se hace imposible? El segundo *plan cuatrienal* (1) había hecho hincapié sobre las medidas conducentes a desarrollar la independencia económica de Alemania, en el terreno de las materias primas y en el del abastecimiento de productos alimenticios: producción de caucho y de seda artificial; fabricación de aceites industriales extraídos de la hulla; explotación de yacimientos de mineral de hierro, hasta entonces desdeñados, debido a su calidad mediocre; intensificación de los esfuerzos para aumentar el rendimiento de los cultivos; los resultados no han sido sino muy modestos. Las estadísticas alemanas señalan que el porcentaje de *suficiencia alimenticia* apenas si ha mejorado (81 por 100 en 1933 y 83 por ciento en 1939); y que la agricultura, aun habiendo realizado progresos muy importantes en la producción de patata y de remolacha azucarera, continúa siendo tributaria, en gran medida, por lo que respecta al trigo y a las plantas oleaginosas. Los recursos del subsuelo alemán en mineral de hierro son insuficientes. El caucho y el petróleo sintéticos no pueden cubrir sino una parte mínima de las necesidades.

Estas dificultades son atenuadas, sin embargo, desde el momento en

(1) Véase pág. 1053.

que Alemania puede mantener relaciones comerciales con todo el continente europeo, a excepción de Francia. En realidad, conserva el acceso a mercados que, en 1938, le facilitaban algo más de la mitad de sus importaciones; en ellos, no solamente puede encontrar productos alimenticios, sino también mineral de hierro de Suecia y la U. R. S. S., petróleo en Rumania y la U. R. S. S. y cobre en Yugoslavia. Aquellos artículos de que puede temer verse privada casi por completo son los que en tiempos de paz obtenía del continente americano: el algodón, en primer lugar, pero también el manganeso, el cobre y el plomo, cuyo papel es esencial para la fabricación de material de guerra. Y todavía algunas de estas importaciones siguen siendo posibles a través de Odesa o de los puertos italianos. Así, pues, la situación es menos grave que en 1914-18. Sin embargo, la economía alemana es sumamente vulnerable: el director de los Servicios Económicos del Estado Mayor General señala, el 15 de agosto de 1939, las dificultades existentes, así como los peligros a que se expone Alemania en el caso de una guerra larga; no es escuchado.

Ni Francia ni Gran Bretaña poseen un potencial industrial semejante al de Alemania.

En Francia, donde la crisis económica ha sido menos profunda y brutal que en los países vecinos (1), pero donde se ha prolongado más tiempo, la producción industrial no había recobrado todavía, en 1938, el nivel alcanzado diez años antes; la industria metalúrgica, a pesar de las condiciones favorables que le aseguraban los recursos en mineral de hierro (34 700 000 toneladas extraídas anualmente por término medio), había sido rebasada ampliamente por la metalurgia alemana: la producción de acero bruto en 1936-38 no había llegado a los siete millones de toneladas, mientras que la producción alemana pasaba de los 17 millones.

En Gran Bretaña, el Estado, sin llegar a adoptar los procedimientos de la economía dirigida, había estimulado, a partir de 1932, la modernización de las instalaciones y la concentración de empresas, consiguiendo que el índice industrial global recobrara, a partir de 1934, el nivel anterior a la gran crisis económica. La expansión había proseguido: en 1938, la producción industrial había superado en un 18 por 100 a la de 1929. Este desarrollo se reflejó principalmente en la industria metalúrgica; a pesar de ello, incluso en este sector, la producción (11 190 000 toneladas de acero bruto por término medio de 1936 a 1938) era también inferior a la producción alemana.

También ambos estados dependían, en mayor grado que Alemania, del comercio exterior: en 1938 las importaciones francesas representaron en valor el 21 por 100 de la producción de los bienes de consumo, y las importaciones inglesas, el 39 por 100; mientras que la proporción en Alemania no fue sino del 17 por 100. Pero estos fallos relativos no

(1) Véase pág. 949.

tienen sino una importancia secundaria, desde el momento en que las relaciones comerciales exteriores siguen siendo libres. Y el dominio del mar por parte de Gran Bretaña y Francia está mucho más asegurado que en 1914: la flota de guerra alemana no cuenta sino con nueve grandes buques de batalla de un tonelaje superior a 10 000 toneladas (incluyendo dos grandes unidades en período de construcción muy adelantado), mientras que la flota francesa tiene doce y la inglesa treinta. ¿Qué pueden hacer los seis cruceros ligeros alemanes frente a treinta y dos buques franceses y cuarenta y nueve ingleses de la misma clase? Finalmente, durante los primeros meses de la guerra, Alemania tiene solo 57 submarinos, mientras que Gran Bretaña cuenta con 58 y Francia con 72. Esta preponderancia naval asegura a las dos potencias occidentales la libertad de las comunicaciones marítimas, en tanto Alemania no aumente el número de sus submarinos; es decir, el acceso a los grandes mercados de materias primas y de productos alimenticios, en Estados Unidos y América latina, en las Indias holandesas y en el Oriente Medio.

Fuerzas morales.—¿Cómo medir el valor de las observaciones y de los indicios que proporciona la información documental para apreciar la cohesión moral de un pueblo, la confianza que tiene puesta en su Gobierno y su firmeza ante los sufrimientos y los sacrificios? Esta dificultad aumenta aún más cuando la apreciación está sujeta al margen de error que implica la influencia de las posturas adoptadas por causas políticas nacionales. Todavía no se han llevado a cabo los estudios críticos que tanta falta harían. ¿Habrán que retroceder ante tantos obstáculos? Merece la pena intentar un bosquejo, aunque sea muy somero.

El rasgo menos sujeto a discusión es la solidez de la moral de Gran Bretaña. El despertar de la opinión pública ha sido aquí más lento que en cualquier otro sitio; pero el propósito, que ha acabado de formarse en 1939, de derribar al imperialismo alemán no ha vuelto a sufrir vacilaciones. La Prensa y el Parlamento se han mostrado unánimes en aprobar la entrada en la guerra. En octubre de 1939, la gran mayoría de la opinión pública considera que no es posible pensar en una negociación; y sigue afirmando que el objetivo esencial de la guerra ha de ser la destrucción del régimen hitleriano; solo algunos pares conservadores declaran, el 14 de diciembre de 1939, en la Cámara de los Lores, que sería oportuno tratar de conseguir una *conciliación* con Alemania. En enero de 1940, según un *sondeo* efectuado en la Universidad de Cambridge, el 67 por 100 de los estudiantes se niegan a admitir la eventualidad de una paz firmada con Hitler. Los círculos políticos conservadores han aceptado, incluso, al ser rebasado evidentemente por los acontecimientos Neville-Chamberlain, llevar al poder a Winston Churchill, cuyas críticas habían quebrantado, desde 1935, la disciplina del partido, pero cuyas previsiones se habían confirmado plenamente. Esta firmeza es aún más significativa si se tiene en cuenta que los objetivos de guerra de Gran Bretaña son sumamente moderados. No

solo no reclama ningún aumento territorial, para sí misma o para su Imperio, sino que tampoco desea que la victoria traiga consigo una transformación del mapa de Europa a costa de los países enemigos: la necesaria restauración de Polonia y de Checoslovaquia no ha de significar, necesariamente, que esos países recobren sus fronteras de 1938 o de 1939; Alemania no será desmembrada; e incluso deberá conservar *el lugar que le corresponde* en la vida económica del mundo.

En Alemania, el Gobierno nacionalsocialista ha llevado a cabo, contra sus adversarios políticos, declarados o posibles, una lucha sin cuartel: proscripción de los comunistas; disolución de los sindicatos; *silenciamiento* de las iglesias. Ha impuesto a toda la población una disciplina rigurosísima. ¿Hasta qué punto ha reducido a la impotencia a sus adversarios, cuando se lanza a la guerra general?

A la propaganda nacionalsocialista no le ha costado gran trabajo barrer las concepciones democráticas, que apenas si habían penetrado en una minoría de la burguesía; ha encontrado un punto de apoyo en el sentido de la disciplina y en respeto a los deberes o a las *misiones* del Estado, que son rasgos característicos de la psicología alemana. La política económica, a pesar de la disciplina impuesta a los productores y a la mano de obra, ha conseguido suprimir el paro, satisfaciendo así el deseo más ardiente de la clase obrera. Finalmente, los éxitos obtenidos por el Gobierno, durante seis años, en su política exterior, la restauración del poderío alemán y de las tradiciones militares, han proporcionado al sentimiento patriótico unas satisfacciones que siempre había esperado y deseado desde la derrota de 1918. Todas estas razones, por lo que se puede apreciar, han inducido a gran parte de la opinión pública a aceptar el régimen o, por lo menos, a concederle una *aquiescencia pasiva*. ¿Quiere esto decir que la opinión pública haya acogido favorablemente la perspectiva de la guerra europea? Indudablemente, no: la movilización no ha dado lugar en ningún sitio a las mismas manifestaciones de entusiasmo que en 1914; pero la resignación ha sido total.

A pesar de esta aceptación, la oposición conserva focos clandestinos, cuya fisonomía permiten hoy esbozar las declaraciones de los componentes de la *resistencia interior* (1).

La oposición social parte de los militantes comunistas y de los antiguos mandos del movimiento sindical; pero persiste el antagonismo entre socialistas y comunistas, incluso en la lucha clandestina. Generalmente, los dos grupos se limitan a una labor de propaganda; se dan cuenta de que un movimiento revolucionario no sería secundado, posiblemente, por la masa trabajadora, y sí aplastado por el Gobierno. La labor más eficaz es la desarrollada por la *Rote Kapelle*, organización comunista que, gracias a sus relaciones en determinados Ministerios, facilita al Gobierno soviético información acerca de la industria de

(1) La del historiador Gerhard Ritter excede en importancia a todas las demás.

armamento y, algunas veces, de los proyectos militares; su actividad continuará hasta el verano de 1942, en que es descubierta por la Policía.

La oposición de las Iglesias es muy activa, tanto por parte de los católicos como de los protestantes. El *Pfarrernotbund*, creado en 1933 por el pastor Niemöller para proteger la independencia de la Iglesia evangélica respecto del nazismo y hacer fracasar el plan hitleriano de una Iglesia nacional, ha agrupado, desde el primer momento, a una tercera parte, aproximadamente, de los pastores; la organización ha sobrevivido, en 1937, a la detención de su jefe. La Iglesia católica, tranquilizada al principio por el Concordato de julio de 1933, se siente preocupada, a partir de marzo de 1935, ante las amenazas del régimen hitleriano a las libertades eclesiásticas y a las de las sociedades obreras católicas. Dos años después, cuando la encíclica pontificia *Mit Brennender Sorge* condena el sistema nacionalsocialista, las altas jerarquías eclesiásticas de Breslau, Munich y Berlín, no temen expresar públicamente su desconfianza y sus críticas al régimen.

La oposición *burguesa* asocia a grupos monárquicos—prusianos y bávaros—, así como a ciertos elementos republicanos, de tendencia conservadora; sus elementos más activos pertenecen a las profesiones liberales; estos grupos, a los que el ex alcalde de Leipzig, Goerdeler, trata de dar una doctrina, temen que el nacionalsocialismo desvirtúe las tradiciones prusianas y destruya los estamentos sociales; desconfían de una propaganda dirigida a los instintos de la masa, y que desprecia las competencias; frente a los procedimientos del régimen policíaco, invocan el respeto a los valores morales. A diferencia de los otros dos grupos opositoristas, este no puede buscar un punto de apoyo popular. Por consiguiente, solamente podría obrar mediante un golpe de estado; pero ¿cómo intentarlo con los medios de que dispone?

La oposición militar, por último, no cuenta con una base mucho más amplia que la de la oposición burguesa; los oficiales jóvenes, que han empezado su carrera en el ejército reconstituido gracias al Gobierno nacionalsocialista, en su mayor parte son adictos al régimen; por el contrario, las reticencias son frecuentes en los mandos superiores, que, formados por las tradiciones del antiguo ejército imperial, desprecian las formaciones para-militares del nazismo, cuya competencia temen, no obstante; y comprueban con cuánto desdén tratan los dirigentes del régimen las opiniones de los técnicos. Hay que distinguir aún, entre estos generales hostiles al nacionalsocialismo, dos tendencias: los adversarios convencidos, que sienten repulsión ante los métodos de la dictadura (caso del auténtico animador de esta oposición militar, el general Beck, ex jefe del Estado Mayor General) y los oportunistas, que, después de haber apreciado los resultados obtenidos por el Gobierno en su política exterior, y aprobado las amenazas a Polonia, consideran que la guerra general puede conducir a la derrota. ¿Cuál es la fuerza de esta oposición? Indudablemente ha disminuido después de

septiembre de 1938 (1), puesto que los círculos militares, hostiles por aquel entonces a una política exterior que les parecía peligrosa, se vieron obligados a reconocer el éxito obtenido por Hitler. En los últimos días de agosto de 1939, los mismos que un año antes planearon un golpe de estado, permanecen inactivos. En noviembre de 1939, sin embargo, ante la perspectiva de una larga guerra que, en su opinión, Alemania no está en condiciones de resistir, el jefe del Estado Mayor General del Ejército y sus colaboradores más inmediatos manifiestan su oposición (2) al proyecto de una gran ofensiva dirigida contra las potencias occidentales; pero cuando el Führer mantiene su decisión, agachan la cabeza.

El contacto entre estos distintos grupos de oposición está muy mal establecido: en realidad, algunos de los jefes de la oposición *burguesa* mantienen relaciones con algunos generales; pero estos elementos, que pertenecen en su totalidad a sectores derechistas, no quieren ni pueden buscar apoyo en los grupos sindicalistas y, todavía menos, en los comunistas, cuyos objetivos son irreconciliables con los de ellos.

Así, pues, la resistencia interior alemana comprende que será impotente, en tanto que las perspectivas de victoria sigan siendo favorables; cuando las posibilidades de éxito desaparezcan, su labor será posible y necesaria. La existencia de esta oposición no debilitará al régimen hasta el momento en que se anuncie su derrota.

En Francia, la necesidad de la declaración de guerra no ha sido discutida por la Prensa, ni tampoco por el Parlamento al ser convocado este; a primera vista, el sentimiento dominante de resignación se asemeja al de la masa de la población en todos los países beligerantes.

No obstante, esta similitud no es más que superficial. Mientras que la opinión pública parece dividida en Alemania entre la preocupación razonada de aquellos que tienen presente el recuerdo de 1914-1918, y la satisfacción íntima que representa para un pueblo la sensación de haber recobrado su fuerza a los veinte años de una derrota, y mientras que en Gran Bretaña—donde las ideas comunistas y las concepciones fascistas no han penetrado apenas en la mentalidad colectiva—el sentido del deber cívico y el respeto a las decisiones gubernamentales conservan todo su valor, la opinión pública en Francia está sumamente afectada por las condiciones que han dominado, durante los últimos quince años, su vida política interior. El rasgo característico, es la presencia de dos oposiciones, dirigidas contra los fundamentos del régimen: oposición abierta, por parte de los comunistas, que forman el 15 por 100, poco más o menos, del cuerpo electoral; y oposición sorda, por parte de ciertos sectores derechistas que, sin atacar directamente las instituciones republicanas, no ocultan su simpatía hacia el régimen

(1) Véase final del capítulo IV.

(2) Véase pág. 1106.

franquista de España, hacia el fascismo italiano e incluso, aunque más raramente, sin embargo, hacia el nacionalsocialismo. El partido comunista, a partir del pacto germano-ruso del 23 de agosto de 1939 y del reparto de Polonia, permanece al margen de una guerra cuyo origen inmediato ha sido la protección de la independencia polaca. Los adversarios del régimen parlamentario no se sienten solidarios de una propaganda en la que la condena de los regímenes políticos autoritarios va unida al argumento del interés nacional. Por consiguiente, no se puede pensar en hallar la aquiescencia, casi unánime, que existiera en 1914, cuando *la unión sagrada*.

Estas reservas de principio no eran inesperadas, indudablemente, para los observadores de la vida política. Más sorprendente es la vacilación que demuestran—con la sola excepción del grupito de los demócratas populares—los partidos políticos que han estado asociados, directamente, al ejercicio del poder y a las responsabilidades del Gobierno: en las derechas, las actitudes del nacionalismo auténtico solo despiertan un eco apagado; en el centro, donde los defensores de la política de firmeza han estado mezclados con los partidarios de la política de repliegue, el escepticismo de unos—incluso después de la declaración de guerra—sigue desmintiendo las intenciones de los otros; en el seno del partido radical, en el que la política de Munich ha tenido muchos adeptos, algunos políticos sienten todavía la nostalgia de los compromisos diplomáticos; en el grupo parlamentario socialista, cuyos jefes sostienen íntegramente al Gobierno, el ala derecha—que cuenta entre sus miembros a las *jóvenes promesas* del partido—se muestra muy reservada. ¿Cómo valorar el alcance exacto de estas reticencias, desde el momento en que el estado de guerra ha suspendido la libertad de Prensa y no permite que la tribuna parlamentaria desempeñe su función normal?

A estas vacilaciones de los círculos políticos, corresponde un estado de ánimo análogo en gran parte de la opinión pública. Unos, manifiestan su aquiescencia, pero sin entusiasmo, sin convencimiento; otros, no ocultan su deseo de una solución diplomática, que ponga fin al conflicto antes que empiecen las grandes operaciones; o quieren creer que el bloqueo podrá bastar para decidir la suerte de la guerra. Que muchos oficiales reservistas traten, durante el invierno de 1939-40, de abandonar los servicios en la línea de fuego para buscar su seguridad en los de retaguardia, y que esta preocupación por su seguridad personal sea vista por la opinión pública, no ya sin severidad, sino incluso con complacencia, representa ya un síntoma grave.

Indudablemente, donde hay que buscar las causas de esta debilidad es en las tendencias internas de la psicología colectiva. A partir de 1932, principalmente, al francés le ha faltado dinamismo e iniciativa en todos los campos de actividad, incluido el económico: de todos los grandes países industriales, Francia ha sido el único que, diez años después de la crisis económica mundial de 1929, no ha recobrado el nivel

de producción que tuviera antes de la crisis. El sentimiento pacifista ha encontrado resonancia en la masa de la población, porque estaba en la raíz de esta apatía; había sido adquirido en la escuela, merced a las consignas repetidas sin cesar por el Sindicato Nacional de Maestros. Finalmente, los planes militares, inspirados únicamente en un concepto defensivo, implicaban una confesión de impotencia que no incitaba a la opinión pública a confiar en las armas. Pero estos rasgos, ¿no van asociados al estado de agotamiento demográfico y económico, de cansancio moral, en que la guerra de 1914 y 1918 ha dejado al país, que ya no se siente capaz de renovar—apenas veinte años después—el mismo esfuerzo, y de soportar el peso de los mismos sacrificios?

Estas condiciones generales, militares, económicas y morales, dominan la política bélica y los planes estratégicos de los países beligerantes. Los jefes de Estado Mayor, en Francia y en Gran Bretaña, no creen que sea posible alcanzar la victoria mediante las armas en un futuro inmediato, puesto que el adversario es superior en efectivos y en armamento. Por el contrario, creen en la eficacia del bloqueo, que acabará por privar a Alemania de materias primas industriales y que dificultará su abastecimiento de productos alimenticios y de petróleo; pero este resultado no podrá ser obtenido sino a largo plazo. Por consiguiente, la concepción estratégica, en conjunto, es defensiva; solo se podrá pasar a la ofensiva cuando el arma económica haya debilitado al adversario y obstaculizado la fabricación de armamento. Alemania, por el contrario, puesto que ha de temer las consecuencias económicas de una guerra larga, debe inclinarse por la ofensiva, bien sea para conseguir la victoria desde el primer momento, o, a falta de una solución militar, para adquirir el control de vastos territorios enemigos, cuyos recursos industriales y agrícolas le permitan hacer frente, aunque sea parcialmente, a los efectos del bloqueo.

## II. LOS NEUTRALES

En estas condiciones, los recursos económicos de los neutrales atraen la atención de todos los beligerantes. Los jefes de los Estados Mayores inglés y francés indican, ya en marzo de 1940, en un informe a sus Gobiernos, que, para poder soportar una guerra larga, las potencias occidentales han de recibir un apoyo económico más intenso por parte de los Estados Unidos: suministros de materias primas y productos alimenticios, pero también de productos fabricados, en mayor escala que en 1914-1918. El Gobierno alemán, al no tener acceso a los recursos americanos, se ve obligado a contar para su abastecimiento de petróleo y de mineral con las compras que pueda hacer en la Rusia soviética, en Rumania y Suecia.

Sin embargo, lo único que puede cambiar la balanza de las fuerzas

es la intervención armada de los grandes Estados neutrales. ¿Cuáles son las perspectivas a este respecto?

Italia ha hecho una declaración de "no beligerancia", en septiembre de 1939. Con una población que ha llegado, en 1938, a 43 millones y medio de habitantes y, por tanto, algo superior a la de Francia y apenas inferior a la de Gran Bretaña, dispone de recursos de hombres suficientes para organizar ejércitos importantes; pero carece de un potencial industrial que le permita asegurar plena eficacia a estos efectivos. El 1 de septiembre de 1939, el ejército contaba—comprendida la milicia fascista—con 67 divisiones, de las que 18 estaban acantonadas fuera del territorio metropolitano, en Albania, en Libia, en África Oriental y en el mar Egeo; otras 33 divisiones no estaban en condiciones de entrar en campaña, puesto que no habían sido completadas en efectivos ni en armamento. Solo dos divisiones eran acorazadas; pero solamente estaban dotadas de carros de combate ligeros, cuyo tonelaje era muy inferior al de los tanques franceses o alemanes de la misma categoría. En la primavera de 1940, aunque el número total de divisiones haya sido elevado a 71, las deficiencias del armamento siguen siendo muy importantes: 20 divisiones, por lo menos, siguen estando incompletas; la dotación de carros de asalto pesados es muy pequeña (solo 70 carros); y la artillería antiaérea apenas existe. Por el contrario, la marina de guerra es de alta calidad: sus grandes unidades—ocho acorazados y ocho cruceros pesados—todos de fecha muy reciente, son más rápidos que los navíos ingleses del mismo tonelaje. La aviación dispone de 1.800 aparatos de primera línea. Así, pues, las fuerzas armadas italianas pueden desempeñar, en una guerra entre los Estados europeos, un papel mucho más importante que el que tuvieron durante la primera guerra mundial.

Pero las fuerzas económicas son mediocres, ya que toda la vida industrial sigue siendo tributaria, en gran medida, de las importaciones de combustibles, de materias primas e incluso de productos semiacabados. El programa preparado, en 1935, por la Comisión Suprema de Defensa, había tenido por objeto restringir esta dependencia; obtuvo algunos resultados: la puesta en marcha de una fábrica de caucho sintético, el aumento de la producción de acero y, sobre todo, el incremento de la producción de energía eléctrica, que, en tres años, pasó de 12 000 millones de kilovatios a 18 000 millones. Esta mejora, sin embargo, es casi insignificante: la producción de carbón (3.800 toneladas métricas) deja un déficit anual de unos nueve millones de toneladas métricas; el consumo de carburantes—8,5 toneladas métricas anuales, solamente para las necesidades del ejército—no puede ser cubierto sino mediante importaciones, a excepción de las 120 000 toneladas métricas producidas en Albania; los recursos en mineral de hierro no pasan de 870 000 toneladas métricas anuales, mientras que la industria consume cinco veces más; los metales no férricos—manganeso, níquel y cromo—

indispensables para la fabricación de material de guerra, vienen únicamente del extranjero; la agricultura utiliza, todos los años, más de dos millones de toneladas métricas de fertilizantes importados. Ahora bien: Italia recibe por vía marítima—sobre todo por la de Gibraltar—la casi totalidad de estas importaciones. ¿Cómo podría resistir el bloqueo, si se convirtiera en beligerante? Indudablemente, puede conseguir de Alemania el carbón; puede recibir de Rumania, por ferrocarril, envíos de petróleo que cubran parte de sus necesidades (un 25 por 100 aproximadamente). Pero, ¿dónde podría encontrar los medios de suplir los suministros de procedencia americana? Por consiguiente, la eventual participación en una guerra larga es aún más difícil para ella que para Alemania.

¿Se encuentran en mejor situación las fuerzas morales? El régimen fascista cuenta con dieciocho años de existencia y, por esta razón, hay muchos intereses creados que le sostienen. Principalmente a partir de 1934, ha llevado a cabo un encuadramiento de trabajadores y patronos, mediante el sistema corporativo, que le proporciona ciertas garantías de estabilidad. Por último, ha procurado grandes satisfacciones al sentimiento patriótico, en África Oriental y en el Adriático. No cabe duda de que, en la vida económica y social, este régimen ha consolidado las posiciones conquistadas por el capitalismo industrial y los grandes terratenientes; pero no tiene nada que temer de los campesinos, masa inorgánica, y ha pulverizado los mandos del movimiento obrero, cuyos militantes han sido reducidos a la labor clandestina. Sin embargo, esta solidez aparente se ve minada por el desarrollo de una oposición en las clases dirigentes: hostilidad de la aristocracia, que no puede aceptar la actitud del Duce con respecto a la monarquía, ni la suficiencia que muestran, frente a ella, los dirigentes del partido fascista; irritación y desprecio de la burguesía negociante hacia los cuadros administrativos, cuya benevolencia se ve obligada a comprar, muy a menudo; resistencia secreta de numerosos intelectuales, que permanecen adictos a las tradiciones del liberalismo político; rivalidad entre los oficiales superiores de la milicia y los del ejército que, como en Alemania, no solo sufren en su amor propio, sino también en su apego a las tradiciones.

Sin embargo, la existencia de estos focos de descontento no puede inquietar al Gobierno: la oposición es inoperante; no resulta verdaderamente peligrosa, puesto que no cree posible abatir al régimen y no se atreve a organizar un movimiento de resistencia. Supone, únicamente, que el Gobierno no puede contar con una adhesión activa de la opinión pública a un gran esfuerzo. Mussolini se da cuenta de ello y se irrita; en privado, expresa su desprecio hacia ese *rebaño de corderos*, que no quiere pensar en una intervención de Italia en la guerra. Pero ha decidido hacer caso omiso de ellos.

Por la masa de su población—179,5 millones de habitantes en 1939,



de los que 129 millones corresponden a los territorios europeos—la U. R. S. S. es, después de China, el mayor Estado del mundo. Al igual que durante la primera guerra mundial, dispone de recursos superiores, en hombres, a los de todos los demás países europeos, e incluso de los Estados Unidos; la política económica del Gobierno soviético le proporciona ahora los medios para armar y equipar a esa masa humana.

Esta política económica no ha descuidado la agricultura: la superficie sembrada ha pasado de 113 millones de hectáreas en 1928, a 139 millones en 1939; y el rendimiento por hectárea—por lo que respecta a los cereales—ha aumentado en más de tres quintales, en el curso del mismo período. Pero ha cuidado especialmente el desarrollo de la industria. El primer plan quinquenal—el de 1928—había hecho hincapié en el desarrollo de la industria pesada. El segundo—el de 1933—había previsto un lugar mucho más importante para la producción de bienes de consumo, pero muy modificado durante el período de ejecución, para responder a las necesidades del rearme, había terminado por tener una orientación muy análoga al precedente. El tercero, orientado en 1938, fue consagrado, principalmente, a acelerar la fabricación de armas y a la instalación de las industrias básicas en zonas que pudieran estar alejadas de los riesgos de la guerra.

La producción de hulla, cuyos centros de extracción más importantes se encuentran en Siberia Occidental y en Kazakhstán, pasa, entre 1913 y 1938, de 29 100 000 toneladas métricas a 132 600 000 toneladas métricas. La producción de metales no férricos—cobre, cinc, níquel y bauxita—casi nula antes de 1914, se ha desarrollado, rápidamente, a partir de 1928, gracias a la explotación de los yacimientos del Ural. Los recursos en petróleo han aumentado en siete millones de toneladas métricas anuales, desde la perforación de los pozos del *segundo Bakú*, entre el Volga y el Ural. La producción de energía eléctrica es siete veces mayor que la de 1928 (la gran presa del Dnieper se terminó en 1932). En el dominio de las industrias de transformación, la más beneficiada por la planificación ha sido la metalúrgica; las cuatro quintas partes de la producción proceden de fábricas creadas o renovadas por completo después de 1928, en el Ural y la Siberia Occidental; y la producción de acero alcanza el 13,5 por 100 de la cifra mundial; la producción de aluminio, insignificante antes de 1932, ha tomado un impulso considerable en la región de Leningrado, así como en el Ural y en la zona del bajo Dnieper. El índice global de la producción industrial se ha cuadruplicado entre 1928 y 1938.

Sin embargo, la producción de hulla es inferior en más de 50 millones de toneladas a la de Alemania, y en casi 100 Tm. a la de Inglaterra; la producción de hierro y de acero no ha alcanzado todavía el nivel de la alemana; el equipo de maquinaria es inferior, en un 30 por 100, al de la industria inglesa, y en un 60 por 100, al de la alemana.

A pesar de esta debilidad relativa, los progresos de la industriali-

zación permiten al Gobierno soviético disponer, desde el primer momento de la movilización, de 165 divisiones, apoyadas por 5.000 aviones y por unidades acorazadas, más importantes, numéricamente, que las del mismo ejército alemán.

Ahora bien: ¿cómo apreciar el estado de opinión en un país en el que el rigor del régimen autoritario no permite que se manifieste no ya la menor oposición, sino ni siquiera una simple crítica? Los observadores extranjeros no disponen de los medios de información que pueden proporcionarles los contactos personales en Alemania o en Italia, puesto que el cuerpo diplomático, prácticamente privado de toda relación con la población rusa, se ve limitado a las informaciones—muchas veces sospechosas—obtenidas por agentes secretos, o a los indicios aislados que proporcionan las notas sobre los procesos políticos. No obstante, estos observadores están de acuerdo en admitir, a principios de 1940, que el régimen ha superado la grave crisis sufrida dos años antes (1). El ejército, cuyos mandos habían sido desorganizados por la *depuración de 1938*, ha recobrado su equilibrio. Por consiguiente, el Gobierno soviético tiene una mayor libertad de acción en su política exterior.

¿Cuál será la actitud de la U. R. S. S. en el conflicto europeo? Es una pregunta difícil. La promesa de neutralidad, hecha a Alemania en agosto de 1939, ha permitido a la U. R. S. S. obtener su parte en el reparto de Polonia. Pero el acuerdo complementario del 28 de septiembre de 1939, que ha fijado las bases para el reparto de las respectivas zonas de influencia, ¿puede proteger los intereses nacionales de Rusia frente a la política alemana del *espacio vital* en Europa oriental? Sin embargo, estas preocupaciones europeas del Gobierno soviético pierden importancia ante las preocupaciones asiáticas, es decir, ante la amenaza que el imperialismo nipón hace pesar sobre la provincia marítima.

Lo que da a los Estados Unidos una posición excepcional es su potencial económico, más aún que su población (133 169 000 habitantes, según el censo de 1940). Se han puesto a la cabeza de la producción industrial del mundo, en la cual su participación era del 34,8 por 100 en 1938. Sin embargo, esta industria ha pasado por momentos difíciles durante la crisis mundial de 1929-1933. En 1932, el producto neto de las actividades industriales había descendido de 19 700 millones a 6.200; pero en 1937 ha subido a 15 900 millones, y en 1938 una corta depresión lo ha hecho bajar a 12 500. No obstante, ha bastado que la guerra empiece en Europa para que la economía industrial, gracias a la experiencia de 1914-17, reciba un estimulante: en pocas semanas el índice de la producción industrial aumenta en un 20 por 100; en

(1) Véase pág. 1055.



abril de 1940 supera el nivel alcanzado en 1929, antes de la gran crisis económica mundial.

Esta actividad industrial no es sino uno de los aspectos de una preponderancia que se extiende a casi todos los sectores de la vida económica. Los Estados Unidos son los grandes abastecedores de Europa de cereales de algodón en bruto y de petróleo; poseen el 50 por 100 de los recursos mundiales de mineral de hierro; y sobre todo, con la sola excepción del aluminio, poseen los *metales raros*, que desempeñan un papel esencial en la fabricación de material de guerra. Por sus inversiones de capitales en todo el continente americano (3.740 millones de dólares en el Canadá, 3.513 en América del Sur y 1.510 en América Central, comprendido Méjico), tienen un lugar preponderante en la explotación de las materias primas.

Bien es verdad que, bajo la influencia de la corriente de opinión aislacionista, el Congreso había establecido, a partir de 1935, una legislación destinada a restringir las relaciones comerciales con los beligerantes en caso de guerra (1). Pero estas restricciones fueron levantadas, parcialmente, en octubre de 1939—nada más empezar la guerra europea—, porque los productores americanos no podían renunciar a aquellos mercados europeos que, en tiempos normales, absorbían el 41 por 100 de sus exportaciones; y, por otra parte, el Congreso no quería privar a Gran Bretaña y Francia de los recursos indispensables para la economía de guerra. Así, pues, los Estados Unidos se mostraron dispuestos a intensificar sus ventas a los beligerantes, es decir, en realidad solo a las potencias occidentales, puesto que Alemania estaba sometida al bloqueo. También es cierto que esas exportaciones se encuentran limitadas por la cláusula *cash and carry*, que impone a los compradores franceses e ingleses la obligación de pagar al contado, y de asegurar, por sus propios medios, el transporte de tales mercancías. El Gobierno norteamericano comprende perfectamente que esta limitación no podrá ser mantenida durante mucho tiempo, so pena de paralizar las compras; pero, a principios de 1940, la opinión pública vacila todavía en abandonar una neutralidad económica que le parece ser la mejor garantía para evitar la entrada de los Estados Unidos en el conflicto.

Los considerables medios—económicos y demográficos—de que dispone Norteamérica, no se emplean para desarrollar las fuerzas armadas. Los efectivos de las fuerzas terrestres, que después de la primera guerra mundial, en 1923, habían sido reducidos a unos 132 000 hombres, permanecen en esta cifra durante más de diez años; exceptuando las guarniciones destinadas en Filipinas, en el archipiélago de Haway y en la zona del Canal, el ejército de los Estados Unidos en el territorio federal no contaba apenas con más de 80 000 hombres. No podía servir ni siquiera como *esqueleto* de una reorganización futura. Entre 1935

(1) Véase pág. 971.

y 1939, mientras que en Europa se agravaban los riesgos de conflicto y se desarrollaba la carrera de los armamentos, el Estado Mayor del Ejército consiguió un aumento, bien precario, de 50 000 hombres. En septiembre de 1939, cuando empieza la guerra europea, ha tenido que contentarse con un contingente suplementario mucho más modesto: 17 000 hombres. No cabe duda de que el presidente, Franklin D. Roosevelt, ha hecho estudiar, ya en noviembre de 1938, inmediatamente después de la conferencia de Munich, un programa de rearme; pero los créditos solicitados del Congreso se destinan, casi exclusivamente, a la aviación. El plan de construcción de 5.500 aparatos, preparado en julio de 1939, acaba de entrar en vías de ejecución cuando estalla la guerra europea. La modernización del material y del equipo del ejército, apenas si ha sido iniciada, habiéndose descuidado por completo la investigación científica en este campo. Solo las fuerzas navales se encuentran en mejores condiciones, porque la expansión japonesa ha representado, desde 1933, una amenaza para las posesiones territoriales y las bases navales norteamericanas en el Pacífico.

La causa esencial de esta deficiencia de las fuerzas armadas se encuentra en el estado de la opinión pública. El aislacionismo, que se manifestó tan radicalmente (1) en 1935-1937, no ha comprendido todavía las lecciones de la guerra europea. A pesar de las advertencias del Presidente, la población sigue convencida en su gran mayoría, a principios de 1940, de que los Estados Unidos no tienen por qué tomar en consideración una intervención directa en el conflicto; no concibe ninguna actuación de sus fuerzas armadas que no sea puramente defensiva; y como la seguridad de los Estados Unidos no parece amenazada, se muestra hostil a toda política de rearme.

El Japón lleva a cabo, desde julio de 1937, una política de conquista; sus tropas ocupan en China todas las regiones en que se encuentran los recursos agrícolas más importantes, los yacimientos mineros más ricos y la mayor parte de los establecimientos industriales; pero no han podido quebrantar la voluntad del Gobierno nacionalista chino, cuya resistencia se ve alentada ahora por la perspectiva de las complicaciones que han de surgir en el mundo, a consecuencia de la guerra europea. El Estado Mayor japonés, al no poder extender sus operaciones a las regiones del interior, en las que sus tropas se verían paralizadas por la falta de ferrocarriles y de carreteras, se limita, desde el punto de vista militar, a mantener las posiciones conseguidas; y cuenta con triunfar de su adversario por medios políticos: establece en Nankín un Gobierno chino, cuyo jefe, Uang Ching-Uei, antiguo colega y rival de Chang Kai Shek en los círculos dirigentes del Kuomingtang, accede a colaborar con su ocupante. El "incidente chino" se ha convertido en una guerra larga.

(1) Véase pág. 971.

Sin embargo, esta guerra está muy lejos de absorber todos los recursos militares del Japón: el ejército de ocupación en China no tiene mucho más de un millón de hombres; y solo recibe el 10 por 100 de la producción nipona de material de guerra. Los medios gubernamentales nipones pueden, por tanto, pensar en sacar partido de las circunstancias que les ofrece la guerra europea, para emprender un programa de expansión en el Pacífico o en los mares del Sur. ¿Con qué medios pueden contar para realizar esta empresa y hacer frente a los riesgos que supone?

Las fuerzas armadas son excelentes. Con una población global que, a finales de 1938, se acercaba a los 100 millones de habitantes (72 750 000 en el archipiélago nipón, y 27 000 000 en los territorios exteriores: Corea y Formosa), el Japón dispone de reservas en hombres que le permiten realizar fácilmente operaciones de desembarco en el sudeste asiático y en los archipiélagos oceánicos, sin disminuir su ejército en China. La Marina de guerra es más fuerte que la de Norteamérica, en cuanto a portaaviones y cruceros, si bien es inferior en un 30 por 100 en la categoría de buques de batalla. La aviación tiene un número importante de aparatos—unos 2.700—; pero el material no es de calidad comparable al de los Estados Unidos.

Las perspectivas económicas son más difíciles. Bien es verdad que la producción industrial global se ha triplicado, cuando menos, entre 1919 y 1939; y que las acerías han conseguido, incluso, doblar su producción, a pesar de las dificultades del abastecimiento de materias primas. Sin embargo, a escala mundial, esta industria no tiene sino un lugar muy modesto. La producción de artículos alimenticios, aunque la superficie cultivada haya aumentado muy poco, ha señalado, en el transcurso de los últimos veinte años, progresos muy importantes: el índice 100 en 1914, ha pasado, en el período de 1935-1939, a 161; de todos modos, como en el mismo período la población se ha incrementado en 18 millones de habitantes, los recursos seguían siendo, antes de 1938, muy inferiores a las necesidades; hasta después de la ocupación parcial de China no se han hecho las posibilidades de importación lo suficientemente amplias para poder descartar todo peligro de penuria.

A pesar de estos esfuerzos, subsisten los puntos débiles de la vida económica nipona: el abastecimiento de carburantes depende, en gran parte, de importaciones procedentes de los Estados Unidos o de las Indias neerlandesas; la industria metalúrgica es insuficiente, sobre todo por lo que respecta a la fabricación de maquinaria y a las construcciones-navales. El Estado Mayor, que mientras llevaba a cabo la campaña de China no ha perdido de vista la posibilidad de una guerra mundial, solicita, en 1937, un plan de *movilización económica*. En realidad, el Gobierno ha establecido un control oficial sobre el comercio exterior, los cambios, las inversiones, el movimiento de precios y el mercado de trabajo; ha empezado, incluso, a reglamentar la producción de bienes

de consumo; pero, a principios de 1940, a pesar de la insistencia de los círculos militares, este control no se extiende todavía a la industria pesada, es decir, al sector más importante para la economía de guerra. Que el Gobierno no haya estimado necesario imponerse a la resistencia de los grandes capitalistas—hostiles a toda medida que tienda a burocratizar la actividad industrial—es una prueba fehaciente de que la guerra de China no impone todavía a la economía nipona una carga excesiva. Pero es indudable que esta economía sería vulnerable si el Japón tuviera que afrontar los riesgos de una guerra en el Pacífico, en la que, con toda seguridad, tendría que combatir contra los Estados Unidos. Así, pues, el Gobierno se esfuerza, en 1940, en constituir reservas de petróleo y de materias primas.

El estado de las fuerzas navales, por el contrario, parece tan sólido como lo fuera en guerras anteriores: la fidelidad al deber nacional, el sentido de la disciplina y el espíritu de sacrificio, permanecen intactos; la movilización espiritual, preparada por el Estado Mayor a partir de 1937, ha resultado eficaz en la gran masa de la población. Sin embargo, se manifiestan dudas en los medios dirigentes. La política de expansión armada, que los sectores militar y naval han hecho adoptar desde hace tres años, es criticada por la mayor parte de los grandes capitalistas; los dirigentes de los *trusts*, después de haberse mostrado de acuerdo, en 1931, con la operación de Manchuria, se sienten preocupados al ver que el Gobierno se lanza en China a una aventura de larga duración, cuyos riesgos comprenden; con mayor motivo aún, se muestran hostiles a una guerra importante en el Pacífico. Pero los grandes capitalistas no tienen siempre una autoridad dominante, ni siquiera en los círculos económicos; y en los parlamentarios, tampoco han conseguido una posición preponderante, a pesar de los medios de que disponen en una parte del cuerpo electoral. La eficacia de esta oposición, por tanto, es mediocre.

\* \* \*

Desde las primeras semanas de 1940, los "grandes neutrales" parecen llamados a desempeñar un papel primordial en el resultado de la guerra entre Alemania, Gran Bretaña y Francia. Este hecho indudable se reconocía ya en el invierno de 1939-1940. Se impondrá, aún más, después de la victoria alemana en Francia.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre las fuerzas militares, navales y aéreas.**—Además de las obras citadas en la pág. 1103, véase \*\*\* U. S. Army in the World War II, Washington, 1947.—The Army Air Forces in the World War II, Chicago, 1948.—N. MACMILLAN: *The Royal Air Force in the*

*World War*, Londres, 1942.—*L'esercito italiano, 1918-1940*, Roma, 1955.—KUKIEL (general): *Das polnische Heer im Septemberfeldzug*, en *Allg. schweizerische milit. Zeitung*, marzo-abril 1956.—*La Revue d'histoire de la seconde guerre mondiale*, en un número especial de

junio de 1953, unos estudios comparados, especialmente el del coronel LUGAND: *Las forces en presence au 10 mai 1940*.

**Sobre las fuerzas económicas y financieras.**—S. J. BUTLIN: *War Economy 1939-1942*, Canberra, 1955.—W. HANCOCK y H. GOVING: *British War Economy*, Londres, 1949.—H. M. POSTAN: *British War Production*, Londres, 1952.—J. A. BISSON: *Japan's War Economy*, Nueva York, 1945.—E. JANEWAY: *The Struggle for Survival. A chronicle of economic mobilization in World War II*, New-Haven, 1951.—F. LALIVE: *Le Droit de la neutralité et le problème des crédits consentis par les neutres aux belligérants*, Ginebra, 1941.—D. L. GORDONET y R. DANGERFIELD: *The Hidden Weapon. The Story of economic Warfare*, Londres, 1947.—B. JOHNSTON, R. HOSADA y Y. KUSUMI: *Japanese Food management in World War II*, Stanford Univ. 1953.—W. N. MEDLICOTT: *The economic Blockade*, Londres, 1952, dos volúmenes, de los que sólo se ha publicado uno hasta ahora.—N. VOZNESSENSKI: *L'économie de guerre de l'U. R. S. S., 1941-*

*1945*, (trad.), París, 1948. Añadir las obras generales citadas en la pág. 1102. M. DOBB: *Soviet economic Development since 1917*, Londres, segunda edición, 1949.—W. LOCKWOOD: *The economic Development of Japan. Growth and structural change, 1868-1938*, Princeton Univ. Press, 1944.

**Sobre la cohesión interior de los beligerantes.**—GIVESIUS: *Bis zum bürgerlichen Ende*, Berlín, 1946. Trad. francesa: *Jusqu'à la lie*, París, 1947, dos volúmenes.—G. RITTER: *Carl Goerdeler und die deutsche Widerstandsbewegung*, Stuttgart, 1955 (esencial). Trad. francesa: *Echec au dictateur. Histoire de la Résistance allemande*, París, 1956.—H. ROTHELS: *The German Opposition to Hitler. An appraisal*, Hinsdale, 1948.—XXX *Die Vollmacht des Gewissens*, Bonn, 1956 (recopilación de estudios sobre la oposición al régimen hitleriano).—MARC BLOCH: *L'étrange Défaite*, París, segunda edición, 1957.—C. LAVIOSA: *La ideologia politiche nella crisi mondiale*, Padua, 1955.—L. DEJONG: *Die deutsche fünfte Kolonne in zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 1959.

## CAPITULO VIII

### LOS PAISES EUROPEOS NEUTRALES DURANTE LA CAMPAÑA DE 1939-1940

Desde el principio de las hostilidades, los Estados beligerantes vigilaban la actitud de los países europeos neutrales, con la misma atención que durante los meses iniciales de la primera guerra mundial.

Esta acción diplomática se había extendido incluso al Cercano Oriente, donde Turquía, a causa de su posición geográfica en los confines de la U. R. S. S. y los países árabes, podía desempeñar un papel muy importante en los planes estratégicos, puesto que el Acuerdo de Montreux le había concedido el control del Bósforo y los Dardanelos. El Gobierno turco, que había tratado, inútilmente, de negociar con la U. R. S. S. un *pacto del mar Negro*, el 19 de octubre de 1939 había accedido a firmar un tratado de alianza con Gran Bretaña y Francia: las dos potencias occidentales prometían a Turquía prestarle "cuanta ayuda estuviera a su alcance", si era atacada por una potencia europea; por su parte, recibían una promesa recíproca, para el caso de que ellas fueran atacadas en el Mediterráneo o se vieran obligadas a sostener las garantías prestadas a Grecia o Rumania (1); no obstante, un protocolo anejo especificaba que estos compromisos no obligarían al Gobierno turco, en ningún caso, a entrar en conflicto con la U. R. S. S.

Ahora bien: el centro de la actividad diplomática, en vísperas de la ofensiva alemana de mayo de 1940, está en la actitud de los países escandinavos, de Bélgica e Italia, ante las perspectivas estratégicas.

#### I. LOS PAISES ESCANDINAVOS

Los países *nórdicos*, como resultado de una conferencia que reuniera en Estocolmo, el 19 de octubre de 1939, a los representantes de Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suecia, habían anunciado su deseo de mantenerse en una *estricta neutralidad*. Pero la colaboración germanosoviética, establecida el 23 de agosto de 1939, pesaba gravemente sobre la situación de estos Estados, cuya neutralidad era mucho más precaria que en el transcurso de la primera guerra mundial, cuando Alemania y Rusia eran adversarias.

A finales de noviembre de 1939, el Gobierno soviético había aprovechado el conflicto europeo para exigir a Finlandia una amplia recti-

(1) Véase pág. 1073.

ficación de fronteras. La guerra ruso-finlandesa había colocado a Suecia en una posición difícil: la U. R. S. S., después de triunfar en Finlandia, pudiera pensar en alargar la mano hacia las islas Aland, a pesar de la neutralidad decidida en 1921. ¿No le interesaría a Suecia, en previsión de esta eventualidad, establecer una cooperación con Finlandia, con vistas a proteger la situación del archipiélago? Esta cooperación había sido iniciada por el ministro de Asuntos Extranjeros sueco, Sandler; y hubiese podido llevar a Suecia a participar en el conflicto ruso-finlandés. Pero Sandler fue desautorizado por el presidente del Consejo de ministros sueco, y eliminado. El Gobierno de coalición, presidido por Hanssen y formado por representantes de todos los partidos, excepto comunistas, había hecho, el 13 de diciembre, una declaración de neutralidad en la guerra de Finlandia; posteriormente, cuando el Consejo de la Sociedad de Naciones condenó la agresión rusa, la diplomacia sueca declinó inmediatamente la participación en sanciones militares contra la U. R. S. S., en el caso de que se decidieran.

Sin embargo, haciéndose eco de un fuerte movimiento de la opinión pública, el Gobierno sueco había concedido al finlandés suministros de armamento y apertura de créditos; había autorizado el paso de voluntarios alistados en el ejército finlandés; y concedido permisos a los oficiales, para el mismo fin. El Gobierno soviético se había limitado a una simple protesta diplomática. Pero cuando Finlandia solicitó ayuda directa, el ministro sueco la rehusó, y trató—a partir de enero de 1940—de poner fin con su mediación a esta guerra, a la que corría el riesgo de verse arrastrado. En definitiva, Suecia había realizado una política de *no-beligerancia* más bien que de neutralidad; había adoptado una línea de conducta prudente, "realista", impuesta por la relación de fuerzas con sus grandes vecinos.

Por otra parte, esta *no-beligerancia* coloca a Suecia—cuya producción de mineral de hierro es casi igual a la de Gran Bretaña y sensiblemente superior a la de Alemania—en la ventajosa situación de proveedora de los beligerantes. De hecho, las exportaciones esenciales van destinadas a Alemania. La metalurgia alemana, que ya en tiempos de paz utilizaba el mineral de hierro sueco, da una importancia especial, en los de guerra, a esa fuente de aprovisionamiento. El envío de dicho mineral, cuyos principales centros de extracción se encuentran en la Suecia septentrional, en torno a Kiruna, puede efectuarse con facilidad—excepto en los meses de invierno—por el puerto sueco de Lulea, ya que la Marina de guerra inglesa no se arriesga a entrar en el Báltico.

La seguridad de Noruega no se ve amenazada, directamente, por la guerra de Finlandia. Pero el mantenimiento de la neutralidad en la guerra entre Alemania y las potencias occidentales, es para ella especialmente difícil, a causa de su situación geográfica y de los intereses económicos puestos en juego. En dos ocasiones importantes, el Gobierno noruego adopta una actitud que le expone a los reproches de uno u otro de los beligerantes. En noviembre de 1939, permite a la Asociación

de Armadores firmar un contrato que pone a disposición de Gran Bretaña una parte de la flota mercante noruega, especialmente los petroleros: según el Gobierno de Oslo, no hay en ello nada que contravenga los deberes jurídicos de la neutralidad; no cabe duda, sin embargo, de que el Gobierno alemán puede considerar que esta ventaja concedida a su adversario no es conciliable con la imparcialidad de que no debiera apartarse un Estado neutral. Por otra parte—y esta simetría no es en modo alguno fortuita—, el Gobierno noruego garantiza a Alemania que el mineral de hierro sueco podrá ser enviado por el puerto de Narvik; los buques que aseguren el transporte entre Narvik y los puertos alemanes podrán pasar, constantemente, por aguas territoriales noruegas, donde los cruceros ingleses no tienen derecho a entrar. Esta promesa es renovada el 23 de febrero de 1940; y, en esta fecha, constituye la cláusula esencial de un acuerdo comercial firmado entre ambos Estados. El Gobierno británico niega que el derecho internacional autorice esta práctica; pero no provoca dificultades inmediatas, puesto que se beneficia de la ayuda prestada por los armadores noruegos. De esta forma, el Gobierno noruego consiguió conservar, durante el invierno de 1939-1940, cierta posición de equilibrio entre ambos beligerantes, aun sin ignorar que era muy precaria.

Esta actitud de Suecia y Noruega se ve puesta a prueba por Francia y Gran Bretaña, al mismo tiempo que por Alemania, a principios de 1940.

El Gobierno sueco, que ya había sido avisado en el mes de enero, es requerido, a primeros de marzo, para que autorice el tránsito de un cuerpo expedicionario francés, compuesto de 50 000 hombres. Estas tropas estarían destinadas a socorrer a Finlandia, en cumplimiento de la condena pronunciada contra la U. R. S. S. por el Consejo de la Sociedad de Naciones; también podrían cortar la "ruta del hierro", puesto que utilizarían, para atravesar los territorios escandinavos, la línea férrea de Narvik a Lulea, que sirve la región minera.

El Gobierno sueco—aunque el artículo 16 del pacto de la Sociedad de Naciones le obligue a conceder la autorización pedida—opone una negativa rotunda, conforme a la línea de conducta adoptada el otoño anterior. Conceder este derecho de tránsito supondría, a su juicio, no solo entrar en conflicto con la U. R. S. S., sino también con Alemania; y, por consiguiente, entrar en la guerra general, en la que ocuparía una posición de vanguardia especialmente peligrosa.

La misma petición fue dirigida, simultáneamente, al Gobierno noruego que, el 2 de marzo, opuso, por análogas razones, idéntica negativa. La insistencia de Gran Bretaña y Francia es de corta duración, puesto que el 12 de marzo, el Gobierno finlandés, después de haberse convencido de que Suecia no cederá y de que la ayuda franco inglesa sería aleatoria e insuficiente, se decide a aceptar las condiciones de paz impuestas por la Rusia soviética.

No obstante, si la ayuda a Finlandia se ha hecho superflua, la cuestión de la *ruta del hierro* conserva una actualidad inquietante. Por consiguiente, los Gobiernos francés e inglés no renuncian al proyecto de una intervención militar y naval en Escandinavia: ahora se proponen ocupar la zona minera y los puertos, sueco y noruego—Lulea y Narvik—, por los que sale el mineral. El 28 de marzo, el Consejo Supremo decide exigir a Suecia la interrupción de las exportaciones de mineral con destino a Alemania, que siembre minas en las aguas territoriales noruegas y, para adelantarse a una intervención alemana muy verosímil, que envíe un cuerpo expedicionario, cuyo primer objetivo sería Narvik. El Gobierno noruego había de ser puesto ante el hecho consumado. Indudablemente, se limitaría a protestar (y, según parece, tal era su intención, efectivamente). El 10 de abril es la fecha fijada para el desembarco.

En el momento en que las Potencias occidentales empiezan a actuar en Noruega—el 8 de abril se lleva a cabo la siembra de minas—, sobreviene, fulminante, la ofensiva alemana. ¿Se trata de una réplica? En realidad, el Estado Mayor naval había subrayado ya, en octubre de 1939, la importancia estratégica de Noruega; los estudios dieron comienzo en diciembre; pero, al parecer, habían sido demorados, debido a las vacilaciones de los mismos marinos: si Alemania ocupaba la Noruega septentrional para adelantarse a una eventual intervención inglesa, “las aguas territoriales noruegas, ahora neutrales, dejarían de ser seguras” (1). La decisión se había tomado el 1 de marzo, es decir, antes de la franco-inglesa; y el 2 de abril se había fijado la fecha de la operación. Por su parte, Hitler también tenía sus miras ofensivas: la posesión de la costa noruega le permitiría establecer las bases necesarias para la guerra aérea y submarina contra Gran Bretaña; le permitiría también apoderarse de una parte de la flota mercante noruega y disminuir el tonelaje de que disponía Inglaterra. Pero en el momento de la entrada en acción, el 9 de abril, su preocupación inmediata es la cuestión del mineral de hierro. Por consiguiente, la ofensiva no se limita a la costa noruega del mar del Norte: al mismo tiempo se extiende al Norte y apunta a Narvik.

Suecia, dueña de los yacimientos mineros, ha de enfrentarse, inmediatamente, con las exigencias rivales de los beligerantes. Francia y Gran Bretaña piden que preste a Noruega una ayuda militar, que sería la expresión de la solidaridad escandinava. Alemania le advierte que no debe movilizar ni interrumpir las exportaciones de mineral. El Gobierno sueco se apresura a confirmar su neutralidad, puesto que está convencido de que, si es arrastrado a la guerra entre las grandes potencias, “correría al suicidio”. De hecho, esta neutralidad va en bene-

(1) Es de señalar que el 12 de diciembre de 1939, habiéndose ya ofrecido Quisling a organizar un partido pro-alemán en Noruega, Hitler aún no había aceptado la oferta.

ficio de Alemania, ya que, en virtud de la misma, el Gobierno sueco se compromete a oponerse a la entrada de tropas angio-francesas que pudieran intentar ocupar los yacimientos mineros.

En definitiva, en estas cuestiones escandinavas, el comportamiento de los Gobiernos de Oslo y Estocolmo ha tenido menos importancia que las decisiones de los grandes beligerantes: Suecia pudo permanecer neutral, porque no se hallaba situada en el área de las operaciones militares y navales, en la que Noruega se encontraba colocada por su posición geográfica.

En esta política de las grandes potencias en Escandinavia, hay dos aspectos que merecen un examen crítico.

En enero de 1940, cuando Francia y Gran Bretaña se decidieron a una intervención armada en la guerra ruso-finlandesa, ¿midieron cuáles podrían ser las consecuencias para sus relaciones con la U. R. S. S.? La cuestión fue abordada, el 5 de febrero de 1940, en el curso de una reunión del Consejo Supremo de Guerra; y dio lugar a serias divergencias de criterio: el Estado Mayor de la Marina francesa no dudaba si los países escandinavos se oponían al derecho de tránsito, en estudiar el desembarco en el océano Ártico, en Pétsamo o incluso en Murmansk—en territorio soviético—del cuerpo expedicionario destinado a socorrer a Finlandia; y el Gobierno no parece haberle advertido acerca de los peligros de tal proyecto; los Estados Mayores británicos y el Gabinete, deseosos también de enviar tropas a Finlandia, confiaban en que esta intervención, siempre que fuera disfrazada como un envío de *voluntarios*, sería tolerada por el Gobierno soviético; por consiguiente no estaban de acuerdo con una acción que, en Pétsamo o en Murmansk habría de ser llevada a cabo directamente contra las tropas rusas, y hubiera hecho casi inevitable el conflicto armado con la U. R. S. S. En esta ocasión prevaleció la prudencia inglesa. Sin embargo, los detalles de este asunto permanecen todavía oscuros.

El Gobierno y los Estados Mayores alemanes se habían fijado unos objetivos adaptados a sus necesidades estratégicas y económicas: posesión de bases aéreas y navales y protección de los aprovisionamientos de mineral de hierro. El primer objetivo fue cubierto con la conquista de Noruega. El segundo lo fue solo en parte: Alemania se contentó con la promesa, dada por el Gobierno de Estocolmo, de que no dejaría que las tropas angio-francesas se apoderaran de los yacimientos mineros, cuando la única garantía sólida hubiera sido—con toda evidencia—la ocupación de la región minera por las tropas alemanas. ¿Por qué el Gobierno alemán, después de haber manifestado tantas veces su desdén por los derechos de los países neutrales, respetó los de Suecia? Esta actitud prudente le fue dictada por la necesidad de tener miramientos con los intereses rusos: el Gobierno soviético había hecho saber, el 13 de abril, que el mantenimiento de la neutralidad sueca era para la U. R. S. S. de un *interés vital*.

Fue, por consiguiente, la sombra de la U. R. S. S., tanto de una parte como de otra, lo que moderó las impacencias de los países beligerantes en estas cuestiones escandinavas.

## II. LA U. R. S. S.

El comportamiento del Gobierno soviético con respecto a Alemania continúa incierto. Ha firmado el pacto de neutralidad del 23 de agosto de 1939, así como un protocolo secreto, después de la destrucción de Polonia—el 28 de septiembre—que entrega a la influencia rusa la casi totalidad de Lituania, a cambio de una ampliación de la zona reservada a Alemania en Polonia. Sin embargo, en sus conversaciones con los jefes militares, Hitler no oculta su desconfianza: "No cabe duda de que la U. R. S. S.—dice el 23 de noviembre de 1939—va a aprovechar la guerra europea para extender su influencia en los Balcanes y el cercano Oriente; pero esta expansión no será rápida, ya que el ejército ruso "no vale gran cosa" y seguirá siendo débil "todavía durante un año o dos"; Alemania, por tanto, puede limitarse a ver venir los acontecimientos: "Podremos oponernos a ella, cuando estemos libres del Oeste."

En espera de estas probables dificultades, el Gobierno hitleriano trata de sacar el mejor partido posible de las perspectivas inmediatas que se le ofrecen, desde el punto de vista económico. El acuerdo del 23 de agosto de 1939 preveía que Alemania recibiría de Rusia materias primas y, como contrapartida, atendería pedidos industriales. Este acuerdo está en curso de ejecución. Pero hay que ampliarlo. El Reich quisiera recibir, en un año, minerales, petróleo bruto (dos millones de toneladas), madera, fibras textiles (lino, esparto e, incluso, algodón del Turkestán), así como productos grasos, por un total de 1.300 millones de marcos; suministrará productos metalúrgicos. La discusión se prolonga, durante cinco meses, porque el Gobierno soviético quiere obtener, como contrapartida, aviones de modelo reciente e incluso un buque de guerra. Hasta el 11 de febrero de 1940, no se firma el acuerdo. El Gobierno alemán se resigna a prometer que entregará a la U. R. S. S., además de material industrial y ferroviario, el crucero *Lützow*, material de artillería y aviones de diversos tipos; parte de la base de que los suministros rusos de mineral de hierro, de manganeso, de cromo y de petróleo—aunque sean inferiores, en más de la mitad, a las peticiones alemanas—atenuarán los efectos del bloqueo.

## III. BELGICA

La neutralidad de Bélgica está en el centro de las perspectivas estratégicas, ya que el territorio belga se halla expuesto—otra vez más—a convertirse en campo de batalla. No cabe duda de que el rey Leopoldo ha reafirmado la neutralidad, desde 1936, a costa de la segu-

ridad colectiva (1); pero estos hechos no pueden variar en nada las cuestiones fundamentales: los ejércitos alemanes no quieren arriesgarse a un ataque directo contra la línea Maginot, y los ejércitos franceses tampoco se atreven a intentar romper la línea Sigfredo.

Desde el principio de las hostilidades, los Estados Mayores de una y otra parte habían estudiado la posibilidad de una acción ofensiva a través de Bélgica. El Estado Mayor alemán contaba con este movimiento envolvente, no solo para desbordar la línea Maginot, sino también para ocupar los puertos del mar del Norte y del Paso de Calais, y obstaculizar el enlace anglo-francés. El Estado Mayor francés no veía otro procedimiento, para ayudar a Polonia, que amenazar Renania mediante una entrada en el territorio belga. La postura jurídica, en verdad, era diferente: Alemania estaba resuelta—como en 1914—a abrirse camino por la fuerza cuando juzgara llegado el momento; Francia podía invocar el pacto de la Sociedad de Naciones que, en su artículo 16, preveía la concesión de un derecho de tránsito en el cuadro de las sanciones tomadas contra un estado agresor.

No obstante, el Gobierno belga no se vio obligado a hacer frente, desde el primer momento, a las amenazas que temía. El 26 de agosto de 1939 el Gobierno alemán—que se disponía a lanzar el grueso de sus fuerzas contra Polonia, manteniéndose, de momento, a la defensiva en el frente occidental—anunció que respetaría la neutralidad belga; Gran Bretaña y Francia habían hecho una declaración análoga, sin invocar el derecho de tránsito. Pero, a finales de septiembre de 1939, nadie se podía ya hacer ilusiones acerca de la duración de esta inmunidad, puesto que la derrota polaca había facilitado al mando alemán los medios de llevar la guerra *al Oeste*. El rey Leopoldo y sus ministros, aun considerando que podían confiar en la promesa franco-inglesa, se daban perfecta cuenta del peligro alemán, y solo veían en el compromiso del 26 de agosto "una carta a explotar el mayor tiempo posible".

¿Cuál es la actitud del Gobierno belga, en el curso de este período de espera, que se prolonga hasta primeros de mayo de 1940?

Francia y Gran Bretaña solicitan un contacto entre los Estados Mayores con objeto de determinar las condiciones en que las tropas franco-inglesas acudirán en socorro del ejército belga, si Alemania viola la neutralidad: a falta de estos contactos previos, la ayuda sería lenta y, por tanto, ineficaz.

El Gobierno belga declina la negociación de un acuerdo militar secreto, e incluso la preparación de acuerdos técnicos que—según dice—estarían en contradicción con sus deberes de neutral. Por precaria que sea la situación—ya que la opinión pública es, en su mayoría, hostil a Alemania, y la vida económica, ya muy afectada por la desaparición del comercio de tránsito, corre el peligro de parali-

(1) Véase pág. 1066.



zarse totalmente por falta de materias primas—no quiere hacer nada que pueda dar lugar a “precipitar la catástrofe”, incluso sospecha que Francia e Inglaterra tratan de comprometer a Bélgica, con respecto a Alemania, para “hacer estallar la tormenta”, de manera que el territorio belga sea el principal campo de batalla. Sin embargo, ni sus temores ni su desconfianza la deciden a oponer a las sugerencias franco-inglesas una negat va absoluta. Bien es verdad que no accede a la negociación de un tratado, ni siquiera a la de un simple acuerdo, es decir, a la elaboración de textos que puedan ser divulgados, pero admite cambios de punto de vista. En realidad, cada vez que se siente alarmado—9 y 10 de noviembre de 1939, 9 y 10 de enero, 10 de abril de 1940—, es decir, cada vez que recibe informes que le dan lugar a creer en un ataque alemán inminente, acepta contactos con el Estado Mayor francés, e incluso los busca.

Estas conversaciones tienen siempre el mismo tema. Si Bélgica solicita ayuda—pregunta el Estado Mayor belga—¿podrán las tropas francesas ocupar en cuarenta y ocho horas el canal Alberto, que forma la línea de defensa desde Amberes a Hasselt y Maestricht—un foso de sesenta metros de anchura, a treinta kilómetros de la frontera holandesa—, y donde las divisiones belgas esperan resistir la invasión? Imposible, responde el Estado Mayor francés: en cuarenta y ocho horas las tropas podrían *alcanzar* la posición Amberes-Namur (que dejaría en manos del enemigo las dos quintas partes del territorio belga), pero el canal Alberto no podría ser ocupado sólidamente antes del cuarto o el quinto día. El Gobierno belga, dado que desea recibir una ayuda más rápida, debiera autorizar una entrada *preventiva* de las tropas francesas en el territorio belga, ya que tiene razones sólidas para creer en la inminencia del ataque alemán. No puede pensarse en este llamamiento *preventivo*, replica el rey Leopoldo, puesto que si Bélgica consintiera en hacerlo tomaría partido y se convertiría en beligerante. Ahora bien: si ha de terminar así, es muy importante que se limite a hacer frente a los acontecimientos, en lugar de tomar una iniciativa que tendría la apariencia de provocarlos. Y, efectivamente, el 10 de mayo de 1940 no se hace el llamamiento a Francia y Gran Bretaña hasta después de la violación de la frontera por las tropas alemanas.

Al negarse a conceder el derecho de tránsito o a hacer el *llamamiento preventivo*, el Gobierno belga—en su deseo de mantener la “política de independencia” a que se había aferrado desde 1936—ha obstaculizado, indudablemente, las iniciativas del mando francés. No es menos cierto que, por su vana prudencia, cuando ha llegado el momento, ha agravado la situación de su propio ejército. ¿Ha obrado de esta forma porque el soberano, imbuido de sus prerrogativas y convencido de la superioridad de su poder, sentía una gran desconfianza hacia los estados parlamentarios y, por tanto, no quería facilitarles los medios de tomar la iniciativa estratégica? Esta inter-

pretación no parece descansar en ningún fundamento serio. ¿Ha conservado—como consecuencia de las alarmas infundadas—la vaga esperanza de que Alemania no estuviera decidida a comprometerse en la gran aventura militar, y que buscaría una paz negociada a la que Francia y Gran Bretaña acabarían por acceder al no poder iniciar por sí mismas la ofensiva a través de Bélgica? En otras palabras: ¿pensó que su política de *independencia* ofrecía todavía una oportunidad, por pequeña que fuera, de evitar el desencadenamiento de la guerra *en el Oeste* y que, en interés de su país, debía evitar a toda costa comprometer esa oportunidad? Es la explicación más verosímil.

#### IV. ITALIA

Italia no ha proclamado el 2 de septiembre de 1939 su neutralidad, se ha limitado a comunicar que no es beligerante. Esta declaración de no beligerancia significa, según la interpretación oficial, que el Gobierno italiano, aunque haya decidido no aplicar *el pacto de acero*, desea afirmar su solidaridad con Alemania, y no tiene intención de permanecer apartada de la *reconstrucción* de Europa: por consiguiente, da publicidad a sus preparativos militares, y, repite, siempre que se le depara ocasión, que desea estar en condiciones de intervenir cuando le parezca oportuno. Esta intervención pondría a Italia al lado de Alemania: nunca se ha considerado la eventualidad inversa. En definitiva, el Gobierno quisiera realizar, aprovechando el conflicto europeo, los objetivos de su política mediterránea, pero conoce la insuficiencia de sus medios. Por consiguiente, la neutralidad le es necesaria, al menos temporalmente. Se trata de una situación *provisional*, expresamente anunciada como tal. ¿En qué condiciones pone fin el Gobierno italiano a esta posición de espera, después de haberla mantenido durante diez meses?

Ya en 1922 el fascismo había afirmado la primacía de las cuestiones mediterráneas y proclamado el *mare nostrum* (1); sin embargo, en dieciséis años no había obtenido resultados importantes sino en el Adriático. En el Mediterráneo oriental solamente había consolidado las posiciones ocupadas anteriormente; en el estrecho de Sicilia no había tratado de aprovechar las dificultades encontradas en Malta por la dominación inglesa; en el Mediterráneo occidental había sido mantenido al margen por la política francesa. La guerra europea, “que va a cambiar el destino del mundo”—según Mussolini—, no dejará de transformar las condiciones de estos problemas. El Gobierno italiano debe, por tanto, obrar de forma que, no solamente salvaguarde los intereses adquiridos, sino que contribuya también a alcanzar los fines propuestos y dejados en suspenso.

La preocupación defensiva se expresa en la Prensa italiana, en octu-

(1) Véase cap. VIII del libro anterior.



bre de 1939, cuando Turquía firma un acuerdo con Francia y Gran Bretaña: ¿No pretenderá el Gobierno de Ankara resucitar la cuestión de la presencia italiana en el Dodecaneso? Vuelve a manifestarse, un mes después, con motivo de la guerra iniciada por la U. R. S. S. contra Finlandia: ¿No se orientará el imperialismo ruso, en breve plazo, en otra dirección—Rumania—, donde amenazaría los intereses balcánicos de Italia? Los objetivos ofensivos, tal y como son indicados o sugeridos por ciertos comentarios de Prensa, de indudable inspiración oficial (1), se orientan hacia Croacia, donde la diplomacia italiana favorece al movimiento nacionalista, dirigido contra el estado yugoslavo, hacia las *puertas de entrada* del Mediterráneo, donde Italia debe tratar—según el *Popolo d'Italia*—de asegurarse libre acceso, a pesar de los intereses ingleses; y, finalmente, hacia las reivindicaciones, que ya se afirmaran el invierno precedente (2), contra Francia. Sin embargo, hasta principios de mayo de 1940 la Prensa no dice que tales objetivos se deban alcanzar por las armas; se limita a manifestaciones de des-templanza o de mal humor.

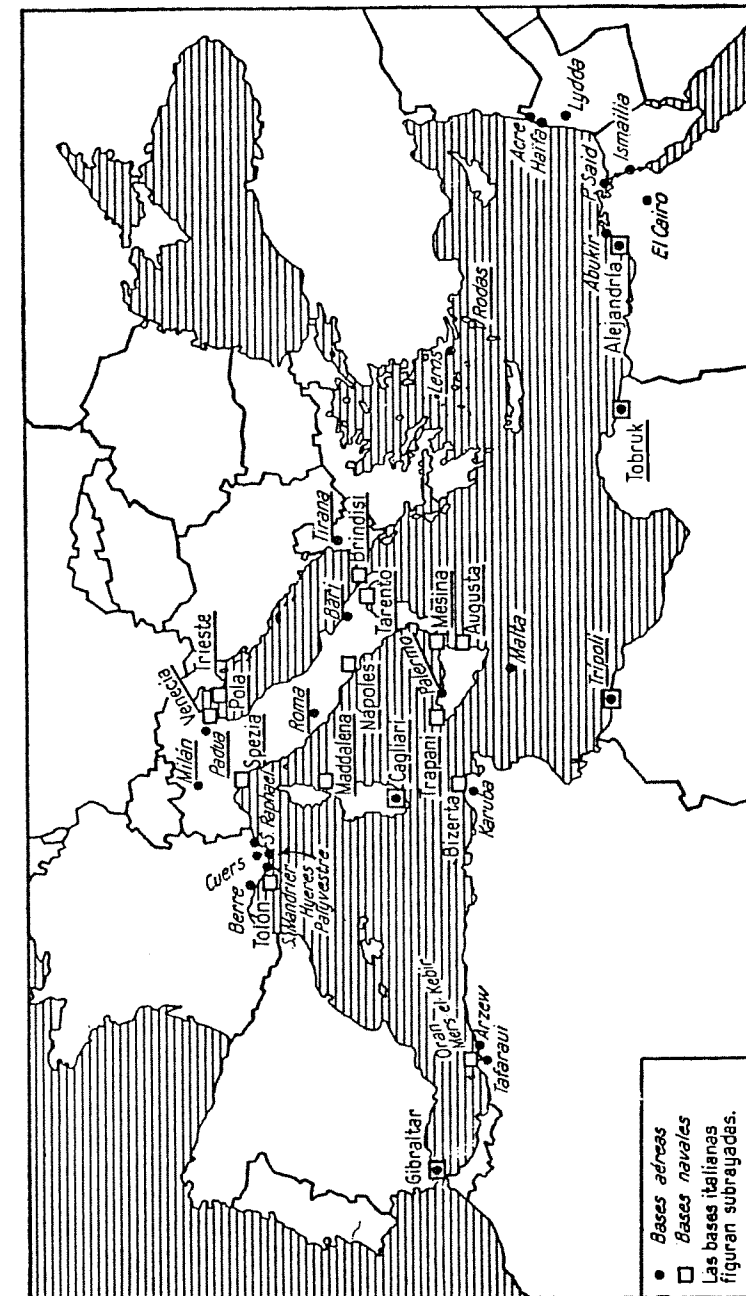
Esta prudencia está aconsejada por las dificultades económicas, por la insuficiencia de medios militares y, sobre todo, por el estado de la opinión pública.

La gran debilidad de Italia es su dependencia con respecto al extranjero, por lo que se refiere al aprovisionamiento de carbón, de aceites minerales y de materias primas destinadas a la metalurgia: está obligada a importar todos los años, según el informe redactado por el Comité de Defensa Nacional, unos 21 ó 22 millones de toneladas de mercancías, de las que la mitad llegan por vía marítima (138): Por consiguiente, antes de convertirse en beligerante y afrontar el bloqueo necesita acumular *stocks*. Al principio del conflicto europeo las condiciones resultan favorables en este aspecto, ya que, gracias a los suministros de su industria a los beligerantes y a la floreciente situación de su Marina mercante, Italia dispone de los medios financieros necesarios para pagar sus compras de combustibles y de materias primas. El Gobierno tiene interés en prolongar esta *neutralidad de engorde*.

Las deficiencias de los elementos militares han sido subrayadas, el 2 de noviembre de 1939, en un informe del jefe del Estado Mayor General. Para remediarlas, no solo es necesario aumentar los efectivos (que no faltan) y aumentar el número de divisiones, sino también incrementar la fabricación de material: los servicios del Estado Mayor han calculado en tres años el plazo necesario para renovar la artillería de campaña y la artillería pesada, organizar la defensa antiaérea—casi inexistente—y equipar divisiones blindadas. A principios de abril de 1940 este programa solo se ha realizado en *un cuarenta por ciento*.

(1) El conde Ciano indica en su *Diario* que Mussolini ejerce personalmente el control de la Prensa.

(2) Véase pág. 1061.



BASES NAVALES Y AÉREAS EN EL MEDITERRÁNEO EN 1939-1940.

Por último, la masa de la opinión pública—afirmaba, en septiembre de 1939, el conde Ciano—se muestra grandemente partidaria de la no beligerancia, porque no desea favorecer una victoria alemana, y se da cuenta de los riesgos que correría Italia tomando parte en la guerra. En las grandes ciudades industriales, especialmente en Milán y Génova, la población obrera manifiesta, claramente, su voluntad *neutralista*. En las organizaciones católicas, la orientación dada por el Vaticano es análoga. En cuanto a los círculos dirigentes, se encuentran divididos. Entre los diplomáticos, los embajadores más importantes—sobre todo Attolico, que está en Berlín—desean evitar la entrada en la guerra. Entre los generales, el jefe del Estado Mayor general, el mariscal Badoglio, es *neutralista*; mientras que el jefe del Estado Mayor del ejército, el general Graziani, desea la intervención al lado de Alemania. Entre los animadores del partido fascista, parecer ser que la mayoría admite que la entrada en la guerra se hará necesaria; pero la tendencia opuesta cuenta con defensores importantes, destacando, en primera fila, Dino Grandi, *quadrumviro* de la *marcha sobre Roma* y ex ministro de Asuntos Extranjeros. El rey y el príncipe de Piamonte no ocultan sus sentimientos *neutralistas*; y el ministro de Asuntos Extranjeros, conde Ciano—a juzgar por su *Diario*—, comparte ese estado de ánimo. Sin embargo, esta oposición a una política de intervención se debilita en la primavera de 1940, tan pronto como las primeras victorias alemanas en Noruega tranquilizan a aquellos para quienes *neutralismo* significaba, sobre todo, el temor a una aventura.

La apreciación del interés y de los riesgos depende de la voluntad personal del Duce. La Prensa no pierde oportunidad de afirmarlo así; y, sobre este particular, dice la verdad. En los grupos dirigentes, en la Corte y, ni que decir tiene, en las masas, donde el régimen fascista ha destruido toda organización independiente, nadie intenta, en tales momentos, oponerse a esa voluntad. Pero el jefe del Gobierno, cuyo humor es inquieto e inestable, vacila entre el deseo de afirmar su prestigio y la necesidad de no imponer al país un esfuerzo superior a sus medios.

Durante las cinco primeras semanas de la guerra europea, Mussolini espera que el conflicto será de corta duración. Después del aplastamiento de Polonia—piensa—, Francia y Gran Bretaña reconocerán que son incapaces de forzar la línea Sigfredo; y que el bloqueo, habida cuenta de los recursos que Alemania encuentra en la U. R. S. S., no podrá ser eficaz; por tanto, es muy probable que las potencias occidentales renuncien a la guerra, antes incluso de haberla empezado, y se resignen a aceptar una revisión parcial de la situación territorial; en la negociación que se entable, el Gobierno italiano tendrá oportunidad de actuar como mediador. Tal es el tema indicado en un discurso del 23 de septiembre de 1939: Europa—declara el Duce—no está todavía en guerra *efectivamente*; el gran choque puede ser evitado si las poten-

cias occidentales acceden a abandonar “unas posiciones que la historia y el dinamismo de los pueblos han condenado”, y a entablar negociaciones. Italia no permanecerá al margen de este arreglo de paz.

Estas previsiones se ven desmentidas, el 10 y el 12 de octubre, cuando los Gobiernos francés y británico oponen una negativa categórica a la *ofensiva de paz alemana* (1). Lo que se perfila es la perspectiva de una guerra larga. Mussolini hace reafirmar por el Gran Consejo, el 7 de diciembre, y por el discurso del conde Ciano, el 14 de diciembre, la política de la “no-beligerancia armada”. Se da cuenta de que el estado de las fuerzas militares y las reticencias de la opinión pública imponen todavía esta espera “por largos meses”; pero repite, a los que le rodean, que una gran nación no puede permanecer “eternamente neutral” sin “perder puestos”: la ideología fascista obliga a Italia a “participar en los grandes acontecimientos”; y el interés nacional exige que el Gobierno, aprovechando el reajuste europeo, obtenga satisfacción para sus reivindicaciones esenciales. En el fondo, está atenazado entre el deseo de acción, al cual le impulsan su temperamento y su calidad de dictador, y las dudas, que todavía le asaltan, acerca del éxito de las operaciones militares. La carta que dirige a Hitler, el 3 de enero de 1940, demuestra claramente tales vacilaciones: la victoria alemana—escribe—es incierta, puesto que los Estados Unidos no admitirán una derrota de Gran Bretaña y Francia. Mussolini estima, por consiguiente, que Hitler debiera renunciar a lanzar la gran ofensiva, en la que Italia no podría participar en ningún caso, puesto que sus medios militares no la permitirán intervenir hasta el *momento decisivo*. Indica, finalmente, que la posibilidad de una paz de compromiso no le parece todavía completamente excluida. “El camino de la paz pasa por Roma”, escribe la *Gazzeta del Popolo*.

Sin embargo, en el transcurso de marzo de 1940, esta actitud cambia por completo. A partir de este momento el Duce se orienta hacia la intervención en un futuro próximo, pero no se adentra por este camino sino midiendo bien los pasos. El 10 de marzo, en Roma, donde recibe la visita de Ribbentrop, y el 18 en el Brennero, donde se reúne con Hitler, se atiene al mismo lenguaje: Italia “marchará con Alemania”; sin embargo, quiere reservarse el derecho de escoger el momento. ¿De qué momento se trata? De la primavera de 1941, escribe en un informe al rey que desea vivamente que la ofensiva alemana en el *Oeste* sea aplazada algo más, puesto que el papel de espectador sería más difícil de conservar si el teatro de operaciones se encontrara próximo. Después de los éxitos alemanes en Noruega, acorta el plazo: es en septiembre de 1940—después de la recolección—cuando piensa entrar en guerra, dice a los que le rodean. Sin embargo, durante todo este periodo, la Prensa no hace alusión a la eventualidad de un conflicto

(1) Véase pág. 1105.

con las potencias occidentales, limitándose a criticar la *miopía* y a subrayar las debilidades de las mismas.

El 10 de mayo, cuando se inicia la gran batalla, Mussolini llega, por fin, a pensar que la intervención italiana no puede ser retrasada más tiempo: es cuestión de "diez a quince días", le dice al embajador alemán. Al jefe del Estado Mayor general, que viene a insistir, una vez más, en las deficiencias del ejército, le contesta que esas pequeñeces no tienen importancia, puesto que las operaciones durarán todo lo más, "algunas semanas"; no obstante, espera el 26 de mayo, es decir, al momento en que los ejércitos aliados son separados en dos partes, para fijar la fecha.

Según parece, Mussolini no trata, en ningún momento, de obtener de Francia o Gran Bretaña, mediante simples amenazas, concesiones territoriales. El 27 de mayo rechaza escuchar las perspectivas abiertas, a título personal, por el embajador de Francia; y el 30 de mayo la oferta de conversaciones, mucho más vaga, que le dirige el Gobierno francés (para estas fechas ya ha tomado su decisión); pero había declinado también, ya el 27 de marzo, el ofrecimiento de una negociación acerca de Djibuti; y el 22 de abril, la proposición de una entrevista que le hiciera el presidente del Consejo francés. "Lo que quiere Mussolini es la guerra; si le ofrecieran el doble de lo que pide, lo rechazaría", escribe Ciano en su *Diario*.

Por tanto, las decisiones italianas están estrechamente ligadas al mapa de la guerra. La única preocupación del Duce es no equivocarse en "el momento adecuado". La intervención—dice a sus colaboradores el 25 de mayo—debe coincidir con "el principio del derrumbamiento" de los ejércitos franco-ingleses. Hay que obrar solamente cuando la victoria alemana sea un hecho, porque el estado de las fuerzas armadas italianas es muy mediocre; pero antes que sea total, porque entonces Italia obtendría una parte menor de los beneficios.

Estas afirmaciones, valederas indudablemente para el estudio de las últimas semanas de la no-beligerancia italiana—a partir del momento en que los ejércitos alemanes tomaron la iniciativa estratégica—, ¿permiten también explicar el comportamiento del Duce a mediados de marzo de 1940? En un momento en que la *guerra en el Oeste* no estaba todavía iniciada, Mussolini declara a sus interlocutores alemanes que entrará en guerra al lado del Reich; sin fijar fecha, les da a entender que esta intervención no se diferirá mucho tiempo: no se trata ya del plazo de tres años que el Gobierno italiano había declarado necesario (1) a la firma del *Pacto de acero*, y que el conde Ciano había vuelto a invocar en su discurso del 14 de diciembre de 1939. ¿Cuáles son los motivos que pueden explicar este momento decisivo de la política italiana?

(1) Véase pág. 501.

Es indudable que la política anglo-francesa del bloqueo no es ajena a ello. A principios de diciembre de 1939, el Gobierno inglés prometió que dejaría pasar los suministros de carbón hechos a Italia por Alemania por vía marítima; pero en febrero de 1940 solicitó una compensación: el suministro de armamentos y la venta de aviones a Gran Bretaña. Esta condición fue rechazada por el Gobierno italiano, puesto que era incompatible con la solidaridad moral con Alemania, de que hacía gala. Entonces el Gabinete británico decidió suspender, a partir del 1.º de marzo, la tolerancia admitida: era la forma de hacer sentir a Italia a lo que se exponía si no permanecía neutral. El 4 de marzo, el Gobierno italiano protestó contra una medida "que dificultaba y podía comprometer las relaciones económicas entre Italia y Gran Bretaña". El Gobierno alemán prometió, acto seguido, a Italia, mediante el acuerdo del 10 de marzo, que, a partir de aquella fecha, aseguraría los envíos de carbón por ferrocarril, suministrando anualmente nueve millones de toneladas. La solidaridad moral italo-alemana se había reforzado, de esta forma, con la solidaridad económica. Sin embargo, la Prensa italiana no trató de complicar la cuestión: se limitó a publicar—sin el menor comentario—la nota de protesta dirigida a Gran Bretaña, y siguió afirmando la *no beligerancia*. Por ello, esta moderación da lugar a pensar que la presión económica inglesa no fue determinante del comportamiento del Duce.

El móvil hay que buscarlo en la situación militar general. Ribbentrop, el 10 de marzo, y Hitler, el 18 del mismo mes, anuncian al Gobierno italiano que la *gran ofensiva del Oeste* está próxima; piden la intervención de Italia, dejando a su albedrío la elección del momento. En consecuencia, el Duce se ve obligado a abandonar la táctica de espera. En las conversaciones del Breunero trata de conseguir que la ofensiva sea retrasada, porque la marina y la aviación italianas, es decir, lo mejor de sus fuerzas, necesitan todavía tres o cuatro meses para acabar sus preparativos. Cuando Hitler rehúsa este aplazamiento, Mussolini viene a decir, con una franqueza casi desconcertante, que decidirá la entrada en la guerra tan pronto como los ejércitos alemanes hayan realizado *un avance victorioso*; pero que si los progresos de estos ejércitos son lentos, seguirá esperando.

En resumidas cuentas, el deseo *fascista* se veía moderado por una preocupación realista: el Duce quería, efectivamente, exaltar la energía nacional; pero a condición de poder hacerlo sin correr riesgos. El 26 de mayo creyó llegado el momento, y que Italia podría asegurarse un puesto en la conferencia de la paz sin necesidad de hacer grandes sacrificios.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre el conjunto del periodo.**—

FRED. SCHUMAN: *Night over Europe. The Diplomacy of Nemesis, 1939-1940*, Nueva York, 1944.—T. TAYLOR: *The March of Conquest. The German Victories in Western Europe, 1940*. Nueva York, 1958.

**Sobre los asuntos escandinavos.**—

H. KOHT: *Norway, neutral and invaded*, Nueva York, 1941, y del mismo: *Fra Skanse til Skanse*, Oslo, 1947.—W. HUBATSCH: *Die deutsche Besetzung im Dänemark und Norwegen, 1940*, Göttingen, 1952.—F. LA RUCHE: *La Neutralité de la Suède. Dix années d'une politique, 1939-1949*, París, 1953.—TRYGVE LIE: *Lever elle do. Norge in Krig*. (Vivir o morir. Noruega en guerra), Oslo, 1955 (Recuerdos del ministro noruego de abastecimiento).—M. SKOVDM: *Striden om Okkupasjonsstyret in Norge, from til 25 september 1940* (La lucha por el poder durante la ocupación de Noruega hasta el 25 de septiembre de 1940), Oslo, 1956. M. G. HUGGLOF: *Svensk Kvigshandelspolitik under andrn Varldskriget* (La política comercial de Suecia durante la segunda guerra mundial), Estocolmo, 1958.

**Sobre la guerra de Finlandia.**—

MAX<sup>d</sup> JACOBSON: *Diplomatico Falvisoita. Suomi maailman politiikana, 1938-1940* (La guerra de invierno de los diplomáticos. Finlandia y la guerra mundial, 1938-1940), Porvoo, 1955.—A. T. ANDERSON: *Origins of the Winter*

*War. A Study of Russian-Finnish Relations*, en *World Politics*, enero 1954, págs. 169-189.—J. WUORINEN: *Finland and World War II, 1939-1944*, Nueva York, 1949.—H. JALANTI: *La Finlande et la guerre d'hiver, 1939-1940, d'après les documents et témoignages finlandais*, París, 1955 (memoria mecanografiada), y del mismo: *Un essai de co-existence: la situation internationale et la politique extérieure de la Finlande de mars 1940 à juin 1941*, París, 1957 (tesis mecanografiada).—L. LUNDIN: *Finland in the Second World War*, Bloomington, 1957.—A. G. MAZOUR: *Finland between East and West*, Princeton, 1956.—V. TANNER: *The Winter War. Finland against Russia, 1939-1940*, Stanford Univ., 1950.

**Sobre la intervención de Italia.**—

FR. ROSSI: *Mussolini e lo Stato Maggiore*, Roma, 1951.—A. TOSTI: *La guerra che non si doveva fare*, Roma, 1945. A. TOSTI: *Pietro Badoglio*, Verona, 1957.—W. SCHÜTT: *Der Stahlpakt und Italiens "Nonbelligeranza", 1939-1940*, en *Wehrw. Rundschau*, setbre. 1958, págs. 498-521.

**Sobre Turquía.**—N. VERE-HODGE: *Turkish foreign Policy, 1918-1948*, Ginebra, 1950.

**Sobre la neutralidad belga.**—

Además de las obras citadas en la bibliografía general: J. WULLUS-RUDIGER: *En marge de la politique belge, 1914-1956*. París, 1957.

## CAPITULO IX

## LA DERROTA FRANCESA

El designio de la hegemonía continental, anunciado en *Mein Kampf*, estuvo a punto de convertirse en realidad cuando, en el verano de 1940, se derrumbó la única fuerza militar de consideración que luchaba contra el ejército alemán.

La derrota francesa se produjo en quince días, entre el 10 y el 25 de mayo: el día 10 se lanzó la ofensiva alemana por donde se la esperaba, es decir, a través de los territorios holandés y belga; las fuerzas francesas, con la colaboración de algunas divisiones inglesas, iniciaron inmediatamente una contraofensiva, con la que trataron, en vano, de apoyar la resistencia belga; el día 18, las fuerzas de los aliados eran separadas en dos partes: el ejército belga capitula; y el cuerpo expedicionario inglés es obligado a retroceder hasta Dunkerque, en unión de algunas divisiones francesas; el día 25, el Consejo de ministros francés comprende que la guerra está perdida. Quince días más tarde, después de la evacuación de Dunkerque y de la ruptura del nuevo frente de defensa, establecido apresuradamente sobre el Somme y el Aisne, la situación militar obliga al Gobierno a tomar decisiones inmediatas.

Durante los cuatro días—del 12 de junio al 16 de junio de 1940—en que se prolongan los debates en el seno del Gobierno francés, ni siquiera se trata de estudiar si los elementos dispersos del ejército francés podrían intentar prolongar la resistencia en el territorio metropolitano; los ministros están de acuerdo con el comandante en jefe en que tal eventualidad no puede ser tenida en cuenta; abandonan rápidamente la idea de un *reducto bretón*, sugerida el 13 de junio por el Presidente del Consejo. En realidad, se estudian tres soluciones: pedir el armisticio; decidir el traslado del Gobierno a Africa del Norte, lo que permitiría a Francia, a pesar de la ocupación del territorio metropolitano por el enemigo, seguir como beligerante, y participar efectivamente en las operaciones con su flota de guerra, sus fuerzas aéreas y aquellas tropas de tierra cuyo transporte por el Mediterráneo pudiera asegurarse, y pedir a Alemania condiciones de paz—sin cesar las hostilidades—con la esperanza de que tales condiciones “no sean inaceptables”. La primera solución es la que el general Weygand considera necesaria desde el 12 de junio por la noche. La segunda, inspirada en el ejemplo holandés, ha sido presentada, en la tarde del día 14, por el Presidente del Consejo, Paul Reynaud. La tercera, que preconiza, en la tarde del 15, el Vicepresidente del Consejo, Camille Chautemps, permite aplazar la elección entre las otras dos; pero es inconsistente. Desde el mo-

mento en que su autor omite indicar qué condiciones serían *inacceptables*. En realidad, la sugerencia de Camille Chautemps, aunque encuentra partidarios entre los ministros, es rechazada—por motivos opuestos—por el Presidente del Consejo y el comandante en jefe: el primero, porque estima que el Gobierno francés, de aceptar esta sugerencia, puede verse cogido en un *engranaje* que le lleve, indefectiblemente, al armisticio; y el otro, porque teme que Alemania difiera, intencionadamente, la comunicación de sus condiciones de paz para dar lugar a que el ejército francés—incapaz de prolongar la resistencia—se vea obligado a capitular, pura y simplemente. Se impone la elección entre las otras dos soluciones.

El Presidente opone a la petición de armisticio dos argumentos esenciales: el Gobierno francés, que se ha comprometido con la Gran Bretaña, el 28 de marzo de 1940, a no negociar paz ni armisticio sin el asentimiento de su aliada, está obligado, “bajo palabra de honor”; Francia, incluso vencida en la metrópoli, todavía puede desempeñar un buen papel en el conflicto, no solamente por los recursos de su imperio, sino también con su marina de guerra, que podrá consolidar la resistencia de Gran Bretaña y amenazar a Italia; por consiguiente, tiene el deber de prestar esta ayuda a su aliada.

El comandante en jefe reputa imposible reunir en Africa del Norte unos efectivos suficientes para asegurar la defensa contra una ofensiva alemana, que tomaría el camino de España y del Marruecos español, con la complicidad, muy verosímil, del Gobierno español; por tanto, el armisticio es el único medio de proteger a Africa del Norte y, por consiguiente, de conservar a Francia los medios para una eventual reanudación de la lucha. Considera, por otra parte, que el Gobierno no puede abandonar el territorio de la metrópoli, dejando a la población “expuesta a las crueldades del enemigo”. Finalmente, ¿no es de temer que, si se abandona por completo el territorio continental a la ocupación extranjera, se constituya en París un gobierno dispuesto a colaborar con las autoridades alemanas? La petición de armisticio—afirma—es considerada necesaria por todos los generales al mando de ejércitos o de cuerpos de ejército. Desestimar su opinión es negarse a “ver la realidad” y entregarse a lucubraciones.

Gran Bretaña es llamada a intervenir en estos debates. ¿Aceptaría relevar al Gobierno francés de su compromiso del 28 de marzo, es decir, autorizarle para firmar un armisticio separado? En la otra hipótesis, ¿podría participar, eficazmente, en plazo inmediato, en la defensa de Africa del Norte? La actitud del mayor de los neutrales no es menos importante, puesto que los jefes militares franceses y algunos miembros del Gobierno están convencidos de que Gran Bretaña—incluso con la ayuda de la flota francesa—no podrá prolongar su resistencia durante mucho tiempo si no intervienen los Estados Unidos. Por tanto, el Consejo de ministros decide, el 13 de junio, dirigir un llamamiento al presidente Roosevelt, y esperar la contestación americana antes de pro-

nunciarse sobre la cuestión del armisticio: el Gobierno francés desea sopesar los riesgos si continúa en guerra.

El Gobierno británico considera inevitable la derrota francesa en la metrópoli; así, pues, se niega a comprometer en la batalla de Francia su aviación de caza, que le será necesaria para asegurar la defensa de las Islas Británicas una vez fuera de combate el ejército francés. No desea sino limitar las consecuencias que ha de tener para los intereses de Gran Bretaña esta derrota francesa. Pero vacila en cuanto a los medios de conseguirlo. El primer ministro, Winston Churchill, declara en Tours, el 13 de junio, que no puede desligar al Gobierno francés del compromiso del 28 de marzo; pero que no hará *ningún reproche* a Francia si decide abandonar la lucha; el 14 reitera su negativa, después de una deliberación del Gabinete; sin embargo, el 16 de junio avisa al Gobierno francés que accede a la conclusión del armisticio, a condición de que la flota de guerra se dirija inmediatamente a puertos ingleses; pero tres horas más tarde anula este mensaje. A fin de cuentas, adopta otra postura—el ofrecimiento de una “Unión franco-británica”—destinada a proporcionar argumentos a los adversarios del armisticio, garantizando a Francia—si sigue en guerra—que Gran Bretaña defenderá los intereses franceses como los propios; ofrecimiento que, hecho de improviso y sin haber sido debidamente estudiado, no consigue su objeto. El resultado de estas vacilaciones es que el Consejo de ministros francés, el 16 de junio, no se ve obligado a decidir en cuanto a la flota; y se encuentra solamente en presencia del ofrecimiento de *Unión*, que no toma en serio. Parece ser que en ningún momento se ha hecho un verdadero esfuerzo—ni de una parte ni de otra—para estudiar en qué condiciones el Gobierno inglés hubiera podido acceder al armisticio francés. De todas maneras, ¿han tenido alguna importancia estos pasos en falso? El Gobierno francés, de haber accedido a enviar la flota francesa a puertos ingleses, hubiera perdido toda posibilidad de conseguir el armisticio: Alemania no hubiera tenido ya ningún interés en detener las hostilidades contra Francia, de haber ido a parar esta fuerza naval, intacta, a manos inglesas. Pero los cambios de opinión ingleses han permitido a los partidarios franceses del armisticio evitar, en el seno del Gobierno, un debate esencial.

¿Ha tenido mayor alcance práctico el llamamiento dirigido por el Presidente del Consejo al Gobierno de los Estados Unidos? El embajador de los Estados Unidos no ha hecho concebir ningún género de ilusiones al Gobierno francés: el estado de la opinión pública—había dicho—no permitía al Presidente Roosevelt comprometerse con respecto a Francia. Esta advertencia había sido tan clara puesto que, a los ojos del Departamento de Estado, las gestiones francesas eran una simple formalidad, destinada únicamente a *los archivos*. La insistencia de Winston Churchill cerca de Franklin Roosevelt no había hecho variar en nada ese estado de ánimo. La contestación, conocida en Burdeos en la mañana del 16 de junio, declina toda promesa, que el Congreso de

los Estados Unidos sería el único calificado para dar; pero se guarda bien de dejar prever una reunión de dicho Congreso.

Respuesta negativa de los Estados Unidos y negativa inglesa a arriesgar su aviación de caza en la batalla de Francia eran, evidentemente, unos argumentos de importancia, que fortalecían la tesis de los partidarios franceses del armisticio. La convicción inversa, cuya expresión más vigorosa fue la nota redactada, el 13 de junio, por el ministro de Armamentos, Raúl Dautry, se basaba en perspectivas a largo plazo: Alemania, victoriosa en el continente europeo, no podría vencer si la guerra se hacía mundial; no disponía de medios de producción suficientes para resistir a la coalición de aquellos que se sentirían amenazados por su hegemonía; y terminaría por sucumbir, en un plazo de tres o cuatro años. La medula del debate estaba constituida por dos interrogaciones: ¿Contaría el Gobierno francés con medios suficientes para proseguir la guerra en Africa del Norte, si se decidía a hacerlo? ¿Podría Gran Bretaña continuar la lucha una vez fuera de combate la mayor parte de las fuerzas francesas de tierra? Dos preguntas solidarias.

Los territorios franceses del Norte de Africa contaban solamente con unos recursos militares mediocres. Los efectivos equivalían, numéricamente, a ocho o diez divisiones, pero mal equipadas y mal dotadas de artillería pesada y de tanques. ¿Era posible aumentarlos sensiblemente? Hubiera hecho falta poder trasladar a Africa del Norte, en un plazo de diez días, parte del ejército que se batía en retirada en la metrópoli o, por lo menos, los refuerzos disponibles en los centros de reclutamiento (500 000 hombres, según unos, y 350 000, según otros), así como los jóvenes todavía no llamados a filas. El Estado Mayor general no creía poder efectuar tal traslado, puesto que el tonelaje inmediatamente disponible era insuficiente; todo lo más, hubiera conseguido hacer pasar algunas unidades aisladas, que se habrían visto obligadas a abandonar su material pesado. ¿Se trataba de un punto de vista pesimista, influido por una idea preconcebida? Para facilitar una contestación verosímil no basta afirmar que en los puertos franceses todavía no alcanzados por el enemigo había gran cantidad de barcos mercantes, tal vez de 400 a 500, representando un total de 600 000 toneladas. Habría que demostrar, también, que estos barcos hubieran podido ser reunidos, en tiempo útil, en aquellos puertos a los que se podían dirigir las tropas, y disponer en ellos de carbón, o que la marina mercante inglesa hubiera podido prestar una ayuda inmediata al transporte.

En cuanto al argumento de que la retirada hacia Africa del Norte hubiera sido posible, de haberse decidido a finales de mayo, parece superfluo insistir en él. Indudablemente, el Gobierno comprendía que la guerra estaba perdida; ¿pero podía soñar en abandonar el territorio metropolitano, en tanto que la derrota no fuera evidente?

Si el refuerzo de las guarniciones de Africa del Norte parecía irrealizable y no se podía contar con la ayuda de tropas inglesas, ¿podrían hacer frente estas guarniciones a un ataque italiano, efectuado por las quince divisiones acantonadas en Libia? Y, sobre todo, ¿qué resistencia podrían oponer a un ataque alemán? Ataque imposible, sin duda, por la vía marítima directa, puesto que las flotas inglesa y francesa ejercían en el Mediterráneo un dominio absoluto. Ataque posible, por el contrario, en el caso de que el ejército alemán pasara por España, puesto que el cruce del estrecho de Gibraltar, cuyas dos orillas estaban en poder de los españoles, no tropezaría con los mismos obstáculos que el del Paso de Calais. ¿Cuál sería la actitud del general Franco ante una petición o un ultimátum?

El Gobierno español, el 14 de junio, aunque al margen de los intereses franceses, ocupó la ciudad de Tánger, considerándose ante la nueva situación, intérprete del Estatuto Internacional. Entre las posibilidades que ofrecía la situación dramática de Francia y la autorización de paso a las tropas alemanas, el margen era, ciertamente, grande. ¿Pretendería Franco aprovechar la ocasión para extender la zona española de Marruecos a expensas de la zona francesa, e, incluso, apoderarse de todo el imperio cherifiano? El Estado Mayor francés consideraba esta posibilidad como una certidumbre. ¿En qué indicios precisos fundaba esta opinión? Se desconocen, aún hoy, los informes de la Embajada francesa en Madrid. Solamente conocemos, gracias a los archivos alemanes, la actitud del Gobierno español respecto al Reich.

El 10 de junio, el ministro del Interior dijo al embajador alemán que la entrada de Italia en la guerra no podía suponer, automáticamente, la intervención de España, añadiendo que el Gobierno de Madrid "observa de cerca" la situación, a fin de intervenir "en el momento decisivo". El día 16, durante una entrevista con Hitler, el general Vigón hizo ver que su Gobierno, en el caso de que participara en la guerra, desearía reivindicar Gibraltar y el Marruecos francés. En esa entrevista la cuestión del *derecho de paso* a favor de las tropas alemanas no fue abordada.

El día 19, el Gobierno español, según memorándum dirigido a Berlín, señalaba que solo podría intervenir "tras un período de preparación de la opinión pública" y en el caso de que Gran Bretaña, una vez firmado el armisticio por Francia, continuase la guerra. En ese memorándum las reivindicaciones eran mayores, pues se extendían al departamento de Orán, a una parte del Sahara y a cierta ampliación territorial de las colonias españolas de la costa occidental de Africa, indicando, para ello, que Alemania tendría que proveer de todo el material de guerra necesario, artillería pesada, carburantes, suministros alimenticios e incluso submarinos. En suma, Franco, de este modo, demoró una decisión inmediata, con una promesa a largo plazo\*.

\* El día 23 de octubre de 1940 se produjo la entrevista de Franco y Hitler,



Desde el punto de vista francés, para paralizar una posible intervención española, o, al menos, para dar a la defensa del Africa del Norte francesa una disposición adecuada, hubiera sido preciso ocupar enteramente el Marruecos español. Carentes de artillería y de carros de combate, las guarniciones del Africa del Norte francesa ¿eran capaces de suprimir esta *cabeza de puente*?

La capacidad de resistencia que podía ofrecer por sí la Gran Bretaña era un elemento de apreciación aún más importante. El Gobierno francés no contaba con medios para sostenerse en Africa del Norte si no se le aseguraba la colaboración de la flota inglesa; ¿no podía abrigar el temor de ver a Gran Bretaña sucumbir, a su vez, al cabo de pocas semanas, ante un desembarco alemán, o ceder al desaliento, desautorizar a Winston Churchill y buscar una paz de compromiso a costa de Francia? En definitiva, el traslado del Gobierno francés a Africa del Norte era un acto de fe en la voluntad de la nación inglesa y en la eficacia de sus medios de combate. Y esta fe no la tenían los jefes militares y navales franceses. ¿Por qué les parecía inevitable la derrota inglesa a corto plazo? Sin duda estaban convencidos de que las tropas inglesas no podrían salir airoso allí donde las francesas habían fracasado. Y también les inclinaba a pensar que Gran Bretaña no esperaría a estar vencida para negociar el rencor que sentían hacia una aliada cuya participación en la batalla de Francia había sido demasiado parsimoniosa para su gusto.

¿En qué datos basaba su confianza, por su parte, el Presidente del Consejo francés? ¿Contaba únicamente con la resolución y el carácter del primer ministro inglés y con la tenacidad que el pueblo inglés ha demostrado en todas las grandes crisis de su historia? ¿Tenía razones de esperanza más concretas? No lo sabemos.

Ahora bien, según parece, estas cuestiones esenciales nunca han sido examinadas en detalle en las deliberaciones del Consejo de ministros. Si Africa del Norte estaba destinada a convertirse en el *trampolín* de la liberación, ¿cómo era más fácil asegurar su protección: con el armisticio, o con la transferencia del Gobierno? ¿Y cuáles eran las posibilidades de resistencia? Se manifestaron opiniones encontradas, pero no basadas en un estudio concreto de los medios—que tal vez

en Hendaya. Franco mantuvo una posición que pudiéramos denominar *dilatatoria*. Ante las exigencias y proposiciones de Hitler, dijo, entre otras cosas: "España carece de trigo. ¿Puede Alemania suministrarle cien mil toneladas? No tenemos artillería pesada para tomar Gibraltar, pues sería contrario a nuestro honor aceptar que los alemanes se apoderasen de Gibraltar a beneficio nuestro. Por tanto, ¿pueden ustedes prestarnos artillería pesada?" En relación a este último punto, el número de cañones que pidió Franco fue tan elevado, que incluso un profano en materia militar, como yo, hubiese comprendido que Franco ponía condiciones tan draconianas a su participación activa en la guerra contra Inglaterra precisamente con intención de sustraerse al Compromiso" (Según Paul Schmidt, intérprete alemán de la entrevista. Cf. *A B C*, Madrid, 22 de octubre de 1960, pág. 53). (Nota del editor español).

no hubiera sido posible por falta material de tiempo—, pero que ni siquiera se esbozó. En realidad, la discusión entre partidarios y adversarios del armisticio parece haber sido dominada no por una evaluación objetiva de las posibilidades, sino por conceptos diferentes acerca del interés y el honor de la nación. Según unos, Francia no podía confesarse vencida: debía seguir en guerra, no solo porque la acción de su flota podía disminuir las posibilidades de una victoria alemana total, sino también porque lo exigían la dignidad y el sentido de la grandeza nacional: lo que importaba, ante todo, era *salvar el espíritu*. Los otros, convencidos de que era ilusorio esperar una *liberación hipotética*, no querían imponer a la nación nuevos sufrimientos, que—a su modo de ver—serían vanos. Por un lado, una conciencia arraigada de las obligaciones que imponía un gran pasado, y un deseo ardiente de salvaguardar ante el mundo el prestigio nacional, cualesquiera que pudieran ser las consecuencias. Por otro, una obsesión de *realismo*, un sentimiento de prudencia, que aconsejaban limitar las consecuencias inmediatas del desastre.

Esta divergencia fundamental se encontraba agravada por la desconfianza. El general en jefe reprochaba al Presidente del Gobierno hacer caso omiso del honor militar, que no podía admitir una capitulación *vergonzosa*; y de tomar una actitud que, bajo la capa de un acto de *valor verbal*, tenía por resultado *hacer recaer sobre el alto mando las responsabilidades contraídas*. El Presidente del Consejo y algunos ministros atribuían a los grandes jefes militares propósitos políticos: subordinar cualquier otra preocupación al deseo de asegurar el "mantenimiento del orden" en el interior; tal vez, incluso, obligar al Gobierno a una decisión que desacreditaría al régimen y abriría las puertas a una dictadura. Esta desconfianza mutua contribuía a hacer aún más difícil el examen objetivo de la situación, puesto que los argumentos esgrimidos por una y otra parte eran considerados, de antemano, con suspicacia.

Los elementos de información acerca de la actitud del Consejo son imprecisos. La mayoría parece haber sido favorable al principio a la solución "holandesa"—preconizada por el Presidente del Consejo—; pero esta mayoría parece inclinarse, el día 16, hacia la sugerencia de Chautemps. ¿Por qué, cuando, en la noche del 16 de junio, el mariscal Pétain, ministro de la Guerra, ha amenazado con retirarse si el Gobierno no decidía pedir el armisticio, el Presidente del Consejo ha permitido, sin obligar a los miembros del Gobierno a definirse mediante una votación? Al retirarse sin haber estado en minoría en el seno del Gabinete—ha dicho—trataba de conservar sus posibilidades de ser llamado al poder nuevamente, al cabo de algunos días; hubiera comprometido tal eventualidad de haber una votación en la que estaba seguro de tener en contra a trece ministros. Se trató, en suma, de una maniobra de táctica parlamentaria en unos momentos dramáticos. ¿Por qué, si estaba convencido de que el armisticio, nefasto, no era inevi-

table, no reorganizó su Gabinete, excluyendo a Pétain y sustituyendo al comandante en jefe? Cedió—según él—al criterio del Presidente de la República, que le aconsejaba “inclinarse ante la mayoría”, y que consideraba que la dimisión del mariscal Pétain y la sustitución del general Weygand supondría un *golpe dramático* para la opinión pública. ¿No hubiera sido necesario que el Presidente del Consejo pusiera a sus colegas del Gabinete ante la disyuntiva? Al no hacerlo así, daba lugar a pensar que, en el fondo, no creía en la solución que defendía y prefería no tener que aplicarla.

¿Por qué aceptó el Gobierno alemán esta petición de armisticio? Hubiera podido llevar sus tropas hasta el Mediterráneo sin gran trabajo, puesto que el ejército francés, dislocado, no podía ya oponer sino resistencias esporádicas. Si no lo hizo ¿fue porque quería poder volver inmediatamente contra Gran Bretaña el grueso de sus fuerzas? No, puesto que ya tenía las manos libres en este aspecto, desde el momento en que sus tropas ocupaban la mayor parte de las costas francesas. Pero la negativa de armisticio hubiera tenido como consecuencia indudable la instalación del Gobierno francés en Africa del Norte; por consiguiente, el Gobierno alemán se hubiera visto obligado a administrar, directamente, el territorio francés; y Francia, todavía beligerante, hubiera puesto sus fuerzas navales a disposición de Gran Bretaña. Ciertamente es que el Gobierno alemán no podía esperar hacerse con tales fuerzas navales en los términos de un acuerdo de armisticio, porque, en ese caso, ¿qué interés hubiera podido tener el Gobierno francés en que cesaran las hostilidades? Sin embargo, deseaba obtener la *neutralización* de estas fuerzas—nueve acorazados, catorce cruceros, treinta y seis torpederos y cuarenta y ocho submarinos—, de importancia considerable para la guerra general, en la que las operaciones navales desempeñarían, en adelante, en la lucha contra Gran Bretaña, un papel esencial. Por tanto, consideraba *prudente* dejar al Gobierno francés “la esperanza de recobrar la posesión de su flota, una vez firmada la paz”. Tales eran los puntos de vista que Hitler indicaba a Mussolini el 18 de junio.

Así, pues, el destino de la flota francesa es el verdadero centro de interés en las negociaciones, desde el punto de vista alemán. Bien es verdad que, por el contrario, estas negociaciones sustraen a la ocupación alemana las costas francesas del Mediterráneo e impiden un eventual acceso del ejército alemán a Africa del Norte, que podrá convertirse en un *trampolín* para el adversario. Pero Hitler, en junio de 1940, cree que podrá romper la resistencia inglesa mediante un ataque directo; no piensa, por tanto, en una batalla del Mediterráneo; y se ocupa todavía menos de la importancia estratégica que podrá tener algún día el Africa del Norte francesa: en el informe acerca de la entrevista del 16 de junio entre el Führer y el Duce, ni siquiera se menciona el Norte de Africa. Hasta el mes de septiembre, después del fracaso de la ofensiva aérea contra Gran Bretaña, y de haberse abandonado el proyecto de

desembarco, no adquieren las perspectivas mediterráneas su verdadero valor; y el Almirantazgo alemán estima necesario *proteger el noroeste de Africa*, para evitar que Gran Bretaña establezca ulteriormente una base de partida para una ofensiva contra Italia (1).

No obstante, en el estado actual de la información histórica, esta interpretación verosímil no es sino una hipótesis.

\* \* \*

El 17 de junio, la petición francesa de armisticio es remitida al Gobierno alemán. En la tarde del 18, en Londres, en el momento en que Winston Churchill acaba de declarar en la Cámara de los Comunes que Gran Bretaña continuará combatiendo, el general De Gaulle conjura a los franceses a no aceptar un armisticio que sería *un vasallaje*. Invoca “el honor, el sentido común, el interés superior de la patria”. El 30 de junio, ocho días después de la firma del armisticio, anuncia la formación de un Consejo de defensa de las colonias francesas, y proclama el propósito de hacer “que Francia vuelva a participar en la guerra”. El Movimiento de *Francia libre*—nombre que adopta entonces—consigue la adhesión de la mayor parte de los territorios del Africa Occidental y Central, así como el de las pequeñas colonias del Pacífico y de las cinco factorías de la India. Muy pronto hará acto de presencia en las operaciones de guerra; pero, desde el primer momento, tiene un gran alcance moral: “la llama de la resistencia francesa no debe apagarse, y no se apagará”.

#### BIBLIOGRAFIA

A las citas anteriores, pág. 1098, hay que añadir:

**Sobre la derrota militar.**—LOUIS KAGELTZ (general): *Comment s'est joué notre destin. Hitler et l'offensive du 10 mai 1940*, París, 1957.

**Sobre el armisticio de junio de 1940.** AUPHAN (almirante): *Mémoires, 1940-1942*, París, 1947.—JACQUES BARDOUX: *Un témoin de la Troisième*. T. III: *sept. 1939-juin 1940*, París, 1957.—P. BADOUIN: *Neuf mois au gouvernement, avril-décembre 1940*, París, 1948.—YVES BOUTHILLIER: *Le Drame de Vichy*, París, 1950-1951, 2 vols.—F. CHARLES-ROUX: *Cinq mois tragiques aux Affaires étrangères, 21 mai-1er novembre 1940*, París, 1949.—J. BENOIST-ME-

CHIN: *Soixante jours qui ébranlèrent l'Occident, 10 mai-10 juillet 1940*, París, 1956, 3 vols. (tomo III). (Ver la crítica de esta obra por L. MARIN, en “Revue d'histoire guerre mondiale” octubre 1957, págs. 41-46, así como por P. DHERS: *Regards nouveaux sur les années quarante*, París, 1958).—MARC BLOCH: *L'étange défaite*, París, 2.ª ed., 1957.—R. DAUTRY: *Note au président du Conseil (13 juin 1940)*, en “R. histoire deuxième guerre mondiale” juin 1951, págs. 55-58.—A. KAMMERER: *La Vérité sur l'Armistice*, París, 2.ª ed., 1945.—LOUIS MARIN: *Contribution à l'étude des prodromes de l'armistice*, en “R. histoire deuxième guerre mondiale”, junio 1951, págs. 1-26.—K. J. MULLER: *Französisch Nord-Afrika und der deutsch-französische*

(1) Véanse págs. 1151 y 1152.

*Waffenstillstand von 1940, en Wehrwiss. Rundschau, dic. 1957, págs. 687-700.*—LEON NOEL: *Le projet d'union franco-britannique de juin 1940, en Politique étrangère, enero 1956, págs. 21-38.*—L. NOGUERES: *Le vrai procès du Maréchal Pétain, París, 1955.*—A. TRUCHET: *L'armistice de 1940 et l'Afrique du Nord, París, 1955* (utilizable solamente para el estudio de la situación en Africa del Norte).—Hay que aña-

dir los documentos reunidos en los anejos del *Rapport de la Commission d'enquête parlementaire*, citado en la página 935.

**Sobre la política del movimiento de la Francia libre.**—CH. DE GAULLE (general): *Mémoires de guerre, París, 1955-56, 2 volúmenes.* El tomo I. J. SOUSTELLE: *Envers et contre tout, París, 1947-1950, 2 vol.*

## CAPITULO X

### LA RESISTENCIA DE GRAN BRETAÑA

Al producirse la derrota francesa, Hitler había considerado como seguro que Gran Bretaña se prestaría a una negociación. Un mes después se ve obligado a reconocer que el espíritu de lucha de Gran Bretaña no se ha quebrantado, gracias al ardor de su Primer ministro y a la entereza de su población. El 16 de julio, ordena preparar un desembarco en las costas inglesas del canal de la Mancha: La ofensiva aérea alemana, que alcanza su mayor intensidad el 9 de agosto de 1940, no consigue resultados suficientes para permitir una operación de desembarco. El 17 de septiembre, la ejecución del plan de desembarco es aplazada. La estrategia alemana intenta ahora anular esta resistencia por otros medios: batalla del Atlántico, que trata de impedir—mediante el empleo del arma submarina—la llegada a Inglaterra de los aprovisionamientos americanos; batalla del Mediterráneo, cuyo principal objetivo es la dominación del canal de Suez, para poder cortar las rutas marítimas por las que Gran Bretaña recibe el petróleo del Oriente Medio, así como las materias primas de Insulindia. ¿Cuál es la postura adoptada por España, por los Estados Unidos y por el Gobierno de Vichy, en el transcurso de este año—de junio de 1940 a junio de 1941—en el que Gran Bretaña permanece sola frente a Alemania e Italia?

#### I. LA BATALLA DEL MEDITERRANEO

El Gobierno alemán, mientras consideró seguro el éxito de un desembarco que conduciría a la capitulación de Gran Bretaña, no concedió ninguna importancia a las perspectivas mediterráneas. El Estado Mayor Naval no indicó otros procedimientos que posibilitarían vencer la resistencia inglesa, si se desistía del plan de desembarco, hasta principios de septiembre de 1940, cuando la ofensiva aérea contra Inglaterra había empezado ya a mostrar síntomas de desfallecimiento. Sugirió una acción contra Gibraltar y, principalmente, una expedición desde Libia, que se dirigiría contra el canal de Suez y podría quebrantar el imperio británico. El 26 de septiembre, el almirante von Raeder había añadido otro argumento: el Gobierno británico podría pensar algún día en un desembarco en *Africa nordoccidental*, para establecer en ella una base de ofensiva contra Italia; la presencia alemana en Gibraltar descartaría este riesgo. Para “arreglar la cuestión del Mediterráneo”—había dicho Hitler—era necesario obtener la cooperación de España o la de Francia. Si se carecía de este apoyo, la flota inglesa dominaría

las líneas de comunicación, puesto que la flota italiana no podía medirse con ella, y los submarinos alemanes no podrían penetrar en el Mediterráneo, sino a costa de grandes pérdidas: por consiguiente, el cuerpo expedicionario de Libia correría el riesgo de ver cortado el enlace con sus bases de aprovisionamiento.

Es indudable que Francia y España no son los únicos países a los que afecta esta estrategia mediterránea. ¿No ha prometido Turquía—firmante del pacto del 19 de octubre de 1939—prestar a Gran Bretaña “toda la ayuda que esté a su alcance”, en el caso de que esta sea atacada en el Mediterráneo por cualquier Estado europeo, a excepción de la U. R. S. S.? ¿No ha firmado también un tratado con Grecia? Pero cuando el Gobierno británico quiere hacer valer este compromiso, el Gobierno turco se retrae; y manifiesta, por medio de su prensa, que una intervención armada de Turquía no representaría ninguna ayuda efectiva para los intereses ingleses. Lo mismo sucede cuando las tropas italianas penetran en Grecia. Así, pues, la política alemana sabe que no tiene nada que temer por parte de Turquía. No tardará en comprobar que tampoco puede esperar nada. Cuando, en mayo de 1941, ofrece la conclusión de un “tratado de amistad” que, en un anexo secreto, concedería a las fuerzas alemanas el derecho de tránsito a través del territorio turco, con vistas a atacar a Egipto, el Gobierno de Ankara se muestra dispuesto a hacer una promesa de no agresión, porque espera obtener, en compensación, ventajas comerciales; pero niega el paso.

#### ESPAÑA

Tanto en la batalla del Atlántico como en la del Mediterráneo, España goza de una importante situación estratégica. Los puertos españoles del Atlántico podrían proporcionar al Almirantazgo alemán las bases necesarias para ampliar el radio de acción de sus submarinos. La amenaza que una intervención armada de España haría pesar sobre la fortaleza de Gibraltar comprometería la seguridad de la ruta marítima mediterránea, esencial para el Imperio británico. Por último, el territorio español ofrece una vía de acceso que podría permitir llevar sin grandes riesgos hacia Libia, por el Africa del Norte francesa, las tropas destinadas a atacar a Egipto.

El Gobierno alemán no había tenido interés en explotar estas posibilidades en junio de 1940; pero en el otoño sí lo tiene; y, además, espera conseguirlo con facilidad. ¿No va a ceder el general Franco a la tentación de recuperar Gibraltar, con la ayuda de la artillería pesada y de las tropas aerotransportadas alemanas? ¿No puede pensar en una expansión colonial en Africa, a costa de la Francia vencida? ¿Y no cabe pensar que una victoria inglesa pudiera significar la liquidación de todos los regímenes autoritarios?

Frente a estas perspectivas, el Gobierno británico no tiene otros me-

dios de acción que la presión económica y financiera. España tiene absoluta necesidad de importar cereales, algodón, caucho y petróleo; y, para pagar estas importaciones, desea obtener créditos; el Gobierno británico puede cerrarle el acceso a los mercados del Canadá, de la Argentina y de las Indias holandesas, es decir, obstaculizar el abastecimiento de cereales y de caucho; en cuanto al algodón y al petróleo no puede hacerlo, así como tampoco ofrecer un empréstito al Gobierno español. Por consiguiente, lo que interesa principalmente es la actitud de los Estados Unidos. El Gobierno de Washington, al dar a conocer, en junio de 1940, que no concederá a España ningún apoyo económico o financiero mientras no estén perfectamente claras las intenciones del Gobierno de Madrid con respecto a las potencias del Eje, proporciona a la política británica una importante ayuda. ¿Pero será suficiente? En el otoño de 1940, la embajada inglesa en Madrid apenas si conserva esperanzas.

Durante cinco meses, la diplomacia del Eje trata de conseguir, en distintas ocasiones, la entrada de España en la guerra. El 25 de septiembre de 1940, Ribbentrop ofrece a Serrano Súñer, hermano político de Franco, la ayuda alemana para conquistar el Marruecos francés y la provincia de Orán, a condición de que el Gobierno español acceda a la instalación de bases navales alemanas en el archipiélago de las Canarias y en la isla de Fernando Poo; pero no es todavía sino un *sondeo*. El 23 de octubre, en la entrevista de Hendaya, la cuestión española se hace más urgente, puesto que el proyecto de desembarco en Inglaterra ha sido aplazado *sine die*; se presenta también en unas condiciones más favorables, ya que Serrano Súñer—que no oculta su simpatía hacia Alemania—es ahora ministro de Asuntos Exteriores. Hitler y Ribbentrop proponen un tratado de alianza cuyo objetivo inmediato sería la conquista de Gibraltar; ofrecen también dar posesión a España de territorios coloniales franceses, pero sin concretar cuáles. El general Franco contesta poniendo unas condiciones que sabe irrealizables: no podría pensar en una intervención—dice—, a menos que Alemania le facilitase previamente 100 000 toneladas de trigo, así como el material de artillería necesario para la defensa de las costas españolas contra las escuadras inglesas. Simple evasiva. La cuestión vuelve a tratarse el 18 de noviembre, en Berchtesgaden, en una entrevista entre Serrano Súñer y Hitler; y el 7 de diciembre, en Madrid, con motivo de una visita del almirante Canaris, jefe de los servicios de información alemanes; el Gobierno alemán pide una contestación urgente, puesto que los fracasos sufridos en Grecia, a primeros de diciembre, por las tropas italianas, han aumentado las dificultades de la estrategia mediterránea; quisiera, por tanto, lanzar una ofensiva contra Gibraltar en los primeros días de enero de 1941. Una vez más, Franco contesta que no está en condiciones de intervenir en un plazo tan breve, si bien dando a entender que tal vez pueda hacerlo más tarde. Hitler saca en consecuencia (así se lo dice a sus colaboradores el 9 de enero), que el jefe del

Gobierno español quiere esperar a que Gran Bretaña esté *a punto de derrumbarse*. Cuando Mussolini insiste, a su vez, en la entrevista de Bordighera, el 12 de febrero de 1941, la respuesta del Gobierno español sigue siendo evasiva. Al regreso de esta entrevista, el general Franco se reúne en Montpellier con el mariscal Pétain, le informa de las tentativas alemana e italiana y le pide que *apoye su negativa*.

¿Cuáles pueden ser las razones verosímiles de esta negativa, cuyos motivos no permiten apreciar completamente los escasos documentos y referencias españoles? Parece ser que la razón determinante ha sido el temor a disturbios internos: el pueblo español, agotado por los sufrimientos de su guerra, desea conservar la neutralidad, tanto más cuanto que la entrada en la guerra le expondría al bloqueo inglés; el Gobierno, si decidiera decretar la movilización, tendría que armar a sus adversarios, exponiéndose a un rebrote de la guerra civil. Pero la intervención provoca, además, otras objeciones, incluso en los círculos más adictos al régimen franquista, puesto que los mandos superiores del ejército—observa el embajador de los Estados Unidos—no aceptan la perspectiva de tenerse que poner a las órdenes del Alto Mando alemán. Por último, los beneficios de una intervención siguen siendo muy aleatorios: España, si entra en la guerra, se expone a perder sus posesiones insulares en el Atlántico, que a Gran Bretaña no le costará gran trabajo ocupar; bien es verdad que, en caso de una victoria de las potencias del Eje, podría obtener una extensión territorial en África del Norte; pero no ha conseguido de Alemania sino promesas inconcretas; y sospecha que el origen de estas reticencias puedan ser las ambiciones italianas en el Mediterráneo occidental. Así, pues, estos son los motivos que parecen haber determinado la abstención española.

Por otra parte, el Gobierno alemán no está decidido ni a pagar con largueza la ayuda española, ni a imponer su voluntad por la fuerza. ¿Por qué Hitler no le confirma a Franco, en la entrevista de Hendaya, las promesas a costa de los dominios coloniales franceses, que insinuara Ribbentrop un mes antes? Estos compromisos—piensa—serían prematuros; y harían inútil la oferta de colaboración que tiene intención de hacer, inmediatamente después, el mariscal Pétain. Además, ¿se podría conseguir que tales ofrecimientos permanecieran en secreto? Si se divulgaran, los territorios franceses amenazados abandonarían al Gobierno de Vichy; y se pondrían bajo el control del Movimiento de Francia Libre. Ahora bien, ¿por qué renuncia Hitler, cuando comprueba las evasivas del general Franco, a lanzar *la operación Félix*, es decir, a hacer entrar sus tropas en España? ¿Porque teme a unas guerrillas, que amenazarían las comunicaciones de un ejército alemán aventurado en África? ¿Porque no quiere facilitar a Gran Bretaña una oportunidad para establecer en los archipiélagos españoles unas bases susceptibles de entorpecer el desarrollo de la guerra submarina? Todo esto no son sino hipótesis en el estado actual de la información histórica.

## FRANCIA

Al tiempo que Alemania lleva a cabo estas inútiles negociaciones con España, piensa, por las mismas razones, obtener de la Francia vencida su colaboración contra Gran Bretaña. En tres ocasiones—julio de 1940, octubre de 1940 y mayo de 1941—trata de iniciar las negociaciones con el Gobierno de Vichy, o las inicia. El carácter y el alcance de estas tentativas varían, según el estado de las operaciones militares o navales y según las perspectivas estratégicas. Por consiguiente, hay que estudiarlas en el cuadro del desarrollo general de la contienda.

La primera tentativa—la de julio de 1940—tiene lugar apenas tres semanas después de la firma del armisticio. Está relacionada, directamente, con el acto de fuerza llevado a cabo por la escuadra inglesa del Mediterráneo contra los buques de guerra franceses.

El artículo 8 de la convención de armisticio había previsto que la flota de guerra francesa, de la que solo una pequeña parte—una división de cruceros—se encontraba en Tolón, y cuyas unidades más importantes estaban en Bizerta, en Mers-el-Kébir y en Dakar, se reuniría “en los puertos de amarre en los que estaba en época de paz” y sería desarmada en ellos. Esta cláusula había de tener como consecuencia el traer las dos terceras partes de la flota a los puertos metropolitanos y colocarla *bajo el control* de Alemania e Italia. ¿No podía transformarse el control en una toma de posesión? La única garantía contra este riesgo era una declaración—ni siquiera una promesa—, que figuraba en este mismo artículo: el Gobierno alemán—decía el texto—no tenía *intención* de utilizar los buques franceses para las operaciones de guerra contra Gran Bretaña.

¿Cómo confiar en esta declaración alemana?—dice el Gobierno británico—. Una vez desarmada, la flota francesa quedaría “a merced de los ocupantes”. A esto replica el Gobierno francés que los navíos se hundirían si se vieran amenazados de caer en manos de los alemanes o de los italianos; las órdenes dadas por el almirante Darlan, el 23 de junio, pocas horas antes de la firma del armisticio, y ratificadas al día siguiente, especifican que la flota “será siempre francesa o perecerá”; y que, en tal caso, el hundimiento deberá ser efectuado aun contraviniendo cualquier orden posterior. Pero el Gobierno británico tiene sus dudas, bien sea en cuanto a la sinceridad de las intenciones francesas o en cuanto a la posibilidad de que se realicen. Esta desconfianza le lleva a la decisión de destruir algunas de las grandes unidades francesas, antes que estas abandonen los puertos de África del Norte para venir a ponerse bajo control alemán: el 3 de julio tiene lugar la acción de Mers-el-Kébir.

El Gobierno de Vichy pone en conocimiento de la delegación alemana de armisticio el ultimátum británico; es informado que “de la

actitud de las fuerzas navales francesas dependerá, en gran parte, su destino futuro". Asimismo, antes incluso de sopesar—y de descartar—una acción de represalia contra Gran Bretaña, trata de conseguir del Gobierno alemán una atenuación de las cláusulas navales del armisticio: la acción de Mers-el Kébir se repetirá—dice—si Alemania persiste en exigir el desarme de la flota francesa en los puertos de la metrópoli. El 3 de julio, por la noche, el presidente de la Comisión alemana de armisticio da a conocer que el Führer acepta el *aplazamiento* del cumplimiento del artículo 8, hasta tanto *se aclare* la situación. El motivo invocado es la actitud de la flota francesa que, en el Mers-el-Kébir, se ha mostrado *dispuesta a defenderse* contra un ataque inglés. El motivo real, sin duda, es el convencimiento de que el cumplimiento del artículo 8 es irrealizable, debido al absoluto dominio naval inglés. Al día siguiente, esta decisión alemana es confirmada por escrito. El Gobierno francés recobra, por tanto, el derecho a disponer de su flota de guerra.

Pero el Gobierno alemán cuenta con una compensación. El 15 de julio, el presidente de la Comisión alemana de armisticio pide que Francia conceda *facilidades* a Alemania para la batalla del Atlántico: derecho a utilizar ocho aeródromos en Marruecos, en la región de Casablanca, y a utilizar el ferrocarril de Túnez a Rabat para el transporte a estas bases aéreas del material, el carburante y las municiones necesarios; derecho a emplear en el Mediterráneo barcos mercantes franceses, bajo escolta alemana, para el transporte desde los puertos italianos a Bizerta de tales aprovisionamientos. En esta nota no se alude en absoluto al abastecimiento de un cuerpo expedicionario italoalemán en Libia dirigido contra Egipto, puesto que en este momento los planes en cuanto al Mediterráneo todavía no han tomado forma; los planes alemanes se limitan, según parece, a plantear—en el cuadro del plan de desembarco en Gran Bretaña—una acción aérea dirigida contra las rutas marítimas, la de Gibraltar y la del Cabo, que atrajera a los buques de guerra ingleses cuando el Almirantazgo reuniera todas sus fuerzas en la Mancha.

Aceptar la petición alemana—contesta el Gobierno francés—sería poner a África del Norte "a discreción de los aviadores y controladores del Reich", y, por tanto, sufrir una agravación de las cláusulas del armisticio; sin embargo, atenúa su negativa, admitiendo la eventualidad de una "nueva negociación"; pero esta imprudencia no tiene consecuencias, porque el Gobierno alemán no insiste.

La tentativa alemana se repite, tres meses después, el 24 de octubre, en la entrevista de Montoire. El Führer, que ha *aplazado* el plan de desembarco en Inglaterra, regresa de Hendaya, donde no ha conseguido la entrada de España en la batalla del Mediterráneo (1). Sin embargo, se declara convencido de que Alemania derrotará a Gran Bretaña,

(1) Véase pág. 1153.

obteniendo, por tanto, una victoria completa. ¿Quién *pagará los gastos*? ¿Gran Bretaña o Francia? El Gobierno francés puede escapar a las consecuencias de su derrota y obtener de Alemania una *paz de reconciliación*, que dejaría intacto su imperio colonial. Para hacerse acreedor a esta *benevolencia*, mientras prosigue la lucha entre Alemania e Inglaterra, debe restablecer su autoridad en el Imperio, es decir, reconquistar las colonias puestas bajo el control del general De Gaulle, y asegurar su defensa contra la Gran Bretaña que, indudablemente, tratará de establecer una base naval en Dakar: se trata, pues, de una *invitación indirecta* a hacer intervenir en la guerra contra Gran Bretaña a las fuerzas militares y navales francesas. Si Francia rechaza esta proposición—le dijo Hitler a Laval la antevíspera de la entrevista—, en el caso de que el Gobierno alemán tenga oportunidad de firmar con Gran Bretaña una paz de compromiso, lo hará a costa de Francia.

El jefe del Gobierno francés replica (según testimonios alemanes) que Francia no está en condiciones de comprometerse en una nueva guerra; y que ni siquiera puede, dado lo restringido de los medios militares que le autoriza el armisticio, defender sus posesiones africanas. No obstante, trata de saber cuáles serían las condiciones alemanas de paz, en cuanto a Alsacia-Lorena y a Francia septentrional. Pero el Führer aplaza su contestación hasta un nuevo examen de la cuestión.

El alcance moral de la entrevista es considerable, puesto que da lugar a creer que el Gobierno de Vichy se dispone a una *colaboración* real con Alemania. Ahora bien: si el principio de esta colaboración ha sido efectivamente tratado por el mariscal, no se ha estudiado ninguna modalidad práctica: en una conferencia del 4 de noviembre con sus jefes de Estado Mayor, Hitler afirma que no solamente no se ha *concluido* nada en Montoire, sino que la cuestión de las relaciones con Francia todavía no se ha *aclarado*. De hecho, el mariscal Pétain escribe al general Weygand, el 9 de noviembre, que admite una colaboración "económica", pero que rechaza toda concesión de bases aéreas o navales y, *a fortiori*, "toda idea de agresión contra Inglaterra".

Sin embargo, el Gobierno alemán renueva sus ofrecimientos y sus peticiones, dirigiéndose esta vez solamente al presidente del Consejo. El 29 de noviembre le parece haber conseguido sus propósitos: Pierre Laval, en una conversación con el embajador alemán en París, promete organizar una expedición contra la "disidencia gaullista" en África central, expedición que, muy probablemente, tropezará con una barrera británica. Pero el Consejo de Ministros francés no ratifica esta promesa; y el 13 de diciembre, el jefe del Estado decide destituir, mediante un golpe de fuerza, al presidente del Consejo. Esta decisión ha sido fruto de un acto personal del mariscal Pétain; pero ha sido preparada por una coalición en la que se han reunido, en Vichy, todos aquellos que—por patriotismo o en defensa de sus intereses económicos—se oponen a aceptar la política de colaboración; unos y otros han teni-



do en cuenta, indudablemente, la disconformidad de la gran mayoría de la opinión pública francesa con esta política. La réplica alemana parece vacilante. El embajador del Reich no trata de imponer el regreso de Pierre Laval al poder: acepta, por tanto, que la ejecución de las promesas hechas el 29 de noviembre sea aplazada; pero, el 17 de diciembre, exige la formación de un Directorio de tres miembros, cuyos nombres le parecen una garantía de que el principio de la colaboración permanecerá en pie. En realidad, uno de estos miembros, el ministro de Asuntos Extranjeros, Pierre-Etienne Flandin, no tarda en resistirse a la presión alemana. El 9 de febrero de 1941 esta resistencia es eliminada: el almirante Darlan, vicepresidente del Consejo, asume la cartera de Asuntos Extranjeros.

Por consiguiente, las negociaciones franco-alemanas vuelven a hacerse posibles. Sin embargo, no se reanudan hasta tres meses después. Darlan accede, por los *Protocolos de París*, a poner a disposición de las fuerzas alemanas el puerto de Beirut y los aeródromos franceses de Siria, así como la base naval de Bizerta, que será abierta al tránsito del material de guerra destinado a Libia; insinúa, sin dar ninguna promesa escrita, que aplicará el mismo régimen a Dakar. Como contrapartida, Francia debe recibir "compensaciones políticas y económicas" no concretadas. Pero el 6 de junio, el Consejo de Ministros francés—a petición de tres de sus miembros, y después de una enérgica intervención del general Weygand—se niega a ratificar las promesas inscritas en los protocolos; para eludir su cumplimiento, decide pedir al Gobierno alemán la previa negociación de las compensaciones, y enfocar el asunto de manera que el fracaso sea muy probable. Las *contrapropuestas* presentadas por la nota francesa del 14 de julio de 1941 se ajustan a estas decisiones: implican la liberación progresiva de los prisioneros de guerra, la reducción de los gastos de ocupación, el establecimiento de un estatuto que dé a la cuestión de Alsacia-Lorena una solución adecuada para "eliminar los conflictos futuros", el abandono de cualquier otra reivindicación alemana o italiana relativa a territorios franceses, metropolitanos o coloniales. El Gobierno alemán considera estas condiciones como inaceptables. Por consiguiente, la ratificación de los protocolos queda en suspenso; pero el almirante Darlan ha puesto ya los aeródromos de Siria a disposición de la aviación alemana y dejado pasar por Bizerta los aprovisionamientos destinados al ejército alemán de Tripolitania. Seis meses más tarde, Darlan—después de haber satisfecho las exigencias alemanas en noviembre, relevando de sus funciones al general Weygand—, parece dispuesto a reanudar las negociaciones; según parece, llega a ofrecer en diciembre facilitar al Almirantazgo alemán información acerca de los movimientos de la flota inglesa; pero no recibe contestación.

Tales son los hechos. En el estado actual de la información histórica no se puede dar una interpretación fiel de todos los puntos. Sin

embargo, el examen crítico de los documentos y los testimonios disponibles permite hacer algunas observaciones y sacar algunas conclusiones provisionales.

La política alemana ha oscilado entre dos objetivos: unas veces ha tratado de conseguir del Gobierno francés una participación directa en la guerra contra Gran Bretaña, y otras se ha contentado con pedir una participación indirecta, limitada a la utilización de bases navales y aéreas. En uno y otro caso, no ha conseguido sino unos resultados muy pobres. ¿Por qué el Gobierno alemán no ha impuesto su voluntad con los medios coactivos a su alcance: ocupación de la *zona libre*, o formación en París de un gobierno en el que solamente figuraran hombres decididos a romper las hostilidades contra Gran Bretaña? Todo intento de explicación ha de tener en cuenta las circunstancias generales de las relaciones entre Alemania y Francia.

En julio de 1940, los dirigentes alemanes esperan poder forzar a Gran Bretaña a la paz, en un plazo de dos o tres meses, mediante un ataque directo contra las Islas Británicas. La posesión de bases aéreas en Marruecos es una precaución suplementaria, pero no esencial. Por consiguiente, la negativa francesa no tiene consecuencias. Hitler todavía no ha planeado una política de *colaboración* con Francia, y quiere esperar el resultado de la batalla de Inglaterra, antes de decidirse. Tal es, al menos, la explicación más verosímil que, en el estado actual de la documentación, no puede ser apoyada con pruebas.

En el otoño de 1940 la situación general es muy diferente, puesto que se ha desistido del proyecto de desembarco en Inglaterra. Por consiguiente, desde el punto de vista alemán, la entrada de Francia en la guerra contra Gran Bretaña se convierte en un objetivo digno de interés. La cuestión de Africa del Norte tiene especial importancia para la batalla del Mediterráneo, ahora en curso. El Gobierno alemán quisiera disponer de bases aéreas y navales en Argelia y Túnez o, por lo menos, impedir la extensión del movimiento gaullista hacia Africa del Norte. Sin embargo, Hitler no lleva a fondo su intento. ¿Por qué, en la entrevista de Montoire, cuando el jefe del estado francés—descartando la eventualidad de una intervención armada—solicita conocer las condiciones alemanas de paz, elude Hitler la contestación? ¿No le hubiera interesado esbozar unas perspectivas seductoras para su interlocutor? Bien es verdad que no hubiera podido dar indicaciones concretas sin consultar al Gobierno fascista, que nunca ha ocultado sus pretensiones sobre Chipre. Pero, al menos, podía haber abordado la cuestión de la frontera franco-alemana. Que se abstuviera de hacerlo, da lugar a pensar que no concedía la suficiente importancia a la colaboración francesa, como para pensar en pagarla.

Bien es verdad que esta participación de Francia espera obtenerla por otros medios. Las *directrices* que señala, el 12 de noviembre de 1940, a su Estado Mayor estipulan un plan de acción en dos tiempos: en pri-

mer lugar, estimular al Gobierno francés a recuperar, con ayuda de las fuerzas alemanas, los territorios africanos que se han puesto bajo la autoridad del general De Gaulle; dar por sentado que luego esta colaboración local podrá ampliarse, llegando a asociar las fuerzas armadas del Gobierno de Vichy a la lucha contra Gran Bretaña. En definitiva, inducir a los hombres que dirigen la política francesa a meter la mano en el engranaje. Pero la política alemana no hace nada para tratar de atraerse la opinión pública francesa, sino bien al contrario. Al decidir la expulsión de 50 000 lorenenses y continuar desmontando las fábricas —lo que agrava el paro—, las autoridades de ocupación hacen inoperante la acción iniciada en Montoire. Indudablemente, el Gobierno alemán estima de poca importancia esta contradicción puesto que sabe que, con respecto a la población francesa, no conseguirá nada y cuenta únicamente con la complacencia de ciertos componentes del Gobierno de Vichy. Desde este punto de vista hay que considerar el acuerdo, cuyas bases establece el embajador Otto Abetz, el 29 de noviembre, con el presidente del Consejo.

Ahora bien, cuando este objetivo fracasa, el 13 de diciembre, ¿por qué no obliga Hitler al jefe del Estado francés a nombrar de nuevo a Pierre Laval, bajo amenaza de una ocupación inmediata de la *zona libre*? Teme—según parece—que esta coacción provoque la afeción inmediata al general De Gaulle de toda el África del Norte francesa, eventualidad peligrosa para el éxito de la batalla del Mediterráneo. Sin embargo, ¿no podría producirse esta secesión de África del Norte por iniciativa del general Weygand? Hitler no descuida esta posibilidad: prevé que, en tal caso, se impondría inmediatamente la ocupación de Francia meridional por las tropas alemanas, para apoderarse de la flota francesa de Tolón, cuya intervención haría “insostenible” la posición del cuerpo expedicionario italo-alemán en Libia (se trata del plan *Atila*, ultimado a finales de 1940). Sin embargo, esta entrada de las tropas alemanas en la *zona libre* no se plantea sino a modo de réplica. ¿Cómo explicar esta prudencia? El motivo hay que buscarlo en la política general alemana: en esta época, Hitler empieza a preparar la guerra contra Rusia; prefiere, por tanto, evitar el inmovilizar en Francia unas tropas que le harán falta en el *Este*. En cuanto a Ribbentrop, parece ser que no le desagrada *abandonar la política de Montoire*, que puede suscitar inconvenientes en cuanto a las relaciones entre Alemania e Italia. La política hitleriana, a principios de 1941, se muestra vacilante, hasta que, el 18 de marzo, el Almirantazgo alemán pide que se reanuden las conversaciones con Francia. Es necesario un acuerdo—dice el jefe superior de la Armada—para impedir que Gran Bretaña, o más tarde los Estados Unidos, pongan la planta en Marruecos o Argelia, así como para *neutralizar* Gibraltar; tal vez se pudiera, incluso, conseguir en el Mediterráneo el apoyo de la flota francesa. Para obtener estos resultados importantes sería necesario, evidentemente, ofrecer al Gobierno de Vichy algunas ventajas futuras. ¿Cuáles? La garantía de las posesiones

coloniales francesas, es decir, la seguridad de que Italia no reivindicará Túnez. Pero Hitler rechaza estas sugerencias, que podrían poner en peligro la alianza italo-alemana; está de acuerdo en que sería conveniente *poner en claro* la posición del Gobierno francés y obligarle a abandonar su actitud de *espera*; pero cree que no ha llegado el momento.

No obstante, dos meses después, el Führer acepta e incluso desea una nueva negociación con Francia. ¿Por qué este cambio? Una vez más, lo explican las circunstancias generales: por un lado, la *defección* de Rudolf Hess ha puesto a Alemania (dice Goebels) “en una situación próxima a la catástrofe”, puesto que ha quebrantado seriamente el crédito del Gobierno alemán con respecto a sus aliados; por otro lado, la entrada de las tropas inglesas en el Irak da un valor inesperado a los aeródromos franceses de Siria. Sin embargo, la política alemana limita sus pretensiones; no trata ya de obtener del Gobierno de Vichy una participación armada en la guerra contra Gran Bretaña, sino únicamente el uso de bases navales y aéreas. Ahora bien: estos objetivos no se consiguen—salvo en Siria—, puesto que la ejecución de los protocolos de París es eludida. Hitler acepta, sin embargo, este semifracaso, porque, decidido a empezar el 22 de junio la guerra en el *Este*, no concede ya sino una importancia secundaria a la batalla del Mediterráneo y, por consiguiente, a las facilidades prometidas por los protocolos de París. ¿No habrá oportunidad de insistir—y con mucho más vigor—el día en que los ejércitos alemanes hayan triunfado en Rusia?

En definitiva, los círculos dirigentes alemanes parecen no haber estado nunca de acuerdo en cuanto al verdadero valor de la colaboración francesa. El Estado Mayor Naval la deseaba; incluso trata de pagarla, en diciembre de 1941—cuando el cuerpo expedicionario de Libia se encuentra en plena retirada—, con el abandono de Alsacia-Lorena. Pero Hitler consideraba, a principios de 1942—sus “conversaciones de sobremesa” son prueba de ello—que el mariscal Pétain era “demasiado viejo” para tomar una decisión; que Pierre Laval no tenía “detrás de sí más que su pasado parlamentario”, y que el Gobierno de Vichy no era sino un “fantasma”; sin embargo, no quería romper con este Gobierno antes de haber solucionado la cuestión rusa y conseguido la “libertad de su retaguardia”. En cuanto a Ribbentrop, se mostraba reticente, porque la política de Montoire había de conducir, lógicamente, a hacer unas promesas que producirían descontento a Italia. Estas divergencias explican sin duda por qué las tentativas alemanas no se llevaron hasta el final.

La interpretación de la política del Gobierno de Vichy es mucho más difícil, puesto que—desgarrado por profundas divergencias de criterio y por cuestiones personales, y habiendo aceptado una soberanía sumamente precaria y expuesta continuamente a la amenaza de una *acción punitiva* alemana—, está condenado, de antemano, a las rastrearías de los débiles. Por otra parte, la única información sobre todos

estos conflictos y todas estas tendencias se basa en documentos sueltos—resto de archivos desaparecidos o expurgados—y en declaraciones de valor muy discutible, puesto que sus autores trataban de justificar su actuación en el curso de ardientes polémicas. ¿Es necesario insistir en que un estudio en tales condiciones es aún más precario y provisional que cualquier otro? Son más las preguntas que plantea que las conclusiones que permite.

Cuando, en julio de 1940, el Gobierno de Vichy rechaza la primera presión alemana, ateniéndose a la neutralidad en las condiciones previstas por el tratado de armisticio, la decisión—aunque preparada y recomendada por el secretario general del Ministerio de Asuntos Extranjeros, el embajador Charles-Roux—es tomada por el mariscal Pétain. El jefe del Gobierno se hace cargo, perfectamente, de que la réplica alemana puede ser la ocupación total del territorio francés; según parece, ha previsto que, en tal caso, la flota de guerra se dirigiría a Africa del Norte, y que el almirante Darlan ejercería la autoridad gubernamental. Por consiguiente, el Gobierno francés no trata, en estos momentos, de facilitar las operaciones alemanas contra Gran Bretaña. Bien es verdad que el ministro de Asuntos Extranjeros, Paul Beaudoin, piensa en prestar a Alemania una colaboración económica—es decir, poner a disposición de la economía de guerra alemana parte de los recursos y de los medios de la *zona libre*—a condición de obtener, como compensación, una suavización del régimen de ocupación y la liberación parcial de los prisioneros de guerra; pero esta colaboración económica le parece casi inevitable, ya que la “zona libre”, sometida al bloqueo inglés, no puede subsistir sin recibir de la “zona ocupada” parte de los recursos que necesita. El único miembro del Gobierno que, desde ese momento, se muestra partidario de una *colaboración leal* con Alemania es Pierre Laval, cuyos argumentos “realistas” hacen caso omiso de la dignidad nacional y de los sentimientos de la gran mayoría de la población francesa; considera por completo fuera de dudas la próxima derrota de Gran Bretaña; y, por consiguiente, trata de mejorar la posición de Francia, con vistas a las negociaciones de paz que se han de iniciar muy pronto; pero todavía no piensa en asociarse con Alemania para apresurar esa derrota inglesa.

¿Ha abandonado el mariscal Pétain su posición primitiva del mes de julio, cuando se entrevista con Hitler en Montoire? A primera vista parece ser que sí, puesto que en su discurso por la radio, del 11 de octubre, se muestra dispuesto a “una colaboración... con todos sus vecinos”. Pero no se trata de una colaboración militar, ni de la cesión de bases aéreas o navales. En estas condiciones, ¿por qué aceptar una entrevista, cuyos resultados indudables serán estrechar esta colaboración? Las explicaciones dadas por algunas de las personas que le rodeaban no merecen ningún crédito. ¿Tranquilizar a Hitler en cuanto a la actitud de Francia, con el fin de hacer que Alemania se lance contra la U. R. S. S.? Propósito muy plausible, puesto que, según parece,

en aquella época el Gobierno francés no tiene noticias de las dificultades de colaboración germano-rusa. ¿Persuadir a Hitler de que es innecesario tratar de obtener de España el derecho de tránsito hacia Africa del Norte, insinuándole los buenos deseos del Gobierno francés en cuanto a la batalla del Mediterráneo? El hecho es que esta manobra ni siquiera ha sido esbozada, por lo que se conoce de la conversación. ¿O, tal vez, lo que pretendía el mariscal Pétain era producir en su interlocutor una impresión de buena voluntad, para disuadirle así de hacer a España unas promesas peligrosas para el imperio colonial francés? Esta hipótesis es más verosímil; pero no pasa de ser una hipótesis. En el fondo, lo más probable es que esperara obtener, mediante una adhesión de principio a la “colaboración”, una suavización de las cargas de la ocupación.

Pero al mismo tiempo, el jefe del Estado francés se preocupa, en noviembre y diciembre de 1940, de tranquilizar al Gobierno inglés en cuanto al alcance de la entrevista, conservando así un *equilibrio prudente entre ambos beligerantes*. Tanto las declaraciones al ministro del Canadá en Vichy, como las que se hacen al ministro inglés en Lisboa y los contactos con Londres por intermedio de la misión Rougier, tienen un objetivo común: prometer que el Gobierno de Vichy no tomará parte en las hostilidades contra Gran Bretaña; que no entregará a Alemania la flota de guerra; que no le cederá bases navales o aéreas; y, por último, que no tratará de restablecer por las armas su autoridad sobre los territorios que han pasado a la *disidencia*. Indudablemente, estas declaraciones no figuran en debida forma en ningún acuerdo diplomático; pero si el texto preparado por la negociación Rougier no ha pasado de proyecto—como permiten suponerlo los documentos que ahora se conocen—ha sido solamente por haber faltado la ratificación inglesa: el proyecto preparado conserva, por tanto, su valor como prueba de las intenciones francesas.

Esta política, llevada a cabo con aquiescencia del jefe del Gobierno, es combatida—bien es cierto—por el presidente del Consejo. Pierre Laval quiere creer *conseguida* la victoria alemana, a pesar del aplazamiento del plan de desembarco en Inglaterra; insiste en ver en la colaboración con Alemania una “oportunidad magnífica”, que permitirá a Francia no “pagar los gastos” de la guerra; para dar al Gobierno alemán una “prueba de sinceridad” piensa en realizar operaciones militares para poner fin a la “disidencia” gaullista, y combatir a las fuerzas inglesas, si apoyan a la Francia libre, aceptando el apoyo de fuerzas alemanas para estas operaciones bélicas en Africa. Indudablemente, rechaza la eventualidad de una declaración de guerra a Gran Bretaña; pero esta restricción, puramente verbal, indica solamente el deseo de dejar al Gobierno inglés la responsabilidad de una ruptura, que las iniciativas del Gobierno francés harían inevitable. En el fondo, admite el estado de guerra.

La divergencia entre el presidente del Consejo y el jefe del Estado encuentra, el 13 de diciembre de 1940, una solución provisional. Es cierto que basta una indicación alemana para que el almirante Darlan se haga cargo del poder. Pero parece ser que el almirante, a pesar de que, después del incidente de Mers-el-Kebir, blasonaba de sentimientos antibritánicos y aun aceptando una colaboración limitada, no se había adherido al plan de Laval, es decir, a la colaboración militar *africana*.

¿Cómo, entonces, se aviene Darlan, en la primavera siguiente, a aceptar los protocolos de París? Se dice que, en el marco de las compensaciones prometidas, había esperado obtener autorización para *rearmar el Imperio*, y de esta forma poder eludir más tarde el cumplimiento de las obligaciones contraídas. Esta esperanza pudiera haberse basado en el convencimiento de que Alemania iba a entrar en guerra contra la U. R. S. S., descuidando, por tanto, la zona mediterránea. Pero esta explicación no es muy verosímil, puesto que—según parece—las primeras informaciones relativas a la inminente ruptura germanorusa no fueron recibidas en Vichy hasta primeros de junio.

En realidad, los únicos argumentos que da el almirante, el 14 de mayo de 1941, en la carta en que expone a los gobernadores generales de las colonias por qué quiere *reanudar* la colaboración con Alemania, son los mismos que Pierre Laval diera seis meses antes: realizar una *política de péndulo* entre ambos beligerantes es exponerse a sufrir unas condiciones de paz desastrosas; aceptar la colaboración es tener la esperanza de *salvar a la nación francesa*. Pero Darlan no piensa en iniciar hostilidades contra Gran Bretaña—y en este punto esencial, su postura difiere de la de su predecesor—: en la colaboración con Alemania, espera poder limitarse a un acuerdo económico y a un compromiso con respecto a las bases navales y aéreas. Sin embargo, si el Gobierno alemán exigiera la participación directa de Francia en la guerra, no cree pudiera negarse, puesto que Alemania puede *asfixiar* a Francia administrativa y económicamente, cortando las relaciones entre la zona ocupada y la libre; pero trataría de dar una contestación ambigua y de eludir la cuestión, aunque fuera provisionalmente. Todas estas ideas no significan nada más que una maniobra destinada a ganar tiempo y no revelan, indudablemente, la menor clarividencia política.

En cuanto a la resistencia ofrecida por el Consejo de Ministros francés a la aplicación de los protocolos, no se afirma sino progresivamente. El general Weygand, cuando exhorta al Consejo a no ceder a Alemania en Africa del Norte unas facilidades que serían *actos de provocación*, sugiere ganar tiempo, subordinando la ejecución del acuerdo a la previa negociación de la oportuna compensación. Ahora bien: entre el 6 de junio, fecha de la redacción del proyecto de nota, y el 14 de julio, fecha de la entrega de la nota por el vicepresidente del Consejo al Gobierno alemán, esta petición francesa de

compensación se amplía, puesto que en el texto del 14 de julio se hace alusión a la cuestión de Alsacia-Lorena, que no se mencionaba en el proyecto primitivo. En este intervalo ha empezado el conflicto germano-ruso: es evidente que ha servido de estímulo al Gobierno francés.

En resumidas cuentas, esta política del Gobierno de Vichy ha descuidado peligrosamente los valores morales, ofendiendo gravemente los sentimientos patrióticos franceses; pero, en lo esencial, no ha cedido a la presión alemana durante el período decisivo en que Gran Bretaña permanecía sola frente a Alemania: nunca ha sido *proalemana*, sino resueltamente neutralista. El jefe de Estado ha llevado al poder, para complacer a Alemania, a hombres cuyos sentimientos antibritánicos habían de tranquilizar al vencedor; sin embargo, no ha aceptado aquellas iniciativas que hubieran inducido a Francia a realizar actos de hostilidad contra Gran Bretaña. De todas formas, esta política implicaba gestos y aptitudes inadmisibles para la opinión pública, y peligrosos para la unidad moral de la nación. Parece ser que el mariscal Pétain aceptaba esta situación sin gran trabajo, porque se había convencido fácilmente de que su presencia era indispensable; porque tenía la pasión del mando; pensaba llevar a cabo una gran obra diplomática (¡cuántas veces, en sus conversaciones, ha señalado su esperanza de poder ser el *mediador* de una paz de compromiso!) y porque algunos rasgos de su temperamento—la dureza de corazón y la afición al secreto—le impulsaban a realizar de buen grado las maniobras del juego *con dos barajas*. Pero esta actitud no había sido posible sino en la misma medida en que Hitler había temido la secesión de Africa del Norte. Por consiguiente, lo que hizo posible la labor dilatoria del mariscal fue la existencia del movimiento de la Francia libre.

## II. LA BATALLA DEL ATLANTICO Y LA NEUTRALIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS

La batalla del Atlántico se inició en el otoño de 1940. Llega a su apogeo en la primavera de 1941, cuando el Almirantazgo alemán puede mantener constantemente en el mar medio centenar de submarinos y adopta una nueva táctica: los ataques nocturnos en superficie; en tres meses, desde principios de marzo a finales de mayo, las pérdidas de la marina mercante británica, comprendidos los barcos neutrales que navegan por cuenta de Gran Bretaña, alcanzan 1.691.000 Tm. (412 buques). En el transcurso de los meses siguientes, aunque el rendimiento del arma submarina disminuye algo, el mantenimiento de los enlaces marítimos con los Estados Unidos sigue siendo una preocupación de primer orden para el Gobierno inglés. Los Estados Unidos abandonan la neutralidad, poco a poco, para consolidar la resistencia inglesa en esta guerra económica y marítima.

El 3 de septiembre de 1940, el Gobierno americano anuncia al

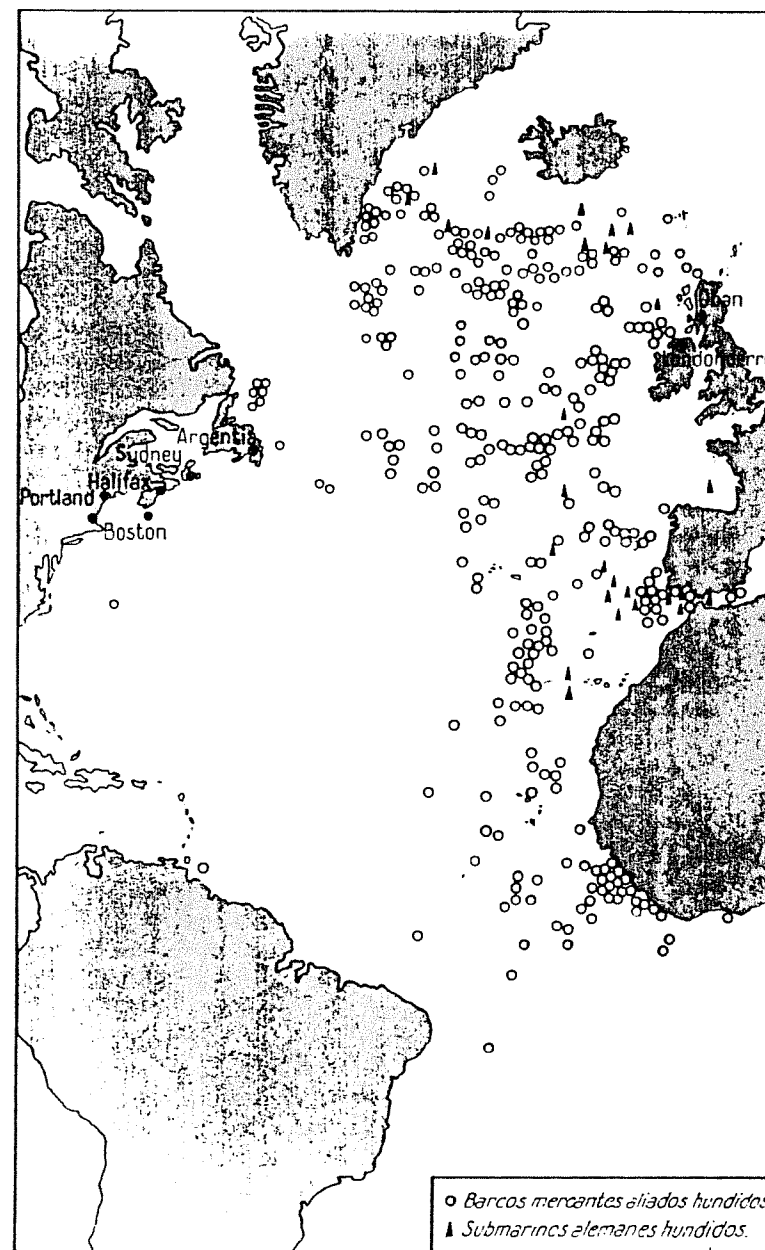
Congreso que la víspera ha firmado con el Gobierno inglés un acuerdo, según el cual va a ceder a Gran Bretaña cincuenta destructores de modelo anticuado, recibiendo como compensación el derecho a establecer—bajo la modalidad de arriendo—bases aéreas o navales en Terranova, en las Bermudas, en las Bahamas, en las Antillas Inglesas y en la Guayana Británica. En octubre de 1940 promete suministrar a la aviación inglesa, en los próximos meses, 12.000 aparatos.

El 11 de marzo de 1941, la votación por el Congreso de la Ley de *préstamo y arriendo* autoriza al Gobierno para encargar la fabricación de material de guerra, de aviones, de barcos, de maquinaria, de materias primas, artículos alimenticios y productos industriales de toda clase, o para adquirirlos con cargo al presupuesto federal. Estos "artículos de defensa"—es el término adoptado—serán puestos a disposición de aquellos estados extranjeros cuya protección "represente un interés vital para la seguridad de los Estados Unidos", o lo que es lo mismo, de la Gran Bretaña. Los suministros podrán ser hechos, no solamente en la modalidad de venta, sino también en calidad de arriendo, de préstamo o "por cualquier otro procedimiento"; el presidente tiene atribuciones para fijar las modalidades de reembolso, que podrá ser efectuado "en especie", pero no está obligado a prever este reembolso; solo debe consultar a los Estados Mayores del Ejército y de la Armada antes de decidir las entregas. Por consiguiente, esta Ley exime al Gobierno británico de la obligación de pagar al contado las mercancías que compra a los Estados Unidos e, incluso, puede permitirle recibirlas gratuitamente; pero no le concede el apoyo de la marina mercante americana, a la que le continúa prohibida la navegación en las zonas de combate.

En el curso de los meses siguientes, el Gobierno norteamericano interviene para asegurar el mantenimiento de las relaciones marítimas en el Océano Atlántico, a pesar de los progresos de la guerra submarina alemana: el 18 de abril de 1941, decide extender a toda la mitad occidental del Atlántico, desde Groenlandia hasta las Azores, la *zona de seguridad* por la que circulan las patrullas navales americanas cuya misión es señalar a la Marina de guerra inglesa la presencia de los submarinos alemanes; el 24 de mayo, el presidente Franklin Roosevelt anuncia que estas patrullas *contribuirán a proteger* los convoyes de buques mercantes con destino a puertos ingleses; tres semanas después, decide admitir los buques mercantes ingleses en los convoyes americanos; finalmente, el 9 de abril, garantiza, mediante un acuerdo con Dinamarca, el mantenimiento del *statu quo* de Groenlandia.

Al tiempo que, de esta forma, participa indirectamente en la batalla del Atlántico, el Gobierno de los Estados Unidos se preocupa de salvaguardar las posiciones que podrán asegurar la eficacia de una intervención armada.

En diciembre de 1940, el presidente envía al África del Norte



LA BATALLA DEL ATLANTICO.

francesa a un agente diplomático, Robert Murphy, cuya misión es evitar la intromisión de Alemania en una región que, en el futuro, tendrá una importancia estratégica crucial. Murphy queda convencido de que el Alto Comisario del Gobierno de Vichy, el general Weygand, está decidido a oponerse a semejante intromisión; por consiguiente, promete, a condición de que el Gobierno francés se oponga a toda tentativa de penetración alemana o italiana, ayuda económica, indispensable para facilitar a la población aquellos elementos de que está privada desde que las comunicaciones con la metrópoli han dejado de ser regulares: gasolina, carbón, productos farmacéuticos y algodón. La preocupación inmediata es hacer frente a la amenaza de las perturbaciones que podrían provocar la penuria y la miseria, consolidando así la presencia francesa. El acuerdo Murphy-Weygand, del 26 de febrero de 1941, prevé que agentes americanos de *control económico* podrán vigilar, sobre el terreno, que estas mercancías americanas no sean reexpedidas hacia el territorio francés metropolitano; en realidad, estos agentes son oficiales del Servicio Secreto, encargados de vigilar las iniciativas alemanas.

En enero de 1941, el presidente de los Estados Unidos da su conformidad a que los Estados Mayores americanos examinen, en una conferencia secreta con los Estados Mayores británicos, a escala mundial, los principales problemas estratégicos. En la primavera, hace que se inicien conversaciones de Estado Mayor con Brasil y Uruguay para estudiar los medios de prevenir una tentativa italo-alemana de desembarco en América del Sur; pide al Gobierno portugués que organice la defensa de las Azores contra un eventual ataque alemán; y promete facilitar los elementos de material de guerra necesarios.

Por último, paralelamente a estas medidas, el Congreso toma decisiones—por iniciativa del presidente—que preparan la intervención en la guerra: el 16 de mayo, vota los créditos necesarios para equipar al Ejército y construir aviones (1). El primero de julio de 1941, el Ejército cuenta con 1.400.000 hombres, encuadrados en 29 divisiones de infantería y cuatro divisiones acorazadas: es ocho veces mayor que en septiembre de 1939; la aviación puede poner en acción cerca de 6.000 aparatos, que forman 54 grupos de combate.

No cabe duda de que todas estas medidas son consecuencia directa de una política perfectamente determinada. El presidente Franklin Roosevelt ha comprendido, después de la derrota de Francia, que, en interés de su propia seguridad, Norteamérica no debe dejar que Gran Bretaña sucumba. Las modificaciones legislativas han sido votadas por su iniciativa y con su recomendación; ha utilizado sus poderes constitucionales para decidir, por sí mismo, las medidas desti-

(1) Posteriormente se indicarán las medidas que fueron adoptadas en el verano de 1941, después de la ruptura germano-rusa.

nadas a asegurar los transportes marítimos en el Atlántico. Se da cuenta de que los intereses nacionales no podrán ser protegidos sin recurrir a las armas (1).

Pero ¿por qué es tan lenta la evolución? ¿Es que Franklin Roosevelt vacila todavía en dar el paso decisivo, después de haber hecho, durante un año, *escamoteos* cada vez mas sensibles a los deberes jurídicos de la neutralidad?

La explicación de estas reticencias se encuentra en el estado de la opinión pública. Franklin Roosevelt—como Woodrow Wilson en 1916-17—se ve obligado a adaptar su política a las tendencias de la psicología colectiva. Obligación aún más estrecha, puesto que el presidente pretende un tercer período de mandato en las elecciones presidenciales del 5 de noviembre de 1940; obligación menos apremiante, pero todavía sensible, después de esta reelección. El presidente no quiere llevar al país a la guerra—observa su colaborador Harry Hopkins—; quiere esperar “que le obliguen a hacerlo”.

Esta opinión pública, en el otoño de 1940, se ve influida por tres tendencias: aislacionistas, *abstencionistas* y partidarios de la intervención.

Los primeros proclaman que los Estados Unidos deben permanecer al margen del conflicto, aunque el mundo entero esté *en llamas*. ¿Por qué han de meterse los americanos a salvar a Inglaterra o a China?

Los segundos no niegan que la guerra europea, e incluso la guerra en Extremo Oriente, puedan lesionar los intereses de Norteamérica; sin llegar a pensar que su seguridad pudiera verse amenazada, admiten que una victoria alemana tendría, como consecuencias probables, que la vida económica de Europa se organizara sobre la base de un sistema autárquico, que afectaría gravemente a las exportaciones americanas; pero no creen que este riesgo sea seguro y, mucho menos, inminente. Los Estados Unidos—dicen—deben, por tanto, permanecer neutrales “la mayor cantidad de tiempo que les sea posible”, y limitarse a facilitar a los adversarios de Alemania ayuda económica, dentro de los límites previstos por la legislación americana de 1936-1937, revisada en octubre de 1939, es decir, según la fórmula *cash and carry*. Esta es la tesis del *America First Movement* que encuentra eco en los ambientes más diversos: por una parte, en los sindicatos de tendencia extremista, y por la otra, en las organizaciones católicas.

Finalmente, los partidarios de la intervención armada se agrupan en torno al *Comité de Ayuda a los Aliados*. Sus móviles son muy variados. Unos están convencidos de que la victoria alemana en Europa amenazaría, probablemente, no solo la prosperidad económica, sino también la seguridad del continente americano, puesto que nadie puede

(1) Acerca de todas estas cuestiones, la mejor guía es la obra principal de W. Langer y Gleason.



prever hasta dónde llegan las ambiciones del imperialismo hitleriano; otros, movidos principalmente por consideraciones de tipo moral, rechazan el "totalitarismo hitleriano, que amenaza destruir los valores básicos sobre los que descansa la civilización occidental".

De las tres tendencias, la que predomina en el otoño de 1940 es la del abstencionismo. Una encuesta realizada por la revista *Public Opinion Quarterly* indica que una considerable mayoría (el 75 por 100 aproximadamente) se muestra partidaria de la ayuda económica a Gran Bretaña; pero que una mayoría aún más fuerte (83 por 100) rechaza toda perspectiva de una intervención armada. El presidente, aun a pesar de sus más íntimas convicciones, no trata inmediatamente de modificar esta tendencia; no solo guarda, en el transcurso de su campaña electoral de 1940, una prudencia absolutamente necesaria, sino que llega a afirmar: "vuestros hijos no serán enviados a luchar en una guerra extranjera", como lo hiciera Wilson en octubre de 1916, seis meses antes de la entrada de los Estados Unidos en la primera guerra mundial (1).

Hasta después de su reelección, no se esfuerza Roosevelt en modificar la orientación de la opinión pública, mediante discursos radiados y mensajes al Congreso.

Los dirigentes de Alemania—dice el 29 de diciembre de 1940—quieren "reducir a Europa a la esclavitud", para después dominar "al resto del mundo". Los intereses vitales de Norteamérica se verían amenazados si el control del Atlántico estuviera en manos alemanas o japonesas; tal sería la situación si Gran Bretaña sucumbiera: "Desde el punto de vista militar, Inglaterra y el Imperio Británico son hoy el yunque de la resistencia a la conquista del mundo". ¿No conseguirían los alemanes efectuar con éxito un desembarco en América del Sur, de no haber esta resistencia? Por consiguiente, es indispensable ayudar a Gran Bretaña. ¿Mediante el envío de un cuerpo expedicionario? No; prestándole ayuda económica. Los Estados Unidos deben ser "el gran arsenal de la democracia".

El 6 de enero de 1941 lo que subraya—desde otro punto de vista—es la salvaguarda de los valores morales: la libertad de opinión y la libertad de conciencia se ven amenazadas por el "nuevo orden", preconizado por Hitler. Aprovecha la ocasión para insinuar que el Gobierno inglés no podrá seguir durante mucho tiempo pagando al contado los suministros americanos. ¿Habría que abrirle crédito para facilitarle los medios de efectuar este pago? Mejor sería—dice el presidente—no exigir el pago, e incluir los pedidos ingleses "en nuestro propio programa de armamento". De esta forma abre el camino que conducirá, dos meses después, a la votación de la Ley del *Préstamo y arriendo*.

El 27 de mayo de 1941, lo que invoca son los intereses económicos

(1) Véase pág. 1120.

y financieros de Norteamérica. Si los "agresores consiguen la hegemonía en ambos océanos, los productores de la Unión sufrirán "un desastre, porque perderán para sus exportaciones los mercados europeos, que estarán sometidos a un régimen de autarquía económica; y porque la industria europea, cuyos salarios son relativamente bajos, podrá, incluso, competir con la americana; además, los Estados Unidos se verán forzados a soportar una política de armamentos ruinosa.

¿Hay que atribuir la evolución de la opinión pública a esta acción personal del presidente? Es indudable que ha habido otras causas, no menos importantes. Los productores agrícolas han sido los primeros en reconocer (la Prensa de los Estados centrales demuestra este estado de ánimo) que Gran Bretaña no podrá continuar sus compras si no se le conceden créditos; han pedido al Gobierno que *cebe la bomba*; y, por consiguiente, esos intereses económicos han favorecido la votación de la ley de *Préstamo y arriendo*. Los progresos de la guerra submarina alemana en la primavera de 1941 y la incursión del acorazado *Bismarck* en el Atlántico septentrional, han influido mucho en la opinión pública. En abril y mayo de 1941 la mayor parte del cuerpo electoral empieza a advertir el peligro alemán. Sin embargo, todavía no se siente inclinada a admitir la necesidad de una intervención armada. Los observadores ingleses comprueban que la opinión pública sigue descartando esta eventualidad. Y esta actitud frena las iniciativas del Gobierno. El presidente no accede a las peticiones británicas sino en la medida en que cree poder hacerlo sin provocar protestas en el seno del pueblo americano; protestas que obstaculizarían acciones futuras. Ni siquiera aplica su política, sino después de muchas vacilaciones, incluso retrocediendo algunas veces, como, por ejemplo, el 25 de mayo de 1941, cuando, en una conferencia de Prensa, interpreta en sentido restrictivo las declaraciones hechas en un discurso pronunciado la *víspera*; o pocos días después, cuando deja pasar, sin la menor protesta, la noticia del torpedeamiento de un barco mercante americano por un submarino alemán.

En resumen: esta política se caracteriza por una línea de conducta muy bien estudiada y llevada a cabo con gran prudencia. Indudablemente, Roosevelt sabe muy bien, en el verano de 1941, que los Estados Unidos se verán pronto obligados a empuñar las armas, para evitar la derrota inglesa; pero considera que, si tratara de influir con más energía en el cuerpo electoral, se expondría a una reacción que comprometería el futuro.

\* \* \*

¿No se resentirá la resistencia de Gran Bretaña cuando la guerra submarina en el Atlántico alcanza éxitos considerables, y cuando las victorias alemanas e italianas en los Balcanes y en la Cirenaica ofrecen a la batalla del Mediterráneo unas perspectivas favorables? La fir-

meza del Gobierno británico permanece intacta, por el momento; pero el primer ministro no oculta su ansiedad. "No sé lo que sucederá en 1942, si Inglaterra sigue combatiendo sola", le escribe a John Hopkins.

## BIBLIOGRAFIA

**Sobre la política europea de Alemania.**—CLAUDE MORET (seudónimo): *L'Allemagne et la réorganisation de l'Europe, 1940-1943*, Neufchâtel, 1944. V. TOYNBEE: *Survey of international affairs, 1939-1946*, *Hitlers Europa*, Londres, 1954.

**Sobre las relaciones franco-inglesas.**—R. MAC CALLUM: *Les Années de séparation*, Londres, 1944.—L. WOODWARD: *Some Reflections on British Policy, 1936-1945*, en *International Affairs*, julio de 1955, págs. 273-90.

**Sobre los problemas mediterráneos.** CATROUX (general): *Dans la bataille de la Méditerranée*, París, 1949.—E. GRAZZI: *Il principio della fine*, Roma, 1945 (Recuerdos del embajador de Italia en Atenas).—L. MONDINI (coronel): *Prologo del conflicto italo-greco*, Roma, 1945.—W. REITZELL: *The Mediterranean. Its rôle in America's foreign policy, 1942-1948*, Nueva York, 1948.

**Sobre la política del Gobierno de Vichy.**—OTTO ABETZ: *Das offene Problem. Ein Rückblick auf zwei Jahrzehnte deutscher Frankreichspolitik*, Colonia, 1951.—ROBERT ARON: *Histoire de Vichy, 1940-1944*, París, 1954.—D'ARGENSON (Marqués): *Pétain et le pétinisme*, París, 1953.—L. CERNAY: *Le Maréchal Pétain, l'Alsace et la Lorraine. Faits et documents, 1940-1944*, París, 1955.—J. CARCOPINO: *Souvenirs de sept ans, 1937-1944*, París, 1953.—P. FARMER: *Vichy political dilemma*, Nueva York, 1955.—A. KAMMERER: *La passion de la flotte française, de Mers el Kebir à Toulon*, Ed. definitiva, París, 1951.—L. ROUGIER: *Mission secrète à Londres. Les Accords Pétain-Churchill*, Ginebra, 2.ª ed., 1946.—G. SCHMITT (general): *Les Accords secrets*

*franco-britanniques de décembre 1940. Histoire ou mystification?*, París, 1957. M. VERNOUX (general): *Wiesbaden, 1940-1944*, París, 1954.—FERNET (almirante): *Aux côtés du maréchal Pétain. Souvenirs, 1940-1944*, París, 1953.—LOUIS D. GIRARD: *Montoire, Verdun diplomatique. Le secret du maréchal Pétain*, París, 1948.—A. DARLAN: *L'Annuel Darlan parle*, París, 1953.—DU MOULIN DE LABARTHÈTE: *Le temps des illusions (juillet 1940-novembre 1942)*, Ginebra, 1946.—A. HYTIER: *Two years of French foreign policy, 1940-1942*, Ginebra, 1958.

**Sobre la política de España.**—Además de los testimonios citados en la pág. 1102, véase: C. J. HAYES: *War Time Mission to Spain, 1942-1945*, Nueva York, 1945.—*The United States and Spain: an interpretation*, Nueva York, 1951.—J. M. DOUSSINAGUE: *España tenía razón, 1939-1945*, Madrid, 1949. R. SERRANO SUÑER: *Entre les Pyrénées et Gibraltar. Notes*, Ginebra, 1945.—HERBERT FEIS: *The Spanish Story. Franco and the Nations at war*, Nueva York, 1948.—R. HODGSON (Sir): *Spain resurgent*, Londres, 1953.

**Sobre la neutralidad de los Estados Unidos en 1940-1941.**—W. S. COLE: *America First. The Battle against intervention, 1940-1941*, Madison, 1953. D. F. DRUMMOND: *The Passing of American Neutrality*, Ann Arbor, 1955. W. JONSON: *The Battle against isolation*, Chicago, 1944.—B. RAUCH: *Roosevelt from Munich to Pearl Harbor. A Study in the creation of a foreign policy*, Nueva York, 1950.—F. R. SAMBORN: *Design for War. A Study of secret power politics (1937-1941)*, Nueva York, 1951.—R. N. STROMBERG: *American Business and the approach of war, 1935-1941*, en *J. of Economic*

*History*, invierno 1953.—ED. R. STETTINIUS: *Lendlease, Weapon to Victory*, Nueva York, 1944, traducción francesa: *Le prêt-bail, arme de la victoire. Origine et développement de la loi de prêt-location*, Nueva York, 1944.—H.

L. TREFOUSE: *Germany and the American Neutrality, 1939-1941*, Nueva York, 1951. Pero el estudio más importante es el de W. LANGER y E. GLEASON: *The undeclared War, 1940-1941*, Nueva York, 1953.

## CAPITULO XI

### LAS NUEVAS FUERZAS

En junio de 1941, los designios de hegemonía anunciados por *Mein Kampf* están en camino de realizarse: Alemania, con la ayuda de Italia, domina todo el continente europeo, excepto la U. R. S. S. y la Península Ibérica; anuncia un *nuevo orden* y prevé la formación de una *unión europea*, dirigida por ella. La ejecución de estos planes se ve obstaculizada, sin embargo, por la política económica alemana y por las reacciones nacionales en los países ocupados. ¿Cómo conseguir entregas de productos alimenticios, y cómo reclutar mano de obra para la industria, sin recurrir a la fuerza? ¿Cómo evitar que el régimen de ocupación choque, a cada instante, con los sentimientos nacionales? Si concediera a las regiones ocupadas un régimen relativamente liberal, Alemania vería cómo era aprovechado, por la mayor parte de las poblaciones, para levantarse contra ella. Ribbentrop no se hace muchas ilusiones a este respecto. Es evidente el antagonismo entre los rigores de la política de guerra y las concesiones que implicaría la preparación de la unión europea. Para el nuevo orden, parece ser una amenaza a largo plazo. Pero, en un futuro inmediato, no hay fuerza que parezca capaz de quebrantar la victoria de Alemania.

Y, sin embargo, todas las perspectivas se transforman en seis meses, cuando entran en guerra la U. R. S. S., el Japón y los Estados Unidos.

#### I. EL CONFLICTO ENTRE ALEMANIA Y LA U. R. S. S.

La entrada de la U. R. S. S. en la guerra mundial, el 22 de junio de 1941, ha respondido a la iniciativa alemana. La decisión del Gobierno hitleriano se fue fraguando, poco a poco, en el transcurso de los meses precedentes; y se conocen, a grandes rasgos, las etapas de esa determinación. A finales de julio de 1940, en una conversación con sus generales, Hitler indicó que podría verse obligado a "ajustar las cuentas a la U. R. S. S.". Entre finales de agosto y principios de septiembre de 1940 recomendó, con gran secreto, a los generales Jodl y Keitel que "pensaran en una guerra contra Rusia". El 18 de diciembre de 1940, firma la instrucción número 21, para uso del Ejército (el plan "Barbarroja"), que concreta claramente el propósito, pero que todavía no constituye una decisión firme: el Ejército alemán "ha de prepararse para abatir a Rusia, mediante una rápida campaña, incluso antes de terminar la guerra con Inglaterra"; procederá de modo que termine sus preparativos para el 15 de mayo de 1941, y recibirá la orden de ofensiva ocho

semanas antes de la fecha fijada para su ejecución. En febrero de 1941, el Führer le dice a Goering que ha tomado una decisión. Finalmente, el 20 de abril de 1941, fija la iniciación de las operaciones para el 22 de junio.

Hitler se lanza a esa aventura, a pesar de las objeciones de algunos de sus colaboradores más directos. Keitel había advertido al Führer de la dificultad de obtener en Rusia resultados militares decisivos. Goering no dudaba del éxito de la ofensiva; pero consideraba que la ocupación del territorio ruso sería para Alemania una carga muy pesada; y que, durante esta campaña, en la que habrían de intervenir la mayor parte de las fuerzas terrestres y aéreas alemanas, sería imposible no solo solucionar la cuestión mediterránea mediante una ofensiva contra el canal de Suez y el estrecho de Gibraltar, sino incluso seguir bombardeando las fábricas de guerra inglesas: este desahogo permitiría a Gran Bretaña desarrollar sus fábricas de aviones; por consiguiente, el mariscal del Aire pedía el aplazamiento de la guerra contra la U. R. S. S. hasta que Inglaterra estuviera vencida. Este era también el criterio del almirante Von Raeder, jefe del Estado Mayor de la Armada: en lugar de orientar la industria de guerra alemana hacia la fabricación de material destinado a la campaña de Rusia, era preferible desarrollar la construcción de submarinos para la batalla del Atlántico y *actuar a fondo* en el Mediterráneo. Finalmente, el secretario de Estado, Weizsäcker, compartía la opinión de Keitel: ni siquiera la conquista de Moscú obligaría al Gobierno soviético a firmar la paz.

¿Cuáles son los motivos que han impulsado a Hitler a hacer caso omiso de estas objeciones?

El primero es el antagonismo que se ha manifestado cada vez con mayor claridad, desde junio de 1940, entre Alemania y la U. R. S. S. en el reparto de sus respectivas zonas de influencia. Los progresos de este antagonismo son fáciles de seguir, merced a los documentos alemanes.

El Gobierno soviético, cuando el vertiginoso derrumbamiento del frente occidental dio al traste con sus previsiones, parece ser que temió que la guerra europea terminara en breve, bien con una victoria alemana, o incluso mediante un *reparto del mundo* entre Gran Bretaña y Alemania, inmediatamente después de la firma del armisticio francés; por consiguiente, pensó que era el momento oportuno para asegurarse un *derecho de posesión*: el 26 de junio obtiene del Gobierno rumano, tras de un ultimátum, la devolución de Besarabia y la cesión de la Bucovina septentrional; el 21 de julio ocupa Estonia y Letonia, y el 3 de agosto decide la anexión de Lituania, regiones todas comprendidas en su zona de influencia (1); hace presente su protesta cuando Alemania, el 30 de agosto de 1940, decide—de acuerdo con Italia, pero sin consultar a la U. R. S. S.—arrebatar a Rumania la Transilvania sep-

(1) A excepción, sin embargo, de la Bucovina septentrional.

tentrional y el *cuadrilátero* de Dobrudja, para cedérselos a Hungría y a Bulgaria. Todas esas iniciativas y esas protestas incitaron a la diplomacia alemana a una respuesta enérgica: el 27 de septiembre tiene lugar la conclusión del pacto tripartito entre Alemania, Italia y el Japón, uno de cuyos fines es amenazar a la U. R. S. S. por la retaguardia. Sin embargo, aun admitiendo la posibilidad de un futuro conflicto con la U. R. S. S., Hitler no quería precipitar las cosas: había recomendado al Gobierno italiano que no tomara ninguna iniciativa en Yugoslavia, para no provocar las protestas soviéticas. En suma: una desconfianza mutua que el Gobierno alemán pretendió remediar proponiendo una delimitación más completa de los respectivos intereses, es decir, una revisión del pacto del 23 de agosto de 1939, aceptando, para prepararla, una visita de Molotov a Berlín.

Esa visita, que tiene lugar del 13 al 15 de noviembre de 1940, solo sirve para acentuar el desacuerdo. Ribbentrop trata de orientar a Rusia hacia Persia y el Océano Indico, con el fin de apartarla de los problemas europeos y ponerla en contra de Gran Bretaña; le ofrece imponer a Turquía una revisión del acuerdo de Montreux (1), asegurando, de esta forma, a los buques de guerra rusos el derecho de paso a través de los Estrechos, a condición de que la U. R. S. S. abandone los Balcanes a la influencia alemana. Molotov expresa claramente que la U. R. S. S. no se desinteresará de los Balcanes, donde espera obtener un pacto de ayuda mutua con Bulgaria, y una base naval en los Estrechos. Las negociaciones quedan en esta situación; pero el fracaso de la tentativa decide al Gobierno alemán—que quiere afirmar su posición en los Balcanes, cuando Grecia se convierte en teatro de operaciones contra Inglaterra—a poner al Gobierno soviético frente a hechos consumados: la entrada de las tropas alemanas en Rumanía el 7 de enero y luego en Bulgaria el 27 de febrero de 1941.

Finalmente, en marzo de 1941, la política hitleriana se dispone a apoderarse de Yugoslavia. Esta vez, en lugar de limitarse a las protestas, el Gobierno soviético trata de anticiparse a los acontecimientos, tal vez porque acaba de ser informado, por medio de los servicios de información americanos, de la existencia del plan "Barbarroja"; y desea ganar tiempo, incitando al ejército alemán a dirigir sus golpes hacia el sector balcánico: el 27 de marzo, un golpe de estado de carácter militar lleva al poder, en Belgrado, a un Gobierno que decide hacer frente a Alemania y que, casi acto seguido, firma un tratado de amistad con la U. R. S. S.; pero las tropas alemanas entran en Yugoslavia, que, al cabo de diez días, queda invadida por completo. Ante esta respuesta fulminante, Molotov se limita a decir que lamenta "la extensión de la guerra".

¿Es este antagonismo la causa directa de la ruptura? El Gobierno soviético, a pesar de haber manifestado su descontento y negándose a

(1) Véase cap. V de este libro.

acceder a una negociación, ha acabado—de hecho—por ceder los Balcanes a la influencia alemana. Esto demuestra que, en esos momentos, se siente incapaz de resistir con las armas. Es indudable, asimismo, que Hitler cuenta con la hostilidad rusa, sobre todo después del golpe de estado militar de Belgrado. De este convencimiento a pensar en una guerra preventiva no hay más que un paso. Según Ribbentrop, el Führer desea liquidar a la U. R. S. S., para no tener que hacer la guerra en dos frentes, si los Estados Unidos entran en el conflicto. La cronología confirma esta interpretación: el Führer fija la fecha de la guerra cuando la cuestión de Yugoslavia acaba de ser liquidada.

Sin embargo, la decisión alemana está inspirada también por otros motivos. Hitler no cree poder conseguir, sobre la Gran Bretaña, una victoria decisiva en el Mediterráneo, puesto que no ha podido conseguir la colaboración de España o de Turquía; y se pregunta si el Africa del Norte francesa no *desertará* súbitamente. El 23 de junio escribe a Mussolini que, para abatir la resistencia inglesa, se verá obligado a lanzar todas sus fuerzas aéreas contra las Islas Británicas. ¿Podría hacerlo si Alemania tuviera que temer, al mismo tiempo, un ataque por parte de Rusia? Por otro lado, el Führer estima que el Gobierno británico no prosigue la guerra sino con la esperanza de una intervención rusa o americana; ahora bien, "no tenemos ninguna posibilidad de eliminar a América", pero "podemos eliminar a Rusia". Así, pues, es necesario liquidar la cuestión rusa para quitar a la Gran Bretaña sus esperanzas de encontrar un punto de apoyo continental. Y, finalmente, la derrota de la U. R. S. S. dará al Japón la posibilidad de ampliar su acción en el Pacífico y, por tanto, de amenazar a los Estados Unidos, de forma que les disuada de lanzarse a la guerra en Europa. Por consiguiente, el conflicto germano-ruso puede ofrecer perspectivas favorables en el conjunto de las condiciones estratégicas.

Pero también ha de contar la cuestión económica. Con excepción del secretario de Estado, Weizsäcker, que teme que si Alemania entra en guerra con la U. R. S. S. perderá los beneficios económicos del pacto de 23 de agosto de 1939 y del acuerdo del 11 de febrero de 1940 (1), los demás colaboradores del Führer consideran que la ocupación de inmensos territorios rusos facilitará sobremanera el abastecimiento de productos alimenticios y, sobre todo, de materias primas. El trigo de Ucrania es necesario, pero el petróleo y el manganeso lo son aún más. Alemania no puede vencer sin las materias primas soviéticas, afirma el ministro de Armamento. Los planes preparados seis semanas antes de la ruptura de las hostilidades, y conducentes a organizar lo más rápidamente posible las requisas en los territorios rusos que pronto serán ocupados por Alemania, muestran, bien a las claras, la importancia de esas consideraciones.

(1) Véase parágrafo II del cap. VIII de este libro.

Al pensamiento de una guerra preventiva vienen, pues, a añadirse las perspectivas de unos beneficios inmediatos, que aliviarán la situación de Alemania; pero los motivos estratégicos son más acuciantes que los económicos. De todos modos, esta interpretación deja en la sombra todavía una cuestión esencial: ¿creía Hitler, realmente, que Alemania se vería expuesta, en el futuro, a un ataque ruso? ¿O daba este pretexto para disimular sus sueños de expansión *hacia el Este*, que le obsesionaban desde hacía veinte años? (1).

Los planes de guerra alemanes preveían una victoria rápida y total. El Ejército tendría que sostener combates violentos *durante unas cuatro semanas*; triunfaría merced a la superioridad del mando y del armamento; después, la resistencia rusa sería mucho más débil. La ofensiva podría contar con la simpatía de las poblaciones no rusas, en Ucrania y en los países bálticos: a partir de 1940, las autoridades alemanas de ocupación había favorecido, en los territorios polacos, la formación de una *unión nacional ucraniana*. Puede también que se esperara el derrumbamiento del régimen soviético, como consecuencia de las primeras derrotas (así lo había manifestado Hitler a sus colaboradores el 3 de febrero de 1941). Lo cierto es que, durante el verano de 1941, los ejércitos alemanes consiguen éxitos brillantísimos. El Gobierno soviético no ha terminado sus preparativos militares, aunque fue avisado por el espionaje con un mes de anticipación, acerca de la fecha de la ofensiva, y de la amplitud aproximada de las concentraciones alemanas, tal vez por no haber dado crédito suficiente a esta información. Así, pues, la ofensiva se desarrolla rápidamente al Sur, en Ucrania y en la cuenca industrial del Donetz; y, al Norte, hasta Leningrado; por el centro, alcanza, en noviembre de 1941, las afueras de Moscú. Pero, el 4 de diciembre, una contraofensiva rusa libera Moscú y obliga a las tropas alemanas a replegarse cien kilómetros. Durante cinco meses de invierno, las operaciones militares permanecen paralizadas. Hitler no ha puesto a su adversario fuera de combate; y se va a ver obligado a sostener la *guerra de dos frentes*.

Las causas de este fracaso, cuyo alcance es superfluo subrayar, son fundamentalmente estratégicas: en primer lugar, Hitler ha dirigido las operaciones hacia las zonas industriales del Norte y del Sur, para destruir el potencial de guerra del adversario, cuando Moscú era el objetivo más importante. Pero las causas políticas y económicas también tienen su importancia. La guerra *política*, preconizada desde el primer momento por el ministro de regiones ocupadas, Arthur Rosenberg, no ha tenido éxito. En Volinia y Lituania, la población no sigue el ejemplo de los eclesiásticos, que dispensan una buena acogida a las tropas alemanas. En Ucrania, donde, desde la ocupación de Kiev, el grupo nacionalista ucraniano, dirigido por Melnik, ha sido encargado de orga-

nizar la administración y la propaganda, bajo el control alemán, la Policía ucraniana choca frecuentemente, a partir de noviembre de 1941, con la Policía alemana; y el alto comisario alemán se muestra decidido a entorpecer los progresos del nacionalismo ucraniano. Los esfuerzos de la propaganda separatista se ven anulados por la magnitud de la requisita de productos alimenticios o de mano de obra, y por la brutalidad del régimen de ocupación: los servicios económicos alemanes no se han percatado de que, al imponer a la población tales rigores, coadyuvan a consolidar el régimen bolchevique; y el mismo Hitler da instrucciones de que "se mantenga el orden por métodos draconianos".

¿Hay que mencionar, también, por lo que respecta a este fracaso del plan de guerra alemán, la ayuda en material facilitada a la U. R. S. S. por los Estados Unidos y Gran Bretaña? Esta ayuda ha sido sumamente reducida en el transcurso de los primeros meses de la guerra germano-rusa, debido a la falta de *stocks* disponibles, de medios de transporte marítimos y también de vías de acceso al territorio ruso. Hasta el 28 de agosto de 1941, no accede el Gobierno iraníano—bajo amenaza conjunta de tropas inglesas y rusas—al paso, a través de su territorio, de los envíos de material. Hasta el 30 de septiembre, no han prometido los Estados Unidos suministrar mensualmente 400 aviones y 500 tanques. Así, pues, esta ayuda ha sido demasiado tardía para decidir la suerte de la batalla de Moscú.

## II. LA ENTRADA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA

Los Estados Unidos entran en la guerra general en el mismo momento en que fracasa ante Moscú el plan de guerra alemán contra Rusia. Bien es verdad que el Gobierno de Washington no es ya auténticamente neutral, puesto que desempeña un papel preponderante en la guerra económica, e incluso participa indirectamente en la batalla del Atlántico (1). Sin embargo, cuando el 5 de mayo de 1941, el primer ministro británico solicitó de Franklin Roosevelt la participación directa en la guerra—indispensable, según él, para consolidar la resistencia de Gran Bretaña—solo había decidido una contestación dilatoria. Pero en el transcurso del verano de 1941, el presidente de los Estados Unidos había ido desarrollando, semana tras semana, su política de intervención indirecta: el 7 de julio, decide ampliar la zona de seguridad de Norteamérica hasta Islandia, donde se establece, acto seguido, una base naval norteamericana; el 21 de julio, se presenta un proyecto de ley, encaminado a mantener en filas a los 900 000 hombres movilizados—por un año—en octubre de 1940; el 29 de julio se llega a un acuerdo con el Gobierno portugués, para la defensa de las Azores (2); el 30 de julio se crea un servicio encargado de controlar la fabricación

(1) Véase parágrafo II del cap. anterior.

(2) Idem. íd.

(1) Véase parágrafo II del cap. I de esta parte (Los Estados y su política).

de material de guerra y, por tanto, de preparar la movilización económica; el 11 de septiembre se da orden a los buques de guerra norteamericanos de que abran fuego sobre los submarinos alemanes, si así lo exige la protección de los convoyes; el 9 de octubre, se autoriza a los barcos mercantes para que lleven artillería (en 1917, esta decisión precedió solo algunos días a la entrada en la guerra). La firma, el 11 de agosto, de la Carta del Atlántico, en la que el presidente se unía al primer ministro británico para expresar su deseo de, "después de la destrucción final de la tiranía nazi", organizar un sistema de seguridad colectiva, de establecer un régimen de colaboración económica entre todos los países y de restaurar los derechos soberanos de los pueblos, había confirmado sin lugar a dudas la postura de los Estados Unidos. Ya no se trataba, pues, de neutralidad económica, ni de neutralidad naval o de neutralidad moral.

Sin embargo, Franklin Roosevelt no parecía convencido todavía de que fuera absolutamente necesaria la entrada en fuego de un ejército norteamericano: a pesar de la opinión formal de sus consejeros militares, quería persuadirse de que sería suficiente la participación de la Marina de guerra y de la Aviación norteamericanas. De cualquier forma, seguía pensando que era difícil decidirse a la intervención *a sangre fría*, e imposible hacerlo sin haberse asegurado la plena adhesión de la opinión pública. Y en agosto de 1941, a su regreso de una visita a Washington, lord Beaverbrook escribía a Winston Churchill que el pueblo norteamericano no estaba dispuesto a participar en la guerra, excepto en el caso de que el territorio de los Estados Unidos se viera atacado directamente.

El Japón pone fin a estas perplejidades, cuando, el 8 de diciembre de 1941, y sin previa declaración de guerra, inicia las hostilidades contra los Estados Unidos mediante el ataque aéreo dirigido contra Pearl Harbour. La guerra del Pacífico lanza inmediatamente a Norteamérica en la guerra europea. La iniciativa de la declaración de guerra parte, el 11 de diciembre, de Alemania e Italia; pero las potencias del Eje no hacen sino adelantarse a los deseos de los Estados Unidos: ¿no había declarado Franklin Roosevelt al pueblo americano, la antevíspera, que la "destrucción de la supremacía japonesa no serviría de nada, si el resto del mundo estuviera dominado por Hitler y Mussolini"? Puede que la intervención de Norteamérica en Europa hubiese tenido lugar, incluso, sin la guerra del Pacífico; pero, indudablemente, hubiera sido más tardía y, por tanto, su influencia en el curso de las hostilidades en Europa no hubiese sido la misma.

Esta iniciativa japonesa señala el desenlace de un conflicto diplomático, que venía durando desde mayo-junio de 1940.

El Gobierno nipón—que ya dominaba toda la zona costera de China—, había aprovechado la ocupación alemana de los Países Bajos y la derrota de Francia, para extender sus ambiciones hacia los mares

*del Sur*: Indochina e Indias Neerlandesas. El Gobierno americano manifiesta, inmediatamente, su propósito de oponerse a esta dominación japonesa en Extremo Oriente, y, durante quince meses, recurre a medidas de presión económica. Cuando el Gobierno japonés impone al de Vichy, en septiembre de 1940, la instalación de bases militares, navales y aéreas en el norte de Indochina francesa; cuando ataca Singapur y envía a las Indias Neerlandesas, en octubre de 1940, a la misión Kobayashi, encargada de conseguir (sin gran éxito) entregas de estaño, de bauxita, de caucho y, sobre todo, de petróleo, los Estados Unidos prohíben la exportación de productos metalúrgicos y de máquinas con destino a Japón; y luego deciden admitir al Gobierno nacionalista chino en los beneficios de la Ley de *Préstamos y arriendo*; cuando el Japón extiende su ocupación militar a toda la Indochina francesa, el 23 de julio de 1941, el Gobierno de Washington replica, el 26 de julio, decretando el embargo de todas las exportaciones, incluidas las de petróleo; y el 1 de agosto, congelando los fondos japoneses en Norteamérica; llega, incluso, a obtener que el gobernador de las Indias neerlandesas aplique también, por su parte, este embargo.

El Gobierno japonés no replica inmediatamente a esta presión; prefiere ofrecer una negociación en la que, para obtener el levantamiento de estas sanciones económicas y la posibilidad de comprar materias primas en las Indias neerlandesas, se muestra dispuesto a limitar sus ambiciones políticas. ¿Hasta qué punto? Las notas diplomáticas canjeadas el 20 y 26 de noviembre de 1941, plantean la discusión sobre dos puntos: por una parte, Norteamérica quiere conseguir que el Japón renuncie, inmediatamente, a la ocupación de la Indochina francesa; mientras que el Gobierno nipón, para seguir cerrando el paso hacia China, pretende mantener esta ocupación, aunque sea parcialmente, hasta que termine la guerra chino-japonesa; por otra parte, el Japón exige que los Estados Unidos no ayuden a Chang Kai Chek a prolongar su resistencia; mientras que el Gobierno de Washington se muestra decidido a proseguir la ayuda que facilita a la China nacionalista, mediante el suministro de material de guerra.

El Gabinete nipón acaso aceptaría el abandono parcial de sus planes de expansión en Indochina; pero no quiere renunciar a su política china; por consiguiente, decide la guerra.

¿Cuáles han sido los objetivos y las características de la política seguida en Tokio y Washington?

La política nipona ha sido fijada, a grandes rasgos, en julio de 1940; y orientada por la cuestión china. Para vencer a la China nacionalista, había que cortar sus comunicaciones con el mundo exterior, mediante la ocupación de la Indochina francesa, del estrecho de Malaca y de Birmania. Las circunstancias eran favorables, puesto que Francia había sido vencida, y Gran Bretaña se encontraba paralizada. Bien es verdad que era de esperar la oposición de los Estados Unidos, pero esta sería in-



eficaz—consideraban los círculos gubernamentales nipones—, porque se limitaba a emplear el arma económica.

Sin embargo, la aplicación de esta política sufre fluctuaciones, muy sensibles, de junio de 1940 a noviembre de 1941: dimisión del Gabinete Yonay, moderado, y formación, el 16 de julio de 1940, del Gabinete Konoye, que decide la intervención en Indochina; vacilaciones, en junio de 1941, en el seno de este mismo Gabinete, cuyo jefe elimina al ministro de Asuntos Extranjeros y trata de negociar; dimisión del príncipe Konoye, el 16 de octubre de 1941, presionado por los intransigentes.

Estas fluctuaciones son consecuencia de graves divergencias en el seno de los círculos dirigentes (1). Los financieros, que se habían mostrado reticentes con mucha frecuencia, ya en 1937, cuando el Gobierno y el Estado Mayor iniciaron la guerra de China, lo son aún mucho más con respecto al programa de expansión hacia los mares del Sur; a pesar de las ventajas que esta expansión puede reportar para los intereses de tipo económico, los círculos industriales y bancarios comprenden los riesgos de una política aventurera. Los militares, por el contrario, se muestran completamente dispuestos a aprovechar la guerra europea para realizar adquisiciones territoriales en la “gran Asia Oriental”; la dimisión del ministro de la Guerra provoca la del Gabinete Yonay y, quince meses después, la del Gabinete Konoye, incapaces de realizar las “aspiraciones nacionales”, según dice el Estado Mayor del Ejército; y la llegada al poder del general Hideki Tojo, principal promotor de esta actitud de los militares, abre el camino a la política belicista. Hasta aquí no hay nada de sorprendente, puesto que el antagonismo entre los círculos militares y los capitalistas había sido frecuente, casi constante, desde hacía veinte años, en la política japonesa. La actitud del Estado Mayor de la Armada es más extraña: los círculos navales, aunque acérrimos partidarios, en principio, de la expansión nipona, no se sienten muy inclinados a extender esta hasta los mares del Sur, es decir, a chocar de frente con los intereses norteamericanos; es cierto que el Japón, falto de materias primas—de metales raros y, sobre todo, de petróleo—y que no ha podido constituir *stocks* suficientes para una guerra larga, tiene necesidad de los recursos de las Indias neerlandesas; ¿pero tendrá el tonelaje mercante necesario para asegurar el transporte y, en caso de guerra con los Estados Unidos, podrá proteger las rutas marítimas contra los ataques de los aviones y los submarinos americanos? La Marina, tanto mercante como de guerra, tendrían que asumir una tarea agobiadora. ¿Podrían llevarla a cabo? El mando estratégico asegura que sí; pero los almirantes lo ponen en duda.

(1) En cuanto a estas divergencias, el proceso de los criminales de guerra en Tokio ha aportado informaciones muy interesantes. Aunque estos datos no hayan sido utilizados, todavía, en su totalidad por la investigación histórica, los historiadores norteamericanos han recurrido a ellos con frecuencia.

En definitiva, se oponen dos políticas: unos no se atreven a llegar hasta a la guerra con Norteamérica; y se contentan con los resultados que se puedan obtener por medios diplomáticos. Otros quieren realizar, íntegramente, el programa de expansión, aunque ello dé lugar a la guerra con los Estados Unidos.

El juego de estas fuerzas resulta especialmente interesante en el período de junio a noviembre de 1941.

La ruptura de hostilidades entre Alemania y la U. R. S. S. deja libre al Japón del *peligro ruso*. El ministro de Asuntos Extranjeros, Matsuo-ka, ve en ella una oportunidad favorable para—como en 1918—establecer en Siberia Oriental una ocupación (1) que garantizaría, para el futuro, la seguridad del archipiélago nipón; el Estado Mayor del Ejército, sin llegar a tomar en consideración tal conquista—porque la considera difícil—estima que ha llegado el momento de actuar energicamente en los mares del Sur, es decir, de instalar bases en toda la Indochina francesa, y de conquistar después las Indias neerlandesas. El príncipe Konoye decide intensificar, inmediatamente, el avance hacia los mares del Sur, y ocupar luego la Siberia Oriental; pero solo cuando el Gobierno soviético se haya visto obligado a llevar a Europa la mayor parte de las tropas que mantiene en Extremo Oriente. Así, pues, el Japón extiende la ocupación hasta Saigón.

Cuando los Estados Unidos replican con las sanciones económicas, el jefe del Estado Mayor Naval recomienda evitar una guerra cuyo resultado es muy dudoso, puesto que los *stocks* de petróleo y de materias primas se agotarían al cabo de dos años y puede, incluso, que de dieciocho meses. Esta es la razón de que el Gobierno nipón decida negociar con los Estados Unidos. Pero ¿es una prueba de que renuncia a su programa? ¿Desea tal vez, simplemente, ganar tiempo para crear una industria de petróleo sintético, con objeto de hacer la guerra en mejores condiciones, o para esperar el resultado de la ofensiva alemana en la U. R. S. S., cuyo éxito obligaría a Norteamérica a dedicar toda su atención al Atlántico y, por consiguiente, a adoptar una actitud más conciliadora en el Pacífico?

Sin embargo, a primeros de septiembre se ve claramente que el primer ministro japonés no conseguirá una entrevista con el presidente de los Estados Unidos. Los círculos militares piensan, entonces, en una guerra inmediata; pero el emperador se opone: “Cuando surgió el incidente de China, era usted ministro de la Guerra; me aseguró que todo acabaría en el plazo de un mes; y la guerra dura ya cuatro años..., ¡y si la retaguardia de China es inmensa, el Océano Pacífico carece de límites!”, le dice al jefe del Estado Mayor General. Por consiguiente, se prosiguen las tentativas diplomáticas; pero las bases fijadas el 6 de septiembre por la Conferencia imperial, subrayan la necesidad de conseguir libertad de acción en China. El 2 de octubre, las

(1) Véase pág. 727.

negociaciones tropiezan, precisamente, en esta cuestión china. En el seno del Gabinete nipón se produce, durante diez días, una lucha encarnizada: el príncipe Konoye desea arrojar lastre; estaría dispuesto a prometer que el Japón, una vez terminada la guerra contra China, no conservará en este país guarniciones ni bases navales, ni siquiera en número limitado; el Estado Mayor Naval y el ministro de la Guerra se aferran al programa establecido por la Conferencia imperial; y reclaman una decisión inmediata, puesto que el monzón de invierno entorpecerá muy pronto las operaciones en los mares del Sur; el 16 de octubre, consiguen la dimisión del príncipe Konoye. El emperador confía el puesto de primer ministro al ministro de la Guerra, sin tratar de acudir a un representante de los círculos navales, cuya intransigencia hubiese sido menor.

A partir de aquí, el Gobierno nipón acelera los preparativos del ataque contra Pearl Harbour, aunque las negociaciones diplomáticas prosiguen todavía, durante algún tiempo, para acceder a los deseos del emperador. El 1 de diciembre, tan pronto como adquiere la certidumbre de que los Estados Unidos no aceptan sus condiciones, el Gobierno japonés da secretamente la orden de ofensiva a las fuerzas navales y aéreas, ofensiva que se iniciará ocho días después. Las causas esenciales de esa decisión están perfectamente claras. Los círculos dirigentes nipones, aun resignándose, después de muchas vacilaciones, a limitar sus proyectos en los mares del Sur, no quieren renunciar a establecer un nuevo orden en Extremo Oriente, ni abandonar los resultados conseguidos en China, a costa de cuatro años de guerra. Cuando comprenden que las condiciones americanas son incompatibles con este programa de expansión, consideran que es preferible ir a la guerra, cuanto antes, no solo porque los preparativos navales americanos están en pleno desarrollo, sino también porque, a partir del embargo decretado por Norteamérica, el Japón vive de sus reservas, y gasta un petróleo del que tendrá gran necesidad en el transcurso de las hostilidades. Estas razones son más que suficientes para explicar el comportamiento nipón.

¿Habría que buscar otras, pensando que los círculos gubernamentales japoneses cedieron a presiones alemanas? El Gobierno alemán, a partir de la primavera de 1941, había aconsejado en vano al Japón que iniciara las operaciones contra las bases navales inglesas en los mares del Sur—Hong Kong y Singapur—; y, en junio, que declarara la guerra a la U. R. S. S. Parece ser que, hasta entonces, no había tratado de lanzar al Japón contra Norteamérica. Pero, a primeros de octubre, manifiesta que si el Gobierno nipón sigue negociando con los Estados Unidos sin consultar a sus aliados del pacto tripartito, Alemania se abstendrá, en el futuro, de consultar al Japón acerca de la orientación general de su política. Puede que esta amenaza haya contribuido a forzar la dimisión del príncipe Konoye; pero sería demasiado ver en ella una causa determinante.

El estudio de la política norteamericana con respecto al Japón ha dado lugar, en estos últimos años, a vivas controversias entre los partidarios de la tesis *rooseveltiana* y sus adversarios. Con motivo de estas discusiones, la publicación de documentos y memorias ha venido a ampliar la información histórica; pero sin que se puedan todavía contestar satisfactoriamente todas las preguntas que se plantean. ¿Cómo interpretar esta política, en el estado actual de la documentación?

El Gobierno norteamericano está perfectamente informado acerca de la amplitud de los propósitos nipones, puesto que sus servicios consiguen descifrar los cablegramas enviados desde Tokio a la Embajada japonesa en Washington, los cuales, además de instrucciones para el embajador, contienen numerosas comunicaciones de mensajes dirigidos a la Embajada japonesa en Berlín y al Cuartel General del Ejército japonés en China. Por consiguiente, conoce, casi al día, el desarrollo de los planes de expansión hacia los mares del Sur. El presidente Franklin Roosevelt—aunque los intereses de Norteamérica no vayan más allá de las Filipinas—quiere oponerse a la política nipona, con objeto de proteger las posiciones inglesas, cuyo mantenimiento está dentro de los intereses generales de la Unión. Esta es la tesis que desarrolla, en enero de 1941, en una comunicación dirigida a su embajador en Tokio. La estrategia de los Estados Unidos ha de ser—dice—una “estrategia global”: con objeto de garantizar la seguridad de Norteamérica, ha sido necesario suministrar a Gran Bretaña el material de guerra que precisa para resistir a Alemania; no es menos indispensable ayudarla a luchar contra el cierre de las vías de comunicación entre las diferentes partes del mundo. Sería un engaño—dice el presidente—ayudar a Inglaterra y, al mismo tiempo, consentir que se vea privada de las riquezas de Malasia y de Indonesia. Esta es la razón de que el Gobierno de Washington conceda una importancia especial a la instalación, en la Indochina francesa, de unas bases japonesas que constituyen los primeros jalones de esta ofensiva hacia los grandes mercados de materias primas.

Sin embargo, la política de los Estados Unidos no se contenta con esto, puesto que hace lo posible por dificultar, también, la actuación japonesa en China. En este caso, nada tiene que ver la estrategia general; los que orientan las decisiones son los intereses comerciales y financieros: los capitales y los productos americanos serían eliminados, definitivamente, del mercado chino y de las perspectivas que ofrece la modernización del país, si la dominación japonesa subsistiera en China. ¿No es razón suficiente para negarse a abandonar el Asia Oriental a su suerte?

Así, pues, para los fines de la política americana, las preocupaciones económicas a largo plazo van asociadas a los objetivos políticos inmediatos.

El principal medio de presión de que disponía el Gobierno norteamericano para dificultar la realización de los planes japoneses, era el

arma económica. Ahora bien: antes de usarla en toda su extensión ha vacilado durante un año: desde junio de 1940 a julio de 1941, Norteamérica ha seguido vendiendo petróleo al Japón, es decir, ha permitido a un posible adversario constituir *stocks* con vistas a la guerra; incluso ha planteado, en abril de 1941, o al menos sugerido, la eventualidad de un acuerdo que hubiera dado lugar al reparto entre Gran Bretaña, Japón y los Estados Unidos, de las materias primas procedentes de Malasia y de las Indias neerlandesas. La explicación de estas vacilaciones hay que buscarla, sin duda, en las preocupaciones de tipo estratégico y en el estado de la opinión pública.

El presidente—de acuerdo en eso con los mandos militares y navales—no quiere, en estos momentos, *forzar* al Japón, porque la guerra en el Pacífico impediría a los Estados Unidos seguir interviniendo en la batalla del Atlántico. "Es de terrible importancia para nosotros, con vistas al control del Atlántico, permanecer en paz con el Japón, porque el más leve incidente en el Pacífico implicaría menos buques en el Atlántico", escribe en enero de 1941. Igual preocupación se manifiesta, en la misma época, en otras circunstancias: cuando los Estados Mayores inglés y norteamericano estudian la hipótesis, entonces muy incierta, de que los Estados Unidos participaran en la guerra, recomiendan que el esfuerzo principal se realice en el Atlántico, adoptando en el Pacífico una estrategia meramente defensiva; y Franklin Roosevelt, requerido por el Gabinete inglés para que intervenga en la defensa de las Indias neerlandesas contra un ataque japonés, rehúsa comprometerse.

La opinión pública se preocupa más de la parte utilitaria. Para los productores americanos, el Japón es un buen cliente, al que hay que cuidar; el embargo, decretado en mayo y junio de 1940, sobre el material de guerra y los productos metalúrgicos, no perjudica a la industria, cuya actividad está absorbida por completo por los pedidos ingleses; pero la extensión de este embargo implicaría, para los medios económicos, una disminución de ganancias.

Estos motivos, que incitan al Gobierno de Washington a no ejercer sobre el Japón sino una presión moderada, ceden, sin embargo, a principios del verano de 1941, ante otras consideraciones. La mayor rigidez de la política norteamericana, de la que dan fe las sanciones económicas y financieras decididas a finales de julio, es determinada, con toda evidencia, por el nuevo sesgo de la guerra en Europa, es decir, por la ruptura entre la U. R. S. S. y Alemania: el Japón goza de mayor libertad de acción en los mares del Sur, puesto que la acción soviética en Extremo Oriente ha quedado paralizada; pero Gran Bretaña está algo menos amenazada por la batalla del Atlántico, ya que toda la aviación alemana se ha lanzado contra la U. R. S. S. Los Estados Unidos, por consiguiente, se ven obligados a oponer al Japón una barrera más eficaz; y pueden tomar las medidas necesarias, sin comprometer la resistencia de Gran Bretaña.

Esta mayor rigidez, en principio, había tenido por objeto obligar al Japón a una negociación. Ahora bien, muy pronto toma otro aspecto, puesto que la falta de flexibilidad del Gobierno norteamericano no se presta, indudablemente, a favorecer un compromiso. ¿Cómo y por qué adopta esta postura? Para apreciar su actitud, hay que fijarse en dos momentos.

El primero se sitúa a finales de agosto de 1941, cuando el presidente Roosevelt recibe del príncipe Konoye una petición de entrevista, y opone un aplazamiento *sine die*. Por los telegramas interceptados, sabe que el Japón está resuelto a continuar su política de expansión hacia los mares del Sur; por consiguiente, tiene motivos para dudar de la buena fe del primer ministro nipón y, de cualquier forma, de las posibilidades de éxito que tendría una conversación personal. Sin embargo, ¿es este motivo suficiente para negarse a hacer la prueba? El motivo auténtico de esta negativa parece ser, más bien, el que subraya junto al presidente, el secretario de Estado, Cordell Hull: la entrevista pudiera muy bien precipitar la ruptura, al poner de manifiesto el irreductible antagonismo existente; por otra parte, el secretario de Guerra deseaba disponer de un plazo de tres meses para terminar el rearme de las Filipinas; así, pues, es preferible atenerse a los intercambios de notas y a las conversaciones diplomáticas, que permitirán ganar tiempo con más facilidad e, incluso, en el caso de que la ofensiva alemana en Rusia no consiga resultados decisivos, que el Gobierno nipón disminuya sus exigencias.

El segundo momento se sitúa en los últimos días de noviembre; y presenta características muy similares.

Después de la caída del Gabinete Konoye, en Tokio, y la llegada al poder del general Tojo, el Gobierno americano se convence de que la guerra es inevitable. Sin embargo, en contra de la opinión del Departamento de Estado, que teme el derrumbamiento de la resistencia china, el presidente descarta la idea de presentar al Japón un ultimátum: prefiere dejar al Japón que manifieste *abiertamente* su error, así como la iniciativa de la ruptura, no solamente para asegurarse el apoyo de la opinión pública americana, sino también teniendo en cuenta el criterio de los Estados Mayores, que desean ganar tiempo para sus preparativos.

Puesto que los Estados Unidos desean retrasar la guerra, sería lógico que durante los últimos cambios de notas diplomáticas con el Japón adoptaran una postura conciliadora. Efectivamente, tal es su actitud, en un principio. El 21 de noviembre, estudia la conveniencia de autorizar al Japón a conservar guarniciones en la parte septentrional de la Indochina francesa, y de pedir que la solución del problema chino se ajuste a unos *principios* básicos, imprescindibles para el mantenimiento de una paz duradera, fórmula todo lo vaga que se pueda desear; estos términos se reflejan en el proyecto de contestación al Gobierno nipón. Pero cuando esta contestación se envía a Tokio, el 26 de no-

viembre, las condiciones americanas son ya más rigurosas: el Japón es invitado a evacuar toda la Indochina francesa y a abandonar al Gobierno de Uang-Ching-Wei, formado bajo sus auspicios en la parte de China ocupada por el ejército nipón (1). Que una respuesta de este tipo pueda precipitar el conflicto, no parece haber sido puesto en duda por los círculos gubernamentales norteamericanos: los Estados Mayores envían una orden de alerta a todas las fuerzas militares y navales; están lejos de prever que la amenaza recaerá sobre Pearl Harbour, posición muy alejada de las bases japonesas; pero esperan un ataque nipón a las Filipinas *en los próximos días*.

¿Cómo explicar este brusco empeoramiento de las condiciones norteamericanas, entre el 21 y el 26 de noviembre? Es indudable—las investigaciones de William Langer y Everett Gleason lo han demostrado—que esa decisión ha sido tomada por el presidente y el secretario de Estado, sin consultar a los Estados Mayores. Es cierto, también, que el primer proyecto, no solo había provocado las protestas del embajador de China, sino asimismo objeciones por parte del primer ministro británico: Winston Churchill opinaba que el Gobierno nacionalista chino, si no podía seguir contando con la ayuda de los Estados Unidos, acabaría por abandonar la lucha; entonces las dificultades a que Gran Bretaña tenía que hacer frente, se agudizarían sobremanera, si el Japón pudiera lanzar a la lucha en el sudeste asiático las fuerzas armadas que le quedarían disponibles una vez terminada la campaña de China.

Así, pues, la actitud de los Estados Unidos, en el transcurso de este período decisivo, ha sido determinada por la decisión del presidente, que ha actuado de árbitro entre los criterios, a veces divergentes, de los Estados Mayores y del Departamento de Estado. Y esta actuación de Franklin Roosevelt es, precisamente, lo que ha dado lugar a interpretaciones contradictorias.

Unos creen que el presidente decidió adoptar esta postura menos flexible, por motivos de tipo estratégico, directamente vinculados a la situación de Gran Bretaña. Roosevelt había querido, desde un principio, cerrar el paso a la expansión japonesa en los mares del Sur, con objeto de proteger los abastecimientos de las fábricas inglesas en materias primas, y el de petróleo para el ejército británico; a continuación, ha considerado necesario oponerse a la dominación nipona en China, al señalarle Winston Churchill cuáles podrían ser las consecuencias, para la política bélica de Gran Bretaña, de la capitulación del Gobierno nacionalista chino. Sin embargo, no deseaba la guerra con el Japón; se limitaba a correr el riesgo.

El único documento importante que se conoce actualmente, en apoyo de la primera interpretación, procede del secretario de Guerra, Harry Stimson. Después de una conferencia celebrada en la Casa Blanca, el

(1) Véase parágrafo II del cap. VII de este libro.

29 de noviembre de 1945, escribía en su diario personal: "El problema ha estado en determinar cómo hemos de maniobrar para que el Japón haga el primer disparo." Pero ¿era exacta esta impresión personal? Es imposible saberlo, pues se carece de información acerca de los términos del debate.

El principal argumento en apoyo de la otra tesis radica en el estado de los preparativos militares y navales norteamericanos: los Estados Unidos tenían motivos sobrados para desear un aplazamiento del conflicto; ¿cómo iba el presidente a incitar, voluntariamente, al Japón a la guerra? No cabe duda de que el valor de este argumento puede ser discutido, puesto que el estadista se ve obligado, muchas veces, a tener en cuenta circunstancias que escapan del horizonte de los técnicos. Pero, en este caso, ¿qué motivos apremiantes podían determinar a Franklin Roosevelt a hacer caso omiso de la opinión de los Estados Mayores y asumir el riesgo de unos fracasos militares y navales que, aunque fueran circunstanciales, no por ello serían menos graves para los Estados Unidos e incluso para su prestigio personal? La Historia necesita pruebas, o por lo menos indicios formales, que en este caso no tenemos.

Parece, por tanto, legítimo, dada la documentación de que actualmente se dispone, descartar la tesis que tiende a representar al Japón como *forzado* a la guerra por el deseo deliberado del presidente de los Estados Unidos; lo más que se puede pensar es que, muy posiblemente, Roosevelt no lamentó el estallido de la guerra: cuando supo la noticia del ataque japonés, antes de conocer la gravedad de las pérdidas sufridas en Pearl Harbour por la escuadra norteamericana, pareció *aliviado*.

\* \* \*

La coincidencia entre el fracaso de la *guerra relámpago* alemana en Rusia y la ruptura de hostilidades por el Japón, en el Pacífico, es puramente fortuita: los portaaviones japoneses destinados al ataque a Pearl Harbour abandonan sus bases de operaciones en las islas Kuriles el 1 de diciembre, es decir, antes que comience la contraofensiva rusa que libera a Moscú; el Gobierno alemán, aunque ha prometido ayuda al Japón, en caso de guerra contra los Estados Unidos, no espera, ni desea, la ofensiva desencadenada contra las islas Hawai. Sin embargo, esta coincidencia tiene gran importancia en la perspectiva general del conflicto mundial. Alemania, según la estrategia hitleriana, hubiera querido *eliminar* a la U. R. S. S. para tratar de desalentar a Gran Bretaña; pero también para encontrarse en mejores condiciones en el Oeste, si los Estados Unidos entraban en la guerra; y se da la circunstancia de que esta entrada en la guerra tiene lugar en el preciso momento en que se pierden las esperanzas de una victoria rápida en Rusia. Bien es verdad que Hitler había dicho, en junio de 1941, en una carta a Mussolini, que la intervención armada de los Estados Unidos le era indife-

rente, puesto que la Unión estaba ya facilitando a Gran Bretaña cuanta ayuda le era posible. Pero, a finales de junio, había prescrito al Estado Mayor Naval que evitara "cualquier incidente en el Atlántico" hasta mediados de octubre, fecha en que tendría lugar la "gran decisión en el frente ruso". En julio, después de la ocupación de Islandia por los americanos, había recomendado que se aplazara todo lo posible, "un mes o dos", cualquier acto de hostilidad contra los Estados Unidos, con la esperanza de que una victoria alemana en Rusia incitaría al presidente Roosevelt a modificar su línea de conducta. Por tanto, comprendía bien los peligros a que se exponía Alemania si tenía que luchar, al mismo tiempo, contra Rusia y los Estados Unidos.

Sin embargo, estos peligros no son todavía inminentes. No solo los Estados Unidos carecen aún de un ejército capaz de actuar en Europa, sino que el sesgo tomado en sus comienzos por la guerra del Pacífico obliga a los Estados Mayores norteamericanos a concentrar su atención en este punto: en diciembre de 1941, se suceden los desembarcos japoneses en Guam, en Hong-Kong y en Malaca, realizados sin grandes dificultades, merced a las pérdidas sufridas por las escuadras americana e inglesa en Pearl Harbour y, dos días después, en el golfo de Siam, respectivamente; a principios de enero de 1942, se produce la caída de Manila, y, en febrero, la de Singapur; en marzo, la ocupación nipona de las Indias neerlandesas y de la baja Birmania, al tiempo que la de los archipiélagos que cubren la costa septentrional de Australia. El ritmo de la ofensiva japonesa no disminuye hasta finales de mayo de 1942, después de la batalla naval del mar del Coral. A partir de aquí, los Estados Unidos pueden empezar a pensar en una mayor participación en las operaciones de guerra en Europa.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre los movimientos de Resistencia a la dominación alemana.**—R. BATTAGLIA: *Storia della Resistenza*, Turín, 1953.—C. A. DIXON y O. HEILBRUNN: *Communist guerilla warfare*, Nueva York, 1954.—HENRI MICHEL: *Histoire de la résistance française*, París, 1950.—HENRI MICHEL y M. GRANET: "Combat". *Histoire d'un mouvement de résistance (1940-1943)*, París, 1956.—H. MICHEL y B. MIRKINEGEUTZEVITCH: *Les idées politiques et sociales de la résistance*, París, 1954.—M. POZOLOTIN: *Borba bulgarskogo naroda za svobodu y nezavisimost v period vtoroj mirovoj voyny* (La lucha del pueblo búlgaro por su libertad y su independencia durante la segunda guerra mundial), Moscú, 1954.—M. SAL-

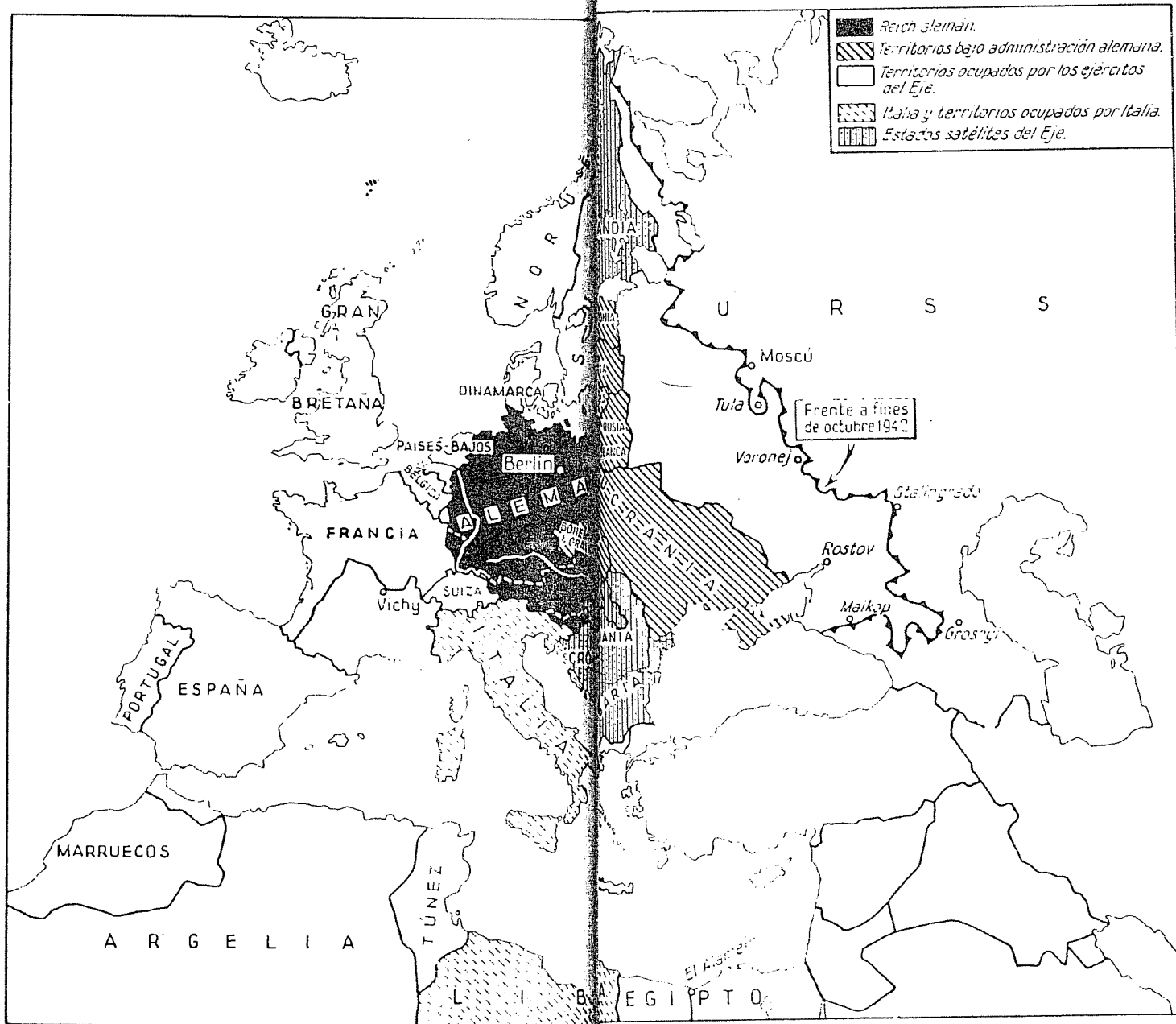
VADORI: *Storia della Resistenza italiana*, Venecia, 1955.—B. IAZITCH: *Tito et la révolution yougoslave, 1937-1956*, París, 1957.

**Sobre la entrada de la U. R. S. S. en la guerra.**—R. M. ULLMANN: *The Davies Mission and the U. S. Soviet Relations, 1937-1941*, *World Politics*, enero 1957, págs. 220-39.—G. L. WEINBERG: *Germany and the Soviet Union, 1939-1941*, Londres, 1954.—D. J. DALLIN: *Soviet Russia's Foreign Policy, 1939-1942*, New Haven (U. S. A.), 1942.—H. SERAPHIM y A. HILLGRUBER: *Hitlers Entschluss zum Angriff auf Russland*, en *Vierteljahr für Zeitgeschichte*, julio de 1954, págs. 240-55.—G. GAFENCO: *Préliminaires de la guerre*

*à l'Est*, París, 1941.—Hay que añadir A. DALLIN: *German Rule in Russia, 1941-1945, A study of occupation policies*, Londres, 1957.—G. REITLINGER: *The House built on Sand-The conflicts of German Policy in Russia, 1939-1945*, Londres, 1959.—*Der generalplan Ost*, en *Vierteljahr für Zeitgeschichte*, julio de 1958 (Plan de explotación de los territorios ocupados).

**Sobre los problemas del Pacífico y la entrada de los Estados Unidos en la guerra.**—Además de las obras ya citadas (capítulo X), véase: CH. BEARD: *President Roosevelt and the Coming of the War, 1941*, New Haven, 1948.—F. DAVIS y E. LINDLEY: *How War came to America, 1940-1941*, Londres, 1943.—W. MILLIS: *This is Pearl! The U. S. and Japan, 1941*, Nueva York, 1947 (importante).—J. C. GREW: *Ten Years in Japan, 1931-1941*, Nueva York, 1944.—G. CATROUX (general):

*La crise franco-japonaise de 1940 en France-Asie*, abril y junio de 1957, páginas 32-58 y 95-101.—M. BENOIST: *Les Etats Unis devant la question japonaise en 1941*, en "R. hist. deuxième guerre mondiale", marzo 1951, págs. 41-76.—G. CASTELLAN: *La diplomatie allemande et la guerre du Pacifique, 1940-1941*, en la misma revista, marzo 1951, págs. 28-40.—THEOBALD (almirante): *The final Secret of Pearl Harbor*, Nueva York, 1954, traducción: *Le secret de Pearl Harbor*, París 1955.—B. RODOU: *Die U. S. A. un Japan bei der Vorbereitung und Entfesselung des Krieges im Stillen Ozean, 1938-1941*, Berlín, 1959.—El artículo de J. B. DUBROSELLE: *L'évolution des Etats Unis vers la guerre 1937-1941*, en "R. histoire deuxième guerre mondiale", abril 1955, págs. 1-10, es un buen resumen de todas estas obras. Pero el estudio esencial es la obra de W. LANGER y E. GLEASON, ya citada.



LA EUROPA DE HITLER DE NOVIEMBRE DE 1942.



## CAPITULO XII

## EL MANTENIMIENTO DE LA «GRAN ALIANZA»

La coalición formada, a finales de 1941, por Gran Bretaña, la U. R. S. S. y los Estados Unidos, dispone de unas reservas en hombres y de unos recursos económicos que han de darle, forzosamente, la superioridad. Es indudable que se trata solamente de una esperanza a largo plazo: durante cerca de un año, Alemania obtiene nuevos éxitos en Rusia, y el Japón establece su dominación en el sudeste asiático. Pero, en el otoño de 1942, las condiciones estratégicas en los principales teatros de operaciones, varían por completo.

El 8 de noviembre tiene lugar el desembarco angloamericano en África del Norte, el cual prepara la victoria aliada en el Mediterráneo, y la ofensiva en Europa. El 19 de noviembre, la contraofensiva rusa en Stalingrado señala el fracaso de los planes bélicos hitlerianos. Finalmente, en febrero de 1943, la batalla de las islas Salomón abre la era de la contraofensiva americana en el Pacífico.

En adelante, bastará con que los *tres grandes* sigan unidos en la lucha, para que las potencias del Eje se vean abocadas al desastre. ¿Se mantendrá la coalición? Esta es la cuestión fundamental para el futuro de Europa, durante tres años; y es, también, la gran esperanza para la política hitleriana, que acecha las posibilidades de una disociación. La colaboración entre la U. R. S. S. y las dos potencias anglosajonas, difícil por lo que respecta a la marcha de las operaciones, lo es mucho más—evidentemente—cuando se trata de determinar los objetivos de guerra y de trazar las bases de la paz futura. En ningún momento se piensa en admitir al Comité francés de Liberación Nacional, que desde mayo de 1943, controla todos los territorios franceses de ultramar; así como tampoco al Gobierno polaco de Londres, aunque uno y otro participan—modestamente, bien es verdad—en el esfuerzo militar. Los Gobiernos exilados de Grecia, Yugoslavia, Holanda y Noruega, tampoco son consultados.

Deciden los "tres grandes": Churchill, que con valor, firmeza, tenacidad, clarividencia y convicción, animaba la resistencia a la victoria alemana; Roosevelt, notable táctico, "manipulador de fuerzas políticas" que comprendió en seguida el alcance de las responsabilidades americanas y aceptó asumirlas, pero sin el fuego ni la intransigencia de los doctrinarios; Stalin, cuyo rigor transformó en quince años el Estado soviético y cuya fuerza de voluntad sigue intacta, pese a las pruebas de la invasión.

Ahora bien: la desconfianza en las relaciones entre los miembros de la coalición es mutua. En Gran Bretaña y los Estados Unidos, donde

el recuerdo del pacto germano-ruso, de 23 de agosto de 1939, despierta profunda inquietud, el foso que opone las concepciones políticas y sociales se hace aún más profundo, a causa de la reacción de los sentimientos religiosos. En septiembre de 1941, los medios católicos americanos habían expresado su deseo de que el Gobierno soviético estableciera la libertad de cultos; algunos de sus elementos—los inspiradores del periódico *Catholic World*—habían llegado a oponerse a toda colaboración con la U. R. S. S. Por otra parte, el Gobierno soviético se encuentra en condiciones de inferioridad con respecto a sus *socios*, puesto que sufre la invasión; teme que los Estados Unidos y Gran Bretaña dejen a la U. R. S. S. soportar el mayor peso de la lucha, temor legítimo en toda guerra de coalición, donde los coligados no ignoran que, en el momento de la paz, el reparto de los frutos de la victoria dependerá, en buena parte, del estado en que se encuentren sus fuerzas armadas a la terminación de las hostilidades; por consiguiente, los círculos dirigentes rusos se inclinan a pensar que los Estados Unidos y Gran Bretaña retrasan, a popósito, la formación del *segundo frente*.

Esta desconfianza recíproca *envenena*—tal es el término empleado por un testigo norteamericano—las relaciones entre los tres gobiernos, sobre todo entre Estados Unidos y la U. R. S. S. En Washington, el Departamento de Estado teme una paz separada entre Alemania y la U. R. S. S., desde que el ejército ruso reanuda la ofensiva en noviembre de 1942. El Gobierno soviético no se siente más tranquilo, puesto que sus aliados pueden tratar de conseguir una paz de compromiso con Alemania, a costa de la U. R. S. S. El estudio histórico debe tratar de distinguir las distintas etapas de estas dificultades, en la medida que se lo permita una información documental incompleta.

—La cuestión primordial, entre junio de 1941 y noviembre de 1942, es la del encauzamiento estratégico de la guerra. Durante las primeras semanas que siguieron a la ruptura germano-rusa, la colaboración entre la U. R. S. S. y las dos potencias anglosajonas estuvo limitada al suministro de material (1). El Gobierno inglés consideraba que la resistencia opuesta por Rusia a la invasión alemana no podría prolongarse más allá de algunos meses, y que, por tanto, no supondría sino un respiro; pero el valor de este respiro era grande, puesto que Gran Bretaña ya no tenía que temer la invasión, y se veía *aliviada* en el Mediterráneo, en tanto que la aviación alemana estuviera concentrada en el frente ruso. Los Estados Unidos, aunque neutrales todavía, habían participado en estos suministros, por iniciativa del presidente; la opinión pública había admitido, en general, esta línea de conducta, a pesar de la oposición de los círculos católicos, porque comprendía que la derrota rusa aumentaría el riesgo de la hegemonía alemana, y permitiría al Japón conseguir un predominio absoluto en toda la parte Noroeste del

(1) Véase final del parágrafo I del cap. IX.

Pacífico. Pero el Gobierno soviético había indicado desde el primer momento, que contaba con una ayuda armada, con la creación de un *segundo frente* (tal era el principal objeto de la carta dirigida por Stalin a Winston Churchill, el 18 de julio de 1941), y que deseaba recibir garantías en cuanto a los *objetivos de guerra*. ¿Qué es lo que consigue?

La cuestión de los *objetivos de guerra*, abordada con mucha frecuencia en las conversaciones anglo-norteamericanas, no se trata con la U. R. S. S. sino mediante veladas alusiones. En agosto de 1941, cuando Franklin Roosevelt y Winston Churchill establecen, por la Carta del Atlántico (1) los principios que habrán de inspirar las condiciones de paz, omiten consultar al Gobierno soviético; y se limitan a informar a Stalin del resultado de sus conversaciones. Ahora bien: de estos principios, dos, por lo menos, el derecho a la libre determinación de los pueblos y la renuncia a ganancias territoriales, son como para inquietar al Gobierno de Moscú, puesto que desautorizan la política rusa de 1939-1940 y limitan sus futuras reivindicaciones. Así, pues, Stalin, por conducto diplomático, manifiesta su desagrado por haber sido mantenido al margen; y, tan pronto entran en la guerra los Estados Unidos, reclama un cambio de impresiones con sus *aliados*. En esta ocasión, el 16 de diciembre de 1941, concreta, por primera vez, las reivindicaciones soviéticas: restauración de la *influencia rusa* en los estados bálticos y Besarabia, tal como existía antes de la ruptura germano-rusa, así como la determinación de la frontera ruso-polaca de acuerdo con lo estipulado en 1919 (línea Curzon) (2). Se trata de unos objetivos difícilmente conciliables con la Carta del Atlántico. A esta tesis rusa, que quiere restringir a Polonia a sus límites etnográficos, el Gobierno polaco formado en Londres había opuesto ya, a finales de junio de 1941, la reivindicación de las fronteras fijadas en 1921, por el tratado de Riga, 200 kilómetros al este de la línea Curzon. Los gobiernos inglés y americano se guardan mucho, por el momento, de pronunciarse en un sentido o en otro; eluden una discusión que califican de prematura: primero, *hay que ganar la guerra*. Por otra parte, el Gobierno soviético no insiste; incluso accede a firmar, a finales de diciembre de 1941, el Pacto de las Naciones Unidas, que recoge los principios formulados en la Carta del Atlántico. En realidad, cuando la situación militar en Rusia se pone grave, durante la campaña de 1942, la cuestión de los objetivos de guerra se deja en suspenso.

La formación del segundo frente, por el contrario, sigue siendo preocupación constante del Gobierno soviético. Stalin estima, en septiembre de 1941, que el Alto Mando alemán, para llevar a cabo la guerra en Rusia, ha retirado 40 divisiones de las fuerzas de ocupación de Bélgica y Francia, y que, por consiguiente, sería posible una operación de desembarco en el norte de Francia. Winston Churchill contesta que Gran

(1) Véanse págs. 1180 y sgs.

(2) Véase pág. 787

Bretaña no dispone de efectivos, de barcos adecuados, ni de la superioridad aérea necesaria. El envío directo de refuerzos ingleses a Rusia, solicitado como alternativa por el Gobierno soviético, tampoco es tenido en cuenta en Londres. En enero de 1942, la conferencia de técnicos militares ingleses y americanos, celebrada en Washington, afirma la imposibilidad de abrir un segundo frente en Europa antes de, por lo menos, un año, habida cuenta del plazo indispensable para los preparativos y para la fabricación del material. Sin embargo, cuando el ejército alemán reanuda, en la primavera, la ofensiva en Rusia meridional, los gobiernos inglés y americano temen que su aliado se desmoralice y firme la paz por separado. Para consolidar la resistencia rusa, Gran Bretaña firma, el 26 de mayo de 1942, un pacto que promete a la U. R. S. S. "completa colaboración durante veinte años"; y los Estados Unidos le conceden los beneficios de la ley de *Préstamos y arriendo*. Franklin Roosevelt llega a insinuar la creación de un segundo frente en Europa antes que termine el año 1942. Las objeciones del primer ministro británico y las del Estado Mayor naval norteamericano inducen al presidente de los Estados Unidos a abandonar su proyecto dos meses después, y a atenerse al plan británico, es decir, al desembarco en África del Norte. Esta solución no puede parecer satisfactoria a Moscú, puesto que la formación del segundo frente en Europa hubiera obligado a los alemanes a retirar del frente ruso fuerzas importantes, mientras que el desembarco en África del Norte no supone para la U. R. S. S. sino una ayuda mediocre. Así, pues, el 14 de agosto de 1942, Stalin le dice a Winston Churchill que el abandono del plan primitivo es un golpe asestado a la U. R. S. S. A mediados de octubre de 1942, expresa públicamente esta decepción y esta desconfianza, cuando la ofensiva alemana alcanza Stalingrado: en una declaración hecha a los corresponsales de la Prensa anglonorteamericana, pide a sus aliados "que cumplan todas sus obligaciones y cuando todavía sea tiempo". En el fondo, sospecha que los Estados Unidos y Gran Bretaña maniobran de manera que las fuerzas rusas sigan agotándose. Pero ¿qué otra salida le queda, más que resignarse, en la situación dramática en que se encuentra el frente ruso?

El éxito de la contraofensiva rusa en Stalingrado, el 19 de noviembre de 1942, cuyas consecuencias se ponen de manifiesto dos meses y medio después, al capitular el ejército de Paulus, abre una nueva etapa de las relaciones entre la U. R. S. S. y las potencias del Atlántico.

El Gobierno soviético se encuentra, a partir de ahora, en una situación militar lo bastante favorable para recobrar su libertad de acción en política exterior. Puede hablar más fuerte y con más energía a sus aliados, puesto que sus suministros de material son menos urgentes y ha conseguido mejorar la situación militar con el solo empleo de sus tropas. Por tanto, está mejor pertrechado para suscitar de nuevo la cuestión de los objetivos de guerra, por lo que respecta a la acción di-

plomática interaliada, así como para exigir el segundo frente. También está en mejor situación para tomar en consideración una negociación con el Reich, puesto que la retirada del ejército alemán en Rusia tiene que hacer que el Gobierno hitleriano abandone todas sus esperanzas de anexarse Ucrania.

¿Hacia cuál de estas dos posibilidades se inclinan las preferencias del Gobierno soviético? La elección depende, indudablemente, de las posibilidades que se ofrezcan de un lado y de otro: la diplomacia rusa, al buscar contactos con Alemania, puede esbozar una maniobra para presionar a las potencias del Atlántico; pero en el caso de que las condiciones fueran satisfactorias para los intereses rusos, también podría comprometerse formalmente en una negociación.

El temor de que la U. R. S. S. se incline hacia una paz separada, explica, en gran parte, las decisiones de los gobiernos inglés y americano durante el año 1943.

Cuando Franklin Roosevelt y Winston Churchill se reúnen, en enero, en Casablanca, donde Stalin se ha negado a ir, su preocupación inmediata es aplacar el descontento ruso. No están en condiciones de satisfacer a Rusia, en cuanto a la creación inmediata del segundo frente; pero, por lo menos, desean eliminar la desconfianza del Gobierno soviético, siempre inclinado a pensar que las potencias del Atlántico pretendan, tal vez, conseguir una paz de compromiso, a costa suya. Este es el motivo de que anuncien su propósito de imponer a Alemania una capitulación sin condiciones. Esta decisión habrá de prolongar la guerra, proporcionando un argumento a la propaganda hitleriana; pero está destinada—según la interpretación, muy verosímil, del historiador americano más calificado—a convencer a Stalin de que queda por completo excluida una paz de compromiso.

Sin embargo, en el mes de febrero, el Gobierno soviético sigue reclamando con insistencia el segundo frente: “es muy importante—escribe—atacar en el Oeste, en la primavera o a principios de verano; un nuevo retraso sería peligroso para nuestra causa común”. Esta insistencia es inútil. Gran Bretaña—contesta Winston Churchill—no puede aventurarse a un ataque prematuro, que no conduciría sino a un fracaso sangriento.

Tal vez sea esta decepción lo que decide a Stalin, en el mes de junio, a enviar a Suecia a un agente encargado de ponerse en contacto con la diplomacia alemana. Pero este episodio tiene poco alcance. A principios de julio, el agente soviético en Estocolmo empieza a mostrarse exigente. ¿Se debe a que el general Sikorski, jefe del Gobierno polaco en Londres, acaba de morir en un accidente de aviación, y que esta muerte parece ofrecer a la diplomacia rusa perspectivas favorables en el asunto de los objetivos de guerra?

Ahora bien: entre tanto, el primer ministro británico y el presidente de los Estados Unidos, con ocasión de sus conversaciones en Washington, en mayo de 1943, han tratado de encontrar el medio de

*romper el hielo*. Se ha hablado de iniciar las conversaciones con la U. R. S. S. acerca de los objetivos de guerra, conversación que habían estado aplazando desde hacía dieciocho meses. En la Conferencia de Quebec, en agosto, se ponen de acuerdo para ofrecer a Stalin una entrevista. No cabe duda de que este ofrecimiento está en relación directa con el desarrollo de las operaciones militares en Europa: la inminente derrota italiana (1) va a acelerar la derrota alemana, y, por consiguiente, a facilitar a la U. R. S. S. una magnífica oportunidad para dominar el continente europeo; es el momento oportuno—dice John Hopkins, colaborador personal del presidente de los Estados Unidos—para llegar a un acuerdo, en caso de que sea posible, que limite las ambiciones soviéticas, pero, el primer obstáculo a superar en esta negociación, es el conflicto diplomático entre el Gobierno polaco de Londres y el Gobierno ruso. En el verano de 1943, el Gabinete inglés, convencido, desde hace mucho tiempo, de que la solución más razonable sería fijar la frontera en la línea Curzon, trata de convencer, a su vez, al Gobierno polaco. Ya en el otoño, el Departamento de Estado termina por unirse a esta presión. La diplomacia angloamericana insinúa a los dirigentes polacos que tal vez sea posible concederles una indemnización territorial en el Oeste, a costa de Alemania. Los polacos de Londres consideran esta eventualidad como inaceptable, no solo por no acomodarse a los deseos de la nación, sino también porque la estiman peligrosa: el Gobierno soviético utilizaría este ofrecimiento de compensación para poner al futuro Gobierno polaco bajo su dependencia, y obtener de esta forma un *trampolín* que le permitiría adquirir una situación predominante en Europa central. Sin embargo, esta oposición no impide que Gran Bretaña y los Estados Unidos accedan a que la cuestión polaca sea tratada en el cambio de impresiones en que Stalin se muestra ahora dispuesto a participar.

Las reivindicaciones de la U. R. S. S. se exponen, globalmente y con marcado éxito, el 28 y el 29 de noviembre de 1943, en Teherán, primera conferencia en que se reúnen Stalin, Franklin Roosevelt y Winston Churchill. Stalin recibe la promesa formal de que el desembarco, efectuado en septiembre de 1943, en la península italiana (2), será seguido, en mayo de 1944, por una operación de gran envergadura en Normandía; de acuerdo con Franklin Roosevelt, rechaza el plan inglés que sugería la formación de este segundo frente en los Balcanes, zona donde la U. R. S. S. tiene intereses directos y desconfía de una intervención inglesa. Al mismo tiempo, sin encontrar oposición, indica su propósito de anexionarse los países bálticos; se niega a tomar en consideración el proyecto inglés de una federación danubiana—que evocaría el recuerdo del “cordón sanitario” de 1919—; y se adhiere al principio del desmembramiento de Alemania. Pero en lo que hace

(1) Véase más adelante, cap. XIII.

(2) Idem. *id.*

hincapié, principalmente, es en la cuestión polaca. Su proposición —“correr a Polonia hacia el Oeste”—es la misma que los diplomáticos rusos llevan haciendo año y medio. La novedad estriba en que el primer ministro británico consiente ahora en esta solución. El territorio del futuro estado polaco deberá extenderse “por la zona situada entre la línea Curzon y la línea del Oder, comprendidos Prusia Oriental y Oppeln”, es decir, que la U. R. S. S. se anexionará los territorios que le fueron atribuidos por el acuerdo germano-ruso de 1939 (Stalin concreta que Lvov quedará dentro de la zona rusa); mientras que la Polonia futura recibirá, en compensación, la Prusia Oriental, la Pomerania de Stettin y la Silesia. Todavía no se trata sino de un intercambio de puntos de vista, preliminar y rigurosamente secreto. Winston Churchill condiciona su aceptación definitiva a la conformidad del Gobierno polaco establecido en Londres.

Así, pues, aun tratando de no comprometerse formalmente, Gran Bretaña y los Estados Unidos han admitido en principio lo más esencial de los planes rusos. El primer ministro británico confía (así se lo escribe a su ministro de Asuntos Extranjeros, al acabar la Conferencia) en que la línea Curzon será el límite de la expansión rusa. Espera, por tanto, que el futuro estado polaco independientemente será gobernado por *demócratas* afectos a las concepciones políticas occidentales, viéndose libre de la influencia rusa. ¿En qué basa esta confianza? Sin duda considera que la creación del segundo frente, en la primavera, dará más peso y más autoridad en la coalición a las potencias del Atlántico.

La realidad es que en la última etapa de la guerra, paralelamente al éxito de los desembarcos en Normandía y en Provenza, la situación militar proporciona a la política soviética nuevos argumentos. En abril de 1944, los ejércitos rusos penetran en la península balcánica; en el mes de julio, entran en territorio polaco, donde se forma, bajo su protección, un Comité de Liberación polaco, y luego, en Lublín, un *Consejo Nacional*. Estos hechos consumados se imponen en la situación diplomática. Rusia ya no ganaría nada firmando una paz separada con Alemania; pero se encuentra en situación favorable para negociar acerca de los frutos de la victoria. En el mes de mayo, para poner a Grecia al abrigo de la penetración rusa, Churchill se muestra dispuesto a firmar un acuerdo destinado a determinar las respectivas zonas de influencia, reconociendo que “los asuntos de Rumania conciernen más especialmente a la U. R. S. S.”. En julio, persuade al presidente del Gobierno polaco en Londres, Mikolajzyk, de que ha llegado el momento de entablar conversaciones con la U. R. S. S., de acuerdo con las bases establecidas en Teherán. En octubre de 1944, aborda personalmente con Stalin, en las conversaciones de Moscú, las cuestiones balcánicas: Gran Bretaña consigue plena libertad de acción en Grecia, si bien aceptando la influencia exclusiva de la U. R. S. S. en Bulgaria y Rumania, y parcial

en Yugoslavia; sin embargo, al no poder convencer al Gobierno polaco de Londres para que se ponga en contacto con el Consejo Nacional de Lublín, el primer ministro británico deja en suspenso la cuestión polaca. En resumen: la posición adoptada cuando la Conferencia de Teherán—acceder a un cambio de impresiones preliminar, pero aplazando los compromisos formales—se hace peligrosa, desde el momento en que el mapa de la guerra pone en manos de la U. R. S. S. unos territorios sobre los cuales ya reivindicaba derechos de influencia.

El objetivo que se fijan los Estados Unidos y Gran Bretaña, en febrero de 1945, en la Conferencia de Yalta, es “salvar a Europa del bolchevismo” mediante un acuerdo amistoso. Cuando se inician estos debates, los ejércitos americano, inglés y francés se disponen a franquear el Rin; pero los ejércitos rusos ocupan ya todos los territorios que formaran, antes de 1939, el estado polaco.

¿Cuáles son los aspectos esenciales de esta conferencia de Crimea, cuyos detalles han sido descritos minuciosamente por testigos norteamericanos e ingleses?

Sin demasiado trabajo se llega a un acuerdo en cuanto a las bases a adoptar para una solución provisional de los asuntos alemanes, de la cuestión de los Estrechos turcos, e incluso del problema de Extremo Oriente. Alemania, hasta tanto se determine su situación, será dividida en zonas de ocupación entre la U. R. S. S., los Estados Unidos y Gran Bretaña, pudiendo unirse Francia, siempre que la zona que se le asigne se detraiga de las adjudicadas a las potencias atlánticas; posteriormente será fragmentada en varios estados, cuyo número no se determina. El estatuto internacional del Bósforo y de los Dardanelos, establecido, en 1936, en la Conferencia de Montreux (1), será modificado para tener en cuenta los intereses de la U. R. S. S., “que no debe depender del control turco sobre los Estrechos”. Finalmente, la U. R. S. S. participará en la guerra contra el Japón, pero solo cuando Alemania haya capitulado; cuando se haga la paz, obtendrá el reconocimiento de los derechos e intereses que poseía en 1904, es decir, que recuperará el territorio en arriendo de Port Arthur, los ferrocarriles transmanchuriano y submanchuriano, así como la parte meridional de la Isla de Sajalin (2), además, obtendrá la posesión de las islas Kuriles y se reconocerá su influencia en Corea. Bien es verdad que se trata solamente de unos acuerdos preliminares, que dejan en el aire muchas cuestiones delicadas.

Pero, por lo que respecta al problema polaco, el más difícil desde hace dos años, el acuerdo de principio es imposible, puesto que Gran Bretaña no quiere abandonar al Gobierno polaco de Londres; y la U. R. S. S. no está dispuesta a dejar de sostener al Consejo Nacional de Lublín. Por tanto, la única solución parece ser tratar de encontrar

(1) Véase parágrafo II del cap. V, libro I de esta parte.

(2) Véase pág. 498.

una fórmula de compromiso que disimule, de momento, el desacuerdo. Franklin Roosevelt y Winston Churchill pretenden que el futuro Gobierno polaco—un Gobierno provisional, cuya labor fundamental será preparar unas elecciones *libres*—represente a todos los partidos políticos, comprendidos los liberales *demócratas*, que componen el Gobierno de Londres, y los comunistas, que dominan el Consejo Nacional de Lublín. Confían en que la participación de los demócratas permitirá garantizar la libertad de la consulta electoral; y que el Gobierno *definitivo*, salido de estas elecciones, podrá sustraerse a la dominación rusa; invocan sus compromisos con respecto a los polacos y la presencia de ciento cincuenta mil voluntarios en las filas de los ejércitos aliados. Stalin, dueño *de facto* de Polonia, replica que el territorio polaco ha servido, en 1915 y en 1941, de camino de acceso para la invasión de Rusia por los alemanes; y que, por tanto, en interés de la seguridad nacional, tiene que poder contar con los sentimientos *amistosos* de los dirigentes polacos, y que solo cumplen esta condición los componentes del Consejo de Lublín. Después de una discusión que se prolonga a lo largo de cuatro sesiones, Molotov termina, empero, por acceder a la presencia en el Gobierno de la nueva Polonia de “dirigentes demócratas de Polonia o de la emigración polaca en el extranjero”; pero Franklin Roosevelt y Winston Churchill renuncian a obtener para estos demócratas una parte de influencia análoga a la de los comunistas: en realidad, los miembros del Consejo Nacional de Lublín tendrán las tres quintas partes de los escaños.

Es indudable que una Declaración general prevé que los pueblos de los países *liberados* podrán escoger la forma y la composición de su Gobierno mediante elecciones libres. Ahora bien: partiendo de la base de que el territorio está ocupado por las tropas rusas y de que la mayoría del Gobierno provisional se compone de adictos a la U. R. S. S., ¿quién puede controlar la libertad de las elecciones? Por un momento, Franklin Roosevelt piensa exigir que este control sea ejercido por el embajador de los Estados Unidos; pero renuncia a ello, por temor a hacer abortar un compromiso al que se ha llegado con tanto trabajo: “por ahora no podemos hacer nada más favorable para Polonia”, dice a sus colaboradores.

Un mes después, el Gobierno soviético empieza a zafarse de los compromisos contraídos. El derrumbamiento militar de Alemania da lugar a un cambio radical en las relaciones entre los tres estados, solidarios únicamente porque tenían que vencer a un enemigo común.

\* \* \*

El balance de la Conferencia de Yalta, que no provocó críticas de la opinión pública norteamericana en su momento, dio lugar a grandes polémicas tres años después de la muerte del presidente; pero solo a la vista de los acontecimientos que se produjeron entre 1945 y 1948.

Los reproches hechos a Franklin Roosevelt han versado, principalmente, sobre la política respecto a Alemania, sobre la ineficacia del compromiso adoptado en la cuestión polaca y sobre la influencia otorgada a Rusia en Extremo Oriente. ¿Por qué conceder a la U. R. S. S. una zona de ocupación tan vasta en Alemania? ¿Por qué haber accedido a colocar a Polonia en una situación de dependencia con respecto al estado soviético? ¿Por qué haber pedido la intervención del ejército soviético en la guerra del Extremo Oriente, cuando el empleo de la bomba atómica iba a bastar, seis meses después, para imponer la capitulación al Japón? ¿Por qué haber devuelto Manchuria a la influencia rusa, proporcionando al Gobierno soviético la posibilidad de ayudar a los comunistas chinos?

Los colaboradores que acompañaron al presidente cuando la Conferencia han demostrado, sin lugar a dudas, que, lejos de ceder en todo, Franklin Roosevelt había obtenido del Gobierno soviético concesiones apreciables; pero se han limitado a responder a las críticas esenciales, subrayando la impotencia en que se encontraban, en febrero de 1945, las dos potencias occidentales. En Alemania oriental y en Polonia, el mapa de la guerra había privado a los Estados Unidos y a Gran Bretaña de toda posibilidad de hacer fracasar la dominación rusa; si no se hubiera llegado a ningún acuerdo en Yalta, no por ello hubiera dejado la U. R. S. S. de conseguir una posición predominante en el continente europeo. En el Extremo Oriente, el presidente deseaba obtener la participación de las fuerzas armadas rusas—de acuerdo con la opinión del Estado Mayor—, puesto que, al faltar esta ayuda, la resistencia del Japón pudiera haberse prolongado durante dieciocho meses más: el Gobierno nipón, aun si fuese expulsado del territorio nacional por un desembarco norteamericano, podría proseguir la guerra, puesto que la mayor parte de su ejército se encontraba en China y en Manchuria. ¿Cómo acabar con esta resistencia sin ayuda de los rusos; y cómo evitar el pago de esta ayuda, aun cuando su precio fuera muy alto? El estado de la información histórica no permite todavía un estudio crítico minucioso; solo autoriza algunas observaciones.

El llamamiento a la intervención rusa en el Extremo Oriente fue superfluo, puesto que, en definitiva, el Japón se rindió sin que fuera necesario esperar los resultados de tal intervención. ¿Podía preverlo Franklin Roosevelt? Indudablemente, desde diciembre de 1944, sabía que la primera bomba atómica estaría preparada, probablemente, para el verano de 1945; pero no lo supo con certeza hasta el mes de marzo, después de Yalta. Nadie podía valorar todavía la eficacia de la nueva arma, cuyas pruebas no se realizaron hasta el 16 de julio. Así, pues, el presidente no podía apreciar todavía, en el mes de febrero, la amplitud de la *revolución atómica*, ni medir con exactitud su alcance estratégico; no puede sorprender que haya considerado necesario atenerse a la opinión de sus Estados Mayores, deseoso de aliviar, con la entrada en la guerra de las tropas rusas, el peso soportado por los Estados Unidos

en la guerra del Pacífico. Todavía a mediados de junio, los componentes del Comité Especial formado por el presidente Truman, militares, diplomáticos y políticos, repiten casi unánimemente que la ayuda soviética es necesaria.

La situación de la guerra en Europa en 1945, ya no permite a Gran Bretaña y a los Estados Unidos oponerse a la expansión rusa, a menos que acepten también la posibilidad de un tercer conflicto mundial, eventualidad que, por entonces, nadie quería tomar en consideración. Ahora bien, ¿no hubiera sido posible esa resistencia quince meses antes, sin peligro de guerra? El principio del *desplazamiento* de Polonia hacia el Oeste—y, por consiguiente, el de la influencia rusa en Europa central—, fue admitido, tácitamente, por Franklin Roosevelt y expresamente por Winston Churchill en la Conferencia de Teherán en otoño de 1943. En aquel momento, el desarrollo de la guerra no había dado todavía al Gobierno soviético las cartas ventajosas que tuvo después; por tanto, la política de apaciguamiento era menos necesaria. Si los dos estadistas pensaron de otra forma fue, sobre todo, porque temieron que los rusos, en caso de desacuerdo entre los aliados, hicieran una paz por separado con Alemania. Es indudable que, en esta hipótesis, el Gobierno soviético no hubiera obtenido, ni mucho menos, unas ventajas comparables con las que podía esperar de una derrota alemana completa; sin embargo, podía interesarle contentarse con unos beneficios más limitados si consideraba que una victoria total exigiría a sus ejércitos y a su pueblo un esfuerzo demasiado grande. ¿Era vano este temor? Incluso hoy no disponemos de medios para conocer las intenciones del Gobierno soviético; pero debemos hacer constar que la tentación de una paz separada pudiera haber sido muy fuerte en los círculos gubernamentales rusos, en tanto que el segundo frente no fue creado mediante el desembarco en Francia.

Por consiguiente, parece ser que la política de apaciguamiento ha sido la contrapartida del retraso en la creación de este segundo frente. Los Estados Unidos y Gran Bretaña se han colocado, con respecto a la U. R. S. S., en una situación diplomática desfavorable, por haber querido limitar sus riesgos.

#### BIBLIOGRAFIA

**Sobre las relaciones entre la U. R. S. S., Gran Bretaña y Estados Unidos.**—\*\*\*: *War and Peace Aims of the United Nations*, Boston, 1948, 2 vols.—H. CALVET: *Roosevelt et la reddition inconditionnelle*, en "R. histoire deuxième guerre mondiale", octubre 1955, págs. 43-49.—H. FEIS: *Churchill, Roosevelt, Staline. The war they waged and the peace they sought*,

Princeton, 1957.—B. MEISSNER: *Russland, die Westmächte und Deutschland. Die sowjetische Deutschlandspolitik 1943-1953*, Hamburgo, 1953.—W. H. MAC NEIL: *America, Britain and Russia. Their cooperation and conflict, 1941-1946*, Londres, 1953 (importante).—W. NEUMANN: *Making the Peace, 1941-1945. The Diplomacy of War-Time conferences*, Washington, 1950.—H. G.

SASSE: *Die ostdeutsche Frage auf den Konferenzen von Teheran bis Potsdam*, Tübinga, 1954.—ED. TABORSKY: *Berlin and Stalin. Moscow, 1943 and 1945*, en "J. of Central European Affairs", julio 1953, págs. 154-181.—R. H. HULLMANN: *The Davies Mission and the U. S. Soviet Relations, 1937-1941*, en "Worlds Politics", enero 1957, págs. 220-239.—G. RHODE, W. WAGNER: *Quellen zur Entstehung der Oder-Neisse Linie in den diplomatischen Verhandlungen während des zweiten Weltkrieges*, Stuttgart, 1956.—W. WAGNER: *Die Entstehung der Oder-Neisse Linie*, Stuttgart, 1953.—JOHN R. DEANE (general): *Negotiating with Russians*, Boston, 1953 (por varios autores).—H. P. STERN: *The Struggle for Poland, 1941-1947*, Washington, 1953.—\*\*\* *Polen, Deutschland und die Oder-Neisse Grenze*, Berlín, 1959.—E. ROZEK: *Allied wartime Diplomacy. A Pattern in Poland*, Nueva York, 1958.—R. YAKEMTCHOUK: *La ligne Curzon et la 2.ª guerre mondiale*, Lovaina, 1957.—G. N. CROCKER: *Roosevelt's Road to Russia*, Chicago, 1959.—L. MAISKI: *Le problème du second front*, en *Rech. intern. à la lumière du marxisme*, setbre. 1953, págs. 209-241.—A. J. WOCNIK: *The Teheran conference and Odra-Niza Boundary*, Nueva York, 1959.

Hay que añadir una importante recopilación de documentos: *Perepiska Predsedatelja Soveta Ministrov SSSR s*

*Prezidentami SSA i Premier ministrami Velikobritanni vo vrenia Velicój Otecestvennoj vojny 1941-1945 gg.* (Correspondencia entre el presidente del Consejo de ministros de la U. R. S. S., el presidente de los Estados Unidos y el primer ministro de Gran Bretaña, durante la gran guerra nacional), Moscú, 1957, 2 volúmenes.

**Sobre la Conferencia de Yalta.**—Además de los testimonios citados en la bibliografía general del presente libro, véase: R. F. FENNO (ed.): *The Yalta Conference*, Boston, 1955.—J. L. SNELL (y otros): *The Meaning of Yalta*, Baton Rouge, 1956.—J. FREYMOND: *De Roosevelt à Eisenhower*, Ginebra, 1953 (capítulo I). Hay que añadir las notas críticas de F. DEBYSER: *Sur la conférence de Yalta*, en *R. Histoire 2.ª guerre mondiale*, julio, 1960, págs. 23-31.

*The Entry of the Soviet Union into the war against Japan. Military Plans, 1941-1945*, Washington, 1955 (pp. el *Department of Defence*).

\* \* \*

Acerca de las cuestiones tratadas en este capítulo, el libro de J. B. DURSSELLE citado en la bibliografía general, ofrece un análisis particularmente interesante.



## CAPITULO XIII

## LA DERROTA DE LAS POTENCIAS DEL «EJE»

Basta con que se mantenga la coalición adversaria para que quede decidido el destino de Alemania y de sus aliados. Esta derrota es producida, única y exclusivamente, por las armas. La historia de las relaciones internacionales debe limitarse a examinar cómo y cuándo lo han comprendido así los gobernantes y los pueblos de los estados vecinos, así como las consecuencias que han sacado de ello.

## I. EL ARMISTICIO ITALIANO

La caída de Mussolini, el 25 de julio de 1943, anuncia la defección de Italia. El nuevo Gobierno, presidido por el mariscal Badoglio, trata inmediatamente de obtener el armisticio; no lo consigue hasta el 3 de septiembre, después de seis semanas de prolongados esfuerzos. E Italia, cuando se retira de la guerra, se transforma en campo de batalla. ¿Por qué se derrumba el régimen fascista? ¿Y por qué este derrumbamiento no ha evitado a Italia los sufrimientos de la guerra?

La desaparición del régimen fascista es consecuencia directa de la nueva orientación adquirida, a partir de noviembre de 1942, por las operaciones bélicas del Mediterráneo; pero también habían contribuido, desde hacía mucho tiempo, a preparar este resultado, las dificultades de la colaboración entre Italia y Alemania y el cansancio de la opinión pública italiana.

Las relaciones germano-italianas habían sufrido el primer golpe en el otoño de 1940. En lugar de dirigir su acción militar contra Malta—según el plan de guerra alemán—, Mussolini había lanzado una ofensiva balcánica, cuyo único objetivo era eliminar el obstáculo que Yugoslavia y Grecia podían oponer a la penetración italiana. Esta acción, empezada a espaldas de Alemania, había fracasado. El duce se había visto obligado, después de su entrevista con Hitler, el 8 y el 9 de febrero de 1941, a renunciar a su *guerra paralela*, y a acomodar sus pretensiones a las del Gobierno alemán. Esto había provocado en él gran amargura. Desconfiaba de las reivindicaciones alemanas acerca del Tirol meridional; se quejaba de que Hitler le llamaba *tocando el timbre*, sin que él pudiera decir ni palabra; y no ocultaba su temor de llegar a convertirse en un vasallo de su aliado. Por el momento—confesaba—no podía hacer, sin embargo, más que prestarse a todo. ¿Cuáles eran sus esperanzas para el futuro?

Si se da crédito a las conversaciones mantenidas con su yerno, unas veces pensaba que una guerra larga y agotadora obligaría a Alemania a remunerar con largueza la ayuda italiana; es decir, que seguía considerándose dentro del *pacto de acero*; y otras, llegaba a preguntarse si no sería preferible desear una victoria inglesa. Sin embargo, puede que no haya que conceder demasiada importancia a estas conversaciones. De la misma manera, cuando hablaba con el jefe de Policía, por ejemplo, criticaba a Hitler, a Goering, y expresaba su admiración por la fuerza de voluntad de Winston Churchill o de Franklin Roosevelt, dejando traslucir su resignación a soportar la hegemonía alemana y su esperanza de sacar de ella algunos beneficios. ¿No era también este el estado de ánimo del conde Ciano, acerca de esta misma hegemonía alemana, cuando escribía en su Diario, en noviembre de 1941: "que sea bueno o malo, es otra cuestión; pero es una realidad. Por consiguiente, es preferible estar sentado a la derecha del dueño de la casa; ¿y nosotros lo estamos?"

La población italiana, en conjunto, no había deseado la entrada en la guerra, la que, según los informes de la Policía, había considerado como una aventura ligada a los intereses del partido fascista más que a los de la nación (1). Mussolini no lo ignoraba, pero había hecho caso omiso: "para hacer grande a un pueblo, hay que enviarle al combate, aunque sea dándole patadas en el trasero". Un año después había de reconocer que el pueblo "no había comprendido del todo la guerra", y que la población se apartaba del régimen:

Sin embargo, la oposición activa se limitaba a dos focos, ambos estreñidos a una actividad clandestina: el partido comunista, cuyas fuerzas principales estaban en las regiones industriales de Milán, Génova y Turín, y que no había esperado a la ruptura germano-rusa para manifestarse contra la guerra; el *partido de acción*, cuyos miembros activos eran poco numerosos, pero cuyos jefes (republicanos centristas o republicanos socialistas) habían ocupado cargos políticos, en su casi totalidad, antes de la era fascista. La aristocracia romana, sin participar directamente en esta oposición y válida de su prestigio social, mostraba por regla general una actitud crítica, no solo en lo tocante al régimen, sino también a la guerra. La actitud de los altos funcionarios, servidores del fascismo, no era segura: el ministro de Italia en Bucarest no vacilaba, en agosto de 1941, en preconizar una *unión latina*, en la que España y Francia podrían ayudar a Italia a hacer de contrapeso frente a Alemania; el jefe de Policía trataba de hacerse independiente del partido; el subsecretario de Estado para la fabricación de material de guerra, ya en el otoño de 1941, decía que Italia no podría continuar su esfuerzo bélico durante mucho tiempo, por carecer de carbón y de metales raros. Indudablemente, esto no eran sino hablurías de derro-

(1) Véase parágrafo IV del cap. VIII de esta parte.

tistas, cuyas convicciones y previsiones no eran lo suficientemente sólidas para inducirles a abandonar los beneficios de sus puestos; no obstante, eran demostración de que la influencia de los mandos no trataría de suplir la falta de entusiasmo nacional.

No tiene nada de sorprendente que esta oposición vaya en aumento a partir de noviembre de 1942, cuando el desembarco norteamericano en África del Norte representa para Italia una amenaza directa. Los jefes militares son los primeros en comprender las consecuencias de la nueva situación estratégica. El general Ambrosio, diez días antes de ser nombrado jefe del Estado Mayor General, considera que Italia, después de haber perdido su imperio colonial en Etiopía y en Libia, debe ahora temer la invasión. El jefe del servicio de fabricación de material de guerra comprueba que cada vez se hace más difícil el transporte del plomo y el antimonio, extraídos en Cerdeña, a causa de los cruceros ingleses; del carbón alemán, por los bombardeos aéreos, y del petróleo rumano, debido a los ataques de los "guerrilleros yugoslavos contra los ferrocarriles balcánicos": situación trágica en todos los aspectos. Para mantener el frente de Túnez y precaver el riesgo de un desembarco en Sicilia, el Estado Mayor quisiera conseguir que el ejército alemán renunciara a proseguir su esfuerzo en Rusia, y desplazara tropas hacia el Mediterráneo; pero Hitler se niega. El mariscal Badoglio, duque de Addis Abeba, que ha abandonado, en noviembre de 1940, la dirección del Estado Mayor General, pero que conserva gran autoridad personal en el Ejército, insiste ante el soberano acerca de los peligros que amenazan a Italia, y le pide que provoque "un cambio de la situación interior". En el mismo sentido se despliega la influencia de los antiguos parlamentarios liberales, cuyo portavoz es Bonomi.

A mediados de mayo de 1943 parece ser que el rey se inclina a favorecer los propósitos de la oposición. "Hay que pensar seriamente en la posible necesidad de separar el destino de Italia del de Alemania", escribe en sus papeles privados. El mariscal Badoglio, avisado por el ministro de la Casa real, estudia, de acuerdo con el jefe del Estado Mayor General, el plan de un golpe de estado: *neutralización* de las fuerzas de la milicia fascista, y, a continuación, detención del Duce; en el mes de junio mantiene conversaciones con algunos miembros importantes del *partido de acción* acerca de la composición del futuro Gobierno.

Al mismo tiempo, en el seno del partido fascista, las grietas se van agrandando. Es indudable que los grupos de jóvenes "superfascistas", que en Roma y Florencia denuncian la crisis de moralidad en los mandos y en el círculo personal del Duce, no son demasiado peligrosos: Mussolini los considera como *exaltados* sin importancia. Pero lo grave es el estado de ánimo de algunos de los componentes del Gobierno. En febrero de 1943, un reajuste ministerial elimina al conde Ciano, que algunos días antes ha aconsejado a su padre político que piense en el momento de buscar un acercamiento con los Estados Unidos; y separa

al ministro de Justicia, Dino Grandi, que critica abiertamente la marcha de la guerra. ¿Pasan inadvertidos para el jefe del Gobierno estos síntomas de descomposición del régimen? Mussolini parece admitir, en todo caso, que pronto se impondrá la necesidad de buscar la paz. En la entrevista de Salzburgo, en mayo, ha aconsejado a Hitler, insistentemente, que trate de conseguir una paz por separado con la U. R. S. S.; a finales de junio, después de la pérdida de Túnez, expresa al ministro rumano de Asuntos Extranjeros su intención de intentar una negociación; pero no hasta "dentro de dos meses", puesto que es imposible iniciar unas conversaciones "bajo la impresión de la derrota africana". Así, pues, se siente en un callejón sin salida.

Esta crisis latente se hace inminente cuando la situación militar se agrava. El 10 de junio tiene lugar el desembarco angloamericano en Sicilia, cuyo éxito queda asegurado el día trece. El 19, sufre Roma el primer bombardeo aéreo. En la entrevista de Feltre, Mussolini pide el envío inmediato de refuerzos alemanes, que Hitler no puede prometerle. Al ser informado de esta negativa alemana, el rey considera que hay que cesar en la lucha; y Grandi declara al Duce que, para abrir camino a una negociación de paz, se impone la necesidad de "devolver el poder al rey". Pero Mussolini se niega a abandonar a Alemania.

El desenlace se provoca mediante un golpe de Estado: iniciativa de algunas personalidades dirigentes del partido fascista de reclamar una reunión del Gran Consejo; reunión, el 24, de este Gran Consejo, que, después de más de diez horas de deliberaciones, algunas veces violentas, vota, por iniciativa de Grandi y por 19 votos contra ocho y una abstención, un orden del día que prevé "el restablecimiento de las prerrogativas del rey y del Parlamento" y que, por consiguiente, da paso a la crisis del régimen; en la tarde del 25, dimisión de Mussolini, que es detenido cuando sale de las habitaciones del rey.

En este tumulto de acontecimientos, algunos de cuyos episodios se prestan todavía a controversia, se pueden distinguir tres momentos. La desautorización del Duce por parte del Gran Consejo ha sido provocada por un grupo de fascistas disidentes, que se proponían sustituir al jefe por un triunvirato (Ciano, Grandi, Federzoni); los generales no han tenido nada que ver con esta iniciativa. Este plan ha fracasado, debido a la intervención del rey y de Badoglio, tal vez dirigida, entre bastidores, por el ministro de la Casa real, Acquarone (que era también hombre de negocios). Decidido a poner fin al régimen fascista, el soberano ha prescindido de los *conjurados*; pero tampoco ha recurrido a los políticos antifascistas, cuya llegada al poder hubiera provocado, inmediatamente, una reacción alemana brutal: así, pues, ha formado un Gobierno de transición, integrado por altos funcionarios. Por último, la detención de Mussolini parece haber sido obra de los generales y del ministro de la Casa real, sin que se pueda determinar si el soberano participó en la decisión.

¿Cómo explicar que el régimen se haya derrumbado sin siquiera intentar un acto de fuerza? Mussolini, que conocía de antemano la orden del día de Grandi, ha dejado que se desarrollara la maniobra de sus adversarios en la sesión del Gran Consejo. Hubiera podido hacer entrar en la sala a los *mosqueteros* de su guardia personal, que solo esperaban su señal, u ordenar la detención de los diecinueve opositores a la salida del acto; se ha negado a hacerlo, probablemente porque después de la entrevista de Feltre comprendía que la situación de Italia era insoluble. Veinticuatro horas después, el general Galbiati, jefe del Estado Mayor de la milicia fascista—uno de los componentes del Gran Consejo que permanecieron fieles al Duce—, se somete pacíficamente cuando el mariscal Badoglio le despoja del mando y decide la incorporación de la milicia al Ejército; “no quise provocar una guerra civil con el Ejército, en la que la milicia hubiera llevado las de perder, tanto más, cuanto que la población estaba de acuerdo con el golpe de estado”, escribe en sus Memorias.

En resumen, todas estas explicaciones coinciden en el mismo punto: el régimen no encontraba ya apoyo en ningún sitio, porque había lanzado al país a una guerra cuyo final desastroso era indudable; la eliminación del Duce se perfilaba como el prefacio necesario para una negociación de paz.

El Gobierno del mariscal Badoglio pretendía conseguir este objetivo desde su llegada al poder. Sin embargo, antes de lograr, no ya la paz, sino el armisticio, vivió un melodrama *increíble*, según palabras del general Eisenhower. Como no podía abandonar el *pacto de acero* sin correr el riesgo, casi seguro, de ser barrido por un golpe de mano de las tropas alemanas en Italia, se veía obligado a demorar la *separación* hasta que los Estados Unidos y Gran Bretaña no solo hubieran aceptado el armisticio, sino también desembarcado en la Península fuerzas suficientes para dominar a aquellas tropas alemanas. El objetivo era establecer la sincronización entre el desembarco aliado, el armisticio y la ruptura con Alemania. Para conseguirlo, la línea de conducta no podía ser sino el doble juego: declarar al Gobierno alemán que Italia proseguiría la guerra, y, a espaldas suyas, ponerse en contacto con los anglo-norteamericanos. Situación delicada. ¿No se percataría el Gobierno alemán de la maniobra italiana? Y los gobiernos de Londres y de Washington ¿confiarían en este Gabinete, compuesto por altos funcionarios, es decir, por hombres que la víspera estaban todavía al servicio del régimen fascista?

La primera dificultad no es la más grave. Badoglio, después de haber enviado secretamente, el 31 de julio, a Lisboa, un emisario encargado de ponerse en contacto con los norteamericanos, encarga a su ministro de Asuntos Extranjeros, Guariglia, que *tranquilice* a los alemanes. El 6 de agosto, en la entrevista de Tarvisio, Ribbentrop no disimula su desconfianza: considera que el Gobierno italiano se dispone “a

salirse del conflicto”; y sospecha que está en negociaciones con los estados enemigos. Guariglia lo niega, incluso dando su palabra de honor—“puesto que no hay más remedio”—, y afirma que la guerra prosigue; pero añade que Italia está agotada y que sería preferible abandonar la lucha. Indudablemente, estas declaraciones no son como para disipar la inquietud de Alemania, que, por tanto, se niega a repatriar las divisiones italianas que combaten en el frente ruso o en los Balcanes; y decide asegurar, por sus propias tropas, la custodia de los ferrocarriles italianos; no obstante, permiten al Gobierno Badoglio ganar tiempo, es decir, evitar el golpe de fuerza alemán, y conservar todavía cierta libertad de movimientos.

Pero la negociación secreta con los Estados Unidos y Gran Bretaña, iniciada en Lisboa y seguida en Casibila, cerca de Siracusa, reserva grandes sufrimientos al Gobierno, a las tropas italianas que siguen luchando en Sicilia contra los aliados y a la población civil, que sufre los bombardeos aéreos.

El 11 de agosto, el Gobierno italiano es conminado a firmar una capitulación *sin condiciones*. Termina por resignarse a ella al cabo de tres semanas. Es indudable que la resignación hubiera sido mucho más rápida si el negociador, el general Castellano, hubiera podido conseguir la condición previa para la separación, es decir, la sincronización entre la firma del armisticio y el desembarco aliado en la Península. Pero el Gobierno italiano esperaba que este desembarco se efectuaría, por lo menos, por quince divisiones; y que tendría lugar al norte de Roma, al tiempo que una división aerotransportada ocuparía la capital, para protegerla de un golpe de mano alemán. Ahora bien: el Estado Mayor interaliado se limita a prometer, verbalmente, la intervención de tropas aerotransportadas, pero negándose a dar a conocer los efectivos del cuerpo de desembarco, así como el lugar y la fecha de la operación; el 31 de agosto, exige que Italia ceda, sin esperar a más, bajo amenaza de bombardear Roma. El Gobierno italiano no puede aponerse a esta exigencia, puesto que cualquier retraso contribuirá a ponerlo en manos de los alemanes. El 3 de septiembre de 1943 firma el armisticio, declara aceptar un desembarco, cuya fecha será fijada por el general en jefe interaliado; y se compromete a cumplir todas las condiciones *políticas y económicas* que le sean notificadas ulteriormente. Este acuerdo, que permanece en secreto, no entrará en vigor hasta el día en que tenga lugar el desembarco.

En esta última etapa—la que separa la firma de la ejecución—, el Gobierno italiano pasa por los peores momentos. Quisiera tener la seguridad de que el desembarco, del que no debe conocer el sitio ni la fecha, será aplazado hasta el 13 de septiembre, ya que se necesita cierto tiempo para reagrupar las tropas italianas que todavía están mezcladas con las alemanas en Toscana y en la Italia septentrional; y, sobre todo, para dejar expeditos, en los alrededores de Roma, los aerodromos destinados a la división aerotransportada: si esta intervención de los pa-

racaidistas no coincide exactamente con el anuncio del armisticio, será demasiado tarde, puesto que las tropas alemanas no dejarán de ocupar la ciudad en pocas horas. Ahora bien: el 8 de septiembre, el comandante en jefe interaliado advierte a Badoglio—mediante un mensaje urgente—que el armisticio será anunciado el mismo día. El Gobierno italiano se ve obligado a anunciarlo igualmente, puesto que es indudable que no podría hacer frente, a la vez, a la hostilidad de los aliados y de los alemanes. En el transcurso de la noche siguiente tiene lugar el desembarco en la bahía de Salerno, al sur de Nápoles. Pero las tropas alemanas dominan ya en Roma, mientras el Gobierno Badoglio se refugia en Brindisi. El 16 de septiembre, Mussolini—puesto en libertad por unos paracaidistas alemanes—forma en Italia septentrional un Gobierno *fascista republicano*, que, de hecho, está bajo control alemán. Italia va a verse convertida en campo de batalla durante dieciocho meses.

El Gobierno Badoglio, aunque ha conseguido retrasar durante seis semanas la intervención armada de Alemania, ha sufrido, por tanto, un fracaso casi total. Por el hecho de haber expulsado a Mussolini creía tener derecho a alguna benevolencia al negociar el armisticio; sin embargo, es obligado a firmar una capitulación sin condiciones. Deseaba que el desembarco se realizara al norte de Roma, de manera que gran parte de la península se encontrara colocada fuera del campo de batalla, y los aliados lo han llevado a cabo a más de 200 kilómetros de la capital. Esperaba que la operación sería aplazada por algunos días, habida cuenta de las medidas necesarias para poner a Roma al abrigo de la ocupación alemana; y se ha encontrado entre la espada y la pared. ¿No hubiera podido evitar este desastre adoptando, desde su llegada al poder, una actitud clara, es decir, si hubiera declarado que Italia se retiraba de la guerra y deseaba permanecer neutral a partir de aquel momento, o bien si hubiera roto con Alemania, expulsando a las tropas alemanas, con ayuda de los aliados, en caso necesario?

A estos reproches que les han sido hechos desde distintos sectores, los autores de la política del *doble juego* han opuesto unos argumentos que, indudablemente, no carecen de valor: pretender que Alemania hubiera aceptado la deserción italiana sin actuar con las armas es dar pruebas de ingenuidad; creer en la posibilidad de expulsar a las tropas alemanas, es olvidar que, a finales de julio, el Estado Mayor interaliado no estaba en condiciones de actuar inmediatamente, y es también desconocer el estado de ánimo del ejército y el pueblo italianos, que, indudablemente, no estaban dispuestos a cesar las hostilidades en un lado, para reanudarlas inmediatamente después en el otro. Y no es menos cierto que los miembros del Gobierno Badoglio subestimaron las dificultades y los peligros de su política. Esta amarga experiencia les inclinaba a creer que habían sido tratados con un rigor injusto por los

hecho de haber consentido el desembarco que había permitido establecer Estados Unidos y Gran Bretaña. ¿No merecía alguna compensación el ser la primera cabeza de puente en el continente europeo? Pero el Estado Mayor interaliado no podía indicar la fecha de desembarco a unas personas cuya buena fe le parecía sospechosa; ni explicar que le era imposible llevar a cabo la operación al norte de Roma, a causa del escaso radio de acción de su aviación de caza; ni confesar que no estaba en condiciones de poner en juego, como primera ola de ataque, más de seis divisiones, cuando el ejército alemán acantonado en Italia contaba con dieciocho.

Los promotores de la política italiana no habían sabido prever cuán difícil era salir de la guerra.

## II. LA DESERCION DE LOS «SATELITES»

El *nuevo orden* establecido en las regiones danubiana y balcánica por Alemania e Italia, cuando estaban triunfantes, había tenido por instrumento a aquellos gobiernos que prefirieron el vasallaje a la destrucción. En Hungría, el almirante Horthy había creído oportuno ponerse del lado del vencedor. En Rumania, desde la llegada al poder, en enero de 1941, del general Antonescu—seguida de la abdicación del rey Carol y del advenimiento de su hijo Miguel—, el objetivo del dictador había sido, no solamente participar en el reparto de los despojos rusos, sino también recuperar los territorios perdidos cuando el segundo *arbitraje de Viena* (1); había mantenido esta línea de conducta, a pesar de las críticas de los políticos y de los hombres de negocios, que lamentaban que el país se agotara en provecho de Alemania. En Bulgaria, el rey Boris había accedido, el 1 de marzo de 1941, a entrar en la órbita alemana, a pesar de los sentimientos prorrusos de su pueblo, porque la vida económica del país dependía, en gran parte, de Alemania; y, sobre todo, porque quería aprovechar la oportunidad para recuperar los territorios de Tracia y de Macedonia, perdidos en la primera guerra mundial. En Yugoslavia y Grecia, cuyos soberanos habían emigrado a Londres, las autoridades de ocupación habían instalado unos gobiernos que actuaban bajo su protección; pero, mientras que Grecia conservaba las apariencias de una nación, Yugoslavia había sido desmembrada: república croata, república serbia; división de Eslovenia en tres zonas de ocupación: alemana, italiana y húngara.

La inestabilidad de este sistema era manifiesta, incluso antes del cambio de la situación estratégica que se produjo en 1942. En Yugoslavia, ya a partir de septiembre de 1941, las fuerzas de resistencia del partido comunista, que, con Tito, reclamaban la unidad yugoslava, y las del general Mihailovich—campeón del *serbismo*—, había iniciado un acción armada, apenas debilitada por la escisión sobrevenida, dos

(1) Véase parágrafo I del cap. XI de esta parte.

meses después, entre ambos grupos. En la misma fecha se había formado en Grecia el *Frente de Liberación Nacional*, que organizó las guerrillas. En septiembre de 1942, Albania tuvo también su *Comité de Liberación*, que trató, no sin trabajo, de asociar las iniciativas comunistas al movimiento nacional de resistencia campesina.

En Hungría y Rumania no se manifestó ninguna resistencia, ni siquiera bajo la forma de una oposición abierta; pero sus gobiernos, al no ser aplastada la U. R. S. S. por la ofensiva alemana de 1941, habían considerado oportuno tomar algunas precauciones. En Budapest, en febrero de 1942, el regente, convencido de que una victoria rusa sería todavía más peligrosa que una victoria alemana, había nombrado *vice-regente* a su hijo Stephen, que tenía fama de conservar muchas simpatías entre los ingleses; al verano siguiente había tratado de ponerse en contacto con Gran Bretaña. En Bucarest, según los mismos agentes diplomáticos alemanes, Antonescu se había hecho muy escéptico en cuanto a las posibilidades de una victoria hitleriana. El desenlace de la batalla de Stalingrado había inducido a ambos estados a dar un paso más. Un agente húngaro, llegado a Estambul en enero de 1943, había manifestado a los diplomáticos ingleses que Hungría accedería a volverse contra Alemania el día en que las tropas anglonorteamericanas pudieran intervenir en la región danubiana. Al mismo tiempo, el dictador rumano había tratado de ponerse en contacto con Inglaterra y los Estados Unidos, para convencerlos del peligro ruso e inducirles a tomar en consideración la posibilidad de una paz por separado con Alemania; incluso había intentado explicar a Hitler, en el mes de abril, los móviles de sus propósitos, consiguiendo ser escuchado en Roma.

Así, pues, no es sorprendente que la deserción de Italia provoque honda agitación en las zonas danubiana y balcánica.

Los movimientos de resistencia armada de Yugoslavia extienden su radio de acción; consiguen algunos éxitos en la región de Split y en la de Gorizia, que habían sido zonas de ocupación italiana. En Grecia—donde las tropas alemanas han reemplazado al cuerpo de ocupación italiano—los grupos de resistencia—el *Edes*, comunista, y el *Ekka*, republicano—se muestran muy activos en octubre de 1943; en la misma época aparece en Eslovaquia, cuyo Gobierno se encuentra, de hecho, bajo la protección alemana, un movimiento análogo. A finales de 1943, el Estado Mayor alemán calcula el número de estos "guerrilleros" en 130 000 para Yugoslavia y 15 000 para Grecia. Indudablemente, son cifras muy inferiores a la realidad.

Los aliados se muestran vacilantes. La muerte súbita del rey Boris, el 28 de agosto de 1943, y el advenimiento al trono de Simión II, asistido por un Consejo de regencia, abren en Bulgaria una era de inestabilidad política, en el transcurso de la cual la Prensa empieza a evocar la *amistad histórica* que, durante tanto tiempo, ha unido a la nación búlgara y a Rusia. En el mes de septiembre, el Gobierno rumano

piensa en ajustar su política exterior a la de Italia; por medio de una misión diplomática enviada a Turquía, hace llegar al Gobierno británico su deseo de abandonar a Alemania; pero se le contesta que debe hacer la oferta de negociación a la U. R. S. S. al mismo tiempo que a las potencias del Atlántico. En la misma fecha, el presidente del Consejo húngaro, Kallay, se pone en contacto, secretamente, con Gran Bretaña y, además, por medio del archiduque Otto de Habsburgo, con los Estados Unidos. Confirma su intención de capitular; pero solo ante los anglonorteamericanos, puesto que Hungría no quiere escapar a la dominación alemana para caer bajo la rusa. En tanto llegan las tropas aliadas, promete restringir su cooperación económica con Alemania y facilitar informes acerca de la situación en Europa central. Pero todo esto no es, todavía, sino un sondeo.

La situación de la guerra no va a tardar en acelerar estas amenazas de dislocación. La entrada de las tropas rusas en territorio polaco, el 4 de enero de 1944, y luego en Bucovina el 18 de marzo, pone a los países satélites de Alemania frente a una perspectiva amenazadora para las clases dirigentes y el personal oficial: la posible intervención del Gobierno soviético en el régimen político y social de estos países. Hitler, al que, primero Antonescu y luego Horthy, piden que negocie la paz, se niega a hacerlo. Ello induce a ambos gobiernos a volverse, con mayor rapidez, hacia Gran Bretaña y Estados Unidos, donde esperan encontrar un contrapeso a la influencia rusa, sin descuidar, empero, ponerse en contacto con el Gobierno de la U. R. S. S., por si, a fin de cuentas, tuvieran que verse obligados a tratar con él.

Esta es la línea de conducta que adopta el Gobierno búlgaro, en enero de 1944, poniéndose en contacto con Londres y Washington. En marzo de 1944, el Gobierno rumano envía al príncipe Stirbey en misión a Ankara y luego a El Cairo. También el Gobierno húngaro tantea el terreno, en febrero de 1944, tanto en el Este como en el Oeste; pero con más prudencia todavía, puesto que está vigilado más estrechamente. Desea realizar una acrobacia diplomática; pero no quiere exponerse a que Hungría se convierta—como Yugoslavia—en el teatro de una lucha de *maquis*, ni a una réplica de Alemania, que podría instalar en Budapest un gobierno nacionalsocialista. Esta prudencia es vana: Hitler ha sido informado de los contactos establecidos por la diplomacia húngara; el 15 de marzo convoca al regente Horthy y le notifica su decisión de que las tropas alemanas ocupen Hungría; el 18 se lleva a cabo esta ocupación, sin tropezar con la menor resistencia.

¿Por qué Bulgaria y Rumania, sometidas menos directamente a la presión alemana, no llevan más allá sus tentativas diplomáticas? ¿Por qué no escuchan la declaración común de Gran Bretaña, los Estados Unidos y la U. R. S. S. que, el 27 de abril de 1944, invitan a los *satélites* a apartarse de Alemania, ofreciéndoles la posibilidad de una paz negociada? La explicación es, sin duda, la contestación dada a las gestiones de Stirbey: el príncipe ha sido advertido por los embajadores

inglés, ruso y norteamericano en El Cairo de que el ejército rumano debe pedir las condiciones de armisticio a los rusos, y solo a ellos; así como de que el tratado de paz implicaría la cesión de Besarabia y Bucovina a la U. R. S. S. (1). En consecuencia, estos estados satélites de Alemania saben ya que no pueden contar con Gran Bretaña y los Estados Unidos; habían esperado que los anglonorteamericanos alcanzarían la región danubiana antes que los rusos; y ahora ven que la ofensiva soviética se acerca a sus fronteras; ya no podrán liberarse del *sistema alemán* sino para entrar en el *sistema ruso*. Situación que mal puede incitar a los políticos de estos países para cambiar de campo. Así, pues, sus gobiernos conservan todavía una pasividad aparente, incluso después del éxito del desembarco en Normandía.

Hasta finales de agosto de 1944, cuando los ejércitos aliados alcanzan la región parisiense y los ejércitos rusos penetran en Valaquia, no se deciden los satélites a librarse del yugo alemán, y se resignan a volverse hacia la U. R. S. S. El 23 de agosto, el rey Miguel hace detener en Bucarest al general Antonescu, y pide la conclusión de un armisticio, que se firma, el 12 de septiembre, en Moscú. El 26, el Gobierno de Sofía hace una declaración de neutralidad; trata inútilmente de zafarse de la U. R. S. S., poniéndose en contacto, en El Cairo, con Gran Bretaña y los Estados Unidos; pero el 12 de septiembre se ve obligado, también, a iniciar en Moscú la negociación del armisticio. En Budapest, a pesar de la presencia de las tropas alemanas, Horthy anuncia por radio, el 15 de octubre, su decisión de negociar un armisticio con los aliados; acto seguido es depuesto. Hasta el 20 de enero de 1945 no podrá Hungría apartarse del *sistema alemán*.

En el fondo, la actitud de estos pequeños países, que se han limitado a seguir los acontecimientos, no ha tenido ninguna influencia en el desarrollo del conflicto mundial. Se trata solamente de episodios curiosos, algunas veces conmovedores, pero puramente secundarios.

### III. EL DERRUMBAMIENTO DE ALEMANIA

¿Por qué el Gobierno alemán, a pesar de los sufrimientos de la población civil, agobiada por los bombardeos aéreos y la paralización de las industrias bélicas, continúa hasta el último extremo una lucha cuyo único resultado es agravar el desastre nacional, después de los éxitos de la contraofensiva rusa, la desertión de Italia y la formación del *segundo frente* en Francia? ¿Y por qué se lo consienten el pueblo y el ejército alemanes?

El Gobierno hitleriano parece haber contado con recobrar su ascendiente en las operaciones bélicas merced al empleo de armas nuevas;

(1) En mayo de 1944 (véase pág. 1201) la U. R. S. S. y Gran Bretaña sentaron las bases para un "reparto de intereses"; en el mes de octubre firmaron el acuerdo en la Conferencia de Moscú.

o bien con encontrar una fisura en la coalición adversaria y obtener una paz por separado en el Este o en el Oeste. Sin embargo, es muy difícil apreciar qué razones han podido permitirle conservar esta esperanza durante tanto tiempo.

¿*Armas secretas*? En la primavera de 1943, Hitler había empezado a contar con los cohetes y los aviones sin piloto, de los que hasta entonces no había hecho caso. En el mes de julio, les concede la "prioridad número uno" en las fabricaciones. En este momento espera que el empleo de las "armas secretas" quebrantará el propósito de la población inglesa de llevar la guerra "hasta el fin"; y puede, incluso, inducir al Gobierno británico a decidir una acción contra las rampas de lanzamiento, es decir, a desorganizar los preparativos para el desembarco principal. Pero el bombardeo de Peenemünde por la aviación británica, en agosto de 1943, retrasa las fabricaciones. Hasta el 12 de junio de 1944 no se lanzan sobre Londres los primeros artefactos. El desembarco en Normandía ha tenido lugar la semana anterior. Por consiguiente, es demasiado tarde para que el empleo de la nueva arma impida la "formación del segundo frente". A finales de septiembre, cuando entran en acción las V2—después de las V1—, se hace evidente que los resultados no serán decisivos. Los técnicos en *armas secretas* no creen ya que sus artefactos puedan evitar la derrota alemana en el plazo de algunos meses. Hitler, sin embargo, sigue manifestándose convencido de que estas armas proporcionarán a Alemania los medios de arreglar la situación. Según palabras de Ribbentrop, el Führer conservaba todavía este convencimiento "pocas semanas antes del final". ¿Tenía algún motivo para abrigar tales ilusiones? No hay nada que permita pensarlo así.

¿Paz por separado? Hitler, igual cuando el desembarco anglonorteamericano en Africa del Norte, que después, cuando la capitulación del ejército de Paulus en Stalingrado, se había negado a toda tentativa de negociación, a pesar de los consejos insistentes de Ciano y Ribbentrop; pero había cambiado de opinión, a finales de junio, después de la caída de Mussolini. Todavía no se conocen sino a grandes rasgos las tentativas que se realizaron; y, por tanto, es difícil su interpretación.

El Gobierno hitleriano se dirige, primero, hacia la U. R. S. S., porque un agente secreto soviético, que se encuentra en Estocolmo, ha propuesto unas conversaciones (1). Las condiciones rusas—comunicadas por un intermediario sueco—implican, por un lado, el restablecimiento de las fronteras de 1914, es decir, que Alemania abandone Lituania y los territorios polacos adquiridos en 1939, a excepción del *pasillo* y de parte de Posnania; y por otro, plena libertad de acción para la U. R. S. S. en Asia y en los Estrechos. Hitler, cuyos ejércitos ocupan todavía, en este momento, la mitad del territorio europeo de la U. R. S. S., no se

(1) Véase pág. 1199.



resigna a negociar en estas condiciones; es alentado por Ribbentrop. El 10 de septiembre mantiene su negativa, a pesar de una gestión de Goebbels. El 23 de septiembre, sin embargo, está dispuesto a aceptar, en principio, una conversación con el Gobierno soviético. ¿Qué hechos han podido determinar su cambio de criterio, entre estas dos fechas? No cabe duda de que se ha sentido desconcertado por la rapidez con que sus tropas evacúan Ucrania. Lo cierto es que el agente alemán en Estocolmo recibe instrucciones de su Gobierno, a finales de septiembre. Entonces es el interlocutor ruso el que da largas. Este episodio no basta para desanimar a ciertos jefes de las S. S. que, a principios de 1944, piensan en crear un *frente nacional bolchevique*; pero el Gobierno permanece ajeno a estos proyectos indeterminados. En el mes de abril, Goebbels quisiera ofrecer a Rusia plena libertad de acción en Polonia, Finlandia, Rumania, Bulgaria y Grecia; Hitler se niega. El 30 de agosto—después de la derrota sufrida en Francia—Ribbentrop hace una nueva tentativa; y tropieza con la misma negativa.

La eventualidad de una negociación con la Gran Bretaña y los Estados Unidos parece excluida, desde el momento en que Franklin Roosevelt y Winston Churchill han declarado, en enero de 1943, que exigirán "una capitulación sin condiciones" (1). Sin embargo, ¿es irrevocable la declaración anglonorteamericana? ¿No han de temer los Estados Unidos y la Gran Bretaña que Europa sea bolchevizada?, dice Goebbels. ¿Y no se puede confiar en que la fórmula adoptada en Casablanca no sea más que una fachada? La cuestión merece ser examinada, puesto que los Estados Unidos y Gran Bretaña parecen vacilar todavía ante los riesgos de un desembarco en Francia. En diciembre de 1943, Hitler hace una gestión cerca de las dos potencias del Atlántico, gestión que resulta vana. El 15 de marzo de 1944, los altos jefes militares consideran que se hace necesario llevar a cabo una acción diplomática secreta. Antonescu, cuando se entrevista con el Führer en Klessheim, y Horthy, cuando va a Salzburgo, en el mes de abril de 1944, insisten en el mismo sentido. Hitler se niega. Dos meses después, el desembarco en Normandía acaba con las ilusiones.

Hasta principios de 1945, cuando la contraofensiva alemana en las Ardenas ha fracasado y el bombardeo de Londres con las *armas secretas* ha demostrado su inutilidad, no autoriza Hitler a Ribbentrop para que trate de ponerse en contacto con las potencias occidentales, a través de Suiza, Suecia y España. La contestación señala, categóricamente, que es imposible cualquier contacto, en tanto que Hitler permanece a la cabeza del Gobierno. Así, pues, ¿qué camino le puede quedar abierto a la diplomacia alemana? Por un momento, Ribbentrop piensa en dirigir una amenaza a Londres y a Washington: si los anglonorteamericanos no quieren cesar en las hostilidades, el Go-

(1) Véase pág. 1199.

bierno hitleriano abandonará la lucha y entregará Alemania a la *bolchevización*; pero se da cuenta de que esta amenaza sería inútil. En marzo de 1945, cuando los acontecimientos en Polonia (1) señalan una fisura en la coalición adversaria, parece pensar en otra solución: aceptar la *capitulación* sin condiciones, pero solamente en un teatro de operaciones, que sería el frente italiano. Tal es el tema de discusión en las conversaciones que se celebran en Berna, el 8 y el 19 de marzo, entre el general de las S. S., Wolff, y unos generales anglonorteamericanos. Esta tentativa tenía forzosamente que preocupar a Rusia, puesto que la capitulación permitiría a los anglonorteamericanos extender rápidamente sus operaciones hacia Austria, así como aumentar sus efectivos en la misma Alemania, para ser los primeros en llegar a Berlín. ¿Es la rapidez con que protestan los rusos lo que hace reflexionar a los gobiernos inglés y norteamericano? La realidad es que las conversaciones de Berna no tienen consecuencia alguna.

Tal es la imagen más o menos aproximada que los datos de que actualmente se dispone permiten entrever. No cabe duda de que el día en que los documentos diplomáticos sean dados a conocer, esta imagen tendrá otros contornos. En el estado actual de la información, parece ser que el Gobierno hitleriano, convencido de que no podrá sobrevivir a la derrota, ha preferido jugarse el todo por el todo.

¿No hubieran podido imponer otra actitud el comportamiento del pueblo alemán, el de sus cuadros intelectuales, económicos y administrativos y el estado de ánimo de los altos jefes militares? La única tentativa que se ha hecho es el atentado contra Hitler, realizado el 20 de julio de 1944 por la resistencia alemana. En esta tentativa, cuyo jefe moral, Goerdeler, había sido detenido tres días antes, participaban generales importantes (tres jefes de cuerpo de Ejército), muchos oficiales del Estado Mayor General, intelectuales y hombres de negocios. En su mayoría, se trataba de conservadores adictos a las viejas tradiciones prusianas, que detestaban los conceptos del nacionalsocialismo, los métodos del Gobierno y el terror policíaco; también había, entre ellos, nacionalistas ardientes que, ansiando evitar la catástrofe nacional, veían en la desaparición de Hitler la única posibilidad de llegar a una paz negociada. Todos comprendían perfectamente las dificultades de una empresa que había de tropezar con la armazón del partido nacionalsocialista y con la fuerza de la Gestapo. Por consiguiente, el atentado del 20 de julio no era un mero episodio. Ahora bien: ¿qué alcance se le puede atribuir?

Los promotores de la Resistencia alemana no habían esperado al verano de 1944 para pensar en un golpe de Estado. Ya habían esbozado sus proyectos en la primavera de 1943. Sin embargo, no habían creído posible una *revolución desde arriba*, ni siquiera después de la derrota

(1) Véase pág. 1203.



para permitir una apreciación sólida. Debieran ser contrastadas con documentos que pudieran dar a conocer el estado de opinión en el Ejército y en el pueblo, y completadas con la recogida de numerosos testimonios, obtenidos en todas las regiones y en todas las capas de la sociedad. La encuesta sería difícil; y los resultados apenas si podrían satisfacer las exigencias del espíritu crítico. En tanto se lleva a cabo esta encuesta, habrá que dar por válida la interpretación a que conducen las indicaciones anteriores: la psicología colectiva no estaba al unísono del *complot del 20 de julio*.

#### IV. EL DERRUMBAMIENTO DEL JAPON

El Japón, que, en 1942, no solo dominaba las regiones más ricas y pobladas de China, sino también toda la parte occidental del Océano Pacífico, Indochina y las Indias Neerlandesas, había pretendido establecer un "nuevo orden" en Asia oriental. A partir de febrero de 1943, la batalla naval de las islas Salomón había ensombrecido esas perspectivas: en adelante, se encontraba amenazada la seguridad de las comunicaciones marítimas con las Indias Neerlandesas, fuente esencial del abastecimiento nipón en materias primas. Pero los signos precursores de la derrota no hicieron su aparición hasta el verano de 1944: crisis de los transportes marítimos, puesto que las pérdidas infligidas a la marina mercante por la guerra submarina y aérea se había duplicado en un año; batalla naval de las islas Filipinas, que destruyó, en el mes de octubre, la capacidad ofensiva de la flota de guerra. En el invierno de 1944-45, al tiempo que las ciudades japonesas eran afectadas gravemente por los bombardeos aéreos, la población había empezado a sufrir penuria alimenticia; y la industria metalúrgica—al carecer de carbón y, sobre todo, de mineral de hierro—, se había visto obligada a disminuir su producción: eran las consecuencias inevitables de la paralización, casi completa, de los transportes marítimos.

El éxito norteamericano en la isla de Okinawa, el 1 de abril de 1945, agrava la situación estratégica, puesto que el archipiélago nipón queda ya al alcance de una operación de desembarco. Cinco semanas después, la capitulación alemana permite a los Estados Unidos y a Gran Bretaña concentrar todos sus esfuerzos en Extremo Oriente; y, por lo menos, cortar las relaciones marítimas entre el archipiélago nipón y el ejército de ocupación en China. El mismo día, el presidente Truman declara que el Japón "deberá capitular sin condiciones".

Sin embargo, la resistencia nipona se prolonga. En el mes de junio, los consejeros del presidente de los Estados Unidos, para evitar a las tropas los sacrificios que exigiría un desembarco en el archipiélago nipón, y también, sin duda, para quitar a la U. R. S. S. la oportunidad de desarrollar su intervención en el Extremo Oriente, consideran que será necesario utilizar contra el Japón la bomba atómica, cuyas pruebas se realizarán en breve. El 17 de julio, después del éxito de estas

pruebas, el presidente comparte la opinión de sus consejeros. Al no contestar el Japón al ultimátum que le ha sido dirigido el 26 de julio, el arma atómica se utiliza en Hiroshima, el 6 de agosto, y en Nagasaki, el día 9, al tiempo que la U. R. S. S. denuncia el pacto de neutralidad ruso-nipón, firmado en 1941, y dirige a Tokio una declaración de guerra. El Gobierno nipón pide la paz el día 10 de agosto; el 14, acepta las condiciones norteamericanas; el 2 de septiembre, la capitulación es un hecho.

¿Por qué el Gobierno japonés no ha tratado de obtener una paz negociada, antes del derrumbamiento alemán? ¿Por qué no se ha dado cuenta, inmediatamente, de las consecuencias de este derrumbamiento? Aunque investigaciones recientes, sobre todo las de R. T. Bupow, hayan dado, por primera vez, una visión concreta de la política nipona—utilizando fuentes japonesas—o, por lo menos, de los puntos de vista gubernamentales, todavía no es posible contestar a todas las preguntas que se nos ocurren.

Incluso cuando los éxitos japoneses habían sido más brillantes, algunos políticos importantes—el ex primer ministro Konoye y el ministro del Sello privado, el marqués Kido, al que sus funciones ponían en relación directa y frecuente con el emperador—dudaban de la victoria final. El *cambio* estratégico de la guerra europea, en noviembre de 1942 y en febrero de 1943, y la iniciación de la contraofensiva americana en el Pacífico habían confirmado esta inquietud. Sin embargo, según parece, los partidarios de una paz negociada ni siquiera habían intentado afirmar su opinión en el seno del Gobierno, donde el primer ministro, Tojo, y los jefes militares, hacían gala de una confianza imperturbable.

Hasta el 17 de julio de 1944, después del éxito del desembarco en Normandía, no se toma ninguna iniciativa: los ex primeros ministros aconsejan al emperador un reajuste ministerial; consiguen la dimisión de Tojo y su sustitución por el general Koiso, que, como gobernador de Corea, no ha estado mezclado directamente en la dirección de la guerra. Sin embargo, el nuevo Gabinete no se decide a buscar la paz. Cuando Koiso abandona el poder, inmediatamente después de la victoria americana en Okinawa, su sucesor, el almirante Suzuki, tampoco se resuelve a hacerlo. ¿No advierten los círculos dirigentes los síntomas de una próxima derrota? Los distinguen; pero no se atreven a tomarlos en consideración. De entre los ex primeros ministros, solo uno—Konoye—dirige al emperador, en febrero de 1945, un memorándum en el que declara, terminantemente, que el Japón "ha perdido la guerra"; sus colegas eluden dar su opinión formal, porque temen tropezar con una reacción violenta, por parte de los mandos del Ejército. El emperador contesta a Konoye, quien le apremia a eliminar sin tardanza a los "militares extremistas", que esa "purga" sería una operación difícil. En sus consultas, el soberano se abstiene incluso de pedir a sus

interlocutores su opinión, en cuanto a la oportunidad de gestionar la paz; se limita a escuchar a unos y a otros, sin tomar ninguna determinación. Por consiguiente, el partido militarista permanece dueño de la situación. A mediados de abril de 1945, cuando los partidarios de la paz empiezan a encontrar eco en la opinión pública, el ministro de la Guerra manda detener a cuatrocientos sospechosos, sin que el primer ministro se atreva a desautorizarle. Los jefes del Ejército aseguran que su firmeza será "remunerativa"; el enemigo—para tratar de acabar de una vez—intentará un desembarco en el archipiélago nipón y fracasará; en este momento, el Japón podrá obtener una paz satisfactoria.

¿Es posible mantener esta actitud, cuando la capitulación alemana, en mayo de 1945, arrebatara sus argumentos a los partidarios de la guerra a ultranza? Claro está que el Gobierno nipón asegura que proseguirá la lucha hasta la victoria. Sin embargo, deja que sus agentes en Europa —y especialmente el agregado naval en Berna—se pongan en contacto con agentes americanos, para tantear si la actitud de los Estados Unidos es inflexible. Ahora bien: la contestación es que estas negociaciones no pueden tener otro camino que la capitulación. Por consiguiente, los partidarios de una paz negociada no pueden aportar absolutamente nada. Como consecuencia, la Conferencia imperial, del 8 de junio, escucha, sin poner reparos, la lectura de un memorándum que, aun confesando las dificultades de la economía de guerra, el estado precario de las comunicaciones marítimas y los progresos de la inquietud en la opinión pública, se reafirma en la tesis del Estado Mayor del Ejército: esperar a pie firme el desembarco norteamericano, cuyo fracaso abrirá el camino a una paz "honorable".

Esta firmeza aparente, no es, sin embargo, más que transitoria. El ministro del Sello privado, Kido, convence al primer ministro y a los ministros de Asuntos Extranjeros y de Marina, de que hay que tratar de obtener la mediación de la U. R. S. S. El 20 de junio, el emperador accede a convocar nuevamente la Conferencia imperial, que aprueba esta gestión; incluso el ministro de la Guerra y el jefe del Estado Mayor General dan su conformidad, a condición de que el Japón manifieste su deseo de no tratar "a cualquier precio". Nadie parece sospechar que la U. R. S. S. ya no es neutral en la guerra del Pacífico y que, en la Conferencia de Yalta (1), ha anunciado su intención de participar en las operaciones.

Lo que la diplomacia nipona trata de conseguir, claro está, es una paz negociada. El 13 de julio se hacen las gestiones, cerca del Gobierno soviético, obteniéndose una respuesta evasiva. El 26 de julio, en la conferencia de Potsdam, la U. R. S. S. acepta la posición adoptada el 8 de mayo por el presidente de los Estados Unidos, es decir, que exige la capitulación *sin condiciones*. El Gobierno nipón, sin contestar públicamente (puesto que no quiere cortar todas las salidas), sin em-

(1) Véase pág. 1201.

bargo, hace decir en la Prensa que esta declaración de Potsdam no se puede tener en cuenta. De esta forma, da al Gobierno de los Estados Unidos una impresión de intransigencia, que no corresponde ya al estado de ánimo de la mayoría del Consejo de Ministros.

¿Va a resignarse a capitular *sin condiciones*, diez días después, cuando la bomba atómica destruye Hiroshima, en el mismo momento en que las tropas japonesas en China se ven amenazadas de tener que luchar con el ejército ruso? En el Consejo de Ministros del 9 de agosto, el partido militar reconoce que la capitulación es inevitable. Sin embargo, quiere discutir las condiciones: el Japón no debe aceptar la ocupación extranjera en sus ciudades, ni comprometerse con unas cláusulas de desarme demasiado rigurosas; sobre todo, ha de conseguir la promesa de que la dinastía imperial será salvaguardada. Todos los miembros del Consejo están de acuerdo en este último punto, aunque no en los otros dos. Así, pues, hay que recurrir al arbitraje del emperador.

En el transcurso de la Conferencia imperial, reunida en la noche del 9 al 10 de agosto, los jefes del Estado Mayor afirman que el Japón todavía no está "positivamente vencido", y que puede ofrecer resistencia a un desembarco enemigo; es indudable que esta resistencia —añaden—no podrá ser victoriosa; sin embargo, es necesaria, puesto que los soldados y los marinos japoneses no tienen derecho a capitular según las leyes. Pero esta vez el emperador se decide: "Proseguir la guerra—dice—sería dar lugar a la "destrucción de la nación". Así, pues, el Gobierno comunica a los aliados, el día 10, que está dispuesto a aceptar la Declaración de Potsdam, si se soluciona la cuestión dinástica. Los aliados contestan que "la autoridad del emperador" se ejercerá bajo el control del comandante en jefe interaliado; por tanto, admiten la continuidad de la dinastía. ¿No es esto lo esencial?, dicen en Tokio los partidarios de la paz. Pero los jefes del partido militar replican que el comandante supremo interaliado, con facultades de control, podrá transformar las instituciones japonesas. El emperador se ve obligado de nuevo, el día 14, a dar a conocer su voluntad: la nota de los aliados es aceptable—declara—, puesto que permite subsistir el régimen imperial; y la continuidad de la dinastía permitirá, en plazo más o menos largo, la restauración del Japón.

Así, pues, es el emperador quien hace fracasar, en dos ocasiones, la intransigencia de los altos jefes militares. Al negarse a la aventura de una guerra a ultranza y de una resistencia sin esperanzas, ha adoptado la única línea de conducta adecuada, según él, tanto a los intereses nacionales como a los dinásticos. Pero, ¿por qué ha esperado tanto tiempo, antes de expresar su voluntad? Según algunos testimonios, temía verse derribado por un golpe de Estado militar. ¿Vano temor? Indudablemente, no. El mismo día 11 de agosto, un grupo de oficiales de Estado Mayor pensaba en ese golpe de Estado; y el ministro de la Guerra no les había disuadido de sus propósitos. De todas formas, es

absolutamente cierto que, en la noche del 14 al 15 de agosto, después de la decisión imperial, estos oficiales trataron de arrastrar a la división de la Guardia a un movimiento insurreccional. ¿Hubieran obedecido, tres meses antes, a una orden de capitulación, aquellos que después de Hiroshima todavía se negaban a inclinarse ante lo inevitable? ¿Hubieran aceptado, en octubre de 1944, que el Gobierno pidiera la paz, aunque no se tratara de una capitulación pura y simple? El emperador comprende este peligro; no ha querido arriesgarse; y ha preferido esperar el momento en que la autoridad de los mandos militares estuviera lo bastante debilitada por la evidencia del desastre para que su eliminación pudiera ser llevada a cabo sin gran peligro. Con esta contemporización y esta prudencia, ha permitido que los sufrimientos de la nación fueran mayores. En resumidas cuentas, la prudencia dinástica parece haber sido antepuesta a los intereses generales.

\* \* \*

En todos estos momentos críticos, en Roma, en Budapest, en Bucarest, en Berlín y en Tokio, ha sido la voluntad de algunos hombres la que ha decidido la orientación política. La resistencia a esta orientación ha obedecido también a algunas iniciativas individuales, que han aprovechado las circunstancias estratégicas. La opinión pública no ha tenido, en ningún sitio, una acción eficaz; y tampoco, según parece, los sectores dirigentes de la vida económica.

#### BIBLIOGRAFIA

**En general.**—MAX MOURIN: *Les Tentatives de paix séparée pendant la deuxième guerre mondiale*, París, 1940.

**Sobre la defección de Italia.**—F. DEBYSER: *La Chute du régime*, en "R. histoire de la deuxième guerre mondiale", abril 1957, págs. 24-57.—E. GALBIATI (general): *Il 25 Luglio e la M. V. S. N.*, Milán, 1951 (sobre la Milicia fascista).—R. GUARIGLIA: *Ricordi, 1922-1946*, Nápoles, 1950.—E. VON RINTELEN: *Mussolini als Bundesgenosse*, Stuttgart, 1951.—F. ROSSI (general): *Come arrivamo all'armistizio*, Milán, 1946.—BENITO MUSSOLINI: *The Fall of Mussolini, His own Story*, Nueva York, 1948. Trad.: *Mémoires de Mussolini, 1942-1943*, París, 1948.—C. SENISE: *Quando ero capo della polizia*, Roma, 1946.—N. KOGAN: *Italy and the Allies*, Cambridge (U. S. A.),

1956.—A. TOSTI: *Pietro Badoglio*, Verona, 1957.

**Sobre los satélites del Eje.**—Además de los estudios relativos a los movimientos de Resistencia a la dominación alemana, citados en la bibliografía del cap. X, hay que consultar: J. A. LUKACS: *The Great Powers and Eastern Europe*, Nueva York, 1953.—M. MOURIN: *Le drame des Etats satellites de l'Axe de 1939 à 1945. Rendition sans conditions*, París, 1957.

**Hungría.**—N. KALLAY: *Hungarian Premier. A personal account of a nation's Struggle in the second World War*, Londres, 1954.—ST. KERTESZ: *Diplomacy in the whirlpool. Hungary between Nazi Germany and Soviet Russia*, Univ. Notre-Dame, 1953.—J. F. MONTGOMERY: *Hungary, the unwilling Satellite*, Nueva York, 1947.—MAX

MOURIN: *Les Tentatives de décrochage de la Hongrie pendant la seconde guerre mondiale*, en "R. Défense nationale", enero 1954, págs. 65-77.—C. A. MACARTNEY: *October Fifteenth. A history of modern Hungary, 1929-1945*, Edimburgo, 1957, 2 vols.—A. ULLEIN-REVICZKY: *Guerre allemande; paix russe. Le drame hongrois, 1938-1944*, Neuchâtel, 1947.

**Rumania.**—E. CIUREA: *L'Effondrement des frontières roumaines en 1940*, en "R. histoire deuxième guerre mondiale", octubre 1955, págs. 16-33.—G. BARBUL: *Memorial Antonescu, par son secrétaire particulier*, París 1950.—A. CRETZIANU: *The Rumanian Armistice Negotiations, Cairo, 1944*, en "J. of Central European Affairs", 1951, número 11; y, del mismo autor, *The lost Opportunity*, Londres, 1957.—ION GHEORGE: *Rumaniens Weg zum Satellitenstaat*, Heidelberg, 1952.—A. HILLGRUBER: *Hitler, Köning Carol and Marschall Antonescu. Die deutsch-rumänischen Beziehungen, 1938-1944*, Wiesbaden, 1954.—H. PROST: *Destin de la Roumanie, 1918-1954*, París, 1954.

**Grecia.**—W. M. MAC NEILL: *The Greek Dilemma. War and aftermath*, Chicago, 1947.—D. G. KOUSOULAS: *The Price of Freedom. Greece in World affairs, 1939-1953*, Siracusa (U. S. A.), 1953.

**Bulgaria.**—M. POZOLOTIN: *Borba bulgarskogo naroda za svobodon i nezavisnost v period vtoroj mirovoj voiny* (La lucha del pueblo búlgaro por su libertad y su independencia durante la segunda guerra mundial), Moscú, 1954.

**Yugoslavia.**—B. IAZIICH: *Tito et la révolution yougoslave, 1937-1956*, París, 1957.—K. M. DINCIC: *La guerre de libération nationale en Yougoslavie*, en *R. hist. deuxième guerre mondiale*, abril 1959, págs. 9 a 20, y abril 1960, págs. 37 a 48.

**Sobre la capitulación de Alemania.**—F. MEINECKE: *Die Deutsche Katastrophe*, Wiesbaden, 1947 (interpretación general).—G. BLOND: *L'Agonie de l'Allemagne, 1944-1945*, París, 1952.—

H. SPEIDEL: *Invasión, 1944*, Tübinga, 1949, Trad. francesa, París, 1950.

En cuanto a la "paz separada" hay que consultar P. KLEIST: *Zwischen Hitler und Stalin, 1939-1945*.

En cuanto a las "armas secretas", W. DORNBERGER: *L'arme secrète de Peenemünde*, París, 1954 (traducido del alemán).

En cuanto a la "resistencia alemana", además de las obras esenciales de G. RITTER y GIVESIUS, ya citadas en el cap. VII, véanse, entre otras muchas publicaciones: R. COLLENOT: *Réflexions sur le 20 juillet 1944*, en "Politique étrangère", abril 1956, págs. 23-31.—EMIL HENK: *Die Tragödie des 20. Juli 1944*, Berlín, 1946.—F. VON SCHLABRENDORFF: *Offiziere gegen Hitler*, Berlín, 2.ª edición, 1951.—MAX BRAUBACH: *Der Weg zum 20. Juli 1944*, Hamburgo, 1951.—W. HOFER: *Der 20. Juli 1944. Geschichte und Vermächtnis*, en "Schweiz. Monatshefte", julio de 1954, págs. 205-215 (con bibliografía).—K. PAETEL: *Ded 20. Juli 1944 und das Ausland*, en "Aussenpolitik" julio 1954, págs. 438-448.—W. VON SCHRAMM: *Les généraux contre Hitler. Le 20 juillet à Paris*, París, 1957 (Traducido del alemán). Y el número especial de la *R. hist. deuxième guerre mondiale*: "L'opposition allemande a Hitler", octubre 1959.

**Sobre la capitulación del Japón.**—

R. T. BUTOW: *Japan's Decision to Surrender*, Stanford Univ., 1954 (importante).—F. DEBYSER: *La Genèse de l'intervention russe contre le Japon*, en "Politique étrangère", diciembre 1955, págs. 733-745.—L. MORTON: *The Decision to use the atomic Bomb*, en "Foreign affairs", enero 1957, págs. 334-353.—A. REUSSNER: *La Marine marchande, la stratégie et l'économie de guerre japonaises, 1939-1945*, en "R. histoire de la deuxième guerre mondiale", marzo 1951, págs. 1-26.—M. SHIGEMITSU: *La Ricerca della Pace*, en "R. Studi polit. intern." julio 1952, págs. 411-426, y del mismo: *Japan and her Destiny. My struggle for Peace*, Londres, 1958.

## CAPITULO XIV

## EL MUNDO EN 1945

Durante cinco años y medio, la guerra ha enfrentado a estados e imperios cuya población global suponía las dos terceras partes de la Humanidad; probablemente, ha causado cerca de cuarenta millones de víctimas, teniendo en cuenta solamente las muertes que han sido consecuencia directa de operaciones militares, navales o aéreas. En Europa, las únicas regiones no afectadas por las hostilidades han sido Suecia, Islandia, Suiza y la Península Ibérica. Asia, que en la primera guerra mundial apenas sufrió, ha sido gravemente afectada en esta, por la extensión de las operaciones niponas hasta Insulindia y los confines de la India. Si Africa Occidental y Central han sido un teatro de operaciones meramente episódico, todo el Africa del Norte y del Nordeste—incluida Etiopía—ha sido barrida por las hostilidades. ¿Se pueden esbozar los rasgos esenciales del balance—a la fecha de 1945—con todas las reservas derivadas de la falta de claridad de la documentación de que se dispone?

## I. EL DESTINO DE EUROPA

Europa, principal teatro de las operaciones, ha sufrido más que todas las restantes regiones del mundo. Las pérdidas de vidas humanas pasan de los veinticinco millones de hombres. La producción de hulla, en 1938, en las naciones del continente (sin incluir la U. R. S. S.), había llegado a 526 millones de toneladas; ha descendido a 398 millones, a causa de la subalimentación de los mineros y del desgaste del material. La de acero ha disminuido en un 30 por 100. Las instalaciones industriales han sufrido destrucciones o daños considerables como consecuencia de las operaciones militares en Bélgica, en el noroeste de Francia, en el norte de Italia, en Polonia y en las dos terceras partes del territorio europeo de Rusia. Todas las grandes regiones industriales de Alemania y los centros metalúrgicos más importantes de Gran Bretaña han sido asolados por los bombardeos aéreos (no olvidemos que la guerra de 1914-18 dejó casi intactos los elementos de producción en Alemania, en Gran Bretaña y en la zona industrial de Lombardía-Piamonte). Por tanto, la producción industrial en los estados de Europa central y occidental se ha reducido, por lo menos, en un 40 por 100, y bastante más en muchas ocasiones. En cuanto a la producción agrícola, a causa del déficit de mano de obra, de la escasez de abonos y de máquinas agrícolas, ha disminuido en un 45 e incluso en un 50 por 100. Entre 1939 y 1946, se ha triplicado el déficit global de la balanza co-

mercial. Los transportes terrestres están desorganizados, como consecuencia de la destrucción de las instalaciones de las líneas de ferrocarril más importantes y de parte del material rodante; los transportes marítimos se han paralizado, puesto que Europa, en 1938, tenía el 70 por 100 del tonelaje mundial; y no posee ya sino el 32 por 100. La población está deprimida en casi todas partes, por la falta de alimentación (1), así como por la tensión nerviosa, en todas las regiones afectadas por los bombardeos; la productividad de la mano de obra ha descendido de un 40 a un 50 por 100.

Es indudable que algunos factores de esta crisis de subproducción son solamente transitorios; pero la rapidez de la recuperación depende de las posibilidades de importar, única forma de hacer frente a la falta de productos alimenticios y de abonos, y de llevar a cabo una rápida reconstitución del utillaje y de los *stocks* de materias primas. Ahora bien: este llamamiento a los recursos exteriores tropieza con obstáculos que ya conocieran los beligerantes de 1914-18: insuficiencia del volumen de mercancías exportables; desorden monetario, a causa de las emisiones masivas de papel moneda y de la requisita parcial de las reservas de oro; déficit de la balanza de pagos, como consecuencia de la disminución de los beneficios en los fletes y de la liquidación de gran parte de las inversiones de capitales hechas fuera de Europa (2).

De todas estas dificultades, la más grave, en un futuro inmediato, es la penuria que sufre Europa de divisas extranjeras y, sobre todo, de dólares. Los países industriales no tienen excedentes exportables. Los países exportadores de productos agrícolas, antes de 1939, podían conseguir divisas en el mercado financiero de Londres, porque Gran Bretaña les compraba sus productos; estas divisas eran utilizadas para pagar las compras que efectuaban fuera de Europa: ahora carecen de esta fuente de ingresos, puesto que Gran Bretaña ha perdido gran parte de sus inversiones exteriores. Para financiar las importaciones indispensables, hay que recurrir a los créditos norteamericanos.

Las posibilidades de recuperación son, sin embargo, muy diferentes de un país a otro.

Alemania, cuyo territorio ha sido campo de batalla en su totalidad y sigue ocupado por los ejércitos victoriosos, ha perdido cinco millo-

(1) Según la encuesta de la U. N. R. R. A., la ración alimenticia diaria por cabeza (calculada en calorías), en 1945, es inferior en un 25 por 100, aproximadamente, en Francia, en Bélgica y en los Países Bajos; en un 35 por 100 en Italia, y en un 45 por 100 en Alemania y Austria, a la de 1938.

(2) En 1938, en la mayor parte de los países europeos, las rentas de los capitales invertidos en el extranjero y los beneficios de los fletes cubrían, aproximadamente, la cuarta parte de las importaciones; y, en Francia, las dos quintas partes. De estas importaciones, la mitad, sobre poco más o menos, correspondía a materias primas.



nes y medio de habitantes—entre militares y civiles—víctimas de las acciones bélicas o de los bombardeos; la producción de hulla y de acero, incrementada durante los años de guerra a costa de otros sectores industriales, ha disminuido considerablemente (en la zona francesa, la producción de acero, en el cuarto trimestre de 1945, es el 22 por 100 de la de 1937). Ha perdido parte de su maquinaria industrial, como consecuencia de la guerra aérea; y sigue perdiéndola, puesto que las requisas efectuadas por las autoridades de ocupación llegan algunas veces al desmontaje sistemático de las fábricas; carece por completo de reservas. La circulación fiduciaria es cinco veces mayor que en 1939. Los altos cargos de la Administración han desaparecido o han sido anulados; solamente subsiste un embrión de vida administrativa en el orden municipal o local. El Estado, en sí mismo, ya no existe: el Gobierno central ha desaparecido; y en las cuatro zonas, rusa, norteamericana, inglesa y francesa, ejercen el poder los Estados Mayores de los ejércitos de ocupación, en tanto que deciden la formación—bajo su égida y su control—de gobiernos alemanes.

Italia, aunque desde septiembre de 1943 haya sido atravesada por la guerra, casi de uno a otro extremos, no ha sufrido pérdidas humanas comparables a las de Alemania, ni siquiera de lejos. Pero dividida entre dos gobiernos, e incluso durante diez meses (cuando los alemanes ocupaban Roma) en tres zonas de ocupación, ha sufrido una crisis política y moral de extrema gravedad. Sin embargo, ha restaurado su unidad nacional: tan pronto como las tropas alemanas se han visto obligadas a abandonar la llanura del Po, los Comités de Liberación, que agrupaban a todos los elementos antifascistas, se han hecho dueños de la situación; y la presencia de la administración militar anglonorteamericana ha garantizado, en el seno de estos comités, la preponderancia de los moderados—liberales y demócratas cristianos—a costa de los comunistas. Italia, aún vencida, puede, por tanto, esperar que no habrá de sufrir todas las consecuencias de su derrota. Bien es verdad que ya ha perdido, de hecho, las conquistas del régimen fascista—Etiopía y Albania—y que se encuentra amenazada en Venecia Julia por el recrudescimiento de su viejo antagonismo con Yugoslavia; pero ha escapado al desastre. Sin embargo, la situación económica es grave. Las destrucciones causadas por la guerra y las requisas efectuadas por el Ejército, han reducido la riqueza nacional en un 20 por 100; los transportes ferroviarios están completamente desorganizados: el 36 por 100 de las vías ha sido destruido; el 70 por 100 de los vagones y el 60 por 100 de las locomotoras, o ha sido inutilizado o llevado a Alemania; la agricultura ha sufrido mucho, por la falta de abonos químicos y porque no se ha cuidado de las obras hidráulicas (en cinco años, la producción de trigo ha descendido de 80 millones de quintales a 43). Pero las industrias básicas—las del norte de Italia—han escapado a la des-

trucción; e incluso han podido conservar sus *stocks* de materias primas: es el único punto tranquilizador en un cuadro sombrío.

De los países mediterráneos, es Grecia la que más ha sufrido. Como consecuencia de sus pérdidas en tonelaje mercante (las tres cuartas partes de su flota mercante han sido destruidas), ha perdido sus lazos marítimos; también se ha visto privada de las importaciones de granos—600 000 toneladas por término medio en los años de antes de la guerra—indispensables para el abastecimiento de la población: en el invierno de 1941-42, ha conocido el hambre. Las operaciones militares—las de los ejércitos de invasión y las de los *guerrilleros*—han destruido 2.000 poblaciones y las dos terceras partes de los vehículos de motor. La superficie cultivada ha disminuido, en cinco años, en un 25 por 100. En ningún sitio es tan grave la penuria alimenticia en la Europa de 1945.

Francia ha sufrido acontecimientos desgarradores, expuesta a graves amenazas, tanto por lo que respecta a su independencia, como a su unidad. ¿Cómo olvidar las primeras horas de 1943? Todo el territorio metropolitano sometido a la obediencia del Gobierno de Vichy, ocupado por las tropas alemanas e italianas. Túnez convertido en campo de batalla; Argelia y Marruecos bajo la autoridad del general Giraud, pero bajo control norteamericano; el Movimiento de Francia combatiente, dueño de Africa central, de Madagascar y de Siria, pero mantenido al margen de los asuntos del Norte de Africa. La voluntad ardiente del general De Gaulle ha conseguido rehacer la unidad de los territorios, reuniéndolos *en torno a un solo poder*, y situar a Francia entre los países vencedores. Pero esta Francia está desfallecida: es cierto que, como consecuencia de las hostilidades, ha sufrido pérdidas humanas menos graves que en 1914-18 (500 000 en lugar de 1 300 000); también han sido menos graves las destrucciones, en cuanto a sus industrias, aunque las instalaciones hidroeléctricas y los astilleros hayan sido muy afectados por los bombardeos aéreos. Pero la situación es peor, desde el punto de vista del sistema de transportes (4.000 puentes de carretera y 1.900 de ferrocarril destruidos), y desde el punto de vista del utillaje (las requisas alemanas se han apoderado del 60 por 100 de las máquinas-herramientas). La producción industrial, en el cuarto trimestre de 1945, ha disminuido en un 70 por 100, con respecto a las cifras de 1937. Y, sobre todo, es tremendo el desconcierto moral. Sin embargo, después de algunas semanas de gran inquietud, el Gobierno provisional consigue restablecer la autoridad del Estado y recobrar el control de la administración.

En el fondo, la mayor parte de la victoria corresponde a Gran Bretaña. ¿Cuál hubiera sido el destino de Europa, si en el verano de 1940 Gran Bretaña hubiera aceptado la negociación ofrecida por Hitler?

Es indudable que no hubiera podido vencer sin los Estados Unidos y sin Rusia, que han desempeñado el papel decisivo en la derrota alemana; pero su tenacidad ha permitido la formación de la coalición. En esa voluntad de resistencia, la acción personal de Winston Churchill ha sido sostenida por una opinión pública resuelta a aceptar cuantos sacrificios fueran necesarios. Esto confiere al pueblo inglés un puesto sin igual en la historia de esta guerra. Sin embargo, aunque las pérdidas humanas (530 000) hayan sido menores que en 1914-18, las bases del poderío inglés se han visto gravemente afectadas. Las industrias textiles, que antes de 1939 gozaban de un lugar destacado en las exportaciones, se resienten de la preferencia concedida durante la guerra a la industria metalúrgica. Es cierto que la producción de cereales, de patatas y de remolacha ha aumentado; pero este incremento se ha llevado a cabo a costa de la ganadería, puesto que la superficie de pastos ha sido reducida en un 40 por 100. El tonelaje de la marina mercante, a pesar de los esfuerzos realizados en la construcción de buques, es inferior en 6 300 000 toneladas al de 1939; apenas si llega al 38 por 100 del tonelaje de los Estados Unidos, al que superaba en 1939 en un 50 por 100. La flota de guerra ha perdido el dominio de los mares. Por último, la deuda exterior ha aumentado en más de cuatro mil millones de libras esterlinas, al tiempo que se han liquidado cinco mil millones de libras invertidas fuera de la metrópoli (más de la mitad de las inversiones en el extranjero). Por consiguiente, para poder financiar sus importaciones, Gran Bretaña necesita alcanzar un volumen de exportaciones superior al de 1938. ¿Cómo podrá conseguirlo, habiendo perdido parte de su capacidad de producción?

La U. R. S. S., cuyos ejércitos han soportado la mayor carga del esfuerzo bélico y cuya población ha vivido en un 45 por 100 bajo un régimen de ocupación especialmente riguroso, ha sufrido pérdidas humanas que llegan al 10 por 100 de la población total. Sin embargo, y a pesar de las pruebas más rudas, gracias al papel preponderante desempeñado por sus ejércitos en las operaciones militares, ha conseguido un incremento considerable de su potencialidad.

Es el único país grande que ha extendido su dominación, directa o indirecta, bastante más allá de las fronteras de 1939. No solamente ha aumentado sus territorios mediante la anexión de los países bálticos, de la Rusia Blanca, de Besarabia, de la Bukovina septentrional y la rectificación de fronteras efectuada a costa de Finlandia, sino que también ejerce el control político sobre todos los países que se encuentran ocupados por sus tropas: Polonia, Rumania, Bulgaria, Hungría y Checoslovaquia, en los que los nuevos gobiernos de las repúblicas populares han sido formados bajo su égida. Tiene la mitad de Alemania, hasta el Elba—a excepción del islote formado por Berlín Oeste—, y parte de Austria; extiende su influencia hasta el Adriático, donde el Gobierno yugoslavo está en manos de los comunistas, desde 1944. El *sistema ruso*, se impone a la mitad de la población del continente.

Entre junio de 1941 y finales de 1942, la economía soviética sufrió graves pérdidas, cuando la gran zona industrial del Donetz y el centro metalúrgico de Stalingrado fueron asolados por las operaciones militares, y el traslado en masa de las industrias de guerra hacia el Este había paralizado, temporalmente, la producción, incluso en aquellas regiones que habían permanecido al abrigo de la invasión. Pero al comenzar la retirada de las tropas alemanas, a principios de 1943, se empezó inmediatamente a poner en condiciones las regiones devastadas, a costa de un gran esfuerzo, al tiempo que se desarrollaba, rápidamente, el potencial industrial en los Urales y Siberia: a principios de 1944, la industria bélica, cuya producción había descendido en un 50 por 100 entre 1940 y 1942, había superado este déficit, recobrando su nivel de producción anterior a la invasión. ¿Cuál es el balance, a la terminación de la guerra? Seis millones de inmuebles incendiados o gravemente afectados; 31.850 industrias y 9.800 *koljoses* saqueados; 65 000 kilómetros de líneas férreas destruidas. La agricultura es la que atraviesa por la situación más precaria: las devastaciones han afectado a las tierras más ricas; y las dos terceras partes del suelo arable no han sido puestas todavía en condiciones de cultivo; la incautación, por el ocupante, de la maquinaria agrícola, y la requisas de tractores, han dado lugar, en muchos casos, al retorno a una economía de tipo "familiar"; la penuria de materiales dificulta la reconstrucción. La industria se encuentra en mejores condiciones, por lo menos el sector que ha participado en la fabricación de armamento, aunque en las regiones invadidas haya perdido casi todo su utillaje. La producción de hulla, en 1945, es superior en un 50 por 100 al nivel alcanzado en 1938; la extracción de wolframio ha aumentado en el 84 por 100 y la de estaño en el 68 por 100; los altos hornos de Magnitogorsk han permitido incrementar la producción metalúrgica; la construcción de cuarenta y cinco centrales en el Ural meridional ha conseguido doblar la producción de energía eléctrica; finalmente, se han establecido nuevos centros de explotación de petróleo, en la región de Kubichev, el *segundo Bakú*.

La situación económica de los estados satélites es más difícil, y especialmente grave en Yugoslavia y Polonia.

Principal teatro de la guerra de guerrillas, Yugoslavia ha perdido 1 706 000 hombres, es decir, el 10,8 por 100 de la población de antes de la guerra; ha sufrido pérdidas materiales directas, valoradas, en 1945, en más de nueve mil millones de dólares y que, aunque muy inferiores a las de Francia, son superiores a las de Gran Bretaña: ha quedado destruido el 20 por 100 de las casas, el 24 por 100 de los árboles frutales y el 38 por 100 de los viñedos. En cuanto al ganado, las pérdidas son del 50 al 60 por 100. El potencial industrial se ha reducido, aproximadamente, en un 36 por 100; y el material ferro-

viario en un 80 por 100. Veinte mil talleres artesanos han perdido todo su utilaje.

Polonia, arrasada dos veces por las operaciones militares y sometida, desde septiembre de 1939, a un régimen de ocupación implacable, que había explotado al país hasta el agotamiento y practicado destrucciones sistemáticas, ha perdido más de seis millones de hombres, o sea, el 22 por 100 de la población total. Los elementos de producción están completamente arruinados: la producción de cereales, en 1945, ha descendido al 39 por 100 de la cifra de 1938; la de la cabaña, al 40 por 100; y la producción industrial, al 57 por 100. El material de transporte ha desaparecido, en sus dos terceras partes. Las destrucciones inmobiliarias (350 000 construcciones de explotaciones rurales, 162 000 inmuebles urbanos y 14 000 instalaciones industriales) son mayores que en ningún otro sitio.

En 1945, se afirma la oposición—tanto desde el punto de vista económico y social, como del político—entre las dos zonas del continente europeo: la que se encuentra sometida a la dominación de Rusia y la que ha escapado a ella. El contraste entre los métodos y los principios de organización de la producción, entre las estructuras sociales, las formas de gobierno, los conceptos acerca de la función del Estado y del individuo, parece irreducible. El comunismo se beneficia, al mismo tiempo, del prestigio que le proporciona la victoria de los ejércitos soviéticos y de la crisis de confianza por que atraviesan los pueblos de Europa occidental. En cuanto a la desintegración económica, es aún más completa que en 1939: los países industriales de Europa occidental y meridional no reciben ya los cereales y la madera que les venían de los países de la Europa agrícola, porque ya no tiene productos industriales que venderles ni divisas extranjeras que ceder; la ruina de Alemania, que en 1945 ha desaparecido, virtualmente, del comercio internacional, dificulta la reanudación de las actividades económicas en los países de Europa occidental y septentrional, de los que, en 1938, era uno de los más fuertes clientes o proveedores.

## II. LA PROSPERIDAD AMERICANA

Frente a esta Europa vacilante, resplandecen la prosperidad y el optimismo en las dos Américas, donde la segunda guerra mundial ha acentuado el retroceso de las posiciones económicas y financieras que Europa poseía aún en 1939.

Los más beneficiados son los Estados Unidos. Aunque hayan enviado a Europa efectivos mayores que en 1918, y aunque hayan tenido que soportar casi todo el peso de las operaciones en el Pacífico, su participación en la guerra no les ha costado más de 300 000 hombres, apenas el doble de las pérdidas que sufrieron durante la primera guerra mundial. Su marina mercante, que ha pasado de doce millones de

toneladas a 56 800 000, a pesar de las pérdidas de la guerra, supone el 66 por 100 del tonelaje mundial, llegando casi a triplicar el tonelaje británico. La aviación comercial, que tiene ya gran preponderancia, va a aumentarla todavía más con la adaptación de 15 000 aviones de guerra; es casi la única que tiene aviones transatlánticos en 1945.

Los progresos de la producción, así en el dominio de los productos alimenticios como en el de las materias primas, han sido considerables: 33 por 100 para la agricultura, 32 por 100 para la hulla y 40 por 100 para el petróleo; la extracción de mineral de hierro casi se ha cuadruplicado. La producción industrial, en conjunto, se ha duplicado. En 1945, el potencial americano supone la mitad del mundial, por lo que respecta al sector energético (carbón, petróleo y electricidad); y las dos terceras partes, en cuanto a determinadas industrias de transformación. El excedente de la balanza comercial, incluidas las entregas hechas de acuerdo con la ley de *Préstamo y arriendo* (1), ha alcanzado, en seis años, a 36 000 millones de dólares, en cuanto a las mercancías; y a 4.700 millones de dólares, por *servicios*, es decir, 40 700 millones en total. Sus reservas de oro son, aproximadamente, la mitad de las mundiales. Finalmente, las inversiones de capitales en el extranjero (habida cuenta solamente de las inversiones a largo plazo) han aumentado en 3.700 millones de dólares.

Los estados de América latina, proveedores de productos alimenticios y de materias primas, han conseguido grandes beneficios en las relaciones internacionales. Las industrias extractivas han gozado de un período floreciente, sobre todo por lo que respecta al mineral de hierro y a los metales no férricos necesarios para la industria bélica: estaño y tungsteno, en Bolivia, y bauxita, en el Brasil. Se ha desarrollado el cultivo de plantas oleaginosas, especialmente el del lino, e incluso las plantaciones de caucho brasileñas. Se ha incrementado la extracción de petróleo en Bolivia y Venezuela, iniciándose en el Brasil. Al mismo tiempo—al igual que sucediera durante la primera guerra mundial—la industria textil se ha desarrollado notablemente en Argentina y Brasil, si bien en estos dos países también ha realizado grandes progresos la industria siderúrgica; y han dado sus primeros pasos la industria del aluminio y la química, a pesar de la falta de carbón. Merced al rápido incremento de las exportaciones con destino a los Estados Unidos y, sobre todo, a Gran Bretaña, el excedente de la balanza comercial, en los años 1940-44, para el conjunto de países de la América latina, ha sido de 3.500 millones de libras esterlinas; el excedente de la balanza de pagos es muy importante en Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Perú. Los Bancos americanos, asimismo, han podido acumular reservas de oro y de divisas extranjeras, que permiten la adquisición de la maquinaria necesaria para el desarrollo industrial. Por consiguiente,

(1) Véase pág. 1166.

la posición financiera internacional de estos estados de América latina se encuentra aún más transformada en su situación económica. Pero las masas rurales y la mano de obra no obtienen casi ningún beneficio de esta prosperidad.

El Canadá ha sido una fuente de abastecimientos, no solo de productos alimenticios, sino también de municiones. Por tanto, las consecuencias económicas de la guerra han sido considerables. La producción de carne de cerdo ha pasado de 281 000 toneladas en 1939, a 677 000 en 1944; la de la carne de vaca, de 316 000 toneladas a 432 000. La producción de acero se ha doblado, para hacer frente a las necesidades de las fuerzas armadas; la industria canadiense ha construido 14 700 aviones, 3 680 buques y 82 000 piezas de artillería. En la balanza comercial, que ya era favorable en 1939, el excedente de las importaciones ha pasado, en cinco años, de 369 000 dólares canadienses a 1 834 000, aunque el Canadá ha tenido que importar carbón, mineral de hierro y petróleo.

El impulso de este desarrollo económico del continente americano se debe a los Estados Unidos.

En el Canadá, donde las necesidades de la industria bélica han requerido grandes importaciones de combustibles y de mineral, los proveedores han sido los Estados Unidos. En 1944, su participación en las importaciones canadienses pasa del 80 por 100, mientras que apenas si llega al 38 por 100 por lo que respecta a las exportaciones. La balanza comercial canadiense, que tiene grandes excedentes con todos los demás países, es, sin embargo, profundamente deficitaria en cuanto al comercio con su poderoso vecino. Por consiguiente, al quedar en suspenso el sistema de préstamos y arriendos, el Canadá se encuentra falto de dólares para pagar sus compras, y esta penuria puede obstaculizar su prosperidad industrial. Para hacer frente a este peligro, el Gobierno canadiense procura aumentar las exportaciones con destino a los Estados Unidos. Sus esfuerzos tienen, como consecuencia, aumentar el estado de dependencia económica en que se encuentra el Canadá con respecto a los Estados Unidos.

En América latina, cuya población global alcanzaba, en 1945, casi 140 000 000 de habitantes, los Estados Unidos gozaban ya, desde hacía casi medio siglo, de una influencia económica y financiera predominante en Méjico y las pequeñas repúblicas del Istmo; pero en vísperas de la segunda guerra mundial todavía no habían conseguido esta preponderancia en los países de América del Sur, puesto que los progresos realizados por su comercio y sus inversiones de capitales, entre 1914 y 1919 (1), cesaron entre 1929 y 1936, a causa de la crisis económica. Su participación en las exportaciones de los principales países sudamericanos, en 1938, era del 34 por 100 al Brasil; del 27 por 100 al Perú; del 16 por 100 a Chile, y solo del 9 por 100 a la Argentina, y del 4 por

(1) Véanse págs. 906 y sgs.

100 al Uruguay y Bolivia. En las importaciones, esta participación variaba del 18 al 28 por 100, según los países. Pero, en el transcurso de la segunda guerra mundial, incrementaron notablemente sus compras de materias primas y de productos alimenticios; al mismo tiempo aumentaron—aunque a un ritmo más lento—sus ventas de productos industriales a este vasto mercado, en el que había desaparecido la competencia europea. Gracias a la conclusión de un convenio comercial, en 1941, las exportaciones con destino a la Argentina pasaron, de 86 800 000 dólares en 1938, a 190 800 000 en 1946; las importaciones procedentes de dicho país pasaron también de 40 700 000 dólares, a 194 300 000. El incremento es aún mayor en las relaciones con el Brasil, donde las exportaciones han pasado de 62 000 000 de dólares a 853 000 000; y las importaciones, de 97 900 000 a 408 000 000. La participación de los Estados Unidos en el comercio exterior global de los países de América latina, que en 1938 era del 30 por 100, en cuanto a las exportaciones, y del 34 por 100 por lo que respecta a las importaciones, ha pasado al 39 por 100 y al 62 por 100, respectivamente. América latina se ha convertido en un mercado esencial para la producción metalúrgica de los Estados Unidos, especialmente para las fábricas de maquinaria; al tiempo que en los aspectos económicos y financieros también se han creado vínculos de dependencia. Estos vínculos aumentan, en 1945, cuando se desarrollan los movimientos internacionales de capitales, que la guerra había paralizado: las inversiones directas procedentes de los Estados Unidos se orientan hacia las compañías de ferrocarriles, los servicios públicos y determinadas industrias, en las que los capitales europeos habían conservado, hasta entonces, un lugar preponderante. Es el preludio hacia la hegemonía financiera, que va a establecerse a partir de 1947.

Pero aún más interesantes que estos signos de potencialidad económica, financiera y política son las tendencias de la psicología colectiva en los Estados Unidos. Mientras que, en 1919, las tradiciones del *aislacionismo* habían recobrado su preponderancia nada más terminar las hostilidades, infligiendo una resonante derrota a los principios wilsonianos, la opinión pública y los círculos políticos no ponen en duda, en 1945, la necesidad de que los Estados Unidos asuman responsabilidades, directas e incluso dominantes, en las relaciones internacionales y en la organización de la paz.

### III. NUEVAS PERSPECTIVAS

A la terminación de la primera guerra mundial, el dominio establecido por los europeos sobre la mayor parte de África, de Asia y de Oceanía se había visto quebrantado por los movimientos de emancipación. Que suceda lo mismo en 1945, aunque en escala mucho más vasta, no puede constituir una sorpresa.

La ocasión, como veinte años antes, es la parálisis de las fuerzas europeas en cuestión, durante los seis años en que los beligerantes se han visto obligados a consagrar a las operaciones bélicas todos sus recursos militares y navales, económicos y financieros. De los dos grandes estados europeos con vocación imperial, uno de ellos ha tenido todo su territorio metropolitano, primero parcial y luego totalmente bajo ocupación militar; el otro ha conservado la independencia de sus decisiones; pero ha debido consagrar todas sus fuerzas a la defensa de la metrópoli y de las grandes vías marítimas, sin poder ejercer un control militar efectivo en la totalidad del Imperio. Para asegurar la fidelidad de la población en los respectivos territorios, ambos se han visto obligados a aplicar una nueva orientación de sus políticas coloniales e incluso a hacer promesas. En 1944-45, el Gobierno británico revisó los estatutos constitucionales de Jamaica, de Malta y de Ceilán, para conceder a la representación de sus habitantes una mayor participación en las funciones legislativas. La Royal Empire Society ha estudiado los medios de mejorar, merced a inversiones de capitales, efectuadas por el Estado, el nivel de vida de las poblaciones coloniales: estimular, no ya solo los cultivos destinados a la exportación, sino también aquellos otros destinados al consumo indígena; crear actividades industriales a base de los recursos locales. El Comité Francés de Liberación Nacional fue más lejos. La declaración publicada el 8 de febrero de 1944, a continuación de la Conferencia de Brazzaville, anunció el propósito de reorganizar, al terminar las hostilidades, los servicios sanitarios y de enseñanza; señaló el propósito de reformar el régimen de trabajo; y, sobre todo, previó que los puestos ejecutivos de la Administración serían accesibles a los indígenas y que los consejos regionales serían elegidos por los africanos igual que por los europeos. Tales son las promesas de Brazzaville, que la Asamblea Constituyente de 1945 adopta, cuando decide establecer el estatuto de la Unión francesa. He aquí un hecho que abre el camino a nuevas posibilidades.

Las verdaderas causas de esta transformación son las mismas que ya se manifestaron en 1919: deseo de sacudir la dominación de los europeos y de determinar libremente su propio destino; convicción de que los servicios prestados por la expansión europea no pueden constituir una compensación de las cargas impuestas a las poblaciones indígenas; también, por otra parte, el deseo de privar a los europeos de los beneficios individuales que les confiere una situación de privilegio; y transmitir estas ventajas a los intelectuales indígenas que se consideran cualificados para formar la estructura de un estado autónomo o independiente. El impulso del sentimiento patriótico es apoyado, muy a menudo, por el religioso, incluso en aquellas regiones—tal es el caso de la India, de China y de ciertos países del Islam—en las que se manifiesta cierta tendencia a la secularización de la juventud intelectual,

puesto que esta juventud cuenta con los sentimientos religiosos de las masas para apoyar su acción política.

Pero estas corrientes profundas se ven ayudadas por otras que en el transcurso de la primera guerra mundial no tuvieron la misma resonancia: acción de la propaganda comunista, influencia de la tradición *anticolonialista* de los Estados Unidos; y, sobre todo, aunque solo en Asia, influencia de la ocupación japonesa.

Ya en 1919, la propaganda comunista había hecho circular entre los pueblos *de color* una consigna de emancipación, dirigida, principalmente, contra las formas económicas y financieras de la dominación europea, y destinada a quebrantar la fuerza del capitalismo; pero la III Internacional acababa apenas de nacer, y no poseía aún sino medios de acción modestos; en cuanto al estado bolchevique, vencido por los ejércitos extranjeros y asolado por la guerra civil, no disponía de una fuerza militar capaz de arrollar los movimientos de resistencia nacional. En 1945, después de veintisiete años de régimen soviético, Rusia se ha convertido en la mayor potencia europea; tiene el prestigio derivado de sus victorias militares y dispone del mayor ejército del mundo. Los pueblos asiáticos y africanos comprueban que el sistema comunista ha conseguido resolver los problemas de la industrialización en un país cuya evolución económica estaba muy atrasada; saben, también, que la estructura del Estado soviético descarta toda discriminación racial.

La condena del colonialismo por la doctrina americana encontró su expresión, en 1919, en los discursos en que el presidente Wilson afirmó el derecho de "libre disposición de los pueblos". En la práctica, sin embargo, la política exterior del presidente se guardó mucho de llevar este principio hasta aquellas últimas consecuencias, que hubieran sido lógicas; y, sobre todo, el Senado se opuso a cualquier iniciativa que hubiera implicado la presencia norteamericana en regiones del mundo en las que los Estados Unidos no habían pensado nunca en asumir responsabilidades. A principios de 1945, por el contrario, el Gobierno y el Senado manifiestan su deseo de que se prepare en los territorios coloniales de todos los estados un sistema de *mandatos*, bajo el control de una organización internacional. La Conferencia reunida en Hot Springs, bajo los auspicios del Institute of Pacific Relations, está animada por la convicción de que ningún pueblo debe considerarse superior a otro; y de que las colonias y los protectorados tienen derecho a obtener un régimen de administración autónomo, en tanto se les concede la completa independencia. Aún más importante que esta afirmación de principios lo son las consideraciones de tipo económico y estratégico. Los Estados Unidos ponen sus ojos en regiones del mundo en las que los europeos habían conseguido preponderancia desde mucho tiempo antes. Después de la experiencia de la guerra del Pacífico consideran necesario restablecer una red de bases navales y aéreas que les permita dominar el Océano. También desean llevar a cabo en el Cercano

Oriente una política petrolífera que les induce a establecer un programa de acción diplomática: los círculos dirigentes estiman que las reservas de petróleo de los Estados Unidos pueden verse agotadas en un plazo próximo—tal vez quince años—y ser insuficientes en el caso de que estallara una tercera guerra mundial; así, pues, el 24 de septiembre de 1945, consiguen de Gran Bretaña un acuerdo, que los pone *en igualdad de condiciones*, con vistas a adquirir derechos de prospección y de explotación en el Asia occidental. Por este motivo, se sienten inclinados a ver de otra forma las cuestiones árabes. Al mismo tiempo, toman posición en el Mediterráneo oriental, para estar en condiciones de intervenir en estas zonas petrolíferas del Cercano Oriente.

Pero las victorias conseguidas por los japoneses en 1941-43 en el sudeste asiático han tenido aún mayores consecuencias. Ya en 1905 la victoria nipona en la guerra de Manchuria—primera victoria de los amarillos sobre los blancos—constituyó un importante estímulo para los revolucionarios chinos, adversarios del *semicolonialismo*, al mismo tiempo que del régimen imperial; fue el origen de los movimientos de resistencia a la dominación inglesa en la India y a la dominación francesa en Indochina (1). Desde aquella época se había cultivado, por los intelectuales indígenas de todos los países del sudoeste de Asia, un sentimiento "japonófilo". Por otra parte, desde 1940, los golpes van a parar a las posesiones francesas, inglesas y holandesas, es decir, a aquellas potencias que habían sido, desde hacía muchos años, los instrumentos de la expansión europea y que, por tanto, gozaban, entre los indígenas, de posiciones sólidas y de un prestigio que nunca tuvieron los rusos. ¿Cómo no iban a ser vistos con simpatía estos éxitos nipones por los pueblos sometidos a la dominación europea? La ocupación japonesa ha eliminado en unos casos a los funcionarios coloniales europeos, relegándolos, en otros, a puestos subalternos; también ha hecho circular la consigna de emancipación en aquellas regiones en que el Japón, aun en el caso de una victoria total, no podía pensar en establecer la dominación en su propio beneficio y solamente esperaba conservar cierta influencia. Por otra parte, ha proporcionado la oportunidad de realizar grandes beneficios a los productores de materias primas y de productos alimenticios que, gracias a las necesidades de la economía de guerra, han encontrado una magnífica acogida en el mercado japonés. No cabe duda de que, a la larga, esta presencia nipona se hace molesta muchas veces, porque los militares han impuesto brutalmente a la población una ruda disciplina; y los negociantes han tratado de suplantar a los comerciantes locales—como es, por ejemplo, el caso de las Filipinas—, por cuyo motivo el derrumbamiento del Japón es acogido sin pena. De todas maneras, subsiste el hecho de que, bajo el régimen japonés, los movimientos nacionalistas indígenas han sido

(1) Véanse págs. 494 y 543.

tolerados e incluso estimulados; por tanto, en 1945 están preparados para oponerse al regreso de los accidentales.

En el cuadro general que esbozan estas influencias, cada uno de los movimientos de emancipación en Asia, en Insulandia y en Africa conserva su fisonomía original, que hemos de tratar de bosquejar aquí.

Hasta 1944, los dos beligerantes habían tenido, en Extremo Oriente, una suerte muy distinta. El Japón, que ocupaba la mitad de China y dominaba los recursos de Indochina, las Indias Neerlandesas y Malasia, había pasado por un período de prosperidad económica, marcado, sobre todo, por el incremento de la industria metalúrgica. China, donde la autoridad del Gobierno nacionalista no llegaba a las provincias más ricas en recursos minerales ni a aquellas regiones con buenos rendimientos agrícolas, había pasado por duras pruebas: desplazamiento de cuarenta y dos millones de habitantes, expulsados de sus casas por las operaciones bélicas; destrucción de numerosas fábricas; de parte de la flotilla pesquera; del 85 por 100 de la marina mercante, y del 17 por 100 de la red ferroviaria. En 1945, la cosecha de arroz—a causa de la falta de animales de labor, de abonos y de la pésima conservación de los canales de riego—es inferior en un 12 por 100 a la media de antes de la guerra. En varias regiones, los funcionarios de la Organización Internacional de Ayuda a los Refugiados comprueban que el consumo, por habitante, de productos alimenticios, ya insuficiente en 1938, ha disminuido, desde aquella fecha, en un 20 por 100.

Pero el último año de la guerra ha puesto fin a la prosperidad del Japón, a causa de los bombardeos y, sobre todo, de la crisis en los transportes marítimos. Las islas del archipiélago nipón han sufrido centenares de bombardeos, dirigidos contra los centros industriales. La flota mercante nipona, que en 1939 ocupaba el tercer puesto en importancia en el mundo (suponía el 8,2 por 100 del tonelaje mundial, mientras que la flota mercante noruega era solo el 7 por 100, la alemana el 6,5 por 100 y la francesa el 4,5 por 100), ha sido destruida casi por completo: a consecuencia de acciones de guerra ha perdido 7 590 000 toneladas, y se encuentra reducida a 500 000. Así, pues, el abastecimiento de materias primas a la industria japonesa está totalmente paralizado. El índice de la producción industrial (1937 = 100), que había llegado a 110 en 1943, cuando el Japón disponía de los recursos de las Indias Holandesas y de la península Indochina, ha descendido a 38 en 1945; el más afectado ha sido el sector textil: el número de husos se ha reducido en dos terceras partes.

En el sudeste asiático, las dificultades de las colonias francesas, inglesas y holandesas, entre 1919 y 1939, habían sido similares. La oposición estaba formada por jóvenes intelectuales indígenas que, des-



pués de haber recibido una educación secundaria o universitaria *occidental*, se quejaban de no tener bastantes oportunidades en los cargos públicos; y reivindicaban la formación de una asamblea legislativa, en la que ellos pudieran participar. La masa rural, preocupada únicamente por sobrevivir, apenas si se interesaba en la reivindicación de su autonomía, noción que incluso le resultaba extraña; pero tenía un sentimiento xenófobo; y le molestaba la presencia europea en aquellas regiones en que las técnicas modernas de la agricultura y del riego—al alcance solamente de los grandes propietarios—habían arruinado a los pequeños agricultores, contribuyendo a la formación de un proletariado rural. En las ciudades, los grupos importantes de artesanos y de pequeños comerciantes chinos (1) habían apreciado, entre 1925 y 1937, los progresos del movimiento nacionalista en China; en 1945, después de la derrota japonesa, se consideran pertenecientes a un pueblo vencedor. Finalmente, todas estas colonias vivieron bajo el régimen de ocupación japonesa; comprobaron, *de visu*, la derrota de los blancos; y encontraron en el mercado nipón la salida para sus productos, que la penuria de los transportes marítimos no les permitía tener ya en Europa.

En la Indochina francesa, el movimiento nacionalista tenía sus promotores y adheridos en la población annamita, mientras que los camboyanos y los laosianos permanecían indiferentes; pero los intereses económicos de la burguesía adinerada estaban ligados, casi siempre, a la existencia del régimen francés. La ocupación, en 1941, de bases estratégicas por un cuerpo expedicionario japonés de 40 000 hombres (2) supuso un duro golpe para el prestigio de los franceses, alentando las esperanzas de los nacionalistas indígenas (la *Ligue pour l'indépendance de l'Annam* recibía subsidios nipones desde hacía treinta años); pero no había paralizado el funcionamiento de la Administración y de la Policía, que, a pesar de la presencia japonesa, llevó a cabo una fuerte represión contra los miembros de la *Ligue*: en 1943, 10 000 nacionalistas indígenas estaban internados en los campos de concentración franceses. El Comité francés de Liberación Nacional se limitó a prometer, en diciembre de 1943, que al acabar la guerra se establecería un nuevo estatuto político. El golpe de mano japonés del 9 de marzo de 1945—desarme de las tropas francesas y de sus auxiliares indígenas y eliminación del gobernador general y sus servicios—abre nuevas perspectivas al nacionalismo annamita. La propaganda nipona repite, hasta la saciedad, que los franceses han sido expulsados y que ya no volverán. Bien es verdad que el Japón capituló cinco meses después. Pero la labor francesa de reocupación militar no empieza hasta diciembre de 1945. Entre tanto, Indochina ha sido sometida por los

aliados a una ocupación armada: china, al Norte, e inglesa, al Sur. La *Ligue pour l'indépendance de l'Annam* ha podido, pues, proclamar, sin obstáculos, la República; y formar en Hanoi un Gobierno nacional, cuyo jefe, Hó-Chi-Min, estuviera ya veinte años antes al frente de la resistencia annamita, con el apoyo de la Internacional Comunista. Desde el primer momento, este Gobierno declara insuficientes las promesas de reforma hechas el 24 de marzo por el Gobierno francés. Por consiguiente, lo que tienen que llevar a cabo las tropas francesas es una reconquista.

En Birmania el régimen colonial inglés fue muy suavizado, en 1923, con la creación de una Asamblea Legislativa, cuyas cuatro quintas partes eran electivas, y por la concesión del derecho de voto a una parte, bastante importante (la sexta aproximadamente), de la población indígena. Los poderes del gobernador fueron limitados en 1936 por un estatuto, y en 1937 llegó a primer ministro un indígena, Ba Maw. El movimiento nacionalista estaba estimulado por los eclesiásticos, que, en este país, desprovisto de aristocracia, habían sido la *clase política* antes de la conquista inglesa; no iba dirigido solamente contra los europeos—apenas treinta mil—, sino también contra los inmigrantes hindúes (cerca de un millón), con frecuencia compradores de grandes dominios, y contra el aflujo, cada vez más rápido, de chinos. La conquista japonesa había tolerado—bajo su égida—al Gobierno Ba Maw, que, en agosto de 1943, proclamó la independencia con respecto a Gran Bretaña; pero la dominación nipona había sido combatida por otro jefe nacionalista, Aug San. A principios de 1946, cuando vuelven las tropas británicas, Ba Maw desaparece, y Aug San hace suyas las reivindicaciones de independencia, con el apoyo comunista.

En Malasia, los indígenas no formaban más que el 37 por 100 de la población; y los inmigrantes chinos e indios tenían un lugar muy importante. La ocupación japonesa no había sido efectiva sino en Singapur; sin embargo, había infligido graves perjuicios a la vida económica, puesto que la paralización de los transportes había arruinado las plantaciones de caucho. Contra la presencia nipona, pero no a favor de la permanencia del régimen inglés, se formaron dos movimientos de resistencia: uno, de la población malaya, con un partido nacionalista inspirado en el ejemplo de Indonesia, y el otro, organizado, desde 1942, entre los chinos, por agentes comunistas procedentes de China. Cuando la derrota japonesa libera Malasia, la ocupación inglesa—restablecida acto seguido—empieza a restaurar el sistema colonial. Entonces, los esfuerzos de las organizaciones de resistencia se vuelven contra la nación británica. ¿Levantamiento nacional? Sería mucho decir, puesto que el movimiento no arrastra sino a aquellos grupos encuadrados por los Sindicatos: obreros de las minas de estaño y proletariado rural de las grandes plantaciones. No obstante, este levantamiento es lo sufi-

(1) En 1930, 1.233.000 chinos en las Indias neerlandesas, 2.300.000 en Malasia, 326.000 en Indochina francesa, 194.000 en Birmania.

(2) Véanse págs. 1181 y 1182.

cientemente grande para crear dificultades a las tropas inglesas. Por este motivo, el Gobierno británico se ve obligado a prometer, en 1946, la revisión del Estatuto político de Malasia; esta promesa empezará a llevarse a cabo en febrero de 1948, cuando la Federación de Estados Malayos sea dotada de una Asamblea legislativa, en la que, de todas formas, los miembros elegidos constituirán una pequeña minoría.

En las Indias Neerlandesas el movimiento de emancipación, que empezara a manifestarse en 1919, había sido estimulado por dos influencias muy a menudo divergentes: la de la asociación musulmana *Sarekat Islam* y la del partido comunista. En 1927, después de la represión de algunas tentativas de insurrección, el partido comunista había sido destrozado, al tiempo que declinaba la influencia de la corriente de ideas apoyada en los sentimientos religiosos. Pero el movimiento fue reanimado, en seguida, bajo la dirección del *partido nacionalista de Indonesia*, cuyo jefe, Soekarno, se había negado a basar su acción en una inspiración exclusivamente islámica. A partir de 1939, este partido aprovechó las circunstancias para reivindicar reformas políticas. La administración holandesa, en un momento en que necesitaba la colaboración de los indígenas para organizar la defensa del archipiélago, no podía oponer una negativa; se limitó a tratar de ganar tiempo.

A principios de 1942, cuando la dominación de los Países Bajos fue eliminada por la conquista japonesa, las autoridades de ocupación recurrieron a los indonesios más capacitados, para sustituir a los holandeses en los puestos administrativos. Con ello favorecieron el desarrollo de una conciencia nacional, no solo peligrosa para los europeos, sino también para el futuro de la dominación nipona; esto no les preocupaba, puesto que pensaban que, en su propio interés, el Japón tendría que admitir la independencia de las Indias Neerlandesas al terminar las hostilidades. El Gobierno nipón, por el contrario, en un principio, pensó en la anexión, por lo que eludió toda promesa con respecto al movimiento nacionalista; pero abandonó este proyecto a medida que se fue desarrollando la contraofensiva norteamericana en el Pacífico. En septiembre de 1944, cuando esta contraofensiva llega a las Filipinas, Tojo reconoce que la independencia es inevitable. Incluso llega a pensar en favorecer la formación, en Java, de un *Comité de Independencia*, con la esperanza de que el futuro Gobierno indonesio pueda aceptar una colaboración con el Japón. Soekarno anuncia la independencia el 14 de agosto de 1945—víspera de la capitulación nipona—, después de una entrevista, en Saigón, con el comandante en jefe del ejército de ocupación; independencia que proclama tres días después. El Gobierno japonés no se atreve a asentir públicamente, puesto que en la convención de armisticio, del 15 de agosto, se compromete con los aliados a no hacer nada que pueda alterar el *statu quo*; no obstante, permite que sus tropas vendan su armamento a los indonesios antes de repatriarse.

Así, pues, Soekarno puede armar a la milicia indígena con la ayuda indirecta de los japoneses. Esta milicia será su mejor baza, seis semanas después, a la llegada de las primeras tropas aliadas. En abril de 1946, el Gobierno holandés—mal sostenido por los Estados Unidos y por el Gobierno laborista británico—se ve obligado a aceptar el principio de independencia.

En 1935, la India había recibido un estatuto que aumentaba los poderes de las asambleas legislativas y ampliaba el cuerpo electoral, pero sin llegar a establecer una absoluta paridad con los Dominios. A partir de 1940, la guerra europea había abierto unas perspectivas favorables a la industria textil y, sobre todo, a la industria metalúrgica. También había favorecido las reivindicaciones políticas del Congreso Nacional, merced a la participación activa de la India en el esfuerzo bélico de la metrópoli. Estas reivindicaciones, no obstante, eran bastante discretas, debido a la falta de armonía entre los dirigentes del movimiento nacionalista. Gandhi, convencido de que la India no tenía nada que esperar de una victoria alemana, y dispuesto, por tanto, a prestar su *apoyo moral* a Gran Bretaña, sin exigir la oportuna compensación desde el primer momento, estaba en desacuerdo con Nehru, que pretendía obtener satisfacciones inmediatas. Por otra parte, los intereses de los musulmanes eran opuestos a los de los hindúes: el jefe de la liga musulmana, Jinnah, había decidido, en 1940, que cuando la India consiguiera su autonomía, exigiría la creación de un estado particular en aquellas regiones en las que la población islámica estuviera en mayoría; ahora bien, el Congreso Nacional se había negado rotundamente. La dominación inglesa se había beneficiado con estas divergencias: el virrey pudo limitarse a prometer que al terminar la guerra se establecería un nuevo estatuto.

Esta dominación no se vio amenazada hasta principios de 1942, cuando tuvo lugar la ocupación japonesa de Malasia y luego de Birmania, iniciándose la propaganda nipona, que utilizaba como instrumento al grupo nacionalista extremista, cuyo jefe, Chandra Bose, vivía en el Japón desde hacía dieciocho años. ¿Cuál sería la actitud de la población, en el caso de que la ofensiva nipona llegara a la India? Los dirigentes del movimiento nacionalista, tanto musulmanes como hindúes, desconfiaban de las ventajas que podría reportar la dominación japonesa; pero las masas, en opinión de los altos funcionarios ingleses, no estaban dispuestas a resistir a una invasión. Como consecuencia, en marzo de 1942, el Gobierno británico envió a sir Stafford Cripps, para que llevara a cabo una negociación inmediata con los dirigentes del Congreso Nacional. El Gabinete prometía convocar, a la terminación de la guerra, una Asamblea constituyente, cuyos componentes serían designados por asambleas provinciales, comprometiéndose a aceptar la constitución que fuera votada, con la única condición de que garantizase los derechos de las minorías no indias. La oferta fue considerada

insuficiente, puesto que no preveía que los miembros de la futura Asamblea constituyente fueran nombrados mediante elecciones directas. En el fondo, los jefes del movimiento nacional pensaban que era inútil "librar un cheque a cargo de un Banco en quiebra". La ruptura de las negociaciones y la detención, el 7 de agosto de 1942, de Gandhi, Nehru y algunos otros miembros del Congreso, dieron lugar a movimientos de insurrección locales, rápidamente reprimidos, puesto que las tropas japonesas no podían intervenir, por aquel entonces, a causa de las lluvias del monzón; y la gran masa de la población había permanecido indiferente.

En definitiva, *la prueba de fuerza* había salido bien. Muy pronto, gracias al cambio de la situación estratégica general, en noviembre de 1942, la dominación británica estaba otra vez consolidada. No se había visto afectada ni por la llegada de Chandra Bose, en el verano de 1943, ni por el hambre que por aquella misma época había azotado la provincia de Bengala, privada de las importaciones de arroz birmano. Las tropas reclutadas en la India y utilizadas en las campañas de Malasia, de Birmania, del Irak o de Libia, no habían tratado en ningún momento de poner precio a su colaboración en el esfuerzo bélico.

¿Por qué el Gabinete británico mantiene, en 1945, cuando sale como vencedor de la guerra mundial, la oferta hecha tres años antes, en unos momentos en que el destino de Gran Bretaña estaba gravemente amenazado? ¿Por qué admite que la India se separe de la Commonwealth y se lance por el camino que conducirá, en agosto de 1947, a la proclamación de la *Indian Independence Act*? Según escribe L. S. Amery, ex ministro de la India, el Gobierno británico comprueba, con motivo de las elecciones en la Asamblea legislativa central, que el "partido del Congreso" obtiene los sufragios de casi todos los hindúes, y la "liga" de Jinnah los de casi todos los musulmanes. Así, pues, de resistir a este movimiento, el Gobierno británico tendría que enfrentarse con una "hostilidad ardiente". Si cede, puede esperar que la India acepte una especie de "asociación libre" que baste para garantizar "la unidad de acción política en las cuestiones esenciales", puesto que la India necesita a Gran Bretaña para organizar su defensa nacional y para el desarrollo de su vida económica.

La nueva dinastía iraní, surgida de un golpe de Estado en 1921, había logrado mantener la independencia política del país, a pesar de las presiones inglesas y rusas; sin embargo, no pudo eliminar por completo las influencias económicas extranjeras, sobre todo la de la *Anglo-Iranian Company*, dueña de los yacimientos de petróleo del sudeste del Irak (1); limitándose—para restringir la importancia de los intereses británicos y rusos—a desarrollar las relaciones económicas con Ale-

(1) Véase pág. 890. El contrato entre el estado iraquí y esta compañía había sido renovado en 1933.

mania mediante un acuerdo firmado el 30 de agosto de 1935, hasta el extremo de que este país había conseguido, en 1938, preponderancia en el comercio exterior iraní. La declaración de neutralidad, hecha, nada más empezar la guerra, por el Gobierno de Teherán, estaba de acuerdo con las tendencias generales de esta política. Su aplicación no tuvo sedias dificultades durante más de dieciocho meses. Pero en junio de 1941 los movimientos dirigidos en el Irak contra la dominación británica habían ampliado la zona de hostilidades al Cercano Oriente, y, sobre todo, la invasión de Rusia por los ejércitos alemanes hicieron del territorio iraní una vía de acceso necesaria para el paso del material de guerra enviado al Ejército ruso por Estados Unidos y Gran Bretaña. A partir de este momento, la neutralidad del Irak se hace sumamente precaria. El 25 de agosto de 1941, la U. R. S. S. y Gran Bretaña deciden asegurarse, por la fuerza, el derecho de paso, imponiendo al Gobierno iraní la ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania, y exigiendo la abdicación del sah Reza Pahlevi, que ha recurrido, en gran medida, a técnicos alemanes.

La ocupación británica se estableció en la región del golfo Pérsico, mientras que las tropas rusas se apoderaban de las provincias septentrionales; entre estas dos zonas, las regiones centrales del país quedaron *libres*. En definitiva, esta situación no carecía de analogía con la que existiera en 1907 (1). El 29 de enero de 1942, las dos potencias ocupantes consiguieron que el nuevo sah, Mohammed Reza, reconociera el hecho consumado: un tratado de alianza defensiva autorizó la presencia, hasta el término de la guerra, de las tropas inglesas y rusas, así como la utilización por los aliados del ferrocarril que, desde Abadán a Enzeli, unía el golfo Pérsico al mar Caspio. Los Estados Unidos, sin participar directamente en esta alianza, concede al Irak, en mayo de 1942, los beneficios de la ley "de préstamo y arriendo", proveyendo los contingentes destinados al servicio de los transportes militares. Por los ferrocarriles y las carreteras iraníes fueron enviados, en tres años y medio, cerca de cinco millones de toneladas de mercancías destinadas a la U. R. S. S., es decir, la mitad de las entregas efectuadas por los Estados Unidos y Canadá al Ejército soviético.

La población obtuvo algunos beneficios de esta situación, puesto que la organización de los transportes y los progresos de la explotación de los yacimientos petrolíferos—cuya producción aumentó, en cinco años, un 50 por 100, proporcionaron muchos puestos de trabajo; pero, más que nada, supuso sufrimientos: las compras efectuadas por las tropas extranjeras, así como las exportaciones de trigo y ganado a la U. R. S. S., dieron lugar a la escasez de mercancías y, por consiguiente, al encarecimiento del coste de vida; la congestión del tráfico ferroviario, en el que estaba reservada la prioridad a las necesidades militares, llegó incluso a dificultar, en diciembre de 1942, el abasteci-

(1) Véanse págs. 491 y 551.

miento de los habitantes de Teherán. En el marco del régimen constitucional, que el sah se comprometió a respetar, en septiembre de 1941, esta crisis económica provocó cierta agitación política. Al partido *nacional*, cuyo jefe, Ziya-ed-din, simpatizaba con el liberalismo inglés, se oponía al partido *del pueblo* (Tudeh) que reclamaba la elevación de los salarios y la disminución de los alquileres, y que mostraba una actitud de crítica con respecto a los *imperialismos extranjeros*, a excepción del imperialismo soviético. Tanto para hallar un remedio a sus dificultades económicas, como para escapar a los peligros que implicaba la presencia de ingleses y rusos, el Gobierno iraní pidió a los Estados Unidos que se uniera a las dos potencias ocupantes. La declaración del 1 de diciembre de 1943, hecha con motivo de la conferencia de Teherán (1), había respondido a este deseo: participación del Gobierno de Washington en la salvaguardia de la integridad territorial de Irán; promesa de una ayuda económica y financiera, que no se limitaría a la duración de la guerra. El Gobierno iraní acogió con satisfacción la llegada de un numeroso equipo de técnicos norteamericanos y de una misión financiera, cuyo jefe, Millspaugh, ya había desempeñado, veinte años antes (2), un papel activo en la política iraní. Satisfacción efímera, puesto que la ayuda económica y financiera dio lugar, acto seguido, a la presentación de reivindicaciones: a finales de 1943, los norteamericanos se unían a los ingleses y los rusos para obtener nuevos contratos de concesiones petrolíferas.

A iniciativa de uno de los miembros, Mossadecq, el parlamento iraní se decide a reaccionar contra estas presiones, cuando el curso de las hostilidades en Europa hace prever el próximo fin de la guerra. El 2 de diciembre de 1944, vota una ley que prohíbe otorgar concesiones a sociedades extranjeras. El 13 de septiembre de 1945, el Gobierno iraní pide la retirada de las tropas de ocupación, de acuerdo con el tratado de 1942. No lo consigue hasta abril de 1946, después de haber estado a punto de perder la provincia de Azerbeján, en la que se ha desarrollado un movimiento separatista, apoyado por el Gobierno soviético. Si bien consigue conservar este territorio, gracias al apoyo de la diplomacia americana, cede parcialmente a la presión rusa, en cuanto al aspecto económico: Rusia obtiene la concesión petrolífera en el Azerbejan iraní, que le había sido negada dieciocho meses antes. Por consiguiente, el Irán se ha convertido, de nuevo, en un terreno de lucha entre los intereses de las grandes potencias.

Turquía, cuya situación había sido peligrosa en mayo de 1941, cuando la insurrección en el Irak, había conseguido conservar la neutralidad a pesar de sus compromisos con Gran Bretaña (3); mantuvo la

(1) Véase pág. 1199.

(2) Véase pág. 890.

(3) Véase el cap. VIII, pág. 1125 y el cap. X, pág. 1152.

misma actitud al producirse la ocupación anglo-rusa del Irán. En realidad, no deseaba la victoria de los aliados, que podía redundar en beneficio de la U. R. S. S.; ni la del Eje, que hubiera asegurado a Italia la preponderancia en el Mediterráneo oriental. Así, pues, el Gobierno turco permaneció a la expectativa: en el verano de 1942, insinuó que tal vez entraría en la guerra, a su lado, si Rusia sucumbía; pero después de la conferencia de Yalta, se resignó a declarar la guerra a Alemania, con la esperanza de poder tomar parte en la Conferencia de la paz. A quien teme, a la terminación de la guerra, es a Rusia. ¿Reivindicará el Gobierno soviético la región turca de Trebisonda, igual que reivindica el Azerbeján iraní? Frente a esta amenaza rusa, Turquía cuenta, indudablemente, con Gran Bretaña; pero, todavía más, con los Estados Unidos, que después de haberla admitido, en 1942, en el beneficio de la ley de *Préstamo y arriendo*, en 1945 le concede un crédito de 500 millones de dólares, indispensables para atenuar la crisis económica. Por primera vez, la política exterior norteamericana se interesa directamente en los asuntos turcos, que solo tratara someramente en 1919.

Los países árabes del Cercano Oriente han sido muy poco afectados por las hostilidades. La segunda guerra mundial no ha modificado apenas las condiciones de la vida pastoril o agrícola de estas regiones, en las que las actividades industriales no empleaban, en 1939, más que un 4 a un 5 por 100 de la población. Sin embargo, en conjunto, ha favorecido el desarrollo de su vida económica, puesto que las tropas aliadas han realizado compras de productos alimenticios y de pieles, así como construido carreteras; además, la producción de petróleo en el Irak, en Arabia Saudita y en los sultanatos de la costa del golfo Pérsico, se ha doblado para atender a las necesidades de los ejércitos aliados. Aunque estas nuevas actividades hayan beneficiado, sobre todo, a comerciantes y a los funcionarios, también han proporcionado ocupación a centenares de miles de personas, contratadas para el servicio del Ejército. No parece, por tanto, que las condiciones económicas y sociales puedan provocar el descontento. Y sin embargo, es precisamente en este período cuando se desarrolla el movimiento de emancipación, en relación con la dominación directa o indirecta de los europeos: los nacionalistas árabes, que después de la primera guerra mundial habían llevado la lucha en forma dispersa, en el transcurso de la segunda, han buscado la cohesión, consiguiendo establecer el principio de una Unión.

La causa interna de este gran movimiento, que señala una fecha importante en la evolución de las relaciones internacionales, es, sin duda alguna, el deseo de *emancipación* política y cultural, reforzado no solo por la fe islámica, sino también por la comunidad lingüística: a pesar de la existencia de dialectos locales, el árabe clásico se ha convertido en lengua de los intelectuales y de los hombres de leyes, es decir, de todos aquellos que manifiestan una conciencia nacional activa. Unidad

lingüística, unidad racial, unidad religiosa y cultural, tales fueron desde 1932 las bases de una propaganda que se apoyaba en el principio europeo de las nacionalidades. Pero este deseo estaba alentado, además, por la presencia en Palestina del *hogar judío*: el sionismo—declaraba el Gran Mufti de Palestina, Amín el Husein, en diciembre de 1942—es *un peligro mortal* para todo el mundo árabe; y el protector de los Santos Lugares del Islam, Ibn Seud, afirmaba, por su parte, en marzo de 1943, que Palestina debía pertenecer a los árabes.

Era natural que los promotores de este movimiento trataran de sacar partido de la situación de Europa. ¿A través de qué vicisitudes fue tomando forma esta idea, entre 1939 y 1945?

La primera manifestación fue la rebeldía del Irak contra el régimen del mandato británico, en mayo de 1941; la más reciente, el movimiento, dirigido en Damasco, en mayo de 1945, contra la presencia francesa.

La insurrección irakí tuvo eco entre los árabes de Palestina, que acusaron a Gran Bretaña de desear *la destrucción del Islam*, puesto que fundó y protegió el hogar nacional judío; asimismo, en unas declaraciones hechas por el Gran Mufti al *Wölkischer Beobachter*, el 6 de diciembre de 1942, sugirió la realización, no solo de la alianza, sino también de la unidad *económica y cultural* de estos estados árabes, con ayuda de Italia y de Alemania; en aquella época, todavía no se contaba con una unión política duradera.

Esta unidad política fue propuesta, por oportunismo, por el Gabinete británico. El 29 de mayo de 1941, el ministro de Asuntos Extranjeros, Anthony Eden, prometió que prestaría "el más completo apoyo" a cualquier proyecto de unificación árabe que mereciera la aprobación general; en febrero de 1943, repitió que vería con simpatía una unión "económica, cultural y política" de los países árabes, a condición de que la iniciativa partiera de los mismos árabes. El rey Ibn Seud parecía hacerse eco de esta declaración, cuando en marzo de 1943, manifestaba a un periódico americano su deseo de que se estableciera una unión árabe, "con la ayuda de los aliados"; pero su actitud con respecto a Palestina no era como para atraerse la simpatía de Gran Bretaña. El proyecto expuesto por el presidente del Consejo irakí, Nury Said, en agosto de 1943, en una nota dirigida a la Embajada de Gran Bretaña en Bagdad, era más flexible: sugería la formación de una unión árabe en la que entrarían, de una parte, el Irak; y de otra, Siria, Líbano, Transjordania y Palestina, unidos en un solo estado, en el que tanto los judíos de Palestina como los cristianos maronitas del Líbano gozarán de una "semiautonomía", garantizándoseles el libre ejercicio de sus cultos. Pero esta solución no podía agradar a Egipto, puesto que daba demasiada importancia a la dinastía hachemita de Siria.

La cuestión no toma forma hasta mediados de 1944, cuando el primer ministro egipcio, Nahas, consigue descartar el proyecto de

Nury Said. A finales de septiembre de 1944, los representantes del Líbano, de Transjordania y de Siria, se reúnen, en Alejandría, con los de Egipto y el Irak. Esta Conferencia, en la que no toman parte Palestina, Arabia Saudita y el Yemen, establece el proyecto de una *Liga árabe*. Bien es verdad que la Liga ya no es una *Unión*: los estados comprometerán a someter sus diferencias al Consejo de la Liga; a organizar la cooperación económica aduanera y monetaria; y a "coordinar sus programas políticos"; prometerán no realizar una política exterior "perjudicial para la política de la Liga árabe o la de alguno de sus miembros"; dejarán al Consejo la decisión de fijar "las medidas necesarias para rechazar cualquier agresión de que sea víctima un estado miembro"; pero conservarán, íntegramente, el ejercicio de sus derechos soberanos, limitándose a enviar representantes diplomáticos al Consejo de la Liga, en el que todos los estados miembros estarán en un pie de igualdad; ni siquiera se comprometerán a participar efectivamente en la protección de la integridad territorial de sus aliados. El pacto se firma el 22 de marzo de 1945, después de la adhesión de la Arabia Saudita. Agrupa entonces a seis estados, con una población total que excede de los veintiocho millones de habitantes, de los que casi dieciocho corresponden a Egipto. El secretario general es Abder Rahmán Assán, que redactó el llamamiento publicado en 1932.

En un futuro inmediato, el nacimiento de esta asociación de estados, que señala el deseo de sostener por doquiera la causa árabe, es muy importante para la cuestión de Palestina. Mientras que la resistencia a la inmigración judía había sido, hasta 1939, una cuestión local, en 1945 los árabes de Palestina pueden contar con el apoyo de la Liga que, en la Conferencia de Alejandría, proclamó que el sionismo *era injusto*. Gran Bretaña, cuyos gobernantes habían manifestado simpatía hacia la Unión árabe, se inquieta ante estas perspectivas. ¿Podrá contar con el apoyo de los Estados Unidos para hacer frente a este movimiento? Es indudable que el sionismo cuenta con valedores activos en los Estados Unidos; pero las grandes sociedades petrolíferas norteamericanas, que empezaron a establecerse en Arabia Saudita en 1933, vuelven ahora sus miradas hacia todos los yacimientos del Cercano Oriente. Por tanto, el Gobierno de los Estados Unidos puede estimar necesario no enojar a estos países (1) para no poner en peligro la seguridad de sus explotaciones. Tal es, en 1945, la principal esperanza de los dirigentes de la Liga árabe.

En Egipto, cuya independencia había reconocido Gran Bretaña en 1936 (2), el Gobierno británico conservó fuertes posiciones militares y navales, en virtud del artículo 8.º del tratado de alianza anglo-

(1) Véase pág. 1241.

(2) Véase pág. 1067.

egipcio. Esta alianza dio sus frutos en 1939: El Gobierno egipcio puso a disposición de Gran Bretaña sus puertos, sus aeródromos y sus ferrocarriles, e internó a los súbditos alemanes, sin declarar por ello la guerra a Alemania. El jefe del partido nacionalista—el Wafd—, Nahas Pachá, apartado del poder por el rey, de quien era adversario personal, no protestó contra el cumplimiento del tratado de alianza; se limitó a pedir que Egipto recibiera al terminar la guerra el premio a su ayuda, es decir, la retirada total de las tropas británicas y la solución del problema del Sudán egipcio. En realidad, el Gobierno se había atenido a esta actitud. Pero la política de *no beligerancia* se hizo precaria en junio de 1940, al entrar Italia en el conflicto y concentrar tropas en Libia. Egipto se encontraba, a partir de aquel momento, con la guerra a sus puertas. El Gobierno egipcio había roto las relaciones diplomáticas con Italia, debido a la presión insistente de Gran Bretaña; pero declarando que no entraría en guerra, salvo en el caso de que fuerzas militares o aéreas italianas intervinieran en Egipto, para atacar a las inglesas.

Esta política egipcia fue puesta a prueba en febrero de 1942. La amenaza de una invasión italo-alemana paralizaba las importaciones de azúcar, de cereales y de combustibles, provocando, simultáneamente, un problema de paro y de abastecimientos. En los círculos políticos, algunos grupos importantes, convencidos de que las potencias del Eje estaban a punto de vencer, aconsejaban al rey Faruk que no se comprometiera más con Gran Bretaña. Para superar esta crisis, el Gabinete británico había encontrado la ayuda de Nahas Pachá, que aunque nacionalista, era también adversario de los regímenes políticos autoritarios, y estaba convencido de que Egipto no podía esperar nada de una victoria de Alemania o de Italia. El 4 de febrero de 1942, mediante un ultimátum apoyado por una demostración armada, había impuesto al rey la formación de un Gabinete Nahas que, a cambio de su *lealtad* hacia Gran Bretaña, había recibido la promesa de que Egipto participaría en la Conferencia de la paz *en un plano de igualdad*, en cuanto al examen de todas las cuestiones relativas a sus propios intereses. Así pues, la política inglesa parecía resignarse a que la futura situación del estado egipcio se discutiera en el plano internacional, admitiendo el programa del Wafd. Esta promesa había surtido efecto en un futuro inmediato: el Ministerio Nahas mantuvo el orden en el país, en los momentos críticos del verano de 1942. Bien es verdad que Nahas fue eliminado por el rey, una vez hubo pasado el peligro exterior. Pero el soberano, cuando Italia ya estaba vencida y la derrota alemana era indudable, no había vuelto a poner en tela de juicio la cooperación con Inglaterra; incluso accedió a declarar la guerra a Alemania, para poder participar en la creación de las Naciones Unidas.

No es de extrañar que las reivindicaciones nacionales se intensifiquen, una vez terminadas las hostilidades en Europa. Entre el Wafd y los grupos de oposición, el nacionalismo está en todos los programas

electorales. La Embajada de Gran Bretaña recibe, el 30 de julio de 1945, el memorándum en que constan las peticiones del Wafd; y, el 20 de diciembre, la nota diplomática—un poco más vaga—redactada por el Gobierno egipcio. El Gabinete de El Cairo amenaza, si no recibe contestación, con buscar apoyo en el Gobierno soviético, “enemigo del imperialismo”. El 26 de enero de 1946, el Gabinete británico admite, en principio, la revisión del tratado de 1936, decidido a no ceder en lo relativo al Sudán. La crisis que se produce, en octubre de 1946, tendrá su desenlace siete años después.

Marruecos y Argelia han formado el trampolín en que los aliados han establecido su primera base de partida para poner pie en el continente europeo. Libia y luego Túnez, han sido campos de batalla. Las poblaciones indígenas de estas regiones, mezcladas directamente en la lucha, han sufrido las consecuencias, en su forma de vida. ¿Tiene algo de sorprendente que estas poblaciones, en toda el Africa del Norte francesa, ante el espectáculo de las disensiones que oponían entre sí a los franceses de Argelia cuando el desembarco anglo-norteamericano, se hayan sentido inclinadas a creer en un eclipse de Francia y a invocar la Carta de las Naciones Unidas? El 22 de diciembre de 1942, Fehrat Abbas reivindica, para los musulmanes argelinos, un “estatuto político, económico y social”, preparado por organizaciones musulmanas, en un mensaje dirigido “a las autoridades responsables”, y no solo a las autoridades francesas; el 26 de mayo de 1943, reclama la creación de un estado argelino autónomo, dotado de una Asamblea legislativa, elegida por sufragio universal. Este ejemplo ha sido seguido por Marruecos, donde Allal el Fassi, ha reconstituido, en enero de 1944, el “partido de la independencia”, con un programa inspirado en el tratado anglo-egipcio de 1936; un año después lo ha sido en Túnez, donde el jefe del Destour, Bourguiba, ha entregado, en la Residencia general, un “manifiesto de tunecinos notables”. Los promotores de la Liga árabe apoyan estas iniciativas. A partir de 1944, funciona en El Cairo un “frente de defensa del Maghreb”. La huelga general del 1 de mayo de 1945, en Argelia, y los movimientos insurreccionales que causan, ocho días después, centenares de víctimas—entre ellos franceses, pero en mayor número musulmanes *notables*—, en Setif y en Guelma, son las primeras manifestaciones de este movimiento nacionalista.

El Africa occidental, así como el Africa central, apenas afectadas por los acontecimientos de la guerra—a excepción de la cuestión de Dakar—son también, sin embargo, sumamente perturbadas: en los territorios franceses sometidos al Gobierno de la Francia Libre, las poblaciones indígenas han sido invitadas a sumarse a la *disidencia*; en los territorios belgas, las industrias extractivas han alcanzado gran incremento durante los años de la guerra. Los aparatos de radio han hecho circular las consignas por todas partes, algunas veces, incluso, en la



zona forestal ecuatorial. La presencia de inmigrantes indios en casi toda la costa oriental, desde Djibuti a Natal, supone un fermento para el nacionalismo indígena. Finalmente, el Islam—cuyos agentes de difusión son los comerciantes—penetra en las sociedades animistas y las disloca, sacando gran ventaja a las misiones cristianas; esta influencia islámica está orientada, directamente, contra la dominación de los blancos.

Esta *crecida* de los pueblos de color hace vacilar, por doquiera, las posiciones que Europa dominaba todavía. Es indudable que estos movimientos nacionalistas no van dirigidos, exclusivamente, contra los intereses europeos: en toda el Asia del Sudeste, por ejemplo, se vuelven también, por motivos económicos y sociales, contra los inmigrantes chinos. Pero es a los europeos a quienes más afecta, puesto que son los que tienen mayor influencia o autoridad política. Francia es la más perjudicada, como consecuencia de su derrota militar de 1940: en julio de 1945, abandona Siria y el Líbano, a causa de la presión diplomática de los Estados Unidos y Gran Bretaña; y ve gravemente amenazada su dominación en Indochina; pero conserva sus posiciones africanas. A partir de 1945, los Países Bajos se ven amenazados de perder todo su imperio colonial, siete veces más poblado que la metrópoli. Gran Bretaña se ve obligada a seguir en la India, Birmania, Irak y Transjordania el camino que conduce a la concesión de la independencia.

## BIBLIOGRAFIA

**En general.**—J. CHARDONNET: *Les Conséquences économiques de la guerre, 1939-1946*, París, 1947.—A. BETTELHEIM: *Esquisse d'un tableau économique de l'Europe*, París, 1948 (importante), y del mismo: *La Désagrégation économique de l'Europe et sa décadence*, en "Revue Internationale", diciembre 1945 págs. 11-35, O. N. U. (Département des affaires économiques). *Rapport économique. Aspects caractéristiques de la situation économique mondiale, 1945-1947*, Nueva York, 1948. *European Recovery*, en "Proceedings of the Acad. of Polit. Science", enero 1946, págs. 1-112.—G. FRUMKIN: *Populations changes in Europe since 1939*, Nueva York, 1951.—X. LANNES: *Les Conséquences démographiques de la seconde guerre mondiale en Europe*, en "Revue histoire deuxième guerre mondiale", julio 1955, págs. 1-12.

**Sobre Italia.**—F. CHABOD: *L'Italie contemporaine, 1919-1949*, París, 1950 (Conferencias pronunciadas en el Instituto de Estudios Políticos).—\*\*\*: *Anuario della congiuntura economica italiana, 1938-1947*, Florencia, 1949 (relativa, sobre todo, a 1945-1946).

**Sobre Rusia.**—CH. BETTELHEIM: *L'Economie soviétique*, París, 1950.—P. GEORGE: *L'Economie de l'U. R. S. S.*, París, 1945, y del mismo: *U. R. S. S. Haute Asie, Iran*, París, 1947.—J. HALPERIN: *L'Economie soviétique pendant la guerre*, en *R. histoire deuxième guerre mondiale*, abril 1952, págs. 16-26. O. C. PFEIFFER: *Siribien. Zukunft und Probleme*, Berlín, 1952.—N. VOZNESSENSKI: *L'Economie de guerre de l'U. R. S. S., 1941-1945* (trad. francesa), París, 1948.

**Sobre Polonia.**—*Statement on war los-*

*ses and damages of Poland, 1939-1945*, Varsovia, 1947.

**Sobre los Estados Unidos.**—\*\*\*: *The Continent américain et le déséquilibre mondial* (por varios autores), París, 1948 (Publicación del Centre d'études de politique étrangère).—H. B. LARY: *The U. S. in the World Economy*, Washington, 1943.—CL. LEWIS: *The U. S. and foreign investment problems*, Washington, 1948.—H. FEIS: *Political Aspects of foreign Loans*, en *For. affairs*, julio 1945, págs. 609-626.

**Sobre América Latina.**—P. HORN y H. E. BISE: *Latin-american Trade and Economies*, Nueva York, 1949.—\*\*\*: *Foreign Investments in Latin America*, Washington, 1955 (publicado por la Panamerican Union).

**Sobre el Extremo Oriente.**—F. C. JONES: *The Far East, 1942-1946*, Nueva York, 1955, y del mismo: *Japan's New Order in East Asia. Its Rise and Fall, 1937-1945*, Londres, 1954.—C. A. BUSS: *The Far East. A history of recent and contemporary relations in East Asia*, Nueva York, 1955.—F. H. MICHAEL y G. E. RAYLOR: *The Far East in modern World*, Londres, 1956.

**Sobre Asia Sudoriental.**—W. H. ELSBREE: *Japan's Role in Southeast Asian nationalist Movement, 1940 to 1945*, Cambridge, 1953.—V. THOMPSON: *Government and nationalism in Southern Asia*, Londres, 1942, y del mismo autor: *The Left Wing in Southeast Asia*, Nueva York, 1950.—L. A. MILLS (y otros): *The New World of Southeast Asia*, Minneapolis, 1949.

**Sobre Indochina francesa.**—JEAN CHESNEAUX: *Contribution à l'histoire de la nation vietnamienne*, París, 1955. JEAN DECOUX (almirante): *A la barre de l'Indo-Chine. Histoire de mon Gouvernement général (1940-1945)*, París, 1949.—SABATIER (general): *Le Destin de l'Indo-Chine française*, París, 1952. MARCHAND (general): *Les Origines du drame indo-chinois*, en "Revue de la Défense Nationale", octubre 1952, págs. 316-326.—PAUL MUSS: *L'Indo-Chine en 1945*, en *Politique étrangère*,

agosto de 1946, págs. 349-375, y noviembre 1946, págs. 433-465 (importante).—PH. DEVIILLERS: *Histoire du Viet-Nam de 1940 à 1952*, París, 1952.

**Sobre la India.**—L. S. AMERY: *La politique britannique aux Indes, en Politique étrangère*, julio 1946, págs. 237-251.—R. COUPLAND: *Report on India*, Londres, 1943-1944, 3 volúmenes.—P. GRIFFITH: *The British Impact on India*, Londres, 1952.—V. P. MENON: *The Transfer of Power in India (1939-1947)*, Londres, 1947.—J. NEHRU: *Glimpses of World History*, Londres, 1949.—Añadir, S. A. AYER: *Unto him a witness. The Story of N. S. Chandra Bose in East Asia*, Bombay, 1951.—F. HORACS: *Jawaharlal Nehru. A biography*, Nueva York, 1956.

**Sobre las Indias neerlandesas.**—M. A. AZIZ: *Japan's Colonialism and Indonesia*, La Haya, 1955.—J. H. BOCKE: *The Evolution of Netherlands Indies Economy*, Nueva York, 1946.—P. S. GERBRANDY: *Indonesia*, Londres, 1950 (El autor fue el primer ministro de los Países Bajos en 1939-1945).—L. H. PALMER: *Sukarno, the nationalist*, en *Pacific Affairs*, junio 1947, págs. 101-119.—J. VAN LEUR: *Indonesian Trade and Society. Essays in Asian social and economic History*, La Haya, 1955.—H. J. VAN MOEK: *The Netherland Indies and Japan, Their Relations, 1940-1941*, Londres, 1944.

**Sobre Malasia y Birmania.**—M. COLLS: *Last and first in Burma (1941-1948)*, Londres, 1956.—S. W. JONES: *Public Administration in Malaya*, Londres, 1953.—\*\*\*: *The Development of self rule in Burma, Malaya and Philippines*, Nueva York, 1958 (publicado por el Institute of Pacific Relations).

**Sobre el Oriente Medio, en general.**—G. KIRK: *The Middle East in the War*, Londres, 1953.

**Sobre el Irán.**—A. U. BASKIROV: *Eks-pansija anglijskih i amerikanskih imperialistov v Irane, 1941-1955* (La expansión de los imperialismos inglés y americano en el Irán), Moscú, 1954.—L. ELLWALL-SUTTON: *Persian Oil. A*

*Study in Power Politics*, Londres, 1955.  
 N. S. FATEMI: *Oil Diplomacy. Powder-keg in Iran*, Nueva York, 1954.—D. GEYER: *Der Sowjet Union and Iran. Eine Untersuchung zur Aussenpolitik des V. D. S. S. R. im Nahen Osten, 1917-1954*, Tubinga, 1955.—G. LENCZOWSKI: *Russia and the West in Iran, 1918-1948*, Ithaca, 1949.—F. STEPPAT: *Iran zwischen den Weltmächten, 1941-1948*, Oberursel, 1948.

**Sobre Turquía.**—N. VERE-HODGE: *Turkish foreign Policy, 1918-1948*, Ginebra, 1940.—H. KNATCHBULL-HUGESSEN (Sir): *Diplomat in Peace and War*, Londres, 1949.

**Sobre los movimientos árabes.**—H. GIBB: *Les Tendances modernes de l'Islam* (trad. del inglés), París, 1949.—C. HOLLINGWORTH: *The Arabs and the West*, Londres, 1952.—A. M. HOURANI: *Minorities in the Arab World*, Londres, 1947.—M. LAISSY: *Du Panarabisme à la Ligue arabe*, París, 1948.

R. MONTAGNE: *L'Union arabe*, en *Politique étrangère*, mayo 1946, págs. 179-215.—E. ROSSI: *Documenti sugli sviluppi della questione arabe, 1895-1944*, Roma, 1944.—M. SETON-WILLIAMS: *Britain and the Arab States, 1920-1948*, Londres, 1948.

**Sobre Egipto.**—MARCEL COLOMBE: *L'Evolution de l'Égypte, 1924-1950*, París, 1951.—\*\*\*: *Great Britain and Egypt*, Londres, 1951.—H. S. DEIGHTON: *Les Relations anglo-égyptiennes*, en *Politique étrangère*, 1947, núm. 1.

**Sobre el Africa francesa.**—MICHEL DEVEZE: *La France d'outre-mer. De l'Empire colonial à l'Union Française, 1938-1947*, París, 1948.

**Sobre Oceanía.**—C. S. BELSHAW: *Changing Melanesia. Social, economic and cultural contact*, Melbourne, 1954.

**Sobre el declive de la expansión europea.**—J. EHRHARD: *Le destin du colonialisme*, París, 1957.

## CONCLUSION DEL LIBRO SEGUNDO

La mayor y más significativa transformación que se manifiesta en las relaciones internacionales al acabar la segunda guerra mundial es la *nueva clasificación* que se ha establecido en el transcurso de esta crisis. no solo entre las fuerzas respectivas de los grandes estados, sino también entre la influencia de las grandes civilizaciones

La vida política y económica del mundo fue dominada, durante mucho tiempo, por la Europa occidental y central. Después de la conmoción sufrida en el curso de la primera guerra mundial, tuvo un período de decadencia; sin embargo, fue reconquistando, poco a poco, parte de su anterior influencia. En 1945, no solo son anulados los resultados de estos esfuerzos, sino que los intereses europeos en la vida general del mundo se ven afectados mucho más profundamente que lo fueran veinticinco años antes. Sin embargo, Europa ha escapado al destino que le habían predicho los augures, en vísperas de la segunda guerra mundial y en el transcurso de esta: no escaparía del totalitarismo hitleriano—se decía—sino para caer en la zona de influencia del comunismo; estas previsiones se han visto desmentidas. Pero está más dividida que nunca; ha visto desplomarse los cimientos financieros de su potencia y desaparecer la mayor parte de sus fuerzas armadas, militares o navales; está “invadida por la duda”; ha perdido—según observa Charles Moraze—su “originalidad creadora” en el terreno de las ciencias y de la técnica. El derrumbamiento de los imperios coloniales hace vacilar el sentido de superioridad desarrollado por los éxitos expansionistas; y la crisis económica la coloca en una situación de dependencia con respecto a los grandes estados con mayores recursos que ella en materias primas y en elementos de producción. Finalmente, los valores intelectuales y morales sobre los que reposaba su civilización han perdido importancia desde que se afirma la competencia de las civilizaciones *nuevas*: americana o rusa.

En contraste con este declive, se afirma la potencia de los Estados Unidos y de la U. R. S. S.

Los Estados Unidos, que eran ya la primera potencia industrial del mundo, han conseguido ahora el primer puesto en casi todos los terrenos, por la influencia que le confieren sus medios de acción en política exterior: potencialidad en armamento, gracias al adelanto conseguido en la explotación de la energía atómica; la superioridad lograda en el mar, y la instalación de bases navales y aéreas; potencia de la flota mercante; potencia financiera, que le asegura la preponderancia en los movimientos internacionales de capitales y, por consiguiente, en las inversiones destinadas a los *países nuevos*; fuerza dimanada de la Carta

del Atlántico, en torno a la cual su llamamiento ha reunido a una gran parte de los pueblos.

En 1945, la U. R. S. S. está todavía muy lejos de poseer todas estas ventajas. Desde el punto de vista industrial, cuenta con reservas de materias primas todavía sin explotar, y con recursos energéticos considerables; pero su capacidad de producción no es comparable, ni de lejos, con la de los Estados Unidos; merced a la conclusión de tratados de comercio y a la creación de sociedades mixtas, cuenta con elementos para influir económicamente en los cinco países europeos que se han convertido en satélites suyos; con la reanexión de Besarabia, ha conseguido el control de las bocas del Danubio, al tiempo que organizaba la navegación por dicho río, con la creación de una sociedad ruserumana; pero le faltan divisas extranjeras y su flota mercante es muy insuficiente. Sin embargo, conserva el prestigio conseguido por la extraordinaria capacidad de recuperación demostrada después de los desastres de 1941 y 1942. Sobre todo, tiene potencialidad militar: ya al final de las hostilidades, las fuerzas anglo-norteamericanas eran muy inferiores a la suyas; muy pronto es la única que tiene un gran ejército, al decidir los Estados Unidos la desmovilización de sus fuerzas.

La preponderancia conseguida por estas dos grandes potencias obliga a los estados de Europa central y occidental a olvidar sus diferencias: diferencias entre Francia y Alemania, o entre Francia e Inglaterra, que, durante siglos enteros, fueron la trama de las relaciones políticas y económicas. Rivalidades económicas que ceden ante la necesidad de establecer un mercado más amplio. Relega a un segundo plano el movimiento de las nacionalidades que fuera, durante un siglo, el gran fermento de actividad en las relaciones entre los pueblos europeos. Quita su virulencia a los litigios entre los imperialismos europeos en los demás continentes.

A causa de este declive de Europa vuelve a tomar actualidad la idea de la *organización europea*. En octubre de 1942, Winston Churchill indicó a sus colegas de Gabinete que sería necesaria la formación de unos "estados unidos de Europa", nada más terminar la guerra, para evitar que la U. R. S. S. "inundara el continente", así como para mantener el desarme de Alemania; en marzo de 1943 evocó la posibilidad de convocar un "consejo en Europa". En 1946 declara que "la seguridad del mundo exige una nueva unidad en Europa", y que es necesario "volver a crear la gran familia europea". La noción de una forma de solidaridad europea, preconizada inútilmente en la época en que la función de Europa en el mundo estaba en todo su apogeo (1), y esbozada, en vano, entre 1925 y 1930 (2), se presenta ahora como "la última oportunidad de equilibrio entre el Este y el Oeste".

Esta *bipolarización* del mundo fue profetizada, en 1834, por Alexis

de Tocqueville (1); profecía que, desde aquel entonces, había sido sacada a colación frecuentemente. Ahora es una realidad.

¿Cómo no ha de afirmarse la oposición entre estas dos grandes potencias al terminar las hostilidades? La divergencia entre las concepciones económicas, sociales y políticas de una y otra es fundamental, así como entre la forma de vida y la mentalidad, y entre las respectivas maneras de pensar. La democracia norteamericana y el comunismo soviético se habían acusado, mutuamente, de imperialismo, antes de 1941; y su colaboración de cuatro años no dejó de estar llena de recelos. En el mismo momento en que se producía el derrumbamiento de Alemania y del Japón, ambos *grandes* trataron de conseguir una situación lo más favorable posible para sus intereses, con vistas a la rivalidad que iba a surgir. ¿No consideraba el secretario de Estado, Byrnes, que la bomba de Hiroshima, necesaria para acabar con la resistencia nipona, tendría, además, la ventaja de hacer a la U. R. S. S. *más manejable* en Europa? (2). Esta rivalidad se pone de manifiesto, inmediatamente, al designarse la zona de ocupación de Alemania, Francia, Bélgica; los Países Bajos e Italia, parecen ser la próxima baza, puesto que el desorden económico y el desconcierto administrativo, en las semanas que siguen al armisticio, representan una oportunidad para la propaganda comunista. Contra el peligro que implica la hegemonía militar rusa, desde finales de 1945, los Estados Unidos, recurren a la amenaza atómica, pero también a la ayuda financiera destinada a facilitar la reconstrucción económica; cuando suprime el sistema de *Préstamo y arriendo*, el Congreso autoriza al Gobierno para abrir créditos limitados a los países de Europa occidental, y, en especial, a Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos; desea mantener la corriente de exportaciones hacia Europa, no solo porque esto beneficia a los productores norteamericanos, amenazados por una saturación del mercado interior, sino también porque la persistencia de una situación de miseria en los países europeos facilitaría el paso al comunismo. Las preocupaciones políticas se conjugan así con las necesidades económicas, pero en un plano dominante: el preámbulo del plan de reconstrucción europeo indica, "por encima de todo", el deseo de preservar "una civilización de hombres libres". En dos años, aproximadamente, la "ayuda a Europa" llegará a ocho mil millones de dólares, antes que se anuncie—el 5 de junio de 1947—el plan Marshall, que definirá y consagrará esta política, dándole mayor amplitud.

La importancia del "auge" de los pueblos de color, en Asia y Africa, adquiere todo su alcance en las relaciones internacionales, precisamente ante las perspectivas abiertas por la rivalidad entre los Estados Unidos y Rusia. ¿Cuál de los dos *grandes* se beneficiará en mayor grado, desde el punto de vista de su expansión económica y, sobre todo,

(1) Véase pág. 339.

(2) Véanse págs. 919 y sgs.

(1) Véase pág. 201.

(2) Según un testimonio publicado en 1949.

de su potencia política, de estas transformaciones en el nivel de vida, en la democracia y principalmente en la mentalidad de estos pueblos? La cuestión es tanto más grave, puesto que la guerra ha creado puntos de contacto—y, por consiguiente, de posible fricción—entre los intereses rusos y americanos en Extremo Oriente, donde Corea ha sido dividida en dos zonas de ocupación; en el Cercano Oriente, desde el Irán a la Arabia Saudita; e incluso en el Mediterráneo oriental. La U. R. S. S. cuenta, por lo menos a primera vista, con una baza soberbia: estos pueblos que quieren liberarse de la supremacía de los blancos, esperan mejorar su nivel de vida; sus aspiraciones son también una forma de la lucha entre los *pobres* y los *ricos*. En esta lucha contra el imperialismo, ¿no han de pensar en la ayuda del comunismo, que les ofrece un procedimiento para conseguir la emancipación material? Así, pues, los Estados Unidos se ven forzados a no oponerse a las reivindicaciones de independencia, con mayor motivo al no ir dirigidas contra ellos; pero tratan de evitar que los primeros pasos de esos pueblos se vuelvan hacia la U. R. S. S.; procuran venderles los productos manufacturados y el utillaje que Europa no puede suministrarles de momento, abriéndoles los créditos necesarios para pagar sus compras; piensan en facilitarles los medios de mejorar su nivel de vida, mediante el desarrollo industrial, merced a las inversiones de capitales norteamericanos.

Así, pues, desde finales de 1945, se perfilan ya los grandes problemas que dominarán las relaciones internacionales durante el decenio siguiente.

## CONCLUSION GENERAL

En una visión de conjunto acerca del desarrollo de las relaciones internacionales, en el transcurso de diez siglos, destacan dos rasgos esenciales: uno, el más llamativo sin duda, es la continuidad de las rivalidades y los conflictos entre los grandes estados, el espectáculo de los cambios sobrevenidos en la jerarquía de esos estados; el otro es el progreso de las relaciones entre los continentes—a iniciativa de los europeos—al ritmo de los progresos técnicos que han facilitado los desplazamientos de los hombres, el transporte de mercancías y el intercambio de ideas. La historia de las relaciones internacionales debe tratar de demostrar cómo estos dos aspectos se mezclan y completan; su visión abarca el mundo entero.

En la Edad Media (1), el continente europeo es el único en el que todos los pueblos están organizados en estados; en Asia, el área de los grandes Imperios no se extiende a todo el continente; en América, los imperios de los Incas y de los Aztecas no ocupan sino una mínima parte; en Africa, por lo que conocemos de su historia, las confederaciones tribales no merecen el nombre de estado. Los europeos no tienen ningún contacto con los imperios de América; los establecen de manera episódica con el Imperio chino y el Imperio turco, pero ignoran el Imperio del gran Mogol.

A partir de finales del siglo xv, y durante cerca de tres siglos, se realiza un potente movimiento expansionista europeo, sobre todo en Asia y en América. Después de la destrucción de los grandes estados indígenas, este movimiento tiende a establecer una dominación colonial. Bien es verdad que, al mismo tiempo, parte del continente sufre el asalto de los turcos otomanos—que en dos ocasiones llegan a Austria—, pero que, en la segunda mitad del siglo xviii, están en período de retroceso. Sin embargo, estas perspectivas mundiales siguen siendo limitadas: el Extremo Oriente se cierra, casi por completo, a la influencia europea; y el Islam, sin poder prescindir totalmente de Occidente, le opone una tenaz resistencia. Al final de estos tres siglos, la mayor parte de la humanidad sigue viviendo sin tener contacto con otros pueblos ni con otras civilizaciones (2).

Los estados colonizadores—Portugal, España, Holanda e Inglaterra, y, en segundo término, Francia y Rusia—no solo esperan obtener be-

(1) Véanse las perspectivas generales señaladas en el tomo I de esta obra, por M. F. Ganshof.

(2) Véanse las observaciones de M. Fugier en la introducción a la parte IV del tomo I de esta historia

neficios comerciales de su expansión, sino también un incremento de su fuerza en Europa. De hecho, Portugal, Holanda y la misma España, no consiguen conservar durante mucho tiempo esta ventaja; su imperio colonial, por las apetencias que despierta, se convierte, para ellas, en una causa de debilidad en sus relaciones europeas; solamente Inglaterra, a pesar de la rebelión de sus colonias de América del Norte, consigue obtener de su política colonial unos beneficios duraderos para la europea.

Sin embargo, esas perspectivas mundiales no pueden explicar los grandes cambios sobrevenidos en los siglos XVII y XVIII en la jerarquía de los estados: la hegemonía de la Francia de Luis XIV, el ascenso de Rusia y de Prusia, así como el hundimiento de Polonia, corresponden a un marco estrictamente europeo. No obstante, estos cambios son, en aquel momento, de importancia primordial.

La gran convulsión que conmueve a Europa, de 1789 a 1815, paraliza su expansión y favorece el derrumbamiento del imperio colonial español en América. Sin embargo, esta expansión europea se reanuda, lentamente al principio, en el Mediterráneo; y luego—a partir de 1870—con mayor amplitud, en África y en Extremo Oriente. En los últimos veinticinco años del siglo XIX, conduce a un reparto del mundo entre los grandes estados europeos—con la sola excepción de Austria-Hungría—, así como a una extensión considerable de todas las formas de influencia europea: influencia económica, vinculada al apogeo del capitalismo liberal, que establece entre los continentes un sistema de comercio complementario, al tiempo que facilita, en los países nuevos, la transformación del medio social; influencia de las concepciones políticas y sociales e, incluso, algunas veces, de la civilización intelectual. Bien es verdad que, al mismo tiempo, se desarrollan la potencia de los Estados Unidos y la del Japón, ayudadas, una, por la emigración europea, que aporta técnicos y mano de obra; y la otra, gracias a la imitación de las instituciones y la técnica europeas, así como merced al concurso de capitales europeos. Por el contrario, los veinte estados formados en América latina, incapaces de lograr la estabilidad política, permanecen sometidos, directamente, a la influencia económica europea. Hasta los últimos años del siglo, ninguna de las dos potencias “nuevas” suponen una competencia política o económica para Europa.

Y, sin embargo, esta Europa se encuentra más dividida que nunca por el antagonismo entre los distintos estados. Bien es verdad que las querellas dinásticas desaparecen; pero los nuevos fermentos de disociación son mucho más graves: contrastes entre los regímenes políticos, de los que algunos permanecen sometidos al absolutismo monárquico, mientras que otros adoptan instituciones liberales; rivalidad de los intereses económicos, que se incrementan, primero, con los balbuceos de la industria en el continente, y luego, con su desarrollo; y, sobre todo, afirmación del sentimiento nacional, que no solamente refuerza

el deseo de poder, sino que compromete, directamente, en gran parte de Europa, la independencia de los estados pequeños, unas veces, y otras, la existencia de los imperios, amenazados por las protestas de *minorías* lingüísticas, étnicas y religiosas. Por tanto, los pueblos están más directamente vinculados a los conflictos entre los gobiernos. Durante el transcurso del siglo, la preocupación dominante de las personas sensatas es tratar de introducir en esta Europa un factor de orden y de paz: sus exhortaciones son infructuosas.

Al comenzar el siglo XX, se abren nuevos horizontes. En 1895 se inicia la expansión nipona en el continente asiático; en 1898, la expansión de los Estados Unidos en el mar de las Antillas y en el Pacífico. Ambas se convierten en competidoras de la expansión europea. De rechazo, provocan, fuera de su zona de acción directa, resistencias a la dominación o a la influencia de Europa. La afirmación del nacionalismo chino, el desarrollo del movimiento de protesta en la India y los primeros intentos de organización árabe se manifiestan entre 1905 y 1913. Las fuerzas internas que sacuden la preponderancia europea en el mundo entero están actuando. Pero son los mismos europeos quienes precipitan la evolución, desgarrándose entre sí. En dos ocasiones, en treinta años, Alemania provoca las guerras en que se enfrentan todos los grandes estados europeos, resueltos a defender, no solo sus intereses, sino también su prestigio y su sentido del destino nacional. Ruinas materiales, que debilitan los medios de acción económicos y financieros de los países europeos; ruina del prestigio del hombre europeo; quebranto del capitalismo liberal; crisis de la civilización tradicional, desde que la aparición del régimen comunista amenaza los cimientos de las instituciones políticas, económicas y sociales; tales son los rasgos que señalan el declive de Europa. La segunda guerra mundial amplía y termina la obra de la primera. Incluso la misma noción de Europa se transforma, desde el momento en que la mitad del continente, o poco menos, pertenecen a la zona de influencia de la Rusia soviética, cuyo horizonte es *euroasiático*. Cuando las nuevas formas de la civilización material facilitan el contacto entre los hombres y el intercambio de ideas, se afirman los antagonismos entre los continentes.

¿Dónde hay que buscar los elementos de explicación para comprender las causas de esta evolución, según las líneas trazadas en la Introducción general de esta historia?

1

La historia de las relaciones internacionales ha de estudiar, en primer lugar, los lentos cambios sobrevenidos en las sociedades humanas—condiciones demográficas y económicas—; pero también las tendencias de la psicología colectiva.

¿Condiciones demográficas? Desempeñan un papel esencial en el destino de los pueblos (1).

Durante mucho tiempo, han sido determinantes en la relación de las fuerzas armadas entre los países que habían alcanzado un nivel equivalente, desde el punto de vista técnico: cuando la cuestión de los efectivos militares tomó una importancia decisiva en el siglo XVII (2), Portugal y los Países Bajos no pudieron conservar el rango de verdaderas potencias, porque su población era reducida. Esa importancia del número ha disminuido mucho en nuestros tiempos, debido a los progresos asombrosos de la técnica del armamento. Sin embargo, la cifra de población sigue siendo un elemento de gran importancia para el desarrollo de la potencia industrial y, por consiguiente, para la capacidad de producción de armamento.

Otro aspecto de estos problemas, no menos importante para las relaciones internacionales, es "la presión demográfica". Ha sido invocada—con causa o sin ella—como origen de las reivindicaciones y las consignas que han quebrantado el *statu quo* territorial en los siglos XIX y XX. Ha dado su impulso a los grandes esfuerzos de expansión económica y a los movimientos emigratorios; migraciones francesas del siglo XVIII, en el cuadro europeo, y migraciones intercontinentales que han permitido el rápido desarrollo de los Estados Unidos, el Brasil y la Argentina. Todavía hoy, después que los estados *ricos* han cerrado sus puertas a estas corrientes migratorias, la presión demográfica conserva toda su importancia internacional en aquellas regiones (el mejor ejemplo está en el mundo árabe) en las que el porcentaje de natalidad sigue siendo considerable, mientras que el porcentaje de mortalidad ha disminuido, con los progresos de la asistencia sanitaria y de la higiene: el hecho de que en Egipto y Siria el crecimiento anual de la población llegue del 2,5 al 3 por 100, mientras que este crecimiento en Europa no ha pasado nunca del 1,5 por 100, es algo que, a mayor o menor plazo, ha de tener grandes consecuencias en las relaciones internacionales.

Finalmente, ¿se puede prescindir de la influencia de las condiciones demográficas en la mentalidad colectiva, del contraste entre la confianza y el optimismo que demuestran aquellos pueblos en los que hay una gran proporción de jóvenes, y la tendencia *al repliegue*, que se manifiesta, muy a menudo, en los otros?

La influencia de las condiciones económicas—lo hemos ido viendo a lo largo de esta historia—se advierte, por doquiera, en las relaciones entre los pueblos, ya sea por los intereses creados—intereses colectivos de los pueblos e intereses de los *círculos financieros*, no siempre coin-

(1) Véase Ch. Moraze: *Civilisation d'Occident*, capítulo VIII, que, por otra parte, se muestra de acuerdo en que "los razonamientos demográficos no tienen todavía sino una base muy débil".

(2) Véanse las observaciones de M. Gaston Zeller en el tomo I de esta historia (pág. 511).

cidentes—, ya sea por los medios de acción que proporcionan al estado. Es uno de los móviles del expansionismo; y aumenta la capacidad del estado para la guerra o para la dominación.

El origen de los movimientos expansionistas europeos, en la Edad Media y en el siglo XVI, es la búsqueda de metales preciosos o de productos raros; y la causa directa de los conflictos armados, en algunas ocasiones, es la competencia entre las economías nacionales—en el cuadro de los conceptos mercantilistas—en los siglos XVII y XVIII. Durante la mayor parte del siglo XIX y principios del XX, cuando la potencia industrial ocupa un lugar decisivo en la vida del mundo, y se desarrolla la concentración de empresas, la búsqueda de *mercados* se convierte en una preocupación aún más acuciante que la necesidad de gozar de absoluta seguridad en el abastecimiento de materias primas para esta industria. Esa competencia en torno a los mercados exteriores es una de las causas de la expansión colonial, al mismo tiempo que de las rivalidades políticas que provoca en el desarrollo de los imperios; desempeña un papel, cada vez más importante, en las relaciones entre los pueblos europeos. En períodos de crisis económica, el interés se centra en la lucha por los mercados; en períodos de prosperidad, la competencia se suscita en torno a las grandes fuentes de aprovisionamiento de materias primas. Finalmente, en los últimos cincuenta años, la búsqueda de nuevas fuentes de energía—petróleo y luego uranio—pone, de repente, a las regiones productoras en el primer plano de esta competencia.

Esos intereses económicos están vinculados, desde hace mucho tiempo—pero sobre todo desde mediados del siglo XIX—, a la organización del crédito y a los movimientos de capitales internacionales, que permiten la explotación de los países "nuevos" y que facilitan la financiación de las importaciones de materias primas destinadas a los grandes núcleos industriales: la expansión financiera se convierte en un terreno abonado para las rivalidades políticas.

Los progresos técnicos, esenciales para el desarrollo de la producción, han desempeñado un papel no menos importante en el dominio de los medios de transporte y de las comunicaciones, así como también en el de los armamentos; dos aspectos que interesan, en primer lugar, a las relaciones comerciales o intelectuales y los movimientos migratorios, y también a las relaciones de fuerzas. En el mundo actual, la difusión, entre los pueblos *nuevos*, de unas técnicas que antes fueran monopolio de la raza blanca, ha contribuido a *igualar* las oportunidades; y ha facilitado a estos pueblos los medios de emanciparse.

Las fuerzas internas de la psicología colectiva—sentimiento nacional, sentimiento religioso y fidelidad a una concepción de la vida política o social—han servido siempre de estímulo a las relaciones entre los pueblos, pero las formas de esta influencia han variado mucho.

El sentimiento religioso ha desempeñado un papel preponderante.



no solo en los conflictos europeos del siglo XVI, sino también en los orígenes de la expansión europea—las Cruzadas—y en las grandes ofensivas turcas del siglo XVII, en Europa central. Bien es verdad que, en el siglo XVIII, ha perdido importancia, aunque algunas veces se hayan aprovechado con fines políticos los conflictos entre grupos religiosos (a modo de ejemplo, basta señalar los subsidios facilitados por Inglaterra a los protestantes franceses durante la guerra de sucesión española). Incluso en el siglo XIX, cuando el vigor del sentimiento religioso parece amenazado en Europa y decae la influencia de la Santa Sede en la política internacional, la cuestión religiosa sigue siendo lo que orienta, en ciertas ocasiones, la política exterior de la Alemania bismarckiana del *Kulturkampf* o de la Italia del rey Humberto; o bien lo que explica determinados aspectos de la política balcánica de Rusia; en ocasiones, la labor de apostolado misionero abre el camino a la expansión colonial o favorece la penetración de la influencia europea; y también hay que reconocer la importancia de la fe religiosa en el impulso expansionista nipón. Después de la primera guerra mundial, estas influencias religiosas adquieren de nuevo gran importancia, con la reanudación de las actividades políticas de la Santa Sede y, sobre todo, con el despertar del Islam.

En conjunto, el sentimiento nacionalista no ha tenido la misma importancia, aunque se advierte su existencia en determinadas ocasiones a partir de la Edad Media y, con más frecuencia, en la historia moderna. Pero cuando alcanza mayor auge es en la época de la Revolución francesa. El desarrollo del nacionalismo y la marcha de las nacionalidades van al unísono, durante todo el siglo XIX, con los progresos de la instrucción primaria, los de la Prensa periódica y los del derecho de sufragio. El respeto—o incluso el culto—a las tradiciones en política exterior, la conciencia de una *misión nacional*, y las simpatías o las antipatías entre dos pueblos, incluso cuando son raciales, carecen de valor permanente. Estos sentimientos son despertados o reanimados por el periódico, por la escuela, por el libro de texto y por la propaganda de los partidos políticos. Incluso el temperamento nacional puede sufrir la influencia de las circunstancias. Y lo más importante es la función de la Prensa: hace circular, entre las masas de electores, unas ideas—a veces prejuicios—que antes eran patrimonio de un sector reducido de diplomáticos o de parlamentarios; da una idea deformada de los pueblos vecinos, y aumenta la desconfianza. Según señala acertadamente Paul Cambon, “hace degenerar los asuntos de intereses en cuestiones de amor propio”. Por lo que respecta a la orientación de la política exterior, esas reacciones de la opinión pública aportan un nuevo elemento de inestabilidad, que desconcierta a los observadores de la actividad diplomática. ¿Cómo olvidar, en el origen de los conflictos, el papel que desempeñan los movimientos internos de la mentalidad colectiva, así como—según palabras de un gran historiador americano—“los desfalle-

cimientos intelectuales y morales” de aquellos que debieran hacer por calmar las pasiones?

Las divergencias entre las concepciones del régimen político o de la organización social, desempeñan un papel activo, a partir de 1789 y del desatío lanzado por el pueblo francés a las instituciones monárquicas. De las grandes conmociones revolucionarias, la de 1792-1793 y la de 1848, despiertan o reaniman en Europa el antagonismo entre los gobiernos, al tiempo que quebrantan las bases sobre las que reposan las relaciones internacionales. Pero esta oposición entre las ideologías políticas o sociales no se convierte en un factor esencial hasta después de la primera guerra mundial, con el nacimiento del estado soviético y la aparición de las dictaduras totalitarias.

¿Hay que insistir en la importancia de estas cuestiones psicológicas en las relaciones entre los estados? La cohesión moral de un pueblo y su espíritu de sacrificio son unos elementos de fuerza cuya importancia han de saber valorar sus posibles adversarios.

La interdependencia entre estas fuerzas internas, materiales y espirituales, se manifiesta a cada instante. Los sentimientos religiosos contribuyen, muchas veces, a estimular los movimientos nacionalistas. La revolución en los transportes marítimos permite el desarrollo de las corrientes migratorias intercontinentales. El ferrocarril facilita los intercambios de ideas. La radiodifusión abre a la propaganda unos caminos que la Prensa no había podido facilitarle. La prosperidad económica refuerza el orgullo nacional, al tiempo que fomenta el imperialismo. En aquellos pueblos en que subsiste el respeto a la jerarquía y el espíritu de clase, la estructura social favorece el desarrollo del militarismo. Los impulsos expansionistas se explican por la mentalidad de la alta burguesía europea. Las inversiones de capitales están estrechamente ligadas al espíritu de ahorro, que no depende solamente de las condiciones económicas, sino también del estado de la psicología colectiva. Estos ejemplos, que se atropellan en nuestra mente, demuestran que es imposible juzgar aisladamente la influencia de cada uno de tales elementos. Por tanto, la historia de las relaciones internacionales es inseparable de la historia de las civilizaciones.

## II

Sin embargo, el estudio de estas evoluciones lentas—la de la técnica o la de las formas de la organización económica; la de las mentalidades, como la de las tendencias demográficas—están muy lejos de poder aportar elementos para una explicación suficiente. Las relaciones entre los pueblos sufren sobre manera la influencia de las grandes crisis bélicas, que provocan una aceleración brutal en la evolución de las sociedades humanas o de las formas de civilización.

En un plano inmediato, estas crisis influyen, por las pérdidas de vidas humanas y de recursos materiales, y por las transformaciones en

la relación de fuerzas; pero también por el impulso que dan a la técnica metalúrgica o química y a los métodos de producción, así como por la nueva orientación de las corrientes económicas; al mismo tiempo, provocan la exasperación de las pasiones y el forcejeo de los pueblos. En este aspecto, las observaciones relativas a 1815, 1918 y 1945 presentan características comunes; y, en un dominio más restringido, las guerras del siglo XVIII pueden dar lugar a observaciones análogas.

Influyen a largo plazo, porque los grandes conflictos bélicos son también revoluciones que modifican las estructuras económicas y sociales, conmueven las instituciones políticas y producen un cambio en la mentalidad colectiva, en la concepción de la vida y en los valores espirituales (1).

Influyen, incluso cuando el recurso a las armas no es todavía sino una amenaza: la preparación para una guerra eventual, confiere a las preocupaciones estratégicas influencias sobre la política económica; los temores despertados por estas perspectivas producen, en la psicología colectiva, unas veces inquietud y otras irritación; siempre, estados de ánimo favorables para la acción de la propaganda y que, muy a menudo, conducen a una explosión de sentimientos apasionados. Estas consecuencias se han hecho aún más importantes desde el momento en que la guerra *total* ha impuesto a la población civil unos riesgos y unos sacrificios más graves. De todas formas, ¿no eran ya bastante sensibles cuando las guerras napoleónicas? ¿Se puede olvidar la influencia de los conflictos armados en el desarrollo del capitalismo, en el siglo XVI?

Tratar de estudiar las relaciones internacionales prescindiendo de este papel esencial de los grandes conflictos y de estas relaciones entre la guerra y el progreso humano, acerca de las cuales ha hecho tantas y tan agudas observaciones John Nef, sería falsear las perspectivas históricas.

### III

Tanto en el estudio de estas evoluciones lentas, como en el de los grandes conflictos armados, la atención no debe limitarse a las fuerzas internas que se manifiestan en los contactos entre los pueblos. Esta historia de las relaciones humanas ha encontrado, en todo momento, desde que en el siglo XVI se borrara la noción de *cristiandad*, la acción determinante de los estados, sobre todo la de algunos que han conseguido salvaguardar su potencia a lo largo de los siglos, ¿se debe solamente a que esta acción se refleja en documentos que llaman la atención del historiador y facilitan su labor? Se debe también a que, en los contactos entre los pueblos y las civilizaciones, el Estado ejerce su influencia: trata de fomentar los contactos en beneficio de su vida

(1) Sobre este particular, véase la conclusión de la parte IV, tomo I de esta obra (págs. 1135 y sgs.).

económica, de la *misión* espiritual que quiere cumplir o de su fuerza política; quiere aumentar los elementos de fuerza que le permitirán imponer su voluntad a otros países, o a grupos humanos cuya organización política es amorfa. La relación de fuerzas establece, entre los estados, una jerarquía, no solo a escala de sus valores políticos, sino también en los dominios económico y cultural. El país que posee fuerza política, se aprovecha de ella para conseguir, en sus relaciones exteriores, beneficios para su propio comercio; y su prestigio favorece, incluso, la influencia intelectual, porque el éxito da lugar a creer que los conceptos que él apoya son los mejores o los más eficaces.

El Estado deja impresa su marca en las fuerzas internas que utiliza en beneficio de su potencia. ¿Condiciones demográficas? Tiene las esclusas de la emigración o de la inmigración; y, desde el siglo XV, regula la situación de los extranjeros; en el siglo XX, en ciertas regiones de Europa, estimula, merced a medidas legislativas, el aumento de la natalidad; algunas veces llega, incluso, a tomar iniciativas conducentes a crear una "presión demográfica". ¿Fuerzas económicas? En el siglo XVII, el mercantilismo es, antes que nada, un arma en la lucha por el poder; y, en el siglo XIX, la política arancelaria sirve, muchas veces, de instrumento de la política exterior; asimismo, los estados del siglo XX tratan de asegurar su independencia económica, en beneficio de la defensa nacional o de la política de fuerza. ¿Fuerzas financieras? A finales del siglo XIX, se convierten en un instrumento, en manos del Estado, mediante la orientación dada a las inversiones de capitales en el extranjero (basta pensar en la *diplomacia del dólar*, o en los empréstitos rusos y balcánicos); y, después de 1919, mediante el control de los cambios.

En la mentalidad colectiva, la influencia del Estado se advierte de manera constante. En el siglo XIX, es el Estado el que, por medio de la enseñanza, de la Prensa y de la radio, contribuye a formar el sentimiento nacional, el que inculca a sus agentes diplomáticos el sentido de las tradiciones nacionales, y el que, en ocasiones, hace lo posible por fomentar la antipatía con respecto a otros pueblos. En el período del siglo XX que se extiende entre la dos guerras mundiales, esta opinión pública se convierte en una fuerza que los gobiernos procuran modelar, merced a los nuevos elementos que les facilita la radio: la función de los *movimientos* de masas es un rasgo característico de la época; lo es, ni que decir tiene, en aquellos estados en los que se establece un régimen político autoritario—comunista o fascista—, porque, en esos estados, los gobiernos se apoyan en las ideologías políticas o sociales para subrayar los antagonismos nacionales; incluso lo es, también, en ocasiones, en los estados democráticos—por ejemplo en los Estados Unidos—, donde la libertad de Prensa no excluye los progresos de un conformismo que tiende a ahogar la voz de los disidentes y a establecer esa *organización mecánica de la existencia*, cuyos rasgos característicos ha señalado Karl Jaspers. La propaganda se dirige, también, a la opinión

pública de los países extranjeros: adversarios probables y posibles; y países *nuevos*; que pueden servir de instrumentos. Efectivamente: esa preocupación no es nueva (¿no se manifestó ya en la época napoleónica?) (1); pero se afirma con una amplitud y un vigor sin precedentes. La *lucha psicológica* está a la orden del día. Vistas las cosas en ese terreno, la psicología colectiva es, a menudo, más el instrumento que el móvil de una acción política.

Sigue siendo el Estado quien maneja los instrumentos de la política exterior: armamentos y diplomacia. La política cuyos fines no están en armonía con los elementos de fuerza de que puede disponer, va de recha al desastre. La diplomacia pública o *semipública*, que se somete al control de la opinión, es, a veces, más peligrosa que la diplomacia secreta, porque la primera compromete el prestigio nacional, mientras que la otra facilita los repliegues necesarios. ¿Hay que olvidar el papel de las instituciones políticas, en cuanto a la marcha de las relaciones exteriores? Los regímenes basados en el poder personal, no pueden permitirse una retractación; mientras que el estado parlamentario, ante la amenaza de complicaciones internacionales, posee la válvula de escape—algunas veces muy oportuna—de una crisis ministerial.

Estas iniciativas de los estados aparecen, en primer plano, en el origen de los conflictos internacionales. La política de armamentos, que mantiene un equilibrio de fuerzas o que conduce a una preponderancia que, por el mero hecho de existir, ya supone una tentación. Política de alianzas, que trata de entorpecer las agresiones; pero que, debido a su automatismo, limita la libertad de acción de los gobiernos. Política económica exterior, que somete a otros países a presiones de las que puede querer zafarse por la fuerza. Política de inversión de capitales, que tiende a establecer una forma de dominación económica, contra la cual termina por elevarse una protesta nacional. Para sostener esos esfuerzos, para obtener de sus ciudadanos la aceptación del sacrificio personal o de las cargas financieras que constituyen su necesaria contrapartida, el Estado ha de apelar a la pasión nacional, aun a riesgo de desencadenar unas fuerzas que puede costarle trabajo dominar.

Ahora bien, ¿cómo negar la influencia de la iniciativa personal, la de la voluntad personal del gobernante o de sus colaboradores—personalidades diplomáticas o jefes de los Estados Mayores—, en la orientación de estas políticas? Una vez más hay que detallar los cambios que se han ido produciendo con el tiempo.

El embajador, cuya acción era considerada en la época en que la lentitud de las comunicaciones obligaba a su Gobierno a confiarle grandes responsabilidades, vio disminuir su papel, a mediados del siglo XIX, con la revolución de los transportes y el uso del telégrafo eléctrico;

este declive se acentúa, entre 1919 y 1939 cuando el desarrollo de las transmisiones telefónicas a larga distancia proporciona a los ministros los medios de vigilar más de cerca la acción de sus agentes; cuando el avión ha facilitado los contactos personales entre los gobernantes, y el campo de acción del diplomático se ha restringido, en beneficio de los agentes secretos o el de los parlamentarios encargados de *misiones especiales*.

Los jefes de los Estados Mayores han ido adquiriendo una influencia cada vez mayor en las decisiones gubernamentales, a medida que la guerra ha exigido elementos materiales más poderosos, efectivos más numerosos y una preparación más minuciosa. El Gobierno puede encontrarse abocado a tomar decisiones demasiado rápidas, porque los jefes de sus fuerzas armadas invoquen argumentos técnicos, ante los cuales no se atreve a tomar la responsabilidad de oponerse: en julio de 1914, el Gobierno ruso teme dislocar el mecanismo de la movilización; en aquel mismo momento, el Gobierno alemán se encuentra ante las exigencias de un plan estratégico que le obliga, incluso, a descartar la posibilidad de la neutralidad francesa. Resulta indudable que esta influencia de los jefes militares y navales es eliminada, en gran parte, por los regímenes políticos autoritarios: ni Mussolini, ni Hitler se someten a la autoridad de los "técnicos". Pero, entre 1919 y 1939, subsiste en las democracias, en las que el jefe del Gobierno vacila antes de hacer caso omiso de su opinión.

El gobernante—aunque sus iniciativas políticas estén enmarcadas en los límites que señalan las fuerzas económicas, financieras y demográficas, así como los recursos de la *moral nacional*—puede, algunas veces, modificar estas fuerzas. Incluso cuando su autoridad y sus poderes están restringidos por la existencia de un régimen parlamentario, a costa de un esfuerzo continuado puede mejorar, mediante la política económica, el aprovechamiento de los recursos naturales; e incrementar el potencial bélico; puede hacer adoptar medidas legislativas que faciliten u obstaculicen los movimientos migratorios y que estimulen el aumento del índice de natalidad; gracias a la Prensa y a la escuela, puede obtener de la población que se someta a los sacrificios exigidos por el Estado; puede esforzarse en tomar las medidas necesarias para mantener la cohesión nacional; puede ceder a la tentación de aprovechar una superioridad en armamento, que sabe es transitoria; puede ser imprudente en la elección de los medios diplomáticos y, de forma consciente o inconsciente, provocar, en el transcurso de una negociación difícil, el incidente que arrebate las pasiones. ¿Cómo negar el papel que han desempeñado en el origen de las grandes guerras el concepto de los intereses nacionales, el deseo del prestigio personal o, incluso, el temperamento del gobernante, de Luis XIV o de Federico II a Napoleón I; de Napoleón III y de Bismarck a Hitler?

\* \* \*

(1) Véase la parte IV del tomo I de esta obra (págs. 795 a 1139).

La política exterior está ligada a toda la vida de los pueblos, a todas las condiciones materiales y espirituales de esa vida, al mismo tiempo que a la acción personal de los gobernantes. Al investigar las causas, que es el objetivo esencial de la labor histórica, el mayor error sería, precisamente, aislar uno de estos factores y otorgarle primacía, o incluso querer establecer entre ellos una jerarquía cualquiera. Las fuerzas económicas y demográficas, las corrientes de la psicología colectiva y del sentimiento nacional, así como las iniciativas gubernamentales, se completan y funden; su influencia respectiva varía, según las épocas y según los países. La investigación histórica debe tratar de determinar el valor de esta influencia. También ofrece, con ello, oportunidad para las necesarias reflexiones; pero no pretende facilitar recetas ni, mucho menos, dar lecciones.

## INDICES

## INDICE ALFABETICO

Para facilitar al lector el uso de este índice, hemos antepuesto, a los números de las páginas, asteriscos indicativos de la parte a que pertenecen, de la siguiente forma:

- \* El siglo XIX. De 1815 a 1871.
- \*\* El siglo XIX. De 1871 a 1914.
- \*\*\* Las crisis del siglo XX. De 1914 a 1929.
- \*\*\*\* Las crisis del siglo XX. De 1929 a 1945.

### A

- Abadán, ciudad. \*\*\*\*1247.  
 "ABC". \*\*\*\*1146.  
 ABD-EL-AZIZ TAALBI, escritor tunecino. \*\*\*760.  
 ABD-EL-KADER. \*91, 150, 270.  
 ABD-EL-KRIM. \*\*\*761, 884, 887.  
 ABDEK-RAHMÁN ASSÁN, Secretario de la Liga Árabe. \*\*\*\*1251.  
 ABDUL HAMID, sultán. \*\*381 a 383, 386.  
 ABE MASAIHRO. \*245.  
 ABERDEEN, lord. \*148, 193, 194, 236, 238.  
 ABERNON, lord de; embajador. \*\*\*851.  
 ABETZ, OTTO. \*\*\*\*1106, 1160.  
 ACQUARONE, político italiano. \*\*\*\*1209.  
 Acta de Algeciras. \*\*492, 508.  
 Acta general de Berlín (v. Conferencia de Berlín).  
 Action Française. \*\*\*845.  
 Action Française, L'. \*\*\*\*1015.  
 Acuerdo mediterráneo (v. Convenios).  
 Acuerdo:  
 Anglo-irano, 1919: \*\*\*881.  
 Chino-japonés, 1915: \*\*\*685, 686, 784, 897.  
 de Locarno, 1925: \*\*\*850, 851, 865, 922, 933.  
 de Londres, 1914: \*\*\*658, 712.  
 de Saint-Jean-de-Maurienne, 1917: \*\*\*769.  
 Franco-inglés, 1917: \*\*\*686.  
 Franco-italiano, 1896: \*\*\*804, 888.  
 Franco-polaco, 1921: \*\*\*859.  
 Franco-yugoslavo, 1927: \*\*\*875.  
 Germano-ruso, 1922: \*\*\*\*860 a 864.  
 Japón-EE. UU., 1917: \*\*\*712.  
 Ruso-irano, 1921: \*\*\*889, 890.  
 Ruso-japonés, 1916: \*\*\*686.  
 Adalia, ciudad. \*\*550, \*\*\*675, 785, 879.  
 ADAMS, secretario de Estado. \*75, 78, 80, 190.  
 Addis-Abeba. \*\*492, \*\*\* 984, 985, 1001, 1208.  
 Aden. \*107, 269, 270.  
 Adigio, río. \*262, \*\*\*675, 791.  
 Adoradores de Dios (secta). \*225. \*  
 Adrianópolis (v. Andrinópolis).  
 Adriático, mar. \*170. \*\*384, 415, 515, 516, 520, 521, 527, 595, 619, \*\*\*675, 708, 712, 731, 769, 783, 786, 790, 791, 801, 828, 869, 874 a 876, \*\*\*\*1072, 1073, 1080, 1117, 1133, 1232.  
 Adua. \*\*476.  
 AEHRENTHAL, conde. \*\*469, 512, 513, 533, 632.  
 Afganistán. \*106, \*\*401 a 403, 431, 454, 499, 634, \*\*\*758, 879, 881, 890.  
 Afium-Karahissar, ciudad. \*\*\*879.  
 Africa (en general). \*3, 4, 68, 90, 99, 116, \*\*357, 362, 391, 438, 455, 461, 463, 476, 488, 511, 553, 559, \*\*\*635, 649, 659, 672, 769, 822, \*\*\*\*1028, 1083, 1163, 1237, 1241, 1259, 1261.  
 Africa Central. \*\*400, 401, 510, 511, 559, 621, \*\*747, 783, \*\*\*\*1013, 1149, 1157, 1228, 1253.  
 Africa del Norte. \*\*415, 530, 553, 558, 559, \*\*\*665, 878, 919, 932, \*\*\*\*1022, 1101, 1105, 1107, 1141, 1142, 1144 a 1146, 1148, 1154 a 1156, 1159, 1160, 1162 a 1166, 1177, 1194, 1197, 1208, 1217, 1228, 1231, 1253.  
 Africa del Sur. \*\*404, 431, 455, 457, 477, 478, 484, 497, 553, 555, 558, 559, \*\*\*765, 783.  
 Africa negra. \*\*399, 553, 556, 558, \*\*\*665.  
 Africa Occidental. \*\*400, 476, 556, \*\*\*\*1145, 1149, 1228, 1253.  
 Africa Oriental. \*\*357, 359, 360, 399, 400, 457, 492, 501, 556 a 558, \*\*\*\*983, 985, 1003, 1004, 1006, 1013, 1018, 1116, 1117, 1228.  
 Agadir. \*\*509, 517, 518, 521, 606.  
 Agnata Santa Coffee Co. \*\*567.  
 Aidiu, ciudad. \*\*547.  
 Aislacionismo en EE. UU. \*\*\*771, 772, 807, 836, 837, \*\*\*\*971, 972, 982, 1069, 1070, 1097, 1121, 1169, 1237.

Aisne, río. \*\*\*735, \*\*\*\*1141.  
 Aix-la-Chapelle, conferencia de (v. *Aquis-grán*).  
 Akkerman, conferencia de. \*85.  
 Alabama. \*228.  
 Aland, islas de. \*97, 238, 242, \*\*\*\*1126.  
 Alaska. \*27, 105, 321.  
 Albania. \*23, \*\*384, 516, 520, 595, 619, \*\*\*675, 869, 874, 875, \*\*\*\*1072, 1073, 1081, 1116, 1214, 1230.  
 Alberto, canal. \*\*\*\*1132.  
 ALBERTO DE SAJON-A-COBURGO, príncipe consorte. \*168.  
 Alejandreta, golfo de. \*99, \*\*\*687, 879, \*\*\*\*1068.  
 Alejandría, Egipto. \*267, \*\*394, 554, \*\*\*884, \*\*\*\*1005, 1251.  
 Alejandría, conferencia árabe de. \*\*\*\*1251.  
 Alejandría, Italia. \*170.  
 ALEJANDRO DE BATTENBERG (v. *Battenberg*).  
 ALEJANDRO I, de Rusia. \*27, 28, 37 a 39, 45 a 47, 57, 70, 84, 85.  
 ALEJANDRO II, de Rusia. \*241, 242, 260, 278, 292, 297, 301, 313, 314, 317, 324, \*\*345, 372, 381.  
 ALEJANDRO III, de Rusia. \*\*384, 387, 389, 403, 406, 408 a 410, 413, 416, 418, 423 a 428, 489.  
 ALEJANDRO, rey de Serbia. \*\*443, 512.  
 ALEJANDRO, rey de Yugoslavia. \*\*\*\*1061.  
 Alemanes de Austria. \*311, 313, 316, \*\*345, 354, \*\*\*774, 778, \*\*\*\*990.  
 Alemanes de Dantzig. \*\*\*782.  
 Alemanes de Hungría. \*\*\*790.  
 Alemanes de Polonia. \*\*\*790, \*\*\*\*989.  
 Alemanes de los Sudetes. \*\*468, \*\*\*778, 873, \*\*\*\*1035, 1043 a 1045.  
 Alemanes del Sarre. \*\*\*\*989, 991, 992.  
 Alemania. \*3, 14, 15, 18 a 20, 41, 44 a 46, 61, 63, 65, 67, 85, 104, 112, 114 a 116, 118, 119, 121 a 123, 127, 133 a 135, 147, 153, 155, 156, 158 a 164, 166, 170, 172, 174, 175, 177, 204, 205, 212, 214, 216, 218, 262, 283 a 285, 290, 294, 296, 299, 301 a 305, 307, 308, 316, 317, 321, 322, \*\*\*336 a 340, 342, 346, 350 a 354, 356, 357, 359, 360, 368, 370 a 373, 375, 376, 378, 386 a 388, 396, 397, 399, 400, 402, 404, 406 a 418, 420 a 423, 425 a 427, 430, 432, 436, 438, 440, 442, 444, 445, 449, 450, 456 a 459, 462 a 464, 476 a 479, 484, 485, 487, 488, 491, 493, 494, 496, 500 a 511, 516 a 522, 524, 525, 527 a 530, 533, 534, 537, 544, 550, 557, 559, 560, 567, 584, 587, 591, 596 a 598, 600, 601, 603 a 606, 608, 611 a 619, 621 a 625, 632 a 635, 641, \*\*\*650 a 652, 657 a 661, 664, 665, 668, 670, 673, 680, 682, 683, 686, 687, 690, 695 a 700, 702 a 704, 707, 708, 710 a 712, 720, 722 a 727, 732 a 735, 737 a 739, 742, 747 a 749, 753, 770, 774 a 778, 782, 783, 788, 797 a 803, 807, 813, 814, 817 a 820, 825 a 828, 831 a 835, 842 a 855, 857, 860, 861, 866, 869, 872, 896, 922 a 925, 928, 929,

934, \*\*\*945, 948, 950, 952, 953, 956 a 958, 961, 962, 965 a 967, 969 a 974, 977, 986 a 988, 991, 992, 994, 996 a 998, 1000, 1003 a 1005, 1010 a 1012, 1014, 1016 a 1018, 1023 a 1027, 1032, 1034 a 1036, 1038 a 1042, 1044 a 1047, 1049, 1052 a 1054, 1056, 1058 a 1062, 1065 a 1067, 1069, 1070, 1072 a 1074, 1076 a 1089, 1091 a 1096, 1101, 1104, 1106, 1108 a 1113, 1115, 1117 a 1120, 1123, 1125 a 1133, 1136, 1139, 1141, 1143 a 1146, 1151, 1153 a 1165, 1170, 1174 a 1178, 1180, 1183, 1185, 1186, 1189, 1190, 1194, 1195, 1198 a 1204, 1216, 1217, 1219, 1228 a 1230, 1232, 1234, 1246, 1247, 1249, 1250, 1252, 1258, 1259, 1263, 1266.  
 Alepo, ciudad. \*\*\*804.  
 ALEXEIEV, almirante. \*\*497.  
 ALFONSO XIII, de España. \*\*530, \*\*\*\*1020.  
 Algeciras. \*\*494, 504.  
 Algeciras, Acta de. \*\*492, 508.  
 Alianza:  
 Anglo-japonesa (1902). \*\*497, 503,  
 Austro-alemana. \*\*\*651, 732.  
 Austro-italiana. \*\*\*662, 663.  
 Continental. \*\*484, 486, 503.  
 Francesa. \*\*568.  
 Franco-checoslovaca (1924). \*\*\*873.  
 Franco-polaca (1921). \*\*\*859.  
 Franco-rumana (1926). \*\*\*865.  
 Franco-rusa (1894). \*\*423 a 427, 431, 432, 463, 464, (1899) \*\*485, (1901) \*\*486, 503, 505, 521, 626.  
 Franco-yugoslava (1927). \*\*\*875.  
 Germano-turca (1914). \*\*673.  
 Italo-albanesa (1927). \*\*\*875.  
 Italo-franco-anglo-rusa (1915). \*\*\*675 (v. también *Convenios, Tratados y Pactos*).  
 Almería. \*\*\*\*1024.  
 ALMONTE. \*280.  
 Alpes. \*\*412, \*\*\*\*1041, 1105, 1107.  
 Alsacia. \*16, 114, 166, 174, 274, 312, 316, \*\*342, 361, 369, 374, 375, 377, 398, 589, 591, 631, \*\*\*708, 709.  
 Alsacia-Lorena, cuestión de. \*312, 322, \*\*388, 340, 341, 343, 349, 352, 354, 361, 374, 375, 377, 430, 444, 446, 447, 462, a 464, 485, 487, 489, 589, 591, 614, 618, 622, \*\*\*658, 659, 692, 700, 708, 709, 713, 715, 717, 732, 734, 776, 787, 798, 851, 914, \*\*\*957, 966, 1077, 1157, 1158, 1161, 1165.  
 ALTAMIRA, RAFAEL. \*\*568.  
 Alta Silesia. \*\*445, \*\*\*782, 783, 788, 803, \*\*\*\*989.  
 Altkirch, ciudad. \*\*\*709.  
 Alto Adigio, valle. \*\*\*791.  
 Alvensleben, convención de. \*291.  
 ALLAL-EL-FASSI, político marroquí. \*\*\*1253.  
 ALLENBY, general. \*\*\*759, 765.  
 AMANULLAH, emir de Afganistán. \*\*\*758, 890.  
 Amberes. \*51, 55, 57, \*\*529, 598, \*\*\*\*1132.  
 AMBROSIO, general. \*\*\*\*1208.

América, en general. \*3, 22, 111, 224, 316, 322, \*\*442, 538, 568, 665, \*\*\*\*1069, 1234, 1261.  
 América Central. \*190, 196, 197, 199, 200, 280, \*\*362, 454, 470 a 472, 476, 477, 480, 494, 496, 584, \*\*\*665, 688, 905, 906, 912, 916, 917, \*\*\*\*1120.  
 América del Norte. \*316, 322, \*\*362, \*\*\*\*1262.  
 América Española. \*324, \*\*\*\*1262.  
 "America First Movement". \*\*\*\*1169.  
 América latina. \*4, 49, 68, 69, 71, 73, 76, 77, 79, 80, 82, 105, 123, 215, 322, \*\*326, 362, 438, 562, 568, 584, 605, \*\*\*649, 666, 672, 682, 687, 688, 705, 749, 750, 813, 814, 818, 837, 905 a 907, 910 a 913, 916, 917, 933, \*\*\*\*949, 1079, 1110, 1120, 1168, 1170, 1235 a 1237, 1262.  
 AMERY, L. S.; político inglés. \*\*\*\*1246.  
 Amiens. \*\*601.  
 AMIN-EL-HUSEIN, Gran Muftí de Palestina. \*\*\*\*1250.  
 Amoy, ciudad. \*\*574, \*\*\*\*1030.  
 Amritsar, ciudad. \*\*758.  
 Amur, río. \*180, 244, 251.  
 Anam. \*252 a 254, 280, \*\*403, 541, 543, \*\*\*1242, 1243.  
 Anatolia. \*\*492, 546, 550, \*\*764, 785, 786, 801, 878 a 880.  
 Ancona, \*62.  
 Andes, cordillera de los. \*69, \*\*566.  
 ANDRASSY. \*308, \*\*345, 354, 383, 385, 408, 410.  
 Andrinópolis, ciudad. \*\*383, 515, 516, \*\*\*662, 677.  
 Andrinópolis, tratado de. \*88, 241.  
 ANGELL, NORMAN. \*\*448.  
 Anglo-Iranian Company. \*\*\*\*1246.  
 Anglo-Persian Company. \*\*\*\*881, 890.  
 Angola. \*\*400, 477, 511, 556, 559, 560.  
 ANGULEMA, duque de. \*73.  
 Ankara, ciudad. \*\*\*764, \*\*\*\*1068, 1134, 1152, 1215.  
 Annam (v. *Anam*).  
 ANNUNZIO, GABRIELE D'. \*\*468, \*\*\*677, 791.  
 Anschluss. \*313, \*\*\*872, 928, \*\*\*\*990, 995, 1002, 1034, 1036, 1038 a 1040, 1060, 1067.  
 Antiesclavismo. \*\*359.  
 Antietam, batalla de. \*277.  
 Antillas, mar de las. \*79, 80, 195, \*\*480, 496, 581, 584, \*\*\*689, 837, 906, 916, \*\*\*\*1263.  
 Antillas inglesas. \*\*\*\*1166.  
 ANTONESCU, general. \*\*\*\*1213 a 1216, 1218.  
 APPONYI, conde de. \*155.  
 Aquisgrán, Conferencia de. \*43 a 46, 76.  
 Arabes. \*\*546, \*\*\*755, 760, 761, 764, 765, 785, 804, 879, 885, \*\*\*\*1125, 1240, 1249.  
 Arabia. \*\*\*804, 886.  
 Arabia Saudita. \*\*\*886, \*\*\*\*1249, 1251, 1260.  
 ARABÍ BAJÁ, coronel. \*\*394.

Arakán. \*253.  
 ARAKI, general. \*\*\*\*965, 1028.  
 Arbitraje. \*\*\*770, \*\*\*\*1213.  
 Ardenas. \*\*\*\*1218.  
 Argel. \*89.  
 Argelia. \*65, 88 a 92, 98, 107, 149, 164, 271, \*\*399, 431, 492, 554, \*\*\*760, \*\*\*\*1027, 1159, 1160, 1231, 1253.  
 Argentina. \*69, 72, 80, 202, 203, 323, \*\*336, 439, 562 a 568, 584, 633, \*\*668, 688, 905, 910, 917, \*\*\*\*1153, 1235 a 1237, 1264.  
 Argirocastro, ciudad. \*\*595, \*\*\*874.  
 Argonne. \*\*\*737.  
 Arica, ciudad. \*\*566, \*\*\*914.  
 Arizona, estado de. \*196.  
 Arkangel. \*\*\*657, 686.  
 Arlon. \*57.  
 Armamentos. \*\*518, 611, 613, 655, 657, \*\*\*962, 965, 988, 989, 1010, 1021, 1052, 1053, 1058, 1106, 1270.  
 Armamentos, limitación de. \*\*\*\*988, 1004, 1083.  
 ARMAND, conde; oficial francés. \*\*731.  
 Armas, comercio de. \*\*\*668, \*\*\*972.  
 Armenia y armenios. \*\*481, 482, 546, 548, 550.  
 Armisticio:  
 De 1917: (Rusia). \*\*\*719.  
 De 1918: (Austria). \*\*\*733, 801.  
 De 1918: (Alemania). \*\*\*734, 735, 771, 777.  
 De Vittorio Veneto. \*\*\*801.  
 De 1940: (Francia). \*\*\*\*1155, 1162.  
 De 1943: (Italia). \*\*\*\*1206, 1210, 1211.  
 De 1944: (Rumania). \*\*\*\*1216.  
 ARNDT. \*14.  
 ARNIM, conde de. \*\*371.  
 Arta, golfo de. \*87.  
 Artois. \*\*\*672.  
 Arzab, puerto. \*\*\*\*1007.  
 ASHBURTON. \*201.  
 Asia (en general). \*3, 99, 105, 111, 116, 179, 224, \*\*362, 391, 401, 438, 442, 454, 463, 538 a 540, 542, 546, 579, 635, \*\*\*649, 682, 814, 822, 830, 893, 919, \*\*\*\*1027, 1028, 1217, 1228, 1237, 1239, 1241, 1259, 1261.  
 Asia Central. \*\*357, 399, 403, 422, 465, 504, 505, 577.  
 Asia Menor. \*87, \*\*457, 469, 476, 491, 494, 510, 518, 527, 547, 550, 560, 597, 621, 635, \*\*\*675, 677, 678, \*\*\*\*1240.  
 Asia Oriental. \*249, \*\*496, 505, 576, 583, \*\*\*683, 767, 897, \*\*\*\*1028, 1029, 1031, 1182, 1185, 1222.  
 Asia del Sudeste. \*\*\*665, 815, \*\*\*\*1028, 1029, 1194, 1240, 1241, 1254.  
 Asociación general de Alsacia-Lorena. \*\*343.  
 Asociación Internacional del Congo. \*400.  
 Assab, bahía de. \*271, \*\*399, \*\*\*\*983.  
 Atenas. \*\*\*679.  
 "Atila", plan. \*\*\*\*1160.  
 Atlántico, océano. \*106, 115, 278, \*\*400, 437, 469, 481, 497, 509, 560, 576, 587,



\*\*\*667, 690, 897, 915, \*\*\*\*1021, 1023, 1101, 1154, 1166, 1169 a 1171, 1183, 1186, 1190, 1197, 1198.

Atlántico, *batalla del*. \*\*\*\*1151, 1152, 1156, 1165, 1175, 1179, 1186.

ATLEE, político inglés. \*\*\*\*962.

ATTOLICO, embajador italiano en Berlín. \*\*\*\*1136.

AUG SAN, jefe nacionalista birmano. \*\*\*\*1243.

AUGUSTENBURGO, Federico de. \*137, 283, 284, 287.

AURIOL, VINCENT; diputado. \*\*\*800.

Australia. \*105, 213, \*\*336, 432, 439, 567, 576, \*\*\*659, 668, 836, 838, \*\*\*\*1190.

Austria. \*3, 11, 14, 17, 18, 20, 26, 27, 30, 31, 37, 39, 40, 43 a 49, 54, 59, 61 a 65, 70, 83 a 85, 87, 96, 99, 104, 113, 114, 118, 119, 121, 127, 129, 131 a 133, 138, 139, 143, 145, 147, 150, 152, 154, 155, 158 a 164, 166 a 177, 204, 205, 213 a 215, 218, 235, 239 a 242, 255, 258 a 262, 264 a 266, 268, 283 a 290, 292, 293, 295, 296, 299, 303, 305, 308, 316 a 319, \*\*339, 346, 402, 446, 457, 468, 501, 526, 533, 605, 607, \*\*\*721, 730, 732, 733, 774, 776, 778, 790, 798, 826, 828, 870, 872, 928, 934, \*\*\*\*945, 948, 949, 952, 957, 958, 986 a 990, 992, 994, 995, 998, 1001 a 1003, 1018, 1034, 1036, 1038 a 1041, 1059, 1060, 1095, 1219, 1229, 1232, 1261.

Austria-Hungría. \*3, 159, 301, 308, 309, 311 a 314, \*\*337, 345, 347, 350, 353, 354, 356, 368, 380 a 389, 399, 402, 406 a 418, 420, 425, 426, 441, 443, 447, 451, 457, 463, 468, 469, 482, 485, 487, 489, 505, 512 a 514, 516 a 518, 520 a 522, 526 a 528, 531, 580, 595, 598, 602, 605, 608, 611, 612, 615, 617 a 627, 636, \*\*650 a 653, 658 a 664, 674 a 676, 679, 680, 682, 707, 708, 713, 715, 720, 721, 725, 728 a 733, 735, 740, 742, 747, 768, 774, 801, 803, 828, 869, 870, \*\*\*\*1059, 1262.

AUTARQUÍA. \*\*\*\*954, 1169.

Auxerre. \*293.

AVERESCU, general. \*\*\*876.

Ayacucho, *batalla de*. \*69.

AZGLIO, MASSIMO D. \*130, 131.

Azerbaiján o Azerbeidján. \*\*\*889, \*\*\*\*1248, 1249.

Azores, islas. \*\*\*\*1166, 1168, 1179.

## B

Bab-el-Mandeb, estrecho de. \*270.

BACH, ALEJANDRO (Presidente del Consejo austríaco). \*204, 239.

Baden, Gran Ducado de. \*44, 100, 303, 304.

BADOLIO, mariscal. \*\*\*\*1136, 1206, 1208 a 1212.

Bagdad, ciudad. \*\*492, 500, 510, 517, 546, 548, 550, 597, \*\*\*659, 674, 786, 878, 885, \*\*\*\*1250.

Bahamas, islas. \*\*\*\*1166.

Bahía, ciudad. \*\*\*688.

Bahía, estado de. \*\*566.

Bahía, islas de la. \*198.

Bahmo. \*321.

Bahrein, islas. \*\*\*881, 886.

Baikal, lago. \*\*497.

BAINVILLE, JACQUES. \*\*462, \*\*\*799.

Bakú. \*213, \*\*\*782, 863, 889, \*\*\*\*1118, 1233.

BAKUNIN, MIGUEL. \*\*546.

Balatón, lago de. \*141.

BALBO, CÉSAR. \*130.

BALBO, mariscal. \*\*\*\*888.

Balcánes. \*3, 23, 29, 86, 146, 163, 169, 235, 240, 308, 317, 318, \*\*350, 353, 354, 356, 357, 379 a 381, 383, 385, 387, 401, 407, 410, 411, 414 a 418, 438, 440, 444, 446, 466, 469, 482, 485, 512, 514, 515, 517, 518, 520, 521, 528, 531, 589, 594, 611, 615, 619, 621, 623, 625, 636, \*\*651, 661, 662, 664, 678, 681, 682, 774, 791, 813, 869, 870, 874, 875, 877, \*\*\*\*1048, 1073, 1130, 1134, 1171, 1176, 1177, 1199, 1200, 1211, 1213, 1214, 1266.

BALCESCU, N. \*138.

Baldensperger, Fernand. \*18.

BALDWIN, STANLEY: primer ministro inglés. \*\*\*852, 865, \*\*\*\*967 a 969, 1057.

Baleares, islas. \*\*504, \*\*\*\*1021, 1022, 1026.

BALFOUR, ARTHUR JAMES. \*\*500, 502.

Balta-Liman, *acuerdo de*. \*97.

Báltico, mar. \*97, 162, 165, 238, 242, 245, 287, 292, \*\*529, 613, 622, \*\*\*657, 661, 774, \*\*\*\*1082, 1126.

Báltico, *cuestión del*. \*\*774, \*\*\*\*1082.

Bálticos, países. \*\*613, \*\*720, 752, 774, 859, 923, \*\*\*\*1077, 1078, 1084, 1085, 1178, 1196, 1199, 1232.

BA-MAW, político birmano. \*\*\*\*1243.

Banato de Temesvar. \*\*615, \*\*\*662, 679, 790.

Bancos. \*\*544, 573, 575, 584, 601, 605, 608, \*\*\*667, 668, 688, 689, 698, 704, 749, 772, 816, 832, 837, 848, 866, 875, 905, 910 a 912, 928, \*\*\*\*947, 949, 953, 960, 972, 982, 990, 1024, 1235.

Bangkok, ciudad. \*\*403.

Banka, islas. \*\*542.

Bankers Association. \*\*439.

Banque Industrielle du Japon. \*\*573.

Banque Nationale de Crédit. \*\*\*\*949.

Barbarroja, plan. \*\*\*\*1174, 1176.

Barcelona. \*\*\*\*1020.

Bardo, *tratado del*. \*\*399.

BARDOUX, JACQUES. \*\*348, 432.

Baring, banca. \*201.

Barmen. \*16.

Barrera contra Francia. \*51, 55, 57.

BARRERE, CAMILO. \*\*464, 499.

BARRÉS, MAURICIO. \*\*343, 448, 459.

BARROT, ODILON. \*35, 60.

BARROT, TEÓFILO. \*180.

BARTHOLOMEU; ministro francés. \*\*\*800, \*\*\*\*1000, 1001, 1004.

Basilán, isla de. \*187.

Basora, ciudad. \*\*550.

BASTIANI, FEDERICO. \*125.

BASTIDE, ministro francés. \*166, 167.

BATTENBERG, ALEJANDRO; príncipe de Bulgaria. \*\*388, 389.

BATTISTI, CÉSARE. \*\*446.

Batum, ciudad. \*\*384, 385.

Baumont, Maurice. \*\*601, \*\*\*\*937.

Baviera. \*65, 100, 134, 172, 174, 285, 286, 290, 303, \*\*740, 847, 861, 929.

Bayazid, ciudad. \*\*384, 385.

Bayona. \*22.

BEAUDOIN, PAUL; ministro francés. \*\*\*\*1162.

BEAVERBROOK, lord. \*\*\*\*1180.

BECK, coronel y ministro polaco. \*\*\*\*993, 994, 1013, 1042, 1043, 1078.

Beck, general alemán. \*\*\*\*1090, 1092, 1112.

Belén. \*234.

Belfort. \*274.

Belgica. \*51 a 57, 99, 113, 116, 121, 122, 151, 214, 259, 285, 293, 299, 310, \*\*357, 400, 436, 457, 528, 530, 557, 560, 598, 618, 620, 627, \*\*651, 654, 682, 693, 700, 709, 710, 733, 736, 749, 777, 783, 803, 832, 849, 850, 924, \*\*\*\*952, 953, 969, 1015, 1041, 1064, 1066, 1067, 1073, 1106, 1125, 1130 a 1132, 1196, 1228, 1229, 1259.

Belgrado, ciudad. \*\*515, 520, 607, 619, 624, \*\*\*677, 873, \*\*\*\*1176, 1177.

Belize. \*197, 199.

Belukistán. \*431.

Bellevue, castillo de. \*\*\*710.

BENCKENDORFF, diplomático ruso. \*\*505.

BENEDICTO XV, pontífice. \*\*\*709.

BENES, EDUARDO. \*\*\*653, 729, 871, 920, 933, \*\*\*\*1034, 1035, 1043, 1046.

Bengala, ciudad. \*\*540, 541, \*\*\*\*1246.

Bengala, golfo de. \*253.

BENNINGSEN. \*285, 299.

Berchtesgaden, ciudad. \*\*\*\*1036, 1038, 1060, 1088, 1090, 1153.

BERCHTOLD, ministro austrohúngaro. \*\*469, 527, 528, 619, 632.

Beresina, río. \*\*678.

Berlín. \*38, 114, 159, 287, 296, 297, \*\*372, 377, 407, 410, 457, 513, 519, 527, 591, 608, 623, \*\*651, 689, 693, 715, 716, 720, 722, 738, 742, 753, 819, 851, 860, 861, 865, 934, \*\*\*\*949, 974, 989, 990, 996, 1039, 1049, 1060, 1061, 1065, 1069 a 1071, 1073, 1074, 1078, 1082, 1084, 1085, 1089, 1112, 1145, 1176, 1185, 1219, 1220, 1226, 1232.

Berlín, Congreso de. \*\*385 a 387, 389, 397.

Bermudas, islas. \*\*360, \*\*\*\*1166.

Berna. \*153, \*\*449, \*\*\*692, 752, \*\*\*\*1219, 1224.

Berna, Conferencias de. \*\* 615, \*\*\*752.

BERNHARDI, general von. \*\*613.

BERT, PAUL. \*\*342.

BERTHELOT, M.; ministro francés. \*\*485.

BERTHELOT, PHILIPPE; diplomático. \*\*\*833, 854, 871.

BERTIER DE SAUVIGNY, F. de. \*43.

BERTIN, EMILIO. \*\*364.

Besarabia. \*137, \*\*385, 388, \*\*\*662, 792, 857, 865, 873, 876, \*\*\*\*1043, 1085, 1086, 1175, 1196, 1216, 1232, 1258.

Bethleem Steel Corporation. \*\*585.

BETHLEN, conde; político húngaro. \*\*\*873.

BETHMANN-HOLLWEG, canciller alemán. \*\*457, 459, 511, 519, 520, 597, 625, \*\*708, 737, 753.

BETTELHEIM, CHARLES. \*\*\*\*1094.

BEUST, ministro austrohúngaro. \*308, 309, 312, 314.

BEVIN, E.; político inglés. \*\*\*\*970.

Beyruth. \*234, \*\*510, 687, \*\*\*\*1158.

BEZOBRAZOF, negociante ruso. \*\*466, 497.

Bhano, ciudad. \*\*403.

Bialystok, ciudad. \*\*\*790.

Biarritz, *entrevista de*. \*289, 295.

BIEGELBEN, diplomático. \*290.

Bilbao. \*\*\*\*1022, 1024.

Birmania. \*224, 252, 253, 321, \*\*403, 431, 541, 542, \*\*\*\*1181, 1190, 1242, 1243, 1245, 1246, 1254.

Birmingham. \*\*454.

"Bismarck", acorazado. \*\*\*\*1171.

BISMARCK, HERBERT VON. \*\*422.

BISMARCK, OTTO VON. \*218, 219, 223, 240, 241, 271, 283, 284, 286 a 290, 294 a 296, 298, 299, 301 a 304, 306, 307, 309, 312 a 314, 317, 320, 323, 324, \*\*337 a 399, 341, 349 a 352, 354, 356, 357, 360, 370 a 378, 386, 387, 396 a 400, 403, 404, 406 a 422, 428, 444, 520, 601, 631, \*\*797, \*\*\*\*1022, 1271.

BISSOLATI, político italiano. \*\*\*663.

Bizerta, ciudad. \*\*\*\*1155, 1156, 1158.

Björkoe, *tratado de*. \*\*503, 504, 518.

BLAINE, JAMES. \*\*362.

BLEICHERDER, banquero. \*\*378, 601.

BLIGNIERES, conde; diplomático francés. \*\*394.

Blqueo naval. \*279, \*\*\*668, 669, 679, 695, 697, 738, 739, 742, 933, \*\*\*\*972, 1120, 1136, 1139, 1162.

BLUM, LEÓN. \*\*\*\*1008, 1022.

BLÜNTSCHLI, KASPAR. \*\*339.

Bodega, bahía de. \*27.

Bóera. \*\*399, 477, 555, 556, \*\*\*760, 809.

Bóers, guerra de los. \*\*477, 481, 555.

Bogotá. \*\*\*913.

Bohemia. \*16, 114, 139, 140, 176, 298, \*\*457, 526, \*\*\*652, 729, 752, 790, \*\*\*\*1053, 1072.

BOISDEFRE, general de. \*\*422, 425, 426.

BOIS-LE-COMTE. \*87, 88.

BOISSONNADE, jurista francés. \*\*366.

BOLÍVAR, SIMÓN. \*69, 79, 80, 323, 324.

Bolivia. \*\*565, 566, 568, \*\*\*688, 910, 914, 915, \*\*\*\*949, 1235, 1237.

Bolonia. \*16, 62.

Bombay, ciudad. \*\*540.

BONAPARTE, JOSÉ. \*22.  
Bonín, islas. \*\*364.  
BONNET, GEORGES; ministro francés. \*\*\*1041, 1047, 1062, 1065.  
Bonnet-Ribbentrop, *Acuerdo*. \*\*\*\*1080.  
BONOMI, político italiano. \*\*\*\*1208.  
BORAH, senador norteamericano. \*\*\*\*1079.  
BORBÓN-PARMA, LUIS DE. \*73.  
Borbones, *dinastía de los*. \*72, 73, 74, 151.  
Bordighera, ciudad. \*\*\*\*1154.  
BORIS, rey de Bulgaria. \*\*\*\*1213, 1214.  
Borneo. \*187, \*\*542, \*\*\*\*1028.  
BORODIN, diplomático ruso. \*\*\*898, 899, 903.  
BORSIG, industrial. \*114.  
BOSE, CHANDRA; nacionalista hindú. \*\*\*1245, 1246.  
Bóforo. \*26, 87, 88, 96, 101, 102, 235, \*\*353, 402, 417, 482, 492, 597, \*\*\*657, 658, 682, 786, 879, \*\*\*\*1068, 1125, 1201.  
Bosnia (y *bosniacos*). \*87, \*\*379, 380 a 382, 384, 385, 387, 411, 512, 513, 517, 519, 521, 526, 615, 623, \*\*\*677.  
Boston. \*72.  
BOULANGER, general. \*\*376 a 378.  
Boulangierismo. \*\*343, 462.  
Boulogne. \*100.  
Boulogne, *conferencia de*. \*\*\*843.  
BOURGET, PAUL. \*\*448.  
Boyardos. \*138.  
Bóyers, *guerra de los*. \*\*479, 480, 496, \*\*\*898.  
Brandeburgo. \*31.  
Brasil. \*69, 70, 74, 80, 323, \*\*562 a 568, 584, 633, \*\*\*905, 910, 911, 917, \*\*\*\*1168, 1235 a 1237, 1264.  
BRASSEY, TOMÁS. \*123.  
BRATIANY, J. \*308, \*\*\*679, 680, 876.  
BRAUCHITSCH, general von. \*\*\*\*1049, 1106.  
BRAY, político bávaro. \*303.  
BRAZZA, SAVORGNAN DE. \*\*557.  
Brazzaville. \*\*\*\*1238.  
Břema o Bremen. \*\*357, 360.  
Brennero, paso de. \*\*675, 776, 791, \*\*\*\*991, 995, 1003, 1137, 1139.  
Breslau. \*\*\*\*1112.  
Brest-Litovsk, ciudad. \*\*\*719, 721 a 724, 730, 737, 774, 790.  
Brest-Litovsk, *tratado de*. \*\*\*719, 721, 725 a 727, 733, 739, 774, 792.  
Bretaña. \*\*\*\*1141.  
BRIAND, ARÍSTIDES. \*\*\*709, 832, 833, 844, 849, 851 a 855, 871, 872, 915, 921 a 923, 933, \*\*\*\*988, 1036.  
Briand-Kellog, *pacto*. \*\*\*853, 920.  
Briey, ciudad. \*\*\*708, 709.  
Brindisi. \*\*\*\*1212.  
BROCKDORFF-RANTZAU, diplomático alemán. \*\*\*861.  
BROGLIE, duque de. \*67.  
BROUËVILLE, conde de; político belga. \*\*530.  
BRÜNING, canciller alemán. \*\*\*855, \*\*\*\*987.  
Brunswick, ciudad. \*\*\*\*1053.  
Brunswick, ducado de. \*63.

Bruselas. \*16, 53, 193, 268, \*\*530, 560, \*\*\*\*1033, 1074.  
Bruselas, *conferencia de*. \*\*\*843.  
BRUSILOV, general. \*\*673, 716.  
BRYAN, W. J., secretario de Estado. \*\*581, 582, \*\*\*667, 668, 699.  
BRYCE, JAMES. \*\*568.  
Bucarest. \*82, 159, 169, \*\*383, 528, \*\*\*722, 739, 792, \*\*\*\*1017, 1035, 1207, 1214, 1226.  
Bucarest, *tratado de*. \*\*516, 528, 531, 594, 596, 607, \*\*\*661.  
Buccari, puerto de. \*170.  
Bucovina. \*137, \*\*388, \*\*\*662, 679, 680, \*\*\*\*1175, 1215, 1216, 1232.  
Buchanan, secretario de Estado. \*195.  
BUCHÉZ. \*13, 117, 124.  
Budapest. \*\*346, 612, \*\*\*653, 680, 728, 733, 871, 873, 929, \*\*\*\*1214 a 1216, 1226.  
Buena Esperanza, cabo de. \*106, 186, \*\*492, \*\*\*\*1022.  
Buenos Aires. \*\*562, 564, \*\*\*688.  
Buenos Aires Central Railway. \*\*566.  
Bufta, ciudad. \*\*722.  
BUGEAUD, mariscal. \*150.  
BUJARIN, comunista ruso. \*\*722 a 724.  
Bulgaria. \*\*353, 379 a 381, 384, 385, 388, 389, 391, 411, 413, 415, 417, 418, 428, 481, 514, 516, 528, 531, 595, 600, 607, 608, 619, \*\*\*661, 662, 664, 673, 677, 678, 680 a 682, 708, 722, 774, 792, 803, 869, 876, \*\*\*\*998, 1035, 1047, 1176, 1200, 1213 a 1215, 1218, 1232.  
Bulgaria (Gran). \*\*384 a 386, 482.  
Búlgaros. \*\*353, 379, 382, 514, 516, 594, \*\*\*752.  
Búlgaros de Macedonia. \*\*379, 481, 594, \*\*\*752, 876.  
BÜLOW, príncipe de. \*\*459, 484, 486 a 488, 493, 494, 502, 513, 520, 533.  
BULWER, sir HENRY; diplomático. \*197, 268.  
BULLITT, WILLIAM; diplom. norteamericano. \*\*\*779, \*\*\*\*1046.  
Bull-Runn, batalla de. \*277.  
Bund. \*173.  
Bundesrat. \*\*446.  
BUOL, canceller. \*240, 241.  
BUPOW, R. T. \*\*\*\*1223.  
Burdeos. \*\*338, \*\*\*\*1143.  
BURGESS, JOHN; profesor americano. \*\*362, 582.  
BURGUIBA, jefe del *Destour* tunecino. \*\*\*\*1253.  
Burschenschaft. \*14, 44, 63.  
BUSCH, diplomático alemán. \*\*412.  
BYRNES, secretario de Estado de EE. UU. \*\*\*\*1259.  
BYRON, lord. \*20.

## C

CABET. \*116.  
Cabinda. \*\*400, 556, 559, 560.

Cabo, El; ciudad. \*\*431, 455, 477, 556, 558, \*\*\*1156.  
Cadiz. \*69, 71, \*\*\*7761.  
CÁDIZ, duque de. \*149.  
Caen, ciudad. \*\*601.  
Caiffa, ciudad. \*\*\*888.  
CALLAUX, JOSEPH. \*\*464, 509, 609.  
Cairo, El; ciudad. \*\*395, 396, 431, 455, 500, 554, 558, \*\*\*760, 886, \*\*\*\*1215, 1216, 1253.  
Caja de la Deuda:  
En Túnez. \*\*392.  
En Egipto. \*\*393.  
En Turquía. \*\*492.  
Calais, paso de. \*\*525, \*\*\*655, 770, 776, \*\*\*\*1131, 1145.  
Calcuta, ciudad. \*\*540.  
CALEB CUSHING, diplomático. \*184.  
California. \*68, 190, 195, 196, 206, 207, 213, 323.  
Calvinismo. \*51.  
Callao, El; ciudad. \*\*566.  
CALLES, presidente de Méjico. \*\*\*907.  
Cámara de los Comunes. \*\*402.  
CAMBON, JULES, diplom. francés. \*\*444, 509, 550, 603, 621, 623, 634.  
CAMBON, PAUL. \*\*463, 498, 499, 509, 526, 560, \*\*\*\*1266.  
Camboya. \*252, 253.  
Cambridge. \*\*\*\*1110.  
Camerón. \*\*400, 509, 556 a 558, \*\*\*799.  
Campania. \*114.  
Canadá. \*190, 193, 275, 279, \*\*567, \*\*\*668, 818, 836, \*\*\*\*1120, 1153, 1163, 1236, 1247.  
Canal de la América Central. \*196, 197, 280.  
Canal interoceánico. \*\*480, 481, 495 a 497, 584.  
CANARIAS, islas. \*\*504, \*\*\*\*1022, 1153.  
CANARIS, almirante alemán. \*\*\*\*1153.  
Cannes, *conferencia de*. \*\*835, 847, 848, 851.  
CANNING, estadista inglés. \*34, 49, 74, 77, 78, 84 a 86, 323.  
Canton. \*179 a 181, 183 a 185, \*\*403, \*\*\*711, 823, 898, 899, \*\*\*\*1030.  
CANTÚ, CÉSAR. \*128.  
Capitales, *inversión de*. \*\*336, 358, 365, 366, 391 a 395, 437, 438, 440 a 442, 456, 460, 461, 465, 477, 500, 501, 542, 546, 556, 563, 564, 573, 581, 582, 585, 586, 604 a 609, \*\*\*665, 666, 688, 697, 743, 749, 750, 849, 871, 885, 890, 903, 906, 907, 912, 924, 925, 928, \*\*\*\*947 a 955, 1025, 1120, 1185, 1234 a 1237, 1257, 1258, 1267, 1269.  
Capitales, *movimiento internacional de los*. \*\*565, 631, \*\*\*\*1267, 1269.  
Capitulaciones, *régimen de*. \*\*392, \*\*\*880.  
Caporetto, batalla de. \*\*\*731.  
CAPRIVI, canceller alemán. \*\*421, 422, 459.  
Caracas. \*\*688.  
Carbonarios. \*44, 61, 62.  
Carelia. \*\*\*857.  
Caribes, islas. \*\*481, 579.

Carintia. \*17, 114, \*\*468, 615.  
CARLOS, don (pretendiente español). \*91.  
CARLOS ALBERTO, rey de Piamonte-Cerdeña. \*62, 63, 131, 159 a 161, 163, 164, 166, 167, 170.  
CARLOS I, emperador de Austria y rey de Hungría. \*\*\*707, 708, 715, 728 a 733.  
CARLOS X. \*20, 35, 88.  
CARLOTA, emperatriz de Méjico. \*282.  
Carlsbad. \*\*\*\*1034.  
Carlsbad, *conferencia de*. \*46, 64.  
Carnegie, *Dotación*. \*\*594.  
Carnegie, *Fundación*. \*\*642, \*\*\*921.  
CARNOT, SADI. \*\*461.  
CAROL DE RUMANIA. \*\*388, 528, 662, 679, \*\*\*\*1035, 1213.  
Carolina del Norte. \*228, \*\*578.  
Carolina del Sur. \*228, 230.  
Carolinas, islas. \*\*432.  
Cárpatos, montes. \*\*\*680, 783.  
CARRANZA, político mejicano. \*\*\*688, 689, 907.  
Curso, comarca. \*\*673.  
Carta del Atlántico. \*\*\*\*1180, 1196, 1258.  
Carta de las Naciones Unidas. \*\*\*\*1196.  
Cartismo. \*115, 147.  
Casablanca, ciudad. \*\*555, \*\*\*\*1156, 1198.  
Casablanca, *reunión de*. \*\*\*\*1198, 1218.  
CASEMENT, sir ROGER. \*\*591.  
Casibila, ciudad. \*\*\*\*1211.  
Caspio, mar. \*10, 106, \*\*\*889, 890, \*\*\*\*1247.  
Castelfidardo, batalla de. \*263.  
CASTELLAN, GEORGES. \*\*\*\*1055.  
CASTELLANO, general italiano. \*\*\*\*1211.  
Castellorizo, isla. \*\*596.  
CASTILLO, DOMINGO; escritor. \*\*584.  
CASTLEREAGH, estadista inglés. \*9, 33, 37 a 39, 44, 48, 49, 70, 74.  
Cataluña. \*\*\*\*1021.  
"Catholic World". \*\*\*\*1195.  
Catholicismo. \*51, 52, 57, 58, 116, 119, 130, 152, 153, \*\*371, 451, 526, 537, 546, 548, 551, 590, 656, 885, \*\*\*\*956, 1112, 1136, 1195.  
"Catorce Punids" del presidente Wilson. \*\*\*713, 731, 734, 742, 743, 748, 752, 760, 765, 769, 775, 776, 786, 788, 792, 797.  
CATTANEO, CARLOS. \*125.  
Cáucaso. \*106, 243, \*\*402, 686, \*\*\*720, 863, 889.  
CAVAIGNAC, general. \*166.  
Cavalla. \*93, \*\*\*792.  
CAVOUR, C. \*118, 217 a 219, 223, 239, 241, 242, 257, 258, 260 a 261, 317, 323, 324.  
CECIL, lord ROBERT. \*\*454, \*\*\*793.  
CECILLE, almirante. \*184.  
Ceilán, isla. \*\*\*\*1238.  
Célebes, islas. \*\*542.  
Cerdeña. \*255, 262, \*\*\*\*1208.  
CIANO, conde. \*\*\*\*1024, 1038 a 1040, 1053, 1056, 1060, 1080, 1096, 1105, 1134, 1136 a 1138, 1207, 1209, 1247.  
Cilicia. \*\*\*785, 879.  
Cipayos, *sublevación de los*. \*260.

Cirenaica. \*\*415, 510, 527, 553, \*\*\*760, 884, 888, \*\*\*\*1171.  
 CLARENDON, lord. \*92, 236, 238, 294, 309.  
 CLAUZEL, general. \*89.  
 CLAYTON, secretario de Estado. \*197, 199.  
 Clayton-Bulwer, tratado. \*200, \*\*481, 497.  
 CLEMENCEAU, GEORGES. \*\*568, \*\*\*724, 726, 732, 742, 773, 776 a 778, 784, 785, 799, 801, 803, 806, 810, 834, 844.  
 CLEVELAND, presidente de los EE. UU. \*\*480.  
 Clyde, río. \*114.  
 CODDEN, RICARDO. \*113, 121, 122, 125, 148, 165, 237, \*\*\*337.  
 Coburgo, familia. \*149, \*\*\*677.  
 COCKERILL, JUAN; negociante. \*53.  
 Cochinchina. \*253, 254, \*\*\*360, 541.  
 Co-Hong, sociedad. \*180, 181, 185.  
 COLBERT. \*267.  
 Colombia. \*69, 79, 80, 197, \*\*494, 565, 566, \*\*\*688, 907, 910, 913, \*\*\*\*949.  
 Colonia, ciudad. \*285.  
 Colonialismo. \*\*359, 375, 555 a 557, 559, \*\*\*756, 757, \*\*\*\*1239, 1240, 1265.  
 Colonias, en general. 358, 375, \*\*\*\*1265.  
 Columbia Británica. \*196.  
 Comité de ayuda a los aliados. \*\*\*\*1169.  
 Comité de independencia en Java. \*\*\*\*1244.  
 Comité de liberación de Albania. \*\*\*\*1214.  
 Comité Francés de Liberación Nacional. \*\*\*\*1194, 1238, 1242.  
 Comité Polaco de Liberación. \*\*\*\*1194, 1196, 1198 a 1202.  
 Comités italianos de liberación. \*\*\*\*1230.  
 Compañía de Indias (inglesa). \*181.  
 Compañía de la Bahía de Hudson. \*195.  
 Compañía del J. c. sudmanchuriano. \*\*574.  
 Compromiso austrohúngaro de 1867. \*308.  
 Comunismo. \*\*\*929, 960, \*\*\*\*1008, 1010, 1011, 1021, 1023, 1025, 1030, 1060, 1085, 1111, 1201 a 1203, 1207, 1213, 1214, 1230, 1234, 1239, 1243, 1244, 1263, 1269 (v. también *Internacional Comunista*).  
 Condominio franco-egipcio. \*\*394, 395, 397.  
 Confederación germánica. \*14, 26, 29, 61, 64, 65, 100, 135, 137, 147, 156, 158, 162, 173, 175, 176.  
 Conferencia:  
 de Berlín. \*\*400.  
 de Cannes. \*\*\*835, 847, 848.  
 de Edimburgo. \*\*451.  
 de embajadores. 1876. \*\*382, 386.  
 1882. \*\*395.  
 1920. \*\*\*859.  
 de Gachincov. \*\*\*873.  
 de Génova. \*\*\*860 a 862.  
 de Latsana. \*\*\*880, 881.  
 de Laybach. \*46, 47, 49.  
 de La Habana (1928). \*\*\*917.  
 de La Paz (1919). \*\*\*788, 790, 791, 797, 799, 802, 807 a 809, 834, 861, 893.  
 de Panamá. \*80, 196.  
 de París. \*242.  
 de Portorosa. \*\*\*873.

de la Santa Alianza (v. *Santa Alianza*).  
 de Santiago (1923). \*\*\*916.  
 de Troppau. \*46, 47, 49.  
 de Verona. \*48, 73, 74.  
 de Viena. \*3, 9, 14, 26, 29, 51, 82, 147.  
 de Washington (1921-22). \*\*\*895, 897 (v. también los nombres de las ciudades).  
 Conferencias Panamericanas. \*\*\*914, 915, 916.  
 Congo belga. \*\*357, 400, 404, 478, 509, 511, 556 a 560.  
 Congo francés. \*\*509, \*\*\*799.  
 Congo, región del. \*\*400, 401, 556, \*\*\*799.  
 Congo, río. \*\*560.  
 CONNEAU, doctor. \*259.  
 Consejo Nacional Polaco de Liberación. \*\*\*\*1200 a 1202.  
 CONSIDÉRANT, VÍCTOR. \*125.  
 Constantina. \*90.  
 CONSTANTINO, rey de Grecia. \*\*482, 531, \*\*\*678, 679, 880.  
 Constantinopla. \*29, 82, 87, 96, 235, 237, 267, 293, \*\*379, 381 a 383, 386, 391, 395, 482, 515, 550, 597, 616, 625, \*\*\*678, 682, 785, 786, 880, \*\*\*\*1214.  
 Constitución de Weimar. \*\*\*819.  
 Convención:  
 Americana-japonesa de 1908. \*\*587.  
 Anglo-alemana de 1913. \*\*560.  
 Anglo-italiana de 1887. \*\*415, 418, 423.  
 Anglo-rusa de 1885. \*\*403.  
 Austro-rusa de 1877. \*\*382.  
 Anglo-rusa de 1907. \*\*491, 499, 505.  
 Anglo-turca de 1878. \*\*386.  
 Chino-japonesa de 1885. \*\*365.  
 Franco-alemana de 1872. \*\*370, 371.  
 Franco-alemana de 1911. \*\*509.  
 Franco-inglesa de 1896. \*\*404, \*\*\*803.  
 Franco-inglesa de 1904. \*\*493, 498, 499, 501.  
 Franco-italiana de 1902. \*\*498, 499, 501, 527.  
 Franco-rusa de 1892. \*\*425, 426, 626.  
 Germano-rusa de 1887. \*\*416, 521, 524.  
 de Londres (1841). \*101, \*\*353, 402, 506.  
 Mediterránea de 1907. \*\*504 (v. también *Alianzas, Pactos, Acuerdos y Tratados*).  
 de "Setiembre" (1864). \*266.  
 de Tejas (1845). \*194.  
 Convenio comercial:  
 Convenio Alemania-Rumania, 1935 y 1938. \*\*\*998, 1072.  
 Convenio Alemania-Rusia, 1940. \*\*\*\*1130.  
 Convenio Alemania-Yugoslavia, 1934. \*\*\*\*998.  
 Convenio Gran Bretaña-Noruega, 1940. \*\*\*\*1127.  
 Convenio de Roma, 1934. \*\*\*\*995.  
 COOPER, DUFF; político inglés. \*\*\*970.  
 Copenhague, ciudad. \*\*424, 425, \*\*\*657, 661.  
 Copenhague, Congreso de. \*\*450.

Coptos. \*\*\*759, 823.  
 Coral, mar del. \*\*\*\*1190.  
 Córcega, isla de. \*\*414, \*\*\*\*1062.  
 Córdoba (de la Argentina). \*70.  
 Corea. \*\*364, 365, 402, 476, 479, 496 a 498, 539, 571, 574, 577, \*\*\*\*1122, 1201, 1223, 1260.  
 Corfú. \*264, \*\*595, \*\*\*681, 874, 876.  
 Corn Laws. \*121.  
 CORRADINI, ENRICO. \*\*468.  
 "Corredor polaco". \*\*\*\*1082, 1089, 1090, 1217.  
 Costa de Oro. \*\*556.  
 Costa Rica (rep. de). \*199, \*\*\*905.  
 COUDENHOVE-KALERGI, conde; escritor austriaco. \*\*921.  
 COURCEL, barón de; diplom. francés. \*\*374, 375, 398, 399.  
 COWDRAY, lord; negociante inglés. \*\*586.  
 Cracovia. \*12, 141, 142.  
 CRAIG, JAMES; político irlandés. \*\*591.  
 Creditanstalt, banco. \*\*\*\*949.  
 Crefeld. \*16.  
 Creta. \*93, 101, 212, 235, \*\*481, 482, 514.  
 Cressot, Le. *Sdad. metalúrgica*. \*\*606, 607, \*\*\*845, 871.  
 CRÉVY, Presidente francés. \*\*378.  
 Crimea. \*212, 222, 238, 241, 316, \*\*\*\*1201.  
 CRIPPS, sir STAFFORD. \*\*\*1058, 1245.  
 Crisis económica 1929-1933. \*\*\*\*947 a 955, 960, 963, 966, 967, 971, 982, 987, 1028, 1109, 1114.  
 CRISPI, F., político italiano. \*\*357, 359, 361, 417, 501, 619.  
 Cristianismo. \*128, 236, \*\*379, 381, 382, 625, 635, \*\*\*\*1268.  
 Croacia, y croatas. \*119, 142, 160, \*\*469, 512, 526, 615, \*\*\*729, 730, 752, 774, 792, 801, 875, \*\*\*\*1213.  
 CROCE, BENEDETTI. \*\*447.  
 CROMER, lord. \*\*554.  
 Cronstadt. \*97, \*\*423.  
 Cuádruple Alianza. \*43, 44.  
 Cuáqueros. \*124.  
 Cuba. \*78, 79, 200, \*\*480, 494, \*\*\*906, 913.  
 CUNO, político alemán. \*\*\*825.  
 Curlandia. \*\*\*709, 710, 720, 721.  
 Curzon, línea. \*\*\*790, 857, 858, \*\*\*\*1196, 1199, 1200.  
 CURZON, lord; ministro inglés. \*\*\*790, 835, 880, 890, 891.  
 CUSTINE, marqués de. \*19.  
 Custozza, batalla de. \*159.  
 CZARTORYSKI, príncipe. \*21, 61.  
 CZERNIN, conde; diplom. austrohúngaro. \*\*528, \*\*\*709, 710, 715, 721, 728.

## CH

Chaco, territorio del. \*\*\*915.  
 Chad, lago. \*\*477.  
 CHABOD, FEDERICO. \*205, \*\*346.  
 CHAPARIK. \*139, 141.

Chahar, provincia china. \*\*\*\*1030, 1032.  
 CHAMBERLAIN, AUSTEN; ministro inglés. \*\*\*835, 836, 852, 920, 962, \*\*\*\*1057.  
 CHAMBERLAIN, HOUSTON. \*\*\*\*959.  
 CHAMBERLAIN, JOSEPH. \*\*402, 454, 455, 484, 487, 499, 500, 603, 632, \*\*\*\*1057.  
 CHAMBERLAIN, NEVILLE; ministro inglés. \*\*\*967, 969, 1027, 1038, 1039, 1044, 1045, 1047, 1057, 1062 a 1065, 1070, 1073, 1074, 1083, 1084, 1110.  
 Chamouit, tratado de. \*38.  
 Champagne. \*\*\*672, 715, 726, 736.  
 Chanak. \*\*\*880.  
 Changtung (v. *Shantung*).  
 CHANG-TUN-SUN, filósofo chino. \*\*\*762.  
 CHANG-TU-SIN, comunista chino. \*\*\*824.  
 Chán-Si, provincia del. \*\*585.  
 Chantilly, conferencia de. \*\*693.  
 CHAPDELAIN, Revdo. padre. \*249.  
 Charleroi. \*16.  
 CHARLES-ROUX, embajador de Francia. \*\*\*\*1162.  
 CHASSELOUP-LAUBAT. \*253.  
 Chataldja, ciudad. \*\*383.  
 CHATEAUBRIAND. \*35, 73.  
 Chatt-el-Arab, río. \*\*550.  
 Chaumont, tratado de. \*38.  
 CHAUMONT, CAMILLE; ministro francés. \*\*\*\*1036, 1141, 1142, 1147.  
 Chauvinismo. \*\*614, 619, \*\*\*\*1082.  
 Checos. \*139, 140, 142, 159, 176, \*\*338, 526, \*\*\*652, 653, 659, 693, 726, 727, 733, 752, 774, 790, 859, 869, \*\*\*\*995, 1035, 1042, 1047, 1072.  
 Checoslovaquia. \*\*\*733, 774, 790, 794, 798, 799, 820, 826, 832, 844, 851, 859, 869, 870, 873, 920, 928, \*\*\*\*945, 952, 998, 1017, 1034, 1035, 1040 a 1047, 1049, 1064, 1066, 1067, 1072 a 1074, 1095, 1111, 1232.  
 Cheljabinsk, ciudad. \*\*\*726.  
 CHELMSFORD, lord; virrey de la India. \*\*\*758.  
 CHEREMISSOV, general. \*\*\*718.  
 CHEVALIER, MIGUEL; economista. 113, 215, 267, 320.  
 CHIANG-KAI-CHEK, estadista chino. \*\*\*898, 899, 901, 903, 932, \*\*\*\*1030 a 1033, 1121, 1181.  
 Chicago. \*\*\*\*1069.  
 CHICHERIN, estadista ruso. \*\*\*861.  
 Chile. \*69, 80, \*\*564 a 568, \*\*\*688, 910, 913, 914, 916, \*\*\*\*1235, 1236.  
 China. \*4, 105, 113, 122, 179, 180 a 186, 207, 224 a 226, 231, 244, 245, 247, 249, 250 a 254, 280, 321, 323, \*\*363, 365, 401, 403, 432, 448, 454, 476 a 480, 496, 510, 540, 541, 544, 545, 573 a 575, 577, 585, 587, 629, 633, 636, \*\*\*669, 682, 683, 685, 710 a 712, 749, 755, 762 a 765, 783, 784, 813, 818, 822 a 824, 830, 838, 839, 893 a 903, 931, 932, \*\*\*\*964, 965, 973, 977 a 980, 998, 1020, 1027, 1029, 1030, 1031, 1033, 1061, 1081, 1118, 1121 a 1123, 1169, 1180 a 1185, 1188, 1203, 1222, 1225, 1238, 1241 a 1243.

China Association. \*179.  
 Chinos en Sudáfrica. \*\*\*759.  
 Chfos, isla. \*\*596.  
 Chipre, isla de. \*\*386, 397, \*\*\*878, 888, \*\*\*\*1159.  
 Chittagong. \*253.  
 CHURCHILL, WINSTON. \*\*586, 590, 621, \*\*\*\*962, 970, 1025, 1039, 1078, 1097, 1110, 1143, 1146, 1149, 1180, 1188, 1194, 1195 a 1200, 1202, 1204, 1207, 1218, 1232, 1258.  
 Church Missionary Society. \*\*551, 559.  
 Chu-San, islas de. \*251.

## D

DAHLERUS, industrial sueco. \*\*\*\*1089, 1091.  
 DAHLMANN, escritor alemán. \*134.  
 "Daily Mail". \*\*\*\*1039.  
 "Daily Telegraph". \*\*\*\*1014.  
 "Daily Worker". \*\*\*\*1014.  
 Daimios. \*226, 227, 248.  
 Dakar, ciudad. \*\*558, \*\*\*\*1155, 1157, 1158, 1253.  
 DALADIER, EDOUARD. \*\*\*\*1047, 1062.  
 Dalmacia y dálmatas. \*316, \*\*380, 381, 469, 526, \*\*\*653, 675, 677, 769, 791, 801, 874, 875.  
 Dalny, ciudad. \*\*574.  
 DALWIGK, político alemán. \*303.  
 Damasco. \*95, 234, 270, \*\*\*\*804, 885, \*\*\*\*1250.  
 DANEFF, político búlgaro. \*\*607, 677.  
 Daneses del Slesvig. \*\*652.  
 DANILEVSKY, escritor ruso. \*\*353, 466.  
 Dantzig, ciudad. \*\*\*782, 783, 928, \*\*\*\*989, 1043, 1061, 1081 a 1083, 1088 a 1090.  
 Danubio, río. \*88, 167, 170, 239, 285, \*\*383, 384, \*\*\*658, 783, \*\*\*\*1258.  
 Dantianelos. \*26, 29, 87, 88, 96, 101, 102, 234, 235, 238, \*\*353, 402, 510, 596, \*\*\*657, 658, 672, 673, 678, 682, 786, 879, 880, \*\*\*\*1068, 1125, 1201.  
 DARLAN, almirante y político francés. \*\*\*\*1155, 1158, 1162, 1164.  
 Darmstadt, ciudad. \*213, 303, \*\*843.  
 "Darmstadter Bank". \*213, \*\*\*\*949.  
 DARU, ministro francés. \*305.  
 DAUTRY, RAOUL; político francés. \*\*\*\*1144.  
 DAVIS, JEFFERSON, presidente de los Estados confederados. \*277, 278.  
 Dawes, plan. \*\*849, 850, 853, 928.  
 DEAK, FRANZ. \*114.  
 DE BONO, general italiano. \*\*\*\*984.  
 DECAZES, duque de. \*47, 73, \*\*372, 373, 395.  
 Declaración franco-alemana (1938). \*\*\*\*1065, 1080.  
 Dekán. \*\*540.  
 DELCASSÉ, TH. \*\*463, 464, 489, 493, 494, 499, 501 a 504, 506, 618, 632.  
 Delhi, ciudad. \*\*540.  
 DEMBINSKI, general. \*169.

Demografía. \*\*442, 456, 579, \*\*\*633, 768, 818, \*\*\*\*963, 1054, 1115, 1263, 1264, 1269, 1272.  
 DENIKIN, general. \*\*\*779, 782, 889.  
 DERBY, lord. \*277, 297, \*\*372.  
 DÉROULÉDE, PAUL. \*\*343, 361.  
 DERVIEU, banquero. \*\*395.  
 Desarme, conferencia del. \*\*\*\*989.  
 Desarme de Alemania. \*\*\*869, 928.  
 Desmilitarización de Renania. \*\*\*\*957, 1011, 1012.  
 DESSOLLES, general y político francés. \*73.  
 "Destur", partido político. \*\*\*760, 884, \*\*\*\*1253.  
 Deudas interaliadas. \*\*924 a 926, 933.  
 DEWEY, almirante. \*\*496.  
 DEWEY, JOHN; filósofo americano. \*\*762.  
 Diarbekir, ciudad. \*\*547.  
 "Diario de Moscú". \*\*\*\*1048.  
 DIAZ, PORFIRIO; presidente de Méjico. \*\*586.  
 DIEBITSCH, general. \*59.  
 DIMITRIEVICH, coronel. \*\*619.  
 Dinamarca y daneses. \*137, 162, 165, 173, 283, 287, 291, 292, \*\*341, 424, 445, 529, \*\*\*657, 661, 818, \*\*\*\*1166.  
 Diplomacia del dólar. \*\*470, 472, 494, 581, 582, 584, 585, \*\*\*689, 912, 913, 917, \*\*\*\*1269.  
 DISRAELI. \*165, 201, 220, 277, 297, 320, \*\*354, 357, 372, 381 a 385, 393, 398, 631.  
 Djibuti, ciudad. \*\*492, \*\*\*\*985, 1001, 1062, 1138, 1254.  
 Djubaland, ciudad. \*\*\*\*983.  
 DMOVSKI, político polaco. \*\*445.  
 Dnieper, río. \*\*\*\*1118.  
 Dniester, río. \*\*\*792.  
 DOBROVSKY, escritor checo. \*139.  
 Dobrudja. \*\*384, 385, \*\*662, 722, \*\*\*\*1035, 1176.  
 Doctrina de Monroe (v. MONROE).  
 "Doctrina de Monroe" (asiática). \*\*\*\*1031.  
 Dodecaneso, islas del. \*\*527, 550, 596, \*\*\*675, 801, \*\*\*\*1134.  
 Dogger Bank. \*\*503.  
 DOLLFUSS, canceller austriaco. \*\*\*\*986, 990, 995, 1036.  
 Dominicana, República. \*\*494, \*\*906, 912.  
 Donetsk, región del. \*\*344, 436, 465, \*\*\*\*1178, 1233.  
 DORTEN, doctor. \*\*\*847.  
 Dos Sicilias, reino de las. \*46, 47, 61, 62, 113, 127, 154, 204, 242, 255, 256, 263.  
 DOUDARD DE LAGRÉE, oficial francés. \*254, 321.  
 DOUMERGUE, GASTON. \*\*609, 618, 622, \*\*\*\*996.  
 Dover, puerto. \*\*\*968.  
 "Dragón Negro", sociedad. \*\*\*669.  
 "Drang nach Osten". \*\*353, 469.  
 Drave, río. \*\*\*790.  
 Dresde, conferencia de. \*175.  
 DREYFUS, capitán. \*\*460, 478, 486.

DROUYN DE LHUYS, ministro francés. \*173, 242, 297, 298.  
 DROYSEN, G.; escritor alemán. \*134.  
 Drummond-Wolf (Convención). \*\*397.  
 Drusus. \*269, \*\*885.  
 Dublín, ciudad. \*\*590.  
 DUBOIS, LOUIS; político francés. \*\*\*800.  
 DUBOIS DE JANCIGNY, diplomático. \*184.  
 Ducados daneses. \*165, 168 (v. también Slesvig y Holstein).  
 DUFOUR, general. \*153.  
 DUHET, general. \*\*\*\*1054.  
 DUKHONIN, general. \*\*\*719.  
 Dumeirah, islote de. \*\*\*\*1001.  
 Dumont Coffee Company. \*\*567.  
 Dunkerque, ciudad. \*\*\*\*1141.  
 DUPETIT-THONARS, almirante. \*187.  
 Durazzo, ciudad. \*\*595, 596.  
 DURNOVO, consejero de Estado ruso. \*\*617.  
 DUROSELLE., J. B. \*\*\*\*937.

## E

EBERT, presidente del Reich. \*\*\*861.  
 Ecuador. \*\*910, 914.  
 Echo de Paris, L'. \*\*\*\*1015.  
 EDEN, ANTHONY; político inglés. \*\*\*970, 1003, 1014, 1027, 1038, 1039, 1063, 1064, 1078, 1250.  
 "Edes", grupo griego de resistencia. \*\*\*\*1214.  
 Edimburgo, conferencia de. \*\*451.  
 EDUARDO VIII de Inglaterra. \*\*\*\*1057.  
 Egeo, mar. \*\*384, 385, 391, 415, 510, 516, 527, 550, 595 a 597, \*\*\*662, 675, 678, 786, 804, 878, 880, 891, \*\*\*\*1116.  
 Egipto. \*93 a 95, 97 a 99, 193, 215, 235, 267, 268, 273, 324, \*\*374, 383, 391 a 397, 415, 432, 455, 477, 478, 483, 493, 498, 502, 597, 629, \*\*\*665, 686, 687, 759, 765, 786, 809, 823, 878, 880, 881, 884, 886, 888, 891, 932, \*\*\*\*985, 1067, 1152, 1156, 1251, 1252, 1264.  
 Eifel, macizo del. \*16.  
 EISENHOWER, general. \*\*\*\*1210.  
 Eje Berlin-Roma. \*\*\*\*1017, 1027, 1031, 1036, 1059, 1060, 1069, 1076, 1081, 1153, 1154, 1180, 1194, 1206, 1249.  
 "Ekka", grupo griego de resistencia. \*\*\*\*1214.  
 El Azhar, Universidad. \*\*886.  
 Elba, río. \*\*\*\*1232.  
 ELGIN, lord; diplomático. \*250.  
 El Havre. \*115, 186.  
 ELLIOTT, CARLOS; diplomático. \*193.  
 Ems. \*302.  
 ENFANTIN. \*113, 267.  
 Enfida, territorio del. \*\*398.  
 ENGELS, F. \*320.  
 ENRIQUE DE PRUSIA, príncipe. \*\*525.  
 Entente (Aliados). \*\*641, \*\*651, 654, 657, 662, 663, 670, 673, 675, 677, 679 a 681, 683, 684, 686, 687, 692, 693, 697 a 699, 701, 704 a 707, 712, 726, 728, 730, 752, 827.

"Entente cordiale" franco-inglesa. \*67, 68, 98, 148 a 151, 194, 203, 238, \*\*499, 502 a 504, 506, 509, 513, 519, 521, 525, 560.  
 "Entente" de los tres Emperadores. \*\*350, 406, 411, 416.  
 ENVER-PACHÁ. \*\*673, 674.  
 Enzeli, ciudad. \*\*\*889, \*\*\*\*1247.  
 EOTVOS, escritor húngaro. \*141.  
 Epiro del Norte. \*\*595.  
 Erfurt. \*172.  
 Eritrea. \*\*400, 558, 675, \*\*\*\*983, 984, 1007.  
 Ersatz Reserve. \*\*340.  
 ERZBERGER, diputado alemán. \*\*709.  
 Escalda, río. \*53, 55, \*\*347.  
 Escandinavia. \*\*528, \*\*\*664, \*\*\*\*949, 1125, 1128, 1129.  
 Esclavitud, en los Estados Unidos. \*75, 189, 191, 193, 194, 196, 200, 229, 230.  
 Escocia. \*\*500.  
 Eslavos, eslavismo. \*\*340, 381, 386, \*\*\*650, 662, 675, 769, 791.  
 Eslovacos. \*\*\*652, 692, 729, 869, \*\*\*\*1072.  
 Eslovacos de Hungría. \*\*\*652, 869.  
 Eslovaquia. \*\*\*\*1214.  
 Eslovenia. \*\*526, \*\*\*\*1213.  
 Estovenos. \*142, \*\*469, 512, 526, 615, \*\*\*652, 730, 752, 774, 792, 801.  
 Esmirna, ciudad. \*\*546, \*\*\*785, 875, 879.  
 "Espacio vital". \*\*469, \*\*\*\*1082, 1088, 1094, 1106.  
 España, \*3, 9, 22, 28, 37, 41, 44 a 46, 48, 69 a 76, 78, 79, 91, 92, 96, 149, 200, 213, 280, 281, 301, 302, 306, 311, \*\*415, 443, 479, 480, 481, 483, 493, 494, 504, 528, 530, 531, 598, 605, \*\*\*653, 664, 820, 878, 886, 887, \*\*\*\*1020, 1021, 1023 a 1027, 1034, 1038, 1089, 1113, 1142, 1145, 1146, 1151 a 1156, 1163, 1177, 1207, 1218, 1261, 1262.  
 ESPARTERO, general. \*92.  
 ESSAD-BEY, político albanés. \*\*596.  
 Essen. \*114.  
 Estados Mayores, conversaciones entre los. \*\*\*\*1003, 1010, 1070, 1084, 1086, 1104, 1105, 1168, 1187.  
 Estados Unidos. \*3, 4, 28, 70, 72, 74 a 81, 105, 106, 111, 113 a 115, 122, 124., 154, 179, 180, 184 a 187, 189 a 191, 193, 195 a 197, 199 a 203, 206, 207, 214, 215, 224, 228, 231, 244, 246, 249, 253, 254, 273 a 275, 279 a 281, 320 a 323, \*\*327, 336, 362 a 364, 366, 367, 432, 436 a 439, 442, 444, 448, 469 a 473, 477, 479 a 481, 491, 494, 496 a 498, 553, 559, 568, 570, 573, 575 a 587, 589, 603, 605, 629, 633, 634, 641, \*\*655, 657, 665 a 670, 672, 684 a 686, 688, 689, 692, 693, 695 a 707, 709 a 712, 719, 723 a 727, 732, 734 a 736, 742, 747 a 750, 753, 756, 762, 770 a 773, 775, 776, 778, 782, 784, 785, 791, 800, 802, 804, 806 a 809, 813, 815 a 818, 830, 832, 835 a 837, 839, 844, 849, 850, 853, 863, 886, 893 a 897, 900, 901, 903, 905 a 907, 910 a 917, 920 a 926, 931 a

934, \*\*\*\*947, 948, 950, 951, 953, 956, 963, 964, 970 a 974, 982, 983, 987, 1007, 1031 a 1033, 1042, 1046, 1054, 1058, 1061, 1065, 1069, 1070, 1076, 1079, 1080, 1097, 1101, 1106, 1108, 1110, 1115, 1118 a 1123, 1137, 1142 a 1144, 1151, 1153, 1154, 1160, 1165, 1166, 1168 a 1171, 1174, 1177, 1179 a 1186, 1188 a 1190, 1194 a 1204, 1208, 1210, 1211, 1213 a 1216, 1218, 1222, 1224, 1225, 1232, 1234 a 1237, 1239, 1240, 1245, 1247 a 1249, 1251, 1254, 1257 a 1260, 1262 a 1264, 1269.

*Estados Unidos de Europa*. \*124, 125, 204, 222, \*\*339, \*\*\*753, 754.

Estambul (v. *Constantinopla*).

ESTERHAZY, conde; político húngaro. \*\*\*730.

Estiria. \*17, 114, \*\*652.

Estocolmo. \*\*\*710, 717, \*\*\*\*1125, 1129, 1198, 1217, 1218.

*Estokaviano, idioma*. \*140.

Estonia. \*\*\*721, 726, 727, 774, \*\*\*\*952, 1086, 1175.

Estrasburgo. \*100, \*\*\*\*1015.

Estrechos otomanos. \*234, 235, 237, 240, 242, \*\*353, 381, 383, 415, 432, 484, 514, 515, 597, 616, \*\*\*660, 673, 785, 878, 880, \*\*\*\*1068, 1176, 1201, 1217 (v. *Bósforo y Dardanelos*).

ETIENNE, EUGENE, político francés. \*\*359, 461, 463, 493.

Etiopía. \*\*361, 401, 431, 476, 491, 492, 501, 553, \*\*\*\*977, 983, a 985, 998, 1001, 1005 a 1007, 1009, 1012, 1017, 1018, 1020, 1026, 1038, 1054, 1067, 1068, 1081, 1208, 1228, 1230.

Eu, entrevista de. \*149.

Eufrates, río. \*\*385.

EUGENIA, emperatriz. \*259, 280, 289, 292, 293.

Eupen-Malmedy, territorio. \*\*\*851.

Europa (en general). \*3, 4, 22, 23, 26, 37, 46, 48, 49, 51, 59, 60, 69, 72, 78, 82, 99, 102, 104, 105, 107, 112, 120, 122 a 125, 143, 151 a 153, 155, 156, 163, 172, 179, 212, 222, 246, 259, 261, 273, 292, 293, 301, 320, 324, \*\*327, 335, 336, 339, 357, 366 a 368, 382 a 384, 386, 391, 414, 437, 442, 458, 460, 462, 494, 507, 517, 533, 537, 538, 544, 563, 567, 570, 573, 580, 589, 602, 605, 629, 630, 641, \*\*\*672, 683, 690, 699, 705, 710, 748, 749, 754, 766, 773, 774, 787, 800, 813, 814, 817, 857, 905, 926, 930, 931, \*\*\*947 a 949, 1002, 1003, 1011, 1052, 1121, 1224, 1228, 1229, 1231, 1234, 1250, 1257, 1262.

Europa Central. \*214, 243, 283, 316, 317, 324, \*\*336, \*\*\*658, 659, 692, 751, 790, 928, \*\*\*\*948, 986, 987, 995, 998, 1003, 1004, 1020, 1033, 1035, 1039, 1059, 1061, 1064, 1071, 1199, 1204, 1215, 1228, 1258, 1259, 1266.

Europa danubiana. \*\*353, \*\*\*768, 813, 869 a 871, 873, 876, 877, \*\*\*\*952, 958,

960, 961, 963, 969, 994, 996, 998, 1001, 1002, 1004, 1018, 1035, 1048, 1096, 1199, 1213, 1214.

Europa Oriental. \*\*\*709, 774, 922, \*\*\*\*1071, 1087, 1119.

Europa, organización de (v. *Estados Unidos de Europa*).

Extremo Oriente. \*105, 106, 115, 122, 179, 180, 184, 206, 207, 224, 228, 231, 244, 254, 255, 267, 316, 320, 323, \*\*366, 455, 465, 466, 476, 478, 482, 488, 489, 497, 498, 502, 504, 510, 576, 582, 585 a 587, 605, 634, \*\*\*667, 669, 670, 672, 682, 683, 685, 686, 703, 710 a 712, 747, 763, 784, 786, 815, 837, 893 a 895, 897, 899, 931, 945, \*\*\*\*947, 965, 977, 981, 1028, 1031, 1033, 1069, 1087, 1169, 1181, 1183, 1184, 1186, 1201, 1203, 1222, 1241, 1260, 1261, 1262 (v. también *China y Japón*).

EYCK, ERICH. \*\*341.

## F

FABRY, JEAN; político francés. \*\*\*\*1010.

FACTA, político italiano. \*\*\*827.

FALK, senador norteamericano. \*\*\*689.

FALKENHAYN, general. \*\*\*673.

Famagusta, ciudad. \*\*\*888.

FARINI, LUIS. \*128.

FARUK, rey de Egipto. \*\*\*\*1252.

Fascismo. \*\*\*820, 827, 828, 876, 886, 888, \*\*\*\*960, 961, 965, 975, 980, 995, 1003, 1021, 1022, 1054, 1056, 1058, 1058, 1085, 1114, 1133, 1137, 1139, 1159, 1206 a 1210, 1269.

Fashoda. \*\*478, 483 a 486, 634.

FAYRE, JULIO. \*282, 292, 312, 314.

FAYÇAL, emir (v. *Feisal*).

FEDAIEV, escritor ruso. \*\*353, 466.

*Federación danubiana*. \*\*\*\*1199.

*Federación de Estados Malayos*. \*\*\*\*1244.

FEDERICO II de Prusia. \*\*\*\*1271.

FEDERICO III de Alemania. \*422.

FEDERICO, Kronprinz. \*\*341.

FEDERICO VII, rey de Dinamarca. \*283.

FEDERICO GUILLERMO III, rey de Prusia. \*31, 64.

FEDERICO GUILLERMO IV, rey de Prusia. \*146, 147, 152 a 156, 160 a 162, 164, 172 a 175, 218.

FEDERZONI, político italiano. \*\*\*\*1209.

FEHRAT-ABBAS, político argelino. \*\*\*\*1253.

FEISAL, emir. \*\*804, 806, 885.

"Félix" (operación). \*\*\*\*1154.

Feltre, ciudad. \*\*\*\*1209, 1210.

Feng-Tieu, territorio. \*\*683.

Ferghana, provincia. \*\*540.

FERNANDO I, emperador de Austria. \*143.

FERNANDO I, rey de las Dos Sicilias. \*47.

FERNANDO II, rey de las Dos Sicilias. \*62.

FERNANDO VII, rey de España. \*9, 22, 44 a 47, 69, 70, 72, 73, 91.

FERNANDO, rey de Rumania. \*\*679.

FERNANDO DE SAJONIA-COBURGO, rey de Bulgaria. \*\*389, 418, 514, 531, 607 a 609, 677, 678.

Fernando Poo, isla de. \*\*\*\*1153.

Ferrara. \*127, 130, 155.

FERRERO, GUILLERMO. \*\*\*930.

FERRY, JULES. \*\*342, 352, 357 a 361, 374 a 376, 398, 400, 461, 463, 493, 631.

Fez. \*150, \*\*508.

FICHTE, filósofo alemán. \*12, 134.

Filipinas, islas. \*180, \*\*479, 480, 585, 587, \*\*\*\*1120, 1187, 1188, 1222, 1240, 1244.

*Fines de guerra en 1914-1918*. \*\*\*651, 658, 728, 731.

Finlandia y fineses. \*127, 239, \*\*\*657, 661, 721, 752, 774, 857, \*\*\*949, 1017, 1077, 1084, 1125 a 1129, 1134, 1232.

FISKE, JOHN; escritor norteamericano. \*\*362.

Fiume, ciudad. \*\*\*774, 791, 801, 874.

Flamencos. \*51, 52.

Flandes. \*51, 52, \*\*\*659.

FLANDIN, PIERRE-ETIENNE. \*\*\*\*966, 1004, 1158.

Florenia. \*132, 155, 160, 262, \*\*\*676, \*\*\*\*1208.

Florida. \*75, 189, 190, 195.

FLOURENS, ministro francés. \*\*376.

FOCH, mariscal. \*\*\*715, 734, 740, 742, 775, 782, 800, 858.

Fonseca, bahía de. \*197, \*\*584.

Formosa, isla de. \*\*479, 571, 574, \*\*\*684, 816, \*\*\*\*1122.

FOURNEL, ingeniero francés. \*267.

Francfort. \*63, 135, 159, 160, 163, 165, 166, 176, 314, \*\*335, \*\*\*843.

Francfort, Dieta de. \*14, 63, 64, 172, 176.

Francia. \*3, 9, 15 a 20, 22, 34 a 44, 46 a 49, 51, 53 a 57, 59 a 63, 65, 70 a 74, 77, 78, 82 a 84, 86 a 92, 94, 96, 98 a 101, 104 a 107, 112, 114 a 117, 121, 122, 124, 131, 135, 149, 151 a 153, 155, 156, 158, 162 a 170, 172, 174, 176, 177, 180, 184 a 187, 190, 191, 200 a 202, 205, 212 a 214, 218 a 223, 230, 236 a 242, 245, 248 a 253, 257, 258, 260 a 262, 264 a 267, 269 a 271, 273 a 276, 278, 279, 281, 282, 285, 286, 289, 292, 293, 295 a 299, 303 a 313, 316 a 319, 321, 323, \*\*335 a 339, 341, 342, 346, 349 a 352, 354, 357, 359, 360, 361, 364, 368 a 378, 391, 392, 394 a 404, 407, 408, 410, 412, 413 a 415, 417, 418, 420, 422 a 424, 426 a 428, 430 a 432, 436, 440, 442, 444, 449, 450, 455, 459 a 461, 463, 464, 468, 476, 478, 482, 484 a 489, 491 a 494, 496 a 511, 513, 518, 521, 522, 524 a 527, 529 a 531, 534, 537, 544, 548, 553, 557, 560, 568, 590, 597, 598, 600 a 602, 604, 605, 608, 609, 611, 612, 614, 616, 618, 620, 622, 624, 626, 627, 629, 632, 635, 641, \*\*\*650, 651, 653 a 655, 657, 660, 665, 668, 669, 672, 673, 678, 679, 682, 686, 690, 693, 695 a 702, 704, 705, 708 a 710, 712, 715, 718, 719, 724 a 727, 729, 731, 733, 735, 742, 743, 747 a 751,

754 a 756, 769 a 771, 775 a 777, 779, 782 a 786, 797 a 804, 809, 810, 814, 817 a 820, 823, 825, 826, 829, 831 a 835, 842, 844, 846, 849 a 855, 857, 859, 860, 862, 864 a 866, 869, 870, 872, 873, 875 a 880, 886 a 888, 895, 896, 901, 914, 920, 923 a 925, 928, 929, 932, \*\*\*\*949, 952 a 954, 956, 958, 961, 965 a 969, 972 a 974, 977, 984 a 988, 991, 992, 994, 996, 997, 1000, 1002, 1004 a 1008, 1010, 1012 a 1014, 1016 a 1018, 1022, 1027, 1031, 1034, 1035, 1038, 1040 a 1049, 1055, 1060 a 1074, 1076, 1077, 1079 a 1087, 1090, 1091, 1096, 1097, 1101, 1104, 1106 a 1110, 1113, 1115, 1116, 1120, 1123, 1125, 1127, 1129, 1131 a 1134, 1136 a 1138, 1141 a 1149, 1151, 1152, 1155 a 1157, 1159 a 1162, 1164, 1165, 1180, 1181, 1196, 1201, 1207, 1216, 1218, 1228, 1229, 1231, 1233, 1253, 1258, 1259, 1261, 1262.

"Francia Combatiente" (movimiento) (véase *Francia Libre*).

"Francia Libre" (movimiento). \*\*\*\*1101, 1149, 1154, 1163, 1165, 1231, 1253.

FRANCISCO II, emperador. \*30.

FRANCISCO FERNANDO, heredero de Austria-Hungría. \*\*526, 623.

FRANCISCO JOSÉ I, emperador. \*241, 290, 291, 309, \*\*354, 380, 388, 406, 469, 488, 707, 728, 730.

FRANCO, general. \*\*\*\*1020, 1021, 1023 a 1027, 1145, 1146, 1152, 1153.

FREILIGRATH, escritor alemán. \*134.

FREYCINET, DE; ministro francés. \*\*395, 396.

*Frente alemán en el Sarre*. \*\*\*\*992.

*Frente de liberación nacional griego*. \*\*\*\*1214.

"Frente Popular". \*\*\*\*1011, 1020 a 1023, 1025, 1055, 1056.

FRERE-ORBAN, estadista belga. \*310.

FROUDE, escritor inglés. \*\*358.

Fu-Kien, provincia china. \*\*585, \*\*\*684.

Furukawa, Trusmi. \*\*571.

FUSTEL DE COULANGES, historiador francés. \*322, \*\*338.

## G

GABRIAC, DE; diplomático francés. \*\*349.

GAGERN, FEDERICO von. \*64.

GAJ, LUIS. \*140.

GALBIATI, general italiano. \*\*\*\*1210.

Galitzia. \*59, 138, 140 a 142, 260, 292, 309, \*\*445, 526, 591, 594, 650, \*\*\*652, 673, 674, 680, \*\*\*\*1077.

Gallas, país de los. \*\*\*\*1007.

GAMBETTA, LEON. \*\*352, 374, 395, 399, 423, 464.

Gambia. \*\*556.

GAMELIN, general. \*\*\*\*1016, 1042, 1043.

*Gandemax, tratado de*. \*\*401.

GANDHI, MAHATMA. \*\*555, \*\*\*759, 766, 931, 932, \*\*\*\*1245, 1246.

Gante. \*16, 53.  
 GARCÍA CALDERÓN. \*\*564, 568, 584.  
 GARIBALDI. \*204, 257, 263, 265, 266, 308, \*\*339.  
 GARNIER, FRANCIS; oficial francés. \*254, 321.  
 GARRISON, escritor americano. \*229.  
 Gastin, convenio de. \*284, 289, 290.  
 GAULLE, CHARLES de; gen. al. \*\*\*\*1149, 1157, 1160, 1231.  
 GAUTSCH, policía alemán. \*\*377.  
 "Gazzetta del Popolo". \*\*\*\*1137.  
 Génova. \*129, 263, 264, \*\*652, \*\*\*\*1136, 1207.  
 Gentlemen's Agreement. \*\*\*\*1026.  
 GENTZ, F. de. \*38.  
 GEORGE, DAVID LLOYD. \*\*590, 621, \*\*\*701, 723, 726, 731, 738, 742, 769, 772, 775 a 777, 779, 782 a 785, 786, 800, 801, 803, 806, 809, 810, 834, 844, 852, 859, 864, 880, 881, 891.  
 GEORGE, HENRY. \*\*546.  
 Georgia, estado de (E.E.U.U.). \*228.  
 GERVAIS, almirante. \*\*423.  
 Gestapo. \*\*\*\*959, 1219.  
 Giarabub, oasis de. \*\*\*\*888.  
 Gibraltar. \*82, 91, 150, 264, \*\*360, 492, 522, \*\*878, 887, \*\*\*\*1021, 1022, 1117, 1145, 1146, 1151 a 1153, 1156, 1160, 1175.  
 GIERS, A. de; ministro ruso. \*\*345, 416, 422 a 424, 426.  
 Gila, río. \*196.  
 GILBERT, PARKER. \*\*\*928.  
 Ginebra. \*124, 217, \*\*822, 836, 855, 915, 919 a 921, 924, 926, \*\*\*\*980, 982, 1003, 1007, 1008.  
 Ginebra, Conferencia de (1922). \*\*\*862 a 864.  
 Conferencia de 1927. \*\*\*926, \*\*\*\*982.  
 Conferencia de 1932. \*\*\*\*988.  
 GIOBERTI. \*129 a 131, 133, 159, 171, 205, 256.  
 GIOLITTI, GIOVANNI. \*\*517, 527, \*\*\*663, 664, 674, 676, 827.  
 GIRAUD, general. \*\*\*\*1231.  
 GIUSTI, G. \*128.  
 GLADSTONE. \*75, 277, 278, 297, 309, 312, 314, 320, 338, \*\*354, 357, 360, 372, 381, 394, 403, 453, 454, 631.  
 GLATZ, conde de. \*290.  
 GLEASON, EVERETT. \*\*\*\*1188.  
 GLUCKSBERGO, CRISTIAN de. \*137, 283.  
 GOBINEAU, escritor francés. 212.  
 Godesberg, ciudad. \*\*\*\*1045.  
 GOEBBELS, ministro alemán. \*\*\*\*1161, 1218.  
 GOERDELER, burgomaestre de Leipzig. \*\*\*\*1112, 1219.  
 GOERING, ministro alemán. \*\*\*\*992, 1024, 1053, 1060, 1072, 1091, 1175, 1207.  
 GOKALP, ZIYA; escritor turco. \*\*\*764.  
 GOKHAL, político hindú. \*\*543.  
 Goleta, La. \*\*398.  
 GOLUCHOWSKI, ministro austrohúngaro. \*\*469.

Gondra, tratado de. \*\*\*914, 915.  
 GOODNOW, jurista norteamericano. \*\*546, 585.  
 Gorizia, ciudad. \*\*\*663, 672, 675, 681, \*\*\*\*1214.  
 Gorlice, ciudad (v. Gortlitz).  
 Gortlitz, ciudad. \*\*672.  
 GORRES, político alemán. \*14.  
 GORTCHAKOFF, canciller. \*291, 313, \*\*345, 372, 381, 383, 384, 416, 631.  
 GOTO, político japonés. \*247.  
 GRAMONT, duque de. \*305 a 307, 312.  
 "Gran Alianza". \*\*\*\*1194.  
 Gran Bretaña. \*3, 4, 10, 17, 27, 28, 31 a 34, 38 a 41, 46, 49, 54 a 56, 59 a 61, 70 a 72, 76 a 79, 81 a 88, 90 a 92, 95 a 99, 102, 104 a 107, 111, 112, 114, 116, 121 a 124, 127, 146 a 148, 150 a 156, 163, 165 a 170, 173, 176, 179 a 181, 183, 184, 186, 187, 190 a 193, 195 a 197, 199 a 203, 206, 213 a 215, 218, 223, 231, 233 a 236, 238 a 242, 245, 248 a 252, 255, 257, 258, 260, 262, 264, 265, 267 a 269, 271, 273 a 281, 291 a 294, 309, 311 a 314, 317 a 319, 321, 322, \*\*335 a 339, 346 a 348, 350, 352 a 354, 356 a 361, 364, 365, 368, 372 a 376, 380 a 387, 391 a 404, 409, 410, 413 a 418, 423, 431, 432, 436, 442, 449, 450, 453 a 455, 458, 459, 461, 463, 464, 468, 476 a 479, 481 a 484, 486, 489, 491 a 494, 496, 497, 499 a 507, 510, 511, 513, 517 a 522, 524, 525, 527 a 531, 537, 540, 543, 544, 548, 550, 551, 553, 560, 565, 567, 575 a 577, 579, 585 a 587, 590, 597, 598, 601 a 605, 613, 615, 621, 622, 624 a 627, 629, 634 a 636, \*\*651, 653 a 657, 659, 660, 662, 666, 668 a 670, 672, 673, 678, 769, 682, 686 a 688, 690, 693, 695 a 702, 704, 705, 708 a 710, 712, 718, 719, 723, 726, 729, 731, 735, 742, 743, 747 a 756, 758, 759, 765, 769, 770, 771, 775, 778, 782 a 786, 788, 798, 801 a 804, 806, 817 a 819, 821, 823, 826, 829, 836, 842 a 847, 849, 851, 852, 857, 859, 860, 862, 864 a 866, 869, 870, 876, 878 a 881, 884, 886, 887, 889 a 891, 894 a 896, 900, 901, 903, 910, 911, 914, 920, 922 a 924, 929, 933. \*\*\*\*948 a 954, 956 a 958, 961, 964 a 966, 969, 970, 972 a 974, 977, 981 a 988, 996, 1000, 1002 a 1010, 1012 a 1018, 1022, 1025, 1026, 1031 a 1033, 1035, 1036, 1038 a 1041, 1043 a 1049, 1054, 1056 a 1071, 1073, 1074, 1076, 1077, 1079, 1081 a 1087, 1089 a 1093, 1097, 1101, 1104, 1106 a 1110, 1113, 1115, 1116, 1118, 1120, 1123, 1125 a 1129, 1131 a 1134, 1136 a 1139, 1142, 1143, 1146, 1148, 1149, 1151, 1153 a 1157, 1159 a 1163, 1165, 1166, 1169 a 1172, 1174 a 1177, 1179, 1185, 1186, 1188 a 1190, 1194, 1195, 1197 a 1204, 1210, 1211, 1213 a 1216, 1218, 1222, 1228, 1229, 1231, 1233, 1235, 1240, 1243, 1245 a 1254, 1258, 1261, 1262.

Grande, río. \*190, 196.  
 Grandes lagos de África. \*\*400.  
 Grandes lagos de América. \*189, 229, \*\*699.  
 GRANDI, ministro italiano. \*\*\*\*960, 1038, 1136, 1209, 1210.  
 GRANDIER, almirante. \*254.  
 GRANVILLE, lord. \*313.  
 Gratz. \*140.  
 GRAZIANI, general. \*\*\*\*1136.  
 Grecia. \*68, 83, 85, 87, 104, 235, 293, 321, \*\*379, 380, 385, 482, 514, 516, 531, 595, 596, 600, \*\*662, 664, 677 a 679, 681, 774, 785, 792, 822, 869, 874 a 876, 878, 879, 920, \*\*\*\*1073, 1101, 1125, 1152, 1153, 1176, 1194, 1200, 1206, 1213, 1214, 1218, 1231.  
 GREGORIO XVI, papa. \*116, 130, 132, 185.  
 GREY, J. \*378.  
 GREY, sir EDWARD. \*\*455, 504 a 506, 511, 525, 560, 561, 622.  
 Greytown. \*197, 199.  
 Griegos de Macedonia. \*\*514, 516, 546, 594, \*\*752.  
 GRIMM, diputado suizo. \*\*710.  
 GRIMM, JACOBO; escritor alemán. \*134.  
 Grodno, ciudad. \*\*790.  
 Groenlandia. \*\*\*\*1166.  
 GRONER, mariscal. \*\*740.  
 GROS, barón, diplomático. \*250.  
 Guadalupe-Hidalgo, tratado de. \*196, 197.  
 Guam, isla. \*\*479, 480, \*\*\*\*1190.  
 GUARIGLIA, ministro italiano. \*\*\*\*1210, 1211.  
 Guatemala. \*197, 199, \*\*906.  
 Guayana (v. Guyana).  
 GUECHOFF, político búlgaro. \*\*677.  
 Guelma, ciudad. \*\*\*\*1253.  
 Guerra anglo-afgana de 1882. \*401, 402.  
 Guerra austro-prusiana (1866). \*287 a 291, 295 a 299.  
 Guerra civil:  
 de China, 1917. \*\*\*711, 762, 823.  
 de Haití, 1915. \*\*\*689.  
 de Méjico, 1916. \*\*688, 689.  
 de Rusia, 1918-1919. \*\*\*\*779, 829, 858, 878, 889.  
 española (1936-1939). \*\*\*\*1020 a 1027, 1034, 1036, 1059.  
 Guerra:  
 chino-francesa de 1885. \*\*374.  
 chino-japonesa de 1894. \*\*571, 574.  
 de Crimea (1854-1856). \*200, 212, 222, 233, 240, 241, 249, 268, 316.  
 de España (1823). \*48.  
 de independencia de las colonias españolas. \*69, 72, 74 a 76, 189.  
 de independencia italiana (1859). \*259 a 266.  
 del opio (1840-1842). \*181, 182, 184, 186, 225, 242, 244.  
 de los bóxers. \*\*496.  
 del "Sonderbund" (1847). \*152 a 154.  
 de Méjico (1862-1866). \*280 a 282.  
 de Secesión (1861-1865). \*4, 228, 231, 273, 275, 279 a 282, 320, 321, \*\*362, 367.

europaea de 1914. \*\*\*641, 672 a 694, 701, a 705, 709, 710, 712, 715, 755, 768, 771, 782, 787, 837, 893, 931.  
 franco-alemana (1870-1871). \*307, 310, 312, 339.  
 greco-turca. \*\*483.  
 italo-turca. \*\*510, 514.  
 ruso-finesa. \*\*\*\*1126, 1127, 1134.  
 ruso-japonesa. \*\*502, 503.  
 ruso-polaca, 1920. \*\*829, 858.  
 ruso-turca de 1877. \*\*386.  
 submarina. \*\*654, 660, 695 a 697, 704, 706, 742, \*\*\*\*1128, 1151, 1154, 1165, 1171.  
 sudafricana de 1899. \*\*481.  
 Guerras chino-japonesas. \*479, 483, \*\*\*\*1028.  
 de los Balcanes (1912-1913). \*\*595, 597, 607, 661.  
 GUERRAZI, F.; escritor italiano. \*128.  
 GUILLEBAUD, C. W. \*\*\*\*1095.  
 GUILLERMO I, emperador alemán. \*302, 311, \*\*357, 370, 386, 407 a 409.  
 GUILLERMO II, emperador alemán. \*\*357, 420 a 422, 427, 430, 432, 458, 459, 463, 477, 482, 484, 487, 493, 503, 504, 509, 516, 519, 520, 525, 533, 596, 620 a 622, 631, \*\*678, 696, 716, 721, 734, 735, 738.  
 GUILLERMO I, rey de los Países Bajos. \*15, 51, 52, 54.  
 GUILLERMO I, rey de Prusia. \*289, 303, 306, 307.  
 Guinea. \*\*556.  
 Guinea española. \*\*509, 556.  
 GUIZOT. \*122, 148 a 153, 155, 156, 187, 194.  
 GUTIÉRREZ, político mejicano. \*280.  
 Guyana británica. \*\*480, \*\*\*\*1166.

## H

HAARON VII, rey de Noruega. \*\*528, 529.  
 Habana, La. \*\*\*916, 917.  
 Habsburgo, dinastía. \*64.  
 Habsburgo, monarquía de los. \*286, \*\*790.  
 HACHA, gobernante checo. \*\*\*\*1072.  
 HAILE SELASSIÉ, emperador de Etiopía. \*\*\*\*984, 1007.  
 Haití. \*\*494, 584, \*\*689, 906.  
 HALDANE, lord; ministro inglés. \*\*519, 521.  
 HALDER, general alemán. \*\*\*\*1049, 1106.  
 HALIFAX, lord. \*\*\*\*1014, 1039, 1064, 1065, 1070, 1071, 1078, 1081.  
 Ham. \*280.  
 Hambach. \*63.  
 "Hamburger Fremdenblatt". \*\*\*\*1048.  
 Hamburgo. \*133, 285, \*\*357, 360, 598, \*\*862.  
 Hankou. \*226, 249, \*\*544, 574, 575, \*\*683, 898 a 901, 903, \*\*\*\*1030, 1033.  
 Hankow (v. Hankou).

Hannover. \*31, 172, 286, 292, 293, 297, \*\*\*\*1053.  
 Hanoi. \*\*\*\*1243.  
 HANOTAUX, GABRIEL; ministro francés. \*\*463, 484 a 487, 506, 518.  
 Hansa, ciudades de la. \*133.  
 HANSEN, gobernante sueco. \*\*\*\*1126.  
 HANSEN, JULIO; diplomático. \*\*424.  
 Han-Yeh-Ping. \*\*683, 824, 896.  
 HARDENBERG. \*31.  
 HARDING, presidente de EE. UU. \*\*\*894.  
 HARMSWORTH, ALFRED; periodista. \*\*444 (v. *lord Northcliffe*).  
 HARRISON, W.; presidente. \*193.  
 HARTIG, político austriaco. \*143.  
 HARTINGTON, político inglés. \*\*402.  
 HARTWIG, diplomático ruso. \*\*515.  
 Harvard, *Universidad de*. \*\*\*\*982.  
 HASSE, ERNST; profesor alemán. \*\*457.  
 Hasselt, ciudad. \*\*\*\*1132.  
 HAVLITCHEK, político checo. \*139.  
 Hawaii, islas. \*105, 106, 181, 187, 207, \*\*432, 479, 585, 587, \*\*\*\*1120, 1189.  
 Hawley, *tarifa*. \*\*\*\*952.  
 Haya, La. \*\*449, \*\*753, 854, 862, 919.  
 HAYASHI, general japonés. \*\*\*\*1028.  
 Hayeh-Ping, región. \*\*575.  
 HAYES, presidente de los EE. UU. \*\*481.  
 HAYMERLE, ministro austrohúngaro. \*\*410.  
 Hay-Pauncefote, *Tratado*. \*\*481, 497.  
 HEARST, WILLIAM RANDOLPH; periodista. \*\*444, \*\*893.  
 Hedjaz. \*93, \*\*755, 765, 785, 807, 886.  
 HEGEL. \*21, 22, 134.  
 HEINE, ENRIQUE. \*20, 134.  
 Heligoland, isla. \*\*458.  
 Hendaya, ciudad. \*\*\*\*1146, 1153, 1154, 1156.  
 HENDERSON, ministro inglés. \*\*\*\*1069, 1074, 1089.  
 HENLEIN, jefe de los alemanes de los Sudetes. \*\*\*\*1040, 1045.  
 Heraclea, ciudad. \*\*547.  
 Herat. \*106, \*\*402.  
 HERRIOT, presidente del Consejo francés. \*\*\*\*987.  
 HERWEG, escritor alemán. \*134.  
 Herzegovina. \*\*379 a 382, 384, 385, 387, 411, 512, 513, 517, 519, 521, 615, \*\*677.  
 HESS, RODOLFO; político alemán. \*\*\*\*1161.  
 Hesse. \*175, 297, 299.  
 Hesse-Cassel. \*16, 31, 65, 172.  
 Hesse-Darmstadt. \*172, 286.  
 Hesse electoral. \*63, 65.  
 Hesse renano. \*299.  
 "Hetairia", *sociedad griega*. \*82.  
 HIEN-FONG, emperador. \*186.  
 HIMMLER, ministro alemán. \*\*\*\*1049.  
 HINDENBURG, mariscal. \*\*680, 735, 736, 854.  
 Hiroshima, ciudad. \*\*\*\*1223, 1225, 1226, 1259.  
 HITLER, ADOLFO. \*\*\*\*945, 954, 956, 958, 959, 961, 966, 968, 970, 971, 973 a 975, 989, 990, 992, 996, 997, 1004, 1011, 1012, 1018, 1022, 1027, 1034, 1036, 1039, 1043,

1045, 1047 a 1049, 1053, 1056, 1060, 1065, 1072, 1074, 1079, 1081 a 1092, 1095 a 1097, 1101, 1105, 1106, 1110, 1113, 1128, 1130, 1137, 1139, 1145, 1146, 1148, 1151, 1153, 1156, 1157, 1159 a 1163, 1165, 1170, 1174 a 1180, 1189, 1206 a 1209, 1214, 1215, 1217 a 1219, 1231, 1271.  
 HOARE, SAMUEL. \*\*\*\*1006.  
 HO-CHI-MINH, nacionalista anamita. \*\*\*\*1243.  
 HODZA, presidente del Consejo checo. \*\*\*\*1035, 1046, 1047.  
 HOHENLOHE, CLOVIS von; canciller alemán. \*303, 373, 377, 486.  
 Hohenzollern, *dinastía*. \*30, 64, 218, 301, \*\*388, 528, \*\*662, 737.  
 Holanda (v. *Países Bajos*).  
 Holandeses. \*51, 52.  
 Holstein. \*135, 137, 161, 283, 284, 287, 290, 321.  
 HOLSTEIN, BARÓN FRITZ von. \*\*421, 422, 486, 488, 533.  
 "Home Rule". \*\*445, 454, 589, 590, \*\*656.  
 Homs, ciudad. \*\*548, \*\*804.  
 Honan. \*226, \*\*683, 824.  
 Hondo, isla de. \*226.  
 Honduras. \*199, \*\*906, 912.  
 Hong-Kong, isla de. \*183, 187, 245, 251, \*\*360, 437, 544, \*\*981, 1184, 1190.  
 HONG-SIEU-TITUAN; presidente de EE. UU. \*\*225, 226, 249.  
 HOOVER, HERBERT; presidente de EE. UU. \*\*917, \*\*\*\*982.  
 Hopei, territorio. \*\*902, \*\*\*\*1030.  
 HOPKINS, JOHN H. \*\*\*\*1169, 1172, 1199.  
 Hornos, cabo de. \*105, 186.  
 HORTY, regente de Hungría. \*\*\*\*1213, 1215, 1216, 1218.  
 HORTY, STEFEN (hijo del regente). \*\*\*\*1214.  
 Hot-Springs, *conferencia*. \*\*\*\*1239.  
 HOTZENDORFF, general Conrad von. \*\*531.  
 HOUSE, coronel. \*\*618, 622, \*\*667, 695, 699, 700, 723, 724, 742, 743, 810.  
 HOUSTON, SAMUEL; presidente de Texas. \*191, 193.  
 Huan-Ping. \*\*\*\*1030.  
 Huc, Rvdo. padre; misionero. \*186.  
 HU-CHÉ, filósofo chino. \*\*763.  
 Huelgas:  
 en Berlín. \*\*720.  
 en Italia. \*\*802.  
 en el Ruhr. \*\*457.  
 en Viena. \*\*720.  
 Huclva. \*\*\*\*1022.  
 HUERTA, presidente de México. \*\*586, 688.  
 HUGHES, secretario de Estado. \*\*702, 836, 916.  
 HUGO, VÍCTOR. \*156, 224, \*\*339.  
 HULL, CORDELL. \*\*\*\*1070, 1187.  
 HUMBERTO, rey de Italia. \*\*501, \*\*\*\*1266.  
 Hungría. \*114, 138, 141, 142, 158, 160, 161, 168 a 170, 172, 176, 177, 261, 308, 309, \*\*339, 345, 428, 457, 468, 526, 605, \*\*652, 653, 680, 728, 730, 733, 790, 813, 829, 869 a 871, 873, \*\*\*\*949, 961,

995, 1035, 1066, 1083, 1176, 1213 a 1215, 1232.  
 HUSSEIN, emir del Hedjaz. \*\*\*687, 765, 785, 804, 886.  
 I  
 IBN-SAUD, rey de Arabia. \*\*765, 886, \*\*\*\*1250.  
 IBRAHIM BAJÁ. \*86.  
 IDRISSE, MOHAMED SAID. \*\*\*884.  
 IGNATIEV, diplomático ruso. \*\*381, 383, 384.  
 IKKI, KITA, escritor japonés. \*\*\*838.  
 Ili, río. \*321.  
 Ili, valle del. \*321, \*\*401.  
 Iliria. \*9, 142.  
 Imbros, isla. \*\*596, \*\*\*880.  
 Imperialismos. \*\*343, 402, 476, 477, 484, 491, 512, 587, 615, \*\*754, 756, \*\*\*\*963, 1170, 1248, 1253, 1265.  
 Imperialismos coloniales. \*\*357, 391 a 404, 476, 477, 491, 512, \*\*\*\*1265.  
 Imperio:  
 Alemán. \*172, 316, \*\*335, 337, 349, 352, 354, 369, 388, 406, 410, 411, 417, 432, 446, 456, 458, 525, 526, 591, 614, 652, 658, 682, 709, 733, 734.  
 Austriaco. \*176, 205, 321, \*\*354, \*\*\*728 a 733, 870.  
 Británico. \*215, \*\*360, 605, \*\*\*757, 833, 880, \*\*\*\*1057, 1089, 1111, 1152, 1170.  
 Chino. \*\*364, 401, 431, 465, 479, 559, \*\*762, \*\*\*\*978, 1261.  
 Del Gran Mogol. \*\*\*\*1261.  
 De los aztecas. \*\*\*\*1261.  
 De los incas. \*\*\*\*1261.  
 Español. \*22, 32, 50, 70, 72, 74, 75, 79, 200, \*\*\*\*1262.  
 Otomano. \*9, 22, 23, 26, 29, 67, 82 a 85, 87, 93 a 97, 101, 107, 138, 150, 215, 234 a 236, 241, 242, 267, 270, \*\*353, 357, 379 a 386, 391, 410, 438, 443, 454, 481 a 483, 514 a 517, 546 a 548, 605, 611, 616, \*\*659, 672, 673, 678, 682, 693, 764, 765, 774, 785, 804, 821, 878, 879, \*\*\*\*1261.  
 Ruso. \*205, 218, \*\*464, 465, 602, 625, \*\*651, 656, 673, 787.  
 India. \*3, 95, 106, 115, 179, 260, 274, \*\*401 a 404, 431, 442, 454, 486, 491, 498, 504, 505, 539 a 541, 543, 551, 555, 567, 577, 629, \*\*665, 749, 755, 757, 758, 765, 785, 786, 804, 809, 822, 830, 878, 879, 931, 932, \*\*\*\*1238, 1240, 1245, 1246, 1254.  
 India, *factorías francesas de la*. \*\*\*1149.  
 Indian Independence Act. \*\*\*\*1246.  
 Indias neerlandesas. \*184, \*\*542, 570, 579, 634, \*\*761, 818, \*\*\*\*1110, 1122, 1153, 1181, 1183, 1186, 1190, 1222, 1241, 1244.  
 Indico, océano. \*270, \*\*391, 401, 432, 539, \*\*\*\*1176.  
 Indochina. \*4, 224, 252, \*\*357, 399, 403, 431, 432, 498, 539, 541, 543, 544, \*\*749,

760, 809, \*\*\*\*1181 a 1183, 1185, 1187, 1188, 1222, 1240 a 1242.  
 Indonesia. \*\*\*\*1185, 1243.  
 Inglaterra (v. *Gran Bretaña*).  
 Institute of Pacific Relations. \*\*\*\*1239.  
 Insulindia. \*\*357, \*\*\*\*1151, 1228, 1241.  
 Internacional Comunista. \*\*751, 757, 761, 798, 820, 824, 825, 829, 830, 865, 881, 889, 899, 929, 932, \*\*\*\*974, 1011, 1087, 1243.  
 INUKAI, ministro japonés. \*\*\*\*1028.  
 Irán. \*\*\*830, 879, 881, 889, \*\*\*\*1179, 1247 a 1249, 1260 (v. también *Persia*).  
 Iraq o Irak. \*\*755, 809, 881, 885, 886, 932, \*\*\*\*1161, 1246 a 1250, 1254.  
 Iravadi, río. \*253, 321, \*\*403.  
 Irlanda. \*116, 119, 127, 129, 212, \*\*415, 445, 589 a 591, \*\*650, 656, 752, 894, \*\*\*\*1228.  
 Irlanda, mar de. \*\*\*695.  
 Irlandeses de EE. UU. \*\*699.  
 ISABEL II, reina de España. \*91, 109.  
 ISHII, vizconde; estadista japonés. \*\*\*712.  
 Islam. \*23, 94, 236, \*\*394, 537, 551, 635, \*\*665, 674, 687, 755, 760, 765, 822, 879, 886, \*\*\*\*1238, 1254, 1261, 1266.  
 Islandia. \*\*\*\*1179.  
 Isly, *batalla del*. \*150.  
 ISMAIL, jedive. \*\*391 a 394.  
 Isonzo, río. \*\*680.  
 Ispahán, ciudad. \*\*551.  
 Israelitas (v. *Judíos*).  
 Istria. \*\*652, 663, 675, 769, 791.  
 ISVOLSKY, ALEJANDRO. \*\*467, 505, 506, 513, 545, 632.  
 Italia. \*3, 11, 16, 18, 39, 41, 44 a 47, 61 a 63, 68, 85, 104, 113 a 115, 118, 127, 128, 130 a 132, 138, 142, 151, 154, 155, 158 a 164, 166, 170, 172, 177, 204, 205, 213, 214, 216, 217, 220, 222, 241, 255 a 266, 270, 271, 289, 292, 293, 295, 308, 312, 316, 317, 321, 322, \*\*337 a 339, 346, 353, 357, 361, 368, 391, 392, 397 a 399, 404, 408, 411, 412 a 417, 423, 431, 436, 442, 450, 463, 467, 468, 473, 476, 478, 492, 494, 498, 499, 501, 507, 509, 510, 516, 520, 526, 527, 553, 595, 600, 601, 605, 613, 615, 619, 633, \*\*653, 662 a 664, 672, 674 a 677, 679, 681, 682, 706 a 709, 717, 723, 731, 733, 742, 743, 747, 749 a 751, 760, 768, 769, 772, 776, 783, 785, 786, 790, 791, 798, 801 a 804, 823 a 825, 827, 828, 851, 863, 869, 872, 874 a 880, 887, 888, 895, 896, 924, 926, 929, \*\*\*\*945, 952, 956 a 958, 960, 961, 965, 967, 969, 970, 983 a 986, 993, 995, 996, 1000 a 1002, 1004 a 1009, 1012, 1017, 1018, 1020 a 1027, 1035, 1036, 1038, 1049, 1054, 1056, 1058 a 1061, 1063, 1066, 1068, 1069, 1072, 1073, 1080, 1081, 1089, 1101, 1115, 1119, 1125, 1133, 1134, 1136 a 1139, 1142, 1145, 1149, 1151, 1155, 1160, 1161, 1176, 1180, 1206 a 1208, 1210 a 1216, 1220, 1228 a 1230; 1249, 1250, 1252, 1266.



*Italianos de Dalmacia*. \*316, \*\*345, 413, \*\*\*653, 752, 769, 791, 801.  
*Italianos del Trentino*. \*316, \*\*345, 413, 615, \*\*\*653, 752, 791.  
*Italianos de Trieste*. \*316. \*\*345, 413, 553, 615, \*\*\*653, 752, 791.  
 ITÚRBIDE. \*70.  
 IWAKURA, príncipe. \*\*365.  
 IWASAKI, barón. \*\*\*838, 839.

## J

JACKSON, general. \*75.  
 JACOBY, político prusiano. \*115.  
 JACQUES, AMÉDÉE. \*\*568.  
 Jachimov, ciudad. \*\*\*873.  
 Jaffa, ciudad. \*\*\*885.  
 JAGOW, von; ministro alemán. \*\*591.  
 Jamaica, isla. \*\*\*1238.  
 Jameson, "raid" de. \*\*477.  
 Japón. \*4, 105, 180, 181, 206, 207, 224, 226, 227, 231, 244 a 247, 252, 253, 323, 324, \*\*327, 363 a 366, 436, 438, 442, 448, 449, 472, 473, 478, 479, 484, 491, 494, 496 a 498, 502, 504, 510, 539, 543, 570, 572, 574, 576 a 579, 585 a 587, 589, 632, 633, 635, \*\*\*667, 669, 682 a 685, 703, 710 a 712, 726, 749, 762, 764, 767, 768, 783, 784, 813, 815, 816, 818, 838, 839, 893, 894, 896, 897, 901, 903, 932, \*\*\*945, 956, 963, 973, 977, 979, 981, 982, 1020, 1027 a 1033, 1059, 1060, 1069, 1081, 1089, 1101, 1121 a 1123, 1174, 1176, 1177, 1180 a 1189, 1194, 1195, 1201, 1203, 1222 a 1225, 1240 a 1242, 1244, 1259, 1262.  
 Jartum, ciudad (v. *Kartum*).  
 JASPERS, KARL. \*\*\*1269.  
 Java, isla. \*\*358, 542, \*\*\*\*1244.  
 Jecker, bonos. \*280, 281.  
 JEFFERSON, estadista norteamericano. \*\*583, \*\*\*666, 771.  
 Jehol. \*\*574, 585, \*\*\*971, 978, 1029.  
 JELLICOE, almirante. \*\*705.  
 Jemmapes, batalla de. \*51.  
 Jena, \*139.  
 JENKES, M. \*215.  
 Jerusalén. \*234, \*\*\*765, 885.  
*Jesuitas*. \*269, \*\*559.  
 JINNAH, jefe de la "Liga musulmana" hindú. \*\*\*1245, 1246.  
 JODL, general alemán. \*\*\*\*1174.  
 JOHANNET, RENÉ. \*\*\*\*1008.  
 JOINVILLE, príncipe de. \*150.  
 Joló, archipiélago de. \*187.  
 Jónicas, islas. \*82, 87.  
 JONNART, político francés. \*\*679.  
 JORGE III, rey de Inglaterra. \*32.  
 JORGE IV, rey de Inglaterra. \*32.  
 JORGE V, rey de Inglaterra. \*\*525.  
 "*Journal de Moscou*" (v. *Diario de Moscú*).  
*Joven Europa*. \*120, 129.  
*Joven Italia*. \*129.  
 JUAN, príncipe de Portugal. \*70.

JUÁREZ, político mejicano. \*279 a 281.  
 Judíos. \*\*423, 548, \*\*\*657, 673, 699, 884, 932, \*\*\*\*957.  
 JUNGSMANN, escritor checo. \*139.

## K

Kabala. \*\*677, 678.  
*Kachubes*, región de los. \*\*\*787, 788.  
 Kagoshima. \*247.  
 Kainardji, tratado de. \*84, 234, 241.  
 Kalgan. \*251.  
 KALLAY, presidente del Consejo húngaro. \*\*\*\*1215.  
 Kallet-*ez-Zeituna*, acuerdo. \*\*\*761.  
 KAMENEV, político soviético. \*\*\*722, \*\*\*\*1055.  
 Kamawaga, tratado de. \*245.  
 Kansas, Estado de. \*230.  
 KANT, MANUEL. \*20.  
 KARAVELOF, político búlgaro. \*\*389.  
 Karlsruhe. \*304.  
 Karput, ciudad. \*\*548.  
 Kars, ciudad. \*\*384, 385.  
 Kartum. \*\*554, 558.  
 Katanga. \*\*557.  
 KATKOF, periodista ruso. \*\*416.  
 KATO, barón; político japonés. \*\*\*683.  
 KATSURA, político japonés. \*\*577.  
 KAUTSKY, socialista alemán. \*\*\*768.  
 Kazakstán. \*\*\*\*1118.  
 Kazán. \*\*537.  
 KEITEL, general. \*\*\*\*1174, 1175.  
*Kezal Club*. \*\*\*838.  
 KELLOGG, FRANK B.; secretario de Estado. \*\*\*853, 900, 917, 921.  
 KEMAL, MUSTAFÁ. \*\*\*764, 766, 823, 879, 880.  
 Kentucky, Estado de. \*228.  
 Kenya. \*\*556.  
 KERENSKY, estadista ruso. \*\*\*716 a 719.  
 KETTELER, monseñor. \*117.  
 KEYNES, JOHN MAYNARD. \*\*\*803, 850, 928, \*\*\*\*951.  
 Kiakhta. \*180.  
 Kiao-Cheu, bahía de. \*\*479, \*\*\*670, 682, 686, 897.  
 KIDERLEN WACHTER, ministro alemán. \*\*533.  
 KIDO, político japonés. \*\*\*1223, 1224.  
 Kiel. \*137, 162, 284, 287, 292, \*\*\*739.  
 Kienthal, ciudad. \*\*692.  
 Kiev, ciudad. \*\*602, \*\*720, 729, \*\*\*\*1178.  
 Kioto. \*227.  
 KIPLING, RUDYARD. \*\*359.  
 Kiruna, ciudad. \*\*\*\*1126.  
 KITCHENER, general. \*\*478, \*\*\*687.  
 KIYING, virrey de Cantón. \*186.  
 Klagenfurt. \*\*790.  
 Klessheim, ciudad. \*\*\*\*1218.  
 KOBAYASHI, político japonés. \*\*\*\*1181.  
 Kobé, isla. \*\*\*895.  
 KOGALNICEANU, escritor rumano. \*138.  
 Koiso, diplomático japonés. \*\*\*\*1223.

KOKOVTSOV, ministro ruso. \*\*617.  
 KOLOWRAT, político austriaco. \*30, 143, 158.  
 KOLPING. \*117.  
 KOLTCHAK, almirante. \*\*\*782.  
 KOLLAR, escritor checo. \*139.  
 Konieh, batalla de. \*96.  
 Konopitsch, ciudad. \*\*621.  
 KONOYE, primer ministro japonés. \*\*\*\*1182, 1183, 1184, 1187, 1223.  
 KOROSOC, político esloveno. \*\*\*730.  
 KOSSUTH, LUIS. \*141, 160, 161, 169, 170, 204, 261.  
 KOTZEBUE, periodista alemán. \*44.  
 Koweit. \*\*\*881, 886.  
 KRAUSE, CARLOS; escritor alemán. \*21.  
*Kreditanstalt*. \*213.  
 Kreuznach, ciudad. \*\*709.  
 KRILENKO, general. \*\*\*722.  
 KRIVOCHINE, ministro ruso. \*\*602.  
 Kronstadt (v. *Cronstadt*).  
 KRUPP, ALFREDO. \*114.  
 KRUPP, F.; industrial alemán. \*\*607.  
 Kuang-Chen-Uan, ciudad. \*\*479.  
 Kuang-Si, provincia de. \*225, \*\*403.  
 Kuang-Tung, territorio. \*\*574.  
 Kubischev, ciudad. \*\*\*\*1233.  
 KÜHLMANN, RICHARD VON. \*\*\*710, 715, 721, 736, 737.  
*Kulturkampf*. \*\*371, \*\*\*\*1266.  
 Kuomintang, partido. \*\*\*823, 897 a 901, 903, \*\*\*\*964, 1121.  
 Kurdos. \*\*481, 546.  
 Kuriles, islas. \*\*364, \*\*\*\*1189.  
 Kuznets, ciudad. \*\*539.  
 Kyoto. \*227, 247.

## L

LADD, W.; jurista americano. \*124.  
 LA FARINA, político italiano. \*257.  
 LA FERRONNAYS, ministro francés. \*86, 87.  
 LAFFITTE, presidente del Consejo. \*16, 56.  
 LAGARDE, PAUL DE; escritor. \*\*\*\*959.  
 LA GRANDIERE, almirante de (v. *Grandière*).  
 LAGRENÉ, diplomático. \*187.  
 Lalla-Marnia, tratado de. \*150.  
 LA MARMORA, político italiano. \*260.  
 LAMARTINE, A. DE; ministro de Negocios Extranjeros en 1848. \*156, 163, 164, 166, 224.  
 LAMBRUSCHINI, cardenal. \*130.  
 LAMENNAIS, F. DE. \*116.  
 LAMSDORF, conde; ministro ruso. \*\*467, 505.  
 Lancashire. \*114, 179, 273, \*\*541.  
 LANCKEN, diplomático alemán. \*\*709.  
*Landtag* de Alsacia-Lorena. \*\*446.  
 LANGER, WILLIAM. \*\*\*\*1188.  
 Langson, batalla de. \*\*403.  
 LANSHURY, político inglés. \*\*\*970.  
 LANSOWNE, lord; ministro inglés. \*\*484, 488, 502.  
 LANSING, secretario de Estado. \*\*\*668, 699, 712, 784, 785, 893.

Lansing-Ishii, tratado. \*\*\*712.  
 Laos. \*\*403, 404, 541.  
 La Paz, ciudad. \*\*\*914.  
 La Plata, río de. \*68, 69, 71, 72.  
 LARNAUDE, jurista francés. \*\*\*800.  
 LARROQUE, ALBERT. \*\*568.  
 Lauenburgo, ducado de. \*135.  
 Lausana. \*\*510, \*\*\*875, 880, \*\*\*\*987.  
 Lausana, conferencia de. \*\*\*880.  
 Lausana, tratado de 1912. \*\*510, \*\*\*875, \*\*\*\*987.  
 LAVAL, PIERRE. \*\*\*966, 1001, 1002, 1004 a 1006, 1008 a 1010, 1012, 1015, 1097, 1157, 1158, 1160 a 1164.  
 Laval-Hoare, plan. \*\*\*\*1006, 1007, 1009.  
 LA VALETTE, ministro francés. \*298.  
 LAW, BONAR; político inglés. \*\*\*880.  
 Laybach. \*46, 47, 49.  
 Laybach, congreso de. \*46, 49.  
 Lazaristas. \*180, 269, 270, \*\*551.  
 LEANG KI-TCHAO, pensador chino. \*\*\*762, 824.  
 LEDRU-ROLLIN, político francés. \*115, 122.  
 LEFEBVRE, GEORGES. \*\*\*\*958.  
 Leipzig. \*285, \*\*377, 457, \*\*\*\*1049, 1112.  
 Leipzig, Tribunal Supremo de. \*\*377.  
 LELEVEL, JOAQUÍN; escritor polaco. \*58, 61.  
 LEMONNIER, CHARLES; publicista francés. \*\*339.  
 LENIN, V. \*\*\*656, 692, 707, 715, 716, 718, 722 a 724, 726, 750, 756, 757, 782, 829, 830, 859, 864, 899.  
 Leningrado. \*\*\*1118, 1178.  
 LEÓN XIII, pontífice. \*\*411, 412, 451.  
 LEOPOLDO I, rey de Bélgica. \*57, 99, 150.  
 LEOPOLDO II, rey de Bélgica. \*\*357 a 359, 400.  
 LEOPOLDO III, rey de Bélgica. \*\*\*\*1042, 1066, 1130 a 1132.  
 LEOPOLDO DE HOHENZOLLERN, príncipe. \*301, 302, 306, 307.  
 LERMINIER, escritor francés. \*20.  
 Leros, isla. \*\*\*888.  
 LEROY-BEAULIEU, A. \*\*556.  
 LESSEPS, FERNANDO DE. \*171, 267, a 269, 271, \*\*395.  
 Letonia. \*\*\*774, \*\*\*\*952, 1086, 1175.  
 LEVSKI, jefe de la insurrección búlgara. \*\*380.  
 Lhasa, ciudad. \*\*545.  
 LIAO-TUNG, península. \*\*479, 574.  
 Libano. \*270, \*\*\*1067, 1250, 1251.  
*Liberalismo político*. \*49, 52, 62, 63, 65, 67, 91, 120, 132, 146, 154, \*\*359, 444, \*\*\*\*820, \*\*\*\*1093.  
 Liberia, República de. \*\*553.  
*Libertad de los mares*. \*274, \*\*\*696, 742, 933.  
 Libia. \*\*\*675, 760, 783, 809, 884, 888, 932, \*\*\*\*960, 1067, 1116, 1145, 1151, 1152, 1156, 1158, 1160, 1161, 1208, 1246, 1252 a 1254.  
*Librecambismo*. \*125, 147, 216, \*\*337, 358, \*\*\*\*926.

Lija. \*16, 53, 54, \*\*\*693, 709, 710.  
 Liga:  
 Arabe. \*\*\*\*1251, 1253.  
 Checoslovaca. \*\*\*729.  
 de la enseñanza. \*\*342.  
 de los Borbones. \*151.  
 de los neutrales. \*312, 313.  
 de patriotas. \*\*343, 376.  
 para la independencia de Annam.  
 \*\*\*\*, 1242, 1243.  
 Liguria. \*16.  
 Lille. \*123.  
 Lima. \*\*566, \*\*\*913.  
 Limburgo. \*56, 57.  
 LIN, virrey de Cantón. \*181.  
 LINCOLN, ABRAHÁN. \*230, 274, 276, 278,  
 279.  
 Liorna. \*\*\*662.  
 Lippe, principado de. \*31.  
 Lisboa. \*70, \*\*559, \*\*\*\*1163, 1210, 1211.  
 LIST, FEDERICO; economista alemán. \*113,  
 118.  
 LI-TA-CHAO, escritor chino. \*\*\*763, 824,  
 897.  
 Lituania y lituanos. \*\*673, 709, 710, 720,  
 721, 774, 788, 858, \*\*\*\*1072, 1085, 1130,  
 1175, 1178, 1217.  
 LITVINOV, diplomático ruso. \*\*\*886,  
 \*\*\*\*974, 1043, 1044, 1068, 1078, 1084,  
 1085.  
 Livonia. \*\*338, \*\*\*721, 726, 727.  
 Livorno (v. Liorna).  
 LI-YUAN-HONG, político chino. \*\*\*711.  
 LOBANOF, príncipe. \*\*467.  
 Locarno, tratados de. \*\*\*850 a 852, 865,  
 866, 921-922, 930, 933, \*\*\*\*945, 968,  
 1005, 1012, 1014, 1040, 1044, 1057, 1063,  
 1064, 1067.  
 LOCKART, diplomático inglés. \*\*\*726.  
 LODGE, senador norteamericano. \*\*\*806 a  
 808, 920.  
 Logé, río. \*\*401.  
 Lombardía. \*16, 18, 154, 167, 256, 316,  
 \*\*\*\*1228.  
 Lombardo-Véneto. \*17, 18, 118, 127, 130,  
 131, 138, 142, 153, 155, 159, 163, 166,  
 168, 170, 260, 316.  
 Londres. \*33, 60, 67, 99, 128, 169, 179,  
 191, 193, 215, 268, 275, 308, 309, 314,  
 \*\*384, 409, 410, 453, 483, 500, 504, 505,  
 513, 515, 518, 530, 531, 604 a 606, 629,  
 \*\*\*661, 688, 689, 705, 708, 748, 753,  
 791, 802, 803, 819, 848, 859, 864, 901,  
 906, 934, \*\*\*\*961, 1009, 1023, 1032,  
 1038, 1044, 1062, 1065, 1069, 1073, 1074,  
 1078, 1083, 1089, 1097, 1149, 1163, 1194,  
 1196, 1197, 1201, 1210, 1213, 1215, 1217,  
 1218, 1229.  
 Londres, declaración de. \*\*\*660.  
 Londres, pacto de. \*\*\*791.  
 Londres, tratado de 1827. \*85.  
 tratado de 1852. \*283.  
 tratado de 1915. \*\*\*661, 675, 769.  
 Longwy, ciudad. \*\*600.  
 Lorena. \*310, 316, \*\*343, 361, 369, 374,

375, 377, 398, 589, 591, 601, \*\*\*693,  
 740, 803 (v. también Alsacia-Lorena).  
 Lorena, Casa de. \*262, 312.  
 Lorena francesa. \*312, 316, \*\*342, 361,  
 375, 377, 600 (v. también Alsacia-Lorena).  
 LORIMER, JAMES; jurista inglés. \*\*338.  
 LORNSSEN. \*137.  
 LOUCHEUR, LOUIS; ministro francés.  
 \*\*801, 929.  
 Lovcen, montaña. \*\*619.  
 Lublin, ciudad. \*\*\*\*1200, 1201.  
 LUCQUES, duque de. \*73.  
 LUDENDORFF, general. \*\*\*680, 716, 726,  
 734 a 736, 738 a 740.  
 LUIS XIV. \*149, \*\*\*\*1262, 1271.  
 LUIS XVIII. \*42, 44, 47, 48.  
 LUIS FELIPE I. \*36, 51, 54 a 57, 62, 65,  
 67, 89, 98 a 101, 123, 148 a 150, 152,  
 154, 156, 158, 162, 163, 171, 201, 202,  
 220, 310, 323, \*\*389.  
 LUIS NAPOLEÓN (v. Napoleón III).  
 Luisiana. \*74, 190, 195.  
 Lulea, ciudad. \*\*\*\*1126 a 1128.  
 "Lutzow", crucero. \*\*\*\*1130.  
 Lusitania, torpedeamiento del. \*\*\*697.  
 Luxemburgo. \*56, 57, 216, 299, 302, 310,  
 \*\*375, 457, \*\*\*\*952, 1017.  
 Lvov, ciudad. \*\*446, 594.  
 LYAUTEY, general. \*\*555, \*\*\*760.  
 Lyon. \*128, \*\*601.  
 LYTON, presidente de la comisión para  
 Manchuria. \*\*\*\*979.

## M

MACCIO, diplom. italiano. \*\*398.  
 MACDONALD, RAMSAY, político inglés.  
 \*\*\*863, 920, \*\*\*\*962, 967.  
 MAC DOUGALL, senador americano. \*207.  
 Macedonia. \*\*384, 446, 481, 514 a 516,  
 594, \*\*\*\*662, 677, 713, 752, 792, 876,  
 \*\*\*\*1213.  
 MAC-MAHON, mariscal. \*\*371, 373, 407.  
 Madagascar. \*224, \*\*357, 360, 399,  
 \*\*\*\*1231.  
 MADERO, presidente de Méjico. \*\*586.  
 MADISON, presidente de los EE. UU. \*75.  
 Madrid. \*45, 70, 72, 73, 92, 151, \*\*531,  
 \*\*761, \*\*\*\*1020, 1022, 1145, 1153.  
 Maestricht, ciudad. \*\*\*\*1132.  
 MAFFEY, diplomático inglés. \*\*\*986.  
 Magallanes, estrecho de. \*\*587.  
 Maghreb (v. Moghreb).  
 Magiars. \*119, 138, 141, 142, 154, 159 a  
 161, 168 a 170, 176, 212, 308, 311, 313,  
 \*\*345, 353, 354, 527, \*\*\*653, 658, 752,  
 774, 790, 872, 928.  
 Maginot, línea. \*\*\*965, 1107, 1131.  
 Magnitogorsk, ciudad. \*\*\*\*1233.  
 MAHAN, ALFRED; almirante. \*\*362, \*\*\*\*971.  
 MAHDI. \*431.  
 Maine, Estado del. \*190, 201.  
 Malaca, estrecho de. \*105, \*\*\*\*1181.

Malaca, península. \*252, \*\*\*\*1190.  
 Malasia. \*\*579, 634, \*\*\*\*1185, 1186, 1241  
 a 1246.  
 MALINOFF, ministro búlgaro. \*\*607, 608.  
 Malta, isla de. \*82, 264, 269, \*\*360, 391,  
 522, \*\*878, 889, \*\*\*\*1133, 1206, 1238.  
 MAMIANI. \*130.  
 Mancha, canal de La. \*\*\*486, \*\*\*695,  
 \*\*\*\*1151, 1156.  
 Manchester. \*122.  
 Manchúes. \*182, 183, \*\*478.  
 Manchukúo. \*\*\*\*978, 980, 982, 1030, 1033,  
 1063.  
 Manchuria. \*\*466, 476, 479, 483, 496, 497,  
 503, 504, 510, 539, 573, 574, 576, 585;  
 \*\*683, 838, 895, 896, 898, 901 a 903,  
 \*\*973, 977 a 979, 981 a 983, 998,  
 1027, 1028, 1123, 1203, 1240.  
 Manchuria, guerra de. \*\*466, 479, 504,  
 \*\*\*\*983, 998.  
 Mandatos. \*\*756, 786, 801, 804, 885,  
 \*\*\*\*1239.  
 Manifest Destiny. \*190, \*\*362.  
 Manila. \*106, 180, \*\*\*\*1190.  
 MANIN, D. \*171, 257.  
 Mannheim. \*135.  
 MANTEUFFEL, general. \*173, \*\*374, 377.  
 MANTOUX, PAUL. \*\*\*934.  
 MAO-TSE-TUNG, comunista chino. \*\*\*824.  
 Marca, región. \*255.  
 Marchand, misión. \*\*478.  
 MARÍA, gran duquesa. \*297.  
 MARÍA-CRISTINA, regente de España. \*91.  
 Marina de guerra. \*304, 309, 310, \*\*347,  
 348, 356, 359, 360, 362, 363, 383, 402,  
 453, 456, 458, 460, 496, 497, 500, 503,  
 505, 518, 519, 521, 522, 530, 576, 587,  
 596, \*\*660, 673, 739, 822, 836, 894,  
 \*\*\*\*1024, 1054, 1079, 1081, 1096, 1117,  
 1122, 1129, 1141 a 1143, 1145, 1148,  
 1151, 1152, 1154 a 1162, 1165, 1166,  
 1171, 1175, 1179, 1180, 1182, 1184, 1189,  
 1190, 1222.  
 Marina mercante. \*115, 208, 224, \*\*437,  
 574, 575, 586, 602, \*\*656, 660, 668,  
 686, 696, 705, 748, 772, 783, \*\*\*\*1024,  
 1033, 1110, 1127, 1128, 1144, 1156, 1165,  
 1166, 1171, 1180, 1222, 1231, 1232, 1234,  
 1241, 1257.  
 Maritza, río. \*\*\*880.  
 Mármara, mar de. \*\*383.  
 Marne, batalla del. \*\*650, 674.  
 Maronitas. \*269.  
 Marrakech (v. Marragués).  
 Marragués, ciudad. \*\*555.  
 Marruecos. \*91, 99, 150, \*\*431, 457, 464)  
 491, 492 a 494, 498, 501, 502, 504 a 509,  
 510, 589, \*\*\*760, 881, 884, 886, 887,  
 932, \*\*\*\*1020, 1022, 1024, 1142, 1145,  
 1146, 1153, 1156, 1159, 1160, 1231, 1253.  
 Marsa, tratado de la. \*\*399.  
 Marsella. \*89, 128, \*\*437.  
 Marshall, archipiélago de. \*\*432.  
 Marshall, plan. \*\*\*\*1259.  
 MARTIGNAC, político francés. \*86.  
 Martinica. \*\*360.

MARX, CARLOS. \*116, 123.  
 MASARYK, político checoslovaco. \*\*\*653,  
 729.  
 Massaua, ciudad. \*\*399.  
 Materias primas. \*\*\*653, 654, 668, 690,  
 818, 864, 926, \*\*\*\*970, 1024, 1053, 1108,  
 1115, 1120, 1151, 1166, 1177, 1182, 1183,  
 1185, 1222, 1228, 1231, 1233, 1235 a  
 1237, 1241.  
 MATHIEU. \*48.  
 MATSUOKA, diplomático japonés. \*\*\*\*1183.  
 MAURIN, general y ministro. \*\*\*\*1016.  
 MAURRAS, CHARLES. \*\*459.  
 MAX DE BADEN, canciller alemán. \*\*\*735,  
 740.  
 MAXIMILIANO, emperador de Méjico. \*281,  
 282.  
 Mazagán, ciudad. \*\*555.  
 MAZZINI, G. \*115, 117, 120, 124, 125, 128,  
 129, 160, 171, 176, 204, 256, 263.  
 MC ADOO, secretario del Tesoro de Estados  
 Unidos. \*\*\*905.  
 Meca, La. \*\*635, \*\*\*687, 886.  
 Mediterráneo. \*27, 29, 49, 83, 86, 88 a  
 95, 101, 102, 107, 149, 150, 156, 235,  
 237, 255, 265, 267, 269, 271, 318, 319,  
 \*\*352, 353, 357, 383, 391, 415, 416, 432,  
 465, 468, 485, 504, 510, 522, 530, 550,  
 \*\*658, 659, 662, 695, 747, 769, 785,  
 786, 801, 828, 832, 869, 874, 878, 887,  
 888, \*\*\*\*960, 963, 1006, 1009, 1018, 1021  
 a 1024, 1026, 1027, 1034, 1038, 1040,  
 1067, 1068, 1073, 1088, 1101, 1125, 1133,  
 1134, 1141, 1145, 1148, 1151, 1152, 1154  
 a 1156, 1175, 1177, 1194, 1195, 1206,  
 1208, 1240, 1249, 1260, 1262.  
 Mediterráneo, batalla del. \*\*\*\*154 a 1156,  
 1159 a 1161, 1163, 1171, 1175, 1177,  
 1194, 1206.  
 MEHEMET ALÍ. \*267, 324.  
 MEHEMET SAID, jedive. \*267.  
 Mein. \*174, 296, 299, 305, 319.  
 "Mein Kampf". \*\*\*\*957, 958, 960, 963,  
 965, 966, 968, 977, 989, 990, 992, 993,  
 1004, 1035, 1053, 1085, 1087, 1093, 1141,  
 1174.  
 Méjico. \*69, 71, 79, 80, 105, 111, 189, 190  
 a 193, 195 a 197, 202, 220, 222, 244,  
 269, 275, 279, 280 a 282, 298, \*\*472,  
 570, 584, 586, \*\*666, 688, 689, 703,  
 905, 907, 914, \*\*\*\*1120.  
 Méjico, golfo de. \*\*472.  
 Mekong, río. \*252 a 254, \*\*403, 404.  
 MELBOURNE, lord. \*100.  
 MÉLINE, político francés. \*\*337.  
 MELNIK, nacionalista ucraniano. \*\*\*\*1178.  
 Memel, territorio de. \*\*\*\*1072.  
 Menam, río. \*\*403, 404.  
 MENCHIKOFF, diplomático ruso. \*235, 239.  
 MENSENDORFF-POULLY, ministro austríaco.  
 \*290.  
 MERCIER DE LOSTENDE, diplomático fran-  
 cés. \*276.  
 Mers-el-Kébir, ciudad. \*\*\*\*1155, 1156,  
 1164.  
 Merv, oasis de. \*\*401.

Mesina, estrecho de. \*263, 265.  
 Mesopotamia. \*\*492, 550, \*\*\*687, 786, 804, 885.  
 METTERNICH, príncipe de. \*10, 29 a 31, 38, 39, 44, 46, 47, 54, 61, 62, 64, 65, 67, 82, 91, 97, 132, 133, 142, 143, 145 a 147, 152, 153, 155, 156, 158, 161 a 163, 204, 322.  
 METTERNICH, RICARDO DE. \*223, 292, 293.  
 Mézières, ciudad. \*\*\*736.  
 MICHELET, JULIO. \*20, 212.  
 Migraciones intercontinentales. \*\*367, \*\*\*885.  
 MIGUEL, pretendiente de Portugal. \*91.  
 MIGUEL, rey de Rumania. \*\*\*\*1213, 1216.  
 MIHAILOVICH, general yugoslavo. \*\*\*\*1213.  
 MIKLAS, presidente de Austria. \*\*\*\*1035, 1036.  
 MIKOLAJZYK, presidente del Comité nacional polaco. \*\*\*\*1200.  
 Mil, expedición de los. \*263.  
 Milán. \*130, 164, \*\*676, \*\*\*\*1026, 1136, 1207.  
 Milanésado. \*16.  
 MILANO, rey de Serbia. \*\*443, 512.  
 MILINKOFF, ministro ruso. \*\*\*707, 717.  
 MILLERAND, A.; presidente de Francia. \*\*\*844, 871.  
 Millsparagh, misión. \*\*\*890, \*\*\*\*1248.  
 Minas Gerães, estado de. \*\*566.  
 Mincio, río. \*262.  
 Minsk, ciudad. \*\*\*858.  
 MINTO, lord. \*155.  
 MIQUEL, político prusiano. \*285.  
 Miquelón, isla. \*\*360.  
 MIRAMÓN, político mejicano. \*279, 280.  
 MIRANDA. \*79.  
 MIRIBEL, general De. \*\*425.  
 Misiones religiosas. \*106, 185, 186, 187, \*\*432, 546, 548, 551, 559.  
 Mississippi, río. \*72, 74, 105. \*\*362.  
 Mitjlene, isla. \*\*596.  
 Mitrovitsa, ciudad. \*\*607.  
 Mitsubishi, Trust. \*\*571, 578, \*\*\*838.  
 MITSUI, barón. \*\*571, \*\*\*839.  
 "Mittelafrika". \*\*561.  
 "Mitteleuropa". \*285. \*\*\*651.  
 Mobile, puerto de. \*75.  
 Módena, ducado de. \*14, 61, 127, 132, 155, 261, 264.  
 Moghreb. \*\*492, 553, \*\*\*\*1253.  
 \*Mogolia. \*180, 251, \*\*510, 545, \*\*\*\*973, 1030, 1032.  
 MOHAMED-ALÍ, jedive. \*93, 94, 95, 96, 97, 98, 100, 101.  
 MOHAMED IDRIS. \*\*\*760.  
 MOHAMED MIRZA, sha. \*106.  
 MOHRENHEIM, barón de; diplomático ruso. \*\*427.  
 MOLA, general español. \*\*\*\*1022.  
 Moldavia. \*87, 88, 104, 137, 212, 234, 258, 293, 321, \*\*\*792.  
 MOIÉ, presidente del Consejo francés. \*192.  
 MOLOTOV, ministro ruso. \*\*\*\*1078, 1084 a 1086, 1176, 1202.

MOLTKE, mariscal. \*288, 291, 302, \*\*611, 618, 620, 621, 650.  
 MOMMSEN, T., historiador alemán. \*322.  
 Monastir, ciudad. \*\*607.  
 MONCHOUX. \*19.  
 Nankin, tratado de. \*184 a 186.  
 NAPIER, lord. \*294.  
 Moneda. \*\*\*814, 816, 844, 846, 848, 853, \*\*\*\*949, 951, 952, 954, 968, 1028.  
 Mongolia (v. *Mogolia*).  
 MONROE. \*75, 76, 78, 79, 190.  
 Monroe, doctrina de. \*78, 105, 194, 197, 199, 202, 231, 273, 275, 281, \*\*362, 471, \*\*\*807, 905, 914, 916, 917, \*\*\*\*1031.  
 Mons. \*54.  
 MONTAGU, secretario de Estado inglés. \*\*\*758.  
 MONTALEMBERT. \*166, 292.  
 MONTANELLI, político italiano. \*159.  
 Montañas Rocosas. \*195, 196, \*\*362.  
 Montdidier, ciudad. \*\*\*716, 734.  
 Montecitorio. \*\*675.  
 Montenegro. \*\*379, 380, 381, 384, 385, 620.  
 MONTESQUIEU, barón de. \*\*546.  
 Montevideo. \*\*\*688.  
 Montgomery, congreso de. \*228.  
 MONTIGNY, diplomático. \*253.  
 MONTMORENCY, M.; ministro francés, \*48.  
 Montoire, entrevista de. \*\*\*\*1156, 1157, 1159 a 1162.  
 Montpellier, ciudad. \*\*\*\*1154.  
 MONTPENSIER, duque de. \*149.  
 Montreux, convenio de. \*\*\*\*1068, 1125, 1176, 1201.  
 Morava, río. \*\*353, 384.  
 Moravia. \*114, 139, 140, \*\*\*\*1072.  
 MORAZE, CHARLES. \*\*\*1257.  
 Morea. \*83 a 87, 93.  
 Morgan, banca. \*\*585, \*\*\*698, 704, 848, 907.  
 MORNAY, duque de. \*220, 258, 280.  
 MORROW, DWIGHT. \*\*\*907.  
 Moscú. \*\*\*779, 820, 829, 861, 866, 889, 899, 929. \*\*\*\*1004, 1005, 1040, 1048, 1062, 1069, 1077, 1078, 1084, 1085, 1175, 1178, 1179, 1189, 1196; 1200, 1216.  
 Mosela, río. \*\*\*\*1042.  
 Mosquitos, costa de los. \*197, 199.  
 MOSSADEQ, político persa. \*\*\*\*1248.  
 Mosul, ciudad. \*\*785, 804, 885 a 887.  
 MOTZ. \*18, 65, 118.  
 Mozambique. \*\*477, 556, 559, 560.  
 Mudania; armisticio de. \*\*\*880.  
 Mudros, isla. \*\*\*742.  
 Muharrem, decreto de. \*\*547.  
 Mukden, ciudad. \*\*497, \*\*\*\*978.  
 Mulhouse. \*123.  
 MÜLLER, HERMANN; político alemán. \*\*\*798, 853.  
 Münchengrätz, acuerdos de. \*67, 92, 96, 105, 145.  
 Munich, \*285, 303, \*\*620, \*\*\*\*1112.  
 Munich, conferencia de. \*\*\*\*1035, 1041, 1047, 1049, 1062, 1065, 1066, 1068, 1073, 1074, 1080, 1087, 1091, 1097, 1113, 1121.

MUNSTER, embajador alemán. \*\*376.  
 MURAVIEFF, general. \*206, 244, \*\*485.  
 Murmansk, ciudad. \*\*657, 686, 779, 782, \*\*\*\*1129.  
 MURPHY, diplom. norteamericano. \*\*\*\*1168.  
 Murphy-Weygand, acuerdo. \*\*\*\*1168.  
 MURRAY, DAVID. \*\*366.  
 MURRI, abate. \*\*\*663.  
 MUSSOLINI, BENITO. \*\*\*663, 676, 732, 751, 801, 828, 863, 864, 872 a 874, 884, 888, 889, \*\*\*\*952, 961, 962, 984, 985, 991, 995, 1001 a 1003, 1005, 1006, 1009, 1017, 1018, 1021, 1023, 1026, 1027, 1036, 1039, 1054, 1059, 1060, 1062, 1072, 1074, 1079, 1080, 1081, 1089, 1106, 1117, 1133, 1136 a 1139, 1148, 1154, 1177, 1180, 1189, 1206 a 1210, 1212, 1217, 1271.  
 MUTSUHITO, emperador del Japón. \*\*366.

## N

Nacionalidades. \*117, 321, 322, \*\*338, 339, 379, 468, 508, 526, 527, 589, 591, 594, 615, 624, 636, 637, \*\*650, 652, 653, 658, 707, 712, 713, 718, 724, 728 a 733, 752, 758, 763, 765, 769, 773, 775, 776, 786 a 789, 792, 820, 821, 872, 889, 932, \*\*\*\*989, 992, 1174, 1214, 1252, 1262.  
 Nacionalismos. \*322, 323, \*\*337, 340, 359, 389, 394, 395, 444, 451, 468, 498, 512, 514, 516, 517, 526, 543, 556, 580, 589, 590, 591, 594, 596, 615, 616, 618, \*\*650, 653, 657, 658, 686, 687, 712, 713, 728, 752, 755, 758, 760, 761, 763, 764, 767, 768, 786, 791, 798, 809, 820, 822, 823, 826, 851, 879, 884, 889, 893, 897, 932, \*\*\*954, 955, 981, 1028, 1057, 1179, 1214, 1238, 1240, 1242 a 1245, 1249, 1252, 1254, 1266.  
 Naciones Unidas. \*\*\*\*1252.  
 NADIR KHAN. \*\*\*891.  
 NADOLNY, diplom. alemán. \*\*\*\*974.  
 Nagasaki, \*227, \*\*\*\*1223.  
 NAHAS, primer ministro egipcio. \*\*\*\*1250, 1252.  
 Namur. \*16, \*\*\*693, \*\*\*\*1132.  
 Nancy, ciudad. \*\*600.  
 Nankin. \*183, 184, 226, 249, 250, \*\*\*898 a 901, \*\*\*\*1030, 1031, 1033, 1121.  
 NAPOLEÓN I. \*37, 40, 71, 73, 149, 273, \*\*372, \*\*\*\*1271.  
 NAPOLEÓN III. \*168, 169, 171, 173 a 175, 205, 215, 218, 220, 222, 237, 239, 241 a 243, 251, 253, 255, 257 a 262, 264 a 271, 275, 277 a 282, 289, 291 a 299, 301, 302, 304 a 312, 318, 319, 323, 324, \*\*337, \*\*\*\*1087, 1271.  
 NAPOLEÓN-JERÓNIMO, príncipe. \*259, 262, 292.  
 Nápoles. \*44, 46, 47, 49, 114, 151, 160, 263 a 265, \*\*\*\*1212.  
 Narvik, ciudad. \*\*\*\*1127, 1128.  
 Natal, colonia de. \*\*477, 555, 556, \*\*\*759, \*\*\*\*1254.

Nationalverein. \*285 a 287, 299.  
 NAUMANN, FRIEDRICH; político alemán. \*\*\*651.  
 Navarino, batalla de. \*86.  
 Navarra. \*91.  
 Nazismo. \*\*\*945, 959, 960, 967, 974, 986, 989 a 991, 1010, 1034, 1052, 1085, 1094, 1111, 1113, 1180, 1215, 1219.  
 Nedjed, Estado del. \*\*\*765, 886.  
 NEF, JOHN. \*\*\*\*1268.  
 Negro, mar. \*10, 83, 96, 97, 101, 233, 238, 239, 242, 313, 314, \*\*353, 415, 417, 482, 510, 547, 548, \*\*\*792.  
 NEHRU, PANDHIT. \*\*\*1245, 1246.  
 NEKLUDOV, diplomático ruso. \*\*515.  
 NEMOURS, duque de. \*56.  
 Neo-güelfismo. \*256 (v. *Gioberti*).  
 NESSELRODE, canciller ruso. \*76, 162, 294.  
 Nestorianos. \*\*551.  
 Nettuno, ciudad. \*\*\*874, 875.  
 Neuilly, tratado de. \*\*747, 792, 876.  
 Neutralidad. \*297, 313, \*\*350, 409, 410, 416, 520, 613, \*\*\*647, 648, 654, 660, 662 a 664, 667, 669, 675, 679, 695 a 698, 700, 702, 703, 706, 718, \*\*\*972, 1069, 1087, 1125, 1126, 1130, 1131, 1136, 1137, 1142, 1162, 1165, 1216, 1247, 1248.  
 Neutralidad, leyes en los EE. UU. \*\*\*669, \*\*\*\*972, 973, 1007, 1069, 1097.  
 Nevada, Estado de. \*196.  
 Newcastle. \*277.  
 "New Deal". \*\*\*\*951, 953, 954, 971.  
 Nezib, batalla de. \*96.  
 Nicaragua. \*196, 197, 199, \*\*584, \*\*\*906, 912, 917.  
 NICOLÁS I, zar. \*28, 54, 85, 97, 98, 145, 146, 165, 168, 169, 174 a 176, 205, 206, 234, 236 a 238, 240, 241.  
 NICOLÁS II de Rusia. \*\*427, 465, 466, 497, 503, 515, 617, 636, 657, 707, 729.  
 NICOLINI, G. B.; escritor italiano. \*128.  
 NICHOLS, H. G. \*\*\*1010.  
 NIEBUHR, escritor alemán. \*63.  
 NIEL, mariscal. \*301, 310.  
 NIEMOLLER, pastor alemán. \*\*\*\*1112.  
 NIETZSCHE, filósofo alemán. \*\*\*\*959.  
 Níger, río. \*\*399, 454, 477, 558.  
 Nigeria. \*\*399, 477, 556.  
 Nilo, río. \*\*431, 432, 476 a 478, \*\*\*884.  
 Nilo Azul, río. \*\*492, \*\*\*\*984, 985, 1067.  
 Ningpó, ciudad. \*\*544.  
 Ningpó, batalla de. \*183.  
 NINTCHITCH, político yugoslavo. \*\*\*875.  
 NITTI, estadista italiano. \*\*\*827.  
 Niza. \*265, 316, \*\*414, \*\*\*\*1062.  
 Nobel, "trust". \*\*363.  
 "No intervención". (v. *guerra civil española*).  
 NOLI, FAN. \*\*\*875.  
 Normandía. \*274, \*\*\*\*1199, 1200, 1216.  
 Normandía, desembarco en. \*\*\*\*1199, 1200, 1216 a 1218, 1220, 1223.  
 Norte, mar del. \*285, \*\*347, 458, 521, 613, \*\*\*657, 695, \*\*\*\*1131.  
 NORTHCLIFFE, lord; periodista inglés. \*\*444.

Noruega. \*\*528, 529, 661, \*\*\*\*1017, 1125 a 1128, 1136, 1137, 1194.  
 NOULENS, embajador de Francia. \*\*\*726.  
 Novara, *batalla de*. \*160, 170, 171.  
 Novibazar. \*\*381, 385.  
 Novorossik. \*97.  
 Nueva Granada. \*22, 197.  
 Nueva Guinea. \*\*432, 542.  
 Nueva Inglaterra. \*189, 229, \*\*580, \*\*\*666, 698.  
 Nueva Orleans. \*105, 277.  
 Nueva York. \*72, 115, 268, \*\*\*690, 698, 817, 848, 906, 910, \*\*\*\*948.  
 Nueva Zelanda. \*105, 186, \*\*576.  
 Nuevo-Méjico. \*196.  
 Nuremberg. \*\*\*\*938.  
 NURY-SAID, presidente iraquí. \*\*\*1250, 1251.  
 NYE, senador norteamericano. \*\*\*\*972.

**O**

Obersalzberg, *conferencia del* (v. *Berchtesgarden*).  
 Obock. \*270, \*\*399.  
 OBREGÓN, presidente de Méjico. \*\*\*907.  
 OBRENOVICH, Miguel. \*\*380.  
 OBRENOVICH, Milano. \*\*387, 388.  
 OBRENOVITCH, MILOCH. \*23.  
 OBRUTCHEV, general. \*\*426, 427.  
 Oceanía. \*105, \*\*362, \*\*\*\*1237.  
 O'CONNELL, político irlandés. \*127.  
 Oder, río. \*\*\*\*1200.  
 Odesa. \*42, 82, 233, \*\*\*674, 779, \*\*\*\*1109.  
 Ogasawara, islas. \*\*364.  
 Ogoné, río. \*\*400, 401.  
 Ohio, Estado de. \*\*580.  
 Ohio, río. \*229.  
 OKADA, almirante japonés. \*\*\*\*1028.  
 Okinawa, isla de. \*\*\*\*1222, 1223.  
 OKUBO, estadista japonés. \*247, 324, \*\*364, 365.  
 OKUMA, estadista japonés. \*\*578.  
 Oldemburgo, principado de. \*31, 133.  
 Olmütz, *puntos de*. \*173, 175, 205, 240.  
 OLLIVIER, EMILIO. \*302, 304, 305, 312.  
 ONCKEN, HERMANN. \*\*457.  
*Opio, guerra del* (v. *Guerra del opio*).  
 Oppeln, ciudad. \*\*\*\*1200.  
 Orán. \*\*461, \*\*\*\*1145, 1153.  
 Orange-Nassau, *dinastía de*. \*51.  
 ORANGE, príncipe de. \*56.  
 Orange, República de. \*\*455, 477, 555, 556, \*\*760.  
 Orange, río. \*\*477.  
 Oregón, territorio del. \*190, 196, 201, 202.  
 Oremburgo. \*\*486, 539.  
*Organización Internacional de Ayuda a los Refugiados*. \*\*\*\*1241.  
 Oriente, *cuestión de*. \*242, 313, \*\*379, 380, 386.  
 Oriente Medio. \*\*\*\*1110, 1151.  
 ORLANDO, estadista italiano. \*\*\*772, 776, 791.

ORLOFF, príncipe. \*\*338.  
 Orsini, *atentado de*. \*259.  
*Ortodoxos*. \*318, \*\*451, 527, 537, 548, 551, 636, \*\*\*652, 752, 769, 792, 875, 885.  
 Osaka. \*227, 247.  
 Oslo, ciudad. \*\*\*\*1017, 1127, 1129.  
 Ostrava, ciudad. \*\*\*790, 859.  
 Otranto, canal de. \*\*595, \*\*\*675, 874, \*\*\*\*1073.  
 Ottawa, *acuerdos de*. \*\*\*\*952, 1028.  
 OTTO DE HANSBURGO, archiduque. \*\*\*\*1215.  
 Ouenza, minas de. \*\*554.  
 OWEN, ROBERTO. \*116.

**P**

PABLO, regente de Yugoslavia. \*\*\*\*1061.  
 Pacífico, océano. \*4, 27, 28, 105, 106, 111, 180, 186, 187, 189, 195, 196, 206, 244, 250, 323, \*\*357, 366, 432, 437, 479 a 481, 497, 539, 576, 581, 585 a 587, \*\*\*686, 703, 711, 768, 783, 836, 838, 894 a 897, 915, \*\*\*\*1032, 1061, 1101, 1121 a 1123, 1149, 1177, 1180, 1183, 1186, 1189, 1190, 1194, 1195, 1204, 1222 a 1224, 1234, 1239, 1244, 1263.  
*Pacifismo*. \*\*469, \*\*\*655, 753, 920.  
*Pacto de Corfú, 1917*. \*\*370.  
*de las Naciones Unidas*. \*\*\*\*1196, 1252, 1253.  
*de Londres, 1914*. \*\*808, 810.  
*de renuncia a la guerra, 1928*. \*\*\*921, 933.  
*franco-soviético (1935)*. \*\*\*\*974.  
*germano-soviético*. \*\*\*\*1082.  
*tripartito. (Alemania - Italia - Japón)*. \*\*\*\*1176, 1184.  
 "*Pacto de acero*". \*\*\*1079, 1081, 1138, 1207, 1210.  
*Pacto de Familia*. \*72.  
 PACHITCH, N.; estadista serbio. \*\*619, \*\*730.  
*Padres blancos*. \*\*559.  
*Padres del Espíritu Santo*. \*\*559.  
 Pagny-sur-Moselle, ciudad. \*\*377.  
 PAHLEVI, REZA, Sha de Persia. \*\*\*\*1247.  
 Países Bajos. \*12, 15, 40, 51, 53 a 57, 69, 87, 215, 245, 293, \*\*338, 358, 432, 457, 542, 570, 613, \*\*\*661, 761, \*\*\*\*952, 953, 1017, 1071, 1073, 1106, 1107, 1180, 1194, 1229, 1244, 1254, 1259, 1261, 1262, 1264.  
 Palatinado. \*63, 100, 174, \*\*\*775, 847.  
 Palatinado bávaro. \*229, \*\*\*775.  
 PALATSKY, historiador checo. \*139, 142.  
 PALÉOLOGUE, MAURICE; diplomático. \*\*871.  
 Palestina. \*234, \*\*548, \*\*\*735, 755, 759, 786, 804, 809, 878, 884, 888, \*\*\*\*1057, 1250, 1251.  
 Palikao, *batalla de*. \*249.  
 PALMERSTON. \*34, 55, 59, 67, 91, 92, 97, 99, 100, 101, 122, 147 a 149, 152, 153.

155, 156, 163, 165, 167, 168, 170, 173, 182, 186, 191, 193, 201, 237, 242, 248, 265, 267, 268, 275, 277, 294, 322, 323.  
 Pampa argentina. \*202, \*\*562.  
 Panamá, canal de. \*\*494 a 497, 586, 587, 666, \*\*\*\*1120.  
 Panamá, istmo. \*\*\*837.  
 Panamá, república de. \*\*427, 494, \*\*\*905, 906.  
*Panamericanismo*. \*74, 80, 202, \*\*583.  
*Paneslavismo*. \*\*353, 381, 527, 636.  
*Pangermanismo*. \*\*457, 458, 559.  
 PAPER, canceller alemán. \*\*\*\*988.  
 Paraguay. \*\*566, \*\*\*915.  
 Paraguay, río. \*\*\*915.  
 PARDO, EDUARDO; escritor. \*\*583.  
 París. \*54, 60, 67, 70, 82, 99, 104, 124, 128, 138, 150, 151, 184, 191, 193, 243, 268, 275, 289, \*\*376, 418, 423, 427, 447, 500, 501, 503, 513, 518, 530, 548, 604 a 606, 608, 609, 618, 627, \*\*\*689, 693, 708, 723, 753, 773, 775, 803, 853, 854, 859, 864, 906, 933, \*\*\*\*988, 1003, 1005, 1009, 1014, 1015, 1044, 1046, 1062, 1065, 1069, 1070, 1073, 1077, 1078, 1097, 1157, 1159, 1220.  
 París, *protocolos de*. \*\*\*\*1158, 1161, 1164.  
 París, *segundo tratado de*. \*38, 39, 42.  
 Parma, ducado de. \*14, 61, 127, 155, 258, 261, 264.  
*Paro obrero*. \*\*\*818, 864, 926, 929, \*\*\*\*950, 964, 1160, 1252.  
 PASKIEVITCH, general. \*60.  
 PAULUS, general alemán. \*\*\*\*1197, 1217.  
 PAYER, vicecanciller alemán. \*\*734.  
 Paz de San Stefano. \*\*384.  
 Paz, *tentativas de* (1914-1918). \*\*677, 681, 692, 706 a 710, 713, 715 a 725, 730, 731, 733 a 737.  
 "*Peace Ballot*". \*\*\*\*1009.  
 Pearl Harbour, rada. \*\*\*\*1180, 1184 a 1189, 1190.  
 PECQUEUR, CONSTANTINO. \*124.  
 PEDRO de Portugal. \*70, 91.  
 PEDRO EL GRANDE, de Rusia. \*\*\*\*975.  
 PEDRO KARAGEORGEVITCH, rey de Serbia. \*\*512.  
 PEEL, SIR ROBERTO. \*122, 148.  
 Peenemünde, ciudad. \*\*\*\*1217.  
 Pei-Ho, río. \*249.  
 Pekín. \*182 a 185, 226, 249, 250, 251, 253, \*\*479, 544, 573, \*\*\*684, 711, 763, 823, 898, 899, 901, 903, \*\*\*\*1030.  
 PELLETAN, EUGENIO; político francés. \*\*461.  
 Pendjab, provincia. \*\*401, 540.  
 Pendjeh, oasis de. \*\*402, 403.  
 Península Ibérica. \*\*\*\*1174, 1228.  
 Pensilvania. \*114, 229, 277.  
 PEPOLI, conde; político italiano. \*261.  
*Pequeña "entente"*. \*\*870 a 873, 876, 928, \*\*961, 963, 987, 995, 998, 1000, 1004, 1017, 1061.  
 PEREIRE, hermanos. \*220.  
 PERIER, CASIMIRO; presidente del Consejo. \*16, 56, 62, 90.

Perm. ciudad. \*\*607.  
 PERROUX, FRANCISCO. \*\*\*\*954.  
 PERRY, comodoro. \*245, \*\*364.  
 PERSHING, general norteamericano. \*\*\*689, \*\*\*\*1046.  
 Persia. \*106, 179, \*\*402, 431, 491, 505, 518, 550, 551, \*\*\*687, 806, 881, 889 a 891, \*\*\*\*1176.  
 Pérsico, golfo. \*95, 106, \*\*431, 485, 491, 492, 511, 550, 551, \*\*\*687, 804, 878, 881, \*\*\*\*1247, 1249.  
 PERSIGNY, político francés. \*174, 258, 277.  
 Perú. \*69 a 71, 80, \*\*564 a 566, 584, \*\*\*688, 910, 913, 914, \*\*\*\*1235, 1236.  
 Pescadores, islas de los. \*\*479.  
 PETAIN, mariscal. \*\*\*884, \*\*\*\*1147, 1148, 1154, 1157, 1161 a 1163.  
 Petchili, golfo de. \*183, \*\*432, 479.  
 "*Petit Parisien*". \*\*\*\*1041.  
 Petrogrado. \*218, \*\*716, 718, 721, 722 (v. también *San Petersburgo y Leningrado*).  
*Petróleo*. \*\*\*817, 863, 881, 885 a 887, 915, \*\*\*\*1009, 1073, 1118, 1120, 1151, 1153, 1181 a 1184, 1186, 1188, 1208, 1235, 1236, 1240, 1246, 1247, 1265.  
 Petropavlosk. \*244.  
 Petsamo, ciudad. \*\*\*\*1129.  
 PETERS, KARI; explorador alemán. \*\*457.  
 "*Pfarrernotbund*". \*\*\*\*1112.  
 PRIZER, publicista alemán. \*64.  
 Piamonte, región. \*\*\*\*1228.  
 Piamonte-Cerdeña, reino de. \*16, 62, 113, 114, 118, 127, 129 a 131, 151, 161, 163, 166, 167, 170, 172, 204, 217, 239, 256 a 259, 265, \*\*380.  
 PIATAKOV, comunista ruso. \*\*\*\*1055.  
 Piave, río. \*\*\*733, 801.  
 Picardía. \*\*726.  
 PICHON, STEPHEN; ministro francés. \*\*511, 513, 521.  
 Pilcomayo, río. \*\*\*915.  
 PILSUDSKI, JOSEPH; político polaco. \*\*446, 594, \*\*\*820, \*\*\*\*993, 994.  
 Pinsk, ciudad. \*\*\*858.  
 Pío IX, pontífice. \*133, 160, 256, 266.  
 Pío X, pontífice. \*\*451.  
 Pirineos. \*306, \*\*\*\*1022, 1027.  
 Pisa. \*16.  
*Plebiscitos*. \*\*\*719, 720, 773, 783, 788, 790, 881, \*\*\*991, 992, 1034.  
 Plevna, ciudad. \*\*383.  
 Plombières. \*255, 260, 261, 264.  
 Po, río. \*127, \*\*\*1230.  
 POINCARÉ, RAYMOND; presidente francés. \*\*464, 521, 545, 550, 605, 618, 632, \*\*832, 844, 845, 847, 848, 853, 854.  
 Poitiers. \*61.  
 POKROVSKI, historiador ruso. \*\*\*\*975.  
*Polacos de:*  
*Alta Silesia*. \*\*340, 445, 591, \*\*\*652, 734, 783, 787.  
*Austria*. \*\*445, \*\*\*731, 774.  
*Checoslovaquia*. \*\*\*774.  
*Estados Unidos*. \*\*699.  
*Lituania*. \*\*788.

Rusia. \*292, \*\*445, 594, \*\*\*650, 652, 657, 659, 673, 693, 718, 720, 782, \*\*\*1178.  
 Teschen. \*\*\*774, 790, \*\*\*\*1042.  
 POLIGNAC, príncipe de. \*77, 87 a 90.  
 POLITIS, NICOLÁS; político griego. \*\*\*920.  
 POLK, presidente de los EE. UU. \*194, 196, 197, 202.  
 Polonia. \*9, 18, 57 a 61, 63, 116, 119, 121, 129, 139 a 142, 145, 162, 164, 169, 176, 291 a 293, 319, 321, \*\*340, 404, 445, 526, 589, 594, \*\*\*651, 659, 682, 693, 709, 710, 713, 721, 752, 774, 782, 787 a 790, 793, 794, 798, 800, 820, 826, 829, 832, 835, 844, 851, 855, 857 a 859, 861, 865, 923, 928, \*\*\*\*945, 958, 961, 974, 989, 990, 993, 994, 1004, 1011, 1013, 1014, 1042 a 1044, 1062, 1071 a 1074, 1076 a 1078, 1081, 1082, 1085 a 1091, 1096, 1101, 1104 a 1106, 1111, 1112, 1114, 1119, 1130, 1131, 1136, 1196, 1200, 1202 a 1204, 1215, 1218, 1219, 1228, 1232 a 1234, 1262.  
 Polonia, *cuestión de*. \*57, 162, 164, 176, 291 a 293, 319, 321, 526, 589, 591, 594, \*\*\*651, 659, 693, 713, 728, 731, 734, 752, 775, 787 a 789.  
 POLZER-HODITZ; político austriaco. \*\*\*730, 732.  
 POLLIO, general. \*\*620.  
 POMARÉ, reina de Tahití. \*106, 187.  
 Pomerania. \*\*\*1200.  
 "Popolo d'Italia". \*\*\*\*1003, 1073, 1134.  
 Poros, *conferencia de*. \*86, 87.  
 Port-Arthur, ciudad. \*\*479, 483, 496 a 498, 574, 634, \*\*\*683, 896, \*\*\*\*1201.  
 Portorosa, *conferencia de*. \*\*\*873.  
 Portsmouth, *tratado de*. \*\*498, 573, 577.  
 Portugal. \*70, 91, \*\*400, 443, 477, 531, 598, \*\*\*664, 827, \*\*\*\*1168, 1261, 1262, 1264.  
 Posnanja. \*59, 162, 164, 176, 292, \*\*445, 631, \*\*\*776, 782, \*\*\*\*957, 989, 1217.  
 Pott, puerto de. \*88.  
 Potsdam, ciudad. \*\*518, 519, 520, \*\*\*\*1224.  
 Potsdam, *conferencia de*. \*\*\*\*1224, 1225.  
 POTTINGER, diplomático inglés. \*184.  
 POUTHAS, CHARLES. \*100, 265.  
 Pozzo di Borgo, diplomático ruso. \*70.  
 Praga. \*139, 159, 160, 284, 299, \*\*\*729, 790, 832, \*\*\*\*1034, 1035, 1040, 1041, 1046, 1047, 1061, 1072, 1074, 1078.  
 Praga, *congreso de*. \*\*466.  
 PRATT, HODGSON; pacifista inglés. \*\*449.  
 Préstamos *v. arriendo. Lev de*. \*\*\*1170, 1171, 1181, 1197, 1235, 1247, 1249, 1259.  
 PREVOST-PARADOL. \*301.  
 PRIMO DE RIVERA, general. \*\*761, 820.  
 Príncipes, isla de los. \*\*383.  
 PRITCHARD, cónsul inglés. \*106, 150, 187.  
 Protestantismo. \*152, \*\*451, 546, 548, 551, 559, 636, 656, \*\*\*\*1112.  
 PROUDHON, J. \*124.  
 Provenza, *desembarco*. \*\*\*\*1200.  
 Provincia marítima rusa (en Asia). \*\*363, 465, \*\*\*973, 1033, 1119.

Próximo Oriente. \*\*\*686, 765, 769, 785, 786, 804, 806, 822, 832, 878, 881, 887, 889, 891, \*\*\*\*1125, 1130, 1240, 1247, 1249, 1251, 1260.  
 Prusia. \*11, 16 a 20, 30, 31, 35, 37, 39, 40, 46, 54, 55, 59, 63 a 65, 67, 70, 87, 99, 100, 113, 116, 118, 133, 134, 142, 145, 147, 150, 152, 154, 156, 160, 162, 164, 165, 172 a 176, 204, 205, 218, 239 a 241, 260 a 262, 283, 284, 286, 287, 289 a 299, 301 a 308, 310 a 314, 316 a 318, \*\*445, 636, \*\*658, 661, 737, 782, 788, 799, 826, 851, \*\*\*\*1262.  
 Prusia Oriental. \*\*445, 591, \*\*\*650, 652, 674, 787, 799, \*\*\*\*1081, 1200.  
 Pruth, río. \*\*\*792.  
 Przemysl, ciudad. \*\*\*790.  
 Pskov, ciudad. \*\*\*718.  
 "Public opinion quarterly". \*\*\*\*1170.  
 Puebla. \*281.  
 Puerto Rico, isla de. \*\*480.  
 PULITZER, JOSEPH; periodista americano \*\*444.  
 PUTIANIN, almirante. \*245.  
 Putiloff, *fábricas de*. \*\*606.  
 PU-YI, jefe de Estado del Manchukuo. \*\*\*\*978, 980.

## Q

Quarnero, costa de. \*\*\*874.  
 Quebec. \*\*\*\*1199.  
 Querétaro. \*282.  
 QUINET, EDGAR. \*19, 20, \*\* 568,  
 QUISLING, político noruego. \*\*\*\*1128.

## R

Rabat. \*\*555, \*\*\*\*1156.  
 Racismo. \*\*\*\*956, 1074.  
 RADEZKY, mariscal. \*239.  
 Radicalismo. \*115.  
 RADOSLAVOFF, presidente del consejo búlgaro. \*\*607, 608.  
 RADOWITZ, diplomático prusiano. \*172 a 174.  
 RAEDER, gran almirante. \*\*\*\*1151, 1175.  
 RANC, A.; escritor político francés. \*\*352.  
 RANDON, mariscal. \*298.  
 Rangún. \*253.  
 RANKE, historiador alemán. \*63, 134.  
 Rapallo, ciudad. \*\*\*860 a 862, 864, 865, \*\*\*\*1005.  
 RATHENAN, W.; político alemán. \*\*\*653, 861.  
 RATTAZZI, político italiano. \*257.  
 RATZEL, escritor alemán. \*\*\*\*959.  
 Reaseguros. \*\*423.  
 RECLUS, MAURICE. \*\*462.  
 RECHBERG, A. VON; ministro austriaco. \*289, 290, 293.  
 REDLICH, JOSÉ; escritor austriaco. \*\*\*730.  
 REDMOND, JOHN; político irlandés. \*\*656.

Regina, *acuerdo de*. \*\*\*884.  
 Reichsbank. \*\*\*\*949, 988, 1065, 1095.  
 Reichstag (parlamento alemán). \*301, \*\*340, 360, 361, 369, 376, 377, 413, 420, 430, 446, 459, 518, 557, 611, 616, \*\*709, 736 a 738, \*\*\*\*974, 1080, 1081.  
 Reims. \*\*\*737.  
 RENAN, ERNESTO. \*212, 322, \*\*568.  
 Renania. \*12, 17, 18, 87, 114, 123, 154, 174, \*\*598, \*\*\*739, 775, 786, 834, 847, 850, 852, 853, 855, 861, 920, \*\*\*\*957, 965, 1012 a 1014, 1016, 1017, 1056, 1131.  
 Reparaciones. \*\*\*778, 819, 843, 850, 869, 924, 925, 928, \*\*\*\*987.  
 Responsabilidades de la guerra. \*\*\*778, \*\*\*\*1093, 1094.  
 Rethondes, *armisticio de*. \*\*\*734, 742.  
 Revisión de tratados de paz. \*318, \*\*\*\*960, 966, 969, 970, 1070, 1076.  
 Revolución china (1911-1912). \*\*544 a 546.  
 Revolución rusa de 1905. \*\*466.  
 De 1917. \*\*687, 718, 719, 722, 723.  
 "Revue des Deux Mondes". \*\*\*\*1018.  
 REYNAUD, estadista francés. \*\*\*1017, 1106, 1141.  
 REYSCHER. \*135.  
 REZA, MOHAMMED, Sha de Persia. \*\*\*\*1247.  
 RHODES, CECIL; negociante inglés. \*\*431, 455, 477, 555.  
 RIBBENTROP, ministro alemán. \*\*\*\*1049, 1054, 1065, 1072, 1073, 1080, 1086, 1091, 1093, 1096, 1106, 1137, 1139, 1153, 1154, 1160, 1161, 1174, 1176, 1177, 1210, 1217, 1218.  
 RIBOT, ALEXANDRE; ministro francés. \*\*423, 424, 614, \*\*\*709.  
 RICARDO, economista. \*122.  
 Riccioni, ciudad. \*\*\*\*995.  
 RICHELIEU, duque de; presidente del Consejo. \* 35, 42, 43, 72, 73, 76, 77.  
 RIDOLFI, CÓSIMO. \*132.  
 Riff, montes del. \*\*492, \*\*\*884, 886.  
 Riga, ciudad. \*\*\*858.  
 Riga, *tratado de*. \*\*\*858, \*\*\*\*1196.  
 Rin, río, \*55, 87, 174, 260, 262, 285, 292, 296 a 298, 312, \*\*374, 620, \*\*738, 739, 742, 843, 852, \*\*\*\*968, 1042, 1097, 1201.  
 Rin, orilla izquierda del. \*293, \*\*374, 601, \*\*\*658, 682, 775, 799.  
 Río, *Comisión de*. \*\*\*916.  
 Río de Janeiro. \*70, \*\*566, 688.  
 Río de la Plata. \*202.  
 Río Grande (Méjico). \*190, 196.  
 Río Grande do Sul, Estado de. \*\*563, 566.  
 RITTER, GERHARD. \*\*\*\*1049, 1111.  
 Riu-Kiu, islas. \*364.  
 RIZA, KHAN, coronel. \*\*\*889 a 891.  
 RIZA, MOHAMED; Sha de Persia. \*\*\*890.  
 ROBBINS, diplomático inglés. \*\* 726.  
 Rocosas, Montañas. \*\*362.  
 Rodas, isla. \*\*\*888.  
 ROEHLING, industrial alemán. \*\*\*\*992.  
 Rojo, mar. \*95, 106, 107, 269 a 271, \*\*399, 553, \*\*\*783, \*\*\*\*983, 986, 1001, 1062.  
 Rojo, río. \*254, 321.  
 ROLLAND, ROMAIN, escritor francés. \*\*448.

Roma. \*130, 155, 160, 171, 172, 255, 257, 266, 308, 318, \*\*346, 411, 527, 596, 619, \*\*\*676, 760, 785, 791, 803, 820, 876, 884, 888, 929, \*\*\*\*962, 1001, 1021, 1060 a 1062, 1136, 1137, 1208, 1209, 1211 a 1214, 1226, 1230.  
 Romanticismo político. \*205.  
 Romaña. \*61, 133, 154, 255, 256, 261, 263, 264.  
 ROOSEVELT, FRANKLIN; presidente de Estados Unidos. \*\*\*\*951, 953, 970, 971, 982, 1007, 1046, 1069, 1070, 1079, 1083, 1097, 1121, 1142, 1143, 1166, 1168 a 1171, 1179, 1180, 1185 a 1189, 1194, 1196 a 1199, 1202 a 1204, 1207, 1218.  
 ROOSEVELT, THEODOR, presidente de los Estados Unidos. \*\*362, 471, 494, 496, 582 a 584, 587, 633, \*\*700, 702, 771, 912, 917, 920, \*\*\*\*971.  
 ROOT, ELIHU; secretario de Estado. \*\*587, \*\*700, 920.  
 ROSAS, dictador argentino. \*202.  
 ROSEBERY, lord; primer ministro inglés. \*\*402 a 404.  
 ROSENBERG, ARTHUR. \*\*\*\*1178.  
 Rosinkal, Sociedad. \*\*\*839.  
 "Rote Kapelle", organización. \*\*\*\*1111.  
 ROTHERMERE, periodista y político inglés. \*\*\*\*969, 1009.  
 Rothschild, banca. \*152, 220, \*\*393.  
 Rotterdam, ciudad. \*\*598.  
 Rougier, *misión*. \*\*\*\*1163.  
 ROUGIER, profesor francés. \*\*\*\*1163.  
 ROUHER, E.; ministro de Estado. \*277.  
 ROUSTAN, D.; diplomático francés. \*\*398, 399.  
 ROUVIER, MAURICE, presidente del Consejo francés. \*\*464, 493, 494.  
 Royal Dutch. \*\*565, 566, \*\*\*863.  
 Royal Empire Society. \*\*\*\*1238.  
 Ruán. \*125.  
 Ruatán, isla de. \*197.  
 RUGE, ARNOLD. \*115.  
 Ruhr. \*16, 114, 122, \*\*336, 457, 600, 601, \*\*\*843 a 849, 929, \*\*\*\*1053.  
 Rumania y rumanos. \*137, 141, 160, 212, 234, 308, 321, \*\*379, 380, 383 a 385, 387 a 389, 417, 516, 517, 526, 528, 531, 595, 600, 619, \*\*653, 662, 664, 673, 674, 679 a 682, 693, 708, 722, 774, 782, 790, 792, 800, 803, 857, 858, 865, 869, 870, 872, 873, 923, \*\*\*\*949, 952, 998, 1004, 1011, 1035, 1042, 1043, 1048, 1072 a 1074, 1077, 1078, 1109, 1115, 1117, 1125, 1134, 1175, 1176, 1200, 1213 a 1215, 1218, 1232.  
 Rumanos de Besarabia. \*\*792, 857.  
 Rumanos de Transilvania. \*258, 308, \*\*345, \*\*652, 653, 674, 679, 680, 752.  
 Rumelia. \*\*384, 385, 388, 411, 417.  
 RUNCIMAN, político inglés. \*\*\*\*1045.  
 Rungertorg, empresa. \*\*\*862.  
 Rusi, diplomático americano. \*77.  
 Rusia. \*3, 4, 15, 17, 18, 26, 28 a 30, 32, 35, 37 a 40, 42, 54, 55, 59, 60, 67, 70, 82 a 88, 95 a 99, 101, 102, 104, 105,

113, 120, 121, 127, 138, 139, 142, 145, 146, 154, 156, 158, 162 a 165, 167 a 169, 174, 175, 177, 180, 202, 205, 206, 214 a 216, 233 a 245, 249 a 251, 260, 268, 278, 285, 287, 291 a 294, 297, 301, 308, 310 a 314, 317 a 319, 321, 324, \*\*335 a 337, 343, 344, 350, 352 a 354, 356, 357, 364, 365, 368, 372, 373, 379 a 389, 398, 401, 402, 404, 406 a 418, 420 a 425, 428, 430 a 432, 436, 438, 441, 442, 444, 447, 450, 456, 464 a 467, 476, 479, 482, 484 a 486, 488, 491, 492, 494, 496 a 499, 502 a 506, 513 a 518, 520 a 522, 524, 525, 529, 533, 544, 545, 550, 573, 574, 577, 578, 580, 585, 597, 598, 600, 602, 605, 606, 608, 611, 612, 614 a 618, 622 a 627, 634 a 636, 641, \*\*650 a 652, 657, 659 a 661, 667, 672, 673, 677 a 679, 681, 682, 686, 687, 693, 695, 699, 700, 706 a 708, 710, 715 a 720, 722 a 724, 726 a 730, 747 a 749, 752, 769, 770, 774, 775, 779, 782, 783, 786, 789, 790, 792, 798, 800, 803, 813, 818, 820, 824, 826, 828 a 830, 852, 857 a 859, 861 a 866, 869, 873, 878, 880, 887, 889, 890, 895, 896, 898, 899, 903, 922, 923, 925, 929, 931, \*\*\*\*947, 956, 957, 969, 974, 975, 993, 994, 1000, 1004, 1005, 1003, 1011, 1016, 1024, 1031 a 1033, 1035, 1040, 1042 a 1044, 1047, 1048, 1054, 1058, 1060, 1061, 1068, 1069, 1071, 1074, 1076 a 1079, 1085 a 1088, 1097, 1101, 1105, 1109, 1115, 1118, 1119, 1125 a 1127, 1129, 1130, 1134, 1136, 1152, 1160 a 1162, 1164, 1174 a 1177, 1179, 1183, 1184, 1186, 1187, 1189, 1190, 1194 a 1204, 1208, 1209, 1214 a 1219, 1222, 1224, 1228, 1232, 1234, 1247 a 1249, 1257 a 1263, 1266.

Rusia Blanca. \*\*\*789, 790, 829, 858, \*\*\*1077, 1232.

Rusia Subcarpática. \*\*\*\*1072.

Rusos de Besarabia. \*\*\*792.

Rusos de Lituania. \*\*\*788.

RUSSELL, JOHN. \*264, 275, 277, 278, 297.

Rutenia. \*\*\*\*1035.

Rutenos. \*140, \*\*581, \*\*\*718, 789.

Rutenos de Galitzia. \*\*445, \*\*\*652, 718, 789.

RUYSSEN, THEODORE; pacifista francés. \*\*449.

RYDZ-SMIGLY, mariscal polaco. \*\*\*\*1083.

## S

Sabine River. \*190.

Saboya, *anexión de*. \*215, 265, 294, 316.

Saboya, *Casa de*. \*130, 131, 161, 166, 171, 205, 255, 256, 260 a 263.

SABUROF, diplomático ruso. \*\*410.

SACHKIEVITCH, eclesiástico ruteno. \*141.

SADOUL, capitán. \*\*726.

Sadowa, *batalla de*. \*284, 296 a 298, 301, 318, 319.

Sahara. \*\*\*\*1145.

Saigo, *samurai*. \*247.

Saigón, ciudad. \*253, \*\*360, \*\*\*1183, 1244.

Saint-Cloud. \*298.

Saint-Germain, *tratado de*. \*\*\*747, 776, 872.

Saint-Jean-de-Maurienne, ciudad. \*\*\*769, 785, 801.

SAINT-MARC GIRARDIN, publicista. \*19.

Saint-Nazaire. \*\*\*833.

SAINT-PIERRE, abate de. \*20.

Saint Pierre, isla. \*\*360.

Saint-Quentin. \*\*\*736.

SAINT-SIMON, ENRIQUE. \*21, 124.

SAINT-VALLIER, conde de; diplomático. \*\*374, 397, 398.

Sajalín, isla de. \*206, \*\*364, 498, \*\*\*\*1201.

Sajonia. \*63, 65, 87, 114; 123, 172, 204, 285, 286, 292, 308, \*\*847, 861.

SALANDRA, político italiano. \*\*663, 674, 676.

Salerno, bahía de. \*\*\*\*1212.

SALISBURY, lord; estadista inglés. \*\*397, 398, 414, 415, 417, 453, 455, 482, 488, 500, 632.

Salomón, islas de. \*\*432, \*\*\*\*1194, 1222.

Salónica. \*\*353, 381, 385, 469, 607, \*\*\*672, 678, 679, 876.

Saluen, río. \*252.

Salvador, El. \*\*\*906, 916, 917.

SELVEMINI, G.; escritor italiano. \*\*\*732.

Salzburgo. \*\*\*\*1209, 1218.

Samoa, archipiélago. \*\*432, 585.

Samsun, ciudad. \*\*548.

*Samurais*. \*226, 244, 245, 247.

*Sanciones (S. D. N.)*. \*\*\*851, 933, 934, \*\*\*\*982, 1006, 1007, 1010, 1033, 1126.

SANDERS, LIMAN VON. \*\*597, 617.

SANDLER, ministro suco. \*\*\*\*1126.

San Esteban, *Corona de*. \*142.

San Francisco, ciudad. \*195, 207, 322.

Sangha, región. \*\*511.

SAN GIULIANO, ministro italiano. \*\*517, 527.

San Juan River. \*196, 197.

SANJURJO, general. \*\*\*\*1020.

SAN MARTÍN, general. \*69, 70, 324.

San Pedro, isla de. \*\*360.

San Petersburgo. \*104, 238, 243, 268, 308, \*\*374, 484, 505, 524, 608, 627.

San Remo, *conferencia de*. \*\*843.

San Stefano, *tratado de*. \*\*384 a 386, 391.

*Santa Alianza*. \*10, 20, 37, 38, 40, 41, 44, 48, 49, 67, 78, 83, 322, 323.

Santa Elena, isla. \*\*360.

Santander. \*\*\*\*1024.

SANTAROSA, revolucionario piemontés. \*44.

Santa Sede. \*9, 61, 62, 116, 127, 129, 130, 133, 171, 204, 237, 255, 259, 260, 263, 265, 266, 312, 316, \*\*346, 410, 412, 451, \*\*\*663, 709, 710, \*\*\*\*1136, 1266.

Santiago, ciudad. \*\*916.

Santi-Quaranta, ciudad. \*\*595, \*\*\*\*874.

Santo Domingo (v. *Dominicana*).

Santos Lugares. \*234, 235, 237, \*\*\*886, \*\*\*\*1250.

San Wenceslao, *Corona de*. \*140.

Saõ Paulo, Estado de. \*\*563, 688.

Sarajevo, ciudad. \*\*607, 623.

"*Sarekat Islam*", *sociedad musulmana*. \*\*543, \*\*\*761, 823, \*\*\*\*1244.

SARRAIL, general. \*\*679.

SARRAUT, estadista francés. \*\*\*\*1015.

Sarre, territorio del. \*114, 285, 299, \*\*\*682, 776, 777, 803, 853, 854, \*\*\*\*989, 991 a 993.

Sarreclouis, ciudad. \*\*\*777.

SARTORIUS, J.; jurista alemán. \*124.

SATSUMA, daimío de. \*245, 247, \*\*364.

Save, río. \*23.

Saverne, ciudad. \*\*591.

SAVIGNY, jurista alemán. \*134.

Savona, ciudad. \*\*601.

SAVORGNA DE BRAZZA. \*\*400.

Sazán, islot. \*\*675.

SAZONOV, ministro ruso. \*\*467, 515, 525, 594, 617.

SBRIC (investigador). \*158.

SCELLE, GEORGES; jurista francés. \*\*\*934.

SCOTT, WALTER. \*20.

SCHACHT, presidente del *Reichsbank*. \*\*\*\*1065, 1094, 1095.

SCHLIEFFEN, general von. \*\*427, 533.

SCHMIDT, PAUL. \*\*\*\*1146.

SCHNOEBELÉ, policía francés. \*\*377.

SCHOEN, barón de; diplomático alemán. \*\*618.

SCHUSCHNIGG, canciller austríaco. \*\*\*\*991, 1034 a 1036, 1039.

SCHUVALOFF, conde; diplomático ruso. \*\*386.

SCHWARZENBERG, FÉLIX. \*160, 161, -167, 169, 170, 172, 173, 175, 176, 204.

SEBASTIANI, general. \*56, 60.

Sebastopol. \*97, 238, 239, 241, \*\*674.

*Secesión (v. Guerra de Secesión)*.

Sedán, *batalla de*. \*312.

SECKT, general von. \*\*825, 861.

Seistán, provincia de. \*\*551, \*\*881.

*Seiyukai*, *partido japonés*. \*\*685, 839.

SEMAOEN, comunista javanés. \*\*761.

Semlin, puerto de. \*170.

Senegal, región. \*224, \*\*431, 558.

Senegal, río. \*\*558.

*Senusitas*, *secta*. \*\*760, 884.

Serbia. \*\*353, 379 a 381, 384, 385, 387, 389, 443, 512 a 514, 516, 517, 520, 527, 531, 594, 595, 600, 607, 619 a 621, 623 a 625, 627, \*\*\*651, 654, 661, 662, 664, 673, 675, 677, 679, 708, 752, 792, \*\*\*\*1213.

Serbia, "la Gran". \*\*516, 517.

Serbia, principado de. \*87, \*\*353, 379, 380.

*Serbios en Austria-Hungría*. \*\*469, 514, 526, \*\*\*652, 729, 730, 752, 774, 801.

SERRANO SÚÑER, ministro español. \*\*\*\*1153.

*Servidumbre en Rusia*. \*243.

Setif, ciudad. \*\*\*\*1253.

SEUD, IBN; emir del Nedjed. \*\*\*765.

Seul, ciudad. \*\*365.

Sèvres, *tratado de*. \*\*\*785, 879, 880.

SEWARD, secretario de Estado. 276, 278.

SEYMOUR, lord. \*235.

SEYSS-INQUART, político austríaco. \*\*\*\*1034, 1036.

SFORZA, ministro italiano. \*\*\*827.

SHAKESPEARE. \*20.

Shangai. \*183, 207, 226, 250, \*\*544, 574, 575, \*\*\*824, 899, 900, \*\*\*\*978, 981, 1020, 1030, 1033.

Shantung. \*\*226, 479, \*\*\*670, 683, 686, 711, 783, 784, 893, 896, 902.

SHELLEY. \*20.

SHIDEHARA, ministro japonés. \*\*\*839, 901, 902, 963, 977.

*Shogun o Sogún*. \*226 a 228, 245 a 247.

SHOTWELL, JAMES T. \*\*\*921.

SHUSTER, financiero americano. \*\*551.

Siam. \*252, 253, \*\*403, 404, 431, 432.

Siberia. \*180, 206, 244, 250, \*\*363, 465, 539, 542, 633, \*\*720, 726, 727, 779, 782, 838, 895, 896, \*\*\*\*1118, 1183, 1233.

Sicilia. \*91, 257, 262, 263, 265, \*\*391, 398, \*\*\*878, \*\*\*\*1133, 1208, 1209, 1211.

Sicilia, *desembarco de 1860 en*. \*263.

Sierra Leona. \*\*556.

*Sigfrido*, *línea*. \*\*\*\*1042, 1104, 1136.

SIKORSKI, general polaco. \*\*\*\*1198.

Silesia. \*114, 123, 139, 140, 285, 290, 292, \*\*591, \*\*782, \*\*\*\*1053, 1200.

SILISIRIA. \*\*516.

SIMEÓN II, rey de Bulgaria. \*\*\*\*1214.

Simla, *tratado de*. \*\*545.

SIMON, JOHN; ministro inglés. \*\*\*\*1070.

Simonoseki, estrecho de. \*247.

Simonoseki, *tratado de*. \*\*479, 484.

Sind, región. \*\*540.

Singapur. \*\*360, \*\*\*\*1181, 1184, 1190, 1243.

Sing-Tao, base naval. \*\*672, 682.

Sintolismo. \*\*472.

Siracusa. \*\*\*\*1211.

Sir-Daria, río. \*\*539.

Siria. \*95, 96, 101; 234, 269, 271, 280, \*\*517, 546, 548, 550, \*\*687, 755, 759, 785, 799, 804, 806, 878, 885 a 887, 912, \*\*\*\*1067, 1107, 1158, 1161, 1231, 1250, 1251, 1254, 1264.

SISMONDI. \*89.

Sitka. \*27.

SIXTO DE BORBÓN-PARMA, príncipe. \*\*\*708, 731.

Skagerrak, estrecho de. \*162.

Slesvig. \*135, 137, 161, 165, 176, 212, 283, 284, 287, 291, \*\*340, 445, 529, \*\*\*652, 661, 776, \*\*\*\*957.

SUIDELL, agente americano sudista. \*277.

SMITH, ADAM. \*122.

SMUTS, general sudafricano. \*\*731, 756.

*Sobranie*, parlamento búlgaro. \*\*388, 389.

*Socialismo*. \*123, 124, 132, \*\*450, 616, \*\*\*650, 655, 656, 663, 692, 707, 710, 716, 717, 728, 737, 738, 750, 751, 767, 775, 776, 799, 825, \*\*\*\*956, 960, 990, 1008, 1011, 1015, 1018, 1055, 1111.

*Sociedad de Naciones*. \*\*713, 743, 753, 756, 770, 771, 775, 776, 784, 785, 793

a 795, 800, 803, 806 a 809, 814, 821, 826 a 828, 834, 836, 849, 850, 852, 865, 866, 872, 914 a 916, 919 a 924, 926, 928, 933, 934, \*\*\*\*955, 960 a 962, 969, 970, 974, 977 a 985, 989, 991, 993, 998, 1000, 1001, 1003, 1004, 1007 a 1010, 1013 a 1015, 1017, 1033, 1041, 1044, 1063, 1067, 1068, 1126, 1127, 1131.

Sociedad, islas de la. \*105, 187.

Sociedad General de Navegación Italiana. \*602.

Sociedad Nacional, en Italia. \*257, 263, 285.

SOEKARNO (v. Sukarno).

Sofía, ciudad. \*\*389, 515, 607 a 609, \*\*\*677, 876, \*\*\*\*1216.

Solferino. \*261.

Solú, archipiélago (v. Joló).

Somalia francesa. \*\*\*\*1001.

Somalia italiana. \*\*\*\*983 a 985, 1001, 1007.

SOMBART, W. \*\*438.

Somme, río. \*\*\*672, 673, 680, \*\*\*\*1042, 1141.

Sonda, islas de la. \*\*539.

Sonderbund (v. Guerra del Sonderbund).

SONNINO, estadista italiano. \*\*\*676, 724.

Sopron, ciudad. \*\*\*790.

SOREL, ALBERTO. \*222.

Spa, ciudad. \*\*\*735.

SPENDER, H.: escritor inglés. \*\*\*934.

SPENGLER, OSWALD. \*\*\*751.

Splitz, ciudad. \*\*\*\*1214.

STAEI, madame. \*19, 20, \*\*340.

STALIN. \*\*\*722, 829, 830, 861, 864, 866, 867, 929, \*\*\*\*1010, 1044, 1078, 1079, 1084, 1085, 1087, 1194, 1196 a 1200, 1202.

Stalingrado. \*\*\*\*1101, 1194, 1197, 1214, 1217, 1220, 1233.

STAMBULISKI, político búlgaro. \*\*\*677.

Standard Oil. \*\*585, \*\*\*863, 900, 906.

STANLEY, HENRY; explorador. \*\*400.

STANLEY, ministro inglés. \*\*\*\*1065.

Stanley Pool. \*\*400.

STEFANIK, político y general checo. \*\*653.

STEIN, estadista prusiano. \*14.

STENDHAL. \*20.

Stettin, ciudad. \*\*\*\*1200.

STIMSON, secretario de Estado. \*\*\*\*982, 983, 1188.

STINNES HUGO; industrial alemán. \*\*\*798.

STIRBEY, diplom. rumano; \*\*\*1215.

STOUR, LUIS; escritor eslovaco. \*141.

STOYADINAVITCH, estadista yugoslavo. \*\*\*\*1061, 1073.

Stresa, conferencia de. \*\*\*\*952, 1000 a 1002, 1004 a 1009, 1017, 1018, 1038, 1040.

STRESEMANN, GUSTAV; estadista alemán. \*\*825, 826, 846, 849, 851 a 853, 855, 866.

STRONG, JOSIAH. \*\*362.

STÜLPNAGEL, general alemán. \*\*\*\*1106.

Stuttgart. \*160, 303, 305, \*\*\*\*1220.

Stuttgart, conferencia de. \*133.

Stuttgart, Congreso de. \*\*450.

Sudán Egipcio. \*\*431, 454, \*\*\*884, \*\*\*\*1252, 1253.

Sudán nilótico. \*93, \*\*432, 477, 478, 483, 556.

Sudetes. \*\*468, \*\*\*778, 873, \*\*\*\*1034, 1035, 1040 a 1045, 1047.

Suecia. \*212, 239, 242, \*\*528, \*\*\*653, 661, 818, \*\*\*\*1109, 1115, 1125 a 1129, 1198, 1218, 1228.

Suez, istmo y canal de. \*94, 106, 186, 267, 270, 320, \*\*391 a 395, 397, 510, 540, \*\*\*672, 674, 686, 755, 786, 804, 878, 884, \*\*\*\*986, 1006, 1009, 1026, 1068, 1151, 1175.

Suiza. \*152, 153, 155, 268, 285, \*\*337, 338, 375, 457, \*\*\*692, 709, 803, \*\*\*\*952, 953, 1073, 1107, 1218, 1228.

SUKARNO, nacionalista indonesio. \*\*\*\*1244, 1245.

SUKHOMLINOV, general. \*\*617.

Sumatra. \*\*542.

Sund, estrecho del. \*162.

SUN-YAT SEN, estadista chino. \*\*546, 575, \*\*711, 762, 766, 824, 897, 898.

SUSAK, arrabal de Fiume. \*\*791.

Sushima, isla de. \*\*497 (v. Tsushima).

SUZUKI, almirante. \*\*\*\*1223.

Suzuki, Sociedad. \*\*\*816.

Suvaraj, partido hindú. \*\*\*932.

SZECHENYI, conde, político húngaro. \*141, 143.

## T

TAAFFE, EDUARDO; presidente del Consejo austríaco. \*\*446.

Tacna, ciudad. \*\*566, \*\*914.

Tachkent, ciudad. \*\*486, 539.

TADJURA, sultán de. \*270.

TAPT, WILLIAM. \*\*581 a 583, \*\*\*753.

Tahití, isla de. \*105, 106, 150.

Taipings, revolución de los. \*224, 226, 228, 231, 250, 321, 323, \*\*478.

TAKAHIRA, diplomático japonés. \*\*587.

Takahira-Root, Acuerdo. \*\*587.

TALLEYRAND. \*51, 55, 56, 67.

Tana, lago. \*\*492, \*\*\*984, 985, 1067.

TANAKA, estadista japonés. \*\*\*902.

Tanganika, lago. \*\*558.

Tánger. \*150, \*\*493, \*\*\*887, \*\*\*\*1145.

Tanhenberg, ciudad. \*\*\*674.

Tanzimat, era del. \*233.

TARDIEU, ANDRÉ. \*\*518, \*\*\*799, 801, 810, 855.

TARLÉ, EUGENIO. \*236.

Tarnopol. \*\*\*672.

Tarvisio, entrevista de. \*\*\*\*1210.

TATISCHEFF, diplomático ruso. \*70.

TAYLOR, A.; historiador. \*\*506.

Tazza, ciudad. \*\*555.

TCHANG-TUN-SUN (v. Chang-Tun-Sun).

Tchataldja. \*\*383.

Tchita. \*\*539.

Teherán. \*86, \*\*431, 491, 505, 551, \*\*\*687, 806, 889, 890, \*\*\*\*1247, 1248.

Teherán, conferencia de. \*\*\*\*1199, 1200, 1201, 1204, 1248.

Tejas. \*78, 190, 191, 193 a 195, 200, 202, 228, 322, \*\*578.

Tell, región del. \*\*554.

Tell-el-Kébir, batalla de. \*\*394.

Temeovar. \*137, 161, \*\*\*790.

Tencdos, isla. \*\*596, \*\*\*880.

Tennessee, Estado del. \*74, 75, 190, 191, 228.

Teplitz, entrevista de. \*97.

TERETSCHENKO, ministro ruso. \*\*707.

Terni, ciudad. \*\*601.

Terranova, isla. \*\*\*\*1166.

Territorios en arriendo. \*\*479, \*\*\*670, 682, 683, 896, 898, \*\*\*1201.

Tesalia. \*\*385.

Teschén, territorio de. \*\*\*774, 790, 859, \*\*\*\*1042.

TEWFIK, jedive. \*\*394 a 396.

Thann, ciudad. \*\*709.

THIERRY, AGUSTÍN. \*21.

THIERRY, barón de. \*186.

THIEKS, ADOLFO. \*98 a 101, 104, 148, 156, 166, 173, 223, 312, \*\*351 a 353, 370, 371, 407, 423.

Thoiry, ciudad. \*\*\*852, 853.

Thomas-Gilchrist, procedimiento. \*\*336.

THOREZ, MAURICE; político francés. \*\*\*\*1010.

THONVENEL, ministro francés. \*237, 265, 274 a 277.

THYSSÉN, AUG.; industrial alemán. \*\*601.

Tiber, río. \*312.

Tibet. \*\*499, 545.

Tien-Tsin. \*249, \*\*403, 574, \*\*\*\*1033.

Tien-Tsin, tratado de. \*\*403.

Tigre, isla del. \*197.

Tirana. \*\*\*875.

Tirol. \*147, 213, \*\*\*796, \*\*\*\*957, 1206.

TIRPITZ, almirante von. \*\*458, 519, 622.

TISZA, ESTEBAN; político húngaro. \*\*\*680, 730.

TITO, mariscal yugoslavo. \*\*\*\*1213.

TITTONI, político italiano. \*\*\*802.

Tocqueville, ALEJO. \*169, 174, 201, 212, 274, \*\*568, \*\*\*\*1259.

Togo. \*\*556, \*\*\*799.

Togukawa, familia. \*226.

TOJO, general y estadista japonés. \*\*\*\*1182, 1187, 1223, 1244.

Tokio. \*227, \*\*365, 575, 576, \*\*\*669, 684, 686, 690, 897, 901, \*\*\*938, 979, 1030, 1181, 1182, 1185, 1187, 1223, 1225, 1226.

Tolón, puerto. \*\*427, 430, \*\*\*\*1155, 1160.

TOMMASEO, NICOLÁS. \*129.

Toms, ciudad. \*\*539.

Tonkin. \*254, \*\*351, 358, 403, 431, 541, 543.

Toscana. \*14, 113, 127, 131, 154, 161, 171, 256, 261, 262, 264, \*\*\*\*1211.

TOSCANO, MARIO. \*\*684.

Journal. \*53.

Tours, ciudad. \*\*\*4143.

TOYNEBE, ARNOLD. \*\*\*951.

Tracia. \*\*384, 515, \*\*\*662, 677, 682, 875, 880, \*\*\*\*1213.

Transilvania. \*137, 141, 160, 258, 308, \*\*388, 528, \*\*\*653, 662, 674, 679, 680, 752, \*\*\*\*1175.

Transjordania. \*\*\*\*1250, 1251, 1254.

Transvaal. \*\*399, 455, 477, 478, 484, 555, \*\*\*760.

Tratado de reaseguro. \*\*423.

Tratados [hasta 1871]:

de 1815 (y proyectos de revisión). \*9, 11, 34, 39, 40, 43 a 46, 51, 65, 87, 100, 104, 164, 169, 292, 293.

de 1840. \*99.

de Francfort (1871). \*314, \*\*335, 338, 351, 370, 371, 377, 407, 430, 463, 464, 487.

de Guadalupe-Hidalgo (1848). \*196.

de Kanawaga (1854). \*245.

de Londres (1852). \*283.

de Nankin (1842). \*183, 184.

de París (1856). \*241, 317, \*\*353.

de Pekin (1860). \*249, 251.

de Praga (1864). \*284.

de Unkiar-Skelessi (1833). \*96 a 98, 101.

de Wanghia (1844). \*185.

de Whampoa (1844). \*185.

Tratados [de 1871 a 1914]:

Anglo-nipón (1905). \*\*497, 503, 504.

Austro-germano (1879). \*\*409 a 411, 417.

Austro-rumano (1883). \*\*388, 417, 528.

Austro-serbio (1881). \*\*387.

de Bjorkoe (1905). \*\*503 a 505, 518.

de Bucarest (1913). \*\*516, 528, 531, 594, 607.

de Garantía de Noruega.

de Hay Pauncelote (1910). \*\*431, 497.

de Lausana (1912). \*\*510.

Del Bardo (1881). \*\*399.

Preliminar de Londres (1913). \*\*515.

de Simonoseki (1895). \*\*479, 484.

Franco-ruso (1891). \*\*424 (v. Convención de).

Tratados [de 1914 a 1945]:

Alemania-Italia (1939). \*\*\*\*1073, 1079, 1133, 1137.

Alemania-Polonia (1934). \*\*\*\*990.

Alemania-U. R. S. S. (1939). \*\*\*\*1084, 1088, 1097, 1114, 1125, 1130, 1176.

Checoslovaquia-U. R. S. S. (1935). \*\*\*\*1040.

de Berlín (1926). \*\*\*866.

de Bresk-Litoosk (1918). \*\*\*719, 721, 725 a 727, 733, 739, 774.

de Bucarest (1918). \*\*722.

de Gandra (1923). \*\*914.

de Lausana (1923). \*\*875.

de Lausana (1932). \*\*\*987.

de Locarno (1925). \*\*\*\*945, 948, 1005, 1012, 1014, 1040, 1044, 1057, 1063, 1064, 1067.

de Londres (1915). \*\*661, 675, 769.

de Mogolia-U. R. S. S. (1936). \*\*\*\*1032.

de Montreux (1936). \*\*\*\*1068, 1125, 1176, 1201.



de Neuilly (1919). \*\*\*747, 792.  
 de Regina (1919). \*\*\*884.  
 de Riga (1921). \*\*\*858.  
 de San Stéfano. \*\*384 a 386, 391.  
 de Sévres (1920). \*\*785, 879.  
 de Tirana (1926). \*\*\*875.  
 de Trianon (1920). \*\*\*747, 791, 870 a 872.  
 de Versailles. \*\*\*747, 776 a 778, 784, 787, 788, 797, 798, 800, 801, \*\*\*\*945, 977, 991 a 993, 996 a 998, 1012, 1013, 1107.  
 de Washington (1921). \*\*\*895, 896.  
 de la Pequeña Entente (1921). \*\*\*870 (v. también *Convenios, Pactos, Alianzas*).  
 Egipto-Inglaterra (1936). \*\*\*\*1067.  
 Francia-Checoslovaquia (1925). \*\*\*\*1040, 1041.  
 Francia-Italia (1935). \*\*\*\*1001, 1002, 1007, 1062.  
 Francia-Polonia (1921). \*\*\*\*1082, 1091.  
 Inglaterra-Irán-U.R.S.S. (1942). \*\*\*\*1247.  
 Inglaterra-Italia (1937 y 1938). \*\*\*\*1026, 1027.  
 Inglaterra-Polonia (1939). \*\*\*\*1089, 1092.  
 Inglaterra-Turquía (1938). \*\*\*\*1068.  
 Inglaterra-Turquía (1939). \*\*\*\*1152.  
 Italia-U.R.S.S. (De no agresión, 1933). \*\*\*\*974.  
 Italia-Yugoslavia (1937). \*\*\*\*1060.  
 "Tratados desiguales" en China. \*\*\*763, 764, 898.  
 Trebisonda, ciudad. \*\*\*\*1249.  
 TREITSCHKE, historiador prusiano. \*135.  
 Trentino. \*255, 290, 295, 316, \*\*346, 446, 653, 663, 674, 675.  
 Tréveris, ciudad. \*\*\*\*992.  
 Triada, Sociedad de la. \*225, 226.  
 Trianon, tratado del. \*\*\*747, 791, 870 a 872.  
 Tribunal permanente de Justicia internacional. \*\*\*915, 919, 920, \*\*\*\*988.  
 Trieste. \*82, 147, 316, \*\*346, 527, \*\*\*663, 675, 768, \*\*\*\*995.  
 Triple Alianza. \*\*408, 412 a 415, 421, 423 a 426, 430, 432, 463, 468, 473, 484, 486, 487, 499, 501, 508, 513, 520, 531, 595, 596, 608, 617, 619, 621, 662, 675.  
 Triple Entente. \*\*506, 508, 513, 524, 528, 529, 531, 621.  
 Trípoli, ciudad de Siria. \*\*548.  
 Tripolitania. \*98, \*\*413 a 416, 501, 510, 515, 516, 527, 547, 550, 553, 613, \*\*760, 884, \*\*\*\*1158.  
 TROIA, CARLOS. \*128.  
 TROTSKY, LEÓN. \*\*\*721 a 726, 829, 830, 865, 867, 929.  
 TRUBETSKOI, príncipe ruso. \*\*658.  
 TRUMAN, presidente de los EE. UU. \*\*\*\*1204, 1222.  
 TRUMBITCH, político. \*\*\*730.  
 Tsing-Tao, base naval (v. *Sing-Tao*).  
 Tsushima. \*\*497.  
 TSIAN-CHI-JUI, político chino. \*\*\*711.

TUKHACHEVSKI, general. \*\*\*\*974, 1031, 1043, 1055.  
 Túnez. \*91, 98, 271, \*\*351, 357, 360, 374, 391, 392, 397 a 399, 413, 501, 554, \*\*\*760, 804, 884, 887, 888, 932, \*\*\*\*1001, 1062, 1156, 1159, 1161, 1208, 1209, 1231, 1253.  
 Turanc. \*253, 254.  
 Turín. \*44, 130, 154, 155, 159, 163, 263, 264, \*\*\*676, \*\*\*\*1207.  
 Turingia. \*\*\*861.  
 Turquestán. \*106, 251, 321, \*\*401, 404, 431, 432, 465, 486, 539, 542, \*\*\*867, \*\*\*\*1130.  
 Turquía. \*59, 86, 146, 215, 233, 235, 237, 238, 293, \*\*379, 380, 383, 384, 386, 418, 482, 515 a 517, 531, 550, 596, 616, 619, \*\*\*661, 662, 664, 672 a 674, 677, 681, 682, 742, 764, 765, 792, 822, 823, 869, 875, 880, 885, \*\*\*\*1067, 1068, 1073, 1125, 1134, 1152, 1176, 1177, 1215, 1248, 1249 (v. también *Imperio Otomano*).  
 Turquía asiática. \*\*385, 548 a 550.  
 TYLER, JUAN: presidente de los EE. UU. \*193.

## U

Uahbitas, secta. \*\*\*765, 886.  
 Ual-Ual, ciudad. \*\*\*\*985, 986.  
 UANG CHING-UEI, político chino. \*\*\*898, \*\*\*\*1121, 1188.  
 Ubangui, río. \*\*476.  
 Ucciali, tratado de. \*\*431.  
 Ucrania. \*\*\*720, 721, 722, 725, 729, 739, \*\*\*\*993, 994, 1062, 1069, 1177, 1178, 1198, 1218.  
 U-Chang. \*226.  
 Uenza, minas de. \*\*601.  
 Uerga, río. \*\*\*884.  
 Uganda. \*\*556.  
 UGARTE, MANUEL: escritor. \*\*568, 584.  
 UKHTOMSKI, príncipe; periodista ruso. \*\*465.  
 Ulemas. \*\*551.  
 Ulster, región. \*\*590, 656.  
 ULLSTEIN, periodistas alemanes. \*\*444.  
 Umbria. \*255, 263.  
 Uniatas. \*141.  
 Unión aduanera alemana (v. *Zollverein*).  
 Unión aduanera austro-alemana. \*\*\*\*948, 987, 988.  
 Unión Francesa. \*\*\*\*1238.  
 "Unión Latina". \*\*\*\*1207.  
 "Unión nacional ucraniana". \*\*\*\*1178.  
 Unión Sudafricana. \*\*\*759.  
 "Unión y Progreso", sociedad turca. \*\*\*764.  
 Unkiar-Skelessi, tratado de. \*96 a 98, 101, 102.  
 U.N.R.R.A. (encuesta). \*\*\*\*1229.  
 UPSHAR, secretario de Estado. \*194.  
 Ural. \*\*539, \*\*\*\*1118, 1233.  
 Urales, montes. \*17, \*\*723, \*\*\*\*1233.  
 Uranio. \*\*\*\*1265.

Urga. \*251, \*\*545.  
 URQHARDT, diplomático inglés. \*97.  
 Urmia, ciudad. \*\*551.  
 Uruguay. \*\*564, 566, 568, \*\*\*910, 911, \*\*\*\*1168, 1235, 1237.  
 Uskub, ciudad. \*\*607.  
 Usuri, río. \*251.  
 Utah, Estado de. \*196.

## V

VAILLANT, mariscal. \*260.  
 Valaquia, \*87, 88, 104, 137, 159, 169, 212, 234, 258, 293, 321, \*\*\*\*1216.  
 Valmy. \*\*\*\*1011.  
 Valona, ciudad. \*\*\*675, \*\*\*\*1073.  
 Valones. \*51, 52.  
 Valonia. \*52, 53.  
 Van, ciudad. \*\*548.  
 Vancouver, isla de. \*27.  
 Vardar, río. \*\*353, 384.  
 Varsovia. \*58, 60, \*\*\*832, 858, 929, \*\*\*\*952, 990, 1004, 1077, 1078.  
 Venecia. \*130, 161, 164, 167, 171, 255, 261, 289, 290, 292, 293, 295, 316, \*\*\*\*1230.  
 Venecia Julia, región. \*\*\*\*1230.  
 Véneto. \*\*675 (v. también *Lombardo-Véneto*).  
 Venezuela. \*69, 72, 80, \*\*494, 500, 564 a 566, 584, \*\*\*688, 907, 910, 911, 915, \*\*\*\*1235.  
 Venezuelan Oil Concessions. \*\*566.  
 VENIZELOS, presidente del Consejo griego. \*\*514, 531, 596, \*\*\*678, 679, 880, 881.  
 Ven Tian, principado. \*253.  
 Veracruz. \*192.  
 Verdun, ciudad. \*\*\*672, 673.  
 VERKHOVSKY, general. \*\*\*718.  
 VERMEIL, EDMUNDO. \*\*\*959.  
 Verona. \*46, 261.  
 Versailles. \*61, 316, \*\*\*776 a 778.  
 Versailles, tratado de. \*316, \*\*\*747, 776 a 778, 784, 787, 788, 797 a 803, 806, 807, 809, 826, 832, 833, 835, 842, 843, 846, 848 a 851, 854, 855, 857, 860, 872, 893, 894, 896, 923, 928, \*\*\*\*945, 977, 991 a 993, 996 a 998, 1012, 1013, 1107.  
 Verviers. \*53, 54.  
 VESINET, abogado. \*125.  
 VÍCTOR MANUEL II, rey de Italia. \*241, 255, 259.  
 VÍCTOR MANUEL III de Italia. \*\*501, \*\*\*\*1136.  
 VICTORIA, reina de Inglaterra. \*149, 221, 297, 320, \*\*341, 354, 404, 414, 415.  
 Vichy, gobierno de. \*\*\*\*1151, 1154, 1155, 1157, 1160 a 1165, 1168, 1181, 1231.  
 Viena. \*38, 64, 82, 140, 159, 241, 268, 293, 305, 308, \*\*374, 384, 387 a 389, 409, 513, 596, 607, 612, 615, 627, \*\*651, 653, 675, 680, 715, 716, 720, 722, 733.

\*\*\*\*949, 990, 991, 1034 a 1036, 1039, 1213.  
 Viena, acta de. \*46, 240, 293.  
 Viena, arbitraje de. \*\*\*\*1213.  
 Viena, asamblea de. \*\*346.  
 Vien-Tian. \*253.  
 VIGNY, ALFREDO DE. \*20.  
 VIGÓN, general español. \*\*\*\*1145.  
 "Vigilencia", torpedeo del. \*\*\*696.  
 Viña. \*60, \*\*602, \*\*\*678, 788, 858.  
 VILLA, general mejicano. \*\*688, 689.  
 Villafranca, armisticio de. \*255, 262, 264, 295.  
 Villa-Giusti, armisticio de. \*\*\*733, 742.  
 VILLAMARINA, diplomático italiano. \*258.  
 VILLELE, presidente del Consejo. \*35, 47, 73, 74, 77, 78, 84.  
 VILLIERS, JORGE. \*92 (v. también *Lord Clarendon*).  
 Virginia, Estado de. \*193, 207.  
 Vístula, río. \*59.  
 VITROLLES, político francés. \*43.  
 Vittorio-Veneto. \*\*\*801.  
 Vizcaya. \*91.  
 Vladivostok. \*251, \*\*402, 465.  
 Voiga, río. \*\*\*\*1055, 1118.  
 Volinia, región. \*\*\*\*1178.  
 Volksgeist. \*117.  
 "Völkischer Beobachter". \*\*\*\*1250.  
 Volo, golfo de. \*87.  
 VOLPE, GIACHINO. \*263.  
 VOROCHILOV, mariscal ruso. \*\*\*\*974, 1084.

## W

WADDINGTON, F.; ministro francés. \*\*395, 397.  
 Wafd, Partido nacionalista egipcio. \*\*\*\*1252, 1253.  
 Waldeck, principado de. \*31.  
 WALTERSCE, general von. \*\*420, 462.  
 WALEWSKY, conde de; ministro de Asuntos extranjeros. \*221, 238, 258 a 260, 277.  
 WANGENHEIM, diplomático alemán. \*\*597.  
 Wanghia, tratado de. \*185.  
 Wartburg, fiesta de la. \*44.  
 Washington. \*74, 191, 192, 276, 277, \*\*483, \*\*\*665, 689, 697, 701, 705, 810, 836, 894, 901, 911 a 913, 916, 917, 921, \*\*\*\*981, 1032, 1153, 1179, 1180, 1181, 1185, 1186, 1195, 1197, 1210, 1215, 1218, 1248.  
 Washington, conferencia de. \*\*\*895, 897.  
 WASHINGTON, GEORGE. \*\*583, 666, \*\*\*771.  
 Washington, tratados de. \*\*\*933, \*\*\*\*1033.  
 Waterloo, batalla de. \*37.  
 WEBSTER, CHARLES K. \*79, 92.  
 WEDEL, "statthalter" de Alsacia-Lorena. \*\*446, 591.  
 Wei-Hai-Wei, ciudad. \*\*479.  
 WEILL-RAYNAL, E. \*\*\*848, 854.  
 Weimar, asamblea de. \*\*797.  
 Weimar, ciudad. \*\*\*797.  
 Weimar, constitución de. \*\*\*810, 825.

Weimar, república de. \*\*\*\*173, 987, 989.  
 WEIZSACKER, diplom. alemán. \*\*\*\*1175, 1177.  
 "Weltpolitik". \*\*432, 488.  
 WELLINGTON, duque de. \*43, 55, 85.  
 WENDEL, H. DE; industrial rancés. \*\*600.  
 Wesser, río. \*31.  
 Westfalia. \*31, 285.  
 WEYGAND, general. \*\*\*858, \*\*\*996, 1141, 1148, 1157, 1158, 1160, 1 64, 1168.  
 Whampoa, tratado de. \*185.  
 Whitney, máquina de. \*228.  
 WIED, príncipe de. \*\*595.  
 WILSON, ministro egipcio. \*\*394.  
 WILSON, SIR HORACE; diplo náutico inglés. \*\*\*\*1083, 1084, 1095.  
 WILSON, WOODROW; *president* de EE. UU. \*\*580 a 586, 618, 622, \*\*\*566, 689, 692, 695, 696, 698, 700 a 703, 705, 712, 713, 719, 724, 726, 731 a 735, 738, 739, 742, 752 a 754, 756, 760, 767, 769 a 774, 776, 777, 779, 782, 784 a 786, 791, 793, 794, 797, 800, 801, 806, 807 a 810, 893, 894, 905, 926, \*\*\*\*1046, 1169, 1170, 1239.  
 WINDELBAND, historiador alemán. \*\*375.  
 WINTERFELDT, coronel von. \*\*614.  
 WITTE, conde; estadista ruso. \*\*467, 496, 497, 617.  
 WITZLEBEN, general alemán. \*\*\*\*1049.  
 WOHLTAT, alto funcionario alemán. \*\*\*\*1083.  
 WOLFF, general de las S. S. \*\*\*\*1219.  
 WOLFF-METTERNICH, conde; diplomático alemán. \*\*488.  
 WOLSELEY, general. \*\*394, 453.  
 Wörth, batalla de. \*312.  
 WRANGEL, general ruso. \*\*\*829.  
 Wurtemberg, reino de. \*65, 172, 285, 286, 290, 297, 303.  
 WYKE, diplomático americano. \*199.

**X**

Xenofobia en Asia oriental. \*\*\*\*1242.

**Y**

Yakutsk, ciudad. \*\*539.  
 Yalta, conferencia de. \*\*\*\*1201 a 1203, 1224, 1249.

Yalú, río. \*\*497.  
 Yang-Se-Kiang, río. \*181 a 183, 226, 249 a 251, \*\*479, \*\*\*899, 901, \*\*\*\*1030, 1033.  
 Yawata, ciudad. \*\*572.  
 Yedo (v. Tokio).  
 Yemen. \*\*\*\*983, 1251.  
 Yokohama. \*\*364.  
 YONAY, estadista japonés. \*\*\*\*1182.  
 Young, plan. \*\*\*854, 928, \*\*\*\*987.  
 YPSILANTI, A. \*82.  
 YUAN-CHI-KAI, presidente de China. \*\*510, 545, 546, 575, 585, 683 a 685.  
 Yuang-Cheu. \*226.  
 Yugoslavia. \*\*469, 516, \*\*\*730, 732, 769, 774, 790, 791, 801, 869, 870, 872 a 877, \*\*\*\*998, 1017, 1048, 1059, 1061, 1073, 1109, 1176, 1194, 1201, 1206, 1213 a 1215, 1230, 1233.  
 Yugoslavos. \*\*469, 512, 516, 526, 531, 581, 619, 623, \*\*\*659, 662, 693, 729, 731, 733, 774.  
 Yunan. \*226, 321, \*\*403.

**Z**

ZAGLUL PACHÁ. \*\*554, \*\*\*759, 766, 823, 884, 932.  
 Zagreb. \*140.  
 Zambezé, río. \*\*401, 560.  
 ZANARDELLI, político italiano. \*\*501.  
 Zeebrugge, ciudad. \*\*709.  
 ZELIGOVSKI, general polaco. \*\*\*858.  
 Zemtvos. \*242.  
 ZIA-ED-DIN, periodista persa. \*\*\*889.  
 ZIMMERMANN, secretario de Estado alemán. \*\*703, 704.  
 ZIMMERN, ALFREDO, \*\*\*934, \*\*\*\*955.  
 Zimmerwald, ciudad. \*\*692.  
 ZINOVIEV, comunista ruso. \*\*\*830, 899, \*\*\*\*1055.  
 ZIYA-ED-DIN, político persa. \*\*\*\*1248.  
 ZIYA GOKALP, escritor. \*\*764.  
 ZOGÚ, AHMED (o ZOG I); rey de Albania. \*\*\*875, \*\*\*\*1073.  
 Zollverein. \*18, 65, 118, 121, 133, 134, 156, 173, 176, 215, 220, 236, 253, 283, 285 a 287, 290, 294, 302, 318, 322.  
 Zulficar, paso de. \*\*402, 403.

1. LAS ETAPAS DE LA FORMACIÓN DEL ZOLLVEREIN...	Pág. 66
Según P. BENAERTS: <i>Les origines de la grande industrie allemande</i> . Turret, édit. Paris, 1933.	
2. LAS VÍAS FÉRREAS EN EUROPA EN 1848 ...	113
Según L. JOUFFROY: <i>L'Ere du Rail</i> , col. A. Cofin, Paris, 1953.	
3. LA CUESTIÓN DE LOS DUCADOS DANESES: EL SLESVIG ...	136
Según STEEFEL: <i>The Slesvig-Holstein Question</i> , Humphrey Milford, edit.; Londres, 1932.	
4. LA EXTENSIÓN TERRITORIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS (1815-1850) ...	192
Según G. P. GARRISON: <i>The American Nation. A History</i> , edited by A. B. Hart, vol. 17, Harper edit., Nueva York, 1906.	
5. AMÉRICA CENTRAL EN 1860 ...	199
Según M. W. WILLIAMS: <i>Anglo-American isthmian diplomacy, 1815-1913</i> , Amer. Hist. Assoc., Washington, 1916.	
6. MAPA LINGÜÍSTICO DE AUSTRIA MERIDIONAL ...	355
Según K. G. HUGELMANN: <i>Das Nationalitätenhecht des alten Osterreich</i> , W. Braumüller, edit.; Viena, 1934.	
7. PROYECTOS DE APERTURA DE UN CANAL INTEROCEÁNICO ...	495
Según G. MACK: <i>The Land-Divided</i> , A. Knopf, edit. Nueva York, 1944.	
8. LAS VÍAS FÉRREAS EN TURQUÍA ASIÁTICA EN 1913 ...	549
Según H. FEIS: <i>Europe, the World's banker, 1870-1914</i> . Yale Univ. Press, 1930.	
9. MAPA ETNOGRÁFICO DE MACEDONIA: PUNTO DE VISTA SERBIO ...	592
9 bis. MAPA ETNOGRÁFICO DE MACEDONIA: PUNTO DE VISTA BÚLGARO ...	593
Estos mapas se han hecho a la "Enquête sur les Balkans", Fundación Carnegie, 1914.	
10. EL TRÁFICO EN EL RIN EN 1912 ...	599
Según los <i>Travaux du Comité d'Etudes</i> , tomo I, Atlas, Paris, 1918. El Atlas se ha establecido bajo la dirección de Emmanuel de Martonne.	
12. PLANES ALIADOS PARA EL REPARTO DE TURQUÍA (1915-1917) ...	Pág. 691
Según HOWARD: <i>The Partition of Turkey, 1913-1923</i> , pág. 48. University of Oklahoma Press.	
13. TERRITORIOS CONTROLADOS POR LOS BOLCHEVIQUES EN AGOSTO DE 1918 ...	780
14. TERRITORIOS CONTROLADOS POR LOS BOLCHEVIQUES A MEDIADOS DE ABRIL DE 1919 ...	781
Según el croquis hecho por Mlle. Sanine, bibliotecaria de la "Bibliothèque de documentation internationale et contemporaine".	

15. REPARTO DE LA POBLACIÓN POLACA EN EL "PASILLO" ... ..	789
Tomado de <i>La Pologne: son histoire, son organisation, sa vie</i> . Payot, Lausana, 1918. Esta obra fue redactada en Varsovia, entre 1914 y 1916, por un Comité de sabios polacos.	
16. RESULTADO DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN LOS ESTADOS UNIDOS EN 1916 Y 1920 ... ..	805
Según PAULLIN: <i>Atlas of the historical geography of the United States</i> .	
17. EL MUNDO ISLÁMICO HACIA 1925 ... ..	882
Según H. A. R. GIBB: <i>Whither Islam</i> . V. Gollancz Ltd.	
19. CAPITALS INVERTIDOS POR LOS ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA DEL SUR EN 1918 ... ..	908
Según HALSEY: <i>Investments in Latin and America and the British West Indies</i> , Washington. Department of Commerce. 1918.	
20. CAPITALS INVERTIDOS POR LOS ESTADOS UNIDOS EN AMÉRICA DEL SUR EN 1928 ... ..	909
Según MAX WINKLER: <i>Investments of U. S. Capital in Latin America</i> . World peace Foundation, Boston, 1930.	
EL ACUERDO DE MÜNICH ... ..	1037
LA EUROPA ORIENTAL EN MARZO DE 1939 ... ..	1075
BASES NAVALES Y AÉREAS EN EL MEDITERRÁNEO EN 1939-1940 ... ..	1135
LA BATALLA DEL ATLÁNTICO ... ..	1167
LA EUROPA DE HITLER A MEDIADOS DE NOVIEMBRE DE 1942 ... ..	1192
EXTENSIÓN DE LA OFENSIVA JAPONESA (noviembre de 1942) ... ..	1221

## INDICE DE MATERIAS

### SIGLO XIX

#### I. DE 1815 A 1871

#### *La Europa de las nacionalidades y el despertar de nuevos mundos*

INTRODUCCIÓN ... ..	Pág. 3
Bibliografía general, pág. 5	
LIBRO I.— <i>De 1815 a 1840:</i>	
Introducción al libro I ... ..	9
CAP. I.—LAS FUERZAS PROFUNDAS ... ..	11
I. Europa continental, pág. 11.—II. Los nuevos horizontes, 22.—Bibliografía, 25.	
CAP. II.—LOS HOMBRES DE ESTADO Y LAS POLÍTICAS NACIONALES ... ..	26
I. Las monarquías absolutas, pág. 26.—II. La Gran Bretaña, 31.—III. Francia, 34.—Bibliografía, 36.	
↳ CAP. III.—LAS PRIMERAS AMENAZAS CONTRA EL "ORDEN EUROPEO" (1818-1823). ... ..	37
I. El sistema europeo de 1815, pág. 37.—II. Revueltas europeas y política de intervención, 41.—Bibliografía, 50.	
✕ CAP. IV.—LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS DE 1830-1832 EN EUROPA ... ..	51
I. La crisis belga, pág. 51.—II. La insurrección polaca, 57.—III. Los movimientos liberales y nacionales en Italia y Alemania (1831-1832), 61.—Bibliografía, 68.	
CAP. V.—LA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA LATINA ... ..	69
I. Los intereses económicos y políticos, pág. 71.—II. Los litigios, 76.—Bibliografía, 81.	
CAP. VI.—LAS TRANSFORMACIONES MEDITERRÁNEAS ... ..	82
I. La independencia griega, pág. 82.—II. El Mediterráneo occidental, 88.—III. Las crisis egipcias, 93.—Bibliografía, 102.	
Conclusión del libro I. ... ..	104
LIBRO II.— <i>De 1840 a 1851:</i>	
Introducción al libro II ... ..	111
CAP. VII.—LAS CONDICIONES NUEVAS ... ..	112
I. Las fuerzas económicas y espirituales, pág. 112.—II. Las consecuencias políticas, 119.—Bibliografía, 126.	
CAP. VIII.—LOS MOVIMIENTOS NACIONALES ... ..	127
I. El Movimiento Nacional Italiano, pág. 127.—II. El Movimiento Nacional Alemán, 133.—III. El Movimiento Nacional de los principados rumanos, 137.—IV. La cuestión de las nacionalidades en el Imperio rumano, 138.—Bibliografía, 143.	

INDICE DE MATERIAS

CAP. IX.—LA POLÍTICA DE LOS GOBIERNOS EUROPEOS	145
I. Las potencias "conservadoras", <i>pág.</i> 145.—II. Las potencias occidentales, 148.—III. Los síntomas de la crisis, 152.—Bibliografía, 157.	
∗CAP. X.—REFERUCIÓN INTERNACIONAL DE LOS MOVIMIENTOS REVOLUCIONARIOS EUROPEOS	158
I. El impulso revolucionario, <i>pág.</i> 161.—II. La escisión de las fuerzas revolucionarias, 165.—III. El fracaso, 168.—Bibliografía, 177.	
CAP. XI.—CHINA SE ABRE A LA INFLUENCIA OCCIDENTAL	179
I. Los intereses europeos, <i>pág.</i> 179.—II. La "guerra del opio", 181.—III. Nuevas condiciones del comercio extranjero, 183.—Bibliografía, 188.	
CAP. XII.—LA EXPANSIÓN TERRITORIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS	189
I. La cuestión de Tejas, <i>pág.</i> 190.—II. La guerra entre los Estados Unidos y Méjico, 195.—III. América Central, 196.—Bibliografía, 203.	
Conclusión del libro II	205
LIBRO III.— <i>De 1851 a 1871:</i>	
Introducción al libro III	211
∗ CAP. XIII.—LOS NUEVOS POSTULADOS	212
I En Europa, <i>pág.</i> 212.—II. En Asia y en América, 224.—Bibliografía, 231.	
∗ CAP. XIV.—LA CONSOLIDACIÓN DEL IMPERIO OTOMANO	233
I. Móviles de la política rusa, <i>pág.</i> 233.—II. La resistencia franco-inglesa, 236.—III. La derrota rusa, 238.—Bibliografía, 243.	
CAP. XV.—LAS TRANSFORMACIONES DEL EXTREMO ORIENTE	244
I. La apertura del Japón, <i>pág.</i> 244.—II. La expedición a China en 1858-1860, 248.—III. La apertura de Indochina, 253.—Bibliografía, 254.	
∗ CAP. XVI.—LAS CUESTIONES MEDITERRÁNEAS	255
I. La formación del reino de Italia, <i>pág.</i> 255.—II. El Canal de Suez, 267.—Bibliografía, 271.	
CAP. XVII.—REPERCUSIONES INTERNACIONALES DE LAS CRISIS AMERICANAS	273
I. La guerra de Secesión y Europa, <i>pág.</i> 273.—II. La aventura mejicana, 279.—Bibliografía, 282.	
CAP. XVIII.—LA DERROTA AUSTRIACA	283
I. El conflicto austro-prusiano, <i>pág.</i> 283.—II. La actitud de las potencias, 291.—Bibliografía, 300.	
CAP. XIX.—LA DERROTA FRANCESA	301
I. La política de Bismarck, <i>pág.</i> 302.—II. Europa ante el conflicto franco-alemán, 307.—Bibliografía, 315.	
Conclusión del libro III	316
Conclusión general	320

INDICE DE MATERIAS

SIGLO XIX

II. DE 1871 A 1914

*El apogeo de Europa*

INTRODUCCIÓN	327
Bibliografía general, <i>pág.</i> 329.	
LIBRO I.— <i>De 1871 a 1893:</i>	
Introducción al libro I	335
CAP. I.—LAS FUERZAS EUROPEAS	336
Bibliografía, <i>pág.</i> 356.	
CAP. II.—LA EXPANSIÓN EUROPEA EN EL MUNDO	357
Bibliografía, <i>pág.</i> 368.	
CAP. III.—LAS RELACIONES FRANCO-ALEMANAS	369
Bibliografía, <i>pág.</i> 378.	
CAP. IV.—LOS CONFLICTOS BALCÁNICOS	379
Bibliografía, <i>pág.</i> 389.	
CAP. V.—EL CHOQUE DE LOS IMPERIALISMOS COLONIALES	391
Bibliografía, <i>pág.</i> 405.	
CAP. VI.—LA DIPLOMACIA BISMARCKIANA	406
Bibliografía, <i>pág.</i> 419.	
CAP. VII.—EL FIN DE LA EUROPA BISMARCKIANA	420
Bibliografía, <i>pág.</i> 429.	
Conclusión del libro I	430
LIBRO II.— <i>De 1893 a 1913:</i>	
Introducción al libro II	435
CAP. VIII.—LAS FUERZAS PROFUNDAS	436
Bibliografía, <i>pág.</i> 452.	
CAP. IX.—FISONOMÍA DE LOS GRANDES ESTADOS	453
Bibliografía, <i>pág.</i> 474.	
CAP. X.—EL IMPULSO DE LOS IMPERIALISMOS (1893-1901)	476
I. Los intereses rivales, <i>pág.</i> 476.—II. Las relaciones políticas entre las grandes potencias, 483.—Bibliografía, 489.	
CAP. XI.—EL NUEVO AGRUPAMIENTO DE LOS ESTADOS EUROPEOS	491
I. Los choques entre los imperialismos, <i>pág.</i> 491.—II. Los nuevos acuerdos entre Estados europeos, 498.—Bibliografía, 507.	
CAP. XII.—LAS "PRUEBAS DE FUERZA" (1907-1913)	508
I. Los litigios, <i>pág.</i> 508.—II. La consolidación de los "bloques", 517. Bibliografía, 523.	
CAP. XIII.—LAS POLÍTICAS NACIONALES	524
Bibliografía, <i>pág.</i> 532.	
Conclusión del libro II	533

INDICE DE MATERIAS

LIBRO III.—*Europa y el mundo en 1914:*

Introducción al libro III ... 537

CAP. XIV.—LOS INTERESES EUROPEOS EN ASIA ... 539  
Bibliografía, pág. 552.

CAP. XV.—LA COLONIZACIÓN EUROPEA EN ÁFRICA ... 553  
Bibliografía, pág. 561.

CAP. XVI.—LAS INFLUENCIAS EUROPEAS EN LA AMÉRICA LATINA... 562  
Bibliografía, pág. 569.

CAP. XVII.—LOS RIVALES DE EUROPA ... 570  
Bibliografía, pág. 587.

CAP. XVIII.—EUROPA EN LA PRIMAVERA DE 1914 ... 589  
I. Los sentimientos nacionales, pág. 589.—II. Las rivalidades económicas y financieras, 598.—Bibliografía, 609.

CAP. XIX.—LOS ESTADOS Y LOS PUEBLOS ANTE LA AMENAZA DE GUERRA ... 611  
I. La psicología colectiva, pág. 611.—II. Los planes de los gobiernos, 616.  
III. La crisis de julio de 1914, 623.—Bibliografía, 628.

Conclusión del libro III ... 629

Conclusión general ... 631

*Las crisis del siglo XX*

I. DE 1914 A 1929

INTRODUCCIÓN ... Pág. 641  
Bibliografía general, pág. 642.

LIBRO I.—*La primera guerra mundial:*

Introducción al libro I ... 647

CAP. I.—LAS FUERZAS PROFUNDAS ... 650  
I. Los Estados beligerantes, pág. 650.—II. Los neutrales de Europa, 660.  
III. Las perspectivas mundiales, 665.—Bibliografía, 670.

CAP. II.—LA GUERRA EUROPEA (AGOSTO DE 1914-FEBRERO DE 1917) ... 672  
I. Los nuevos beligerantes europeos, pág. 672.—II. El debilitamiento de las influencias europeas en el mundo, 682.—Bibliografía, 694.

CAP. III.—LA ENTRADA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA ... 695  
I. Las causas de la intervención, pág. 695.—II. El alcance de la intervención, 705.—Bibliografía, 713.

CAP. IV.—LOS DERRUMBAMIENTOS ... 715  
I. La paz por separado de Rusia, pág. 716.—II. La dislocación de Austria-Hungría, 729.—III. La derrota de Alemania, 733.—Bibliografía, 740.

Conclusión del libro I ... 742

LIBRO II.—*El acuerdo de paz (De 1919 a 1920):*

Introducción al libro II ... 747

INDICE DE MATERIAS

CAP. V.—LA DECADENCIA DE EUROPA ... 748  
I. La crisis europea, pág. 748.—II. La suerte de los imperialismos europeos, 754.—Bibliografía, 766.

CAP. VI.—LA CONFERENCIA DE LA PAZ ... 767  
I. Los intereses en presencia, pág. 767.—II. El carácter de las soluciones, 773.—III. Las lagunas, 786.—Bibliografía, 795.

CAP. VII.—LAS DISCREPANCIAS ENTRE LOS VENCEDORES ... 797  
Bibliografía, pág. 808.

Conclusión del libro II ... 809

LIBRO III.—*Europa y el mundo desde 1920 a 1929:*

Introducción al libro III ... 813

CAP. VIII.—LAS NUEVAS INFLUENCIAS ... 814  
I. La recuperación económica, pág. 814.—II. Las tendencias de la psicología colectiva, 819.—III. Las políticas nacionales, 825.—Bibliografía, 839.

CAP. IX.—LA CUESTIÓN ALEMANA ... 842  
I. Los conflictos franco-alemanes (1920-1923), pág. 842.—II. El intento de conciliación (1924-1930), 849.—Bibliografía, 856.

CAP. X.—RUSIA Y EUROPA (1920-1929) ... 857  
I. El fracaso del "cordón sanitario", pág. 857.—II. El reconocimiento del Estado soviético, 859.—III. Las nuevas dificultades, 864.—Bibliografía, 867.

CAP. XI.—LA ZONA DANUBIANA Y BALCÁNICA ... 869  
I. La política francesa y la Pequeña Entente, 870.—II. La política italiana en los Balcanes, 874.—Bibliografía, 877.

CAP. XII.—EL MEDITERRÁNEO Y EL ORIENTE PRÓXIMO ... 878  
I. Los nacionalismos musulmanes, pág. 879.—II. Las rivalidades entre los intereses europeos, 886.—Bibliografía, 891.

CAP. XIII.—LOS NACIONALISMOS EN EXTREMO ORIENTE ... 893  
I. El "alto" al Japón, pág. 893.—II. Los movimientos nacionalistas en China, 897.—Bibliografía, 903.

CAP. XIV.—LA POSICIÓN INTERNACIONAL DE LA AMÉRICA LATINA ... 905  
I. Las relaciones económicas y financieras, pág. 906.—II. Las relaciones políticas, 911.—Bibliografía, 918.

CAP. XV.—LA ORGANIZACIÓN DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES ... 919  
I. La insuficiencia de la seguridad colectiva, pág. 919.—II. El fracaso de la cooperación económica y financiera, 924.—Bibliografía, 927.

Conclusión del libro III ... 928

Conclusión general ... 931

II. DE 1929 A 1945

INTRODUCCIÓN ... 937  
Advertencia de la segunda edición, pág. 938.—Bibliografía, 938.

INDICE DE MATERIAS

LIBRO I.—*Los orígenes de la segunda guerra mundial:*

Introducción al libro I .....	945
Bibliografía, pág. 945.	
CAP. I.—NUEVAS CONDICIONES .....	947
I. La crisis económica de 1929-1933, pág. 947.—II. Los Estados y su política, 955.—Bibliografía, 975.	
CAP. II.—LOS FRACASOS DE LA SEGURIDAD COLECTIVA .....	977
I. Las iniciativas japonesas, pág. 977.—II. Las iniciativas italianas en Africa Oriental, 983.—III. Las iniciativas alemanas, 986.—Bibliografía, 999.	
CAP. III.—EL VIRAJE DE 1935 .....	1000
I. La formación del "frente común de Stresa", pág. 1000.—II. La disolución del "frente de Stresa", 1005.—III. La recuperación de la zona renana, 1011.—Bibliografía, 1018.	
CAP. IV.—PRIMERAS AMENAZAS DE GUERRA GENERAL .....	1020
I. La guerra española, pág. 1020.—II. La guerra chino-japonesa, 1026.—III. La expansión alemana en Europa Central, 1034.—Bibliografía, 1050.	
CAP. V.—LA CARRERA DE LOS ARMAMENTOS Y LA FORMACIÓN DE LOS "BLOQUES" .....	1052
I. La política de armamentos, pág. 1052.—II. Los compromisos diplomáticos, 1059.—Bibliografía, 1071.	
CAP. VI.—LA CRISIS FINAL (1939) .....	1072
I. La lucha diplomática, pág. 1072.—II. La crisis polaca del verano de 1939, 1081.—III. La decisión alemana, 1088.—Bibliografía, 1092.	
Conclusión del libro I .....	1093
LIBRO II.— <i>La segunda guerra mundial:</i>	
Introducción al libro II .....	1101
Generalidades sobre el libro II, pág. 1102.	
CAP. VII.—LAS FUERZAS PRESENTES AL PRINCIPIO DE LA GUERRA .....	1104
I. Los beligerantes, pág. 1104.—II. Los neutrales, 1115.—Bibliografía, 1123.	
CAP. VIII.—LOS PAÍSES EUROPEOS NEUTRALES DURANTE LA CAMPAÑA DE 1939-1940 .....	1125
I. Los países escandinavos, pág. 1125.—II. La U. R. S. S., 1130.—III. Bélgica, 1130.—IV. Italia, 1133.—Bibliografía, 1140.	
CAP. IX.—LA DERROTA FRANCESA .....	1141
Bibliografía, pág. 1149.	
CAP. X.—LA RESISTENCIA DE GRAN BRETAÑA .....	1151
I. La batalla del Mediterráneo, pág. 1151.—II. La batalla del Atlántico y la neutralidad de los Estados Unidos, 1165.—Bibliografía, 1173.	
CAP. XI.—LAS NUEVAS FUERZAS .....	1174
I.—El conflicto entre Alemania y la U. R. S. S., pág. 1174.—II. La entrada de los Estados Unidos en la guerra, 1179.—Bibliografía, 1190.	
CAP. XII.—EL MANTENIMIENTO DE LA "GRAN ALIANZA" .....	1194
Bibliografía, pág. 1204.	
CAP. XIII.—LA DERROTA DE LAS POTENCIAS DEL "EJE" .....	1206

I. El armisticio italiano, pág. 1206.—II. La deserción de los "satélites", 1213.—III. El derrumbamiento de Alemania, 1216.—IV. El derrumbamiento del Japón, 1222.—Bibliografía, 1226.	
CAP. XIV.—EL MUNDO EN 1945 .....	1228
I. El destino de Europa, pág. 1228.—II. La prosperidad americana, 1234.—III. Nuevas perspectivas, 1237.—Bibliografía, 1254.	
Conclusión del libro II .....	1257
Conclusión general .....	1261
INDICE ALFABÉTICO .....	1271

SERIE: TEXTOS

TITULOS PUBLICADOS

V. V. Struve  
*Historia de la antigua Grecia*

Max Aub  
*Manual de historia de la Literatura Española*

Chester G. Starr  
*Historia del mundo antiguo*

Luis Garcia Ballester  
*Historia social de la medicina en España, siglos XIII-XVI*

Antonio Pesenti  
*Manual de economía política I y II*

Julio Caro Baroja  
*Las formas complejas de la vida religiosa*  
*(Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII)*

S. I. Kovaliov  
*Historia de Roma*  
Edición de Domingo Plácido

B. Bennassar, J. Jacquart, F. Lebrun, M. Denis, N. Blayau  
*Historia Moderna*

R. Palmer / J. Colton  
*Historia Contemporánea*

Roberto Carballo, Antonio G. Temprano,  
José A. Moral Santín, y otros  
*Crecimiento económico y crisis estructural en España (1959-1980)*



